

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.



HISTORIADORES DE SUCESOS PARTICULARES.

Coleccion dirigida é ilustrada

POR DON CAYETANO ROSELL.

TOMO PRIMERO.



MADRID.

M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,

CALLE DE LA MADERA, 8.

—

1858.

NOTICIA

DE LAS OBRAS Y AUTORES QUE CONTIENE EL PRESENTE TOMO.

Este volúmen da principio á la coleccion de historiadores que ha de ocupar en lo sucesivo gran parte de nuestra Biblioteca. No se extrañe que comencemos por donde muchos acabarian, y antepongamos á los escritores de historias generales las obras que solo versan sobre acaecimientos determinados: con propósito de acierto concebimos este designio, y no estamos arrepentidos de haberlo llevado á cabo.

Estos que llamamos *historiadores de sucesos particulares* (1) ofrecen mas comodidad para la impresion, ingreso mas fácil á los estudios históricos propiamente dichos, y hasta atractivo mayor á muchos de los lectores de nuestro tiempo. Acostumbremos el paladar á manjares que suelen estar desterrados de ciertas mesas, y tras la costumbre vendrá el gusto, y con el gusto la aficion á lo que antes nos parecia insípido ó desabrido.

Entre concisas y difusas, siete obras van embebidas en las siguientes páginas: á muchos parecerá porcion demasiada para su apetito, y á estos les aconsejamos que usen de ella con moderacion, no llegue á embargarlos el hastío; mas los que por hábito y propension conocen á lo que sabe este alimento, hallarán la materia escasa, y nos culparán de demasiado avaros. Preferimos las quejas de estos otros, y estamos seguros de su indulgencia.

De un cargo, sobre todo, tenemos que sincerarnos: de no haber guardado el órden cronológico de autores ó de materias, segun el uso adoptado comunmente. No nos ha sido posible, por el retraso inevitable que han sufrido algunas de las copias que hemos sacado; retraso que entorpecia el progreso de la impresion. En cuanto á la eleccion de obras, dado el número de las que nos propusimos incluir en la coleccion, tampoco hemos sido absolutamente árbitros: de tal combinacion resultaba un volúmen extraordinario; de tal otra, uno que nos parecia mezquino. Hemos preferido infringir una formalidad, á trueque de no hacer mas irregular bajo otro aspecto esta publicacion.

¡Ojalá pudiésemos disculpar tan fácilmente la poca novedad que tendrá esta noticia de las obras que aquí incluimos y de sus autores, y la precipitacion con que por causas independientes de la voluntad nos vemos obligados á escribirla! Prescindiendo de la parte de suficiencia, que sin afectacion de modestia confesamos que nos falta, bien merecian los autores, cuyos escritos imprimimos, estudios detenidos acerca de su vida y de sus trabajos; y bien merecian estos un analisis recto y cabal, así de sus perfecciones como de sus yerros, donde adquiriésemos la regla de las primeras y aprendiésemos á evitar el escollo de los segundos. Hoy, que, para bien de la sociedad y de las letras, parece despertarse la aficion al cultivo de la historia, conviene poner la advertencia junto al ejemplo, pues cuanto mas seductor es este, es mas eficaz aquella. Sin embargo, abrigamos la esperanza de que no faltará quien con títulos mas legítimos emprenda esta utilísima tarea.

El tiempo en que florecieron los escritores que forman esta coleccion se contempla, y con justicia, como la época mas marcada del siglo de oro de nuestra literatura. Desde la *Crónica general*, ó Historia de don Alonso el Sabio, desde la *Crónica del Cid* hasta la introduccion de los libros de caballería, median algunas generaciones, ocupadas, por una parte en constituir su nacionalidad, por otra en crearse una literatura propia. Esta no podia tomar otras formas que las de la poesía ó las de la historia; y respecto á la segunda, poco fruto era dable sacar de las antiguas crónicas y leyendas, hijas de otros tiempos y costumbres, producto de otras necesidades. Nació pues un género histórico, mas ó menos nacional, pero espontáneo al cabo, y cada generacion tuvo sus anales, y cada soberano su cronista.

(1) Como don Nicolás Antonio en su *Biblioteca*.

Hiciéronse sucesivamente varios ensayos hasta el reinado de don Pedro de Castilla. Lopez de Ayala, versado en los estudios clásicos, traductor de Tito Livio, y hasta imitador del artificio antiguo, no pudo, sin embargo, alterar las formas establecidas (tal era su carácter de originalidad); y bien se refiriesen á épocas de alguna extension y á sucesos generales, como las de los reyes, bien á hechos determinados, como el *Paso honroso* y el *Seguro de Tordesillas*, las crónicas siguieron siendo con leve alteracion lo que fueron en un principio.

Pero las semillas de los principales ramos del saber humano, que de tiempo atrás se habian esparcido por nuestro suelo, lograron en el siglo XVI y gran parte del XVII lozanos y sabrosos frutos. Concretándonos á los adelantos de la historia, y dejando á un lado el ancho camino que la general frecuentaba con tanto aplauso, hasta en el reducido pero ameno campo de las historias particulares, rivalizábamos con los inmortales maestros de la antigüedad, y nada teniamos ya que envidiar á sus modernos imitadores. Con la gloria de las armas se engrandecia el espíritu de las letras; nacian al propio tiempo Escipiones y Polibios; el amor patrio, que entusiasmaba el corazon, dába tambien alas al pensamiento, y émulo de un Tito Livio, que aplaudia la iniquidad y lisonjeaba á los poderosos, levantaba su voz un Tácito para defender los derechos de la verdad y de la justicia.

No entremos á examinar si este sistema, tomado al fin de otros tiempos, y aun en los que á la sazon corrian, de una nacion que nos miraba como opresores, era preferible ó no al que algun dia habiamos tenido como espontáneo y propio. Igual cuestion debió por entonces suscitarse en Italia, donde el espíritu de regeneracion, alimentado por el Dante y por Petrarca, se evaporó al fuego fatuo de los retóricos procedentes de Constantinopla; pero si las instituciones humanas recorren el círculo fatal que les trazaba Maquiavelo, no es mucho que sigan igual suerte las obras de la inteligencia. Por otra parte, reaccion puede haber que encamine á un gran progreso; y no vemos qué mal puede ocasionar, sino pasajero, un procedimiento extraño que tal vez sugiera la invencion de otro propio, así como el error suele conducir al descubrimiento de las verdades.

Nuestra asistencia en Italia, el trato frecuente de nuestros ingenios con aquellos naturales, y el esplendor con que allí se cultivaban las letras y las artes, nos convirtieron en imitadores de la literatura llamada clásica. Lo que Boscan y Garcilaso hicieron en la poesía, MENDOZA y sus discípulos lo aplicaron en cierto modo á la historia; y decimos en cierto modo, porque los unos fueron imitadores, no solo de las formas, sino hasta de la parte intrínseca del sentimiento; y los otros al menos adoptaron asuntos patrióticos, y hablaron y escribieron como españoles.

La sencillez de las antiguas crónicas, el escaso artificio de sus narraciones, el mismo estado de la lengua, y mas que todo, la novedad y grandeza de los hechos que presenciaba el mundo, requerian en verdad proporciones mas épicas, formas mas vigorosas, otro arte, en una palabra, fuese original ó extraño; y como la antigüedad ofrecia, juntamente con la magnificencia de las acciones, el modo de escribirlas y perpetuarlas, no hubo quien intentase siquiera arrojarse por sendas desconocidas.

Aquí tropezamos con el inconveniente que arriba dejamos dicho, pues observando el órden que debiéramos haber establecido, entre los escritores que siguieron la escuela clásica, MENDOZA precederia á MONCADA, y no este á quien le sirvió de ejemplo; pero hecha de nuevo esta advertencia, pasarémos á referir en breves palabras lo que hemos podido averiguar respecto á cada uno de los autores que comprende este primer volúmen.

La nobleza española del siglo XVI continuaba siendo lo que fueron sus predecesores, limpio espejo de nuestras armas y glorioso ornamento de nuestras letras. Como la sangre, los honores y las riquezas, vinculábase entonces el saber en las familias ilustres, y de esta suerte se hacian dignos los señores, por una parte del favor del trono, y por otra del respeto de la muchedumbre. Tal fué DON FRANCISCO DE MONCADA, descendiente de una de las principales casas de Cataluña, y autor de la *Expedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, que es la que encabeza nuestro repertorio.

Como hijo y heredero del segundo marqués de Aitona, don Gaston de Moncada, virey que fué de Cerdeña y Aragon, y embajador en la corte de Roma, llevaba el título de conde de Osona, vinculado en los primogénitos de aquella casa, cuando por primera vez se publicó su obra (1). Su madre, doña Catalina de Moncada, era baronesa de Callosa. Debió nacer en diciembre de 1586,

(1) Primera edicion: Barcelona, por Lorenzo Deu, 1623, 4.° La segunda es de Madrid, por Sancha, 1777, 8.°, que

pues consta que se bautizó en la parroquia de San Estéban de Valencia (1) el 29 del propio mes y año. Cultivó desde muy jóven los estudios, y con particular aficion el de las lenguas latina y griega (2), y tuvo por esposa á doña Margarita de Castro y Alagon, baronesa de Laguna y vizcondesa de Isla; de cuyo matrimonio nació su sucesor don Guillen Ramon de Moncada, virey que fué de Galicia, gobernador de la corona en la minoría de Cárlos II, y conocido tambien por sus trabajos literarios.

Prestó Moncada á su patria servicios importantes, ya como consejero de Estado y Guerra, ya como gobernador y virey de Flándes, en cuyo cargo le sucedió el Cardenal Infante; y representó dignamente á su soberano en la corte de Alemania. Estas son las particularidades que leemos de su vida, aunque podemos añadir otra que casualmente hemos averiguado. En diciembre de 1622 le confió el Rey una comision secreta, á consecuencia de la resistencia que habian hecho los catalanes á admitir el virey nombrado por la corte, mientras no precediese el juramento que las leyes de Cataluña exigian de los monarcas castellanos antes de entrar en posesion de aquel condado. Incluimos este curioso documento en los añadidos á la presente noticia (letra A, pág. XXI) (3), porque de él se deduce, no solo la prevencion con que el gobierno español miraba ya el espíritu de los catalanes, sino la confianza que le inspiraba la fidelidad del Conde. No llegó este á conocer el rompimiento en que algun tiempo después pararon aquellos recelos y aquellas provocaciones, pues le sorprendió la muerte el año 1635 en el campo de Goch, poblacion del ducado de Cléves, cuando acababa de obtener dos señalados triunfos de sus enemigos.

La política y las armas debieron consumir el tiempo que hubiera podido consagrar á otras empresas literarias; y así, solo se conocen como suyos los escritos siguientes:

Vida de Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio, que se imprimió en Francfort por Gaspar Rotelio, 1642, y se conserva entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional (4).

Antigüedad del santuario de Monserrate, segun Rodriguez en su *Biblioteca Valentina* (5).

Genealogía de la casa de los Moncadas, que el mismo autor remitió á Paris al francés Pedro Marca (6) con dos cartas latinas.

Pero tampoco es creible que no hubiese ejercitado antes su pluma en ensayos de aquel género un escritor de estilo tan formado como el que muestra Moncada en su *Expedicion de catalanes y aragoneses*, pues el desempeñar con superior acierto obras que requieren tanto, ni es efecto de la casualidad, ni don que pueda adquirirse con la lectura de cien modelos. No abundan en aquellas páginas pensamientos elevados ni frases pomposas ni períodos atrevidos, es verdad; pero la diccion es pura, las expresiones propias, y la construccion tan flúida y armoniosa casi siempre, que forma un agradable constraste con los hechos que allí se pintan, harto maravillosos de suyo para necesitar de mayor realce. Ocasiones hay, sin duda alguna, en que la naturalidad con que está escrita la obra degenera en flaqueza y desaliño; pero bien se deja conocer que el autor no acabó de pulirla; además de que en aquellos tiempos no se reputaban como defectos muchos de los que ahora nos parecen tales, y lo son manifiestamente. Proezas casi increibles, caractéres exagerados, batallas desiguales y sangrientas, hambres, odios, ambiciones y venganzas, eran el asunto que al escritor se le presentaba: cualquiera otro dotado de menos gusto hubiera hecho de él un libro de caballería, y Moncada hizo una historia. Roger interesa siempre, á pesar de sus defectos; interesa Berenguer de Entenza; interesan todos aquellos valientes españoles, sin que se oculten jamás su indisciplina y sus crueldades; pero Rocafort inspira aversion, como Andrónico indiferencia, y desprecio Miguel Paleólogo. Moncada, que siguió los pasos de Mendoza, y aun le imitó muy á las claras en el proemio que antecede á su obra, no se contentó, sin embargo, con aquel dechado, sino que acudió á los de la antigüedad; y las frecuentes citas que su memoria le sugiere prueban que era hombre de erudicion nada vulgar, y que sabia retener y aprovechar lo que habia aprendido.

se repitió en 1805. Últimamente se publicó en Barcelona, por Oliveres, en 1842, con un prólogo y notas de don Jaime Tió.

En 1828 se imprimió en Paris una traduccion de este libro, hecha por el conde de Champfeu.

En nuestras notas á la obra de Moncada mencionamos las ediciones de los autores que él consultó, entre los antiguos á los historiadores bizantinos, y de los modernos á Montaner y Desclot, que son los que trataron mas expresamente de este asunto, en especial Montaner, cuya crónica, preciosa de suyo, es doblemente interesante por haber él militado en aquella célebre expedicion.

(1) Por las partidas bautismales que se conservan en aquella iglesia desde 1542 hasta 1587.

(2) Auberto Mireo, *De Scriptor.*, cap. 387, pág. 258.

(3) Biblioteca Nacional, *códice H.* 55, fol. 166.

(4) *Códice Cc.* 85.

(5) Pág. 142.

(6) Esta y las cartas insertó Marca en su *Historia de Bearne*; Paris, 1640, folio.

El mencionar solamente la *Guerra de Granada*, escrita por DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA (1), nos excusa de todo encarecimiento. Los grandes elogios, que en su prólogo é introduccion hacen de este libro Luis Tribáldos de Toledo y el conde de Portalegre (2), se ven plenamente confirmados por el juicio de la posteridad, pues las censuras que algunos se han atrevido á hacer recaen principalmente sobre la demasiada afectacion de su lenguaje y sobre la falta de originalidad de un escritor que jamás aparta la vista de los antiguos clásicos, que hace traducir al Zaguer un razonamiento de Tito Livio, y en el tristísimo cuadro que en Sierra-Bermeja contempló el duque de Arcos y los que le seguian, encaminándose al fuerte de Calaluí, copia el de Tácito en sus *Anales*, cuando Germánico se detiene á considerar los cadáveres de las legiones de Varo. Mas en primer lugar estas imitaciones no están hechas tan servilmente que demuestren escasez de ingenio en nuestro autor, sino todo lo contrario; y en segundo, aun suponiendo que no sean lícitas, que lo son, y mas cuando en manera alguna pueden tildarse de inoportunas, MENDOZA, escritor de grandísima erudicion, se veia involuntariamente asaltado de estos recuerdos, y no era extraño que, tratando de introducir en toda su pureza la escuela clásica, se ciñese demasiado á los modelos que tenia delante. Esto en cuanto á su mérito individual; que considerado el punto absolutamente, no hay ingenios menos originales que los que pretenden serlo.

No es la cuestion de formas la que puede menoscabar el mérito de la *Guerra de Granada*. Si por alguna parte flaquea esta produccion, es por donde mas la ensalzan sus ciegos admiradores. Como obra de estilo, es, á pesar de sus defectos, invulnerable; como tipo de un género literario, ofrece mas asidero al crítico que se proponga empequeñecerla. Pudiera demostrarse sin gran trabajo que, como historia, no pasa de un buen bosquejo, pues adolece de falta de proporciones, y por lo mismo, de cierta confusion en el relato; que por afan de ostentar saber, es demasiado lato su autor en la exposicion de ciertos antecedentes, y omite otros que son mas indispensables; se extravía á veces en digresiones ociosas, y pasa por alto muchas de las consecuencias que naturalmente se desprenden de los sucesos. Es, sin embargo, laudable la franqueza con que censura á veces á los caudillos de las armas del Rey, á pesar de ser parientes cercanos suyos; y la opinion que forma de aquellas fuerzas colecticias, de su indisciplina, de las competencias entre los militares, y entre estos y las autoridades civiles, así como de los desaciertos del Gobierno, no deja duda acerca de su rectitud y la sagacidad de su claro ingenio. Muchos de los defectos que se advierten en su obra provienen tambien, como el conde de Portalegre advierte en

(1) La edicion príncipe es de Madrid, hecha por Luis Tribáldos de Toledo, 1610, 4.° Después se reprodujo en Lisboa, por Craesbek, 1627; en Madrid, en la imprenta Real, 1674, 4.°; en Valencia, por Cabrera, 1730, y por Malleu y Berard, en 1830, 8.°; y en Paris, en el *Tesoro de historiadores españoles*, 1840. Pero la mas bella y correcta es la de Valencia, de Monfort, 1776, 4.°, en que por primera vez se publicó el trozo que faltaba al fin del libro 3.°, hallado por Luis Tribáldos el año 1628; trozo que suplió en la primera edicion el conde de Portalegre. (Véase la nuestra, pág. 110.)

(2) Los del conde de Portalegre nos inspiran desconfianza, pues celebraba una produccion que en algun tiempo habia creido que no era historia, y añadia con muchas ponderaciones de modestia una relacion que opinaba debia hacerse *aparte y secamente*. Ignoramos qué motivo le obligó á variar enteramente de dictámen; pero en su retractacion no cabe duda, al ver lo que escribia á don Hernando de Guzman en abril de 1598. Así decia:

. . . .

«No juzgo tan profundamente los defectos de la *Istoria »de la guerra de Granada*, de DON DIEGO DE MENDOZA, si »bien los conozco, y los confesara si la tuviera por histo»ria; mas paréceme una relacion escrita en papeles viejos »para hazer historia dellos, que él nunca hiziera; y assí, »le caben todos los loores que vuesamerced me da, porque »lo malo es lo que muchos supieron enmendar, y lo bueno »tienen tan pocos, que no conozco io ninguno.

»La quiebra del suceso de Galera y muerte de Luis Qui»xada deve faltar adrede, por no la querer publicar el que »tuvo el primer original, si ia no se le antojó á DON DIEGO »imitar la desgracia de Tito Livio, de cuias obras falta tan»to, ó la que Jovio finge con los papeles que le robaron: si»gun él dice, será menester pedir prestado esto que falta, »al jurado de Córdoba ó á un soldado, que será mejor, no »para continuarlo con el texto, sino para referirlo secamen»te aparte.» (*Cartas del conde de Portalegre*, Biblioteca Nacional, *códice E.*, 54.)

En el mismo tomo se halla otra carta del Conde á doña Magdalena de Bobadilla, y la respuesta de esta, en que con nombres tomados de los libros de caballería aluden ambos á personajes de la corte y á hechos que serian muy curiosos si tuviésemos la clave de aquel enigma. Es de advertir que, pasados algunos folios, se lee otra correspondencia de DON DIEGO DE MENDOZA á la misma doña Magdalena, del mes de enero de 1579, fecha que tal vez sea la de la copia, ó yerro de pluma, porque DON DIEGO falleció cuatro años antes, segun se dice y nosotros repetimos. La carta, cuyo epígrafe es *Don Diego á doña Magdalena de Bobadilla, con qüentas de tutor y quexas de galan*, concluye así:

«..... Y por no perder el nombre de bien mandado, aun»que vuesamerced nunca será sola sino quando quisiere »serlo, la aviso que son cuatro los que la engañan: uno sus »amigos, que la aconsejaron; otro sus criados, que la co»men; otro sus confesores, que la absuelven; otro vuesa»merced, que cree á todos cuatro.» (Biblioteca Nacional, *códice citado*.) Doña Magdalena, por lo que se deduce de las cartas, tenia relaciones íntimas con el Conde; DON DIEGO no mostraba estar con ella en buena armonía. Si esto da lugar á alguna consideracion, deduzca cada cual la que le pareciere.

su introduccion, de haberse corrompido miserablemente las copias que se sacaron de ella (1); de lo cual podemos certificar nosotros, que hemos consultado algunas.

Aunque, mas ó menos extensamente, han procurado escribir varios la vida de este célebre personaje, y se han publicado algunas (2), todas ellas discuerdan entre sí respecto á fechas y circunstancias muy importantes. Este asunto, habiendo intervenido DON DIEGO en los sucesos mas notables de su época, da márgen á muchas y prolijas indagaciones; pero si, como nos han asegurado, un erudito y laboriosísimo escritor, que ha dado ya hartas pruebas de serlo, acomete tan loable empresa, lograrémos conocer á MENDOZA por sus hechos y carácter, como hoy le conocemos por sus escritos. Entre tanto conténtese el benévolo lector con estos ligeros apuntes que le ofrecemos.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA, descendiente del famoso marqués de Santillana, que tanto ilustró la literatura patria en el reinado de don Juan II, é hijo de don Iñigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla, primer marqués de Mondéjar, y de doña Francisca Pacheco, hija de don Juan, marqués de Villena y primer duque de Escalona, nació en Granada el año 1503, segun las conjeturas mas probables. Afirman algunos (3) que sus padres le dedicaron á la Iglesia en un principio; pero el marqués de Mondéjar lo pone en duda, fundándose en el testimonio de Ambrosio de Morales (4). Recibió las primeras lecciones del sabio Pedro Mártir de Anglería, á quien los Mendozas habian siempre mirado con particular afecto (5), y mas adelante fué discípulo de Agustin Nifo y del famoso sevillano Montesdoca, progresando notablemente en los estudios filosóficos, en los de la jurisprudencia y humanidades, y en las lenguas latina, griega, hebrea y árabe. Como tan versado en estos conocimientos, Paulo Manucio le dedicó su edicion de las obras filosóficas de Ciceron, á que era MENDOZA muy apasionado; y sin embargo, no creia que debia adoptarse el latin por base de la enseñanza de la juventud, ni aprenderse en él las ciencias, sino en el idioma patrio.

Pasó su mocedad militando en Italia, y probablemente en las demás guerras que por entonces conmovian á Europa; y los inviernos, en que se daba tregua á las armas, se dirigia á Padua, á Bolonia, á Roma, adonde quiera que presumia encontrar escuelas y sabios que perfeccionasen sus conocimientos ó le guiasen en la adquisicion de otros nuevos. Era ya conocido en la corte; y como su cuna, su elevado talento, su instruccion y algunas otras circunstancias personales le constituyesen en aptitud de desempeñar comisiones diplomáticas, le nombró Cárlos V su embajador en Venecia, segun Mondéjar, en 1527; segun otros, y esto es lo mas creible, después del año 30 y antes del 38. Recordando lo que Venecia era en aquellos tiempos, y las relaciones que mediaban entre su república y nuestra corte, se comprenderá el alto concepto que debia ya tenerse de la capacidad de DON DIEGO; y no era ciertamente exagerado, pues á su destreza se debió que la Señoría no concluyese sus paces intentadas con el Gran Turco, y que se descubriesen los tratos que con el mismo Sultan traia el rey Francisco de Francia, dándose muerte á sus emisarios, que eran un español llamado Antonio Rincon, y el genovés César Fragoso.

Esto bastó para que se le confiasen otras comisiones delicadas, principalmente cerca de la Santa Sede, y para que, habiéndose acordado resolver gravísimas cuestiones religiosas y políticas en el concilio de Trento, le eligiese el Emperador como uno de sus representantes y embajadores en aquella asamblea famosa. Referir cómo MENDOZA desempeñó aquel cargo seria hacer una histo-

(1) Dice Capmany, refiriéndose á las ediciones antiguas de esta obra, inclusa la de Valencia de 1776:

«Admiro cómo se han hallado lectores que se confiesen enamorados de las ideas y estilo de este historiador, siendo imposible que leyendo las cláusulas desatadas ó confundidas por la perversa ortografía, comprehendan claramente el sentido del escrito ni la mente del escritor.» (*Teatro histórico crítico de la elocuencia española*, tomo III, pág. 9.)

(2) Las principales son la del marqués de Mondéjar en la Historia de la casa de este nombre, que existe manuscrita en la Biblioteca Nacional, *códice K.* 100, lib. 3, cap. 53, fol. 271; la que precede á la edicion de Monfort de la *Guerra de Granada*, ya citada (Valencia, 1776), escrita, segun Ticknor, por don Ignacio (don Iñigo dice equivocadamente) Lopez de Ayala, y la que inserta Sedano en su *Parnaso español* (Madrid, Ibarra, 1770), al principio del tomo IV.

(3) Don Baltasar de Zúñiga, en la *Breve memoria de la vida y muerte de don Diego de Mendoza*, que lleva la primera edicion de la *Guerra de Granada*.

(4) «Habiendo estudiado vuestra señoría las tres lenguas latina, griega y arábiga en Granada y en Salamanca, y después allí los derechos civil y canónico, y habiendo andado bueña parte de España para ver y sacar fielmente las piedras antiguas della, pasó á Italia, etc.» (Ambrosio de Morales, en la dedicatoria que hizo á DON DIEGO de sus *Antigüedades de España*.) Mostrándose pues Morales tan enterado de la vida de MENDOZA, no hubiera omitido la circunstancia de haberse dedicado á la Iglesia en sus principios.

(5) Así se deduce de varias de las epístolas escritas en latin por el mismo Pedro Mártir, que pueden considerarse como unas preciosas efemérides de su época.

ria tan difusa del concilio mismo, como la que escribieron el cardenal Palavicino para defenderle, y Pablo Sarpi para impugnar sus decisiones. Fué nombrado DON DIEGO en 18 de octubre de 1542, y se presentó en Trento el 8 de enero del siguiente año; exhibió sus poderes, procuró por cuantos medios estaban á su alcance activar la reunion del concilio; pero las discordias que sobrevinieron entre el rey Francisco y Cárlos V, y la guerra con que el Turco atemorizaba á Italia, le obligaron á regresar á Venecia para trabajar en su propósito con nuevo empeño.

Despues de algunos entorpecimientos, se verificó la reunion del concilio en diciembre de 1545. MENDOZA dió en él grandes pruebas de dignidad, de teson, de elocuencia, y hasta de valor, unas veces defendiendo las prerogativas de su soberano en el asiento que debia ocupar, otras exponiendo luminosamente sus doctrinas, y granjeándose los aplausos de tantos hombres eminentes como le oian, ya oponiéndose á la disolucion del concilio cuando estalló la guerra entre el Emperador y los protestantes, y á la traslacion á Bolonia cuando el Pontífice quiso mortificar el orgullo de Cárlos V; ya, en fin, cuando protestando contra la decision de la Santa Sede, trató de imponerle silencio Paulo III, y MENDOZA le replicó con la entereza propia de un castellano de aquellos tiempos (1).

Cuatro años habian trascurrido en estas contiendas é indecisiones, que fueron para DON DIEGO la época mas afanosa de su vida, pues nombrado en aquel tiempo embajador de Roma y gobernador y capitan general de Siena y demás plazas de la Toscana, ni podia asistir perennemente al concilio, donde le reemplazó don Francisco de Toledo, pero sin eximirle absolutamente de aquella atencion, ni proseguir en los demás asuntos que dejaba comenzados. Sin embargo, la rebelion de Siena, que tenia por objeto expulsar á los españoles que la guarnecian, quedó por entonces apaciguada; bien que, reproduciéndose mas adelante, no consiguió DON DIEGO el fruto de sus desvelos; y por último pasó al dominio de los franceses, en virtud de capitulacion, en 1555; de cuyo contratiempo se aprovecharon los émulos del Gobernador para empezar á malquistarle en la corte. De la embajada de Roma se le relevó en 1551, sustituyéndole don Juan Manrique de Lara, hijo de los duques de Nájera; y en 1553 fué comisionado por el Emperador para estorbar la ida del cardenal Poole á Inglaterra; lo que logró efectivamente al entrar este en el Palatinado.

Tantas fatigas y disgustos por una parte, y por otra unas cuartanas tenaces que padeció años atrás, y le tuvieron muy á los últimos, quebrantaron su natural robustez y energía por algun tiempo, mas no la aficion á los estudios, que era su pasion constante, su consuelo, y hasta el alivio de sus dolencias. No hubo en su tiempo persona alguna distinguida por su saber, que no se honrase con su amistad y trato; Carranza le dedicó su *Suma de los concilios;* Lázaro Bonámico ensalzó sus talentos y sus servicios; don Martin Perez de Ayala, y el doctor cronista Paez de Castro, encargado de escribir la historia de Cárlos V (2), le debieron repetidos favores y atenciones. Solo el pontífice Paulo III, resentido de su entereza, le miraba siempre con desvío, hasta que, habiendo fallecido en 1549, le sucedió, con el nombre de Julio III, el cardenal Juan María del Monte, legado que habia sido del concilio, y muy afecto al embajador de España, quien, por mediacion de este, dispensó algunos beneficios dignos de la piedad de un vicario de Jesucristo. Disfrutaba DON DIEGO la dignidad de confalonier ó alférez de la santa Iglesia romana desde la guerra contra el duque de Castro, Horacio Farnesio; pero habiendo castigado al barrachelo ó alguacil mayor de Roma por un desacato contra el Emperador, se indignó el Papa de manera que reclamó su destitucion; y Cárlos V, que habia ya comenzado á variar de política y pensaba en retirarse de los negocios, accedió á los deseos del Pontífice, llamando á DON DIEGO á España en principios del año 51.

No ignoraba Cárlos V cuán provechosas eran en Roma la experiencia y luces de su embajador; pero tampoco podia echar en olvido que en dos ocasiones, por los años de 1543, se habia atrevido á aconsejarle con demasiada severidad; una por medio de un escrito que dejó en su cámara, en

(1) «Que parase mientes en que estaba en su casa, y no se excediese», le dijo Paulo III; y DON DIEGO le respondió «que era caballero, y su padre lo habia sido, y como tal habia de hacer al pié de la letra lo que su señor le mandaba, sin temor alguno de su santidad, guardando siempre la reverencia que se debe á un vicario de Cristo; y que siendo ministro del Emperador, su casa era donde quiera que pusiese los piés, y allí estaba seguro».

Todos los biógrafos de MENDOZA refieren este hecho y trascriben estas palabras; pero no las de Pablo Sarpi, cuando dice que amenazó al cardenal de Santa Cruz con echarle al rio Adige si se obstinaba en aconsejar la disolucion del concilio.

(2) Entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional existen algunas obras de Paez de Castro, como por ejemplo, el *Método para escribir la historia;* papel dirigido al Emperador.

que, con la vehemencia del mas profundo convencimiento, le afeaba MENDOZA el proyecto que habia concebido de vender al Pontífice el estado de Milan, y otra, remitiéndole por medio de su camarero don Luis de Avila y Zúñiga (1), una franca exposicion sobre las materias que turbaban mas entonces la tranquilidad del mundo (2). Prevaleció en el ánimo imperial el escozor de aquel recuerdo, y volvió DON DIEGO á España, no para reposar de sus trabajos, sino para experimentar una nueva serie de cuidados y sinsabores.

Subió al trono Felipe II, que, al decir de algunos, no debia contemplar á MENDOZA con mucho afecto (3). Tuvo el nuevo monarca interés en nombrar para virey de Aragon una persona que no habia nacido en aquel reino, cuyos fueros se oponian á esta innovacion. Echó mano de MENDOZA para que persuadiera á los aragoneses á renunciar espontáneamente al privilegio; pero no pudo lograrlo, y quizás el Rey interpretaria como falta de celo, en el comisionado, lo que solo era defensa propia en los naturales. Hubo un tiempo además, segun se cree, en que el hijo de Cárlos V y el embajador de este monarca habian sido competidores en las preferencias de una dama (4). Por fin, un dia que DON DIEGO se hallaba en palacio trabóse de palabras con un caballero de la corte. Este sacó un puñal, y arrancándoselo DON DIEGO de las manos, lo tiró por una ventana, y fué á dar en los corredores del alcázar; hecho que parece juzgó el Rey por gravísimo desacato. Fuese por este último acontecimiento, ó por otra de las causas mencionadas, ó por todas juntas, salió MENDOZA desterrado (5). Vivió algun tiempo en Granada, dado á sus ocupaciones literarias (6); y ya indultado, regresó á la corte, donde murió á poco tiempo, en 1575, de resultas de una enfermedad que le provino del pasmo de una pierna.

De esta manera terminó sus dias, olvidado de la gloria y de los honores, el que en medio de ellos tantas envidias habia engendrado; realizándose así los temores que ya en su gobierno de Siena habia concebido, pues necesitado entonces de auxilios, y conociendo como conocia á los hombres, lamentaba su abandono presente y presagiaba igual suerte en lo sucesivo (7). No desconfió, sin embargo, de la bondad divina, antes consagró á la religion los instantes mas tranquilos de su vida, buscando en el ejemplo y trato de almas tan fervorosas como la de santa Teresa los consuelos que otros mas poderosos le habian negado (8).

De su indecible amor á las letras son un testimonio los grandes sacrificios que hizo siendo embajador en Venecia. Comisionó á Nicolás Sofiano para que le copiase cuantos escritos de algun interés pudiese haber á las manos en Tesalia, y al sabio griego Arnoldo Ardenio para que, sin reparar en gastos, hiciese lo propio respecto á los códices de varias bibliotecas, y en particular de la que habia sido del cardenal Besarion. Reunió de la literatura griega preciosos monumentos y muchas obras de los mas célebres autores, sagrados y profanos, como san Basilio, san Gregorio Nacianceno, san Cirilo Alejandrino, Arquímedes, Heron, Apiano y todas las de Josefo. Sabedor de que entre varios prisioneros habia un cautivo muy querido del Gran Turco, le compró por una gran suma, y sin rescate alguno se lo devolvió á su dueño. Agradeció Soliman la fineza, y no queriendo ser vencido ni aun en cortesanía, indagó qué dádiva seria de mas gusto para DON DIEGO, y en virtud de indicacion suya permitió á los venecianos comprar libremente trigo en sus estados, por la escasez que se padecia en la república, y añadió á esta gracia un regalo de multitud de manuscritos griegos, cuyo número parece exagerar Scoto y disminuir Iriarte (9), pues este los reduce á treinta y un volúmenes, y aquel afirma que consti-

(1) El autor de los *Comentarios de la guerra de Alemania*, que incluimos en este tomo.

(2) Véanse ambas exposiciones en los documentos siguientes, letras B y C, páginas XXII y XXIII.

(3) Navarrete, *Vida de Cervantes*, edicion de Madrid, 1819, pág. 441.

(4) Doña Isabel de Velasco, á quien obsequió Felipe II siendo príncipe, y á quien dió cédula de esposo despues de viudo de la princesa María. Al desistir doña Isabel de aquellos amores, parece puso por mote en sus reposteros las palabras *es imposible y forzoso*; y DON DIEGO las glosó en esta cuarteta:

Es imposible casarse
Vuesamerced con su alteza,
Y forzosó el cabalgarse,
So pena de ser simpleza.

(5) En la Biblioteca Nacional existen varias copias de la carta que con motivo del suceso de palacio y en descargo de su culpa dirigió al cardenal Espinosa. Despues la hemos visto escrita mas amplia y correctamente en una nota de la traduccion del segundo tomo de la *Historia de nuestra literatura*, de Ticknor, pág. 502, que han publicado los señores Vedia y Gayangos, sacada de un manuscrito que posee el último; y la hemos incluido entre los documentos, letra D, pág. XXVI.

(6) Refiere estas en sus *Cartas á Zurita*, que conservó Dormer en los *Progresos de la historia de Aragon*; Zaragoza, 1680, folio.

(7) Véase la carta á don Francisco de Toledo en los mismos documentos, letra E, pág. XXVII.

(8) Documentos, letra F, pág. XXVII.

(9) *Regiae Bibliothecae matritensis codices graeci, MSS.* Matr., 1769, pág. 277.

tuyeron el cargamento de una nave; pero Ambrosio de Morales (1), hablando con el mismo DON DIEGO, asegura, y esto parece lo mas verosímil, que fueron seis arcas llenas. DON DIEGO ofreció á Felipe II este inestimable tesoro para su biblioteca del Escorial; el Monarca aceptó la oferta, y el mundo literario debe aun á la grandeza del embajador de Cárlos V un monumento de su gratitud.

«Fué DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA (2) de grande estatura, robustos miembros, el color moreno oscurísimo, muy enjuto de carnes, los ojos vivos, la barba larga y aborrascada, el aspecto fiero, y de extraordinaria fealdad de rostro... Fué asimismo dotado de grandes fuerzas personales, y de no menor valor y firmeza en las fuerzas del ánimo, como notado tambien de áspera condicion y riguroso genio, que le opinaron de algo arrojado é intrépido en la conducta de los negocios del Estado.» Vivió soltero, pero dejó un hijo, que residia en Valladolid, muy parecido á él en el rostro, segun dice don Baltasar de Zúñiga, mas no en el entendimiento, porque era imbécil de todo punto.

Las obras que se citan de MENDOZA son estas:

Obras poéticas del insigne caballero DON DIEGO DE MENDOZA, recopiladas por frey Juan Diaz Hidalgo.—Madrid, Juan de la Cuesta, 1610, 4.°

El Lazarillo de Tórmes (3).

Paraphrasis in totum Aristotelem.

Traduccion de la mecánica de Aristóteles.

Comentarios políticos, manuscrito.

Conquista de la ciudad de Túnez.

Batalla naval; citada por don Nicolás Antonio, que dice existia al fin de la *Guerra de Granada*, en la librería del conde-duque de Olivares.

En la Biblioteca Nacional se conservan manuscritos con el nombre de este autor

Sus *Representaciones.*

Carta burlesca al capitan Pedro de Salazar, bajo el nombre del *bachiller Arcadia* (4).

Cartas al Rey y otras personas.

Notas á un sermon portugués, predicado después de la batalla de Aljubarrota.

Diálogo entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnesio.

Cartas sobre la vida de los Catariberas (5).

De LUIS DEL MÁRMOL CARVAJAL, autor de la *Historia del rebelion y castigo de los moriscos de Granada* (6), que insertamos á continuacion, no tenemos mas noticias que las que, hablando de sí, nos da él mismo en el prólogo de su *Descripcion general de Africa.* Allí nos dice que su patria era Granada; que siendo aun mozo de pequeña edad salió de aquella ciudad para la jornada que hizo Cárlos V sobre Túnez el año 1535; que después siguió las banderas imperiales en todas las empresas de Africa por espacio de veinte y dos años, y padeció siete y ocho meses de cautiverio en los reinos de Marruecos, Tarudante, Fez, Tremecen y Túnez, atravesando los arenales de Libia hasta los confines de Guinea con el jerife Mahamete, cuando llevaba sus armas victoriosas por Africa, apoderándose de las provincias occidentales; que hizo otros viajes por mar y tierra, así en cautiverio como en libertad, por toda Berbería y Egipto; que añadió á estos principios la continua meditacion de historias escogidas, latinas, griegas, árabes y vulgares, y que tenia mucha experiencia y práctica de la lengua árabe y africana, que son muy diferentes. Fué her-

(1) En la citada dedicatoria á MENDOZA de sus *Antigüedades de España.*

(2) Sedano, *Parnaso español*, tomo IV, pág. 14.

(3) Véase el tomo III de nuestra BIBLIOTECA (*Novelistas anteriores á Cervantes*).

(4) El señor don Pascual Gayangos opina que el libro de Salazar á que alude en su sátira MENDOZA no ha llegado hasta nosotros. Las razones en que se funda pueden verse en la traduccion del Ticknor, tomo II, pág. 504.

(5) En el mismo tomo de la citada obra, pág. 505, se prueba, como antes lo habia hecho don Bartolomé José Gallardo en el número 3.° de *El Criticon*, que los *Catariberas* se atribuyen falsamente á MENDOZA. Su verdadero autor es el doctor don Eugenio de Salazar y Alarcon.

(6) La edicion original de Málaga, por Juan René, año 1600, folio, la cual hemos tenido presente. Se repitió en Madrid por Sancha, 1797; dos volúmenes, 4.°

Sobre la *Expulsion de los moriscos* pueden consultarse además, entre otras obras, las siguientes:

Verdú (fray Blas), *De la expulsion de los moriscos.* (Barcelona, 1612, 8.°)

Corral y Rojas (don Antonio de), *Expulsion de los moriscos del reino de Valencia.* (Valladolid, 1612, 4.°)

Aguilar (Gaspar de), *Expulsion de los moriscos de España.* (Valencia, 1610, 4.°)

Aznar y Embid de Cardona (don Jerónimo), *Expulsion justificada de los moriscos españoles.* (Huesca, 1612, 8.°)

Vasconcellos (Juan Mendez de), *Liga deshecha por la expulsion de los moriscos.* (1612, 8.°)

Ribera (Juan de), *Instancias para la expulsion de los moriscos.*

Guadalajara y Javier (fray Marcos de). *Prodicion y des-*

mano de Juan Vázquez del Mármol, secretario del consejo de Castilla, que autorizó la fe de erratas de la primera impresion. En las portadas de sus obras se llama *andante en corte*, y tambien comisario y ordenador del ejército; y del desempeño de este cargo habla en su *Historia del rebelion*.

Aunque tuvo presente la obra de MENDOZA, y le siguió á veces con escrupulosidad, dió á la suya mayores proporciones y un carácter casi del todo opuesto. La *Guerra de Granada* es un diseño, y la *Historia del rebelion* un cuadro completo y vasto: en la una solo tienen cabida los hechos principales, y en la otra se representa la accion con todos sus pormenores; MENDOZA aspira á la dignidad de historiador, y MÁRMOL se contenta con la modesta pretension de cronista; y cuanto mas resalta en el primero el estudio y el cuidado en mostrarse lacónico y sentencioso, mas procura el segundo la sencillez, la prolongada estructura de los períodos y la narracion clara y fidedigna de los sucesos. Así es que la historia de MÁRMOL puede considerarse como el complemento, ó mas bien como un comentario de la de MENDOZA; y escrita con pureza de lenguaje, con la minuciosidad de un testigo de vista, produce mucho agrado é interés, no obstante la extension que da á los orígenes del asunto, y la monotonía que resulta á su estilo del abuso sistemático de la conjuncion. Tiene además el mérito de ser un copioso repertorio de documentos históricos, mostrando su autor á cada paso la erudicion y experiencia de que no en vano se lisonjeaba (1).

La otra obra de MÁRMOL que dejamos ya citada, y en que parece puso él su mayor empeño, es la *Descripcion general de Africa, sus guerras y vicisitudes, desde la fundacion del mahometismo hasta el año 1571*. Consta de tres tomos: el primero y segundo componen la primera parte, y se publicaron en Granada por René Rabut, 1573, folio; el tercero, que es la segunda parte, en Málaga, por Juan René, 1599. Tradújola, pero compendiándola, al francés Nicolás Perrot, de Ablancourt, y se imprimió en Paris en 1667, 4.°

Tambien atribuyen á MÁRMOL una traduccion de las *Revelaciones de santa Brígida*, y otra de las *Rúbricas del breviario romano*.

Deseosos de incluir en esta coleccion algunas de las obras que permanecen todavía inéditas, mas por casualidad ó descuido que porque sean merecedoras de semejante suerte, recordamos, entre otras, la *Crónica de las Comunidades*, escrita por Gonzalo de Ayora, que solo conociamos de nombre y por las frecuentes citas que de ella se hacen. Sabiamos que se conserva entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, y hubímosla al punto á las manos, satisfechos de la idea que se nos habia ocurrido; mas ¡cuál fué nuestra sorpresa cuando hallamos una relacion incongruente y desaliñada, y prosiguiendo en su lectura, palabras, frases y aseveraciones terminantes, que libran á Ayora de toda complicidad en aquel escrito (2)! Entonces recordamos que el libro segundo de la *Historia de Cárlos V*, tambien inédita, que escribió Pedro Mejía, tiene por asunto exclusivo la relacion de las mismas Comunidades; y como el autor dejó incompleta su obra á los principios del libro quinto, y este fragmento al fin forma un todo cabal y aislado, no vimos inconveniente alguno en hacer este obsequio á nuestros lectores. De las dificultades que hemos tenido que vencer, y que para en el caso de algun descuido alegamos como disculpa, decimos algo en la nota puesta al principio de esta obra (pág. 367) (3).

Fué el sevillano MEJÍA uno de los escritores mas celebrados por su saber y su nacimiento, pues

tierro de los moriscos de Castilla hasta el valle de Ricote. (Pamplona, 1613, 4.°)

Guadalajara y Javier (fray Marcos de), *Memorable expulsion y justísimo destierro de los moriscos de España.* (Pamplona, 1613, 4.°)

Gonzalez Alvarez (Vicente), *La expulsion de los moriscos de Avila.*

Perez de Culla (Vicente), *De la expulsion de los moriscos del reino de Valencia.* (Valencia, Juan Bautista Marsal, 1635, 4.°)

MANUSCRITOS.—*Cartas originales del conde de Salazar sobre su expulsion de España.* (Biblioteca Nacional, *códice S. 24.*)

Informe contra los moriscos que quedaron en España. (Id. id., *X. 20.*)

Noticias pertenecientes á su expulsion.—Descubrimiento de su conjuracion. (Id. id., *H. 4*, 7.)

Parecer del estado de los moriscos de Valencia é instruccion que se trataba de darles por el obispo de Segorbe don Martin de Salvatierra, año 1587. (Bib. Nac., *G.* 98.)

Carta del marqués de los Vélez sobre el alzamiento de los de Granada. (Id. id., *Dd.* 59.)

De los existentes en otras bibliotecas podemos citar los de la particular del señor Gayangos, que, así de estos como de impresos, reune considerable número.

(1) Hasta muy adelantada la impresion de esta obra, no llegó á nuestras manos el *Cartulario de Alonso del Castillo*, opúsculo en que se contienen todos los escritos árabes romanzados por él, de órden superior, durante la guerra de los moriscos, publicado recientemente por la Real Academia de la Historia. No se extrañe pues que solo hayamos podido compulsar con dicho *Cartulario* los últimos documentos que inserta MÁRMOL.

(2) La supuesta *Crónica de Ayora* existe en el departamento de manuscritos de dicha Biblioteca, estante *G*, núm. 69.

(3) De los manuscritos á que en ella nos referimos se afirma que unos son del siglo XV, y los mas del XVI. Excu-

rara vez se habla de él sin aplicarle los dictados de muy docto y muy ilustre ó magnífico caballero. Hasta poco há se ignoraban generalmente los sucesos de su vida, y solo por conjeturas podia formarse juicio de su carácter; pero en los años pasados apareció en uno de los periódicos mas acreditados de nuestros dias un curiosísimo artículo, que llevaba por epígrafe *El album de Francisco Pacheco* (1), y en él tenemos cuantas noticias pudiéramos apetecer del cronista de Cárlos V.—Por la copia que abajo insertamos se verá que el buen MEJÍA llegó á pronosticar, años antes que acaeciera, el punto y hora de su muerte; pero, sin negar sus conocimientos astrológicos, ni achacarle ilusiones que tan comunes eran en aquel tiempo, nos persuadimos á que semejante conseja es solo una exageracion del concepto en que se le tenia.

Si es exacta la fecha de su fallecimiento, en 1552, emprendió la crónica del Emperador tres

samos añadir que ha sido un yerro de imprenta; debe decir siglo XVI y XVII.

En los archivos y bibliotecas abundan los papeles pertenecientes á las Comunidades, y de las mismas se trata con mas ó menos extension en todas las historias generales y particulares relativas á esta época.

Como tratados especiales podemos citar:

Santa Cruz (Alfonso de), *De lo que sucedió en Sevilla en tiempo de las Comunidades.*

Martin de Roa escribió, segun don Nicolás Antonio, con el nombre de Andrés de Morales, *Los procedimientos de la ciudad de Córdoba en tiempo de las Comunidades.*

Maldonado (Juan), *De motu Hispaniæ*, etc., traducida y anotada por el actual bibliotecario del Escorial don José Quevedo. (Madrid, Aguado, 1840, 4.º)

Contienen tambien datos y juicios muy importantes sobre este asunto: las *Epístolas familiares de fray Antonio de Guevara*, obispo de Mondoñedo (véase el tomo XIII de nuestra BIBLIOTECA); las cartas y advertencias inéditas del almirante don Fadrique Enriquez; la *Silva palentina*, del arcediano de Alcor Alonso Fernandez de Madrid, y las *Antigüedades de Simancas*, de Antonio de Cabezudo, etc.

(1) *Semanario pintoresco* de 1844, pág. 405. Pacheco, por lo visto, manejaba la pluma tan diestramente como el pincel. Parece que dejó una preciosa coleccion de retratos y elogios de hombres célebres, cuyo original regaló al conde-duque de Olivares, y del cual lastimosamente se conservan solo noticias. Algunos de los borradores fueron á manos del excelentísimo señor don Martin Fernandez Navarrete, el cual se los facilitó á los redactores del *Semanario;* y por este medio se ha salvado del olvido la interesante vida de MEJÍA, que dice así:

«Si alguna duda hubiera en el orígen y patria del sapientísimo varon PEDRO MEJÍA, y si estuvieran en su antigua prosperidad la docta Aténas y la triunfante Roma, no dudo que contendieran entre sí, atribuyéndoselo cada una por suyo; y fuera no menos justa la causa que en las siete ciudades de Grecia por Homero. Mas el generoso cielo se le dió á esta ciudad Sevilla por hijo, siendo con él tan pródiga la naturaleza, que no le negó secreto suyo ni le dejó de dar cosa de las que dan estimacion á los hombres. El fué caballero notorio y de tan singular ingenio, que alcanzó lo que dirá brevemente este elogio. Aprendió la lengua latina en esta ciudad, y prosiguió en Salamanca los estudios de las leyes; y por ser de natural brioso y determinado, se aventajó tanto en la destreza de las armas, que ninguno le igualaba. Florecia en aquel siglo, entre otros varones, la elocuencia de Luis Vivas (vives), á quien escribia muchas cartas latinas con tanta elegancia, que vino á ser dél muy estimado. Entreteníase tambien en componer versos castellanos; y por su agudeza y dulzura fué muchas veces premiado. Creciendo en años y moderando los brios de la juventud, le fué utilísimo el trato familiar con don Fernando Colon, hijo del primer almirante de las Indias, y el de don Baltasar del Rio, obispo de Escalas, que despertó en Sevilla las buenas letras; el cual le comunicó algunos libros extraordinarios, y con este socorro se acrecentó tanto, que era tenido de todos por varon eminentísimo. Pero quien lo hizo mas admirable fué el uso de las matemáticas y astrología, en que era conocidamente el mas aventajado, pues por excelencia fué llamado el Astrólogo, como Aristóteles el Filósofo. Con este conocimiento predijo muchas cosas y su misma muerte veinte años antes. Sobrevínole una grave enfermedad de la cabeza, que le duró todo el tiempo que vivió, por donde parece increible haber leido tantos libros y compuesto las obras que divulgó, sin faltar al trato de sus amigos y de los caballeros y señores desta ciudad y á los cargos que en ella administró, porque fué alcalde de la hermandad del número de los hijosdalgo, contador de su majestad en la casa de la Contratacion, y uno de los regidores que llaman veinticuatro. Con tan contino trabajo vino á debilitarse de manera que en quince años jamás salió al sereno de la noche. En su manjar y bebida era muy templado y guardaba mucha igualdad. El sueño no pasaba de cuatro horas, y si llegaba á tres, no se tenia por descontento. Solo se hallaba con fuerzas para estudiar y escribir y para los ejercicios del alma, tanto mas despierta cuanto con mayor flaqueza el cuerpo; la mañana asistia en la iglesia, y lo que le sobraba del dia gastaba en los ministerios que tenia á su cargo; las noches eran todas de los libros, que como se recogia temprano y salia tarde, dormia tan pocas horas, que le sobraban muchas que gastar en sus estudios. Compuso primero la *Silva de varia leccion*, y sirvió con ella al emperador Cárlos V, y fué recibida con tanto aplauso, que luego se animó á ordenar la *Historia de los emperadores*, que salió á luz el año 1585, dirigida á don Felipe, príncipe de España, que gustoso della, respondió á su carta prometiéndole su favor. Dos años después publicó los *Diálogos*, debajo del amparo de don Perafan de Rivera, marqués de Tarifa; luego se esparcieron estas obras tan llenas de erudicion, traduciéndose en diversas lenguas, y en todas fueron recibidas con admiracion de los hombres sabios. Hallábase entonces el invitísimo César en Alemania, glorioso con las victorias que habia ganado, y llegaron á tan buen punto los libros de PEDRO MEJÍA, que leyéndolos él y su confesor fray Domingo de Soto y otros grandes personajes, se satisficieron tanto, que luego, por órden de su majestad, le escribió el Comendador mayor se emplease en escribir la vida del mismo emperador Cárlos V; y aunque se excusó con su poca salud, con todo eso su majestad le envió el título de su cronista, desde la ciudad de Augusta, el 8 de julio de 1548, y le dió licencia para que, estándose en su casa, gozase del salario. Atendiendo pues á su nuevo cargo, comenzó á escribir con tanta verdad y con tan copioso y elegante aparato de elocuencia, que si se acabara esta historia, fuera sin duda una de las mejores que jamás se compusieron; y aunque fué heróica esta empresa, no fué de menos gloria la que acometió en el fin de su vida, con puro celo de honra de Dios. Habian ciertos malos teólogos comenzado á sembrar por Sevilla los errores de Alemania, con demostracion de tan buenas costumbres y modestas palabras, que llevaban tras sí la gente. Descubrió PEDRO MEJÍA con la sagacidad

años antes, pues él mismo asegura en el prólogo que comenzaba aquella *escritura* en 1549; y no es, por lo tanto, extraño que le sobrecogiese la muerte antes de concluirla. Las obras que tanta reputacion le dieron son las siguientes :

***Silva de varia leccion*, Sevilla, Juan Cromberger, 1542; folio. Tiene solo tres partes, en la segunda edicion añadió el autor la cuarta.**

En Zaragoza se reimprimió en 1554 con quinta y sexta parte por un anónimo.

Publicóse además en Ambéres, por Martin Nucio, 1555 y 1564; en Lyon, 1556; en Lérida, 1572; en Madrid, 1602; en Ambéres, por los Belleros, 1604; en Madrid, por García de Olmedo, 1643 y 1673, con la traduccion de la *Parenesis* de Isócrates, y se tradujo en varias lenguas de Europa.

de su ingenio la ponzoña, y juntándose con fray Agustin Desbarroya y fray Juan Ochoa, excelentes teólogos, de la órden de santo Domingo, todos tres se opusieron al bando de la gente engañada, y libraron la república de tan mortal peligro. En estas ocupaciones le halló la muerte, que le sobrevino de una grave enfermedad del estómago. Compuso sus cosas con gran conformidad, consolando y dando saludables consejos á los que tenia á cargo; y en aquellos ocho dias que le duró la vida solo se ocupaba en las cosas del cielo y en disponerse con los medios que usa la Iglesia en el negocio de la muerte, que fué al octavo dia de esta reclusion, en 7 de enero de 1551, de cincuenta y dos años de edad, con tales demostraciones, que podemos piadosamente creer que está gozando de Dios. Fué PEDRO MEJÍA de grande ánimo, y aunque colérico, de apacible condicion, compasivo, inclinado á socorrer á los afligidos, y sobre todo, tan amigo de verdad, que ninguna cosa aborrecia tanto como la lisonja. Fué muy devoto y observante de la religion; frecuentaba los santos sacramentos, comunicaba familiarmente con gente religiosa, y vivia con tanto recato, que era tenido por escrupuloso: su muerte fué tan sentida como habia sido estimada su vida. Sepultaron su cuerpo con solemne pompa en la capilla Mayor de la iglesia parroquial de Santa Marina, entierro de sus antepasados de mas de ciento cincuenta años. Sabida su muerte, mandó el Emperador se entregase lo que habia escrito, cerrado y sellado, al secretario Juan Vázquez de Molina; y aunque muchos ilustres ingenios han celebrado las alabanzas deste doctísimo caballero, el doctor Benito Arias Montano, singular ornamento de nuestro siglo, quiso mostrarse agradecido á la buena memoria de PEDRO MEJÍA, de quien en sus primeros años fué amado y favorecido con oficio de padre y maestro; y así, compuso en honra suya este epitafio, para que se esculpiese en la piedra de su sepultura, donde se ve hoy :

Petri Messiae Epitaphium.

D. G.

Petro Messiae Patricio Hispalen. Ex. Ord. XXIV.
Civitatis Procer. An. LII. Et Dom. Ann. Medinae, et Osorio. Patriciae Annor. LXII. Franciscus
Mesia Parentib. Piiss.
Ac desideratis, et ex eodem
connubio Fratrib. Unicus superstes.

Hoc Pos.

Excessere vita VIII. Idib. Januar.
MDLII. Uxor XVI. Kal. Sextil.
MDLXII. Sit Gloria Defunctis.
Hoc jacet exiguo Petrus Mesia sepulchro
Gratus Caesaribus, Regibus, et Populo,
Qui causas rerum felix cognovit, et omnes,
Ingenii adicitus dexteritate sui,
Et qui Caesareos summa cum laude triumphos
Ediderat, clara nobilitate potens.
Qui curas animo vicit fortes, qui fugaces
Risit, et aeternas conciliavit opes.»

Hasta aquí el elogio de Pacheco. Rodrigo Caro, en su obra titulada *Claros varones en letras, naturales de Sevilla*, con notas y adiciones de don Juan Nepomuceno Gonzalez de Leon, natural de aquella ciudad (Manuscrito de la Academia de la Historia), añade á las noticias de Pacheco, que nació á principios del año 1500 en Sevilla; que habia allí varones muy doctos que enseñaban buenas letras y artes en todas las ciencias, y especialmente las lenguas griega y latina; que MEJÍA se aprovechó y se dió al estudio de las matemáticas é historia, siendo tan aventajado en ellas, que en su tiempo lo consultaban los pilotos y mareantes, y no se desdeñaba en enseñarlos la cosmografía y la hidrografía, para que en sus difíciles viajes y aventurados descubrimientos no se perdiesen.

»Extendióse su nombre por toda Europa, y le escribieron de varias provincias los varones mas doctos de aquella edad, entre ellos Juan Ginés de Sepúlveda y Erasmo Rotorodamo, el cual le remitió juntamente una copia de su retrato de mano de un excelente pintor, cuya obra dice Caro que la vió en Sevilla en la selecta y curiosa librería de Juan de Torres Alarcon.

»Respecto á la Historia del Emperador, dice el mismo escritor que tenia gran parte de ella trabajada cuando murió, y añade : «Sacólo otro historiador en otros tiempos á la letra, sin tomar en la boca al dueño verdadero; y esto consta por ser así, porque los mismos originales permanecian en poder de un hombre docto y muy conocido.»

»Fué sin duda esta obra de mucho mérito, pues alabando su estilo Andrés Scoto, dice : *Instar amnis labentis in historia fluit : fidelis ac valde circumspectus, et quodam modo ut de Messala Fabius refert, prae se ferens in dicendo nobilitatem.*

»Argote de Molina en su discurso sobre la poesía castellana (al fin de *El conde Lucanor*) hace expresa mencion del buen caballero PEDRO MEJÍA, prodigándole mil elogios y alabándole como poeta.

»Finalmente, respecto á su muerte refiere Rodrigo Caro como cierto un hecho muy digno de copiarse aquí : «Habia adivinado, dice, PEDRO MEJÍA por la posicion de los astros de su nacimiento, que habia de morir de un sereno, y andaba siempre abrigado con uno ó dos bonetes en la cabeza debajo de la gorra que entonces se usaba, por lo cual le llamaban Siete-bonetes; *sed non auguris potuit depelere pestem;* porque estando una noche en su aposento, sucedió á deshora un ruido grande en una casa vecina, y saliendo sin prevencion al sereno, se le ocasionó su muerte, siendo de no muy madura edad.»

»Este suceso, despojado de las buenas creencias astrológicas de Caro, contraría la opinion de Pacheco respecto á que murió de dolor de estómago, como dice en su elogio.

»Fué sin duda MEJÍA uno de los hombres mas doctos de su tiempo, sin que le embarazasen los muchos cargos que desempeñó, para continuar asiduamente en sus trabajos literarios. Escribió la vida de los emperadores, desde Julio César hasta Cárlos V, la *Silva de varia leccion*, que va ya referida; imitando al docto africano Lucio Apuleyo, escribió tambien las *Alabanzas del asno* en estilo gracioso y entretenido. Fueron sus obras muy apreciadas de los doctos, imprimiéndose en España, Italia, Francia, Alemania é Inglaterra, con mucho aprecio de todo el orbe cristiano.»

Los Césares, desde Julio y Augusto hasta Maximiliano I de Austria; Sevilla, 1544 y 1565, folio; Basilea, 1547; Trujillo, 1564; Ambéres, 1578. Tradújose al italiano por Alfonso Ulloa y Luis Dulci, Venecia, 1664.

Coloquios ó diálogos; Sevilla, 1547 y 1548; Ambéres, 1547; Madrid, décima impresion, 1767. Hay una version francesa de un anónimo, y otra italiana por el citado Ulloa, Venecia, 1557.

La mencionada *Parenesis* de Isócrates, y otros fragmentos y escritos inéditos.

MEJÍA, fuera de las lisonjas que prodiga al César, y que le hacen llamar *siervos* á los vasallos (1), considerado solo como historiador, adolece de cierto amaneramiento en la elaboracion de los períodos y en el abuso de los sinónimos, con que sin duda pretende esclarecer mas las ideas; pero es buen hablista, escritor claro, vigoroso y hábil en la manera de disponer su asunto. No deja de ser feliz en la eleccion de las palabras, y no menos en el empleo de las metáforas y comparaciones, como al referir el incendio de Medina, cuyos vecinos dice que miraban arder sus casas «como si fueran las de sus enemigos», y después, «que quedaron mas encendidos en su furia que la villa con el fuego.» Algunas veces incurre en afectacion, y otras, por evitar este defecto, se arrastra con demasiada languidez, pero no debe olvidarse que sus largos padecimientos necesariamente habian de debilitar su espíritu, y que no habiéndole dejado la muerte terminar su obra, tampoco le daria tiempo para perfeccionarla.

Poco necesitamos detenernos en dar razon del *Comentario de la guerra de Alemania*, escrito por DON LUIS DE AVILA Y ZÚÑIGA. Es una obra sin pretensiones, una relacion exacta de lo que el autor vió por sus propios ojos, pero hecha con seguridad y soltura, llena de pormenores interesantes, con un lenguaje llano, conciso y no exento de cierta originalidad, que la hace doblemente recomendable.

La edicion príncipe es de Ambéres, por Steels, 1550 (2). En el propio año se hizo una traduccion francesa de esta obra, creemos que por Mathieu Vaulchier, y se imprimió en el mismo Ambéres por Nicolás Torcy (fecha *ut supra*). La misma ú otra traduccion en el propio idioma se publicó en Paris en 1551. Tambien tiene version latina.

Don Nicolás Antonio asegura que se reimprimió en España en 1547; mas no conocemos ejemplar alguno. Hemos sí tenido presentes el de Venecia, de Marcolini, 1552, y el de Madrid, por Francisco Javier García, 1767.

Cítase como obra inédita de AVILA y ZÚÑIGA unos *Comentarios de la guerra que hizo el emperador Cárlos V en Africa*; pero no hemos podido lograr ninguna noticia de ella.

De su patria solo sabemos, con referencia á don Nicolás Antonio, que fué Plasencia; y esto lo colige de una carta de Juan Verzosa; de los cargos que desempeñó, además de la embajada de Roma, que el mismo don Nicolás asegura que hizo en tiempo de Paulo IV y de Pio IV, únicamente consta el de comendador mayor de Alcántara, como se expresa en la portada de su *Comentario*, y el de camarero del Emperador, á quien acompañó en la guerra que describe, siendo entonces y después uno de sus mayores parciales y favoritos. Casó con hija y heredera de don Fadrique de Stúñiga y Sotomayor, y por este enlace poseyó los estados de Mirabel, Alcorchel y Brantevilla.

Llega su turno á la obrita de GONZALO DE ILLESCAS, cura beneficiado de Dueñas, en la diócesis de Palencia, y al parecer natural de esta ciudad, segun opina el citado don Nicolás Antonio. Hemos procurado hacer mas averiguaciones, mas por desgracia sin ningun fruto. Se presume que murió antes del año 1633. ¡Tremendo desengaño! De la vida de este hombre no se nos dice mas que su muerte, como si esto únicamente fuese lo positivo de la existencia.

Lo que mas reputacion le ha dado es la *Historia pontifical y católica*, en la cual se contienen las vidas de los pontífices romanos. Las dos primeras partes son del autor, las restantes de sus continuadores Luis de Bavia, fray Márcos de Guadalajara y don Juan Baños de Velasco. Cítanse ediciones mas ó menos completas; la primera de Salamanca, 1574, y las demás de Búrgos, 1578; Zaragoza, 1583; Búrgos, 1592; Barcelona, 1596; Madrid, 1623, 1652 y 1678.

La traduccion de la *Imágen de la vida cristiana*, original del portugués Héctor Pinto; Medina, 1578 (primera parte), y Alcalá, 1580.

Y otra de la *Mística teología* de Sebastian Foscari; Madrid, 1573.

(1) Véase el cap. II, pág. 371, col. 2.ª

(2) En la nota puesta al pié de la primera página de esta obra (410) hemos dicho que no habíamos podido adquirir la primitiva edicion de Ambéres. Posteriormente nos la ha facilitado con su habitual desprendimiento amabilidad el señor don Pascual Gayangos, y la hemos hallado conforme en un todo con la de Madrid de 1767.

La obra menos conocida del DOCTOR ILLESCAS es la *Jornada de Cárlos V á Túnez*, de que solamente hemos visto la edicion estereotípica hecha el año 1804 en la imprenta Real por la Academia Española. Sus pequeñas proporciones parece que tienen por objeto concentrar mas su mérito y su belleza, pues dificilmente podrá hallarse trabajo mas armónico y concluido, ni opúsculo en que mas hábilmente estén resumidas todas las partes que constituyen una perfecta historia : plan bien trazado y distribuido, estilo ameno, pintoresco, gallardo, digámoslo así, como la índole del asunto lo requeria; descripciones oportunas y variadas; la narracion sostenida con grandísimo interés, de tal modo, que parece una novela ó un poema; los personajes colocados en su verdadero punto de vista; en suma, el talento compitiendo con el arte, y produciendo un modelo que, á pesar de su pequeñez, no dejará de hallar panegiristas y admiradores. Ignoramos si su autor hubiera manifestado igual acierto en obra de mas empeño y mayor escala; pero sí nos parece que supo realizar lo que se propuso, y por eso no hemos temido excedernos en sus elogios.

Llegamos ya al fin de nuestra tarea, y nos complacemos en coronarla con la joya de mas precio que brilla en todo nuestro tesoro histórico. La sabiduría se asemeja á la virtud, y así, fructifican ambas y se propagan por el ejemplo. Los esfuerzos de tantos hombres eminentes necesariamente habian de engendrar imitadores, y tarde ó temprano era de esperar se alzase alguno que, ó favorecido por las circunstancias, ó dotado de recursos extraordinarios, sobrepujara á cuantos le hubieran precedido, y fuese en adelante el númen y guia de sus sucesores. No tardó en realizarse esta esperanza : en la postrera mitad del siglo XVI florecieron los modelos que admiramos tanto; MELO apareció á los principios del XVII.

Manteníase aun vivo en los corazones el recuerdo de las pasadas glorias, y como si el temor de perder para siempre las de las armas hubiese despertado en nuestros ingenios el ansia de conquistar otros laureles, de emprendedora y guerrera, se convirtió la nacion en pacífica y literaria. Las artes de la imaginacion cobraron de pronto vigoroso impulso : la correccion del Ticiano se trasformó en las tintas de Murillo; la severidad de Herrera cedió el lugar á escuela mas atrevida; la poesía de fray Luis de Leon y Lope no se atrevió á rivalizar con Calderon ni Góngora. Ante espectáculo tan animado tampoco pudo la historia permanecer impasible y muda; y MELO, que era el único capaz de representar aquella transicion, acometió con denuedo y sagacidad tan loable empresa.

Hijo de una familia ilustre (1), se consagró desde edad muy temprana á los estudios, haciendo tan rápidos adelantos, que á los catorce años comenzó á dar muestras de su gran talento en algunas composiciones poéticas y literarias, y en una obra cuyo título es *Concordancias matemáticas*. Huérfano de padre al cumplir los diez y siete, determinó sentar plaza de soldado, y buscar en los riesgos y batallas el incentivo que anhelaba su imaginacion : así que, alistado en uno de los tercios fijos próximos á dirigirse á Flándes, se embarcó en la escuadra que debia trasportarlos, y en compañía de don Manuel de Meneses, que era el general que la conducia.

DON FRANCISCO MANUEL MELO nació en Lisboa el 23 de noviembre de 1611, y como portugués y mozo, y de ingenio naturalmente despierto, simpatizó fácilmente con el General, hombre franco y aficionado al estudio de la literatura. Conjuráronse los elementos contra aquella desdichada expedicion, y navegando derecha á la Coruña, sufrió tan horrorosas tempestades, que se dispersaron los navíos, se perdieron las embarcaciones ligeras, y la capitana de Meneses fué á dar en las aguas de San Juan de Luz, donde la amenazaba un naufragio inevitable. Dícese que impávido el General, se adornó de todas sus galas para esperar la muerte, y mientras esta llegaba, sacó de entre los papeles que llevaba consigo un soneto de Lope en alabanza del cardenal Barbarino, que el mismo autor le habia dado poco antes en la corte; y con admirable sangre fria se lo leyó á MELO, discurriendo largamente con él sobre el mérito de aquella composicion. Semillas eran estas muy á propósito para germinar en el corazon del jóven aventurero. Viéronse en salvo afortunadamente, y MELO fué el encargado de dar sepultura á mas de dos mil cadáveres que nadaban sobre las ondas; lo cual en un ánimo inexperto, lleno de ilusiones y ambicion de gloria, debió dar lugar á melancólicas y profundísimas reflexiones.

Malogrado así aquel proyecto, se dirigió DON FRANCISCO á la corte, y en ella y en Portugal residió alternativamente, deseando obtener alguna colocacion. Los disturbios ocurridos en Evora

(1) La edicion de la *Historia de la guerra de Cataluña*, hecha en Madrid por Sancha, 1808, contiene una extensa biografía de MELO, con todos los pormenores que pueden desearse, y que aquí no nos es dado reproducir.

en 1637, con motivo de las nuevas imposiciones de tributos que se acordaron, resolvieron al duque de Braganza á enviar á la corte un comisionado que enterase minuciosamente al Rey y al Conde-Duque de todo lo acaecido, y para este encargo se valió de nuestro autor, con quien, aunque lejanas, tenia algunas relaciones de parentesco. En vista de sus informes, mandó Olivares al conde de Liñares, don Miguel de Noroña, que fuese á apaciguar la sublevacion, y que llevase á Melo en su compañía; pero siendo inútiles todas sus diligencias, se retiró el Conde á Lisboa, y envió á don Francisco á la corte con relacion del estado en que dejaban aquel negocio.

Prescindiendo ya el de Olivares de miramientos, introdujo dos ejércitos en Portugal, que todo lo llevaron á sangre y fuego, y ordenó asimismo que se hiciesen levas para formar cuatro regimientos pagados por cuenta de los portugueses, y dos tercios de infantería voluntaria. Para mandar el primero de estos fué elegido don Francisco, que no pudiendo completar el número de gente necesaria en los pueblos de Portugal, hubo de pasar á Castilla con igual objeto; pero entre tanto el Cardenal Infante pidió desde Flandes socorros á toda priesa, y uno de los tercios que determinaron enviarle, y que pusieron bajo las órdenes de Melo, salió inmediatamente para la Coruña.

Aquí se halló don Francisco en la embestida que el 16 de junio de 1639 dió á la plaza la escuadra del arzobispo de Burdeos, suceso de mas aparato que sustancia. Fué después comisionado para ejecutar el embarque de la gente de guerra que habia de ir en la numerosa armada reunida contra los holandeses; y procedió con tal actividad, que embarcó en dos dias de nueve á diez mil hombres, de cuyas resultas contrajo dolencias que le duraron por espacio de tres años. Asistió á los combates que se empeñaron entre la escuadra holandesa, mandada por Tromp, y la nuestra, regida por don Antonio Oquendo, y escapó dichosamente de los varios conflictos y pérdidas que con este motivo ocasionó á nuestras armas la falacia inglesa.

Sirvió en seguida de maestre de campo en los ejércitos de Flándes, y una enfermedad le impidió desempeñar la honrosa comision que le confió el Infante Cardenal para Alemania con el fin de disuadir la disposicion del ejército de Alsacia, á consecuencia de la pérdida de Brisac. Fué nombrado á poco tiempo gobernador de Bayona de Galicia; mas como después ocurriese la sublevacion de Cataluña, recibió órden de asistir al marques de los Velez, elegido para caudillo de aquella empresa. A su lado sirvió don Francisco con la mayor lealtad y celo, aconsejándole en los casos mas arduos, y siendo, mas bien que subalterno, compañero y amigo suyo; tanto, que habiendo mandado Felipe IV al Marqués que hiciese escribir aquella guerra por la persona mas hábil que hubiese en el ejército, designó para ello á nuestro autor, con aplauso de todo el mundo; y así pudo conseguir relaciones exactas de todo lo acaecido.

Desde este punto Melo, que no podia quejarse de la fortuna, comenzó á probar la amargura de sus rigores, pues habiéndose en 1.° de diciembre de 1640 levantado Portugal para emanciparse del dominio de Castilla, y coincidiendo esta inesperada nueva con los movimientos de Cataluña, ó porque realmente creyera el Conde-Duque que los portugueses del ejército de Velez conspiraban á la sombra de sus armas, ó por hacerse con rehenes que desde luego le diesen seguridad de negociar con ventaja, mandó prender á don Francisco, y que se le condujese á la corte con algunos de sus compatriotas. Nada justificaba semejante tropelía, y ninguna culpa pudo achacársele mas que su amistad con el de Braganza; así fué que á los cuatro meses de prision se le declaró inocente y libre, y para reparar los perjuicios que se le habian ocasionado fué menester asignarle una renta mayor que la que importaban sus bienes de Portugal, y restablecerle en la opinion pública concediéndole un destino de mas suposicion que los que hasta entonces habia gozado.

No quiso, sin embargo, Melo quedar expuesto á los golpes de un poder enconado y receloso; y creyéndose por otra parte obligado á tomar la defensa de su patria, partió primero para Lisboa, y de esta ciudad á Lóndres; asistió al congreso de la paz celebrado entre Portugal y la corte de Inglaterra; pasó á Holanda, y llevó consigo los socorros de gente, armas y vituallas que de aquella parte se esperaban en Portugal; y tanto trabajó en favor de sus conciudadanos, que, repitiendo las palabras de su biógrafo, pocos fueron los negocios de guerra y paz, embajadas, jurisdicciones, capitulaciones, regimientos, competencias, y otras cosas semejantes, de las que pasaron en aquel reino, en sus tribunales, consejos, fronteras y conquistas, en que dejase de tener parte.

Pero un hombre de tan extraordinario mérito habia de pagar su tributo al mundo en nuevas y dolorosas vicisitudes. Injustamente se le imputó un asesinato en 1644, é injustamente se le desterró al Brasil después de un largo encarcelamiento. A ruegos del rey de Francia y el cardenal

Mazarino, consiguió ser trasladado á Bahia en 1648, y pasados algunos años, regresó á Lisboa, absuelto de toda pena; donde incesantemente dedicado á sus escritos y ocupaciones literarias, falleció el 13 de octubre de 1667, de cerca de cincuenta y cinco años, dejando un hijo natural, pues nó llegó á contraer matrimonio, llamado don Jorge Manuel de Melo, que siendo capitan de caballos, murió heróicamente en la batalla de Senef, el año 1674.

Si como hombre y como político pudo Melo tener émulos y perseguidores, como escritor recibió siempre unánimes alabanzas de sus contemporáneos. Quevedo, el talento mas general y profundo de su época, le profesó particular amistad, y la misma correspondencia mereció de los sabios de otras naciones. Fué muy versado en las lenguas cultas de Europa, y se afirma que sus obras, impresas repetidas veces en Italia, Francia, Portugal é Inglaterra, componian hasta cien volúmenes, y poco menos las manuscritas, ya místicas, ya de historia, poesía, milicia, política, moral y otras ciencias: número casi increible tratándose de quien gastó su vida en viajes, guerras, negociaciones é infortunios.

La coleccion de sus poesías se publicó en Lisboa en 1649, con el título de *Las tres musas*, y en 1665 las reimprimió en Lyon Horacio Boisat, con el de *Obras métricas*, aumentándole una segunda parte.

Durante su prision en Lisboa terminó la *Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña* (1), que dedicó al pontífice Inocencio X, encubriendo su verdadero nombre, y tomando el de Clemente Libertino. En este proceder tuvo mas parte la reflexion propia de su buen juicio que la modestia. Debia manifestar sin empacho la culpa que el gobierno español tenia en aquellos acontecimientos, y se hubiera creido que le censuraba por pasion y por ojeriza; gravísimo obstáculo á la suprema autoridad de la historia. En su dedicatoria al Papa quizá mediaria una razon análoga: el dirigirse á otro cualquiera príncipe se hubiera interpretado ó como desquite ó como lisonja, si ya al rendir tan respetuoso homenaje á la cabeza visible de la Iglesia no pretendia desmentir alguna prevencion ó calumnia contra sus opiniones religiosas.

Sin embargo, no por hacer responsable en cierto modo á la corte de los tumultos de Cataluña, aprobaba Melo la insurreccion, ni anteponia mezquinas consideraciones á los fallos solemnes de la imparcialidad y de la justicia. En aquella contienda se reproducia el espectáculo que tantas veces ha presenciado el mundo, la lucha del despotismo con la anarquía, dándose recíprocamente ayuda y mutuamente justificándose; y Melo, que no solo sabia referir los hechos como escritor, sino contemplarlos como filósofo, acertó á calificarlos con exactitud, contentándose meramente con establecer la prioridad de la culpa (2), y no excusar jamás á la parte en quien recayese.

Es en verdad admirable cómo, habiendo tratado tan de cerca á las personas que se proponia juzgar, y borrando de la memoria cuanto tenia relacion consigo y con sus agravios, hablara de los primeros cómo de hombres enteramente extraños é indiferentes, y no dejara traslucir ni aun la sombra mas leve de los segundos. La historia de Melo no parece un libro contemporáneo: el relieve en que se ve allí todo es el que da la lejanía del tiempo y de la distancia; y en cuanto á la apreciacion que hace de los sucesos, de tal manera está interpretado el juicio que se ha formado de ellos, que nadie podria hoy desempeñarlo con mas acierto deduciéndolo *à posteriori*.

¿A qué extendernos mas en celebrar el mérito de una obra tan llena de perfecciones? Si se la considera por su estilo, nada hay superior á ella; si por la diccion, su lectura basta para sentir los afectos que arrastran la pluma del escritor; y ya se examine por partes, ya en conjunto,

(1) En Lisboa se hicieron tres ediciones de esta obra: la primera en 1645, la segunda en 1692, y en 1696 la tercera. Sancha la reimprimió en Madrid en 1808, purgándola de los muchos defectos de que las antiguas adolecian. Brunet, en su *Manual del librero* (Paris 1842-1844), cita otra edicion de Madrid de 1805. No sabemos cuál sea.

En Paris se publicó tambien en 1827, y en Barcelona en el *Tesoro de autores ilustres*, por Oliveres, el año 1842, con una continuacion de don Jaime Tió hasta la conclusion de la guerra en 1653.

(2) Así lo expresa terminantemente, pues disculpando á los catalanes de la manera algo libre con que exponian al Rey sus quejas, añade estas palabras (pág. 478, col. 2.ª):

«Pensaban los catalanes que escribian al Rey sus lástimas, y hablaban en aquel modo que la miseria halló para rogar á la grandeza; el dolor sensible no sufre elegancias ó decoros; á cualquier hora y por cualquier término se queja el dolorido. Decian con sencillez sus trabajos, y como cosa natural en los hombres, acudian con la mano y con el dedo á señalar la parte ofendida y *la causa de la ofensa*; escribieron á la Reina, al Príncipe y á los ministros superiores; escribieron al mundo todo un papel impreso, á que llamaron *Proclamacion católica*; etc.»

Para que pueda formarse idea de lo que era este escrito, dicho *Proclamacion católica*, extractamos de él algunos trozos, que se verán en los documentos siguientes (letra G, página xxviii). Esta obra se atribuye á fray Gaspar Sala, abad de San Culgat de Vallés, y fué recogida por la Inquisicion. El Gobierno se defendió por medio de una vindicacion, titulada *El Aristarco*, que se imprimió asimis-

siempre satisface y embelesa, en términos de parecer imposible la imitacion. Para mas recomendarla, se mencionan generalmente el prólogo, el vigoroso discurso del canónigo Claris (1), el grave del conde de Oñate, la pintura del dia del *Corpus Christi* y la descripcion del asalto de Monjuich; pero donde todo es bello y magnífico no hay eleccion cuerda ni preferencia fácil. Melo es un autor que escribe á la manera de los antiguos clásicos, y raciocina como un filósofo moderno. Era gran poeta lírico, y así es admirable en el uso de los epítetos y las metáforas; era pensador profundo, y lo muestra bien en sus sublimes sentencias; comprendia la estética del arte, y sabe colocar las arengas natural y oportunamente, de modo que no parezcan un ornato pueril y sistemático; era, por último, excelente hablista, y no se dejó corromper por el mal gusto que se introdujo en su época. Su libro, que debemos lamentar quedase tan á los principios, será siempre para los que se dediquen á la historia, el modelo mas perfecto de aquel siglo; y Melo, aunque portugués, uno de los primeros escritores de nuestra patria.

Tales son las obras que comprende esta parte primera de nuestra coleccion: en el segundo volúmen incluirémos otras tambien muy estimables, y darémos á luz alguna inédita que juzgamos no merece yacer en tan prolongado olvido.

Para que la impresion saliese correcta, nuestros lectores verán que no hemos omitido diligencia alguna, respetando siempre las ediciones mas esmeradas ó mas auténticas, hasta en las inconsecuencias ortográficas en la manera de escribir los vocablos, porque estas irregularidades son otros tantos datos útiles para la historia de nuestra lengua. Solo en los pocos casos en que estaba manifiesto el yerro, nos hemos creido obligados á rectificarlo, pero nunca sin el consejo y aprobacion de personas autorizadas. Esto decimos para inspirar confianza á los lectores, no porque consideremos estos trabajos dignos de ningun género de alabanza.

mo, escrita, segun afirman todos, por el célebre poeta don Francisco Rioja, secretario del conde-duque de Olivares; de la que tambien copiamos algunos trozos. A mas de la curiosidad natural que excitan estos documentos, son interesantes porque pintan al vivo la exasperacion en que se hallaban no menos los catalanes que sus contrarios.

Entre la multitud de obras que se escribieron con motivo de esta rebelion de Cataluña, son notables las siguientes:

Boil (fray Francisco), *Bocina pastoril contra la Proclamacion católica.* (Zaragoza.)

Vopis (Francisco), *Ingenuidad catalana, corona de los lirios.* (Barcelona, 1644, en 4.°) Esta obra está escrita en defensa de los catalanes.

Rius (fray Gabriel Agustin de), *Cristal de la verdad, espejo de Cataluña.* (Zaragoza, 1646, en 4.°) Escrita á favor de Felipe IV.

Sala (fray Gaspar). Además de la *Proclamacion católica*, escribió: *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña en los años de* 1640 *y* 41. (Barcelona, 1641, en 4.°)

—Tradujo del francés la obra del señor de Sericiers con este título: *El héroe francés ó idea del Gran Capitan.* Es un elogio del conde de Harcourt, gobernador de Cataluña por el rey de Francia. (Se imprimió en Barcelona, 1646, en 4.°)

Ros (Alejandro), *Cataluña desengañada*, discursos políticos. (Se imprimieron en Nápoles, 1646, en 4.°, dedicados á Felipe IV.)

Martí y Viladamor (Francisco), abogado de Barcelona y cronista de Cataluña durante la rebelion, escribió:

Praesidium inexpugnabile principatus Cataloniae pro jure eligendi Christianissimum monarcham. (Barcelona, 1644, en folio.)

Manifiesto de la fidelidad catalana y la integridad francesa; en union con otra obra titulada:

Defensa de la autoridad real en las personas eclesiásticas del principado de Cataluña sobre el hecho de tres capitulares de la catedral de Barcelona. (Barcelona, 1646, en 4.°)

Temas de la locura, ó embustes de la malicia, obra escrita, al parecer, por Gaspar Sala, autor de la *Proclamacion católica.* (Se imprimió en Barcelona, 1640, en 4.°)

Pellicer de Ossau (don José), *Idea del principado de Cataluña, recopilacion de sus movimientos antiguos y modernos, y exámen de sus privilegios.* (Ambéres, 1642, en 4.°) Se escribió contra la *Proclamacion católica*, en cuya defensa salieron el *Manifiesto de la fidelidad catalana*, de Martí, y la *Ingenuidad catalana*, de Vopis.

Dalmau de Rocaberti (don Raimundo), conde de Peralada, *Presagios fatales del mando francés en Cataluña.* Dedicado á Felipe IV. (Zaragoza, 1646, en 4.°)

Idem, *Memorial ó defensa del marqués de Aitona.* (En 4.°)

Pellicer y Ossau (Antonio), hermano del cronista, militó en las guerras de Cataluña y escribió un diario de ellas, que no se ha impreso.

Gilabert (Alejo), *Sucesos de Cataluña en* 1650. (Zaragoza, 1651, 4.°)

Se conservan tambien gran número de papeles manuscritos referentes á esta materia, pues como novedad que tanto afectaba á las opiniones é intereses de la nacion, puso en movimiento á casi todos los escritores.

(1) No parecerá mal que copiemos aquí el retrato de este personaje, hecho por su panegirista el mencionado fray Gaspar Sala, que tomamos de la continuacion de don Jaime Tió en la edicion ya citada de Barcelona.

«Era de buena estatura; el rostro algo tirado, el pelo entrecano, el color trigueño y quebrado, los ojos vivos, algo grandes y salidos; la nariz un poco aguileña, los labios gruesos; con que se mostraba á los fisionómicos varon entero, firme, verdadero, discretamente severo, y prudentemente arriscado. Era en el trato grave, pero alegre; en el hablar agradable, pero conceptuoso; en el andar fogoso, pero remirado. Era en el vestir modesto, pero aliñado; en su proceder honesto, en aconsejar acertado, en resolver maduro, en ejecutar prontísimo, en acariciar amoroso, en agasajar urbano, en reprender severo, en negociar astuto, en persuadir eficaz. Apropiósele este lema, que pocos han merecido: *Sibi nullus, omnibus omnis fuit;* Nada para sí, todo para todos.»

DOCUMENTOS

QUE SE CITAN EN LA NOTICIA PRECEDENTE.

A.

EL REY.—Lo que vos don Francisco de Moncada, conde de Osona, habeis de hacer en Cataluña.

Vos estais informado muy particularmente de todo lo que ha pasado acerca del juramento del obispo de Barcelona, que he nombrado por virey de Cataluña, y de las réplicas que allá se han hecho, que aunque muestran que han sido nacidas del amor que me tienen, y con deseo de verme en aquel Principado, y yo así lo creo, todavía ha sido con tanto exceso, que justamente pudiera desde luego, sin esperar á mas instancias, proceder al castigo de los culpados; pero queriendo usar de todos los medios suaves con vasallos que tan leales me han sido, y que yo quiero y estimo tanto, y habiéndome tambien pedido el conde de Olivares, mi sumiller de corps y caballerizo mayor, que suspenda el rigor hasta ver lo que resulta de una diligencia que quiere hacer por vuestro medio, he venido de buena gana en ello. Y así, os encargo que luego partais para la ciudad de Barcelona, sin deteneros un punto. Y por el camino iréis con la mayor diligencia que fuere posible, con color que vais á cosas vuestras y negocios de vuestra casa, sin que en ninguna manera se entienda que yo os envio ni que la jornada es por mi órden.

Llegado allá, procuraréis veros con la mayor disimulacion que fuere posible con el obispo de Barcelona, y le diréis á lo que vais, encargándole tambien el secreto y dándole mi carta de creencia que le llevais, y os informaréis dél de todas las particularidades que conviniere tener entendidas, para encaminar el intento que se lleva. Y habiéndoos enterado bien del negocio y el estado que tiene, iréis encaminando la buena disposicion dél por los medios que con vuestra prudencia y celo á mi servicio, y la noticia que teneis de las cosas y humores de allá, tuviéredes por mas conveniente.

Los que acá han parecido, son en primer lugar fijar la nobleza del Principado, y las villas y ciudades dél, y demás personas que sienten mal de la resistencia que ha habido, deciéndoles, si fuere menester, que habeis entendido acá cuán servido me hallo dellos y del celo y buena intencion que han mostrado en esta ocasion, y todo lo demás que os pareciese conveniente, dando á las personas que os pareciese las cartas que llevais en esta sustancia del conde de Olivares.

Luego trataréis (habiendo entendido las personas que podrán ser á propósito para lo que se pretende, y que no estuvieren tambien afectas al negocio) de reducirlas por los medios que tuviéredes por convenientes, diciéndoles particularmente la poca justicia que tienen en lo que pretenden, y que lo que se ha mandado es conforme á sus privilegios y á lo que mas conviene á mi servicio, y buen gobierno de aquel Principado, á que he mirado y miro siempre, sin que por ningun caso quiera hacelles ningun perjuicio en la observancia de sus previlegios.

Estando esto dispuesto, ó si os pareciese mas á propósito, hecha la primera diligencia con los bien afectos, sin esperar á esta segunda, podréis dar las cartas que llevais del conde de Olivares para la ciudad de Barcelona y para los diputados del Principado, diciéndoles de su parte muy cumplidamente el deseo que tiene de que estas cosas se asienten por su medio, así por lo que toca á mi servicio, como al bien de aquel Principado y de la ciudad de Barcelona; ofreciéndoles de su parte que viniendo agora en lo que les escribe, él tendrá particular cuidado de que yo haga lo que ellos desean, y no solamente en lo presente, pero en las cosas que adelante se ofrecieren tendrá á su cargo el representármelas y procurarlas conseguir.

Aunque he pensado en enviar alguno del consejo de Aragon para tratar del castigo de los culpados, no me he resuelto á ello por las razones que apunto al principio; pero será bien que sin que salga de vos ni de ningun ministro mio, corra esta voz allá, y vos os valdréis della, ó bien acreditándola si os pareciese conveniente, ó bien diciendo que no tiene fundamento, si así conviniere.

Luego que llegueis y tomeis noticia del estado de las cosas, me avisaréis dello con correo expreso, procurándole despachar con toda disimulacion; y en el discurso de la negociacion haréis lo mismo con lo que se esperare della, y en acabándose, con lo que resultase, procurando que se gane todo el tiempo que se pudiere, pues llevais entendido lo que conviene la brevedad y no perder hora de tiempo, para que conforme á lo que me

avisáredes, tome la resolucion mas conveniente. Todo lo demás que se puede ofrecer os lo remito para que con vuestra prudencia lo encamineis como lo tuviéredes por mas conveniente; con que quedo seguro del buen suceso.—Data en Madrid á 30 de diciembre de 1622 años. —*Yo el Rey*. (Biblioteca Nacional, *códice H*. 35.—Es original.)

B.

Papel de don Diego Hurtado de Mendoza, que se halló en la cámara del Emperador.

Sacra, cesárea, católica majestad: Julio César decia que Sila dejó la ditadura porque no sabia letras. Muchas menos sabrá vuestra majestad si deja á Milan, pudiendo tener mas justamente este reino que Sila el de su república. La razon y derecho que vuestra majestad tiene á estos estados por virtud del feudo del imperio, harto bien está disputado y determinado en favor de vuestra majestad, si vos sois emperador y las leyes imperiales se guardan. Y dejando esto aparte, quiero tomar la cosa mas estrecha, y digo que segun los fundamentos de todos los señoríos del mundo y sucesion de las cosas, el mismo derecho teneis á Italia que á Flándes y España, y por consiguiente á todo el mundo.

Pregunto á vuestra majestad: ¿qué razon hizo á los romanos señores de casi todo el mundo, y después á los godos de España, á los franceses de Francia, y á los vándalos de Africa, á los hungos de Hungría, y á los anglos de Ingalaterra? Por ambicion salieron estas gentes de su casa, por pura valentía se hicieron señores de la ajena, y por virtud y buen gobierno la han conservado muchos dellos hasta agora.

Violenta fué la usurpacion de todos, violenta la retencion, violenta la continuacion. ¿Quereis que os lo diga? Desde aquel mundo es mundo hasta agora. No ha habido mas razon ni derecho á los reinos que la fuerza; de donde nació el proverbio *Jus est in armis*.

Si la religion os mueve á dejar á Milan, por la misma razon y causa podeis dejar á España, si quereis descargar la conciencia de vuestros predecesores, porque no hay mas diferencia de la propiedad de un señorío á otro, que ser la usurpacion una mas antigua que otra.

He dicho la razon por que vuestra majestad puede tener á Milan por respeto del feudo del imperio, y lo que la natura introdujo entre los hombres después que Dios formó el mundo; diré agora la razon de vuestra necesidad, que se suele decir que no tiene ley.

Claró está que si uno tiene dentro de un señorío ó cerca de él una tierra por la que puede recibir daño aquella provincia, justamente le puede quitar el señorío de aquella la entrada, y darle la equivalencia en otra parte donde pueda estar sin sospecha. Y la mas justa causa que los Reyes Católicos juzgaron para tomar á Navarra, fué el daño que por aquella parte pudiera recibir toda España, como hizo el rey de Francia en tomar á Borgoña, que es la llave de su reino; y con darle en otra parte lo que allí le tomaron, satisfacian la conciencia y hacian justa la aplicacion.

Entre los hombres doctos esto se tuvo entonces por mejor derecho que el de la aprobacion é investidura por el cisma.

Pues si las leyes permiten esto entre personas privadas, ¿por qué no se permitirá entre príncipes, pues el peligro es mayor?

Por la misma causa por que los Reyes Católicos tomaron á Navarra por la seguridad de España, podeis tomar á Milan por la de Italia, pues allende desta necesidad, concurren á vuestro favor el derecho del feudo del imperio, y el que teneis adquirido por la defension desta provincia.

Vuestra es Sicilia, vuestra es Nápoles, vuestra es Florencia, vuestra es Sena, vuestra es Luca, vuestra Génova. Toda Italia os reconoce cierta manera de obediencia y superioridad. La entrada para toda Italia es Milan, como Borgoña para Francia. Adonde solia acostarse Milan, toda Italia se inclinaba; y pues siendo Milan la entrada y cimiento sobre la cual lo demás de Italia se funda, y teniéndola vuestro enemigo, lastimado de lo pasado, ¿qué seguridad podeis tener para asegurar lo demás?

Luego que el francés haga fundamento en Milan, se desharán todos los que habeis hecho en Italia; porque, como no están fundados en verdadera obediencia, fidelidad y amor de los naturales, sino en puro interese y odios crueles, fácil cosa será echallos todos por el suelo.

Yo certifico á vuestra majestad que así acaecerá como cuando de un mal edificio se quita una piedra del cimiento, que todo lo al desmorona y cae. Porque, quitada la piedra del cimiento de Italia, que es Milan, tened por cierto que todo lo demás desta provincia, no solamente caerá, pero nos faltarán manos é industria para derribarlo mas presto.

Si dais la puerta á vuestro enemigo, ¿por dónde habeis de meter vuestros ejércitos por tierra, y las armadas por mar, dejando á Milan y perdiendo de necesidad á Génova? Y si le poneis vuestras armas en las manos, ¿con qué quereis combatir? Y finalmente, ¿qué medio quereis tomar, perdiendo aquesto, para asegurar lo demás de Italia? Ninguno por cierto, si no apelais para la fortuna, que hasta aquí lo ha defendido todo.

Mirad, Señor, que es remedio incierto; porque al fin es fortuna, y jamás nació un hombre tan venturoso, que pusiese un clavo á la rueda della. Diez y seis años fué madre de Aníbal; al cabo le fué madrasta en su propia patria. César por ella fué señor del mundo; al cabo murió á manos de pocos. Jamás se vió constancia en ella, y por esto, en tanto que dura es menester usar del favor suyo.

Pues la necesidad es la que digo, vuestra majestad defienda á Milan, pues podeis, y no deis lugar á que justamente podamos decir que no sabeis letras; pues yo os certifico que muy pocas sabia vuestra majestad cuando vió ejército, y prendió al rey de Francia, y no usásteis de aquella ocasion de recuperar primero á Borgoña y lo demás. Muy pocas, cuando tuvisteis el santísimo templo de la Iglesia en vuestras manos, y lo dejásteis, porque ninguna injuria hiciérades á Cristo, quitando á su vicario el brazo temporal, que es llave de abrir y cerrar las guerras; pues no la fundó Dios sino en lo espiritual. Pocas letras tuvo vuestra majestad en no usar dellas cuando lo de Viena y de Lautrec; y pocas cuando pasasteis en Francia y os tornasteis con pérdida de tantos hombres y de tanta estimacion. Para abreviar, pocas letras ha sabido vuestra majestad hasta

agora, pues habeis perdido las mayores, las mas grandes, las mas gloriosas ocasiones que jamás príncipe tuvo para haceros monarca.

Otros hombres chicos contra fortuna se hicieron grandes príncipes. Vos, con ella mayor que jamás nadie tuvo, no habeis acrecentado una piedra á lo que heredasteis. Alejandro, siendo niño, lloraba cuando le contaban las victorias de su padre Filipo, temiendo que no le dejaria á él qué ganar.

A vos viénenseos los reinos y señoríos á las manos, y queréislos dejar, y poner vuestra honra y señoríos en compromiso con el Papa, sabiendo que anda puesto en almoneda, que el que mas diere lo ganará.

Dirá por ventura vuestra majestad que es imposible resistir al turco y deshacer al francés. Yo digo que es difícil, pero no imposible, porque sé que otras tan grandes cosas ha acabado vuestra fortuna y santa y buena intencion, y tambien sé que algunos pocos de los de Aragon resistieron en cierto tiempo al turco y echaron á los franceses de Nápoles.

Y pues vos, siendo señor de Alemania, de España y de Italia y de la mayor parte de Europa, y estando confederado para la resistencia del turco con el Papa y con venecianos, ¿por qué habeis de desesperar hacer con tanto aparejo lo que otros con casi ninguno acabaron?

Pensad, Señor, lo que valeis y podeis, y tendréis por fácil cualquiera cosa que emprendiéredes Concluyo que, pues por el derecho del feudo y por la costumbre de los hombres y natura de las cosas, y por la necesidad propia, os previene y conviene tener á Milan, que es la misma necesidad que constriñe al rey de Francia á no restituiros á Borgoña, por ser la entrada para Francia, vuestra majestad gobierne así el negocio, y no digamos mas lo que dijo César por Sila. (Copiado de las notas de don Adolfo de Castro al *Buscapié de Cervantes*. Cádiz, 1848.)

C.

Al ilustre y muy magnífico señor el señor don Luis Dávila, camarero de su majestad.

Ilustre y muy magnífico Señor: Enojado de las cosas que pasan, me retruje á mi cuartel y escribí esta letra á su majestad. Suplico á vuestra merced la vea, y si le pareciere digna de que su majestad la vea, se la muestre, y si no, la rompa; porque para mí bástame haberme desenconado en haberlo fecho. Quién soy, otro tiempo mas conveniente lo sabrá vuestra merced, cuya muy magnífica persona y casa conserve nuestro Señor.

«Sacra, católica y césarea majestad: Bien veo cuán gran osadía es dar consejo á algun príncipe, en especial á vuestra majestad, que así por su divino juicio, como por la grande experiencia de las cosas, tiene mas prudencia para deliberar y mas ánimo que nadie para ejecutar. Pero viendo tanto peligro de la república cristiana, es justo que cada uno socorra con lo que puede, y si no tiene caudal para ayudar á las cosas altas y de importancia, ayude á las menores y mas bajas, y haciéndolo desta manera se provee á toda la necesidad y obligacion comun. Así yo, acordándome que soy cristiano y vuestro vasallo, satisfaré en lo que pudiere á mi obligacion, y ya, cuando en otra cosa no aprovechare, á lo menos haré á mi ver lo que debo, y si la obra no sucediere la intencion quedará salva, que es ver bien encaminadas las cosas de Dios y al consiguiente las vuestras, porque por experiencia de lo pasado se puede justamente decir que siempre habeis obrado por su mano: y así, confiado en esta buena intencion, digo, invictísimo Príncipe, que considerado el progreso de todos los príncipes y señores del mundo, la experiencia ha dado á conocer cuánto mas vale la reputacion y opinion en las cosas de estado y guerra que en otra. Mas hizo con ella Alejandro Magno, César y Aníbal que con las lanzas; mas gente trajo á la obediencia del imperio romano la reputacion de Augusto que las obras de los Scipiones, de los Metelos, de los Camilos y de otros invictísimos capitanes, de donde nació aquel proverbio: *Bella fama constant;* y lo mismo ha acaecido á vuestra majestad; porque sin dineros, sin hombres y sin otras provisiones, con sola la grande opinion que de vos han tenido vuestros enemigos, los habeis vencido y sujetado. Esta sola resistió al turco en Viena; esta sola defendió á Nápoles de Lautreche; esta sola ganó á Milan, en contradicion de todo el mundo; y últimamente, esta sola defendió á Perpiñan, y por ella sola sois tenido por inmortal entre los hombres. César, hablando della, decia que mas difícil era bajar del primer escalon al segundo que del segundo al ínfimo. Luego que un príncipe baja de la reputacion un solo grado, los amigos desconfian, los enemigos se animan y la naturaleza de las cosas por su curso ordinario le trae al ínfimo grado.

Siendo pues esto así, tened, invictísimo Príncipe, gran cuidado de conservaros en aquella buena opinion y crédito que teneis, porque á mi ver ninguna otra cosa os ha sustentado y sustenta. Creed, Señor, que todo el mundo sabe que teneis empeñado vuestro estado, consumido vuestro patrimonio, y vuestros vasallos empobrecidos, y que en sola el áncora de la reputacion se sustenta vuestro estado; la cual no solamente en estos tiempos podeis sustentar y mantener, pero acrecentarla, porque á mi ver jamás estuvisteis en mejor punto que ahora. Hasta aquí todo el mundo estaba en duda de lo que valiades, y todos vuestros buenos sucesos antes los atribuian al favor de la fortuna que á ninguna buena provision de vuestra majestad; antes á la poquedad del enemigo que al valor y potencia vuestra. Pero viendo ahora que el rey de Francia, después de una cosa tan pensada, tan proveida, tan asegurada, y con tanto consejo y prudencia tentada, y por persuasion de Clemente y de Paulo gobernada y guiada, no hizo nada, y en lugar de ganar, perdió; todo el mundo juzga lo poco que valen los dineros y las otras provisiones humanas, y lo mucho que vale la reputacion, pues con sola ella le vencistes; y finalmente, pusistes las cosas en tan buen punto, que todo el mundo conoce lo mucho que vos valeis, y lo poco que vuestro enemigo puede. Con esta jornada habeis asegurado los amigos y puesto terror y espanto en los enemigos, y habeis quedado con tanta reputacion, que ninguna cosa tentaréis en esta ocasion, que no salgais con ella. ¿No ve vuestra majestad la poca cuenta que el Papa y todos los otros príncipes de la cristiandad hicieron de vos cuando el rey de Francia os acometió, y vieron la cosa en duda? No veis cómo después que lo vieron vencido, el mucho respeto que todos os tienen? Todos miden sus fuerzas con las del

francés, y viendo que siendo aquellas las mayores no pudo nada contra vos, ninguno confía en las que tiene, para ofenderos.

Por tanto, pues teneis tantas armas de ventaja, sabed usar dellas, mayormente en esta ocasion, y no bajeis ningun escalon mas de la reputacion, para cuya conservacion yo no hallo otra cosa mas al propósito, que es que no hagaìs de Milan y Sena lo que hicisteis de Florencia; porque yo os certifico que en esta ocasion ningun error pudiérades hacer mayor que dejar aquellas fortalezas al Duque; así que, porque estando en vuestro poder él estaba mas seguro, y vos le entreteníades con respeto y temor, y temiendo, era forzado de andar á vuestro gusto, y no al suyo ni de nadie; como porque estando aquella provincia en el medio de Italia, desde allí podíades poner freno al Papa y venecianos, y proveer todas las otras cosas que se os podian ofrecer. Siendo aquella ciudad república, metia á barato á toda Italia; siendo el señorío de tantos reducido á uno solo, y siendo vos el señor, pudiérades hacer con ella una de las más fuertes provincias de Italia, así por razon del sitio, como por las muchas, grandes y inexpugnables fuerzas que tiene. No es tierra que de una batalla se puede sujetar, porque palmo á palmo es menester ganarse. Hasta aquí, viviendo el Duque con aquella sospecha, era forzado á serviros, aunque no quisiese. Teniendo ahora en sus manos las fuerzas del Estado, siendo tan gran príncipe, que se puede defender en cualquier necesidad, y no faltando quien le ayude, tened, Señor, por cierto que antes usará de las buenas ocasiones para asegurarse y acrecentarse, que en la gratitud que os debe en haberle hecho, de duque de burlas, duque de veras, como ordinariamente lo hacen los hombres de su nacion, que no miden mas el honor ni la fe que por solo su interés ó necesidad; y creed, Señor, que no será de mejor ni mas constante condicion que su padre Joanitin de Médicis, que mudó mas formas que Proteo, especialmente teniendo mas aparejo que el padre para salir con lo que intentare. Y del florentin en ningun caso de interese se puede ni debe confiar, mayormente pretendiendo que la merced que le habeis hecho no ha sido graciosa, sino una muy pura venta.

Teniendo pues vuestra majestad aquellas fortalezas que pudiérades querer, de gente y de dineros, ¿qué alcanzárades de él ahora que están en sus manos? De sujeto se ha hecho libre, y pudiéndole vos absolutamente mandar, os habeis necesitado á rogarle, y lo que pudiera hacer en aquel estado el menor soldado vuestro, no sé si podréis ahora alcanzarlo.

He dicho todo esto para que vuestra majestad vea cuán gran error hicistes en esto, y cuánto mayor le haréis si diereis al Papa á Milan y á Sena; porque viendo todos los príncipes de Italia que sin violencia os desposeis de lo vuestro, presumirán de quitaros lo que os queda por fuerza, porque nadie podrá pensar que por justificar vuestras cosas con el mundo lo haceis, sino por no tener ánimo ni fuerza para defenderlo.

Mire vuestra majestad que toda la seguridad que teneis de Italia pende de la detencion de Milan, así por ser aquella provincia riquísima y tener tan conveniente sitio para meter ejércitos forasteros por tierra y armadas por mar, por la vecindad de Génova, la cual en ninguna manera podeis sustentar dejando á Milan, como por ser este estado la cosa sobre que se contiende, y tal, que con él solo se podria adquirir lo demás; y dejando de cualquier manera la presa, es confesar que no podeis mas y os dais por vencido; y entrado así en esta opinion, no solo abajaréis muchos grados de reputacion, pero venis á poneros en el último, y desta manera ninguna cosa teneis segura en Italia, así por la natura desta provincia, inconstancia y poca fe de los naturales della, como por la poca satisfaccion que hay de vuestro gobierno.

Allende desto, teniendo todo el mundo por cierto que solo el Papa os puso en los peligros pasados y trabajos presentes, moviendo al francés, y por consiguiente al turco, contra vos, por solo necesitaros y traeros á este punto en que estáis, viendo ahora que en lugar de venganza le gratificais, y en lugar de ofenderle os someteis á bajezas y poquedades, ¿quién estimará vuestra potencia, ni quién temerá de dañaros? Pues del daño nace el provecho, y de la ofensa la gratificacion. Y por este ejemplo todo el mundo trabajará de poneros en la misma necesidad para atraeros á su propósito y hacer su provecho, como acaeció en Castilla al rey don Enrique el Cuarto, lo cual cuánto daño traiga á un príncipe, aquellos tiempos lo dieron bien á conocer; que vuestra majestad lo ha sentido bien después, pues por aquella via os privó del patrimonio que está ahora en poder de los grandes de Castilla.

Dejando pues á Milan, vengamos á Sena. ¿En qué conciencia, invictísimo Príncipe, en qué razon, en qué gratitud ni en qué humanidad puede caber quitar á aquella república la libertad y darla á vuestro enemigo? Acuérdese vuestra majestad de la gran fe, verdaderos y singulares ánimos de aquellos ciudadanos; mirad que, habiéndose conjurado todo el mundo contra vos, en solos ellos quedó la fe. ¿Qué oficio de leales vasallos, qué demostracion de leales amigos, y finalmente, qué obra de obedientísimos servidores dejaron de hacer? Pues luego en satisfaccion de la fe pagarles ahora con infidelidad, y en pago del servicio con el daño, ni bondad, ni razon, ni virtud, ni religion lo permite, mayormente teniendo tanta causa y razon para negar al Papa lo que os pide. ¿Qué príncipe ni señor os ha ofendido mas que él? Ninguno por cierto; porque, si queremos considerar las cosas generales, los ciegos han visto que todo el daño que os procuró el francés fué por su persuasion; y por el consiguiente, todo el mal que esperais del turco nace y nacerá de esta causa.

Si queremos mirar las particulares, ¿quién no sabe las ofensas que él os ha hecho, dejando menudencias aparte? ¿Qué mayor injuria jamás habeis recebido de nadie, que la que él os hizo en destruir la casa Colona, estando asegurada sobre otra fe, y estando fundada sobre mucha sangre derramada en vuestro servicio y de vuestros pasados? Qué mayor afrenta, ó por mejor decir, qué mayor bofetada, dada delante de los ojos del mundo, que la que él os dió cuando, contra la palabra dada, no solo de sustentar, pero de restituir el estado á Ascanio, derribó á Palomo porque presentó vuestros poderes en el concilio? Y finalmente, ¿qué obra buena jamás os hizo por voluntad, sino por necesidad é interés? Tened, Señor, por cierto que si el rey de

Francia trae tres flores de lis en sus armas, él trae seis en las suyas y seiscientas mil en el alma, y que jamás hallará segura ocasion para demostrarlo, que no lo haga. Mucho mas os podeis asegurar del rey de Francia en otras cosas que no en él; porque el rey es nacido príncipe, y procederá como príncipe, y estotro, de linaje bajísimo, ha venido á la grandeza en que está, y jamás dejará de obrar como quien es. ¿Queráislo ver? ¿Qué mayor desvergüenza en el mundo se pudo hallar, que habiéndoos ofendido como os ha ofendido, y sabiendo que vos lo sabeis, no solamente no tiene vergüenza de parecer ante vos, pero os demanda cosas que no seria justo pedirlas habiéndoos redimido de turcos? Tiéneos por hombre de poco discurso, usa mal de vuestra paciencia, tiéneos en tan poco crédito, que le parece que está en su mano el mudaros en el sugeto que él quisiere; y pues esto es así, y tan verdad como la misma verdad, estad, Señor, sobre vos, conservad lo que teneis, trabajad para adquirir lo demás y manteneros en vuestra reputacion. Porque yo certifico á vuestra majestad que en esta coyuntura, con solo hallaros fuerte de palabras, le podeis vencer, sin otras armas; porque el estado de la Iglesia es mas vuestro que suyo. Cuanto á la aficion, no ven la hora de entender vuestra voluntad, para desechar el yugo que tienen. No hay príncipe en toda Italia que no esté ofendido, no hay hombre que no esté mal contento dél. Usad en esta ocasion del hierro, y no del ensalmo, porque sin duda conoceréis el provecho muy manifiesto. Y que esto sea así, la experiencia lo ha dado bien á conocer, después que comenzastes á tratarle con poco respeto y á negociar con autoridad. No podríades creer el grande miedo que le ocupó cuando supo el mal recibimiento que hicistes al legado que fué á España, y el que sintió cuando enviastes á Granvela al concilio, y últimamente, el que ha concebido de vuestra venida en Italia sin haber hecho cumplimiento ni ceremonia con él. El temor de veros ahora venir con gente nace de la mala conciencia, perversa y dañada intencion que contra vos tiene. En nada se asegura, de todo teme; y pues le teneis en estos términos, otra vez exhorto á vuestra majestad que sepa usar de las ocasiones; haced poco caso dél, tratadle como á hombre cuya seguridad y grandeza pende de vuestra voluntad; poned ante los ojos el estilo que siempre han tenido los papas en adquirir sus estados, que es sembrar discordias entre los príncipes cristianos, meterlos en revuelta, aspirando unas veces á una parte y otras á otra, siguiendo siempre el negocio particular, y no el comun; y así, por esta via han necesitado á los príncipes que contienden, que vengan á sus manos, y engrandecido sus estados y destruido la religion. Y pues de aquí nace todo el fuego que siempre enciende la cristiandad, y estas son las armas que mas os ofenden y quitan la quietud comun, trabajad, Señor, de ponerlas tan bajas, que os asegureis dellas. Entre tanto que el Papa tuviere potencia para dañaros, ninguna seguridad podeis tener en Italia ni fuera; abajada esta, todo lo demás lo hallaré yo llano; y pues os hallais en Italia, y teneis, como dicen, las piedras y la cuesta, no os dejeis mas engañar; tomad de veras ya la espada en la mano, y dad fin á tantas miserias como padece la cristiandad. Y no vengais á ninguna manera de concordia, porque no durará mas de lo que le estará bien, y ya que dure, será por solos sus dias, que serán pocos, segun su edad, y ningun pontífice sucederá que no impugne lo que él ha hecho, que para remediarse á sí y á los suyos será menester deshacer estos, como ellos hicieron á los pasados. Y no os mueva pensar que lo dais á Madama, pues Milan es presa que aunque otra cosa no dejásedes al Príncipe, lo dejábades bien heredado; pues dar á una hija bastarda lo que seria gran dádiva á vuestro hijo único heredero, no lo sufre la razon, mayormente siendo el varon en casa Octavio Farnesio. Dirá por ventura vuestra majestad que es difícil proveer á tantas cosas; antes á mi ver es fácil, porque venecianos, viéndose tan gravemente ofendidos del francés, dándoles seguridad de no ofenderlos y mantenerlos, fácilmente les podréis tener pacíficos; teniéndolos quietos, en un mesmo tiempo podeis mover contra Roma y las tierras comarcanas, á Nápoles y á los ursinos y coloneses ofendidos, porque ellos darán buen recaudo de aquello contra la Marca y Romanía, y duque de Florencia, seneses y luqueses. Cuanto á lo de Lombardía, vuestra presencia lo podrá acabar.

Cuanto al rey de Francia, debeis en el mismo ímpetu y tiempo acometelle por las partes que él os acometió, con tres ejércitos, cada uno de trece mil infantes y dos mil caballos, con artillería solamente de campo, sin mujeres ni impedimento, y hacer que, dejando las fronteras que son fuertes, se metan en las entrañas de Francia, que es debilísima tierra; y que por todas partes comiencen estos ejércitos á entrar, y con una órden caminar hasta que se junten; juntos los cuales, así por el número de gente como por la flaqueza de las tierras y fertilidad del país, fácilmente se podrán sustentar y fortificarse donde puedan seguramente estar, y oprimir de tal suerte al enemigo, que sea forzado á perderlo todo, especialmente reforzando vuestra majestad la empresa el año siguiente, y teniendo siempre las fronteras en sospecha, lo cual podeis todo muy fácilmente hacer, así por la virtud de vuestros soldados, como por el terror y miedo que aquellas gentes han conseguido de vos y de las vuestras.

Abajado así por una via y por otra el francés y el Papa, las cosas del turco las hallaréis después fáciles; y por ahora, aunque él venga potentísimo, no queriendo otra cosa que defender, fácilmente lo podeis hacer, así por la gran fortaleza de Viena, como por la necesidad en que está la gente alemana; la cual no podrá dejar de defender su causa viéndose en peligro de perderla; y ya que estuviese en este peligro, yo ternia por tan justamente ganado lo de acá, como bien conservado lo de allá, pues el Papa y el francés, olvidándose de la obligacion de cristianos por sus intereses y pasiones particulares, os han necesitado á desampararlo y perderlo.

A un solo escrúpulo me queda de satisfacer, y es que dirá vuestra majestad que es cosa grave quitar el estado temporal al vicario de Jesucristo. A esto respondo que, propuestos dos males, el menor se ha de elegir. Mal seria quitar al Papa el estado temporal; pero sin comparacion es muy mayor el que de tenerlo á toda la cristiandad se sigue; porque para engrandecer la carne olvidan de todo punto el espíritu, y de aquí nace revolver el mundo y deshacer la casa de Dios por hacer las suyas; y así se ha visto que antes que los papas tuvie-

sen riquezas eran todos santos, y después que se dieron á tenerlas, han sido y serán como Paulo.

Allende desto, ¿qué mayor bien ni beneficios se podria hacer al mundo que reducir el pontificado á sus principios? Cristo, que es verdadero Dios, suma sapiencia y suma potencia, bien le pudiera fundar en estados, pues todos eran y son suyos; no lo fundó sino en pobreza y santidad; con esta trajo todo el mundo á sí, y lo mesmo hicieron los santos pontífices que siguieron el mesmo camino; pues si ahora se hallase un príncipe que constituyese un imperio y un pontificado como el antiguo, y por hacer un gran bien á la cristiandad hiciese un pequeño daño particular, como es quitar al Papa el dominio temporal, ¿no haria una cosa muy acepta á Dios y muy en beneficio de la religion cristiana? Mayormente teniendo los papas este señorío, ocupado no por la donacion de Constantino, que es falsa, pues que no concurren los tiempos ni los autores ni las cosas, sino por pura maña y fuerza. Todas las historias graves concuerdan que, después de la declinacion del imperio romano, discurriendo tantas inundaciones de gentes, como fueron los hunos, los vándalos, los godos, los francos, los longobardos y otras muchas gentes, los emperadores, que tenian la silla imperial en Constantinopla, tuvieron tanto que hacer en defenderse allí, que no pudieron proveer en las cosas de Italia y poniente; y así, viniendo unas gentes y echando á las otras, pareciéndoles que no hacian nada si no ocupaban y destruian á Roma, que era la cabeza del imperio, todos combatian sus fuerzas, su saña, su venganza, contra aquella ciudad que habia sido señora de todas; por lo cual viéndose Italia afligida, cada ciudad viéndose destruida y desamparada de socorro del Emperador, comenzó á pensar y procurar el remedio; y de aquí nacieron la multitud de las repúblicas de Italia y la usurpacion del estado temporal, y la eleccion de los clérigos de Roma, que ahora llamamos cardenales. Cosa grande por cierto es considerar que hasta aquellos tiempos ningun pontífice se tenia por papa si no fuese confirmado por el Emperador ó su exarco, que residia en Ravena; y de allí adelante no solo no cuidaron de la confirmacion, pero en muy poco tiempo creció tanto su autoridad, que privaron á los emperadores antiguos del imperio, y lo dieron á los francos y á otros reyes de sus reinos; los dieron á otros; y así, usando desta fingida potencia, han traido la cosa á términos, que así privan á un emperador y á un rey de su imperio y reino, como privarian á un clérigo hereje de un beneficio.

De manera, invictísimo Príncipe, que considerado el pontificado y su fundamento como lo dejó Cristo y san Pedro, y lo continuaron aquellos santísimos pontífices hasta esta usurpacion del dominio temporal, y el gran bien que con la vida, costumbres, santidad y ejemplo hicieron á la religion cristiana; y por el contrario, el gran daño que se ha seguido y cada dia se seguirá de la potencia temporal del Papa, pues toda se convierte, no en beneficio comun, como seria razon, sino en solo el particular, engrandeciendo sus hijos, nietos y parientes, yo tengo por cierto que ningun beneficio podeis hacer á Dios mas acepto, ni mayor á la república, que hacer lo que digo. (*Historia de Cárlos V*, por Sandoval; edicion de Barcelona, 1625, tomo II, página 389. Biblioteca Nacional, *códice Cc.* 59.)

D.

Carta de don Diego Hurtado de Mendoza al cardenal Espinosa.

Ilustrísimo y reverendísimo señor: El gobernador de Breda, estando el emperador Cárlos V en palacio, prendió al alcalde Ronquillo en Valladolid.

Gutierre Lopez de Padilla desafió en palacio y mató en Alcaudete á don Diego Pacheco.

El duque de Gandía y Luis de la Cueva pusieron mano á las espadas delante del emperador Cárlos V, en Zaragoza.

El marqués del Vasto y el virey de Nápoles pusieron mano á las espadas delante del emperador Cárlos V.

El comendador de Alcántara y monsieur de la Relu:a (en otras copias *Palusa* y *Palissa*) se acuchillaron en el retrete, estando el Rey en su tienda en el campo de Aix.

El duque del Infantado dió una gran cuchillada á un alguacil delante del emperador Cárlos V, yendo á caballo en un acompañamiento, porque tocó á su caballo con la vara, diciendo: «Andar, caballeros; que lo manda el César;» y habiendo mandado ir preso al Duque, muchos señores del acompañamiento se salieron de él, y fueron acompañando al Duque. A el alguacil mandó el Emperador rapar y enviar á galeras sin sueldo, y por interposicion y súplica del Duque le perdonó, y al Duque le soltó; de que holgaron mucho los grandes, y besaron con el Duque á el Emperador, por la merced, su real mano.

Don César de Avalos y don Juan de Avalos, su hijo, hirieron á Hernando de Vega á presencia de la reina doña Isabel de Valois.

Don Baltasar de la Cerda y don Luis de Toledo, hermano de don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, riñeron delante de la misma reina en Bayona, cuando vino á España á casarse, conducida por el duque de Alba, don Fernando el Tercero.

Juan de Vega, siendo presidente de Castilla, echó mano á la espada contra don Diego Manrique en la antecámara del Rey.

En Valladolid el conde de Tendilla el viejo sacó á una doncella de casa de don Juan de Mendoza, siendo en la corte; y el marqués de Mondéjar, su hijo, siendo presidente de Indias, trajo la novia á casa de la condesa de Rivadavia en Valladolid, y el Conde y don Juan de Mendoza se acuchillaron sobre el caso delante del Rey.

El duque de Frias y don Juan de Silva anduvieron en desafío en el campo del Rey, junto á las puertas de palacio.

Figueroa, siendo del Consejo, se emborrachó en Ratisbona, y porque le motejaron después de unos dias delante del Rey, embistió con un gentilhombre de la cámara á puñadas, por no tener armas de que valerse.

El secretario Antonio de Eraso llamó de *vos* á Gutierre Lopez estando en el Consejo, y por esto se acuchillaron.

Podria traer aquí, ilustrísimo Señor, muchos ejemplos de hombres con quienes se ha disimulado y han sido restituidos muy brevemente á sus casas, y no fueron tenidos por locos; solo don Diego de Mendoza anda por puertas ajenas, porque de sesenta y cuatro años, tornando por sí, echó un puñal en los corredores de palacio (que es muy menor desacato), sin poder-

lo excusar, ni exceder de lo que bastaba. Y porque no me tengan por historiador (que lo aborrezco), dejo de poner otros ejemplares; y si estos no bastaren, allá irá mi mudo, que yo sé que hablará por todos.

No puedo dejar de acordar á vuestra ilustrísima cómo el año pasado de 1531 el alcalde Morquecho prendió al conde de Sástago en la antecámara del Rey por un desacato é inobediencia que tuvo á un mandato de la Reina. Este conde era capitan de la guarda; tuviéronle un dia preso, y no se le dió mas castigo.

En el mismo año de 1531, miércoles, á 17 de septiembre por la mañana, en el patio de palacio tuvieron pendencia dos regidores de Cádiz; el uno se llamaba Francisco Gonzalez de Angulo, de más de setenta años de edad, por lo cual no traia espada, sino báculo. El otro se llamaba don Estéban Chiston Santonis, de Florencia, que casó con una sobrina de un inglés que se hizo rico en Cádiz, habiendo venido de Inglaterra muy pobre. Este le tomó á Francisco de Angulo el báculo de la mano y le dió de palos con él. No estaba lejos un hijo del Angulo, que se llamaba como su padre y era letrado; vino á la pendencia, y como vió que era con su padre, embestió con el don Estéban, y le dió algunos golpes con el puñal en la cara. Metiéronlos en paz, y bajando la guarda por mandato del duque del Infantado, don Juan de Mendoza, mayordomo mayor, fueron presos á la cárcel el don Francisco y don Estéban, y al padre le dejaron ir libre á su casa. Condenaron al don Francisco á muerte de cuchillo, y mas en cuatro mil ducados. La pena de muerte llegó hasta sacarle de la cárcel en la forma acostumbrada, y cuando en el cadalso, vendados ya los ojos y atado en la silla, habia de ejecutar el verdugo el golpe, llegó el perdon del Rey, en atencion á haber sido el lance en defensa de la honra de su padre, y le volvieron á la cárcel, de donde salió brevemente, y le perdonaron la multa de los cuatro mil ducados, y á todos tres hizo dar las manos y los hizo amigos el duque del Infantado, juez de la causa.

Sobre estos ejemplares tan modernos y notorios, excuso decir á vuestra ilustrísima que hallándose detenido en casa por mandato de su majestad, sin otra culpa mas que la que vuestra ilustrísima sabe, un hombre de tan conocidos abuelos como yo, y con la nota de que se hable ya por las esquinas el que se ha de hacer con mi persona una grande demonstracion, me ha sido preciso referirlos todos, para que, con conocimiento de ellos y de mi representacion, se tome la resolucion mas condigna á todos. Vuestra ilustrísima atenderá, como se lo suplico, á mis razones, y creo de su buen corazon, virtud y letras, no pondrá en el de su majestad intento contra mi reputacion y persona, y malogrará (como lo espero) los dañados deseos de los émulos que me han granjeado las correspondientes atenciones de mis obligaciones al servicio de su majestad. La del cielo guarde y prospere á vuestra ilustrísima en años bien colmados de virtudes, para ejemplo de todos y como yo deseo. De mi posada, hoy lúnes 20 de septiembre de 1579.

Postdata.— Todo este contenido es de mi mala *nota* y *cabeza*, aunque no de mi pluma; suplico á vuestra ilustrísima lo tenga por tal.—Ilustrísimo y reverendísimo Señor, de vuestra ilustrísima muy servidor. — *Don Diego de Mendoza.*

E.

Don Diego de Mendoza á don Francisco de Toledo. Enero, 1548.

Dos de vuestra señoría he recebido, una de 2 de enero y otra de 3 de hebrero; yo sirvo lo mejor que sé al Emperador, y él me lo paga lo mas ruinmente que sabe; lo mismo hago con su hijo; quiera Dios no haga el hijo lo mesmo que su padre. Cuanto á lo de aquí, me ha guiado Dios de manera que estoy fuera del veneno de mis émulos; doyme toda la priesa que puedo en poner este castillo en defensa de tierra; espero en Dios que cuando vieren que es comenzado, terné dentro un par de compañías en la guarda; labro con solos ochocientos hombres, por la hambre, y esta es causa, con los frios y nieves, que no me dé tanta priesa como seria menester, y el andar de contino el pié en la nieve y los grandes frios me ha dado no muy grande calentura continua, de que ya estoy libre, y anteayer se me quitó, y hoy he ido á mi obra.

Cuanto á lo del dinero, tengo tan buena cuenta como conviene, y para inteligencia de vuestra señoría bien creo que su santidad lo sabe. Yo tengo dado la fe al Emperador que el castillo no le costará un maravedí de principal ni interés, y por esto su alteza podrá ayudarme de mejor gana; del picar en fuera, pienso que será la más fuerte cosa del mundo.

Mucho mas holgaré con la encomienda que vale nueve, que con la de seis, y podria ser arrancarla si vuestra señoría diese un apreton al Emperador, mostrándole que tengo solos cuatro mil ducados de pension, que me tornan en tres, cinco mil de salario, que me tornan en cuatro, y ni menos gasto ni menos casa que otro embajador; y cuando su majestad hizo demostracion con todos sus servidores la sede vacante, me dejó á mí sin merced, para que todos me mirasen como á bastardo; suplicándole de mi parte que no me tenga por afrentado en la plaza del mundo.

Ya sé la obligacion que tengo á Erasso por lo que vuestra señoría dice, y he hecho todo lo que yo he podido; pero querria que se encerrase conmigo en algun particular para que viese cómo le sé hacer placer; el caso es que nuestros amigos se saben poco aprovechar del tiempo, y menos de mí, que estoy á mano para ello. —Vuestro servidor.—(*Carta manuscrita de don Diego de Mendoza.* Biblioteca Nacional, *códice E.* 54, folio 329 vuelto.)

F.

Al ilustrísimo señor don Diego de Mendoza, del consejo de Estado de su majestad: Jesus.

1. Sea el Espíritu Santo siempre con vuestra señoría. Amen. Yo digo á vuestra señoría que no puedo entender la causa por que yo y estas hermanas tan tiernamente nos hemos regalado y alegrado con la merced que vuestra señoría nos hizo con su carta. Porque aunque haya muchas, y estamos tan acostumbradas á recibir mercedes y favores de personas de mucho valor, no nos hace esto operacion; con que alguna cosa hay secreta, que no entendemos. Y es ansí, que con advertencia lo he mirado en estas hermanas y en mí.

2. Sola una hora nos dan de término para responder, y dicen se va el mensajero; y á mi parecer ellas quisieran muchas, porque andan cuidadosas de lo que vuestra

señoría les manda, y en su seso piensa su comadre de vuestra señoría que han de hacer algo sus palabras. Si conforme á la voluntad con que ella las dice fuera el efecto, yo estuviera bien cierta aprovecharan; mas es negocio de nuestro Señor, y solo su majestad puede mover; y harta gran merced nos hace en dar á vuestra señoría luz de cosas y deseos; que en tan gran entendimiento imposible es sino que poco á poco obren estas dos cosas.

3. Una puedo decir con verdad, que fuera de negocios que tocan al señor Obispo, no entiendo ahora otra que mas alegrase mi alma que ver á vuestra señoría señor de sí. Y es verdad que lo he pensado, que á persona tan valerosa, solo Dios puede henchir sus deseos; y ansí, ha hecho su majestad bien que en la tierra se hayan descuidado los que pudieran comenzar á cumplir alguno.

4. Vuestra señoría me perdone; que voy ya necia. Mas que cierto es serlo los mas atrevidos y ruines, y en dándoles un poco de favor, tomar mucho.

5. El padre fray Jerónimo Graciam se holgó mucho con el recaudo de vuestra señoría, que sé yo tiene el amor y deseo que es obligado, y aun creo harto mas de servir á vuestra señoría, y que procura le encomienden personas de las que trata (que son buenas) á nuestro Señor. Y él lo hace con tanta gana de que le aproveche, que espero en su majestad le ha de oir; porque, segun me dijo un dia, no se contenta con que sea vuestra señoría muy bueno, sino muy santo.

6. Yo tengo mas bajos pensamientos: contentarme ya con que vuestra señoría se contentase con solo lo que ha menester para sí solo, y no se extendiese á tanto su caridad de procurar bienes ajenos; que yo veo, que si vuestra señoría con su descanso solo tuviese cuenta, le podia ya tener, y ocuparse en adquirir bienes perpetuos, y servir á quien para siempre le ha de tener consigo, no se cansando de dar bienes.

7. Ya sabiamos cuando es el santo que vuestra señoría dice. Tenemos concertado de comulgar todas aquel dia por vuestra señoría, y se ocupará lo mejor que pudiéremos.

8. En las demás mercedes que vuestra señoría me hace, tengo visto podré suplicar á vuestra señoría muchas si tengo necesidad; mas sabe nuestro Señor que la mayor que vuestra señoría me puede hacer, es estar adonde no me pueda hacer ninguna desas, aunque quiera. Con todo, cuando me viere en necesidad, acudiré á vuestra señoría como á señor desta casa.

9. Estoy oyendo la obra que pasan María, Isabel y su comadre de vuestra señoría para escribir: Isabelita, que es la de San Júdas, calla, y como nueva en el oficio, no sé qué dirá. Determinada estoy á no enmendarles palabra, sino que vuestra señoría las sufra, pues manda las digan. Es verdad que es poca mortificacion leer necedades; ni poca prueba de la humildad de vuestra señoría haberse contentado de gente tan ruin. Nuestro Señor nos haga tales, que no pierda vuestra señoría esta buena obra, por no saber nosotras pedir á su Majestad la pague á vuestra señoría.—Es hoy domingo, no sé si 20 de agosto.—Indigna sierva y verdadera hija de vuestra señoría. — *Teresa de Jesus*. — (*Cartas de santa Teresa*, tomo I, pág. 69. Madrid, 1793.)

G.

Proclamacion católica á la majestad piadosa de Felipe el Grande, rey de las Españas y emperador de las Indias, nuestro señor.— Los concelleres y consejo de Ciento de la ciudad de Barcelona. Año 1640.

Consta este memorial de doscientas sesenta páginas en 4.°, y va dividido en párrafos. — Copiarémos alguno de los que nos parecen mas notables; y para que se adquiera idea de los demás, pondrémos los epígrafes con que van encabezados.

El §. 1.° trata de la *fidelidad á los reyes, de los catalanes*.

El §. 2.° del *culto de la fe católica, de los catalanes*.

El §. 3.° *Devocion catalana á la Virgen nuestra Señora*.

El §. 4.° *Devocion de los catalanes al Santísimo Sacramento del altar*.

Antes de copiar el §. 5.° pondrémos el exordio de este escrito, dice así:

«Señor: Los concelleres y consejo de Ciento de la ciudad de Barcelona, cabeza y metrópoli seglar del principado de Cataluña, dicen:

»Que los soldados de vuestra majestad que están en Resellon alojados, no contentos de los estragos y exorbitantes sacrilegios hasta ahora cometidos públicamente, amenazan universal ruina y saco general al Principado, con introduccion de nuevas costumbres en la forma y con la impiedad que en Perpiñan y en otros pueblos se comienzan á ejecutar estos designios; para cuyo efeto esperan un socorro grande y copioso por mar y tierra. Esta voz es tan comun, este rumor es tan general, que de tan grandes males se conduelen hasta las provincias extrañas.

»Seria negar la piedad de padre á un monarca tan católico, presumir en vuestra majestad permision á tales desafueros, sin preceder delitos que los motiven; cuando en otra parte averiguados, los toleró la prudencia. El señor rey don Pedro el Ceremonioso, por ciertas causas se resolvió, enojado, á la ruina de una ciudad principal, bien distante de Barcelona. Quiso arrasarla, sembrar sobre ella sal y hacella inhabitable. Y premeditando las consecuencias deste efeto, retrató el decreto por tres razones.

»La primera, por haber en ella muchos inocentes; que no ha de ser general la pena, siendo singular el delito. La segunda, por los pasados servicios que habian hecho á los señores reyes; que la gratitud perfeta hace presente lo pasado. La tercera, porque entrando á la parte en los daños de la ruina, faltaba á su corona lo que sobraba á su enojo; y así, desató el ñudo dificultoso de los negocios, no con la espada de la cólera, como Alejandro, sino con el cuchillo de la prudencia, como Salomon. No han de perder con vuestra majestad su fuerza estas razones, pues no son inferiores los motivos que los catalanes á la real clemencia proponen.

§. 5.° *Agravios y sacrilegios ejecutados por los soldados en el Principado.*

Quemaron al fin los soldados de vuestra majestad ¡oh que dolor! no solo altares, imágenes y templos, pero redujeron á carbon y ceniza ¡oh sacrilegio horrible! las formas reservadas, á quien estaba realmente unido y en ellas existente el Hijo del eterno Padre,

Príncipe de lo visible é invisible, Rey de reyes y Señor de señores, Jesucristo nuestro redentor.

Consta la verdad deste lamentable suceso por dos sentencias jurídicamente promulgadas en la curia eclesiástica de aquel grande y celoso Prelado, obispo de Gerona.

En la primera (cuya fecha es 12 de mayo de 1640) se agravan, reagravan, maldicen y anatematizan los soldados del tercio de don Leonardo Mólas, atento que jurídicamente consta haber saqueado la iglesia parroquial de Rio de Arenas, robando della ornamentos, vasos de plata, cálices y otras cosas sagradas; hurtando los dineros que para celebrar misas y oficios divinos estaban dentro los cepillos ó cajas de la obra de San Isidro, de las almas del purgatorio, de la Vírgen del Rosario, que montan docientas y sesenta y nueve libras. Ultimamente, pegaron fuego á la iglesia, reduciendo á polvo y ceniza todo lo que era combustible, señaladamente el altar mayor bajo la invocacion de san Martin, el altar de la Vírgen del Rosario, el de san Isidro de Madrid, del arcángel san Miguel y de san Ponce.

Item, las pilas bautismales quedaron hechas pedazos, y últimamente las sacrosantas hostias consagradas, reservadas en una cajuela de plata, después del incendio se hallaron del todo consumidas y quemadas, como consta de la visura y de la relacion que se hizo al Obispo por las dignidades, canónigos y superiores de los conventos.

Con la segunda sentencia (cuya fecha es á 22 junio 1640) se agravan, reagravan, maldicen y anatematizan (con votos y parecer de la junta de teólogos) á los soldados de los tercios de Juan de Arce, y de don Leonardo Mólas, poniendo entredicho en todo el obispado, maldiciendo y anatematizando á dichos cabos y soldados, sin que calidad alguna los exima, atento que el último dia de mayo, marchando los soldados hácia Rosas, al pasar por el pueblo de Montiró saquearon dichos tercios la iglesia, y pegándole fuego, quemaron altares y el sacrario, en el cual estaba reservado el Santísimo Sacramento del altar.

Y hecha visura después del incendio, de las formas, por el Obispo, canónigos y padres, convinieron en que estaban convertidas en carbon, de tal suerte, que no habia allí especies de Sacramento. Item, quemaron dichos soldados los vasos sagrados, pilas bautismales, etc. Item, pasando por Castellon de Empurias, acuchillaron una imágen de Cristo crucificado, rompiéndole piés y brazos.

Carta de los deputados de Cataluña al obispo de Gerona, traducida de catalan en castellano.

Muy ilustre y reverendísimo Señor: El señor Deputado militar nos ha relatado la merced y honra que de vuestra señoría ha recebido, de que quedamos con perpetua obligacion de servir á vuestra señoría en todas las ocasiones que quiera mandarnos muchas cosas de su servicio.

Nuestros embajadores, por carta de 28 del mes pasado, nos refieren que hablando con el señor Conde-Duque en materia de los incendios de las iglesias de Rio de Arenas y Montiró, y del Santísimo Sacramento reservado dentro dellas, dijo: «No consta que los soldados hayan quemado la iglesia de Rio de Arenas, ni hay un solo testigo. Y replicando los embajadores cómo podia ser así, constando por informaciones recibidas por el obispo de Gerona, de las cuales resultaron dos sentencias de excomunion, promulgadas contra Juan de Arce y don Leonardo Mólas, presentadas ya á su majestad, respondió el señor Conde-Duque: «No hubiera constado, como consta ahora, si los hubieran dejado en libertad, y no los hubieran tenido opresos ni al Obispo ni á los testigos. Razones son estas que debe vuestra señoría, como tan grande prelado, celoso de la honra de Dios y de la propria conciencia, dar satisfaccion, volviendo por la reputacion propria y por la del Principado.

En su nombre agradecemos á vuestra señoría los procedimientos que con tanta justificacion ha mandado hacer en órden á dichos incendios y sacrilegios; suplicando á vuestra señoría sea servido continuar en todo lo que haya lugar; porque, á mas del grande servicio que á nuestro Señor se hace justificando su causa, nosotros, en nombre propio y de toda esta provincia, lo tendrémos á singular gracia y favor de vuestra señoría, á quien nuestro Señor guarde, etc. 8 Agosto 1640. —*Los deputados de Cataluña.*

Respuesta del obispo de Gerona.

Muy ilustres señores: Por mano del síndico de esta ciudad he recebido una carta de vuestras señorías, y junto con el favor y merced que en ella me hacen, recibo el mayor dolor que me podia sobrevenir en esta ocasion; pues cuando estaba esperando por horas el remedio destas pobres iglesias quemadas y saqueadas, pareciéndome que por este camino comenzarian á convalecer los ánimos tan justamente escandalizados de sus agravios, y á tomar las materias del Principado mejor estado, por la respuesta que me dice vuestra señoría ha dado el excelentísimo señor Conde-Duque á los embajadores del Principado, juzgo está algo mas atrasado de lo que pide la necesidad de los tiempos. Y aunque conozco que en materia tan grave, en que el arrojarse ó errar puede ser tan notable perjuicio de la una ó otra parte, es bien que el celo santo de su excelencia proceda con grande tiento y particular circunspeccion y exámen de la verdad; pero lastímome mucho que á este ni le valga lo procesado ni la autoridad de quien (aunque indignamente) tiene título de prelado.

«En dos puntos, me dice vuestra señoría, fundan los que informaron á su excelencia: en no estar jurídicamente sustanciada la causa, y calificada la culpa contra los soldados.

»La primera, que no hay testigo que por su deposicion pruebe nada contra ellos; y la segunda, que la falta de libertad y sobra de opresion del Obispo le ha obligado á fulminar las censuras, y no la justificacion de la causa.»

De la primera duda podrá muy fácilmente salir su excelencia mandando ver los procesos, pues están vivos; y si ellos no bastan, ver los que ha hecho el tribunal de la Santa Inquisicion, de donde constará que ni mi tribunal ha andado nimio ni desviado de sus obligaciones, ni se ha atropellado por respetos humanos la causa, atendiendo con suma pureza á solo descubrir y castigar los culpados, en que estaba atravesada la autoridad de la Iglesia, el servicio de Dios, y el respeto

al celo santo, que venero en su majestad (Dios le guarde).

Y cuando en delito tan público y escandaloso, el punto de la quema de las iglesias, estuviera reducido á prueba de sola presuncion, constando como consta plenamente, no solo por testigos, sino por confesion de su mismo cabo, que los soldades habian quemado el lugar de Rio de Arenas y robado su iglesia, ¿por quién ha de quedar la presuncion de la quema de dicha iglesia? ¿Por los soldados, que la robaron para enriquecerse, ó por los paisanos, que se empobrecieron para enriquecerla y ornamentarla? ¿Quién habrá que estando en dicha presuncion, pueda disculpar los soldados?

Lo segundo es lo que me tiene mas lastimado, de que por ser yo tal, haya llegado á opinion de prelado de quien siempre en las materias mas árduas y dudosas se ha esperado la mas desinteresada verdad, á tan bajo punto, que se pueda presumir que la opresion ó temor de perder la vida ó la quietud me haya obligado á torcer la justicia en materia donde la pusilanimidad no puede tener salida ni la malicia satisfaccion. ¿Quién, señores, pudo pensar de otro prelado que no sea yo, que llegue á descomulgar á tantos, poner en todo un obispado entredicho por tantos meses, privar á la Iglesia de la solemnidad de sus oficios, á los fieles de su consuelo, á tanto número de gente del ingreso de la iglesia y eclesiástica sepultura, sin causa bastante, sin justicia, sin prueba y sin calificacion de ella, movido solo de la opresion ó pusilanimidad, y de evitar el peligro de su vida ó quietud? Sin duda que los que saben cuán cerrado deja el camino esta injusticia para la satisfaccion, pensándolo así, ó me tendrán por totalmente ignorante de mis obligaciones, ó por pródigo de mi salvacion. ¿Qué opresion ó respeto de violencia me pudo mover, si al punto que supe en Barcelona la primera quema de la iglesia de Rio de Arenas, me partí por la posta á visitar la iglesia, hacer el proceso y proceder contra los culpados? ¿No envié monitorios á los soldados estando en Blanes? No oí á su cabo y les dí tiempo para descargarse? No publiqué las censuras estando todo el ejército alojado junto á las puertas de esta ciudad, y dentro de ella la mayor parte de los cabos y personas de puesto? Pues si el miedo de tantos soldados (siendo á su parecer ofendidos) no me entorpeció las manos, no solo para no proceder, pero ni aun para dilatar la promulgacion de las censuras, ¿cómo puede nadie presumir que el respeto ó miedo de los provinciales, siendo mis ovejas (que aunque malo su pastor, deben conocer su voz en los trabajos), me habia de obligar á hacer cosa tan fea, abusando de la autoridad de la jurisdicion de la Iglesia, con tan grande mengua de su reputacion y de mi conciencia?

No acabaré, señores, jamás de llorar de que con esta nota, que tan injustamente se me pone (tras haber con las dos quemas ofendido á Cristo y á su Iglesia dos veces), vuelvan á padecer de nuevo en su opinion; pues en la de poco católicos, no tienen Cristo y su Iglesia, mas nombre del que le dan sus pastores, aventurando la vida y cuanto tienen y esperan, por la integridad de la fe, de la justicia y religion.

Vuestra señoría puede desengañar de esta verdad á su majestad (Dios le guarde) y al excelentísimo señor Conde-Duque, asegurándoles que en mis procedimientos solo puse la mira en Dios, que, junto con ser el ofendido, ha de ser el juez y el testigo que en revista de tanta oposicion ha de aprobar ó reprobar mis sentencias y mi intencion. Y que si (á trueque de que el desagravio de estas pobres iglesias no ande en opinion, y esté suspenso el socorro que esperan de su real clemencia) fuere necesario que yo me vaya á presentar y postrar á sus reales piés (dándome licencia), lo haré, posponiendo todo lo que me puede ser de utilidad y comodidad; y antes de levantarme de ellos, procuraré dar entera satisfaccion de mis procedimientos, supuesto que no tenemos licencia los prelados, en materia en que peligra la reputacion del gobierno de la Iglesia, para ser remisos ó pródigos de nuestro crédito y opinion. Guarde nuestro Señor á vuestra señoría, y guie sus acciones en su servicio para bien de este principado.—Gerona y agosto á 12, 1640.—Muy ilustres señores.—Besa las manos de vuestras señorías su mayor servidor, *Don Gregorio*, obispo de Gerona.

INDICE DE LOS PÁRRAFOS SIGUIENTES.

29. *No hay ley ni razon que contradiga á estas franquezas de Cataluña.*

En el §. 30 se dice:

Los conselleres de Barcelona, con entrañas llenas de amor, advierten á su rey y señor.

No se puede presumir del Príncipe que mande injusticias, por ser concepto indecente á la majestad real. Y así, todos infieren que proceden los daños de Cataluña y los malos sucesos de la monarquía de aquellos á quien vuestra majestad fia los negocios graves mientras respira del peso de tantos reinos. Proponen á vuestra majestad grandes fines, vestidos de conveniencias; ocultan á vuestra majestad los medios impios y escandalosos con que los pretenden, bajo el pretexto de dar alivio á vuestra majestad en lo penoso del gobierno. Da vuestra majestad aprobacion á solos los intentos por el título de convenientes; y ellos, con la aprobacion del fin solo, dan apoyo á cualquiera opresion en los vasallos, que vuestra majestad no sabe; y cuando la sepa, llega vestida tan artificiosamente de razones y títulos, traidos por los cabellos, que no deja de ser extrañada.

Con esto ganan y confirman el crédito de celosos, puntuales y atentos al manejo de los negocios. Pero lo que pasa es, que el amor entre rey y vasallos declina y se disminuye. Concibe vuestra majestad por bueno el fin propuesto, y el vasallo por inico el medio con que se alcanza.

De aquí nacen las quejas recíprocas de que vuestra majestad no es bien servido y el vasallo es maltratado; pero todo es en balde, porque ni vuestra majestad asiste á las injusticias de los medios, ni el vasallo se queja que le manden servir, por ser esta accion en él tan natural, como en vuestra majestad la de seguir el nivel de la equidad. Con este artificio de tener á vuestra majestad quejoso de sus vasallos, y á estos lastimados y afligidos, acreditan su valimiento, y desacreditan enormemente el amor recíproco de rey á vasallos, en que consiste la armonía de un reino; porque siendo vuestra majestad padre y los vasallos hijos, el intentar la ruina uno de otro, ya no se ha de llamar injusticia, dice Cayetano, sino impiedad; porque destruye la union mas estrecha que enlaza el padre con su hijo, entre los cuales la piedad y conservacion no es gratúita, sino obligacion.

Viendo los conselleres de Barcelona, fidelísimos vasallos de vuestra majestad, que tanta turbacion arguye declinacion en la monarquía, porque no titubea el edificio sino cuando está para caer; y lastimados, por otra parte, de que el temor y respeto de no enojar á validos, cierra á todos los labios para decir su sentir en servicio de su majestad, se ha resuelto avisar á vuestra majestad de los daños emergentes á la real corona, con las entrañas llenas de fe y lealtad, que aconsejaron á otros reyes; porque, como seria traidor á su rey y señor el que no diese la muerte al que ve entrar en palacio con la espada desnuda para ofendelle, así lo es, y aun mayor, el que viendo á su rey y reino á pique de perderse sin que el Rey lo sepa, no le avisase de estos peligros.

No extrañe vuestra majestad que los conselleres de Barcelona políticamente aconsejen; porque vuestra majestad y los señores reyes, en negocios arduos pertenecientes al buen gobierno, los han honrado y hecho merced de recibir su parecer y consejo. Y el señor rey don Pedro les concede que no solo le dén cuando los señores reyes lo piden, sino siempre que á ellos les pareciere conveniente. Por esta razon quisieron aconsejar al lugarteniente de vuestra majestad, el conde de Santa Coloma, por las carnestolendas pasadas, sobre un punto político, desaconsejándole los alojamientos en la forma que se hacian, porque preveian estos sucesos; pero no solo no las quiso admitir, sino que dijo que los conselleres ni podian ni le habian de dar consejo. Y para mas lastimar á los catalanes, informando los abogados de la ciudad á un ministro sobre estos privilegios, alegándolos con ejemplares, respondió con mofa y escarnio, *que eso era en tiempo de las ballestas.* Ha castigado Dios esta presuncion, padeciendo y pereciendo á manos de su consejo, por no admitir ni escuchar el de los conselleres.

Vuestra majestad, Señor, reciba estos avisos y consejo con el celo que les ofrecen; porque sin duda alguna obrarán los efetos del sosiego y paz deseada en la monarquía, y servirán de consuelo á todos los vasallos, que tiene enmudecidos el temor del poder, el cual les fuerza á desmentir su corazon y sentir con lisonjas. Importa que se diga á vuestra majestad, conviene que lo sepa, lo advierta y lo pondere; que aunque han de amargar estas verdades, por llegar á lo mas vivo del corazon, pero cuando está librado en el desengaño el remedio, menor mal es quedar nosotros con nombre de molestos, que la monarquía en contingencia de perderse. El recelo de no incurrir en el enojo de los que con vuestra majestad pueden, ha causado el silencio de estas verdades; pero ya el amor que á vuestra majestad se debe, perentoriamente obliga, y sería vileza, y aun alevosía, del vasallo que por temor de otro vasallo faltase al amor de su rey y señor; porque los vasallos que viven han de morir, pero los reinos y monarquía de vuestra majestad han de permanecer para nuestro serenísimo príncipe Baltasar Cárlos (que Dios guarde), el cual podria justificadamente quejarse de que hayan faltado vasallos de valor para advertir á vuestra majestad estos males.

§. 31. *Los consejos obran sin culpa.*

32. *La novedad de arbitrios causa las novedades de la monarquía.*

33. *Anda desestimada la sangre y los servicios.*

34. *La nobleza catalana sin estimacion.*

El §. 35 es este:

Hacen odiosos los vasallos á vuestra majestad.— Cargos y descargos del Principado.

No remunerar servicios puede ser omision en el bien intencionado; pero convertir el bien en mal, y trocar en piedras los beneficios, arguye malicia y aborrecimiento inveterado. Con los catalanes no solo se ha pretendido ocasionar á vuestra majestad olvido de mercedes, pero despertar el real enojo contra esta provincia, alterando las relaciones de los sucesos, afectando las ocasiones que pueden descomponerla con vuestra majestad. Que cuando se hallaran en ellos culpas, la ley de Dios dicta que los que asisten á los superiores se desvelen en la disculpa; aquí el desvelo ha sido sutilizar los negocios de suerte, que recayeran en culpas graves de estos vasallos inocentes.

Han sucedido en Cataluña los desastres referidos, motivados de las vejaciones propuestas, de que queda alborotada y sin sosiego; ha propuesto con sana intencion las diligencias mas perentorias, pero sin provecho. Ha suplicado (como medios mas eficaces de la paz de la provincia) fuesen castigados los soldados incendiarios de templos y sagrarios, y removidos algunos ministros aborrecidos del pueblo por los excesos en el gobierno, proveyéndose las plazas vacantes, para que apadrinada la justicia por el amor en los principios, cobrara lo que ha perdido por lo aborrecible de su siniestro ejercicio. Que sean estos los medios mas eficaces para conseguir lo que desea, se hace evidente con lo que sucedió en el ingreso del duque de Cardona á lugarteniente de vuestra majestad inmediatamente después del conde de Santa Coloma; porque cuando estaban mas crecidas las llamas del sentimiento del pueblo á vista de los sacrilegios y contrafacciones, apenas supieron que venia con pleno poder de castigar á los cabos y soldados descomulgados, y resarcir los daños hechos á las constituciones y privilegios de Cataluña, cuando todos, no solo se sosegaron, pero querian seguirle á Perpiñan para dar mayores brios á la justicia, á no estorbarlo el Duque, diciendo no ser necesario por entonces. Pero llegó á Figueras, recibió nuevas órdenes, con los cuales cesó el favor del castigo de los soldados. En la ocasion de esta variedad de órdenes enfermó el duque de Cardona, y murió de este pesar en Perpiñan, quedando suspenso el Principado del futuro suceso en los negocios.

Esperaba lugarteniente de vuestra majestad que con prudencia asentase las turbaciones (porque no hay quien las ame), y tratase de las venganzas del Santísimo Sacramento y refaccion de graves daños. Nombróse al obispo de Barcelona, recebido de todos con aplauso por su madurez, integridad y prudencia; pero luego se echó de ver que esta provision antes ponia estorbos á los intentos que los efectuaba. Porque nombrar un obispo por lugarteniente, sin de breve irregularidad, ha sido atar las manos á lo punitivo de la justicia en la ocasion mas urgente. Vea vuestra majestad quién tiene impedida la justicia; los catalanes que la interpelan, ó los que la envian presa y sin poderes. ¿Cómo se pueden impedir las acciones de quien no tiene poder para ejercitarlas? Y pudiendo la ciudad de Barcelona en ausencia del lugarteniente ejercitar la justicia por *juy de Prohoms*, por este camino se ha extinguido todo su ejercicio, abriendo paso franco á cualquier turbacion y delito. Hubieran sucedido muchos, á no unirse los ciudadanos (con licencia del lugarteniente de vuestra majestad y asistencia de un oficial real) para ocurrir á estos peligros; con que la ciudad goza de un concierto monástico. Desto, que es declarada opresion, se hace cargo, como si pudieran los catalanes conceder el breve al lugarteniente de vuestra majestad.

Verdad es que se funda este cargo en el retiro de algunos ministros, que, por aborrecidos del pueblo, no se atreven á salir sin manifiesto peligro de la vida. Dicen que es culpa de los que gobiernan el Principado y la ciudad de Barcelona. Señor, la especulacion mas viva desde léjos no puede descubrir todas las dificultades que se despiertan con la plática, porque solo hace eleccion de los medios que le ocurren; pero no puede advertir los inconvenientes que sobrevienen. No todo lo que se juzga por conveniente desde léjos, sucede con acierto; porque no implica discurrirse bien el negocio y desacertarse la ejecucion. Las dificultades y los inconvenientes de salir algunos ministros (que las comisiones varias hicieron odiosos), con la distancia parecen menores; pero los que están aquí al pié de la obra, como las experimentan, las recelan para mayor servicio de vuestra majestad. Esto no es impedir la justicia, sino desear que su respeto se mejore, y que cobre en unos lo que ha perdido en algunos. No consiste la exaltacion de la justicia en que este ó aquel la administre, sino en ser ejercitada en nombre de vuestra majestad por cualquier que sea, con tal que no le falte el respeto y veneracion debida. Con la remocion de algunos ministros y provision de plazas vacantes se consigue este fin pretendido para la justicia, y con persistir en que salgan, no solo se defrauda, pero se arriesga su vida y la quietud de todo el Principado; y en eleccion de extremos tan opuestos, mas ha de pesar la paz general que la comodidad particular de algunos.

Si la justicia pudiera responder por los catalanes, á voces diera descargos, representando los agravios que le han hecho en sacarla de la gravedad de sus consistorios, para rozarla entre soldados, carruajes y bagajes, que la hicieron odiosa, y cómo fuera de su esfera desmedró su crédito en elemento extraño. El duque de Feria (igualmente sagaz y prudentísimo), instado por ministros superiores que intentase ciertas diligencias contra el Principado, respondió que la justicia en Cataluña, mientras trataba de oponerse á delitos particulares se hacia muy amable; pero en hacer oposicion á sus leyes y privilegios se hacia detestable. Esto ha excitado el pueblo contra algunos ministros, esto los tiene retirados; por esta razon se ha suplicado á vuestra majestad removiese los malquistos; pero no se ha podido jamás conseguir.

En materia del castigo de soldados descomulgados, no solo no ha sido el parecer bien admitido, pero calumniado; y no solo disculpando á los soldados de los sacrilegios (delitos tan evidentes), sino que los alientan á proseguir en las invasiones del Principado. La falta del castigo de los soldados, que suplieron en parte los vecinos de las iglesias quemadas, sirve de motivo para hacer cargo á los catalanes de que han invadido las banderas reales. Si ellas, Señor, supieran hablar, no solo no se darian por ofendidas, sino por obligadas á los catalanes de haberlas desagraviado; valiéronse de ellas los sacrílegos para invadir dos veces el Santísimo Sacramento hasta la consuncion de las formas reservadas; y como por católicas nunca se han desplegado en ofensa de los templos, sino en su defensa, se dieron por servidas de ver castigados los sacrílegos que las forzaron á ser testigos de incendios de templos y sagrarios. No fué invadirlas, sino librarlas de la opresion y agravio que les hacian; de la suerte que si estuviesen en un escuadron de herejes, quien á estos persiguiese y matase, no invadiria la bandera real, antes la ganaria; porque mientras el soldado obra contra la institucion de las banderas reales de vuestra majestad se hace indigno de todo favor y digno de cualquier castigo, porque con esta oposicion se declara por su enemigo. Bástales, Señor, á las banderas de vuestra majestad el sentimiento

de haber asistido forzadas á tales sacrilegios; no es menester añadirles nueva pena, haciéndolas apadrinar á sus ofensores; que invadir á sacrílegos ó invadir á banderas reales no es equivocacion decente á los fines católicos de vuestra majestad.

Ultimamente, pueden tanto las persuasiones continuas de los que aborrecen con odio interminable á los catalanes, que no solo han procurado desviar de la rectitud y equidad de vuestra majestad los medios propuestos de la paz y sosiego que debian ser admitidos, siquiera para experimentarlos; pero para llegar al cabo de la malicia proponen á vuestra majestad como obligacion forzosa que se prosiga en la opresion del Principado, acudiendo á él con ejército para entregarle libremente al antojo de soldados de saco y pillaje universal, exponiéndole á que pueda decir (si no tuviera tendencia al amor y fidelidad que á vuestra majestad ha tenido, tiene y tendrá siempre) que en virtud de tanto rompimiento de contrato le dan por libre cosa que ni la provincia la imagina, antes ruega á Dios no lo permita. Y como el Principado sabe por experiencia que estos soldados no tienen respeto ni piedad á casadas, vírgenes, inocentes, templos, ni al mesmo Dios, ni á las imágenes de los santos, ni á lo sagrado de los vasos de las iglesias, ni al Santísimo Sacramento del altar, que se ha visto este año dos veces entre llamas, aplicadas por estos soldados, está puesto universalmente en armas para defender (en caso tan apretado, urgente y sin esperanza de remedio) la hacienda, la vida, la honra, la libertad, la patria, las leyes, y sobre todo, los templos santos, las imágenes sagradas y el Santísimo Sacramento del altar (sea por siempre alabado); que en semejantes casos los sagrados teólogos sienten, no solo ser lícita la defensa, pero tambien la ofensa para prevenir el daño, siendo lícito el servicio de las armas desde el seglar al religioso, pudiendo y aun debiendo contribuir con bienes seglares y eclesiásticos; y por ser esta causa universal, pueden unirse y confederarse los invadidos, y hacer juntas para ocurrir con prudencia á estos daños. Y claman los catalanes á Dios, á vuestra majestad y á todo el mundo de la injuria que se les hace, alegando para pretexto de la invasion, que no quieren la justicia, y que para su reintegracion debe vuestra majestad depopularlos con ejército. Engañan, Señor, á vuestra majestad; que Cataluña ama y quiere la justicia, y para este efecto ha enviado á vuestra majestad súplicas muchas veces; no pide sino la provision de las plazas vacantes, la remocion de algunos particulares ministros, que por aborrecidos y sentidos del pueblo, han de turbar mas el ejercicio de la justicia.

El §. 36 es: *Consejos que los conselleres y consejo de Ciento de Barcelona, en virtud de las cartas reales y privilegios, ofrecen con todo rendimiento á vuestra majestad.*

§. 37. *Proclaman á vuestra majestad los conselleres y consejo de Ciento.*

Señor, duélase vuestra majestad deste su principado; no permita vuestra majestad que por antojo de vasallos se devaste patrimonio que ha sido tan glorioso para todos los ascendientes de vuestra majestad, y que ha de gozar gloriosamente el serenísimo príncipe Baltasar Cárlos. Obliguen á vuestra majestad los mesmos motivos que obligaron al señor rey don Pedro, de inocencia, servicios y pérdidas de la corona. Ponga vuestra majestad los ojos en la fidelidad continuada de los catalanes, confirmada con servicios tan grandes hechos en tiempo de paz y guerra. No permita vuestra majestad extinguir la gloria de una provincia que ha sido cuna y patria de tantos santos, condes, príncipes y reyes, restaurada por sus naturales, entregada libremente á sus señores, adornada con leyes y privilegios comprados á peso de sangre y oro. Al afligido no se han de añadir aflicciones; y es añadirlas, si despues de tantos años de opresiones, trabajos y gastos en servicio de vuestra majestad, se permitiese esta invasion, que se amenaza y dispone con mayor crueldad, que si invadieran á Cataluña herejes, turcos ó moros.

Que vuestra majestad, Señor, tomara en la mano el azote, no recelara tanto Cataluña, porque es vuestra majestad nuestro padre y señor; pero disponiendo el castigo dos ministros, crece con el miedo el enojo. Cuando el padre castiga al hijo, aunque llora, se enmienda; pero si le azota el criado, le irrita y le enoja; porque del padre no presume odio como del criado. Estos azotes, Señor, no saben á la mano piadosa de vuestra majestad, sino á otra mano; porque no hay padre que quiera á su hijo muerto, sino ajustado á su gusto.

El dueño de la heredad no es quien la devasta, sino el vecino envidioso ó apasionado. A vuestra majestad, que es nuestro señor, príncipe y padre, acuden por remedio y alivio. Delante vuestra majestad alegan su inocencia, y cargan todos los males, daños, efusion de sangre, muerte de inocentes y sacrilegios sobre las conciencias de los que con dañado intento, y sin premeditacion de lo que puede seguirse en detrimento de la monarquía, aconsejan á vuestra majestad como lícita una invasion tan injusta, y dicen ser obligacion forzosa á la majestad real, á quien es propria la clemencia, piedad y compasion para con vasallos afligidos, y no la severidad inexorable. No es justo, Señor, que soldados insolentes derramen la sangre catalana, hecha á salir corriendo de las venas para ganar á vuestra majestad coronas; porque los numerosos rubíes que forman á vuestra majestad tan hermosa diadema, con sangre catalana derramada en las conquistas, quedaran tintas. Para que vivan los señores reyes se desangran los catalanes, no para morir infamemente como esclavos, que no perdieron jamás la honra por la vida; la vida, sí, por la honra muchas veces. Y en servicio de sus reyes está hecha la yerba de sus campañas á crecer con su sangre derramada, y no verse marchitada con lágrimas de cautividad.

A esta severa y audaz manifestacion replicó un defensor del Gobierno, sin duda por encargo de este, con otro escrito, en que, párrafo por párrafo, se van refutando los cargos y defensas que comprende la *Proclamacion*. En la noticia que precede á este tomo, dejamos dicho que todos los bibliógrafos atribuyen el citado escrito al poeta Rioja; y para que se tenga tambien idea de este curioso documento, extractarémos los párrafos que se refieren á los de la *Proclamacion* que hemos copiado. Esta refutacion impresa en 4.°, pero sin lugar ni año, tiene por título *Aristarco, ó censura de la Pro-*

clamacion católica de los catalanes. El exordio está concebido en estos términos :

«A las calumnias y falsedades que generalmente se publican, ó por inclinacion ó por gusto, es prudencia no responder; porque reducir á leyes de razon á quien está léjos de ella no es providencia para emprendida; pero disimular las injurias que con ninguna verdad se hacen á la reputacion de alguno, es una culpable modestia con que se confiesa en silencio cuanto pretende el enemigo. Y ¿quién podrá, cumpliendo con las obligaciones de vasallo y de cristiano, callar, cuando los conselleres y consejo de Ciento de Barcelona pretenden persuadir al mundo su fidelidad, su religion, su valentía, su largueza en servir, su respeto al Rey, su nobleza, sus privilegios, y últimamente, las advertencias en que á su parecer está librada la salud pública?»

Por el contexto de los períodos siguientes se conocerá á qué párrafos de la *Proclamacion* alude el *Aristarco*, pues no los cita con exactitud. Estas son sus palabras :

«Grandes exclamaciones hace el autor de este libro, en el parágrafo 5.°, por la honra del Santísimo Sacramento amancillada, diciendo que quemaron los soldados las especies. Y cierto, ningun encarecimiento fuera bastante á la ponderacion de sacrilegio tan grande, ningun castigo se ejecutara, que no pareciera menor que el delito; y ni lo que hizo Xatillon en Terlimon, ni lo que refiere Nicetas que hicieron los soldados de Balduino, siendo católicos, dentro del templo de Santa Sofía, en Constantinopla, puede igualar tan inaudita atrocidad. Pero la inquisicion de Barcelona, haciendo exacta diligencia, averiguó que el delito que se imputaba á los soldados no era cierto, y no halló que en Rio de Arenas ni en Montiró se hubiesen quemado las especies del Santísimo Sacramento; y si hubiera sucedido, el obispo de Gerona lo dijera en la carta que refiere suya la *Proclamacion*, que para disculparse de lo que ha obrado, ninguna cosa pudiera referir, ni debiera, mas eficaz; pues si hablando en otras no habla en ellas, luego no es cierto el delito que se imputa á los soldados. Pero ¿cómo se ha de paliar haber muerto un virey á puñaladas, y mas no habiendo sido cómplice en los incendios que publican? Arte es conocida de que se vale el que ha cometido un gran delito, acusar de otro mayor á quien ha ofendido, para que ó se avergüence ó se rinda. En Castilla, en Vizcaya, ha habido gran número de soldados castellanos y de otras naciones, y jamás se ha oido una queja, ni en Cataluña en tantos años, hasta la resolucion de los alojamientos. Entonces por el dolor de los privilegios no hubo atrocidad que los soldados no hiciesen, ni medios que no intentasen los catalanes para su defensa. Solicitaron predicadores que en sus sermones moviesen la gente á la defensa de sus constituciones; fingieron lágrimas en las imágenes; y todo para levantar el pueblo. Y quien hace esto con ellas, y con la pureza y verdad de la predicacion, y lo ha hecho otros tiempos, ¿cómo se puede creer que hable de los soldados de otra manera que levantándoles atrocidades y testimonios? Y si en las inmensas injurias que recibieron de los catalanes obraron ellos con indignacion, no es culpa suya; porque las injurias mas las comete quien las ocasiona que quien las hace.»

. . . .

«En el parágrafo 31 se dice que los conselleres de Barcelona advierten á su rey y señor con entrañas llenas de amor; y las advertencias son que á su majestad se proponen grandes fines vestidos de conveniencias, y se le ocultan los medios impíos y escandalosos con que los pretenden, debajo del pretexto de dar alivio á su majestad. El autor y los conselleres hablan en esto con el celo y puntualidad que suelen en todo. El Rey poco engaño puede recibir en lo que ha experimentado y experimenta, y en las injurias que ha sufrido su decoro, que las han examinado sus ojos y sentimiento. ¿Qué lugar podrán hacerse consejos de vasallos, cuyos intentos se conocen, cuyos fines se ven? Las palabras que no son de las acciones, no pueden tener lugar ni en la estimacion ni en el crédito de los hombres; que la herida de las obras, como es grande, arrebata los sentidos, y les quita que atiendan al vano halago de las razones. Toman las armas contra su rey los catalanes, hácense jueces en su queja; cosa prevenida y condenada en la razon y el derecho de las gentes, y dan consejos contra las leyes de prudencia; que aconsejar al amigo cuando no es solicitado para el consejo, es error; pues ¿qué será que aconseje un alevoso á su príncipe? Qué colores retóricos ó qué fuerza de arte bastará á vestir de verdad su intencion? Los de Barcelona holgaran infinito que los relevaran de las obligaciones de vasallos, que les consintieran cuanto pudiera dictar su antojo ó su libertad; y esto, aunque el resto de la monarquía cayese; que así los ministros serian buenos, los validos convenientes; los sucesos, por adversos que fuesen, serian del caso, y no de la disposicion.»

. . . .

«En el parágrafo 36 se trata de los cargos y descargos del Principado. En el 37 aconsejan los conselleres que mude de aires el Gobierno. Y en el 38 proclaman á S. M. conselleres y consejo de Ciento que no permita que por antojo de vasallos se destruya su patrimonio. Los cargos y descargos que se hace un principado que ha cometido crímen de lesa majestad contra su rey, y que forzosamente ha de desear vestir su culpa de manera que parezca menor ó inexcusable, no parece que pueden traer consigo recomendacion de ciertos. Hubo soldados en Cataluña muchos años y sin queja de los catalanes; fueron invadidos de Francia, y defendidos por las armas de su Rey; era forzoso para recobrar lo que tenia el francés del Principado mantener ejército, y para entrar en Francia; modo de que se podia esperar con seguridad que no acudiria con tanta gente á Flándes ni al Piamonte; la necesidad del Rey era grande, como se puede presumir de quien á un tiempo acudia á Flándes, á Italia, á Francia, á Alemania, á ambas Indias y á las fronteras de Africa, esto por tierra; por mar á las armadas de Francia, de Holanda y de turcos, convocadas de franceses. En tan urgente necesidad no era exceso que el Rey pidiese á los catalanes que creciesen el alojamiento á los soldados que los habian de defender, saliendo de los términos de su constitucion, y esto por entonces; porque el Rey nunca ha pretendido revocar ningun privilegio suyo. Los catalanes, que, poco atentos á la razon y á la diferencia que hay entre la necesidad y el comun órden de las cosas, anteponen sus leyes á las de la naturaleza cuando es en servicio de su rey, comenzaron á tumultuar, mataron muchos solda-

dos y cabos en los alojamientos, mataron al Virey, á un ministro suyo en la clausura de las monjas, á otro quemaron, los demás se escondieron; y la culpa que tenian era háber ido con órden de su rey á ejecutar los *alojamientos*. De aquí nació contra ellos el inextinguible odio con que se hallan. Pregonaron que ninguno tuviese escondido castellano, debajo de graves penas; los que habia, huyendo de la muerte, buscaban seguridad en los sepulcros, cuando los catalanes pasaban con mas seguridad en Castilla y en suma estimacion de todos. Acometiéronse las banderas de su majestad, mataron su caballería é infantería. Estas y otras muchas cosas hicieron, como se ha dicho; y publican su fidelidad como cosa que desean suplir; que la falta en las obras siempre se solicita suplir con las palabras. En cuanto á daño universal, ¿con qué satisfarán los catalanes el que han causado obrando la pérdida de Arrás y sucesos de Piamonte, con estorbar la entrada de los españoles en Francia? Si esta es fidelidad, júzguenlo los indiferentes y que saben lo universal y particular de las gentes y de las cosas. Hiciéronles alguna ofensa soldados particulares, por defenderse, que se puede hacer sin culpa por el derecho de la naturaleza. Mataron á algunos: comenzaron á publicar los catalanes que lloraban y sudaban las imágenes, como sentidas y fatigadas de su injuria, y que se paró el sol antes de ponerse, el dia que se celebró la fiesta del Santísimo Sacramento, trasferida por el tumulto de los segadores del dia del Córpus, y que se quemaron sus especies; todo fingido para el color de sus atrocidades y delitos, y que no pudo probar la Inquisicion, aun siendo catalanes los testigos, ni lo dice el Obispo en la carta que escribe á los conselleres, siendo para satisfacer en Madrid, y siendo la cosa con que mas se pudiera disminuir la destemplanza de sus procedimientos. Dicen que acometieron las banderas reales por vengar al Santísimo Sacramento y á las imágenes, y que toman las armas para su defensa. Hacerse una persona juez en su causa no puede por derecho, y menos hacerse inquisidor; luego no han procedido conforme á razon humana ni divina. Y haber muerto al Virey y á los ministros no puede haber sido porque quemaron al Santísimo Sacramento, que ni le mandaron ni lo permitieron ni supieron; luego fué porque obedecieron al Rey en la ejecucion de sus órdenes. Pues vasallos que le matan al Rey los ministros, sin mas culpa que la de su puntualidad, ¿cómo se llaman fieles, cómo cristianos? Cómo piden piedad sin confesar culpas? En cuantas palabras se vierten en la *Proclamacion* solo se oye que no vaya ejército á Barcelona, que no se destruyan tales vasallos; pero no se pide perdon, ni aun se finge que algunos pocos se desmandaron contra la voluntad de todos; no quieren que el Rey pueda nada, siendo contra el derecho de las gentes. Y en lo que hacen dan á entender que son mas poderosos que él, pues quieren que quite sus ministros porque le obedecieron; que se pongan los que ellos quieren; que saque los soldados cuando tiene guerra con Francia, y que no se castigue ninguno de los catalanes. A los vasallos toca responder al Rey cuando les pregunta, no aconsejarle no consultados, porque no es de las leyes del respeto. Poca es la fidelidad de quien toma las armas contra su rey, y poco útil el Principado que aun no sustenta los ministros que dispensan la justicia. ¿En qué pactos se podrá venir seguramente con vasallos que tantas veces han intentado matar á sus reyes á traicion, y hoy amenazan á veces al que tienen? Y estos aconsejan que no haya juntas, cuando tienen ellos tantas para todo lo que les ocurre en el estado presente. Las juntas son convenientes para la presta ejecucion de las cosas; que en el embarazo ordinario de los consejos por ventura no se pudieran expedir con la presteza que pide la urgencia de los negocios; y en tantos como han sucedido y suceden, estorbándose unos á otros, ha sido convenientísimo para el breve cobro de ellas el camino de las juntas. Demás que hay negocios mixtos que no se pueden tratar en otra parte, y remitirlos á un consejo ó á dos fuera de embarazo y tuviera imposibilidad. Las acciones no se han de culpar por el antojo, ni son del exámen de los enemigos; porque ninguna hay tan clara ni tan manifiesta que á la sombra de la calumnia que le arrima el enemigo no parezca otra cosa; así transforma el afecto los vicios en virtudes, y las virtudes en vicios. Y tambien aconsejan que mude ministros; dicen que el Protonotario es su enemigo, y esto mas es recato de la conciencia y noticia de la gravedad de sus culpas que razon; porque aunque están tan beneficiados de él y le deben tanto, juzgan que por su fidelidad, por su limpieza, por el ardimiento con que sirve al Rey, no puede dejar de ponerse de parte de su servicio; y así, como conocen lo que ha hecho y ven su correspondencia, temen lo que debe hacer; y como suelen los que han faltado en la fe á Dios llamar á todos herejes cuando lo son ellos solamente, así los catalanes publican fidelidades suyas, cuando ni en otras edades ni en esta, ni han parecido fieles ni lo son; y quieren ser creidos del Rey, y que el Conde-Duque no lo sea, ni admitido al gobierno; pues no pueden estar sin noticias de su blandura y de su inclinacion, que antes lo arrebata á perdonar injurias que á vengarlas; pero aunque saben esto, no ignoran que tiene en él mejor lugar el servicio del Rey que otro ningun respeto, y que solos son sus enemigos los que no le sirven; pero como ven su causa en estado poco capaz de ruego, porque su obstinacion nunca ha confesado culpa ni solicitado perdon, y ven que no le merece su arrojamiento, esparcen el humo de las injurias á los ojos del Rey, por turbar cuanto es de su parte la claridad con que mira la voluntad, respeto y obediencia del Conde-Duque y el paso con que camina á su mayor servicio. Dice el concilio Cartaginense, en el cánon 96, que en el juicio se ha de inquirir de qué conversacion y fe es el que acusa y el acusado, y si se hace comparacion del Conde y Cataluña; en cuanto á la antigüedad, mas antigua es la sangre del Conde en Castilla que el principado de Cataluña; si de los servicios y lealtad, llenas están las historias de Castilla y Leon de los servicios y fe de sus mayores á los reyes, y bien lo testifican los casamientos con sus hijas. De la persona del Conde-Duque quiero excusar lo que pudiera decir; porque la alabanza á persona pública y por escrito no es para intentada, aunque sea verdad; porque no está libre de los peligros de la lisonja: hable Anastasio Germonio Saboyardo en el modo de su ministerio, en sus costumbres, en su templanza, en el puesto, en su celo, en su trabajo, en su desinterés y limpieza, cuando por contrario á sus obras lo aborrecen los catalanes. Las palabras son estas en el

libro *De legatis*, hablando del conde don Enrique, su padre: *Cujus filius unicus Gaspar (cui parentem casus abstulerat) à liberalissimo Philippo nunc regnante omnibus approbantibus titulum (scilicet Grandatus) obtinuit, apud quem magna quoque pollet auctoritate et gratia, ad eo ut in omnibus Hispanicae dominationis provincijs, unus ferè omnia possit, eo sanè tanto dignior honore, quo in amplissimae potestatis usu continentior, ut qui maturo judicio omnia perpendens, ad ea, quae Dei gloriam, regisque sui dignitatem cum populorum beneficio conjunctam tantum respiciunt: attentissimus, mira cum humanitate ac dexteritate, quoad ejus fieri potest, omnibus satisfacit, non solum cujuscumque conditionis hominibus, et aulae et magistratibus ab ejus natu pendentibus, quos etiam exemplo suo quomodo in suis se gerere munijs debeant, tacite admonet verùm et ipsis magnorum principum legatis. Vir certè omnibus obvius, numquam cessator, numquam fessus, semper vigilans, nec noctes ipsas à laboribus eximens, nec in mensa, nec in lecto, nec in via à publicis abstinens negotiis; ingenii item acumine ad omnia promptus, ubique opportunus, simulque ad publicum bonum ita propensus, ac nemini gravis, ut quamvis urgentissimis prematur curis, à lucri cupidis fraudari timens, nullius opera utatur: à muneribus insuper, etsi non suspectis, supra quam dici potest, alienus atque abhorens, gravissimae administrationis molem tanta facilitate sustinet, ut nisi supra vires oneratum summa Dei benignitas, assiduisque apud Deum precibus gloriosus Guzmanae familiae decus ac lumen dominicus, praestantissimo fulciant praesidio, pro miraculo sit hominem unum hominum multorum munia tanta virtute, tantoque omnium applausu explere posse.* Desta manera y con este encarecimiento habla un extraño, mirando las acciones del Conde-Duque como indiferente; que para sentir dellas bien, no es menester otra disposicion que la indiferencia, y los mismos catalanes testifican lo mucho que le deben, en la carta que le escribieron en 27 de junio de este año de 40, que dice así:

»*Excelentisimi Señor: Lo pare fra Bernardino de Malleu y Pau Boquet, nostre embajador, ab diverses cartes nos au significat la mercè i honra que vostra excelencia los ha fet en totes les ocasions que han agut de tractar negocis desta ciutat axi ab sa majestad, que Deu guarde, com ab vostra excelencia, de qui sempre han tinguda grata audiencia; y axí, speram nos fará merced continuar en lo demés que sens offerirá. Per estos favors donan à vostra excelencia infinides gracias, essent las mayors que podem significar, pus estam certs que ab tal amparo com es lo de vostra excelencia, totes les materies que per nostra part tractan dit fra Bernardino i dit embajador, an de tenir lo succes mes convenient al serví de Deu, de sa majestad, y benefici desta ciutat, la cual resta com sempre del serví de vostra excelencia, à qui nostre Señor guarde. —Barcelona i juni 27, 1640.—Excelentisimi Señor. —De vostra excelencia molt affectats servidors, qui ses mans besen*, Los Consellers de Barcelona.

»Esto que escriben del Conde los conselleres, confiesan tambien los diputados, diciendo en carta de 31 de julio de 1640 que lo reconocen por su amparo; las palabras de la carta son estas:

»*Esperam que ab lo favor de vostra excelencia ho alcansará esta provincia ab la promptitut que la necesitat demana en mayor servey de sa majestad, i ho estimará à vostra excelencia regonexentlo en totas las ocasions per son amparo.*

»Esto sentian del Conde-Duque consellers y diputados; pero como mudaron de fe, mudaron de palabras. Con que los catalanes, cuya sangre no es antigua, cuyo principado, cuyo nombre, que las alevosías á sus reyes han sido tantas, que sus acciones para con Dios han sido tales, que ni han respetado sus arzobispos ni sus religiosos con vestiduras sacerdotales; que han violado con muertes las iglesias, arcabuceado el Santísimo Sacramento; que han fingido milagros de lágrimas, de sudores de imágenes y esparcido que el dia á que se transfirió la fiesta del Córpus se detuvo el sol muchas horas en ponerse, y todos para autorizar sus delitos y atrocidades, teniendo estas costumbres y obrando de esta manera desacreditan sus palabras y deshacen sus calumnias y acusaciones; y todo argumento es ocioso cuando las obras, como se ha dicho, siempre mas eficaces á persuadir que los escritos, publican lo contrario. Y aunque bastara para conocer la diferencia que hay entre el Conde-Duque y los catalanes haber referido sus acciones y nobleza; pero porque se vea cómo los diferencian los extranjeros de la demás gente de España, pondré las palabras de Jacobo Bonaudo en el panegírico á Francia y á su rey, que hablando con encarecimiento de la fertilidad de España y de sus letras, dice: *Est tamen ibi hominum genus elatissimum, et (quod pejus est) à fide quandoque devium quam maximè; qui à Cathalonia cathalani denominantur, quos vulgus marranos (nescio quare) appellat, nisi ob id ipsi dicunt, quod magis judaeis errent, aut majores in errore quam judei infideles existant. Isti errorem apertè proffitentur; illi judaei appellari nolunt; sed quamvis opera christiana minimè faciant, christianos esse, et mendaciter et palam profitentur: quod est magis errare quam judaeum apertè se gerere, quia plus est peccare per hypocrisim, quam manifestè aberrare.* Parece que habla este autor en el caso presente, pues ningunos hombres blasonan tanto de religiosos y píos, y ningunos han obrado tan inhumanas acciones ni cometido tan atroces sacrilegios. Han negado la obediencia á su rey y señor natural Felipe IV el Grande, y se han entregado á Luis XIII, rey de Francia, y él los ha recibido por sus vasallos. A los heridos del ejército del Rey mataron en los hospitales con horrendas muertes. A la imágen de Monserrat robaron la plata y joyas y quitaron la corona de la cabeza; á sus monjes desterraron y á sus ermitaños; publicaron jubileos y concedieron gracias sin ser pontífices. Estas son las acciones de los catalanes cuando estampan papeles ensalzando su obediencia, su piedad, su religion. Pero Dios, que se ofende tanto de que le honre con los labios quien siempre le ofende con las obras, les fabricará su castigo en sus acciones.»

EXPEDICION

DE LOS

CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS,

POR DON FRANCISCO DE MONCADA, CONDE DE OSONA.

A DON JUAN DE MONCADA,

arzobispo de Tarragona, primado de la España Citerior, mi señor y mi tio.

Por obedecer á usía ilustrísima he puesto en órden esta breve historia, que la soledad de una aldea me la puso entre las manos, con el deseo natural de conservar memorias casi muertas de la patria que merecen eterna duracion. Recogí lo que pude de papeles antiguos de Cataluña, y ayudado de sus escritores y de los griegos, he procurado sacar esta *Expedicion* que los nuestros hicieron á Levante, libre de dos terribles contrarios, descuido de los naturales y proprios hijos, y malicia de los extranjeros, enemigos de nuestro nombre y gloria, que parece que andaban á porfía cual dellos seria el autor de su muerte. Halléme desocupado; y así, reconocí por obligacion el salir á su defensa: si esta ha sido bastante, no lo puedo asegurar, porque las armas, que son las antiguas memorias y autores, con que me opuse, andan tan confusos y faltos, que apenas me dieron el socorro necesario. Pero ya que no entera ni como ella fué se describa á la posteridad, quedará por lo menos renovada con mas larga relacion de la que los antiguos catalanes nos dejaron; cuyo descuido nació de parecelles que los hechos tan esclarecidos la fama los conservara con mayor estimacion que la historia, y que el tiempo no los pudiera escurecer. Guárdeme Dios á usía ilustrísima muy largos años.

Barcelona, 3 de noviembre de 1620.

El conde de Osona.

EXPEDICION

DE LOS

CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS.

LIBRO PRIMERO.

PROEMIO.

Mi intento es escribir la memorable expedicion y jornada que los catalanes y aragoneses hicieron á las provincias de levante cuando su fortuna y valor andaban compitiendo en el aumento de su poder y estimacion, llamados por Andrónico Paleólogo, emperador de griegos, en socorro y defensa de su imperio y casa: favorecidos y estimados en tanto que las armas de los turcos le tuvieron casi oprimido, y temió su perdicion y ruina; pero despues que por el esfuerzo de los nuestros quedó libre dellas, mal tratados y perseguidos con gran crueldad y fiereza bárbara, de que nació la obligacion natural de mirar por su defensa y conservacion, y la causa de volver sus fuerzas invencibles contra los mismos griegos y su príncipe Andrónico; las cuales fueron tan formidables, que causaron temor y asombro á los mayores príncipes de Asia y Europa, perdicion y total ruina á muchas naciones y provincias, y admiracion á todo el mundo. Obra será esta, aunque pequeña por el descuido de los antiguos, largos en hazañas, cortos en escribirlas, llena de varios y extraños casos, de guerras continuas en regiones remotas y apartadas, con varios pueblos y gentes belicosas, de sangrientas batallas y vitorias no esperadas, de peligrosas conquistas acabadas con dichoso fin por tan pocos y divididos catalanes y aragoneses, que al principio fueron burla de aquellas naciones, y después instrumento de los grandes castigos que Dios hizo en ellas. Vencidos los turcos en el primer aumento de su grandeza otomana, desposeidos de grandes y ricas provincias de la Asia menor, y á viva fuerza y rigor de nuestras espadas encerrados en lo mas áspero y desierto de los montes de Armenia; después, vueltas las armas contra los griegos, en cuyo favor pasaron, por librarse de una afrentosa muerte, y vengar agravios que no se pudieran disimular sin gran mengua de su estimacion y afrenta de su nombre, ganados por fuerza muchos pueblos y ciudades, desbaratados y rotos poderosos ejércitos, vencidos y muertos en campo reyes y príncipes, grandes provincias destruidas y desiertas, muertos, cautivos ó desterrados sus moradores, venganzas merecidas mas que lícitas; Tracia, Macedonia, Tesalia y Beocia penetradas y pisadas, á pesar de todos los príncipes y fuerzas del oriente; y últimamente, muerto á sus manos el duque de Aténas con toda la nobleza de sus vasallos y de los socorros de franceses y griegos, ocupado su estado, y en él fundado un nuevo señorío. En todos estos sucesos no faltaron traiciones, crueldades, robos, violencias y sediciones; pestilencia comun, no solo de un ejército colecticio y débil por el corto poder de la suprema cabeza, pero de grandes y poderosas monarquías. Si como vencieron los catalanes á sus enemigos, vencieran su ambicion y codicia, no excediendo los límites de lo justo, y se conservaran unidos, dilataran sus armas hasta los últimos fines del oriente, y viera Palestina y Jerusalen segunda vez las banderas cruzadas. Porque su valor y disciplina militar, su constancia en las adversidades, sufrimiento en los trabajos, seguridad en los peligros, presteza en las ejecuciones, y otras virtudes militares, las tuvieron en sumo grado, en tanto que la ira no las pervirtió; pero el mismo poder que Dios les entregó para castigar y oprimir tantas naciones, quiso que fuese el instrumento de su proprio castigo. Con la soberbia de los buenos sucesos, desvanecidos con su prosperidad, llegaron á dividirse en la competencia del gobierno; divididos, á matarse; con que se encendió una guerra civil tan terrible y cruel, que causó sin comparacion mayores daños y muertes que las que tuvieron con los extraños.

CAPITULO PRIMERO.

Estado de los reinos y reyes de la casa de Aragon por este tiempo.

Antes de dar principio á nuestra historia, importa para su entera noticia decir el estado en que se hallaban las provincias y reyes de Aragon, sus ejércitos y armadas, sus amigos y enemigos: principios necesarios para conocer dónde se funda la principal causa desta expedicion. El rey don Pedro de Aragon, á quien la grandeza de sus hechos dió renombre de Grande, hijo de don Jaime el Conquistador, fué casado con Gostanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia, á quien Cárlos de

Anjou, con ayuda del Pontífice romano, enemigo de la sangre de Federico emperador, quitó el reino y la vida. Quedó Cárlos con su muerte príncipe y rey de las Dos Sicilias, y mas después que el infeliz Coradino, último príncipe de la casa de Suevia, roto y deshecho, vino preso á sus manos, y por su órden y sentencia se le cortó la cabeza en público cadahalso, para eterna memoria de una vil venganza, y ejemplo grande de la variedad humana. Don Pedro, rey de Aragon, no se hallaba entonces con fuerzas para poder tomar satisfacion de la muerte de Manfredo y Coradino, ni después de ser rey le dieron lugar las guerras civiles; porque los moros de Valencia andaban levantados, y los barones y ricoshombres de Cataluña estaban desavenidos y mal contentos; y tambien porque mostrándose enemigo declarado de Cárlos, provocaba contra sí las armas de Francia, y las de la Iglesia, formidables por lo que tienen de divinas; los reinos de Sicilia y Nápoles lejos de los suyos, sus armas ocupadas en defenderse de los enemigos mas vecinos. Todas estas dificultades detenian el ofendido ánimo del Rey, pero no de manera que borrasen la memoria del agravio. En unas vistas que tuvo con el rey de Francia Filipe, su cuñado, entrevino Cárlos, hijo del rey de Nápoles, y deseando el rey de Francia que fuesen amigos y se hablasen, siempre don Pedro se excusó, y mostró en el semblante el pesar y disgusto que tenia en el corazon, de que todos quedaron mal satisfechos y desabridos; y sin duda entonces Cárlos se previniera y armara, si creyera que las fuerzas del rey de Aragon fueran iguales á su ánimo y pensamiento. Pero el cielo se las dió bastantes para tomar entera y justa satisfacion de la sangre inocente de Coradino por medios tan ocultos, que no se supieron hasta que la misma ejecucion los publicó.

Los míseros sicilianos, incitados de la insolencia francesa, desenfrenada en su afrenta y deshonor, tomaron las armas, y con aquel famoso hecho que comunmente llaman Vísperas Sicilianas sacudieron de la cerviz pública el insufrible yugo de los franceses y de Cárlos, que injustamente les oprimia, dejándoles al arbitrio y sujecion de ministros injustos: causa que las mas veces produce mudanzas en los estados y casos miserables en sus príncipes. Acudió luego Cárlos con poderoso ejército á castigar el atrevimiento y rebeldía de los súbditos. Ellos, viendo cerrada la puerta á toda piedad y clemencia, pusieron la esperanza de su remedio y amparo en don Pedro, rey de Aragon, que en esta sazon se hallaba en Africa, como verdadero príncipe cristiano, con ejército vitorioso y triunfante de muchos jeques y reyes de Berbería, asistido de la mayor parte de la nobleza y soldados de sus reinos. Llegaron ante su presencia los embajadores de Sicilia, llenos de lágrimas, de luto y sentimiento; bastantes con esta triste demostracion á mover no solo el ánimo de un rey ofendido por particular agravio, pero el de cualquier otro que como hombre sintiera. Acordáronle la muerte desdichada de Manfredo y la afrentosa de Coradino; facilitáronle la venganza con ayuda de los pueblos de Sicilia, tan aficionados á su nombre y enemigos del de Francia; ultimamente le propusieron el estado peligroso de su libertad, vidas y haciendas, si no les amparaba su valor, porque ya Cárlos estaba sobre Mesina, y amenazaba el rigor de su castigo un lastimoso fin á todo el reino. Movido destas razones y de las que su venganza le ofrecia, acudió antes que su fama á Trápana con todo su poder, y fué con tanta presteza sobre su enemigo, que apenas supo Cárlos que venia, cuando vió sus armas, y se halló forzado á levantar el sitio y retirarse afrentosamente á Calabria.

Con este hecho el Pontífice como amigo, y el rey de Francia como deudo, descubiertamente se mostraron favorecedores de Cárlos y enemigos de don Pedro, y tomaron contra él las armas. El rey de Castilla, que por el deudo y amistad debiera ayudalle, se salió afuera, y se inclinó á seguir el mayor poder. Don Jaime, rey de Mallorca, su hermano, tambien le desamparó, dando ayuda y paso por sus estados á sus contrarios, aunque se excusó con las débiles fuerzas de su reino, desiguales á la defensa y oposicion de tan poderoso enemigo: disculpa con que muchas veces los príncipes pequeños encubren lo mal hecho, atribuyendo á la necesidad lo que es ambicion. Don Pedro con esto se halló sin amigos, solo acompañado de su valor, fortuna, y razon de satisfacer el ultraje y afrenta de su casa. Al tiempo que le juzgaron todos por perdido, venció á sus enemigos varias veces, reforzados de nuevas ligas y socorros; todo lo deshizo y humilló en mar, en tierra; mantuvo el nombre de Aragon en gran reputacion y fama, y fué el primer rey de España que puso sus banderas vencedoras en los reinos de Italia, sobre cuyo fundamento hoy se mira levantada su monarquía. Echado Cárlos de Sicilia, intentó con mayor poder reducilla á su obediencia, y en esta hubo grandes y notables acontecimientos; pero siempre la casa de Aragon se aseguró en el reino con vitorias, no solo contra el poder de Cárlos, pero de todos los mayores príncipes de Europa que le ayudaban.

Murieron ambos reyes competidores en la mayor furia y rigor de la guerra, y por derecho de sucesion heredó á Cárlos, rey de Nápoles, su hijo primogénito, del mismo nombre, que en este tiempo se hallaba preso en Cataluña. A don Pedro, rey de Aragon, sucedieron sus dos hijos, Alfonso mayor en los reinos de España, Jaime en el de Sicilia. Prosiguióse la guerra hasta la muerte de Alfonso, que por morir sin hijos, fué don Jaime llamado á la sucesion, y hubo de venir á estos reinos, dejando en Sicilia á don Fadrique, su hermano, para que la gobernase y defendiese en su nombre. Después de su vuelta á España, don Jaime, recuperadas algunas fuerzas de sus reinos, renunció el de Sicilia á la Iglesia, temiendo que las armas castellanas, francesas y eclesiásticas á un mismo tiempo no le acometiesen, y persuadido de su madre Gostanza, que como mujer de singular santidad, quiso mas que su hijo perdiese el reino, que alargar mas tiempo el reconciliarse con la Iglesia. Enviáronse á Sicilia, para poner en efeto la renunciacion, embajadores de parte de don Jaime y de Gostanza, y entregar el reino á los legados del Pontífice romano; pero la gente de guerra y los naturales, indignados de la facilidad con que su rey renunciaba lo que con tanto trabajo y sangre se habia adquirido y sustentado, y les entregaba tan sin piedad á sus enemigos, de quien forzosamente habian de temer servidumbre y muerte; pareciéndoles á los sicilianos cierto el peligro, y á los catalanes y

aragoneses mengua de reputacion que lo que no pudieron las armas de sus contrarios alcanzar en tantos años, se alcanzase por una resolucion de un rey mal aconsejado, volvieron á tomar las armas, y oponiéndose á los legados, persuadieron á don Fadrique, como verdadero sucesor del padre y del hermano, que se llamase rey y tomase á su cargo la defensa comun.

Fué fácil de persuadir un príncipe de ánimo levantado, en lo mas florido de su juventud, y que por otro medio no podia dejar de ser vasallo y sujeto á las leyes del hermano: ocasion bastante, cuando no fuera ayudada de tanta razon, á precipitar los pocos años de don Fadrique. Llamóse rey, y como á tal le admitieron y coronaron. Previnose para la guerra cruel que le amenazaba, asistido de buenos soldados y del pueblo fiel y pronto á su conservacion, teniéndole por segundo libertador de la patria. Opúsose luego á Cárlos, su mayor y mas vecino enemigo; al Papa, que amparaba y defendia su causa, y al rey don Jaime, que de hermano se le declaró enemigo; cuyas fuerzas juntas le acometieron y vencieron en batalla naval; con que la guerra se tuvo por acabada, y don Fadrique por perdido. Pero por la oculta disposicion de la Providencia divina, que algunas veces fuera de las comunes esperanzas muda los sucesos para que conozcamos que sola ella gobierna y rige, don Fadrique se mantuvo en su reino con universal contento de los buenos, asombro y terror de sus enemigos, y gloria de su nombre.

Deshízose poco después la liga, por apartarse della don Jaime, rey de Aragon, con gran sentimiento y quejas de sus aliados, porque sin las fuerzas de Aragon parecia cosa fatal y casi imposible vencer un rey de su misma casa; y la experiencia lo mostró, pues apartado don Jaime de la liga, siempre los enemigos de don Fadrique fueron perdiendo, y él acreditándose con vitorias, hasta forzalles á tratar de paces, quedándose con el reino: cosa que de solo pensalla se ofendian. Concluyéronse después de algunas contradiciones, y se establecieron con mayor firmeza con el casamiento que luego se hizo de Leonor, hija de Cárlos, con don Fadrique; con que el reino quedó libre y sin recelo de volver á la servidumbre antigua, y el Rey pacífico señor del estado que defendió con tanto valor. El rey don Jaime, su hermano, sustentaba sus reinos de Aragon, Cataluña y Valencia con suma paz y reputacion, amado de los súbditos, temido de los infieles, poderoso en la mar, servido de famosos capitanes, aguardando ocasion de engrandecer su corona, á imitacion de sus pasados. El rey de Mallorca, príncipe el menor de la casa de Aragon, gozaba pacíficamente el señorío de Mompeller, condados de Rosellon, Cerdaña y Conflent, difíciles de conservar, por estar divididos y tener vecinos mas poderosos, entre quien siempre fueron fluctuando sus pequeños reyes; pero por este tiempo vivia con reputacion, y con igual fortuna que los otros reyes de su casa.

CAPITULO II.

Eleccion de general.

Tenian los reinos de Aragon, Mallorca y Sicilia el estado que habemos referido, cuando los soldados viejos y capitanes de opinion que sirvieron al gran rey don Pedro, á don Jaime su hijo, y últimamente á don Fadrique, en esta guerra de Sicilia, juzgándola ya por acabada, hechas las paces mas seguras por el nuevo casamiento de Leonor con Fadrique, vínculo de mayor amistad entre los poderosos en tanto que el interés y la ambicion no le disuelven y deshacen, y deshecho, causa de mas viva enemistad y odios implacables; pareciéndoles que no se podia esperar por entonces ocasion de rompimiento y guerra, trataron de emprender otra nueva contra infieles y enemigos del nombre cristiano en provincias remotas y apartadas. Porque era tanto el esfuerzo y valor de aquella milicia, y tanto el deseo de alcanzar nuevas glorias y triunfos, que tenian á Sicilia por un estrecho campo para dilatar y engrandecer su fama; y así, determinaron de buscar ocasiones arduas, trances peligrosos, para que esta fuese mayor y mas ilustre.

Ayudaban á poner en ejecucion tan grandes pensamientos dos motivos, fundados en razon de su conservacion. El primero fué la poca seguridad que habia de volver á España, su patria, y vivir con reputacion en ella, por haber seguido las partes de don Fadrique con tanta obstinacion contra don Jaime, su rey y señor natural; que aunque don Jaime no era príncipe de ánimo vengativo, y se tenia por cierto que, pues en la furia de la guerra contra su hermano no consintió que se diesen por traidores los que le siguieron, menos quisiera castigar á sangre fria lo que pudo y no quiso en el tiempo que actualmente le estaban ofendiendo, siguiendo las banderas de su hermano contra las suyas; pero la majestad ofendida del príncipe natural, aunque remita el castigo, queda siempre viva en el ánimo la memoria de la ofensa; y aunque no fuera bastante para hacelles agravios, por lo menos impidiera el no servirse dellos en los cargos supremos: cosa indigna de lo que merecian sus servicios, nobleza y cargos administrados en paz y guerra. El segundo motivo, y el que mas les obligó á salir de Sicilia, fué ver al Rey imposibilitado de podelles sustentar con la largueza que antes, por estar la hacienda real y reino destruidos por una guerra de veinte años, y ellos acostumbrados á gastar con exceso la hacienda ajena como la propria cuando les faltaban despojos de pueblos y ciudades vencidas. Como entrambas cosas cesaron hechas las paces y fenecida la guerra, juzgaron por cosa imposible reducirse á vivir con moderacion.

El rey don Fadrique y su padre y hermano, con su asistencia en la guerra, y como testigos de las hazañas, industria y valor de los súbditos, pocas veces se engañaron en repartir las mercedes, porque dieron mas crédito á sus ojos que á sus oidos, y siempre el premio á los servicios, y no al favor. Con esto faltaban en sus reinos quejosos y mal contentos, pero no pudieron dar á todos los que les sirvieron estados y haciendas; con que algunos quedaron con menos comodidad que sus servicios merecian. Pero como vieron que los reyes dieron con suma liberalidad y grandeza lo que lícitamente pudieron á los mas señalados capitanes, atribuyeron solo á su desdicha, y á la virtud y valor incomparable de los qué fueron preferidos, el hallarse inferiores.

Estas fueron las causas que movian los ánimos en comun para tratar de engrandecerse en nuevas empresas y conquistas. Los mas principales capitanes que

animaban y alentaban á los demás fueron cuatro, debajo de cuyas banderas sirvieron: Roger de Flor, vicealmirante de Sicilia; Berenguer de Entenza, Ferran Jimenez de Arenós, ambos ricoshombres, y Berenguer de Rocafort; todos conocidos y estimados por soldados de grande opinion. Comunicaron sus pensamientos entre sus valedores y amigos, y hallándoles con buena disposicion y ánimo de seguilles en cualquier jornada, se resolvieron de emprender la que pareciese mas útil y honrosa. Para la conclusion de este trato se juntaron en secreto, y antes de discurrir sobre su expedicion, quisieron dalle cabeza, porque sin ella fuera inútil cualquier consejo y determinacion, faltando quien puede y debe mandar. Con acuerdo comun de los que para esto se juntaron, fué nombrado por general Roger de Flor, vicealmirante, poderoso en la mar, valiente y estimado soldado, plático y bien afortunado marinero; persona que en riquezas y dinero excedia á todos los demás capitanes: causa principal de ser preferido.

CAPITULO III.

Quien fué Roger de Flor.

Roger de Flor, á quien los nuestros eligieron por general y suprema cabeza, nació en Brindiz, de padres nobles: su padre fué aleman, llamado Ricardo de Flor, cazador del emperador Federico; su madre italiana y natural del mismo lugar. Murió Ricardo en la batalla que Cárlos de Anjou tuvo con Coradino, cuyas partes seguia, por ser nieto de Federico, su príncipe y señor. Cárlos, insolente con la vitoria, después de haber cortado la cabeza á Coradino, confiscó las haciendas de todos los que tomaron las armas en su ayuda. Con esta pérdida quedó Roger y su madre con suma pobreza, y con la misma se crió hasta edad de quince años, que un caballero francés, religioso del Temple, llamado Vassaill, se le aficionó con ocasion de asistir en Brindiz con el Alcon, nave del Temple, cuyo capitan era. Navegó juntamente con él Roger algunos años, y ganó tan buena opinion en el ejercicio que profesaba, que la religion le recibió por suyo, dándole el hábito de fray sargento, en aquel tiempo casi igual al de caballero. Con él Roger comenzó á ser conocido y temido en todo el mar de levante, y al tiempo que Ptolemaide, dicha por otro nombre Acre, se rindió á las armas de Melech Taseraf, sultan de Egipto, Roger, como refiere Pachimerio(1), era uno de los que asistian en un convento del Temple; y viendo que la ciudad no se podia defender, recogió muchos cristianos en un navío, con la hacienda que pudieron escapar de la crueldad y furia de los bárbaros.

No le faltaron á Roger enemigos de su misma religion, que envidiosos de sus buenos sucesos, le descompusieron con su maestre, haciéndole cargo que se habia aprovechado por caminos no debidos á su profesion, y defraudado los derechos comunes, y alzádose con todos los despojos que sacó de Acre; que como ya esta célebre y famosa religion se hallaba en su última vejez y cerca de su fin, sus partes se habian enflaquecido con los vicios de la mucha edad y tiempo. La envidia, la avaricia y ambicion habian ocupado sus ánimos en lugar del antigo valor y de la mucha conformidad y piedad cristiana que los hizo tan estimados y venerados en todas las provincias.

(1) Pachymeres (Georg.), *Andrónicus Palaeologus, sive historia rerum ab Andronico seniore in Imperio gestarum.* Romae, 1669.

Quiso el Maestre con esta primera acusacion prendelle, pero Roger tuvo alguna noticia destos intentos; y conociendo la codicia de su cabeza y ruindad de sus hermanos, no le pareció aguardar en Marsella, donde á la sazon se hallaba, sino retirarse á lugar mas seguro, y dar tiempo á que la falsa y siniestra acusacion se desvaneciese. Retiróse á Génova, donde, ayudado de sus amigos, y particularmente de Ticin de Oria, armó una galera, y con ella fué á Nápoles y ofrecióse al servicio de Roberto, duque de Calabria, á tiempo que se prevenia y armaba para la guerra contra don Fadrique. Hizo Roberto poco caso de su ofrecimiento y del ánimo con que se le ofrecia, juzgándole por tan corto como el socorro. Obligó á Roger este desprecio á que se fuese á servir á don Fadrique, su enemigo, de quien fué admitido con muchas muestras de amor y agradecimiento: efetos no solo de su ánimo generoso y condicion apacible para con los soldados, pero de la fuerza de la necesidad de la guerra; porque no fuera cordura desechar al que voluntariamente ofrece su servicio en tiempos tan apretados como en los que corren riesgo la vida y libertad, y cuando se apartan los mayores amigos y obligados. El que llega á ser amigo en los peligros y cuando el Príncipe es acometido de armas mas poderosas, sin obligacion de naturaleza y fidelidad de súbdito, debe ser admitido y honrado, aunque le traiga su proprio interés ó algun desprecio ó agravio del contrario; que cuanto mas ofendido, mas útil y seguro será su servicio.

Fuése luego encendiendo la guerra entre Roberto y Fadrique, y Roger acreditóse en ella con importantes servicios, socorriendo diversas veces plazas apretadas del enemigo, y con la pequeña armada que llevaba á su cargo, impidiendo la libre navegacion de los mares y costas de Nápoles, con que llegó á ser vicealmirante, y en menos de tres años hizo cosas tan señaladas, que fué una de las mas principales causas de conservar á su príncipe en Sicilia, alcanzando juntamente para sí nombre inmortal y riquezas mas que de vasallo. En este estado se hallaba Roger cuando le tomaron los catalanes y aragoneses por general de la empresa que intentaban.

CAPITULO IV.

Determinan los capitanes su jornada, y suplican al Rey les favorezca.

Trataron con el nuevo general los capitanes cuál seria la mas conveniente y provechosa empresa, y resolvieron de comun parecer de ofrecerse al emperador de los griegos, Andrónico Paleólogo, casi oprimido de las armas de los turcos; porque á mas de que Andrónico se tenia por cierto que buscaba socorros de naciones extranjeras, dudoso de la fidelidad de los suyos, era príncipe que tenia poca correspondencia con el Papa, á quien Roger temia por haber maltratado en tiempo de guerra las provincias de la Iglesia, y siempre vivia con recelos de que el Papa pidiese á don Fadrique su persona como de religioso templario, para vengarse dél, entregándole á su maestre y religion. Y aunque no se podia esperar de la grandeza de don Fadrique hecho

tan feo, pero como los reyes algunas veces no miden sus intereses con lo que deben á su estimacion y fama, olvidan con facilidad los servicios por otras mayores conveniencias. Y pudiera ser que, rehusando don Fadrique el entregar á Roger, fuera ocasion de rompimiento y guerra; y así, no quiso Roger poner á don Fadrique en nuevos cuidados, ni su libertad en peligro si se quedara en Sicilia. Pachimerio dice (lib. 11, capítulo 13) que el Papa se le pidió á don Fadrique, y que juzgando no ser justo entregar á quien tan bien le habia servido, ofreció entonces de escribir y rogar al emperador Andrónico le trajese á su servicio, porque desta manera saldria honrado de sus tierras, y el Papa no podria quejarse de que él amparaba los fugitivos de las religiones. Pero en este caso me parece dar mas crédito á Montaner (1), porque al principio deste capítulo escribe Pachimerio que si en esta relacion se apartare de la verdad, no tendrá la culpa el escritor, sino la fama de quien él lo supo; y como la que corria entre los griegos de nuestras cosas era siempre falsa, no se le debe de dar crédito en lo que difiere de Montaner, y fácilmente en este caso les podemos conciliar, porque solo difieren en que Pachimerio da por constante que el Papa pidió la persona de Roger á don Fadrique, y Montaner dice que se temió el caso, pero no que sucedió; y así no fué mucho que la fama de tan léjos añadiese lo demás.

Después de haber resuelto todos la jornada, y platicado por algunos dias los medios mas convenientes para su ejecucion, dieron cargo á Roger que hablase á don Fadrique y le descubriese sus intentos, y le suplicase de parte de todos que los favoreciese, porque no fuera justo que se tratara públicamente sin haber precedido su consentimiento y gusto. Roger vino á Mesina, donde el Rey estaba, poco después de concluido su casamiento con Leonor, hija de Cárlos; y acabadas las fiestas y regocijos de las bodas, hablando en secreto con el Rey, le dijo como los catalanes y aragoneses se querian salir de Sicilia y pasar á levante, no tanto por el beneficio comun de todos ellos, como por la quietud y provecho que le resultaria si le dejaban un reino tan trabajado por las guerras pasadas, libre de carga tan molesta y pesada como eran ellos en tiempo de paz; que sus personas las tendria siempre á su devocion, y que cuando importase le vendrian á servir de los últimos fines de la tierra; pero que por entonces le suplicaban facilitase su jornada y les ayudase con su autoridad y fuerzas; paga bien merecida á sus servicios.

Respondió el Rey que advirtiesen que la resolucion que habian tomado de salir de Sicilia, aunque le estaba bien para su conservacion, no para su fama, porque muchos podrian entender que su salida era trazada por su órden para quedar libre de sus obligaciones; y que eran de tal calidad las que él reconocia, que por este medio no se podia librar dellas sin conocida nota de ingrato. Pero si la esperanza de mayores acrecentamientos les llamaba á nuevas empresas, y estaban resueltos, que él les asistiria y ayudaria con sus fuerzas, con que ellos fuesen testigos y publicasen la verdad del hecho; y que primero aventurara el reino y la vida, que faltara á la obligacion de tan señalados servicios; pero que la estrecheza del tiempo, por los excesivos gastos de la guerra, no daba lugar á que el premio igualase á su deseo. Digna respuesta de príncipe tan esclarecido, tanto mas de estimar, cuanto es mas rara en los príncipes la virtud del agradecimiento y satisfacer grandes servicios, cuando son tales que no se pueden pagar con ordinarias mercedes. Roger estimó, en nombre de todos, tan señalado favor y la honra que les hacia, y fuése luego á dar razon á los capitanes de lo que el Rey habia respondido; y entendido por ellos, lo celebraron y agradecieron con alabanzas.

Fué don Fadrique uno de los mas señalados príncipes de aquella edad, por la grandeza de su ánimo y gloria de sus hechos, cuyo valor deshizo y quebrantó las fuerzas unidas para su ruina, de Italia, Francia y España, y el que á pesar de todos sus competidores, quedó con el reino de Sicilia para sí y su posteridad, en quien hoy felizmente se conserva. No pudo suceder á don Fadrique cosa que mas le importase para la seguridad y quietud de su nuevo reinado, que librar á su pueblo de las contribuciones y alojamientos de huéspedes tan molestos como suelen ser los soldados mal pagados. Después que las paces y parentesco desterraron la guerra, por mantenella daban los pueblos de Sicilia con mucha liberalidad sus haciendas á los soldados que los defendian y amparaban contra Cárlos, á quien temian; pero después que con la paz se les quitó este miedo, comenzaron á sentir la mala vecindad de los soldados y á desavenirse con ellos; disgustos que forzosamente habian de causar daños gravísimos, si la nueva expedicion no los atajara.

CAPÍTULO V.

Embajada de los nuestros al emperador Andrónico, y su respuesta.

Roger y las demás cabezas principales del ejército resolvieron que luego se enviasen dos embajadores al emperador Andrónico á proponelle su servicio. Hiciéronse las instrucciones, asistiendo á ellas, con otros capitanes, Ramon Montaner, uno de los escritores de mayor crédito, que intervino siempre en los consejos y ejecuciones mas graves desta expedicion. Entregáronse á dos caballeros, cuyos nombres el tiempo y el descuido dejaron envueltos en tinieblas, para que luego partiesen á Constantinopla, y diesen su embajada de parte de toda la nacion. Llegaron en breves dias con una galera reforzada de Roger. Sabida su venida, y con alguna noticia de la embajada que traian, fueron recibidos de Andrónico con agradecido semblante y muestras de mucho amor. Propuso uno de los dos embajadores, el mas antiguo en años, su embajada: que los catalanes y aragoneses, después de hechas las paces entre Cárlos, rey de Nápoles, y don Fadrique, rey de Sicilia, á quien ellos servian, determinaron no buscar reposo en su patria, sino acrecentar con nuevos hechos la gloria militar y fama adquirida en las pasadas guerras; que tenian para esto fuerzas bastantes en

(1) *Chronica, ó descripcio dels fets e hazanyes del Inclyt Rey Don Jaume Primer Rey Darago, de Mallorques é de Valencia: Compte de Barcelona é de Muntpesller: e de molts de sos descendents.*— Feta per lo magnifich en Ramon Muntaner, lo qual servi axi al dit Inclyt Rey Don Jaume, com á sos fills e descendents: es trobe present á les coses contengudes en la present historia. — Valencia, por la viuda de Juan Mey, 1558.— Barcelona, en casa de Jaume Cortey, 1562.

número y valor, soldados ejercitados por una larga y peligrosa guerra, capitanes conocidos por sus vitorias y nobleza de sangre; que en nombre de todos ellos le ofrecian su ayuda contra los turcos con doblado gusto y aficion, por ocupar sus armas en favor de la casa de los Paleólogos, amigos únicos de la de Aragon cuando sus partes estaban muy caidas, y dilatar su imperio, destruyendo juntamente el de los enemigos del nombre cristiano, que con tanta audacia y orgullo le querian establecer en las provincias usurpadas al imperio griego.

Quedaron los emperadores contentísimos con la no esperada embajada y ofrecimiento de los catalanes, á su parecer tan importante para sus intereses, porque entendieron que aquellos mismos que se les venian á ofrecer eran los que con tanto espanto y temor de toda Italia ganaron y sustentaron el reino de Sicilia. Agradeció con palabras magníficas el gusto con que toda la nacion le ofrecia servir, y con el mismo les recibió. Quiso que luego se platicasen las condiciones con que habian de militar; y así, los embajadores pidieron, conforme sus instrucciones, el sueldo para la gente de guerra, y que á Roger se le diese el título de megaduque, y por mujer una de sus nietas, porque queria con tales prendas asegurarse mas en su servicio. Andrónico, sin alterar ni mudar cosa de las que le pidieron, lás concedió, sin reparar en la calidad y estado de Roger, desigual al de su nieta; pero toda esta desigualdad pudo igualar la reputacion de la gente que como general gobernaba, y verse el griego tan oprimido de las armas de los turcos, y poco seguro de la fidelidad de los suyos.

Vivia ciego y desterrado en una aldea de Bitinia Juan Láscar, legítimo sucesor del imperio, y aunque inútil para ocupalle, viviendo él era la posesion de Andrónico tiránica, y causa muy justificada para tomar las armas los mal contentos del gobierno presente; y así, lleno de temores y recelos, le fué forzoso valerse de naciones extranjeras para la guerra y defensa de su persona. Recibió en su servicio diez mil masagetas, á quien el vulgo llama alanos, gente bárbara de costumbres, cristianos en la fe mas que en las obras. Tenian su morada de la otra parte del Danubio, y reconocian por señores á los scitas de Europa. Enviaron primero al Emperador su embajada ofreciendo servillo. Nicéforo Gregoras (1), autor griego de aquellos tiempos, refiere lo mucho que Andrónico la estimó, con estas mismas palabras: «Fuéle tan agradable al emperador como si viniera del cielo.» Decia que todos los griegos le eran sospechosos y enemigos, y así continuamente procuraba amistades y ligas con los extraños, que ojalá nunca lo hiciera. Tambien recibió en su ejército muchas compañías de turcoples (2), que dejaron á sultan Azan y se bautizaron. Todas estas ayudas las deseaba Andrónico y las estimaba como grandes; y así la que los nuestros le ofrecian, no se puede con palabras encarecer la estimacion que hizo della, por ser de gente tan aventajada á las demás que le servian, y tan temida en aquellos tiempos. Remitió Andrónico los dos embajadores á Roger, concertado el casamiento, y le llevaron las insignias de megaduque, que es lo mismo que entre nosotros general de la mar; dignidad grande de aquel imperio, pero no de las mayores (3).

CAPITULO VI.

Señala sueldo el Emperador á la gente de guerra, y hace muchas honras y mercedes á sus capitanes.

Señaló Andrónico las pagas segun la diferencia de las armas y ocupacion: cuatro onzas de plata cada mes á los hombres de armas, á los caballos ligeros dos, y lo mismo á los pilotos y gente de mando de la armada; á los infantes y marineros una onza, y que siempre que llegasen á la costa de alguna provincia del imperio se les diesen cuatro pagas, y cuando quisiesen volver á sus casas, juntos ó divididos, se les librasen dos para el viaje. George Pachimerio, autor griego, cuyos fragmentos ilustran mucho esta relacion, aunque enemigo grande de los catalanes, dice que las pagas de los catalanes eran doblado mayores que las de los túrcoples y masagetas; con que claramente se muestra la estimacion que se hizo de la milicia catalana y aragonesa, pues con tan excesiva diferencia la aventajaron á todos los que servian en su imperio. De las pagas, entretenimientos y ventajas que ofreció á la nobleza y capitanes, no señalan los historiadores cosa con particularidad; solo el oficio y dignidad de megaduque en Roger, y el de senescal en Corberan de Alet; de donde sospecho que su gusto era el que limitaba sus pagas y sueldo; porque, segun adelante verémos, los generales pedian á su voluntad el dinero, con solo señalar la cantidad, sin que para esto hubiesen de dar cuenta á los contadores y ministros de la hacienda de Andrónico.

Los embajadores volvieron á Sicilia, y hallaron á Roger en Licata, donde aguardaba su vuelta, y sabido el buen despacho que traian, se fué luego á ver con el Rey, á dalle razon del honroso acogimiento que Andrónico hizo á sus embajadores, y cuán largo andaba en ofrecelles mercedes. Publicóse la jornada, y los capitanes recogieron su gente en Mesina, donde la armada se aprestaba, que en pocos dias estuvo en órden para navegar. Era la armada de treinta y seis velas, y entre ellas habia diez y ocho galeras y cuatro naves gruesas, la mayor parte armadas con dinero del Rey y de Roger, que para la ejecucion desta jornada gastó la hacienda que adquirió en las guerras pasadas, y tomó veinte mil ducados de los genoveses en nombre del emperador Andrónico. Fué mucho menos el número de la gente de lo que se creyó; porque los dos Berengueres de Entenza y Rocafort no pudieron juntarse con Roger ni seguirle, porque difirieron su partida para el siguiente año. Berenguer de Entenza esperaba nuevas compañías de gente de Cataluña para acrecentar sus fuerzas y pasar con mayor reputacion. Berenguer de Rocafort se detenia en unos castillos de Calabria, y rehusaba el entregarlos al rey Cárlos de Nápoles hasta quedar enteramente satisfecho de lo que se le debia por razon de su sueldo. Roger, aunque la falta destos dos capitanes le pudiera

(1) Nicephori Gregorae Historia byzantina. Basileae, 1562.—*Eadem gr. et lat., cum notis Jo. Boivin.* Parisiis, 1702; 2 vol.

Cum notis ejusd. Boivini, Hier. Wolfii, Ducangii et Caperonnerii; cura Lud. Schopeni.—Bonæ, Weber, 1829 et 1830; 2 vol.

(2) *Turcopuli*, denominacion que se aplicaba, segun Ducange, á los soldados de armadura ligera, y segun otros, á los hijos de padre turco y madre griega, pero, como lo indica aquí Moncada, *turcoples* eran los turcos convertidos.

(3) El título de *megaduque*, ó *megadux* en griego, y *magnus dux* en latin, correspondia en el imperio bizantino al grado supremo de la marina. *Quem summe rei nauticae... praefecturo erat*, dice el glosario de Ducange.

con justa causa detener, por ser una de las mas principales partes de su ejército, determinó partirse, y embarcó su gente el dia que tenia aplazado. El Rey, á mas de los navíos y galeras que les dió para su viaje, les mandó proveer de vituallas y bastimentos, y el dinero que pudo un príncipe que del reinar solo conoció las fatigas y peligros.

Este fue el premio que se dió á la milicia mas invencible y vitoriosa de aquella edad, y que sirvió por largos veinte años á tres reyes, Pedro, Jaime y Fadrique, alcanzando de sus enemigos cinco vitorias navales, tres en tierra, sin otros encuentros notables, y sin las expugnaciones de fuertes y grandes pueblos, y otros defendidos con loable obstinacion y valor increible. Tal era la moderacion de aquellos tiempos, bien diferentes de los que hoy tenemos, pues vemos soldados que apenas han visto al enemigo cuando ya juzgan por cortas las mayores mercedes.

CAPITULO VII.

Parte de Sicilia la armada, y qué gente y milicia fué la de los almugavares.

Embarcóse toda la gente en el puerto de Mesina, y antes de salir del Faro, se tomó muestra general, y se hallaron, segun Montaner, efectivos mil quinientos hombres de cabo para el servicio de la armada, sin los oficiales, y cuatro mil infantes almugavares. Nicéforo Gregoras, autor poco fiel en algunos destos sucesos, dice que Roger pasó solo mil hombres á Grecia; pero George Pachimerio ya concuerda con Montaner, y afirma que fueron ocho mil los que pasaron. Este, á mi parecer, es el verdadero número; porque seis mil y quinientos soldados de paga es cierto que llegaron hasta el número de ocho mil con los criados y familia de los capitanes y ricoshombres. Y aunque estos dos autores no concordaran, la fe de Nicéforo fuera siempre dudosa; porque á Roger, siendo capitan de solos mil hombres, no me puedo persuadir que Andrónico le hiciera megaduque, y le casara con su nieta sin haber precedido servicios. No parecerá ajeno del intento, pues toda nuestra infantería fue de almugavares, decir algo de su orígen.

La antigüedad, madre del olvido, por quien han perecido claros hechos y memorias ilustres, entre otras que nos dejó confusas, há sido el orígen de los almugavares; pero segun lo que yo he podido averiguar, fué de aquellas naciones bárbaras que destruyeron el imperio y nombre de los romanos en España, y fundaron el suyo, que largo tiempo conservaron con esplendor y gloria de grande majestad, hasta que los sarracenos en menos de dos años le oprimieron, y forzaron á las reliquias deste universal incendio que entre lo mas áspero de los montes buscasen su defensa, donde las fieras muertas por su mano les dieron comida y vestido. Pero luego su antiguo valor y esfuerzo, que el regalo y delicias tenian sepultado, con el trabajo y fatiga se restauró, y les hizo dejar las selvas y bosques, y convertir sus armas contra moros, ocupadas antes en dar muerte á fieras.

Con la larga costumbre de ir divagando, nunca edificaron casas ni fundaron posesiones; en la campaña y en las fronteras de enemigos tenian su habitacion y el sustento de sus personas y familias: despojos de sarracenos, en cuyo daño perpetuamente sacrificaban las vidas, sin otra arte ni oficio mas que servir pagados en la guerra, y cuando faltaban las que sus reyes hacian, con cabezas y caudillos particulares corrian las fronteras, de donde vinieron á llamar los antiguos el ir á las correrías, *ir en almugavería*. Llevaban consigo hijos y mujeres, testigos de su gloria ó afrenta; y como los alemanes en todos tiempos lo han usado, el vestido de pieles de fieras, abarcas y antiparas de lo mismo. Las armas, una red de hierro en la cabeza á modo de casco, una espada, y un chuzo algo menor de lo que se usa hoy en las compañías de arcabuceros, pero la mayor parte llevaban tres ó cuatro dardos arrojadizos. Era tanta la presteza y violencia con que los despedian de sus manos, que atravesaban hombres y caballos armados; cosa al parecer dudosa, si Desclot (1) y Montaner no lo refirieran, autores graves de nuestras historias, adonde largamente se trata de sus hechos, que pueden igualar con los muy celebrados de romanos y griegos.

Cárlos, rey de Nápoles, puestos ante su presencia algunos prisioneros almugavares, admirado de la vileza del traje, y de las armas, al parecer inútiles contra los cuerpos de hombres y caballos armados, dijo con algun desprecio que si eran aquellos los soldados con que el rey de Aragon pensaba hacer la guerra. Replicólo uno dellos, libre siempre el ánimo para la defensa de su reputacion: «Señor, si tan viles te parecemos, y estimas en tan poco nuestro poder, escoge un caballero de los mas señalados de tu ejército, con las armas ofensivas y defensivas que quisiere; que yo te ofrezco con sola mi espada y dardo de pelear en campo con él.» Cárlos, con deseo de castigar la insolencia del almugavar, aplazó el desafío, y quiso asistir y ver la batalla. Salió un francés con su caballo armado de todas piezas, lanza, espada y maza para combatir, y el almugavar con sola su espada y dardo. Apenas entraron en la estacada, cuando le mató el caballo, y queriendo hacer lo mismo de su dueño, la voz del Rey le detuvo, y le dió por vencedor y por libre.

Otro almugavar en esta misma guerra, á la lengua del agua, acometido de veinte hombres de armas, mató cinco antes de perder la vida. Otros muchos hechos se pudieran referir, si no fuera ajeno de nuestra historia el tratar de otra largamente. La duda que se ofrece solo es del nombre, si fué de nacion ó de milicia en sus principios. Tengo por cosa cierta que fué de nacion, y para asegurarme mas en esta opinion, tengo á George Pachimerio, autor griego, cuyos fragmentos dan mucha luz á toda esta historia, que llama á los almugavares descendientes de los avares, compañeros de los hunos y godos; y aunque no se hallará autor que opuestamente lo contradiga, por muchas leyes de las *Partidas* se colige claramente que el nombre de almugavar era nombre de milicia, y el ser esto verdad no contradice lo primero, porque entrambas cosas pueden haber sido.

En su principio, como Pachimerio dice, fué de nacion, pero después, como no ejercitaban los almugavares otra arte ni oficio, vinieron ellos á dar nombre á todos los que servian en aquel modo de milicia, así como muchas artes y ciencias tomaron el nombre de sus inventores. Pero dudo mucho que hubiese quien se agre-

(1) *Chronicas ó conquestas de Catalunya, compostes é ordenades per en Bernat de Sclot.* Alias: *De les historics de alguns commtes de Barcelona, y Reis de Aragó.* — Tradújolo al castellano Rafael Cervera. Barcelona Sebastian de Cormellas, año 1616; 4.°

gase á los almugavares, milicia de tanta fatiga y peligro, sin ser de su nacion, porque la inclinacion natural les hacia seguir la profesion de los padres; ni hay hombre que, pudiendo escoger, siguiese milicia que desde la primera edad se ocupase con tanto riesgo de la vida, descomodidad y contino trabajo. Nicéforo Gregoras dice que almugavar es nombre que dan á toda su infantería los latinos (así llaman los griegos á todas las naciones que tienen á su poniente); pero no hay para qué contradecir con razones falsedad tan manifiesta, y mas contra un autor tan poco advertido en nuestras cosas como Nicéforo.

Salió la armada de Mesina, y con próspera navegacion llegó á Malvasía, puerto de la Morea, donde fueron bien recebidos y ayudados con algun refresco por órden del Emperador. Antes de salir llegaron cartas suyas, en que mandaba á Roger que apresurase la navegacion. Partió alegre la gente con el refresco, y en pocos dias la armada arribó á Constantinopla, por el mes de enero, indiccion segunda, segun Pachimerio (lib. 11, cap. 13), con universal regocijo de la ciudad viendo las armas que les habian de amparar y defender. Andrónico y Miguel, emperadores, y toda la nobleza griega, con mucho amor y muestras de sumo agradecimiento les recibieron y honraron. Mandó luego Andrónico desembarcar toda la gente, y que alojase dentro de la ciudad en el barrio que llamaban de Blanquernas, y el siguiente dia se repartieron cuatro pagas, como estaba concertado.

CAPITULO VIII.

Roger se casa. Pelean catalanes y genoveses dentro de Constantinopla.

Parecióle al emperador Andrónico que convenia á su seguridad y crédito dar á entender que los ofrecimientos hechos á los nuestros se habian de cumplir con mucha puntualidad, y para que esto se mostrase luego con las obras, dió principio por lo que parecia mas difícil, que fué el casamiento de Roger con su sobrina (1) María; con que todos quedaron satisfechos, juzgando por ciertas las demás mercedes, como inferiores y mas fáciles de cumplir. Hiciéronse las bodas con la solemnidad de personas reales, porque el valor de Roger pudo igualar la nobleza de la mujer. Era María hija de Azan, príncipe de los búlgaros, y de Irene, hermana de Andrónico; de quince años de edad, hermosa y por extremo entendida. Entre el mayor placer y gusto de la boda sucedió un alboroto y pendencia entre catalanes y genoveses, que casi fué batalla muy sangrienta, nacida, como muchas veces acontece, de pequeña causa; y aunque Pachimerio dice que fué sobre la cobranza de los veinte mil ducados que prestaron á Roger en Sicilia, y que por sosegallos ofreció el Emperador de pagallos, pero la mas cierta ocasion de la pendencia fué que un almugavar, discurriendo por la ciudad, dió ocasion á dos genoveses, viéndole solo, que burlasen con mucha risa de su traje y figura; pero el ánimo militar del almugavar, mal sufrido en los donaires y motes cortesanos, mas osado de manos que de lengua, les acometió con la espada y trabó la pendencia. Acudieron de una y otra parte valedores y amigos, estando ya los ánimos prevenidos y alterados como sospechosos, y con esto las fuerzas de entrambas naciones se encontraron para su total ruina y perdicion. Los genoveses sacaron su bandera ó guion, y acometieron los cuarteles de los almugavares repartidos en el barrio de Blanquernas. Nuestra caballería, reconociendo el peligro de sus almugavares, dividida en tropas, cerró con la gente genovesa mal ordenada. Con esto se dió lugar á que los almugavares saliesen de sus alojamientos y se juntasen para tomar satisfacion de quien tan injustamente los maltrataba. Peleóse de una y otra parte con obstinacion, hasta que los genoveses, muerto su capitan Roseo del Final, se fueron retirando con notable pérdida y daño.

Andrónico, de las ventanas de su palacio, atento y con gusto miraba la pendencia, cuando los genoveses levemente fueron maltratados y algunos muertos, y con palabras mostró su ánimo mal afecto contra ellos; pero cuando vió que los almugavares con su acostumbrado rigor iban degollando cuanto se les ponia delante, temió que todos los genoveses de Constantinopla no muriesen aquel dia; cosa peligrosa para su conservacion, porque dependia dellos la paz de su imperio. Tiénese por cierto que Andrónico quisiera sacudirse el yugo de genoveses si pudiera con seguridad, pero era difícil, por tener ellos el poder dividido para que se pudiera oprimir á un tiempo, y si consintiera que los de Constantinopla perecieran, fuera irritar las otras fuerzas que quedaban enteras; y así, con ruegos y promesas pidió á los capitanes que recogiesen y retirasen los suyos, y George Pachimerio refiere que mandó Andrónico á Estéban Marzala, gran drungario (2) y almirante, que fuese á quietar el tumulto y apaciguar las partes, y que fué muerto y despedazado. Finalmente, la presencia y autoridad de Roger y de los otros capitanes pudo tanto, que obedecieron todos, y con mucho peligro les retiraron, porque habian sacado sus banderas con ánimo de acometer á Pera y saquearla, juntando á su venganza su codicia.

Era esta poblacion de genoveses, dividida por un estrecho cerco del mar, de la ciudad de Constantinopla, llamada de los antiguos Cuerno de Bisancio, y hoy, de los turcos y griegos, Galata. Retirados y sosegados los nuestros, les mandó el Emperador, en agradecimiento de su puntual obediencia, librar una paga. Quedaron muertos de los genoveses en la ciudad cerca de tres mil, y aunque lo peor llevaron ellos entonces, fue causa de mayores daños en lo venidero para los nuestros, porque con esto quedó irritada una nacion émula y poderosa, que importaba su amistad para conservar nuestras armas en aquel imperio; porque en estos tiempos era grande y temido su poder en todo el oriente, árbitros de la paz y de la guerra. Tenian ilustres colonias y presidios en Grecia, en Ponto, en Palestina; armadas poderosas; poseian muchas riquezas adquiridas con su industria y valor, y absolutamente eran dueños del trato universal de Europa; con que mantenian fuerzas iguales á los de los mayores reyes y repúblicas. Con esto llegaron á ser casi dueños del imperio griego. En este tiempo, cuando los catalanes llegaron á Constantinopla, reconociendo las fuerzas que traian, les pareció á los

(1) Refiriéndose sin duda á ella misma en la página precedente, la llama *nieta*. Andrónico era en efecto tio de María; y aquella inconsecuencia prueba que Moncada no corrigió su obra.

(2) *Drungario* era, después de *megaduque*, el jefe superior de la marina, y la categoría siguiente era la de *almirante*.

genoveses peligrosa la vecindad de sus armas; y así siempre se mantuvo entre estas dos naciones aborrecimiento y enemistad implacable, que duró muchas edades, hasta que el valor de entrambos se fué perdiendo, juntamente con el imperio del mar, y cesó la emulacion por cuya causa muchas veces con varia fortuna se combatió.

CAPITULO IX.

Pasa la armada á la Natolia, y echa la gente en el cabo de Artacio.

Con el peligro de la pendencia entre catalanes y genoveses advirtió Andrónico los que pudieran suceder, por tener dentro de la ciudad diferentes y varias naciones armadas y ofendidas, que con menos ocasion que la véz pasada vinieran sin duda á rompimiento. Llamó á nuestros capitanes, y les explicó brevemente el gusto que tendria de ver sus armas en el Asia, amparando sus miserables y cristianos pueblos, oprimidos de los turcos, y quitada la ocasion de nuevas pendencias y desórdenes. Roger, con sus capitanes, ofreció que embarcaria su gente luego; pero para que su partida fuese con mas gusto, y el ejército quedase satisfecho y seguro de tener en la armada ciertos los socorros y retiradas, le suplicaron nombrase por general della algun caballero ó capitan que fuese de su nacion, para que dependiese dellos, temiendo que Andrónico diese este cargo á griegos ó genoveses; y fuera cosa peligrosa para su seguridad tener el socorro en poder de gente extraña, con quien siempre hay emulacion y competencias: ocasion de graves pendencias y daños, y mas en los socorros de mar, tan sujetos á las mudanzas del tiempo, que puede la rüindad y malicia de un general retardar el socorro, y hallar razon que disculpe y apruebe lo mal hecho, atribuyendo al tiempo y á peligros imaginados su tardanza. Andrónico cumplidamente satisfizo á la demanda, dando el cargo de general de la armada, con título de almirante, á Fernando de Aones, caballero de conocida sangre y gallardo por su persona, y juntamente quiso que se casase con una parienta suya, para que el nuevo parentesco diese mas autoridad á su cargo. El título de almirante en aquel imperio no era tan supremo como lo fué entre nosotros, porque estaba sujeto al Megaduque y dél recibia las órdenes. Mandó el Emperador que un insigne capitan de romeos (1), que se llamaba Marulli, hombre de sangre y estado, fuese siguiendo las banderas de Roger con su gente, y Gregorio con la mayor parte de los alanos hiciese lo mismo. Embarcóse el ejército en los navíos y galeras de sú armada, y atravesando el mar de Propontide, dicho hoy de Mármora, tomaron tierra en el cabo de Artacio, poco mas de cien millas lejos de Constantinopla, lugar acomodado para la desembarcacion de la caballería. A este cabo llama Montaner Artaqui, y los antiguos Artacio, no lejos de las ruinas de la famosa ciudad de Cízico.

Llegó Roger con la armada, y supo que los turcos aquel mismo dia habian querido ganar una muralla ó defensa de media milla de largo, púesta en la parte que el cabo se continúa con la tierra firme, y que dejaron el combate, mas por la fortaleza del sitio, que por el valor de los que la defendian. Extiéndese este cabo desde esta defensa ó muralla algunas leguas dentro del mar, y en él hay muchas poblaciones y abundantes valles y fértiles colinas. Era en los tiempos antiguos isla, pero después se vino á cerrar con las arenas.

Con el aviso cierto que Roger tuvo de que los turcos habian acometido el reparo y defensa del cabo, y que no podian estar muy lejos, dióse prisa á desembarcar la gente, y envió luego á reconocer el campo de los enemigos, y dentro de pocas horas se supo como estaban alojados seis millas lejos entre dos arroyos, con sus mujeres, hijos y haciendas. En aquel tiempo los turcos, no olvidados aun de las costumbres de los scitas, de quien se precian suceder, vivian la mayor parte y la mas belicosa en la campaña, debajo de tiendas y barracas, mudándose segun la variedad del tiempo y comodidades de la tierra. Tenian puesta su mayor fuerza en la caballería, gobernada por capitanes y príncipes de valor, no de sangre, á quien obedecian mas por gusto que por obligacion. Tenian perpetua guerra con los vecinos, sin órden militar, á imitacion de los alárabes, que hoy poseen el Africa. Esta forma de vivir tuvieron desde que dejaron las riberas del rio Volga y entraron en la Asia menor, hasta que la vileza de las naciones de la Asia y Grecia les dió crédito y reputacion. A las monarquías y naciones sucede lo mismo que á los hombres, que nacen, crecen y mueren. Nació Grecia cuando se defendió de Jérjes, y cuando su valor deshizo el poder de tan numerosos ejércitos y forzó al bárbaro monarca que se retirase vencido y pasase el estrecho del mar del Helesponto en una pequeña barca, que poco antes soberbio y desvanecido humilló con puente. Tuvo su aumento cuando las armas de Alejandro pasaron mas allá del Gánges, y los límites y fines inmensos de la misma naturaleza no lo fueron de su ambicion. Fué su muerte cuando las armas de los bárbaros, por flojedad de sus príncipes y poca fidelidad de sus capitanes, la pusieron en dura servidumbre.

En este tiempo que Andrónico ocupaba el imperio de Oriente, los turcos se dividieron, y hubo entre ellos algunas guerras civiles; pero por el consejo y autoridad de Orthogules se sosegaron, remitiendo á la suerte sus pretensiones, que, como refiere Gregoras y Chalchondilas (2), se dividieron por suerte las provincias entre siete capitanes, pretensores todos del gobierno universal. Dió la suerte á Caramano la parte mediterránea de la provincia de Frigia hasta Cilicia y Filadelfia, aunque algun autor quiere que este no fuese de los siete capitanes, y que solo reinó en Caria; á Carcano la parte de Frigia que se extiende hasta Esmirna; á Calami y á su hijo, Carasi. La Lidia hasta Misia, Bitinia y las demás provincias junto al monte Olimpo cayeron en la suerte de Otomano, que en aquella edad comenzó á ser temido, y á levantar poco después su monarquía, venciendo y sujetando los demás tiranos de las provincias que vamos nombrando, con que quedó absoluto señor y príncipe de todas ellas. La Paflagonia y las demás tierras que caen á la parte del Ponto Euxino las ocuparon los hijos de Amurat. En esta forma hallaron los nuestros repartida el Asia, y á los turcos señores della; que fué grande ayuda para nuestras vitorias el estar sus fuerzas divididas.

(1) Ducange, en vista de varias autoridades, opina que *romeo* era sinónimo de griego, sobre todo de griego bizantino.

(2) Chalchondyla (Laonicus), *De origine et rebus gestis turcarum à graeco in latinum conversa à Conrado Clausen.* Basileae, 1556. *Eiusd. hist. libri* 10, *gr. et lat.*, *ed. C.—Ann. Fabroto.* Paris. 1650.

CAPITULO X.

Vencen los catalanes y aragoneses á los turcos.

Con el aviso que Roger tuvo de como los turcos estaban cerca, temiendo perder tan buena ocasion si, advertidos de la llegada de los nuestros, se previnieran ó retiraran, juntó el campo, y en una breve plática les dijo como el siguiente dia queria dar sobre los alojamientos de los enemigos, fáciles de romper por estar descuidados. Propúsoles la gloria que alcanzarian con vencer, y que de los primeros sucesos nacia el miedo ó la confianza, y que la buena ó mala reputacion pendia dellos. Mandó que no se perdonase la vida sino á los niños, porque esto causase mas temor en los bárbaros, y nuestros soldados peleasen sin alguna esperanza de que vencidos pudiesen quedar con vida. Dispuesto el órden con que se habia de marchar, dió fin á la plática. Oyéronle con mucho gusto, y aquella misma noche partieron de sus alojamientos, á tiempo que al amanecer pudiesen acometer á los turcos. Guiaba Roger con Marulli la vanguardia con la caballería, y llevaba solos dos estandartes, en el uno las armas del emperador Andrónico, y en el otro las suyas. Seguia la infantería, hecho un solo escuadron de toda ella, donde gobernaba Corbaran de Alet, senescal del ejército. Llevaba en la frente solas dos banderas, contra el uso comun de nuestros tiempos, que suelen ponerse en medio del escuadron, como lugar mas fuerte y defendido. La una bandera llevaba las armas del rey de Aragon don Jaime, y la otra las del rey de Sicilia don Fadrique; porque entre las condiciones que por parte de los catalanes se propusieron al Emperador, fué de las primeras que siempre les *fuese licito llevar* por guia el nombre y blason de sus *príncipes*, porque querian que adonde llegasen sus armas llegase la memoria y autoridad de sus reyes, y porque las armas de Aragon las tenian por invencibles. De donde se puede conocer el grande amor y veneracion que los catalanes y aragoneses tenian á sus reyes, pues aun sirviendo á príncipes extraños y en provincias tan apartadas, conservaron su memoria y militaron debajo della: fidelidad notable, no solo conocida en este caso, pero en todos los tiempos; porque no se vió de nosotros príncipe desamparado, por malo y cruel que fuese, y quisimos mas sufrir su rigor y aspereza que entregarnos á nuevo señor. No fué llamado el hermano bastardo, ni excluido el rey natural; no fué preferido el segundo al primogénito: siempre seguimos el órden que el cielo y naturaleza dispuso; ni se alteró por particular aborrecimiento ó aficion, con no haber apenas reino donde no se hayan visto estos trueques y mudanzas.

Pasaron los nuestros á media noche la muralla ó reparo que divide el cabo de tierra firme, y al amanecer se hallaron sobre los turcos, que como en parte segura, y á su parecer lejos de enemigos, estaban sin centinelas, reposando dentro de sus tiendas con descuido y sueño. Cerró Roger y Marulli con la caballería, metiéndose por las tiendas y flacos reparos que tenian con grande ánimo. Siguiéronle los almogavares con el mismo, dando un sangriento y dichoso principio á la nueva guerra. Los turcos, á quien la furia y rigor de nuestras espadas no pudo oprimir en el sueño, al ruido de las armas y voces despertaron, y con la turbacion y miedo que semejantes asaltos suelen causar en los acometidos, tomaron las armas para su defensa; pero fueron pocos, divididos y desarmados; con que su resistencia fué inútil y sin provecho contra el esfuerzo y gallardía de nuestra gente, que ya lo ocupaba todo. Pelearon los turcos con desesperacion, viendo á sus ojos despedazar y degollar á sus mas caras prendas de gente que ni aun por el nombre conocian. Alcanzóse cumplidísima vitoria, dejando en el campo muertos de los turcos tres mil caballos y diez mil infantes. Los que quedaron vivos fueron los que, reconociendo con tiempo el desórden y pérdida, y que los catalanes eran impenetrables á los golpes de sus dardos, se pusieron en seguro con la huida; y el querer muchos hacer lo mismo despues, les causó mas presto la muerte, porque ocupados en retirar sus hijos y mujeres, dejaban la batalla, y luego perecian. La presa fué grande, y los niños cautivos muchos. Refiere Nicéforo, griego de nacion y enemigo declarado de la nuestra, el espanto y terror que causó en los turcos este primer acometimiento con estas mismas palabras: «Como los turcos vieron el ímpetu feroz de los latinos (que así llama á los catalanes), su valor, su disciplina militar y sus lucidas y fuertes armas, atónitos y espantados huyeron, no solo lejos de la ciudad de Constantinopla, pero mas adentro de los antiguos límites de su imperio.» Nuestra gente siguió el alcance poco rato, por no tener la tierra conocida, y volvieron aquella misma noche al cabo, por tener el alojamiento reconocido y seguro.

CAPITULO XI.

Retírase el ejército, para invernar en el cabo de Artacio, á sus alojamientos.

Dieron aviso al Emperador del buen suceso de su vitoria, enviando cuatro galeras con riquísimos presentes para entrambos príncipes, Andrónico y Miguel, y en nombre de los soldados se envió á María, mujer del megaduque Roger, lo mas precioso y rico de la presa. Causó notable admiracion entre los griegos la brevedad con que se alcanzó tan señalada vitoria, y el pueblo la celebró con alabanzas, libre del temor de los turcos, que insolentes con las vitorias alcanzadas de los griegos de la otra parte del estrecho, amenazaban la ciudad con los alfanjes desnudos; pero casi toda la nobleza, que como fuera justo, debiera mostrarse mas agradecida á tan grande beneficio, manifestó el veneno de sus ánimos, que la envidia de la ajena felicidad no dió lugar á que se pudiese mas encubrir. Los privados de Andrónico y las personas de mayor estimacion de su nacion comenzaron á temer nuestras fuerzas, juzgándolas por superiores á las que ellos tenian, y que dentro de casa tanto poder en manos de extranjeros era cosa peligrosa. Estas pláticas y discursos las alentaba el emperador Miguel, incitado de un oculto sentimiento que causó en su ánimo la vitoria, porque algunos meses antes habia pasado el estrecho con un ejército poderosísimo, y por miedo de los turcos ó poca seguridad de los suyos se retiró, con gran pérdida de su reputacion, sin trabar ni aun una pequeña escaramuza con el enemigo; y como los catalanes, siendo tan pocos, vencieron á los que él no se atrevió á acometer con tan excesivo número de gente, desto nació su corrimiento, y dél un grande aborrecimiento y deseo de nuestra

perdicion. Los príncipes sienten mucho que haya quien se les iguale en valor, y aun en la dicha aborrecen á quien se les aventaja, porque el poder no sufre virtud y partes aventajadas en ajeno sugeto, y mas cuando en su competencia sucede el aventajarse. Si una baja y vil emulacion de un príncipe en hacer versos causó la muerte á Lucano, ¿cuánto mayor fuera si de valor y fortuna se compitiera? Y así, no se debe tener por capitan cuerdo el que intenta una empresa errada por su príncipe, si ya no quiere competir con él del imperio.

Con el buen suceso que tuvieron, no trataron de pasar adelante ni seguir la vitoria; cosa que les hizo perder reputacion, y fué ocasion de hacer muchos excesos en aquella comarca, que irritaron gravemente el ánimo de los naturales y griegos. Cuando quisieron entrar la tierra adentro, comenzó el primer dia de noviembre á entrar con tanto rigor el invierno, con vientos frios y agua, que les detuvo. Los rios por sus crecientes sin poderse vadear, la campaña estéril llena de enemigos, los caminos difíciles por donde se habia de marchar para socorrer á Filadelfia, eran causas bastantes para diferir cualquier empresa. Roger, con el parecer y consejo de sus capitanes, se resolvió de invernar en Cízico, lugar acomodado por la fortaleza del sitio y abundancia de las vituallas, y porque el año siguiente fuese menos embarazosa la salida, que si hubieran de partir de Grecia y embarcar y desembarcar la caballería tantas veces; cosa de suyo tan molesta. Dieron luego aviso al Emperador desta resolucion, y aprobóla con mucho gusto, porque era lo que mas le convenia, por tener el ejército alojado en la frente del enemigo, y apartado de Constantinopla y de los demás pueblos griegos, donde no faltaran quejas y pesadumbres, aunque cerca de tres meses anduvieron alojados por Asia sin efeto, trabajando la tierra con insoportables contribuciones. Mandó Andrónico que con mucha diligencia se llevasen por mar las vituallas que no se hallaban en el cabo; con que pasaron los nuestros un invierno muy apacible. El megaduque Roger envió con cuatro galeras por su mujer María. El órden que se tuvo en los cuarteles para excusar pendencias entre los soldados y sus huéspedes, fué el siguiente. Los soldados nombraron seis de su parte, y los de la tierra otros tantos, para que de comun parecer y acuerdo se pusiese precio á las vituallas; porque encareciéndose mas de lo justo, fuera gran descomodidad para los soldados, y dándose á precio muy bajo, no resultase en notable daño de los huéspedes, á mas de que faltara el comercio y provision ordinario, que acudia de todas partes con abundancia. Ordenóse á Fernando Aones, almirante, que con la armada fuese á invernar á la isla de Xio, puerto seguro y vecino de las costas enemigas. Es el Xio isla de las mas señaladas del mar Egeo, por nacer en ella sola el almastc (1), cosa que negó naturaleza á las demás partes de la tierra.

CAPITULO XII.

Ferran Jimenez de Arenós se aparta de los suyos.

Concertadas en la forma dicha las cosas de mar y tierra, se pasaba el invierno con sosiego y mucha conformidad, pero luego nuestras fuerzas se fueron enflaqueciendo con algunas divisiones y discordias civiles. Ferran Jimenez de Arenós, caballero de gran linaje y buen soldado, se desavino con Roger sobre el gobierno de sus gentes; y pareciéndole desigual la competencia, se apartó del ejército con los suyos; y volviéndose á Sicilia, pasando por Aténas, se quedó á servir á su duque, que le recibió agradecido, y honró con cargos militares; en cuyo servicio se detuvo hasta que la necesidad de sus amigos en Galípoli le llamó, y volvió á juntarse con ellos, aventurando, como buen caballero, la libertad y la vida. Pachimerio dice que la ocasion de apartarse Ferran Jimenez de Roger fué porque muchas veces le advirtió que reprimiese y castigase los soldados, y como vió que en esto no andaba como debia, se apartó de su compañía con los que le quisieron seguir. ¡Notable fuerza de inclinacion, que apenas se apartaba el peligro de las armas extranjeras, cuando ya las competencias y guerras civiles se encendian entre ellos!

En abriendo el tiempo, el megaduque Roger y su mujer María se fueron á Constantinopla con cuatro galeras, á tratar con el Emperador de la jornada, y á pedirle dinero para hacer pagamento general antes que el ejército saliese en campaña. Miguel estaba en Constantinopla, y queriendo Roger visitalle y dalle razon de lo que se pensaba hacer aquel año, no le dió lugar, porque se tenia por ofendido del mal tratamiento que habia hecho á los de Cízico, sus vasallos. Esto dice Pachimerio. Lo cierto es que Roger alcanzó de Andrónico el dinero con tanta largueza, que pudo dar dobladas pagas: liberalidad grande, si la falta de hacienda y dinero con que se hallaba permitiera que se le pudiera dar este nombre. Tiénese por virtud heróica en un príncipe la liberalidad, si en ella concurren dos calidades, tener que dar, y que lo merezca á quien se da; y cualquiera destas dos que falte no es liberalidad, sino injusticia; y así, aunque Andrónico repartió las mercedes en personas de grandes merecimientos, como le faltó la primera calidad, que es tener qué dar, túvose por muy excesivo este donativo, y por yerro muy grave, porque estaba el fisco y cámara imperial tan destruida, que no podia acudir á las pagas ordinarias ni á otros gastos forzosos del imperio. No hay cosa mas perniciosa que el dinero recogido para la defensa comun desperdiciarle en gastos voluntarios, y cuando la necesidad aprieta, acudir á nuevas imposiciones y pechos, dando por razon y causa justa el aprieto y la falta que nace de sus excesos y demasías. Las imposiciones son justas cuando es forzosa la necesidad que obliga á ponerlas; pero cuando el Príncipe consume la hacienda con dádivas ó gastos impertinentes y excesivos, ninguna justificacion pueden tener, pues solo proceden de sus desórdenes ó descuidos.

Trataron Roger y el Emperador de cómo se habia de hacer la guerra aquel año, y Andrónico solo le encargó el socorro de Filadelfia; lo demás dejó al arbitrio de los demás capitanes y suyo; porque desde léjos y antes de las ocasiones mal se puede ordenar lo que conviene, ni tomar parecer cierto en cosas tan inciertas y varias como se ofrecen en una guerra. Dejó Roger á su mujer María en Constantinopla, y navegó con sus cuatro galeras la vuelta del cabo el primer dia de marzo del año de 1303. Luego que llegó se pasaron las cuentas con los huéspedes, tomóse muestra general,

(1) *Almastec* mas bien, ó *almáciga*, especie de goma ó resina.

y se halló que los soldados en poco mas de cuatro meses, que fué el tiempo que invernaron, habian gastado las pagas de ocho, y algunos de un año. Sintió *Roger* el exceso y desórden de los soldados, que como *capitan* prudente y plático, conoció el mal, aunque como dependia su autoridad del arbitrio de los soldados, no se atrevió á poner el remedio que convenia, porque no se disminuyese ó perdiese. Mal puede un capitan conservar un ejército con puntual y estrecha obediencia si el poder y fuerzas con que los ha de castigar le dan ellos mismos; de que nace la insolencia y libertad.

Roger, conociendo el tiempo, satisfizo los huéspedes, pagando todo lo que habian gastado en mantener los soldados, y no quiso se les descontase de su sueldo; y así les quedó libre el dinero de las cuatro pagas, que luego les dió, y tomando Roger sus libros de las raciones y cuentas, donde constaba de los gastos excesivos que los soldados habian hecho, los quemó en la plaza pública de Cízico; con que quedaron todos obligados y agradecidos á su liberalidad. Los autores griegos dicen que Cízico y toda su comarca quedó destruida por las crueldades y robos de los catalanes, y que temiendo el emperador Andrónico que Roger no alargase el salir en campaña por la mala disciplina y poca obediencia de los soldados, envió su hermana á los últimos de marzo á Cízico para que exhortase á Roger, su yerno, saliese con el ejército, pues el tiempo y la ocasion convidaban á la guerra, y los soldados recien pagados saliesen con mas gusto.

CAPITULO XIII.

Parte el ejército á socorrer á Filadelfia, y vencen á Caramano, turco, general de los que la tenian sitiada.

El deseo que tenia Roger de salir en campaña, ayudado de la persuasion de su suegro, hizo que luego se pusiese en ejecucion la salida, y así se señaló para los 9 de abril. Estando apercibiéndose ya todos para el viaje, dos masagetas ó alanos esperando en un molino que les moliesen un trigo, llegaron algunos almugavares á tratar con descompostura una mujer que estaba dentro á tomar la harina; salieron á la defensa los alanos, y entre otras razones que dieron contra Roger, su capitan, fué decir que si les daban tales ocasiones, harian del megaduque Roger lo que hicieron del Gran Doméstico (1). Este fué Alejos Ruul, que en una fiesta militar le mataron estos á traicion, de un flechazo. Refirieron estas palabras á Roger, y por su mando ó consentimiento aquella misma noche los almugavares dieron sobre los alanos, y si la obscuridad de la noche y el cuidado de los vecinos no les defendiera, los degollaran todos. Murieron muchos, y entre ellos un mozo valiente hijo de George, cabeza de los alanos. A la mañana volvieron á toparse, y quedaron los catalanes superiores, habiendo muerto mas de trescientos alanos; y si no se temiera á los vecinos de Cízico, á quien por los malos tratamientos tenian irritados, que no tomasen las armas, y se pusiesen de parte de los alanos, los hubieran sin duda degollado todos. Por este caso se apartó la mayor parte de los alanos del ejército de Roger; solo quedaron con él hasta mil, que con promesas y ruegos los detuvieron. Roger quiso con dinero aplacar al padre por la muerte del hijo, pero Gregorio menospreció el dinero, y al agravio del hijo muerto se añadió la afrenta del ofrecimiento; con que el bárbaro quedó irritado, aunque encubrió la ofensa para mayor venganza.

Este suceso alargó la partida hasta los primeros de mayo, que salieron de Cízico seis mil con nombre de catalanes, mil alanos y las compañías de romeos debajo del gobierno de Marulli; pero todos sujetos y á órden de Roger. Iba tambien Nastago, gran primiserio (2). Llegaron con estas fuerzas á Anchirao, y de allí con gran valor y confianza, que así lo dice Pachimerio, fueron á sitiar á Germe, lugar fuerte donde los turcos estaban; y entendida por ellos la resolucion, con sola la fama de su venida dejaron el lugar y se retiraron; pero no pudo ser esto tan á tiempo, que su retaguardia no fuese gravemente ofendida de los catalanes. De allí pasaron á otro lugar que la historia de Pachimerio no le nombra; solo dice que estaba dentro para su defensa Sausi Crisanislao, famoso soldado y capitan de búlgaros, á quien mandó ahorcar con doce de sus soldados los mas principales, sin decir con certeza la ocasion deste castigo; solo se presume que habrian defendido mal algun lugar que estaba á su cargo, ó entregado alguna fortaleza; y queriendo Sausi disculparse, atravesó razones con Roger, que le movieron á meter mano á la espada y herirle, y después fué entregado á los que le habian de ahorcar. Los capitanes griegos detuvieron la ejecucion y alcanzaron de Roger el perdon, porque le advirtieron el disgusto que tendria el emperador Andrónico si castigase un hombre de tanta calidad y tan buen soldado sin habelle dado razon. Era Crisanislao uno de los capitanes búlgaros que prendió Miguel, padre de Andrónico, en la guerra de la Chana; y detenido gran tiempo en prision, fué puesto en libertad por Andrónico, y honrado en cargos militares y en gobiernos de provincias, y entónces se hallaba en esta parte de Frigia, ocupado en servicio del Emperador. Luego de allí pasó el ejército á Geliana, camino de Filadelfia, donde le llegó aviso á Roger de algunos lugares fuertes que ocupaban los turcos, significándole la violencia que padecian, y por carta le suplicaban les ayudase, pues eran romeos que se dieron á la fuerza del tiempo, y que se querian levantar contra los enemigos. Roger les respondió que estuviesen de buen ánimo, que él les socorreria. Con esto pasó adelante á meter el socorro en Filadelfia, que era el principal intento que llevaban. Caramano Alisurio, que la tenia sitiada, cuyo gobierno se extendia por esta provincia, con el aviso que tuvo de la venida del ejército de los catalanes, levantó el sitio con la mayor parte de su ejército, y caminó la vuelta dellos, con deseo de vengar la rota del año antes que los catalanes dieron á sus compañeros. Esto pareció que le convenia, y no aguardallos sobre Filadelfia, ciudad grande y con gente armada, que animada del ejército amigo, saldria á pelear. Dejó algunos fuertes guarnecidos, con que le pareció

(1) El Gran Doméstico, en griego *megadoméstico*, parece que era respecto á la milicia de tierra lo que el megaduque en la marítima, el grado supremo en el mando del ejército, así como en la casa imperial una de las primeras dignidades.

(2) *Primicerius*, título que, segun la interpretacion de la palabra, equivalia al maestro de *mayordomo mayor*.

que los de la ciudad no intentarian el salir; pero dos millas lejos, al amanecer se reconocieron de una y otra parte, y se pusieron en órden para pelear. El ejército de los turcos llegaba á ocho mil caballos y doce mil infantes, caramanos todos, los mas valientes y temidos de toda la nacion, superiores en número á los nuestros, pero muy inferiores en el valor, en la disciplina, en la ordenanza militar y en las armas ofensivas y defensivas; solo habia igualdad en el ánimo y deseo de pelear. Roger dividió en tres tropas su caballería, alanos, romeos y catalanes; y Corbaran de Alet, á cuyo cargo estaba la infantería, la dividió en otros tantos escuadrones; y hecha señal de acometer, se embistieron con gallardo ánimo y bizarría. Trabóse la batalla muy sangrienta para los turcos, porque los catalanes, mas pláticos en herir, y mas seguros por las armas de ser ofendidos, hacian grande daño en ellos con muy poco suyo. Junto á los condutos de la ciudad fué donde mas reciamente se embistieron. Pero los turcos, valientes y atrevidos, no dejaban por todos los caminos que podian de ofender á los nuestros y poner en duda la vitoria, que hasta al medio dia anduvo varia; pero el valor acostumbrado de los catalanes la hizo declarar por su parte, con notable daño de los turcos. Escapáronse huyendo hasta mil caballos, de ocho mil que entraron en la batalla, y solos quinientos infantes, y Caramano Alisurio se retiró herido. De los nuestros perecieron ochenta caballos y cien infantes. Rehechos sus escuadrones, pasaron la vuelta de Filadelfia, siguiendo lentamente al enemigo, y temiendo alguna gran emboscada de sus copiosos ejércitos. Los turcos de los fuertes, sabida la rota, los desampararon, y fueron siguiendo su capitan vencido. Fué la presa y lo que se ganó en esta batalla, segun Montaner, de mucha consideracion.

Con esta vitoria comenzaron á levantar cabeza las ciudades de Asia, viendo que los nuestros habian dado principio á su libertad, que los turcos tenian tan oprimida. Llegó esta opresion á tanto extremo, que les quitaban las mujeres y los hijos para instruilles en su seta. Profanaban los templos y monasterios tan antiguos, donde habia depositados tantos cuerpos de santos, y grande memoria de nuestra primitiva Iglesia, que tanto floreció en aquellas provincias; trocando el verdadero culto en falsa y abominable adoracion de su profeta. Pero como por los justos juicios de Dios estaba ya determinada la destruicion y servidumbre de todo aquel imperio y nacion, fué de poco provecho para alcanzar entera libertad todo lo que los nuestros hicieron; antes parece que se confirmó con esto su perdicion, pues cuando los grandes remedios no curan la dolencia porque se dan, es casi cierta la muerte. Nuestros capitanes se detuvieron antes de entrar en Filadelfia, reconociendo algunos lugares vecinos, adonde se pudieron haber retirado y rehecho; pero todo lo hallaron libre de los turcos, á quien el miedo hizo alargar muchas leguas.

CAPITULO XIV.

Entra en Filadelfia el ejército vitorioso. Gánanse algunos fuertes que el enemigo tenia cerca de la ciudad, y dan segunda rota á los turcos junto á Tiria.

Libres los de Filadelfia del sitio, que tan apretados les tuvo, por el valor de las armas de los catalanes salieron á recebir el ejército los magistrados y el pueblo, con Teolepto, su obispo, varon de rara santidad, y por cuyas oraciones se defendió Filadelfia mas que por las armas del ejército que la guardaba. Entraron las tropas de nuestra caballería primero, con los estandartes vencidos y ganados de los turcos. Seguian después el carruaje lleno de los despojos enemigos, y gran número de mujeres y niños cautivos, y algunos mozos reservados para el triunfo desta entrada. Las compañías de infantería eran las últimas, y en medio dellas las banderas y los capitanes mas señalados, con lucidísimas armas y caballos, que como cosa nunca vista de los de Asia, les causó grande admiracion. No hubo en aquella entrada soldado, por particular que fuese, que no vistiese seda ó grana, aunque en aquel tiempo los turcos no usaban trajes costosos; pero entre los despojos de los griegos habian alcanzado gran cantidad de ropa y vestidos de mucho precio, que en esta vitoria se cobraron. Detuviéronse quince dias en la ciudad, entretenidos con las fiestas y regocijos que se les hicieron; porque fué cosa notable el amor y el respeto con que les trataron los naturales, como quien reconocia dellos la libertad y la vida, que tan aventuradas las tuvieron. La necesidad siempre es agradecida, pero como con el beneficio que recibe, se acaba.

Roger salió de Filadelfia á poner en libertad á algunos pueblos de que estaban apoderados los turcos, y entre otros á Culla, algunas leguas mas adelante hácia el levante de la ciudad; pero sabida la retirada y huida de su ejército, se retiraron los turcos. Los naturales los recibieron abiertas las puertas, como quien escapaba de tan dura servidumbre; pareciéndoles que con esto alcanzarian perdon de haberse entregado antes fácilmente á los turcos. Roger perdonó la multitud del pueblo, pero castigó gravemente á muchos. Cortó la cabeza al Gobernador, y al mas principal viejo del regimiento condenó á la horca. Estuvo un rato pendiente della sin morir, y atribuyéndolo á milagro, cortaron la soga los que estaban presentes, y le libraron.

Volvió el ejército á Filadelfia, y segun Pachimerio dice, Roger recogió muchos ducados y se hizo contribuir mas de lo que debiera, por sentirse ya en la ciudad la falta de bastimentos, por ser muy populosa de suyo y tener dentro el ejército, después de haber padecido un largo sitio, que fué tan apretado, que una cabeza de jumento se vendió por un precio increible. Nastogo, duque y primiserio del imperio, que militaba en este ejército con Roger, se apartó dél y se fué á Constantinopla, porque no podia ver, como griego, maltratar á los naturales, y las demasías que Roger hacia con ellos; y así, llegado á Constantinopla, quiso que el Emperador le oyése; y como esto se le negó por los deudos y amigos de la mujer del Megaduque, á lo que yo puedo entender, se fué al Patriarca, y por su medio el Emperador dió oidos á las quejas que traia contra Roger, de que se encendió en el palacio una gran discordia entre los amigos y émulos del Megaduque.

Pareció á los capitanes del ejército que convenia echar primero al enemigo de las provincias marítimas, porque no quedase poderoso á las espaldas, y porque la vecindad de su armada les diese mas fuerzas y seguridad. Con esta determinacion partieron luego de Fi-

ladelfia para Niza, ciudad de Licia, y de allí á Magnesia, la que está en la ribera del rio Meandro, donde apenas llegó Roger, cuando dos ciudadanos de Tiria vinieron á pedille socorro, diciendo que la ciudad no estaba bastantemente fortificada que pudiese defenderse de los terribles asaltos del enemigo, y que si el socorro se tardaba, era cierto el perderse; que los turcos con poco cuidado se podian coger á tiempo que estuviesen derramados por aquellas vegas, y hacer alguna buena suerte, con grande honra del ejército y provecho suyo; que en llegando la noche se retiraban á los bosques, y salido el sol volvian á talar y destruir la campaña. Roger con la mayor presteza y diligencia que pudo tomó la gente mas desembarazada y suelta, y fué la vuelta de Tiria para meterse dentro della antes del dia. Llegó á tan buen tiempo, que los turcos ni le pudieron descubrir ni sentir, habiendo caminado treinta y siete millas en diez y siete horas.

Vino la mañana, y los turcos comenzaron á bajar á la llanura y llegarse á la ciudad, y ya estaban cerca de las puertas para hacer sus acostumbrados acometimientos, cuando Corbaran de Alet, senescal, salió á rebatillos con doscientos caballos y mil infantes. Cargó sobre ellos con tanta gallardía, que les rompió y degolló la mayor parte, pero la que quedaba entera, en reconociendo á los nuestros, se fué retirando hácia la aspereza de la montaña. Corbaran les siguió con parte de la caballería; pero como los caballos de los turcos estaban desembarazados, y los nuestros cargados con el peso de las armas, llegaron á la falda del monte á tiempo que los turcos, temerosos y cuidadosos solo de sus vidas, habian dejado los caballos y mejorádose de puesto, porque tomaron los altos, de donde mejor se podian guardar y ofender, impidiendo la subida á sus enemigos. El Senescal, con mejor ánimo que consejo, mandó que se apeasen los suyos, y él hizo lo mismo, y acometió segunda vez á los turcos; pero como ellos estaban en lo alto y tenian algunos reparos, con piedras y flechazos defendian la subida, y tiraban golpes mas seguros y ciertos á los que mas se señalaban. Corbaran, como valiente y esforzado caballero, era de los que mas les apretaban por su persona, y para subir con mas ligereza y andar mas suelto se quitó las armas, y después el morrion, ocasion de su muerte; porque le dieron un flechazo en la cabeza, de que luego murió; con cuya pérdida los demás se retiraron.

Con la muerte de tal capitan trocóse la vitoria deste dia en tristeza y sentimiento; porque perder una buena cabeza suele causar algunas veces inconvenientes y daños de mayor consideracion que no lo es el provecho que resulta de la vitoria que se adquiere con su muerte. Sintiólo Roger mucho, que le tenia concertado de casar con una hija suya, y puesta en su persona su mayor esperanza. Perdió la vida Corbaran con mas honroso fin que los demás capitanes, porque cayó con la espada en la mano y en la misma vitoria, y no por manos de traidores, como otros compañeros suyos. Es corto el discurso de los hombres, que se tiene por gran desdicha lo que se pudiera contar entre los prósperos sucesos de la vida. Previnole á Corbaran una muerte honrada á otra cruel y afrentosa, pues corriera, como es de creer, el mismo riesgo que los demás capitanes. Enterráronle en un templo dos leguas de Tiria, adonde dice Montaner que estaba el cuerpo de san Jorge. Hiciéronle compañía diez cristianos, que solos murieron en aquel encuentro. Levantáronle un sepulcro de mármol, y honráronle con grandes obsequias, pues solo para cumplir con su memoria se detuvieron ocho dias. De Tiria despacharon órden á su armada, que estaba en la isla del Xio, para que lo mas presto que pudiese pasase á tierra firme de la Asia, y que se detuviese en Ania, aguardando segundo orden.

CAPITULO XV.

Llega Berenguer de Rocafort con su gente á Constantinopla, y por órden del Emperador se junta con Roger en Efeso.

Llegó de Sicilia Berenguer de Rocafort por este tiempo á Constantinopla con algunos bajeles y dos galeras, y con doscientos hombres de á caballo y mil almugavares, habiendo cobrado ya del rey Cárlos el dinero que le debia, y restituido los castillos de Calabria que estaban en su poder. Mandóle luego Andrónico que, navegando la vuelta de la Asia, procurase juntar sus fuerzas con las de Roger; y así, con mucha brevedad llegó al Xio, adonde halló á Fernando Aones de partida, y juntos llegaron á Ania, de donde avisaron á Roger con dos caballos ligeros de la venida de Rocafort con los suyos. Llegó esta nueva antes de salir de Tiria, y causó generalmente en todo el campo grandísimo contento, así por la gente que Rocafort traia, que era mucha y escogida, como por la opinion que tenia de muy valiente y esforzado capitan. Envió luego Roger á visitarle con Ramon Montaner, y con órden de que se partiese luego de Ania y viniese á Efeso, dicha por otro nombre Altobosco. Partió Montaner con una tropa de hasta veinte caballos y con alguna gente plática para que le guiasen por caminos desviados, por no encontrarse con los turcos, que ordinariamente corrian la tierra y salteaban los caminos mas pasajeros. Valióle á Montaner poco esta diligencia y cuidado; porque muchas veces hubo de abrir camino con la espada: llegó al fin á la ciudad de Ania libre destos peligros. Dió á Rocafort la bienvenida de parte de los suyos, y le dijo lo que Roger ordenaba acerca de su partida. Rocafort obedeció, y dejando para la guarnicion de la armada quinientos almugavares, con lo restante de la gente tomó el camino de Efeso, adonde llegó, acompañado de Montaner, dentro de dos dias. Esta ciudad es una de las mas señaladas de toda el Asia por su famoso templo dedicado á la diosa Diana. Fué no solamente reverenciada de los romanos, pero de los persas y macedones, que tuvieron antes el imperio, y todos conservaron sus inmunidades y derechos, sin que se mudasen jamás mudándose los imperios: tanto era el respeto con que veneraban los antiguos las cosas que se persuadian que tenian algo de divinidad y religion. Pero el mayor título que esta ciudad tiene para ser famosa y celebrada, es haber puesto en ella el apóstol y evangelista san Juan los primeros fundamentos de la fe. Deste santo referiré lo que Montaner escribe, que por referirlo en esta misma historia, no parece ajeno de la nuestra.

Dicen que en esta ciudad de Efeso está el sepulcro donde san Juan se encerró cuando desapareció de los mortales, y que poco después vieron levantar una nube en semejanza de fuego, y que creyeron que en ella fué arrebatado su cuerpo, porque después no pareció. La

verdad desto no tiene otro fundamento mayor que la tradicion de aquella gente, referida por Montaner. El dia antes de San Juan, cuando se dicen las vísperas del Santo, sale un maná por nueve agujeros de un mármol que está sobre el sepulcro, y dura hasta poner del sol del otro dia, y es en tanta cantidad, que sube un palmo sobre la piedra, que tiene doce de largo y cinco de ancho. Curaba este maná de muchas y graves dolencias, que con particularidad las refiere Montaner.

Después de cuatro dias que Rocafort y Montaner llegaron á Efeso, entró tambien Roger con todo el ejército. Alegráronse todos de ver á Rocafort, amigo y compañero en todas las guerras de Sicilia, por el socorro que les traia, que hallándose lejos y en tierras enemigas, fué de grande importancia, y aumentó mucho las fuerzas de los aragoneses. Dióscle luego el oficio de senescal, que vacó por muerte de Corbaran, y para que en todo le sucediese, le dió Roger su hija por mujer, habiendo sido primero concertada con Corbaran; porque con este nuevo parentesco aseguraba Roger la condicion y aspereza de Rocafort, aparejada para intentar cosas nuevas. Dióle cien caballos para la gente que traia, con armas de á caballo y cuatro pagas. En Efeso, dice Pachimerio que Roger y los Catalanes hicieron notables crueldades para sacar dinero, cortando miembros, atormentando, degollando los desdichados griegos, y que en Metellin un hombre rico y principal, llamado Macrami, fué degollado porque prontamente no quiso dar cinco mil escudos que le pidieron: licencia militar y atrevimiento ordinario en gente de guerra mal disciplinada.

Roger, todo el dinero, caballos y armas que recogió de las contribuciones de las ciudades vecinas, envió á Magnesia con una buena escolta; porque en esta ciudad, como la más fuerte de aquellas provincias, determinó poner su asiento para invernar. De Efeso se fueron todos juntos á la ciudad de Ania, adonde estaba Fernando Aones con la armada. Hiciéronles un grande recibimiento á Roger y á Rocafort los soldados que se hallaban en Ania, saliéndoles á recibir con grande alegría y regocijo; porque ya les parecia que juntos eran bastantes á recuperar el Asia, echando della á los turcos. Roger agradeció y satisfizo este buen recibimiento, dando una paga á todos los soldados de la armada; y porque Tiria quedaba desarmada y sin defensa, determinaron que se enviase alguna gente para su seguridad. Fué Diego de Orós, hidalgo aragonés, buen soldado, con treinta caballos y cien infantes, porque con esto les parecia que quedaria en defensa la ciudad y su comarca, fiando mas en la reputacion de sus armas que en el número de la gente; que muchas veces alcanza la reputacion lo que no pueden las fuerzas.

CAPITULO XVI.

Reprimen los nuestros el atrevimiento de Sarcano Turco. Llegan nuestras banderas á los confines de la Natolia y reino de Armenia.

Tuvieron nuestros capitanes consejo del camino que tomarian, y concordaron todos en que volviesen otra vez hácia las provincias orientales, y pasados los montes, entrasen en Panfila, adonde les pareció que estarian las mayores fuerzas de los turcos y habria ocasion de venir con ellos á batalla; que este fué siempre el intento principal que se llevaba; porque siendo nuestro ejército tan pequeño, no se podia hacer la guerra á lo largo y ocupar ciudades y lugares, habiendo de dejar en ellas guarnicion, porque era dividir y deshacer sus fuerzas; y así, pareció siempre acertado caminar la vuelta de los turcos y pelear con ellos. Pero en tanto que se trataba de poner en ejecucion la salida, Sarcano Turco, con saber que el ejército de los catalanes estaba dentro de la ciudad, se atrevió á correr su vega, llevando á sangre y fuego cuanto se le puso delante. Pagó presto su atrevimiento y locura; porque salieron los nuestros sin aguardar órden ni esperar los capitanes (tanto les ofendia la osadía de este bárbaro), y dieron con tanta presteza sobre él y los suyos, que aunque luego quiso retirarse, no pudo sin mucho daño, porque se halló tan empeñado, que hubo de pelear para huir. Siguieron los nuestros el alcance hasta la noche, y volvieron á la ciudad con nuevos brios, dejando muertos en la campaña de los enemigos mil caballos y dos mil infantes: cosa apenas creida de los que quedaron dentro de la ciudad, porque la salida fué muy tarde y con mucho desórden.

Roger y los demás capitanes, considerando cuán dañosa les pudiera ser la detencion si los soldados advirtieran el peligro de la jornada y camino que intentaban, con el gusto de la vitoria pasada, quisieron que dentro de seis dias marchase el campo. Partieron de Ania, y atravesaron la provincia de Caria y todo aquel inmenso espacio de provincias que están entre la Armenia y el mar Egeo, sin que hubiese enemigo que se les opusiese. Marchaba el campo, segun la comodidad de los lugares, muy de espacio, consolando los pueblos cristianos y animándoles á su defensa, y con universal admiracion de todos los fieles eran recebidos los nuestros, alegrándose de ver armas cristianas tan adentro, las cuales los que entonces vivian jamás vieron en sus provincias, aunque su deseo siempre las llamaba y esperaba; pero la flojedad de los griegos nunca les dió lugar á que las vieran, hasta que el valor de los catalanes y aragoneses se las mostró.

CAPITULO XVII.

Pelean con todo el poder de los turcos los catalanes y aragoneses en las faldas del monte Tauro, y alcanzan dellos señaladísima vitoria.

Poco antes que llegasen á las faldas del monte Tauro, que divide la provincia de Cilicia de Armenia la menor, hicieron alto, y trataron de que primero se reconociesen las entradas y pasos peligrosos, sospechando siempre, como sucedió, que el enemigo no les aguardase. En tanto que esto se consultaba, nuestra caballería, que reconocia la campaña, descubrió el ejército enemigo, que aguardaba el nuestro entre los valles de las faldas del monte. Tocóse arma en ambos ejércitos; y los turcos, viéndose descubiertos y que su traza habia salido vana y sin fruto, se resolvieron luego de salir á lo llano, y acometer á los nuestros, que venian algo fatigados del camino, antes que pudiesen descansar ni mejorar de puesto. Habia en el campo de los turcos veinte mil infantes y diez mil caballos, y la mayor parte dellos eran de los que habian escapado de las rotas pasadas. Tendióse su caballería por el lado izquierdo, y la infantería por el de echo, la vuelta del campo cristiano. Opúsose Roger con su caballería á la del enemi-

go, que por la frente y costado cerró con la nuestra. Rocafort, con su infantería y Marulli, hizo lo mismo, habiendo primero los almugavares hecho su señal acostumbrada en los encuentros mas arduos, que era dar con las puntas de las espadas y picas por el suelo, y decir: *Despierta, hierro;* y fué cosa notable lo que hicieron aquel dia, que antes de vencer se daban unos á otros la norabuena, y se animaban con cierta confianza del buen suceso.

Trabóse la batalla en puesto igual para todos, con grandes y varias voces, peleándose valerosamente, porque pendia la vida y libertad de entrambas partes de la vitoria de aquel dia. Si los nuestros quedaran vencidos, por ser poco pláticos en la tierra y tener tan léjos la retirada, fuera cierta su muerte, ó lo que se tuviera por peor, quedar cautivos en poder de aquellos bárbaros ofendidos. Los turcos tenian tambien igual peligro; porque los naturales de aquellas provincias cristianas adonde estaban, viéndolos rotos y vencidos, les acabaran sin duda, satisfaciendo en ellos una justa venganza. En el primer encuentro, por la multitud y número infinito de los bárbaros, se corrió gran riesgo y estuvo la vitoria muy dudosa; pero cobraron nuevo ánimo y vigor; porque los capitanes repitieron segunda vez el nombre de Aragon, y desde entonces parece que esta voz infundió en los enemigos temor, y en los nuestros un esfuerzo nunca visto. Y como ya de una y otra parte se habia llegado á los golpes de alfanjes y espadas, en que los nuestros tenian tanta ventaja por las armas defensivas, luego se comenzó á inclinar la vitoria por nuestra parte. Los catalanes ejecutaban en los vencidos su rigor y furia acostumbrada en las guerras contra los infieles, que aquel dia en los turcos todo fué desesperacion, ofreciéndose á la muerte con tanta determinacion y gallardía, que no se conoció en alguno dellos muestras de querérse rendir, ó fuese por estar resueltos de morir como gente de valor, ó porque desesperaron de hallar en los vencedores piedad. En tanto que sus brazos pudieron herir, siempre hicieron lo que debian, y cuando desfallecian, con el semblante y los ojos mostraban que el cuerpo era vencido, no el ánimo. Los nuestros no contentos de haberlos hecho desamparar el campo, les siguieron con el mismo rigor que pelearon en la batalla. La noche y el cansancio de matar dió fin al alcance. Estuvieron hasta la mañana con las armas en la mano. Salido el sol, descubrieron la grandeza de la vitoria; grande silencio en todas aquellas campañas, teñida la tierra en sangre, por todas partes montones de hombres y caballos muertos, que afirma Montaner que llegaron á número de seis mil caballos y doce mil infantes, y que aquel dia se hicieron tantos y tan señalados hechos en armas, que apenas se pudieran ver mayores; y con encarecer esto no refiere alguno en particular, con grande injuria y agravio de nuestros tiempos, pues tales hazañas merecieran perpetua memoria.

Quedó con tanto brio nuestra gente después desta vitoria, y tan perdido el miedo á las mayores dificultades, que pedian á voces que pasasen los montes y entrasen en la Armenia, porque querian llegar hasta los últimos fines del imperio romano, y recuperar en poco tiempo lo que en muchos siglos perdieron sus emperadores: pero los capitanes templaron esta determinacion tan temeraria, midiendo, como era justo, sus fuerzas con la dificultad de la empresa.

CAPITULO XVIII.

Con la entrada del invierno vuelven los nuestros á las provincias marítimas. Rebélanse los de Magnesia; póneles sitio Roger, pero llamado de Andrónico, le levanta, y llega á la boca del estrecho con todo el ejército.

Detuviéronse ocho dias en el lugar de la vitoria, y fueron pocos para recoger la presa. Prosiguieron su camino hasta un lugar que Montaner llama Puerta del Hierro, término y raya de la Natolia y Armenia. Detúvose tres dias Roger, dudoso del camino que tomarian; pero al fin, viendo cerca el otoño, y hallándose tan adentro de las provincias que aun no estaban bien aseguradas á su devocion, se resolvió, con el parecer de sus capitanes, de volver á la ciudad de Ania y pasar en ella el invierno, hasta que fuese tiempo de salir en campaña, pues aquel año se habia roto cuatro veces al enemigo y recuperado tantas provincias. Nicéforo dice que por faltar las espías y gente plática en la tierra dejaron de pasar adelante, porque sin ella fuera cosa muy peligrosa, y Roger era tan diestro capitan, que no se aventurara temerariamente. Hacíanse las jornadas muy cortas, porque no pareciese que la retirada era por algun temor, caminando por los puestos que tenian ya reconocidos á la ida. En esta retirada cargan los historiadores griegos á los nuestros de insolentes y crueles, que hicieron mas daño en las ciudades de Asia que los turcos enemigos del nombre cristiano; y aunque creo que fueron algunos los daños, pero no tantos como ellos lo encarecen. Porque el tiempo que los nuestros estuvieron en Asia fué muy poco, y este le ocuparon siempre en vencer y alcanzar señaladas vitorias de sus enemigos, de donde les resultaba infinita ganancia de las presas que hacian, que eran tantas, que algunas veces las dejaban, ó por no poderlas llevar, ó por estimarlas en poco; pero yo doy por verdadero lo que dicen los griegos, mas no por eso se les puede quitar la gloria de sus vitorias. ¿Qué ejército se ha visto que diese ejemplo de moderacion y templanza, y mas el que alcanza muy á tarde sus pagas? No hay duda que un ejército amigo mal disciplinado es tan dañoso en una provincia como el del enemigo; y así los griegos la mayor parte de sus historias entretienen en las quejas destos daños, encareciéndolos mas de lo que debe un historiador.

Veníase el ejército retirando hácia Magnesia, donde Roger tenia la mayor parte de sus riquezas y tesoro, cuando le llegó aviso de los de Magnesia como Ataliote, su capitan, se habia rebelado y degollado la guarnicion de los catalanes que Roger habia dejado, y alzádose con sus tesoros, que habia recogido dentro de la ciudad. El caso pasó desta manera.

Magnesia era una ciudad fuerte y grande, y por entrambas cosas difícil de ganar si los ánimos de los naturales estaban unidos. Sucedió que Roger, mal advertido, les entró á pedir que para cuando él volviese le tuviesen á punto caballos y dinero para socorrer su gente. Ellos, valiéndose del aborrecimiento que los alanos que estaban dentro tenian á los catalanes, y movidos de la codicia de hacerse dueños de los tesoros que Roger habia recogido, se resolvieron de tomar las armas y rebelarse. Comunicado su consejo con Ataliote,

y aprobado por él, les pareció ponelle en ejecucion; porque como antes vivian á modo de ciudad libre, temian venir en sujecion. Los ciudadanos eran muchos y armados, los alanos tambien, y los graneros con abundancia de trigo, armas, dineros y otros pertrechos militares; finalmente, recibiendo fe y juramento entre sí de valerse unos á otros, pasaron á cuchillo parte de los catalanes que estaban dentro, parte prendieron y los pusieron en cárceles muy seguras. Con esto se confirmaron en su rebelion, porque no hay cosa que mas la asegure que un hecho semejante, cuando la atrocidad quita la esperanza del perdon. Este hecho no le parece al griego Pachimerio, que lo refiere, digno de vituperio, antes lo aprueba y alaba; con que claramente se debe tener por apología mas que por historia la suya.

Sabida la rebelion de los de Magnesia por Roger, quiso castigalla luego; y así, con parte de los alanos que le seguian, de los romeos, y con todos los catalanes fué á poner sitio á la ciudad para castigalla, como merecia tan fea maldad. Hizo venir con notable diligencia máquinas y artificios para batilla, y á pocos dias dió un asalto general, en que fueron rebatidos los nuestros con grande mofa y escarnio de los cercados, y á Roger con palabras injuriosas le afrentaban. Quisó Roger rompelles los conductos; pero ellos, advertidos, hicieron una salida con que impidieron el efeto. El cerco se continuaba, y en ese mismo tiempo les vino un despacho de Andrónico en que les mandaba que, dejado el sitio de Magnesia, viniesen á juntarse con Miguel, su hijo, para socorrer al príncipe de Bulgaria, cuñado de Roger, porque un tio suyo se le habia levantado con parte del estado, y estaba en punto de perderse si no se le acudia presto con socorro. Tengo por muy cierto que este levantamiento fué fingido por Andrónico, por dar alguna razon aparente para sacar los nuestros de la Asia, de quien temió siempre que, acreditados con tantas vitorias, se alzarian con ella, negándole la obediencia; y para obligar mas á Roger, le puso delante el peligro de su cuñado. A estos daños vive sujeto el capitan que sirve á príncipes tiranos ó pequeños, en quien siempre la sospecha y recelos tienen el primer lugar en sus consejos. Dichoso el que obedece y sirve á grande y poderoso monarca, en cuya grandeza no puede caber ofensa nacida del aumento de su vasallo. Para tener por ciertos estos movimientos me hace gran dificultad el ver que no trata Nicéforo dellos, antes bien da diferente causa porque los nuestros no pasaron adelante con sus vitorias, que fué el miedo grande de Andrónico, y sin duda este fué el que detuvo la buena dicha de los nuestros, y el que impidió que no se restaurasen todas las ciudades y provincias del antiguo imperio de los romanos. Estas son las mismas palabras de Nicéforo: «Roger, después de haberse juntado en consejo, resolvió de replicar al Emperador, y en tanto ver si podia ganar á Magnesia; pero la resistencia de los de dentro fué de manera, que Roger se hubo de retirar con pérdida de reputacion y gente; y aunque llegó á tratar de concierto con ellos, con solo que le volviesen el dinero, no lo pudo alcanzar. Por esto, y porque los alanos se despidieron, trató Roger de levantarse del sitio, dando por disculpa que el Emperador se lo mandaba; pero muchos no dejaron de tener un oculto sentimiento de salir de aquellas provincias sin castigar los magnesiotas y dejar lo que habian ganado á la furia y rigor de los bárbaros, que luego las habian de ocupar viéndolas sin defensa. No faltaban entre los soldados ordinarios algunos que, con secretas pláticas, alteraban los ánimos para nuevos movimientos, diciendo: ¿Qué nos importa haber vencido tantas veces si se nos quita el premio de las manos? ¿Para esto salimos de nuestra tierra y del regalo de la patria, para tener por recompensa del peligro de la vida, tantas veces aventurada, una pequeña paga? ¿Después de ganada una provincia, sacarnos della y darnos por galardon de tantos servicios una nueva y peligrosa guerra? Los capitanes y la demás gente de lustre, aunque disimulaban y en lo exterior se dejaban engañar, sentian mal desta partida, y creyeron que mas habia nacido de los recelos de Andrónico que de los movimientos de Bulgaria. Llegaron los nuestros á la ciudad de Ania, y de allí tomaron el camino hasta la boca del estrecho por todas aquellas provincias marítimas, navegando siempre la armada al paso que ellos marchaban por tierra. Con esta órden llegaron al cabo que está en el estrecho, en frente de Galípoli, que Montaner llama Boca de Aner. Avisaron de allí al Emperador como estaban á punto para embarcarse, aguardando nueva órden para partirse. Quedó contentísimo Andrónico de que los catalanes le hubiesen obedecido, y alabándoles por cartas su puntualidad en cumplir sus órdenes, les hizo saber como los movimientos de Bulgaria con solo la fama de que venia el ejército de los catalanes se sosegaron.» Esto es lo que dice Montaner; pero Pachimerio parece que refiere con mas verdad la ocasion que tuvo Andrónico en este segundo despacho de decir que ya estaba todo sosegado; porque Miguel Paleólogo, su hijo, á persuasion de los griegos ofendidos y de los soldados de otras naciones que tenia en su servicio, que como inferiores en número y valor, temian á los catalanes, escribió á su padre Andrónico que no queria que Roger se juntase con su ejército, porque temia guerras civiles, y que la insolencia de los catalanes no la pudiera sufrir si con la misma libertad que en Asia habian de proceder y vivir, y que Gregorio, cabeza de los alanos, estaba con él ofendido por la muerte de su hijo, y que viendo á Roger y á los suyos seria ocasion de algun gran rompimiento. Con esto Andrónico le pareció que seria conveniente buscar algun medio para que esto se compusiese; y así, mandó á su hermana Irene y á su sobrina María que se fuesen luego á Galípoli, y tratasen con Roger que, dejando la mayor parte de su ejército en Asia, con solos mil hombres escogidos pasase á juntarse con Miguel. Consultó el caso Roger con los mas principales capitanes, y á todos les pareció cosa peligrosa el dividir sus fuerzas, y sospecharon luego que esto no fuese principio de alguna muy grande traicion; y así, Roger respondió á su suegra que él no se hallaba con ánimo bastante de persuadir á los catalanes que se dividiesen, pasando mil dellos á Grecia y que los demás quedasen en Asia. La suegra volvió al Emperador, y le dió razon de lo que habia pasado con su yerno. Con esto se acabó la guerra de Asia en poco mas de dos años; corto espacio de tiempo para tan señalados hechos, bastantes á ilustrar un siglo entero.

CAPITULO XIX.

Alójase el ejército en la Tracia Chersoneso, y Roger parte á Constantinopla.

Embarcóse el ejército en las galeras y navíos de su armada, y siguiendo el órden que tenian del emperador Andrónico; atravesaron el estrecho, y desembarcaron toda la gente en la Tracia Chersoneso, tomando por plaza de armas y principal cabeza de sus alojamientos á Galípoli, ciudad en aquel tiempo tenida por la mas principal de la provincia, puesta casi á la boca del estrecho que mira al norte. Extiéndese este istmo ó Chersoneso de Tracia setenta millas á lo largo y seis en ancho, y en algunas partes menos de tres. Por la parte del oriente le baña el mar del estrecho, llamado de los antiguos Helesponto, que divide la Europa del Asia. Cíñele el mar Egeo por la parte del ocaso y mediodía, y por el setentrion el mar del Propóntide, llamado en nuestros tiempos de Mármora. Fué en lo pasado este istmo morada de los cruseos, y hubo en la parte que se continúa con la tierra firme, Lisimachia, célebre por su fundador Lisimacho, que le dió el nombre, y Sexto, lugar conocido por los amores de dos infelices amantes. Pero al tiempo que los catalanes y aragoneses llegaron á esta provincia, apenas parecian sus ruinas; solo en las de la antigua Lisimachia habia un castillo llamado Examille, y muchas aldeas y poblaciones pequeñas, adonde los nuestros se alojaron en tanto que pasaba el rigor del invierno, tomando, como tengo dicho, á Galípoli, ciudad de mediana poblacion, por principal fuerza y presidio para la defensa comun. Guardóse el mismo órden en los alojamientos que el año antes se tuvo en el cabo de Artacio, quedando al parecer todos satisfechos y sosegados. Se fué Roger á Constantinopla con cuatro galeras y con parte de la infantería mas escogida, á verse con el emperador Andrónico y darle la norabuena de la restauracion de tantas provincias del Asia, y recibir juntamente mercedes y honras debidas á tantas vitorias. Llegaron á la ciudad los nuestros acompañando su general, y con universal admiracion de todos les recibieron y acompañaron hasta el palacio, donde el Emperador, con demonstraciones y palabras nunca antes usadas, le honró, y Roger, después de haberle dado entera relacion del estado de las provincias que puso en libertad, le pidió dinero para hacer pagamento general. Respondió el Emperador con mucho cumplimiento, diciendo que era muy debido á su valor no dilatar pagas tan bien ganadas, y que él se las mandaria librar luego. Pero aunque esta respuesta en lo exterior fué la que Roger podia desear, quedó el Emperador muy desabrido desta demanda, porque después de tan grandes presas y despojos riquísimos de las provincias conquistadas, pedirle luego una pequeña paga, era señal de una codicia insaciable, y que difícilmente todo el poder del imperio griego la pudiera satisfacer. Lo que alcanza el soldado en premio de la vitoria sirve mas para el gusto que para la necesidad; y así, se distribuye con mucha largueza en juegos, en camaradas y en banquetes; pero la paga se estima siempre como cosa que se da en precio de su trabajo y de su sangre, y acude con ella á su necesidad, y siente mucho que esta se le niegue ó se dilate, y mas cuando el Príncipe gasta con gran largueza en una vana ostentacion de su majestad, y deja de acudir á esta obligacion, en la cual se funda y apoya la verdadera grandeza de los reyes.

CAPITULO XX.

Berenguer de Entenza con nuevo socorro llega á Constantinopla, donde se le dió el cargo de megaduque, y á Roger le ofrecieron el de césar.

Roger quedó en la ciudad algunos dias solicitando al Emperador para su despacho, y á los ministros de su hacienda, que maliciosamente ocultaban el dinero y ponian dificultades y estorbos en los medios y arbitrios que se daban para su cobranza; artes usadas siempre de los que manejan hacienda de príncipes, aunque en esta detencion concurria el Emperador.

En este medio llegó á Galípoli Berenguer, hómbre conocido por su sangre y valor, llamado con grande instancia del emperador Andrónico; que aunque Berenguer tenia ya ofrecido que le vendria á servir, envió segunda vez por él con embajada particular, ofreciendo hacerle muy aventajadas mercedes. Partió de Mesina Berenguer, solicitado deste segundo llamamiento, y llegó á Grecia con algunas galeras y cinco bajeles armados, y en ellos mil almugavares y trescientos hombres de á caballo, toda gente muy lucida. Detúvose en Galípoli diez dias, donde fué recibido con notable gusto de toda la nacion, hasta saber lo que Roger ordenaba, á quien envió dos caballos para que le diesen aviso de su llegada. Holgóse mucho Roger de tener á Berenguer de Entenza en su compañía, porque habia entre los dos estrechísima amistad y grandes obligaciones para conservalla. Escribióle que viniese luego á Constantinopla, porque el Emperador queria honrar su persona, como se contenia en dos cartas del mismo Emperador con sellos pendientes de oro, que juntamente con la suya le enviaba. Con esto Berenguer de Entenza se fué á Constantinopla, y luego, acompañado no solamente de Roger y de todos los de nuestra nacion, pero tambien de muchos griegos principales que en público profesaban nuestra amistad, entró en el palacio imperial. Recibióle Andrónico con semblante alegre, pero con ocultos temores y sospechas, porque los catalanes se aumentaban no solo en reputacion, pero con nuevos suplementos de gente; y aunque Andrónico procuró con particular instancia que Berenguer viniese á servirle, fué antes que los catalanes alcanzasen tantas vitorias de los turcos. Pero después que por ellos creció su estimacion, tuvo por sospechosa compañía tan poderosa dentro de su casa; y Pachimerio dice que el Emperador no le quiso recibir á su sueldo porque venia con mas compañías de gente que él pedia.

Roger de Flor, entre las muchas partes que le hicieron famoso, fué el ser agradecido y reconocer en público sus obligaciones á Berenguer de Entenza, que en los tiempos que pobre y desvalido llegó á Sicilia le amparó y ayudó á levantar su fortuna. Pidió licencia al Emperador para renunciar el oficio de megaduque en Berenguer, dando por motivo su valor y nobleza, igual á la de los reyes, y que caballero de tan alta sangre era justo que tuviese el primer lugar en el ejército. Berenguer de Entenza con igual correspondencia suplicó al Emperador que el título de césar que le ofrecia fuese servido de dalle á Roger, persona de tantos servi-

cios, y por el casamiento de su nieta adoptado en la casa real; que él quedaria honrado si Roger lo quedaba: competencia pocas veces usada, no solo en los tiempos presentes, pero ni en los antiguos, donde la moderacion y templanza parece que tuvieron alguna estimacion. Roger, poderoso en riquezas, acreditado con vitorias, estimado por el nuevo parentesco; Berenguer, por sangre y por valor ilustre, parece que entrambos pudieran tener razon de pretender el supremo lugar; pero las mismas calidades que les debieran incitar á la emulacion fueron las que les moderaron, juzgando por muy aventajadas las ajenas y por muy inferiores las proprias.

El siguiente dia después de la llegada de Berenguer, asistiendo toda la nobleza de la corte, así extranjeros como naturales, Roger de Flor, habida licencia de Andrónico, se quitó el bonete, insignia de su dignidad de megaduque, y juntamente con el sello, baston y estandarte de su oficio, le entregó á Berenguer: rehusólo, y sin duda no lo admitiera si el Emperador resueltamente no se lo mandara. Causó en los griegos gran admiracion la cortesía de Roger, y Andrónico la celebró y honró con otra mas señalada merced, ofreciendo á Roger título de césar, uno de los mayores de su imperio; con que entrambos quedaron obligados, y los griegos ofendidos de ver que Andrónico diese el título de césar, desusado ya en aquel imperio por sospechoso á los príncipes. En los tiempos antiguos, cuando floreció el imperio romano, llamar á uno césar era señalarle por su sucesor, como lo es entre los emperadores occidentales el rey de romanos, en Francia el Delfin y en nuestra España el Príncipe. Pero declinado ya el poder de los romanos después de dividido el imperio, los emperadores griegos daban solamente el título de césar, sin algun derecho de sucesion; pero siempre quedó estimado este oficio, puesto que solo sombra de lo que fué. Túvose después por el primero hasta que la dignidad de sebastocrator fué preferida cuando Alejos Comneno dió su segundo lugar en el imperio á Isacio. Esta tambien perdió después su precedencia y autoridad, cuando el mismo Alejos, por quedar sin hijo varon, casó su hija primogénita Irene con Alejos Paleólogo, dándole título de déspota, que es lo mismo que llamarle á uno señor, y fuera sin duda emperador si no muriera antes que su suegro; de suerte que la dignidad de césar en aquel imperio es la tercera, por ser la primera la de déspota, y la segunda la de sebastocrator. Dice Curopalates (1) que estas tres dignidades no tienen particular ocupacion á que acudir, y que al César le llaman señor, palabra tenida por soberbia, y debida solo á Dios en los tiempos antiguos, aun de los mismos emperadores, pues leemos de Augusto, de Tiberio y de algunos otros, que jamás consintieron que les llamasen señores. Tratábanle de majestad al César; el bonete que llevaba era de oro y grana, y su remate casi como el del Emperador; la capa de grana, las medias y zapatos de color celeste, y la silla como la del mismo Emperador, pero sin águilas; iba junto al Emperador en las públicas entradas y acompañamientos, y vive dentro de su palacio. Todo este suceso que se ha referido es conforme se saca de lo que Montaner en su historia, y Berenguer en sus relaciones, nos dejó escrito. Pero George Pachimerio, en el cap. 11 del lib. 12, refiere con alguna variedad este suceso; y así me ha parecido no confundillo con lo de arriba, ya que no los podia conciliar, para que el que lo leyere pueda con claridad hacer juicio de lo que le pareciére mas verdadero.

Determinado ya el Emperador de recibir á Berenguer de Entenza, le envió á llamar muchas veces, que se decia estaba en Galípoli, y para asegurarle le envió sus patentes con sellos pendientes de oro, en que le prometia con juramento que, queriéndose quedar, le trataria con buena voluntad y ánimo amigable, y que cuando se quisiese ir no lo impediria. Berenguer, recibidos los despachos, con la fe y palabra del Emperador se fué á Constantinopla con dos navíos; pero llegado, no quiso salir fuera dellos, y envió el aviso al Emperador de su llegada. Mandóle luego el Emperador llamar, y le envió coches y caballos para que entrase con mucha autoridad y honra; pero Berenguer ni quiso salir de los navíos ni obedecer, pidiendo que el Emperador le enviase en rehenes á su hijo el déspota Juan. Pareció esto mal, así al Emperador como á todos, pues no se fiaba de su palabra y juramento; y así, le dejó muchos dias en los navíos. Finalmente, llegándose el dia de Navidad, le envió á llamar, diciéndole que estuviese de buen ánimo, pues le habia asegurado con su fe y palabra. Estuvo dudoso mucho tiempo, hasta que se desengañó, y se fué al Emperador, de quien fué magníficamente recebido, pero siempre se retiraba á los navíos, adonde el Emperador tuvo siempre cuenta de regalalle. El dia de Navidad le tomó el Emperador el juramento de fidelidad, y con esto le dió la dignidad de megaduque del Senado, y le dió la vara dorada, invencion nueva del Emperador, y le vistieron al modo y uso de senador; con que dejó sus navíos y se fué á posar á Cosmidio, donde estaban sus catalanes, que algunos dellos fueron tambien honrados con títulos y mercedes grandes; y desde entonces Berenguer tuvo grande autoridad con los privados y en los consejos de Andrónico. En el juramento de fidelidad que hizo Berenguer disimuló su engaño, dando muestras de verdad y llaneza, pues habiendo de jurar que seria amigo de los amigos del Emperador, y enemigo de sus enemigos, exceptó á Fadrique de los enemigos, porque decia que le habia jurado antes amistad. Esto pareció á los inteligentes que encerraba en sí algun gran secreto mas de lo que exteriormente parecia; otros lo tomaron bien, diciendo que, como fué fiel á Fadrique, así lo seria al Emperador; con que ganó opinion y gloria, siguiendo la sentencia de Platon, de cuánta importancia sea el parecer bueno y justo para ganar opinion y poder engañar.

CAPITULO XXI.

Los genoveses persuaden al Emperador la guerra contra los catalanes, y Miguel Paleólogo hace lo mismo, y alborótase en Galipoli la gente de guerra.

Los genoveses de Pera, que poco antes fortificaron y engrandecieron con fosos y murallas, fueron los primeros que hicieron sospechosas nuestras armas y pusieron

(1) Georg. Codini Curopalatae *De officiis magnae ecclesiae et aulae constantinopolitanae*. Paris., 1648; Venet., 1729.

Esta en efecto parece que era la serie de categorías en el imperio bizantino, á saber: emperador, déspota, sebastocrator, césar, megaduque, panipersebasto y gran doméstico; mas como dignidades que solian reservarse ó inventarse para los individuos de la familia imperial, experimentaban muchas alteraciones.

duda en nuestra fidelidad, diciendo al emperador Andrónico que tenian nuevas de poniente que se preparaba una grande y poderosa armada para acometer las provincias del imperio á la primavera, y que esto lo tenian por cierto por manifiestas conjeturas, y que los catalanes que antes estaban en su servicio, y los que despues con Berenguer de Entenza vinieron, estaban unidos para su daño, y no para su defensa; porque se correspondian secretamente con los de Sicilia, y que el hermano bastardo de don Fadrique, rey de Sicilia, se entendia que venia con doce navíos para juntarse con ellos, y que para entonces aguardaban el declararse y poner en ejecucion sus intentos. Estos fueron los embustes con que los genoveses quisieron destruir los catalanes, y ellos introducirse y hacerse muy confidentes y celosos del bien comun del imperio. Aconsejaron á Andrónico, segun dice Pachimerio, que acometiese desde luego á los catalanes con guerra descubierta; que ellos tenian cincuenta navíos en órden, y que con otros tantos que se armasen por el Emperador, ó se les diese dinero á ellos, aunque fuese en largos plazos, los pondrian ellos en la mar, y que á esto solo les movia ver á los griegos maltratados, la tierra que ya tenian por patria maltratada y destruida de los que vinieron para defendella. No dió el Emperador por entonces crédito á los genoveses, creyendo que eran quimeras fingidas de su maldad y envidia, nacida desde que pusieron los catalanes el pié en Grecia. La fe y juramento prestado de los catalanes tambien lo aseguraba; pero respondióles que agradecia su cuidado y lo que se dolian de los trabajos de los griegos. Mandóles que callasen, y que él consultaria lo que se debia hacer, y que consultado, lo ejecutaria.

En este mismo tiempo la honra y merced que Andrónico hizo á Berenguer irritó el ánimo de Miguel Paleólogo para nuestra ruina, y persuadido de los griegos, comenzó luego á tratar della, intentando para esto todos los medios mas eficaces que pudo, atropellando leyes divinas y humanas. Estaban los griegos tan envidiosos y soberbios, que con rabia y furor increible, aunque con algun secreto, andaban maquinando traiciones y alevosías; con lengua y manos solicitaban á Miguel, ya mal afecto contra nosotros, encareciendo la gran reputacion de las armas de los catalanes, y que ocupaban los supremos cargos de su imperio en grande mengua de su majestad y deshonor suyo. Creyeron siempre los griegos que nuestros catalanes fueran como los alanos y turcoples, que no se les levantaban los pensamientos á mas que vivir con una triste y miserable paga; pero cuando vieron proveidos en ellos los oficios de césar, megaduque, senescal y almirante, y que tenian brios para aspirar á los que quedaban, advirtieron su daño y comenzaron á sentirse de que las fuerzas y honras del imperio se pusiesen en manos de extranjeros. Al tiempo que entre los griegos corrian estas pláticas y sentimientos, los soldados de los presidios, por parecerles que la paga se dilataba, maltrataron á los griegos de los pueblos donde estaban alojados; mal forzoso de la guerra, y que dificilmente el rigor militar de los mas insignes capitanes lo ha podido atajar. Miguel Paleólogo, atento á todas las ocasiones de calumniar toda nuestra nacion, se valió desta para persuadir á su padre, diciendo que si no se atajaba luego la insolencia de los catalanes, seria la total perdicion del imperio y de su casa; porque no contentos con la paga y sueldos tan excesivos y con los despojos riquísimos del Asia, oprimian los pueblos amigos para satisfacer su codicia; que no por haber vencido á los turcos quedaba el imperio libre de servidumbre, sí se esperaba mas insufrible y cruel de los catalanes, en cuya mano estaba puesta la libertad comun; que en vano la habia recuperado su abuelo Miguel Paleólogo, echando á los latinos del imperio, si segunda vez se les habia de entregar voluntariamente; que esto estaba muy cerca de suceder si no se atajaba su insolencia; que les quedaban aun fuerzas á los griegos, si sus trazas saliesen vanas, para que de cualquier manera se oprimiese á los catalanes; que la obligacion en que le habian puesto con librar sus provincias de los turcos, ya su arrogancia y mala correspondencia la habia borrado, y sus vitorias merecian nombre de agravios, no de servicios, pues en vez de establecer sus armas en una segura paz el imperio, hacian nueva guerra á los pueblos amigos con intolerables contribuciones y malos tratamientos.

Andrónico, apretado de la persuasion del hijo y de sus privados, que continuamente con quejas y sentimientos lloraban la miseria de los griegos en tanto deshonor suyo, mostró luego contra los catalanes el efeto de sus pláticas, respondiendo á Roger y á Berenguer, que le pedian dinero para la guerra, que no les queria pagar hasta que hubiesen pasado á la Asia y diesen principio á la guerra; lenguaje nunca antes usado de Andrónico, que hasta entonces fue mas largo en hacerles merced y darles dinero que solícitos ellos en pedillo. La respuesta de Andrónico llegó á los oidos de los de Galípoli, y fue tan grande el alboroto y motin que causó en todo el campo, que forzaron á los capitanes á tomar las armas para acometer los lugares del imperio, y apoderarse de algunas fuerzas y presidios. En tanto que Andrónico dilataba el darles satisfacion, mostraron gran sentimiento de sus dos capitanes Roger y Berenguer, por parecerles que con su peligro y sangre se querian engrandecer, y que por no disgustar al Emperador, de quien esperaban sus mayores acrecentamientos, no le apretaban como debieran para que se les diese á ellos pagas tan bien merecidas. Estas sospechas llegaron á tanto, que resolvieron de enviar embajadores al Emperador, pidiendo que les pagasen, y que continuarian su servicio con mucha fidelidad, castigando los excesos de los que se atreviesen á ofender y maltratar los pueblos amigos. Esta embajada tan cortés, dice Pachimerio que fue por el miedo que tuvieron del ejército de Miguel Paleólogo, que se habia juntado para reprimir su atrevimiento y osadía. Recebida del Emperador esta embajada, luego le pareció imposible el satisfacer, por las grandes pagas que le pedian; pero por no llegar á rompimiento y á una guerra declarada, les remitió á Berenguer de Entenza para que por su medio se quietasen con dalles parte del dinero que le pedian. Contentáronse por entonces con el dinero que se les dió, y con él se fueron á Galipoli, donde ya habia llegado Roger con su mujer, suegra y cuñado, que quisieron acompañarle, y tambien, á lo que yo sospecho, por tener Roger cerca de sí á Irene, su suegra y hermana del Emperador, como en rehenes, por si acaso contra él

se quisiese proceder como rebelde cuando el alboroto y motin pasara mas adelante.

CAPITULO XXII.

Págase la gente de guerra por órden de Andrónico con moneda corta, de donde nacieron nuevos alborotos.

Andrónico, forzado de la necesidad, con astucia y fraude griego mandó librar la moneda de plata que se dió á los embajadores para hacer el pagamento, muy menoscabada y falta en mas del tercio de su antiguo valor, y quiso que la recibiesen los soldados como si fuera muy entera. Los capitanes, poco advertidos del engaño, fácilmente se dejaron persuadir, y solicitados de los soldados, que casi amotinados pedian sus pagas, tomaron el dinero y le trajeron á Galípoli, donde se tomó muestra y repartió con quejas y sentimientos; pero al fin con solo el nombre de que los pagaban, aunque conocieron la falta, se sosegaron. Diferentemente lo hicieron los genoveses poco después, que concertados con el Emperador por cierta cantidad de dinero de enviar su armada contra los catalanes, pagándoles con esta misma moneda, se la volvieron á enviar y deshicieron la armada. Cuando los aragoneses y catalanes, contentos con el dinero de las pagas, quisieron pagar los huéspedes griegos y dalles entera satisfacion, rehusaron recebir la moneda al precio que se les daba, y como la comida y sustento necesario no sufre dilaciones, forzaban á los griegos á que se las diesen, y recibiesen la moneda. Con esto se fueron alterando los griegos, y los catalanes á buscar la comida con las armas; con que todos los pueblos de aquella comarca quedaban desiertos. Andrónico, con infinitas quejas de los desórdenes y demasías de los soldados, se inclinó á seguir el parecer de su hijo, y poner remedio eficaz y violento á tantos daños. Pudiéranse atajar si la diversidad de cabezas que habia en nuestro ejército tuvieran entera autoridad con los súbditos, y ellos estuvieran unidos; porque siempre que un príncipe usa de trazas tan indignas de su obligacion, como fué dar á los catalanes moneda tan falta por su antiguo precio, y no mandar con universal edicto que la recibiesen todos los súbditos de su imperio al mismo precio, es dar ocasion cierta de venir á rompimiento el pueblo y la milicia. Tiénese por cierto que este medio fué trazado por entrambos emperadores Andrónico y Miguel, para que los catalanes maltratasen á los griegos, y ellos, ofendidos, tomasen las armas para su venganza; con que les pareció que los catalanes quedarian perdidos, y ellos libres de su obligacion. Salió bien la traza; porque los nuestros, faltos de dinero, se entraban por las aldeas y pueblos grandes, y se hacian contribuir, y en hallando resistencia, con la acostumbrada licencia militar maltrataban de manos y de lengua á quien se les oponia. Nicéforo, autor griego, como de la parte ofendida, cuenta largamente los excesos de aquella milicia, y muchos mas Jorge Pachimerio, que dando lugar á su pasion, muerde con mayor malignidad; pero Montaner niega que los catalanes se mostrasen implacables y crueles con los griegos; antes dice que les ayudaban y socorrian, porque con la furia de los turcos, los fieles de las provincias de la Asia, huyendo de tan cruel servidumbre, se recogian á Constantinopla, y perecian en los muladares de hambre y de miseria, sin que á los griegos les moviese á lástima la desdicha de los que tenian por compañeros y amigos; y que los catalanes con mucha liberalidad y largueza socorrian á muchos que padecian en este comun trabajo. El crédito que se debe dar á estos historiadores, el que leyere esta relacion puede fácilmente ser juez, precediendo primero la noticia de sus calidades. Nicéforo y Pachimerio, griegos, y en muchas partes poco cuidadosos de escribir la verdad, ofendidos por comunes y particulares agravios de los nuestros, lejos de las ocasiones; Montaner, español, testigo de vista de todos estos sucesos, y que la llaneza de su estilo y del tiempo que escribió parece que asegura la verdad de los acontecimientos que refiere.

El emperador Andrónico, temiendo que Roger descubiertamente no tomase las armas contra él, y siguiese la voluntad de los catalanes, ofendidos del engaño que hubo en las monedas de sus pagas, quiso que el príncipe Marulli, general de los romeos que militaban con Roger en el oriente, fuese de su parte á traerle á Constantinopla, y le asegurase de su voluntad, que siempre habia sido de hacelle merced y engrandecelle; y juntamente le ordenó que dijese á su hermana Irene que se viniese con él, por parecelle que tendria autoridad con el yerno para persuadille lo que importase. Llegó con esta embajada Marulli á Galípoli, y Roger claramente le respondió que no pensaba salir de Galípoli sin hacerse mas sospechoso á los suyos con asistir en Constantinopla. Irene tambien se excusó por la falta de salud, que no le daba lugar de ponerse en camino. Con esto Marulli volvió á Constantinopla, y desengañó al Emperador, que si no pagaba el ejército por entero, no habia tratar de conciertos. Con todo este desengaño porfió segunda vez, por medio de su hermana, á persuadille que pasase al oriente con algun socorro que le enviaria, porque Filadelfia estaba en mayor aprieto que el año antes, y que la necesidad que padecian no perdonaba aun á los muertos. Bien quisiera Roger obedecer al Emperador; pero los soldados estaban mas irritados que nunca, y si Roger entonces mostrara gusto de dárselo al Emperador, peligrara su autoridad y su vida.

En este mismo tiempo Berenguer de Entenza, viendo que todo estaba lleno de sospechas y miedos, y que los griegos le miraban como catalan, y los catalanes entraban en desconfianza de su fe porque estaba cabe el Emperador en lugar tan supremo, y que aquello no podia ser sino estando de su parte, aprobando lo mal que el Emperador lo hacia con ellos; finalmente, estando ya las cosas de los catalanes y Andrónico en términos que no se podia estar neutral ni ser medianero entre estas diferencias sin gran riesgo de perdellos á todos, Berenguer se resolvió de acudir á su primera obligacion, y preferir á su particular acrecentamiento el público honor y estimacion de la nacion, que estaba cerca de perderse. Pidió licencia á Andrónico para volverse á Galípoli, y aunque el Emperador con ruegos y dádivas le procuró detener, no dejó de embarcarse en dos galeras que tenia al puerto de Blanquernas, por la puerta del Emperador, y dice Pachimerio que se embarcó con el semblante triste, y que mostraba el combate de pensamientos que llevaba. De la galera volvió á enviar al Emperador treinta vasos de oro y plata que le habia dado, y añade el mismo autor que las insignias de la dignidad de megaduque las arrojó en el mar, mostrando que

desde entonces renunciaba la amistad del imperio. Esta accion, que en los griegos se condena por muy infame y vil, fué la mas digna de alabanza que este gran caballero hizo en el oriente; porque ni las honras ni los cargos no le pudieron apartar de lo justo: ejemplo grande para los que quieren introducirse con daño del bien público y reputacion de la patria, como á muchos acontece, que olvidados de lo que deben á su sangre y á su naturaleza, la dejan maltratar por pequeños intereses, que las mas veces dellos no les queda sino solo la infamia por premio de su ruindad.

Estando ya para partirse Berenguer, el Emperador le envió á llamar muchas veces, sin que pudiese creer que Berenguer le dejaria. Ofreciéronle al Emperador ciertos hombres de Malvasia de acometer las dos galeras de Berenguer y vengar la poca estimacion que hacia de su amistad, y juntamente cobrar ellos una galera que tenian á partido en servicio de Berenguer; pero el Emperador no permitió que se ejecutase, porque pensó reducille. Aquella noche Berenguer se hizo á la vela y se vino á Galípoli, donde halló todas las cosas llenas de mil sospechas y recelos.

CAPITULO XXIII.

Da el emperador Andrónico en feudo á los capitanes catalanes y aragoneses las provincias del Asia.

El Emperador deseaba dividir los catalanes entre sí, para después podelles castigar mas á su salvo. Volvió á persuadir á Roger lo que antes por medio de Canavurio, familiar ministro de Irene, su suegra, el cual, después de ir y venir muchas veces de Constantinopla á Galípoli, concertó el mayor negocio para los catalanes que se pudo desear para su grandeza y aumento, si como se les ofreció se les cumpliera; pero la insolencia de los soldados, la envidia de los griegos, la instancia del hijo trocó el amor y aficion que Andrónico tenia á nuestras cosas en mortal aborrecimiento; y así, se determinó entre el emperador y su hijo dar aparente y honrosa satisfacion á los catalanes, y ocultamente trazar su perdicion y ruina; y aunque esto no lo dicen los historiadores, déjase fácilmente entender por lo que después se hizo. Andrónico, por medio de este Canavurio, y forzado del temor de las armas de los catalanes y del socorro que la fama habia publicado que venia de Sicilia, y que con tan largas pagas estaba el fisco y cámara imperial destruida, y que las rentas del imperio no eran suficientes para los gastos ordinarios y forzosos, y que como á príncipe le tocaba prevenir el remedio, y ellos, como capitanes obligados y amigos, debian ayudalle á poner en ejecucion lo que á todos les importaba igualmente; al fin se concertó entre el Emperador y Roger, después de largas y pesadas consultas, lo siguiente: que desde luego diese Andrónico las provincias de la Asia en feudo á los ricoshombres y caballeros catalanes y aragoneses, con obligacion que siempre que fuesen llamados y requeridos por él ó por sus sucesores, acudiesen á servillo á su costa, y que el Emperador no estuviese obligado á dar después de la conclusion de este trato sueldo á la gente de guerra; solo les habia de socorrer cada un año con treinta mil escudos y con ciento y veinte mil modios de trigo, dándoles el dinero de las pagas corridas hasta el dia deste concierto. Con este trato quedaron nuestras cosas, al parecer, en suma grandeza; porque los catalanes se vieron señores de todas las provincias de Asia, así por dárselas el Emperador en paga de sus servicios, como porque las ganaron con las armas y libraron de la servidumbre de los turcos; títulos que cualquiera dellos era bastante á darles el derecho señorío de todas ellas. Esta fué una de las cosas mas señaladas desta expedicion y que mas puede ilustrar la nacion catalana y aragonesa; pues cuando los romanos, vencido Mitrídates, ganaron el Asia, alcanzaron una de sus mayores glorias, y lo que el valor de tantos famosos capitanes y ejércitos conquistó en muchos años, lo adquirieron los nuestros en menos de dos; y si con engaños y traiciones no les atajaran su fortuna, quedaran absolutos señores y príncipes de la Asia, y quizá, si se conservaran, detuvieran los turcos en sus principios, y no les dieran lugar á dilatar ni engrandecer los límites inmensos del imperio que hoy poseen.

Estos conciertos se juraron delante de la imágen de la Vírgen; costumbre antigua de aquel imperio. En esta donacion concuerdan Pachimerio y Montaner; solo el griego difiere en una circunstancia, porque dice que Andrónico exceptó algunas ciudades, que no quiso que se incluyesen en la donacion.

CAPITULO XXIV.

La gente de guerra con mayor furia que antes se alborota porque tiene alguna desconfianza de Roger.

El emperador Andrónico, para cumplimiento del juramento hecho, envió á Teodoro Chuno que llevase á Roger los conciertos firmados y sellados con sellos de oro, y treinta mil escudos y las insignias de césar, y que el trigo estaba ya recogido para entregarle á quien Roger ordenase. Caminaba la vuelta de Ripi Teodoro, y como cuerdo y plático, junto á Ripi se detuvo, porque supo que las cosas de Galípoli y de los catalanes se iban empeorando. Resolvió de no pasar adelante hasta saber de cierto el estado de las cosas, á mas de que temia á Roger por estar ofendido de un hermano suyo, que estaba en Cancilio, de donde muchas veces habia salido con gente armada en su daño. Así parece que por cierta providencia envió á Canavurio que fuese antes á la hermana del Emperador, para que primero á ella le diese aviso de lo que pasaba, y juntamente volviese á significalle la disposicion y estado del nuevo motin, porque su persona y el dinero no lo queria aventurar sin mas seguridad de la que tenia. Pasó adelante, caminando siempre muy despacio, para dar tiempo á Canavurio que se pudiese informar, y volvelle á encontrar antes del peligro. Junto á Brachialio tuvo nuevas llenas de sospechas, porque tuvo aviso que Roger no recibiera las insignias de césar por no hacerse mas sospechoso á los suyos, de quien ya comenzaban á tener alguna desconfianza, por velle rico y honrado, y ellos defraudados de su sueldo. Temió Teodoro, y resolvió de asegurarse, retirándose al fuerte de Ripi, donde estuvo algunos dias. Como vió que no se sosegaba la gente, temió que si los catalanes entendieran que él estaba en Ripi con treinta mil escudos, no le acometiesen para quitalle el dinero; y así, una noche con gran secreto, con todos los recaudos que traia se fué á Constantinopla, y dió razon al Emperador de lo que le habia detenido y forzado á volver atrás sin ejecutar su

órden. Roger juzgó que convenia para su reputacion y seguridad satisfacer al ejército de las sospechas viles de su fe; y así, ordenó á las principales cabezas del ejército que se viniesen á Galípoli, dejando aseguradas las plazas que tenian á su cargo. Juntos todos, les dijo que los trabajos y peligros que habia padecido por el aumento y bien de la nacion catalana y aragonesa no merecian tan mala correspondencia como tener duda de su fidelidad; que él habia probado su intencion en la guerra de Sicilia, sirviendo al Rey y gobernando siempre gente catalana, y con ser aquellos tiempos tan sospechosos, nadie se atrevió á ofendelle; que en las guerras del Asia habia acudido á la obligacion que fué llamado, y que el Emperador aunque le habia hecho muchas honras, no las tenia él por iguales á sus servicios, y cuando lo fueran, que él no era hombre que por corresponder á ellas olvidaria las obligaciones que tenia en primer lugar; que el Emperador le queria hacer césar, y que él no queria mas recibir honras sin que á ellos se les diese entera satisfacion, y que por solo venirles á socorrer y animar habia salido de Constantinopla y dejado al Emperador, que le queria detener y acrecentar; que él estaba resuelto de correr la fortuna que ellos, y que si el Emperador con su ejército les acometiere, procuraria, por el juramento hecho, ceder si pudiese á su rigor, pero que cuando conviniese, forzosamente habian de venir á las armas, y las suyas siempre se habian de emplear en la defensa comun contra los griegos. Con esta plática Roger aseguró su crédito, y los catalanes, satisfechos de sus sospechas, con el reconocimiento que siempre, le dieron disculpa de los recelos mal fundados de algunos.

En este mismo tiempo sucedió, para mayor descrédito de nuestras armas, que los turcos acometieron la isla del Xio, que estaba á cargo de Roger y los suyos, y casi toda ella la tomaron, sino fueron algunos que se pudieron retirar á la fortaleza en cuarenta barcos que pudieron juntar, y estos tambien se perdieron lastimosamente, rotos y deshechos de una furiosa tormenta junto á la isla de Sciro. Con esta pérdida los ánimos de los unos y de los otros se fueron irritando; los griegos porque les pareció que los catalanes, ya que les molestaban tanto con las ordinarias contribuciones, no fuesen bastantes para defendelles del rigor y sujecion de los infieles; los catalanes tambien atribuyeron esta pérdida á la dilacion de Andrónico en no cumplilles lo que tantas veces se les habia ofrecido, y que si se les pagara con tiempo, pudieran ellos acudir á su obligacion y defender lo que estaba á su cargo. La falta de dinero les obligó á que con mayor desórden le fuesen á buscar por todos los lugares de Tracia.

CAPITULO XXV.

Conclúyese el trato de pasar al oriente, y Roger recibe las insignias de césar y dinero.

Llegó á los oidos de los emperadores Andrónico y Miguel lo que Roger públicamente dijo; y ofendidos gravemente, quisieron con el ejército que tenian junto en Andrinópoli acometer el de los catalanes; pero Andrónico, á persuasion de Azan, cuñado de Roger, á quien poco antes habia dado la dignidad de panipersebastor (1), mandó á su hijo que no lo ejecutase, esperando siempre por medio de su sobrino reducir á Roger, á quien Azan escribió la justa indignacion del Emperador, y que la mayor disculpa que podria dar seria pasar el ejército en Asia y comenzar la guerra. Respondió Roger á su cuñado, y al Emperador en la misma conformidad escribió, que la necesidad le habia obligado á dar de palabra satisfacion á todo el ejército, porque si no lo hiciera, se acabaran de confirmar en sus sospechas, y que sin duda le mataran; que él siempre seria fiel y reconocido á las muchas honras y mercedes que de su mano habia recebido, y que si de lengua le habia ofendido, fué porque los catalanes no le ofendieran con efeto, tomando por cabeza otro capitan que libremente les dejara ejecutar su ímpetu; que se sirviese de socorrelles con algo, porque de otra manera no se atrevia á reducillos, porque él apenas tenia mil hombres que le obedeciesen. Con esta carta el Emperador volvió á mandar á su hijo que no les ofendiese, pero que impidiese sus correrías.

Azan, que deseaba conservar á su cuñado Roger, persuadió al Emperador que le volviese á enviar lo que Teodoro Chuno poco antes le llevaba, y que con esto pasaria á la Asia; y así, el Emperador le envió las insignias de césar, y el dia de la resurrecion de Lázaro fué vestido y aclamado por césar, y se le dieron treinta y tres mil escudos y cien mil modios de trigo; pero resueltamente le mandó el Emperador que despidiese toda la gente; solo se quedase con mil hombres. Roger mostró con aparentes demostraciones que obedecia, pero con secreto disponia sus consejos para cualquier acontecimiento. Envió á Berenguer de Entenza parte de su gente, que ya estaba declarado por rebelde y enemigo del imperio; la otra envió á Cízico Metellin, donde ya habia guarnicion de catalanes. Recogió, á mas del trigo que el Emperador le daba, otra mayor cantidad de la que los catalanes recogieron de las contribuciones.

CAPITULO XXVI.

Pártese Roger á verse con Miguel Paleólogo; contradícelo María su mujer y los demás capitanes.

En este tiempo, que los catalanes andaban llenos de tantos temores y esperanzas, ya Andrónico y Miguel trazaban de qué manera podian hacer un castigo señalado en ellos y castigar con sumo rigor su atrevimiento; que aunque esto claramente no lo dicen los historiadores griegos, el efeto lo publicó, y descubrió su alevosía. La desdichada suerte de Roger abrió el camino para que esto se ejecutase con gran seguridad de los griegos y notable pérdida nuestra. Llegóse el tiempo de la partida de Grecia para proseguir la guerra, y Roger determinó de ir á verse con Miguel Paleólogo para darle razon de lo que se habia tratado con su padre en materia de la guerra, y pedirle dinero, como Nicéforo dice. Pero María, mujer de Roger, y su madre y hermanos, que como ladrones de casa, conocian bien la condicion de los suyos, sentian muy mal desta ida; y María, como á quien mas le importaba, advirtió á su marido en secreto que no se fuese ni se pusiese voluntariamente en las manos de Miguel, y que no ofreciese la ocasion á

(1) Traducido al latin, *totus augustus*: título de mero honor, reservado, como dejamos dicho, para individuos de la familia imperial, desde que Alejo Comneno distinguió con él á Miguel Taronita, pariente suyo.

quien con tanto cuidado la buscaba; que advirtiese cuán huérfana quedaba ella, cuán desamparados los suyos si faltase su gobierno; que no se fiase tanto de su ánimo; que no diese crédito á sus palabras, nacidas no solo de su cuidado, pero de ciertas y seguras señales que tenia de que Miguel Paleólogo procuraba su ruina. Todas estas razones, acompañadas con lágrimas y ruegos, dijo María á su marido Roger, porque como griega y persona tan íntima de la casa del Príncipe, aunque se recelaban de ella porque no descubriese sus trazas, con todo este recato llegaban á su noticia muchas, que como mujer cuerda y cuidadosa de la vida del marido, pudo advertir y descubrir algo de lo que se maquinaba contra él. Hizo poco caso Roger de sus consejos, y ella, cuanto menos recelo descubria en el marido, tanto mas crecia su cuidado, y procuraba intentar algunos medios para persuadirle; y el que debiera ser mas eficaz, fué llamar á los capitanes mas principales del ejército, y descubrióles sus justas sospechas, para que pidiesen á Roger que suspendiese su ida de Andrinópoli para visitar á Miguel Paleólogo. Al fin todos los capitanes juntos, á instancia de María, cuyas sospechas no les parecian vanas, fueron á Roger y le pidieron que dejase ó siquiera difiriese la jornada hasta estar mas asegurado y satisfecho del ánimo de Miguel. Respondióles resueltamente que por ningun temor que le pusiesen delante dejaria de hacer su viaje y cumplir con obligacion tan forzosa como visitar á Miguel, á quien debia el mismo respeto que al Emperador su padre; que si antes de partir de Grecia para la jornada de Asia no se le daba razon de todos sus consejos y determinaciones, era darle ocasion de desavenirse con ellos; cosa de grande inconveniente para la conservacion de todos ellos; que los recelos de María, su mujer, nacian de amor y temor de perdelle, y que pues eran sin otro fundamento, no era justo que le detuviesen.

Llamado Roger de su fatal destino, ni advirtió su peligro, ni advertido, lo temió. Muchas veces, por mas avisos que un hombre tenga, no puede escapar de la muerte y fines desastrados; y aunque Dios nos advierte con señales manifiestos y claros, puede tanto una loca confianza, que nos quita el discurso para que no veamos los peligros donde está determinado nuestro fin y castigo. En este caso de Roger, ni su buen discurso ni el conocimiento grande de la naturaleza de los griegos, ni los avisos de su mujer, ni los ruegos de los suyos pudieron detenerle para que voluntariamente no se entregase á la muerte. Resuelto ya de partirse, María su mujer con todos los de su casa no quiso quedarse en Galípoli, porque como tenia por cierta nuestra perdicion, no le pareció aventurarse, pues la obligacion de asistir en Galípoli faltaba con ausentarse su marido. Mandó Roger que Fernando Aones con cuatro galeras la llevase á Constantinopla, y él, con trescientos caballos y mil infantes, dejando en su lugar á Berenguer de Entenza, caminó la vuelta de Andrinópoli, dicha por otro nombre Orestiade, ciudad principal de Tracia, y corte de muchos emperadores y reyes, y que entonces lo era de Miguel. Zurita quiere que Andrinópoli y Orestiade sean lugares diversos, porque no llegó á su noticia que esta ciudad tenia entrambos nombres. Nicéforo la llamó Orestiade con el nombre mas antiguo, y Montaner. Andrinópoli, que fué el mas moderno y el que entonces le daban los griegos, y el que hoy conserva con poca diferencia.

Supo el emperador Miguel á 22 de abril como el césar Roger venia, porque Azan, su cuñado, se lo hizo saber. Alteróse extrañamente Miguel desta venida, y con un caballero de su casa le envió á preguntar, una jornada antes que llegase, si el Emperador su padre se lo habia mandado, ó él movido de su sola voluntad. Respondió el César con palabras llenas de humildad que solo iba para darle obediencia y mostrar la servitud que le debia, y juntamente para conferir con él el viaje que habia de hacer al oriente. Con esta respuesta se sosegó Miguel, y mostró que gustaba de su venida. Envió luego á recibirle con la benignidad y cortesía que convenia. Era miércoles de la segunda semana de la pascua que llaman de Santo Tomás. Vióse aquella misma noche con el Emperador, de quien fué recibido y acariciado con grandes demostraciones de amor.

CAPITULO XXVII.

Matan á Roger con gran crueldad los alanos, estando comiendo con los emperadores Miguel y María, y á todos los que fueron en su compañía.

Con el buen acogimiento que Miguel hizo á Roger y á los suyos, creyeron que las sospechas de María fueron sin fundamento, y vivian tan sin cuidado ni recelo del daño que tan vecino tenian, que divididos y sin armas discurrian por la ciudad como entre amigos y confederados. Estaban dentro della los alanos con George, su general, cuyo hijo mataron en Asia los catalanes. Estaban tambien los turcoples, parte debajo del gobierno del búlgaro Basila; la otra obedecia á Meleco. Los romeos estaban debajo del gran primiserio Casiano y del duque y gran príncipe de compañías llamado Etriarca (1). Todos estos tuvieron por sospechosa la venida de Roger, y que solo venia á reconocer las fuerzas de Miguel, con pretexto de dalle la obediencia, y segun ellas disponer sus consejos. El que mas alteraba y movia los ánimos contra Roger y los catalanes era George, cabeza de los alanos, que, con deseo de tomar satisfacion, intentaba todos los medios que podia; finalmente, ó fuese por solo su motivo, ó con permision y órden del emperador Miguel, el dia antes de la partida de Roger, estando comiendo con el emperador Miguel y la emperatriz María, gozando de la honra que sus príncipes le hacian, entraron en la pieza donde se comia George, alano, Meleco, turcople, con muchos de los suyos, y Gregorio: el primero cerró con Roger, y después de muchas heridas, con ayuda de los suyos le cortó la cabeza, y quedó el cuerpo despedazado entre las viandas y mesa del Príncipe, que se presumia habia de ser prenda segurísima de amistad, y no lugar donde se quitase la vida á un capitan amigo y de tantos y tan señalados servicios, huésped suyo, pariente suyo, y como tal, honrado en su casa, en su mesa y en presencia de su mujer y suya. No se pudieron juntar, á mi parecer, mayores circunstancias para acrecentar la infamia deste caso; hecho por cierto indigno de lo que tiene nombre y obligaciones de príncipe, que las mas principales son las

(1) Este, que parece un nombre propio, puede significar tambien el cargo del *Heteriarca*, que era el jefe de las cohortes destinadas á la guardia de la persona del Emperador. (*Duc. in not. ad Annae Alexiadae*, edit. Paris., pág. 227.)

que mas se apartan de parecer ingrato y cruel, aunque es verdad que los príncipes raras veces se reconocen por obligados, y cuando se tienen por tales, aborrecen la persona de quien les tiene obligados; pero esto no llega á tanto que, perdiendo de todo punto el miedo á la fama, descubiertamente le acaben y destruyan. Lo cierto es que comunmente puede mas en un príncipe un pequeño disgusto para castigar, que grandes y señalados servicios para perdonar ó disimular algunas ofensas de poca ó ninguna consideracion. Pero ¿qué maldad hay que no acometa un príncipe injusto si se le antoja que importa para su conservacion? Porque el juicio y castigo de Dios, á quien solo se sujetan y temen, le miran tan de lejos, que apenas le descubren, no acordándose por cuán flacos medios vienen tambien á ser castigados, pues la mano de un hombre resuelto suele quitar reinos y vidas.

Este desastrado fin tuvo Roger de Flor, de edad de treinta y siete años, hombre de gran valor y de mayor fortuna, dichoso con sus enemigos y desdichado con sus amigos; porque los unos le hicieron señalado y famoso capitan, y los otros le quitaron la vida. Fué de semblante áspero, de corazon ardiente, y diligentísimo en ejecutar lo que determinaba; magnífico, liberal, y esto le hizo general y cabeza de nuestra gente, pues con las dádivas granjeó amigos que le pusieron en este puesto, que fué uno de los mayores, fuera de ser emperador ó rey, que hubo en aquellos tiempos. Dejó á su mujer preñada, y después parió un hijo, que Montaner refiere que vivia en el tiempo que él comenzó su historia. Nicéforo solo dice que junto al palacio del emperador Miguel le mataron, sin decir por cuyo órden fué ni quién lo hizo; pero Pachimerio concuerda con Montaner en lo mas esencial; porque refiere que saliendo el César fuera de la cámara imperial después de haber comido con los Emperadores, le embistieron los alanos de George, y que Roger, viéndose acometido, se retiró hácia donde estaba la Emperatriz augusta, y cayó muerto junto á ella, atravesado de una estocada por las espaldas; y que cuando le llegó la nueva á Miguel, que estaba en otro cuarto de su palacio, del suceso de Roger, y que todo estaba alborotado por las muertes que los alanos ejecutaban en los catalanes descuidados, perdió casi el sentido, y preguntó si la Emperatriz habia recibido algun daño y si estaba segura; pero luego supo la ocasion de la muerte de Roger, y mandó que George viniese á su presencia, y le preguntó la ocasion que habia tenido para hacer la muerte de Roger, y que le respondió que porque el imperio tuviese un enemigo menos. Así disculpa Pachimerio esta maldad; pero ya que Miguel expresamente no fué autor desta muerte, pero por lo menos la consintió y dejó de castigalla; con que se hizo participante del delito.

No se satisfacieron los alanos con solo la muerte de Roger; porque al mismo tiempo acometieron todos los catalanes y aragoneses que estaban en su compañía, y con atroces muertes los despedazaron; y dice Pachimerio que Miguel mandó á su tio Teodoro que detuviese á los alanos y á las demás naciones, que encarnizadas con nuestra sangre, salieron de Andrinópoli á degollar todos los que topasen de nuestra nacion, que habia muchos alojados por aquellas aldeas, y que esto lo hizo Miguel porque temió que los suyos no fuesen vencidos y que su ímpetu no les perdiese. Con esto me parece que claramente se descubre el ánimo de Miguel, que fué sin duda de acaballes á todos. Toda la gente de á caballo que estaba junta acometieron á todos los catalanes y aragoneses dentro la ciudad y fuera della; pero algunos heridos y maltratados tomaron las armas y perdieron la vida que les quedaba con igual daño del enemigo. Escaparon solo tres caballeros desta lastimosa tragedia, puesto que Nicéforo dice que escapó la mayor parte. El uno se llamaba Ramon Alquer, hijo de Gilabert Alquer, natural de Castellon de Ampúrias; los otros dos eran Guillen de Tous y Berenguer de Rondor, de Llobregat; los demás, aunque no murieron luego, fueron entonces puestos en hierros, y después con mayor crueldad quemados, como después se referirá, por relacion de Pachimerio. Estos tres caballeros, defendiéndose valerosísimamente, ganaron una iglesia, y apretándoles mucho en ella, se hubieron de retirar á una torre della, peleando con tanta desesperacion desde lo alto, que no fué posible, por mas que se procuró, matarles ni rendirles. Miguel, después de haber ejecutado su crueldad, quiso ganar fama de piadoso y clemente; y así, mandó que nadie les ofendiese, y dióles salvoconducto para volver á Galípoli. Nicéforo difiere algo de Montaner en este hecho, porque dice que Roger fué con solos doscientos caballos á Andrinópoli, y no para solo verse con Miguel y darle cuenta de lo que se habia determinado en materia de la guerra, como Montaner escribe, sino para pedirle dinero, y cuando lo rehusase, hacérselo dar por fuerza. Estas son palabras de Nicéforo, y á lo que yo puedo entender, dichas con poco acuerdo de lo que antes habia referido, que Miguel estaba en Andrinópoli con un poderoso ejército; y no parece que un capitan tan prudente como Roger, á quien los mismos griegos llaman, siempre que se ofrece ocasion, hombre de gran prudencia, hiciese tan gran desatino, como lo fuera ir con solos trescientos de á caballo á amenazar un emperador que se hallaba dentro de una ciudad grande y con un ejército poderoso.

CAPITULO XXVIII.

La gente de guerra toma descubiertamente las armas contra los griegos, y en diferentes partes del imperio se matan los catalanes y aragoneses.

La gente de guerra que estaba con Berenguer de Entenza y Rocafort les pareció tentar el último medio para que Andrónico les pagase. Enviaron al Emperador tres embajadores, para que resueltamente le dijesen que si dentro de quince dias no se les acudia con parte de lo mucho que se les debia, les era forzoso apartarse de su servicio y dar lugar á que sus armas alcanzasen lo que su razon y justicia nunca pudo. Recibió el Emperador estos tres embajadores, que fueron Rodrigo Perez de Santa Cruz, Arnaldo de Moncortes y Ferrer de Torrellas, y en presencia de la mayor parte de sus consejeros y ministros, y con mucha aspereza, les dijo que el imperio de los griegos no estaba tan acabado y destruido, que no pudiese juntar ejércitos poderosos para castigar su atrevimiento y rebeldía, y aunque eran muchos los servicios que le habian hecho en la guerra de oriente, ya los habian borrado con sus excesos y demasías y con la poca obediencia y respeto que te-

nian á su corona; que él haria lo que tocaba y fuese razon: en lo demás les aconsejaba que no se precipitasen con desesperacion á lo que tan mal les estaba, y que no pidiesen con violencia lo que con la misma se les podia negar; que la fidelidad de que ellos tanto se preciaban se perdia, si las mercedes se pedian por fuerza á su príncipe. Sin querer oir su respuesta ni dar lugar á mas satisfacion, les mandó el Emperador que con mas acuerdo se resolviesen y le hablasen. Después dentro de pocos dias llegó la nueva á Constantinopla de la muerte de Roger y de algunas crueldades que los nuestros hicieron en Galípoli, y el pueblo se levantó contra los catalanes, segun dice Pachimerio; pero Montaner refiere que en un mismo tiempo en todas las ciudades del imperio se degollaron los catalanes por órden de Andrónico y Miguel. Puede ser que en esto Montaner ande algo apasionado, atribuyendo toda la culpa á los Emperadores; pero lo que yo tengo por cierto, que el pueblo irritado ejecutó esta maldad, y ellos no la atajaron.

En Constantinopla se levantó el pueblo, y acometió los cuarteles á do estaban los catalanes, y como si fueran á caza de fieras, les iban degollando y matando por la ciudad. Después de haber degollado muchos, fueron á casa de Raul Paqueo, pariente de Andrónico y suegro de Fernando Aones el almirante, y pidió el pueblo que luego se les entregasen los catalanes que habia dentro; y porque esto no se hizo tan presto como ellos quisieron, pegaron fuego á la casa, con que se abrasó todo cuanto habia dentro; y aquí tengo por cierto que los tres embajadores y el Almirante perecieron. El patriarca de Constantinopla salió á reprimir la multitud amotinada, y sin hacer efeto, con mucho peligro se retiró. La mayor dificultad que se ofreció para no poder oprimir á los catalanes todos á un tiempo, fué por estar Galípoli bien defendido, y los que estaban alojados en las aldeas con las armas en la mano, y mas advertidos que los otros que estaban en diferentes partes.

Miguel, temiendo que los de Galípoli, sabida la muerte de Roger, no le acometiesen, mandó que el Gran Primiserio fuese con todo lo grueso del ejército sobre Galípoli. Ejecutóse luego, y con la caballería mas ligera se enviaron algunos capitanes para que les acometiesen antes que pudiesen ser avisados. Cogieron á la mayor parte divididos por sus alojamientos, en sus lechos y en sumo descanso; porque entre los que tenian por amigos les parecia inútil el cuidado de guardarse. Entró esta caballería por algunos casales, pasando por el rigor de la espada todos los aragoneses y catalanes que toparon. Las voces y gemidos de los que cruelmente se herian y mataban avisaron á muchos, que se pudieron poner en seguro, y la codicia de los vencedores, que ocupados en el robo dejaban de matar, tambien dió lugar á que muchos se escapasen. En Galípoli, aunque lejos, se sintió el ruido y voces confusas con que los nuestros tomaron las armas, y quisieron salir á reconocer la campaña y certificarse del daño que temian; pero Berenguer de Entenza y los demás capitanes detuvieron el ímpetu de los soldados, que en todo caso querian que se les diese franca la salida; y como la obediencia de aquella gente no estaba en el punto que debiera, no se atrevió Berenguer á enviar algunas tropas á batir los caminos, y tomar lengua, porque temió que tras de ellas seguiria el resto de la gente, y quedaria Galípoli sin defensa, de cuya conservacion pendia la salud comun.

Discurríase variamente entre los nuestros la causa de tanto alboroto en las campañas y caserías vecinas de Galípoli. Decian unos que los griegos, oprimidos de la gente militar, se habrian conjurado y tomado las armas para alcanzar su libertad; otros que, atravesando aquel angosto espacio de mar los turcos, acometian sin duda á nuestros cuarteles; pero en esta variedad de discursos jamás pudieron atinar la verdad de caso tan inhumano. Con la noche y confusion del caso algunos de los nuestros llegaron á Galípoli libres, y solo dieron noticia de que dentro de sus casas, en sus alojamientos, habian sido acometidos de gente militar y armada.

CAPITULO XXIX.

Berenguer de Entenza y los que estaban dentro de Galípoli, sabida la muerte de Roger, degüellan todos los vecinos de Galípoli, y el campo enemigo los sitia.

Estando en esta turbacion, tuvieron aviso cierto de la muerte de Roger y de la universal matanza de los catalanes y aragoneses en Andrinópoli, y juntamente de la que en la comarca de Galípoli se ejecutaba por órden de Miguel. Fué tanta la rabia y coraje de los catalanes, que dice Nicéforo, y concuerda con él Pachimerio, aunque Montaner lo calla, que mataron todos los vecinos de Galípoli, no perdonando á sexó ni edad; y Pachimerio encarece mas la inhumanidad del caso, diciendo que hasta los niños empalaban: fiereza y maldad abominable, si fué verdad, aunque se puede dudar, por ser griego y enemigo este autor. Pero si en algun exceso tiene lugar la disculpa, fué en este, pues con el ímpetu de la cólera la ejecutaron contra los griegos que tuvieron delante, en satisfacion de otra mayor crueldad hecha por ellos con mucho acuerdo y sin causa. Desde este punto todo fué crueldad, rabia y furor de entrambas partes; que parece que la guerra no se hacia entre hombres, sino entre fieras. Pero sin duda que las crueldades de los griegos excedieron sin comparacion á las que hicieron los catalanes; porque nunca violaron el derecho de las gentes ni ofendieron á sus enemigos debajo de palabra ni seguro, aunque en otras cosas los nuestros anduvieron muy sobrados, y no guardaron las leyes de una guerra justa; pero la ocasion desto fué no quererlas guardar los griegos, con que quedan bastantemente disculpados los catalanes y aragoneses en esta parte, pues forzosamente la guerra se hubo de hacer con igualdad. Juntáronse los capitanes con harta confusion y sentimiento á tratar de su remedio. Estaban en un estado tan lastimoso, que aun los mismos enemigos se podian compadecer de su miseria. Perdidos todos sus servicios, con que algun tiempo pensaban alcanzar quietud y descanso; perdida la reputacion por el castigo, porque con él se habia dado ocasion para que todo el mundo les tuviese en poco, pues tras tantas vitorias merecian tal premio; muertos gran parte de sus amigos, y su muerte á los ojos.

Hallábase á la sazon Galípoli sin bastimentos y sin fortificacion alguna, cuando los enemigos, que allegaban al número de treinta mil infantes y catorce mil caballos, entre las tres naciones de turcoples, alanos y

griegos, se pusieron casi sobre sus murallas, amenazando á los nuestros un lastimoso fin; porque el emperador Miguel juntó las fuerzas que pudo de Tracia y Macedonia, á mas de la gente que ordinariamente llevaba sueldo del imperio; y para dar mas calor se salió de Andrinópoli, y se fué á Panfilo, y de allí envió al gran duque Eteriarca á Basila, y al gran bausi (1) Umberto Palor á Brachialo, cerca de Galípoli, para apretar mas los cercados. La primera resolucion que se tomó fué fortificar el arrabal, porque el enemigo no le ocupase, y no llegase sin perder gente y tiempo, cubierto de las casas, á nuestros fosos y murallas, aunque en esto no dejaba de haber dificultad, por ser grande el espacio de los arrabales, y desigual para su defensa el pequeño número de nuestra gente. Hecho esto, determinaron de enviar embajadores al emperador Andrónico, que en nombre de toda nuestra nacion se apartasen de su servicio, y le retasen para que ciento á ciento ó diez á diez, conforme al uso de aquellos tiempos, combatiesen en satisfacion de su agravio y de la muerte afrentosa de Roger y de los suyos, hecha tan alevosamente por Miguel su hijo y por los demás griegos. Enviáronse un caballero que Montaner llama Siscar, y á Pedro Lopez, adalid, y dos almugavares y otros tantos marineros, que eran de todas las diferencias de milicia que habia en nuestro ejército; y esto fué antes que se supiese en Galípoli la muerte de los tres embajadores primeros que fueron por órden de Berenguer de Entenza. En tanto que se esperaba la última resolucion de Andrónico por medio destos embajadores, el enemigo, poderoso en la campaña, apretó el sitio de Galípoli, y los nuestros con su valor acostumbrado, con salidas y escaramuzas ordinarias le fatigaban y detenian.

CAPITULO XXX.

Tienen los nuestros consejo; síguese el de Berenguer de Entenza, no por el mejor, pero por ser del mas poderoso.

Habia entre los capitanes de Galípoli diversas opiniones sobre el modo de hacer la guerra; y así, convino que las principales cabezas se juntasen en consejo para resolverse. Berenguer de Entenza dijo: «Si el valor y esfuerzo de hombres que nacieron como nosotros, amigos y compañeros, en algun trabajo y desdicha pudiera faltar, pienso sin duda que fuera en la que hoy padecemos, por ser la mayor y mas cruel con que la variedad humana suele afligir los mortales, el ser perseguidos, maltratados y muertos por los que debiéramos ser amparados y defendidos. ¿De qué sirvieron las vitorias, tanta sangre derramada, tantas provincias adquiridas, si al tiempo que se esperaba justa recompensa debida á tantos servicios, con bárbara crueldad se ejecuta contra nosotros lo que vemos y apenas damos crédito? Por mayor suerte juzgo la de nuestros compañeros, que murieron sin sentir el agravio, que la nuestra, que habemos de perecer con tan vivo sentimiento; porque dejar de tomar satisfacion de tantas ofensas y retirarnos á la patria, fuera indigno de nuestro nombre y de la fama que por largos años habemos conservado; ni los deudos ni amigos nos recibieran en la patria, ni ella nos conociera por hijos, si muertos nuestros compañeros alevosamente, no se intentara la venganza, y se borrara con sangre enemiga nuestra afrenta. Las pocas fuerzas que nos quedan, avivadas con el agravio, al mayor poder se podian oponer, y mas favorecidas de la razon, que tan claramente está de nuestra parte. Vuestro ánimo invencible en la dificultad cobra valor, y en el mayor peligro mayor esfuerzo. El Asia quedó libre de la sujecion de los turcos por nuestras armas; nuestra reputacion y fama tambien lo ha de quedar por ellas; y si Grecia se admira de tantas vitorias, hoy sentirá el rigor de vuestras espadas, que no supo conservar en su favor y defensa. Todos nos deben de tener por perdidos, ó por lo menos navegando la vuelta de Sicilia con los navíos y galeras que nos quedan; pero su daño les desengañará, que ni el ánimo les acobardó, ni el agravio antes de su venganza permitió nuestra vuelta. Defender á Galípoli es lo que ahora nos importa, por estar á la entrada del estrecho, de donde se puede impedir la navegacion y trato destos mares siempre que no corrieren por ellos armadas superiores á la nuestra; y así, es forzoso buscar bastimentos y dinero para sustentalle. Los socorros tenemos lejos, tardos y quizá dudosos, porque á nuestros reyes ocupan otros cuidados mas vecinos. Todos los príncipes y naciones que nos rodean son de enemigos; no hay que esperar otro socorro sino el que estos navíos y galeras que nos quedan podrán alcanzar de nuestros contrarios. Con esto harémos dos cosas importantes, buscar el sustento que nos va ya faltando, y divertir al enemigo del sitio que tanto nos aprieta; y puesto que la guerra se deba hacer, como ya está determinado, es bien que sea en parte donde los enemigos no estén tan superiores, y se pueda mas fácilmente alcanzar la vitoria, para que el crédito y reputacion de nuestras armas vuelva á su debido lugar y estimacion. Las costas destas provincias vecinas viven sin recelo, pareciéndoles que nuestras fuerzas no son bastantes á defendernos en Galípoli, y en tanto que el sitio durare, no dejarémos estas murallas. Este descuido parece que nos ofrece una ocasion cierta de hacelles mucho daño si con nuestras galeras y navíos acometemos estas islas y costas de su imperio; y pues soy autor del consejo, lo seré de la ejecucion.» A las últimas palabras de Berenguer de Entenza, Rocafort se levantó con semblante y voz alterada, señales de su ánimo ocupado de la ira y venganza, y dijo: «El sentimiento y pasion con que me hallo por la muerte de Roger y de nuestros capitanes y amigos, no es mucho que turbe la voz y el semblante, pues enciende el ánimo para una honrada y justa satisfacion. Por el rigor de nuestro agravio, mas que por la razon, debiéramos hoy de tomar resolucion; porque en casos semejantes la presteza y poca consideracion suelen ser útiles, cuando de las consultas salen dificultades. Retirarnos á la patria, mengua y afrenta de nuestro nombre seria, hasta que nuestra venganza fuese tan señalada y atroz como lo fué la alevosía y traicion de los griegos; y así, en este punto siento con Berenguer de Entenza; pero en lo que toca al modo de hacer la guerra, opuestamente debo contradecille, porque paréceme yerro notable dividir nuestras fuerzas, que juntas son pequeñas y desiguales al poder del enemigo que nos sitia. Yo doy por cierto y constante que Berenguer robe, destruya y abrase las costas vecinas, como él

(1) Dignidad de que no hallamos noticia en los historiadores bizantinos que hemos consultado quizá por la manera viciosa de escribir esta palabra.

ofrece; pero ¿quién nos asegura que al tiempo que él estuviere corriendo los mares, los pocos que quedaren en Galípoli no sean perdidos? Y entonces Berenguer, ¿adónde pondrá su armada, dónde los despojos de su *vitoria*? No le queda puerto ni lugar seguro hasta Sicilia; pues yo por mas cierto tengo el perderse Galípoli, si él sacare la gente que está en su defensa para guarnecer la armada, que seguro da su vitoria. Todos los capitanes famosos ponen su mayor cuidado en socorrer una plaza que el enemigo tiene sitiada, y para esto aventuran no solo lo mejor y mas entero de su campo, pero todas sus fuerzas; ¿y Berenguer estando dentro se ha de salir? ¿Quién asegura al soldado que su ida ha de ser para volver? El miedo y recelo comun no se puede quitar, aunque su sangre y hechos claros son seguras prendas para los que nacieron como él. Nuestra venganza ya no pide remedios tan cautos y dudosos, ni á nosotros nos conviene el dilatar la guerra por ser poca, antes de ser menos; ejecutemos la ira; aventúrese en un trance y peligro nuestra vida; y así, mi último parecer es de que salgamos en campaña y demos la batalla á los que tenemos delante. Y aunque por la muchedumbre del ejército enemigo se puede tener la muerte por mas cierta que la vitoria, la causa justa que mueve nuestras armas y el mismo valor que venció á los turcos, vencedores de los griegos, tambien pueden darnos confianza de romper sus copiosos escuadrones, y abatir sus águilas como se abatieron sus lunas, y cuando en esta batalla estuviere determinado nuestro fin, será digno de nuestra gloria que el último término de la vida nos halle con la espada en la mano y ocupados en la ruina y daños de tan pérfida gente.» Prevalió este último parecer en los votos de los que se consultaban, *por ser el mas pronto*, aunque de mas peligro y de mas *gallardía*; pero el poder de Berenguer de Entenza, mayor entonces que el de Rocafort, no dió lugar á que la ejecucion fuese la que determinó la mayor parte. Y Ramon Montaner dice que las razones y ruegos de muchos no le pudieron hacer mudar de parecer.

En este medio tuvieron aviso que el infante Don Sancho de Aragon habia llegado con diez galeras del rey de Sicilia á Metellin, isla del Archipiélago y de las mas vecinas á Galípoli. Berenguer de Entenza y los demás capitanes enviaron luego á suplicalle viniese á Galípoli á tomalles los homenajes y juramento de fidelidad por el rey de Sicilia. Encarecieron su peligro y el descrédito del nombre de Aragon si no los socorria; súbditos que le habian hecho tan ilustre y grande. Don Sancho mostró luego con su presta resolucion el deseo de su bien y conservacion. Partió de Metellin con sus diez galeras, y vino á Galípoli, donde fué recibido con universal aplauso, creyendo que les ayudaria para tomar entera satisfacion de sus agravios, sirviéndole con parte de los pocos bastimentos y dinero que tenian; y sin precisa obligacion de obedecelle, todos le reconocieron por cabeza.

CAPITULO XXXI.

Los embajadores de nuestro ejército, á la vuelta de Constantinopla, por órden del Emperador fueron presos y muertos cruelmente en la ciudad de Rodesto.

Los embajadores de nuestra nacion enviados á fin de romper los conciertos que tenian con el Emperador, y hecho esto, desafialle, con harto peligro llegaron á Constantinopla, y puestos ante el bailío de Venecia y la potestad de Génova, y de los cónsules de los anconitanos y pisanos, magistrados y cabezas destas naciones que tenian trato y comunicacion en las provincias del imperio, dieron las manifiestas siguientes: que habiendo entendido que por órden del emperador Andrónico y su hijo Miguel, en Andrinópoli y en los demás lugares de su imperio se habian degollado todos los aragoneses y catalanes que se hallaron en ellos, tanto soldados como mercaderes, viviendo ellos debajo de su proteccion y amparo, por cuya satisfacion los catalanes y aragoneses de Galípoli estaban resueltos de morir, y que estimaban en tanto su fe y palabra, que querian antes de romper la guerra, que constase como ellos, en nombre de todos los de su nacion, se apartaban de los conciertos y alianzas hechas con el Emperador, y que así los públicos instrumentos de allí adelante fuesen inválidos y de ningun valor, y que le retaban de traidor, y ofrecian de defender lo dicho en campo, ciento á ciento ó diez á diez, y que esperaban en Dios que sus espadas serian el instrumento con que su justicia castigaria caso tan feo, pues á mas de violar la fe pública matando los extranjeros que pacíficos y descuidados trataban en sus tierras, habian dado cruel y afrentosa muerte á quien les habia librado della, defendido sus provincias, abatido sus enemigos y engrandecido su imperio. Que la insolencia de los soldados no era bastante causa para que contra ellos se ejecutara tan inhumana resolucion. Castigáranse los soldados culpados á medida de sus delitos, sin que sus servicios les sirvieran de moderar la pena. Diéranles navíos y con que volver á la patria; que bastante castigo fuera enviarles sin premio; pero sin perdonar á sexo ni edad, llevando por un parejo inocentes y culpados, malos y buenos, habia sido suma crueldad. Dado el manifiesto, el bailío de Venecia con los demás dieron razon al Emperador desta embajada, y queriendo tratar de algun acuerdo, no se pudo concluir, estando los ánimos tan ofendidos y cualquier palabra y fe tan dudosa; y así, se tuvo por mas conveniente para entrambas partes una guerra declarada que una paz mal segura; que adonde falta la fe, el nombre de paz es pretexto y materia de mayores traiciones. Respondió el Emperador que lo sucedido contra los catalanes y aragoneses no habia sido hecho por su órden; y que así, no trataba de dar satisfacion; siendo verdad que poco antes mandó matar á Fernando Aones el almirante y á todos los catalanes y aragoneses que se hallaron en Constantinopla, que habian venido con cuatro galeras, acompañando á María, mujer del César, á su madre y hermanos; y aun Montaner aprieta mas el hecho, pues dice que el proprio dia se ejecutaron estas muertes. Pidieron los embajadores que se les diese seguridad para su vuelta á Galípoli; fuéles luego concedido, dándoles un comisario: con tanto se partieron á Rodesto, treinta millas lejos de Constantinopla, y por órden del comisario que les acompañaba fueron presos, y hasta veinte y siete, con los criados y marineros, en las carnicerías públicas del lugar les hicieron cuartos vivos. Esta maldad me parece que puede disculpar todas las crueldades que se hicieron en su satisfacion, porque ninguna pudo llegar á ser mayor que violar con tan fiera demostracion el

derecho universal de las gentes, defendido por leyes humanas y divinas, por inviolable costumbre de naciones políticas y bárbaras. Este desdichado fin tuvieron las finezas de un capitan poco advertido. Dignas de alabanza son cuando hay seguridad en la fe y palabra del príncipe enemigo, pero cuando está dudosa, por yerro tengo el aventurarse. Nuestro rey el emperador Cárlos V pasó por Paris, y se puso en las manos de su mayor émulo; fué su confianza tan alabada como la fe de Francisco; pero si la reina Leonor no avisara á Cárlos, su hermano, de lo que se platicaba, fuera la confianza juzgada por temeridad, y la fe por engaño; con que claramente se muestra que alabamos ó vituperamos por los sucesos, no por la razon. Berenguer de Entenza hizo notable yerro en enviar embajadores á príncipe de cuya fe y palabra se podia dudar; porque quien con tanta alevosía y crueldad quitó la vida á Roger y á los suyos, de creer es que en todo lo demás no guardara fe, ni diera por legítimos embajadores á los que venian de parte de los que él tenia por traidores; á mas de que habiendo en los vecinos de Galípoli ejecutado tan gran crueldad, se habia de temer otra mayor siempre que la ocasion se la ofreciera.

CAPITULO XXXII.

Envíanse embajadores á Sicilia, y sale Berenguer con su armada; gana la ciudad de Recrea, y vence en tierra á Calo Juan, hijo de Andrónico.

Luego que se supo en Galípoli la muerte de sus embajadores, no se puede con palabras encarecer lo que alteró los ánimos y encendió los corazones á la venganza el verse maltratar tan inhumanamente de los que debieran ser amparados y defendidos. Cargaba todos los dias sobre Galípoli gente de refresco, y apretaban á los de dentro mas con el impedirles que no entrasen bastimentos por tierra, que con las armas. Berenguer de Entenza y todos los capitanes, con la resolucion que habian tomado de no salir de Grecia sin haberse vengado, prevenian socorros; y así, les pareció que hiciesen dueño de sus armas al rey don Fadrique, y que le jurasen fidelidad para obligalle mas á su defensa. Este fué su principal motivo, aunque al Rey con razones de mayor consideracion y de mayor utilidad le persuadian. Recibió el juramento de fidelidad en nombre del rey don Fadrique un caballero de su casa, que se llamaba Garcilopez de Lobera, soldado que seguia las banderas de Berenguer, y juntamente le eligieron por su embajador al Rey, con Ramon Marquet, ciudadano de Barcelona, hijo de Ramon Marquet, ilustre capitan de mar, á lo que yo presumo, del gran rey don Pedro, y Ramon de Copons, para que fuesen testigos del juramento de fidelidad que habian prestado en manos de Garcilopez de Lobera, y le diesen larga relacion del estado en que se hallaban; que si en su memoria tenia sus servicios, se acordase de dalles favor, pues en ello no solamente interesaban ellos, pero su aumento y grandeza; que advirtiese la puerta que le abrian ellos para ocupar el imperio de oriente, y que se valiese de su venganza y desesperacion, pues ellos ya estaban aventurados. Partiéronse los tres embajadores á Sicilia; con que la gente quedó con algunas esperanzas de que don Fadrique les socorreria; porque siempre, aunque sean muy flacas, animan y alientan á los muy necesitados. El infante don Sancho, á la partida destos mensajeros ofreció, no solo de seguir y acompañar á Berenguer en la jornada que tenia dispuesta, pero asistilles con sus diez galeras hasta que se supiese el ánimo y voluntad del Rey. Entenza, en nombre de todos, aceptó el ofrecimiento, y agradeció al Infante el haber tomado tan honrada resolucion, digna de un hijo de la casa de Aragon. Con esto apresuró Berenguer su partida y embarcó la gente; pero al tiempo que quiso salir, don Sancho mudó de parecer, olvidado de la palabra que poco antes habia dado, y faltando á su mismo honor y reputacion; con que causó en todos novedad, ver en tan poca distancia tomar tan diversas y encontradas resoluciones, sin haberse podido ofrecer, por la cortedad del tiempo, nuevos accidentes que le pudieran obligar. Y si los pudiera haber de tal calidad que obligaran á romper palabras dadas con tanto fundamento y razon, no se puede averiguar por lo que los antiguos nos dejaron escrito, la causa que pudo mover al Infante á tomar resolucion tan en descrédito suyo; pero por lo que respondió á Berenguer cuando le pidió que cumpliese su palabra, que fué decir solamente que así cumplia al servicio de su hermano, se puede presumir que advirtió el Infante que habia paces entre Andrónico y don Fadrique, y que sin expreso órden suyo no habia de ocupar sus galeras en daño de un príncipe amigo. Esto bien me parece que pudiera disculpar al Infante para no quedarse cuando no lo hubiera ofrecido; pero empeñada su palabra, y viendo maltratar los mejores vasallos y súbditos del Rey su hermano, grande desconocimiento y mengua fué el no asistilles y ayudalles; porque ya Andrónico, degollando á los catalanes y aragoneses que se hallaban en su imperio, rompió las paces primero.

Berenguer, con el sentimiento que debia, segun él refiere en su relacion que envió al rey don Jaime II de Aragon, dijo al tiempo que se partia, cuando sus ruegos y razones no le pudieron detener, que el Infante fué como le plugo, y no como hijo de su padre. No perdieron los nuestros ánimo con la partida de don Sancho, ni verse desamparados de la mayor fuerza les hizo mudar parecer. Berenguer de Entenza embarcó en cinco galeras, dos leños con remos, y diez y seis barcos, ochocientos infantes y cincuenta caballos, y salió de Galípoli la vuelta de la isla de Mármora, llamada de los antiguos Propóntide. Llegó á ella, echó su gente en tierra, y saqueó la mayor parte de sus pueblos, degollando sus moradores, sin perdonar edad ni sexo, destruyendo y abrasando lo que les pudiera ser de algun provecho y comodidad; porque como fué esta empresa la primera que ejecutaron después de tantos agravios, mas se dió á la venganza que á la codicia. Con la misma presteza y rigor volvió Berenguer á las costas de Tracia, y continuando los buenos sucesos, después de algunas presas de navíos, acometió á Recrea, ciudad grande y rica, y con poca pérdida de los suyos la entró á viva fuerza. Ejecutóse en los vencidos el rigor acostumbrado; y recogido á los navíos y galeras lo mas lucido y rico de la presa, entregaron á la violencia del fuego los edificios, porque hasta las cosas insensibles y mudas quisieron que fuesen testigos y memoria de su venganza. Andrónico tuvo aviso de

la pérdida de Recrea en tiempo que juzgaba á los pocos catalanes huyendo la vuelta de Sicilia, y para atajar los daños que Berenguer hacia de toda aquella ribera de mar que los griegos llamaban de Natura, mandó á Calo Juan, déspota, su hijo, que con cuatrocientos caballos y la infantería que pudiese recoger se opusiese á Berenguer, y le impidiese el echar gente en tierra. Junto á Puente Regia supo Berenguer que Calo Juan venia, y el número y calidad de sus fuerzas, y aunque en lo primero se juzgó por muy inferior, en lo segundo le pareció que aventajaba á su enemigo; y así, resolvió de echar su gente en tierra, y recibir á Calo Juan, que, avisado tambien por sus corredores como Berenguer con su gente habian puesto el pie en tierra, apresuró el camino, temiendo que no se retirasen, porque nadie pudiera creer que ricos y llenos de despojos quisieran los nuestros aventurarse sino forzados. Llegaron con igual ánimo á embestirse los escuadrones, y en breve espacio se mostró claramente que el valor es el que da las vitorias, y no la multitud, porque los nuestros quedaron vencedores siendo pocos, y los griegos rotos y degollados siendo muchos. Calo Juan escapó con la vida, y llegó á Constantinopla destrozado. Andrónico hizo tomar las armas al pueblo, porque toda la gente de guerra estaba sobre Galípoli, y temió que Berenguer no le acometiese la ciudad. Esta rota se dió el último dia de mayo del año 1304. Fueron tan prontas estas vitorias, y alcanzadas en tan diversas partes y tan á tiempo, que los griegos juzgaron por mayores nuestras fuerzas, y que no era un solo Berenguer el que les hacia el daño, sino muchos.

CAPITULO XXXIII.

Prision de Berenguer de Entenza, con notable pérdida de los suyos.

Con tan dichoso principio como tuvieron nuestras armas contra los griegos, gobernadas por Berenguer de Entenza, pareció pasar adelante y valerse de la fortuna y tiempo favorable, siendo el fin y remate de una vitoria el principio de otra. Resolvieron los nuestros acometer los navíos que estaban surgidos en los puertos y riberas de Constantinopla, y quemar sus atarazanas; empresa de mayor nombre que dificultad. Navegaron para ejecutar su determinacion por la playa entre Paccia y el cabo de Gano con buen tiempo; pero al amanecer, descubriendo velas de la parte de Galípoli, tomáronse pareceres sobre lo que se debia hacer, viéndose cortados para volver á Galípoli, y todos conformes se metieron en tierra, y puestas en ella las proas lo mas cerca que pudieron, las popas al mar, porque en aquellas que las proas no iban guarnecidas de artillería la mayor defensa era lo alto de las popas. Tomaron las armas, y bien apercebidos aguardaron lo que las diez y ocho galeras intentarian, que ya venian á dar sobre las nuestras. Estas diez y ocho galeras eran de genoveses, que ordinariamente navegaban aquellos mares, porque su valor ó codicia les llevaba por lo mas remoto de su patria, como á los catalanes de aquel tiempo. Reconocidos de una y otra parte, los genoveses fueron los primeros que les saludaron, con que los nuestros dejaron las armas, y como amigos y aliados se comunicaron y hablaron. Advirtieron luego los genoveses, por lo que oyeron platicar de los sucesos que Berenguer habia tenido, la mucha ganancia que les resultaria y el gusto que darian al emperador Andrónico y á los griegos si prendiesen á Berenguer y le tomasen sus galeras; y juzgando por menor inconveniente romper su fe y palabra que dejar de las manos tan importante y rica presa, enviaron á convidar á Berenguer de Entenza, dándole palabra de parte de la Señoría que no se les haria agravio ni ultraje alguno; que viniese á honrar su capitana, donde tratarian algunos negocios importantes á todos. Con esto Berenguer, sin advertir en lo pasado y en los daños en que su confianza le habia puesto, se fué á la capitana, donde Eduardo de Oria con otros muchos caballeros le recibió y acarició. Comieron y cenaron juntos con mucho gusto y amistad; tanto, que Berenguer se quedó á dormir en la capitana, prosiguiendo hasta muy tarde algunas pláticas en razon de su conservacion. A la mañana, cuando quiso volverse á su galera, Eduardo de Oria le prendió y desarmó, y otros genoveses hicieron lo mismo con los demás que le acompañaban, y las diez y ocho galeras dieron sobre las nuestras, desapercebidas y descuidadas. Ganáronse luego las cuatro con pérdida de doscientos genoveses; pero la galera de Berenguer de Villamarin, que tuvo algun poco de tiempo para ponerse en defensa, la hizo de manera, que con tener sobre sí diez y ocho proas, no la pudieron entrar hasta que todos los que la defendian fueron muertos, sin escaparse un hombre solo: tanta fué la obstinacion con que pelearon. Murieron en el combate desta sola galera trescientos genoveses, y fueron muchos mas los heridos. Pachimerio dice que los genoveses aquella noche que llegaron á juntarse con las galeras catalanas despacharon secretamente una de sus galeras á Pera, dándoles aviso que estaban con los catalanes, los cuales les decian que Andrónico estaba indignado contra ellos y que les queria castigar, y que les persuadian que juntos acometiesen á Constantinopla. Llegado el aviso á Pera, los genoveses dieron razon al Emperador, y que él les ordenó que les acometiesen, ofreciendo de hacelles muchas mercedes; y así, al otro dia ejecutaron lo referido. Este lastimoso fin tuvo la jornada de Berenguer, mal determinada, bien ejecutada, digna de mayor fortuna; pero ¡qué dificilmente los consejos humanos pueden prevenir casos semejantes! Discurrióse en la determinacion desta jornada entre los capitanes de los peligros que pudieran sobrevenille, y con ser tantos y tan varios los que se propusieron, fué este accidente ni imaginado ni previsto; con que claramente se muestra que los juicios de los hombres, aunque fundados en razon, no pueden prevenir los de Dios. Al infante don Sancho se debe culpar, porque fué la mas cercana causa de esta pérdida. Si como debiera, acompañara á Berenguer, fueran las vitorias que se alcanzaron mayores, los genoveses no se atrevieran, y las fuerzas de Galípoli se aumentaran; con que la guerra se hiciera con mayores ventajas y reputacion. Berenguer con serviles prisiones fué llevado, con algunos caballeros de su compañía, á Pera; y porque temieron que Andrónico no se les quitase para satisfacer en su persona los daños recebidos, le pasaron á la ciudad de Trapisonda, puesta en la ribera del mar de Ponto, donde los genoveses tenian factoría, y le tuvieron en ella hasta que las galeras volvieron. Los genoveses hicieron una cosa bien hecha; porque luego

que tomaron las galeras catalanas se vinieron á Pera, sin querer entregar ningun prisionero á los griegos ni vender cosa de la presa, aunque el Emperador les acarició y honró.

Con este buen suceso trató el Emperador con los mismos genoveses que emprendiesen de echar á los catalanes que estaban en Galípoli, y ellos se lo ofrecieron con que les diese seis mil escudos. Fué contento Andrónico de dallos, y así se los envió; pero ellos, como gente atenta á la ganancia, pesaron el dinero, y hallándole falto, se lo volvieron á enviar. Andrónico replicó que les satisfaria el daño, y entonces ya no quisieron, porque informados mejor de lo que emprendian, no les pareció igual paga. Supo el Emperador que traian á Berenguer preso; procuró con amenazas y ruegos que se le entregasen, y últimamente ofreció por su persona veinte y cinco mil escudos. Todo se le negó, temiendo, á lo que yo sospecho, que el rey de Aragon no hiciese gran sentimiento si Berenguer, tan grande y principal vasallo suyo, padeciera afrentosa muerte en poder del emperador Andrónico; el cual tentó el medio mas eficaz que pudo, ofreciendo á ciertos patrones destas galeras, para que con algun engaño se le entregasen, ocho mil escudos y diez y seis pares de ropas de brocado; pero descubierto el trato, no quisieron que Andrónico tentase alguna violencia; y así, se partieron, dejando muy desabrido al Emperador. A la entrada del estrecho Ramon Montaner, de parte de los que quedaban en Galípoli, llegó con una fragata á pedir á Eduardo de Oria le diesen la persona de Berenguer, y ofreció el dinero que pudieron recoger por su rescate, que fueron hasta cinco mil escudos; pero los genoveses no quisieron, ó por parecelles poca la cantidad, á lo que tengo por mas cierto, ó por no irritar el ánimo de Andrónico si ponian en libertad un enemigo suyo en puesto que se tenia por sus mayores enemigos, de donde con mayor daño pudiese segunda vez destruir sus provincias y asolar sus ciudades. Desesperado Montaner de alcanzar su libertad, dióle parte del dinero que traia, y le ofreció que en nombre del ejército se enviarian embajadores al rey de Aragon y al de Sicilia para que se satisfaciese agravio tan notable como prender debajo de seguro un capitan de un rey amigo.

CAPITULO XXXIV.

Los pocos que quedaron en Galípoli dan barreno á todos los navíos de su armada.

Preso Berenguer de Entenza, y muertos los mejores caballeros y soldados que le siguieron, quedaron solos en Galípoli con Rocafort, su senescal, mil y doscientos infantes y doscientos caballos, y cuatro caballeros, buenos soldados, Guillen Siscar y Juan Perez de Caldés, catalanes, y Fernando Gori y Jimeno de Albaro, aragoneses, y con ellos Ramon Montaner, capitan de Galípoli. Este tan poco número de gente defendió aquella plaza, y cuando supieron que Berenguer con su armada se habia perdido, y que el socorro que esperaban habia de venir por su mano ya no tenia lugar, y aunque reconocieron el peligro cierto, no perdieron el ánimo; antes cobrando de la adversidad mayor esfuerzo, dieron ejemplo raro á los venideros de lo que se debe hacer en casos donde el honor corre riesgo de que alguna mal advertida resolucion manche su limpieza, conservada largos años sin nota de infamia. Tuvieron consejo, y en él hubo diferentes pareceres. Hubo algunos que les pareció forzoso el desamparar á Galípoli, y que tratar de defendella era desatino; que se embarcasen en sus navíos y fuesen la vuelta de la isla de Metellin, porque con facilidad la podrian ganar y con la misma defendella, de donde correrian aquellos mares con mas seguridad suya y daño del enemigo; y que sus pocas fuerzas no daban lugar á mayor satisfacion. Fué tan mal recibido este consejo de los mas, que con palabras llenas de amenazas le contradijeron, y determinaron que Galípoli se defendiese, y que fuese tenido por infame y traidor el que lo rehusase. Estimaron en tanto su determinacion, que por quitarse el poder de mudalla barrenaron los navíos; con que perdieron la esperanza de la retirada por mar, quedándoles la que abriesen sus espadas en los escuadrones enemigos. Siguieron el ejemplo de Agatocles, en Africa, y le dieron á Hernandò Cortés en el nuevo mundo; entrambos celebrados en la memoria de los hombres por los mas ilustres que el valor humano pudo emprender. Agatocles, rey de Sicilia, pasó con una armada á la Africa contra los cartagineses. Echada su gente en tierra, echó á fondo sus navíos, con que forzosamente hubo de vencer ó morir; pero este tenia mas confianza y razon de vencer, porque llevaba consigo treinta mil hombres, y la guerra solamente contra Cartago. Los catalanes se hallaron pocos, lejos de su patria, y la guerra contra todas las naciones del oriente. Superior á la mayor alabanza fué la determinacion de Cortés; porque ¿quién pudo en ignotas provincias, distando inmenso espacio de su patria, echar á fondo sus navíos y escoger una muerte casi cierta por una vitoria imposible, sino un varon á quien Dios con admirable providencia permitió que fuese el que á su verdadero culto redujese la mayor parte de la tierra? No quiero hacer juicio si este ó el de los catalanes fué mayor hecho, porque pienso que son entrambos tan grandes, que fuera hacelles notable injuria si para preferir al uno buscáramos en el otro alguna parte menos ilustre por donde le pudiéramos juzgar por inferior. Españoles fueron todos los que lo emprendieron; sea comun la gloria.

CAPITULO XXXV.

Salen los nuestros de Galípoli á pelear con los griegos, y alcanzan de ellos señaladísima vitoria.

Después de barrenados los navíos, contentos de verse fuera de peligro de perder la reputacion con la retirada, dispusieron su gobierno. Dieron á Rocafort doce consejeros por cuyo parecer se gobernase. Esta eleccion se hacia por los votos de la mayor parte del ejército, y su poder en los consejos era igual al de Rocafort, y él ejecutaba lo que por parecer de los demás se resolvia. Hicieron sello para sus despachos y patentes, con la imágen de san George, y escritas en su orla estas letras: *Sello de la hueste de los francos que reinan en Tracia y Macedonia*. Prudentemente, á mi juicio, pusieron en lugar de catalanes, francos, por ser nombre mas universal y menos aborrecido, y quisieron mostrar que aquel ejército era compuesto de casi todas las naciones de Europa contra los griegos, y que era causa comun de todos el socorrelles. Por grandeza de ánimo tengo no estrecharse los hombres al nombre de su patria, porque con

este nombre no se extrañasen los españoles de otras provincias, italianos y franceses; sino dilatalle por todo el orbe de la tierra, patria comun de todos los vivientes.

El enemigo se venia llegando á las murallas de Galípoli y estrechaba á los sitiados; y como en las ordinarias escaramuzas, aunque con mayor daño de los griegos, se perdia gente de nuestra parte, resolvieron de salir á pelear con todas sus fuerzas y aventurar en un trance de una batalla su vida y libertad: consejo que le deben seguir los que no pueden largo tiempo conservar la guerra. No se hallaron en Galípoli para salir á pelear, entre infantes y caballeros, mil y quinientos, puesto que Nicéforo dice que fueron tres mil; pero el autor escribió por relacion de los griegos, á quien el temor pudo engañar, y parecer doblado el número de los enemigos. Levantaron un estandarte, antes de salir á pelear, con la imágen de san Pedro; pusiéronle sobre la torre principal de Galípoli con grandes demostraciones de piedad; y puestos de rodillas, después de haber hecho una breve oracion al santo, invocaron á la Vírgen. Al tiempo que empezaron la Salve con devotas aunque confusas voces, estando el cielo sereno, les cubrió una nube, y llovió sobre ellos hasta que acabaron, y luego de improviso se desvaneció. Quedaron admirados de tan gran prodigio, y sintieron en sus corazones grandes afectos de piedad y religion, con que les creció el ánimo, y tuvieron por cierta la vitoria, pues con tan claras señales el cielo les favorecia. Reposaron aquella noche, no con poco cuidado de que fuese la última de su vida. Sábado por la mañana, que fué el siguiente, á los 21 de junio, salieron de sus murallas y reparos. El enemigo, dejando por guarda de sus reales, que estaban en Brachialo, dos millas de Galípoli, parte de su ejército, con *ocho mil caballos* y mayor número de infantes se adelantó á pelear. Los nuestros echaron su caballería por el lado izquierdo de su infantería, abrigándose por el derecho del terreno algo quebrado. Guillen Perez de Caldés, caballero anciano de Cataluña, llevaba el estandarte del rey de Aragon; Fernan Gori el de don Fadrique, rey de Sicilia; que olvidados de sus príncipes, jamás olvidaron su memoria; el de san George dieron á Jimeno de Albaro, y Rocafort encomendó el suyo á Guillen de Tous. Las centinelas que estaban en lo alto de las torres de Galípoli dieron la señal de acometer, porque descubrian mejor al enemigo, que venia mejorándose por los collados. Cerraron de una y otra parte con gallardía, y fue tanta la furia del primer encuentro, que afirma Montaner que los que quedaron dentro de Galípoli les pareció que todo el lugar venia al suelo, á semejanza de terremoto. No pudieron los griegos contra soldados tan pláticos y valientes, aunque con tanta desigualdad, salir con vitoria. Dieron luego la vuelta hácia sus reales, donde pensaron rehacerse. Los que quedaron en su defensa, viendo su gente rota, salieron á detener al enemigo, que con furia y rigor increible venia ejecutando la vitoria. El nuevo socorro de gente descansada detuvo algo á los vencedores, porque era la mejor del ejército; pero repetido el nombre de san George, cerraron con igual ánimo, y segunda vez vencieron á los griegos, ganándoles sus alojamientos. Volvieron las espaldas Umberto Palor, Basila y el grande Eteriarca. Siguióse el alcance veinte y cuatro millas hasta Monocastano, degollando siempre sin resistencia alguna, porque la huida les hizo dejar las armas con que apretados pudieran defenderse de los nuestros, que esparcidos, cansados y pocos, les seguian; pero la vileza de los griegos era tanta, que refiere un autor que por las heridas en el rostro no osaban volvelle, aunque con solo este riesgo se pudieran defender; última miseria á que puede llegar un hombre, cuando teme las heridas mas que la infamia. La mayor parte de los griegos vencidos murieron ahogados, porque seguidos de los catalanes, de quien no esperaban buena guerra, sino afrenta y muerte, se arrojaban en los barcos y leños de la ribera, cargando en ellos mas gente de la que pudieran llevar; con cuyo peso, con la priesa de los que entraban, venian al fondo y se abrian, ayudando á esta pérdida los proprios catalanes, que metidos en el agua, á cuchilladas, y asidos de los bordes de los barcos, les forzaban á echarse en el agua ó morir. Con la noche dejaron el alcance, y cerca de la media volvieron á Galípoli, sin haber reconocido los despojos que el enemigo les dejaba, juzgando por mayor ganancia quitar vidas y derramar sangre de los que con tanta impiedad quitaron las de sus compañeros y amigos. A la mañana salieron á recoger la presa, y fué de manera, que tardaron ocho dias en retiralla dentro de Galípoli; vestidos de seda y oro (en aquel tiempo mas estimados por no ser tan comunes) en gran cantidad, armas lucidas y joyas de mucho precio, tres mil caballos de servicio, y bastimentos en tanta abundancia, que en muchos dias no se pudiera temer en Galípoli falta dellos. Murieron de los vencidos veinte mil infantes y seis mil caballos, y de los nuestros un caballo y dos infantes: no me atreviera á referillo, por parecerme caso imposible, si autores de mucho crédito no refirieran semejantes acontecimientos. Paulo Orosio, escritor antiguo y cristiano, cuenta de Agatocles que degolló con dos mil hombres treinta mil cartagineses con su general Annon, y él perdió solos dos hombres.

CAPITULO XXXVI.

Previénese Miguel Paleólogo para venir sobre Galípoli; los nuestros salen á pelear con él tres jornadas lejos, y entre los lugares de Apros y Cipsela se da la batalla; sale della Miguel vencido y herido.

La buena dicha de nuestras armas puso en cuidado al emperador Andrónico y á Miguel su hijo, porque nunca creyeron que gente tan poca se les pudiera dar, y forzalles á poner todas las fuerzas del imperio para su ruina. Con el suceso de Galípoli resolvieron los Emperadores de juntar sus gentes, y dar sobre los nuestros antes que pudiesen de Cataluña ó de Sicilia llegar socorros. Destas prevenciones y aparatos de guerra fueron los nuestros avisados por una espía griega, que Montaner envió con harto recelo de que volviese, porque otras de la misma nacion, que á diversas partes se enviaron, no volviéron. Catalanes no podian servir en esta ocupacion, porque siempre eran conocidos, aunque con traje y lenguaje griego se procuraban encubrir. Con este aviso se resolvieron todos de salir á buscar al enemigo la tierra adentro; resolucion tan gallarda como cualquiera de las otras que tomaron. No pienso yo que tantas finezas y bizarrias se puedan haber leido en otras historias; y así, algunas veces temo que mi crédito y fe se ha de poner en duda; pero advertido el que esto leyere que Nicéforo Gregoras y Pachimerio,

autores *griegos*, y por serlo, enemigos, y Montaner, catalan, concuerdan en lo que parece mas increible, tendrá por verdad lo que escribimos. Montaner refiere que la principal causa que les movió á seguir este consejo fué verse ya ricos y prósperos, y temer que la sobrada aficion de sus riquezas y el temor de perdellas no les hiciera perder algo de su reputacion. Siguiendo los consejos mas cautos y menos honrosos, dejaron en Galípoli de guarnicion, donde quedaban su hacienda, mujeres y familia, cien almugavares, y partieron la vuelta de Andrinópoli, plaza de armas de aquel ejército que se juntaba contra ellos, con firme determinacion de pelear con Miguel, aunque fuese asistido del mayor poder de su imperio. Caminaron tres dias por Tracia, destruyendo y talando la campaña. Llegaron á poner una noche sus cuarteles á la falda de un monte poco áspero. Las centinelas que pusieron en los altos descubrieron de la otra parte grandes fuegos; enviáronse reconocedores, y poco después volvieron con dos griegos prisioneros, de quien se supo la ocasion de los fuegos, que fué por estar Miguel acuartelado con seis mil caballos y mucho mayor número de infantes entre Agros y Cipsela, dos aldeas pequeñas, aguardando lo restante del campo. Quisieron algunos que aquella misma noche se atravesase la montaña que les dividia, y diesen sobre los enemigos descuidados; y no me parece que aprobaron este consejo, no sé por qué razon; porque, puesto que forzosamente se habia de pelear con ellos, mas fácil fuera con la oscuridad y confusion de la noche aventurarse, que aguardar la mañana, cuando siendo tan pocos pudieran ser mejor reconocidos. Después de haberse todos confesado y recibido el sacramento de la Eucaristía, hicieron un solo escuadron de su infantería, y la caballería dividen igualmente en dos tropas, á cada lado del escuadron la suya, y otro escuadron dejaron en la retaguardia para socorrer adonde la necesidad le llamase. Caminaron la vuelta del enemigo; al salir del sol se hallaron de la otra parte de la montañuela, de donde descubrieron al enemigo, mas poderoso de lo que la espía les dijo, y fué porque dos horas antes llegó la mayor parte de su ejército, que le faltaba. Reconoció el enemigo su venida; y como entre infantes y caballos no llegaban á tres mil los nuestros, juzgaron que venia á rendir las armas y entregarse á la clemencia de Miguel; y esto lo tuvieron por tan cierto, que ni querian tomar las armas ni salir de sus cuarteles. Pero Miguel, que con tanto daño suyo conocia por experiencia el valor de sus enemigos, sacó su gente, y él se armó y puso á caballo, ordenando los escuadrones en esta forma. La infantería, repartida en cinco escuadrones, á cargo de Teodoro, tio de Miguel, general de toda la milicia, que habia venido del oriente; en el cuerno siniestro puso las tropas de caballería de los alanos y turcoples, á cargo de Basila; en el cuerno derecho se puso la caballería mas escogida de Tracia y Macedonia, con los valacos y los aventureros, á órden del gran Etriarca; en la retaguarda quedó Miguel con los de su guarda y parte de la nobleza que asistia á su defensa. Acompañábale el déspota su hermano, y Senacarip Angelo, que este dia no quiso tener gente de guerra á su cargo, por hallarse ocupado en la defensa del Emperador y tener cuidado de la seguridad de su persona. Reconoció Miguel sus escuadrones y animados á la batalla, vinieron cerrando. Los nuestros, divididos en cuatro escuadrones, con gran ánimo y resolucion, los primeros con quien se toparon fueron los alanos y turcoples, que su caballería (1) embistió el primer escuadron de almugavares, que invencible quebrantó su furia; tanto, que dice Pachimerio que luego se retiraron huyendo, aunque Nicéforo dice que los masagetas y turcoples, cuando tocaron las trompetas para embestir, huyeron, porque tenian resuelto los alanos de no servir al Emperador, y los turcoples tenian trato con los catalanes. De cualquier manera que ello fuese, ó después de haber embestido ó antes, ellos huyeron, y la infantería, descubierta por el siniestro lado de toda la caballería que le sustentaba, quedó, dice Nicéforo, como la nave sin árbol y sin velas en la mayor furia de la tempestad. Parte de nuestra caballería, que se habia juntado de almugavares y marineros, habia desmontado y acometido á pié por aquella parte. La ocasion que tuvieron para desmontar estas tropas fué solo por hallarse inútiles en este género de servicio, y que si no dejaran los caballos no pudieran pelear. Los demás escuadrones de infantería, libres de la mayor parte de la caballería enemiga que les pudiera dañar, cerraron por la frente tan vivamente, que degolladas las primeras hileras, donde estaban sus mas lucidos y valientes soldados, todo lo demás de la infantería se puso en huida, aunque la caballería de Tracia y Macedonia, como la mejor y de mayor reputacion de aquellas provincias, mantuvo por gran rato su puesto, peleando con nuestra caballería, y defendió uno de sus escuadrones que no fuese roto hasta que los almugavares le abrieron por el otro costado y por la frente, y entonces su caballería con mucha pérdida dejó el puesto, huyendo la vuelta de Cipsela. Miguel, como buen príncipe y valiente soldado, viendo sus escuadrones rotos, y su caballería parte retirada y parte deshecha, y en quien tenia puesta la mayor esperanza de vencer, sacó su caballo la vuelta del enemigo, y luego repentinamente quedó el caballo sin freno, y se arrojó la vuelta de los enemigos. Detenido de los que estaban en su guarda, hubo de subir en otro caballo, y sin tener por mal agüero el haber perdido el freno su caballo, se metia por lo mas peligroso, y con gran presteza animaba á unos, socorria á otros, cuándo con amenazas, cuándo con ruegos, llamando á sus capitanes y maestres de campo por sus nombres, que volviesen las caras, que resistiesen, que no perdiesen aquel dia con tanta mengua la reputacion del imperio romano. Los soldados y capitanes, perdido una vez el miedo á su fama, y puesto en ejecucion caso tan feo como desamparar la persona del Príncipe, tambien le perdieron á sus ruegos y quejas; porque cuanto mayor es la infamia de un hecho, tanto mas difícil es el arrepentimiento. Entonces Miguel quisó con el ejemplo, ya que no pudo con las palabras, obligalles; y juzgando por grande afrenta no aventurar su vida por la de los suyos, vuelto á los pocos que le seguian, les dijo: «Ya llegó el tiempo, compañeros y amigos, en que la muerte es mejor que la vida, y la vida mas cruel que la misma muerte. Muérase con re-

(1) *Cuya caballería*, debiera decir, pues el *que* precedente no puede interpretarse como causal; pero este y otros descuidos que advertirán los lectores, provienen de que MONCADA no dió á su escrito la última mano.

putacion, si se ha de vivir con infamia.» Y levantando el rostro al cielo, pidiéndole su ayuda, se arrojó con su caballo en medio de los nuestros. Siguiéronle hasta ciento de los mas fieles, y por un grande espacio puso la vitoria en duda: tanto puede en semejantes ocasiones la persona del príncipe que se aventura. Hirió á muchos y mató á dos. Un marinero catalan, llamado Berenguer, que en la jornada deste dia se halló sobre un buen caballo y con lucidas armas, despojos de la vitoria pasada, anduvo entre los enemigos tan bizarro, que Miguel por entrambas causas le tuvo por algun señalado capitan de nuestra nacion, y con deseo de mostrar su esfuerzo, se fué para él y le dió una cuchillada en el brazo izquierdo. Revolvió sobre Miguel el marinero con tanta presteza, que sin darle tiempo de sacar su caballo, á golpes de maza le hizo saltar el escudo, y le hirió en el rostro, y al mismo tiempo le mataron á Miguel el caballo, y le tuvieron casi rendido; pero algunos de su guarda le socorrieron valientemente, y uno dellos le dió su caballo, con que se salvó, quedando muerto por librar á su príncipe. Miguel, perdida la mayor parte de su gente, y libre del peligro por su valor y por su dicha, se salió de la batalla, llevado mas por la fuerza de los suyos que por su voluntad. Intentó muchas veces volver á cobrar la reputacion perdida; pero siempre fué detenido, y su coraje reventó en lágrimas. Retiróse dentro del castillo de Apros, con que la vitoria se declaró por nosotros. No se siguió el alcance, porque entendieron siempre que á los griegos les quedaban fuerzas enteras para volver segunda vez á pelear, y temieron alguna emboscada, segun Pachimerio dice; y añade que fué particular providencia de Dios el miedo que tuvieron los catalanes de la emboscada, para detenelles que no ejecutasen la vitoria, donde perecieran muchos mas, y Miguel llegara á sus manos. Contentáronse con quedar señores del campo, y aguardar la mañana, que les desengañaria de sus sospechas. Toda aquella noche se estuvo con las armas en la mano. Llegó la mañana, y reconocieron que su vitoria habia sido con entero cumplimiento. Acometieron á Apros el mesmo dia, que defendido solo de sus vecinos, fácilmente se entró. En este lugar se detuvieron ocho dias para que los heridos se curasen y los demás descansasen del trabajo y fatiga de la batalla. Súpose luego como la gente que Miguel aguardaba, segun las espías refirieron, ya se le habia juntado antes de la batalla, y que todo estaba vencido. Perecieron, segun Montaner, del enemigo diez mil caballos y quince mil infantes; de los nuestros veinte y siete, y nueve caballos. Retirado Miguel dentro de Apros, no se tuvo por seguro, y aquella misma noche se salió, y se fué á Panfilo, y de allí á Didimoto, donde estaba su padre, de quien cuenta Nicéforo que fué reprehendido gravemente porque puso su persona tan atrevidamente en tanto riesgo; que lo que en un soldado ó capitan se debia de alabar, en un emperador era digno de reprehension: palabras nacidas de la aficion de un padre, mas de lo que debiera aconsejar si no lo fuera; porque no sé yo que tenga el Príncipe mayor obligacion de aventurarse que la que Miguel se aventuró, cuando ve sus escuadrones deshechos, su reputacion en peligro, su gente muerta y sus estados perdidos. ¿Qué príncipe de los celebrados en la memoria de las gentes dejó de poner su vida al mayor riesgo, cuando la importancia y grandeza del caso es de tal calidad?

Con esta vitoria la mayor parte de la provincia de Tracia quedó por despojos de los nuestros. Las ciudades populosas y fuertes no padecieron en ésta comun tempestad, porque siendo los catalanes tan pocos, no se querian ocupar en asaltar murallas, donde forzosamente habian de perder gente; y si algunas tomaron, fué porque el descuido del enemigo les convidó para que lo pudiesen hacer sin aventurarse mucho. Los moradores de las aldeas y poblaciones de griegos de toda la provincia, sabida la pérdida de su ejército, dejaron sus casas y sus haciendas y el trigo que estaba ya para recoger, y peregrinando por reinos vecinos, acrecentaron el temor de nuestra venganza; y dice Pachimerio que entraba de todas partes infinita gente huyendo, y que parecia Constantinopla la esfera de Empedocles (1). Fué ocasion esta vitoria de que sucediese en Andrinópoli un caso lastimoso á los catalanes que estaban presos desde la muerte de Roger, que llegaban al número de sesenta. Tuvieron aviso de la vitoria de Apros, animáronse á intentar su libertad. Estaban en una cárcel fuerte de una torre; rompieron los grillos, y acometiendo una puerta, no la pudieron abrir; subieron á lo alto de la torre para reconocer algun camino de su libertad; no fué posible hallarle, y como desesperados de hallar piedad en los griegos, desde arriba, con las armas que pudieron alcanzar, pelearon valientemente con los ciudadanos de Andrinópoli, que sitiaron la torre y la procuraron ganar á fuerza de armas; pero fué tanto el valor de los que la defendian, que no fué posible hacerles daño. Finalmente, después de muchas heridas, los ciudadanos, desesperados de podelles rendir, se resolvieron de quemar todo el edificio y torre. Diéronle fuego por todas partes, y en poco rato se encendió con gran ruina del edificio. Por entre las llamas y el fuego arrojaban piedras y dardos, y medio abrasados peleaban. Despidiéronse, y abrazados unos con otros, hecha la señal de la cruz (así lo dice Pachimerio), se arrojaron en el fuego todos; y entre ellos dos hermanos de linaje ilustre y de ánimo valeroso, abrasándose con gran lástima de los circunstantes, se arrojaron de la torre, y escaparon del fuego, que con mas piedad les perdonó que el hierro de los pérfidos griegos, de quien fueron despedazados. Entre estos sesenta, solo hubo uno que diese muestras de rendirse, á quien los otros arrojaron de la torre. Después de haber destruida y talada la mayor parte de la provincia, volvieron á Galípoli, acrecentados de reputacion, de hacienda y de gente que se les juntaba de italianos, france-

(1) Este símil, usado en efecto por Pachymeres, aunque no al describir la batalla de Apros, sino en el lib. 6, cap. 25 de la *Historia de Andrónico*, creemos que necesita alguna interpretacion. La frase es completamente metafórica, y alude á cierta secta de filósofos que habia en Corinto, llamados *anemocetas*, los cuales suponian tener potestad sobre los vientos, guardándolos encerrados y adormecidos en una especie de odre ó *esfera*, donde, como en la cueva de Eolo, ó mas bien en las odres de Ulises, se hallaban reducidos á una opresion rigorosa. A aquella secta pertenecia Empedocles, y á su odre ó esfera hace referencia el símil; porque verdaderamente las fuerzas de los griegos, agolpados y como sujetos en Constantinopla, parecian á las de los vientos metidas en tan pequeño espacio. Quien desee aclaraciones mas amplias sobre la expresion *esfera de Empedocles* puede consultar el *Glosario* de Pedro Posin á la *Historia de Pachymeres, de Miguel Paleólogo*, edicion de Roma, de 1666, pág. 417.

ses y españoles, que pudieron escapar de la crueldad y furia de los griegos.

CAPÍTULO XXXVII.

Estado de las cosas de Andrónico y de los griegos.

En todos tiempos y edades se ha mostrado la igualdad de la justicia divina, pero en unos se ha señalado mas que en otros con el azote de alguna pestilencia, hambre ó guerra. Esta última se tomó para castigo de Andrónico y de los griegos, que apartados de la obediencia de la romana Iglesia, madre universal de los que militan en la tierra, cayeron en mil errores, y por ellos y por los demás pecados que antes se siguieron permitió Dios que los catalanes fueren los ministros de su ejecucion. Añadióse á los daños de la guerra males y divisiones caseras, que entre los príncipes suele ser el último y mayor de los trabajos, porque con él se confunden los consejos y se enflaquecen las fuerzas, y es un breve atajo para su ruina.

Irene, mujer del emperador Andrónico, juzgaba por cosa indigna de su grandeza y sangre que sus tres hijos Juan, Teodoro y Demetrio no tuviesen parte en el imperio de su padre, por tener hijos de otra madre, llamados primero á la sucesion, Miguel, ya nombrado por emperador, y Constantino, déspota. Procuró por todos los medios posibles que su marido Andrónico dividiese entre sus hijos algunas provincias de su imperio; no le fué concedida esta demanda. Volvió segunda vez á tantear otro medio, mas perjudicial y dañoso para el imperio que el primero, y fué pedir que les declarase sucesores y compañeros de Miguel, su hermano; negósele tambien; con que Irene, mujer ambiciosa, conociendo el amor grande de su marido, y que apartándose dél doblara á su constancia, y que el deseo de volvella á ver fuera mas poderoso que lo habian sido sus ruegos, fuése á Tesalónica con gran contradicion de su marido, aunque por no publicar males tan íntimos y secretos, mostró en lo exterior que no le desplacia. Nunca ausencia se tomó por medio para acrecentar una aficion; antes suele ser con que la mayor se desvanece, como siempre suele experimentarse. El amor y aficion de Andrónico se fué perdiendo, y la mujer, al mismo paso desesperando y cerrando la puerta á su pretension, trocó los ruegos en amenazas. Admitió pláticas y tratos de príncipes extranjeros enemigos de Andrónico; envió á llamar á su yerno Cráles, príncipe de los tribalos (1) y de Servia, casado con su hija Simónide, y le dió todas las joyas y tanto dinero, que Nicéforo quiere que con él se pudiera fundar renta para sustentar cien galeras en defensa de los mares y costas del imperio. Con esta division ¿qué poder no se deshiciera, qué reino no se acabara, y mas sobreviniendo un ejército de gente enemiga á quien el deseo de su venganza puso en la necesidad de morir ó vencer?

CAPÍTULO XXXVIII.

Los nuestros hacen algunas correrías, y toman á las ciudades de Rodesto y Paccia.

Retirados á Galípoli después de la vitoria, quedaron dueños absolutos de la campaña, y Andrónico sin atreverse á salir de Constantinopla ni Miguel de Andrinópoli: tan apretados les tuvieron nuestras armas. Andrónico, á las quejas de tantos daños como hacian los catalanes en sus provincias, encogió los hombros, atribuyendo á sus pecados el castigo que Dios le enviaba, y confesaba que no era poderoso para resistilles. Hasta Maronea, Ródope y Bizia, ciento y setenta millas de Galípoli, entraban haciendo correrías, con universal temor y asombro de todas las provincias, porque no habia lugar que estuviese libre de su furia, por remoto y apartado que fuese. Las ciudades que por su fortaleza de muros no podian ser acometidas, sentian estos males en sus vegas y en sus jardines, quemando y talando lo mas estimado, y haciendo prisioneros á muchos, de quien sacaban grandes y continuos rescates; y no solo compañías enteras, pero cuatro ó seis soldados hacian estos lances. Pedro de Maclara, almugavar, que servia en la caballería, hallándose una noche entre sus camaradas desesperado de haber perdido lo que tenia al juego, resolvió de rehacer la pérdida y despicarse con algun daño de sus enemigos, de que le resultase provecho. Subió á caballo, y con dos hijos que tenia, caminando siempre entre enemigos, llegó á los jardines que están pegados á Constantinopla, donde luego la suerte le puso entre manos un padre y un hijo mercaderes genoveses. Hízolos prisioneros, y dió con ellos en Galípoli sin que persona alguna se lo estorbase, con haber veinte y cinco leguas de retirada. Hubo por su rescate mil y quinientos escudos, con que el almugavar recompensó lo perdido y ganó reputacion de valiente y plático soldado. Estas y muchas otras correrías refiere Montaner que se hacian con igual felicidad y admiracion: á tanto llegó el atrevimiento de los catalanes. Vióse Roma cabeza del mundo, conocida entonces en tanta grandeza y gloria, que desvanecida con sus vitorias y triunfos, se atribuyó el renombre de eterna; pero las armas de los godos y vándalos mostraron cuán breves fueron sus glorias y cuán falso su atributo. Lo mismo sucedió á Constantinopla, cabeza del imperio oriental, en quien juntamente se levantaron y merecieron el poder y la piedad por el grande Constantino, en cuyos sucesores se conservó, hasta que la ira de Dios ejecutó su castigo, entregándola por despojos á naciones extrañas, y en este tiempo casi forzada de pocos catalanes y aragoneses á recibir leyes la que las daba á tantos reinos y gentes.

Ardia en los corazones de los catalanes el deseo de vengar la muerte afrentosa de sus embajadores en los naturales y vecinos de Rodesto, donde tan inhumanamente fueron despedazados y muertos. Salieron á esta jornada hasta los niños, en quien fué mas poderosa la pasion de su venganza que la flaqueza de su edad. Estaba esta ciudad ribera del mar, sesenta millas de camino por tierra de Galípoli. Para llegar á ella forzosamente se habian de dejar los nuestros pueblos enemigos á las espaldas, y esta seguridad causó descuido en los vecinos de Rodesto, porque nunca creyeron que los catalanes se aventurarian sin tener la retirada llana y sin peligro; pero estas dificultades fueran bastantes si el agravio no las atropellara. Al amanecer escalaron las murallas y la entraron sin hallar resistencia, ejecutando muertes con tanta crueldad, que por este hecho primeramente, y por los demás que fueron sucediendo, quedó entre los griegos hasta nuestros dias por refran:

(1) *Tribalos ó triballos*, pueblos de la Misia inferior; búlgaros. (Valbuena, *Dicc. lat. esp.*)

«La venganza de catalanes te alcance.» Esta es la mayor maldicion que entre ellos tienen agora la ira y el aborrecimiento: tan viva se les representa siempre la memoria de aquel estrago. Dice Montaner, encareciendo el desórden que hubo por nuestra parte, que los capitanes y caballeros no pudieron detener ni impedir las crueldades que los vencedores ejecutaron en los vencidos, porque perdido el temor de Dios y el respeto debido á sus capitanes, y el de su misma naturaleza, despedazaban cuerpos inocentes, por la edad incapaces de culpa; hasta los animales quisieron entregar á la muerte, porque en el lugar no quedase cosa viva. De allí pasaron á Paccia, ciudad vecina, y la ganaron con la misma facilidad y trataron con el mismo rigor. Parecióles á nuestros capitanes ocupar estos puestos, porque la gente iba creciendo y era ya bastante para dividirse y acercarse á Constantinopla, cuya perdicion y ruina era el último fin de sus peligros y fatigas. A Montaner dejaron en Galípoli solo con algunos marineros, cien almugavares y treinta caballos.

CAPITULO XXXIX.

Fernan Jimenez de Arenós llega á Galipoli, entra á correr la tierra, y al retirarse rompe dos mil infantes y ochocientos caballos del enemigo.

Fernan Jimenez de Arenós, uno de los mas principales capitanes aragoneses que vinieron con Roger en Grecia, por algunos disgustos, como dijimos arriba, se apartó de nuestra compañía. Con los pocos que le siguieron se fué al duque de Aténas, donde se detuvo algun tiempo, sirviendo en las guerras que el Duque tuvo con sus vecinos, que fueron muchas y varias; accidentes forzosos que padecen los estados pequeños que tienen por vecinos príncipes poderosos. En todas ellas Fernan Jimenez ganó reputacion y ocupó lugar honroso; pero el peligro de sus amigos en su ánimo pudo tanto, que dejó sus acrecentamientos seguros y ciertos por socorrelles con su persona. Habida licencia del Duque, con una galera, y en ella ochenta soldados viejos, llegó á Galípoli. Fué de todos recibido con notables muestras de agradecimiento. Diéronle muchos caballos y armas para poner su gente en órden, y con algunos amigos que le quisieron seguir juntó trescientos infantes y sesenta caballos, y con ellos entró la tierra adentro. Después de haberse visto con los capitanes que estaban en Rodesto y Paccia, y comunicado con ellos su resolucion, caminó con su gente la vuelta de Constantinopla, y pasado el rio que los antiguos llamaron Batinia, saqueó y quemó muchos pueblos á vista de la ciudad. Andrónico, de los muros miraba como se ardian las casas; y creyendo que todo nuestro campo era el que tenia delante, no quiso que saliese gente; antes la puso en guarda y seguridad de Constantinopla, repartida por sus muros, esperando que nuestras espadas se habian de emplear aquel dia en su última ruina. Recelos fueron estos de Andrónico bien fundados y advertidos, porque el pueblo, lleno de pavor, acostumbrado al ocio, no trataba de tomar las armas para su propria defensa. La gente de guerra mercenaria de turcoples y alanos, ni por naturaleza ni por beneficios obligada al servicio de su príncipe, rehusaba y temia los peligros, á mas de las sospechas del trato que tenian con nuestros capitanes. Entre estos temores y desconfianzas andaba medido Andrónico, cuando supo que Fernan Jimenez de Arenós con solos trescientos era el autor de tantos daños, y que Rocafort con el grueso del ejército andaba junto á Ródope. Entresacó Andrónico de su caballería ochocientos, y con dos mil infantes les mandó salir á cargar á Fernan Jimenez, que se retiraba con riquísima presa. Salieron con buen ánimo y resolucion, y pasando aquella noche el rio, ocupando un puesto aventajado, paso forzoso para los nuestros, se pusieron en emboscada. Descubriéronla luego los corredores de Fernan Jimenez; y como la retirada no podia ser por otra parte, hecho alto, dijo á los suyos: «Ya veis, amigos, que el enemigo nos tiene cerrado el paso, y que solo puede allanalle nuestro valor. Lo que en esto se interesa no es menos que la vida, puesta en último peligro. Los contrarios que tenemos delante son los mismos que habeis vencido tantas veces con mayor desigualdad; su multitud solo ha servido siempre de aumentar nuestras vitorias; tan segura la tenemos en esta como en las demás ocasiones, pues se resuelven, segun vemos, de aguardarnos y pelear. El puesto aventajado les da confianza, olvidados de que nuestras espadas penetran defensas y reparos inexpugnables. Conozca esta gente vil que donde quiera les ha de alcanzar el rigor de nuestra justa venganza.» Dicho esto, hizo cerrar su infantería de almugavares, y él con sus pocos caballos embistió las tropas de la caballería enemiga. Peleóse valientemente; pero los dos mil infantes griegos, acometidos de los trescientos almugavares, fueron casi todos degollados con tanta presteza, que tuvieron lugar de socorrer á Fernan, que andaba peleando con la caballería; y fué tan importante su ayuda, que luego dejaron los enemigos el paso libre, con pérdida de seiscientos caballos entre muertos y presos. Vitoriosos y llenos de despojos, pasaron adelante, y llegaron á Paccia, donde Rocafort poco antes habia llegado de correr de Ródope.

CAPITULO XL.

Fernan Jimenez gana el castillo y lugar de Módico.

Parecíale á Fernan Jimenez que para asegurar sus cosas importaba tomar alguna plaza donde pudiese tener cuartel aparte del que tenia Rocafort, porque su condicion no daba lugar á que pudiesen vivir juntos. La nobleza de sangre de Fernan y su trato llevaban tras sí á muchos de los que seguian á Rocafort; pero temiendo su ira, como del mas poderoso, no osaban descubiertamente dejarle sin tener la seguridad de alguna plaza. Módico, lugar del enemigo mas vecino, puesto á la parte del estrecho, al mediodía de Galipoli, fué el que pareció intentar de ganalla por interpresa; y como no les sucedió bien, pegados casi al lugar se fortificaron y abrieron sus trincheras. Condenaban la resolucion de Fernan los bien entendidos del arte militar, porque con doscientos infantes y ochenta caballos que solos tenia no se podria emprender cosa tan difícil como lo era ganar un pueblo, habiendo dentro setecientos hombres para tomar armas; pero la vileza de sus ánimos y la constancia de los nuestros hizo fácil lo imposible. Cuando á una nacion le falta la industria y el valor, forzosamente ha de dar buenos sucesos al enemigo que la quisiere sujetar, porque ni el número de la gente ni la defensa de las murallas le sirve de reparo.

Los miserables griegos deste pueblo, con ser setecientos, y los nuestros apenas trescientos, se encerraron dentro de sus murallas, como si todo el campo de los catalanes les sitiara, sin salir á pelear ni á deshacer lo que su enemigo trabajaba para su ruina. Fernan Jimenez levantó un trabuco, y con él batió algunos dias lo que parecia mas flaco; pero tiraba piedras de tan poco peso, que no hacia daño en sus murallas, fuertes y muy levantadas. Arrimábanse escalas algunas veces, y todo fué sin fruto. Montaner de Galípoli socorria con bastimentos y vituallas; solo los nuestros cuidaban de asegurarse dentro de sus fortificaciones, dando cuidado al enemigo, y rendille á vivir mas descuidado. Con su asistencia y pertinacia alcanzaron al fin lo que pretendian; porque los griegos, después de largos siete meses de sitio, creció en ellos el desprecio de sus enemigos, y al mismo paso el descuido de guardarse. Las centinelas eran pocas, y estas no muy ordinarias. El 1.º de julio celebraron los griegos dentro de su pueblo con gran solemnidad una de sus fiestas; y como el mayor de sus deleites es el del vino, vicio que en todas las edades infamó mucho esta nacion, bebieron de manera, olvidados de que el enemigo estaba sobre sus murallas y atento á las ocasiones de su daño, que unos bailando, otros á la sombra durmiendo, dejaron de guarnecer las murallas como solian. Fernan Jimenez, desesperado ya de que Módico se le rindiese y de tomalle, estaba dentro de su tienda dudoso de lo que habia de hacer, cuando las voces y algazara de los que bailaban le sacó de su tienda. Poco á poco se arrimó á las murallas, y reconociéndolas sin gente, mandó que ciento de los suyos diesen una escalada, y él con lo restante acometeria la puerta. Púsose con diligencia increible esta ejecucion en efeto. Los ciento arrimaron las escalas, y subieron hasta setenta de ellos sin ser sentidos, y ocuparon tres torreones. Los griegos, despertando de sueño tan dañoso, tomaron las armas, incitados mas por la fuerza del vino que por su valor, y procuraron echar de los torreones á los nuestros. En este combate ocupados todos, no acudieron á la puerta que Fernan habia acometido; y así, sin tener quien la defendiese, la puso por el suelo, y entró á pié llano por el lugar, dando por las espaldas á los que combatian los torreones. Fuéronse retirando y defendiendo en las torres estrechas de las calles, y últimamente pusieron su seguridad en la huida, y con ella dejaron libre el lugar y el castillo á Fernan con la mayor parte de sus haciendas. Este fin tuvo el sitio de Módico y la dichosa pertinacia de un aragonés en los ocho meses que duró este sitio. No hallo cosa notable que escribir de los nuestros que estaban en los demás presidios; solo ordinarias correrías la tierra adentro para buscar el sustento forzoso.

CAPITULO XLI.

Dividense los nuestros en cuatro plazas; Montaner rompe á George de Cristopol.

Ganado el lugar y castillo de Módico, Fernan Jimenez de Arenós le tomó por presidio y plaza suya. Rocafort dividió su gente en Rodesto y Paccia, y Montaner, escribano de racion, quedó gobernando en Galípoli, donde los bastimentos y armas de todo el campo se juntaban y prevenian. Si á los soldados de los demás presidios les faltaban armas, caballos y vestidos, acudian á Galípoli. Allí residian los mercaderes de todas naciones, los heridos, viejos y otra gente inútil, que, como lugar mas apartado del enemigo, se tenia por mas seguro. Con este modo de gobierno se sustentaron los nuestros cinco años, sin que en todas aquellas comarcas se labrase campo ni viña, cogiendo solamente lo que la tierra naturalmente producia. Esta manera de hacer la guerra los tiempos la han mudado y mejorado; porque el principal intento no es desolar y trocar en desiertos las campañas, sino conservallas para el uso proprio; porque ganarse una provincia para destruilla y totalmente impedir la cultivacion de sus campos, es lo mismo que no ganalla, y mas cuando de sus frutos necesariamente se han de valer si quisieren sustentarse en ella. Por no advertir estos inconvenientes los nuestros y no moderarse en sus crueldades, que eran las que desterraban de los pueblos los labradores, se vieron en tanta necesidad, que con estar llenos de vitorias, la falta de los víveres les sacó de Tracia con mucho peligro y daño. Jorge de Cristopol, caballero rico y principal de Macedonia, venia de Salonique á Constantinopla á verse con el emperador Andrónico, con ochenta caballos. Tuvo noticia que Galípoli estaba con poca gente, y pareciéndole que podria hacer algun buen lance, dejó su camino, y con buenas espías llegó cerca de Galípoli sin ser sentido, y encontróse luego con algunos carros y acémilas que habian salido á hacer leña. El que los llevaba á su cargo era Marco, soldado viejo en la caballería. Viéndose acometido tan improvisamente, dijo á la gente de á pié que se retirasen entre las paredes de un molino, y él tomó la vuelta de Galípoli. La gente de Jorge, sin detenerse en ganar el molino, fueron siguiendo al soldado, para que el aviso y ellos llegasen á un tiempo; pero como mas plático Marco en la tierra, dió el aviso primero á Montaner, capitan de Galípoli; con que todos tomaron las armas y se pusieron á la defensa de sus murallas, y con catorce caballos y algunos almugavares Montaner salió á reconocer el enemigo y entretenelle, mientras la gente esparcida fuera del lugar tuviese tiempo de retirarse. Topáronse luego, y Montaner, hecha una pequeña tropa de sus catorce caballos, cerró con los ochenta, y peleó tan valientemente, que Jorge se retiró con pérdida de treinta y seis de los suyos muertos ó presos. Fuéle Montaner siempre cargando, hasta que llegó al molino. Cobró las acémilas y salvó la gente. Vuelto á Galípoli, se pusieron en libertad los prisioneros y repartieron la ganancia: á los hombres de armas veinte y ocho perpres de oro (1), catorce á los caballos ligeros, y siete á los infantes.

CAPITULO XLII.

Rocafort y Fernan Jimenez de Arenós toman al Estañara y cobran sus cuatro galeras.

Al mismo tiempo que Montaner hizo tan buena suerte contra Jorge, Rocafort y Fernan Jimenez de Arenós juntaron la gente que estaba dividida en Paccia, Rodesto

(1) Cuando la negociacion del rescate de Berenguer de Entenza, de que ya se ha hablado, dice el mismo Montaner en su crónica citada estas palabras: *E yo entrel veure, e volgui donar X milia perpres de oro*, qui val bu X sous barceloneses, *e quel nos lexarsen, e non volgren fer*. Segun don José Salat, en su *Tratado de las monedas de Cataluña*, un sueldo de terno barcelonés equivalia á veinte sueldos corrientes.

y Módico, y entraron por Tracia hácia el mar Mayor, haciendo lo que siempre, pegando fuego á los lugares después de saqueados, talar y abrasar los frutos de las campañas, cautivar, matar; jamás aflojando en su venganza. Parecióles intentar de tomar Estañara, pueblo de mucho trato, á la ribera del mar de Ponto, donde se fabricaban la mayor parte de los navíos de Tracia. Atravesaron largas cuarenta leguas; entraron el lugar sin hallar resistencia, porque nunca temieron á los catalanes, estando tan apartados de sus presidios para vivir con cuidado. Ganado el lugar, acometieron los navíos y galeras del puerto, que afirma Montaner que fueron ciento cincuenta bajeles, y todo se les hizo llano en el mar como en la tierra. Recogieron riquísima presa, y cobraron sus cuatro galeras, que los griegos tomaron en Constantinopla cuando mataron á Fernando Aones, su almirante. Fué notable el espectáculo de aquel dia, porque, turbado el órden de la misma naturaleza, anegaron la tierra, rompiendo algunos diques que detenian el agua de las acequias, y en el mar pegaron fuego á los navíos, sirviendo los elementos de ministros de su venganza, y saliendo de sus límites y jurisdicion para ruina de sus contrarios: parecia que volvian á su primer confusion, segun andaba todo trocado. Murieron muchos quemados en el agua, otros ahogados en la tierra; solo reservaron del incendio sus cuatro galeras, que estando cargadas de despojos y reforzadas de gente, se enviaron á Galipoli. Pasaron por el canal de Constantinopla con mayor espanto de los enemigos que peligro suyo, porque no hubo quien se les opusiese. Rocafort y Fernan tomaron el camino de sus presidios muy poco á poco, corriendo por entrambos lados la tierra para buscar el sustento forzoso y quitársele á su enemigo, que desamparando los lugares, se retiraba á lo mas áspero de sus montañas. Andrónico, sabida la pérdida, no le parecieron bastantes sus fuerzas para podella restaurar, saliendo á cortalles el camino; antes desesperado, entregó sus provincias al rigor de las armas enemigas, desconfiando no tanto del valor como de la fe de los suyos: daño que padecen todos los príncipes que por su crueldad y tiranía hacen á los mas fieles desleales. En el imperio griego se introdujeron los príncipes mas por aclamacion del ejército que por derecho de sucesion; y como temian perder el lugar por las mismas artes que le ocuparon, andaban con perpetuos recelos y temores, así de los súbditos que se aventajaban á los demás en valor y consejo, de los ricos, de los honrados, de los bienquistos, como de los atrevidos y sediciosos, igualmente afligidos de las virtudes de los unos y de los vicios de los otros. Desto nacieron las crueldades entre los desta nacion de quitar la vista, las orejas y las narices; proscripciones, destierros, muertes por vanas sospechas imaginadas ó fingidas para quitarse el miedo de la emulacion, y las mas veces fueron oprimidos de lo que nunca temieron. Andrónico, tenido por príncipe de singular prudencia, á lo último de sus años su nieto Andrónico le quitó el imperio, prevenidos sus consejos por el atrevimiento de un mozo: este fin tienen siempre los reinados é imperios que con razones políticas solamente se quieren conservar y emprender.

CAPITULO XLIII.

Los catalanes y aragoneses, por dar cumplimiento á su venganza, á las faldas del monte Hemo vencen á los masagetas.

No estaban los catalanes y aragoneses á su parecer enteramente satisfechos si los masagetas con su general Gregorio, principal ministro de la muerte del césar Roger y de los que con él iban, se retiraban á su patria sin llevar justa recompensa del agravio que dellos recibieron. Y como por los avisos que tuvieron se supo que los masagetas, con licencia de Andrónico, se volvian á su patria cansados de los trabajos y fatigas de la guerra, prefiriendo la servidumbre y sujecion de los scitas, sus antiguos señores, á la libertad que gozaban entre los griegos (tanto puede el amor de la patria, que hace parecer dulce la sujecion y libertad, fuera della insufrible); parecíales á los nuestros lance forzoso, puesto que les habian de buscar, salir luego en su alcance antes que pasasen el monte Hemo, que divide el imperio de los griegos del reino de Bulgaria; porque fuera mal advertida resolucion si dentro de Bulgaria les siguieran, así por ser la retirada difícil, por la angostura de los pasos, entradas y salidas del monte, como por ser la gente de Bulgaria belicosa, y entonces amiga de Andrónico. Juntos los capitanes en Paccia, resolvieron que para esta faccion se debia hacer el mayor esfuerzo; y así, para poder sacar mas gente, desampararon á Paccia, Módico y Rodesto; solo quedó Galipoli, donde se retiraron todas las mujeres, debajo del gobierno de Ramon Montaner, con doscientos infantes y veinte caballos. Replicó Montaner diciendo que no le estaba bien á su reputacion faltar en la jornada que todos se aventuraban; pero los ruegos del ejército le obligaron á quedarse, y la confianza que de su persona hicieron encargándole la defensa de sus mujeres, hijos y haciendas. Ofreciéronle del quinto de la presa un tercio, y otro para sus soldados; y con ser la ganancia cierta y sin peligro, muchos de los soldados la estimaron en poco, y quisieron mas seguir el ejército, saliendo de noche á juntarse con Rocafort; á otros Ramon Montaner dió licencia, viéndoles resueltos de partirse sin ella, y movido de algun interés, porque le ofrecieron partir con él la parte de la presa que les cupiese. Con esto los doscientos infantes quedaron en ciento treinta y cuatro, y los veinte caballos en siete. Las mujeres eran mas de dos mil; y así, dice el mismo Montaner: *Romangui mal acompanyat de homens, y ben acompanyat de fembres.* Enviáronse con buenas escoltas á Galipoli todas las que estaban en los presidios, y luego nuestros capitanes partieron de Paccia á grandes jornadas la vuelta de los masagetas, que, avisados del intento de los catalanes, apresuraron su partida; pero su diligencia no pudo ser mayor que su desdicha; porque sus enemigos, después de doce dias de camino, les alcanzaron antes de pasar el Hemo. Los reconocedores del campo de los catalanes una tarde descubrieron el de los masagetas, y por los de la tierra se supo que eran tres mil caballos y seis mil infantes, y el bagaje infinito, por llevar sus familias y haciendas. Rocafort y Fernan Jimenez fuéronse mejorando con su gente por asegurarse de que los masagetas no se les fuesen por piés, y descansaron el dia siguiente dentro de sus alojamientos. Al amanecer del otro, alentada su

gente con el reposo, presentaron la batalla al enemigo. Los masagetas, gente la mas valiente de todas las naciones de levante, admirados mas que atemorizados del caso, tomaron las armas y salieron á recibir sus enemigos en la defensa de sus hijos y mujeres. Gregorio, general, principal ministro de la muerte del césar Roger, con mil caballos dió principio al terrible y espantoso combate, oponiéndose á nuestra caballería, que iba á meterse entre los reparos que tenian hechos con los carros. Trabóse sangrienta batalla, porque fueron las demás tropas de una y otra parte cerrando con la infantería. Viéronse notables hechos en armas, porque iguales en valor, aunque desiguales en número, combatian. El teatro desta tragedia era un llano que por espacio de dos leguas se extendia á las faldas del Hemo. La caballería, destrozadas las armas, muertos los caballos, las espadas y mazas rotas, con las manos, con los cuerpos se sustentaba en la pelea. A unos daba ánimo el deseo de venganza insaciable, á otros la necesidad última de su propria defensa, y en todos gobernaba el caso, porque los masagetas estaban ya todos fuera de sus reparos peleando trabados y confusos con los nuestros. Hasta mediodía anduvo la vitoria dudosa y varia; pero muerto Gregorio cabe sus banderas con los mas valientes capitanes, se inclinó á nuestra parte. Quisieron los vencidos rehacerse dentro de los reparos, pero no fué posible, porque los vencedores entraron juntamente con ellos, dándoles la muerte entre los brazos de sus mujeres, á quien muchas veces alcanzaba la espada, porque sin excepcion de sexo ni edad salian á la defensa de sus hijos y maridos, ofreciendo sus cuerpos al rigor de la muerte. Acrecentó la vitoria el detenerse los masagetas en poner en los caballos á sus mujeres y hijos para huir; porque si de solo sus personas cuidaran, pocos se dejaran de librar huyendo; pero el amor natural, poderoso aun entre los bárbaros á despreciar la muerte, les detuvo para mayor daño suyo. Esparcidos por la llanura, caminaban al guarecerse de la montaña, mas los caballos, cansados, poco ayudados de las mujeres, mas llenos de temor é impedidos de los niños que en los pechos y en los brazos sustentaban, no pudieron salvarse. En este alcance perecieron casi todos, porque desesperados revolvian sobre los nuestros, á cuyas manos hechos pedazos, rendian la vida por dar lugar á que sus mujeres se alargasen. No escaparon de nueve mil hombres que tomaban armas, trescientos vivos, y en esto concuerdan Nicéforo y Montaner. Sucedió en este alcance un caso tan extraño como lastimoso. Viendo la batalla perdida y que las armas catalanas lo ocupaban todo, un masageta, mozo valiente y bravo, quiso acudir al remedio de la huida, más por librar á su mujer hermosa y de pocos años que por temor de perder la vida. Con la priesa que el peligro pedia sacó su mujer de los reparos y tiendas, donde todo andaba ya revuelto con la sangre y con la muerte, y puesta sobre un caballo, el primero que el caso le ofreció, y él en otro, tomaron el camino del monte. Tres soldados nuestros, movidos de su codicia ó quizá de la hermosura y bizarría de la mujer, la fueron siguiendo. Reconoció el marido sus enemigos y el cuidado con que le venian siguiendo. Echó el caballo de su mujer delante, y con el alfanje le iba dando, y animaba con voces; pero el caballo se rindió al calor y cansancio. Con esto el masageta tuvo por menor mal dejar la mujer que morir él, y dando riendas y espuelas á su caballo, pasó adelante; pero las lágrimas y quejas tan justamente vertidas de su mujer le detuvieron. Revolvió su caballo, y emparejando con ella, le echó los brazos, y con besos y lágrimas se despidió y apartó enternecido, y levantando luego el alfanje le cortó de una cuchillada la cabeza. Bárbara y fiera crueldad y extraña confusion de accidentes, que puedan en un mismo tiempo andar juntos los abrazos con el cuchillo, y los besos con la muerte; efetos todos de la pasion de un amante. Amor tierno dió los abrazos y besos; celos insufribles el cuchillo y la muerte, porque sus enemigos no gozasen lo que él perdia, y vencieron los celos: dos efetos igualmente poderosos en el ánimo del hombre, amor y deseo de vivir. Al mismo tiempo que cayó la mujer muerta del caballo, le cogió por la rienda Guillen Bellver, uno de los tres que la seguian; pero el masageta, bañado de sangre propria vertida por sus manos, con increible furia y braveza, de una cuchillada quitó el brazo y la vida á Guillen, y revolviendo sobre Arnau Miró y Berenguer Ventallola, dando y recibiendo heridas, cabe el cuerpo difunto de la mujer cayó muerto; y no parece que cumpliera con las leyes de amante si, como sacrificó la vida de su mujer á sus celos, no sacrificara la suya á su amor. De cualquier manera fué el caso indigno de hombre racional, cuando no cristiano. De Radamisto, hijo de Farasmanes, rey de Iberia, nos cuenta Tácito un suceso semejante, cuando huyendo con su mujer Cenobia en sendos caballos, junto al rio Araxes, viéndola rendida por estar preñada, y temiendo que no llegase á manos de su enemigo ofendido prenda en quien pudiese con grande mengua y afrenta suya vengarse, le dió cinco heridas y la echó en el rio; pero Cenobia tuvo diferente fin que la mujer del masageta, porque unos villanos la sacaron del rio, la curaron y entregaron al rey Tiridates, enemigo de Radamisto.

Los nuestros después de la vitoria recogieron la presa y los cautivos, y dieron la vuelta á sus presidios con grande alegría y regocijo de haber dado fin á su venganza con tanto cumplimiento. El camino que llevaron fué con fatiga y peligro, por ser largo, y la tierra enemiga, puesta en armas, retirados en lugares fuertes los frutos recien cogidos de las campañas; con que la comida las mas veces se compraba con sangre y vidas. Hay entre Nicéforo y Montaner alguna diversidad en la relacion desta jornada. Nicéforo dice que los catalanes la emprendieron á persuasion de los turcoples, porque en el tiempo que juntos militaban debajo de las banderas del imperio, los masagetas, como mas poderosos en la reputacion, de las presas siempre les trataron con desigualdad, y les hicieron agravio, de que quisieron los turcoples por este camino tomar satisfacion. Montaner solo dice que fué pensamiento de los catalanes, y déjase bien creer, porque en materia de venganza no habia para qué solicitalles. Lo que yo tengo por cierto es que los turcoples fueron los que les avisaron de la partida de los masagetas, y que algunos siguieron á los catalanes, pero no toda la nacion junta, ni Meleco su capitan; porque después desta vitoria dejaron al emperador Andrónico, y vinieron á servir á los catalanes, como en su lugar se dirá.

CAPITULO XLIV.

Acometen los genoveses á Galípoli, y retírasen con pérdida de su general.

En el mismo tiempo que Rocafort y Fernan Jimenez alcanzaron vitoria de los masagetas, Ramon Montaner, capitan de Galípoli, la alcanzó de genoveses. Fué el suceso notable, y en que claramente se muestra cuán varios son los accidentes de una guerra, pues algunas veces las vitorias y pérdidas nacen de causas ni previstas ni esperadas. Antonio Spínola con diez y ocho galeras genovesas llegó á Constantinopla para traer al marquesado de Monferrato á Demetrio, tercer hijo de Andrónico y de la emperatriz Irene, y platicando con el Emperador del estado de la cosas de los catalanes, el Spínola, con mas temeridad que cordura, ofreció de tomar á Galípoli y echar los catalanes de Tracia, si le daba palabra de casar á Demetrio, su hijo tercero, con la hija de Apicin Spínola; premio debido á tan señalado servicio. Andrónico aceptó el partido y empeñó su palabra que casaria á su hijo. Con esto el genovés arrogante con dos galeras llegó á Galípoli debajo de seguro. Preguntó por el capitan, y llevado adonde estaba, con semblante soberbio y descortés le dijo: «Yo soy Antonio Spínola, general de mi república: vengo á ordenaros que sin réplica y dilacion dejeis libres estas provincias, y os retireis á vuestra patria; porque de otra manera os echarémos con las armas, y estaréis sujetos á su rigor.» Ramon Montaner, reconociéndose sin fuerzas, como cuerdo y buen soldado respondió reportado con mucha blandura y cortesía, que el salirse de Galípoli y de Tracia no era cosa que tan arrebatadamente se podia hacer como él queria, y que amenazalles con sus armas era cosa muy fuera de toda razon y de las paces que tenian sus reyes y su república; que él estaba puesto en guardalla mientras ellos la guardasen. Replicó Antonio, y segunda y tercera vez desafió á todos los catalanes con palabras llenas de mil ultrajes, y quiso que constase su desafío por fe pública de escribano. Montaner, irritado de tanta insolencia, perdió el sufrimiento y respondió con valor, que la guerra que les denunciaba de parte de su república era injusta; y que así, protestaba delante de Dios y por la fe comun que profesaban, que todos los daños, derramamiento de sangre, robos, incendios y muertes serian por su causa, porque ellos forzosamente se habian de oponer á tan injusta ofensa; que la república de Génova no tenia jurisdicion para requerille saliesen de Tracia, no siendo aquella tierra sujeta á su señorío; que si su derecho solo le fundaban en su poder, viniesen á echarles; que el suceso mostraria la diferencia que hay del decir al hacer; que Andrónico era cismático, fementido, y que sus armas se habian de emplear en su ruina á pesar de genoveses. Luego con esta respuesta Antonio volvió sus galeras, y con ellas á Constantinopla, y dió cuenta al Emperador de lo que habia pasado, y ofreció de dalle luego ganado á Galípoli, por la poca defensa que tenia. Andrónico, codicioso de ganar el presidio de sus mayores enemigos, dió al Spínola siete galeras con su capitan Mandriol, genovés de nacion, para que, juntas con las diez y siete, facilitasen mas la empresa. Antonio embarcó á Demetrio, y con veinte y cinco galeras llegó al dia siguiente á las dos, después de mediodía, á los Pasmares, cerca de Galípoli, y comenzó á desembarcar la gente. Montaner con los pocos caballos que tenia, arriscado y valiente, á la lengua del agua impedia la desembarcacion. Pero diez galeras, apartándose de las demás, libremente pusieron en tierra la gente que traian. Hirieron á Montaner y le mataron el caballo; y creyendo los genoveses que su dueño lo quedaba, dijeron á voces: «Muerto es el capitan, y Galípoli nuestro;» pero socorrido de un criado, escapó de sus manos con cinco heridas. Retiróse dentro de Galípoli bañado en sangre propria y ajena, y causó alguna turbacion, creyendo que las heridas de su capitan eran mortales. Reconocidas luego, fué de tan poco cuidado, que ni el pelear ni el gobernar le impidieron. Guarneciéronse las murallas de Galípoli con dos mil mujeres, siendo cabo de cada diez un mercader catalan, y con chuzos, espadas y piedras se pusieron á la defensa de su libertad, sucediendo no solo en el cargo, pero en el valor de sus maridos. Dueños ya los genoveses de la campaña, ordenadas sus haces, llegaron á Galípoli, y arrimaron sus escalas, tirando innumerables dardos; apretaron gallardamente el asalto, y mas cuando vieron las murallas solo defendidas de mujeres. La resistencia mostró luego que solo en el nombre lo parecian, y en el esfuerzo y constancia varones invencibles. Rebatidos, con muchas muertes y heridas, de las murallas, creyeron que la flaqueza natural del sexo, si porfiadamente se combatia, se rendiria. Volvieron segunda vez al asalto, pero con mayor daño se retiraron. Miraba Antonio Spínola de su capitana el combate; y viendo su gente rendida, desesperado de poder hacer algun buen efeto con sola la que tenia en tierra, acudió con su persona y con cuatrocientos caballos á dar calor al asalto. Llegó á las murallas, conociendo el daño de cerca y tanta gente muerta. Quisiera no haberse empeñado; animó á los suyos, y acometieron con valor. Renovóse el combate, y en las mujeres creció el ánimo con el peligro, llenas de sangre y heridas, tan asistentes en sus postas, que alguna de ellas con cinco heridas en el rostro no quiso dejar la suya, juzgando que tan honrado puesto como ocupar el que el marido debiera tener, no se habia de perder sino con la vida. Los genoveses, afrentados de verse tan gallardamente rebatidos de mujeres, obstinadamente peleaban; en caer uno muerto de las escalas, habia otro que se ofrecia al mismo peligro. Ramon Montaner, visto el daño que habian recibido los genoveses, y que ya no tenian dardos que tirar, sus escuadrones deshechos, la mayor parte heridos, los demás cansados y rendidos al rigor del combate y del tiempo, por ser el mes de julio, poco después del mediodía, con cien hombres y seis caballos, sin armas defensivas, por ir mas sueltos, salió á pelear. Abierta una puerta de Galípoli, se arrojó con sus seis caballos sobre el enemigo, desalentado de la fatiga del calor y las armas; siguiéronle los cien hombres, y con poca resistencia todo lo vencieron y degollaron. Tomaron los vencidos la vuelta de sus galeras; apretados siempre de sus enemigos, perecieron casi todos en el alcance. Las galeras tenian las escalas en tierra, y hubo algun catalan que siguiendo á su enemigo, llegó á darle muerte dentro de la galera; y si Montaner aquel dia tuviera mas gente de refresco, pudiera ser que muchas de las galeras genovesas quedaran en su poder. Demetrio, hijo del Emperador, y los demás capitanes que quedaban vivos se alar-

garon de tierra, temiendo el atrevimiento y osadía del vencedor. Los cuatrocientos caballos murieron todos, y su capitan Antonio en el mismo lugar donde de parte de su república retó á todo nuestro ejército y le denunció la guerra: fin justamente merecido de un hombre tan arrogante, y que tan fuera de toda razon rompió una guerra; y su pérdida fué aviso para los que ofrecen á los príncipes empresas sujetas á la incertidumbre de la guerra por muy fáciles y seguras. Encendida una guerra y empuñada una espada, lo muy cierto está dudoso, cuanto mas lo que está en duda. Antonio Rocanegra, capitan genovés, hallando cortado el paso para sus galeras, con hasta cuarenta soldados se puso en defensa en lo alto de un collado. Llegó este aviso á Montaner después que los pocos genoveses que quedaron se habian con tanta infamia y daño retirado á sus galeras y alargado con ellas; revolvió con la gente que tenia hácia donde el genovés estaba con los suyos; peleó con ellos, y parte rendidos, parte muertos, quedó solo Antonio Rocanegra con un montante, haciendo bravas y extremadas pruebas de su valentía. Aficionado y obligado Montaner, aunque enemigo, de tanto valor, detuvo los soldados que le tiraban y procuraban matar, y con mucha cortesía le pidió que se diese á prision. Pero el genovés temerario, resuelto de morir antes que rendir las armas, menospreció los ruegos y cortesía de Montaner, con que provocó la ira á los vencedores, que cerrando con él, le hicieron pedazos; con que los catalanes quedaron señores del campo y de la vitoria. Las diez y siete galeras de genoveses no osaron volver á Constantinopla, aunque la necesidad y falta de gente les pudiera obligar; pero temiendo la indignacion de Andrónico y la insolencia de los griegos, desembocaron el estrecho y fueron la vuelta de Italia, llevando en ellas á Demetrio. Las otras siete galeras gobernadas por Mandriol, vueltas á Constantinopla, avisaron á Andrónico del suceso.

Llegó la voz del peligro en que estaba Galípoli á nuestro ejército, que se venia retirando á sus presidios, después de la vitoria que se alcanzó contra los masagetas; y temiendo perdelle antes de poder ser socorrido, apresuró el camino, y llegó dos dias después que los genoveses se embarcaron vencidos. Fué el sentimiento universal en todos por no haber llegado á tiempo á castigar en los genoveses tanta deslealtad como romper las paces con ellos estando ausentes, y acometer su presidio defendido de mujeres. Acrecentaba mas este sentimiento el verlas heridas y maltratadas; pero el gusto de la vitoria le quitó luego, y juntos celebraron el contento y regocijo de entrambas vitorias.

CAPITULO XLV.

Los turcos y turcoples vienen al servicio de los catalanes.

En tanto que las armas catalanas y griegas se ocupaban en su misma ruina, los turcos, libres del miedo que el ejército de entrambas les pudiera dar si concordes y unidos prosiguieran la guerra, volvieron á seguir el curso de sus vitorias y ocupar las provincias del Asia, no temiendo ejército que se les opusiese á la corriente de su próspera fortuna. Porque, segun cuenta Pachimerio, el año veinte y cuatro del reino de Andrónico, que fué el de Cristo 1306, los griegos desampararon de todo punto el Asia, y esto fué tres años después que los nuestros salieron della; de donde se colige manifiestamente el daño que resultó de la division y discordia de los catalanes y griegos, pues con ella se perdió la ocasion de oprimir aquella soberbia nacion en sus principios, que en este tiempo se pudiera haber hecho con poca dificultad. Los turcos, absolutos señores de la Asia, deseaban poner el pié en Europa y dilatar sus vencedoras armas en poniente. Detuvo algunos años el cumplimiento de su deseo la falta de navíos con que pasar los que estaban de la otra parte del estrecho de Galípoli. Valiéndose de la ocasion presente de ver á los catalanes enemigos de los griegos, enviaron á Galípoli sus mensajeros á tentar el ánimo de los nuestros, y si admitirian algun trato queriendo venilles á servir. Mostraron que no les desplacia. Los catalanes con esto enviaron á los mensajeros una fragata armada, y con ella vino Ximelix, su capitan, con diez compañeros, á concluir el trato. Ofreció de parte de los suyos venir con ochocientos caballos y dos mil infantes, y prestar juramento de fidelidad al general de los catalanes. Las condiciones fueron que se les señalase cuartel á parte donde pudiesen vivir juntos con sus familias; que de las presas se les diese la mitad de lo que se daba al soldado catalan; que siempre que quisiesen volver á su tierra pudiesen, sin que se les hiciese violencia para detenelles. Oido lo propuesto por el turco, de comun consentimiento les admitieron á su servicio, ofreciendo de cumplir con las condiciones con juramento. Con esta respuesta Ximelix volvió á pasar el estrecho y á prevenir su gente en tanto que la armada llegaba, y poco después, embarcados en los navíos y galeras que se pudieron juntar, llegaron á Galípoli dos mil infantes y ochocientos caballos turcos, con sus hijos y mujeres y haciendas. Este fué el hecho de los catalanes condenado de los antiguos y modernos escritores por muy feo: pasar en Europa á los bárbaros infieles enemigos del nombre cristiano, manchando la gloria de aquella expedicion con tan impío y detestable consejo, como lo fué abrir el camino de Europa á tan gallarda y poderosa nacion. Injusto cargo fué sin duda el que estos escritores ponen á los catalanes, dejándose llevar de la pasion ó del descuido de no advertillo: yerro en un escritor grave. Impío consejo fuera el de los catalanes, y pernicioso para su libertad, si los turcos que admitieron en su favor fueran superiores en fuerzas, porque entonces libremente pudieran introducir su seta y hacer daño á nuestra fe, y juntamente oprimir la libertad de quien los llamó. Los socorros y ayudas no han de ser mayores que las proprias fuerzas, porque no suceda lo que á un Scipion en España, cuando treinta mil celtiberos con perfidia notable le desampararon, y él, como inferior, no los pudo detener; de donde Livio sacó un importante documento. Los turcos no llegaban á tres mil, en número, en armas, en valor inferiores á los catalanes; de manera que no se pudiera presumir que los turcos hicieran más de lo que ordenaban los catalanes, y siendo ellos cristianos, cierto es que su fe no pudiera peligrar que aquellos bárbaros viéndose tan inferiores la ofendieran. En las comunidades del reino de Valencia, en tiempo de nuestros abuelos, los que mas fielmente sirvieron fueron los moros, y el servirse dellos contra cristianos se tuvo por lícito y necesario. No de otra manera sirvieron los turcos á los catalanes en Grecia, á mas de

que la propria defensa disculpa cualquier yerro que en esto se pudiera haber hecho. No se hallará república ni príncipe apretado de guerras extranjeras ó civiles, que haya dejado de llamar en su ayuda gentes de religion y costumbres diferentes, y muchas veces dieron entrada en sus reinos á los mas poderosos por librarse del presente daño, sin advertir que pudieran quedar por despojos, vencidos ó vencedores. El peligro vecino alguna vez se ataja con otro mayor, y puesto que de cualquiera manera se haya de perecer, bueno es dilatallo, y escoger el mas remoto y el que puede dejar de ser. Si los catalanes hicieran lo que hizo Stilicon y Narses, el uno llamando á los godos, el otro á los longobardos, para la ruina de Italia y del imperio, no pudieran ser mas ofendidos de las plumas y lenguas de la historia: unos les llaman impíos, sacrílegos; otros piratas, comun pestilencia de las gentes, hombres sin Dios, sin ley, sin razon; y todo nace porque en su favor llamaron á los turcos, que entendido esto por mayor, ofende algo las orejas cristianas; pero bien advertido y averiguado, no hay razon para culpalles levemente, cuanto más para ofendelles con palabras tan descompuestas y llenas de injurias y afrentas. Mil leguas de su patria, sus capitanes y embajadores muertos á traicion, ¿qué sufrimiento no irritara? Qué medio, por violento que fuera, no intentara su afrenta? Cuando hubiera yerro, esto pudiera moderar el juicio del escritor. Hállase tambien alguna dificultad acerca del tiempo en que pasaron los turcos, porque Nicéforo dice que fueron llamados de los catalanes antes de la batalla de Apros, cuando se supo que Miguel venia sobre ellos, y que solos fueron quinientos los que pasaron. Esta narracion de Nicéforo la *tengo por falsa*, porque Montaner en el número y en el *tiempo le* contradice, y como testigo de vista se le debe *dar mas* crédito, aunque catalan y ofendido; porque en el discurso de su historia refiere muchas cosas contra los de su nacion, y condena lo mal hecho con libertad y sin respeto, y no es de creer que quien dice la verdad en su daño, no la dijera en lo que tan poco importaba á su gloria, como venir los turcos cuatro años antes ó después. Zurita, siguiendo la relacion de Berenguer de Entenza, difiere tambien de Nicéforo; porque dice que el mismo Berenguer de Entenza llamó á los turcos después que supo la muerte de sus embajadores, y que pasaron á Galípoli mil y quinientos caballos, y le prestaron juramento de fidelidad. Esto tambien lo tengo por falso, porque parece imposible que en quince dias que Berenguer se detuvo en Galípoli después que se declaró por enemigo del imperio, llamase á los turcos que estaban en Asia, y se concertase con ellos, y se juntasen mil y quinientos caballos, y se embarcasen y viniesen á prestarle juramento de fidelidad; que son cosas que aunque se hicieran con suma presteza, no pudieran concluirse en quince dias. La verdad del tiempo en que pasaron los turcos la refiere claramente Montaner, que fué cuatro años después desta jornada, y para tener esto por cierto no se halla dificultad ni imposibilidad alguna, como las hay, y muy grandes, en lo que dicen Nicéforo y Zurita; y así, en materia de los hechos de los turcos solo seguiré á Montaner, porque le tengo por mas verdadero, y que intervino y asistió en todas estas jornadas.

En este mismo tiempo los turcoples que servian al Emperador, declarados por rebeldes, porque á imitacion de los catalanes quisieron que se les pagase el sueldo ó hacerse contribuir con las armas, no pudieron, por ser pocos, mantenerse de por sí, y enviaron á decir á los catalanes que si les admitirian en su compañía. Respondieron que viniesen seguros, que con ellos se usaría lo mismo que con los turcos, y con mayores ventajas, por ser cristianos. Vinieron hasta mil caballos buenos, y prestaron juramento de fidelidad debajo de los mismos conciertos que lo hicieron los turcos. Pusiéronse á órden de Juan Perez de Caldés. Quedó el emperador Andrónico sin la milicia extranjera, después que los alanos y turcoples se apartaron de su servicio, tan falto de soldados, que libremente se podia acometer cualquier empresa, por grande que fuese, en las provincias de su imperio, sin tener quien se lo impidiese. Estas fuerzas que perdió el Emperador acrecentaron las de Rocafort, porque turcos y turcoples igualmente le respetaban y reconocian por suprema cabeza, y con esta seguridad de verse tan obedecido y amado dellos, se desvaneció y se hizo odioso á muchos, por la insolencia y poder absoluto con que lo gobernaba y mandaba todo.

CAPITULO XLVI.

Sucesos de Berenguer de Entenza después de su prision hasta su libertad, y su vuelta á Galípoli.

Con los nuevos socorros de turcoples y turcos, y de muchos otros españoles que andaban antes encubiertos en los lugares del imperio, como mercaderes ó debajo del nombre de otra nacion, se aumentaron los nuestros, porque acreditados con tantas vitorias, todos procuraban su amistad: movidos algunos con el deseo de venganza, los mas con su codicia, querian participar de las riquezas que la fama publicaba que habian adquirido en aquella guerra. En este mismo tiempo Berenguer de Entenza, después de su larga y trabajosa prision, y haber peregrinado en vano por las cortes de algunos príncipes de Europa para dar calor á la empresa de los catalanes, llegó á Galípoli con una nave y con quinientos hombres, gente toda de estimacion. Turbó la paz y sosiego del ejército su venida, por las competencias del gobierno que entre Rocafort y él se levantaron; pero antes de escribir las causas y razones que los unos y los otros tuvieron de competir, será bien dar una larga relacion de lo que sucedió á Berenguer desde que le prendieron hasta su vuelta.

Después que Ramon Montaner, por órden de los capitanes del ejército, intentó, sin podello concluir, el rescate de Berenguer cuando las galeras de genoveses pasaron por el estrecho de Galípoli á la vuelta de Trapisonda, se tuvo por cosa muy cierta que en llegando á Génova se pondria á Berenguer en libertad y se le daria satisfacion, por ser vasallo y capitan de un rey amigo. No sucedió como pensaron; antes bien la república autorizó caso tan feo, ni castigando á su general, ni dando libertad y enmienda de lo perdido á Berenguer; porque siempre que el delito no se castiga, se aprueba. Llegó á noticia de los catalanes de Tracia como Berenguer estaba detenido en Génova en cárceles indignas de su persona, sin tratar de dalle libertad, y determinaron de comun parecer, ya que por las armas no se podia intentar, suplicar al rey de Aragon don Jaime interpusiese su autoridad con los de aquella república. Para

esto se nombraron tres embajadores, que fueron García de Vergua, Perez de Arbe, Pedro Roldan, entrambos del consejo de los Doce. Llegaron á Cataluña, y dieron al Rey su embajada: propusieron el agravio grande que se les habia hecho en prender debajo de fe y palabra á Berenguer, su capitan, y continuar lo mal hecho alargando su libertad; que de parte de todos veuian ellos á echarse á sus piés, esperando de su clemencia que, olvidados los disgustos pasados, daria el remedio que conviniese, y buen despacho á su peticion. Diéronle particular relacion de sus vitorias y del estado en que se hallaban sus cosas y las del imperio, cuyo señorío le ofrecieron si se les ayudaba con calor, por estar sus provincias sin defensa, expuestas al rigor y armas del que primero las acometiese; y que tendrian por uno de sus mayores blasones poder, á costa de su trabajo y de su sangre, acrecentar su corona y hacer obedecer su nombre en lo mas remoto y apartado de Europa y Asia. Respondió el Rey que por dar gusto á tan buenos vasallos pondria su autoridad y las armas cuando importase, y mas por Berenguer de Entenza, uno de sus mayores vasallos. En lo de dalles socorro se excusó, por parecelle que al rey don Fadrique de Sicilia, su hermano, le convenia mas el dársele; que él estaba lejos, y que dificilmente se podrian dar las manos ni sustentar, cuando se ganasen las provincias de Grecia, con Cataluña; pero agradeció y estimó su voluntad. Hecha esta diligencia, los tres embajadores se fueron á Roma á representar al Papa la ocasion que tenia de reducir aquel imperio de Grecia á su obediencia si á los catalanes de Tracia se les daba alguna ayuda grande, como lo seria si á don Fadrique se le concediese la investidura para que con su persona pasase á la empresa, con un legado de la santa Sede, y se publicase la cruzada en favor de los que irian ó ayudarian con limosnas. El Papa no recibió bien esta embajada ni le pareció ponella en trato, porque de suyo habia grandes dificultades, y la mayor era el temer que la casa de Aragon no se engrandeciese por este medio. El rey don Jaime, para cumplimiento de su promesa, envió su embajada á la república de Génova, significando el sentimiento grande que habia tenido de la prision de Berenguer, uno de sus mayores y más principales vasallos; y que esto habia sido contravenir á los tratados de paz si con sabiduría de la Señoría se hubiese ejecutado; que les pedia pusiesen en libertad á Berenguer, y le diesen satisfacion del daño que habia recibido, porque de otra manera no podia dejar de hacer alguna demostracion. La república determinó de venir en lo que el Rey mandaba, y respondió que habia sentido lo que Eduardo de Oria, su general, hizo con Berenguer de Entenza, y que fué motin de la gente vil de las galeras el que causó tan grande exceso; que no se pudo atajar por los capitanes y general hasta después de ejecutado; que ellos pondrian desde luego á Berenguer en libertad; y nombraron once personas para que se juntasen con los diputados que el Rey enviaria en el lugar donde fuese servido, para tratar de la enmienda que se habia de dar á Berenguer por los daños que habia recibido en la pérdida de las galeras y en su prision. Con este buen despacho se despidieron los embajadores del Rey, y la república envió otros para que de su parte representasen lo mismo, y el vivo sentimiento que habian tenido todos los della de que su general, aunque sin culpa, hubiese ofendido sus vasallos; y que luego que se supo, mandaron que á Berenguer le llevasen á Sicilia, y le restituyesen lo que le habian tomado. Suplicáronle después que mandase á los catalanes que dejasen la compañía de los turcos, y se saliesen de aquellas provincias donde ellos tenian la mayor parte de su trato, y que le iban perdiendo por los daños y correrías que continuamente se hacian por ellas. El Rey ofreció que se lo enviaria á mandar si Berenguer quedaba satisfecho. Puesto Berenguer en libertad, el Rey envió sus diputados á Mompeller, lugar que se señaló para tratar de la recompensa; y la república envió á Señorino Donzelli, Meliado Salvagio, Gabriel de Sauro, Rogerio de Saviguiano, Antonio de Guillelmis, Manuel Cigala, Jacomo Bachonio, Rafo de Oria, Opisino Capsario, Guidero Pignolo y Jorge de Bonifacio, todos de su consejo. Estos fueron los que se juntaron con los diputados del Rey, y después de muchas juntas y acuerdos que se propusieron, jamás por parte de la Señoría se vino bien á ellos, hallando en todos ocasiones de dudar para concluir; y últimamente se deshizo la junta sin dar alguna satisfacion por parte de la Señoría; y con esto pareció que la respuesta tan cortés que dieron al Rey fué para que en este medio el Rey mandase á los catalanes que no innovasen por el camino de las armas cosa contra genoveses, pues amigablemente se ofrecieron á componello. Berenguer, desesperado de poder alcanzar la recompensa, se fué al rey de Francia y al Papa á tentar segunda vez que diesen ayuda á los catalanes de Tracia, proponiendo lo mismo que los tres embajadores propusieron; pero ni el Rey ni el Papa quisieron dársele, y él se hubo de volver á Cataluña, donde vendió parte de su hacienda, y juntó quinientos hombres, todos gente conocida y plática; y embarcado en un grueso navío, dejó la quietud de su casa por acudir á los amigos que tenia en Galípoli.

CAPITULO XLVII.

Berenguer de Entenza y Berenguer de Rocafort dividen el ejército en bandos.

Berenguer de Entenza luego que llegó á Galípoli quiso ejercitar su cargo como solia antes de ser preso, y Berenguer de Rocafort dijo que ya las cosas estaban trocadas, y que no tenia que gobernar mas de los que traia; que los demás ya tenian general. Alteráronse los ánimos, pretendiendo todos que se les debia la suprema autoridad. Los amigos y allegados de cada cual dellos, con palabras descompuestas y llenas de arrogancia, amenazaban que con las armas se harian obedecer. Dividido el ejército con esta competencia, todo andaba desordenado y cerca de llegar á grande rompimiento, movidos de algunos chismes que se andaban refiriendo. Estuvieron cerca de venir á las manos, porque no falta entre tantos quien gusta de revolver, por hacer daño al enemigo ó acreditarse con el amigo. Esforzaban entrambas las partes su pretension con razones muy bien fundadas. Por la de Berenguer se decia que antes de su prision era general, y habia sido el primero que acometió felizmente las provincias del imperio, y que por la alevosía de los genoveses se habia perdido, no por haber faltado á lo que debia. Después de una larga prision, padecida por ser su general, no habia de ser ocasion de quitalle el cargo, antes bien de

honralle con él cuando no le hubiera tenido; que por desdichado no habia de perder lo que ganó por su valor; que en viéndose libre vendió parte de su hacienda para dalles socorro; y á esto se añadia lo que á Rocafort le ofendia mas, la diferencia tan desigual de la calidad, trato y condicion: Berenguer, ricohombre, Rocafort, caballero particular; el uno cortés, liberal, apacible; el otro áspero, codicioso, insolente. Por la parte de Rocafort esforzaban sus amigos su pretension con razones de gran consideracion. Fundaban su derecho diciendo que Rocafort habia gobernado el campo como supremo capitan seis años; que cuando tomó á su cargo el gobierno estaban nuestras partes de todo punto perdidas, y con su industria y valor lo habia restaurado, y que su nacion en su tiempo se habia hecho la mas poderosa y estimada de todo el oriente; que seria cosa muy injusta quitarle el gobierno al tiempo de la felicidad, habiéndole tenido en tiempos tan apretados; que muchas veces se deseó la muerte por menor mal del que se esperaba; que el fruto de los trabajos los habia de gozar quien los padeció, antes que los demás, por nobles y grandes que fuesen, y que seria un agravio muy notable si le quitaban el puesto en que habia acrecentado su nombre con tan señaladas vitorias y librado su gente de una triste y miserable muerte, que siempre tuvieron por cierta. Mientras de una y otra parte se trataba del caso, vinieron casi á rompimiento, remitiendo su pretension á las armas; con que muchas veces dentro de las murallas de Galípoli estuvieron para darse la batalla, porque como no habia quien pudiese decidir la causa, por estar el ejército dividido, llevados todos de las obligaciones y aficion que cada cual tenia, no se podian gobernar ni limitar como convenia para el bien comun. Hubo algunos bien intencionados, que prefiriendo el bien público á sus particulares intereses, se mostraron neutrales y se pusieron de por medio para concertalles; cosa de mucho peligro cuando las partes están ya declaradas, porque siempre se juzgan por enemigos los que no son amigos, y vienen á ser aborrecidos de los unos y de los otros. El bando de Berenguer de Entenza, si con este medio no se llegara á impedir el venir á las armas, se hubiera sin duda perdido, porque al de Rocafort seguia la mayor parte de los almugavares y todos los turcos y turcoples, por haber jurado fidelidad en manos de Rocafort, á quien ciegamente obedecian. Berenguer tenia mucha menos gente que Rocafort, aunque era la mejor, porque siempre los menos suelen ser los mejores. Persuadieron á Rocafort los que trataban del concierto que remitiese su justicia y su derecho en lo que determinasen los doce consejeros del ejército, poniéndole delante los inconvenientes grandes si el negocio llegaba á rompimiento; porque aunque se degollase todo el bando de Berenguer, no pudiera ser sin gran pérdida suya, y que después quedaria sin fuerzas para resistir tantos enemigos como por todas partes le cercaban; que no eran tiempos aquellos que por intereses particulares fuese reputacion el venir á las armas, de donde se podria seguir el perdella toda la nacion; que ganaria mas gloria en ceder del derecho que pretendia que si venciera á Berenguer. Ultimamente, Rocafort vino bien en esto, por temer los daños que se podrian seguir, ó por parecelle que los doce consejeros estarian mas de su parte que de la de Berenguer, á quien fácilmente persuadieron lo mismo. Declararon los jueces que Berenguer, Rocafort y Fernan Jimenez gobernasen cada cual de por sí, y que los soldados tuviesen libertad de servir debajo del gobierno que mejor les pareciese, sin que para esto se les hiciese violencia por ninguna de las partes. Fué el medio mas acertado que en este caso se pudo tomar; porque declarar por capitan general el uno, era sujetar el otro á su émulo y competidor, y primero escogiera la muerte cualquier de ellos que esta sujecion; además de que los doce no tenian autoridad para mandar que se obedeciese á quien ellos elegirian, porque no eran mas que medianeros para concertar las partes. Quedaron por entonces en lo exterior algo sosegados, pero los ánimos secretamente muy alterados y sospechosos, deseando ocasion de vengarse del agravio que cada cual imaginaba que se le hacia; que todo lo que no es alcanzar uno su pretension como la desea, lo juzga por agravio. Las mas veces se imposibilitan las empresas por las competencias de los que mandan, cuando no los gobierna algun príncipe grande y poderoso que puede reprimir las insolencias de los atrevidos y ambiciosos; y por mucha moderacion que haya en los principios de una empresa, después de los malos ó buenos sucesos siempre se siguen ruines interpretaciones, de que toman mayor osadía los inquietos, y muchos buenos se ven obligados á defenderse, porque con esto se levantan tantas máquinas de recelos, envidias y aborrecimientos, que parece imposible librarse; y así, se ha de tener por cosa muy notable que durase ocho años esta empresa de los catalanes y aragoneses libre deste daño. La empresa que Godofré hizo á la Tierra Santa, con ser la mas ilustre de todas las que refieren las historias, en sus principios padeció este daño, por las competencias entre Tancredo y Baldovino, entre Boemundo y el conde de Tolosa; porque siempre en algunos pudo mas la ambicion que la piedad, principal motivo de aquella empresa. Fernan Jimenez de Arenós, aunque por el concierto pudiera dividirse y gobernar solo por sí, no quiso apartarse de Berenguer de Entenza, porque le pareció que no perdia reputacion en obedecer á un hombre igual en sangre y mayor de años, y tambien por ser muy pocos los que le seguian, y temerse de Rocafort; y así, Berenguer y Fernan unieron sus fuerzas por ser mas respetados y temidos.

CAPITULO XLVIII.

Rocafort pone sitio á Nona, Berenguer á Megarix, y Ticin Jaqueria, genovés, con ayuda de gente catalana toma el castillo y lugar de Fruilla.

Aunque por los conciertos hechos pareció que todo quedaba en paz, no se aseguraron los unos de los otros, ni dejaron de vivir llenos de recelos, acrecentando de cada dia mas el aborrecimiento, y cerrada de todo punto la puerta á tratos de concordia; porque como todos se hubieron de declarar, dejó de haber neutrales y medianeros para averiguar algunas cosas que siempre ocurrian de jurisdicion; el peligro les hizo apartar, ya que otra razon no pudo. Berenguer fué á poner sitio sobre Megarix, y Rocafort, en su emulacion, fué á ponelle á Nona, sesenta millas de Galípoli y treinta de Megarix; y aun se tuvo por corta la distancia, segun estaban los

ánimos alterados, y particularmente los del bando de Rocafort, que, como superiores, les parecia mengua que los otros se atreviesen á competir. Los turcos y turcoples y los almugavares siguieron á Rocafort, y algunos caballeros; con Berenguer se fueron los aragoneses y toda la gente noble que servia en la mar. Montaner, por su oficio de maestre racional, no tuvo por qué declararse, por haberse de quedar en Galípoli; y así, quedó solo por confidente de entrambos.

En este mismo tiempo, Ticin Jaqueria, genovés, gobernador del castillo y lugar de Fruilla, vino al servicio de los catalanes con un bajel de ochenta remos. La causa de su venida fué deseo de satisfacer un agravio con ayuda de los catalanes; porque muerto un tio suyo, que se llamaba Benito Jaqueria, en cuyo nombre habia gobernado el castillo cinco años con cuidado y fidelidad, segun él decia, habíale heredado un otro tio suyo, que luego vino á Fruilla, y sobre la averiguacion de ciertas cuentas tuvieron algunos disgustos; y vuelto á Génova el tio, tuvo aviso Ticin que enviaba cuatro galeras para prendelle. Sintió el agravio el genovés, y quiso luego vengarse; pero no pudo hacerse dueño del castillo, porque no tenia fuerzas para sustentarse solo de por sí, ni bastante gente de confianza para echar los amigos de su tio; y así, con esperanza de que hallaria en los catalanes lo que deseaba, vino á Galípoli. No halló á los generales, y dió razon á Montaner de la ocasion que le traia. Ofreció servir con fidelidad; y así, le asentó Montaner en los libros á él y á diez caballos armados, para que todos ganasen sueldo en su provecho. Esto se acostumbraba de hacer con algunos caballeros y gente principal, asentalles el sueldo por mas gente de la que traian, para hacelles esa comodidad. Pidió luego Ticin á Montaner que le diese gente, que él ofrecia de poner en sus manos el castillo y el lugar, de donde le podria resultar grande provecho. Montaner no trató de la justicia y razon del hecho, sino solo de favorecer á quien pedia su ayuda y se ponia debajo de su amparo. Diéronle luego armas, caballos y las demás cosas para poner en órden los suyos, que llegaban hasta cincuenta; dióle gente de socorro, porque Montaner, como enemigo mortal de genoveses, no quiso perder la ocasion de hacelles algun daño. A Juan Montaner, su primo, y á cuatro consejeros catalanes se encomendó el socorro, con órden que no se hiciese cosa sin tomar parecer de Ticin Jaqueria. Partieron de Galípoli al otro dia del domingo de Ramos con una galera bien armada y cuatro bajeles menores. Navegaron la vuelta del castillo de Fruilla, donde se llegó víspera de Pascua ya noche. El mozo Jaqueria, sentido del agravio, ejecutó su determinacion. Desembarcó su gente con el silencio de la noche, y arrimaron sus escalas. Subieron por ellas treinta genoveses de los de Jaqueria y cincuenta catalanes. Vino luego el dia, con que fueron descubiertos y se les defendió la entrada; pero peleando valientemente, ganaron una puerta por la parte de adentro, y abierta, dieron libre la entrada á los demás que quedaban fuera. Hízose grande resistencia al principio por los que defendian el castillo, que pasaban de quinientos hombres, no tan bien armados como los nuestros ni tan resueltos. Murieron hasta ciento y cincuenta de los enemigos. Hubo algunos cautivos, pero la mayor parte escapó con la huida. El castillo ganado, la villa, que era de griegos, sin defensa alguna, se acometió luego, antes que los naturales pudiesen ponerse en resistencia ni esconder su hacienda. Fué la presa riquísima, porque, á mas del oro y plata y vestidos de precio que se ganaron, se tomaron tres reliquias grandes que estaban en el castillo empeñadas por los turcos al genovés Benito Jaqueria. Teníase por tradicion que san Juan Evangelista las habia dejado en el sepulcro, de quien arriba hicimos mencion. Las reliquias fueron un pedazo del leño de la Cruz, de la parte donde Cristo reclinó su cabeza. Así lo refiere Montaner, y este san Juan le trujo siempre pendiente del cuello el tiempo que vivió entre los mortales. Estaba entonces con un engaste de oro, con joyas de mucho precio; una alba, con que el santo decia misa, labrada por las manos de la Vírgen, y el Apocalípsis escrito por el mismo santo, con unas cubiertas de admirable arte y riqueza. Pareció á Juan Montaner y á Ticin Jaqueria que Fruilla estaba lejos de los presidios para podella sustentar; y así, la desmantelaron, satisfecho el genovés de su tio, y todos los demás del oro que se ganó; con que volvieron á Galípoli, y dieron á Ramon Montaner y á los demás la parte que les cupo, y de las reliquias le cupo por suerte el leño de la Cruz, que sin duda hubiera llegado á estos reinos si en Negroponte, á vuelta de la demás hacienda, no le robaran este gran tesoro. Animado con el suceso pasado Ticin Jaqueria, le pareció acometer alguna empresa, y ganar algun lugar donde pudiese estar de asiento. Dióle tambien para esto Montaner alguna gente, y con ella poco después ganó un castillo en la isla de Tarso, y le mantuvo, no sin gran provecho de nuestra nacion, como adelante verémos.

CAPITULO XLIX.

El infante don Fernando, hijo del rey de Mallorca, enviado del rey don Fadrique, llega á Galípoli para gobernar el ejército en su nombre.

Divididos los capitanes en los sitios de Nona y Megarix, el infante don Fernando, hijo del rey de Mallorca, con cuatro galeras llegó á Galípoli, por órden del rey de Sicilia, don Fadrique, porque juzgó que importaba para el aumento de su casa enviar persona puesta por su mano, que gobernase el ejército de los catalanes de Tracia, pues ellos mismos le habian llamado y prestado juramento de fidelidad, no acordándose quizá de que esto habia sido cinco años antes, cuando la necesidad les obligó, y que entonces pudiera haber dificultad en admitirle. Tomó el Infante esta jornada á su cargo por servir al Rey solamente, y él se la encargó, con palabra de que no se casaria en Francia sin su consentimiento, y que gobernaria aquellos estados en su nombre. Tanta estimacion se hizo de aquellas armas cuando las vieron superiores á las del imperio, que no las quisieron apartar de su obediencia los reyes, aunque fuese para un infante de su misma casa. Don Fadrique, príncipe de singular prudencia y maestro grande de la arte del reinar, no quiso empeñar su reputacion en nuestras armas, porque las tuvo por perdidas cuando le pidieron socorro, ni declararse por enemigo de Andrónico hasta que le vió sin fuerzas para defenderse; pero los accidentes fueron tan diferentes de lo que se presumia, que la resolucion del Rey, con tanta razon determinada, vino, como verémos, á no tener el efeto

que tuviera si antes les socorriera. La venida del Infante dió notable contento á los que entonces se hallaron en Galípoli, particularmente á Montaner, grande criado y apasionado de su casa. Admitiéronle como á lugarteniente del Rey sin dificultad ni réplica todos los que se hallaron presentes, que aunque fueron pocos, por ser los primeros se les agradeció de parte del Rey. Enviáronse luego correos á los tres capitanes principales, Entenza, Rocafort y Fernan Jimenez, haciéndoles saber la venida del Infante, y juntamente les remitieron las cartas del Rey que vinieron para ello, dándoles razon de como venia á gobernalles en su nombre. Dió Montaner para su servicio cincuenta caballos y mayor número de acémilas que hubo menester para su casa; y porque la posada de Montaner era de las mejores de Galípoli, se salió della y se la dió al Infante. Berenguer de Entenza estaba sobre el sitio de Megarix, treinta millas de Galípoli, donde recibió el aviso de la venida del Infante por los dos caballeros que Montaner envió para que se la diesen, juntamente con la carta del Rey. Partió luego con pocos y llegó á Galípoli el primero de los capitanes, dió la bienvenida al Infante y le juró por su general y suprema cabeza. Luego tras él vino Fernan Jimenez de Arenós de Módico, y siguió en todo á Berenguer. Mejoróseles el partido á estos dos ricoshombres, porque su bando, menos poderoso, siempre temia al de Rocafort, y con la venida del Infante parece que todo se habia de sosegar, y las cosas, fuera de sus lugares por la violencia de uno, volverian al suyo, y serian todos estimados segun sus merecimientos y calidades. Fué el contento universal en todos, así del bando de Berenguer como de Rocafort, á quien alteró mucho la venida tan fuera de tiempo del Infante, y sin duda que desde luego le negara la obediencia, si no fuera porque conoció en los suyos el gusto que les habia dado esta nueva. Hallóse en notable confusion; era hombre sagaz y prevenido en todos sus consejos, pero no pudo prevenir con sus artes acostumbradas lo que nunca pudo temer. Después de haber consultado con sus íntimos amigos el caso, pareció que convenia responder mostrando mucho gusto de la venida del Infante, único deseo de todos ellos, y que por estar el sitio tan adelante no se atrevia á dejarle para ir á darle la obediencia; que le suplicase de parte de todos que viniese á Nona, donde le esperaban con mucho gusto. En esta sustancia se respondió al Infante, y él entre tanto, con los deudos y amigos confidentes, dispuso los ánimos á seguir su parecer y consejo. Llegó la respuesta de Rocafort á Galípoli, y el Infante no quiso determinarse sin el parecer de Berenguer de Entenza y de Fernan Jimenez, y de algunos otros capitanes bien afectos á su servicio y de gran conocimiento de las trazas y designios de Rocafort. A todos pareció peligrosa la detencion, y que debia el Infante partir luego, porque el ejército no se enfriase en el gusto que tenia de su venida, y Rocafort no tuviese tiempo de concluir ni mover nuevas pláticas en deservicio del Rey, y excluir del gobierno su persona. Con esta resolucion dispuso el Infante su partida; fué acompañado de la mayor parte de la gente de Berenguer de Entenza y de Fernan Jimenez; sus personas no pareció llevallas, porque no fuera acertado, antes de tener ganada la voluntad de Rocafort y los suyos, ponerle delante por primera entrada sus competidores en mejor lugar cabe el Infante; y así, difirieron la ida estos dos ricoshombres cuando el Infante hubiese jurado, porque entonces, estando con entera autoridad, se podrian hacer las amistades.

CAPITULO L.

El Infante es excluido del gobierno por las mañas de Rocafort.

Partióse el Infante de Galípoli con el mayor acompañamiento que pudo, llevando consigo de los capitanes conocidos solo á Ramon Montaner, y en tres dias de camino por la costa llegó al campo, donde fué recibido con universal regocijo, y Rocafort con grandes demostraciones de contento le festejó los dias que tardó á poner en plática las órdenes de su tio. Esperaba el Infante que Rocafort se comidiese sin volver segunda vez á requerille; pero como vió que alargaba el obedecer al Rey, y no se daba por entendido, le dijo que él queria dar luego las cartas del Rey que venian para el ejército, y decilles de palabra el intento de su venida, y que para esto mandase juntar el consejo general. Obedeció Rocafort con muestras de mucho gusto, y para el dia siguiente ofreció de tenelle junto; porque ya en los pocos dias que tardó el Infante previno á sus amigos que echasen voz por el campo que seria bien andar con mucho tiento en la resolucion que se debia tomar de admitir al Infante por el Rey, y que por lo menos no se determinasen luego. Hízose esto con mucha arte, porque siempre se temió que viendo el ejército al Infante, no aclamase luego al Rey y le admitiese. Pareció á todos el consejo avisado y cuerdo, porque el vulgo ignorante raras veces penetra segundas intenciones; y así, le siguieron. El dia siguiente la confusa multitud del consejo general, que constaba de todos los que ganaban sueldo, junta en el campo, esperó al Infante. Vino acompañado de los de su casa y de muchos capitanes; entregó las cartas á un secretario, y mandó que en público se leyesen. Leidas, les declaró brevemente como el Rey, movido de sus ruegos, habia admitido el juramento de fidelidad que sus embajadores le hicieron; y aunque para sus reinos no podia ser útil el encargarse de su defensa, habia querido mostrar el amor que les tenie, posponiendo su conveniencia á la dellos; y así, le habia mandado que con su persona viniese á gobernalles en su nombre, y les ofreciese que siempre acudiria con mayores socorros. Respondiéronle, segun Rocafort pretendió, que ellos tendrian su acuerdo sobre lo que se debia hacer, y que tomado, le responderian. Con esto los dejó el Infante y se fué á su posada. Quedó Rocafort con ellos, y poco seguro de la determinacion que tanta gente junta pudiera tomar, y temiéndose de algunos caballeros, que aunque eran sus amigos, deseaban que el Infante quedase á gobernalles, les dijo que el caso de que se trataba no podia discurrirse bien entre tantos, porque la multitud siempre trae consigo confusion, la cual no da lugar á considerarse por menudo las dificultades que suelen ofrecerse en materia de tanto peso; que se escogiesen cincuenta personas, las de mayor crédito y confianza, para que estas fuesen platicando y discurriendo el negocio con las conveniencias y contrarios que en él habia; y tomada la resolucion que les pareciese, la refiriesen á los demás, para que juntos libremente la condenasen ó aprobasen; con que se excusarian los inconvenientes de haberlo de

comunicar con tantos. Túvose por acertado el parecer de Rocafort; que cuando el vulgo se inclina á dar crédito á uno, en todo le sigue, sin hacer diferencia de los buenos ó malos consejos, porque mas se gobierna con la voluntad que con la razon. Luego nombraron cincuenta personas para que juntamente con Rocafort lo tratasen, no advirtiendo con cuánta mayor facilidad se pueden cohechar los pocos que los muchos. Con esto tuvo hecho su negocio, porque los cincuenta fueron casi todos puestos por su mano, y á los pocos de quien no podia fiar igualmente que de los demás, fué fácil el persuadirles, á mas de no faltarles razones, y de mucho fundamento, para esforzar la suya. Juntáronse los cincuenta con Rocafort, y él les dijo lo siguiente: «La venida del señor Infante, amigos y compañeros, ha sido uno de los mayores y mas felices sucesos que pudiéramos desear, al fin enviado por la poderosa mano de quien hasta al presente dia nos ha conservado con grande aumento de nuestro nombre y confusion de nuestros enemigos; porque ya se ha dado fin á nuestros trabajos, y principio á una felicidad muy entera, por tener prendas tan proprias de nuestros reyes, á quien podemos entregar con seguridad la libertad y la vida, recibiéndole, no como él quiere, por lugarteniente de su tio, sino como á príncipe absoluto, y sin sujecion y dependencia alguna. Por grande yerro tendria, si la eleccion de príncipe pende de nosotros, escoger al que vive ausente y ocupado en gobernar mayores estados, y dejar al desocupado y libre de otras obligaciones, y el que ha de vivir siempre entre nosotros y correr la misma fortuna de los sucesos prósperos y adversos. Si á don Fadrique recibimos por rey, á manifiesta servidumbre nos sujetamos, porque con su persona no podrá asistirnos, y necesariamente habrá de enviar quien en su nombre gobierne este vitorioso ejército y las provincias que por él están sujetas. ¿Que mayor desdicha se podrá esperar, si por premio de nuestras vitorias venimos á ser gobernados por otra mano que la propria de nuestro príncipe? Y el mismo rey don Fadrique procurará nuestra defensa en cuanto no le estorbare á la del reino de Sicilia. Pues ¿por qué se ha de admitir tanta desigualdad? Los trabajos, los peligros, las pérdidas para nosotros solos; pero la gloria y provecho, no solo igual, pero mayor y mas segura para el Rey. Si nos perdemos, quedando muertos ó en dura servidumbre, libre don Fadrique y tan gran príncipe como antes; pero si ganamos nuevas provincias y estados, todos han de venir á ser suyos. Pues ¿puede algun cuerdo con esta desigualdad, hallándose libre para escoger, dar la obediencia á príncipe con tales calidades? A mas desto, ¿no se os acuerda la paga que nos dió por tantos servicios al partir de Sicilia? ¿Qué fué mas que un poco de bizcocho, y otras cosas que no pueden negarse á los siervos y esclavos? No, amigos; no nos conviene tomar por rey á don Fadrique, pues no se acordó de nosotros al tiempo que le pediamos su ayuda y cuando nos importaba tanto el dárnosla, sino cuando á él convino y á nosotros no nos es de provecho. Esto se echa bien de ver agora, pues no nos envia armas, gente, bastimentos ó dineros, ni otra cosa necesaria para la guerra, sino cabeza y general que nos gobierne, como si tuviéramos falta desto, y no se hubieran alcanzado muchas vitorias sin tenerle puesto por su mano. No consintamos que el premio de nuestros servicios se distribuya por mano de sus ministros y gobernadores, en quien siempre puede mas la pasion que la verdad, mas su particular interés que la comun utilidad; porque tratan las provincias como quien las ha de dejar, y como en la posesion temporal de ajena propriedad, gozan de lo presente sin ningun cuidado de lo venidero, y mas estando el Rey tan apartado, á quien nuestras quejas llegarán tarde cuando sean oidas, y los socorros tan á tiempo como el que ahora nos envia, después de seis años que con grande instancia se lo pedimos. En esto finalmente me resuelvo, que excluyamos á don Fadrique por don Fernando; tengamos presente al príncipe por quien aventuramos la vida, y sea testigo, pues ha de ser juez, de los servicios que le hiciéremos, y cuide de nosotros como de sí mesmo, pues nuestra conservacion y vida corre parejas con la suya. Conténtese don Fadrique con Sicilia, ganada y conservada por nuestro valor; deje á don Fernando, su sobrino, los trabajos de una guerra incierta y peligrosa, estas provincias destruidas, y sola la esperanza de conquistar nuevos reinos y señoríos.» Con esta plática los pocos dudosos que habia se resolvieron con el parecer de Rocafort, y luego dos de los cincuenta electos dieron razon de la determinacion que habian tomado á todo el campo, refiriendo las mismas razones de Rocafort. Túvose con aplauso general de todos por acertada aquella determinacion, y quisieron que luego se diese la respuesta al Infante. Fueron para esto los cincuenta, y propusiéronle su embajada. Don Fernando, como buen caballero, respondió que él venia de parte de su tio, y que con su autoridad y fuerzas habia tomado aquella empresa á su cargo, y seria faltar á su obligacion si con puntualidad no ejecutaba las órdenes de quien le enviaba, y que por ningun caso admitiria el ofrecimiento que le hacian, sino recibiéndole como lugarteniente de su tio don Fadrique. Rocafort siempre publicó que el Infante, por tener alguna disculpa con el Rey, no admitiria luego el ofrecimiento que le hacian, y con esto engañó la mayor parte del ejército; porque si hubiera quien les persuadiera y desengañara que el Infante por ningun caso se quedara á gobernalles como á príncipe, sin duda que le admitieran por el Rey. Quince dias se pasaron en este trato, y el Infante creyó siempre que aquellas eran palabras de cumplimiento, y que á la último obedecerian al Rey. En este medio Rocafort, como de su parte tenia todos los turcos y turcoples á su disposicion, y parte del ejército que le seguia, la otra, como inferior, no le osaba contradecir. Con esto quedó todo el ejército que estaba debajo de su mano resuelto de no admitir el Infante por el Rey; y á la verdad su intento no era excluir á don Fadrique por don Fernando, porque con ninguno de ellos se pudiera conservar; pero como hombre sagaz y que conocia al Infante por uno de los mejores caballeros de su tiempo, y que no tendria mala correspondencia con el Rey su tio, le propuso al ejército para que excluyesen al Rey, prefiriendo al Infante, de quien estaba cierto que no lo admitiria; y como la mayor parte del ejército con este engaño de Rocafort se declaró por el Infante contra el Rey, después no quisieron elegir á quien una vez excluyeron. Todos estos embustes tramaba Rocafort, seguro que aunque des-

pués se descubriesen, no le causarian daño, por tener de su parte á los turcos y turcoples, que juntos con los confidentes, era la mayor parte del ejército. No se puede negar que en esta parte Rocafort podria tener alguna disculpa, aunque fuera de natural y condicion mas moderado; porque después de tantas vitorias, y haber gobernado un ejército cinco años, justamente pudiera rehusar el no admitir un superior, cuyo favor habian prevenido sus mayores enemigos Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez, que siempre serian preferidos por su calidad y mejor correspondencia. Y aunque el Infante, por quitar toda sospecha, les hizo quedar en Galípoli, no por eso se la quitó á Rocafort; antes ese mismo cuidado con que prevenian las ocasiones exteriores de que pudiese tenerla, se la acrecentaba mas, creyendo siempre que era tener sobrada confianza de Berenguer y de Fernan, y que ellos la tenian del Infante, pues no mostraban queja de no habelles admitido en su compañía. No hay cosa que mas penetre y descubra que los recelos y temores de perder un puesto tan superior como el que Rocafort tenia, y mas en un sugeto de tantas partes y experiencia.

CAPITULO LI.

Rocafort, antes de partirse el Infante del ejército, ganó á Nona, y de comun acuerdo de los capitanes, deja el ejército los presidios de Tracia y determina pasar á Macedonia.

La venida del infante don Fernando al ejército acabó de poner en desesperacion á los griegos que estaban sitiados, y dentro de pocos dias se hubo de entregar con mucha pérdida en las manos del vencedor, porque aunque no perdieron las vidas, quedaron sin haciendas. Berenguer de Entenza tambien tomó á Megarix. Sentíase ya en nuestro campo gran falta de vituallas, porque diez jornadas al contorno de Galípoli estaba todo talado y destruido; que los cinco años últimos, de los siete que estuvieron en esta provincia, se mantuvieron de lo que la tierra sin cultivar producia, pues no llegaban á los árboles y viñas sino para quitarles el fruto. A lo último vino esto á faltar, y fué forzoso tratar de buscar otras provincias donde entretenerse y poder vivir. Habíase diferido esto por las enemistades de Entenza y Rocafort, que estaban aun tan vivas, que no se osaban mover de sus alojamientos ni juntarse, por el recelo que se tenia que entrambas las dos parcialidades no llegasen á rompimiento: tanto pueden disgustos é intereses particulares, que impiden el remedio comun, y quieren mas perecer con ellos que vivir cediendo de sus locas y vanas pretensiones. Todos fueron de parecer que desmantelasen á Galípoli y los demás presidios, y en esto conformaron los capitanes competidores juntamente con los turcos y turcoples; y así, suplicaron al Infante la gente buena y libre de pasiones, que fuese servido de no desampararles hasta dejarles en otra provincia, porque debajo de su autoridad y nombre irian todos muy seguros, y en este medio se podrian concertar las diferencias de Entenza y Rocafort. El Infante tuvo su acuerdo por bueno, y ofreció de hacello; y á lo que yo puedo entender, movido de lástima de que Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez de Arenós quedasen en las manos de Rocafort, á quien el respeto del Infante parece que detenia la ejecucion de su ánimo vengativo, quiso tentar si con esta detencion podria concertar estas diferencias, y dejalles con mucha paz y quietud, para que unidos y conformes pudiesen hacer mayores progresos, esperando siempre que obedecerian al Rey, aunque por entonces lo hubiesen rehusado. Juntó el Infante las cabezas principales del ejército, con todos los del consejo, y resueltos ya de salir de aquellos presidios que tenian en Tracia, por habelles forzado la necesidad y falta de vituallas, trataron qué camino tomarian y qué ciudad en Macedonia ocuparian. Hubo diferentes pareceres, y últimamente pareció el mas acertado que se acometiese la ciudad de Cristopol, puesta en los confines de Tracia y Macedonia, por tener la entrada de las dos provincias fácil y la retirada segura, y los socorros de mar sin podérselos impedir, como en Galípoli, que ocupado el estrecho con pocos navíos de guerra, impedian el libre comercio que venia por mar á dalles alguna ayuda. Ordenóse que Ramon Montaner con hasta treinta y seis velas que habia en nuestra armada, y entre ellas cuatro galeras, llevasen las mujeres, niños y viejos por mar á la ciudad de Cristopol, después de haber desmantelado todos los presidios que en aquellas costas se tenian por nosotros, como Galípoli, Nona, Paccia, Módico y Megarix. El Infante y los demás capitanes ordenaron en esta forma su partida. Berenguer de Rocafort con los turcos y turcoples y la mayor parte de los almugavares saliese un dia antes que Berenguer y Fernan Jimenez, y que siempre se guardase este órden en el camino, siguiendo siempre Berenguer á Rocafort una jornada lejos; y esto se hizo por quitar las ocasiones que pudiera haber de disgustos si los dos bandos juntos se alojaran, donde forzosamente sobre el tomar los puestos vinieran á las manos. Púdose sin peligro dividir sus fuerzas, por no tener enemigo poderoso en la campaña que les pudiese prontamente acometer, porque divididos el espacio de un dia de camino, no se pudieran socorrer si le tuvieran; pero toda la gente de guerra atendia mas á defenderse dentro de las ciudades que salir á ofender nuestro ejército: cosa que tantas veces emprendieron con notable daño suyo y gloria nuestra. Juntos en Galípoli, después de haber desmantelado todos los demás presidios, partió Rocafort con su gente por el camino mas vecino al mar, y al otro dia le siguió Berenguer de Entenza y el Infante, ocupando siempre los puestos que Rocafort dejaba. Después de haber caminado algunos dias, comenzaron á entrar en lo poblado de la provincia, adonde sus armas antes no habian llegado. Los griegos, con el pavor del nombre de catalanes, huian la tierra adentro, dejando en los pueblos bastimentos en grande abundancia, con que los nuestros pasaban con mucha comodidad, y libres del daño, que siempre creyeron, de faltarles con qué vivir. Esta fué una de sus empresas grandes, entrarse por tierras y provincias no conocidas, sin tener seguridad de alguna plaza ó de algun príncipe amigo. La expedicion de los diez mil griegos que cuenta Jenofonte, fué de las mayores que celebra la antigüedad; pero siempre los griegos llevaban por fin llegar á su patria, y parte con armas atravesaban provincias y naciones extrañas; pero los catalanes solo tenian por fin de aquel viaje, no el descanso de su patria, sino la expugnacion de una ciudad grande y fuerte, que resolvieron de acometer antes de salir de Galípoli, y que

el fin de una fatiga y peligro grande fuese el principio de otro mayor.

CAPITULO LII.

La vanguarda del campo del Infante y Berenguer alcanza la retaguarda de Rocafort, y llegan casi á darse la batalla; mata Rocafort á Berenguer de Entenza; y Fernan Jimenez de Arenós, huyendo del mismo peligro, se pone en manos de los griegos.

Llegó Rocafort con su ejército á una aldea dos jornadas lejos de la ciudad de Cristopol, puesta en un llano abundante de frutas y aguas, las casas vacías de gente, pero llenas de pan y vino y de otras cosas, no solo necesarias, pero de mucho gusto y regalo. Detuviéronse en tan buen alojamiento mas de lo que debieran soldados pláticos y bien disciplinados; cerca de mediodía aun no habian partido, porque la gente derramada pór aquella llanura, con el regalo de la fruta que se hallaba en los árboles, se entretuvo de manera que no se pudo recoger antes. La vanguarda del campo del Infante, donde iba Berenguer de Entenza, porque salió mas temprano de lo que acostumbraba, alcanzó la retaguarda de Rocafort. Por huir del calor del sol, partieron antes del amanecer, y sin advertillo se hallaron sobre los de Rocafort. Alteróse su retaguarda, y vueltas las caras, viéndose tan cerca los de Berenguer, juzgaron que venian á romper con ellos: tocóse arma con grande confusion, y la vanguarda del uno con la retaguarda del otro se encontraron. Rocafort, luego que reconoció la gente de su contrario, tuvo por cierto que venia con determinacion de ejecutar algun mal intento, pues no pudiera ser otra la causa que á Berenguer le obligara á romper los conciertos sin primero avisar. Un hombre sospechoso nunca discurre ni piensa lo que le puede quitar las sospechas, sino lo que se las acrecienta. Rocafort no consideró su descuido en diferir la partida hasta mediodía, y acordóse que Berenguer de Entenza habia madrugado mucho. Al fin, ó por pensarlo así, ó por tomar la ocasion de venir á las manos con él, mandó subir á caballo su gente, y él hizo lo mismo armado de todas piezas, y partió con gran furia contra la gente de Berenguer de Entenza, á quien la suya habia ya acometido, trabándose una cruel y sangrienta escaramuza. Llegó tambien aviso al Infante y á los demás capitanes del desórden. Salió Berenguer de Entenza el primero á caballo y desarmado, con solo una azcona montera, como persona de mas autoridad, á detener los suyos y retirarlos. Gisbert de Rocafort, hermano de Berenguer, y Dalmau de San Martin, su tio, vieron á Berenguer que andaba metido en los peligros de la escaramuza: ó que les pareciese que animaba su gente contra ellos, ó lo que se tiene por mas cierto, viendo la ocasion de satisfacer su mal ánimo y quitar el émulo á su hermano, Gisbert y Dalmau cerraron juntos con él. Berenguer de Entenza, que, como inocente y buen caballero, viendo que los dos hermanos se encaminaban para él, vuelto á ellos, les dijo: «¿Qué es esto amigos?» Y en este mismo tiempo le hirieron de dos lanzadas, con que aquel valiente y bravo caballero cayó del caballo, muerto, sin poderse defender, por estar desarmado, descuidado y entre sus amigos. Encendióse mas vivamente la escaramuza después de muerto Berenguer, y los Rocaforts ejecutaron su venganza matando muchos de su bando. No puede ser mayor la crueldad que, después de haber vencido y muerto su contrario, degollar y despedazar los vencidos, en quien no pudiera haber resistencia, después de perdida su cabeza, en admitir á Rocafort y obedecelle; pero su soberbia y arrogancia fué tanta, que no hacia ya la guerra á sus enemigos, sino á su propria naturaleza, y solicitaba á los turcos y turcoples para que inhumanamente acabasen todos los del bando de Berenguer, sin excepcion alguna de persona. Fernan Jimenez de Arenós, con el mismo descuido que Berenguer de Entenza, iba desarmado, y retirando su gente á cuchilladas, fué advertido de la muerte de Berenguer, y que con cuidado le iban buscando para matalle; y así, con alguna gente que pudo recoger y llevar tras sí, se salió del campo, y tuvo por mas seguro entregarse á los griegos que á Rocafort. Fuése á un castillo que estaba cerca, donde fué recibido debajo de seguro, con que se presentase delante del emperador Andrónico. El Infante, por amparar y defender la gente del bando de Berenguer, salió armado con algunos caballeros que le siguieron, y se opuso con valor á los turcos y turcoples, que asistidos de Rocafort, todo lo pasaban por el rigor de su espada. Pudo tanto la presencia del Infante, que Rocafort, puesto á su lado porque los turcos no le perdiesen el respeto, retiró su gente, después de haber tan alevosamente muerto á Berenguer y tanta gente de su bando. Quedaron muertos en el campo ciento y cincuenta caballos y quinientos infantes, la mayor parte de las compañías de Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez de Arenós. Sosegado el tumulto y retirada la gente á sus banderas, el Infante y Rocafort vinieron juntos á la plaza del lugar, donde tenian el cuerpo de Berenguer tendido. Apeóse el Infante de su caballo, y abrazado con el cuerpo difunto, dice Montaner que lloró amargamente, y que le abrazó y besó mas de diez veces, y que fué tan universal el sentimiento, que hasta sus mismos enemigos le lloraron. Vuelto el Infante á Rocafort, con palabras ásperas le dijo que la muerte de Berenguer habia sido malamente hecha por algun traidor. Rocafort con palabras humildes respondió que su hermano y tio no le conocieron hasta que le hubieron herido. Con esto se hubo de satisfacer el Infante, pues no tenia fuerzas para castigar tanto atrevimiento, y sin duda que hiciera alguna demostracion si no se hallara con tan poca gente. Mandó que para enterrar el cuerpo de Berenguer y hacerle sus obsequias se detuviese el ejército dos dias, porque quiso honrarle con lo que pudo; y así se hizo. Enterráronle en una ermita de San Nicolás que estaba cerca, junto del altar mayor; sepulcro harto indigno de su persona si consideramos el lugar humilde y poco conocido donde le dejaron, pero célebre y famoso por ser en medio de las provincias enemigas, cuya inscripcion y epitafio es la misma fama, que conserva y extiende la memoria de los varones ilustres que carecieron de túmulos magníficos en su patria, por haber perecido en tierra ganada y adquirida por su valor. Este fin tuvo Berenguer de Entenza, nobilísimo por su sangre y celebrado por sus hazañas, y por entrambas cosas estimado de reyes naturales y extraños. En sus primeros años sirvió á sus príncipes, primero en Cataluña y después en Sicilia, con buena fama, donde alcanzó amigos y hacienda para seguir el camino que la fortuna le ofreció de engrandecerse y alcanzar estado igual á sus merecimientos; que

aunque en su patria le poseia grande, pero no de manera que su ánimo generoso y gallardo cupiese en tan cortos límites como los de la baronía que hoy llamamos de Entenza. Fué Berenguer animoso y valiente con los mayores peligros, fuerte en los trabajos, constante en las determinaciones, igualmente conocido por los sucesos prósperos y adversos, porque en medio de su felicidad padeció una larga y trabajosa prision, y apenas salido della y restituido á los suyos, cuando otra vez la fortuna se le mostraba favorable, murió á traicion á manos de sus amigos, en lo mejor de sus esperanzas.

El Infante, después de sosegado el alboroto, envió á llamar á Fernan Jimenez, ofreciéndole que podia venir seguro debajo de su palabra. Respondió que le perdonase, que ya no estaba en su libertad para cumplir sus mandamientos, porque habia ofrecido de presentarse ante el emperador Andrónico con toda su compañía. Túvole el Infante por disculpado, y Fernan Jimenez, después de haber recogido los suyos, se fué á Constantinopla, donde le recibió Andrónico con muchas muestras de agradecimiento de que le hubiese venido á servir, y por mostrarlo con efeto, le dió por mujer una nieta suya, viuda, llamada Teodora, y el oficio de megaduque, que tuvo Roger y después Berenguer de Entenza. Con esto quedó Fernan Jimenez de los mas bien librados capitanes desta empresa, y el que solo permaneció en dignidad y escapó de fines desastrados.

CAPITULO LIII.

Deja el Infante nuestra compañía, y lleva consigo á Montaner, después de entregar la armada.

En este medio que el Infante se detuvo en el lugar donde mataron á Berenguer, llegaron sus cuatro galeras con sus capitanes, Dalmau Serran, caballero, y Jaime Despalau, de Barcelona; y alegre de tener galeras con que apartarse de Rocafort, mandó juntar consejo general, y volvió segunda vez á requerilles si le querian recibir en nombre de su tio don Fadrique, porque cuando no quisiesen, estaba resuelto de partirse. Rocafort, autor de la determinacion pasada cuando se les propuso lo mesmo, como mas poderoso entonces, después que le faltaban sus émulos, en quien pudiera haber alguna contradicion, fuéle fácil tener á todo el campo en su opinion, porque sus pensamientos ya eran mayores que de hombre particular. Respondieron al Infante lo que la vez pasada, y con mayor resolucion. Con esto se tuvo por imposible y desesperado el negocio; y así, se embarcó el Infante con sus galeras, dejando á Rocafort absoluto señor y dueño de todo, y navegó la vuelta de la isla de Tarso, seis millas lejos de la tierra firme donde estaba el campo. Llegó el Infante á la isla casi al mismo tiempo que Montaner con toda la armada, y después de haberle referido la maldad de Rocafort y pérdida de tan buenos caballeros como eran Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez de Arenós, le mandó de parte del Rey y suya que no se partiese de su compañía. Obedeció Montaner con mucho gusto, porque estaba rico y temia á Rocafort, aunque era su amigo. La amistad dé un poderoso insolente siempre se ha de temer, porque la amistad fácilmente se pierde, y queda el poder libre de respetos para ejecutar su furia y sus antojos. Suplicó al Infante fuese servido de detenerse mientras él con la armada daba razon á los capitanes del campo de lo que se le habia encargado, que eran la mayor parte de sus haciendas y todas sus mujeres y hijos. Fué contento el Infante de aguardalle, y con esto Montaner con la armada llegó á una playa donde estaba alojado el ejército, una jornada mas adelante de donde los dejó el Infante. No quiso que persona alguna desembarcase hasta que le aseguraron que no se haria daño á las mujeres, hijos y haciendas de los de Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez, y que les dejarian libres para ir donde quisiesen. Con este seguro desembarcó todos los que quisieron ir al castillo donde Fernan Jimenez se habia retirado. Diéronles cincuenta carros, y con doscientos caballos de turcos y turcoples de escolta, y cincuenta cristianos, les enviaron al castillo. A los que no quisieron quedarse ni con Rocafort ni con Fernan Jimenez, se les dieron barcas armadas hasta Negroponte. En esto se entretuvo el campo dos dias; y Montaner, ya que se queria partir, hizo juntar consejo general, y después de haberles entregado los libros y el sello del ejército, les dijo que el infante don Fernando, de parte del Rey y suya, le habia mandado que le siguiese, á quien era forzoso obedecer, y que no lo habia querido hacer antes hasta haber dado descargo de lo que se le encomendó; que él se iba con grande sentimiento de dejarles, aunque por su mal proceder dellos pudiera no tenelle, pues daban tan mala recompensa á los que les habian gobernado y sido sus generales; que Berenguer quedaba muerto por sus excesos, y Fernan Jimenez entregado á la fe dudosa de los griegos. Estas razones dijo Montaner por la seguridad que tenia de los turcos y turcoples, á quien siempre trató con mucho amor, y ellos, reconocidos, le llamaban *Cata*, que en su lenguaje quiere decir padre; y aunque Rocafort lo mandara, no intentaran cosa contra él. Toda la nacion junta le rogó que se quedase, y los turcos y turcoples hicieron lo mismo, solicitando siempre á Rocafort que le detuviese; pero como estaba ya resuelto de partirse, y habló con alguna libertad en favor de Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez, no quiso ponerse en peligro ni dar ocasion á Rocafort que con pequeña ocasion le diese la muerte, como á los demás. Con esto se partió del ejército con un bajel de veinte remos y dos barcas armadas, en que puso su hacienda y la de sus camaradas y criados. Llegó á la isla de Tarso, donde el Infante le esperaba, y en ella se detuvieron algunos dias para tomar bastimentos y consultar la navegacion que habian de hacer. Detúvoles tambien el buen acogimiento que hallaron en Ticin Jaqueria, aquel genovés que con ayuda de Montaner saqueó el castillo de Fruilla y después ocupó el de aquella isla, donde con muestras de sumo agradecimiento les entregó las llaves del castillo y les ofreció servir con su vida y hacienda. Siempre el hacer bien es de provecho, y la recompensa viene muchas veces de quien menos se pensó que la pudiera hacer; y lo que se perdió en muchos beneficios, de uno solo que se agradezca se sigue mayor utilidad que daño de todos los que se perdieron. Halló Montaner, con el Infante, seguridad en el puerto, regalo en lo que se les dió para su sustento, por solo haber ayudado antes al genovés, aunque fué con su mismo interés y provecho.

CAPITULO LIV.

Pasa el ejército á Macedonia.

Apartado Montaner del campo, Berenguer de Entenza muerto, y Fernan Jimenez huido, quedó solo Rocafort absoluto señor y dueño de todo; y así, mudaba á su gusto y antojo las determinaciones de todo el consejo. La resolucion que se tomó entre todos los capitanes antes que saliesen de sus presidios fué de acometer á Cristopol y hacerse fuertes en él, como lo hicieron en Galípoli, y tener las dos provincias de Tracia y Macedonia vecinas, para hacer sus entradas. Pareció al principio fácil la empresa, porque creyeron coger á los griegos descuidados y sin tiempo para prevenirse, y sin duda que les saliera bien el pensamiento si en el camino no se detuvieran cuatro dias en vengar sus particulares agravios ó pasiones; con que tuvieron los griegos espacio y lugar bastante, no solo para defenderse, pero tambien para ofenderles y acabarles, si entre los griegos hubiera hombre de valor y cuidado. La dilacion de las ejecuciones en la guerra es muy perniciosa, y muy útil cualquier presteza; que por faltarles á muchos un dia, una hora, y aun menos tiempo, perdieron grandes lances y ocasiones.

Rocafort, después que supo que la ciudad estaba puesta en defensa, se resolvió de pasar al estrecho de Cristopol, que es la parte marítima del monte Ródope, y no detenerse en acometer el lugar. El siguiente dia con todo el campo pasó el estrecho, no sin gran fatiga, porque el camino era áspero, los bagajes muchos, y los niños, mujeres y enfermos. Los griegos, aunque advertidos del camino que llevaban los catalanes, no pudieron ó no osaron atreverse á impedilles el paso. Atravesado el monte Ródope, bajaron á los campos de Macedonia cerca de ocho mil hombres de servicio entre todas las naciones; bastante ejército para cualquier grande empresa si los ánimos estuvieran unidos, y la muerte de Berenguer no hubiera hecho odioso á Rocafort aun á sus proprios amigos, porque desde entonces él se desvaneció y ellos se ofendieron. Al fin del otoño se hallaron en medio la provincia de Macedonia, los pueblos enemigos poderosos, y aun no maltratados con la guerra; pero los daños de Tracia, su provincia mas vecina, les sirvió de escarmiento para prevenirse dentro de las ciudades, y recoger los frutos de la campaña. Cuidadosos pues los catalanes de poner su asiento por aquel invierno en algun sitio acomodado, corrian toda la tierra, reconociendo puestos que poder ocupar y recoger bastimentos y vituallas compradas con sangre y con dinero. Ultimamente, después de haber hecho grandes daños en toda la provincia, se hicieron fuertes en las ruinas de la antigua Casandria, uno de los mejores puestos de toda la provincia, por estar vecino al mar, y toda la comarca de aquel cabo fértil y apacible, por los mucho senos y entradas que el mar hace, y de donde fácilmente, ó por lo menos con mas comodidad que de otro cualquier lugar, podian hacer sus entradas la tierra adentro, y tener la Tesalónica, cabeza de la provincia, en continuo recelo de su daño.

CAPITULO LV.

Prision del infante don Fernando en Negroponte.

Partió el Infante de la isla de Tarso con Ramon Montaner, y mandó que se le entregase á Montaner la mejor galera, que fué la que llamaban Española. Con estas cuatro galeras, un leño armado y una barca de Montaner, fueron navegando por la costa de Tracia y Macedonia, hasta el puerto de Almiro, lugar del ducado de Aténas, donde el Infante habia dejado cuatro hombres cuando venia, para hacer bizcocho para cuando se volviese. Halló el Infante que, contra la fe y palabra comun, le habian tomado el bizcocho, y maltratado los cuatro que lo hacian. Tomó el Infante luego satisfacion del daño que habia recibido, echando gente en tierra y saqueando el lugar de Almiro, donde todo se llevó á sangre y fuego. Después de haber saqueado, y satisfecho la pérdida pasada, de allí pasaron á la isla que Montaner llama Espol; yo entiendo que fué la que hoy se llama el Sciro. Saqueó toda la isla y combatió el castillo sin fruto. De allí tomaron el cabo de la isla de Negroponte, y quiso el Infante entrar en la ciudad, porque cuando vino á Romania estuvo en ella y fué muy bien recebido y festejado. Montaner y los demás capitanes de experiencia le advirtieron que no convenia poner á riesgo su persona y la de los que con él iban, después de haber saqueado los lugares del duque de Aténas, con quien los señores de Negroponte tenian confederacion. No dió crédito á sus buenos consejos; y usando de su poder absoluto, con evidente peligro entró en la ciudad, y hallaron en el puerto diez galeras de venecianos que habian venido á instancia de Cárlos de Francia, á quien dió el Papa la investidura de los reinos de Aragon cuando el rey don Pedro ocupó á Sicilia. Traian un caballero francés, llamado Tibaldo de Sipoys, para que en nombre de Cárlos, su príncipe, tratase en Grecia nuevas confederaciones y amistades, y particularmente de los nuestros, de quien esperaba Cárlos su remedio, porque tenia pensamiento de venir en persona, por los derechos que pretendia al imperio, á echar dél al emperador Andrónico. El Infante ya no tuvo lugar de arrepentirse ni volver atrás, porque fuera dar mayor sospecha; pero antes de desembarcar, quiso que le asegurasen y diesen palabra de no ofendelle. Hiciéronlo con mucho gusto al parecer, Tibaldo el primero, y los capitanes de las diez galeras venecianas, que se llamaban Juan Tario y Marco Misot, y los tres señores de Negroponte. Con esto le pareció al Infante que estaba seguro. Saltó en tierra, donde le convidaron para aseguralle mas y quitar á las galeras la mayor defensa, que era el estar allí su persona y las de quien siempre le acompañaban, que entre ellas fué la de Montaner. Apenas puso el Infante el pié en tierra, cuando las diez galeras venecianas dieron sobre las del Infante y el bajel de Montaner, donde acudió mucha gente, porque tenian noticia que habia dentro grandes riquezas. Mataron al entrar cerca de cuarenta hombres que se quisieron defender, y al mismo tiempo prendieron al Infante, con hasta diez de los mas principales que estaban en su compañía. Tibaldo luego libró la persona del Infante á micer Juan de Misi, señor de la tercera parte de Negroponte, para que le llevase al duque de Aténas en nombre de Cárlos de Francia, cuya órden se aguardaria para disponer de la persona del Infante. Lleváronle con ocho caballeros y cuatro escuderos á la ciudad de Aténas, donde fué entregado al Duque, y por su órden con muchas guardas llevado al

castillo de San Tomer, donde quedó prisionero algunos dias.

CAPITULO LVI.

Rocafort y su gente prestan juramento de fidelidad á Tibaldo de Sipoys, en nombre de Cárlos de Francia.

En este tiempo ya Tibaldo trataba de traer al servicio de Cárlos á Rocafort y á toda la compañía, y procuraba granjearles por todos los medios que pudo. No faltó quien le advirtió que en ninguna cosa podia ganar mas la voluntad de Rocafort, que entregándole dos de aquellos prisioneros que tenia; que el uno de ellos era Montaner, y el otro Garci Gomez Palacin, enemigo grande de Rocafort. Tibaldo dió crédito al aviso, y sin mas averiguacion embarcó en sus galeras á Montaner y á Palacin, y él en persona partió la vuelta del cabo de Casandria, donde estaban los nuestros con Rocafort; y apenas hubo llegado á su presencia, cuando le presentó los dos prisioneros, pareciéndole que habian de ser el medio de sus amistades, y así fueron ellas tan desdichadas, pues se fundaron en la sangre y muerte de un inocente. Entregáronse ambos prisioneros, pero con diferente suerte; porque al uno le apartaron para quitarle la vida, y al otro para darle libertad. Honraron con grandes demostraciones de contento á Montaner, y á Palacin mandó Rocafort cortarle luego la cabeza, sin darle mas tiempo de vida de la que el verdugo tardó á darle la muerte, y sin que persona alguna se atreviese á replicar sobre ello á Rocafort. Que se halle hombre tan ruin como Rocafort entre tantos soldados y capitanes, no me causa admiracion; pero ¡que entre todos ellos no se hallase un hombre de bien que detuviera ó replicara á Rocafort, advirtiéndole siquiera que ofendia su fama y oscurecia sus hechos con ejecucion tan inhumana y *fuera* de tiempo! Era Garci Gomez Palacin aragonés, valiente soldado y honrado caballero, aunque desdichado; principal capitan y valedor del bando de Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez de Arenós. Con este hecho, indigno de cualquier hombre que lo sea, perdió Rocafort amigos y reputacion, pues dar la muerte á un caballero que se retiraba como vencido á la patria, de donde no le pudiera ofender ni impedir su grandeza, fué indicio y señal manifiesta de su crueldad y fiereza. Montaner, como habia sido maestre racional de nuestro ejército, y era el que mandaba todos los oficiales de pluma, tenia granjeados con su buen término y verdad los ánimos de todos los soldados; y así, le amaban como á padre: cosa raras veces vista, amar los soldados la gente de pluma, á quien ordinariamente aborrecen y murmuran, porque les parece que estando descansados, con trampas y enredos, en daño de la milicia se acrecientan y enriquecen, y ellos con mil trabajos y peligros viven siempre en una miserable suerte.

Recibieron todos á Montaner con regocijo general, y luego le dieron una posada de las mas honradas que habia, y los turcos y turcoples los primeros le presentaron veinte caballos y mil escudos, y Rocafort un caballo de mucho precio y otras cosas de valor, sin que hubiese persona de estimacion en todo el ejército que no le diese algo. Tibaldo de Sipoys y los capitanes venecianos que le entregaron, quedaron corridos de ver que se hiciese tanta honra á quien ellos habian robado cuanto tenia, y temieron que no le hiciese daño en desbaratar sus trazas y pretensiones; pero Montaner era cuerdo, y como no le pareció cosa segura quedarse en nuestro campo, ni las impidió ni las favoreció. Rocafort, que hasta entonces habia estado dudoso en aceptar lo que por parte de Cárlos de Francia le ofrecia Tibaldo de Sipoys, porque el respeto de la casa de Aragon le detenia, pero cuando tuvo por cierto que por no haber querido admitir al Infante por el rey don Fadrique, las casas de los reyes de Aragon, Sicilia y Mallorca le serian enemigos, vino en lo que Tibaldo deseaba, que la compañía le recibiese por su general en nombre de Cárlos de Francia, ofreciéndoles el sueldo aventajado y grandes esperanzas, que era lo que les podia dar. Con esto le juraron fidelidad, forzados, á lo que yo puedo juzgar, de la violencia de Rocafort, porque desechar á su príncipe natural y tomar al extraño y enemigo, no es posible que los catalanes y aragoneses voluntariamente lo consintiesen, ni Rocafort lo intentase, sino por la seguridad que tenian en los turcos y turcoples y parte de la almugavería, que ciegamente le obedecian; aunque lo que Rocafort hizo no parece que fuese traicion, porque no tomó las armas contra sus príncipes, sino solo se apartó de su servicio: cosa en aquellos tiempos lícita y usada, y mas cuando precedian agravios. Ni menos fué por aborrecimiento que tuviesen á la casa de Aragon y amor á la de Francia, sino que quiso arrimarse por entonces al príncipe menos poderoso, para con mas facilidad apartarse dél cuando sus cosas llegasen al estado en que esperaba verse. Porque corria una voz entre muchas, que Rocafort se queria llamar rey de Tesalónica ó Salónique, y no era esto sin algun fundamento, pues habia mudado el sello del ejército, que era la imágen de san Pedro, y en su lugar mandó poner un rey coronado: señales evidentes de sus altos y atrevidos pensamientos. Tales brios cobra el que tiene en su mano un ejército vitorioso y amigo; y pienso que fueran mas que pensamientos, y que sin duda llegara á ser príncipe absoluto, si su grande avaricia y soberbia no atajara los pasos de su próspera fortuna, al tiempo que le ofrecia un estado con que pudiera fundar y engrandecer su casa. Que si Rocafort viviera cuando los nuestros ocuparon los estados de Aténas y Neopatria, tengo por sin duda que no llamaran al rey de Sicilia, sino que le recibieran por su príncipe y señor, pues se pudiera hacer con muy justo titulo, habiendo sido Rocafort su general tantos años, en tiempo de tantos trabajos, y debajo de cuyo mando y gobierno habian alcanzado tantas vitorias y dado glorioso fin á tan señaladas empresas.

Luego que las galeras venecianas vieron á Tibaldo general del ejército en nombre de Cárlos, partieron la vuelta de su casa, y Ramon Montaner con ellas, aunque le rogaron mucho que se quedase; pero como él conocia la poca seguridad que habia en la condicion de Rocafort, jamás quiso quedarse, ni aun pidiéndoselo muy encarecidamente el mismo Tibaldo.

CAPITULO LVII.

Montaner con las galeras venecianas vuelve al Negroponto, y en Aténas se ve con el infante don Fernando.

Juan Tari, general de las galeras venecianas, por órden de Tibaldo dió una galera á Montaner para que llevase en ella sus camaradas, sus criados y su ropa, y

su persona se embarcó en la capitana con Tari, de quien fué por extremo regalado y servido. A mas de esto, Tibaldo dió cartas á Montaner para Negroponte, en que mandaba que se le restituyese todo lo que se le habia robado de su galera cuando prendieron al Infante, y esto so pena de la vida y perdimiento de bienes si alguno lo ocultase. Con este buen despacho partió Montaner á Negroponte con las galeras venecianas, donde llegaron con buen tiempo, y luego se notificaron las cartas de Tibaldo al justicia mayor de venecianos. Hiciéronse luego pregones con las penas dichas á los que no restituyesen, y Juan Damici y Bonifacio de Verona, como señores tambien de la isla, hicieron los mismos pregones cuando vieron la carta de Tibaldo, supremo ministro en aquellas partes del rey de Francia. Fueron los pregones poco obedecidos, porque no se hicieron sino solo para satisfacer y cumplir con esta demostracion con Tibaldo; porque Montaner no cobró cosa alguna de las perdidas ni se le dió otra satisfacion. Montaner, como verdadero criado y servidor del Infante, pidió á Juan Tari que le diese lugar para ir á la ciudad de Aténas á verle y consolalle en su prision; que como nació súbdito de los de su casa, no podia dejar de acudir en caso tan apretado como el velle preso. Tari con mucha cortesía le ofreció de aguardar cuatro dias en Negroponte, en que tendria bastante tiempo para ir á visitar al Infante y volverse, porque de Negroponte á Aténas habia solas veinte y cuatro millas. Partió Montaner con cinco caballos, y en llegando á la ciudad quiso ver al Duque, y aunque le halló enfermo, le dió lugar para que le viese, y le recibió con mucha cortesía, y con palabras muy encarecidas le significó el sentimiento que habia tenido del suceso de Negroponte cuando le robaron su galera, y ofreció que en todo lo que se le ofreciese le ayudaria con véras. Montaner respondió que estimaba mucho la merced y honra que le hacia; pero que solo deseaba ver al infante don Fernando. Dióle licencia el Duque con mucho cumplimiento, y mandó que el tiempo que Montaner estuviese con el Infante, todos cuantos quisiesen pudiesen entrar en el castillo y visitalle. Dieron luego libre la entrada de Sant Ober; y Montaner, en viendo al Infante, las lágrimas le sirvieron de palabras, que mostraron el sentimiento de ver su persona puesta en manos de extranjeros. El Infante, en lugar de recibir algun consuelo de Montaner, fué él el que se le dió y animó con palabras de grande valor y constancia. Dos dias se detuvo Montaner en su compañía, platicando los medios mas necesarios para su libertad, y últimamente, quiso quedarse para servirle y asistirle en la prision; no lo consintió el Infante, por parecelle mas conveniente que fuese á Sicilia á tratar con el Rey de su libertad. Dióle cartas para el Rey, y le encargó que, como testigo de vista, refiriese á su tio todo lo que habia pasado en Tracia y Macedonia acerca de admitille en su nombre. Con esto se despidió Montaner, y fué á tomar licencia del Duque para volverse, de quien fué regalado con algunas joyas, que le fueron de mucho provecho, porque todo el dinero que traia habia dejado al Infante, y repartido sus vestidos entre los que le servian. Vuelto á Negroponte, se partieron luego las galeras, y navegando por las costas de la Morea, llegaron á la isla de la Sapiencia, donde toparon cuatro galeras de Riambau Dasfar, de quien ya tenia lengua Montaner. Los venecianos, sospechosos siempre, como gente de república, apartándose con Montaner, le preguntaron si Riambau Dasfar era hombre que les guardaria fe. Respondióles que era buen caballero, y que él no seria enemigo ni haria daño á los amigos del rey de Aragon, y que con seguridad podrian estar todos juntos y honrar á Riambau. Con esto se sosegaron, y Montaner pasó á la galera de Riambau Dasfar, y luego todas se juntaron, y se convidaron los capitanes con mucha llaneza y seguridad. Llegaron á Clarencia, donde se detuvieron las galeras venecianas, y entonces Montaner se pasó á las de Riambau, en cuya compañía llegó á Sicilia, y en Castronuevo se vió con el Rey, y le dió larga relacion de lo que pasaba, juntamente con la carta del Infante. Mostró el Rey gran sentimiento, y luego escribió al rey de Mallorca y al rey de Aragon para que todos juntos ayudasen á la libertad de don Fernando; y en este medio Cárlos, hermano del rey de Francia, escribió al duque de Aténas que enviase la persona del Infante al rey Roberto de Nápoles. Obedeció el Duque; y así, vino el Infante á Nápoles preso, donde estuvo un año en una cortés prision; porque salia á caza y comia con Roberto y con su mujer, que era su hermana. El rey de Mallorca, su padre, por medio del rey de Francia le alcanzó libertad; con que el Infante vino á Colibre á verse con su padre.

CAPITULO LVIII.

Prision de Berenguer y Gisbert de Rocafort.

Los nuestros, después que admitieron por capitan general á Tibaldo, y le juraron en nombre de Cárlos, hermano del rey de Francia, mantuvieron el puesto de Casandria, sustentándose de las correrías y entradas que hacian la tierra adentro, hasta llegar á Tesalónica, donde estaba la Emperatriz con toda su corte, con todas las riquezas y tesoros del imperio de los griegos, que esta ambiciosa mujer habia recogido para acrecentar á sus hijos, en grave daño de Miguel, su entenado, sucesor legítimo del padre. Mientras Rocafort, sin recelo de mudanza, trataba de su aumento y grandeza, llegó el fin de su prosperidad y principio de su desdicha, que las mas veces suele ser en la mayor confianza y seguridad del hombre, para que se conozca claramente la instabilidad de las cosas humanas, y que no hay poder que pueda en sí proprio asegurarse, porque las causas de su acrecentamiento son las mismas de su ruina. La primera causa y motivo que tuvieron sus enemigos para derriballe fué conocer en él un grande desconocimiento de lo que debia á su propria naturaleza y sangre, pues á mas de ser cruel, era codicioso y lascivo: insufribles vicios en los que mandan; porque la vida, honra y hacienda, bienes los mayores del hombre mortal, andan siempre en peligro. El deseo de tomar satisfacion y venganza de los agravios recibidos de Rocafort, con el miedo se encubrieron, hasta que tomaron la ocasion del poco caso y respeto que Rocafort tenia á Tibaldo, y secretamente pusieron en plática su libertad, pareciéndoles que hallarian en Tibaldo, como en hombre ofendido, el remedio de sus agravios, pues casi eran comunes á todos. Dijeron á Tibaldo que les ayudase á sálir de tan dura servidumbre y que se reprimiese la insolencia de Rocafort, pues olvidado de lo que debia hacer un buen gobernador y capitan, atropellando

las leyes naturales, usaba de su poder en cosas ilícitas y fuera de toda razon, y de los súbditos libres como de sus esclavos, y de los bienes ajenos como suyos propios. Que ya era tiempo que las maldades de Rocafort tuviesen castigo, y sus trabajos y peligros fin; que pues él era la suprema cabeza, pusiese el remedio conveniente y diese satisfacion á tantos agraviados. Tibaldo, como solo y forastero, temiéndose que no fueran echadizos de Rocafort para descubrir su ánimo, respondió con palabras equívocas, ni cargando á Rocafort ni desesperándoles á ellos. Era el francés hombre muy prudente y de grande experiencia, y quiso, aunque agraviado de Rocafort, tentar el camino mas suave para moderalle; porque como el principal motivo de su venida habia sido para tener de su parte nuestro ejército, no reparaba en su particular autoridad, sino en lo que habia de ser de importancia para el príncipe cuyo ministro era. El primer medio que tomó fué hablar con gran secreto á Rocafort y pedille que se fuese á la mano en sus gustos, poniéndole delante los daños que le podrian causar. Pero Rocafort, poco acostumbrado á sufrir personas que pretendiesen detener y corregir sus desórdenes, respondió á Tibaldo con tanta aspereza, que le obligó á poner remedio mas violento; y desesperado de poder mantener á Rocafort en el servicio de su príncipe si no se le consentian sus ruindades, determinó vengarse dél y dejar nuestra compañía. Pero disimuló esta determinacion hasta que un hijo suyo viniese con seis galeras de Venecia, adonde le habia enviado algunos meses antes. Llegaron dentro de pocos dias; y Tibaldo, cuando se vió seguras las espaldas, envió con gran secreto á decir á los capitanes conjurados que le hiciesen saber en lo que estaban resueltos de los negocios de Rocafort. Ellos respondieron que juntase consejo, y que en él veria los efetos de su determinacion. Dióse Tibaldo por entendido, y al otro dia hizo juntar el consejo, publicando que tenia cosas importantes que tratar en él. Vino Rocafort con la insolencia y arrogancia que acostumbraba. A la primera plática que se propuso, comenzaron todos á quejarse dél; pero como hasta entonces no habia tenido hombre que le osase contradecir ni que descubiertamente se le atreviese, alborotóse extrañamente, y con el rostro airado y palabras muy pesadas los quiso atropellar, como solia. Entonces los capitanes conjurados se fueron levantando de sus asientos; y llegándosele mas, multiplicando las quejas y acordándose de los agravios que á todos hacia, diciendo y haciendo, le asieron á él y á su hermano, sin que pudiesen resistirse, porque los conjurados eran muchos y resueltos. Luego que tuvieron presos á entrambos hermanos y entregados á Tibaldo, acometieron la casa de Rocafort y la saquearon toda, alargándose la licencia militar, como suele en casos semejantes, sin detenelles el respeto que debian tener á las paredes de quien habia sido su general tantos años, y con su espada y valor haberles defendido tantas veces.

CAPITULO LIX.

Tibaldo, llevando consigo los dos hermanos presos, deja el ejército y los lleva á Nápoles, donde les dieron muerte.

La prision de Rocafort causó diferentes efetos, porque sus amigos se entristecieron, como participantes de sus delitos, y hubieran hecho alguna demostracion de libralle, si no dudaran de que un caso tan grave no era posible haberse emprendido sino con gran prevencion de ayuda y lados; y mas, que aun no habian reconocido cuáles eran amigos ó enemigos declarados: cosas que muchas veces suele ser de importancia para los que acometen casos tan repentinos y prontos. Los turcos y turcoples, que eran los fieles á Rocafort, quedaron tan pasmados y atónitos del hecho, que no pudieron tomar resolucion. Los almugavares estaban divididos: la mayor parte le amaba, la otra le aborrecia; pero toda la gente de estimacion y la nobleza, como la mas ofendida, era la que procuraba con muchas veras su perdicion. Aquella noche que Rocafort estaba preso fué toda inquieta y llena de recelos. A la mañana ya pareció que habia mas sosiego, porque supieron que Rocafort y su hermano estaban vivos. Pero cuando á Tibaldo le pareció que tenia á todos los del ejército mas descuidados y seguros, una noche con gran secreto embarcó á los dos hermanos Rocaforts en sus galeras, y él juntamente con ellos navegó la vuelta de Negroponte, dejando burlada toda nuestra compañía. A la mañana, cuando vieron partidas las galeras, y que Tibaldo se llevaba en ellas á los dos hermanos, alteráronse todos mucho, y decian que aunque Rocafort fuese de tan ruines costumbres, era su capitan, y no les parecia justo entregarle á sus enemigos para que hiciesen escarnio dél y de nuestra nacion, dándole una muerte vil y afrentosa, en mengua de todos ellos; que si Rocafort la merecia, que se la hubiera dado el ejército por sus manos, y no ponerle en las de sus mayores enemigos. Con esta plática se fueron encendiendo los ánimos, atizados de los amigos íntimos de Rocafort, de suerte que llegaron á tomar las armas los almugavares y turcos contra los que se habian señalado en su prision, y con una furia y coraje increible los iban buscando por sus alojamientos y matando los que topaban, sin que hubiese soldado ni caballero que se atreviese á resistirles: tanta fué la aficion y voluntad que la gente de guerra tuvo á Rocafort, que jamás la pudieron borrar sus maldades y ruin correspondencia con los amigos, ni en esta ocasion pudo sosegarse hasta vengarle y satisfacerse muy á su gusto. Quedaron muertos deste alboroto ó motin catorce capitanes de los mas conocidos enemigos de Rocafort, y otra mucha gente de los aficionados y criados destos capitanes, que quisieron al principio resistir: cosa notable que los nuestros, puestos en medio de sus enemigos, tres años continuos tuviesen ellos siempre guerra civil, derramándose mas sangre que en todas las demás que tuvieron con los extraños. Y aunque las guerras civiles son de ordinario ocasion de no tenerlas con los extranjeros, no sucedió esto á los nuestros, pues á un mismo tiempo acometian al enemigo y se mataban entre ellos.

Tibaldo llegó á Nápoles con los dos hermanos Rocaforts presos, y los entregó al rey Roberto, su mortal enemigo. El orígen desta enemistad fué no haberle querido Berenguer de Rocafort entregar unos castillos de Calabria, que por razon de las paces hechas entre los reyes le pertenecian, hasta que le satisfaciesen lo corrido de sus pagas á él y á su gente; y como los reyes tienen por injuria y atrevimiento grande pedilles paga de servicios por medios violentos, aunque por entonces

satisfizo á Rocafort, quedóle siempre vivo el sentimiento deste agravio. Mandó luego que los llevasen á los dos hermanos al castillo de la ciudad de Aversa, y que encerrados en una obscura prision, los dejasen sin darles de comer hasta morir. Fué Berenguer de Rocafort el mas bien afortunado y valiente capitan que hubo en muchas edades, y el mas digno de alabanza, si al paso de su prosperidad no crecieran sus vicios. Sirvió al rey don Pedro y á sus hijos don Jaime y don Fadrique, de capitan. Después con nuevos pensamientos se juntó con Roger en la Asia, adonde fué con no pequeño socorro. Por muerte de Corbaran de Alet fué senescal, maestre de campo, general del ejército, y después de muerto Roger, y Berenguer preso, le gobernó por espacio de cinco años sin competidor alguno, y en este tiempo destruyó muchas ciudades y provincias. Venció tres batallas con muy desigual número de gente, y en una dellas un emperador de oriente; y mantuvo una guerra tanto tiempo en el centro de las provincias enemigas; y últimamente, atravesó con su ejército desde Galípoli á Casandria, quemando y destruyendo cuanto se le puso delante. Nunca fué vencido ni aun en pequeñas escaramuzas. Triunfó de todos sus enemigos, y en todas las guerras civiles y extranjeras fué siempre vencedor; pero el remate de todas estas dichas paró en una triste prision y miserable muerte, aunque, al parecer de todos, justísimo castigo del cielo, por la sangre inocente que derramó de sus amigos y de otros muchos que injustamente murieron á sus manos. Gisbert de Rocafort siguió la misma fortuna que su hermano; pero, segun se colige de los historiadores de aquellos tiempos, no procedió tan disolutamente como él, aunque fué participante y compañero en muchos de sus delitos, y particularmente en la de Berenguer, y quizá por no tener el lugar de su hermano fué menos notado; porque los vicios se descubren mas en la mayor fortuna. Quién fuesen estos caballeros, ó de qué familia de las muchas que en Cataluña hubo deste apellido, Montaner lo calla, como de muchos otros que se hallaron en esta grande empresa, que ni aun escribió sus nombres: yerro por cierto ó descuido muy notable y de grandísimo perjuicio para las casas nobles que hoy permanecen en estos reinos, cuyos pasados se hallaron en esta tan señalada expedicion.

CAPITULO LX.

Eligen los catalanes gobernadores; y solicitados del duque de Aténas, ofrecen de servílle.

Después del miserable caso de Rocafort y de los que por él se siguieron, quedó nuestro ejército, no solo sin cabeza, pero sin personas capaces de tanto peso; porque el gobierno de tan varias gentes, acostumbradas á obedecer famosos capitanes, y envejecidas debajo de su mando, mal se pudiera entregar á quien no fuera igual á los pasados en valor y nobleza de sangre. Roger de Flor fué el que primero los gobernó, hombre, como se dijo, señaladísimo entre todos los capitanes de su tiempo; después Berenguer de Entenza, ilustre por su sangre y hazañas; luego Rocafort, famoso por sus vitorias; y aunque sin estos en nuestro campo habia muchos caballeros y capitanes de nombre que pudieran ocupar este puesto, habian todos perecido por la crueldad de Rocafort, que, como á émulos y competidores, les procuró siempre su perdicion; porque no hay razon que prevalezca en un hombre cuando se atraviesa la conservacion de un puesto grande, y los medios que pone para adquirille y mantenelle no repara en si son buenos ó malos, á trueque de salir con su pretension. Juntáronse los del consejo para elegir cabeza, y considerando la falta que tenian dellas, se resolvieron de nombrar dos caballeros, un adalid y un almugavar, para que por todos cuatro juntos, por consejo de los doce se gobernase el campo. Con este gobierno se entretuvieron algun tiempo en Casandria, adonde tuvieron embajadores del conde de Breña, que sucedió en el ducado de Aténas por la muerte de su duque, último descendiente de Boemundo, que por faltarle sucesion dejó su estado al Conde, su primo hermano. Trajo esta embajada Roger Deslau, caballero catalan, natural de Rosellon, que servia al Conde. Con este se asentó el trato, ofreciéndoles de parte de su señor que siempre que le viniesen á servir, les daria seis meses de paga adelantada y las mesmas ventajas que habian tenido en servicio del emperador Andrónico. Pero dudábase mucho que pudiesen ir á servílle sino dándoles armada con que pasar, porque por tierra parecia imposible, por haber de atravesar tantas provincias, y casi todas de enemigos, rios caudalosos, montes ásperos, y todo esto sin haberlo reconocido. Con todas estas dificultades quedaron firmados todos los conciertos, por si en algun tiempo le fuesen á servir.

Pasaron el siguiente invierno los nuestros con alguna falta de bastimentos; y así, en abriendo el tiempo, trataron de desamparar á Casandria y acometer á Tesalónica, cabeza de toda la provincia, y adonde estaba la mayor fuerza della, porque se tenia por cierto que ganada esta ciudad, podrian fundar con mucha seguridad los catalanes y aragoneses su imperio en ella y alcanzar las mayores riquezas del oriente, por residir allí Irene, mujer de Andrónico, y María, mujer de su hijo Miguel, con toda su corte. No fueron estos consejos tan ocultos al emperador Andrónico como se pensaba, y trató luego de prevenirse, porque conocia á los catalanes con brios para emprender cosas tan grandes y al parecer imposibles. Envió capitanes expertos á Macedonia á levantar gente para defender las ciudades principales. Mandó que dentro dellas se recogiesen los frutos de toda la campaña, para asegurarse del daño que podia causar la falta dellos, y dejar al enemigo la tierra de manera que no se pudiese mantener de lo que en ella quedaba. Mandó tambien que desde Cristopol hasta el monte vecino se levantase una muralla para impedirles la vuelta de Tracia. Con esto le pareció al Emperador que acabaria á los catalanes sin venir con ellos á las manos; que esto jamás quiso que se aventurase, porque tenia por imposible vencerlos con fuerza y violencia. Estuvo bien cerca de salirle bien estas trazas á Andrónico, si el valor de nuestra gente no las hiciera vanas y sin provecho.

CAPITULO LXI.

Sale el ejército de Casandria, y pasa á Tesalia.

Dejaron los nuestros á Casandria, y vinieron con todo su poder la vuelta de Tesalónica, creyendo hallarla en el descuido que ciudad tan grande y populosa pudiera tener, pero fué muy diferente de lo que se pensó; porque bastecida de provisiones y de gente de guerra,

estaba sobre el aviso. Tentaron de acometella á viva fuerza de asaltos, pero las dos emperatrices que estaban dentro, asistidas de los mas valientes capitanes del imperio, libraron la ciudad; porque los catalanes, reconociendo tan gallarda defensa, dejaron la empresa, y alojados en las aldeas mas vecinas, corrieron la tierra para buscar el sustento; pero como la vieron vacía de gente y de ganado, sospecharon la traza del enemigo, que ellos no habian prevenido. Trataron luego de partirse, porque ocho mil hombres, sin los cautivos, caballos y bagajes, era número grande para poder sustentarse y vivir de lo que el enemigo habia dejado de recoger. Viendo pues la ruina inevitable si se detenian, determinaron volver á Tracia por el proprio camino que trujeron á la venida; pero avisados de un prisionero que el paso de Cristopol estaba cerrado con un muro y bastante gente para su defensa, tuviéronse casi por perdidos, porque creyeron tambien que tras esta prevencion, los macedones, tracios y lirios y acarnanes y los de Tesalia, todos pueblos vecinos, juntas sus fuerzas, les acometerian, ó por lo menos les defenderian el buscar el sustento; con cuya falta forzosamente habian de perecer. La última necesidad, como siempre acontece, les hizo resolver de atravesar toda la provincia de Macedonia y entrar en Tesalia, cuyos pueblos vivian sin recelo de sus espadas, porque creyeron que Macedonia y las fuerzas que habia dentro della fueran impenetrables muros para que los catalanes los pudieran ofender. Apenas acabaron de tomar este consejo cuando luego le pusieron en ejecucion, porque Andrónico no le pudiese prevenir; y así, dejando á Tesalónica, recogiendo todas sus fuerzas con increible diligencia, porque el enemigo no les impidiese la entrada de los montes, caminaron por pueblos enemigos, tomando dellos solo el sustento forzoso; porque el temor del peligro fué mayor entonces que su codicia, que por no detenerse no la ejercitaban. Al tercero dia llegaron á la ribera del rio Peneo, que corre entre los montes Olimpo y Ossa, y riega aquel amenísimo valle llamado Tempe, tan celebrado en la antigüedad. En las caserías y poblaciones riberas de este rio se alojaron, donde, convidados de su regalo y templanza del cielo, pasaron el rigor del invierno. Dióles ocasion para este reposo el tener llana y segura la salida para Tesalia, y la abundancia de bastimentos que hallaron en las tierras, poco trabajadas antes de gente militar. Fué este valle de Tempe tan estimado de los antiguos, así por la suavidad y templanza del aire, como por la religion y deidades que creyeron que habitaban entre aquellas selvas y bosques y en el rio, que le tenian por un paraíso y propria habitacion de sus dioses. Los griegos, cuando supieron el camino que los catalanes habian tomado, poco seguros de que no volviesen, no los quisieron irritar, aunque la presteza de su camino fué de manera, que aunque les quisieran seguir no pudieran alcanzalles, y quedaron con nuevos temores de gente cuya industria y valor excedia todas sus fuerzas y consejos.

CAPITULO LXII.

Baja el ejército de los catalanes á Tesalia, y por concierto dejan esta provincia y pasan á la de Acaya.

En entrando la primavera, salió el ejército del valle y bajó á Tesalia, sin haber enemigo que se le opusiese; con que libremente se hicieron contribuir de la mayor parte de sus pueblos que viven en lo llano. Hallábase entonces esta provincia sujeta á un príncipe de poca capacidad, casado con Irene, hija bastarda del emperador Andrónico. Estaba desavenido con su suegro porque no queria reconocer la obediencia que debia al imperio; porque ya en este tiempo aquella monarquía oriental de los griegos estaba en su última declinacion, y la mayor parte de los príncipes sujetos no la querian reconocer, porque la vieron sin fuerzas, y sin ellas cualquier derecho se pierde; que la sujecion no se da sino al poderoso. Así el imperio de los romanos del occidente ha venido á quedar en un título vano de su grandeza, porque Italia, Francia, España é Inglaterra, que un tiempo le rindieron tributo y recibieron sus leyes, hoy se ven libres, porque declinó su poder, y con él se perdió su derecho: los godos y demás naciones septentrionales le redujeron á esta miseria. Luego que el príncipe de Tesalia supo las fuerzas que tenia en su estado, y que eran superiores á las suyas, con los buenos consejeros y ministros fieles que tuvo, alcanzó lo que otros no pudieron con las armas, que fué persuadilles con dádivas y con ruegos que saliesen de su estado; y así, con una cortés embajada, después de haber fortificado algunas ciudades y puestos en defensa, porque tambien fuese esto ocasion de que los catalanes no dejasen lo cierto por lo dudoso, ofreciéronles bastimentos necesarios y fieles espías para que los llevasen á Acaya ó á donde mejor les pareciese, y juntamente les dieron gran cantidad de dinero; porque cuando el poder es muy inferior, no se puede tener por desvalor y mengua redimir con dinero la vejacion que se padece. Juntáronse los gobernadores y consejeros del ejército, y ponderando las dificultades y peligros que pudieran suceder de quedarse en la provincia, juzgaron por cosa útil y necesaria admitir los partidos y caminar adelante, porque cuanto mas se acercaban hácia al mediodía, tanto se acercaban á tener cerca los socorros de Sicilia y de España. Respondieron á los embajadorés que ellos admitian el partido, y con esto el negocio quedó concluido; y luego por parte del Príncipe se les entregó el dinero y vituallas, y ellos con mucha puntualidad partieron el dia que ofrecieron de salir. Con esto Tesalia quedó libre por su industria de gravísimos daños, y los catalanes con la misma los evitaron; porque la guerra á todos es dañosa, y muchas veces el vencedor se diferencia solo en el nombre del vencido. El camino que los nuestros tomaron fué por la parte montañosa de la provincia de Tesalia, llamada la Blaquia, que forzosamente hubieron de atravesar parte della. Zurita, cuando refiere el camino que hizo este ejército, recibió grande engaño diciendo que la tierra que pasaron se llamaba Valaquia, porque no llegó á su noticia que habia provincia que se llamase Blaquia; porque Montaner, de donde él lo sacó, la llama Blaquia, y Zurita, ignorando el nombre y corrigiendo á Montaner, la llama Valaquia, llevado de la semejanza del nombre; pero á la Valaquia no llegaron los nuestros con cien leguas. La Blaquia se debe llamar, que es, segun Nicétas, en el fin de su historia, la tierra montañosa de Tesalia, que viene bien con el camino que los catalanes hicieron y con el nombre que Montaner la llama. Sus naturales se llaman blacos, gente belicosa y que tuvo muchos años

oprimidos á los emperadores orientales, y aun hoy entre los turcos conservan su nombre y valor, puesto que sujetó á tan bárbara y poderosa gente. No acaba Montaner de encarecer el trabajo que se tuvo en este camino de la Blaquia, porque siempre fué con las armas en la mano y peleando : tanta resistencia hallaron en los naturales. Yo entiendo que una de las mayores empresas que se hicieron en esta expedicion fué el abrir camino por esta tierra, tan llena de gente plática y valiente. Al fin la atravesaron á pesar suyo, con universal admiracion de los que conocieron el peligro, con las buenas y fieles guias de los de Tesalia. Pasaron el estrecho llamado Termópilas, célebre por los trescientos espartanos que con Leónidas murieron defendiendo el paso á Jérjes y la libertad de Grecia. De allí bajaron á la ribera del rio Cefiso, que baja del monte Parnaso y corre hácia el oriente, dejando á la parte del norte los pueblos llamados de los antiguos locrenses, opuncios y epieménides, y á mediodía Acaya y Beocia. Llega este rio hasta Lebadia y Haliarte, donde se divide y pierde el nombre, y le muda en el de Esopo y Ismeno. Esopo corre por medio de la provincia Atica hasta que entra en el mar; Ismeno junto de Aulide desagua en el mar Euboico, llamado hoy de Negroponte. Por aquellas vecinas aldeas de locrenses se alojó nuestro campo para pasar el otoño y invierno, y tomar resolucion de lo que se habia de hacer la primavera siguiente.

CAPITULO LXIII.

El duque de Aténas recibe á los catalanes.

El duque de Aténas, luego que supo que el ejército de los catalanes habia pasado los montes y atravesado la Blaquia, envió con mucha diligencia sus embajadores á las cabezas del ejército, temiendo que otros príncipes vecinos recibiesen á los catalanes en su servicio; porque, como era milicia de tanta estimacion, todos procuraban tenerla en su favor; y así, él con grandes ofrecimientos de pagas y sueldos aventajados, les acordó la palabra que le dieron en Casandria de venille á servir cuando él envió á Roger Deslau. Los catalanes, oida la embajada del Duque, les pareció mas útil su amistad que la de los otros príncipes vecinos; y así, se concluyó el trato con él, que fué el mismo con que sirvieron al emperador Andrónico. Con estos nuevos socorros el Duque se puso en campaña á restaurar lo que sus enemigos habian ocupado de su estado. El mas vecino y poderoso enemigo era Angelo, príncipe de los blacos, y el emperador Andrónico, que como príncipe griego, aborrecia el nombre latino, y queria echar de su estado al Duque y á los demás franceses que le seguian. El déspota de Larta, llamada de los antiguos Andracia, tambien le apretaba con sus armas. Contra las destos tres enemigos, que aun divididos eran poderosos, comenzó la guerra el Duque; y fué tan dichoso en ella, que no solamente reprimió la furia y rigor de sus enemigos y defendió su estado, pero tambien cobró treinta fuerzas que le habian usurpado. Ultimamente se trataron y concluyeron paces con todos; pero se hicieron muy aventajadas por parte del Duque. Todos los sucesos desta guerra que los catalanes tuvieron con los enemigos del Duque, no hay historiador que lo refiera sino solo por mayor, ni ha quedado memoria ni papel alguno de donde se pudiera sacar algo que ilustrara estos sucesos, que fueron sin duda muy notables, porque los enemigos con que se hizo eran poderosos en número y valor. Gran desdicha de nuestra nacion que haya enterrado el silencio hechos tan memorables, que pudieran perpetuar su estimacion en los siglos venideros.

CAPITULO LXIV.

Despide el Duque con suma ingratitud á los catalanes que le habian servido, sin quererles pagar; con que los unos y los otros se previenen para la guerra.

Luego que el Duque se vió absoluto y pacífico señor de su estado, no trató de cumplir su palabra pagando lo que habia ofrecido á los nuestros cuando los llamó á su servicio; antes bien, tratándoles con poca estimacion, les fué maquinando su ruina : cosa al parecer imposible, olvidarse de tan reciente y señalado beneficio como fué restituirle en su estado y reprimir tan poderosos enemigos. Admiró extrañamente esta novedad y mudanza á los catalanes y aragoneses, que esperaban de su mano vivir de allí adelante con honra y comodidad; porque como el Duque se criara en Sicilia, en el castillo de Agosta, mostraba aficion á los catalanes, y hablaba su lengua como si fuera natural y propria suya. Quedaron suspensos de velle tan trocado cuando mas prendas y obligaciones corrian. La traza que tuvo el Duque para librarse de las descomodidades que la gente de guerra pudiera causar en su estado pacífico, fué la siguiente : entresacó de nuestro ejército doscientos soldados de á caballo, los de mayor servicio y partes, y trescientos infantes, y repartió entre todos ellos algunas haciendas, con harta moderacion, por todo su estado. Quedaron estos contentísimos, y los demás tambien, esperando de que el Duque habia de usar de la misma liberalidad con ellos. Pero al tiempo que creyeron ver cumplidas sus esperanzas, les mandó el Duque que dentro de un breve plazo se saliesen de su estado, y que cuando no le obedeciesen, los trataria como á rebeldes y enemigos. Los nuestros, aunque confusos y turbados de golpe tan poco prevenido, con el valor y determinacion que solian, le respondieron que obedecerian con mucho gusto si les pagaba el sueldo que se les debia, pues tan bien le habian servido, y los seis meses adelantados que les ofreció cuando vinieron á su servicio; que con este dinero podrian alcanzar bajeles para volver á su patria seguros, aunque mal pagados. Replicó á esto el Duque con tanta soberbia y con tanto desconocimiento de los servicios pasados, que dijo que se fuesen de su presencia y se saliesen de su tierra; que él ni les debia ni les queria pagar lo que con tanta desvergüenza le pedian; que aprestasen luego su salida si no querian verse muertos ó cautivos. Esta respuesta obligó á los nuestros á que determinasen antes morir que salir de su tierra sin que se les diese entera satisfacion. Hiciéronle saber esta resolucion, y entre tanto se apoderaron de algunos puestos importantes, adonde los pueblos, aunque por fuerza, les contribuian para sustentarse. Luego que el Duque supo que los catalanes se querian defender, hizo grandes juntas de gentes, así de naturales como de extrañas, para echarles por fuerza de su estado, pudiéndolo hacer con menos gasto, menos peligro y menos nota de su ingratitud, si les despidiera dándoles las pagas que tan bien habian me-

recido. Al fin se resolvió de echarles por fuerza, y para esto juntó un poderosísimo ejército, bien desigual con nuestro corto poder, porque de atenienses, tebanos, platenses, locrenses, tocenses y magarenses, y ochocientos caballos franceses, llegó á tener seis mil y cuatrocientos caballos y ocho mil infantes, aunque Montaner quiere que sean muchos mas; pero en este caso me ha parecido seguir á Nicéforo, que lo escribe harto difusamente, y pudo tener mas noticia, por hallarse mas cerca que Montaner, que ya no estaba presente en esta jornada, y el griego es muy neutral cuando no escribe los sucesos de su nacion, sino de las extrañas. Los doscientos caballos y trescientos infantes á quien el Duque habia dado las haciendas que se ha dicho, viendo el peligro de sus compañeros, y creyendo que aquel mismo rigor se habia tambien después de ejecutar en ellos, fuéronse al Duque, y le dijeron cómo entendian que aquel ejército que tenia junto era para contra sus compañeros y amigos; y que si esto era así verdad, ellos le renunciaban las haciendas que les dió, porque tenian por mejor suerte morir defendiendo á los suyos que gozar riquezas en paz pereciendo ellos. El Duque, confiado de sus fuerzas, que eran tan superiores á las nuestras, les respondió con palabras tan pesadas y tan llenas de mil ultrajes y afrentas, que cuando no vinieran tan resueltos de apartarse de su servicio, solo esta respuesta les obligára á procurar vengarse. Las palabras en todos los hombres han de ser muy medidas, y mas en los príncipes, porque de la descortesía no se puede esperar sino aborrecimiento, y las mas veces deseo y cuidado de satisfacion y venganza. Palabras descompuestas causan justa indignacion, aun en los mas humildes. La cortesía es lazo con que se prenden los corazones, y usada con los enemigos, suele ser medio para ablandarlos en el mayor ímpetu de su furia. Con esto se fueron los quinientos á juntar con los demás catalanes y aragoneses, y les avisaron de la última resolucion del Duque; de quien dice Nicéforo que estaba tan arrogante y soberbio, viendo debajo de su mano tanta y tan lucida gente, que ya sus designios eran mayores que destruir á los catalanes, porque esto lo pensaba hacer como de paso, y entrar después en las provincias del imperio, haciendo una cruel y sangrienta guerra hasta llegar á Constantinopla. Pero todas estas trazas atajó Dios en sus principios; porque la sobrada confianza de sí mismo nunca se logra.

CAPITULO LXV.

Vitoria de los catalanes contra el duque de Aténas, y su muerte; con que los catalanes se apoderaron de aquellos estados, y dieron fin á su peregrinacion.

Los catalanes y aragoneses, luego que supieron que el Duque venia marchando con todo su campo la vuelta de sus alojamientos, hicieron lo que otras veces cuando se vieron forzados de la necesidad, que fué poner el remedio en solo su valor. Determinaron salirle al encuentro, aunque se hubiese de pelear con tanta desigualdad. Hallábanse en nuestro ejército, entre todas las tres naciones, tres mil y quinientos caballos y cuatro mil infantes, cuando dejaron sus cuarteles para salir á recibir al Duque. Llegaron á alojarse el primer dia en unos prados por donde atravesaba una acequia muy grande, que les ofreció un ardid y traza importante para su ruina del enemigo. La yerba de los prados estaba crecida un palmo alta, bastante para encubrir el terreno. Empantanaron todos aquellos campos vecinos, por donde juzgaron que la caballería enemiga habia de hacer sus primeros acometimientos. Para la suya dejaron algunos en seco, para que cuando fuese menester pudiese salir y escaramuzar por lo enjuto y firme. Sucedióles bien la traza; porque el Duque al otro dia vino con todo el ejército, tan poderoso, que fué ocasion de su descuido en advertir los ardides del enemigo, y le pareció que solo el lucimiento de sus armas y galas bastaba para humillar sus enemigos. En descubriendo á los nuestros ordenó sus escuadrones, y porque tenia mayor confianza de la caballería, la puso toda delante, y él en persona, con una tropa de doscientos caballeros franceses y los mas lucidos de la provincia, tomó la vanguarda. Nuestra gente, al tiempo que el Duque se disponia para la batalla, quiso hacer lo mismo, mezclando los escuadrones y tropas de los turcos y turcoples entre las suyas; pero ellos se salieron afuera, diciendo que no querian pelear, porque tenian por imposible que el Duque viniese contra los catalanes, de quien habia sido tan bien servido, sino que debia ser traza con que los querian destruir á ellos, como á gente de diferente religion. No se turbaron los catalanes y aragoneses en esta resolucion de los turcos, aunque por la brevedad no les podian desengañar, ni quisieron rehusar la batalla; antes con mas coraje salieron á escaramuzar y cebar al enemigo que viniese á buscar su misma muerte. El Duque con la primer tropa de vanguarda vino cerrando contra un escuadron de infantería que estaba de la otra parte de los campos empantanados, y con la furia que la caballería llevaba se metió sin poderlo advertir en medio dellos, y al mismo tiempo los almugavares, sueltos y desembarazados, con sus dardos y espadas se arrojaron sobre los que cargados de hierro se revolcaban en el lodo y cieno con sus caballos. Llegaron las demás tropas para socorrer al Duque, y cayeron en el mismo peligro. El Duque, como mas conocido, fué de los primeros que murieron á manos de los que poco antes habia menospreciado y maltratado con palabras afrentosas. Este suele ser el fin de los arrogantes y desvanecidos, que de ordinario vienen á perecer donde creyeron que habian de triunfar.

Muerto el Duque y los que iban en su tropa, quedó lo restante del campo lleno de miedo y confusion, porque ya los catalanes y aragoneses les habian acometido por diversas partes, y los turcos y turcoples, satisfechos de sus recelos, viendo que los nuestros degollaban la gente del Duque, salieron de refresco contra ella, y dieron cumplimiento á la vitoria. Pereció con el Duque mucha gente principal; porque de setecientos caballeros que entraron en la batalla solos dos quedaron vivos. El uno fué Bonifacio de Verona, y el otro Roger Deslau, caballero de Rosellon y muy conocido en nuestro ejército, por haber venido muchas veces con embajada del Duque á nuestros capitanes cuando moraban en Casandria. Fué la batalla muy terrible y sangrienta, y duró mas el alcance y el matar que el vencimiento; porque en siendo muerto el Duque, y empantanadas las primeras tropas de la caballería, hubo gran desórden en lo restante del ejército enemigo, con que fué fácil el rompello. Ganada tan señalada vitoria, pasaron adelan-

te, y en pocos dias se apoderaron de la ciudad de Tébas, y luego de la de Aténas, con todas las fuerzas del estado del Duque, rendidas las mas sin esperar sitio, porque toda la defensa se habia perdido en la batalla. Con esto quedaron nuestros catalanes y aragoneses señores de aquel estado y provincia, al cabo de trece años de guerra; y con esto dieron fin á toda su peregrinacion, y asentaron su morada, gozando de las haciendas y mujeres de los vencidos; porque después que se vieron sin contradicion dueños de todo, la mayor parte de los soldados se casaron con las personas mas principales y mas ricas de la provincia, y quedó fundado en ella un nuevo estado y señorío, que nuestros reyes de Aragon estimaron mucho, por ser ganado, no con sus proprias fuerzas ni con la hacienda comun de sus reinos, sino por hombres particulares súbditos suyos: gran dicha de príncipes tener tales vasallos, que los trabajos, los gastos y los peligros vayan por su cuenta, y el fruto de las vitorias, la conquista de los reinos, la gloria de haberlos adquirido, y el mando y gobierno dellos sea por el príncipe en cuyos estados nacieron. Estaban los nuestros tan faltos de personas principales y caballeros que les gobernasen, que pidieron á Bonifacio de Verona, uno de los dos caballeros que quedaron vivos de la batalla, que fuese su capitan; pero Bonifacio, por parecelle que tendria la misma autoridad con ellos que tuvo Tibaut, no quiso admitir lo que le ofrecian. Dos cosas por cierto extrañas hallo en este caso: la primera que pusiesen los ojos para su capitan en extranjero y prisionero suyo; y la segunda que él no lo quisiese ser. Desengañados de su voluntad, hicieron capitan á Roger Deslau, y le dieron por mujer la que lo habia sido del señor de Sola, mujer principal y rica. Con este capitan se gobernó algun tiempo aquel estado.

CAPITULO LXVI.

Los turcos, con el deseo de volver á la patria, dejan el servicio de los catalanes, y por el mismo camino que vinieron, vuelven á Galípoli.

Los turcos y turcoples, viendo que los catalanes y aragoneses sus compañeros habian acabado su peregrinacion, y que estaban resueltos de fundar en aquel estado su asiento y vida, deseosos de volver á la patria, determinaron de apartarse de nuestra compañía; y aunque les propusieron diferentes partidos para que se quedasen, ofreciéndoles villas y lugares donde descansadamente pudiesen vivir y participar igualmente con ellos del premio de sus vitorias, ninguna cosa bastó á detenerles, porque decian que ya era tiempo de volver á su tierra y ver sus amigos y deudos, y mas hallándose con tanta prosperidad y riquezas como tenian, con las cuales querian que su propria naturaleza fuese el centro de su descanso. Con esta resolucion se partieron amigablemente los turcos y turcoples de nuestra compañía la vuelta de su patria. Tomaron el proprio camino que trujeron cuando vinieron con los catalanes desde Galípoli. Atravesaron toda Tracia, sin que persona alguna les resistiese, talando y destruyendo con grande inhumanidad todas las provincias por donde pasaron. Los turcoples, con Meleco, su capitan, eran cristianos, pero mas en el nombre que en los hechos. No quiso intentar nuevo trato para volver al servicio de Andrónico, ó porque dudó que no se lo admitirian, ó ya que lo admitiesen, receló no fuese para después de aseguralle darles la muerte; porque sabian que los griegos y su príncipe Andrónico estaban muy ofendidos de que en la batalla que los catalanes ganaron cabe Apros, ellos fueron los primeros que desampararon á Miguel, y después dejaron las banderas imperiales de Andrónico, á quien servian, y se juntaron con los catalanes y aragoneses, sus mayores enemigos, y por siete años continos destruyeron con ellos el imperio: causas bastantes para temer cualquier reconciliacion; que tan grandes ofensas nunca se olvidan. Desesperado Meleco de tomar este camino, le abrió otro la suerte para que descansase, porque el príncipe de Servia le ofreció buen acogimiento, con condicion que no habian de tomar las armas, ni usarlas sino cuando él quisiese. Aceptólo Meleco, y quedaron en Servia él y los suyos en vida sosegada y quieta, bien diferente de la que hasta allí tuvieron. Calel, capitan de los turcos, que llegaban al número de mil y trescientos caballos y ochocientos infantes, entró en Macedonia, donde determinó de estar muy de asiento, hasta que con seguridad pudiese volver á su patria, y en este medio hizo tantos daños en aquella provincia, que fué forzoso, ya que faltaban las fuerzas para echarle con ellas, tratar de algunos conciertos con que le obligasen á salir. El que pareció mas conveniente para entrambas partes fué que Calel desampararia la provincia si le aseguraban el paso de Cristopol, y le daban navíos con que pudiese pasar el estrecho; porque sin estas dos cosas, y faltándole cualquiera dellas, era imposible volver á la Natolia, su patria. Los turcos entonces platicaban poco el ser marineros, porque como tenian aun provincias que ganar en tierra firme, no cuidaban de las que estaban de la otra parte del mar, y así, no pudo tener Calel esperanza en los navíos de los de su nacion. El estrecho de Cristopol era imposible atravesarle, por la muralla que en él se habia levantado después que los nuestros le pasaron. Avisaron al emperador Andrónico de los pactos con que los turcos daban palabra de salir de la provincia; y ponderando como era justo el peligro y riesgo que se ponia con su detencion, y lo que toda Macedonia padeceria si los turcos, desesperados de que el paso y camino de su patria se les impidiese, y que podrian acometer á Tesalónica ó alguna otra empresa semejante, á que la desesperacion obliga, y acordándose cuán caro le costó el menospreciar á los catalanes, le hizo resolver presto en el negocio y aceptar aquellos partidos, y ofrecer á los turcos el paso libre de Cristopol, y navíos para pasar el pequeño estrecho del Helesponto. Y porque nadie los pudiese ofender, envió tres mil caballos para guarda suya, con un famoso capitan llamado Senancrip Estratepedarea (1), una de las dignidades principales de aquel imperio. Con esta gente Calel y los demás turcos pasaron el estrecho de Cristopol y llegaron cerca de Galípoli, donde se les habia ofrecido que se les daria embarcacion.

(1) *Stratopedarcha*, prefecto de la milicia, segun *Nicéforo*, lib. 4.

CAPITULO LXVII.

Los griegos rompen la fe prometida á los turcos; y descubierta la traicion, ganan un castillo, donde se fortificaron.

Estando ya aguardando los navíos la gente y capitanes de Senancrip, reconociendo las grandes riquezas que los turcos se llevaban, y que eran despojos de sus provincias, teniendo por gran vileza dejar aquellos bárbaros, siendo tan pocos, volviesen á su patria con ellos, determinaron quebrarles el seguro y la palabra real, juzgándolo por menos inconveniente que sufrir tanta mengua. Tuvieron acuerdo de cómo y á qué tiempo les acometerian: pareció que fuese de noche, tiempo oportuno para gente descuidada. No se trató el negocio con tanto secreto, que los turcos no tuviesen noticia de lo que contra ellos se maquinaba en tan gran ofensa de la misma razon y justicia y del derecho universal de las gentes, que hace inviolable la fe prometida aun al mismo enemigo. Levantáronse aquella noche, y ocuparon un castillo el mas vecino que se les ofreció, y pusiéronse en defensa, con determinacion de morir vengados. Senancrip y sus capitanes, como se vieron descubiertos, hubo gran confusion entre ellos si era bien acometerles ó dar aviso al Emperador de lo que pasaba. Prevaleció este último parecer, y avisáronle luego. Pero aunque el aviso llegó presto y á su tiempo, Andrónico tardó en resolverse: falta muy ordinaria de los príncipes, y la mas perniciosa, dilatar los remedios hasta que pasa la ocasion, y vienen á llegar cuando ya no es posible que aprovechen; y esto en tanto es mas peligroso, cuanto el negocio es de mayor importancia, como lo son los tocantes á la guerra, donde los yerros pequeños suelen ser causa de pérdidas de reinos y monarquías. Tardar en la eleccion de los pareceres que se han de seguir es peor que ejecutar el que se tiene por menos conveniente. Vióse bien en este caso de cuánta mayor importancia fuera para Andrónico, ó mandar que luego se pelease con los turcos, ó darles navíos para pasar el estrecho; porque cualquiera destas dos cosas que hiciera, que eran las que le tenian supenso y dudoso, fuera mas acertada que no con la tardanza de resolverse darles tiempo para que les viniese socorro y lugar de fortificarse y prevenirse, como lo hicieron. Porque desengañados los turcos de que los griegos no les guardarian palabra, como gente desesperada, hicieron grande esfuerzo en avisar á los de su misma nacion que estaban de la otra parte del estrecho; y estos, como supieron el peligro en que se hallaban Calel y los suyos, y las grandes riquezas que tenian, con bajeles pequeños y en muchos viajes pasaron gran multitud de turcos en su socorro; y viéndose tantos juntos, no solamente trataron de defenderse, pero comenzaron á correr la tierra como pláticos en ella.

CAPITULO LXVIII.

Los turcos vencen á Miguel, y hacen grandes daños en Tracia.

Hasta que el emperador Andrónico, temiendo que aquellos pocos enemigos iban tomando fuerzas, se acabó de resolver en acabarlos de una vez; resolucion que por poco le costara la vida á Miguel Paleólogo su hijo, porque él en persona emprendió la jornada con la gente de guerra que tenia y gran multidud de villanos, que los traia mas la codicia de recoger los despojos que de pelear. Tenian todos por cierto que en viendo los turcos al emperador Miguel y el fausto y vanidad de los cortesanos se rendirian; y fué tanto el descuido de los griegos, que como si fueran á caza vinieron la vuelta de los turcos, sin ordenar escuadrones, olvidados de todo punto del manejo ordinario de la guerra, ó fuese por ignorancia ó por parecerles inútil cualquier prevencion para tan poca gente. Los turcos, como no tenian otro remedio sino pelear ó morir vilmente, dejaron las mujeres, niños y haciendas dentro los reparos de sus fortificaciones, con bastante número para su defensa, y salieron á encontrarse con el enemigo setecientos caballos. Venia el emperador Miguel muy descuidado, pensando hallar á los turcos no en la campaña, sino defendiendo el poco espacio de tierra que habian fortificado, y cuando descubrieron la tropa de los setecientos caballos que les salian á recibir, fué tanta la turbacion de los griegos y desórden de los villanos, que antes de ser acometidos fueron rotos. Cerró junta la tropa de los setecientos caballos turcos por la parte donde vieron los estandartes y el guion del emperador Miguel, que ni estaba en parte segura ni con la defensa que debiera. Los villanos á este tiempo ya habian vuelto las espaldas y desamparado el puesto que se les encargó, y tras ellos muchos soldados de quien Miguel tenia alguna confianza, y así se vió en un punto sin pelear vencido. Perdió el guion; y aunque con voces y ruegos procuró detener los que huian, no fué oido ni creido. Viéndose solo, y que los turcos le apretaban, volvió las riendas á su caballo, lleno de lágrimas y tristeza, y huyó como los demás. Los turcos le siguieron, y si algunos capitanes y soldados honrados no volvieran el rostro al enemigo para entretenelle, hubiéranle sin duda alcanzado; pero los turcos, detenidos destos pocos que les hicieron resistencia, dejaron de seguir el alcance, y pusieron todas sus fuerzas en rendir á los que se defendian, que á poco rato los acabaron, y con esto dieron fin y remate á la vitoria. Saquearon los alojamientos y tiendas de Miguel, y en la que él estaba alojado hallaron mucho dinero y joyas de grandísimo valor, y entre ellas una corona imperial con piedras finísimas de precio inestimable. Esta vino á las manos de Calel, y haciendo donaire de la dignidad imperial, se la puso en la cabeza, afrentando de palabra al que con tanto deshonor suyo la habia perdido. Una de las causas desta rota de Miguel fué pelear con gente á quien habia quebrado la palabra; que como el guardarla se debe por derecho universal de las gentes, y todas las leyes divinas y humanas nos obligan á ello, permite Dios tales sucesos, y que los bárbaros triunfen de los cristianos como en castigó de tan execrable maldad. Debieran los griegos acordarse lo que les costó pocos años antes no guardarla á los nuestros, pues estaba á pique de perderse el imperio griego si los catalanes y aragoneses tuvieran algun príncipe que les alentara. Después desto los turcos, soberbios y atrevidos con la vitoria tan sin pensar alcanzada, corrieron por toda la provincia de Tracia, talando y destruyendo lo que podian, sin que Andrónico se les opusiese, y esto por el espacio de dos años, con tanto temor de los naturales, que dejaron de salir á cultivar la tierra.

CAPITULO LXIX.

Fíles Paleólogo vence á los turcos; con que todos quedaron muertos y presos.

Mientras el Emperador procuraba traer milicia extranjera para levantar ejército, por no poderle formar de la propria, Fíles Paleólogo, pariente suyo, hombre tenido hasta entonces por encogido, y que solo trataba de estarse quieto en su casa, le pidió que le diese licencia y poder para juntar la gente que quisiese, ofreciéndose de tomar á su cargo la jornada. Andrónico advirtió la bondad del hombre; y pareciéndole que debia ser enviado de Dios para remedio de tantos daños, determinó de encargalle la guerra, y dejársela hacer á su modo; porque tenia por cierto que sus pecados eran causa de tan malos sucesos, pues no bastó un grande ejército para vencer tan poco número de turcos; y así, puso solo su esperanza en la bondad de Fíles, á quien dió dineros, armas y caballos y la gente que quiso. Salió Fíes en campaña, y antes encargó á todos que se confesasen, porque de otra manera era imposible alcanzar algun buen suceso. Distribuyó la mayor parte del dinero en limosnas con los pobres y en los monasterios para que estuviesen en continua oracion: remedios generales para todos los trabajos, con los cuales se aplaca la ira, y se alcanza la misericordia de Dios. Hecho esto, envió por muchas partes á descubrir al enemigo. Tuvo luego aviso que Calel con mil y doscientos caballos corria las campañas de Bicia, donde habia hecho una gran presa. Con esta nueva caminó tres dias despues que partió de las aldeas vecinas á Constantinopla, y asentó su alojamiento cabe el rio que los naturales de la provincia llaman Xerogipso. Y al cabo de dos dias que allí estuvo, cerca de la media noche llegó el aviso como los turcos estaban cerca, cargados de grandes despojos. Reparóse Fíles para la batalla, y al salir del sol se descubrieron clara y distintamente de ambas partes. Los turcos con gran priesa pusieron los carros al rededor de los cautivos y presa, haciendo su acostumbrada oracion (así lo cuenta Gregoras) y echándose polvos sobre la cabeza. Al tiempo de pelear, Fíles acometio al enemigo; pero el que gobernaba el cuerno derecho, matando por sus proprias manos dos turcos, fué herido en un pié de suerte, que se hubo de salir de la batalla. Esto turbó de manera la gente que peleaba en aquel lado, que casi estuvo desbaratada si Fíles con su valor no los animara y detuviera. Peleóse gran rato, pero la vitoria inclinó á la parte de Fíles, y los turcos, desbaratados y vencidos, habiendo gran parte dellos muerto en la batalla, huyeron. Siguióse el alcance hasta que los turcos llegaron á un castillo donde se habian fortificado. Prosiguió su vitoria Fíles, y en pocos dias llegó á ponerles sitio. El Emperador, cuando supo el buen suceso de la jornada, envió algunas galeras de genoveses á guardar el estrecho, para que á los cercados no les pudiese venir socorro. Viéndose los turcos tan desesperados, por tener todos los caminos de su remedio cerrados, determinaron salir del castillo de noche y morir como hombres. A Fíles le llegaron dos mil caballos tribalos y muchos genoveses, con que se apretase mas el sitio. Los turcos por ver á Fíles mas poderoso no mudaron de parecer; antes con nuevo coraje y brio salieron de noche y acometieron los cuarteles del campo, pero fueron rebatidos y echados con gran pérdida suya. Otra noche volvieron á probar su fortuna, y dieron en las tiendas y alojamientos de los tribalos, de donde volvieron muy mal tratados. Resolvieron por último remedio desamparar el castillo y tomar la vuelta del mar, donde estaban las galeras de los genoveses, en quien pensaban hallar alguna misericordia, por no tenerlos ofendidos. Era la noche muy obscura; y así, muchos de los turcos pensando ir hácia el mar, daban en manos de los griegos, que los mataban sin piedad; los demás llegaron á la lengua del agua. Dice Nicéforo que los genoveses mataron muchos dellos, y muchos cautivaron; pero Montaner añade que esto fué debajo de palabra que los pasarian á la Natolia sin hacerles daño, y que cuando los tuvieron dentro en sus galeras, les echaron en cadena y mataron. Como quiera que ello sea, los turcos, compañeros de los catalanes y aragoneses acabaron en esta jornada, después de haber ellos solos inquietado el imperio cerca de tres años, retirándose quinientas millas que hay, ó poco menos, desde Aténas hasta Galipoli; y aun para destruirles, con ser tan pocos, hubo Andrónico de valerse de los tribalos y latinos; y con todo, se tuvo por milagro que Dios obró por medio de Fíles, porque cuando vieron á Miguel desbaratado y vencido, les pareció que ya no serian bastantes fuerzas humanas para resistirles, sino que se habia de acudir á las divinas.

CAPITULO LXX.

De algunos sucesos de los catalanes y aragoneses en Aténas.

Los catalanes y aragoneses, ya firmes y seguros en las provincias de Aténas y Beocia, gobernáronse algun tiempo por Roger Deslau, como arriba dijimos; pero poco después, ó por muerte de Roger, porque se cansaron de su gobierno y le arrimaron, enviaron embajadores al rey don Fadrique, á quien amaban de corazon, por mas agravios y menosprecios que dél hubiesen recibido, y le suplicaron fuese servido de darles príncipe y señor que les gobernase. El Rey con esta embajada túvose por satisfecho del sentimiento pasado por no haber querido admitir al infante don Fernando, su sobrino, en su nombre. Pero como Rocafort, de quien se tenia por cierto que fué el autor deste consejo, era ya muerto, y agora le ofrecian lo mesmo que entonces pretendia, no pasó adelante con su enojo, aunque para mí entiendo que por mas vivo que estuviera su desabrimiento, no dejara perder tan buena ocasion de acrecentar á su hijo con un estado tan grande. Tuvo el rey don Fadrique su consejo de la persona que les enviaria, y pareció por entonces nombrar al infante Manfredo, su hijo segundo, por príncipe y señor de aquellos estados, y por tal le juraron los embajadores en nombre de toda la compañía. Pero por ser aun Manfredo de pocos años, no quiso el Rey su padre que fuese por entonces, sino enviar á Berenguer Estañol, hombre de mucho valor y prudencia, para que mientras el Infante creciese les gobernase en su nombre. Contentáronse con esto los embajadores, que tambien traian facultad de la compañía de poderle admitir. Partió Berenruer Estañol juntamente con ellos con sus galeras para Aténas, donde fué bien recibido, por verse ya los catalanes y aragoneses debajo de la proteccion de sus prín-

cipes naturales; y hubiéranlo procurado antes si Rocafort por sus particulares intereses no impidiera estos tan honrados pensamientos.

Llegado Berenguer Estañol á tomar el cargo y gobierno de nuestra gente, tuvo luego guerra con los príncipes comarcanos, cuándo con unos, cuándo con otros; porque lo tomó por medio conveniente para conservarse en aquellos estados, por ser cosa muy asentada entre los catalanes que han de ocuparse siempre en alguna guerra extranjera, por excusar las disensiones domésticas y civiles que la ociosidad suele despertar en la fiereza de su natural. Este consejo tomaron prudentísimamente los catalanes de Aténas como á principal medio para su conservacion. Tenian por un lado al emperador Andrónico, con quien pocas veces estuvieron en paz; por otro, al príncipe de la Morea, y por otros dos al déspota de Larta y al señor de Braquia. Mientras peleaban con los unos, hacian treguas con los otros; y así se conservaron muchos años con tanta reputacion en oriente, que he leido en la Historia del Cantacuseno (1), sacada á luz por el padre Pontano, que rehusando el mismo Juan Cantacuseno, por no dejar el lado de Andrónico el nieto, salir de Constantinopla á gobernar una provincia, dió por disculpa que la provincia estaba vecina de los catalanes, y no podia ir á ella sin mucha gente de guerra; y esta disculpa pareció bastante, y se la admitieron. Y en un discurso que trae Zurita de un fraile dominico, animando al rey de Francia para la conquista de la Tierra Santa, dice que los catalanes ya habian abierto el camino, y que seria lo mas importante de la empresa tenerles de su parte y alentarles para que tambien emprendiesen la jornada. Mientras Berenguer Estañol vivió y fué cabeza y capitan en Aténas, tuvieron guerras continuas, no con todos á un tiempo, pero ya con unos, ya con otros, sin tener jamás ociosas sus armas. Muerto Estañol, volvieron segunda vez á pedir al rey don Fadrique gobernador y caudillo que por el infante Manfredo les rigiese. Don Fadrique quiso darles persona señalada; y así, mandó venir de Cataluña al infante don Alfonso, su hijo, y con diez galeras le envió muy bien acompañado para que gobernase el Estado por su hermano Manfredo. Fué notable el contento que recibieron los catalanes y aragoneses por tener prendas de la casa real de Aragon entre ellos. No gobernó mucho tiempo Alfonso por su hermano Manfredo, que murió de allí á poco. Entonces don Fadrique envió á decir á la compañía que admitiesen por su príncipe y señor al mismo Alfonso que los gobernaba. Con esto los catalanes y aragoneses quedaron del todo contentísimos, y tuvieron por seguro su estado, pues habia de asistir con ellos su príncipe. Pusieron gran cuidado en casarle, para que en sus hijos y descendientes se conservase el señorío. Diéronle por mujer la hija única heredera de Bonifacio de Verona, á quien ellos amaron y honraron mucho todo el tiempo que vivió, y después de muerto quisieron que en su descendencia se perpetuase el mando y gobierno de aquel estado. Tenia esta señora la tercera parte de la isla de Negroponte y trece castillos en la tierra firme del ducado de Aténas. El infante don Alonso tuvo en ella muchos hijos, y ella vino á ser una de las mujeres mas señaladas de su tiempo, aunque Zurita no siente en esto con Montaner, á quien yo sigo. Con esto darémos fin á la *Expedicion* de nuestros catalanes y aragoneses, hasta que tengamos larga y verdadera noticia de lo que sucedió en el espacio de ciento y cincuenta años que tuvieron aquel estado.

(1) Cantacucenus, *Historiarum libri* IV *ex interpretatione Jacobi Pontani, cum not. Jacobi Gretseri*.—Paris, 1645.

GUERRA DE GRANADA

HECHA POR EL REY DE ESPAÑA DON FILIPE II

CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, SUS REBELDES;

HISTORIA ESCRITA EN CUATRO LIBROS

POR DON DIEGO DE MENDOZA,

DEL CONSEJO DEL EMPERADOR DON CÁRLOS V, SU EMBAJADOR EN ROMA Y VENECIA, SU GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL EN TOSCANA.

Publicada por el licenciado LUIS TRIBALDOS DE TOLEDO, cronista mayor del Rey nuestro señor por las Indias.

LUIS TRIBALDOS DE TOLEDO AL LECTOR.

Siendo don Diego de Mendoza de los sugetos de España mas conocidos en toda Europa, fuera cosa superflua ponerme á describirle; principalmente habiéndolo hecho en pocos pero elegantes renglones el señor don Baltasar de Zúñiga. Tampoco me detendré en alabar esta Historia, ni en probar que es absolutamente la mejor que se escribió en nuestra lengua; porque ningun docto lo niega, y pudiéraseme preguntar lo que Archidamo lacedemonio á quien le leia un elogio de Hércules : *Et quis vituperat?* Solamente diré qué causas hubo para no publicarse antes; las que me movieron á hacerlo agora; qué ejemplar seguí en esta edicion, y qué márgenes.

Cuanto á lo primero, es muy sabido y muy antigo en el mundo el odio á la verdad, y muy ordinario padecer trabajos y contradiciones los que la dicen, y aun mas los que la escriben. Del conocimiento deste principio nace que todos los historiadores cuerdos y prudentes emprenden lo sucedido antes de sus tiempos, ó guardan la publicacion de los hechos presentes para siglo en que ya no vivan los de quien ha de tratar su narracion. Por esto nuestro don Diego determinó no publicar en su vida esta Historia, y solo quiso, con la libertad que no solo en él, mas en toda aquella ilustrísima casa de Mondéjar es natural, dejar á los venideros entera noticia de lo qué realmente se obró en la guerra de Granada; y pudo bien alcanzarla por su agudeza y buen juicio; por tio del general que la comenzó, adonde todo venia á parar; por hallarse en el mismo reino, y aun presente á mucho de lo que escribe. Afectó la verdad y consiguióla, como conocerá fácilmente quien cotejare este libro con cuantos en la materia han salido; porque en ninguno leemos nuestras culpas ó yerros tan sin rebozo, la virtud ó razon ajena tan bien pintada, los sucesos todos tan verisímiles : marcas por las cuales se gobiernan los lectores en el crédito de lo que no vieron. La determinacion de don Diego me prueban unas gravísimas palabras, escritas de su letra al principio de un traslado desta Historia, que presentó á un amigo suyo, en que juntamente pronostica lo que hoy vemos : *Veniet, qui conditam, et saeculi sui malignitate compressam veritatem, dies publicet. Paucis natus est, qui populum aetatis suae cogitat. Multa annorum millia, multa populorum supervenient : ad illa respice. Etiamsi omnibus tecum viventibus silentium livor indixerit, venient qui sine offensa, qui sine gratia judicent.* (Sénec., epístol. 79.) Dije que no quiso sacarla; añado que ni pudo, porque no la dejó acabada, y le falta aun la última mano; lo que luego se echa de ver en repetir cosas que bastaban una vez dichas, como la significacion de atajar y atajadores, los daños de la milicia concejil, y otras deste jaez; y aun mas de algunas notables omisiones que hacen bulto y muestran falta, cual la de la toma de Galera y muerte de Luis Quijada, advertida y elegantemente suplida por el gran conde de Portalegre; y otra no menor, cuando siendo encomendado lo de la sierra de Ronda á los dos duques de Medina-Sidonia y de Arcos, cuenta muy extensamente el progreso deste; pero en el otro hace tan alto silencio, que ni aun nos declara las causas de no venir á la empresa; siendo así que para ello debió un tan grande señor tenerlas, y aun muchas y muy justificadas. Otras faltas apuntara, mas basten estas dos para ejemplo. Muerto don Diego, viviendo aun personas que él nombraba, duraba el impedimento que en vida; demás de que los

eruditos, á quien semejantes cuidados tocan, quieren mas ganar fama con escritos proprios que aprovechar á la república con dar luz á los ajenos.

Cuanto á lo segundo, hoy, que son ya pasados cerca de sesenta años, y no hay vivo ninguno de los que aquí se nombran, cesa ya el peligro de la escritura, no doliendo á nadie verse allí mas ó menos lucido; y aunque hay dellos ilustrísimos descendientes ó parientes, por haber militado en esta guerra una muy gran parte de la nobleza de España, seria demasiado melindre y aun desconfianza celar alguna faltilla del difunto que les toca, cuando ninguna de las que se notan es mortal, ni de las que disminuyen la honra ó la fama; porque estas no las hubo ni se cometieron, ni DON DIEGO, siendo quien era, se habia de olvidar tanto de sus obligaciones, que las perpetuase, aun cuando se hubieran cometido. Porque la historia escríbese para provecho y utilidad de los venideros, enseñándolos y honrándolos, no corriéndolos ó afrentándolos, aun cuando para escarmiento quiera tal vez ensangrentarse la pluma. Tampoco me acobarda el quedar imperfecta; pues si este Júpiter olímpico, estando sentado, toca con la cabeza el techo del templo, ¿adónde llegara con ella si se levantara en pié? Adónde si le colocaran y subieran en una básis?

En esta edicion lo que principalmente procuré fué puntualidad, sin dar lugar á ninguna conjetura, ni emendar alguno por juicio proprio: cotejé varios manuscriptos, hallándolos entre sí muy diferentes (1), hasta que me abracé con el último, y sin dubda alguna el mas original, que es uno del duque de Aveiro, en forma de 4.°, trasladado de mano del comendador Juan Baptista Labaña, y corregido de la del conde de Portalegre, con el cual conocí cuán en balde habia cansádome con otros. Este texto es el que sigo, sin alterarle en nada, y es el genuino y proprio de quien en su introduccion habla aquel gran conde. Deseaba yo ornar las márgenes con lugares de autores clásicos, bien imitados por el nuestro, y no me fuera muy difícil juntarlos; mas guardándolo para la postre, me sobrevino esta enfermedad tan larga y pesada, que me imposibilitó; y porque se me da mucha priesa, los guardo para segunda edicion, si acaso la hubiere, que espero serán muy gratos á los doctos. Dábame pesadumbre que fuese esta gran obra tan desnuda, que ni unos sumarios llevase, hasta que se me acordó de los que leí en un manuscripto desta Historia que há tres años me prestó aquí un caballero que agora está en Lisboa; adonde al amigo que atiende á la edicion encargué buscarlos y ponerlos; y segun veo en los veinte pliegos que ya están impresos cuando esto escribo, podrán servir en el ínterin; y esto es cuanto se me ofrece decir al lector.

(1) Nueve existen, algunos con trazas de mucha antigüedad, en el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional; y aunque creímos al principio que pudieran servirnos de mucho para la ilustracion de esta obra por las continuas variantes que en ellos advertíamos, cotejados después con la primera edicion, nos convencimos de que eran muy inferiores á esta. Uno de ellos, sin embargo, de letra del siglo XVI, que se conserva en el estante G., núm. 106, parece haberse compulsado con otros muchos, segun se deduce de las enmiendas y aclaraciones marginales que en él abundan. De este pues tomarémos algunas variantes que creemos útiles, anotándolas al pié de las correspondientes páginas; porque no es justo alterar el texto ni aun en aquellos casos en que parezca defectuoso.

INTRODUCCION

DE

DON JUAN DE SILVA, CONDE DE PORTALEGRE,

GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DEL REINO DE PORTUGAL,

A LA HISTORIA DE GRANADA

DE DON DIEGO DE MENDOZA.

MOSTRÓ DON DIEGO DE MENDOZA en la *Historia de la guerra de Granada* tanto ingenio y elocuencia, que, al parecer de muchos, adelantó un gran trecho los límites de la lengua castellana. Es el estilo tan grave, y tan cubierto el artificio, que hizo competir una materia estrecha y humilde con las muy finas de estado y con cuantos misterios quiere Macchiaveli colegir de Tito Livio. Fué muy diestro en la imitacion de los antigos; tanto, que sin perjuicio de nuestra lengua, con propriedad y sin afectacion se sirve de los conceptos, de las sentencias, y muchas veces de las palabras de los autores latinos traducidos á la letra; y se verán en esta obra cláusulas enteras y mayores pedazos de Salustio y de Cornelio Tácito. Guardó con gran destreza el rigor ó la apariencia de la neutralidad, loando enemigos y culpando amigos: en lo primero se igualó á los mejores, porque no alaba mas ni de peor gana Salustio á Marco Tulio, qué DON DIEGO al duque de Alba; en lo segundo pienso que excedió á todos, porque hablando de su padre y de su hermano como de extraños, y de su sobrino cuasi como enemigo, allá no sé por dónde los torna á enderezar de manera, que vienen á quedar como les cumple, amenazados á la cabeza, heridos en la ropa, y al fin alabados. Hasta de las imperfecciones, que no le habian de faltar, puede ser loado, porque tiene gracia en ellas, no sabiendo refrenar cierta travesura suya que le inclina á burlar con las véras á veces demasiado. Tuvo todavía una gran desgracia esta historiá, que por ser escrita en estilo tan diverso del ordinario, se corrompieron miserablemente las copias que della se sacaron, y fueron muchas; porque los que no la entienden, ó á lo menos no la penetran, por la fama del autor la buscan y la estiman, obligándose á mostrar que gustan della. Y DON DIEGO tambien no castigaba mucho sus obras en prosa ó en verso, como suelen los grandes ingenios, que no liman con paciencia lo que labran. De aquí resulta notarle algunos (con causa ó sin causa) que rompió los fueros de la historia, y que merece mas loor por partes que por junto. Resultaron asimismo tantos yerros en la ortografía y en la puntuacion, que pasó el daño adelante á trocar, quitar y añadir palabras, sacando de su sitio las conjunciones y ligaduras de la oracion. Costó trabajo emendar de dos ó tres copias esta, religiosamente como era justo; porque no se mudaron sino puntos, pasando pocas veces á otra parte las mismas palabras si la cláusula no se puede entender bien de otra manera, ó quitando algunas, muy pocas, cuando son notoriamente superfluas. Finalmente, entre esta copia y cualquiera de los originales de donde se sacó, hay menos diferencia de las que ellas entre sí tenian.

GUERRA DE GRANADA

HECHA POR EL REY DON FILIPE II

CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, SUS REBELDES.

LIBRO PRIMERO.

Mi propósito es escribir la guerra que el rey católico de España don Filipe el Segundo, hijo del nunca vencido emperador don Cárlos, tuvo en el reino de Granada contra los rebeldes nuevamente convertidos; parte de la cual yo vi, y parte entendí de personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento. Bien sé que muchas cosas de las que escribiere parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que de España se hallan escritas: guerras largas de varios sucesos, tomas y desolaciones de ciudades populosas, reyes vencidos y presos, discordias entre padres y hijos, hermanos y hermanas, suegros y yernos, desposeidos, restituidos, y otra vez desposeidos, muertos á hierro; acabados linajes, mudadas sucesiones de reinos: libre y extendido campo, y ancha salida para los escriptores. Yo escogí camino mas estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria, pero provechoso y de fructo para los que adelante vinieren: comienzos bajos, rebelion de salteadores, junta de esclavos, tumulto de villanos, competencias, odios, ambiciones y pretensiones; dilacion de provisiones, falta de dinero, inconvenientes ó no creidos ó tenidos en poco; remision y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer y disimular mayores cosas; y así, no será cuidado perdido considerar de cuán livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos y cuasi fuera de remedio. Veráse una guerra, al parecer tenida en poco y liviana dentro en casa, mas fuera estimada y de gran coyuntura; que en cuanto duró tuvo atentos, y no sin esperanza, los ánimos de príncipes amigos y enemigos, lejos y cerca; primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambicion. La gente que dije, pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego; el Rey salir de su reposo y acercarse á ella; encomendar la empresa á don Juan de Austria, su hermano, hijo del emperador don Cárlos, á quien la obligacion de las victorias del padre moviese á dar la cuenta de sí que nos muestra el suceso. En fin; pelearse cada dia con enemigos, frio, calor, hambre, falta de municiones, de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes á la continua; hasta que vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada, y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra, y desposeida de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños captivos vendidos en almoneda ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: captiverio y transmigracion no menor que las que de otras gentes se leen por las historias. Victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda si éramos nosotros ó los enemigos los á quien Dios queria castigar; hasta que el fin della descubrió que nosotros éramos los amenazados, y ellos los castigados. Agradezcan y acepten esta mi voluntad libre, y lejos de todas las causas de odio ó de amor, los que quisieren tomar ejemplo ó escarmiento; que esto solo pretendo por remuneracion de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria. Y porque mejor se entienda lo de adelante, diré algo de la fundacion de Granada, qué gentes la poblaron al principio, cómo se mezclaron, cómo hubo este nombre, en quién comenzó el reino della, puesto que no sea conforme á la opinion de muchos; pero será lo que hallé en los libros arábigos de la tierra, y los de Muley Hacen, rey de Túnez, y lo que hasta hoy queda en la memoria de los hombres, haciendo á los autores cargo de la verdad.

La ciudad de Granada, segun entiendo, fué poblacion de los de Damasco (724), que vinieron con Tarif, su capitan, y diez años después que los alárabes echaron á los godos del señorío de España, la escogieron por habitacion, porque en el suelo y aire parecia mas á su tierra. Primero asentaron en Libira, que antiguamente llamaban Illiberis, y nosotros Elvira, puesta en el monte contrario de donde ahora está la ciudad; lugar falto de agua, de poco aprovechamiento, dicho el cerro de los Infantes, porque en él tuvieron su campo los infantes don Pedro y don Juan cuando murieron rotos por Ozmin, capitan del rey Ismael. Era Granada uno de los pueblos de Iberia, y habia en él la gente que dejó Tarif Abentiet después de haberla tomado por luengo cerco; pero poca, pobre y de varias naciones, como sobras de lugar destruido. No tuvieron rey hasta Habuz

Aben Habuz (1014), que juntó los moradores de uno y otro lugar, fundando ciudad á la torre de San Josef, que llamaban de los Judíos, en el alcazaba; y su morada (1) en la casa del Gallo, á San Cristóbal, en el Albaicin. Puso en lo alto su estatua (2) á caballo, con lanza y adarga, que á manera de veleta se revuelve á todas partes, y letras que dicen: «Dijo Habuz Aben Habuz el sabio, que así se debe defender el Andalucía.» Dicen que del nombre de *Naath*, su mujer, y por mirar al poniente (que en su lengua llaman *garb*) la llamó *Garbnaath*, como Naath la del poniente. Los alárabes y asianos hablan de los sitios como escriben; al contrario y revés que las gentes de Europa. Otros, que de una cueva á la puerta de Bibataubin, morada de la Cava, hija del conde Julian el traidor; y de *Nata*, que era su nombre propio, se llamó *Garnata*, la cueva de Nata. Porque el de la Cava, todas las historias arábigas afirman que le fué puesto por haber entregado su voluntad al rey de España don Rodrigo, y en la lengua de los alárabes *cava* quiere decir mujer liberal de su cuerpo. En Granada dura este nombre por algunas partes, y la memoria en el soto y torre de Roma, donde los moros afirman haber morado; no embargante que los que tratan de la destruicion de España ponen que padre y hija murieron en Ceuta. Y los edificios que se muestran (3) de lejos á la mar sobre el monte, entre las Cuejinas y Xarjel al poniente de Argel, que llaman sepulcro de la Cava cristiana, cierto es haber sido un templo de la ciudad de Cesarea, hoy destruida, y en otros tiempos cabeza de la Mauritania, á quien dió el nombre de Cesariense. Lo de la amiga del rey Abenhut, y la compra que hizo, á ejemplo de Dido, la de Cartago, cercando con un cuero de buey cercenado el sitio donde ahora está la ciudad, los mismos moros lo tienen por fabuloso. Pero lo que se tiene por mas verdadero entre ellos, y se halla en la antigüedad de sus escripturas, es haber tomado el nombre de una cueva que atraviesa de aquella parte de la ciudad hasta la aldea que llaman Alfacar, que en mi niñez yo vi abierta y tenida por lugar religioso, donde los ancianos de aquella nacion curaban personas tocadas de la enfermedad que dicen demonio (4). Esto cuanto al nombre que tuvo en la edad de los moros: tanta variedad hay en las historias arábigas, aunque las llaman ellos escripturas de la verdad. En la nuestra, conformando el sonido del vocablo con la lengua castellana, la decimos Granada, por ser abundante. Habuz Aben Habuz deshizo el reino de Córdoba, y puso á Idriz en el señorío del Andalucía. Con esto, con el desasosiego de las ciudades comarcanas, con las guerras que los reyes de Castilla hacian, con la destruicion de algunas, juntos los dos pueblos en uno, fué maravilla en cuán poco tiempo Granada vino á mucha grandeza. Desde entonces no faltaron reyes en ella hasta Abenhut, que echó de España los almohades, y hizo á Almería cabeza del reino. Muerto Abenhut á manos de los suyos, con el poder y armas del rey santo don Fernando el Tercero, tomaron los de Granada por rey á Mahamet Alhamar, que era señor de Arjona, y volvió la silla del reino de Granada (5), la cual fué en tanto crecimiento, que en tiempo del rey Bulhaxix, cuando estaba en mayor prosperidad, tenia setenta mil casas, segun dicen los moros; y en alguna edad hizo tormenta, y en muchas puso cuidado á los reyes de Castilla. Hay fama que Bulhaxix halló el alquimia, y con el dinero della cercó el Albaicin; dividióle de la ciudad, y edificó el Alhambra, con la torre que llaman de Comáres (porque cupo á los de Comáres fundalla); aposento real y nombrado, segun su manera de edificio, que después acrecentaron diez reyes sucesores suyos, cuyos retratos se ven en una sala; alguno dellos conocido en nuestro tiempo por los ancianos de la tierra.

Ganaron á Granada los reyes llamados Católicos, Fernando y Isabel (1492), después de haber ellos y sus pasados sojuzgado y echado los moros de España, en guerra continua de setecientos setenta y cuatro años, y cuarenta y cuatro reyes; acabada en tiempo que vimos al rey último Boabdelí (con grande exaltacion de la fe cristiana) desposeido de su reino y ciudad, y tornado á su primera patria allende la mar. Recibieron las llaves de la ciudad en nombre de señorío, como es costumbre de España; entraron al Alhambra, donde pusieron por alcaide y capitan general á don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, hombre de prudencia en negocios graves, de ánimo firme, asegurado con luenga experiencia de rencuentros y batallas ganadas, lugares defendidos contra moros en la misma guerra; y por prelado pusieron á fray Fernando de Talavera, religioso de la órden de san Hierónimo, cuyo ejemplo de vida y santidad España celebra, y de los que viven, algunos hay testigos de sus milagros. Diéronles compañía calificada y conveniente para fundar república nueva; que habia de ser cabeza de reino, escudo y defension contra los moros de Africa, que en otros tiempos fueron sus conquistadores. Mas no bastaron estas provisiones, aunque juntas, para que los moros (cuyos ánimos eran desasosegados y ofendidos) no se levantasen en el Albaicin, temiendo ser echados de la ley, como del estado; porque los reyes, queriendo que en todo el reino fuesen cristianos, enviaron á fray Francisco Jimenez, que fué arzobispo de Toledo y cardenal, para que los persuadiese; mas ellos, gente dura, pertinaz, nuevamente conquistada, estuvieron recios. Tomóse concierto que los renegados ó hijos de renegados tornasen á nuestra fe, y los demás quedasen en su ley por entonces. Tampoco esto se observaba, hasta que subió al Albaicin un alguacil, llamado Barrionuevo, á prender dos hermanos renegados en casa de la madre. Alborotóse el pueblo, tomaron las armas, mataron al alguacil, y barrearon las calles que bajan á la ciudad; eligieron cuarenta hombres autores del motin para que los gobernasen, como acontece en las cosas de justicia escrupulosamente fuera de ocasion ejecutadas. Subió el conde de Tendilla al Albaicin, y después de habérsele hecho alguna resistencia, apedreándole el adarga (que es entre ellos respuesta de rompimiento), se la tornó á enviar: al fin la recibieron, y pusiéronse en manos de los Reyes, con dejar sus haciendas á los que quisiesen quedar cristianos en la tierra, conservar su hábito y lengua, no entrar la Inquisicion hasta ciertos años, pagar

(1) *Y morada para sí*, dice con mas elegancia el citado MS. de la Biblioteca Nacional.

(2) *De bronce*, añade el mismo MS.

(3) Y aquí añade tambien, *en Berbería*.

(4) Siguen en el MS. algunas conjeturas mas sobre la etimología de la voz *Granada*, pero tan sútiles y confusas, que sin duda es esta una de las cláusulas *notoriamente superfluas* á que alude en su introduccion el conde de Portalegre.

(5) *A Granada* debiera decir, y dice en efecto el MS.

fardas y las guardas: dióles el Conde por seguridad sus hijos en rehenes. Hecho esto, salieron huyendo los cuarenta electos, y levantaron á Guéjar, Lanjaron, Andarax, y últimamente Sierra Bermeja, nombrada por la muerte de don Alonso de Aguilar, uno de los mas celebrados capitanes de España, grande en estado y linaje. Sosegó el conde de Tendilla y concertó el motin de Albaicin; tomó á Guéjar, parte por fuerza, parte rendida sin condicion, pasando á cuchillo los moradores y defensores. En la cual empresa, dicen que por no ir á Sierra Bermeja, debajo de don Alonso de Aguilar, su hermano, con quien tuvo emulacion, se halló á servir y fué el primero que por fuerza entró en el barrio de abajo, Gonzalo Fernandez de Córdoba, que vivia á la sazon en Loja desdeñado de los Reyes Católicos, abriendo ya el camino para el título de Gran Capitan, que á solas dos personas fué concedido en tantos siglos: una entre los griegos, caido el imperio, en tiempo de los emperadores Comnenos, como á restaurador y defensor dél, á Andrónico Contestefano, llamándole *megaduca*, vocablo bárbaramente compuesto de griego y latino, como acontece con los estados perderse la elegancia de las lenguas; otra á Gonzalo Fernandez entre los españoles y latinos, por la gloria de tantas victorias suyas como viven y vivirán en la memoria del mundo. Halláronse allí, entre otros, Alarcon sin ejercicio de guerra, y Antonio de Leiva, mozo teniente de la compañía de Juan de Leiva, su padre, y después sucesor en Lombardía de muchos capitanes generales señalados, y á ninguno dellos inferior en victorias. La presencia del Rey Católico dió fin con mayor autoridad á esta guerra; mas guardóse el rincon de Sierra Bermeja para la muerte de don Alonso de Aguilar, que ganada la sierra y rotos los moros, fué necesitado á quedar en ella con la escuridad de la noche, y con ella misma le acometieron los enemigos, rompiendo su vanguardia. Murió don Alonso peleando, y salvóse su hijo don Pedro entre los muertos: salió el conde de Ureña, aunque dando ocasion á los cantares y libertad española; pero como buen caballero.

Sosegada esta rebelion tambien por concierto, diéronse los Reyes Católicos á restaurar y mejorar á Granada en religion, gobierno y edificios: establecieron el cabildo, baptizaron los moros, trujeron la chancillería, y dende á algunos años vino la Inquisicion. Gobernábase la ciudad y reino, como entre pobladores y compañeros, con una forma de justicia arbitraria, unidos los pensamientos, las resoluciones encaminadas en comun al bien público: esto se acabó con la vida de los viejos. Entraron los celos, la division sobre causas livianas entre los ministros de justicia y de guerra, las concordias en escrito confirmadas por cédulas; traido el entendimiento dellas por cada una de las partes á su opinion; la ambicion de querer la una no sufrir igual, y la otra conservar la superioridad, tratada con mas disimulacion que modestia. Duraron estos principios de discordia disimulada y manera de conformidad sospechosa el tiempo de don Luis Hurtado de Mendoza (*a*), hijo de don Iñigo, hombre de gran sufrimiento y templanza; mas sucediendo otros, aunque de conversacion blanda y humana, de condicion escrupulosa y propria, fuése apartando este oficio del arbitrio militar, fundándose en la legalidad y derechos, y subiéndose hasta el peligro de la autoridad cuanto á las preeminencias: cosas que cuando estiradamente se juntan, son aborrecidas de los menores y sospechosas á los iguales. Vínose á causas y pasiones particulares, hasta pedir jueces de términos, no para divisiones ó suertes de tierras, como los romanos y nuestros pasados, sino con voz de restituir al Rey ó al público lo que le tenian ocupado, y intento de echar algunos de sus heredamientos. Este fué uno de los principios en la destruicion de Granada, comun á muchas naciones; porque los cristianos nuevos, gente sin lengua y sin favor, encogida y mostrada á servir, veian condenarse y quitar ó partir las haciendas que habian poseido, comprado ó heredado de sus abuelos, sin ser oidos. Juntáronse con estos inconvenientes y divisiones, otros de mayor importancia, nacidos de principios honestos, que tomarémos de mas alto.

Pusieron los Reyes Católicos el gobierno de la justicia y cosas públicas en manos de letrados, gente media entre los grandes y pequeños, sin ofensa de los unos ni de los otros; cuya profesion eran letras legales, comedimiento, secreto, verdad, vida llana y sin corrupcion de costumbres; no visitar, no recebir dones, no profesar estrecheza de amistades; no vestir ni gastar suntuosamente; blandura y humanidad en su trato; juntarse á horas señaladas para oir causas ó para determinallas, y tratar del bien público. A su cabeza llaman presidente, mas porque preside á lo que se trata, y ordena lo que se ha de tratar, y prohibe cualquier desórden, que porque los manda. Esta manera de gobierno, establecida entonces con menos diligencia, se ha ido extendiendo por toda la cristiandad, y está hoy en el colmo de poder y autoridad: tal es su profesion de vida en comun, aunque en particular haya algunos que se desvien. A la suprema congregacion llaman Consejo Real, y á las demás, chancillerías; diversos nombres en España, segun la diversidad de las provincias. A los que tratan en Castilla lo civil llaman oidores, y á los que tratan lo criminal alcaldes (que en cierta manera son sujetos á los oidores): los unos y los otros por la mayor parte ambiciosos de oficios ajenos y profesion que no es suya, especialmente la militar, persuadidos del ser de su facultad, que (segun dicen) es noticia de cosas divinas y humanas, y ciencia de lo que es justo é injusto; y por esto amigos en particular de traer por todo, como superiores, su autoridad, y apuralla á veces hasta grandes inconvenientes y raíces de los que agora se han visto. Porque en la profesion de la guerra se ofrecen casos que á los que no tienen plática della parecen negligencias; y si los procuran emendar (1), cáese en imposibilidades y lazos, que no se pueden desenvolver, aunque en ausencia se juzgan diferentemente. Estiraba el Capitan General su cargo sin equidad, y procuraban los ministros de justicia emendallo. Esta competencia fué causa que menudeasen quejas y capítulos al Rey; con que cansados los consejeros, y él con ellos, las provisiones saliesen varias ó ningunas, perdiendo con la oportunidad (2) el crédito; y se proveyesen algunas cosas de pura justicia, que atenta la calidad de los tiempos, manera de las gentes, diversidad de ocasiones, requerian templanza ó dilacion. Todo lo de hasta aquí se

(*a*) Este don Luis fué segundo marqués de Mondéjar y presidente de Castilla.

(1) Emendar *con rigor*, pone el MS.

(2) El MS., *importunidad*.

ha dicho por ejemplo y como muestra de mayores casos, con fin que se vea de cuán livianos principios se viene á ocasiones de grande importancia, guerras, hambres, mortandades, ruinas de estados, y á veces de los señores dellos. Tan atenta es la Providencia divina á gobernar el mundo y sus partes por órden de principios y causas livianas, que van creciendo por edades, si los hombres las quisiesen buscar con atencion.

Habia en el reino de Granada costumbre antigua, como la hay en otras partes, que los autores de delitos se salvasen y estuviesen seguros en lugares de señorío: cosa que mirada en comun y por la haz, se juzgaba que daba causa á mas delitos, favor á los malhechores, impedimento á la justicia, y desautoridad á los ministros della. Pareció, por estos inconvenientes, y por ejemplo de otros estados, mandar que los señores no acogiesen gentes desta calidad en sus tierras, confiados que bastaba solo el nombre de justicia para castigallos donde quiera que anduviesen. Manteníase esta gente con sus oficios en aquellos lugares, casábanse, labraban la tierra, dábanse á vida sosegada. Tambien les prohibieron la inmunidad de las iglesias arriba de tres dias; mas después que les quitaron los refugios, perdieron la esperanza de seguridad, y diéronse á vivir por las montañas, hacer fuerzas, saltear caminos, robar y matar. Entró luego la duda, tras el inconveniente, sobre á qué tribunal tocaba el castigo, nacida de competencia de jurisdiciones; y no obstante que los generales acostumbrasen hacer estos castigos, como parte del oficio de la guerra, cargaron, á color de ser negocio criminal, la relacion apasionada ó libre de la ciudad, y la autoridad de la audiencia, y púsose en manos de los alcaldes, no excluyendo en parte al Capitan General. Dióseles facultad para tomar á sueldo cierto número de gente repartida pocos á pocos, á que usurpando el nombre, llamaban cuadrillas, ni bastantes para asegurar, ni fuertes para resistir. Del desden, de la flaqueza de provision, de la poca experiencia de los ministros en cargo que participaba de guerra, nació el descuido, ó fuese negligencia ó voluntad de cada uno, que no acertase su émulo. En fin, fué causa de crecer estos salteadores (monfíes los llamaba la lengua morisca) en tanto número, que para oprimillos ó para reprimillos no bastaban las unas ni las otras fuerzas. Este fué el cimiento sobre que fundaron sus esperanzas los ánimos escandalizados y ofendidos, y estos hombres fueron el instrumento principal de la guerra. Todo esto parecia al comun cosa escandalosa; pero la razon de los hombres, ó la Providencia divina (que es lo mas cierto), mostró con el suceso que fué cosa guiada para que el mal no fuese adelante, y estos reinos quedasen asegurados mientras fuese su voluntad. Siguiéronse luego ofensas en su ley, en las haciendas y en el uso de la vida, así cuanto á la necesidad, como cuanto al regalo, á que es demasiadamente dada esta nacion; porque la Inquisicion los comenzó á apretar mas de lo ordinario. El Rey les mandó dejar la habla morisca, y con ella el comercio y comunicacion entre sí; quitóseles el servicio de los esclavos negros, á quienes criaban con esperanzas de hijos, el hábito morisco, en que tenian empleado gran caudal; obligáronlos á vestir castellano con mucha costa, que las mujeres trujesen los rostros descubiertos, que las casas, acostumbradas á estar cerradas, estuviesen abiertas: lo uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente celosa. Hubo fama que les mandaban tomar los hijos y pasallos á Castilla; vedáronles el uso de los baños, que eran su limpieza y entretenimiento; primero les habian prohibido la música, cantares, fiestas, bodas conforme á su costumbre, y cualesquier juntas de pasatiempo. Salió todo esto junto, sin guardia ni provision de gente, sin reforzar presidios viejos ó firmar otros nuevos; y aunque los moriscos estuviesen prevenidos de lo que habia de ser, les hizo tanta impresion, que antes pensaron en la venganza que en el remedio. Años habia que trataban de entregar el reino á los príncipes de Berbería ó al Turco; mas la grandeza del negocio, el poco aparejo de armas, vituallas, navíos, lugar fuerte donde hiciesen cabeza, el poder grande del Emperador y del rey Filipe, su hijo, enfrenaba las esperanzas y imposibilitaba las resoluciones, especialmente estando en pié nuestras plazas mantenidas en la costa de Africa, las fuerzas del Turco tan lejos, las de los cosarios de Argel mas ocupadas en presas y provecho particular que en empresas difíciles de tierra. Fuéronseles con estas dificultades dilatando los designios, apartándose ellos de los del reino de Valencia; gente menos ofendida y mas armada. En fin, creciendo igualmente nuestro espacio por una parte, y por otra los excesos de los enemigos, tantos en número, que ni podian ser castigados por manos de justicia ni por tan poca gente como la del Capitan General, eran ya sospechosas sus fuerzas para encubiertas, aunque flacas para puestas en ejecucion. El pueblo de cristianos viejos adivinaba la verdad; cesaba el comercio y paso de Granada á los lugares de la costa: todo era confusion, sospecha, temor, sin resolver, proveer ni ejecutar. Vista por ellos esta manera en nosotros, y temiendo que con mayor aparejo les contraviniésemos, determinaron algunos de los principales de juntarse en Cádiar, lugar entre Granada y la mar y el rio de Almería, á la entrada de la Alpujarra. Tratóse del cuándo y cómo se debian descubrir unos á otros, de la manera del tratado y ejecucion; acordaron que fuese en la fuerza del invierno, porque las noches largas les diesen tiempo para salir de la montaña y llegar á Granada, y á una necesidad tornarse á recoger y poner en salvo, cuando nuestras galeras reposaban repartidas por los invernaderos y desarmadas; la noche de Navidad, que la gente de todos los pueblos está en las iglesias, solas las casas, y las personas ocupadas en oraciones y sacrificios; cuando descuidados, desarmados, torpes con el frio, suspensos con la devocion, fácilmente podian ser oprimidos de gente atenta, armada, suelta y acostumbrada á saltos semejantes. Que se juntasen á un tiempo cuatro mil hombres de la Alpujarra con los del Albaicin, y acometiesen la ciudad y el Alhambra, parte por la puerta, parte con escalas; plaza guardada mas con la autoridad que con la fuerza; y porque sabian que el Alhambra no podia dejar de aprovecharse de la artillería, acordaron que los moriscos de la Vega tuviesen por contraseño las primeras dos piezas que se disparasen, para que en un tiempo acudiesen á las puertas de la ciudad, las forzasen, entrasen por ellas y por los portillos, corriesen las calles, y con el fuego y con el hierro no perdonasen á persona ni á edificio. Descubrir el tratado sin ser sentidos y entre muchos, era dificulto-

so: pareció que los casados lo descubriesen á los casados, los viudos á los viudos, los mancebos á los mancebos; pero á tiento, probando las voluntades y el secreto de cada uno. Habian ya muchos años antes enviado á solicitar con personas ciertas, no solamente á los príncipes de Berbería, mas al emperador de los turcos dentro en Constantinopla, que los socorriese y sacase de servidumbre, y postreramente al rey de Argel pedido armada de levante y poniente en su favor; porque faltos de capitanes, de cabezas, de plazas fuertes, de gente diestra, de armas, no se hallaron poderosos para tomar y proseguir á solas tan gran empresa. Demás desto, resolvieron (1) proveerse de vitualla, elegir lugar en la montaña donde guardalla, fabricar armas, reparar las que de mucho tiempo tenian escondidas, comprar nuevas, y avisar de nuevo á los reyes de Argel, Fez, señor de Tituan, de esta resolucion y preparaciones. Con tal acuerdo partieron aquella habla; gente á quien el regalo, el vicio, la riqueza, la abundancia de las cosas necesarias, el vivir luengamente en gobierno de justicia y igualdad desasosegaba y traia en continuo pensamiento.

Dende á pocos dias se juntaron otra vez con los principales del Albaicin en Churriana, fuera de Granada, á tratar del mismo negocio. Habíanles prohibido, como arriba se dijo, todas las juntas en que concurria número de gente; pero teniendo el Rey y el prelado mas respeto á Dios que al peligro, se les habia concedido que hiciesen un hospital y confradía de cristianos nuevos, que llamaron de la Resurreccion. (Dicen en español confradía una junta de personas que se prometen hermandad en oficios divinos y religiosos con obras.) Y en dias señalados concurrian en el hospital á tratar de su rebelion con esta cubierta, y para tener certinidad de sus fuerzas, enviaron personas pláticas de la tierra por todos los lugares del reino, que con ocasion de pedir limosna, reconociesen las partes dél á propósito para acogerse, para recebir los enemigos, para traellos por caminos mas breves, mas secretos, mas seguros, con mas aparejo de vituallas, y estos echasen un pedido á manéra de limosna; que los de veinte y cuatro años hasta cuarenta y cinco contribuyesen diferentemente de los viejos, mujeres, niños y impedidos: con tal astucia reconocieron el número de la gente útil para tomar armas, y la que habia armada en el reino.

Estos y otros indicios, y los delitos de los monfíes, mas públicos, graves y á menudo que solian, dieron ocasion al marqués de Mondéjar (*a*), al conde de Tendilla, su hijo, á cuyo cargo estaba la guerra, á don Pedro de Deza, presidente de la chancillería, caballero que habia pasado por todos los oficios de su profesion y dado buena cuenta dellos, al Arzobispo, á los jueces de Inquisicion, de poner nuevo cuidado y diligencia en descubrir los motivos destos hombres, y asegurarse parte con lo que podian, y parte con acudir al Rey y pedir mayores fuerzas cada uno, segun su oficio, para hacer justicia y reprimir la insolencia; que este nombre le ponian, como á cosa incierta; hasta que estando el marqués de Mondéjar en Madrid, fué avisado el Rey mas particularmente. Partió el Marqués en diligencia, y llevó comision para crecer en la guardia del reino alguna poca gente, pero la que pareció que bastaba en aquella ocasion y en las que se ofreciesen por mar contra los moros berberíes. Mas las personas á cuyo cargo era la provision, aunque se creyeron los avisos, ó importunados con el menudear dellos, ó juzgando á los autores por mas ambiciosos que diligentes, hicieron provision tan pequeña, que bastó para mover las causas de la enfermedad, y no para remedialla, como suelen medicinas flojas en cuerpos llenos. Por lo cual, vistas por los monfíes y principales de la conjuracion las diligencias que se hacian de parte de los ministros para apurar la verdad del tratado, el temor de ser prevenidos, y la avilanteza de nuestras pocas fuerzas, los acució á resolverse sin aguardar socorro, con solo avisar á Berbería del término en que las cosas se hallaban, y solicitar gente y armas con la armada, dando por contraseño que entre los navíos que viniesen de Argel y Tituan trajesen las capitanas una vela colorada, y que los navíos de Tituan acudiesen á la costa de Marbella para dar calor á la sierra de Ronda y tierra de Málaga, y los de Argel á cabo de Gata, que los romanos llamaban promontorio de Caridemo, para socorrer á la Alpujarra y rios de Almería y Almanzora, y mover con la vecindad los ánimos de la gente sosegada en el reino de Valencia. Mas estos estuvieron siempre firmes, ó que en la memoria de los viejos quedase el mal suceso de la sierra de Espadan en tiempo del emperador Cárlos, ó que teniendo por liviandad el tratado y dificultosa la empresa, esperasen á ver cómo se movia la generalidad, con qué fuerzas, fundamento y certeza de esperanzas, en Berbería. Enviaron á Argel al Partal, que vivia en Narila, lugar del partido de Cádiar, hombre rico, diligente, y tan cuerdo, que la segunda vez que fué á Berbería llevó su hacienda y dos hermanos, y se quedó en Argel. Este y el Jeniz, que después vendió y mató al Abenabó, su señor, á quien ellos levantaron por segundo rey, estaban en aquella congregacion como diputados en nombre de toda la Alpujarra; y por tener alguna cabeza en quien se mantuviesen unidos, mas que por sujetarse á otras sino á las que el rey de Argel les nombrase, resolvieron en 27 de setiembre (1568) hacer rey (*b*), persuadidos con la razon de don Fernando de Válor, el Zaguer, que en su lengua quiere decir el menor, á quien por otro nombre llamaban Aben-Jauhar, hombre de gran autoridad y de consejo maduro, entendido en las cosas del reino y de su ley. Este, viendo que la grandeza del hecho traia miedo, dilacion, diversidad de casos, mudanzas de pareceres, los juntó en casa de Zinzan, en el Albaicin, y los habló:

«Poniéndoles delante la opresion en que estaban, sujetos á hombres públicos y particulares, no menos esclavos que si lo fuesen. Mujeres, hijos, haciendas y sus proprias personas en poder y arbitrio de enemigos, sin esperanza en muchos siglos de verse fuera de tal servidumbre; sufriendo tantos tiranos como vecinos, nuevas imposiciones, nuevos tributos, y privados del refugio de los lugares de señorío, donde los culpados, puesto que por accidentes ó por venganzas (esta es la

(1) En la 1.ª edicion falta la palabra *resolvieron*.

(*a*) El tercer marqués de Mondéjar es el que de aquí adelante siempre se nombra: llamóse don Iñigo, y fué virey de Valencia y Nápoles, y sobrino del autor.

(*b*) Algo difiere Mármol. lib. 4, cap. 7. (Véase.)

causa entre ellos mas justificada), se aseguran; echados de la inmunidad y franqueza de las iglesias, donde por otra parte los mandaban asistir á los oficios divinos con penas de dinero; hechos sujetos de enriquecer *clérigos*; no tener acogida á Dios ni á los hombres; tratados y tenidos como moros entre los cristianos para ser menospreciados, y como cristianos entre los moros para no ser creidos ni ayudados.—Excluidos de la vida y conversacion de personas, mándannos que no hablemos nuestra lengua; no entendemos la castellana: ¿en qué lengua habemos de comunicar los conceptos, y pedir ó dar las cosas sin que no puede estar el trato de los hombres? Aun á los animales no se vedan las voces humanas. ¿Quién quita que el hombre de lengua castellana no pueda tener la ley del Profeta, y el de la lengua morisca la ley de Jesus? Llaman á nuestros hijos á sus congregaciones y casas de letras; enséñanles artes que nuestros mayores prohibieron aprenderse, porque no se confundiese la puridad, y se hiciese litigiosa la verdad de la ley. Cada hora nos amenazan quitarlos de los brazos de sus madres y de la crianza de sus padres, y pasarlos á tierras ajenas, donde olviden nuestra manera de vida, y aprendan á ser enemigos de los padres que los engendramos, y de las madres que los parieron. Mándannos dejar nuestro hábito, y vestir el castellano. Vístense entre ellos los tudescos de una manera, los franceses de otra, los griegos de otra, los frailes de otra, los mozos de otra, y de otra los viejos; cada nacion, cada profesion y cada estado usa su manera de vestido, y todos son cristianos; y nosotros moros, porque vestimos á la morisca, como si trujésemos la ley en el vestido, y no en el corazon. Las haciendas no son bastantes para comprar vestidos para *dueños* y *familias*; del hábito que traiamos no podemos *disponer*, porque nadie compra lo que no ha de traer; para traello es prohibido, para vendello es inútil. Cuando en una casa se prohibiere el antiguo, y comprare el nuevo del caudal que teniamos para sustentarnos, ¿de qué vivirémos? Si queremos mendigar, nadie nos socorrerá como á pobres, porque somos pelados, como ricos; nadie nos ayudará, porque los moriscos padecemos esta miseria y pobreza, que los cristianos no nos tienen por prójimos. Nuestros pasados quedaron tan pobres en la tierra de las guerras contra Castilla, que casando su hija el alcaide de Loja, grande y señalado capitan que llamaban Alatar, deudo de algunos de los que aquí nos hallamos, hubo de buscar vestidos prestados para la boda. ¿Con qué haciendas, con qué trato, con qué servicio ó industria, en qué tiempo adquirirémos riqueza para perder unos hábitos y comprar otros? Quítannos el servicio de los esclavos negros; los blancos no nos eran (1) permitidos por ser de nuestra nacion; habíamoslos comprado, criado, mantenido: ¿esta pérdida sobre las otras? ¿Qué harán los que no tuvieren hijos que los sirvan, ni hacienda con que mantener criados, si enferman, si se inhabilitan, si envejecen, sino prevenir la muerte? Van nuestras mujeres, nuestras hijas, tapadas las caras, ellas mismas á servirse y proveerse de lo necesario á sus casas; mándanles descubrir los rostros: si son vistas, seran codiciadas y aun requeridas, y veráse quién son las que dieron (2) la avilanteza al atrevimiento de mozos y viejos. Mándannos tener abiertas las puertas que nuestros pasados con tanta religion y cuidado tuvieron cerradas, no las puertas, sino las ventanas y resquicios de casa. ¿Hemos de ser sujetos de ladrones, de malhechores, de atrevidos y desvengonzados adúlteros, y que estos tengan dias determinados y horas ciertas, cuando sepan que pueden hurtar nuestras haciendas, ofender nuestras personas, violar nuestras honras? No solamente nos quitan la seguridad, la hacienda, la honra, el servicio, sino tambien los entretenimientos, así los que se introdujeron por la autoridad, reputacion y demostraciones de alegría en las bodas, zambras, bailes, músicas, comidas, como los que son necesarios para la limpieza, convenientes para la salud. ¿Vivirán nuestras mujeres sin baños, introduccion tan antigua? ¿Veránlas en sus casas tristes, sucias, enfermas, donde tenian la limpieza por contentamiento, por vestido, por sanidad?—

«Representóles el estado de la cristiandad, las divisiones entre herejes y católicos en Francia, la rebelion de Flándes, Inglaterra sospechosa, y los flamencos huidos solicitando en Alemania á los príncipes della. El Rey falto de dineros y gente plática, mal armadas las galeras, proveidas á remiendos, la chusma libre, los capitanes y hombres de cabo descontentos, como forzados. Si previniesen, no solamente el reino de Granada, pero parte del Andalucía, que tuvieron sus pasados, y agora poseen sus enemigos, pueden ocupar con el primer ímpetu, ó mantenerse en su tierra, cuando se contenten con ella sin pasar adelante. Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, caminos estrechos, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos gente suelta, plática en el campo, mostrada á sufrir calor, frio, sed, hambre; igualmente diligentes y animosos al acometer, prestos á desparcirse y juntarse; españoles contra españoles, muchos en número, proveidos de vitualla, no tan faltos de armas que para los principios no les basten; y en lugar de las que no tienen, las piedras delante de los piés, que contra gente desarmada son armas bastantes. Y cuanto á los que se hallaban presentes, que en vano se habian juntado, si cualquiera dellos no tuviera confianza del otro que era suficiente para dar cobro á tan gran hecho, y si, como siendo sentidos habian de ser compañeros en la culpa y el castigo, no fuesen después parte en las esperanzas y fructos dellas, llegándolas al cabo; cuanto mas que ni las ofensas podian ser vengadas, ni deshechos los agravios, ni sus vidas y casas mantenidas, y ellos fuera de servidumbre, sino por medio del hierro, de la union y concordia, y una determinada resolucion con todas sus fuerzas juntas; para lo cual era necesario eligir cabeza dellos mismos, ó fuese con nombre de jeque, ó de capitan, ó de alcaide, ó de rey, si les pluguiese que los tuviese juntos en justicia y seguridad.»

Jeque llaman ellos el mas honrado de una generacion, quiere decir, el mas anciano: á estos dan el gobierno con autoridad de vida y muerte. Y porque esta nacion se vence tanto mas de la vanidad de la astrología y adivinanzas, cuanto mas vecinos estuvieron sus pasados de Caldea, donde la ciencia tuvo principio, no

(1) El citado MS. corrige al márgen el tiempo de este verbo, diciendo *no nos serán*.

(2) Y del mismo modo, *las que darán*

dejó de acordalles á este propósito cuántos años atrás por boca de grandes sabios, en movimiento y lumbre de estrellas, y profetas en su ley, estaba declarado que se levantarian á tornar por sí, cobrarian la tierra y reinos que sus pasados perdieron, hasta señalar el mismo año después que Mahoma les dió la ley (ahlegira le llaman ellos en su cuenta, que quiere decir el destierro, porque la dió siendo desterrado de Meca), y venia justo con esta rebelion. Representóles prodigios y apariencias extraordinarias de gente armada en el aire á las faldas de Sierra-Nevada, aves de desusada manera dentro en Granada, partos monstruosos de animales en tierra de Baza, y trabajos del sol con el eclipse de los años pasados, que mostraban adversidad á los cristianos, á quien ellos atribuyen el favor ó disfavor deste planeta, como á sí el de la luna.

Tal fué la habla que don Fernando el Zaguer les hizo; con que quedaron animados, indignados y resolutos en general de rebelarse presto, y en particular de eligir rey de su nacion; pero no quedaron determinados en el cuándo precisamente, ni á quién. Una cosa muy de notar califica los principios desta rebelion: que gente de mediana condicion, mostrada á guardar poco secreto y hablar juntos, callasen tanto tiempo, y tantos hombres, en tierra donde hay alcaldes de corte y inquisidores, cuya profesion es descubrir delitos. Habia entre ellos un mancebo llamado don Fernando de Válor, sobrino de don Fernando el Zaguer, cuyos abuelos se llamaron Hernandos y de Válor, porque vivian en Válor el alto, lugar de la Alpujarra puesto cuasi en la cumbre de la montaña: era descendiente del linaje de Aben Humeya, uno de los nietos de Mahoma, hijos de su hija, que en tiempos antigos tuvieron el reino de Córdoba y el Andalucía; rico de rentas, callado y ofendido, cuyo padre estaba preso por delitos en las cárceles de Granada. En este pusieron los ojos, así porque les movió la hacienda, el linaje, la autoridad del tio, como porque habia vengado la ofensa del padre matando secretamente uno de los acusadores y parte de los testigos.

Desta resolucion, aunque no tan en particular, hubo noticia y fué el Rey avisado; pero estaba el negocio cierto y el tiempo en duda; y como suele acontecer á las provisiones en que se junta la dificultad con el temor, cada uno de los consejeros era en que se atajase con mayor poder; pero juntos juzgaban ser el remedio fácil y las fuerzas de los ministros bastantes, el dinero poco necesario, porque habia de salir del mismo negocio; y menospreciaban esto, encareciendo el remedio de mayores cosas; porque los estados de Flándes, desasosegados por el príncipe de Orange, eran recien pacificados por el duque de Alba. Mas, puesto que las fuerzas del Rey y la experiencia del Duque capitan, criado debajo de la disciplina del Emperador, testigo y parte en sus victorias, bastasen para mayores empresas, todavía lo que se temia de parte de Inglaterra, y las fuerzas de los hugonotes en Francia, y algunas sospechas de príncipes de Alemania y designios de Italia, daban cuidado; y tanto mayor, por ser la rebelion de Flándes por causas de religion comunes con los franceses, ingleses y alemanes, y por quejas de tributos y gravezas comunes con todos los que son vasallos, aunque sean livianas, y ellos bien tratados.

Esto dió á los enemigos mayor avilanteza, y á nosotros causa de dilacion. Comenzaron á juntar mas al descubierto gente de todas maneras: si hombre ocioso habia perdido su hacienda, malbaratádola por redimir delitos; si homicida, salteador ó condenado en juicio, ó que temiese por culpas que lo seria; los que se mantenian de perjurios, robos, muertes; los que la maldad, la pobreza, los delitos traian desasosegados, fueron autores ó ministros desta rebelion. Si algun bueno habia y fuera de semejantes vicios, con el ejemplo y conversacion de los malos brevemente se tornaba como ellos; porque cuando el vínculo de la vergüenza se rompe entre los buenos, mas desenfrenados son en las maldades que los peores. En fin, el temor de que eran descubiertos, y seria prevenida su determinacion con el castigo, movió á los que gobernaban el negocio, y entre ellos á don Fernando el Zaguer, á pensar en algun caso con que obligasen y necesitasen al pueblo á salir de tibieza y tomar las armas. Juntáronse tercera vez las cabezas de la conjuracion y otras, con veinte y seis personas del Alpujarra, á San Miguel, en casa del Hardon, hombre señalado entre ellos, á quien mandó el duque de Arcos después justiciar; posaba en la casa del Carcí, yerno suyo. Eligieron á don Fernando de Válor por rey con esta solemnidad: los viudos á un cabo, los por casar á otro, los casados á otro, y las mujeres á otra parte. Leyó uno de sus sacerdotes, que llaman faquíes, cierta profecía hecha en el año de los árabes de... y comprobada por la autoridad de su ley, consideraciones de cursos y puntos de estrellas en el cielo, que trataba de su libertad por mano de un mozo de linaje real, que habia de ser baptizado y hereje de su ley, porque en lo público profesaria la de los cristianos. Dijo que esto concurria en don Fernando y concertaba con el tiempo. Vistiéronle de púrpura, y pusiéronle á torno del cuello y espaldas una insignia colorada á manera de faja. Tendieron cuatro banderas en el suelo, á las cuatro partes del mundo, y él hizo su oracion inclinándose sobre las banderas, el rostro al oriente (zalá la llaman ellos), y juramento de morir en su ley y en el reino, defendiéndola á ella y á él y á sus vasallos. En esto levantó el pié, y en señal de general obediencia, postróse Aben Farax en nombre de todos, y besó la tierra donde el nuevo rey tenia la planta. A este hizo su justicia mayor; leváronle en hombros, levantáronle en alto diciendo: «Dios ensalce á Mahomet Aben Humeya, rey de Granada y de Córdoba.» Tal era la antigua ceremonia con que eligian los reyes de la Andalucía, y después los de Granada. Escribieron cartas los capitanes de la gente á los compañeros en la conjuracion; señalaron dia y hora para ejecutalla; fueron los que tenian cargos á sus partidos. Nombró Aben Humeya por capitan general á su tio Aben Jauhar, que partió luego para Cádiar, donde tenia casa y hacienda.

Pasaba el capitan Herrera á la sazon de Granada para Adra con cuarenta caballos, y vino á hacer la noche en Cádiar. Mas Aben Jauhar el Zaguer, vista la ocasion tan á su propósito, habló con los vecinos, persuadiéndoles que cada uno matase á su huésped. No fueron perezosos; porque pasada la media noche, no hubo dificultad en matar muchos á pocos, armados á desarmados, prevenidos á seguros; y torpes con el sueño, con el cansancio, con el vino, pasaron al capitan y á los soldados por la espada. Venida la mañana, juntáronse y tomaron

lo áspero de la sierra, como gente levantada, donde ni hubo tiempo ni aparejo para castigallos. Este fué el primer exceso y mas descubierto con que los enemigos, ó por fuerza ó por voluntad, fueron necesitados á tomar las armas, sin otra respuesta de Berbería mas de esperanzas, y esas generales. Era entonces Selim el Segundo emperador de los turcos recien heredado, victorioso por la toma de Zigueto, plaza fuerte y proveida en Hungría; habia hecho nueva tregua con el emperador Maximiliano el Segundo, concertándose con el Sofí por la parte de Armenia, y por la de Suria con los jeques alárabes que le trabajaban sus confines, y con los genízaros, infantería que se suele dessosegar con la entrada de nuevo señor. Tenia en el ánimo las empresas que descubrió contra venecianos en Cipro, contra el rey de Túnez en Berbería; y que como no le convenia repartir sus fuerzas en muchas partes, así le convenia que las del Rey Católico estuviesen repartidas y ocupadas. Dícese que en este tiempo vino del rey de Argel respuesta á los moriscos, animándolos á perseverar en la prosecucion del tratado, pero excusándose de enviar él armada con que esperaba órden de Constantinopla. El rey de Fez, como religioso en su ley, y del linaje de los Jarifes, tenidos entre los moros por santos, les prometió mas resoluto socorro. Todavía vinieron por medio de personas fiadas á tratar ambos reyes de la calidad del caso, de la posibilidad de los moriscos; y midiendo sus fuerzas de mar y tierra con las del rey de España, hallaron no ser bastantes para contrastalle; y aunque se confederaron, solo fué para que el rey de Argel hiciese la empresa de Túnez y Biserta, en tanto que el rey don Filipe estaba ocupado en allanar la rebelion de Granada; y juntamente permitir que de sus tierras fuese alguna gente á sueldo, en especial de moros andaluces, que se habian pasado á Berbería; y mercaderes pudiesen cargar armas, municiones, vitualla, con que los moriscos fuesen por sus dineros socorridos.

Alpujarra llaman toda la montaña sujeta á Granada, como corre de levante á poniente, prolongándose entre tierra de Granada y la mar, diez y siete leguas en largo, y once en lo mas ancho, poco mas ó menos: estéril y áspera desuyo, sino donde hay vegas; pero con la industria de los moriscos (que ningun espacio de tierra dejan perder), tratable y cultivada, abundante de frutos y ganados y cria de sedas. Esta montaña, como era principal en la rebelion, así la escogieron por sitio en que mantener la guerra, por tener la mar, donde esperaban socorro, por la dificultad de los pasos y calidad de la tierra, por la gente que entre ellos es tenida por brava. Habian ya pensado rebelarse otras dos veces antes; una Juéves Santo, otra por setiembre deste año: tenian prevenido á Aluch Alí con el armada de Argel; mas él, entendiendo que el conde de Tendilla estaba avisado y aguardándole en el campo, volvió, dejándose de la empresa, con el armada á Berbería. En fin, á los 23 de diciembre, luego que sucedió el caso de Cádiar, la misma gente, con las armas mojadas en la sangre de aquellos pocos, salieron en público; movieron los lugares comarcanos y los demás de la Alpujarra y rio de Almería, con quien tenian comun el tratado, enviando por corredores y para descubrir los ánimos y motivo de la gente de Granada y la Vega, á Farax Aben Farax con hasta ciento y cincuenta hombres, gente suelta y desmandada, escogida entre los que mayor obligacion y mas esfuerzo tenian. Ellos, recogiendo la que se les llegaba, tomaron resolucion de acometer á Granada, y caminaron para ella con hasta seis mil hombres mal armados, pero juntos y con buena órden, segun su costumbre.

En España no habia galeras; el poder del Rey ocupado en regiones apartadas, y el reino fuera de tal cuidado, todo seguro, todo sosegado; que tal estado era el que á ellos parecia mas á su propósito. Los ministros y gente en Granada, mas sospechosa que proveida, como pasa donde hay miedo y confusion. Pero fué acontecimiento hacer aquella noche tan mal tiempo y caer tanta nieve en la sierra que llaman Nevada y antiguamente Soloria, y los moros Solaira, que cegó los pasos y veredas cuanto bastaba para que tanto número de gente no pudiese llegar. Mas Farax, con los ciento y cincuenta hombres, poco antes del amanecer entró por la puerta alta de Guadix, donde junta con Granada el camino de la sierra, con instrumentos y gaitas, como es su costumbre. Llegaron al Albaicin, corrieron las calles, procuraron levantar el pueblo haciendo promesas, pregonando sueldo de parte de los reyes de Fez y Argel, y afirmando que con gruesas armadas eran llegados á la costa del reino de Granada: cosa que escandalizó y atemorizó los ánimos presentes, y á los ausentes dió tanto mas en que pensar, cuanto mas lejos se hallaban; porque semejantes acaecimientos cuanto mas se van apartando de su principio, tanto parecen mayores y se juzgan con mayor encarecimiento. ¡Y que en un reino pacífico, lleno de armas, prudencia, justicia, riquezas; gobernado por rey que pocos años antes habia hecho en persona el mayor principio que nunca hizo rey en España, vencido en un año dos batallas, ocupado por fuerza tres plazas al poder de Francia, compuesto negocio tan desconfiado como la restitucion del duque de Saboya, hecho por sus capitanes otras empresas, atravesado sus banderas de Italia á Flándes (viaje al parecer imposible) por tierras y gentes que después de las armas romanas nunca vieron otras en su comarca; pacificado sus estados con victorias, con sangre, con castigos; dentro en el reposo, en la seguridad de su reino, en ciudad poblada por la mayor parte de cristianos, tanto mar en medio, tantas galeras nuestras; entrase gente armada con espaldas de tantos hombres por medio de la ciudad, apellidando nombres de reyes infieles enemigos! Estado poco seguro es el de quien se descuida, creyendo que por sola su autoridad nadie se puede atrever á ofendelle. Los moriscos, hombres mas prevenidos que diestros, esperaban por horas la gente de la Alpujarra: salian el Tagari y Monfarrix, dos capitanes, todas las noches al cerro de Santa Helena por reconocer; y salieron la noche antes con cincuenta hombres escogidos y diez y siete escalas grandes, para, juntándose con Farax, entrar en el Alhambra; mas visto que no venian al tiempo, escondiendo las escalas en una cueva, se volvieron, sin salir la siguiente noche, pareciéndoles, como poco pláticos de semejantes casos, que la tempestad estorbaria á venir tanta gente junta, con que pudiesen ellos y sus compañeros poner en ejecucion el tratado del Alhambra; debiéndose esperar semejante noche para escalarla. Mas los del Albaicin estuvieron sose-

gados en las casas, cerradas las puertas, como ignorantes del tratado, oyendo el pregon; porque, aunque se hubiese comunicado con ellos, no con todos en general ni particularmente, ni estaban todos ciertos del dia (aunque se dilató poco la venida), ni del número de la gente, ni de la órden con que entraban, ni de la que en lo por venir ternian. Díjose que uno de los viejos abriendo la ventana preguntó cuántos eran, y respondiéndole seis mil, cerró y dijo: «Pocos sois y venis presto;» dando á entender que habian primero de comenzar por el Alhambra, y después venir por el Albaicin, y con las fuerzas del rey de Argel. Tampoco se movieron los de la Vega que seguian á los del Albaicin, especialmente no oyendo la artillería del Alhambra, que tenian por contraseño. Habia entre los que gobernaban la ciudad emulacion y voluntades diferentes; pero no por esto, así ellos como la gente principal y pueblo, dejaron de hacer la parte que tocaba á cada uno. Estúvose la noche en armas; tuvo el conde de Tendilla el Alhambra á punto, escandalizado de la música morisca; cosa en aquel tiempo ya desusada; pero avisado de lo que era, con mejor guardia. El Marqués, aunque no tenia noticia del contraseño que los moros habian dado á la gente de la Vega, y él le tenia dado á la gente de la ciudad que en la ocasion habia de disparar tres piezas; temiendo que si se hacia pensasen los moros que estaba en aprieto, y acometiesen el Alhambra, en que habia poca guardia, mandó que ningun movimiento se hiciese, ni se pidiese gente á la ciudad; que fué la salvacion del peligro, aunque proveido á otro propósito; porque acudiendo los moriscos de la Vega al contraseño, necesitaban á los del Albaicin á declararse y juntarse con ellos, y como descubiertos, combatir la ciudad. Bajó el Conde á la plaza nueva y puso la gente en órden: acudieron muchos de los forasteros y de la ciudad, personas principales, al presidente don Pedro de Deza, por su oficio, por el cuidado que le habian visto poner en descubrir y atajar el tratado, por su afabilidad, buena manera generalmente con todos, y algunos por la diferencia de voluntades que conocian entre él y el marqués de Mondéjar. Este con solos cuatro de á caballo y el corregidor subió al Albaicin, mas por reconocer lo pasado, que suspender el daño que se esperaba ó asosegar los ánimos que ya tenia por perdidos; contento con alargar algun dia el peligro, mostrando confianza, y gozar del tiempo que fuese comun á ellos, para ver cómo procedian sus valedores, y á él para armarse y proveerse de lo necesario y resistir á los unos y á los otros. Hablóles: «Encareció su lealtad y firmeza, su prudencia en no dar crédito á la liviandad de pocos y perdidos, sin prendas, livianos, hombres que con las culpas ajenas pensaban redimir sus delitos ó adelantarse. Tal confianza se habia hecho siempre, y en casos tan calificados, de la voluntad que tenian al servicio del Rey, poniendo personas, haciendas y vidas con tanta obediencia á los ministros; ofreciéndose de ser testigo y representador de su fe y servicios, intercediendo con el Rey para que fuesen conocidos, estimados y remunerados.» Pero ellos, respondiendo pocas palabras, y esas mas con semblante de culpados y arrepentidos que de determinados, ofrecieron la obra y perseverancia que habian mostrado en todas las ocasiones; y pareciéndole al Marqués bastar aquello, sin quitalles el miedo que tenian del pueblo, se bajó á la ciudad. Habia ya enviado á reconocer los enemigos; porque ni del propósito ni del número ni de la calidad dellos, ni de las espaldas con que habian entrado, se tenia certeza, ni del camino que hacian. Refirieron que habiendo parado en la casa de las Gallinas, atravesaban el Genil la vuelta de la sierra; puso recaudo en los lugares que convenia; encomendó al Corregidor la guardia de la ciudad; dejó en el Alhambra, donde habia pocos soldados mal pagados, y estos de á caballo, el recaudo que bastaba, juntando á este los criados y allegados del conde de Tendilla, personas de crédito y amistades en la ciudad. El, con la caballería que se halló, siguió á los enemigos, llevando consigo á su yerno y hijos (*a*); siguiéronle, parte por servir al Rey, parte por amistad ó por probar sus personas, por curiosidad de ver toda la gente desocupada y principal que se hallaba en la ciudad. Salió con la gente de su casa el conde de Miranda don Pedro de Zúñiga (*b*), que á la sazon residia en pleitos; grande, igual en estado y linaje: eran todos pocos, pero calificados. Mas los enemigos, visto que los vecinos del Albaicin estaban quedos y los de la Vega no acudian, con haber muerto un soldado, herido otro, saqueado una tienda y otra como en señal de que habian entrado, tomaron el camino que habian traido, y por las espaldas de la Alhambra prolongando la muralla, llegaron á la casa que por estar sobre el rio llamaban los moros Dar-al-huet, y nosotros de las Gallinas, segun los atajadores habian referido. Pararon á almorzar y estuvieron hasta las ocho de la mañana: todo guiado por Farax, para mostrar que habia cumplido con la comision, y acusar á los del Albaicin ó su miedo ó su desconfianza, y aun con esperanza que, llegada la gente de la Alpujarra, harian mas movimiento. Pero después que ni lo uno ni lo otro le sucedió, acogióse al camino de Nigüéles, arrimándose á la falda de la montaña; y puesto en lo áspero, caminó haciendo muestra que esperaba. Pocos de la compañía del Marqués alcanzaron á mostrarse, y ninguno llegó á las manos, por la aspereza del sitio; aunque le siguieron por el paso del rio de Monachil hasta atravesar el barranco, y de allí al paraje de Dílar, por donde entraron sin daño en lo mas áspero.

Duró este siguimiento hasta el anochecer, que pareció al Marqués poco necesario quedar allí, y mucho proveer á la guarda y seguridad de la ciudad; temeroso que juntándose los moriscos del Albaicin con los de la Vega, la acometerian, sola de gente y desarmada. Tornó una hora antes de media noche, y sin perder tiempo comenzó á prevenir y llamar la gente que pudo, sin dineros, y que estaba mas cerca; los que por servir al Rey, los que por su seguridad, por amistad del Marqués, memoria del padre y abuelo, cuya fama era grande en aquel reino, por esperanza de ganar, por el ruido ó vanidad de la guerra, quisieron juntarse. Hizo llamamientos generales, pidiendo gente á las ciudades y señores de la Andalucía, á cada uno conforme á la obligacion antigua y usanza de los concejos, que era venir la gente á su costa el tiempo que duraba la

(*a*) Era este yerno don Alonso de Cárdenas, que después, por muerte de su padre, fué conde de la Puebla.

(*b*) Era este don Pedro conde de Miranda, hermano y suegro del que en nuestros dias fué presidente de Italia y de Castilla.

comida que podian traer á los hombros (talegas las llamaban los pasados, y nosotros ahora mochilas). Contábase para una semana; mas acabada, servian tres meses pagados por sus pueblos enteramente, y seis meses adelante pagaban los pueblos la mitad, y otra mitad el Rey: tornaban estos á sus casas, venian otros; manera de levantarse gente, dañosa para la guerra y para ella, porque siempre era nueva. Esta obligacion tenian como pobladores, por razon del sueldo que el Rey les repartia por heredades, cuando se ganaba algun lugar de los enemigos. Llamó tambien á soldados particulares, aunque ocupados en otras partes, á los que vivian al sueldo del Rey, á los que, olvidadas ó colgadas las esperanzas y armas, reposaban en sus casas. Proveyó de armas y de vituallas, envió espías por todas partes á calar el motivo de los enemigos, avisó y pidió dineros al Rey para resistillos y asegurar la ciudad. Mas en ella era el miedo mayor que la causa: cualquier sospecha daba desasosiego, ponia los vecinos en arma; discurrir á diversas partes, de ahí volver á casa; medir el peligro cada uno con su temor, trocados de continua paz en continua alteracion, tristeza, turbacion y priesa; no fiar de persona ni de lugar; las mujeres á unas y á otras partes preguntar, visitar templos: muchas de las principales se acogieron al Alhambra, otras con sus familias salieron, por mayor seguridad, á lugares de la comarca. Estaban las casas yermas y las tiendas cerradas, suspenso el trato, mudadas las horas de oficios divinos y humanos, atentos los religiosos y ocupados en oraciones y plegarias, como se suele en tiempo y punto de grandes peligros. Llegó en las primeras la gente de las villas sujetas á Granada, la de Alcalá y Loja; envió el Marqués una compañía que sacase los cristianos viejos que estaban en Restával, cierto que el primer acometimiento seria contra ellos; en Dúrcal puso dos compañías, porque los enemigos no pasasen á Granada sin quedar guarnicion de gente á las espaldas; y á don Diego de Quesada, con una compañía de infantería y otra de caballos, en guarda de la puente de Tablate, paso derecho de la Alpujarra á Granada. El Presidente, aliviado ya del peligro presente, comenzó ó pensar con mas libertad en el servicio del Rey ó en la emulacion contra el marqués de Mondéjar: escribió á don Luis Fajardo, marqués de Vélez, que era adelantado del reino de Murcia y capitan general en la provincia de Cartagena (ciudad nombrada mas por la seguridad del puerto y por la destruicion que en ella hizo Scipion el Africano, que por la grandeza ó suntuosidad del edificio), animándole á juntar gente de aquellas provincias y de sus deudos y amigos, y entrar en el rio de Almería, donde haria servicio al Rey, socorreria aquella ciudad, que de mar y tierra estaba en peligro, y aprovecharia á la gente con las riquezas de los enemigos. Era el Marqués tenido por diligente y animoso; y entre él y el marqués de Mondéjar hubo siempre diferencias y alongamiento de voluntad, traido dende los padres y abuelos. El de Vélez sirvió al Emperador en las empresas de Túnez y Provenza, el de Mondéjar en la de Argel; ambos tenian noticia de la tierra donde cada uno de ellos servia. Comenzó el de Vélez á ponerse en órden, á juntar gente, parte á sueldo de su hacienda, parte de amigos.

Entre tanto el nuevo electo rey de Granada, en cuanto le duró la esperanza que el Albaicin y la Vega habian de hacer movimiento, estuvo quedo; mas como vió tan sosegada la gente, y las voluntades con tan poca demostracion, salió solo camino de la Alpujarra: encontráronle á la salida de Lanjaron, á pié, el caballo del diestro; pero siendo avisado que no pasase adelante, porque la tierra estaba alborotada, subió en su caballo, y con mas priesa tomó el camino de Válor. Habian los moriscos levantados hecho de sí dos partes: una llevó el camino de Órgiba, lugar del duque de Sesa (que fué de su abuelo el gran capitan) entre Granada y la entrada de la Alpujarra, al levante tierra de Almería, al poniente la de Salobreña y Almuñécar, al norte la misma Granada, al mediodía la mar con muchas calas, donde se podian acoger navíos grandes. Sobre esta villa, como mas importante, se pusieron dos mil hombres repartidos en veinte banderas: las cabezas eran el alcaide de Mecina y el corcení de Motril. Fueron los cristianos viejos avisados, que serian como ciento y sesenta personas, hombres, mujeres y niños; recogiólos en la torre Gaspar de Saravia, que estaba por el Duque. Mas los moros comenzaron á combatirla; pusieron arcabucería en la torre de la iglesia, que los cristianos, saltando fuera, echaron della: llegáronse á picar la muralla con una manta, la cual les desbarataron echando piedras y quemándola con aceite y fuego; quisieron quemar las puertas, pero halláronlas ciegas con tierra y piedra. Amonestábalos á menudo un almuedano desde la iglesia con gran voz, que se rindiesen á su rey Aben-Humeya. (Dicen almuedano al hombre que á voces los convoca á oracion, porque en su ley se les prohibe el uso de las campanas.) Llamaron á un vicario de Poqueira, hombre entre los unos y los otros de autoridad y crédito, para que los persuadiese á entregarse, certificándoles que Granada y el Alhambra estaban ya en poder de los moros: prometian la vida y libertad al que se rindiese, y al que se tornase moro la hacienda y otros bienes para él y sus sucesores: tales eran los sermones que les hacian. La otra banda de gente caminó derecho á Granada á hacer espaldas á Farax-Aben-Farax y á los que enviaron, y á recebir al que ellos llamaban rey, á quien encontraron cerca de Lanjaron, y pasaron con él adelante hasta Dúrcal. Pero entendiendo que el Marqués habia dejado puesta guarnicion en él, volvieron á Válor el alto, y de allí á un barrio que llaman Laujar, en el medio de la Alpujarra; adonde con la misma solemnidad que en Granada, le alzaron en hombros y le eligieron por su rey. Allí acabó de repartir los oficios, alcaidías, alguacilazgos por comarcas (á que ellos llaman en su lengua tahas) y por valles, y declaró por capitan general á su tio Aben-Jauhar, que llamaban don Fernando el Zaguer, y por su alguacil mayor á Farax-Aben-Farax. (Alguacil dicen ellos al primer oficio después de la persona del Rey, que tiene libre poder en la vida y muerte de los hombres sin consultarlo.) Vistiéronle de púrpura; pusiéronle casa como á los reyes de Granada, segun que lo oyeron á sus pasados. Tomó tres mujeres, una con quien él tenia conversacion y la trujo consigo, otra del rio de Almanzora, y otra de Tavernas, porque con el deudo tuviese aquella provincia mas obligada, sin otra con quien él primero fué casado, hija de uno que llamaban Rojas. Mas dende á pocos dias mandó matar al suegro y dos cuñados porque no quisieron tomar su ley; dejó la mujer, perdonó la suegra porque

la habia parido, y quiso gracias por ello como piadoso. Comenzaron por el Alpujarra, rio de Almería, Bolodui y otras partes á perseguir á los cristianos viejos, profanar y quemar las iglesias con el Sacramento, martirizar religiosos y cristianos, que, ó por ser contrarios á su ley, ó por haberlos dotriuado en la nuestra, ó por haberlos ofendido, les eran odiosos. En Güécija, lugar del rio de Almería, quemaron por voto un convento de frailes agustinos, que se recogieron á la torre, echándoles por un horado de lo alto aceite hirviendo; sirviéndose de la abundancia que Dios les dió en aquella tierra, para ahogar sus frailes. Inventaban nuevos géneros de tormentos: al cura de Mairena (1) hincheron de pólvora y pusiéronle fuego; al vicario enterraron vivo hasta la cinta, y jugáronle á las saetadas; á otros lo mismo, dejándolos morir de hambre. Cortaron á otros miembros, y entregáronlos á las mujeres que con agujas los matasen; á quién apedrearon, á quién acañaverearon, desollaron, despeñaron; y á dos hijos de Arce, alcaide de la Peza, uno degollaron y otro crucificaron, azotándole y hiriéndole en el costado primero que muriese. Sufriólo el mozo, y mostró contentarse de la muerte conforme á la de nuestro Redentor, aunque en la vida fué todo al contrario, y murió confortando al hermano, que descabezaron. Estas crueldades hicieron los ofendidos por vengarse; los monfíes por costumbre convertida en naturaleza. Las cabezas, ó las persuadian ó las consentian; los justificados las miraban y loaban, por tener al pueblo mas culpado, mas obligado, mas desconfiado, y sin esperanzas de perdon; permitíalo el nuevo rey, y á veces lo mandaba. Fué gran testimonio de nuestra fe, y de compararse con la del tiempo de los apóstoles, que en tanto número de gente como murió á manos de infieles, ninguno hubo (aunque todos ó los mas fuesen requeridos y persuadidos con seguridad, autoridad y riquezas, y amenazados y puestas las amenazas en obra) que quisiese renegar; antes con humildad y paciencia cristiana, las madres confortaban á los hijos, los niños á las madres, los sacerdotes al pueblo, y los mas distraidos se ofrecian con mas voluntad al martirio. Duró esta persecucion cuanto el calor de la rebelion y la furia de las venganzas; resistiendo Aben-Jauhar y otros tan blandamente, que encendian mas lo uno y lo otro. Mas el Rey, porque no pareciese que tantas crueldades se hacian con su autoridad, mandó pregonar que ninguno matase niño de diez años abajo, ni mujer ni hombre sin causa. En cuanto esto pasaba envió á Berbería á su hermano (que ya llamaban Abdalá) con presente de captivos y la nueva de su eleccion al rey de Argel, la obediencia al señor de los turcos; dióle comision que pidiese ayuda para mantener el reino. Tras él envió á Hernando el Habaquí á tomar turcos á sueldo, de quien adelante se hará memoria. Mas este, dejando concertados soldados, trajo consigo un turco llamado Dalí, capitan, con armas y mercaderes, en una fusta. Recibió el rey de Argel á Abdalá como á hermano del Rey; regalóle y vistióle de paños de seda; envióle á Constantinopla, mas por entretener al hermano con esperanzas que por dalle socorro. En este mismo tiempo se acabaron de rebelar los demás lugares del rio de Almería.

Estaba entonces en Dalías Diego de la Gasca, capitan de Adra, que habiendo entendido el motin víspera de Navidad (dia señalado generalmente para rebelarse todo el reino), iba por reconocer á Ujíjar; mas hallándola levantada, fué seguido de los enemigos hasta encerralle en Adra, lugar guardado á la marina, asentado cuasi donde los antigos llamaban Abdera; que Pedro Verdugo, proveedor de Málaga, con barcos basteció de gente y vituallas luego que entendió la muerte del capitan Herrera en Cádiar. Pasaron adelante, visto el poco efeto que hacian en Adra; y juntando con su misma gente hasta mil y cuatrocientos hombres con un moro que llamaban el Ramí, ocuparon el Chitre (Chutre le dicen otros), sitio fuerte junto á Almería, creyendo que los moriscos vecinos de la ciudad tomarian las armas contra los cristianos viejos: escribieron y enviaron personas ciertas á solicitar, entre otros, á don Alonso Venégas, hombre noble de gran autoridad, que con la carta cerrada se fué al ayuntamiento de los regidores; y leida, pensando un poco cayó desmayado, mas tornándole los otros regidores y reprendiéndole, respondió: «Recia tentacion es la del reino;» y dióles la carta en que parecia como le ofrecian tomalle por rey de Almería. Vivió doliente dende entonces, pero leal y ocupado en el servicio del Rey. Estaba don García de Villarroel, yerno de don Juan, el que murió dende á poco en las Guájaras, por capitan ordinario en Almería, y tomando la gente de la ciudad y la suya, dió sobre los enemigos otro dia al amanecer, pensando ellos que venia gente en su ayuda: rompiólos, y mató al Ramí con algunos. Los que de allí escaparon, juntándose con otra banda del Cehel, y llevando á Hocaid de Motril por capitan, tomaron á Castil de Ferro, tenencía del duque de Sesa, por tratado, matando la gente, sino á Machin el Tuerto, que se la vendió. De ahí pasaron á Motril, juntaron (2) una parte del pueblo, y llevaron casas de moriscos, volviendo sobre Adra; de donde salió Gasca con cuarenta caballos y noventa arcabuceros á reconocellos, y apartándose, llamó un trompeta, cuyo nombre era Santiago, para enviar á mandar la gente; mas fué tan alta la voz, que pudieron oilla los soldados, y creyendo que dijese Santiago, como es costumbre de España para acometer los enemigos, arremetieron sin mas órden. Juntóse Diego de la Gasca con ellos, y fueron cuasi rotos los moros, retirándose con pérdida de cien hombres á la sierra. Iban estas nuevas cada dia creciendo; menudeaban los avisos del aprieto en que estaban los de la torre en Órgiba; que los moros de Berbería habian prometido gran socorro; que amenazaban á Almería y otros lugares, aunque guardados en la marina, proveidos con poca gente. Temia el Marqués, si grueso número se acercase á Granada, que desasosegarian el Albaicin, levantarian las aldeas de la Vega, y tanto mayores fuerzas cobrarian, cuanto se tardase mas la resistencia; daríase ánimo a los turcos de Berbería de pasar á socorrellos con mayor priesa, confianza y esperanza; fortificarian plazas en que recogerse, y no les faltarian personas pláticas desto y de la guerra entre otras naciones que les ayudasen, y firmarian el nombre de rei-

(1) *De Terque*, dice el MS. citado; pero probablemente seria el beneficiado Geuriqui, cuya muerte menciona Mármol, lib. 4, cap. 17.

(2) El MS. mencionado, *quemaron*.

no, puesto que vano y sin fundamento, perjudicial y odioso á los oidos del señor natural, por grande y poderoso que sea; daríase avilanteza á los descontentos para pensar novedades.

Estando las cosas en estos términos, vino Aben Humeya con la gente que tenia sobre Tablate, y trabando con don Diego de Quesada una escaramuza gruesa, cargó tanta gente de enemigos, que le necesitó á dejar la puente y retirarse á Dúrcal. Estas razones y el caso de don Diego fueron parte para que el Marqués, con la gente que se hallaba, saliese de Granada á resistillos, hasta que viniese mas número con que acometellos á la iguala; dejando proveido á la guarda y seguridad de la ciudad y el Alhambra á su hijo el conde de Tendilla por su teniente; al corregidor el sosiego, el gobierno, la provision de vituallas, la correspondencia de avisar al uno y al otro, con el Presidente, de cuya autoridad se valiesen en las ocasiones. Salió de Granada á los 3 de hebrero (1569) con propósito de socorrer á Órgiba: vino á Alendin, y de allí al Padul. La gente que sacó fueron ochocientos infantes y doscientos caballos; demás destos, los hombres principales que ó con edad ó con enfermedad ó con ocupaciones públicas no se excusaron, seguíanle, mirábanle como á salvador de la tierra, olvidada por entonces ó disimulada la pasion. Paró en el Padul, pensando esperar allí la gente de la Andalucía, sin dinero, sin vitualla, sin bagajes: con tan poca gente tomó la empresa; pero la misma noche á la segunda guardia, oyéndose golpes de arcabuz en Dúrcal, creyendo todos que los enemigos habian acometido la guardia que allí estaba, partió con la caballería; halló que, sintiendo su venida por el ruido de los caballos en el cascajo del rio, se habian retirado con la escuridad de la noche, dejando el lugar y llevando herida alguna gente; y el Marqués, para no darles avilanteza, tornando al Padul, acordó hacer en Dúrcal la masa. En tiempo de tres dias llegaron cuatro banderas de Baeza, con que crecia el Marqués á mil y ochocientos infantes y una compañía de noventa caballos; y teniendo aviso del trabajo en que estaban los de Órgiba, y que Aben Humeya juntaba gente para estorballe el paso de Tablate, salió de Dúrcal.

Entre tanto el conde de Tendilla recebia y alojaba la gente de las ciudades y señores en el Albaicin; y porque no bastaba para asegurarse de los moriscos de la ciudad y la tierra y proveer á su padre de gente, nombró diez y siete capitanes, parte hijos de señores, parte caballeros de la ciudad, parte soldados; pero todos personas de crédito: aposentólos y mantúvolos sin pagas con alojamientos y contribuciones. El Marqués, dejando guardia en Dúrcal, paró aquella noche en Elchite, de donde partió en órden camino de la puente; y habiendo enviado una compañía de caballos con alguna arcabucería á recoger la gente que habia quedado atrás, para que asegurasen los bagajes y embarazos, y mandado volver á Granada los desarmados que vinieron de la Andalucía, tuvo aviso que los enemigos le esperaban, parte en la ladera, parte en la salida de la misma puente, y la estaban rompiendo. Eran todos cuasi tres mil y quinientos hombres, los mas dellos armados de arcabuces y ballestas, los otros con hondas y armas enhastadas: comenzóse una escaramuza trabada; mas el Marqués, visto que remolinaban algunas picas de su escuadron, arremetió adelante con la gente particular, de manera que apretó los enemigos hasta forzarlos á dejar la puente, y pasó una banda de arcabucería por lo que della quedaba entero. Con esta carga fueron rotos del todo, retrayéndose en poca órden á lo alto de la montaña. Algunos arcabuceros llegaron á Lanjaron y entraron en el castillo, que estaba desamparado; reparóse la puente con puertas, con rama, con madera que se trajo del lugar de Tablate, por donde pasó la caballería; el resto del campo se aposentó en él sin seguir los enemigos, por ser ya tarde y haberse ellos acogido á lo fuerte, donde los caballos no les podian dañar. El dia siguiente, dejando en la puente al capitan Valdivia con su compañía para seguridad de las escoltas que iban de Granada á la Alpujarra, por ser paso de importancia, tomó el camino de Órgiba, donde los enemigos le esperaban al paso en la cuesta de Lanjaron; y habiendo sacado una banda de arcabucería con algunos caballos, mandó á don Francisco, su hijo (a), que con ellos se mejorase en lo alto de la montaña, yendo él su camino derecho sin estorbo; porque Aben Humeya, con miedo que le tomasen los nuestros las cumbres que tenia para su acogida, dejó libre el paso, aunque la noche antes habia tenido su campo enfrente del nuestro con muchas lumbres y música en su manera, amenazando nuestra gente y apercibiéndola para otro dia á la batalla. Llegado el Marqués á Órgiba, socorrió la torre, en término que si tardara, era necesario perderse por falta de agua y vitualla, cansados de velar y resistir. He querido hacer tan particular memoria del caso de Órgiba porque en él hubo todos los accidentes que en un cerco de grande importancia: sitiados combatidos, quitadas las defensas, salidas de los de dentro contra los cercadores, á falta de artillería picados los muros, al fin hambreados, socorridos con la diligencia que ciudades ó plazas importantes; hasta juntarse dos campos tales cuales entonces los habia, uno á estorbar, otro á socorrer; darse batalla, donde intervino persona y hombre de rey. Socorrida y proveida Órgiba de vitualla, municion y gente la que bastaba para asegurar las espaldas al campo, mandando volver á Granada, á órden del conde su hijo, cuatro compañías de caballería y una de infantería para guarda de la ciudad (1), partió contra Pòqueira, donde tuvo aviso que Aben Humeya habia parado resuelto de combatir: juntó con su gente dos compañías, una de infantería y otra de caballos que le vino de Córdoba. Cerca del rio que divide el camino entre Órgiba y Poqueira descubrió los enemigos en el paso que llaman Alfajaralí. Eran cuatro mil hombres los principales que gobernaban apeados: hicieron una ala delgada en medio; á los costados espesa de gente, como es su costumbre ordenar el escuadron; á la mano derecha, cubiertos con un cerro, habia emboscados quinientos arcabuceros y ballesteros; demás desto, otra emboscada en lo hondo del barranco, luego pasado el rio, de mucho mayor número de gente. La que el Marqués llevaba serian dos mil infantes y trescientos caballos en un escuadron prolongado, guarnecido de ar-

(a) Este don Francisco es el almirante de Aragon, que después de varios casos y fortunas se ordenó de clérigo y fué obispo de Sigüenza.

(1) Aquí añade el MS.: *de las que le habian alcanzado en Lanjaron de las ciudades de Ubeda y Baeza.*

cabucería y mangas, segun la dificultad del camino; la caballería, parte en la retaguardia, parte al un lado, donde la tierra era tal que podian mandarse los caballos, pero guarnecida asimismo de alguna infantería; porque en aquella tierra, aunque los caballos sirvan mas para atemorizar que para ofender, todavía son provechosos. Apartó del escuadron dos bandas de arcabucería y cien caballos, con que su hijo don Francisco fuese á tomar las cumbres de la montaña: en esta órden bajando al rio, comenzó á subir escaramuzando con los enemigos; mas ellos, cuando pensaron que nuestra gente iba cansada, acometieron por la frente, por el costado y por la retaguardia todo á un tiempo; de manera que cuasi una hora se peleó con ellos á todas partes y á las espaldas, no sin igualdad y peligro; porque la una banda de arcabucería estuvo en términos de desórden, y la caballería lo mismo; pero socorrió el Marqués con su persona los caballos, enviando socorro á los infantes. Viendo los enemigos que les tomaba los altos nuestra arcabucería, ya rotos se recogieron á ellos con tiempo, desamparando el paso. Siguióse el alcance mas de media legua hasta un lugar que dicen Lubien: la noche y el cansancio estorbó que no se pasase adelante; murieron dellos en este rencuentro cuasi seiscientos; de los nuestros siete; hubo muchos heridos de arcabuces y ballestas. Don Francisco de Mendoza, hijo del Marqués, y don Alonso Portocarrero fueron aquel dia buenos caballeros, entre otros que allí se hallaron; don Francisco, cercado y fuera de la silla, se defendió con daño de los enemigos, rompiendo por medio. Don Alonso, herido de dos saetadas con yerba, peleó hasta caer trabado del veneno usado dende los tiempos antiguos entre cazadores. Mas porque se va perdiendo el uso della con el de los arcabuces, como se olvidan muchas cosas con la novedad de otras, diré algo de su naturaleza. Hay dos maneras, una que se hace en Castilla en las montañas de Béjar y Guadarrama (á este monte llamaban los antiguos Orospeda, y al otro Idubeda), cociendo el zumo de vedegambre, á que en lengua romana y griega dicen eléboro negro, hasta que hace correa, y curándolo al sol, lo espesan y dan fuerza (*a*); su olor agudo no sin suavidad, su color escuro, que tira á rubio. Otra se hace en las montañas nevadas de Granada de la misma manera; pero de la yerba que los moros dicen rejalgar, nosotros yerbas, los romanos y griegos acónito, y porque mata los lobos, licoctónos; color negro, olor grave, prende mas presto, daña mucha carne; los accidentes en ambas los mismos, frio, torpeza, privacion de vista, revolvimiento de estómago, arcadas, espumajos, desflaquecimiento de fuerzas hasta caer. Envuélvese la ponzoña con la sangre donde quier que la halla, y aunque toque la yerba á la que corre fuera de la herida, se retira con ella y la lleva consigo por las venas al corazon, donde ya no tiene remedio; mas antes que llegue hay todos los generales: chúpanla para tirarla afuera, aunque con peligro; psylos llamaban en lengua de Egipto á los hombres que tenian este oficio (*b*). El particular remedio es zumo de membrillo, fruta tan enemiga de esta yerba, que donde quier que la alcanza el olor, le quita la fuerza; zumo de retama, cuyas hojas machacadas he yo visto lanzarse de suyo por la herida cuanto pueden, buscando el veneno hasta topallo y tiralle afuera: tal es la manera desta ponzoña, con cuyo zumo untan las saetas envueltas en lino, porque se detenga. La simplicidad de nuestros pasados, que no conocieron manera de matar personas sino á hierro, puso á todo género de veneno nombre de yerbas: usóse en tiempos antiguos en las montañas de Abruzzo, en las de Candia, en las de Persia; en los nuestros, en los Alpes que llaman Monsenis hay cierta yerba poco diferente, dicha tora, con que matan la caza, y otra que dicen antora, á manera de dictamno, que la cura.

Entróse Poqueira, lugar tan fuerte, que con poca resistencia se defendiera contra mucho mayores fuerzas. Los moros, confiándose del sitio, le habian escogido por depósito de sus riquezas, de sus mujeres, hijos y vitualla: todo se dió á saco; los soldados ganaron cantidad de oro, ropa, esclavos; la vitualla se aprovechó cuanto pudo; mas la priesa de caminar en seguimiento de los enemigos, porque en ninguna parte se firmasen, y la falta de bagajes en que la cargar, y gente con que asegurallo, fué causa de quemar la mayor parte, porque ellos no se aprovechasen. Partió el Marqués el dia siguiente de Poqueira, y vino á Pítres, donde se detuvo curando los heridos, dando cobro á muchos captivos cristianos que libertó, ordenando las escoltas y tomando lengua. Alcanzáronle en este lugar dos compañías de caballos de Córdoba y una de infantería: en él tuvo nueva como Aben Humeya con mayor número de gente le esperaba en el puerto que llaman de Jubíles, lugar, á su parecer dellos, donde era imposible pasar sin pérdida. Mas queriendo los enemigos tentar primero la fortuna de la guerra, saltearon nuestro alojamiento con cinco banderas, en que habia ochocientos hombres: el dia siguiente á mediodía, aprovechándose de la niebla y de la hora del comer, acometieron por tres partes, y porfiaron de manera, hasta que llegaron á los cuerpos de guardia peleando; pero en ellos fueron resistidos con pérdida de gente y dos banderas: hubo algunos heridos de los nuestros. Sosegada y refrescada la gente, dejando los heridos y embarazos con buena guardia, partió el Marqués ahorrado contra Aben Humeya; y por descuidarle escogió el camino áspero de Trevélez por la cumbre de la sierra de Poqueira, donde algunos moros desmandados desasosegaron nuestra retaguardia sin daño. Pasóse aquella noche fuera de Trevélez sobre la nieve, con poco apareje, y frio demasiado. Habia venido á Pítres un mensajero (1) de Zaguer, que decian Aben-Jauhar, tio y general de Aben Humeya, á pedir apuntamientos de paz; pero llevándole el Marqués consigo, le respondió «que brevemente pensaba dalle la respuesta como convenia al servicio de Dios y del Rey». Dícese que ya el Zaguer andaba recatado de que Aben-Humeya le buscase la muerte; y continuando su camino para Jubíles con una compañía mas de infantería y otra de caballos de Ecija, cuyo capitan era Tello de Aguilar, llegó á vista de Jubíles, donde salió un

(*a*) Algo difiere de lo que dice Laguna sobre Dioscórides, lib. 4, cap. 79 y cap. 153.

(*b*) Plin., lib. 7, cap. 2, y lib. 8, cap. 25.

(1) El siguiente trozo, que sin duda por formar un paréntesis demasiado largo, se suprimió en el impreso, consta en el MS. Un mensajero, *cristiano viejo, llamado Hierónimo de Aponte, que por ser bienquisto entre ellos, habia quedado vivo, de los que los moros hubieron á las manos en Ujíjar de la Alpujarra.*

cristiano viejo con tres moros á entregalle el castillo. Habia dentro mujeres y hijos de los moros que estaban en campo con Aben Humeya; gente inútil y de estorbo para quien no tiene cuenta con las mujeres y niños, y algunos moros de paz viejos; mas porque era necesario ocupar mucha gente para guardallos, y si quedaran sin guarda se huyeran á los enemigos, mandó que los llevasen á Jubíles. Acaeció que un soldado de los atrevidos llegó á tentar una mujer si traia dineros, y alguno de los moriscos, ó fuese marido ó pariente, á defendella, de que se trabó tal ruido, que de los moriscos cuasi ninguno quedó vivo; de las moriscas hubo muchas muertas; de los nuestros algunos heridos, que con la escuridad de la noche se hacian daño unos á otros. Dícese que hubo gente de los enemigos mezclada para ver si con esta ocasion pudieran desordenar el campo, y que, arrepentidos de la entrega que el Zaguer hizo, los padres, hermanos y maridos de las moras quisieron procurar su libertad: la escuridad de la noche y la confusion fué tanta, que ni capitanes ni oficiales pudieron estorbar el daño.

LIBRO SEGUNDO.

En tanto que las cosas de la Alpujarra pasaban como tenemos dicho, se juntaron hasta quinientos moros con dos capitanes, Giron de las Albuñuelas y Nacoz de Nigüeles, á tentar la guardia que el Marqués habia dejado en la puente de Tablate; teniendo por cierto que si de allí la pudiesen apartar, se quitaria el paso y el aparejo á las escoltas, y nuestro campo con falta de vituallas se desharia. Vinieron sobre la puente hallándola falta de gente, y la que habia desapercebida acometieron con tanto denuedo, que la hicieron retirar; parte no paró hasta Granada; muchos dellos murieron sin pelear en el alcance; parte se encerraron en una iglesia, donde acabaron quemados; con que la puente quedó por los enemigos. Mas el conde de Tendilla, sabida la nueva, envió á llamar con diligencia á don Alvaro Manrique, capitan del marqués de Pliego, que con trescientos infantes y ochenta caballos de su cargo estaba alojado dos leguas de Granada. Llegó á la puente de Genil al amanecer, donde el Conde le esperaba con ochocientos infantes y ciento y veinte caballos: avisado del número de los enemigos, entrególe la gente, y dióle órden que peleando con ellos, desembarazado el paso, le dejase guardado, y él con el resto della pasase á buscar al Marqués. Cumplió don Alvaro con su comision, hallando la puente libre y los moros idos.

En Jubíles llegó el capitan don Diego de Mendoza, enviado por el Rey para que llevase relacion de la guerra, manera de cómo se gobernaba el Marqués, del estado en que las cosas se hallaban; porque los avisos eran tan diferentes, que causaban confusion en las provisiones, como no faltan personas que por pretensiones ó por pasion ó opinion ó buen celo culpan ó excusan las obras de los ministros. Partió el Marqués de Jubíles, vino á Cádiar, donde fué la muerte del capitan Herrera; de allí á Ujíjar: en el camino mandó combatir una cueva, en que se defendian encerrados cantidad de moros con sus mujeres y hijos, hasta que con fuego y humo fueron tomados. Estando en Ujíjar fué avisado que Aben Humeya, juntas todas sus fuerzas, le esperaba en el paso de Paterna, tres leguas de Ujíjar, y sin detenerse partió. Caminando le vinieron dos moros de parte de Aben Humeya con nuevos partidos de paz, mas el Marqués sin respuesta los llevó consigo hasta dar con su vanguardia en la de los enemigos; y en una quebrada junto á Iñiza pelearon con harta pertinacia, por ser mas de cinco mil hombres y mejor armados que en Jubíles; pero fueron rotos del todo, tomándoles el alto y acometiéndolos con la caballería don Alonso de Cárdenas, conde de la Puebla: no se siguió el alcance por ser noche. Envió el Marqués doscientos caballos, que les siguieron hasta la nieve y aspereza de la sierra, matando y captivando; y él á dos horas de noche paró en Iñiza; otro dia vino á Paterna; dióla á saco; no hallaron los soldados en ella menos riqueza que en Poqueira. El rencuentro de Paterna fué la postrera jornada en que Aben Humeya tuvo gente junta contra el Marqués, el cual partió sin detenerse para Andarax en seguimiento de las sobras de los enemigos, habiendo enviado delante infantería y caballería á buscallos en el llano y en la sierra que dicen el Cehel, cerca de la mar; montaña buena para ganados, caza y pesca, aunque en algunas partes falta de agua. Dicen los moros que fué patrimonio del conde Julian el traidor, y aun duran en ella y cerca memorias de su nombre: la torre, la rambla Juliana y Castil de Ferro. Llegado á Andarax, envió á su hijo don Francisco con cuatro compañías de infantería y cien caballos á Ohánez, donde entendió que se recogian enemigos; mas por avisos ciertos del capitan de Adra supo que en él no habia cuarenta personas, y por alguna falta de vituallas le mandó tornar. Recogió y envió á Granada gran cantidad de captivos cristianos, á quien habia dado libertad en todos los pueblos que ganó y se le rindieron: recibió los lugares que sin condicion se le entregaron. Estaba Diego de la Gasca sospechoso en Adra que los vecinos de Turon, lugar de los rendidos en el Cehel, acogian moros enemigos, y queriendo él por sí saber la verdad para dar aviso al Marqués, fué con su gente; mas no hallando moros, entró de vuelta á buscar cierta casa, de donde salió uno dellos, que le dió cierta carta de aviso fingida, y al abrirla le metió un puñal por el vientre; hirió tambien dos soldados antes que le matasen. Murió Gasca de las heridas, y mandó en su testamento que las ganancias que habia hecho en la guerra se repartiesen entre soldados pobres, huérfanos, viudas, mujeres é hijas de soldados; era sobrino hijo de hermano de Gasca, obispo de Sigüenza, que venció en una batalla á los Pizarros y pacificó el reino del Perú.

En el mismo tiempo don Luis Fajardo, marqués de Vélez, gran señor en el reino de Murcia, solicitado, como dijimos, por cartas del presidente de Granada, habia salido con sus amigos, deudos y allegados á entrar en el rio de Almería: era la gente que llevaba número de dos mil infantes y trescientos caballos, la mayor parte escogidos. La primera jornada fué combatir una gruesa banda de moros que atravesaban desmandados en Illar; de allí fué sobre Félix; tomóla y saqueóla, enriqueciendo la gente; peleóse con harto riesgo y porfía; murieron de los enemigos muchos, pero mas mujeres que hombres, entre ellos su capitan, llamado Futei, natural del Cenete. Hecho esto, por falta de vituallas se recogió á los lugares del rio de Alme-

ría, donde para mantener la gente y su persona vino á Cosar de Canjáyar, barranco de la Hambre le llaman por otro nombre en su lengua, porque en él se recogieron los moros cuando el rey católico don Fernando hizo la empresa de Andarax en el primer levantamiento, donde pasaron tanta hambre, que cuasi todos murieron.

La toma de Poqueira, Jubíles y Paterna puso temor á los enemigos, porque tenian reputacion de fuertes, y indignacion por la pérdida que en ellos hicieron de todas sus fortunas : comenzaron á recogerse en lugares ásperos, ocupar las cumbres y riscos de las montañas, fortificando á su parecer lo que bastaba, pero no como gente plática; antes ponian todas sus esperanzas y seguridad en esparcirse, y dejando la frente al enemigo, pasar á las espaldas, más con apariencia de descabullirse que de acometer. Pareció al Marqués con estos sucesos quedar llana toda la Alpujarra; y dando la vuelta por Andarax y Cádiar, tornó á Órgiba, por estar mas en comarca de la mar, rio de Almería, Granada y la misma Alpujarra. Entre tanto, aunque la rebelion parecia estar en la Alpujarra en términos de sosegada, echó raíces por diversas partes : á la parte de poniente, por las Guájaras, tres lugares pequeños juntos que parten la tierra de Almuñécar de la de Val de Leclin, puestos en el valle que desciende al puerto de la Herradura, desdichado por la pérdida de veinte y tres galeras anegadas con su capitan general don Juan de Mendoza, hombre de no menos industria y ánimo que su padre don Bernardino y otros de sus pasados, que en diversos tiempos valieron en aquel ejercicio. El señor de uno de aquellos lugares, ó con ánimo de tenellos pacíficos, ó de roballos y captivar la gente, juntando consigo hasta doscientos soldados desmandados de la costa, forzó á los vecinos que le alojasen y contribuyesen extraordinariamente. Vista por ellos la violencia, dilatándolo hasta la noche, le acometieron de improviso, y necesitaron á retraerse en la iglesia, donde quemaron á él y á los que entraron en su compañía. No dió tiempo á los malhechores la presteza del caso para pensar en otro partido mas llano que juntarse, llegando á sí, de la gente de los lugares vecinos, tres mil personas de todas edades, en que habia mil y quinientos hombres (1) de provecho, armados de arcabuces, ballestas, lanzas y gorguces, y parte hondas, como la ira y la posibilidad les daba; y sin tomar capitan, de comun parecer ocuparon dos peñones, uno alto, de subida áspera y difícil, otro menor y mas llano. Aquí pusieron su guardia y se repararon sin traveses, parte con piedra seca, parte con mantas y jalmas como rumbadas, á falta de rama y tierra. Estos dos sitios escogieron para su seguridad, juntando después consigo algunos salteadores, Giron, Márcos el Zamar, capitanes, y otros hombres á quien convidaba la fortaleza del sitio, el aparejo de la comarca y la ocasion de las presas. Fué el Marqués avisado, que andaba visitando algunos lugares de la tierra como seguro de tal novedad; y visto que el fuego se comenzaba por parte peligrosa de lugares importantes, guardados á la costa con poca gente, recelando que saltase á la sierra de Bentomiz ó á la Hoya y Jarquía de Málaga, deliberó partir con cuasi dos mil infantes y doscientos caballos, avisando al Conde que de Granada le reforzase con mas gente de pié y de caballo. Eran los mas aventureros ó concejiles : tomó el camino de las Guájaras, dejando á sus espaldas lugares como Ohánez y Válor el alto, sospechosos y sobresaltados, aunque solos de gente, segun los avisos. Algunos le juzgaban diciendo que pudiera enviar otra persona ó á su hijo el Conde en su lugar; pero él escogió para sí la empresa con este peligro, ó porque el Rey, vista la importancia del caso, no le proveyese de compañero, ó por entretener la gente en la ganancia : tanto puede la ambicion en los hombres, puesto que sea loable, que aun de los hijos se recatan. Sacar al Conde de Granada, que le aseguraba la ciudad á las espaldas y le proveia de gente y de vitualla, parecia consejo peligroso, y partir la empresa con otro, despojarse de las cabezas, que si muchas en número y calidad de personas, en experiencia eran pocas. Estas dudas saneó con la presteza, porque antes que los enemigos pensasen que partia, les puso las armas delante. Halláronse en toda la jornada muchas personas principales, así del reino de Granada como de la Andalucía, que en las ocasiones serán nombrados. Partió el Marqués de Andarax, y sin perder tiempo vino de Cádiar á Órgiba, y tomando vitualla á Vélez de Benabdalá, pasó el rio de Motril, la infantería á las ancas de los caballos, y llegó á las Guájaras, que están en medio. Vino don Alonso Portocarrero con mil soldados, ya sano de sus heridas, y otras dos banderas de infantería, ciento y cincuenta caballos; gente hecha en Granada, que enviaba el conde de Téndilla; el conde de Santistéban con muchos deudos y amigos de su casa y vasallos suyos. Mas los enemigos, como de improviso descubrieron el campo, comenzaron á tomar el camino de los peñones, y víanse subir por la montaña con mujeres y hijos. Viendo el Marqués que se recogian á sus fuertes, envió una compañía de arcabuceros á reconocerlos y dañarlos si pudiesen; pero dende á poco le trajo un soldado mandado del capitan, que por ser les enemigos muchos y su gente poca, ni se atrevia á seguillos porque no le cargasen, ni á retirarse porque no le rompiesen : pedia para lo uno y lo otro mil hombres. Envióle alguna arcabucería, y él con la gente que pudo llegar ordenada le siguió hasta las Guájaras altas por hacerle espaldas, donde alojó aquella noche con mal aparejo; pero los unos y los otros sin temor; los nuestros por la confianza de la victoria, los enemigos de la defensa.

Entre los que allí vinieron á servir fué uno don Juan de Villarroel, hijo de don García de Villarroel, adelantado que fué de Cazorla, y sobrino (segun fama) de fray Francisco Jimenez, cardenal y arzobispo de Toledo, gobernador de España entre la muerte del rey católico don Fernando y el reinado del emperador don Cárlos. Era á la sazon capitan de Almería y servia de comisario general en el campo; hombre de años, probado en empresas contra moros, pero de consejos sutiles y peligrosos, que habia ganado gracia con hallar culpas en capitanes generales, siendo á veces escuchado, y al fin remunerado. Este, por abrirse camino para algun nombre en aquella ocasion, gastó la noche sin sueño en persuadir al Marqués que le mandase con cincuenta soldados á reconocer el fuerte de los enemigos, diciendo que del alojamiento no se descubria el paso del peñon alto. Concurrió el Marqués, mostrando hacerlo mas por permision y licencia que mandamiento, pero amonestán-

(1) El MS. dice *mil y ochocientos*.

dole que no pasase del cerro pequeño, que estaba entre su alojamiento y la cuesta, y que no llevase consigo mas de cincuenta arcabuceros; blandura que suele poner á veces á los que gobiernan en grandes y presentes peligros. Mas don Juan, pasando el cerro, comenzó á subir la cuesta sin parar, aunque fué llamado del Marqués, y á seguillo mucha gente principal y otros desmandados, ó por acreditar sus personas ó por codicia del robo. Pasaban ya los que subian de ochocientos, sin poderlo el Marqués estorbar; porque don Juan, viéndose acrecentado con número de gente, y concibiendo en sí mayores esperanzas, teniéndose por señor de la jornada, sin guardar la órden que se le dió ni la que se debe en hechos semejantes, desmandada la gente no con mas concierto que el que daba su voluntad á cada uno, comenzó la subida con el ímpetu y priesa que suele quien va ignorante de lo que puede acontecer, mas dende á poco con flojedad y cansancio. Vista por los enemigos la desórden, hicieron muestra de encubrirse con el peñon bajo, dando apariencia de escapar: pensaron los nuestros que huian, y apresuraron el paso; creció el cansancio, oíanse tiros perdidos de arcabucería, voces de hombres desordenados; víanse arremeter, parar, cruzar, mandar; movimientos segun el aliento ó apetito de cada uno: en ochocientas personas mostrarse mas capitanes que hombres, antes cada cual lo era de sí mismo; el hábito del capitan un capote, una montera, una caña en la mano. No se estaba á media cuesta cuando la gente comenzó á pedir municion de mano en mano: oyeron los enemigos la voz, peligrosa en semejantes ocasiones; y viendo la desórden, saltaron fuera con el Zamar hasta cuarenta hombres, esos con pocas armas y menos muestra de acometer; pero convidados del aparejo, y ayudados de piedras que los del peñon echaban por la cuesta, y de alguna gente mas, dieron á los nuestros una carga harto retenida, aunque bastante para que todos volviesen las espaldas con mas priesa que habian subido, sin que hombre hiciese muestra de resistir ni la gente particular fuese parte para ello; antes los seguian mostrando querellos detener: fueron los moros creciendo, ejecutando y matando hasta cerca del arroyo. Murió don Juan de Villarroel desalentado, con la espada en la cinta, cuchilladas en la cabeza y las manos, segun se reparaba; don Luis Ponce de Leon, nieto de don Luis Ponce, que herido de muerte y caido, le despeñó un su criado por salvalle, y Juan Ronquillo, veedor de las compañías de Granada, y un hijo solo del maestre de campo Hernando de Oruña, viéndole su padre y todos peleando. Fueron los muertos muchos mas que los que los seguian, y algunos ahogados con el cansancio; los demás se salvaron, y entre ellos don Jerónimo de Padilla, hijo de Gutierre Lopez de Padilla, que herido y peleando hasta que cayó, le sacó arrastrando por los piés un esclavo á quien él dió libertad. El Marqués, vista la desórden, y que los enemigos crecian y venian mejorados, y prolongándose por la loma de la montaña á tomarle las espaldas, encaminados á un cerro que le estaba encima, envió á don Alonso de Cárdenas con pocos arcabuceros que pudo recoger; hombre suelto y de campo, el cual previno y aseguró el alto. Estaba el Marqués apeado con la caballería, las lanzas tendidas, guarnecido de alguna arcabucería, esperando los enemigos y recogiendo la gente que venia rota: pudo esta demostracion y su autoridad refrenar la furia de los unos, detener y asegurar los otros, aunque con peligro y trabajo. Otro dia al amanecer llegó la retaguardia: serián por todos cinco mil y quinientos infantes y cuatrocientos caballos; compañía bastante para mayor empresa, si se hubiera de tener cuenta con solo el número. Ordenó solo un escuadron, por el temor de la gente que el dia de antes habia recebido desgracia, guarnecido á los costados con mangas prolongadas de arcabucería. Era el peñon por dos partes sin camino, mas por la que se continuaba con la montaña habia salida menos áspera: aquí mandó estar caballería y arcabucería apartada, pero cubierta, porque vistos no estorbasen la huida. Son los moros cuando se ven encerrados impetuosos y animosos para abrirse paso; mas abierto, procuran salvarse sin tornar el pecho al enemigo; y por esto, si á alguna nacion se ha de abrir lugar por donde se vayan, es á ellos. Acometiólos con esta órden, y duró el combatir con pertinacia hasta la escuridad de la noche; los unos animados, los otros indignados del suceso pasado: mandó tocar á recoger, y alojó pegado con el fuerte, encomendando la guardia á los que llegaron holgados. Puso la noche á los enemigos delante de los ojos el peligro, el robo, la captividad, la muerte; trájoles el miedo confusion y discordia, como en ánimos apretados que tienen tiempo para discurrir: unos querian defenderse, otros rendirse, otros huir; al fin, salió la mayor parte de la gente forastera y monfíes con los capitanes Giron y el Zamar, sacando las mujeres y niños que pudieron, y quedó todavía número de gente de los naturales; y aunque flacamente reparada, si tuvieran esfuerzo y cabezas, con el favor de lo pasado y el aparejo del sitio, solas mujeres bastaban á defenderse. Hicieron al principio resistencia, ó que el desdeño de verse desamparados ó la ira los encendiese; pero apretados, enflaquecieron, y dando lugar, fueron entrados por fuerza: no se perdonó con órden del Marqués á persona ni á edad; el robo fué grande, y mayor la muerte, especialmente de mujeres: no faltó ambicion que se ofreciese á solicitalla como cargo de mayor importancia. Escapó Giron; fué preso y herido de un arcabucero por el muslo el Zamar por salvar una hija suya doncella, que no podia con el trabajo del camino; y llevado á Granada, le mandó atenazar el conde de Tendilla, que hizo calificada la victoria.

Tomado el fuerte de las Guájaras, envió el Marqués el campo con el conde de Santistéban, que le esperase en Vélez de Benabdalá; y fué á visitar á Almuñécar, Salobreña, Motril, lugares á la marina; guardados contra los cosarios de Berbería, y quedó por entonces asegurada aquella tierra hasta Ronda. Puso en el oficio de don Juan de Villarroel á don Francisco de Mendoza, su hijo; nombró veedores y otros oficiales de hacienda, sin que el gobierno del campo no podia pasar. Pero no dejaron perder sus émulos aquella ocasion de calumniarle, diciendo ser él mismo quien proveia, libraba, pagaba, repartia las contribuciones, presas y depósitos, pues sus hijos y criados lo hacian; cosa que los capitanes generales suelen y deben huir. Pero la necesidad y la salida del negocio mostró haber sido mas provechoso consejo para la hacienda del Rey, en lo poco que se gastó con mucha gente y en mucho tiempo. Llegado

á Vélez, tornó á Órgiba; dióse á recebir gentes y pueblos que se venian á rendir; entregaban las armas los que habitaban por toda la Alpujarra y rio de Almería, y los que en las montañas andaban alzados rendíanse á merced del Rey sin condicion; traian mujeres, hijos y haciendas; comenzaban á poblar sus casas; ofrecíanse á ir con ellas á morar como y donde los enviasen; y si en la tierra los quisiesen dejar, mantener guardia para defension y seguridad della, solamente que se les diesen las vidas y libertad; pero aun estas dos condiciones no les admitió. No por eso dejaban de venirse: dábales salvaguardia con que vivian pacíficos, aunque no del todo asegurados; y hallando el campo lleno de esclavos y cristianos que comian la vitualla, depositó quinientas moriscas en poder de sus padres, hermanos y maridos, y sobre sus palabras las recibieron en Ujíjar, y dende á poco envió con alguaciles por ellas para volvellas á sus dueños, que sin faltar persona las tornaron; cosa no vista en otro tiempo, ó fuese el miedo y la obediencia, ó fuese que restituian las mujeres de que hallan abundancia en toda parte, y por esto son estimadas como alhaja, y los hijos donde se los criasen, descargándose de bocas inútiles y embarazo cojijoso; y aquí hizo particulares justicias de muchos culpados.

Discurrian los soldados de veinte en veinte sin daño; dábanse á descubrir personas y ropa escondida por la montaña; combatian cuevas donde habia moriscos alzados: todo era esclavos, despojos, riquezas. No eran por entonces tantas las desórdenes, que los moriscos no las pudiesen sufrir, ni tantos los autores, que no pudiesen ser castigados; pero fuéronse los unos con la ganancia, vinieron otros nuevos codiciosos que mudaban el estado de paz en desasosiego, y de obediencia en desconfianza. Vióse un tiempo en el cual los enemigos (ó estuviesen rendidos ó sobresanados) pudieran con facilidad y poca costa ser oprimidos, y venirse al término que después se vino de castigo, de opresion ó de destierro; ó sacándolos á morar en Castilla, poblar la tierra de nuevos habitadores, sin pérdida de tanto tiempo, gente y dineros, sin hambre, sin enfermedad, sin violencia de vasallos. No son los hombres jueces de los pensamientos y motivos de los reyes; pero mucho puede en el ánimo de un príncipe ofendido por caso de rebelion ó desacato, la relacion, aunque interesada ó apasionada, que le inclina á rigor y venganza; porque cualquier tiempo que se dilata, aunque sea para mayor oportunidad, le parece estorbo.

En esto la gente de Granada, libre del miedo y de la necesidad, tornó á la pasion acostumbrada: enviaban al Rey personas de su ayuntamiento; pedian nuevo general; nombraban al marqués de Vélez, engrandeciendo su valor, consejo, paciencia de trabajos, reputacion: partes que, aunque concurriesen en él, la mudanza de voluntades y los mismos oficios hechos en su perjuicio dende á pocos dias que entonces en su favor, mostraban no haberse movido los autores con fin de loallas porque fuesen tales. Calumniaban al de Mondéjar que permitia mucho á sus oficiales; que no se guardaban las vituallas; que los ganados, pudiendo seguir el campo, se llevaban á Granada; que no se ponia cobro en los quintos y hacienda del Rey; que teniendo presidente cabeza en los negocios de justicia, tantas personas graves y de consejo en la chancillería, un ayuntamiento de ciudad, un corregidor solícito, tantos hombres prudentes; no solamente no les comunicaba las ocasiones en general, pero de los sucesos no les daba parte por escrito ni de palabra; antes indignado por competencias de jurisdiciones, preeminencias de asientos ó maneras de mandar, sabian de otros antes la causa porque se les mandaba, que recibiesen el mandamiento. Loaban la diligencia del Presidente en descubrir los tratados, los consejos, los pensamientos de los enemigos; entretener la gente de la ciudad, exhortar á los señores del reino que tomasen las armas, en particular al marqués de Vélez, y otras demostraciones que, atribuidas al servicio del Rey, eran juzgadas por honestas, y á su particular por tolerables: empresas de reputacion y autoridad, no desdeñando ni ofendiéndola; y que, en fin, como quiera, eran de suyo provechosas al beneficio público; que la guerra no estaba acabada, pues los enemigos aun quedaban en pié; que las armas entregadas eran inútiles y viejas; mostrábanse indignados y rebeldes, resolutos á no mandarse por el Marqués. Los alcaldes (oficio usado á seguir el rigor de la justicia, y aun el de la venganza, porque cualquiera dilacion ó estorbo tienen por desacato) culpaban la tibieza en el castigar, recebir á merced y amparar gente traidora á Dios y al Rey; las armas en mano de padre y hijo, oprimida la justicia y el gobierno, llena Granada de moros, mal defendida de cristianos, muchos soldados y pocos hombres, peligros de enemigos y defensores, deshaciendo por un cabo la guerra y criándola por otro. Por el contrario, los amigos y allegados del Marqués y su casa decian que la guerra era libre, y los oficiales y soldados concejiles, y esos sin sueldo, movidos de su casa por la ganancia; los ganados habidos de los enemigos; que por todo se hallaria que la carne y el trigo y cebada se aprovechaba de dia en dia; que mal se podian fundar presidios para guarda de vitualla con tan poca gente, ni asegurar las espaldas sino andando tan pegados con los enemigos, que les mostrasen cada hora las cuerdas de los arcabuces y los hierros de las picas; que los quintos tenian oficiales del Rey en quien se depositaban y pasaban por almonedas; que los oficios eran tan apartados, y los consejos de la guerra requerian tanto secreto, que fuera della no se acostumbraba comunicarlos con personas de otra profesion, aunque mas autoridad tuviesen; porque como plática extraña de sus oficios, no sabian en qué lugar se debia poner el secreto; que tras el publicar venia el yerro, y tras el yerro el castigo; y que como el Presidente y oidores ó alcaldes no le comunicaban los secretos de su acuerdo, así él no comunicaba con ellos los de la guerra, ni se vian, ni habia causas porque hubiese esta desigualdad, ó fuese autoridad ó superioridad. De lo que tocaba al corregidor y la ciudad burlaban, como cosa de concejo y mezcla de hombres desigual. Que los que eran para entender la guerra, andaban en ella, y servian ellos ó sus hijos al Rey y obedecian al Marqués sin pasion (1); que los cumplimientos eran parte de buena crianza, y cada uno, si queria ser malquisto, podia ser mal criado. Que trayendo tan á la continua la lanza en la mano, mal podia desembarazalla para la pluma. Que la guerra era acabada segun las muestras, y el castigo se guardaria para la voluntad del Rey, y entonces ternian su lugar la mano y la

(1); El MS.: *y á los que no andaban faltaba capacidad.*

indignacion de las justicias; y si decian que sobresanada, porque estaban los enemigos en pié y armados, lo sobresanado ó acabado, lo armado y desarmado es todo uno, cuando los enemigos ó se rinden ó están de manera que pueden ser oprimidos sin resistencia, como lo estaban á la sazon los del reino y la ciudad de Granada. Que de aquello servia la gente en el Albaicin y la Vega, la cual, como entretenida con alojamientos y sin pagas, no podia sino dar pesadumbre y desordenarse; ni como poco plática, saber la guerra tan de molde que no se les pareciese que eran nuevos. Pero la carga de lo uno y de lo otro estaba sobre los enemigos, á quien ellos decian que se habia de dar riguroso castigo, lo cual, aunque se diferia, no se olvidaba; que espantallos sin tiempo era perder el fin y las comodidades que se podian sacar dellos; que las personas, cuando eran tales, siempre serian provechosas, especialmente las que sirviesen á su costa, como la del marqués de Vélez, probada para cualquier gran cargo que estuviese sin dueño.

Mas el Marqués, hombre de estrecha y rigurosa disciplina, criado al favor de su abuelo y padre en gran oficio, sin igual ni contradictor, impaciente de tomar compañía, comunicaba sus consejos consigo mismo, y algunos con las personas que tenia cabe sí, pláticas en la guerra, que eran pocas; de las apariencias, aunque eran comunes á todos, á ninguno daba parte; antes ocasion á algunos, especialmente á mozos y vanos, de mostrarse quejosos. Tomó la empresa sin dineros, sin municion, sin vitualla, con poca gente, y esa concejil, mal pagada, y por esto no bien disciplinada, mantenida del robo, y á trueco de alcanzar ó conservar este, mucha libertad, poca vergüenza y menos honra; excepto los particulares que á su costa venian de toda España á servir al Rey, y eran los primeros á poner las manos en los enemigos. Tuvo siempre por principal fin pegarse con ellos; no dejar que se afirmasen en lugar ni juntasen cuerpo; acometellos, apretallos, seguillos; no dalles ocasion á que le siguiesen, ni mostrarles las espaldas aunque fuese para su provecho; recebir los que dellos viniesen á rendirse; disminuillos y desarmallos, y á la fin oprimillos; para que poniéndoles guarniciones con un pequeño ejército, pudiese el Rey castigar los culpados, desterrar los sospechosos, deshabitar el reino, si le pluguiese pasar los moradores á otra parte: todo con seguridad y sin costa, antes á la dellos mismos. Hizo muchas veces al Rey cierto del término en que las cosas se hallaban; y aunque guiando ejércitos no hubiese venido otras veces á las manos con los enemigos, todavía con la plática que tenia de la manera del guerrear destos, aprendida de padres y abuelos y otros de su linaje, que tuvieron continuas guerras con los moros, los trajo á tal estado y en tan breve tiempo como el de un mes; no embargante que muchas veces se le escribiese que procediese con ellos atentamente. Puesta la guerra en estos términos, túvola por acabada, facilitando lo que estaba por hacer; con que se hizo mas odioso, pareciendo á hombres ausentes cuerdos y de experiencia, que habia de retoñecer con mayor fuerza, como el tiempo diese lugar y las esperanzas de Berbería se calentasen, y los castigos y reformaciones comenzasen á ejecutarse; y tuvieron por largo el negocio, por ser de montaña, contra gente suelta y plática della, y otras causas que por nuestra parte se les habian de dar.

En este mismo tiempo comenzó á descubrirse la guerra en el rio de Almería, con la ida del marqués de Mondéjar á las Guájaras y tierra de Almuñécar. Ohánez es un lugar puesto entre dos rios en los confines de la Alpujarra, marquesado de Cenete y tierra de Almería: aquí se recogieron moros que andaban huidos en la montaña (sobras de los reencuentros pasados), convidados de la fortaleza del sitio, y persuadidos por el Tahalí, á quien tomaron por capitan. Pusieron mil hombres á la guardia del lugar donde habian encerrado sus hijos, mujeres y haciendas; sin otro mayor número que defendian la tierra, todos determinados á pelear.

Estaba el marqués de Vélez en el rio de Almería entretenido con parte de la gente del reino de Murcia, y la demás era vuelta, como es costumbre, rica de la ganancia; esperaba órden del Rey si tornaria á la tierra de Cartagena, que confina con el reino de Granada por el rio de Mojácar, que los antiguos llamában Murgis; ampararia la tierra del Rey y la suya vecina á la mar; defenderia que los moros del reino de Granada no pasasen por aquella parte á desasosegar los del reino de Valencia, recelado y cuasi cierto peligro en la primera ocasion de pérdida nuestra importante; y convenia (ocupado el marqués de Mondéjar en las Guájaras) atajar el fuego á las espaldas. No habia en pié otras armas tan cerca como estas, solicitadas por el presidente de Granada, mas después con aprobacion del Rey.

Los que igualmente juzgaban lo bueno que lo malo, atribuian á pasion esta diligencia, por excluir ó dar compañero al marqués de Mondéjar; pero las personas libres, á buena provision y en conveniente coyuntura. Movióse el marqués de Vélez con tres mil infantes y trescientos caballos contra los enemigos, que le esperaban á la subida de la montaña en un paso áspero y dificultoso; combatiólos y rompiólos no sin dificultad; donde se mostró por su persona buen caballero. Mas los enemigos, recogiéndose á Ohánez, estuvieron á la defensa. Acometiólos con pocas armas, y rompiólos segunda vez; murieron cuasi doscientos hombres, con Tahalí, su capitan, y en la entrada muchas mujeres; de los nuestros algunos: salváronse de los moros, por las espaldas del lugar, la mayor parte que estaba á la defensa, sin ser seguidos; y pudieran, si algun capitan plático los gobernara, hacer daño á los nuestros, embebecidos y cargados con el saco. Fué grande la importancia del hecho por la ocasion. A las gradas de la iglesia halló el Marqués cortadas veinte cabezas de doncellas, los cabellos tendidos, puestas por órden, que los de aquella tierra, cuando el rio de Almería se rebeló, en una junta que tuvieron en Güécija prometieron sacrificar juntamente con veinte sacerdotes adoradores de los ídolos (que tal nombre dan á las imágenes), porque Dios y su profeta los ayudase. Poco antes que el Marqués entrase habian degollado las doncellas; los sacerdotes hicieron mayor defensa; mas con quemar veinte frailes ahogados en aceite hirviendo pagaron el voto en la misma Güécija: cruel y abominable religion, aplacar á Dios con vida y sangre inocente; pero usada dende los tiempos antiguos en Africa, traida de Tiro, introducida en la ciudad de Cartago por Dido, su fundadora; tan guardada hasta nues-

tros tiempos entre los moradores de aquella region, que es fama que en la gran empresa que el emperador don Carlos, vencedor de muchas gentes, hizo contra Barbaroja, tirano de Túnez, sacrificaron los moros del cabo de Cartago cinco niños cristianos al tiempo que descubrieron nuestra armada, á reverencia de cinco lugares que tienen en el Alcoran, donde se inclinan porque Dios los ampare y defienda en los peligros. El Marqués, habido este suceso en su favor, se recogió con la gente que con él quiso quedar en Terque, lugar del rio de Almería, corriendo por la tierra.

Las cosas de Granada estaban en el estado que tengo dicho. El Rey habia enviado á don Antonio de Luna, hijo de don Alvaro de Luna, y á don Juan de Mendoza, hombres de gran linaje, pláticos en la guerra, que habian tenido cargos y dado buena cuenta dellos, para que asistiesen con el conde de Tendilla como consejeros, estando á la órden que él les diese en ausencia del Marqués su padre; avisando al Conde de la provision con palabras blandas y comedidas, para que con ellos pudiese descargar parte del trabajo. Puso el Conde á don Juan dentro en la ciudad con la infantería, cuyas armas habia profesado, y á don Antonio á la guarda de la Vega con doscientos caballos y parte tambien de la infantería.

Llegado el marqués de Mondéjar á Órgiba continuando su propósito, ocupóse en recibir pueblos y gente, que sin condicion venian á rendirse con las armas, y en perseguir las sobras del campo de Aben Humeya, su persona, parientes y allegados, que eran muchos, y con él andaban huidos por las montañas. Estaba aun Válor el alto por rendirse, pero sosegado; adonde tuvo aviso que Aben Humeya se recogia con treinta hombres en las casas de su padre, y en Mecina su tio Aben Jauhar. Envió dos compañías de infantería, que no los hallando, se tornaron con haber saqueado á Válor y Mecina; mas á los de Mecina, que estaban con salvaguardia, mandó volver la ropa y captivos dende á poco. Fué tambien avisado que en el mismo lugar se escondia Aben Humeya con ocho personas, y envió dos escuadras con sendos adalides pláticos de la tierra con órden que vivo ó muerto le hubiesen á las manos. Llaman adalides en lengua castellana á las guias y cabezas de gente del campo, que entran á correr tierra de enemigos, y á la gente llamaban almogavares: antiguamente fué calificado el cargo de adalides; elegíanlos sus almogavares; saludábanlos por su nombre, levantándolos en alto de piés en un escudo; por el rastro conocen las pisadas de cualquiera fiera ó persona, y con tanta presteza, que no se detienen á conjeturar, resolviendo por señales, á juicio de quien las mira livianas, mas al suyo tan ciertas, que cuando han encontrado con lo que buscan, parece maravilla ó envahimiento. No hallaron en Válor el alto rastro de Aben Humeya, pero en el bajo oyeron chasquido de jugar á la ballesta, músicas, canto y regocijo de tanta gente, que no la osando acometer, se tornaron á dar aviso. Envió dos capitanes, Antonio de Avila y Alvaro Flores, con trescientos arcabuceros escogidos entre la gente que á la sazon habia quedado, que era poca, porque con la ganancia de los Guájaras, y con tener por acabada la guerra, se habian ido á sus casas; hombres levantados sin pagas, sin el son de la caja, concejiles, que tienen el robo por sueldo, y la codicia por superior. Fueron con estos trescientos otros mas de quinientos aventureros y mochileros á hurto, sin que guarda ó diligencia pudiese estorballo. Llevaron los capitanes órden de palabra que tomasen y atajasen los caminos, cercasen el lugar, y sin que la gente entrase dentro, llamasen los regidores y principales; requiriésenlos que entregasen á Aben Humeya, que se llamaba rey; y en caso que se excusasen, con personas deputadas por ellos mismos y por los capitanes le buscasen por las casas, y no pareciendo, trajesen los regidores presos ante el Marqués, sin hacer otro daño en el lugar. Partieron con esta resolucion, y antes que llegasen á Válor, donde se descubre la punta de Castil de Ferro los alcanzó Ampuero, capitan de campaña, y les dió la misma órden por escrito, añadiendo que si gente de salvaguardia ó de Válor el alto la hallasen en el bajo, la dejasen estar. Mas Antonio de Avila, que ya traia consigo la mala fortuna, dicen que respondió «que si en algo se excediese de la órden, todo seria dar la culpa á los soldados». Llegando á Válor, tomaron los caminos, cercaron el lugar, salieron los principales á ofrecer favor, diligencia, vituallas; mas los que vinieron al cuartel de Antonio de Avila fueron muertos sin ser oidos. Alteróse el lugar, entraron los soldados matando y saqueando; juntáronseles los de Alvaro Flores, que para esto eran todos en uno; murieron algunos moriscos que no pudieron defenderse ni huir; fué robada la tierra, y los soldados recogieron el robo en la iglesia, diciendo los capitanes que su órden era llevar los moriscos presos, y no podian de otra manera cumplir con ella. Mas los moriscos, visto el daño, hicieron ahumadas á los suyos que andaban por la montaña y á los que cerca estaban escondidos; los nuestros al nacer del dia, partiendo la presa, en que habia ochocientos captivos y mucha ropa, las bestias y ellos cargados, tomaron el camino de Órgiba, los embarazos y presas en medio. Partida la vanguardia, mostróse á la retaguardia Abenzaba, capitan de Aben Humeya en aquel partido, con trescientos hombres como de paz; requeríalos con la salvaguardia, que dejando las personas captivas llevasen el resto; mas viendo cuán poco les aprovechaba, comenzaron á picallos y desordenallos, hasta que á la cubierta de un viso dieron en la emboscada de doscientos hombres, y volviéndose á las mujeres, les dijeron: «Damas, no vais con tan ruin gente.» Juntamente con estas palabras, el Partal, hombre cuerdo y valiente, uno de cinco hermanos, todos deste nombre, que vivian en Narila, acometió la retaguardia por el costado; mas los soldados por no desamparar la presa hicieron poca resistencia; la vanguardia caminaba cuanto podia, sin hacer alto ni descargarse de la presa, y todos iban ya ahilados; los delanteros por llegar á Órgiba, los postreros por juntarse con los delanteros; en fin, del todo puestos en rota sin osar defenderse ni huir, muertos los capitanes y oficiales, rendidos los soldados y degollados, con la presa á cuestas ó en los brazos: salváronse entre todos como cuarenta; los demás fueron muertos, sin recebir á prision, ni perder los enemigos hombre, de quinientos que se juntaron. Como sucedió el caso, enviaron á excusarse con el Marqués, cargando la culpa á los capitanes y ofreciendo estar á justicia. Mas él, entendida la desgracia, puso en Órgiba mayor guardia, repartió los cuarteles á la caba-

llería, como quien esperaba los enemigos. Llegó el mismo dia el aviso á Granada, y el conde de Tendilla despachó á don Antonio de Luna con mil infantes y cien caballos, y órden que llegado á Lanjaron, hasta donde era el peligro, dejando la gente en lugar seguro y el gobierno al sargento mayor, tornase á Granada. Llegaron á Órgiba dentro del tercero dia que el caso aconteció; reforzó las guardias en el Alhambra, en la ciudad y la Vega, porque los moriscos, favorecidos con este suceso, no intentasen novedad.

Habia escrito el Rey al Marqués que temporizase con los enemigos, no se poniendo en ocasion de peligro; temeroso de nuestra gente, por ser toda número (1), excepto los particulares. Representábansele los inconvenientes que en una desgracia pueden suceder; acabarse de levantar el reino, venir los de Berbería en ocasion que las armas del Gran Turco se comenzaban á mostrar en Levante; incierto dónde pararia tan gran armada, aunque se veia que amenazase á Cipro. Parecíanle las fuerzas del Marqués pocas para mantener lo de dentro y fuera de Granada; tenia lo pasado mas por correrías, escaramuzas y progresos de gente desarmada que por guerra cumplida. El General calumniado en la ciudad que le tenia de hacer espaldas, de donde habia de salir el nervio de la guerra; la voluntad de algunas ciudades y señores en Andalucía no muy conformes con la suya, los soldados descontentos, y no faltaban pretensiones de personas que andaban cerca de los príncipes, ó á las orejas de quien anda cerca dellos. Pareció por entonces consejo de necesidad suspender las armas, y tanto mas cuando llegó la nueva de la desgracia acontecida en Válor. Escribióse al Marqués resolutamente que no hiciese movimiento; y porque la autoridad que tenia en aquella tierra era grande, y la costumbre de mandar muy arraigada de padre y abuelo, y parecia que en reino extendido y tierra doblada no podia dar cobro á tantas partes, como la experiencia lo mostraba, porque estando en Órgiba, se levantaron las Guájaras, y yendo á las Guájaras, Ohánez acordó dividir la empresa, dando al marqués de Vélez cargo de los rios de Almería y Almanzora, tierra de Baza y Guadix, y al de Mondéjar el resto del reino de Granada; enviar á ella por superior de todo á su hermano don Juan de Austria, por ventura resoluto á descomponer al uno y al otro, y cierto de que ninguno dellos se ternia por agraviado, pues con la autoridad y nombre de su hermano cesaban todos los oficios, los pueblos se mandarian con mayor facilidad, contribuirian todos mas contentos, servirian mas listos teniendo cerca del Rey á su hermano por testigo, los soldados un general que los gratificase y adelantase, la eleccion daria mayor sonido entre naciones apartadas, suspenderia los ánimos de los bárbaros, quitaríales la avilanteza de armar, imposibilitaríalos de hacer el socorro formado como empresa difícil y sin efecto; ocuparia á don Juan en hechos de tierra, como lo estaba en los de mar; haríale plático en lo uno y en lo otro: mozo despierto, deseoso de emplear y acreditar su persona, á quien despertaba la gloria del padre y la virtud del hermano. Decíase tambien que en esta empresa el Rey deseaba ver el ánimo del marqués de Mondéjar, inclinado á mayores demostraciones de rigor, por la venganza del desacato divino y humano, por la rebelion, por el ejemplo de otros pueblos. Encendian esta opinion relaciones y pareceres de personas que cualquiera cosa donde no ponen las manos les parece fácil, sin medir tiempo ni posibilidad, presente ó porvenir, y de otras apasionadas; no sin artificio y entendimiento de unas con otras. Mas los príncipes toman lo que les conviene de las relaciones, dejando la pasion para su dueño.

Estando las cosas en tales términos, con el suceso de Válor tomaron los enemigos ánimo para descubrirse, y Aben Humeya entró con mayor autoridad y diligencia en el gobierno, no como cabeza de pueblos rogados ó gente esparcida sin órden, sino como rey y señor. Siguió nuestra órden de guerra, repartió la gente por escuadras, juntóla en compañías, nombró capitanes, mandó que aquellos y no otros arbolasen banderas, púsolos debajo de coroneles, y cada partido que estuviese al gobierno de uno que dicen alcaide (*tahas* llaman ellos á los partidos, de *tahar*, que en su lenguaje quiere decir sujetarse): este mandaba lo de la guerra, nombre entre ellos usado desde tiempos antiguos, y puesto por nosotros á los que tienen fortalezas en guarda. Para seguridad de su persona pagó arcabucería de guardia, que fué creciendo hasta cuatrocientos hombres; levantó un estandarte bermejo, que mostraba el lugar de la persona del Rey, á manera de guion.

Del principio desta ceremonia en los reyes de Granada, olvidada por haber pasado el reino á los de Castilla, dirémos ahora. Muerto Abenhut, que tenia á Almería por cabeza del reino, tomaron (como dijimos) por rey en Granada á Mahamet Alhamar, que quiere decir el Bermejo. Cuando el santo rey don Fernando el Tercero vino sobre Sevilla, hallóse con mucha caballería este Mahamet á servir en aquella empresa, por haberle ayudado el rey don Fernando á tomar el reino; parecióle autoridad el uso de guion, agradecimiento y honra poner en él la color y banda que traen los reyes de Castilla. Armóle caballero el Rey el dia que entró en Sevilla; dióle el estandarte por armas para él y los que fuesen reyes en Granada; la banda de oro en campo rojo con dos cabezas de sierpes á los cabos, segun la traen en su guion los reyes de Castilla; añadió él las letras azules que dicen: «No hay otro vencedor sino Dios;» por timbre tomó dos leones coronados que sobre las cabezas sostienen el escudo; traen el timbre debajo de las armas, como nosotros encima, porque así escriben y muestran los sitios, y cuentan las partes del cielo y la tierra, al contrario de nosotros. Mas las armas antiguas de los reyes de la Andalucía eran una llave azul en campo de plata, fundándose en ciertas palabras del Alcoran, y dando á entender que con la destreza y el hierro abrieron por Gibraltar la puerta á la conquista de poniente, y de allí llaman á Gibraltar por otro nombre el monte de la Llave. Hoy duran sobre la principal puerta de la Alhambra estas armas, con letras que declaran la causa y el autor del castillo.

Hacia con los suyos Aben Humeya su residencia en los lugares de Válor y Poqueira y en los que están en lo áspero de la Alpujarra; comiendo la vitualla que tenian encerrada y la que hallaban sin dueño, con mayor abundancia y á mas bajos precios que nosotros. Las rentas que para mantenimiento del reino le señalaron fueron el diezmo de los frutos y el quinto de las presas,

(1) El MS.: *poca en número.*

y mas lo que tiránicamente quitaba á sus súbditos. De esta manera se detuvieron, el marqués de Mondéjar rehaciéndose de gente en Órgiba, incierto en qué pararia la suspension del Rey, y Aben Humeya gozando del tiempo, cobrando fuerzas, esperando el socorro de Berbería para mantener la guerra, ó navíos en que pasarse y desamparar la tierra.

Estando las armas en este silencio, porque el bullicio no cesase en alguna parte, sucedió en Granada un caso, aunque liviano, que por ser en ocasion y no pensado escandalizó. Habia en la cárcel de la chancillería hasta ciento y cincuenta moriscos presos, parte por seguridad (que eran escandalosos), parte por delitos ó sospecha dellos; todos como de los mas ricos y acreditados en la ciudad, así de los mas inhábiles para las armas; gente dada á trato y regalo. Contra estos se levantó voz á media noche, estando los hombres en sosiego, que procuraban quebrantar las prisiones, matar las guardias, salir de las cárceles, y juntos con los moros de la Vega y Alpujarra, levantar el Albaicin, degollar los cristianos, escalar el Alhambra y apoderarse de Granada: empresa difícil para sueltos y muchos y experimentados, aunque con menos recatamiento se estuviera. Mas no dejó de tener este movimiento algunas causas; porque hubo informacion que lo trataban, y deposiciones de testigos, que en ánimos sospechosos lo imposible hacen parecer fácil. Acrecentaron la sospecha algunas escalas, aunque de esparto, anchas y fuertes, fabricadas para escalar muralla, que el Conde halló en cierta cueva al cerro de Santa Elena; pertrecho que los moros guardaban para entrar en el Alhambra la noche que vinieron al Albaicin, como está dicho. Alborotado el pueblo, corrió á las cárceles con autoridad de justicia, acriminando los ministros el caso y acrecentando la indignacion; mataron cuasi todos los moriscos presos, puesto que algunos hiciesen defensa con las armas que hallaban á mano, como piedras, vasos, madera, poniendo tiempo entre la ira del pueblo y su muerte. Habia en ellos culpados en pláticas y demostraciones, y todos en deseo; gente flaca, liviana, inhábil para todo, sino para dar ocasion á su desventura.

No dejaban los moros en todo tiempo de procurar algun lugar de nombre en la costa para dar reputacion á su empresa, y acoger armada de Berbería; pero su principal intento se encaminaba á tomar á Almería, ciudad asentada en sitio mas á propósito que Málaga, y después della la mas importante; habitada de moriscos y cristianos viejos, cerca de los puertos de cabo de Gata, y de abundancia de carne, pan, aceite, frutas; puesta á la entrada de muchos valles, que unos llevan á la parte del maestral á Granada, y otros á la del griego al rio de Almanzora y tierra de Baza; al levante la de Cartagena, y al poniente Almuñécar y Vélez Málaga. En tiempo de romanos y godos fué, como ahora, cabeza de provincia llamada Virgi, y en el de los moros, de reino, después que fueron echados de Córdoba. Pobláronla los de Tiro que vinieron á Cádiz, poco apartada de la mar; los moros por la comodidad del agua, pasaron la poblacion adonde ahora está. Destruyóla el emperador de España don Alonso el Sétimo, trayendo á sueldo el conde de Barcelona, con sesenta galeras y ciento y sesenta y tres (1) navíos de genoveses, con Balduino y Ansaldo de Oria, generales de la armada, á quien el Rey dió, por cuenta de sus sueldos, el vaso verde que hoy muestran en San Juan, y dicen ser esmeralda, y puédese creer sin maravilla, vista la grandeza de las que comienzan á venir del Nuevo Mundo y la que refieren algunos antigos escriptores. Esto tratan nuestras historias, aunque las de genoveses refieren haberle tomado en la conquista de Cesárea en Asia, siendo su capitan Guillelmo, que llamaban Cabeza de Martillo: quede la fe desto al arbitrio de los que leen. Tornóá restaurar la ciudad Abenhut. Cerca del nombre, aprendí de los moros naturales, qué por la fábrica de espejos, de que habia gran trato, la llamaron Almería, tierra de espejos quiere decir, porque al espejo llaman *meri*. Dicen los moros valencianos que por espejo del reino le pusieron este nombre. Las historias arábigas, que en gran parte son fabulosas, cuentan que en lo mas alto habia un espejo semejante al que se finge de la Coruña, en que se descubrian las armadas. La memoria de los antigos antes de los moros es que habia atalaya, á que los latinos llamaban *specula*, como en la misma Coruña, para encaminar y mostrar los navíos que venian á la costa, y de allí le dieron el nombre. Pero el autor que yo sigo, y entre los arábigos tiene mas crédito, dice que cuando los moros, ganada España, se quisieron volver á sus casas, para detenellos les dieron á poblar á cada uno la tierra que mas parecia á la suya; y á estas provincias llamaron *Coras*, que quiere decir tanto como la redondez de la tierra que descubre la vista: horizonte la podrian llamar los curiosos de vocablos. Los de Almería (2), ciudad populosa en la provincia de Frigia, donde fué cabeza la gran Troya, escogieron á Virgi por habitacion, porque les pareció semejante á su ciudad, y le dieron su nombre, como dijimos que los de Damasco dieron el suyo á Granada. Fué Almería la de Asia destruida por el emperador Constancio, en tiempo de Mauhía IV, sucesor de Mahoma. Pues viendo el Rey que los moros insistian tanto en la empresa de Almería, y si la ocupasen seria tener la puerta del reino y fundar en ella nombre y cabeza, segun la tuvieron en otros tiempos, aunque por don García de Villarroel se guardase con bastante diligencia, quiso guardarla con mas autoridad. Mandó que por entonces tuviese el cargo con mayor número de gente don Francisco de Córdoba, que vivia retirado en su casa; hombre plático en la guerra contra los moros, y que habia seguido al Emperador en algunas; criado debajo del amaestramiento de dos grandes capitanes, uno don Martin de Córdoba, su padre, conde de Alcaudete; otro don Bernardino de Mendoza, su tio. Estando en Almería don Francisco, llegó Gil de Andráda con las galeras de su cargo y otras con que guardaba la costa; y teniendo ambos aviso que en la sierra de Gador se recogia gran número de moros con sus mujeres y hijos (sobras de gente corrida (3) por los marqueses de Mondéjar y Vélez), acompañados de treinta turcos, temiendo que juntos con otros le desasosegasen á Almería, juntó gente de la tierra de la guardia della, y de las galeras hasta setecientos arcabuceros y cuarenta caballos. Fué sobre ellos, que estaban fuertes, y á su pensar defendidos con algun reparo de manos y aspereza del lugar: á

(1) *Sesenta y tres* navíos solamente dice el citado MS.

(2) *Amorio* la llama en su *Geografía* Ptolomeo, lib. 5, cap. 2.

(3) El MS., *barrida*.

la tierra llaman Alcudia, y al pueblo Inox, pocas leguas de Almería. Estuvo detenido cuasi cuatro dias (por ser malo el tiempo en fin de enero) al pié de la montaña y cuasi desconfiado de la empresa; resolvióse á combatillos por dos partes, aunque era difícil la subida; hicieron la defensa que pudieron con piedras y gorguces, porque en tanto número como mil y quinientos hombres, habia solos cuarenta arcabuceros y ballesteros: fueron rotos; murieron muchos y con mas pertinacia que los de otras partes, porque hasta las mujeres meneaban las armas (1); hubo captivos cuasi dos mil personas; saliéronse los moros, y entre ellos el capitan llamado Corcuz de Dalías, para caer después en las manos de los nuestros cerca de Vera, y morir en Adra sacados los ojos, con un cencerro al cuello, entregado á los muchachos, por los daños que siendo cosario habia hecho en aquella costa. Tornó don Francisco la gente á Almería rica y contenta; dividió la presa entre los soldados; proveyó de esclavos las galeras; mas dende á pocos dias, entendiendo como el marqués de Vélez venia por general de toda aquella provincia, y pareciéndole que bastaba para la ciudad un solo defensor, pidió licencia, y habida del Rey, tornó á su casa.

Crecia la libertad por todo y la permision de los ministros, unos mostrando contentarse, otros no castigando; hombres á quien las desórdenes de nuestros soldados parecian venganzas, otros á quien no pesaba que creciesen estas y se diese ocasion á que el resto de los moriscos que estaba pacífico tomase las armas. Juntábanseles los ministros de justicia, pertinaces de su opinion, impacientes de esperar tiempo para el castigo, poco pláticos de temporizar hasta la ocasion; el interese de los que desean acrecentar los inconvenientes, la avaricia de los soldados, y por ventura la indignacion del Príncipe, la voz del pueblo, y quién sabe si la de Dios, para que el castigo fuese general, como habia sido la ofensa.

Estaba por rebelar la vega de Granada, de donde y de la tierra á la redonda cada dia se pasaba gente y lugares enteros á los enemigos, excusándose con que no podian sufrir los robos de personas y haciendas, las fuerzas de hijas y mujeres, los captiverios, las muertes. Estaba sosegada la serranía y el habaral de Ronda, la hoya y jarquía de Málaga, la sierra de Bentomiz, el rio de Boloduí, la hoya y tierra de Baza, Güéscar, el rio de Almanzora, la sierra de Filábres, el Albaicin y barrios de Granada poblados de moriscos. Habia levantados algunos lugares en tierra de Almuñécar, el Val de Leclin, el Alpujarra, tierra de Guadix, marquesado de Cenete, rio de Almería, que en esto se encierra todo el reino de Granada poblado de moriscos. Mas Aben Humeya no perdia ocasion de solicitallos por medio de personas que tenian entre ellos autoridad, ó deudos de las mujeres con quien se habia casado: usaba de blandura general; queria ser tenido por cabeza, y no por rey; la crueldad, la codicia cubierta engañó á muchos en los principios, pero no á su tio Aben Jauhar, que, dejando parte del dinero y riquezas en poder del sobrino, llevando lo mejor consigo, resoluto de huir á Berbería, mostró ir á solicitar el levantamiento de la sierra de Bentomiz: vino á Pórtugos, donde murió de dolor de la ijada, viejo, descontento y arrepentido. Mostró Aben Humeya descontentamiento, mas por haberle la enfermedad quitado el cuchillo de las manos que por la falta del tio; tomóle los dineros y hacienda con ocasion de entregarse de mucha que habia entrado en su poder de diezmos y quintos. Tal fué la fin de don Fernando el Zaguer Aben Jauhar, cabeza del levantamiento en la Alpujarra, inventor del nombre de rey entre los moros de Granada, poderoso para hacer señor á quien le quitó la hacienda y fué causa de su muerte; tal el desagradecimiento de Aben Humeya contra su sangre, que le habia dado señorío y título de rey, pudiéndolo tomar para sí. Mas así á los príncipes verdaderos como á los tiranos son agradables los servicios en cuanto parece que se pueden pagar; pero cuando pasan muy adelante, dase aborrecimiento en lugar de merced.

Acabó de resolverse el Rey en la venida de su hermano á Granada para emplealle en empresa que, puesto que de suyo fuese menuda, era de muchos cabos peligrosa, por la vecindad de Berbería, y queriéndose llevar por violencia, larga; por ser guerra de montaña, en ocasion que el rey de Argel estaba armado y la armada del Gran Turco junta contra venecianos. Hizo dos provisiones: una en don Luis de Requesenes, que estaba por embajador en Roma, teniente de don Juan de Austria en la mar, para que con las galeras de su cargo que habia en Italia, y trayendo las banderas del reino, de que don Pedro de Padilla era maestro de campo, viniese á hacer espaldas á la empresa, poniendo la gente en tierra donde á don Juan pareciese que podia aprovechar; y juntando con sus galeras las de España, cuyo capitan era don Sancho de Leiva, hijo de Sancho Martínez de Leiva, estorbase el socorro que podia venir de Berbería á los enemigos, proveyese de vitualla y municiones las plazas del reino de Granada que están á la costa, y al ejército cuando estuviese en parte á propósito. Otra provision (resoluto de hacer la guerra con mayores fuerzas) fué mandar al marqués de Mondéjar, que estaba en Órgiba para salir en campo, que dejando en su lugar á don Antonio de Luna ó á don Juan de Mendoza, cual dellos le pareciese, con expresa órden que no innovasen ni hiciesen la guerra, viniese á Granada para recibir á don Juan y asistir con él en consejo, juntamente con los que hubiesen de tratar los negocios de paz y guerra, no dejando el uso de su oficio, como capitan general de la gente ordinaria del reino de Granada; ó si mejor le pareciese, quedase en Órgiba á hacer la guerra, guardando en todo la órden que don Juan de Austria, su hermano, le diese, á quien enviaba por cabeza y señor de la empresa. Pareció al Marqués escoger la asistencia en consejo, ó porque con la plática de la guerra pasada, con el conocimiento de la tierra y gente y con el ejercicio de aquella manera de milicia en que se habia criado (aunque en todo diferente de la ordinaria), esperaba que el crédito y el gobierno pararia en su parecer y la ejecucion en su mano, ó temiendo quedar debajo de mano ajena y ser mal proveido, mandado y á veces calumniado ó reprendido como ausente: dejó á don Juan de Mendoza contento, regalado y honrado en Órgiba, por ser hombre plático, mas desocupado, de su nombre, y con cuyos deudos tenia antigua amistad (aunque algunos creen que en ello no hizo su provecho), y vino á Granada. Salido de Órgi-

(1) *Las manos*, segun el mismo MS.

ba, estuvo aquella frontera sosegada, sin hacer ni recebir daño de los enemigos, discurriendo ellos á una y otra parte con libertad.

Llegó don Juan de Austria, trayendo consigo á Luis Quijada (plático en gobernar infantería, cuyo cargo habia tenido en tiempo del Emperador), hombre de gran autoridad, por voluntad del Rey, que le remitió la suma de todo lo que tocaba al gobierno de la persona y consejo del hermano, y por la crianza que habia hecho en él por mandado del Emperador. Fué recebido don Juan con grandes demostraciones y confianza, sin dejar ninguna manera de ceremonia, excepto las ordinarias que se suelen hacer á los reyes; y aun la lisonja (que su verdad está en las palabras) se extendió á llamarle alteza, no embargante que hubiese órden expresa del Rey para que sus ministros y consejeros le llamasen excelencia, y él no se consintiese llamar de sus criados otro título. Posó en las casas de la audiencia, por estar en medio de la ciudad; casas de la mala ventura las llamaban en su tiempo los moros, y así dellas salió su perdicion. Llegó dende á pocos dias Gonzalo Hernandez de Córdoba, duque de Sesa, nieto del Gran Capitan, que después de haber dejado el gobierno del estado de Milan, conformando mas su voluntad con la de sus émulos que con la del Rey, vivia en su casa libre de negocios, aunque no de pretensiones : fué llamado para consejo y uno de los ministros desta empresa, como quien habia dado buena cuenta de las que en Lombardía tuvo á su cargo. Lo primero que se trató fué procurar que se asegurase Granada contra el peligro de los enemigos declarados fuera y sospechosos dentro; visitar la gente que estaba alojada en el Albaicin y otras partes, por la ciudad y la Vega, y en frontera contra los enemigos; repartir y mudar las guardias, al parecer con mas curiosidad que necesidad de los muros adentro; y aun quedó muchos meses de parte del realejo sin guardia, á discrecion de pocos enemigos. En el campo andaban solas dos cuadrillas, ningunos atajadores por la tierra, que daba avilanteza á los contrarios de inquietar la ciudad, y á nosotros causa de correr las calles á un cabo y á otro, y algunas veces salir desalumbrados, inciertos del camino que llevaban. Atajadores llaman entre gente del campo hombres de á pié y de á caballo, diputados á rodear la tierra, para ver si han entrado enemigos en ella ó salido. Era excusable esta manera de defensa, por ser aventurera la gente, muchas banderas de poco número, mantenidas sin pagas, con solos alojamientos; la ciudad grande, continuada con la montaña; los pasos, como pocos y ciertos en tiempo de nieve, así muchos y inciertos estando desnevada la sierra; un ejército en Órgiba, que los moros habian de dejar á las espaldas viniendo á Granada, aunque lejos.

El propósito requiere tratar brevemente del asiento de Granada por clareza de lo que se escribe. Es puesta parte en monte y parte en llano : el llano se extiende por un cabo y otro de un pequeño rio que llaman Darro, que la divide por medio; nace en la Sierra Nevada, poco lejos de las fuentes de Genil, pero no en lo nevado; de aire y agua tan saludable, que los enfermos salen á repararse, y los moros venian de Berbería á tomar salud en su ribera, donde se coge oro; y entre los viejos hay fama que el rey de España don Rodrigo tenia riquísimas minas debajo de un cerro que dicen del Sol. Está lo áspero de la ciudad en cuatro montes: el Alhambra á levante, edificio de muchos reyes, con la casa real, y San Francisco, sepultura del marqués don Iñigo de Mendoza, primer alcaide y general, humilde edificio, mas nombrado por esto; fuerza hecha para sojuzgar la parte de la ciudad que no descubre la Alhambra, con el arrabal de la Churra y calle de los Gomeres, que todo se continúa con la sierra de Guéjar; el Antequeruela, y las torres bermejas, que llaman Mauror, á mediodía; el Albaicin, que mira al norte, con el Hajariz, y como vuelve por la calle de Elvira, la ladera que dicen Cenete por ser áspera; el Alcazaba cuasi fuera de la ciudad, á mano derecha de la puerta de Elvira, que mira al poniente. Con estos dos montes Albaicin y Alcazaba se continúa la sierra de Cogollos y la que decimos del Puntal. En torno destos montes y la falda dellos se extienden los edificios por lo llano hasta llegar al rio Genil, que pasa por defuera. Al principio de la ciudad, la plaza Nueva sobre una puente; y cuasi al fin, la de Bibarrambla, grande, cuadrada, que toma nombre de la puerta; ambas plazas juntadas con la calle de Zacatin; antes la iglesia mayor, templo el mas suntuoso después del Vaticano de San Pedro; la capilla en que están enterrados los reyes don Fernando y doña Isabel, conquistadores de Granada, con sus hijos y yernos; el Alcaicería, que hasta ahora guarda el nombre romano de César (á quien los árabes en su lengua llaman *Caizar*), como casa de César. Dicen las historias arábigas y algunas griegas, que por encerrarse y marcarse dentro la seda que se vende y compra en todo el reino la llaman desa manera, dende que el emperador Justino concedió por privilegio á los árabes scenitas que solos pudiesen crialla y beneficialla; mas extendiendo debajo de Mahoma y sus sucesores su poder por el mundo, llevaron consigo el uso della, y pusieron aquel nombre á las casas donde se contrataba; en que después se recogieron otras muchas mercaderías, que pagaban derechos á los emperadores, y perdido el imperio á los reyes. Fuera de la ciudad el hospital Real, fabricado de los reyes don Fernando y doña Isabel, San Hierónimo, suntuoso sepulcro del gran capitan Gonzalo Hernandez y memoria de sus victorias; el rio Genil, que cuasi toca los edificios dichos de los antiguos Singilia, que nace en la Sierra Nevada, á quien llamaban Solaria y los moros Solaira, de dos lagunas que están en el monte cuasi mas alto, de donde se descubre la mar, y algunos presumen ver de allí la tierra de Berbería. En ellas no se halla suelo ni otra salida sino la del rio, cuyas fuentes tienen los moradores por religion, diciendo que horadan el monte por milagro de un santo que está sepultado en otro monte contrario, dicho Sant Alcazaren. Va primero al norte, y pequeño; mas en poco camino, grande con las nieves cuando se deshacen y arroyos que se le juntan. A una y otra parte moraban pueblos, que agora aun el nombre dellos no queda: iliberitanos ó liberinos en tiempo de los antiguos españoles, lo que decimos Elvira, en cuyo lugar entró Granada; ilurconeses, pequeños cortijos; la torrecilla y la torre de Roma, recreacion de la Cava romana, hija del conde Julian el traidor: todo poblaciones de los soldados que acompañaron á Baco en la empresa de España, segun muestran los nombres y muchos letreros y imágenes, en que se ven esculpidas procesiones y personajes que representan juegos y cere-

monias del mismo Baco, á quien tuvieron por dios: todo esto en la Vega. Después Loja, Antequera, dicha Singilia, del nombre del mismo rio; Ecija, dicha Astígis: colonias de romanos antiguamente, hoy ciudades populosas en el Andalucía, por donde pasa, hasta que haciendo mayor á Guadalquivir, deja en él aguas y nombre.

Cesaron los oficios de guerra y gobierno, excepto de justicia, con la presencia de don Juan. Su comision fué sin limitacion ninguna; mas su libertad tan atada, que de cosa grande ni pequeña podia disponer sin comunicacion y parecer de los consejeros y mandado del Rey, salvo deshacer ó estorbar; que para esto la voluntad es comision: mozo afable, modesto, amigo de complacer, atento á los oficios de guerra, animoso, deseoso de emplear su persona. Acrecentaba estas partes la gloria del padre, la grandeza del hermano, las victorias del uno y del otro. Lo primero en que se ocupó fué en reformar los excesos de capitanes y soldados en alojamientos, contribuciones, aprovechamientos de pagas, estrechando la costa, aunque no atajando las causas de la desórden. En aquellos principios don Juan era poco ayudado de la experiencia, aunque mucho del ingenio y habilidad. Luis Quijada, áspero, riguroso, atado á la letra, que tuvo la primera órden de guerra en la postrera empresa del Emperador contra el rey Enrico II de Francia, siempre mandado. El y el duque de Sesa, acostumbrados á tratar gente plática, con menos licencia, mas proveida; mayores pagas y mas ordinarias en Flándes, en Lombardía, lejos cada uno de su tierra; do convenia esperar pagas, contentarse con los alojamientos; ántes que tornar á España, la mar en medio: todo aquí por el contrario. El marqués de Mondéjar, tambien capitan general antes que soldado, criado á las órdenes de su abuelo y padre, al poco sueldo, á las limitaciones de la milicia castellana, no guiar ejércitos, poca gente, menos ejercicio de guerra abierta. El Presidente sin plática de lo uno y de lo otro; la aspereza de unos, la blandura de otros, la limitacion de todos, causaba irresolucion de provisiones y otros inconvenientes. No faltaron algunos de la opinion del marqués de Mondéjar, que daban la guerra por acabada. Habia pocos oficiales de pluma, perdian los soldados el respeto, hacíase costumbre del vicio, envilecíase el buen nombre y reputacion de la milicia; apocóse tanto la gente, que fué necesario tratar de nuevo con las ciudades no solo del Andalucía y Extremadura, mas con las mas apartadas de Castilla, que enviasen suplemento della; y vinieron las de mas cerca, con que parecia remediarse la falta.

Regalaba y armaba Aben Humeya los que se iban á él: tornó á solicitar con personas ciertas los príncipes de Berbería, segun parecia por las respuestas que fueron tomadas; envió dineros, ropa, captivos; acercóse á nuestros presidios, especialmente á Órgiba, donde entendió que faltaba vitualla. Aunque don Juan de Mendoza mantenia la gente disciplinada, ocupada en fortificar el lugar, segun la flaqueza dél, mandó don Juan que fuese del Padul proveido, y llevase la escolta á su cargo Juan de Chaves de Orellana, uno de los capitanes que trujeron la gente de Trujillo. Mas él, por estar enfermo, envió su alférez, llamado Moriz, con la compañía; hidalgo, pero poco próvido y muy libre: caminó con doscientos y cincuenta soldados, hombres si tuvieran cabeza. Entendiéron los moros la salida de la escolta por sus atalayas; juntáronse trescientos arcabuceros y ballesteros, mandados por el Macox, hombre diestro y plático de la tierra, á quien después prendió don Fernando de Mendoza, cabeza de las cuadrillas, y mandó justiciar el duque de Arcos en Granada. Emboscó parte en la cuesta de Talera y un arroyo que la divide del lugar, parte en las mismas casas; y dejándolos pasar la primera emboscada, acometió á un tiempo á los que iban en la rezaga y los delanteros. Peleóse en una y otra parte, pero fueron rotos los nuestros, y murieron todos; con ellos el alférez, por no reconocer, y aun dicen que borracho, mas de confianza que de vino. Perdiéronse bagajes, bagajeros y la vitualla, sin escapar mas de dos personas; hoy se ven blanquear los huesos no lejos del camino. Túvose deste caso tanto secreto, que primero se supo de los enemigos; mas porque muchos moriscos de paz, especialmente de las Albuñuelas, se hallaron con el Macox, y porque los vecinos de aquel lugar acogian y daban vitualla á los moros, y con ellos tenian continua plática, pareció que debian ser castigados y el lugar destruido, así por ejemplo de otros, como por entretener con algun cebo justificado la gente que estaba ociosa y descontenta. Es las Albuñuelas lugar asentado en la falda de la montaña, á la entrada de Val de Lecrin, depósito de todos los frutos y riquezas del mismo valle, cinco leguas de Granada, en tres barrios, uno apartado de otro; la gente mas polida y ciudadana que los otros de la sierra; tenidos los hombres por valientes, y que pudieron resistir las armas del rey católico don Fernando hasta concertarse con ventaja. Mandóse á don Antonio de Luna, capitan de la Vega, que con cinco banderas de infantería y doscientos caballos amaneciese sobre el lugar, degollase los hombres, hiciese captiva toda manera de persona, robase, quemase, asolase las casas. Mas don Antonio, hombre cuidadoso y diligente, ó que no midiese el tiempo, ó que la gente caminase con pereza, llegó cuando los vecinos, parte eran huidos á la montaña, parte estaban prevenidos en defensa de las calles y casas, con un moro por capitan, llamado Lope. Anduvo la ejecucion tan espaciosa, la gente tan tibia, que de los enemigos murieron pocos, y desos los mas, viejos, perezosos y enfermos; y de los nuestros algunos: captiváronse niños y mujeres, los que no pudieron escapar á lo alto; fué saqueado el uno de los tres barrios, y el escarmiento de los enemigos tan liviano, que saliendo por una parte nuestra gente, entraba la suya por otra; habitaron las casas, segaron sus panes aquel año, y sembraron sin estorbo para el siguiente.

Estaban las cosas calladas y suspensas, sin el continuo desasosiego que daban los moros en la ciudad; gobernábalos en la parte que cae al valle y la Vega un capitan llamado Nacoz (que en su lengua quiere decir campana), mostrándose á todas horas y en todos lugares. Ya se habian encontrado él y don Antonio de Luna con número cuasi igual de gente de á pié, aunque con ventaja don Antonio, por la caballería que llevaba: se partieron con igualdad, cuasi sin poner manos á las armas, poniéndose el Nacoz en salvo, el barranco en medio de su gente y nuestra caballería. Dicen que de allí atravesó la sierra de la Almijara, y por Almuñécar, con su hacienda y familia pasó á Berbería.

Visto por don Juan que los enemigos crecian en nú-

mero y experiencia; que eran avisados por los moriscos de Granada, ayudados con vitualla, reforzados con parte de la gente moza de la ciudad y la Vega; que no cesaban las pláticas y tratados, el concierto de poner en ejecucion el primero aun estaba en pié; que tenian señalado el dia y hora cierta para acometer la ciudad, número de gente determinado, capitanes nombrados, Giron, Nacoz, uno de los Partales, Farax, Chocon, Rendati, moriscos; Caracax y Hhosceni, turcos, y Dali, capitan general de todos, venido por mandado del rey de Argel; dió aviso de todo, encareciendo el peligro por parte de los enemigos si se juntaban con los de Granada y la Vega, y de los nuestros por la flaqueza que sentia en la gente comun, por la corrupcion de costumbres y órden de guerra.

Mandó el Rey que todos los moriscos habitantes en Granada saliesen á vivir repartidos por lugares de Castilla y el Andalucía, porque morando en la ciudad, no podian dejar de mantenerse vivas las pláticas y esperanzas dentro y fuera. Habia entre los nuestros sospechas, desasosiego, poca seguridad; parecia á los que no tenian experiencia de mantener pueblos, oprimiendo ó engañando á los enemigos de dentro y resistiendo á los de fuera, estar en manifiesto peligro. Con tal resolucion, ordenó don Juan, á los 23 de junio, que encerrasen todos los moriscos en las iglesias de sus parroquias. Ya era llegada gente de las ciudades á sueldo del Rey, y se estaba con mas seguridad. Puso la ciudad en arma, la caballería y la infantería repartida por sus cuarteles; ordenó al marqués de Mondéjar que subiendo al Albaicin, se mostrase á los moriscos, y con su autoridad los persuadiese á encerrarse llanamente. Recogidos que fueron desta manera, mandáronlos ir al hospital Real, fuera de Granada un tiro de arcabuz; anduvo don Juan por las calles con guardas de á caballo y guion; viólos recoger inciertos de lo que habia de ser dellos; mostraban una manera de obediencia forzada, los rostros en el suelo con mayor tristeza que arrepentimiento; ni desto dejáron de dar alguna señal, que uno dellos hirió al que halló cerca de sí, dícese que con acometimiento contra don Juan, pero lo cierto no se pudo averiguar, porque fué luego hecho pedazos; yo que me hallé presente, diriá que fué movimiento de ira contra el soldado, y no resolucion pensada. Quedaron las mujeres en sus casas algun dia, para vender la ropa y buscar dineros con que seguir y mantener sus maridos. Salieron, atadas las manos, puestos en la cuerda, con guarda de infantería y caballería por una y otra parte, encomendados á personas que tuviesen cargo de irlos dejando en lugares ciertos de Andalucía, y guardallos, tanto porque no huyesen, como porque no recibiesen injuria. Quedaron pocos mercaderes y oficiales para el servicio y trato de la ciudad; algunos á contemplacion y por interese de amigos. Muchos de los mancebos, que adivinaron la mala ventura, huyeron á la sierra, donde la hallaban mayor; los que salieron por todos tres mil y quinientos; el número de mujeres mucho mayor. Fué salida de harta compasion para quien los vió acomodados y regalados en sus casas; muchos murieron por los caminos, de trabajo, de cansancio, de pesar, de hambre, á hierro, por mano de los mismos que los habian de guardar, robados, vendidos por captivos.

Ya el Rey habia enviado personas que tuviesen cuenta con su hacienda, porque antes no las habia, como en negocio de que presto se vernia al fin; contador, pagador, veedor general y particulares; dentro en consejo al licenciado Muñatones, que habia servido de alcalde de corte al Emperador en sus jornadas, y de su consejo; hombre hidalgo y limpio, y en diversos tiempos de próspera y contraria fortuna. Como los moriscos salieron de Granada, perdióse la comodidad de los soldados, cesaron los alojamientos, camas, fuego, vasos: cosas que se dan en hospedaje, sin que la gente no puede vivir ni cómoda ni suficientemente. Aun para la ciudad y soldados no estaba hecha provision de vitualla, pero entraron á mantener la gente con socorros, mudando término y propósito. Fué mayor el aprovechamiento de los capitanes y oficiales de guerra con los socorros y raciones, cuanto mas á menudo se tomaban las muestras; entraban á ellas, en lugar de soldados, vecinos del pueblo; sucedieron á cumplir la hacienda del Rey, en lugar de los moriscos, los bagajeros y vivanderos rescatados; por todo se robaba á amigos como á enemigos, á cristianos como á moros; padecian los soldados, adolecian, íbanse, crecieron las desórdenes y compasiones por la Vega. Nació una opinion entre los ministros, la cual como provechosa donde el pueblo es enemigo y la gente poca, así errada donde no hay pueblo contrario; y fué que no se debian tomar muestras, porque los enemigos no entendiesen cuán pocos eran los soldados; y que se debia permitir la licencia y excesos, porque no se amotinasen ni huyesen. La gente de la ciudad era mucha, buena y armada; los moriscos fuera, los soldados no tan pocos, que no fuesen superiores, juntos con el pueblo, á los enemigos; guarda de á pié y de á caballo en la Vega, armado en Órgiba don Juan de Mendoza, ¿qué temor ó recatamiento podia estorbar el remedio de inconvenientes que eran causa de poner en peligro la empresa, y de que los moros de la Vega, no pudiendo sufrir tanto maltratamiento, yéndose á la sierra acrecentasen el número de los enemigos? Duró tantos meses esta manera de gobierno, que dió causa á intenciones libres y sospechosas de pensar que no faltaban personas á quien contentase que, creciendo los inconvenientes, fuese mayor la necesidad.

Declaró el Rey, como estaba acordado, que el marqués de Vélez tuviese cargo de los partidos de Almería, Guadix, Baza, rio de Almanzora, sierra de Filábres; y queriendo salir contra los enemigos, parecióle asegurar el puerto que dicen de la Ravaha, paso de la Alpujarra para tierra de Guadix y Granada; mandó que con cuatrocientos hombres enviados de Guadix, Gonzalo Fernandez, capitan viejo, plático en las escaramuzas de Oran, tomase lo alto del puerto, y se hiciese fuerte hasta tener órden suya. Comenzó á subir la montaña sin reconocer; mas los moros, que estaban cubiertos en lo alto y en lo hondo del camino, dejando subir parte de la gente, echaron cuarenta arcabuceros que acometiesen la frente, y por el costado dieron cien hombres, hasta ponellos en desórden; y cargándolos en rota, murió la mayor parte huyendo; perdiéronse las armas, municion y vitualla que llevaban; poca gente tornó á Guadix con el capitan. Don Juan, temeroso que los enemigos cargasen á la parte de Guadix, proveyó

para guardia della á Francisco de Molina, que sirvió de capitan al Emperador en las guerras de Alemania.

Con el suceso de la Ravaha se levantó la sierra de Bentomiz y tierra de Vélez Málaga; no hicieron los excesos que en el Alpujarra; antes contentándose con recoger la ropa á lugares fuertes sin hacer daños, echaron bando que ninguno matase ó captivase cristiano, quemase iglesia, tomase bienes de cristianos ó de moros que no se quisiesen recoger con ellos; fortificaron para refugio y seguridad de sus personas un monte llamado Frexiliana la vieja, á diferencia de la nueva cerca dél, deshabitado de muchos tiempos; los antigos españoles y romanos le llamaron Sexifirmum. Estuvieron desta manera tanto mas sospechosos á Vélez, cuanto procedian mas justificadamente, sin comunicacion ó comercio en el Alpujarra. Mas Arévalo de Suazo, corregidor de Málaga y Vélez, avisado primero por cartas de don Juan como los moriscos de aquella sierra estaban para levantarse y ocupar á Vélez, movido por la razon de que se podia continuar aquel levantamiento por la hoya y jarquía de Málaga, hasta tierra de Ronda, si con tiempo no se atajase, y con alguna esperanza de pacificar los moros por via de concierto, partió de Málaga con cuatrocientos infantes y cincuenta caballos, llegó á Vélez, y hizo salir del fuerte la gente del pueblo que habia desamparado lo llano; puso el lugar en defensa, socorrió el castillo de Caniles, lugar del marqués de Comáres, que estaba en aprieto, echando los moros de la tierra, los cuales y los de Sedella se fueron á juntar con los de toda la sierra, y á un tiempo descubrieron el levantamiento que tengo dicho. Volvió á Vélez Suazo juntando mil y quinientos infantes con la caballería que se hallaba; y entendiendo que se recogian y fortificaban en la sierra, quiso ir á reconocellos y en ocasion combatillos. Hallólos en Frexiliana la vieja fortificados: el general dellos era Gomel, y tenia consigo otros capitanes; todos se mandaban por la autoridad de Benaguazil. Pero en la subida de la montaña, creyendo que bastaria mostralles las armas, trabó la gente desmandada una escaramuza, y siguieron dos banderas de infantería sin órden, y sin podellos Arévalo de Suazo retirar, harto ocupado en estorbar que el resto no saliese tras ellos. Mas los moros, que habian hecho rostro á la escaramuza, viendo la gente que cargaba de nuevo, y conociendo la desórden, comenzáronse á retirar hasta sus reparos, y saltando fuera golpe de arcabuceros y ballesteros, apretaron nuestra gente cuasi puesta en rota, ejecutándola hasta lo llano. Arévalo de Suazo, parte acometiendo, parte retirando y amparando la gente, volvió con ella, algunos muertos y pocos heridos, á Vélez, donde estuvo á la guarda del lugar y la tierra; y los moros volvieron á continuar su fuerte. Don Juan, visto el caso, y pareciéndole dar dueño á la empresa que la hiciese á menos costa y con mas autoridad, aunque en Arévalo de Suazo no hubiese, como no hubo, falta, ofreció aquella jornada por mandado del Rey á don Diego de Córdoba, marqués de Comáres, gran señor en el Andalucía, y fuera della de mayores esperanzas, que tenia parte de su estado en aquella montaña pacífico y guardado; pero fué la oferta de manera, que justificadamente pudo excusarse.

En este tiempo se declararon los preparamientos del rey de Argel ser contra el de Túnez Muley Hamida; y el rey de Fez se quietó. Partió el de Argel con siete mil infantes turcos y andaluces y doce mil caballos, parte de su sueldo, y parte alárabes que labraban la tierra: juntáronse á una legua de Beja, ciudad grande, y veinte de Túnez; mas el rey de Túnez fué roto, y salvóse con doscientos caballos hácia la tierra que dicen de los Dátiles. Perdió á Beja y Túnez, que ahora está en poder de turcos, y á Biserta, que comenzaron á fortificar; lugar de comarca provechoso para quien lo ocupare y pudiere mantener; Hippon Diarritos le llamaron los griegos, á diferencia de Bona: púsole el nombre Agatócles, tirano de Sicilia, en la gran empresa que tuvo contra los cartagineses. Mas por quitar duda y oscuridad, diré lo que entiendo destos reinos. El de Fez fué reino de Sifax, que tuvo guerra con los romanos, de quien tanta memoria hacen sus historias. Después de varias mudanzas, edificó la ciudad Idriz, del linaje de Ali, que conquistó á Berbería, y en memoria tienen su alfanje colgado en el templo principal con gran veneracion. Dióle el nombre del rio que pasa por medio, llamado entonces Fez. Juntó los edificios Jusef Miramarazohir Aben Jacob, del linaje de los de Benimerin, que fué vencido del rey don Alonso en la batalla de Tarifa; y por la comodidad de guerrear contra el rey de Tremecen, la hizo de nuevo cabeza del reino poseido al presente por los hijos de Jarife; hombre que, de predicador y tenido por santo y del linaje de Mahoma, vino, juntando las armas con la religion, al señorío de Marruecos y Fez, como lo han hecho muchos de su secta en Africa, comenzando de Mahoma hasta los almoravides, los almohades, los benimerines, los beni-oaticis, jarifes que hoy son; todos religiosos y armados, y que por este medio vinieron á la alteza del reino. El de Túnez tuvo mayor antigüedad, por fundarse en las sobras de la gran Cartago, destruida por Scipion Africano, y vuelta á restaurar, primero por los cónsules romanos y por Tiberio Graco, después mudado el sitio á lo llano por César Augusto, y habitada de romanos; poseida de los emperadores, ganada por los vándalos, y recuperada por Belisario, capitan del emperador Justiniano; siempre tenida por la tercia parte del imperio griego hasta el tiempo de los alárabes, que fué por Occuba Ben-Nafic, capitan de Mauhía, sojuzgada, venciendo y matando al conde Gregorio, lugarteniente del emperador Constantino, hijo de Constante, con setenta mil caballeros cristianos, en la gran batalla junto á Africa que los moros llaman Mehedia (del nombre de un su príncipe dicho Moahedin); y los romanos Adrumentum, agora lugar destruido por el ejército del emperador don Cárlos. Las armas con que se halló el conde Gregorio, á quien los alárabes llaman Groguir, dicen que fueron muchas mujeres en torno bien aderezadas y hermosas; él en una litera de hombros, con piedras preciosas, cubierta de paño de oro, y dos mancebos que con mosqueadores de plumas de pavo le quitaban el polvo. Mahuía ocupó á Cartago por entrega de María, hija del conde Gregorio, con pacto que casase con ella; mas, descontento del casamiento, la dejó. Deshabitó á Cartago, pasó la poblacion donde ahora es Túnez, que entonces era pequeño lugar y siempre del mismo nombre. Quedaron repartidos los romanos en doce aldeas, que hoy son de labradores moros en el cabo que lla-

man de Cartago, donde fué la ciudad competidora de Roma; el nombre della dura en un pequeño pueblo, y ese sin gente: tantas mudanzas hace el mundo, y tan poca seguridad hay en los estados. Gobernóse Túnez en forma de república hasta los tiempos del miramamolin Jusef, que envió á Abdeluahhed, su capitan, natural de Sevilla, que los gobernó y sujetó con ocasion de defendellos contra los alárabes; cuyo hijo quedó por señor y fué el primero rey de Túnez hasta Muztancoz, que ennobleció la ciudad, y dende él á Hamida, que hoy reina, sin perderse la sucesion, segun la verdad de sus historias, cegando ó matando los padres á los hijos, ó los hijos á los padres, como hizo Hamida, que cegó á Muley Hacen, su padre, y le quitó el reino, en que el emperador don Cárlos, vencedor de muchas gentes, le habia restituido, echando á Barbaroja, tirano dél, puesto por mano del gran señor de los turcos.

Menores fueron los principios del señorío de Argel, que hoy está en mayor grandeza: al lugar llaman los moros Algezair por una isla que tenia delante; nosotros le llamamos Argel; antiguamente se pobló de los moradores de Cesarea; que ahora se llama Xargel. Estuvo siempre en el señorío de los reyes godos de España hasta que vinieron los moros, y en tiempo dellos fué lugar de poco momento, regido por jeques; mas después el rey don Fernando el Católico hizo tributario al señor y edificó el Peñon. Muerto el Rey, el cardenal fray Francisco Jimenez, gobernador de España en los principios del reinado del emperador don Cárlos, tomó á Bugía (casa real del rey Bocho de Mauritania, dicha por esto de su nombre, segun los alárabes), y quiso crecer el tributo moviendo nuevo concierto con el Jeque: ofendidos los moros, reprendido y arrepentido el señor, se retiró. El Cardenal, hombre de su condicion armígero y aun desasosegado, armó contra él, haciendo capitanes á Diego de Vera y Juan del Rio: juntóse esta armada á manera de arrendamiento; que todos los que tenian oficios menores, si los querian pasar en sus hijos por una vida, fuesen á servir, ó llevasen ó diesen en su lugar tantos hombres, segun la importancia del oficio. Perdióse la armada por mal tiempo, confusion y poca plática de los que gobernaban, y esta fué la primera pérdida que se hizo sobre Argel. Mas el Jeque, temiendo que con mayores fuerzas se renovaria la guerra, trajo por huésped y soldado á Barbaroja, hermano del que fué tirano de Túnez, que entonces era su lugarteniente y secretario; venidos á la grandeza que tuvieron, de capitanes de un bergantin. Habia tentado Barbaroja Horux (que así se llamaba el mayor) la empresa de Bugía, perdido el tiempo, la gente, un brazo y el armada; recogídose con cuarenta turcos á un pequeño castillo, de donde el Jeque otra vez le trajo al sueldo; mas él, juntándose con los principales, mató al jeque llamado Selin Etenri estando comiendo en un baño; hízose señor y llamóse rey. Dende á poco salió para la empresa de Tremecen, y ocupado aquel reino, quedó por señor, y su hermano Hárradin por gobernador en Argel; mas echado después de Tremecen por los capitanes del alcaide de los Donceles, abuelo de este marqués de Comáres, que era entonces general de Oran, y muerto huyendo, quedó el reino de Argel en poder del hermano. Habia don Hugo de Moncada hecho tributarios los Gelves después algunos años de la pérdida del conde Pedro Navarro y muerte de don García de Toledo, hijo del duque de Alba don Fadrique, padre del duque don Fernando, que hoy gobierna los estados de Flándes; y tornando con el armada por mandado del emperador sobre Argel, con intento de destruilla y asegurar la marina de España, tentó desdichadamente la venganza de Diego de Vera y Juan del Rio; porque con tormenta perdió mucha parte de la armada, y echando gente en tierra para defender los que se iban á ella con miedo de la mar, perdió tambien lo uno y lo otro. Crecieron las fuerzas de Barbaroja; extendióse por la tierra adentro su poder; deshizo el Peñon, que era isla, continuóla con la tierra firme, ocupó los lugares de la mar, Xargel, Guijan, Brisca y el reino de Túnez, aunque pequeño. Vino á noticia del señor de los turcos que pretendia por seguridad y paz de sus hijos ocupar á África y poner en Túnez á Bayaceto, que se mató á sí mismo: adelantó á Barbaroja en fuerzas y autoridad por conseguir este fin y poner al Emperador en estrecho y necesidad. Dióle mayor armada con que ocupase y afirmase el reino de Túnez, de donde echado por el Emperador, pasó á Constantinopla; quedó general de la armada del Turco, y después favorecido y honrado hasta que murió, tenido en mas por haberle vencido el Emperador; porque los vencedores honrados honran á los vencidos. Quedó el reino de Argel en poder de gobernadores enviados por el Turco; mas el Emperador, temiendo la poca seguridad que tenia en sus estados con la grandeza de los turcos en Argel, y hallándose en Alemania al tiempo que el Gran Turco venia sobre ella, mal proveido de dineros para resistille, no quiso obligarse á la empresa. Quedar sin salir á ella en Alemania era poca reputacion: tomó por expediente la de Argel, donde fué roto de la tormenta; retiróse por tierra á Bugía, perdiendo mucha parte de la armada, pero salvó el ejército y la reputacion, con gloria de sufrido, de diestro y valeroso capitan. De allí crecieron sin resistencia las fuerzas de los señores de Argel; tomaron á Tremecen, á Bugía; y por su órden los cosarios á Jayona, de los moros, á Trípol, de la órden de san Juan; rompieron diversas armadas de galeras, sin otra adversidad mas que la pérdida que hicieron de su armada en la batalla que don Bernardino de Mendoza ganó á Alí Hamete y Cara Mami, sus capitanes, sobre la isla de Arbolan. Por este camino vino el reino de Argel á la grandeza que ahora tiene.

LIBRO TERCERO.

Entretenia el Gran Turco los moros del reino de Granada con esperanzas por medio del rey de Argel, para ocupar, como dijimos, las fuerzas del rey don Felipe en tanto que las suyas estaban puestas contra venecianos; como quien (dando á entender que las despreciaba) ninguna ocasion de su provecho, aunque pequeña, dejaba pasar. Entre tanto el comendador mayor don Luis de Requesenes sacó del reino y embarcó la infantería española en las galeras de Italia, dejando órden á don Álvaro de Bazan que con las catorce de Nápoles que eran á su cargo, y tres banderas de infantería española, corriese las islas y asegurase aquellos mares contra los cosarios turcos. Vino á Civitavieja; de allí á Puerto Santo Estéfano, donde juntando consigo nueve galeras y una

galeota del duque de Florencia, estorbado de los tiempos, entró en Marsella. Dende á poco, pareciendo bonanza, continuó su viaje; mas entrando la noche, comenzó el narbonés á refrescar, viento que levanta grandes tormentas en aquel golfo y travesía para la costa de Berbería, aunque lejos: tres dias corrió la armada tan deshecha fortuna, que se perdieron unas galeras de otras; rompieron remos, velas, árboles, timones; y en fin, la capitana sola pudo tomar á Menorca, y dende allí á Palamós, donde los turcos forzados, confiándose en la flaqueza de los nuestros por el no dormir y continuo trabajo, tentaron levantarse con la galera; pero sentidos, hizo el Comendador mayor justicia de treinta. Nueve galeras de las otras siguieron la derrota de la capitana; cuatro se perdieron con la gente y chusma; la una, que era de Estéfano de Mari, gentilhombre genovés, en presencia de todas, en el golfo embistió por el costado á otra, y fué la embestida salva, y á fondo la que embistió; acaecimiento visto pocas veces en la mar: las demás dieron al través en Córcega y Cerdeña, ó aportaron en otras partes con pérdida de la ropa, vitualla, municiones y aparejos, aunque sin daño de la gente. Luego que pasó la tormenta, llegó don Alvaro de Bazan á Cerdeña con las galeras de Nápoles; puso en órden cinco de las que habian quedado para navegar; en ellas y en las suyas embarcó los soldados que pudo; llegó á Palamós, y juntándose con el Comendador mayor, navegaron la costa del reino de Granada á tiempo que poco habia fuera el suceso de Bentomiz y otras ocasiones, mas en favor de los moros que nuestro. Llevó consigo de Cartagena las galeras de España que traia don Sancho de Leiva; y tornando don Alvaro á guardar la costa de Italia, él partió con veinte y cinco galeras para Málaga; mas al pasar, avisado por Arévalo de Suazo de lo sucedido en Bentomiz, envió con don Miguel de Moncada á comunicar con don Juan su intento, y el peligro en que estaba toda aquella tierra si no se ponia remedio con brevedad, sin esperar consulta del Rey. Puso entre tanto sus galeras en órden; armó y rehizo la infantería, que serian en diez banderas mil soldados viejos y quinientos de galera; juntó y armó de Málaga, Vélez y Antequera, por medio de Arévalo de Suazo y Pedro Verdugo, tres mil infantes. Volvió don Miguel con la comision de don Juan, y partió el Comendador mayor á combatir los enemigos. Llegado á Torrox, envió á don Martin de Padilla, hijo del adelantado de Castilla, con alguna infantería suelta para reconocer el fuerte de Frexiliana, y volvió trayendo consigo algun ganado. Púsose al pié de la montaña, y después de haber reconocido de mas cerca, dió la frente á don Pedro de Padilla con parte de sus banderas y otras, hasta mil infantes, y mandóle subir derecho. A don Juan de Cárdenas (a), hijo del conde de Miranda, mandó subir con cuatrocientos aventureros y otra gente plática de las banderas de Italia por la parte de la mar, y por la otra á don Martin de Padilla con trescientos soldados de galera y algunos de Málaga y Vélez; los demás, que acometiesen por las espaldas del fuerte, donde parece que la subida estaba mas áspera, y por esto menos guardada, y estos mandó que llevase Arévalo de Suazo con alguna caballería por guarda de la ladera y del agua.

(a) Este don Juan de Cárdenas fué después conde de Miranda, virey de Nápoles, presidente de Italia y Castilla.

Mas don Pedro, aunque de su niñez criado á las armas y modestia del Emperador, soldado suyo en las guerras de Flándes, despreciando con palabras la órden del Comendador mayor, la cual era que los unos esperasen á los otros hasta estar igualados (porque parte dellos iban por rodeos), y entonces arremetiesen á un tiempo, arremetió sin él y llegó primero por el camino derecho.

Los enemigos estuvieron á la defensa, como gente plática, y juntos resistieron, con mas daño de los nuestros que suyo; pero al fin, dado lugar á que nuestros armados se pegasen con el fuerte, y comenzasen con las picas á desviarlos y á derribar las piedras dél, y los arcabuceros á quitar traveses, estuvieron firmes hasta que salió un turco de galera enviado por el Comendador mayor á reconocer dentro, con promesa de la libertad. Este dió aviso de la dificultad que habia por la parte que eran acometidos, y cuánto mas fácil seria la entrada al lado y espaldas. Partió la gente, y combatiólos por donde el turco decia: lo mismo hicieron los enemigos para resistir, pero con mucho daño de los nuestros, que eran heridos y muertos de su arcabucería al prolongarse por el reparo. Todavía, partidas las fuerzas con esto, aflojaron los que estaban á la frente, y don Juan de Cárdenas tuvo tiempo de llegar; lo mismo la gente de Málaga y Vélez, que iba por las espaldas. Mas los moros, viéndose por una y otra parte apretados, salieron por la del maestral, que estaba mas áspera y desocupada, como dos mil personas, y entre ellos mil hombres los mas sueltos y pláticos de la tierra: fué porfiado por ambas partes el combate hasta venir á las espadas, de que los moros se aprovechan menos que nosotros, por tener las suyas un filo y no herir ellos de punta. Con la salida destos y sus capitanes tuvieron los nuestros menos resistencia; entraron por fuerza por la parte mas difícil y no tan guardada que tocó á Arévalo de Suazo, donde él fué buen caballero y buena la gente de Málaga y Vélez; pero no entraron con tanta furia, que no diesen lugar á los que combatian de don Pedro de Padilla y á los demás para que tambien entrasen al mismo tiempo. Murieron de los enemigos dentro del fuerte quinientos hombres, la mayor parte viejos; mujeres y niños cuasi mil y trescientos con el ímpetu y enojo de la entrada y después de salidos en el alcance, y heridos otros cerca de quinientos. Captiváronse cuasi dos mil personas: los capitanes Garral y el Melilu, general de todos, con la gente que salió, vinieron destrozados á Válor, donde Aben Humeya los recogió, y mandó dende á pocos dias tornar al mismo Frexiliana. Mas el Melilu, rico y de ánimo, hizo ahorcar á Chacon, que trataba con los cristianos, por una carta de su mujer que le hallaron, en que le persuadia á dejar la guerra y concertarse. Dícese que en el fuerte los viejos de concierto se ofrecieron á la muerte porque los mozos se saliesen en el entre tanto; al revés de lo que suele acontecer y de la órden que guarda naturaleza, como quier que los mozos sean animosos para ejecutar y defender á los que mandan, y los viejos para mandar, y naturalmente mas flacos de ánimo que cuando eran mozos. De los nuestros fueron heridos mas de seiscientos, y entre ellos de saeta don Juan de Cárdenas, que fué aquel dia buen caballero. Entre otros, murieron peleando don Pedro de Sandoval, sobrino del

obispo de Osma, y pasados de trescientos soldados, parte aquel dia, y parte de heridas en Málaga, donde los mandó el Comendador mayor, y vender y repartir la presa entre todos, á cada uno segun le tocaba, repartiéndoles tambien el quinto del Rey.

Es el vender las presas y dar las partes costumbre de España, y el quinto, derecho antigo de los reyes dende el primer rey don Pelayo, cuando eran pocas las facultades para su mantenimiento; agora, porque son grandes, llévanlo por reconocimiento y señorío; mas el hacer los reyes merced dél en comun y por señal de premio á los que pelean, es causa de mayor ánimo; como, por el contrario, á cada uno lo que ganare, y á todos el quinto generalmente cuando vienen á la guerra, ocasion para que todos vengan á servir en las empresas con mayor voluntad. Pero esta se trueca en codicia, y cada uno tiene por tan proprio lo que gana, que deja por guardallo el oficio de soldado, de que nacen grandes inconvenientes en ánimos bajos y poco pláticos; que unos huyen con la presa, otros se dejan matar sobre ella de los enemigos, impedidos y enflaquecidos; otros, desamparadas las banderas, vuelven á sus tierras con la ganancia. Viénense por este camino á deshacer los ejércitos hechos de gente natural, que campean dentro en casa: el ejemplo se ve en Italia entre los naturales, como se ha visto en esta guerra dentro en España.

El buen suceso de Frexiliana sosegó la tierra de Málaga y la de Ronda por entonces: el Comendador mayor se dió á guardar la costa, á proveer con las galeras los lugares de la marina; mas en tierra de Granada, el mal tratamiento que los soldados y vecinos hacian á los moriscos de la Vega, la carga de alojamientos, contribuciones y composiciones, la resolucion que se tomó de destruir las Albuñuelas flacamente ejecutada, dió ocasion á que muchos pueblos, que estaban sobresanados, se declarasen y subiesen á la sierra con sus familias y ropa. Entre estos fué el rio de Boloduí á la parte de Guadix, y á la de Granada Guéjar, que en su calidad no dió poco desasosiego. La gente della, recogiendo su ropa y dineros, llevando la vitualla, y dejando escondida la que no pudieron, con los que quisieron seguillos se alzaron en la montaña, cuasi sin habitacion por la aspereza, nieve y frio. Quiso don Juan reconocer el sitio del lugar, llevando á Luis Quijada y al duque de Sesa: tratóse si lo debia mantener ó dejar; no pareció por entonces necesario para la seguridad de Granada mantenerle y fortificarle, como flaco y de poca importancia, pero la necesidad mostró lo contrario; y en fin, se dejó, ó porque no bastase la gente que en la ciudad habia de sueldo á asegurar á Granada todo á un tiempo y socorrer en una necesidad á Guéjar, como la razon lo requeria; ó que no cayesen en que los enemigos se atreverian á fundar guarnicion en ella tan cerca de nosotros, ó, como dice el pueblo (que escudriña las intenciones sin perdonar sospecha, con razon ó sin ella), por criar la guerra entre las manos, celosos del favor en que estaba el marqués de Vélez, y hartos de la ociosidad propria y ambiciosos de ocuparse, aunque con gasto de gente y hacienda: decíase que fuera necesario sacar un presidio razonable á Guéjar, como después se hizo lejos de Granada para mantener los lugares de en medio: cada uno, sin examinar causas ni posibilidad, se hacia juez de sus superiores.

Mas el Rey, viendo que su hermano estaba ocupado en defender á Granada y su tierra, y que teniendo la masa de todo el gobierno era necesario un capitan que fuese dueño de la ejecucion, nombró por general de toda la empresa al marqués de Vélez, que entonces estaba en gran favor, por haber salido á servir á su costa. Sucedióle dichosamente tener á su cargo ya la mitad del reino, calor de amigos y deudos; cosas que cuando caen sobre fundamento, inclinan mucho los reyes. A esto se juntó haberse ofrecido por sus cartas á echar á Aben Humeya el Tirano, que así se llamaba, y acabar la guerra del reino de Granada con cinco mil hombres y trescientos caballos pagados y mantenidos, que fué la causa mas principal de encomendalle el negocio. A muchos cuerdos parece que ninguno debe de cargar sobre sí obligacion determinada que el cumplilla ó el estorbo della esté en mano de otro. Fué la eleccion del Marqués (á lo que el pueblo de Granada juzgaba y algunos colegian de las palabras y continente) harto contra voluntad de los que estaban cerca de don Juan, pareciéndoles que quitaba el Rey á cada uno de las manos la honra desta empresa.

Habian crecido las fuerzas de Aben Humeya y venídole número de turcos y capitanes pláticos, segun su manera de guerra; moros berberíes, armas, parte traidas, parte tomadas á los nuestros, vituallas en abundancia, la gente mas y mas plática de la guerra. Estaba el Rey con cuidado de que la gente y las provisiones se hacian de espacio; y pareciéndole que llegarse él mas al reino de Granada seria gran parte para que las ciudades y señores de España se moviesen con mayor calor y ayudasen con mas gente y mas presto, y que con el nombre y autoridad de su venida los príncipes de Berbería andarian retenidos en dar socorro, ciertos que la guerra se habia de tomar con mayores fuerzas, acabada, con todas ellas cargar sobre sus estados, mandó llamar cortes en Córdoba para dia señalado, adonde se comenzaron á juntar procuradores de las ciudades y hacer los aposentos.

Salió el marqués de Vélez de Terque por estorbar el socorro que los moros de Berbería continuamente traian de gente, armas y vitualla, y los de la Alpujarra recebian por la parte de Almería. Vino á Berja (que antiguamente tenia el mismo nombre), donde quiso esperar la gente pagada y la que daban los lugares de la Andalucía. Mas Aben Humeya, entendiendo que estaba el Marqués con poca gente y descuidado, resolvió combatille antes que juntase el campo. Dicen los moros haber tenido plática con algunos esclavos que escondiesen los frenos de los caballos, pero esto no se entendió entre nosotros; y porque los moros, como gente de pié y sin picas, recelaban la caballería, quiso combatille dentro del lugar antes del dia. Llamó la gente del rio de Almería, la del Boloduí, la de la Alpujarra, los que quisieron venir del rio de Almanzora, cuatrocientos turcos y berberíes: eran por todos cuasi tres mil arcabuceros y ballesteros y dos mil con armas enhastadas. Echó delante un capitan, que le servia de secretario, llamado Mojajar, que con trescientos arcabuceros entrase derecho á las casas donde el Marqués posaba, diese en la centinela (lo que ahora llamamos centinela, amigos de vocablos extranjeros, llamaban nuestros españoles, en la noche escucha, en el dia ata-

raya: nombres harto mas proprios para su oficio), llegando con ella á un tiempo el arma y ellos en el cuerpo de guardia: siguióle otra gente, y él quedó en la retaguardia sobre un macho y vestido de grana. Mas el Marqués, que estaba avisado por una lengua que los nuestros le trujeron, atravesó algunas calles que daban en la plaza, puso la arcabucería á las puertas y ventanas, tomó las salidas, dejando libres las entradas por donde entendió que los enemigos vendrian, y mandó estar apercebida la caballería y con ella su hijo don Diego Fajardo; abrió camino para salir fuera, y con esta órden esperó á los enemigos. Entró Mojajar por la calle que va derecha á dar á la plaza, al principio con furia; después, espantado y recatado de hallar la villa sin guardia, olió humo de cuerdas, y antes que se recatase, sintió de una y otra parte jugar y hacerle daño la arcabucería; mas queriendo resistir la gente con alguna otra que le habia seguido, no pudo; salióse con pocos y desordenadamente al campo. El Marqués, con la caballería y alguna arcabucería, á un tiempo saltó fuera con don Diego, su hijo, don Juan, su hermano, don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Coruña, don Diego de Leiva, hijo natural del señor Antonio de Leiva, y otros caballeros; dió en los que se retiraban y en la gente que estaba para hacelles espaldas: rompiólos otra vez; pero aunque la tierra fuese llana, impedida la caballería de las matas y de la arcabucería de los turcos y moros, que se retiraban con órden, no pudo acabar de deshacer los enemigos. Murieron dellos cuasi seiscientos hombres: Aben Humeya tornó la gente rota á la sierra, y el Marqués á Berja. El Rey dió noticia, pero á don Juan poca y tarde; hombre preciado de las manos mas que de la escritura, ó que queria darlo á entender, siendo enseñado en letras y estudioso. Comenzó don Juan, con órden del Rey, á reforzar el campo del Marqués; antes formallo de nuevo: puso con dos mil hombres á don Rodrigo de Benavides en la guarda de Guadix; á Francisco de Molina envió con cinco banderas á la de Órgiba; mandó pasar á don Juan de Mendoza con cuasi cuatro mil infantes y ciento y cincuenta caballos adonde el Marqués estaba, y al Comendador mayor, que tomando las banderas de don Pedro de Padilla (rehechas ya del daño que recibieron en Frexiliana), las pusiese en Adra, donde el Marqués vino de Berja á hacer la masa. Llegó don Sancho de Leiva á un mismo tiempo con mil y quinientos catalanes de los que llaman *delados*, que por las montañas andan huidos de las justicias, condenados y haciendo delitos, que por ser perdonados vinieron los mas dellos á servir en esta guerra: era su cabeza Antic Sarriera, caballero catalan; las armas, sendos arcabuces largos y dos pistoletes, de que se saben aprovechar. Llegó Lorenzo Tellez de Silva, marqués de la Favara, caballero portugués, con setecientos soldados, la mayor parte hechos en Granada y á su costa; atravesó sin daño por el Alpujarra entre las fuerzas de los enemigos, y por tenerlos ocupados en el entre tanto que se juntaba el ejército, y las guarniciones de Tablate, Dúrcal y el Padul seguras (á quien amenazaban los moros del valle y los que habian tornado á las Albuñuelas); por impedir asimismo que estos no se juntasen con los que estaban en la sierra de Guéjar y con otros de la Alpujarra; por estorbar tambien el desasosiego en que ponian á Granada con correrías de poca gente, y por quitalles la cogida de los panes del valle, mandó don Juan que don Antonio de Luna con mil infantes y doscientos caballos fuese á hacer este efecto, quemando y destruyendo á Restával, Pinillos, Melejix, Concha, y, como dije, el Valle hasta las Albuñuelas. Partió con la misma órden y á la misma hora que cuando fué á quemallas la vez pasada, pero con desigual fortuna; porque llegando tarde, halló los moros levantados por el campo y en sus labores con las armas en la mano: tuvieron tiempo para alzar sus mujeres, hijos y ganados, y ellos juntarse, llevando por capitanes á Rendati, hombre señalado, y á Lope el de las Albuñuelas, ayudados con el sitio de la tierra barrancosa. Acometieron la gente de don Antonio, ocupada en quemar y robar, que pudo con dificultad, aunque con poca pérdida, resistir y recogerse, siguiéndole y combatiéndole por el valle abajo, malo para la caballería. Mas don Antonio, ayudándole don García Manrique, hijo del marqués de Aguilar, y Lázaro de Heredia, capitan de infantería, haciendo á veces de la vanguardia retaguardia, á veces, por el contrario, tomando algunos pasos con la arcabucería, se fué retirando hasta salir á lo raso, que los enemigos con temor de la caballería le dejaron. Murió en esta refriega, apartado de don Antonio, el capitan Céspedes á manos de Rendati, con veinte soldados de su compañía peleando, sesenta huyendo; los demás se salvaron á Tablate, donde estaba de guardia. No fué socorrido, por estar ocupada la infantería quemando y robando, sin podellos mandar don Antonio. Tampoco llegó don García (á quien envió con cuarenta caballos), por ser lejos y áspera la montaña, los enemigos muchos. Pero el vulgo ignorante, y mostrado á juzgar á tiento, no dejaba de culpar al uno y al otro; que con mostrar don Antonio la caballería de lo alto en las eras del lugar, los enemigos fueran retenidos ó se retiraran; que don García pudiera llegar mas á tiempo, y Céspedes recogerse á ciertos edificios viejos que tenia cerca; que don Antonio le tenia mala voluntad dende antes, y que entonces habia salido sin órden suya de Tablate, habiéndole mandado que no saliese. A mí, que sé la tierra, paréceme imposible ser socorrido con tiempo, aunque los soldados quisieran mandarse, ni hubiera enemigos en medio y á las espaldas. Tal fué la muerte de Céspedes, caballero natural de Ciudad-Real, que habia traido la gente á su costa, cuyas fuerzas fueron excesivas y nombradas por toda España; acompañólas hasta la fin con ánimo, estatura, voz y armas descomunales. Volvió don Antonio con haber quemado alguna vitualla, trayendo presa de ganado á Granada, donde menudeaban los rebatos; las cabezas de la milicia corrian á una y otra parte, mas armados que ciertos donde hallar los enemigos; los cuales, dando armas por un cabo, llevaban de otro los ganados. Habia don Juan ya proveido que don Luis de Córdoba con doscientos caballos y alguna infantería recogiese á Granada y á la Vega los de la tierra; comision de poco mas fruto que de aprovechar á los que los hurtaron; porque no se pudiendo mantener, fué necesario volvellos á sus lugares faltos de la mitad, donde fueron comunes á nosotros y á los enemigos.

Hallábase entre tanto el marqués de Vélez en Adra (lugar antiguamente edificado cerca de donde ahora es,

que llamaban Abdera) con cuasi dos mil infantes y setecientos caballos: gente armada, plática, y que ninguna empresa rehusara por difícil; extendida su reputacion por España con el suceso de Berja, su persona subida en mayor crédito. Venian muchos particulares á buscar la guerra, acrecentando el número y calidad del ejército; pero la esterilidad del año, la falta de dinero, la pobreza de los que en Málaga fabricaban bizcocho, y la poca gana de fabricarlo, por las continuas y escrupulosas reformaciones antes de la guerra; la falta de recuas por la carestía, la de vivanderos, que suelen entretener los ejércitos con refrescos, y con esto las resacas de la mar, que en Málaga estorban á veces el cargar, y las mesmas el descargar en Adra, fué causa que las galeras no proveyesen de tanto bastimento y tan á la continua. Era algunas veces mantenido el campo de solo pescado, que en aquella costa suele ser ordinario; cesaban las ganancias de los soldados con la ociosidad; faltaban las esperanzas á los que venian cebados dellas; deteníanse las pagas; comenzó la gente á descontentarse, á tomar libertad y hablar como suelen en sus cabezas. El General, hombre entrado en edad, y por esto mas en cólera, mostrado á ser respetado y aun temido, cualquiera cosa le ofendia: dióse á olvidar á unos, tener poca cuenta con otros, tratar á otros con aspereza; oia palabras sin respeto, y oíanlas dél. Un campo grueso, armado, lleno de gente particular, que bastaba á la empresa de Berbería, comenzó á entorpecerse nadando y comiendo pescados frescos, no seguir los enemigos habiéndolos rompido, no conocer el favor de la victoria, dejarlos engrosar, afirmar, romper los pasos, armarse, proveerse, criar guerra en las puertas de España. Fué el Marqués juntamente avisado y requerido de personas que veian el daño y temian el inconveniente, que con la vitualla bastante para ocho dias saliese en búsca de Aben Humeya. Por estos términos comenzó á ser mal quisto del comun, y de allí á pegarse la mala voluntad en los principales; aborrecerse él de todos y de todo, y todos dél.

Al contrario de lo que al marqués de Mondéjar aconteció, que de los principales vino á pegarse en el pueblo; pero con mas paciencia y modestia suya, dicen que con igual arrogancia. Yo no vi el proceder del uno ni del otro; pero á mi opinion ambos fueron culpados, sin haber hecho errores en su oficio y fuera dél, con poca causa, y esa comun en algunos otros generales de mayores ejércitos. Y tornando á lo presente, nunca el marqués de Vélez se halló tan proveido de la vitualla, que le sobrase en el comer ordinario de cada dia para llevar consigo cuantidad que pudiese gastar á la larga; pero vista la falta della, la poca seguridad que se tenia de la mar; pareciéndole que de Granada y el Andalucía, Guadix y marquesado de Cenete, y de allí por los puertos de la Ravaha y Loh, que atraviesan la sierra hasta la Alpujarra, podia ser proveido, escribió á don Juan (aunque lo solia hacer pocas veces) que le mandase tener hecha la provision en la Calahorra, porque con ella y la que viniese por mar se pudiese mantener el ejército en la Alpujarra y echar della los enemigos.

El Comendador mayor, segun el poco aparejo, ninguna diligencia posible dejaba de hacer, aunque fuese con peligro, hasta que tuvo en Adra puesta vitualla de respeto por tanto tiempo, que ayudado el Marqués con alguna de otra parte (aunque fuese habida de los enemigos), podia guerrear sin hambre y esperar la de Guadix; mas viendo que el Marqués, incierto de la provision que hallaria en la Calahorra, se detonia, dábale priesa en público, y requeríale en consejo que saliese contra los enemigos. Mas dando el Marqués razones por donde no convenia salir tan presto, dicen que pasó tan adelante, que en presencia de personas graves y en un consejo le dijo que no lo haciendo, tomaria él la gente y saldria con ella en campo.

En Granada ninguna diligencia se hizo para proveer al Marqués, porque pues no replicaba, tuvieron creido que no tenia necesidad, y que estaba proveido bastantemente en Adra, de donde era el camino mas corto y seguro: tenian por dificultoso el de la Calahorra; los enemigos muchos, las recuas pocas, la tierra muy áspera, de la cual decian que el Marqués era poco plático. Mas el pueblo, acostumbrado ya á hacerse juez, culpábale de mal sufrido en palabras y obras igualmente con la gente particular y comun; á sus oficiales de liberales en distribuir lo voluntario, y en lo necesario estrechos; detenerse en Adra buscando causas para criar la guerra, tenido en otras cosas por diligente; escribíanse cartas, que no faltaba adonde cayesen á tiempo; disminuíase por horas la gracia de los sucesos pasados; decian que dello no pesaba á don Juan ni á los que le estaban cerca: era su parcial solo el Presidente, pero ese algunas veces, ó no era llamado, ó le excluian de los consejos á horas y lugares, aunque tenia plática de las cosas del reino y alteraciones pasadas. Pasó este apuntamiento (1) hasta ser avisado el Consejo por cartas de personas y ministros importantes (segun el pueblo decia), y aun reprendido que parecia desautoridad y poca confianza no llamar un hombre grave de experiencia y dignidad. Pero no era de maravillar que el vulgo hiciese semejantes juicios, pues por otra parte se atrevia á escudriñar lo intrínseco de las cosas, y examinar las intenciones del Consejo.

Decian que el duque de Sesa y el marqués de Vélez eran amigos, mas por voluntad suya que del Duque, no embargante que fuesen tio y sobrino. El marqués de Mondéjar y el Duque, émulos de padres y abuelos sobre la vivienda de Granada, aunque en público profesasen amistad; antigua la enemistad entre los marqueses y sus padres, renovada por causas y preeminencias de cargos y jurisdiciones; lo mismo el de Mondéjar y el Presidente, hasta ser maldicientes en procesos el uno contra el otro. Luis Quijada, envidioso del de Vélez, ofendido del de Mondéjar porque siendo conde de Tendilla no quiso consentir al Marqués su padre que le diese por mujer una hija que le pidió con instancia; amigo intrínseco de Eraso y de otros enemigos de la casa del Marqués. El duque de Feria, enemigo atrevido de lengua y por escrito del marqués de Mondéjar; ambos dende el tiempo de don Bernardino de Mendoza, cuya autoridad después de muerto los ofendía. El duque de Sesa y Luis Quijada, á veces tan conformes cuanto bastaba para excluir los marqueses, y á veces sobresanados por la pretension de las empresas, hablábanse bien, pero huraños y recatados, y todos sospechosos á la redonda. Entreteníase Muñatones, mos-

(1) En el MS. se lee *apartamiento*.

trado (1) á sufrir y disimular, culpando las faltas de proveedores y aprovechamientos de capitanes, lo uno y lo otro sin remedio. Don Juan, como no era suyo, contentábale cualquiera sombra de libertad; atado á sus comisiones, sin nombramiento de oficiales, sin distribucion de dinero, armas y municiones y vituallas, si las libranzas no venian pasadas de Luis Quijada; que en esto y en otras cosas no dejaba con algunas muestras de arrogancia de dar á entender lo que podia, aunque fuese con quiebra de la autoridad de don Juan, que entendia todos estos movimientos, pero sufríalos con mas paciencia que disimulacion: solamente le parecia desautoridad que el marqués de Mondéjar ó el Conde, su hijo, usasen sus oficios, aunque no estaban excluidos ni suspendidos por el Rey. Tampoco dejaron de sonarse cosquillas de mozos y otros, que las acrecentaban entre el Conde y ellos: tal era la apariencia del Gobierno. Pero no por eso se dejaba de pensar y poner en ejecucion lo que parecia mejor al beneficio público y servicio del Rey; porque los ministros y consejeros no entran con las enemistades y descontentamientos al lugar donde se juntan, y aunque tengan diferencia de pareceres, cada uno encamina el suyo á lo que conviene; pero los escriptores, como no deben aprobar semejantes juicios, tampoco los deben callar cuando escriben con fin de fundar en la historia ejemplos por donde los hombres huyan lo malo y sigan lo bueno.

Dende los 10 de junio á los 27 de julio (1569) estuvo el marqués de Vélez en Adra sin hacer efecto; hasta que entendiendo que Aben Humeya se rehacia, partió con diez mil infantes y setecientos caballos, gente, como dije, ejercitada y armada, pero ya descontenta: llevó vitualla para ocho dias; el principio de su salida fué con alguna desórden. Mandó repartir la vanguardia, retaguardia y batalla por tercios; que la vanguardia llevase el primer dia don Juan de Mendoza, el segundo don Pedro de Padilla; y habiendo ordenado el número de bagajes que debia llevar cada tercio, fué informado que don Juan llevaba mas número dellos; y puesto que fuesen de los soldados particulares, ganados y mantenidos para su comodidad, y aunque iban para no volver á Adra, mandó tornar don Juan al alojamiento con la vanguardia, pudiéndole enviar á contar los embarazos y reformarlos; cosa no acontecida en la guerra sin grande y peligrosa ocasion; con que dió á los enemigos ganado tiempo de dos dias, y á nosotros perdido. Salió el dia siguiente con haber hallado poco ó ningun yerro que reformar; llevó la misma órden, añadiendo que la batalla fuese tan pegada con la vanguardia, y la retaguardia con la batalla, que donde la una levantase los piés, los pusiese la otra, guardando el lugar á los impedimentos; la caballería á un lado y á otro; su persona en la batalla, porque los enemigos no tuviesen espacio de entrar. Vino á Berja, y de allí fué por el llano que dicen de Lucainena, donde al cabo dél vieron algunos enemigos, con quien se escaramuzó sin daño de las partes, mostrando Aben Humeya su vanguardia, en que habia tres mil arcabuceros, pocos ballesteros; pero encontinente subió á la sierra: la nuestra alojó en el llano, y el Marqués en Ujíjar, donde se detuvo un dia, y mas el que caminó; dilacion contra opinion de los pláticos, y que dió espacio á los enemigos de alzar sus mujeres, hijos y ropa, esconder y quemar la vitualla, todo á vista y media legua de nuestro campo. El dia siguiente salió del alojamiento; los enemigos mostrándose en ala, como es su costumbre, y dando grita, acometieron á don Pedro de Padilla, á quien aquel dia tocaba la vanguardia, con determinacion, á lo que se veia, de dar batalla. Eran seis mil hombres entre arcabuceros y ballesteros, algunos con armas enhastadas; víase andar entre ellos cruzando Aben Humeya, bien conocido, vestido de colorado, con su estandarte delante; traia consigo los alcaides y capitanes moriscos y turcos que eran de hombre. Salió á ellos don Pedro con sus banderas y con los aventureros que llevaba el marqués de la Favara, y resistiendo su ímpetu, los hizo retirar cuasi todos; pero fueron poco seguidos, porque al marqués de Vélez pareció que bastaba resistillos, ganalles el alojamiento y esparcillos. Retiráronse á lo áspero de la montaña con pérdida de solos quince hombres: fué aquel dia buen caballero el marqués de la Favara, que apartado con algunos particulares que le siguieron, se adelantó, peleó y siguió los enemigos: lo mismo hizo don Diego Fajardo con otros. Aben Humeya, apretado, huyó con ocho caballos á la montaña, y dejarretándolos, se salvó á pié; el resto de su gente se repartió sin mas pelear por toda ella: hombres de paso, resolutos á tentar y no hacer jornada, cebados con esperanzas de ser por horas socorridos ó de gente para resistir, ó de navíos para pasar en Berbería; y esta flaqueza los trujo á perdicion. Contentóse el Marqués con rompellos, ganalles el alojamiento y esparcillos, teniendo que bastaba, sin seguir el alcance, para sacallos de la Alpujarra, ó que esperase mayor desórden, ó que le pareciese que se aventuraba en dar la batalla el reino de Granada, y que para el nombre bastaba lo hecho: hallóse tan cerca del camino, que con doscientos caballos acordó pasar aquella noche á reconocer la vitualla á la Calahorra, donde no hallando qué comer, volvió otro dia al campo, que estaba alojado en Válor el alto y bajo. Detúvose en estos dos lugares diez dias, comiendo la vitualla que trajo y alguna que se halló de los enemigos, sin hacer efecto, esperando la provision que de Granada se habia de enviar á la Calahorra, y teniendo por incierta y poca la de Adra; y aunque los ministros á quien tocaba afirmasen que las galeras habian traido en abundancia, resolvió mudarse á la Calahorra, fortaleza y casa de los marqueses de Cenete, patrimonio del conde Julian en tiempo de godos, que en el de moros tuvieron los Cenetes venidos de Berbería, una de las cinco generaciones descendientes de los alárabes que poblaron y conquistaron á Africa. Tuvo el Marqués por mejor consejo dejar á los enemigos la mar y la montaña, que seguillos por tierra áspera y sin vitualla, con gente cansada, descontenta y hambrienta, y asegurar tierra de Guadix, Baza, rio de Almanzora, Filábres, que andaba por levantarse, y allanar el rio de Boloduí, que ya estaba levantado, comer la vitualla de Guadix y el marquesado.

Mas la gente, con la ociosidad, hambre y descomodidad de aposentos, comenzó á adolecer y morir. Ningun animal hay mas delicado que un campo junto, aunque cada hombre por sí sea recio y sufridor de trabajo; cualquier mudanza de aires, de aguas, de mantenimientos, de vinos; cualquier frio, lluvia, falta de lim-

(1) Véase la nota que acompaña á esta palabra en la pág. 105.

pieza, de sueño, de camas, le adolece y deshace; y al fin todas las enfermedades le son contagiosas. Andaban corrillos, quejas, libertad, derramamientos de soldados por unas y otras partes, que escogian por mejor venir en manos de los enemigos; íbanse cuasi por compañías, sin órden ni respeto de capitanes. Como el paradero destos descontentamientos ó es amotinarse, ó un desarrancarse (1) pocos á pocos, vino á suceder así, hasta quedar las banderas sin hombres; y tan adelante pasó la desórden, que se juntaron cuatrocientos arcabuceros, y con las mechas en las serpentinas salieron á vista del campo: fué don Diego Fajardo, hijo del Marqués, por detenerlos, á quien dieron por respuesta un arcabuzazo en la mano y el costado, de que peligró y quedó manco. La mayor parte de la gente que el Marqués envió con él se juntó con ellos y fueron de compañía: tanto en tan breve tiempo habia crecido el odio y desacato.

En fin, llegado y alojado en el lugar, temiendo de su persona, pasó á posar en la fortaleza; la gente se aposentó en el campo, comiendo á libra escasa de pan por soldado, sin otra vianda; pero dende á pocos dias dos libras por dia, y una de carne de cabra por semana, los dias de pescado algun ajo y una cebolla por hombre, que esto tenian por abundancia: sufrieron mucho las banderas de Nápoles con el nombre de soldados viejos y la gente particular; quedaron en pié cuasi solas estas compañías y doscientos caballos. Tal fué el suceso de aquella jornada, en que los enemigos vencidos quedaron con la mar y tierra, mayores fuerzas y reputacion, y los vencedores sin ella, faltos de lo uno y de lo otro.

En el mismo tiempo los vecinos del Padul, á tres leguas de Granada, se quejaban que habian tenido y mantenido mucho tiempo gruesa guarnicion, que no podian sufrir el trabajo ni mantener los hombres y caballos. Pidieron que ó se mudase la guardia, ó se disminuyese, ó los llevasen á ellos á vivir en otro lugar. Vínose en esto, y salidos ellos, la siguiente noche, juntándose con los moros de la sierra, dieron en la guarnicion, mataron treinta soldados y hirieron muchos acogiéndose á lo áspero; cuando el socorro de Granada llegó, halló hecho el daño y á ellos en salvo.

La desórden del campo del Marqués puso cuidado á don Juan de proveer en lo que tocaba á tierra de Baza, porque la ciudad estaba sin mas guardia que la de los vecinos. Envió á don Antonio de Luna con mil infantes y doscientos caballos, que estuvo dende medio agosto hasta medio noviembre sin acontecer novedad ó cosa señalada, mas del aprovechamiento de los soldados, mostrados á hacer presas contra amigos y enemigos. Puso en su lugar á don García Manrique á la guardia de la Vega, sin nombre ó título de oficio. Vióse una vez con los enemigos, matándoles alguna gente sin daño de la suya.

Entre tanto no cesaban las envidias y pláticas contra los marqueses, especialmente las antiguas contra el de Mondéjar; porque aunque sus compañeros en la suficiencia fuesen iguales, vióse que en el conocimiento de la tierra y de la gente donde y con quien habia hecho la vida, y en las provisiones, por el luengo uso de proveer armadas, era su parecer mas aprobado que apacible; pero siempre seguido (2), hasta que el marqués de Vélez subió en favor y vino á ser señor de las armas. Entonces dejaron al de Mondéjar, y tornaron á deshacer las cosas bien hechas del de Vélez. Mas cuando este comenzó á faltar de la gracia particular y general, tornaron sobre el de Mondéjar; y temiendo que las armas de que estaba despojado tornasen á sus manos, claramente le excluian de los consejos, calumniaban sus pareceres, publicaban por una parte las resoluciones, y por otra hacíanle autor del poco secreto; parecíales que en algun tiempo habia de seguirse su opinion cuanto al recebir los moriscos y después oprimillos; que cesarian las armas, y por esto la necesidad de las personas por quien eran tratadas.

Estaban nuestras compañías tan llenas de moros aljamiados, que donde quiera se mantenian espías: las mujeres, los niños esclavos, los mismos cristianos viejos daban avisos, vendian sus armas y municion, calzado, paño y vituallas á los moros. El Rey por una parte informado de la dificultad de la empresa, por otra dando crédito á los que la facilitaban, vistos los gastos que se hacian, y pareciéndole que el marqués de Mondéjar, émulo del de Vélez y de otros, aunque no daba ocasion á quejas, daba avilanteza á que se descargasen de culpas, diciendo que por tener él mano en los negocios eran ellos mal proveidos, y que la ciudad descontenta dél, y persuadida por el corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte, que era interesado, y del Presidente, *que le* hacia espaldas, de mejor gana contribuiria con dinero, gente y vitualla hallándose ausente que presente; que de ninguno podia informarse mas clara y particularmente; envióle á mandar que con diligencia viniese á Madrid: algunos dicen que en conformidad de sus compañeros; el suceso mostró que la intencion del Rey era apartalle de los negocios. Mas porque se vea como los príncipes, pudiendo resolutamente mandar, quieren justificar sus voluntades con alguna honesta razon, he puesto las palabras de la carta:

«Marqués de Mondéjar, primo, nuestro capitan general del reino de Granada: Porque queremos tener relacion del estado en que al presente están las cosas dese reino, y lo que converná proveer para el remedio dellas, os encargamos que en recibiendo esta os pongais en camino, y vengais luego á esta nuestra corte para informarnos de lo que está dicho, como persona que tiene tanta noticia dellas; que en ello, y en que lo hagais con toda la brevedad, nos ternémos por muy servido. Dada en Madrid, á 3 de setiembre de 1569.»

Llegó el Marqués y fué bien recibido del Rey, y algunas veces le informó á solas: de los ministros fué tratado con mas demonstracion de cortesía que de contentamiento; nunca fué llamado en consejo, mostrando estar informados á la larga por otra via. Muñatones, plático de semejantes llamamientos y falto de un ojo, dijo, como le mostraron la carta, «que le sacasen el otro si el Marqués tornaba de allá durante la guerra.» Anduvo muchos dias como suspendido y agraviado, cierto que siempre habia seguido la voluntad del Rey y de solo ella hecho caudal. Mas entre los reyes y sus ministros, la parte de los reyes es la mas flaca: no embargante la informacion que el Marqués dió, eran tantas y tan contrarias unas de otras las que se enviaban, que pareció

(1) *Desrancharse*, segun el MS.

(2) El MS., *perseguido*.

juntar con ellas la de don Enrique Manrique, alcaide que fué del castillo de Milan, y habiéndolo él dejado, estaba descansando en su casa. Pasó por Granada entendiendo lo de allí; vino á do el marqués de Vélez estaba, y partió sin otra cosa de nuevo mas de errores en la guerra, cargos de unos ministros á otros, dados por via de justificacion, necesidad de cargar con mayores fuerzas, crecidas las de los enemigos con la diminucion de las nuestras.

Pareció á los ministros la gente con que el Marqués habia ofrecido echar á los enemigos de la tierra, poca, y la oferta menos pensada, pues con doblado número no se hizo mayor efeto, y no dejaron de deshacelle el buen suceso con decir que los moros muertos habian sido menos de lo que se escribió. Pero el Rey, tomando la parte del Marqués, respondió «que habia sido importante desbaratar y partir los enemigos, aunque no con tanto daño dellos como se dijo»; y esto mas por reprimir alguna intencion que se descubria contra el Marqués, que por alaballe, como se vió dende á poco. Decia el Marqués que la falta de vitualla habia sido causa de haberse deshecho su campo; cargaba á don Juan, al consejo de Granada : quedó la suma de todo su campo en pocos mas de mil y quinientos infantes y doscientos caballos; en fin, fué necesitado á recogerse dentro en el lugar, atrincherarse, y aun derribar casas, por parecerle el sitio grande. Mas dende á pocos dias enviaron de Granada tanta provision, que no habiendo á quien repartilla ni buena órden, valian cien libras de pan un real.

No estaba Granada por esto mas proveida de vitualla, ni se hacian los partidos della con mayor recatamiento, aunque el Presidente remediaba parte del daño con industria, ni en lo que tocaba á la gente y pagas se guardaban las órdenes de don Juan, á quien tampoco perdonaba el pueblo de Granada, libre y atrevido en el hablar, pero en presencia de los superiores siervo y apocado, movido á creer y afirmar fácilmente sin diferencia lo verdadero y lo falso; publicar nuevas ó perjudiciales ó favorables, seguillas con pertinacia; ciudad nueva, cuerpo compuesto de pobladores de diversas partes, que fueron pobres y desacomodados en sus tierras, ó movidos á venir á esta por la ganancia; sobras de los que no quisieron quedar en sus casas cuando los Reyes Católicos la mandaron poblar, como es en los lugares que se habitan de nuevo. No se dice esto porque en Granada no haya tambien nobleza escogida por los mesmos reyes cuando la república se fundó, venida de personas excelentes en letras, á quien su profesion hizo ricos, y los descendientes de unos y otros nobles de linaje ó de ánimo y virtud, como en esta guerra lo mostraron no solamente ellos, pero el comun; mas porque tales son las ciudades nuevas, hasta que, envejeciéndose la virtud y riqueza, la nobleza se funda. Discurrian las intenciones libres por todos, sin perdonar á ninguno, y las lenguas por los que osaban, y no sin causa; porque en guerra de mucha gente, de largo tiempo, varia de sucesos, nunca faltan casos que loar ó condenar. Las compañías de Granada eran tan faltas y mal disciplinadas, que ni con ellas se podia estar dentro ni salir fuera; pero la mayor desórden fué que, habiendo mandado el Rey castigar con rigor los soldados que se venian del marqués de Vélez, y procurando don Juan que se pusiese en ejecucion, cansados los ministros de ejecutar, y don Juan de mandar, visto lo poco que aprovechaba, se tomó expediente de callar, y por no quedar del todo sin gente, consentir que las compañías se hinchiesen de la que desamparaba las banderas del Marqués, no sin alguna sombra de negligencia ó voluntad; la cual fué causa de que viniese el campo á quedar deshecho, y los enemigos señores de mar y tierra, campeando Aben Humeya con siete mil hombres, quinientos turcos y berberíes, sesenta caballos, mas para autoridad que necesidad.

Ya Jérgal, en el rio de Almería, lugar del conde de la Puebla, se habia levantado á instancia de Portocarrero, mayordomo suyo : ó por la habilidad ó por el barato ocupó la fortaleza con poca artillería y armas, y echando della al Alcaide, puso gente dentro; mas él dende á poco dió en las manos del conde de Tendilla, y fué atenazado en Granada. Estaba tambien levantado el valle y rio de Boloduí, paso entre tierra de Guadix, Baza y la mar confinante con el Alpujarra. El Marqués, por tener ocupada la gente, darle alguna ganancia, mantener la reputacion de la guerra, determinó ir en persona sobre él, habiéndolo consultado con el Rey, que le remitió la ida ó á allí, ó á tierra de Baza en caso que la gente no fuese tan poca, que no llegase á número de los cinco mil hombres. Llevando pues á don Juan de Mendoza sin gente, con la de don Pedro de Padilla y parte de la que don Rodrigo de Benavides tenia en Guadix, alguna otra de amigos y allegados que seguian la guerra, doscientos y cincuenta caballos, partió á deshacer una masa de gente que entendió juntarse en Boloduí, temiendo que dañase tierra de Baza, y pusiesen á don Antonio de Luna en necesidad, y juntándose con ellos Aben Humeya, pasase el daño adelante. Partió de la Calahorra, vino á Fiñana, llevando la vanguardia don Pedro de Padilla con las banderas de Nápoles. Habia nueve leguas de Fiñana al lugar donde los enemigos se recogian; mas no pudiendo caminar á pié los soldados tan gran trecho, fueron necesitados á quedar la noche cansados y mojados (porque el rio se pasa muchas veces), á dos leguas de los enemigos; inconveniente que acontece á los que no miden el tiempo con la tierra, con la calidad y posibilidad de la gente. Los moros, apercebidos de la venida de los nuestros, dieron avisos con fuegos por toda la tierra, alzaron la ropa y personas que pudieron. Habiase adelantado con la caballería el Marqués, tomando consigo cuatrocientos arcabuceros á las ancas de los caballos y bagajes; mas cansados unos y otros, dejaron la mayor parte. Los enemigos, aguardando ora á un paso del rio, ora á otro, segun vian que nuestra caballería se movia, ora haciendo alguna resistencia, se acogieron á la sierra. Dejaban muchos bagajes, mujeres y niños, en que los soldados se ocupasen; y viéndolos embarazados con el robo, sin espaldas de arcabucería, hicieron vuelta, cargando de manera, que los nuestros fueron necesitados á retirarse con pérdida, no sin alguna desórden, aunque todavía con mucho de la presa. Parte de la caballería se acogió fuera de tiempo, disculpándose que no se les hubiese dado la órden ni esperado la arcabucería que dejaban atrás. Pero el Marqués, viendo que la retirada era por conservar el robo (causa que puede con la gente mas que otra), envió persona con veinte caballos y algunos arcabuceros, que con autoridad de justi-

cia quitase á la caballería la presa, para que después se repartiese igualmente, llamando á la parte los soldados de don Pedro de Padilla que quedaron atrás. El Comisario, hallando alguna contradiccion, compró tres esclavas, una de las cuales se ofreció á descubrille gran cantidad de ropa y dineros; mas ella, viéndose en la parte que deseaba, hizo señas, á que se juntaron muchos moros; mataron algunos caballos y todos los arcabuceros; salvóse el Comisario á la parte contraria del Marqués, corriendo hasta Almería, diez leguas de donde comenzó á salvarse, y todas por tierras de enemigos: quedaron los caballos con la presa, pero tan ocupados, que fueron de poco provecho, y el Marqués por esto tornó retirándose con órden (aunque cargándole los enemigos), hasta juntar consigo la gente de don Pedro. Dende allí vino á Fiñana con mucha parte de la cabalgada y con igual daño de muertos y heridos. Mas entendiendo que los moros de la sierra de Baza y rio de Almanzor andaban en cuadrillas y desasosegaban la tierra, temiendo que llevasen tras sí los lugares de aquella provincia y Filábres, donde tenia su estado, gruesos y fuertes, y que las fuerzas de don Antonio de Luna no serian bastantes á resistillos, partió en principio de invierno, con mil infantes y doscientos y cincuenta caballos que tenia, para Baza. Pero don Antonio, hombre prevenido (dicen que con órden de don Juan), dejó la gente antes que llegase el Marqués, y volvió á servir su cargo en Granada, ó por haber oido que no se entendia blandamente con las cabezas de la gente, ó porque tuvo por mas á propósito de su autoridad ser mandado de don Juan, que entonces gastaba su tiempo en mantener á Granada á manera de sitiado, contra las correrías de los enemigos, descontento y ocioso igualmente, mas deseando y procurando comision del Rey para emplear su persona en cosa de mayor momento. Las cabezas de su gente con cualquier liviana ocasion no dejaban de mostrarse en todas partes de la ciudad, corriendo las calles armados (puesto que vacía de enemigos), inciertos á qué parte fuese el peligro, siguiendo esos pocos por las mismas pisadas que salian, sin haber atajado la tierra, hasta dejallos en salvo y recogidos á la montaña. Llaman atajar la tierra en lengua de hombres del campo, rodealla al anochecer y venir de dia para ver por los rastros qué gente de enemigos y por qué parte ha entrado ó salido. Esta diligencia hacen tódos los dias personas ciertas de pié y de caballo, puestos en postas, que cercan á la redonda la comarca, y llámanlos atajadores; oficio de por sí y apartado del de los soldados. Por qué no se hacia esta diligencia en tierra escura y doblada, y en lugar que, aunque grande, no era el circuito extendido, y eran los pasos ciertos, no pude entender la causa.

Aben Humeya, viéndose libre del marqués de Vélez, con los siete mil hombres que tenia se puso sobre Adra con ánimo de tomar el lugar, que pensaba estar desamparado; mas viendo que perdia el tiempo, pasó á Berja, y quísola batir con dos piezas; pero levantóse de allí, corrió y estragó la tierra del marqués de Vélez, el lugar de las Cuevas, quemó los jardines, dañó los estanques, todo guardado con curiosidad de mucho tiempo para recreacion; acometiendo llegar á los Vélez en sierra de Filábres, tornó á Andarax, donde, como asegurado de la fortuna, vivia ya con estado de rey, pero con arbitrio de tirano, señor de las haciendas y personas; tenido por manso, engañaba con palabras blandas, mas para quien recatadamente le miraba, oscuras y suspensas, de mayor autoridad que crédito; codicia en lo hondo del pecho, rigor nunca descubierto sino cuando habia ofendido, y entonces sosegado, como si hubiera hecho beneficio, queria gracias dello. Contaba el dinero y los dias á quien mas familiar trataba con él, y algunos destos, á que pensaba ofender, escogia por compañeros de sus consejos y conversacion. Tal era Aben Humeya, y puesto que entre nosotros fuese tenido por inocente y llamado don Hernandillo de Válor, el oficio descubrió cuál es el hombre. Con todo esto, duró algunos dias que le hacian entender que era bienquisto, y él lo creia, ignorante de su condicion; hasta que el vulgo comenzó á tratar de su manera, de su vida, de su gobierno, todo con libertad y desprecio, como riguroso y tenido en poco. Apartáronse de su servicio descontentas algunas cabezas, que tomaron avilanteza; en tierra de Granada, el Nacoz; en la de Baza, Maleque; en la de Almuñécar, Giron; en la de Vélez, Garral; en el rio de Almería, Mojájar; en el de Almanzora, Aben Mequenun, que decian Portocarrero, hijo del que levantó á Jérgal; y al fin Farax, uno de los principales que fueron en hacelle rey. Cargábanle culpas, escarnecíanle, burlaban de su condicion sus mismos consejeros; señales que por la mayor parte preceden á la destruicion del tirano. Quejábanse los turcos, entre otros muchos, que habiendo dejado su tierra por venir á servílle, no los ocupaba donde ganasen; descontentos y entretenidos con sueldos ordinarios. Mas él, espacioso, irresoluto hasta su daño, tanto dilató la respuesta, que se enemistó con ellos, habiéndolos traido para su seguridad, y después proveyó fuera de tiempo. Traia en el ánimo quemar y destruir á Motril, lugar guardado con alguna ventaja de como solia; pero grande, abierto, llano y á la marina. Mas por descuidar los nuestros, acordó enviar fingidamente los turcos (para mandallos tornar) á las Albuñuelas, frontera de Granada, mostrando querer que fuesen regalados y mantenidos en el vicio y abundancia del Val de Lecrín, el uno de tres barrios fuertes, las espaldas á la sierra. Entre los amigos de quien mas fiaba, era uno Abdalá Abenabó, de Mecina de Bombaron, primo suyo, y tambien de la sangre de Aben Humeya, alcaide de los alcaides, tenido por cuerdo y animoso, de buena palabra, comunmente respetado, usado al campo, y entretenido mas en criar ganados que en el vicio del lugar. A este mandó ir por comisario general para que los alojase y mandase, y los capitanes estuviesen á su obediencia; dióle órden que donde le tomase otro mandado suyo, tornase con ellos y la mas gente que pudiese juntar, trayendo vitualla para seis dias; que él avisaria del lugar donde debia ir. Partieron seiscientos hombres, cuatrocientos turcos y doscientos berberíes, en el mismo hábito, todos arcabuceros; eran sus capitanes á la sazon Hhusceni y Caravaji. Apenas llegaron á Cádiar, cuando Aben Humeya despachó un correo dando gran priesa que volviesen aquella noche á Ferreira. De aquí se tramó su muerte. Trataré de mas lejos la verdadera causa della, por haberse publicado diferentemente.

El principio fué descontentamiento de los turcos,

mostrados á mandar su rey en Berbería; temor que dél tenian sus amigos, poca seguridad de las personas y haciendas, sospechas que se entendia con nosotros. Y el tratado fué tal luego que le eligieron, que ninguno en su compañía tuviese morisca por amiga, sino por legítima mujer, y guardábase esto generalmente. Mas habia entre las mujeres una viuda, mujer que fuera de Vicente de Rojas, pariente de Rojas, suegro de Aben Humeya; mujer igualmente hermosa y de linaje, buena gracia, buena razon en cualquier propósito, ataviada con mas elegancia que honestidad, diestra en tocar un laud, cantar, bailar á su manera y á la nuestra; amiga de recoger voluntades y conservallas. A esta se llegó un primo suyo, como es costumbre entre parientes, después de muerto el marido en la guerra, de quien Aben Humeya se fiaba, llamado Diego Alguacil; vivian juntos, comunicábanse mas que familiarmente; trataba él con Aben Humeya loando sus buenas partes y conversacion, tanto, que á desearla ver le inclinó; y contento della, por no ofender al amigo, disimulábalo; ausentábale con comisiones; pudo en fin mas el apetito que el respeto, y mandó al primo que, no embargante que fuese casado con otra, la tomase por mujer; rehusándolo, trújola el Rey como en depósito á su casa, y usó della por amiga. Avisó dello la viuda á su primo, mostrando descontentamiento, ofendida entre tantas mujeres de no ser tenida por una dellas, estar forzada, y holgar de verse fuera de sujecion, habiendo aparejo; que Aben Humeya, celoso dél y sospechoso de venganza, buscaba ocasion para matalle. Huyó Alguacil, y juntándose con una cuadrilla de mozos ofendidos por otras causas, andaba recatado sin entrar en Válor. Mas dende á pocos dias supo de la misma como Aben Humeya enviaba los turcos á cierta empresa, yendo á juntarse con ellos por la ganancia; trújole á las manos el caso al mensajero, y sabiendo dél como iba á llamar los turcos, le mató; y tomándole las cartas usó de semejante ardid que el conde Julian con los capitanes del rey don Rodrigo en Ceuta. No sabia escribir Aben Humeya, y firmar mal en arábigo; pero servíale de secretario y firmaba algunas veces por él un sobrino del Alguacil, que á la sazon se halló con su tio, él tambien agraviado. En lugar de la carta escribieron otra para Abenabó, en que le mandaba que tornando aquella noche con los turcos á Mecina, y juntándose con la gente de la tierra y cien hombres que llevaria consigo Diego Alguacil, los degollase con sus capitanes durmiendo y cansados; lo mismo hiciese de Alguacil, después de haberse valido dél. Envió con esta carta un hombre de confianza, midiendo él tiempo de manera que llegasen él y el mensajero á Cádiar cuasi á una misma hora. Dió el hombre la carta poco antes, y llegó Diego Alguacil, hallando confuso y maravillado á Abenabó: díjóle como traia la gente consigo; mas que no pensaba hallarse en tal crueldad, por ser personas que habian venido á favorecer su casta fiados dél, y ellos puesto la vida por sus haciendas, por su libertad y por sus vidas; cansados ya de servir á un hombre voluntario, ingrato, cruel, ¿qué podian esperar sino lo mismo? Bueno de palabras, mas de ánimo malo y perverso; que no habia mujeres, no haciendas, no vidas con que hartar el apetito, la sed de dinero y sangre. Pasó Hhusceni, capitan de los turcos (persona de crédito entre ellos, tenido por cuerdo, valiente y amigo del Rey), antes que Abenabó le respondiese; quísole hablar alterado; y Abenabó, ó porque el otro no le previniese, ó con temor que le matasen los turcos, ó con ambicion y cebo del reino, mostró la carta á Caravaji y Hhusceni, en que hacia compañero suyo en la traicion á Diego Alguacil y de los turcos en la muerte. Dicen que todo á un tiempo sacó el mesmo Alguacil una confícion que suelen usar para salir de sí cuando han de pelear y á veces para emborracharse, hecha con apio y simiente de cáñamo, fuerte para dormir sueño pesado: esta dijo que habian de dar á los capitanes y cabezas en la cena con el beber, sedientos y cansados del camino, á manera de la que llaman los alárabes alhaxix. Entendiendo el hecho, resolvieron entre sí de descomponer y matar á Aben Humeya, parte por asegurarse, parte por roballe, persuadiéndose que tenia gran tesoro, y hacer á Abenabó cabeza. Juntaron consigo la gente de Diego Alguacil, y con silencio caminaron hasta Andarax, donde Aben Humeya estaba: aseguraron la centinela, como personas conocidas y que se sabia habellos enviado á llamar. Pasaron el cuerpo de guardia, entraron en la casa, que era en el barrio llamado Laujar; quebraron las puertas del aposento: halláronle desnudo, medio dormido, y vilmente entre el miedo y el sueño, y dos mujeres, embarazado dellas, especialmente de la viuda amiga de Diego Alguacil, que se abrazó con él; fué preso en presencia de los que él trataba familiarmente, hombres bajos (que á tales tenia mayor inclinacion y daba crédito), criados suyos, el Mejuar, Barzana, Deliar, Juan Cortés de Pliego y su escribano, que era del Deire. Teniendo veinte y cuatro hombres dentro en casa, cuatrocientos de guardia, mil y seiscientos alojados en el lugar, no hizo resistencia; ninguno hubo que tomase las armas ni volviese de palabra por él. Mas como sólo el que es rey puede mostrar á ser rey un hombre, así solo el que es hombre puede mostrar á ser hombre un rey. Faltó maestro á Aben Humeya para lo uno y lo otro; porque ni supo proveer y mandar como rey ni resistir como hombre. Atáronle las manos con un almaizar; juntáronse Abenabó, los capitanes y Diego Alguacil delante de la mujer á tratar del delito y la pena en su presencia; leyéronle y mostráronle la carta, que él, como inocente y maravillado, negó: conoció la letra del pariente de Diego Alguacil; dijo que era su enemigo; que los turcos no tenian autoridad para juzgalle; protestóles de parte de Mahoma, del emperador de los turcos y del rey de Argel, que le tuviesen preso, dando noticia dello y admitiendo sus defensas. Mas la razon tuvo poca fuerza con hombres culpados y prendados en un mismo delito, y codiciosos de sus bienes: saqueáronle la casa, repartiéronse las mujeres, dineros, ropa; desarmaron y robaron la guardia, juntáronse con los capitanes y soldados, y otro dia de mañana determinaron su muerte. Eligieron á Abenabó por cabeza en público, segun lo habian acordado en secreto, aunque mostró sentimiento y rehusallo, todo en presencia de Aben Humeya, el cual dijo que nunca su intencion habia sido ser moro; mas que habia aceptado el reino por vengarse de las injurias que á él y á su padre habian hecho los jueces del rey don Felipe, especialmente quitándole un puñal y tratándole como á un villano,

siendo caballero de tan gran casta; pero que él estaba vengado y satisfecho, lo mismo de sus enemigos, de los amigos y parientes dellos, de los que le habian acusado y atestiguado contra él y su padre, ahorcándolos, cortándoles las cabezas, quitándoles las mujeres y haciendas; que pues habia cumplido su voluntad, cumpliesen ellos la suya. Cuanto á la eleccion de Abenabó, que iba contento, porque sabia que haria presto el mismo fin; que moria en la ley de los cristianos, en que habia tenido intencion de vivir si la muerte no le previniera. Ahogáronle dos hombres, uno tirándole de una parte y otro de otra de la cuerda que le cruzaron en la garganta; él mismo se dió la vuelta como le hiciesen menos mal, concertó la ropa, cubrióse el rostro.

Tal fin hizo Aben Humeya, en quien después de tantos años revivió la memoria de aquel linaje, que fué uno de los en cuya mano estuvo la mayor parte de lo que entonces se sabia en el mundo. La ocasion convida á considerar que, como todo lo que en él vemos se mantenga por partes, que juntas le dan el ser, y una dellas sea las castas ó linajes de los hombres, estas como en unos tiempos parece estar acabadas hasta venir á pobres labradores, así en otros salen y suben hasta venir á grandes reyes. Pero muchas veces el Hacedor de todo, no hallando sugeto aparejado, produce cosas diminuidas semejantes á las grandes, como fruto en tierra cansada ó olvidada, ó como queriendo hacer hombre, hace enano, por falta de sugeto, de tiempo, de lugar. No habia en el pueblo de Granada moriscos, fuerzas, ocasion ni aparejo para crear y mantener rey: salió de un comun consentimiento de muchas voluntades juntas (hombres que se tenian por agraviados y ofendidos hecho un tirano con sombra y nombre de rey, y este, descendiente de casta olvidada, mas que tanto tiempo habia señoreado. Dicen que de una sola hija que tuvo Mahoma llamada Fátima, y de Hali Abenseib, vinieron dos linajes, uno de Aben Humeya (1), otro de Abenhabet, cuya cabeza fué Abdalá Abenhabet Miramamolin, señor de España, que echó los berberíes del reino della, y el postrero Jusef Hali Atan, á quien echó del reino Abdurrabi Menhadali, cabeza del linaje de Aben Humeya, hasta el último Hiscen, que reinó en discordia; que habiéndole los de Córdoba echado del reino con ayuda de Habuz, rey de Granada, uno del mismo linaje escogió ser electo rey por un solo dia, con condicion que le matasen pasadas las veinte y cuatro horas; eligiéronle y matáronle, y acabaron juntos el linaje de Aben Humeya y el reino de Córdoba. Los que descendian deste rey, de un dia vinieron á poblar las montañas de Granada, y los moros establecieron por ley que ninguno del linaje de Aben Humeya pudiese reinar en Córdoba. Porque si después reinaron en el Andalucía los almoravides y almohades y el linaje de Abenhut, ya no tuvieron á Córdoba por cabeza del reino, hasta que vino á poder del santo rey don Fernando el Tercero. Esto se ha dicho por muestra, y acordar que no hay reino perpetuo, pues vino á desvanecerse un reino tan poderoso como fué el de Córdoba.

Tomado por cabeza Abdalá Abenabó, diéronle mando sobre todo por tres meses, hasta que viniese confirmacion del rey de Argel y título de rey: envió con Ben Daud, morisco tintorero en Granada, inventor y tramador del levantamiento, á dar nueva de su eleccion al rey de Argel; dióle dineros y oro para presentar; diéronle los capitanes cada uno por su parte ayuda con que fuese, y quedó allá; y envió la aprobacion mucho antes del tiempo. Hicieron con Abenabó la ceremonia, pusiéronle en la mano izquierda un estandarte y en la derecha una espada desnuda, vistiéronle de colorado, levantáronle en alto y mostráronle al pueblo, diciendo: «Dios ensalce al rey de la Andalucía y Granada, Abdalá Abenabó.» Diéronle generalmente la obediencia los pueblos de moriscos que no la habian dado á Mahomet Aben Humeya, y los capitanes, excepto Aben Mequenun, que llamaban Portocarrero, hijo del que levantó á Jérgal con cuatrocientos hombres en el rio de Almanzora, que tambien el duque de Arcos mandó justiciar en Granada; y en tierra de Almuñécar y Almijara, Giron el Archidoni, que murió reducido y perdonado en Jayena. Hizo repartimiento de las alcaidías y gobierno en hombres naturales de las mismas tahas; escogió para su consejo seis personas demás de los capitanes turcos Caracax y Don Dali, capitan; porque Caravaji, luego como se hizo la eleccion, partió á Berbería con ocasion de traer gente. Eligió por capitan general para los rios de Almería, Boloduí y Almanzora, sierras de Baza y Filábres, tierra del marquesado de Cenete y Guadix al que llamaban el Habaquí (2), por cuyo parecer se gobernaba en todo; otro de Sierra-Nevada, tierra de Vélez, el valle, el Alpujarra y Granada, á quien decian Joaibi de Güéjar: á estos obedecian los otros capitanes de tahas; por alguacil, que después del Rey es el supremo magistrado, á su hermano Muhamet Abenabó. Envió á Hoscein con otro presente de captivos al rey de Argel, pidiéndole gente y armas; juntó un ejército ordinario de cuatro mil arcabuceros, que alojase la cuarta parte cerca de su persona; la guardia de doscientos arcabuceros; fuera del lugar las centinelas apartadas y perdidas, que ni se acogen al cuerpo de guardia, sino á lo alto ó lejos, ni se les da otro nombre mas de un contraseño de los caminos, que es dejar pasar solamente al que viniere por parte señalada, y á los que vinieren por otra parte detenellos ó dar arma; dende allí avisan por donde vienen los enemigos. Tienen siempre atalayas de noche y de dia por las cumbres; llaman al sargento mayor alguacil de la guardia, que reparte y requiere las centinelas, ordena la gente, alójala, hace justicia en el cuerpo de guardia; dentro en la casa residen veinte arcabuceros, á que dicen porteros. Fué poco á poco comprando y proveyéndose de armas traidas de Berbería ó habidas de las presas en gran cuantidad, que repartió á bajos precios entre la gente; llegó desta manera á tener ocho mil arcabuceros; el sueldo de los turcos eran ocho ducados al mes, el de los moriscos la comida. Con estos principios de gobierno, con la necesidad de cabeza, con la reputacion de valiente y hombre del campo, con la afabilidad, gravedad, autoridad de la presencia, con haber padecido en la persona por tormentos siendo esclavo, fué bienquisto, respetado, obedecido, tenido como rey generalmente de todos.

Mandó en este tiempo don Juan que Pedro de Men-

(1) En lo que aquí dice MENDOZA del origen de Aben Humeya, difiere mucho de Garibay, Mármol y otros.

(2) Hierónimo el Melech dice Mármol, porque el Habaquí fué embajador á Berbería.

doza fuese á visitar el presidio de Órgiba, con órden que sirviese en lugar de Francisco de Molina, porque entendia estar indispuesto, sabiendo que Abenabó, nuevo rey, juntaba gente para venir sobre la plaza. Mas sucedió una novedad trasordinaria, siendo siete leguas de Granada, como las que suelen acontecer en las Indias, á tres mil de España; que de cinco banderas, sola una, con su capitan don García de Montalvo, quedó libre sin amotinarse, y acusando á Francisco de Molina á una voz de estar loco, pedian por cabeza á Pedro de Mendoza. Las señales que daban de su locura, que los apretaba con rigor á las guardias, que estando enfermo los requeria, que no dormia de noche, hombre rico y recatado, que falto de gente particular, ayudaba con dineros á los que enviaba con licencia por cobrar crédito para que viniesen otros; repartia la vitualla por tasa, como quien sospechaba cerco. Pero visto que se encaminaba á motin, quiso prender los capitanes; y sosegándolos, procuró que Pedro de Mendoza saliese de Órgiba; mas por satisfacer la gente que estaba ociosa y descontenta y proveerse de vitualla, envió la compañía de Antonio Moreno con su alférez Vílches á correr en el Cehel; que atajados por los moros en el barranco de Tarascon, fueron todos muertos, sin escapar mas de tres soldados.

Abenabó con esta ocasion proveyó á Castil de Ferro de armas, artillería y vitualla; puso dentro cincuenta turcos con su capitan, llamado Leandro, para que pudiese recibir el socorro que traeria Caravaji con el armada de Argel, y en persona vino sobre Órgiba, movido por quejas de los pueblos comarcanos y daños que continuamente recibian de la guarnicion que en ella residia. Eran los capitanes moros Berbuz, Rendati, Macox; y turcos, Dali, capitan á quien dejó cabeza de la empresa y de la gente. Apretaron el lugar, mostraron quererle hambrear; fuéronse con trincheas llegando hasta las casas; vínoles gente, y entraron en ellas; señoreáronlas de manera, que descubrian la plaza, y los nuestros no atravesaban ni estaban á los reparos sin ser enclavados; tomaban por dias el agua peleando; era la hambre y la sed mayor que el temor de los enemigos. Dió Francisco de Molina aviso, y pareció á don Juan que el duque de Sesa la socorriese, por la experiencia, por la gracia y autoridad con la gente, ser del consejo y el lugar suyo; detúvose algunos dias esperando la vitualla con harta dilacion; partió con seis mil infantes y trescientos caballos, mas número de gente que de hombres, la mayor parte concejil; pero en Acequia le tomó la gota, enfermedad ordinaria suya, y tan recia, que le inhabilitaba la persona, aunque dejándole libre el entendimiento. Trató don Juan de enviar á Luis Quijada en su lugar, no sin ambicion; pero el Duque mejoró, y en principio de noviembre envió dende Acequia á Vílches, que por otro nombre llamaban Pié de palo, buen hombre de campo, plático de la tierra, que con cuatro compañías de infantería, en que habia ochocientos hombres, dejando á la mano derecha á Lanjaron, hiciese el camino por lo áspero de la montaña, desusado muchos años, pero posible para caballería; y que reconociendo el barranco que atraviesa el camino de Órgiba, tomase lo alto de la montaña y estuviese quedo adonde el camino de Lanjaron hace la vuelta cerca de Órgiba, de allí diese aviso á Francisco de Molina; y por asegurar á Vílches, envió á sus espaldas otros ochocientos hombres, siguiendo él con el resto de la gente y caballería, sospechoso que los unos y los otros habrian menester socorro.

Mas los moros, que tenian no solamente aviso de la salida de Acequia, pero atalayas por todo, que con señas contaban á los nuestros los pasos, dándolas de una en otra hasta Órgiba, hicieron de sí dos partes; una quedó sobre Órgiba, y otra de la demás gente salió con sus banderas á esperar al Duque. Estos fueron Hhusceni y Dali, encubriéndose parte de la gente. Comenzó Dali, capitan, á mostrarse tarde y entretenerle escaramuzando. Entre tanto apartaron seiscientos hombres, cuatrocientos con Rendati, que se emboscó á las espaldas de Vílches, y Macox adelante al entrar de lo llano tomando el camino de Acequia de las Tres Peñas (llaman los moros á aquel lugar Calat el Hhajar en su lengua); cosa pocas veces vista y de hombres muy pláticos en la tierra, apartarse tanta gente escaramuzando, y emboscarse sin ser sentida ni de los que estaban en la frente ni de los que venian á las espaldas. Cayó la tarde, y cargó Dali, capitan, reforzando la escaramuza á la parte del barranco cerca de la agua; de manera que á los nuestros pareció retirarse adonde entendian que venia el Duque, pero con órden. Descubrióse la primera emboscada, y fueron cargados tan recio, que hallándose lejos del socorro y que apuntaba la noche, cuasi rotos se recogieron á un alto cerca del barranco, con propósito de esperar, hechos fuertes, donde pudieran estar seguros, aunque con algun daño, si el capitan Perea tuviera sufrimiento; pero viendo el socorro, echóse por el barranco, y la gente tras él; donde seguido de los moros, fué muerto peleando con parte de los que iban con él, y pasando adelante, cargaron hasta llegar á dar en el Duque ya de noche, que los socorrió y retiró; pero dando en la segunda emboscada de Macox, apretado por una parte de los enemigos, y por otra incierto del camino y de la tierra con la escuridad, y confuso con el miedo que la gente llevaba, que le iban faltando, fué necesitado á hacer frente á los enemigos por su persona; quedaron con él don Gabriel, su tio, don Luis de Córdoba, don Luis de Cardona, don Juan de Mendoza y otros caballeros y gente particular, muchos dellos apeados con la infantería, dando cargas y siendo seguidos hasta cerca del alojamiento: dicen que si los moros cargaran como al principio, estuviera en peligro la jornada. Pero el daño estuvo en que Pié de palo partiese á hora que el dia no le bastó al Duque para llegar á Órgiba con sol ni para socorrerle. Engaña el tiempo en el reino de Granada á muchos hombres que no le miden por la aspereza de la tierra, hondura de los barrancos y estrecheza de los caminos. Murieron de los nuestros cuatrocientos hombres, y perdieron muchas armas, segun los moros, gente vana que acrecienta sus prosperidades; mas segun nosotros (que en esta guerra nos mostramos (1) á disimular y encubrir las pérdidas), solos sesenta; lo uno ó lo otro con daño de los enemigos y reputacion del Duque. De noche, sospechoso de la gente, apretado de los enemigos, impedido de la persona, tuvo libertad para poner en ejecucion lo que se ofrecia proveer á toda parte, resolucion para apartar los enemigos, y autoridad para detener los

(1) O segun el MS., *nos enseñamos*.

nuestros, que habian comenzado á huir, recogiéndose á Acequía cuasi á media noche: larga y trabajosa retirada de tres grandes leguas, dos siendo cargada su gente.

Y considerando yo las causas por qué nacion tan animosa, tan aparejada á sufrir trabajos, tan puesta en el punto de lealtad, tan vana de sus honras (que no es en la guerra la parte de menos importancia), obrase en esta al contrario de su valentía y valor, truje á la memoria numerosos ejércitos disciplinados y reputados en que yo me hallé, guiados por el emperador don Cárlos, uno de los mayores capitanes que hubo en muchos siglos; otros por el rey Francisco de Francia, su émulo, y hombre de no menos ánimo y experiencia. Ninguno mas armado, mas disciplinado, mas cumplido en todas sus partes, mas plático, abundado de dinero, de vituallas, de artillería, de municion, de soldados particulares, de gente aventurera de corte, de cabezas, capitanes y oficiales, me parece haber visto ni oido decir, que el ejército que don Felipe II, rey de España, su hijo, tuvo contra Enrique II de Francia, hijo de Francisco, sobre Durlan, en defension de los estados de Flándes, cuando hizo la paz tan nombrada por el mundo, de que salió la restitucion del duque Filiberto de Saboya; negocio tan desconfiado: como por el contrario, ninguno he visto hecho tan á remiendos, tan desordenado, tan cortamente proveido, y con tanto desperdiciamiento y pérdida de tiempo y dinero; los soldados iguales en miedo, en codicia, en poca perseverancia y ninguna disciplina. Las causas pienso haber sido comenzarse la guerra en tiempo del marqués de Mondéjar con gente concejil aventurera, á quien la codicia, el robo, la flaqueza y las pocas armas que se persuadieron de los enemigos al principio, convidó á salir de sus casas cuasi sin órden de cabezas ó banderas: tenian sus lugares cerca; con cualquier presa tornaban á ellos; salian nuevos á la guerra, estaban nuevos, volvian nuevos. Mas el tiempo que el marqués de Mondéjar, hombre de ánimo y diligencia, que conocia las condiciones de los amigos y enemigos, anduvo pegado con ellos, á las manos, en toda hora, en todo lugar, por medio de los hombres particulares que le seguian, estuvieron estas faltas encubiertas. Pero despues que los enemigos se repartieron, acontecieron desgracias por donde quedaron desarmados los nuestros y armados ellos; comunicábase el miedo de unos en otros; que como sea el vicio mas perjudicial en la guerra, así el mas contagioso: no se repartian las presas en comun; era de cada uno lo que tomaba, como tal lo guardaba; huian con ello sin union, sin respondencia; dejábanse matar abrazados ó cargados con el robo, y donde no le esperaban, ó no salian, ó en saliendo tornaban á casa; guerra de montaña, poca provision, menos aparejo para ella, dormir en tierra, no beber vino, las pagas en vitualla, tocar poco dinero ó ninguno: cesando la codicia del interese, cesaba el sufrir trabajo; pobres, hambrientos, impacientes, adolecian, morian, ó huyéndose los mataban; cualquier partido destos escogian por mas ventajoso que durar en la guerra cuando no traian la ganancia entre las manos. De los capitanes, algunos, cansados ya de mandar, reprender, castigar, sufrir sus soldados, se daban á las mismas costumbres de la gente, y tales eran los campos que della se juntaban. Pero tambien hubo algunos hombres entre los que vinieron enviados por las ciudades, á quien la vergüenza y la hidalguía era freno. Tambien la gente enviada por los señores, escogida, igual, disciplinada, y la que particularmente venia á servir con sus manos, movidos por obligacion de virtud y deseo de acreditar sus personas, animosa, obediente, presente á cualquiera peligro: tantos capitanes ó soldados como personas; y en fin autores y ministros de la victoria. Los soldados y personas de Granada todos aprobaron para ser loados. No parecerá filosofía sin provecho para lo porvenir esta mi consideracion verdadera, aunque experimentada con daño y costa nuestra.

Envió el Duque á dar noticia de lo que pasaba á Francisco de Molina, mandándole que en caso que no se pudiese detener, desamparase la plaza y se retirase por el camino de Motril; porque el de Lanjaron tenian ocupado los enemigos, y no le podia socorrer. Mas ellos no curaron de tornar sobre Órgiba, así porque en ella y en la refriega que tuvieron habian perdido gente y muchos heridos, como porque les pareció que bastaba tener á Francisco de Molina corto con poca gente, y ellos hacer rostro á la del Duque, estorbar el daño que podia hacer en los lugares del Valle, que tenian como proprios. Francisco de Molina, con la órden del Duque, conforme á la que él tenia de don Juan, teniendo por cierto que si volvieran sobre él, se perderia sin agua ni vitualla, enclavó y enterró algunas piezas que no pudo llevar, recogió los enfermos y embarazos en medio, tomó el camino de Motril, libre de los enemigos; donde llegó con toda la gente que salió, y con poca pérdida en el fuerte, dando harto contraria muestra del suceso en el cerco y retirada, de lo que la desvergüenza de los soldados habia publicado; desamparóse por ser corta la provision de vituallas, lugar que habia costado muchas, mucho tiempo, mucha gente y trabajo mantener y socorrer; fué el primero y solo que los enemigos tomaron por cerco: deshicieron las trincheas, quemaron y destruyeron la tierra, llevaron dos piezas, aunque enclavadas. Tomáronse dos moros con cartas que los capitanes escribian á la gente de las Albuñuelas y el Valle y otras partes, certificándoles la venida del Duque á socorrer á Órgiba, y animándolos que siguiesen su retaguardia; porque ellos con la gente que tenian se les mostrarian á la frente, como le estorbasen el socorro ó les combatiesen con ventaja. No estuvieron ociosos el tiempo que él se detuvo en Acequia; porque bajaron por Güéjar y el Puntal á la Vega, llevaron ganados, quemaron á Mairena hasta media legua de Granada, acogiéndose sin pérdida y con la presa, por divertir ó porque la guerra pareciese con igualdad. Esperó en Acequia por entender el motivo de los enemigos y entretenellos que no diesen estorbo á la retirada de Francisco de Molina, y por su indisposicion, con falta de vitualla y descontentamiento de la gente: por esto y la ociosidad, y por ser ya el mes de noviembre y la sementera en la mano, se comenzó á deshacer el campo. Mas llamado por don Juan, salió por las Albuñuelas con poca gente, y esa temerosa por lo sucedido (trataban los turcos de ponerse de guarnicion en aquel lugar), y caminando el dia, los enemigos al costado, llegó temprano sin acercarse los unos á los otros,

dando culpa á las guias: quemó el un barrio, y despues de haber enviado á don Luis de Córdoba á quemar á Restával, Melejix, Concha, y otros lugares del Valle que don Antonio de Luna dejó enteros, y dejado á Pedro de Mendoza con seiscientos hombres alojado en el otro barrio, tornó á Granada, donde halló á don Juan ocupado en la reformacion de la infantería, provisiones de vitualla y otras cosas, por medio y industria de Francisco Gutierrez de Cuéllar, del Consejo, á quien el Rey envió particularmente á mirar por su hacienda; caballero prudente, plático en la administracion della, bueno para todo.

Habian las desórdenes pasado tan adelante, que fué necesario para remediallas hacer demostracion no vista ni leida en los tiempos pasados en la guerra; suspender treinta y dos capitanes de cuarenta y uno que habia, con nombre de reformacion; pero no se remedió por eso; que el gobierno de las compañías quedó á sus mismos alféreces, de quien suele salir el daño. Porque como se nombran capitanes sin crédito de gente ó dineros, encomiendan sus banderas á los alféreces y oficiales que les ayudan á hacer las compañías, gastando dinero con los soldados, de quien no pueden desquitarse tomándoselo de las pagas, porque se les desharian las compañías, y procuran hacello engañando en el número. Pero los capitanes y oficiales cuasi todos engañan en las pagas, aunque unos las ponen en calificar soldados y entretenellos con pagar ventajas ó darles de comer, y estos son tolerables; otros son perniciosos y aun tenidos como traidores, porque engañan á su señor en cosa que le hacen perder la honra, el estado y la vida, fiándose dellos, y estos son los que para sí hacen ganancia con las compañías, teniendo menos gente, ó robando los huéspedes, ó componiéndolos: la misma reformacion se hizo en los comisarios, partidos, y distribucion de vituallas, armas y municiones.

En el tiempo que el duque de Sesa partió para el socorro de Órgiba, y don Juan entendia en reformar las desórdenes, se alzó Galera, una legua de Güéscar, en tierra de Baza; lugar fuerte para ofender y desasosegar la comarca, en el paso de Cartagena al reino de Granada, y no lejos del de Valencia. Mas los de Güéscar, entendiendo el levantamiento, fueron sobre el lugar con mil y doscientos hombres y alguna caballería; estuvieron hasta tercero dia; y sin hacer mas de salvar cuarenta cristianos viejos que estaban retirados en la iglesia, se tornaron. Habian entrado en Galera por mandado de Abenabó cien arcabuceros turcos y berberíes con el Maleh, alcaide del partido, y era capitan dellos Caravajal, turco, que saltó fuera cargando en la retaguardia, y poniéndolos en desórden les quitó la presa de ganados y mató pocos hombres, de que los de Güéscar, indignados, mataron algunos moriscos por la ciudad y en la casa del Gobernador, donde se habian recogido, quemaron parte della, saquearon y quemaron otras en Güéscar, ciudad de los confines del reino de Murcia y Granada, patrimonio que fué del rey católico don Fernando, y dada en satisfaccion de servicios al duque de Alba don Fadrique de Toledo; pueblo rico, gente áspera y á veces mal mandada, descontenta de ser sujeta á otro sino al Rey; y desasosegada con este estado que tiene, procura trocalle con otros, que á veces desasosiegan mas.

Levantóse de ahí á pocos dias Orce, una legua de Galera, que los antiguos llamaron Urci; y estando los de Güéscar preparándose para ir á allanarla ó destruirla, los vecinos cristianos nuevos que habian quedado, indignados, metieron de noche sin ser sentidos al Maleh con trescientos hombres en sus casas, que dejó emboscados en los lavaderos hasta dos mil, y en ellos trescientos turcos y berberíes, que se habian juntado para el efecto; mas los de la ciudad, que tuvieron noticia, vueltas contra ellos las armas, peleando los echaron fuera con daño y rotos, y dando con el mesmo ímpetu en la emboscada, la rompieron, matando seiscientos hombres. Fuera la victoria del todo si los turcos y berberíes no resistieran, reparando la gente y haciendo retirar parte della con alguna órden. Ya Abenabó habia hecho declarar todo el rio de Almanzora (que en arábigo quiere decir de la Victoria) con Purchena (en otro tiempo llamada de los antiguos Illipula grande, á diferencia de otra menor, ribera de Guadalquivir), la sierra de Filábres y los lugares de tierra de Baza. Quedaban Seron y Tíjola, del duque de Escalona; Tíjola inexpugnable, pero falta de agua. Envió sobre Seron, y saliéndose la guardia, prendió el Alcaide (algunos dicen que por voluntad), tomó armas, municion, vitualla, doce piezas de bronce. Tíjola siguió á Seron: de esta manera quedaron levantados todos los moriscos del reino, sino los de la hoya de Málaga y serranía de Ronda.

Estos motivos, y la priesa que el Rey daba á reforzar el campo del marqués de Vélez, que estaba en Baza, enviando caballeros principales de su casa por las ciudades á solicitar gente, que saliese antes que los enemigos tomasen fuerzas, apresuró al Marqués con la gente que trajo de la Peza y la que don Antonio de Luna dejó en Baza, y la que se juntó de Güéscar y otras partes, por todos cuatro mil infantes y trescientos y cincuenta caballos, á ponerse sobre Galera: el Maleh y su hijo desampararon el lugar, desconfiados que se pudiese mantener. Caravajal, turco, dende á dos dias que el Marqués llegó, juntó el pueblo; persuadiólos que salvasen la gente, la ropa y á sí mismos, pues tenian aparejo y la sierra cerca; y diciéndole que dentro en sus casas querian morir, les respondió que aun no era llegado el tiempo, ni era su oficio morir; que se salvasen y dejasen aquello para otros que vernian brevemente á morir por ellos. Mas visto que estaban pertinaces, con ciento y treinta turcos y berberíes, dando una arma de noche á los nuestros, se salió con su gente y dinero sin recebir daño; y vino por mandado de Abenabó á residir en Güéjar con los otros capitanes.

Habian los enemigos (como dijimos) entrado en ella, fundado frontera, atajado con una trinchea de piedra seca, de monte á monte, el trecho que llaman la Silla; manteníanse contra Granada, hacian presas, solicitando pueblos que se levantasen, recogiendo y regalando los que se alzaban. A veces estaban en ella cuatro mil, á veces menos, y de ordinario seiscientos hombres, segun las ocasiones: eran capitanes Joaibi, natural del lugar, por otro nombre llamado Pedro de Mendoza (que este apellido tomaban muchos por la naturaleza que tenia en la tierra la casta del marqués don Iñigo Lopez de Mendoza, primer capitan general), Hocein, Caravajal, turco, Chocon (que en su lengua quiere de-

cir degollador), Macox, Mojájar y otros. Crecia el desasosiego de la ciudad y parecia estarse con menos seguridad, pero en nada se via acrecentada la manera de la defensa, descubierta la parte de la ciudad que llaman Realejo, frontero á los enemigos, el barrio de Antequeruela no sin peligro muchos meses, muy á menudo los apercebimientos, que se hacian de persona en persona y con secreto, mostrando que los enemigos vernian cada noche á dar en la ciudad, las mas veces por esta parte. Al fin se achicó la puerta que dicen de los Molinos y se puso una compañía de guardia en Antequeruela, pero no que se atajasen los caminos del Facar, Veas, el Puntal; maravillándose los que no tienen noticia de las causas ó licencia de escudriñallas, cómo se encarecian tanto las fuerzas de los enemigos y el peligro, y se estaba con tan flaca guardia; en fin, se puso una concejil en la puerta de los Molinos, reforzóse la de Antequeruela, púsose guardia en los Mártires y en Piñillos y Cenes (presidios todos contra Güéjar), y á don Jerónimo de Padilla mandaron estar en Santa Fe con una compañía de caballos para asegurar el llano de Loja, demás de la guardia de la Vega. Púsose caballería en Iznalloz; pero todo no estorbaba que hasta las puertas de Granada se hiciesen á la continua presas.

Estando en estos términos, comenzó el marqués de Vélez á batir á Galera con seis piezas de bronce y dos bombardas de hierro, de espacio y con poco fruto. Saltaban fuera los moros á menudo, haciendo daño sin recebillo.

Cargó don Juan la mano con el Rey, como agraviado que le hubiese mandado venir á Granada en tiempo que todos estaban ocupados, por tenelle ocioso, siendo el que menos convenia holgar: mostrábale deseo de emplear su persona; hijo y hermano de tan grandes príncipes, en cuya casa habian entrado tantas victorias; mozo no conocido de la gente; el espacio con que se trataba la guerra en Almanzora, el atrevimiento de los enemigos, la Alpujarra sin guarniciones, la mar desproveida, los moros en Güéjar, lo que convenia tomar el negocio con mayores fuerzas y calor. Pareció al Rey apretar los enemigos, acometiéndolos á un tiempo con dos campos; uno por el rio de Almanzora á cargo de don Juan, con quien asistiesen el marqués de Vélez, el comendador mayor de Castilla y Luis Quijada; otro por el Alpujarra con el duque de Sesa; y por no dejar embarazo tan importante como enemigos á las espaldas, mandó que antes de su partida viniese sobre Güéscar. El nombre de la salida fué (porque el de Vélez no se hubiese por ofendido) dar órden en lo que tocaba á Guadix y Baza, como habia sido con el marqués de Mondéjar darla en lo de Granada. Estando Güéjar y Galera por los enemigos, cualquier otra empresa pareceria difícil y el peligro cierto; en Güéjar, por dejarlos á las espaldas; en Galera, porque podia saltar la rebelion en el reino de Valencia, y con la tardanza conservarse los moros en sus plazas, Purchena, Seron, Tíjola, Jérgal, Cantoria, Castil de Ferro y otras. Partió el Comendador mayor de Cartagena, por órden de don Juan, con ocho piezas de campo, trescientos carros de vitualla, municion y armas. El Marqués, aunque entendiendo la ida de don Juan mostraba algun sentimiento, no dejó de verse con el Comendador mayor, que proveyéndole de vitualla y municion, pasó á esperar á don Juan en Baza. Dicen, y confiésalo el Comendador mayor, que escribió al Rey como el Marqués no le parecia á propósito para dar cobro á la empresa del reino de Granada, y que las cartas vinieron á las manos del Marqués primero que á las del Rey; mas leyólas y disimulólas, ó fuese pensando que la necesidad habia de traelle tiempo á las manos en que diese á conocer lo contrario, ó cansado y ofendido, dando á entender que la peor parte seria de quien no le emplease. Eran ya los 15 de diciembre (1569), y no parecia señal ni esperanza de que se hiciese efecto contra Galera. Mas el Rey solicitaba con diligencia los señores de la Andalucía y las ciudades de España, pidiendo nueva gente para la empresa y salida de don Juan, y enviando personas calificadas de su casa á procurallo.

Llegó la órden para que don Juan hiciese la jornada de Güéjar primero que partiese para Guadix y Baza: habíase enviado muchas veces á reconocer el lugar con personas pláticas; lo que referian era que dentro estaban siete mil arcabuceros y ballesteros resolutos á venir una noche sobre Granada (número que si de mujeres y hombres ellos lo tuvieran, y no les faltaran cabezas y experiencia, era bastante para forzar la ciudad); que estaban fortificados y empantanaban la Vega; que allanaban el camino que va por la sierra á la Alpujarra para recebir gente. Tanto mas puede el recelo que la verdad, aunque cargue sobre personas sin sobresalto. Todavía no fueron creidos del todo los que daban el aviso; pero reforzáronse las guardias con mas diligencia, y difirióse la ida de don Juan hasta que mas gente de las ciudades y señores fuese llegada. Por hacer la jornada con mas seguridad envió á don García Manrique y Tello de Aguilar que reconociesen el lugar de noche y la mañana hasta el dia: lo que trujeron fué que dentro habia mas de cuatro mil infantes, no haber visto fuego á las trincheas ni en el cuerpo de guardia, no humo aun para encender las cuerdas, en el corazon del invierno, tierra frigidísima y á la falda de la nieve; no trocar les guardias, no cruzar á la mañana gente de las casas á la trinchea ó de la trinchea á las casas; no acudir con el arma á la trinchea: atribuíase todo á señales de gran recatamiento; pero, á juicio de algunas personas pláticas, de lugar desamparado. Notaban que en tanto tiempo, tan cerca, lugar abierto y pequeño, se sospechase y no se supiese cierto el número de la gente, pudiéndose contar por cabezas ó por la comida, y que todos afirmasen pasar de seis mil hombres, y los reconocedores, de cuatro mil, llegando tan cerca y trayendo señales de poca gente ó ninguna. Pareció que seria conveniente servirse de los capitanes que habian sido suspendidos, porque la gente se gobernaria mejor por ellos, y los mas eran personas de experiencia. Mandáronles tomar sus compañías, y todos lo quisieron hacer, pudiendo emplear sus personas, sin volver á los cargos de que una vez fueron echados.

Habia costumbre en el Alhambra de salir los capitanes generales y alcaides cuando se ofrecia necesidad, dejando en la guardia della personas de su linaje y suficientes. Mostraba el conde de Tendilla títulos suyos, de su padre, abuelo y bisabuelo, de capitanes generales de la ciudad sin el cargo del reino, y pretendia salir con la gente della. Pero Juan Rodriguez de Villafuerte, que entonces era tenido por enemigo suyo declara-

do, pretendia que como corregidor le tocase: traia ejemplo de Málaga, donde el Corregidor tenia cargo de la gente, no obstante que el Alcaide tuviese título de capitan de la ciudad; mas, ó fuese mandamiento expreso ó inclinacion á otros, ó desabrimiento particular con la casa ó persona del Conde, no obstante las cédulas, y que la profesion de Juan Rodriguez fuese otra que armas, hizo don Juan una manera de pleito de la pretension del Conde, y remitió el negocio al consejo del Rey, quitándole el uso de su oficio y dándole á Juan Rodriguez; que aquel dia llevó cargo de la gente de la ciudad, y le tuvo otros muchos. Partió á los 23 de diciembre con nueve mil infantes, seiscientos caballos, ocho piezas de campo. Habia dos caminos de Granada á Güéjar; uno por la mano izquierda y los altos, y este llevó él con cinco mil infantes y cuatrocientos caballos: llevaba Luis Quijada la vanguardia con dos mil, donde iba su persona; á don García Manrique encomendó la caballería; y la retaguardia, con la artillería, municion y vitualla (donde iba su guion), al licenciado Pedro Lopez de Mesa y á don Francisco de Solís, ambos caballeros cuerdos, pero sin ejercicio de guerra; lo cual dió ocasion á pensar que la empresa fuese fingida, y don Juan cierto que el lugar estaba desamparado, pues encomendaba á personas pacíficas lugar adonde podia haber peligro y era menester experiencia; dando al Duque el camino del rio mas breve con cuatro mil infantes y trescientos caballos, en que iba la gente de la ciudad. Aquella noche se aposentó en Veas, dos leguas de Granada y otras tantas de Güéjar, con órden que juntos, por diversas partes, llegasen á un tiempo y combatiesen los enemigos, para que *los que del uno* escapasen, diesen en el otro; pero *quedóles abierto* el camino de la sierra. Don Diego de Quesada, á quien tenia por plático de la tierra, iba por guia del campo de don Juan, aunque otros hubiese en la compañía tan soldados, criados en aquella tierra y mas pláticos en ella, segun lo mostró el suceso. Estaban á la guardia del lugar ciento y veinte turcos y berberíes con Caravajal, que estuvo en Galera, cuatrocientos y treinta de la tierra, todos arcabuceros; la cabeza era Joaibi; los capitanes Cholon, Macox y Rendati, y el Partal por sargento mayor, venidos, segun se entendió, solo por la ganancia de las presas, con la seguridad de la montaña, y mudábanse por meses; muchas mujeres, muchachos y viejos de los lugares vecinos, que no querian apartarse de sus casas, proveidos de pan y carne en abundancia; y dicen ellos que nunca hubo mas gente ordinaria. Entendieron dias antes la ida de don Juan, y tuvieron tiempo de salvar lo mejor de su ropa, sus personas y ganados. El dia antes, que don García y Tello de Aguilar fueron á reconocer avisando la gente, partieron los turcos á la Alpujarra; y de los moros, el dia antes que don Juan llegase, salieron cuatrocientos hombres con Partal y el Macox y Rendati en ocasion de correr nuestras espaldas, y hicieron daño el mismo dia que llegó don Juan: quedaron en Güéjar ochenta hombres con Joaibi para retirar el removiente de la gente inútil y ropa. Partieron á un tiempo de Granada el Duque y don Juan de Veas al amanecer. Hay pocos hombres del campo que sepan caminar bien de noche la tierra que han visto de dia; esta era toda de un color igual, aunque doblada, que dió causa á la guia de engañarse cuasi en la salida del lugar, y á don Juan de gastar tiempo. Con todo se detuvo, esperando el dia, incierto del camino que haria el Duque, y avisando las atalayas de los moros con fuegos á los suyos de lo que ambos hacian. Mas el Duque caminó por derecho; envió delante á don Juan de Mendoza, que halló la trinchea desamparada sino de diez ó doce viejos, que de pesados escogieron quedar á morir en ella; estos fueron acometidos y degollados. Entrado y saqueado el lugar por la gente que don Juan de Mendoza llevaba de vanguardia, vieron subir por la sierra mujeres y niños, bagajes cargados, con espaldas de sesenta arcabuceros y ballesteros, que haciendo vuelta sobre los nuestros en defensa de su ropa, se salvaron de espacio, aunque seguidos poco trecho y detenidamente; pero lo que se pudo, y con mas daño nuestro que suyo: murieron, entre hombres y mujeres, sesenta personas, y fueron cautivas otras tantas; la demás gente por la sierra fueron á parar en Válor y Poqueira y otros lugares de la Alpujarra; húbose mucho trigo y ganado mayor: de nuestra gente murieron cuarenta soldados, porque los moros en lo áspero de la tierra y entre las matas, cubiertos con las tocas de las mujeres, esperaban á nuestros soldados, que pensando ser mujeres, llegasen á captivallas y los arcabuceasen. Entre ellos murió el capitan Quijada, siguiendo el alcánce, desatinado de una pedrada que una mujer le dió en la cabeza. Don Juan, ora apartándose del lugar dos leguas, ora acercándose á menos de un cuarto por camino que todo se podia correr, se halló pasado mediodía sobre Güéjar, dentro de la trinchea de los enemigos, en el cerro que llaman la Silla: llevó la gente ordenada, y á los que nos hallamos en las empresas del Emperador parecia ver en el hijo una imágen del ánimo y provision del padre, y un deseo de hallarse presente en todo, en especial con los enemigos. Descubrió de lo alto á la gente del Duque delante del lugar en escuadron, y tan de improviso, que Luis Quijada envió con don Gomez de Guzman de mano en mano á pedir artillería, pensando que fuesen enemigos, ó dando á entender que lo pensaba. Esta voz se continuó con mucha priesa; y caminando con dos pezezuelas, llegó don Luis de Córdoba, de parte del Duque, con el aviso que los enemigos iban rotos y los nuestros estaban dentro en el lugar. Quedamos espantados cómo Luis Quijada no conoció nuestras banderas y órden de escuadron dende tan cerca, hombre plático en la guerra y de buena vista, y cómo el Duque enviaba á decir que los enemigos iban rotos, no habiendo enemigos. Mostró don Juan contentamiento del buen suceso, y queja del agravio de que le hubiesen guiado por tanto rodeo, que no alcanzase á ver enemigos. Pero don Diego de Quesada se excusaba con que en consejo se le mandó que guiase por parte segura, y Luis Quijada le dijo que por donde no peligrase la persona de don Juan; que él no sabia cómo cumplir su comision mas á la letra que guiando siempre cubierto y dos leguas de los enemigos. Tuvo la toma de Güéjar mas nombre lejos que cerca, mas congratulaciones que enemigos. Volvieron la misma noche á Granada don Juan y el duque de Sesa; mandó quedar á don Juan de Mendoza en Güéjar con gruesa guardia por algunos dias, y después á don Juan de Alarcon con las banderas de su cargo; dende á pocos dias

á don Francisco de Mendoza, reparado y trincheado un fuerte, pero con poca gente. Decian que si cuando los moros desampararon el lugar y don Juan fué á reconocelle, se hubiera hecho el fuerte (que podia en una noche) y puesto en él una pequeña guardia, como se hizo en Tablate, se salvaran pasadas de tres mil personas, que murieron á manos de los enemigos, mucha pérdida de ganado, reputacion y tiempo, el nombre de guerra, desasosiego de noche y dia; todo hecho por mano de poca gente.

Dende este dia parece que don Juan, alumbrado, comenzó á pensar en las gracias de victoria tan fácil, y buscadas lás causas para conseguilla, hacer y proveer por su persona lo que se ofrecia con mayor beneficio y mas breve despacho. Extendióse por España la fama de su ida sobre Galera, y movióse la nobleza della con tanto calor, que fué necesario dar el Rey á entender que no era con su voluntad ir caballeros sin licencia á servir en aquella empresa. Enviaron las ciudades nueva gente de á pié y de caballo; crecieron algunas que no tenian proprios los precios á las vituallas para gastos de la guerra; otras entre cinco vecinos mantenian un soldado. Entraron el tiempo que duró la masa pasadas de ciento y veinte banderas con capitanes naturales de sus pueblos, personas calificadas, sin la gente que vino al sueldo pagado por el Rey, que fué la tercia parte: tanta reputacion pudo dar á los enemigos la voluntad de venganza. Mandó don Juan, que ya era señor de sí mismo y de todo, que una parte de la masa se hiciese en el mismo campo del marqués de Vélez, pasando la gente por Guadix; y otra pasando por Granada en las Albuñuelas, donde estuviese don Juan de Mendoza á recogella y hacer provision de vitualla. Ordenó que el duque de Sesa quedase su lugarteniente en Granada, pasase á posar en el mismo aposento que él tenia en la chancillería, y que formado su campo, partiese por Órgiba contra el Alpujarra, á un mismo tiempo que él para Galera, por divertir las fuerzas de los enemigos.

Mas Abdalá Abenabó, indignado del suceso de Güéjar, quiso recompensar la fortuna y la reputacion, procurando ocupar algun lugar de nombre en la costa. Escogió tres mil hombres, y en un tiempo con escalas y como pudo acometieron de noche á Almuñécar, que los antiguos llamaban Manoba, y á Salobreña, que llamaban Selambina; pero el capitan de Almuñécar resistió retenidamente por ser de noche, y con algun daño de los enemigos, que dejando las escalas, se acogieron á la sierra, donde corrian de continuo la comarca: lo mismo hicieron los que iban á Salobreña, que, rebotados por don Diego Ramirez, alcaide della, con dificultad, por aguardarse con menos gente, se retiraron, juntándose con la compañía. Visto Abenabó que sus empresas le salian inciertas y que las fuerzas de España se juntaban contra él, envió de nuevo al alcaide Hoceni á Argel, solicitando gente para mantener, ó navíos para desamparar la tierra y pasarse; y juntamente con él un moro suyo á Constantinopla. Dicen que llegados á Argel, hallaron órden del señor de los turcos para que fuese socorrido.

En el mismo tiempo batia el Marqués á Galera con poco efecto, defendíanse los vecinos, y reparaban el daño fácilmente; saltaban algunas veces fuera, y entre ellas, trabando una gruesa escaramuza, cargaron nuestra gente de manera, que matando al capitan Leon y veinte soldados, cuasi pusieron en rota el cuartel; pero retiráronse cargados sin daño; colgaron de la muralla la cabeza del capitan y otras, y el Marqués partió á Güéscar un dia por rehacerse de gente; volviendo, trajo consigo pocos soldados. Mas don Juan partió de Granada con tres mil infantes y cuatrocientos caballos á juntarse con el Marqués; vino á Guadix, que los antiguos llamaban Acci, pueblo en España grande y cabeza de provincia, como agora lo es: adoraban los moradores al sol en forma de piedra redonda y negra; aun hoy en dia se hallan por la tierra algunas dellas con rayos en torno. La nobleza y gente de la ciudad han mantenido el lugar, viéndose á menudo con los moros y partiéndose dellos con ventaja. De Guadix vino de espacio á Baza, que llamaban los antiguos, como los moros Basta, cabeza de una gran partida de la Andalucía, que del nombre de la ciudad decian Bastetania, en que habia muchas provincias (1); y de allí á Güéscar,

(1) *Aquí termina en todas las ediciones antiguas el libro tercero de la obra de Mendoza: lo que se añade hasta la conclusion de él, y los párrafos 2.° y 4.° del libro siguiente, son las faltas de que adolecia el primitivo original; trozos recuperados después, como dejamos dicho en el prólogo de este tomo; mas para que se vea de qué manera llenó el conde de Portalegre estas lagunas, añadimos á continuacion su suplemento tal como se fué transmitiendo desde la primera impresion á las sucesivas, así como el preámbulo con que el mismo Conde lo encabezaba. Dice así:*

«Hemos llegado á un peligroso paso, donde don Diego deja la historia rota por desgracia, si no fué de industria para ganar honra con la comparacion del que la pretendiese continuar. Porque sea quien fuere, lo añadido seria de estofa mucho menos fina; y aunque se hallarán cuando esto se escribe testigos vivos y de vista, por cuya relacion se pudiera proseguir cumplidamente lo que falta, será lo mas seguro hacer sumario desta quiebra, y no suplemento, imitando antes á Floro con Livio, que á Hirtio con César; pues no le bastó ser tan docto, tan curioso, testigo de sus empresas, y camarada (como dicen los soldados), para que no se vea muy clara la ventaja que hace el estilo de los comentarios al suyo. En el trozo que se corta se contiene la segunda salida del señor don Juan en campaña, el sitio peligroso y porfiado de la villa de Galera, la expugnacion de aquella plaza, la muerte de Luis Quijada desgraciada y lastimosa, el suceso de Seron y de Tíjola: cosas todas de gran consecuencia y consideracion si don Diego las escribiera, haciendo á su modo anatomía de los afectos de los ministros y de las obras de los soldados. Mas pues no se puede restaurar lo que se perdió (si algun dia no se descubre), contentémonos con saber que:

»De Baza fué el señor don Juan á Güéscar, de donde salió el marqués de los Véles á encontrarle, y tornó acompañándole con muestras de mucha cortesía y satisfaccion, hasta ponerle á la puerta de la posada donde habia de alojar. De allí tomó licencia sin apearse, admirándose los presentes; y con un trompeta delante y cinco ó seis gentileshombres se retiró (sin detenerse) á su casa, de donde no salió después; porque, segun se decia, no se quiso acomodar á servir con cargo que no fuese supremo.

»De Güéscar fué don Juan á reconocer á Galera con Luis Quijada y el Comendador mayor: reconocida, hizo venir el ejército, sitióla por todas partes, y alojóse en el puesto de donde el Marqués se habia levantado. El sitio de aquella villa la hace muy fuerte, porque está en una eminencia sin padrastros, y estrechándose, va bajando hasta el rio, acabando en punta con la figura de una proa de galera, de que toma el nombre, dejando en lo alto la popa. Están las casas arrimadas á la montaña, y esta es su fortaleza y la razon por que puede excusar la muralla; porque siendo casa-muro, la bala que pasa las casas sale y métese en la montaña, y así viene á ser lo mismo batir aquella tierra que batir un monte. No se habia esto experimentado con la batería del Marqués, porque no tenia sino cuatro lombardas antiguas del tiempo del rey don Fernando (como se dijo atrás) que con balas de piedra blanda no hacian efecto ninguno; por lo cual hizo don Juan venir algunas piezas gruesas de bronce de Cartagena, Gobiete y Canoria. Atrincheóse con gran cantidad de sacas de lana, por-

donde el Marqués estaba con su gente, la cual junta con la de la ciudad y tierra, hicieron gran recebimiento y salva, mostrando mucha alegría con la venida de don Juan. Solo el Marqués salió descontento á recebirle, por ver que habia de obedecer, siendo poco antes obedecido y temido. Mas don Juan le recebió con alegre y blando acogimiento, y aunque sintió su disgusto, le saludó y abrazó con mucha serenidad, diciéndole: «Marqués ilustre, vuestra fama con mucha razon os engrandece, y atribuyo á buena suerte haberse ofrecido ocasion de conoceros. Estad cierto que mi autoridad no acortará la vuestra, pues quiero que os entretengais conmigo y que seais obedecido de toda mi gente, haciéndolo yo asimismo como hijo vuestro, acatando vuestro valor y canas, y amparándome en todas ocasiones de vuestros consejos.» A estas ofertas respondió el Marqués por los términos extraños que siempre usó, aunque medido con su grandeza, diciendo: «Yo soy el que mas ha deseado conocer de mi rey un tal hermano, y quien mas ganara de ser soldado de tan alto príncipe, mas si respondo á lo que siempre profesé, irme quiero á mi casa, pues no conviene á mi edad anciana haber de ser cabo de escuadra.» Fué la respuesta muy notada, así de sentenciosa y grave, cuanto aguda; y así, el Marqués fué breve en su jornada, porque tarde ó nunca mudó de consejo. Entró don Juan en consejo sobre lo de Galera, y después de haberla reconocido, se determinó de ir sobre ella y ponerle cerco.

LIBRO CUARTO.

Luego que don Juan salió de Granada, fué á posar el Duque en casa del Presidente, conforme á la órden que tenia de don Juan. Comenzóse á entender en la provision de vitualla en Guadix, Baza y Cartagena, lugares de Andalucía y la comarca, para proveer el campo de don Juan, y en Granada y su tierra el del Duque; pero de espacio y con alguna confusion, por la poca plática y desórdenes de comisarios y tenedores, inclinados todos á hacer ganancias y extorsiones con el Rey y particulares; y aunque Francisco Gutierrez fué parte para atajar la corrupcion, no lo era él ni otro para remedialla del todo. Salió el Duque de Granada á 21 de hebrero de 1570, quedando por cabeza y gobierno de paz y guerra el Presidente; y por ser eclesiástico, quedó don Gabriel de Córdoba para el de guerra y ejecutar lo que el Presidente mandase, que daba el nombre; y hacia el oficio de general un consejo, formado de tres oidores, auditor general Francisco Gutierrez de Cuéllar, el corregidor de Granada; quedaron á la guarda de la ciudad cuatro mil infantes: hacíase con la misma diligencia con el Albaicin despoblado, Güéjar en presidio nues-

que faltaba tierra, y sobraba lana de los lavaderos que tenian en Güéscar los ginoveses que la compran para llevar á Italia; no poniendo las sacas por costado sino de punta, por hacer mas ancha la trinchea: sucedió con todo alguna vez penetrar una bala de escopeta turquesa la saca, y matar al soldado que estaba detrás, con seguridad á su parecer. Batióse Galera con poco efecto, porque teniendo la muralla delgada, no hacian las balas ruina, sino agujeros, pasando de claro; los cuales servian después á los enemigos de troneras. Dióseles el asalto por dos partes, y fueron rebotados los nuestros con notable daño en la superior, por no se haber hecho buena batería; y en la mas baja, por la eminencia de los terrados, de donde los ofendian los moros con gran ventaja, como tambien lo hicieron en algunas salidas, que costaron mucha sangre nuestra y suya; y en una degollaron cuasi entera la compañía de catalanes que traia don Juan Buil. Con estos sucesos pareció que no se podia ganar la plaza por batería, y comenzóse á minar secretamente; pero no se les pudo esconder á los enemigos la mina; la cual reconocieron, y la publicaban á voces de la muralla; visto esto, se ordenó que se hiciese otra juntamente, por consejo, segun dicen, del capitan Juan Despuche, con intento de hacer demostracion que se arremetia, moviéndose los escuadrones hasta ciertas señales que estaban puestas, para que volando la primera, se engañasen los moros, creyendo que era pasado el peligro, y saliesen á la defensa. Sucedió ni mas ni menos, y dióse fuego á la segunda; la cual hizo tanta obra, que los voló hasta la plaza de armas, sin dejar hombre vivo de cuantos estaban á la frente: subieron los nuestros con trabajo, pero sin peligro, y plantaron las banderas en lo mas alto, que fué la ocasion de desconfiarlos del todo, y de rendirse sin resistencia: degolláronlos, sin excepcion de sexo ni edad, por espacio de dos horas. Cansóse el señor don Juan, y mandó envainar la furia de los soldados y que cesase la sangre. Murieron sobre esta fuerza veinte y cuatro capitanes: cosa no vista hasta entonces; después dicen los de Flándes que compraron al mismo precio las villas de Harlen y Mastrich, con que se confirma la opinion de los antiguos, que llaman á nuestra nacion pródiga de la vida y anticipadora de la muerte.

»De Galera caminó el campo á Caniles la vuelta de Seron. Pasó Luis Quijada con la vanguardia á reconocerle, y halládole desamparado, porque la gente se subió á la montaña, se desmandaron algunos de los nuestros, y entraron sin órden á saquear la tierra; los moros los vieron, y bajaron de lo alto, dieron sobre ellos, y pusiéronles en huida, tomándolos de sobresalto ocupados en el saco. Llegó Luis Quijada á recogerlos, y amparándolos y metiéndolos en escuadron, fué herido desde arriba, de un arcabuzazo en el hombro, de que murió en pocos dias. Era hijo de Gutierre Quijada, señor de Villa García, famoso justador al modo castellano antiguo; sirvió al Emperador de paje, subiendo por todos los grados de la casa de Borgoña hasta ser su mayordomo, y coronel de la infantería española que ganó á Teruana, plaza muy nombrada en Picardía; y solo este caballero escogió, cuando dejó sus reinos, para que le sirviese y acompañase en el monasterio de Yuste, haciendo el oficio de mayordomo mayor de pequeña casa y de gran príncipe. Dejóle encargado secretamente á don Juan de Austria, su hijo natural; crióle sin decirle que lo era, hasta el tiempo en que quiso el Rey su hermano que le descubriese, siendo entonces Luis Quijada caballerizo mayor del príncipe don Cárlos, y después del consejo de Estado, y presidente de las Indias. La desgracia subió de punto por no dejar hijos. Sintió y lloró su muerte el señor don Juan, como de persona que le habia criado y á quien tanto debia. Detúvose en aquel alojamiento algunos dias con muchas necesidades: los moros se recogieron en Tíjola y Purchena, y representáronse en este tiempo á nuestro campo tres ó cuatro veces con cuatro mil peones y cuarenta ó cincuenta caballos, extendiendo las mangas hasta tiro de escopeta de los nuestros. Ordenóse que, so pena de la vida, ninguno trabase escaramuza con ellos; y así, tornaron siempre sin hacer ni recebir daño; y el campo se movió para ir sobre Tíjola, y ellos se retiraron á Purchena, dejando á Tíjola bien guarnecida de gente y municionada. Sitióse á la redonda; mas la tierra es tan áspera, que hubo gran dificultad en subir la artillería donde pudiese hacer efecto: en fin, se subió con grande industria, y se les quitaron las defensas con ella; habíase de batir mas de propósito el dia siguiente, pero los moros no lo esperaron, y saliéronse á las diez de aquella noche por diversas partes, habiendo hurtado el nombre al ejército (cosa muy rara); y dándole todos á las primeras postas á un mismo tiempo, rompieron por los cuerpos de guardia y salieron á la campaña. Perdiéronse tantos en esta salida, que los menos se salvaron. Por la mañana se siguió el alcance á los desmandados hasta Purchena, que se rindió sin resistencia, porque la gente estaba ya fuera, y no habia sino mujeres, pocos hombres y alguna ropa. Algunos de los nuestros quedaron dentro, los mas pasaron, siguiendo á los enemigos hasta el rio de Hacael. Don Juan pasó de Tíjola á Purchena, y guarneciola: de allí fué, dejando presidios en Cantoria, Tavernas, Frexiliana y Almería, y llegó á Andarax, donde se juntaron el duque de Sesa y el Comendador mayor. Venia el Duque de hacer su jornada, que concurrió con la misma de Galera que se ha referido en este sumario; tornando á atar el hilo de la historia de don Diego en el libro siguiente.»

tro, guardada la Vega con las mismas centinelas, las postas, los cuerpos de guarda, los presidios en Cénes y Pinillos, que cuando la Vega estaba sospechosa, el Albaicin lleno de enemigos, Güéjar en su poder; y duró esta costa y recato hasta la vuelta de don Juan, ó fuese por olvido, ó por otras causas el guardar contra los de dentro y los de fuera. ¡Qué cosa para los curiosos que vieron al señor Antonio de Leiva teniendo sobre sí el campo de la liga, cuarenta mil infantes, nueve mil caballos y la ciudad enemiga; él, con solos siete mil infantes enfrenalla, resistir los enemigos, sitiar el castillo y al fin tomallo, echar y seguir los enemigos, fuertes, armados, unidos, la flor de Italia, soldados y capitanes! Vino al Padul (1) el mismo dia que salia de Granada, donde en Acequia se detuvo muchos dias esperando gente y vituallas, y haciendo reducto en Acequia y las Albuñuelas para asegurarse las espaldas y asegurar á Granada en un caso contrario ó furia de enemigos, y el paso á las escoltas que partiesen de la ciudad á su campo; otro fuerte en las Guájaras para asegurar aquella tierra y los peñones, donde otra vez los echó el marqués de Mondéjar; y por dar tiempo á don Juan para que juntos entrasen en el rio de Almanzora y Alpujarra. Allí le fué á visitar el Presidente y dar priesa á su salida; tomó el camino de Órgiba con ocho mil infantes y trescientos y cincuenta caballos. Iban con él muchos caballeros de la Andalucía, muchos de Granada, parte con cargos, y parte por voluntad. Llegó sin que los enemigos le diesen estorbo, aunque se mostraron pocos y desordenados, al paso de Lanjaron y de Cáñar.

Mientras el Duque se ocupaba en esto, salió don Juan de Austria de Baza con su campo para Galera, adonde puso su cerco, enviando á reconocella; y considerando primero el daño que de un castillo que estaba en la parte alta les podia venir, se trató de minalla; y habiendo hecho algunas minas, les pusieron fuego, con que cayó un gran pedazo del muro con muerte de algunos de los moros cercados. Algunos soldados de los nuestros, de ánimos alborotados, arremetieron luego por medio del humo y confusion, sin aguardar tiempo ni órden conveniente, á los cuales siguieron otros muchos y al fin gran parte del ejército, procurando embestir la fortaleza por el destrozo que las minas habian hecho, todo sin hacer efecto, por estar un peñon delante. Los enemigos estaban puestos en arma y haciendo á su salvo mucho daño en los cristianos con muchas rociadas de arcabuces y flechas, sin ser necesaria la puntería, porque no echaban arma que diese en vacío, sin que esto fuese parte para hacer retirar los ánimos obstinados de los soldados, ni ninguna prevencion ni diligencia de oficiales y capitanes; tanto, que necesitó á don Juan de Austria á ponerse con su persona al remedio del daño, y no con poco peligro de la vida; porque andando con suma diligencia y valor persuadiendo á los soldados que se retirasen, sin olvidarse de las armas, fué herido en el peto con un balazo, que aunque no hizo daño en su persona, escandalizó mucho á todo el campo, particularmente á su ayo Luis Quijada, que nunca le desamparaba, cuyas persuasiones obligaron á don Juan á retirarse, por el inconveniente que se sigue en un ejército del peligro de su general. Mas ordenó al capitan don Pedro de Rios y Sotomayor que con diligencia hiciese retirar la gente porque no se recibiese mas daño; el cual entró por medio de los nuestros con una espada y rodela, á tiempo que se conocia alguna mejoría de nuestra parte, diciendo: «Afuera, soldados, retirarse afuera; que así lo manda nuestro príncipe.» Habia ya cesado algun tanto el alarido y voces, de suerte que se oian claro las cajas á recoger, y todo junto fué parte para que tuviese fin este asalto tan inadvertido. Aquí se mostró buen caballero don Gaspar de Sámano y Quiñones, porque habiendo con grande esfuerzo y valentía subido de los primeros en el lugar mas alto del muro y sustentado con la mano el cuerpo para hacer un salto dentro, le fueron cortados los dedos por un turco que se halló cerca dél: sin que esto le perturbase nada de su valor, echó la otra mano y porfió á salir con su intento y saltar del muro adentro; mas no dándole lugar los enemigos, le fué resistido de manera, que dieron con él del muro abajo. No fué parte este daño para que á los nuestros les faltase voluntad de continuarle segunda vez otro dia, y así lo pidieron á don Juan; el cual, pareciéndole no ser bien poner su gente en mas riesgo con tan poco fruto, y tratádose en consejo, mandó que hiciesen un par de minas para que en este tiempo se entretuviesen y descansasen los soldados. Los enemigos, considerando su peligro cercano y la tardanza de socorro, despacharon á Abenabó pidiéndole favor, á lo cual Abenabó cumplió con solas esperanzas, porque la diligencia del Duque *en lo del* Alpujarra le traia sobre aviso, temeroso y puesto en arma. Acabadas las minas, mandó don Juan que se encendiesen la una una hora antes que la otra. Hízose, y la primera rompió catorce brazas de muralla, aunque con poco daño de los cercados, por estar prevenidos en el hecho; y así, seguros de mas ofensa, se opusieron á la defensa de lo que estaba abierto, unos trayendo tierra, madera y fagina para remediarlo, y otros procurando ofender con mucha priesa de tiros continuos; y estando en esto sucedió luego la otra mina, que derribando todo lo de aquella parte, hizo gran estrago en los enemigos, y tras esto, cargando la artillería de nuestra parte, se comenzó el asalto muy riguroso; porque no teniendo los moros defensa que los encubriese y amparase, eran forzados á dejar el muro con pérdida de muchas vidas; adonde se mostró buen caballero por su persona don Sancho de Avellaneda, herido del dia antes, haciendo muchas muestras de gran valor entre los enemigos, hasta que de un flechazo y una bala todo junto murió. Siguióse la victoria por nuestra parte hasta que del todo se rindió Galera, sin dejar en ella cosa que la contrastase que todo no lo pasasen á cuchillo. Repartióse el despojo y presa que en ella habia, y púsose el lugar á fuego, así por no dejar nido para rebelados, como porque de los cuerpos muertos no resultase alguna corrupcion; lo cual todo acabado, ordenó don Juan que el ejército marchase para Baza, adonde fué recebido con mucho regocijo.

Hallábase Abenabó en Andarax, resoluto de dejar al Duque el paso de la Alpujarra, combatille los alojamientos, atajarle las escoltas, cierto que la gente cansada, hambrienta, sin ganancia, le dejaria. Este dicen que fué parecer de los turcos, ó que le tuviesen por mas seguro, ó que hubiesen comenzado á tratar con don Juan de su tornada á Berbería, como lo hicieron, y no

(1) El MS. añade oportunamente *el Duque*.

quisiesen despertar ocasiones con que se rompiese el tratado. Pero á quien considera la manera que en esta guerra se tuvo de proceder por su parte desde el principio hasta el fin, pareceránle hombres que procuraban detenerse, sin hacer jornada, por falta de cabezas y gente diestra, ó con esperanza de ser socorridos para conservarse en la tierra, ó de armada para irse á Berbería con sus mujeres, hijos y haciendas; y así, teniendo muchas ocasiones, las dejaron perder como irresolutos y poco pláticos. Partió de Órgiba el Duque, después de haberse detenido en fortificarla y esperar la entrada de don Juan treinta dias, la vuelta de Poqueira; mas Abenabó, teniendo aviso que el Duque partia, y que de Granada pasara una gruesa escolta al cargo del capitan Andrés de Mesa, con cuatrocientos soldados de guarda y algunos caballos, púsose delante en el camino que va á Jubíles, por donde el Duque habia de pasar, haciendo muestra de mucha gente y tener ocupadas las cumbres; trabó una gruesa escaramuza con la arcabucería del Duque, haciendo espaldas con cuasi seis mil hombres en cuatro batallas. Reforzó el Duque la escaramuza apartando los enemigos con la artillería, y tomó el camino de Poqueira por el rodeo. Los enemigos, creyendo que el Duque les tomaba las espaldas, desampararon el sitio; mas en el tiempo que duró la escaramuza acometieron á la escolta de Andrés de Mesa, en la cuesta de Lanjaron, Dali, capitan turco, y el Macox, con mil hombres, y rompiéronla sin matar ó captivar mas de quince; solo se ocuparon en derramar vituallas, matar bagajes, escoger y llevar otros cargados; pelearon al principio, pero poco; mataron el caballo á don Pedro de Velasco, que aquel dia fué buen caballero y salvóse á las ancas de otro. Enviábale el Rey á dar priesa en la salida del Duque y llevar relacion del campo y mandar lo que se habia de hacer. Súpose de un moro á quien captivaron tres soldados que solos siguieron el campo de Abenabó, como su intento solo habia sido entretener al Duque; pero él, luego que entendió el caso de Andrés de Mesa, mas por sospechas que por aviso, envió caballería que le hiciese espaldas, y llegaron á tiempo que hicieron provecho en salvar la gente ya rota y parte de la escolta. Hecho esto, se siguió el camino de los aljibes, entre Ferreira y rio de Cádiar, por el de Jubíles, y aquella noche tarde hizo alojamiento en ellos. Tenia la guardia Joaibi con quinientos arcabuceros, que viendo alojar los nuestros tarde y con cansancio, y por esto con alguna desórden, dió en el campo, y túvole en arma gran parte de la noche, llegando hácia el cuerpo de guardia y matando alguna gente desmandada; pero fue resistido, sin seguillo por no dar ocasion á la gente que se desordenase de noche. Dicen que si los enemigos aquella noche cargaran, que se corria peligro, porque la confusion fué grande, y la palabra entre la gente comun, viles, que mostraba miedo; mas valió el ánimo y la resolucion de la gente particular y la provision del Duque, enderezada á deshacer los enemigos sin aventurar un dia de jornada, en que parecian conformarse Abenabó y él, porque cada uno pensaba deshacer al otro y rompelle con el tiempo y falta de vitualla, y salieron ambos con su pretension. Envió Abenabó á retirar á Joaibi, siguiendo el parecer de los turcos, y después por bando público mandó que sin órden suya no se escaramuzase ni desasosegasen nuestro campo. Vino el Duque á Jubíles por el camino de Ferreira, adonde halló el castillo desamparado; y comenzado á reparar, envió á don Luis de Córdoba y á don Luis de Cardona con cada mil infantes y ciento y cincuenta caballos que corriesen la tierra á una y otra parte; pero no hallaron sino algunas mujeres y niños; y llegó á Ujíjar sin dejar los moros de mostrarse á la retaguardia, y de allí sin estorbo á Válor, donde se alojaron.

Salió don Juan de Baza la vuelta de Seron con intento de combatilla, y llegando con su campo á vista de Caniles, recibió cartas del Duque pidiéndole con grande instancia la brevedad de su venida, proponiéndole ser toda la importancia para que hubiese fin la guerra del Alpujarra, dándo por último remedio que se juntasen los dos campos y cogiesen en medio á Abenabó. Pareciéndole á don Juan este buen medio, y sin mas detenerse, caminó la vuelta del campo del Duque, y marchando el suyo, llegaron á vista de Seron, donde algunos pocos soldados desmandados, viendo los moros tan puestos en defensa, no lo pudiendo sufrir, se movieron á quererlos combatir, contra el presupuesto de don Juan, diciendo en alta voz: «Nuestro príncipe piensa vanamente si pretende pasar de aquí sin castigar esta desvergüenza;» y diciendo: «Cierra, cierra, Santiago, y á ellos,» los siguieron otros muchos, incitados de su ejemplo, y tras ellos toda la demás gente, sin que valiese ninguna resistencia; y sin mas autoridad ni órden embistieron el lugar con tan grande ímpetu, que aunque salieron los moros de Tíjola, no fué parte para que dejasen de allanar el lugar del primer asalto, y le metiesen á sacomano; aunque no les salió á algunos tan barata esta jornada, la cual lo poco que duró fué bien reñida, y adonde entre otros fué herido Luis Quijada de un peligroso balazo que le quitó la vida con grande sentimiento de don Juan, conforme al mucho amor que le tenia. No tuvo aun casi lugar don Juan de atender á este sentimiento, provocado de mil moros que se metieron en Seron, y le dieron ocasion de mas batalla; y no la rehusando, volvió sobre ellos con deseo de acabar esta ocasion por acudir á las cosas del Alpujarra, lo cual hizo después de algunas dificultades livianas con un asalto que fué el remate desta victoria. Este dia se señaló don Lope de Acuña, mostrando bien el gran ser de que siempre estuvo acompañado en muchas ocasiones.

Abenabó, visto que el duque de Sesa estaba en el corazon de la Alpujarra, repartió su campo y la gente de vecinos que traia consigo; puso ochocientos hombres entre el duque y Órgiba, para estorbar las escoltas de Granada; envió mil con Mojajar á la sierra de Gador, y á lo de Andarax, Adra y tierra de Almería; seiscientos con Garral á la sierra de Bentomiz, de donde habia salido don Antonio de Luna, dejando proveido el fuerte de Competa, para correr tierra de Vélez; envió parte de su gente á la Sierra-Nevada y el Puntal, que corriesen lo de Granada; quedó él con cuatro mil arcabuceros y ballesteros, y destos traia los dos mil sobre el campo del Duque, que con la pérdida de la escolta estaba en necesidad de mantenimientos, pero entretúvose con fruta seca, pescado y aceite, y algun refresco que Pedro Verdugo le enviaba de Málaga, hasta que viendo por todas partes ocupados los pasos, mandó al marqués de la Favara que con mil hombres y cien caballos y gran

número de bagajes atravesase el puerto de la Ravaha, y cárgase de vitualla en la Calahorra (porque fuese dos veces nombrada con hambre y hierro en daño nuestro), adonde habia hecha prevision, y tan poco camino, que en un dia se podia ir y venir. Dicen que el Marqués rehusó la gente que se le daba, por ser la que vino de Sevilla, pero no la jornada; y siendo asegurado que fuese cual convenia, partió antes de amanecer con las compañías de Sevilla y sesenta caballos de retaguardia, y él con trescientos infantes y cuarenta caballos de vanguardia, los embarazos de bagajes y bagajeros, enfermos, esclavos en medio, la escolta guarnecida de una y otra parte con arcabucería. Mas porque parece que en la gente de Sevilla se pone mácula, siendo de las mas calificadas ciudades que hay en el mundo, hase de entender que en ella, como en todas las otras, se juntan tres suertes de personas: unas naturales, y estos cuasi así la nobleza como el pueblo son discretos, animosos, ricos, atienden á vivir con sus haciendas ó de sus manos; pocos salen á buscar su vida fuera, por estar en casa bien acomodados; hay tambien extranjeros, á quien el trato de las Indias, la grandeza de la ciudad, la ocasion de ganancia, ha hecho naturales, bien ocupados en sus negocios, sin salir á otros; mas los hombres forasteros que de otras partes se juntan al nombre de las armadas, al concurso de las riquezas; gente ociosa, corrillera, pendenciera, tahura, hacen de las mujeres públicas ganancia particular, movida por el humo de las viandas; estos, como se mueven por el dinero que se da de mano á mano, por el sonido de las cajas, listas de las banderas, así fácilmente las desamparan con el temor dellas en cualquier necesidad apretada, y á veces por voluntad: tal era la gente que salió en guardia de aquella escolta. El Marqués, sin noticia de los enemigos ni de la tierra, sin ocupar lugares ventajosos, y confiado que la retaguardia haria lo mismo, como quien llevaba en el ánimo la necesidad en que dejaba el campo, y no que la diligencia fuera de tiempo es por la mayor parte dañosa, comenzó á caminar aprisa con la vanguardia; pero aun los últimos que aun sin impedimento suelen de suyo detenerse y hacer cola, porque el delantero no espera, y estorba á los que le siguen, y el postrero es estorbado y espera, abrieron mucho espacio entre sí, y la escolta hizo lo mismo entre sí y la vanguardia. Mas Abenabó, incierto por dónde caminaria tanto número de gente, mandó al alcaide Alarabi, á cuyo cargo estaba la tierra del Cenete, que siguiese con quinientos hombres (Cenete llaman aquella provincia, ó por ser áspera ó por haber sido poblada de los Cenetes, uno de cinco linajes alárabes que conquistaron á Africa y pasaron en España, què es lo mas cierto). Partió el Alarabi su gente en tres partes: él con cien hombres quiso dar en la escolta; al Piceni de Güéjar, con doscientos, ordenó que acometiese la retaguardia por la frente, y al Martel del Cenete, con otros doscientos, la rezaga de la vanguardia, entrando entre la escolta y ella, al tiempo que él diese en la escolta, y en caso que no le viesen cargar con toda la gente, que estuviesen quedos y emboscados, dejándola pasar. Los nuestros, parándose á robar pocas vacas y mujeres, que por ventura los enemigos habian soltado para dividirlos y desordenarlos, fueron acometidos del Alarabi con solos cuatro arcabuceros por la escolta, cargados de otros treinta que les hacian espaldas, y puestos en confusion; tras esto cargó el resto de la gente del Alarabi, que rompió del todo la escolta, sin hacer resistencia los que iban á la defensa. Dió el Piceni en la caballería, que era de retaguardia, la cual rompió, y ella la infantería; lo mismo hizo Martel con los últimos de la vanguardia del Marqués al arroyo de Vayárzal; lo uno y lo otro tan callando, que no se sintió voz ni palabra. Iba el Piceni ejecutando la retaguardia de manera, que parecia á los nuestros que lo vian ir ejecutando al Martel. Siguieron este alcance sin volver la caballería ni rehacerse la infantería hasta cerca de la Calahorra, todos á una, matando el Alarabi enfermos y bagajeros, y desviando bagajes; llegó el arma, con el silencio y miedo de los nuestros, al Marqués tan tarde, que no pudo remediar el inconveniente, aunque con veinte caballos y algunos arcabuceros procuró llegar; murieron muchos enfermos que iban en la escolta, muchos de los moros y bagajeros, entre estos y soldados cuasi mil personas; quitaron setenta moriscas captivas, y lleváronse mas de trescientas bestias sin las que mataron; captivaron quince hombres, no perdieron uno: aconteció esta desgracia en 16 de abril (1570). Llevó el Marqués las sobras de la gente rota y lo demás de lo que pudo salvar á la Calahorra, y reformándose de gente en Guadix, salió adonde estaba don Juan. Los enemigos, habiendo puesto la presa en cobro, quedaron seis dias en el paso y por la sierra.

Mas el Duque, entendiendo la desgracia y el poco aparejo de proveerse por la parte de Guadix, fiando poco de la gente, quiso acercarse mas á la mar por haber vitualla de Málaga; y por ser el abril entrado, y dar el gasto á los panes, quitar á los enemigos el paso para Berbería, vino á Berja ya después de haber talado la cogida en el Alpujarra; y hizo lo mismo en el campo de Dalías, donde tenian las esperanzas de cebada y grano. Al alojar en Berja hubo una pequeña escaramuza, en que murieron de los nuestros algunos; de los moros, ségun ellos, cuarenta. Mas la hambre y poca ganancia, y el trabajo de la guerra, y la costumbre de servir á su voluntad, y no á la de quien los manda, pudo con los soldados tanto, que sin respeto de que hubiesen sido bien tratados de palabra y ayudados de obra, con dinero, con vitualla, quitando lo uno y lo otro á la gente de su casa, y á veces á su persona, se desranchaban, como habian hecho con el marqués de Vélez; pero acostumbrado á ver y sufrir semejantes vueltas en los soldados, vino de Berja á Adra, donde tuvo mas vitualla, aunque no mas sosiego con la gente: parecíales desacato culparle, y volvíanse contra don Juan de Mendoza, y decian palabras sin causa; acriminábanle la muerte de un soldado de quien hizo justicia como juez, por que debia ser loado; amenazaban, protestaban de no quedar á su gobierno; excusábanse de don Juan, que ya andaba entre ellos recatado; no dejaban de poner bolatines (llaman ellos bolatines las cédulas que de noche esparcen con las quejas contra sus cabezas cuando andan en celo para amotinarse, en que declaran su ánimo, y mueven los no determinados con quejas y causas de sus cabezas); saliéronse de Adra trescientos arcabuceros, ó fuese, segun ellos publicaban, haciendo escolta á un correo; y dando en los enemigos, fueron los doscientos y treinta muertos por el alcaide Alabari y el Mojajar, y captivos setenta: no se supo

mas de lo que los moros refieren, y que entendiendo de uno de los captivos como nuestro campo habia desalojado de Ujíjar con pérdida y desórden, y dejado municiones escondidas, sacaron de un aljibe cantidad de plomo, municiones y embarazos. En el mismo tiempo mataron los moros que Abenabó enviaba la vuelta de Bentomiz, gente de sus casas que iban á Salobreña, y entre ellos mercaderes italianos y españoles, tomándoles el dinero; y los que envió bácia Granada captivaron peleando con muchas heridas á don Diego Osorio, que venia de con despachos del Rey para don Juan y el Duque, en que se trataba la resolucion de la guerra, y concierto que se habia platicado con los moros y turcos por mano del Habaqui; matáronle veinte arcabuceros de escolta, y él tuvo manera como soltarse; y aunque herido, vino sin las cartas á Adra.

Ya don Juan trataba con calor la reduccion de los moros y la ida de los turcos á Berbería; mas algunos de los ministros, ó que les pareciese hacer su parte y prevenir las gracias á don Juan, ó que mas fácilmente se podia acabar cuanto por mas partes se tratase con ellos, metiéronse á platicar de conciertos (dicen que algunos sobresanadamente), y dejaban (1) de condenar la manera del trato que don Juan traia, holgando que se publicasen por concedidas las condiciones que los enemigos pedian, aunque exorbitantes. Por otra parte, en Granada, cuanto á la guerra se procedia con toda seguridad en el gobierno del Presidente; pero cuanto á la paz, con licencia en el tratamiento que se hacia á los moriscos reducidos y que venian á reducirse, y poniendo algunos impedimentos, y mostrando celos de don Alonso Venegas, enviaban moriscos á toda Castilla: sacaban los ministros muchos para galeras; denostaban á los que se iban á rendir, y por livianas causas los daban por captivos, su ropa perdida; trataban del encierro como perjudicial; ayudábanse por vias indirectas del cabildo de la ciudad, que estaba oprimido y sujeto á la voluntad de pocos, todo en ocasion de estorbo; no dando cuenta particular á don Juan para que él la diese al Rey, haciendo cabeza de sí mismos; escribiendo primero por su parte con palabras sobresanadas, tocaban á veces en su autoridad, ó fuese (segun el pueblo) para que las armas no les saliesen de las manos, ó ambiciones de su opinion, por excluir toda manera de medios que no fuese sangre, ofendidos que pasase algo sin darles cuenta particular. Los efectos manifiestos daban licencia para que fuesen juzgados diversamente, y todos en daño del negocio; y aun añadian que estando el Rey en Córdoba, no faltaba atrevimiento para escribir trocadamente y hacer negociacion del estorbo, sospechando él alguna cosa: atrevimiento que suele acontecer á los que andan por las Indias, con los que desde España los gobiernan; por donde hay mas que maravillar de la disimulacion que los reyes tienen cuando siguen sus pretensiones, que pasan por los estorbos sin dar á entender que son ofendidos.

Tenia el Duque avisos, ansí por espías como por cartas tomadas, que los turcos se armaban para socorrer á Abenabó por la parte de Castil de Ferro, aunque pequeño, á propósito para desembarcar gente, y por el aparejo de la Rambla juntarse seguramente con los enemigos. Parecíale que si esto se hacia, deshaciéndose por horas de su gente, podia ser ofendido, ó á lo menos encerrado, con poca reputacion nuestra y mucha dellos. Acordó combatir aquella plaza, y los enemigos si viniesen á socorrerla, y trujo por mar de Almería piezas de batir; púsose sobre ella, repartió los cuarteles, vinieron las galeras en ayuda y para impedir el socorro de Argel; encomendó la batería al marqués de la Favara, que puso diligencia en asentarla. Llegóse y combatió por mar con las galeras, y por tierra con tanta priesa, que abrió portillo para batalla. Murieron dentro algunos con la artillería, y entre los principales Leandro, á cuyo cargo estaba el castillo, sin otro daño nuestro mas del poco que sus piezas hicieron en una galera. Los soldados turcos y moros que estaban á la defensa, que eran cincuenta y dos, desconfiados del socorro de Berbería, sus armas en las manos y una mujer consigo, salieron por la batería y nuestras centinelas, con la escuridad de la noche y confusion de la arma, guiándolos Mevaebal, su capitan, que dos dias antes habia entrado. Es fama que de los nuestros procedió, que dellos murieron doce, pero no se vieron en nuestro campo, y refieren los moros que todos llegaron al de Abenabó, algunos dellos heridos. Desamparado Castil de Ferro, envió por la mañana á don Juan de Mendoza y al marqués de la Favara y otros que se apoderasen dél. Hallaron dentro algunos viejos y berberíes y turcos mercaderes, hasta veinte hombres, y diez y siete mujeres de moriscos que las tenian para embarcar; alguna ropa, veinte quintales de bizcocho y la artillería que antes estaba en el castillo, poca y ruin. Entendióse por uno destos moros que estándole batiendo, llegaron catorce galeras de turcos con socorro, y se tornaron oyendo el ruido de la artillería. Sonó la toma de Castil de Ferro, tanto por el aparejo y la importancia del sitio, por haber sido perdido y recuperado, por ser en ocasion que los enemigos venian á darle socorro, cuanto por la calidad del hecho.

En el mismo tiempo envió don Juan á don Antonio de Luna con mil y quinientos infantes de la tierra, las compañías del duque de Sesa y Alcalá, y la caballería de los duques de Medina Sidonia y Arcos, para que asegurase la tierra de Vélez Málaga contra los que en Frexiliana se habian recogido. Salió de Antequera con esta gente, mas con poco trabajo, escaramuzando á veces, unas con ventaja suya, otras de los moros, comenzó un fuerte en Competa, legua y media de Frexiliana; lugar que fué donde antiguamente se juntaban de la comarca en una feria, y por esto le llamaban los romanos *Compita;* agora piedras y cimientos viejos, como quedaron muchos en el reino de Granada: otro hizo en el Soliar; y con haber enviado mil hombres á correr el rio de Chíllar, y tornado con poca presa y pérdida igual, dejando en los fuertes cada dos compañías, volvió la gente á Antequera, y él á su casa con licencia. Recogióse el Duque con su campo en Adra, esperando en qué pararia la plática que se traia con el Habaqui, donde fué proveido de Málaga por Pedro Verdugo bastantemente y con algun regalo. Pasaban seguras las escoltas de su campo al de don Juan; pero los soldados, gente libre y disoluta, á quien por entonces la falta de pagas y vitualla habia dado mas licencia y quitado á los ministros el aparejo de castigarlos, estaban con igual descontentamiento en la abundancia que

(1) *No dejaban*, segun el MS.

en la hambre; huian cómo y por donde y siempre que podian: de tantas compañías quedaron solos mil y quinientos hombres, los mas dellos particulares y caballeros, que seguian al Duque por amistad; con ellos mantenia y aseguraba mar y tierra. Tornó el Rey á Córdoba por Jaen y por Ubeda y Baeza, remitiendo la conclusion de las Cortes para Madrid, donde llegó.

No era negocio de menos importancia y peligro lo de la sierra de Ronda, porque estaba cubierto, y los ánimos de los moriscos con la misma indignacion que los de la Alpujarra y rio de Almería y Almanzora: montaña áspera y difícil, de pasos estrechos, rotos en muchas partes, ó atajados con piedras mal puestas y árboles cortados y atravesados; aparejos de gente prevenida. El consejo mas seguro pareció al Rey, antes que se acabasen de declarar, asegurarse, sacándolos fuera de la tierra con sus familias, como á los demás. Para esto mandó á don Juan que enviase á don Antonio de Luna con la gente que le pareciese, y que por halagos y con palabras blandas, sin hacerles fuerza ni agravio ó darles ocasion de tomar las armas, los pusiese en tierra de Castilla adentro, enviando con ellos guarda bastante. Recibida la órden de don Juan, partió don Antonio de Antequera á 20 de mayo (1570), llevando consigo dos mil y quinientos infantes de guarda de aquella ciudad, y cincuenta caballos. Era toda la gente que don Antonio sacó de Ronda cuatro mil y quinientos infantes y ciento y diez caballos. El dia que partió envió á Pedro Bermudez, á quien el Rey habia enviado á la guardia de aquella ciudad, para que con quinientos infantes en Jubrique, pueblo de importancia y lugar á propósito, estuviese haciendo espaldas á los que habian de sacar los moriscos; juntamente repartió las compañías por otros lugares de la tierra, dándoles órden que en una hora todos á un tiempo comenzasen á sacar los moros de sus casas. Partieron el sol levantado á las ocho horas de la mañana. Mas los moros, que estaban sospechosos y recatados, como descubrieron nuestra gente, subiéronse con sus armas á la montaña, desamparando casas, mujeres, hijos y ganados: comenzaron á robar los soldados, como es costumbre, cargarse de ropa, hacer esclavos toda manera de gente, hiriendo, matando sin diferencia á quien daba alguna manera de estorbo. Vista por los moros la desórden, bajaban por la sierra, mataban los soldados, que codiciosos y embebidos con el robo, desampararon la defensa de sí mismos y de sus banderas: iba esta desórden creciendo con la escuridad de la noche; mas Pedro Bermudez, hombre usado en la guerra, dejando alguna gente en la iglesia de Jubrique á la guarda de las mujeres, niños y viejos que allí tenia recogidos, escogió fuera del lugar sitio fuerte donde se recogiese; entraron los moros en el lugar, y combatiendo la iglesia, sacaron los que en ella estaban encerrados, quemándola con los soldados, sin que pudiesen ser socorridos: luego acometieron á Pedro Bermudez, que perdió cuarenta hombres en el combate, y hubo algunos heridos de una y otra parte; y con tanto, se acogieron los enemigos á la sierra.

Vista por don Antonio la desórden y lo poco que se habia hecho, retiró las banderas con hasta mil y doscientas personas; pero con muchos esclavos y esclavas, ropa y ganado en poder de los soldados, sin ser parte para estorbarlo: recogióse á Ronda, donde y en la comarca la gente públicamente vendia la presa, como si fuera ganada de enemigos. Deshízose todo aquel pequeño campo, como suelen los hombres que han hecho ganancia y temen por ello castigo; pues enviando la gente que sacó de Antequera á sus aposentos, y cuasi las mil y doscientas personas á Castilla, sin hacer mas efecto, partió para Sevilla á dar al Rey cuenta del suceso. Cargaban á don Antonio los de Ronda y los moros juntamente: los de Ronda, que habiendo de amanecer sobre los lugares, habia sacado la gente á las ocho del dia y que la habia dividido en muchas partes; que habia dado confusa la órden, dejando libertad á los capitanes; los moros, que les habian quebrantado la seguridad y palabra del Rey, que tenian como por religion ó vínculo inviolable; que estando resueltos de obedecer á los mandamientos de su señor natural, les habian por este acatamiento y sacrificio que hacian de sus casas, mujeres y hijos, y de sí mismos, robado y dejado por hacienda y libertad las armas que tenian en las manos y la aspereza y esterilidad de la montaña, donde por salvar las vidas se habian acogido, aparejados á dejarlo todo si les restituian las mujeres y hijos y viejos captivos, y ropa que con mediana diligencia pudiese cobrarse. Habia tantos interesados, que por solo esto fueron tenidos por enemigos; no embargante que se hallase haberse movido provocados y en defension de sus vidas. Excusábase don Antonio con haber repartido la gente como convenia por tierra áspera y no conocida; poderse caminar mal de noche; que partida la gente, á ciegas, deshilada, fácilmente pudiera ser salteada y oprimida de enemigos avisados, pláticos en los pasos y cubiertos con la escuridad de la noche; la gente libre, mal mandada, peor disciplinada, que no conoce capitanes ni oficiales, que aun el sonido de la caja no entendian; sin órden, sin señal de guerra; solamente atentos al regalo de sus casas y al robo de las ajenas: fueron admitidas las razones de don Antonio, por ser caballero de verdad y de crédito, y dada toda la culpa á la desórden de la gente, confirmada ya con muchos sucesos en daño suyo.

Ido don Antonio, salió la gente de la comarca, cristianos viejos, á robar por los lugares mujeres, niños, ganados; sobras de la de don Antonio, que fué, como he dicho, creido por tenerse buen crédito de su persona y por no tenerse bueno por entonces de los soldados en comun. Mas los enemigos, persuadidos de los que habian huido de la Alpujarra, y libres de todos los embarazos, despojados de lo que se suele querer bien y dar cuidado, comenzaron á hacer la guerra descubiertamente, recoger las mujeres, hijos y vitualla que les habia quedado; fortificarse en sierra Bermeja y sierra de Istan, tomar la mar á las espaldas para recibir socorro de Berbería y bajar hasta las puertas de Ronda; desasosegar la tierra, robar ganados, captivar, matar labradores, no como salteadores, sino como enemigos declarados. Estaba, como tengo dicho, á la sazon el rey don Felipe en Sevilla, suplicado por la ciudad que viniese á recebir en ella servicio.

Sevilla es en nuestro tiempo de las célebres, ricas y populosas ciudades del mundo; concurren á ella mercaderes de todo poniente, especialmente del Nuevo

Mundo, que llamamos Indias, con oro, plata, piedras, esmeraldas poco menores que las que maravillaba la antigüedad en tiempo de los reyes de Egipto, pero en gran abundancia; cueros y azúcar, y la yerba que sucede en lugar de púrpura, ó por usar del vocablo arábigo y comun, carmesí (cochinilla la llaman los indios, donde ella se cria). Fué Sevilla la segunda escala que pobladores de España hicieron cuando con el gran rey y capitan Baco (á quien llamaban Líbero por otro nombre) vinieron á conquistar el mundo. La ocasion nos convida, tratando de tan gran ciudad, á declarar nuestra opinion, como en cosa tan dudosa por su antigüedad, acerca de la fundacion de ella y del nombre de toda España. Dése la autoridad á los escritores y el crédito á las conjeturas. Marco Varron, autor gravísimo y diligente en buscar los principios de los pueblos, dice, segun Plinio refiere, que en España vinieron los persas, iberos y fenices, todas naciones de oriente, con Baco. Por este se entiende tambien haber sido hecha la empresa de la India, segun los escritos de Nono, poeta griego, que compuso de los hechos de Baco, y llamó Dionisiaca, porque se llamaba, demás del nombre de Baco y Líbero, Dionisio. Dice tambien Salustio en sus historias haber él mismo pasado en Berbería y dado principio á muchas naciones. Con este Baco vinieron capitanes, hombres señalados, y mujeres que celebraban su nombre; uno de los cuales se llamó Luso, y una de las mujeres Lissa, que dice el mismo Marco Varron haber dado el nombre á la parte de Portugal, que antiguamente llamaban Lusitania. Tuvo Baco un lugarteniente que dijeron Pan, hombre áspero y rústico, á quien la antigüedad honró por dios de los pastores, ó quizá eran conformes en el nombre; pero por intervenir en las procesiones ó fiestas de Baco el pan, se puede creer ser el mismo: este Pan dice Varron que dió nombre á toda España, y lo mismo Appiano Alejandrino en sus historias, en el libro que llaman *Español*, y en griego *Iberice*. *Panios* quiere decir cosa de pan, y el *hi* que tiene delante, dice el artículo, que juntado con el *panios*, dirá la tierra ó provincia de Pan: quedó á los españoles el vocablo griego ni más ni ménos que los griegos lo pronuncian, ambiciosos de dar nombre en su lengua á las naciones hispánicas, y pronunciámoslo nosotros España: de aquí vino á decirse que Hispan, ó el Pan que los griegos llaman lugarteniente, fué sobrino de Hércules y que dió el nombre á España. Lo cierto es que Baco dejó por aquella comarca lugares del nombre de los que le seguian, y que dos veces vino el que llamaron Hércules, ó fuesen dos Hércules, en aquella parte de España. El nombre pudo venir á Sevilla de haber sido poblada cuando la segunda vez Hércules, ó fuese Baco, ó fuese Hércules tebano, vino en España; y si así fué, presupuesto que en la lengua griega *palin* quiere decir otra vez, y *hi* la, el nombre de *Hispalis* querrá decir la de otra vez, porque los griegos son fáciles en acabar en la letra *s*.

Demás del concurso de mercaderes y extranjeros, moran en Sevilla tantos señores y caballeros principales como suele haber en un gran reino: entre ellos hay dos casas, ambas venidas del reino de Leon, ambas de grande autoridad y grande nobleza, y en que unos ó otros tiempos no faltaron grandes capitanes; una la casa de Guzman, duques de Medina Sidonia, que en tiempo antiguo fué poblacion de los de Tiro, poco después de poblada Cádiz, destruida por los griegos y gente de la tierra, restaurada por los moros, segun el nombre lo muestra; porque en su lengua *medina* quiere decir lo que en la nuestra puebla, como si dijésemos la puebla de Sidonia: este linaje moró gran tiempo en las montañas de Leon, y vinieron con el rey don Alonso el Sexto á la conquista de Toledo, y de allí con el rey don Fernando el Tercero á la de Sevilla, dejando un lugar de su nombre, de donde tomaron el nombre con otros treinta y ocho lugares de que entonces eran ya señores. El fundador de la casa fué el que, guardando á Tarifa, echó el cuchillo con que degollaron á su hijo, que tenia por hostaje, por no rendir él la tierra á los moros. La otra casa es de los Ponces de Leon, descendientes del conde Hernan Ponce, que murió en el portillo de Leon cuando Almanzor, rey de Córdoba, la tomó: dicen traer su orígen de los romanos que poblaron á Leon, y su nombre de la misma ciudad; duques en otro tiempo de Cádiz hasta el que escaló á Alhama y dió principio á la guerra de Granada; y después que sus nietos fueron en tutorías despojados del estado por los reyes don Fernando y doña Isabel, se llamaron duques de Arcos, que los antiguos españoles decian *Arcobrica*, poblacion de las primeras de España antes que viniesen los de Tiro á poblar Cádiz. Los señores de aquestas dos casas siempre fueron émulos de aquella ciudad, y aun cabezas á quien se arrimaban otras muchas de la Andalucía: de la de Medina era señor don Alonso de Guzman, mozo de grandes esperanzas; de la de Arcos don Luis Ponce de Leon, hombre que en la empresa de Durlan habia seguido sin sueldo las banderas del rey don Felipe, inclinado y atento á la arte de la guerra: á estos dos grandes encomendó el Rey el sosiego y pacificacion de la sierra de Ronda, por tener á ella vecinos sus estados. Grandes llaman en España los señores á quien el Rey manda cubrir la cabeza, sentar en actos y lugares públicos, y la Reina se levanta del estrado á recibir á ellos y á sus mujeres, y les manda dar por honra cojin en que se sienten; ceremonias que van y vienen con los tiempos y voluntades de los príncipes; pero firmes en España en solas doce casas, entre las cuales estas dos son y fueron de grande autoridad. Después que creció el favor y la riqueza, por merced de los reyes han acrecentádose muchas. Dió poder el Rey á estos dos príncipes para que en su nombre concertasen y recogiesen los moriscos y les volviesen las mujeres, hijos, muebles, y los enviasen por España la tierra adentro, pues no habian sido partícipes en la rebelion, y lo sucedido habia sido mas por culpa de ministros que por la suya. Tenia el duque de Arcos una parte de su estado en la serranía de Ronda, que hubo su casa por desigual recompensa de Cádiz, en tiempo de tutorías; parecióle por aprovechar llegarse á Casares, lugar suyo, y desde mas cerca tratar con los moros; envió una lengua, que fué y volvió no sin peligro: lo que trajo es que á ellos les pesaba de lo acontecido; que por personas suyas vendrian á tratar con el Duque donde y como él mandase, y se reducirian y harian lo que se les ordenase con ciertas condiciones. Esto afirmaron, en nombre de todos, el Alarabique y el Ataifar, hombres de gran autoridad y por quien ellos se gobernaban; bajó el Alarabique y el Ataifar á una ermita fuera de Casares, y

con ellos una persona en nombre de cada pueblo de los levantados. Mas el Duque, por escandalizarlos menos y mostrar confianza, vino con pocos; osadía de que suelen suceder inconvenientes á las personas de tanta calidad. Hablóles, persuadióles con eficacia, y ellos respondieron lo mismo, dando firmados sus capítulos, y con decir que daria aviso al Rey, se partió dellos; mas antes que la respuesta del Rey volviese, le vino mandamiento que, juntando la gente de las ciudades de la Andalucía vecinas á Ronda, estuviese á punto para hacer la guerra en caso que los moros no se quisiesen reducir; mandó apercibir la gente de Andalucía y de los señores della, de á pié y de á caballo, con vitualla para quince dias, que era lo que parecia que bastase para dar fin á esta guerra. En el entre tanto que la gente se juntaba, le vino voluntad de ver y reconocer el fuerte de Calálui, en Sierra Bermeja, que los moros llaman *Gebalhamar*, adonde en tiempos pasadós se perdieron don Alonso de Aguilar y el conde de Ureña; don Alonso señalado capitan, y ambos grandes príncipes entre los andaluces; el de Ureña abuelo suyo de parte de su madre, y don Alonso bisabuelo de su mujer. Salió de Casares descubriendo y asegurando los pasos de la montaña; provision necesaria por la poca seguridad en acontecimientos de guerra y poca certeza de la fortuna. Comenzaron á subir la sierra, donde se decia que los cuerpos habian quedado sin sepultura; triste y aborrecible vista y memoria: habia entre los que miraban, nietos y descendientes de los muertos, ó personas que por oidas conocian ya los lugares desdichados. Lo primero dieron en la parte donde paró la vanguardia con su capitan, por la escuridad de la noche, lugar harto extendido y sin mas fortificacion que la natural, entre el pié de la montaña y el alojamiento de los moros: blanqueaban calaveras de hombres y huesos de caballos amontonados, desparcidos, segun, como y donde habian parado; pedazos de armas, frenos, despojos de jaeces; vieron mas adelante el fuerte de los enemigos, cuyas señales parecian pocas y bajas y aportilladas; iban señalando los pláticos de la tierra donde habian caido oficiales, capitanes y gente particular; referian cómo y dónde se salváron los que quedaron vivos, y entre ellos el conde de Ureña y don Pedro de Aguilar, hijo mayor de don Alonso; en qué lugar y dónde se retrajo don Alonso y se defendia entre dos peñas; la herida que el Feri, cabeza de los moros, le dió primero en la cabeza y después en el pecho, con que cayó; las palabras que le dijo andando á brazos: «Yo soy don Alonso;» las que el Feri le respondió cuando le heria: «Tú eres don Alonso, mas yo soy el feri de Benastepar;» y que no fueron tan desdichadas las heridas que dió don Alonso como las que recibió. Lloráronle amigos y enemigos, y en aquel punto renovaron los soldados el sentimiento; gente desagradecida, sino en las lágrimas. Mandó el General hacer memoria por los muertos, y rogaron los soldados que estaban presentes que reposasen en paz, inciertos si rogaban por deudos ó por extraños; y esto les acrecentó la ira y el deseo de hallar gente contra quien tomar venganza.

Vista la importancia del lugar si los enemigos le ocupasen, envió dende á poco el Duque una bandera de infantería que entrase en el fuerte y lo guardase. Vino en este tiempo resolucion del Rey que concedia á los moros cuasi todo lo que le pedian que tocaba al provecho dellos, y comenzaron algunos á reducirse, pero con pocas armas, diciendo que los que en su campo quedaban no se las dejaban traer. Habia entre los moros uno, llamado el Melqui, hombre atrevido y escandaloso, imputado de herejía, y suelto de las cárceles de la Inquisicion, ido y vuelto á Tituan: este, ó que le parecia que perdia el crédito de hasta entonces, ó que fuese obligado al príncipe de Tituan, juntó el pueblo, que ya estaba resoluto á reducirse, disuadiéndole y afirmando lo que con ellos trataba el Alarabique ser engaño y falsedad; haber recibido del Duque nueve mil ducados, vendido por precio su tierra, su costa y los hijos, mujeres y personas de su ley; venidas las galeras á Gibraltar, la gente levantada, las cuerdas en las manos á punto, con que los principales habian de ser ahorcados; y el pueblo atado y puesto perpetuamente al remo para sufrir hambre, frio y azotes, y seguir forzados la voluntad de sus enemigos, sin esperanza de otra libertad sino la muerte. Tuvieron estas palabras y la persona tanta fuerza, que se persuadió el pueblo ignorante, y tomando las armas, hicieron pedazos al Alarabique y á otro compañero suyo berberí que era de la misma opinion; con esto mudaron de propósito y quedaron mas rebeldes que estaban; algunos que quisieran reducirse, estorbados por el Melqui con guardas y espantados con amenazas, dejaron de hacello; *los* de Benahabiz, lugar de importancia en aquella montaña, enviaron por el perdon del Rey con propósito de reducirse: llevólo un moro, llamado el Barcoquí, juntamente con carta del Duque para Marbella y los que guardaban el fuerte de Montemayor, que tuviesen cuenta con él y sus compañeros, acompañándolos hasta dejarlos en lugar seguro; mas la gente, ó por codicia de algo, si lo llevaban, ó por estorbar la reduccion, con que cesaria la guerra, hiciéronlo tan al contrario, que mataron al Barcoquí: esta desórden mudó á los de Benahabiz, y confirmó la razon del Melqui de manera, que no fué parte el castigo que el Duque hizo de ahorcar y echar en galeras los culpados para estorbar el motin general. Apercebida la gente, vino el Duque á Ronda, donde hizo su masa, y salió con cuatro mil infantes y ciento cincuenta caballos á ponerse algo mas camino que dos leguas de la sierra de Istan, donde los enemigos le esperaban fortificados; lugar asperísimo y dificultoso de subir, las espaldas á la mar; dejando en Ronda á Lope Zapata, hijo de don Luis Ponce, para que en su nombre recogiese y encaminase los moros que viniesen á reducirse. Vinieron pocos ó ningunos, escandalizados del caso del Barcoquí y espantados, porque en Ronda y Marbella el pueblo habia rompido la salvaguardia del Duque y fe del Rey, matando cuasi cien moros al salir de los lugares. No le pareció al Duque detenerse á hacer el castigo; pero envió por juez al Rey, que castigó los culpados como convenia; y él caminó á la Fuenfría, donde se encendió fuego en el campo, que puso en cuidado, ó fuese echado por los enemigos ó por descuido de alguno; el autor (1) y el fuego cesó por industria y diligencia del Duque.

El dia siguiente con mil infantes y alguna caballería reconoció el fuerte de los enemigos desde la sierra de

(1) El autor *no se supo*, y el fuego cesó, etc. Así se lee, enmendado el descuido de la impresion, en el citado MS.

Arboto, puesta enfrente dél, juntamente con el alojamiento y el lugar de la agua; y aunque se mostraron los enemigos algo mas abajo fuera de su fuerte, no fueron acometidos, ansí por ser cerca de la noche, como por esperar á Arévalo de Suazo con la gente de Málaga. Entre tanto puso su guardia en la sierra de Arboto con harta contradiccion de los enemigos, porque juntamente acometieron el alojamiento del Duque y trabaron una escaramuza tan larga, que duró tres horas, no muy apriesa, pero bien extendida. Eran ochocientos hombres arcabuceros y ballesteros, y algunos con armas enhastadas; mas visto que con dos banderas de arcabuceros les tomarian la cumbre, se retiraron á su fuerte con poco daño de los nuestros y alguno de los suyos. Reforzóse la guardia de aquel sitio, por ser de importancia, con otras dos banderas; y era ya llegado Arévalo de Suazo con dos mil infantes de Málaga y cien caballos, con que se tomó resolucion de combatir los enemigos en su fuerte al otro dia: á la parte del norte, que la subida era mas difícil, envió el Duque á Pedro Bermudez con ciento y cincuenta infantes, que tomase las dos cumbres que suben al fuerte con dos banderas de arcabuceros, haciéndoles espaldas con el rostro á la mano derecha Pedro de Mendoza con otra tanta gente y la mesma órden, dejando entre sí y Pedro Bermudez una parte de la montaña que los moros habian quemado, porque las piedras que desde arriba se tirasen corriesen por mas descubierto y con menos estorbo. Arévalo de Suazo con la gente de su cargo se seguia á la mano derecha, y con dos banderas de arcabucería delante; mas á mano derecha de Arévalo de Suazo, Luis Ponce de Leon con seiscientos arcabuceros por un pinar, camino menos embarazado que los otros. El Duque escogió para sí, con el artillería y caballería y mil y quinientos infantes, el lugar entre Pedro de Mendoza y Arévalo de Suazo, como mas desembarazado así mas descubierto; mandó á Pedro de Mendoza con mil infantes y algun número de gastadores que fuese adelante aderezando los pasos para la caballería, y que todos al pasar se cubriesen con la falda de la montaña y quebrada hácia el arroyo, que á un tiempo comenzasen á subir igualmente y á pequeño paso, guardando el aliento para su tiempo. Quedaba con esta órden la montaña cercada, sino por la parte de Istan, que no podia con la aspereza recebir gente. Víanse unos á otros, y todos se podian cuasi dar las manos: quedó resoluto combatir los enemigos otro dia á la mañana; mas los moros, viendo que Pedro de Mendoza estaba mas desviado y en parte donde no podia con tanta diligencia ser socorrido, acometiéronle al caer de la tarde con poca gente y desmandada, trabando una escaramuza de tiros perdidos. Pedro de Mendoza, confiado de sí mismo, soldado de mucho tiempo y no tanta experiencia, pudiendo guardar la órden y contentarse con estar quedo y sin peligro, saltó á la escaramuza con demasiado calor. Deshízose la gente por la montaña arriba sin órden, sin aguardar unos á otros, y los moros unas veces retirándose, otras reparándose, parecian ir cerrando (1) á los nuestros. Visto el peligro y no pudiéndolo ya estorbar, Pedro de Mendoza (ó fuese recelo ó desconfianza de su poca autoridad con la gente, aunque la habia tenido para meterla adelante), envió á avisar al Duque, pero á tiempo que, puesto que hubiese enviado á retirarla tres capitanes, fué necesitado á tomar lo alto para reconocer el lugar; el Duque, con los que con él se hallaban y los que pudo retirar, atravesó donde estaban los que subian, y valió tanto su autoridad, que la gente desmandada se detuvo, y los moros, que ya habian comenzado á desemboscarse y se mostraban á los enemigos, vista la determinacion del Duque, se recogieron á su fuerte en ocasion de que estaba cerca la noche y la gente de Pedro de Mendoza cansada y desordenada, y se temian de algun desastre, especialmente los que traian á la memoria el acontecimiento de don Alonso de Aguilar por los mismos términos.

Hallóse el Duque tan adelante, que vistas las celadas descubiertas y los moros puestos en órden de cargar á la gente que subia, y que era imposible retirallos todos, quiso aprovecharse de la desórden; y con la gente que traia consigo y la que habia recogido, todo á un tiempo acometió á los enemigos, y pegóse con el fuerte de manera, que fué de los primeros al entrar. Mas los moros, que no osaron esperar el ímpetu de los nuestros, se descolgaron por lugares de la montaña, que era luenga y continuada; y de allí se repartieron, unos á Rioverde, otros á la vuelta de Istan, otros á la de Monda, y otros á la de sierra Blanquilla, dejando de sus mujeres y hijos como cuatrocientas personas; embarazo de guerra y gente inútil que les comian los bastimentos, quedando mas ahorrados para hacer la guerra por aquellas montañas. Todavía envió á seguir el alcance con poco fruto, por ser la noche y tierra tan cerrada; él pasó en el fuerte de los enemigos sin ropa ni vitualla, y visto que todos se habian esparcido y que la montaña quedaba desamparada, dejó el fuerte; y dando licencia á la gente de Málaga con órden de correr la tierra á una y otra parte, pasó con la resta de su campo á Istan, y envió cuatro compañías sin banderas. El efecto que hicieron las tres fué quemar dos barcas grandes que tenian fabricadas para pasar á Tituan; la cuarta, con su capitan Morillo, á quien el Duque mandó que corriese Rioverde, no guardando la órden, dió en los enemigos no lejos de Monda, en un cerro que los de la tierra llaman Alborno, á vista de Istan; y seguido y rota la gente, se retiró. Era el lugar tan cerca del campo, que se oyeron los golpes de arcabuces, y con sospecha de lo que podia ser, se ordenó al capitan Pedro de Mendoza socorriese y recogiese la gente; mas llegando á vista de los enemigos, contentóse con solo recoger algunos que huian, y estuvo sin pasar adelante, ó fuese temiendo alguna emboscada, aunque el lugar era gran trecho descubierto, ó arrepentido de la demasiada diligencia del dia antes en la sierra de Istan: murió la mayor parte de la compañía y su capitan peleando. El mismo dia los moros que andaban repartidos encontraron con el alcaide de Ronda y capitan Ascanio, que con ciento y cincuenta soldados y otra gente habia salido sin órden y sabiduría del Duque, como hombres que no estaban a su cargo; matáronlos con la mayor parte de la compañía. El mismo acometimiento hicieron contra un correo que partió del campo para Granada con escolta de cien soldados, aunque con pérdida de algunos se recogió en Monda. Entendiendo pues el Duque que por la sierra andaba cuantidad de moros,

(1) El MS. *cebando.*

envió órden á Arévalo de Suazo que con la gente de Málaga tornase á Monda, y á don Sancho de Leiva, general de las galeras de España, que enviase ochocientos infantes de la gente que andaba á su cargo, y á Pedro Bermudez que viniese con la de Ronda, y él con la que habia quedado se vino á esperarlos á Monda, de donde junta la gente partió ahorrado sin estorbos la vuelta de Hójen, y allí le encontró don Alonso de Leiva, hijo de don Sancho, con ochocientos soldados de galera. Entendíase que los moros esperaban á una legua, y con este presupuesto ordenó el Duque á Pedro Bermudez que con mil arcabuceros de los de su cargo tomase la mano izquierda, y á don Alonso con la gente que habia tenido fuese derecho á Hójen por un monte que dicen el Negral; él con lo demás del campo siguió derecho el Corvachin, tierra de grande aspereza. Con esta órden se llegó á un tiempo al lugar donde los enemigos habian estado, y de allí bajando hasta llegar á vista de la Fuengirola, sin hallar otra cosa sino rastro de gente y sobras de comida (porque los moros, recelándose que serian descubiertos, se habian esparcido como es su costumbre y extendido por todas las montañas), dió el Duque licencia á don Alonso que tornase á embarcarse, y á Arévalo de Suazo á Málaga, corriendo primero la tierra: él volvió á Monda, y de allí á Marbella. Este lugar es el que los antiguos llaman Barbésola; mas el que agora llamamos Monda pienso que fué poblado de los habitadores de Monda la vieja, tres leguas mas acá, donde parecen señas y muestras mas claras de haber sido la antiga Monda, siguiendo los moros que conquistaron á España su antiga costumbre de pasar los moradores de unos lugares á otros con el nombre del lugar que dejaban. En Ronda y otras partes se ven estatuas y letreros traidos de Monda la vieja, y en torno della la campaña, atolladeros y pantanos en el arroyo de que Hirtio hace memoria en sus historias.

Habia ya cumplido la gente de las ciudades y señores el tiempo que eran obligados á servir por el llamamiento, y las aguas hartado la tierra para sembrar: faltaba el provecho de la guerra, por la diligencia que los moros ponian en las guardas por todo, en alzar y esconder la ropa, mujeres y niños, en esparcirse pocos á pocos en las montañas, y gran parte dellos pasar á Berbería, donde con cualquier aparejo tenian la traviesa corta y mas segura, no podian ser seguidos con ejército formado, y el que habia se iba poco á poco deshaciendo. Pareció consejo de necesidad enviar la gente á sus casas, y el Duque volver á Ronda, guarnecer los lugares de donde con mayor facilidad los enemigos pudiesen ser perseguidos y echados de la tierra, y andar tras dellos en cuadrillas, sin dejarlos reformar en alguna parte; mas detuvo la gente de su estado ya diestros y ejercitados, que servian á su costa, sin sueldo ni raciones; dejó gente en Hójen, Istan, Monda, Tollox, Guaro, Cartagima, Jubrique y en Ronda, cabeza de toda la sierra. Habia ya el Rey avisado al Duque como se determinaba á un tiempo sacar los moros de Granada á poblar Castilla, y que estuviese apercebido para cuando le llegase la órden de don Juan de Austria. Cuando esto pasaba llegaron las cartas de don Juan, en que decia como la salida de los moros de todo el reino seria el postrero dia de otubre; encomendábale el secreto hasta el dia que el bando se publicase; apercebíale para la ejecucion en tierra de Ronda; enviábale la patente en blanco para que el Duque hinchiese la persona que le pareciese mas á propósito.

Echando el bando, mandó recoger en el castillo de Ronda los moros de paces con su ropa, hijos y mujeres, y en la patente hinchió el nombre de Flores de Benavides, corregidor de Gibraltar, ordenándole con seiscientos hombres de guarda llevar cuasi mil y doscientas personas que serian los reducidos, hasta dejallos en Íllora, para que juntos fuesen á Castilla con otros de la vega de Granada. Era ya entrado el mes de noviembre, con el frio y las aguas en mayor cuantidad. Los enemigos, creyendo que por ir los rios mayores y las avenidas en las montañas dificultar mas los pasos, ellos podian extenderse por la tierra, y nuestra gente ocupada en labrar la suya, se juntaban con dificultad; en todas partes y á todas horas desasosegaban la tierra de Ronda y Marbella, cautivando labradores, llevando ganados, y salteando caminos hasta cuasi las puertas de Ronda: acogíanse en las vertientes de Rioverde, á quien los antigos llamaban Barbésola, del nombre de la ciudad que agora llamamos Marbella, y de allí en las cumbres y contorno de sierra Blanquilla. El Duque, por el menudear de los avisos y por excusar los daños, que aunque no fuesen señalados, eran continos; por castigar los enemigos que habian en Rioverde y en la sierra de Alborno muerto nuestra gente; porque de la Alpujarra por una parte, y por otra con la vecindad de Berbería, no se criase en aquella montaña nido, determinó rematar la empresa, combatir los enemigos y desarraigallos ó acaballos del todo. Salió de Ronda con mil y quinientos arcabuceros de la guardia della, y gente de señores, y mil de sus vasallos, y con la caballería que pudo juntar improvisamente; mas antes que llegase, entendió por avisos de espías y algunos que se pasaron de los enemigos, que el número poco mas ó menos era de tres mil, los dos mil dellos arcabuceros gobernados por el Melqui, hombre entre ellos diligente, animoso y ofendido, ido y venido á Tituan; que tenian atajados los pasos con grandes piedras, árboles atravesados; que estaban resolutos de morir defendiendo la sierra. Ordenó á Pedro de Mendoza que con seiscientos arcabuceros caminase derecho á la boca del rio Verde por el pié de la sierra, y á Lope Zapata con otros seiscientos á Gaimon, á la parte de las viñas de Monda: iban estos dos capitanes el uno del otro media legua, y entre ambos iba el Duque con el resto de la infantería y caballería. Ordenó á Pedro Bermudez y á Cárlos de Villegas, que estaba á la guarda de Istan y Hójen con dos compañías y cincuenta caballos, que se saliesen á un mismo tiempo, y con doscientos arcabuceros tomasen lo alto de la sierra y las espaldas de los enemigos; que Arévalo de Suazo partiese de Málaga, y con mil y doscientos soldados y cincuenta caballos acudiese á la parte de Monda. Todos á un tiempo partieron á la noche para hallarse á la mañana con los enemigos; mas ellos, avisados por un golpe de arcabuz que habian oido entre la gente de Setenil, mudáronse del lugar, mejorándose á la parte de Pedro de Mendoza, que era el postrero, por tener la salida mas abierta: comenzó á subir el Duque, y Pedro de Mendoza, que estaba mas cerca, á pelear con igualdad, y ellos á mejorarse. El Duque, aunque algo apartado, oyendo

los golpes de arcabuz, y visto que se peleaba por aquella parte de Pedro de Mendoza, se mejoró; y por la ladera descubriendo la escaramuza, con la caballería y con lo que pudo de arcabucería acometió los enemigos, llevando cerca de sí á su hijo, mozo cuasi de trece años, don Luis Ponce de Leon: cosa usada en otra edad en aquella casa de los Ponces de Leon, criarse los muchachos peleando con los moros y tener á sus padres por maestros. Porfiaron algun tanto los enemigos, mas no pudiendo resistir, tomaron lo alto de la sierra, y de allí se repartieron á unas y otras partes. Murieron mas de cien hombres, y entre ellos el Melqui, su capitan; y si Pedro Bermudez y Villegas salieran á la hora que se les ordenó, hiciérase mayor efecto. Habido este buen suceso, repartió el Duque la gente que pudo por cuadrillas para seguir el alcance; captivaron á las mujeres y niños y ropa que les habia quedado, mataron en este seguimiento otros ochenta. Quedaron los moros tan escarmentados, que ni por engaño ni por fuerza los pudieron hallar juntos en parte de la montaña, y buscaron tambien la sierra que llaman de Daidin, y el mismo Duque repartió el campo en cuadrillas, pero tampoco se hallaron personas juntas; con esto, él se tornó á Ronda, y aquella guerra quedó acabada, la tierra libre de los enemigos, parte muertos y parte esparcidos ó idos á Berbería.

He querido tratar tan particularmente desta guerra de Ronda, lo uno porque fué varia en su manera y hecha con gran sufrimiento del Capitan General, y con gente concejil, sin la que los señores enviaron, y la mayor parte del mismo duque de Arcos; y aunque en ella no hubo grandes rencuentros ni pueblos tomados por fuerza, no se trató con menos cuidado y determinacion que la de otras partes deste reino, ni hubo menos desórdenes que corregir cuando el Duque la tomó á su cargo; guerra comenzada y suspendida por falta de gente, de dineros, de vitualla, tornada á restaurar sin lo uno y sin lo otro; pero sola ella acabada del todo, y fuera de pretensiones, emulaciones ó envidias. Lo otro por haberse en tiempos antiguos recogido en aquellas partes las fuerzas del mundo, y competido César y los hijos de Pompeyo, cabezas dél, sobre cuál quedaria con el señorío de todo, hasta que la fortuna determinó por César, dos leguas de donde está agora Ronda, y tres de la que llamamos Monda, en la gran batalla cerca de Monda la vieja, donde hoy dia, como tengo dicho, se ven impresas señales de despojos, de armas y caballos, y ven los moradores encontrarse por el aire escuadrones; óyense voces como de personas que acometen: estantiguas llama el vulgo español á semejantes apariencias ó fantasmas, que el vaho de la tierra, cuando el sol sale ó se pone, forma en el aire bajo, como se ven en el alto las nubes formadas en varias figuras y semejanzas (1).

Estaba don Juan en Granada con el Duque (a) y el Comendador mayor, acudiendo á lo que se ofrecia; y por dar remate á cosas y fin de los enemigos que quedaban, ordenó que el Comendador mayor, con la gente que se pudo juntar, parte de la propria ciudad y parte de los que se habian venido de su campo y del campo del Duque, que por todos serian siete mil personas, llevasen delante y ante todas las cosas bastimento y municion que bastase para dos meses, y que esto se guardase en Órgiba, y con esta prevencion partió el campo la vuelta de la Alpujarra. Llegados á Lanjaron, por mandado del General se dió un rebato falso, porque la gente no estuviese descuidada; otro dia llegaron á Órgiba, y en ella reposó el campo tres dias, tomando la órden que se habia de tener para hallar los enemigos, porque andaban esparcidos por la tierra. El cuarto dia salió la gente hechas dos mangas de á mil hombres cada una, con órden que la una de la otra fuese desviada cuatro leguas, guiando la una á la mano derecha y la otra á la siniestra, y el resto del campo por medio: desta suerte corrieron la tierra hasta llegar á Pítres de Ferreira, y dejando allí presidio de quinientos hombres, pasaron adelante hasta Pórtugos, y allí dejaron cien hombres, y en Cádiar trescientos con el capitan Berrío. Aquí tuvo nuevas el Comendador mayor que los moros se habian retirado al Cehel, costa de la mar, por ser tierra áspera y de muchos jarales: mandó á don Miguel de Moncada que con mil y doscientos hombres corriese aquella tierra; halló parte dellos, y matando siete moros, captivó doscientas personas entre moras y muchachos, y ropa y despojos; perdió solo un soldado, que engañado de una mora, le hizo entender que en una choza tenia mucha riqueza, y al entrar en ella le dió con una almarada por debajo del brazo y lo mató. Volvió don Miguel con la cabalgada á Cádiar, donde quedó el campo; de aquí envió el Comendador mayor mil hombres á Ujíjar de la Alpujarra, para que en ella hiciesen presidio, y dejando en él trescientos soldados, fuesen á Donduron y dejasen allí una compañía de cien hombres con su capitan, y en Ayator otros ciento, y en Berja otros ciento, con órden que todos corriesen la tierra cada dia, dejando guarda en los presidios. Mandó á don Lope de Figueroa que con mil y quinientos infantes y algunos caballos corriese el rio de Almería y toda aquella sierra, con el Boloduí y tierra de Gueneja, y que juntando consigo la gente que salia de Almería, corriese la tierra de Jerez á Fiñana y rio de Almanzora: volvió á Granada, dejando presidio en las Guájaras altas y bajas y en Vélez de Benaudalla, y en todos los presidios bastimento y municion para algunos dias.

Luego que llegó á Granada, proveyó don Juan otros capitanes de cuadrillas, que fueron Juan Carrillo Paniagua, Camacho, Reinaldos y otros; y hecho esto, don Juan con el Duque y el Comendador mayor se partió á Madrid, y de allí á la armada de la liga, dejando á don Pedro de Deza, presidente de Granada, con título de capitan general, y en Almería por general de la infantería á don Francisco de Córdoba, descendiente de aquella cama de leones del conde don Martin. Corrian la tierra á menudo las cuadrillas, metian en Granada moros y moras, y no habia semana que no hubiese cabalgada. Al entrar en la puerta de las Manos hacian salva, subiendo por el Zacatin arriba, hasta llegar á la chancillería; daban noticia al Presidente para que viese lo que traian, y entregaban los moros en la cárcel, y de cada uno les daban veinte ducados, como está dicho: atenazaban y ahorcaban los capitanes y moros señalados, y los demás llevaban á galeras, que sirviesen al remo esclavos del Rey.

(1) Aquí terminan todos los manuscritos que hemos examinado.

(a) Este duque es necesariamente el de Sesa, porque el de Arcos no se vió con don Juan.

Entre estos trujeron un moro natural de Granada llamado Farax. Este, como supiese la voluntad de Gonzalo el Xeniz, alcaide sobre los alcaides, y de sus sobrinos Alonso y Andrés el Xeniz, y otros muchos, que era de entregarse y reducirse si se les concediese perdon, llamó á Francisco Barredo, dándole parte de la voluntad y propósito que muchos moros tenian, y aun de matar á su rey si no se quisiese reducir con ellos; para lo cual convenia que procurase verse con Gonzalo el Xeniz, que era uno de los que mas lo deseaban. Sabido esto, Francisco Barredo se fué á las Alpujarras, y en llegando al presidio de Cádiar sacó de una bóveda del castillo un moro que tenian preso (1), y le dió una carta para Gonzalo el Xeniz, en que le hacia saber la causa de su venida; que viese la órden que habia de tener para verse con él: recibida la carta, respondió que otro dia al amanecer se viniese á un cerro media legua de Cádiar, y que adonde viese una cruz en lo alto le aguardase, soltando la escopeta tres veces por contraseña: fué, y hecha la seña, llegó el Xeniz, sus sobrinos y otros moros mostrando mucha alegría de velle: lo que trataron fué que si le traia perdon del Rey para él y los que se quisiesen reducir, que les entregaria á Abenabó, su rey, muerto ó vivo: con esto se despidió, prometiéndoles de hacello y ponello por obra, y avisallos de la voluntad del Rey. Vino á Granada Francisco Barredo, dió cuenta al Presidente de lo que habia pasado con Gonzalo el Xeniz, y lo que le habia prometido: dió el Presidente aviso al Rey, que visto lo que prometia el Xeniz, le concedió perdon á él y á todos los que con él viniesen: vino la cédula real al Presidente, que visto que no habia quien con veras lo pudiese hacer, hizo llamar á Barredo, y entregándole la cédula, le pidió con las veras y recato que en tal negocio convenia, lo hiciese.

Recibida la cédula, se partió, y llegó á Cádiar con el moro que antes habia llevado la carta: avisóle como tenia lo que pedia; que se viese con él en el sitio y lugar que antes se habian visto. Llegado el Xeniz, y vista la cédula y perdon, la besó y puso sobre su cabeza: lo mismo hicieron los que con él venian; y despidiéndose dél, fueron á poner en ejecucion lo concertado. Francisco Barredo se volvió al castillo de Bérchul, porque allí le dijo el Xeniz que le aguardase; Gonzalo el Xeniz y los demás acordaron, para hacello á su salvo, que seria bien que uno dellos fuese á Abdalá Abenabó, y de su parte le dijese que la noche siguiente se viese con él en las cuevas de Bérchul, porque tenia que platicar con él cosas que convenian á todos. Sabido por Abenabó, vino aquella noche á las cuevas solo con un moro, de quien se fiaba mas que de ninguno; y antes que llegase á las cuevas despidió veinte tiradores que de ordinario le acompañaban, todo á fin de que no supiesen adonde tenia la noche. Saludóle Gonzalo el Xeniz, diciéndole: «Abdalá Abenabó, lo que te quiero decir es que mires estas cuevas, que están llenas de gente desventurada, así de enfermos como de viudas y huérfanos, y ser las cosas llegadas á tales términos, que si todos no se daban á merced del Rey, serian muertos y destruidos; y haciéndolo, quedarian libres de tan gran miseria.» Cuando Abenabó oyó las palabras del Xeniz, dió un grito que pareció se le habia arrancado el alma, y echando fuego por los ojos le dijo: «¡Como, Xeniz! ¿Para esto me llamabas? ¿Tal traicion me tenias guardada en tu pecho? No me hables más ni te vea yo;» y diciendo esto, se fué para la boca de la cueva; mas un moro que se decia Cubayas le asió los brazos por detrás, y uno de los sobrinos del Xeniz le dió con el mocho de la escopeta en la cabeza y le aturdió, y el Xeniz le dió con una losa y le acabó de matar: tomaron el cuerpo, y envuelto en unos zarzos de cañas le echaron la cueva abajo, y esa noche le llevaron sobre un macho á Bérchul, adonde hallaron á Francisco Barredo y á su hermano Andrés Barredo: allí le abrieron y sacaron las tripas, hinchiendo el cuerpo de paja. Hecho esto, Francisco Barredo requirió á los soldados del presidio y á su capitan que le diese ayuda y favor para llevarle á Granada. Visto el requerimiento, le acompañaron, y en el camino encontraron con doscientos y cincuenta moros de paz, que sabida la muerte de Abenabó, y el nuevo perdon que el Rey daba, llegaron á reducirse. Vinieron á Armilla, lugar de la Vega, y allí le pusieron caballero en un macho de albarda, y una tabla en las espaldas, que sustentaba el cuerpo, que todos le viesen; los moros de paz iban delante y los soldados y Francisco Barredo detrás. Llegados á Granada, al entrar de la plaza de Bibarrambla hicieron salva; lo proprio en llegando á la chancillería: allí á vista del Presidente le cortaron la cabeza, y el cuerpo entregaron á los muchachos, que después de habello arrastrado por la ciudad, lo quemaron; la cabeza pusieron encima de la puerta de la ciudad, la que dicen puerta del Rastro, colgada de una escarpia á la parte de dentro, y encima una jaula de palo, y un rétulo en ella que decia:

ESTA ES LA CABEZA
DEL TRAIDOR DE ABENABÓ.
NADIE LA QUITE,
SO PENA DE MUERTE.

Tal fin hizo este moro, á quien ellos tuvieron por rey después de Aben Humeya: los moros que quedaban, unos se dieron de paz y otros se pasaron á Berbería; y á los demás las cuadrillas y la frialdad de la sierra y mal pasar los acabó; y feneció la guerra y levantamiento.

Quedó la tierra despoblada y destruida; vino gente de toda España á poblarla, y dábanles las haciendas de los moriscos con un pequeño tributo que pagan cada un año: á Francisco Barredo le hizo el Rey merced de seis mil ducados, y que estos se los diesen en bienes raíces de los moriscos, y una casa en la calle de la Aguila, que era de un mudéjar echado del reino: después pasó en Berbería algunas veces á rescatar captivos, y en un convite le mataron.

(1) *Zalahari* le llama Mármol, como verémos en su lugar.

HISTORIA

DEL

REBELION Y CASTIGO DE LOS MORISCOS DEL REINO DE GRANADA,

DIRIGIDA

A DON JUAN DE CARDENAS Y ZUÑIGA,

conde de Miranda, marqués de la Bañeza, del consejo de Estado del Rey nuestro señor, y su presidente en los reales consejos de Castilla y de Italia;

HECHA

POR LUIS DEL MARMOL CARVAJAL,

ANDANTE EN CORTE DE SU MAJESTAD.

DEDICATORIA.

Los antiguos y graves escritores procuraron siempre arrimar sus obras debajo de la proteccion y amparo de los príncipes mas excelentes y estimados de sus tiempos; y con este ejemplo, habiendo yo escrito la *Historia del rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada*, puse los ojos en darle el favor de vueseñoría, en quien tanto florecen religion y milicia: dos cosas de que particularmente trata; y tambien por ser el real consejo de Castilla, donde vueseñoría preside, autores de un tan grande triunfo como fué desarraigar los moros de aquel reino, que tantos siglos tuvieron hecho torpe abismo de maldades, y haber vueseñoría derramado su sangre combatiendo por su persona el fuerte peñon de Fregiliana, donde herido de saeta mostró el invicto valor de sus antepasados, haciendo oficio de prudente capitan y de valeroso soldado. Poníame temor ser juzgado tan ignorante como atrevido en poner mi bajo estilo en manos de vueseñoría, trayendo consigo tanta desproporcion; mas aseguróme su mucha afabilidad y nobleza, adornada de linaje, riquezas y letras: cuanto al linaje, Zúñiga, Avellaneda, Bazan y Cárdenas, nobilísimas y antiquísimas casas en los reinos de Castilla y de Navarra; cuanto á riquezas, conde de Miranda, marqués de la Bañeza y señor de las casas de Avellaneda y Bazan; pues cuanto á las letras, la buena gobernacion del principado de Cataluña y del reino de Nápoles, donde vueseñoría fué visorey, y el consejo de Estado del Rey nuestro señor, y las presidencias de los dos reales consejos de Castilla y de Italia, en que reside, lo testifican. Consideradas todas estas cosas, determiné de hacer atrevida eleccion, y escrebí á Pedro Zapata del Mármol, mi hermano, escribano de cámara del real consejo de Castilla, que besase á vueseñoría las manos y le suplicase se dignase de dar á la *Historia* su favor. Respondióme haber hallado en vueseñoría todo mi deseo con demostracion de contento, el cual tengo tan grande en ver la hija de mi pobre entendimiento tan bien puesta, que no sé cómo poderlo explicar en los años que me quedan de vida sobre setenta y seis de mi edad. Los que fueren ofrezco al servicio de vueseñoría, cuyo criado y servidor me publico de hoy mas, en comemoracion de tanta merced y favor.

Luis del Mármol Carvajal.

PROLOGO.

Es costumbre antigua, que aun dura el dia de hoy entre los doctos varones y de buen entendimiento, escrebir y sacar á luz las cosas que por su ingenio ó por documento de otros hallaron ser provechosas á sus repúblicas. Hubo muchos de singular doctrina que compusieron obras morales para instruir los ánimos en la virtud. Otros declararon á sus naturales las cosas extrañas y peregrinas por interpretacion, y perpetuaron las proprias para un claro ejemplar en la memoria de las letras, dando á cada cual su medida, como jueces de la fama y testigos de la verdad. Los que juntando esta diligencia con la obligacion para comun aprovechamiento, y pesando los hechos de la fama, segun lo que valieron y pesaron, procuraron dejar á sus sucesores fiel memoria, con razon deben ser loados, y tenido en mucho su trabajo, por el amor que tuvieron á su proprio ser. Todas las cosas en su modo trabajan por perpetuarse. Las que son naturales, en que solamente obra naturaleza, y no la industria humana, tienen en sí mesmas una virtud generativa, que cuando debidamente son dispuestas, aunque peligren en su corrupcion, la mesma naturaleza las vuelve á renovar y les da nuevo ser, con que se conservan en su propria especie; mas las que no son naturales, sino hechos humanos, como no tienen virtud animada para engendrar cosa semejante á sí, porque con la brevedad de la vida del hombre no acabasen con su autor, fué necesario que el mesmo hombre, para conservar su nombre en la memoria dellas, buscase este divino artificio de las letras, que representase en futuro sus obras. Porque la habla, siendo animada, no tiene mas vida que el instante de su pronunciacion, y pasa, á semejanza del tiempo, que no tiene regreso. Y las letras, siendo caractéres muertos, contienen en sí espíritu de vida, y lo dan entre los hombres á todas las cosas, multiplicándolas en la parte memorativa por uso de frecuentacion tan espiritual, en hábito de perpetuidad, que por medio dellas en fin del mundo serán tan presentes nuestras personas, hechos y dichos á los que entonces fueren, como lo son el dia de hoy, y vemos que vive lo que hicieron y dijeron los que fueron al principio dél por la literal custodia. Siendo pues el fruto de los hechos humanos muy diferente del natural, producido de la simiente de las cosas que fenecen en el mesmo hombre, para cuyo uso fueron criadas, y el de las obras eterno, por proceder del entendimiento y voluntad, donde se fabrican y aceptan, que por ser partes espirituales las hacen eternas; de aquí nos queda natural y justa obligacion á ser tan diligentes y solícitos en conservar la memoria de nuestros hechos, para con ellos aprovecharnos en buen ejemplo, como prontos y constantes en hacerlos, por el comun y temporal provecho de nuestros naturales. ¿Qué fuera de los hechos de los caldeos, asirios, medos, persas, griegos, romanos, si Beroso Caldeo, Metastenes, Diodoro Sículo, Procopio, Trogo Pompeyo, Herodoto, Halicarnasio, Justino, y Tito Livio y otros no los escribieran? Considerando pues que esta diligencia de encomendar las cosas con fieldad al archivo de las letras, conservadoras de todas las obras, es tan necesaria en nuestra España, cuanto los españoles son prontos y diligentes en los hechos que competen por milicia, y descuidados en escrebirlos; porque no se perdiese la memoria de muchos y muy gloriosos sucesos, que estaban ya casi olvidados, recopilamos y pusimos todo lo que pareció digno de memoria en el segundo libro de nuestra *Descripcion de África*, que salió á luz en el año de la redencion del mundo 1573, y la dirigimos al católico rey don Felipe nuestro señor, segundo deste nombre, que la mandó poner en su librería del Escurial; y después, prosiguiendo en la aceptacion del peligroso trabajo de la historia, escribimos el *Rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada*, con todas las cosas memorables dél: lo cual pudimos hacer con mas comodidad que otro, por haber asistido desde el principio hasta el fin en el ejército de su majestad. Y trazada y dibujada la obra, la presentamos en el supremo consejo de Castilla, porque siendo la materia que en ella se trata uno de los mayores triunfos destos reinos, se publicase con licencia y autoridad de los autores dél. Y vista y examinada por el licenciado Juan Diaz de Fuenmayor, del consejo y cámara de su majestad, y últimamente por el licenciado Rivadeneyra, oidor que fué en la audiencia real de Granada durante esta guerra, que ya lo era del supremo Consejo, á quien fué cometida, con sus relaciones y pareceres se mandó imprimir. Cuanto á mí, fué un fruto voluntario que, imitando á la madre tierra, quise dar con mas cuidado y diligencia que si me fuera encomendado, movido de natural obligacion, y con celo casi envidioso de la gloria que los fieles cristianos que derramaron su sangre y padecieron martirio por nuestro Redentor, merecieron. Va repartida en diez libros. En el primero se contiene la descripcion del reino de Granada, y la conquista que los católicos reyes don Hernando y doña Isabel hicieron en él, y la conversion de los moros á nuestra santa fe católica, y las alteraciones que sobre ello hubo; siguiendo en este particular á Hernando de Ribera, y Alonso de Palencia, y á Hernando del Pulgar, y á Luis de Carvajal, y á otros autores, y tomando de algunos libros árabes, que pudimos conformar con certidumbre. El segundo trata de los medios que los

príncipes cristianos procuraron con los nuevamente convertidos para que dejasen las costumbres y ceremonias de moros. El tercero trata las contradiciones que aquellas gentes hicieron con razones morales para no dejar de usar de aquellas cosas en que conservaban la memoria de suera y seta; y como revolviendo sus pronósticos ó jofores, que tenian de tiempo de moros, trataron de hacer novedad. En el cuarto se pone el principio del rebelion, y entrada que los principales autores hicieron en el Albaicin, y como declarándose por moros, hicieron eleccion de caudillo de su nacion en el Alpujarra, y con bárbara crueldad pusieron hierro y fuego en los templos sagrados y en los sacerdotes de Jesucristo que moraban en sus alcarías. En el quinto se trata de la jornada que el marqués de Mondéjar hizo contra estos rebeldes, y la entrada del marqués de los Vélez por la parte del reino de Murcia, y el progreso que estos dos campos hicieron, y la venida del serenísimo don Juan de Austria, hermano del rey nuestro señor, á Granada, para con su autoridad dar fin á la importuna guerra; y como se comenzaron á reducir los alzados. El sexto trata de las desórdenes de nuestra gente de guerra, que molestaron tanto los reducidos, que la mayor parte dellos se volvieron á la sierra; y como su majestad mandó retirar la tierra adentro los moriscos del Albaicin y vega de Granada, para asegurarlos, y asegurarse dellos. En el sétimo se contiene la entrada del marqués de los Vélez en el Alpujarra, y la victoria que hubo de Aben Humeya en Válor, y la muerte de aquel tirano, y como los alzados nombraron en su lugar á Aben Aboo, y el progreso del campo del marqués de los Vélez. El octavo trata la jornada que don Juan de Austria hizo por su persona sobre la fuerte villa de Galera, y por los rios de Almanzora y Almería, y la entrada del duque de Sesa en la Alpujarra, y la saca de los moriscos que habian quedado en la vega de Granada. En el noveno se contienen los tratos que hubo sobre la reducion general, y la jornada que don Antonio de Luna hizo en la serranía de Ronda para despoblar aquellos lugares. Y el deceno trata la reducion de los moriscos de la dicha sierra de Ronda, y la entrada que don Luis de Zúñiga y Requesenes, comendador mayor de Castilla, hizo en la Alpujarra contra los que no se habian querido reducir, y el progreso que este campo hizo, y la saca de los moriscos reducidos que estaban en el reino de Granada, y la muerte de Aben Aboo, y fin desta guerra. Muchas particularidades hallará el lector en estos diez libros; y si todavía le pareciere que falta algo de lo que él sabe, tome lo que hallare; porque siendo tan general y de tan varios sucesos, en tantas partes y á un mesmo tiempo, obligacion tendrá de suplirlo con buena discrecion, considerando que no nos faltaria diligencia para saberlos, y que se pudieron pasar algunas cosas por alto.—*Vale.*

HISTORIA

DEL

REBELION Y CASTIGO DE LOS MORISCOS DEL REINO DE GRANADA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Que trata de la provincia de la Andalucía, que los antiguos llamaron Bética, y cómo el reino de Granada es una parte della.

La provincia Bética, tan celebrada de los antiguos escritores en España, es propriamente la que después llamaron Vandalia ó Vandalocia, del nombre de una generacion de gentes llamados vándalos, que moraron y tuvieron señorío en ella. Estos eran de nacion alemanes y entraron en la Galia, que llaman el dia de hoy Francia, con el cónsul Estilicon, dos años antes que Alarico, rey godo, saquease la ciudad de Roma, en el año 412 de nuestra salud, que se contaron 1264 de su fundacion por Rómulo; los cuales, acompañados con los borgoñones, alanos y suevos, que tambien eran alemanes, guerrearon con los francos, pueblos de la provincia de Franconia que ocupaban la Galia; y echándolos della por fuerza de armas, les hicieron dar vuelta á su provincia, y se quedaron ellos en la tierra, robándola á su voluntad. Contentándose pues los borgoñones con aquella parte que llamamos Borgoña, los vándalos, alanos y suevos pasaron á la provincia de Aquitania, que es en la de Narbona, y destruyendo y robando todas las comarcas, llegaron á los montes Pireneos; mas no pudieron pasar por entonces á España, porque se lo defendió nuestra gente en la aspereza y fragosidad de aquellas montañas. Sucedió en este tiempo que un capitan del imperio romano, llamado Gracian, se apoderó tiránicamente de la isla de Bretaña, donde era natural, y durando poco en su tiranía, los mesmos soldados del ejército le mataron, y saludaron por emperador á un soldado particular llamado Constantino, el cual pasó luego á la Galia contra los vándalos, alanos y suevos, que estaban apoderados della, y guerreando fuertemente, nunca pudo sujetarlos, y al fin hubo de hacer paz con ellos, aunque con este nombre de paz le burlaron muchas veces. Envió tambien este emperador á España sus gobernadores, que llamaban jueces, para que rigiesen y gobernasen la tierra en su nombre; los cuales fueron muy bien recebidos en todas las provincias, y solamente dejaron de obedecer los dos nobles caballeros hermanos, naturales de la ciudad de Palencia, llamados Dindino y Veroniano, que siendo ricos y muy emparentados, tomaron la voz de Honorio, legítimo emperador romano, y por conservarle aquel reino resistieron mucho tiempo á su costa el ímpetu de los enemigos, y les defendieron la entrada en España por los Pireneos. Viendo Constantino la resistencia que los dos hermanos hacian á sus gentes, envió contra ellos á su hijo Constancio, que siendo fraile le habia tomado por compañero en el imperio, con las escuadras de los pitios, que por otro nombre llamaban honoricianos, porque habian militado en Bretaña en servicio del emperador Honorio, el cual pasó á fuerza de armas los montes Pireneos, y llevando consigo los vándalos, alanos y suevos, que, como queda dicho, ocupaban toda la provincia de Aquitania, entró en España y peleó con Dindino y Veroniano, y los venció y mató, y destruyó toda la tierra de los palentinos. Desta vez quedó abierta la entrada á estas gentes, y pasando mucho número, así vándalos como alanos y suevos, usaron en España insultos, muertes y crueldades jamás oidas ni vistas. Saquearon la ciudad de Astorga, cercaron á Toledo, y no la pudiendo tomar, destruyeron toda su comarca, y arrimándose al rio Tejo, pasaron á la ciudad de Lisbona y la cercaron; aunque no pararon allí mucho tiempo, porque los ciudadanos les dieron gran suma de dineros y se fueron á otras partes. Discurriendo pues victoriosos por España, andando el tiempo vinieron á ser señores de las provincias y á repartirlas entre sí. La Lusitania, que es Portugal, cupo á los suevos; Galicia y Mérida á los alanos, y la Bética á los vándalos, que tambien extendieron su señorío después por Africa. Esto dice Osorio, y papa Pio, en el compendio que hizo de la historia del Blondo de Forli, lo trata largamente. Estos vándalos dieron nuevo nombre á nuestra Bética, y por ellos fué después llamada Vandalia ó Vandalocia, y agora la llamamos corruptamente Andalucía. Los escritores africanos hacen mucha mencion de los vándalos, y los llaman nindeluz, y debajo deste nombre comprenden todos los moradores de la Bética y todo lo que poseyeron los vándalos en Africa, conviene á saber, la tierra que cae desde la sierra Morena hasta el mar Mediterráneo, y las dos Mauritanias, Tingitania y Cesariense, y parte de la Numidia y de la Africa propria, especialmente lo que cae hácia nuestro mar; los cuales destruyeron á Cartago, como lo dice el Johorí en su Loga, y Mahomete Aben Jouhor en su Geográfica. Y aunque este nombre nindeluz se ha ido perdiendo entre los moradores de Berbería, en España se ha conservado y conservó siempre entre los moros; y los cris-

tianos naturales desta provincia los llaman andaluces. No dejaré de decir en este lugar como algunos escritores árabes llaman por oprobrio á los vándalos nindelez, nombre derivado de *delez*, que en su latinidad árabe significa cosa de poca confianza ó falsa, imputándolos de falsos; y si bien se considera, las grandísimas crueldades, la poca fe y sobra de malicia que los vándalos usaron en Francia, en España y en Africa, sin respetar cosa divina ni humana, parecerá haberles aplicado los alárabes tan satíricos aquel nombre con alguna manera de razon, siendo poco diferente del proprio. Pasando después los vándalos en Africa con Genserico, su rey, so color de socorrer á Bonifacio contra Sisulfo, los visogodos, que habian movido las armas contra ellos, ocuparon la provincia Bética y la poseyeron hasta que los alárabes destruyeron á España; los cuales pusieron la silla de su imperio y seta en la ciudad de Córdoba, y la hicieron cabeza de la Bética ó Vandalia. Mas, declinando después las cosas de los alárabes, hubo entre ellos muchos reyes, y siendo poco poderosos, guerreando con ellos cuarenta y cuatro reyes cristianos por espacio de setecientos setenta y tres años, al fin les fueron ganando las ciudades, villas y castillos que tenian, yéndolos arrinconando siempre hácia la costa del mar Mediterráneo, donde está el reino de Granada, última parte de la provincia Bética. Con los moros que huian de las armas de los príncipes cristianos se ennobleció y pobló este reino, y floreció la famosa y gran ciudad de Granada, y su rey se hizo rico y poderoso de gente, armas y municiones; y tanto, que pudo sustentarse largos tiempos. Esta noble ciudad dió nombre á todo el reino, mas no por eso perdieron los moradores della y dél el nombre de andaluces ó nindeluces, como los otros pueblos de la Bética ó Andalucía; y así los llaman todavía los africanos.

CAPITULO II.

Que trata de la descripcion del reino de Granada, como lo poseía el rey moro Abul Hacen cuando los católicos reyes don Hernando y doña Isabel comenzaron á reinar en Castilla y en Leon.

El reino de Granada, como queda dicho, cae en la última parte de la provincia Bética sobre el mar Mediterráneo, y fué lo postrero que los moros, enemigos de nuestra santa fe, sustentaron en España, y de lo primero que los alárabes ocuparon en su primera entrada, los cuales le llaman *Belet el Nindiluz*, como si dijésemos la tierra de los andaluces; mas algunos antiguos le llamaron provincia de Iliberia, por una famosa ciudad que allí habia, de que harémos particular mencion en esta historia. Los límites deste reino, cuando los católicos reyes don Hernando y doña Isabel reinaron por divina permision en Castilla y en Leon, eran en esta manera. A la parte de poniente comenzaba desde los términos marítimos mas orientales de la ciudad de Gibraltar, que los alárabes llaman *Gibel Fetoh*, que quiere decir monte de la entrada de la victoria, desde una señal que hoy dia llaman los moradores de aquella tierra las Tres Piedras, y extendiéndose largamente sobre el Mediterráneo, llegaba á la parte de levante hasta el reino de Murcia, bañándole los mares Hercúleo, Iberio y parte del Sardoo, que cae en el occidente del Mediterráneo. Al cierzo confinaba con otros lugares de la Andalucía que los reyes cristianos habian cobrado en diferentes tiempos y ocasiones de guerras, como son las villas de Castellar, Jimena, Espera, Zara, la Torre el Haquin, Olvera, Villa Martin, Cañete, Hardales, Estepa, el Ponton de Don Gonzalo, Lucena, Cabra, Baena, Rute, Luque, Mártos, Torrejimena, Torre el Campo, la ciudad de Jaen, la Guardia, Pegalajar, Torres Jimena, Belmar, Jódar y Quesada. Y pasando mas adelante, confinando con los lugares del adelantamiento de Cazorla, y por las faldas de la sierra de Segura se iba á juntar con el reino de Murcia. Todo lo que cae en este ámbito comprendia el reino de Granada, y era poseido por el rey moro en aquel tiempo, y habia algunas ciudades y villas en él, que siendo ocupadas por los reyes cristianos, la sustentaban y tenian en ella sus fronteras. Estas eran Antequera y Alcalá la Real y la villa de Archidona, y otras que no se comprenden ahora en el reino de Granada, sino en la otra parte de la Andalucía; no embargante que todas las villas y castillos que no son de la antigua jurisdiccion de las ciudades de Córdoba y Sevilla, fueron antiguamente de la provincia ó reino de Iliberia, como lo dice Aben Raxid en un libro que hizo en Córdoba por mandado del halifa de Damasco, intitulado *Departimiento de las tierras de España, y entrada y conquista que los alárabes hicieron en ella*. Volviendo pues á nuestra descripcion, atraviesan por el reino de Granada, de poniente á levante, dos sierras, la una mayor, mas alta y mas fragosa que la otra. La que es mayor cae hácia el mar Mediterráneo, y tomando principio cerca de la ciudad de Gibraltar, hace las serranías de Ronda, y prosiguiendo entre las ciudades de Málaga y Antequera, deja la hoya y la jarquía á mano derecha, y va por entre Vélez y Alhama. En este paraje hace el puerto que llaman de Zalia ó Calha, llamado así del nombre de una fuerte villa que habia junto á él en aquel tiempo hácia la parte de mediodía, la cual fué despoblada después que los Católicos Reyes ganaron aquel reino, y allí hicieron una fortaleza por bajo del sitio antiguo, donde hubo muchos años gente de guerra para la seguridad de aquel paso; y aun se ven el dia de hoy los muros en pié, yendo por el camino que va de Vélez á Alhama sobre mano izquierda. Desde este puerto vuelve una cordillera de sierra, que procede de la mayor y va hácia la mar; llámanla tierra de Tejeda por los muchos tejos que hay en ella, que son unos árboles derechos y altos como el aciprés, y la madera es semejante al pino, y se aprovecha rolliza sin aserrar para enmaderar las casas y para otras muchas labores. Bajando pues por la cordillera desta sierra, que es alta y muy fragosa, á la mano derecha está pegada con ella otra sierra mas baja, que la va acompañando hasta la mar, y la llaman sierra de Bentomiz, del nombre de una villa antigua que fué edificada en ella por los alárabes primeros que conquistaron en España, y por un linaje de ellos llamado Beni Tumi, que tambien pobló en la provincia de Argel en Berbería, y señoreó aquella ciudad muchos tiempos. En esta sierra de Bentomiz poblaron los moros muchos lugares, y vivian en ellos ricamente por la cria de la seda, y por las pasas, higos y almendras que allí se cogen. Hácia la mar se hace un peñon alto y muy fragoso, que llaman el peñon de Fixiniana, del nombre de otro lugar que está cerca dél, que los cristianos llaman corruptamente Fixiniana, del cual haré-

mos particular mencion cuando tratemos de la jornada que don Luis de Requesenes, comendador mayor de Castilla, hizo sobre él. Volviendo pues al puerto de Zaha, donde se hace en lo alto de la sierra una hermosa dehesa de yerba y de encinares, que los moros llaman Hesfaaraaya, que quiere decir campo de pastores, y los nuestros Safarraya, prosigue todavía esta sierra mayor, dejando á mano derecha la ciudad de Almuñécar en la costa de la mar, y á la izquierda la de Alhama, y va á dar á otro peñon que está encima de los lugares de las Guájaras, no menos fragoso y fuerte que el de Fixiniana, donde tambien hubo empresa memorable en esta guerra; y quedando á la marina en este paraje el fuerte castillo y villa de Salobreña, va á dar la sierra al valle de Lecrin. A mano izquierda del proprio valle está la fértil y espaciosa vega de Granada, y á la derecha la villa de Motril y su tierra. Luego se vuelve á levantar en mayor altura y prosigue todavía para levante, teniendo al mediodía las sierras de Lanjaron y la taa de Órgiba, y á la parte del cierzo la nombrada y gran ciudad de Granada. Desde aquí para adelante llaman esta sierra Sierra Nevada, por la continua nieve que hay en ella, y los antiguos la llamaron Oróspeda, los alárabes Xolair; y en las vertientes della que caen hácia la mar están las taas de la Alpujarra, que Aben Raxid llama tierra del Sirgo, por la mucha seda que allí se cria. Los alárabes llaman esta tierra Abujarra, que quiere decir la rencillosa y pendenciera, porque, como dicen sus escritores, muchos tiempos después de haber conquistado los alárabes en España, se defendieron los cristianos en la aspereza de aquellas sierras, y si los sujetaron, fué con que los dejasen vivir en nuestra fe; la cual fueron después dejando poco á poco, y vinieron á tomar los ritos y ceremonias de su seta; y esta soberbia de ser invencibles en sus sierras les duraba hasta nuestros tiempos. Dice Aben Raxid, exagerando la fortaleza de España: «Esta provincia está cercada de tres fuertes muros, que naturaleza le dió para guarda y defensa de sus naturales: al mediodía tiene las asperísimas sierras del Sirgo, que mucho tiempo estuvieron por los cristianos; á levante los montes Pireneos; á septentrion otras montañas, donde tambien se encastillaron los moradores de la tierra contra el poder de los romanos, de los godos y de los alárabes.» Hasta aquí dice Aben Raxid. Nueve leguas á levante de Granada, en los llanos que se hacen al pié de Sierra Nevada, á la parte del cierzo está la ciudad de Guadix, y otras ocho leguas mas adelante la de Baza, en el paraje de la cual hace la sierra mayor un valle que llaman rio de Almanzora, por un rio que corre por él con aquel nombre; y á la mano derecha, sobre la costa de la mar, está la ciudad de Almería, que en un tiempo compitió con Granada en riquezas y poblacion. Proceden de la sierra mayor muchos ramos que van á dar á la mar con nombres de las poblaciones que han en ellos, como son Gádor, Filábres y otros muchos. Y aunque la sierra principal se quiebra en el rio de Almanzora, después se vuelve á levantar y prosigue no con tanta altura; y dejando á la marina las ciudades de Vera y Mojácar, se va á meter en el reino de Murcia, donde la dejarémos, por no hacer mas al propósito de nuestra historia. Toda esta sierra que hemos dicho, y las otras que proceden della, son muy fragosas, y por la mayor parte habitables las haldas y senos dellas, donde tienen los moradores muchas y muy buenas tierras de pan y mucha yerba para la cria de los ganados, especialmente en los llanos que caen de una parte y otra de la sierra mayor; de la cual proceden muchas fuentes de aguas frias que bajan por los valles y quebradas, con las riberas llenas de arboledas de toda suerte, y convirtiéndose después en diferentes rios, corren diferentemente unos á la mar y otros á la parte del cierzo; y por todas partes tenian los moros muchos lugares poblados de gente rica por la cria de la seda y del ganado, que es la principal granjería de aquella tierra. La otra sierra menor cae á la parte del cierzo, en los confines que ahora llamamos Andalucía. Esta es la sierra de Íllora, que los moros llaman Barbandara, y no es tan fragosa como la que hemos dicho. Hay en ella muchas villas y castillos fuertes, donde los reyes de Granada tuvieron grandes tiempos su frontera contra los cristianos; y la tierra es muy apropriada para labores, y se coge por toda ella mucho pan, porque se quiebra muchas veces, y hace valles, lomas y cerros bajos, que todo se puede romper con el arado; y desta manera va prosiguiendo por los mismos parajes que la sierra mayor de poniente hácia levante con diferentes nombres, segun la poblacion de las villas y castillos que hay en ella. Entre estas dos sierras está la nobleza de todo el reino de Granada, en las ciudades de Ronda, Antequera, Alhama, Loja, Granada, Guadix y Baza; y sobre la costa de la mar están otras ciudades marítimas, como son Marbella, Málaga, Vélez, Almuñécar, Almería, Mojácar, Vera; y en todas ellas hay muchos caballeros y gente noble, que proceden de los conquistadores de la tierra, á quien los Católicos Reyes dieron largos repartimientos en pago y remuneracion de sus servicios. Otras tres poblaciones hay tambien con título de ciudades en este reino, llamadas Ujíjar y Cobda en la Alpujarra, y Purchena en el rio de Almanzora, que son menos nobles que las otras. Esto es lo que en general se puede decir del reino de Granada; adelante le irémos describiendo mas en particular en los lugares que tocarémos en el discurso de la historia.

CAPITULO III.

Que trata de la antigua ciudad de Iliberia, que fué en este reino de Granada.

La antigua ciudad de Iliberia, de quien hacen mencion algunos escritores antiguos, segun lo que adelante dirémos, fué en la provincia Bética. Aben Raxid, en aquel libro que dijimos que hizo en Córdoba, hablando desta provincia, dice desta manera: «Iliberia» (aunque otros leen Eliberia, porque como en la gramática árabe son las vocales puntos, fácilmente se toma la *e* por la *i*, y la *o* por la *u*, porque diferencian poco en los lugares de los caractéres donde se ponen, como se hace tambien en lo hebráico, que se diferencia la vocal solamente en ser un punto ó dos puntos puestos en un mesmo lugar); finalmente, Aben Raxid dice: «Iliberia, ciudad grande y rica por el mucho sirgo que de allí sale á todas partes de España, está sesenta mil pasos de Córdoba hácia el mediodía, y seis mil pasos de la sierra de la Helada hácia el cierzo; están en sus términos los castillos siguientes: Jaen, Baeza, donde se labran ricas alhombras; Loja, Almería y Granada,

que antiguamente se llamó villa de los Judíos, porque la poblaron judíos, y es la mas antigua poblacion del término de Iliberia, por medio de la cual pasa el rio Salon, que nace en el monte del Arrayan, y entre sus arenas se hallan granos de oro fino. Y con él se junta luego otro rio mayor, llamado Singilo, que baja del monte de la Helada. Y en estos términos está el castillo de Gacela, que ninguno semeja tanto á la ciudad de Damasco en riqueza como él; y en su término hay ricas piédras de mármol fino, blancas y negras y matizadas de diversas colores.» Hasta aquí dice Aben Raxid. De donde se colige haberse llamado Gacela en algun tiempo las alcazabas antiguas de la ciudad de Granada, que sin duda fué poblacion de alárabes y la primera que hicieron en aquella ciudad, por lo que se dirá adelante, la cual hallamos haberse tambien llamado Hizna Roman. Por estas razones se deja bien entender haber sido la antigua ciudad de Iliberia cerca de la ribera del rio Cubila, que pasa al pié de la sierra que los modernos llaman sierra Elvira, á la parte del cierzo, donde hemos visto muchos vestigios y señales de edificios antiquísimos. Y los moradores de los lugares comarcanos se fatigan en vano cavando en ellos, pensando hallar tesoros, y han hallado allí medallas muy antiguas de tiempo de gentiles. Y lo que mas arguye que sea esto así, es la distancia que hay de allí á Córdoba y á la sierra de la Helada, que es la mesma que dice Aben Raxid. Finalmente, Iliberia fué ciudad populosa, cabeza de obispado, y san Cecilio fué obispo della en la primitiva iglesia, y la iglesia catedral de la ciudad de Granada celebra su fiesta el dia de hoy. Y el concilio iliberitano parece mas verisímil haber sido en esta ciudad que en Iberia, ciudad de Cataluña, llamada hoy Colibre, de quien trata Pomponio Mela. Los que llamaron esta ciudad Eliberia dicen que la fundó Eliberia, hija de Ispan, y que le puso su nombre; á lo cual no contradigo, por la facilidad con que se pudo trocar aquella letra primera en tantos siglos; mas si bien se consideran los nombres que Tito Livio y otros escritores antiguos nos dan de las ciudades que florecian en aquellos tiempos en España, hallarémos que la mayor parte dellos comienzan en *I*, que es la letra primera del nombre de Ispan, que la pobló, como son Iliturgi, Ilerda, Ilegita, Ilipa, Ilucia, Ibera y otras muchas. Y aun los nombres de las ciudades de Africa que eran principales comenzaban todas en *T*, muchas de las cuales mantienen todavía los nombres antiguos, como son Taftana, Taculet, Tagaost, Tarudant, Tazarot, Tamarrocx y otras muchas. Y la lengua antigua africana se llama *tamazegt*, y los moros en lo arábigo interpretan lengua noble, y la llaman *quelem amaric*, tomando aquella *T* por epíteto, por ser la primera letra del nombre del primer poblador, que fué Tut, nieto de Noé. Volviendo pues á nuestra Iliberia, aquel escritor árabe dice que los gentiles, á quien ellos llaman *gehela*, destruyeron esta ciudad antes que los alárabes conquistasen en España, y que los vándalos la ennoblecieron, y estuvo próspera en su tiempo, y que los alárabes la ganaron por fuerza de armas, y la destruyeron y asolaron gran parte della; finalmente, fueron ellos los que la acabaron de destruir, mudando la poblacion que habia quedado á la ciudad de Granada, de la cual dirémos adelante: solamente se advierte al lector que Elvira es nombre corrompido al gusto de nuestra lengua vulgar, porque los moros llaman la sierra donde fué esta ciudad de Iliberia *Gebel Elbeira*, que quiere decir sierra desaprovechada ó de poco fruto, porque no tiene agua ni leña ni aun yerba. Otros la llaman sierra de los Infantes, porque á un lado della, á la parte de Granada, junto á un lugar que llaman el Atarfe, tuvieron asentado su real los infantes don Juan y don Pedro, su sobrino, hijo y nieto del rey don Alonso el Sabio; y siendo desbaratados por Odman ó Hozmin, alcaide de Ismael, rey de Granada, murieron entrambos á dos en el año del Señor 1320. Despoblada Iliberia, solamente quedó en pié el castillo y algunos barrios en la ribera del rio, y los reyes moros daban aquella tenencia á deudos suyos ó á personas de cuenta. Y estando en Granada el año de 1571, nos mostró un morisco dos títulos de aquella alcaidía, que habia sido de sus pasados, los cuales estaban en un papel grueso como de estraza, muy bruñido y colorado, y algunas letras mayúsculas de oro, que cierto fué contento verlos por su antigüedad y por el estilo de las patentes de aquellos reyes. Este castillo estuvo muchos tiempos en pié, hasta que los Reyes Católicos le derribaron en las entradas que hicieron en la Vega. Vense todavía allí junto al rio dos barrios, que llaman Pinos de la Puente.

CAPITULO IV.

En que se declara dónde fué la villa de los Judíos que Raxid dice.

Conforme á lo que Raxid dice, la villa de los Judíos fué en aquella parte de la ciudad de Granada que está en lo llano entre los dos rios referidos, que los naturales llaman por Salon Darro, y por Singilo Genil, desde la parroquia de la iglesia Mayor hasta la de Santo Matía, donde se hallan cimientos de fábricas muy antiguas; y la fortaleza debió ser donde ahora están las torres Bermejas, porque segun fuimos informados de los naturales de la tierra, el muro que baja destas torres, roto y aportillado en muchas partes, es el edificio mas antiguo desta ciudad; y los demás que cercaban la villa debieron de irse deshaciendo como se fué acrecentando la poblacion. Conforme á esto trae verisimilitud lo que el curioso Garibay, escritor moderno, dice en su *Compendio historial*, que Granada se llamó Garnat, que en lengua hebrea quiere decir la Peregrina, porque la poblaron los judíos que vinieron á España en la segunda dispersion de Jerusalen. Cuanto á esto, entiendo que debieron ser los de Nabucodonosor, que vinieron muchos años antes, y estos eran de Fenicia, de Tiro y Sidon, y se llamaron mauros mauroforos. Poblaron en esta costa y en la de Africa las ciudades libias fenicias, y dellos tomaron nombre las Mauritanias Tingitania y Cesariense. En los altos pues que caen sobre Granada parece que pudo estar fundada la antigua ciudad de Illipa, que refiere Tito Livio en el quinto libro de la cuarta década cuando dice que cerca della Publio Cornelio Escipion, procónsul romano, venció á los lusitanos que andaban robando aquella tierra, y les mató quince mil hombres y les quitó la presa que llevaban; y llegándose á la ciudad de Illipa, lo puso todo delante de las puertas para que los dueños conociesen lo que les habian robado, y se lo restituyó. Y conforme á esto los judíos debieron de poblar entre los dos rios referidos, y no en los altos, donde Dios habria permiti-

do la destruicion de aquella ciudad, como de otras muchas deste reino. No he podido hallar mas claridad, en cuanto á esta villa de los Judíos, de la referida; mas en lo que toca á la poblacion que los alárabes y moros hicieron en la ciudad de Granada, en qué tiempos y por qué razon, y los nombres de las fortalezas y barrios della, y de la manera que se fué aumentando y ennobleciendo, todo esto dirémos con mucha certidumbre, porque pusimos diligencia en saberlo, así por relaciones de moriscos viejos, como por escrituras árabes y letreros esculpidos en piedras antiguas que vimos en las ruinas de los soberbios edificios desta ciudad.

CAPITULO V.

En el cual y en los que se siguen se trata de la descripcion de la ciudad de Granada y de su fundacion.

El sitio de la ciudad de Granada como se ve el dia de hoy es maravilloso y harto mas fuerte de lo que desde fuera parece, porque está puesta en unos cerros muy altos, donde á mi juicio fué la antigua Illipa, que proceden de otros mayores que la ciñen á la parte de levante y del cierzo; y ocupando los valles que hay entre ellos, se extiende largamente por un espacioso llano á la parte de poniente, donde está una hermosísima vega llana y cuadrada, llena de muchas arboledas y frescuras, entre las cuales hay muchas alcarías pobladas de labradores y gente del campo, que todas ellas se descubren desde las casas de la ciudad. A las espaldas destos cerros está una sierra, que se alza desde el rio de Aguas Blancas, que corre entre ella y la de Güéjar, y va hácia el cierzo con diferentes nombres. Al principio la llaman sierra de Güete de Santillana, luego sierra del Albaicin, y al cabo sierra de Cogollos y de Hiznaleuz; por manera que estando cercado el sitio desta ciudad por esta parte de sierras ásperas y muy fragosas, llenas de muchas quebradas, y teniendo al mediodía la sierra Mayor y la Alpujarra, jamás fueron poderosos los reyes cristianos para poderla cercar, sino fué por la parte de la Vega, donde pusieron algunas veces su real para solo talar y destruir los panes y arboledas que habia en ella y necesitar á los moradores con hambre. Estaba esta ciudad en tiempo de moros cercada de muros y torres de argamasa tapiada, y tenia doce entradas al derredor, en medio de fuertes torres con sus puertas y rastillos, todo doblado y guarnecido de chapas de hierro, y sus rebellines y fosos á la parte de fuera; y habia tanto número de gente de guerra dentro y en los lugares de las sierras sus comarcanas, que con razon la podemos poner en el número de las muy fuertes y poderosas; mas después acá se ha tenido y tiene menos cuenta con su fortificacion, gozando los conquistadores de la dorada paz. La primera fundacion desta insigne ciudad, como dijimos en el capítulo antes deste, fué la que llama Raxid villa de Judíos, que debió ser cerca de la antigua Illipa, como queda dicho en el capítulo antes deste. Después desto, cuando Tarique Aben Zara ganó á España, unos alárabes de los que vinieron con él de Damasco edificaron cerca della un castillo fuerte sobre un cerro que agora cae dentro de la ciudad, llamado el cerro de la Alcazaba antigua. A este castillo llamaron Hizna Roman, que quiere decir el castillo del Granado, porque debia de haber allí algun granado, de donde tomaron la denominacion, y desto dan testimonio las escrituras antiguas, que hemos visto en aquella ciudad, de posesiones que están dentro del ámbito dél; y aunque está desmantelado á la parte de la ciudad por razon de la poblacion de casas que fué despues creciendo, lo que cae afuera se tiene todavía los muros en pié, y los moriscos le llaman Alcazaba Cádima, que quiere decir castillo ó fortaleza antigua. Tambien nos mostró un morisco unas letras árabes, escritas en una tapia deste proprio muro antiguo, que parecia haber sido hechas con algun hierro ó palo delgado, estando la argamasa blanda, al tiempo que tapiaban, en las cuales se contienen palabras del Alcoran, que es testimonio de haberse hecho en tiempo de alárabes setarios, y no antes. El mesmo nos certificó que podia haber cuarenta años que habia visto unas letras árabes esculpidas en una piedra antigua, que estaba sobre la boca del algibe de la iglesia de San Jusepe, que decian como los vecinos de Hizna Roman habian hecho aquel algibe de limosnas para servicio de los morabitos de aquella mezquita, porque en esta iglesia y al pié de la torre antigua que está en ella estaba una ermita ó rábita, que llamaban Mezquit el Morabitin, y era de las primeras que los alárabes edificaron en aquella tierra, la cual estaba fuera de los muros de Hizna Roman, y lejos del rio Darro, en la mitad de la ladera del cerro. Y porque los morabitos tenian trabajo en haber de bajar por agua al rio, acordaron de hacerles allí aquel algibe, y que Diego Fustero, mayordomo de aquella iglesia, habia quitado de allí la piedra, queriendo hacer un aposento sobre el proprio algibe. Otros nos dijeron que cuando el emperador don Cárlos fué á la ciudad de Granada el año del Señor 1526, un morisco principal, llamado el Zegrí, habia hecho quitar todas las piedras de letreros árabes que habia en el Albaicin y en la Alcazaba, y que habia quitado aquella piedra entre las otras. Baste esto para testimonio de que se llamó esta Alcazaba Hizna Roman. Creció después su poblacion hácia el rio Darro, y en el año del Señor 1006 habia ya otra nueva Alcazaba entre la vieja y el rio, que tenia mas de cuatrocientas casas, la cual llamaron Alcazaba Gidid, que quiere decir Alcazaba Nueva. Esta segunda poblacion dicen que hizo un africano, natural de las sierras de Vélez de la Gomera, llamado el Bedicí Aben Habuz, y que la llamó Gacela, tomando la denominacion de un animal que hay en Africa, muy bien compuesto y de grande ligereza, que anda siempre tan recatado, que no se asegura sino en las cumbres y lugares altos de donde descubra y señoree la tierra, y le llaman los africanos gacela; porque este hombre guerrero la mucha experiencia le daba á entender que para sustentarse en aquella tierra era menester estar siempre en vela. En el ámbito de la Alcazaba nueva hay tres barrios, que parece haber sido cercados cada uno de por sí en diferentes tiempos, y todos estaban inclusos debajo de un muro principal. El primero y mas alto está, junto con la Alcazaba antigua, en la parroquia de San Miguel, y allí fueron los palacios del Bedicí Aben Habuz, en las casas del Gallo, donde se ve una torrecilla, y sobre ella un caballero vestido á la morisca sobre un caballo jinete, con una lanza alta y una adarga embrazada, todo de bronce, y un letrero al través de la adarga que decia desta manera: *Calet el Bedicí Aben Habuz guidate habez Lindibuz;* que

quiere decir: Dice el Bedicí Aben Habuz que desta manera se ha de hallar al andaluz. Y porque con cualquier pequeño movimiento de aire vuelve aquel caballo el rostro, le llaman los moriscos *Dic reh*, que quiere decir gallo de viento, y los cristianos llaman aquella casa la casa del Gallo. El segundo, donde habia la mayor contratacion antiguamente, cuando florecia Gacela, es el de la parroquia de San Josef. Allí estaba la mezquita de los morabitos, y tenian sus casas los mercaderes y tratantes. Y el tercero era el de la parroquia de San Juan de los Reyes, iglesía edificada por los Reyes Católicos en el sitio de una mezquita que los moros llamaban *mozchit el Teibin*, que quiere decir mezquita de los Convertidos: llamábanle barrio de la Cauracha por una cueva que allí habia, que entraba debajo de tierra muy gran trecho, porque *caura* en arábigo quiere decir cueva. De aquí fabularon algunos, diciendo que una señora llamada Nata moraba en Iliberia y encerraba su pan en aquella cueva, y que de allí se tomó el nombre de Garnata, porque *gar* quiere decir cueva ó cosa honda. Andando pues el tiempo, vino á extenderse la poblacion de la Alcazaba Nueva hasta llegar al proprio rio Darro, donde se pobló otro barrio agradable y muy deleitoso, que llamaron el Haxariz, que quiere decir la recreacion y deleite, el cual es muy celebrado en los versos de los poetas árabes por las muchas fuentes, jardines y arboledas que los regalados ciudadanos tienen dentro de las casas. Este barrio comienza desde San Juan de los Reyes, y llega hasta el rio Darro, donde está la parroquia de San Pedro y San Pablo, y hasta llegar al monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, que cae en él.

CAPITULO VI.

En que prosigue la descripcion y fundacion de la ciudad de Granada.

Todas estas poblaciones vinieron después á incluirse debajo de un solo muro, cuyos vestigios y señales se ven en muchas partes entre las casas de los ciudadanos, y por defuera se está todavía en pié el muro desde la puerta de Guadix, por el cerro arriba, hasta bajar á la puerta Elvira por la otra parte. Algunos quisieron decir que por estar los barrios cercados cada uno de por sí, inclusos en el muro principal, de la manera que están los cascos dentro de la granada, y la Alcazaba antigua puesta en la corona del cerro, se llamó la ciudad Granada; lo cual yo no apruebo ni repruebo, aunque trae harta similitud la ciudad con el nombre. Poblóse tambien otro barrio por bajo de las casas del Gallo y fuera de los muros de la Alcazaba, á manera de un arrabal llamado el Cenete, donde moraban una generacion de moros africanos llamados Beni Ceneta, que venian á ganar sueldo en las guerras, y los reyes moros se servian dellos como de milicia segura, para guardia de sus personas; y por tenerlos cerca de sí, cuando sus palacios eran en las casas del Gallo les dieron aquel sitio donde poblasen, el cual es áspero, y se extiende por una ladera abajo hasta llegar á lo llano. Despoblóse después la ciudad de Iliberia por los daños que los cordobeses hacian á los vecinos que habian quedado en ella, ó por mejorarse en la nueva poblacion que florecia y se iba cada dia aumentando, y en todo se hacia muy semejante á la ciudad de Fez, que pocos años antes habia sido edificada en la Mauritania Tingitania, y ennoblecida por los setarios de la casa de Idrís, como dijimos en nuestra Africa, y las gentes que della vinieron poblaron aquel llano, que está debajo del barrio del Cenete y á la parte de la Vega hasta la plaza Nueva, y andando el tiempo vino á henchirse de casas el espacio que habia vacío entre la Alcazaba y la villa de los Judíos, que eran huertas y arboledas. Hecho un cuerpo y una ciudad, los Reyes la ciñeron de muros y torres, como se ve el dia de hoy; en la cual hay catorce puertas principales, sin las dos que están en el barrio del Albaicin, para el uso de los moradores, que todas tienen nombres moriscos, aunque corruptos: la primera y principal llamaron Bib Elbeira; esta es la puerta de Elvira, que cae á la parte de la sierra Elvira, donde estaba la ciudad de Iliberia; y volviendo hácia poniente está Bib el Bonaita, que quiere decir puerta de las Eras, y agora se llama puerta de San Jerónimo, porque se sale por ella al monasterio de señor San Jerónimo. Luego sigue Bib el Marstan, que quiere decir puerta del hospital de los Incurables, porque donde agora está Sant Lázaro habia un hospital de incurables, y los cristianos la llaman Bib Almazan. Adelante está la puerta de Bibarrambla, que los moros llamaban Bib Ramela, puerta del Arenal. Luego está Bib Taubin, puerta de los Curtidores, y adelante Bib Lacha ó puerta del Pescado; luego siguen Bib Abulnest, que llaman puerta de la Madalena; Bib el Lauxar, que hoy es la puerta del Alhambra, ó de la calle de los Gomeres; Bib Gued Aix, puerta de Guadix; Bib Adam, puerta del Osario, y agora puerta del Albaicin; Bib el Bonut, puerta de los Estandartes, porque en la torre que estaba sobre ella se arbolaba el primer estandarte cuando habia eleccion de nuevo rey ú otra cosa señalada en Granada. Y pasando mas adelante, está deshecha la puerta que llamaban del Beiz, que quiere decir del Trabajo ó de los Trabajadores; luego está Bib Cieda, puerta de la Señoría, la cual estuvo grandes tiempos cerrada, por un pronóstico que tenian los moros, que les decia que por allí habia de entrar la destruicion del Albaicin, que es otro barrio muy grande, de que harémos mencion adelante; y la mandó abrir el año de 1573 don Pedro de Deza, presidente de la real audiencia de Granada, que después fué cardenal de la santa Iglesia de Roma. La otra es Bib el Alacaba, que quiere decir la puerta de la Cuesta, la cual sale á la cuesta que baja por defuera del muro de la Alcazaba, encima de la puerta Elvira, y es de las mas antiguas puertas de Granada. Este barrio del Albaicin se comenzó á poblar en tiempo que reinaba en Castilla el rey don Hernando el Santo, cerca de los 1227 años de Cristo. Poblóse de los moros que despoblaron las ciudades de Baeza y de Ubeda, los cuales, por no ser mudejares del Rey, se fueron á vivir á Granada, y Aben Hut, rey de aquella ciudad, los recogió y les dió aquel sitio donde poblasen. Los primeros fueron los de Baeza, y siete años después los de Ubeda. Tomó nombre de sus primeros pobladores, y creció tanto con las gentes que acudian de todas partes huyendo las armas de los príncipes cristianos, que vino á competir en riquezas, en nobleza de edificios y en contrataciones con los antiguos ciudadanos de Granada.

CAPITULO VII.

En que prosigue la descripcion de Granada, y trata del reino de los Alahamares, y de los edificios que edificaron.

Sucedieron después desto grandes guerras entre los moros de España, levantándose muchos caudillos con título de reyes, mas molestos que poderosos, y entre ellos uno llamado Mahamete Abuzaid Ibni Aben Alahamar, de quien hacemos particular mencion en nuestra historia de Africa, que se apoderó de todo el reino de Granada, y reinaron en él sus descendientes hasta el año de 1492. Estos reyes se hicieron ricos y poderosos con las ocasiones de los tiempos, y ennoblecieron su ciudad unos á porfía de otros; renovaron los muros, y acrecentáronlos por muchas partes; cercaron el Albaicin, hicieron castillos y fortalezas, y edificaron suntuosos palacios para su morada. Reinando pues Abí Abdilehi, hijo de Abuzaid, segundo rey desta casa de los Alhamares, y siendo muy victorioso contra sus enemigos, se comenzó á edificar la fortaleza del Alhambra, y le puso nombre de su mesmo apellido. Su primera fundacion fué en el lugar donde agora está la torre que dicen de la Campana, en la cumbre de un alto cerro que señorea la ciudad, opuesto al cerro de la Alcazaba, y tan cerca dél, que solo el rio Darro los divide. Este mesmo rey edificó otro castillo pequeño con su torre de homenaje en las ruinas de otra fortaleza antigua, que debió ser la de la villa de los Judíos, y la llaman agora las Torres Bermejas. Edificó ansimesmo una fuerte torre en la puerta de Bib Taubin, sobre la cual hicieron los reyes católicos don Hernando y doña Isabel un pequeño castillo; y demás desto hizo cinco torres en el campo al derredor de la ciudad á la parte de la Vega, donde se pudiesen recoger los moros que andaban en las labores en tiempo de necesidad. A este rey imitaron otros que le sucedieron con mayor fuerza y riqueza, los cuales, prosiguiendo en el edificio del Alhambra, la ensancharon y ennoblecieron maravillosamente, en especial Abil Hagex Jucef, hijo de Abil Gualid, que reinó cerca de los años de Cristo 1336, que fueron 745 de la hijara, y labró los suntuosos edificios de los alcázares, donde gastó mucha parte de sus tesoros, en veinte y dos años que reinó felicemente gozando de una larga paz. Estos alcázares ó palacios reales son dos, tan juntos uno de otro, que sola una pared los divide. El primero y mas principal llaman cuarto de Comáres, del nombre de una hermosísima torre labrada ricamente por de dentro de una labor costosa y muy preciada entre los persas y surianos, llamada Comaragia. Allí tenia este rey los aposentos del verano, y desde las ventanas della, que responden al cierzo y al mediodía y á poniente, se descubren las casas de la Alcazaba, del Albaicin y de la mayor parte de la ciudad, y toda la ribera del rio Darro, y la Vega, con hermosa y agradable vista de jardines y arboledas, que recrean grandemente á quien lo mira. A la entrada deste palacio está un pequeño patio con una pila baja á la usanza africana, muy grande y de una pieza, labrada á manera de venera, y de un cabo y de otro están dos saletas labradas de diversos matices y oro, y de lazos de azulejos, donde el Rey juntaba á consejo y daba audiencia; y cuando él no estaba en la ciudad, oia en la que está junto á la puerta el Cadí ó Justicia mayor á los negociantes, y á la puerta della está un azulejo puesto en la pared con letras árabes que dicen: «Entra y pide: no temas de pedir justicia; que hallarla has.» El segundo palacio, que está á la parte de levante, llaman el cuarto de los Leones, por una hermosa fuente que tiene en medio de un patio enlosado todo de alabastros, y con muy ricos pilares al derredor, que sustentan los sopórtigos de los palacios y salas. Esta fuente tiene una gran pila de alabastro, alta sobre doce leones de lo mesmo puestos en rueda, tamaños como becerros, y por tal artificio horadados, que responde el agua de uno en otro, y todos la echan á un tiempo por las bocas, y por encima de la pila sale un golpe muy grande, que vierte y baña todos los leones. En este cuarto están los aposentos, alcobas y salas reales, donde los reyes moraban de invierno, no menos costosos de labor que los de la torre de Comáres. Allí tenian su baño artificial solado de grandes alabastros y con sus fuentes y pilas, donde se bañaban. A las espaldas del cuarto de los Leones, hácia mediodía, estaba una rauda ó capilla real, donde tenian sus enterramientos, en la cual fueron halladas el año del Señor 1574 unas losas de alabastro que, segun parece, estaban puestas á la cabecera de los sepulcros de cuatro reyes desta casa; y en la parte dellas que salia sobre la tierra, porque estaban hincadas derechas, se contenian de entrambas partes epitafios en letra árabe dorada puesta sobre azul, en prosa y en verso, en loa y memoria de los yacentes. De las cuales sacamos un traslado que poner en esta nuestra historia, por ser estilo peregrino diferente del nuestro, y por no interromper el órden de la descripcion de la ciudad, lo pornémos al cabo della en un capítulo de por sí.

CAPITULO VIII.

Que contiene la materia del pasado, y trata de las recreaciones que tenian los reyes moros en esta ciudad.

Demás destos dos ricos alcázares, tenian aquellos reyes infieles otras muchas recreaciones en torres, en palacios, en huertas y en jardines particulares, ansí dentro como fuera de los muros de la ciudad y de la Alhambra, como era el palacio y huerta de Ginalarife, que quiere decir huerta del Zambrero, que está como un tiro de herradura de la puerta falsa de aquella fortaleza, á la parte de levante, y tiene dentro grandes arboledas de árboles frutales y de plantas y flores olorosas, y mucha abundancia de agua de una acequia que se toma del rio Darro, y se trae por lo alto de la loma de aquel cerro muy gran trecho, con la cual se regaban las huertas y cármenes que estaban en aquella ladera hasta llegar al rio. Tenian asimesmo otro palacio de recreacion encima deste, yendo siempre por el cerro arriba, que llamaban Darlaroca, que quiere decir palacio de la Novia; el cuál nos dijeron que era uno de los deleitosos lugares que habia en aquel tiempo en Granada, porque se extiende largamente la vista á todas partes, y agora está derribado, que solamente se ven los cimientos. A las espaldas deste cerro, que comunmente llaman cerro del Sol ó de Santa Elena, se ven las reliquias de otro rico palacio, que llaman los Alijares, cuya labor era de la propria suerte que la de la sala de la torre de Comáres, y al derredor dél habia grandes estanques de agua y muy hermosos jardines,

verjeles y huertas; lo cuál todo está al presente destruido. Yendo pues el cerro abajo al rio de Genil, que cae de la otra parte hácia mediodía, estaba otro palacio ó casa de recreacion para criar aves de toda suerte, con su huerta y jardines, que se regaba con el agua de Genil, llamado Darluet, casa de rio, y hoy casa de las Gallinas. Y demás de todos estos palacios y jardines, tenian las huertas reales en la loma y campo de Abulnest, donde llaman agora campo del Príncipe, que llegaban desde la halda del cerro donde está la ermita de los Mártires, hasta el rio Genil. En estos jardines estaban los veranos los reyes, por ser al derredor de la Alhambra; y aunque tenian otros palacios en la Alcazaba con jardines y huertas á la parte de la Vega, no moraban en ellos, por quitarse del tráfago y comunicacion del pueblo escandaloso y amigo de novedades; y por esto comenzaron y acabaron aquella fortaleza fuera de los muros de la ciudad y cerca della, á imitacion de los reyes de Fez, que hicieron otro tanto por la mesma razon pocos años antes; los cuales, dejando los palacios que tenian en la alcazaba de Fez el viejo, edificaron la fortaleza de Fez el nuevo, que llamaron la Blanca, donde vivian mas seguros con sus casas y familias, porque los reyes de Granada siempre fueron imitando á los de Fez, y las ciudades en sitio, aire, edificios y gobierno, y en todo lo demás, fueron muy semejantes.

CAPITULO IX.

Que prosigue la materia del pasado, y trata de otras poblaciones y de los rios Darro y Genil.

Reinando Abí Abdilehi Abil Hagex Jucef, en tiempo del rey don Alonso el Onceno, cerca de los 1304 años de Cristo, se pobló el barrio que hoy llaman la calle de los *Gomeres*, de una generacion de africanos naturales de las *sierras* de Vélez de la Gomera, llamados Gomeres, que venian á servir en la milicia; y por la mesma razon que los Cenetes poblaron el otro barrio, hicieron ellos allí su morada cerca de los alcázares de la Alhambra. Lo que agora llaman la Churra se llamó en otro tiempo el Mauror, que quiere decir el barrio de los Aguadores, porque moraban en él hombres pobres que llevaban á vender agua por la ciudad. Después desto, en el año del Señor 1410, los moros que vinieron huyendo de la ciudad de Antequera cuando el infante don Hernando, que después fué rey de Aragon, la ganó, siendo tutor del rey don Juan el Segundo, poblaron el barrio de Antequeruela, que está en la loma de Alhabul, cerca de la ermita de los Mártires. En esta loma se ven grandes mazmorras y muy hondas, donde antiguamente, cuando los reyes de Granada no eran tan poderosos, encerraban los vecinos su pan, por tenerlo mas seguro; y después las hicieron prision de cristianos captivos para encerrarlos de noche, y detenerlos de dia cuando no los llevaban á trabajar; y la católica reina doña Isabel, en conmemoracion del martirio que padecieron en aquel captiverio muchos fieles cristianos por Jesucristo, ganada la ciudad, mandó edificar allí una ermita de la advocacion de los Mártires, y la dotó, y hizo aneja á su capilla real. Y en el año del Señor 1573 un bendito padre llamado fray Jerónimo Gracian de Antisco, hijo de Diego Gracian, secretario de su majestad, siendo provincial de la órden de los carmelitas de Nuestra Señora de Monte Carmelo de la Observancia, favorecido de las limosnas que el conde de Tendilla y la condesa doña Catalina de Mendoza, su mujer, hicieron para la obra y sustento de los frailes, fundó en aquella ermita un monasterio de frailes de su órden, andando edificando otros muchos por Castilla y por la Andalucía en compañía del padre Mariano, de nacion seués, hombre religioso y de santa vida, que fué el primero que en España la resucitó. Habia en Granada cuando la poseian los moros, y especialmente en tiempo de Abil Hascen, cerca de los 1476 años de Cristo, treinta mil vecinos, ocho mil caballos y mas de veinte y cinco mil ballesteros, y en solos tres dias se juntaban de los lugares de la Alpujarra, sierra, valle y vega de Granada mas de otros cincuenta mil hombres de pelea. Los muros que la rodean tienen mil y trescientas torres; las salidas hácia la parte de la Vega son llanas y muy deleitosas de arboledas, y las que responden á la parte de la sierra, no con menor recreacion se sale por ellas entre cármenes y huertas de muchas frescuras, especialmente saliendo por la puerta del Albaicin, que llaman Fex el Leuz, donde están los cármenes de Aynadamar, y por la ribera del rio Darro arriba. Este rio nace cuatro leguas á levante de la ciudad, de una fuente muy grande que sale de la sierra del Albaicin, donde están los lugares de Güetor, Veas y Cortes, y con muchas frescuras de huertas, que toman mas de dos leguas. Corre por entre dos cerros muy altos, y va á meterse en la ciudad por junto á la puerta de Guadix. Sácanse dél las acequias con que se riegan los cármenes y huertas que están en las laderas de los dos cerros; una de ellas va á Ginalarife, y de allí á la Alhambra y á otras partes; otra va á entrar en la ciudad por la falda del cerro de la Alcazaba, donde está el monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, y pasa derecha á San Juan de los Reyes, y proveyendo las fuentes de las casas del barrio del Haxariz, va á los pilares públicos y casas de particulares. Demás destas dos acequias, hay otra que se toma del mesmo rio, y la llaman acequia de los molinos; la cual á la parte de la Alhambra y por bajo del barrio de la Churra va á la parroquia de Santa Ana, y de allí se reparte de manera, que no se tiene por casa principal la de este barrio que no tiene agua propria dentro. El restante del rio atraviesa por medio de la ciudad, y llevandose las inmundicias, va á meterse en el rio Genil fuera de la puerta de Bibarrambla. El agua y el aire deste rio Darro es muy saludable. Hállanse en él, como queda dicho, granos de oro fino entre las arenas, que segun dicen los moriscos, las trae la corriente de las raíces del cerro del Sol, que está detrás de Ginalarife, en el cual se entiende que hay mineros de oro, por lo mucho que rebervera allí el sol cuando sale y cuando se quiere poner. Llamóse antiguamente este rio Salon, y algunos escritores le llamaron Dáureo; mas los moros le llamaron Darro, y dicen que es nombre corrupto derivado de Darrayhan, porque nace en aquella sierra del Albaicin de un monte que llaman Darrayhan; otros dicen que es nombre derivado de Diarcheon, como le llamaron los griegos: finalmente, llámese como quisiere, él es un rio muy provechoso, y los ciudadanos se sirven de su agua dentro y fuera de la ciudad, así para beber, como para regar los campos. Por la otra parte, hácia el mediodía, cerca de los muros pasa el otro rio mayor llamado Genil, á semejanza del Nilo. Los antiguos le llamaron Síngilo; su fuente es en Sierra Nevada en una

umbría que está encima del lugar de Güéjar, y los moros la llaman Hofarat Gihena, que quiere decir valle del Infierno; y procede esta agua de una laguna muy grande que está en la mas alta cumbre de la sierra junto al puerto Loh. De allí se despeña por valles fragosísimos de peñas entre aquellas sierras y la de Güéjar, y en él se hallan ricos mineros de jaspes matizados de diversas colores, de donde el rey don Felipe nuestro señor hizo sacar las ricas piedras verdes de que está hecho su sepulcro en San Lorenzo el Real; y sale al lugar de Pinos, y de allí á Cénes y á Granada, llevando consigo otros siete rios, cuyas fuentes nacen de la mesma umbría, llamados Huet Aquila, Huet Tuxar, Huet Vado, Huet Alguaar, Huet Belchitat, Huet Beleta y Huet Canales. Demás destos, entra después en el otro rio, que llaman de aguas blancas, que viene de mas lejos, y corre al norte de la sierra de Güéjar por los lugares de Dúdar y Quéntar. Con todas estas aguas pasa Genil por defuera de los muros de Granada; y tomando consigo á Darro y al rio de Monachil, que los antiguos llamaron Flum, y al de Dílar, dejando regada toda la Vega con el agua de sus acequias, que la hacen fertilísima de trigo, cebada, panizo, alcandia, lino, frutas y hortalizas de todas maneras, corre hácia poniente; y recogiendo el rio Cubila por bajo de la puente de Pinos de la Vega, deja la villa de Íllora y la sierra de Barbandara á la mano derecha, y va á la ciudad de Loja; y haciendo fértiles aquellos campos y valles por do pasa, se va después á meter en Guadalquivir, rio caudaloso, á quien este y otros que no conocen la mar encomiendan sus aguas.

CAPITULO X.

Que prosigue la materia de los pasados, y trata de la fuente de Alfacar, y de otras fuentes y huertas fuera de Granada.

Todas estas aguas que hemos dicho no alcanzan á la Alcazaba ni al barrio de Albaicin, mas no por eso deja de haber abundancia de agua muy buena hácia aquella parte, de una fuente que nace en la sierra del Albaicin. Está en esta sierra una cueva muy honda á manera de sima, y en lo más bajo della sale un golpe de agua tamaño como dos bueyes, la qual se divide á diferentes partes, y especialmente proceden de allí tres fuentes principales y muy notorias. La una es la fuente del Rey, que está junto al lugar de Güete; la otra la de Dayfontes, que sale junto á una venta, donde en tiempo de moros habia una casa fuerte, que llamaban Dar Alfun, y está cuatro leguas de Granada, en el camino que va á la villa de Hiznaleuz; y la tercera la de Alfacar, que nace una legua de Granada, encima de una alcaría del mesmo nombre, y en su nacimiento echa tanta agua como un buey. Ser estas tres fuentes de una mesma agua se ha visto por experiencia, echando aceite ó paja en la fuente principal, porque responde luego á las otras, y así nos lo certificaron moriscos viejos del Albaicin. Con el agua de la fuente de Alfacar, que recogen los moradores en una acequia, y la llevan por las laderas y cumbres de los cerros que hay desde allí á Granada, se riégan las huertas y hazas de Alfacar, Bíznar y Mora, y buena parte de viñas de la Vega, y los cármenes y jardines de Aynadamar, donde los regalados ciudadanos, en tiempo que la ciudad era de moros, iban á tener los tres meses del año que ellos llaman la azir, que quiere decir la primavera; imitando tambien en esto á los de Fez, que en el mesmo tiempo se van á los cármenes y huertas de Cingifor, que es otro pago de arboledas y frescuras, en que tienen sus casas y verjeles con muchas recreaciones. Ocupan los cármenes de Aynadamar legua y media por la ladera de la sierra del Albaicin que mira hácia la Vega, y llegan hasta cerca de los muros de la ciudad; y es de saber que este nombre está corrompido, porque los moriscos llaman aquel pago Aynadoma, que quiere decir fuente de lágrimas; y dicen algunos que antes que los vecinos llevasen la acequia de Alfacar á Granada no habia en él mas que una fuentecica que destila gota á gota como lágrimas, la cual se ve el dia de hoy, y es buena aquella agua para mal de ijada; mas otros curiosos del Albaicin nos certificaron que por las muchas penas, achaques y calumnias que los administradores de las aguas y las justicias llevan á los que tienen repartimientos de aquella agua en el campo ó en la ciudad, si la hurtan, ó toman mas de la que les pertenece, ó echan inmundicias en la acequia, la llamaron fuente de lágrimas. Finalmente, entrando esta acequia por bajo de la puerta del Albaicin, tiene sus tomaderos y cauchiles, por donde se reparte á las casas de los vecinos y á los algibes públicos que están en las parroquias para servicio de los que no tienen repartimientos; y provee todo el Albaicin y la Alcazaba bastantemente, y se riegan con ella algunas huertas y jardines que hay dentro de los muros. Fuera de la ciudad, á la parte de la Vega, hay grandes huertas y arboledas que se riegan con el agua de las acequias que proceden de los dos rios arriba referidos; con las cuales muelen tambien muchos molinos de harina; por manera que de todas partes es Granada abundantísima de agua de rios y de fuentes. Desde las casas se descubre una vista jocunda y muy deleitosa en todo tiempo del año. Si miran á la Vega, se ven tantas arboledas y frescuras, y tantos lugares metidos entre ellas, que es contento; si á los cerros, lo mesmo; y si á la sierra, no da menor recreacion verla tan cerca, y tan cargada de nieve la mayor parte del año, que parece estar cubierta con una sábana de lienzo muy blanca.

CAPITULO XI.

Que prosigue la materia del pasado, y trata de la fertilidad y abundancia de Granada. Pónense aquí los cuatro epitafios que estaban en la rauda de la Alhambra, y la computacion del año árabe lunar con el latino solar.

Es Granada abundante de frutas de toda suerte, muy proveida de leña, bastecida de carnes, regalada de pescados frescos, de mucha pasa, higo, almendra, que le traen de los lugares de la costa; tiene mucho aceite, vino y muy hermosas hortalizas, y toda suerte de agro, como son naranjas, limones y cidras; y lo que mas importa es estar en muy buena comarca de pan, trigo y cebada; porque demás de lo que se coge en sus términos, donde entran las villas de Íllora, Montefrío, Moclin, Colomera, Hiznaleuz, Guadahortuna, Montexícar, y otras que tienen grandes cortijos y rozas, se provee ordinariamente de la ciudad de Loja, y de Alhama, y de Alcalá la Real, y de los lugares de la Andalucía que confinan con ella. El trato de la cria de la seda es tan rico en aquel reino, que se arrienda el derecho que pertenece á su majestad en sesenta y ocho cuentos de maravedís cada año, que valen ciento y ochenta y

un mil y quinientos ducados de oro. Todos los términos de Granada que caen á la parte de la mar, aunque son sierras ásperas y fragosas, no por eso dejan de ser fértiles y abundantes de muchas aguas de fuentes y de ríos, con que riegan los campos, huertas y sembrados; y las frutas y carnes de las sierras son mejores, mas sabrosas y de mas dura que las de la Vega; y por el consiguiente el pan es de mas peso y mejor, las aguas muy frescas, y los aires por extremo saludables. Estaban las casas desta ciudad tan juntas en tiempo de moros, y eran las calles tan angostas, que de una ventana á otra se alcanzaba con el brazo, y habia muchos barrios donde no podian pasar los hombres de á caballo con las lanzas en las manos, y tenian horadadas las casas de una en otra para poderlas sacar; y esto dicen los moriscos que se hacia de industria para mayor fortaleza de la ciudad. Tenia algunos edificios principales labrados á la usanza africana, muchas mezquitas, colegios y hospitales, y una muy rica alcaicería como la de la ciudad de Fez, aunque no tan grande, donde acudia toda la contratacion de las mercaderías de la ciudad. En lo espiritual habia un alfaquí mayor y otros menores, y en lo temporal sus cadís y jueces civiles y criminales; y así en esto como en lo que toca á la policía y buena gobernacion, era Granada muy semejante á la ciudad de Fez. Los moradores muy amigos y conformes, y los reyes deudos y confederados tan setarios los unos como los otros, y tan enemigos del nombre cristiano.

CONTIÉNENSE LOS EPITAFIOS ÁRABES, QUE FUERON HALLADOS EN LAS LOSAS DE LOS SEPULCROS DE LOS REYES MOROS DE GRANADA.

Estaban escritos los epitafios de las losas de los cuatro sepulcros de los reyes moros, que dijimos que se hallaron en la rauda en los alcázares de la Alhambra, en letra árabe muy hermosa por ambas partes, por la una en prosa, y por la otra en versos de metro mayor, en loa y memoria de cuatro reyes llamados Abí Abdilehi, hijo de Mahamete Abuceyed, segundo rey de la casa de los Alabamares, que reinó en tiempo del rey don Alonso el Sabio; Abil Gualid Ismael, hijo de Abí Ceyed Farax, que reinó en tiempo del rey don Alonso el Onceno (fué cuarto Rey de la casa de los Alabamares); Abil Hagex Jucef, hijo de Abil Gualid, que reinó en tiempo del sobredicho rey don Alonso el Onceno, y fué sexto rey de la casa de los Alabamares; y Abil Hagex Jucef, llamado por sobrenombre Ganem Bilebi, que reinó en tiempo del rey don Juan el Segundo, siendo su tutor el infante don Hernando, que ganó á Antequera; y fué treceno rey de la casa de los Alabamares. Y lo que en cada una dellas decia es lo siguiente:

La losa mas antigua decia por la una haz en prosa: «Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. »Este es el sepulcro del rey virtuoso, valeroso y justo, »el mas alto de los temerosos de Dios, único, religioso, »sabio, escogido, el muy respetado, el que guerreaba »en servicio de Dios, contento, devoto y muy amigo de »Dios altísimo en público y en secreto; el que siem»pre pensaba en sus grandezas y le glorificaba por su »lengua; el que atendia y se ocupaba de ordinario en »la salud y gobierno de sus vasallos, y en administrar »verdad y justicia; el dechado de la religion de gracia »el que procuraba el bien de las gentes, y miraba por »ellos con piedad y buen celo, para darles toda liber»tad, sosiego y descanso, con celo de su buena inten»cion, bondad y lealtad en sus obras y luz de su espí»ritu; el que siempre se ocupaba en hacer cosas me»diante las cuales entendia hallar luz manifiesta conco»mitante el dia del juicio. El rey de esclarecidos hechos »y santas y altas obras; el victorioso en la conquista de »los descreidos, con esfuerzo, ánimo y limpia inten»cion; el que administraba el peso de la justicia y »continuaba la manera y uso de la clemencia; el defen»sor de las gentes y ensalzador de la ley del escogido »Profeta; el dechado del valor de sus predecesores, los »socorredores victoriosos adelantados de santa inten»cion; el que presumió y juró de hacer en servicio de »Dios, y en demonstracion ejemplar de sus antepasa»dos, santas obras y altas hazañas en la conquista de »sus enemigos y salud y conservacion de sus tierras »y de sus vasallos; el gobernador de los moros, y de»chado de los creyentes, y abatidor de los descreidos, »Abí Abdilehi, hijo del adelantado belicoso guerrero »en servicio de Dios, y victorioso mediante su gra»cia, Mahamete Abuzeyed Ibni Nacer, gobernador de »los hijos de salvacion y ensalzador de la ley. Alum»bre Dios su sepulcro, y déle todo su descanso me»diante su gracia y misericordia. Nació, Dios le dé su »gloria, en 23 dias de la luna de Maharam, año 633, »y fué alzado por rey la primera vez en la entrada de »la luna de Xababan, año de 655, y confirmaron su » alzada los moros á 6 dias de la luna de Xahaban, año »de 671. Falleció (glorifique Dios su espíritu) aca»bando la oracion de la ocultacion del sol última, la »noche del domingo, 8 dias de la luna de Xababan el »acatado año de 701. Subióle Dios á la mas alta man»sion de los bienaventurados, y colocóle con los prin»cipales que siguieron la verdad, á quien prometió »descanso y bienaventuranza.»

De la otra parte de la mesma losa decia en versos ó metros árabes:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. »Este es el lugar de alteza, honestidad y bondad, el se»pulcro del adelantado, valeroso, limpio, único. A Dios »sea el sacrificio que en este hueco se oculta de alteza, »valor y virtud. En él yacen la crueldad, bondad y cle»mencia; no la crueldad de las fierinas fuerzas, ni me»nos la liberalidad que nace de insensibilidad y falta »de discrecion, sino el dechado y ejemplo de toda ho»nestidad y religion; la honra y presuncion de los re»yes, el señor de limpio ser y hechos; el que se ocu»paba en todo tiempo en dispensar su magnificencia y »en extirpar á sus enemigos, así como la pluvia en »la tierra ó el leon en su morada. Desto son testigos »sus mesmas obras, y con verdad lo testifican todas »las lenguas de los hombres, pues jamás salió en ejér»cito, que ante su poder no se mostrasen angostas las »tierras de los alárabes y agámes (1), y jamás en el acto »de la milicia salió al encuentro de sus enemigos, sin »que en tal ocasion observase su bondad y esfuerzo, y »alegría de rostro; ni menes consintió, en ejemplo de »su valor, que los suyos subiesen en caballos que be-

(1) De la voz arábiga *agem*, cuyo significado es el *barburus* latino, es decir, el *extranjero*; y así poco mas ó menos lo interpreta el autor mas adelante.

»biesen el agua menos que en las albercas y hoyos de »sangre; ni menos consintió que se hiciese juicio en su »gobernacion en ofensa ó agravio del menor de sus »súbditos. Y ansí, los que no saben destas virtudes ni »de la gran defensa que en él tuvo la ley de Dios, ex»cluyendo y abatiendo á sus enemigos, oigan la voz de »sus hechos, que es mas notoria y manifiesta que un »fuego encendido en la cumbre de una sierra. Siempre »se humillarán al sepulcro que á este señor contiene »las nubes de misericordia con su rocío y descanso.»

La segunda losa en antigüedad decia por la una haz en prosa:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. »Este es el sepulcro do yace el rey glorioso que mu»rió en defensa de la ley de Dios; el conquistador de »los Anzares, ensalzador de la ley del escogido y ama»do Profeta; el resucitador de la santa intencion de »sus predecesores los conquistadores victoriosos: el »gobernador justo, valeroso, animoso señor de la mi»licia y decreto de la ley; el de claro linaje y hechos; »el mas venturoso en era de todos los reyes, y el mas »celoso de la honra de Dios en dicho y en hecho; cu»chillo de la milicia, luz de las ciudades; el que siem»pre afiló su espada en defensa de la ley; el que tuvo »llenas las entrañas del amor del piadoso Dios; el be»licoso y triunfante por la gracia de Dios; el goberna»dor de los moros, Abil Gualid Ismael, hijo del valero»so, excelente, de limpio ser y linaje, en obra, mayor »de los halifas, ensalzador de la ley y fortaleza de la »era triunfante, glorioso difunto, Abiceyed Farax, hijo »del único de los únicos escogidos defensores de la ley »de la salvacion, progenie del gran gobernador ventu»roso, y su dechado en hechos de alto nombre, difunto, »Abil Gualid Ismael, hijo de Nacer. Glorifique Dios su »buen espíritu, y le hincha de salubérrimo socorro de »su misericordia, que le aproveche con la milicia y »confesion de que no hay otro dios, y le cumpla de su »gracia. Guerreó en defensa de la ley de Dios y por su »amor en toda perficion militar. Y dióle Dios victoria »en la conquista de las tierras y en la muerte de los »reyes descreidos sus enemigos; que es lo que hallará »reservado el dia que fuéremos llamados ante el acata»miento de Dios, hasta que fué servido de dar fin á sus »dias, los cuales acabó estando en la mayor gracia de »su buen vivir, y en ella le llamó para lo que le estaba »aparejado por su inmensa misericordia, teniendo el »polvo de la milicia én los dobleces de sus vestiduras. »Y fué muerto en servicio de Dios, habiendo dado con »furia en sus enemigos, de tal manera que por él se re»conoció notable ventaja entre los confesantes de la ley »de Dios á todos los reyes que han precedido, y con ella »en esta gracia alzó bandéra de guerrero del inmenso »Dios. Nació (cúmplale Dios de su gracia) en la felice »hora del alba del dia viérnes 17 dias del mes de Xa»guel, año de 677. Fué alzado por rey juéves 27 dias »del mes de Xaguel, año de 713. Falleció en la milicia »lúnes 26 dias del mes de Argeb el Fard, año de 725. »Bendito y ensalzado sea el Rey verdadero, que queda »después del acabamiento de todos los nacidos.»

De la otra parte desta mesma losa decia en metros árabes:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. ¡Oh »el mejor de los reyes! Comprehenda tu sepulcro salu»bérrima salutacion, que ansí como la dulce aurora de »la mañana conmixta con fragrantísimo olor de almiz»cle, te conhorte. En este sepulcro yace un adelantado »grande en bondad de los reyes de Nacer, alto en dig»nidad y en estado temporal y espiritual, Abil Gualid. »¡Qué alteza de rey! Verdaderamente terror y espanto á »sus enemigos, triunfante magnificencia, temor de Dios »altísimo, condicion y conversacion muy amorosa. A »Dios sea el sacrificio de la alteza que la muerte aquí ha »encerrado, el secreto de generosidad que en él oculta, »la lengua tan ejercitada en nombrar á Dios y el cora»zon tan aposentado en su amor. Este es el que dispen»saba el arte de la milicia y el uso de los preceptos de»lla que Dios manda guardar; guerrero verdadero, que »alcanzó en el estado de los creyentes el martirio por »Dios en tan supremo grado, que con él resucitará con »muy aventajado premio. Pasó desta vida con muerte »semejante á la del halifa Odmen, á las primeras horas »de la mañana; buena y dulce muerte, como la deste »Odmen, que á tal hora fué alanceado dentro de su ca»sa, teniendo el polvo de la milicia en su rostro, el cual »le alimpiarán en el paraíso de la eternidad las damas »celestiales con sus manos, y le darán á beber de la sa»brosísima agua que corre por cima de los alcázares del »paraíso. Y al que lo mató darán los demonios á comer »en el infierno, donde estará perpetuamente encarce»lado, del fruto de los árboles endemoniados, y le da»rán á beber de la hediondez de las inmundicias que se »derriten de los vientres de los condenados. Endechen »á este rey los pueblos, y todos los nacidos juntamente »con diversas maneras de llantos; aunque deben con»solarse con que este es juicio de Dios tan poderoso, »que dél hemos de tomar con paciencia todo cuanto su »alta providencia ordenare, por ser señor que manda y »ordena lo que es servido. La misericordia deste sumo »Dios de los nacidos sea con este rey de verdad, que en este sepulcro yace.»

La tercera losa en antigüedad decia por la una haz, en prosa:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. »Este es el sepulcro del rey que murió en servicio de »Dios, descendiente de alto y honroso linaje. Su ser y »condicion fué conveniente á su reinado. Es notorio en»tre las gentes su fortaleza, virtud y gracia, señor de »ilustre progenie y de felice y próspera; era de buenas »y agradables costumbres y de condicion amorosa, »adelantado grande, cuchillo del reino, único de los »grandes reyes en quien resplandece la gloria de Dios; »el que tuvo los tiempos buenos y acomodados en la »tranquilidad y gobernacion de su reino; polo de bon»dad y de crianza, progenie y linaje del imperio de los »Anzares socorredores. El defensor del estado de sal»vacion con su consejo y esfuerzo, el encumbrado en »el trono de toda alteza sumamente, el que fué acom»pañado de toda felicidad y privanza desde que co»menzó á reinar hasta su fin; el gobernador de los mo»ros, Abil Hagex Jucef, hijo del gran rey adelantado, »llamado leon de la ley de Dios, á cuyo gran poder los »enemigos se sujetaron, y los tiempos se mostraron »benévolos á su querer y mando; el que extendió el »velo de la verdad en el universo; el defensor del es»tado de la ley con las lanzas agudas, el conservador »de los libros de los oficios divinos, perpetuos en la al-

»teza perdurable. El que murió por Dios, venturoso y »glorioso rey Abil Gualid, hijo del esforzado, alto y de »conocido linaje y valor, en prosperidad, grandeza y »honra, muy notorio en ser y hechos; el mayor del rei»nado de los de Nacer, y fuera de la era triunfante, glo»rioso difunto, Abí Ceyed Farax, hijo de Ismael, hijo de »Nacer. Cúbrale Dios con su piedad de su parte, y pón»gale en la gloria junto á Zahade Aben Obeda, su claro »linaje, porque aproveche su loable ventura, su buen »celo y esfuerzo á la ley de salvacion y á los hijos de»lla. Gobernando el cargo de la gobernacion de los mo»ros, gobernacion aprobada, y asegurándoles con tran»quilidad el curso de los tiempos, les manifestó la haz »de la paz y quietud que en hermosura resplandece, y »dispensó con ellos todo ejemplo manifiesto de su hu»mildad y virtud, hasta que Dios fué servido de dar fin »á sus dias, estando en la mejor disposicion y gracia de »su buen vivir, y le cumplió de su felicidad, acomodán»dole este acabamiento en lo último del mes de Rama»dan, en gracia y beneficio de su felicidad, porque en »él le recibió en su gloria, estando en la oracion que á »Dios poderoso se debe, y confiado en él, contrito y hu»millado ante sus manos, salvo y seguro en aquel ser y »acto que mas cercano y propicio puede estar el hom»bre á su Dios. Y esto fué por mano de un hombre pe»cador, de bajo ser y condicion, que Dios permitió fuese »causa de que en él se cumpliese lo que en su alta pro»videncia le tenia reservado, escondiéndosele entre los »paños y atavíos de su aposento y estrado, donde tuvo »buen aparejo la ejecucion de su traicion, mediante la »voluntad de Dios y el aparejo que tuvo, hallándole »ocupado adorando á Dios altísimo. Lo cual fué en la »humillacion postrera de la oracion pascual á la entra»da de la luna de Xevel del año 755. Dios le aproveche »con tan salubérrima muerte, pues con ella fueron di»chosos tal tiempo y lugar, y le prescribió y manifestó »con ella su gracia y perdon, y le colocó con la genera»cion de los Anzares de Nacer, defensores de su ley, »con los cuales la ley de salvacion fué honorificada, y »están en el descanso que Dios les aparejó por ello. Fué »alzado por rey en 14 dias de la luna Dilhexa año 733, »y nació en 18 dias de la luna de Orbea el último del »año 718. Soberano y ensalzado sea el que para sí es»cogió la perfeta eternidad, y proveyó el acabamiento »á todos los nacidos que son sobre la haz de la tierra, »á los cuales después juntará en el dia de la cuenta y »justificacion, que es el verdadero Dios, que no hay »otro sino él, que para siempre vive y reina.»

De la otra parte desta losa decia en metros árabes:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. »Saluden al que en este sepulcro yace, la gracia de Dios »con descanso y gloria perpetuamente, hasta el dia que »resucitaren los muertos, humillando sus rostros ante »el acatamiento de Dios en el consistorio del juicio. »Verdaderamente este no es sepulcro, sino jardin fruc»tífero de flores de fragrantísimo olor. Y si la verdad »he de decir, aquí no hay otra cosa sino pimpollos de »azahar y perlas clarísimas. ¡Oh lugar donde yace toda »verdad y temor de Dios! Oh lugar donde descansa la »alteza! Oh lugar donde ha venido á esconderse la lu»na! En tí ha depositado el carruaje de la muerte un »adelantado de ilustre casa, uno de los reyes de Nacer. »En tí moran generosidad, alteza y honra, y el que de »todo temor se ha asegurado. ¿Quién otro como Abil »Hagex defendió el estado de la honestidad? Quién co»mo Abil Hagex confundió la escuridad de la herejía? »Estema (1) y progenie de Zahade Aben Obeda el Hazra»gí. ¡Oh qué perficion y grandeza de casa valerosa! Ha»blar de la vergüenza, caridad y amor de Dios, y de la »grandeza deste rey, es hablar de las maravillas incom»prehensibles de la mar. Salteóle la ocasion del tiempo, y »no vemos perpetuidad de cosa viva, ni firmeza en nin»gun estado. Es el tiempo señor de dos haces, del ser »presente y del porvenir, y el que desta manera es, con »dureza nos saltea. Mas hallóle conociendo á Dios, hu»millado en su oracion y en resplandeciente gracia, »su lengua humedecida en nombrar su santo nombre, »conociendo el felice mes y el valor de los bienes que »en él dispensó, y sintiendo la pascua de los ácimos su »ocasion y desgracia, dándole el caliz de tan salubérrima »muerte por almuerzo. A Dios sea sacrificio de muer»te tan viva, y á los progenitores deste gloria y honra. »Permitióse, siendo alto en estado, que hubiese fin por »manos de tan bajo hombre pecador; por quien tanto »bien le vino, siendo tan malo; correspondió á su hecho »tan detestable, y no se debe sentir tanto la maldad del »bajo en los grandes, pues las maravillas ocultas del »juicio de Dios no se pueden comprehender ni preve»nir. Póngase esta muerte con la del halifa Alí, que »siendo tan gran señor, le mató el vilísimo Aben Mue»jam, y con la del escogido en valor Abil Hascen, que »acabó por manos de una fiera. Ponemos terror con los »afilados alfanjes muxarafies, y cuando la voluntad de »Dios ocurre, la mas mínima ocasion nos mata. Por »tanto, el que en este mal mundo estuviere muy con»fiado, y firme le pareciere con soberbia, hallarse ha »perdido. Pues ¡oh rey del reino que jamás se acabará! »¡Oh aquel que de veras tiene el mando y juicio sobre sus »criaturas! cubre con el velo de tu piedad nuestras cul»pas, pues no tenemos otro amparo en ellas mas que tu »misericordia, y cubre y amortaja al gobernador de los »moros con tu piedad y gracia, con la cual merezca »el aposento de tu sosiego por gualardon, pues tu mi»sericordia es la que nos ha de valer, y esta vida em»prestada del hombre es cebo de quien á lo poco se afi»ciona. Dios por su piedad le ponga en descanso con sus »grandes predecesores, y le cumpla de su gracia.»

La cuarta losa y última en antigüedad decia por la una haz en prosa:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. »Este es el sepulcro del rey generoso, de limpio ser y »linaje, cumplido en crianza, victorioso, misericordio»so, caritativo y prudentísimo entre los reyes de la mo»risma. Adornado de gracia y temor de Dios, maestro »de toda elocuencia, dispensador de todo juicio, virtud, »justicia y bondad; dotado de su divina gracia, que es »su alto ser y valor. Polo de la crianza y vergüenza, en »quien luce la hermosura del temor de Dios, y el que »dispensó todo género de venganza contra los que ofen»dian á sus vasallos. Defensor de la bandera de la ley, »el de excelente linaje, progenie de los Anzares defen»sores. El gobernador de los moros, ensalzador de la »ley de Dios, Abil Hagex Jucef, hijo del rey alto, go»bernador valeroso, piélago de los sabios y verjel de

(1) *Stemma* en latin, corona ó guirnalda.

»prudencia: el muy acatado entre reyes, defensor de »las ciudades con su valor y esfuerzo, fortaleza de las »gentes con su prudencia y saber, el dispensador de los »bienes que poseyeron sus liberales manos, el que ad»ministraba todas sus fuerzas en la guerra de sus ene»migos. El valiente, animoso y glorioso difunto gober»nador de los moros, y rico en Dios, Abil Hagex Jucef, »hijo del rey alto, grande nombrado, el mayor de los »reyes, el aniquilador con la luz de su justicia, de la »obscuridad de los reyes descreidos, con la felicidad de »su ventura y correspondencia de los planetas celes»tiales, que todo buen suceso le disponian para los aba»tir. El que poseyó los dos aquendes sin contradiccion. »Aquel cuyo estado Dios ensalzó, y por ello y por su »amor y temor se apartó y recogió de las cosas del mun»do, y se humilló á Dios. El conquistador de los prin»cipales reinos, el que aprovechó á la ley y á sus pre»ceptos, el que en sus conquistas hizo maravillas, el »adornado con el temor de Dios, el de alto estado y prós»pera era, el gobernador de los moros, el rico en Dios, »Abí Abdilehi, hijo del rey de conocida virtud y con»quista venturosa en la exclusion del enemigo de la ley, »el de probada intencion, y el atento y ocupado en en»salzar la honra de Dios; el que hizo en favor y defensa de todas las ciudades grandes cosas con su bondad, »misericordia y honestidad. El glorioso gobernador de »los moros, adestrado y guiado por Dios, Abil Hagex Ju»cef, hijo del rey adelantado mayor de los reyes, auxi»lio de toda misericordia, el mas alto del estado y casa »de Nacer, y el mas hermoso pimpollo deste árbol, cu»yas raíces son firmes y bien plantadas, y sus ramas al»canzan al cielo. El conquistador de las tierras y paci»ficador de los Anzares, dechado de las costumbres de »sus antepasados, los ensalzadores de la ley. El guer»reador en servicio de Dios, el venturoso gobernador »de los moros, Abil Gualid Ismael Farax, hijo de Nacer. »Recibióle Dios en su gracia, y colocólo en lo alto del »paraíso en su gloria, y recibióle para aquella honra y »descanso que le estaba aparejado, en el alba del dia »mártes 29 dias de la luna de Ramadan del año de 820. »Fué alzado por rey domingo 16 dias de la luna de Dil»hexa, año de 810. Nació (Dios le haya) viérnes 27 dias »de la luna de Zafar á media noche, año de 798. Ben»dito y ensalzado sea aquel que escogió para sí el rei»nar y permanecer para siempre, y proveyó á todas sus »criaturas el acabamiento y fin, que es el verdadero »Rey, que no hay otro dios sino él.»

De la otra parte de la losa decia en metros árabes:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. »Vivifican la tierra deste sepulcro el espíritu y el ro»cío de las nubes, y comunícale el verjel celestial la »fragrancia de sus licores, pues la fertilidad y socorro es »lo que aqueste hueco incluye, y el mérito y perdon es »para quien aqueste lugar visitare. La gracia de Dios, »el paraíso del descanso es su paradero, pues toda esta »gracia con entrambas manos la recibe, por manera que »esta es la riqueza que en esta tierra yace, el adelantado »de los únicos. Glorifique Dios su espíritu. Sucedió Ju»cef, estema del adelantado Jucef, ciertamente en la »casa de los trabajos, y salteóle la vida la condicion »desta casa. Ella es fenecimiento, y fenecerá por mas »que resista, pues que pretendió fenecer su memoria, »y le escondió, segun su condicion de fortuna, debajo »de la tierra, estando las pleyes (1) celestiales en mas ba»jo lugar que á él se debe. Mas es la providencia del su»mo Dios, que así proveyó su suerte, y quiso que su rei»nado y señorío se comutase en este polvo, salvo que la »claridad de su nombre, el resplandor de su lealtad y »lo mejor de sus hechos quedó todo muy encumbrado, »muy espléndido y muy claro; porque Abil Hagex es »lucero y guia de salud; cuando se ponia el sol suplia »su buena cara y alegría de rostro. Era Abil Hagex so»corro de pluvias, y por ellas sus liberalísimas manos »suplian. Faltó ya su hartura, cesaron sus maravillas, »secóse su pasto, paró su liberalidad, enflaqueciéronse »sus ejércitos, enmudecieron sus consejos, deshicié»ronse sus alcázares, callaron sus razones, escurecióse »su hemisferio, alejóse su favor y amparo, y finalmente »se deshizo su morada. Empero con la gracia del pia»doso Dios (ensalzada sea su alteza) escapó en la eter»nidad cuando se presentó delante de sus manos. ¡Oh »lástima digna de ser sentida, que á tal gobernador, »dotado de tantas gracias, le faltaron los dias de la vi»da! Aposentóse con descanso entre las paredes del »hueco deste sepulcro, y de veras quedó mas aposen»tado en los corazones de los hombres. Su socorro su»plia cualquier abundancia y liberalidad; por la luz »de vida suplió su alegría y honestidad, y sus manos »eran semejantes á las pluvias. Veamos: ¿no era este rey »un hemisferio de alteza? No era su virtud y bondad luz, »ante la cual presentándose la luz del sol, temblaba? Su »celo ¿no era extirpar el mal y enseñar la virtud y la ho»nestidad? La curiosidad de las letras ¿no eran parte »de su honestidad y virtudes, vergüenza, temor de »Dios, magnificencia y generosidad? Veamos: ¿no era »único en todas las partidas del mundo, y siempre que »hubo en ella dificultades, las declaraba con su pru»dencia? Veamos: ¿no se mostraba la crianza en su ha»blar mas resplandeciente que los claros luceros? Vea»mos: ¿no era la poesía una de sus partes, con la cual »adornaba las delanteras de su tribunal mejor y mas »hermosamente que con finas y escogidas piedras? Vea»mos: ¿no era proteccion y amparo de sus continos y »privados, y en las guerras sus fuerzas y valor defensa »muy bastante? Veamos: ¿no era de valeroso esfuerzo »en la guerra, pues tantas fuerzas de enemigos desba»rató y venció el valor de su espada? Este pues era el »buen rey y señor que presumió de cumplir siempre su »palabra, y el que sin faltar en ella le faltó y fué adver»sa la ocasion del mundo.»

Hasta aquí dice la letra de los epitafios, y por si el lector quisiere computar los tiempos en que nacieron, reinaron y murieron estos cuatro reyes, se advierte que los moros tienen año solar y año lunar. El solar es conforme al nuestro latino, y nombraron los doce meses como los latinos, y generalmente se sirven desta cuenta para las cosas de agricultura en toda Africa; porque tienen un libro dividido en tres cuerpos, que llaman el *Tesoro de los agricultores*, y este parece haber sido traducido de latin en lengua árabe en la ciudad de Córdoba, y por él se gobiernan cuanto al sembrar, plantar, cavar, engerir, y en todo lo demás, y comprehenden en él trece lunas. Mas los teólogos árabes y los legistas y escritores cuentan el año diferentemente, porque le hacen de doce lunas enteras,

(1) *Pléyades.*

seis de á veinte y nueve, y seis de á treinta dias, que vienen á ser trescientos cincuenta y cuatro dias, once dias y seis minutos menos que el año latino, y estos hacen volver atrás el año lunar en treinta años uno, menos cuarenta y cinco dias. El primer mes del año es la luna que nace en julio, y le llaman *Maharran*, que es tanto como si dijésemos canícula; el segundo *Zafar*, el tercero *Arbea el Aul*, el cuarto *Arbea el Teni*, el quinto *Gumen el Aul*, el sexto *Gumen el Teni*, el sétimo *Argeb*, el octavo *Zaaban*, el noveno *Arromadan*, el deceno *Xevel*, el onceno *Delcaada*, el doceno *Delhexa*. Otros que cuentan trece lunas en los doce meses latinos, añaden la una al principio del año, y hacen luna de *Maharran* primero y *Maharran* segundo. Sus fiestas son movibles, y lo mesmo los ayunos; sola la fiesta que celebran del nacimiento de su Mahoma, que llaman el *Maulud*, es la tercera luna del año á los doce dias della, porque en tal dia dicen que nació. Esto baste para la computacion, contando siempre el milésimo de los moros desde el año de Cristo 621, por la luna de julio, que segun se cuenta, fueron seiscientos cincuenta y siete años de la era de César, y no desde 613 de Cristo, como dijimos en la primera impresion de nuestra *Africa*, porque hubo yerro; y así lo emendamos en la segunda, que saldrá con brevedad.

CAPITULO XII.

De la conquista que los católicos reyes don Hernando y doña Isabel hicieron en el reino de Granada desde el año 1482 hasta el de 1485.

La última guerra que los príncipes cristianos tuvieron en España con los reyes moros, fué la conquista que los católicos reyes don Hernando y doña Isabel hicieron en el reino de Granada, de la cual hacemos mencion en esta historia, por no dejar atrás cosas de las que faltando podrian desgustar al lector. Todas las otras que fueron antes della se hallarán escritas en nuestra general historia de Africa, en el segundo libro del primer volúmen. Siendo pues rey de Granada un valeroso pagano del linaje de los Alahamares, llamado Abil Hascen, cerca de los años de Cristo 1480, y del imperio de los alárabes 892, en la ocasion de la guerra que los Reyes Católicos tenian con el rey de Portugal, juntó sus gentes, y hizo grandes daños en los lugares de la Andalucía y del reino de Murcia. Y como no pudiesen acudir á todas partes, hicieron treguas con él, durante las cuales, en el año de nuestra salud 1482, siendo el moro avisado por sus espías que los cristianos fronteros de Zara, confiados en la tregua, estaban descuidados, y que era buena coyuntura para ocupar aquella fortaleza, rompió la tregua, y juntando sus adalides y escuchas, secretamente les mandó que fuesen á escalarla una noche de grande escuridad. Sucediendo pues el efeto conforme á su deseo, entraron los adalides dentro, y ocupando la fortaleza juntamente con la villa, mataron al alcaide y captivaron cuantos cristianos hallaron con muy pequeña resistencia. Esta pérdida sintieron mucho los Reyes Católicos; y porque el daño no fuese mayor, acudieron luego hácia aquella parte, proveyendo en la seguridad de sus estados; y poniendo después sus invictos ánimos contra los de aquella nacion, que tan molestos eran al pueblo cristiano, determinaron de no alzar mano de la guerra hasta acabarlos de conquistar, desterrando el nombre y seta de Mahoma de aquella tierra. En el mesmo año que los moros tomaron á Zara, el marqués de Cádiz, don Pedro Ponce Leon, y Diego de Merlo, asistente de Sevilla, y los alcaides de Antequera y Archidona y otros caudillos cristianos de la frontera fueron sobre la ciudad de Alhama, y por industria de un escudero morisco llamado Juan de Baena la escaló un Ortega escalador, y la entraron y ganaron por fuerza postrero dia del mes de hebrero. Por otra parte el rey moro juntó toda su gente, creyendo poderla cobrar luego, y á 11 dias del mes de julio de aquel año peleó con los cristianos que iban á socorrerla. Y siendo los nuestros vencidos, murieron en la pelea don Rodrigo Giron, hijo de don Diego de Castilla, alcaide de Cazalla, que después fué comendador mayor de Calatrava, y otros caballeros. Mas no por eso el moro hizo el efeto á que iba, porque los cristianos que estaban dentro se defendieron, y el rey don Hernando los socorrió; y siguiendo al enemigo la vuelta de Granada, entró en la Vega, y taló y destruyó los sembrados y las huertas dos veces aquel año, y ganó la villa de Tájura y la asoló, y tomó la torre de la puente de Pinos, donde fué Iliberia, y dejando la frontera muy bien proveida, y á don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, por alcaide y capitan de Alhama, volvió victorioso á la ciudad de Córdoba. En este tiempo pues que los moros tenian mas necesidad de conformidad, permitió Dios que sus fuerzas se disminuyesen con division, para que los Católicos Reyes tuviesen mas comodidad en hacerles guerra. Era Abil Hascen hombre viejo y enfermo, y tan sujetó á los amores de una renegada que tenia por mujer, llamada la Zoraya (no porque fuese este su nombre proprio, sino por ser muy hermosa, la comparaban á la estrella del alba, que llaman Zoraya), que por amor della habia repudiado á la Ayxa, su mujer principal, que era su prima hermana, y con grandísima crueldad hecho degollar algunos de sus hijos sobre una pila de alabastro, que se ve hoy dia en los alcázares de la Alhambra en una sala del cuarto de los Leones, y esto á fin de que quedase el reino á los hijos de la Zoraya. Mas la Ayxa, temiendo que no le matase el hijo mayor, llamado Abí Abdilehi ó Abí Abdala, que todo es uno, se lo habia quitado de delante, descolgándole secretamente de parte de noche por una ventana de la torre de Comáres con una soga hecha de los almaizares y tocas de sus mujeres; y unos caballeros llamados los Abencerrajes habian llevádole á la ciudad de Guadix, queriendo favorecerle, porque estaban mal con el Rey á causa de haberles muerto ciertos hermanos y parientes, so color de que uno dellos con favor de los otros habia habido una hermana suya doncella dentro de su palacio; mas lo cierto era que los queria mal porque eran de parte de la Ayxa, y por esto se temia dellos. Estas cosas fueron causa de que toda la gente principal del reino aborreciesen á Abil Hacen, y contra su voluntad trajeron de Guadix á Abí Abdilehi, su hijo, y estando un dia en los Alijares, le metieron en la Alhambra y le saludaron por rey; y cuando el viejo vino del campo no le quisieron acoger dentro, llamándole cruel, que habia muerto sus hijos y la nobleza de los caballeros de Granada. El cual se fué huyendo con poca gente al valle de Lecrin, y se metió en la fortaleza de Mondújar; y favoreciéndose del va-

leroso esfuerzo de un hermano que tenia, llamado tambien Abí Abdeli ó Abdilehi, guerreó cruelísimamente con su hijo. En esta guerra murieron muchos caballeros y gente principal, y con estas muertes fué creciendo tanto la enemistad, que aunque las partes se veian consumir, no paraban, ni menos quiso ninguno dellos favorecerse de los Reyes Católicos, por la enemistad grande que tenian al nombre cristiano; antes les hacian tambien guerra cada uno por su parte. Estando pues las cosas en este estado, por el mes de marzo del año del Señor 1483 y del imperio de los alárabes 895, el marqués de Cádiz y don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, y otros muchos caballeros entraron con sus gentes á correr el término de la ciudad de Málaga, que cae á la parte de levante, donde llaman la Jarquía; y recogiéndose los moros de aquellos lugares, que son muchos, cuando ya volvian con gran presa, dieron en ellos y los desbarataron, y mataron á don Diego, don Lope y don Beltran, hermanos del Marqués, y á don Lorenzo y don Manuel, sus sobrinos, y con ellos otros muchos parientes y criados suyos; y prendieron al conde de Cifuentes y á don Pedro de Silva, su hermano, y á otros muchos caballeros. Esta fué la batalla que dicen de las lomas de Cútar, la cual fué á 21 de marzo, viérnes por la mañana; y en ella fueron muertos y presos la mayor parte de los cristianos que allí se hallaron. Con esta victoria se ensoberbeció tanto el nuevo rey Abí Abdilehi, que determinó de hacer una entrada por su persona en los lugares de la Andalucía, pareciéndole que toda aquella tierra estaria sin defensa, pôr la mucha gente que se habia perdido en la Jarquía; y juntando el mayor número de caballos y de peones que pudo, llevando consigo al Alatar, alcaide de Loja, y muchos caballeros de Granada, fué á poner su real sobre Lucena, villa del alcaide de los Donceles. Contáronnos algunos moros antiguos que saliendo el rey de Granada por la puerta Elvira, topó el hasta del estandarte que llevaba delante en el arco de la puerta y se quebró, y que los agoreros le dijeron que no fuese mas adelante, sino que se volviese, porque le sucederia muy mal; y que llegando á la rambla de Beiro, como un tiro de ballesta de la ciudad, atravesó una zorra por medio de toda la gente, y casi por junto al proprio Rey, y se les fué sin que la pudiesen matar; lo cual tuvieron por tan mal agüero, que muchos moros de los principales se quisieron volver á la ciudad, diciendo que habia de ser su perdicion aquella jornada; mas el Rey no quiso dejar de proseguir su camino, y llegando á Lucena, hizo talar los panes, viñas y huertas de la comarca, y robar toda la tierra. Estaba á la sazon en la villa de Baena el conde de Cabra, y sabiendo la entrada del enemigo y el daño que hacia, recogió á gran priesa la mas gente que pudo y caminó con ella la vuelta de Lucena para juntarse con el alcaide de los Donceles; lo cual sabido por el rey moro, alzó su real, y con gran presa de captivos y de ganados se fué retirando la vuelta de Loja; y los cristianos, con mas ánimo que fuerzas, porque eran muy pocos en comparacion de los enemigos, siguieron luego al alcance, y en descubriéndolos, los acometieron en un arroyo que llaman de Martin Gonzalez, legua y media de Lucena, por el mes de abril deste año; y siendo Dios servido darles victoria, prendieron al rey Abí Abdilehi, y matando al alcaide Alatar y otros muchos caballeros moros, cobraron la presa que llevaban, y cargados de despojos, con nueve banderas que ganaron aquel dia, volvieron alegres y victoriosos á sus villas. No fué de poco momento la prision del rey moro para la conquista de aquel reino, porque estando las cosas de los moros turbadas, entró el rey don Hernando aquel año con su ejército en la vega de Granada, y haciendo grandes talas en los sembrados, huertas y viñas y en los términos de las villas de Íllora y Montefrio, cercó la villa de Tájora, que los moros habian vuelto á fortalecer, y la combatió y ganó por fuerza; y haciéndola destruir y asolar otra vez, volvió á invernar á Córdoba. Nació una competencia honrosa entre el conde de Cabra y el alcaide de los Donceles sobre á cuál dellos pertenecia el prisionero rey; y los Reyes Católicos, gratificándoles cumplida y graciosamente aquel servicio, mandaron que se lo llevasen á Córdoba; los cuales lo hicieron ansí. Y estando en aquella ciudad, trató el moro con ellos por medio de algunos caballeros que si le ponian en libertad seria su vasallo y les pagaria tributo en cada un año, y haria en su nombre guerra á los otros moros que no lo quisiesen ser. Sobre esto hubo diversos pareceres entre los consejeros, y al fin se tuvo por buen consejo hacer lo que el moro pedia, considerando que mientras hubiese dos reyes enemigos en el reino de Granada tendrian los cristianos mejor disposicion de hacerles guerra; y no solamente le concedieron los Reyes Católicos lo que pedia, mas ofreciéronle que le favorecerian para que guerrease con su padre y con los pueblos que durante su prision se le hubiesen rebelado; y dándole libertad, le enviaron á su tierra. Llegado pues el moro á Granada, no fué tan bien recibido de los ciudadanos como se pensaba; porque cuando supieron las capitulaciones que dejaba hechas con los reyes cristianos, y que habia de ser su vasallo, los proprios que habian puéstole en el reino fueron los primeros que se alzaron contra él, y favoreciendo la parte de Abí Abdilehi, su tio, que tenia el bando del rey viejo, determinaron de hacer nueva guerra á los cristianos. Y porque el tio y el sobrino tenian un mesmo nombre, para diferenciarlos, y aun por oprobrio del sobrino que habia estado captivo, le llamaron el Zogoybi, que quiere decir el desventuradillo, y al tio, Zagal, que es nombre de valiente; y desta manera los llamarémos de aquí adelante en el discurso de la historia. Los granadinos pues juntaron luego quince alcaides de los mas principales de aquel reino, y con gran número de caballos y peones entraron por las fronteras de la Andalucía, diciendo que su rey estando en prision no los podia obligar á paz ni á otro ningun género de condicion; mas no les sucedió la empresa como pensaban, porque Luis Hernandez Puertocarrero, señor de Palma, les salió al encuentro con la gente de la frontera y los venció, y matando y prendiendo gran número de moros, y entre ellos los alcaides mas principales, les ganó quince banderas. Tambien alcanzó parte del despojo desta victoria el marqués de Cádiz, el cual, yendo en busca de los enemigos, encontró con los que huian del desbarate, y prendiendo y matando muchos dellos, pasó sobre la villa de Zara y la escaló y tomó por fuerza de armas; y matando al Alcaide y á los que con él estaban, la fortaleció y pobló de cristianos. To-

dos estos sucesos eran causa de que el aborrecimiento de los granadinos creciese contra el Zogoybi, el cual no se teniendo por seguro en la ciudad, tomó sus mujeres y hijos y se fué á meter en Almería. Viendo esto los granadinos, enviaron luego por Abil Hascen, que estaba en Mondújar, y recibiéndole otra vez por rey, comenzó una cruel guerra entre padre y hijo. El año del Señor 1484, y del imperio de los alárabes 896, juntaron sus gentes nuestros príncipes, y entrando el Católico Rey en tierra de Málaga, taló y destruyó los sembrados, huertas y viñas de la comarca, y ganó por fuerza de armas la villa de Alora por San Juan de junio, aunque algunos dicen que adelante por julio, y las de Alozaina y Setenil se le dieron á partido después. Setenil se le dió dia de San Mateo, 21 de setiembre. En el mesmo tiempo envió á reconocer la villa de Cazarabonela al conde Lozano, el cual fué muerto por los moros. Y porque en el siguiente año habia de proseguir la guerra por aquella parte, que es donde llaman la Hoya de Málaga, se fué á invernar á Sevilla, y este año fué el Rey Católico á cierto ardid para ocupar á Loja, y no se hizo. Venida la primavera del año 485, que fueron 897 del imperio de los alárabes, el rey don Hernando volvió á entrar en la Hoya de Málaga, y hizo otra tala como la del año pasado, y por el mes de mayo le entregaron los moros la fortaleza de Coin y la de Cártama, donde murió Pedro Ruiz de Alarcon, capitan de sus altezas. Ganó tambien á Benamaquex, Churriana, Pupiana, Campaniles, Fadala, Laudin y Guaro; y poniendo en todas ellas sus alcaides, pasó sobre la ciudad de Ronda y le dió tan recios combates, que aunque parecia inexpugnable por su sitio y habia dentro mucha y muy buena gente de guerra, se la entregaron los moros á partido domingo dia de Pascua de Pentecostés. Ganada la ciudad, el alcaide moro que estaba en el castillo no lo quiso rendir, mas el Rey lo mandó escalar y ganó por fuerza, siendo el primero que subió por la escala Alonso Hernandez Fajardo, á quien los Católicos Reyes hicieron muchas mercedes. Luego se entregaron las villas y fortalezas de Junquera, Burgo, Monda, Tolox, Montejaque, Hiznalmara, Cardela, Benaojan, Montecorto, Audita, y otras de las serranías y Havaral; y los moros que vivian en ellas se holgaron de ser mudejares y vasallos de los Reyes Católicos, porque los recibian con muy honestas condiciones, y juraron en su ley que les serian leales vasallos, y cumplirian sus cartas y mandamientos, y harian guerra por su mandado, y les acudirian con todos los tributos, pechos y derechos que acostumbraban pagar á los reyes moros bien y fielmente, sin fraude ni engaño. Tambien los Reyes Católicos aseguraban á todos los moros igualmente, así á los que venian á darse por sus vasallos como á los que se les rendian, tomando sus personas y bienes debajo de su amparo real, y les prometian que los dejarian vivir en su ley; que no les harian ni consentirian hacer opresion alguna, y que sus lites y causas serian juzgadas por sus cadís y jueces, y por la ley que ellos llaman *del xara;* y les daban licencia que pudiesen tratar y contratar en cualesquier partes y lugares de sus reinos libremente, con que no entrasen en las fortalezas ni en las villas cercadas con una hora antes de puesto el sol, si no fuese por su mandado ó de los alcaides y gobernadores dellas. Permitian ansimesmo que todos los que no quisiesen vivir en la tierra pudiesen vender sus bienes, y pasarse con sus mujeres y hijos y familias á Berbería, y les daban navíos en que pasasen seguros, ordenando á todos los alcaides y gobernadores de las fronteras que les hiciesen buen tratamiento. El mesmo año pues y con las mesmas condiciones se entregaron á los Reyes Católicos diez y nueve villas del Havaral, y diez y siete de la serranía de Gausin, y doce de la serranía de Villaluenga y la villa de Cazarabonela. Y á 11 de junio, dia de San Bernabé, se le dió la ciudad de Marbella con las villas de Montemayor, Cortes y Alarizate, y otros diez lugares que estaban al derredor de la ciudad. Y el Rey pasó á reconocer á Málaga, y dejando derribada la fortaleza de Benalmadala, puso sus alcaides en las otras y volvió aquel año á invernar á Córdoba. Estaba en este tiempo el Zogoybi en la ciudad de Almería, y los Reyes Católicos, viendo lo mucho que importaba mantener la guerra por aquella parte para que las fuerzas del enemigo se dividiesen, hacian proveerle de dineros y de todas las otras cosas necesarias, y mandaban á los alcaides y gobernadores de las ciudades y villas de aquella frontera que le favoreciesen contra los lugares que no quisiesen obedecer, y con este favor guerreaba cruelmente con su padre y tio. Sucedió pues que estos mesmos dias los granadinos, viendo que Abil Hascen estaba ciego, impedido de vejez y de enfermedades, y no hábil para gobernar el reino en tantos trabajos de guerra, le dejaron; y conociendo el valor y esfuerzo del Zagal, se llegaron á él todos los principales y le saludaron por rey, declarando por indigno de aquella sucesion al Zogoybi, por haberse aliado con los príncipes cristianos enemigos de su ley; y sacando de la ciudad á Abil Hascen con su familia, le metieron en la fortaleza de Mondújar. De aquí comenzó la última perdicion de los moros de aquel reino, porque el Zagal, deseando reinar solo, trató con unos alfaquís de Almería que le diesen entrada una noche secretamente en la ciudad, para matar ó prender á su sobrino; el cual fué avisado, y la mesma noche que los traidores pusieron en obra su traicion tomó un ligero caballo, y se fué huyendo á tierra de cristianos. El Zagal entró en Almería, y ocupando el castillo, corrió luego al palacio, pensando hallar en él á su enemigo; y no le hallando, con cruelísima rabia mató á otro hermano suyo niño, que el Zogoybi habia llevado consigo porque el cruel viejo su padre no le matase, como habia hecho á los demás; y hizo degollar á todos los del bando contrario que pudo haber á las manos. Esta traicion y crueldad sintió tanto el Zogoybi, que jamás se pudo acabar con él que se confederase adelante con su tio, ni se fió dél, aunque se ofrecieron muchas ocasiones en que le pudiera ser provechoso. Dende á pocos dias que esto acaeció, murió Abil Hascen en el castillo de Mondújar; y el Zagal, juntando las fuerzas de aquel reino, comenzó á hacer guerra á los cristianos, y en el mesmo año tuvo algunas victorias, entre las cuales fué una por el mes de setiembre, que yendo el rey don Hernando sobre la villa de Moclin, salió el rey de Granada, y peleó cerca della con el conde de Cabra, y matando á don Gonzalo de Córdoba, su hermano, le desbarató. De cuya causa el Rey dejó la conquista por aquella parte, y de vuelta cercó las fuertes villas de Cambil y Havaral, donde tenian los moros su frontera contra Jaen, y combatiéndolas con artillería, se le rindieron, y el alcaide moro

y la gente de guerra que habia dentro se fueron á Granada. Tambien el clavero de la órden de Alcántara, que estaba en la ciudad de Alhama, escaló y tomó por fuerza la villa de Zalia, en término de Vélez, y mandando el Rey fortalecer aquellas villas, fué aquel año á invernar á Toledo y á Alcalá de Henares.

CAPITULO XIII.

De lo que los Reyes Católicos hicieron en la conquista del reino de Granada el año de 86.

El siguiente año de 1486 volvió á entrar el Rey Católico en el reino de Granada, y cercó la ciudad de Loja; y aunque los años pasados la habia tenido cercada y no la habia podido tomar, y habian los moros muerto en el cerco á don Rodrigo Tellez Giron, maestre de Calatrava, de una saeta con yerba, á 3 de julio del año de 1482, desta vez perseveró tanto en el cerco y le dió tan recios combates, que el alcaide moro que la tenia se la entregó lúnes 9 dias del mes de mayo del mismo año. Luego que Loja se hubo entregado, las villas de Íllora, Moclin, Montefrio y Colomera se le rindieron; y dejándolas los moros desamparadas, se fueron á meter en la ciudad de Granada. Su alteza puso guarnicion de gente de guerra en todas ellas, y las entregó á sus alcaides, y se volvió victorioso á Córdoba. Mientras el rey don Hernando hacia estas entradas con su ejército, la católica reina doña Isabel era su proveedora, y andaba de una parte á otra proveyendo y enviando todo lo necesario al real; y con esto habia siempre en él muchos bastimentos, armas, municiones y gente, porque era grandísima su solicitud y diligencia. Andando pues estos Católicos Reyes en la conquista que tanto placia á Dios y á su bendita Madre, los moros guerreaban entre sí cruelmente. El Zogoybi, estando recogido en Vélez el Blanco, y siendo favorecido de los cristianos de la frontera, guerreaba por aquella parte con el Zagal, el cual, apoderado de Granada y de las otras ciudades de aquel reino, era mas poderoso que él, y hacia morir á los que tenian su voz; mas no lo era contra el poder del Católico Rey, por estar sus fuerzas divididas en dos parcialidades; cosa que importaba mucho á sus altezas para poder hacer la guerra mas á su voluntad. Y como era negocio guiado por Dios, luego ordenó su divina Majestad que hubiese otra mayor disension entre los moros, poniéndose el Zogoybi en aventura de un hecho no menos temerario que peligroso. Viendo este rey que su enemigo estaba apoderado de la mejor y mayor parte del reino, que no le obedecian á él en ninguna de las ciudades, y que los caballeros que le habian seguido y servido iban ya dejándole, aventurándose á la muerte mas cierto que á salir con la empresa que llevaba, acordó de meterse una noche secretamente en la ciudad de Granada con algunos caballeros que le habian quedado; y atravesando por sierras ásperas y fragosas fuera de camino, llegó de improviso al Albaicin, y dejando la gente algo arredrada de los muros, se arrimó á la puertá de Fax el Leuz con solos cinco hombres; y hablando con las guardas, supo decirles tales cosas, que sin haber entre ellos trato ni concierto, pudo tanto la presencia de su rey, que obedecieron cuanto les quiso mandar; y abriéndole las puertas, le metieron dentro con su gente: el cual anduvo aquella noche de puerta en puerta por las casas de los mas principales, que tenia por amigos y entendia que le habian de favorecer; y rogando á unos, prometiendo á otros, los movió á que tomasen las armas. Lo mesmo hicieron todos los vecinos; y otro dia de mañana se pusieron en arma, cerrando las bocas de las calles y los portillos por donde los de la ciudad podian subir, y proveyendo todas las cosas necesarias á su defensa. Por otra parte el Zagal, luego que corrió la voz por la ciudad que su sobrino estaba en el Albaicin, con el mayor número de gente que pudo comenzó á pelear con él; y saliendo los unos y los otros al campo, hubo entre ellos una reñida pelea, en que murieron muchos de entrambas partes; y siendo inferior el Zogoybi, porque tenia menos número de gente, le fué necesario retirarse al Albaicin y meterse dentro de sus reparos. El Zagal puso sus estancias contra él, y desta manera estuvieron mas de cincuenta dias peleando con tanta crueldad, que por ninguna cosa se tomaba hombre á vida. El Zogoybi envió luego á pedir socorro á los Reyes Católicos, que habian ido aquel año en romería á Santiago de Galicia, y cobrado de camino á Ponferrada y á otras villas y fortalezas; y sus altezas mandaron á don Pedro Henriquez, adelantado de la frontera, que le fuese á socorrer con su gente. El cual juntó el mayor número de caballos y peones que pudo, y fué la vuelta de Granada; y peleando con los moros del Zagal que le salian al encuentro, metió quinientos escopeteros cristianos en el Albaicin, para que con su calor se mantuviesen en lealtad los de la parte del Zogoybi; y sin recebir daño se retiró á la frontera. Mientras esto se hacia en Granada, el rey don Hernando, en el año de 1487, partió de Córdoba, y fué á cercar la ciudad de Vélez Málaga, llamada ansí porque está cerca de Málaga, y no porque sea de su jurisdicion; y la cercó un dia después de pascua de Resurrecion, á 19 dias del mes de abril. Y como los alfaquís y ancianos de Granada vieron que mientras ellos peleaban en sus casas los cristianos ocupaban las ciudades y villas de aquel reino y las fortalecian, juntándose los mas principales dellos, subieron un dia á la Alhambra, y haciendo un largo razonamiento al Zagal, le dijeron desta manera: «Señor, ¿para qué trabajas por ser rey, si dejas perder la tierra de que lo has de ser? Los cristianos han ido á cercar la ciudad de Vélez, y si la pierdes, Málaga y todas las otras del reino se perderán. Tu sobrino está en el Albaicin, y con las fuerzas de los enemigos de nuestra ley te entretiene, mientras se hace mas poderoso el rey cristiano. Apiádate deste pueblo, y haz alguna paz ó tregua con él mientras se expele el enemigo comun, aunque pierdas algo de tu derecho.» Estas razones movieron á tanta compasion al Zagal, que les respondió que luego fuesen á tratarlo con su sobrino, porque holgaba mucho hallar algun medio como hacer paces con él, y le obedeceria y se pondria debajo de su bandera. Esta respuesta fué luego referida al Zogoybi por los mesmos alfaquís y ancianos; mas él les respondió resolutamente que eran tantas las traiciones y crueldades que su tio habia usado con él y con sus amigos, que no se aseguraria jamás de sus palabras, ni queria paz ni treguas con ningun género de condicion; y con esto los despidió harto desconsolados. Viendo pues los alfaquís y ancianos que el rey don Hernando apretaba reciamente la ciudad de Vélez, y que no podian conformar los dos reyes, hicieron grandísima ins-

tancia con el Zagal para que la socorriese; y aunque estaba suspenso, no osando desamparar á Granada, fueron tantas las persuasiones y exclamaciones del pueblo, que por darles contento y tenerlos gratos, se determinó de ir á socorrer aquella ciudad. Y dejando muy bien proveida la Alhambra, y reforzadas las estancias que tenia puestas contra el Albaicin, salió con alguna cantidad de gente de á caballo y mas de veinte mil peones, entendiendo hallar el real de los cristianos desapercebido, y por lo mas áspero y fragoso de la sierra Mayor fué á dar de improviso sobre él. Mas el rey don Hernando estaba sobre el aviso, y con sus escuadrones puestos en muy buena órden, dejando los alojamientos bien proveidos, salió á recebirle y le desbarató, y hizo retirar con mucho daño á la ciudad de Almuñécar. Y no se teniendo allí el moro por seguro, pasó luego á la ciudad de Almería, y después dió vuelta á Guadix, sin osar volver á Granada, porque los granadinos, como supieron que iba desbaratado, deseando ya tener paz, saludaron por rey al Zogoybi y le entregaron la Alhambra y las otras fortalezas; el cual hizo degollar luego cuatro moros de los mas principales que le habian sido contrarios; y avisando á los Reyes Católicos del suceso, les pidió seguro para que todos los moros de Granada y de los otros lugares del reino que viniesen á su obediencia, pudiesen ir seguramente á sus labores y tratar y contratar en tierra de cristianos. Y porque se les concediese esto con mas calor, confirmó lo que secretamente habia ya prometídoles, que si ganaban las ciudades de Almería, Baza y Guadix, donde se habia recogido el Zagal, les entregaria tambien, dentro de treinta dias, la ciudad de Granada, con que le diesen ciertas villas y lugares donde viviese. Los Reyes holgaron de complacerle en todo cuanto pedia, y mandaron luego despachar sus cartas de seguro para los alcaides y gobernadores de las fronteras, mandándoles que hiciesen todo buen tratamiento á los vasallos del Zogoybi, y los dejasen ir á tratar libremente por toda la tierra. Demás desto, mandaron notificar á las ciudades y villas que estaban por el Zagal, que dentro de seis meses se entregasen al Zogoybi, con apercebimiento que si no lo cumplian, les harian guerra y las conquistarian para sí.

CAPITULO XIV.

Cómo los Reyes Católicos, prosiguiendo en la conquista del reino de Granada, ganaron las ciudades de Vélez Málaga y otras.

Por otra parte los moros de la ciudad de Vélez, habiendo perdido la esperanza del socorro, y viéndose muy apretados, entregaron la ciudad al rey don Hernando, viérnes á 27 dias del mes de abril del año de nuestra salud 1487, y del imperio de los alárabes 899; aunque otros dicen que fué á 10 dias de aquel mes. Está esta ciudad puesta en la halda de la sierra de Bentomiz, media legua de la mar, y es la que los antiguos llamaron Meneba; mas no está en el mesmo sitio, porque Meneba era en otro promontorio mas á poniente, donde se ven algunos edificios antiguos. Ganada la ciudad de Vélez, donde el Católico Rey hizo oficio de animoso y esforzado caballero, llegando en una escaramuza hasta la puerta de la ciudad, y alanceando un moro que le habia muerto un paje, las villas y castillos de Bentomiz, Comáres, Canillas, Narija, Cómpeta, Almojía, Mainate, Iznate, Benaque, Abní Aila, Ben Adalid, Chimbechilles, Pedupel, Bairo, Sinatan, Benicorram, Carjix, Buas, Casamur, Abistar, Jararax, Curbila, Rubite, Lacuz el Hadara, Alcuchaida, Daimas, el Borge, Borgaza, Máchar, Hajar, Cotetrox, Alhadac, Almedita, Aprina, Alautin, Periana y Maro, y otras muchas de la jarquía de Málaga y de la tierra de Vélez, se rindieron; y á los unos y los otros concedieron los Católicos Reyes las mesmas condiciones que á las ciudades de Ronda y Marbella, y villas y lugares de su tierra. Y dejando sus alcaides y gente de guerra en las fortalezas, fué luego el Rey Católico á cercar la ciudad de Málaga, que está cinco leguas á poniente de Vélez, y la cercó á 17 dias del mes de mayo deste año. Esta ciudad se defendió mucho, y recibió mas daño que otra ninguna de aquel reino, porque habia dentro mucha gente de guerra; mas al fin se rindió, y el rey don Hernando y la reina doña Isabel, que se hallaron en el cerco, entraron en ella dia de San Luis, á 19 dias del mes de agosto de aquel año, habiendo setecientos y setenta años que la poseian los moros, y fueron tomados todos los moros que allí habia por captivos. Luego se rindieron todas las villas y castillos de la Jarquía y de la Hoya que hasta entonces no se habian rendido; y dejando en ellas sus alcaides y gente de guerra, poblaron la ciudad de cristianos, y se fueron victoriosos á invernar á Zaragoza de Aragon.

CAPITULO XV.

Cómo los Reyes Católicos prosiguieron en su conquista, y lo que hicieron á la parte oriental de aquel reino el año de 1488.

Habiendo pues los Católicos Reyes dado fin á la guerra por la parte occidental deste reino, el año del Señor 1488 tornaron á juntar su ejército en Murcia; y entrando el rey don Hernando por la parte oriental, donde están las ciudades de Vera, Mojácar, Güéscar, Almería, Baza y Guadix, que todas estaban por el Zagal, hizo cruelísima guerra en todas aquellas comarcas. Y como el moro no fuese poderoso para salir en campaña, las ciudades de Vera y Mojácar se rindieron luego; y lo mesmo hicieron las villas y castillos de Las Cuevas, Huércal, Sagena, Albarca, Bedar, Serena, Cabrera, Lubrel, Ulula, Overa, Sorbas, Teresea, Lozaina, Torrillas, Huyunque, Suebro, Belefic, Níjar, Vercal, Vélez el Blanco, Vélez el Rubio, Cantoria, Oria, Jércos, Albox, Albóreas, Beni Andadala, Beni Taraf Atahelid, Alardia, Alhabia, Beni Alguacil, Beni Libre, Beni Zanon, Beni Mina, Almarchez, Cotobao, Beni Calgad, Leujar y Fines, y otras muchas. Y los moros quedaron por mudejares y vasallos de sus altezas con las mesmas condiciones que los demas. Hecho esto, pasó el Rey á reconocer la ciudad de Almería, y dió vuelta á Baza, y en el camino se le dieron á partido las villas de Gueca, Orce, Galera, Castilleja y Bena Maurel, en las cuales puso luego sus alcaides. Estaba el Zagal en Baza; y como la gente del Rey llegó á reconocer la ciudad, los moros salieron fuera, y trabaron una grande escaramuza con los cristianos, en la cual murió don Felipe de Aragon, maestre de Montesa, sobrino del rey don Hernando, hijo bastardo del príncipe don Cárlos, su hermano; mas todavía se hizo el reconocimiento. Y el Rey pasó hácia Güéscar, y los moros le entregaron luego la ciudad; y dejando proveidas las fortalezas, se fué á invernar á Medina del Campo, para dar órden en muchas cosas que

convenian á la buena gobernacion de sus reinos. Y en fin de este año, á 10 de octubre, cobraron á Plasencia por mano de los Carvajales y de otros caballeros.

CAPITULO XVI.

Cómo los Reyes Católicos ganaron las ciudades de Baza y Guadix, y hicieron otros muchos efetos en el año del Señor 1489.

Rendidas las villas y castillos arriba dichos, y reconocidas las ciudades en la manera que hemos dicho, en la primavera del año de 1489 sus altezas, viendo lo mucho que les importaba proseguir la guerra contra los moros, vinieron á la ciudad de Jaen, y mandando juntar toda su gente en las ciudades de Baeza y Ubeda y en el adelantamiento de Cazorla, porque habia de ser la entrada por aquella parte, cuando estuvo todo á punto, partió el Católico Rey sobre la ciudad de Baza, y de camino combatió la fortaleza de Cúllar y la ganó, dándosela los moros á partido después de muchos combates. Y por no dejar á las espaldas cosa que pudiese hacer impedimento á los Carvajales, que habian de llevar bastimentos al real, ocupó las fortalezas de Froila, Bazos, Canilles y Benzulema, y luego cercó la ciudad de Baza. Estaba dentro Cidi Yahaya, alcaide de Almería y primo del Zagal, hombre de mucha estima y valor, el cual defendió la ciudad seis meses y veinte dias valerosamente y con grandísima resistencia, y murió en escaramuzas y combates mucha gente de entrambas partes; y al fin los cercados, viendo la perseverancia de nuestro ejército, y que no hacia mudanza, antes crecia cada hora mas, y los apretaban con nuestros reparos de torres y cavas, para que no pudiesen entrar ni salir sin peligro manifiesto, y que no tenian de donde esperar socorro, porque el rey Zagal estaba encerrado en Guadix, y no se lo podia dar, pidieron al alcaide Yahaya que tratase de partido, y con muy honestas condiciones entregó la ciudad á sus altezas, y todas las torres y fortalezas, y la ocuparon nuestros cristianos á 4 dias del mes de diciembre de aquel año. Ganada Baza, todas las villas y castillos del valle de Purchena y rio de Almanzora, que hasta entonces no se habian rendido, se rindieron, y entregaron las fortalezas á sus altezas, ofreciéndose por sus mudejares y vasallos. Lo mesmo hicieron los de la ciudad y rio de Almería y de las serranías de Gádor y Filábres. Quedaba la ciudad de Guadix por rendir, y el alcaide Yahaya, que procuraba que todos hiciesen lo que él habia hecho, trató con el Zagal que la rindiese; el cual viendo cuán poco le aprovechaban sus armas, hizo sus capitulaciones con los Reyes Católicos, y les rindió la ciudad y las nueve villas del Cenete y las que están en la serranía entre Guadix y Granada. Y después hizo que se rindiesen las taas de los dos Ceheles, Andarax, Dalías, Berja, Ujíjar, Jubiles, Ferreira y Poqueira, que todas son en la Alpujarra, y la taa de Órgiba y el valle de Lecrin, solicitando á los pueblos para ello, porque holgaba mas verlos en poder de cristianos que de su sobrino. Y sus altezas le dieron para él la taa de Órgiba y el valle de Lecrin, y la mitad de las salinas de la Malaha, y otros muchos heredamientos para su sustento, y anduvieron él y el alcaide Yahaya en su servicio en la guerra hasta el fin della. Y después les pidió licencia para pasar á Berbería, diciendo que no queria vivir en tierra donde habia sido rey, pues ya no podia serlo ni tenia esperanza dello; y el rey de Fez lo mandó aprisionar; y siendo convencido en juicio por la disension que habia causado en el reino de los moros, le hizo abacilar (1) y cegar con una vacía de azófar ardiendo puesta delante de los ojos. Y después se fué á la ciudad de Vélez de la Gomera, donde vivió ciego y miserable mucho tiempo, dándole de comer y de vestir el rey de Vélez, y encima del vestido traia siempre un rétulo en arábigo que decia: «Este es el desventurado rey de los andaluces.» Cuando el Zagal se fué á Berbería, sus altezas hicieron merced á los infantes Alí y Acre, hijos del rey Abulhacen y de la Zoraya, que después fueron cristianos y se llamaron don Juan y don Hernando, de las taas de Órgiba y del Jubilein; y las poseyeron hasta que, alzándose la Alpujarra en el año de 1493, los quitaron sus altezas de allí, y les dieron en recompensa un cuento y cuatrocientas mil de juro, y la tenencia del castillo de Monleon y el gobierno del reino de Galicia. Convirtióse tambien Cidi Yahaya y un hijo suyo á nuestra santa fe, y se llamó don Pedro, y el hijo don Alonso, que fueron muy esforzados caballeros, y hicieron cosas muy señaladas en la conquista de Granada; y sus altezas les hicieron merced de la otra mitad de las salinas de la Malaha, y en su recompensa después les dieron la taa de Marchena y otros muchos heredamientos. Este era hijo de Aben Celin Aben Abrahem Abuzacari, infante de Almería y nieto de Brahem Aben Almao Abuzacari, á quien, en diferencia del rey Izquierdo, llamaron el Nayar, que reinó en Granada en tiempo del rey don Juan el Segundo y con su favor. El cual traia tambien su descendencia del rey Aben Hut, descendiente de los reyes de Aragon, que echó á los Almohadas de España, como dijimos en el segundo de nuestra Africa. Los descendientes de los infantes don Juan y don Hernando tienen por apellido de Granada, y traen por armas dos granadas en campo azul, y un letrero atravesado que dice: *Lagaleblila*, que quiere decir: «No hay vencedor sino Dios;» y los que vienen de don Pedro y don Alonso tomaron apellido de Venegas y tambien de Granada. Traen cinco granadas en campo azul. Primero traian una sola, y por un desafío que vencieron padre y hijo en la vega de Granada, en que mataron cinco moros, pusieron cinco granadas y el mesmo letrero. Honráronlos sus altezas mucho y fueron sus padrinos, y casaron á don Alonso con doña Juana de Mendoza, dama de la Reina Católica, hija de don Francisco Hurtado de Mendoza, su mayordomo. Tuvieron por su hijo á don Pedro de Granada Venegas, caballero del hábito de Santiago y alguacil mayor de Granada, padre de don Alonso de Granada Venegas, señor de Campotéjar y Jayena, de quien dirémos adelante. Volviendo pues á nuestra historia, no les quedando ya á los Reyes Católicos que conquistar en aquel reino mas que la ciudad de Granada y algunos lugares que debajo de paces se habian mantenido por el rey Zogoybi, enviaron á decirle que cumpliese lo que les habia prometido, y dentro de treinta dias les entregase aquella ciudad con todas sus fortalezas, y le darian cierta cantidad de dinero y los lugares de las taas de la Alpujarra, donde se fuese á vivir; el cual,

(1) *Abacinar* debiera escribirse, como se escribe en italiano. El *Glosario* de Ducange explica la significacion de este verbo, que es, como aquí se dice, cegar con hierro hecho ascua.

turbado de oir semejante embajada, les respondió que la ciudad de Granada era grande y muy populosa de gente, porque demás de los vecinos naturales, se habian recogido en ella muchos de otras partes, entre los cuales habia diferentes pareceres, y ansí no podia ni era parte para cumplir lo que se le pedia, y mucho menos siendo el tiempo tan breve para tratar de negocio en que habian de condescender las voluntades de tanta diversidad de pueblo. Sabida esta respuesta, sus altezas le ofrecieron mas dineros y mas lugares, aunque no todos los que él pedia, porque hiciese que los granadinos dejasen luego las armas y desocupasen algunas casas señaladas en sitios fuertes dentro de la ciudad, donde se metiesen los cristianos. Mas tampoco lo quiso hacer; antes se declaró luego por enemigo, solicitando los de la Alpujarra, sierras y valle á que se alzasen. Y saliendo de Granada, cercó la fortaleza del Padul, y la combatió y ganó antes que el rey don Hernando la pudiese socorrer, porque se hallaba á la sazon á la parte de Guadix. Y porque iba el año ya muy adelante, mandó proveer las fronteras de Alendin, Colomera, Moclin, Íllora, Montefrio, Alcalá la Real, Loja y Alhama, que todas cercan la vega de Granada; y se fué á invernar á la ciudad de Sevilla, para dar órden en lo que se habia de proveer para la entrada de la primavera.

CAPITULO XVII.

Cómo los Reyes Católicos volvieron á la conquista, y lo que hicieron el año de 1490.

El año siguiente, que se contaron 1490 de Cristo, tornó el Rey á entrar en la vega de Granada, llevando consigo al Zagal y al alcaide de Baza y otros moros principales. Y andando la gente talando los sembrados y las huertas junto á la ciudad, salieron los granadinos muchas veces á defendérselo con escaramuzas; y en una dellas mataron á don Alonso Pacheco, hermano del marqués de Villena, y á él le hirieron de una lanzada en un brazo, y mataron muchos caballeros que iban con él; mas no por eso dejó de hacerse la tala, y el Rey proveyó sus fronteras y se volvió á Córdoba. Aun no era bien retirada la gente del Rey, cuando el Zogoybi salió de Granada y cercó la fortaleza de Alhendin, que está dos leguas pequeñas de la ciudad; y aunque era fuerte y habia dentro buena gente de guerra, la combatió con los ingenios y máquinas que usaban en aquel tiempo, tan reciamente, que el alcaide, viendo los muros cavados por los cimientos y apuntalados con mucha madera y leña debajo para darles fuego, la hubo de rendir; y el moro la mandó derribar por el suelo, y llevó á Granada captivos los cristianos que allí habia. A la fama desta victoria los moros de la Alpujarra, sierra y valle se levantaron contra los alcaides que tenian las fortalezas por el Rey; y el Zogoybi con mucho número de gente fué á las taas de Narchena y Boloduí, que son entre Guadix y Almería, y hallando aquellas villas desapercebidas, las combatió y tomó por fuerza de armas. Decíanos un moro viejo de mas de ciento y diez años, que estaba en el Albaicín de Granada cuando escribiamos nuestra historia de Africa, que de esta vez se rebelaron todas las taas y lugares de la Alpujarra, sierra y valle de Lecrin, y se perdieron las fortalezas que tenian ya los cristianos, sino fueron dos ó tres; una de las cuales fué Mondújar, que la defendió valerosamente una noble dueña llamada doña María de Acuña, mujer del Alcaide, estando su marido fuera. Tambien procuró el moro haber el castillo de Salobreña, que estaba por el Rey, por la comodidad de aquel portichuelo, donde pudiesen acudir los navíos de Berbería; y trató con los moros de paces que moraban en la villa que le diesen entrada una noche, para que con mas facilidad le pudiese hacer escalar; los cuales lo hicieron ansí; mas el Alcaide se defendió valerosamente, aunque le pusieron en tanto aprieto, que si el rey don Hernando no le socorriera, se hubiera de perder. Solicitó ansimesmo el Zogoybi á los moriscos de paces que moraban en las ciudades de Guadix, Baza y Almería, para que se alzasen; y finalmente tuvo trato con la mayor parte de los que ya eran mudejares, y ellos con él. A esta guerra acudió luego el Rey Católico; y entrando con su ejército en la vega de Granada, fué causa que el moro acudiese á poner cobro en aquella ciudad, y se interrompiesen sus designios. Y dejando talados los panizos della, que tenian sembrados los granadinos, siendo ya por el mes de setiembre, se volvió á Córdoba; mas no se detuvo mucho en aquella ciudad, porque como se entendió el trato que los moros de Baza, Guadix y Almería traian con el Zogoybi, y como le pedian socorro para alzarse, queriendo poner remedio en ello con la brevedad que el caso requeria, caminó luego á grandes jornadas hácia aquella parte, y metiéndose en la ciudad de Guadix, lo aseguró todo con su presencia, y mandó que todos los moros que vivian dentro de las ciudades y villas cercadas se saliesen á vivir á las alcarías y lugares abiertos, y á los que quisieron irse á Berbería les dió licencia para ello y para vender sus haciendas. Con esta diligencia remedió este prudentísimo y católico rey el rebelion y guerra que se esperaba, y se volvió á Sevilla para dar órden en el cerco que pensaba poner en el siguiente año á la ciudad de Granada.

CAPITULO XVIII.

Cómo los Reyes Católicos tornaron á la conquista el año de 1491, y cercaron la ciudad de Granada.

Venida la primavera del año de nuestro Salvador 1491, los Católicos Reyes, habiendo estado el principio del año en Sevilla, partieron de allí pasada pascua Florida para ir á cercar á Granada. El rey don Hernando entró en la Vega, y mandó al marqués de Villena que con tres mil caballos y diez mil peones fuese al valle de Lecrin, y destruyese todos los lugares que se habian alzado. Y porque, si acaso los moros viniesen sobre él con mayor pujanza, no recibiese daño en la aspereza de aquellos cerros (como aquel que en nada se descuidaba), partió luego en su seguimiento con el resto del ejército. El marqués de Villena entró en el Valle, y destruyendo los lugares bajos que estaban mal apercebidos, volvió al Padul con muchos captivos y despojos; mas encontrándole allí el Rey, le mandó volver; y pasando mas adelante, destruyó toda aquella tierra, porque esto era lo que convenia que se hiciese antes de poner cerco á Granada. Y aunque el Zogoybi, sabido el camino que el rey don Hernando llevaba, envió algunos alcaides con mucha gente de á pié para que ocupasen los pasos de Tablate y Lanjaron, por donde necesariamente habian de pasar los cristianos, no fueron parte para de-

fendérselo, porque los capitanes del Rey acometieron el barranco de Tablate por la puente, y por otro paso dificultosísimo que estaba á la parte de arriba una legua de allí; y echando á los moros de las cumbres de aquellos cerros, que tenian ocupadas, pasó el Rey hasta Lanjaron, y allí estuvo mientras la gente destruia los lugares del valle y de la taa de Órgiba y otros de aquellas sierras. Hecho esto, y talados todos los sembrados de la comarca, volvió el Rey con todo su ejército al Padul, y por aquella parte entró en la vega de Granada, y asentó su real junto á unas fuentes que llaman los Ojos de Huércal, y están dos leguas de aquella famosísima ciudad, con determinacion, siendo Dios servido, de no le alzar hasta ganarla. Duró este cerco ocho meses y diez dias con gran contienda de entrambas partes, desde 26 dias del mes de abril hasta 2 de enero del año del Señor 1492. En el cual tiempo hubo hechos muy notables de caballeros y peones, así cristianos como moros, que procuraban señalarse en presencia de sus reyes, unos por fama, y otros por premio, y muchos por religion. A este cerco vino la católica reina doña Isabel, que en todas las cosas graves y de mayor importancia se queria hallar, para animar con su real presencia á sus vasallos; y trajo consigo al príncipe don Juan y á la infanta doña Juana, sus hijos. Y porque una noche se pegó fuego á la tienda de la Reina con una vela que descuidadamente dejó encendida una moza de cámara, y se quemaron otras tiendas que estaban par della, los Reyes mandaron hacer en el real casas de tapias cubiertas de teja, donde se metiese la gente, puestas por su órden con sus calles ordenadas en medio, y después tomando las ciudades y los maestrazgos á su cargo de fortalecer cada cual su cuartel, hicieron una ciudad cercada de muros y de torres con una honda cava, dejando dos calles principales en medio derechas, puestas en cruz, que van á dar á cuatro puertas, que responden á los cuatro vientos, quedando en medio una plaza de armas espaciosa y ancha, donde poderse juntar la gente del ejército. Cada edificador dejó una piedra con su epitafio en la parte del muro que le cupo edificar, puesta en el lugar mas preeminente de su cuartel, las cuales verá todavía el curioso que anduviere al derredor dellos por la parte de fuera. A esta ciudad llamaron los Católicos Reyes Santa Fe, nombre digno de su conquista; y con ella quedó el real seguro de fuegos, y fuerte contra cualquier ímpetu de los enemigos, los cuales desmayaron luego que la vieron edificada, entendiendo que el cerco era de propósito, y con presupuesto de no levantar de allí el real hasta ganarles á Granada.

CAPITULO XIX.

Cómo los moros acordaron de rendir á Granada, y las capitulaciones que sobre ello se hicieron.

Cuando el Zogoybi vió que no tenia la ciudad de Granada defensa ni esperanza de socorro, condescendiendo con la voluntad de la mayor parte del pueblo, que no podian ya sufrir tanto trabajo, envió á pedir treguas á los Reyes Católicos, durante las cuales se pudiese entender en las condiciones y capítulos de paz con que se habia de rendir. Dió ante todas cosas en rehenes á un hijo suyo, y otros de alcaides y hombres principales de la ciudad y del Albaicin, que fueron llevados á la fortaleza de Moclin. Y siéndole concedida tregua por sesenta dias, los caballeros y ciudadanos moros se juntaron diversas veces á tratar de su negocio, yendo y viniendo muchos dellos á conferir lo que acordaban pedir con las personas del consejo de sus altezas que fueron diputadas para ello. Y aunque lo que trataban era con demasiada importunidad, los vencedores, que ninguna cosa querian mas que acabar de vencer, se lo concedieron todo. Hechos los capítulos y asentadas las condiciones, los granadinos enviaron con la resolucion de todo á un ciudadano noble, llamado Abí Cacem el Maleh, con poderes bastantes para que otorgase lo que sus altezas pedian. Y porque el lector quede satisfecho, pornémos aquí los capítulos á la letra como se concedieron, ansí al Rey y á las Reinas, como á la ciudad y lugares de aquel reino:

«Que sus altezas hacen merced por juro de heredad, para siempre jamás, al rey Abdilehi, de las villas y lugares de las taas de Berja, Dalías, Marchena, Bolodui, Júchar, Andarax, Jubíles, Ujíjar, Jubilein, Ferreira, Poqueira y Órgiba, que son en la Alpujarra, con todos los heredamientos, pechos, derechos y otras rentas que en cualquier manera pertenezcan á sus altezas en las dichas taas, para que sea suyo y lo pueda vender ó empeñar y hacer dello lo que quisiere, con tanto que cuando lo quisiere vender ó empeñar sean primero requeridos sus altezas si lo quieren; y tomándolo, le mandarán pagar por ello lo que se concertare.

» Que sus altezas puedan labrar y tener fortaleza en Adra ó en otras partes donde quisieren en la Alpujarra, y hacer y tener torres en la costa de la mar. Y si labraren nueva fortaleza en Adra junto á la mar, en tal caso quede la fortaleza vieja por el dicho rey Abdilehi, después de reparada y puesta en defensa la de sus altezas, el cual no ha de pagar cosa alguna para la guardia ni para los reparos de las dichas fortalezas y torres, sino que le ha de quedar su renta toda libre.

» Que luego como entregare la Alhambra y las otras fortalezas, le mandarán dar sus altezas treinta mil castellanos de oro, que valen catorce cuentos y quinientos cincuenta mil maravedís en dinero de contado.

» Que sus altezas le hacen merced de todos los heredamientos, molinos de aceite, tierras y hazas que tuvo y poseyó desde el tiempo del rey Abil Hacen su padre, y tiene y posee agora, ansi en los términos de la ciudad de Granada como en las Alpujarras.

» Que sus altezas hacen merced á la reina Ayxa, su madre, y á sus hermanas y mujer, y á la mujer de Muley Abí Nacer, de todas las huertas, tierras, hazas, molinos, viñas y otros heredamientos que tenian en la dicha ciudad de Granada y en las Alpujarras; lo cual todo sea franco y libre de cualquier derecho, como lo eran hasta aquí. Y ansimesmo hacen merced al dicho rey Abdilehi, y á las dichas reinas é infantes, y al Hazi Romaimi, de todos los heredamientos que tenian en Motril, con la mesma libertad.

» Que después de firmado este concierto, cualesquier villas ó lugares de la dicha Alpujarra que se dieren y entregaren á sus altezas antes de la entrega de la Alhambra, las mandarán volver y restituir libremente al dicho rey Abdilehi, y que serán por él bien tratados.

» Que no mandarán sus altezas al dicho rey Abdilehi

ni á sus criados volver, para siempre jamás, lo que hubieren tomado á cristianos en su tiempo ni á moros, ansí bienes muebles como raíces. Y si sus altezas hubieren de mandar volver algunas de las tales cosas ó heredades que se hayan tomado, por algun asiento ó capitulacion que tengan con alguna persona, lo pagarán, y mandarán que sobre esto no tenga poder ningun cristiano ni moro, ora sea mucho ó poco; y á quien fuere contra ello le mandarán castigar, y que en contrario dello no será juzgado por ninguna ley de cristianos ni de moros.

»Que cada y cuando que el dicho rey Abdilehi, ó su madre, hermanas y mujer, y la mujer del dicho Abí Nacer, y sus alcaides, criados, escuderos y gente de su casa y servicio, quisieren pasarse á Berbería, sus altezas les mandarán dar dos carracas de ginoveses fletadas, en que pasen, si las hubiere al tiempo que se quisieren ir, y si no, cuando las hubiere, sin que paguen flete ni otro derecho; en las cuales puedan llevar sus personas, ropas, mercaderías, oro, plata, joyas, bestias y armas con que no lleven tiros de pólvora, porque estos han de quedar para sus altezas; y que por embarcar ó desembarcar, ni por otra cosa alguna, no les han de llevar derechos de ninguna suerte, ni flete, y los harán llevar seguros, honrados y guardados, á cualquier puerto de levante ó de poniente, de Alejandría ó de la ciudad de Túnez ó de Oran, ó del reino de Fez, donde ellos mas quisieren ir á desembarcar.

»Que si al tiempo que se embarcaren no pudieren vender las rentas que tuvieren en el dicho reino de Granada, puedan dejar y dejen sus procuradores que las cojan, lleven ó envien donde estuvieren, sin que en ello se les ponga embargo alguno.

»Que si el dicho rey Abdilehi quisiere enviar algun alcaide ó criado con mercadería á Berbería, lo pueda hacer libremente, sin que á la ida, estada ó vuelta le sea pedida cosa alguna por razon de derechos.

»Que pueda enviar á cualquiera parte de los reinos de sus altezas seis acémilas por cosas de su mantenimiento y provision franca y libremente, sin que por ello le sean llevados derechos en ninguna parte.

»Que saliendo de Granada, pueda irse á vivir donde quisiere en cualquiera de los lugares que se le dan, y salir de la ciudad con sus criados, alcaides, sabios, caballeros, y comun que quisiere llevar ó irse con él, los cuales lleven sus caballos y bestias de guia, y sus mujeres y hijos, criados y criadas, chicos y grandes, y sus armas en las manos ó como quisieren llevarlas, que no les será tomado, excepto los tiros de pólvora; y que agora ni en ningun tiempo para siempre jamás se les pornán señales en sus personas ni en otra manera, á ellos ni á sus descendientes; y que gocen de todas las capitulaciones que están hechas ó se hicieren con los vecinos de la dicha ciudad de Granada.

»Que sus altezas mandarán dar al dicho rey Abdilehi y á su madre, mujer y hermanas, y á la mujer de Abí Nacer, el dia que se les entregare la fortaleza de la Alhambra y las otras fortalezas, sus cartas de privilegios, fuertes y firmes de todo lo susodicho, rodados y sellados con su sello de plomo pendiente en filos de seda, confirmados por el príncipe don Juan y por el cardenal de España y por los maestres de las órdenes, arzobispos, obispos y otros prelados, y por los grandes, duques, marqueses, condes, adelantados y notarios mayores destos reinos.»

Esta capitulacion fue hecha y concluida en el real de Santa Fe á 25 dias del mes de noviembre del año de nuestra salud 1491, y tres dias después se concluyeron los capítulos que sus altezas concedieron generalmente á la ciudad de Granada y lugares de aquel reino que se viniesen á rendir, cuyo tenor es este:

«Primeramente, que el rey moro y los alcaides y alfaquís, cadís, meftís, alguaciles y sabios, y los caudillos y hombres buenos, y todo el comun de la ciudad de Granada y de su Albaicin y arrabales, darán y entregarán á sus altezas ó á la persona que mandaren, con amor, paz y buena voluntad, verdadera en trato y en obra, dentro de cuarenta dias primeros siguientes, la fortaleza de la Alhambra y Alhizán, con todas sus torres y puertas, y todas las otras fortalezas, torres y puertas de la ciudad de Granada y del Albaicin y arrabales que salen al campo, para que las ocupen en su nombre con su gente y á su voluntad, con que se mande á las justicias que no consientan que los cristianos suban al muro que está entre el Alcazaba y el Albaicin, de donde se descubren las casas de los moros; y que si alguno subiere, sea luego castigado con rigor.

»Que cumplido el término de los cuarenta dias, todos los moros se entregarán á sus altezas libre y espontáneamente, y cumplirán lo que són obligados á cumplir los buenos y leales vasallos con sus reyes y señores naturales; y para seguridad de su entrega, un dia antes que entreguen las fortalezas darán en rehenes al alguacil Jucef Aben Comixa, con quinientas personas hijos y hermanos de los principales de la ciudad y del Albaicin y arrabales, para que estén en poder de sus altezas diez dias, mientras se entregan y aseguran las fortalezas, poniendo en ellas gente y bastimentos; en el cual tiempo se les dará todo lo que hubieren menester para su sustento; y entregadas, los pornán en libertad.

»Que siendo entregadas las fortalezas, sus altezas y el príncipe don Juan, su hijo, por sí y por los reyes sus sucesores, recibirán por sus vasallos y súbditos naturales, debajo de su palabra, seguro y amparo real, al rey Abí Abdilehi, y á los alcaides, cadís, alfaquís, meftís, sabios, alguaciles, caudillos y escuderos, y á todo el comun, chicos y grandes, así hombres como mujeres, vecinos de Granada y de su Albaicin y arrabales, y de las fortalezas, villas y lugares de su tierra y de la Alpujarra, y de los otros lugares que entraren debajo deste concierto y capitulacion, de cualquier manera que sea, y los dejarán en sus casas, haciendas y heredades, entonces y en todo tiempo y para siempre jamás, y no les consentirán hacer mal ni daño sin intervenir en ello justicia y haber causa, ni les quitarán sus bienes ni sus haciendas ni parte dello; antes serán acatados, honrados y respetados de sus súbditos y vasallos, como lo son todos los que viven debajo de su gobierno y mando.

»Que el dia que sus altezas enviaren á tomar posesion de la Alhambra, mandarán entrar su gente por la puerta de Bib Lacha ó por la de Bibnest, ó por el campo fuera de la ciudad, porque entrando por las calles no haya algun escándalo.

»Que el dia que el rey Abí Abdilehi entregare las fortalezas y torres, sus altezas le mandarán entregar

á su hijo con todos los rehenes, y sus mujeres y criados, excepto los que se hubieren vuelto cristianos.

»Que sus altezas y sus sucesores para siempre jamás dejarán vivir al rey Abí Abdilehi y á sus alcaides, cadís, meftís, alguaciles, caudillos y hombres buenos y á todo el comun, chicos y grandes, en su ley, y no les consentirán quitar sus mezquitas ni sus torres ni los almuedanes, ni les tocarán en los habices y rentas que tienen para ellas, ni les perturbarán los usos y costumbres en que están.

»Que los moros sean juzgados en sus leyes y causas por el derecho del xara que tienen costumbre de guardar, con parecer de sus cadís y jueces.

»Que no les tomarán ni consentirán tomar agora ni en ningun tiempo para siempre jamás, las armas ni los caballos, excepto los tiros de pólvora chicos y grandes, los cuales han de entregar brévemente á quien sus altezas mandaren.

»Que todos los moros, chicos y grandes, hombres y mujeres, así de Granada y su tierra como de la Alpujarra y de todos los lugares, que quisieren irse á vivir á Berbería ó á otras partes donde les pareciere, puedan vender sus haciendas, muebles y raíces, de cualquier manera que sean, á quien y como les pareciere, y que sus altezas ni sus sucesores en ningun tiempo las quitarán ni consentirán quitar á los que las hubieren comprado; y que si sus altezas las quisieren comprar, las puedan tomar por el tanto que estuvieren igualadas, aunque no se hallen en la ciudad, dejando personas con su poder que lo puedan hacer.

»Que á los moros que se quisieren ir á Berbería ó á otras partes les darán sus altezas pasaje libre y seguro con sus familias, bienes muebles, mercaderías, joyas, oro, plata y todo género de armas, salvo los instrumentos y tiros de pólvora; y para los que quisieren pasar luego, les darán diez navíos gruesos que por tiempo de setenta dias asistan en los puertos donde los pidieren, y los lleven libres y seguros á los puertos de Berbería, donde acostumbran llegar los navíos de mercaderes cristianos á contratar. Y demás desto, todos los que en término de tres años se quisieren ir, lo puedan hacer, y sus altezas les mandarán dar navíos donde los pidieren, en que pasen seguros, con que avisen cincuenta dias antes, y no les llevarán fletes ni otra cosa alguna por ello.

»Que pasados los dichos tres años, todas las veces que se quisieren pasar á Berbería lo puedan hacer, y se les dará licencia para ello pagando á sus altezas un ducado por cabeza y el flete de los navíos en que pasaren.

»Que si los moros que quisieren irse á Berbería no pudieren vender sus bienes raíces que tuvieren en la ciudad de Granada y su Albaicin y arrabales, y en la Alpujarra y en otras partes, los puedan dejar encomendados á terceras personas con poder para cobrar los réditos, y que todo lo que rentaren lo puedan enviar á sus dueños á Berbería donde estuvieren, sin que se les ponga impedimento alguno.

»Que no mandarán sus altezas ni el príncipe don Juan su hijo, ni los que después dellos sucedieren, para siempre jamás, que los moros que fueren sus vasallos traigan señales en los vestidos como los traen los judíos.

»Que el rey Abdilehi ni los otros moros de la ciudad de Granada ni de su Albaicin y arrabales no pagarán los pechos que pagan por razon de las casas y posesiones por tiempo de tres años primeros siguientes, y que solamente pagarán los diezmos de agosto y otoño, y el diezmo de ganado que tuvieren al tiempo del dezmar, en el mes de abril y en el de mayo, conviene á saber, de lo criado, como lo tienen de costumbre pagar los cristianos.

»Que al tiempo de la entrega de la ciudad y lugares, sean los moros obligados á dar y entregar á sus altezas todos los captivos cristianos varones y hembras, para que los pongan en libertad, sin que por ellos pidan ni lleven cosa alguna; y que si algun moro hubiere vendido alguno en Berbería y se lo pidieren diciendo tenerlo en su poder, en tal caso, jurando en su ley y dando testigos como lo vendió antes destas capitulaciones, no le será mas pedido ni él esté obligado á darlo.

»Que sus altezas mandarán que en ningun tiempo se tomen al rey Abí Abdilehi ni á los alcaides, cadís, meftís, caudillos, alguaciles ni escuderos las bestias de carga ni los criados para ningun servicio, si no fuere con su voluntad, pagándoles sus jornales justamente.

»Que no consentirán que los cristianos entren en las mezquitas de los moros donde hacen su zalá sin licencia de los alfaquís, y el que de otra manera entrare será castigado por ello.

»Que no permitirán sus altezas que los judíos tengan facultad ni mando sobre los moros ni sean recaudadores de ninguna renta.

»Que el rey Abdilehi y sus alcaides, cadís, alfaquís, meftís, alguaciles, sabios, caudillos y escuderos, y todo el comun de la ciudad de Granada y del Albaicin y arrabales, y de la Alpujarra y otros lugares, serán respetados y bien tratados por sus altezas y ministros, y que su razon será oida y se les guardarán sus costumbres y ritos, y que á todos los alcaides y alfaquís les dejarán cobrar sus rentas y gozar de sus preeminencias y libertades, como lo tienen de costumbre y es justo que se les guarde.

»Que sus altezas mandarán que no se les echen huéspedes ni se les tome ropa ni aves ni bestias ni bastimentos de ninguna suerte á los moros sin su voluntad.

»Que los pleitos que ocurrieren entre los moros serán juzgados por su ley y xara, que dicen de la Zuna, y por sus cadís y jueces, como lo tienen de costumbre, y que si el pleito fuere entre cristiano y moro, el juicio dél sea por alcalde cristiano y cadí moro, porque las partes no se puedan quejar de la sentencia.

»Que ningun juez pueda juzgar ni apremiar á ningun moro por delito que otro hubiere cometido, ni el padre sea preso por el hijo, ni el hijo por el padre, ni hermano contra hermano, ni pariente por pariente, sino que el que hiciere el mal aquel lo pague.

»Que sus altezas harán perdon general á todos los moros que se hubieren hallado en la prision de Hamete Abí Alí, su vasallo, y así á ellos como á los lugares de Cabtil, por los cristianos que han muerto ni por los deservicios que han hecho á sus altezas, no les será hecho mal ni daño, ni se les pedirá cosa de cuanto han tomado ni robado.

»Que si en algun tiempo los moros que están captivos en poder de cristianos huyeren á la ciudad de Granada ó á otros lugares de los contenidos en estas capitulaciones, sean libres, y sus dueños no los puedan pe-

dir ni los jueces mandarlos dar, salvo si fueren canarios ó negros de Gelofe ó de las islas.

»Que los moros no darán ni pagarán á sus altezas mas tributo que aquello que acostumbran á dar á los reyes moros.

»Que á todos los moros de Granada y su tierra y de la Alpujarra, que estuvieren en Berbería, se les dará término de tres años primeros siguientes para que si quisieren puedan venir y entrar en este concierto y gozar dél. Y que si hubieren pasado algunos cristianos captivos á Berbería, teniéndolos vendidos y fuera de su poder, no sean obligados á traerlos ni á volver nada del precio en que los hubieren vendido.

»Que si el Rey ú otro cualquier moro después de pasado á Berbería quisiere volverse á España, no le contentando la tierra ni el trato de aquellas partes, sus altezas les darán licencia por término de tres años para poderlo hacer, y gozar destas capitulaciones como todos los demás.

»Que si los moros que entraren debajo destas capitulaciones y conciertos quisieren ir con sus mercaderías á tratar y contratar en Berbería, se les dará licencia para poderlo hacer libremente, y lo mesmo en todos los lugares de Castilla y de la Andalucía, sin pagar portazgos ni los otros derechos que los cristianos acostumbran pagar.

»Que no se permitirá que ninguna persona maltrate de obra ni de palabra á los cristianos ó cristianas que antes destas capitulaciones se hobieren vuelto moros; y que si algun moro tuviere alguna renegada por mujer, no será apremiada á ser cristiana contra su voluntad, sino que será interrogada en presencia de cristianos y de moros, y se seguirá su voluntad; y lo mesmo se entenderá con los niños y niñas nacidos de cristiana y moro.

»Que ningun moro ni mora serán apremiados á ser cristianos contra su voluntad; y que si alguna doncella ó casada ó viuda, por razon de algunos amores, se quisiere tornar cristiana, tampoco será recebida hasta ser interrogada; y si hubiere sacado alguna ropa ó joyas de casa de sus padres ó de otra parte, se restituirá á su dueño, y serán castigados los culpados por justicia.

»Que sus altezas ni sus sucesores en ningun tiempo pedirán al rey Abí Abdilehi ni á los de Granada y su tierra, ni á los demás que entraren en estas capitulaciones, que restituyan caballos, bagajes, ganados, oro, plata, joyas, ni otra cosa de lo que hubieren ganado en cualquier manera durante la guerra y rebelion, así de cristianos como de moros mudejares ó no mudejares; y que si algunos conocieren las cosas que les han sido tomadas, no las puedan pedir; antes sean castigados si las pidieren.

»Que si algun moro hobiere herido ó muerto cristiano ó cristiana siendo sus captivos, no les será pedido ni demandado en ningun tiempo.

»Que pasados los tres años de las franquezas, no pagarán los moros de renta de las haciendas y tierras realengas mas de aquello que justamente pareciere que deben pagar conforme al valor y calidad dellas.

»Que los jueces, alcaldes y gobernadores que sus altezas hubieren de poner en la ciudad de Granada y su tierra, serán personas tales que honrarán á los moros y los tratarán amorosamente, y les guardarán estas capitulaciones; y que si alguno hiciere cosa indebida, sus altezas lo mandarán mudar y castigar.

»Que sus altezas y sus sucesores no pedirán ni demandarán al rey Abdilehi ni á otra persona alguna de las contenidas en estas capitulaciones, cosa que hayan hecho, de cualquier condicion que sea, hasta el dia de la entrega de la ciudad y de las fortalezas.

»Que ningun alcaide, escudero ni criado del rey Zagal no terná cargo ni mando en ningun tiempo sobre los moros de Granada.

»Que por hacer bien y merced al rey Abí Abdilehi y á los vecinos y moradores de Granada y de su Albaicin y arrabales, mandarán que todos los moros captivos, así hombres como mujeres, que estuvieren en poder de cristianos, sean libres sin pagar cosa alguna, los que se hallaren en la Andalucía dentro de cinco meses, y los que en Castilla dentro de ocho; y que dos dias después que los moros hayan entregado los cristianos captivos que hubiere en Granada, sus altezas les mandarán entregar doscientos moros y moras. Y demás desto pondrán en libertad á Aben Adrami, que está en poder de Gonzalo Hernandez de Córdoba, y á Hozmin, que está en poder del conde de Tendilla, y á Reduan, que lo tiene el conde de Cabra, y á Aben Mueden y al hijo del alfaquí Hademi, que todos son hombres principales vecinos de Granada, y á los cinco escuderos que fueron presos en la rota de Brahem Abencerrax, sabiéndose dónde están.

»Que todos los moros de la Alpujarra que vinieren á servicio de sus altezas darán y entregarán dentro de quince dias todos los captivos cristianos que tuvieren en su poder, sin que se les dé cosa alguna por ellos; y que si alguno estuviere igualado por trueco que dé otro moro, sus altezas mandarán que los jueces se lo hagan dar luego.

»Que sus altezas mandarán guardar las costumbres que tienen los moros en lo de las herencias, y que en lo tocante á ellas serán jueces sus cadís.

»Que todos los otros moros, demás de los contenidos en este concierto, que quisieren venirse al servicio de sus altezas dentro de treinta dias, lo puedan hacer y gozar dél y de todo lo en él contenido, excepto de la franqueza de los tres años.

»Que los habices y rentas de las mezquitas, y las limosnas y otras cosas que se acostumbran dar á las mudarazas y estudios y escuelas donde enseñan á los niños, quedarán á cargo de los alfaquís para que los destribuyan y repartan como les pareciere, y que sus altezas ni sus ministros no se entremeterán en ello ni en parte dello, ni mandarán tomarlas ni depositarlas en ningun tiempo para siempre jamás.

»Que sus altezas mandarán dar seguro á todos los navíos de Berbería que estuvieren en los puertos del reino de Granada, para que se vayan libremente, con que no lleven ningun cristiano captivo, y que mientras estuvieren en los puertos no consentirán que se les haga agravio ni se les tomará cosa de sus haciendas; mas si embarcaren ó pasaren algunos cristianos captivos, no les valdrá este seguro, y para ello han de ser visitados á la partida.

»Que no serán compelidos ni apremiados los moros para ningun servicio de guerra contra su voluntad, y

si sus altezas quisieren servirse de algunos de á caballo, llamándolos para algun lugar de la Andalucía, les mandarán pagar su sueldo desde el dia que salieren hasta que vuelvan á sus casas.

»Que sus altezas mandarán guardar las ordenanzas de las aguas de fuentes y acequias que entran en Granada, y no las consentirán mudar, ni tomar cosa ni parte dellas; y si alguna persona lo hiciere, ó echare alguna inmundicia dentro, será castigado por ello.

»Que si algun captivo moro, habiendo dejado otro moro en prendas por su rescate, se hubiere huido á la ciudad de Granada ó á los lugares de su tierra, sea libre, y no obligado el uno ni el otro á pagar el tal rescate, ni las justicias le compelan á ello.

»Que las deudas que hubiere entre los moros con recaudos y escrituras se mandarán pagar con efeto, y que por virtud de la mudanza de señorío no se consentirá sino que cada uno pague lo que debe.

»Que las carnicerías de los cristianos estarán apartadas de las de los moros, y no se mezclarán los bastimentos de los unos con los de los otros; y si alguno lo hiciere, será por ello castigado.

»Que los judíos naturales de Granada y de su Albaicin y arrabales, y los de la Alpujarra y de todos los otros lugares contenidos en estas capitulaciones, gozarán dellas, con que los que no hubieren sido cristianos se pasen á Berbería dentro de tres años, que corran desde 8 de diciembre deste año.

»Y que todo lo contenido en estas capitulaciones lo mandarán sus altezas guardar desde el dia que se entregaren las fortalezas de la ciudad de Granada en adelante. De lo cual mandaron dar, y dieron su carta y provision real firmada de sus nombres, y sellada con su sello, y refrendada de Hernando de Zafra, su secretario, su fecha en el real de la vega de Granada, á 28 dias del mes de noviembre del año de nuestra salvacion 1491.»

Estas capitulaciones acompañaron sus altezas con una carta misiva, á manera de provision, porque fueron avisados que el rey Abdilehi estaba arrepentido, y de secreto impedia el efeto dellas, como acontece á los que ven que han de mudar estado de señor á vasallo, que cuantas horas tiene el dia, tantas mudanzas hace su corazon; y no era solo él, porque muchos de los ciudadanos, especialmente la gente de guerra, lo estaban ya. Mas la carta fué de tanto efeto, que entre miedo y vergüenza no pudieron dejar de hacer lo capitulado por Abí Cacem el Maleh, especialmente viendo, como en efeto veian, que á gente vencida ningunas condiciones se podian dar mas honrosas ni con menos gravámen; y todos deseaban ver ya llegada la hora de la entrega de las fortalezas, para poder gozar de la paz, que tan necesaria les era. El tenor de la carta decia desta manera:

«Don Hernando y doña Isabel, por la gracia de Dios, »reyes de Castilla, de Leon, de Aragon, de Cicilia, de »Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Se»villa, de Cerdeña, de Córdoba, de Murcia, de Jaen, »de los Algarbes, de Algecira y Gibraltar; conde y con»desa de Barcelona; señores de Vizcaya y de Molina; »duques de Aténas y de Neopatria; condes de Ruise»llon y de Cerdania; marqueses de Oristan y de Gozia»no, etc. A los alcaides, cadís, sabios, letrados, alfa»quís, alguaciles, escuderos, ancianos y hombres bue»nos, y gente comun, chicos y grandes, de la muy »gran ciudad de Granada y Albaicin, hacémosos sa»ber como estamos determinados tener esa ciudad cer»cada desde esta que mandamos edificar, y poner este »ejército en la parte de la Vega que fuere necesario, »hasta que, Dios queriendo, nuestra intencion y volun»tad se cumpla. Esto tened por cierto. Y juramos por »el alto Dios que es verdad, y quien otra cosa en con»trario os dijere, es vuestro enemigo. Nos por la pre»sente os amonestamos que con brevedad vengais á »nuestro servicio, y no seais causa de vuestra perdi»cion, como lo fueron los de Málaga, que no quisieron »creernos, y estuvieron en su pertinacia, siguiendo la »via de los simples, hasta que se perdieron. Si con bre»vedad viniéredes á nuestro servicio, remuneraros lo »hemos con bien; y si nos entregáredes las fortalezas, »aseguraremos vuestras personas y bienes; y el que »quisiere pasar á las partes de Africa, vaya con bien, y el »que quisiere quedar, estése en su casa con todos sus »bienes y hacienda, como lo estaba antes de agora. Esto »hacemos porque los granadinos sois buena gente, no»bles y principales, y os queremos por nuestros servi»dores, y tenemos intencion de haceros mercedes, y os »prometemos y juramos por nuestra fe y palabra real »que si con brevedad y de vuestra voluntad nos qui»siéredes servir y entrar debajo de nuestro poderío »real, y nos entregáredes las fortalezas, podrá cada »uno de vosotros salir á labrar sus heredades, y andar »por do quisiere en nuestros reinos á buscar su pro »donde lo hubiere; y os mandarémos dejar en vuestra »ley y costumbres, y con vuestras mezquitas, como »agora estáis; y el que quisiere pasar allende, podrá »vender sus bienes á quien quisiere y cuando qui»siere; y le mandarémos pasar con brevedad, querien»do ir en nuestros navíos, sin que por ello sea obligado »á pagar cosa alguna. Y pues nuestra voluntad es de »haceros todo bien y merced, y es vuestra utilidad y »provecho, determináos con brevedad, y venid á nues»tro servicio, y enviad presto uno de vosotros que nos »venga á hablar, asentar, capitular y concluir estas »cosas, que para ello os damos veinte dias de término, »dentro de los cuales se efetúen. Ved agora lo que es »vuestro provecho, y libertad vuestros cuerpos de »muerte y captiverio. Y si pasado el dicho término no »hubiéredes venido á nuestro servicio, no nos culpa»réis, sino á vosotros mesmos, porque os juramos por »nuestra fe que pasado, no os admitirémos ni oirémos »mas palabra sobre ello. En vuestra mano está el bien ó »el mal: escoged lo que os pareciere; que con esto »alimpiarémos nuestra faz con Dios altísimo. Fecha »en nuestro real de la vega de Granada, á 29 dias del »mes de noviembre, año de 1491. —*Yo el Rey.—Yo la* »*Reina.*—Por mandado del Rey y de la Reina, *Her*»*nando de Zafra.*»

CAPITULO XX.

Cómo los moros entregaron la ciudad de Granada y sus fortalezas á los Reyes Católicos.

Llegado el dia señalado en que el rey moro habia de entregar las fortalezas de la ciudad de Granada á los Reyes Católicos, que fué á 2 dias del mes de enero del año de nuestra salvacion 1492, y del imperio de los alá-

rabes 902, y de la era de César 1533, conforme á la computacion árabe, que cuentan cuarenta y un años desde la era de César hasta el nacimiento de Cristo, el cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo, fué á tomar posesion dellas, acompañado de muchos caballeros y de un suficiente número de infantería debajo de sus banderas. Y porque, conforme á las capitulaciones, no habia de entrar por las calles de la ciudad, tomó un nuevo camino, que ocho dias antes se habiá mandado hacer, á manera de carril, para poder llevar las carretas de la artillería; el cual iba por defuera de los muros á dar al lugar donde está la ermita de San Anton, y por delante de la puerta de los Molinos al cerro de los Mártires y á la Alhambra. Partido el Cardenal con la gente que habia de ocupar las fortalezas, luego partieron los Reyes Católicos de su real de Santa Fe con todo el ejército puesto en ordenanza, y caminando poco á poco por aquella espaciosa y fértil vega, pasaron á un lugar pequeño, llamado Armilla, que está media legua de Granada, donde paró la Reina con todas las ordenanzas. Llegado el Cardenal al cerro de las mazmorras de los Mártires, que los moros llaman Habul, salió á recebirle el rey Abdilehi, bajando á pié de la fortaleza de la Alhambra, dejando en ella á Jucef Aben Comixa, su alcaide; y habiendo hablado un poco en secreto con él, dijo el moro en alta voz: «Id, señor, y ocupad los alcázares por los reyes poderosos, á quien Dios los quiere dar por su mucho merecimiento y por los pecados de los moros;» y por el mesmo camino que el Cardenal habia subido fué á encontrar al rey don Hernando para darle obediencia. El Cardenal entró luego en la Alhambra, y hallando todas las puertas abiertas, el alcaide Aben Comixa se la entregó y se apoderó della, y á un mesmo tiempo ocupó las torres bermejas y una torre que estaba en la puerta de la calle de los Goméres; y mandando arbolar la cruz de plata que le traian delante, y el estandarte real sobre la torre de la campana, como sus altezas se lo habian mandado, dió señal de que las fortalezas estaban por ellos. Habíase adelantado á este tiempo el rey don Hernando, y caminaba hácia la ciudad en resguardo del Cardenal, y la reina doña Isabel estaba con toda la otra gente en el lugar de Armilla con grandísimo cuidado, porque le parecia que se tardaba en hacerle la señal; y cuando vió la cruz y el estandarte sobre la torre, hincando las rodillas en el suelo con mucha devocion, dió muchas gracias á Dios por ello, y los de su capilla comenzaron á cantar el himno de *Te Deum laudamus*. El rey don Hernando paró sobre la ribera del rio Genil en el lugar donde agora está la ermita de San Sebastian, y allí llegó el rey moro, acompañado de algunos caballeros y criados suyos, y así á caballo como venia, porque su alteza no consintió que se apease, llegó á él y le besó en el brazo derecho. Hecho este acto de sumision, se apartaron los reyes; el Católico se fué á la Alhambra, y el pagano la vuelta de Andarax. Algunos quieren decir que volvió primero á la ciudad y que entró en una casa donde tenia recogida su familia en la Alcazaba; mas unos moriscos muy viejos que, segun ellos decian, se hallaron presentes aquel dia, nos certificaron que no habia hecho mas de hacer reverencia al Rey Católico y caminar la vuelta de la Alpujarra, porque cuando salió de la Alhambra habia enviado su familia delante, y que en llegando á un viso que está cerca del lugar del Padul, que es de donde últimamente se descubre la ciudad, volvió á mirarla, y poniendo los ojos en aquellos ricos alcázares que dejaba perdidos, comenzó á sospirar reciamente, y dijo *Alabaquibar*, que es como si dijésemos *Dominus Deus Sabaoth*, poderoso Señor, Dios de las batallas; y que viéndole su madre sospirar y llorar, le dijo: «Bien haces, hijo, en llorar como mujer lo que no fuiste para defender como hombre.» Después llamaron los moros aquel viso el *Fex de Alabaquibar* en memoria deste suceso. Volviendo pues á nuestros cristianos, que caminaban la vuelta de la ciudad, el Rey y la Reina y todos los caballeros y señores subieron á la Alhambra, y á la puerta de la fortaleza les dió el alcaide Jucef Aben Comixa las llaves della, y sus altezas las mandaron dar luego á don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, primo hermano del cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, que fué el primer alcaide y capitan general de aquel reino, cuyo valor tenian sus altezas conocido por los grandes servicios que les habia hecho, ansí en esta guerra siendo alcaide y capitan de la frontera de Alhama, y después en Alcalá la Real, como cuando en el año de 1486 fué por su mandado á tratar de conformar al rey don Fernando de Nápoles con papa Inocencio VIII, y los conformó, y dejó en paz todos los potentados de Italia, que se habian movido para esta guerra. Entrando pues sus altezas en la Alhambra, los capitanes de la infantería ocuparon las otras fortalezas, torres y puertas pacíficamente, sin alboroto ni escándalo. Los moros de la ciudad se encerraron en sus casas, que no pareció ninguno sino eran los que necesariamente habian de servir en alguna cosa. Luego subieron los mas principales ciudadanos á hacer reverencia y besar las manos á sus altezas, mostrando mucho contento de tenerlos por señores. Y dende á pocos dias, viendo la equidad de aquellos reyes, y que les hacian guardar cuanto les habian prometido, acudieron á hacer lo mesmo algunos lugares de la sierra y de la Alpujarra y todos los demás que hasta entonces no habian venido á darles obediencia.

CAPITULO XXI.

Cómo los Reyes Católicos proveyeron por arzobispo de Granada á don fray Hernando de Talavera, y comenzó á tratar de la comision de los moros.

Habiéndose tomado posesion de la ciudad de Granada y de todas las fortalezas, y asegurádolas con gente de guerra, los Católicos Reyes comenzaron á dispensar su magnificencia, haciendo mercedes en general y en particular á todos los que habian servídoles en aquella guerra. Repartieron la tierra que habian ganado, y proveyeron en las cosas de justicia y buena gobernacion, así para la quietud de los moros, que ya eran sus vasallos, como para la poblacion y aumento de los nuevos pobladores que de todas partes acudian; lo cual todo hacian con tanta resolucion, que parecia bien ser negocio guiado por Dios para honra y gloria suya. Andaba su corte llena de ilustres y esforzados caballeros, sabios y ejercitados en las cosas de la guerra, de muchos y muy doctos letrados en las cosas de justicia y gobernacion, y de famosísimos teólogos de santa vida y ejemplar doctrina en las cosas de la fe; porque de tales per-

sonas como estos se arreaban mas para sus consejos, que de las pompas y cerimonias de los otros reyes; y ansí acertaban en todo lo que hacian, y nada hallaban invencible contra su espada. Entre otros religiosos que traian en su consejo, habia uno llamado don fray Hernando de Talavera, fraile profeso de la órden del glorioso padre san Jerónimo, natural de la villa de Talavera, que es en el arzobispado de Toledo, hombre de maravilloso ingenio y pronteza, grandísimo predicador, muy docto en las letras sagradas y ejercitado en la filosofía moral, y sobre todo muy estimado de los Reyes por su bondad de vida y doctrina. Este padre fué mas de veinte años prior del monasterio de Santa María de Prado, cerca de Valladolid, y aun lo edificó; y teniendo sus altezas noticias dél, enviaron á llamarle y le hicieron su confesor y de su consejo, y después le dieron el obispado de Avila, y trayéndole consigo á la conquista del reino de Granada, no fué la menor parte de sus buenos sucesos la industria, consejo y oracion deste santo varon, el cual, viendo que ya la ciudad comenzaba á poblarse de cristianos, y que allí tenia buena comodidad de plantar viña al Señor celestial, acordó de dejar la corte temporal, donde era favorecido y regalado, y tomar otra vida trabajosa y de mucho peligro para el cuerpo; y suplicando á los Reyes Católicos proveyesen el obispado de Avila á quien fuesen servidos, pidió que le dejasen acabar en servicio de Dios en la nueva iglesia de Granada con aquella nueva gente. Siendo pues electo arzobispo de Granada, fué confirmada su eleccion por papa Alejandro VI, el cual le envió el palio, insignia arzobispal, y se le dió con gran solemnidad don Luis Osorio, obispo de Jaen, á quien vino cometido, asistiendo á ello don Pedro de Toledo, obispo de Málaga, y don fray García Quijada, obispo de Guadix. Y porque nadie pudiese decir que codicia de mas renta le movia á dejar el obispado de Avila por el arzobispado de Granada, no quiso que se le diese mas de lo que para vivir moderadamente sin pompa era necesario; y así, le señalaron solos dos cuentos de maravedís en cada un año, siendo mucho mas la renta del obispado de Avila. Bien se dejó entender la intencion deste buen prelado, porque desde el dia que tomó posesion se apartó de los negocios de la corte de tal manera, que jamás se pudo acabar con él que se ocupase en otra cosa sino en lo que cumplia á la salvacion de las almas de los fieles y conversion de los infieles y en el edificio de las iglesias y buen regimiento dellas. Bueno fué por cierto el consejo que tomaron los Católicos Reyes, como todas sus cosas eran buenas, en encomendar aquel nuevo ganado cerril, no usado al yugo suave de Dios, á pastor tan antiguo y tan ejercitado en su ley, para que por medio suyo viniesen á juntarse con su rebaño. Felice triunfo, dichosa victoria la que en tales tiempos concedió el Señor á la insigne ciudad de Granada. Bien pudiera ella ganarse en otro tiempo para los príncipes cristianos; mas por ventura no se ganara para Jesucristo, como se ganó, mediante la buena diligencia, el trabajo, la industria, las vigilias, las oraciones, el ejemplo de santa vida y dulce conversacion de tan buen prelado; porque estas tales obras, poniendo Dios su gracia en ellas, ocuparon de tal manera los ánimos de los moros, que ninguna cosa mas estimada, mas venerada ni mas amada llegaba á sus oidos que el nombre del Arzobispo, á quien ellos llamaban el alfaquí mayor de los cristianos. De donde nació que hubo muchos que se vinieron á convertir espontáneamente de su propria voluntad, por ventura con mejor celo de lo que lo hicieron después otros. Demás deste provecho tan grande que se siguió á los moros, fué tambien muy necesario en aquella ciudad este prelado para los cristianos, porque como la mayor parte de la gente que acudia á poblarla eran hombres de guerra ó gente advenediza, habia tantos tan desenfrenados en los vicios que la licencia militar traen consigo, que fué bien menester su trabajo y buena diligencia y grandísima industria para reformarlos. Comenzó cuanto á lo primero á enseñar á los moros las cosas de la fe de Dios, dándoselas á entender con tan dulces y amorosas palabras, que no solamente no recebian pesadumbre los mesmos alfaquís si los llamaban para que oyesen su doctrina, mas aun se venian muchos dellos á oirla sin ser llamados; y para los que se querian convertir tenia casas particulares, que llamaban casa de la doctrina, donde iba de ordinario á predicarles y á enseñarles las buenas costumbres por medio de fieles intérpretes; y aun para este efeto procuró con mucho cuidado que algunos clérigos aprendiesen la lengua arábiga, y él mesmo á la vejez quiso aprenderla, á lo menos tanta parte della que bastase para poderles enseñar los mandamientos, los artículos de la fe y las oraciones, y oir sus confesiones. Tuvo el arzobispado don fray Hernando de Talavera quince años, y murió año de 1507 de pestilencia. Sucedióle don Antonio de Rojas, que fué presidente del consejo real y patriarca; y en su tiempo, acerca de los años 1523, dia de Nuestra Señora de Marzo, se puso la primera piedra en la iglesia Mayor; y por su muerte vino al arzobispado de Granada don Francisco de Herrera, que presidió en la audiencia real, y murió el año del Señor 1525. Fué electo en su lugar don Pedro Puertocarrero, que murió antes de tomar posesion del arzobispado. Y estando el Emperador en Granada en el año de 526, proveyó aquella silla á fray Pedro Ramirez de Alva, prior de San Jerónimo de Granada. Este hizo el colegio de los clérigos del coro, que son treinta, y murió el año del Señor 529. Luego sucedió don Gaspar de Avalos, siendo obispo de Guadix, que hizo el colegio Real y la universidad, donde se lee teología y leyes. Tambien hizo el colegio de los niños hijos de moriscos, donde les daban de comer y de vestir y estudio y casa de limosna. Fué proveido por arzobispo de Santiago, y sucedió en Granada don Hernando Niño de Guevara, presidente de aquella audiencia, que después lo fué del real consejo, y obispo de Sigüenza y patriarca, y tuvo el arzobispado cinco años. Sucedió don Pedro Guerrero, que lo poseyó veinte y nueve años, y se halló en el concilio Tridentino. Y por su muerte fué electo don Juan Mendez de Salvatierra, siendo canónigo de Cuenca, y tomó posesion por él el licenciado Mejía de Lasarte, inquisidor de Granada, á 19 de diciembre del año de 1577. Y por su fin y muerte vino al arzobispado don Pedro Vaca de Castro, que era presidente de la audiencia de Valladolid, y lo habia sido primero en la de Granada, que hoy vive; y en su tiempo ha sido Dios servido que se manifiesten al mundo las reliquias de mártires que padecieron por su santísima fe en tiempo de la gentilidad de Neron, en el monte Ilipolitano, que

llaman monte Santo. Todos estos prelados, escogidos en doctrina y costumbres, procuraron los Reyes dar á los nuevamente convertidos, para que tomasen mejor los documentos de la fe. Baste esto cuanto á los arzobispos: volvamos á nuestra historia.

En el año del Señor 1493 se pasó el rey Zogoybi á Berbería, y vendió á los Reyes Católicos los lugares y renta que le habian dado en la Alpujarra, habiéndolo poseido y gozado poco mas de dos años. Esta venta efectuó aquel alcaide que dijimos, llamado Jucef Aben Comixa, que tenia sus poderes, por precio de ochenta mil ducados, estando sus altezas en Aragon. El cual recibió luego el dinero, y lo cargó en acémilas, y lo llevó al Lauxar de Andarax, donde estaba su señor, y poniéndoselo delante, le dijo desta manera: «Señor, vuestra hacienda traigo vendida, veis aquí el precio della. He querido quitaros del peligro, porque mientras los moros os tuvieren presente no dejarán de intentar cosas que os den pesadumbre y desasosieguen esta tierra, de manera que ni vuestra persona ni los que os sirvieren tengan seguridad, ni puedan dejar de perder lo poco que les queda en ella con cualquier pequeña ocasion que se ofrezca. Con este dinero podréis comprar mejor hacienda en Berbería, y allí podréis vivir con mas seguridad y descanso que en esta tierra, donde fuistes rey, y no teneis esperanza de poderlo ya ser.» Contábannos algunos moros antiguos que cuando el Zogoybi vió efetuada la venta, mostró tanta pena dello, que matara al Alcaide si no se lo quitaran de delante. Y al fin viendo cuán mal remedio habia para deshacer lo hecho, recogió su dinero, y dende á pocos dias se fué con su casa y familia á la ciudad de Fez en una urca que sus altezas le mandaron dar, y allí moró mucho tiempo, hasta que después, yendo con Muley Hamete el Merini á la guerra contra los Xerifes hermanos, reyes de Marruecos, le mataron en la batalla del rio de los Negros, en el vado que dicen de Buacuba. Escarnio y gran ridículo de la fortuna, que acarreó la muerte á este rey en defensa de reino ajeno, no habiendo osado morir defendiendo el suyo.

CAPITULO XXII.

Cómo se comenzó á tratar de que los moros de Granada se convirtiesen á la fe, ó los enviasen á Berbería.

Cuando los Reyes Católicos hubieron ganado la ciudad de Granada y los lugares de aquel reino, algunos prelados y otras personas religiosas les pidieron con mucha instancia que, pues nuestro Señor les habia hecho tan señaladas mercedes en darles una victoria como aquella, como celosos de su honra y gloria, diesen órden en que se prosiguiese con mucho calor en desterrar el nombre y seta de Mahoma de toda España, mandando que los moros rendidos que quisiesen quedar en la tierra se baptizasen, y los que no se quisiesen baptizar vendiesen sus haciendas y se fuesen á Berbería, diciendo que en esto no se les quebrantaban los capítulos que se les habian concedido cuando se rindieron; antes era mejorarles el partido en cosa que tanto convenia á la salvacion de sus almas, y particularmente á la quietud y pacificacion perpetua de aquel reino; porque era cierto que jamás los naturales dél ternian paz ni amor con los cristianos, ni perseverarian en lealtad con los reyes, mientras conservasen los ritos y cerimonias de la seta de Mahoma, que les obligaba á ser crueles enemigos del nombre cristiano. Mas aunque estas consideraciones eran santas y muy justas, sus altezas no se determinaron en que se usase de rigor con los nuevos vasallos, porque la tierra no estaba aun asegurada ni los moros habian dejado de todo punto las armas; y si acaso venian á rebelarse con opresion de cosa que tanto sentirian, seria haber de volver á la guerra de nuevo. Y demás desto, teniendo, como tenian, puestos los ojos en otras conquistas, no querian que en ningun tiempo se dijese cosa indigna de sus reales palabras y firmas, especialmente que los mesmos moros lo iban dejando, y habia esperanza que con la comunicacion doméstica que tendrian con los cristianos, tratando y disputando de las cosas de la religion, entenderian el error en que estaban, y dejándolo, vernian en verdadero conocimiento de la fe, y la abrazarian, como otras muchas naciones bárbaras lo habian hecho en tiempos pasados, siguiendo la voluntad de los vencedores y queriendo ser como ellos; y para que esto se hiciese con amor y benevolencia, mandaban que los gobernadores, alcaides y justicias de todos sus reinos favoreciesen á los moros, y que no consintiesen hacerles agravio ni mal tratamiento, y que los prelados y religiosos blandamente y con demostracion de amor procurasen enseñar las cosas de la fe á los que buenamente quisiesen oirlas, sin hacerles opresion sobre ello.

CAPITULO XXIII.

Cómo los Reyes Católicos, sabiendo que los moros se convertian á la fe, mandaron ir á Granada á don fray Francisco Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, para que ayudase en tan santa obra al arzobispo de Granada.

Habiendo comenzado el buen arzobispo de Granada á regir y gobernar sus nuevas plantas, para que, quitadas del error en que estaban, brotasen frutos de salvacion, los Católicos Reyes, para darle quien le ayudase en tan santa obra, enviaron á llamar á don fray Francisco Jimenez de Cisneros, fraile de la órden del seráfico padre san Francisco, y natural de la villa de Tordelaguna, á quien por merecimiento de muchas virtudes, de profunda elocuencia y de santidad de vida y costumbres, siendo provincial de su órden, le habian elegido arzobispo de Toledo en el año del Señor 1495, por fin y muerte del cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, que falleció domingo á 11 de enero de aquel año. Estaba á la sazon ocupado este prelado en la fábrica del colegio que fundaba en la villa de Alcalá de Henares, y dejandola encomendada á Baltanasio, su compañero, partió luego para Granada, donde sus altezas habian ido por el mes de julio del año de 1499, y estuvieron hasta mediado el mes de noviembre, que fueron á Sevilla, y le dejaron encomendado que juntamente con el arzobispo de Granada prosiguiese en la conversion de los moros, procediendo mansamente y de manera que no se alborotasen. El medio que tuvieron los prelados para negocio tan importante fué mandar llamar á los alfaquís y morabitos de mas opinion entre los moros, y con ellos solos en buena conversacion disputaban, y les daban á entender las cosas tocantes á la religion cristiana, no con fuerza ni con violencia, sino con buenas razones y sentencias; y trataban el negocio con tanta modestia y mansedumbre, que habiendo dis-

putado gran rato con ellos, los enviaban contentos, dándoles vestidos y otras muchas cosas porque no se extrañasen de volver otras veces á las disputas. Viendo pues los alfaquís y morabitos la mansedumbre con que los trataban los prelados, las buenas obras que les hacian, y que los convencian con sentencias, reprobando su seta, deseando asimesmo gozar de la libertad con los vencedores, comenzaron algunos dellos á tomar los documentos de la fe y á enseñarlos al pueblo, amonestando que era vanidad la seta de Mahoma, y que les convenia abrazar la fé de Jesucristo. Estas amonestaciones fueron de tanto efeto, que dentro de pocos dias vinieron muchos hombres y mujeres á pedir el santo baptismo con autoridad de sus proprios alfaquís, y en un solo dia se baptizaron mas de tres mil personas; y fué tanta la priesa, que no pudiéndolos baptizar á cada uno de por sí, fué necesario que el arzobispo de Toledo los rociase con hisopo en general baptismo; y en la fiesta de nuestra Señora de la O consagró la mezquita del Albaicin, y quedó iglesia colegial de la advocacion de San Salvador. Y fuera el negocio muy adelante sin escándalo ni alboroto, si algunos escandalosos, á quien pesaba de ver tan buena obra, no alborotaran el pueblo y la impidieran por entonces, aunque después entre ruego y fuerza se vino á concluir, como agora dirémos.

CAPITULO XXIV.

Cómo el arzobispo de Toledo mandó prender al Zegrí porque impedia la conversion de los moros, y cómo se vino á convertir.

Habia muchos moros en el Albaicin y en la ciudad que públicamente contradecian la conversion, pareciéndoles cosa dura haber de dejar la ley que sus antepasados les habian enseñado, y doliéndose de ver que la antigua seta de Mahoma se perdiese de todo punto en España. Y entendiendo el arzobispo de Toledo que los autores dello eran algunos de los principales, temiendo no le impidiesen con novedad el efeto que se hacia, mandó prender los que se entendió que eran mas contradictores de las cosas de la fe. Entre los cuales fué preso uno llamado el Zegrí Azaator, hombre principal y dotado de buen entendimiento cuanto á las cosas morales, aunque por otra parte arrogante y soberbio, por ser de linaje de los reyes de Granada. Este contradecia reciamente que los moros no se convirtiesen (1), y don fray Francisco Jimenez determinó, dejada aparte toda humanidad, de traerle por fuerza al yugo de Dios, pues no aprovechaban buenas razones con él; y háciéndole poner en una estrecha prision, mandó que se encerrase con él; para que con cuidado le metiese por camino, un capellan suyo llamado Pedro de Leon, el cual con ánimo de leon se llevó de tal manera con el Zegrí, que de indómito y soberbio que era cuando se lo entregaron, le tornó manso y humilde, y en todo muy conforme á la voluntad de los prelados; y dentro de pocos dias, fuese por fuerza, ó lo mas cierto por inspiracion divina, pidió con instancia que le llevasen al alfaquí de los cristianos. Y llevándole aprisionado delante del arzobispo de Toledo, pidió licencia para poderle hablar en su libertad, diciendo que le mandase quitar las prisiones, porque estando con ellas no se le podria agradecer lo que dijese y hiciese; y siéndole mandadas quitar, se hincó de rodillas, y besando la tierra, y luego la mano al Arzobispo, segun la costumbre de los moros, le dijo: «Señor, yo quiero ser cristiano, y hágolo de buena voluntad, porque he tenido revelacion de Dios, que me lo manda, y soy cierto que me llama para sí por este camino.» El Arzobispo recibió grandísimo contento de verle convertido, y mandó vestirle luego de paños nuevos, y le baptizó, y quiso el Zegrí llamarse Gonzalo Hernandez, como Gonzalo Hernandez de Córdoba hermano de don Alonso de Aguilar, cuyo esfuerzo y valor tenia bien conocido y experimentado en aquella guerra, y demás desto, sabia que el arzobispo de Toledo le queria mucho. De aquí vino á que otros moros hiciesen lo mesmo; y así se fueron de dia en dia convirtiendo, sin que los alfaquís ni otra persona se lo osase estorbar, á lo menos descubiertamente. Y el arzobispo de Toledo les tomó gran copia de volúmenes de libros árabes de todas facultades, y quemando los que tocaban á la seta, mandó encuadernar los otros, y los envió á su colegio de Alcalá de Henares, para que los pusiesen en su librería.

(1) Está de sobra la negacion, pero seguimos fielmente el texto de la edicion primitiva; además de que son muy comunes en nuestros escritores estas contradicciones de palabras que usaban para dar mas énfasis á las ideas.

CAPITULO XXV.

Cómo los moros del Albaicin de Granada se rebelaron la primera vez sobre la conversion, y la órden que se tuvo en apaciguarlos.

Parecia cosa recia á los prelados, y especialmente al arzobispo de Toledo, que siendo la ciudad de Granada y todo el reino de cristianos, poseido y conquistado por príncipes tan católicos, hubiese hombres y mujeres renegados y hijos de renegados, á quien los moros llaman *elches*, que viviesen en la seta de Mahoma. Y como procurasen atraerlos á la fe con amor y buena doctrina, y hubiese algunos tan endurecidos que no la quisiesen abrazar por no dejar sus vicios y torpezas, acordaron de usar de rigor con ellos; y mandando á los alguaciles que prendiesen algunos pertinaces, sucedió que subiendo un dia al Albaicin Sacedo, criado del arzobispo de Toledo, y un alguacil real llamado Velasco de Barrionuevo, á prender una mujer hija de un elche, trayéndola presa por la plaza de Bib el Bonut, comenzó á dar grandes voces, diciendo que la llevaban á ser cristiana por fuerza, contra los capítulos de las paces; y juntándose muchos moros, y entre ellos algunos que aborrecian aquel alguacil por otras prisiones que habia hecho, comenzaron á tratarle mal de palabra; y como les respondiese soberbiamente, á furia de pueblo pusieron las manos en él y le mataron, arrojándole una losa sobre la cabeza desde una ventana, y después de muerto le metieron en una necesaria; y mataran tambien á Sacedo, si no le librara una mora debajo de su cama, donde le tuvo escondido aquel dia y parte de la noche, hasta que pudo enviarle seguro á la ciudad. Muerto el alguacil, los moros se pusieron en arma y comenzaron á llamar á Mahoma, apellidando libertad y diciendo que se les quebrantaban los capítulos de las paces; y tomando las calles, las puertas y las entradas del Albaicin, se fortalecieron contra los cristianos de la ciudad y comenzaron á pelear con ellos, y sobreviniendo la noche, creció el escándalo. Y entendiendo que la ocasion de todo era el arzobispo de Toledo, como hombres que estaban estomagados de ver

la sobrada diligencia que ponia en hacer que fuesen cristianos, corrieron á su posada, que era en la Alcazaba, y le cercaron dentro, el cual se defendió valerosamente. Y aunque hubo algunos que le aconsejaron que saliese de allí, porque lo podia muy bien hacer, y se subiese á la fortaleza de la Alhambra, no quiso, diciendo que no habia de desampararlos, y que habia de esperar el suceso de aquel negocio en el peligro comun. Desta manera estuvieron todos los de su casa puestos en arma aquella noche, y otro dia de mañana bajó de la fortaleza de la Alhambra el conde de Tendilla con buen número de gente, y acudió luego á favorecer al Arzobispo, el cual le encomendó la ciudad y la gente de guerra que tenia consigo, que serian como docientos hombres, y que particularmente procurase aplacar aquella furia popular; mas por mucha diligencia que puso, duró el alboroto, sin poderlo apaciguar, diez dias, durante los cuales los prelados y el Conde, cada uno por su parte, trabajaron con mucha prudencia por todas las vias posibles como se quietase aquella gente bárbara, llamando á los alfaquís y á los principales ciudadanos, y dándoles á entender el yerro que habian hecho en levantarse contra reyes tan poderosos, y la pena en que habian incurrido y el castigo que se haria si llegaba la gente de Andalucía antes que se apaciguasen. Mas ellos daban color á su negocio, diciendo que el Albaicin no se habia alzado contra sus altezas, sino en favor de sus firmas, y que sus ministros eran los que habian alborotado la tierra, queriendo quebrantar á los moros los capítulos de las paces con que se habian rendido, y que todo se apaciguaria con que se los guardasen, sin hacerles opresion en las cosas de la ley. Algunos habia tan indignados y con tanta determinacion de ponerse en libertad, que no querian oir razon, pareciéndoles que habia treinta moros para cada cristiano, y que estaban bien pertrechados de armas con que defenderse. En tanta revolucion pasara el negocio mas adelante, si el arzobispo de Granada, confiado mas en la misericordia de Dios que en la fuerza de las armas, no los apaciguara con un heróico hecho; porque no habiendo querido oir al conde de Tendilla ni recebir su adarga, que se la enviaba en señal de paz, habiéndosela apedreado y tratado mal al escudero que la llevaba, cosa que mostraba tener grande indignacion, cuando mas bravos y soberbios estaban, tomó consigo un solo capellan con su cruz delante y algunos criados á pié y desarmados, y se fué á meter entre los moros en la plaza de Bib el Bonut, donde se habian recogido, con tan buen semblante y rostro tan sereno como cuando iba á predicarles las cosas de la fe. Ved pues cuánta fuerza tiene la virtud y la templanza, que así como le vieron los moros, olvidando el rigor y la saña que tenian, se fueron humildes para él y le dieron paz, besándole la halda de la ropa, como lo solian hacer cuando estaban pacíficos. Luego llegó el conde de Tendilla con sus alabarderos, y quitándose un bonete de grana que llevaba en la cabeza, lo arrojó en medio de los moros, para que entendiesen que iba en hábito de paz. Los cuales lo alzaron y besaron, y se lo volvieron á dar; y con esto se aseguraron los unos y los otros, y el Arzobispo y el Conde estuvieron gran rato en la plaza amonestándoles y rogándoles que dejasen las armas, y prometiéndoles que por lo sucedido no se les daria pena ni serian habidos por culpados generalmente, y que ellos les alcanzarian perdon y la gracia de sus altezas, pues se debia entender, como ellos decian, que mas se habian movido en favor de sus reales firmas que con voluntad de hacer novedad; y que demás desto, les serian guardadas sus capitulaciones. Y para que se asegurasen mas, hizo el Conde un hecho verdaderamente digno de su nombre, que tomó consigo á la Condesa su mujer y á sus hijos niños, y los metió en una casa en el Albaicin junto á la mezquita mayor, á manera de rehenes. Y con esto se apaciguó la ciudad, ayudando tambien de parte de los moros un cadí ó juez suyo, llamado Cidi Ceibona, hombre de buen entendimiento y muy respetado entre aquellas gentes, el cual ofreció que entregaria á la justicia de sus altezas los que habian sido en matar al alguacil, para que fuesen castigados. Y en efeto lo cumplió, y los hizo prender y puso en manos del licenciado Calderon, corregidor de Granada, el cual mandó ahorcar cuatro dellos en la rambla de Beyro, y soltando otros muchos por bien de paz, dejaron los moros las armas y comenzaron á entender en sus labores.

CAPITULO XXVI.

Cómo el Rey Católico se enojó con el arzobispo de Toledo cuando supo la causa del rebelion de los moros, y oido su descargo, le mandó proseguir en la conversion.

El demonio, enemigo del género humano, que siempre vela en daño de las almas y persigue á los que procuran salvarlas á su Criador, hubiera interrompido la buena obra comenzada, y hecho perder al arzobispo de Toledo la gracia con los Reyes, y cayera en gran falta con ellos, si el soberano Señor no le ayudara y favoreciera. En el capítulo antes deste se dijo como el rebelion del Albaicin duró diez dias. El tercero dia pues que los moros se rebelaron, el arzobispo de Toledo escribió á sus altezas, que estaban en la ciudad de Sevilla, dándoles cuenta de lo que pasaba; y teniendo ya cerrado el pliego para despachar un correo que fuese hombre de mucha diligencia, se ofreció un ciudadano llamado Cisneros, que daria un esclavo canario que caminaba veinte leguas cada dia, y si fuese menester, se pornia en menos de dós dias naturales en Sevilla. El Arzobispo se persuadió fácilmente á creerlo, y venido el canario ante él, le encargó que con toda diligencia, caminando de dia y de noche, fuese á Sevilla, y diese aquel pliego en manos de la Reina Católica ó del secretario Almazan. El cual, habiendo prometido de cumplir cuanto se le mandaba, partió de Granada luego; mas como era hombre vil y bajo, acordó de emborracharse en el camino, y fué tan despacio, que tardó cinco dias en llegar á Sevilla. En este tiempo llegaron otros avisos á sus altezas; y como el Rey Católico no vió carta del arzobispo de Toledo, entendió que por su causa habia sucedido tan gran desórden, y culpándole, se enojó tambien con la Reina, diciendo que habia sido causa de que viniese aquel hombre á Granada, que habia alborotado y puesto en condicion el reino que tanto habia costado conquistar; y aun la propria Reina casi lo creia, no viendo letra suya, y mandó al secretario Almazan que luego le escribiese imputándole tan gran descuido, y diciéndole que con toda brevedad enviase relacion de lo sucedido. Estaba el Arzobispo bien des-

cuidado, entendiendo que sus cartas habian llegado á tiempo, y viendo lo que el secretario Almazan le escrebia, para satisfacer á sus altezas envió á fray Francisco Ruiz, su compañero, á que les informase de todo el suceso, ofreciendo de ir luego personalmente á darles mas particular cuenta del negocio. Este fraile les hizo relacion de todo lo sucedido en Granada, y de tal manera se lo dió á entender, que perdieron parte del enojo que tenian, aunque mucho mas se aplacaron después cuando el proprio Arzobispo llegó; el cual con su mucha elocuencia y discrecion lo allanó todo, dándoles á entender que lo que habia hecho y hacia era por servicio de Dios, y no por otro interés, y desculpándose con tan buenas razones, que los Reyes quedaron satisfechos, y él en mayor gracia con ellos. Y viendo tan buena ocasion como de presente se ofrecia, les aconsejó que no partiesen mano de la conversion de los moros, que ya estaba comenzada, y que pues habian sido rebeldes y por ello merecian pena de muerte y perdimiento de bienes, el perdon que les concediese fuese condicional, con que se tornasen cristianos ó dejasen la tierra. Este consejo tuvieron por bueno los Reyes Católicos, aunque tardó la resolucion dél mas de ocho meses: en el cual tiempo los del Albaicin hicieron grandes diligencias para estorbarlo, y enviaron al soldan de Egipto, quejándose que les querian hacer que fuesen cristianos por fuerza, y suplicándole los favoreciese con enviar su embajada á España, dando á entender que haria él lo mesmo con los cristianos que tenia en su imperio, compeliéndolos á que fuesen moros. Y el Soldan envió sus embajadores á los Reyes Católicos, diciendo que no se sufria hacer fuerza á los moros rendidos para que fuesen cristianos; y que si esto se hacia en España, haria él otro tanto en toda Asia con los cristianos súbditos de su imperio. Los Reyes recibieron muy bien á los embajadores, y respondieron que ellos no querian cristianos por fuerza, ni menos querian tener moros en sus reinos, por la poca seguridad que se podia tener de su lealtad; y que á los que de grado se convertian se les hacia todo bien y merced, y á los que se querian ir á Berbería les daban lugar para ello y licencia para vender sus bienes, muebles y raíces, y los enviaban con toda seguridad á los puertos donde querian ir. Y demás desto, enviaron á Pedro Mártir (1), clérigo milanés, hombre docto y de muy buena vida, que fué el primer prior de la iglesia catedral de Granada, á que diese á entender al Soldan lo que en este particular habia, y las causas que les habian movido á hacer lo que hacian. El cual fué á Egipto y á Persia, y llevó consigo los testimonios de los alcaides de los lugares marítimos de Berbería, en que certificaban como los ministros de los reyes de España que llevaban los moros, los ponian en tierra con toda seguridad con sus mujeres y hijos y familias, sin hacerles molestia ni mal tratamiento; porque sus altezas mandaban siempre á los alcaldes y alguaciles que iban con los moros, que tomasen testimonios de donde los dejaban, para satisfacion de que habian cumplido su mandado. Viendo pues los moros del reino de Granada cuán poco aprovechaban sus diligencias, hubo muchos que se pasaron á Berbería, y los que no quisieron dejar la tierra, acordaron de hacerse cristianos. Esta conversion hizo el bendito arzobispo de Granada, dándoles el sagrado baptismo sin prevencion de catecismo y sin instruirlos primero en las cosas de la fe, porque acudia tanta multitud de gente á convertirse, y era tan grande la necesidad que habia de brevedad, que no daba lugar á poderlos instruir; mas la diligencia y cuidado de los prelados lo habian suplido, si los moriscos quisieran olvidar las cerimonias, trajes y costumbres que tenian juntamente con la seta, y se preciaran ser y parecer en todo cristianos: cosa que jamás se pudo acabar con ellos.

CAPITULO XXVII.

Cómo los Reyes Católicos allanarón algunas alteraciones que hubo en el reino de Granada sobre la conversion de los moros.

Luego que la fama corrió por los lugares del reino de Granada como los moros granadinos se tornaban cristianos, los de las sierras y de la Alpujarra, por consejo de algunos de los mas principales del Albaicin, que se veian opresos y querian hacer su negocio con el peligro de cabezas ajenas, comenzaron á alborotarse; y en aquel año y en el siguiente, que fué de 1500, se rebelaron algunos lugares, diciendo que les quebrantaban los capítulos de las paces con que se habian entregado; y que pues no habian sido culpados en el rebelion, tampoco eran obligados á pasar por lo que los otros hacian para su descargo. Sabidos estos alborotos en Sevilla, el Rey Católico partió para Granada á 27 de enero, y mandó al conde de Tendilla y á Gonzalo Hernandez de Córdoba que fuesen sobre el castillo de Güéjar, donde se habian recogido algunos moros de los alzados; los cuales fueron luego sobre él, y ganándole le destruyeron, no sin gran daño de la gente de armas que llevaban; porque los enemigos de Dios araron de dos ó tres rejas las bazas que estaban al derredor del lugar; y echando toda el agua de las acequias por ellas, empantanaron el campo de manera, que atollaban los caballos hasta las cinchas; y viéndolos embarazados en aquellos atolladeros, cargaban sobre ellos de todas partes los peones sueltos por las lindes y veredas que sabian, y los herian y mataban. El conde de Lerin, que tenia su estado en el reino de Navarra, fué sobre Andarax, porque los moros de aquella taa se habian hecho fuertes en el castillo del Lauxar; y ganándole por fuerza de armas, voló con pólvora la mezquita mayor, donde se habian recogido las mujeres y niños de aquellos lugares. Y el rey don Hernando entró por el valle de Lecrin, y cercó y ganó el castillo y lugar de Lanjaron, viérnes á 7 dias del mes de marzo, llevando consigo al alcaide de los Donceles, al conde de Cifuentes, al comendador mayor de Calatrava, á Gonzalo Mejía, señor de Sanctofimia, y á otros muchos señores y caballeros; y un moro negro, que tenian los alzados por capitan, no queriendo venir á poder de cristianos ni dejar de morir moro, se echó de la torre abajo, y se hizo pedazos, cuando vió que los otros se rendian. Siendo pues opresos los rebeldes con increible presteza, y allanadas las cosas de la Alpujarra, volvió el Rey á Sevilla; y trayendo consigo á la Reina, tornaron á Granada sábado 23 dias del mes de julio. Y en los meses de agosto, setiembre y octubre se convirtieron todos los mo-

(1) Escribió su embajada en latin Anglería, y se imprimió con otras obras suyas en Sevilla en 1511. Es muy curiosa y rara, y aunque en la edicion de Sancha de 1797 se prometió incluirla por via de apéndice, no llegó á realizarse.

ros de la Alpujarra y de las ciudades de Almería, Baza, Guadix, y de otras muchas villas y lugares del reino de Granada. Y en este tiempo se alzaron los moros de Belefique, y en el siguiente año de 501, al principio dél, fueron presos y muertos por justicia, y las mujeres dadas por captivas. Los de Níjar y Güevéjar se dieron y fueron esclavos, excepto los niños de once años abajo, que los tornaron cristianos. Y en el mesmo año se alzaron ciertos lugares de moros de la serranía de Ronda y sierra Bermeja y Villaluenga, y sus altezas enviaron contra ellos al conde de Ureña y á don Alonso de Aguilar. Mas no les sucedió tan prósperamente, porque fueron desbaratados en un lugar llamado Calalui, cerca de Ginalguacil, mártes en la noche, á 16 dias del mes de marzo; y muriendo la mayor parte de nuestra gente, murió tambien don Alonso de Aguilar á manos de un moro llamado el Feri, vecino de Ben Estepar. Escapó don Pedro, su hijo, con los dientes quebrados de una pedrada, y el conde de Ureña y los demás con grandísimo trabajo. Por esta rota fué necesario que el proprio Rey Católico saliese de Granada, y con su presencia se allanó luego toda la tierra; y dejando ir á Berbería á los que no quisieron ser cristianos, se convirtieron los demás allí y en todo el reino; y lo mesmo hicieron dentro de pocos dias los moros mudejares que vivian en Avila, en Toro y en Zamora y en otras partes de Castilla, que aun hasta entonces no se habian convertido.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo los nuevamente convertidos sintieron siempre mal de la fe. Trata de los nombres de moro y mudejar.

Apaciguadas las alteraciones del reino de Granada, y convertidos los moros á nuestra santa fe católica de la manera que hemos dicho, los Católicos Reyes los fueron regalando con nuevas mercedes y favores, gobernándolos con amor, y haciéndoles todo buen tratamiento, y mandando á sus ministros de justicia y guerra que los favoreciesen y animasen. Mas luego se entendió lo poco que aprovechaban estas buenas obras para hacerles que dejasen de ser moros; porque si decian que eran cristianos, veíase que tenian mas atencion á los ritos y cerimonias de la seta de Mahoma que á los preceptos de la Iglesia católica, y que cerraban de industria las orejas á cuanto los prelados, curas y religiosos les predicaban; y siendo ricos y mas señores de sus haciendas de lo que eran en tiempo de los reyes moros, jamás se tuvieron por contentos, sospirando siempre con la memoria de su antigua era; y confiados en unas ficciones vanas, llamadas jofores ó pronósticos, solo en ellas ponian su esperanza, porque les decian que habian de volver á ser moros y á su primer estado. Esto duró al principio, mientras duraron los viejos con alguna manera de libertad por su barbarismo; y después, aunque con el trato comenzaron á sosegarse los que les sucedieron, sintiendo menos regalo y mayores opresiones de las justicias, como hombres que entendian ya cualquier cosa con la prática que tenian, empezaron á congojarse demasiadamente y á endurecerse con su mala inclinacion; de donde les crecia cada hora mas la enemistad y el aborrecimiento del nombre de cristiano; y si con fingida humildad usaban de algunas buenas costumbres morales en sus tratos, comunicaciones y trajes, en lo interior aborrecian el yugo de la religion cristiana, y de secreto se doctrinaban y enseñaban unos á otros en los ritos y cerimonias de la seta de Mahoma. Esta mancha fué general en la gente comun, y en particular hubo algunos nobles de buen entendimiento que se dieron á las cosas de la fe, y se honraron de ser y parecer cristianos, y destos tales no trata nuestra historia. Los demás, aunque no eran moros declarados, eran herejes secretos, faltando en ellos la fe y sobrando el baptismo; y cuanto mostraban ser agudos y resabidos en su maldad, se hacian rudos é ignorantes en la virtud y doctrina. Si iban á oir misa los domingos y dias de fiesta, era por cumplimiento y porque los curas y beneficiados no los penasen por ello. Jamás hallaban pecado mortal, ni decian verdad en las confesiones. Los viérnes guardaban y se lavaban, y hacian la zalá en sus casas á puerta cerrada, y los domingos y dias de fiesta se encerraban á trabajar. Cuando habian baptizado algunas criaturas, las lavaban secretamente con agua caliente para quitarles la crisma y el olio santo, y hacian sus cerimonias de retajarlas, y les ponian nombres de moros; las novias, que los curas les hacian llevar con vestidos de cristianas para recebir las bendiciones de la Iglesia, las desnudaban en yendo á sus casas, y vistiéndolas como moras, hacian sus bodas á la morisca con instrumentos y manjares de moros. Si algunos aprendian las oraciones, era porque no les consentian que se casasen hasta que las supiesen, y muchos huian de saber la lengua castellana, por tener excusa para no aprenderlas. Acogian á los turcos y moros berberiscos en sus alcarías y casas, dábanles avisos para que matasen, robasen y captivasen cristianos, y aun ellos mesmos los captivaban y se los vendian; y así, venian los cosarios á enriquecer á España como quien va á una India; y muchas veces se iban las alcarías enteras con ellos; aunque este era el menor mal y de que menos pena habian de sentir los cristianos, porque les acontecia anochecer en España y amanecer en Berbería con sus vecinos y compadres. Para remedio destos males proveyeron los Reyes de Castilla algunas cosas de justicia y buena gobernacion, y entre otras, la reina doña Juana, hija y heredera de los Católicos Reyes, entendiendo que seria de mucho efeto quitarles el hábito morisco para que fuesen perdiendo la memoria de moros, mandó quitárselo, dándoles seis años de tiempo para romper los vestidos que tenian hechos, y se disimuló con ellos otros diez años, hasta que fué mandada cumplir por el emperador don Cárlos en el año de 1518, que vino á reinar en Castilla, y suspendida á suplicacion de los moriscos el mesmo año por el tiempo que fuese su voluntad. Después el licenciado Pardo, abad mayor de la iglesia de San Salvador del Albaicin, y los canónigos

beneficiados della, que sabian bien cómo vivian los moriscos, informaron de nuevo á su majestad que guardaban los ritos y cerimonias de moros; y en el año de 1526, estando en la ciudad de Granada, proveyó visitadores eclesiásticos por toda la tierra, y fueron nombrados para ello don Gaspar de Avalos, obispo de Guadix; fray Antonio de Guevara, el licenciado Utiel, el doctor Quintana y el canónigo Pero Lopez. En el siguiente capítulo dirémos lo que en esto hubo, porque en este lugar nos ocurre hacer una breve relacion, para que el letor entienda lo que es moro y mudéjar, y de donde vinieron estos nombres. Los setarios secuaces de Mahoma propriamente deben ser llamados con dos solos nombres, alárabes ó agemes: los alárabes son los originarios, y los agemes los advenedizos que de otras naciones y provincias abrazaron su opinion. A estos llaman generalmente los mahometanos entre sí mucelemin, y nosotros los llamamos moros, nombre impropio, porque mauros fueron unos pueblos fenicios que vinieron de Tiro á poblar en Africa, y edificaron la ciudad de Útica, y después la de Cartago, setenta y dos años antes de la fundacion de Roma, cuya historia es esta. Los fenicios fueron valerosos en las artes bélicas, y dieron después nombre á las dos Mauritanias, Tingitana y Cesariense, y tuvieron grandes victorias debajo las conductas de sus capitanes Macheo, Magon, Asdrúbal primero, Amílcar segundo, Annone, Gisgon, Aníbal, Asdrúbal segundo, Safo, y otros que refieren las historias de Trogo Pompeyo y de otros que escribieron después dél. Estos entraron al principio en Africa por via de paz y so color de contratar con los penos pastorales ó númidas; después hicieron sus colonias y guerrearon con ellos; y haciéndose poderosos con los buenos sucesos, conquistaron y ocuparon la mayor parte de Berbería y las islas de Cicilia y Sardeña; y pasando en tierra firme de Italia, pusieron temor á los poderosos romanos, que entre envidia y codicia dieron después fin á su prosperidad, destruyendo y asolando la famosa ciudad de Cartago. Los mauros, fenicios ó cartaginenses, como los quisiéremos llamar, que escaparon de la ira de los romanos, derramándose por Africa entre los penos, constituyeron señorío en algunas partes, especialmente en las Mauritanias, y dellos vienen los que agora llaman azuagos; y porque así estos como los otros mauros de Fenicia abrazaron la seta de Mahoma en el número de los agemes, el vulgo cristiano los llama comunmente á todos moros; y así los que lo son se honran mucho de aquel nombre, entendiendo por mucelemines, que es el nombre que ellos tienen por epíteto de santimonia, interpretado hijos de salvacion. Los mudejares vienen de los alárabes y de los agemes africanos y de otras naciones, y son los que se quedaron en España en los lugares rendidos por vasallos de los reyes cristianos, á los cuales, porque servian y hacian guerra contra los otros moros, los llamaron por oprobrio *mudegelin*, nombre tomado de *Degel*, que es en arábigo el Antecristo; y no por ser de casta de judíos, como algunos han querido decir. Esto baste para la etimología destos nombres, que todo se pone aquí por curiosidad.

CAPITULO II.

Cómo el emperador don Cárlos mandó hacer junta de prelados en la ciudad de Granada para reformacion de los moriscos.

Habiendo hecho los visitadores por todos los lugares de moriscos del reino de Granada su visita, y siendo informado el cristianísimo emperador don Cárlos cuán conveniente cosa era, para que fuesen buenos cristianos, que dejasen el trato y costumbres que tenian de tiempo de moros, juntando la aparencia con las obras, estando todavía su majestad en Granada, mandó hacer junta de los mas estimados téologos que á la sazon se hallaban en el reino, á quien encomendó aquel negocio, para que tratasen del remedio que se podria tener para hacérselo dejar. Juntáronse en la capilla real que los católicos reyes don Hernando y doña Isabel fundaron para su enterramiento en la iglesia Mayor de aquella ciudad, don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla y inquisidor general de España, don Juan Tavera, arzobispo de Santiago, presidente del real consejo de Castilla y capellan mayor de su majestad; don fray Pedro de Alava, electo arzobispo de Granada; don fray García de Loaysa, obispo de Osma; don Gaspar de Avalos, obispo de Guadix; don Diego de Villalar, obispo de Almería; el doctor Lorenzo Galindez de Carvajal y el licenciado Luis Polanco, oidores del real consejo; don García Padilla, comendador de la órden de Calatrava; don Hernando de Guevara y el licenciado Valdés, del consejo de la general Inquisicion, y el comendador Francisco de los Cobos, secretario de su majestad y de su consejo. En esta junta se vieron las informaciones de los visitadores, los capítulos y condiciones de las paces que se concedieron á los moros cuando se rindieron, el asiento que tomó de nuevo con ellos el arzobispo de Toledo cuando se convirtieron, y las cédulas y provisiones de los reyes, juntamente con las relaciones y pareceres de hombres graves. Y visto todo, hallaron que mientras se vistiesen y hablasen como moros conservarian la memoria de su seta y no serian buenos cristianos, y en quitárselo no se les hacia agravio, antes era hacerles buena obra, pues lo profesaban y decian. Mandáronles quitar la lengua y el hábito morisco y los baños; que tuviesen las puertas de sus casas abiertas los dias de fiesta y los dias de viérnes y sábado; que no usasen las leylas y zambras á la morisca; que no se pusiesen alheña en los piés ni en las manos ni en la cabeza las mujeres; que en los desposorios y casamientos no usasen de cerimonias de moros, como lo hacian, sino que se hiciese todo conforme á lo que nuestra santa Iglesia lo tiene ordenado; que el dia de la boda tuviesen las casas abiertas y fuesen á oir misa; que no tuviesen niños expósitos; que no usasen de sobrenombres de moros, y que no tuviesen entre ellos gacis de los berberiscos, libres ni captivos.

Tódas estas cosas se pusieron por capítulos, con las causas y razones que los habian movido á ello; y consultado á su majestad, los mandó cumplir. Mas los moriscos acudieron luego á contradecirlos, informando con sus razones morales, como gente que ninguna cosa sentian tanto como haber de dejar su traje y lengua natural, que era lo que mas sentian; y dieron sus memoriales, y hicieron sus ofrecimientos, y al fin alcanzaron con su majestad, antes que saliese de Granada, que mandase suspender los capítulos por el tiempo que fue-

se su voluntad; y con esto cesó la ejecucion por entonces. Y aunque después en el año de 1530, estando el Emperador ausente destos reinos, la Emperatriz nuestra señora mandó despachar sus reales cédulas al arzobispo de Granada, y al Presidente y oidores, y á los proprios moriscos, encargándoles y mandándoles que diesen órden como se quitasé aquel traje deshonesto y de mal ejemplo, y que las moriscas trajesen sayas y mantos y sombreros como cristianas, acudieron otra vez al Emperador, y le suplicaron mandase suspender aquellas cédulas, representando los grandes inconvenientes que habia en la ejecucion, la pérdida de las rentas reales y el desasosiego del reino; y ansí mandó su majestad suspender los capítulos segunda vez, hasta que viniese á España. No ponemos en este lugar los capítulos, porque van adelante con la contradicion que los moriscos hicieron á los que se hicieron en la villa de Madrid, que fué todo una cosa, y resultó de allí el rebelion de qué trata esta historia.

CAPITULO III.

Cómo se quitó á los moriscos que no pudiesen servirse de esclavos negros, y se les mandó á los que tenian licencias de armas que las llevasen á sellar ante el capitan general.

En el año de nuestra salud 1560, estando ya retirado á la contemplacion de las cosas divinas el cristianísimo emperador don Cárlos nuestro señor en el monasterio de Yuste, habiendo dejado el gobierno de todos sus estados al católico rey don Felipe su hijo, segundo deste nombre, en las primeras cortes que celebró en la ciudad de Toledo el mesmo año, los procuradores de Cortes, informados del daño que se seguia de que los moriscos del reino de Granada tuviesen esclavos negros de *Guinea* en su servicio, porque los compraban bozales para servirse dellos, y teniéndolos en sus casas, les enseñaban la seta de Mahoma y los hacian á sus costumbres, y demás de perderse aquellas almas, crecia cada hora la nacion morisca, con menos confianza de fidelidad, suplicaron á su majestad se los mandase quitar; y á su pedimento se mandó que ningun morisco tuviese esclavos negros en su casa ni en sus labores, cometiendo la ejecucion dello á las justicias ordinarias del reino. Deste mandato se agraviaron todos en general, diciendo que se tenia poca confianza dellos y de su trato, y que en caso que se les hubiesen de quitar los esclavos, habia de entenderse solamente con los hombres sospechosos, y no con toda la nacion, donde habia muchos nobles que se trataban como cristianos y se preciaban de serlo, estando emparentados con ellos, y que no habia causa ni razon para que les hiciesen un agravio tan grande. Y su majestad, con acuerdo del real Consejo, por una declaracion que sobre ello se hizo, mandó que no se entendiese lo proveido con las personas particulares, de quien no se debia tener sospecha, ni con los que estuviesen casados ó se casasen con cristianas. Desto suplicaron segunda vez los moriscos del reino, diciendo que los esclavos negros eran el servicio de sus casas y de sus labores, y era destruirlos si se los quitaban; y con grandísima instancia pidieron que se entendiese la limitacion con toda la nacion, sin eceptar personas, pues eran todos cristianos y vasallos de su majestad. Luego acudieron á don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, que ya era alcaide de la fortaleza de la Alhambra y capitan general del reino de Granada, en vida de don Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, su padre, que á la sazon era presidente del consejo real de Castilla; y poniéndole delante los beneficios que los naturales de aquel reino habian recebido de sus antepasados, y los servicios que la nacion les habia hecho, le suplicaron que tomando la mano en aquel negocio, los favoreciese, y procurase con su majestad la suspension de aquel capítulo de cortes, de que tanto daño les venia. El Conde les ofreció que haria lo que pudiese, como lo habia hecho siempre en las cosas que se les ofrecian, y ansí lo hizo. Mas viendo aquella gente sospechosa que no sucedia el negocio conforme á su deseo, entendiendo que lo habia tratado tibiamente, ó por ventura les habia sido contrario, comenzaron algunos dellos á desgustarse, procurando favorecerse de otras personas, y hicieron revocar una merced que de pedimiento del reino le habia hecho su majestad en la renta de la farda, de dos mil ducados de ayuda de costa en cada un año; y de aquí nació que tambien el conde de Tendilla les diese poco gusto de su parte. Entraron luego los celos de la division entre la Audiencia real y él sobre cosas harto livianas, torciendo el entendimiento de las concordias que estaban hechas y confirmadas por los Reyes, y trayéndolas cada cual á su opinion, no queriendo tener igual y procurando conservar superioridad. Pretendia el Audiencia por su parte quitar el conocimiento de las causas al Capitan general, ó á lo menos emendar lo que hacia. Estiraba él su cargo cuanto podia, y de aquí vino á pasiones particulares, que redundaron después en daño de muchos que estaban bien descuidados. Porque luego con voz de restituir al público concejil lo que tenian ocupado algunos de la Audiencia y otras personas del cabildo de la ciudad, se dió noticia á su majestad, y se proveyó juez de términos contra ellos; lo cual fué causa de echar á las vueltas algunos moriscos de sus haciendas; gente encogida y miserable, que viéndose desposeer de las heredades y tierras que habian heredado, comprado ó poseido, no menos sentian este gravámen que los otros. Demás desto, el conde de Tendilla, viendo que se le habian desvergonzado y cobrado alas con otros favores, para tenerlos mas sujetos trató con el fiscal de la Audiencia real y con el cabildo de la ciudad de Granada que pidiesen á su majestad confirmacion de una cédula que el emperador don Cárlos habia dado el año del Señor 1553, en que mandaba que todos los moriscos del reino de Granada, de cualquier estado y condicion que fuesen, que tuviesen licencias para traer armas, las llevasen á registrar ante el Capitan general, para que las mandase sellar, y que no las pudiesen traer ni tener de otra manera. Esta cédula se mandó luego confirmar en el Consejo, con relacion que algunos moriscos, so color de tener licencias de armas, compraban mas cantidad de las que habian menester, y las vendian ó daban á los monfís y hombres escandalosos. Y aunque hubo contradicion de su parte, no les aprovechó, y fué tanto lo que lo sintieron, que muchos dejaron de traer las armas por no ponerse en aquella sujecion, y pocos fueron los que las llevaron á registrar y sellar; todos quedaron descontentos, indinados y con poco sosiego. De allí adelante, habiendo poca conformidad entre los superiores, menu-

deaban quejas á su majestad, con que cansados los oidos de los de su consejo, y él con ellos, las provisiones no tuvieron efeto, y salieron varias ó ningunas, perdiendo con la importunidad el crédito, y se proveyeron muchas cosas de pura justicia, que conforme á la calidad de los tiempos se pudieran dilatar, ó llevar con menos rigor.

CAPITULO IV.

Cómo se mandó que los moriscos delincuentes no se acogiesen á lugares de señorío ni gozasen de la inmunidad de la iglesia mas de tres dias.

Estos mesmos dias las justicias y los concejos de los lugares del reino de Granada que eran cabezas de partidos informaron á los oidores y alcaldes de la Audiencia real como en los lugares de señorío se acogian y estaban avecindados muchos moriscos que andaban huidos de la justicia por delitos, y teniendo allí seguridad, salian á saltear y robar por los caminos, y que los señores cuyos eran los lugares los favorecian y amparaban por tenerlos poblados, y desta manera crecia el número de malhechores y habia poca seguridad en la tierra, y convenia mandar que no los acogiesen y que las justicias realengas entrasen á prenderlos donde los hallasen. Pareciendo pues á la Audiencia que no convenia que los delincuentes tuviesen aquella guarida, informaron sobre ello á su majestad en su real consejo, y con él consultado, se mandó despachar provision para que los señores no recogiesen gente desta calidad en sus pueblos, y las justicias realengas pudiesen entrarlos á prender donde quiera que los hallasen. Habia muchos moriscos que habiendo sido perdonados de las partes, y estando sus negocios olvidados muchos años habia, vivian en lugares de señorío y estaban avecindados y casados en ellos. Estaban con alguna manera de quietud entendiendo en sus oficios y labores del campo, y como los escribanos comenzasen á revolver papeles, buscando causas, y las justicias los apretasen con rigor, perdiendo la confianza que tenian del favor de los lugares de señorío, y viendo que tampoco se podian entretener en las iglesias ni estar retraidos mas de tres dias en ellas, porque así se habia proveido tambien estos dias, comenzaron á darse á los montes, y juntándose con otros monfís y salteadores, cometian cada dia mayores delitos, matando y robando las gentes, y andando en cuadrillas armados y tan á recaudo, que las justicias ordinarias eran ya poca parte para prenderlos, por no traer gente de guerra consigo. Luego entró la duda de la competencia de jurisdicion que dijimos, sobre si pertenecia al Capitan general, que solia hacer semejantes castigos por razon del oficio de la guerra, ó á las justicias, por ser negocio de rigor de ley; y al fin se cometió á las justicias, dando facultad á don Alonso de Santillana, que á la sazon era presidente en la audiencia real de Granada, y á los alcaldes del crímen, para que á costa de los moriscos recogiesen cierto número de gente á sueldo que anduviesen en seguimiento de los delincuentes, no excluyendo en parte al Capitan general, sino que tambien él prendiese y castigase. La Audiencia hizo dos cuadrillas pequeñas de á ocho hombres cada una, que ni eran bastantes para asegurar la tierra ni fuertes para resistir á los monfís; y ansí se acrecentó con ellos el daño. Porque por nuestros pecados el dia de hoy van los negocios mas enderezados al interés particular que al bien público, y aunque la intencion del Consejo Real fué santa y buena, la sobrada diligencia y el modo de proceder fué dañoso, porque los alguaciles y escribanos, que eran los ejecutores, queriendo enriquecer en esta ocasion, no solo perseguian á los que entendian ser culpados, mas aun molestaban á los que estaban quietos y pacíficos en sus casas; y extendieron la codicia tanto, que pocos moriscos habia ya en el reino que no los hallasen culpados. Con estas opresiones, siguiéndolos tambien el capitan general por su parte y la Inquisicion y el Arzobispo, no teniendo donde poderse guarecer en poblado, se dieron á los montes muchos que hasta entonces no lo habian hecho. Ayudó tambien por su parte la desórden de los soldados que se alojaban en las alcarías en las casas de los moriscos; y demás de la costa ordinaria que les hacian, que era mucha, usaban de las codicias y deshonestidades que la licencia militar trae consigo cuando no precede el temor de Dios; y por ventura, como después se entendió, eran mas los delitos que ellos cometian que los delincuentes que prendian. Desta manera fué creciendo el mal con la medicina y el número de los monfís, muchos de los cuales se recogian en la ciudad de Granada, y metiéndose en el Albaicin, salian á saltear de noche, mataban los hombres, desollábanles las caras, sacábanles los corazones por las espaldas y despedazábanlos miembro á miembro; y de junto á los muros de la ciudad y dentro captivaban las mujeres y los niños y los llevaban á vender á Berbería. De aquí tomó principio la esperanza de los ánimos escandalosos y ofendidos, y estos mismos fueron instrumento principal del rebelion, como se entenderá por el discurso desta historia.

CAPITULO V.

Cómo su majestad mandó hacer junta en la villa de Madrid sobre la reformacion de los moriscos, y se mandaron ejecutar los capítulos de la junta del año de 1526.

Como los moriscos anduviesen tan desasosegados y acudiesen de hora en hora avisos á la ciudad de Granada de los daños que hacian, viviendo como moros y comunicándose con los moros de Berbería, don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, yendo al concilio de Trento, llevó tan á su cargo este negocio, que trató dél con muchas véras. Y papa Paulo III le encargó que dijese de su parte al rey don Felipe nuestro señor, que pusiese remedio como aquellas almas no se perdiesen. Y en un sínodo que hizo, donde se juntaron los obispos de Málaga, Guadix y Almería, sufragáneos al arzobispado de Granada, se trató de lo que convenia para que los nuevamente convertidos tratasen con integridad las cosas de la fe. Y hallando el remedio en la ejecucion de los capítulos de la junta de la capilla real, informaron dello á su majestad, y él lo remitió á su real consejo, presidiendo en él el licenciado don Diego de Espinosa, que tambien era inquisidor general y obispo de Sigüenza, y después fué cardenal en la santa iglesia de Roma; y habiendo visto las relaciones del arzobispo y de los prelados, y que los remedios pasados no habian aprovechado mas que para un principio de venganza, como es costumbre de los malos convertir

las cosas que se procuran para su emienda en nuevos géneros de delitos y ofensas, acordaron ante todas cosas que las provisiones que se hiciesen se ejecutasen con efeto, sin admitir demandas ni respuestas. Y para proveer en ello mandó su majestad el año de 1576 hacer una junta en la villa de Madrid, en la cual intervinieron el presidente don Diego de Espinosa, el duque de Alba, don Antonio de Toledo, prior de San Juan; don Bernardo de Borea, vicechanciller de Aragon; el maestro Gallo, obispo de Orihuela; el licenciado don Pedro de Deza, del consejo de la general Inquisicion; el licenciado Menchaca y el doctor Velasco, oidores del Consejo Real y de la cámara; y todos estos caballeros y letrados se resolvieron en que, pues los moriscos tenian baptismo y nombre de cristianos, y lo habian de ser y parecer, dejasen el hábito y la lengua y las costumbres de que usaban como moros, y que se cumpliesen y ejecutasen los capítulos de la junta que el emperador don Cárlos habia mandado hacér el año de 26; y ansí lo consultaron á su majestad, encargándole la conciencia; y para excusar importunidades, no se publicaron hasta que los enviaron al presidente de Granada que los ejecutase. Pornémos en este lugar los capítulos, y luego las contradiciones que los moriscos hicieron, porque no quede cosa que el lector pueda desear.

CAPITULO VI.

En que se contienen los capítulos que se hicieron en la junta de la villa de Madrid sobre la reformacion de los moriscos.

Primeramente se ordenó que dentro de tres años de como estos capítulos fuesen publicados, aprendiesen los moriscos á hablar la lengua castellana, y de allí adelante ninguno pudiese hablar, leer ni escrebir en público ni en secreto en arábigo.

Que todos los contratos y escrituras que de allí adelante se hiciesen en lengua árabe fuesen ningunos, de ningun valor y efeto, y no hiciesen fe en juicio ni fuera dél, ni en virtud dellos se pudiese pedir ni demandar, ni tuviesen fuerza ni vigor alguno.

Que todos los libros que estuviesen escritos en lengua arábiga, de cualquier materia y calidad que fuesen, los llevasen dentro treinta dias ante el presidente de la audiencia real de Granada para que los mandase ver y examinar; y los que no tuviesen inconveniente, se los volviese para que los tuviesen por el tiempo de los tres años, y no mas.

Cuanto á la órden que se habia de dar para que aprendiesen la lengua castellana, se cometia al presidente y al arzobispo de Granada, los cuales, con parecer de personas práticas y de experiencia, proveyesen lo que les pareciese mas conveniente al servicio de Dios y al bien de aquellas gentes.

Cuanto al hábito, se mandó que no se hiciesen de nuevo marlotas, almalafas, calzas, ni otra suerte de vestido de los que se usaban en tiempo de moros; y que todo lo que se cortase y hiciese fuese á uso de cristianos. Y porque no se perdiesen de todo punto los vestidos moriscos que estaban hechos, se les dió licencia para que pudiesen traer los que fuesen de seda ó tuviesen seda en guarniciones, tiempo de un año, y los que fuesen de solo paño, dos años; y que pasado este tiempo, en ninguna manera trajesen los unos ni los otros vestidos. Y durante los dos años, todas las mujeres que anduviesen vestidas á la morisca llevasen las caras descubiertas por donde fuesen, porque se entendió que por no perder la costumbre que tenian de andar con los rostros atapados por las calles, dejarian las almalafas y sábanas, y se pondrian mantos y sombreros, como se habia hecho en el reino de Aragon cuando se quitó el traje á los moriscos dél.

Cuanto á las bodas, se ordenó que en los desposorios, velaciones y fiestas que hiciesen, no usasen de los ritos, cerimonias, fiestas y regocijos de que usaban en tiempo de moros, sino que todo se hiciese conformándose con el uso y costumbre de la santa madre Iglesia, y de la manera que los fieles cristianos lo hacian; y que en los dias de las bodas y velaciones tuviesen las puertas de las casas abiertas, y lo mesmo hiciesen los viérnes en la tarde y todos los dias de fiesta; y que no hiciesen zambras, ni leilas con instrumentos, ni cantares moriscos en ninguna manera, aunque en ellos no cantasen ni dijesen cosa contra la religion cristiana ni sospechosa della.

Cuanto á los nombres, ordenaron que no tomasen, tuviesen ni usasen nombres ni sobrenombres de moros, y los que tenian los dejasen luego, y que las mujeres no se alheñasen.

En cuanto á los baños, mandaron que en ningun tiempo usasen de los artificiales, y que los que habia se derribasen luego; y que ninguna persona, de ningun estado y condicion que fuese, no pudiese usar de los tales baños, ni se bañasen en ellos en sus casas ni fuera dellas.

Y cuanto á los gacis, se proveyó que los que fuesen libres, y los que se hubiesen rescatado ó se rescatasen, no morasen en todo el reino de Granada, y dentro de seis meses de como se rescatasen saliesen dél; y que los moriscos no tuviesen esclavos gacis, aunque tuviesen licencias para poderlos tener.

Cuanto á los esclavos negros, se ordenó que todos los moriscos que tenian licencias para tenerlos, las presentasen luego ante el presidente de la real audiencia de Granada, el cual viese si los que las tenian eran personas que sin impedimento ni otro peligro podian usar dellas, y enviase relacion á su majestad dello, para que lo mandase ver y proveer; y en el ínterin la persona en cuyo poder se exhibiesen las licencias las detuviese, proveyendo en ello el Presidente lo que mas viese que convenia.

Esta fué la resolucion que se tomó en aquella junta, aunque algunos fueron de parecer que los capítulos no se ejecutasen todos juntos, por estar los moriscos tan casados con sus costumbres, y porque no lo sentirian tanto yéndoselas quitando poco á poco; mas el presidente don Diego de Espinosa, fabricado de los avisos que venian cada dia de Granada, y abrazándose con la fuerza de la religion y poder de un príncipe tan católico, quiso y consultó á su majestad que se ejecutasen todos juntos.

CAPITULO VII.

Cómo su majestad proveyó por presidente de la audiencia real de Granada al licenciado don Pedro de Deza, y se le enviaron los capítulos.

Luego proveyó su majestad por presidente de la audiencia real de Granada al licenciado don Pedro de

Deza, oidor de la general Inquisicion, que hoy es cardenal en la santa iglesia de Roma, natural de la ciudad de Toro, y que habia sido uno de los de la junta de la villa de Madrid, como queda dicho. El cual habiendo recebido la cédula de su provision en la villa de Madrid, á 4 dias del mes de mayo del año de 1566, á los 25 dél estaba ya en la ciudad de Granada, y el mesmo dia que llegó se juntó el Acuerdo y tomó la posesion de la presidencia. Luego le envió el presidente don Diego de Espinosa los capítulos en forma de premática, para que con parecer del Acuerdo, comunicándolo tambien con el arzobispo de aquella ciudad, los hiciese publicar y procediese en la ejecucion dellos, sin embargo de cualesquier contradiciones que se hiciesen de parte de los moriscos, procurando primero algunos medios para que sin mucho apremio se cumpliesen; y por otra parte, su majestad mandó al presidente don Diego de Espinosa que dijese á don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués que era ya de Mondéjar, por muerte de don Luis Hurtado de Mendoza, su padre, que aun estaba en la corte, que fuese á hallarse presente á la publicacion de los capítulos, por si fuese menester dar calor con su presencia. Luego como llegaron á Granada los capítulos, el Presidente los mandó imprimir secretamente, para que hubiese copia que enviar á un mesmo tiempo por todo aquel reino, porque se acordó que se pregonasen el primer dia del mes de enero luego siguiente, por ser dia señalado, víspera de la fiesta que con gran solenidad celebra aquella ciudad en memoria del dia en que los Reyes Católicos la ganaron. Y mientras esto se hacia, deseando que de los proprios moriscos, que ya tenian noticia de lo que se trataba y le habian hablado sobre ello, naciese alguna manera de consentimiento, hizo llamar á un Alonso de Horozco, canónigo de la iglesia colegial de San Salvador del Albaicin, hombre que tenia amistad y trato con los moriscos, porque habia sido muchos años beneficiado en la Alpujarra, y sabia muy bien la lengua arágiba, y le encomendó que hiciese juntar los mas principales en la iglesia, y por via de amistad les dijese que tenia aviso cierto como su majestad, cansado de oir las quejas que de ordinario le iban de los nuevamente convertidos de aquel reino, diciéndole que eran moros y se trataban como moros, y que la principal causa para no ser cristianos eran el hábito y la lengua morisca, y las otras costumbres y cerimonias que tenian de tiempo de moros, habia tomado resolucion de mandar que lo dejasen todo; y que siendo ansí, seria cosa muy acertada que ellos lo pidiesen con su comodidad, y por la órden que les estuviese mejor, porque gustaria dello y les agradeceria su buen deseo; y que dejando aparte los inconvenientes que hallaban en lo del hábito y la lengua, pidiesen que todas las mujeres que se casasen y las niñas se vistiesen como cristianas; y no haciendo de nuevo ropas á la morisca, fuesen gastando las que tenian hechas, y que desta manera se iria dejando aquel traje, que con razon debian aborrecer siendo cristianos, pues no era honesto, y se compadecia mal que las cristianas anduviesen vestidas como moras; y que asimesmo pidiesen que los muchachos aprendiesen á hablar castellano, y se pusiesen escuelas para enseñarles á leer, y que lo mesmo hiciesen los de mediana edad, y con los viejos se disimulase, pues era cosa imposible poderlo hacer. Y cuanto á los libros árabes, ellos mesmos habian de holgar que no los hubiese, pues siendo cristianos, como lo profesaban, les era de ningun provecho tenerlos, y muy escandaloso á las conciencias. Que dejasen las bodas y los otros regocijos y placeres que acostumbraban hacer á la morisca por el ruin ejemplo y gran nota que daban de sí, y por el daño que se les seguia gastando sus haciendas mal gastadas, y por los escándalos y deshonestidades que en ellas se hacian. Todo lo cual habian de procurar ellos mesmos sin que se les mandase, y especialmente lo que tocaba á los baños artificiales, que estaba averiguado ser un vicio malo, de donde resultaban muchos pecados en ofensa de Dios, y una costumbre deshonesta para sus mujeres y hijas; y les diesen á entender con su buen término que dejando todas estas cosas, y viendo que se trataban como los otros cristianos destos reinos, serian honrados, favorecidos y respetados, y su majestad se serviria de sus personas como de los otros sus vasallos, y vernian adelante sus hijos y nietos á ser constituidos en honras y dignidades y en oficios de justicia y de gobernacion, como lo eran los nobles y virtuosos del reino. Estas y otras muchas cosas que el Presidente mandó al canónigo Alonso de Horozco que les dijese, les dijo á los mas principales del Albaicin, que hizo juntar en San Salvador; mas ellos le respondieron que no osarian tratar de semejante negocio, porque tenian por cierto que los apedrearian. Viendo pues el canónigo la sequedad con que le habian respondido, y pareciéndole que por ventura no creian ser cierto lo que les habia dicho de la determinacion de su majestad, por no haberles dado autor cierto, fué aquel mesmo dia al Presidente, y dándole cuenta de lo que habia pasado, le pidió licencia para poderle dar á él por autor; el cual se la dió, y dende á dos dias volvió á juntar los moriscos en la mesma iglesia, y les declaró como lo que les habia dicho habia sido por mandado del Presidente, y como de nuevo le habia mandado que les dijese como su majestad queria que se ejecutasen los capítulos de la junta del año de 1526, y que seria bien que ellos lo pidiesen por la órden que viesen que les estaria mejor, y que él les favoreceria para que se hiciese con su comodidad; mas no por eso se quisieron allanar, y como el canónigo les rogase que fuesen con él algunos dellos á hablar al Presidente, tampoco lo quisieron hacer por entonces.

CAPITULO VIII.

Cómo se pregonaron los capítulos de la nueva premática, y del sentimiento que hicieron los moriscos.

Habiéndose acabado de imprimir la nueva premática, el presidente don Pedro de Deza, con parecer del acuerdo, mandó que se pregonase en la ciudad de Granada y en las otras de aquel reino, el 1.° dia del mes de enero del año del Señor 1567. Este dia se juntaron los alcaldes del crímen de la real Chancillería, y el Corregidor con todas las justicias de la ciudad, y con gran solenidad de atabales, trompetas, sacabuches, ministriles y dulzainas la pregonaron en las plazas y lugares públicos de la ciudad y de su Albaicin. Luego incontinente se mandó que las justicias hiciesen derribar todos los baños artificiales, y se derribaron, comenzando primero por los de su majestad, porque los

dueños de los otros no se agraviasen. ¿Qué dirémos del sentimiento que los moriscos hicieron cuando oyeron pregonar los capítulos en la plaza de Bib el Bonut, sino que con saberlo ya, fué tanta su turbacion, que ninguna persona de buen juicio dejara de entender sus dañadas voluntades? Tanta era la ira que manifestaban, provocándose los unos á los otros con cierta demostracion de amenazas. Decian que su majestad habia sido mal aconsejado, y que la premática habia de ser causa de la destruicion del reino; y queriendo descubrir con mansedumbre sus fuerzas, antes de tomar las armas con rústica fiereza, comenzaron á hacer juntas en público y en secreto, dando por una parte materia de hablar á los mozos con ejemplo de los mas viejos, que no les era menor aquel yugo que la propria muerte; y por otra parte acordaron que los principales resistiesen la furia de aquel efeto, que ellos llamaban malaventura, con fingida humildad, aprovechándose de la moral prudencia para pedir suspension; y para ello nombraron personas que informasen á su majestad y á los de su consejo.

CAPITULO IX.

Cómo los moriscos contradijeron los capítulos de la nueva premática, y un razonamiento que Francisco Nuñez Muley hizo al Presidente sobre ello.

Los moriscos de las ciudades, sierras y marinas y Alpujarra enviaron luego como se pregonó la premática, á la ciudad de Granada á entender los ánimos de los del Albaicin, y ver cómo lo habian tomado. Y hallándose todos conformes en una mesma voluntad, acordaron que se contradijesen por reino, y para ello acudieron á Jorge de Baeza, su procurador general, y le pidieron que en nombre de la nacion pidiese suspension, como se habia hecho otras veces. Y antes de hacer camino á la corte de su majestad, acordaron de hablar al presidente don Pedro de Deza, y informarle de palabra y por escrito, para ver si podrian ablandarle. A esto fué un morisco caballero llamado Francisco Nuñez Muley, que por edad y experiencia tenia mucha prática de aquel negocio, y lo habia tratado otras veces en tiempo de los reyes pasados, el cual puesto delante del Presidente, con la voz baja y humilde le dijo desta manera :

«Cuando los naturales deste reino se convirtieron á la fe de Jesucristo, ninguna condicion hubo que les obligase á dejar el hábito ni la lengua, ni las otras costumbres que tenian de regocijarse con sus fiestas, zambras y recreaciones; y para decir verdad, la conversion fué por fuerza, contra lo capitulado por los señores Reyes Católicos cuando el rey Abdilehi les entregó esta ciudad; y mientras sus altezas vivieron, no hallo yo, con todos mis años, que se tratase de quitárselo. Después, reinando la reina doña Juana, su hija, pareciendo convenir (no sé por cierto á quién), se mandó que dejásemos el traje morisco; y por algunos inconvinientes que se representaron, se suspendió, y lo mesmo viniendo á reinar el cristianísimo emperador don Cárlos. Sucedió después que un hombre bajo de los de nuestra nacion, confiado en el favor del licenciado Polanco, oidor desta real audiencia, á quien servia, se atrevió á hacer capítulos contra los clérigos y beneficiados, y sin tomar consejo con los hombres principales, que sabian lo que convenia disimular semejantes cosas, los firmó de algunos amigos suyos, y los dió á su majestad. A esto acudió luego por los clérigos el licenciado Pardo, abad de San Salvador del Albaicin, y á vueltas de su descargo, informó con autoridad del prelado que los nuevamente convertidos eran moros, y que vivian como moros, y que convenia dar órden en que dejasen las costumbres antiguas, que les impedian poder ser cristianos. El Emperador, como cristianísimo príncipe, mandó ir visitadores por todo este reino, que supiesen cómo vivian los naturales dél. Hízose la visita por los mesmos clérigos, y ellos fueron los que depusieron contra ellos, como personas que sabian bien la neguilla que habia quedado en nuestro trigo; cosa que en tan breve tiempo era imposible estar limpio. De aquí resultó la congregacion de la capilla real : proveyéronse muchas cosas contra nuestros previlegios, aunque tambien acudimos á ellas, y se suspendieron. Dende á ciertos años, don Gaspar de Avalos, siendo arzobispo de Granada, de hecho quiso quitarnos el hábito, comenzando por los de las alcarías, y trayendo aquí algunos de Güéjar sobre ello. El presidente que estaba en el lugar que está ágora vuestra señoría, y los oidores desta audiencia, y el marqués de Mondéjar y el Corregidor se lo contradijeron, y paró por las mesmas razones; y desde el año de 1540 se ha sobreseido el negocio, hasta que agora los mesmos clérigos han vuelto á resucitarlo, para molestarnos por tantas vias á un tiempo. Quien mirare las nuevas premáticas por defuera, pareceránle cosa fácil de cumplir; mas las dificultades que traen consigo son muy grandes, las cuales diré á vuestra señoría por extenso, para que compadeciéndose deste miserable pueblo, se apiade dél con amor y caridad, y le favorezca con su majestad, como lo han hecho siempre los presidentes pasados. Nuestro hábito cuanto á las mujeres no es de moros; es traje de provincia como en Castilla y en otras partes se usa diferenciarse las gentes en tocados, en sayas y en calzados. El vestido de los moros y turcos, ¿quién negará sino que es muy diferente del que ellos traen? Y aun entre ellos mesmos diferencian; porque el de Fez no es como el de Tremecen, ni el de Túnez como el de Marruecos, y lo mesmo es en Turquía y en los otros reinos. Si la seta de Mahoma tuviera traje proprio, en todas partes habia de ser uno; pero el hábito no hace al mónje. Vemos venir los cristianos, clérigos y legos de Suria y de Egipto vestidos á la turquesca, con tocas y cafetanes hasta en piés; hablan arábigo y turquesco, no saben latin ni romance, y con todo eso son cristianos. Acuérdome, y habrá muchos de mi tiempo que se acordarán, que en este reino se ha mudado el hábito diferente de lo que solia ser, buscando las gentes traje limpio, corto, liviano y de poca costa, tiñendo el lienzo y vistiéndose dello. Hay mujer que con un ducado anda vestida, y guardan las ropas de las bodas y placeres para los tales dias, heredándolas en tres y cuatro herencias. Siendo pues esto ansí, ¿qué provecho puede venir á nadie de quitarnos nuestro hábito, que, bien considerado, tenemos comprado por mucho número de ducados con que hemos servido en las necesidades de los reyes pasados? ¿Por qué nos quieren hacer perder mas de tres millones de oro que tenemos empleado en él, y destruir á los mercaderes, á los tratantes, á los plateros y á otros oficiales que viven y se sustentan con hacer ves-

tidos, calzado y joyas á la morisca? Si docientas mil mujeres que hay en este reino, ó mas, se han de vestir de nuevo de piés á cabeza, ¿qué dinero les bastará? Qué pérdida será la de los vestidos y joyas moriscas que han de deshacer y echar á perder? Porque son ropas cortas, hechas de girones y pedazos, que no pueden aprovechar sino para lo que son, y para eso son ricas y de mucho estima; ni aun los tocados podrán aprovechar, ni el calzado. Veamos la pobre mujer que no tiene con que comprar saya, manto, sombrero y chapines, y se pasa con unos zaragüelles y una alcandora de angeo teñido, y con una sábana blanca, ¿qué hará? ¿De qué se vestirá? ¿De dónde sacarán el dinero para ello? Pues las rentas reales, que tanto interesan en las cosas moriscas, donde se gasta un número infinito de seda, oro y aljófar, ¿por qué han de perderse? Los hombres todos andamos á la castellana, aunque por la mayor parte en hábito pobre: si el traje hiciera seta, cierto es que los varones habian de tener mas cuenta con ello que las mujeres, pues lo alcanzaron de sus mayores, viejos y sabios. He oido decir muchas veces á los ministros y prelados que se haria merced y favor á los que se vistiesen á la castellana, y hasta agora, de cuantos lo han hecho, que son muchos, ninguno veo menos molestado ni mas favorecido: todos somos tratados igualmente. Si á uno hallan un cuchillo, échanle en galera, pierde su hacienda en pechos, en cohechos y en condenaciones. Somos perseguidos de la justicia eclesiástica y de la seglar; y con todo eso, siempre leales vasallos y obedientes á su majestad, prestos á servirle con nuestras haciendas, jamás se podrá decir que hayamos cometido traicion desde el dia que nos entregamos.

»Cuando el Albaicin se alborotó, no fué contra el Rey, sino en favor de sus firmas, que teniamos en veneracion de cosa sagrada. No estando aun la tinta enjuta, quebrantaron los cápitulos de las paces las justicias, prendiendo las mujeres que venian dé linaje de cristianas, para hacerles que lo fuesen por fuerza. Veamos, señor: ¿en las comunidades levantáronse los deste reino? Por cierto, en favor de su majestad acompañaron al marqués de Mondéjar y á don Antonio y don Bernardino de Mendoza, sus hermanos, contra los comuneros don Hernando de Córdoba el Ungi, Diego Lopez Aben Axar y Diego Lopez Hacera, con mas de cuatrocientos hombres de guerra de nuestra nacion, siendo los primeros que en toda España tomaron armas contra los comuneros. Y don Juan de Granada, hermano del rey Abdilehi, tambien fué general en Castilla de los reales, trabajó y apaciguó lo que pudo, y hizo lo que debia á buen vasallo de su majestad. Justo es pues que los que tanta lealtad han guardado sean favorecidos y honrados y aprovechados en sus haciendas, y que vuestra señoría los favorezca, honre y aproveche, como lo han hecho los predecesores que han presidido en este lugar.

»Nuestras bodas, zambras y regocijos, y los placeres de que usamos, no impide nada al ser cristianos. Ni sé cómo se puede decir que es cerimonia de moros; el buen moro nunca se hallaba en estas cosas tales, y los alfaquís se salian luego que comenzaban las zambras á tañer ó cantar. Y aun cuando el rey moro iba fuera de la ciudad atravesando por el Albaicin, donde habia muchos cadís y alfaquís que presumian ser buenos moros, mandaba cesar los instrumentos hasta salir á la puerta de Elvira, y les tenia este respeto. En Africa ni en Turquía no hay estas zambras; es costumbre de provincia, y si fuese cerimonia de seta, cierto es que todo habia de ser de una mesma manera. El arzobispo santo tenia muchos alfaquís y meftís amigos, y aun asalariados, para que le informasen de los ritos de los moros, y si viera que lo eran las zambras, es cierto que las quitara, ó á lo menos no se preciara tanto dellas, porque holgaba que acompañasen el Santísimo Sacramento en las procesiones del dia de Córpus Christi, y de otras solemnidades, donde concurrian todos los pueblos á porfía unos de otros, cual mejor zambra sacaba, y en la Alpujarra, andando en la visita, cuando decia misa cantada, en lugar de órganos, que no los habia, respondian las zambras, y le acompañaban de su posada á la iglesia. Acuérdome que cuando en la misa se volvia al pueblo, en lugar de *Dominus vobiscum*, decia en arábigo *Ybara ficun*, y luego respondia la zambra.

»Menos se hallará que albeñarse las mujeres sea cerimonia de moros, sino costumbre para limpiarse las cabezas, y porque saca cualquier suciedad dellas y es cosa saludable. Y si se ponian encima agallas, era para teñir los cabellos y hacer labores que parecian bien. Esto no es contra la fe, sino provechoso á los cuerpos, que aprieta las carnes y sana enfermedades. Don fray Antonio de Guevara, siendo obispo de Guadix, quiso hacer trasquilar las cabezas de las mujeres de los naturales del marquesado del Cenete, y rasparles la alheña de las manos; y viniéndose á quejar al Presidente y oidores y al marqués de Mondéjar, se juntaron luego sobre ello, y proveyeron un receptor que le fuese á notificar que no lo hiciese, por ser cosa que hacia muy poco al caso para lo de la fe.

»Veamos, señor: hacernos tener las puertas de las casas abiertas ¿de qué sirve? Libertad se da á los ladrones para que hurten, á los livianos para que se atrevan á las mujeres, y ocasion á los alguaciles y escribanos para que con achaques destruyan la pobre gente. Si alguno quisiere ser moro y usar de los guadores y cerimonias de moros, ¿no podrá hacerlo de noche? Sí por cierto; que la seta de Mahoma soledad requiere y recogimiento. Poco hace al caso cerrar ó abrir la puerta al que tuviere la intencion dañada; el que hiciere lo que no debe, castigo hay para él, y á Dios nada es oculto.

»¿Podráse pues averiguar que los baños se hacen por cerimonia? No por cierto. Allí se junta mucha gente, y por la mayor parte son los bañeros cristianos. Los baños son minas de inmundicias; la ceremonia ó rito del moro requiere limpieza y soledad, ¿Cómo han de ir á hacerla en parte sospechosa? Formáronse los baños para limpieza de los cuerpos, y decir que se juntan allí las mujeres con los hombres, es cosa de no creer, porque donde acuden tantas, nada habria secreto; otras ocasiones de visitas tienen para poderse juntar, cuanto mas que no entran hombres donde ellas están. Baños hubo siempre en el mundo por todas las provincias, y si en algun tiempo se quitaron en Castilla, fué porque debilitaban las fuerzas y los ánimos de los hombres para la guerra. Los naturales deste reino no han de pelear, ni las mujeres han menester tener fuerzas, sino andar limpias: si allí no se lavan, en los arroyos y fuentes y rios, ni en sus casas tampoco lo pueden hacer, que les está defendido, ¿dónde se han de ir á lavar? Que aun

para ir á los baños naturales por via de medicina en sus enférmedades les ha de costar trabajo, dineros y pérdida de tiempo en sacar licencia para ello.

»Pues querer que las mujeres anden descubiertas las caras, ¿qué es sino dar ocasion á que los hombres vengan á pecar, viendo la hermosura de quien suelen aficionarse? Y por el consiguiente las feas no habrá quien se quiera casar con ellas. Tápanse porque no quieren ser conocidas, como hacen las cristianas: es una honestidad para excusar inconvinientes, y por esto mandó el Rey Católico que ningun cristiano descubriese el rostro á morisca que fuese por la calle, so graves penas. Pues siendo esto ansí, y no habiendo ofensa en cosas de la fe, ¿por qué han de ser los naturales molestados sobre el cubrir ó descubrir de los rostros de sus mujeres?

»Los sobrenombres antiguos que tenemos son para que se conozcan las gentes; que de otra manera perderse han las personas y los linajes. ¿De qué sirve que se pierdan las memorias? Que bien considerado, aumentan la gloria y ensalzamiento de los Católicos Reyes que conquistaron este reino. Esta intencion y voluntad fué la de sus altezas y del Emperador, que está en gloria; para estos se sustentan los ricos alcázares de la Alhambra y otros menores en la mesma forma que estaban en tiempo de los reyes moros, porque siempre manifestasen su poder por memoria y trofeo de los conquistadores.

»Echar los gacis deste reino, justa y santa cosa es; que ningun provecho viene de su comunicacion á los naturales; mas esto se ha proveido otras veces, y jamás se cumplió. Ejecutarse agora no deja de traer inconviniente, porque la mayor parte dellos son ya naturales, casáronse, naciéronles hijos y nietos, y tiénenlos casados; y estos tales seria cargo de conciencia echarlos de la tierra.

»Tampoco hay inconviniente en que los naturales tengan negros. ¿Estas gentes no han de tener servicios? ¿han de ser todos iguales? Decir que crece la nacion morisca con ellos, es pasion de quien lo dice, porque habiendo informado á su majestad en las cortes de Toledo que habia mas de veinte mil esclavos negros en este reino en poder de naturales, vino á parar en menos de cuatrocientos, y al presente no hay cien licencias para poderlos tener. Esto salió tambien de los clérigos, y ellos han sido después los abonadores de los que los tienen, y los que han sacado interese dello.

»Pues vamos á la lengua arábiga, que es el mayor inconviniente de todos. ¿Cómo se ha de quitar á las gentes su lengua natural, con que nacieron y se criaron? Los egipcios, surianos, malteses y otras gentes cristianas, en arábigo hablan, leen y escriben, y son cristianos como nosotros; y aun no se hallará que en este reino se haya hecho escritura, contrato ni testamento en letra arábiga desde que se convirtió. Deprender la lengua castellana todos lo deseamos, mas no es en manos de gentes. ¿Cuantas personas habrá en las villas y lugares fuera desta ciudad y dentro della, que aun su lengua árabe no la aciertan á hablar sino muy diferente unos de otros, formando acentos tan contrarios, que en solo oir hablar un hombre alpujarreño se conoce de qué taa es? Nacieron y criáronse en lugares pequeños, donde jamás se ha hablado el aljamia ni hay quien la entienda, sino el cura ó el beneficiado ó el sacristan, y estos hablan siempre en arábigo: dificultoso será y casi imposible que los viejos la aprendan en lo que les queda de vida, cuanto mas en tan breve tiempo como son tres años, aunque no hiciesen otra cosa sino ir y venir á la escuela. Claro está ser este un artículo inventado para nuestra destruicion, pues no habiendo quien enseñe la lengua aljamia, quieren que la aprendan por fuerza, y que dejen la que tienen tan sabida, y dar ocasion á penas y achaques, y á que viendo los naturales que no pueden llevar tanto gravámen, de miedo de las penas dejen la tierra, y se vayan perdidos á otras partes y se hagan monfíes. Quien esto ordenó con fin de aprovechar y para remedio y salvacion de las almas, entienda que no puede dejar de redundar en grandísimo daño, y que es para mayor condenacion. Considérese el segundo mandamiento, y amando al prójimo, no quiera nadie para otro lo que no querria para sí; que si una sola cosa de tantas como á nosotros se nos ponen por premática se dijese á los cristianos de Castilla ó del Andalucía, moririan de pesar, y no só lo que se harian. Siempre los presidentes desta audiencia fueron en favorecer y amparar este miserable pueblo: si de algo se agraviaban, á ellos acudian, y remediábanlo como personas que representaban la persona real y deseaban el bien de sus vasallos; eso mesmo esperamos todos de vuestra señoría. ¿Qué gente hay en el mundo mas vil y baja que los negros de Guinea? Y consiénteseles hablar, tañer y bailar en su lengua, por darles contento. No quiera Dios que lo que aquí he dicho sea con malicia, porque mi intencion ha sido y es buena. Siempre he servido á Dios nuestro señor, y á la corona real, y á los naturales deste reino, procurando su bien; esta obligacion es de mi sangre, y no lo puedo negar, y mas há de sesenta años que trato destos negocios; en todas las ocasiones he sido uno de los nombrados. Mirándolo pues todo con ojos de misericordia, no desampare vuestra señoría á los que poco pueden, contra quien pone toda la fuerza de la religion de su parte; desengañe á su majestad, remedie tantos males como se esperan, y haga lo que es obligado á caballero cristiano; que Dios y su majestad serán dello muy servidos, y este reino quedará en perpetua obligacion.»

CAPITULO XI.

De lo que el Presidente respondió á los moriscos, y cómo avisó á su majestad dello, y de algunas cosas que convenia proveerse.

Oido el razonamiento de Francisco Nuñez Muley, el Presidente le respondió que todo cuanto él pudiese hacer para que los vasallos de su majestad no fuesen molestados, lo haria; y que si algunas justicias les hiciesen algun agravio ó les llevasen dineros mal llevados, acudiesen á él, porque luego lo remediaria y castigaria con rigor. Que lo que su majestad queria dellos era que fuesen buenos cristianos, en todo semejantes á los otros cristianos sus vasallos, y que haciéndolo ansí, ternian causa de pedirle mercedes, y él razon de hacérselas; mas que tuviesen por cierto que la nueva premática no se habia de revocar, pues era tan santa y justa, y habia sido hecha con tanta deliberacion y acuerdo. Que si alguna cosa habia en ella de que poderse agraviar, se lo dijesen; porque en lo que él pudiese darle declaracion, lo haria de muy buena volun-

tad; y en lo que no pudiese darla, enviaria á consultarlo luego con su majestad, y procuraria el remedio con toda brevedad. Que fuera desta órden no gastasen sus haciendas al aire, ni enviasen á la corte sobre ello; porque las razones que daban se habian dado otras veces y no eran bastantes para que por ellas se revocase la premática; porque en lo que tocaba á la lengua, estaba cometido al arzobispo de Granada y á él, para que lo proveyesen por la via que mejor pareciese convenir, y así lo harían; y en lo del hábito, estaba el remedio en la mano, deshaciendo las ropas moriscas, y haciendo dellas sayas, faldellines y sayuelos al uso de las cristianas, y desta manera no se perderia tanto como decia; y que los maestros y oficiales que hacian vestidos y joyas á la morisca podian tambien hacerlo á la castellana, y los mercaderes y tratantes tener el mesmo trato que tenian. Y como le replicase que no estaban examinados, y que los almotacenes les llevarian la pena, le respondió que desde luego les daba licencia para que los pudiesen cortar y hacer, aunque no estuviesen examinados; y que en lo que tocaba á las mujeres pobres, se pediria á su majestad que de limosna les mandase dar sayas y mantos, y andando vestidas como cristianas, cesaria el inconviniente que decia de las justicias; y al fin concluyó con decirle resolutamente que su majestad queria mas fe que farda, y que preciaba mas salvar una alma que todo cuanto le podian dar de renta los moriscos nuevamente convertidos, porque su intencion era que fuesen buenos cristianos, y no solo que lo fuesen, mas que tambien lo pareciesen, trayendo á sus mujeres y hijas vestidas como andaba la Reina nuestra señora, y que por su parte en nengun tiempo los favoreceria para que, siendo cristianos, trajesen á sus mujeres vestidas como moras. Con estas y otras muchas razones despidió el Presidente á este morisco aquel dia, y siendo informado que querian enviar á la corte á Jorge de Baeza á hacer contradicion en nombre del reino, le hizo llamar y le mandó que por ninguna via fuese á tratar de aquel negocio, porque su majestad no gustaria dello; y que si alguna cosa pretendian, lo pidiesen por peticion, y se proveeria en lo que hubiése lugar, y en lo demás se consultaria con su majestad. Luego se mandó pregonar por toda la ciudad que todos los maestros y oficiales de cosas moriscas que quisiesen hacerlas á la castellana, lo hiciesen libremente, aunque no estuviesen examinados por los veedores, y que no les llevasen penas ni achaques por ello. Que los que quisiesen examinarse, los examinasen sin llevarles interés por el exámen; y que los tejedores de almalafas, almaizares y cortinas, y de otras cosas moriscas, dentro de cierto término acabasen las obras que tenian comenzadas, y de allí adelante no hiciesen otras de nuevo, sino que guardasen el tenor de la premática. Y porque habia muchos que tenian tiendas arrendadas para sus tratos y oficios, y empleado su caudal en ropas y cosas moriscas, y cesando, como habia de cesar, el trato dellas, no podian pagar los alquileres de vacío, mandó llamar los dueños dellas, y les rogó que las tomasen en sí, y diesen por libres de los arrendamientos á los moriscos, los cuales holgaron de hacerlo. Mandóles avisar que todas las cuentas que tenian en arábigo se feneciesen y acabasen dentro de un año, porque de allí adelante, guardando la premática, no habian de leer ni escrebir mas en aquella lengua, sino en la castellana. Ordenóse á las justicias que si prendiesen algunas mujeres sobre el hábito y traje, las reprehendiesen y amonestasen dos y tres veces antes de llevarlas á la cárcel; y si algunas prendian, mandaba luego soltarlas sin costas; y en todo el primer año no consintió que se ejecutase pena que viniese á su noticia. Y porque los alguaciles ordinarios hacian demasías, señaló personas que con menos rigor lo hiciesen, mandándoles respetar y hacer cortesía á las moriscas que encontrasen vestidas á la castellana. Y por carta de 27 de febrero dió aviso á su majestad, y le informó de lo que habia pasado con los moriscos, y del estado en que estaban sus negocios, y lo que le parecia deberse proveer para atajar los males y daños que los monfíes salteadores hacian en aquel reino, certificando que era el mayor inconviniente para la quietud y seguridad dél, especialmente de los lugares de la costa de la mar, adonde acudian bajeles de Berbería, que con la industria y favor que les daban, hacian grandísimos daños. En esta conformidad se informó por acuerdo y por ciudad, cada uno por su parte, fundando el remedio mas en legalidad que en fuerza, pidiendo que se cometiese á los alcaldes de la real Audiencia, sin que en ello, por ser negocios de justicia, se entremetiese el Capitan General, á cuyo cargo solamente habian de estar los presidios de los lugares de la costa. Tambien informaron como los moriscos del Albaicin avisaban que se venian á meter con ellos muchos moriscos forasteros, y pedian que hubiese alguna gente pagada á su costa que rondase de noche, tanto por la seguridad de sus personas y haciendas, como para que los malhechores fuesen presos y castigados. Lo cual todo visto en el real Consejo, y consultado á su majestad, se respondió al presidente don Pedro de Deza, por carta de 30 de marzo, que estaba bien la respuesta que habia dado á los moriscos que le habian ido á hablar; y en cuanto á lo que decia de las mujeres pobres, que no tenian de que vestirse como cristianas, su majestad les hacia merced que del dinero procedido de dos casas de baños de su real patrimonio, que se habian desbaratado y vendido aquellos dias en el Albaicin, se comprasen paños y anascotes con que vestirlas, y les diesen oficiales que les hiciesen ropas á uso de cristianas, sin llevarles hechura, como en efeto se hizo. Y que en cuanto á la seguridad de los lugares de la costa de la mar, ya su majestad habia mandado venir suficiente número de galeras para la guardia della, y se proveeria gente de guerra, que con asistencia del Capitan General la guardasen, y con esto cesarian los daños que hacian los monfíes y salteadores; y tambien él por su parte proveyese de manera que cesasen por los medios que pareciesen mas convenientes. Y en lo que tocaba á la ciudad, parecia no ser necesario hacer mas prevencion que tener gran cuenta los alcaldes de chancillería y las justicias ordinarias, con rondar de noche, repartiendo entre sí el tiempo y horas y los cuarteles, de manera que en todas partes y en cualquiera hora de la noche se rondase, creciendo, si pareciese necesario, el número de los alguaciles y de la gente que habia de andar con ellos; y porque parecia que en el Albaicin importaria mas la ronda, se pondrian dos alguaciles acompañados de mas gente que los otros, ayudando para es-

te gasto y para lo demás los moriscos, como decia que lo habian prometido; y que con esto, no habiendo como no habia que temer otro movimiento ni alteracion, estaria bien proveido, sin hacer provisiones de mas costa ni sonido, para excusar los daños que se podian hacer de noche. Y en cuanto á los moriscos forasteros que decian que se metian á vivir en el Albaicin, lo proveyesen allá como pareciese, y se enviase relacion al Consejo de lo que se hiciese.

CAPITULO XII.

De lo que el marqués de Mondéjar informó á su majestad acerca de los capítulos que se mandaban ejecutar.

Estuvo el marqués de Mondéjar algunos dias en la corte, después que el presidente don Diego de Espinosa le habló, procurando como hacer que se suspendiese el efeto de los capítulos que tanto sentian los moriscos del reino de Granada; y en las relaciones que hacia se quejaba de que se hubiese tomado resolucion precisa en negocio tan grave y de tanta consideracion sin pedirle su parecer, como se habia hecho siempre con los capitanes generales de aquel reino, ansí por la confianza que dellos se tenia, como por la prática y experiencia que tenian de las cosas dél; y no los contradiciendo, representaba los inconvinientes que traia consigo la ejecucion dellos, diciendo lo mucho que convenia que en el despacho de las provisiones que para el efeto se hubiesen de hacer hubiese mucha brevedad, por los inconvinientes que de la dilacion podrian resultar, los males que habria en el reino, y los daños irreparables que se seguirian si los moriscos venian á desvergonzarse, por tener los turcos tan á la mano en los lugares marítimos de Berbería, con navíos y gente, y ser el pasaje tan breve de su costa á la nuestra, que podrian atravesar en poco espacio de tiempo, y venir donde habia grandísimo número de enemigos de las puertas adentro, todos moriscos, gente liviana, amiga de novedades, sospechosos en la fe y en la lealtad que como buenos vasallos debian á su majestad como á rey y señor natural, en tanta manera, que con razon se podria presumir y temer dellos cualquiera alteracion, especialmente con la ocasion presente. Decia mas, que aunque el celo de las personas con cuya intervencion y consejo se habian hecho los capítulos era santo y bueno, las cosas de aquel reino no estaban en estado que de su parecer se hiciese novedad, experimentando hasta dónde llegaba la lealtad de los moriscos. Y en caso que su majestad resolutamente mandase que se ejecutasen, convendria que se le diese cantidad de gente con que tenerlos enfrenados de manera que no se alborotasen, como temia que lo habian de hacer, sintiendo terriblemente aquel yugo; y que sin esto, su ida en aquel reino seria de poco efeto, teniendo tan poca gente como tenia, y tan falta de todas las cosas necesarias. A estas y otras muchas razones que el marqués de Mondéjar daba, don Diego de Espinosa le respondió que la voluntad de su majestad era aquella y que se fuese al reino de Granada, donde seria de mucha importancia su persona, atropellando, como siempre, todas las dificultades que le ponian por delante. Verdaderamente fué cosa determinada de arriba para desarraigar de aquella tierra la nacion morisca. Representábaseles á los del Consejo lo que el marqués de Mondéjar decia; y aunque tenia otros avisos y sospechas, no estando ciertos el cómo y cuándo seria, dudosos, temiendo por una parte y dificultando por otra, juzgaban ser muy necesario el remedio con brevedad; mas tenian gran confianza en que las provisiones hechas á las justicias y la gente del Capitan General seria bastante, por ser los moriscos gente vil, desarmados, faltos de industria, de fortalezas, no asegurados de socorro; y por estas razones no se proveyó á las pretensiones del marqués de Mondéjar mas que mandarle que se fuese luego á Granada con acrecentamiento de solos trescientos soldados extraordinarios, que pusiese en los lugares de la costa donde le pareciese, y que la visitase y residiese en ella cierto tiempo del año.

CAPITULO XIII.

De algunas cosas que el presidente de Granada proveyó estos dias, y cómo los moriscos se agraviaron dellas.

Acercábase ya el tiempo en que las moriscas habian de dejar las ropas que tuviesen seda, que era el postrer dia de diciembre del año de 1567. El presidente y el arzobispo de Granada ordenaron á los curas y beneficiados de las iglesias de los lugares de los moriscos de todo el reino, que en la misa mayor del dia de año nuevo les avisasen dello para que supiesen que de allí adelante no las podian traer, y se ejecutaria la pena de la premática; y que asímesmo empadronasen todos los niños y niñas hijos de moriscos que habia en Granada, desde edad de tres años hasta quince, para ponerlos en escuelas donde aprendiesen la lengua y la doctrina cristiana. Pregonóse tambien que todos los moriscos de la Vega y del Valle y de las Alpujarras que habian entrádose á vivir en Granada con sus casas y familias, saliesen luego fuera, y volviesen á poblar los lugares, so pena de la vida. Estas cosas quisieron contradecir los moriscos, y juntándose algunos dellos, acudieron luego al Presidente, creyendo que les podria hacer algun favor, y con mucho sentimiento le dijeron que, siendo, como eran, vasallos de su majestad, y pudiendo vivir libremente en cualquiera parte del reino, se les hacia agravio en mandarles que no viviesen dentro de Granada; que no era cosa nueva venirse los de las alcarías á vivir á la ciudad, ni los de la ciudad salirse á morar á las alcarías; y que asímesmo habian sabido como estaba mandado á los curas que les empadronasen sus hijos para llevárselos á Castilla; que por amor de Dios los favoreciese de manera que no se les hiciesen tantos agravios y molestias. Y él les respondió que mirasen muy bien lo que decian, pues veian cuán justa cosa era que los moriscos forasteros volviesen á vivir á sus casas, porque de otra manera seria despoblar la tierra; que á ellos les estaba bien volverse, pues era cierto que los que se habian metido en la ciudad eran de los honrados y mas pacíficos, y como tales tenian obligacion á estar en sus lugares, para que no sucediese algun desórden entre la gente inquieta y desasosegada. Que en lo que tocaba á los niños, no era mas que dar órden como fuesen enseñados y doctrinados en la fe; y porque habiendo su majestad mandado que cesase el uso de la lengua arábiga á los hombres de treinta años arriba, que se entendia que no podian dejarla tan fácilmente, se les prorogaria el término; y para los niños y mozos era bien que hubiese escuelas donde

aprendiesen la lengua y la doctrina cristiana; que supiesen que los maestros no les habian de llevar nada por enseñarlos, antes se daria órden como fuesen pagados á costa de su majestad. Que si los empadronaban á todos, era porque se viese los que faltaban, y para que sus padres y madres tuviesen cuidado de enviarlos á la escuela y diesen cuenta dellos; porque como los maestros y maestras no les habian de llevar interés, podrian descuidarse. Que considerasen bien lo que se hacia, y lo tuviesen en mucho, pues se tenia tan particular cuidado de lo que tocaba á su bien y á la salvacion de sus almas; y que, como les habia dicho otras veces, la intencion de su majestad era, haciendo lo que eran obligados, servirse dellos en paz y en guerra, y aprovecharlos en las cosas eclesiásticas y seglares, sin hacer diferencia dellos á los otros cristianos sus vasallos. Por tanto, que se animasen unos á otros y diesen muestras de cristiandad con obras; y en lo demás perdiesen cuidado, porque él lo ternia siempre de favorecer sus cosas. Y como los moriscos, á quien no faltaban réplicas, dijesen que habia entre ellos muchos pobres que no podrian tener sus hijos en escuelas, porque estaban puestos á oficios y aprendian y ayudaban á sustentar á sus padres, y les servian, no teniendo ni habiéndoles quedado otro servicio, les respondió que no tuviesen pena, porque él lo comunicaria con el Acuerdo, para que se diese alguna buena órden, de manera que los niños aprendiesen y sus padres consiguiesen lo que pretendian, no dejando de aprender oficios y ayudarles con su trabajo, como decian. Y con esto se salieron no menos confusos que la otra vez, viendo lo poco que les aprovechaban sus pláticas, aunque entendimos después de algunos dellos, que siempre tuvieron esperanza que con la sospecha de que se habian de levantar, aplacaria aquel rigor y se suspenderia la premática.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo don Juan Enriquez y con él algunos moriscos principales fueron á la corte sobre la suspension de la premática.

Los moriscos pues acordaron todavía de enviar estos dias á la corte sobre estos negocios, sin embargo de lo que el presidente don Pedro de Deza les habia dicho. Y porque para cosa de tanta importancia convenia que fuese persona de calidad, á quien diese su majestad grata audiencia, pidieron con mucha instancia á don Juan Enriquez el de Baza, que después fué mayordomo de la Reina nuestra señora, que lo aceptase en nombre del reino, como aquel que sabia bien cuánto importaba á la quietud y sosiego de los naturales dél que no se ejecutase la premática; el cual procuró excusarse, por entender que el Presidente estorbaba por todas las vias posibles que nadie fuese á importunar sobre ello á su majestad; y don Enrique Enriquez, su hermano, que tenia lugares poblados de moriscos, le aconsejó que por ninguna manera lo dejase de hacer, pues conocia los ánimos de aquellas gentes, y sabia cuán mal recebian aquellas opresiones, y los inconvinientes que se podrian recrecer dellas. Finalmente, fué á la corte, y sin dar parte de su ida al Presidente, llevó consigo dos moriscos de buen entendimiento, llamados Juan Hernandez Mofadal, vecino de Granada, y Hernando el Habaquí, alguacil de Alcudia, lugar de la jurisdicion de la ciudad de Guadix, con poderes del reino; mas ya cuando llegaron el Presidente habia escrito á su majestad y al cardenal don Diego de Espinosa, diciendo como por haberse encargado don Juan Enriquez de favorecer á los moriscos en aquel negocio, se habian inquietado y andaban alborotados, estando ya llanos en el cumplimiento de la premática. Siendo pues avisado don Juan Enriquez de lo que el Presidente habia escrito, dió parte á don Antonio de Toledo, prior de San Juan, del negocio á que iba y de las causas que le movian á ello, para que supiese de su majestad si seria servido le informase; y siéndole dada audiencia, le dijo en nombre del reino, como habiéndose pregonado la nueva premática y mandado ejecutar, se habian escandalizado los moriscos, pareciéndoles que no se podria cumplir. Que suplicaba á su majestad considerase como en tiempo que habia mejor comodidad las habia mandado suspender el cristianísimo Emperador su padre, por ser los inconvinientes muchos y tan grandes, que convendria mandar que se mirase mucho en ello; y que como fiel vasallo habia encargádose de aquel negocio, entendiendo que convenia á su real servicio que se suspendiesen, á lo menos en lo del traje y lengua, que era lo que mas sentian los nuevamente convertidos. Dicho esto, le dió un memorial de todo lo que tenia que decir en este particular de palabra; y el Rey lo tomó en sus manos, y le dijo que él habia consultado aquel negocio con hombres de ciencia y conciencia, y le decian que estaba obligado á hacer lo que hacia; que veria su memorial, y proveeria en él lo que mas conviniese al servicio de Dios y suyo. Después desto dijo el prior don Antonio á don Juan Enriquez que su majestad mandaba que acudiese al cardenal Espinosa, porque él le daria resolucion en su negocio. El cual acudió á él, y apartándole en un aposento, mandó que le leyese su secretario el memorial que habia dado, y después de leido, le dijo: «Su majestad ha mandado hacer la premática con acuerdo de muchos hombres religiosos que le encargan la conciencia sobre ello, diciéndole que aquellas almas son á su cargo, y que son moros y viven como moros; y para remedio desto no se ha hallado otro mejor medio que el que se ha tomado; y maravíllome mucho que una persona de tanta calidad como vuestra merced haya querido ponerse en hacer por ellos; porque entendiendo que se movia para venir á esta corte, han tomado alas y puéstose en contradecir lo que estaba ya llano.» A esto respondió don Juan Enriquez que tener la calidad que decia le habia hecho tomar la mano en cosa que tanto importaba al servicio de su majestad y al bien de aquel reino; porque si los hombres de su calidad no lo hacian, ¿quién habia que mejor lo pudiese hacer? Y el Cardenal le replicó que era verdad,

mas que habia de ser en cosa de mas justificacion. Que el negocio de la premática estaba determinado, y su majestad resoluto en que se cumpliese; y así, le parecia que se podria volver á su casa, y no tratar mas dél. Con todo eso informó don Juan Enriquez á todos los del consejo de Estado, y dió á cada uno dellos su memorial, representándoles los inconvinientes que traia consigo la ejecucion de la nueva premática. Y aunque el duque de Alva y don Luis de Avila, comendador mayor de Alcántara, y otros, eran de parecer que se sobreseyese por algun tiempo, á lo menos que se fuese ejecutando poco á poco, jamás pudieron persuadir al cardenal Espinosa á ello.

CAPITULO II.

Cómo los moriscos fueron con el memorial remitido al presidente de Granada, y lo que pasaron con él.

Otro dia salió el memorial decretado, que acudiesen al presidente don Pedro de Deza. Y dejando de tratar mas de aquel negocio don Juan Enriquez, se volvió á su casa, y los moriscos que habian ido con él tomaron lo decretado y lo llevaron á Granada. Y volviendo otra vez á suplicar al Presidente por el remedio, les dijo que lo que habian pedido á su majestad era que mandase revocar la premática, y que no era cosa que se podia hacer, porque se habia hecho por su bien y para su salvacion. Que mirasen bien en ello, y hallarian que era la cosa que mas habian de desear; pues era cierto que andando vestidos y tratándose como los otros cristianos del reino, no habria en que diferenciarse los unos de los otros, y sus mujeres andarian mas honradas. Que se juntasen ellos mesmos, y confiriesen y tratasen entre sí la mejor órden que se podia dar en lo tocante á la ejecucion, para que no fuesen molestados, cohechados ni robados, y diesen sus declaraciones de la manera que les parecia que se podria mejor cumplir lo uno y lo otro; que él tambien pensaria en ello por su parte, y lo que acordasen se lo llevasen por escrito, para que de allí se tomase el mejor medio. Mas aunque después se tornaron á juntar y trataron de algun medio, no les pareció que era bien pedir cosa en particular, antes volvieron á casa del Presidente, y le dijeron que pues su majestad le habia cometido aquel negocio, proveyese lo que en ello se habia de hacer. Y desahuciados ya dél, comenzaron á revolver algunos jofores ó pronósticos que tenian; y disimulando unos, otros mas atrevidos, que tenian menos que perder, comenzaron á convocar rebelion. Pongamos primero los jofores traducidos á la letra de arábigo, y después dirémos la órden que tuvieron para convocarse, y el secreto que guardaron en ello.

CAPITULO III.

En que se contienen los pronósticos ó ficciones que los moriscos del reino de Granada tenian cerca de su liberrad.

Tenian los moriscos de Granada ciertos jofores ó pronósticos, ó por mejor decir, unas ficciones, que debieron hacer algunos gramáticos árabes para consuelo de los espectantes cuando nuestros cristianos hubieron acabado de conquistar aquel reino, en los cuales ponian alguna manera de confianza á los rústicos ignorantes, haciéndoles creer los que les leian que seria infalible lo que alli se contenia; y porque esta vana confianza les causó harta parte de su desasosiego, los ponemos en este lugar á la letra, tales como fueron traducidos por el licenciado Alonso del Castillo, traductor del santo oficio de la Inquisicion de Granada, y por su mandado. El cual nos dijo que los habia hallado mal escritos, porque los que los habian trasladado de los originales no debieron de entenderlos bien, y así estaban varios, y no correspondian ni conformaban en las sentencias, y aun del sugeto y materia dellos parecia estar torcidos á voluntad de los desconsolados y afligidos moros, que se veian despojados de su libertad y de su tierra. La lengua árabe es tan equívoca, que muchas veces una mesma cosa, escrita con acento agudo ó luengo, significa dos cosas contrarias; y lo mesmo hace estando escrita con un acento y con una ortografía en diversas oraciones; y no es de maravillar que los moriscos, que no usaban ya de los estudios de la gramática árabe, sino era á escondidas, leyesen y entendiesen una cosa por otra. Finalmente los juicios ó jofores que les engañaron fueron tres: los dos primeros se hallaron entre unos libros árabes que estaban en el santo oficio de la Inquisicion de Granada, y el tercero halló un soldado en la cueva que dicen de Castares, en la Alpujarra. Los cuales, de la manera que fueron traducidos, son como se sigue:

PRONÓSTICO Ó FICCION QUE SE HALLÓ EN UNOS LIBROS ÁRABES EN EL SANTO OFICIO DE LA INQUISICION DE LA CIUDAD DE GRANADA.

Con el nombre de Dios misericordioso y piadoso. Este es el metro divino que compuso mi señor Zayd el Guerguali, que Dios perdone, y dice así: «¡Oh cuanto há que aguardo lo prometido en las profecías acerca de lo que el verdadero Profeta prometió, y Dios tiene proveido! Lo cual le fué revelado, no por lengua de gentes, y se lo declaró; y no faltará letra de la providencia de nuestro buen Dios, y será como él lo dice. De la novena generacion quiero hablar, por quien el legislador rogó muchas veces á Dios que hubiese piedad; cuya oracion oyó Dios, y ha parecido. ¡Oh varones! quiero especificar lo que el Profeta adivinó de la isla encerrada entre los mares, que es la isla del Español, cuyo juicio ha parecido por su dicho y por dichos de profetas y varones, escrito todo maravillosamente por adivinacion antigua, en lo cual se ha tenido la ley y en el dicho de Alí, que declaró lo que habia de ser hasta agora, y todos lo han tenido, y les ha parecido que es lo que Odeifa anunció y por él está divulgado, y ansimesmo se lee por autoridad de Zahabe y de Daniel, porque en lo que Alí dijo no hay duda; á él dan crédito todas las gentes, y dél se han leido grandes hazañas que han acaecido como él lo dijo. El cual, hablando del poniente y de la Andalucía en sus profecías, dijo que sin duda la habian de poseer los descreidos; y esto es cierto haber sido ansí, y todos lo han visto, así los de buen juicio, como los que tienen advertencia en lo que pasa. Pues el año 96 se tornará á conquistar cumplidamente, y todas sus ciudades se poblarán, alzando en ellas un príncipe; y antes que esto se quiera comenzar, con parecer del comun todos los ciudadanos irán á poblar los campos, y sembrarán la tierra, y la sazon será cuando pareciere un cometa anunciador del bien y libertad. Asosegaránse los alborotos, y los de Meca

saldrán, y vendrá el enemigo de los crueles de las tierras del Haraje, que son en el levante en los reinos del Yámen, y conquistará la tierra de Ceuta, Alcázar y Tánger, y la tierra de los negros, y con grandes ejércitos de turcos bajará al poniente, y conquistará á sus moradores, señores injustos é infieles, que adoran muchos dioses; y volverá todo el reino á la sujecion del mensajero de Dios, y la ley será ensalzada, y la generacion de los que adoran un solo Dios poseerá á Gibraltar, que fué dellos su orígen y entrada, y á ellos ha de volver. Y en la sucesion décima se cumplirá nuestra dicha, y lo que hubiere en ella de trabajos será de los judíos. Grandes infortunios vendrán á la casta maldita judáica y á los que adoran las imágines; y grandes misterios habrá en el poniente y en las tierras del Cinh en el levante, y en las tierras de Azasate, y con vitoria y exaltacion se excluirá todo escándalo. De allá de Tamor, que son tierras en levante, y de la provincia del Xem, ha de venir el conquistador á la fortaleza de las Damas, y vendrán con él grandes capitanes de bárbaros, el Xerife, Eidar, Zaide el Moreno, Yahaya el Farid, y Abdul Celem, que con su brazo desnudo se mostrará entre todas las gentes. Y el castigo de Granada será historia admirable, porque en alboroto de guerra quedarán sus casas asoladas por el hierro que se hará en ella con mentira y engaño, hasta venir á punto de muerte la generacion de los naturales, por mandado de los descreidos. Y cuando venciere el vino los juicios de los gobernadores, entonces mandarán asolar las alcarías, y al cabo todas las gentes se atendrán á hacer paces. En estas paces, grandes pueblos y fortalezas se perderán por traicion, y en año 92 y 93 se verán grandes comunidades entre dos partes. Málaga se perderá totalmente; y no será ella sola, sino todas las ciudades, porque el levantamiento de las honras hace perder los reinos; y los que no se rigen con prudencia, acompáñalos toda tristeza y pesar. En esta comunidad de guerra de gentes faltará la fe, y la ley será desamparada; los hombres sabios vendrán á ser escarnio de todos, y ocuparse han los gobernadores en sacar las gentes de sus pueblos y en asolar los lugares con perder los pechos, sin poder ofender la Africa, dejándola atrás. Y luego incontinente tras desto sucederá á los infieles guerra, y en el reino de Granada no quedará pueblo. Y en el año largo crecerá la discordia, y serán muy pocos en número los que escaparen de trabajo y abatimiento, y habrá muertes; y el trono y vitoria del poniente aguardadlo de los africanos, porque lo que el verdadero Profeta dijo, necesariamente se ha de ver en las gentes: «Huirán de los poblados; y cuando errare el hijo desobediente, serán buenos los viajes; y cuando el término de Dios allegare de noche antes que de dia, se aparejará la mar para que corran por ella los navíos sin peligro.» Y lo que Dios reveló no faltó ni faltará. Los climas de los cristianos serán rompidos de la ley de los moros; y cuando reinare el encorvado, siempre irá en diminucion, y vendrán los negros á conquistar á Ceuta, y las tierras de Murcia, y la fortaleza de las Palomas la labrarán los judíos. Los turcos caminarán con sus ejércitos á Roma, y de los cristianos no escaparán sino los que se tornaren á la ley del Profeta; los demás serán cativos y muertos. Esta vuelta será forzosamente en poniente y al mediodía y en las tierras de los negros, y parecerá este suceso por todos los reinos, y de la tierra del Tibar saldrán conquistadores contra los descreidos.» Y dice mas: «Oh sierra de Taric, tu entrada y conquista es la verdadera estrena.» Habeis de entender en esto, que en Ceuta, y en Tánger, y en los alcazares, y en todas sus comarcas, de necesidad no quedará rama, y serán conquistadas. Y que la isla de España y Málaga se tornará á labrar y edificar con esta vuelta, y será dichosa con la ley de los moros, y que á Yélez y Almuñécar les será abajada la soberbia que tienen en la herejía, y á Córdoba sus vicios y pecados; y que harán callar su campana los almuedanes, de pura necesidad; y por el consiguiente será expelida la herejía de Sevilla, y se remediará la destruicion que hubo en ella en tiempo de su pérdida, con la aparencia de los fieles; y se cumplirá la profecía del profeta Daniel, que dijo que se habia de libertar después de perdida por un rey tirano; y vimos su salida: plega á Dios se verifique en ella lo dicho. Dijo Dios altísimo en su divino libro: «¿Por ventura no habeis visto á los cristianos vencer en el cabo de la tierra, y después de haber vencido, ser ellos vencidos propincuamente en pocos dias?» De Dios es este juicio; antes y después fueron los creyentes gozosos en la vitoria; él es el que ayuda á quien es servido, y no faltará de la promesa de Dios un punto. La primera de las señales que habrá en esta profecía, oh varones, será una muy grande señal, que parecerá un cometa muy grande en medio del cielo, que dará mucha luz, y después della ganará el rey de los turcos una ciudad con su gente y rey. Y después desto muy cerca poseerá la isla grande de Ródas, la cual, poseida por los moros perpetuamente, habrán otras vitorias los cristianos, que es de las grandes señales que habrá desto. Y acudirán sus ejércitos y crecientes por la Andalucía, hasta tanto que pensarán dar fin á sus moradores, y de espanto muchos se volverán á su ley. Mas después desto se levantará entre ellos un amigo de verdad, el cual les aconsejará que se alcen con la ley de Dios; y entonces vendrá la creciente de los turcos sobre los cristianos y sobre toda ciudad, lugar y fortaleza; y habrá acerca desto tres levantamientos. El primero será de abatimiento y pérdida; el segundo será de engaño y mentira, que los pornä en el punto de la muerte; el tercero de honra y gracia, puerta y entrada para ganar todas las ciudades y reinos. Y será tan grande este rompimiento que harán los turcos sobre los cristianos, que entrarán y conquistarán todos sus reinos y ciudades, desde el mar de Dailan hasta el de Marcad, y no quedará mas memoria dellos ni se oirán sino sus llantos; y desta manera se perderá esta isla con su gente, y la conquista della bajará, y manará como la lluvia de las nubes, y cualquier señor será esclavo. Dios altísimo nos deje ver esta sucesion, que es el alto dador. Y dijo mas el autor sobre esto: «Cuando el tiempo te espantare con los enemigos, y te hiriere la conciencia y disension de tus amigos, y te comprehendiere el temor por todas partes, advierte en el artificio de nuestro Dios, cómo acudirá con lo que deseas de libertad muy propincuo, y empezarán á parecer los luceros y estrellas de ventura, y te vendrán mensajes de descanso y de albricias.» Por tanto, no desesperes; que en lo secreto y mas oculto de la providencia de Dios hay gran-

des maravillas y secretos; y si entre tanto tu corazon se deshiciere con miedo, y no te parecieren señales de lo que esperas ni oyeres nuevas del amigo que esperas, di ansí: «Oh mi Dios, dame la misericordia de tu mano y ten compasion de mí;» que en esto hay maravilloso secreto; porque, ¡oh cuantos negocios hay que confunden los corazones, y sucede después en alegría y descanso! Muchos trabajos, después de bien encumbrados, trajeron tras sí quietud y reposo; y cuando la escuridad de la noche viene, se descubren estrellas y parecen luceros. Por tanto esperad en Dios y procurad su gracia, y recebid alegremente de su mano lo que os hubiere ya proveido, y decid, estando conformado con su voluntad: Recibo de tí, mi Dios, lo que me has ordenado, Dios mio, que eres el sabidor de las cosas futuras.»

Hasta aquí decia literalmente este pronóstico ó ficcion, que, como dijimos, fué hallado entre unos libros árabes que estaban en el santo oficio de Granada; y el componedor parece alegar por autor á un morabito llamado Cidi el Guerguali, natural de Guergala, ciudad de Libia, de adonde los almorabidas ó morabitines vinieron cuando conquistaron en Berbería, y después en España; y segun parece, es una recopilacion de todas las cosas que se contienen en la zuna, ó teología árabe, cerca de la conquista que aquellas gentes hicieron en nuestra Andalucía, alegando autoridad desde lo que escribieron Alahabar, Caabi, Odeifa, Alí, y otros Halifas de los de la seta de los morabitos, que, como dijimos, en nuestra Africa tienen muchas opiniones diferentes de las de los legistas de la seta de Mahoma, no embargante que á todos los abraza un mesmo nombre y seta generalmente.

SEGUNDO PRONÓSTICO Ó FICCION, QUE TAMBIEN FUÉ HALLADO EN LOS LIBROS QUE HABIAN SIDO RECOGIDOS EN EL SANTO OFICIO DE GRANADA.

Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Léese en las divinas historias que el mensajero de Dios estaba un dia asentado, pasada la hora de la oracion que se hace al mediodía, hablando con sus discípulos, que están todos aceptos en gracia, y á la sazon sobrevino el hijo de Abí Talid y Fátima Alzahara, que están asimesmo aceptos en gracia, y asentándose par dél, le dijeron: «¡Oh mensajero de Dios! haznos saber cómo ha de quedar el mundo á tu familia en fin del tiempo, y cómo se ha de acabar.» El cual les dijo: «El mundo se ha de acabar en el tiempo que hubiere la gente mas perversa y mala; y presto habrá generacion de mi familia en una isla en los últimos confines del poniente, que se llamará la isla de la Andalucía, y serán los últimos moradores della de mi familia, que son los huérfanos de la familia desta ley y la última sucesion della. Dios se apiade dellos en aqueste tiempo.» Y diciendo esto se le hinchieron los ojos de lágrimas, y dijo: «Son los perseguidos, son los atribulados, son los destruidores de sí mesmos, son los afligidos, de quien Dios dijo: —No hay lugar que perezca, que no sea por nuestra permision.— Léase hasta el cabo toda la zuna lo que acerca de esto hay escrito, en lo cual alude Dios soberano á esto que he dicho; y esto será por el olvido que terná la gente de la Andalucía de las cosas de la ley, siguiendo sus aficiones y deseos, amando mucho al mundo y desamparando las oraciones, defendiendo las limosnas y negándolas, y atendiendo solamente á la lujuria y á los alborotos y muertes; y porque entre ellos crecerá el mentir, y el menor no reverenciará al mayor, ni el mayor se compadecerá del menor, y crecerá entre ellos la sinrazon, la sinjusticia y los juramentos falsos. Y los mercaderes comprarán y venderán con logro y con falsedad y engaño en lo que vendieren y compraren, todo por cudicia de alcanzar el mundo; cudiciando acrecentar las haciendas y guardarlas, sin parar mientes cómo lo adquieren, y lo que tienen, si lo han adquirido bien ó mal.» Y diciendo esto, se le hinchieron otra vez los ojos de lágrimas y lloró, y todos juntamente lloramos á su lloro. Y después dijo: «Cuando parecieren en esta generacion estas maldades, sujetarlos ha Dios poderoso á gente peor que ellos, que les dará á gustar cruelísimos tormentos, y estonces pedirán socorro á los mas justos dellos, y no se lo darán; y enviará Dios sobre ellos quien no se compadezca del menor ni haga cortesía al mayor, porque cada cual ha de ser condenado por su culpa y ha de padecer su castigo. Jamás hemos visto que haya permanecido logro en ninguna generacion, ni engaño en compras y ventas, pesos y medidas, que Dios altísimo haya dejado de castigarlo, defendiendo ó deteniendo el agua de sobre la haz de la tierra. No ha permanecido ni extendídose la lujuria, sin que les haya enviado fenecimiento y muerte; y jamás ha permanecido en alguna familia logro en las compras y ventas, y juramentos falsos en la ambicion y soberbia, que Dios todopoderoso no los haya castigado con diversos géneros de enfermedades endemoniadas. Jamás parecieron en ninguna familia muertes malas y públicos homicidios, sin que Dios los sujetase y entregase en manos de sus enemigos; jamás pareció en ninguna gente la obra de la familia de Lot, sin que Dios los castigase, enviándoles destruiciones y hundimiento de sus pueblos; jamás pareció en familia alguna la poca caridad y misericordia, y el poco temor de Dios en cometer todo mal y ofensa, sin que Dios les castigase con no oír sus oraciones y plegarias en sus tribulaciones y fatigas; porque cuando parece el pecado en la tierra, envia el Señor soberano el castigo que debe tener desde el cielo. Y no maldice Dios á ninguno de los de mi familia hasta que ve perdida la misericordia entre ellos, ni castiga á su siervo en este mundo con mayor mal que la dureza de su corazon; y así, cuando se endurece el corazon del hombre, su Dios le maldice, y no oye su demanda ni ha misericordia dél. Y cuando mas enojado estará Dios con sus siervos, será cuando se querrá acercar el juicio; y esto por el exceso de sus vicios, por el olvido que ternán del bien, y por ir apartados del camino de la verdad.» Y á esto lloró, y dijo: «Dios se apiade dellos en esta isla, cuando parecieren en ellos estos vicios y pecados, y dejaren de hacer y cumplir los consejos del Alcoran; porque los mas dellos en aqueste tiempo, so color de devocion y religion, buscarán el mundo y se vestirán de pellejos humildes de ovejas, y sus lenguas serán mas dulces que la miel ni el azúcar, mas sus corazones serán de lobos y sus hechos de hombres viles y malvados; y por ellos les enviará Dios su castigo, y no oirá sus oraciones, porque dan favor á la injusticia, y no entrarán en el colegio de mi familia los injustos damnificadores perpetuamente. Y el que se sonriere en faz de algun injusto, ó le hiciere lugar donde se

siente, ó le ayudare ó diere favor para hacer mal, ciertamente rasga el velo de la salvacion de su garganta. Y si algun rey tiranizare en su tierra y no guardare justicia á sus súbditos, mostrará Dios sobre él en su reino diminucion en los panes, en las frutas y en todos los demás bienes; y cuando juzgare con verdad y con justicia, y no hubiere en su reino crueldad ni injusticias, enviará Dios altísimo su bendicion en su reino y familia, y en todo bien habrá aumento. Y ansí, cuando en esta isla pareciere en la gente della la injusticia y el desamparo de la verdad y la infidelidad, y reinare la soberbia y traiciones, haciendo mal á los huérfanos, tiranizando en sus tratos, saliendo de los preceptos de la misericordia de Dios y obedeciendo al demonio, siguiendo los vicios, atestiguando con mentira y falsedad, humillándose á los ricos y ensoberbeciéndose con los pobres, por la dureza de su corazon y soberbia, y su habla fuere dulce y la obra amarga, entonces les enviará Dios su castigo.» Y á esto lloró otra vez, y dijo: «Por la misericordia de Dios y grandeza de sus nombres, si no fuese por las palabras de la confesion de que no hay otro Dios sino Dios, y que yo soy Mahoma, su mensajero, y por el amor que Dios me tiene, él enviaria sobre ellos su castigo en todo extremo y rigor.» Y lloró mas agramente, y dijo: «¡Oh mi Dios! habed misericordia dellos;» repitiendo estas palabras tres veces. «Mas por esto enviará Dios sobre ellos gobernadores crueles, y tan perversos, que les tomarán sus haciendas sin razon, hacerlos han sus cativos, mataránlos, y meterlos han en su ley, haciéndoles que adoren con ellos las imágines de los ídolos, y les harán comer con ellos tocino; y sirviéndose dellos y de sus trabajos, los atormentarán tanto, hasta hacerles echar la leche que mamaron por las puntas de las uñas de los dedos, y vernán á tanta opresion en este tiempo, que pasando alguno por la sepultura donde estuviere su hermano ó su amigo enterrado, dirá: ¡Oh, quién estuviera ya contigo! Y perseverarán en esto hasta venir á perder toda la confianza de poderse salvar en la ley de salvacion, y los mas dellos vernán en desesperacion y renegarán de la ley de la verdad.» A esto lloró mas gravemente, y dijo: «Apiadarse ha Dios soberano dellos con su misericordia, y volverles ha el rostro misericordioso, mirándolos con ojos de clemencia, piedad y compasion; y esto será cuando mas se encendiere en ellos la ponzoña de sus enemigos, cuando vinieren á quemar muchos dellos con fuego ardiendo, ansí hombres como mujeres, y niños de tierna edad, y viejos ancianos, y cuando los sacaren y desterraren de sus pueblos; á esta sazon se alborotarán los ángeles en los cielos, y todos con grande ímpetu irán ante el acatamiento de Dios, y le dirán: ¡Oh nuestro Dios! unos de la familia de vuestro amigo y mensajero Mahoma se están abrasando en el fuego, siendo vos el poderoso vengador. Y á esto enviará Dios poderoso quien los socorra, y los sacará deste grandísimo mal y castigo.» Y á esto lloró Alí, que está acepto en gracia, y todos juntamente lloramos con él. Y le dijo: «¿En qué año enviará Dios este socorro y remediará sus corazones atribulados?» Al cual respondió en esta manera: «¡Oh Alí! será esto en la isla de la Andalucía, cuando el año entrare en ella en el dia del sábado; y la señal que habrá desto es que enviará Dios una nube de aves, y en ella parecerán dos aves señaladas, que la una será el ángel Gabriel y la otra el ángel Miguel, y será el orígen de las demás aves de tierras de los papagayos, las cuales darán á entender la venida de los reyes de levante y de poniente al socorro de esta isla de la Andalucía, con señal que primero acometerán á los primeros del poniente. Y si hablaren aquestas aves, dan á entender que á la parte que hablaren habrá grande alboroto de guerra en el poniente, y á todos sucederán temores grandes y alborotos. Habrá escándalos y comunidades entre la ley de los moros y la ley de los cristianos, y volverá todo el mundo á la ley de los moros; mas será después de grande aprieto. Este año habrá muchas nieblas, pocas aguas, los árboles llevarán muchos frutos, los agostos del pan serán mas abundantes en los montes frios que en las costas, y las abejas henchirán sus colmenas en este año bendito.» Hasta aquí es la letra deste jofor.

TERCERO PRONÓSTICO Ó JOFOR QUE FUÉ HALLADO EN LA CUEVA DE CASTARES.

Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Las alabanzas sean á Dios solo, que no hay otro sino él. Este es un juicio sacado del dicho del mensajero que Dios santificó y salvó, llamado Tauca el Hamema, que quiere decir pecho de la paloma, comparando su composicion y elegancia á la hermosura de las colores del pecho de la paloma; y dice desta manera: «Dejad de contar las burlas y los atavíos preciosos y las dignidades; no olvide vuestra memoria la muerte, que la vida se va concluyendo; vuestras culpas son mas graves que los montes; convertíos á Dios, y no os durmais; que amaneceréis sepultados entre las penas. Dejad de contar los ricos verjeles de los edificios suntuosos y de las damas coronadas y arreadas, y traed á vuestra memoria los alborotos del dia del juicio y la furia del infierno y sus incendios. En aquella hora precederán estas señales: movimiento y temblor de tierra, espanto y terror grandísimo, y otras señales que los humanos no pueden declarar. El que mas habló dellas fué Odeifa, y son mas de setenta las que dijo haber oido decir al guiador profeta de Dios, de las cuales son ocho las mas notables, y las otras menores que las siguen. Preguntaron muchos al escogido por todas ellas, y él les declaró algunas de las nombradas, de las cuales dijo ser: la aparencia del mensajero de Dios, el descendimiento de la una en el verjel de Tuhema después de salir el sol hendido. Estas son las señales del juicio, de quien el Alcoran alega y habla, y las demás semejantes son muchas, y el dia de hoy notorias en este mundo, mas aparentes que la luz resplandeciente. Dijo el escogido que le seguia la nube: — Cuando vieres las mujeres ir tras los hombres pidiéndolos sin empacho ni vergüenza, y rebeando como las mulas de lujuria; cuando creciere el logro y lo mal ganado en los hombres, y tomaren por ley la lujuria y los homicidios, y multiplicare la desobediencia de hijos á padres; cuando vieres abatido al buen creyente y ser los sabios perseguidos hasta venir á servir á los malos; cuando vieres poblados todos los encuentros de tu casa de lo ilícito y mal ganado; cuando tu suegro te viniere á ser mas cercano pariente que tu hermano legítimo, y desamparares á tu hermano y obedecieres á tu amigo; cuando vieres la madre caduca ganar con sus hijas entre los hombres, y salir el hijo de

la obediencia de sus padres y obedecer á su mujer en todo negocio; cuando vieres las pinturas en los templos y las mujeres darse á las costumbres pravas y vicios malos; cuando vieres los hombres de religion vivir en ricos y suntuosos edificios, y crecer los soberbios malhechores y diminuirse el número de los justos, y los temerosos de Dios solos como huérfanos, y los malos con las cabezas mas pertinaces y duras que las aplomadas sierras; cuando vieres las colas preceder á las cabezas, y el amigo muy allegado negar á su amigo, y no osarse fiar el hombre de aquel con quien se junta; cuando vieres empobrecer la gente liberal y enriquecer y subir los avarientos, y las manos liberales hacerse duras y crecer el número de los mendigantes; cuando vieres la ley desamparada y sus secuaces tan pocos como lunares blancos en cabellos prietos, y los hombres hechos lobos cubiertos con vestiduras de hombres, y que el que fuere lobo comerá con los lobos y al que no fuere lobo le comerán los lobos; y cuando vieres crecer las discordias con agudeza y ser las lluvias sobre la tierra pocas, en este tiempo será fin.—Y cada vez que el mensajero de Dios la nombraba, se le henchian los ojos de lágrimas, y decia:—¿Qué tal será la vida del que en esta era naciera?—Otras señales decia asimesmo ser fuegos que se encenderán en Roma, que correrán entre las gentes y entre las aguas y la tierra, y será un humor sútil que se alzará un estado sobre la haz della y abrasará los pechos de los herejes. Y nombraba hundimientos de pueblos que habria en el Hixecen levante y en otros mas abajo de Sacera, la demostracion de la puente de Alcázar de la pasada, y nombraba señales por la virtud cumplida. Cuando se tomare á fuerza de armas *Constantina* por los romanos, y cuando viéredes á los *moros*, tan pujantes en vitoria, conquistar á Roma y ganar á Portugal, entonces crecerán entre ellos las riquezas de piedras preciosas y monedas hasta las partir con el escudo de Cacim. Y cuando el mundo viniere á esta perficion, es señal que vendrá la diminucion después de su cumplimiento, y los corazones vendrán en desasosiego, y el mundo les huirá de entre las manos. Mas antes desto quiero que sepais que mandará Dios salir en el poniente un rey tirano que lo atajará y sujetará, cuyo rostro no tendrá señal de vista humana; maltratará y juzgará con toda maldad á las gentes; entre sus manos perecerán ellos con todos sus bienes. Después del cual se levantará otro de gran valor, que se llamará Jacob, cuyos infortunios y calamidades crecerán y morirán de necesidad. Esto veréis en el poniente con grande incomodidad y alboroto, y las gentes vendrán en mucha diminucion. El Andalucía quedará huérfana sin rey ni quien en ella sea obedecido, y estará algun tiempo en este trabajo negra, confusa y escura, hasta llegar la nueva dello á Roma. De allí saldrá un rey en quien no habrá falta, rey hijo de rey. ¡Oh varones! embarcarse ha con grandes ejércitos que le acudirán de necesidad y con él vernán á Granada la cándida y clara, donde le dirán:—Vos sois nuestro rey forzoso y nuestro gobernador en todo caso.—El cual subirá con sus ejércitos y compañas á los alcázares de la Alhambra, y allí estará algunos dias encubierto; y desde allí conquistará muchas y muy grandes fortalezas, climas y provincias de los de poco en continuacion; y veréis pujante el cetro y corona de los moros. Poseerán sin duda á Sevilla, y tomarán noventa ciudades á los herejes, y por sus manos deste, á quien mejorarán, todas las ciudades del poniente serán dichosas con él. En la primera salida tomará la ciudad de Antequera, subiendo por sus muros, y rompiéndolos á fuerza de armas. Siete años durará esta vitoria, y las riquezas se llevarán de tierra de herejes. Bendito sea el señor Dios, que esta justicia hará, dando á gustar á los infieles estos cálices de amargura cuando la hora de esta ensalzacion llegare y el poderío de Dios altísimo. Enderezará este señor su viaje á Segovia, y en el mes de Ramadan la entrará en todo caso; y ansí irá prosiguiendo su vitoria, que será continua, tomando con maña las fortalezas de los cristianos. A esto sucederán diferencias entre los gobernadores y el Rey. Y saldrá Dolarfe, rey de cristianos, y rebelarse ha contra todo el pueblo, y romperlos ha, y llevarálos hasta hacerles que se encierren en Fez; y cuando vinieren á pasar por Gibraltar, estorbarlos ha el mar, y cercarlos han por todas partes grandes ejércitos de cristianos del rey Dolarfe. Los de las riquezas escaparán huyendo en los navíos, y los que no pudieren pasar morirán la mayor parte á cuchillo, y otros ahogados en la mar. Y á la sazon enviará Dios un rey de alta estatura, encubierto, mas alto que las sierras, el cual dará con la mano en la mar, y la henderá, y saldrá de ella una puente que es nombrada en esta historia, y las dos partes del pueblo escaparán nadando, y la tercera quedará al cuchillo y agua hasta proseguir los cristianos su vitoria. Y en un punto entrarán en Fez á fuerza de armas, y entrando en la ciudad, buscarán su rey, y le hallarán encubierto en la mezquita, con la espada de Idris en la mano, convertido moro; lo cual visto, todos los cristianos se volverán con él moros. Luego subirá á la casa de Meca, y hará su oracion hasta ver lo claro del pozo de Zemzem y su agua. Y luego nacerá el maldito viejo Anticristo, y se levantará. En este tiempo enviará Dios grandísima esterilidad, que durará siete años; en los cuales no parecerá pan ni semilla ni agua, si no fuere lo que este viejo maldito mostrare; el cual sembrará el trigo á mediodía y lo cogerá á vísperas, plantará los árboles y plantas con la mano derecha y cogerá los frutos con la izquierda. Dirá al muerto que resucite, y levantarse ha, y presumirá ser él el resucitador de los muertos y el Dios y señor que no tiene semejante; y el que le siguiere y obedeciere no alcanzará bien alguno y morirá hereje sepultado en los infiernos. Irá tras las gentes mostrándoles muchos y diversos mantenimientos y fuentes de aguas; y en su frente llevará escrito: *Tiranizó y pecó*. Su figura de rostro será espantable, porque no terná mas que un ojo, y sobre la cabeza llevará un librillo lleno de manjar, redondo como la redondez de la luna. Veréis las gentes tras dél en tanto número, que no cabrán en los lugares con sus hijos y familias. Subirá en su cabalgadura de espantable hechura, y tenderá el paso tanto como alcanzare con la vista; y en siete dias dará una vuelta á todo el mundo. Tendrá dos rios señalados, uno de agua y otro de fuego; y si los que vinieren con él bebieren del agua, hallarla han ardiendo como fuego. Verná con todas las familias de los judíos, con las cuales hará obscura la clara luz de la mañana. Entonces enviará Dios altísimo á Jesucristo, hijo de María, que le saldrá al encuentro en las tierras de Hexen, y en vién-

dole se deshará ante él como un cobarde afeminado; y dirán las piedras y lugares: —Entrado ha el enemigo de Dios debajo de nosotros;— y quedará el guiador Cristo, en cuya virtud el lobo andará con la oveja en amor. Los niños jugarán con las serpientes y víboras ponzoñosas, y no les empecerán, obligando á la ley de nuestro profeta y juzgando rectamente en ella; y pondrá para las oraciones y horas una dignidad del linaje de Mahoma perpetuamente, y en su tiempo todo hereje se convertirá á Dios. Y hallando los de la tierra este conocimiento, subirá Cristo al monte Tabor, y romperá los muros de Juje y Mejigue, que son los pigmeos cuyo número excederá á las arenas del mar, y sus hechuras, rostros y facciones serán diferentes: unos tamaños como plumas de escrebir, otros mas altos que las sierras, y otros ternán las orejas tan grandes, que se asentarán sobre ellas, y con parte dellas cubrirán la tierra, y desto será su andadura de ochenta años.»

Otros muchos disparates decia este jofor, que no ponemos aquí por no hacer á nuestra historia; y si pusimos estos tan por extenso, fué por dar un rato que reir al lector, y porque siendo una de las principales cosas en que estribaron los moriscos para su perdimiento, fuera cortedad dejarlos de poner. Revolviendo pues estos jofores, que veneraban como cosa sagrada, y buscando entre ellos algun consuelo, los setarios alcoranistas que por ventura los habian compuesto se los glosaban, trayéndolos por los cabellos al propósito de su pretension, que era levantar el reino. Farax, Abenfarax y Daud y otros fueron los que comenzaron á mover el ignorante vulgo, diciendo que ya era llegada la hora de su libertad que los jofores decian; porque la ponzoña de los cristianos, sus verdaderos enemigos, jamás habia estado tan encendida en sus corazones como al presente estaba; que los ángeles del cielo, viendo la desventura y trabajo en que estaban los naturales de aquel reino, pedian delante del acatamiento de Dios que se apiadase dellos con misericordia, y venian á sacarlos de tan gran sujecion y captiverio, y que muchas gentes los habian visto andar en nubes en forma de aves volando por encima de la Alpujarra, guiándolas dos mayores y mas vistosas que las otras; que el año largo tan deseado entraba en sábado, y era el proprio en que Mahoma habia dicho á su yerno Alí que enviaria Dios socorro á su familia; que ya no les faltaba otra cosa ni tenian que esperar sino eran los alborotos y escándalos que los jofores decian, porque los temores y aflicciones presentes los tenian; que las diferencias y comunidades sobre cosas de religion entre moros y cristianos, y las que habia entre los mesmos cristianos, eran cierta señal de su remedio; y que tomando luego las armas animosamente, fuesen ciertos que serian con brevedad socorridos de los reyes de levante y de poniente; y que ellos mesmos se ofrecian de irlos á solicitar. Hubo otros que, so color de la astrología judiciaria, les decian mil desatinos, fingiendo haber visto de noche señales en el aire, mar y tierra, estrellas nunca vistas, arder el cielo con llamas y muchas lumbres, haciendo bultos por el aire, y rayos temerosos de estrellas y cometas, que siempre se atribuyen á mudanza de estado. Dando pues á entender torcidamente todas estas cosas, y catando otros agüeros, á que demasiadamente es dada aquella nacion, afirmaban ser pasados todos sus trabajos, y que los cristianos comenzaban ya á temer su felicidad, especialmente viendo á su rey tan ocupado en guerras con luteranos sobre la posesion de sus proprios estados, y con otras naciones poderosas, contra quien no podria prevalecer. Todo esto divulgaban aquellos herejes, acreditándose con encargar al vulgo el secreto; y era tan grande la eficacia con que lo certificaban, que aun ellos mesmos, que lo habian inventado, lo creian, y tenian por cierto que les sucederia como lo decian.

CAPITULO IV.

Cómo se tuvo aviso en Granada que los moriscos de la Alpujarra trataban de alzarse, y lo que se previno en ello.

Si bien procuraban los moriscos del Albaicin aplicar con humildad la furia de la ejecucion de la nueva premática, con que por tan ofendidos se tenian, en lo tocante á la seta, á las haciendas y al uso de la vida, tanto á la necesidad cuanto al regalo de sus personas, no por eso dejaban de intentar otros medios. Y habiendo buscado entre los mayores peligros algun remedio, acordaron que seria bien hacer con los moriscos de la Alpujarra que tratasen de levantarse; y para moverlos á ello les daban á entender ser negocio guiado por Dios para su libertad, animándolos con las ficciones vanas de los jofores; y exagerando la sujecion que tenian, les traian á la memoria sus fuerzas, diciendo que habia ochenta y cinco mil casas de moriscos empadronadas para farda en el reino de Granada, sin otras mas de quince mil que encubrian los repartidores, de donde por lo menos saldrian cien mil hombres de pelea, que pondrian en condicion á España siempre que fuese menester, y que cuando otra cosa no hiciesen, no les faltaria lo que tanto deseaban, que era la suspension de la premática por via de paz. Estas y otras muchas cosas les decian aquellos herejes, persuadiéndolos á que se levantasen ellos los primeros, porque el principal intento de los hombres ricos del Albaicin no era que hubiese rebelion general ni que entrasen berberiscos en la tierra, ni querian ser sujetos á rey moro; que ninguno les estaba tan bien como el que tenian: solamente querian estarse como estaban, y hacer su negocio con peligro de cabezas ajenas, hallando los ánimos de los bárbaros serranos tan aparejados para ello. No dejaron de darles á entender que luego se levantarian todos, y que no quedaria ciudad ni alcaría en el reino de Granada que no se levantase; mas hacíanlo con grandísimo recato, temiendo ser descubiertos, y representándoseles la prision, el exámen, el tormento y los duros y ocultos suplicios del riguroso imperio de los alcaldes de chancillería, en que se habian de ver. Y por esta causa, ningun hombre de entendimiento se osaba declarar ni hacer cabeza, aunque echaron mano de algunos principales y ricos; solo Farax Aben Farax, nacido del linaje de los abencerrajes, tomó el negocio á su cargo, teniéndose por ofendido de las justicias; y holgaron los demás dello, por ser hombre aparejado para cualquiera sedicion y maldad, y mas diligente que otro. Este era tintorero de tinta de arrebol, y teniendo trato por todo el reino, comunicó el negocio con los que sabia que estaban mas ofendidos, y particularmente con don Hernando el Zaguer, alguacil de Cádiar, llamado por otro nombre Aben

Joubar, y con Diego Lopez Aben Aboo, vecino de Mecina de Bombaron; y con Miguel de Rojas, vecino de Ujijar de Albacete, y con otros moriscos principales de la Alpujarra, que estaban siguiendo pleitos criminales en Granada; y viniendo todos en ello, concluyeron que el rebelion fuese el juéves santo del año del Señor 1568, porque en tal dia como aquel estarian los cristianos descuidados, ocupados en sus devociones, y se podria hacer bien cualquier efeto. Esto se divulgó luego de unos en otros por las alcarías, y comenzó á venir gente á Granada para saber de los autores, y especialmente de Farax Aben Farax, lo que se habia de hacer; el cual no los dejaba parar mucho, porque no fuesen descubiertos; y les decia que se fuesen á sus casas, y que hiciesen lo que viesen hacer á sus vecinos, porque ya estaba todo concertado; y tenian en su favor armas, gente y socorros de ginoveses y de turcos y moros de Berbería. Estas nuevas acrecentaron los malos, y las cuadrillas de los monfíes con mayor desvergüenza comenzaron á andar por toda la tierra armados de ballestas, con banderas tendidas, matando y robando á los cristianos que podian haber á las manos; y eran pocos los dias que no traian á la ciudad de Granada hombres muertos que hallaban en los campos con las caras desolladas, y algunos con los corazones sacados por las espaldas. Hubo muchos religiosos y otras personas particulares que dieron aviso á su majestad y á los de su consejo, del desasosiego que traia aquella gente con señales tan evidentes de rebelion; mas nadie sabia decir el cómo ni cuándo, ni poner remedio en ello, porque solo consistia en la suspension de la premática, que todos juzgaban por santa y buena. El que mejor y mas cierto aviso dió fué Francisco de Torrijos, beneficiado de Darrical, que era tambien vicario de las taas de Berja y Dalías y del Cehel, y después fué canónigo de la catedral de Granada; y púdolo bien hacer, porque siendo muy ladino en la lengua árabe, por este y por otros respetos le hacian amistad y le respetaban. El cual, avisado por algunos moriscos sus amigos de lo que se trataba entre ellos, por fin del año de 1568 escribió al Arzobispo de Granada y al marqués de Mondéjar, que aun se estaba en la córte, avisándoles como habia sabido por cosa cierta que los moriscos de la Alpujarra tenian tratado de alzarse el Juéves Santo. Esta nueva y la carta del beneficiado Torrijos envió luego el Arzobispo á su majestad para que mandase poner remedio con brevedad; la cual fué causa de apresurar la venida del marqués de Mondéjar á Granada, con órden que visitase la Alpujarra y la costa, y se informase particularmente de lo que el beneficiado Torrijos decia. Por otra parte, poniendo recaudo en la ciudad y en las fortalezas, el conde de Tendilla metió en la Alhambra al capitan Lorenzo de Avila con la gente de las siete villas, y apercibió y armó toda la gente de la ciudad, previniendo á los unos y á los otros de manera, que los moriscos del Albaicin entendieron que habia sido descubierto el negocio por los alpujarreños; y desdeñados de ver el poco secreto que habian guardado, les avisaron que no hiciesen movimiento, porque la ciudad estaba prevenida.

CAPITULO V.

Cómo los moriscos del Albaicin mostraron sentimiento de que se dijese que se querian rebelar, y de lo que se previno.

Como no se tratase de otra cosa en las plazas y calles de la ciudad de Granada sino de que los moriscos se andaban por rebelar, juntándose algunos de los mas ricos y principales del Albaicin, con muestra de grandísimo sentimiento fueron á casa del Presidente, y uno dellos le hizo su razonamiento desta manera: «La prosperidad de fortuna que debajo del felicísimo imperio de su majestad tenemos, se nos va convirtiendo en deshonra á los que por edad entera y madura sabemos lo que es mantener verdadera fe, y aun deseamos la muerte antes que el fin della. Sienten mucho los naturales deste reino ver que se trate de sus honras en las calles y plazas públicas, llamándolos de traidores, y diciendo que se quieren rebelar, siendo fieles vasallos de su majestad, y estando, como estaban, quietos y pacíficos, y muy contentos con la merced que Dios nuestro señor les ha hecho en traerlos á verdadero conocimiento de su santa fe católica, y en haberles dado un príncipe cristianísimo que con tanto cuidado procura su bien y su salvacion, y que los proprios ciudadanos sus compadres y amigos, que eran los que habian de favorecerlos y animarlos, sean los que los quieren destruir y asolar. Y no sabiendo qué remedio se tener para que esta su fidelidad y quietud se conozca y entienda, para satisfaccion desto decimos los que estamos presentes, en nombre de los naturales, que siendo su majestad servido, nos pondrémos en las fortalezas ó prisiones que mandare, docientos ó trecientos hombres de los mas principales, hasta tanto que se averigüe nuestra inocencia, y la calumnia que los malos y codiciosos nos imponen, con menos deseo de quietud que de llevarnos nuestras haciendas. Hecho esto, será muy justo que se provea como los infamadores escandalosos sean castigados con rigor, para que sirviéndose Dios y su majestad en ello, se consiga el efeto de quietud que se pretende y desea, y con tanto cuidado procura vuestra señoría, en quien tenemos puesta toda la esperanza del remedio.» Hasta aquí dijo el morisco, y el Presidente, disimulando el aviso que se tenia, le respondió que era verdad lo que decia de haberse publicado por la ciudad que los moriscos andaban alborotados y con algun desasosiego; mas que tambien se entendia que lo debian causar algunos monfís y hombres livianos, que deseaban semejantes ocasiones para tener aprovechamiento de las haciendas ajenas; que en cuanto á sí, él estaba satisfecho de que los del Albaicin no trataban cosa contra el servicio de su majestad, porque los tenia por hombres honrados, cuerdos y que sabian bien lo que les cumplia. Que no dejaba de haber alguna ocasion de sospecha, aunque él no la tenia, viendo que se metian en el Albaicin tanto número de moriscos forasteros con sus mujeres y hijos, dejando sus labores y granjerías del campo, y en haberse hallado cantidad de ballestas en poder de algunos ballesteros, y averiguádose que las hacian para moriscos, como quiera que tambien podia ser que fuesen para monfís. Y finalmente, concluyó con decirles que no habia para qué ofrecerse los vasallos de su majestad á que los pusiese en prision como por rehenes, porque aquello se haria cuando pareciese que convenia á su

real servicio, y que diesen sus peticiones, pidiendo lo que viesen que les convenia, porque lo comunicaria con el Acuerdo, y se proveeria en todo lo que hubiese lugar, justicia mediante. Salidos los moriscos de las casas de la Audiencia, el Presidente mandó llamar á los alcaldes de chancillería; y entendiendo que seria de provecho hacer algunas prisiones con que tener enfrenada aquella gente, tomando aviso del ofrecimiento que hacian, les mandó que hiciesen que los escribanos del crímen buscasen todos los procesos que habia contra moriscos, así delincuentes como fiadores, y los prendiesen poco á poco, sin que se entendiese que era por causa del rebelion. Y desta manera hicieron prender los alcaldes muchos hombres sospechosos, y entre ellos algunos de los mas ricos, cuya prosperidad les fué al cabo deshonra, tomándoles la muerte con apresurado paso la delantera, como se dirá en su lugar. Proveyóse ansimesmo comision á los alcaldes de chancillería para que quitasen los arcabuces y ballestas á todos los moriscos que tenian licencias para poder traer armas, y que solamente se entendiesen y extendiesen á una espada y un puñal y una lanza cuando saliesen al campo, conforme á una provision que el emperador don Cárlos habia mandado despachar sobre ello; y haciéndolos prender, los mandaba soltar debajo de fianzas; de donde resultó tenerse por agraviados muchos hombres, á quien por servicios de sus pasados y suyos se habian dado aquellas licencias.

CAPITULO VI.

De un razonamiento que el conde de Tendilla hizo á los moriscos del Albaicin estos dias.

Estando las cosas en este estado, y entendiendo el conde de Tendilla que haria particular servicio á su majestad en persuadir y aconsejar á los moriscos que recibiesen con buen ánimo la premática y cumpliesen llanamente lo que se les mandaba, sin alterarse ni causar escándalos, á 5 dias del mes de abril, domingo por la mañana, subió al barrio del Albaicin, acompañado de algunos caballeros y de la gente de su guardia, y fué á misa á San Salvador, donde estaban recogidos la mayor parte de los moriscos, y cuando el preste hubo acabado el oficio, les mandó decir que se estuviesen quedos, porque les queria hablar. Y estando todos atentos, desde la peaña del altar les dijo desta manera:

«Lo que agora hago, hubiera hecho muchas veces, que es veniros á ver; y si lo he dejado de hacer algunos años, ha sido porque tampoco vosotros habeis acudido á casa del Marqués mi señor, y á mí, como soliades; y así, no hemos querido tratar de vuestros negocios. Mas teniendo consideracion á la voluntad y amor que os tuvieron siempre nuestros pasados, y á la que yo os tengo, me he movido á hablaros sobre tres cosas. Lo primero es pediros y rogaros que en lo que toca á la premática que su majestad manda que guardeis, os determineis de guardarla y cumplirla, pues el celo con que lo manda es tan santo y bueno, como de un príncipe tan católico se puede pensar, y para entremeteros con los otros cristianos sus vasallos y servirse de vosotros en todo y haceros las mercedes que á ellos. La otra es, que mucho número de moriscos se han venido de todas las alcarías á vivir á este Albaicin; y aunque se os ha mandado que los echeis fuera, no lo habeis hecho; de que se ha tomado alguna sospecha. Bien se entiende que se han venido huyendo de los malos tratamientos que se les hacen, y temiendo que ha de venir gente de guerra á embarcarse y de camino alojarse en sus casas; mas todavía es negocio que da materia de hablar á las gentes; y así, conviene que luego se vayan á sus lugares, y que no los consintais mas entre vosotros; que yo les certifico de mi parte que no serán maltratados. Lo tercero es, que algunos de vosotros me subistes á hablar á la Alhambra estotro dia, y me dijisteis como los curas y beneficiados andaban empadronando vuestros hijos y hijas, y que se decia que os los querian quitar; y porque entonces no estaba informado de aquel negocio, no respondí á él; después acá lo he tratado con el Arzobispo, y sabed que lo que se hace es por vuestro bien y por mandado de su majestad, que quiere que haya escuelas donde todos los niños sean enseñados en la doctrina cristiana y aprendan la lengua castellana, pues pasados los tres años no se ha de hablar mas la arábiga: estad ciertos que no es para otro efeto; y esto, antes lo habíades de desear y procurar, que alteraros por ello. Haced el deber y lo que sois obligados al servicio de su majestad, que él os hará muchas mercedes; y en lo que en mí fuere, os favoreceré con mi persona y hacienda, como lo veréis por la obra acudiendo á mí.» Acabado su razonamiento, los moriscos principales se levantaron, y dijeron á Jorge de Baeza, su procurador general, que respondiese por todos; el cual dijo al Conde que le besaba las manos en nombre del reino por la voluntad que siempre habia mostrado de hacerles merced, y por la que esperaban todos que les haria en tantos trabajos como se ofrecian á la nacion, y que ellos acudirian á valerse de su favor siempre que se les ofreciese ocasion; y así, le pidieron por merced tuviese cuenta con sus cosas. Desta vez quisiera el conde de Tendilla poner una compañía de infantería de guardia en el Albaicin y alojarla en las casas de los moriscos, so color de asegurarlos y asegurarse dellos, como capitan general; y habiendo hecho venir al capitan Garnica con su gente para este efeto, los moriscos acudieron al Presidente y al Corregidor, diciendo que sin duda seria la destruicion del Albaicin si se alojaban soldados en las casas donde tenian sus mujeres y hijas. Y el Presidente le envió á decir que su majestad no seria servido de aquel alojamiento, y que lo mandase sobreseer, porque seria acabar de alborotar aquellas gentes; y con esto cesó, mandando que el capitan Garnica se fuese á alojar á Churriana, alcaría de la Vega, donde estuvo hasta la víspera de pascua de flores, que se le mandó despedir la gente.

CAPITULO VII.

Cómo se tocó rebato la víspera de Pascua en Granada, pensando que se alzaba el Albaicin, y el escándalo que hubo en la ciudad.

A 16 dias del mes de abril del año de 1568, víspera de pascua de Resurreccion, entre las ocho y las nueve horas de la noche se tocó un rebato en la fortaleza de la Alhambra, que hubiera de ser causa que los cristianos saquearan el Albaicin y mataran los moriscos que habia en él, porque con la sospecha que se tenia, creyeron que se alzaban. La causa deste rebato fué que un alguacil de los que tenian cargo de rondar, llamado

Bartolomé de Santa María, envió á la hora que anochecia cuatro soldados á hacer centinela en la torre del Aceituno, que está puesta en la cumbre alta del cerro del Albaicin; y porque hacia muy escuro y llovía, llevaba cada soldado un hacho de atocha ardiendo en la mano para hacerse lumbre; y como llegaron al pié de la torre, que tenia la subida dificultosa y descubierta, los que iban delante meneaban los hachos para hacer lumbre á los que iban subiendo, y luego echábanlos abajo, de manera que parecia que hacian almenaras de aviso. Viendo esto la vela de la torre de la fortaleza de la Alhambra, tocó á rebato, creyendo que habia alguna novedad, y fué á dar mandato al conde de Tendilla, el cual envió luego veinte soldados á que supiesen qué fuegos eran aquellos. El soldado de la torre que tocaba la campana comenzó á dar grandes voces, diciendo: «Cristianos, mirad por vosotros; que esta noche habeis de ser degollados.» Y con esto causó tan grande alboroto en la ciudad, que las mujeres casadas y doncellas, dejando sus proprias casas, unas iban corriendo á las iglesias, otras á la fortaleza. Los hombres, sobresaltados, salian por las calles y plazas, unos armando los arcabuces y las ballestas, y otros abrochándose los jubones y los sayos; ninguno sabia lo que era ni adónde habia de acudir: tanta era la turbacion que todos traian. Finalmente, toda la ciudad se alborotó, y hasta los frailes del monasterio de San Francisco dejaron sus celdas, y se pusieron en la plaza armados. Otros acudieron á la plaza Nueva, y delante la puerta de la Audiencia hicieron su escuadron de piqueros y alabarderos, como buenos mílites de Jesucristo, creyendo que era cierto el levantamiento de los moriscos. El Presidente y el Corregidor, cada uno por su parte, enviaron á saber de las guardias del Albaicin lo que habia en él; y entendiendo que habia nacido el rebato de la inadvertencia de aquellos soldados, y que estaba todo quieto y pacífico, se sosegaron; y el Corregidor tomó luego las bocas de las calles por donde se podia subir á las casas de los moriscos, y puso en ellas algunos caballeros que no dejasen pasar á nadie, porque no las saqueasen; y fuera poca parte esta diligencia para excusar el saco, si una tempestad muy grande de agua que cayó del cielo no lo estorbara á los cudiciosos ciudadanos. Crecieron en un momento los arroyos por las calles de manera, que á caballo no se podian pasar, y fué necesario que la furia de la gente plebeya aplacase. Pasada la tempestad, el Corregidor, acompañado de algunos caballeros, dejando otros en guardia de aquellos pasos, subió al Albaicin, y anduvo todo lo que quedaba de la noche rondando; y cuando fué de dia claro reconoció por defuera todas las murallas hasta llegar á la asomada del rio Darro, y viendo que estaba todo seguro, bajó á la ciudad, y de allí adelante todas las noches rondaba con cantidad de gente armada, ansí para que los moriscos no recibiesen daño, como para asegurarse dellos. No fué de poco momento el rebato desta noche, aunque falso, porque los ciudadanos se pusieron mejor en órden, y los que no tenian armas se proveyeron dellas, y el cabildo compró mucha cantidad, y las repartió entre los vecinos, haciéndolas traer de fuera. Los veinte soldados que envió el conde de Tendilla llevaron las centinelas de la torre del Aceituno á la Alhambra, y teniéndolos presos, llegó el marqués de Mondéjar de la corte, y los mandó soltar á todos, como entendió la ocasion que habia habido.

CAPITULO VIII.

Cómo el marqués de Mondéjar vino á Granada, y don Alonso de Granada Venegas fué á informar á su majestad de los negocios de aquel reino.

Llegó á Granada el marqués de Mondéjar á 17 dias del mes de abril, que venia de la corte, y luego el siguiente dia se juntaron los moriscos mas principales del Albaicin con su procurador general, y subieron á la fortaleza de la Alhambra á dar el parabien de su venida, y le dieron grandes quejas, diciendo que los habian puesto en términos de perderse por haber tocado aquel rebato con tan pequeña ocasion, estando quietos y pacíficos todos los vecinos; y al cabo de su plática le suplicaron los favoreciese y amparase, como lo habian hecho siempre el marqués don Luis y el conde don Iñigo, sus antecesores. El Marqués mostró sentimiento y haberle pesado mucho de lo que habia sucedido en su ausencia, y les prometió que ternia particular cuenta con sus cosas y con procurar que no fuesen agraviados. Con la venida del marqués de Mondéjar pareció haberse quietado algun tanto los moriscos; y don Alonso de Granada Venegas, de quien dijimos en el libro primero, capítulo 16 desta historia, movido de celo cristiano, y siguiendo los honrosos ejemplos de sus pasados, que sirvieron lealmente á los reyes de Castilla desde el dia que se convirtieron á nuestra santa fe católica, acordó de ir á informar á su majestad y á los de su consejo de las cosas de aquel reino, porque se quejaban los moriscos de malos tratamientos que se les hacian cada dia en hechos y en dichos y del poco remedio que se ponia en ello, y de que los malos é inquietos, que eran muchos, desacreditando á los pacíficos, tomaban alas contra ellos. Creyendo pues poder hallar algun remedio de lo que tanto se deseaba en el Albaicin, con la nueva relacion del capitan general presente, y sin dar parte de su ida á otra persona que se lo pudiese impedir, partió de Granada á 24 dias del mes de abril, y el primer dia del mes de mayo entró en la villa de Madrid, y andando en su negocio, le llegó un correo de los moriscos del Albaicin con una carta para su majestad en nombre de todos los de aquel reino, la cual, segun parece, no la habia querido llevar consigo, ó no se la habian osado dar en su partida, porque no se supiese de algunas espías á lo que iba. Lo que la carta contenia era significar á su majestad que los escándalos y alborotos que habia en aquella ciudad eran sin causa ni fundamento que hubiese sido de su parte, solo por la inadvertencia de los gobernadores y ministros de justicia, mediante lo cual habian estado todos á punto de ser destruidos en personas, vidas y haciendas; y lo que peor era, habian sido infamados de infieles de la fe de Jesucristo y de traidores á su rey, y publicádose y dádose dello muy concluyentes aparencias y señales, en perjuicio de sus honras. Que cuando se hallase haber sido culpados algunos dellos, sería justo que se mandasen castigar con rigor, como la gravedad del delito lo requeria; mas si pareciese no ser la culpa suya, seria bien que su majestad mandase castigar á los que la tuviesen, proveyendo para en lo de adelante como mas fuese su real servicio, de manera que semejantes ocasiones cesasen.

Que como desfavorecidos y amedrentados del rigor que con ellos se podria usar, no habian osado juntarse á tratar de su remedio; y agora, que parecia estar las cosas con alguna quietud, por la venida del marqués de Mondéjar, tambien les habia asegurado poderlo hacer, para ocurrir á su rey y señor natural y suplicarle lo mandase remediar con justicia; y que por no poder acudir todos, enviaban algunos particulares á quien se remitian, y especialmente á la relacion que de su parte haria don Alonso de Granada Venegas, á quien todos tenian obligacion de reconocer y anteponer en todas sus cosas por el valor de su persona y de sus antepasados. Por tanto, que suplicaban á su majestad humilmente le oyese y creyese de su parte, y mandando que la verdad se supiese, proveyese como los culpados fuesen castigados, y los buenos y leales restituidos en su honra y buena fama y desagraviados de los agravios recebidos. Hasta aquí decia la carta, la cual dió don Alonso de Granada Venegas á su majestad, y le informó largamente del negocio. Y siendo remitido al cardenal Espinosa, platicado en el Consejo, se acordó que se despidiese la gente de las cuadrillas que estaba en el Albaicin á costa de los moriscos, pues ya parecia estar pacíficos, y que en lo demás acudiesen al presidente de Granada, á quien estaba cometido aquel negocio, porque él proveeria cómo fuesen desagraviados. No mucho después el presidente don Pedro de Deza, viendo que se mandaban despedir los alguaciles y rondas del Albaicin, con parecer del acuerdo y de los alcaldes de chancillería y de otras personas graves, envió relacion á su majestad, diciendo que no convenia hacer novedad, antes era muy necesario que los alguaciles rondasen, por ser, como eran, hombres de bien y casados; y que con andar la ronda todas las noches, estaban los vecinos quietos, y resultaban muchos efetos buenos que la experiencia habia mostrado, porque los monfís y malhechores naturales del Albaicin se habian ido, y los extranjeros no se recogian allí, y los que se acogian eran luego descubiertos y presos. Que los dueños de los ganados estaban muy contentos, porque ya no se los hurtaban. Las mujeres mal casadas tenian recogidos sus maridos, los padres á sus hijos, los amos á sus criados. Que ya no parecia persona en el Albaicin después que anochecia, ni apedreaban las ventanas de los clérigos. Que los borrachos, de que antes habia gran número, y hacian de noche grandes alborotos y delitos, habian cesado; y era tanto el miedo que tenian cobrado á las guardias, que todos estaban pacíficos y quietos, sin osarse á menear. Que aquellos alguaciles eran los que hacian que se guardase la premática en lo que requeria ejecucion, que era en que las mujeres anduviesen con los rostros desatapados, y que tuviesen abiertas las puertas de sus casas los viérnes y dias de fiesta; y esto con amor y cristiandad, sin otro ningun género de interés ni molestia. Que los demás alguaciles no daban un solo paso si no se les seguia algun provecho, antes holgaban hallar de qué denunciar y cómo encarcelar y llevar costas. Que después que andaba aquella ronda no se pregonaban niños perdidos ni hurtados, como solia, porque no los osaban llevar á esconder al Albaicin, por temor de ser descubiertos; y que por estas razones y otras muchas que se pudieran decir, convernia que no se hiciese novedad, antes se les diese todo favor para proseguir lo que tenian comenzado. Y al fin se proveyó que se disimulase en lo que tocaba á los alguaciles, con moderacion de la gente que habia de andar con ellos.

CAPITULO IX.

Cómo yendo el marqués de Mondéjar á visitar la costa de la mar, se entendió mas claramente el desasosiego de los moriscos por unas cartas que se tomaron á Daud, uno de los autores del rebelion, que iba á procurar favores á Berbería.

Estos dias salió el marqués de Mondéjar de Granada, y llevando consigo al conde de Tendilla, su hijo, fué á visitar la costa de la mar con la gente ordinaria de á caballo. Y andando en la visita, parece que los autores del rebelion acordaron que seria bien que fuese Aben Daud á Berbería á procurar algun socorro de navíos y gente, como lo habia ofrecido muchas veces; y llevando consigo otros moriscos del Albaicin, se fué á juntar con las cuadrillas de monfís que andaban en la sierra de Bujol, entre Órgiba y el Zuchel, hácia la mar, para esperar que pasase por allí alguna fusta en que poderse ir; y como vió que no la habia, trató con un morisco pescador, vecino de Adra la vieja, llamado Nohayla, que le vendiese una barca que tenia en la playa, con que pescaba, que era de Ginés de la Rambla, armador; el cual no solo se la ofreció, mas prometió de irse con él. En este tiempo los moriscos de aquellas cuadrillas captivaron tres cristianos, y queriéndolos matar, los defendió Daud, dándoles á entender que no se permitia en la ley de Mahoma matar los cristianos rendidos; mas hacíalo porque se los diesen para llevarlos á Berbería, y presentarlos á algun alcaide principal que le favoreciese en su negocio. Llegada pues la noche aplazada en que se habian de embarcar, Daud y sus compañeros se fueron á casa de Nohayla, y llevando consigo algunas moriscas, que deseaban ir á poder ser moras con libertad, bajaron al lugar donde estaba la barca, que era junto á la puerta de Adra, y echándola con mucho silencio á la mar, se metieron dentro todos. Este morisco dueño de la barca, temiendo que, si el negocio se descubria, le habian de castigar por ello, usó de un trato doble, cosa muy ordinaria entre los moros; y dando aviso al dueño de la barca, y al capitan de Adra, de como unos moriscos se la habian pedido para irse á Berbería, les dijo que les avisaria el proprio dia que se hubiesen de embarcar, para que saliesen á ellos y los prendiesen; y por otra parte no fué á dar aviso el dia cierto de la partida, antes dijo que seria un dia señalado, y él se embarcó con toda la gente tres dias antes, llevando consigo algunos monfís y los tres cristianos captivos, y muchas moriscas y muchachos; mas no tenia la barca tan segura como pensaba, porque el Ginés de la Rambla, sospechando la cautela del morisco, le habia hecho dar de parte de noche unos barrenos, y tapándolos livianamente con cera, la habia dejado estar. Por manera que habiendo navegado Daud un rato en ella, comenzó á entrar el agua por los lados y por los barrenos, y temiendo anegarse, le fué forzado volver á tierra; y como hacian ruido las mujeres y los niños al desembarcar, las guardas de Adra, que estaban sobre aviso, los sintieron, y salió luego la gente, y prendiendo á un turco y algunas mujeres, dieron libertad á los tres cris-

tianos, y toda la otra gente se les embreñó en la sierra. Yendo pues huyendo los monfís, se cayó á uno dellos una talega de lienzo, en que llevaba un libro grande de letra arábiga, y dentro dél se hallaron una carta y una lamentacion, que del tenor de lo uno y de lo otro pareció ser cosa ordenada por el mesmo Daud, significando quejas de los moriscos á los moros de Africa, para que apiadándose dellos les enviasen socorro. Este libro envió luego el capitan de Adra al marqués de Mondéjar, que andaba visitando la Alpujarra, y juntamente con él los tres cristianos, para que le diesen razon de lo que habian visto; los cuales le dieron noticia de Daud, porque le habian conocido en Granada siendo geliz de la seda, y le dijeron como iban con él otros moriscos del Albaicin, que no supieron sus nombres; y que aquel libro era suyo, y leia cada noche en él, y predicaba á los otros la seta de Mahoma, y que acabando de predicar, llegaban todos á besar el libro y decian: «Esta es la ley de Dios y en esta creemos, y todo lo demás es aire.» Queriendo pues el Marqués saber lo que se contenia en aquel libro y en los papeles sueltos que iban dentro dél, envió á Granada por el licenciado Alonso del Castillo para que lo declarase, sospechando que habia allí alguna cosa por donde se entendiese lo que los moriscos trataban. El licenciado Castillo fué luego al lugar de Berja, donde habia llegado ya el Marqués visitando, y tomando el libro, lo hojeó, y halló que era de un autor árabe llamado el Lollori, que trataba de la seta de Mahoma, y traia muchas autoridades de historias antiguas; y los papeles sueltos que habia dentro eran de letra del propio Daud, porque la conoció luego. En el uno dellos se contenia una carta misiva, que decia desta manera:

CARTA QUE SE TOMÓ Á DAUD EN LA COSTA DE ADRA.

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. La »santificacion de Dios sea sobre el mejor de sus escogi»dos, y después la salud de Dios cumplida sea con aque»llos que Dios honró, y no los desamparó el bien, que »son en este mundo dichosos; esto es, á todos los prín»cipes y allegados señores y amigos nuestros, á quien »Dios hizo merced de dar vitoria y libertad y ensancha»miento de reinos, los moradores del poniente (ture »Dios sus honras y guarde sus vidas), deseamos salud »los moradores de la Andalucía, los angustiados de co»razon, los cercados de la gente infiel, aquellos á quien »ha tocado el mal de la ofension. Y después desto, »señores y amigos nuestros, hermanos en Dios, somos »obligados de haceros saber nuestros trabajos y nego»cios y lo que nos ha venido de la mudanza de nues»tra era y fortuna, que es parte de nuestro mucho mal: »por tanto, socorrednos y hacednos limosna; que Dios »gualardonará á los que bien nos hiciéredes. Sustentad»nos con vuestro poderío y abundancia de que á vos»otros hizo Dios merced, aunque á nosotros no seais »en cargo; mas confiados en vuestras personas magní»ficas y en vuestra virtud, porque el magnífico y vir»tuoso desea hacer bien, os encargamos por Dios po»deroso que nos sustenteis con oraciones, para que »Dios nos junte con vosotros. Habeis de saber, señores »nuestros, que los cristianos nos han mandado quitar »la lengua arábiga, y quien pierde la lengua arábiga »pierde su ley; y que descubramos las caras vergonzo»sas; que no nos saludemos, siendo la mas noble vir»tud la salutacion. Hannos abierto las puertas para que »entre nosotros haya mas males y pecados; hannos acre»centado el tributo y la pena, y han intentado de mu»dar nuestro traje y quitar nuestras costumbres. Apo»séntanse en nuestras casas, descubren nuestras hon»ras y vergüenzas, y con semejante mal que este se »debe deshacer todo corazon de pesar: todo esto des»pués de tomar nuestras haciendas y captivar nuestras »personas, y sacarnos con destierro de los pueblos. Há»cennos caer en grande abatimiento y pérdida, apár»tannos de nuestros hermanos y amigos, y somos mez»quinos desamparados, atenidos á la misericordia de »Dios, porque nos han rodeado grandes males y de»sasosiegos por todas partes. Suplicamos á vuestra bon»dad, de parte de Dios altísimo, que contempleis nues»tros negocios y los mireis con ojos de misericordia, »y os apiadeis de nosotros con amor de hermanos, por»que todos los creyentes en Dios son unos. Por tanto, »haced bien á vuestros hermanos; ensalzadnos, en»salzaros ha Dios; apremiad á los cristianos que allá »teneis, para que, avisando á los suyos, sepan que con »la pena que os fatigaren, con aquella los habeis de »atormentar; aunque sobre todo la paciencia es ma»yor bien á los que esperan. Enviad esto al rey de le»vante, que es el que ha sujetado á los enemigos y en»salzado la ley, y no deis lugar á que entre vosotros »haya discordias, porque la discordia es mayor mal que »la muerte; y no tenemos saber ni poderío, inteligen»cia ni fuerzas, para tratar de un remedio tan grande. »Vivimos de contino en temor; rogad á Dios que per»done al que esto escribió. Esto es lo que queremos de »vuestra virtud, que es escrita en noches de angustia »y de lágrimas corrientes, sustentadas con esperanza, »y la esperanza se deriva de la amargura.»

El otro papel era en metros árabes y parecia ser lamentacion, en que se quejaban los moriscos de opresiones que los cristianos les hacian, y literalmente decia desta manera:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Antes de hablar y después de hablar sea Dios loado para siempre. Soberano es el Dios de las gentes, soberano es el mas alto de los jueces, soberano es el Uno sobre toda la unidad, el que crió el libro de la sabiduría; soberano es el que crió los hombres, soberano es el que permite las angustias, soberano es el que perdona al que peca y se enmienda, soberano es el Dios de la alteza, el que crió las plantas y la tierra, y la fundó y dió por morada á los hombres; soberano es el Dios que es uno, soberano el que es sin composicion, soberano es el que sustenta las gentes con agua y mantenimientos; soberano el que guarda, soberano el alto Rey, soberano el que no tuvo principio, soberano el Dios del alto trono, soberano el que hace lo que quiere y permite con su providencia, soberano el que crió las nubes, soberano el que impuso la escritura, soberano el que crió á Adan y le dió salvacion, y soberano el que tiene la grandeza y crió las gentes y á los santos, y escogió dellos los profetas, y con el mas alto dellos concluyó. Después de magnificar á Dios, que está solo en su cielo, la santificacion sea con su escogido y con sus discípulos honrados. Comienzo á contar una historia de lo que pasa en la An-

dalucía, que el enemigo ha sujetado, segun veréis por escrito. El Andalucía es cosa notoria ser nombrada en todo el mundo, y el dia de hoy está cercada y rodeada de herejes, que por todas partes la han cercado: estamos entre ellos avasallados como ovejas perdidas ó como caballero con caballo sin freno; hannos atormentado con la crueldad; enséñannos engaños y sutilezas, hasta que hombre querria morir con la pena que siente. Han puesto sobre nosotros á los judíos, que no tienen fe ni palabra; cada dia nos buscan nuevas astucias, mentiras, engaños, menosprecios, abatimientos y venganzas. Metieron á nuestras gentes en su ley, y hiciéronles adorar con ellos las figuras, apremiándolos á ello, sin osar nadie hablar. ¡Oh cuántas personas están afligidas entre los descreidos! Llámannos con campana para adorar la figura; mandan al hombre que vaya presto á su ley revoltosa; y desque se han juntado en la iglesia, se levanta un predicador con voz de cárabo y nombra el vino y el tocino, y la misa se hace con vino. Y si le ois humillarse diciendo: «Esta es la buena ley,» veréis después que el abad mas santo dellos no sabe qué cosa es lo lícito ni lo ilícito. Acabando de predicar se salen, y hacen todos la reverencia á quien adoran, yéndose tras dél sin temor ni vergüenza. El abad se sube sobre el altar y alza una torta de pan que la vean todos, y oiréis los golpes en los pechos y tañer la campana del fenecimiento. Tienen misa cantada y otra rezada, y las dos son como el rocío en la niebla: el que allí se hallare, veráse nombrar en un papel, que no queda chico ni grande que no le llamen. Pasados cuatro meses, va el enemigo del abad á pedir las albalas en las casas de la sospecha, andando de puerta en puerta con tinta, papel y pluma, y al que le faltare la cédula, ha de pagar un cuartillo de plata por ella. Tomaron los enemigos un consejo, que paguen los vivos y los muertos. ¡Dios sea con el que no tiene que pagar! ¡Oh qué llevará de saetadas! Zanjaron la ley sin cimientos, y adoran las imágines estando asentados. Ayunan mes y medio, y su ayuno es como el de las vacas, que comen á mediodía. Hablemos del abad del confesar, y después del abad del comulgar; con esto se cumple la ley del infiel, y es cosa necesaria que se haga, porque hay entre ellos jueces crueles que toman las haciendas de los moros, y los trasquilan como trasquiladores que trasquilan el ganado. Y hay otros entre ellos, examinados, que deshacen todas las leyes, y un Horozco y otro Albotodo. ¡Oh cuánto corren y trabajan con acuerdo de acechar las gentes en todo encuentro y lugar! Y cualquiera que alaba á Dios por su lengua no puede escapârse de ser perdido, y al que hallan una ocasion, envian tras dél un adalid, que, aunque esté á mil leguas, lo halla, y preso, le echan en la cárcel grande, y de dia y de noche le atemorizan diciéndole: Acordáos. Queda el mezquino pensando con sus lágrimas de hilo en hilo en diciéndole acordáos, y no tiene otro sustento mayor que la paciencia; méteule en un espantoso palacio, y allí está mucho tiempo, y le abren mil piélagos, de los cuales ningun buen nadador puede salir, porque es mar que no se pasa. Desde allí lo llevan al aposento del tormento, y le atan para dárselo, y se lo dan hasta que le quiebran los huesos. Después desto, están de concierto en la plaza del Hatabin, y hacen allí un tablado, que lo semejan al dia del juicio, y el que dellos se libra, aquel dia le visten una ropa amarilla, y á los demás los llevan al fuego con estatuas y figuras espantosas. Este enemigo nos ha angustiado en gran manera por todas partes, y nos ha rodeado como fuego; estamos en una opresion que no se puede sufrir. La fiesta y el domingo guardamos, el viérnes y el sábado ayunamos, y con todo aun no los aseguramos. Esta maldad ha crecido cerca de sus alcaides y gobernadores, y á cada uno le pareció que se haga la ley una; y añadieron en ella, y colgaron una espada cortadora, y nos notificaron unos escritos el dia de año nuevo en la plaza de Bib el Bonut, los cuales despertaron á los que dormian y se levantaron del sueño en un punto, porque mandaron que toda puerta se abriese. Vedaron los vestidos y baños y los alárabes en la tierra. Este enemigo ha consentido esto, y nos ha puesto en manos de los judíos, para que hagan de nosotros lo que quisieren, sin que dello tengan culpa. Los clérigos y frailes fueron todos contentos en que la ley fuese toda una y que nos pusiesen debajo de los piés. Esto es lo que ha cabido á nuestra nacion, como si le diesen por honra toda la infidelidad. Está sañudo sobre nosotros, háse embravecido como dragon, y estamos todos en sus manos como la tórtola en manos del gavilan. Y como todas estas cosas se hayan permitido, habiéndonos determinado con estos males, volvimos á buscar en los pronósticos y juicios, para ver si hallariamos en las letras descanso; y las personas de discrecion que se han dado á buscar los originales nos dicen que con el ayuno esperemos remediarnos; que afligiéndonos, con la tardanza habrán encanecido los mancebos antes de tiempo; mas que después deste peligro, de necesidad nos han de dar el parabien y Dios se apiadará de nosotros. Esto es lo que tengo que decir; y aunque toda la vida contase el mal, no podria acabar. Por tanto en vuestra virtud, señores, no tacheis mi orar, porque hasta aquí es lo que alcanzan mis fuerzas; desechad de mí toda calumnia, y el que endechare estos versos, ruegue á Dios que me ponga en el paraíso de su holganza.»

Por estos papeles se entendió ser verdad lo que se decia del alzamiento de los moriscos, y el Marqués envió los originales y un traslado romanzado á su majestad; y habiendo estado algunos dias en el lugar de Berja, fué á visitar á Adra, y de allí á la ciudad de Almería, donde estuvo mes y medio, sin que se le ordenase cosa de nuevo, y de allí volvió á la ciudad de Granada, dejando todas las plazas de la costa visitadas y proveidas lo mejor que pudo.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo los moriscos del Albaicin que trataban del negocio de rebelion se resolvieron en que se hiciese, y la órden que dieron en ello.

El recaudo que siempre hubo en la ciudad de Granada fué causa que los moriscos del Albaicin diesen alguna aparencia de quietud, aunque no la tenian en sus ánimos. Disimulando pues con humildad, estuvieron algunos meses, después de la venida del marqués de Mondéjar y de la ida de don Alonso de Granada Venegas á la corte, tan sosegados, que daban á entender estar ya llanos en el cumplimiento de la premática, y ansí lo escribió el Presidente á su majestad y á los de su consejo. Mas como después vieron que se les acercaba el término de los vestidos, y que no se trataba de suspender la premática con alguna prorogacion de tiempo, ciegos de pura congoja y faltos de consideracion y de consejo, haciendo fucia en sus fuerzas, que si bien eran sospechosas para encubiertas, no dejaban de ser flacas para puestas en ejecucion, acordaron determinadamente que se hiciese rebelion y alzamiento general, y que comenzase por la cabeza del reino, que era el Albaicin. Juntándose pues algunos dellos en casa de un morisco cerero, llamado el Adelet, tomaron resolucion en que fuese el dia de año nuevo en la noche, porque demás de que los pronósticos les hacian cierto que el proprio dia que los cristianos habian ganado á Granada se la habian de tornar á ganar los moros, quisieron desmentir las espías y asegurar nuestra gente, si por caso se hubiese descubierto ó descubriese un concierto que tenian para la noche de Navidad. Y ansí, advirtieron que no se diese parte de la última determinacion á los de la Alpujarra hasta el dia en que se hubiese de hacer el efeto, porque temieron que, como gente rústica, no guardarian secreto, y tenian bien conocido dellos que en sabiendo que el Albaicin se alzaba, se alzarian luego todos. La órden que dieron en su maldad fué esta: que en las alcarías de la Vega y lugares del valle de Lecrin y partido de Órgiba se empadronasen ocho mil hombres tales, de quien se pudiese fiar el secreto, y que estos estuviesen á punto para, en viendo una señal que se les haria desde el Albaicin, acudir á la ciudad por la parte de la Vega con bonetes y tocas turquescas en las cabezas, porque pareciesen turcos ó gente berberisca que les venia de socorro. Que para que se hiciese el padron con mas secreto, fuesen dos oficiales por las alcarías y lugares, so color de adobar y vender albardas, y se informasen de pueblo en pueblo de las personas á quien se podrian descubrir, y aquellos empadronasen, encargándoles secreto; que de los lugares de la sierra se juntarian dos mil hombres en un cañaveral que estaba junto al lugar de Cénes, en la ribera de Genil, para que con ellos el Partal de Narila, famoso monfí, y el Nacoz de Nigüéles, y otros que estaban ya hablados, acudiesen á la fortaleza del Alhambra, y la escalasen de noche por la parte que responde á Ginalarife. Y para esto se encargó un morisco albañir, que labraba en la obra de la casa real, llamado Mase Francisco Abenedem, que daria el altor de los muros y torres para que las escalas se hiciesen á medida, y se hicieron diez y siete escalas en los lugares de Güéjar y Quéntar con mucho secreto; las cuales vimos después en Granada, y eran de maromas de esparto con unos palos atravesados, tan anchos los escalones, que podian subir tres hombres á la par por cada uno dellos. Que los mancebos y gandules del Albaicin acudirian luego con sus capitanes en esta manera:

Miguel Acis, con la gente de las parroquias de San Gregorio, San Cristóbal y San Nicolás, á la puerta de Frex el Leuz, que cae en lo mas alto del Albaicin á la parte del cierzo, con una bandera ó estandarte de damasco carmesí con lunas de plata y fluecos de oro, que tenia hecha en su casa y guardada para aquel efeto; Diego Nigueli el mozo, con la gente de San Salvador, Santa Isabel de los Abades y San Luis, y una bandera de tafetan amarillo, á la plaza Bib el Bonut; y Miguel Mozagaz, con la gente de San Miguel, San Juan de los Reyes, y San Pedro y San Pablo, y una bandera de damasco turquesado, á la puerta de Guadix. Que lo primero que se hiciese fuese matar los cristianos del Albaicin que moraban entre ellos, y dejando cada uno una parte de la gente de cuerpo de guardia en los lugares dichos, acometiesen la ciudad por tres partes, y á un mesmo tiempo la fortaleza de la Alhambra. Que los de Frex el Leuz bajasen por un camino que va por fuera de la muralla á dar al hospital Real, y ocupando la puerta Elvira, entrasen por la calle adelante, matando los que saliesen al rebato; y llegando á las casas y cárcel del Santo Oficio, soltasen los moriscos presos, y hiciesen todo el daño que pudiesen en los cristianos. Que los de la plaza de Bib el Bonut, bajando por las calles de la Alcazaba, fuesen á dar á la calle de la Calderería y á la cárcel de la ciudad, y quebrantándola, pusiesen en libertad á los moriscos, y pasasen á las casas del Arzobispo y procurasen prenderle ó matarle. Que los de la puerta Guadix entrasen por la calle del rio Darro abajo á dar á las casas de la Audiencia real, y procurando matar ó prender al Presidente, soltasen los presos moriscos que estaban en la cárcel de chancillería, y se fuesen á juntar todos en la plaza de Bibarrambla, donde tambien acudirian los ocho mil hombres de la Vega y valle de Lecrin, y de allí á la parte donde hubiese mayor necesidad, poniendo la ciudad á fuego y á sangre. Y que puestos todos á punto, se daria aviso á la Alpujarra para que hiciesen allá otro tanto. Este fué el concierto que Farax Aben Farax, y Tagari, y Mofarrix, y Alatar, y Salas, y sus compañeros hicieron, segun pareció por confesiones de algunos que fueron presos, que nos fueron mostradas en Granada, y de otros de los que se hallaron presentes; y fuera dañosísimo para el pueblo cristiano si lo pusieran en ejecucion; mas fué Dios servido que habiendo los albarderos empadronado ya los ocho mil hombres antes de llegar á Lanjaron, y estando los demás todos aperce-

bidos y á punto para acudir á las partes que les habian sido señaladas, los monfís de la Alpujarra se anticiparon por cudicia de matar unos cristianos que iban de Ujíjar de Albacete á Granada, y otros que pasaban de Granada á Adra, y desbarataron su negocio. Y porque se entienda cuán prevenidos y avisados estaban para el efeto, ponemos aquí dos cartas traducidas de arábigo, de las que Aben Farax y Daud escribieron á los moriscos de los lugares con quien se entendian, y á los caudillos de los monfís, sobre este negocio.

CARTA DE FARAX ABEN FARAX Á LOS LUGARES, SOBRE EL REBELION.

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. »Santificó Dios á nuestro profeta Mahoma, y á su gen»te, familia y aliados salvó salvacion gloriosa. Herma»nos nuestros y amigos, viejos, ancianos, caudillos, al»guaciles, regidores y otros nuestros hermanos, y á to»do el comun de los moros: ya sabeis por nuestros pro»nósticos y juicios lo que Dios nos ha prometido; la »hora de nuestra conquista es llegada para ensalzar en »libertad la ley de la unidad de Dios, y destruir la del »acompañamiento de los dioses. Estad unánimes y »conformes para todo lo que os dijere é informare de »nuestra parte nuestro procurador Mahomad Aben Mo»zud, que tiene nuestro poder y cargo para esto. Y lo »que él os dijere haced cuenta que nos lo decimos, »porque con el ayuda y favor de Dios estéis todos pre»venidos y á punto de guerra para venir á Granada á »dar en estos descreidos el dia señalado. Los que no »estuvieren apercebidos, haced que se aperciban, y á »los que no lo supieren, avisadlos dello, que para este »efeto están ya prevenidos todos desde el lugar de la »Jauría y del Gatucin, hasta Canjáyar de la Jarquía. »La salud de Dios sea con vosotros.—*Farax Aben Fa»rax*, gobernador de los moros, siervo de Dios altí»simo.»

CARTA DE DAUD Á CIERTOS CAPITANES DE LOS MONFÍS.

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. »La salud de Dios buena, comprehendiente, deseo á »aquel que el soberano honró, é no le desamparó el bien, »que es mi señor Cacim Abenzuda y sus compañeros, »y á mi señor el Zeyd, y á todos los amigos juntamen»te deseo salud: vuestro amigo el que loa vuestras vir»tudes, el que tiene gran deseo de veros, el que ruega »á Dios por el buen suceso de vuestros negocios, Ma»hamete, hijo de Mahamete Aben Daud, vuestro herma»no en Dios. Hágoos saber, hermanos mios, que estoy »bueno, loado sea Dios por ello, y tengo puesto mi »cuidado con vosotros muy mucho. Sábelo Dios que »me ha pesado de vuestro trabajo; el parabien os doy »del buen suceso y salvamento. Roguemos á Dios por »su amparo en lo que queda. Hágoos saber, hermanos »mios, que los granadinos me enviaron á buscar des»pués que de vosotros me partí, y no supieron dónde »estaba, y esta nueva tuve en el Rubite; mas no alcan»cé de quién era la mensajería, hasta que lo vine á sa»ber de unos de Lanjaron, que me dijeron como los de »Granada andaban resucitando el movimiento en que »entendian por el mes de abril; y como supe esto, hablé »con mi señor Hamete, y me aconsejó que subiese á »Granada, y que supiese la certidumbre deste negocio, »y que le avisase dello. Yo subí al Albaicin, y hallé el »movimiento muy grande, y la gente determinada á lo »que se debia determinar. Entonces me junté con las »cabezas que entienden en este negocio, y me dijeron »que enviase á la gente que estaba en las sierras, y les »hiciese saber esta nueva, para que ellos la publicasen »de unos en otros, y que se juntasen; porque juntos »consultariamos y veriamos lo que se habia de hacer. »En esto quedamos y enviamos á los de las alcarías, y les »hicimos saber la nueva; y todos dijeron: Querría»mos que este negocio fuese hoy antes que mañana, »porque mas queremos morir, y nos es mas fácil, que »vivir en este trabajo en que estamos; y lo mesmo »dijeron las gentes de la Garbía y de la Jarquía, di»ciendo: Veisnos aquí muy prestos con nuestras per»sonas y bienes. Y como contase esto á los granadinos, »acordaron de enviar por todo el reino, avisándoles que »apercibiesen la gente, y se aparejasen lo mejor que »pudiesen. A esta sazon acordamos de enviar á los mon»fís, adonde quiera que estuviesen, para que se junta»sen y avisasen unos á otros para el dia que fuese »menester. Este dia están aguardando todos, chicos y »grandes, y esto es necesario que se haga, siendo Dios »servido, oh amigos mios. En recibiendo mi carta, aper»cebíos á la obra como hombres, porque mejor os será »defender vuestros hijos y hermanos, y alzar el yugo »de servidumbre de nuestro reino, y conquistar al ene»migo, y morir en servicio de Dios, que pasaros á Ber»bería para dejar desamparados á vuestros hermanos »los moros; porque el que esto hiciere de vosotros y »muriere, morirá sin premio; el que viviere, y matare »alguno de los moros, será juzgado ante las manos »de Dios el dia del juicio; el que muriere peleando con »los herejes, morirá mártir; y el que viviere, vivirá »honrado; y las razones acerca desto se podrian alar»gar; por tanto acortemos esta razon. Esto es, her»manos mios, lo cierto que os hacemos saber; por tanto »aparejáos, y enviad á nuestro caudillo Hamete á ha»cerle saber esta nueva, y él os avisará aquello que se »deba hacer; porque nosotros enviamos un hombre con »la nueva, y no hemos sabido mas lo que hizo. Enviad á »la gente y avisadlos donde quiera que estén, y avisé»monos de contino, porque siempre sepamos unos de »otros para lo que se ofreciere. Y por amor de Dios »os encargo el secreto que pudiéredes, mientras Dios »altísimo nos provee de su libertad, la cual será muy »propincua mediante él. La gracia y bendicion de Dios »sea con vosotros, que es escrita en 25 de otubre. Y »la firma decia: *Mahamete*, hijo de Mahamete Aben »Daud, siervo de Dios.»

CAPITULO II.

Cómo se hicieron nuevos apercebimientos en Granada con sospecha del rebelion.

Todo esto que los moriscos hacian en su secreto era de manera que causaba una sospecha y confusion muy grande en Granada y en todo el reino. Veíase que los monfís andaban cada dia mas desvergonzados, despreciando y teniendo en poco á las justicias; que los moriscos mancebos, á quien no cabia en el pecho lo que estaba concertado, publicaban que antes que se cumpliese el término de la premática habria mundo nuevo. La ciudad estaba llena de moriscos forasteros, que so color

de vender su seda y comprar sayas y mantos para sus mujeres, habian acudido de muchas partes del reino á saber lo que se trataba y cuándo habia de ser el levantamiento. Tenia el marqués de Mondéjar avisos del desasosiego que traian; publicábase entre el vulgo que la noche de Navidad habian de entrar á levantar el Albaicin seis mil turcos, y aunque estas parecian ser cosas á que se debia dar poco crédito, traian alguna aparencia. Entendióse después que ellos habian echado aquella fama, para que cuando acudiesen los ocho mil hombres que estaban empadronados en el Valle y Vega, entendiesen que eran turcos, y no quedase morisco en todo el reino que no se alzase. Con todo esto no acababan de persuadirse los ministros de su majestad á que fuese rebelion general, sino que algunos perdidos andaban inquietando y alborotando la tierra, y que estos no podrian permanecer muchos dias, no siendo todos en la conjuracion; y era ansí que los hombres ricos y que vivian descansadamente, creyendo que sola la sospecha del rebelion seria parte para que los del Consejo hiciesen con su majestad que mandase suspender la premática, holgaban que se alborotase la gente; mas no querian que se entendiese ser ellos los autores; y por otra parte, los ofendidos de las justicias y de la gente de guerra, y con ellos los pobres y escandalosos, queriendo venganza y enriquecer con haciendas ajenas, avivaban la voz de la libertad y encendian el fuego de la sedicion. Hubo algunos de los autores que se arrepintieron en el punto, considerando el poco fundamento con que se movian, y avisaron dello, aunque por indirectas y no sin falta de malicia, á los ministros. Uno destos fué aquel Mase Francisco Abenedem que dijimos, el cual se fué al padre Albotodo el juéves 23 dias del mes de diciembre, y como en confesion, le dijo que habia entendido de unos moriscos gandules que pasaban por delante la puerta de su casa, como se queria levantar el reino la noche de Navidad, por razon de la premática; mas no le declaró otra cosa en particular. Con este aviso se fué luego Albotodo al maestro Plaza, su retor, y dándole cuenta de lo que el morisco le habia dicho, se fueron juntos al Arzobispo, y con su licencia lo dijeron al Presidente y al marqués de Mondéjar y al Corregidor; los cuales no quisieron que se publicase, porque la ciudad no se alborotase, y solamente mandaron reforzar las guardias y doblar las centinelas y rondas, tanto para seguridad de los cristianos como de los moriscos. El marqués de Mondéjar puso buen recaudo en la fortaleza de la Alhambra, y el Corregidor, acompañado con mucho número de gente armada, rondó aquella noche y la siguiente las calles y plazas del Albaicin y de la Alcazaba.

CAPITULO III.

Cómo los caudillos de los monfís comenzaron el rebelion en la Alpujarra por codicia de matar unos cristianos en la taa de Poqueira y en Cádiar.

Teniendo pues Farax Abenfarax apercebidos todos sus amigos y conocidos en los lugares de moriscos, con cartas y personas de quien podia fiar el secreto, y viendo que se acercaba el dia señalado, envió al Partal de Narila á que juntase las cuadrillas de los monfís, y las trajesen á las taas de Poqueira y Ferreira y Órgiba, para que alzasen aquellos pueblos en sabiendo que los del Valle y de la Vega iban la vuelta de Granada, y atravesando luego la Sierra Nevada, acudiesen á favorecer la ciudad. Este Partal habia estado preso en el santo oficio de la Inquisicion, donde se le habia mandado que no saliese de Granada; el cual, so color de que padecia necesidad, habia pedido licencia á los inquisidores para ir á vender su hacienda á la Alpujarra, y con esta ocasion se habia pasado á Berbería, y después volvió á estas partes á dar calor al rebelion, ofreciéndose de traer grandes socorros de Africa, exagerando el poder de aquellos infieles; y mientras esto se trataba, estuvo escondido algunos dias en su casa, y no veia la hora de comenzar su maldad, como la comenzó antes de tiempo, por lo que agora dirémos.

Acostumbraban cada año los alguaciles y escribanos de la audiencia de Ujíjar de Albacete, que los mas dellos estaban casados en Granada, ir á tener las pascuas y las vacaciones con sus mujeres, y siempre llevaban de camino, de las alcarías por donde pasaban, gallinas, pollos, miel, fruta y dineros, que sacaban á los moriscos como mejor podian. Y como saliesen el mártes 22 dias del mes de diciembre Juan Duarte y Pedro de Medina, y otros cinco escribanos y alguaciles de Ujíjar con un morisco por guia, y fuesen por los lugares haciendo desórdenes con la mesma libertad que si la tierra estuviera muy pacífica, llevándose las bestias de guia, unos moriscos cuyas eran, creyendo no las poder cobrar mas, por razon del levantamiento que aguardaban, acudieron á los monfís, y rogaron al Partal y al Seniz de Bérchul que saliesen á ellos con las cuadrillas y se las quitasen; los cuales no fueron nada perezosos, y el juéves en la tarde, 23 dias del dicho mes, llegando los cristianos á una viña del término de Poqueira, salieron á cortarles el camino y las vidas juntamente, sin considerar el inconviniente que de aquel hecho se podria seguir á su negocio; y matando los seis dellos, huyeron Pedro de Medina y el morisco, y fueron á dar rebato á Albacete de Órgiba; y demás destos, á la vuelta toparon con cinco escuderos de Motril, que tambien habian venido á llevar regalos para la Pascua, y los mataron, y les tomaron los caballos. El mesmo dia entraron en la taa de Ferreira Diego de Herrera, capitan de la gente de Adra, y Juan Hurtado Docampo, su cuñado, vecino de Granada y caballero del hábito de Santiago, con cincuenta soldados y una carga de arcabuces que llevaban para aquel presidio, y como fuesen haciendo las mesmas desórdenes que los escribanos y escuderos, los monfís fueron avisados dello, y determinaron de matarlos como á los demás, pareciéndoles que no era inconviniente anticiparse, pues estaban ya avisados todos y prevenidos para lo que se habia de hacer. Con este acuerdo fueron á los lugares de Soportújar y Cáñar, que son en lo de Órgiba, y recogiendo la gente que pudieron, siguieron el rastro por donde iba el capitan Herrera, y sabiendo que la siguiente noche habian de dormir en Cádiar, comunicaron con don Hernando el Zaguer su negocio; y él les dió órden como los matasen, haciendo que cada vecino del lugar llevase un soldado á su casa por huésped, y metiendo á media noche los monfís en las casas, que se las tuvieron abiertas los huéspedes, los mataron todos uno á uno; que solos tres soldados tuvieron lugar de huir la vuelta de Adra, y juntamente con ellos mataron á Mariblanca, ama del beneficiado Juan de Ribera, y otros vecinos del lugar.

Hecho esto, los vecinos de Cádiar se armaron con las armas que les tomaron, y enviando las mujeres y los bienes muebles y ganados con los viejos á Jubíles, se fueron los mancebos la vuelta de Ujíjar de Albacete con los monfís, y don Hernando el Zaguer y el Partal fueron á dar vuelta por los lugares comarcanos para recoger gente, y otro dia se juntaron todos en Ujíjar, donde los dejarémos agora hasta que sea tiempo de volver á su historia, que ellos harán por donde no podamos olvidarlos aunque queramos. Y si acaso el letor echare menos alguna cosa que él sabe ó desea saber, vaya con paciencia; que adelante en el discurso de la historia lo hallará; que como fueron tan varios los sucesos y en tantas partes, es menester que se acuda á todo.

CAPITULO IV.

Cómo en Granada se supo las muertes que los monfís habian hecho, y cómo Abenfarax quiso alzar el Albaicin.

Celebróse la fiesta del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo en Granada el viérnes en la noche con la solenidad que se solia hacer otros años en aquella insigne ciudad, aunque con mas recato, porque anduvo mucha gente armada rondando las calles. El sábado por la mañana llegaron dos moriscos de Órgiba con dos cartas, una del alcaide Gaspar de Sarabia, y otra de Hernando de Tapia, cuadrillero de los que andaban en seguimiento de los monfís que habia guarecidos en la torre de Albacete, como adelante dirémos. Estas cartas eran, la una para el Presidente, la otra para don Gabriel de Córdoba, tio del duque de Sesa, cuya era aquella villa, dándoles aviso de las muertes que los moriscos habian hecho, y como se habian alzado luego, y tenian cercados los cristianos en la torre, para que lo dijesen al marqués de Mondéjar y le pidiesen que les enviase socorro. Don Gabriel de Córdoba tomó las dos cartas y las llevó luego al Presidente, y después al marqués de Mondéjar, el cual sospechando que algunos moros berberiscos habian desembarcado en la costa, y juntádose con los monfís para llevarse algun lugar, como lo habian hecho otras veces, solamente proveyó que se apercibiesen los jinetes, por si fuese menester hacer algun socorro; y no segundando otra nueva, se enfrió la primera, y la gente de la ciudad se descuidó; y como estaban todos cansados de las rondas pasadas, y hacia aquella noche un temporal asperísimo de frio con una agua nieve muy grande, no hubo quien acudiese á casa del Corregidor para salir á rondar con él; y si algunos caballeros acudieron, fueron pocos y tan tarde, que se hubo de dejar de hacer la ronda cuando mayor necesidad hubo della. Los moriscos del Albaicin habian tenido mas cierta nueva de lo que habia en la Alpujarra, y andando todos turbados, unos se holgaban que los alpujarreños hubiesen comenzado el levantamiento con riesgo de sus cabezas; y otros, que deseaban rebelion general, les pesaba de ver que los monfís se hubiesen anticipado por cudicia de matar aquellos pocos cristianos, y que no hubiesen tenido sufrimiento de aguardar á que el Albaicin comenzase, como estaba acordado. Farax Abenfarax, que estaba á la mira, viendo que la ciudad y la Alhambra se apercebian cada hora, tomó consigo el sábado en la tarde, primer dia de pascua de Navidad, al Nacoz de Nigüéles y al Seniz de Bérchul, capitanes de monfís, y á gran priesa se fué con ellos á los lugares de Guéjar, Pinos, Cénes, Quéntar y Dúdar, y recogió como ciento y ochenta hombres perdidos de los primeros monfís que pudieron atravesar la sierra el viérnes por la mañana, porque los otros no les pudieron acudir, ni menos les acudieron los de aquellos lugares, diciendo que los del Albaicin les habian enviado á decir aquella mañana que no hiciesen novedad hasta que ellos les avisasen. Con esta gente quiso Farax comenzar á matar cristianos. En Quéntar le escondieron al beneficiado los proprios moriscos del lugar, y el de Dúdar se le defendió en la torre de la iglesia; y aunque le puso fuego, no le aprovechó nada. De allí pasó la vuelta de Granada, determinado de alzar el Albaicin; y bajando á unos molinos que están sobre el rio Darro, hizo tomar los picos y herramientas que habia en ellos, y llegando al muro de la ciudad que está por cima de la puerta de Guadix, rompió una tapia de tierra con que estaba cerrado un portillo, y dejando allí veinte y cinco hombres, entró con los demás por cima del barrio llamado Rabad Albaida, á media noche en punto, y se metió en su casa junto á Santa Isabel de los Abades, y al entrar del portillo hizo que todos los compañeros dejasen los sombreros y monteras que llevaban, y se pusiesen bonetes colorados á la turquesca, y sus toquillas blancas encima, para que pareciesen turcos. Luego envió á llamar algunos de los autores del rebelion, y les dijo que, pues el levantamiento estaba ya comenzado en la Alpujarra, convenia que los del Albaicin hiciesen lo mesmo antes que los cristianos metiesen mas gente de guerra en la ciudad; que los ocho mil hombres que habian de acudir del Valle y Vega y los capitanes de las parroquias no estaban tan desapercebidos, que en sintiendo el levantamiento dejasen de acudir, aunque fuese antes de tiempo, y que lo mesmo harian los de los lugares de la sierra, y se podria hacer el efeto de la Alhambra; los cuales, no aprobando su determinacion tan inconsiderada, le dijeron que no era buen consejo el que tomaba; que habiendo de venir con ocho mil hombres, venia con cuatro descalzos; y que no entendian perderse, ni le podian acudir, porque venia antes de tiempo y con poca gente; y ansí se fueron á encerrar en sus casas, no con menor contento de lo que Farax queria hacer que de lo que habian hecho los de la Alpujarra, creyendo que lo uno y lo otro seria parte para que por bien de paz se diese nueva órden en lo de la premática, sin aventurar ellos sus personas y haciendas. De la respuesta de los del Albaicin se sintió gravemente Farax, y comenzó á quejarse dellos, diciendo: «¿Cómo habeisme hecho perder mi casa, mi familia y mi hacienda, y darme á las sierras con los perdidos, por solo poner la nacion en libertad; y agora, que veis el negocio comenzado, los que mas habiades de favorecernos y ayudarnos os salis afuera, como si nos quedase otra manera de remedio, ó esperásemos alcanzar perdon en algun tiempo de nuestras culpas? Debiérades avisarnos antes de agora; y pues ansí es, yo haré que el Albaicin se levante, ó perezcais todos los que estais en él.» Con estas amenazas salió de su casa dos horas antes que amaneciese, llevando la gente en dos cuadrillas, y por la calle de Rabad Albaida arriba se fué derecho á la placeta que está delante la puerta de San Salvador, donde fué avisado que estaban seis ó siete soldados haciendo guardia, y llegando á la boca de la calle, los monfís delanteros quisieran no des-

cubrirse hasta que llegaran todos, porque vieron un soldado que se andaba paseando por la placeta. Este soldado estaba haciendo centinela, y cuando sintió el ruido de la gente que subia por la calle arriba, creyendo que era el Corregidor que andaba rondando, quiso hacer del bravo, y poniendo mano á la espada, se fué derecho á los monfís, diciendo: «¿Quién vive?» Respondiéronle con las ballestas, que llevaban armadas, y hiriéndole en el muslo, dió vuelta á los compañeros, huyendo y tocando arma; los cuales estaban durmiendo al derredor de un fuego que tenian encendido junto á la pared de la iglesia, porque hacia mucho frio, y no fueron tan prestos á levantarse como convenia; por manera que los monfís mataron uno dellos y hirieron otros dos. Finalmente, los sanos y los heridos huyeron, y los enemigos fueron siguiéndolos por unas callejuelas angostas, hasta dar en la plaza de Bib el Bonut, y llegando á unas casas grandes donde moraban los padres jesuitas, llamaron por su nombre al padre Albotodo, y le deshonraron de perro renegado, que siendo hijo de moros, se habia hecho alfaquí de cristianos; y como no pudieron romper la puerta, que era fuerte y estaba bien atrancada de parte de dentro, derribaron una cruz de palo que estaba puesta sobre ella, y la hicieron pedazos. La otra cuadrilla que venia atrás con el Nacoz, en llegando á la placeta tomó á mano derecha, y á la entrada de una calle que llaman la plaza Larga, derribaron las puertas de la botica de un familiar del Santo Oficio, llamado Diego de Madrid, pensando que estaba dentro, porque solia dormir allí cada noche; y no le hallando, vengaron la ira en los botes y redomas, haciéndolo todo pedazos. De allí pasaron al portillo de San Nicolás, que está junto á la puerta mas antigua de la Alcazaba Cadima, en un cerrillo alto, de donde se descubre la mayor parte del barrio del Albaicin, y tocando los atabalejos y dulzainas que llevaban, con dos banderas tendidas y un cirio de cera ardiendo, comenzó uno dellos á dar grandes voces en su algarabía, diciendo desta manera: «No hay mas què Dios y Mahoma, su mensajero. Todos los moros que quisieren vengar las injurias que los cristianos han hecho á sus personas y ley, vénganse á juntar con estas banderas, porque el rey de Argel y el Jerife, á quien Dios ensalce, nos favorecen, y nos han enviado toda esta gente y la que nos está aguardando allí arriba. Ea, ea, venid, venid; que ya es llegada nuestra hora, y toda la tierra de los moros está levantada.» Este pregon fué oido y entendido por muchos cristianos que moraban en el Albaicin y en el Alcazaba; mas no hubo morisco ni cristiano que saliese de su casa ni hiciese señal de abrir puerta ni ventana, aunque dos hombres nos dijeron que habian oido que desde una azotea les habian respondido: «Hermanos, idos con Dios; que sois pocos y venis sin tiempo.» Viendo pues Farax Abenfarax que no le acudia nadie, y que las campanas de San Salvador tocaban á rebato, porque el canónigo Alonso de Horozco, que vivia á las espaldas de la sacristía, se habia metido dentro por una puerta falsa y las hacia repicar, recogiendo todos sus compañeros, se salió de entre las casas, y se fué á poner en un alto de la ladera, por donde se sube á la torre del Aceituno, y desde allí hizo dar otro pregon de la mesma manera; y como no le acudió nadie, comenzó á deshonrar á los del Albaicin, diciéndoles: «Perros, cornudos, cobardes, que habeis engañado las gentes y no quereis cumplir lo prometido.» Y saliéndose por el portillo que habia entrado, se fué la vuelta de Cénes siendo ya el alba del dia, sin que en aquellas dos horas hubiese quien le diese el menor estorbo del mundo; por manera que se deja bien entender que si Farax trajera consigo la gente toda, y los del Albaicin le acudieran, pudiera hacer terrible espectáculo de muertos en la ciudad aquella noche; y tanto mas, si llegaran las cuadrillas de los monfís que venian de la Alpujarra, que por hacer la noche tempestuosa de nieve se habian desbaratado, no pudiendo atravesar la sierra; y lo mesmo habian hecho algunos mancebos sueltos que estuvieron apercebidos para ello, y habian avisádole que serian con él la noche de Navidad, entendiendo que lo podrian hacer.

CAPITULO V.

De lo que los cristianos hicieron cuando supieron la entrada de los monfís en el Albaicin.

Los soldados que dijimos que huyeron del cuerpo de guardia, fueron luego á dar aviso á Bartolomé de Santa María, que era uno de los alguaciles señalados por el Presidente, y bajando á la ciudad, iban por las calles dando voces y tocando arma; mas estaban los vecinos tan descuidados, que muchos no creian que fuese arma verdadera, y asomándose á las ventanas, les decian que callasen, que debian de venir borrachos. Otros salieron turbados con las armas en las manos, no sabiendo lo que habian de hacer ni adónde habian de acudir. Llegados pues á las casas de la Audiencia, donde estaba el Presidente, y dándole cuenta de lo que pasaba, aunque confusamente, como hombres que no habian hecho mas que huir, envió uno dellos al marqués de Mondèjar y otro al Corregidor, y mandó al alguacil que volviese al Albaicin y entendiese mas de raíz lo que habia en él. El soldado que fué al marqués de Mondéjar se detuvo un rato en la puerta del Albambra, que no le quisieron abrir hasta que el conde de Tendilla, que andaba rondando, lo mandó; el cual habia ya oido las voces y los instrumentos desde los muros; y queriéndose informar mejor, le preguntó qué ruido habia sido aquel, y él le contó lo que habia pasado, y le dijo que el Presidente le enviaba á que avisase al Marqués. Entonces le llevó el Conde consigo al aposento de su padre, para que le informase de lo que le habia dicho á él; mas el Marqués no podia creer que fuese tanto como el soldado decia, sino que algunos hombres perdidos habian hecho aquel alboroto. Y como todavía lo afirmase que eran moros vestidos y tocados como moros, y el proprio Conde, su hijo, le dijese que habia oido las voces y los instrumentos, entonces se paró á considerar el caso con mas cuidado y á pensar en lo que convenia hacer. Hallábase con solos ciento y cincuenta soldados, y cincuenta caballos que poder sacar y dejar en la fortaleza; parecíale que seria gran yerro salir della de noche, no sabiendo la cantidad de moros que eran los que habian entrado en el Albaicin, que podrian ser muchos, habiendo tanto número de moriscos en la tierra. Veia que en la ciudad habia muy poca gente útil y bien armada de que poderse valer para acometerlos en la angostura de las calles y casas, donde habia mas de diez mil hombres para poder tomar armas; y al fin, resolviéndose de no dejar la fortaleza, tampoco con-

sintió que se tocase rebato, porque habiendo cesado ya el ruido en el Albaicin, parecia estar todo sosegado, y no quiso dar ocasion á que los ciudadanos subiesen á saquear las casas de los moriscos; en lo cual estuvo muy atentado, porque segun la gente estaba cudiciosa, no fuera mucho que lo pusieran por la obra. Por otra parte, el Corregidor, luego que el otro soldado llegó á él con aviso, poniéndose á caballo con algunos caballeros que le acudieron, fué á las casas de la Audiencia, y en la plaza Nueva, que está delante dellas, comenzó á recoger gente de la que venia desmandada, y procuró estorbar que no subiese nadie al Albaicin. Tambien acudieron don Gabriel de Córdoba y don Luis de Córdoba, su yerno, alférez mayor de Granada, y otros caballeros, que estuvieron en aquella plaza armados lo que quedaba de la noche, esperando si el negocio pasaba mas adelante. El alguacil luego que entró por las calles del Albaicin entendió que los moros se habian ido, porque no halló persona sospechosa en todas ellas; y juntando la mas gente que pudo, fué la vuelta del portillo por donde habian entrado, pensando tomar lengua dellos, y hallando allí un costal de bonetes colorados, que segun parece, traian para dar á los mozos gandules que se juntasen con ellos, y algunas herramientas que habian dejado, lo recogió todo, y no se atreviendo á pasar mas adelante, se volvió á la ciudad. Siendo pues ya de dia claro, el marqués de Mondéjar dejó en la fortaleza de la Alhambra á don Alonsó de Cárdenas, su yerno, que después fué conde de la Puebla; y llevando consigo al conde de Tendilla y á don Francisco de Mendoza, sus hijos, bajó á la plaza Nueva, donde estaban el Corregidor y don Gabriel de Córdoba, y se recogieron luego los marqueses de Villena y Villanueva, y don Pedro de Zúñiga, conde de Miranda; que todos habian venido á seguir sus pleitos en la Audiencia real, y otros muchos caballeros y escuderos armados, y les dijo que se asosegasen, porque sin duda los que habian entrado en el Albaicin y hecho aquel alboroto debian de ser monfís y hombres perdidos, que habian salídose luego huyendo, y que brevemente se entenderia lo que habia sido. Y estándoles diciendo esto, llegó á él un hombre, y le dió aviso como los moros iban con dos banderas tendidas por detrás del cerro del Sol, á dar á la casa de las Gallinas, llamada Darluet, que está como media legua de la ciudad sobre el rio Genil. Con esta nueva se alborotaron todos aquellos caballeros. Hubo algunos que dijeron al marqués de Mondéjar que seria bien enviar sesenta caballos con otros tantos arcabuceros á las ancas, que procurasen entretener aquellos moros mientras llegaba el golpe de la gente; el cual no lo consintió, diciendo que primero queria informarse qué gente eran y el camino que llevaban, y la seguridad que quedaba en el Albaicin. Desto se desgustaron muchos de los que allí estaban, entendiendo que cuanto mas se dilatase la salida, tanto mas lugar y tiempo ternian los moros para meterse en la sierra, donde después no se pudiesen aprovechar dellos, como sucedió. Luego mandó el marqués de Mondéjar á un escudero criado suyo, llamado Ampuero, que fuese á reconocer qué gente era la que aquel hombre decia que habia visto, y que llevase consigo otro compañero, y en descubriéndolos, le dejase sobre ellos y tornase con diligencia á darle aviso; y viendo el mal recaudo y poco caudal de gente con que se hallaba para, si fuese menester, oprimir con fuerza á los del Albaicin, y que para estorbarles que no se rebelasen convenia usar con ellos de industria, dejando en la plaza al conde de Tendilla en compañía de los otros caballeros, y algunos veinticuatros en las bocas de las calles, acompañado del Corregidor, y con treinta caballos y cuarenta arcabuceros y los alabarderos de su guardia, subió al Albaicin, y atravesando por él sin topar gente, porque los moriscos se habian encerrado y hecho fuertes en las casas, de miedo no los robasen, llegó á la iglesia de San Salvador; y preguntó á algunos cristianos que estaban allí recogidos qué era la causa que no parecian moros, los cuales le dijeron que estaban todos encerrados en sus casas. Entonces mandó á Jorge de Baeza que llamase algunos de los mas principales, porque les queria hablar; y trayendo ante él veinte y cinco ó treinta hombres, les preguntó qué novedad habia sido aquella, y qué gente era la que habia entrado en el Albaicin á desasosegarlos; los cuales respondieron con mucha humildad que no sabian nada; que ellos habian estado metidos en sus casas, y eran buenos cristianos y leales vasallos de su majestad, y como tales no habian de hacer cosa que fuese en su deservicio; y que si alguna gente habia entrado á poner la ciudad en alboroto, serian enemigos suyos y personas que querian hacerles mal. A esto les respondió el marqués de Mondéjar que por cierto así lo habian mostrado como decian, y que procurasen conservarse en lealtad; porque siendo los que debian, él procuraria que no se les hiciese agravio, y escribiria á su majestad en su recomendacion, suplicándole que les hiciese toda merced y favor. Con esto quedaron los moriscos, al parecer, de temerosos que estaban, muy contentos, y prometieron de estar y perseverar en la fidelidad y obediencia que debian como buenos y leales vasallos. Hecha esta diligencia, bajó el marqués de Mondéjar por la cuesta de la Alcazaba, y entrando en la ciudad por la puerta Elvira, volvió á la plaza Nueva, donde estaban todavía aquellos caballeros aguardándole; y apartándose con el Corregidor y con el conde de Tendilla, estuvieron buen rato dando y tomando sobre lo que convenia hacer, y al fin se resolvieron en que, venido Ampuero, y sabido el camino que llevaban los moros, se podria ir en su seguimiento, porque habiendo de rodear por el valle de Lecrin, no se podrian meter tan presto en las sierras, que la caballería no los alcanzase primero; y con este acuerdo dijo á los señores y caballeros que allí estaban que se fuesen á sus casas y estuviesen á punto para cuando sintiesen tirar una pieza de artillería; y él se volvió con sus hijos á la Alhambra.

CAPITULO VI.

Cómo el marqués de Mondéjar salió en busca de los monfís que habian entrado en el Albaicin.

El mesmo dia el Corregidor y los veinticuatros, viendo que tardaba mucho la órden del marqués de Mondéjar, acordaron de salir ellos por ciudad en seguimiento de los monfís, y habiéndolo tratado en su cabildo, le enviaron á decir con dos veinticuatros, que le suplicaban fuese servido de salir luego por su persona, porque le acompañarian todos, ó que les diese licencia para que ellos lo pudiesen hacer; el cual les respondió

que les agradecia mucho el cuidado que tenian de las cosas que tocaban al servicio de su majestad, y que solamente esperaba tener aviso cierto del camino que llevaban los monfís para ir en su seguimiento, y que no podia tardar mucho. Era grande el deseo que todos tenian de ir en seguimiento de los moros, y cada momento que tardaban se les hacia un año; mas el marqués de Mondéjar no se queria determinar de dejar atrás la fortaleza y la ciudad, hasta estar bien cierto qué gente era aquella, que pudiera ser mucha y estar emboscada detrás de aquellos cerros; y por esta razon aguardaba los escuderos que habia enviado á reconocer. Estando pues hablando con él unos moriscos del Albaicin, que habian ido á darle las gracias en nombre del reino por la merced que les habia hecho en animarlos con su presencia, y á suplicarle que en lo de adelante no los desamparase, llegó Ampuero, y le dijo como no eran mas de hasta doscientos hombres los que iban con las banderas, y que llevaban el camino de Dílar por la halda de la sierra. Entónces mandó tocar una trompeta y disparar una pieza de artillería y tocar la campana del rebato, todo á un tiempo; y poniéndose á caballo, acompañado de sus hijos y de don Alonso de Cárdenas y de algunos escuderos, salió de la Alhambra á media rienda, y desde el camino envió á decir al Presidente que mandase que la gente de la ciudad le fuese siguiendo, porque no pensaba detenerse en ninguna parte. En este tiempo los moros proseguian su camino, y sin detenerse en los lugares de Dúdar y Quéntar, habian pasado por ellos, y de allí bajado á Cénes, donde estuvieron almorzando; y viendo que un cristiano los habia descubierto, aunque algunos dellos nos dijeron que habian oido las piezas de artillería de la Alhambra, tomaron el camino su poco á poco por la halda de la Sierra Nevada, la vuelta de Dílar, yéndoles á las espaldas bien á lo largo el escudero que habia salido con Ampuero. Luego que partió el marqués de Mondéjar, el Presidente se puso á la ventana de su aposento, y viendo al conde de Miranda, y á don Gabriel de Córdoba, y á don Luis de Córdoba, y á otros caballeros en la plaza Nueva, que habian salido armados en oyendo la señal del rebato, les envió á decir que fuesen á alcanzar al marqués de Mondéjar con toda la gente de á pié y de á caballo que tenian, y ordenó al Corregidor que anduviese por la ciudad y pusiese algunos caballeros y veinticuatros en las bocas de las calles, que no dejasen subir á nadie sin órden al Albaicin, y que enviase alguna gente arriba para asegurarse de los moriscos, encomendándola á personas de confianza, porque no hubiese alguna desórden. Hecho esto, todos los que acudian á la plaza los enviaba en seguimiento de los moros. El marqués de Mondéjar tomó por cima de Güétor hácia Dílar, y llegando al campo que dicen de Gueni, á la asomada dél descubrieron los caballos delanteros á los moros que iban de corrida á tomar la sierra. Don Alonso de Cárdenas puso las piernas al caballo, y con él algunos jinetes, creyendo poderlos alcanzar antes que se embreñasen en ella; mas estorbóselo una cuesta muy agria que se les puso delante en el barranco del rio de Dílar, donde se detuvieron tanto en bajar y tornar á subir, que los moros tuvieron lugar de tomar un cerro alto y muy áspero sobre mano izquierda : allí se hicieron una muela, y poniendo las banderas en medio, comenzaron á dar voces y á tirar con las escopetas. Llegaron cerca dellos algunos escuderos, que los acometieron con escaramuza, pensando entretenerlos hasta que llegase la infantería; uno de los cuales se desmandó tanto, que le mataron el caballo de un escopetazo, y le mataran tambien á él si no fuera socorrido. De allí fueron tomando lo mas áspero de la sierra, donde los caballos no podian subir, yéndoles siempre tirando con las escopetas desde lejos. Viendo pues el conde de Miranda y los otros caballeros cuán mal los podian seguir á caballo, acordaron de apearse; y estándose apercibiendo para ir tras dellos á pié, llegó el marqués de Mondéjar y los detuvo, porque ya estaba puesto el sol; y demás de que los enemigos llevaban gran ventaja de camino, hacia un tiempo muy trabajoso de frio y de agua nieve; y haciendo tocar á recoger, mandó á don Diego de Quesada, vecino del lugar de la Peza, que siguiese aquellos monfís con la infantería y algunos caballos, y dió vuelta hácia la ciudad, y encontrando en el camino al capitan Lorenzo de Avila, á cuyo cargo estaba la gente de guerra de las siete villas de la jurisdicion de Granada, que iba con un golpe de gente, le ordenó que se fuese á juntar con él para el mesmo efeto. Los dos capitanes, y con ellos algunos caballeros, los fueron siguiendo, hasta que con la escuridad los perdieron de vista; y como habia en la sierra tanta nieve y hacia tan recio frio, porque la gente no pereciese se recogieron aquella noche á la iglesia del lugar de Dílar, y allí les llevaron de cenar los moriscos; y en riendo el alba, creyendo que los moros habian detenídose tambien en alguna parte, los fueron siguiendo por las pisadas que dejaban señaladas en la nieve; mas ellos habian caminado toda la noche sin parar, por veredas que sabian, y bajando al valle de Lecrin, iban alzando los lugares por do pasaban, dándoles á entender que dejaban levantado el Albaicin, y que Granada y la Alhambra estaba ya por los moros. Por manera que cuando nuestra gente bajó al valle, ya ellos iban muy adelante; y dejándolos de seguir, por parecerles que iba poca gente y mal apercebida para entrar la tierra adentro, pararon en el lugar de Dúrcal, y allí estuvieron el tercero dia de Pascua, esperando si llegaba mas gente. Dejémoslos agora aquí, y digamos de don Hernando de Válor quién era, y como le alzaron los rebeldes por rey; que á tiempo serémos para volver á ellos.

CAPITULO VII.

Que trata de don Hernando de Córdoba y de Válor, y cómo los rebeldes le alzaron por rey.

Don Hernando de Córdoba y de Válor era morisco, hombre estimado entre los de aquella nacion porque traia su orígen del halifa Maruan; y sus antecesores, segun decian, siendo vecinos de la ciudad de Damasco Xam, habian sido en la muerte del halifa Hucein, hijo de Alí, primo de Mahoma, y venídose huyendo á Africa, y después á España, y con valor proprio habian ocupado el reino de Córdoba y poseídolo mucho tiempo con nombre de Abdarrahamanes, por llamarse el primero Abdarrahaman; mas su proprio apellido era Aben Humeya. Este era mozo liviano, aparejado para cualquier venganza, y sobre todo, pródigo. Su padre se decia don Antonio de Válor y de Córdoba, y andaba des-

terrado en las galeras por un crímen de que habia sido acusado; y aunque eran ricos, gastaban mucho, y vivian muy necesitados y con desasosiego; y especialmente el don Hernando andaba siempre alcanzado, y estaba estos dias preso, la casa por cárcel, por haber metido una daga en el cabildo de la ciudad de Granada, donde tenia una veinticuatría. Viéndose pues en este tiempo con necesidad, acordó de venderla y irse á Italia ó á Flándes, segun él decia, como hombre desesperado; y al fin la vendió á otro morisco, vecino de Granada, llamado Miguel de Palacios, hijo de Jerónimo de Palacios, que era su fiador en el negocio sobre que estaba preso, por precio de mil y seiscientos ducados; el cual, la mesma noche que habia de pagarle el dinero, temiendo que si quebrantaba la carcelería, la justicia echaria mano dél y del oficio por la general hipoteca, y se lo haria pagar otra vez, avisó al licenciado Santaren, alcalde mayor de aquella ciudad, para que lo mandase embargar, y en acabando de contar el dinero, llegó un alguacil y se lo embargó. Hallándose pues don Hernando sin veinticuatría y sin dineros, determinó de quebrantar la carcelería y dar consigo en la Alpujarra; y con sola una mujer morisca que traia por amiga, y un esclavo negro, salió de Granada otro dia luego siguiente, juéves 23 de diciembre, y durmiendo aquella noche en la almacería de una huerta, caminó el viérnes hácia el valle de Lecrin, y en la entrada dél encontró con el beneficiado de Béznar, que iba huyendo la vuelta de Granada; el cual le dijo que no pasase adelante, porque la tierra andaba alborotada y habia muchos monfís en ella; mas no por eso dejó de proseguir su viaje, y llegó á Béznar y posó en casa de un pariente suyo, llamado el Válori, de los principales de aquel lugar, á quien dió cuenta de su negocio. Aquella noche se juntaron todos los Válori, que era una parentela grande, y acordaron que pues la tierra se alzaba y no habia cabeza, seria bien hacer rey á quien obedecer. Y diciéndolo á otros moros de los rebelados, que habian acudido allí de tierra de Órgiba, todos dijeron que era muy bien acordado, y que ninguno lo podia ser mejor ni con mas razon que el mesmo don Hernando de Válor, por ser de linaje de reyes y tenerse por no menos ofendido que todos. Y pidiéndole que lo aceptase, se lo agradeció mucho; y así, le eligieron y alzaron por rey, yendo, segun después decia, bien descuidado de serlo, aunque no ignorante de la revolucion que habia en aquella tierra. Algunos quisieron decir que los del Albaicin le habian nombrado antes que saliese de Granada, y aun nos persuadieron á creerlo al principio; mas procurando después saberlo mas de raíz, nos certificaron que no él, sino Farax, habia sido el nombrado, y que los que trataban el levantamiento no solo quisieron encubrir su secreto á los caballeros moriscos y personas de calidad que tenian por servidores de su majestad, mas á este particularmente no se osaran descubrir, por ser veinticuatro de Granada y criado del marqués de Mondéjar, y tenerle por mozo liviano y de poco fundamento. Estando pues el lúnes por la mañana, á hora de misa, don Hernando de Válor delante la puerta de la iglesia del lugar con los vecinos dél, asomó por un viso que cae sobre las casas á la parte de la sierra, Farax Aben Farax con sus dos banderas, acompañado de los monfís que habian entrado con él en el Albaicin, tañendo sus instrumentos y haciendo grandes algazaras de placer, como si hubieran ganado alguna gran vitoria. El cual, como supo que estaba allí don Hernando de Válor y que le alzaban por rey, se alteró grandemente, diciendo que cómo podia ser que habiendo sido él nombrado por los del Albaicin, que era la cabeza, eligiesen los de Béznar á otro; y sobre esto hubieran de llegar á las armas. Farax daba voces que habia sido autor de la libertad, y que habia de ser rey y gobernador de los moros, y que tambien era él noble del linaje de los Abencerrajes. Los Válori decian que donde estaba don Hernando de Válor no habia de ser otro rey sino él. Al fin entraron algunos de por medio, y los concertaron desta manera: que don Hernando de Válor fuese el rey, y Farax su alguacil mayor, que es el oficio mas preeminente entre los moros cerca de la persona real. Con esto cesó la diferencia, y de nuevo alzaron por rey los que allí estaban á don Hernando de Válor, y le llamaron Muley Mahamete Aben Humeya, estando en el campo debajo de un olivo. El cual, por quitarse de delante á Farax Aben Farax, el mesmo dia le mandó que fuese luego con su gente y la que mas pudiese juntar á la Alpujarra, y recogiese toda la plata, oro y joyas que los moros habian tomado y tomasen, así de iglesias como de particulares, para comprar armas de Berbería. Éste traidor, publicando que Granada y toda la tierra estaba por los moros, yendo levantando lugares, no solamente hizo lo que se le mandó, mas llevando consigo trecientos monfís salteadores, de los mas perversos del Albaicin y de los lugares comarcanos, á Granada, hizo matar todos los clérigos y legos que halló captivos, que no dejó hombre á vida que tuviese nombre de cristiano y fuese de diez años arriba, usando muchos géneros de crueldades en sus muertes, como lo dirémos en los capítulos del levantamiento de los lugares de la Alpujarra.

Bien se deja entender que este don Hernando supo lo que se trataba del levantamiento, ansí por la priesa que se dió en vender su veinticuatría, como porque, segun nos dijo el licenciado Andrés de Álava, inquisidor de Granada, con quien profesaba mucha amistad, que estando de camino para visitar la Alpujarra por órden particular de su majestad, que le mandaba que visitando la tierra, en el secreto del Santo Oficio procurase entender si los moriscos trataban alguna novedad, habia ido á él pocos dias antes que se alzase el reino, y aconsejádole por via de amistad que no se pusiese en camino hasta que pasase la pascua de Navidad, porque para entonces estaria ya la gente mas quieta, y le acompañaria él por su persona; y habia hecho tanta instancia sobre esto, que se podia presumir que ya él lo sabia, y por ventura quiso excusar la ida del inquisidor, pareciéndole que si le tomaba el levantamiento dentro de la Alpujarra, se pornia de nuestra parte mucha diligencia en socorrerle, aunque tambien pudo ser que quiso apartarle del peligro en que veia que se iba á meter, por la amistad que con él tenia. Sea como fuere, esta es la relacion mas cierta que pudimos saber deste negocio.

CAPITULO VIII.

Que trata del levantamiento general de los moriscos de la Alpujarra.

Congoja pone verdaderamente pensar, cuanto mas haber de escrebir, las abominaciones y maldades con que hicieron este levantamiento los moriscos y monfís de la Alpujarra y de los otros lugares del reino de Granada. Lo primero que hicieron fué apellidar el nombre y seta de Mahoma, declarando ser moros ajenos de la santa fe católica, que tantos años habia que profesaban ellos y sus padres y abuelos. Era cosa de maravilla ver cuán enseñados estaban todos, chicos y grandes, en la maldita seta; decian las oraciones á Mahoma, hacian sus procesiones y plegarias, descubriendo las mujeres casadas los pechos, las doncellas las cabezas; y teniendo los cabellos esparcidos por los hombros, bailaban públicamente en las calles, abrazaban á los hombres, yendo los mozos gandules delante haciéndoles aire con los pañuelos, y diciendo en alta voz que ya era llegado el tiempo del estado de la inocencia, y que mirando en la libertad de su ley, se iban derechos al cielo, llamándola ley de suavidad, que daba todo contento y deleite. Y á un mesmo tiempo, sin respetar á cosa divina ni humana, como enemigos de toda religion y caridad, llenos de rabia cruel y diabólica ira, robaron, quemaron y destruyeron las iglesias, despedazaron las venerables imágines, deshicieron los altares, y poniendo manos violentas en los sacerdotes de Jesucristo, que les enseñaban las cosas de la fe y administraban los sacramentos, los llevaron por las calles y plazas desnudos y descalzos, en público escarnio y afrenta. A unos asaetearon, á otros quemaron vivos, y á muchos hicieron padecer diversos géneros de martirios. La mesma crueldad usaron con los cristianos legos que moraban en aquellos lugares, sin respetar vecino á vecino, compadre á compadre ni amigo á amigo; y aunque algunos lo quisieron hacer, no fueron parte para ello, porque era tanta la ira de los malos, que matando cuantos les venian á las manos, tampoco daban vida á quien se lo impedia. Robáronles las casas, y á los que se recogian en las torres y lugares fuertes los cercaron y rodearon con llamas de fuego, y quemando muchos dellos, á todos los que se les rindieron á partido dieron igualmente la muerte, no queriendo que quedase hombre cristiano vivo en toda la tierra, que pasase de diez años arriba. Esta pestilencia comenzó en Lanjaron, y pasó á Órgiba el juéves en la tarde en la taa de Poqueira, y de allí se fué extendiendo el humo de la sedicion y maldad en tanta manera, que en un improviso cubrió toda la faz de aquella tierra, como se irá diciendo por su órden. Y porque juntamente con la historia deste rebelion hemos de hacer una breve descripcion de las taas de la Alpujarra y lugares dellas, para que el letor lleve mejor gusto en todo, dirémos primero en este lugar qué cosa es *taa*, y lo que significa este nombre berberisco.

Taa es un epíteto de que antiguamente usaron los africanos en todas las ciudades nobles, como dijimos atrás en el capítulo tercero del primer libro, y taa quiere decir cabeza de partido ó feligresía de gente natural africana, aunque otros interpretan pueblos avasallados y sujetos. Dicen algunos moriscos antiguos haber oido á sus pasados, que por ser las sierras de la Alpujarra fragosas y estar pobladas de gente bárbara, indómita y tan soberbia, que con dificultad los reyes moros podian averiguarse con ellos, por estar confiados en la aspereza de la tierra, como acaece tambien en las serranías de Africa, que están pobladas de bereberes, tomaron por remedio dividirla toda en alcaidías y repartirlas entre los mesmos naturales de la tierra; y después que estos hubieron hecho castillos en sus partidos, vinieron á meter en ellos otros alcaides granadinos y de otras partes, con alguna gente de guerra, para poderlos avasallar. Y como habia en cada partido destos un alcaide, á quien obedecian mil ó dos mil vasallos, tambien habia un alfaquí mayor que tenia lo espiritual á su cargo, y aquel distrito llamaban taa. Finalmente, es lo mesmo que en Africa *nueiba*, que quiere decir partido de bárbaros pecheros del magacen del Rey; una de las cuales es la tierra de Órgiba, que aunque cae fuera de la Alpujarra, está en la entrada della, de donde comenzarémos, pues los moriscos comenzaron por allí su maldad, y por la mesma órden irémos prosiguiendo en las demás taas como se fueron alzando.

Luego como en Lanjaron, lugar del valle de Lecrin, se entendió el desasosiego de los moriscos, el licenciado Espinosa y el bachiller Juan Bautista, beneficiados de aquella iglesia, y Miguel de Morales, su sacristan, y hasta diez y seis cristianos, se metieron en la iglesia, y llegando Abenfarax, les mandó poner fuego, y el beneficiado Juan Bautista se descolgó por una pleita de esparto y se entregó luego al tirano, el cual le hizo matar á cuchilladas, y prosiguiendo en el fuego de la iglesia, la quemó y se hundió sobre los que estaban dentro. Y haciéndolos sacar de debajo de las ruinas, los hizo llevar al campo, y allí no se hartaban de dar cuchilladas en los cuerpos muertos: tanta era la ira que tenian contra el nombre cristiano. Luego pasaron á la taa de Órgiba, llevando consigo á los mancebos del lugar.

CAPITULO IX.

De la descripcion de la taa de Órgiba, y cómo se alzaron los lugares della, y cercaron los cristianos en la torre de Albacete.

La taa de Órgiba tiene á poniente á Lanjaron, lugar del valle de Lecrin, y á Salobreña y Motril; al cierzo confina con Sierra Nevada; al levante con las taas de Poqueira y Ferreira y con la del Cehel, que cae hácia la mar, que todas están en la Alpujarra; y al mediodía tiene el mar Mediterráneo, donde está en la lengua del agua un castillo fuerte de sitio, que los moros llaman Sayena, y los cristianos Castil de Ferro. Por medio desta taa atraviesa un rio que baja de la Sierra Nevada, y corriendo hácia la mar con algunas vueltas, va á juntarse con el rio de Motril. Es tierra fértil, llena de muchas arboledas y frescuras, y por ser templada, se crian naranjos, limones, cidros y todo género de frutas tempranas, y muy buenas hortalizas en ella. La cria de la seda es mucha y muy buena, y hay hermosísimos pastos para los ganados, y muchas tierras de labor, donde los moradores de los lugares cogen trigo, cebada, panizo y alcandia, y la mayor parte dellas se riegan con el agua del rio y de las fuentes que bajan de aquellas sierras. Hay en esta taa quince lugares, que los moriscos llaman alcarías, cuyos nombres son: Pago, Benizalte, Sórtes, Cáñar, el Fex, Bayárcar, Soportújar, Caratanuz,

Benizeyed, Lexur, Barxar, Guarros, Luliar, Farageuit y Albacete de Órgiba, que es el lugar principal, donde está una torre, que estaba en este tiempo algo mejor proveida que otras veces, porque habiéndose llevado aquel lugar los moros de Berbería, pocos años antes se habia puesto mejor recaudo en ella. La mayor parte destos lugares están en las haldas de las sierras, y los otros en una vega llana que se hace entre ellas, donde está el lugar de Albacete de Órgiba.

El dia que el Partal y el Seniz mataron aquellos cristianos que dijimos de Ujíjar, los dos hombres que escaparon de sus manos fueron huyendo al lugar de Albacete de Órgiba y dieron aviso á Gaspar de Sarabia, que estaba por alcaide y gobernador de aquella taa, el cual luego otro dia viérnes bien de mañana envió á Camacho, alguacil mayor, con ocho cristianos arcabuceros, y con ellos algunos moriscos desarmados, á que supiesen qué novedad habia sido aquella. Y mientras ellos iban, vino á él un morisco, alguacil de Benizalte, llamado Alvaro Abuzayet, y le dijo que hiciese recoger con brevedad todos los cristianos chicos y grandes á la torre, porque estaba la tierra levantada. Con este aviso se recogieron luego Alonso de Algar, cura de Albacete, y los otros clérigos, beneficiados y vecinos cristianos que moraban en los lugares de aquella taa, sin recebir daño, sino fueron los de Soportújar y algunos perezosos. Los ocho arcabuceros corrieron peligro de perderse, porque estando en el lugar de Barxar enterrando los cristianos que habian sido muertos el dia antes, dieron los monfís en ellos, y haciéndolos huir, los fueron siguiendo hasta cerca de la torre, llamándolos de perros, y diciéndoles que ya era llegado su dia, y les quitaron algunas armas, y los proprios moriscos de paces que iban con ellos fueron los que mas los persiguieron. Viendo pues Gaspar de Sarabia lo que pasaba, recogió á gran priesa las moriscas y muchachos que pudo haber en el lugar y las metió en la torre, entendiendo que si se viese en necesidad, no faltaria quien se compadeciese, padres, maridos ó hermanos, y que secretamente les proveerian de agua y de bastimentos mientras le venia socorro. Finalmente, se encerró en la torre con ciento y ochenta personas y algunos hombres esforzados entre ellos, uno de los cuales se llamaba Pedro de Vilches, y por otro nombre Pié de palo, porque teniendo cortada una pierna á cercen, la traia puesta de palo, y era hombre animoso y muy plático en aquella tierra; y otro Leandro, que era gran cazador, y acaso habia llegado allí aquella noche con dos cargas de conejos y perdices y un cuero de aceite; que cierto pareció haberlo enviado Dios para la salud de aquella gente; porque demás de que él era buen arcabucero, y llevaba su arcabuz con cantidad de municion para poder pelear, la caza suplió la necesidad y hambre algunos dias, y el aceite fué de mayor importancia para quemar á los enemigos una manta de madera que les arrimaron al muro de la torre, entendiendo poderlo picar por debajo. No fueron bien recogidos los cristianos cuando se levantó el lugar, y en un barrio que está cerca dél arbolaron una bandera, y tumultuosamente se recogieron á ella los mancebos gandules, y no mucho después parecieron otras seis banderas, la mayor dellas colorada, con unas lunas de plata en medio, y las otras todas de seda de diferentes colores, y atravesando por un viso á vista de la torre, fueron á ponerse en los olivares, acompañados de mucha gente armada de arcabuces y ballestas. De allí enviaron á recoger los lugares que estaban en lo llano, y saliendo hombres y mujeres con bagajes cargados de ropa y de bastimentos, y los ganados por delante, se subieron á la sierra de Poqueira, y la gente armada cercó la torre donde estaban nuestros cristianos. Luego que se alzaron los lugares de Soportújar y Cáñar y los demás de las sierras, lo primero que hicieron aquellos herejes fué destruir las iglesias, y saquear lo que habia en ellas y en las casas de los cristianos. En Soportújar prendieron por engaño al vicario de Ojeda, beneficiado de aquel lugar, y después de tenerle preso á él y á un muchacho criado suyo, llamado Martin, ofreciéndole de darle libertad un morisco que tenia por amigo, que se decia Bartolomé Aben Moguid, hijo del alguacil del lugar, le sacó de donde estaba y le escondió en casa de otro morisco, llamado Miguel de Jérez, y allí estuvo cuatro dias, al cabo de los cuales vino Farax Abenfarax, que, como queda dicho, iba recorriendo los lugares por mandado de Aben Humeya, y donde quiera que llegaba hacia pregonar que, so pena de la vida, ningun moro fuese osado de esconder cristiano de ninguna edad que fuese, sino que luego se los manifestasen, y de miedo dél declaró Aben Moguid como tenia aquellos dos cristianos. Y enviando Abenfarax dos moros por ellos, los sacaron de donde estaban y los desnudaron en cueros, y atándoles las manos atrás, los entregaron á Zacarías de Aguilar, enemigo del beneficiado, el cual los llevó á la plaza del lugar, y tomándolos los vecinos en medio, les dieron muchos bofetones y puñadas, y después los llevaron á un montecillo que está como media legua de allí, para matarlos y dejar los cuerpos en el campo, porque Abenfarax mandaba que no les diesen sepultura. Y juntamente llevaron una cristiana, llamada Beatriz de la Peña, con cinco hijos niños, y teniéndolos ya para matar, acertó á pasar por aquel camino Aben Humeya, que venia de Béznar, y condoliéndose de la mujer y de los niños, les mandó que solamente matasen al vicario, y que los demás los volviesen al lugar y se los guardasen hasta que enviase por ellos. Luego cargaron los enemigos de Dios sobre aquel sacerdote, que invocaba su santísimo nombre, y dándole uno dellos con la verga de la ballesta en la cabeza un gran golpe, que le aturdió y dió con él en el suelo, le hirieron luego los otros con las lanzuelas y espadas, hasta que le acabaron de matar. Y encendidos en aquella ira, hirieron tambien á Martin, su criado, de una cuchillada en la cabeza, que se la hendieron, diciéndole el que le hirió: «Toma, perro, porque eres hijo del alguacil de Órgiba.» Ved cuánta enemistad era la que tenian con los ministros espirituales y temporales, que aun á sus hijos niños no perdonaban. La mujer con sus criaturas llevaron á Soportújar, y después al castillo de Jubiles, donde alcanzaron libertad cuando el marqués de Mondéjar lo ganó, con otras muchas cristianas que habia recogido allí Aben Humeya.

CAPITULO X.

Cómo se alzaron los lugares de las taas de Poqueira y Ferreira, y la descripcion dellas.

Las taas de Poqueira y Ferreira están en la entrada de la Alpujarra; las cuales confinan á poniente con

la taa de Órgiba, á levante con la de Jubíles, al mediodia con el Cehel, y á tramontana con Sierra Nevada. En la taa de Poqueira hay cuatro lugares llamados Capeleira, Alguazta, Pampaneira y Bubion; y en la de Ferreira hay once, que son: Pítres, Capeleira de Ferreira, Aylácar, Fondáles, Ferreirola, Mecina de Fondáles, Pórtugos, Luaxar, Busquistar, Bayarcal y Harat el Bayar. Toda esta tierra es muy fresca, abundante de muchas arboledas; críase en ella cantidad de seda de morales; hay muchas manzanas, peras, camuesas de verano y de invierno, que llevan los moradores á vender á la ciudad de Granada y á otras partes todo el año, y mucha nuez y castaña ingerta. El pan, trigo, cebada, centeno y alcandia que allí se coge es todo de riego, y lo mejor y de mas provecho que hay en el reino de Granada. Está una sierra entre estas dos taas, donde se crian hermosas viñas y huertas, y en ella nacen muchas fuentes de agua fria y saludable, con que se riegan, y son todas la frutas, hortalizas y legumbres que allí se cogen muy buenas. Es tan grande la fertilidad desta tierra, que si siembran los garbanzos blancos en ella, los cogen negros; y son los castaños tan grandes, que en el lugar de Bubion habia uno donde una mujer tenia puesto un telar para tejer lienzo entre las ramas, y en el hueco del pié hacia su morada con sus hijos; y cuando el comendador mayor de Castilla entró con su campo en la Alpujarra, estando en aquel lugar, vimos seis escuderos con sus caballos dentro del hueco de aquel árbol, y á la partida le pusieron fuego unos soldados y le quemaron. De verano hay en estas sierras hermosísimos pastos para los ganados; y de invierno, porque es tierra muy fria, los llevan á lo de Dalías, ó hácia Motril y Salobreña, que es mas caliente y templado por razon de los aires de la mar. Están estas dos taas á manera de península, entre dos rios que bajan de la Sierra Nevada; el primero y mas ocidental nace sobre la mesma taa de Poqueira, y corriendo por entre asperísimas y altas sierras, la cerca por aquella parte, y se va á juntar con el rio de Motril antes de llegar á la puente Tejali, donde está el puerto de Jubilein, que es la entrada de Órgiba á la Alpujarra yendo por el rio de Cádiar, que se pasa en este camino, en espacio de cuatro leguas, mas de sesenta veces por pasos dificultosos y puertos fragosísimos de peñas. El otro rio nace tambien en la Sierra Nevada, á levante dél y á poniente del lugar de Trevélez, y con la mesma aspereza y fragosidad cerca las dos taas hácia oriente y mediodía. Por bajo del lugar de Ferreirola hace dos brazos, y entrambos se juntan con el rio que baja de Alcázar, y se van despues á meter en el rio de Motril en la garganta del Dragon, que los moriscos llaman Alcazaubin. Recógense en aquel lugar tantas aguas de verano, por razon de las nieves que se derriten de las sierras, que parece un mar tempestuoso el ruido que lleva el rio. Esta tierra decian los moriscos haber oido decir á sus pasados que jamás habia sido conquistada por fuerza de armas, y así tenian mucha confianza en el sitio y fortaleza della, creyendo que ningun ejército acometeria la entrada, habiendo quien defendiese los asperísimos pasos, donde poca gente era fuerte y poderosa; y por esta razon eligieron aquel sitio donde se recoger del primer ímpetu con sus mujeres, hijos y ganados.

Alzáronse los lugares de la taa de Poqueira viérnes por la mañana á 24 dias del mes de diciembre. Los cristianos que habia en ellos corrieron luego á favorecerse en la torre de la iglesia del lugar de Burburon, que al parecer era fuerte, aunque no estaba acabada, y los herejes traidores (que así merecen que los llamemos de aquí adelante), viendo que se defendian, fueron á saquearles las casas, y cercando la iglesia, abrieron una puerta que estaba tapiada, encubierta de la torre, y entrando furiosamente por ella, destruyeron y robaron todas las cosas sagradas, y luego juntaron muchos zarzos y tascos untados con aceite para poner fuego á la puerta de la torre. Viendo esto los cristianos, y hallándose sin defensa, sin agua y sin mantenimientos, tomaron por medio rendirse antes que morir abrasados en crueles llamas; y fuérales menor mal, si los enemigos no usaran despues otras mayores crueldades con ellos; porque los desnudaron y ataron, y les dieron muchos palos y bofetadas; y habiéndolos tenido aprisionados diez y nueve dias, los sacaron á justiciar por mandado de Aben Humeya á una huerta cerca del lugar, un dia antes que el marqués de Mondéjar llegase á Órgiba; y allí hicieron pedazos con las espadas al licenciado Quirós, cura del lugar de Concha, y al beneficiado Bernabé de Montanos, y á Godoy, su sacristan, y á otros veinte legos; y dejando los cuerpos á las aves y á los perros que se los comiesen, á solas las mujeres y á los niños de diez años abajo tomaron por captivos. Al bachiller Baltasar Bravo, beneficiado y vicario de aquella taa, porque sabian que tenia mucho dinero, no le mataron, y dándole tormento, le sacaron tres mil ducados de oro y mucha plata labrada, y con esperanza que les habia de dar mas, le dejaron con la vida.

Los de la taa de Ferreira se alzaron en el mesmo dia y hora que los de Poqueira, especialmente los de Pórtugos y de los otros lugares junto á él. Los cristianos, en sintiendo el alzamiento, fueron luego á favorecerse en la torre de la iglesia de aquel lugar con sus mujeres y hijos. Los moros les saquearon las casas, y entrando en la iglesia por una puerta pequeña, la robaron y destruyeron, y pusieron fuego á la torre, amenazando á los que se habian encastillado dentro con cruel muerte si luego no se rendian. Hubo algunos animosos que mostraban querer mas morir que verse en poder de aquellos infieles; otros, viéndose quemar vivos, y oyendo las piadosas lamentaciones de sus mujeres y hijos, considerando que ninguna crueldad se podia usar con ellos mayor que la del fuego, y teniendo alguna esperanza de que no los matarian, determinaron de rendirse; y al fin persuadieron á los demás á que se diesen á partido, con promesa de que no les harian otro mal sino tomarlos por captivos. Habiéndose pues tardado en determinarse, el fuego fué creciendo cada hora mas y ocupó la escalera de la torre; y siendoles forzado descolgarse con sogas por la parte de fuera, donde no habian aun llegado las llamas, el recebimiento que les hacian aquellos enemigos de Dios era desnudarlos en poniendo los piés en el suelo, y darles muchos palos y bofetones, y atándoles las manos atrás, los llevaban á meter de piés en un cepo. Al beneficiado Juan Diez Gallego, que residia en Pítres, y acertó á hallarse allí aquel dia, mataron de una saetada, estando asomado á una ventana de la torre. Prendieron á los beneficiados Juan

Vola y Baltasar de Torres, y á su padre, y á otros muchos legos, y á las mujeres y niños que tuvieron lugar de poderse descolgar; y cuando fué aplacada la llama, retirando la brasa, entraron dentro, y á todos los hombres que hallaron vivos los mataron; y por atormentar mas á los cristianos presos con pena y vituperio, les hicieron sacar de la torre los cuerpos muertos, y que con sogas á los pescuezos los llevasen arrastrando fuera del lugar y los echasen en un barranco; y después los mataron á ellos, sacándolos de cuatro en cuatro, para que durase mas la fiesta, llevándolos desnudos y descalzos, dándoles de pescozones y puñadas. Poníanlos sentados por su órden en el suelo en una haza, y luego comenzaban su venganza; el que llevaba la soga con que iba el cristiano atado, era el primero que le heria; luego llegaban los otros y le daban tantas lanzadas y cuchilladas, hasta que le acababan de matar; algunos entregaron á las moriscas antes que espirasen, para que tambien ellas se regocijasen. Uno de estos fué Juan de Cepeda, hafiz de la seda, el cual llevó su martirio, si en aquel punto supo gozar de Dios, por mano de mujeres con piedras y almaradas. Mataron tambien este dia una morisca viuda, que habia sido mujer de un cristiano, llamada Inés de Cepeda, porque no quiso ser mora como ellos, y les decia que era cristiana y que no queria mayor bien que morir por Jesucristo. En esta constancia la degollaron, y dió el alma á su Criador, encomendándose muchas veces á la gloriosa vírgen María. No podian los descreidos llevar á paciencia que los cristianos cuando se veian en aquel punto se encomendasen á Dios y á su bendita Madre. Y como herejes y malos les decian: «Perros, Dios no tiene madre;» y los herian cruelísimamente. Al beneficiado Baltasar de Torres rogaron mucho que se tornase moro dos herejes llamado Pedro Almalqui y Juan Pastor, y le prometian que le darian su hacienda y le casarian. Y como les respondiese que era sacerdote de Jesucristo y que habia de morir por él, le dieron de bofetadas y puñadas; y diciéndole por escarnio: «Perro, llama agora al Arzobispo y al Presidente y á Albotodo que te favorezcan.» Cuando hubieron sacado por engaño á su madre docientos ducados que tenia escondidos, con promesa de que no le matarian, le desnudaron en cueros, y maniatado con una soga á la garganta, le llevaron á la plaza, y apartándole á un cabo, donde llaman el Lauxar, le cortaron los piés y las manos, y luego le ahorcaron juntamente con otros dos cristianos mancebos, que el uno no tenia edad de catorce años; y porque lloraba un niño sobrino del beneficiado viendo matar á su tio, le mataron tambien á él. Murieron en este lugar veinte y ocho cristianos entre clérigos y legos, y dos niños de edad de tres años, ó poco mas. Los autores destas crueldades que Farax Aben Farax mandaba hacer, fueron Luis el Hardon y Miguel de Granada Xaba, juntamente con las cuadrillas de los monfís.

Alzóse el lugar de Mecina de Fondáles el mesmo dia viérnes en la noche, y tomando á los cristianos que vivian en aquel lugar descuidados, los prendieron á todos en sus casas y los robaron. Luego acudieron á la iglesia, y como si en aquello estuviera toda su felicidad, destruyeron todas las cosas sagradas, y se llevaron los ornamentos y cosas de precio que allí habia. Fueron muchos los malos tratamientos y afrentas que hicieron á los cristianos captivos en este lugar; y después de bien hartos de ultrajarlos, mataron diez y seis personas, y entre ellos dos beneficiados, llamados Luis de Jorquera y Pedro Rodriguez de Arceo, y á Diego Perez, sacristan, y á Pedro Montañés, hombre rico, y á su mujer y á una criatura que llevaba en los brazos. Sacábanlos á todos desnudos, las manos atadas, fuera del lugar, dándoles de palos y de bofetadas, y después los herian cruelmente con lanzas, espadas y con piedras.

El lugar de Pítres de Ferreira se alzó la noche de Navidad, viérnes á 24 de diciembre, como los demás desta taa. Los cristianos que allí vivian, y otros que se hallaron en él acaso, en sintiendo el alboroto de la gente se metieron en la torre de la iglesia, y los moros les saquearon las casas y los cercaron. Teniéndolos pues cercados, y viendo que se defendian, un moro de los principales de aquel lugar, llamado Miguel de Herrera, les persuadió con buenas palabras á que se rindiesen, diciendo que no los matarian; los cuales lo hicieron ansí, viendo lo poco que podia durar su vana defensa. Luego saquearon y robaron la iglesia y deshicieron los altares. Miguel de Herrera llevó á su casa y á otras de particulares á los prisioneros, dándoles esperanza que no moririan; y habiéndolos tenido allí tres dias, llegó el traidor de Farax, y dejándole mandado que los matase, los llevaron á todos maniatados á casa de Diego de la Hoz el viejo, que era un cristiano rico que vivia en aquel lugar, y haciendo pregonar que todos los moros y moras que quisiesen regocijarse con la muerte de sus enemigos saliesen á la plaza á ver como los mataban, en un punto se hinchó toda de gente. El primero que sacaron fué al beneficiado Jerónimo de Mesa, y poniendo una garrucha con una gruesa soga en lo alto de la torre de la iglesia, le ataron los brazos atrás asidos della, y subiéndole arriba, le dejaron caer tres veces de golpe en el suelo con los brazos descoyuntados, y de los golpes que daba sobre una losa, se le hicieron pedazos las canillas de los piés y de los muslos en presencia de su madre, que era morisca de nacion y buena cristiana; la cual viendo hecho pedazos á su hijo, llegó á él con ánimo varonil, y besándole muchas veces el rostro, le dijo: «Hijo mio, esforzad en Dios y en su bendita Madre, que son los que han de favorecer vuestra alma; que los tormentos presto pasarán.» El cual alzando los ojos al cielo, daba infinitas gracias á Jesucristo, derramando lágrimas de contemplacion con tanto ánimo como si no sintiera aquel tormento. Viéndole pues los herejes en esta constancia, y que tan de corazon se encomendaba á Dios, llegaron á él, y por escarnecerle le decian: «Perro, di agora el Ave María; veamos si te quitará de aquí.» Y tornándole á subir otra vez á lo alto, le dejaron caer cuatro veces, y luego le quitaron; y echándole una soga á la garganta, le entregaron á las moras para que tambien ellas tomasen su venganza en él; las cuales le llevaron arrastrando fuera del pueblo, y hiriéndole con almaradas, lanzuelas y piedras, le acabaron de matar; y volviéndose contra su madre, le escupian en la cara, llamándola de perra cristiana; y mesándola, y dándole de bofetadas, le dieron tantas heridas y pedradas, que la derribaron muerta sobre el cuerpo de su hijo. Acabado este espectáculo,

sacaron á Diego de la Hoz el viejo, y al gobernador de Torviscon, y á Francisco de Campuzano, y con ellos otros muchos cristianos, y los llevaron donde los habian de matar; y porque algunos, teniendo las manos atadas, hacian la cruz con los dedos pulgares y la besaban, llegaban á ellos y se los cortaban. Hubo entre estos cristianos dos muchachos, que el mayor seria de trece años, y era hijo de Anton Martin, familiar del Santo Oficio, en quien el señor puso su mano aquel dia, porque no bastaron con ellos ruegos, promesas ni amenazas para que renegasen. Y queriéndolos sacar á matar con los demás, se llégó uno llamado Pedro, hijo de Diego de Hoz, á su madre, y con semblante alegre le dijo: «Señora madre, rogad á Dios por mí.» Y como le respondiese llorando: «Hijo mio, tú eres el que has de rogar por todos,» le replicó el muchacho: «Por cierto, señora, yo lo haré, y no tengais pena de mi muerte; que voy muy alegre y contento á morir por Jesucristo.» Y con grandísimo esfuerzo llegaron entrambos adonde estaban los otros cristianos muertos, y hincando las rodillas en el suelo, sin temor de aquella muerte breve, fueron á gozar de la vida perdurable, ensangrentando en ellos sus espadas los enemigos de Jesucristo: cosa por cierto de admiracion, y para dar gracias al Omnipotente, que no hubo en todo este alzamiento cristiano, hombre ni mujer, grande ni pequeño, sacerdote ni lego, que negasen la fe; antes hubo algunos moriscos y moriscas que holgaron de morir por ella, y se ofrecian de buena gana al sacrificio con tanto mas ánimo, cuanto mayores crueldades veian hacer. Padecieron en este lugar veinte y tres cristianos por sentencia de Miguel de Herrera, que como juez los condenaba. Los principales ejecutores del mal que allí se hizo fueron Lorenzo de Murcia, Lorenzo Campanari, Miguel de Montoro y Miguel Zenin y el Mehme. Otras muchas crueldades se hicieron en los otros lugares destas taas, que dejo de poner, porque para haberlo de contar todo, seria menester gran volúmen y cansar al letor.

CAPITULO XI.

Cómo se alzaron los lugares de la taa de Jubíles, y la descripcion della.

La taa de Jubíles confina á poniente con las taas de Poqueira y Ferreira, á tramontana tiene la Sierra Nevada, al mediodía el Cehel, y á levante la taa de Ujíjar de Albacete. Es tierra de muchas sierras y peñas, especialmente á la parte de Sierra Nevada. Hay en ellas veinte lugares, llamados Válor, Viñas y Exen, Mecina de Bombaron, Yátor, Narila, Cádiar, Tímen, Portel, Gorco, Cuxurio, Bérchul, Alcútar, Lóbras, Nieles, Cástaras, Notaes, Trevélez y Jubíles, que es la cabeza. Hácia la parte de Bérchul hay grandes cuevas, que naturaleza hizo y fortaleció entre las peñas en lugares muy secretos, donde los moriscos tenian recogidos muchos bastimentos para el tiempo de la necesidad. A la parte de levante y mediodía cerca esta taa un rio que nace en lo mas alto de Sierra Nevada, junto al puerto de Loh, que quiere decir puerto de la Tabla, porque está una tabla de tierra llana en lo mas alto dél, por donde se atraviesa la Sierra Nevada, yendo de Guadix á la Alpujarra. Este rio es el que llaman de Cádiar, y entre él y el que dijimos que baja de junto á Trevélez y cerca las taas de Poqueira y Ferreira, está la taa de Jubíles, la cual es abundante de pan, trigo, cebada, panizo y alcandia, y de mucho ganado; mas tiene muy pocas arboledas, y la seda que allí se cria no es tan buena como la de las otras taas, especialmente la del proprio lugar de Jubíles.

Jubíles es el lugar principal desta taa, donde se ven las ruinas de un castillo antiguo, en un sitio asaz grande y fuerte, en el cual dicen los moriscos antiguos que habia en tiempo de moros un alcaide y gente de guerra para tener sujetos los lugares de aquel partido, que eran los mas inquietos de la Alpujarra, bárbaros y bestiales sobremanera. Levantáronse los moriscos deste lugar y de los otros desta taa el viérnes víspera de Navidad, cuando los monfís hubieron muerto los cristianos que fueron á alojarse á Cádiar con el capitan Herrera, y lo primero que hicieron fué robar la iglesia y destruir cuanto habia en ella. Luego corrieron á las casas de los cristianos que moraban en el lugar, y no con menor cudicia que ira las saquearon, y prendiéndolos, los metieron en la iglesia con gente de guardia, y allí los tuvieron algunos dias, predicándoles su seta y amonestándoles que se volviesen moros, hasta tanto que volvió Farax, y mandó que los matasen á todos; y por su órden los mataron el juéves 30 dias del mes de diciembre. Los primeros fueron el beneficiado Salvador Rodriguez y el cura Martin Romero, y su sacristan Andrés Monje. Lleváronlos desnudos en cueros, las manos atadas atrás, á una haza que estaba cerca de la iglesia, y allí los acabaron á cuchilladas, y con ellos otros dos legos. Y teniendo ya en aquel lugar para hacer lo mesmo de otros cristianos de los que tenian presos, acertó á pasar por allí don Hernando el Zaguer, que andaba requiriendo aquellos pueblos, y se los quitó y los entregó á un morisco del lugar, para que tuviese cargo de guardarlos hasta que se los pidiese. Estas crueldades que Aben Farax hacia, no aplacian nada al Zaguer; antes le aborrecia por ello á él y á los que con él andaban; mas no osaba contradecírselo, porque temia que los moros rebelados se lo ternian á mal, y dirian que favorecia á los cristianos, ó que se apiadaba dellos; y por el mesmo caso, haciéndose á la parte de Aben Farax, le alzarian por su gobernador, por ser hombre enemigo y perseguidor del nombre cristiano.

Los del lugar de Alcútar se alzaron el mesmo dia que los de Jubíles, robaron la iglesia, hicieron pedazos los retablos y imágines, destruyeron todas las cosas sagradas, y no dejaron maldad ni sacrilegio que no cometieron en compañía de los monfís y de Esteban Partal, su capitan. Fueron á casa del vicario Diego de Montoya, beneficiado de aquel lugar, y entrándola por fuerza, le mataron de una saetada. Prendieron al licenciado Montoya, su sobrino, y cortáronle una mano; saquearon cuanto tenian. Tomaron vivos á Juan de Montoya, beneficiado del lugar de Cuxurio de Bérchul, que se halló allí á la sazon, y á otros cristianos y cristianas que vivian en él, y llevándolos después á matar al lugar de Cuxurio con otros captivos, como se dirá adelante, mostraban gran sentimiento de pesar por no haber prendido al vicario Diego de Montoya, porque quisieran tomar muy de espacio venganza en él.

Tambien se alzaron los del lugar de Narila el viérnes

en la noche, los cuales destruyeron y robaron la iglesia y las casas de los cristianos, y prendiéndolos á todos, y entre ellos á un clérigo de misa llamado Cebrian Sanchez, los llevaron maniatados al lugar de Alcútar; y habiéndolos tenido allí predicándoles su seta y persuadiéndolos á que se tornasen moros, y amenazándoles que si no lo hacian les darian cruelísimas muertes, cuando vieron que les aprovechaban poco sus persuasiones y amenazas, desnudaron todos los hombres en cueros, y los llevaron, las manos atadas atrás, al lugar de Cuxurio, donde los mataron; siendo autores desta maldad Lope y Gonzalo Seniz, vecinos de Cuxurio de Bérchul, que fueron crueles perseguidores de cristianos, y caudillos de monfís.

El lugar de Cuxurio de Bérchul se alzó cuando los otros desta taa, y los rebeldes dichos con cruelísima rabia entraron lo primero en la iglesia, y haciendo pedazos los retablos y las imágines y la pila del santo baptismo, quebraron el arca del Santísimo Sacramento, y no hallando la sagrada hostia de la Eucaristía, que la habia consumido el beneficiado Pedro Crespo, arrojaron con menosprecio y desden todas las cosas sagradas por el suelo. Luego fueron á saquear las casas de los cristianos, y prendieron al beneficiado, que se habia escondido en casa de un morisco su amigo, y le mataron cruelísimamente. A este lugar llevaron los cristianos que habian captivado en el lugar de Alcútar y Narila, y los mataron á todos delante de la iglesia. Al beneficiado Juan de Montoya, que habia sido preso en Alcútar, sacó uno de aquellos herejes el ojo derecho con un puñal, y luego les tiraron á todos al terrero con las ballestas y con los arcabuces, estando presentes á ello Esteban Partal y Lope el Seniz y otros capitanes de monfís.

Los de Mecina de Bombaron se alzaron tambien el viérnes en la noche, saquearon luego la iglesia, quebraron los retablos, despedazaron las venerables imágines, deshicieron los altares, y finalmente destruyeron y robaron todas las cosas sagradas; y hallando á los cristianos descuidados, los prendieron á todos y les saquearon las casas. En este lugar arbolaron los rebeldes una bandera de tafetan carmesí bordada de hilo de oro, y en medio un castillo con tres torres de plata, que la tenian guardada de tiempo de moros, y el que la tenia se llamaba Andrés Hami, vecino del mesmo lugar. Prendieron al beneficiado Francisco de Cervilla en su casa, y atándole las manos atrás, le dieron muchos bofetones y palos, y le llevaron de aposento en aposento, hasta que les entregó el dinero y la ropa que tenia; y después sacándole fuera, se adelantó un moro que solia ser grande amigo suyo, y haciéndose encontradizo con él en el umbral de la puerta, le atravesó una espada por el cuerpo diciéndole: «Toma, amigo; que mas vale que te mate yo que otro;» y allí le acabaron de matar los sacrílegos á pedradas y cuchilladas. Y no contentos con esto, tomó uno de los que allí estaban un palo, y le quebrantó todo el cuerpo á palos desde los piés hasta la cabeza; y otro dia de mañana le sacaron arrastrando fuera del lugar, y le echaron en un barranco. No mucho después mataron todos los cristianos que tenian captivos, y entre ellos al beneficiado Juan Gomez el viejo, y al cura Juan Palomo, haciendo en ellos mil géneros de vituperios y crueldades. Fué cruel perseguidor de cristianos en este lugar Miguel Daloy, alguacil dél.

El lugar de Válor está en dos barrios, el alto y el bajo; entrambos se alzaron el viérnes en la noche. Los cristianos clérigos y legos que allí moraban se recogieron, en sintiendo el alboroto, á la torre de la iglesia del barrio bajo, donde estuvieron con harto cuidado aquella noche. Los moros saquearon y robaron la iglesia del barrio alto y las casas de los cristianos; y otro dia de mañana los cercaron en la torre, y asegurándoles Bernardino Abenzaba que no les harian ningun mal, los captivaron á todos; y desque hubieron destruido y robado tambien aquella iglesia, los llevaron maniatados á unas casas, y allí les predicaron algunos dias la seta de Mahoma; y viendo que aprovechaba poco su predicacion, porque todos decian que eran cristianos y que habian de morir por Jesucristo, sacaron los herejes á los hombres desnudos y maniatados fuera del lugar, y poniéndolos á terrero, les tiraron con arcabuces y ballestas. Los primeros que mataron fueron tres beneficiados, llamados el bachiller Delgado, Alonso García y Tejerina, y dos sacristanes, que el uno se decia Francisco de Almansa. Deste lugar era natural don Hernando de Válor, mas no se halló allí aquel dia; y si bien se hallara, no dejaran de hacer estas crueldades, á las cuales no queria contradecir, por tener el pueblo mas culpado, mas obligado, y con menos confianza de perdon; y por esta razon, si unas veces las permitia, otras muchas las mandaba hacer, porque le tuviesen por enemigo de cristianos.

El mesmo dia y en la mesma hora que se alzó Válor, se alzaron los lugares de Yégen y Yátor, en los cuales no fueron menores las crueldades que usaron los enemigos de Dios. Destruyeron y robaron las iglesias y las casas de los cristianos, captiváronlos á todos, y haciéndoles muchos malos tratamientos, vinieron después á darles cruelísima muerte; y entre ellos mataron al bachiller Bravo y á su sacristan, y un vecino que se decia Juan de Montoya, que se escapó herido de una saetada en la cabeza, fué á parar á Ujíjar, donde tambien fué muerto con otros muchos cristianos que allí habia.

CAPITULO XII.

Cómo se alzaron las taas de los dos Ceheles, y la descripcion dellas.

Los Ceheles son dos taas que están juntas en la costa de la mar; la que cae á poniente llaman Zueyhel, nombre diminutivo, porque es mas pequeña que la otra. Esta confina á poniente con las sierras de Jubilein, en la entrada de la Alpujarra, donde están los lugares de Rubite, Bárgix y Alcázar, y con la taa de Órgiba. El Cehel grande tiene á levante la tierra de Adra; y á entrambas taas las baña al mediodía el mar Mediterráneo, y á la parte del cierzo confina con la taa de Ferreira, con la de Jubíles y con parte de la de Ujíjar. Hay en ellas once lugares, llamados Albuñol, Torbiscon, Turon, Mecina de Tedel, Bordemarela, Détiar, Cojáyar, Forónon, Múrtas, Jorayrata y Almejíjar. Esta tierra es de grandes encinares y de mucha yerba para los ganados; cógese en ella cantidad de pan. Lo que cae hácia la costa de la mar, es muy despoblado, y por eso es muy peligroso, porque acuden de ordinario por allí

muchos bajeles de cosarios turcos y moros de Berbería. Cercan estas taas dos rios; á la parte de levante el que llaman rio de Adra, y á poniente otro que nace en el proprio Zueyhel cerca de la mar; y corriendo la tierra adentro hácia tramontana, dando muchas vueltas, se va á juntar con el rio de Alcázar, que baja de las sierras de Jubilein, por bajo del lugar de Escariántes, que es de la taa de Ujíjar.

Todos los vecinos destos lugares que hemos dicho, se alzaron viérnes en la tarde, destruyeron y robaron las iglesias, captivaron y mataron todos los cristianos que vivian entre ellos, y dejando sus casas, se subieron otro dia á la aspereza de las sierras con sus mujeres y hijos y ganados, y la mayor parte dellos se metieron en unas cuevas muy grandes y muy fuertes que están media legua encima del lugar de Jorayrata.

En el lugar de Jorayrata, cuando los herejes sacrílegos hubieron saqueado la iglesia, y con manos violentas hecho mil géneros de sacrilegios y maldades, recogieron todos los prisioneros dentro, y entre ellos al beneficiado Francisco de Navarrete y á su sacristan; y habiéndoles tenido allí tres dias, llegó órden de Farax Abenfarax para que los matasen; y un moro llamado Lope de Guzman, alguacil del lugar, dijo al beneficiado que supiese que habian de morir él y todos los que allí estaban, y que en su mano estaba darle alguna hora de vida; el cual le rogó que por amor de Dios le diese aquella tarde y la noche siguiente de término para ordenar su alma. El moro se lo concedió, porque habia sido su amigo, riéndose de oirle decir que queria ordenar su alma. Este clérigo, viendo que habian de morir aquellos cristianos tan en breve, los confesó á todos y les predicó los misterios de la pasion de Cristo, redemptor nuestro; y todo el tiempo que le sobró de la noche estuvo de rodillas puesto en oracion, pidiendo á Dios misericordia de sus culpas. Siendo ya de dia, volvió el alguacil á él y le dijo que ya era llegada su hora; que viese qué muerte queria morir, porque aquella se le daria. El beneficiado le rogó que le cortasen la cabeza, porque no estuviese mucho penando, y que en acabando de espirar, le hiciese enterrar en la iglesia. A esto respondió el moro escarneciendo: «Cortarte la cabeza yo lo haré; mas quedar tu cuerpo en la iglesia no puede ser, porque la he menester para corral de mi ganado.» Entonces se hincó el sacerdote de Jesucristo de rodillas delante del altar, que ya estaba deshecho y derribado, y estando orando al Señor, le alzó el hereje por la mano, y llevándolo á la puerta de la iglesia, donde habia mucha gente recogida, le entregó á los herejes sayones, juntamente con el sacristan, diciéndoles desta manera: «A este perro bellaco del alfaquí os entrego para que le corteis la cabeza, porque subiéndose en el altar, nos hacia estar hasta mediodía ayunos, después de haberse él comido una torta de pan y emborrachádose con vino; y cuando se la hayais cortado, dalde una lanzada por el corazon, porque nos decia que no teniamos fe ni corazon con Dios. Y al sacristan, que con mucho cuidado apuntaba las faltas de los que no íbamos á misa los domingos y dias dé fiestas, y castigaba á los muchachos que no querian aprender la dotrina cristiana cuando estaba borracho, quitadle asimesmo la cabeza y echadla en una tinaja de vino, y entregad después el cuerpo á los muchachos para que le den tantas pedradas como él les dió azotes.» Dicho esto, los enemigos de Dios ejecutaron luego la inicua sentencia; y siendo ya tarde, fueron algunas mujeres cristianas al alguacil, y le rogaron que les diese licencia para enterrar aquellos cuerpos, porque no se los comiesen los perros. El cual les respondió que los dejasen estar en el campo; que ellos eran tan grandes perros, que los mesmos perros habrian asco de comerlos.

Los vecinos del lugar de Múrtas se alzaron cuando los de Jorayrata, mas fué de manera que no hicieron aquel dia mal á los cristianos, antes les dieron lugar que se metiesen en la iglesia, y con ellos el beneficiado Juan Gomez de Perespada. Después llegó al lugar Bartolomé el Feten con una cuadrilla de monfis y su bandera tendida blanca, que llevaba Lorenzo Mehgua, y juntándose con ellos los mozos gandules, cercaron y combatieron la iglesia, y derribándoles las puertas, entraron dentro y hicieron pedazos los retablos, las cruces y la pila del sagrado baptismo y saquearon la sacristía. Y por asegurar á los que se defendian animosamente en la torre, no quisieron saquearles las casas, antes les persuadieron con buenas palabras á que se diesen, diciéndoles que se podian fiar muy bien dellos, pues eran sus vecinos y amigos, y que si les entregaban las armas, les aseguraban sobre sus cabezas que no les seria hecho mal ni daño. Viendo pues los pobres cercados que de ninguna manera podian escapar de muerte si perseveraban en su vana defensa, acordaron de rendirse, y bajando de la torre, los maniataron á todos en el cuerpo de la iglesia. Luego subió uno de los monfís á lo alto de la torre, y arbolando una bandera morisca, pregonó la seta de Mahoma, como cuando los moros llaman á su oracion ó zalá. Los otros fueron á las casas de los cristianos y las robaron, y mataron algunos enfermos que estaban en las camas tan flacos, que no se habian podido levantar; aunque no duraron muchos dias mas los unos que los otros, porque los rebeldes herejes, juntándose como quien se junta para alguna fiesta solene, los sacaron á matar con gran regocijo, tañendo sus atabalejos y dulzainas; y poniendo á los cristianos en una hilera en el cimenterio de la iglesia, desnudos y descalzos, con las manos atadas atrás, les tiraron á terrero con los arcabuces y ballestas, y los mataron á todos cruelísimamente, comenzando por el beneficiado, y luego por el sacristan Estéban de Zamora. Mataron tambien á Catalina de Arroyo, morisca, madre del beneficiado Ocaña, porque dijo que era cristiana; la cual llevándola las mujeres á matar, iba rezando la oracion del *Anima Christi*, y murió invocando el dulce nombre de Jesus. Al contrario desto hicieron los del lugar de Turon, los cuales recogieron diez y ocho cristianos que allí vivian, y porque los monfís no los matasen, los acompañaron hasta Adra, y los pusieron en salvo con todos sus bienes muebles.

CAPITULO XIII.

Cómo los lugares de la taa de Ujíjar se alzaron, y la descripcion della.

La taa de Ujíjar está en medio de la Alpujarra: es tierra quebrada, aunque no tan fragosa como las otras taas que hemos dicho; la cual confina á poniente con

la taa de Jubíles, á tramontana con la Sierra Nevada, al mediodía con el Cehel grande y con tierra de Adra, y á levante con la taa de Andarax. Cógese en esta tierra cantidad de pan, trigo, cebada, panizo y alcandia, y tiene muy buenos pastos para ganados mayores y menores. La cria de la seda no es tanta en Ujíjar ni se hace tan fina como en las otras taas, ni tienen los moradores tantas arboledas. A levante y á mediodía cerca esta taa un rio que procede de unas fuentes que salen de la laguna grande que se hace en la cumbre alta de Sierra Nevada, cerca del puerto de la Ravah, que en arábigo quiere decir recogimiento de aguas. Este rio hace al principio dos brazos; el mayor corre hácia poniente, y va haciendo muchas vueltas y ensenadas sin llegar á lugar poblado hasta Escariántes, y allí se juntan con él otros dos rios que proceden tambien de la mesma sierra. El otro brazo corre hácia levante, y atravesando la taa, viene á pasar á poniente de Ujíjar de Albacete, que así llaman los moros este lugar, el cual tuvo título de ciudad, siendo el rey Abdilehi Zogoybi señor de la Alpujarra. De la mesma fuente que sale el rio que hemos dicho, procede otro que lleva su corriente más á levante, y va á pasar junto con el lugar de Laróles, y de allí vuelve á Ujíjar, y se junta con otro brazo que procede de otra fuente que nace á levante de la lagúna dicha, en unas sierras mas bajas, al cual llaman después los moradores rio de Paterna, del nombre de un lugar por donde pasa. Estas aguas todas, corriendo hácia el mar Mediterráneo, toman en medio á Ujíjar, y después se van á juntar par del lugar de Darrícal, y de allí van á entrar en la mar cerca de la villa de Adra, y por esta razon llaman aquel rio, cuando ya van las aguas todas juntas, rio de Adra.

Hay en la taa de Ujíjar diez y nueve lugares, llamados Darrícal, Escariántes, Lucainena, Chirin, Soprol, Umqueira, Pezcina, Laróles, Unduron, Júgar, Mairena, Cargelina, Almóceta, el Fex, Nechit, Mecina de Alfahar, Torrillas, Anqueira y Ujíjar de Albacete, que, como queda dicho, es el principal y tiene título de ciudad, y allí reside de ordinario el juzgado civil y criminal, alguaciles y escribanos, y un alcalde mayor que pone el corregidor de Granada para que administre justicia en toda la Alpujarra.

Estaba en este tiempo por alcalde mayor en la Alpujarra un letrado natural de la villa de Curiel, llamado el licenciado Leon, el cual habia sido avisado del alzamiento que los moros querian hacer tres dias antes que se comenzasen á levantar, porque el licenciado Torrijos, beneficiado de Darrícal, les habia dicho sécretamente á él y al abad mayor de Ujíjar, que se llamaba el maestro don Diego Perez y era natural de Illescas, como unos moriscos amigos suyos le habian certificado que sin duda resucitaban los granadinos el rebelion pasado, y que seria con mucha brevedad; y con este aviso habia mandado pregonar que, so pena de la vida, todos los cristianos del pueblo se recogiesen luego á la iglesia, por estar en sitio asaz fuerte para batalla de manos; y porque esto se hiciese con brevedad y sin escándalo, habia echado fama que tenia nueva cierta que venian mas de mil turcos y moros de Berbería á llevarse aquel lugar. Los cristianos pues, no se pudiendo persuadir á que esto fuese verdad, habian hecho burla del pregon, diciendo que cómo habian de llegar turcos á Ujíjar, cosa que jamas habian hecho, especialmente en invierno, con tan recios temporales como hacia; y como sucedió en tan breve el rebato que les dieron el viérnes los monfís, que dejaban muerto al capitan Diego de Herrera en Cádiar, hallándose todos desapercebidos, unos desarmados, y muchos desnudos en camisa, se fueron á meter en la iglesia y en dos torres que tenian en sus casas dos vecinos, que la mayor era de Miguel de Rojas, morisco, y la otra estaba en casa de Pedro Lopez, difunto, escribano mayor que habia sido de aquel juzgado. En la iglesia, que era grande y muy fuerte, se metieron el alcalde mayor y el abad mayor, y los canónigos y mucha gente armada de arcabuces y ballestas; en la torre de Miguel de Rojas, el alguacil mayor, llamado Diego de Villaizan, y con él algunos moriscos y cristianos; y en la de la casa de Pero Lopez, otros vecinos particulares. Estas tres torres estaban en triángulo, puestas de manera que los de dentro no dejaban asomar á nadie por las calles, que los enclavaban luego con los arcabuces, y tenian mucha municion que tirar, porque les habian traido dos dias antes catorce arrobas de pólvora de Málaga, y el alcalde mayor habia repartídola entre los arcabuceros, y desta causa los monfís no habian hecho otro efeto mas de quebrantar la cárcel y soltar los moriscos presos, y quebrar las puertas de los escritorios de los escribanos, y quemar todos los procesos. Luego el siguiente dia, que fué sábado primero dia de Pascua, recogieron todos los moriscos y moriscas del lugar, y se fueron los hombres de guerra á poner en la rambla de Burburon, dos tiros de arcabuz de allí, donde no los descubrian los de las torres, aguardando á que llegasen don Hernando el Zaguer y el Partal de Narila, que habian ido á recoger la gente de los lugares comarcanos para combatirlas de propósito, no se atreviendo con ellas los que allí estaban.

CAPITULO XIV.

Cómo el capitan Diego Gasca tuvo aviso que habia moros en la tierra, y partió de Dalías en su busca, y cómo llegó á Ujíjar estando alzado el lugar.

Estaba en este tiempo alojado en Dalías el capitan Diego Gasca, vecino de Málaga, y tenia consigo cuarenta caballos de los de su compañía; el cual siendo avisado el viérnes por uno de los soldados que dijimos que escaparon de Cádiar, cómo habia moros enemigos en la tierra, y del estrago que dejaban hecho en la gente del capitan Herrera, determinó de ir luego en su busca; y porque le pareció que seria menester mas golpe de gente de la que llevaba, despachó una carta á don García de Villaroel, capitan de la gente de guerra de la ciudad de Almería, dándole aviso como iba en busca de aquellos moros la vuelta de Ujíjar, para que se aprestase y le saliese á favorecer. Don García no lo pudo hacer, porque tenia mas cierta nueva que él del rebelion; y habiendo tan poca gente en la ciudad y tantos moriscos vecinos, no se atrevió á dejarla sola en aquella ocasion. Diego Gasca fué á la villa de Adra, y no hallando nueva que hubiesen desembarcado moros de Berbería, pasó á Berja, y de allí á Darrícal, donde sabia que moraba el licenciado Torrijos, para tomar lengua dél; y cuando llegó al lugar, que seria mas de media noche, halló la gente toda ida y la casa del Tor-

rijos sola; y entendiendo que estaba en la torre de la iglesia, fué allá; y hallando la puente levadiza alzada y alguna ropa puesta por las ventanas, hizo dar voces llamándole; mas era por demás, porque no estaba allí, que habiéndose recogido dentro con su familia, habia venido á él un morisco del lugar de Lucainena, vecino y amigo suyo, á prima noche, y hecho que se fuese con él antes que los alzados llegasen á cercarle, y le habia llevado á una cueva en la falda de la sierra de Gádor, donde le pareció que estaria mas seguro, hasta ver en qué paraban los negocios; y de industria habia dejado la puente levadiza alzada y aquella ropa puesta por las ventanas, para que entendiesen los que viniesen que estaba dentro. Diego Gasca, creyendo que no queria responder, comenzó á deshonrarle, y pasando adelante, llegó á vista de Ujíjar el domingo por la mañana, y se puso en un viso adonde le podian descubrir muy bien los cristianos de las torres; los cuales comenzaron á hacer gran fiesta y regocijo, tendiendo las banderas y campeándolas, y tirando con los arcabuces á los enemigos; porque viendo gente de á caballo, entendieron que les iba socorro. Los moros, creyendo lo mesmo, se pusieron en huida por aquellas sierras; mas presto se les aguó á los nuestros su contento, porque Diego Gasca, viendo que la tierra estaba alzada y que los moros á gran priesa tomaban las sierras, entendió que iban á atajar el paso por do habia de volver; y sin haber para qué, se fué retirando la vuelta de Adra, con un escudero menos, que le mataron en el camino. Este socorro habia sido muy á tiempo, y se salvara toda la gente cristiana que habia en Ujíjar si nuestros caballos entraran en el pueblo, porque se juntaran con ellos los peones, que eran muchos, y pudieran retirarse seguramente á la villa de Adra. Y aun por ventura hicieran algun buen efeto, con que los rebeldes no pasaran adelante con su maldad; porque, segun entendimos de algunos hombres fidedignos, don Fernando el Zaguer, arrepentido del daño hecho, y viendo su perdicion en las manos, habia dicho á los alpujarreños que con él estaban aquel mesmo dia: «Hermanos, nosotros vamos perdidos; engañado nos han los monfíes; los granadinos quieren hacer su negocio con nuestras cabezas; busquemos otros remedios.» Y casi tenian convertidos algunos de los principales á que se volviesen á sus casas.

CAPITULO XV.

Cómo los rebeldes volvieron á Ujíjar, y cómo batieron las torres donde estaban los cristianos, y se les rindieron.

Vuelto pues Diego Gasca á la villa de Adra, los alzados tornaron á ponerse en la rambla de Burburon, y desde allí fueron de parte de noche á las casas, y horadando de unas en otras, porque no osaban descubrirse por las calles, por miedo de los arcabuceros de las torres, llegaron á casa de Pero Lopez, y entrando por ella, cercaron la torre, que era toda hecha de madera, y poniéndole fuego, quemaron la puente levadiza, y creció la llama tanto, que los de dentro pidieron que se querian dar á partido; y siendo admitidos, mientras descolgaban las mujeres con sogas, que no podian salir por la puerta, que ocupaba el fuego, se quemaron casi todos los hombres, sin poderlos remediar. Vista esta crueldad, los de la otra torre de Miguel de Rojas, donde estaban algunos moriscos sus parientes, y Andrés Alguacil, hombre rico y de los principales de la Alpujarra, y el alguacil mayor y otros veinte cristianos, hubieron por bien de rendirse, entregando á los moros la torre el proprio alguacil mayor; el cual fué luego por su mandado á tratar con el alcalde mayor que rindiese la de la iglesia, diciendo que le harian cualquier honesto partido; y para que se pudiese hacer con toda seguridad, se dieron rehenes de una parte á otra: los moros dieron dos hijos y un sobrino de Miguel de Rojas, y los cristianos á Bartolomé Quijada y á un hijo suyo, y á Gonzalo Perez, canónigo de aquella iglesia, hermano del abad mayor, y á Juan Sanchez de Piñar y á un hijo suyo, y á Jerónimo de Aponte, procurador, y á Bartolomé Quijada, escribano público de aquel juzgado. Lo que se capituló fué: «que los cristianos pagasen á ciento y diez ducados por cada cabeza, y que dejasen las armas, y los dejarian ir donde quisiesen; y los moros prometieron de llevarlos sanos y salvos á tierra de Guadix ó de Baza; y que en este concierto entrasen el licenciado Torrijos, y el dotor Bravo, abogado, que estaba en el lugar de Pezcina, que no habia querido encerrarse en la torre.» Dados los rehenes, entraron muchos moros en la iglesia, y comenzaron á tratarse amigablemente con los cristianos, abrazándose unos á otros; y cierto parecia estar ya todo concluido y acabado, si el proprio alcalde mayor no lo desbaratara. Porfiaba este hombre con los rehenes que no le habian de llevar á él nada por su cabeza ni por las de su mujer y hijas, sino que los habian de poner libremente en Guadix; y como no quisiesen venir en ello los moros, diciendo que todos habian de ir por un rasero, y que habia de pagar él el primero, comenzó á dar grandes voces, diciendo: «Afuera, afuera; tiradles, tiradles á estos perros descreidos, que no mantienen fe ni palabra; que estos rehenes me asegurarán la cabeza hasta que me venga socorro;» y metiéndose en la torre, hizo alzar la puente levadiza y se puso en defensa. Y si advirtiera desde el principio en defender toda la iglesia, pudiera ser que no se perdiera, porque demás de que era fuerte, tuvo lugar de meter dentro agua y bastimento para mas de un mes, y los moros no pudieran llegar á quemar la torre, como lo hicieron; mas como hombre mal plático en cosas de guerra, entendiendo que no podia durar aquel negocio muchos dias, y que resistiria allí mejor el ímpetu de los alzados mientras le iba socorro, y aun porque los cristianos, hecho el concierto, no se le huyesen, como lo habian comenzado á hacer algunos, dejó el cuerpo de la iglesia y un reducto que estaba delante de la puerta, y se metió en la torre con toda la gente. Los moros llegaron de golpe, y por las espaldas de la iglesia rompieron la sacristía con picos y barras de hierro, y entraron dentro sin hallar mas resistencia que la de un pobre cristiano que mataron, y hicieron pedazos las cruces y los retablos y el arca del Santísimo Sacramento; y robando los ornamentos sagrados, en escarnio de nuestra santa fe tomaban las casullas y las albas, y se las vestián al revés, y después hicieron bonetes, calzones y ropetas de todo ello. Ganada la iglesia, fueron mejorándose por aquella parte de manera, que vinieron á estar tan fuertes como los nuestros en su torre, y cavando muchos hoyos debajo la puente levadiza, los hinchieron de aceite, y

arrimaron sobre ellos muchos haces de leña y la madera de los retablos, escaños y bancos de la iglesia, y gran cantidad de zarzos de cañas y tascos untados con aceite, y le pusieron fuego. Los cristianos tapiaron con barro y piedra la puerta de la torre de manera, que aunque se quemó la puente levadiza, no podia entrar la llama dentro; mas era tan grande el calor del fuego, que traspasando las paredes, causaba gran sequedad y sed á los que estaban faltos de agua y de todo refrigerio, acompañados del clamor de las mujeres y niños. Hubo algunos hombres esforzados que quisieron salir á pelear con los enemigos, entendiendo poder romper por ellos y ponerse en libertad; y con esta determinacion el abad mayor consumió el Santísimo Sacramento, y se confesaron y encomendaron todos á Dios; y pusiéranlo en efetō si las piadosas lágrimas de las mujeres que dejaban desamparadas no lo estorbaran y les hicieran tomar otro partido, al parecer mas seguro, aunque menos honroso; porque al fin se hubieron de rendir con el partido que les habian ofrecido los moros, y no hubiera sido tan mal remedio para asegurar las vidas, si los rebeldes, faltos de fe y caridad, les guardaran la palabra que les dieron. Habiendo pues veinte y cuatro horas que los combatia la llama, creciendo cada hora mas la violencia del fuego, y el número de la gente que de toda la comarca venia, por hallarse en aquel sacrificio, los pobres cristianos comenzaron á descolgarse de la torre por una soga, no pudiendo salir por la puerta, que ardia; y siendo tantos, fué necesario que tardasen mas de veinte horas, por el embarazo de las mujeres y de los niños; y como llegaban al suelo, el regalo que aquellos enemigos de Dios les hacian, era darles muchos palos y puñadas, y desnudando á todos los hombres, les ataban las manos atrás y los encerraban en la iglesia. Luego entraron en la torre, y apagando el fuego, saquearon lo que hallaron dentro; y como herejes y malos, que no querian carecer de culpa ni excusarla, antes obligarse unos á otros con mayores delitos y excesos para que todos desconfiasen de poder alcanzar perdon, hicieron grandísimos sacrilegios y maldades, sin respetar á cosa divina ni humana.

CAPITULO XVI.

Cómo los alzados mataron los cristianos que se les habian rendido en las torres de Ujíjar; y cómo el Zaguer, arrepentido de lo hecho, quisiera que no pasara adelante el negocio del rebelion.

Cumpliendo pues los herejes rebeldes el cruel mandato de Farax Abenfarax, como si en ello estuviera su felicidad, otro dia bien de mañana se pusieron los monfís y gandules en el cimenterio de la iglesia, y diciendo á los cristianos que los llevaban á juntar con los de la torre de Miguel de Rojas, los sacaron de la iglesia de dos en dos con las manos atadas atrás, desnudos y descalzos, y los mataron cruelmente á lanzadas y cuchilladas. Quedaron algunos con las vidas, porque tuvieron amigos que los favorecieron en aquel punto, especialmente oficiales herreros, alpargateros, carpinteros y sastres, y entre ellos el hermano del Abad mayor, y Francisco Jerónimo de Aponte, y Juan Sanchez de Piñar, y otros de los rehenes, que después hizo matar el solene traidor de Abenfarax. Solo á Jerónimo de Aponte y Juan Sanchez de Piñar los tuvo el Zaguer en parte segura, porque no se los matasen, entendiendo que le serian de provecho algun dia, por la mucha amistad que tenia con ellos. Viendo pues el Abad mayor sacar á matar aquellos cristianos, y considerando que lo mesmo harian dél y de todas las mujeres que allí estaban, anduvo de unas en otras exhortándolas á que osasen morir por Jesucristo, diciéndoles que fuesen constantes en su santa fe católica, que huyesen de las tentaciones del demonio, y que confiasen en la bondad de Dios, que les habia de dar vida eterna. Y andando derramando muchas lágrimas con estas y otras palabras dignas de su buena vida y dotrina, llegó á él un moro gandul, y le dió una puñada en el rostro con tanta fuerza, que le hizo saltar un ojo, y acudiendo otro con una espada, le mató, y abriéndole el pecho con un puñal, le sacó el corazon, y llevándolo alto en la mano, comenzó á dar grandes voces, diciendo: «Gracias doy á Mahoma, que me dejó ver en mis manos el corazon deste perro cristianazo.» Al licenciado Leon y al alguacil mayor encerraron en la capilla de la pila del buptismo el Zaguer y Diego Lopez Aben Aboo, su sobrino, para tomar venganza dellos, y allí los tuvieron hasta las diez del dia, que los mataron. Y porque no quede atrás cosa que desear saber al letor, dirémos en este lugar la causa por que estos dos moriscos, de los mas principales de la Alpujarra, estaban airados contra las justicias de Ujíjar. Dos hermanos, de quien esta historia hace mencion, llamados Lope el Seniz y Gonzalo el Seniz, vecinos de Bérchul, grandes monfís, que salteaban y robaban por los caminos, habian muerto pocos meses antes á un mercader llamado Enciso y á otros cristianos que venian de una feria, por quitarles el dinero que llevaban; y como los concejos de los lugares en cuyos términos acaecian semejantes delitos estaban obligados por provision real á dar los dañadores ó pagar los daños, habian aguardado á matarlos en una mojonera entre términos, donde alindan cinco concejos, que son Cádiar, Narila, Bérchul, Mecina de Bombaron y Jériz, del marquesado del Cenete. El alcalde mayor de la Alpujarra, que era este licenciado Leon, siendo avisado del delito, habia procedido contra todos aquellos concejos, pidiéndoles los delincuentes, y que pagasen el daño que habian hecho; los cuales procuraron descargarse cada cual por su parte, diciendo que no habia sido en su término, y sin embargo, tuvo presos muchos dias los alguaciles y regidores, y los condenó. Y pareciéndole que cincuenta mil maravedís que tenia de pena cada concejo por cualquier cristiano que faltase en su término, era muy poca condenacion, y que convendria que fuese mayor para que temiesen, mandó que pagase cada concejo mil ducados, y que los alguaciles y regidores estuviesen presos, depositados en las galeras, hasta que diesen los malhechores. Desta sentencia apelaron para Granada, donde estuvieron tambien presos hasta que se entendió su negocio, y pareciendo á los alcaldes del crímen que habia sido recia cosa querer el alcalde mayor traspasar la ley y alterarla de su propria autoridad, mandaron darlos á todos en fiado. Viendo esto los hijos de Enciso, acudieron al consejo real de su majestad, y pidieron un juez pesquisidor contra ellos. Estaba á la sazon el licenciado Molina de Mosquera, alcalde de chancillería de Granada, en la Calahorra, procediendo por comision de la Audiencia real contra otros monfís que

habian muerto á un hijo de Pedro Diaz de Montoro y á un fraile de la órden de San Francisco, llamado fray Diego de Villamayor, el dia de Santa Catalina de aquel año de 1568, y el Consejo Real mandó que se le cometiese aquel negocio. De aquí vino que los monfis apresuraron la rebelion por temor de venir á sus manos, porque habia prendido mas de sesenta dellos, y ahorcado algunos, cuando se rebelaron. Volviendo pues á nuestro propósito, entendiendo Aben Aboo y el Zaguer que todo el daño y mal que les habia venido habia sido por la rigurosa sentencia del alcalde mayor de Ujíjar, viniéndoles á la memoria que cuando estaban presos habian dádole muchas peticiones, pidiendo que los mandase dar en fiado para poder salir á buscar los malhechores, y no lo habia querido proveer, respondiendo que las pusiesen en el proceso, cuando lo tuvieron á él y á su alguacil mayor, quisieron vengarse dellos; y llegándose á la reja de la capilla donde los tenian encerrados, Aben Aboo les dijo: «Perros, ¿acuérdaseos cuando mandastes que trajésemos los monfis que habian muerto á los cristianos? Véislos aquí, estos que teneis delante son: vosotros nos habeis destruido. Y tú, mal juez, porque otra vez no hagas injusticia, teniéndonos presos sin haber cometido delito, y nos lleves nuestras haciendas, toma.» Y allegándose al alcalde mayor, le hendió la cabeza con una hacheta, y dió con él muerto en tierra, y cargando los otros sobre el alguacil mayor, le mataron á cuchilladas, y sacándolos arrastrando de la iglesia, los llevaron al pié de la torre; y hallando allí los tocinos de un puerco cebon, que habian arrojado los moros desde arriba, como cosa desaprovechada y que no comen, metieron los cuerpos de los cristianos entre ellos, y poniendo al derredor mucha leña los quemaron. Murieron este dia en Ujíjar docientos y cuarenta cristianos clérigos y legos, y entre ellos seis canónigos de aquella iglesia, que es colegial. Las mujeres cristianas, viendo matar delante de sus ojos á sus maridos, á sus hijos y á sus padres y hermanos, entre miedo y dolor estaban como encantadas, mirándose las unas á las otras, sin poder llorar ni hacer otro sentimiento, esperando la muerte, y echando secretas plegarias contra los crueles verdugos. Acabada de solenizar la maldad con derramamiento de tanta sangre cristiana, los traidores, hechos de siervos señores, repartieron las cristianas por los lugares comarcanos para que las mantuviesen, mientras Aben Humeya mandaba lo que se habia de hacer dellas; y acabaron de robar y destruir la iglesia, como gente bárbara, indignada contra todo amor, fe y caridad, desnudos del temor de Dios y vestidos de crueldad. Hecho esto, don Hernando el Zaguer, que cada hora conocia mas su perdicion, juntando segunda vez los moros mas principales, les tornó á rogar que pusiesen fin al levantamiento, diciéndoles que mirasen que iban todos perdidos; que lo que se habia hecho habia sido ceguedad muy grande por las ocasiones que habian tenido para ello; que su remedio estaba solamente en decir que los monfis habian sido autores de todo el mal, pues habia tantos y era la verdad, y que seria mas sano á los de la Alpujarra que el rey don Felipe mandase ahorcar treinta ó cuarenta moriscos, aunque fuese él el uno dellos, que no que perdiesen la tierra, y juntamente los hijos, las mujeres y todas sus haciendas. Mas no bastaron todas estas persuasiones con los bárbaros airados, y que sentian ya sus conciencias tan cargadas, que les parecia no haber lugar de misericordia para ellos; y así, le respondieron que si temia á los cristianos, hiciese de sí lo que le pareciese; que no faltarian hombres en la Alpujarra que la defendiesen.

No me parece justo dejar de tratar en este lugar de un niño que los moros mataron este dia, lo cual dirémos conforme á una informacion que el arzobispo de Granada mandó hacer sobre ello, que estuvo en nuestro poder, y á lo que algunas cristianas de las que se hallaron presentes nos dijeron. Estaba en la iglesia de Ujíjar un niño de edad de diez años, llamado Gonzalo, hijo de Gonzalo de Valcácer, vecino de Mairena; el cual viendo que sacaban á matar á su padre, hincó las rodillas en el suelo delante del altar mayor, y llorando tiernamente, rezó el Credo, y rogó á Dios diese esfuerzo á todos aquellos cristianos para morir por su santa fe católica; y levantándose de la oracion con tanto ánimo que admiraba, pasó por junto á su padre, y fué adonde estaba su madre con las otras mujeres, y le dijo: «Señora madre, sea vuesamerced constante en la fe de Jesucristo, y muera por ella, como lo hace mi señor padre.» Y estándola animando á ella y á las otras cristianas, llegaron á él dos monfis, y le dijeron que si queria ser moro le harian mucho bien, y que llamase á Mahoma, como hacian ellos; el cual les respondió que era cristiano, hijo de cristianos, y habia de morir por Jesucristo. Y aunque le pusieron una ballesta armada con una jara á los pechos, amenazándole que le matarian si no llamaba á Mahoma, jamás quiso hacerlo. Y entonces dijo uno de los monfis: «Saquémosle fuera, y muera con su padre, que tan perro es como él.» Y viendo el niño que las mujeres lloraban por ver que le querian llevar á matar, volvió el rostro á ellas diciendo: «Señoras, ¿porqué lloran vuestras mercedes? Sepan que todos los cristianos que mueren hoy, son mártires que padecen por Jesucristo y van á gozar dél.» Y volviendo á su madre con un semblante piadoso, le dijo: «Señora madre, de buena gana voy á morir con estos cristianos; solo me da pena que la dejo sola, porque ciertamente viendo morir unas muertes tan lindas como estas, no sé quien desea quedar en el mundo.» Y diciendo estas y otras palabras de consolacion y piedad, que parecian exceder á su capacidad, llegaron otros herejes á él, y atándole las manos atrás, le sacaron azotando de la iglesia, y el niño iba diciendo: «Señores, sáquenme á ver morir por Jesucristo; que voy á gozar de su reino. Señora madre no tenga pena.» Y teniéndole fuera de la iglesia, volvieron los moros á persuadirle que se tornase moro, y no le matarian; y viendo cuán poco les aprovechaba, le llevaron al lugar de Lucainena, que está media legua de Ujíjar, y allí le mataron á cuchilladas, y después le jugaron á la ballesta. Certificónos un moro de los que se hallaron presentes, que hasta que dió el alma á Dios, no dejó de llamar á Jesucristo. ¡Ejemplo grande de su divina providencia, y triunfo glorioso de sus enemigos, que pensaban triunfar dél!

CAPITULO XVII.

Cómo Laróles y los otros lugares de la taa de Ujíjar se alzaron.

Alzóse el lugar de Laróles el mesmo dia viérnes, víspera de pascua de Navidad: los cristianos hubieron sen-

timiento dello, y recogiendo sus mujeres y hijos, se metieron en la iglesia y se hicieron fuertes en la torre del campanario. Luego acudieron los moros de Bayárcal y de los otros lugares comarcanos, y robando las casas de los cristianos, fueron á la iglesia, y hallando poca defensa, porque los nuestros se habian recogido en la torre, entraron dentro, y con cruel rabia deshicieron los altares, rompieron las aras y los retablos, y saquearon cuanto habia dentro, y arrastraron y trajeron por el suelo todas las cosas sagradas. Mientras unos se ocupaban en estos sacrilegios, otros cercaron la torre, y requirieron á los cercados que se rindiesen y les entregasen las armas, pues veian que no se podian defender, prometiéndoles que no les harian mal ninguno; donde no, que supiesen que los habian de quemar vivos; los cuales, creyéndose de sus falsas promesas, se rindieron luego. Mas los herejes descreidos no les guardaron la palabra, antes en abajando de la torre, y entregando las armas, los desnudaron á todos en camisa, y dándoles de palos y de puñadas, los maniataron y los metieron dentro de la iglesia, donde les hicieron muchos malos tratamientos, escarneciéndolos por vituperio; y viniendo por allí los monfís de la compañía de Abenfarax, entraron en la iglesia, y delante de los clérigos que tenian presos y maniatados se vistió uno dellos una casulla, y se puso un pedazo del frontal del altar en el brazo, como por manípulo, y otro pedazo en la cabeza; y tomando otro moro la cruz al revés, vueltos los brazos para abajo, fueron donde estaban los cristianos, y comenzaron á deshonrarlos diciéndoles: «Perros, veis aquí lo que vosotros adorais, ¿como no os ayuda agora en la necesidad en que estáis?» Y diciendo esto, escupian la cruz y á los cristianos en las caras. Y por mas escarnio asaetearon y acuchillaron las cruces y las imágines de bulto, y poniendo los pedazos de todo ello y de los retablos en medio la iglesia, le pegaron fuego y lo quemaron. Hecho esto, sacaron de allí el dia de los Inocentes á los sacerdotes, que eran tres clérigos beneficiados, llamados Bartolomé de Herrera, Beltran de las Aves y Rodrigo de Molina, y al sacristan Alonso García, y á dos hijos suyos, y á otros muchos legos que tenian presos de aquel lugar y de los otros cercanos; y antes de matarlos untaron á los clérigos los piés con aceite y pez, y poniéndolos sobre un brasero ardiendo, les dieron crudelísimos torméntos. Después los ataron á todos en una trailla, desnudos y descalzos, y los llevaron á una haza en el camino del lugar de Pezcina, y allí les tiraron á terrero con los arcabuces y ballestas, y los despedazaron con las espadas, y dejaron los cuerpos á las fieras.

El lugar de Nechit se alzó la mañana del primer dia de Pascua antes que amaneciese, y los cristianos tuvieron lugar de recogerse en casa del beneficiado Juan Diaz, creyendo poderse defender, mas los moros cercaron la casa y la entraron, y los prendieron á todos dentro antes de las ocho del dia. Luego robaron la iglesia y las casas con igual rabia que los demás herejes, porque todos tenian una mesma voluntad y una ira contra las cosas divinas y humanas. Después fueron unos vecinos del mesmo lugar, llamados los Mendozas, á la casa donde tenian los cristianos aprisionados, y sacándolos de allí, los llevaron la vuelta de Ujíjar. Iba por el camino uno de aquellos herejes diciéndoles que se tornasen moros y los soltarian; y porque el beneficiado les decia que diesen gracias á Jesucristo y estuviesen firmes en la fe, airándose contra él, le hirió el traidor en la cabeza con una hacha de partir leña, y se la hendió en dos partes; luego mató á Pedro Valera, su cuñado, y poniendo todos mano á las espadas y á los alfanjes, mataron todos los cristianos que llevaban delante de las proprias mujeres, y desnudándolos en cueros, echaron los cuerpos en un barranco, que no consintieron que se les diese sepultura.

El mesmo dia que se alzaron los de Nechit, se rebelaron tambien los del lugar de Júgar; los cristianos se metieron en la iglesia, mas no se pudieron defender, y luego los prendieron. El bachiller Diego de Almazan, beneficiado de Laróles, salió huyendo del lugar, creyendo poderse guarecer en la torre de la iglesia, mientras los rebeldes andaban embebecidos en robar, y llegando al lugar de Unduron, salió á él un moro que habia tenido por amigo, llamado Gaspar, y lo llevó á su casa, diciéndole que no pasase adelante, porque estaba toda la tierra alborotada; que él le esconderia y le pornia después en salvo. Y cuando le tuvo en casa fué el solene traidor á llamar otros herejes como él, y sacándole arrastrando de donde estaba, le llevaron maniatado á Júgar á su mesma casa, para que les diese el dinero que tenia escondido; y desque se lo hubo dado, le sacaron á un cerro allí cerca, descalzo y desnudo, dándole de bofetones y puñadas, y dejándole allí con gente de guardia, fueron á traer á su ama y á una sobrina que tenia consigo, y llegadas donde estaba, hicieron un gran fuego y le metieron dentro desnudo en cueros, diciéndole que muriese por Mahoma; el cual les respondió animosamente que no moria sino por Jesucristo y por su bendita Madre. Entonces le sacaron del fuego medio quemado, y le dieron muchas heridas, y se le entregaron á las moras, que le acabasen de matar con cuchillos y almaradas en presencia de aquellas dos cristianas que habian traido allí por darles mayor pena, y después mataron cruelmente los otros cristianos que tenian presos.

El lugar de Mairena se alzó cuando Júgar: los moros robaron y destruyeron la iglesia y las casas de los cristianos, y los prendieron á todos, y luego el mesmo dia los soltaron, sino fué al beneficiado Geurigui, que le encerraron en un aposento. Estos cristianos, viendo que no podian defenderse en el lugar, se salieron dél huyendo, y ciertos moriscos de los que los habian soltado dieron aviso á los de Unduron para que les saliesen al camino y los prendiesen; los cuales lo hicieron ansí, y presos, los llevaron á Ujíjar de Albacete, donde los mataron con los demás que hemos dicho. Deste lugar era aquel niño Gonzalico que dijimos en el capítulo de Ujíjar. Volviendo pues al beneficiado Geurigui, habiéndole tenido encerrado en aquella cámara sin dejarle hablar con nadie, echándole pedazos de pan de alcandia que comiese como á perro, cuando estuvieron enfadados de tenerle allí guardado, le sacaron desnudo en cueros con las manos atadas atrás, y dándole de bofetadas y escupiéndole en la cara, le llevaron á las eras del lugar para matarle. Decíanle los herejes por escarnio: «Perro, ¿por qué no nos llamas agora á misa, y dices á las moras que no se atapen las caras?» Y atándole al pié de una higuera, le hirieron con una lanza en el costado derecho, estando invocando el dulce nom-

bre de Jesus; luego le tiraron de saetadas, y estando aun vivo, llegó un moro á él, llamado Gavia Melga, y le desjarretó con un alfanje, y derramándole un frasco de pólvora en la bóca y sobre la cabeza y en la cara, le puso fuego, y después le tiraron al terrero con los arcabuces y ballestas, y no consintiendo enterrar el cuerpo, se lo dejaron en el campo.

No fué menor la crueldad que usaron los de Pezcina que los de los otros lugares: alzáronse cuando supieron que los de Mairena se habian alzado; y como los cristianos se recogiesen en la iglesia, pensando poderse defender algunos dias, los enemigos de Jesucristo les robaron las casas, y los cercaron luego; y queriendo poner fuego al templo y quemarlos dentro, dos moros, llamados Francisco de Herrera y Diego de Herrera Alhander, les dijeron que rindiesen las armas y se diesen á prision si no querian morir quemados. Viendo pues la poca defensa que tenian, tuvieron por buen consejo rendirse, y los herejes entraron en la iglesia, y despedazando los retablos, imágines, cruces y la pila del baptismo, derribaron tambien el arca del Santísimo Sacramento por aquel suelo, y hicieron grandes abominaciones y maldades. Después maniataron á los cristianos, y los sacaron á una ladera fuera del lugar, donde les dieron cruelísimas muertes. Al dotor Bravo, clérigo, colgaron de los brazos en un moral tan bajo, que llegaba con las rodillas al suelo, y dándole muchas bofetadas; le persuadian con amenazas á que se tornase moro; y como les dijese que era cristiano y que habia de morir por Jesucristo, le dieron tantas pedradas y cuchilladas, hasta que le mataron. Luego desnudaron á un viejo de mas de sesenta años, y le llevaron en cueros, azotándole y escupiéndole en la cara, y atándole á un árbol, le jugaron á la ballesta. Después sacaron al beneficiado Pedro de Ocaña y á su sacristan, y en presencia de las mujeres cristianas, que habian llevado para que viesen aquel espectáculo por darles mayor dolor, arcabucearon al beneficiado; y cuando estuvo muerto, entregaron á su madre, que era ya mujer mayor, á las moras que la matasen, diciéndole: «Anda, perra, vete con tus amigas; que ellas te darán carta de horra.» Las cuales la tomaron enmedio con gran regocijo y la llevaron á un barranco; y cuándo la hubieron mesado, abofeteado y dádole muchas puñadas, la hirieron con almaradas y cuchillos, y antes que acabase de espirar la echaron del barranco abajo, yéndose siempre encomendando á Dios y á su bendita madre. Tambien despeñaron vivo al sacristan, arrojándole en otro barranco tan hondo, que cuando llegó abajo iba ya hecho pedazos.

CAPITULO XVIII.

Cómo los lugares de la tierra de Adra se alzaron, y la descripcion della.

La tierra de Adra cae en la costa del mar Mediterráneo: á poniente tiene la taa de Cehel, á levante la de Berja, á tramontana la de Ujíjar, y al mediodía el mar Mediterráneo. Por esta tierra de Adra atraviesa el rio que dijimos que pasa junto al lugar de Darrícal, y se va á meter en la mar cerca de Adra la nueva, que es una fortaleza donde reside ordinariamente presidio de gente de á pié y de á caballo para seguridad de aquella costa. Lós lugares deste partido son cuatro: Adra la vieja, donde habia antiguamente una fortaleza que los moros llamaban la Alcazaba; Salalobra, Marbella y Adra la nueva: están en la ribera del rio, donde tienen huertas y arboledas, y buenos pastos para ganados, y algunas tierras de pan; todo lo demás es tierra estéril y arenales, especialmente hácia la mar. Las granjerías de los moradores son aquellas huertas y alguna seda que crian, y la pesca de la mar, que es buena. Alzáronse los de Adra la vieja, Salalobra y Marbella cuando los de la taa de Ujíjar y los moriscos se subieron á las sierras con sus mujeres y hijos; mas no hicieron daño á los cristianos que vivian entre ellos, porque se recogieron con tiempo á la villa de Adra la nueva. Luego que el capitan Diego Gasca volvió de Ujíjar, queriendo poner cobro en aquella plaza, se metió dentro con los caballos de su compañía; y viendo la falta de gente y de bastimentos que habia para poderlo defender si los enemigos le cercasen, y cuán mal podria ser socorrido por tierra, por estar alzada la Alpujarra, despachó á gran priesa una barca á la ciudad de Málaga, pidiendo que le socorriesen por mar el Corregidor y Pedro Verdugo, proveedor de las armadas de su majestad. Envió el Corregidor luego al capitan Hernan Vazquez de Loaisa con cien hombres en bergantines, y el proveedor los bastimentos y municiones que pudo aprestar para socorro de la presente necesidad; y llegando tambien una fragata con gente de Almería, se aseguró la plaza, y se pudieron salvar en ella muchos cristianos que huyeron de Berja y de Dalías y de otras partes. Y corriendo Diego Gasca los lugares de aquella comarca con la gente que le acudia de la ciudad de Málaga, hizo algunos buenos efetos contra los alzados.

CAPITULO XIX.

Cómo los lugares de la taa de Berja se alzaron, y la descripcion della.

La taa de Berja confina á poniente con la tierra de Adra, á levante con la taa de Dalías, al mediodía con el mar Mediterráneo, y á tramontana tiene la sierra de Gádor y parte de la taa de Andarax. Es toda ella tierra fértil, de mucho pan, trigo y cebada, y de mucha yerba para los ganados. La cria de la seda es allí muy buena, y tienen los moradores muchas huertas de arboledas de frutas tempranas, que se riegan con el agua de los arroyos que proceden de fuentes que nacen en la sierra de Gádor. Hay en ella catorce lugares, llamados Rio Chico, Benínar, Rigualte, Berja, Inavid, Bena Haxin, Pago, Virgualta, Almentolo, Alcobra, Castala, Capileira, Ilar y Jerea. En el lugar de Castala nos certificaron muchos moriscos y cristianos que no se crian gurriones, y que si los llevan allí vivos, mueren luego; y que algunas veces se ha visto pasar por cima de las casas volando y caerse muertos; y que en el de Bena Haxin no pueden las zorras asir las gallinas con la boca, y las ven muchas veces andar tras dellas dándoles con las manos, porque no pueden abrir la boca para morderlas; cosa que pareceria ridiculosa si no hubieran certificádolo personas de mucho crédito, clérigos y legos; mas no saben decir la causa por que esto sea: solamente entienden que es por encantamiento que hizo allí un moro antiguamente.

Berja es el lugar principal desta taa: está media legua de la orilla de la mar; alzóse el primer dia de pas-

cua de Navidad: algunos de los cristianos que allí vivian se acogieron luego á la villa de Adra, y otros, confiados en unas torres fuertes que tenian hechas en sus casas por miedo de los cosarios turcos, se metieron dentro con sus mujeres y hijos; y los que no tuvieron comodidad de hacer lo uno ni lo otro, se fueron á recoger á la torre de la iglesia. Los que fueron á Adra se salvaron, y todos los demás se perdieron, porque los enemigos de toda verdad los aseguraron con buenas palabras, diciendo que no les harian mal, y desque los tuvieron en su poder, los desnudaron y trataron cruelísimamente: solos Celedron de Enciso y Juan Muñoz se pudieron escapar descolgándose de sus torres y acogiéndose á Adra. Siendo pues ganadas las torres, los enemigos de Cristo, y especialmente los monfís y gandules, destruyeron y robaron la iglesia, deshicieron los altares, patearon las aras, los cálices y los corporales, derribaron el arca del Santísimo Sacramento, tomaron un Cristo crucificado, y con voz de pregonero le anduvieron azotando por toda la iglesia, y haciéndole pedazos á cuchilladas, le arrojaron después en un fuego, donde tenian puestos los retablos y las imágines. Y derribando una imágen de bulto de Nuestra Señora, que estaba sobre el altar mayor, la arrojaron por las gradas abajo, diciendo los herejes por escarnio: «Guárdate no te descalabres.» Y á las cristianas que estaban allí presentes les decian que por qué no favorecian á su Madre de Dios, y otras muchas blasfemias, deshonrándolas de perras y amenazándolas con la muerte. Luego el siguiente dia hincaron muchos palos en la plaza del lugar, y con grande fiesta de atabalejos y dulzainas sacaron á ajusticiar á los cristianos, llevándolos de cuatro en cuatro; y atándolos en aquellos palos, les tiraban á terrero con los arcabuces y ballestas, escarneciéndolos y haciendo burla porque se encomendaban á Jesucristo y á su bendita Madre; y desta manera los fueron matando á todos, sin dejar ninguno que pasase de doce años. Duró el justiciar á los legos hasta la oracion, y entonces sacaron á los clérigos, que eran cuatro beneficiados, llamados Pedro Venegas, Martin Caballero, Francisco Juez y Luis de Carvajal. A estos llevaron desnudos, las manos atadas atrás, por donde estaban las mujeres cristianas, azotándolos con voz de pregonero, hasta los palos donde los habian de poner; y porque iban rezando y encomendándose á Dios, les daban de bofetadas y de puñadas en la boca, y les decian que llamasen á Mahoma, y verian cómo los libraba de allí mejor que su Cristo, y otras muchas blasfemias. Llegados á los palos, los ataron, y les tiraron con los arcabuces, y después llegaron ellos con las espadas, y los hicieron pedazos á cuchilladas. Habian los crueles herejes dejado cinco cristianos que enterrasen á los muertos, y desque los hubieron enterrado, los sacaron á matar á ellos, y con sogas á los pescuezos los entregaron á los muchachos, que los llevasen arrastrando hasta unos barrancos fuera del lugar. No sé cómo exagerar la bestialidad destos bárbaros enemigos de Cristo, que aun no se preciaban de poner las manos en los cristianos muertos, haciendo asco dellos. Fué cruel perseguidor de nuestra gente en este lugar y en los de su taa un moro vecino de allí, llamado el Rendedi. No hacemos mencion de lo que hicieron en los otros lugares, porque todos iban por un rasero; y siendo este el principal, acudió casi toda la gente á él: Solo dirémos que todos desampararon los pueblos, y se subieron con sus mujeres y hijos y bienes muebles á la sierra de Gádor, y se llevaron las cristianas captivas luego que hubieron hecho justicia de los hombres.

CAPITULO XX.

Cómo los lugares de la taa de Andarax se alzaron y la descripcion della.

La taa de Andarax está entre dos grandes sierras: á poniente confina con la taa de Ujíjar, á tramontana tiene la Sierra Nevada y la parte della que cae sobre el marquesado del Cenete, donde está el puerto de Guevíjar, no menos dificultoso de atravesar que el de la Raguaha, por su aspereza y altura y por la mucha y continua nieve que carga en las cumbres dél. Al mediodía tiene las taas de Berja y de Dalías, y á levante la de Lúchar y parte de la sierra de Gádor. Por medio desta taa atraviesa un rio que baja de la Sierra Nevada, que pasando por ella, le llaman rio de Andarax. Después va á la taa de Lúchar, y juntándose con otro rio que baja de la sierra que está sobre el lugar de Ohanez, cerca del lugar de Rague, entra por la taa de Marchena y se va á meter en la mar, dando muchas vueltas, con nombre de rio de Almería, junto á la propria ciudad, llevando consigo otras aguas. Esta taa de Andarax es la mejor tierra de toda la Alpujarra, y así lo significa el nombre árabe, que quiere decir la *era de la vida*, porque es muy fértil de pan de toda suerte, abundante de yerba para los ganados, el cielo y el suelo muy saludable y templado, y tiene muchas fuentes de agua fresca y muy delgada, con las cuales se riegan hermosas arboledas de frutas por extremo lindas y sabrosas, y especialmente la cria de la seda es mucha y muy buena. Hay en ella quince lugares, llamados Dayárcal, Alcudia, Paterna, Harat Alguacil, Iñiza, Harat, Albolot, Harat Aben Muza, Guarros, Alcolaya, Lauxar Al Hican, Codbaa, Hormica, Beni Ail y el Fondon; de los cuales Codbaa tiene título de ciudad; y en el Lauxar estaba antiguamente una fortaleza grande, en sitio fuerte, á un lado del camino por donde se sube al puerto de Guevíjar, que agora está destruida.

Los lugares de Iñiza y Guarros fueron los primeros que se alzaron en esta taa el viérnes víspera de pascua de Navidad. Lo primero que los rebeldes hicieron fué ir á casa de su beneficiado, que se decia el bachiller Biedma, y no le hallando allí, porque en oyendo el alboroto se habia escondido en casa de un vecino que tenia por amigo, le saquearon la casa. Luego fueron á la iglesia, y la destruyeron y robaron, sin perdonar cosa sagrada, y la quemaron; y con deseo de vengar su ira en el sacerdote de Jesucristo, fueron á la casa donde estaba, y rompiendo las puertas, le sacaron y le llevaron desnudo y descalzo, las manos atadas atrás, por las calles, haciéndole muchos malos tratamientos; y presentándole delante de los monfís y de los regidores de aquellos lugares, le dijeron dos dellos, llamados Benito de Abla y Diego de Abla, si queria ser moro, y que le dejarian la vida. Y como les respondiese que tenian poca necesidad de darle tan mal consejo, porque él era cristiano sacerdote de Jesucristo, y que habia de morir por su santa fe católica, le hicieron asentar en el suelo delante dellos, y mandaron á los moros mancebos que

le jugasen á la ballesta, y después de haberle asaeteado, le dieron muchas cuchilladas y lanzadas, y echándole una soga al pescuezo, le entregaron á los muchachos, que lo llevasen arrastrando hasta un barranco fuera del lugar.

Los moriscos del lugar de Alcudia y de Paterna se alzaron el primer dia de pascua de Navidad, y como los cristianos que allí moraban entendieron el alboroto que traian, y que se querian rebelar, tomando sus mujeres y hijos consigo, se fueron á guarecer á la torre de la iglesia, que era fuerte. Y los moros, viendo que no se podian aprovechar dellos, los aseguraron diciendo que se volviesen á sus casas, porque los del lugar no querian alzarse, y que ellos mesmos los defenderian cuando fuese menester; los cuales, confiados en sus falsas palabras, se salieron de la torre; y porque no pareciese que dejaban de cumplir lo que les habian prometido, cuando los vieron vueltos á sus casas enviaron á llamar á los monfís forasteros, los cuales los prendieron y les robaron cuanto tenian, y los unos y los otros con grandísima ira entraron en la iglesia, y la saquearon y robaron, y destruyeron todas las cosas sagradas. El beneficiado Arcos se escondió en casa de un moro que solia tener por amigo, llamado Agustin el viejo, el cual le pagó la amistad con entregarle luego á sus enemigos, y ellos le llevaron desnudo y descalzo á la iglesia, adonde estaban los otros captivos que tenian presos, y después los sacaron á matar. Los primeros fueron el beneficiado y Diego Lopez de Lugo, hombre muy rico, señor de la mayor parte del lugar. A estos los desnudaron en cueros, y dándoles muchas bofetadas y puñadas, porque se encomendaban á Dios y á su bendita Madre, los llevaron desde el lugar á una cruz que está en el camino que va á Iñiza, y atándolos al pié della, los asaetearon, y después les dieron muchas estocadas y cuchilladas, hasta que los acabaron de matar; y de la mesma manera mataron á todos los otros cristianos que tenian presos: hubo algunos que tuvieron lugar de huir por las sierras antes que los prendiesen, y estos se salvaron. Fueron crueles perseguidores de cristianos en este lugar cuatro moriscos, llamados Gaspar Rojo, Hernando de Málaga, Pedro de Escobar y Bernardino de Escobar.

Codbaa, como queda dicho, tiene título de ciudad, porque moró allí el rey Abí Abdilehi el Zogoybi, que rindió á Granada. Están tres lugares juntos, que parecen barrios, que son Codbaa, Lauxar y el Fondon: todos los cristianos que vivian en estos lugares y en otros allí cerca, se recogieron á la iglesia de Codbaa en sintiendo que los otros lugares se levantaban, y queriéndose ir á guarecer en la ciudad de Almería, por parecerles que no estaban allí seguros, un morisco regidor, llamado Pedro Lopez Aben Hadami, que era de los mas ricos y principales de la taa, les aconsejó que no se fuesen hasta ver en qué paraba el negocio: llevó á su casa al beneficiado Juan Lorenzo y á un hermano suyo con toda su familia, y los tuvó el lúnes en la noche haciéndoles mucho regalo. Luego el siguiente dia, que fué mártes 28 de diciembre, entraron en el lugar muchos moros de Alcolea y de otras partes, y los monfís que iban alzando la tierra; y Aben Hademi, pareciéndole que no estaban seguros los cristianos que tenía en su casa, porque aun hasta entonces debia de tener voluntad de salvarles la vida, los metió en un aposentillo bajo que estaba junto al corral, y echándoles unos haces de cañas de alcandía á la puerta, se fué á la plaza á ver lo que se hacia, y halló muchos moros forasteros y del lugar, que andaban con banderas tendidas robando las casas de los cristianos; los cuales le dijeron como el reino todo estaba alzado, y que Granada y sus fortalezas eran de moros. Entonces, viendo que la cosa debia ir de veras, entró con ellos en la iglesia y hizo prender todos los cristianos clérigos y legos que allí habia, y haciendo pedazos los retablos y las cruces y el arca del Santísimo Sacramento, le pusieron á todo fuego y lo quemaron. No mucho después Hernando el Gorri, que era el principal caudillo de aquel partido, y vecino de Lauxar, y Alonso Aben Cigue y el mesmo Pedro Lopez Aben Hademi mandaron que matasen todos los cristianos que tenian presos, como se habia hecho en los otros lugares; y juntándose en la plaza mucha gente, tocando sus atabalejos y dulzainas, cantando canciones á contemplacion del dia tan deseado que veian, sacaron los primeros á Diego Ortiz y á Juan Ortiz, su hermano, y desnudos en cueros los llevaron ante el Gorri, el cual mandó que los arcabuceasen, y que lo mesmo se hiciese de todos los demás. De allí los llevaron á una rambla que está antes de llegar al Fondon, y les tiraron con los arcabuces y ballestas, y después los acabaron con las espadas y alfanjes. Desta manera mataron los cristianos que habian prendido en los tres lugares, y á los de Guénija, lugar del marquesado del Cenete, que tambien los trajeron allí. Solos los huéspedes de Aben Hademi no murieron por entonces, mas desde á quince dias, enfadado de tenerlos escondidos tanto tiempo, ó por miedo de Abenfarax, alguacil mayor de Aben Humeya, que habia venido á lo de Andarax, y mandaba que, so pena de muerte, nadie fuese osado de dar vida á hombre cristiano, denunció dellos ante él, el cual mandó al Hoceni y á otros sus compañeros llevasen luego ante él al beneficiado Juan Lorenzo, y haciéndole desnudar en cueros, atados los piés y las manos, le mando poner de piés sobre un brasero de fuego ardiendo en casa de Lanxi, y desta manera le asaron de las rodillas abajo; y porque llamaba á Jesucristo y á su bendita Madre y se encomendaba á ellos, el hereje traidor le hizo dar con una suela de una alpargata sucia en la boca y muchos palos y puñadas en la corona, y escarneciendo dél, decia: «Perro, di agora la misa; que lo mesmo hemos de hacer del Arzobispo y del Presidente, y hemos de llevar sus coronas á Berbería.» Y para darle mayor tormento trajeron allí dos hermanas doncellas que tenia, para que le viesen morir, y en su presencia las vituperaron y maltrataron, y por escarnio les preguntaban si conocian aquel hombre que se estaba calentando al fuego. Y habiéndole tenido desta manera un buen rato, le llevaron arrastrando con una soga fuera del lugar, y en un cerrillo lo entregaron á las moras, para que tambien ellas se vengasen, las cuales le sacaron los ojos con cuchillos y le acabaron de matar á pedradas. Luego fueron á traer á su hermano, y junto á él le hicieron pedazos, y un hereje le hizo abrir la boca antes que espirase, y le echó dentro un buen golpe de pólvora y le puso fuego, de enojo de ver que se encomendaba á Dios tan de veras, glorificándole por su lengua. Tambien mataron al sacristan Fran-

cisco de Medina, entregándole á los muchachos que le apedreasen, porque les enseñaba la doctrina cristiana, y hicieron una grandísima crueldad en Luis Montesino de Solís, de quien dirémos adelante en el capítulo de Guécija. A Diego Beltran, mocito de edad de catorce años, martirizaron dos herejes, llamados el Huceni y el Caicerani, el cual, estándole atando para llevarle al lugar del martirio, preguntó á su madre que dónde le querian llevar; y ella respondió varonilmente: «¡Hijo, á ser mártir! muere por Jesucristo. Bienaventurado tú, que le gozarás presto; encomiéndate á él, y no temas de morir por tan buen señor.» Y ansí lo hizo el mocito, y lo mataron los sayones á cuchilladas.

CAPITULO XXI.

Cómo los lugares de la taa de Dalías se alzaron, y la descripcion della.

La taa de Dalías es en la costa del mar Mediterraneo: á poniente confina con la taa de Berja, á levante con tierra de Almería, al mediodía tiene la mar, y á tramontana parte de la sierra de Gádor, que cae entre ella y la taa de Andarax, y es tambien de Almería. Toda esta taa está en tierra llana, donde hay hermosísimos campos para apacentar ganados de invierno. Cógese en ella mucha cantidad de pan, trigo y cebada, y hay grandes arboledas, y la cria de la seda es buena. Hay en ella seis lugares, llamados Asúbros, Odba, Célita, Elchitan, Almecet y Dalías, que es el principal, donde están los campos que dicen de Dalías, famosos por el mucho ganado que allí se cria.

Contáronnos algunos moriscos, y aun cristianos, que el mesmo dia que se alzaron los de Berja fué al lugar de Dalías aquel moro que dijimos, llamado el Rendedi, y que estando todos los vecinos á la puerta de la iglesia para entrar en misa, llegó con cuatro banderas y mucha gente armada, y se puso á vista del lugar, en un viso que se hace en una serrezuela que cae por bajo de la sierra de Gádor á la parte de levante; y que á un mesmo tiempo habian asomado otras cuatro banderas á la parte de poniente sobre una punta de la mesma sierra, y que los vecinos se alborotaron con aquella novedad; y juntándose los regidores, que todos eran moriscos, salieron con alguna gente á ver qué banderas eran aquellas, y que el Rendedi bajó á ellos con cincuenta tiradores, y les dijo que se alzasen luego, porque todos los lugares de la Alpujarra estaban alzados; y como le respondiesen que ellos no entendian hacer mudanza por entonces, el moro se enojó mucho, y les dijo que no habia venido á otra cosa, y que se habian de alzar mal de su grado; el cual entró con toda la gente en el lugar, y mandó pregonar por todo él que, so pena de la vida, todos los vecinos saliesen luego á la plaza con sus armas los que las tuviesen; y porque algunos hombres ricos no salieron tan presto, los hizo matar y saquearles las casas, diciendo que eran cristianos enemigos de Mahoma. Corriendo pues los rebeldes con grandísimo ímpetu á la iglesia, entraron en ella, y la saquearon y robaron, y haciendo pedazos los retablos y las imágines que estaban en los altares, y la pila del baptismo, destruyeron todas las cosas sagradas y le pusieron fuego. Y porque una mujer morisca de las principales de la taa les reprendió los sacrilegios y maldades que hacian, y quitó á los muchachos las hojas de un misal que traian haciendo pedazos, le cortó un hereje de aquellos la cabeza. Algunos cristianos, así clérigos como legos, fueron presos y muertos en sus mesmas casas; otros muchos se habian ido con tiempo á la villa de Adra. A los beneficiados Antonio de Cuevas y maestro Garavito mataron luego dentro de sus casas. Un hermano del maestro Garavito, y con él algunos cristianos de aquel lugar y de los otros de la taa se metió en la fortaleza vieja de Dalías la alta, y allí se defendieron tres dias; mas los enemigos de Dios juntaron mucha leña, y zarzós de cañas y tascos, y les pusieron fuego; y al fin viéndose sin defensa y sin remedio de socorro, y que se quemaban vivos, pidieron que los recibiesen á partido; mas los traidores, haciendo burla dellos, y deseando matarlos con sus manos, les dijeron que se echasen de la torre abajo, que ellos los recogerian, pues no podian bajar por la escalera; los cuales, huyendo del fuego, que los cercaba ya por todas partes, se arrojaron de arriba, así hombres como mujeres. Unos se perniquebraban, otros se descalabraban; y quedando aturdidos del golpe, porque la torre era muy alta, el refrigerio que hallaban era el cuchillo de los crueles verdugos, que los acababan de matar. Desta manera los mataron á todos, y fueron muy pocas las mujeres y niños que tomaron captivos, y con la mesma crueldad trataron á los de los otros lugares que se alzaron en el mesmo tiempo. Digamos agora la entrada que hizo Aben Humeya en la Alpujarra, y lo que proveyó en ello; que luego dirémos cómo se alzaron los lugares de las otras taas.

CAPITULO XXII.

Cómo Mahamet Aben Humeya entró en la Alpujarra despues de electo en Béznar, y lo que proveyó en ella.

Partido Abenfarax de Béznar, luego le siguió Aben Humeya, acompañado de muchos moros, con temor de que se haria alzar por rey en la Alpujarra; y llegando á Lanjaron, halló que habia quemado la iglesia y muerto unos cristianos que estaban dentro. De allí pasó á Órgiba, donde los cercados de la torre se defendian, y les requirió con la paz; y viendo que no querian oir su embajada, repartió la gente en dos partes: la una dejó en el cerco con el Corceni de Ujíjar, carpintero, y con él Dalay; y la otra se llevó consigo á Poqueira y á Ferreira. El dia de los Inocentes estuvo en su casa en Válor, y á 29 de diciembre entró en Ujíjar de Albacete, con deseo, á lo que él decia despues, de salvar la vida al Abad mayor, que era grande amigo suyo, y á otros que tambien lo eran; y cuando llegó ya lo habian muerto. Allí repartió entre los moros las armas que habian tomado á los cristianos, y el mesmo dia fué al lugar de Andarax, y hizo que confirmasen su eleccion los de la Alpujarra. Y siendo jurado de nuevo por rey, dió sus patentes á los moros mas principales de los partidos y mas amigos suyos, para que con su autoridad gobernasen las cosas convinientes al nuevo estado y nombre real, aunque vano y sin fundamento: mandándoles que tuviesen especial cuidado de guardar la tierra, poniendo gente en las entradas de la Alpujarra; que alzasen todos los lugares del reino, y que los que no quisiesen alzarse los matasen y les confiscasen los bienes para su cámara. Hecho esto, volvió á Ujíjar, dejando por alcaide de Anda-

rax á Aben Zigui, de los principales de aquella taa; y allí dió sus poderes á Miguel de Rojas, su suegro, y le hizo su tesorero general, porque, demás del deudo que con él tenia, era hombre principal del linaje de los Mohayguajes ó Carímes, antiguos alguaciles de aquella taa en tiempo de moros; y por ser muy rico y de aquel linaje, le respetaban los moros de la Alpujarra; el cual no se tenia por menos ofendido de las justicias que Aben Humeya, porque demás de haberle tenido preso muchos dias sobre delitos de monfís, le habian defendido que no trujese armas teniendo licencia para poderlas traer, y no le habian dejado acabar una torre fuerte que hacia en su casa; antes se la habian querido derribar. Finalmente Aben Humeya hizo todas las diligencias dichas en Ujíjar en un dia, y aquella mesma noche se fué á dormir á Cádiar, y dió patente de su capitan general á don Hernando el Zaguer, su tio; y dejando gente de guarnicion en la frontera de Poqueira y Ferreira, donde pensaba residir, á 30 dias del mes de diciembre estuvo de vuelta en el valle de Lecrin, para si fuese menester defender la entrada de la Alpujarra por aquella parte al marqués de Mondéjar, y nombró por alcaide principal de aquel partido á Miguel de Granada Xaba el de Ferreira.

CAPITULO XXIII.

Cómo los lugares de la taa de Lúchar se alzaron, y la descripcion della.

La taa de Lúchar confina á poniente con la taa de Andarax, á tramontana con la Sierra Nevada, á mediodía tiene la sierra de Gádor, y á levante la taa de Marchena. Hay en ella diez y siete lugares, llamados Béyres, Almoazata, Mutura, Bogairaira, Muleira, Nieles de Lúchar, Alcola, Padúles, Bolinebar, Canjáyar, Ohanez, Cumanotolo, Capeleira de Lúchar, Pago, Julina, Guibidique, Benihíber y Rooches. Esta taa es tierra fértil por razon del rio de Andarax, que atraviesa por ella, y de otro que baja de la sierra de Ohanez y se va á juntar con él cerca de Ragua, lugar de la taa de Marchena. Hay por toda ella muy buenos pastos para los ganados, y muchas arboledas, frutales y morales para la cria de la seda; y en el lugar de Bogairaira hay una herrería, donde se labra el hierro que sacan de una mina que está allí cerca.

Estos lugares se alzaron el tercer dia de Pascua, y estando los cristianos que vivian en ellos descuidados, los prendieron á todos y les robaron las casas; tambien robaron las iglesias y destruyeron los altares, y hicieron pedazos los retablos y las cruces y las campanas, y no dejaron maldad ni sacrilegio que no cometieron.

En el lugar de Canjáyar, que es el principal desta taa, pregonaron los herejes por mandado de Abenfarax con instrumentos y grandes regocijos, que, so pena de muerte, ninguna persona diese vida á cristiano que pasase de diez años; y para solenizar la fiesta, degollaron luego á un niño cristiano de nueve años, que se llamaba Hernandico, y cortándole la cabeza, la pusieron en la carnicería en una esportilla, donde el cortador ponia el dinero de la carne que vendia á los cristianos, y el cuerpo desollado sobre el tajon, y hinchendo el pellejo de tascos, le quemaron. Desque hubieron acabado un hecho tan inhumano en una criatura inocente, desnudaron en cueros á Francisco de la Torre y á Jerónimo de San Pedro, vecinos de Granada, y pelándoles las barbas, les quebraron tambien los dientes y las muelas á puñadas, y muy de su espacio les cortaron las orejas y narices, y les sacaron los ojos y lengua, y después les dieron muchas cuchilladas y estocadas, no pudiendo llevar á paciencia los descreidos ver que se encomendaban á Jesucristo y á su Madre gloriosa. Y no contentos con esto, cuando los vieron muertos los abrieron por las espaldas, y les sacaron los corazones, y un moro se comió crudo á bocados delante de todos el corazon de Francisco la Torre. Luego desnudaron al beneficiado Márcos de Soto y á su sacristan Francisco Nuñez, y los llevaron á la iglesia; y haciendo al beneficiado que se asentase en una silla de caderas, en el lugar donde se solia poner para predicar, pusieron junto á él al sacristan con el padron de todos los vecinos en la mano, y tañendo una campanilla para que todos los del lugar acudiesen á la iglesia; y cuando estuvo llena de gente, mandaron al sacristan que llamase por aquel padron, como solia, para ver si faltaba alguno; el cual los comenzó á llamar, y como solian por su órden, ansí hombres como mujeres, llegaban al beneficiado y le daban de bofetadas y de puñadas en la corona, y algunos le pelaban las barbas y las cejas. Cuando hubieron pasado todos chicos y grandes, llegaron á él dos sayones con dos navajas, y coyuntura por coyuntura le fueron despedazando, comenzando de los dedos de los piés y de las manos. Y porque el sacerdote de Jesucristo invocaba su santísimo nombre y le glorificaba, le sacaron los ojos, y se los dieron á comer, y luego le cortaron la lengua; y cuando hubo dado el alma á su Criador, le abrieron, y le sacaron el corazon y las entrañas, y las dieron á comer á los perros. Y no contentos con esto, llevaron el cuerpo arrastrando con una soga al pescuezo, y poniéndole al pié de un olivo, ataron par dél al sacristan, y les tiraron á terrero con las ballestas, y después hicieron una hoguera muy grande, donde los quemaron. Y con la mesma crueldad mataron veinte y cuatro personas hombres y mujeres, que aun estas no quisieron perdonar, y entre ellos algunos de los que habian captivado en el Boloduí.

CAPITULO XXIV.

Cómo los lugares de la taa de Marchena se alzaron, y la descripcion della.

La taa ó condado de Marchena confina á poniente con la taa de Lúchar, á tramontana con la Sierra Nevada, á levante con tierra de Almería, y al mediodía con la sierra de Gádor. Hay en ella doce lugares, Rague, Instincion, Ragol, Alhabia, Guécija, Alicum, Surgena, Alhama la Seca, Gádor Hor, Terque, Abentarique, Ílar, el Soduz, Santa Cruz y el Hizan. Esta tierra no es tan fértil de arboledas como la de arriba, especialmente de morales. Críanse en ella muchos ganados, y por medio pasa el rio que dijimos que atraviesa por la taa de Lúchar, el cual de aquí para adelante hasta la mar llaman rio de Almería. Alzáronse estos lugares cuando los de Lúchar saquearon y destruyeron los templos y las casas de los cristianos y hicieron grandísimos sacrilegios y crueldades en ellos, y especialmente en el lugar de Guécija, que es el principal de la taa, del

cual dirémos solamente en este capítulo, por excusar prolijidad.

El segundo dia de pascua de Navidad llegó á Guécija una carta de don García de Villaroel, que, como queda dicho, estaba por cabo de la gente de guerra de la ciudad de Almería, para el licenciado Gibaja, alcalde mayor desta taa, que es del duque de Maqueda; por la cual le enviaba á decir muy encarecidamente que recogiese todos los cristianos que habia en aquellos lugares, y se fuese á meter en Almería antes que los moros los degollasen, porque tenia aviso cierto, por cartas de la costa, que el reino se levantaba y no tenia gente con que poderle socorrer. El cual, entendiendo que no podia pasar el negocio muy adelante, le respondió que no desampararia aquellos vasallos, antes pensaba vivir ó morir con ellos, por no perder en un dia lo que habia ganado en sesenta años; y luego mandó que todos los cristianos se recogiesen con sus mujeres y hijos á una torre fuerte que habia en el lugar, arredrada un poco de la esquina de un monasterio de frailes augustinos, y que metiesen consigo agua y todo el bastimento que pudiesen, por si fuese menester defenderse algunos dias en ella. Con esta órden se encerraron en la torre mas de doscientas personas de los lugares de la taa; y no habian bien acabádose de recoger, cuando Mateo el Rami, llamado por otro nombre el Rubini, alguacil del lugar de Instincion, llegó con las cuadrillas de los monfís y con otra mucha gente, tocando atabalejos y dulzainas, y con banderas tendidas que andaban levantando la tierra; y lo primero que hicieron en entrando en el lugar fué robar y destruir las casas de los cristianos y la iglesia. Luego fueron á combatir la torre, y entrando en el monasterio, que hallaron desamparado, porque los frailes se habian recogido con el alcalde mayor, robaron los ornamentos, cálices y frontales, deshicieron los altares y los retablos, y no dejaron maldad que no cometieron, como si en aquello estuviera su felicidad. Otro dia de mañana enviaron á requerir los cercados que se rindiesen y les entregasen las armas, y que los dejarian ir libremente adonde quisiesen. Este partido pareció bien á muchos de los que allí estaban; mas luego se entendió que los moros les trataban engaño, porque yendo á salir de la torre dos doncellas nobles, llamadas doña Francisca Gibaja y doña Leonor Vanegas, les tiraron un arcabuzazo, y mataron á Pedro de Horozco, hombre viejo que iba acompañándolas. Viendo esto los cristianos, cerraron á gran priesa la puerta de la torre, dejándose fuera á doña Francisca Gibaja, que no la pudieron recoger, y se pusieron en defensa. No mucho después los moros acordaron de poner fuego á la torre, y para poderlo hacer mas á su salvo echaron algunos tiradores descubiertos al derredor del monasterio, y mientras los cristianos estaban embebecidos en tirarles desde las troneras y desde las almenas, llegaron á una esquina de la torre, y horadándola con picos, sin ser sentidos de los nuestros ocuparon la bóveda baja, y metiendo en ella la madera de los retablos y de las imágines que habian deshecho, y mucha leña y tascos untados con aceite revueltos en ella, le pusieron fuego: por manera que cuando los cristianos, mal pláticos y poco avisados, sintieron el humo y la llama, ya el primer sobrado y la escalera de la torre ardia. Viéndose pues quemar vivos, comenzó el llanto de las mujeres y niños: unas llamaban á sus padres, otras á sus maridos ó hermanos, y muchos hombres, que estando solos fueran animosos, desmayaron, venciéndolos la piedad de sus mujeres y hijos, y á gran priesa comenzaron á descolgarlas con sogas ó como mejor podian, á la parte que no ocupaba el fuego, entregándolas, y entregándose tambien ellos, á merced de los crueles enemigos, que como iban bajando los desnudaban, y dándoles muchos palos y puñadas, los maniataban. El alcalde mayor y los frailes y otros muchos que no quisieron rendirse, viendo que el fuego crecia cada hora mas, se confesaron y se encomendaron á Dios, y trayendo el alcalde mayor un Cristo crucificado en los brazos, anduvieron gran rato peleando con el fuego, procurando apagarlo con tierra y ropa que echaban encima; mas aprovechábales poco, porque los enemigos de Dios lo cebaban con mas leña y aceite; y fué creciendo el humo y la llama de manera que, cercando y cubriendo la torre por todas partes, perecieron de diferentes muertes, unos ahogados y otros abrasados del fuego; solo un fraile y dos mozos del monasterio acertaron á quedar vivos, y estos hinchados y llenos de vejigas. Murieron dentro de la torre el alcalde mayor, los beneficiados de aquel lugar y de Alhama la Seca, el capellan de Instincion y muchos legos, y algunas mujeres y criaturas que no hubo lugar de poderlas descolgar. No libraron mejor los que se rindieron que los que se quemaron en la torre, porque los moros los degollaron en la alberca de un molino de aceite del monasterio, que estaba allí cerca. A Luis Montesino de Solís, de quien hicimos mencion en el capítulo de Andarax, llevaron con las cristianas captivas á la sierra de Gádor y después á Codbaa, donde enviaron á doña María de Solís, su hija, y á doña Francisca Gibaja, hija del alcalde mayor; y teniéndolas en casa de un moro muy rico, llamado Zacaría, apartadas de otras cristianas, con cuarenta moros de guarda, para enviarlas presentadas al rey de Marruecos, dieron en su presencia cruelísima muerte á Luis Montesino de Solís. Desnudáronle en cueros, y colgándole de los dedos pulgares de los piés, de una ventana que estaba frontero de la casa donde tenian presa á su hija, allí fueron cortándole los miembros con una navaja, coyuntura por coyuntura, hasta los hombros; y porque glorificaba á Jesucristo, le sacaron la lengua y los ojos y le cortaron las narices y las orejas, y dándole humo y después fuego, le quemaron. Volviendo pues á los moros de Guécija, luego que hubieron quemado la torre recogieron la gente de los lugares de la taa, y con sus mujeres y hijos y bienes muebles se subieron á la sierra de Gádor, llevando por delante los bagajes y ganados: dejaron quinientos moros que aguardasen hasta que el fuego se apagase, por ver si habia qué robar en la torre; los cuales entraron otro dia dentro, y hallando aquellos tres cristianos que dijimos, medio quemados, no los quisieron matar luego, sino llevarlos consigo la vuelta de la sierra; y al vadear del rio de Canjáyar, que se pasa muchas veces en aquel camino, les hicieron que los pasasen á todos á cuestas; y siendo ya noche, no pudiendo dilatar mas el deseo de venganza, mataron á cuchilladas al fraile, desollaron vivo al uno de los mozos, y del otro no supimos lo que hicieron: solo se presume que tambien le matarian; por manera que de

todos los cristianos que habia en los lugares desta taa solos tres escaparon con las vidas, que los escondieron unos moriscos sus amigos, y los pusieron después en salvo.

En el lugar de Terque se recogieron los cristianos con sus mujeres y hijos en la torre de la iglesia, pensando poderse defender en ella; mas los moros le pusieron fuego y los quemaron á todos juntamente con la iglesia y con la torre. Hacian después mucho sentimiento las moras de pesar que tenian, porque se habia quemado en este lugar el hafiz de la seda de aquella taa, no por lástima que tenian dél, sino porque quisieran mucho poderle atormentar de su espacio, porque le querian muy mal.

CAPITULO XXV.

Cómo los lugares del rio de Boloduí se alzaron, y la descripcion dél.

El rio del Boloduí nace en la parte mas alta y mas oriental de la Sierra Nevada: á poniente tiene la taa de Marchena, á mediodía la tierra de Almería, á levante las sierras de Baza, y á tramontana las de Guadix y los lugares de Abla y Lauricena. Hay en este rio cinco lugares, llamados Albizan, Santa Cruz, Cochuelos, Bilumbin y Alhabia; baja entre Abla y Lauricena, y va á dar á Santa Cruz, que es el lugar principal, y después se va á juntar con el rio de Almería, entre Alhabia y Guécija. Es tierra de muchas arboledas, y los moradores tienen muy buena cria de seda; cogen cantidad de pan, trigo y cebada, y tienen muchos ganados, y siembran la alheña, que es una hoja como la del arrayan, mas delgada, y la precian mucho los moros. Era alcalde mayor destos lugares, que son de don Diego de Castilla, señor de Gor, el licenciado Blas de Biedma, el cual tenia su casa en Santa Cruz, y pudiera muy bien ponerse en cobro con todos los cristianos de aquel partido, si la confianza que tenia en que los moriscos de aquel partido no se levantarian, no le engañara, porque don García de Villaroel le escribió tambien á él, cuando al licenciado Gibaja, rogándole, y aun requiriéndole, que se retirase con tiempo á la ciudad de Almería, y tampoco lo quiso hacer.

Alzáronse estos lugares el segundo dia de pascua de Navidad, y los del lugar de Santa Cruz corrieron á las casas de los cristianos, y prendiéndolos, les robaron cuanto tenian, y destruyeron la iglesia. Al alcalde mayor hicieron morir cruelísimamente: siguiendo el ejemplo de los de Canjáyar le desnudaron en cueros delante de cuatro doncellas cristianas, que las tres eran hijas suyas y la otra del jurado Bustos, vecino de Almería, y su sobrina; y atándole las manos atrás, llegó un hereje á él, y le cortó las narices, y se las clavó con un clavo de hierro en la frente; luego le cortó las orejas y se las dió á comer; y porque loaba á Dios mientras le estaban martirizando, le cortaron la lengua y las manos y los piés; y abriéndole la barriga, se los metieron dentro; y un sayon le abrió el pecho, y le sacó el corazon, y comenzó á dar bocados en él, diciendo: «Bendito sea tal dia, en que yo puedo ver en mis manos el corazon deste perro descreido.» Y después desto quemaron el cuerpo, y á los demás cristianos, así hombres como mujeres, los llevaron al lugar de Canjáyar, donde tambien los mataron después.

Alzáronse los de Albizan cuando los de Santa Cruz, y el beneficiado Juan Rodriguez recogió todos los cristianos en una torre que tenia en su casa. Los moros saquearon las casas y la iglesia, y destruyendo todas las cosas sagradas, fueron luego á la torre y le pusieron fuego por todas partes, y quemaron vivos á todos los que se habian metido dentro, excepto al beneficiado y á tres doncellas sobrinas suyas. Mas después, queriendo regocijar el pueblo con la muerte de aquel sacerdote de Jesucristo, le desnudaron en cueros, y se lo entregaron á las mujeres moras para que ellas le matasen; las cuales le sacaron los ojos con almaradas, y le hirieron con cuchillos y piedras, hasta que dió el alma á su Criador, encomendándose siempre á Jesucristo, y glorificando su santísimo nombre. Lleváronse las captivas cristianas á Canjáyar, donde las mataron después con otras muchas, cuando el marqués de los Vélez hubo vencido á los moros de Filíx, como dirémos en su lugar. Dejemos agora de tratar de los otros lugares que se alzaron, que á su tiempo volverémos á ellos, y digamos lo que en este tiempo se hacia en la ciudad de Granada.

CAPITULO XXVI.

De lo que se hacia en este tiempo en la ciudad de Granada para asegurarse de los moriscos, y las desculpas que daban ellos.

Mucho sentimiento hubo en la ciudad de Granada cuando se supo que la gente que habia ido con el marqués de Mondéjar no habia podido alcanzar á los monfís, y crecia cada hora mas con las nuevas que venian de los sacrilegios y crueldades que iban haciendo en los lugares que alzaban en la Alpujarra; y movido el vulgo á ira con deseo de venganza, hablaban con libertad, culpando y desculpando á quien les parecia, y al fin buscando todos el remedio. Unos le hallaban en la equidad, otros en el rigor de la justicia, y todos en la fuerza de las armas. Habiéndose pues juntado el Acuerdo con el presidente don Pedro de Deza en la sala de la real Audiencia este dia, como lo habian hecho otros, para tratar del negocio, el licenciado Alonso Nuñez de Bohorques, oidor del real consejo de Castilla y de la general Inquisicion, que entonces lo era de la dicha audiencia, propuso que el camino mas breve para atajar la maldad de los moriscos alzados, y que los demás no se alzasen, consistia en sacar todos los que moraban en el Albaicin y en los lugares de la vega de Granada, y meterlos veinte leguas la tierra adentro, donde no pudiesen acudirles con avisos, con gente, armas y consejo; cosa que no se podria excusar teniéndolos en la ciudad, donde venian y entendian cuanto se hacia y trataba. Este parecer fué bien recebido de todos los que allí estaban; mas hallaron dificultad en la ejecucion dél, pareciendo cosa grave y peligrosa querer echar tanto número de gente de sus casas. Al fin se dió noticia á su majestad; y si por entonces no hubo efeto, después vino á hacerse con menor escándalo y peligro del que se representaba, como se dirá en su lugar. Por otra parte, el marqués de Mondéjar, queriendo usar el rigor de las armas, avisó á las ciudades y señores de la Andalucía y reino de Granada que con brevedad aprestasen la gente de guerra, por si fuese menester acudir á oprimir el rebelion, y el Acuerdo despachó provisiones en conformidad de lo que el Marqués pedia. Y porque se tenia ya nueva que el alzamiento pasaba hácia los

lugares del reino de Murcia, acordaron que seria bien avisar á don Luis Fajardo, marqués de los Vélez y adelantado de aquel reino, para que haciendo junta de gente de guerra por aquella parte, estuviese apercebido para lo que su majestad enviase á mandar, á quien se daria luego aviso de aquella diligencia. Temian mucho los moriscos al marqués de los Vélez, y parecia que solo oir su nombre bastaria para ponerlos en razon; y con este acuerdo el presidente don Pedro de Deza mandó llamar á un licenciado Carmona, abogado de la Audiencia real, que solicitaba los negocios del marqués de los Vélez, y le dijo que le despachase luego un correo avisándole de su parte como los moros habian entrado á levantar el Albaicin de Granada, y pregonado en él la seta de Mahoma con instrumentos de guerra y banderas tendidas, y que seria de mucha importancia que se acercase al reino de Granada con el mayor número de gente de á pié y de á caballo que pudiese juntar, y que brevemente ternia órden de su majestad de lo que habia de hacer con ella, porque él le escrebia sobre ello. Luego como esto se publicó en la ciudad, los moriscos se turbaron; y viendo tantas prevenciones como se hacian, procuraron por todos los medios de humildad echar de sí la sospecha que se tenia, cargando la culpa á los monfís. Juntándose pues los principales del Albaicin el tercer dia de Pascua, fueron con su procurador general á hablar á todos los ministros, y á cada uno por sí les hicieron su razonamiento, significando estar inocentes de lo que se les imputaba, y exagerando el atrevimiento de aquellos perdidos, que habian entrado en el Albaicin á hacerles tanto mal, y diciendo que si los prendieran luego, se entendiera quién eran los culpados, y castigando aquellos, se apagara el fuego de la sedicion antes que pasara tan adelante. Decian mas: que la premática no habia alterádolos á ellos, y si la habian contradicho, habia sido con buen celo, y que ya estaban contentos con ella, sabida la voluntad de su majestad, y viendo que se ejecutaba con tanta equidad, que cesaban los inconvenientes que habian tenido; y que estaban prestos de servir á su majestad con sus haciendas, para que los malos fuesen castigados y los buenos honrados, como se habia hecho en aquel reino en tiempos mas trabajosos, estando recien ganado y poco después. A estas y otras cosas que los moriscos decian, les respondieron mansamente y con amor, especialmente el Presidente, cargando la culpa á los que trataban mal de sus honras, y diciendo que siempre habian sido tenidos por leales vasallos de su majestad, y ansí se lo habian escrito, y volverian á escrebírselo de nuevo; y les ofreció de su parte que miraria por ellos, y no daria lugar que recibiesen agravio en el cumplimiento de la premática, encargándoles que perseverasen en la fe y lealtad que decian, pues de lo contrario no podria venirles menos que destruicion general, ofendiendo á Dios y á un príncipe tan poderoso, que siendo necesario, haria en un mesmo tiempo guerra por mar y por tierra á todos los príncipes del universo. Con las cuales razones, y con otras muchas desta calidad, procuraban quietarlos lo mejor que podian, proveyendo por otra parte las cosas que parecia convenir para la seguridad de aquella ciudad y del reino. Y con todas las sospechas y temores, solo un dia se dejó de hacer audiencia en las salas, y todos los demás durante el rebelion los oidores y alcaldes hicieron sus oficios á las horas acostumbradas; lo cual fué de tanta importancia, que los moriscos no osaron hacer novedad en la ciudad ni en las alcarías comarcanas, temiendo tanto y mas la horca que la espada. Luego se dió órden que las compañías de las parroquias hiciesen cuerpo de guardia en la audiencia, de donde salia el Corregidor tres y cuatro veces cada noche á rondar el Albaicin y la Alcazaba; y porque habia poca gente, y no poco temor, para que los moriscos no lo entendiesen, se usaba de un ardid, que algunas veces suele aprovechar, y era, que después de haber entrado los soldados acompañando sus banderas por la puerta principal, volvian á irse uno á uno por otra puerta falsa, y tornaban á entrar en otras compañías. Esto se hacia una y mas veces con tanta destreza, que aun los proprios ciudadanos no lo entendian. Y porque los capitanes y gentileshombres tuviesen algun entretenimiento, hacia el Presidente ponerles mesas de juego, y les mandaba dar de cenar y colaciones; mas con todas estas prevenciones los malaventurados, que ya se habian desvergonzado, no dejaban de proseguir en su maldad, como se entenderá por el discurso desta historia.

CAPITULO XXVII.

Cómo los lugares de tierra de Salobreña se alzaron, y la descripcion della.

Salobreña es una villa muy fuerte por arte y por naturaleza de sitio: está en la orilla del mar Mediterráneo, puesta sobre una peña muy alta; adelante tiene una isleta, y á poniente della una pequeña playa abrigada de levante, donde llegan á surgir los navíos. La villa está cercada de muros; no se puede minar, porque es la peña viva marmoleña, ni menos se puede batir, por ser muy alta y tajada al derredor, sino es á la parte de levante, donde está la puerta principal. En lo mas alto hácia el cierzo tiene un fuerte castillo, que solamente desde las casas de la villa se puede combatir, y por allí le fortalecen dos muros anchos y terraplenados con sus barbacanas; todo lo demás cerca la peña tajada, y hay dentro un pozo de agua manantial, que no se le puede quitar en ninguna manera. Esta tenencia era de don Diego Ramirez de Haro, vecino de la villa de Madrid, y fué de sus antepasados, que se la dieron los Reyes Católicos cuando conquistaron el reino de Granada. Tiene Salobreña á levante la villa de Motril, á poniente la ciudad de Almuñécar, al médiodía el mar Mediterráneo, y á tramontana el valle de Lecrin. Hay en sus términos seis lugares, llamados Lóbras, Itrabo, Mulvízar, Guájar la alta, Guájar de Alfaguit y Guájar del Fondon. Todos estos lugares estaban poblados de moriscos, mas los vecinos de la villa eran cristianos, la cual fuera capaz de seiscientas casas si estuviera toda poblada, mas en este tiempo no tenia mas de ochenta vecinos. Es tierra áspera y muy fragosa á poniente y á tramontana, y cógese en ella poco pan. Los lugares altos están en una quebrada que hace la sierra, por donde baja un rio que procede de unas fuentes que nacen en ella, y después se va á juntar con el rio de Motril. Hay muchas arboledas de huertas, olivos y morales por aquellos valles, y tienen los moradores muy buena cria de seda, aunque la principal granjería es agora la de azúcar, porque en una vega que está á levante hácia Motril tienen mu-

chas hazas de cañas dulces, y abundancia de agua con que regarlas, y junto á los muros un ingenio muy grande, y otros en las alcarías allí cerca, donde se labran las cañas.

Los moriscos de las Guájaras se alzaron el primero y segundo dia de pascua de Navidad, cuando los del Valle; mas no hicieron daño en las iglesias ni á los cristianos, antes dijeron al beneficiado que dijese su misa, y el alguacil del lugar, llamado Gonzalo el Tartel, que era su amigo, le prometió que no le enojaria nadie, y que si fuese menester, le pondria en salvo, como en efeto lo hizo. Los de Lóbras y Trabo y Mulvízar se subieron luego á las sierras de las Guájaras, y desampararon sus casas por huir de los daños que los vecinos de Salobreña y Motril les hacian; los cuales podrémos decir que los alzaron, ó á lo menos les dieron priesa á que se alzasen, porque luego que se supo lo que habian hecho los de Órgiba, salian en cuadrillas á robarles las casas y los ganados, y les hacian otros malos tratamientos, y tampoco hicieron daño en las iglesias por entonces. Cuando comenzaron estas revoluciones don Diego Ramirez estaba con su casa y familia en la villa de Motril, y siendo avisado por carta del marqués de Mondéjar, se fué á meter en su fortaleza, y viendo que en la villa no habia bastante número de gente, ni él tenia consigo mas que sus criados, hizo con el concejo que enviasen un vecino llamado Claudio de Robles á Arévalo de Zuazo, corregidor de la ciudad de Málaga, pidiéndole alguna gente de guerra que meter en la villa, entendiendo que los alzados procurarian ocuparla por causa de la fortaleza y de la comodidad de aquel puerto; el cual envió á Diego Barzana con cincuenta tiradores, que aseguraron algo á los vecinos. Finalmente, don Diego Ramirez puso la fortaleza en defensa, encabalgó la artillería, que estaba toda por aquel suelo sin cureñas ni ruedas, y proveyó en todo lo que á buen alcaide convenia. Y no solo defendió la plaza, mas salió muchas veces en busca de los enemigos, y hizo muchos y muy buenos efetos, como se dirá en su lugar.

CAPITULO XXVIII.

Cómo los moros combatieron la torre de Órgiba.

El domingo, segundo dia de pascua de Navidad, á 26 de diciembre, acordaron los moros de combatir la torre de Órgiba, y para este combate juntaron muchos haces de leña y zarzos de cañas untados con aceite, pensando quemar los cristianos dentro. El alcaide Gaspar de Sarabia echó luego fuera veinte hombres, que mataron algunos moros y quemaron todos aquellos haces en el lugar donde los tenian recogidos. Los enemigos corrieron á la iglesia, y hallándola sin defensa, entraron dentro, y con grandísima ira quebraron los retablos, deshicieron el altar, rompieron la pila del baptismo, derramaron el olio y la crisma, arcabucearon la caja del Santísimo Sacramento, con enojo de que no hallaron allí la santa forma de la Eucaristía, que los beneficiados la habian consumido en todos aquellos lugares; y arrojando todas las cosas sagradas por el suelo, no dejaron abominacion ni maldad que no hicieron. Luego subieron á la torre del campanario, y en lo mas alto dél pusieron un reparo de colchones y mantas, para desde él arcabucear á los cristianos, y aquella noche les enviaron un moro del lugar de Benizalte, llamado el Ferza, hijo de Alonso el Ferza, para que les dijese de su parte que se rindiesen, y que entregasen las armas y el dinero y les dejarian las vidas, porque de otra manera no podian dejar de morir. Este moro llegó con una banderilla blanca á la torre, y propuso su embajada diciendo que Granada era perdida, que los moros tenian ya la fortaleza del Alhambra por suya, que el rey don Felipe no les podia enviar socorro, porque estaba cercado de luteranos, y que las cosas de los moros iban tan prósperas, que esperaban muy en breve llegar vitoriosos á Castilla la Vieja. Y como un clérigo de los que estaban en la torre le preguntase si hablaba como cristiano ó como moro, respondió el hereje que como moro, porque ya no habia en aquella tierra mas que Dios y Mahoma, y que harian cuerdamente los que allí estaban en tornarse moros si querian tener libertad. Estas palabras sintieron mucho los nuestros, y no pudiendo oir semejante blasfemia, le respondieron que se alargase luego de allí, si no queria que le matasen con los arcabuces, apercibiéndole que ni él ni otro no volviesen con aquel recaudo, porque no les iria bien dello; mas no por eso les dejaron de acometer otras veces con la paz, por ver si los podrian engañar. No mucho después acordaron de hacer dos mantas de madera para picar el muro por debajo y dar con la torre en el suelo; mas los cercados se dieron tan buena maña, que les quemaron la una, teniéndola á medio hacer; la otra acabaron, y cuando estuvo puesta en órden, hicieron reseña de toda la gente, y se apercibieron al combate. Esta manta era hecha de maderos gruesos, cubierta de tablas aforradas por defuera de cueros de vaca, y sobre los cueros y la madera colchones de lana mojada, para que resistiesen las piedras y el fuego; y estando asentada sobre cuatro ruedas bajas, los proprios que iban dentro della la llevaban rodando, y de un cabo y de otro iban arrastrando grandes haces de cañas y de leña seca y tascos, untado todo con aceite para poner con ellos fuego á la torre cuando el muro estuviese picado y apuntalado con maderos. Fué la determinacion de los enemigos tan grande, teniendo presente el odio y la ira, que aunque los cristianos mataban muchos dellos con los arcabuces, no dejaron de arrimar su manta. Los nuestros procuraron deshacérsela arrojando gruesas piedras sobre ella desde arriba; y viendo que no aprovechaba, porque la madera era recia, y los reparos que llevaba encima despedian la piedra, tomaron unos ladrillos mazaris que acertó á haber en la torre, y arrojándolos de esquina donde se descubrian los colchones, rompieron el lienzo, y echando sobre ellos dos calderas de aceite hirviendo de lo que Leandro habia traido, y cantidad de tascos de cáñamo y de lino ardiendo, prendió el fuego de manera, que en breve espacio se quemaron los colchones y la manta; y los que habian ya comenzado á picar el muro, se salieron huyendo con harto peligro de sus vidas. No se halló Aben Humeya en este asalto porque habia pasado de largo, como queda dicho, á Pítres de Ferreira á proveer en otras cosas, y cuando supo el ruin suceso que habia tenido, mandó que cesasen los asaltos, y que solamente tuviesen la torre cercada, para que no le entrase bastimento; y desta manera estuvo diez y siete dias hasta que el marqués de Mondéjar la socorrió, como dirémos adelante.

CAPITULO XXIX.

De lo que se hizo estos dias á la parte de Almería, y la descripcion de aquella tierra y de algunos lugares que se alzaron en ella.

La ciudad de Almería antiguamente se llamó Viji: está puesta sobre la costa de la mar, sus términos son muy grandes; tienen á poniente las taas de Dalías y de Andarax, á tramontana las de Lúchar, de Marchena y del Boloduí; á levante el rio de Almanzora y las ciudades de Mojácar y Vera, y al mediodía comprehende en la costa del mar Mediterráneo desde una torre llamada Rábita, que está en el paraje de Fílix á la parte de poniente, hasta la mesa de Roldan, que está á levante. Hay en estos términos de Almería treinta y siete lugares y villas, cuyos nombres son: Ínix, Fílix, Vícar, Turrillas, Obrevo, Inox, Carbal, Alquitan, Pedregal, Alhadura, Viátor, Güércal, Alguayan, Benahaduz, Bechina, Alhama de Berchina, Rioja, Gádor, Guyciliana, Santa Fe, Níjar, Mondújar, Guézhen, Alocainona, Sórbas, Ulela del Campo, Ulela de Castro, Belefique, Bubrio, Alhamilla, Tavernas, Jérgal, Castro, Bacáres, Elbeire, Bayarca y Macael. Atraviesa por esta tierra el rio de Andarax, el cual pasando por la taa de Marchena se va á juntar con otro rio que sale por bajo del castillo de Jérgal, y por las faldas meridionales de la sierra de Baza va al lugar de Rioja, en cuya ribera están Tavernas, Alhamilla y la rambla de Tavernas, y por Gádor y Benahaduz se mete en el Mediterráneo cerca de la ciudad de Almería; la cual está puesta en sitio hermoso y agradable, y tenia en este tiempo mas de dos mil y quinientos vecinos, aunque el ámbito de los muros es capaz de mayor número de casas, porque tienen de circuito seis mil seiscientos y cincuenta pasos, y á un cabo una fortaleza en un sitio inexpugnable, sentada sobre una peña viva muy alta, que no da lugar á minas, baterías ni asaltos por las tres partes, y por la otra tiene un solo padrastro hácia la sierra; mas está en medio entre él y la fortaleza un valle muy hondo, y toda está cercada de peña tajada muy alta, y la muralla terraplenada. A levante de la ciudad hay una playa espaciosa y larga, y muy segura de levante, donde pueden surgir dos mil navíos y mas, y á poniente tiene otra, que no es tan segura, aunque hay algun abrigo con las sierras que despuntan en la mar hácia aquella parte. Son todos estos términos abundantes de yerba para los ganados; tienen los moradores mucha y muy buena cria de seda, y en las riberas de los rios grandes arboledas. Cógese en ellas alguna cantidad de pan, aunque no es tanto, que les baste para todo su año; mas provéense de la comarca. Fué Almería ciudad muy populosa en tiempo que la poseian los moros, y tan estimada, que quiso competir con Granada, y así, la llamaban *Almereya*, que quiere decir el espejo. Solia tener grandes arrabales y armar mucha cantidad de navíos de remos; mas después se fué disminuyendo en poblacion, en trato y en todo lo demás; y cuando comenzó la guerra deste levantamiento, moraban en ella muchos caballeros y gente principal, y tenia mas de seiscientas casas de moriscos de los muros adentro, y dos compañías de gente de guerra ordinaria, la una de caballos y la otra de infantería, para correr los rebatos de la costa y tener cargo de la guardia della. Viendo pues los moriscos de las alcarías de la taa de Marchena y lugares comarcanos á Almería, que su negocio iba muy adelante y que los turcos no acudian á su pretension, determinando de hacerlo ellos, escogieron ciento y cincuenta hombres de hecho, á quien tuvieron dada órden que con cargas de harina y de otros bastimentos se fuesen á la alhóndiga de la ciudad, que estaba junto á la fortaleza, y descargando allí, como lo solian hacer de ordinario, pasasen diez ó doce dellos con cargas de leña y de paja, so color de llevarlas presentadas al alcaide, y al entrar de las puertas de la fortaleza se atravesasen de manera, que los cristianos no las pudiesen cerrar, y acudiendo los de la alhóndiga, se metiesen dentro, y matando al alcaide y á los que con él hallasen, se hiciesen fuertes en ellas, y diesen aviso con humo, para que los lugares de la tierra les acudiesen luego; y para tener entendido por dónde podrian entrar sin que los de la ciudad lo estorbasen, habia negociado aquellos dias Mateo el Rami, alguacil de Instincion, que era grande amigo de Alvaro de Sosa, que le llevase un dia á comer con él á la fortaleza, porque deseaba irse á holgar á Almería con su mujer, y con esta ocasion habia reconocido los muros, los adarves y las torres andando con el alcaide por toda ella; aunque no le habia dejado entrar en la torre del Homenaje, diciendo que solo el Rey y él la podian ver. Y como el astuto moro vió al alcaide con mas recato que otras veces y aquella escuadra de soldados en la primera puerta, sospechando que habian sentido los cristianos algo de lo que trataban, acordó de dejar aquel consejo, y tomar otro que pudiera ser mas dañoso á la ciudad, porque mostrando querer vencer de cortesía y liberalidad á su amigo, le rogó que fuese otro dia á holgarse con él á su alcaría, y que llevase todos sus amigos y parientes, porque le queria festejar y dar de comer á su usanza; y habiéndolo el alcaide aceptado, y convidado el moro de su parte todos los hombres de valor, de quien entendió que podian defender la ciudad, los hubiera hecho matar aquel dia, si no sucediera una revuelta entre algunos de los que habian sido convidados, por donde el alcaide mayor los tuvo encarcelados; y así, no hubo efeto el convite. Estando pues las cosas en este estado, el segundo dia de pascua de Navidad llegó á él la guarda de una de las torres de la costa de poniente, y le dió la carta de aviso que dijimos que le envió el capitan Diego Gasca, que decia desta manera: «A la »hora que esta escribo, que serán las once del dia, hoy »primero de pascua de Navidad, he tenido aviso que van »trescientos moros la vuelta de Ujíjar de la Alpujarra. »Voy en su seguimiento; vuestra merced me socorra. »Fecha en Dalías *ut supra*.» Esta carta puso en mucha confusion á don García de Villaroel, porque entendió que no eran moros los que Diego Gasca decia, ni era posible serlo, á causa de que habia mas de quince dias que andaba la mar muy brava con tiempo de mediodía, que no tiene abrigo en nuestra costa; tuvo por cierto que eran moriscos de la tierra que se alzaban; y parándose á considerar el inconveniente que habia en salir de la ciudad, y lo poco que podria aprovechar su ida, porque en caso que fueran moros de Berbería los que Diego Gasca decia, cuando él llegase estarian ya embarcados, solamente hizo demostracion de salir de los muros, con intento de no apartarse mucho dellos. Mandando pues tocar á recoger, dió priesa para que los soldados salie-

sen; y estando ya fuera, ordenó á la infantería que hiciese alto en la cantera á vista de la ciudad, y él con los caballos se estuvo quedo, entreteniendo la gente cerca de los muros; y luego se volvió á meter dentro de la ciudad, pareciéndole mas conveniente atender á la guardia della que ir en socorro de Diego Gasca á cosa incierta. Vuelto don García de Villaroel á la ciudad, la justicia y regimiento hicieron diligencia, y haciéndola él por su parte, despacharon luego un soldado al marqués de Mondéjar, pidiéndole socorro de gente y bastimentos y municiones, porque de todo habia falta en Almería; y entendiendo que no podria socorrer con la brevedad que el caso pedia, despacharon tambien al marqués de los Vélez, y á las ciudades del reino de Murcia, y á Gil de Andrada, á cuyo cargo andaban las galeras de España, certificándoles que era cierto el levantamiento de los moriscos de todo el reino, para que socorriesen aquella plaza. Hicieron tambien diligencia con los cristianos clérigos y legos de los lugares de tierra de Almería, para que se recogiesen con tiempo á la ciudad, mediante la cual se salvaron muchos; y escribieron á los alcaldes mayores del condado de Marchena y del Boloduí que hiciesen lo mismo. Este dia á las cuatro de la tarde llegaron á Almería dos escuderos de la compañía de Diego Gasca, y dijeron que estando en un lugar de la taa de Lúchar, los habian querido matar los moriscos, y que habian escapado por gran ventura á uña de caballo, porque de todos los lugares por donde pasaban les salia gente armada para atajarles el camino. Luego despacharon otros dos correos á los dos marqueses, tornándoles á certificar el levantamiento, y se puso mas gente de guerra en la puerta de la fortaleza, y mandaron pregonar por los lugares comarcanos que todos los moriscos que quisiesen recogerse á la ciudad con sus mujeres y hijos, lo hiciesen; y se ordenó á Pedro Martin de Aldana, teniente de la compañía de caballos de don García de Villaroel, que fuese al campo de Níjar, y hiciese que los pastores cristianos se recogiesen con tiempo con sus ganados, y metiesen en Almería los que hallase ser de moriscos, para provision de la ciudad. Andando en esto, llegó otra nueva el tercero dia de Pascua, como Ujíjar de Albacete se habia alzado, y que los cristianos estaban cercados en la torre de la iglesia; y luego el mártes 28 de diciembre se supo como eran ya perdidos, y que desde allí hasta Almería estaba toda la tierra levantada. Entonces se juntaron las justicias y regidores en su cabildo, segun lo que don García de Villaroel nos contó: nombraron personas que fuesen á su majestad, y de camino llegasen donde estaba el marqués de los Vélez y le diesen una carta, en que le pedian que fuese á socorrerlos con brevedad, por estar aquella plaza en mucho peligro. El mesmo dia se comenzaron á recoger á la ciudad y á las huertas y arrabales muchos moriscos de los lugares de la tierra con sus mujeres y hijos; y porque habia mucha gente entre ellos que podian tomar armas, los cristianos se recogieron á la Almedina. Tambien vino aquel dia en la tarde otra espía de Güécija, y avisó como los moros tenian cercado el monasterio y la torre, y que habia encontrado á los de Ínix, Fílix y Vícar, que iban á juntarse con ellos, y le habian dicho que Granada y todo el reino era ya de moros; que no les quedaba mas que Almería por ganar, mas que presto la ganarian, porque en tomando la torre de Guécija y el castillo de Jérgal, se habia de juntar mucha gente para ir sobre ella; y por señal de que habia estado con ellos, trajo las hojas rotas de un misal que habian hecho pedazos en la iglesia de Alhama la Seca. Esta nueva confirmó luego otra espía que llegó el mesmo dia, que puso un poco de mas cuidado á la ciudad, por verse sin bastimentos y con tan poco remedio de proveerse por tierra; mas esto se remedió muy brevemente, porque los soldados que fueron con Pedro Martin de Aldana al campo de Níjar, trajeron mil vacas y mucha cantidad de ganado menudo de lo que habia de moriscos, con que se reparó la gente y tuvieron que comer muchos dias. Fué tambien de mucha importancia esta salida, porque se recogieron todos los ganados de cristianos y los pastores que andaban con ellos en aquella tierra, y pudieron salir seguros con tiempo por las sierras de Níjar y Filábres y Tavernas; porque como el marqués de los Vélez comenzaba á juntar gente por aquella parte, no osaron los moriscos de aquellas sierras levantarse, y lo mesmo hicieron los de la hoya de Baza, del rio de Almanzora, de Vera y Mojácar y de toda la jarquía; que si se levantaran, fuera grandísimo el daño que hicieran, por ser mucho número de gente. Alzáronse algunos lugares de la tierra de Almería que estaban hácia la parte de la Alpujarra, como fueron Ínix, Fílix, Vícar y Jérgal, y otros donde ejercitaron los herejes sus crueldades, no con menor rabia que en los otros lugares que hemos dicho, de los cuales dirémos agora.

Los lugares de Ínix, Fílix y Vícar caen á poniente de la ciudad de Almería, en una rinconada que hace la sierra de Gádor cuando va á despuntar sobre el mar Mediterráneo, y los moradores dellos se alzaron cuando los de Guécija; y cuando hubieron robado y destruido las iglesias, y muerto algunos cristianos y prendido otros, fueron muchos dellos en favor de los que combatian la torre de Guécija. La cual ganada, como queda dicho, volvieron á sus lugares, y ordenaron de dar cruel muerte al bachiller Salinas, su beneficiado, y á dos sacristanes que tenian presos. Hiciéronlo vestir como cuando decia misa, y asentándole en una silla debajo de la peaña del altar mayor, pusieron los sacristanes á los lados con las matrículas de los vecinos en las manos, mandándoles que llamasen por su órden, como cuando querian saber si habia faltado alguno para penarle; y como iban llamándolos, llegaban hombres y mujeres, chicos y grandes, al beneficiado, y le daban de bofetones é puñadas, y le escupian en la cara, llamándole de perro. Y cuando hubieron llamado á todos, llegó un hereje á él con una navaja y le persignó con ella, hendiéndole el rostro de alto á bajo y por través, y luego le despedazó coyuntura por coyuntura y miembro á miembro, de la mesma manera que habian hecho á su beneficiado los de Canjáyar; y porque el sacerdote de Cristo glorificaba su santísimo nombre, le cortaron la lengua. Después los llevaron arrastrando fuera del lugar y los asaetearon juntos. Hecho esto, se recogieron todos á un cerro alto que está junto á Fílix, con sus mujeres y hijos y ganados, creyendo poderse defender allí por la disposicion del sitio, que es fuerte.

Luego que los lugares de la taa de Marchena y del Boloduí se alzaron, el Gorri y el Ramí enviaron seis

banderas de monfís y de otros hombres sueltos y bien armados, á que alzasen los lugares del rio de Almería y recogiesen toda aquella gente. Los cuales llegaron al lugar de Jérgal, que es del conde de la Puebla, el tercero dia de Pascua, y el alcaide del castillo, que tambien era alcaide mayor del lugar, estando ya prevenido en su traicion, dijo á los cristianos que se recogiesen luego á la fortaleza con sus mujeres y hijos, porque allí se podrian guarecer, y cuando los tuvo dentro, hizo que los matasen á todos. Degolló al vicario Diego de Acebo y á su madre, que era ya mujer mayor, y al beneficiado Paz y á su hermana, y á Bernal García, escribano de su juzgado, y á todos los otros cristianos y cristianas, chicos y grandes, cuantos allí vivian, y mandó echar los cuerpos en el campo. Quedaron dos mujeres mal degolladas, que estuvieron siete dias desnudas en el campo, sin comer ni beber, sustentándose con sola nieve; y estas fué Dios servido que se salvasen, porque llegaron por allí acaso unos soldados de Baza, que iban á correr la tierra, y hallándolas de aquella manera, las recogieron y abrigaron, y las enviaron á la ciudad, donde fueron curadas y sanaron de las heridas. Este hereje se llamaba en lo exterior Francisco Puerto Carrero, y en lo interior Aben Mequenun, nombre de moro; el cual, en sintiendo que el marqués de Vélez entraba por aquella parte, no osó aguardar, y desamparando el castillo, se fué con toda la gente á la Alpujarra, como adelante se dirá.

CAPITULO XXX.

Cómo se alzaron Abla y Lauricena, lugares de tierra de Guadix, y la descripcion della.

La ciudad de Guadix, que los moros llaman Guet Aix, que quiere decir rio de la Nida, está nueve leguas á levante de Granada: su sitio es una loma pequeña que baja de un cerro, y en las faldas delante dél tiene una vega espaciosa y llana, por la cual atraviesa un rio, de donde tomó el nombre de la ciudad, cuya fuente está en lo alto de Sierra Nevada, cerca del puerto de Loh, y bajando por entre Jériz y Alcázar, va á dar al Quif y á la Calahorra, lugares del marquesado del Cenete, y á Alcudia y Zalabin y á Ixfiliana, y á los muros de la ciudad de Guadix, llevando siempre su corriente hácia el cierzo, y con hermosísimas riberas de arboledas de un cabo y de otro riega las huertas y hazas de la Vega, y saliendo della, vuelve á poniente, haciendo algunos senos, y se va á juntar con el rio de la Peza, y por entre aquellas sierras recogiendo otras aguas, corre á juntarse con el rio de Genil, una legua á levante de la ciudad de Granada, donde está al pié de la sierra de Güéjar la puente del rio de Aguas Blancas. Tiene Guadix á poniente y al cierzo los términos de la ciudad de Granada, al mediodía el marquesado que dicen del Cenete, que es tierra de señorío, y la Sierra Nevada; y á levante la ciudad de Baza. Caen en sus términos veinte y cuatro lugares, sin los del marquesado del Cenete, cuyos nombres son estos: la Peza, los Baños, Véas, Aláres, Purrillena, Almáchar, Córtes, Greyena, Lúbros, Fonélas, Lopera, Darro, Diezma, Moreda, Alcudia, el Sigení, Salabin, Cogollos de Guadix, Paulanza, Ixfiliana, Fiñana, Gor, Abla y Lauricena. Toda esta tierra es muy fértil, abundante de pan y de muchos ganados; críase en ella mucha seda de morales, y los lugares estaban poblados por la mayor parte de moriscos, y aun en la propria ciudad habia mas de cuatrocientas casas dellos, en medio de la cual está un castillo antiguo y maltratado, puesto en lo mas alto della. Solos dos lugares de los que hemos dicho se alzaron en esta rebelion, que eran de señorío, llamados Abla y Lauricena, y estos están á la parte de Sierra Nevada, de los cuales dirémos en este lugar, porque adelante dirémos de los del marquesado del Cenete.

Abla y Lauricena se alzaron el tercero dia de Navidad, porque llegaron á levantarlos dos cuadrillas de monfís y moros alzados que el Gorri, capitan del partido de Ohanez, envió para aquel efeto; los cuales destruyeron las iglesias y mataron los cristianos que pudieron haber á las manos. Y los de Abla, cuando hubieron desbaratado el altar y quebrado los retablos de la iglesia, tomaron un puerco que tenia un cristiano en su casa, y lo degollaron sobre el altar mayor, y hicieron otros muchos sacrilegios y maldades. Hecho esto, recogieron sus mujeres y hijos y los enviaron la vuelta de la Alpujarra, y ellos fueron á levantar la villa de Fiñana, pensando ocupar la fortaleza, porque sabian que no habia gente de guerra dentro; mas no hicieron por aquella vez efeto, porque los moriscos que allí vivian no quisieron irse con ellos; y lo mesmo hicieron los de los lugares del marquesado del Cenete, que tampoco se quisieron alzar, hasta que después volvió mas gente á llevarlos, como se verá en su lugar.

CAPITULO XXXI.

Cómo don Diegó de Quesada fué á ocupar á Tablate, lugar del valle de Lecrin, y los moros le desbarataron, y la descripcion de aquel valle.

Llámase valle de Lecrin la quebrada que hace la sierra mayor, tres leguas á poniente de Granada, donde comienza á levantarse la Sierra Nevada. Tiene á poniente la sierra de Manjara, que confina con el rio de Alhama; al cierzo la vega de Granada y los llanos del Quempe; al mediodía confina con las Guájaras, que caen en lo de Salobreña, y con tierra de Motril; y á levante con Sierra Nevada y con la taa de Órgiba. Hay en este valle veinte lugares, llamados Padul, Dúrcal, Nigüélas, Acequia, Mondújar, Harat, Alarabat, el Chite, Béznar, Tablate, Lanjaron, Ixbor, Concha, Guzbíjar, Melegix, Múlchas, Restábal, las Albuñuelas, Saláres, Lújar, Pinos del Rich ó del Valle. Es abundante toda esta tierra de muchas aguas de rios y de fuentes, y tiene grandes arboledas de olivos y morales y otros árboles frutales, donde cogen los moradores diversidad de frutas tempranas muy buenas, y muchas naranjas, limones, cidras y toda suerte de agro, que llevan á vender á la ciudad de Granada y á otras partes. Los pastos para los ganados son muy buenos, y cogen cantidad de pan de secano y de riego en los lugares bajos, y la cria de la seda es mucha y muy buena. Corren por este valle seis rios, que proceden de la sierra mayor. El primero nace á la parte de poniente, y llámanle rio de las Albuñuelas, porque nace de dos fuentes junto al lugar de las Albuñuelas; el cual pasa cerca de los lugares de Saláres y Pinos del Valle, y se va después á juntar con el rio de Motril. El segundo nace par del lugar de Melegix, y se va á juntar con el de las Albuñuelas por bajo de Restábal. El tercero nace de la Sierra Nevada, y va á dar

en una laguna grande que se hace entre los lugares del Padul y Dúrcal, y de allí va á juntarse con el rio de las Albuñuelas. El cuarto nace tambien en la Sierra Nevada, en el paraje del lugar de Acequia, y antes que llegue al lugar se parte en dos brazos, y tomándole en medio, va el uno á dar al lugar del Chite y el otro á Tablate, y de allí al rio de las Albuñuelas y al de Motril. El quinto baja tambien de la Sierra Nevada y va al lugar de Lanjaron, y de allí al rio de Motril. Y el sexto, que nace mas á levante de la mesma sierra, es el que divide los términos del valle y de la taa de Órgiba, el cual se va á meter en el rio de Motril por los lugares de Sórtes, Benizalte y Pago, que caen en lo de Órgiba. Los lugares bajos del valle de Lecrin se alzaron el segundo dia de Pascua, cuando Abenfarax y los otros monfís que venian de Granada llegaron á Béznar, porque hicieron encreyente á los moriscos que la ciudad y el Alhambra era suya, y que el Albaicin quedaba levantado, y como hubieron robado las iglesias y muerto muchos cristianos de los que vivian en ellos, pasaron á levantar los otros lugares de la Alpujarra; mas los que moraban en el Padul, Dúrcal, Nigüéles, las Albuñuelas y Saláres, que son los mas cercanos á Granada, no se alzaron por entonces, aunque se fueron muchos dellos á la sierra, que hicieron después harto daño en busca de su perdicion. Uno de los lugares alzados fué Tablate, que está puesto cerca de un paso importante, por donde de necesidad se habia de ir para pasar á la Alpujarra. Queriendo pues el marqués de Mondéjar tenerle ocupado para cuando fuese menester, mandó á don Diego de Quesada que, con la gente que tenia en Dúrcal y la que le enviaba para aquel efeto, se fuese á poner en Tablate, y que el capitan Lorenzo de Avila volviese á Granada, y de allí fuese á recoger la gente de las siete villas, porque entendia salir con brevedad á castigar los rebeldes. Luego que llegó esta órden á Dúrcal, don Diego de Quesada, con toda la gente de á pié y de á caballo que allí habia, se fué al lugar de Béznar, y hallando las casas solas y la iglesia destruida y quemada, pasó á Tablate, donde halló tambien las casas solas y los moradores subidos á la sierra. A este lugar llegó la gente muy fatigada, así la gente como los caballos, y como se desmandasen luego por las calles y casas desordenadamente, sin poner centinela á lo largo, y con harto menos recato del que convenia á gente de guerra, los moros, que los estaban mirando desde lo alto de los cerros, vieron buena ocasion para acometerlos, y juntándose muchos dellos, bajaron lo mas encubierto que pudieron, y los acometieron impetuosamente en las casas y calles, y mataron y hirieron muchos cristianos. Hubo algunos escuderos que no teniendo tiempo de enfrenar los caballos, que estaban comiendo, se los dejaron, y salieron del lugar huyendo á pié; y hicieran los moros mucho mas daño, si no fuera por unos soldados que se habian desmandado sin órden á buscar qué robar por aquellos cerros; los cuales, viendo que bajaban de la sierra desde lejos, y sospechando lo que iban á hacer, dieron grandes voces á los nuestros, y les capearon con una capa, para que se pusiesen en arma, y hicieron tanto, hasta que el proprio don Diego de Quesada, que andaba por la plaza del lugar con algun tanto de cuidado mas que los otros, oyó las voces, y entendiendo lo que podía ser, hizo tocar á arma á gran priesa, y con la gente que pudo recoger de presto, salió al campo y ordenó un escuadron, donde guareciesen los que salian huyendo del lugar; y cuando le pareció que convenia, se retiró, y dejó el paso que se le habia mandado guardar, teniendo poca confianza en aquella gente tímida, mal plática y poco experimentada que llevaba consigo, y por los lugares de Béznar y de Dúrcal pasó al Padul, yendo siempre escaramuzando con los moros; los cuales le siguieron hasta el barranco de Dúrcal, y de allí se volvieron, no osando pasar adelante, por ser tierra donde era superior la caballería.

CAPITULO XXXII.

De los apercebimientos que el marqués de Mondéjar y la ciudad de Granada hicieron estos dias.

Con el suceso de Tablate cobraron los rebeldes mayor ánimo; y el marqués de Mondéjar, sabido que don Diego de Quesada se habia retirado al Padul sin su órden, envió á mandarle que se viniese á Granada, y en su lugar fueron el capitan Lorenzo de Avila con la gente de las siete villas, y el capitan Gonzalo de Alcántara, hombre plático, criado en Oran, con cincuenta caballos, y órden que se metiesen en Dúrcal, y procurasen mantener aquel lugar y los otros comarcanos del valle de Lecrin, que aun no se habian alzado, en lealtad, mientras llegaba la gente que se aguardaba de las ciudades de la Andalucía y reino de Granada. Porque viendo que los rebeldes hacian demostracion, no solo de defender sus casas, mas aun de ofender á los cristianos en las suyas, y que andaban en la Alpujarra y cerca de Granada con banderas tendidas, levantando los lugares por dó pasaban, y no dejando hombre á vida que tuviese nombre de cristiano, queria formar ejército con que poderlos oprimir; y hallándose falto de gente, de artillería y de municiones, y de todas las otras cosas necesarias para ello, porque en Granada no la habia, ni menos se podia valer de la gente de guerra que estaba en los presidios de la costa, por ser poca y estar donde era bien menester, habia despachado correos á toda diligencia á los grandes y á las ciudades y villas del Andalucía, dándoles aviso del levantamiento, y de como queria salir á allanarlo en persona, y la falta con que se hallaba de gente de á pié y de á caballo para poderlo hacer, ordenándoles de parte de su majestad que le enviasen el mayor número que pudiesen. Y porque los corregidores y alcaldes mayores tardaban en hacerlo, pareciéndoles que debia de ser lo que otras veces, que habian sido apercebidas las ciudades, y se habia vuelto la gente sin ser menester, el Acuerdo habia despachado provisiones con grandes penas, mandándoles que con toda diligencia cumpliesen las órdenes del marqués de Mondéjar. El cual mientras se juntaba esta gente dió órden en aprestar vituallas y municiones dentro de la ciudad de Granada y fuera della, y hizo apercebir todas las cosas necesarias para formar un campo; lo cual todo se aprestó y puso á punto desde 26 dias del mes de diciembre hasta 2 de enero, no embargante que de presente no habia dinero de su majestad de que poderlo hacer, proveyéndose de otras partes lo mejor que pudo; y porque los lugares de la costa estaban faltos de gente y de bastimentos, y no se podian proveer por tierra, escribió á la ciudad de Málaga, y al proveedor Pedro Verdugo, encargándoles

que con toda brevedad los proveyesen en bergantines y barcos por mar, ó como mejor pudiesen. Era corregidor de aquella ciudad y de la de Vélez Francisco Arévalo de Zuazo, caballero del hábito de Santiago, hombre prático por la edad, y muy cuidadoso de las cosas de su cargo; el cual envió luego á Castil de Ferro, donde no habia mas que el alcaide y dos mozos, á Sanchízanr con veinte hombres y algunos mosquetes; á Salobreña á Diego Barzana con cincuenta tiradores, y á Motril á Diego de Mendoza con otros sesenta; y el proveedor proveyó aquellas plazas y la de Almuñécar, y las que hay hasta Almería, de bastimentos y municiones lo mejor que pudo para reparo de la necesidad presente. Tambien se acordó en el cabildo de Granada que, pues la gente de guerra ordinaria era poca, y el peligro grande y comun, seria bien que se armasen todos los vecinos, y se hiciese una milicia dellos, sin reservar á nadie, y que en cada parroquia se nombrase un capitan que arbolase una bandera, á la cual se recogiesen todos los parroquianos, ordenándoles que rondasen y velasen cada noche la ciudad por sus parroquias y cuarteles, y que el cuerpo de guardia se hiciese en las casas de la Audiencia real por estar cerca de la plaza Nueva, donde babia de ser la plaza de armas; lo cual se puso luego por la obra; y porque estaban desarmados los ciudadanos, se buscaron las armas que se pudieron haber, y se las dieron; y en un punto se mudaron todos los oficios y tratos en soldadesca, tanto, que los relatores, secretarios, letrados, procuradores de la Audiencia, entraban con espadas en los estrados, y no dejaban de parescer muy bien en aquella coyuntura. Tambien hicieron los mercaderes ginoveses que moraban en aquella ciudad una compañía de por sí, que en armas y aderezos de sus personas hacia ventaja á las demás. Y desde luego se comenzó la ronda, y se pusieron los cuerpos de guardia y centinelas en las partes y lugares que pareció ser conveniente; y el presidente y oidores mandaron pregonar que todos los vecinos estantes y habitantes en Granada acudiesen á lo que el Corregidor les mandase; aunque esto no duró mucho tiempo, porque su majestad escribió á la Audiencia y al Corregidor agradeciéndoles el cuidado que de la guardia de la ciudad tenian, y mandándoles que obedeciesen al marqués de Mondéjar, su capitan general, y estuviese todo lo de la guerra á su órden; y lo mesmo escribió al cabildo, porque así convenia á su servicio.

CAPITULO XXXIII.

Cómo don Juan Zapata fué con ciento y cincuenta soldados á favorecer el lugar de Guájaras del Fondon, y los moros los mataron.

El lugar de Guájaras del Fondon era de don Juan Zapata, vecino de Granada, el cual se hallaba estos dias en la villa de Motril; y queriendo asegurar aquellos vecinos que no recibiesen daño de los monfís que andaban levantando la tierra, juntó ciento y cincuenta tiradores de los soldados de la costa, y el juéves 30 dias del mes de diciembre, entre las cuatro y las cinco de la tarde, se fué con ellos á su lugar. Los moriscos se alborotaron luego que le vieron venir con aquella gente armada, y rogaron al beneficiado que le dijese como los lugares estaban alborotados y llenos de moriscos forasteros que habian venídose huyendo de otros lugares, y andaban de mala manera, y que seria bien que se volviese á Motril antes que le sucediese alguna desgracia. El beneficiado fué á hablarle, y con él Gonzalo Tertel, alguacil, y algunos de los regidores del lugar; los cuales le pidieron ahincadamente que se volviese á Motril, porque su estada allí no era para mas que acabar de alborotar la tierra; mas él les respondió que aquellos soldados los traia á su costa para defenderlos de los monfís, si acudiesen por allí á hacerles daño, y que era menester que los pagasen y les diesen de comer, y que le trajesen luego docientos ducados, y pan y vino y carne á la iglesia, donde se recogerian, porque no queria que diesen pesadumbre en las casas. Y como le replicasen que no habia órden de cumplir nada de lo que pedia, por estar la tierra de la manera que veia, los amenazó que si no le daban lo que pedia, saquearia las casas donde se habian recogido los moriscos forasteros, y podria ser que á las vueltas fuesen las haciendas de los vecinos. Con esta respuesta se volvieron los moriscos al lugar, quedándose con él el beneficiado, el cual le importunó mucho que se fuese antes que anocheciese, porque habia diez moros para cada cristiano, y podria ser que le hiciesen daño. Y viendo que no aprovechaban los ruegos ni temores que le ponia, le dejó, y se fué al lugar de Guájar la alta, donde tenia su casa; que no quiso quedarse con él aquella noche, por mucho que se lo rogó. Los moros pues, indignados de ver la respuesta que don Juan Zapata les habia dado, determinaron de matarle á él y á los soldados que traia consigo, y para esto juntaron toda la gente armada, y caminaron la vuelta de la iglesia. El alguacil tomó consigo al beneficiado y á su gente, porque no los matasen, y los encerró en un aposento de su casa debajo de llave, y con ellos otros cristianos del lugar. Lo primero que hicieron los moros fué tomar las puertas de la iglesia, para que los cristianos, que inconsideradamente se habian metido dentro, no pudiesen salir á pelear; y haciendo traer muchas haces de leña, cañas y tascos untados con aceite, le pusieron fuego á hora que anochecia. Los soldados viéndose cercados de llamas, quisieran salir al campo, mas los arcabuceros y ballesteros que estaban puestos delante de las puertas, y el grandísimo fuego que ardia al derredor, se lo defendia; y si algunos atrevidos se aventuraron, fueron luego muertos. Creciendo pues la llama por todas partes, los techos de la iglesia se encendieron, y se fueron quemando hasta que vinieron abajo, y cayendo tierra, tejas, ladrillos y maderos quemados encima dellos, perecieron todos de diferentes muertes: unos ahogados de humo y del polvo, otros aporreados, y otros abrasados entre llamas; por manera que en el espacio de una hora perecieron todos, excepto tres que tuvieron lugar de poderse descabullir. Don Juan Zapata fué muerto queriendo hacer camino á los demás para que saliesen á pelear, y con él algunos animosos soldados que le siguieron. Este infelice caso estuvieron mirando el beneficiado y los cristianos que estaban con él en casa de Gonzalo Tertel desde una ventana, bien temerosos de que irian luego los moros á hacer otro tanto dellos; mas el morisco les acudió, y los aseguró dende á tres dias con enviarlos á Motril acompañados de cincuenta moriscos sus amigos, que los llevaron hasta cerca de aquella villa, donde entraron

salvos y seguros con los bienes muebles que pudieron llevar; y no solamente hicieron esta buena obra, pero antes desto, viendo la determinacion de los moros y el peligro en que estaba don Juan Zapata, envió á gran priesa un morisco al marqués de Mondéjar, avisándole de lo que pasaba, para que proveyese con tiempo de algun socorro, antes que se perdiese; el cual envió luego á mandar al capitan Lorenzo de Avila, que estaba alojado en Dúrcal, que fuese á socorrerle con quinientos arcabuceros. Y partiendo otro dia á hacer el socorro, cuando llegó á una venta que está en la cuesta que llaman de la Cebada, donde se aparta el camino que va de Granada á Motril, supo como eran perdidos todos los cristianos, y se volvió sin hacer efeto á su alojamiento.

CAPITULO XXXIV.

Cómo los moros quisieron alzar los lugares del rio de Almanzora, y la causa por que no se alzaron.

Luego que se levantó el lugar de Jérgal, el Gorri envió á dar aviso á los lugares del rio de Almanzora de como la tierra estaba toda levantada, para que hiciesen ellos lo mesmo, apercibiéndoles que si luego no lo hacian, iria sobre ellos y los destruiria. Andando pues las espías que habia enviado persuadiendo á los moriscos á rebelion, el viérnes, postrero dia del mes de diciembre, aquella mesma noche acertó á venir allí Diego Ramirez de Rojas, alcaide de Almuña, que con el alboroto de la Alpujarra habia ido á llevar su mujer y familia á la villa de Oria; y llegando cerca del lugar, encontró con unos cristianos que por aviso de ciertos moriscos sus amigos se ibaná guarecer en la misma fortaleza; de los cuales supo como habian llegado moros de Jérgal y de otras partes á levantar la tierra por mandado del Gorri; y aunque le rogaron que no pasase adelante por el peligro que habia, no lo quiso hacer. Y prosiguiendo su camino, entró en Almuña antes que amaneciese; y sin apearse del caballo se fué derecho á la plaza, y dando voces de industria para que le oyesen los vecinos, llamó al tendero, que tenia cargo de vender pan amasado, y le preguntó la cantidad de harina que tenia en casa; y como le respondiese que era muy poca, le dijo que fuese luego á su casa y le daria veinte hanegas, y que las amasase, porque eran menester para provision del campo del marqués de los Vélez, que llegaba aquel mesmo dia al rio con mas de quince mil hombres; y apeándose en su posada, tomó luego tinta y papel, y delante de los moriscos del lugar escribió cuatro cartas á los concejos de Bacáres, Seron, Tíjola y Purchena, avisándoles que tuviesen prevenidos muchos bastimentos para aquel efeto, y se las envió con cuatro moriscos. Luego se publicó la nueva por todos los lugares del rio y sierras de Baza, de como el marqués de los Vélez entraba poderoso por aquella parte; y los moros que el Gorri habia enviado, teniéndola por cierta, dieron vuelta hácia la Alpujarra, echando ahumadas por las sierras, y algunos dellos llegaron á Jérgal y lo dijeron á Puerto Carrero; el cual, no se teniendo por seguro en aquel castillo, lo desamparó, y se fué con toda la gente á la taa de Marchena. Este ardid de Diego Ramirez de Rojas, intentado con tanta determinacion, fué causa de que los moriscos de aquellos lugares dejasen de alzarse por entonces. Y no les engañó en lo que les dijo, porque el miércoles víspera de la fiesta de los Reyes llegó el marqués de los Vélez al lugar de Olula con tres mil infantes y trescientos caballos; y de allí pasó á dar calor á lo de Almería, y se alojó en Tavernas; por manera que si el alcaide acrecentó el número de la gente, no dejó de decirles verdad en cuanto á su venida.

CAPITULO XXXV.

Que trata de la descripcion de Marbella y su tierra, y cómo los moriscos del lugar de Istan se alzaron.

Está la ciudad de Marbella puesta en la costa del mar Mediterráneo iberio, cercada de muros y torres con un castillo antiguo: su sitio es en tierra llana; tiene ochocientas casas de poblacion. Llamóse antiguamente *Marbilli*, y los moros no le mudaron el nombre. Sus términos son todos de sierras ásperas y muy fragosas: sola una campiña llana tiene delante, que se extiende cuatro leguas hácia poniente, donde hacen sus simenteras los vecinos y los de los otros lugares de su tierra. Son las sierras, aunque ásperas, abundantes de viñas y de arboledas de morales, castaños, nogales y de otros árboles desta suerte, y de mucha yerba para los ganados. La granjería principal desta tierra es la de la pasa y del vino que van á cargar cada año en aquel puerto los navíos que vienen de Flándes, de Bretaña y de Inglaterra, y la cria de la seda. Solia haber en tiempo de moros muchos lugares de su jurisdicion metidos entre aquellos valles, la mayor parte de los cuales despobló Narvaez, alcaide de Gibraltar, en tiempo de guerra, llevándose los moradores captivos; y otros se despoblaron para irse después á Berbería, habiendo los Reyes Católicos ganado el reino de Granada. Solos cinco lugares han quedado en pié, que son Hojen, Istan, Daidin, Benahaduz y Estepona. Tiene Marbella á poniente la ciudad de Gibraltar, al mediodía la mar, á levante la ciudad de Málaga, y al cierzo la de Ronda. En los términos de Marbella tiene principio la Sierra Bermeja, la cual prosigue hácia poniente por la tierra de Ronda mas de seis leguas, hasta los postreros lugares del Havaral ó Garbia, llamados Casáres y Gausin, yendo siempre apartada una legua poco mas ó menos de la mar. Solo un rio atraviesa por la tierra de Marbella, que es el rio Verde, tan celebrado por una notable rota que allí hubo nuestra gente; el cual nace cuatro leguas de la mar en otra sierra alta que le cae al cierzo, llamada Sierra Blanquilla, del cual y de otros que nacen en ella harémos mencion cuando tratemos de la descripcion de la ciudad de Ronda. Este rio baja por unos valles muy hondos, y sale á las huertas de Istan; y dejando el lugar á la mano izquierda, y la sierra de Arboto, principio de Sierra Bermeja, á la derecha, se mete en la mar una legua á poniente de Marbella.

Istan fué siempre lugar rico, y en este tiempo lo era mas que otro ninguno de aquella comarca. Levantóse el dia de año nuevo, y la causa del levantamiento fué un morisco vecino de allí, llamado Francisco Pacheco Manxuz. Este habia estado seis meses pleiteando en la chancillería de Granada sobre la libertad de un sobrino suyo; y entendiendo la determinacion de los del Albaicin por comunicacion de Farax Aben Farax y de otros, se habia ofrecido á hacer que se levantasen los moriscos de los lugares de Sierra Bermeja; y el solene

traidor le habia dado órden por escrito de lo que habia de hacer, y patente de capitan de su partido. Con estos recaudos llegó el Manxuz á Istan muy ufano, y dando á entender á los vecinos del lugar, que todos eran moriscos, que Granada y todo el reino se alzaba, y que el negocio de los moros iba próspero, los movió á rebelion, confiados en la sierra de Arboto, sitio fuerte por su aspereza, donde se pensaban recoger; y para que los ganados y bagajes pudiesen subir arriba cuando fuese menester, les hizo desmontar y abrir las antiguas veredas, que de no usadas, estaban ya cerradas de monte y deshechas. Estando pues los vecinos movidos por las persuasiones de aquel mal hombre, á 31 dias del mes de diciembre llegaron sesenta monfís que enviaba Farax Aben Farax para dar calor á su traicion; los cuales, confirmando lo que el Manxuz les habia dicho, hicieron que se levantasen luego, solicitándolos de uno en uno aquella noche, de manera que cuando fué de dia estaban todos fuera del lugar; que no quedaron dentro sino solos dos moriscos, llamados Pedro de Rojas Huzmin y Lorenzo Alazarac, que no quisieron irse con ellos. Era beneficiado deste lugar el bachiller Pedro de Escalante, el cual habia poco que estaba en él; y por no tener casa propria, moraba en una torre antigua de tiempo de moros, que estaba hecha á manera de fortaleza; y queriéndole prender los moriscos al tiempo que se alzaban para matarle, fué uno dellos á llamarle muy de priesa, diciendo que saliese á confesar una morisca que se estaba muriendo; el cual receló de salir, no porque sospechase la maldad del rebelion, como nos lo dijo después, sino por ser de noche y no morar en el lugar otro cristiano mas que él; y respondiendo al que le llamaba que esperase hasta que amaneciese, y que no se moriria tan presto la mujer, que no tuviese lugar para confesar de dia, dende á un rato volvieron con otro recaudo, y le dijeron que por amor de Dios abriese la puerta de la torre, porque la gente de Marbella venia á matarlos y querian meter las doncellas dentro; y tampoco le pudieron engañar. No mucho después llegaron á una ventana del aposento donde dormia los dos moriscos que dijimos que habian quedado en el lugar, y le rogaron que los dejase entrar dentro, porque todos los vecinos iban huyendo al campo y no querian ir con ellos; mas no por eso se quiso fiar hasta que fué de dia claro, y entonces llegó un cristiano sastre que acaso se halló allí aquella noche y habia sentido el alboroto de la gente cuando se iban, y juntándose con él, fueron hácia la iglesia para entender qué novedad era aquella; y encontrando en el camino á Huzmin y á su mujer, que todavía iban á recogerse á la torre, estando hablando con ellos, vieron un golpe de mancebos armados de ballestas y arcabuces, que venian á atajarles la calle por donde iban, uno de los cuales encaró el arcabuz contra el beneficiado, y no le saliendo, tuvo lugar de meterse de presto con su compañero en la casa de Huzmin; y apenas habian cerrado la puerta y echado una aldaba recia que tenia, cuando los herejes estaban ya dando golpes para romperla, diciendo á grandes voces: «Sal fuera, perro alfaquí.» Entonces dijo el Huzmin al beneficiado que mirase por sí, porque le querian matar; el cual arrojó la ropa y la vaina de la espada que llevaba por bordon, y ayudándoles el morisco, subieron él y el sastre por una pared arriba, y pasando por los terrados de otras casas, quisieron tomar una puerta que salia al barrio de la torre; y viendo que los moros la tenian ya tomada, con temor de la muerte se metieron en una caballeriza. No se descuidó Huzmin en ayudarles todo lo que pudo para que se salvasen, y cuando vió apartados de la puerta los que la querian derribar, buscando los dos cristianos, fué á ellos, y los bajó por la mesma pared donde habian subido, y abriéndoles la puerta, les dijo que no convenia parar en el lugar, porque los matarian; los cuales no fueron perezosos en tomar el campo, saltando vallados y peñas, como si fueran por tierra llana, por los bancales de las huertas abajo, hasta que tomaron la sierra que está entre el lugar y Marbella. Allí los devisaron los mancebos gandules, y saliendo una cuadrilla tras dellos, los siguieron mas de una legua; mas no los pudieron alcanzar, porque los unos iban huyendo y los otros corriendo. Llegaron á la ciudad dos horas antes de mediodía faltos de aliento y llenos de sudor y de rascuños, que aun hasta entonces no habian sentido, de las zarzas y espinos que habian atropellado. El beneficiado fué el primero que llegó y dió rebato, diciendo que los moriscos de Istan se habian alzado y querídole matar; y apenas habia quien lo creyese: tanto era el crédito que los ciudadanos tenian de la gente de aquel lugar, por ser rica, que no podian persuadirse á que se hubiesen querido perder; y ansí habia muchos que le consolaban con decir que debian de haberle tomado entre puertas con alguna mujer. Habia dejado el beneficiado en la torre una sobrina doncella que tenia consigo, llamada Juana de Escalante, y una moza de servicio; y miéntras él iba huyendo, los moros hallando la puerta abierta, como él la habia dejado, entraron dentro, y robando trigo y aceite y otras cosas que habia en la primera bóveda, prendieron la moza, que acertó á hallarse abajo; la cual comenzó á llorar y les rogó que la dejasen subir arriba con su señora. Tenia la torre una escalera angosta, alta y muy derecha, y la sobrina del beneficiado, que veia el peligro en que estaba, habia puesto en el postrer escalon una gran piedra, y junto á ella otras muchas que acertó á haber en el sobrado alto para una obra que se habia de hacer en él; y como tuvo la moza consigo, determinó de no dejar subir á nadie arriba. Los hombres cargaron del despojo y salieron de la bóveda; y como unos mozuelos quisiesen ir donde ellas estaban, poniéndose en defensa, echó á rodar la piedra por la escalera abajo, y matando al uno, los otros dieron á huir. La doncella pues, que vió la torre desocupada, sin perder tiempo bajó á gran priesa, y cerrando la puerta, la atrancó con una fuerte viga y tornó á subirse arriba. No tardaron mucho los moros en volver á llevarlas á ella y á su compañera, y hallando la puerta cerrada, quisieron derribarla con un vaiven; mas defendióselo animosamente la doncella, como lo pudiera hacer cualquier esforzado varon, arrojándoles gruesas piedras por el ladron y por encima del muro, con que los tuvo arredrados y descalabró algunos dellos; y aunque le dieron una saetada, que le atravesó un brazo por junto al hombro, no dejó de pelear ni se paró á sacar la saeta en mas de tres horas que duró la pelea, deshaciendo las paredes para sacar piedras que poder tirar cuando hubo gastado las que habia sueltas. A este tiempo llegó Bartolomé Ser-

rano, alférez de la compañía de caballos de don Gomez Hurtado de Mendoza, capitan de la gente de guerra de Marbella, que habia salido al rebato con treinta escuderos y trecientos infantes; y siendo ya dos horas después de mediodía, halló los moros combatiendo la torre, y escaramuzando con ellos, los retiró, mas no los pudo romper, porque se subieron á unas peñas que están entre el lugar y el rio, donde no podian hacer efeto los caballos; y habido su acuerdo, se volvió aquella noche á Marbella, llevando la doncella y la moza consigo, y dejando la tierra alzada.

CAPITULO XXXVI.

Cómo las ciudades de Ronda, Marbella y Málaga acudieron luego contra los alzados, y de las prevenciones que Málaga hizo en sus lugares.

El domingo 2 dias del mes de enero se juntaron en Marbella al pié de tres mil hombres, y habiendo enviado aviso á las ciudades de Ronda y Málaga como los moriscos se habian alzado, volvieron en su demanda; los cuales no se teniendo por seguros en las peñas donde se habian retirado aquella mañana, habian subídose á la sierra por las veredas que tenian abiertas, llevando los ganados y los bagajes cargados por delante, y se iban á meter en el fuerte de Arboto, que está al norte del rio Verde, una legua de Istan. Nuestra gente no pudo tampoco acometerlos este dia, por la aspereza y fragosidad de la sierra donde estaban metidos, y tomando por el rio abajo camino de Ronda, fueron á poner su campo en el proprio lugar de Arboto, que estaba despoblado, al pié de Sierra Bermeja, donde llegó otro dia el licenciado Antonio García de Montalvo, corregidor de Ronda y Marbella, con mas de cuatro mil hombres; y por discordia que hubo entre él y don Gomez Hurtado de Mendoza, á cuyo cargo venia la gente de Marbella, no acometieron aquel dia á los alzados, dejándolo para el mártes siguiente. Los moros no osaron aguardar, y desamparando bien de mañana el fuerte, huyeron todos, hombres y mujeres, dejando puesto fuego á las barracas y á los bastimentos que tenian dentro. No gozaron desta caza los que la levantaron, porque fueron á dar en manos de otra gente que iba de Monda, Guaro, Tolox, Cazarabonela, Teba, Hardáles, Campillo, Alora, Coin, Cartama y Albaurin á juntarse con ellos, y encontrando las mujeres, niños y viejos, que iban derramados huyendo por aquellas sierras, los captivaron á todos, y solamente se les fueron los hombres sueltos y libres de embarazo.

Luego que sucedió el levantamiento de Istan, la ciudad de Málaga, confiando poco en los moriscos de su hoya, ordenó que los cristianos de Coin se metiesen en Monda, los de Alora en Tolox, por ser lugares sospechosos, para que no los dejasen alzar, y que ocupasen dos casas fuertes que el marqués de Villena, cuyas son aquellas villas, tenia en ellas; avisó á don Cristóbal de Córdoba, alcaide de Cazarabonela, que fuese á meterse en su fortaleza, por ser aquel paso importante y estar maltratado, y la ciudad la hizo reparar luego, y le dió ciento y cincuenta soldados que tuviese en la villa; y como no fuesen allí menester, por estar aquellos moriscos pacíficos, los enviaron después á Yunquera, donde hicieron una desórden muy grande, que saquearon la villa, y captivaron todas las mujeres moriscas; y trayéndolas la vuelta de Alozaina, en las cuestas que dicen de Jorol, encontró con ellos Gabriel Alcalde de Gozon, vecino de Cazarabonela, que andaba asegurando la tierra con cincuenta arcabuceros por mandado de Arévalo de Zuazo, y se las quitó y prendió algunos soldados, que fueron castigados. A la torre de Guaro, que está junto á Monda, fué Gaspar Bernal con cien hombres; y haciendo reparar la fortaleza de Almoxía, mandó que se metiesen dentro los cristianos vecinos del lugar, avisó á los alcaides de las fortalezas de Alora, Alozaina y Cartama, que estuviesen apercebidos, y que los vecinos de aquellas villas las velasen y rondasen por su rueda. El marqués de Comáres envió una compañía de infantería y veinte y cinco caballos á la fortaleza de Comáres, con que la aseguró, porque aquella villa estaba toda poblada de moriscos; y habiendo puesto los ojos en ella los alzados, tenian hecho trato con ellos para ocuparla, segun lo que después se supo. Con estas prevenciones se aseguró aquella tierra, y los de Istan, dejando captivas las mujeres y los hijos, y juntándose con otros que venian huyendo de tierra de Ronda y de la hoya de Málaga, quedaron hechos montaraces por aquellas sierras. Volvamos á lo que en este tiempo se hacia á la parte de levante.

CAPITULO XXXVII.

Cómo los moriscos de los lugares del marquesado del Cenete se alzaron, y la descripcion de aquella tierra.

El marquesado del Cenete está en la falda de la Sierra Nevada que mira hácia el cierzo; á la parte de mediodía confina con las taas de Ujíjar y de Andarax, que son en la Alpujarra; y por todas las otras tiene los términos de la ciudad de Guadix. Es tierra abundante de aguas de fuentes caudalosas que bajan de las sierras. Atraviesa por ella el rio que después pasa por junto á la ciudad de Guadix, y por eso le llaman rio de Guadix; aunque mas verisímil es haber dado el rio nombre á la ciudad, porque *Gued Aix*, como le llaman los moros, quiere decir rio de la Vida. Hay en él nueve lugares, llamados Dólar, Ferreira, Guevíjar, el Deyre, Lanteira, Jériz, Alcázar, Alquif y la Calahorra. Los moradores dellos eran todos moriscos, gente rica y muy regalada de los marqueses del Cenete, cuyo es aquel estado; vivian descansadamente de sus labores y de la cria de la seda y del ganado, porque tienen muchas y muy buenas tierras, pastos y arboledas en la sierra y en lo llano, donde poder sembrar y criarlos. La nueva de como los moriscos de la Alpujarra se levantaban, y del daño que hacian en los cristianos y en las iglesias, llegó á la Calahorra el primero dia de pascua de Navidad; y el alcalde Molina de Mosquera, que estaba entonces en aquel lugar procediendo contra los monfís, como queda dicho, se subió luego á la fortaleza con su mujer, que tenia consigo, y con sus criados y veinte arcabuceros que llevaba para guarda de su persona y ejecucion de la justicia, y metió dentro sesenta monfís moriscos que tenia presos, haciéndolos encarcelar en unas bóvedas del castillo, porque no se tuvo por seguro con ellos donde estaba. De todo esto holgó el gobernador del estado, llamado Juan de la Torre, vecino de Granada, porque entendió que estaria la fortaleza mas á recaudo con la presencia del alcalde, y seria mejor socorrida si se viese en aprieto; y cada uno por su parte escribieron

luego á las ciudades de Guadix y Baza, avisando del rebelion y del peligro en que estaban aquella fortaleza y la de Fiñana, para que les enviasen gente de guerra que se metiese dentro y las asegurase. Ordenaron á los concejos de los lugares del Cenete que les proveyesen de leña y bastimentos, y que los cristianos que moraban en ellos se recogiesen á la fortaleza con sus mujeres y hijos. Los vecinos del Deyre, temiendo que si venia mayor número de gente de la Alpujarra, levantarian los lugares por fuerza, acudieron al Gobernador, y le pidieron docientos soldados, y que ellos los pagarian á su costa para que los defendiesen, por estar desarmados. El cual, como no los tenia, ni órden como podérselos dar, procuró asegurarlos con buenas palabras, amonestándoles que fuesen leales, y ofreciéndoles que cuando fuese menester socorrerlos les acudiria con la gente de Guadix; y para que estuviesen mas seguros, les mandó que recogiesen las mujeres y los niños en la fortaleza, los cuales holgaron dello; y lo mesmo hicieron los de la Calahorra, y hicieran después todos los demás lugares, si pudieran caber dentro, porque fueron grandes los robos y malos tratamientos que la gente de Guadix les hacian, so color de irlos á favorecer, y los moros de la Alpujarra porque se alzasen. Finalmente, siendo mal defendidos, el dia de año nuevo envió el Gorri gente de la Alpujarra con órden que los alzasen, y si no se quisiesen alzar, los robasen y matasen. Y llegando á Guevíjar y á Dólar á tiempo que la mayor parte de los vecinos andaban en el campo en sus labores, alzaron aquellos lugares, y luego los de Jériz, Lanteira, Alquif y Ferreira; y á los del Deyre no hicieron fuerza, por tener las mujeres en la fortaleza; mas ellos se dieron buena maña para sacarlas de allí; porque, como viesen que todo iba ya de rota batida, tomaron por intercesor al alcalde Molina de Mosquera para con el Gobernador, que no queria dárselas, diciendo que mientras allí estuviesen no se alzarian sus maridos y padres. El cual le porfió tanto, que se las hubo de entregar, y juntamente con este yerro, que fué muy grande, se hizo otro de mayor importancia para el desasosiego de aquellos lugares, y fué que el Gobernador, temiendo que los sesenta monfís que estaban presos en las bóvedas de la fortaleza podrian alzarse una noche con ella, por no tener la guardia que convenia, requirió al alcalde Molina de Mosquera que los sacase de allí, y los enviase á la cárcel de Guadix ó á otra parte. El cual los mandó bajar al lugar y meter en una casa al parecer fuerte, de donde después los sacaron los alzados cuando cercaron aquella fortaleza; y viéndose en libertad, usaron estos de grandísimas crueldades contra los cristianos que pudieron haber á las manos, en venganza de su injuria; que por tal tenian aquella prision y el tratamiento que se les habia hecho.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo los moros alzados acabaron de levantar los lugares del rio de Almería, y se juntaron en Benahaduz para ir á cercar la ciudad.

Luego que la taa de Marchena se alzó, los moros alzados de aquella comarca, habiendo levantado los lugares altos del rio de Almería, comenzaron á juntarse para ir á cercar la ciudad, no les pareciendo dificultoso ganarla, por la falta de gente, de bastimentos y de municiones de guerra que sabian que habia dentro. Teníase aviso por momentos en Almería de lo que los alzados hacian y del desasosiego con que andaban los que no se habian aun declarado, porque demás de su poco secreto, como habia en la ciudad mas de seiscientas casas de moriscos, iban y venian cada hora con seguridad á las alcarías y sierras, so color de entender el estado en que estaban sus cosas, y traian avisos ciertos; y aun los mesmos alzados, como hombres bárbaros de poco saber, que no les cabia el secreto en los pechos ocupados de ira, enviaban soberbiamente recaudos para poner miedo á los cristianos, acrecentando las cosas de su vanidad y poco fundamento. Un morisco que venia de Guécija dijo un dia á don García de Villaroel públicamente como Brahem el Cacis, capitan de aquel partido, se le encomendaba y decia que el dia de año nuevo se veria con él en la plaza de Almería, donde pensaba poner sus banderas; que tomase su consejo y diese la ciudad á los moros, pues no les quedaba otra cosa por ganar en el reino de Granada, y excusaria las muertes y incendios que se esperaban entrándola por fuerza de armas. Otro le trajo una carta del alguacil de Tavernas, llamado Francisco Lopez, en que cautelosamente le decia como se iba á recoger en aquella ciudad con la gente de su lugar y de otros que, como buenos cristianos fieles al servicio de su majestad, querian abrigarse debajo de su amparo, y que por venir su mujer en dias de parir, se deternia tres ó cuatro dias en los baños de Alhamilla. Mas luego se entendió el engaño deste mal hombre por aviso de una espía, que certificó ser mucha la gente que traia consigo, y que venia entreteniéndose mientras se juntaban los moros de Jérgal, Guécija, Bolodui y de la sierra de Níjar para ir luego á cercar la ciudad. Estos y otros avisos tenian á los ciudadanos con cuidado; fatigábales la falta de pan, aunque tenian carne, y mucho mas la de las municiones y pertrechos; y con todo eso, ayudados de la gente de guerra, hacian sus velas y rondas ordinarias y extraordinarias, y salian cada dia á dar vista á los lugares comarcanos, así para proveerse, como para mantenerlos en lealtad, ó á lo menos entretenerlos que no se alzasen de golpe. Sucedió pues que el dia de año nuevo, habiendo salido don García de Villaroel con algunos caballos y peones á correr los lugares del rio, llegando cerca del lugar de Gádor, vieron andar los moriscos fuera dél apartados por los cerros, que no querian llegarse á los cristianos como otras veces; y como se entendiese que andaban alzados, quisiera don García de Villaroel hacerles algun castigo, si no se lo estorbaran los moros de Guécija, que á un tiempo asomaron por unos cerros con once banderas, y se fueron á meter en el lugar. El cual, desconfiado de poder hacer el castigo que pensaba, se volvió á poner cobro en la ciudad, temeroso de algun cerco que la pusiese en aprieto, porque veia que habia dentro de los muros al pié de mil moriscos que podian tomar armas, y de quien se podia tener poca confianza; que los cristianos útiles para pelear no llegaban á seiscientos, y esos mal armados; y que de necesidad se habian de juntar muchos moros, y teniendo tan largo espacio de muros rotos y aportillados por muchas partes que defender, de fuerza habian de poner la ciudad en peligro. Vuelto pues don García de Villaroel á Almería, los alzados se alojaron aquella noche en Gádor, y otro dia de

mañana se bajaron el rio abajo, y se fueron á poner una legua de la ciudad en el cerro que dicen de Benahaduz, donde traian acordado de juntarse; y como nuestros corredores de á caballo, que andaban de ordinario en el rio, avisasen dello, hubo muchos pareceres en la ciudad sobre lo que se debia hacer. Unos decian que se atendiese solamente á la defensa de los muros miéntras venia socorro de gente, pues la que habia en la ciudad era poca para dividirse; y otros, con mas animosa determinacion, querian que se fuese á dar sobre los enemigos, que estaban en Benahaduz, para desbaratarlos antes que se juntasen con ellos los demás, afirmando que solo en esto consistia su bien y libertad. Finalmente se tomó resolucion en que don García de Villaroel con algunos caballos y infantes fuese á reconocerlos, y á ver el sitio donde estaban puestos, y el acometimiento que se les podria hacer; y con esto se fué la gente á sus posadas aquella noche, donde los dejarémos hasta su tiempo.

CAPITULO XXXIX.

Cómo los lugares de las Albuñuelas y Saláres se alzaron.

Las Albuñuelas y Saláres son dos lugares muy cercanos el uno del otro en el valle de Lecrin, y habian dejado de alzarse cuando la eleccion de Aben Humeya en Béznar, por consejo de un morisco de buen entendimiento, llamado Bartolomé de Santa María, á quien tenian mucho respeto, el cual, siendo alguacil de las Albuñuelas, los habia entretenido con buenas razones diciéndoles que escarmentasen en cabezas ajenas, y considerasen en lo que habian parado las rebeliones pasadas, el poco fundamento que tenian contra un príncipe tan poderoso, y lo mucho que aventuraban perder, la poca confianza que se podia tener de los socorros de Berbería, y el gran riesgo de sus personas y haciendas en que se ponian. Y como después vió que la gente andaba desasosegada, que los lugares se henchian de moros forasteros de los alzados de tierra de Salobreña y Motril, que crecian cada dia los malos y escandalosos, y que no era parte para estorbarles su determinacion precipitosa, porque iba todo de mala manera, llamando al bachiller Ojeda, su beneficiado, que aun hasta entonces no se habia ido del lugar, le dijo que recogiese los cristianos que pudiese y se fuese á poner en cobro, si no queria que le matasen los monfís, certificándole que si lo habian dejado de hacer, habia sido por tenerle á él respeto, sabiendo que era su amigo; y porque pudiese irse con seguridad y los monfís no le ofendiesen en el camino, le dió cincuenta hombres, que le acompañaron dos leguas hasta el lugar de Padul, donde le dejaron en salvo el dia de año nuevo. No fué poco venturoso el beneficiado en tener tal amigo; porque dentro de dos dias, sobrepujando la maldad, se alzaron aquellos lugares, y en señal de libertad, aunque vana, sacaron los vecinos de las Albuñuelas una bandera antigua, que tenian guardada como reliquia de tiempo de moros, y arbolándola con otras siete banderas que tenian hechas secretamente para aquel efeto, de tafetan y lienzo labrado, se recogieron á ellas todos los mancebos escandalosos, y lo primero que hicieron fué destruir y robar la iglesia y todas las cosas sagradas. Luego robaron las casas del beneficiado y de los otros cristianos, y dejando las suyas yermas y desamparadas, por no se osar asegurar en ellas, se subieron á las sierras con sus mujeres y hijos y ganados. No les faltó aun en este tiempo el alguacil Santa María con su buen consejo, el cual viendo idos la mayor parte de los monfís, persuadió al pueblo á que se volviesen á sus casas y procurasen desculparse con los ministros de su majestad, diciendo que los malos les habian hecho que se alzasen por fuerza y contra su voluntad, y que desta manera podrian aguardar hasta ver en qué paraban sus cosas, y tomar después el partido que mejor les estuviese, como adelante lo hicieron. Vamos agora á lo que el marqués de Mondéjar hacia en este tiempo.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo el marqués de Mondéjar formó su campo contra los rebeldes.

Estaban en este tiempo los ciudadanos de Granada confusos y muy turbados, casi arrepentidos del deseo que habian tenido de ver levantados los moriscos, por las nuevas que cada hora venian de las muertes, robos é incendios que hacian por toda la tierra; y cansados los juicios con estos cuidados, perdida algun tanto la cudicia, solamente pensaban en la venganza. El marqués de Mondéjar daba priesa á las ciudades que le enviasen gente para salir en campaña, porque en la ciudad no habia tanta que bastase para llevar y dejar, certificándoles que de su tardanza podrian resultar grandes inconvenientes y daños, si los rebelados, que estaban hechos señores de la Alpujarra y Valle, lo viniesen tambien á ser de los lugares de la Vega, por no haber cantidad de gente con que poderlos oprimir, antes que sus fuerzas fuesen creciendo con la maldad. Habiendo pues llegado las compañías de caballos y de infantería de las ciudades de Loja, Alhama, Alcalá la Real, Jaen y Antequera, y pareciéndole tener ya número suficiente con que poder salir de Granada, partió de aquella ciudad lúnes á 3 dias del mes de enero del año de 1569, dejando á cargo del conde de Tendilla, su hijo, el gobierno de las cosas de la guerra y la provision del campo; y aquella tarde caminó dos leguas pequeñas, y fué al lugar de Alhendin, donde se alojó aquella noche, y recogiendo la gente que estaba alojada en Otura y en otros lugares de la Vega, la mañana del siguiente dia caminó la vuelta del Padul, primer lugar del valle de Lecrin, pensando rehacer allí su campo. Llevaba dos mil infantes y cuatrocientos caballos, gente lucida y bien armada, aunque nueva y poco disciplinada. Acompañábanle don Alonso de Cárdenas, su yerno, que hoy es conde de la Puebla, don Francisco de Mendoza, su hijo, don Luis de Córdoba, don Alonso de Granada Venegas, don Juan de Villaroel, y otros caballeros y veinte y cuatros,

y Antonio Moreno y Hernando de Oruña, á quien su majestad habia mandado que asistiesen cerca de su persona por la prática y experiencia que tenian de las cosas de guerra, y otros muchos capitanes y alféreces, soldados viejos entretenidos con sueldo ordinario por sus servicios. De Jaen iba don Pedro Ponce por capitan de caballos, y Valentin de Quirós con la infantería. De Antequera Alvaro de Isla, corregidor de aquella ciudad, y Gabriel de Treviñon, su alguacil mayor, con otras dos compañías. Capitan de la gente de Loja era Juan de la Ribera, regidor; de la de Alhama, Hernan Carrillo de Cuenca, y de Alcalá la Real, Diego de Aranda. Iba tambien cantidad de gente noble popular de la ciudad de Granada y su tierra, y las lanzas ordinarias, cuyos tenientes eran Gonzalo Chacon y Diego de Leiva, y la mayor y mejor parte de los arcabuceros de la ciudad, cuyos capitanes eran Luis Maldonado, y Gaspar Maldonado de Salazar, su hermano. Con toda esta gente llegó el marqués de Mondéjar aquella noche al lugar del Padul, y antes de entrar en él salieron los moriscos mas principales á suplicarle no permitiese que los soldados se aposentasen en sus casas, ofreciéndole bastimentos y leña para que se entretuviesen en campaña, porque temian grandemente las desórdenes que harian; y aunque el Marqués holgara de complacerles, no les pudo conceder lo que pedian, porque el tiempo era asperísimo de frio, la gente no pagada, y acostumbrada á poco trabajo, y se les hiciera muy de mal quedar de noche en campaña; y diciendo á los moriscos que tuviesen paciencia, porque sola una noche estaria allí el campo, y que proveeria como no recibiesen daño, los aseguró de manera, que tuvieron por bien de recoger y regalar á los soldados en sus casas aquella noche, aunque no la pasaron toda en quietud, por lo que adelante dirémos.

CAPITULO II.

Cómo estando el marqués de Mondéjar en el Padul, los moros acometieron nuestra gente, que estaba en Dúrcal, y fueron desbaratados.

La propria noche que el marqués de Mondéjar llegó con su campo al lugar del Padul, los moros acometieron el lugar de Dúrcal, una legua de allí, donde estaban alojados el capitan Lorenzo de Avila con las compañías de las siete villas de la jurisdicion de Granada, y el capitan Gonzalo de Alcántara con cincuenta caballos. No pudo ser este acometimiento tan secreto, que dejasen de tener aviso los capitanes, porque el mesmo dia que el marqués de Mondéjar salió de Granada, los soldados de aquel presidio habian tomado dos espías, al uno de los cuales hallaron quebrando los aderezos de un molino, donde se molia el trigo para las raciones de los soldados, y el otro era un muchacho hijo de cristianos, criado desde su niñez entre moriscos y hecho á sus mañas, que le enviaba Miguel de Granada Xaba, capitan de los moros del Valle, á que espiase la cantidad de la gente que habia en aquel lugar y el recato con que estaban. El espía que fué preso en el molino jamás quiso confesar, aunque le hicieron pedazos en el tormento; el muchacho, á persuasion del doctor Ojeda, vicario de Nigüéles, que era el que le habia hecho prender, entre ruego y amenazas, vino á confesar y declarar todo el hecho de la verdad, y el efeto para que los habian enviado. Este dijo que los de las Albuñuelas habian hecho reseña cuando se quisieron alzar, y que se habian hallado docientos tiradores escopeteros y ballesteros entre ellos, y trecientos con armas enhastadas y espadas; que los moriscos forasteros y monfís habian quemado la iglesia, y que después se habian arrepentido los vecinos, viendo que los del Albaicin y de la Vega se estaban quedos; y que queriéndose tornar á sus casas por consejo del alguacil, se lo habian estorvado otros de los alzados, diciéndoles que no era ya tiempo de dar excusas ni de pedir perdon, porque los cristianos no les creerian ni se fiarian mas dellos, viendo la señal que habian dado; y que el alcaide Xaba habia juntado de los lugares de Órgiba y del Valle, y de Motril y Salobreña mucha cantidad de moros, y entre ellos mas de seiscientos tiradores, para ir á dar sobre el lugar de Dúrcal, y que sin falta daria la siguiente noche sobre él. Con este aviso fué luego aquella tarde el capitan Lorenzo de Avila al marqués de Mondéjar, y llevó el muchacho consigo; y siendo ya bien de noche, se volvió á su alojamiento con cuidado de lo que podia suceder, y en llegando hizo echar bando que ningun soldado quedase desmandado por las casas; que todos se recogiesen á la iglesia, donde estaba el cuerpo de guardia. Reforzó las postas y centinelas, y puso otras de nuevo donde le pareció ser necesarias; y el capitan Gonzalo de Alcántara apercibió la caballería, que estaba alojada en Margena, que es un barrio cerca de Dúrcal, para que en sintiendo dar al arma, saliesen tocando las trompetas desde el alojamiento hasta una haza llana delante de la plaza de la iglesia; porque este hombre experimentado entendió el efeto que se podria seguir animando á los soldados y desanimando á los enemigos, con ver que tocaban las trompetas hácia donde estaba el campo del marqués de Mondéjar, que de necesidad habian de presumir que venia socorro. Andando pues los animosos capitanes haciendo estas prevenciones y apercibimientos, el Xaba, que no dormia, venia caminando á mas andar cubierto con la escuridad de la noche, y llegando cerca del lugar, repartió seis mil hombres que traia en dos partes: con los tres mil fué en persona á tomar un barranco muy hondo que se hace entre el Padul y el barrio de Margena, por donde habia de ir el socorro de nuestro campo; los otros tres mil envió con otros capitanes, para que unos acometiesen por el camino que va entre Margena y Dúrcal, y otros por otra parte hácia la sierra, ordenándoles que excusasen todo lo que pudiesen el salir á lo llano, porque los caballos no se pudiesen aprovechar dellos. Desta manera llegaron dos horas antes que amaneciese con un tiempo asperísimo de frio y muy escuro. Nuestras centinelas los sintieron, aunque tarde; y tocando arma, con estar apercebidas, casi todos entraron á las vueltas en el lugar, no siendo menor el miedo de los acometedores que el de los acometidos. Los capitanes, que andaban á esta hora requiriendo las postas, acudieron luego á hacer resistencia; mas presto se hallaron solos. Lorenzo de Avila se opuso contra los que venian á entrar de golpe por una haza adelante con sola una espada y una rodela, y los fué retirando con muertes y heridas de muchos dellos; y siendo herido de saeta, que le atravesó entrambos muslos, fué socorrido y retirado á la iglesia. Gonzalo de Alcántara se puso á la parte del camino de Margena á resistir un

gran golpe de enemigos que venian entrando por allí; y fué tanta la turbacion de nuestra gente en aquel punto, que ni bastaban ruegos ni amenazas para hacerles salir de la iglesia, como si la aspereza y tenebrosidad de la noche fuera mas favorable á los enemigos que á ellos; y para castigo de semejante flaqueza no dejaré de decir que hubo muchos que, soltando las armas ofensivas, se metieron huyendo en la iglesia, tomando por escudo otros, para que los moros no los matasen á ellos primero; ni menos callará mi pluma el valor de los animosos capitanes y soldados que pusieron el pecho al enemigo por el bien comun, acudiendo, no todos juntos, que hicieran poco efeto, por ser muchas las entradas, sino cada uno por su parte, y reparando con su mucho valor un gran peligro; porque los moros, hallando aquella resistencia y sintiendo grande estruendo de armas, no creyendo que eran de la gente que huia, sino de la que se aparejaba contra ellos, aflojaron su furia, y aun se comenzaron á retirar. A este tiempo el capitan Alcántara, viendo que Lorenzo de Avila, herido como estaba, procuraba sacar la gente de la iglesia animándolos á la pelea, con doce ó trece soldados, que no le siguieron mas, volvió á su puesto, porque los enemigos daban de nuevo carga por allí. Acudiéronle tambien ocho religiosos, cuatro frailes de San Francisco y cuatro jesuitas, diciendo que querian morir por Jesucristo, pues los soldados no lo osaban hacer; mas no se lo consintió, rogándoles de parte de Dios que haciendo su oficio, acudiesen á esforzar la gente que estaba á las bocas de las calles que salian á la plaza, porque no las desamparasen. Viendo pues los moros que no eran seguidos, tornaron á hacer su acometimiento, y adelantándose uno con una bandera en la mano, llegó á reconocer la plaza por junto á un meson que estaba á la parte del cierzo; y como no vió gente por allí, comenzó á dar grandes voces en su algarabía, diciendo á los compañeros que allegasen, porque los cristianos habian huido. A esto acudió Gonzalo de Alcántara, y emparejando con el moro de la bandera, le hirió con la espada en el hombro izquierdo, y dió con él muerto en tierra; mas cargando sobre él otros que venian detrás, le hubieran muerto, si no fuera por las armas y por una adarga que llevaba embrazada, y con todo eso le dieron una estocada en el rostro y le derribaron de espaldas en el suelo, con otros muchos golpes que recibió sobre las armas. No le faltó en este tiempo el favor de un buen soldado, llamado Juan Ruiz Cornejo, vecino de Antequera, que le acudió, y no dió lugar á que los moros le acabasen de matar; antes con sola la espada en la mano y la capa revuelta al brazo le defendió, y mató dos moros de los que mas le aquejaban. Levantándose pues Gonzalo de Alcántara, volvió con mayor saña á la pelea; y llegando á él un fraile francisco con un Cristo crucificado en la mano, diciéndole: «Ea hermano, veis aquí á Jesucristo, que él os favorecerá;» estándoselo mostrando, y diciendo estas y otras palabras, le dió uno de aquellos herejes con una piedra en la mano tan gran golpe, que se lo derribó en el suelo. Creció tanto la ira á Gonzalo de Alcántara viendo un tal hecho, que se metió como un leon entre aquellos descreidos, y acompañado de su buen amigo Cornejo, mató al moro que habia tirado la piedra y otros que le quisieron defender; y alzando el crucifijo del suelo, lo puso en las manos del fraile, jurando por aquella santa insignia que habia de pasar por la espada aquella noche todos cuantos herejes le viniesen por delante. No estaba ocioso en este tiempo el capitan Alonso de Contreras, que tambien estaba de presidio en este lugar con una compañía de gente de Granada; mas no le sucedió tan felicemente como á los demás, porque defendiendo la entrada de una calle, fué herido de saeta con yerba, de que murió. Tambien murió Cristóbal Márquez, alférez de Gonzalo de Alcántara, peleando como esforzado. Estando pues nuestra gente en harto aprieto, y bien necesitada de ánimo, si los enemigos le tuvieran para proseguir su empresa, la caballería, que habia tardado en salir de su alojamiento, comenzó á entrar por las calles, y no pudiendo romper, porque estaban llenas de moros, salió lo mejor que pudo al campo tocando las trompetas. Este aviso fué importante y valió mucho á los nuestros, porque el Xaba, que estaba en el barranco entre Dúrcal y el Padul, creyendo que la caballería del campo del marqués de Mondéjar habia pasado de la otra parte, ó que estaba alojado en Dúrcal, comenzó á dar grandes voces á su gente diciendo: «A la sierra, á la sierra; que los caballos vienen sobre nosotros;» y luego dieron todos los unos y los otros vuelta. A este tiempo habian sentido las centinelas del campo disparar arcabuces en Dúrcal, y siendo avisado dello Antonio Moreno, que andaba rondando, habia dado noticia al marqués de Mondéjar; el cual, sospechando lo que podria ser por la relacion que tenia, mandó recoger la gente á gran piesa, y enviando delante á Gonzalo Chacon con las lanzas de la compañía del conde de Tendilla, que estaba á su cargo, salió en su seguimiento con la otra caballería, dejando órden á Antonio Moreno y á Hernando de Oruña, que servian de superintendentes de la infantería, que marchasen á la sorda con todas las compañías la vuelta de Dúrcal; mas ya cuando el marqués de Mondéjar llegó eran idos los moros, y nuestra gente estaba algo temerosa en la plaza de la iglesia, blasonando de la vitoria algunos que no merecian el prez ni el premio della. Murieron aquella noche veinte soldados, y hubo muchos heridos, aunque no todos por mano de los enemigos; antes se mataron y hirieron unos á otros, saliendo con la escuridad de la noche y encontrándose por las calles, y estos eran de los que se habian quedado sin órden fuera del cuerpo de guardia, que no se habian querido recoger á las banderas. Llegado el marqués de Mondéjar á Dúrcal, agradeció mucho á los capitanes lo bien que lo habian hecho, y mandó llevar los heridos á Granada para que fuesen curados; y para aguardar la gente que le iba alcanzando, y los bastimentos y municiones que el conde de Tendilla enviaba de Granada, se detuvo cuatro dias en aquel alojamiento, porque no le pareció entrar menos que bien apercebido en la Alpujarra.

El capitan Xaba volvió medio desbaratado á Poqueira con pérdida de docientos moros; y Aben Humeya, que le estaba aguardando para tras de aquel efeto hacer otros mayores, viéndole ir de aquella manera, quiso cortarle la cabeza; mas él se desculpó, diciendo que si habia retirado la gente habia sido porque entendió que la caballería del marqués de Mondéjar habia pasado por otra parte el barranco y tomádole lo

llano; y que lo que él habia hecho, hiciera cualquier hombre atentado, oyendo tocar tantas trompetas hácia la parte donde estaba el enemigo. Y no dejaba de tener alguna razon el moro, porque demás de las trompetas de la compañía de Gonzalo de Alcántara, que salieron de Margena, habia mandado el marqués de Mondéjar que se adelantasen dos trompetas, y fuesen solas tocando la vuelta de Dúrcal, para que los nuestros entendiesen que les iba socorro; y como no habia visto el Xaba pasar caballos aquella tarde, entendiendo que todos debian de estar alojados en Dúrcal, quiso retirarse con tiempo antes que le atajasen, porque los tres mil hombres que tenia consigo eran ruin gente y desarmada, que solamente llevaban hondas para tirar piedras y algunas lanzuelas; y si los caballos los hallaran en tierra llana, no dejaran hombre dellos á vida.

CAPITULO III.

Cómo la gente de Almería salió á reconocer los moros que se habian puesto en Benahaduz, y cómo despues volvió sobre ellos y los desbarató.

A gran priesa se juntaban los moros de la comarca de la ciudad de Almería para ir á cercarla; y demás de los que dijimos que se habian puesto en Benahaduz, habia ya otros recogidos en el marchal de la Palma, cerca de allí, para juntarse con ellos, cuando don García de Villaroel, queriendo hacer el efeto de reconocerlos y ver el sitio que tenian y por dónde se les podria entrar, salió de Almería con cuarenta soldados arcabuceros y treinta caballos, y dejando atrás los peones, se adelantó con la gente de á caballo; y para haber de hacer el reconocimiento entre paz y guerra, sin que sospechase aquella gente tan conocida y vecina el intento que llevaba, envió delante un regidor de aquella ciudad, llamado Juan de Ponte, á que les preguntase la causa de su desasosiego, y reconociese qué gente era, y la órden que tenian en el asiento de su campo. El regidor llegó tan cerca de los moros, que pudo muy bien preguntarles lo que quiso, y con seguridad, por ir solo; y cuando le hubieron oido, le respondieron soberbiamente que volviese á su capitan y le dijese que otro dia de mañana, cuando tuviesen puestas sus banderas en la plaza de Almería, le darian razon de lo que deseaba saber. Y como les tornase á replicar, aconsejándoles que dejasen las armas y se redujesen al servicio de su majestad, que era lo que mas les convenia, algunos dellos le comenzaron á deshonrar, llamándole perro judío, y diciéndole que ya era todo el reino de Granada de moros, y que no habia mas que Dios y Mahoma. Con esto volvió Juan de Ponte al capitan, el cual tornó á enviarles otro recaudo con el maestrescuela don Alonso Marin, á quien los moriscos de aquella tierra tenian mucho respeto; el cual llamó algunos conocidos, y les rogó que dejasen el camino de perdicion que llevaban. Y viendo que era tiempo perdido aconsejarles bien, se retiró, y don García de Villaroel se les fué acercando lo mas que pudo en son de guerra, para ver qué tiradores tenian; y como no tirasen mas que con un mosquete y dos ó tres escopetas, entendió que se podria hacer el efeto antes que se juntasen mas de los que allí estaban, especialmente cuando hubo reconocido el sitio que tenian, que, aunque era fuerte, su mesma fortaleza mostraba ser favorable á nuestra gente; porque si la aspereza de una senda, por donde se habia de subir, impedia el poder llegar de golpe á los enemigos, esa mesma era defensa para que tampoco ellos pudiesen bajar juntos á dar en los cristianos. Sobre la mano derecha habia otra entrada, por donde se les podia tambien entrar, hácia un cerro que estaba junto al de Benahaduz, lugar áspero para hollar con caballos, y no muy fácil para gente de á pié. Callando pues su concepto, y diciendo á los moros que en la ciudad los aguardaba, aunque los tenia por tan ruin gente que no cumplirian su palabra, se volvió aquel dia á Almería, donde halló que le aguardaban con cuidado de saber lo que se habia hecho; que cierto le tenian todos muy grande, por ser poca gente la que habia llevado consigo. Deste reconocimiento llevó don García de Villaroel determinado de dar á los moros una encamisada la mesma noche al cuarto del alba; y no se osando declarar, segun lo que nos certificó, temiendo que la justicia y regimiento lo contradiria por el peligro de la ciudad, si por caso le sucediese alguna desgracia, para tener ocasion de poder salir sin que se entendiese su desinio, dejó una espía fuera de la muralla entre las huertas con órden que á media noche hiciese una almenara de fuego, para que viéndola las centinelas de la ciudad, tocasen arma. Sucedió la ocasion y el efeto conforme con su deseo; porque en viendo la almenara, toda la ciudad se puso en arma, y acudiendo tambien él al rebato, reforzó los cuerpos de guardia; y siendo ya despues de media noche, dijo que queria salir á ver qué rebato habia sido aquel, y si andaban moros en las huertas. Y mandando á los soldados que saliesen con las camisas vestidas sobre las ropas, para que en la escuridad de la noche se conociesen, partió de Almería dos horas antes del dia con ciento cuarenta y cinco arcabuceros de á pié y treinta y cinco caballos, y entre ellos algunos caballeros y gente noble; y andando un rato cruzando de una parte á otra, por desviarse de las huertas y de los lugares donde le pareció que los enemigos podrian tener alguna espía ó centinela, se arrimó hácia el rio, y cuando vió que ya era tiempo paró el caballo, y haciendo alto, estando toda la gente junta, les declaró la determinacion que llevaba, la causa porque lo habia tenido secreto, la importancia que seria desbaratar los moros que estaban en Benahaduz antes que se juntasen con ellos los del Marchal de la Palma y otros, que no podrian dejar de ser muchos; diciendo que él habia reconocido los enemigos, gente desarmada y harto menos de la que se presumia; que el sitio donde estaban les era mas perjudicial que favorable, y que haciendo lo que debian, con el favor de Dios fuesen ciertos que ternian vitoria, en la cual consistia el remedio y seguridad de los vecinos de Almería, y los que allí estaban serian aprovechados de los despojos de los moros en premio de su virtud. No fué pequeño el contento que recibió nuestra gente cuando supo el efeto á que iban, y loando mucho aquel consejo, movieron todos alegremente la vuelta de Benahaduz. En el camino prendieron tres moriscos, de quien supieron como estaban todavía los moros donde los habian dejado: esto les hizo alargar el paso, y llegando ya cerca, se repartió la gente en dos partes. Julian de Pereda, alférez de la infantería, con cien arcabuceros se apartó por una vereda encubierta

sobre la mano derecha, y se puso en el cerro que está junto con el de Benahaduz, donde estaban los enemigos alojados, y llevó órden que en sintiendo disparar la arcabucería, que pelearia por frente, saliese impetuosamente y les diese Santiago; y el capitan con el resto de la gente, llevando los arcabuceros delante y la caballería de retaguardia, se fué acercando al enemigo por el camino derecho, y llegó á descubrir su alojamiento cuando ya esclarecia el alba. A este tiempo las centinelas de los moros habian ya descubierto el bulto de los soldados que llevaba Pereda, y como iban bajos y encamisados, y no se recelaban de cristianos que acudiesen por aquella parte, juzgaron ser ganado ovejuno que traian algunos moros para provision del campo, y con esto se aseguraron, hasta que vieron venir caballos por la otra parte. Entonces comenzaron á dar voces y á tocar los atabalejos á gran priesa, y se pusieron todos en arma, aunque confusos, como gente mal prática, que no sabian cuál les seria mejor, salir á pelear ó defenderse. Dejando pues don García de Villaroel la caballería atrás, como un tiro de honda fuera de un arboleda que llegaba hasta el proprio cerro, cuyas ramas impedian el efeto de las saetas y piedras que tiraban de arriba, metió la infantería por debajo de los árboles, y se fué mejorando hasta ponerla detrás de unas tapias, cerca del vallado de una acequia y de una peña tajada que habia hácia aquella parte, donde se tomaba una angosta senda, la cual estorbaba tambien á los moros poder bajar de golpe á hacer acometimiento. Y cuando le pareció que Julian de Pereda habria llegado á su puesto, sin aguardar mas, mandó que los arcabuceros disparasen por su órden, dando una carga tras de otra. Solas dos cargas habian dado, y entonces comenzaba la tercera, cuando los cien soldados hicieron animoso acometimiento por su parte; y como don García de Villaroel oyó el estruendo de los arcabuces, hizo que los peones subiesen por el cerro arriba, siguiéndolos la gente de á caballo, y pasaron por una puentecilla harto angosta, que estaba sobre el acequia. Al principio mostraron los moros ánimo y hicieron alguna resistencia; mas cuando vieron la otra arcabucería á las espaldas, creyendo que matas, árboles y piedras todo era cristianos, como suele acaecer á los tímidos, luego desmayaron. No faltó ánimo en este punto á Brahem el Cacis, el cual hacia á un tiempo oficio de capitan y de soldado, peleando por su persona, y esforzando su gente con ruegos y con amenazas; y cuando vió que todo le aprovechaba poco, apeándose del caballo, con una lanza en la mano se metió entre los cristianos, y hizo tales cosas, que algunos le volvieron las espaldas; mas yendo tras de un soldado que le huia, otro mas animoso le salió de través, y le dió un arcabuzazo y le mató. Con la muerte de su capitan, los pocos moros que hacian armas acabaron de desbaratarse, poniendo mas confianza en los piés que en las manos, y nuestra gente los siguió, y fueron muertos los que pudieron alcanzar, sin tomar hombre á vida; solos siete moros fueron presos, que se quedaron metidos en una cueva en su alojamiento, y los hallaron unos soldados escondidos. De nuestra parte hubo un solo escudero herido y dos caballos muertos. Perdieron los moros todas sus banderas, con las cuales y con la cabeza de Brahem el Cacis, en cuyo lugar sucedió Diego Perez el Gorri, volvió don García de Villaroel aquel dia á la ciudad de Almería, donde fué alegremente recebido del Obispo y de toda la clerecía, y del comun, chicos y grandes, dando gracias al Omnipotente por tan buen suceso, mediante el cual los moros perdieron la esperanza que tenian, y se abrió el camino á otros muchos y buenos efetos. Y bien considerado, Brahem el Cacis cumplió su palabra, pues su cabeza y sus banderas se vieron en la plaza de Almería cuando él dijo. Señaláronse este dia don Luis de Rojas Narvaez, arcediano de aquella santa iglesia, el dotor don Diego Marin, maestreescuela, el racionero Paredes, don Alonso Habiz Venegas, Pedro Martin de Aldana, Juan de Aponte, Francisco de Belvis, y otros muchos escuderos y soldados particulares. Este don Alonso Habiz Venegas era regidor de Almería y de los naturales del reino, aunque bien diferente dellos en su trato y costumbres, y los moriscos le estimaban mucho, por ser fama que venia del linaje de los reyes moros de Granada; y deseando hacerle rey en este rebelion, le habia escrito Mateo el Rami sobre ello, rogándole de su parte que lo aceptase; el cual tomó la carta y la llevó al ayuntamiento de la ciudad, y la leyó á la justicia y regidores, diciéndoles que no dejaba de ser grande tentacion la del reinar. Y de allí adelante vivió siempre enfermo, aunque leal servidor de su majestad, procurando enriquecer mas su fama con esfuerzo y virtud propria que con cudicia y nombre de tirano. Súpose después de aquellos siete moros que llevaron presos, todo el intento que tenian de ocupar la ciudad de Almería, y otras muchas cosas que confesaron en el tormento; y al fin se les dió la soga que andaban buscando, mandándolos ahorcar de las almenas de la ciudad. Volvamos al marqués de Mondéjar, que dejamos alojado en Dúrcal.

CAPITULO IV.

Cómo se fué engrosando el campo del marqués de Mondéjar, y cómo los moros de las Albuñuelas se redujeron.

En este tiempo iba juntándose la gente de las ciudades del Andalucía en Granada; y estando el marqués de Mondéjar en el alojamiento de Dúrcal, llegó don Rodrigo de Vivero, corregidor de Ubeda y Baeza, con la gente de aquellas dos ciudades. Iban de Ubeda tres compañías de á trecientos infantes y dos estandartes de á setenta y cinco caballos. De Baeza eran novecientos y ochenta infantes en cuatro compañías y cuatro estandartes de cada treinta caballos, toda gente lucida y bien arreada á punto de guerra, que cierto representaban la pompa y nobleza de sus ciudades y el valor y destreza de sus personas, ejercitados en las guerras externas y civiles. Los capitanes eran tódos caballeros, veinticuatros y regidores; la infantería de Ubeda gobernaban don Antonio Porcel, don Garcí Fernandez Manrique y Francisco de Molina; y la caballería don Gil de Valencia y Francisco Vela de los Cobos. De la infantería de Baeza eran capitanes Pedro Mejía de Benavides, Juan Ochoa de Navarrete, Antonio Flores de Benavides y Baltasar de Aranda, que llevaba la compañía de los ballesteros que llaman de Santiago. De los caballos eran capitanes Juan de Carvajal, Rodrigo de Mendoza, Juan Galeote y Martin Noguera, y por cabo Diego Vazquez de Acuña, alférez mayor, con el pendon de la ciudad. De toda esta gente que hemos dicho, volvieron á Gra-

nada las cuatro compañías de caballos de Baeza y la de Francisco de Molina de Ubeda, porque el conde de Tendilla, que hacia oficio de capitan general en lugar del Marqués su padre, las pidió para guardia de la ciudad mientras llegaba otra gente : todas las demás pasaron al campo, y con ellas mas de sesenta caballeros aventureros de los principales de aquellas ciudades, que sirvieron á su costa toda aquella jornada, hasta que el marqués de Mondéjar les mandó volver á sus casas. Viendo pues los moriscos de las Albuñuelas que nuestro campo se iba engrosando, y por ventura temiendo no descargase la primera furia en ellos, acordaron de aplacar al marqués de Mondéjar con humildad. Esta embajada llevó Bartolomé de Santa María el alguacil, que dijimos que les aconsejaba que no se alzasen; el cual, siendo acepto y muy servidor del Marqués, vino por su mandado á tratar con él este negocio, y le suplicó admitiese aquellos vecinos debajo la proteccion y amparo real, y los perdonase, certificándole que si se habian alzado no habia sido con su voluntad, sino forzados á ello por los monfís y moros forasteros, y que todos estaban con pena y les pesaba de lo hecho. El Marqués, que deseaba asegurar las espaldas antes de pasar adelante, holgó de admitirlos, y mandó que les dijese de su parte que se quietasen, y volviendo á sus casas, procurasen conservarse en lealtad, no receptando los malos entre ellos; y que le avisasen de todo lo que les ocurriese, porque haciendo lo que debian como buenos vasallos de su majestad, los favoreceria y no consentiria que se les hiciese agravio. Luego se volvieron los moriscos al lugar, y el alguacil envió por su beneficiado, que aun estaba en el Padul, para que asistiese en su iglesia y les dijese misa; mas él paró poco entre gente tan liviana, que ya se habian comenzado á desvergonzar, y tanto mas viendo que les reprehendia haber puesto las manos en las cosas sagradas. Finalmente, no se teniendo por seguro, quiso volverse al Padul, y el alguacil le dió escolta de amigos que le acompañaron. Este morisco anduvo siempre bien con los cristianos, y cuando después se puso gente de guerra en el Padul, hizo con los moriscos de su lugar que llevasen cada semana veinte cargas de pan amasado de contribucion, para que comiesen los soldados, y dió avisos importantes y ciertos de lo que los moros trataban; mas nunca pudo conservar el pueblo en lealtad, y no fué merecedor de la muerte que después se le dió ni del captiverio de su familia, si en alguna manera no lo causaran nuestros soldados furiosos, teniendo poco respeto á estos servicios, como se dirá en la destruicion que don Antonio de Luna hizo en este lugar. Digamos lo que en este tiempo hacia el marqués de los Vélez.

CAPITULO V.

Cómo el marqués de los Vélez, por los avisos que tuvo, juntó cantidad de gente y entró en el reino de Granada á oprimir los rebeldes.

El aviso que el presidente don Pedro de Deza envió, la necesidad y peligro grande que representaban las ciudades de Almería, Báza y Guadix, que todas pedian socorro, fueron causa que el marqués de los Vélez apresurase su partida antes de llegarle órden de su majestad para poder entrar con campo formado en el reino de Granada, ateniéndose á lo que dice una ley tercera, título diez y nueve de la Segunda Partida, que deben hacer los vasallos por sus reyes en casos de rebelion, y aun queriendo satisfacer á la no vana opinion de quien habia hecho eleccion y confianza de su persona para negocio tan grave y de tanto peso. Viendo pues que la gente ordinaria de su casa seria poca, y que podria hacer poco efeto con ella, segun iban las cosas encaminadas, y que seria menester tiempo para recogerla del reino de Murcia, envió á llamar á gran priesa á sus amigos y vasallos y avisó á algunos pueblos comarcanos á la raya que le acudiesen. A don Juan Fajardo, su hermano, envió á Lorca, y mientras venia con la gente de aquella ciudad, atreviéndose á su hacienda, pues no tenia órden de gastar de la de su majestad, proveyó bastimentos y municiones y todas las cosas necesarias. Acudióle la gente con tanta presteza, que á 2 dias del mes de enero tenia ya en su villa de Vélez el Blanco dos mil y quinientos infantes y trecientos caballos. De Lorca vinieron mil y quinientos hombres de á pié y ciento de á caballo muy bien en órden, como lo suelen siempre estar los de aquella ciudad. Capitanes desta gente eran Juan Mateo de Guevara, Pedro Helices, Alonso del Castillo, Martin de Lorita y Luis Ponce. De Caravaca vinieron los capitanes Andrés de Mora, Hernando de Mora y Pedro Martinez, con trecientos infantes y veinte caballos; de Moratalla, Juan Lopez, con docientos infantes y treinta caballos; de Hellin, Pablo Pinero, con ciento y cincuenta infantes y quince caballos; de Zehegin, Francisco Fajardo, con docientos y cincuenta infantes y veinte caballos; de Mula, Diego Melgarejo, con docientos infantes. Con esta gente escogida y voluntaria y la que salió de los Vélez Blanco y Rubio y de Librilla y Alhama con el capitan Hernando de Leon, partió el marqués de los Vélez á 4 dias del mes de enero de 1569 años, dejando apercebidos los otros lugares de aquel reino para que le siguiesen, y fué á poner aquella noche su campo en la casa del Márgen, donde llaman la Boca Oria. En el camino le alcanzaron este dia Jaime Prado y otros caballeros de Orihuela, ciudad del reino de Valencia, que venian á hallarse con él en la jornada. Allí llegó un correo del presidente don Pedro de Deza, con cartas en que le decia que habia sido muy buena prevencion la que habia hecho, y que recogiendo la mas gente que pudiese, procurase entretenerla á costa de los pueblos, como se hacia en los lugares de la Andalucía, mientras venia la órden que se aguardaba de su majestad; mas el marqués de los Vélez, viendo cuán mal la podia sustentar de aquella manera, y que habia de ser á su costa, tomando por achaque los avisos que de hora en hora tenia, y juzgando que ningun servicio mayor se podria hacer en aquella coyuntura á su majestad que socorrer á la necesidad presente, sin aguardar mas órden, partió luego otro dia con determinacion de dar socorro y calor á la ciudad de Almería, porque no sabia él la rota de Benahaduz, aunque algunos creyeron haberse dado tanta priesa para que cuando llegase la órden le tomase dentro del reino de Granada. Y como después tuviese nueva del desbarate de aquellos moros, viendo que la ciudad estaba sin peligro, quiso ir sobre el castillo de Jérgal; y tomando lo alto de aquel valle, se fué á alojar aquella noche al lugar de Ulula, que es en el rio de Almanzora. Allí llegó al campo don Juan Enriquez el de Baza con

cien hombres entre caballos y peones. Otro dia de mañana, partiendo de aquel alojamiento, atravesó por encima de la sierra de Filábres con un tiempo asperísimo de frio, agua y viento cierzo, que traspasaba los hombres y los caballos, y caminando siete leguas por veredas de sierras ásperas y fragosas, fué á alojarse á la villa de Tavernas, donde se detuvo hasta 13 dias del mes de enero, así para que la gente descansase, como, segun él nos dijo, para aguardar órden de su majestad y las compañías que habian de venir del reino de Murcia. No dejó de ser importante su estada en aquel lugar, porque los moros de la comarca mientras allí estuvo no se osaron levantar, como lo hicieron después. Esta entrada del marqués de los Vélez en el reino de Granada no fué bien recebida, especialmente de los que le tenian poca aficion, aunque el vulgo y los que estaban ofendidos de los moros se alegraron con ella, entendiendo que lo habia de llevar todo por el rigor de la espada y no reducir los lugares alzados, como lo hacia el marqués de Mondéjar. De aquí nacieron diferentes opiniones entre la gente noble, atribuyéndoselo unos á mal y otros á servicio muy señalado. Esta competencia duró mientras duró la guerra, que cuando unos se alegraban otros se entristecian, y por el contrario, segun los sucesos destos dos generales, aumentando ó diminuyendo sus hechos, como acaece donde envidia ó enemistad reinan; y lo peor era que las relaciones iban á su majestad y á los de su real consejo tan diferentes, que causaban confusion en las resoluciones que se habian de tomar.

CAPITULO VI.

Cómo los moros del marquesado del Cenete cercaron la fortaleza de la Calahorra, y Pedro Arias de Avila la socorrió.

Habiendo entregado Juan de la Torre las moriscas que tenia en la fortaleza de la Calahorra á sus maridos, padres y hermanos, como queda dicho, el dia de los Reyes se juntaron muchos monfís y moros de la Alpujarra con los del marquesado del Cenete, y con veinte y seis banderas tendidas y muchos escopeteros bajaron de la sierra, y dando grandes alaridos, entraron en el lugar de la Calahorra, y sin hallar resistencia, pusieron en libertad á los monfís que el alcalde Molina de Mosquera tenia presos, y cercaron la fortaleza con mas de tres mil hombres, y sin perder tiempo comenzaron á combatirla, y pasaron tan adelante, que horadando unas paredes del rebellin, entraron animosamente por ellas, y se llevaron el ganado y los bagajes que allí habia sin que los cristianos se lo pudiesen defender Este cerco duró tres dias peleando siempre, aunque desde lejos, con los arcabuces y escopetas. Y el alcaide Juan de la Torre en este tiempo mandó hacer ahumadas de dia, y de noche almenaras, y tiró algunas piezas de artillería para que la ciudad de Guadix, que está tres leguas de allí el rio abajo, le socorriese. La ciudad lo entendió luego, y se juntó para tratar del socorro; y aunque hubo diferentes pareceres en el cabildo, Pedro Arias de Avila, que era corregidor, se arrimó á los mas animosos, y con trecientos infantes y sesenta caballos que pudo juntar, y los caballeros y ciudadanos nobles, de que siempre estuvo adornada aquella ciudad, con mas ánimo que fuerzas, por ser tan pocos en comparacion de los enemigos, partió de Guadix á 8 dias del mes de enero, y el mesmo dia llegó á la Calahorra. Por otra parte, los moros, viendo ir el socorro, dejaron atrás sus estancias, y haciéndose todos un tropel, salieron al encuentro en el cuchillo de un cerro donde está puesta la fortaleza, para defender á los nuestros la entrada de aquel camino que traian; lugar á su parecer seguro por ser áspero y no poderle hollar caballos; mas no lo era, por tener á las espaldas un torreon de la fortaleza, de donde los descubrian y tiraban con los arcabuces y con algunos esmeriles. Allí aguardaron que llegase la gente de la ciudad, y mientras los arcabuceros peleaban con los de la vanguardia, los que estaban descubiertos á la ofensa de la torre desampararon el sitio que tenian, y desordenándose los unos y los otros, como gente mal plática, dieron todos confusamente á huir la vuelta de la sierra, por donde los caballos no los pudiesen seguir. Un golpe dellos entró por el lugar, y poniendo fuego á las casas, quemaron la iglesia; otros se acogieron á una sierra que está frontero de la fortaleza á la parte de la Alpujarra, y se pusieron en cobro, no sin mucho daño, porque los caballos y algunos soldados que pudieron seguirlos mataron mas de ciento y cincuenta moros, y hirieron muchos mas. Con esta vitoria quedó la fortaleza descercada, y Pedro Arias de Avila volvió alegre y vitorioso á Guadix, donde fué muy bien recebido; y por si los moros tornasen á cercar la fortaleza, dejó dentro al capitan Mellado con algunos arcabuceros y cantidad de municion.

CAPITULO VII.

De las diligencias que el conde de Tendilla hizo para proveer de bastimentos el campo del Marqués su padre.

Luego como el marqués de Mondéjar partió de Granada, el conde de Tendilla, á cuyo cargo habia quedado la provision de las cosas de la guerra, envió á las villas de la jurisdicion de aquella ciudad por quinientos hombres de guerra, y los metió en la fortaleza de la Alhambra, porque habia poca gente dentro; y para que el campo estuviese bien proveido de bastimentos, demás de los que iban con las escoltas ordinarias, proveyó dos cosas importantes y muy necesarias. Repartió los lugares de la Vega en siete partidos, y mandéles que cada uno tuviese cuidado de llevar diez mil panes amasados de á dos libras al campo el dia que le tocase de la semana, y que los vendiesen á como pudiesen, sin que se les pusiese tasa en el precio, por manera que acudiendo cada dia diez mil panes al campo, estaba suficientemente proveido. La otra fué mandar llamar á todos los regatones de la ciudad que trataban en cosas de bastimentos, y juntándose mas de ciento dellos, les mandó que segun el trato de cada uno llevasen al campo tocino, queso, pescado, vino y legumbres, y otras cosas de provision, y para que con mas voluntad lo hiciesen, hizo prestarles seis mil ducados por cuatro meses, y les dió licencia para que pudiesen traer de retorno lo que les pareciese, sin que incurriesen en pena de contrabando, porque habia órden que los que se viniesen del campo con despojos, los desbalijasen y castigasen. Con esto y con lo que hallaban los soldados en los lugares por donde iban, estuvo el campo bien proveido.

CAPITULO VIII.

Cómo se mandó alojar la gente de guerra que acudia á Granada en las casas de los moriscos, y el sentimiento que dello hicieron.

Acudia ya á mas andar la gente de las ciudades y villas de la Andalucía que el marqués de Mondéjar habia enviado á apercebir, y la ciudad de Granada se iba hinchendo de soldados y de caballeros particulares que venian á hallarse en la jornada á su costa; y el Conde de Tendilla, cuidadoso de su cargo, no hallando mejor órden para poderlos regalar y entretener, mandó que los alojasen en las casas de los moriscos, donde les diesen camas y de comer el tiempo que allí estuviesen, y á los que no querian comer en sus posadas, les mandaba dar sus contribuciones en dinero, ordenando á los pagadores que venian con ellos que guardasen el dinero que traian para adelante, porque deteniendo en la ciudad solamente las compañías necesarias para la guardia della, todas las demás enviaba luego al campo del marqués de Mondéjar. Este alojamiento, que comenzó á 9 dias del mes de enero, era la cosa que mas temian los moriscos, y la mas grave opresion que se les podia hacer, y ansí lo sintieron extrañamente, no tanto por la costa que se les hacia, como por ser muy celosos de sus mujeres y hijas, y amigos de su regalo. Y sintiendo ya su desventura en casa, acudieron luego los principales del Albaicin con su procurador general al mesmo conde de Tendilla, y viendo el poco remedio que les daba, acudieron al presidente don Pedro de Deza, y le significaron con muchas razones los inconvenientes que de aquel alojamiento se seguian, diciendo que se continuasen las guardas que al principio se habian puesto en el Albaicin, y si pareciese necesario, se acrecentasen otras á costa de los moriscos, y que la otra gente de guerra que venia de fuera de la ciudad la alojasen en las iglesias y en casas yermas, como lo habia hecho el marqués de Mondéjar, y que los moriscos por sus parroquias les llevarian camas y de comer. Pareciéndole pues al Presidente que se podria hacer lo que decian, mandó á Jorge de Baeza que fuese al conde de Tendilla y le dijese lo que los moriscos le habian dicho, y la órden que daban en el alojamiento de la gente de guerra, y que le parecia que debia tomarse el menor inconveniente, teniendo consideracion á lo de adelante, para que aquel alojamiento se pudiese conservar, como era razon que se conservase, pues los negocios de la guerra se alargaban. Con este recaudo fué Jorge de Baeza al conde de Tendilla, acompañado de aquellos moriscos, los cuales con palabras de humildad le representaron el agravio que se les hacia, poniéndole nuevos inconvenientes por delante, como era la poca seguridad de sus mujeres y hijas, y aun de sus personas y haciendas, si maliciosamente tocando alguna arma falsa de noche, les robaban las casas; todo lo cual cesaba con mandarlos aposentar, como se habia hecho hasta allí. Mas el conde de Tendilla les respondió que la gente de guerra habia de estar alojada en casas pobladas, y no yermas; y que los soldados habian de ser regalados y muy bien tratados, porque no se fuesen; y se les habia de dar posadas y contribuciones, pues no habia órden de poderlos entretener de otra manera; que al servicio de su majestad convenia que los moriscos no tuviesen libertad de poder meter moros de fuera ni hacer juntas secretas en sus casas, sino que estuviesen los soldados siempre delante para que viesen y entendiesen lo que decian y hacian diez mil moriscos que habia en el Albaicin para poder tomar armas; y que si alguna desórden hiciesen, en tal caso lo remediaria castigando á los culpados; y con esta respuesta los despidió bien descontentos y tristes, y de allí adelante se alojó toda la gente de guerra en las casas pobladas, donde fué poca parte el castigo para que la licencia militar no soltase la rienda con mas cudicia y menos honestidad de lo que aquí podriamos decir. Pasó este negocio tan adelante, que muchos moriscos, afrentados y gastados, se arrepintieron por no haber tomado las armas cuando Abenfarax los llamaba, y otros enviaron á decir á Aben Humeya que mientras el marqués de Mondéjar estaba fuera de Granada se acercase por la parte de la sierra con alguna cantidad de gente, y se irian con él. El conde de Tendilla en este tiempo, usando de la preeminencia de capitan general, y viendo la necesidad que habia de gente de ordenanza, nombró siete capitanes y les dió sus condutas para que la hiciesen. Hizo comisario y sargento mayor á Lorenzo de Avila, que ya estaba sano de las heridas que le dieron en Dúrcal, mandándole que se alojase en el Albaicin para reparar las desórdenes de los soldados. No mucho después mandó su majestad ir á Granada á don Antonio de Luna, señor de Fuentidueña, y á don Juan de Mendoza Sarmiento, para las cosas que ocurriesen de la guerra, y el conde de Tendilla dió cargo de la gente de guerra de á pié y de á caballo que se alojase en los lugares de la Vega á don Antonio de Luna, y á don Juan de Mendoza dejó en Granada, hasta que después fué con órden al campo, estando ya de vuelta en Órgiba, como se dirá en su lugar.

CAPITULO IX.

Cómo nuestro campo ocupó el paso de Tablate.

Teniendo ya el marqués de Mondéjar suficiente número de gente con que pasar á la Alpujarra, domingo por la mañana, á 9 dias del mes de enero, partió del lugar de Dúrcal con todo el campo puesto en sus ordenanzas, la vuelta del lugar de Tablate, donde se habian juntado los rebeldes, creyendo poderle defender el paso que allí hay, y tenian recogidos tres mil y quinientos hombres con Gironcillo, Anacoz y el Randati, sus capitanes, y con otros sediciosos y malos, respetados, no por prática de cosas de guerra ni por autoridad de personas, sino por sacrilegios y crueldades que habian hecho en este levantamiento. Aquella noche se alojó el marqués de Mondéjar en el lugar del Chite, dos leguas de Dúrcal, que estaba despoblado, y el campo estuvo puesto en arma, por ser el lugar dispuesto para cualquiera acometimiento; y el lúnes bien de mañana caminó la vuelta de Tablate, donde sabia que le aguardaban los enemigos. Este lugar es pequeño de hasta cien vecinos, aunque nombrado estos dias por la rota de don Diego de Quesada, y por el paso de una puente, por donde se atraviesa un hondo y dificultoso barranco, que con igual hondura y aspereza, sin dar entrada por otra parte en mas de cuatro leguas arriba y abajo de la puente, atraviesa desde encima del lugar de Acequia hasta el rio de Melejix. Los moros tenian desbaratada la puente de manera, que no podian pasar caballos ni aun peones sin grandísima dificultad y pe-

ligro, porque solamente habian dejado unos maderos viejos, que debieron ser estantes de la cimbra, al un lado, y sobre ellos un poco de pared tan angosta, que apenas podia ir por ella un hombre suelto; y aun este poco paso que para ellos habian dejado, ofreciéndoseles necesidad de pasar, le tenian descavado y solapado por los cimientos de manera, que si cargase mas de una persona fuese abajo; y era tan grande la hondura del barranco por esta parte, que mirando desde arriba desvanecia la cabeza y quitaba la vista de los ojos. El marqués de Mondéjar iba muy bien apercebido, aunque no avisado de la rotura de la puente; llevaba la gente puesta en escuadron, sus mangas de arcabuceros á los lados, y los corredores delante descubriendo el campo. Con esta órden llegó la vanguardia á unos visos que descubren el lugar y la puente que está antes de llegar á él. Luego se descubrieron los moros que estaban de la otra parte, y muchas banderas blancas y coloradas que campeaban por los cerros con aparencia de querer defender el paso. El Marqués, mandando que las mangas de los arcabuceros se adelantasen, dejó la caballería en batalla, y pasó á la vanguardia, para que los animosos soldados lo fuesen mas con la presencia de su capitan general; y llegando al barranco y á la puente, los tiradores de entrambas partes comenzaron á tirar: los moros no pudieron resistir la furia de nuestras pelotas, y se arredraron, teniendo entendido que no habia hombre tan animoso que osase acometer á pasar la desbaratada puente, que tenian por bastante defensa contra nuestro campo; mas un bendito fraile de la órden del seráfico padre san Francisco, llamado fray Cristóbal de Molina, con un crucifijo en la mano izquierda y la espada desnuda en la derecha, los hábitos cogidos en *la cinta*, y una rodela echada á las espaldas, invocando el poderoso nombre de Jesus, llegó al peligroso paso, y se metió determinadamente por él; y haciendo camino, no sin grandísimo trabajo y peligro, estribando á veces en las puntas de los maderos ó estantes de la cimbra, y á veces en las piedras y en los terrones que se le desmoronaban debajo de los piés, pasó á la parte de los enemigos, que aguardaban con atencion cuando le verian caer. Siguiéronle luego dos animosos soldados, aunque el uno con infelice suceso, porque faltándole la tierra y un madero, fué dando vueltas por el aire, y cuando llegó abajo ya iba hecho pedazos. El otro pasó, y tras dél otros muchos, no cesando de tirar siempre nuestros arcabuceros ni los moros, que estaban de mampuesto en un cercano cerro sobre la puente: finalmente cargó nuestra gente de manera, que los moros fueron retirándose, cediendo al riguroso ímpetu de los que reconocian ser suya la vitoria. Ganada la puente y el lugar con poco daño nuestro y mucho de los moros, los soldados trajeron maderos y puertas, y con haces de picas, rama y tierra adobaron la puente de manera, que pudo pasar aquel dia el carruaje, caballos y artillería, y aquella noche se alojó el campo en el lugar. Cebáronse tanto este dia los arcabuceros de las mangas en los enemigos que iban huyendo, que dejando muertos mas de ciento y cincuenta, fueron siguiéndolos hasta llegar al rio que está de la otra parte de Lanjaron. Allí reconocieron ser poca gente la que los seguia, y revolvieron sobre ellos con grandes alaridos, y los apretaron tanto, que se hubieron de retirar á las casas del lugar; y no se teniendo por seguros en él, tomaron algunas vasijas con agua y cosas de comer que hallaron, y se fueron á guarecer en los antiguos edificios de un castillo despoblado, puesto sobre una alta peña, donde solia en otro tiempo ser la fortaleza del lugar, por si fuese menester defenderse entre los caidos muros mientras nuestro campo llegaba. En este tiempo el marqués de Mondéjar, alegre con la vitoria, no tanto por las muertes de los enemigos, como por haber ocupado aquel paso, que pudiera quedar famoso en aquel dia con su muerte, si no acertara á llevar un peto fuerte, que resistió la pelota de una escopeta, que le venia á dar por los pechos, porque no sucediese alguna desgracia á los arcabuceros que iban delante, que le aguase el buen suceso, envió un diligente soldado con su anillo, á que dijese al capitan Caicedo Maldonado, vecino de Granada, que iba con ellos, que se retirase luego, y mandó al capitan Luis Maldonado que con cuatrocientos arcabuceros le asegurase el camino. Y como se acercase la noche, los moros, enemigos de pelear en aquella hora, se retiraron á las sierras, y nuestra gente toda se recogió á su alojamiento.

CAPITULO X.

Cómo nuestro campo pasó á Lanjaron, y de allí á Órgiba, y socorrió la torre.

Toda aquella noche estuvo nuestro campo en Tablate con muchas centinelas por los cerros al derredor, por ser sitio dispuesto para poder hacer los enemigos cualquier acometimiento; y otro dia, mártes 11 de enero, dejando el marqués de Mondéjar en aquel presidio una compañía de infantería de la villa de Porcuna, cuyo capitan era Pedro de Arroyo, para que la gente y las escoltas pudiesen ir y venir seguramente, caminó la vuelta de Lanjaron, que está legua y media mas adelante, en el camino de Órgiba. Este dia tuvo nuestra gente algunas escaramuzas ligeras con los enemigos, que viendo marchar el campo, bajaron de las sierras, y tentaron de hacer algunos acometimientos en la vanguardía; mas luego se retiraron hácia una sierra que está á la parte de levante del lugar en el proprio camino real, donde se habian juntado muchos dellos con propósito de defender un paso áspero y dificultoso por donde de necesidad habia de pasar nuestro campo el siguiente dia. Teníanle fortalecido con reparos de piedras y peñas sueltas, puestas en las cumbres y en las laderas que venian á dar sobre el camino, para echarlas rodando sobre los cristianos cuando fuesen subiendo la cuesta arriba. El marqués de Mondéjar llevaba tanto deseo de socorrer la torre de Órgiba, que no quisiera detenerse aquel dia; mas húbolo de hacer, porque llegó la retaguardia tarde, y llovia y hacia el tiempo trabajoso; y demás desto, no estaba determinado si pasaria adelante con la gente que llevaba, ó si esperaria que llegase la otra que venia de las ciudades. Estuvo allí aquella noche á vista de los enemigos, que teniendo ocupado el paso con grandes fuegos por aquellos cerros, no hacian sino tocar sus atabalejos, dulzainas y jabecas, haciendo algazaras para atemorizar nuestros cristianos, que con grandísimo recato estuvieron todos con las armas en las manos. Al cuarto del alba llegó á la tienda de don Alonso de Granada Venegas un soldado que venia de la torre de Órgiba, y dió nueva como

los cercados se defendian. Otro dia miércoles, antes que amaneciese, mandó el marqués de Mondéjar á don Francisco de Mendoza, su hijo, que con cien caballos y docientos infantes arcabuceros subiese una ladera arriba, donde habia una sola senda áspera y muy fragosa, y fuese á tomar las espaldas á los enemigos, llevando algunos gastadores con picos y hazadones que la allanasen, porque se entendió que puestos en lo alto, hallarian disposicion en la tierra para poderla hollar. Y siendo el dia claro, partió el campo, yendo los escuadrones proporcionados y bien ordenados, conforme á la disposicion de la tierra, y dos mangas de arcabuceros delante, que por las cordilleras de los cerros de una parte y otra del camino que hacia el campo, iban ocupando siempre las cumbres altas. Desta manera fué caminando nuestra gente la vuelta del enemigo, que estuvo un rato suspenso entre miedo y vergüenza, no se determinando si pelearia, ó si, dejando pasar á nuestro campo, lo seria mas seguro romperle las escoltas y necesitarle con hambre; mas aun esto no supieron hacer los bárbaros ignorantes, porque en viendo que los caballos habian subido con la escuridad de la noche por donde apenas entendian que pudiera andar gente de á pié, entendiendo que no habria sierra, por áspera que fuese, que no hollasen, perdieron la esperanza de lo uno y de lo otro, y determinaron de tentar otra fortuna retirándose á la aspereza de las sierras, donde no les pudiese enojar la caballería; mas no lo pudieron hacer tan presto, que dejasen de recebir daño de los que ya les iban en el alcance; y dejando el paso y el camino desocupado, pasó nuestro campo á Órgiba, y aquella tarde se alojó en el lugar de Albacete con grande alegría de todos, mayormente de los cercados, que habian estado diez y siete dias peleando noche y dia con grandísimo trabajo y peligro. Habíales faltado ya el bastimento, y si no fuera por algunos moros padres y maridos de las mujeres que el alcaide habia metido en la torre, que secretamente le habian dado agua y otras cosas de comer, poniéndolo de noche en parte que los cristianos lo pudiesen recoger, hubieran perecido muchos de hambre. Tambien les habian traido municion de Motril, que les hubiera faltado si un animoso soldado natural de Órgiba, llamado Juan Lopez, no se aventurara á ir por ella; el cual aprovechándose de la lengua árabe, en que era muy ladino, y del hábito de los moros, salió á media noche secretamente de la torre, y pasando por medio de su campo, fué á la villa de Motril y trajo un gran zurron de pólvora y cantidad de plomo y cuerda á cuestas, con que se defendieron de aquellos lobos rabiosos ciento y sesenta almas cristianas, y entre los otros, cinco sacerdotes. El marqués de Mondéjar dió muchas gracias á Dios por tan buen suceso, y despachó luego correo con la nueva, que no fué menos bien recebida que la de Tablate. Y pareciéndole tener suficiente número de gente para allanar la tierra, escribió á don Francisco Hurtado de Mendoza, conde de Montagudo, asistente de Sevilla, que no le enviase la gente de aquella ciudad ni la de la milicia de Sevilla, Gibraltar, Carmona, Utrera y Jerez, que ya se habia juntado para hacer la jornada. Esta carta llegó estando en Alcalá de Guadayra, y con él Juan Gutierrez Tello, alférez mayor de Sevilla, con dos mil infantes arcabuceros con que servia la ciudad á su costa; y Gonzalo Argote de Molina, alférez mayor de la milicia de la Andalucía, con los capitanes y gente della. Luego despidió el Conde los dos mil arcabuceros de Sevilla, y mandó á Gonzalo Argote que con la gente de la milicia fuese á embarcarse en las galeras del cargo de don Sancho de Leiva, para guarnicion dellas; de cuya causa no acudió la gente de Sevilla mientras el marqués de Mondéjar estuvo en campaña, hasta que adelante se le envió nueva órden para que la enviase, como se dirá en su lugar.

CAPITULO XI.

Cómo el marqués de Mondéjar pasó á la taa de Poqueira y la ganó.

Siendo avisado el marqués de Mondéjar por algunas espías como Aben Humeya y Aben Jouhor juntaban á gran priesa los moros de la Alpujarra y los que se habian retirado del paso de Lanjaron para defender la entrada de la taa de Poqueira, aunque llevaba la gente fatigada del camino, otro dia de mañana, que fué juéves á 13 dias del mes de enero, salió de Albacete de Órgiba, dejando de presidio en aquel lugar al capitan Luis Maldonado con cuatrocientos soldados, para que recogiese los bastimentos y municiones que viniesen de Granada, y los fuese enviando al campo. Llevaba el marqués de Mondéjar su campo copioso de gente muy lucida y bien armada, porque habian llegado á él muchos caballeros, que dejando sus casas, iban á servir á su costa, deseosos de hacer ejemplar castigo en aquellos rebeldes por los sacrilegios que habian cometido; y crecíales cada hora mas el deseo con ver los incendios y crueldades que hallaban por los lugares do pasaban. Sacó la infantería en tres escuadrones y la caballería á los lados, de manera que podia salir y acometer sin turbar las ordenanzas: las mangas de los arcabuceros iban de un cabo y de otro ocupando las cumbres, y delante iban las cuadrillas de la gente del campo suelta descubriendo la tierra. Desta manera caminaba nuestro campo con paso lento y reposado, cuando llegaron á él cuatro caballeros veinticuatros de Córdoba con cuatro compañías de gente de aquella ciudad, las dos de caballería y las dos de infantería, que enviaba el conde de Tendilla desde Granada. De las primeras eran capitanes don Pedro Ruiz de Aguayo y Andrés Ponce, y de las otras dos Cosme de Armenta y don Francisco de Simancas. Con esta gente holgó el marqués de Mondéjar mucho, y fué prosiguiendo su camino; mas aunque entendian todos que su intento era ir á echar los moros de aquellos lugares fuertes donde se habian metido, su fin no era por entonces otro sino tomar un sitio fuerte y acomodado para su alojamiento cerca de los lugares de aquella taa, donde le parecia poder estar con seguridad y poder ser proveido de vituallas, como si estuviera en Albacete de Órgiba, y desde allí turbar á los enemigos con correrías, porque para la entrada de aquella tierra le parecia convenir mayor número de gente. Habiendo pues caminado las escuadras tres cuartos de legua, y llegado á un llano que llaman el Faxar Alí, los moros, que dejando atrás los pasos y lugares fuertes donde estaban, se habian puesto en tres emboscadas para recebir á nuestro ejército en la angostura de las sierras, cuando les pareció tener bien tendidas sus redes, salieron á las mangas de los arcabuceros que iban de vanguardia, y acometieron la que iba mas alta tan determinadamente, que fué necesario

reforzarla con mas número de gente. Pasando pues el marqués de Mondéjar adelante para guiar algunos caballos que se hallaron en la vanguardia, le convino hacer alto, y formar escuadron á tiro de arcabuz de los enemigos, y desde allí socorrió á todas partes, porque cargaban de manera, que en todas era bien menester socorro. La manga delantera, que llevaba Alvaro Flores, alguacil mayor de la inquisicion de Granada, venia ya retirándose á mas andar, dejando á su capitan con solos doce ó trece soldados haciendo rostro, cuando don Francisco de Mendoza, á cuyo cargo iba la caballería, partió con una banda de caballos en su socorro; mas era tan grande la aspereza de la sierra, que cuando llegó á socorrerle no llevaba mas de cuatro de á caballo consigo; que los demás no le habian podido seguir. Con estos hizo rostro, y dando vuelta, puso tanto ánimo á los soldados, que venian medio desbaratados, que se juntaron con su capitan, y sobreviniéndoles mas gente de socorro, no solo resistieron el ímpetu de los enemigos, mas aun los desbarataron y pusieron en huida, subiendo tras dellos por lugares que aun para huir parecian dificultosos. Lo mesmo hicieron los de la retaguardia, siendo socorridos por don Alonso de Cárdenas. Este recuentro fué muy peligroso al principio, mas después tuvo felice suceso por el mucho valor de los caballeros y de los capitanes que acudieron al peligro. Salieron heridos don Francisco de Mendoza de una pedrada que le dió un moro en la rodilla, al cual mató allí luego, y á don Alonso Portocarrero le dieron dos saetadas en los muslos. Hubo solo un escudero cristiano muerto, y de los moros murieron mas de cuatrocientos y cincuenta: los nuestros siguieron el alcance por donde la aspereza y fragosidad de las sierras les daba lugar. Alvaro Flores, con los soldados que pudo recoger y algunos caballos, tomó por las cordilleras altas, yendo siempre superior á los enemigos, hasta llegar al lugar de Bubion; y hallándole solo, porque Aben Humeya no osó aguardar en él, entró dentro, y desde un reducto ó mirador que estaba delante de la puerta de la iglesia comenzó á capear, llamando nuestra gente para que caminase á la vitoria, porque el marqués de Mondéjar, recelando la dificultad del camino, habia juntado á consejo, y estaba parado tratando del alojamiento que se habia de tomar aquella noche; el cual, como vió el lugar ocupado por los cristianos, mandó que marchase todo el campo hácia él. Ganáronse las cuatro alcarías de aquella taa, sin hallar quien las defendiese, siendo la disposicion de la tierra tan favorable á los moros, que si tuvieran ánimo de defenderla, fuera menester mas tiempo y mayor número de gente para ganárselas. Llegado el campo á Bubion, los soldados subieron en cuadrillas por la sierra arriba, y captivando muchas mujeres y niños, mataron los hombres que pudieron alcanzar, y les tomaron gran cantidad de bagajes cargados de ropa y de seda, que llevaban á esconder por aquellas breñas. Cobraron la deseada libertad en Bubion el vicario Bravo y ciento y diez mujeres cristianas, que tenian aquellos herejes captivas. El siguiente dia, viérnes 14 de enero, estuvo el campo en aquel alojamiento, y desde allí envió el marqués de Mondéjar una escolta con los heridos y enfermos á Granada, con órden que á la vuelta acompañase los bastimentos y municiones que habia en Órgiba, y envió á dar aviso al capitan Luis Maldonado del camino que pensaba hacer, para que de allí adelante supiese por dónde habia de encaminar la gente y el bastimento que viniese al campo. Díjose aquel dia misa con grandísima solenidad, y oyéronla todos los cristianos con mucha devocion puestos en sus ordenanzas debajo de las banderas; que cierto era contento verles glorificar al Señor por la vitoria y por la libertad de tantas almas cristianas como se habian redimido.

CAPITULO XII.

Cómo los moros degollaron la gente que habia quedado de presidio en Tablate.

Arriba dijimos como el marqués de Mondéjar dejó de presidio en Tablate al capitan Pedro de Arroyo con la compañía de infantería de la villa de Porcuna, para asegurar aquel paso á las escoltas que fuesen de Granada, con órden que no dejase pasar los soldados que se iban del campo sin licencia. Pudiendo pues hacer algun reducto donde meterse de noche, y tener su cuerpo de guardia y centinelas, como es costumbre de gente de guerra, estuvo tan descuidado, que los moros de la comarca tuvieron lugar de ofenderle á su salvo, porque su fin solo era salir al paso á los soldados que se iban del campo sin licencia, para quitarles por de contrabando los ganados, las esclavas y los bagajes que llevaban. Estando desta manera, el Anacoz y Gironcillo, que andaban atalayando por aquellos cerros, por ver si podrian romper alguna escolta, viendo el descuido de los nuestros, juntaron mil y quinientos moros, y los acometieron á media noche por tres partes; y entrando el lugar y la iglesia, degollaron todos los soldados que allí habia, y los despojaron de armas y vestidos y de todas las cosas que tenian ellos tomadas por de contrabando; y no se teniendo por seguros entre las viles tapias de las casas, se tornaron á subir á la sierra. Esta nueva llegó á un mesmo tiempo á Granada y al campo del marqués de Mondéjar, y fué volando á la corte de su majestad, y con ella se aguó algun tanto la vitoria de aquellos dias, porque juzgaban los contemplativos el daño y el peligro harto mayor de lo que era, diciendo que habia sido ardid de guerra del enemigo dejar pasar nuestro campo á la Alpujarra, y cortar á las espaldas el paso por donde les habia de entrar el bastimento, para necesitarle á que se retirase ó pereciese de hambre. Mas luego cayó esta quimera, y se supo como Tablate estaba por los cristianos, porque el marqués de Mondéjar, sabiendo que los moros no habian osado parar allí, ordenó que la primera compañía que llegase, quedase en el lugar de presidio; y llegando Juan Alonso de Reinoso con la gente que enviaba la ciudad de Andújar, guardó la órden del Marqués y el paso con mucho cuidado; y hallando á Pedro de Arroyo caido entre los muertos con muchas heridas mortales, le hizo curar; mas él estaba tan debilitado, por haber estado tres dias sin refrigerio, que llevándole á Granada murió en el camino. No se descuidó el conde de Tendilla en este socorro, porque luego que supo la rota de Tablate, aquella mesma noche envió á llámar á don Alvaro Manrique, hijo del conde de Osorno, caballero del hábito de Calatrava, que estaba alojado en una alcaría de la Vega con ochenta caballos y trecientos infantes de las villas de Aguilar. Montilla y Pliego;

el cual llegó antes que fuese de dia á la puente Genil, donde ya el Conde le estaba aguardando con ochocientos infantes y ciento y veinte caballos; y entregándole toda aquella gente, le envió á poner cobro en aquel paso, con órden que, dejando buena guardia en él, pasase á juntarse con el campo del Marqués su padre; el cual partió luego, y hallando el lugar desembarazado, cumplió la órden del Conde, y se fué á juntar con nuestro campo en Jubíles. El tiempo nos llama ya á que volvamos al marqués de los Vélez, que dejamos en el lugar de Tavernas.

CAPITULO XIII.

Cómo el marqués de los Vélez tuvo órden de su majestad para acudir á lo de Almería, y fué sobre los moros que se habian juntado en Guécija y los desbarató.

Estaba todavía el marqués de los Vélez con su campo en Tavernas, y á 11 de enero, el dia que el marqués de Mondéjar partió de Tablate, tuvo órden de su majestad, en conformidad de su ofrecimiento, para que con la gente que tenia junta acudiese á la parte de Almería por la seguridad de aquella comarca. Túvose por buena esta provision, por hallarse ya dentro del reino de Granada con campo formado y recogido á su costa, aunque no dejaba de parecer que se hacia agravio al marqués de Mondéjar y á la razon de la guerra, habiendo en una provincia dos capitanes generales, que ninguno dellos queria igual. Hubo muchas personas que lo atribuyeron á permision divina, que quiso que conviniesen á un mesmo tiempo en esta guerra dos personajes de voluntad tan contrarios, que cuando con equidad uno intercediese por los rebeldes, procurando medios para reducirlos, otro con rigor y aspereza los persiguiese; de manera que siendo dignamente castigados, desocupasen el reino de Granada, donde pudiendo ser moros encubiertos, mantenian con menor dificultad la seta de Mahoma. Luego otro dia partió el marqués de los Vélez de aquel alojamiento en busca de algunos enemigos; y siendo avisado que los moros de Guécija se fortalecian en aquel lugar, y que habian soltado las acequias del rio para empantanar los campos, y cortado gruesos árboles que atravesar en los caminos y veredas, y hecho otros impedimentos para que por ninguna parte los caballos les pudiesen entrar, enderezó su camino hácia ellos. Llevaba cinco mil infantes, la mayor parte arcabuceros y ballesteros, gente ejercitada en los rebatos de la costa del reino de Murcia y acostumbrada á los trabajos de la guerra, y trescientos de á caballo muy bien armados; y habiendo hecho reconocer el camino y los impedimentos que los enemigos le habian puesto, tomó la halda de la sierra un poco alta, por donde entendió que la podria mejor hollar, y con sus ordenanzas tendidas caminó la vuelta del lugar, donde aun todavía se devisaba desde lejos el incendio y ruina de la torre y del monasterio en que los moros habian quemado tantos religiosos cristianos. No se mostraron los moros perezosos en salirle á recebir con dos escuadrones de gente tan bien ordenados, como lo pudieran hacer soldados viejos muy práticos, y haciendo alto á vista de nuestro campo, degollaron cruelmente todos los cristianos captivos que tenian. Era caudillo destos herejes el Gorri, principal autor de tanta crueldad, el cual hizo muestra ó representacion de batalla; y el Marqués, que con honrosa envidia deseaba hacer hechos dignos de su nombre, teniendo reconocido el sitio en que estaban y por donde se le podria entrar, hizo poco caso dellos; y enviando delante al capitan Andrés de Mora, sargento mayor, con quinientos arcabuceros por la halda de la sierra, y en su resguardo á don Diego Fajardo, su hijo, con sesenta caballos, les mandó que los fuesen entreteniendo con escaramuza mientras llegaba con el golpe de la gente. El Gorri hizo rostro animosamente y mantuvo un buen rato la pelea; mas al fin, no pudiendo resistir la furia de la arcabucería, se comenzó á retirar antes que la caballería le cercase; y tomando por delante la gente inútil, llevando á las espaldas nuestros soldados, se encaramó en las peñas de la sierra de Ílar que estaba cerca, donde tenia en un reducto de piedras que está en la cumbre de un alto cerro recogidos los ganados y bastimentos; y rehaciéndose en él para tornar á pelear, tampoco le aprovechó nada, y al fin se metió por las sierras de Fílix. Hubieron libertad este dia muchas cristianas captivas que se quedaron escondidas en las casas del lugar, y otras que dejaron los moros en las sierras cuando iban huyendo. El marqués de los Vélez se alojó en campaña, porque los soldados no entrasen á cargar de despojos y se fuesen, cosa muy ordinaria en esta guerra; aunque fué en vano su diligencia, porque luego se comenzaron á desmandar en cuadrillas por los lugares del Boloduí y del condado de Marchena, y cargados de ropa, yendo bien proveidos de esclavas y de bagajes, se volvian á sus casas; y así, hubo de estar el campo en aquel alojamiento mas de lo que el General quisiera.

CAPITULO XIV.

De una entrada que la gente de Guadix hizo en el marquesado del Cenete.

Mejor les hubiera sido á las moriscas del Deyre y de la Calahorra que sus maridos las hubieran dejado estar quedas en la fortaleza, donde el alcaide las tenia recogidas, que no sacarlas con el engaño que las sacaron; porque habiéndolas traido algunos dias de sierra en sierra necesitadas de hambre, les fué forzado meterse en las casas del Deyre, confiadas en la guardia que Jerónimo el Maleh les hacia con la gente del marquesado, ó como después nos dijeron algunas dellas, en la palabra que Juan de la Torre les habia dado, diciéndoles que se asegurasen en sus casas, porque no recibirian daño. Sea como fuere, Pedro Arias de Avila, corregidor de Guadix, fué avisado como el lugar estaba lleno de mujeres, y que habia con ellas gente de guerra, y con parecer del cabildo acordó de ir á dar sobre él. No lo pudo hacer tan secreto, que los moros dejasen de ser avisados por los moriscos de paces que moraban en aquella ciudad. Juntando pues toda la gente de á pié y de á caballo, salió de Guadix sábado, 15 dias del mes de enero, y á gran priesa fué la vuelta de la sierra, recelándose de algun aviso; y con todo eso, cuando llegó á vista del Deyre ya los moros y moras iban huyendo la sierra arriba. Adelantáronse don Hernando de Barradas, don Juan de Saavedra, don Cristóbal de Benavides, don Pedro de la Cueva y Hernan Valle de Palacios, Lázaro de Fonseca, y otros caballeros y ciudadanos, que por todos fueron catorce de á caballo, para alcanzarlos antes que encumbrasen el puerto de la

Ravaba; los cuales, dejando atrás las mujeres y bagajes que iban alcanzando, subieron la sierra arriba hasta llegar á un llano que se hace en la cumbre alta del puerto. Allí habia reparado el Maleh con tres banderas y un golpe de gente armada para hacer rostro, mientras se ponian en cobro las mujeres y los bagajes; el cual resistió á nuestros caballos, y cargando animosamente sobre ellos, los hubiera puesto en aprieto, si en la mayor necesidad no les acudiera el doctor Fonseca con cuarenta arcabuceros. Viendo los moros este socorro y otros que iban llegando, comenzaron á retirarse, no del todo huyendo, sino haciendo vueltas sobre nuestra gente, y en una montañeta se entretuvieron mas de media hora peleando, hasta que del todo fueron desbaratados y puestos en huida, dejando de los suyos mas de cuatrocientos hombres muertos y dos mil almas captivas entre mujeres y niños, y mil bagajes cargados de ropa. Esta fué una de las mejores presas que se hicieron en esta guerra y con menos peligro; con la cual Pedro Arias de Avila volvió muy contento á Guadix, y los moros quedaron bien lastimados.

CAPITULO XV.

Cómo el marqués de Mondéjar pasó á Pítres de Ferreira, y de una plática que don Hernando el Zaguer hizo á los alzados.

El mesmo dia que Pedro Arias de Avila hizo la entrada en el marquesado del Cenete, partió el marqués de Mondéjar de la taa de Poqueira, para ir en seguimiento de Aben Humeya y del Zaguer, que tuvo nueva se iban retirando la vuelta de Pítres de Ferreira; y dejando el camino derecho, tomó la cordillera alta de una sierra que se hace entre estas dos taas, llevando la artillería y los bagajes, no sin grandísimo trabajo, por hacer el tiempo áspero de frio y estar las sierras cubiertas de nieve. Mas entrando en la taa de Ferreira, no halló enemigos con quien pelear; y lo que hubo notable en este camino fué que, pasando por junto al lugar de Pórtugos, se vió un gran humo que salia de la iglesia, y era que unos cristianos captivos, queriéndolos matar sus amos, se habian recogido y hecho fuertes en la torre del campanario, y los herejes le habian puesto fuego para quemarlos dentro. Luego sospechó el Marqués lo que debia ser, y mandó á don Luis de Córdoba y á don Alonso de Granada Venegas que con doscientos infantes y cincuenta caballos fuesen á ver qué era; los cuales llegaron á la iglesia sin impedimento, porque los moros se habian ido huyendo en viéndolos asomar. Contáronnos estos caballeros como llegaron á la iglesia, y entrando dentro, hallaron cinco mujeres cristianas muertas de heridas, tendidas por aquel suelo, y en la peaña del altar mayor un niño que parecia de hasta tres años, las manecitas atadas con un cordel y un puñal metido por el lado izquierdo, y la sangre tan fresca, que aun no estaba resfriada, y los ojitos abiertos mirando tan tiernamente hácia el cielo, que parecia quejarse á su Criador del bárbaro sacrificio que de sus tiernos miembrecitos habian hecho aquellos herejes; y era tanta la hermosura del blanco y colorado rostro, que en la tierra mostraba bien el reposo con que el alma, libre de los temores desta guerra, glorificaba entre los ángeles al Señor; y que viendo aquel espectáculo de crueldad, movidos á compasion, les crecia igualmente tanta ira, que no vian la hora de tomar la venganza por sus manos, diciendo contra aquellos rústicos: «¡Oh herejes descreidos! ¡No osais aguardar á pelear con los hombres, que decis haberos ofendido, y como viles y cobardes tomais venganza en las mujeres y en los niños, ensuciando vuestras viles y torpes espadas en su inocente sangre!» Habia el fuego consumido una parte de los edificios de la torre, y si tardara el socorro un poco mas, se acabara de quemar; mas los cristianos se habian metido en parte donde aun no los calentaba la llama, y uno dellos fué tan grande su determinacion con el deseo de la libertad, que en viendo llegar nuestra gente, sin buscar la puerta por donde salir, se arrojó de la torre abajo, y no pudiendo las flacas canillas de las piernas sustentar la carga del pesado cuerpo, se quebraron entrambas, y todavía fué recogido por los soldados y llevado á las ancas de un caballo, y puesto con los demás en libertad. En este tiempo caminaba nuestra gente la vuelta de Pítres, lugar principal de aquella taa, el cual habian dejado los moros despoblado, y en la iglesia estaban ciento y cincuenta cristianas captivas, que fueron puestas en libertad, no habiendo consentido Miguel de Herrera, alguacil de aquel lugar, que los monfís y gandules las matasen. Habia entre estos algunos hombres nobles de buen entendimiento, á quien parecian mal las crueldades que se hacian, y ver que los alpujarreños perseverasen en el levantamiento viendo que los del Albaicin se estaban quedos, cargándoles la culpa, y aun pidiendo que fuesen castigados con rigor; y estos tales, por echar de sí la furia de la guerra, atribuyendo el mal á los sediciosos y á la ignorancia de aquellos pueblos, no deseaban mas que la paz y quietud de sus casas, y así hacian algunas obras que entendian serles provechosas algun dia. El que hacia mas instancia en que la tierra se apaciguase era don Hernando el Zaguer, á quien Aben Humeya habia hecho su capitan general; el cual, viendo que los moros se habian retirado del paso de Lanjaron, y después de Poqueira, sin dar batalla á nuestro campo, y conociendo su perdicion, juntó los alguaciles y hombres principales de las taas que tenia por amigos, y queriéndoles persuadir á que, pues no eran poderosos contra su majestad, buscasen algun buen medio para que los perdonase, les hizo una plática desta manera: «No sé cómo poderos decir, hermanos mios, el poco cuidado que tenemos de nuestra salud. Si no podemos hacer tanto como seria menester en favor de nuestras casas, mujeres y hijos, siendo, como querriamos ser, defensores de nuestra libertad, ¿por qué no seguirémos el consejo de los cuerdos, cediendo á la contraria fortuna, que tan enemiga se nos muestra, pues los que pudieran ser mas poderosos que nosotros y que nos ponian mas confianza, aun no se atrevieron á probarla? Cuerpos tenian como nosotros los granadinos, y ánimos para dar y recebir heridas, y la mesma indignacion que nosotros tenemos; mas no se quisieron arrojar precipitosamente por los despeñaderos de la ira, falta de consideracion. Veamos agora, ¿qué nos aprovechará á nosotros el sacrificio de nuestra sangre en caso que una y mas veces seamos vencedores, si al rey Felipe jamás le faltarán armas para combatirnos con mayor fuerza cuanto mas indignado le tuviéremos? Por mejor tengo irnos á su clemencia y entregarle nuestras armas y banderas, que realmente son suyas, pidiendo perdon

de nuestras culpas, pues somos ciertos que nos admitirá, y tanto mejor agora, que la fortuna de la guerra parece estar algo dudosa, que no perseverar en una liviandad tan grande como hemos intentado, agravada de tantos delitos y excesos como se han hecho, á nuestro parecer con justas causas; aunque, si bien lo consideramos, no fueron sino desatinos de gente de poco entendimiento, que nos sujetamos luego á nuestra voluntad y deseo de venganza. Estémos á cuenta con los cristianos, que cierto nos la tomarán bien estrecha. ¿Podrémos negar que no tenemos agua de baptismo como ellos? ¿Negarémos que no somos vasallos súbditos naturales del rey Felipe? Pues tampoco podemos negar sino que la premática que tanto nos ha alborotado fué hecha á buen fin, aunque nos ha parecido grave. ¿Vosotros no veis que ni somos bien moros ni bien cristianos? Pues si esto es ansí, cierto es haber ofendido con este levantamiento á Dios primeramente, y después á nuestro rey. Las cosas sagradas en cualquier parte se deben respetar; nosotros hemos violado los templos con incendios y destruiciones, robando y matando los sacerdotes; queremos obedecer á otro rey, como si lo hubiéramos de hallar mejor; procuramos socorrernos de gente berberisca, so color de ser moros como ellos: pues sed ciertos que ni podrémos sustentarnos con otro gobierno, aunque toda Africa nos favorezca, ni los berberiscos vernán á favorecernos por nuestro bien, sino por cudicia de robarnos, porque son tiranos ejercitados en robos y en latrocinios; y cuando mas no puedan, se volverán cargados de los despojos de nuestras casas, dejándonos deshonradas nuestras mujeres y hijas, como lo han hecho en otras partes. No plega á Dios que tenga yo en tanto mi vida, que por salvarla cometa traicion á mi nacion ni deje de decir verdad. Esta que llamais libertad será muy bien trocada por la paz. No sé qué pensamos sacar de la guerra, que ni sabemos ponerle el pecho ni volverle las espaldas, faltos de experiencia, de armas, de caballos, de navíos y de muros donde podernos asegurar, y que de necesidad habemos de andar de cueva en cueva y de sierra en sierra, cargados de mujeres y niños y huyendo de la fiereza de la gente española que nos sigue; y al fin ha de ser la hambre la que nos ha de rendir, como rindió á Granada y á otras muchas ciudades deste reino, cuando aun habia mejor comodidad de poderle defender nuestros pasados. Yo sé que el marqués de Mondéjar nos admitirá en gracia del rey Felipe si acudimos á él con humildad; y no serán vergonzosas las condiciones con que nos recibiere quien tan gravemente ha sido ofendido de nuestra parte, aunque haga castigo ejemplar en algunos de nosotros, y sea yo el primero; que dichosa me será tal muerte, si con ella pagare las culpas de toda mi nacion.» Hasta aquí dijo el Zaguer; y aprobando su considerado parecer los ancianos que allí estaban, llamó á Jerónimo de Aponte y Juan Sanchez de Piña, á quien dijimos que habia salvado las vidas en Ujíjar, y dándoles parte de lo que tenian acordado, les rogó que fuesen á tratar el negocio de la reduccion con el marqués de Mondéjar, y le informasen del arrepentimiento que tenian los moriscos de la Alpujarra, y le suplicasen de su parte intercediese con su majestad para que perdonase aquel yerro, y se hubiese piadosamente con aquellos pueblos que humilmente se querian poner en sus manos; y que mientras esto se negociaba, rendirian las armas y las banderas, dándole una cédula firmada de su nombre, por la cual le asegurase su persona y familia. Con esta embajada, y una carta del Zaguer para el Marqués, en que se desculpaba de lo hecho y cargaba la culpa á los monfís, partieron Jerónimo de Aponte y Juan Sanchez de Piña de Jubíles, y llegaron á Pítres el mesmo dia que entró el campo, y dieron su recaudo al marqués de Mondéjar; el cual, para responder á ella y dar órden en enviar las cristianas á Granada con escolta, por el estorbo que hacian, y poder informarse de los adalides del campo cómo se podria desechar un paso dificultoso que tenia por delante en el camino de Jubíles, se hubo de detener en aquel alojamiento el dia siguiente. La respuesta que dió á Jerónimo de Aponte fué que tornase al Zaguer y le dijese que, rindiendo las armas y las banderas, como decia, y dándose llanamente á merced de su majestad, holgaria de ser su intercesor para que se hubiese misericordiosamente con ellos; mas que se resolviesen, porque no suspenderia un solo momento la ejecucion del castigo que llevaba comenzado. Y disimulando la cédula de seguro que pedia, le despachó luego.

CAPITULO XVI.

Cómo los moros acometieron á entrar en Pítres estando nuestro campo dentro del lugar.

Está el lugar de Pítres en la falda de la Sierra Nevada que mira hácia el mediodía, repartido en tres barrios, poco distantes uno de otro: en el principal está la iglesia, y delante della una plaza llana de mediana grandeza; todo lo demás del lugar son cuestas y barrancos, y al derredor ásperas sierras, aunque fértiles de arboledas, por la abundancia de fuentes que bajan de los valles. Los moros, que siempre andaban á vista de nuestro campo con mas ánimo de espantar que de representar batalla, fuese con propósito de hacer algun efeto con la ocasion de una cerrada niebla que amaneció el domingo por la mañana, ó porque, como después decian algunos dellos, entendieron que unas cuadrillas que el Marqués enviaba á reconocer el camino, era todo el campo que marchaba, y quisieron guarecerse en las casas de la tempestad del frio, pareciéndoles que estaban yermas, bajaron á gran priesa de los cerros, y por dos partes fueron á meterse en el lugar, y llegaron á él sin ser sentidos ni vistos por las centinelas: tanta era la escuridad de la niebla. Los que entraron por la parte baja hácia el rio dieron en unas casas algo apartadas, donde se habia metido una escuadra de soldados, y hallándolos desapercebidos, los degollaron; solo un muchacho se les fué, que comenzó á dar voces y á tocar arma por una cuesta arriba, hasta llegar al cuerpo de guardia y á la posada del Marqués, el cual se puso luego á caballo y salió á la plaza de armas; y sospechando que debia ser ardid de guerra llamar al enemigo por la parte baja, para acudir de golpe por arriba y dividir desta manera nuestra gente, mandó recoger todas las compañías en sus cuarteles, y á los caballos que acudiesen á la plaza de armas. Ordenó á Juan Ochoa de Navarrete y á Antonio Flores de Benavides, capitanes de la infantería con que servia la ciudad de Baeza, que con sus compañías se metiesen en el barrio que estaba á la parte de levante algo apartado del de la igle-

sia, un gran barranco en medio, por si los enemigos viniesen á entrar por allí; y no le engañó su sospecha, porque no eran bien llegados los capitanes al puesto, cuando los moros, que con las armas teñidas en sangre subian el barranco arriba, y otros que bajaban de la sierra, se encontraron con ellos. Peleóse al principio animosamente de entrambas partes; mas acudiendo gente de parte de los moros, aunque menos de la que parecia con la escuridad de la fosca niebla, y con la presencia del peligro los soldados, gente nueva, aflojaron, y á un tiempo volvieron las espaldas, dejando solos á sus capitanes. Los enemigos no fueron perezosos en seguirlos por un lado del barranco, hasta meterlos en el barrio principal. A esto acudió luego el Marqués, acompañado de muchos caballeros y capitanes, y reparando el peligro, hizo que los moros volviesen huyendo por donde habian entrado, quedando algunos dellos muertos. Señaláronse este dia doce soldados que se hallaron en la boca de una calle por donde venia el golpe de los enemigos, y defendiendo la entrada, mataron y hirieron muchos; quitáronles tres banderas, y sobreviniéndoles socorro, los hicieron volver huyendo. Una dellas era un estandarte de damasco carmesí con fluecos de seda y oro, que solia ser guion delante del Santísimo Sacramento en Ujíjar, y lo traian los herejes por insignia de su traicion y maldad. Retiráronse los enemigos de Dios á la sierra, viendo lo mal que les iba en el lugar; y pasando por entre las casas, mataron un pobre atambor que hallaron solo tocando á gran priesa arma con su caja. Juntándose pues con el golpe de la otra gente, que aun no se habia descubierto, volvieron segunda vez al lugar para ver si podrian hacer algun efeto; mas luego quebrantaron los rayos del sol aquella niebla y dieron claridad al dia de manera, que pudieron ser vistos: con todo eso, no dejaron de hacer su acometimiento y de llegar tan adelante, que con las piedras que tiraban á brazo alcanzaban á la plaza de armas; mas fué tanto el efeto que nuestros arcabuces hicieron por esta parte, que hubiéron por bien de retirarse, entendiendo que cuanto mas aclarase el dia les iria peor, y por la orilla de la nieve volvieron á su alojamiento. Aquí murieron dos esforzados soldados, Juan de Isla, sobrino de Alvaro de Isla, corregidor de Antequera, y Jerónimo de Avila, vecino de Granada, y otros cuyos nombres no supimos. No siguió nuestra gente el alcance, por ser ya tarde y caer una agua menuda mezclada con nieve, que impedia el tirar de los arcabuces.

CAPITULO XVII.

Cómo el campo del marqués de Mondéjar partió de Pítres en seguimiento del enemigo.

El siguiente dia, que fué lúnes 17 de enero, partió el marqués de Mondéjar del alojamiento de Pítres, y con un temporal recio de agua y nieve, dejando el camino derecho que iba á Jubíles, tomó la vuelta de Trevélez. No habia caminado legua y media, cuando se descubrió el campo de los moros que iban hacia Jubíles por la cordillera del cerro de la otra parte del rio, donde habia estado alojado aquella noche; los cuales entendiendo que nuestra gente hacia el mesmo camino y que les tomaria la delantera, enviaron seiscientos hombres con tres banderas, que entretuviesen con escaramuzas mientras se adelantaban los demás. Viéndolos venir el marqués de Mondéjar, mandó á los capitanes Diego de Aranda y Hernan Carrillo de Cuenca que fuesen con sus compañías á darles carga. Los moros, pareciéndoles que era poca gente, hicieron rostro, y los nuestros, aunque hacian muestra de ir hácia ellos, no se alargaron todo lo que era menester. Entonces el Marqués envió á don Hernando y don Gomez de Agreda, hermanos, vecinos de Granada, y otros gentileshombres que se hallaron par dél, á que reforzasen las dos compañías con quinientos arcabuceros; mas luego advirtió que era entretenimiento que procuraba el enemigo, para tener lugar de ponerse en salvo; y haciéndolos retirar, caminó con los escuadrones á paso largo, enviando delante á los capitanes Gonzalo Chacon y Lorenzo de Leiva, y Gonzalo de Alcántara con sus caballos y algunos peones sueltos, á que atajasen el campo de los moros, que iban á mas andar por aquella loma. La caballería pasó el rio y fué tomando lo alto; mas por mucha priesa que los capitanes se dieron, cuando llegaron arriba ya habian pasado, y solamente pudieron alancear algunos que se quedaron rezagados, y porque cerraba la noche, dejaron de seguirlos. Llegó nuestro campo á alojarse por bajo del lugar de Trevélez entre unos chaparros, cerca de un alcornocal y del rio, por la comodidad del agua y de la leña tan necesaria para guarecer la gente del frio que hacia. Los moros tomaron lo alto de la sierra, y no pararon hasta meterse en la nieve, donde perecieron cantidad de mujeres y de criaturas de frio, y aun de los cristianos amanecieron helados á la mañana tres ó cuatro, y algunos caballos reventaron de comer una maldita yerba que hallaron por aquellos valles.

CAPITULO XVIII.

Cómo el marqués de Mondéjar pasó al castillo de Jubíles, y los caudillos de los moros se fueron huyendo sin pelear.

Los moros que iban huyendo delante de nuestro campo fueron á parar aquella noche á Jubíles, donde tenian recogidas las mujeres y la riqueza de aquellas taas, pensando defenderse en el sitio de aquel castillo antiguo que dijimos, el cual era asaz fuerte para cualquier batalla de manos. Su intento era entretenerse allí algunos dias, mientras se trataba de medios de paz, porque Jerónimo Aponte les habia dado esperanza dello, por lo que habia entendido en Pítres de la voluntad del Marqués, aunque el Zaguer y los otros caudillos estaban temerosos de ver que no les habia querido dar seguro firmado de su nombre, y sospechaban lo que por ventura llevaban en pensamiento, que haria algun castigo ejemplar en los autores del rebelion. Dando pues y tomando sobre este negocio de reducirse, hubo varias opiniones entre los moros aquella noche. Los malos, á quien las culpas hacian perder la esperanza del perdon, decian que degollasen todas las mujeres cristianas que tenian captivas, y que se pusiesen en defensa y peleasen todo su posible, y cuando mas no pudiesen, dejarian el sitio y se meterian por las sierras; lo cual podrian hacer fácilmente, por haber disposicion para ello, á causa de la aspereza dellas, que era tanta, que no la podrian hollar caballos; y los que no se tenian por tan culpados, movidos del amor de sus mujeres y hijos, que veian padecer hambre, frio, cansancio y otras incomodidades, con esperanza de poder tener algun so-

siego en sus casas, arrimándose á la opinion del Zaguer, no quisieron que las matasen; antes pensando aplacar, con ponerlas en libertad, la indignacion de los cristianos, las sacaron aquella mesma noche de las cuevas donde las tenian metidas en el castillo, y les dijeron que se fuesen á las casas del lugar y esperasen á sus parientes, que llegarian presto. Hubo muchas moras que las recogieron en sus casas y las acariciaron, á fin de que ellas las favoreciesen cuando los soldados entrasen. Siendo pues informado el marqués de Mondéjar del camino que el enemigo habia hecho aquella noche, el mártes, 18 dias del mes de enero, bien de mañana levantó el campo, y caminó la vuelta de Jubíles. No habia bien entrado por aquella taa, cuando llegó Jerónimo de Aponte, y con él Juan Sanchez de Piña, y le dieron otra carta del Zaguer, en que repetia lo de la primera, pidiendo todavía un seguro por escrito para su persona y la de Aben Humeya. Estos cristianos refirieron al Marqués la voluntad que aquellos moros mostraban tener, y lo que habian tratado en sus juntas, y cómo habian defendido que los monfís no matasen las cristianas, certificándole que ellos habian sido la principal causa del mal que se habia hecho en los templos y en los sacerdotes y en los vecinos cristianos, y procurando descargar al Zaguer y á Aben Humeya. El cual les respondió que volviesen á ellos, y les dijesen que se viniesen luego á rendir, porque él los admitiria, y á todos los que se viniesen con ellos, como se lo habia dicho en Pítres; mas que entendiesen que no les habia de dar una sola hora de tiempo, disimulando lo del seguro por escrito; y sospechando que era todo entretenimiento para sacar la ropa y las mujeres que allí tenian, mandó marchar mas apriesa la gente. Vueltos los dos cristianos con la respuesta, los caudillos moros no se satisficieron nada della; y recogiendo la gente de guerra y algunas cosas de precio que pudieron llevar, dejando órden que hiciesen todos lo mismo, dejaron el castillo y se fueron por las sierras hácia Bérchul. El marqués de Mondéjar, llegando cerca del lugar, hizo alto con los escuadrones, y envió á reconocerle á Gonzalo de Alcántara con algunos caballos, mandándole que no dejase entrar los soldados en las casas, porque no se desmandasen á robar y sucediese alguna desgracia. No tardó mucho que volvieron los dos cristianos, y dijeron al Marqués como los dos caudillos y toda la gente de guerra se habian ido la vuelta de Bérchul y de Cádiar, y con ellos la mayor parte de las mujeres, y que quedaban como quinientos hombres en el castillo, viejos y impedidos, y muchas moras que no se habian podido ir. Luego mandó marchar hácia el lugar, y junto á unas peñas que están cerca de las casas á la parte alta hácia poniente, salieron á recebirle las cristianas captivas con un piadoso llanto verdaderamente digno de compasion; las mas dellas llevaban sus hijitos en los brazos, y otros algo mayores que las seguian por sus piés, y todas con las cabezas descubiertas y los cabellos tendidos por los hombros, y los rostros y los pechos bañados de lágrimas, que entre gozo y tristeza destilaban de sus ojos. No habia consuelo que bastase consolarlas viendo nuestros cristianos, y acordándose de los maridos, hermanos, padres y hijos que delante de sus ojos les habian sido muertos con tanta crueldad, y dando voces, decian: «No tomen, señores, á vida hombre ni mujer de aquestos herejes, que tan malos han sido y tanto mal nos han hecho, y sobre todos nuestros trabajos nos persuadian á que renegásemos de la fe con ruegos y amenazas.» El Marqués se enterneció de ver aquellas pobres mujeres tan lastimadas, y consolándolas lo mejor que pudo, hizo que se apartasen á un cabo, y envió gente á tomar los pasos por donde le pareció que tenian la retirada los moros, á unas partes peones y á otras caballos, conforme al sitio y disposicion de la tierra, y con el golpe de los soldados caminó la vuelta del castillo.

CAPITULO XIX.

Cómo el beneficiado Torrijos, y con él muchos alguaciles de la Alpujarra, vinieron á nuestro campo á tratar de reducir la tierra.

Aun no habian llegado nuestras gentes á ocupar el castillo de Jubíles, cuando el beneficiado Torrijos, y con él Miguel Abenzaba, alguacil de Válor, y otros diez y seis alguaciles de los principales de la Alpujarra, llegaron á tratar de medios de paz con el marqués de Mondéjar. Este Torrijos, como atrás dijimos, era beneficiado de Darrícal, y tan querido de un morisco del linaje de los antiguos alguaciles de Ujíjar, llamado Andrés Alguacil, que muchos creyeron ser su hijo; su madre era morisca; el cual y todos sus parientes por su respeto le favorecieron en este levantamiento, para que los monfís no le matasen. Y porque se entienda su historia mejor, que no fué la menos memorable, harémos aquí una breve digresion della. Dicho queda en el capítulo del levantamiento de la taa de Ujíjar como un morisco su amigo le sacó de la torre donde se habia metido, y le escondió en una cueva de la sierra de Gádor. Teniéndole pues en la cueva, fué avisado Andrés Alguacil dello, y le llevó á Ujíjar á su casa, donde le tuvo algunos dias, y allí le fueron á hablar el Zaguer y el Partal y otros, que le aseguraron la vida; y mientras estos y Miguel de Rojas, suegro de Aben Humeya, estuvieron en el pueblo no tuvo de qué temer; mas después que se fueron, y entraron otros no tan amigos, Andrés Alguacil lo llevó al lugar de Nechite con intento de enviarle una noche á Guadix. Sucedió pues que en la hora que le habian de llevar hizo tan gran tempestad y cayó tanta nieve, que no se pudo atravesar la sierra; y después llegó al lugar Abenfarax, que andaba haciendo las crueldades dichas; y sabiendo que estaba allí, hizo pregonar que, so pena de la vida, ningun moro le encubriese, ni á otro cristiano, y que manifestasen luego el dinero, plata, oro y joyas que les hubiesen tomado, como lo hacia en todos los lugares donde llegaba. Dijéronle como Torrijos estaba malo en la cama, y que tenia seguro de Aben Humeya y del Zaguer; y con todo eso aprovechara poco, si cuatro mil ducados que llevaba en dineros y plata labrada no aplacaran la ira del tirano, poniéndoselos en las manos; y todavía le mató tres criados cristianos y otros dos mocitos que se habian librado de la muerte en Ujíjar, y los tenian sus madres en aquel lugar. Ido Abenfarax, los amigos de Torrijos le llevaron á Válor á casa de Miguel Abenzaba, hombre cuerdo y de los mas ricos del lugar, y allí comenzaron á tratar del negocio de la reducion con él y con otros parientes suyos. Y llevándole después Andrés Alguacil á Nechite para el mesmo efeto, vinieron á verse con él todos los alguaciles que agora

le acompañaban, llevándole por intercesor para con el marqués de Mondéjar, y otros muchos que dejaban apalabrados; y trayéndole á la memoria los beneficios que dellos habia recibido, le rogaron que, apiadándose de aquella tierra, por cualquier via que pudiese la procurase remediar, porque conocian muy bien su perdicion, y él les habia hecho grandes ofrecimientos y animádolos de su parte. Llegaron á nuestro campo con unas banderillas blancas en las manos en señal de paz; y luego que entendió el Marqués á lo que iban, mandó que los dejasen llegar á él. Los alguaciles se echaron á sus piés y pidieron misericordia y perdon de sus culpas, y el beneficiado le dijo quien eran, y como, conociendo el yerro cometido, venian á darse á merced de su majestad y á ponerse debajo de su proteccion y amparo, como lo harian los demás vecinos de sus lugares teniendo seguridad para poderlo hacer; y que le suplicaban humilmente fuese intercesor con su majestad para que los perdonase. Estas y otras palabras de descargo refirió Torrijos al Marqués de parte de los alguaciles, y él las recibió alegremente, y los aseguró, y mandó que se tuviese cuenta con que no se les hiciese mas daño, porque los soldados no podian llevar á paciencia ver que se tratase de medios con los rebeldes, maldiciendo á Torrijos y á los que andaban en ello, como si les quitaran de las manos el premio de una cierta vitoria; y cuando otro dia se supo que los admitia, fué tan grande la tristeza en el campo como si hubieran perdido la jornada.

CAPITULO XX.

Cómo los cristianos ocuparon el castillo de Jubiles, y de la mortandad que hicieron aquella noche en la gente rendida.

Está el castillo de Jubíles en la cumbre de un cerro muy alto, arredrado de las casas á la parte de levante; y aunque tiene los muros por el suelo, es sitio en que los enemigos se pudieran defender si su desconformidad no se lo estorbara. Caminando pues nuestra gente hácia él, á la media ladera del cerro bajaron tres moros ancianos con bandera de paz delante; y siendo asegurados para poder llegar, dijeron al marqués de Mondéjar como los caudillos con la gente de guerra se habian ido huyendo, y que ellos por sí y por los que dentro del castillo estaban, le suplicaban los quisiese recibir á merced. Entonces mandó á don Alonso de Cárdenas, y á don Luis de Córdoba, y á don Rodrigo de Vivero y á otros caballeros, que se adelantasen y se apoderasen del castillo y de lo que hallasen en él; los cuales lo hicieron luego, no sin murmuracion de los soldados, pareciéndoles que lo aplicaria todo para sí; mas el Marqués les dió á saco todo el mueble, en que habia ricas cosas de seda, oro, plata y aljófar, de que cupo la mejor y mayor parte á los que habian ido delante. Fueron los rendidos trecientos hombres y dos mil y cien mujeres; y porque tenia aquel sitio algunas veredas por donde poderse descolgar los que quisieran de parte de noche sin ser vistos, mandó que bajasen los captivos al lugar, y metiendo las mujeres en la iglesia, pusiesen los hombres por las casas. Esto se comenzó á poner luego por obra; y como el cuerpo de la iglesia era pequeño, y la gente mucha, de necesidad hubieron de quedarse fuera mas de mil ánimas en la placeta que estaba delante de la puerta y en los bancales de unas hazas allí cerca, poniéndoles gente de guerra al derredor. Seria como media noche, cuando un mal considerado soldado quiso sacar de entre las otras moras una moza: la mora resistia, y él le tiraba reciamente del brazo para llevarla por fuerza, no le habiendo aprovechado palabras; cuando un moro mancebo, que en hábito de mujer la habia siempre acompañado, fuese su hermano ó su esposo ú otro bien queriente, levantándose en pié, se fué para el soldado, y con una almarada que llevaba escondida le acometió animosamente y con tanta determinacion, que no solamente la moza, mas aun la espada le quitó de las manos, y le dió dos heridas con ella; y ofreciéndose al sacrificio de la muerte, comenzó á hacer armas contra otros que cargaron luego sobre él. Apellidóse el campo, diciendo que habia moros armados entre las mujeres, y creció la gente, que acudia de todos los cuarteles con tanta confusion, que ninguno sabia dónde le llamaban las voces, ni se entendian, ni veian por dónde habian de ir con la escuridad de la noche. Donde el airado mancebo andaba, acudieron mas soldados, y allí fué el principio de la crueldad, haciendo malvadas muertes por sus manos; y ejecutando sus espadas en las débiles y flacas mujeres, mataron en un instante cuantas hallaron fuera de la iglesia; y no quedaran con las vidas las que esta an dentro, si no cerraran presto las puertas unos criados del Marqués que se habian aposentado en la torre, por ventura para mirar por ellas. Hubo muchos soldados heridos, los mas que se herian unos á otros, entendiendo los que venian de fuera que los que martillaban con las espadas eran moros, porque solamente les alumbraba el centellar del acero y el relampaguear de la pólvora de los arcabuces en la tenebrosa escuridad de la noche; y estos eran los que mayor estrago hacian, queriendo vengar su sangre en aquellas cuyas armas eran las lágrimas y dolorosos gemidos. En tanta desórden el Capitan General envió á gran priesa los capitanes Antonio Moreno y Hernando de Oruña y los sargentos mayores á que pusiesen algun remedio, y todos no fueron parte para ponerlo, por haberse movido ya todo el campo á manera de motin, indignados los soldados por un bando que se habia echado aquel dia, en que mandaba el Marqués que no se tomase ninguna mujer por captiva, porque eran libres. Duró la mortandad hasta que, siendo de dia, los mesmos soldados se apaciguaron, no hallando mas sangre que derramar los que no se podian ver hartos della, y conociendo otros el yerro grande que se habia hecho. Luego comenzó á proceder el licenciado Ostos de Zayas, auditor general, contra los culpados, y ahorcó tres soldados de los que parecieron serlo por las informaciones. Este mesmo dia el Zaguer, que se habia retirado á Bérchul, envió á decir al marqués de Mondéjar que se queria reducir; el cual envió á don Francisco de Mendoza y á don Alonso de Granada Venegas con un estandarte de caballos y una compañía de infantería á recoger los que quisiesen venir; mas después se arrepintió el Zaguer, temiendo que se haria algun riguroso castigo en él, y se embreñó en las sierras; y don Francisco de Mendoza llevó consigo á su mujer y hijas y familia, y obra de cuarenta cristianas captivas que estaban con ellas; y con esto se volvió á Jubiles, informado que Aben Humeya se habia ido á meter en Ujijar.

CAPITULO XXI.

Cómo el marqués de Mondéjar comenzó á dar salvaguardia á los moros reducidos, y envió las cristianas captivas á Granada.

Luego mandó el marqués de Mondéjar dar sus salvaguardias á los moros reducidos que habian venido con el beneficiado Torrijos, y les ordenó que fuesen á los lugares y hiciesen de manera que los vecinos se volviesen á sus casas, no consintiendo que se les hiciese mal tratamiento, porque otros se animasen viendo el acogimiento que se hacia á estos, y el rigor de que se usaba con los demás que estaban en su pertinacia. Esto que el General hacia no placia á los capitanes y soldados enemigos de la paz ni á los que se veian ofendidos de las tiranías de aquellos rebeldes, pareciéndoles que era demasiada misericordia la que usaban con ellos; y quien mas lo sentia eran las cristianas que habian sido captivas, que con lágrimas y sollozos tristes contaban las crueldades que habian hecho, los regocijos con que habian apellidado el nombre y seta de Mahoma, y el escarnio y menosprecio con que habian tratado las cosas de nuestra santa fe delante dellas; mas todo lo atropellaba el marqués de Mondéjar, entendiendo ser aquello lo que mas convenia. Habiendo pues de pasar el campo adelante, porque iba en él mucha gente inútil, envió á Tello de Aguilar con la compañía de caballos de Ecija y dos compañías de infantería á Granada, con las cristianas captivas y con los heridos y enfermos. Detuviéronse seis dias en el camino, porque iban las mujeres á pié y eran ochocientas almas. Al entrar de la ciudad metió la infantería de vanguardia y los caballos de retaguardia, y ellas en medio á manera de procesion; los escuderos les llevaban cada dos niños en los arzones y en las ancas de los caballos, y algunos tres, dos en los brazos y el mayor en las ancas. Salió gran concurso de gente á verlas entrar por la puerta de Bibarrambla, y entre alegría y compasion, daban todos infinitas gracias á Dios, que las habia librado de poder de sus enemigos. Llegándolas á saludar, habia muchas que en queriendo hablar les faltaban las palabras y el aliento: tan grande era el cansancio y congoja que llevaban. Habia entre ellas muchas dueñas nobles, apuestas y hermosas doncellas, criadas con mucho regalo, que iban desnudas y descalzas, y tan maltratadas del trabajo del captiverio y del camino, que no solo quebraban los corazones á los que las conocian, mas aun á quien no las habia visto. Desta manera atravesaron toda la ciudad hasta el monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, que está encima de la puerta de Guadix, donde llegaron á hacer oracion, y de allí fueron á la fortaleza de la Alhambra á que las viese la marquesa de Mondéjar. Y volviendo á las casas del Arzobispo, las que tenian parientes las llevaron á sus posadas, y las otras fueron hospedadas con caridad entre la buena gente, y de limosna se les compró de vestir y de calzar.

CAPITULO XXII.

De la entrada que el marqués de los Vélez hizo estos dias contra los moros de Fílix.

Estuvo el marqués de los Vélez cinco dias en Guécija, despues de haber desbaratado al Gorrí, sin determinarse hácia donde iria. Dábale priesa el licenciado Molina de Mosquera desde la Calahorra que fuese al marquesado del Cenete, porque seria de mucha importancia su ida para la seguridad de toda aquella tierra. Decíanle las espías que los moros tenian dos cuerpos de gente, uno en Andarax y otro en Fílix, y deseaba ir á deshacerlos; y á 18 dias del mes de enero, mártes, el mesmo dia que el marqués de Mondéjar fué á Jubiles, partió con su campo de aquel alojamiento, y aquella noche fué á dormir en lo alto de la sierra de Gádor, casi á la mitad del camino de Fílix, para dar el miércoles, víspera de San Sebastian, sobre él. La nueva de esta partida llegó luego á Almería, y don García de Villaroel, hombre mañoso y cudicioso de honra, queriéndole ganar por la mano, salió de la ciudad con setenta arcabuceros á pié y veinte y cinco hombres de á caballo, y el mesmo dia miércoles bien de mañana se puso en un puerto que está un cuarto de legua de Fílix, á vista del lugar por donde de necesidad habia de entrar el campo del marqués de los Vélez. Su fin era que los moros, viéndole asomar, entenderian ser la vanguardia del campo y huirian, y podria robarle antes que el Marqués llegase; mas no le sucedió como pensaba, porque siendo descubierto, los moros se pusieron en arma; y dejando el lugar atrás, tocando sus atabales y jabecas, salieron á esperarlos puestos en escuadron con dos manguillas de escopeteros delante. Primero enviaron cincuenta hombres sueltos á reconocer, y tras de ellos otros quinientos á que tomasen un cerro alto, que está á caballero del puerto; y para que se entendiese que tenian mucho número de gente, hicieron otro escuadron de muchachos y mujeres cubiertas con las capas, sombreros y caperuzas de los hombres, y puestos al pié del sitio antiguo de un castillejo que allí habia. Viendo pues don García de Villaroel tan gran número de gente como desde lejos parecia y la órden con que habian salido, cosa nueva para los de aquella tierra, entendió que debia de haber turcos ó moros berberiscos entre ellos; y teniendo su juego por desentablado, volvió hácia donde iba nuestro campo, por ser aquel el camino mas seguro para su retirada. No tardó mucho de verse con el marqués de los Vélez, y dándole cuenta de lo que pasaba, le preguntó si entendia que osarian aguardar los enemigos; y diciéndole que creia que sí, porque tenia aviso que estaba allí el Futey y el Tezi, y Puerto Carrero el de Jérgal, con mas de tres mil hombres de pelea, y que tenian el lugar barreado y puesto en defensa, le pidió cincuenta soldados de los que llevaba, hombres sueltos y pláticos en la tierra; y dándoselos, se volvió aquella noche á la ciudad de Almería, y el marqués de los Vélez prosiguió su camino con los escuadrones muy bien ordenados, mil tiradores delante, la mayor parte dellos arcabuceros, y él con toda la caballería á un lado. Los moros, que ya se habian vuelto á meter en el lugar, entendiendo que eran los que habian visto retirar, tornaron á salir fuera, y por la mesma órden que la otra vez aguardaron en medio del camino; y llegando la vanguardia á tiro de arcabuz de la suya, se comenzó una pelea harto mas reñida y porfiada de lo que se pudiera pensar, porque los moros se animaban y hacian todo su posible; aunque al fin, cuando entendieron que peleaban contra el campo del marqués de los Vélez, á quien los moros de aquella tierra solian llamar *Ibliz Arraez el Hadid*, que quiere decir *diablo cabeza de hierro*, perdieron esperanza de vitoria. Estando pues

la escaramuza trabada, nuestra caballería cargó por un lado, y haciendo perder el sitio á los enemigos, que era asaz fuerte, los llevó retirando hasta las casas del lugar. Allí se tornaron á rehacer y pelearon un rato; y siendo arrancados segunda vez, los fué la infantería siguiendo por la sierra arriba, que está á la parte alta, hasta encaramarlos en la cumbre, donde habia buena cantidad de piedras crecidas, que naturaleza puso á manera de reducto; en las cuales hicieron rostro y comenzaron á pelear de nuevo, mostrando hacer poco caso del ímpetu de la infantería, por verse libres de los caballos; mas los arcabuceros, que fueron de mucho efeto este dia, les entraron valerosamente, y matando muchos dellos, los desbarataron y pusieron en huida. Los que cayeron hácia donde estaban los caballos murieron todos, y los que tomaron lo alto de la sierra se libraron. Quedaron muertos en los tres recuentros y en el alcance mas de setecientos moros, y entre ellos algunas mujeres que pelearon como animosos varones hasta llegar á herir con las almaradas en las barrigas de los caballos; y otras, faltándoles piedras que poder tirar, tomaban puñados de tierra del suelo y los arrojaban á los ojos de los cristianos para cegarlos y que llegasen á perder la vida y la vista juntamente. Murieron peleando el Tezi y Futey, y fué preso un hijo de Puerto Carrero con dos hermanas doncellas y mucha cantidad de mujeres. De los cristianos murieron algunos, y hubo mas de cincuenta heridos. Ganóse un rico despojo de bagajes cargados de ropa y de seda y mucho oro y aljófar, con que los soldados fueron satisfechos de la vitoria; aunque su demasiada ganancia fué dañosa, porque con deseo de ponerla en cobro, dejaron muchos las banderas y se volvieron á sus casas. Desto se quejaba después el marqués de los Vélez, diciendo que al tiempo que mas los habia menester le habian faltado, y que por esta causa se habia detenido en Fílix, proveyendo no se le fuesen los que quedaban. Estando en este alojamiento le llegó la gente de Murcia, que hasta entonces no se la habia querido enviar el licenciado Artiaga, juez de residencia de aquella ciudad, sin que su majestad se lo mandase. Vinieron tres regidores por capitanes, don Juan Pacheco con un estandarte de cincuenta caballos, y Alonso Gualtero y Nofre de Quirós con dos compañías de docientos y cincuenta arcabuceros y ballesteros cada una. Llegaron tambien don Pedro Fajardo, hijo de don Alonso Fajardo, señor de Polope, y don Diego de Quesada, que después de la rota de Tablate estaba en desgracia del marqués de Mondéjar, con ochenta soldados arcabuceros y veinte caballos aventureros que traian de Granada; con los cuales atravesaron el rio de Aguas Blancas, y por el marquesado del Cenete y el Boloduí fueron á dar á Fílix, donde los dejarémos agora para volver al otro campo, que está en Jubíles.

CAPITULO XXIII.

Cómo el campo del marqués de Mondéjar pasó á Cádiar y á Ujíjar, y combatió algunas cuevas donde se habian recogido cantidad de moros.

El domingo 23 dias del mes de enero partió nuestro campo de Jubíles, y aquel dia llegó al lugar de Cádiar, sin que en el camino hubiese cosa memorable, porque los moros se habian retirado hácia Ujíjar; y si algunos bajaron de las sierras á escaramuzar, luego se volvieron á ellas, no osando acometer mas que con alaridos. Aquella noche, queriéndose don Alonso de Granada Venegas señalar en alguna cosa que fuese grata al marqués de Mondéjar, viendo los tratos que andaban sobre la reducion, le pidió licencia para escrebir sobre ello á Aben Humeya, y siéndole concedida, le despachó luego un moro de los reducidos; mas no llegó la carta á sus manos esta vez, porque los soldados mataron al mensajero que la llevaba, y ansí no tendrémos para qué hacer mencion de lo que en ella se contenia, en este lugar, reservándolo para otra que después le escribió. El lúnes bien de mañana salió el campo de Cádiar, y en el camino de Ujíjar se vinieron á reducir algunos moros, y entre los otros vino Diego Lopez Aben Aboo, primo de Aben Humeya y sobrino del Zaguer, y trajo consigo al sacristan de la iglesia de Mecina de Bombaron, donde era vecino, para que certificase al marqués de Mondéjar como habia defendido que los monfís no quemasen la iglesia, y le habia tenido escondido á él y á su mujer y hijos en una cueva hasta aquel dia porque no los matasen. El Marqués holgó mucho con la relacion del sacristan, y loó al moro delante de los otros, diciendo que no todos los de la Alpujarra se habian rebelado con su voluntad; y le mandó dar luego una salvaguardia muy favorable para que nadie le enojase, y pudiese reducir todos los vecinos de aquel lugar y de fuera dél que quisiesen venir al servicio de su majestad. Caminó aquel dia nuestra gente la vuelta de Ujíjar puesta en sus ordenanzas, porque se entendió que hallarian allí el golpe de los enemigos con quien pelear. Habíase recogido en este lugar Aben Humeya cuando huyó de Jubíles, y juntando los caudillos de los alzados para ver lo que debian hacer, trataron de elegir un lugar fuerte, que lo pudiese ser por arte y por naturaleza de sitio, donde meterse para aguardar á nuestro campo, y probar la fortuna de las armas, defendiendo y ofendiendo, mientras la gente de los partidos hacia sus acometimientos á las escoltas que iban á los campos de los marqueses, que de necesidad habian de estar divididos. Sobre esta eleccion hubo pareceres diversos. Miguel de Rojas y los naturales de Ujíjar querian que fuese allí, porque andaban ya en tratos sobre las paces, y decian que Ujíjar era lugar fuerte de sitio, y que con facilidad se podria hacer mucho mas, y que estando en medio de la Alpujarra, se podria acudir á todas las otras partes con brevedad. El Gorri y otros, que aborrecian la paz que se compraba con sus cabezas, pues siendo principales caudillos y autores de la maldad, tenian por cierto que se habia de ejecutar en ellos el rigor de la justicia, no querian ponerse en parte que pudiesen ser acorralados; y teniendo mas confianza en la fragosidad de las sierras que en los viles muros y reparos en que se podian meter, querian irse á Paterna, lugar puesto en la falda de la sierra entre Ujíjar y Andarax, donde no podrian ser cercados, y tenian la retirada segura siempre que quisiesen irse; y como Miguel de Rojas tenia autoridad entre ellos, y era mucha parte en aquella tierra, atropellando los pareceres, hizo con Aben Humeya que se resolviese de hacer el fuerte en Ujíjar, y así se determinó en aquella junta. Mas el Gorri y el Partal y el Seniz le tomaron luego aparte, y entre temor y malicia le hicieron creer que su suegro le en-

gañaba; y que teniendo trato hecho con el marqués de Mondéjar, andaba por meterlos á todos en parte donde los pudiese coger en una red, y quedarse él con el dinero y plata que tenia en su poder; y pudo ser que dijesen verdad. Finalmente el miedo le hizo mudar propósito, y se fueron á Paterna; y no contentos con esto, le indignaron tanto, que sin mas averiguacion, violando la ley del parentesco, acordó de matar á su suegro; y enviándole á llamar á su casa, le aguardó con una ballesta armada á la puerta, acompañado de los otros malvados, y errando el tiro, porque el Miguel e Rojas, en viéndole encarar hácia él, se metió despavorido debajo de la ballesta, y la saeta fué por alto, el Seniz acudió con otro tiro, que le atravesó entrambos muslos, y luego todos con las espadas le acabaron de matar. De aquí nacieron grandes enemistades entre los parientes del muerto y Aben Humeya, el cual repudió luego la mujer, y juró que no habia de dejar hombre dellos á vida; y el mesmo dia del homicidio siguió tambien á Diego de Rojas, su cuñado, por unas barranqueras abajo para matarle, y todos los demás parientes suyos y de los alguaciles de Ujíjar anduvieron de allí adelante recatados dél. Mató á Rafael de Arcos, mancebo de aquel linaje, y á otros, de donde se recreció tratarle la muerte á él y dársela, como dirémos en su lugar. Volviendo pues á nuestro campo, que iba marchando en ordenanza la vuelta de Ujíjar, cuando llegó cerca del lugar halló que los moros se habian ido; y algunos, que no habian querido ir á Paterna, no se teniendo tampoco por seguros en los campos, se habian hecho fuertes en cuevas que tenian proveidas de bastimentos para aquel efeto, hechas las bocas y entradas entre roquedos y peñas tajadas tan altas, que no se podia subir á ellas sin largas escalas. Alojóse nuestro campo en Ujíjar, con determinacion de pasar luego en seguimiento del enemigo, por no darle lugar á que se pudiese rehacer ni fortalecer en ninguna parte; mas fuéle forzado al marqués de Mondéjar detenerse, porque fué avisado que desde algunas de aquellas cuevas, los moros que estaban metidos dentro, como hombres que el temor del mal que esperaban los hacia arriscar el peligro, decian palabras contra nuestra santa fe católica, vanagloriándose de que eran moros y querian morir por Mahoma. Esto indignó grandemente al marqués de Mondéjar, y mucho mas cuando supo que desde una dellas habian arrojado hácia los cristianos, como por escarnio, la figura de un Cristo crucificado hecha pedazos, diciendo: «Perros, tomad allá vuestro Dios;» y otras cosas que no merecian menos que riguroso castigo, como en efeto se hizo, combatiéndolas y ganándolas por fuerza de armas, y justiciando á todos los hombres que hallaron dentro. En una destas cuevas se metieron dos moros con sus mujeres y hijos y con nueve cristianas captivas, con fin de huir el rigor de los soldados y darse á partido después; los cuales se rindieron luego que nuestro campo llegó; y el Marqués no solamente los admitió, mas se sirvió dellos después para espías, y aprovecharon mucho en cosas que se ofrecieron. Reduciéronse en este alojamiento muchos moros de los principales, y todos eran admitidos graciosamente, y se les daban salvaguardias para que se volviesen seguramente á sus pueblos. Pero esta humanidad acrecentaba la ira á los caudillos monfís, porque veian que cargándoles á ellos toda la culpa, no les dejaban lugar de perdon; y aun los proprios cristianos, que sabian poco de la disension que andaba entre los moros, juzgaban que los que se reducian eran compelidos de necesidad y de miedo, por verse metidos entre dos ejércitos enemigos en tiempo que no podian durar mas en las sierras á causa de los duros frios y grandes nieves que caian. Desde Ujíjar escribió otra carta don Alonso de Granada Venegas á Aben Humeya en conformidad de la primera, diciéndole que le pesaba mucho que un caballero de su calidad y de tan buen entendimiento hubiese tomado camino de tan gran perdicion para sí y para toda la nacion morisca; que compadeciéndose dél y de su nobleza, le aconsejaba como amigo lo remediase con darse llanamente á merced de su majestad, pues estaba á tiempo de poderlo hacer; que le certificaba que hallaria lugar de misericordia, porque era príncipe tan humano, que no miraria al yerro, sino al arrepentimiento; y que dejando aquella quimera vana y odiosa á los oidos de su señor y rey natural, tomase resolucion breve; que mucho le convenia, porque él sabia del marqués de Mondejar que le seria buen intercesor. Hasta aquí decia la carta, la cual fué luego á sus manos, y le tuvo harto suspenso y casi determinado á rendirse, si fijando el ánimo entre temor y esperanza, no le cegara otro suceso que dirémos adelante.

CAPITULO XXIV.

Cómo el campo del marqués de Mondéjar fué á Iñiza y á Paterna en busca de los enemigos, y de los tratos que hubo para que Aben Humeya se redujese.

Avisado el marqués de Mondéjar como los moros estaban en Paterna, y que se habian juntado mas de seis mil hombres, la mayor parte dellos del marquesado del Cenete, y puéstose en la cuesta de Iñiza, que está media legua de Paterna, con demostracion de querer defender el paso, aunque la subida era áspera y tan dificultosa, que poca gente parecia poderla defender á mucha, quiso ir luego en su demanda antes que se fortificasen mas. Haciendo pues reconocer el sitio del enemigo, que tenia dos retiradas, la una á la parte de Sierra Nevada, que no se le podia quitar por tenerla á las espaldas y ser de calidad que no la podian hollar caballos, y la otra á la sierra de Gádor hácia la mar, que para ir á tomarla se habia de atravesar un gran llano que está entre Paterna y Andarax; mandó á los capitanes Gonzalo Chacon y Lorenzo de Leiva que con sus estandartes de caballos y trecientos arcabuceros, á órden del capitan Alvaro Flores, fuesen hácia Codbaa, que era uno de los lugares ya reducidos, á poner cobro en las cristianas captivas que allí habia, antes que los moros de guerra las matasen ó se las llevasen á otra parte; y haciendo dar municiones y bastimento para marchar á toda la gente, el miércoles 26 dias del mes de enero partió de Ujíjar con todo el campo puesto en su ordenanza, aunque le faltaban muchos soldados que se habian vuelto desde la desórden de Jubíles. Y llegando cerca del lugar de Chirin, que está una legua pequeña de Ujíjar, vinieron á él tres moros con una banderilla blanca de paz, y le dieron una carta de Aben Humeya, en que decia que procuraria hacer que los alzados se redujesen, y lo mesmo haria de su persona,

dándole tiempo para ello, y que entre tanto que esto se hacia, no permitiese que pasase el campo adelante, porque alterando la tierra con desórdenes, no se interrumpiese el negocio de las paces. A esto le respondió el marqués de Mondéjar que lo que habia de hacer y mas le convenia, era abreviar y venirse á rendir llanamente con la gente, armas y banderas que tenia consigo, porque los demás cada uno miraria por su cabeza; y que haciendo lo que era obligado por su parte, le seria tan buen tercero, como veria por la obra; mas que si tardaba en determinarse, entendiese que le faltaria lugar de misericordia. Estas palabras, y dos cartas que le escribieron don Luis de Córdoba y don Alonso de Granada Venegas, rogándole que tomase el buen consejo, llevaron los tres moros por respuesta; mas nuestro campo no por eso dejó de proseguir su camino, yendo marchando siempre su poco á poco. No mucho después llegó otro moro con otra carta del mesmo Aben Humeya en respuesta de la que don Alonso de Granada Venegas le habia escrito desde Ujíjar, diciendo que tomaria su consejo y se reduciria, y que para que hubiese efeto y se tratase de la seguridad que habia de haber, le rogaba diese órden como se viesen tres á tres. Esta carta mostró luego don Alonso Venegas al marqués de Mondéjar, y le suplicó que no pasase aquella noche el campo de Iñiza, y que le diese licencia para verse con Aben Humeya como decia; el cual holgó dello y se la dió; y con esto volvió el moro á Paterna. Llevaba el Marqués determinado de no parar hasta llegar al enemigo, y con esta novedad acordó de quedarse en Iñiza; y como para haberse de alojar el campo fué necesario que las mangas de la arcabucería pasasen delante del alojamiento para hacer *escolta*, como es órden de guerra, los moros, que estaban á la mira encima de la cuesta y del camino, puestos en dos escuadrones de cada tres mil hombres, entendieron que todo el campo iba la vuelta dellos, y mayormente cuando vieron que los arcabuceros cristianos tomaban lo alto de la sierra hácia donde tenian su retirada. No se habia aun alojado el campo, mas queria el Marqués volver á tomar alojamiento en el lugar de Iñiza, que ya lo habia dejado atrás, cuando la manga de la mano izquierda, que llevaba el capitan Juan de Lujan y el sargento mayor Pedraza, se encaramó tanto, que llegó á escaramuzar con el escuadron de los moros, que estaban hácia aquella parte; y acudiéndoles otra arcabucería, les hicieron perder el sitio, y los pusieron en huida. Sucedió pues que cuando la escaramuza comenzó, Aben Humeya acababa de oir la respuesta del Marqués, y tenia las cartas en las manos, que las abria ya para leerlas; y como vió que los cristianos iban la sierra arriba, y que los suyos huian desvergonzadamente, entendiendo que todo lo que don Alonso Venegas trataba era engaño, echó las cartas en el suelo, y subiendo á gran priesa en un caballo, dejó su familia atrás, y huyó tambien la vuelta de la sierra; luego lo siguió la otra vil gente, procurando cada cual ponerse en cobro. Nuestras mangas iban ya tan encumbradas con el suceso de la vitoria, que le fué necesario apresurar el paso, y le hicieron dejar el caballo para embreñarse á pié por lo mas áspero con solos cinco moros que le quisieron seguir, uno de los cuales dejarretó el caballo porque no hubiesen dél provecho los cristianos. Los demás todos, despertándolos el temor de la ira, hicieron lo mismo; y los soldados, siguiendo el alcance, mataron muchos dellos, y les tomaron gran cantidad de mujeres y de bagajes cargados de ropa; y algunos se adelantaron tanto, que entraron en Paterna, y captivaron la madre y hermanas de Aben Humeya, y á su no legítima esposa y á otras muchas moras, y pusieron en libertad mas de ciento y cincuenta cristianas que tenian captivas. El Marqués, que todavia quisiera aguardar á que se dieran á partido, viendo el efeto que se habia hecho, llegó con su guion hasta unos encinares que tenian á caballero el lugar; y haciendo alto, mandó que la gente volviese á Iñiza, donde habia de ser el alojamiento; y el siguiente dia fué á Paterna, sin hallar quien le hiciese estorbo en el camino. Sobre este alto del encinar que el marqués de Mondéjar hizo, hubo hartas pláticas, como suele acaecer entre los que, sin saber los desinios de los superiores, juzgan las cosas conforme á sus apetitos. Decian algunos que por hacer alto se habia dejado de acabar la guerra aquel dia, quitándoles de la mano una cumplida vitoria, y que detener los soldados habia sido que del todo no diesen cabo de los moros, que de tanta utilidad eran en aquel reino después de reducidos; y otros que sabian el fin por que se habia hecho, y la voluntad de su majestad, que era allanar el reino con el menor daño que ser pudiese de sus vasallos, con mejor juicio aprobaban lo que se habia hecho.

CAPITULO XXV.

Cómo partió el campo de Paterna y fué á Andarax, y cómo sin pasar adelante volvió á Ujíjar para hacer la jornada de las Guájaras.

Estuvo nuestro campo en Paterna aquella noche, donde los soldados fueron abundantemente bastecidos de harina, aceite, queso, carne y cebada, de lo que los moros dejaron en sus casas, y fué harto menos lo que comieron que lo que desperdiciaron. Otro dia, viérnes 28 de enero, se fué á alojar á Lauxar de Andarax, donde estaban ya Alvaro Flores y los otros capitanes, menos conformes de lo que convenia en semejante ocasion. La causa de la discordia habia sido cudicia, porque los capitanes de la caballería quisieran tomar por esclavos todos los moros y moras que se habian venido á guarecer en las casas de los reducidos, diciendo que no se entendia con ellos la salvaguardia; y Alvaro Flores se lo habia contradicho con la órden que llevaba del Marqués para conservar los que se hubiesen ya reducido y todos los que se viniesen á reducir; el cual mandó que no tocasen en los unos ni en los otros, sino que los dejasen estar libremente en sus casas, sin darles pesadumbre. Cobraron libertad en estos tres lugares, Codbaa, Lauxar y el Fondon, mas de trecientas mujeres cristianas, y los reducidos presentaron al marqués de Mondéjar un niño, hijo de don Diego de Castilla, señor de Gor, que le habian captivado en el Bolodui. Estos dijeron como la gente que habia huido de Paterna iba derramada por aquellas sierras, y que sin falta se reduciria la mayor parte della, y que á la parte de Ohánez se habia recogido otra mucha gente, que los mas eran viejos y mujeres y muchachos, que tambien se reducirian enviándoselo á requerir. Teniendo pues dada órden el marqués de Mondéjar á don Francisco de Mendoza y

á don Juan de Villaroel, que con mil hombres entre infantes y caballos partiesen el sábado 29 de enero la vuelta de Ohánez, después la suspendió, por entender que se habia ido de allí la gente de guerra, y que solamente sirviera aquella ida de dar que robar á los soldados y hacer que captivasen gente inútil, que con rústica simpleza no sabian determinarse en lo que habian de hacer; y juntando los de su consejo para ver lo que mas convenia, conforme á las órdenes de su majestad, se acordó que lo mas seguro para allanar la tierra seria poner presidios en los lugares reducidos, y particularmente en Andarax, Ujíjar, Berja y Pítres de Ferreira, y que se llevasen allí todos los bastimentos que se pudiesen juntar de los otros lugares, y recogiendo á los que se viniesen á reducir buenamente, hubiese cuadrillas de soldados hombres del campo que corriesen la tierra y persiguiesen á los pertinaces. Para este efeto se mandó que Alvaro Flores con seiscientos soldados fuese luego á la sierra de Gádor, donde dijeron las espías que andaban muchos moros de los que habian huido de las rotas del marqués de los Vélez, persuadiendo y estorbando á los demás que no se viniesen á reducir, y allanase aquella tierra. Desde Andarax escribió el marqués de Mondéjar una carta al marqués de los Vélez, haciéndole saber lo que se habia hecho en aquella guerra. Decíale como Aben Humeya habia sido desbaratado cuatro veces, que no habia osado parar en la Alpujarra, y con solos cincuenta ó sesenta hombres que le seguian andaba huyendo de peña en peña, y que entendiendo que seria de mas importancia poner presidios y enviar mil hombres sueltos en cuadrillas que deshiciesen algunas juntas de hombres perdidos que andaban desmandados, que traer campos formados, habia acordado de lo hacer ansí; y le avisaba dello para que le enviase su parecer, conformándose con la órden que de su majestad tenia. Esto todo era á fin de que teniendo el marqués de los Vélez por acabado el negocio de la guerra con la reducion, se dejase de proseguir en ella; el cual respondió después de la de Ohánez bien diferente de lo que el marqués de Mondéjar pretendia, condescendiendo á su mesmo efeto, que era acabar él por la via del rigor la guerra. Habíanse recogido en este tiempo en los lugares de las Guájaras, que son tierra de Salobreña, muchos moros de los lugares comarcanos á la fama de un fuerte peñon que está por cima de Guájara alta, y de allí salian á correr la tierra, y salteando por los campos y caminos hácia la parte de Alhama, Guadix y Granada, mataban los caminantes, quemaban las caserías de los cortijos y llevábanse los ganados. Estas y otras correrías que los moros hacian á diferentes partes indignaban grandemente á los ministros de su majestad que residian en Granada, y á los ciudadanos, pareciéndoles que todo lo que decian los moros cerca de la reducion era fingido, para entretener y asegurar á los cristianos, pues por una parte mostraban quererse reducir, y por otra salian á hacer robos y salteamientos. Sospechando pues el marqués de Mondéjar que si se detenia mucho darian otro dueño á aquel negocio, y aun siendo avisado que el proprio conde de Tendilla, su hijo, queria salir á hacer aquella jornada, teniendo ya por acabado lo de aquella parte donde andaba, dió vuelta á Ujíjar, suspendiendo por entonces el hacer de los presidios, hasta tener allanadas las Guájaras. Cinco dias estuvo en aquel lugar, dando órden en la jornada que habia de hacer y aligerando el campo de la gente inútil, que solamente servia de embarazar los bagajes y comerse los bastimentos. Entre las otras cosas que proveyó, fué mandar entregar mil moriscas de las que habian quedado vivas en Jubiles y captivádose después en Paterna, á tres alguaciles reducidos que estaban en el campo, llamados Miguel de Herrera, alguacil de Pítres de Ferreira; García el Baba, de Ujíjar, y Andrés el Adrote, de Nechite; las cuales se les entregaron por mano del beneficiado Torrijos, con órden que las diesen á sus maridos, padres y hermanos, y les notificasen que las tuviesen en depósito para volverlas cada y cuando que les fuesen pedidas. El viérnes vino á este alojamiento Alvaro Flores, habiendo corrido la sierra de Gádor y de Níjar y hecho poco efeto. Tambien llegó el capitan Juan Rico con trecientos infantes que enviaba el marqués de Comáres á su costa para servir en esta guerra.

CAPITULO XXVI.

Cómo el marqués de los Vélez partió con su campo hácia lo de Andarax, y desbarató los moros que se habian recogido en la sierra de Ohánez.

Desde 19 de enero, que el marqués de los Vélez llegó á Fílix, no mudó el campo ni hizo cosa memorable, aguardando, segun él decia, á que los soldados y caballos se restaurasen del cansancio del camino; hasta que á 30 del dicho mes se mudó para hacer algun efeto, con ocasion de una carta de su majestad, en que le avisaba como los rebelados habian enviado á pedir socorro á Berbería, y se tenia aviso cierto que para la luna de febrero les vendrian navíos de Argel y de Tetuan con gente y municiones, y que convenia que estuviese sobre aviso. Queriendo pues ir á la sierra de Inox, donde tenia nueva que habia un buen golpe de enemigos que se habian recogido en compañía de los de Níjar y de los otros lugares de la comarca, fué avisado como don Francisco de Córdoba, hijo de don Martin de Córdoba, conde de Alcaudete, que por mandado de su majestad habia tres dias que se habia metido en Almería, iba allá con la gente de tierra y de las galeras del cargo de Gil de Andrada. Y pareciéndole que no habia que hacer en aquella parte, por no estar ocioso acordó de ir la vuelta de Andarax, ó por mejor decir, á Ohánez, donde se habian juntado aquellos moros que dijimos en el capítulo precedente, no teniendo aviso, ó disimulándolo, de lo que el marqués de Mondéjar dejaba hecho. Con este presupuesto llegó á Canjáyar, lugar de la taa de Lúchar, á 31 dias de enero; y como los corredores que iban delante volviesen á decirle que en una loma de Sierra Nevada, cerca del lugar de Ohánez, habian visto gran cantidad de moros, mandó enderezar hácia ellos el siguiente dia, víspera de la Purificacion de Nuestra Señora. Llevaba las ordenanzas muy bien repartidas, conforme á la disposicion de la tierra, que es áspera; y apartándose obra de una legua del rio, por laderas y cuestas difíciles de hollar con caballos, llegó la vanguardia á alcanzar la retaguardia de los enemigos en otro sitio mas áspero y mas fragoso del que primero tenian, porque en la hora que vieron nuestro campo procuraron tomar lo mas alto de la sierra, echando las mujeres y bagajes por delante, y quedándose los hombres de guerra atrás, obedeciendo á su capitan Tahalí, que animosamente

hizo rostro, representando forma de batalla con las banderas tendidas y el sonido de los atabales y dulzainas y alaridos que atronaban aquellos valles; el cual los animó para la pelea con estas razones: «Adelante, valerosos hombres y hermanos mios; que no nos importa menos el vencer que librar nuestras personas y las de nuestras mujeres y hijos de muerte y captiverio. Los que decis que por mi respeto os levantastes, pelead en esta ocasion; libraréis vuestra causa de culpa, lo que no podréis hacer siendo vencidos, porque ningun vencido es tenido por justo, quedando por juez della el vencedor enemigo.» No esperaron los animosos bárbaros á que nuestra gente llegase, favorecidos del sitio; los cuales, tomando ánimo con las palabras que el moro les decia, aunque eran muchos menos y estaban peor armados, se vinieron á nuestros escuadrones, y los acometieron por el lado izquierdo, cargando á un mesmo tiempo por diferentes partes. Era este lugar y sitio donde los moros se habian juntado asaz fuerte para poderse defender, aunque de agüero infelice á su nacion, porque allí se habian juntado en la rebelion pasada en tiempo de los Reyes Católicos, y siendo cercados y acosados por el conde de Lerin, habian perecido de hambre, y por eso le llamaban el Cosar de Canjáyar, como si dijésemos, el lugar de la hambre. Serian los moros como dos mil hombres de pelea, sin la gente inútil, que era mucha; mas los nuestros eran cinco mil infantes, los mil y docientos arcabuceros, y mas de ochocientos ballesteros; los otros iban armados con lanzas, alabardas y espadas y rodelas, y cuatrocientos caballos muy bien en órden. Con esta gente resistió el marqués de los Vélez el ímpetu de los enemigos, que fué muy grande, y subiendo de abajo para arriba, se trabó una reñida y sangrienta pelea, en la cual comenzó nuestra vanguardia á aflojar, porque los moros peleaban con tiros, saetas y piedras tan determinadamente, que sin temor holgaban de trocar sus vidas con muerte de los que tenian delante. Convino que el marqués de los Vélez acudiese personalmente al peligro comun, acompañado de muchos caballeros, gente valerosa, con los cuales socorrió y reparó la flaqueza de los suyos, acometiendo á los enemigos por el lado derecho; y peleando con ellos y con la aspereza de la tierra que no menor resistencia le hacia, los desbarató y puso en huida, y apretó de manera, que no les dejó lugar de rehacerse, siguiendo el alcance mas de una legua la sierra arriba, por donde parecia imposible poder subir con los caballos. Murieron este dia mil moros, y perdieron muchas banderas, y fueron captivas mil y seiscientas almas entre mujeres y niños; y el despojo de bagajes cargados de ropas y joyas de precio, y de ganados, fué muy grande. Cobraron libertad treinta cristianas que llevaban captivas, habiendo degollado con bárbara crueldad el dia antes otras veinte, y entre ellas algunas doncellas hermosas y nobles, que las proprias moras las habian hecho matar y vituperádolas con mil géneros de vituperios; mas no quedaron sin castigo, porque los soldados mataron algunas en la pelea y otras en el alcance, que, aunque moras, hacian lástima por ser mujeres; la cual se convirtió en ira luego que se entendió la maldad que habian hecho. Los moros que escaparon desta rota, unos se embreñaron por las sierras, otros se metieron en unas cuevas muy fuertes que están sobre aquel rio, y allí se pusieron en defensa, y todos los que fueron presos, no habiendo osado morir peleando, fueron ahorcados. Cristianos hubo algunos muertos y muchos heridos de arcabuz y de saetas con yerba, y otros de pedradas y de cuchilladas, y peligraron hartos dellos. Habida esta vitoria, se alojó nuestro campo en Ohánez, donde fué otro dia celebrada la fiesta de la gloriosa Vírgen Señora nuestra con gran solenidad, yendo el marqués de los Vélez y todos los caballeros y capitanes en la procesion armados de todas sus armas, con velas de cera blanca en las manos, que se las habian enviado para aquel dia desde su casa, y todas las cristianas en medio vestidas de azul y blanco, que por ser colores aplicadas á nuestra Señora, mandó el marqués que las vistiesen de aquella manera á su costa. Anduvo la procesion por entre las escuadras armadas, que le hicieron muy hermosas salvas de arcabucería, y entró en la iglesia cantando los clérigos y frailes del ejército el cántico de *Te Deum laudamus*, y glorificando al Señor en aquel lugar donde los herejes le habian blasfemado. Desta vitoria concibió luego el marqués de los Vélez que si el marqués de Mondéjar, no queriendo gastar mas tiempo en la Alpujarra, se salia della, así por tener la gente y los caballos fatigados del largo y fragoso camino por donde habia andado, como por parecerle que estaba ya todo acabado, podria entrar él con cualquiera ocasion con su campo, que estaba descansado y brioso con el refresco de Ohánez, y hacerse dueño del negocio de aquella guerra para acabarla por su mano; y al fin lo consiguió, aunque no desta vez, porque se fueron la mayor parte de los soldados con los despojos, y hubo de levantar su campo de Ohánez y volver por la taa de Marchena á Terque, donde estuvo muchos dias suspenso, hasta que después pasó á Berja; y con este intento escribió al marqués de Mondéjar en respuesta de la de Andarax, diciendo que los moros que habian huido de la rota de Ohánez eran muchos, y que le parecia ser necesario mas que cuadrillas para deshacerlos, y que hiciese por su parte lo que pudiese, porque ansí haria él de la suya.

CAPITULO XXVII.

Cómo don Francisco de Córdoba fué sobre el fuerte de la sierra de Inox.

Estando el campo del marqués de los Vélez en Fílix, don Francisco de Córdoba entró en Almería, y fué avisado como Francisco Lopez, alguacil de Tavernas, y otros habian fortalecido un fuerte peñon que está sobre el lugar de Inox, y metídose dentro con las mujeres y muchos bastimentos, y que estaban con ellos moros de Berbería y turcos, que habian venido aquellos dias en unas fustas, no enviados por sus reyes, sino aventureros; los cuales habian prendido poco antes una espía que enviaba don García de Villaroel, y dádole cruel muerte, espetado en un asador de hierro. Queriendo pues hacer esta jornada, y pareciéndole que habia poca gente en la ciudad para poder llevar y dejar, escribió al marqués de los Vélez á Fílix, que le enviase alguna, conforme á la órden que de su majestad tenia para ello; porque cuando se mandó á don Francisco de Córdoba que fuese á meterse en Almería, y se le encomendó la guardia de aquella ciudad, se le avisó que el marqués de los Vélez tenia órden para proveerle de gente y de todo lo que hubiese menester; mas él no le

respondió sí ni no. Y viendo don Francisco de Córdoba que tenia mal recaudo en él, despachó un correo á Pedro Arias de Avila, corregidor de Guadix, y aun avisó á su majestad como aquellos alzados aguardaban por horas doce bajeles con setecientos turcos, y le envió una carta árabe que un moro escribia á un morisco de Almería, en que le decia que Aben Humeya habia despachado dos moros para Argel pidiendo socorro. Estos despachos partieron de Almería á 28 de enero en la noche, y otro dia de mañana llegó á la playa Gil de Andrada con nueve galeras y cantidad de bastimentos y municiones para provision de la ciudad; y dándole parte don Francisco de Córdoba del negocio de Inox, le pidió trecientos soldados para con ellos y la gente de la ciudad hacer la jornada; el cual se los dió, y por cabo dellos á don Juan Zanoguera, aunque difirieron al principio sobre la manera como se habia de repartir la presa y sacar el quinto y diezmo della; que por nuestros pecados en esta era reinaba tanto la cudicia, que escurecia la gloria de las vitorias; mas al fin se conformaron en que se hiciese dos partes della, y que la una llevase la gente de tierra, y la otra la de la mar, sacando primero el quinto y el diezmo para el Capitan General. Luego se apercibieron de todo lo necesario para el camino, y aquella mesma tarde partieron de Almería, pensando hacer el efeto amaneciendo otro dia sobre Inox, y volver á la noche á la ciudad; mas no fué posible, porque la guia los llevó rodeando, y cuando llegaron á vista de los enemigos, eran las nueve horas de la mañana, domingo 30 dias del mes de enero. Este peñon tiene la entrada tan dificultosa y áspera, que parece cosa imposible poderlo expugnar, habiendo quien le defienda; y tiene otra montaña encima dél, de donde procede, que la fortalece por aquella parte, donde hace una bajada fragosísima de peñas y piedras, que no tiene mas de una angosta senda para subir ó bajar de la una parte á la otra; y como nuestros capitanes vieron los moros puestos en sitios tan fuertes, juntándose á consejo, trataron lo que se debria hacer, y hubo entre ellos diferentes pareceres. A los que parecia que habria dilacion, se les representaba haber dejado la ciudad y las galeras en peligro, y á esto añadian otras muchas razones, que al parecer eran suficientes para dejar la jornada y volver á poner cobro en lo uno y en lo otro; mas al fin se resolvieron y conformaron en que se difiriese el acometimiento del fuerte hasta otro dia, por ser tarde y parecerles que era bien comenzar desde la mañana. Y porque no quedase diligencia por hacer, don Francisco de Córdoba, queriendo entender el intento de los moros, y si se reducirian sin pelear, les envió á apercebir con un morisco de paces, diciendo que si se quietaban y se volvian á sus casas, dejando las armas y dándose á merced de su majestad, los favoreceria para que no fuesen maltratados. Mas los bárbaros, mal confiados y sospechosos, teniendo por consejo poco seguro el de su enemigo, y pareciéndoles que el morisco iba con aquel achaque á espiar y ver la fortificacion que tenian hecha, lé prendieron y hicieron morir empalado, poniéndole en una alta peña á vista de nuestra gente. Habia amanecido este dia claro y sereno, y como hácia la tarde cargasen ñublados con tempestad de agua y vientos, los soldados, que por ir á la ligera no llevaban capas ni con que abrigarse, después de haber resistido un gran rato, esperando que pasasen unos turbiones tras de otros, se fueron á guarecer en las casas del lugar de Inox. No habian aun acabado de entrar dentro, cuando á gran priesa se tocó arma, porque vieron venir derechos á las mesmas casas un tropel de moros, que con ser el tiempo fosco, representaban mayor número de gente de la que era; los cuales no pasaban de treinta hombres, y venian bien descuidados de que hubiese cristianos en aquel pueblo, huyendo de los soldados del campo del marqués de Mondéjar; y acercándose adonde andaban tres hombres desmandados, antes de reconocidos, les mataron uno de los compañeros; y como reconocieron el peligro, volvieron las espaldas la vuelta de la sierra. Don García de Villaroel los siguió, aunque tarde y de espacio, y el efeto que hizo fué recoger dos cristianas doncellas, hijas de un vecino de Almería, y un hijo del gobernador de Boloduí, que llevaban cautivos. Este dia, con toda la tempestad que hacia, mandó don Francisco de Córdoba que fuesen los bagajes á la ciudad por bastimentos, y don García de Villaroel con docientos arcabuceros de su compañía les hizo escolta, hasta ponerlos un cuarto de legua de allí, donde está un paso que necesariamente habian de pasar los enemigos queriendo atravesar de su fuerte al camino de Almería; y viendo andar en un barranco que está hácia el fuerte, cantidad de ganado con unos pastores, envió á Julian de Pereda con ocho soldados, que recogieron parte dello; con que la gente satisfizo á la necesidad humana aquella noche. Otro dia de mañana, sospechando que los moros querrian restaurar aquella pérdida, dando en los bagajes cuando volviesen cargados de bastimentos, don García de Villaroel se puso en el mismo paso con sesenta arcabuceros y veinte caballos; y cuando los bagajes hubieron pasado al campo, queriendo él reconocer las fuerzas del enemigo y entender si tenia mucha escopetería, y qué turcos habia, pasó el barranco, y mandó á dos cabos de escuadra que con cada doce soldados tomasen dos veredas fragosas, por donde los moros podian bajar del peñon hácia el mediodía, que era la parte donde él estaba, porque no tenian otra bajada por donde poderle acometer, sino era con mucho rodeo. Puso á Julian de Pereda con la otra infantería docientos pasos atrás, cerca de donde hizo alto con la caballería, para darles calor y órden de lo que habian de hacer. Los moros bajaron luego de su fuerte, dando grandes alaridos; y siendo mas de quinientos hombres, echaban á rodar grandes peñas sobre los nuestros, que estaban libres de aquel peligro, cubiertos de dos peñascos muy altos y derechos, que hacian pasar de vuelo las peñas y piedras sin ofenderlos. Tampoco les podian hacer daño con los arcabuces y saetas, porque las pelotas pasaban por alto y las saetas no llegaban; antes eran ellos ofendidos de la arcabucería, que les tiraba de abajo para arriba con mas seguridad y mejor puntería. Andando pues la escaramuza trabada, los moros, que veian su pleito mal parado, comenzaron á desmayar, y muchos dellos volvian huyendo hácia el peñon, cuando un capitan turco llegó en su favor con algunos escopeteros, y haciendo volver á palos á los que huian de la escaramuza, cerró determinadamente con los soldados, diciendo á voces: «En vano fuera mi venida de África

si pensara que cuatro cristianos se me habian de defender detrás de una piedra, en medio del campo, teniendo tanto número de valerosos mancebos al derredor de mí. Ea pues, amigos mios, seguidme; que con las cabezas destos pocos que tenemos delante aseguraremos nuestro partido.» Con estas palabras se animaron, y llegaron con gran determinacion á los soldados de los cabos de escuadra, que aunque eran pocos, defendieron su puesto y les hicieron perder la furia que traian. No aprovecharon las palabras, las obras, ni las amenazas del turco, ni muchos palos y cuchilladas que daba á los que huian de nuestra arcabucería, que ya estaba toda junta, á hacerles que bajase la vil canalla á pelear, hasta que vieron venir cuatro de á caballo y seis arcabuceros que don García de Villaroel habia enviado á otro barranco que está á la parte de levante, con mas de dos mil cabezas de ganado mayor y menor. Entonces movidos mas del interés que por miedo de las bravatas del capitan turco, hicieron un acometimiento tan determinado, que se entendió que llegaran á las manos con nuestra gente; y al fin, siendo las veredas angostas, y hallándolas ocupadas de la arcabucería, que los hacia tener á lo largo no cesando de tirar, hubieron de retirarse con daño. Volvió don García de Villaroel á Inox, y refirió que á su parecer tenian los enemigos pocos tiradores, y que sería bien acometerlos antes que les acudiesen de otra parte. Solo habia un inconveniente, que era no haber cesado la tempestad del viento, antes ido en crecimiento; mas, bien considerado, era igualmente fastidioso á los unos y á los otros; y así se determinaron los capitanes de subir el miércoles, dia de la Purificacion de nuestra Señora, al peñon, que fué el mesmo dia que el marqués de los Vélez celebró la fiesta en Oháñez. Aquella noche se juntaron á consejo para la órden que se habia de tener en el combate, y lo que acordaron fué, que antes que amaneciese partiesen don Francisco de Córdoba y don Juan Zanoguera con la gente de á caballo y parte de la infantería de vanguardia; y luego don García de Villaroel y don Juan Ponce de Leon marchando poco á poco con la otra gente toda de retaguardia; porque los primeros, á la hora que encumbrasen el cerro, habian de tomar un rodeo hácia la parte de levante, donde habia mejor disposicion para bajar al peñon y quitar al enemigo la retirada; por manera que, compasando el camino, llegasen todos á un mesmo tiempo. Y con esta resolucion mandaron dar racion y municion á la gente, y que se apercibiesen para el combate.

CAPITULO XXVIII.

Cómo se combatió y ganó el fuerte de la sierra de Inox.

Cesó la tempestad del viento aquella noche, y al cuarto del alba salió nuestra gente de Inox, dejando cien soldados en el lugar con dos esmeriles que habian llevado de Almería, pensando poderse aprovechar dellos. Allí quedó el bagaje y el ganado; y toda la otra gente, que serian seiscientos tiradores, docientos hombres de espada sola y cuarenta caballos, puesta en dos escuadrones, fueron la vuelta del enemigo. La vanguardia, que llevaba don Francisco de Córdoba, comenzó á subir por una vereda áspera y tan angosta, que con dificultad podian ir por ella mas que un hombre tras de otro, y con trabajo, por la grande escuridad que hacia; el cual fué rodeando hácia Güebro, lugar de Almería que está á la parte de levante desta sierra, que, como dijimos, está á caballero sobre el peñon, donde tenian los enemigos hecho su alojamiento; los cuales, recelando la entrada de los cristianos por aquella parte, habian puesto su cuerpo de guardia y centinelas en la cumbre mas alta; y siendo sentidos los que subian con el ruido que llevaban, comenzaron á saludarlos con las escopetas. Don Francisco de Córdoba recogió sus soldados lo mejor que pudo, y aunque era de noche, pasó adelante, siguiendo á los adalides del campo que guiaban, y fué á ocupar lo alto por el mas conveniente lugar, para bajar por allí á dar en el enemigo, como estaba acordado. Don García de Villaroel, que llevaba la retaguardia, aunque oyó los tiros de las escopetas, no pudo ver con la escuridad lo que la vanguardia hacia; y dándose priesa á caminar, cuando llegó cerca de unas peñas altas, halló obra de treinta cristianos que daban Santiago en unos turcos escopeteros que estaban detras dellas; y creyendo que eran de los que iban con él, se adelantó y los fué animando hasta llegar á otras peñas tan altas y fragosas, que le compelieron á dejar el caballo para subir á ellas. En esto se detuvo tanto espacio, segun lo que después nos decia, que cuando volvió á juntarse con los treinta cristianos, ya ellos andaban á las manos con los turcos; mas como era la noche tan escura, los unos ni los otros sabian qué número de gente era la que tenian delante, y todos estuvieron de buen ánimo, hasta que, riendo el alba, los nuestros se reconocieron y se tuvieron por perdidos, viéndose tan pocos, opuestos á tan grande número de enemigos, que pasaban de quinientos hombres entre turcos y moros los con quien peleaban; y ellos eran por la mayor parte clérigos y acólitos de la iglesia mayor de Almería, y procuradores y papelistas, que ninguno habia sido soldado, sino era un viejo de mas de sesenta años, natural de Almazarron, manco de las dos manos. Este viejo, con el ánimo ejercitado en las armas, se puso delante de todos con un lanzon en la mano y los comenzó á esforzar como lo pudiera hacer un animoso y fuerte capitan; y fué bien menester, porque á la mayor parte de arcabuceros se les habian apagado las mechas, por estar mal cocidas, cudicia diabólica y tan perjudicial de los maestros que la hacen, que porque pese mas no la dejan bien cocer, y aun de los proveedores que se la compran por mas barata. No se defendian los nuestros ya sino con piedras, y piedras eran las que los ofendian; y era bien menester estirar los brazos y reparar las cabezas, porque caian sobre ellos como granizo las que los enemigos les enviaban, cargándolos tan denodadamente, que se tuvieron dos veces por perdidos; mas defendiólos el bienaventurado apóstol Santiago, invocando su vitorioso y santo nombre. Estando pues la pelea suspensa, siendo ya claro el dia, los enemigos dieron á huir; y sabida la causa, fué porque don Francisco de Córdoba, peleando con los que le defendian el otro paso, los habia desbaratado y acudian á juntarse con los otros hácia el peñon, donde pensaban defenderse, por ser sitio mas fuerte. Retirados los moros y ganada la sierra, nuestros capitanes los fueron siguiendo hasta el peñon, en el cual hallaron mayor resistencia de la que se pudiera pensar. Allí pelearon los enemigos como hombres determinados á perder las vi-

das por la libertad de sus mujeres y hijos, que tenian por compañeras en la presencia del peligro; y resistiendo valerosamente el ímpetu de nuestros soldados, mataron algunos y hirieron mas de docientos de escopeta, saeta y piedra. Al alférez Juan de las Eras hirió un moro de una puñalada; á don Diego de la Cerda dieron una mala pedrada en el rostro, y á Julian de Pereda le hicieron pedazos la bandera entre las manos y le molieron el cuerpo á pedradas; y llegó á tanto el negocio, que los soldados, olvidados de que eran acometedores, sin tener respeto á sus capitanes, volvieron las espaldas, dejando atrás las banderas, y el estandarte de caballos á discrecion del enemigo; lo cual todo se perdiera si Dios no lo remediara, esforzando á los que pudieron ser parte para detener la gente que se retiraba, y para resistir la furia de los enemigos. Estos fueron don Francisco de Córdoba, don Juan Zanoguera, don García de Villaroel, don Juan Ponce de Leon, Pedro Martin de Aldana y Juan de Ponte, escudero particular; los cuales atajando una parte de la gente, socorrieron las banderas á tiempo que fué bien menester. Andando pues los capitanes recogiendo los soldados y haciéndolos volver á pelear, se acercaron á unas peñas que estaban á la mano izquierda del peñon, donde les pareció que habia poca gente, no porque entendiesen que podian subir por ellas, porque eran muy ásperas, sino por ver si podrian divertir al enemigo llamándole hácia aquella parte. Mas sucedióles la ocasion en todo favorable, porque los moros, no pudiendo creer que pudiera subir por allí criatura humana, confiados en la fragosidad de las peñas, se habian descuidado de poner en ellas la guardia conveniente; y cuando pareció á los capitanes que era tiempo, subieron con tanta presteza, que no dieron lugar á los enemigos de poderles resistir; los cuales comenzaron luego á desmayar, y dando libre entrada á nuestra gente, se pusieron en huida, dejando muertos mas de cuatrocientos hombres de pelea, no sin daño de los cristianos, porque mataron siete soldados y quedaron heridos mas de trecientos. Murió peleando valerosamente el capitan de los turcos, llamado Cosali; fué preso Francisco Lopez, alguacil de Tavernas; captiváronse algunos moros, que don Francisco de Córdoba dió para las galeras, y dos mil y setecientas mujeres y muchachos; y fué tanta la ropa, dineros, joyas, oro, plata, aljófar y los bastimentos ganados y bagajes, que á la estimacion de muchos valió mas de quinientos mil ducados la presa. Sola una bandera se tomó á los moros, porque el turco no habia consentido que se arbolase mas que la suya, y aquella habia tenido siempre arbolada en lugar que los cristianos la pudiesen ver. Habida esta vitoria, don Francisco de Córdoba volvió á Inox, y de allí á Almería, donde fué alegremente recebido, y se repartió la presa conforme al concierto: digo que solamente se repartieron las mujeres y muchachos; que lo demás fuera imposible traello á particion, y aun desto hubo hartas piezas hurtadas. Gil de Andrada embarcó su parte y sus soldados, y se fué con las galeras á correr la costa; mas entre los capitanes de tierra quedó harta desconformidad sobre el repartir de la suya, y sobre el quinto y diezmo, de donde vinieron á desgustarse y á darse poco contento. Llegaron á Almería en 5 dias del mes de febrero don Cristóbal de Benavides, hermano de don García de Villaroel, con trecientos soldados de Baeza y su tierra, á su costa, para hallarse en esta jornada, y el capitan Bernardino de Quesada con ciento y treinta soldados que Pedro Arias de Avila enviaba á don Francisco de Córdoba para el mesmo efeto, y Andrés Ponce y don Diego Ponce de Leon, y don Francisco de Aguayo; mas ya hallaron hecha la jornada, y solamente les cupo parte del regocijo, aunque adelante hicieron otros muchos buenos efetos.

CAPITULO XXIX.

Cómo el marqués de Mondéjar partió de Ujíjar para ir á las Guájaras, y la descripcion de aquella tierra.

El sábado 5 dias del mes de febrero partió nuestro campo del alojamiento de Ujíjar, y fué á Cádiar; otro dia á Órgiba, para pasar de allí á las Guájaras, y después á la Sierra de Bentomiz; porque el marqués de Mondéjar tenia no vana sospecha de que habian de levantar aquella tierra y la jarquía y hoya de Málaga los proprios cristianos, y por esta causa no habia osado enviar á nadie hácia aquella parte, temiendo alguna desórden, segun estaba la gente cudiciosa, y los ejecutores de las armas envidiosos de los despojos que habian otros ganado; plaga de este tiempo, queriendo con celo de virtud y cristiandad encubrir sus intereses proprios, y honrarse, no con los medios por donde se gana la verdadera honra, sino con tratos y negociaciones que adquieren hacienda. Pareciendo pues á nuestro capitan general que llevaba poca gente para el efeto que se habia de hacer, porque se le habian ido mucha parte de los soldados con lo que habian ganado, así para rehacer su campo, como para atajar una sospecha que se tenia de que en Granada se trataba de enviar persona que hiciese la jornada, con ocasion de estar él ocupado en la Alpujarra, despachó un correo al conde de Tendilla desde el alojamiento de Órgiba, mandándole que le enviase mil y quinientos infantes y cien caballos de los que estaban alojados en la ciudad y en las alcarías de la Vega, y para esperarlos se detuvo un dia en aquel alojamiento. Y el mesmo dia despachó á don Alonso de Granada Venegas para la corte, á que informase á su majestad del estado en que estaban las cosas de la guerra, y la reducion de los alzados; y le suplicase de su parte los admitiese, habiéndose misericordiosamente con los que no fuesen muy culpados, para que él pudiese cumplir la palabra que tenia ya dada á los reducidos, entendiendo ser aquel camino el mas breve para acabar con ellos por la via de equidad. Esto que el marqués de Mondéjar decia, bien considerado, era lo que mas convenia á la quietud general de todo el reino, y quedaba la puerta abierta para ejecutar el cuchillo de la justicia en las gargantas de los malos, cuando se pudiese hacer sin escándalo: aunque tenia por opósito el parecer de otros hombres graves, que juzgaban ser mas necesario y seguro el rigor; y estos tales decian que en ningun tiempo podrian ser opresos los rebeldes mejor que en aquel, estando faltos de fuerzas, acobardados, discordes, y tan menesterosos de todas las cosas necesarias á la vida humana, que andaban ya buscando los frutos silvestres proprios de los animales, y raíces de yerbas que poder comer, con la pena y fatiga que á los malhechores suele dar su propria conciencia. Otro dia mártes partió el campo de Órgiba, y

fué á Vélez de Benaudalla. El miércoles marchó la vuelta de las Guájaras; y porque se entendió que habia enemigos con quien pelear aquel dia, mandó el Marqués á los escuderos que pasasen los soldados á las ancas de los caballos el rio de Motril, para que no se mojasen, que fuera de mucho inconveniente, segun el frio que hacia. Pasado el rio, caminó la gente toda en sus ordenanzas, y llegando á Guájar del Fondon, donde se veian las reliquias del incendio que los herejes habian hecho en la iglesia cuando mataron á don Juan Zapata, hallaron el lugar desamparado, aunque tenia un sitio fuerte donde se pudieran defender los moradores. De allí fué el campo á Guájar de Alfaguit, que tambien estaba solo, y allí se alojó aquel dia. Siendo pues informado el Marqués que los enemigos habian tomado dos derrotas, unos hácia el lugar de Guájar el alto, que tambien llaman del Rey, y otros por el camino de la cuesta de la Cebada la vuelta de la Alpujarra, envió luego dos capitanes con cada trecientos arcabuceros, que los siguiesen y procurasen atajar. El capitan Lujan llegó á un paso por donde de necesidad habian de pasar los que iban hácia la Alpujarra, y atajándolos, mató muchos dellos, y se recogió sin recebir daño, y el capitan Alvaro Flores siguió á los que iban hácia Guájar el alto, y alcanzando la retaguardia, cargaron tantos enemigos de socorro, que hubo de enviar un soldado á diligencia al Marqués á pedirle mas gente, porque la que llevaba era poca para poderlos acometer; el cual mandó apercebir algunas compañías; y porque los soldados tardaban en recogerse á las banderas, ocupados en robar las casas, fué necesario ponerse á caballo para que no se perdiese la ocasion; y dejando órden á Hernando de Oruña que recogiese el campo, y marchase luego tras él, caminó hácia donde andaba Alvaro Flores escaramuzando con los moros. Fueron delante don Alonso de Cárdenas y don Francisco de Mendoza con un golpe de soldados que pudieron recoger de presto; los cuales dando calor á nuestra gente, acometieron á los enemigos, y los desbarataron y pusieron en huida; y matando algunos les ganaron dos banderas; los otros se recogieron á un fuerte peñon, que está media legua encima de Guájar el alto, donde tenian recogida la ropa y las mujeres. Este es un sitio fuerte en la cumbre de un monte redondo, exento y muy alto, cercado de todas partes de una peña tajada, y tiene sola una vereda angosta y muy fragosa, que va la cuesta arriba mas de un cuarto de legua á dar á un peñoncete bajo, y de allí sube por una ladera yerta, hasta dar en unas peñas altas, cuya aspereza concede la entrada en un llano capaz de cuatro mil hombres, que no tiene otra subida á la parte de levante. A la de poniente está una cordillera ó cuchillo de sierra, que procede de otra mayor, y hace una silla algo honda, por la cual con igual dificultad se sube á entrar en el llano por entre otras piedras, que no parece sino que fueron puestas á mano para defender la entrada, si humanos brazos fueran poderosos para hacerlo. En este peñon tenia puesta toda su confianza Márcos el Zamar, alguacil de Játar, caudillo de los moros de aquel partido, y en él metieron todas las mujeres con la riqueza de aquellos lugares, y mas de mil hombres de pelea, cuando vieron que nuestro campo iba sobre ellos; y haciendo reparos de piedra, de colchones, albardas y otras cosas, tenian por bastante fortificacion aquella para su defensa. Nuestros capitanes dejaron de seguir los enemigos; y volviendo á Guájar el alto, hallaron al marqués de Mondéjar en él con alguna gente de á caballo; el cual, por ser muy tarde, y el camino muy áspero y dificultoso para andarle de noche, envió á mandar á Hernando de Oruña que no marchase hasta que fuese de dia, y con la gente que allí tenia se quedó alojado en aquel lugar. Estando nuestro campo en Guájar de Alfaguit, llegó de Granada el conde de Santistéban, acompañado de muchos caballeros deudos y amigos suyos, que iba á hallarse en esta jornada, y don Alonso Portocarrero, que ya estaba sano de la herida de Poqueira, con la infantería y caballos que habia enviado el marqués de Mondéjar á pedir al conde de Tendilla.

CAPITULO XXX.

Cómo algunos caballeros de nuestro campo quisieron ocupar el peñon de las Guájaras, so color de irle á reconocer, y los moros los desbarataron, y mataron algunos dellos.

Aquella noche pidió don Juan de Villaroel al marqués de Mondéjar le diese licencia para ir otro dia á reconocer el peñon con alguna gente suelta, y á mucha importunacion suya se lo concedió, mandándole que llevase consigo cincuenta arcabuceros, y que hiciese el reconocimiento de manera que no hubiese desórden. Era don Juan de Villaroel ambicioso de honra, y pareciéndole que los moros no habrian osado aguardar en el fuerte, ó que en viéndole ir, entenderian que iba todo el campo y huirian, ó se le darian á partido antes que llegase, comunicando su negocio con algunos caballeros y soldados particulares, que correspondieron á su deseo, salió del campo con solos los cincuenta soldados que habia de llevar; mas luego le siguieron otros muchos, unos por cudicia, y otros por mostrar valor, entendiendo que se haria efeto. No fué bien desviado del lugar, cuando la vanguardia comenzó á escaramuzar con algunos moros que estaban en las lomas de la sierra. Tocóse arma, y corrió la voz al lugar, llamando caballería de socorro; y el marqués de Mondéjar, teniendo aviso de la desórden, recibió tanto enojo, que envió á decirle que no era bien socorrer desórdenes, y que se volviese; y viendo que no aprovechaba, y que pasaba adelante, salió él en persona con la caballería que se pudo recoger de presto, como si adevinara lo que sucedió. Los moros pues que andaban fuera del peñon, y los que habian comenzado á trabar la escaramuza, se retiraron luego á su fuerte; y cuando el marqués de Mondéjar llegó á una loma que está delante del peñon, ya los soldados iban por la ladera arriba á ocupar el cerro que dijimos que está por bajo dél, donde se habian puesto tambien otros moros á defenderlo. Iban con don Juan de Villaroel don Luis Ponce de Leon, vecino de Sevilla, don Jerónimo de Padilla, Agustin Venegas, Gonzalo de Oruña, hijo de Hernando de Oruña, y el veedor don Juan Velazquez Ronquillo, y otros hombres de cuenta y mas de cuatrocientos soldados; y dejando los caballos los que los llevaban, por no se poder aprovechar dellos, subieron todos á pié por la cuesta arriba, y llegaron tan adelante, que lanzando á los enemigos del peñoncete, hubo algunos animosos soldados que llegaron á arrimarse con los proprios reparos del fuerte. Y si todos llegaran tan ade-

fuerte, pudiera ser que lo ganaran; mas no fueron seguidos, como fuera razon que lo hicieran los amigos, muchos de los cuales se quedaron á media cuesta, y otros abajo cerca del arroyo, remolinando y reparando donde hallaban peñas ó cibancos con que poderse encubrir de las piedras que los enemigos echaban desde arriba. Habiendo pues durado el temerario asalto mas de una hora, gastando nuestra arcabucería la municion sin hacer efeto, por estar los moros encubiertos detrás de sus reparos, un soldado, mas animoso que prático, comenzó á pedir municion de mano en mano; cosa muy peligrosa en semejantes ocasiones, porque no es mas que advertir al enemigo, y dar á entender al amigo que está cerca de huir el que aquello dice. Y así sucedió este dia, que los soldados que estaban abajo cerca del arroyo, sintiendo aquella flaqueza, fueron los primeros que huyeron; luego los otros de mas arriba, y á la postre los que estaban delante, maravillados de ver tan gran novedad, y creyendo que la debia causar algun acometimiento grande de enemigos hácia otra parte, porque bien veian que no habia para qué huir de los que tenian delante. En tanto desórden aun no osaban salir los que estaban en el fuerte, si Márcos el Zamar, que habia muerto aquel dia dos moros porque huian, asomándose á la parte de fuera y viendo lo que pasaba, no los animara. Saltaron fuera de los reparos cuarenta animosos mancebos de los mas sueltos, armados de piedras y de lanzuelas, que hicieron un miserable espectáculo de muertos. Mataron este dia á don Luis Ponce, y á Agustin Venegas, y á Gonzalo de Oruña, y al veedor Ronquillo, y á don Juan de Villaroel, y hirieron á don Jerónimo de Padilla, y acabárale un moro que le iba siguiendo, si no le acudiera un esclavo cristiano; el cual apretándole reciamente entre los brazos, y echándose á rodar con él por una peña abajo, no paró hasta dar en el arroyo, donde fué socorrido. Viendo pues el marqués de Mondéjar el desbarate de aquella gente liviana, y como los moros pasaban á cuchillo cuantos alcanzaban, sin poderlos favorecer con la caballería, porque ni tenia por donde pasar el barranco del arroyo, ni la tierra era para poderla hollar caballos, apeándose del caballo con una rodela embrazada y la espada en la mano, acompañado de los caballeros y escuderos que con él estaban, que todos se apearon, y de los alabarderos de su guardia y obra de cuarenta soldados arcabuceros, tomó un sitio fuerte donde poder recoger á los que venian huyendo, porque no los matasen los moros, que á gran priesa habian salido del fuerte y los seguian por todas partes; y como eran gente suelta y sabian la tierra, fueran pocos los que se les escaparan. Llegaron tan adelante los bárbaros este dia en el alcance, que hirieron de dos escopetazos á dos alabarderos de los que estaban cerca del Marqués, y hicieran mayor daño si no temieran á la caballería. Al fin se retiraron á su salvo; y el Marqués se volvió al lugar, dejando la ladera y el barranco sembrado todo de cuerpos muertos. A este tiempo venia Hernando de Oruña marchando con todo el campo; mas no fué posible llegar á hora que se pudiese combatir el fuerte aquel dia, por ser el camino tan áspero y angosto, que de necesidad habian de ir los hombres y los bagajes á la hila uno detrás de otro, y cuando llegó era ya muy tarde, y por esta causa se difirió hasta el siguiente dia viérnes.

CAPITULO XXXI.

Cómo se combatió y ganó el fuerte de las Guájara.

Cuando estuvo el campo todo junto, el marqués de Mondéjar mandó dar por escrito á los capitanes la órden que se habia de guardar en el combate, la cual fué desta manera: que Alvaro Flores y Gaspar Maldonado saliesen con seiscientos soldados á tomar un camino que va hácia la mar, y subiendo por él, fuesen ganando lo alto de la sierra entre mediodía y poniente. Que Bernabé Pizaño y Juan de Lujan con cuatrocientos arcabuceros, tomando la ladera del peñon, llegasen á ocupar el cerro que está por bajo del fuerte. Que Andrés Ponce de Leon y don Pedro Ruiz de Aguayo con las ciento y veinte lanzas de la ciudad de Córdoba, y Miguel Jerónimo de Mendoza y don Diego de Narvaez con sus dos compañías de infantería, y con ellos el capitan Alonso de Robles, tomasen la parte del norte, y dejando la caballería abajo, en lugar que pudiese aprovecharse de los enemigos, si quisiesen hurtarse la vuelta de la Alpujarra, procurasen subir la sierra arriba, lo mas alto que pudiesen, hasta ponerse á caballero del enemigo; y que él con todo el resto del ejército iria por el camino derecho. Y porque los sitios donde habian de ponerse estas gentes no se descubrian desde el lugar donde estaba el campo, y convenia que el asalto se diese á tiempo que el peñon estuviese cercado, mandó que la señal de aviso se hiciese con una pieza de artillería de campaña. Habia de tomar Alvaro Flores dos grandes leguas de rodeo para irse á poner en su puesto, y por ser la tierra tan áspera no pudo llegar hasta después de mediodía. A esta hora descubrieron los moros la gente que iba tomando lo alto, y saliendo á gran priesa á defender el paso del sitio, donde se iban á poner los capitanes Pizaño y Lujan, no fueron parte para estorbárselo, antes se hubieron de retirar con daño. Estando pues el peñon al parecer muy bien cercado por todas partes, el Marqués mandó dar la señal del asalto, y la infantería subió el cerro arriba, donde aun se veian los regueros de la sangre cristiana, que destilaba por las heridas de los cuerpos desnudos; y hallando el primer peñoncete desocupado, porque los moros que estaban en él le dejaron viendo que Alvaro Flores se les habia puesto á caballero en lo alto de la sierra, de donde les hacia mucho daño con los arcabuces, fueron retirándose hácia el fuerte. Comenzóse á pelear desde lejos con los tiros de una parte y de otra, venciendo los ánimos de nuestros soldados la dificultad y aspereza de la tierra. Duró el combate hasta puesto el sol, defendiéndose los moros en sus reparos, ejercitando los brazos los hombres y las mujeres en arrojar grandes peñas y piedras sobre los que subian. Desta manera resistieron tres asaltos, no con pequeño daño de nuestra parte, hasta que el marqués de Mondéjar, viendo que ya era tarde, mandó retirar la gente y difirió el combate para el siguiente dia. Quedaron los bárbaros ufanos, aunque no poco temerosos, por conocer que la cercana noche les habia alargado la vida; y cuando entendieron que podria haber algun descuido en nuestra gente, ó que reposarian los soldados del trabajo pasado, llamando el rústico Zamar á Gironcillo y á otros moros de cuenta que allí estaban, les dijo desta manera: «Los antiguos nuestros que ganaron la tierra que agora perdemos, meti-

dos entre estas sierras celebraron este peñon y sitio, donde tenian cierta guarida de cualquier ímpetu de cristianos, estando la comarca póblada de moros, y teniendo á su disposicion la costa de la mar; mas agora no sé si le tuvieran en tanto, desconfiados de socorro como nosotros estamos, y que de necesidad nos ha de consumir la sed, la hambre y las heridas destos enemigos, que tan valerosamente hemos expelido cuatro veces de nuestros reparos. La que tenemos por vitoria es propria indignacion, para que con mayor crueldad pasen las espadas por nuestras gargantas, perseverando, como es cierto que perseverarán en los combates; y lo que mas siento es que pasarán por el mesmo rigor estas mujeres y criaturas inocentes. Tratar de rendirnos en esta coyuntura tambien será la postrera parte de nuestra vida; porque ¿quién duda sino que el airado Marqués querrá sacrificarnos á todos en venganza de las muertes de sus capitanes? Ea pues, hermanos, guardémonos para otros mejores efetos; y pues la noche nos cubre con su escuridad, y los cristianos están descuidados pensando tenernos en la red, sirvámonos de las encubiertas veredas que sabemos, guiando á nuestras familias la vuelta de la sierra.» Todos aprobaron este parecer, y siendo su capitan el primero, salieron lo mas calladamente que pudieron, llevando trás de sí mucha cantidad de mujeres que tuvieron ánimo para seguirlos, bajando por despeñaderos que aun á cabras pareciera dificultoso camino, y sin ser sentidos de las guardas de nuestro campo que rodeaban el peñon, se fueron hácia las Albuñuelas. Quedaron en el fuerte los viejos y mucha parte de las mujeres con esperanza de salvar las vidas, dándose á merced del vencedor; y antes que esclareciese el dia dijeron á un cristiano sacerdote que tenian captivo, llamado Escalona, que llamase á los cristianos y les dijese como la gente de guerra toda se habia ido, y los que allí quedaban se querian dar á merced. El cual se asomó sobre uno de los reparos, y á grandes voces dijo que subiesen los cristianos arriba, porque no habia quien defendiese el fuerte; mas aunque le oyeron las centinelas y se dió aviso al Marqués, no consintió subir á nadie hasta que fué claro el dia. Entonces mandó á los capitanes don Diego de Argote y Cosme de Armenta que con cuatrocientos arcabuceros de Córdoba fuesen á ver si era verdad lo que aquel hombre decia; y hallando ser ansí, ocuparon el fuerte, y dieron aviso dello. Este dia alancearon los caballos cantidad de moros y moras que iban huyendo; y el Zamar, que llevaba una hija doncella de edad de trece años en los hombros por aquellas sierras, porque se le habia cansado, vino á parar en poder de unos soldados, que le prendieron, y en Granada hizo el conde de Tendilla rigorosa justicia despues dél. Fué tanta la indignacion del marqués de Mondéjar, que, sin perdonar á ninguna edad ni sexo, mandó pasar á cuchillo hombres y mujeres cuantos habia en el fuerte, y en su presencia los hacia matar á los alabarderos de su guardia, que no bastaban los ruegos de los caballeros y capitanes ni las piadosas lágrimas de las que pedian la miserable vida. Luego mandó asolar el fuerte, dando el despojo á los soldados; y así para esto como para enviar una escolta á Motril con los enfermos y heridos, que eran muchos, se detuvo hasta el lúnes 14 de febrero, que envió al conde de Santistéban con el campo á que le aguardase en Vélez de Benaudalla, y él se fué con sola la caballería á visitar los presidios de Almuñécar, Motril y Salobreña; y tornando á juntarse con él, volvió á Órgiba para proseguir en la reducion de los lugares de la Alpujarra. Por la toma deste peñon se hicieron alegrías en Granada, aunque mezcladas con tristeza por los cristianos que habian sido muertos, y lo mesmo fué en otras muchas partes del reino.

CAPITULO XXXII.

Cómo se declaró que los prisioneros en esta guerra fuesen esclavos con cierta moderacion.

Habia duda desde el principio desta guerra si los rebelados, hombres y mujeres y niños presos en ella, habian de ser esclavos; y aun no se habia acabado de determinar el Consejo hasta en estos dias, porque no faltaban opiniones de letrados y teólogos que decian que no lo debian ser; porque aunque por la ley general se permitia que los enemigos presos en guerra fuesen esclavos, no se debia entender ansí entre cristianos; y siéndolo los moriscos, ó teniendo, como tenian, nombre dello, no era justo que fuesen captívos. Y su majestad estando suspenso, mandó al Consejo Real que le consultase lo que les parecia, y escribió al presidente y oidores de la audiencia real de Granada que tratasen dello en su acuerdo (que es una junta general que ordinariamente hacen dos dias en la semana), y le enviasen su parecer. Habiéndose pues platicado sobre negocio de tanta consideracion, se resolvieron en que podian y debian ser esclavos, conformándose con un concilio hecho en la ciudad de Toledo contra los judíos rebeldes que hubo en otro tiempo, y por haber apellidado á Mahoma y declarado ser moros. Este parecer aprobaron algunos teólogos, y su majestad mandó que se cumpliese y ejecutase el concilio contra los moriscos, de la mesma manera que se habia hecho contra los judíos, con una moderacion piadosa, de que quiso usar como príncipe considerado y justo: «que los varones menores de diez años, y las hembras que no llegasen á once, no pudiesen ser esclavos, sino que los diesen en administracion para criarlos y dotrinarlos en las cosas de la fe.» Y sobre ello se despachó provision en forma de premática, que se pregonó y divulgó por todo el reino; y aun el dia de hoy se guarda con aquellos que han sabido y saben pedir su justicia, porque en esto hubo desde el principio mucha desórden, herrando á los niños inocentes y vendiéndolos por esclavos. Hubo tambien otra duda sobre si se habian de volver los bienes muebles que los rebeldes habian tomado á los cristianos, porque los dueños, conociendo sus proprias alhajas en poder de los soldados que las habian ganado en la guerra, se las pedian por justicia, y sobre ello habia muchos pleitos y diferencias; y se determinó por el mesmo acuerdo que no se las debian volver, por ser ganadas en la guerra, y porque el marqués de Mondéjar, yendo á entrar con su campo en la Alpujarra para animar los soldados que iban sin sueldo, habia mandado echar un bando al pasar de la puente de Órgiba, declarando que la guerra era contra enemigos de la fe y rebeldes á su majestad, y que se habia de hacer á fuego y á sangre.

CAPITULO XXXIII.

Cómo se prosiguió la reducion de la Alpujarra, y de las contradiciones que para ello hubo.

Vuelto nuestro campo á Órgiba, los moros de la Alpujarra, que se vieron reducidos á extrema necesidad y desventura, porque con habérseles hecho la guerra en lo recio del invierno y echádolos de sus lugares, no tenian otra guarida sino las sierras, y perecian de hambre y de frio, andando cargados de mujeres y niños, con peligro de muerte y de captiverio delante de los ojos, tomando el mejor consejo, comenzaron á venirse á reducir y darse á merced de su majestad sin condicion, para que hiciese dellos y de sus bienes lo que fuese servido, como lo habian hecho los alguaciles de Jubíles, Ujíjar y Andarax y de los otros pueblos que dijimos. Prometíales el marqués de Mondéjar que intercederia por ellos para que su majestad los perdonase; y como iban viniendo, los recibia debajo del amparo y seguro real, y les daba sus salvaguardias para que la gente de guerra no les hiciese daño. Mandaba que trajesen al campo las armas y banderas los que eran de por allí cerca, y á los de mas lejos señalaba iglesias particulares y personas que las recogiesen. Luego comenzaron á acudir de todas partes; aunque las armas que traian venian tan maltratadas, que se dejaba entender no ser aquellas las que tenian para pelear, porque entregaban ballestas, arcabuces, chuzos y espadas, todo mohoso y hecho pedazos, y gran cantidad de hondas de esparto; y si les preguntaban dónde quedaban las buenas armas, decian que los monfís y gandules, que no querian rendirse, las habian llevado. Finalmente, los desventurados daban ya algunas muestras de quietud, y de consentir, no solo las premáticas, mas cualquier pecho que se les echara en sus haciendas; y en muy breve tiempo vinieron á Órgiba todos los lugares de la Alpujarra por sus alguaciles y regidores ó por sus procuradores, siendo persuadidos é inducidos á ello por los dos moriscos de quien atrás hicimos mencion, llamados Miguel Aben Zaba el viejo, vecino de Válor, y Andrés Alguacil, vecino de Ujíjar; los cuales habiendo hecho todo su posible en este particular, pidieron al marqués de Mondéjar con mucha instancia que los metiese la tierra adentro con sus mujeres y hijos, porque veian claramente que si quedaban en la Alpujarra no podian dejar de perderse; y él deseó mucho hacerles tan buena obra; mas no se atrevió á enviarlos, temiendo que segun estaban los negocios enconados en Granada, luego como llegasen los prenderian los alcaldes de chancillería y los mandarian ahorcar. Y al fin murieron entrambos en la Alpujarra: al Miguel Aben Zaba mataron unos soldados que iban á hacerle escolta, y Andrés Alguacil, que era ya muy viejo, murió de enfermedad. Desde Órgiba envió el marqués de Mondéjar al beneficiado Torrijos con trecientos soldados á que redujese los lugares de la sierra de Filábres; el cual los redujo todos, y otros muchos de aquellas taas al derredor, y recogió las armas y las banderas que rendian, y las envió al campo, sin hallar quien le pusiese impedimento en ello. Tambien redujeron muchos lugares los cuadrilleros Jerónimo de Tapia y Andrés Camacho, aunque estos hicieron hartas desórdenes, hurtando muchachos y bagajes á los reducidos; y lo mesmo hacian otras cuadrillas de soldados desmandados, que salian á correr la tierra, sin órden, de los presidios de la costa, del campo del marqués de los Vélez, de Órgiba y de otras partes. Para excusar estos daños hubo algunos concejos que pidieron al marqués de Mondéjar soldados que estuviesen con ellos y los defendiesen, y les daban de comer y dos reales de salario cada dia; y demás desto, enviaba de ordinario al capitan Alvaro Flores con su compañía á que corriese la tierra y retirase la gente que hallase desmandada haciendo desórdenes; por manera que ya estaba la Alpujarra tan llana, que diez y doce soldados iban de unos lugares en otros sin hallar quien los enojase, y no eran quinientos hombres los que dejaban de acudir á sus casas debajo de salvaguardia.

En este tiempo mandó el marqués de Mondéjar notificar á los moriscos depositarios de las esclavas de Jubíles que las llevasen luego á Órgiba; y Miguel de Herrera sacó cuatrocientas dellas de poder de sus maridos, padres y hermanos, y las llevó á entregar; y como los factores del Marqués le apretasen para que las entregase todas, viendo que seria imposible poderlas dar, porque algunas se habian muerto, y otras las habian captivado de nuevo los soldados que andaban desmandados sin órden, por excusar su vejacion, trató de componerse por todas las de la taa de Ferreira; y se efectuara si se pusieran con él en una cosa convenible, porque el moro daba veinte ducados por cabeza, y las personas á quien se cometió el negocio no quisieron menos de á sesenta ducados por cada una. Y al fin hubo de traer las que pudo recoger, y se vendieron muchas dellas en Granada en pública almoneda por cuenta de su majestad, y otras murieron en captiverio; lo cual todo era argumento de que los mal aventurados deseaban ya paz y sosiego; y así lo escribia el marqués de Mondéjar á su majestad y á los de su real consejo, teniendo el negocio ya por acabado. Mas otras muchas personas graves hubo que con diferente consideracion juzgaban que no podia permanecer aquella paz, diciendo que los malos eran muchos, y que en viniéndoles socorro de Berbería, volverian á inquietar á los otros; que los moriscos, gente mañosa, habiendo hecho tantos males, y viendo que se usaba misericordia con ellos, tomando experiencia en la condicion del Capitan General, cuando viesen cesar el rigor de las armas tomarian mayor atrevimiento para cometer otros mayores delitos; que se sabia por nueva cierta que Aben Humeya habia enviado un hermano suyo con cartas para Aluch Alí, gobernador de Argel, pidiéndole socorro de navíos, gente, armas y municiones, y ofrecídose por vasallo del Gran Turco; que en caso que esto no hubiese efeto, y después de reducidos los alzados, hubiese de entrar la justicia de por medio á castigar los principales autores del rebelion, como era justo se hiciese, eran tantos y tan emparentados en la tierra, que no podria dejar de haber nuevas alteraciones en ella; y que concediéndoseles perdon general, tampoco seria cosa conveniente á la reputacion de un rey y de un reino tan poderoso como el de Castilla, dejar sin castigo ejemplar á quien tantos crímenes habian cometido contra la majestad divina y humana. Estas cosas se platicaban en Granada, en la corte y por todo el reino, que-

jándose del marqués de Mondéjar como autor de aquella paz, y diciendo que lo que hacia era por su particular interese, porque si la tierra se despoblaba, vernia á perder mucha parte de la hacienda que tenia en aquel reino, y el provecho que sacaba del servicio que los moriscos le hacian, que era muy grande; y á los que peor parecia esta paz, eran aquellos á quien los rebeldes habian lastimado con tantos géneros de crueldades, y á otros que esperaban haber buena parte del despojo de la guerra, porque la cudicia no mira mas que al interés.

CAPITULO XXXIV.

Cómo el marqués de Mondéjar fué avisado dónde se recogian Aben Humeya y el Zaguer, y envió secretamente á prenderlos.

En estos términos estaban las cosas de los alzados, cuando Miguel Aben Zaba el de Válor, y otros deudos suyos, enemigos de Aben Humeya, y que le andaban espiando para hacerle matar ó prender, avisaron al Marqués de Mondéjar como él y el Zaguer andaban por las sierras de los Bérchules, y que de dia estaban escondidos en cuevas y de noche acudian á los lugares de Válor y Mecina de Bombaron; y lo mas ordinario era recogerse en Mecina, en casa de Diego Lopez Aben Aboo, por razon de la salvaguardia que tenia. El cual deseando haberlos á las manos, así por la quietud de la tierra, como porque sabia ya que su majestad trataba de enviar á don Juan de Austria á Granada, y queria tener hecho aquel efeto antes que llegase, hizo llamar á los capitanes Alvaro Flores y Gaspar Maldonado, y les mandó que con seiscientos soldados escogidos, llevando consigo las espías, que les habian de mostrar las casas sospechosas, fuesen á los dos lugares y los cercasen, y procurasen prender aquellos dos caudillos, ó matarlos si se les defendiesen, y traerle sus cabezas, significándoles la importancia de aquel negocio; y advirtiéndoles que lo primero que hiciesen fuese cercar la casa de Aben Aboo, donde habia mas cierta sospecha que estarian. Están estos dos lugares en la falda de la Sierra Nevada, que mira á la Alpujarra y al mar Mediterráneo, apartados una legua el uno del otro; y como los capitanes llegaron á Cádiar, deseosos de acertar, acordaron de partir la gente en dos partes, y dar á un mesmo tiempo en ellos; porque les pareció que si todos juntos llegaban á Mecina, y acaso no estaban allí, antes de pasar á Válor corria peligro de ser avisados. Con este acuerdo, aunque no era bastante razon para pervertir la órden de su capitan general, repartieron la gente en dos partes: Alvaro Flores fué á dar sobre Válor con cuatrocientos soldados, y Gaspar Maldonado con los otros docientos, que para cercar la casa de Aben Aboo bastaban, caminó la vuelta de Mecina de Bombaron. Sucedió pues que aquella noche, que no era la última de su vida ni el fin de los trabajos de aquella guerra, Aben Humeya y el Zaguer y otro caudillo, alguacil de aquel lugar, llamado el Dalay, no menos traidor y malo que ellos, acertaron á hallarse en casa de Aben Aboo, los cuales, habiendo estado todo el dia escondidos en una cueva, en anocheciendo se habian recogido al lugar, como inciertamente y á deshora lo habian hecho otras veces, confiados en que no irian á buscarlos allí, por estar de paces y tener salvaguardia. Gaspar Maldonado llegó lo mas encubiertamente que pudo, haciendo que los soldados llevasen las mechas de los arcabuces tapadas, porque con la escuridad de la noche no las devisasen desde lejos; mas no bastó su diligencia, ni el hervor del cuidado que le revolvia en el pecho, para que un inconsiderado soldado dejase de disparar su arcabuz al aire, y le interrompiese aquella felicidad, que tan á la mano le estaba aparejada. Estaban los moros bien descuidados, la casa llena de mujeres y criados, y la mayor parte dellos durmiendo; y el primero que sintió el temeroso golpe fué el Dalay, que, como mas astuto y recatado, estaba con mayor cuidado; el cual temeroso, sin saber de qué, recordó á gran priesa al Zaguer, y corriendo hácia una ventana no muy baja que respondia á la parte de la sierra, entre sueño y temor se arrojaron por ella, y maltratados de la caida, se subieron á la sierra antes que los soldados llegasen. Aben Humeya, que dormia acompañado en otro aposento aparte, no fué tan presto avisado, y cuando acudió á la guarida ya los diligentes soldados cruzaban por debajo de la ventana; por manera que si se arrojara como los otros, no pudiera dejar de caer en sus manos. Turbado pues, sin saberse determinar, dando muchas vueltas por los aposentos de la casa, y acudiendo muchas veces á la ventana, la necesidad, que le hacia revolver el entendimiento buscando alguna manera de salud, le puso delante un remedio que le acrecentó la perdida confianza y le aseguró la vida, guardándole para mayores desventuras. Habia llegado Gaspar Maldonado á la puerta de la casa, y viendo que los de dentro dilataban de abrirle, procuraba derribarla, dando grandes golpes en ella con un madero, cuando Aben Humeya, no hallando cómo poderse guarecer, llegó muy quedo á la puerta, y poniéndose disimuladamente enhiesto, igualado entre el quicio y la puerta, quitó la tranca que la tenia cerrada, para que con facilidad se pudiese abrir; la cual abierta, los soldados entraron de golpe, y el se quedó arrimado, sin que ninguno advirtiese lo que allí podia haber: tanta priesa llevaban por llegar á buscar los aposentos, donde hallaron á Aben Aboo, y con el otros diez y siete moros, que algunos eran criados del Zaguer y los otros vecinos del lugar. El capitan los mandó prender á todos, y preguntándoles si sabian de Aben Humeya ó del Zaguer, dijeron que no los habian visto, y que los que allí estaban se habian reducido con la salvaguardia que Aben Aboo tenia; y como no pudiesen sacar dellos otra cosa, conociendo que no le decian verdad, hizo poner á tormento á Aben Aboo, mandándolo colgar de los testículos en la rama de un moral que estaba á las espaldas de su casa; y teniendole colgado, que solamente se sompesaba con los calcañales de los pies, viendo que negaba, llegó á él un airado soldado, y como por desden le dió una coz, que le hizo dar un vaiven en vago y caer de golpe en el suelo, quedando los testículos y las binzas colgadas de la rama del moral. No debió de ser tan pequeño el dolor, que dejara de hacer perder el sentido á cualquier hombre nacido en otra parte; mas este bárbaro, hijo de aspereza y frialdad indomable, y menospreciador de la muerte, mostrando gran descuido en el semblante, solamente abrió la boca para decir: «Por Dios que el Zaguer vive, y yo muero;» sin querer jamás declarar otra cosa. Mientras esto se hacia, y los soldados andaban ocupados en robar la casa,

Aben Humeya tuvo lugar de salir detrás de la puerta, y arrojándose por unos peñascos que caen á la parte baja, se fué sin que le sintiesen. Gaspar Maldonado dejó á Aben Aboo en su casa como por muerto, y se llevó los diez y siete moros presos; con los cuales, y con otros que después prendieron en el camino, y mas de tres mil y quinientas cabezas de ganado que recogieron de aquellos lugares reducidos, y porque no pudieron hacer otro efeto los soldados que habian ido á Válor, se volvieron luego los unos y los otros á Órgiba, donde siendo reprehendidos de su capitan general, les fué quitada la presa por de contrabando, mandando poner en libertad á los moros que tenian su salvaguardia.

CAPITULO XXXV.

Cómo nuestra gente saqueó el lugar de Laróles, estando de paces.

Entre las otras provisiones que el conde de Tendilla hizo estando en lugar de su padre en la ciudad de Granada, fué enviar á la fortaleza de la Peza al capitan Bernardino de Villalta, vecino de Guadix, con una compañía de infantería, porque estaba á su cargo aquella tenencia; el cual viendo que los negocios de la reducion estaban en el estado que hemos dicho, queriendo hacer alguna entrada de provecho hácia la parte donde él estaba, so color de ir á prender á Aben Humeya, pidió licencia y gente al Conde, diciendo que unas espías le habian prometido de dárselo en las manos. El Conde le dió para este efeto tres compañías de infantería, cuyos capitanes eran don Lopez de Jexas, Antonio Velazquez y Hernan Perez de Sotomayor, y veinte caballos con el capitan Payo de Ribera. Toda esta gente se juntó con Bernardino de Villalta en Alcudia, cerca de Guadix, el postrer dia del mes de febrero del año de 1569; y á 1.º de marzo partieron de aquel lugar, y atravesando el marquesado de Cenete, fueron á cenar y á dar cebada á los caballos al Deyre. Y entrando por el puerto de la Ravaha antes que amaneciese, dieron en el lugar de Laróles, que era uno de los reducidos, y se habian recogido á él muchos moros y moras de los otros pueblos, entendiendo estar seguros por razon de la salvaguardia que tenian del marqués de Mondéjar. Y como estuviesen descuidados de aquel hecho, entrando impetuosamente por las calles y casas, mataron mas de cien moros, y captivaron muchas mujeres, y les tomaron gran cantidad de ropa y ganados. Otro dia de mañana, viérnes á 2 de marzo, habiendo saqueado las casas y quemado la mayor parte dellas, llevando la presa por delante, volvieron á gran priesa á tomar el puerto de la Ravaha antes que los moros lo ocupasen; porque los que habian escapado de las manos de los soldados hacian grandes ahumadas por los cerros, apellidando la tierra, y comenzaba ya á descubrirse mucha gente que acudia á favorecerlos. No fué de pequeña importancia esta diligencia, porque apenas habian comenzado á encumbrar la sierra, cuando los acometieron por la retaguardia con tanta determinacion y denuedo, que la tuvieron desordenada por dos veces; y corrieran peligro de perderse todos, si el capitan Bernardino de Villalta, que iba de vanguardia, no les acudiera con algunos amigos, resistiendo animosamente con harto peligro de sus personas; porque en una vuelta que hizo sobre un moro que acababa de matar á un soldado y corria en el alcance de otro, cayó del caballo, y hubiérale muerto á él tambien, si no fuera socorrido con mucha presteza. Desta manera fué subiendo nuestra gente hasta lo alto del puerto, y los moros, habiendo muerto diez y ocho soldados y herido otros muchos, quedando ellos no menos lastimados, dejaron de seguirlos, y se volvieron á la Alpujarra, con determinacion de irse para Aben Humeya y juntarse con él para que renovase la guerra. Estaba este dia en la Calahorra un morisco llamado Tenor, con quien tenian concertado Juan Perez de Méscua y Hernan Valle de Palacios, vecinos de Guadix, que si daba vivo ó muerto á Aben Humeya, ó le traia á parte que pudiese ser preso, le rescatarian á su mujer y á dos hijas que tenia captivas; y estándoles diciendo cómo dejaba tratado con Diego Barzana, vecino de Guadix, casado con tia de Aben Humeya, y persona de quien mucho confiaba, que le trairia á un encinar de Sierra Nevada, y que poniéndole dos ó tres emboscadas en los pasos por donde habia de pasar, le prenderian, vió venir á nuestra gente con tan grande presa de mujeres captivas y de ganados y bagajes, y comenzando á llorar, les dijo: «Señores, Dios no quiere que yo vea libres á mi mujer y hijas. Esta cabalgada ha de desbaratar mi negocio; y de hoy mas no ha de haber quien se ose fiar, y habrá cada dia mas mal, antes volverán á levantarse los reducidos.» Y cierto dijo verdad, porque con este suceso quedó la tierra puesta en arma, y juntando Aben Humeya de nuevo gente, interrompió la reducion. Sintieron mucho el marqués de Mondéjar y el Conde esta desórden, y mandando el Marqués prender á Bernardino de Villalta, fuera castigado rigurosamente si no se descargara con que habia hallado gente de guerra en aquel lugar, y con algunas otras causas, al parecer justificadas; por donde las indefensas mujeres perdieron su libertad y fueron vendidas por esclavas.

CAPITULO XXXVI.

De las diferencias que hubo en la ciudad de Almería entre los capitanes sobre el partir de la cabalgada de Inox.

Tenia don García de Villaroel comision del marqués de Mondéjar para todas las cosas tocantes á la guerra en la ciudad de Almería; y como no se le revocase por la cédula de su majestad, que don Francisco de Córdoba llevó, pretendia pertenecerle la jurisdicion civil y criminal, y por el consiguiente, el repartir de la presa de Inox. Por otra parte don Francisco de Córdoba, usando de las preeminencias como capitan general, queria que se hiciese todo por su órden, y pretendia ser suyo el quinto y el diezmo de la presa. Andando pues en estas competencias, don Francisco de Córdoba, que no queria que se dijese dél cosa que oliese á cudicia, dejó á don García de Villaroel que hiciese el repartimiento, y aun se lo requirió por escrito; el cual, cuando hubo sacado el quinto y el diezmo aparte, proveyó un auto, al parecer justificado, en que declaró que por cuanto los soldados de la costa del reino de Granada de tiempo inmemorial tenian merced de los quintos de las cabalgadas, y los capitanes generales no estaban en costumbre de llevar los diezmos, se depositase lo uno y lo otro en poder del depositario general de aquella ciudad hasta que su majestad mandase lo que se habia de

hacer dello en la presente ocasion. Desto se enojó don Francisco de Córdoba, y haciendo poco caso de aquel auto, mandó al capitan Bernardino de Quesada que con los soldados de su compañía fuese á la casa donde estaban recogidas las esclavas y las llevase á las atarazanas; y llevándolas, no con pequeño escándalo, las repartió él por su persona, sacando primero el quinto y el diezmo. De aquí pudiera suceder grande mal, por estar la gente toda repartida en dos voluntades y haber algunos que quisieran que don García de Villaroel se pusiera en defenderlo; mas al fin miró por su cabeza, temiendo la indignacion de su majestad. En este tiempo los del consejo de guerra, pareciéndoles que no convenia que para un mesmo efeto hubiese dos cabezas en la ciudad de Almería, despacharon cédula, mandando á don García de Villaroel que obedeciese á don Francisco de Córdoba en todas las cosas tocantes á la guerra, y su majestad le hizo merced del quinto de las esclavas, que estaba depositado, y de las que se captivasen; mas venida la ley, luego salió la duda, porque don Cristóbal de Benavides, hermano de don García de Villaroel, que tenia en Almería trecientos soldados que habia llevado á su costa, pretendiendo que no se habia de entender con él ni con su gente aquella cédula, no acudia á las órdenes de don Francisco de Córdoba, y si alguna cabalgada hacia, no se la ponia en las manos ni le daba parte della, de donde vinieron á tener descontentos y á darse poco gusto. Por otra parte el marqués de los Vélez, que no holgaba de ver á don Francisco de Córdoba en el partido que le habia sido cometido, no dejaba de dar calor á los dos hermanos, y lo mesmo el marqués de Mondéjar, como dueño del negocio, mayormente cuando entendió, por unas informaciones que don García de Villaroel le envió, como en los bandos que se echaban en Almería don Francisco de Córdoba se hacia llamar capitan general. Menudeando pues quejas por via de agravio de todas partes, vino á estar don Francisco de Córdoba tan mohino, que así por esto como por su indisposicion, suplicó á su majestad le diese licencia para irse á su casa, y se la dió por carta de 28 de febrero, en que decia: «Vista la instancia con que nos »pedis licencia para iros á vuestra casa, hemos tenido »por bien de dárosla; y así, podréis ir á ella cuando os »pareciere; que al marqués de los Vélez hemos escrito »que envie á esa ciudad la gente que le pareciere que »será menester.» Y por otra de la mesma data envió á mandar al cabildo de la ciudad y al alcaide de la fortaleza y á don García de Villaroel que obedeciesen las órdenes del marqués de los Vélez. Recebidas estas cartas en 6 dias del mes de marzo, don Francisco de Córdoba se fué luego de Almería, y el marqués de los Vélez envió comision á don García de Villaroel para todos los negocios de guerra civiles y criminales; y quedando solo en Almería, lo primero que hizo fué ahorcar á Francisco Lopez, alguacil de Tavernas, que estaba todavía preso; mandó subir dos piezas de artillería y algunas municiones á la fortaleza, de las que habian traido de Cartagena las galeras; dió órden en algunos reparos necesarios en los muros y hizo una plaza de armas en la Almedina. Y saliendo don Cristóbal de Benavides algunas veces á hacer entradas por aquellas sierras, se trajeron muchas y muy buenas presas de esclavas, ganados y otros bastimentos á la ciudad, y se mataron muchos moros; aunque no fueron pequeñas las desórdenes que los soldados desmandados hicieron en los lugares reducidos.

CAPITULO XXXVII.

Cómo su majestad acordó de enviar á Granada á don Juan de Austria, su hermano, y de otras provisiones que se hicieron estos dias.

Mientras estas cosas se hacian en el reino de Granada, ¿quién podrá decir las diferencias de relaciones que iban al consejo de su majestad, cargando á unos y descargando á otros? Estaba todavía don Alonso de Granada Venegas en la corte, esforzando el negocio de la reducion con muchas razones, y era tan mal oido de algunos de los del Consejo, que apenas sabia por donde poderles entrar, que no les hallase los pechos llenos de contradicion; y no hallando otro mejor medio, decia que su majestad hiciese merced á aquel reino de irle á visitar por su persona, porque con su presencia se allanaria todo, pararian las desórdenes, temerian los malos, y ternian seguridad los que deseaban quietud, y cesarian tantas muertes, robos y fuerzas como habia en él, poniendo por ejemplo que los Reyes Católicos habian hecho otro tanto en las rebeliones pasadas, y las habian apaciguado luego. Mas aun esto, que les pudiera ser de algun provecho en lo de adelante, no lo merecieron las culpas de aquellos malaventurados, pareciendo al Consejo que ni era conveniente á la autoridad de un príncipe tan poderoso, ni daban lugar á ello las grandes ocupaciones de negocios que ocurrian de otras partes. Concurrieron en que su majestad no debia hacer mudanza el cardenal don Diego de Espinosa, por quien corrian estos negocios, y la mayor parte de los del Consejo; mas juntamente con esto fueron de parecer que fuese á Granada don Juan de Austria, su hermano, mancebo de grande esperanza, y que con su autoridad se formase en aquella ciudad un consejo de guerra, y en él se proveyesen todas las cosas de aquel reino, con que no se determinase en el mesmo punto sin consultarlo con el supremo consejo: adicion grande, que causó inconveniente por la dilacion que después hubo en cosas que requerian brevedad y resolucion precisa. Resuelto pues su majestad en que don Juan de Austria fuese á Granada, hizo dos provisiones, una á don Luis de Requesenes, comendador mayor de la órden de Santiago en el partido de Castilla, que estaba por embajador en Roma y era teniente de capitan general de la mar por don Juan de Austria, que con las galeras de su cargo que habia en Italia y el tercio de los soldados viejos españoles de Nápoles viniese luego á España, y juntándose con don Sancho de Leiva, estorbasen el pasaje de bajeles de Berbería y proveyesen por mar los presidios de nuestra costa; y otra al marqués de Mondéjar, mandándole por carta de 17 de marzo que, dejando en la Alpujarra dos mil infantes y trecientos caballos á órden de don Francisco de Córdoba, ó de don Juan de Mendoza, ó de don Antonio de Luna, el que dellos le pareciese, con toda la otra gente de su campo se viniese á Granada, porque habia acordado que don Juan de Austria, su hermano, fuese allí para los negocios de aquel reino, y convenia que estuviese cerca de su persona por la mucha noticia que dellos tenia. Esta provision, divulgada antes de ser puesta en

ejecucion, causó mucho daño, porque los soldados, aguardando la venida de un príncipe de tanta autoridad, y no curando ya de las salvaguardias de los lugares de moriscos, se desmandaron á hacer entradas en los pueblos reducidos, alteraron la tierra, armaron los enemigos y pagaron muchos dellos con las vidas; y lo que peor es, que los mesmos que iban con órden eran los que hacian las mayores desórdenes, como adelante dirémos. Ordenóse tambien al marqués de los Vélez que, guardando las órdenes que don Juan de Austria le diese, enviase luego á Granada relacion del estado en que estaban las cosas de aquel partido, para que mejor pudiese dar órden en lo que convendria al bien y pacificacion de aquel reino. Muchos hubo que entendieron que esta ida de don Juan de Austria á Granada habia de ser para descomponer, con autoridad honrosa, á los dos marqueses; mas el fin de su majestad no fué otra cosa sino que, juntándose con él el duque de Sesa, el marqués de Mondéjar, Luis Quijada, presidente de Indias, el presidente don Pedro de Deza y el arzobispo de Granada, cuando ocurriesen negocios de conciencia buscasen los mejores medios para allanar la tierra, si fuese posible, sin rigor de guerra, considerando que los unos y los otros todos eran sus vasallos. Mas tampoco hubo conformidad en esto; que Dios no queria que la nacion morisca quedase en aquel reino.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo mataron los moriscos que estaban presos en la cárcel de chancillería.

Estábanse todavía presos en la cárcel de chancillería los moriscos del Albaicin que el Presidente, tomando aviso de su ofrecimiento, habia hecho encarcelar, como dijimos en el capítulo quinto del libro tercero desta historia; y como creciese cada hora mas la indignacion en la gente de la ciudad contra la nacion morisca, por ver los incendios, muertes y crueldades que hacian, no faltó ocasion para degollarlos á todos dentro de la cárcel. Hubo algunos contemplativos que les pareció cosa acordada entre los superiores ministros de la justicia, para con castigo ejemplar poner temor á los demás, de manera que no se osasen rebelar; mas segun lo que después se averiguó con mucho número de testigos, la causa de aquellas muertes fué la que agora dirémos. Habíase divulgado una fama en Granada, diciéndose que Aben Humeya hacia instancia con los del Albaicin que le acudiesen con gente para acrecentar su campo, y daria vista á la ciudad y haria algun buen efeto; y que algunos se le habian ofrecido en haciéndoles señal de su venida desde la falda de Sierra Nevada con fuego de parte de noche; y demás de acudirle, habian ofrecídole que pornian en libertad á su padre y hermano, que estaban presos en la cárcel de chancillería, y á los moriscos que estaban presos con ellos. Con esta sospecha andaba la gente recatada, y se tenia especial cuidado con las centinelas y rondas del Albaicin y de la ciudad, y cada noche se juntaban los caballeros capitanes y ciudadanos honrados en el cuerpo de guardia que se hacia en las casas de la Audiencia y en la sala del Presidente, donde su negocio era tratar desta sospecha, como acontece muy de ordinario cuando hay que temer ó desear. Estando pues en buena conversacion una noche, que fué juéves á 17 dias del mes de marzo, don Jerónimo de Padilla bajó del Albaicin, y se llegó al Presidente y le dijo de manera que nadie le pudo oir, como en una ladera de Sierra Nevada se habian visto fuegos que parecian señales, y que de ciertas ventanas y terrados del Albaicin habian respondido con otras lumbres; y aunque disimuló porque los que allí estaban no se alborotasen, no tardó mucho que don Juan de Mendoza Sarmiento, que estaba alojado en el Albaicin, y era cabo de la gente de guerra que allí habia, le envió el mesmo aviso con Bartolomé de Santa María, cuadrillero, que le dió el recaudo que todos lo pudieron oir. Entonces dijo el Presidente que era bien apercebir la gente, por si hubiese algo, no los tomase descuidados; y sospechando que debian de querer juntarse para soltar los moriscos que tenia presos en la cárcel, mandó al proprio Bartolomé de Santa María que fuese á ver el recaudo que tenian, y si estaban con don Antonio de Válor y don Francisco, su hijo, un alguacil y seis soldados que les tenian puestos de guardia, y que dijese al alcaide de la cárcel de su parte que no se descuidase con los presos. Con este aviso tan particular llamó el alcaide algunos amigos y deudos suyos, y les rogó que le acompañasen aquella noche con sus armas, y buscando las que pudo haber prestadas, las repartió entre los cristianos que estaban presos. Estando pues todos prevenidos, la vela de la Alhambra, que estaba en la torre de la Campana, que otros llaman del Sol, acertó á tocar el cuarto de la modorra mas tarde y mas apresuradamente que otras veces, repicando á menudo, como si tocara á rebato; y creyendo que lo era, toda la ciudad se alborotó. Tambien se alborotaron los cristianos de la cárcel, y los moriscos juntamente, teniendo algun aviso ó sospecha; y fué de manera el alboroto, que vinieron á las manos. Los moriscos peleaban con piedras, ladrillos y palos que sacaban de los calabozos, y los cristianos con las armas que el alcaide les habia dado, ó con los mástiles de los grillos, procurando cada cual deshacer la pared que le venia mas á mano para sacar material que arrojar á su enemigo. Acudiendo pues el alcaide, se renovó la pelea con muertes y heridas de entrambas partes, sin que en mas de dos horas se sintiese fuera. Contábanos después el corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte que, estando él reposando sobre una silla en la sala de la Audiencia que responde á la cárcel, habia sentido gran ruido, y que salió corriendo á las ventanas que salen á la plaza Nueva, y como vió los soldados del cuerpo de guardia sosegados, tornó á sentarse; y dende á poco rato, oyendo el mesmo ruido, y pareciéndole que era en la cárcel, envió allá un soldado, que volvió á decirle como andaban los presos revueltos, peleando los moros con los cristianos, y que unos decian «viva la fe de Jesucristo», y otros «viva Mahoma»; y que habia ido luego á dar aviso al Presidente, el cual mandó que la compañía de infantería que hacia cuerpo de guardia en la plaza Nueva cercase la cárcel, porque no se fuesen los presos. Mas ya á este tiempo la gente de la ciudad habia acudido al rebato y muchos soldados á las vueltas; y entrando en la cárcel, combatian los calabozos y otros aposentos, donde los moriscos se habian retirado para defenderse; muchos de los cuales, declarando lo que tenian en el pecho, invocaban la seta. Otros, como desesperados, que ni querian carecer de culpa ni

excusar la muerte en aquella última hora de su vida, juntando esteras, tascos y otras cosas secas que pudiesen arder, se metian entre sus mesmas llamas, y las avivaban, para que, ardiendo lá cárcel y la audiencia, pereciesen todos los que estaban dentro. Mas aun esto no pudieron ver, porque los cristianos apagaron el fuego, y entre polvo y humo los mataron á todos, sin dejar hombre á vida, sino fueron los dos que defendió la guardia que tenian. Duró la pelea siete horas, y murieron ciento y diez moriscos que estaban presos, y muchos dellos se hallaron estar retajados; las culpas de los cuales debieron ser mayores de lo que aquí se escribe, porque después pidiendo las mujeres y hijos de los muertos sus dotes y haciendas ante los alcaldes del crímen de aquella Audiencia, y saliendo el fiscal á la causa, se formó proceso en forma; y por sentencias de vista y revista fueron condenados, y aplicados todos sus bienes al real fisco. Murieron cinco cristianos en esta refriega y hubo diez y siete heridos, y el alcaide fué bien aprovechado de los despojos de los muertos, porque como eran gente rica, tenian buena cantidad de dineros consigo. A este rebato acudió el conde de Tendilla cuando ya era de dia, y estando diciendo al Presidente que queria ir á poner algun remedio en la cárcel, llegó el licenciado Pero Lopez de Mesa, alcalde del crímen de aquella audiencia, que venia de la cárcel, y dijo que no habia para qué ir allá, porque ya los moriscos quedaban muertos. No mucho después mandó su majestad llevar á don Antonio y á don Francisco de Válor, su hijo, donde les dió con que poderse sustentar, porque pareció no ser culpados en el rebelion, sino que el alcaide mayor de Osuna los habia prendido viniendo del puerto de Santa María, donde estaban las galeras, á Granada, con órden. Este mesmo dia el conde de Tendilla, queriendo poner en efeto lo que mucho deseaba, que era juntar gente y salir en campaña á la parte de Bentomiz, envió á llamar al capitan Lorenzo de Avila, que con la gente de las siete villas estaba alojado en los lugares de Béznar, Alfacar y Cogollos; y teniendo apercebida la que habia en Granada y los lugares de la Vega, la Audiencia y la ciudad lo contradijeron, y paró con enviar á don Juan de Mendoza Sarmiento á Órgiba con trecientos hombres de la gente de las villas. En el siguiente libro dirémos la causa por que no se prosiguió en la reducion, y cómo se tornaron á alzar todos los lugares de la Alpujarra que ya estaban reducidos.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo estando ya reducidos los lugares de la Alpujarra, Alvaro Flores y Antonio de Avila saquearon á Válor, y se perdieron con la gente que llevaban.

Procuraba el marqués de Mondéjar por todas las vias posibles como acabar el negocio de la reducion, y prender ó matar á Aben Humeya y al Zaguer; y habiendo errado de prenderlos Gaspar Maldonado, traia espías sobre ellos, especialmente á los Aben Zabas de Válor, que eran sus enemigos. Estando pues con este cuidado, fué avisado como acudian algunas noches á aquel lugar, y que Aben Humeya habia de venir á celebrar una boda á las casas de su padre, donde podria ser con facilidad preso si á deshora daban sobre él cuarenta ó cincuenta hombres de hecho, porque eran pocos los moros que le acompañaban. Y mandando llamar á Jerónimo de Tapia y á Andrés Camacho cuadrilleros, hombres del campo y muy pláticos en aquella tierra, les encargó que con toda diligencia procurasen hacer aquel efeto con cuarenta soldados escogidos de sus cuadrillas. Partieron de Órgiba á 25 dias del mes de marzo, y llegando de parte de noche á Válor el alto, dejaron la gente emboscada entre unas matas, y ellos dos solos llegaron á las casas; y hallando las puertas abiertas, entraron dentro y encendieron lumbre, y anduvieron todos los aposentos, y no hallando gente ni señal de haber morado allí nadie muchos dias habia, tornaron á salirse, y se fueron hácia donde habian dejado los soldados. En el camino oyeron ruido en Válor el bajo, y sintiendo crujidos de ballestas, y estando escuchando, vieron salir de las casas un moro con dos bagajes menores cargados; y aguardándole en un paso del camino, salieron á él y le prendieron, para saber qué gente era aquella que tiraba con las ballestas; el cual les dijo como Aben Humeya quedaba dentro del lugar en casa de un morisco su amigo haciendo la zambra de una boda, y que estaban con él muchos ballesteros y escopeteros, monfís y gandules, y otros que le habian ido á buscar después de la entrada de Laróles. Con esta nueva se volvieron los cuadrilleros, no se atreviendo á entrar en el lugar con tan poca gente, porque estaba muy poblado, á causa de haberse reducido en él los vecinos del lugar alto y de otras partes; y llegados á Órgiba, informaron al marqués de Mondéjar de todo lo que el moro les habia dicho; y preguntándoles qué gente bastaria para cercar el lugar y hacer el efeto que se pretendia, le dijeron que cuatrocientos hombres seria número suficiente para ello. Aquella noche vino Alvaro Flores de fuera, y el Marqués les mandó á él y al capitan Antonio de Avila, vecino de Madrid, que con seiscientos arcabuceros escogidos de todas las compañías, llevando consigo los dos cuadrilleros, fuesen á Válor el bajo; y cercando de parte de noche el lugar de manera que no fuesen sentidos, avisasen á cualquiera de los Aben Zabas, para que les mostrasen las casas donde podia estar Aben Humeya; y cercándolos á un tiempo, trabajasen por prenderle ó matarle; y no le hallando, se informasen si habia estado allí aquellos dias, y donde se habia recogido. Tambien se entendió que mandó á Alvaro Flores que pidiese á los regidores le entregasen las moriscas de su majestad, que se les habian dado en depósito en Jubiles, y que las llevase á Órgiba, donde se recogian las demás. Con esta órden salieron los capitanes del campo miércoles 30 dias del mes de marzo, y al pasar de la puente que está junto al lugar de Albacete, hicieron su reseña, y hallaron que llevaban seiscientos y cincuenta hombres, sin otros que los siguieron después sin órden, entendiendo que iban á hacer

algun buen efeto, y algunos aventureros que llevaban cantidad de dineros para emplear en esclavas, ropa y joyas, porque en semejantes jornadas que estas siempre tenian los soldados aprovechamiento de buena ó de mala guerra; y hallando al pié de la obra quien se lo comprase, lo daban por poco dinero. Juntándose pues al pié de ochocientos hombres, caminaron todo aquel dia hácia la mar, dejando á Válor á la mano izquierda, por desmentir las espías. Otro dia encontraron cuarenta soldados del presidio de Motril, que estaban en una rambla bien descuidados esperando que llegasen otros compañeros para ir á saquear un lugar; y llevándoselos consigo, prosiguieron su camino, dando vueltas á una parte y á otra; y el viérnes bien de mañana vieron bajar por un cerro abajo otros cincuenta soldados huyendo, y muchos moros que los venian siguiendo dando grandes alaridos. Estos eran de Adra, y habian salido mas de ciento juntos, y repartidos en dos cuadrillas, para saquear á un tiempo los lugares de Múrtas y Turon. En Turon se habian defendido los moros, y muerto once dellos; y en Múrtas se habian aposentado la noche en la iglesia, y los vecinos les habian dado de cenar, y de almorzar á la mañana, y á la partida, en pago del hospedaje, les habian saqueado las casas, y cargados del despojo, iban huyendo, y los moros tras dellos dando voces; y si no acertara á llegar nuestra gente, los degollaran á todos. Recogiéndolos pues los capitanes con la otra gente, fueron haciendo un gran rodeo hasta Válor, donde llegaron sábado en la noche á 2 dias del mes de abril; y antes de llegar al lugar repartieron la gente en dos partes para poderlo cercar á un tiempo. Antonio de Avila y Jerónimo de Tapia tomaron la ladera por una vereda que iba derecha á las casas, y Alvaro Flores y Camacho fueron por un barranco que se habia de pasar para tomar lo alto á la parte de la sierra. Habian de llegar todos á un tiempo; y como Alvaro Flores tenia mas camino que andar y mas impedimento, por ser el barranco grande y hondo, llegó Antonio de Avila á su puesto primero que él. Los moros tenian su cuerpo de guardia en el camino junto á una cruz, por temor de los soldados que andaban haciendo daño; y adelantándose Jerónimo de Tapia, llegó á ellos y les dijo que no se alborotasen, porque eran soldados de Alvaro Flores que andaban visitando la tierra; y conociéndole uno de los Aben Zabas que estaba con ellos, se fué para él y le abrazó, y le rogó que entretuviese la gente mientras iba á verse con Alvaro Flores, porque ya tenia aviso de lo que iban á hacer. Sucedió pues que, yendo Aben Zaba el barranco arriba por defuera de las casas en busca de Alvaro Flores, llamándole por su nombre, y con la salvaguardia que tenia del marqués de Mondéjar en la mano, como hacia luna y se devisaba el bulto desde lejos, un soldado le tiró un arcabuzazo, y no le errando, le derribó muerto en tierra. Los moros que iban con él dieron luego voces, y los cristianos tocaron arma; y dando los de Antonio de Avila en los que estaban de guardia en la cruz, los unos y los otros entraron de tropel en el lugar, y matando cuantos moros les venian por delante, saquearon las casas, captivaron las mujeres, y como si fueran muy de propósito á hacer aquel efeto, recogieron la presa en la iglesia. No era bien amanecido, cuando los moros que habian podido huir de los soldados comenzaron á echar ahumadas por la tierra, y los dos cuadrilleros, como hombres práticos, dijeron á los capitanes que de su consejo dejasen la presa y se recogiesen con tiempo, porque tenian ocho leguas de camino áspero y fragoso hasta llegar á Órgiba, y si cargaban enemigos, correrian riesgo de perderse. Alvaro Flores quisiera tomar su consejo; mas Antonio de Avila burló dél, diciendo que con la gente que allí tenia atravesaria toda Africa, llevando mayor presa que aquella. Con este no menos cudicioso que soberbio parecer se conformaron todos los soldados y aventureros, y sacando las moras de la iglesia siendo ya alto el dia, hicieron dos escuadrones; con el uno tomó la vanguardia Alvaro Flores, y el otro quedó de retaguardia á órden de Antonio de Avila; y metiendo las moras en medio, que pasaban de mil y docientas almas, con algunas mangas de arcabuceros á los lados, mientras marchaban los unos y los otros, Antonio de Avila con docientos y cincuenta soldados hizo alto junto á las casas, por si los enemigos, que ya acudian dando alaridos por aquellas laderas, quisiesen hacer algun acometimiento á la bajada de una loma, por donde necesariamente habia de ir la gente á dar al camino real. A este tiempo los moros, despojados de sus mujeres y hijos y de sus haciendas, conociendo haber sido desórden la que se habia hecho, enviaron dos hombres delante, que dijesen á los capitanes que mirasen que tenian salvaguardia del marqués de Mondéjar y estaban reducidos, y que no habia causa por donde hacerles tanto mal; que si habia sido inadvertencia de algunos soldados, lo pasado fuese pasado, y les dejasen sus mujeres y hijos, porque ellos querian paz y quietud en sus casas, y de lo contrario, tomaban á Dios por testigo. A los cuales respondió Antonio de Avila con palabras injuriosas, llamándolos de perros traidores á Dios y al Rey, que teniendo al tirano en sus casas, le habian avisado para que se fuese; y les mandó tirar de arcabuzazos. Viendo esto los moros, acudieron como quinientos, la mayor parte desarmados, y acometieron como hombres desesperados á los docientos y cincuenta soldados al tiempo que iban bajando la cuesta de la ladera; y desbaratándolos, mataron á Antonio de Avila y mas de treinta dellos; los otros dieron todos á huir vilmente hácia el escuadron. Estaban todos los reducidos alterados por los daños que la gente desmandada les hacia desde la entrada de Laróles, y cuando corrió la fama por los lugares convecinos de lo que habian hecho en Válor, y como se llevaban todas las mujeres captivas, no se mostraron nada perezosos en acudir á las ahumadas, y ejecutando animosamente por donde veian mejor entrada en los desordenados soldados, que á un tiempo les faltó consejo, disciplina y ánimo, como iban caminando, les salian de través por los pasos y veredas que sabian, y los herian y mataban á su salvo. Un golpe de moros cortó por medio de los escuadrones donde iban las mujeres captivas, y matando mas de cincuenta soldados, les quitaron mas de trecientas dellas y se las llevaron. Tras destos entraron otros y otros, hasta que no dejaron ninguna, yéndose peleando tan flojamente de nuestra parte, que parecia ira del cielo la que perseguia aquellos cudiciosos soldados. Caminando pues cuanto podian, llegó la vanguardia á una angostura que se hace entre dos sierras, donde forzosamente ha-

bían de pasar desordenados; y dejando de tomar las cordilleras altas, como gente de disciplina, se metieron por un valle angosto y hondo, donde apenas podian ir apareados; y como los delanteros se diesen priesa á caminar por salir del mal paso, dejando á los traseros en el peligro, hicieron un hilo tan largo, que tuvieron lugar los moros de atajarlos; y entrándoles por muchas partes, los acabaron de romper, matando al capitan Arrieta, que animosamente habia resistido gran rato, haciendo algunas vueltas sobre los enemigos. Mientras la gente se alargaba, el capitan Alvaro Flores y Camacho trabajaron su posible por detener los soldados que huian; y viendo que el trabajo era en vano, porque los moros crecian y los cristianos desmayaban cada hora mas, acordaron de ponerse en cobro embreñándose por aquellas sierras hácia la parte que la fortuna los echase, y para ir mas ligeros fueron dejando las armas y los vestidos. Camacho se salvó, y Alvaro Flores, faltándole el aliento, se arrimó á una peña, y allí le alcanzaron los enemigos y le mataron. Este fué un infelice suceso con que los moros tomaron ánimo, porque se perdieron aquel dia al pié de mil cristianos y mucha cantidad de armas y de dineros que llevaban, con que se satisficieron bien del daño recebido en Laróles. Y verdaderamente pareció ser juicio de Dios, porque debiendo bastar un soldado para diez moros viles y desarmados, hubo moro que mató diez cristianos, hallándolos tan cargados de miedo y de cudicia juntamente, que aun en la presencia del peligro no querian soltar la presa que llevaban en las manos. Sesenta soldados se apartaron por un valle abajo, y fueron á parar á la villa de Adra, porque tuvieron buena guia. Otros cincuenta se hicieron fuertes en la torre de una iglesia, y allí los cercaron los moros y los quemaron vivos; pocos fueron los que pudieron escapar con los cuadrilleros por la sierra; los otros todos perecieron. Acabado de seguir el alcance, que duró mas de cuatro leguas, porque como llegaban en paraje de los lugares cansados y fatigados de sed, salian de refresco los moradores dellos y los iban degollando, luego se retiraron los de Válor, y enviaron un hombre al marqués de Mondéjar, descargándose de la culpa que se les podria imputar, y cargando á los capitanes, diciendo que estaban prestos de entregar luego las armas que habian tomado á los cristianos, porque no deseaban mas que quietud. El cual quiso oirlos y admitir su descargo; mas fué tanta la indignacion de todos los del campo, chicos y grandes, que no hubo razon que bastase para aplacarlos, diciendo que cuanto trataban era engaño y maldad, y que el marqués de Mondéjar se dejaba engañar de aquellos herejes, que tenia como por vasallos; y no faltaron personas particulares que ocurrieron á su majestad con memoriales de quejas, tomando por ocasion esta gran pérdida.

CAPITULO II.

Cómo los moros de Turon mataron al capitan Diego Gasca, y sus soldados saquearon el lugar.

Dos dias después desto el capitan Diego Gasca quiso tomar satisfacion de los de Turon por los once soldados que le habian muerto, inducido á ello de algunos vecinos que solian ser de aquel lugar; amaneció sobre él una mañana con la gente de á pié y de á caballo de Adra, y le cercó. El alguacil y los regidores salieron luego á mostrarle la salvaguardia que tenian, y le dijeron que los de aquel pueblo habian sido leales al servicio de Dios y de su majestad, y puesto en libertad á los cristianos que moraban entre ellos, y no habian consentido quemar la iglesia; y cuando habian podido, habian acudido á reducirse, porque antes no lo habian osado hacer por miedo de los monfís; y que le pedian por merced los favoreciese y amparase, y no diese lugar á que se les hiciese agravio, como lo habian querido hacer ciertos soldados desmandados que los dias pasados habian estado allí y queríndoles saquear las casas. Diego Gasca les respondió que no iba á hacerles daño, sino á buscar las armas que tenian escondidas, y las que habian quitado á los cristianos que habian muerto, y á prender á los matadores para que fuesen castigados por justicia; y entrando en el pueblo, sin embargo de los requerimientos que los reducidos le hacian con la salvaguardia que tenian, comenzaron á desmandarse los soldados por las casas, buscando lo que convenia para su aprovechamiento. Y como Diego Gasca entrase en un zofí bajo, donde estaban escondidos unos moros sospechosos, uno dellos se le descomidió de palabras, diciendo que lo que hacia no era buscar malhechores, sino robar las gentes; y como él le quisiese dar de mojicones, sacando el moro un puñal que tenia escondido, se lo escondió en el cuerpo. Los soldados que se hallaron presentes mataron luego al matador y á los que con él estaban; y se airaron tanto, viendo el desdichado suceso de su capitan, que sin otra consideracion tocaron arma á gran priesa, y dando igualmente en los vecinos armados y desarmados, mataron ciento y veinte dellos, y robaron el lugar, captivaron todas las mujeres y niños, y dejando ardiendo las casas, volvieron á su alojamiento, y repartieron la presa, como si hubieran llevado órden particular para aquel efeto, que todo lo disimuló la muerte de su capitan. Era Diego Gasca mancebo animoso, y habia desbaratado tres veces á Aben Humeya yendo sobre Adra, estando él dentro: la primera vez á 8 dias del mes de enero del año de 1569, en la cual llevando el moro ocho mil hombres, y hallándose él con sesenta caballos y trecientos infantes, le desbarató, y mató docientos moros; la segunda á 24 del dicho mes, que volviendo otra vez sobre aquel presidio, tambien le rompió, y le mató otros docientos y veinte moros; y la tercera y última, cuando llevándole el ganado de Adra, salió á él y se lo quitó y hizo retirar con daño; y así por estas vitorias como por otras entradas que habia hecho la tierra adentro con felices sucesos, estaba bienquisto de la gente de guerra, y sintieron mucho su muerte, especialmente sus soldados, á quien procuraba siempre aprovechar cuanto podia; cosa con que mucho se gana la benevolencia.

CAPITULO III.

De otras desórdenes que la gente desmandada hizo estos dias en los lugares reducidos.

En este mesmo tiempo los soldados que habian ido con el beneficiado Torrijos á reducir los lugares de la sierra de Filábres, enfadados de ver tanta paz, le dejaron ir; y desmandándose docientos y cincuenta dellos, cuando hubieron andado rescatando los pueblos, llegaron al lugar de Bayarca, y le saquearon para salirse por

aquella parte de la Alpujarra; mas los moros de la comarca se juntaron y dieron en ellos, y los degollaron á todos el mesmo dia que sucedió lo de Turon. Salió tambien estos dias del campo del marqués de los Vélez una compañía de infantería de los de Lorca, que anduvo por las taas de Berja y Dalías robando todos aquellos lugares, y llegando hasta Pezcina, donde estaban dos soldados de guardia que habia dado el marqués de Mondéjar á los vecinos, para que si acudiese alguna gente desmandada mostrasen la salvaguardia y no dejasen hacerles daño, aunque salieron á recebirlos con el alguacil del lugar y se la mostraron, como si no fueran obligados á guardarla por no ser del marqués de los Vélez, entraron airadamente en las casas y las saquearon, y captivaron mil y quinientas almas entre mujeres y niños, y mataron el uno de los dos soldados porque se lo reprehendia, y mas de treinta moros de los reducidos. Los otros, que eran muchos, huyeron á las sierras, y juntando mas gente de los lugares comarcanos, les salieron al camino, y con la ocasion de una niebla muy espesa y de una aguanieve que se les ofreció favorable, los acometieron por diferentes partes dando grandes alaridos; y como los soldados no se pudiesen aprovechar de sus arcabuces, porque á unos se les apagaron las mechas que llevaban encendidas, y á otros en descubriendo la cazoleta del fogon se les mojaba el polvorin, yendo ansimesmo embarazados con una presa tan grande de gente, ganados y bagajes, tuvieron lugar los moros de entrarles, y desbaratándolos, los degollaron á todos, y les tomaron mucha cantidad de arcabuces, ballestas y espadas, con que se acabaron de armar los que no lo estaban. Con esta vitoria, y con la presa que cobraron, volvieron los moros á sus lugares menos contentos de lo que lo suelen estar los vencedores, porque los hombres de buen entendimiento veian que era dar espuelas á su destruicion. No sucedió ansí á don Diego Ramirez de Haro, alcaide de la fortaleza de Salobreña, que yendo á Mulvízar, lugar de aquella jurisdicion, donde se habian recogido muchos de los reducidos, y con ellos otros moros de guerra, hallándolos cortando cañas dulces á jornal en unas hazas, los prendió á todos; y pasando al lugar, lo saqueó y trajo captivas las mujeres, sin hallar quien le hiciese resistencia á la ida ni á la vuelta. Esta presa partieron entre don Sancho de Leiva y él, porque iba gente de mar y de tierra. Los moros se llevó don Sancho para las galeras, y las moras fueron vendidas por esclavas. No menos que esto hacian los capitanes y soldados de los presidios hácia la parte que les tocaba con pequeñas ocasiones, buscando sus aprovechamientos entre paz y guerra, antes que la tierra se acabase de allanar.

CAPITULO IV.

Cómo los moros de la Alpujarra se tornaron á levantar, y juntándose con Aben Humeya renovaron la guerra; y de algunas provisiones que su majestad hizo estos dias.

Estas desórdenes y otras muchas que sucedieron, estándose todavía el marqués de Mondéjar en Orgiba, esperando que don Juan de Austria partiese de la corte, fueron causa que los ya rendidos pueblos se alterasen de nuevo, dando crédito á los sediciosos, que les reprehendian haberse fiado tan de ligero y rendido las armas y las banderas, como si la hambre y la necesidad, que es la que suele rendir los lugares fuertes, no los hubiera combatido y doblado. «Cruel condicion, decian, es la de nuestros enemigos para ponernos en sus manos, teniéndolos tan ofendidos. Apresuremos el paso, y tomemos la delantera con varoniles ánimos á una honrosa muerte, defendiendo nuestras mujeres y hijos, y haciendo lo que somos obligados por salvar las vidas y las honras que naturaleza nos obliga á defender.» Estas y otras muchas razones que decian á la gente rústica acrecentaron los enemigos ánimos y dieron nuevas fuerzas á Aben Humeya; y cuando pensábamos tenerle ya vencido y deshecho, tornó á renovar la guerra con mayor confianza, viéndose rodeado de mucha gente que de todas partes le acudia, armados de las armas que quitaban juntamente con las vidas á nuestros cudiciosos soldados. Hízose poderoso para entre aquellas sierras brevemente, y poniendo su ánimo en defender la Alpujarra y en levantar los otros lugares que hasta entonces no se habian levantado, con vana hinchazon imaginaba como poder ofender á Granada y á las otras ciudades de aquel reino; mas la fortuna de su acelerada muerte le entregará presto á las tinieblas, y la guerra tomará castigo de los que la despertaron, haciéndoles pagar con las gargantas los alborotos y las muertes que hicieren en ella. Cuando ya su majestad fué bien informado de tantas desórdenes, de los daños que los rebeldes habian hecho y de los males que habia en aquel reino, apresurando la partida de don Juan de Austria, en que parecia consistir el remedio, mandó proveer dineros, bastimentos y municiones, no de otra manera que si hubiera de ir su real persona á dar fin á la guerra. Avisó á las ciudades y señores para que le obedeciesen y guardasen sus órdenes, mandándoles que rehiciesen sus compañías de gente, porque estaban ya casi deshechas, y á los que no las habian enviado, que las enviasen; y así, envió luego á Granada la ciudad de Sevilla los dos mil infantes con que se habia ofrecido á servir en esta guerra á su costa, y docientos caballos. Capitanes de la infantería fueron don Pedro de Pineda, escribano mayor del cabildo, don Alonso de Arellano, don Pedro Niño, Alonso Ochoa de Rivera, Pedro de Vergara, Diego Ortiz Melgarejo y el jurado Alonso de Arauz; y de la caballería don Juan de Velasco, hijo del conde de Nieva, y don Juan Portocarrero; y lo mismo hicieron las otras ciudades y villas de la Andalucía que no habian acudido. Era grande el contento de los soldados enemigos de la paz, pareciéndoles que resucitaba la guerra, y viendo que con estas nuevas apenas habia ya quien osase mentar la reducion. Juzgaban que la ida de don Juan de Austria á Granada era dar fin de la nacion morisca, por las nuevas muertes de aquellos soldados, y que para este efeto se habia mandado al marqués de Mondéjar que saliese de la Alpujarra. Por otro cabo, los moriscos de Granada mostraban haber perdido mucha parte del temor, creyendo que con su presencia serian desagraviados y ternian fin sus trabajos, teniendo seguridad en las vidas y en las haciendas; porque no osaban salir á labrar los campos ni á trabajar en sus oficios, por miedo que no los matasen ó por no dejar sus mujeres y hijas solas y las casas llenas de huéspedes. No menos conformes que esto estaban los ánimos de los unos y de los otros en Granada, esperando que don Juan de Austria viniese, cuando el marqués de

Mondéjar, avisado como habia salido de Madrid, partió del alojamiento de Órgiba á 8 dias del mes de abril, dejando en él á don Juan de Mendoza Sarmiento con dos mil infantes y cien caballos; y con toda la otra gente entró en la ciudad la víspera de pascua de Resurreccion, acompañado de muchos caballeros y ciudadanos nobles que le salieron á recebir. Metió la caballería delante con las banderas que habia ganado á los moros, arrastrándolas por el suelo; luego iban los bagajes cargados de las armas que le habian rendido; trás destos iba su persona rodeada de los alabarderos de su guardia ordinaria, y de retaguardia toda la infantería puesta en sus ordenanzas: entrada cierto de mucho regocijo, si la demasiada alegría de algunos no despertara el dolor en los corazones lastimados de los que habian perdido sus padres, maridos, hijos y hermanos, y los encendiera en mayor ira; porque se les representaba que los rebeldes quedarian sin castigo, y que el Capitan General era autor de que fuesen perdonados. Salido el marqués de Mondéjar de la Alpujarra, Aben Humeya tuvo lugar de extenderse por ella á su voluntad; y perdiendo la vergüenza á toda crueldad, porque no le quedase á quien temer, hizo morir muchos hombres principales, alguaciles y regidores de los que se habian reducido, diciendo que por haberlo hecho sin autoridad suya. Y enviando sus mensajeros á Berbería á que publicasen de nuevo vitorias y grandes muertes de cristianos, movió los ánimos de muchos hombres inquietos, que hasta allí no se habian determinado, teniendo por cosa de aire el rebelion, para que le viniesen á socorrer, unos con sus personas y bajeles, y otros con armas y municiones por sus dineros.

CAPITULO V.

Del recebimiento que se le hizo á don Juan de Austria cuando entró en Granada.

A 6 dias del mes de abril partió don Juan de Austria de los jardines de Aranjuez, donde habia ido á besar las manos á su majestad y á despedirse para proseguir su camino, llevando consigo á Luis Quijada; y tomando postas por jornadas moderadas, llegó en seis dias á la villa de Hiznaleuz, que está cinco leguas de Granada. Alborótose la ciudad con regocijo cuando supo su llegada y que habia de entrar otro dia siguiente, deseosos todos de festejar un príncipe hermano de su rey y señor natural, que tan de corazon amaban. El marqués de Mondéjar salió el mesmo dia con la compañía de caballos de Juan de Carvajal y algunos capitanes entretenidos y caballeros, deudos y amigos suyos, y estuvo con él en Hiznaleuz aquella noche, y otro dia de mañana, viniendo juntos la vuelta de Granada, se adelantó para dar lugar á los otros recebimientos que se habian de hacer, y se subió á la fortaleza de la Alhambra. El conde de Tendilla fué el primero que salió á recebir á don Juan de Austria con docientos jinetes muy bien aderezados, ciento de la compañía de Tello Gonzalez de Aguilar, y ciento de la suya, cuyo teniente era Gonzalo Chacon. Estos iban todos vestidos á la morisca, y los otros con ropetas de raso y de tafetan carmesí á nuestra usanza, y los unos y los otros bien armados de corazas, capacetes, adargas y lanzas; de manera que entre gala y guerra hacian hermosa y agradable vista. Llegó hasta el lugar de Albuloto, legua y media de la ciudad, y hecho su cumplimiento, se volvió para dar tambien lugar á otros caballeros y señores que iban al mesmo efeto. Ya el Presidente tenia órden de su majestad de la que se habia de tener en el recebimiento de su hermano, que era que saliesen con él solos cuatro oidores y los alcaldes del crimen, y con el Corregidor cuatro veinticuatros y sus tenientes, y con el Arzobispo cuatro personajes del cabildo, los que él señalase. Y como supo que venia ya cerca, salió á juntarse con el Arzobispo en una encrucijada que se hace á la entrada de la calle Elvira, junto al pilar del Toro; y tomando el Arzobispo la mano izquierda, salieron al hospital real, y pasaron un tiro de ballesta mas adelante hasta el arroyo de Beyro, donde se habia de hacer el recebimiento. Llegando don Juan de Austria á un mesmo tiempo, se adelantó el Presidente el primero, cuando le vió venir cerca, y llegó humilmente á hacer su cumplimiento; el cual lo recibió muy bien y con el sombrero en la mano, y le tuvo un rato abrazado. Y apartándose á un lado, llegó el Arzobispo y hizo lo mismo con él; y luego llegaron por su antigüedad los oidores y alcaldes, y las dignidades de la iglesia, y el Corregidor y los veinticuatros por esta órden, y á la postre los caballeros y ciudadanos particulares. Y el Presidente le decia quien era cada uno, y él los recebia con tanto amor, que todos quedaban satisfechos. Acabado este recebimiento, el conde de Miranda, que venia al lado de don Juan de Austria, se adelantó, y el Presidente y el Arzobispo le tomaron en medio, yendo el Presidente á la mano derecha. Desta manera caminaron á la ciudad con increible concurso de gente que cubria todos aquellos campos. Estaba hecho un escuadron de toda la infantería en el llano de Beyro; y en llegando á emparejar con las primeras hileras, comenzó la arcabucería á disparar por su órden, y tan sin intervalo, que haciendo una hermosísima salva, pareció muy bien, no solo á los que no habian visto otra cosa semejante, mas aun á los soldados práticos que habian sido muy experimentados en ello. Y el belicoso ánimo del mancebo para quien estaba guardado el triunfo de la vitoria naval, no podia apartar los ojos de sobre aquella infantería, que pasaba el número de diez mil hombres. No hubo pasado muy adelante, cuando le salió otro recebimiento, espectáculo piadoso y digno de compasion, aunque industriosamente hecho para provocarle á ira contra los moriscos. Salieron mas de cuatrocientas mujeres cristianas, de las que habian sido captivas en la Alpujarra, todas juntas, faltas de atavíos y colmadas de tristeza, rociando el suelo con sus lágrimas y esparciendo por él sus rubios y mesados cabellos; y cuando le tuvieron cerca, poniendo algunas dellas silencio á sus dolorosos llantos, no sin falta de sollozos y gemidos, abrazando consigo su dolor, le dijeron desta manera: «Justicia, señor, justicia es la que piden estas pobres viudas y huérfanas, que aman el lloro en el lugar de sus maridos y padres; que no sintieron tanto dolor con oir los crueles golpes de las armas con que los herejes los mataban á ellos y á sus hijos, hermanos y parientes, como el que sienten en ver que han de ser perdonados.» Y como prosiguiesen en sus quejas, hablando unas y otras tumultuosamente, don Juan de Austria, enternecido de verlas de aquella manera, les dijo que callasen, y las consoló con que tuviesen paciencia y fuesen ciertas que

favoreceria su justicia cuanto fuese posible. De allí entró en la ciudad, donde vió menos lástimas y mas galas y regocijos, porque estaban las ventanas de las calles por donde habia de pasar entoldadas de paños de oro y de seda, y mucho número de damas y doncellas nobles en ellas, ricamente ataviadas, que habian acudido de toda la ciudad por verle. El cual pasó mirando á una parte y á otra, no menos hermoso que bien compuesto, hasta las casas de la Audiencia, donde le tenia hecho el Presidente su aposento en unas salas ricamente aderezadas, conforme á quien se habia de hospedar en ellas. Y antes que se apease se despidieron dél el Arzobispo y el conde de Tendilla, y el Presidente le acompañó hasta dejarle en su aposento.

CAPITULO VI.

Cómo los moriscos del Albaicin diputaron personas que fuesen á besar las manos á don Juan de Austria y á darle cuenta de sus trabajos.

Cuando pareció á los moriscos que don Juan de Austria habria ya descansado del trabajo del camino, juntándose los mas ricos y principales, diputaron cuatro personas entre ellos de los mas ladinos, que con su procurador general fuesen á besarle las manos por toda la nacion y á darle cuenta de sus trabajos; los cuales fueron á su posada, y después de haberle hecho humilde reverencia, el Procurador general habló desta manera: «Grande es el contento que todas estas gentes tienen de ver á vuestra excelencia en esta ciudad para el remedio de tantos males como hay en ella, que cierto les representaban su destruicion. Temen que algunos habrán desatado las lenguas y dado falsas nuevas de su fidelidad, diciendo ser autores del mal ó favorecedores de los malos; mas confian en Dios y en la bondad y clemencia de su majestad, que los que hubieren sido leales serán favorecidos y bien tratados, como es justo sean rigurosamente castigados los que pareciere haber sido culpados en el levantamiento. Quéjanse que son molestados por los ministros de las cosas de justicia y de guerra con cohechos; que los soldados les roban sus haciendas y les deshonran sus casas, y que hasta agora los superiores no han puesto remedio en ello; y suplican á vuestra excelencia lo mande remediar de manera que, desagraviados de lo pasado, previniendo á lo porvenir, cese el alojamiento de la gente de guerra en sus casas, y tengan libertad de poder ir seguros á sus labores. Bien saben que en esta ciudad cada uno da fuerza á la ruin opinion ó la acrecienta de manera que muchos temen lo que ellos mesmos inventaron; mas asegúralos la presencia de vuestra excelencia, en cuya proteccion y amparo ponen sus vidas, honras y haciendas.» Hasta aquí dijo el Procurador general. Y don Juan de Austria, con una serenidad agradable que Dios puso en su rostro, les respondió estas palabras: «El Rey mi señor me mandó venir á este reino por la quietud y pacificacion dél; sed ciertos que todos los que hubiéredes sido leales al servicio de Dios nuestro señor y de su majestad, como decis, seréis mirados, favorecidos y honrados, y se os guardarán vuestras libertades y franquezas; pero tambien quiero que sepais que juntamente con usar de equidad y clemencia con los que lo merecieren, los que no hubieren sido tales serán castigados con grandísimo rigor. Y en cuanto á los agravios que vuestro procurador general dice que habeis recebido, darme heis vuestros memoriales, que yo lo mandaré ver y remediar luego; y quiéroos advertir que lo que dijéredes sea con verdad, porque de otra manera habriades hecho daño á vosotros mesmos.» Con esto se despidieron los moriscos, y don Juan de Austria nombró luego por asesor y auditor general al licenciado Pedro Lopez de Mesa, alcalde de aquella real audiencia, á quien cometió todas las quejas de los moriscos; y para los bienes confiscados y negocios tocantes á la hacienda de su majestad dió comision al licenciado Rodrigo Vazquez de Arce y al licenciado Montenegro Sarmiento, oidores della.

CAPITULO VII.

Cómo don Juan de Austria comenzó á entender en el negocio del rebelion, y las relaciones que el marqués de Mondéjar y el Presidente hicieron en el Consejo.

Estuvo don Juan de Austria en Granada esperando á que llegase el duque de Sesa algunos dias sin hacer consejo, porque, como queda dicho, era uno de los consejeros que habian de asistir cerca de su persona; y en este tiempo visitó el Albaicin y todas las murallas de la ciudad por de dentro y por de fuera; ordenó los cuerpos de guardia, las centinelas y rondas en lugares necesarios y convenientes, así para la guardia y seguridad de la ciudad, como para que los moriscos no recibiesen daño; lo cual todo se hacia con asistencia del marqués de Mondéjar y de Luis Quijada. A 21 dias del mes de abril llegó el duque de Sesa, y se comenzó á tratar de negocios. Luego el siguiente dia se tomó muestra general para saber el número de gente de á pié y de á caballo que habia en la ciudad y en los lugares de la Vega, así de vecinos, como de forasteros. Hecho esto, se juntaron á consejo para tomar resolucion en lo que mas convendria hacer, y porque su majestad mandaba que ante todas cosas se viesen las relaciones del marqués de Mondéjar y del Presidente, que eran los que mejor podian informar en aquel negocio. El marqués de Mondéjar fué el primero que propuso, explicando muy en particular el suceso de toda la guerra, y lo que de su parte habia hecho hasta poner el negocio en el estado en que estaba, facilitando el efeto de la reducion con la disciplina de la gente de guerra, y loándola por el mas breve y seguro remedio. Decia que la órden y traza que se podria dar para que hubiese brevedad, consistia en uno de tres medios. El primero y principal ponia en que la reducion pasase adelante, pues los lugares de la Alpujarra todavía lo deseaban y pedian; y que reducidos, le diese órden como recogerlos todos en las taas de Berja y Dalías, porque, segun estaban obedientes, se podria hacer sin dificultad, y él se proferia á ponerlos allí; y puestos en aquella tierra llana, con tomarles la parte de las sierras con la gente de guerra, teniendo, como tenian, la mar del otro cabo, podria ejecutarse en ellos lo que su majestad mandase fácilmente. El segundo era, no satisfaciendo el primero, que se pusiesen presidios de gente de guerra en los lugares convenientes, como él lo habia pensado hacer, porque los pueblos lo pedian con instancia, y se obligaban á sustentarlos á su costa, para que los defendiesen de los males y daños que la gente desmandada les hacia; y que á la hora que estos

presidios estuviesen puestos, con un alguacil se podian enviar á prender los mas culpados, y los que pareciese que merecian algun castigo. Y el tercero, pareciendo que se debia usar de mayor rigor con ellos, seria darle licencia para volver á entrar en la Alpujarra con mil soldados y docientos caballos; porque con ellos y con los que habia dejado en Órgiba destruiria los panes y quemaría todos los bastimentos que tenian; lo cual habia dejado de hacer por poderse aprovechar dello; y que proveyéndole á él de los que hubiese menester, de necesidad vendrian á darse las manos atadas. Hasta aquí dijo el marqués de Mondéjar; y don Juan de Austria, que habia estado atento á lo que decia, volviéndose hacia el Presidente, le dijo que dijese tambien lo que le parecia que se debia hacer para que aquel negocio se acabase con brevedad. El cual propuso desta manera: «Aunque su majestad manda que asista yo aquí al lado de vuestra excelencia, nunca entendí que habia de ser para dar parecer en cosas de guerra, porque ni la he usado ni las entiendo, y son muy fuera de mi profesion, especialmente estando aquí quien tan bien las entiende, como son el duque de Sesa y el marqués de Mondéjar y Luis Quijada; mas pues soy mandado, diré lo que siento y la experiencia me ha mostrado en estos dias. Dos cosas son, excelente señor, las que á mi parecer se deben hacer antes que se trate de ningun medio para que estos negocios tengan buen fin: la una, sacar estos moriscos del Albaicin y los de las alcarías de la Vega y de la sierra, y meterlos la tierra adentro; porque mientras los tuviéremos aquí no han de dejar de favorecer y ayudar á los alzados con avisos, con armas y con gente, y será dificultoso querérselo estorbar, no se pudiendo poner puertas al campo; y la otra, que para aplacar á Dios nuestro Señor de tantos sacrilegios y maldades como los herejes traidores han hecho, convendrá que se haga un castigo ejemplar, y este será bien se comience por el lugar de las Albuñuelas, donde hay muchos de los que mayores daños han hecho en los templos, menospreciando y destruyendo todas las cosas sagradas, y se han recogido allí so color de que se vienen á reducir; y acogiéndolos los vecinos en sus casas con esta disimulacion, para poderlos mejor favorecer, salen juntamente con ellos á saltear y robar á los cristianos por toda la comarca; y dello tenemos bastante relacion. Estas dos cosas son de mucha importancia, y hechas, se podrá tomar resolucion con mas acuerdo en lo que vuestra excelencia viere que conviene al servicio de Dios y de su majestad.» Con esto se acabó el Consejo este dia, y en otros que adelante se hicieron se trató mas largamente del negocio, como se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO VIII.

De los pareceres que hubo en Granada sobre sacar de allí los moriscos, y de algunas provisiones que don Juan de Austria hizo.

Estas dos relaciones, no menos desconformes que lo estaban los que las hacian, tuvieron suspensos á los del Consejo muchos dias, y en otros consejos, donde se trató del mesmo negocio, no dejó de haber diversos pareceres y opiniones sobre ello. El duque de Sesa aprobaba la saca de los moriscos del Albaicin; dificultábanlo mucho el Arzobispo y Luis Quijada, pareciéndoles que seria imposible echar tanto número de gente de sus casas sin que hubiese grandísimo escándalo; y el marqués de Mondéjar lo contradecia, diciendo que cómo se habia de despoblar un reino como aquel, donde se perderian los frutos de la tierra, que tan apropriada era para aquella nacion, acostumbrada á vivir entre sierras, y á sustentarse con muy poco, y tan impropria para los cristianos. Estos dias vino á Granada el licenciado Birviesca de Muñatones, del consejo y cámara de su majestad, para asistir tambien cerca de la persona de don Juan de Austria; al cual al principio no le parecia buen medio haber de echar los moriscos de la tierra, por los inconvenientes de adelante; mas después el Presidente y el licenciado Bohorques le trajeron á su opinion con muchas razones. Y el marqués de Mondéjar, viendo que ya su voto era solo, no se apartando del primer parecer, vino á querer lo que todos, porque cierto eran muy grandes los daños que los moros hacian en este tiempo, saliendo de los lugares que habian sido reducidos; mas era su conformidad de manera, que no contradiciendo, procuraba estorbarlo con grandes inconvenientes. Decia que no se podia negar sino que los moriscos habian cometido atrocísimos delitos, especialmente los que se habian alzado; mas que echar del reino todos los que habia en él no lo tenia por seguro; antes entendia que se dejarian hacer todos pedazos primero que dejar sus casas y recogerse donde se les mandase; que no era bien que dejasen de ser castigados los culpados con rigor; pero que habia muchos entre ellos que ni habian cometido los delitos que los otros, ni se habian levantado; y muchos lo habian hecho contra su voluntad, siendo forzados á ello por los malos; y que siendo esto ansí, seria bien tomar uno de los medios que habia dicho, y no usar con estos tales de tanto rigor ni darles igual pena; y en caso que pareciese al Consejo otra cosa, el camino que habia mas breve para acabar con todos, era el postrero que habia propuesto; y al fin viendo cuán mal le acudian á sus pareceres, poniéndolos por escrito, los envió á su majestad con don Iñigo de Mendoza, su hijo segundo. Sobre esto hubo dares y tomares, y alongamiento de tiempo, en el cual los rebeldes tuvieron lugar de rehacerse; como queda dicho; y añadiendo un daño á otro, se tomó resolucion en que lo que mas convenia era apretarlos con el rigor de las armas, hasta que viniesen á hacer lo que se les mandase. No se descuidaba don Juan de Austria en este tiempo, proveyendo en la seguridad de aquel reino; y cuando tuvo resolucion que la guerra se prosiguiese, aunque la dilacion della le habia tenido ocioso, con mucha presteza hizo apercebir todas las cosas necesarias para ella. Solicitó con nuevas órdenes á las ciudades y señores que servian con gente, que enviesen dineros con que pagar los soldados, porque no se fuesen; y en el entre tanto ordenó como fuesen socorridos de hacienda de su majestad, queriendo sobrellevar la costa que los moriscos del Albaicin y de la Vega tenian con ellos. Proveyó de nuevo capitanes que fuesen á levantar infantería y caballos á sueldo; formó tres tercios, y diólos á tres capitanes antiguos, para que con cabos tuviesen cargo dellos. Estos fueron Antonio Moreno, Hernando de Oruña, y don Francisco de Mendoza, ve-

cino de Alcalá de Henares. Proveyó asi mesmo los presidios: en algunos dejó los capitanes que los tenian, y á otros envió nuevos gobernadores. El partido de Baza cometió á don Enrique Enriquez; la ciudad de Almería encomendó á don Diego de Villaroel; lo de Salobreña á don Diego Ramirez de Haro; á Almuñécar envió á don Lope de Valenzuela, vecino de Baeza, que servia el oficio de comisario general en el Albaicin por el marqués de Mondéjar; y lo de Motril dejó á cargo de don Luis de Valdivia; avisándoles á todos que estuviesen con mucho cuidado, porque se tenia nueva que habian llegado navíos de Berbería á la costa de la Alpujarra con gente, armas y municiones en favor de los alzados. Tambien proveyó en las fortalezas y castillos y en la seguridad de los caminos; porque los moros, con la comodidad del verano, que tan favorable les era para su pretension, salian atrevidamente á llevarse los hombres y los ganados, y á dar en las escoltas que iban al campo del marqués de los Vélez y á Órgiba. En la fortaleza de la Calahorra puso al capitan Navas de Puebla, y en la de Fiñana á Juan Perez de Vargas, vecino de Granada; la de Gor encomendó á don Diego de Castilla, señor de aquel lugar, que moraba en él; en el Padul puso á Diego Ponce, vecino de Sevilla. La gente de Alhama encomendó al capitan Hernan Carrillo de Cuenca, con órden que hiciese algunas entradas á la parte de las Guájaras para asegurar aquella tierra. A don Alonso Mejía, veinticuatro de Granada, encargó la gente de las siete villas, y le mandó que se alojase en la villa de Hiznaleuz, y asegurase el camino de Granada y de Guadix, donde los moros bajaban de las sierras á hacer muchos saltos; y al capitan don Hernando Alvarez de Bohorques, vecino de Villa-Martin, que habia venido á la fama del rebelion desde los primeros con veinte caballos y algunos peones á su costa, y tenia ya cumplida una compañía de docientos y cincuenta soldados, mandó que se alojase en el lugar de Guevijar, cerca de la sierra de Cogollos, y que corriese aquella comarca, y hiciese las entradas que le pareciese á la parte de aquella sierra por donde salian los moros de noche á llevarse los ganados de la Vega, y á hacer otros daños. Hechas todas estas provisiones y otras muchas que dejamos de decir, se ordenó á don Francisco de Solís, vecino de Badajoz, que por mandado de su majestad servia el oficio de comisario y proveedor general, y á Francisco de Salablanca, contador general del ejército, que diesen órden en comprar bastimentos, armas y municiones, y todas las otras cosas necesarias para la gente de guerra; y se mandó pregonar segunda vez que todos los moriscos que se habian venido al Albaicin, de las alcarías de la sierra y de la Vega, se volviesen luego á sus casas, so pena de la vida; y finalmente, se dió órden en todas las cosas necesarias para formar un ejército suficiente con que proseguir la guerra muy de propósito. Y porque los alzados no tuviesen aprovechamiento de los ganados de los moriscos de paces de los lugares comarcanos á Granada, mandó retirarlos todos á la Vega. A esto fueron don Antonio de Luna y don Luis de Córdoba, cada uno por su parte. Don Luis de Córdoba retiró los de la sierra de Cogollos, y envió á Gonzalo Argote de Molina con treinta arcabuceros de á caballo, con que servia á su costa, después de haber dejado la gente de la milicia en las galeras, como queda dicho, y con otras treinta lanzas, á que retirase los de los lugares de la sierra; y don Antonio de Luna retiró los de los lugares que caen á la parte del valle de Lecrin. Digamos agora lo que se hacia en este tiempo hácia la parte del marqués de los Vélez.

CAPITULO IX.

Cómo el marqués de los Vélez quiso meter su campo en la Alpujarra y hacer un fuerte en el puerto de la Ravaha, y cómo se le estorbó la entrada, y los moros desbarataron los soldados que hacian el fuerte.

Habiendo estado el marqués de los Vélez en Terque muchos dias, deseoso de hacer algun buen efeto, sin consultar á don Juan de Austria su desinio hasta haber movido con su campo de aquel alojamiento, caminó la vuelta de Andarax, enviando delante á don Juan Enriquez con la relacion del estado de los negocios de la guerra que su majestad mandaba que le diese, y con aviso de su partida; y para que las escoltas que le habian de llevar bastimentos pudiesen pasar con seguridad desde Guadix, envió á Pedro Arias de Avila, corregidor de aquella ciudad, órden que hiciese un fuerte en lo alto del puerto de la Ravaha, adonde pudiesen estar dos compañías de infantería de presidio, que asegurasen aquel paso. Luego que don Juan de Austria supo la mudanza del campo y el desinio que llevaba, con parecer del Consejo despachó un correo á diligencia al marqués de los Vélez con órden que donde quiera que le alcanzase hiciese alto y no pasase adelante, porque así convenia al servicio de su majestad; dándole á entender que si entraba por aquella parte en la Alpujarra, los enemigos se retirarian á la parte de Órgiba y darian sobre el campo de don Juan Mendoza, que estaba flaco de gente, y podria ser que le desbaratasen; aunque no era esto lo que daba cuidado, sino por quitarle aquella entrada que con autoridad propria queria hacer. Finalmente, paró en alcanzando el correo, y dejando el camino que llevaba, se fué á poner en el lugar de Berja para estar mas cerca de su pretension, so color de dar calor á la ciudad de Almería y valerse de los panes que habia en aquella tan y en la de Dalías. Tampoco hubo efeto lo del fuerte, porque habiendo enviado Pedro Arias de Avila al capitan Gonzalo Hernandez, hombre animoso, nacido y criado en Oran, á que le hiciese con tres compañías de infantería, las dos de gente de Ubeda, cuyos capitanes eran Jorge de Ribera y Arnaldos de Ortega, y la otra de Juan de Benavides, vecino de Guadix, y habiendo comenzado la obra y hecho algunas paredes bajas á manera de trincheras, donde poderse encubrir la gente, en 3 dias del mes de mayo se juntaron tres capitanes moros, el Hanon de Guevijar, el Futey de Lanteyra y el Zerrea de Zújar, y con poca mas gente que la nuestra acometieron el fuerte á tiempo que los soldados andaban ocupados en dar priesa á la obra. Las centinelas tocaron arma y dieron aviso como venian moros, y Gonzalo Hernandez sacó una manga de ciento y cincuenta arcabuceros, y la puso en el cuchillo de la sierra; y dejando órden á las banderas que se pusiesen en escuadron fuera del fuerte, pasó á reconocer los enemigos con algunos soldados. Venian repartidos, aunque eran pocos, en muchas partes: unos por el camino real, hácia donde iba Gonzalo Hernandez, y otros por veredas que ellos sabian; y acometiendo á un nues-

mo tiempo á los que estaban con las banderas, dando grandes alaridos, creyeron que era mayor número de gente. Juan de Benavides quiso que se recogiesen dentro de los viles reparos contra la voluntad de algunos soldados viejos, que decian que en ningun tiempo se habia de mostrar flaqueza al enemigo; y fué así, que en volviendo la cara y las banderas al fuerte, los moros fueron tan prestos, que entraron á las vueltas con ellos, y los nuestros se turbaron de manera, que no hubo quien les hiciese rostro. Mataron á Juan de Benavides y al alférez Pedrosa, que llevaba cargo de la compañía de Arnaldos de Ortega, que estaba enfermo en Guadix, y poniéndose los demás en huida, llevaron tras de sí los de la manga, sin que Gonzalo Hernandez los pudiese detener: afrenta grande de nuestra nacion. Los moros siguieron el alcance, mataron ciento y setenta soldados, ganaron la bandera de Juan de Benavides; las otras dos salvaron con harto trabajo Feliciano Chacon, alférez de Jorge de Ribera, la suya, y un negro libre la de Arnaldos de Ortega, que era abanderado. Gonzalo Hernandez se escapó milagrosamente, como acaece muchas veces huir la muerte de quien menos la teme, porque atravesando por medio de los enemigos, ninguno le pudo ofender. Toda la otra gente llegó á Guadix desarmada, que para aligerar la carga soltaron los arcabuces y las espadas, y aun les pesaban los vestidos. Sabida esta desgracia en Granada, don Juan de Austria quiso poner persona de su mano en Guadix, pareciéndole que el Corregidor pudiera excusar lo que habia hecho, mientras no tenia órden suya; y proveyó por cabo de la gente de guerra de aquel partido al capitan Francisco de Molina, vecino de Ubeda. Y porque no sucediese alguna desgracia á la parte de Órgiba, donde estaba don Juan de Mendoza Sarmiento, envió á reforzar aquel campo á don Luis de Córdoba con cantidad de gente de á pié y de á caballo; el cual partió de Granada lunes á 13 de junio, y aquel mismo dia llegó á Órgiba, donde estuvo hasta que se dividió aquel campo, como se dirá en su lugar.

CAPITULO X.

De los apercebimientos y prevenciones que Aben Humeya hacia en este tiempo en la Alpujarra, y como alzó el lugar de la Peza.

De cuanto se hacia en Granada tenia avisos Aben Humeya por moriscos del Albaicin que iban cada dia á la Alpujarra; el cual, entendiendo que todo su negocio consistia en apresurar el socorro de Berbería, hacia grandísima diligencia, enviando presentes á los alcaides y alfaquís que sabia que eran privados del jarife Abdalá y de Aluch Alí, gobernador de Argel, para tenerlos gratos y que les persuadiesen á ello; y aunque el socorro no venia, ni aun creo que les pasaba por pensamiento enviarlo, todavía no dejaban de darles buenas esperanzas. En Tetuan se disimulaba con algunos mercaderes y soldados aventureros moros, que pasaban á la Alpujarra con armas y municiones y otras mercaderías de su provecho; y Aluch Alí decia que solamente aguardaba cuarenta galeras que el Gran Turco su señor le enviaba de levante, para con ellas y con la armada de Argel ir luego á socorrerle. Estas cosas hacia divulgar Aben Humeya harto mas grandes de lo que eran, para que los moros alzados se animasen viendo que el Gran Turco los socorria, y los que no lo estaban se alzasen luego, pues en la Alpujarra no habia ejército de cristianos que les pudiese ofender; dándoles á entender, como era verdad, que en Órgiba habia muy poca gente y que el marqués de los Vélez se sustentaba con sola la opinion de su nombre, habiéndosele deshecho el campo y vuéltosele la mayor parte de los soldados que tenia en Terque. Finalmente, los alpujarreños comenzaron á poblar sus casas y á labrar de propósito los campos, y salian á correr la tierra en cuadrillas, como lo solian hacer sus pasados antes que aquel reino se ganase; y en la ciudad de Ujíjar de Albacete vinieron á tener mercado, donde se vendian armas, municiones, bastimentos y otras mercaderías, en tanta abundancia como en la ciudad de Tetuan. Viendo pues Aben Humeya la muchedumbre de gentes que de todas partes le acudia, vanaglorioso y soberbio con el vano nombre de rey de la Alpujarra, tan odioso á los oidos de los leales vasallos de su majestad, quiso establecer de propósito un nuevo estado, proveyendo alcaides y oficiales de la guerra y ministros de justicia. A Jerónimo el Maleh, alguacil de Ferreira, encomendó el marquesado del Cenete y rio de Almanzora, y la frontera de Guádix y Baza; á Diego Lopez Aben Aboo, que ya estaba sano de las binzas, el partido de Poqueira y Ferreira; á Miguel de Granada Xaba, la frontera de Órgiba; á Aben Mequenun, el de Jérgal, las taas de Lúchar y Marchena, sierras de Filábres y Gádor, con el rio de Almería; y á Gironcillo y al Rendati, lo del valle de Lecrin y la frontera de Almuñécar, Salobreña y Motril, y á otros diferentes partidos, dándoles patentes firmadas de su nombre para que los moros les obedeciesen, y mandándoles que con toda diligencia levantasen los lugares; y á los que no quisiesen obedecer los matasen y les confiscasen los bienes para su cámara; y que cobrasen el quinto de todas las presas que se hiciesen para los gastos de la guerra; y para de su consejo dejó á don Hernando el Zaguer, al Dalay, á Moxarraf Calderon, vecino de Ujíjar, y á Hernando el Habaquí, que se habia ido á la sierra estos dias, porque habiendo estado preso en Guadix por sospecha de rebelion, ó como él nos dijo después, porque habia ido á contradecir las premáticas á la corte, y habiéndole soltado en fiado el corregidor de aquella ciudad, supo que le mandaban prender de nuevo. Todos estos y otros muchos que ya le acompañaban daban calor al nuevo estado, que ellos llamaban renovado y reformado por la gracia de Dios. Solo Aben Farax faltó en esta junta, que andaba huyendo de Aben Humeya, temiendo que le mandaria ahorcar, como en efeto lo hiciera si le pudiera haber á las manos, porque le alborotó muchas veces la gente y hizo grandes desafueros, queriendo ser obedecido por gobernador de los moros. Adelante dirémos en lo que paró este traidor, porque no quede atrás cosa que pertenezca á la historia. Juntando pues Aben Humeya mas de cinco mil hombres, fué á levantar el lugar de la Peza, y se llevó todos los moradores á la Alpujarra, la mayor parte dellos por fuerza maniatados, porque no querian levantarse; mas no esperó á combatir la fortaleza, ni el alcaide salió della hasta que se hubo retirado el enemigo. Entonces acabó de llevarse lo que habia quedado en las casas, y se proveyó de muchos mantenimientos que no pudieron llevar los moriscos, y lo metió en la fortaleza.

CAPITULO XI.

Cómo el Maleh fué á levantar la villa de Fiñana, y Francisco de Molina socorrió la fortaleza con la gente de Guadix.

Estos mesmos dias fué Jerónimo el Maleh sobre la villa de Fiñana, pensando ocupar aquella fortaleza, por ser el paso de las escoltas que iban con bastimentos al campo del marqués de los Vélez, y llevando consigo los moriscos del marquesado del Cenete y otros muchos de la Alpujarra, llegó á la hora que amanecia sobre ella, y recogiendo todos los vecinos, hombres y mujeres, con sus bagajes cargados y los ganados por delante, los envió la vuelta de la Alpujarra. No pudo ocupar la fortaleza ni hacer daño á los cristianos, porque no se teniendo por seguros entre sus vecinos, se habian metido dentro y la defendieron, hiriendo y matando algunos moros. Estaba una escuadra de soldados en la iglesia, allí junto, que guardaba los bastimentos que descargaban las escoltas que iban de Guadix, mientras venia la gente de guerra que los habia de acompañar para ir adelante; y teniendo los moros mejor comodidad de poderla combatir, derribaron una pared por donde les podian entrar á pié llano; y así fué necesario que los nuestros la dejasen y se recogiesen por una puerta alta que respondia á la fortaleza, y los enemigos, desconfiados de poderla ganar, pusieron fuego al templo y se volvieron á la sierra. Habia tenido aviso Francisco de Molina aquel mesmo dia en Guadix como el Maleh iba sobre esta villa, y con ochocientos arcabuceros y dos estandartes de caballos salió luego á socorrerla; y caminando toda la noche, llegó otro dia cuando amanecia, y hallando los moros idos, no quiso seguirlos, porque le parecia que le llevaban mucha ventaja, y dejando gente de guerra en la fortaleza, dió vuelta á la ciudad de Guadix. Después proveyó don Juan de Austria al capitan Juan Perez de Vargas, como queda dicho, en guardia della con una compañía de infantería y algunos caballos; el cual la guardó mientras duró la guerra, y saliendo algunas veces de allí, hizo buenos efetos por aquella comarca.

CAPITULO XII.

Cómo los lugares de Guéjar, Dúdar y Quéntar se alzáron, y don Juan de Austria mandó retirar los vecinos de Pinos y de Monachil á la vega de Granada.

El lugar de Guéjar cae tres leguas á levante de la ciudad de Granada, y entre él y la Sierra Nevada corren las primeras aguas del rio Genil. Está repartido en tres barrios, y en el de en medio está un peñoncete, donde solia haber antiguamente un castillo. Cércanle por todas partes sierras altas, y queda metido en una hoya; y para ir á él, yendo de Granada, hay dos caminos ásperos y muy fragosos: el que sube á la mano derecha por el lugar de Pinos es el mas corto y mas áspero; y el otro que va por el rio de Aguas Blancas á la mano izquierda, y por los lugares de Dúdar y Quéntar, sube dando vueltas la sierra arriba á la parte del cierzo. Estos lugares, y los demás que están cerca dellos metidos en las quebradas de las sierras, estuvieron siempre á la mira esperando lo que los moriscos del Albaicin hacian para seguir su fortuna. Hubo algunos vecinos que dejando sus casas, se fueron á juntar con los alzados al principio del rebelion, hallándose cargados de culpas, porque, como queda dicho, allí se habian hecho las escalas para escalar la fortaleza de la Alhambra, y dellos eran la mayor parte de los que entraron á pregonar la seta de Mahoma en el Albaicin, y estos eran los que persuadieron á Aben Humeya que fuese á alzar aquellos lugares; el cual envió estos dias á Pedro de Mendoza el Husceni con mucho número de gente á que los levantase. Sabido esto en Granada, don Juan de Austria hizo dos provisiones: la una fué que don Antonio de Luna con la gente de su cargo retirase los moriscos de Monachil y Pinos y de los otros lugares comarcanos, porque, como ellos decian, no los llevasen los moros á la sierra, y que los llevase á la Zubia y á Ujíjar, lugares de la Vega, donde parecia que estaban mas seguros; la otra fué que se reconociese el peñon de Guéjar, para ver si se podria hacer en él algun fuerte donde poner presidio, porque bajaban por aquella parte los moros, y llegaban á correr hasta el lugar de Cénes, una legua de Granada, y hacian mucho daño. A esto quiso ir él personalmente, y mientras don Antonio de Luna recogia los lugares, pasó con la caballería y un tercio de infantería hácia Guéjar; mas no se efetuó lo del fuerte por entonces, porque Luis Quijada y el capitan Hernando de Oruña fueron de parecer que no se podria proveer ni socorrer sin grandísima dificultad á causa de la aspereza del camino, y que seria mas la costa y el embarazo que el provecho, y así, se volvieron aquel mesmo dia á Granada. Don Antonio de Luna recogió la gente de aquellos lugares en las iglesias, no con pequeño desórden de los capitanes y soldados, porque hicieron que los moriscos y las moriscas encerrasen sus bienes muebles en dos casas grandes, so color de que estarian mejor guardados para cuando se fuesen; y después, sin dejárselo tomar, caminaron con ellos la vuelta de la Vega, y partiendo entre sí el despojo, hubo muchos que escondieron doncellas y muchachos, y se los llevaron por esclavos: tan grande era la cudicia de nuestra gente en este tiempo, que cuanto veian delante de los ojos, así de amigos como de enemigos, todo se lo querian apropriar, y les pesaba porque no se acababa de levantar todo el reino para tener que captivar y robar. Luego como nuestra gente salió de Guéjar, los moros que se habian ido á la Sierra Nevada bajaron á poblar sus casas, y Aben Humeya mandó á Pedro de Mendoza que se metiese en el lugar y le fortaleciese y guardase, como lo hizo, hasta que don Juan de Austria fué sobre él y lo ganó, como se dirá adelante.

CAPITULO XIII.

Cómo los moros robaron una escolta que iba de Granada á Guadix, y Francisco de Molina salió á ellos, y los desbarató y se la quitó.

En este mesmo tiempo salieron de la Alpujarra docientos moros, y bajando por la sierra que cae sobre el rio de Aguas Blancas, fueron á dar por cima del lugar de la Peza, y por una punta de sierra que está entre Hiznaleuz y Guadix, llamada el Puntal, llegaron á la venta de Tejada, y se pusieron en emboscada en unas quebradas que están allí cerca, aguardando que pasase alguna escolta de cristianos, porque está en el camino real que va de Guadahortuna á Guadix. Y acertando á pasar Feliciano Chacon con una escuadra de soldados y hasta cuarenta bagajes cargados de bastimen-

tos, y una mujer recien casada con todo su ajuar, dieron en ellos, y matando ocho soldados, huyeron los otros, y les tomaron los bagajes y caminaron la vuelta de la sierra. Este aviso llegó luego á Guadix, y poniéndose á caballo Francisco de Molina con algunos ciudadanos que acudieron, salió en busca de los moros, dejando órden que la caballería y la infantería le siguiese; y tomando el rastro por donde iban, llegó á alcanzarlos cerca de la Peza, que se iban metiendo ya en la sierra; y aunque no llevaba mas que trece de á caballo, porque los otros no habian podido seguirle, pareciéndole que con ellos podria entretenerlos mientras llegaba el golpe de la gente, puso las piernas al caballo, y apellidando el nombre de los bienaventurados Santiago y santa Bárbara, que tenia por sus abogados, los acometió animosamente; mas hubiérase de hallar burlado, porque entendiendo que los compañeros le seguian, cuando volvió la cabeza vió que solos tres estaban á su lado, que eran el dotor Fonseca, Hernan Valle de Palacios y Juan del Castillo, vecinos de Guadix, los cuales peleando como hombres de honra, fueron todos tres heridos, y les mataron dos caballos, y los mataran á ellos si no fuera porque Francisco de Molina, hallándose armado de todas armas, atravesó por medio del escuadron de los moros dos veces, y revolviendo sobre ellos, los socorrió, ayudándose con mucho valor los unos á los otros, y turbando á los enemigos, alancearon algunos dellos, y los entretuvieron hasta tanto que los caballos que venian atrás y los que no habian querido acometer se juntaron; y haciendo sus entradas diversas veces, rompieron por el escuadron de los moros, y los desbarataron y pusieron en huida. Murieron este dia veinte y siete moros, y fueron muchos heridos, y perdieron una bandera y los bagajes que llevaban con toda la presa, y de los cristianos no hubo ningun muerto; y con esta vitoria volvieron aquella tarde á la ciudad de Guadix, donde fueron alegremente recebidos.

CAPITULO XIV.

Cómo el comendador mayor de Castilla, viniendo de Italia con veinte y cuatro galeras cargadas de infantería, corrió tormenta y aportó á Palamós.

Mientras estas cosas se hacian en el reino de Granada, el comendador mayor de Castilla, que en cumplimiento de la órden de su majestad habia embarcado á gran priesa la infantería española del tercio de Nápoles, y venia navegando hácia poniente con veinte y cuatro galeras, llegó al puerto de la ciudad de Marsella, en la costa de Francia; y partiendo con bonanza de allí, en entrando la noche comenzó á refrescar el viento narbonés, y se levantó una tormenta de mar tan grande, y con tanta fuerza de viento, que las galeras hubieron de disparar cada una por su cabo. La galera de Estéfano de Mar, ginovés, embistió en medio del golfo con otra galera por un costado, y salvándose la embestida, se abrió esta y se fué á fondo. Perdióse toda la gente desta galera y de otras tres que dieron al través. Otras aportaron á Cerdeña, donde, pasada la tormenta, llegó don Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, con las galeras de Nápoles de su cargo, que habia quedado para asegurar con ellas la costa de Italia; el cual reparó con brevedad cinco galeras de las que estaban destrozadas de la tormenta, y en ellas y en las suyas embarcó los mas soldados que pudo, y navegó la vuelta de Palamós, donde halló al Comendador mayor con su capitana y otras nueve galeras que habian seguido su derrota. Duró esta tormenta tres dias sin cesar, y fué necesario aligerar, hasta venir á echar los soldados las armas y los vestidos á la mar; y llegó tan destrozada la capitana á Palamós, que los turcos y moros forzados tuvieron atrevimiento de quererse alzar con ella; mas fueron sentidos, y el Comendador mayor mandó hacer justicia de los mas culpados; y proveyendo á la necesidad de los soldados, lo mejor y mas brevemente que pudo partió la vuelta de poniente, y el marqués de Santa Cruz le dejó la infantería que traia de aquel tercio en sus galeras, y se tornó á levante. Traia el Comendador mayor en estas galeras doce compañías de soldados viejos, diez del tercio de Nápoles, una del de Piamonte y otra del de Lombardía. Los capitanes de las del tercio de Nápoles eran el maese de campo don Pedro de Padilla, don Alonso de Luzon, Pedro Bermudez de Santis, Ruy Franco de Buitron, Pedro Ramirez de Arellano, Antonio Juarez, el capitan Martinez, Alonso Beltran de la Peña, el marqués de Espejo y el capitan Orejon. Destos diez capitanes llegaron á España siete, porque los dos postreros se quedaron en Nápoles, y enviaron sus compañías con sus alféreces; y el capitan Martinez se ahogó en la mar, y se dió su compañía á Cárlos de Antillon, que era sargento mayor del tercio. De la de Piamonte era capitan Martin de Avila, y de la de Lombardía don Luis Gaitan. Demás desta gente traia muchos caballeros y soldados aventureros, que venian á su costa por solo hallarse en esta jornada; los cuales habian llegado á tierra tan desnudos y desarmados, que fué bien menester tiempo y diligencia para repararlos y rehacer las compañías de gente, armas y vestidos. Siendo pues avisado el marqués de los Vélez de la venida desta gente y de la calidad della, tuvo tiempo de escribir á su majestad, suplicándole se la mandase dar, ofreciéndose que con ella y con la que tenia en Berja daria fin al negocio del rebelion; y su majestad le envió una órden en que mandaba que en llegando el Comendador mayor á surgir á la villa de Adra, dejase toda aquella infantería en tierra, para que la juntase con su campo; mas no hubo efeto esto, porque el Comendador mayor llegó á la playa de Adra el primer dia del mes de mayo, y no se deteniendo allí mas que una sola hora, pasó la vuelta de Almuñécar y á Vélez, donde hizo el efeto del fuerte peñon de Fregiliana, como dirémos en su lugar. Dejémosle ir navegando, y vamos á los movimientos que hubo estos dias en la sierra de Bentomiz.

CAPITULO XV.

Que trata la descripcion de la sierra de Bentomiz, y cómo los moriscos de Canilles de Aceituno comenzaron á levantar la tierra y cercaron la fortaleza.

La sierra de Bentomiz cae en los términos de la ciudad de Vélez, y como atrás dijimos, es un brazo que se aparta de la sierra mayor por bajo de los puertos de Zalia, y va atravesando hacia el mar Mediterráneo. Tiene de largo desde su principio hácia la mar ocho leguas, y de ancho seis, mas ó menos por algunas partes. Toda esta tierra es fragosísima, aunque fértil, poblada de muchas arboledas, abundante de fuentes frias y saluda-

bles, de donde proceden muchos arroyos de aguas claras, que bajan acompañados entre las peñas y piedras de aquellos valles; y sacándolos en acequias por las laderas, riegan sus huertas y hazas los moradores. Es buena la cria del ganado en esta sierra porque gozan hermosos pastos de verano y de invierno. Cuando cargan los frios y las nieves, los apacientan por los otros términos de la ciudad de Vélez, que son espaciosos y muy templados, los cuales tienen á poniente la jarquía de Málaga, á levante la tierra de Almuñécar, al cierzo la de la ciudad de Alhama y villa de Archidona, y al mediodía el mar Mediterráneo iberio. Hay por toda la sierra grandísima cantidad de viñas, y de la uva hacen los moradores pasa de sol y de lejía, que venden á los mercaderes septentrionales, que vienen á la torre de la mar de Vélez cada año á cargar sus navíos, y la llevan á Bretaña, Inglaterra y á Flándes, y de allí la pasan á Alemaña y á Noruega y á otras partes. Demás desto, la cosecha del trigo y de la almendra les vale mucho dinero, y cogen tanto pan, que les basta para su sustento. La cria de la seda es en cantidad y tan fina, que iguala con la mejor que entra en la alcaicería de Granada. Alcanza un cielo tan claro y tan saludable, que haciéndola amenísima, cria los hombres ligeros, recios y de tan grande ánimo, que antiguamente los reyes moros los tenian por los mas valientes, mas sueltos y de mayor efeto que habia en el reino de Granada, y ansí se servian dellos en todas las ocasiones importantes. Tenia veinte y dos lugares poblados de gente rica, cuyos nombres, comenzando á la parte de la mar, son estos: Torrox, Lautin, Periana, Algarrobo, Cuheila, Arenas, Bentomiz, Daimalos, Nerja, Competa, Fregiliana, Sayalonga, Saláres, Curumbila, Batarjix, Arches, Canilles de Albaide, Benescaler, Sedella, Rubite, Canilles de Aceituno y Alcaucin. Está en Canilles de Aceituno una fortaleza importante, y el marqués de Comáres, cuya es, tenia por alcaide della á un Gonzalo de Carcamo, hombre cuidadoso y de mucha confianza, noble, de los Carcamos de Córdoba; el cual siendo avisado del alzamiento de la Alpujarra, y teniendo la fortaleza mal reparada, aportillados los muros por muchas partes, escribió luego al marqués de Comáres sobre ello, y mientras le venia gente y órden para repararla, metió dentro los cristianos que moraban en el lugar con sus mujeres y hijos. El marqués le envió sesenta soldados y cantidad de municion, y órden para que hiciese á los moriscos que reparasen los muros, los cuales lo hicieron dando peones y bestias que trabajasen en traer materiales, por manera que en poco tiempo la puso en defensa, sin que hubiese el menor estorbo del mundo, porque habia entre aquellos serranos muchos hombres de buen entendimiento, que disimulando su negocio, mostraban estar llanos en el cumplimiento de las premáticas, aunque les fatigaba demasiadamente lo de la lengua. Estando pues con muestra de pacificacion y quietud, parece que vino á desasosegarlos un moro de los que escaparon de las Guájaras, llamado Almueden. Este tenia su mujer captiva en poder de un cristiano vecino de Canilles de Aceituno, y con deseo de verla y de tratar de su rescate, por intercesion de algunos amigos fué con una cuadrilla de moros á un molino que estaba cerca del lugar, en el camino de Sedella, encubierto hácia la parte de la sierra, donde le fueron á ver los vecinos de aquellos lugares, unos por conocimiento, y otros por saber lo que pasaba en la Alpujarra. Viniendo pues á tratar de negocios del rebelion, el moro que los vió inclinados á novedad, los persuadió mucho á que se alzasen, ofreciéndoles que haria con Aben Humeya que les enviase socorro, y aun se lo traeria él mismo si fuese menester; y contándoles fabulosamente prósperos sucesos, muertes de tantos cristianos como habian muerto los moros en Válor y en otras partes, y grandes socorros de Berbería, despertó los ánimos de aquellas gentes, y los alborotó de manera, que no veian la hora de estar ya con ellos. Solo un morisco, regidor de Canilles de Aceituno, llamado Luis Mendez, entre deseo y temor les aconsejó que por ninguna manera se alzasen mientras el Albaicin estuviese en pié, porque seria destruirse; mas aunque se conformaron con su parecer, no dejaron los mancebos de quedar alborotados. Estaba con Almueden otro monfí natural de Sedella, llamado Andrés el Xorairan, y deseando hacer algun salto antes que se fuesen, preguntaron dónde podrian ir que le hiciesen á su salvo; los de Canilles le dijeron que en la venta de Pedro Mellado, que estaba al pié del puerto de Zalia, habia un ventero rico que tenia mucho dinero; mas que seria menester ir cantidad de gente, porque andaba por allí una cuadrilla de soldados de Vélez, y podria ser topar con ella; y ofreciéndosele que le irian á acompañar así ellos como los de Sedella y de otros lugares convecinos, con acuerdo que solamente entrasen los forasteros en la venta, se juntaron mas de sesenta hombres armados de ballestas y escopetas. Y un sábado en la noche, á 23 dias del mes de abril de 1569 años, fueron á emboscarse entre unos cerros, no muy léjos de la venta, y otro dia domingo, ya bien tarde, viendo buena ocasion para hacer su salto, dejando la gente de la sierra en atalaya, bajó el Xorairan con veinte monfís forasteros á dar en la venta, y hallando las puertas abiertas, y á Pedro Ruiz Guerrero, que así se llamaba el ventero, y á otro soldado llamado Domingo Lucero, sentados en un poyo con sendos arcabuces en las manos, creyendo que toda la cuadrilla estaba dentro, tornaron á salirse fuera, y los dos cristianos tuvieron lugar de subirse á un sobrado, donde se hicieron fuertes, llevando consigo á la ventera y á una hija suya niña, porque no pudieron recoger á los demás. Luego tardaron los moros á entrar, y á vuelta dellos alguno de los de Canilles de Aceituno, y pusieron fuego á la venta, amenazando á los venteros que si no les daban el dinero que tenian los quemarian vivos. La ventera, con temor de la muerte, bajó luego y les dió una arquilla con cien ducados; y teniéndolos en su poder el Xorairan, echó mano della y le dijo que si no le daban tambien las armas, la matarian; la cual con muchas lágrimas las pidió á su marido, mas no las quiso dar, diciendo que habia de morir con ellas en las manos. Estando pues en este debate, llegó la cuadrilla de Gaspar Alonso, vecino de Vélez, que andaba asegurando aquel peso, y comenzando á disparar algunos arcabuces contra los moros que estaban en atalaya, trabaron una ligera escaramuza con ellos, que solamente aprovechó á que los que estaban dentro de la venta se saliesen fuera, llevando robado lo que en ella habia. En este tiempo los dos cristianos tuvieron lugar de salir al campo: el soldado tomó de la mano la niña y la escondió detrás de una mata, y él se escapó lo mejor que pudo, y lo

mesmo pudiera hacer el ventero; mas oyó dar voces á su mujer que la estaban hiriendo los enemigos de Dios, y queriéndola favorecer le mataron tambien á él, y no les quedando mas que hacer, se retiraron á la sierra, dejando nueve personas muertas en la venta. Era alcalde mayor de la justicia en la ciudad de Vélez el bachiller Pedro Guerra, vecino de Málaga, el cual luego como supo lo que los monfís habian hecho en la venta, hizo informacion deste delito, y resultando culpa contra muchos vecinos de Canilles de Aceituno y de Sedella, Saláres y Curumbila, procedió contra ellos, y valiéndose de la provision que dijimos que ganaron los alcaldes de la chancillería de Granada para que las justicias realengas pudiesen entrar á prender los delincuentes en lugares de señorío, determinó de ir á prender los de Canilles de Aceituno, y llevando consigo al capitan Luis de Paz con los caballos de su compañía, y otra mucha gente por ciudad, fué á amanecer entre dos albas sobre el lugar, sin haber prevenido al alcaide Gonzalo de Carcamo, que tambien era alcalde mayor de la justicia, del negocio que iba á hacer. Teníase aviso en Granada como Aben Humeya enviaba siete mil moros hácia poniente en favor de los de la sierra de Bentomiz, jarquía y hoya de Málaga, para que alzasen todos aquellos pueblos, y que habia echado fama que tenia cartas de Aluch Alí, gobernador de Argel por el Gran Turco, en que prometia de venirle á socorrer brevemente. Y porque se entendia que para recebir los navíos de los turcos procuraria ocupar alguna plaza marítima, habia escrito don Juan de Austria á la ciudad de Vélez que estuviese sobre aviso, por ser aquel lugar cómodo para la pretension del enemigo, y con esto el cabildo habia hecho diligencia con los alcaides de los castillos de su partido, y especialmente habia escrito á Gonzalo de Carcamo, diciéndole como mandaba poner doce hombres en la cumbre de un alto cerro junto con el castillo de Bentomiz, de donde se descubre la ciudad y la fortaleza de Canilles de Aceituno, para que estuviesen de dia y de noche en centinela; y que si acaso viniesen moros á cercarle, ó supiese que entraban por aquella parte, siendo de dia hiciese tres ahumadas en la torre del homenaje y de noche tres fuegos; y que en respondiéndole los del cerro, entendiese tener la ciudad aviso para socorrerle; y que siendo los moros muchos hiciese muchas ahumadas ó echase abajo muchos hachos ardiendo, y que lo mesmo entendiese que habia de hacer si supiese que se levantaba la tierra; y él habia mandado á los moriscos que pusiesen cada noche centinelas al derredor del lugar, y que si viesen venir algun golpe de gente, le avisasen; los cuales lo hacian con toda diligencia, dando á entender que les pesaba que viniese gente forastera á desasosegarlos. Llegando pues el licenciado Pedro Guerra con mas de seiscientos hombres á la hora que dijimos, con intento de cercar el lugar y entrar á hacer sus prisiones, los que iban delante dieron con el cuerpo de guardia de los moriscos, que estaba par de á una cruz donde se juntan los caminos que van de Vélez y de Granada, y sospechando mal de aquella diligencia, sin mas aguardar dieron en ellos, y hiriendo á uno, hicieron ir huyendo á los demás, y no parara el negocio en tan poco si el Alcalde mayor y el capitan Luis de Paz y Beltran de Andía, regidor de aquella ciudad, que llevaba el cargo de la infantería, no detuvieran la gente con grandísimo trabajo de sus personas, porque cierto saquearan y destruyeran el lugar, segun la indignacion con que iban. El alcaide luego que sintió el rebato se puso en arma con la poca gente que tenia en la fortaleza, entendiendo que habia moros forasteros en la tierra; y cuando supo que era la justicia de Vélez, procurando apaciguar el pueblo, requirió al Alcalde mayor que no entrase dentro, ni quebrantase la jurisdicion del marqués de Comáres, ni le alborotase los vecinos que estaban quietos, haciéndole muchas protestaciones sobre ello, y con todo eso no pudo acabar que dejase de entrar con alguna gente, y prendiendo ocho moriscos, se volvió con ellos á Vélez. Luego los examinó en riguroso tormento, y de sus confesiones resultaron mucho número de culpados, así de Canilles como de otros lugares de la sierra; y haciendo prender algunos dellos y darles tormento, comenzó á hacer justicia. Y procediendo en el castigo á 22 dias del mes de mayo de aquel año, envió su requisitoria al alcaide de Canilles de Aceituno, pidiéndole que prendiese cuatro moriscos que resultaban culpados, y los entregase á Alonso Gonzalez Enriquez, vecino de Vélez, que con cuarenta soldados de su cuadrilla iba á traerlos; el cual los prendió luego y se los entregó, uno de los cuales era aquel morisco regidor llamado Luis Mendez, que dijimos que se halló en la junta del Molinillo, y otros viejos, cuya prision sintieron tanto todos los vecinos, que algunos convocaron gente para salirlos á quitar en el camino; mas el cuadrillero puso tanta diligencia, que salió de aquellas sierras con ellos antes que llegasen á hacer el efeto. Estando pues la tierra alterada con estas prisiones, otro dia lúnes, viniendo un soldado de hácia la ciudad de Vélez con su arcabuz en el hombro, le tiraron una saetada desde una mata, que le cosieron las dos faldas del capotillo con la saeta, y el fin desto fué, que dos moriscos de los que andaban ya alborotados se pusieron en aquel paso aguardando algun cristiano desmandado de los que iban y venian á Vélez, para matarle y quitarle el arcabuz, y armarse el uno dellos con él. Mas no les sucedió como pensaban, porque el soldado les hizo rostro, y pasó por ellos sin que le enojasen, y fué á dar aviso á Gonzalo de Carcamo, el cual, queriendo reconocer si habia gente de mal vivir en la tierra, envió un cabo de escuadra llamado Martin Nuñez con catorce arcabuceros, mandándole que no se alargase mucho, por si fuese menester retirarse con tiempo á la fortaleza. Los soldados fueron á dar con un morisco mancebo que estaba echado debajo de un olivo con una espada en la mano, y caminando hácia él, se levantó, y subió huyendo por una loma arriba que llaman Embarc Alahauyz, dando voces en algarabía y diciendo: «Valientes, favorecedme.» Luego salieron de la hoya de una umbría mas de doscientos moros, y delante dellos el Xorairan y otro capitan llamado Aben Audalla, con una bandera nueva de tafetan colorado, y cargando sobre los nuestros, los fueron siguiendo la vuelta del lugar. El cabo de escuadra y los que guiaron tras dél, por trochas y veredas que sabia, se salvaron en la fortaleza, y cuatro cristianos que tomaron por diferente camino fueron muertos. Entrando pues los moros de golpe por las calles, las moriscas comenzaron á llorar y á dar voces viendo que les decian los monfís que dejasen sus casas y caminasen á la sierra, y muchos moriscos se de-

fendieron diciendo que los dejasen estar, porque no querian alzarse ni ir á otra parte. En este tiempo el alcaide tuvo lugar de recoger los vecinos cristianos que estaban fuera de la fortaleza, y entre ellos algunas casas de moriscos que acudieron á favorecerse dél; y echando fuera veinte peones que andaban en el reparo de los muros, se puso en defensa. Entendióse no haber sido cosa acordada entre todos los vecinos este levantamiento, y estar la mayor parte dellos ignorantes dél, sino que los ofendidos, juntándose con aquellos hombres perdidos, lo comenzaron; porque si otra cosa fuera, cuando el cabo de escuadra y los otros soldados entraron huyendo por las calles del lugar, perdidos todos de cansancio y sin aliento, pudieran matarlos á su salvo y tomarles las armas; y no solamente no lo hicieron, antes los ayudaron y favorecieron hasta ponerlos en la fortaleza. Aun no era bien acabado de alzar el pueblo, cuando pareció en la plaza del lugar una bandera de tafetan colorado, ya deslucida de vieja, con unas lunas verdes muy grandes, y después se supo que la tenia guardada Francisco de Rojas, morisco de aquel lugar, que habia sido de sus pasados en tiempo de moros, y la habian traido en las guerras de la serranía de Ronda; y al mesmo punto pareció otra bandera blanca que pusieron en un peñon alto que está sobre el lugar á la parte de Sedella, donde llaman *Haxar el Aocab*, que quiere decir la piedra del Aguila, para desde allí dar aviso en viendo que acudia la gente de Vélez; y por bravosidad se pusieron todos los mancebos y gandules las mangas de las marlotas de las moriscas en la cabeza, y tocas blancas al derredor para parecer turcos, y enviando las mujeres con los muebles y ganados al peñon que está encima del lugar de Sedella, cercaron el castillo, y le combatieron todo aquel dia hasta que vino la noche, defendiéndose el alcaide valerosamente con treinta y dos cristianos que tenia dentro, los veinte soldados, y los doce de los vecinos del lugar, porque los demás se habian ido. Este mesmo dia se alzaron los de Sedella y Saláres y se juntaron.

CAPITULO XVI.

Cómo Arévalo de Zuazo, corregidor de Vélez, socorrió la fortaleza de Canilles de Aceituno.

No se descuidó Gonzalo de Carcamo en hacer ahumadas luego que los moros alzaron el lugar; mas como hacia el sol recio y el dia muy claro, no las determinaron los soldados de Vélez que estaban de centinela en el cerro que dijimos, ó por ventura estuvieron descuidados. Y viendo que no le acudian con el contraseño, las mujeres, que se veian cercadas, comenzaron á afligirse, y con muchas lágrimas le pidieron que enviase algun hombre de los que allí estaban á dar aviso á la ciudad para que les fuese socorro; y aun ellas mesmas rogaron á un morisco llamado Juan Navarro, que estaba preso por deudas, que fuese á hacer aquel efeto, prometiéndole mucha gratificacion por ello, el cual se ofreció de ir y volver con la respuesta. Y el alcaide, pareciéndole que en caso que no hiciese lo que prometia se aventuraba poco tener un enemigo mas en el campo, escribió una carta al cabildo de la ciudad de Vélez, y encargándole que hiciese el deber, porque haria bien su negocio, se la cosió en las espaldas en el aforro del sayo; y mientras los moros andaban embebecidos en sacar los muebles de las casas y enviar las mujeres al fuerte de Sedella, tuvo lugar de echarle por el postigo de la puerta de la fortaleza, diciéndole que si los moros le preguntasen algo, dijese que iba huyendo. El cual entró corriendo por las calles del lugar como hombre que se habia soltado de la prision; y encontrando tres moros, que le preguntaron cómo venia de aquella manera, les dijo que por amor de Dios le favoreciesen, que iban los soldados tras dél; y con esto no solamente le dejaron pasar, mas animándole á proseguir su camino, le encaminaron á la plaza, donde estaba otro hermano suyo con la bandera de los moros, y diciéndoles que queria ir primero por una ballesta que tenia escondida, tomó por el rio de Laguiz abajo, y fué á salir al camino de Vélez; y avisando á los cristianos de los molinos y á otras personas como la tierra estaba alzada, llegó á la ciudad y dió la carta á Arévalo de Zuazo, que habia venido allí de Málaga á poner cobro en la ciudad por otra carta de aviso que de don Juan de Austria tenia, y andaba entendiendo en hacer algunos reparos, donde se asegurasen los vecinos dentro de los aportillados muros. El cual, deseando saber si era el levantamiento de solos los vecinos, ó si habian venido forasteros á levantar la tierra, antes que se determinase de hacer el socorro quiso enviar el proprio morisco á Gonzalo de Carcamo para que le avisase qué gente era la que habia en la sierra; mas él no se atrevió á ir aquel dia porque venia muy cansado. Estando pues todo el cabildo suspenso por no tener certinidad de cosa tan importante, temian por un cabo que si salia la gente de guerra á hacer el socorro de Canilles, que está tres leguas grandes de allí, podrian los moros de los otros lugares de la sierra acudir á la ciudad á tiempo que hiciesen algun efeto; y por otro deseaban socorrer aquella fortaleza, porque no se perdiese delante de sus ojos. Queriendo al fin saber lo que habia, á trueco de esperar un dia mas, mandó el concejo de Bena Mocarra que enviase luego dos moriscos de confianza con una carta del Corregidor para Gonzalo de Carcamo, en que le decia que avisase si los que habian alzado el lugar eran los moros que se aguardaban de la Alpujarra, ó si eran solos los vecinos, y qué gente le parecia que seria menester para socorrerle. Con esta carta fueron dos moriscos vecinos de aquel lugar, llamados Hernando el Zordi y otro, con órden que llegasen de noche por la parte baja de la fortaleza y la diesen al alcaide; y para que con mas seguridad lo pudiesen hacer, les mandaron que llevasen dos arcabuces y sus espadas. Llegando pues cerca del lugar por la parte que les pareció que serian menos sentidos, dieron en el cuerpo de guardia y centinela que los monfís forasteros tenian; y aunque les hablaron en su lengua y les dijeron que eran de los alzados, dándoles poco crédito, quisieron matarlos, diciendo que iban con algun engaño; y libraran mal si no acertara á llegar allí un moro del proprio lugar de Canilles, llamado Francisco Tauz, el cual conoció al Zordi y le abonó, diciendo que era hombre de crédito, y que no seria acertado hacerles mal, porque por la mesma razon no habria quien osase venirse á ellos. Tambien el Zordi, hombre astuto, les dijo que los de Bena Mocarra los enviaban á saber si era verdad que la sierra estaba alzada, porque querian hacer ellos lo mismo si les enviaban alguna gente de socorro que les hiciese escolta,

porque como estaban desarmados, tenian miedo de los de Vélez. Oyendo estas palabras el Tauz, comenzó á dar saltos de regocijo, preguntándole muchas veces si era verdad lo que decia; y como le afirmase que sí, dijo á los monfís que mejor ni mas alegre dia no podia venir á los moros que saber que Bena Mocarra se queria levantar, porque no quedaria lugar en la jarquía y hoya de Málaga que no hiciese luego otro tanto. Y aplacándose con esto los forasteros, llevaron los dos moriscos á su capitan Xorairan, los cuales le dieron su recaudo fingido, que no les valió menos que las vidas; y supieron decírselo de manera, que les dió crédito; y alegrándose con ellos, les mandó que volviesen á Bena Mocarra y dijesen á los vecinos que dentro de tres dias les daba su palabra de socorrerlos con mas gente de la que pensaban. Cuando el Zordi le oyó decir aquellas palabras, entendiendo que esperaba alguna gente de fuera, le replicó: «Señor, no entiendo que podrán aguardar tanto, porque tienen ya liada la ropa; y si los de Vélez los sienten, los degollarán.» Al moro pareció bien lo que decia, y estuvo un rato suspenso; y luego dijo que se fuesen, y les dijesen que otro dia por la mañana les haria escolta con docientos gandules valientes, que ninguno volveria el rostro á diez de los de Vélez, y que no habria falta en ello; y que por señas pornia en amaneciendo una bandera colorada encima del molino que dicen del Poaype para que supiesen que estaba aguardándolos; y haciéndoles dar muy bien de cenar, los despidió con aquella buena nueva. Otro dia amaneció en el lugar un silencio tan grande, que parecia no haber quedado criatura viva en él, y los soldados quisieran salir de la fortaleza á recoger lo que los moriscos habian dejado en las casas; mas el alcaide, recelando algun engaño, no lo consintió, por mucho que le importunaron; y enviando otro morisco que se habia recogido con su mujer y hijos á la fortaleza á que viese si los enemigos se habian ido, en entrando por la puerta del lugar fué preso y llevado al Xorairan, diciendo que era cristiano, pues se habia recogido con los cristianos; el cual mandó que le llevasen al fuerte de Sedella y que le entregasen al cadí que ya tenia puesto de su mano para ejecucion de la justicia. Queriendo pues cumplir la palabra que habia dado á los de Bena Mocarra, envió delante su bandera colorada con diez moros á que la pusiesen en el viso de Fax Alaviz sobre una piedra que llaman *Haxar Alabracana*, que quiere decir la piedra de la Cornicabra, lugar alto y relevado, adonde se podia devisar muy bien; y recogiendo mas de quinientos moros, bajó luego á juntarse con ellos para en viniendo la noche ir á emboscarse sobre el molino del Poaype, como habia dicho. Dejó en el lugar á un moro, llamado Alonso Montical, con otro golpe de gente del pueblo y de Sedella y de otras partes, que habian acudido allí sabiendo que Canilles se habia alzado, con órden que no cesase de combatir los cercados mientras iba á hacer el efeto de Bena Mocarra y volvia. Este combate fué muy recio y duró mas de dos horas, defendiéndose el alcaide y los que con él estaban valerosamente, y al fin se retiraron los moros dél con daño dos horas antes del mediodía. Habíanse tardado el Zordi y su compañero mas de lo que quisieran en llevar la nueva de lo que pasaba á la ciudad de Vélez, deteniéndolos la importunidad de los moros que acudian á certificarse dellos si era verdad que se querian alzar los de Bena Mocarra, porque era grande el contento que todos tenian dello, y estaba el Corregidor con cuidado, sospechando si los habian muerto ó si se habian quedado con los moros. Y haciendo llamar al morisco que habia llevado la carta del alcaide, le dió otra del tenor de la que le habian dado, y le encargó mucho que procurase darla con toda brevedad, y volver luego con la respuesta. El cual llegó al tiempo que los moros se retiraban del combate; y poniéndose detrás de un olivo, algo arredrado de la fortaleza, hizo señal con la capa para que le asegurasen hasta llegar á ella; y el alcaide le entendió y le aseguró, mandando poner los arcabuceros hácia aquella parte, de manera que pudo llegar seguro á un lienzo del muro, donde estaba una ventana grande; y subiéndole con una soga arriba, el alcaide leyó la carta que llevaba, y luego le envió con otra en respuesta della, avisando á Arévalo de Zuazo que no habia mas moros que los de la tierra y pocos forasteros con ellos hasta aquel punto. Mas ya cuando el morisco llegó á la presa del rio de Vélez, le encontró que iba á hacer el socorro con mas de quinientos hombres de á pié y de á caballo, porque los dos moriscos de Bena Mocarra habian llegado y dádole cuenta muy particular de lo que pasaba. Descubrieron nuestra gente los cercados y los cercadores á un mesmo tiempo, y abatiendo los moros la bandera blanca que tenian puesta en la peña del Aguila, el Montical y los que con él estaban dejaron el cerco y salieron huyendo la vuelta de la sierra; y el Xorairan se volvió al puerto de Sedella, y de allí se fué á meter en el peñon; por manera que cuando el socorro llegó ya no habia moros con quien pelear; mas pudiérase hacer mucho efeto si los siguieran, porque iban todos desbaratados y perdidos de miedo. Un escudero, llamado Diego Moreno, con otros compañeros se adelantó y pasó buen rato; mas el Corregidor le mandó que se retirase, contento con haber socorrido la fortaleza; y haciendo sacar cien mujeres y niños que habia dentro, dejó veinte soldados al alcaide, y volvió aquella noche á Vélez, y los moros se metieron en su fuerte.

CAPITULO XVII.

Cómo Competa y los otros lugares de la sierra de Bentomiz se alzaron, y se recogieron al fuerte peñon de Fregiliana.

Alzados los vecinos de Canilles de Aceituno, Sedella y Saláres, los de Competa y de los otros lugares de la sierra de Bentomiz hicieron lo mismo, movidos por Martin Alguacil, vecino de Competa, hombre noble y de mucha autoridad entre ellos, por ser el principal del linaje de los Alguaciles, que en tiempo de moros tuvieron mando en aquella tierra. Este morisco daba á entender que era buen cristiano y muy servidor de su majestad; y con este nombre se hacia confianza de él, y se le encomendaba el repartimiento de la farda que pagaban los moriscos de aquel partido; y el presidente don Pedro de Deza les habia cometido á él, y á Bernardino de Reina, regidor de Vélez, que tambien era de su nacion, y tenia cargo de repartir la farda en la jarquía de Málaga, que distribuyesen los mantos y sayas de la limosna de su majestad entre las viudas y mujeres pobres, encargándoles que animasen aquellos pueblos á que dejasen el traje y hábito morisco, y se con-

formasen con las premáticas. Los cuales en esto habian hecho buen oficio, y se tenia entendido que por respeto de Martin Alguacil estaba la sierra de Bentomiz en pié; el cual habia venido aquellos dias á Vélez, y de su propria autoridad habia hecho un protesto ante la justicia, diciendo que era buen cristiano, y que protestaba de vivir y morir en la fe de Jesucristo, y de servir bien y fielmente, como leal vasallo de su majestad, en todo lo que se le mandase. Mas era con engaño, porque supo que la ciudad trataba de traer algunos vecinos de los principales de la sierra, y detenerlos para que los otros no se alzasen; y sabiendo que habia de ser él uno dellos, hizo aquella diligencia para poderse descabullir; y así fué que se tornó luego á Competa; y enviándole después á llamar Arévalo de Zuazo, para animarle á que perseverase en lealtad, y lo procurase con los vecinos, no quiso ir, y trató de levantar la tierra; y juntando los vecinos de Competa y de otros pueblos comarcanos, les hizo un razonamiento desta manera: «Hermanos y amigos; que pensábades estar libres de los trabajos desta malaventura que los alpujarreños han movido: bien veis el pago que se nos da en premio de nuestra lealtad, pues por un desatino que hicieron los monfís forasteros en compañía de algunos mozos livianos y de poco entendimiento en la venta de Pero Mellado, quiere la justicia de Vélez destruirnos á todos, no se contentando con haber hecho morir muchos de nuestros amigos y parientes, que sabemos que ni fueron en ello ni aun lo supieron, haciendo que se condenasen ellos mesmos con crueles invenciones de tormentos; y como si les pesase de ver que estando toda la nacion morisca alborotada, solo nosotros estemos quietos en nuestras casas, veis aquí una carta en que me envia á llamar el Corregidor. Yo entiendo que es para prenderme y hacerme morir, porque no tiene otro negocio conmigo, ni yo con él. Tambien envia á llamar á Hernando el Darra. La muerte es cierta: yo pienso emplearla donde á lo menos no quede sin venganza, defendiendo nuestra libertad. Si muriésemos peleando, la madre tierra recibirá lo que produjo; y al que faltare sepultura que le esconda, no le faltará cielo que le cubra. No quiera Dios que se diga que los hombres de Bentomiz no osaron morir por su patria. Aben Humeya está poderoso; ha tenido muchas vitorias contra los cristianos; viénele gente de Africa en socorro; el gran señor de los turcos le ha prometido su favor; espéralo por momentos. Toda Berbería se mueve á defendernos. Venga pues, señoréenos á todos, y démosle obediencia; que los cristianos por moros declarados nos tienen; y no demos lugar á que rompiendo la equidad de las leyes, ejecuten solamente el rigor, llevándonos á la horca uno á uno.» Hasta aquí dijo Martin Alguacil; y loando todos su parecer, le respondieron que demasiada paciencia habia sido la que habian tenido, sujetos á tantos agravios como se les habian hecho; y sin mas aguardar, tomaron las armas que tenian escondidas, y ataviándole á él con ricos almaizares de seda y oro, como á hombre santo, le pusieron sobre una mula blanca, y llegaron todos á besarle la mano y la ropa. El cual declaró luego su corazon con las manos puestas y los ojos fijos en el cielo, diciendo: «Bendito y loado seais vos, Señor, que me dejastes ver este dia.» Allí nombraron capitanes particulares de cada lugar; y pareciéndoles que estarian mejor todos juntos en el peñon de Fregiliana, que era muy fuerte y cerca de la mar, enviaron á decir á los del fuerte de Sedella que se viniesen á juntar con ellos. Los cuales, confiados en la vana devocion que tenian con los sepulcros de cuatro morabitos que decian estar enterrados en la Rabita de Canilles de Aceituno, que está junto al fuerte, no querian desamparar el sitio hasta que, enviándoles gente y bagajes, los obligaron á no hacer otra cosa contra la voluntad de un moro viejo, llamado el Jorron de Leimon, que les decia que por ninguna cosa lo dejasen, porque era lugar dichoso, donde habian tenido siempre felices sucesos los moros con la proteccion de aquellos santos, y que esto se hallaba por sus escrituras. El cual, viendo que no le aprovechaban sus amonestaciones, y que holgaban mas de obedecer á la voluntad de Martin Alguacil, dió tantas voces sobre ello, que vino á perder el juicio y juntamente la habla y el sentido. Habiéndose pues juntado todos en Competa, nombraron por su caudillo y capitan general á Hernando el Darra, que tenia entre ellos opinion de muy noble, porque sus pasados en tiempo de moros eran alcaides y alguaciles de Fregiliana. Nombraron tres alfaquís para consejeros en las cosas temporales y de religion, uno de Sedella y otro de Saláres, y el tercero de Daimalos. No hicieron daño estas gentes en los cristianos sus vecinos, porque con la sospecha que se tenia, se habian puesto todos en cobro; y los beneficiados que habian quedado entre ellos los enviaron á Vélez, entre los cuales fué uno Cristóbal de Frias, beneficiado de Competa, el cual se habia metido en la torre de la iglesia con otros tres ó cuatro cristianos. Y Martin Alguacil, queriéndose desculpar de aquel hecho con los de Vélez, y darles á entender que el levantamiento habia sido contra su voluntad, forzados de los moros forasteros, y que habia muchos en la tierra, para que la ciudad no saliese á ellos hasta ponerse en cobro, hizo pasar la gente al derredor de la iglesia, haciéndoles mudar las armas y los vestidos porque pareciesen muchos; y cuando hubo hecho esto tres ó cuatro veces, llegándose á la torre, llamó al beneficiado, y le dijo que estuviese de buen ánimo, porque no consentiria que se le hiciese agravio á él ni á los que con él estaban; que se fuesen á Vélez seguramente y dijesen á los ciudadanos que Gironcillo con gente forastera habia levantado la tierra, y que á los de Bentomiz les pesaba mucho, porque siendo buenos cristianos y leales servidores de su majestad, no quisieran que de su parte hubiera novedad; y que les certificasen que no les harian daño á ellos ni á sus cosas, antes procurarian todo su bien como amigos y vecinos. Y dándoles algunos hombres armados que los acompañasen, los envió á la ciudad de Vélez, y él con todas las mujeres, ganados y ropa se fué á meter en el fuerte de Fregiliana.

CAPITULO XVIII.

Cómo Arévalo de Zuazo juntó la gente de su corregimiento y fué contra los alzados de la sierra de Bentomiz; y la descripcion del peñon de Fregiliana.

Cuando el beneficiado Cristóbal de Frias se vió en Vélez, dió muchas gracias á Dios por haberle librado del peligro en que se habia visto; y hallando la ciudad

alborotada, que se andaba la gente aprestando para salir aquella noche á la sierra, no teniendo aun perdido el miedo, exageraba las fuerzas de los alzados mucho mas de lo que eran, diciendo que estaba la tierra llena de moros forasteros. Y aunque algunos de los compañeros que venian con él deshacian aquel temor, afirmando que la gente que habia pasado al derredor de la iglesia tantas veces estando ellos dentro, eran unos mesmos hombres, que habian conocido muchos dellos, y que el astuto moro lo habia hecho de industria para que la ciudad entendiese que habia venídoles socorro de la Alpujarra; el Corregidor suspendió la salida por aquella noche, no se determinando á quién daria mas crédito. Mas otro dia luego siguiente, haciendo instancia la ciudad sobre ello, y habiendo venido dos compañías de la ciudad de Málaga, cuyos capitanes eran don Pedro de Coalla, y Hernando Duarte de Barrientos, con esta gente y la de la ciudad, que eran otros ochocientos infantes y cien caballos, y capitanes de la infantería Alonso Zapata, Beltran de Andia, Márcos de la Barrera y Juan Moreno de Villalobos, y de la caballería Luis de Paz, los unos y los otros regidores de aquellas ciudades, partió de la ciudad de Vélez á 27 dias del mes de mayo de este año, y aquella noche fué al lugar de Torrox, que está en la marina, donde despunta la sierra de Bentomiz en la mar, y los moriscos deste lugar se habian recogido con su ropa, mujeres y hijos en la iglesia, diciendo que eran cristianos; y cuando vieron asomar las banderas con tanto número de gente, quisieron meterse en el castillo; y no los queriendo acoger los cristianos que habia dentro, caminaron la vuelta de la sierra y se fueron á juntar con los alzados. Nuestra gente se alojó aquella noche en *Torrox*, y allí llegaron ciento y sesenta soldados de Almuñécar, que, segun ellos decian, habian salido á cobrar una manada de ganado que les llevaban los moros; y alargáronse tanto, que no se atrevian á volver, por temor de alguna emboscada. Otro dia bien de mañana partió Arévalo de Zuazo la vuelta del peñon de Fregiliana, que estaba legua y media de allí; y llegó al pié dél á las diez horas del dia por la parte de una fuente que llaman del Alamo, que cae entre poniente y mediodía, donde está un llano espacioso para poderse revolver la caballería. Allí hallaron algunos bagajes, ropa y bastimentos, que no habian tenido lugar de poderlo subir arriba los moros que iban á meterse en el fuerte; de donde se entendió que si los de Vélez no se detuvieran tanto en salir, los alcanzaran fuera del peñon, y con cualquier número de gente se pudiera hacer mucho efeto. Este peñon está entre el lugar de Competa y la mar; tiene á levante el rio de Chillar, que corre por asperísimas quebradas de sierras; á poniente el de Lautin, que con igual aspereza se va á meter en la mar; á tramontana hace la sierra de Bentomiz una quebrada muy honda, de donde comienza á subir el peñon en mucha altura; y al mediodía vuelve á bajar con otra descendida muy áspera, que se parte en dos lomas: la una va entre levante y mediodía á dar al lugar de Fregiliana, y la otra, mas á poniente, al castillo de Nerja; y quedando el peñon mucho mas alto que ellas, sin padrastro que de ninguna parte le señoree, tiene las entradas tan fragosas de riscos y de peñas tajadas, que poca gente puesta arriba las puede defender á cualquier númeroso ejército. Por la parte del rio de Chillar se saca una acequia de agua con que se regaban las tierras y hazas de Fregiliana, que estaba en este tiempo despoblada, y pasa la acequia al pié del peñon, que era la ocasion principal que los movió á meterse al í, porque no se les podia quitar el agua sin grandísima dificultad; y la fuente del Alamo, que está á estotra parte, entre poniente y mediodía, les caia algo arredrada. En lo alto del peñon se hace un espacioso ámbito no muy llano ni muy áspero, donde pudieran caber todos los moradores de la sierra de Bentomiz, y mayor número, si lo hubiera. Los moros pues, habiéndose retirado á lo alto, se pusieron en defensa, entendiendo que los cristianos, como hombres de guerra, asentarian su campo y después harian su requerimiento; y segun nos certificaron algunos dellos, estuvieron tan desconformes y confusos cuando vieron ir tanto número de gente, que la mayor parte queria darse á partido; y por ventura se rindieran todos, y no costara tanta sangre cristiana como costó. Estando pues Arévalo de Zuazo tratando de lo que se debia hacer, una manga de soldados que habia enviado á reconocer se alargaron mas de lo que convenia la cuesta del peñon arriba, escaramuzando con algunos moros que les salieron al encuentro; los cuales fueron luego retirándose hácia lo alto, peleando tan tibiamente, que parecia ceder la entrada á los nuestros. A este tiempo Arévalo de Zuazo hizo caminar la demás gente, y comenzaron á pelear, siguiendo á los que se retiraban; mas luego acudieron hácia aquella parte los caudillos, que se habian puesto á hacer su consejo, cuando vieron ir los cristianos á ellos, y el Darra vistoso delante de todos con un palo en la mano, dando grandes voces y muchos palos á los que se iban retirando. Entre miedo y vergüenza los hizo volver sobre los nuestros, que todavía porfiaban por ir adelante con tan peligrosa como inconsiderada determinacion, porque estaban mas de tres mil moros puestos en ala á la parte alta; y aunque habia entre ellos pocos escopeteros y ballesteros, tenian muchos honderos, y arrojaban tanta piedra, que parecia estar sobre nuestra gente una nube de granizo; y era tan grande el crujido de las hondas, que semejaba una hermosa salva de arcabucería; y las piedras venian con tanta furia, que aun las armas ofensivas eran poco reparo contra ellas. Vimos una rodela que pasó un moro este dia con una piedra, teniéndola un soldado embrazada, y estaba una guija larga tan gruesa como el puño metida por ella, que pasaba la mitad de la otra parte. Acudiendo pues gente de un cabo y de otro, cargaron los enemigos de manera, que se hubieron de retirar los nuestros sin órden, dejando algunas banderas en peligro de perderse; y sin duda se perdieran las de Alonso Zapata y Juan Moreno de Villalobos, si ellos proprios no las socorrieran y retiraran peleando y resistiendo el ímpetu de los enemigos. Valió mucho á nuestra infantería no osar salir los moros de la aspereza de su peñon por miedo de la caballería, que veian estar puesta en escuadron, esperando que bajasen á lugar donde poderse aprovechar dellos, porque pelearon determinadamente hasta llegar á las espadas; y aunque murieron muchos de arcabuzazos, bajando descubiertos á la ofensa de nuestra arcabucería, que les tiraba de mampuesto, todavía mataron ellos veinte cristianos y hirieron mas

de ciento y cincuenta, y hicieran mayor daño si tuvieran armas y osaran seguir el alcance. Retirada la gente y curados los heridos, Arévalo de Zuazo mandó tocar á recoger, y sin intentar mas la fortuna de la empresa, volvió aquella noche bien tarde á Vélez con poco contento y mucho deseo de castigar á aquellos bárbaros.

CAPITULO XIX.

Cómo tuvo aviso el marqués de los Vélez en Berja que Aben Humeya iba sobre él, y se apercibió para esperarle.

Estaba el marqués de los Vélez con un pequeño campo en Berja, porque, como atrás queda dicho, se le habia ido la mayor parte de la gente, unos por ir á poner en cobro lo que habian ganado, y otros no pudiendo sufrir el trabajo y la grande necesidad que allí se pasaba. Y como era hombre cuidadoso de su cargo, procuraba siempre saber lo que el enemigo hacia, y habiendo algunos dias que no tenia nueva cierta dél, fué avisado como en la cumbre de un cerro cerca del alojamiento se veia cada noche un fuego, que parecia ser señal que los moros hacian; y mandando á un cuadrillero, llamado Francisco de Cervantes, que con veinte soldados de su cuadrilla fuese de parte de noche á ver lo que era, puso tan buena diligencia, que le trajo preso un moro espía de Aben Humeya, que, segun lo que después se entendió, hacia de noche aquel fuego, y de dia se escondia en el cañon de la chimenea de una casa en Dalías. Traido este moro á Berja, el Marqués le mandó dar tormento, y confesó como Aben Humeya habia juntado toda la gente de guerra de la Alpujarra en el lugar de Válor, y que habia hecho reseña general y pasaban de diez mil moros los que tenia juntos, mucha parte dellos armados de arcabuces y ballestas, y que tenia acordado de dar con toda aquella gente una alborada en Berja; porque habiendo enviado á decir á los moriscos del Albaicin de Granada y de la Vega y á los del rio de Almanzora que cómo se sufria ver á su rey con las armas en las manos por su libertad, y estarse ellos quedos, teniendo obligacion de ser los primeros, y que si no se alzaban luego, habia de dar órden como los cristianos los destruyesen á todos; le habian respondido que mientras el marqués de los Vélez estuviese con campo formado en la Alpujarra no osarian determinarse, y que cuando le tuviese muerto ó preso, ellos se levantarian; y que en tanto que se aprestaba para hacer aquella jornada, queriendo saber si el campo se mudaba de Berja, tenia puesta aquella espía, y la señal de que se estaba todavía quedo eran aquellos fuegos que hacia cada noche. Habian prendido los moros aquellos dias cinco espías de nuestro campo, y el marqués de los Vélez estaba muy con cuidado, teniendo por ruin señal la demasiada diligencia que ponian; y viendo la confesion del moro, entendió que sin duda decia verdad, y que daban órden en algun acometimiento; y deseando tener mas certidumbre de lo que tanto convenia saber, el capitan Tomás de Herrera, á cuyo cargo estaba la gente de á caballo de Adra después de la muerte de Diego Gasca, salió de parte de noche con algunos compañeros, y prendió tres moros, y los trajo maniatados al campo. El marqués de los Vélez se lo agradeció mucho, y mandando al licenciado Navas de Puebla, su auditor general, que les diese tormento, los dos dellos no quisieron confesar nada, y el tercero declaró ser verdad lo que la espía habia dicho, y dijo que le ahorcasen si Aben Humeya no venia á dar sobre el campo dentro de tres ó cuatro dias, y que traeria consigo toda la gente que tenia recogida en Válor, repartida en tres mangas, y con la una acometeria el lugar por lo llano, para tirar la caballería hácia aquella parte y poder acometer mas á su salvo con las otras dos los alojamientos; porque desta manera entendia dividir á los cristianos, para que en ninguna parte fuesen poderosos ni le resistiesen; y que todos los moros que venian con él era gente escogida, que el mas mozo pasaba de veinte años y el mayor no llegaba á cuarenta. Estas confesiones acrecentaron el cuidado al marqués de los Vélez, y mucho mas un dia que llegaron los moros á correr á Berja y se llevaron ciertos bagajes de mozos que andaban haciendo yerba para los caballos; cosa que hasta entonces no habian osado acometer, entendiendo que su venida era ensayo para ver si la gente acudia de golpe al rebato, y qué tanto trecho se alargaba la caballería de la infantería. Queriendo pues hacer reseña y ver los soldados que tenia, sin que se entendiese para el fin que se hacia, mandó que saliesen caballos y infantes, como por via de regocijo, á escaramuzar al campo, y después, siendo bien tarde, hizo llamar á don Juan Enriquez, que ya habia vuelto de Granada, y á don Diego, don Juan y don Francisco Fajardo, y á don Diego de Leiva, y á otros caballeros y capitanes que intervenian en su consejo; y cuando los tuvo juntos en su posada anduvo un gran rato paseándose por un aposento sin decirles nada, no sabiendo qué se hacer. Consideraba que si publicaba la venida de Aben Humeya se le iria la mayor parte de la gente que allí tenia, que no llegaban á dos mil y quinientos hombres de á pié y de á caballo; si lo encubria, temia que le hallaria el enemigo desapercebido; y al fin, habiendo estado vacilando en su entendimiento, les dijo desta manera: «Pensarán, señores, que lo que se ha hecho hoy ha sido por regocijo; pues quiero que sepan que fué para entender qué soldados tenemos, porque no he querido hacer muestra general, y hallo infantería muy ruin y caballos pocos y no muy buenos. Sin falta han de dar los moros esta noche en nuestro alojamiento: vean lo que les parece que hagamos; que demás de ser la gente de la calidad que digo, ya habemos visto el sitio en que estamos; no es fuerte ni seguro ni lo podemos defender. Si nos vamos de aquí, perdernos hemos, y si esperamos, tambien.» Y repitiendo estas últimas palabras muchas veces, don Juan Enriquez le respondió que, pues sabia cuán poco fuerte era aquel sitio, ¿cómo no habia mandado hacer un reducto en él y fortificádole, en un mes que habia que estaba allí alojado? A lo cual respondió el Marqués muy enojado: «A eso no puedo decir nada hasta que estotro se haya acabado con bien ó con mal.» Y pasando la plática adelante, se tomó resolucion que el mejor remedio en tanta brevedad seria mandar que los soldados se recogiesen á sus banderas y estuviesen con las armas para las manos, porque no los tomasen los enemigos descuidados. Este consejo pareció bien al Marqués; mas no quiso que se publicase el fin para qué lo hacia, sino que se les dijese que queria mudarse á otro alojamiento cerca de aquel en un sitio llano, apacible para los caballos. Con este acuerdo mandó al capitan Rodrigo de Mora,

que servia el oficio de sargento mayor, que hiciese tocar á recoger, y que pusiese la gente toda en sus ordenanzas, y hiciese cargar los bagajes, diciéndoles que para mudar alojamiento; y por otra parte dijo á los del consejo que secretamente avisasen á los capitanes del intento, porque no se descuidasen y estuviesen apercebidos con los soldados. Hubo algunos que dieron el aviso tan diferente de lo que se habia tratado, que solamente dijeron que, aunque viesen tocar las cajas, no se alborotasen, porque no era para mas que recoger la gente; cosa que hubiera de costarles á todos caro. Finalmente el Marqués hizo reforzar los cuerpos de guardia, doblar las centinelas y poner gente de á caballo á lo largo, para que pudiesen avisar con tiempo; y con las armas á cuestas, que siempre las traia á prueba de arcabuz, y el caballo ensillado y enfrenado, estuvo lo que faltaba de la noche aguardando al enemigo.

CAPITULO XX.

Cómo Aben Humeya acometió el campo del marqués de los Vélez en Berja.

Habian partido aquella tarde de Ujíjar Aben Humeya y don Hernando el Zaguer y Jerónimo el Maleh y Aben Mequenun y Juan Gironcillo, y otros muchos capitanes moros, con mas de diez mil hombres; y llegando cerca de Berja á tiempo que los atambores del campo tocaban á recoger, aunque sospecharon que habian sido sentidos, no por eso dejaron de proseguir su camino. Llevaban delante muchos moros con las camisas vestidas sobre los sayos, á manera de encamisada, para conocerse en la escuridad de la noche; luego seguian al pié de dos mil hombres, entre los cuales iban muchos berberiscos con guirnaldas de flores en las cabezas, porque habian jurado de vencer ó morir muxehedines, que quiere decir mártires por la ley de Mahoma. Estos desventurados, engañados del demonio, que no temen la muerte, con vana esperanza de gloria eterna, se meten en grandes peligros de la vida, y llegaron tan determinadamente á nuestras centinelas, que no les dieron lugar á retirarse con tiempo, y entraron todos revueltos en el lugar, los unos tocando arma, y los otros dando el asalto con tanta furia de escopetería y tan grandes voces y alaridos á su usanza, que atronaban todos aquellos campos. Su entrada fué por el cuartel donde estaba el capitan Barrionuevo, vecino de Chinchilla, con una compañía de los manchegos de los lugares reducidos, que fueron del marquesado de Villena; y no hallando la defensa que fuera razon que hubiera en gente prevenida, pasaron tan adelante, que apenas se pudo el marqués de los Vélez poner á caballo para salir á la plaza de armas, que estaba junto con su posada, cuando ya estaban bien cerca dél. En este tiempo hubiera de ser dañoso el consejo del Marqués, porque los soldados se embarazaban con los bagajes, y los bagajes embarazaban las calles; y si los enemigos acertaran á entrar por la puerta por donde iban á salir, mataran mucha gente y pudiera ser que desbarataran el campo. Pasado pues el primer ímpetu del temor, que los habia hecho retirar á los cuerpos de guardia, los caballeros Fajardos, y los capitanes Gualtero, Mora y Leon, que tenian á cargo la infantería, con hasta quinientos soldados resistieron, y acudiéndoles la gente que aun no se habia acabado de recoger á las banderas, pelearon valerosamente con los porfiados enemigos, que trabajaban por salir con la vitoria, y matando muchos dellos, los hicieron detener. Estaba á todo esto quedo el marqués de los Vélez en la plaza con la caballería sin hacer acometimiento, esperando ver buena ocasion para poder salir, porque tenia puesta su confianza en ella, y no quiso oponerla al primer ímpetu de los enemigos; y Aben Humeya, viendo lo que le importaba salir con la vitoria, enviaba siempre gente de refresco; la cual, aunque no era tan furiosa como la primera, su gran número suplia la furia, y eran tantas las pelotas y saetas que caian sobre los alojamientos, que no habia parte segura en todo el lugar. Creciendo pues los ánimos con las nuevas fuerzas, la pelea se renovó de manera, que el marqués de los Vélez hubo de acudir en persona á favorecer á los suyos, dejando á don Francisco Fajardo en la plaza con un escuadron de infantería; y saliendo por un portillo que hizo romper en una tapia, porque la calle estaba tan llena de bagajes, que no podian pasar los caballos, acometió por dos veces á embestir con los enemigos. Mas don Juan Enriquez se le puso delante, diciéndole que se acordase de lo que la espía habia dicho, y se detuviese hasta ver si por lo llano acudia mayor golpe de gente; el cual envió á don Alonso Habiz Venegas á que reconociese si habia alguna polvareda ó señal de mas moros al derredor del lugar. A este tiempo ya nuestra gente llevaba lo mejor de la pelea y los moros se ponian en huida; y dando su proprio desbarate mayor osadía á los soldados, los acabaron de romper; y siguiendo á don Diego Fajardo ya de dia claro, fueron tras dellos por las huertas, hasta llegar á unas puntas que bajan de Sierra Nevada. Don Juan Fajardo subió por la sierra arriba con quinientos arcabuceros, y el capitan Leon fué con otros docientos por el camino de Dalías. Quedaron atajados dentro del lugar en una calle sin salida sesenta y seis de los muxehedines, y allí fueron todos muertos. Murieron este dia mil y quinientos moros, y perdieron diez banderas y algunos caballos y yeguas que llevaban con sillas y frenos, y muchos bagajes cargados de bastimentos. De los nuestros murieron veinte y dos soldados y dos escuderos, y hubo muchos heridos. Fué de mucha importancia este buen suceso; porque si el enemigo saliera de allí con opinion, no quedara morisco que no se alzara en todo el reino de Granada. Los que escaparon huyendo por las sierras llegaron á la taa de Andarax tan cansados y faltos de aliento, que si el marqués de los Vélez no detuviera la gente que los seguia, pudieran degollarlos con facilidad; mas no les consintió pasar adelante, temiendo siempre que Aben Humeya haria algun acometimiento por otra parte; y recogiendo toda la gente, se volvió á su alojamiento. Fué luego avisado que ciertos soldados, cuando los moros acometieron el lugar, se habian metido en unas torres mientras los compañeros peleaban; y haciéndolos traer ante sí, les preguntó de qué compañías eran; y diciéndole que de la de la Mancha, no poco temerosos que los mandaria castigar, se rió, y les dijo desta manera: «No me maravillo que los que no conoceis la condicion de los moros ni os habeis visto con ellos, temais sus gritos y algazaras; mas pues sois españoles, y no os falta otra cosa para ser soldados sino haber tratado con moros, la penitencia que os quiero dar por el descuido que ha-

beis tenido es que recojais todos los cuerpos muertos, y los amontoneis y quemeis, porque desta manera perdréis el miedo que teneis cobrado.» Y mandando al auditor Navas de Puebla que fuese con ellos, juntaron mil cuatrocientos noventa y cuatro cuerpos de moros muertos, y los quemaron. Quemó tambien el auditor noventa moros que se hicieron fuertes en unas casas de molinos fuera del lugar; y porque el campo no estaba ya bien en aquel alojamiento, donde se padecia tanta necesidad de vituallas, se pasó á la villa de Adra ocho dias después de la vitoria. Allí se entretuvo muchos dias con el trigo que los soldados traian del campo de Dalías, hasta que después se le envió mas gente, y se le dió órden para entrar en la Alpujarra, que no fué poca parte para ello este suceso.

CAPITULO XXI.

Cómo don Antonio de Luna fué sobre el lugar de las Albuñuelas, estando de paces, porque recetaban moros de guerra.

Hacian los moros tantos daños en este tiempo á la parte de Granada, Loja y Alhama, captivando, matando y robando los cristianos, que no habia ya cosa segura en todas aquellas comarcas; y de ordinario se ponian los de los lugares del Valle á esperar en el barranco de Acequia las escoltas que iban con bastimentos á los presidios de Tablate y de Órgiba; y algunas veces mataban los soldados y bagajeros, y se las llevaban, no embargante que decian estar reducidos. Y por que se entendió que se hallaban en ello muchos de los vecinos del lugar de las Albuñuelas, que estaba de paces, y que allí se acogian los otros, tomando don Juan de Austria el parecer del presidente don Pedro de Deza, determinó que se hiciese castigo ejemplar en ellos; diciendo que si jamás habia sido guerra gobernada con severidad, en esta era necesario y muy conveniente reducir la diciplina militar á su antigua costumbre, para que los demás pueblos temiesen. Consultado pues con su majestad, se mandó á don Antonio de Luna, que con la gente de á pié y de á caballo que estaba alojada en las alcarías de la Vega, y con las cien lanzas de Ecija, del cargo de Tello Gonzalez de Aguilar, fuese á hacer el efeto del castigo que se pretendia; y porque el alguacil Bartolomé de Santa María habia servido con avisos ciertos y de importancia, y no era justo que llevase igual pena que los malos, envió al beneficiado Ojeda, que era grande amigo suyo, y con la gente á que mirase por él. Llegó don Antonio de Luna al Padul el primer dia del mes de junio, y allí supo cómo un dia antes se habia pregonado en las Albuñuelas que ningun vecino recogiese moro forastero, y que los que habia en el lugar se saliesen luego fuera; y pareciéndole que debian de estar avisados, no quiso partir aquel dia, hasta dar noticia á don Juan de Austria; el cual le envió á mandar que sin embargo ejecutase lo acordado. Con esta segunda órden partió del alojamiento de parte de noche, llevando consigo á don Luis de Cardona, hijo mayor del duque de Soma; y encontrando en el camino cuatro moriscos, que venian de las Albuñuelas al Padul con las cargas de pan que daban cada semana de contribucion para la gente de guerra de aquel presidio, los mandó alancear, y sin detenerse pasó adelante, y dió sobre el barrio del lugar principal siendo ya de dia. Lope, famoso monfí, que estaba dentro con gente de guerra, tuvo lugar de huir á la sierra; y quedándose la mayor parte de los vecinos disimuladamente en sus casas, como hombres que les parecia no haber cometido delito, y que bastaria para su disculpa haber echado fuera los moros forasteros, en sintiendo el estruendo de los soldados, que entraban furiosos por las calles, salieron algunos á dar su descargo; mas así ellos como los demás fueron muertos, sin que el beneficiado Ojeda tuviese tiempo de poder guarecer á su amigo el alguacil. La gente inútil huyó la vuelta de la sierra, pensando poderse salvar hácia aquella parte; mas Tello Gonzalez de Aguilar, que iba de vanguardia con los caballos, los atajó por una ladera arriba, y hizo volver hácia abajo mas de mil y quinientas mujeres y gran cantidad de bagajes, que todo ello vino á poder de la infantería. Y hubiérase de perder él en este alcance, porque yendo la sierra arriba se le metió el caballo entre dos peñas en una angostura tan grande, que ni lo pudo revolver ni pasar adelante, y le fué necesario apearse y dejarlo; mas luego acudieron dos escuderos de su compañía, y no lo pudiendo sacar, lo despeñaron por un barranco abajo; y dando sobre un monton de arena que tenia recogida la corriente del agua, se mancó de un brazo, y todavía bajaron por él y se lo llevaron, manco como estaba, no queriendo que en ningun tiempo se dijese que los moros habian tomado el caballo de su capitan. Este dia un animoso moro se hizo fuerte en su casa con una ballesta en las manos, y por la ventanilla de un aposento mató al abanderado de la compañía de don Pedro de Pineda, que con la bandera entraba á buscar qué robar; y lo mismo hizo á otros dos soldados que quisieron retirar ó cobrar la bandera. A esto acudió luego don Pedro de Pineda, y un soldado de su compañía, llamado Zayas, vecino de Sevilla, se lanzó animosamente con el moro cubierto de una rodela y una celada, que fué bien provechosa; y como el moro errase su tiro, Zayas le atravesó de una estocada; y el moro, pasado de parte á parte, cerró con él, y bregando le quitó una daga que llevaba en la cinta, y le hirió con ella sobre la celada tan reciamente, que se la hendió, y le matara si no fuera por ella. Mas al fin, no pudiendo resistir el desmayo de la muerte, cedió, y cayendo en el suelo, le cortó el soldado la cabeza, y el capitan retiró su bandera. Hecho esto, los capitanes y soldados quisieran saquear las casas, porque estaban llenas de muchas riquezas que habian traido de otros lugares, á causa de estar aquel de paces, y no les parecia que era bien dejarlas á los enemigos; mas don Antonio de Luna no lo consintió, diciendo que tenia aviso que venian de las Guájaras mas de seis mil moros á las ahumadas, y que no convenia detenerse; y aunque hubo hartos requerimientos sobre ello, se hubieron de quedar las casas llenas. Volvió nuestra gente aquel dia al Padul, que está dos leguas de allí, con mas de mil y quinientas alma captivas, y gran cantidad de bagajes y de ganados de toda suerte. Esta presa mandó don Juan de Austria que se repartiese entre los soldados, dando las moras por esclavas; y dió libertad á la mujer y hijas y sobrinas de Bartolomé de Santa María, pagando por ellas á los que les habian cabido por suerte seiscientos ducados de la hacienda de su majestad; y demás desto, les dió licencia para que pudiesen vivir en Granada, ó donde quisiesen en aquel reino.

CAPITULO XXII.

Cómo el comendador mayor de Castilla llegó á la playa de Vélez, y avisado del suceso del peñon de Fregiliana, determinó de hacer la empresa por su persona con la gente que llevaba.

El comendador mayor de Castilla llegó á Adra á 1.° de mayo, y no se deteniendo allí mas de una hora, pasó con veinte y cinco galeras que llevaba á la ciudad de Almuñécar, donde fué avisado de todo lo que habia sucedido á nuestra gente en el peñon de Fregiliana, en la sierra de Bentomiz. Y navegando hácia la playa de Vélez, llegó á la torre de la Mar, que está poco mas de media legua de la ciudad, á tiempo que Arévalo de Zuazo estaba con harto cuidado de deshacer los moros que allí se habian juntado; el cual acudió, luego que vió las galeras, á la marina. Y como el Comendador mayor, deseoso de saber en particular lo que habia pasado, y el estado en que estaban las cosas de aquel partido, enviase una fragata á tierra, Arévalo de Zuazo se metió luego en ella, y fué á verse con él á la galera real, donde trataron del negocio, y de lo mucho que convenia deshacer aquellos moros antes que se hiciesen mas fuertes con socorros forasteros, expugnando aquel peñon, donde estaba recogida la gente y riqueza de la sierra de Bentomiz. El Comendador mayor, que ninguna cosa deseaba mas que emplear aquellos soldados tan aventajados donde pudiesen ser de provecho, dijo que holgara de tomar la empresa por su persona; mas que no traia órden para ello, ni venia proveido de bastimentos ni de las otras cosas necesarias; y que le parecia, segun la cantidad de enemigos le decian que habia juntos en sitio tan fuerte, que seria menester mayor número de gente, y una provision muy de propósito. Mas al fin satisfizo á todas estas dificultades su buen deseo, y entender del Corregidor la cantidad de caballos y peones que se podrian juntar de su corregimiento, y la provision de bagajes y bastimentos que se podria hacer en él. Solo faltaba la órden; y mientras se aprestaban las otras cosas, envió por la posta á don Miguel de Moncada, caballero catalan, su primo, á Granada, á que informase á don Juan de Austria de aquel negocio, y se la pidiese. Partido don Miguel de Moncada, mandó el Comendador mayor desembarcar la gente, y haciendo reseña, halló que tenia dos mil y seiscientos soldados de los de Italia, y cuatrocientos de los ordinarios de las galeras; y por no perder tiempo, mientras le venia la órden de don Juan de Austria, envió á don Martin de Padilla, que despues fué adelantado de Castilla y general de las galeras de España, con docientos arcabuceros de los de Vélez y sesenta caballos, á reconocer el fuerte y á ver si andaban los moros desmandados fuera dél, de quien poder tomar lengua. Don Miguel de Moncada llegó á Granada, y hizo relacion en el Consejo del negocio á que iba; y con órden que el Comendador mayor hiciese la jornada, volvió con la mesma diligencia á la ciudad de Vélez. Y luego envió el Consejo á mandar á don Gomez de Figueroa, corregidor de Loja, Alhama y Alcalá la Real, y al licenciado Soto, alcalde mayor de Archidona, que con el mayor número de peones y caballos que pudiesen recoger en sus gobernaciones fuesen á juntarse con él, entendiendo que seria menester mas fuerza de gente de la que tenia para hacer aquel efeto; mas cuando llegaron fué ya tarde, por mucha priesa que se dieron.

CAPITULO XXIII.

Cómo el Comendador mayor juntó toda la gente en Torrox, y de allí fué á poner su campo sobre el peñon de Fregiliana.

Estando pues apercibido todo lo necesario para la jornada, á 6 del mes de junio del año de 1569 partió Arévalo de Zuazo de Vélez con dos mil y quinientos infantes y cuatrocientos caballos de las dos ciudades de su corregimiento, y fué á poner su campo cerca del lugar de Torrox, en un sitio fuerte cerca del rio. El mesmo dia saltó en tierra el comendador mayor de Castilla, y acompañado de don Juan de Cárdenas, que agora es conde de Miranda, y de don Pedro de Padilla y de don Juan de Zanoguera, y de otros caballeros y capitanes, fué á reconocer el fuerte, y de vuelta vió la gente de las ciudades, que le dió mucho contento verla tan bien en órden. Aquella noche se volvió á las galeras, y otro dia desembarcó su infantería en la playa del castillo de Torrox; y puestos los unos y los otros en sus ordenanzas, caminaron los dos campos, apartado el uno del otro, la vuelta de los enemigos. El Comendador mayor fué á poner su campo en la fuente del Alamo, y el Corregidor de la otra parte, donde llaman la fuente del Acebuchal, en una umbría que cae entre cierzo y levante, cerca del puerto Blanco. Capitanes de la infantería de Málaga eran Hernan Duarte de Barrientos, don Pedro de Coalla, Gomez Vazquez, Luis de Valdivia y el jurado Pedro de Villalobos; y de la de Vélez Antonio Perez, Márcos de la Barrera y Francisco de Villalobos; y de la caballería Luis de Paz; y sargentos mayores el capitan Berengel Cáncer de Omos y Martin de Andía, vecinos de Vélez. Don Martin de Padilla reconoció el peñon, y refirió que era muy fuerte, y que no se podria subir á él sin grandísimo trabajo y peligro; y aunque al Comendador mayor le pareció lo mesmo, su mucha prudencia y gran valor le hizo dar á entender á los soldados que habia menos dificultad de la que parecia, diciéndoles que no habia cosa tan áspera, donde la virtud y el esfuerzo del buen soldado no hiciese camino. Era el sitio que el Corregidor tenia, áspero y poco seguro; mas convenia mucho tenerle ocupado, por ser aquella la entrada por donde podia ser socorrido el enemigo, de la gente de la Alpujarra; y para ver cómo se habia alojado el campo, y dar órden en lo que se habia de hacer, pasó luego el Comendador allá, y vuelto á su alojamiento, estuvieron aquella noche todos puestos en arma, sin que hubiese cosa notable. Otro dia de mañana se trabaron dos escaramuzas, la una con la gente de Vélez Málaga, defendiendo á los moros el agua del acequia, y la otra con don Miguel de Moncada, que fué á reconocer el peñon por la parte de levante con setecientos arcabuceros y cincuenta caballos; el cual anduvo al pié dél hasta llegar á la loma de Fregiliana, y subió tanto por ella escaramuzando con algunos moros, que llegó á descubrir el llano que se hace en la cumbre del peñon, y vió tantas tiendas y chozas de rama, que parecia estar junto en aquel sitio un ejército numeroso de gente. En estas escaramuzas murieron algunos moros, y se retiraron los cristianos á sus alojamientos sin daño. Estando apercebidos los ánimos y las armas para el asalto tan deseado de nuestra gente, la víspera de San Bernabé en la noche dió órden el Comendador mayor á los capitanes de lo que cada uno habia de hacer. Por la

loma de los Pinillos, que cae entre poniente y mediodía, donde primero habia estado Arévalo de Zuazo, mandó que fuese don Pedro de Padilla con tres mangas de infantería de su tercio, reforzadas á manera de escuadrones; por la otra, que llaman de Fregiliana, que cae á la mano derecha, don Juan de Cárdenas, hermano de don Pedro de Zúñiga, conde de Miranda, á quien después sucedió en el estado, con cuatrocientos aventureros y alguna gente de Italia; don Martin de Padilla, que agora es adelantado de Castilla y conde de Santa Gadea, por otra lomilla que se hace entre estas dos, con trecientos soldados de los de Galera y alguno de Málaga y Vélez, y una compañía de los del tercio de Nápoles; y por la parte de Puerto Blanco, hácia la umbría que dijimos, mandó que subiese la gente de las dos ciudades que estaba alojada hácia aquella parte, por la loma que dicen de Conca. Y porque el asalto habia de ser á un mesmo tiempo, y no se descubrian los unos á los otros, les ordenó que llegando á sus puestos hiciesen ahumadas, y que no se moviesen hasta oir tirar una pieza de artillería de su cuartel. En el siguiente capitulo dirémos cómo se combatió y ganó el fuerte.

CAPITULO XXIV.

Cómo se combatió y ganó por fuerza de armas el fuerte de Fregiliana.

Cuando estuvo la gente apercebida y puesta en sus lugares para en oyendo la señal dar el asalto, los soldados de Italia que iban con don Pedro de Padilla, queriendo llevarse la honra y el premio de la vitoria, se anticiparon, y comenzaron á subir animosamente por el cerro arriba; mas presto fueron pocos los que quedaron libres de muertes ó de heridas, porque los moros los aguardaron metidos detrás de sus reparos, y tirando muchas saetas y piedras, aunque pocas escopetas, porque no las tenian, los tuvieron arredrados con daño. Y aun se comenzaron á retirar, cuando el Comendador mayor, viendo la desórden, mandó dar la señal del asalto, para que no se acabasen de perder aquellos soldados atrevidos; lo cual se hizo con tanta furia y presteza, que daba bien á entender nuestra gente el deseo que tenia de llegar á las manos con los bárbaros infieles, subiendo por laderas tan ásperas y fragosas, que aun huyendo temieran otros de ir por ellas. Hubo muchos que antes de llegar arriba iban vencidos del cansancio, que les doblaba la necesidad de irse apartando y encubriendo de las peñas y piedras que los enemigos echaban rodando sobre ellos, que no era el menor peligro. A este se les juntaba otro inconveniente muy grande, y era que la loma por donde subian no tenia buena arremetida, y los moros industriosamente habian arrancado las matas y cortado los estribos que hacian las peñas, porque no hallasen los soldados donde estribar con los piés ni de qué asir con las manos; mas aunque estas dificultades aguaban el ímpetu de los animosos veteranos, muchos las vencieron con valor proprio, hasta llegar á pegarse con los reparos de los enemigos. Allí se trabó una pelea harto reñida y porfiada de entrambas partes, no se oyendo mas que un horrible estruendo de armas y los dolorosos gemidos de los que caian con desigualdad de las partes, por ser el sitio mas favorable á los moros que á los nuestros. Ya comenzaban á salir del fuerte animosos bárbaros, que con pronta ligereza herian y mataban cristianos, y nuestra gente se retiraba para tornarse á rehacer, viendo que se peleaba con adversa fortuna, cuando las compañías de las ciudades de Málaga y Vélez, en oyendo la arcabucería, comenzando á subir por la loma ó cuchillo de Conca, donde habia una larga legua de cuesta, vinieron á conseguir la deseada vitoria, ayudados de la desórden de los soldados de Italia. Estaban confiados los enemigos de la natural fortaleza que sin artificio de hombres tenia el peñon por aquella parte, atajando la entrada una peña tajada tan sin camino ni vereda, que parecia imposible poderla hollar hombre humano; y desta causa habia acudido el golpe de la gente hácia donde les paresció haber mas necesidad de resistencia. Iba la infantería repartida por tres partes, unos por la loma de Puerto Blanco, otros por la mesma umbría, y el mayor golpe de gente por el cuchillo que dije de Conca, y el Corregidor con los caballos, de retaguardia; solos docientos soldados quedaron de guardia de los alojamientos. Llegando pues los delanteros á la peña que dijimos, aunque hallaron alguna resistencia, comenzaron á subir á gatas y como mejor podian, ayudándose unos á otros, no sin muertes de algunos animosos, que señalaron con su sangre el camino por donde habian de ir los compañeros. Gonzalo de Bozmediano, vecino de Vélez, alzó arriba una tobaja blanca en la punta de la espada, y los alféreces Hernando de Caraveo, vecino de Málaga, y Gaspar Cerezo, vecino de Vélez, cada uno por su parte, fueron los primeros que arbolaron sus banderas y las campearon sobre el fuerte, acompañados de sus capitanes y soldados, que animosamente vencieron la dificultad de la subida y la ofensa de los enemigos, siendo bien servidos de piedras y saetas por aquella parte, y fueron ocupando tanto espacio del fuerte, que la otra gente tuvo lugar de subir arriba. Luego subieron los trompetas á pié y comenzaron á tocar el son de vitoria, con que se acobardaron y perdieron el ánimo los enemigos, y lo cobraron los esforzados del tercio de Nápoles, que habian tornado á renovar el asalto, y les iba tan mal en él como en el primero, y el Comendador mayor los mandaba ya retirar. Cobrando pues nuevo aliento, no de otra manera que si entonces se comenzara la pelea. de docientos moros ó mas que habian salido á darles carga, ninguno volvió al fuerte, que todos los pasaron á cuchillo; y hallando desocupada la entrada, cargaron á los otros de manera, que arrojándose por aquellos despeñaderos abajo, pusieron su esperanza en los piés, buscando lo mas fragoso de la sierra, donde poderse guarecer huyendo. El mayor golpe de los enemigos fué dar á dos cañadas que caen, la una cerca de la loma de Fregiliana, y la otra hácia Puerto Blanco, donde los caballos que llevaba Arévalo de Zuazo dieron en ellos, y mataron muchos; otros acudieron á otras partes, que tambien cayeron en manos de la infantería. Finalmente, de cuatro mil moros que habia en el peñon murieron los dos mil; los otros pudieron irse á la Alpujarra, y muchos dellos tan heridos, que murieron en el camino. Hubo algunas moras que pelearon como esforzados varones, ayudando á sus maridos, hermanos y hijos; y cuando vieron el fuerte perdido, se despeñaron por las peñas mas agrias, queriendo mas mo-

rir hechos pedazos que venir en poder de cristianos. A otras no les faltó ánimo para ponerse en cobrò con sus hijos en los hombros, saltando como cabras de peña en peña. Fueron captivas tres mil almas, y el despojo de seda, oro, plata y aljófar valió mucho precio. Tomóse gran cantidad de ganado mayor y menor, trigo, cebada y otros bastimentos que tenian recogidos en el fuerte en tanta cantidad, que pudieran sustentarse con ello muchos dias. No hubiéron los nuestros la vitoria sin sangre, porque murieron en los asaltos mas de cuatrocientos hombres, y entre ellos don Pedro de Sandoval, sobrino del obispo de Osma, y hubo mas de ochocientos heridos, la mayor parte dellos soldados de Italia, y casi todos los capitanes, y entre ellos don Juan de Cárdenas, don Antonio Luzon, don Luis Gaitan, Cárlos de Antillon y otros caballeros. Ganado el fuerte y saqueado lo que habia en él, el Comendador mayor se estuvo quedo en su alojamiento aquella noche, dejando encargadas las esclavas y el despojo que allí habia al capitan don Alonso Luzon; y el siguiente dia, habiendo hecho desbaratar los reparos y destruir los bastimentos y las otras cosas que no se podian llevar, y dado órden en curar los heridos, caminó la vuelta de Torrox, y de allí se embarcó para Málaga, donde fué bien recebido, y los ciudadanos con mucha caridad y amor recogieron los caballeros y soldados, y los acariciaron y hicieron curar, que lo habian bien menester, segun el trabajo que habian pasado en la mar y en la tierra. Arévalo de Zuazo con la gente de su corregimiento se fué á Vélez, y los soldados que quedaron sanos fueron bien aprovechados; y lo fueran todos si el repartimiento de las esclavas que cupieron á los soldados del tercio de Nápoles se hiciera luego; mas dilatóse algunos meses, hasta que se consumieron, como se suelen consumir las cosas de comunidad; y cuando vino á darse alguna parte, ya los que la habian de haber eran muertos ó idos. No era bien acabado de ganar el fuerte de Frigiliana, cuando la gente de Loja, Alhama, Alcalá la Real y Archidona, que serian ochocientos hombres de á pié y de á caballo, llegaron á la sierra de Bentomiz, y viendo que no habia qué hacer, la pasearon muy á su voluntad, y recogieron los ganados que pudieron haber en los campos, y de las casas de los moros sacaron muchos silos de ropa y joyas, que habian dejado escondido cuando se subieron al peñon; y no con menor despojo que los que habian combatido se volvieron á sus casas.

CAPITULO XXV.

Cómo Aben Humeya envió á levantar los lugares del rio Almanzora, y la descripcion de aquella tierra.

Rio de Almanzora quiere decir rio de la vitoria. Tiene principio de una fuente que nace en el camino que va de Caniles de Baza á Seron, llamada Fuencaliente, y corriendo por un valle lleno de arboledas, va á dar á la villa de Tíjola, dejando en los cerros de la mano derecha, algo apartadas del rio, á Seron, el Deyre, Bayarca, Lúcar, Sierro, Sofloy, Almuña, Purchena, que tiene título de ciudad, Olula, Fínix, Lanteyra, Cantória, Líjar, Códbar, Errax, el Borx, Alboleas, Sujurà ó Surgena, Overa, las Cuevas, Lubrin, Urriecal, Ante, Védar, Serena, Teresa, Cabrera, Benitagla, Albánchez; y en la torre de Montroy, una legua á poniente de la ciudad de Vera, se mete en el mar Mediterráneo. En las sierras que son á levante dél yendo hácia la mar están Lúcus, Somontin, Partaloba, Códbar, Oria, Albox, Vélez el Rubio y Vélez el Blanco. Tiene á poniente la sierra de Bacáres y la de Filábres, cuyo lugar principal se llama Tabalí. Los otros son Sénes, Chércos, Alcudia, Alhabra, Benalguacil el alto, Benalguacil el bajo, Benicanon, Senimina, Xenecit, Castro, Ulela de Castro y Ulela del Campo. Y á tramontana, la hoya y comarca de Baza, donde están las villas de Caniles, Benamaurel, Zújar, Freyla, Cúllar, Güéscar, Castilleja, Orce, Galera, Córtes y otras; á levante tiene las sierras de los Vélez y de Mojácar, y á mediodía el mar Mediterráneo. Toda esta tierra es abundante de pan y de legumbres; crian los moradores mucha seda y muy buena, y tienen muchos ganados. En las laderas de las sierras de una parte y otra del rio hay hermosas arboledas de huertas, que se riegan con el agua de las fuentes que nacen dellas y corren á dar al rio principal, y las frutas todas son tempranas y muy sabrosas. La mayor parte de las villas tienen castillos antiguos puestos en sitios fuertes por naturaleza, y algunos son de calidad que con poco trabajo se podrian hacer inexpugnables. Quisieron los rebeldes levantar todos los pueblos deste rio cuando levantaron á Jérgal, y por temor del marqués de los Vélez, que, como atrás dijimos, entraba por aquella parte, lo dejaron de hacer. Este miedo les duró todo el tiempo que estuvo alojado en Terque; y como después salió el marqués de Mondéjar de la Alpujarra, y el marqués de los Vélez se recogió en Berja y después en Adra, acudiendo los moros por las sierras de Jérgal y de Bacáres, comenzaron á hacer algunos saltos en el rio de Almanzora. De aquí tomó atrevimiento Aben Humeya de enviar á levantar aquella tierra; y andándolo tratando, un moro de los que estaban con él fué al lugar de Almuña, y queriendo consolar á la mujer y hijas de Jerónimo el Maleh, que las tenia captivas el alcaide Diego Ramirez, les dijo que estuviesen de buen ánimo, porque dentro de quince dias tendrian libertad, y que el proprio Maleh venia con mucha gente á levantar aquellos pueblos. Habia hecho Diego Ramirez muy buen tratamiento á estas moriscas, y teníalas recogidas en casa de un morisco amigo suyo; y queriendo gratificarle la buena obra, le dijeron lo que el moro les habia dicho, para que se pusiese con tiempo en cobro. El cual envió luego un correo á don Juan de Austria, suplicándole que enviase alguna gente de guerra con que poder asegurar aquella tierra antes que los moros entrasen en ella, porque de otra manera se perderia. Y como esto no se pudo hacer tan presto como la necesidad pedia, á 12 dias del mes de junio deste año de 1569 bajaron de la Alpujarra el Gorri de Andarax y el Peligui de Jérgal, y con ellos el Maleh y otros capitanes moros con mas de cuatro mil hombres de pelea; y dando primero en Purchena, se hubieran de perder los cristianos que allí habia, si el bachiller Roman, beneficiado de Macaela, que venia de captiverio de la Alpujarra y habia llegado la noche antes, no les avisara como dejaba junta aquella gente para venir á amanecer sobre ellos. Los cuales, viendo que en la fortaleza no habia alcaide ni gente de guerra, aunque de sitio era muy fuerte, no osaron meterse dentro; y dejándola desamparada, se fueron huyendo á Oria y á Vera y á

otras partes; por manera que cuando llegaron los moros habia solas tres horas que se habian salido de la ciudad, y solamente hicieron que los moriscos que moraban en ella se rebelasen, y á los que no querian hacerlo, les daban muchos palos y los llevaban consigo maniatados. Hubo tres moriscos de los principales, que por no alzarse dejaron sus mujeres y hijos; los dos dellos se metieron en Oria, y el uno en Cantória; los otros todos, cual de grado, cual por fuerza, se fueron con sus mujeres y hijos á la Alpujarra. Los moros robaron y destruyeron la iglesia, luego saquearon las casas de los cristianos, y mataron una mujer vieja que no habia querido irse con los demás; y no queriendo dejar aquella fortaleza desamparada, por ser de la calidad que era, metieron gente de guerra dentro para sustentarla, y de la madera de los techos de la iglesia, que desbarataron, hicieron aposentos y reparos en ella, y levantaron una torre de tapiería hácia aquella parte. Hecho esto pasaron á Olula y á los otros lugares, y levantando los moriscos dellos, saquearon y destruyeron las iglesias y las casas de los cristianos; mas no mataron ninguno, porque se habian puesto todos en cobro con el aviso de la mujer y hijos del Maleh. Los moriscos de Seron estuvieron tres dias que no se alzaron, porque los entretuvo Diego de Mirones, vecino de Madrid, que tenia la tenencia de aquel castillo por el marqués de Villena, cuya es aquella villa; el cual, habiendo enviado su mujer y hijos á Castilla con los soldados que tenia de guarnicion y con los vecinos cristianos que vivian en aquel lugar, que por todos serian ciento y treinta hombres, se velaba con mucho cuidado; y cuando supo que los moros andaban alzando los lugares del rio, recogió todas las mujeres cristianas en el castillo. Estando pues los alcaides moros en el rio, le enviaron á decir que por tenerle buena voluntad y pesarles de su trabajo, le aconsejaban que les entregase aquella fortaleza; y que si esto hacia, le dejarian ir con toda la gente que tenia dentro, y le acompañarian hasta ponerle en lugar seguro cerca de Baza; mas que si no lo hacia, supiese que no podian dejar de pasar él y los que con él estaban por el rigor de la muerte. Diego de Mirones recibió la embajada con alegre semblante, y hizo dar de comer á dos moros que la llevaban, y sendos pares de alpargates que le pidieron; y después les respondió que él agradecia mucho á los alcaides la voluntad que mostraban á sus cosas; mas que el castillo le tenia por el marqués de Villena, á quien habia escrito para ver lo que mandaba que hiciese dél; y que venida la resolucion, que seria muy en breve, podria responderles con mas certidumbre. Vueltos los dos moros con la respuesta, los alcaides entendieron que era dilacion, y dende á dos dias el Maleh y el Hanon fueron con todo el golpe de la gente sobre él; y alzando los moriscos de la villa, le tuvieron cercado doce dias; y al fin, viendo que se les defendia, y que no tenian artillería con que poderle batir, ni se podia ganar á batalla de manos, levantaron el cerco y fueron sobre Tahalí, lugar de don Enrique Enriquez; y alzándose los moriscos del lugar, cercaron y combatieron el castillo, donde estaba don Alvaro de Luna, vecino de Baza, con cincuenta soldados. Lo primero que hicieron fué acometer el reducto ó rebellin, y picándole, hicieron un portillo, y entraron dentro, y sacaron dos caballos que estaban en una caballeriza. Luego enviaron á requerir al alcaide que se rindiese, diciendo que por ser aquel lugar de don Enrique Enriquez harian todo buen tratamiento á los que estaban dentro con él, y los dejarian ir libremente con sus armas y bienes muebles donde quisiesen; y aunque sobre esto hubo demandas y respuestas, estando el alcaide suspenso entre temor y esperanza, al fin aceptó el partido con que le diesen solos dos dias de término, y los moros alzaron el cerco. Esto hizo don Alvaro de Luna contra la voluntad de un morisco llamado Juan Alguacil y de un hijo suyo, de los mas ricos de aquel lugar, que se habian recogido con él en el castillo; los cuales le requirieron que no lo rindiese, porque ellos se ofrecian á defenderle con la gente que allí habia; mas no le pudieron convencer, antes se enojó con ellos y los metió en una mazmorra; y dentro del término que los alcaides le habian dado salió dél con todos los soldados y cinco mujeres vestidas en hábito de hombres, y se fué á la ciudad de Almería. Los moros entraron en el castillo, y hallando en la mazmorra aquellos dos moriscos, los sacaron fuera y los ahorcaron luego, no sin grandísima nota del que los habia dejado allí. Certificáronnos personas que dijeron haberse hallado presentes, que murieron cristianos, diciendo que morian por no ser traidores á Dios ni al Rey. Ganado el castillo de Tahalí, los moros pasaron á Cantória, y teniendo cercada aquella villa solo un dia, se les dió, porque eran todos los vecinos moriscos. Y por esta órden fueron levantando todos los otros lugares del rio, excepto á Oria, las Cuevas y Seron, que se defendieron los castillos por entonces.

CAPITULO XXVI.

Cómo los moros volvieron á cercar el castillo de Seron, y yendo á socorrerle don Alonso de Carvajal, se le mandó que no fuese, y se volvió á su villa de Jódar.

Queriendo pues Aben Humeya acabar de ocupar todos los lugares del rio de Almanzora para hacer la guerra por aquella parte, recogió el mayor número de gente que pudo, y se fué á poner en la sierra de Bacares, y desde allí envió un alcaide, llamado el Mecebe, sobre el castillo de Seron; el cual le cercó con cinco mil moros, á 10 dias del mes de junio deste año, con grandes regocijos y algazaras. El alcaide Diego de Mirones envió luego un soldado á Baza para que desde allí se diese aviso á su majestad y á don Juan de Austria del estado en que estaba; el cual salió de parte de noche, y pudo hacer el efeto á que iba sin que los moros se lo estorbasen. Mas ya en este tiempo don Juan de Austria sabia por algunas espías como los moros se aprestaban para ir sobre el castillo, y se habia tratado del remedio, y tomádose resolucion en el Consejo en que convendria que fuese á socorrerle suficiente número de gente, por si fuese menester pelear con el enemigo en campaña; y porque no la habia de ordenanza que pudiese ir con la brevedad que el negocio requeria, acordaron de cometerlo á don Alonso de Carvajal, señor de Jódar, encargándole que juntase el mayor número de gente que pudiese de sus deudos, amigos y vasallos, y hiciese aquel socorro. Este acuerdo habia sido muy acertado, si otra provision no lo interrompiera; porque su majestad, siendo avisado del cerco, escribió aquellos mesmos dias al marqués de los Vélez

que procurase socorrer aquella fuerza, pareciéndole que por tener su campo junto en Adra, nadie lo podria hacer con mas brevedad. El aviso desta órden llegó á don Juan de Austria á tiempo que don Alonso de Carvajal iba la vuelta de Baza con mil y quinientos arcabuceros y ciento y cincuenta caballos, y muchos caballeros y hijosdalgo de Ubeda y de Baeza, amigos y allegados de su casa. Y casi á un mesmo tiempo, estando un dia don Juan de Austria con los del Consejo, le llegó un correo con carta del marqués de los Vélez, en que decia que habiéndole su majestad cometido el socorro del castillo de Seron, y viendo cuán mal lo podia hacer, por la distancia que habia desde Adra, le habia parecido que podria ir á hacerlo en su lugar una de tres personas, Juan Rodriguez de Villafuerte Maldonado, corregidor de Granada, don Luis de Córdoba ó don Rodrigo de Benavides, con mil y quinientos infantes y trecientos caballos, que era número suficiente y necesario para aquel efeto. Esta carta puso en confusion á los del Consejo por el inconveniente que traia, y estuvieron suspensos, no se determinando si pasaria adelante don Alonso de Carvajal con la órden que llevaba de don Juan de Austria, ó si se le mandaria que parase. Luis Quijada decia que no se debia hacer otra provision sobre la que su majestad habia hecho en el marqués de los Vélez; el Presidente porfiaba que la que don Juan de Austria habia hecho en don Alonso de Carvajal, pues el Consejo supremo no proveyera lo contrario si supiera lo que él tenia proveido, era la que se habia de guardar, porque tenia poder y facultad para poderlo hacer, como capitan general; mayormente que se habia de mirar el inconveniente que se presentaba de perder aquel castillo con cualquiera dilacion, poniendo ejemplo en que en tiempo del emperador don Cárlos, habiendo él mesmo proveido la plaza de maese de campo del tercio de Nápoles, que estaba vaca, en un caballero particular, teniéndola proveida el visorey don Pedro de Toledo en otro, se habia determinado que la provision del Visorey se habia de cumplir, pues siendo capitan general, habia podido proveerla. Deste parecer fueron la mayor parte del Consejo; mas don Juan de Austria se arrimó á lo que Luis Quijada decia, y se resolvió en que don Alonso de Carvajal se volviese, porque llegó luego otra carta del marqués de los Vélez, avisando como, por parecerle que habia dificultad en ir á hacer aquel socorro uno de los tres caballeros que habia señalado, lo habia cometido á don Enrique Enriquez, su cuñado, que estaba mas á la mano en Baza. Toda esta diligencia que el marqués de los Vélez hacia, se entendió que era para deshacer la provision de don Alonso de Carvajal, de que ya estaba avisado, queriendo enviar persona de su mano. Era el marqués de los Vélez valeroso y esforzado caballero y muy discreto; mas no se podia determinar cuál era en él mayor extremo, su esfuerzo, valentía y discrecion, ó la arrogancia y ambicion de honra, acompañada de aspereza de condicion, á que demasiadamente era inclinado. Volviendo pues á nuestra historia, don Juan de Austria escribió luego á don Alonso de Carvajal, mandándole que en el lugar que le alcanzase aquella carta parase y se volviese á su casa, y agradeciese de su parte á la gente que llevaba la voluntad con que se habian movido á hacer aquella jornada, la cual convenia que parase por algunos respetos que habia parecido al Consejo; y alcanzándole el correo en Cúllar, una legua antes de llegar á Baza, se volvió bien desgustado, por no dejarle llegar á hacer el efeto para que habia salido. Dejemos agora el socorro deste castillo, que hubo hartas controversias en él, por encontrarse las dos provisiones, y vamos á echar los moriscos del Albaicin de Granada; cosa en que hacian grandísima instancia el Presidente y el duque de Sesa, pareciéndoles que aquella gente no era de provecho, y podria ser muy dañosa teniéndola en la ciudad.

CAPITULO XXVII.

Cómo se sacaron los moriscos del Albaicin de Granada, y los metieron la tierra adentro.

Todas las ocupaciones del Consejo eran estos dias en tratar de la órden que se ternia para echar los moriscos del Albaicin, viendo que los negocios de la guerra iban cada dia empeorándose; porque los moros ya no alzaban los pueblos para sacar gente, como lo habian hecho hasta allí, sino para defenderlos, poniendo el ánimo y la confianza en mayores cosas; lo cual parecia causar la remision que habia de nuestra parte, no se acabando de resolver en cosa de cuantas se trataban. Al fin vino órden de su majestad para que con el menor escándalo que ser pudiese se metiesen la tierra adentro todos los moriscos de Granada y del Albaicin que fuesen de edad de diez años arriba y de sesenta abajo, y que los llevasen á los lugares de la Andalucía y á otros pueblos comarcanos fuera de aquel reino, y los entregasen por sus nóminas á las justicias para que tuviesen cuenta con ellos; y que para que esto se hiciese sin alboroto se les diese á entender como los apartaban de peligro por su bien y quietud, y que, allanada la tierra, se ternia cuenta con ellos, y serian remunerados los que hubiesen sido leales. Tomado pues acuerdo de la manera que esto se habia de hacer, la víspera de San Juan de junio don Juan de Austria mandó apercebir la gente de guerra que habia en la ciudad y en los lugares de la Vega. Luego se echó bando general que todos los moriscos y mudejares que moraban en la ciudad de Granada y en su Albaicin y Alcazaba, así vecinos como forasteros, se recogiesen á sus parroquias; los cuales con harto miedo, como personas que sabian muy bien la pena en que habian incurrido, y temian que los encerraban para hacer algun castigo ejemplar en ellos, no pudiendo hacer otra cosa, obedecieron. Y viéndolos tan afligidos el padre Albotodo, fué al presidente don Pedro de Deza, y le dió parte del temor y aflicion con que estaban aquellas gentes; el cual le dijo que fuese de su parte á decirles que no temiesen, porque él les aseguraba las vidas; y que si para ello quisiesen una cédula firmada de su nombre, se la daria; el cual escribió luego la cédula y se la dió que la firmase, y se la firmó por solo asegurarlos. Y con esto tomaron algun consuelo, porque entendieron que siendo clérigo no los engañaria; aunque lo que mas los aseguró fué la palabra que don Juan de Austria les dió, estando ya encerrados en las iglesias, en nombre de su majestad, diciendo que los tomaba debajo del amparo y seguro real, y les certificaba que no les seria hecho daño; y que sacarlos de Granada era para desviarlos del peligro en que estaban puestos entre la gente de guerra. Tambien don Alonso de Granada Venegas les certificó que lo que se hacia era

para su bien; y con esto se aseguraron los hombres de buen entendimiento, y estos tales aseguraron á los demás. Estuvieron aquella noche con algunas compañías de infantería de guardia en las puertas de las iglesias; y otro dia de mañana, estando apercebida y puesta en sus escuadrones toda la gente de guerra en el llano que se hace entre la puerta de Elvira y el hospital Real, don Juan de Austria, el duque de Sesa, el marqués de Mondéjar, Luis Quijada y el licenciado Birviesca de Muñatones, cada uno por su parte, porque no hubiese algun escándalo, los sacaron de allí, y llevándolos recogidos en medio de las ordenanzas de los arcabuceros, los fueron encerrando poco á poco en el hospital Real, donde estaba Francisco Gutierrez de Cuéllar, caballero del hábito de Santiago y teniente de contador mayor de cuentas, que por mandado de su majestad habia venido aquel dia á Granada, y con él algunos contadores y escribanos, tomando por memoria los nombres y edades de los que encerraban, para que hubiese cuenta y razon con los que iban y quedaban, y se pudiesen entregar por sus listas á los corregidores de los partidos donde habian de ir. Fué un miserable espectáculo ver tantos hombres de todas edades, las cabezas bajas, las manos cruzadas y los rostros bañados de lágrimas, con semblante doloroso y triste viendo que dejaban sus regaladas casas, sus familias, su patria, su naturaleza, sus haciendas y tanto bien como tenian, y aun no sabian cierto lo que se haria de sus cabezas: ejemplo grande para que los súbditos entiendan cuán bien les está ser leales vasallos á sus reyes y señores naturales, pues al fin son ellos los que los han de amparar y defender; y por el contrario, nadie se paga del traidor. Con toda cuanta diligencia pusieron don Juan de Austria y los del Consejo en recoger los moriscos sin escándalo, este dia se ofreció ocasion con que los hubieran de matar á todos, y fué que don Alonso de Arellano, uno de los capitanes de infantería de Sevilla, queriendo hacer una invencion á diferencia de las otras compañías, puso un crucifijo en una asta de una lanza, cubierto con un velo negro, y le hizo llevar delante de su compañía; y viniendo por la calle Elvira con los moriscos de dos parroquias en medio de los soldados, viendo los desventurados aquella insignia, entendieron que los llevaban á matar, y aun las moriscas, que iban llorando tras dellos, creyeron lo mesmo; una de las cuales vimos dar grandes voces, mesándose los cabellos y diciendo en aljamia: «¡Oh desventurados de vosotros, que os llevan como corderos al degolladero! ¿Cuánto mejor os fuera morir en las casas donde nacistes?» Llegando pues con este miedo á la puerta del hospital Real, sucedió que un barrachel de campaña, llamado Velasco, dió un palo á un morisco mancebo algo falto de juicio, que llevaba medio ladrillo debajo del brazo; el cual se le tiró y le hendió una oreja. A esto acudieron luego los alabarderos de la guardia, y matando al morisco, no parara allí el negocio, porque los mataran los soldados á todos, creyendo que era don Juan de Austria el herido, que iba vestido de las mismas colores que el Velasco, si el valeroso Príncipe no acudiera á detener la gente metiéndose en medio y diciendo á voces: «¿Qué es esto, soldados? Vosotros no veis que si á Dios desplace la maldad del infiel, por mas ofendido se tiene de aquellos que profesan su ley; porque están mas obligados á guardar verdad á todo género de gentes, principalmente en cosas de confianza. Mirad pues lo que haceis; no quebranteis el seguro que les he dado; porque hasta agora no hay cosa que lo pueda innovar; y si la justicia de Dios tardare, no disimulará el ejemplo de su castigo.» Con estas y otras razones de ruego y amenazas los apaciguó; y porque no se alborotase la ciudad y matasen los moriscos que venian por las calles, mandó á don Francisco de Solís y á mí que nos fuésemos á poner en las puertas de la ciudad y no dejásemos entrar á nadie dentro; y demás desto, dijo al barrachel que se fuese luego á curar, y dijese que no le habia herido nadie, sino que su mesmo caballo le habia dado una cabezada. Finalmente, se quietó el negocio, y fueron encerrados todos los moriscos en aquel hospital, que es un edificio muy suntuoso y muy grande, que la católica reina doña Isabel mandó hacer poco después de haber ganado aquella ciudad, para curar enfermos de todas enfermedades y recoger los locos; y de allí los llevó la gente de guerra á los lugares de la Andalucía, dejando por entonces, demás de los muchachos y viejos, muchos oficiales que eran menester en la ciudad, y otros que tuvieron favor. Quedaron tambien los mudejares, porque alegaban no deber ser ellos tratados igualmente que los moriscos, por haber venido en vasallaje del pueblo cristiano en su prosperidad, y no opresos de necesidad como ellos, y haber servido sus antepasados en las guerras á los príncipes cristianos, en tiempo que pudieran servir á los reyes moros; y así, se disimuló con ellos por entonces. Hecho esto, comenzó á sentirse mas seguridad en la ciudad, aunque quedó grandísima lástima á los que, habiendo visto la prosperidad, la policía y el regalo de las casas, cármenes y huertas, donde los moriscos tenian todas sus recreaciones y pasatiempos, y desde á pocos dias lo vieron todo asolado y destruido, y tan mal parado, que parecia bien estar sujeta aquella felicísima ciudad á tal destruicion; para que se entienda que las cosas mas espléndidas y floridas entre la gente están mas aparejadas á los golpes de fortuna. Tenian los del Albaicin cierto pronóstico que, segun nos dijeron algunos dellos, les decia que vernia tiempo en que verian bajar por la cuesta de la Alcazaba un arroyo de sangre morisca, que cubriria una gran piedra que estaba á un lado de aquella calle, junto al pilar de la Merced. Y pudieron decir que se les cumplió este dia, porque por toda aquella cuesta abajo vimos bajar tantos moriscos, que cubrieron la calle y la piedra; y si bien se considera, ellos eran la verdadera sangre que su pronóstico decia. Dejémoslos pues con su mala ventura, que los que quedan irán presto tras dellos; y volvamos al rio de Almanzora, donde dejamos cercado el castillo de Seron.

CAPITULO XXVIII.

Cómo don Enrique Enriquez envió á don Antonio Enriquez, su hermano, en socorro del castillo de Seron, y los moros le desbarataron.

En este tiempo los moros apretaban reciamente á los cristianos que tenian cercados en el castillo de Seron; y don Juan de Austria, siendo avisado que don Enrique Enriquez estaba mal dispuesto, y que no podia ir á hacer aquel socorro por su persona, como el marqués de los Vélez decia, acordó de enviar á ello á don Luis de Córdoba, uno de los tres caballeros que

habia señalado al principio; y mientras se aparejaba la gente que habia de ir, y se daba órden en las cosas necesarias para la jornada, envió delante al capitan Antonio Moreno; el cual adoleció en Baza, de cuya causa se procedió en el socorro mas lenta y espaciosamente de lo que convenia, y sucedieron los inconvenientes que adelante dirémos; porque viéndose el alcaide Diego de Mirones en grandísimo trabajo por la falta de agua para tanta gente como tenia dentro, á culpa de los mesmos soldados y vecinos, que por ocuparse en robar las casas del lugar cuando se fueron los moriscos, no habian querido henchir el aljibe, que les fuera de mas provecho que los viles despojos que metieron en el castillo, hizo que se descolgasen por el muro de parte de noche tres soldados grandes arábigos, y les mandó que lo mas encubiertamente que pudiesen pasasen por el campo de los enemigos cada uno por su parte, y fuesen á dar aviso á la ciudad de Baza del estado en que le dejaban, y dijesen á don Enrique Enriquez que le enviase socorro; y que de vuelta procurasen traer alguna pólvora á cuestas, como mejor pudiesen; avisándoles que cuando tornasen, si viesen que no podian llegar al castillo con seguridad, hiciesen una ahumada de dia en el cerro del Javea, que está dos leguas de Seron á la parte de Baza; y si les respondiesen á ella desde la torre del homenaje, llegasen; y si no, se volviesen. Salieron estos tres soldados del castillo, de la manera que hemos dicho, dia de San Pedro, á 29 de junio, y fueron tan venturosos, que pasaron por medio del campo de los moros sin ser conocidos, y llegaron á Baza y dieron su recaudo á don Enrique; el cual no fué á hacer el socorro, por estar enfermo, ni lo envió por entonces, porque no tenia cantidad de gente para ello y estaba aguardando que le viniese de fuera; y haciendo dar á cada uno dellos un zurron de pólvora, los despidió, mandándoles que dijesen al alcaide Mirones que con mucha brevedad le socorreria, y que se entretuviese lo mejor que pudiese. Sucedió pues que los moriscos que moraban dentro la ciudad de Baza vieron los tres soldados, y supieron lo que iban á tratar, porque tenian espías dentro de la casa del proprio don Enrique; y para dar aviso á los moros tomaron las señas dellos, y despacharon un morisco al alcaide Mecebe, avisándole que si acudiesen al campo, tuviese cuenta con prenderlos; el cual usó de un ardid de guerra que le pudiera aprovechar, y fué mandar que algunos moros aljamiados se llegasen al castillo, y dijesen como los tres cristianos que habian enviado á Baza eran muertos, y diesen las proprias señas que tenian, y les persuadiesen á que se rindiesen, pues ya no tenian remedio, sino que se habian de perder. Mas los cercados entendieron luego que no era verdad lo que decian, porque los soldados habian hecho la ahumada que se les habia mandado en el cerro del Javea, y no les habian respondido, y entendieron claramente que se habian vuelto á Baza, conforme á la órden que llevaban; antes tomaron alguna manera de consuelo, por entender que habrian pasado á dar su recaudo. No mucho después don Enrique acordó de enviar el socorro con don Antonio Enriquez, su hermano, aunque fué muy flaco, porque no llevó mas de quinientos arcabuceros y sesenta caballos, con órden que entrase por el paraje de Lúcar, que cae tres leguas de Seron en el mesmo rio. Con esta gente llegó don Antonio Enriquez á Lúcar, y hallando solas las mujeres en las casas, y doce moros que se habian hecho fuertes en el castillo, no quiso detenerse en combatirle; antes viendo que hacian grandes ahumadas, apellidando la tierra, y entendiendo que se juntaria mucha gente contra él, dió vuelta hácia Baza sin llegar á Seron; y no se engañó mucho, porque el Mecebe con toda su gente acudió luego á las ahumadas. Y estando en el cortijo del Jauca, que apenas acababan de llegar á él, dieron sobre ellos; y hallándolos desapercebidos, con improviso acometimiento los desbarataron; y matando mas de docientos soldados, pusieron los demás en huida; y cargados de armas y despojos, volvieron aquel dia á Seron, haciendo grandes alegrías por la vitoria. Luego envió el Mecebe un recaudo á Mirones, diciendo que no porfiase mas en su vana defensa, que le habia de aprovechar poco, porque le hacia saber como todos los cristianos que iban á socorrerle eran muertos, y ofreciéndole cualquier partido que pidiese si determinaba de entregarle aquel castillo.

CAPITULO XXIX.

Cómo Diego de Mirones salió á buscar socorro, y fué preso, y los cercados rindieron el castillo de Seron.

Entendiendo pues los cercados que debia de haber alguna rota de nuestra parte, porque la pólvora con que los moros tiraban era de mejor respuesta que la con que habian tirado hasta allí, así por esto, como por ver los grandes regocijos que por todo el campo hacian, comenzaron á desmayar; y estando en gran confusion, vieron asomar cincuenta de á caballo, que don Enrique enviaba á que diesen vista al castillo desde lejos para entretener á los cercados en esperanza, mientras llegaba don Luis de Córdoba con la gente que iba de Granada; porque tenia aviso que le enviaba don Juan de Austria á hacer aquel socorro. Estos caballos los pusieron en mayor confusion, porque como dieron luego la vuelta sin llegar al castillo, entendieron que iban huyendo. Creciendo pues cada hora el temor y la falta del agua, que los aquejaba mucho, Diego de Mirones determinó de salir en persona con treinta arcabuceros de parte de noche, y rompiendo por medio del campo de los enemigos, ir á buscar socorro antes que la gente pereciese de sed. Con este acuerdo salió, y arcabuceándose con los moros, pasó por todos ellos sin perder hombre; y pusiéranse en salvo con mucha facilidad si los soldados, que iban muertos de sed, no se detuvieran tanto en el rio bebiendo, que los moros tuvieron lugar de alcanzarlos; los cuales tomándoles los pasos por diferentes partes, siguiendo el rastro de las cuerdas que llevaban encendidas, dieron con catorce dellos, y los mataron; los otros diez y seis pudieron salvarse con la escuridad de la noche, y llegaron otro dia á Baza. Diego de Mirones, que iba á caballo, anduvo toda la noche perdido de un barranco en otro, con un solo mozo que le pudo seguir; y como no era prático en la tierra, después de cansado de dar vueltas, dejó ir el caballo por donde quiso; y cuando creyó estar cerca de Canilles, en la hoya de Baza, se halló en las viñas de Seron, porque como el caballo habia sido criado en aquel lugar, volvió á la querencia. Y descu-

briéndole los moros que estaban en las atalayas, bajaron á él y le tomaron los pasos; y al fin, no se pudiendo menear ya el caballo de cansado, le prendieron. Con esta prision fueron los enemigos muy alegres, porque entendieron que se les entregarian luego los cercados; y llevándole á la tienda del Mecebe, donde estaba tambien el Maleh, que habia venido aquellos dias al campo, trataron con él que si hacia que los cristianos rindiesen el castillo; les darian libertad á él y á cuantos habia dentro, chicos y grandes, hombres y mujeres, con que dejasen las armas y no llevasen consigo mas de cada ocho reales; y entre ruego y amenazas le dijeron que si no lo hacian, le darian cruelísima muerte. Viéndose Diego de Mirones preso, y sabiendo el trabajo que habia dentro del castillo, y cuán mal se podia ya sustentar, creyendo que los moros cumplirian su palabra, tuvo este medio por razonable; y llevándole maniatado á una casa junto á la puerta del castillo, llamó á Gonzalez, su escribano, y á otros cristianos por sus nombres, y les dió cuenta de su desventura, y les rogó que saliese uno dellos debajo de seguro á tratar de partido, porque los alcaides le hacian tal, que le parecia que no era de desechar. Luego salió el escribano, y con él otros tres cristianos, que hicieron sus capitulaciones con los alcaides de la manera que dijimos, con aquellas condiciones; y á 11 de julio deste año de 1569 entregaron el castillo á los moros; mas los enemigos de Dios no les guardaron nada de cuanto les prometieron, porque tomaron las mujeres y niños por esclavos, y mataron cruelmente todos los hombres, y entre ellos dos clérigos de misa, y cuatro mujeres viejas. Y como dijese un moro vecino de Seron al Maleh que cómo permitia que se hiciese un tan mal hecho como aquel, mostró una carta de Aben Humeya, por la cual le mandaba que no diese vida á cristiano que pasase de doce años, y que luego le enviase á Diego de Mirones y á todas las mujeres á Bacáres. Mataron este dia ciento y cincuenta cristianos, y fueron captivas ochenta mujeres. Otro dia siguiente llegaron á vista de Seron don Antonio Enriquez y el capitan Antonio Moreno, que llevaban la vanguardia del socorro; y hallando las calles llenas de cuerpos de cristianos muertos y el castillo ocupado de moros, se volvieron; y lo mismo hizo don Luis de Córdoba desde el camino, cuando supo que era perdido Seron.

CAPITULO XXX.

Cómo don Juan de Austria mandó proveer de gente las fortalezas de los Vélez y Oria, y encomendó aquel partido á don Juan de Haro.

Siendo el castillo de Seron perdido, los moros quedaron por señores de todos los lugares del rio de Almanzora. Y como las villas de los Vélez y Oria estuviesen en peligro, por haber en ellas muchos moriscos y pocos cristianos, y la fortaleza de Vélez el Blanco, donde estaban las hijas del marqués de los Vélez, mal proveida de gente que la pudiese defender, y falta de agua, porque un aljibe que habia dentro no la detenia, que estaba hendido, el presidente don Pedro de Deza pidió con mucha instancia á don Juan de Austria mandase proveer aquellas villas de manera que el enemigo no hiciese algun daño en ellas, estando, como estaba, el marqués de los Vélez metido en la Alpujarra, donde no podia socorrerlas, porque podria ser que fuese sobre ellas para ocuparlas y alzar aquellos moriscos; ó á lo menos, cuando otra cosa no pudiese hacer, sacarle de la Alpujarra llamándole hácia aquella parte; cosa que seria de mucho inconveniente. A esto proveyó luego don Juan de Austria que se escribiese al licenciado Pedro del Odio, alcalde de corte de la Audiencia real, que estaba en la ciudad de Lorca haciendo justicia sobre un delito, que con toda brevedad proveyese aquellas villas de gente, bastimentos y municiones, y de todas las otras cosas necesarias para su defensa; y se envió órden á don Juan de Haro, capitan de los caballos del marqués del Carpio, que venia de camino hácia Granada, que con su compañía se metiese en Vélez el Blanco, y tuviese cuidado de guardar aquel partido, procurando que los moros no hiciesen daño en él. Pedro del Odio envió solos cuarenta soldados con Diego Ramirez, alcaide de Almuña, porque no pudo sacar mas gente de Lorca; con los cuales y con otros sesenta arcabuceros que envió la ciudad de Murcia, se metió en la fortaleza de Oria; y pareciéndole no estar allí muy seguro, sacó cantidad de municion de pólvora, cuerda y plomo, y muchas esclavas moras, que el marqués de los Vélez tenia dentro, y lo llevó todo á Vélez el Blanco. Y con esta gente y la que don Juan de Haro llevó, se aseguraron aquellas villas por entonces, que no estaban en poco peligro si los moros fueran sobre ellas antes que este socorro les llegara, porque el Maleh con mas de tres mil hombres intentó de ocupar la fortaleza de Oria; y hallando resistencia en los soldados que habia dentro, alzó el lugar y se llevó todos los vecinos moriscos á la sierra, dia de señor Santiago deste año de 1569.

CAPITULO XXXI.

Cómo Aben-Humeya escribió á don Juan de Austria pidiéndole que le rescatase á su padre y hermano, que estaban presos en Granada.

Habiendo Aben Humeya apoderádose de las fortalezas del rio de Almanzora, dejó por general de aquel partido al Maleh, y se fué al Laujar de Andarax, y desde allí envió la gente á sus partidos; y vanaglorioso con aquel suceso, acordó que seria bien tratar de la libertad de su padre y de su hermano, que, como dijimos, estaban todavía presos en la cárcel de la chancillería de Granada. Para esto despachó un mozuelo cristiano, que habia sido preso en Seron, con tres cartas, una para don Juan de Austria, otra para don Luis de Córdoba, y la tercera para el marqués de los Vélez, en la cual le rogaba que encaminase aquel mozo á Granada con el despacho que llevaba. Y porque los moros no le hiciesen algun mal en el camino, le dió un pasaporte en arábigo, que traducido en romance decia desta manera: «Con el nombre de Dios misericordioso y piadoso. Del estado alto, ensalzado y renovado por la gracia de Dios, el rey Muley Mahamete Aben Humeya, haga Dios con él dichosa la gente afligida y atribulada del poniente. Sepan todos que este mozo es cristiano de los de Seron, y va á la ciudad de Granada con negocios mios, tocantes al bien de los moros y de los cristianos, como es costumbre tratarse entre los reyes. Todos los que le vieren y encontraren déjenle pasar libremente y seguir su camino, y ayúdenle, y denle todo favor para que lo cumpla; porque el que lo contrario hicie-

re, y le estorbare ó prendiere, condenarse ha en perdimiento de la cabeza.» Y abajo decia: «Escribiólo por mandado del Rey, Aben Chapela.» Y á la mano izquierda, debajo de los renglones, estaban unas letras grandes, que parecian de su mano, que decian: «Esto es verdad;» imitando á los reyes moros de Africa, que no acostumbran firmar sus nombres sino por aquellas palabras, por mas grandeza. Llegado el mozo con el despacho á la Calahorra, el marqués de los Vélez lo encaminó á Granada, y él se fué derecho á la fortaleza de la Alhambra, y lo dió al marqués de Mondéjar, y le dijo como Aben Humeya le enviaba á solo llevar aquellas cartas, y que para aquel efeto le habia dado libertad; mas que no sabia lo que se contenia en ellas. Y el Marqués, llevando consigo al mozo, se fué luego á don Juan de Austria, y juntándose los del Consejo, algunos quisieran que el proprio mensajero entrara á dar su recaudo; mas el licenciado Bírviesca de Muñatones dijo que no convenia á la autoridad de don Juan de Austria dar audiencia á la embajada de un hereje y traidor que estaba con las armas en las manos, sino que se cometiese á uno de los que allí estaban, que viese las cartas y examinase aquel mozo, y hiciese después relacion en el Consejo. Cometiéndoselo pues al proprio licenciado Muñatones, abrió las cartas, y lo que se contenia en la que venia para don Juan de Austria era que habia sabido que habia dado tormento á don Antonio de Válor, y á don Francisco su hermano; los cuales nó tenian culpa de lo que él hacia, y que la causa de aquel levantamiento solamente habia sido por los agravios que los ministros de justicia habian hecho; que le rogaba mucho mandase hacerles buen tratamiento, porque de otra manera mataria cuantos cristianos tenia en su poder; y que queriéndoselos dar por rescate ó trueque, daria ochenta captivos por ellos; y si fuese menester dar algunos de los que estaban en Berbería, los haria traer para aquel efeto, aunque estuviesen en poder del Gran Turco. Esto se contenia en la carta de don Juan de Austria; y en la de don Luis de Córdoba solamente le encomendaba que tratase aquel negocio con don Juan de Austria. Haciendo pues relacion en el Consejo de lo que se contenia en las cartas, se acordó que no se le respondiese, sino que el proprio don Antonio de Válor le escribiese, certificándole como se les hacia buen tratamiento, y que no se les habia dado tormento, y lo que mas á él le pareciese, aconsejándole como padre que se apartase de aquella liviandad en que andaba; lo cual se hizo así, y dende á pocos dias tornó á escrebir otra carta en respuesta de la de su padre, por la via de Guéjar, y la encaminó al alcaide Xoaybi, que estaba de guarnicion en aquel presidio, con otra para él, que decia desta manera: «Los loores á Dios del estado gran»de, venturoso, renovado por Muley Mahamete Aben »Humeya, que Dios haga vitorioso; salud en Dios, y »su gracia y bendicion, que desea á su especial amigo »el alcaide Xoaybi de Guéjar. Hermano mio, lo que os »ruego es que envieis luego á Granada esta carta, que »os será dada escrita en castellano; y guardáos no al»ceis mas alcaría ninguna hasta que venga respuesta »della; que después desto yo os daré órden de lo que »habeis de hacer. Y por Dios os encargo seais hombre »de secreto; que presto iré á veros y proveeré todo lo »que os cumpliere. La salud y bendicion de Dios sea »sobre vos.» Hasta aquí decia la carta del alcaide Xoaybi, la cual hallamos originalmente en su posada cuando después don Juan de Austria ganó el lugar de Guéjar; y segun parece, el traidor no envió la otra á Granada, antes la debió de abrir, y visto lo que se contenia, la guardó para calumniarle con ella. Y así, parece que los moros, gente sospechosa, entendiendo que trataba de su daño, se indignaron contra él, persuadidos por algunos ofendidos que le aborrecian por las crueldades que habia hecho en los hombres mas principales de su nacion, y de secreto comenzaron á tratarle la muerte; y al fin se la dieron, como se dirá en su lugar.

CAPITULO XXXII.

Cómo Aben Humeya juntó su campo en Andarax para ir sobre Almería, y cómo don García de Villaroel dió sobre Guécija, y le desbarató el desinio que llevaba.

En el capítulo treinta y seis del quinto libro dijimos como don García de Villaroel hizo ahorcar á Francisco Lopez, alguacil de Tavernas, luego que volvió al cargo de la gente de guerra de Almería; porque se temió que el marqués de los Vélez enviaba por él á ruego de unos moriscos deudos suyos, que andaban de paces y habian hecho que se redujese otro moro no menos valeroso que él, llamado Alonso Lopez, con un hijo suyo que se decia Pedro Lopez, que andaban estos dias en nuestro campo, y después huyeron á la sierra; y juntando número de moros, hicieron grandes daños á los cristianos, corriendo la tierra; y captivando y matando mucha gente, fortalecieron el castillo de Tavernas, y lo sustentaron hasta que don Juan de Austria ocupó las fortalezas del rio de Almanzora, como dirémos adelante; los cuales hacian instancia, pidiendo á Aben Humeya que fuese sobre Almería, facilitándole aquella empresa con decir que no habia gente de guerra dentro suficiente para defenderla, en especial habiendo tanto número de moriscos de los muros adentro, con quien ellos tenian sus inteligencias. Y no se engañaban, porque por el mes de marzo pasado habia pedido el marqués de los Vélez á don García de Villaroel su compañía de caballos para cierto efeto, y le habia enviado á Juan de las Heras, su alférez, con treinta escuderos escogidos y una compañía de infantería del capitan Bernardino de Quesada, y no le habia vuelto mas la gente, y la que quedaba era poca, y la ciudad estaba como cercada, y era tan molestada de los enemigos, que no osaban salir de los muros, especialmente que tenian aviso como Aben Humeya habia tratado de sacarlos por una parte, y teniéndolos arredrados de los muros, dar él por otra, y atajarlos fuera de la ciudad; y aun lo habia ya intentado dos veces, enviando mas de mil moros de parte de noche á que se metiesen en las huertas; los cuales se llevaron los moriscos de paces que moraban en ellas, y mataron algunos que no quisieron ir con ellos. Finalmente Aben Humeya, con determinacion de poner cerco sobre Almería y ocupar aquel puerto, tan importante para recebir los navíos de Africa, juntó mucho número de gente en Andarax; y siendo avisado dello don García de Villaroel por sus espías, aunque no con certidumbre de lo que queria hacer, porque unos le decian que la junta era para dar sobre Almería, otros sobre Adra, para entender el desinio que

tenia, ó interrompérsele, si pudiese, salió de Almería á 23 de julio con docientos arcabuceros y treinta caballos; y sin declarar lo que iba á hacer, porque los moriscos de la ciudad no lo sintiesen y diesen aviso á sus parientes, caminó aquel dia la vuelta de Inox, que está á levante de Almería, y cuando anochecia hizo alto, y recogiendo la gente, les dijo el fin para que los habia sacado de la ciudad, y como iban á dar sobre Guécija, donde sabia que estaban moros de guerra, y esperaba en Dios hacer algun buen efeto. Está el lugar de Guécija cuatro leguas de Andarax, donde tenia Aben Humeya recogida su gente, y desta causa quisieran algunos de los que iban con don García de Villaroel que se dejara la empresa para mejor ocasion, cuando el campo del enemigo estuviese mas apartado; mas él los persuadió de manera, que hubieron de proseguir su camino. Y volviendo sobre el norte, caminaron toda aquella noche con grandísimo trabajo, porque demás de ser el camino áspero y muy fragoso, hacia grande escuridad; y al reir del alba fueron á dar sobre el lugar, y quedándose á la parte de fuera don García de Villaroel con cien arcabuceros y quince caballos puestos en su escuadron, don Cristóbal de Benavides, su hermano, acometió con los demás el lugar; y matando muchos moros, salió de la otra parte con algunos soldados, siguiendo á los que se subian huyendo á la sierra. A este tiempo don García de Villaroel mandó tocar á recoger, porque se desmandaban mucho yendo cebados en los enemigos, y sabia que estando Aben Humeya tan cerca, no dejaria de acudir á las ahumadas que hacian por las sierras. Habiéndose pues recogido nuestra gente, dió vuelta hácia Almería con ciento y treinta esclavas y muchos bagajes cargados de ropa. No tardó mucho en llegar el socorro que enviaba Aben Humeya, y en el barranco que dicen del Ramon, dos leguas y media de Almería, los moros mas ligeros alcanzaron la retaguardia, donde iban don García y don Cristóbal de Benavides y otros caballeros y soldados de honra; los cuales se pusieron en emboscada detrás de un cerro, aguardando á que los enemigos se acercasen para darles un Santiago; mas ellos se desviaron, y tomaron lo alto de una loma sobre mano izquierda, y desde allí comenzaron á escopetear á nuestra gente. Venia delante de todos un moro animando á los otros, y dando grandes voces que acometiesen sin miedo; al cual derribó un soldado de un arcabuzazo, y muerto aquel, todos los demás aflojaron y se fueron quedando por aquellos cerros; y no siendo los cristianos mas seguidos, prosiguieron su camino con toda la presa, y entraron en Almería una hora antes de mediodía. Desta jornada se consiguió mucho efeto; porque Aben Humeya mudó parecer, entendiendo que le habian mentido los moriscos de Almería y que habia en la ciudad mas gente y mejor recaudo del que le habian dicho; y quedó tan enojado con ellos de allí adelante, que hacia matar cuantos le venian á las manos con sola informacion de que los hubiesen visto hablar con don García de Villaroel, creyendo que eran espías, y en poco tiempo faltaron veinte y tres moriscos de la ciudad y su tierra, que hizo morir cruelísimamente. A unos hacia enterrar hasta la cinta y tirarles con las ballestas; á otros descuartizaban vivos, y á uno hizo aserrar por medio con una sierra. Y fué tanto el miedo que de allí adelante tuvieron, que muchos dejaron el oficio, y si no era con grande interés, no se hallaba quien quisiese ser espía.

CAPITULO XXXIII.

De una entrada que don Antonio de Luna hizo en el valle de Lecrin, donde murió el capitan Céspedes, y de algunos recuentros que hubo estos dias con los enemigos á la parte de Salobreña.

Habíanse vuelto los vecinos de Pinillos del Valle á sus casas estos dias, y como hubiese entre ellos algunos moros de guerra que hacian daño, don Juan de Austria mandó á don Antonio de Luna que con las compañías que estaban alojadas en la vega de Granada, y tomando de camino alguna gente de la que estaba en el presidio de Tablate, fuese á dar una alborada sobre aquel lugar, el cual recogió tres mil y docientos infantes y ciento y veinte caballos, con que llegó á Tablate la víspera de señor Santiago. Y porque no halló allí al capitan Céspedes, cabo y gobernador del presidio, que era ido á uno de los lugares reducidos allí cerca, dejó órden al capitan Juan Diaz de Orea que en viniendo le dijese que dos horas antes que amaneciese enviase dos compañías de infantería de tres que allí tenia por el camino derecho de Pinillos, y fuesen á amanecer sobre el lugar, porque lo mesmo haria él con toda la otra gente. Y porque entendió que los moros que le habian visto llegar estaban sobre aviso para desmentir las espías, acordó de volverse por donde habia venido, para que entendiesen que era escolta que habia traido bastimentos, y se volvia á Granada; y se fué á emboscar aquella noche en lo de Bésnar, hasta que vió que le quedaba de la noche el tiempo que habia menester para ir á amanecer sobre Pinillos. Apenas se habia vuelto don Antonio de Luna, cuando el capitan Céspedes vino á Tablate, y vista la órden que habia dejado, quiso ir él con la gente, no embargante que algunos amigos le aconsejaron que no hiciese la jornada, pues no tenia órden de don Juan de Austria para ello, ni estaban bien él y don Antonio de Luna. Otro dia de mañana, que fué la fiesta de señor Santiago, á 25 de julio, al reir del alba, se halló toda nuestra gente sobre el lugar de Pinillos; mas no se pudo hacer el efeto, porque estaban los moros avisados y habian subídose con sus mujeres y hijos á las sierras. Y viendo que habia errado el tiro don Antonio de Luna, dió vuelta hácia los lugares de las Albuñuelas y Saláres, y llegando á Restával, que todos estos pueblos están juntos, ordenó al capitan Céspedes que fuese por el camino arriba que sube hácia las Albuñuelas, con docientos arcabuceros, y con él Francisco de Arroyo con los soldados de la cuadrilla de Pedro de Vilches, y él con toda la otra gente pasó al lugar de Saláres, á fin de cercar aquellos dos lugares á un tiempo. Llegando pues el capitan Céspedes á lo alto de la sierra que está entre Restával y las Albuñuelas, vió estar un golpe de moros en un cerro redondo que está á la mano izquierda en medio de un llano, y á las espaldas dél tenian las mujeres, bagajes y ganados en el valle de la sierra que está sobre Restával. Dejando pues el camino que llevaba, y enderezando hácia ellos, los tiradores comenzaron á trabar escaramuza, y á la primera rociada le dieron un escopetazo por los pechos, que le pasó un peto fuerte que llevaba, y le derribó muerto en tierra. Acudieron tantos moros de los que andaban derramados por aquellas sierras sobre los cristianos que con él iban, que hubieron de retirarse des-

ordenadamente, dejando muertos algunos soldados, y entre ellos uno llamado Narvaez de Jimena, que peleó este dia como buen español al lado de su capitan por retirarle. No pudo don Antonio de Luna socorrerlos, hallándose de la otra parte de un barranco que se hace entre los dos cerros, y la caballería que estaba abajo en el rio con don Alvaro de Luna, su hijo, se retiró luego desbaratada. Algunos dijeron que don Antonio de Luna no habia querido socorrer al capitan Céspedes, mas no se debe presumir semejante crueldad en caballero cristiano, ni aunque le socorriera llegara á tiempo de poderle salvar la vida, porque le mataron luego como comenzó la escaramuza; antes se entendió haber sido causa de su muerte su demasiado ánimo y quererse meter donde estaban los moros de todo el valle, por ventura con deseo de hacer algun efeto importante. Finalmente, don Antonio de Luna no quiso pasar el barranco que estaba entre él y el cerro de la escaramuza; el cual, habiendo saqueado á Saláres, juntó los capitanes á consejo para ver lo que se haria; y después de haber dado y tomado gran rato sobre ello, viendo que el número de los moros crecia, se fué retirando la vuelta del Padul por diferente camino del que habia llevado, quedando el capitan Lázaro de Heredia, esforzado mancebo, de retaguardia con su compañía para recoger la gente, que venia medio desbaratada. Los moros siguieron el alcance todo lo que les duró la aspereza de la tierra, que no osaron pasar adelante por miedo de los caballos, y volviendo á Saláres, mataron algunos soldados que se habian quedado saqueando las casas. El alférez de Céspedes se hizo fuerte en la iglesia con tres soldados, y se defendió allí tres dias hasta que les pusieron fuego y los quemaron dentro. Solamente llevaron los escuderos algun ganado que toparon desmandado, y cantidad de bagajes y ropa que sacaron del lugar y seis moras captivas. El suceso deste dia puso mayor ánimo á los alzados, y luego la semana siguiente, yendo el alférez Moriz con la infantería de la ciudad de Trujillo, cuyo capitan era Juan de Chaves de Orellana, acompañando una escolta que iba del Padul á Tablate, el Macox envió trecientos escopeteros á esperarla en el barranco de Talará, y saliendo de una emboscada en que se habia metido, la desbarataron, y mataron al alférez y á todos los soldados que iban con ella; mas luego envió don Juan de Austria otra mas á recaudo con el capitan Iñigo de Arroyo Santistéban y Pedro de Vilches, Pié de palo, los cuales dejando el paso de Talará, donde se entendia que estarian los moros, fueron de parte de noche á pasar por otro paso mas arriba, que llaman de los Nogales, y los burlaron de manera, que cuando era de dia estaban de la otra parte del barranco, y llegaron seguramente á Tablate, donde quedó la mitad del bastimento, y la otra mitad llevó el capitan Gaspar de Alarcon, que vino por ello desde Órgiba. No mucho después se mandó sacar el presidio de Tablate, y se pasó á Acequia, lugar mas conveniente para la seguridad del camino y de las escoltas.

Habíanse juntado algunas veces los moros del valle de Lecrin y de las Guájaras, y llevádolos Gironcillo á correr hácia lo de Motril y Salobreña, y saliendo á ellos los caballos, aunque pocos, les habian hecho mucho daño. Juntando pues el moro seiscientos tiradores estos dias, fué á emboscarse detrás del cerro que llaman del Hacho, cerca de Salobreña, y andando unos cristianos desmandados en el campo, salió á ellos y mató uno y hirió otro; los demás volvieron huyendo á la villa. Y como las centinelas tocasen rebato, don Diego Ramirez de Haro hizo disparar una culebrina para dar aviso en Motril, que está una legua de allí y es todo tierra llana; y saliendo don Luis de Baldivia con sesenta caballos de su compañía, y de la de los contiosos de Arjona que estaban con él de guarnicion en aquella villa, fué en busca de los enemigos, los cuales en sintiendo disparar la pieza de artillería se habian retirado hácia la sierra; y alcanzándolos en las cuestas de Termay, que están á poniente de Salobreña, andando peleando con ellos, salió don Diego Ramirez con solos siete caballos que tenia consigo, y acometiéndolos animosamente, los desbarataron y hicieron huir. Y pasando los capitanes hasta junto á Itrabo, pusieron fuego á los panes y quemaron todos aquellos montes; y como no llevaban infantería para combatir el lugar, se volvieron á sus presidios. Sucedió aquel dia que un moro de á pié se abrazó con un escudero, y derribándole del caballo, se lo quitó y subió en él para llevárselo; mas otro escudero de Motril, llamado Diego Perez Treviño, viendo que se iba con el caballo del cristiano, arremetió con el suyo contra él, y alcanzándole, le echó mano de los cabezones, y el moro asió dél tan recio, que entrambos vinieron al suelo, y bregando un buen rato, al fin mató Treviño al moro, y cobró el caballo y lo volvió á dar á su dueño.

LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo su majestad mandó reforzar el campo del marqués de los Vélez, y se le ordenó que allanase la Alpujarra.

Estábase todavía el campo del marqués de los Vélez en Adra sin hacer efeto porque tenia muy poca gente, y gran falta de bastimentos, por haber consumido ya el trigo y cebada que habia hallado en el campo de Dalías, y deseoso de salir de allí, pedia que le engrosasen el campo, proveyéndole de gente y de todas las otras cosas necesarias con que poder deshacer al enemigo y allanar la tierra. Y habiéndose platicado largamente sobre su comision en el consejo de su majestad, se tomó resolucion en que se pusiese luego por la obra, no siendo tiempo de poderse dilatar mas el negocio. Ordenóse al comendador mayor de Castilla que con las galeras que traia á su órden llevase al campo del marqués de los Vélez los soldados pláticos de Italia y la gente que don Juan de Mendoza tenia en Órgiba, que iria á embarcarse á la playa de Motril, y cinco compañías que iban á órden del marqués de la Favara, las cuatro de la ciudad de Córdoba, cuyos capitanes eran don Francisco de Simancas,

Cosme de Armenta, don Pedro de Acevedo y don Diego de Argote, y la otra suya; y á don Sancho de Leiva, que fuese á traer mil catalanes que estaban hechos en Tortosa, cuyo cabo era un caballero del hábito de Santiago, de aquella nacion, llamado Antic Sarriera. Al capitan Francisco de Molina se mandó que entregase la gente de guerra que tenia en Guadix á don Rodrigo de Benavides, hermano del conde de Santistéban, y que con mil infantes y cincuenta caballos que se le darian en Granada, se fuese á meter en Órgiba, y que don Luis de Córdoba, general de la caballería que allí estaba, se viniese á Granada; todo lo cual se puso luego por la obra. El Comendador mayor llevó los soldados viejos y toda la otra gente á la villa de Adrá, y hizo tres viajes desde Motril, cargado de bastimentos, municiones y bagajes; y don Sancho de Leiva llevó el tercio de los catalanes. Los proveedores de Granada y Málaga aprestaron mucha cantidad de bastimentos; el de Granada los envió á Órgiba, y el de Málaga por mar á Adra. Solamente se dejó de poner bastimento en la Calahorra, cosa que el marqués de los Vélez pedia con instancia, entendiendo que no seria menester, ó por los fines que al Consejo pareció; que, segun lo que después sucedió, fuera de grande importancia, y fué de mucho daño no haberlos puesto allí. Tampoco se le proveyeron todos los bagajes que pedia, porque se habian con grandísima dificultad, á causa de que los bagajeros los huian, y muchos los desjarretaban ó les dejaban morir de hambre por no servir con ellos: tantos eran los cohechos, robos y malos tratamientos que los alguaciles y comisarios les hacian. Habia opiniones diferentes en el consejo de Granada en este tiempo sobre la órden que se habia de dar al marqués de los Vélez: algunos querian que pasase á Vera para asegurar la sospecha que habia de los moriscos de los reinos de Murcia y Valencia y de toda aquella costa, y allanar lo del rio de Almanzora; otros que se estuviese quedo en Adra, y saliese de allí á hacer los efetos necesarios para allanar la Alpujarra y deshacer al enemigo. Y estando un dia tratando sobre ello don Juan de Austria, dijo que le parecia que no podria ser bien proveido el campo en Adra, porque por tierra era muy largo el camino para las escoltas, habiendo de ir desde Granada á Órgiba, y desde allí á Adra, y por mar tampoco habia seguridad de poder enviar los navíos, por los inciertos temporales; y que le parecia debia ponerse en parte donde estuviese mas cerca del enemigo y fuese proveido con menos dificultad, y que seria bien que se pusiese en Ujíjar de la Alpujarra, lugar puesto entre las taas y en buen comedio para salir á conseguir el efeto que se pretendia; cosa que se podia hacer muy mal desde Vera, por estar á trasmano; y estando todos deste acuerdo, al marqués de Mondéjar se le representó un inconveniente á su parecer grande, y era que para pasar de Adra á Ujíjar se habia de ir forzosamente á Berja, y entre Berja y Ujíjar habia un paso por donde de necesidad se pasaba la sierra por una peña horadada, que no podia ir mas que un hombre tras de otro; y si se ponian allí los enemigos, que habian de acudir á las ahumadas en viendo marchar el campo, podrian recebir mucho daño los cristianos. Esta dificultad tuvo algo suspensos á los del Consejo, entendiendo que no habia otro camino por donde poder ir sino aquel, y mandando venir los adalides allí delante dellos, se informáron muy particularmente si habia otra parte por donde se pudiese ir, queriendo desechar el paso que el marqués de Mondéjar decia; los cuales dijeron que rodeando una legua se podia excusar, yendo á dar á Lucainena, y de allí á Ujíjar; aunque tambien habia otro mal paso en un barranco, que los moros llamaban *Haudar el Bacar*, que quiere decir el arroyo de las vacas, dificultoso no tanto como el de la Peña Horadada. Finalmente se concluyó aquel consejo con que se escribiese al marqués de los Vélez que tomase el camino que los adalides decian, y se fuese á poner en Ujíjar, no perdiendo el tiempo ni la ocasion en lo que se habia de hacer; porque en lo que tocaba á las provisiones se harian las diligencias posibles para proveerle. En el siguiente capítulo dirémos lo que le sucedió en el camino.

CAPITULO II.

Cómo el marqués de los Vélez partió con su campo de Adra, y cómo los moros le salieron al camino y los desbarató, y pasó á Ujíjar.

Siendo avisado el marqués de los Vélez dónde habia de ir y el camino que habia de llevar, y teniendo aprestadas todas las cosas para la partida, mandó dar cinco raciones á la gente de guerra; y haciendo cargar todos los bastimentos y las municiones que pudieron ir en los bagajes, partió de la villa de Adra á 26 dias del mes de julio de 1569 años con doce mil infantes y cuatrocientos caballos. Llevaba su campo puesto en ordenanza, repartida la infantería en tres escuadrones, el uno á vista del otro. La vanguardia llevaba el marqués de la Favara; de batalla iban don Pedro de Padilla y don Juan de Mendoza y don Juan Fajardo, á cuyo cargo estaba la infantería que el marqués de los Vélez tenia en Adra; y de retaguardia Antic Sarriera; el bagaje iba en medio, y el marqués de los Vélez detrás de todo el campo con la caballería. Aquella tarde llegaron al lugar de Berja, donde estuvo tres dias alojado el campo; y habiéndose informado muy bien el marqués de los Vélez del camino que se habia de tomar para huir el paso de Peña Horadada, partió otro dia de mañana la vuelta de Ujíjar por el camino de Lucainena, llevando la mesma órden que cuando salió de Adra, excepto que los tercios iban trocados. De vanguardia iba don Juan de Mendoza, luego el marqués de la Favara; seguíale el marqués de los Vélez con la caballería, y detrás dél Antic Sarriera y don Juan Fajardo; y de retaguardia de todos don Pedro de Padilla. Tenia ya aviso Aben Humeya del poderoso ejército que se aparejaba contra él, y hizo tres provisiones. A Hernando el Habaquí envió con cartas á Argel para que procurase traerle algun socorro; á don Hernando el Zaguer hizo ir á recoger el mayor número de gente que pudiese en los partidos de Almería, rio de Almanzora y sierras de Baza y Filábres; y á Pedro de Mendoza el Hoscein, con cinco mil hombres, mandó que defendiese la entrada de la Alpujarra á nuestro campo, aunque el proprio Hoscein nos dijo después que no llevaba órden de pelear, sino de espantar, porque tenian acordado de no pelear hasta tener toda la gente junta. Caminando pues nuestros escuadrones poco á poco, llevando sus mangas de arcabucería sueltas á los lados, y algunos caballos y peones descubriendo delante, á las ocho horas de la mañana los descubridores llegaron á unas vertientes de sierras que

están á la mano derecha del paso de las Vacas, donde descubrieron los moros, que estaban derramados por aquellos cerros haciendo grandes algazaras. Don Juan de Mendoza prosiguió su camino y llegó á un llano que se hace junto al barranco, y allí hizo alto, tomando por frente á los enemigos, los cuales comenzaron á deshonrar á los soldados, diciendo y haciendo las deshonestidades que semejantes bárbaros acostumbran. Metiéronse algunos soldados en el barranco con deseo de arcabucearse con ellos á tiempo que el marqués de los Vélez asomaba por un cerro con la caballería; el cual, viendo trabada la escaramuza sin órden suya, envió á mandar á don Juan de Mendoza que parase, y pasando á la vanguardia, le reprehendió, diciendo que habia sido atrevimiento, con el cual pudiera poner el campo en condicion de perderse; y mostrando estar enojado con él, mandó á don Juan Fajardo que pasase adelante con dos mil infantes, y que acometiendo á los enemigos, procurase echarlos de aquellos lugares; y por otra parte envió á don Juan Enriquez con algunos caballos el barranco arriba á buscar paso por donde pudiese pasar la caballería. Los moros comenzaron á remolinar, y dende un poco se fueron retirando; mas luego dieron vuelta, mostrando querer hacer algun acometimiento, como gente que presumia defender aquel paso; y cuando vieron subir otra manga de arcabuceros, y entre ellos caballería que los iba cercando, no osando aguardar, dieron luego á huir. A este tiempo los soldados delanteros comenzaron á llamar la caballería para que los siguiese, y el marqués de los Vélez, dejando sobre el barranco á don Juan Enriquez con las banderas de los catalanes y del tercio de Nápoles, pasó y fué en su seguimiento. Iban ya los moros huyendo por aquellos cerros la vuelta de Lucainena, y no osando aguardar en ninguna parte, pasaron á Ujíjar y á Válor, donde estaba Aben Humeya, dejando muertos mas de cincuenta dellos que pudo nuestra gente alcanzar; y matáranse muchos mas si no fuera el calor que hacia tan grande, que desmayaba los hombres y los caballos; y hubo algunos soldados que perecieron de sed en el alcance. Aquella noche se alojó nuestro campo en Lucainena tan desordenadamente, que el marqués de los Vélez, viendo la mala órden del alojamiento, se apeó fuera del lugar al pié de una encina. A este tiempo don Juan Enriquez, que vió el paso del barranco desembarazado, hizo pasar la infantería adelante, y se quedó con los caballos de resguardo mientras pasaba el bajaje, por si acudiesen enemigos; y fué bien que no los hubiese, segun el embarazo y la confusion grande que hubo, porque cayendo los bagajes cargados unos sobre otros en el barranco, murieron muchos; y siendo necesario poner cobro en la municion y bastimentos que llevaban, se detuvieron tanto, que sobrevino la noche; y juntándose los capitanes á consejo, acordaron de quedarse allí hasta otro dia, y enviaron dos escuderos que avisasen al marqués de los Vélez para que mandase poner dos ó tres compañías de guardia en el camino, que hiciesen escolta á los bagajes que iban enviando poco á poco; mas no hubo esto efeto, porque los escuderos no le hallaron aquella noche, por haberse apeado de la manera que dijimos. Otro dia los capitanes hicieron cargar los bagajes, y los aviaron lo mejor que pudieron, no con pequeño trabajo, haciendo que los escuderos llevasen la pólvora, plomo y cuerda y pelotas de los bagajes que quedaban muertos delante, en los arzones de los caballos, porque no se quedase allí aquella municion. Recogida toda la gente, partió el Marqués del alojamiento de Lucainena, y fué aquel dia á Ujíjar, y se metió dentro á vista de los enemigos, que estaban puestos en ala por las laderas de las sierras; los cuales se retiraron luego á Válor sin hacer acometimiento. Esta mesma noche llegó don Hernando el Zaguer con mucha gente que traia recogida de los lugares por donde habia andado; y cuando vió nuestro campo en Ujíjar y supo cuán poca defensa habia hecho el Hoscein en el paso que habia ido á defender, y que tampoco habia osado acometer el segundo dia, desconfiado del negocio de la guerra, dijo que no era ya tiempo de aguardar mas, y se fué la vuelta de Múrtas; y en un lugar llamado Mecina de Tedel murió de enfermedad dentro de cuatro dias. Estuvo el marqués de los Vélez en Ujíjar dos dias, y siendo avisado que Aben Humeya habia juntado la gente de la Alpujarra en Válor, y que estaba con determinacion de pelear, pareciéndole que no habia mas que aguardar para deshacerle, quiso informarse del camino que podria llevar para que la caballería fuese superior y pudiese ejecutar el alcance. Y como las guias le dijesen que de ninguna manera se podria ir por tierra llana, sino era rodeando una jornada y haciendo noche en el camino en parte donde no habia agua, quiso ir él en persona á reconocerlo; y pareciéndole que el camino derecho que va por el rio arriba no era tan dificultoso como decian las guias, acordó de ir por él en busca del enemigo.

CAPITULO III.

Cómo nuestro campo fué en busca del enemigo, y peleó con él en Válor, y le venció.

Habiendo reconocido el marqués de los Vélez el camino, y determinado de ir por él, á 3 dias del mes de agosto, después de haber oido misa y encomendádose todos los fieles á Dios, comenzó á marchar con todo su campo en la mesma órden que habia venido hasta allí. Llevaba la vanguardia don Pedro de Padilla con los soldados viejos de su tercio y la mayor parte de la gente del tercio de los pardillos, mezclados unos con otros. Luego seguia el marqués de los Vélez con la caballería, armado de unas armas negras de la color del acero, y una celada en la cabeza llena de plumajes, ceñida con una banda roja, que daba una lazada muy grande atrás, y una gruesa lanza en la mano, mas recia que larga. El caballo era de color bayo, encubertado á la bastarda, con muchas plumas encima de la testera; el cual iba poniéndose con tanta furia, lozaneándose y mordiendo el espumoso freno con los dientes, que señoreando aquellos campos, representaba bien la pompa y ferocidad del Capitan General que llevaba encima. Detrás de la caballería iba el bagaje, y en la batalla el marqués de la Favara con sus compañías y algunas del reino de Murcia; y de retaguardia Antic Sarriera con los catalanes, y luego don Juan de Mendoza. Todos estos escuadrones llevaban sus mangas de arcabuceros á los lados, ocupando las laderas y las cumbres de los cerros de donde parecia que los enemigos podrian hacer daño; y desta manera caminaban poco á poco, guardando sus ordenanzas por el rio arriba. Habíase puesto el enemi-

go con toda su gente en la ladera de un cerro que está por bajo de Válor con las banderas tendidas, tocando los atabalejos y las dulzainas con tanta armonía, que atronaban aquellos valles; y en un cerrillo que está á caballero del rio y del camino por donde forzosamente habia de pasar nuestra gente, tenia puestos quinientos escopeteros escogidos que defendiesen aquel paso. Llegando pues nuestra vanguardia á este cerrillo, don Pedro de Padilla y otros caballeros sus amigos, que se habian apeado de los caballos y puéstose eñ la primera hilera de la vanguardia, acometieron animosamente á los enemigos, los cuales esperaron y resistieron como si fuera gente de ordenanza; y de tal manera pelearon, que hubieron bien menester los nuestros las manos un buen rato; mas al fin se valieron tan bien dellos, que les entraron, matando mas de docientos moros, aunque murieron tambien de los nuestros treinta cristianos. Y fué bien menester que les acudiese la caballería, porque andaba Aben Humeya vistoso delante de todos en un caballo blanco con una aljuba de grana vestida y un turbante turquesco en la cabeza discurriendo de un cabo á otro, animando su gente y diciendo que fuesen adelante, y peleando animosamente tomasen venganza de sus enemigos; que no temiesen el vano nombre del marqués de los Vélez, porque en los mayores trabajos acudia Dios á los suyos; y cuando les faltase, no les podria faltar una honrosa muerte con las armas en las manos, que les estaba mejor que vivir deshonrados. Por otra parte, el marqués de los Vélez, viendo que los de la vanguardia pedian caballería de mano en mano, mandó á don Diego Fajardo, su hijo, que pasase con los caballos adelante; el cual pasó por una acequia á la mano izquierda del rio, yendo un caballo tras de otro, porque, siendo el paso angosto, no desbaratasen las hileras de la infantería. Siguiéronle don Jerónimo de Guzman con algunos caballos de Córdoba, y don Martin de Avila con los de Jerez de la Frontera, y subieron por la halda del cerro, y fueron á salir con harto trabajo á unas viñas que estaban á media ladera, y por allí acometieron á los enemigos; los cuales, viéndolos subir por donde jamás pensaron que pudiesen correr caballos, comenzaron á desmayar, y teniéndose por perdidos, dejaron el sitio y el lugar y se pusieron todos en huida. Viendo pues Aben Humeya el desbarate de su gente, y que no podia hacerlos detener, volviendo tambien él las espaldas, llegó á un barranco donde se hacia una quebrada de peñas, entre Válor y Mecina; y apeándose del caballo, le hizo desjarretar, y se embreñó en las sierras con solos seis moros que le siguieron, dejando ahorcados á Diego de Mirones, alcaide de Seron, y á un alguacil de la sierra de Filábres llamado Juan Alguacil, que llevaba preso porque no queria ser contra nuestra santa fe, para con aquel espectáculo entretener nuéstra gente. Los caballos subieron buen rato por la sierra arriba hasta encaramar á los enemigos en lo mas alto della, donde no eran ya de provecho. La infantería llegó cerca de Válor, y pasando de largo, fué siguiendo el alcance hasta el proprio barranco donde Aben Humeya habia hecho desjarretar el caballo, que estaba casi una legua mas arriba, y allí se alojó aquella noche por haber agua y leña de chaparros en abundancia. Al marqués de los Vélez le reventó el caballo al subir de la cuesta, y tomando otro subió á mano derecha, y llegó al puerto de Loh con don Alvaro Bazan, marqués de Santacruz, y don Jorge Vique y otros caballeros, y obra de cincuenta caballos. Y siendo ya las cinco horas ó mas, pasó la sierra y se fué á la fortaleza de la Calahorra, no le pareciendo que seria acertado volver de noche con los caballos cánsados por donde andaban los enemigos, ó, como después decia, porque en el campo no habia baštimentos mas que para aquella noche y para otro dia, cuando mucho; y especialmente les faltaban á los catalanes, que por no llevar las raciones á cuestas se habian dejado la mitad dellas en Adra; y quiso ir á dar órden en el despacho de los que hallase en aquella fortaleza, y no los habiendo, remediar con su presencia como se llevasen de otra parte; y como no halló ningunos que poder llevar, despachó luego á la hora á Guadix y á Baza y á Granada, para que con brevedad le proveyesen de algunos. Otro dia de mañana fueron el obispo de Guadix y don Rodrigo de Benavides á visitarle, y le llevaron mas de doscientos bagajes cargados de pan y de bizcocho, con que volvió aquel mesmo dia al campo, que halló alojado en Válor, donde se detuvo dos dias aguardando otras escoltas; y como vió que no venian, ni tenia nueva que fuesen, dejando puesto fuego á las casas que Aben Humeya tenia en aquel lugar, se fué á poner en lo mas alto del puerto de Loh. En este alojamiento se comenzaron á ir los soldados sin órden, que no fué posible detenerlos en viendo la tierra llana; y desde allí fueron á Guadix los marqueses de Santacruz y de la Favara y otros caballeros. Enfermó mucha gente con los aires delgados de la sierra; y fué tanto lo que aquejó la hambre á los que quedaban, que fué necesario bajar con todo el campo á la Calahorra, confiado en que, con las vituallas que traerian vianderos, se podria entretener mientras le proveian los ministros de su majestad. Puesto el campo en la Calahorra, comenzaron á irse los soldados mas de veras, pudiéndolo hacer mejor; y aunque don Juan de Aústria envió luego al licenciado Pero Lopez de Mesa, alcalde de la chancillería de la ciudad de Granada, á que le proveyese de bastimentos con diligencia desde la ciudad de Guádix, no se pudo enviar tanta cantidad junta, que bastase á suplir la necesidad presente; y así se estuvo en aquel alojamiento muchos dias consumiendo poco á poco los bastimentos de aquella comarca, sin hacer efeto. Estando pues el marqués de los Vélez en la Calahorra, don Enrique Enriquez, su cuñado, falleció en Baza de enfermedad, y don Juan de Austria envió en su lugar á don Antonio de Luna con mil infantes y docientos caballos; el cual estuvo en aquella ciudad desde 14 dias del mes de agosto hasta 15 del mes de noviembre; y en la vega de Granada quedó en su cargo don García Manrique, hijo del marqués de Aguilar. Vamos á lo que Hernando el Habaquí negoció en la ciudad de Argel con Aluch Ali sobre el socorro que Aben Humeya le pedia.

CAPITULO IV.

Cómo Hernando el Habaquí pasó á Berbería por socorro, y cómo Aben Humeya se rehizo con los socorros que le vinieron de Argel y de otras partes.

Partió Hernando el Habaquí de España á 3 dias del mes de agosto, el proprio dia que Aben Humeya fué desbaratado en Válor, y llegando á Argel dentro de

ocno dias, hizo instancia con Aluch Alí para que le diese socorro de navíos y gente, poniéndole por intercesores algunos morabitos que le moviesen á ello por via de religion; el cual mandó pregonar que todos los turcos y moros que quisiesen pasar á socorrer á los andaluces, que así llaman en Africa á los moros del reino de Granada, lo pudiesen hacer libremente. Mas después, viendo que á la fama deste socorro habia acudido mucha y muy buena gente, acordó que seria mejor llevarla consigo al reino de Túnez, y así lo hizo, dejando indulto en Argel para que todos los delincuentes que andaban huidos por delitos y quisiesen ir á España en favor de los moros andaluces, fuesen perdonados. Destas gentes recogió Hernando el Habaquí cuatrocientos escopeteros debajo la conduta de un turco sedicioso y malo llamado Hoscein; y embarcándose con ellos en ocho fustas, donde metieron algunos particulares mucha cantidad de armas y municiones para vendérselas á los moros, vino con todo ello á la Alpujarra. Con este socorro y con el de otras fustas que vinieron tambien de Tetuan con armas y municiones que traian mercaderes moros y judíos, los enemigos de Dios tomaron ánimo para proseguir en su maldad y se hicieron mas fuertes, no habiendo en toda la Alpujarra ejército de cristianos que poder temer. Luego tornó Aben Humeya á proveer sus fronteras; y los moros, habiéndose recogido á sus pueblos, sembraban sus panes y labraban sus heredades y criaban la seda, como si estuvieran ya seguros y muy de reposo en sus casas. El Hoscein, hinchéndolos de esperanza con decirles que Aluch Alí le enviaba por mandado del Gran Turco á que viese la disposicion y calidad de la tierra y el número de gente morisca que habia en ella para poder tomar armas, quiso ver los rios de Almanzora y Almería, y la sierra de Filábres y todos los lugares de la Alpujarra, y después entró secretamente en la ciudad de Granada y en la de Guadix y en la de Baza, y las reconoció. Y siendo informado de todo lo que quiso saber de los moradores dellas, diciendo que deseaba tener alas para ir volando á dar cuenta de lo que habia visto al Gran Turco su señor, para que luego les enviase su poderosa armada de socorro, se tornó á Berbería cargado de preseas, joyas y captivos que le dieron en aquellos partidos donde anduvo. Vamos á lo que se hacia en este tiempo á la parte del valle de Lecrin, y como los moros fueron sobre el lugar del Padul para alzarle y desbaratar el presidio que allí habia para seguridad de las escoltas.

CAPITULO V.

Cómo los moros del valle de Lecrin combatieron el fuerte que los nuestros tenian hecho en el Padul, y quemaron parte de las casas del lugar.

Con la nueva del socorro de Africa tornaron los alzados á su vana porfía, y los moriscos del Padul, que ya no podian sufrir la costa ordinaria y las molestias y vejaciones de la gente de guerra que tenian alojada en sus casas, teniendo aviso que andaban dando órden de irlos á levantar, y gobernándose por algunos hombres de buen entendimiento que habia entre ellos, determinaron de pedir licencia á don Juan de Austria para irse á Castilla con sus mujeres y hijos. Y andando en esto, les aconsejó un clérigo beneficiado del lugar de Gójar que pidiesen que los dejase ir á poblar aquel lugar, que estaba despoblado y los moradores dél se habian ido á la sierra; lo cual les fué luego concedido, y con mucha brevedad mudaron sus casas á Gójar. No eran bien idos del lugar, cuando los moros del valle de Lecrin y de las Guájaras y de otros lugares comarcanos se juntaron; y siendo mas de dos mil hombres de pelea, en que habia muchos escopeteros y ballesteros, determinaron de ir á dar una madrugada sobre el Padul, y degollando los cristianos que estaban en él de presidio, llevarse los moriscos á la sierra. Con esta determinacion partieron de las Albuñuelas á 21 dias del mes de agosto deste año de 1569, y caminando toda aquella noche, fueron la vuelta de Granada para engañar las centinelas y poder tomar á los nuestros descuidados; y volvieron luego por el camino real que va desde aquella ciudad al Padul, puestos en su ordenanza, y caminando poco á poco, como lo solian hacer las compañías que iban acompañando alguna escolta. Desta manera llegaron al esclarecer del dia cerca del lugar, y como la centinela que estaba puesta en lo alto de la torre de la iglesia los descubrió, aunque tocó la campana á rebato, diciendo que por el camino de Granada venian muchos moros, no por eso se alteraron los soldados ni se pusieron en arma; antes hubo algunos que le dijeron que debia de estar borracho, que cómo podia ser que viniesen moros de hácia Granada. Estando pues en esto, asomaron por un viso donde estaba un humilladero, no muy lejos de las casas, con once banderas tendidas; y acometiendo el lugar con grande ímpetu, antes que los nuestros se acabasen de recoger á un fuerte que tenian hecho al derredor de la iglesia, mataron treinta y seis soldados y tomaron treinta caballos de una compañía de gente de Córdoba que estaba allí de presidio, cuyo capitan era don Alonso de Valdelomar, y saqueando la mayor parte de las casas, se llevaron hartos despojos y dinero, y con la misma furia acometieron el fuerte, creyendo hallar poca defensa en él; mas el capitan Pedro de Redrovan, vecino del Corral de Almaguer, que estaba allí por gobernador, y don Juan Chacon, vecino de Antequera, que por mandado de don Juan de Austria se habia metido en aquel presidio con ciento y cincuenta soldados de su compañía dos dias habia, y otros dos capitanes, llamados Pedro de Vilches, vecino de la ciudad de Jaen, y Juan de Chaves de Orellana, natural de la ciudad de Trujillo, que después de la rota del barranco de Acequia habia vuelto á rehacer su compañía, se defendieron valerosamente, y matando buena cantidad de moros, los arredraron de sí. Los cuales, viendo que no eran poderosos para entrarlos á batalla de manos, enviaron mas de quinientos hombres á traer de las viñas cantidad de rama, espinos y paja, y pusieron fuego á todas las casas del lugar, creyendo poder tambien quemar las que estaban dentro del fuerte; y estando las unas y las otras cubiertas de llamas y de humo, no cesaban de dar asaltos por donde entendian poder tener entrada, horadando las casas y las paredes por muchas partes; lo cual todo resistia el notable valor y esfuerzo de los capitanes y soldados, no sin gran daño de los enemigos. Habia una casa grande fuera del pueblo, donde vivia un vizcaíno, natural de Vergara, llamado Martin Perez de Aroztigui, el cual, habiendo llevado su mujer y hijos á Granada, acertó á hallarse aquella no-

che en su casa con cuatro mozos cristianos y tres moriscos amigos suyos, de los que se habian ido á vivir á Gójar, que se quisieron recoger con él; y como el acometimiento de los moros fué tan de improviso por aquella parte, no teniendo lugar de recogerse dentro del fuerte, se fortaleció en la casa, atrancando las puertas con maderos y piedras. Y viéndose en manifiesto peligro, porque no habia dentro mas que una sola escopeta, dijo á los moriscos que tenia consigo que hablasen á los moros y les rogasen que no le hiciesen daño en la persona ni en la hacienda, pues sabian que era su amigo y los habia favorecido siempre en sus negocios en tiempo de paz; los cuales respondieron que así era verdad, y que les diese el dinero y la escopeta si queria que le dejasen ir libremente á Granada; mas él no lo quiso hacer, diciendo que dineros no los tenia, y que la escopeta habia de ir juntamente con la cabeza. Entonces los enemigos combatieron la casa, y poniéndole fuego á todas partes, procuraron tambien hacer un portillo con picos y hazadones en una pared que respondia al campo. No faltó ánimo á Martin Perez para defenderse, viéndose combatido del fuego y de las escopetas y ballestas, que no le daban lugar de poderse asomar á tirar piedras desde las ventanas, y acudiendo á la mayor necesidad, hizo echar agua en la puerta de la casa que ardia; y echando grandes piedras al peso de la pared, donde los moros hacian el agujero, procuraba tambien ofenderlos con la escopeta, porque hasta entonces no lo habia osado hacer, creyendo poderlos entretener con buenas palabras mientras llegaba el socorro. Finalmente se dió tan buena maña, que no hizo tiro que no derribase moro; por manera que cuando tuvo muertos siete de los que mas ahincaban el combate, los otros tuvieron por bien de retirarse afuera. A este tiempo, habiendo ya mas de cuatro horas que duraba la pelea en el fuerte y en la casa, la atalaya que los enemigos tenian puesta á la parte de Granada les avisó cómo venia gente de á caballo, y sin hacer mas efeto del que hemos dicho, se retiraron la vuelta del valle. Habia salido del Padul un escudero de los de Córdoba cuando los moros llegaron, y pasando por medio dellos, habia ido á dar rebato á don García Manrique, que estaba en Otura, alcaría de la vega de Granada, y pasando á la ciudad, habia tambien dado aviso á don Juan de Austria. Y la gente que los moros descubrieron eran sesenta caballos que se habian adelantado con don García Manrique; los cuales, juntándose con once escuderos que habian quedado en el Padul, se pusieron en su seguimiento y alancearon algunos que quedaron atrás desmandados. Tambien acudió al socorro el duque de Sesa desde Granada con mucha gente de á pié y de á caballo; pero llegó tarde, á tiempo que ya llevaban los moros mas de una legua de ventaja; y proveyendo la plaza de gente, que la habia bien menester, porque habian sido muertos cincuenta soldados y muchos mas heridos, loó á los capitanes lo bien que se habian defendido de tanto número de gente y de una violencia tan grande del fuego, que era lo que mas se temia, y aquella noche volvió á Granada.

CAPITULO VI.

De las pláticas que hubo sobre la salida que el marqués de los Vélez hizo á la Calahorra, y cómo el marqués de Mondéjar fué llamado á corte.

Aunque el marqués de los Vélez desbarató á Aben Humeya en Válor de la manera que hemos dicho, algunos contemplativos no le atribuian gloria entera de la vitoria, por salir como salió á la Calahorra, dejándole en la Alpujarra, donde con facilidad pudo tornar á juntar gente y rehacerse, especialmente viendo que no habia vuelto á entrar luego para acabarle de deshacer. Y como en los consejos suele siempre haber humores diversos y aficiones particulares que despiertan los juicios delicados á dar justas causas y sospechas de su desacuerdo, formando queja de lo que por ventura podria merecer loor, estando sanas y conformes las voluntades, no faltaba quien decia que los enemigos habian sido menos de los que habia escrito; que se le habia dado mas gente al doble de la con que se habia ofrecido á allanar la tierra; que habia perdido ocasion por salir de la Alpujarra antes de tiempo; que la salida habia sido mas para dar á entender que se podia hollar la Alpujarra con caballos, cosa que se habia dificultado en el consejo de don Juan de Austria algunas veces, que por necesidad de bastimentos; y que habiendo consumido un campo tan numeroso, se estaba en el alojamiento consumiendo los bastimentos y la gente que le habia quedado sin hacer efeto. Estas cosas aguaban la vitoria al marqués de los Vélez, el cual se quejaba que cuarenta dias antes que partiese de Adra habia avisado al consejo de Granada que le pusiesen bastimento y municiones en la Calahorra, porque entendia acudir hácia aquella parte y proveerse de allí; y por no lo haber hecho, le habia sido necesario sacar la gente á parte donde pereciese de hambre; ni menos le proveian para poder salir de donde estaba, de cuya causa se le iban cada dia los soldados, y cargaba la culpa de todo ello al marqués de Mondéjar y al duque de Sesa y á Luis Quijada, entendiendo que le hacian poca amistad; el marqués de Mondéjar, por pasiones antiguas, renovadas por razon del cargo y preeminencia en que se habia metido; el duque de Sesa, por tenerle por su enemigo, aunque era su sobrino; y Luis Quijada, segun él decia, por ser su émulo y envidioso de su felicidad, y que habia acriminádole la entrada en el reino de Granada sin órden de su majestad. Y porque nuestro oficio no es condenar ni asolver estas cosas, sino apuntarlas para los que esta historia leyeren, solamente dirémos como su majestad, príncipe discretísimo, vistos los cargos que por via de justificacion se daban unos á otros, dijo que aunque no era tanto el daño de los moros como se habia dicho, habia sido importante cosa desbaratarlos y esparcirlos; y dende á pocos dias, para mejor se informar, mandó al marqués de Mondéjar, por carta de 3 de setiembre, que fuese luego á la corte, y que el Consejo enviase relacion de todos los bastimentos y municiones que se habian llevado á la Calahorra. El cual partió de Granada á 12 dias de dicho mes, y llegado á la villa de Madrid, satisfizo al negocio para que habia sido llamado; y su majestad le mandó ir con él á la ciudad de Córdoba, donde habia llamado á cortes; y ansí no volvió mas al reino de Gra-

nada, porque le proveyó por visorey de Valencia, y despues le envió por visorey de Nápoles.

CAPITULO VII.

Cómo el capitan Francisco de Molina se fortaleció en Albacete de Órgiba, y de una escaramuza que hubo con los moros sobre el quitar el agua.

Habiéndose metido Francisco de Molina en Órgiba de presidio con la gente que dijimos, luego comenzó á fortalecerse en Albacete, lugar principal de aquella taa, atajándole de manera que se pudiese defender con menos gente; y porque tenia órden de don Juan de Austria para meter la torre y la iglesia en el reducto que hiciese, á causa de que se habian de encerrar dentro cantidad de bastimentos y municiones que estuviesen de respeto, y no se podia hacer la fortificacion tan aventajadamente como convenia, por tener muchos padrastros que señoreaban desde fuera la plaza y el muro, fué necesario que se hiciesen dos murallas de tapia, la una á la parte de fuera, y la otra á la de dentro, para que entre ellas pudiesen estar los soldados encubiertos, y algunas trincheas por donde pudiesen atravesar de una parte á otra. Y porque no habia agua dentro del lugar, ni se podia hallar en pozos á cincuenta ni á sesenta brazas, habiéndose de proveer necesariamente de una acequia que los moros podian quitar á todas horas, mandó cavar unos hoyos muy grandes al derredor del muro donde echarla, para tenerlos llenos si acaso le cercasen. Queriendo pues Aben Humeya ir sobre este presidio, el proprio dia que se acabaron de hacer los hoyos envió once banderas de moros que quitasen el agua de la acequia, y procurasen tomar algun prisionero de quien saber la gente que habia quedado dentro y en qué términos estaba la fortificacion; los cuales llegaron cerca del lugar y quitaron luego el agua, pudiéndolo hacer fácilmente, porque se tomaba á media legua de allí. Francisco de Molina pues, sospechando el desinio del enemigo, y viendo ir las banderas hácia el tomadero de la acequia, envió al capitan Diego Nuñez, vecino de Granada, con docientos arcabuceros, á que se pusiese sobre el tomadero del agua, y se la defendiese de manera, que no dejase de ir su camino; el cual procuró de hacerlo así; mas eran los moros tantos, que no se atrevió á pasar de unas peñas, donde estuvo arcabuceándose con ellos gran rato. Entendiendo esto Francisco de Molina, envió luego al capitan Lorenzo de Avila con otro golpe de gente, y despues, pareciéndole que todo era poco para arrancar á los enemigos de donde se habian puesto, dejando encomendado el fuerte á don Gabriel de Montalvo, vecino de Granada, que era capitan de infantería y sargento mayor de aquel presidio, salió él con cien arcabuceros y piqueros y veinte caballos, y llegando cerca de las peñas, halló que los dos capitanes estaban peleando con los moros; los cuales, viendo venir aquel socorro cargaron de manera, que matando algunos, los arredraron de sí tanto, que tuvieron lugar de volver la acequia hácia el lugar, y estuvieron guardando el tomadero hasta que fué de noche, escaramuzando siempre con ellos. A esta hora Francisco de Molina se retiró; y porque entendiesen los moros que todavía se estaba quedo, y no osasen bajar á quitar otra vez el agua, hizo dejar muchos cabos de cuerdas encendidas á los soldados entre las matas y al derredor de las peñas, y con este ardid de guerra los entretuvo burlados tirando toda la noche á los fuegos, y el agua corrió á los fosos hasta que se hincheron; y como fué de dia, los enemigos entendieron el engaño, y tornando á quitar el agua, se fueron la vuelta de la sierra sin hacer otro efeto. Francisco de Molina, queriendo ver si los hoyos detenian algunos dias el agua, halló que se secaron á segundo dia; entonces sacó una parte del fuerte mas á fuera hasta un barranco que cae sobre el rio, y desde allí hizo un camino cubierto á manera de trinchea, por donde los soldados pudiesen ir á tomar agua sin que los enemigos se lo estorbasen; y con esto aseguró aquella plaza por entonces.

CAPITULO VIII.

Cómo Aben Humeya alzó el lugar de las Cuevas y fué á cercar á Vera, y cómo Lorca socorrió aquella ciudad.

Estaba por alcaide mayor en la ciudad de Lorca el doctor Matías de Huerta Sarmiento, natural de la ciudad de Sigüenza; el cual, debajo de profesion de letras, era tambien soldado y habia estado muchos dias en Oran en tiempo que era allí capitan general don Alonso de Córdoba, conde de Alcaudete, y tenia prática y experiencia en cosas de guerra. Y deseando conservar los lugares de su jurisdicion y saber el desinio de los enemigos, enviaba algunas espías al rio de Almanzora; y puso tan buena diligencia en esto y en prender las de los enemigos, que á 17 dias del mes de setiembre deste año le vinieron á las manos dos espías de Aben Humeya, y dándoles tormento, confesaron como se quedaba aprestando para ir á ocupar la ciudad de Vera, donde tenia pensado esperar el socorro de Berbería, por ser plaza á su propósito para aquel efeto, y que seria su venida sin falta á la entrada de la luna de otubre, que era al fin de setiembre, con toda la gente que pudiese juntar, y que los moriscos de las villas de los Vélez se habian ofrecido de enviarle encubiertamente bastimentos; y demás desto declararon quién habian sido los moros que habian captivado aquellos dias ciertos cristianos de María y de Caravaca, y de los otros lugares sus comarcanos. Estas confesiones envió luego á don Juan de Austria y al marqués de los Vélez, y al Comendador mayor, que todavía andaba por la costa con las galeras, para que estuviesen todos apercebidos, si fuese menester hacer algun socorro por mar ó por tierra. Avisó tambien á la ciudad de Vera con tres de á caballo que estuviesen sobre aviso, porque sin duda irian los moros á cercarla, y envió al cabildo el traslado de las confesiones de las dos espías, ofreciéndose que socorreria con la gente de Lorca siempre que fuese menester. Y para tener aviso cierto y poder acudir con tiempo, hizo poner atalayas que se descubriesen unas á otras desde Lorca á Mojácar, y los de Mojácar hicieron lo mismo hasta Vera, para que de dia con ahumadas, y de noche con almenaras de fuego, se correspondiesen y avisasen cuando llegase el enemigo; advirtiéndoles que en el punto enviasen tres de á caballo con toda diligencia con el aviso, por si acaso faltase alguna atalaya. Y para ver como correspondian, á 23 de setiembre se hizo el ensayo y prueba de las ahumadas de dia y de las almenaras de noche; las cuales pasaron de mano en mano desde Vera á Mojácar, y al Como

de Cali, y al cerro de Enmedio, y al cerro Gordo, y á la torre de Alfonsi de Lorca. No se engañaron los cristianos en hacer esta diligencia, porque Aben Humeya, viendo que el marqués de los Vélez se estaba quedo en la Calahorra, y que no habia campo que le pudiese enojar, deseando ocupar la ciudad de Vera en aquella ocasion, bajó con cinco mil hombres al rio de Almanzora, y juntando con ellos mas de otros cinco mil de aquellos lugares, fué sobre la villa de las Cuevas, que es del marqués de los Vélez, y haciendo que se alzasen los vecinos, que eran todos moriscos, en venganza de las casas que le habia hecho quemar en Válor, le hizo destruir y talar una hermosa huerta que alli tenia; y no pudiendo tomar el castillo, porque lo defendian los cristianos que se habian metido dentro, pasó á la ciudad de Vera, y el dia de San Mateo, á 24 de setiembre, puso su campo sobre Vera la vieja, y desde allí hizo una gran salva de arcabucería contra la ciudad de Vera la nueva, que está á la parte de abajo. Era alcalde mayor desta ciudad el licenciado Mendez Pardo, el cual salió á reconocer el campo con treinta de á caballo; y habiendo escaramuzado un rato con los enemigos, se retiró á la ciudad, y dió luego aviso á las ciudades de Lorca y Murcia por las atalayas y con gente de á caballo, como estaba tratado. Queriendo pues Aben Humeya poner temor á los ciudadanos, plantó dos piecezuelas de artillería de bronce que llevaba, y comenzó á batir un lienzo de muro viejo, tirando asimesmo á las casas que se descubrian por aquella parte; mas luego reventó la una dellas, y un arcabucero hirió desde una tronera al artillero que tiraba la otra, y paró la batería. En este tiempo las atalayas daban priesa con las ahumadas, que se alcanzaban unas á otras; y estando la gente de Lorca en el sermon poco antes de mediodía, llegó la guardia de la atalaya de la torre del Alfonsin con el aviso al alcalde mayor; el cual, sospechando lo que debia ser, hizo luego tocar á rebato, y haciendo alarde de la gente de la ciudad, proveyó de armas á los que no las tenian, y juntando á cabildo, se nombraron por capitanes de la infantería Juan Navarro de Alava y Alonso de Ortega Salazar, y de los caballos, Diego Mateo Jerez, todos regidores. Y estando haciendo el nombramiento, llegó un escudero de Vera, que habia corrido nueve leguas, á dar aviso como habian llegado domingo de mañana mas de doce mil moros, y como tiraban con dos piezas de artillería á la ciudad, pidiendo que fuese luego el socorro. Y siendo todos de conformidad que se hiciese así, entre las dos y las tres de la tarde se juntaron en el campo que dicen de Nuestra Señora de Gracia, novecientos y setenta y dos infantes y ochenta caballos muy bien en órden; y antes que partiesen de allí, envió el alcalde mayor sus cartas requisitorias y notificatorias á la ciudad de Murcia, y á las villas de Cehegin, Caravaca, Calasparra, Moratalla, Sevilla, Alhama y Alumbres del Almazarron, avisándoles como iba á socorrer á Vera con la gente de Lorca, y requiriéndoles de parte de su majestad que hiciesen lo mesmo. Y prosiguiendo su camino, anduvo toda aquella noche, y al amanecer entró en la ciudad de Vera, que son nueve leguas de camino; mas cuando él llegó, los moros habian tenido aviso del socorro que iba, y estando para picar el muro, porque no tenian ya con que batir, habian dejado la obra y retirádose hacia las Cuevas. Juntándose pues la gente de Lorca con la de Vera, fueron en su seguimiento hasta el rio de las Cuevas. De allí se volvieron los de Lorca, porque les pareció que no convenia ir mas adelante con tan poca gente, siendo tan grande el número de los enemigos, y habiendo conseguido el efeto que se pretendia, que era descercar á Vera; y en el camino encontraron la gente de Murcia que iba al socorro, y eran tres mil infantes y trecientos caballos. Y juntándose los alcaldes mayores y capitanes á consejo sobre si seria bien ir todos en seguimiento del enemigo, aunque hubo algunos que decian que no habia para qué, pues Vera estaba descercada, los mas votos fueron de parecer que le siguiesen, porque no hiciese daño en otra parte. Y estando con esta determinacion, nació entre ellos una diferencia honrosa: los de Lorca decian que les pertenecia por privilegio antiquísimo llevar en la guerra del reino de Granada la vanguardia yendo hácia el enemigo, y la retaguardia á la retirada; y los de Murcia querian llevarla ellos, por ser cabeza de reino y de aquel corregimiento, y sobre ello hubieran de llegar á las armas; y viendo esto los alcaldes mayores, mudaron parecer, y recogiendo su gente, se volvieron á las ciudades. Aben Humeya tornó á Purchena, y de allí al Laujar de Andarax, y envió la gente á sus partidos.

CAPITULO IX.

Cómo unos soldados que se iban sin órden del campo del marqués de los Vélez hirieron á don Diego Fajardo queriéndolos volver al campo.

Era tan grande el desgusto que nuestra gente tenia en verse acorralada en el alojamiento de la Calahorra sin salir á hacer efeto, que no habia reparo que bastase á detener los soldados; y aun los mesmos capitanes por ventura holgaban que se les deshiciesen las compañías, por tener ocasion de salir de allí so color de tornarlas á rehacer; y ansí habia muchas banderas que no habian quedado diez hombres con ellas. El marqués de los Vélez hacia sus diligencias, y no le pareciendo tener suficiente número de gente, ni la provision de vituallas que habia menester para volver á entrar en la Alpujarra, de necesidad habia de estarse quedo gastando las que el licenciado Pero Lopez de Mesa le enviaba de un dia para otro desde Guadix. Culpábanle mucho de remiso, y no los que sabian qué cosa era gobernar ejércitos, y aventurarlos tan á costa de la autoridad y reputacion de los capitanes generales. Estando pues no con pequeño cuidado y congoja en ver que se le iba cada dia deshaciendo mas el campo, y que apenas tenia de quien poder fiar las rondas y centinelas, que cada noche mandaba poner dobladas, mas para guardar que la gente no se fuese que por temor del enemigo, fué avisado que tenian concertado de irse juntos mas de cuatrocientos soldados; y encomendando á don Rodrigo de Benavides, que habia venido de Guadix con la compañía de caballos del duque de Osuna, y á don Diego Fajardo, su hijo, con un estandarte de caballos de Córdoba, que estaba á cargo de don Jerónimo de Guzman, la ronda de la noche en que le habian dicho que se tenian de ir, sucedió que andando rondando don Diego Fajardo, y con él don Jerónimo de Guzman y el capitan Castellanos, comisario de la caballería, al cuarto de la modorra sintieron salir gente por hácia donde

don Rodrigo de Benavides andaba, que era á la parte de levante del lugar; y volviendo el capitan Castellanos por los escuderos de Córdoba, que habian quedado en el cuerpo de guardia, fueron los dos hácia donde estaba otra compañía de caballos de Osuna, y llamándolos, acudió tambien don Rodrigo de Benavides, y juntos se metieron por los soldados fugitivos, que iban atropellados sin órden, y hicieron volver muchos dellos á sus alojamientos. Otros, que no quisieron dejar de proseguir su camino, subieron por un cerro arriba que cae hácia aquella parte de levante, y á paso largo procuraron tomar lo alto y mas agrio dél, donde los caballos no pudiesen aprovecharse dellos. Los capitanes se pusieron en su seguimiento, y llegando cerca don Diego Fajardo, les dijo que no hiciesen cosa tan fea como era dejar las banderas, y que se volviesen á sus cuarteles, porque él les daba su palabra que no les seria hecho mal ni daño por aquella salida; mas ellos no le quisieron oir ni responder, prosiguiendo siempre su camino á la sorda con las mechas de los arcabuces encendidas. De ver esto se airó mucho don Rodrigo de Benavides, y llamando á voces á don Diego Fajardo, para que los soldados le conociesen y temiesen, dijo: «Corramos, señor don Diego; por esta ladera atajarlos hemos, y cerrando con ellos, caiga el que cayere; que desta manera se han de tratar estos bellacos traidores.» Estas palabras indignaron á los determinados soldados de tal manera, que como hombres agraviados dellas, respondieron que el que las decia y los que con él iban eran los traidores y malos caballeros, y que se hiciesen adelante, verian cómo les iba. De aqueste desacato se enojó don Rodrigo de Benavides; y aunque no eran mas de catorce de á caballo los que estaban juntos para poder acometer, porque los otros se habian quedado muy atrás, hizo con don Diego Fajardo que los acometiesen, apellidando don Rodrigo de Benavides el nombre de señor Santiago; y pasando por ellos los que estaban á la parte alta, pareciéndoles que los trataban como á moros, dispararon sus arcabuces. Don Diego Fajardo se fué metiendo á media ladera, yendo por dél don Jerónimo de Guzman y un escudero de Córdoba, y allí le dieron un arcabuzazo, que le pasó la rodela acerada que llevaba por junto á la embrazadura, y le quebró un dedo de la mano izquierda, y pasó la bala á la tetilla derecha, donde paró. Fué tan grande el golpe, que el caballo cayó y echó por cima de la cabeza á don Diego Fajardo medio aturdido; y apeándose don Jerónimo de Guzman y el escudero, le alzaron del suelo. Era don Diego Fajardo esforzado caballero, afable y muy amigo de soldados, y viéndose herido de tan mala manera, pidió su rodela para ver si estaba pasada, y cuando vió el agujero que habia hecho la bala, entendió que le habian muerto; y sintiendo en sí un estímulo de virtuosa congoja, que no le dejaba descansar en otra cosa, dijo que le llegaba al alma que cristianos le hubiesen puesto en aquel estádo; y subiendo lo mejor que pudo en su caballo, se volvió á la Calahorra. Encontróle en el camino el marqués de los Vélez, que habia salido con toda la caballería en oyendo tocar al arma; el cual viéndole de aquella manera recibió tanta alteracion, que no le pudo hablar; y mandando á don Juan Fajardo, su hermano, y á don Rodrigo de Benavides, que tambien se habia vuelto, que diesen órden de atajar aquellos soldados por tres ó cuatro partes con caballos y infantes, se subió á la fortaleza. Los soldados se fueron, que no bastó nada á detenerlos, y de allí adelante se fueron otros muchos; por manera que vino á quedar aquel campo, en que habia doce mil hombres, en menos de tres mil, la mayor parte dellos del tercio que llamaban de los pardillos y del de don Pedro de Padilla, que como gente obligada y de ordenanza vieja, tuvieron mas sufrimiento.

CAPITULO X.

De una vitoria que don García Manrique hubo del Anacoz en el valle de Lecrín.

Andaba en el valle de Lecrin el Anacoz con mas de mil hombres haciendo daño en las escoltas que iban de Granada á Órgiba; el cual habia muerto los docientos soldados de la compañía de Juan de Chaves de Orellana, que dijimos, entre Acequia y Lanjaron, y hecho otros muchos daños en la Vega y en lo de Alhama. Y queriendo el Consejo refrenar la insolencia de aquel hereje, mandaron llamar á Pedro de Vilches, por sobrenombre *Pié de palo*, porque tenia una pierna cortada de la rodilla para abajo, y en su lugar otra de madera, hombre plático en toda aquella comarca y muy animoso. Y preguntándole qué órden se podria tener para hacer una emboscada al Anacoz, dijo que le dejasen ir á él de parte de noche á las Albuñuelas y á Saláres, donde se recogian aquellos moros, y que les daria un arma, y se vendria retirando á la mañana entreteniéndolos, hasta sacarlos de dia al rio, porque de noche era cierto que no saldrian; y que estuviese la caballería metida en emboscada en los llanos que caen entre la laguna del Padul y Dúrcal, y que él se los pondria en las manos de manera que los pudiesen alancear á todos. Este consejo pareció bien á don Juan de Austria y á los del Consejo, y luego se mandó á don García Manrique que apercibiese la gente de la Vega, y dejando ir delante á Pedro de Vilches, se pusiese él en emboscada con la caballería en el lugar que le señalase; el cual partió de Otura con cien caballos y cuatrocientos arcabuceros de los que estaban alojados en las alcarías de la Vega, llevando consigo á Tello Gonzalez de Aguilar con las cien lanzas de Ecija, que fué para aquel efeto desde Granada, y se fueron á meter antes que amaneciese en unas huertas que están por bajo del barranco del rio de Dúrcal. Pedro de Vilches se fué derecho á los lugares de las Albuñuelas y Saláres con los soldados de las cuadrillas, y ellos se estuvieron quedos esperando á que viniese huyendo de los enemigos, como habia dicho; lo cual se hizo con tanto recato, que las centinelas que tenian puestas los moros hácia aquella parte no lo sintieron, y las nuestras las veian á ellas. Pedro de Vilches tocó su arma al amanecer del dia; luego comenzaron las ahumadas, y los moros salieron á él con grande grita: hizo un poco de resistencia, y dando á entender que tenia miedo, comenzó á retirarse con órden hácia la emboscada. Los moros fueron creciendo cada hora en tanto número, que cubrian aquellos cerros, y apretaron tanto á Pedro de Vilches, que cuando llegó cerca del socorro, ya le habian muerto dos soldados y herido algunos; y venian tan cerca dél, que fué necesario que don García Manrique, viendo venir á las vueltas moros y cristia-

-nos, saliese á ellos, sin aguardar que bajasen todos á lo llano, como estaba acordado; y matando seis turcos, que venian delante de todos, y mas de docientos moros, el Anacoz con todos los demás se pusieron en huida, metiéndose por los barrancos y despeñaderos del rio, donde no pudieron los caballos seguirlos, ni la gente de á pié, que no llegó á tiempo de poderlos alcanzar. Mas adelante llevó la pena de sus maldades; porque siendo preso, le mandó justiciar el duque de Arcos en Granada. Ganaron los nuestros en esta vitoria tres banderas, y para regocijar la ciudad entraron por ella arrastrándolas y llevando los escuderos las cabezas y las manos de los moros en los hierros de las lanzas. Estando pues todos muy contentos en Granada con este suceso, solo el animoso Vilches se quejaba de don García Manrique, diciendo que por haber salido la caballería tan presto á favorecerle, no habian alanceado aquel dia todos aquellos moros; y como le dijese el Presidente que si habia salido antes de tiempo, habia sido porque no le matasen los moros á él, siendo hombre impedido, y trayéndolos tan cerca á las espaldas, le respondió muy enojado: «Bien entiendo yo, señor, que lo hizo por eso; mas ¿qué iba en ello que matasen un hombre como yo, á trueco de alancear dos mil moros?» Respuesta de hombre leal, que no estimaba la vida por el servicio de Dios y de su rey.

CAPITULO XI.

De algunas provisiones que su majestad hizo estos dias para el breve despacho de la guerra.

Hizo su majestad estos dias dos provisiones muy importantes para la brevedad que se pretendia en esta guerra, con parecer de don Juan de Austria y de los consejeros que quedaron cerca de su persona. La una fué mandar que acabasen de sacar los moriscos que habian quedado en Granada, y los metiesen la tierra adentro, por sospecha que dellos se tenia que daban avisos á Aben Humeya de todo lo que se hacia, teniendo sus inteligencias con los que andaban levantados; y la otra mandar que se publicase la guerra á fuego y á sangre; cosa que aun hasta este tiempo no se habia publicado, porque solamente se trataba en el supremo consejo de Guerra con nombre de castigo en los rebeldes, no les queriendo dar otra autoridad; y aun se ofendian con muy justa razon los señores del reino de que llamasen rey, ni aun tirano, á Aben Humeya, á quien mejor cuadraba el nombre de traidor, pues lo era contra su rey y señor natural y dentro de su proprio reino. Concedió ansimesmo campo franco á todos los cristianos que sirviesen debajo de bandera ó estandarte, y que aprehendiesen en sí todos los bienes muebles, dineros, joyas y ganados que tomasen á los enemigos, y que no pagasen quinto ni otra cosa alguna de las personas que captivasen, haciéndoles de todo ello gracia y merced por esta vez y presente ocasion, para animar la gente, que andaba ya muy desgustada, á que sirviesen voluntariamente, sin que fuese menester otro rigor, porque estaban escandalizados los pueblos de la Andalucía de oir las quejas que daban los soldados que se iban huyendo del campo del marqués de los Vélez. Y para que mejor se pudiesen entender con la paga ordinaria, les mandó acrecentar el sueldo á respeto de como se acostumbraba pagar la gente de guerra en Italia, que es cuatro escudos de oro cada mes al coselete y al arcabucero, y tres al piquero, que llaman pica seca. Y porque los cabildos, concejos y señores, á quien se mandó que rehiciesen las compañías con que servian, y las acrecentasen á mayor número, estaban ya muy gastados, no les bastando los proprios ni las sisas que con licencia del Consejo Real echaban sobre los bastimentos, para pagar la gente, ordenó que desde el primero dia del mes de noviembre luego siguiente se pagase toda la infantería del dinero de su real hacienda, y que los cabildos, concejos y señores pagasen solamente la gente de á caballo. Lo cual todo se publicó en la ciudad de Granada por bando general á 19 de otubre deste año de 1569; y luego se enviaron traslados autorizados á todas las ciudades y señores del Andalucía y reino de Granada, para que se supiese en todas partes las gracias y mercedes que su majestad hacia á la gente de guerra. Dejemos agora el provecho que resultó destas provisiones, que fué muy grande, y digamos cómo Aben Humeya pagó la pena de sus crímenes y maldades por mano de los proprios rebeldes que le ordenaron la muerte.

CAPITULO XII.

Cómo los moros mataron á Aben Humeya, y nombraron en su lugar á Diego Lopez Aben Aboo.

Mientras estas provisiones se hacian de nuestra parte, Diego Alguacil, vecino de Albacete de Ujíjar, y otros deudos suyos, enemigos de Aben Humeya, que andaban ausentes dél por miedo que los mandaria matar, trataban de darle ellos la muerte por librarse de aquel temor y tomar venganza de las crueldades que habia usado con los naturales de la tierra, y especialmente con Miguel de Rojas, su suegro, y Rafael de Arcos, y con otros alguaciles y hombres principales de aquella taa y de la de Jubíles, que habia hecho morir por consejo de los capitanes de los monfís que traia consigo; y al fin vinieron á tomar venganza dél matándole por sus proprias manos, como agora dirémos. Entre otras cosas que Aben Humeya habia hecho, de que se sentia muy agraviado Diego Alguacil, era haberse llevado de Ujíjar una prima suya viuda, con quien estaba amancebado, y traerla consigo por amiga contra su voluntad, aunque otros entendieron que la causa del enojo que tenia con él no eran celos, sino punto de honra, afrentado de que, siendo mujer principal, que podia casar con ella, la traia por manceba. Mas desto nos desengañó después el tiempo cuando la vieron casada á ley de maldicion con el proprio Diego Alguacil en Tetuan, seis años después de aquesta guerra. Finalmente, sea como fuere, él tuvo buena ocasion para conseguir el efeto que deseaba, siendo la mesma mora la secretaria de su enemigo y el instrumento de su mal. Era ya Aben Humeya extrañamente aborrecido y casi tenido por sospechoso en toda la Alpujarra, después que se supo lo que habia escrito á don Juan de Austria y al alcaide Xoaybi de Guéjar, entendiendo que andaba en tratos para entregar la tierra á los cristianos, procurando solamente su particular seguridad y aprovechamiento, y por ventura tenia aquel deseo; mas era tan pusilánimo y hallábase tan cargado de culpas, que no se osaba fiar, teniendo por cierto que la culpa del rebelion habia de ser atribuida á pocos, y necesariamente castigado el

que hubiese sido cabeza dél; y como hombre que tenia poca seguridad de su persona, tenia en Laujar de Andarax, donde se habia recogido después de la jornada de Vera, los caudillos y capitanes mas amigos con dos mil moros, que repartian la guardia cada noche por su rueda, y tampoco se descuidaban de dia, teniendo barreadas las calles del lugar de manera, que nadie pudiese entrar en él sin ser visto ó sentido. Y porque no se fiaba de los turcos ni estaba bien con ellos, ó por ventura no tenia con qué pagarles el sueldo mientras estuviesen ociosos, por apartarlos de sí los habia enviado á la frontera de Órgiba á órden de Aben Aboo. Sucedió pues que como estos hombres viciosos eran todos cosarios, ladrones y homicidas, donde quiera que llegaban hacian muchos insultos y deshonestidades, forzando mujeres y robando las haciendas á los moros de la tierra. Y como fuesen muchas quejas dellos á Aben Humeya, escribió sobre ello á Aben Aboo, encargándole que lo remediase; el cual le respondió que los turcos no hacian agravio á nadie, y que si alguna desórden hiciesen, él lo castigaria. Sobre esto fueron y vinieron correos de una parte á otra; y ansí de lo que se trataba, como de la indignacion que Aben Humeya tenia contra los turcos, avisaba por momentos la mora á Diego Alguacil; y de aquí tuvo principio la traicion que le urdió, revolviéndole con ellos para que viniesen á descomponerle y matarle, como lo hicieron; porque queriendo estos dias ir á alzar los moriscos que vivian en Motril y saquear la villa, sin dar á entender su desinio á Aben Aboo, le envió á decir que recogiese los turcos y caminase con ellos la vuelta de las Albuñuelas, y que en el camino le alcanzaria otro correo con la órden de lo que habia de hacer; y como estos correos pasaban forzosamente por Ujíjar, y la mora avisaba á Diego Alguacil de los despachos que llevaban, saliendo á esperar en el camino al postrero en compañía de Diego de Arcos y de otros sus amigos, le mataron y le quitaron la carta que llevaba, y contrahaciéndola Diego de Arcos, que habia servido de secretario á Aben Humeya y firmado algunas veces por él, como decia que volviese luego con los turcos á dar sobre Motril, puso que los llevase á Mecina de Bombaron, y que después de tenerlos alojados de manera que no se pudiesen juntar con la gente de la tierra y con cien hombres que llevaba Diego Alguacil, los desarmase y hiciese degollar á todos, y que lo mesmo hiciese de Diego Alguacil después que se hubiese aprovechado dél. Esta carta enviaron luego á Aben Aboo con persona de recaudo; el cual, maravillado de tan gran novedad, entendió que sin duda era verdad lo que se decia que Aben Humeya andaba en tratos para entregar la tierra. Y estando suspenso sin poderse determinar en lo que haria, Diego Alguacil, que habia medido el camino y el tiempo, llegó con los cien hombres á su puerta; y hallándole alborotado, le dijo como Aben Humeya le habia enviado á mandar que fuese con aquella gente á hallarse en la muerte de los turcos; mas que no pensaba intervenir en semejante crueldad, por ser personas que habian venido á favorecer á los moros y puesto las vidas por su libertad; antes, cansado de servir un hombre ingrato, voluntario, de quien no se podia esperar otra mejor paga, pensaba avisarlos dello para que mirasen por sí. Y estándole diciendo estas palabras, acertó á pasar por delante de la puerta donde estaban Huscein, capitan turco; y como Diego Alguacil quisiese hablarle, Aben Aboo se adelantó porque no le previniese, temiendo que le matarian los turcos, ó por ventura queriendo ganar él aquellas gracias; y llamándole á él y á Caracax, su hermano, les mostró la carta; los cuales avisaron luego á Nebel, y á Alí arraez, y á Mahamete arraez, y al Hascen y á otros alcaides turcos; y alborotándose todos entre temor y saña, comenzaron á bravear, cargando las escopetas y diciendo que aquello merecian los que habian dejado sus casas, sus mujeres y sus hijos por venirlos á socorrer; y apenas podia Aben Aboo apaciguarlos, diciéndoles estuviesen seguros porque no se les haria el menor agravio del mundo. Diego Alguacil, viendo los turcos alterados y su negocio bien encaminado, para acreditarle mas sacó una yerba que llaman *haxis*, que los turcos acostumbran á comer cuando han de pelear, porque los hace borrachos, alegres y soñolientos, y dijo que se la habia enviado Aben Humeya para que se la diese estando cenando á los capitanes, porque se adormeciesen y pudiesen matarlos aquella noche. Tratóse allí que no convenia que reinase aquel hombre cruel que mataba toda la gente noble, sino que le matasen á él y criasen otro rey. Diego Alguacil decia que lo fuese el Huscein ó Caracax; mas ellos, aunque aprobaban en lo de la muerte, no quisieron aceptar la oferta, diciendo que Aluch Alí los habia enviado, no á ser reyes, sino á favorecer al rey de los andaluces, y que lo mas acertado era poner el gobierno en manos de alguno de los naturales de la tierra que fuese hombre de linaje, de quien se tuviese confianza que procuraria el bien de los moros, mientras venia aprobacion del reino de Argel. Esto pareció á todos bien, y sin perder tiempo nombraron á Aben Aboo, harto contra su voluntad, á lo que mostró al principio; mas al fin aceptó el cargo y honra que le daban, con que le prometieron de matar luego á Aben Humeya y de prender todos los alcaides y hombres principales que tenia por amigos, y de no soltarlos hasta que llanamente fuese obedecido. Era Caracax hombre escandaloso y malo, y por muchos delitos que habia cometido andaba desterrado de Argel cuando su hermano el Huscein vino con el socorro que trajo el Habaquí; y poniendo luego por obra lo que Aben Aboo pedia, hizo primeramente que todos los que allí estaban le obedeciesen por gobernador de los moros por tres meses, mientras venia aprobacion de Argel. Luego se puso en camino la vuelta de Andarax con docientos turcos y otros tantos moros, y con él Aben Aboo y Diego Alguacil, y Diego de Rojas con los cien moros que llevaban. Y llegando á media noche al Laujar, aseguró las guardas con decirles que eran turcos que iban á hablar con el Rey; y dejándolos pasar, llegaron á la posada de Aben Humeya, y haciendo pedazos las puertas, entraron dentro; y hallándole que salia á la puerta con una ballesta armada en la mano, le prendieron. Algunos dicen que estaba acostado durmiendo entre dos mujeres, y que la una era aquella prima de Diego Alguacil, y que ella mesma se abrazó con él hasta que llegaron á prenderle. No sé cómo puede ser esto, porque habia sido avisado á prima noche, y tenia dos caballos ensillados y enfrenados para irse, y por no dejar una zambra, en que estuvieron gran rato de la noche, no ha-

bia querido decir nada; y después, cansado de festejar, se habia ido á su posada, donde tenia veinte y cuatro escopeteros y mas de trecientos moros de guardia al derredor del lugar para caminar antes que amaneciese. Sea como fuere, ninguno de los que con él estaban le acudió la hora que le vieron preso; y atándole las manos con un cordel Aben Aboo y Diego Alguacil, le hicieron luego cargo de sus culpas y le mostraron la carta; y conociendo la firma, dijo que su enemigo la habia hecho, y que no era suya, y les protestó de parte de Mahoma y del Gran Turco que no procediesen contra él, sino que le tuviesen preso, porque no eran ellos sus jueces ni tenian autoridad de juzgarle, y que era buen moro y no tenia trato con los cristianos; y envió á llamar al Habaquí para justificar su negocio. Mas la razon tuvo poca fuerza entre aquella gente bárbara indignada y llena de cudicia, porque le saquearon la casa; y metiéndole en un palacio, Diego Alguacil y Diego de Arcos se encerraron con él so color de guardarle, porque no se les fuese; y antes que amaneciese, echándole un cordel á la garganta, le ahogaron, tirando uno de una parte y otro de otra. Dicen que él mesmo se puso el cordel como le hiciese menos mal, concertó la ropa, cubrió la cabeza, y que dijo que iba bien vengado y que era cristiano. Desta manera dió fin aquel desventurado á su desconcertada vida y á su nuevo y temerario estado, en conformidad de moros y de cristianos. Hubo algunos que afirmaron haberle oido decir muchos dias antes que le traia desasosegado un sueño que habia soñado tres noches arreo, pareciéndole que unos hombres extranjeros le prendian y le entregaban á otros que le ahogaban con su propria toca, y que por esta causa andaba imaginativo y se recelaba de los turcos; de donde se puede colegir que el espíritu del hombre en las cosas que teme, el hervor que le eleva á la contemplacion dellas le hace pronosticar en futuro parte de su suceso, porque como los cuidados del dia hacen que el espíritu entre sueños esté de noche imaginando muchas cosas, que después vemos puestas en efeto por razon de una simpatía natural á que la naturaleza obedece, ansí en futuro la mesma simpatía, que está obediente á las influencias celestiales, hace afirmar, no por fe, sino por temor, parte de lo que se teme. Y no hay duda sino que Aben Humeya tenia entera noticia de los reyes moros á quien los turcos habian favorecido al principio en Africa para ponerlos en estado; y después los habian ellos mesmos muerto y quedádose con todo lo que les habian ayudado á ganar, y estaba con temor de que harian otro tanto dél. Volviendo pues á nuestra historia, otro dia de mañana le sacaron muerto y le enterraron en un muladar con el desprecio que merecian sus maldades; saqueáronle la casa, cobró Diego Alguacil su prima, y los otros alcaides repartieron entre sí las otras mujeres; y dando el gobierno y mando á Aben Aboo con término limitado de tres meses, envió por confirmacion de su eleccion al gobernador de Argel, como á persona que estaba en lugar del Gran Turco. A esto fué Mahamete Ben Daud, de quien al principio desta historia hicimos mencion, con un presente de cristianos captivos y de cosas de la tierra; y no mucho después Daud le envió el despacho, y se quedó allá; que no osó volver mas á España. De allí adelante se intituló el hereje Muley Abdalá Aben Aboo, rey de los andaluces, y puso en su bandera unas letras que decian: «No pude desear mas ni contentarme con menos.» Los turcos prendieron todos los alcaides que no querian obedecerle, y hicieron que le diesen obediencia, sino fué Aben Mequenun, hijo de Puertocarrero, que se apartó con cuatrocientos moros en el rio de Almería, y á la parte de Almuñécar Gironcillo, llamado por otro nombre el Archidoni. Nombró Aben Aboo por general de los rios de Almería, Boloduí, Almanzora y sierra de Baza y Filábres y tierra del marquesado del Cenete, á Jerónimo el Maleh; al Xoaybi y al Hascein de Guéjar encargó el partido de Sierra-Nevada, tierra de Vélez, Alpujarra y valle y sierra de Granada, con patentes que les obedeciesen todos los otros capitanes; y dende á poco tiempo despachó al alcaide Hescein, turco, con segundo presente para el gobernador de Argel y para el mefti de Constantinopla, encargándole que por via de religion encomendase sus negocios al Gran Turco, para que le mandase dar socorro de gente, armas y municiones mientras bajaba su poderosa armada; y ordenando una milicia ordinaria de cuatro mil tiradores, mandó que los mil dellos asistiesen por su rueda cerca de su persona, los docientos hiciesen cada dia guardia, y pusiesen centinelas de noche dentro y fuera del lugar donde se hallase, como personas en quien tenia puesta su confianza y que pensaba gobernarse por su consejo.

CAPITULO XIII.

Cómo Aben Aboo juntó la gente de la Alpujarra y fué á cercar á Órgiba.

Cuando Aben Aboo hubo asentado las cosas de la Alpujarra, juntando el mayor número de gente que pudo, fué á reconocer el valle de Lecrin, y dió vuelta á Lóbras y vista á Salobreña, y se alojó en la boca del rio de Motril, y de allí ordenó de ir á combatir el fuerte de Órgiba. Habian salido de aquel presidio aquellos dias ochenta soldados de la compañía de Antonio Moreno á hacer una entrada con Vilches, su alférez, y engañados por una espía que los llevaba vendidos, habian dado en una emboscada de moros, que los aguardaba en el barranco de la Negra, y los habian muerto á todos; y entendiendo el moro que debia quedar poca gente dentro, y que podria ocupar aquella plaza, partió del lugar de Cádiar á 26 dias del mes de otubre con diez mil hombres de pelea, y entre ellos seiscientos turcos y moros berberiscos. Y el siguiente dia, víspera de San Simon y Júdas, en la noche llegó cerca de nuestro fuerte; y emboscando toda la gente en unas ramblas que se hacen dos tiros de arcabuz, el otro dia domingo de mañana echó cuatro moros delante que disimuladamente, como que andaban cazando, procurasen sacar á lo largo una escuadra de soldados que salian de ordinario á descubrir la tierra para poder tomar lengua. Mudábase cada mes la gente de guerra deste presidio, porque los soldados huian de ir á él por causa del mucho trabajo que padecian; y don Juan de Austria enviaba desde Granada con las escoltas las compañías que habian de quedar, y con los bagajes vacíos se volvian las que habian estado su temporada; y este era cada mes. Con esta órden habian llegado poco antes que los moros matasen al alférez Vilches y á los ochenta soldados, en una escolta seis compañías de infantería, las tres con sus proprios capitanes, llamados Gáspar Maldonado, don Alon-

so de Arellano y Gaspar Delgado, sobrino del obispo de Jaen, que servia á costa de su tio con trecientos arcabuceros; y las otras tres, que eran de Antonio Moreno y Francisco de Salante y Alonso de Arauz, capitan de los de Sevilla, llevaban sus alféreces, porque quedaban ellos ocupados en Granada; y dos estandartes de caballos, el uno de Juan Alvarez de Bohorques, y el otro que servia Lorenzo de Leiva por don Luis de la Cueva; y con el infelice suceso de aquella gente estaba Francisco de Molina muy recatado, y no dejaba salir del fuerte á nadie sin primero descubrir y reconocer muy bien toda la tierra al derredor, entendiendo que con la vanagloria de aquellas muertes no dejarian los moros de venirle á correr y á poner emboscadas. Y como aquel dia saliese una escuadra á descubrir hácia la parte donde los cuatro moros andaban, y ellos diesen luego á huir, el caporal que iba con ella, llamado Francisco Hidalgo, sin considerar lo que podia haber en las ramblas, se puso en su seguimiento, y fué cebándose tanto en ellos, que dió de golpe en una de las emboscadas; y saliéndole los moros de muy cerca, le cercaron por todas partes y le mataron, y con él otros cuatro soldados que iban delante; los otros se retiraron con mucho peligro al fuerte y dieron aviso á Francisco de Molina del suceso. El cual envió luego á Lorenzo de Leiva con seis caballos suyos y cuatro del capitan Juan Alvarez de Bohorques, que estaban alojados fuera del fuerte, á que reconociese qué gente era aquella, con los cuales llegó al lugar donde los moros habian estado emboscados, y hallándolos retirados, pasó tan adelante, que llegó adonde estaba el proprio Aben Aboo con el golpe de la gente; y deteniéndose para reconocer bien, se hubiera de perder, porque le cargaron tantos escopeteros, que matando el caballo á un escudero, le hirieron el suyo, y se hubo de retirar con harto trabajo, yéndole siguiendo siempre los enemigos con grandes alaridos hasta meterle dentro del fuerte. Y este dia, que fué 28 dias del mes de otubre, cercaron el sitio que tenian los nuestros por todas partes, ocupando todos los lugares que le tenian á caballero para poderlos ofender con las escopetas; y haciendo un recio acometimiento, mataron algunos cristianos, y entre ellos á Cristóbal de Zayas, alférez de don Alonso de Arellano, y á un escudero de la compañía de Juan Alvarez de Bohorques, llamado Pescador. Viendo pues nuestra gente la determinacion que traian los enemigos, y que los muros del fuerte eran tapias de tierra y paredejas de piedra seca tan bajas que en algunas partes no cubrian un hombre, acudiendo animosamente al reparo con sus personas y con la arcabucería puesta de mampuesto en las saeteras y traveses, mataron y hirieron muchos dellos, y les hicieron perder la furia que traian. Juan Alvarez de Bohorques con sus escuderos se puso á defender un portillo que aun no estaba acabado de cerrar, entre el cuartel de Salante y el de don Alonso de Arellano, por donde á pié llano pudiera entrar un buen golpe de gente. Y cierto fué provision divina la inadvertencia de los moros este dia, porque si acometieran por tres ó cuatro partes el fuerte, segun los muros estaban bajos y mal reparados, y la muchedumbre que eran, fácilmente pudieran entrarle. Viendo pues Aben Aboo la resistencia que habia en nuestros cristianos, retiró su gente, y repartiéndola en cuatro cuarteles, cercó el fuerte por cuatro partes; y quitando el agua de la acequia, comenzó á dar órden en los combates. En este tiempo repartió Francisco de Molina los cuarteles, señalando á cada compañía lo que habian de defender. A la parte del norte, donde sale el camino que va á Granadá, puso la compañía de Arauz, y con ella á Jerónimo Casaus, su alférez; y á la mano izquierda dél á Gaspar Maldonado con la suya, teniendo á las espaldas la iglesia; á la parte del rio que responde hácia poniente la de Salante con Alonso Velazquez de Portillo, su alférez; á la parte de mediodía, donde sale el camino para Motril, á don Alonso de Arellano; y entre él y el cuartel de Arauz á Gaspar Delgado. Los capitanes de caballos quedaron sobresalientes para acudir á pié donde viesen ser mas necesario, y con ellos para el dicho efeto don Antonio Enriquez, Gonzalo Rodriguel, el capitan Medrano y Francisco Jimenez, soldados práticos entretenidos por haber tenido cargos en la milicia, á quien su majestad habia mandado ir á servir en esta guerra, y don Juan de Austria los habia enviado aquellos dias á Órgiba. Lo primero que los enemigos hicieron fué ocupar la casa de un horno que estaba tan cerca, que sola una calle habia entre ella y el muro; y mandando juntar mucha fagina, la echaron por una ventana en otra casa que estaba incorporada en el proprio muro para ponerle fuego y quemarla, porque dende unos traveses bajos que habia hechos en ella les hacian daño los nuestros con los arcabuces, y porque tambien entendieron que quemando aquella casa les quedaria la entrada llana por aquella parte. Mas no les sucedió como pensaban, porque antes que hubiesen arrojado tanta fagina que bastase para hacer el efeto que pretendian, nuestros capitanes hicieron echar sobre ella muchas esteras ardiendo untadas con aceite, y se les quemó toda; y arrojando cantidad de alcancías de fuego por las ventanas en la otra casa del horno, les fué necesario desampararla y que se retirasen con daño. No por eso dejaban de acercarse los enemigos por otras partes haciendo impetuosos acometimientos; y eran tantas las piedras que echaban sobre los que estaban en las troneras y en los traveses, que fué menester que el capitan Juan Alvarez acudiese hácia aquella parte, y cubriendo los soldados con las adargas y rodelas de los escuderos, resistió el ímpetu y furia de piedras; y los moros, viendo cuán poco les aprovechaba, tomaron unos cerros al derredor que descubrian el ámbito del fuerte; y poniéndose algunos escopeteros en un palomar alto y en unas casas que habian sido de los Abulmestes, entre los cuarteles de Gaspar Maldonado y don Alonso de Arellano, mataron ocho caballos y hirieron algunos soldados y escuderos que atravesaban de una parte á otra; y para reparar este daño fué necesario hacer trincheas por donde atravesase nuestra gente encubierta. Hicieron tambien los moros cuatro minas, que respondian á diferentes partes. La que iba hácia el cuartel de Gaspar Maldonado pensaron meter debajo de la iglesia, donde entendian qué estaban los bastimentos y municiones; mas el capitan levantó luego un caballero alto para sujetar á los trabajadores y poderles descubrir en la obra que hacian; y acudiendo hácia aquella parte los capitanes Juan Alvarez de Bohorques y Lorenzo de Leiva, fueron tambien de mucha importancia las adargas este dia, porque resistieron con ellas la furia de las piedras

que los de fuera tiraban. La otra mina enderezaron hácia el cuartel del capitan Delgado, la cual pasó tan adelante, que llegaron á encontrarse con los soldados en una contramina que les hicieron; y peleando con ellos, mataron algunos moros dentro y se la hicieron desamparar, y les tomaron las herramientas con que cavaban. Las otras dos, que respondian al cuartel de don Alonso de Arellano, no hubieron efeto, porque toparon luego con una peña viva que las atajó. Dejando pues la obra de las minas porque vieron el ruin suceso dellas, los turcos comenzaron á hacer un terrapleno de tierra, fagina y piedra en una casa junto á la muralla, que no habian tenido lugar los cristianos de derribarla. Desde allí señoreaban otra casamata que habia entre los cuarteles de Gaspar Maldonado y Arauz; y fué tanta la presteza con que lo hicieron, que los nuestros no tuvieron otro remedio sino retirarse al segundo muro de la casamata, dejando el primero desamparado y el ámbito della hecho plaza. Allí hicieron nuevos traveses, porque los enemigos les cegaron los que tenian á la parte de fuera, hinchendo la calle de tierra, piedra y rama de manera, que entendian poder entrar á pié llano por encima de los terrados. Como vió Aben Aboo que los cristianos habian desamparado la casamata, creyendo que tambien habian dejado el muro y recogídose á la torre y á la iglesia, mandó que se les diese por allí un recio combate; y juntándose hácia aquella parte los turcos y toda la mejor gente de los moros, con muchos sones de atabalejos y dulzainas y grandes alaridos á su usanza acometieron el fuerte, dia de Todos Santos. Fué tanta la presteza de los bárbaros, que antes que Francisco de Molina y los otros capitanes que andaban visitando los cuarteles acudiesen, habian entrado ya muchos dellos dentro del fuerte; y aunque Jerónimo de Casaus, alférez de Arauz, que guardaba aquel cuartel, resistió su ímpetu animosamente, andando envuelto en polvo y sangre de los enemigos, no fuera parte para defenderles la entrada, porque los soldados se retiraban, si no llegara Francisco de Molina, el cual, armado de un coselete dorado, con la espada en la mano se opuso valerosamente á los enemigos; y acudiéndole Juan Alvarez de Bohorques y Lorenzo de Leiva y el alférez Portillo, y con ellos muchos animosos escuderos y soldados, resistieron su acometimiento. Este dia hizo Francisco de Molina oficio de capitan y valiente soldado, el cual, discurriendo de una parte á otra, animaba á los unos y amenazaba á los que veia que aflojaban; y peleando por su persona donde veia que era menester, retiró y echó fuera á los enemigos, que tenian ya arboladas dos banderas sobre el muro, la una de damasco blanco, y la otra de tafetan carmesí con una media luna blanca en medio bordada de oro y las borlas guarnecidas de aljófar; y cayendo los alféreces moros que las traian, se las quitaron, y mataron mas de docientos moriscos. Cerca dellas un alférez destos quedó caido á la parte de fuera del muro con los muslos atravesados de un arcabuzazo, el cual, viendo huir su gente, comenzó á dar grandes voces diciéndoles que volviesen á pelear, porque mas valia morir como hombres que huir como mujeres; y viendo que no acudian á retirarle, los comenzó á deshonrar de perros cobardes, y rogó á los cristianos que bajasen y le acabasen de matar, porque mayor honra le seria morir á sus manos, que vivir entre gente tan vil; y no tardó mucho que bajó un soldado del fuerte y le cortó la cabeza. Después desto, queriendo Aben Aboo dar tercero asalto, mandó que se metiesen mas de dos mil moros en unas casas que estaban destechadas par del muro, los cuales, estando cubiertos con las paredes de la ofensa de los arcabuces, comenzaron á tirar por encima dellas tanta multitud de piedra, que apenas se podian defender della los soldados, porque les caia de peso encima; y estando Francisco de Molina cerca de la puerta de Granada, quitada la celada de la cabeza, le descalabraron. Fué tanta la furia de las piedras este dia, que derribaron mucha parte de la pared de una casa donde posaba el capitan Delgado, con ser de cal y ladrillo, y hicieron portillos en otras, por donde pudieran entrar á placer si los soldados no los repararan luego. Acudiendo pues á esta parte el capitan Juan Alvarez de Bohorques, tomó por remedio ofender á los enemigos con sus mesmas armas; y juntando el mayor número de soldados y mozos que pudo, les mandó que volviesen á arrojar contra las casas donde se habian metido los enemigos las mesmas piedras que ellos tiraban; y como no tenian adargas ni celadas con que cubrir las cabezas, como los cristianos, fuéles forzado salir huyendo y dejarlas desamparadas; y con esto cesó aquel asalto, y de allí adelante no osaron llegar mas á tirar piedras. Este capitan Juan Alvarez de Bohorques era natural de Villamartin, hermano del otro capitan don Hernando Alvarez de Bohorques, de quien hice mencion, y servia con una compañía de caballos de su mesmo pueblo, y don Juan de Austria le habia mandado que llevase á Órgiba la escolta última que dijimos. Y porque estaba enfermo y tenia necesidad de curarse, le habia dado licencia para que en llegando al presidio dejase allí sus escuderos y se volviese á Granada; el cual, como supo que habia sospecha de cerco, no le pareciendo que convenia á su honra dejar la gente y volverse á Granada, dijo á Francisco de Molina que no queria usar de la licencia, sino esperar la comun fortuna; el cual se lo tuvo en mucho, porque todos huian de estar en aquel presidio; y cierto fué su quedada importante, porque era hombre animoso y de muy buen entendimiento. Viendo pues Aben Aboo el poco efeto que hacian los suyos en los asaltos, y que cada dia habia mayor defensa en los cercados, determinó de tomar el fuerte por hambre. Veia que tomando los pasos por donde habian de venir las escoltas de Granada, de necesidad les habia de faltar el bastimento, y que quitándoles el agua del rio y de la acequia, perecerian de sed en acabándoseles la que tenian en los fosos, los cuales se secaban luego al principio, mas después se habia ido apretando la tierra y detenian ya el agua; y poco antes que el campo de los enemigos llegase, los habian henchido, y de allí bebian los soldados, aunque salian á tomarla con peligro, hasta que se hizo una mina por de dentro para poder llegar encubiertos á ellos, y no les quedaba ya agua para dos dias. Por otra parte Francisco de Molina, en retirándose los moros del asalto, dió órden como aquella noche saliesen del fuerte dos soldados que sabian la lengua arábiga y eran muy práticos en la tierra, y tocando arma por diferentes partes, para pervertir al enemigo y que tuviesen lugar de pasar adelante encubiertos, los envió á Granada con una

carta para don Juan de Austria. Y por si acaso los prendiesen en el camino, porque no se entendiese la flaqueza que habia en el fuerte, decia en ella que no tuviese su alteza pena, porque aunque los moros eran muchos, con mil y quinientos hombres que allí habia, y cantidad de bastimentos y municiones que le quedaban para mas de un mes, estaba seguro el presidio, y aun entendia salir á ofender al enemigo. Y por otra parte mandó á los dos soldados que dijesen de palabra la falta que habia de lo uno y de lo otro, y lo mucho que convenia socorrer con brevedad. Estos dos soldados se dieron tan buena maña, que pasando por medio del campo de los moros, fueron á Granada y dieron aviso á don Juan de Austria del estado del cerco; mas ya se tenian otros avisos por espías, y se aparejaba el duque de Sesa para ir á hacer el socorro, como dirémos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIV.

Cómo el duque de Sesa salió á socorrer á Órgiba, y cómo Aben Aboo alzó el cerco y le fué á defender el paso.

Como se supo en Granada el aprieto en que estaba Órgiba, el duque de Sesa, á quien estaba cometido el socorro, salió con la gente de guerra que habia en la ciudad y en los lugares de la Vega, y fué al Padul, y de allí pasó al lugar de Acequia. Por cabo de la infantería iba don Pedro de Vargas, y de los caballos don Miguel de Leon; y capitanes eran don Jerónimo Zapata y Ruy Diaz de Mendoza. En este alojamiento se detuvo muchos dias, así por aguardar que llegase la gente de la Andalucía que don Juan de Austria habia enviado á pedir aquellos dias para que llevasen los moriscos que habian quedado en Granada, como porque le dió la enfermedad de la gota, y don Juan de Austria quiso enviar á Luis Quijada en su lugar, mas luego mejoró. Siendo pues avisado Aben Aboó que el Duque estaba en campaña y que iba á socorrer aquel presidio, al octavo dia acordó de alzar el cerco y salir á esperarle en el paso de Lanjaron para defenderle la entrada y pelear con él con ventaja de sitio. Y porque los cercados no le sintiesen partir, levantó el campo á media noche, y tan á la sorda, que no se entendió en el fuerte hasta otro dia de mañana, que Francisco de Molina, viendo que no bullia cosa viva en el campo, hizo abrir una puerta que salia á los fosos del agua, y envió al alférez Portillo á reconocer las trincheas de los enemigos, el cual refirió cómo se habian ido. Esta fué una alegre nueva para los cercados, y dando muchas gracias á Dios por verse libres de aquel peligro, salieron á los alojamientos, donde hallaron muchos cuartos de carne y otras cosas de comer que se habian dejado con la priesa de la partida, y lo recogieron todo; y echando la acequia en los fosos, los tornaron á henchir de agua, porque, como queda dicho, tenian ya mucha falta della. Luego envió Francisco de Molina otros dos soldados con segundo aviso á don Juan de Austria de como el enemigo habia alzado el cerco, y entendiá que se iba á poner en la sierra de Lanjaron para defender el paso á la gente del socorro. En este tiempo, los dos soldados que habian ido primero á Granada volvieron á Órgiba con la respuesta de don Juan de Austria, en que decia que se habia tratado en el Consejo de retirar aquel presidio y dejar el fuerte, y que no se habia acabado de tomar resolucion hasta ver su parecer; por tanto, que avisase luego, y si le parecia que convenia defenderle, enviase las causas, con relacion de la gente y de las otras cosas que serian menester para ello. A esto respondió Francisco de Molina que al servicio de Dios y de su majestad convenia que aquel fuerte se sustentase por muchos respetos, y especialmente porque los moros cobrarian ánimo viéndole retirar; que conforme á esto le parecia que se debia socorrer con brevedad, y llegando la gente del socorro, podria quedar el número que pareciese suficiente para defenderle. Mas este parecer no fué aprobado; antes el Consejo se resolvió en que se desamparase, retirando la gente que habia dentro, por ser lugar mas costoso que provechoso, y no de momento para el enemigo. Después desto tuvo otra carta del duque de Sesa con los segundos soldados, en que decia que, habiendo llegado hasta el lugar de Acequia para socorrer aquella plaza, estaba aguardando que llegase la gente que venia de las ciudades para ir adelante, y que le avisase luego para cuantos dias tenia de comer, porque para el dia y hora que le dijese iria á sacarle de allí, como estaba acordado, advirtiéndole que estuviese á punto para retirarse con brevedad, porque no llegaria mas que hasta el barranco de Lanjaron. El cual le respondió que tenia solo pan para cinco dias, y que para cualquiera hora que fuese menester estaria apercebido; mas que habia en el fuerte ochenta soldados heridos y enfermos, y algunas mujeres y niños, y otras muchas cosas de municion, que para llevarlo seria necesario llegar hasta el lugar de Órgiba con algunos bagajes. Dejemos agora á Francisco de Molina en Órgiba, y digamos lo que sucedió en Acequia al campo del duque de Sesa estos dias.

CAPITULO XV.

Cómo Aben Aboo, procurando que nuestro campo no pasase á socorrer á Órgiba, peleó con él entre Acequia y Lanjaron.

Usaba de muchas mañas Aben Aboo para entretener al duque de Sesa que no pasase á socorrer á Órgiba, porque entendia que los cristianos que estaban dentro no podian dejar de perderse muy en breve, faltándoles los bastimentos. Hacia grandes representaciones de gentes por aquellos cerros, fingia cartas exagerando el poder de los moros, y aun echaba fama que ya era perdido el fuerte y que eran muertos todos los cristianos de hambre. Estas cosas divulgaban los moriscos de paz en Granada, las espías en el campo, y los unos y los otros tan disimuladamente, que tenian suspenso al duque de Sesa, no se determinando si pasaria con la gente que allí tenia, ó si esperaria la que venia de las ciudades, que no acababa de llegar. Estando pues con este cuidado, deseoso de prender algun moro de quien tomar lengua, Pedro de Vilches, Pié de palo, se le ofreció que se lo traeria, dándole licencia para ello. Quisiera el Duque excusarle de aquel trabajo, por ser hombre impedido y hacer la noche escura y tempestuosa de agua y viento; mas el animoso Vilches porfió tanto con él, y la necesidad era tan grande, que hubo de darle la licencia que pedia, enviando con él á Francisco de Arroyo, otro cuadrillero, con su gente. Los cuales salieron á prima noche, y emboscándose con los soldados en unas trochas que sabian, cuando vino el dia tenian ya presos seis moros que venian hácia donde estaba Aben

Aboo con cartas suyas. Con esta presa volvieron al campo; y queriendo saber el duque de Sesa lo que se contenia en aquellas cartas, porque estaban en arábigo y no habia allí quien las supiese leer, escribió luego al Presidente que le enviase un romanzador que las declarase; el cual envió al licenciado Castillo, que las romanzó, y eran, segun lo que después nos dijo, para los alcaides de Guéjar, Albuñuelas y Guájaras, diciéndoles que al bien de los moros convenia que recogiesen luego toda la gente de sus partidos, y se fuesen á juntar con él, porque queria dar batalla al duque de Sesa, que estaba en Acequia con fin de pasar á socorrer á Órgiba, y sin duda le desbaratarian; y que se habia dejado de proseguir en el cerco de Órgiba para venirle á esperar en el paso; y que los cristianos quedaban ya de manera, que no podrian dejar de perderse brevemente. Y en la carta que iba para el alcaide Xoaybi de Guéjar decia otra particularidad mas: que saliese con seis mil moros de los que allí tenia, y tomando el barranco entre Acequia y Lanjaron, cuando el campo del Duque hubiese pasado, cortase el camino á las escoltas, que de necesidad habian de ir con bastimento, porque esto solo bastaria para desbaratarle. Por otra parte habia hecho que se divulgase en Granada que el fuerte era ya perdido y que los cristianos habian sido todos muertos, para que don Juan de Austria mandase al duque de Sesa que retirase el campo, ó á lo menos le entretuviese en aquel alojamiento; y habíalo sabido hacer de manera que, para que se diese mas crédito, habia escrito que lo dijese algun morisco á un religioso en forma de confesion; y estando un dia don Juan de Austria solo en su aposento, llegó á él un fraile á decírselo por cosa muy cierta. Esta nueva puso en harto cuidado al animoso Príncipe, y mandando juntar luego consejo, propuso lo que el fraile le habia dicho, para ver el remedio que se podria tener; y dando y tomando sobre el negocio, jamás se pudo persuadir el presidente don Pedro de Deza á que fuese verdad, diciendo que sin duda era algun trato de moros; porque si otra cosa fuera, no era posible dejar de haber venido alguna persona que depusiera de vista; y tanto mas dejó de creerlo cuando don Juan de Austria le dijo de quién y cómo lo habia sabido. Dando pues todavía priesa al duque de Sesa que pasase adelante, determinó de hacerlo; y enviando á Pedro de Vilches con ochocientos infantes á que reconociese el barranco que atraviesa el camino real y baja á dar á Tablate, le mandó que tomase lo alto dél; y se pusiese donde el camino de Lanjaron hace vuelta cerca de Órgiba, y desde allí diese aviso á Francisco de Molina; y para asegurarle envió luego en su resguardo ochocientos hombres, y él siguió con todo el resto del ejército, que serian poco mas de cuatro mil infantes y trecientos caballos, sospechando que los unos y los otros habrian menester socorro. Luego que los enemigos vieron caminar nuestra gente, repartiendo la suya en dos partes, el Huscein y el Dali, capitanes turcos, fueron á encontrar á nuestro cuadrillero con la una, y la otra quedó de retaguardia; y encubriéndose los delanteros, antes de llegar á ellos comenzó Dali á mostrarse tarde y á entretenerse escaramuzando; y entre tanto apartaron seiscientos hombres; trecientos con el Rendati, para que se emboscase á las espaldas, y trecientos con el Macox, que fuese encubiertamente á ponerse junto al camino de Acequia, donde dicen *Calat el Hacar*, que quiere decir atalaya de las piedras: cosa pocas veces vista, y de hombres muy práticos en la tierra, apartarse con gente estando escaramuzando, y emboscarse sin ser sentidos de los que estaban á la frente ni de los que venian á las espaldas. Cayó la tarde, y cargó Dali reforzando la escaramuza á la parte del barranco cerca del agua, de manera que á los nuestros pareció retirarse hácia donde entendian que venia el Duque. A este tiempo se descubrió el Rendati, y fué cargando sobre ellos; los cuales, hallándose lejos del socorro y viendo que cerraba ya la noche, se retiraron á un alto cerca del barranco con propósito de parar allí hechos fuertes; y pudieran estar seguros, aunque con algun daño, si el capitan Perea, natural de Ocaña, tuviera sufrimiento; mas en viendo el socorro que les iba, desamparó el cerro, y bajando el barranco abajo, fué seguido de los enemigos y muerto peleando con parte de los soldados que iban con él. Los otros pasaron adelante, siguiéndolos los moros, hasta que llegaron donde estaba el Duque ya anochecido, el cual los socorrió y retiró; mas dando en la segunda emboscada del Macox, y hallándose por una parte apretado de los enemigos, y por otra incierto del camino y de la tierra, con la escuridad y confusion, y con el miedo de la gente que le iba faltando, fué necesario hacer frente al enemigo con su persona. Quedaron con el Duque don Gabriel de Córdoba y don Luis de Córdoba, y don Luis de Cardona, Pagan de Oria, hermano de Juan Andrea de Oria, y otros caballeros y capitanes, muchos de los cuales se apearon con la infantería, y con la mejor órden que pudieron se retiraron al alojamiento casi á media noche. Hubo algunas opiniones que si los moros cargaran como al principio, corrieran peligro de perderse todos los nuestros; mas el daño estuvo en que Pedro de Vilches partió á hora que no le bastó al Duque el dia para llegar á Órgiba ni para socorrer, porque le faltó el tiempo: cosa que engañó á muchos en el reino de Granada, que no le median bien por la aspereza de la tierra, hondura de barrancos y estrechura de caminos. Murieron cuatrocientos cristianos y hubo muchos heridos, y perdiéronse muchas armas, segun lo que los moros decian; pero segun nosotros, que en esta guerra nos enseñamos á disimular y encubrir la pérdida, solos sesenta fueron los muertos, no con poco daño de los enemigos y con mucha reputacion del Duque, que de noche, sospechoso de la gente, apretado de los enemigos, impedido de la persona, tuvo libertad para poner en ejecucion lo que se ofrecia proveer á todas partes, resolucion para apartar los enemigos y autoridad para detener á los soldados, que habian ya comenzado á huir.

CAPITULO XVI.

Cómo Francisco de Molina dejó el fuerte de Órgiba, y se retiró con toda la gente á Motril, y el duque de Sesa se volvió á Granada.

En este tiempo Francisco de Molina, viendo que los cinco dias en que el duque de Sesa habia enviado á decir que le socorreria eran ya pasados, y otros cinco mas, considerando que, pues su entrada no era para mas efeto que para sacarle de allí, podria excusarse con salir él; el proprio dia que recibió la carta última,

tomando consigo á los capitanes Juan Alvarez de Bohorques y Gaspar Maldonado y otros tres de á caballo, salió á reconocer el sitio donde se habia puesto el campo del enemigo; y pasando por muchas centinelas de moros que estaban puestas por aquellos cerros, llegó hasta el castillo de Lanjaron, dos leguas de Órgiba, donde habia una escuadra de soldados á su órden; á los cuales preguntó qué nuevas tenian del campo de los moros; y diciéndole que no sabian mas de que todos aquellos cerros estaban cubiertos dellos, considerando que su intento no era mas que defender aquella entrada, volvió luego al fuerte por otro camino; y aquella misma noche hizo calentar con las astas de las picas y alabardas de la municion unas piezas de artillería de campaña que habia dentro; y haciéndolas pedazos, enterró el metal y otras cosas de peso, que entendió que no se podian llevar. Y haciendo subir los enfermos y heridos y algunas mujeres en los caballos de los escuderos, lo mejor que pudo, tomando por estandarte un crucifijo, á quien todos se encomendaron con mucha devocion, sin hacer ruido con las cajas, sacó toda la gente del fuerte á las diez de la noche, y caminó la vuelta de Motril, llevando las cruces, los retablos y los ornamentos de la iglesia consigo. Dejó cuatro soldados en la torre de la campana, con órden que tañesen siempre, como se tenia de costumbre, hasta que la gente se hubiese alargado de la otra parte del rio; y que en viendo cierta señal que se les haria con fuego, se retirasen. Desta manera se fueron todos por el camino de Motril, sin hallar quien les hiciese estorbo, donde llegaron otro dia de mañana; y se excusó la entrada del duque de Sesa por entonces, dejando burlado al enemigo. Llegada nuestra gente á vista de Motril, los de la villa estuvieron harto temerosos, creyendo que eran moros, porque la mesma noche que salieron de Órgiba habian venido los enemigos de Dios á dar en las casas del barrio de los moriscos, y se los habian llevado á la sierra, á unos por fuerza y á otros de grado, y habian peleado buen rato con los cristianos, que tenian barreadas las bocas de las calles, y las mujeres y niños metidos en la iglesia, que es á manera de una fortaleza. Mas cuando supieron que eran los soldados de Órgiba, no se puede encarecer el contento que recibieron, así por verlos libres del cerco, como por entender que la villa estaria guardada; y porque tenian falta de bastimentos, y los nuevos huéspedes llevaban pocos, acordaron luego de salir á buscar qué comer á los lugares de Lóbras, Patabra y Mulvízar. Otro dia siguiente salió el capitan Juan Alvarez de Bohorques con la gente de á caballo y algunos arcabuceros de á pié, y dando sobre ellos, los saqueó, y recogió muchas cosas de comer y cantidad de paja, que era lo que mas habian menester para los caballos; mas no hizo daño á los moros en sus personas, porque tuvieron aviso de como iba, y se subieron á la sierra. Cuando don Juan de Austria supo lo que Francisco de Molina habia hecho, loó mucho su buena diligencia; y mandándole que se quedase en Motril por cabo de la gente de guerra que allí habia, hizo hartos buenos efetos en los moros; y cuando hubo de ir al rio de Almanzora, le mandó que fuese á servir aquella jornada. Por otra parte, el duque de Sesa, que todavía estaba con su campo en Acequia, viendo que ya no habia para qué pasar adelante dió vuelta hácia las Albuñuelas, donde se habian recogido muchos moros, y acabando de destruir aquellos lugares, dejó allí mil hombres de presidio, y se fué á Granada. El primero que dió aviso cómo Francisco de Molina habia dejado á Órgiba y retirado la gente á Motril, fué un cristiano captivo que acudió á la Calahorra, y dijo al marqués de los Vélez como los moros habian hecho grandes alegrías por toda la Alpujarra, y que era tan grande su regocijo, que se habia descuidado su amo con él, y habia tenido lugar para poder huir; el cual despachó luego con la nueva á su majestad y á don Juan de Austria.

CAPITULO XVII.

Cómo Jerónimo el Maleh alzó la villa de Galera, y cómo los de Güéscar fueron á socorrer unos soldados que se hicieron fuertes en la iglesia.

La villa de Galera era de don Enrique Enriquez, vecino de Baza; el cual á pedimento de los proprios vecinos, que todos eran moriscos, para defenderlos si viniesen algunos moros á hacerles que se alzasen, habia enviádoles sesenta arcabuceros con Almarta, su criado, encargándole que no los alojase en las casas, porque no diesen pesadumbre á los moriscos; el cual estaba alojado con ellos en la iglesia, que está fuera de la villa á la parte del cierzo, en un llano que se hace entre las casas y el rio. La torre del campanario era fuerte, y en ella tenia su centinela de noche y de dia. Andaba en este tiempo Jerónimo el Maleh con otro campo de moros á la parte del rio de Almanzora y Baza, solicitando todos los pueblos de moriscos á rebelion, y haciendo el daño que podia en los cristianos, y traia consigo un capitan turco llamado Caravajal con docientos escopeteros berberiscos; y queriendo levantar á Galera, para recoger allí la gente de Orce y Castilleja, por ser sitio fuerte, del cual harémos adelante mencion, los vecinos se excusaban con decir que no podian alzarse mientras Almarta estuviese allí con aquellos soldados; y para quitárselos de delante, habia metido secretamente en la villa docientos moros armados que los matasen; cosa que pudiera hacer con mucha facilidad, segun estaba Almarta confiado de que no le harian traicion, porque subian cada mañana los soldados de dos en dos y de tres en tres á la plaza á comprar bastimentos, tan descuidados como si todos fueran unos, ellos y los vecinos. Ordenaron pues los enemigos de Dios de ponerse una mañana á trechos por las calles y por las casas, y como fuesen subiendo los soldados, matarlos, y acudir luego á la iglesia y ponerle fuego para quemar á los que hubiesen quedado dentro. Estando pues con esta determinacion la noche antes del dia que habian de hacer el efeto, un moro llamado Anrique, natural de Purchena, de los que el Maleh habia enviado, que habia sido monfí en tiempo de paces, pareciéndole que era buena coyuntura la que se ofrecia para alcanzar gracia y perdon de sus culpas, determinó de meterse en la iglesia, y dar aviso á los cristianos del engaño que les tenian ordenado; y arrojándose por la ventana de una casa, aunque fué sentido de las centinelas y de otros moros sus compañeros, que salieron en su seguimiento y le descalabraron, todavía corrió mas que ellos, y se metió con los cristianos en la iglesia, y les descubrió lo que tenian acordado para matarlos, y cómo habia

en la villa docientos moros que el Maleh habia enviado, y que él era uno dellos. Almarta le agradeció mucho el aviso, y envió luego dos soldados á Güéscar, que está una legua de allí, pidiendo al alcaide Francisco de Villa Pecellin, caballero del hábito de Calatrava y gobernador de aquel estado, que es del duque de Alba, y al doctor Huerta, alcalde mayor, que le socorriesen con alguna gente para poderse retirar con la poca que tenia consigo. Los cuales juntaron á gran priesa los caballos y peones, y fueron á Galera; mas ya cuando llegaron la villa estaba alzada y los moros tenian cercada la iglesia, y la habian combatido y puéstole fuego para quemarla; y como los de Güéscar llegaron, se retiraron escaramuzando hácia la villa; de manera que los cercados tuvieron lugar de poder salir por unas ventanas que salian hácia el rio con igual trabajo que peligro; y sin hacer otro efeto mas que retirar aquella gente, se volvieron el mesmo dia á Güéscar, dejando aquella villa alzada y puesta en arma, con propósito de volver mejor apercebidos sobre ella.

CAPITULO XVIII.

Cómo la gente de Güéscar volvió sobre Galera, y volviendo desbaratados, quisieron matar los moriscos que vivian en Güéscar.

Vuelta nuestra gente á Güéscar, creció tanto la ira popular en ver la insolencia con que se habian alzado los de Galera, y el trato que aquellos moros tan regalados de su señor tenian hecho para matar á los soldados que les habia enviado para que los defendiesen, que indignados contra toda la nacion morisca, quisieron matar á los que vivian entre ellos, y saquearles las casas antes que viniesen á hacer otro tanto. Y como anduviese este ruido entre la gente comun, el comendador Pecellin recogió todos los moriscos en las casas de las tercias, que son unos alholís muy grandes, donde se encierra el pan que pertenece al duque de Alba de sus rentas, dejando solas las moriscas en las casas. Apaciguóse el pueblo por entonces con esperanza de saquear á Galera; y enviando á llamar á los vecinos de la villa de Bolteruela para que los acompañasen, fueron luego á hacer el efeto, aunque confusa y desordenadamente, como hombres que llevaban menos celo y mas cudicia de la que era menester en aquella coyuntura. Llegados á Galera, pelearon dos dias con los moros sin hacer nada ni quererse retirar; y viendo la resistencia que les hacian, y que seria menester mas fuerza de gente, enviaron á pedir socorro á don Antonio de Luna, que, como queda dicho, estaba por cabo de la gente de guerra de Baza. En este tiempo doña Juana Fajardo viuda, mujer de don Enrique Enriquez, porque no le saqueasen aquellos vasallos, entendiendo poderlos apaciguar, envió á don Antonio Enriquez, su cuñado, con algunos caballos, á que les hablase de su parte, y les persuadiese á que dejasen las armas y se redujesen al servicio de su majestad; el cual llegó á la villa estando sobre ellos los de Güéscar; y acercándose á las casas, llamó por sus nombres á algunos de los vecinos que conocia, y les dijo que se maravillaba mucho de ver novedad tan grande en gente que siempre habian sido leales, y que bien se dejaba entender no ser ellos los autores de la maldad, sino los moros forasteros que habian hecho que se alzasen por fuerza; que el remedio estaba en la mano, porque él venia á defenderlos, y á dar órden como tampoco recibiesen daño de la gente de guerra; por tanto les rogaba que, asegurando sus cabezas, volviesen al servicio de su majestad, y que él haria con los de Güéscar que se volviesen á sus casas sin que el daño pasase mas adelante. Destas palabras escarnecieron los bárbaros ignorantes, engañados de su propria confianza y de la que les ponian los turcos que estaban con ellos; y sin dejar hablar á los llamados, algunos de los moros berberiscos respondieron que los de aquella villa no conocian mas que á Dios y á Mahoma, y que se quitase de allí, porque le tirarian con las escopetas. Con esta respuesta se airaron nuestros cristianos de manera, que quisieron luego combatir la villa contra la voluntad de los capitanes, á quien don Antonio Enriquez hacia muchos requerimientos que no lo consintiesen, diciendo que él haria con los moriscos que se rindiesen, porque no eran los vecinos, sino los moros forasteros los que habian respondido de aquella manera; y al fin pudo tanto la ira en la gente comun, poco acostumbrada á obedecer, que sin aguardar órden se fueron determinadamente hácia las casas; y subiendo unos tras de otros por las calles, llegaron hasta cerca de la plaza con voz de declarada vitoria; y si fueran seguidos de toda la otra gente, pudiera ser que tomaran la villa en aquel dia, y no costara la sangre que costó después ganarla; mas como los capitanes estaban suspensos, no sabiendo cómo se tomaria aquel hecho, y detenian la gente, fué necesario que los atrevidos se retirasen, y á la retirada mataron y hirieron los moros muchos dellos; los cuales no salieron de la villa, contentándose con lo hecho y con defender sus paredes, porque tenian mucho temor á los de á caballo. Los cristianos volvieron tan desbaratados á Güéscar y con tanta indignacion contra la nacion morisca, que entrando en la ciudad, así hombres como mujeres, comenzaron á dar voces, diciendo que por qué habian de quedar vivos los moriscos que Pecellin habia recogido en las tercias, pues los de Galera sus parientes habian muerto y herido tantos cristianos, y apellidado el nombre y seta de Mahoma; añadiendo á esto que quien los defendia era peor que ellos; y á furia de pueblo corrieron unos á combatir las tercias, y otros á saquear las casas de la morería. Los que fueron á las tercias pusieron fuego á las puertas, porque las hallaron cerradas; y tirando con los arcabuces por las lumbreras de los sótanos, donde los moros estaban metidos, mataron algunos dellos; y los mataran á todos si el mesmo fuego encendido en su daño no les fuera favorable, porque creció tanto la llama con la fuerza del trigo y de la cebada que allí habia, que estando ardiendo las puertas, umbrales y techos, hecho todo una llama, no hubo cristiano que osase entrar dentro, y se quedaron los moriscos metidos en las bóvedas. A este tiempo los que habian acudido á robar las casas de la morería se llevaron cuanto habia en ellas, sin haber quien se lo contradijese; y como acudiesen tambien á la fama del despojo los que combatian las tercias, Pecellin tuvo lugar de favorecer los moriscos; y haciendo apagar el fuego, los sacó de las bóvedas y los llevó á casa de don Rodrigo de Balboa, y de allí á unos sótanos que habia en el rebellin del castillo, donde los tuvo encerrados muchos dias por miedo que se los matarian, bas-

ta que su majestad mandó que los metiesen la tierra adentro con los demás de aquel reino.

CAPITULO XIX.

Cómo el marqués de los Vélez fué avisado que Jerónimo el Maleh iba á cercar la fortaleza de Ória, y cómo fue luego socorrida.

Sabiendo Jerónimo el Maleh que en la fortaleza de Ória habia mucha gente inútil y falta de bastimentos y de municiones, quisiera mucho ocuparla, por ser plaza importante para su pretension; y como anduviese juntando gente y haciendo otras prevenciones, el marqués de los Vélez fué avisado dello, el cual escribió desde la Calahorra á Baza á don Juan Enriquez, y á Vélez el Blanco á don Juan de Haro, ordenándoles que cada uno por su parte procurasen bastecer con toda brevedad aquella fortaleza, y que sacasen las mujeres y gente inútil que habia dentro, y los llevasen á los Vélez y á otros lugares apartados del peligro, y que si el capitan Valentin de Quirós, cabo del presidio, hubiese menester mas gente de la que tenia, se la dejasen. Don Juan Enriquez salió de Baza con ciento y cuarenta de á caballo, y dando vista al campo del enemigo que andaba junto á Canilles, envió á don Antonio, su hermano, con ciento y veinte escuderos, y otros tantos costales de harina en las ancas de los caballos, la vuelta de Ória, mientras hacia representacion con los otros veinte, y burlando desta manera á los moros, hizo el efeto del socorro. Tambien envió don Juan de Haro cuarenta de á caballo desde Vélez el Blanco, y con ellos cien arcabuceros, los cuales entraron en Ória el primero dia del mes de noviembre con algunos bastimentos y municiones, y órden de retirar la gente inútil que allí habia; y siendo el Maleh avisado dello, tomó consigo dos mil moros escogidos, y á gran priesa fué á tomarles un paso, donde llaman la boca de Ória, por donde forzosamente habian de volver á Vélez el Blanco. Y pudiera ser que hiciera mucho daño, si no fuera por la diligencia de un clérigo llamado Martin de Fálces, beneficiado de Vélez el Blanco, hombre aficionado á la caza de montería, y por esta razon muy plático en toda aquella tierra; el cual quiso ir á reconocer el camino antes que partiese la gente de Ória, y dando con la emboscada de los moros, volvió luego á los capitanes, y les requirió que no partiesen de allí hasta tanto que el paso estuviese desembarazado, ó hubiese mayor número de gente con que poder pasar. Con este aviso se detuvo la escolta, y los capitanes escribieron luego á don Juan de Haro el estado en que quedaban, para que diese órden como asegurarles el camino. Luego escribió don Juan de Haro al cabildo de la ciudad de Lorca, avisando del peligro en que estaban aquellos cristianos, y pidiendo que le acudiesen con el mayor número de gente que ser pudiese, porque convenia socorrer aquella fortaleza, y desocupar el paso que el enemigo tenia tomado á la escolta. Y como la carta fuese con alguna manera de superioridad, los regidores, enfadados de ver el término con que escribia, respondieron que enviarian primero á Murcia y á Caravaca, para que se recogiese la gente, y que venida, harian el socorro. Luego se entendió en Vélez el Blanco la causa porque no habian acudido los de Lorca, y las hijas del marqués de los Vélez, doncellas discretas y de mucho valor, escribieron por su parte á la ciudad y al doctor Huerta Sarmiento, alcalde mayor, representando la mucha necesidad que habia de que fuese socorrida la gente que estaba en Ória, y encargándoles que fuese con toda brevedad. Y juntándose sobre ello otra vez á cabildo, aunque de doce regidores fueron los ocho de parecer que todavía se dilatase el negocio hasta que la gente de Murcia y de Caravaca viniese, el alcalde mayor no quiso arrimarse á los mas votos, sino acudir á la necesidad presente; y luego hizo avisar á las villas de los Alumbres, Totana y Librilla, para que fuesen á esperarlo en Vélez el Blanco, y recogiendo la gente de la ciudad, partió de Lorca á 5 dias del mes de noviembre, con ochocientos infantes y cien caballos. Capitanes de la infantería eran Juan Navarro de Alba, Juan Helices Gutierrez y Diego Mateo de Guevara, y de los caballos Juan Hernandez Manchiron. Con esta gente llegó el alcalde mayor á Vélez el Blanco, y se alojó fuera de la villa en el arrabal, en las casas de los moriscos, que segun pareció, tenian liada la ropa para caminar á la sierra, y habia dentro de las casas algunos moros de los alzados de las Cuevas, que aguardaban un capitan moro llamado Francisco Chelen, que habia de ir á levantarlos. En este alojamiento estuvieron los de Lorca hasta que llegó la gente de los Alumbres, Totana y Librilla; y á 10 dias del mes de noviembre partieron con toda la gente en ordenanza, y fueron á dormir aquella noche á Chiribel, llevando cantidad de bagajes cargados de bastimentos y municiones para dejar en Ória. Enviaron delante dos hombres pláticos en la tierra, que reconociesen aquel paso, con órden que volviesen luego al amanecer del dia por el mesmo camino. Estos hombres pasaron tan adelante, que cuando quisieron tornar á dar aviso, no pudieron, porque los moros les tomaron el paso; y metiéndose por aquellas sierras, fueron á parar desde á cuatro dias á Lorca. El alcalde mayor, viendo que no venian, como se les habia ordenado, llevando sus descubridores delante, prosiguió su camino, y cuando llegó al paso, halló que los moros se habian retirado aquella noche; y entrando pacíficamente en Ória, metió los bastimentos y municiones que llevaba, y sacó toda la gente inútil que allí habia, y la envió á los Vélez y á otros lugares; y dejando la plaza proveida, fué de vuelta sobre Cantória, y quemó á los moros una casa de municion que allí tenian, y peleó con ellos y los venció, como se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XX.

Cómo la gente de Lorca, habiendo socorrido á Ória, y pasando á Cantória, quemado á los moros la casa de municion que allí tenian, de vuelta pelearon con ellos y los vencieron.

Habiendo los de Lorca socorrido la fortaleza de Ória, y sacado la gente inútil que allí habia, quisieran mucho ir luego sobre la villa de Galera, sabiendo que los moriscos della estaban alzados, y el daño que habian hecho en los de Güéscar; y juntándose con los capitanes á consejo, no vinieron en ello, diciendo que no habian salido por aquel efeto, ni era bien poner el estandarte de su ciudad debajo del de don Antonio de Luna sin órden de su majestad. Y siendo avisados que en la villa de Cantória habia muchas mujeres, ropa y ganados, y que tenian los moros una casa de municion, donde hacian pólvora, acordaron de ir sobre ella; y repartiendo municion á los arcabuceros, á media noche

salieron de Ória con propósito de llegar á darles una alborada, por estar Cantória cuatro leguas de allí; mas es tan áspero el camino, que no pudieron llegar hasta que ya era alto el dia, porque les amaneció en Partaloba, y hallando los moros apercebidos, pasaron con la gente en ordenanza por las huertas, y caminando por el rio abajo, descubrieron la fortaleza de Cantória, y vieron estar en la muralla y sobre los terrados mucha gente haciendo algazaras con instrumentos y voces que atronaban aquella tierra, y muchas banderas tendidas por las almenas; los cuales comenzaron luego á tirar con dos tirillos de artillería que tenian. El alcalde mayor envió una compañía de arcabuceros por una ladera arriba á que tomase un peñon que está á caballero de la fortaleza; y con toda la otra gente se arrimó á la puerta del rebellin, y comenzó á pelear con los de dentro, que se defendian con escopetas y ballestas y hondas. Duró la pelea desde las siete de la mañana hasta las dos de la tarde. En este tiempo nuestra gente ganó el peñon, y teniendo desde allí la muralla y los terrados á caballero, que no se podia encubrir nadie de los que andaban de dentro, mataron algunos moros, y tuvieron lugar de poder llegar los que estaban con el alcalde mayor á desquiciar las puertas primeras del rebellin con rejas de arados y con hazadones y hachas, donde los moros tenian metido todo el ganado. Y entrando dentro, aunque de las saeteras y traveses del muro principal herian algunos soldados, se metieron en la casa de la municion que estaba entre los dos muros, y desbarataron el ingenio de refinar el salitre y de hacer la pólvora, y pegaron fuego al edificio y lo quemaron todo. Y porque no se podia entrar la fortaleza sin artillería ó escalas, sacaron dos mil y setecientas cabezas de ganado menudo y trecientas vacas, y se retiraron. Y enviando delante á Martin de Molina con treinta caballos y trecientos peones, que se alargase con la cabalgada y procurase llegar aquella noche al lugar de Güércal de Lorca, porque se tuvo entendido que acudirian muchos moros, segun las grandes ahumadas que hacian, llamándose unos á otros por todo el rio de Almanzora, caminó luego el alcalde mayor con toda la otra gente; y como cerca del lugar de Alboreas se descubriesen cantidad de enemigos, que venian al socorro de Cantória, del rio de Almanzora, y hallando nuestra gente retirada, la seguian, estuvo un rato hecho alto para que el ganado tuviese lugar de alargarse; y entre tanto envió algunos caballos á reconocer qué gente era la que parecia, y tras dellos fué él proprio, y reconoció cuatro banderas de moros que iban algo arredradas, y parecia que caminaban á meterse en las huertas de Alboreas, donde habia un paso peligroso por la espesura de las arboledas y de las acequias que cruzaban de una parte á otra sin puentes. Y temiendo que si los moros tomaban aquel paso podrian hacerle daño, porque de necesidad habian de ir las hileras desbaratadas, hizo muestra de aguardarlos para pelear á la entrada de las huertas. A este tiempo habia pasado ya la presa de la otra parte de las huertas, y los moros, teniendo entendido que pues aquella gente hacia alto para pelear, debia tenerles armada alguna emboscada, dejando el camino del rio, que llevaban, subieron á gran priesa por encima de una venta que dicen de Bena Romana, y desde allí comenzaron á arcabucear á nuestra retaguardia. En este lugar quisieran los de Lorca dar Santiago en los enemigos; mas el alcalde mayor no lo consintió, diciendo que pasasen adelante; que él les daria órden para ello en hallando disposicion de sitio donde los caballos se pudiesen revolver. Y habiendo pasado la venta y atravesado el rio y un lodazar grande que se hacia par della, llegando como media legua adelante cerca de donde dicen el Corral, puso toda la gente en órden de batalla. Los enemigos llegaron hechos una grande ala, y como práticos en la tierra, enviaron tres turcos de á caballo y cinco moros de á pié que descubriesen nuestras ordenanzas y viesen la órden que llevaban y el sitio y disposicion en que estaban puestos; porque, como habian venido hasta allí algo arredrados, aun no sabian bien con quién habian de pelear. Y habiéndolos reconocido y descubierto una emboscada de infantería y de caballos que el capitan Diego Mateo les habia puesto á un lado del camino, pareciéndoles que era poca gente, segun la mucha que ellos traian, acometieron con grandes alaridos, disparando sus escopetas y ballestas; mas los hombres de Lorca, acostumbrados á no temer, habiendo hecho su oracion y encomendádose á Dios, dieron Santiago en ellos, y la caballería procuró atajarlos y entretenerlos con su acometimiento mientras llegaba la infantería; y fué tan grande el ímpetu de los unos y de los otros, que no tuvieron lugar de tirar mas que una rociada de arcabucería, porque llegaron luego á las manos; y peleando esforzadamente caballos y peones, mataron algunos turcos y moros que venian de vanguardia, y pusieron los otros en huida, y les tomaron cinco banderas. Peleó este dia un moro que llevaba la una destas banderas admirablemente, el cual estando pasado de dos lanzadas y teniéndole atravesado con la lanza el alférez de la caballería, con la una mano asida de la lanza del enemigo, y la otra puesta en la bandera, estuvo gran rato lidiando, hasta que el alcalde mayor mandó á un escudero que le atropellase con el caballo, y caido en el suelo, jamás pudieron sacarle de las manos la bandera mientras tuvo el alma en el cuerpo. Estas banderas eran de los lugares de Códbar, Líjar, Albánchez, Purchena, Seron, Tavernas, y Benitagla, y venia con ellas un hijo del Maleh. Siendo pues los moros vencidos, y muertos mas de cuatrocientos y cincuenta dellos, los otros se derribaron por unas ramblas abajo, y por ser ya noche, no pudieron seguir los nuestros el alcance. Murieron de nuestra parte dos soldados, y hubo heridos treinta y siete, y entre ellos cinco escuderos y catorce caballos muertos: algunos desbarrigó un moro al pasar por junto á una paredeja de piedra, estando cubierto con ella, con una lanzuela en la mano. Y siendo ya anochecido, caminaron á paso largo hasta alcanzar á Martin de Molina, y aquella noche se alojaron en Güércal de Lorca con buenas guardas y centinelas. Allí recibió el alcalde mayor una carta de su cabildo, encargándole que volviese á poner cobro luego en aquella ciudad, porque habia cada hora rebatos de moros; á la cual no quiso responder más de enviar á Martin de Molina y á Pedro de Oliver con las nuevas del buen suceso. Otro dia á 13 de noviembre caminó la vuelta de Lorca, donde fueron todos alegremente recebidos de los ciudadanos; y las banderas que se ganaron á los moros quedaron por trofeo en aquella ciudad en memoria desta vitoria, y votó el cabildo de los regi-

dores de celebrar cada año la fiesta de señor san Millan, por haber sido en el dia de su festividad.

CAPITULO XXI.

De algunas provisiones que don Juan de Austria hizo á la parte de Granada estos dias, por los daños que los moros de Guéjar hacian.

La dilacion en las provisiones de la guerra que de nuestra parte se habian de hacer, causaba mayor atrevimiento á los rebeldes. Habíanse recogido en Guéjar con Pedro de Mendoza el Hoscein tantos moros, que demás de la gente del presidio que allí tenia, que eran seiscientos hombres, se juntaban algunas veces tres y cuatro mil con los capitanes Xoaybi, Choconcillo, el Macox y el Mojájar, y otros que se mudaban á temporadas, por la comodidad que tenian en la aspereza de aquellas sierras para salir á robar y poderse retirar á su salvo; y como desasosegasen á Granada, llegando á todas horas cerca de los muros de la ciudad, don Juan de Austria puso alguna gente de guerra en presidios, con que asegurar la tierra y excusar los daños que hacian. A los lugares de Pinos y Cénes, que están en la ribera de Genil, envió dos compañías de infantería. En el cerro del Sol se pusieron dos cuadrillas de las ordinarías, porque desde aquella cumbre alta se descubren todos los cerros que hay hasta la sierra de Guéjar. Hizo alzar un muro de tapias, que atravesaba por la ermita de los Mártires, y cerraba toda la entrada de la loma por aquella parte; y en la ermita hacia cuerpo de guardia una compañía, otra en Antequeruela, y otra en la puerta de los Molinos. Y porque se tardaba en salir, cuando habia rebatos, la caballería, aguardando órden, mandó á Tello Gonzalez de Aguilar que en sintiendo rebato, á cualquiera hora que fuese, saliese con sus caballos en busca de los enemigos, y que no perdiese tiempo en esperar órdenes. Y para asegurar las entradas de la Vega, demás de la gente de guerra que estaba alojada en las alcarías, envió á don Jerónimo de Padilla, hijo de Gutierre Lopez de Padilla, á que se alojase en Santa Fe con una compañía de caballos, y otra á la villa de Riznaleuz para que asegurase aquel paso. Desta manera estaba la ciudad de Granada rodeada de presidios, por razon de la molestia de los moros de Guéjar, cuando don Juan de Austria propuso un dia en el Consejo cuán importante cosa seria que el marqués de los Vélez, pues estaba consumiendo los bastimentos en la Calahorra sin hacer efeto, fuese á expugnar aquella ladronera con la gente que allí tenia; y que á la parte de Granada podria salir otro campo que atajase los enemigos que respondiesen por allí, porque no podian en ninguna manera atravesar la sierra, que estaba cargada de nieve. Y como pareciese á todos que seria cosa acertada, y fuese el marqués de los Vélez avisado dello, previniendo á la órden, quiso hacer la jornada, y envió secretamente á Tomás de Herrera á que reconociese el lugar y la cantidad de gente que habia dentro; y mientras iba y venia, escribió á don Rodrigo de Benavides que, dejando buena guardia en la ciudad de Guadix, se viniese con toda la otra gente á la Calahorra, porque pensaba hacer una importante entrada. Hizo reseña general, y apercibió todas las cosas necesarias para ella; mas venido Tomás de Herrera, fué de calidad la relacion que le trajo que le hizo mudar parecer, fuese por temer poca gente, siendo menester mucha para cercar y acometer el lugar por diferentes partes, como era necesario que se hiciese, por estar repartido en tres barrios arredrados uno de otro, y metidos entre asperísimas sierras, ó porque entendió que don Juan de Austria saldria luego de Granada, y llevando consigo á Luis Quijada, vendrian á juntarse de necesidad; cosa que él procuraba excusar todo lo posible. Sea como fuere, él despidió la gente de Guadix, agradeciendo la voluntad con que habian venido, y dijo á don Rodrigo de Benavides que brevemente le enviaria á Hamar para otra cosa de mayor importancia; y ansí, se dejó de hacer la jornada de Guéjar por entonces, hasta que después hubo de hacerla don Juan de Austria por su persona.

CAPITULO XXII.

De la entrada que el marqués de los Vélez hizo en el Boloduí.

Cuatro dias después desto vinieron unas espías al marques de los Vélez con aviso como Aben Aboo habia enviado gran número de mujeres á coger la aceituna en los lugares del rio del Boloduí, y ochocientos moros de guardia con ellas; y tornando á enviar á llamar á don Rodrigo de Benavides con su gente, y á los caballeros de la ciudad de Guadix, juntó un campo de dos mil y quinientos infantes y trecientos caballos, con el cual partió de la Calahorra dos horas antes de mediodía, sin dar parte á nadie de lo que iba á hacer. Aquella tarde llegó á la villa de Fiñana, y á las nueve de la noche, cuando entendió que la gente habia ya cenado, mandó tocar las cajas y las trompetas á recoger, y que luego marchasen los escuadrones de la infantería, llevando don Pedro de Padilla la vanguardia y don Juan de Mendoza la retaguardia; y con la caballería y las guias por delante tomó la vuelta de Santa Cruz del Boloduí, donde decian las espías quedaban las moras y los moros que Aben Aboo habia enviado. Este camino quisiera hacer el marqués de los Vélez con mucha brevedad para ir á amanecer sobre los enemigos, que estaban cinco leguas de allí; mas iban los soldados tan desmayados de hambre y de enfermedad, y hacia una noche tan áspera de frio, que no fué posible, especialmente habiendo de pasar el rio mas de diez veces por aquel camino. El cual, viendo que la infantería se iba quedando y que aclaraba ya el dia, envió á decir á don Pedro de Padilla que anduviese todo lo que pudiese; y poniendo las piernas á su caballo, corrió al galope hasta meterse en la rambla donde están aquellos lugares del Boloduí y Santa Cruz; mas con toda esta diligencia, cuando llegó habian descubierto las atalayas y comenzado á hacer ahumadas por las sierras, apellidando la tierra. Viendo pues que habia sido sentido, envió á don Rodrigo de Benavides con cien caballos por la rambla abajo; y atajando él por una vereda harto áspera y fragosa, fué á ponerse encima del lugar del Boloduí sobre el proprio rio, en un cerro alto que descubria toda aquella tierra. Desde allí hizo ir los caballos en seguimiento de los moros, que iban huyendo por aquellas sierras arriba, llevando las mujeres por delante; los cuales alcanzaron algunos hombres y los mataron, y captivaron mucha cantidad de moras y tomaron muchos bagajes. Don Rodrigo de Benavides fué siguiendo el alcance por la rambla abajo hasta cerca de Guécija, y recogió muchas mujeres, y mató algunos moros de los que habian

acudido hácia aquella parte; porque siendo sobresaltados de aquella manera, huian cada cual hácia donde la fortuna le echaba, y andaban los cristianos como en montería tras dellos. En este tiempo los moros que habia enviado Aben Aboo en guardia de las mujeres acudieron á las ahumadas, y entreteniendo la caballería con escaramuza, hicieron alguna resistencia, y dieron lugar á que se pusiesen en cobro muchas dellas. Llegó la infantería como á las nueve de la mañana, y viendo el marqués de los Vélez que no era ya de efeto, y podria serlo si los moros acudiesen, mandó que hiciese alto en la rambla, puesta en su ordenanza, y que ningun soldado se desmandase de las banderas, so pena de la vida, hasta que, siendo ya mas de mediodía, hizo que las trompetas tocasen á recoger. Venia á este tiempo don Rodrigo de Benavides retirándose por unas lomas abajo á dar á un paso, por donde forzosamente habia de bajar al rio; el cual era tan angosto, que de necesidad habian de pasar los caballos uno á uno á la hila, y venian siguiéndole muchos moros con tanta determinacion, que algunos llegaban á echar mano de las colas de los caballos. Y como el Marqués los vió venir de aquella manera, mandó á gran priesa que veinte soldados arcabuceros tomasen un cerro, donde le pareció que estarian bien para asegurar el paso á los nuestros; los cuales llegaron á tan buen tiempo, que repararon el daño, y don Rodrigo de Benavides y los que con él venian se pudieron retirar. Recogida la gente y la presa, mandó el marqués de los Vélez al auditor Navas de Puebla que con treinta de á caballo fuese á tomar un paso de la vereda, por donde dijimos que habia entrado, temiendo que se irian por allí los soldados desmandados con las moras, y causarian algun desórden; el cual llevó consigo al capitan Juan Zapata, vecino de Albacete, y otros capitanes sus amigos; y deteniéndose en el camino mas de lo que convenia, cuando llegó á lo alto halló que los moros le tenian tomado el paso; y queriendo romper por ellos para juntarse con la otra gente, al pasar mataron de un escopetazo en la frente al capitan Juan Zapata, y desbarataron á los demás. Hubo algunos que acudieron á la retaguardia de la infantería, donde iba don Pedro de Padilla; y otros, tomando por guia un escudero que sabia la tierra, volvieron el rio abajo y fueron á parar á la ciudad de Almería, y con ellos el licenciado Navas de Puebla. El marqués de los Vélez no pudo volver á socorrerlos, aunque se tocó arma, porque iba muy adelante y se daba priesa por subir á tomar lo alto antes que fuese de noche, y dejar aquellos lugares angostos, donde no podian los caballos rodearse. Y no siendo mas seguido de los enemigos, fué á alojarse aquella noche á la venta de Doña María, donde estuvieron los soldados con las armas en las manos, y con una tempestad de nieve y de viento tan grande, que perecieron de frio algunas criaturas de las que llevaban las moras. Otro dia pasó á Fiñana, y allí se detuvo dos dias, y al tercero llegó á la Calahorra. Murieron en esta jornada docientos moros, y fueron captivas ochocientas mujeres y niños, y tomáronse mucha cantidad de bagajes. De los cristianos faltaron diez y ocho, y hubo algunos heridos.

CAPITULO XXIII.

Cómo el marqués de los Vélez tuvo órden de su majestad para acudir al partido de Baza, y cómo el Maleh fué sobre Güéscar, y lo que sucedió estos dias hácia aquella parte.

Vuelto el marqués de los Vélez á la Calahorra, tuvo órden de su majestad para ir á lo de Baza, y que con la gente que allí tenia, y la que habia en aquella ciudad á órden de don Antonio de Luna, y mil hombres que el marqués de Camarasa habia enviado aquellos dias de las villas del adelantamiento de Cazorla, procurase poner freno al enemigo, que andaba campeando. El cual partió de aquel alojamiento á 23 dias del mes de noviembre deste año de 1569, con mil infantes y docientos caballos, porque ya no le habian quedado mas. Don Antonio de Luna salió de Baza con órden de don Juan de Austria, y volvió á servir su oficio de general de la gente que estaba alojada en la vega de Granada. El marqués de los Vélez estuvo algunos dias en aquella ciudad apercibiendo las cosas necesarias para ir adelante. Y en este tiempo Jerónimo el Maleh fué con mas de seis mil hombres á la villa de Orce, y sacando todos los moriscos que vivian en ella, los envió con sus mujeres y hijos y bienes muebles á la villa de Galera; y no pudiendo ocupar la fortaleza de Ória, que se la defendió el alcaide Serna, y le mató algunos moros, pasó á Castilleja y recogió tambien los moriscos de aquella villa, y los metió en Galera; y pensando hacer allí la masa de la guerra, encerró dentro gran cantidad de trigo, cebada y harina y otros bastimentos. Ordenó un molino de pólvora, y atajando las calles, comenzó á fortalecer aquella villa con toda diligencia, entendiendo en la fortificacion aquel capitan turco que dijimos, llamado Caravajal, que era hombre ingenioso en cosas de guerra; y pareciéndole buena ocasion para ocupar á Güéscar, fué á ponerse una noche en emboscada en unas viñas cerca del pueblo con mas de cinco mil hombres, para en amaneciendo, antes de ser sentido, hallarse en las calles y casas, y ponerles fuego y cercar la fortaleza, donde sabia que estaban los moriscos encerrados en los sótanos; y cuando no los pudiese sacar de allí ni ganarla, hacer todo el daño que pudiese en los cristianos y llevarse las moriscas. Sucedió pues que á 18 dias del mes de diciembre entre las siete y las ocho horas de la mañana, estando veinte de á caballo forasteros en la plaza, que habian madrugado para irse á la fortaleza de Orce, vieron venir corriendo la calle adelante un fraile de santo Domingo, revestido para decir misa, tocando arma y diciendo que los moros entraban por las calles; y como se hallaron á punto, juntándose con ellos otros diez ó doce de á caballo de los vecinos, corrieron hácia donde les dijo que venian, y cuando llegaron, andaban ya muchos moros poniendo fuego á las casas, y apenas habian sido sentidos, porque Güéscar es un pueblo grande, llano y desparramado, y no tiene cercado mas que la villa vieja y el castillo, y habian podido llegar encubiertos y entrar por las calles, donde no habia guardias ni defensa de muros que se lo impidiese. Mas presto acudió el verdadero muro, que son los ánimos de los hombres esforzados, y recogiéndose obra de docientos arcabuceros con calor de la gente de á caballo, se les opusieron, y pelearon valerosamente con ellos mas de tres horas, acudiendo siempre gente

de refresco en favor de los cristianos, que peleaban por sus proprias casas, mujeres y hijos; y al fin los enemigos fueron desbaratados y puestos en huida, con muerte de mas de cuatrocientos dellos y de solos cinco cristianos. Traia el Maleh docientos turcos escopeteros, que fueron siempre haciendo rostro mientras su gente se retiraba, y si no fuera por ellos recibiera mucho mas daño; el cual se recogió á Galera, y dejando bastante número de gente dentro, y á Caravajal con ciento y cuarenta turcos, pasó con la otra gente al rio de Almanzora. Los de Güéscar quedaron alegres y muy regocijados, dando infinitas gracias á Dios por haberlos librado de aquel peligro y dádoles tan señalada vitoria. Tres dias después desto les llegó el socorro de Caravaca, Cehegin y Moratalla, que eran cuarenta de á caballo y quinientos infantes muy bien en órden; y queriendo el alcalde mayor ir á cercar á Galera, le envió á mandar el marqués de los Vélez que no fuese. Y dende á ocho dias partió él de Baza con cuatro mil infantes y docientos caballos, y pasando por junto á Galera, dejó allí al capitan Diego Alvarez de Leon con cantidad de gente, entendiendo que los moros se irian y no osarian aguardar el cerco; y fué á media noche á Güéscar á dar órden en las cosas que le pareció convenir. Y dende á tres dias, viendo que se estaban quedos los moros, salió con todo el campo y cercó aquella villa, y la batió con seis piezas de bronce y dos lombardas de hierro, aunque con poco efeto, porque salian los moros fuera cada dia, y hacian daño sin recebirlo, y no hubo asalto ni cosa memorable. Dejémosle agora aquí, y vamos á lo que se hacia á la parte de Granada.

CAPITULO XXIV.

Cómo Tello Gonzalez de Aguilar desbarató los moros de Guéjar que venian á correr á Granada.

Estos mesmos dias salieron de Guéjar cuatrocientos moros con el Choconcillo, y llegaron hasta la casa de las Gallinas cerca de la ciudad de Granada, dia de San Nicolás, á 16 de diciembre. Y como las centinelas del cerro del Sol los descubrieron y tocaron arma, Tello Gonzalez de Aguilar salió con los escuderos de Ecija, de su cargo, por la puerta de Fraxal Leuz, y bajando al rio Darro, subió luego al cerro donde estaban las cuadrillas, y siendo avisado que los moros se iban retirando la vuelta de Guéjar y que iban cerca de allí, tomó consigo veinte arcabuceros y se puso en su seguimiento. Los moros iban recogidos, caminando poco á poco, y como descubrieron los caballos, comenzaron á echar ahumadas por los cerros, y dando muestras de querer pelear, reparar en la cumbre de un cerro, haciendo las algazaras que suelen. Tello de Aguilar, porque venian los escuderos atrás, que no le habian podido seguir mas de veinte caballos, hizo tambien alto, y mandó tocar las trompetas para que se diesen priesa á caminar. No tardó mucho que se juntaron ochenta de á caballo; y porque algunos decian que detrás del cerro donde los moros se habian parado habia emboscada, envió dos escuderos que le reconociesen, el uno hácia el rio Genil, donde habia grandes quebradas, y el otro á la parte alta del cerro, los cuales partieron sin saber uno de otro. Y venido el que habia ido á la parte de Genil, dijo que no habia en todo aquello mas moros de los que se descubrian; y el segundo diferentemente refirió que habia mas de cuatro mil moros emboscados detrás del cerro; mas luego se entendió que el primero decia verdad, porque si hubiera gente emboscada, era cierto que los enemigos no hicieran ahumadas; y que si las hacian, era llamando socorro. Poniendo pues Tello de Aguilar los caballos en órden, mandó tocar las trompetas y dió Santiago. Los moros hicieron rostro, y en la primera rociada de las escopetas, porque no se les dió lugar á tirar otra, hirieron dos escuderos y mataron tres caballos, y á él le pasaron el adarga por la embrazadura; mas luego los atropelló la caballería, y desbaratándolos, mataron cincuenta moros y hirieron muchos: los otros dieron á huir echándose por aquellas quebradas hácia Genil, y dejaron muchas escopetas y ballestas por ir mas ligeros. Los caballos los siguieron gran rato, y del pié de las sierras de Guéjar les tomaron cien vacas y treinta bagajes vacíos, y con esta presa no pensada se retiraron la vuelta de Granada. A este tiempo acudieron muchos moros á las ahumadas, y cargando á nuestra gente, fueron escaramuzando con ellos, y les necesitaron á que dejasen parte de la presa, no la pudiendo guiar toda por aquellos lugares ásperos y fragosos; mas llegando al cerro del Sol, donde los caballos podian mejor revolverse, no osaron pasar adelante. Este efeto fué importante para refrenar los moros del presidio de Guéjar, porque de allí adelante salian menos veces, y no se atrevian llegar á hacer daño tan cerca de la ciudad.

CAPITULO XXV.

Cómo su majestad mandó formar dos campos contra los alzados, y que don Juan de Austria fuese con el uno.

El poco efeto que nuestro campo hacia en Galera, y la dilacion del castigo de los alzados, dió materia á que don Juan de Austria, mancebo belicoso y de grande ánimo, cargase la mano con su majestad, como agraviado de que le hubiese enviado á Granada, y le tuviese allí metido en tiempo que todos andaban ocupados, y él solo estaba ocioso, siendo el que menos convenia holgar. Representábale el deseo que tenia de emplear su persona, el entretenimiento de los moros en la Alpujarra, el espacio con que se hacia la guerra en el rio de Almanzora, el peligro que habia de que el rebelion pasase á los reinos de Murcia y Valencia si los enemigos se afirmaban en las plazas de Seron, Tíjola, Purchena, Tahalí, Jérgal, Cantória, Galera y otras que tenian ocupadas, lo mucho que convenia tomar el negocio de la guerra con calor, y la merced tan particular que recibiria en que se le diese licencia para salir de Granada y ir á acabarla por su persona. Considerando pues su majestad todas estas cosas, y condescendiendo con tan buenos deseos, ordenó que se formasen de nuevo dos campos, uno á la parte del rio de Almanzora, donde andaba el marqués de los Vélez, y que fuese en su lugar don Juan de Austria, y otro á la parte de Granada, para que entrase en la Alpujarra el duque de Sesa por aquella parte. Hiciéronse grandes prevenciones, y proveyéronse muchos bastimentos, armas y municiones para esta jornada. Salieron alcaldes de corte y de chancillería á proveer en las comarcas todas las cosas necesarias, y á mí se me ordenó que fuese á las ciudades de Ubeda y Baeza y al adelantamiento de Cazorla, á dar órden en la provision de bastimentos y municio-

nes, que de allí habian de ir, y los cabildos nombraron comi arios de sus ayuntamientos, y se les dejó dinero para ellos y para los bagajes. El comendador mayor de Castilla fué á traer de Cartagena artillería, armas y municiones, y mucha cantidad de bastimentos por tierra. Nombráronse nuevos capitanes con condutas para hacer gente. Apercibióse á las ciudades que rehiciesen las compañías con que servian, y á las que no las habian enviado, que las enviasen. Fué grande el regocijo de la gente de guerra cuando se publicó la salida de don Juan de Austria en campaña. Acudieron al campo muchos caballeros y soldados particulares que hasta entonces no se habian movido: hinchiéronse los ánimos de las gentes de buena esperanza, y temieron los moros, pronosticando su perdicion, por ver que con la autoridad de un tan gran príncipe cesaria la dilacion que los entretenia y les era tan favorable. Y porque, habiendo de salir de Granada don Juan de Austria, no era bien dejar atrás á Guéjar, determinó de ir por su persona á expugnar aquella ladronera antes que partiese; y aunque tuvo algunas contradiciones en ello, la expugnó, como dirémos adelante. Vamos á lo que en este tiempo se hacia á la parte de Bentomiz.

CAPITULO XXVI.

Cómo los moros de la sierra de Bentomiz volvieron á poblar sus casas, y quemaron la fortaleza de Torrox, y hicieron otros daños en la tierra.

Luego como el comendador mayor de Castilla ganó el fuerte de Fregiliana, Martin Alguacil y Hernando el Darra y los otros caudillos de los moros de la sierra de Bentomiz se recogieron á la Alpujarra; los cuales anduvieron muchos dias con Aben Humeya, y después con Aben Aboo, ganando sueldo; y todo lo que hay desde 11 de junio hasta 13 de diciembre estuvo despoblada la sierra, y tan segura, que andaban los de Vélez por ella sin peligro ni sospecha dél, buscando las cosas que habian dejado los alzados escondidas; y como habia ganancia, á esta fama acudió tanta gente á la ciudad, que parecia haber en ella un grueso presidio, de cuya causa los moros no osaban volver á la tierra; y ansí padecian trabajo y hambre los que estaban en la Alpujarra; y andaban ya tan necesitados por tierras ajenas, que el Xorairan se determinó de ir con sesenta compañeros á reconocer la sierra y ver cómo estaba; y hallándola sola y llena de frutos, volvió á ellos y les dijo como sus casas estaban solas, los árboles que se desgajaban de fruta, y que aun pájaros no habia que les enojasen; y con esta nueva se vino luego el Darra con toda la gente á Competa, y de allí se repartieron el Xorairan á Sedella, y los capitanes cada uno á su lugar. Lo primero que hicieron con ejemplo de lo que habian visto en la Alpujarra, fué quemar las iglesias, y corriendo la tierra, de allí adelante hicieron grandes daños, captivando y matando cristianos, y llevándoles los ganados; y demás desto, pusieron en tanto aprieto la fortaleza de Canilles de Aceituno, que era menester gruesa escolta para proveerla, y obligaron á que el marqués de Comáres viniese en persona con mas de mil hombres de la villa de Lucena á requerirla y proveerla, porque el Darra vino á tener mas de siete mil hombres de pelea en la sierra, con que desasosegaba á todas horas la ciudad de Vélez, llegando hasta las proprias casas, y retirándose á su salvo, por serles el tiempo y la disposicion de la tierra favorables. Luego se publicó que fortalecian á Competa para poner allí su frontera contra Velez, y que no aguardaban otra cosa los lugares de la jarquía y hoya de Málaga para alzarse; mas fué nueva fabricada por personas á quien pesaba de ver aquellos pueblos pacíficos, por el provecho que de su inquietud les podia venir. Arévalo de Zuazo, entendiendo ser verdad lo que le decian de Competa, juntó mil y seiscientos infantes y ciento y sesenta caballos de su corregimiento, y trecientos soldados de las galeras, que le dieron don Sancho de Leiva y don Berenguel Dornos, y con toda esta gente fué á amanecer sobre aquel lugar; mas los moros fueron avisados con tiempo, y no osando aguardar, se retiraron á la sierra. Tomáronseles muchos bastimentos, bagajes y ganados; y no consintiendo que la gente pasase del puerto Blanco en su seguimiento, mandó destruir el lugar, donde no habia fuerte ni señal de quererle hacer, y se volvió á Vélez. No mucho después envió el Darra novecientos moros, que quemaron el lugar de Alfarnatejo, y de vuelta mataron veinte soldados que el alcaide de Canílles enviaba de escolta con un alguacil, donde dicen la Tinajuela de Canílles. Y teniendo aviso como los cristianos que vivian en Torrox se recogian en la fortaleza, y que de dia salian á hacer las labores en el campo, y dejaban un hombre solo con las mujeres, envió cantidad de moros que de parte de noche se emboscasen en las casas del lugar, y aguardando á tiempo que estuviesen fuera los cristianos, la ocupasen. Los cuales se emboscaron, y cuando les pareció tiempo, hicieron ladrar un perro, y saliendo á ver qué ruido era aquel un hombre poco avisado, llamado Hernando de la Coba, le mataron de una saetada; y poniendo fuego á la puerta de la fortaleza, las temerosas mujeres, que no tenian quien las defendiese, se rindieron, y las llevaron captivas á la Alpujarra; y no les pareciendo que podrian defender la fortaleza, le pusieron fuego y se volvieron á la sierra.

CAPITULO XXVII.

Cómo don Juan de Austria fué sobre el lugar de Guéjar, y lo ganó.

Guéjar es un lugar grande, que, como queda dicho, está repartido en tres barrios, metidos en el seno de una sierra muy fragosa que procede de la Sierra Nevada, al pié de la umbría que los moros llaman *Hofarad Gihenen*, de donde proceden las fuentes principales del rio Genil; el cual corriendo por entre aquellas sierras, baja por asperísimas peñas con el lecho pedregoso y desigual, hasta llegar al lugar de Pinillos, y poco mas abajo se junta con Aguas Blancas, que viene por los lugares de Quéntar y Dúdar, por un valle mas llano y apacible; y juntos van á dar á la alcaría de Cénes, y de allí á la ciudad de Granada; y sale á una vega llana, la mas fresca y graciosa que puede ser para el deleite de la vista, porque sus huertas y arboledas parecen un solo jardin en que naturaleza, con la diversidad de frutas que allí puso, se quiso deleitar en su pintura; por manera que la sierra do Guéjar es la que cae entre estos dos rios, y fenece donde se vienen á juntar. Queriendo pues don Juan de Austria salir en campaña á la parte de Baza y rio de Almanzora, y estando acordado que se hiciese primero la empresa de Guéjar, nacieron algunas

dificultades en el Consejo. Los que estaban diputados para el efeto principal quisieran desviarla, como cosa que podria ser menos útil que dañosa; porque, si sucedia bien, paraba en solo expugnar aquel presidio, y no habia donde ir adelante por aquella parte; y si mal, se venia á perder mucha reputacion, siendo aquella la primera jornada que don Juan de Austria hacia por su persona. Y el presidente don Pedro de Deza, á cuyo cargo habia de quedar lo de Granada, decia que convenia ante todas cosas quitar de allí aquella ladronera para asegurar la ciudad de correrías y no dejar enemigo atrás; que no era tanta la aspereza del sitio, la fortificacion que los moros habian hecho, ni el presidio era tan grande como se publicaba, y que parecia cosa impertinente querer ir á buscar al enemigo á otra parte tan lejos, dejándole cerca de casa. Era negocio de mucha consideracion este, especialmente en aquella coyuntura; y por dificultarse tanto, don Juan de Austria mandó llamar al Consejo á don Antonio de Luna, y á don Juan de Mendoza Sarmiento, y á don Diego de Quesada, hombre nacido y criado entre aquellas sierras y muy plático en todas ellas, para que, juntamente con los del Consejo, platicase lo que mas convenia hacer en él. Y como no se acabasen de resolver, por no tener certidumbre de lo que habia en Guéjar, don Diego de Quesada se ofreció de traerles dos ó tres moros del proprio lugar, que pudiesen dar razon de lo que se deseaba; y como don Juan de Austria le dijese que no queria ponerle en aquel peligro, respondió que peligro no lo habia, trabajo sí; mas que los piés lo pagarian. Esto pareció muy bien á todos, y quedando á su cargo la diligencia, se mandó tambien á don García Manrique y á Tello Gonzalez de Aguilar que con docientos caballos fuesen á reconocer el lugar por el camino de Aguas Blancas; mas este reconocimiento solamente sirvió para aventar parte del presidio que allí habia, como adelante dirémos. Don Diego de Quesada tomó consigo doce hombres bien sueltos, y rodeando por la villa de Hiznaleuz, y por las sierras de la Peza, donde era natural, fué á pié á dar á unas trochas que él sabia á las espaldas de la sierra de Guéjar, y prendiendo tres moros que venian del mesmo lugar, dió luego vuelta con ellos á Granada. Estos dieron noticia de la fortificacion que los moros hacian, y dijeron como estaba dentro el Xoaybi con cuatrocientos escopeteros de la tierra y sesenta turcos y moros berberiscos, con aquel capitan turco llamado Caravajal, que dijimos que andaba con el Maleh; el cual se habia salido estos dias de Galera, diciendo á los moros que la desamparasen, porque se perderia; y que tambien estaba allí el Rendati y el Partal, y otros capitanes moros con sus cuadrillas; que todos se velaban con mucho cuidado, y tenian atajado el camino que sube de Aguas Blancas con una trinchea de piedra ancha y mas alta que un estado, que atajaba la silla del portichuelo de un cerro á otro, que está como un tiro de ballesta del primer barrio á la parte del cierzo; y que en el barrio de en medio, donde antiguamente estaba el castillo, andaban haciendo un muro de tapias en la frente del cerro, por donde era menos dificultosa la entrada, por estar todo lo demás cercado de una alta peña tajada que asombra las aguas de Genil. Habiéndose pues tomado lengua de los tres moros, que fueron conformes en lo que dijeron, cosa pocas veces vista en esta guerra, don Juan de Austria mandó llamar los adalides y algunos hombres pláticos en la tierra; de los cuales se entendió que, poniéndose un poco de mas trabajo, se podria entrar en el lugar por dos partes, sin tocar en los caminos ni en la trinchea, partiendo la gente de manera, que mientras los unos subiesen por el cuchillo de la sierra que sube de la parte del rio de Aguas Blancas, los otros, tomando un largo rodeo, viniesen á entrar por la parte de levante á un mesmo tiempo, salvando los unos y los otros la entrada de la Silla, y bajando entre ella y el lugar por las laderas de los dos cerros, sin que los enemigos diesen en ello, estando confiados en que no era posible entrarles por otra parte que por los caminos. Finalmente, se tomó resolucion en que la jornada se hiciese, y porque se ofreció una diferencia honrosa entre el conde de Tendilla y el corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte sobre cuál habia de llevar á su cargo la gente de la ciudad, el uno como alcaide, y el otro como corregidor, y se hubo de remitir esta duda al supremo Consejo, se dilató hasta que vino órden que el Corregidor fuese con ella. Estando pues todo puesto á punto para partir, don Juan de Austria hizo dos partes de la gente de guerra, que eran nueve mil infantes y setecientos caballos; y con la una, en que iban cinco mil infantes y cuatrocientos caballos, salió de Granada viérnes á 23 dias del mes de diciembre á las tres de la tarde, para tomar el rodeo que se habia de hacer, y entrar por la parte de levante; y por el lugar de Veas, donde cenó y reposó un rato aquella noche, prosiguió su camino. La otra dejó á cargo del duque de Sesa con cuatro mil infantes y trecientos caballos, y con órden que partiese á media noche, porque tenia menos camino que andar. Iban con don Juan de Austria los tercios de la infantería pagada y parte de la gente de la ciudad. Llevaba la vanguardia Luis Quijada con dos mil infantes, y él con ella; don García Manrique iba con la caballería, y en la retaguardia, donde iba su guion, el licenciado Pedro Lopez de Mesa, y con la artillería y bagaje don Francisco de Solís, proveedor general. El duque de Sesa llevaba las compañías de milicia de la ciudad; de vanguardia iba don Juan de Mendoza y su persona; el Corregidor con la caballería; el artillería y bagaje á mi cargo, y algunas compañías de infantería de retaguardia, y delante de todo el campo las cuadrillas de la gente suelta. Detúvose un gran rato el duque de Sesa en el camino para que don Juan de Austria tuviese lugar de hacer su rodeo, y cuando le pareció tiempo, por junto á la puente que dijimos, que está donde el rio de Aguas Blancas se junta con Genil, tomó una cordillera y cuchillo de la sierra de Guéjar, yendo siempre por las cumbres mas altas, y mandando hacer almenaras de fuegos para que don Juan de Austria, que iba de la otra parte, viese dóndo llegaba, y hiciese la diligencia de manera, que por las señales de los fuegos pudiesen llegar á un tiempo. Los adalides que don Juan de Austria llevaba guiaron por camino tan fragoso y rodearon tanto, que no fué posible llegar al cerro de levante de la Silla hasta que ya el dia iba bien alto; y en este tiempo los soldados de las cuadrillas que guiaban la vanguardia del Duque, como tuvieron menos que andar y por mejor camino, llegaron mas presto al cerro de poniente, por donde habia de bajar; y entre dos al-

bas fueron á dar con las centinelas de los moros que estaban en la cumbre dél; y por la parte de dentro, como si les fueran mostrando ellos mesmos el camino por donde habian de entrar, fueron huyendo á dar rebato en el cuerpo de guardia que tenian puesto en la trinchea. Siguiéronlos los soldados sin órden y con tanta determinacion, que no les dieron lugar á poder resistir, y dieron todos á huir la vuelta del lugar. Cargando pues toda nuestra gente, caminaron al otro fuerte, que tambien desampararon luego los moros; y llevando por delante las mujeres y algunos bagajes cargados de ropa, se subieron á la Sierra Nevada, cuya guarida tenian tan cerca, que no hay mas que el cristalino Genil en medio. El Duque, viendo entrado el lugar y el fuerte, pasó al barrio bajo y al vado del rio, donde los moros escopeteros hacian rostro para dar lugar á que las mujeres se adelantasen. Aquí mataron al capitan Quijada de una pedrada en la cabeza, y treinta y cinco soldados que con cudicia de atajar las moras y los bagajes que iban huyendo se desmandaron; y fuera mayor el daño si el dia que llegó don García Manrique no se hubieran ido los turcos, y después el Rendati y el Partal y los otros caudillos con la mayor parte de los tiradores; porque estos hombres ladrones, que no buscaban mas que robar, y para esto habian ido allí por la comodidad de las sierras, no quisieron ponerse en peligro de defender el lugar, tomando por ocasion que iban á recoger mas gente para dar en las espaldas de nuestro campo, si fuese sobre él. Murieron este dia cuarenta moros, y fué poca la presa que nuestros soldados hicieron, habiendo poco que saquear. Con todo eso se les tomó cantidad de ganado mayor y menor, y algunos bastimentos y ropa que tenian metido en silos. En la casa donde posaba el alcaide Xoaybi, hallé yo muchos papeles, y entre ellos la carta que Aben Humeya le habia escrito mandándole que no alzase mas alcarías hasta que se lo mandase, como queda dicho atrás. Ya los moros eran idos y el lugar ganado cuando don Juan de Austria asomó por el cerro donde habia de bajar; y viendo que no le habia dejado el Duque nada que hacer, mostró mucho sentimiento dello. Pusiéronsele los ojos encendidos como brasa, de puro coraje; no sabia si culparia á los adalides por haberle guiado mal, ó al Duque por no haber aguardado á que llegase; el cual se desculpó y satisfizo muy bien con que desde el camino le habia enviado un billete con un soldado, diciendo que le parecia que se detenia mucho, y si aclaraba el dia y los moros habian sentimiento, podria perderse ocasion; que viese lo que era servido que hiciese; y le habia respondido que hiciese lo que mejor le pareciese; no embargante que tampoco habia sido en su mano, porque los soldados de las cuadrillas habian dado de improviso sobre las centinelas de los enemigos, y no se habia podido dejar de seguirlos. Con todo eso don Juan de Austria no quiso detenerse allí, y mandando á don Juan de Mendoza que se quedase en el fuerte que los moros habian comenzado á hacer en el barrio de en medio, mientras se proveia quien habia de estar en él de presidio, sin comer bocado en todo aquel dia se volvió á la ciudad de Granada. No mucho después fué allí don Juan de Alarcon, señor de Buenache, con cuatro compañías de su cargo y algunos caballos; el cual estuvo hasta que don Luis de Córdoba y el capitan Oruña redujeron el fuerte en menor ámbito, y quedó en él don Francisco de Mendoza con quinientos infantes.

CAPITULO XXVIII.

Del fin que hubo el traidor de Farax Aben Farax.

Bien vemos que habrá ido pidiendo cuenta el letor de lo que hacia en este tiempo Farax Aben Farax, habiendo sido principal autor deste rebelion, creyendo que nos hemos olvidado dél; y porque no quede atrás cosa que se pueda desear, dirémos su discurso en este lugar, que no será lo menos agradable desta historia. Ya dijimos como Aben Humeya, cuando en el valle le dieron los de Béznar el vano nombre de rey, por desechar de sí este mal hombre, le envió á que recogiese la plata, oro y dinero que los alzados hubiesen tomado á los cristianos de la Alpujarra y de las iglesias; el cual hizo tantas tiranías y crueldades por toda la tierra, con favor de docientos monfís que traia consigo, que temió que se le alzaria con el gobierno y mando de los moros. Y haciéndole venir al lugar de Laujar, le mandó que entregase todo el dinero, oro y plata que tenia recogido, á Miguel de Rojas, su suegro, que, como queda dicho, le habia hecho su tesorero; y enviando los docientos monfís á diferentes partes, so color de servirse dellos y aprovecharlos, le mandó á él que no se partiese del campo sin su licencia y mandado, so pena de la vida; y desta manera le trajo consigo muchos dias, hasta tanto que el marqués de Mondéjar desbarató el campo de los moros y se comenzó á reducir la tierra. Entonces el solene traidor, hallándose tan aborrecido de los moros como de los cristianos, por las insolencias y crueldades que con los unos y con los otros habia usado, se retiró al lugar de Guéjar, y allí estuvo encubierto hasta que Aben Humeya se rehizo con nuestras desórdenes y tornó á resucitar la guerra. Y viendo que si volvia á él le iria mal, y si se iba á los cristianos peor, no sabiendo á qué parte se echar, tomó por remedio presentarse en el santo oficio de la Inquisicion y pedir misericordia de sus culpas, entendiendo que allí no le matarian, dándole alguna pena corporal. Dando pues cuenta de su determinacion á un mal cristiano tintorero que andaba en su compañía, le dijo desta manera: «Hermano, nosotros andamos ya aborrecidos de las gentes; nuestro negocio no ha correspondido como pensábamos, porque los moros, malamente conformes, no se han sabido gobernar; hannos despreciado, y traemos el cuchillo de Aben Humeya cerca de las gargantas. Si los cristianos nos prenden ó nos vamos á ellos, tampoco nos faltará la soga. Solo un remedio tenemos para sustentar algunos dias esta miserable vida, y es irnos á poner en manos de la Inquisicion, donde si nos dieren algun castigo en penitencia de nuestras culpas, no nos matarán. Yo soy muy conocido en Granada, y no podrá ser menos sino que entrando por la ciudad me maten ó prendan, y lo mesmo harán á tí yendo conmigo. Pues para evitar este inconveniente, me parece que vayas tú solo delante, y presentándote ante los inquisidores, les pidas de mi parte que manden venir un familiar ó dos por mí, con quien pueda ir seguro.» Esto pareció bien al compañero, y quedaron de acuerdo que en anocheciendo partiria de una cueva donde estaban escondidos, y iria á Granada. Mas en este tiempo, Farax Aben Farax se echó á dormir, y el compañero, en-

fadado de traerle tanto tiempo consigo, ó por ventura pensando ganar el perdon mas fácil con su muerte, determinó de acabar con él y con sus maldades; y alzando una piedra muy grande que halló par de sí, le dió en la cabeza tantos golpes, que le quebró los dientes y las muelas y las quijadas, y le deshizo las narices y la boca y los ojos y toda la cara; y creyendo que le dejaba muerto, se fué derecho á Granada, y no parando hasta la sala del aposento del Arzobispo, dijo á un paje que entrase á su señoría, y le dijese como estaba allí un soldado que queria darle parte de cierto negocio importante en confesion; el cual le oyó, y le envió luego á los inquisidores, en cuyo poder le dejarémos. Volviendo pues á Aben Farax, estuvo dos noches y un dia en la cueva sin sentido, como hombre muerto, hasta que llegando acaso por allí unos moros de Guéjar, y viendo aquel hombre tendido con la cabeza y la cara hinchada, y las heridas llenas de gusanos, llegaron á reconocer si era moro ó cristiano, y hallándole vivo y retajado, le llevaron á su lugar sin poderle conocer; y siendo curado, vino á sanar de las heridas, y quedó como monstruo tan disforme, que no tenia después semejanza de hombre humano; y cuando habia de comer ó beber, le habian de echar el agua y el mantenimiento con un cañuto de caña por un pequeño agujero que le habia quedado en el lugar de la boca. Y cuando don Juan de Austria ganó á Guéjar, como queda dicho en el capítulo precedente, estaba allí, y huyó con los otros moros, y anduvo después por la Alpujarra pidiendo limosna; y en la reducion general se redujo con los moros del valle de Lecrin, y con ellos le metieron la tierra adentro. No pudimos saber lo que fué dél ni en qué paró, aunque lo procuramos con toda diligencia entre los que fueron con él.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo don Juan de Austria fué á la jornada del rio de Almanzora, y el marques de los Vélez alzó el cerco de sobre Galera.

Para la salida que don Juan de Austria habia de hacer se apercibieron y aprestaron muchas cosas. Hiciéronse gran cantidad de provisiones en los pueblos comarcanos al reino de Granada, cometiéndolas á los proprios concejos, y enviándoles dineros para ello, por excusar los robos, sobornos y cohechos, que con mayor disolucion de lo que aquí podriamos decir hacian los comisarios y los alguaciles de las escoltas. Y porque convenia quedar recaudo en la ciudad de Granada, antes de su partida diputó cuatro mil infantes que le guardasen; con los cuales, estando ya los moriscos fuera, Guéjar por nosotros, la Vega con su guarda, y andando las cuadrillas corriendo la tierra, quedó suficientemente asegurada, y lo estuvo todo el tiempo que duró la guerra. Partió don Juan de Austria á 29 dias del mes de diciembre del año del Señor 1569 con tres mil infantes y cuatrocientos caballos, llevando consigo á Luis Quijada y al licenciado Birviesca de Muñatones, del consejo y cámara de su majestad, que por su mandado asistia en el Consejo, y dejando lo de aquella ciudad á cargo del duque de Sesa hasta que fuese tiempo de salir con el otro campo; el cual se pasó luego á su aposento, y comenzó á dar órden, juntamente con el Presidente, en la provision y en las otras cosas necesarias para la expedicion de la guerra. El primer dia fué don Juan de Austria á la villa de Hiznaleuz, que está cinco leguas de allí, el segundo á Guadix, que los antiguos llamaron *Aciurge*, y los moros *Guer Aix*, el tercero á Gor, donde hallaron á don Diego de Castilla con todas las moriscas del lugar encerradas en el castillo, porque no se las llevasen á la sierra, y aun para tener seguridad de los moriscos que no se alzasen. El cuarto dia llegó á la ciudad de Baza, que los moros llaman *Batha*, y los antiguos *Basta*, y á la provincia bastetana. Allí estaba el comendador mayor de Castilla esperando; el cual habia venido de Cartagena, y traido la artillería, armas, municion y bastimentos que dijimos, y de paso se habia visto con el marqués de los Vélez y proveídole de algunas cosas destas, que le habia pedido. Estuvo don Juan de Austria en aquella ciudad pocos dias, esperando gente y proveyendo otras cosas que convenian, siendo mucha la priesa que llevaba; y porque para ir á combatir á Galera se habia de hacer la máquina de la guerra en Güéscar, envió delante, dos dias antes que partiese, todos los carros y bagajes que habia en el ejército, cargados de los bastimentos y municiones, con órden que volviesen luego á llevar lo que quedaba en su partida. Toda esta diligencia se hacia con recelo que el marqués de los Vélez, agraviado de la idea de don Juan de Austria, en sabiendo que partia de Baza, alzaria el cerco de sobre Galera; y por ventura le habian oido decir algunas palabras personas que habian avisado dello; porque fué ansí, que la noche antes que partiese la primera escolta de Baza, despojó aquel alojamiento, donde con adverso favor de la fortuna habia estado muchos dias, y alzó el campo y se retiró á Güéscar, dejando á los moros libres para poder salir donde quisiesen; y pudiera correr riesgo de perderse la escolta, donde iban setecientos carros y mil y cuatrocientos bagajes cargados de armas y municiones si tuvieran aviso de dar en ella, porque no llevaba mas de trecientos caballos de guardia y ninguna infantería. Esta escolta iba á mi cargo, y siendo avisado en el camino de la retirada del marqués de los Vélez y de como los moros andaban fuera de Galera, no quise aventurarme á pasar sin que se me enviase mayor número de gente de guerra, y me recogí aquella noche al cortijo de Malagon sobre el rio de Benzulema y avisé á don Juan de Austria y al marqués de los Vélez, para que me asegurase el paso de una atalaya que estaba cerca de Galera; y con dos compañías de infantería, que estaban alojadas en Benamaurel, y una de caballos que don Juan de Austria me envió, proseguí otro dia bien de mañana mi camino; por manera que en medio dia de dilacion se aseguró la escolta; y llegando á Güéscar aquella noche, torné á enviar luego los carros

y bagajes á Baza. Partió don Juan de Austria con todo el campo, y en una jornada fué á Güéscar, que son siete leguas por el camino derecho, y nueve por el carril. Pasóse grandísimo trabajo este dia, porque los moros, soltando las acequias, habian empantanado todas las vegas, y héchose tan grandes atolladeros, que no podian salir los carros ni los bagajes. Salió el marqués de los Vélez á recebir á don Juan de Austria como un cuarto de legua con algunos caballeros, dejando mandado á sus criados que mientras iba y volvia cargasen su recámara para irse á su casa, porque aun no habia desocupado los aposentos del castillo, donde habia de aposentarse don Juan de Austria, y habia entretenido al licenciado Simon de Salazar, alcalde de casa y corte, que tres dias antes habia ido á hacer el alojamiento. No podia el marqués de los Vélez disimular el sentimiento que tenia de la ida de don Juan de Austria; y aunque se habia visto con el comendador mayor de Castilla y dádose buenas palabras de ofrecimientos, sabia muy bien que le hacia poca amistad, y que habia escrito á su majestad que no le parecia á propósito para dar fin á aquella empresa; y por ventura habian venido á su noticia las cartas primero que á las de su majestad, y lo habia disimulado; y por esta causa huia de hallarse en un consejo con él y con Luis Quijada, y solamente quiso hacer el cumplimiento de salir á recebir á don Juan de Austria, y sin apearse tomar el camino para su casa, como en efeto lo hizo; porque habiendo llegado á besarle las manos y á darle el parabien de su venida, volvió con él hasta la puerta de la fortaleza, dándole cuenta del estado de las cosas de la guerra; y sin apearse se despidió dél y de todos aquellos caballeros que le acompañaban, y se fué de camino á la villa de Vélez el Blanco con la gente de su casa y una compañía de caballos de Jerez de la Frontera, cuyo capitan era don Martin de Avila.

CAPITULO II.

Cómo don Juan de Austria fué sobre la villa de Galera, y la cercó.

Habiéndose acrecentado el campo á número de doce mil hombres, don Juan de Austria mandó al capitan Francisco de Molina, que habia venido de Motril por su mandado á servir en la jornada, que con diez compañías de infantería se fuese á poner en la villa de Castilleja, una legua de Galera, que estaba despoblada, porque era importante tenerle tomado á los enemigos aquel paso, por donde habia de ser la entrada del socorro ó se habian de retirar. Luego partió con el resto de la gente, y á 19 dias del mes de enero de 1570 años caminó la vuelta de Galera. Esta villa era muy fuerte de sitio: estaba puesta sobre un cerro prolongado á manera de una galera, y en lo mas alto dél, entre levante y mediodía, tenia los edificios de un castillo antiguo cercado de torronteras muy altas de peñas, que suplian la falta de los caidos muros. La entrada era por la mesma villa; la cual ocupando toda la cumbre y las laderas del cerro, se iba siempre bajando entre norte y poniente hasta llegar á un pequeño llano, donde á la parte de fuera estaba la iglesia que dijimos, con una torre nueva muy alta, que señoreaba el llano, y un rio que bajando de la villa de Orce, se junta con el de Güéscar, y viene á romper las aguas en la punta baja de Galera, y desviándose luego, cerca el llano donde estaba la iglesia, y poco á poco corre hácia la villa de Castilleja. No estaba cercada de muros, mas era asaz fuerte por la dificultosa y áspera subida de las laderas que habia entre los valles y las casas, las cuales estaban tan juntas, que las paredes eran bastante defensa para cualquier furioso asalto, no se pudiendo hacer en ellas batería que fuese importante, porque estaban puestas unas á caballero de otras en las laderas, de manera que los terrados de las primeras igualaban con los cimientos de las segundas, y el fundamento era sobre peñas vivas, alzándose hasta la mas alta cumbre; y por esta causa eran los terrados tan desiguales, que no se podia subir ni pasar de uno en otro sin muy largas escalas; y teniendo los moros hechos muchos reparos y defensas en las calles, tampoco se podia andar por ellas sin manifiesto peligro. Habia dos calles principales que subian desde la puerta de la villa que salia á la iglesia, hasta el castillo; las cuales, demás de ser muy angostas, las tenian los moros barreadas de cincuenta en cincuenta pasos, y hechos muchos traveses de una parte y de otra en las puertas y paredes de las casas, para herir á su salvo á los que fuesen pasando; y para poderse socorrer los unos á los otros en tiempo de necesidad, las tenian horadadas y hechos unos agujeros tan pequeños, que apenas podia caber un hombre á gatas por ellos: por manera que aunque faltaban los muros, no se tenian por menos fuertes con esta fortificacion que si los tuvieran muy buenos. Y porque dentro no habia pozos ni fuentes, habian hecho una mina, que iba cubierta desde las casas bajas hasta el rio, donde salian á todas horas á tomar agua, sin que se les pudiese defender. Habiendo pues de cercar don Juan de Austria esta fuerte villa, donde habia mas de tres mil moros de pelea, y algunos turcos y berberiscos entre ellos, antes de asentar su campo quiso reconocerla por su persona; y tomando consigo al comendador mayor de Castilla y á Luis Quijada, con toda la gente de á caballo y algunos arcabuceros sueltos, la rodearon por unos cerros altos que la señorean á lo largo. Y puestos en una cumbre, donde mejor se descubria, entendieron que para tenerla bien cercada convenia repartir la gente en tres partes y ponerle tres baterías: la una hácia el mediodía, por la parte del castillo; la otra hácia levante, donde habia un padrastro que tomaba la villa por través; y la tercera al norte, hácia la iglesia. Y para que se pudiesen socorrer mejor estos cuarteles, y los alojamientos estuviesen mas acomodados, asentó el campo poco mas arriba de donde el marqués de los Vélez habia tenido el suyo, cubierto con un cerro que cae á la parte de levante cerca del rio, y seguro de los tiros de los enemigos; y mandando al maese de campo don Pedro de Pádilla que se pusiese con su tercio á la parte del norte por bajo de la iglesia, quedó la villa cercada por todas partes. Este mesmo dia murió en Güéscar el licenciado Birviesca de Muñatones, de enfermedad; cuya muerte se sintió mucho en el campo, porque era hombre de valor y de consejo; y habiendo andado mucho tiempo fuera destos reinos en servicio del cristianísimo emperador don Cárlos, habia dado buena cuenta de los cargos que habia tenido, y era muy prático y experimentado en las cosas de la guerra y de gobernacion.

CAPITULO III.

Cómo se plantaron las baterías contra la villa de Galera y se dieron dos asaltos, uno á la iglesia y otro á la villa.

Teníanse todavía los enemigos la iglesia y la torre del campanario; y porque hacian daño en el cuartel de don Pedro de Padilla con las escopetas, y convenia echarlos luego de allí, don Juan de Austria mandó que ante todas cosas Francisco de Molina, que ya servia el oficio de capitan de la artillería, y en su lugar habia ido á Castilleja don Alonso Porcel de Molina, regidor de Ubeda, hiciese traer de Güéscar la artillería que habia venido de Cartagena y estaba á cargo de Diego Vazquez de Acuña, y les plantase batería; el cual puso tanta diligencia en hacer lo que se le mandó, que en una noche hizo un carril desde Güéscar á Galera, y dos pontones de madera sobre el rio, por donde pasaron las carretas, y una plataforma cubierta con sus cestones de rama terraplenados; y antes que amaneciese comenzó á batir la iglesia con dos cañones gruesos. A pocos tiros se hizo en la pared un portillo alto y no muy grande, y juntándose con don Pedro de Padilla, el marqués de la Favara y don Alonso de Luzon y otros caballeros animosos, dieron el asalto y la entraron con muerte de los moros que la defendian, y no sin daño de los cristianos; y metiendo en la torre dos escuadras de arcabuceros, hicieron una trinchea, por donde podian llegar los soldados encubiertos de los tiros de los enemigos. Luego se puso en obra otra trinchea á la parte de mediodía, que bajaba por la ladera abajo, dando vueltas hasta el valle cerca del castillo, donde se hizo otra plataforma y se plantaron seis piezas de artillería para batir un golpe de casas que estaban á las espaldas dél, puestas sobre la torrontera que le cercaba á la parte de fuera. A esta obra atendia personalmente y con grandísimo cuidado don Juan de Austria, haciendo oficio de soldado y de capitan general, porque habiéndose de ir por la atocha de que se hacia la trinchea á unos cerros algo apartados, á causa de que los enemigos habian quemado la que habia por allí cerca, para que los soldados se animasen al trabajo, iba delante de todos á pié, y traia su haz á cuestas como cada uno, hasta ponerlo en la trinchea. Demás desta plataforma se puso otra con diez piezas de artillería en el padrastro que dijimos, que tomaba la villa por través á la parte de levante, para batir por allí las casas y unos paredones viejos del castillo, y quitar las defensas á los enemigos, echándoles los edificios encima cuando se diese el asalto por las otras baterías, porque por esta no habia arremetida, aunque se tenia todo el costado de la villa á caballero, porque habia en medio un valle muy hondo fragoso. Estando pues las cosas en estos términos, no faltaron animosos pareceres que importunaron á don Juan de Austria que mandase dar un asalto por el cuartel de don Pedro de Padilla, diciendo que pues los de Güéscar habian entrado por aquella parte hasta cerca de la plaza, lo mesmo harian nuestros soldados; y seria de mucha importancia ir ganando á los moros algunas casas, y llevarlos retirando á lo alto. Este consejo parecia ir fundado en alguna manera de razon á lo que se veia desde fuera, porque todas las casas que estaban delante de la iglesia eran de tapias de tierra y no se descubria otra defensa; mas entrando dentro, estaba la fortificacion bien diferente de lo que parecia, porque ni la artillería podia hacerles daño ni los nuestros ir adelante; y ellos podian hacer mucho mal á los que iban entrando, con las escopetas y con piedras desde lo alto, estando siempre encubiertos. Dióse el infelice asalto, habiendo hecho algunos portillos en las paredes con la artillería; y como los capitanes y soldados hallasen los impedimentos dichos, y grandísima resistencia en los enemigos, después de haber peleado un buen rato, se hubieron de retirar con daño, dejando dentro acorralados muchos hombres principales, que porfiaron por ir adelante. Uno dellos fué don Juan Pacheco, caballero del habito de Santiago y vecino de la villa de Talavera de la Reina, el cual fué preso por los enemigos, y viendo el hábito que llevaba en los pechos, le despedazaron miembro á miembro con grandísima ira. Habia llegado este caballero al campo dos horas antes que se diese el asalto, y no habia hecho mas de besar las manos á don Juan de Austria en la trinchea, y bajar á visitar á don Pedro de Padilla, que era su deudo y de su tierra; y hallando que querian dar el asalto, quiso hacerle compañía; y pasó tan adelante, que cuando se hubo de retirar no pudo.

CAPITULO IV.

Cómo se dió otro asalto á la villa de Galera, en que murió mucha gente principal.

Con el infelice suceso deste asalto no se alteró nada don Juan de Austria; antes viendo que la artillería hacia poco efeto en las casas, y que solamente horadaba las paredes de tapias, y no derribaba tanta tierra que pudiese hacer escarpe por donde poder subir la gente, acordó de hacer una mina al lado derecho de la batería alta, que entrase por debajo dellas y alcanzase parte del muro del castillo; porque se veia que volando todo aquel trecho, haria escarpe suficiente la ruina, por donde la infantería pudiese subir arriba y tomar á caballero á los enemigos en la villa. Esta obra se cometió al capitan Francisco de Molina, el cual hizo la mina con mucha diligencia; y habiendo acabado el horno y metido dentro cantidad de barriles de pólvora, y algunos costales llenos de trigo y de sal para que el fuego surtiese con mayor furia, á 20 dias del mes de enero se mandó á las compañías de la infantería que bajasen á las trincheas, y diesen muestra de querer acometer á subir por unos portillos que habia hecho la artillería, y por las casas que estaban á las espaldas del castillo, que caian encima de la mina, para llamar á los enemigos hácia aquella parte y poderlos volar; y por si fuese menester acudir con mayor fuerza para cualquier suceso, se puso don Juan de Austria con un escuadron de cuatro mil infantes á la mira de lo que se hacia por frente del enemigo. Estaban los moros muy descuidados de que los nuestros pudiesen minar por aquella parte, donde habia tan grande altura de peñas, que parecia cosa imposible poderlas levantar el fuego; los cuales, viendo entrar las banderas en las trincheas y ponerse las otras en escuadron, entendieron que sin duda querian darles algun asalto por los portillos de la batería; y acudiendo luego á la defensa, se metieron mas de setecientos escopeteros y ballesteros en las casas que estaban sobre la mina, y comenzaron á tirar con las escopetas á unos soldados que andaban descu-

biertos. Cuando pareció ser tiempo, dió señal para que se pusiese fuego á la mina, la cual disparó con tanta violencia, que voló la peña y las casas y mató mas de seiscientos moros, y hizo una ruina tan grande de la tierra, piedras y maderos que voló, que parecia que el escarpe daba entrada larga y capaz para cualquier número de gente. Luego envió los reconocedores, por si fuese menester quitar algunas defensas antes que la gente acometiese el asalto; y habia sido bien acordado, si los animosos soldados que estaban en las trincheas no quisieran serlo ellos mismos. Era gran contento ver salir algunos moros de entre el polvo, como cuando se cae alguna casa vieja; mas presto se aguó, porque los soldados se desmandaron tras dellos, y comenzaron á subir por la ruina de la mina sin órden, hasta llegar al muro del castillo. A este tiempo don Juan de Austria mandó dar la señal del asalto, y acometiendo los alféreces con las banderas en las manos, se comenzó una pelea menos reñida que peligrosa. Los nuestros trabajaban por ocupar un portillo que la artillería habia hecho en el muro del castillo, no hallando entrada por otra parte, porque la mina no habia pasado tan adelante como convenia, y solamente habia volado la peña y las casas que estaban á la parte de fuera, dejando los enemigos mas fortalecidos; los cuales estaban prevenidos de manera, que para cada casa era menester un combate, segun las tenian atajadas y puestas en defensa. Acudiendo pues los enemigos á la defensa del portillo, y siendo forzoso que los alféreces y soldados reparasen al pié del muro, era grande el daño que recebian de los traveses y de las piedras que les arrojaban á peso desde un reducto alto donde estaban los moros berberiscos, y entre ellos algunas moras que peleaban como varones, siendo bien proveidas de piedras de las otras mujeres y de los muchachos, que se las traian y daban á la mano. Habiendo pues estado detenida nuestra gente recibiendo el daño que hemos dicho, los animosos alféreces se adelantaron, y subiendo á raíz del muro uno tras de otro, porque no podian ir de otra manera, fueron á entrar por el portillo, siendo el delantero el de don Pedro Zapata, que puso su bandera sobre el enemigo muro con tanto valor, que si la disposicion de la entrada diera lugar á que le pudieran seguir dos ó tres de los otros, se ganara la villa aquel dia; mas como no pudo ser socorrido, los moros cargaron sobre él, y dándole muchas heridas, le derribaron por la batería abajo, llevando siempre la bandera entre los brazos, que no se la pudieron quitar, aunque le tiraban reciamente della. Luego cerraron á gran priesa el portillo con maderos, tierra y ropa, y le fortalecieron de manera, que no se pudo llegar mas á él. Estaba en este tiempo don Juan de Austria mirando todo lo que se hacia, y pareciéndole que se podia entrar la villa por los terrados de las casas que caian á la parte de levante, mandó á los capitanes don Pedro de Sotomayor, don Antonio de Gormaz y Bernardino de Quesada, que con los arcabuceros de sus compañías fuesen á intentarlo, y que procurasen quitar del reducto del castillo los moros y moras que hacian daño con las piedras; los cuales, aunque conocian el peligro que llevaban, rindiéndole las gracias por la merced que les hacia en darles muerte tan honrosa, se adelantaron luego, y llegando á la batería, procuraron hacer lo que se les mandaba, tentando la entrada por diferentes partes; mas era por demás su trabajo, porque los enemigos, esperándolos encubiertos con sus reparos, los herian de mampuesto desde los traveses con las escopetas y ballestas, y matando mas de ciento y cincuenta soldados, fueron tambien los capitanes heridos. Estando pues nuestra gente con esta dificultad descubiertos á la ofensa de los enemigos sin hacer otro efeto, y habiendo durado el asalto mas de dos horas, don Juan de Austria, viendo la resistencia que habia, y que convenia hacer mayor batería, mandó tocar á recoger, y se retiró la gente á tiempo que no iba mejor á los soldados del tercio de don Pedro de Padilla, que habian acometido á entrar por su cuartel. Murieron este dia muchos moros, aunque fué mayor el daño de los cristianos, porque mataron cuatrocientos soldados y hubo mas de quinientos heridos, y entre ellos muchos hombres de cuenta, que como el ánimo es de personas nobles que desean honra, mataban y herian en ellos como en hombres destroncados, antes de poder llegar á mostrar su valor. Murieron los capitanes Martin de Lorite, Juan de Maqueda, Baltasar de Aranda, Alonso Beltran de la Peña, Cárlos y Fadrique de Antillon, hermanos, y Pedro Mirez, alférez de don Antonio de Gormaz, y otros; y fueron heridos don Juan de Castilla, de escopeta en un brazo; don Antonio de Gormaz, vecino de Jaen, de muchas pedradas, y el capitan Abarca, de otra escopeta en el rostro, y murieron dentro de pocos dias de las heridas. Fueron tambien heridos don Pedro de Padilla y su alférez Bocanegra, el marqués de la Favara, don Luis Enriquez, sobrino del almirante de Castilla; Pagan de Oria, don Luis de Ayala, y los capitanes don Alonso de Luzon, Juan de Galarza, Lázaro de Heredia, don Antonio de Peralta, y su alférez y sargento don Pedro de Sotomayor, y don Diego Delgadillo, su alférez; Bernardino de Quesada, Diego Vazquez de Acuña, don Luis de Acuña, su hijo; Bernardino Duarte, Bernardino de Villalta y su hermano Melchor de Villalta, Francisco de Salante y su alférez Portillo, Alonso de Alvarado, alférez de don Alonso de Vargas; Velasco, alférez de don Juan de Avila Zimbron, y otros muchos que por excusar prolijidad no ponemos aquí.

CAPITULO V.

Cómo don Juan de Austria mandó hacer otras dos minas en la villa de Galera, y la combatió y ganó por fuerza de armas.

No paró en lágrimas ni en gemidos el dolor que don Juan de Austria sintió cuando vió tantos cristianos muertos y heridos; antes, furioso, con justa y santa piedad hizo enterrar á los unos y llevar á curar los otros. Y mandando juntar luego á los del Consejo, les dijo desta manera: «La llaga de hoy nos ha mostrado la cierta medicina. Yo hundiré á Galera y la asolaré y sembraré toda de sal, y por el riguroso filo de la espada pasarán chicos y grandes, cuantos están dentro, por castigo de su pertinacia y en venganza de la sangre que han derramado. Apercíbanse luego los ingenieros, y el capitan de la artillería no repose hasta tener hechas otras dos minas, que entren tanto debajo del castillo, que vuelen el rebellin de donde hemos recebido el daño, por manera que quede la entrada abierta á nuestra infantería por aquella parte; que sin duda no habrá resistencia que se lo impida. Y si se pone la dili-

gencia que conviene en ello, yo espero en Dios que con la infelice nueva llegará juntamente la de la vitoria á oidos del Rey mi señor.» Diciendo estas palabras el animoso mancebo, su voz fué recebida del consentimiento de todos y muy loada; y acrecentó tanto el ánimo y ardor del ejército, que los capitanes y soldados, menospreciando el peligro, no deseaban cosa mas que volver á las armas con los enemigos para tomar entera venganza por sus manos. Mientras de nuestra parte se trabajaba en las minas, los cercados no se descuidaban en la obra de sus reparos y en todo aquello que entendian serles necesario para su defensa; mas faltábales ya la municion, que era lo principal, habiéndola gastado en los asaltos, y habian perdido la mayor parte de la gente de guerra; y con todo eso pensaban poderse defender, confiados en la vana promesa que el Maleh les habia hecho, de que los vendria á socorrer con todo el poder de los moros. Salieron una noche docientos moros á impedir la obra de una de las minas, donde acertó á hallarse el capitan Francisco de Molina, y con él el alférez Rincon y obra de veinte soldados, que todos hubieron menester menear bien las manos, porque llegaron determinadamente á la boca della y hirieron algunos de los nuestros; mas como se tocase luego arma, fueron retirados con daño, y no se atrevieron á salir mas, ni contraminaron, teniendo por imposible que la pólvora pudiese volar un monte tan grande y tan alto como aquel sobre que estaba edificado el castillo, y entendieron que reventaria por lo mas flaco antes de llegar á él. Esto es lo que después nos dijeron algunos moros, aunque lo mas cierto fué que no se atrevieron á hacer la contramina, porque fuera necesario cavar mas de cuarenta estados en hondo para ir á dar con ella. Sea como fuere, ellos no hicieron diligencia en este particular, habiendo hecho muchas en las otras defensas. Estando ya á punto las minas para poderlas volar, don Juan de Austria mandó batir con la artillería todas las defensas por cuatro partes. Don Luis de Ayala batió con cuatro cañones á la parte de mediodía las casas y los muros del castillo que se podian descubrir. Los capitanes Bernardino de Villalta y Alonso de Benavides batieron con otras cuatro piezas el castillo por través, y las casas que se descubrian de un cerro algo relevado que está á la parte de poniente. Don Diego de Leiva, con dos piezas, las casas y defensas bajas por el cuartel de don Pedro de Padilla, á la parte del norte; y Francisco de Molina con diez piezas de artillería batia por través el castillo y unos paredones antiguos de la torre del homenaje, donde los enemigos tenian puesta la cabeza del capitan Leon de Robles, natural de Baza, que lo habian muerto estando allí el marqués de los Vélez, y todas las casas de la villa que caian en la ladera que responde á la parte de levante. Habíase salido de Galera huyendo estos dias un muchacho morisco, y dado muy cierto aviso del estado en que estaban las cosas de los moros, y de la fortificacion que tenian hecha, certificando á don Juan de Austria que la mina pasada habia muerto mas de setecientos moros escopeteros y ballesteros. El cual, entendiendo que acudirian á ponerse á la defensa en parte que las nuevas minas pudiesen volar, los que quedaban, á 10 dias del mes de febrero mandó que toda la infantería bajase á las trincheas, y que la gente de á caballo se pusiese al derredor de la villa, por si los enemigos acometiesen á salir; y estando todos á punto con las armas en las manos, los que tenian cargo de las minas pusieron fuego á la primera, que estaba junto con la mina vieja; la cual salió con tanta furia, que voló peñas, casas y cuanto halló encima; mas no llegó al castillo ni hizo daño en los moros, que, escarmentados de lo pasado, se habian retirado á la parte de dentro en una placeta que se hacia allí junto, dejando solos tres hombres de centinela en lo alto, echados de pechos, que no podian estar de otra manera, con órden que en viendo subir á nuestra gente les diesen aviso, para acudir con tiempo á la defensa. Volada la una mina, la artillería no dejó de tirar sin intervalo, y dende á un rato salió la otra, que estaba hácia poniente; la cual hizo tanta ruina, que los enemigos, atemorizados del gran terremoto y temblor de tierra que hizo estremecer todo el cerro, no subieron á descubrir al castillo, creyendo por ventura que aun no eran acabadas de salir todas las minas, ni las centinelas osaron aguardar en lo alto, porque venian tan espesas las pelotas sobre ellos de todas partes, que no tenian donde poderse guarecer. A este tiempo envió don Juan de Austria tres soldados á que reconociesen si las minas habian hecho suficiente entrada para el asalto, y si quedaba algun impedimento que lo estorbase; uno de los cuales llegó hasta el proprio muro del castillo, donde á la parte de poniente tenian los enemigos puesta una bandera grande colorada; y sin hallar quien se lo impidiese, la tomó y se bajó con ella en la mano hasta la trinchea. Viendo pues los soldados que el capitan Lasarte, que así se llamaba el que trajo la bandera á la trinchea, habia subido hasta arriba y tomádola sin resistencia, pareciéndoles que no habia para qué perder tiempo, sin esperar otra señal salieron de las trincheas; y subiendo por las baterías, antes que los enemigos acudiesen á la defensa, ya tenian ocupado lo alto del castillo; y tomándolos á caballero, les fueron ganando las calles y las casas, saltando de unos terrados en otros por los mesmos pasos que ellos se retiraban. Ayudó mucho para divertirlos y desanimarlos el acometimiento que á un mesmo tiempo hizo por la parte baja don Pedro de Padilla con su tercio; el cual pasando á largo de la villa por la ladera de poniente, entró animosamente por los portillos que la artillería habia hecho en las paredes de las casas; por manera que siendo los moros cercados y combatidos por muchas partes, desatinados con la niebla del temor, se iban á meter huyendo por las armas de nuestros soldados; y temiendo de caer en ellas, daban ellos mesmos consigo en la muerte. Estaba una placeta junto á la puerta principal, donde se iban recogiendo, y en ella acabaron de morir la mayor parte dellos. Fueron de mucho efeto las diez piezas de artillería con que batia Francisco de Molina, porque entró por allí el golpe de la gente; y como se descubrian los terrados por través, no dejaban parar moro en ellos, y los soldados, con las proprias escalas que tenian los enemigos aparejadas para ir de unos terrados en otros, subieron y se los fueron ganando; y horadando los techos de las casas con maderos, los arcabuceaban y se las hacian desamparar, y les fueron ganando la villa palmo á palmo, hasta acorralar mas de dos mil moros en aquella placeta que dijimos. Recogiéronse algunos en una casa pensando darse á parti-

do; mas todos fueron muertos, porque aunque se rendian, no quiso don Juan de Austria que diesen vida á ninguno; y todas las calles, casas y plazas estaban llenas de cuerpos de moros muertos, que pasaron de dos mil y cuatrocientos hombres de pelea los que perecieron á cuchillo en este dia. Mientras se peleaba dentro en la villa, andaba don Juan de Austria rodeándola por defuera con la caballería; y como algunos soldados, dejando peleando á sus compañeros, saliesen á poner cobro en las moras que habian captivado, mandaba á los escuderos que se las matasen; los cuales mataron mas de cuatrocientas mujeres y niños; y no pararan hasta acabarlas á todas, si las quejas de los soldados á quien se quitaba el premio de la vitoria, no le movieran; mas esto fué cuando se entendió que la villa estaba ya por nosotros, y no quiso que se perdonase á varon que pasase de doce años: tanto le crecia la ira, pensando en el daño que aquellos herejes habian hecho, sin jamás haberse querido humillar á pedir partido; y ansí hizo matar muchos en su presencia á los alabarderos de su guardia. Fueron las mujeres y criaturas que acertaron á quedar con las vidas cuatro mil y quinientas, así de Galera como de las villas de Orce y Castilleja y de otras partes. Hallóse tanta cantidad de trigo y cebada, que bastara para sustento de un año, y ganaron los capitanes y soldados rico despojo de seda, oro y aljófar, y otras cosas de precio, que aplicaron para sí. Luego despachó don Juan de Austria correo con la segunda nueva de la vitoria, que no fué menos bien recebida en la corte de lo que habia sido mal oida la primera. Alcanzó á su majestad en Nuestra Señora de Guadalupe, que iba de camino para la ciudad de Córdoba, donde habia hecho llamamiento de cortes con deseo de ver los pueblos de la Andalucía, cosa que no habia podido hacer hasta esta ocasion desde que el cristianísimo Emperador su padre le habia hecho dejacion de los reinos, por las muchas y grandes ocupaciones que habia tenido; mas no se hicieron por ello alegrías ni otra demostracion de placer; solo dar gracias á Dios y á la gloriosa Vírgen María, encomendándoles el católico Rey aquel negocio, por ser de calidad que deseaba mas gloria de la concordia y paz que de la vitoria sangrienta. Don Juan de Austria me mandó á mí que hiciese recoger el trigo y cebada que tenian allí los moros, y que la villa fuese asolada y sembrada de sal, y partió con todo el campo la vuelta del rio de Almanzora.

CAPITULO VI.

Cómo don Juan de Austria fué á Baza y envió á reconocer á Seron.

Habiendo mandado don Juan de Austria asolar todas las casas de Galera y sembrarlas de sal, partió de aquel alojamiento con toda la gente de guerra para el lugar de Cúllar. Mas comenzando á caminar la vanguardia, se entendió que no podrian ir por aquel camino las carretas de la artillería ni los bagajes, porque habia llovido y nevado mucho la noche pasada, y estaba la tierra hecha pantanos y barrizales, y habia grandes atolladeros; y así fué necesario que las tiendas y todo el carruaje del campo se llevase á Güéscar; y dejándolo á mi cargo, prosiguió su camino con sola la infantería y caballos, mandándome que se enviase pan y cebada para sola aquella noche, y que otro dia luego siguiente juntase carros y bagajes en que fuese todo el bastimento, armas y municiones que allí habia, y lo llevase á la ciudad de Baza, donde le hallaria. Alojóse aquella noche en Cúllar, y allí le envié cantidad de pan y cebada; y llegando el dia siguiente á la ciudad el carruaje, se juntó allí todo el campo, y se dió luego órden en la ida del rio de Almanzora. Lo primero fué mandar á don García Manrique y á don Antonio Enriquez y á Tello Gonzalez de Aguilar, que con ciento y sesenta lanzas y cincuenta arcabuceros de á caballo de la compañía de don Alonso Portocarrero, llevando consigo los capitanes Jordan de Valdés y García de Arce, fuesen la vuelta de Seron, que era la primera plaza que se habia de combatir, y reconociesen la disposicion de la tierra y el sitio de aquella villa y el lugar donde se podria poner bien el campo; porque, aunque se habia enviado á reconocer desde Galera, no se habia podido hacer el reconocimiento, á causa de que acudieron muchos moros á defenderlo. Estos capitanes llegaron al lugar de Caniles de Baza al anochecer, y á las nueve de la noche, después de haber dado cebada á los caballos, caminaron la vuelta de Seron; mas era tan grande la escuridad que hacia, que la guia que llevaban perdió el tino de la tierra; y viendo que iba perdido, tomó por remedio descabullirse de la gente y dar á huir por los montes. Sucedió pues que apartándose don García Manrique á beber en una laguna de agua que estaba junto al camino con solos dos de á caballo, y no acertando después á volver á él, convino que diesen voces, y que la otra gente les respondiese para atinar adónde estaban, y por esta causa vinieron á ser sentidos de los moros, segun lo que después se entendió. Hallándose don García sin guia con una escuridad tan grande, acordó de hacer alto hasta que amaneciese en un monte que está antes de llegar á la Fuen Caliente; y en siendo de dia claro, comenzó á caminar, enviando delante sus atajadores. Y como no parecia moro por todo el camino, entendiendo que habian dejado á Seron, pasaron los corredores tan adelante, que llegaron cerca de la villa, yendo siempre el rio abajo. Tenian los enemigos hecha una empalizada en la entrada del camino, por donde se sube al rio de Seron; y estando puestos allí de emboscada, habian echado doce vacas y seis bagajes hácia el rio, para mientras los cristianos fuesen á tomarlas salir á ellos; mas luego fueron descubiertos, porque llegando los atajadores al ganado, los moros salieron de la emboscada y los fueron retirando el rio arriba hasta la otra gente. Estos eran doce escuderos de la compañía de Tello de Aguilar; los cuales refirieron á don García Manrique como detrás de aquella empalizada habia mucho número de enemigos; y entendiendo que debian de tener mas emboscadas que aquella, no quiso pasar adelante ni volver por donde habia entrado; y tomando una vereda que don Antonio Enriquez sabia, dieron vuelta por la halda de la sierra hácia Caniles, dejando de retaguardia los arcabuceros de á caballo de don Alonso Portocarrero y los escuderos de Ecija. Los moros saltaron fuera de aquellos valles, viendo retirar nuestra gente, y con grandes alaridos fueron siguiéndolos hasta que salieron de la sierra; mas aunque tenian ochenta de á caballo, no osaron apartarse de la escopetería, temiendo que nuestra caballería daria la vuelta sobre ellos; lo cual quisieron hacer muchas ve-

ces, mas los capitanes no se lo consintieron. Esta retirada por diferente camino del que los nuestros habian entrado fué de mucha importancia; y si salieran por el camino derecho, hubieran bien menester las manos, porque les habian ya tomado el paso mas de dos mil moros; de donde se entendió que habian sido sentidos aquella noche cuando don García Manrique se apartó de la gente. Este dia un escudero de los de la compañía de Tello de Aguilar, llamado Leiva, yendo á retirar unos compañeros que habian quedado haciendo atalaya sobre un cerro, vió estar en una ladera diez ó doce hombres de á caballo, vestidos de colorado; y entendiendo que eran escuderos de su compañía, porque traian todos aquella divisa, se fué para ellos y les dijo: «Ea, compañeros, retiráos; que hay emboscada.» Los cuales le rodearon, y tomándole en medio, le prendieron y le llevaron á Seron, porque eran turcos y moros berberiscos; y no quisieron matarle. Retirado don García Manrique sin hacer el reconocimiento, volvió á puesta de sol al lugar de Canilles, donde estaba ya don Juan de Austria con todo el campo esperándole para ir á cercar á Seron; y viendo que habian dejado de reconocer la villa por ir poca gente, se acordó en el Consejo que fuesen mayor número de caballos y de infantes á hacer aquel efeto.

CAPITULO VII.

Cómo don Juan de Austria fué á reconocer á Seron y los moros le desbarataron, y la muerte de Luis Quijada.

La propria noche que don García Manrique volvió á Canilles, se tomó resolucion de que fuesen á reconocer á Seron dos mil arcabuceros escogidos y docientos caballos, porque convenia mucho entender bien la disposicion que habia, para cercar la villa de manera que no le pudiese entrar socorro, y que los cuarteles se pudiesen socorrer los unos á los otros cuando fuese menester; cosa que dificultaban mucho todos los que habian estado en aquel pueblo, diciendo que era tierra muy quebrada, y que por haber falta de agua en algunas partes, no se podia bien cercar. Don Juan de Austria quiso ir personalmente con esta gente, y acompañado del comendador mayor de Castilla y de Luis Quijada y de otros caballeros y gentileshombres de su casa, partió del lugar de Canilles á las nueve de la noche. Llevaba tres compañías de caballos, una del duque de Medina-Sidonia, cuyo capitan era Francisco de Mendoza, vecino de Gibraltar; otra de la ciudad de Jerez de la Frontera, que llevaba don Luis de Avila, por indisposicion de don Martin de Avila, su hermano, que era el capitan; y la tercera del adelantamiento de Cazorla, y capitan della Hernando de Quesada. Con la infantería iban el maese de campo don Lope de Figueroa, y don Miguel de Moncada, y Juan de Espuche, y otros capitanes y gentileshombres de cuenta. Caminando pues toda aquella noche sin parar, á la hora que amanecia se emboscó la infantería en unas quebradas que están antes de llegar á Seron en la propria falda de la sierra; y pasando adelante don García Manrique con cien lanzas de la compañía del duque de Medina, se le dió órden que entrase al galope por el rio abajo, dando muestra á los enemigos que iba á reconocer la villa, porque si hubiese algunos moros emboscados, saliesen á él; el cual llegó desta manera hasta la empalizada que dijimos; y viendo que no salia nadie, volvió hácia donde habia dejado la otra gente. Viendo pues don Juan de Austria que los moros no habian salido, como la otra vez, mandó á don Francisco de Mendoza que con sus cien lanzas y algunos caballos mas fuese por el rio abajo, y se pusiese de la otra parte de Seron en el paso por donde podian venir moros de Tíjola y de Purchena. Y haciendo de la infantería dos escuadrones, el uno dió á Luis Quijada para que fuese por la ladera de la mano derecha del rio, y con él Juan de Espuche; y el otro dió al comendador mayor de Castilla para que fuese ocupando la otra parte del rio hácia la mano izquierda, y con él don Lope de Figueroa; y por el lecho del rio mandó ir la gente de á caballo con su guion, quedándose él con los alabarderos de la guardia y algunos gentileshombres, y obra de cien soldados, en un cerro que descubria toda aquella tierra; porque el Comendador mayor y Luis Quijada no le consintieron pasar adelante, hasta que se entendiese que estaba todo el rio seguro de emboscada, y que podria llegar cerca de la villa sin peligro de su persona, que era lo que mas se procuraba. Con esta órden caminó toda la gente, y comenzando los moros á hacer ahumadas, acudieron muchos de todos aquellos cerros con sus banderas; y así los de Seron como los que venian de otras partes, poniéndose en los recuestos, comenzaron á tirar de mampuesto con las escopetas á la gente de á caballo que iba por medio del rio; de cuya causa mandó don Juan de Austria que se subiese su guion donde él estaba, porque recebian daño los que le acompañaban, tirándoles los enemigos como á terrero. Tello Gonzalez de Aguilar, que iba esta jornada con solos cuatro escuderos de su compañía cerca de la persona de don Juan de Austria, y acompañaba el estandarte, con otros caballeros y gentileshombres, pasaron adelante, y fueron á juntarse con el escuadron de Luis Quijada, que marchaba poco á poco buscando lugar dispuesto para poder acometer á los moros, que ocupaban las cumbres de aquellos cerros; el cual llegando en el paraje de una atalaya antigua, que estaba frontero de la villa en un cerro antes de llegar al camino que sube del rio, repartió la gente en dos partes: la una dió á Tello Gonzalez de Aguilar para que subiese derecho á la torre; y con la otra subió él por cerca del camino que va á Seron. Y subiendo animosamente los soldados escaramuzando con los enemigos, fueron retirándolos hasta la propria villa; y no osándolos tampoco aguardar allí, la desampararon, y se subieron á una sierra alta que está por cima de las casas. Las moras corrieron luego á meterse en el castillo, donde estaban muchos moros, que no cesaban de hacer ahumadas llamando socorro. A este tiempo llegó la gente del escuadron que llevaba don Lope de Figueroa, y entrando los soldados por las casas, comenzaron á desmandarse, y algunos fueron por las calles hasta llegar á las puertas del castillo y captivaron muchas moras de las que iban á meterse dentro; y muchos cudiciosos, teniendo mas cuenta con el interese que con la honra de la nacion, se encerraron en las casas para guarecer la presa que habian ganado. Mientras esto se hacia, el Comendador mayor y Luis Quijada comenzaron á reconocer la villa, y andando mirando la disposicion de aquella tierra, se descubrieron mas de seis mil moros, que

acudieron á las ahumadas de Tíjola y de Purchena y de los otros lugares del rio, con Hernando el Habaquí y el Maleh y otros capitanes moros; los cuales llegaron donde estaba el capitan Francisco de Mendoza á tiempo que la mayor parte de los escuderos se le habian ido á saquear las casas de la villa; y no se hallando poderoso para resistir á tan gran golpe de enemigos, comenzó á retirarse, tocando arma, por el rio arriba. El Comendador mayor y Luis Quijada enviaron á don Miguel de Moncada con cantidad de caballos y de infantes á que le socorriese y reforzase la guardia de aquel paso; mas ya cuando llegó era tarde, porque encontró los caballos que venian retirándose á mas andar; y los unos y los otros se retiraron, dejando libre el paso á los enemigos. A esto acudió luego el Comendador mayor en persona, y con mucha brevedad y presteza hizo un cuerpo de los soldados y caballos que pudo recoger, donde se favorecieron los que venian desmandados. Por otra parte los moros, hallando el paso desocupado, subieron hácia Seron; y juntándose con ellos los que habian salido huyendo de la villa, entraron por la parte alta; y hallando á nuestra gente desordenada, ocupados los soldados en robar, mataron muchos de los que se les opusieron; otros arrojaron vilmente las armas y dieron á huir, no siendo parte los mas animosos para detenerlos. Don Lope de Figueroa fué herido de un escopetazo en un muslo; y matáranle si los escuderos de Ecija no le retiraran. Estos escuderos libraron tambien al compañero, que los turcos de á caballo habian captivado y le tenian en una mazmorra. Fué tanto el temor y poca vergüenza de algunos soldados este dia, que pareció ira del cielo, porque sin aguardarse unos á otros, no sabiendo por dónde poner las espaldas á los enemigos huyendo, ni por dónde el pecho peleando, iban de corrida hasta el rio un buen cuarto de legua, y aun allí no se tenian por seguros. En tanta desórden don Juan de Austria bajó del cerro donde estaba, y acudió animosamente á mostrarse á nuestros cristianos, para que hiciesen rostro, ó á lo menos se retirasen con órden, diciéndoles: «¿Qué es esto, españoles? ¿De qué huis? ¿Dónde está la honra de España? ¿No teneis delante á don Juan de Austria, vuestro capitan? ¿De qué temeis? Retiráos con órden, como hombres de guerra, con el rostro al enemigo, y veréis presto arredrados estos bárbaros de vuestras armas.» Con estas y otras palabras animaba y recogia los soldados, metido en el comun peligro, porque los moros crecian, yendo siempre ejecutando su vitoria. Este dia, andando Luis Quijada recogiendo la gente y poniéndola en escuadron, fué herido de un escopetazo en el hombro, que le entró la pelota en lo hueco; y don Juan de Austria mandó retirarle luego y que Tello Gonzalez de Aguilar con los caballos de Jerez de la Frontera le llevase á curar á Canilles; y con toda la otra gente se fué retirando lo mejor que pudo con grande ejemplo de su invicto valor, acudiendo á todas las necesidades con peligro de su persona, porque le dieron un escopetazo en la cabeza sobre una celada fuerte que llevaba, que á no ser tan buena, le mataran. Finalmente los moros, habiendo seguido mas de un cuarto de legua á nuestros cristianos y hecho poco daño en la retaguardia, se volvieron aquella noche á Seron, y don Juan de Austria pasó á Canilles. Hubo algunos soldados de los que entraron en la villa, que no se pudiendo retirar, se hicieron fuertes en las casas y en las iglesias, y pelearon tres dias con los moros, defendiéndose hasta que les pegaron fuego y los quemaron dentro. Murieron este dia seiscientos hombres de nuestra parte y de los enemigos hubo fama que cuatrocientos, y hubo muchas moras captivas. Perdimos con la reputacion mas de mil arcabuces y espadas. Teniendo ganada la villa, los moros quedaron ufanos por aquella vitoria, y hicieron grandes regocijos. Estuvo nuestro campo algunos dias en Canilles; y en este tiempo murió Luis Quijada de la herida, cuya muerte sintió don Juan de Austria tiernamente, porque era muy buen caballero, y habia servido al Emperador su padre desde niño, y halládose con él en todas las ocasiones de las guerras que se le habian ofrecido, y por la mucha confianza que de su virtud tenia, se lo habia encomendado y lo habia criado desde su niñez, cuando aun no sabia cúyo hijo era, y así le llamaba tio, y él á él sobrino. La nueva deste suceso tuvo su majestad en Córdoba por carta de don Juan de Austria de 19 de febrero, dándole cuenta como por la desórden de los soldados se habia dejado de ganar la villa de Seron, y pidiendo mayor número de gente con que poder proseguir adelante; y luego se despachó correo á las ciudades de Ubeda y Baeza y Jaen, por donde habian de pasar dos mil infantes que iban de Castilla y del reino de Toledo, con órden que donde quiera que los alcanzase, parasen; y dejando de ir á Granada, como les habia sido ordenado, fuesen al campo de don Juan de Austria. Y al duque de Sesa se le escribió que le enviase el mayor número de gente que pudiese, quedando él proveido de manera que por falta della no dejase de hacer los efetos que se pretendian por aquella parte; encargándole brevedad en su entrada en la Alpujarra, por ser cosa que daria mucho calor á lo que don Juan de Austria habia de hacer en el rio de Almanzora. Mas ya cuando le llegó este mandato habia salido de Granada, y estaba recogiendo su campo en el lugar del Padul, como dirémos en el siguiente capítulo. Dejemos agora á don Juan de Austria rehaciendo su campo, y vamos á lo que se hizo en este tiempo á la parte de Granada.

CAPITULO VIII.

De lo que proveyó el duque de Sesa en Granada, y cómo salió á juntar su campo en el lugar del Padul para entrar en la Alpujarra.

Antes que el duque de Sesa saliese de Granada, porque en la ciudad y presidios comarcanos hubiese la guardia y seguridad que convenia, proveyó las cosas siguientes: que en la fortaleza de la Alhambra quedasen los capitanes Lorenzo de Avila y Gaspar Maldonado con sus compañías, y Antonio Martinez Camacho, con cincuenta soldados, á órden del conde de Tendilla; en la ciudad seis compañías de infantería, capitanes Juan Nuñez de la Fuente, don Cristobal de Leon, don Diego de Vera, Francisco Montesdoca, don Lope Osorio y Bartolomé Perez Zumel, capitan y cabo de toda esta gente, y Juan Franco, sargento mayor; y tres estandartes de caballos del marqués de Mondéjar, de don Bernardino de Mendoza y de Martin Noguera, y Jerónimo Lopez de Mella con su gente. Este era vecino de Medina de Rioseco, hombre caudaloso en aquella tierra, y habia venido con un hermano suyo, llamado Blas Lopez de Mella,

ciento y sesenta leguas, á servir en esta guerra á su costa con ocho escuderos de á caballo y diez arcabuceros de á pié, y después se le habia acrecentado el número de la gente. En la Vega mandó quedar las compañías de Antonio de Baena y Pedro Navarro, con seiscientos infantes, y con órden que en la ciudad de Santa Fe pusiesen cincuenta soldados, que estuviesen allí de ordinario con la caballería del duque de Arcos. Quedaron asimesmo en la Vega dos estandartes de caballos de Lázaro de Briones y de Gaspar de Aguilera. En Alfacar, la Zubia y Gójar Hernan Lopez con trecientos hombres de las cuadrillas. En Guéjar cuatro compañías de infantería, capitanes Pedro de la Fuente, Luis Coello de Vilches, Hernando Becerra de Moscoso y don Francisco Hurtado de Mendoza, capitan y cabo del presidio; el cual pusiese cien soldados en Pinillos para guardia de aquel paso, y en Níbar la compañía de don Francisco, del partido de Alcántara. Dió órden al corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte, que apercibiese de nuevo los capitanes de cada colacion, para que tuviesen la gente de la ciudad á punto, así la de á pié, como la de á caballo, señalando por cabo de las compañías de infantería á don Pedro de Vargas, veinticuatro de aquella ciudad, y por sargento mayor á Jorge de Baeza; y que las guardas, rondas y centinelas se hiciesen de la mesma manera que hasta allí. Quedó el gobierno de paz y de guerra al presidente don Pedro de Deza, y que don Gabriel de Córdoba, como superintendente de la gente de guerra, asistiese en el Consejo con él, y se ejecutase lo que allí se ordenase, haciendo oficio de capitan general; asistiendo asimesmo con ellos el Corregidor y los que mas pareciese al Presidente, segun las ocasiones que se ofreciesen. Todas estas cosas proyectó el duque de Sesa antes de salir de Granada; y cuando le pareció tiempo, á 21 dias del mes de febrero deste año de 1570, partió de aquella ciudad, y aquel proprio dia llegó al Padul, donde se habia de juntar toda la gente. Estaba don Juan de Mendoza en las Albuñuelas, que habia ido á recoger las compañías que iban viniendo de las ciudades y señores; el cual vino al Padul á 23 de febrero. Detúvose el Duque en aquel alojamiento muchos dias con harta importunidad, esperando gente y vituallas y armas, que habian de venir de Málaga, y haciendo reductos en Acequia y en las Albuñuelas y en las Guájaras. En las Albuñuelas puso de presidio á don Gutierre de Córdoba con mil infantes y un estandarte de caballos; á las Guájaras envió al capitan Antonio de Berrio con quinientos arcabuceros, sin caballería, por no ser la tierra dispuesta para ella; y en el Padul y Acequia ordenó otros presidios para en su partida. A Jayena envió á don Alonso de Granada Venegas con cincuenta arcabuceros y el estandarte de caballos de Baeza de Juan de Carvajal, porque su majestad habia mandado que se pusiese allí con alguna caballería, para que por su medio, como persona de confianza, de quien la podian tener los rebeldes, se pudiese tener alguna inteligencia con ellos para que se redujesen, como él lo habia ofrecido, que era el lenguaje que mas se trataba; porque su majestad, como atrás dijimos, deseaba mas la concordia que la vitoria de sus vasallos. Y porque la gente no estuviese ociosa comiendo el bastimento en el Padul, mientras se engrosaba el campo, y llegaban los bastimentos, armas y municiones que esperaba de Granada y de Málaga y de otras partes, mandó hacer el Duque algunas correrías, y se pusieron emboscadas á los moros que andaban por el valle, y fueron presos algunos, de quien se entendió el desinio del enemigo, y como habia enviado al Habaquí á lo del rio de Almanzora con autoridad de capitan general, y puéstose él con toda la gente de la Alpujarra en Andarax, no con propósito de defender la entrada á nuestro campo, sino para molestarle, dando en la retaguardia y en las escoltas de los bastimentos, y necesitándole á que, fatigado de hambre, de cansancio, y sin ganancia, le dejasen, porque deste parecer eran el Habaquí y los capitanes turcos. Y que á la parte de poniente habia enviado cuatro mil moros con el Rendati y el Macox y con otros, la mayor parte de los cuales eran de aquellas comarcas y de la sierra de Bentomiz, para el mesmo efeto; mandándoles que metiesen cuatrocientos hombres en el castillo de Lanjaron, y procurasen defenderle, para desde allí salir á hacer sus saltos cuando el campo del duque de Sesa pasase, ofreciéndoles que los socorreria con todo su poder cuando fuese menester, y que estaba confiado en el socorro que le prometia su esperanza que habia de venirle de Argel. En este lugar ponemos dos cartas, una que Aben Aboo escribió al menfti (1) de Constantinopla, que es como obispo; y otra del secretario de Aluch Alí, á fin de que se entienda que no se descuidaba en este particular; y luego volverémos á nuestra historia.

CARTA DE ABEN ABOO AL MENFTI DE CONSTANTINOPLA, PIDIENDO SOCORRO DEL GRAN TURCO:

«Loores á Dios. Del siervo de Dios, que está confiado »en él, y se sustenta mediante su esfuerzo y poderío. El »que guerrea en servicio de Dios, el gobernador de los »creyentes, ensálzador de la ley, y abatidor de los he»rejes descreidos, y aniquilador de los ejércitos que »ponen competencia con Dios, que es Muley Abdalá »Aben Aboo; ensálcele Dios ensalzamiento honroso, y »haga señor de notorio estado y señorío. El que susten»ta el alzamiento de la Andalucía, á quien Dios ayude y »haga vitorioso, mediante la fuerza de su brazo, que es »el que tiene el cuidado y el poderío para ello; á nues»tro amigo y especial querido nuestro, el señor engran»decido, honrado, generoso, magnífico, adelantado, »justo, limosnero y temeroso de Dios, á quien Dios gua»lardone con la felicidad del perdon, y después desto la »salud de Dios general y comprehendiente sea con vues»tro estado alto, y la gracia y bendicion abundante de »Dios. Hermano y amigo muy preciado nuestro, ya he»mos tenido noticia de vuestro estado alto y ser tan »generoso, y como de compasion que habeis tenido de »la desamparada y abatida gente, habeis siempre pre»guntado con cuidado por nosotros para certificaros de »nuestros sucesos, y os habeis dolido de todo nuestro »trabajo y aprieto en que nos han puesto estos cristia»nos; y tambien nos envió una carta el alto y poderoso »Rey, sellada con su sello, prometiéndonos socorro de

(1) *Mofti*, ó *mufti* mas bien. Otras veces escribe MÁRMOL *mefti*, como ya hemos visto. Segun la interpretacion de esta palabra que hace el *Cartulario de Alonso del Castillo*, publicado por la Real Academia de la Historia, de que hablamos en el prólogo de este tomo, *mufti* era una especie de juez supremo en cuestiones canónicas y legales.

»gran número de gente con su armada, y todo lo que »mas hubiésemos menester para sustentar esta tierra. »Y porque estamos con estos malos en gran congoja, »ocurrimos de nuevo á las altas y muy poderosas Puer»tas, y pedimos el socorro de vuestra parte y la vito»ria por vuestra mano. Por tanto socorrednos; socorre»ros ha Dios altísimo sobre todas las gentes. Y vuestra »señoría informe de nuestro negocio al Rey poderoso, »y le haga saber de nuestro ser y estado, y de la gran»dísima guerra que de presente tenemos entre las ma»nos. Y dígasele á su alteza que si es servido de nos »favorecer, nos socorra presto y se dé mucha priesa, »antes que perezcamos, porque vienen dos ejércitos po»derosos contra nosotros para acometernos por dos par»tes; y si nos perdemos, le será pedida cuenta de nos»otros, y terná largo juicio el dia de la resurreccion; y »la razon desto se podria alargar en esta parte; y por»que el hombre no tiene mas poder ni esfuerzo para ha»blar, ceso. La salud de Dios y su gracia y bendicion »os acompañe. Que es escrita mártes á 11 dias de la lu»na de Xahaban el acatado del año de 977;» que conforme á nuestra cuenta, fué á 11 dias de la luna de febrero en el año de 1570. Y decia en el sobrescrito: «Sea »dada al señor alto vicario y consejero mayor de Cons»tantinopla, que está debajo del amparo de Dios.» El registro desta carta se tomó en la cueva de Cástares entre los papeles de Aben Aboo, y se mandó romanzar después en Granada, dándola el comendador mayor de Castilla á don Juan de Austria; el cual la envió al presidente don Pedro de Deza para aquel efeto.

CARTA DEL SECRETARIO DEL REY DE ARGEL PARA ABEN ABOO.

«Con el nombre de Dios poderoso y misericordioso. »Guarde Dios el estado alto, cumplido, generoso, ven»turoso del rey Mahamete Abdalá Aben Aboo. La sa»lud de Dios sea con vos, y su gracia y bendicion. Ha»cémoos saber que recibimos el recaudo que nos en»viastes acerca de los negocios de vuestro estado y de »los enemigos de nuestra ley, y entendimos lo que nos »dijistes que dijo el señor de España, que está deter»minado de acabaros. Nosotros serémos aquellos que »con el ayuda de Dios le acabarémos á él; y para esto »os enviamos las armas, escopetas, pólvora y plomo que »veréis, en lo cual hicimos de presente toda nuestra po»sibilidad; y en lo que decis, que no os hemos socorri»do porque las ciudades que tenemos están flacas de »gente, juro por Dios que tal acá no he sabido que se »haya dicho; antes os queremos socorrer por el grande »amor que os tenemos, y por el grande amor que el Rey, »Dios le ensalce, os tiene. Por tanto no temais, que el »Rey tuvo necesidad de ir á las ciudades de Africa, que »es la ciudad de Túnez, y no se partió hasta que en»vió una galeota á la costa de Turquía á la casa alta del »Rey, que Dios ensalce, haciéndole saber el estado en »que estáis; y nuestro rey, que Dios conserve su estado, »acabado este viaje partirá luego para esa tierra, me»diante Dios. Hemos sabido que se ha visto con el rey »de Túnez sobre una ciudad que se llama Bexa, y que le »echó de ella, y dió Dios la vitoria á nuestro rey y le »rompió su ejército, y le mató cantidad de dos mil hom»bres, y huyó el rey de Túnez con número de docien»tos de á caballo, y entró el rey nuestro en Túnez, y »prestamente vendrá á esta ciudad y irá á socorreros, »y enviará la armada que baja para vuestro intento y »socorro, mediante Dios. Hemos oido decir que capti»vastes al hermano del Marqués: si es así y ha venido »á vuestra mano, enviadlo al Rey, y enviad con él otra »cosa antes que venga, para que el dia que llegare se lo »presentemos, diciéndole: Veis aquí el presente que os »envia el rey de la Andalucía; y con esto le aumentaré»mos el deseo que tiene de ayudaros, porque vosotros »el dia de hoy sois un cuerpo con nosotros. Y por Dios »os encargo que lo hagais ansí, y esta es la verdad que »os certificamos; y lo demás os informará nuestro ami»go Cacim, criado nuestro; y no sigais las palabras de »las gentes, y haced lo que Cacim os dijere. Esto es lo »que os hacemos saber. Dios os haga saber todo bien. »La salud sea con vuestra alteza, y la gracia y bendi»cion de Dios. El que tiene necesidad de su socorro, »secretario de nuestro señor el Rey, que Dios ensalce.» Estaba puesto en la carta el sello de Aluch Alí, que conocimos; y decia en el sobrescrito: «Guarde Dios al »gobernador grande, ensalzado, acatado, Mahamete »Abdalá Aben Aboo.» Tambien vino esta carta originalmente á poder de don Juan de Austria, y la romanzó el licenciado Castillo en Granada por su mandado.

CAPITULO IX.

Cómo don Antonio de Luna corrió la sierra de Bentomiz y puso presidio en Zalia, y retiró los moriscos de algunos lugares de la jarquía de Málaga.

Demás de las provisiones que dijimos que hizo el duque de Sesa cuando salió de Granada, fué una, que pudiera ser muy importante si la gente no faltara al mejor tiempo, que fué enviar á don Antonio de Luna á correr y asegurar la sierra de Bentomiz y la tierra de Vélez-Málaga, donde el Darra y los otros caudillos de los moros hacian muchos daños, y á recoger los moriscos de paces de los lugares del Borge, Comáres, Cútar y Benamargosa, y enviarlos la tierra adentro, y hacer tres fuertes, y poner presidios en Zalia, Competa y Nerja, y entrar luego corriendo la costa hácia Almuñécar para divertir á los enemigos, y quemarles los bastimentos y necesitarlos con hambre. Para este efeto se ordenó á los corregidores de Antequera y Málaga que le acudiesen con su gente de á pié y de á caballo; los cuales acudieron luego, don Fadrique Manrique con la de Antequera, don Gomez Mejía de Figueroa con la de Loja, Alhama y Alcalá la Real, y Arévalo de Zuazo con la de Málaga y Vélez, y el licenciado Soto con la de Archidona, que serian todos al pié de cinco mil hombres. Y juntándose en Canilles de Aceituno á 1.° de marzo, fué á Competa, pensando hallar alguna resistencia; y no hallándola, pasó á Nerja, y de camino corrió el fuerte de Fregiliana, donde se mostraron al pié dél hasta cien moros, que escaramuzaron con los soldados sueltos de la vanguardia; y volviendo luego huyendo al fuerte con una bandera, subieron tras dellos los nuestros, y matando seis moros, se derrocaron los otros por aquellas sierras, de manera que no fueron mas vistos, y captiváronse doce moras. Aquella noche durmió el campo en Nerja, y estuvo el siguiente dia en aquel alojamiento, aguardando las vituallas que iban de Vélez y de Loja; y en este tiempo envió don Anto-

nio de Luna dos mangas de arcabuceros á correr la sierra por dos partes, que mataron otros dos ó tres moros y captivaron otras seis mujeres. Y siendo avisado que el Darra tenia hecha una fusta para pasarse á Berbería, llevando el moro que le dió el aviso á que se la mostrase, la halló en una rambla metida, y en otra rambla halló otra comenzada á labrar, y una caldera de brea para brearla, y madera, y lo hizo quemar todo. El sábado 4 de marzo, queriendo partir de allí, halló que se le habia ido casi toda la gente, unos con achaque que les faltaba la comida, y otros por entender que era jornada de poca ganancia, por haber ya poco que saquear en aquella tierra. Decia después don Gomez Mejía de Figueroa que don Antonio de Luna le habia mandado que se fuese á Loja con la gente de aquellas tres ciudades, pareciéndole que bastaba la de Antequera, Málaga y Vélez, por el poco bastimento que habia. Sea como fuere, hallándose con solos mil hombres, determinó pasar adelante con ellos por el camino de la marina derecho á Almuñécar; y porque no se podia ir por otra parte con los caballos y bagaje, hizo noche en el camino en la boca del rio de la Miel. Llegado á Almuñécar, tomó algun refresco de vitualla para ir al lugar de Lentejí, donde dijo una espía que habia mas de cinco mil moros, y era mentira, porque no habia sino obra de quinientas almas. Estuvo la gente algo temerosa con esta nueva, y tomando docientos soldados de los de aquel presidio, fué aquella noche á alojarse legua y media de allí en la mitad del camino. Otro dia mártes, á 7 de marzo, tomó la mañana, y llegó á las nueve al lugar, donde pensaba hallar los enemigos; mas halló que habian huido de media noche abajo. Mataron los soldados cinco que hallaron en el lugar, y captivaron uno, y tomáronse algunos bagajes. Los soldados de Almuñécar, que estaban algo lastimados de aquellos moros, pusieron fuego al lugar y le quemaron todo. Hallóse cantidad de pasa y mucho aceite, y poco pan en las casas y cuevas, que todo se quemó y derramó; y lo mesmo se hacia en los lugares donde llegaban, destruyendo y quemando todos los bastimentos. Súpose del moro que se prendió como los moros iban la vuelta de los prados de Lopera, y por ser temprano, determinó don Antonio de Luna de ir tras dellos, y fué á dormir aquella noche á un cortijo del marqués de Mondéjar. Los moros que iban delante echaron sobre mano izquierda antes de llegar á los prados, y fueron la vuelta de Almijar. Aquella noche, estando en el cortijo, se le fueron mas de quinientos hombres, y cuando quiso partir, hallándose solamente con obra de seiscientos soldados de Vélez y de Málaga, y pocos de los de Antequera, pasó á la ciudad de Alhama, donde llegó á 9 de marzo; pidió á la ciudad bastimentos y docientos hombres; y con ellos, y con otros docientos que escribió al corregidor de Loja que le enviase, y la gente que le habia quedado, volvió al castillo de Zalia, donde dejó al capitan Cristóbal de Reinoso con los caballos contiosos de Andújar y alguna infantería; y entrando en la Jarquía, retiró los moriscos de los lugares sospechosos sin escándalo ni alboroto, porque los hallaron descuidados. A los del Borge retiró Arévalo de Zuazo, don Fadrique Manrique á los de Comáres, y don Antonio de Luna á los de Cútar y Benamargosa; los cuales caminaron la tierra adentro á 16 de marzo. Y porque no llevaba gente que poder dejar en Competa, no se puso aquel presidio desta vez.

CAPITULO X.

Cómo se comenzó á hacer negociacion para que los alzados se redujesen.

Deseaba su majestad mucho que se efetuase la reducion de los alzados, movido de su natural clemencia, y por ver que habia muchos entre ellos que ni se habian alzado con voluntad, ni cometido los sacrilegios y delitos que otros; y demás desto se trataba de la liga y confederacion de los príncipes cristianos contra el Gran Turco, que amenazaba los pueblos de levante con su poderosa armada; y habiendo de ir don Juan de Austria por generalísimo del ejército de la liga, convenia que diese fin á lo que tenia entre manos; porque papa Pio V, de felice memoria, habia enviádole su embajada con el maestro don Luis de Torres, natural de la ciudad de Málaga, que después fué arzobispo de Monreal, exhortándole, como verdadero pastor, á la general concordia y defensa del pueblo católico. Con este aviso fué al campo Juan de Soto, y á servir de secretario á don Juan de Austria. Y entendida la voluntad de su majestad, se trataba con calor el negocio de la reducion; y hubo algunas personas principales, que solian tener amistad con los caudillos de los moros antes que se alzasen, que se ofrecieron á reducirlos, especialmente don Alonso de Granada Venegas, que, como dijimos, se habia ido á poner de presidio en Jayena, para desde allí procurar alguna inteligencia con ellos; y don Hernando de Barradas, vecino de Guadix, y otros que deseaban hacer algun buen efeto en este particular, y con la paz y reducion excusar la saca que se trataba de los moriscos de paces del reino. Don Hernando de Barradas habia tenido licencia de don Juan de Austria para poder escrebir á Hernando el Habaquí, que era grande amigo suyo, y aun se habia visto con él en 15 dias del mes de febrero en un monte de Sierra-Nevada sobre el lugar del Deyre, viniendo el moro hecho ya capitan general en lugar de Jerónimo el Maleh, que era fallecido de enfermedad, con quinientos escopeteros, y entre ellos cien turcos con un sanjaque ó estandarte colorado; y llevando don Hernando de Barradas solos cinco de á caballo, habia tratado con él del negocio, y aconsejádole que ganase perdon y gracia con su majestad, pues tenia buena ocasion para ello; y él le habia prometido que lo trataria con sus amigos por los mejores medios que pudiese, y dádole á entender que nadie lo deseaba mas que él, y que habia muchos de esta opinion entre los alzados; y con estos principios se hicieron algunas diligencias para atraerlos á este propósito por algunas vias. El presidente don Pedro de Deza, para que generalmente entendiesen los alzados que tenian lugar de misericordia con su majestad si dejaban las armas, cosa que les desviaban de creer los monfís y los que tenian las conciencias cargadas de gravísimos delitos, industriosamente mandó al licenciado Castillo que escribiese en lengua árabe una carta persuatoria, disminuyéndoles el ayuda y favor de los turcos, deshaciendo los pronósticos que tenian, encareciendo mucho el poder y clemencia de su majestad, y aconsejándoles con buenas razones que tratasen de algun medio

para reducirse; el cual la escribió, y sin poner en ella nombre de autor, porque entendiesen que era algun morabito ó alfaquí que se condolia de sus trabajos y de ver su perdicion, se sacaron muchos traslados della, que llevó una espía á los lugares de la Alpujarra, y echó en parte donde pudo ser hallada y leida. La cual fuímos despues informados que hizo mucho efeto en los hombres de buen entendimiento, y generalmente en todos los que deseaban quietud; y por esta razon la pornémos en este lugar, que traducida en lengua castellana á la letra, decia desta manera:

CARTA PERSUATORIA.

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. »No hay esfuerzo ni poderío sino en Dios, y la santificacion sea sobre el mejor de sus mensajeros y sobre »su gente y familias. La salud cumplida sea con aquellos que honró, y no les desamparó el bien; que son »en este mundo dichosos, y en el otro serán con su »ayuda gozosos. Los caudillos, ancianos, alcaides, al»guaciles belicosos, y otros señores y amigos, vecinos »y conquistadores de la Alpujarra y de sus anejos, sa»lud en Dios, y gracia y bendicion sea con todos nos»otros, y nos esfuerce con su favor y ayuda. Esto es lo »que os desea un especial amigo vuestro, que de nues»tro general bien y conservacion de nuestras vidas y »honras está muy solícito y congojoso; el cual ha teni»do siempre cuidado de considerar los sucesos desta »nuestra guerra, y lo que della pretendemos sacar, an»dando siempre entre vosotros tanteando las cosas que »suceden y las que podrán suceder adelante, para am»paro de nuestras vidas y honras. Y habiéndome des»velado para hallar manera como se pueda sustentar y »continuar lo comenzado, es verdad que me obliga »vuestro grande amor, y lo que debo al servicio de »Dios altísimo, á que os declare lo que en realidad de »verdad siento dello, mediante lo cual pienso alcanzar »gracia ante el acatamiento divino, en el dia que á nin»guno aprovechará la hacienda ni las familias, sino »limpieza de corazon de toda mácula y culpa. Y lo »que con mis fuerzas he alcanzado á saber es, que an»damos muy errados y fuera del camino de la verdad »en esta conquista que pretendemos todos, confiados, »miserables y desventurados de nosotros, en razones »flacas, y fuerzas inválidas y vanas promesas, que no »pueden guiarnos al fin que pretendemos. Y si nos aten»demos á ellas, sed ciertos que nos perderémos confian»do en el socorro de los turcos, y asegurándonos de»llos; los cuales vemos claramente que nos burlan y »engañan y desean nuestra perdicion; porque ellos no »pretenden mas que aprovecharse de nuestras rique»zas y de nuestras mujeres y hijas, como lo hemos vis»to; y cuando se hallaren ricos, se irán á sus tierras, y »nos dejarán cargados de molestias y vejaciones, usan»do de su acostumbrada tiranía y maldad, que lleva su »natural condicion; y después se reirán de nosotros, »como lo han hecho y hacen muy de ordinario donde »llegan. Y ciertamente os digo que ha pasado así en »efeto, y que muchos dellos me han dicho, que si no »ven en nosotros mas provecho del que han visto hasta »agora, nos han de saquear y tomar cuanto tenemos, y »se han de ir, y que mas vale que lo lleven ellos que »no que quede á los cristianos. Y no dudeis en ello, »que ya lo han comenzado á hacer, por ser, como son, »estas gentes extranjeras, bárbaras, y que carecen de »toda lealtad y misericordia, y de condicion tiranos y »muy avarientos; lo cual es muy ordinario en los le»vantiscos y en la gente de Berbería; y así dice nues»tro antiguo proverbio, que tenemos acerca desto, »que todo lo que viene de levante es bueno, salvo el »hombre y el aire. Esto es ansí, y se comprueba por »lo que vemos que hacen cada dia y por lo que han »hecho en otras partes, como fué en Argel, que, so co»lor de socorrer el Rey de aquella ciudad, vimos todos »que se le alzaron con el reino, y sujetaron toda la gente »dél, y hasta hoy está debajo de su dominio, tiranía y »tributo; y es cierto que los naturales querrian mas »ser tributarios de otro cualquier rey cristiano que de»llos. Lo mesmo hicieron en Túnez en tiempo de Hay»redin Barbarroja; el cual, fingiendo querer socorrer á »un rey de aquella ciudad, se alzó con el reino, y fué »causa de la destruicion de los moros, como todos sa»bemos. Estas y otras cosas semejantes se han hecho »en nuestros dias. Y pues lo sabemos, y entendemos lo »que se puede fiar de los turcos, miremos bien lo que »hacemos y lo que nos cumple; no se venga á cum»plir en nosotros lo que nuestra profecía dice, que »nuestra generacion ha de perecer *beyn barbar y* »*agem*, que quiere decir entre bárbaros y advenedi»zos (1). Asimesmo me parece que las causas que nos »movieron á seguir esta conquista, como son los pro»nósticos que nos prometen los juicios que tenemos »della, no son ciertas ni bastantes; porque en estos »pronósticos mas se promete nuestra perdicion que »otra cosa. Y los socorros que dicen que ternémos no »consta cómo ni cuándo, ni hay en ellos tiempo limi»tado; y lo que dicen unos, deshacen y contradicen »otros. Y en cuanto al año que ha de entrar en sábado, »tambien hubo yerro y falta por nuestro poco saber; »porque el año que dice el pronóstico es conforme »á nuestra computacion lunar, y no á la computacion »del año solar, como lo fué el año que comenzamos esta »guerra, que es año de los cristianos, del cual no habla »nuestro pronóstico. Y dado caso que entrase el año »en sábado, no hay razon que satisfaga á que fuese »aquel dia mas que otros muchos sábados, en que ha »comenzado muchas veces el año, y comenzará de aquí »adelante; en los cuales no nos movimos á comenzar »esta guerra. Demás desto, vemos claramente la con»tradicion que hay en los pronósticos, y no se ha de »dar crédito á cosas semejantes, contrarias y diferen»tes en todo género de contradicion; porque en uno »de los juicios dice que en esta nuestra conquista no »perecerá mas de un solo hombre de nosotros, de ofi»cio bajo, y que será molinero; y el otro, que es el jui»cio de *Zaid* el *Guergali*, que es el mas cierto de los »juicios que tenemos, dice que serán muy pocos en »número los que de nosotros quedarán en esta con-

(1) Así la edicion de Sancha; la primitiva, *Beyn Barbar y Agem*. En el citado *Cartulario de Alonso del Castillo* se halla tambien la presente carta, aunque bastante diferente de como aquí la leemos, pues sin duda la alteró MÁRMOL al transcribirla, con el objeto de hacerla mas inteligible. La frase arábiga es *beyn barbar gua ajem*, que no quiere decir entre bárbaros y advenedizos, sino *entre berberiscos y cristianos* (véase el *Cartulario*, pag. 17); y la idea de la palabra *ajem* corresponde á la significacion que en otra parte atribuimos á la voz *ageme*, castellanizada así por MÁRMOL.

»quista. Otras contradiciones y repugnancias hay, y »cosas imposibles, que parecen fabulosas ficciones para »engañar á los que saben poco, como es lo de las nu»bes y de las aves, y del arcángel Gabriel y de Miguel, »y de la mano de Josef, y de la espada de Idris, rey de »Fez, y otras fábulas que se refieren en ellos; y no es »de creer que sean profecías ni dichos de nuestro Pro»feta ni de otro ninguno que tuviese espíritu de profe»cía; antes deben ser consuelo y entretenimiento que »algunos alfaquís modernos compusieron para entre»tener con esperanza á nuestros antepasados y á nos»otros en estos reinos de la Andalucía. Y por Dios todo »poderoso os juro que esto me certificaron personas »de grande erudicion y saber, diciendo que esta fué la »intencion y la razon destos pronósticos. Y si otra cosa »fuera, no hubiéramos dejado de hallar alguna mincion »dellos en el Alcoran ó en alguna otra dotrina de la »Zuna y ley que tenemos aprobada por los halifas y su»cesores de nuestro Profeta; la cual no se halla, y es lo »que totalmente quita la devocion de darles crédito en »poco ni en mucho; antes es en contrario dellos lo que »se halla en la Zuna acerca desto, porque es nuestra »total destruicion, y triunfo perpetuo que los cristianos »ternán de las tierras de Europa, como se refiere por »estas palabras que nuestro Profeta dice:—Sacaros han »los rumís (1) della en diversas juntas á las partes mas »ásperas de sus tierras.—Demás desto, no sé yo quién po»ne duda en el poder del gran rey de España, y en que »nosotros comparados con él somos como la mosca »con el elefante. Y por el descomedimiento que le he»mos hecho podria decirnos, como nos lo dice la len»gua de la representacion desta guerra, lo que el gran»dísimo roble dijo al mosquito, que habiendo susurra»do dentro dél un buen rato, pidiéndole perdon por el »ruido que le parecia que habia hecho, le respondió el »roble:—Por cierto no tienes que pedirme perdon, por»que ni sentí cuando entraste entre mis ramas ni cuan»do saliste dellas.—En verdad os digo, hermanos, que si »este poderosísimo rey no tuviera en mas nuestra lo»cura que el ruido del mosquito, y pretendiera de no»sotros alguna venganza, que en una hora diera cabo »de nuestras vidas, aunque no enviara de sus pueblos »mas que los cojos. Y si nos confiamos en los socorros »que estos mentirosos burladores nos prometen, tanto »mas le enojarémos, y darémos causa para que haga lo »que hizo Hércules con los Pigmeos, que los hizo pe»dazos á todos, viendo su contumacia de querérsele »poner encima estando durmiendo. Tambien os quiero »desengañar, que aunque todos los socorros de turcos »y árabes y reyes de Africa vengan, no podrán ganar »nada con el rey de España, porque es invencible, y el »dia de hoy le temen todos los reyes de levante y de »poniente, y ninguno hemos visto que le haya osado »acometer; antes piensan no hacer poco en guardarse »y defenderse dél, y les ha ganado sus fronteras; las »cuales no han podido recuperar con todo el poderío »que tienen, estando dentro de los límites de sus rei»nos. Pues si esto es así, ¿qué confianza tenemos, ó en »qué podemos fundarnos, para pensar que le han de »ganar las tierras que él tiene y posee dentro de sus lí»mites en España? Considerando pues estas tan váli»das y convencibles razones, me parece, hermanos »mios, que miremos muy bien lo que hacemos, y que »alcemos la mano de la guerra, procurando algun me»dio que menos daño nos sea, siguiendo la dotrina »de los cuerdos, que dicen que «de dos males se debe »escoger el menor», que «mas vale tuertos que ciegos.» »Yo entiendo, por la mucha equidad y templanza que »hemos visto en este rey, que se nos concederá, pro»curándolo con tiempo y no enojándole mas; porque la »culpa del yerro hecho inconsideradamente, cuanto al »principio tiene la puerta del remedio abierta, la tiene »después cerrada con la perseverancia y contumacia; »y como dice nuestro refran antiguo, «el que no pudiere »ganar el juego, bien es que lo haga maña». Bien sé que »nos concederá esta maña, por lo que hemos visto que »nos ha esperado; porque si otra cosa hubiera preten»dido, en un almuerzo ó cena nos despachara; y á mi »juicio debe de haberlo hecho de lástima y de compa»sion que de nosotros tiene, á lo menos de algunos »que entiende no haber sido participantes deste mal »en poco ni en mucho, como en efeto es la verdad. »Atengámonos pues á la buena razon y al buen conse»jo, y alcemos este juego antes que nos dé mate, y tal, »que no podrá ser mayor ni mas malo ni de tanta per»dicion, porque será pérdida de haciendas, de honra y »de cabezas; y por ventura valdrá mas mi consejo que »las vanas promesas de los turcos y moros de Berbería »y que los pronósticos en que tan neciamente hemos »puesto nuestra confianza. Por ventura podrá ser que »este rey, á cuyo cargo estábamos, terná compasion »de nosotros, especialmente de los que entiende y es »informado que están inocentes desta liviandad que »hemos intentado, como lo ha hecho con los granadi»nos; á los cuales ha mandado amparar y recoger en »sus tierras, no permitiendo que se les haga mal ni da»ño en poco ni en mucho, por la constancia que tu»vieron en no alzarse ni venir á estos desesperaderos »de sierras á padecer tanta malaventura como padece»mos, esperando la miel del vientre de las hormigas. »Dios sea el que nos guie por el camino que mas sea »servido, y nos esfuerce para ello, y agradezca la vo»luntad con que os significo todas estas cosas, y se »apiade de nosotros y de nuestros hijos. Y perdonadme »que no os declaro quién soy, declarándoos mi inten»cion, porque lo hago de miedo de la calumnia de los »que quieren seguir esta mala ventura, y porque la »verdad fué siempre odiosa á los que no se precian »della. Que es escrita en esta Alpujarra por uno de vues»tros especiales amigos, que el bien general de todos »desea, á 20 dias de la luna de Ramadan el grande del »año de 977. Dios nos haga participantes de sus bie»nes y bendicion por su infinita misericordia.» Y en el sobrescrito decia: «A los señores caudillos, alguaciles, »regidores de la Alpujarra, que Dios altísimo tenga »debajo de su amparo.» Esto es lo que decia la carta. Volvamos al campo de don Juan de Austria.

CAPITULO XI.

Cómo don Juan de Austria fué sobre la villa de Seron y la ganó.

Cuando don Juan de Austria hubo reforzado su campo en Canílles de Baza, donde estuvo algunos dias, y proveídose de bastimentos, artillería y municiones

(1) *Rum*, *rumí*, *romí*, súbdito del imperio romano; cristiano. (*El mismo Cartulario*, *pág.* 18.)

para ir al rio de Almanzora, sabiendo que ya el duque de Sesa habia salido de Granada con el otro campo, partió de aquel alojamiento con ocho mil infantes y quinientos caballos. La primera jornada que hizo fué á la Fuen Caliente, y á la hora que llegó, que seria á vísperas, mandó á Tello Gonzalez de Aguilar que con los caballos de su cargo diese vista á Seron desde unos cerros que están de la otra parte del rio por frente de la villa, y que no se quitase de allí hasta que el campo estuviese alojado. Los moros pensaron hacer lo que la vez primera, y en descubriendo la caballería salieron huyendo la vuelta de la sierra para aguardar el socorro y volver á dar sobre nuestra gente; mas como vieron que no iba nadie á ocupar la villa, volvieron aquella noche á meterse dentro. Otro dia de mañana marchó nuestro campo en su ordenanza por el rio abajo, llevando la vanguardia de la infantería el capitan Antonio Moreno con el tercio de su cargo, y la caballería delante; y como los enemigos entendieron que se les iba á poner cerco de propósito, no se asegurando en la villa ni en el castillo, le pusieron fuego de parte de noche; y dejándole ardiendo, tornaron á subirse á la sierra, como de primero. Viendo pues don Juan de Austria que el castillo ardia, y entendiendo que los moros le habian desamparado, mandó á Tello Gonzalez de Aguilar que fuese á ponerse en el proprio paso donde habia estado Francisco de Mendoza, y á don García Manrique que con mil y quinientos arcabuceros tomase lo alto de la sierra sobre la villa á la parte de Tíjola, que eran los pasos por donde los moros habian de entrar con el socorro. Habíanse recogido á las almenaras que toda la noche habian hecho los de Seron, mas de siete mil moros en Purchena, donde habia venido Hernando el Habaquí; y al tiempo que nuestra gente caminaba la vuelta de la villa, comenzaron á descubrirse como venian el rio arriba puestos en sus escuadrones, con sus banderas tendidas, tocando sus atabalejos y dulzainas, á manera de representacion de batalla. Don Juan de Austria envió luego á don Martin de Avila que fuese á reconocerlos con las cien lanzas que servia Jerez de la Frontera; el cual los reconoció, y refirió que era mucha gente, y que le parecia traer determinacion de pelear. Entonces mandó cesar el alojamiento, y ordenó sus escuadrones y exhortó los capitanes y soldados; y apeándose del caballo, se puso en la vanguardia delante del escuadron de la infantería. El Habaquí traia la vanguardia de su campo con ochenta caballos, y luego seguia un escuadron de infantería á veinte y cinco por hilera, puestos en tan buena órden como si fueran soldados muy práticos, y dos mangas de escopeteros sueltas, que fueron acercándose hácia nuestra caballería, tirando con las escopetas para provocar á que los nuestros hiciesen algun acometimiento desordenadamente. Y hiciérale Tello Gonzalez de Aguilar si don Juan de Austria quisiera darle licencia para ello; el cual le mandó que se estuviese quedo; y haciendo apartar el escuadron de la vanguardia sobre mano izquierda para que pudiese tirar la artillería contra los enemigos, bastó aquello para que dejasen el camino que llevaban y tomasen la vuelta de la sierra hácia donde don García Manrique estaba; y cargándole con grandísima furia, comenzaban ya nuestros soldados á aflojar y muchos dellos á huir; y perdiéranse todos si don Juan de Austria, viendo ir al enemigo la vuelta dellos, no enviara dos mil arcabuceros en su socorro, los cuales reforzaron la pelea por nuestra parte cargando animosamente á los enemigos, que firmes se sustentaron mas de una hora. En este tiempo mandó don Juan de Austria á Tello Gonzalez de Aguilar que con sus cien lanzas subiese la sierra arriba, y con él dos adalides que guiasen, porque era tan fragosa, que apenas parecia poderla hollar caballos: tardó en subir mas de media hora por la parte hácia donde nuestra gente peleaba; y cuando llegó arriba no llevaba mas de cuarenta caballos con su estandarte, porque no le habian podido seguir los otros. Y siendo á tiempo que don García Manrique tenia frente á los enemigos y los comenzaba á arrancar con la gente del socorro, hizo tocar las trompetas y los acometió. Fué tanta la turbacion de los moros en ver caballería donde entendian que no podia subir, que perdiendo la furia y el ánimo juntamente, dieron á huir. Siguióse el alcance por nuestra parte, matando y hiriendo muchos dellos, y prendiendo algunos, les tomaron siete banderas, y el Habaquí, dejando muerto el caballo, se escapó huyendo á pié. Habida esta vitoria, la villa y el castillo quedó por nosotros: alojóse nuestro campo en unas viñas junto al rio, y mandóse á los gastadores que enterrasen los cuerpos de los cristianos muertos, que aun estaban tendidos por aquellos campos desde la rota pasada. Detúvose don Juan de Austria allí algunos dias, porque comenzaban á faltar los bastimentos para ir adelante, mandándome á mí que fuese á las ciudades de Ubeda y Baeza y al adelantamiento de Cazorla á proveer el campo, como lo hice. Y cuando fué tiempo, partió sobre Tíjola, dejando de presidio en Seron al capitan Antonio Sedeño con cuatro compañías de infantería y una de caballos para asegurar las escoltas, y en el castillo á Cristóbal Carrillo, criado del marqués de Villena, con docientos soldados que habia enviado á su costa para aquel efeto. Vamos á lo que en este tiempo hacia el duque de Sesa.

CAPITULO XII.

Cómo el duque de Sesa fué con su campo á Órgiba, y de algunas escaramuzas que tuvo con Aben Aboo estando en aquel alojamiento.

Treinta dias estuvo el duque de Sesa en el primer alojamiento aguardando la gente, armas y bastimentos, que con harta importunidad se le enviaba desde Granada; tanto, que fué necesario dar por coadjutores al Proveedor general, al licenciado Pedro Lopez de Mesa y al Corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte. Y como todo estuviese ya aprestado, y su majestad diese prisa por razon de que don Juan de Austria estaba ya en el rio de Almanzora, y cualquiera dilacion era muy dañosa, especialmente que enfermaba la gente y se consumian los bastimentos, don Pedro de Deza fué á visitarle y á solicitar su partida; y á 9 dias del mes de marzo, yendo con él el contador Francisco Gutierrez de Cuéllar, marchó con todo el campo, en que iban diez mil infantes y quinientos caballos y doce piezas de artillería de campaña y muchos caballeros del de Andalucía y de Granada, parte con cargos, y otros que de su voluntad le acompañaban. Aquella noche se alojó en Bézner, donde llegó la retaguardia muy tarde, por ser mucho el bagaje y el camino malo. Estuvo en aquel alo-

jamiento dos dias, y en este tiempo se descubrieron algunas banderas de moros, con mas ánimo de espantar y entretener que de pelear, porque en cargándoles nuestra gente, se retiraron y fueron á meterse en el castillo de Lanjaron, flaco de muros, aunque de sitio fuerte para batalla de manos. Y como fuesen algunos de parecer que lo combatiesen, el duque de Sesa no lo consintió, diciendo que los moros no tenian agua ni bastimento dentro, y que de necesidad se habian de ir de allí aquella noche, y le dejarian el paso libre y desembarazado, que era lo que se pretendia, como en efeto lo hicieron. Pasó otro dia, 12 de marzo, nuestro campo á Lanjaron, y los moros mostraron querer hacer algun acometimiento; mas don Martin de Padilla con la caballería de la vanguardia les dió la carga hasta el lugar de Cáñar, y los escarmentó de manera, que no parecieron mas. Y de un moro que se prendió se supo como Aben Aboo habia encomendado el castillo de Lanjaron al Rendedi con cuatrocientos moros, con órden que lo sustentase, mas no se atrevió á parar en él; antes en viendo llegar nuestra vanguardia, salieron huyendo los que estaban dentro, y se pusieron á dar grita á los cristianos desde la otra parte del rio. No pudo llegar la retaguardia aquella noche á Lanjaron, y para esperar la escolta que iba de Acequia se detuvo un dia en este alojamiento, y á 14 de marzo caminó la vuelta de Órgiba. Desde este alojamiento fué Francisco Gutierrez de Cuéllar á informar á su majestad del estado de las cosas de la guerra, y volvió luego á Granada con la órden de lo que se habia de hacer, y asistió en el Consejo con el Presidente hasta que se acabó de allanar la tierra. Llevaba el Duque su campo bien ordenado conforme á la disposicion de la tierra por donde iba, que era difícil de hollar por su aspereza. Iban los escuadrones de la infantería prolongados de á once soldados por hilera para formarlos con brevedad cuando fuese menester, y las mangas de arcabucería ocupando de un cabo y de otro las cumbres y los pasos peligrosos; el bagaje muy recogido, y guarnecidos los lados de arcabucería, y la caballería puesta siempre en parte que pudiese salir á hacer sus acometimientos sin turbar las ordenanzas, y las cuadrillas de la gente del campo sueltas delante descubriendo la tierra, y algunos caballos con ellas. Y llegando al paso donde se entendia que habria alguna resistencia, el Rendedi y otros capitanes con él, que tenian tomadas las cumbres de las sierras, se descubrieron con mas de tres mil moros; y dando muestra de querer defender el paso, comenzaron á desvergonzarse y á hacer algunos acometimientos animosos, aunque de poco efeto, porque el Duque les mandó dar una fuerte carga; y se les dió tal, que no pararon hasta meterse en las sierras, recibiendo daño y haciendo poco, y dejando algunas armas, y entre ellas la mas hermosa escopeta turquesca que se habia visto en estas partes, porque tiraba onza y cuarta de pelota, y tenia diez palmos de cañon. Desocupado el paso, nuestro campo fué á alojarse á Albacete de Órgiba, donde estuvo mas de veinte dias haciendo un fuerte en que poder dejar mil hombres de presidio, por causa de las escoltas. En este tiempo Aben Aboo llegó algunas veces á desasosegar nuestro campo: envió cuatrocientos escopeteros, á 19 dias del mes de marzo, á que procurasen prender algun cristiano para tomar lengua; los cuales llegaron á tiempo que pudieran hacer algun efeto si el duque de Sesa no previniera, enviando luego cien caballos y docientos arcabuceros, que pelearon con ellos un buen rato y los desbarataron; y matando diez y siete moros, les ganaron una bandera y captivaron dos alpujarreños, de quien se supo la cantidad de gente que Aben Aboo tenia en Poqueira, y como pensaba pelear en aquel paso y le tenia reparado. Dos dias después desto envió dos mil hombres; y estando el duque de Sesa en misa, que queria recibir el Santísimo Sacramento, hincado de rodillas delante el preste, se descubrieron de la otra parte del rio como trecientos moros escopeteros con una bandera blanca, puestos en tan buena órden como si fueran soldados práticos. Y como los atambores tocasen arma y los soldados se recogiesen alborotadamente á las banderas viendo que llegaban los enemigos cerca de los alojamientos, el Duque, conociendo del sacerdote que se habia alterado, le dijo mansamente que se reportase y que prosiguiese en el oficio sin alteracion; y cuando hubo comulgado con mucha devocion, salió luego á poner su gente en ordenanza. Mandó á don Jorge Morejon, vecino de Antequera, que con la caballería de su cargo y algunos arcabuceros á las ancas fuese la vuelta de los moros, los cuales les hicieron rostro, y hechos una muela sobre un cerrillo, comenzaron á escaramuzar con ellos, saliendo de diez en diez con tan buena órden, como si fuera gente disciplinada en la milicia. Desta manera tuvieron suspenso y puesto en arma nuestro campo hasta las cuatro de la tarde, y á esta hora, dando muestra que se retiraban á la sierra que cae á la parte de mediodía, asomaron las banderas con el golpe de la gente hácia Poqueira. Mas ya á este tiempo el duque de Sesa, sospechando el ardid del enemigo, y que llamaba por una parte para acometer por otra, se habia puesto á su frente; y mandando á don Jorge Morejon que se retirase, estaba con sus ordenanzas aguardando á que los enemigos bajasen. Luego se entendió que no venian á pelear y que aquella representacion que hacian, solamente era para desasosegar nuestro campo y para que no se entendiese la flaqueza que de su parte habia. Desta manera estuvieron los unos y los otros puestos en arma. Los moros hicieron gran cantidad de fuegos por todos aquellos cerros al derredor, y estuvieron haciendo algazaras hasta media noche y tocando los atabalejos y dulzainas, y al cuarto del alba se retiraron á Poqueira. El duque de Sesa estuvo siempre puesto en arma hasta que supo que el enemigo estaba retirado, y entonces mandó que se fuesen las banderas á sus cuarteles. Dejemos agora al duque de Sesa; que adelante dirémos otras cosas que sucedieron en este alojamiento, y digamos la órden que se tuvo en este tiempo en sacar los moriscos de paces de la vega de Granada.

CAPITULO XIII.

Cómo se sacaron los moriscos de paces de los lugares de la vega de Granada, y los llevaron la tierra adentro, y la órden que en ello se tuvo.

Para necesitar á los rebeldes y reducirlos á extrema miseria, ninguna cosa convenia mas que quitarles los moriscos de paces que quedaban en el reino de Granada; porque metiéndolos la tierra adentro, se les quitaba de todo punto la comodidad de poderse rehacer de

gente, y especialmente de avisos, armas y bastimentos, que les daban secretamente. Deste parecer habia sido siempre el licenciado Alonso Nuñez de Bohorques, y lo estaban ya los del Consejo, y especialmente el duque de Sesa y don Pedro de Deza; y habiéndose dado y tomado sobre el negocio, y consultádolo á su majestad, se resolvió en que se hiciese ansí. Quisiera mucho su majestad que don Juan de Austria sacara los de Guadix y Baza y de los lugares de su jurisdicion antes de entrar en el rio de Almanzora; y así lo habia escrito por carta de 24 de febrero, que los recogiese con el menor escándalo que ser pudiese, dándoles á entender que se hacia por su bien, y dejándoles llevar sus mujeres y hijos y bienes muebles; el cual habia dejado de hacerlo por hallarse ya en el alojamiento de Seron cuando recibió la carta, y parecerle que no convenia volver atrás ni dividir el campo, y que se podria hacer con mejor comodidad cuando llegasen las banderas de los dos mil infantes que venian de Castilla y del reino de Toledo á cargo de don Juan Niño de Guevara, deteniéndolos algun dia en aquellas ciudades con achaque de tomarles muestra, porque de necesidad los habian de encerrar en las iglesias en un mesmo dia, como se habia hecho con los del Albaicin de Granada, para quitarles la comodidad de poderse ir á las sierras; cosa que ninguno dejara de hacer pudiendo, segun lo mucho que sentian haber de dejar sus casas; y ansí lo escribió á su majestad. Después de esto, por carta de 5 de marzo su majestad replicó que le habia parecido bien lo que decia; y que después de haberle enviado la primera órden, se habia acordado en el Consejo que en todo el reino de Granada no quedase morisco de paces; y que pareciéndole, lo remitiese al presidente don Pedro de Deza, dándole calor y gente para que lo ejecutase, por estar menos ocupado que él ni el duque de Sesa. Y aunque todavía don Juan de Austria dificultaba el negocio por el poco número de gente que habia fuera de los dos campos, y decia que en la forma de ponerlo el Presidente en ejecucion se le representaban las mesmas dificultades que á él, y que en ninguna manera se podia desmembrar parte de la gente que llevaba, sin la fuerza de la cual no se debia intentar negocio tan arduo como era sacar los moriscos de sus casas; y que todavía seria bien aguardar á que llegase la gente de Castilla, como habia dicho, y á que se hiciese algun buen efeto en lo que traia entre manos, como hombre que deseaba hacerlos todos por su persona, todavía su majestad, resuelto en que no convenia dilacion, por otra carta de 21 de marzo le avisó como, por excusar que no se dividiese el campo, se habia cometido al Presidente que lo hiciese él con la gente de las ciudades y de los señores que estaban cerca de Granada; y que por no perder ocasion habia parecido no agüardar á la que venia de Castilla. Con esta carta se le envió la órden para que la enviase al Presidente y le advirtiese de lo que le ocurria sobre ello. Hubo duda si quedarian algunos moriscos principales regidores, y que tenian privilegios particulares para traer armas, y otros que no las traian y habian servido extraordinariamente después del levantamiento, ó si seria el llevarlos cosa general, de manera que no quedase ninguno; y su majestad, como príncipe justo, quiso guardar las preeminencias á los que lo merecian, y ansí mandó que se hiciese. Llegada esta órden á don Pedro de Deza, luego puso en ejecucion lo que tocaba á despoblar las alcarías de la vega de Granada. Nombró por comisarios, regidores y personas principales de la ciudad, que fuesen á encerrarlos en las iglesias, y les dijesen como su majestad, por hacerles bien, los queria apartar del peligro en que estaban, y meterlos la tierra adentro, donde viviesen seguros mientras se acababan aquellos trabajos; y mandó que les dejasen vender todos sus bienes muebles, y que no les consintiesen hacer molestia ni vejacion alguna. Y para que tuviesen mejor despacho en el pan y ganados, que no podian llevar consigo, mandó al Proveedor general que lo tomase para provision de la gente de guerra, pagándoles el trigo y cebada de contado á la tasa, y los ganados á precios justos y moderados. Con estas cosas se aseguraron, y con igual quietud y desconsuelo se encerraron en las iglesias domingo de Ramos, 19 dias del mes de marzo deste año de 70, y los llevaron al hospital real de Granada. Juan Sanchez de Obregon, veinte y cuatro de aquella ciudad, sacó los de Otura con la gente que allí estaba alojada. Los de Ujíjar, la alta y la baja, retiró don Pedro de Vargas con la gente que estaba alojada en las proprias alcarías y otra que se le dió de la ciudad; y don Martin de Loaysa, con una compañía de infantería de Villanueva de la Serena, recogió los de Churriana. Este fué el primer tercio, y en el segundo fueron para el mesmo efeto Pedro Nuño, con infantería de la ciudad, á Albolote; Alonso Lopez de Obregon, con la gente de la hermandad y la de su parroquia, fué á Armilla; Juan Moreno de Leon, á Belicena, y don Diego Zapata al Atarfe; y á Pinós, Luis de Béjar, alguacil mayor de Granada, con gente que á todos estos se dió de la que habia en la ciudad y la que don Diego Zapata traia consigo. En el otro tercio fueron el capitan don Antonio de Tejeda, vecino de Salamanca, con su compañía de infantería, á Alhendin, y don Pedro y don Miguel de Leon, con la gente de Medina del Campo, á Gábia la Grande. Hecho esto se echó un bando general, que todos los moriscos que habian quedado en Granada y en las otras alcarías y cortijos de su jurisdicion, saliesen luego del reino, so pena de la vida. Los del primer tercio se juntaron en Churriana, y el siguiente dia fueron con escolta á Santa Fe, y de allí á Íllora y á Alcalá la Real con otra escolta de gente de la tierra. En esta ciudad los detuvieron un dia, esperando que llegasen los del segundo tercio, que se habian juntado en el Atarfe y salido por Pinós á Moclin, y con la gente de aquella villa y de sus cortijos, volviéndose la escolta, los llevaron á Alcalá la Real, donde se juntaron con ellos, y juntos fueron á Alcaudete, á la Torre de don Jimeno, á Mengíbar, á Linares, á las ventas de Arquillos, á Santistéban del Puerto, al Castellar, á Villamanrique, á Valdepeñas, á Almagro y á Ciudad Real, donde los entregaron á las justicias para que tuviesen cuenta con ellos, y allí quedaron hechos moradores. El postrer tercio de los de Alhendin y Gábia fueron el siguiente dia con escolta á Colomera, y los de aquella villa los llevaron al Campillo de Arenas, y de mano en mano á Jaen, á Baeza, á la torre Perogil, á Villacarrillo, y á la Torre de Juan Abad, donde los entregaron al gobernador del partido de Montiel para que los repartiese en aquellos lugares. Esta nueva llegó á su majestad estando en Córdoba, y holgó extrañamente de ver la facili-

dad con que se habia hecho, porque le ponian mil inconvenientes, y loó la buena diligencia y la resolucion que se habia tenido en la ejecucion de aquel negocio. Dejemos agora la saca de los otros moriscos de paces, que á tiempo serémos, y vamos á don Juan de Austria, que ha rato que nos espera en el rio de Almanzora.

CAPITULO XIV.

Cómo don Juan de Austria fué sobre la villa de Tíjola, y cómo el capitan Francisco de Molina y don Francisco de Cordoba tuvieron pláticas con el Habaquí, persuadiéndole á que se redujese.

Partió don Juan de Austria del alojamiento de Seron, donde se detuvo algunos dias dando órden en la provision de los bastimentos, á 11 dias del mes de marzo, y fué el mesmo dia á poner su campo sobre Tíjola. Esta villa está una legua de Seron, yendo el rio abajo en la propria acera. Fué antiguamente edificada por los moros sobre un monte áspero y fragoso, cercado todo de peñas muy altas, que no dan mas de una entrada bien dificultosa á la parte de la sierra; y los moradores, por caerles tan á trasmano la morada antigua para sus labores, habian bajádose á vivir al pié del monte, cerca de las huertas y del rio. Los cuales en la ocasion de este levantamiento repararon los caidos muros, y se recogieron á lo alto con sus mujeres y hijos; y fortaleciéndose lo mejor que pudieron, cuando supieron que don Juan de Austria iba sobre ellos, metieron dentro á Caracáx con cincuenta turcos de guarnicion; y estando confiados en la fortaleza del sitio, y proveidos de bastimentos, pensaban defenderse dentro de cualquier impetuoso acometimiento. Alojóse nuestro campo en el lugar bajo y las huertas; y para tener cercados á los enemigos y quitarles el socorro, mandó luego don Juan de Austria que don Pedro de Padilla con su tercio ocupase la montaña que cae á la parte de Purchena, por donde les podia venir; y que mil arcabuceros del tercio de don Lope de Figueroa ocupasen otra montaña que cae hácia Seron, donde se habian de poner las baterías. Habia dentro del fuerte mil moros de pelea, y entre ellos trecientos escopeteros; los demás todos eran de armas enhastadas de poca importancia; los cuales salieron algunas veces á escaramuzar, queriendo defender el alojamiento, y siempre se retiraron con daño. Atendió don Juan de Austria á plantarles la artillería por dos partes, y no se pudo comenzar á batir hasta 21 de marzo, por ser muy dificultoso el subirla á lo alto; tanto, que fué necesario desencabalgar cuatro piezas de bronce, de las que llamaban de la nueva invencion, de peso de diez y ocho quintales cada una, para subirlas con un nuevo artificio en el aire, arrimando dos árboles gruesos y muy largos á una peña tajada, y por cima de ellos tiraban las piezas arriba con carruchas y maromas: tanto puede el ingenio y la fuerza de los hombres; y de la mesma manera subieron las cureñas y las ruedas, y los tablones y maderos para hacer la plataforma. Mientras esto se hacia, el capitan Francisco de Molina, que tenia conocimiento con Hernando el Habaquí, general de los moros, y habia posado en su casa en el lugar de Alcudia siendo cabo de la gente de guerra de Guadix, y héchole algunas buenas obras antes que se fuese á la sierra, pidió licencia á don Juan de Austria para escribirle una carta aconsejándole que se redujese, porque entendia que tomaria su consejo. Estaba el Habaquí en Tíjola poco antes que nuestro campo llegase; y como hombre poco amigo de estar cercado, habia ídose á meter en Purchena, y allí tenia recogida la fuerza de los moros del rio de Almanzora; y como Francisco de Molina sabia los tratos que habia entre él y don Hernando de Barradas, quisiera que se efectuara el negocio por su mano, confiado en la amistad que con él tenia. Y siéndole concedida la licencia que pedia, le escribió luego que holgaria mucho que se viesen, con ocasion de tratar algunas cosas convenientes y muy necesarias al bien de los cristianos y de los moros, y de dar órden en lo de los prisioneros, porque los turcos se quejaban que en prendiendo alguno dellos le aborcaban, y que se les hacia mala guerra, siendo soldados aventureros, y no vasallos rebelados. Esta era la letra de la carta; mas el moro, que tenia buen entendimiento, coligió el fin á que se le escribia, y respondió que el siguiente dia saldria media legua de Purchena con cuarenta de á caballo y cincuenta escopeteros de á pié, y que fuese de su parte con otros tantos, porque allí tratarian de lo que decia. Salió Francisco de Molina al puesto con cuarenta caballos, y entre ellos algunos caballeros y capitanes, que holgaron de acompañarle por ver al Habaquí y á los turcos que venian con él; y hallando al moro que le estaba esperando con cuarenta de á caballo y quinientos peones escopeteros, le envió á decir que no era razon que llegase con mas gente de la que él llevaba; que dejase atrás los peones, y se adelantase con sola la caballería. El moro holgó dello, y adelantándose los dos capitanes, el nuestro solo, y el Habaquí con dos turcos aljamiados á los lados, que como gente sospechosa, no se fiando de su capitan, quisieron hallarse presentes y oir lo que trataban, estuvieron un rato hablando en conformidad de lo que Francisco de Molina habia escrito, y concluyeron su plática con que era cosa razonable hacer buena guerra á los prisioneros, y lo contrario crueldad; y que se hiciese ansí, porque ellos holgarian mucho dello. Queriendo pues Francisco de Molina apartar al Habaquí de los turcos para decirle el negocio principal, como por via de amistad le dijo: «Estos gentileshombres turcos tendrán gana de beber; á mí me traen ahí unas conservas: comámoslas y bebamos en buena conversacion; que no es inconveniente para que mañana dejemos de darnos de lanzadas.» El moro entendió el fin á que lo decia, y dijo que le placia; y haciendo traer allí Francisco de Molina una acémila en que llevaba cosas de comer y unos frascos de vino, llegaron los turcos á comer y beber de lo que iba en los cestones. Y mientras comian y bebian tuvo lugar de apartar al Habaquí, y le dijo desta manera: «Señor Hernando el Habaquí, sabed que no me trae aquí otro negocio sino el amor que os tengo por el regalo que recebí en vuestra casa; y como amigo os aconsejo que volvais al servicio de su majestad, teniendo consideracion cuán estrecha cárcel es la en que están los que sirven á tiranos si se quieren conservar en la tiranía, y á que los que sirvieron á los Reyes Católicos y perseveraron en lealtad se les hizo mucha merced, y los que dellos descienden están hoy en dia ricos y muy honrados. Y pues teneis buena ocasion para entrar en este número, no será bien que la dejeis pasar.» A esto respondió el moro que le agradecia mucho el buen consejo que como verdadero amigo le daba, y

que holgaría de tomarle; mas que habia de ser de manera que los turcos ni los moros no recibiesen daño por su respeto. «Muchos medios habrá, dijo Francisco de Molina, por donde eso se pueda conservar, y el servicio que de presente podréis hacer, es que aconsejeis á los moros que dejen las fuerzas del rio de Almanzora y se recojan todos á la Alpujarra; y después de juntos podréis persuadirlos á que se reduzgan, pues ven cuán mal pueden sustentarse contra el poder de un rey tan poderoso, que tan aparejado está para usar con ellos de clemencia si se ponen libremente en sus manos, siendo, como son, sus vasallos y naturales de su reino.» El Habaquí le respondió que en cuanto á las fortalezas, él haria de manera que su majestad entendiese que le deseaba servir, y en cuanto á lo demás se veria con Aben Aboo y con sus deudos y amigos, y le responderia dentro de diez dias. Y con esto se despidieron el uno del otro sin que los turcos entendiesen la materia de que habian tratado, segun nos certificó después el Habaquí; el cual escribió á 20 dias de marzo otra carta á Francisco de Molina, diciéndole que se tornasen á ver; y por estar ocupado en plantar la artillería, mandó don Juan de Austria á don Francisco de Córdoba, que por mandado de su majestad habia venido aquellos dias al campo para asistir en el Consejo en lugar de Luis Quijada, fuese á ver lo que queria; el cual se fué á ver con él, y confirmó el moro lo que habia prometido á Francisco de Molina, y quedó muy contento de la oferta que don Francisco de Córdoba le hizo de parte de don Juan de Austria.

CAPITULO XV.

Cómo don Juan de Austria combatió y ganó la villa de Tijola.

Vuelto el Habaquí á Purchena á 21 dias del mes de marzo, hizo pregonar que todos los moros se recogiesen á la Alpujarra, diciendo que no les convenia defenderse en las fortalezas, porque los cristianos los degollarian á todos, como habian hecho á los de Galera, y harian á los de Tijola si no se salian con tiempo antes que les echasen los muros encima; y despachó aquella noche un moro á los cercados, á que les dijese que se saliesen del fuerte lo mas secretamente que pudiesen, porque en ninguna manera los podia socorrer. En este tiempo estuvo toda la artillería á punto para poder batir, y se tuvo aviso cierto del estado de los cercados por un renegado siciliano, natural de la ciudad de Trapana, llamado Felipe, y en turquesco Mami, que se vino á nuestro campo. Este dijo la gente que habia dentro, y como estaban los moros tan acobardados, que á palos no podian los turcos hacerlos ir á la muralla, por miedo de la artillería. Que habian intentado de huir la noche pasada cuando llegó el hombre del Habaquí; y no habiendo podido, pensaban salir huyendo la siguiente noche por la puerta del lugar que sale al rio, desconfiados del socorro de Purchena; aunque algunos habia que no tenian perdida la esperanza de ser socorridos. Que tenian trigo y cebada en abundancia, y unos molinillos de mano en que lo molian; carne poca, y no otro género de bastimentos. Que bebian del agua de una cisterna después que se les habia quitado poderla tomar del rio, y la repartian por una medida pequeña; y habia tanto número de mujeres y niños, que no les podia durar dos dias, y que los moros estaban inclinados á rendirse, si no fuera por los turcos que se lo defendian. Habian batido los nuestros este dia, que fué miércoles de la Semana Santa, 22 dias del mes de marzo, la villa y el castillo por seis partes desde la mañana hasta la tarde; y aunque la una batería, que estaba puesta á la parte del castillo, habia hecho muy grande efeto, y parecia que se podria entrar por ella, no se resolvió don Juan de Austria en que se hiciese, por los inconvenientes que suelen suceder en los asaltos que se dan de noche; y como el principio de la presente fuese con muy grande niebla y oscuridad y con alguna agua, los moros, que se vieron perdidos, aprovechándose de la ocasion del tiempo, salieron por diferentes partes del lugar, y se repartieron, huyendo por las cañadas y quebradas de los montes, cada cual hácia donde su fortuna le echaba, dejando las riendas de su huida al antojo, que guiase por do quisiese. La gente que estaba de guardia sintió e ruido, y tocando arma, cuando entendieron que los moros se iban, corrieron los soldados á la batería, y entraron por ella sin hallar quien la defendi ese; de manera que en muy poco espacio el lugar fué ll eno de cristianos; y de los enemigos que cayeron en manos de las guardas que estaban puestas á todas partes por el aviso del renegado, fueron muertos muchos; captiváronse muchas mujeres, y ganóse un rico despojo que habian recogido los moros en aquel lugar fuerte. Y hiciéranseles mucho mayor daño si la escuridad de la noche no fuera tan grande, que con ella y con tomar el nombre y contraseño á los cristianos, se salvaron muchos moros aljamiados, ellos y sus compañeros. Hubo muy grande desórden en nuestra gente, porque dejó la artillería y los cuarteles, y se fué á saquear el lugar; coyuntura bien importante al enemigo, si llegara con algun socorro; aunque don Juan de Austria mandó recoger los mas soldados que se pudieron haber, y envió personas de recaudo que estuviesen en la artillería; y porque se iban muchos con la presa, proveyó luego cuarenta caballos que corriesen la vuelta de Seron, con órden que no dejasen pasar ningun soldado. Escribió á don Juan Enriquez á Baza, y á Antonio Sedeño á Seron, que todos los que acudiesen hácia aquella parte los prendiesen y se los enviasen; lo cual todo proveyó con increible presteza aquella noche. Otro dia en amaneciendo subió al lugar, y al parecer era tan fuerte, que si se hubiera de tomar por asalto, no pudiera ser sin gran daño de nuestra gente. Luego se entendió como los moros que se habian ido habia sido por ciertas quebradas que fuera imposible podérselo estorbar los soldados; con todo eso fueron muertos y captivos mas de cuatrocientos, y los que huyeron aportaron á Purchena con tanto miedo y espanto, que fué causa que huyesen la mayor parte de los que allí habia, como lo hicieron; y los que quedaron se dieron á merced de su majestad á don García Manrique, á quien don Juan de Austria envió con la gente de á caballo á saber lo que pasaba; el cual se metió luego en la fortaleza, y recogió dentro todas las mujeres y ropa, pareciéndole pertenecerle por haberse rendido á él; mas don Juan de Austria gustó poco de aquella diligencia, y envió á don Jerónimo Manrique que se fuese á poner en ella con cuatro compañías de infantería mientras llegaba el campo; y ordenó á Lorenzo del Mármol, mi hermano, que se apoderase de todas las moras y de los bienes muebles que habia

en la fortaleza, en nombre de su majestad, para repartirlo todo por su mano, como lo hizo.

CAPITULO XVI.

Cómo don Juan de Austria pasó á Purchena.

Sábado víspera de pascua de Resurreccion, á 25 dias del mes de marzo, partió don Juan de Austria con su campo de Tijola, dejando destruida y asolada aquella villa, y fué á alojarse en las huertas que están debajo de Purchena: parecióle el lugar tan fuerte, que holgó de ver que los enemigos hubiesen hecho tan buena obra en dejarle y irse. Habian quedado dentro como docientas personas, los mas dellos impedidos, que no pudieron huir. Señaló cuatro compañías de infantería y una de caballos para la guardia della y seguridad de las escoltas, á órden de Antonio Sedeño, que mandó venir allí de Seron, y en su lugar envió al capitan Hernan Vazquez de Loaysa. Mandó repartir las moras y todos los bienes muebles que habia dentro de la fortaleza entre los capitanes y gentileshombres que andaban cerca de su persona, y el siguiente dia envió á don Francisco de Córdoba con dos mil infantes y algunos caballos á la fortaleza de Oria, donde fué avisado que el alcaide no habia querido recebir ciertos moros que se le venian á reducir, por no concederles las vidas; aunque lo mas cierto era que los entretenia hasta dar aviso á algunos capitanes sus amigos que saliesen á esperarlos en el camino, y los captivasen cuando fuesen á reducirse. Esto se entendió luego en nuestro campo, y don Juan de Austria mandó á los capitanes que estaban aparejados para ir á correr, que no fuesen, y á don Francisco de Córdoba que se informase si habia alguna cautela ó engaño en el negocio; y si acaso viniesen á reducirse, los admitiese, y no consintiese hacerles daño, porque no convenia que se siguiese tan grande inconveniente en coyuntura de la reducion que el Habaquí comenzaba á tratar. Llegó don Francisco de Córdoba á Oria, y halló en una rambla junto al castillo algunos moros, que se le dieron luego llanamente á merced de su majestad con sus mujeres y hijos; y queriendo saber del alcaide con qué órden trataba de reducir los moros, y cómo no habia dado aviso á don Juan de Austria, dió por descargo que ellos mesmos se le habian ofrecido, y que entendiendo que no le decian verdad, no habia dado noticia. Luego entendió don Francisco de Córdoba la malicia, y llevando el negocio cuerdamente admitió aquellos moros, y dejó órden al alcaide que los recogiese allí hasta que se le enviase á mandar lo que habia de hacer dellos, y que admitiese todos los que viniesen á reducirse, y les hiciese todo buen tratamiento. Y con esto, viendo que los moros habian desamparado la fortaleza de Cantória, volvió aquel dia á Purchena, donde dejarémos agora á don Juan de Austria, para acudir á lo que hacia en este tiempo el duque de Sesa con el otro campo que tenia en la villa de Órgiba, y decir lo que don Diego Ramirez, alcaide del castillo de Salobreña, y don Juan de Castilla hicieron sobre el castillo de Vélez de Ben Audalla y el fuerte de Lentejí.

CAPITULO XVII.

Cómo se ganaron estos dias el castillo de Vélez de Ben Audalla y el fuerte de Lentejí.

Estando el duque de Sesa en el alojamiento de Órgiba, supo como los moros habian puesto gente de guarnicion en el castillo de Vélez de Ben Audalla, y que salian á hacer daño á los que pasaban por el camino de Motril y por toda aquella costa; y luego envió sobre él á don Juan de Castilla con mil infantes y docientos caballos, y escribió á don Diego Ramirez, alcaide de Salobreña, avisándole del efeto para que enviaba aquella gente, y pidiéndole con mucha instancia que fuese á hacer aquella jornada por su persona, porque convenia mucho al servicio de su majestad quitar de allí aquella ladronera. Llegado don Juan de Castilla á Salobreña, don Diego Ramirez puso en órden dos piezas de batir, una culebrina y un cañon reforzado, y otras dos pequeñas, para tirar á las defensas; y porque los moros no se fuesen antes que llegase, mandó á Francisco de Arroyo el cuadrillero que se adelantase con la gente de su cuadrilla y una compañía de caballos, y se fuese á meter de parte de noche en las casas del lugar, que estaban despobladas, por bajo del castillo al pié del cerro; y con toda la otra gente partió de Salobreña á 26 dias del mes de marzo cuando anochecia. Y porque no podia ir la artillería encabalgada, á causa de la mucha aspereza del camino, la hizo desencabalgar y llevar arrastrando sobre tablones á fuerza de brazos al pié de dos leguas por el rio de Motril arriba. Francisco de Arroyo se metió harto encubiertamente en las casas, conforme á la órden que llevaba; mas los soldados no tuvieron el silencio que convenia, y fueron sentidos por los moros, que estaban escandalizados de haber visto pasar la gente que llevaba don Juan de Castilla; mas luego se aseguraron, porque Francisco de Arroyo tuvo habla con ellos, y les dijo que era una escolta grande que iba por bastimentos. No pudo allegar nuestra gente hasta otro dia, por el embarazo de la artillería, y aquella noche despachó don Juan de Castilla al duque de Sesa un peon pidiéndole mas gente y vituallas; el cual le envió quinientos arcabuceros con los capitanes Juan de Borge, Iñigo de Arroyo Santistéban y Luis Alvarez de Sotomayor. Y poniendo luego cerco al castillo, que está sobre un cerro redondo, alto y fragoso, tan exento, que no se podia subir arriba sin manifiesto peligro, fueron luego los capitanes á reconocerle, y determinaron de plantar la artillería en lo alto del cerro, en un sitio harto llano á cincuenta pasos del muro; y porque no podia subir en las carretas, la llevaron los soldados sobre los tablones y puertas que hicieron quitar de las casas del lugar, allanando con fagina y piedra algunos pasos dificultosos. Plantada la artillería, comenzaron á batir la mesma tarde, siendo ya la oracion; y estando repartiendo la pólvora á sus soldados el capitan Luis Godinez de Sandoval, prendió fuego en ella, y se quemaron él y los que estaban allí cerca. Los moros se defendian, y mataron dos soldados desde los traveses con las escopetas; y viendo que les aprovechaba poco su vana defensa, tuvieron habla con algunos soldados de los que hacian guardia delante de la puerta del castillo, y dándoles buena suma de dineros, los dejaron irá media noche con sus mujeres y ropa. Esto se entendió ser trato, porque aunque las centinelas tocaron arma, los que iban guiando á los moros les dijeron que era la ronda que andaba requiriendo las centinelas, y desta manera pasaron, dejando burlados á los capitanes, sin que se pudiese saber quién fueron los autores del negocio, aunque hubo algunos indicia-

dos, que después los tuvo presos el duque de Sesa sobre ello. Otro dia de mañana, viendo que los moros no tiraban, envió don Juan de Castilla á reconocer el castillo; y hallándole solo, que no habian quedado dentro sino un moro viejo y tres moras que no se podian menear, le ocuparon; y dando aviso al duque de Sesa del suceso, holgó que no le hubiesen batido, y mandó meter cien soldados dentro de guarnicion, por estar en paso conveniente, dando órden á Juan Gonzalez Castrejon que levantase ciento y cincuenta hombres para aquel efeto, porque no fuese menester dejar allí la gente del campo. No fué pequeño el daño que hicieron los codiciosos en dejar ir aquellos moros; porque, demás de estar dentro siete capitanes de cuadrillas, en quien se pudiera hacer ejemplar castigo, en saliendo de allí fueron á tomar los pasos por donde habian de volver nuestros soldados al campo del duque de Sesa; y como fuesen muchos desmandados, dieron en ellos, y mataron y captivaron tantos, que se pagaron bien del daño recebido. En este mesmo tiempo el capitan Antonio de Berrio, que estaba de presidio en las Guájaras, fué sobre el lugar de Lentejí, donde los moros tenian hecho un fuerte, en que se habian metido algunos dellos, y acometióle con tanta determinacion, que no osaron aguardalle. Desmandáronse los soldados con cudicia de captivar cantidad de moras que iban huyendo; y hubiéranse de perder, si el capitan, como hombre prático y experimentado, no mantuviera cuerpo de gente junta, porque los moros, viendo sus mujeres y hijas captivas, tornaron á rehacerse, y dando en los desordenados, mataron y hirieron algunos dellos; mas Berrio socorrió animosamente su gente, y desbaratando á los enemigos, recogió la presa y se retiró con ella á su alojamiento.

CAPITULO XVIII.

De un ardid que usó Aben Aboo para romper una escolta que iba al campo del duque de Sesa con bastimentos.

Estaba el duque de Sesa á punto para arrancar de Órgiba con un hermoso campo bien armado y de gente muy lucida; solamente le faltaban bastimentos, porque habia consumido una infinidad dellos en aquel alojamiento; y para efeto que viniese una gruesa escolta, envió al capitan Andrés de Mesa con quinientos arcabuceros y algunos caballos y todos los bagajes, á que los hiciese cargar en Acequia y en el Padul, y acompañase los que venian cargados de la ciudad de Granada. Siendo pues avisado el enemigo como iba tan grande escolta la vuelta del Padul, pareciéndole que ninguna cosa haria mas á su propósito que romperla, determinó de dar en ella; y para poderlo hacer mas á su salvo, mandó á Pedro de Mendoza el Xoaybi y al Macox y al Dali que fuesen á meterse en emboscada con dos mil moros y le atajasen el camino á la vuelta; y mientras ellos hacian el efeto, fué con la otra gente que tenia á dar vista á nuestro campo para entretener al duque de Sesa. Habia nueve dias que no se descubria moro ni se tenia nueva cierta de donde estaba el enemigo; y aquella mañana una cuadrilla que habia ido á correr trajo dos moros presos, de quien se supo como estaba todavía en Poqueira, y que se habian venido para él muchos moros del rio de Almanzora. Este dia, 4 de abril, á las cuatro de la tarde se descubrieron los enemigos en tres emboscadas, á la parte de la sierra de Bujol y sobre el camino á la mano derecha que va al puerto de Jubiley. El Duque envió á don Jorge Morejon con algunos caballos y arcabuceros de á pié á que los alargase de donde estaban; con los cuales tramó escaramuza, y los moros se fueron retirando á lo alto, yendo tan cebados en ellos los caballos, que entendiendo el duque de Sesa lo que fué, mandó que les hiciesen espaldas mayor número de arcabuceros; porque los moros, reconociendo su ventaja y que los de á caballo no se podian aprovechar en la tierra donde estaban, acometieron á darles una carga; mas no les fué bien dello, porque nuestros arcabuceros se hubieron valerosamente con ellos y los retiraron con daño, quedando un solo cristiano herido. En este tiempo parecieron hácia Póqueira gran cantidad de enemigos, tan tarde, que no habia ya una hora de sol, y hasta tres ó cuatro caballos con ellos; y comenzando á bajar hácia donde los otros estaban, dieron muestra de querer ceñir nuestros alojamientos. Por otra parte el Duque hizo poner en órden los escuadrones; reforzó unos cerrillos donde tenia gente y artillería, y asestándola contra los enemigos, trabó la arcabucería una buena escaramuza con ellos, habiendo un solo valle en medio. Los moros estuvieron arredrados; que no se osaron acercar hasta que, siendo ya tarde, nuestra gente pasó el barranco; y cargándoles la sierra arriba, los fueron siguiendo gran rato, matando y hiriendo muchos dellos; y como fuese ya muy tarde, el Duque mandó tocar á recoger, y Aben Aboo, sin hacer otro efeto, se retiró á la sierra, dejando mas de cincuenta moros muertos. Hernando de Oruña, capitan viejo por edad y por larga experiencia, sospechando el desinio del enemigo, dijo al duque de Sesa este dia que sin duda aquel habia sido ardid de guerra, y que debia de haber enviado gente á tomar el paso á la escolta, y convenia enviar luego infantería y caballos que la asegurasen. Esto confirmó luego un moro que captivaron tres soldados que siguieron el campo de Aben Aboo; el cual dijo como su intento habia sido entretener al Duque. Y luego que se entendió, envió á don Martin de Padilla con quinientos arcabuceros y ochenta caballos á que reforzase la escolta, y tras dél otros quinientos arcabuceros, porque fué avisado que se habian descubierto como ciento y cincuenta moros. Habia Andrés de Mesa escrito al duque de Sesa aquel dia desde Acequia avisándole como venia, y habíanle dado tan tarde la carta, que, segun estaba confiado en la gente que habia llevado, pudieran hacer los enemigos mucho efeto; los cuales, bajando por la sierra de Órgiba, se habian puesto en cuatro emboscadas en el paso entre Acequia y Lanjaron, y esperaban á que pasase para dar en la escolta, la cual habia partido del Padul la propria mañana con dos mil y quinientos bagajes cargados, y venido aquella noche al lugar de Acequia. Y otro dia de mañana, yendo la vuelta de Lanjaron, en llegando al paso del barranco, los moros de las emboscadas salieron por cuatro partes, y acometieron con tanto ímpetu, que los soldados que iban repartidos en vanguardia y retaguardia no pudieron defender que no atajasen por medio y la rompiesen. Ocupáronse los enemigos luego en derramar vitualla, matar bagajes y escoger otros que llevarse cargados la vuelta de la sierra. El capitan Andrés de Mesa, viendo cuán mal podia pasar á favorecer la vanguardia ni remediar en tanta confusion el op-

ligro presente, porque ocupaba la escolta mas de una grande legua de camino, tomando por delante los bagajes que pudo recoger, dió vuelta al lugar de Acequia, y puso en cobro todos los que no habian pasado del barranco. Don Pedro de Velasco, que por mandado de su majestad iba á dar priesa en la partida del Duque y á tomar relacion del campo, peleó como esforzado caballero este dia; y lo mesmo hicieron Juan de Porras, vecino de Zamora, y Alonso Martin de Montemayor, vecino de Córdoba, y Lázaro Moreno de Leon, capitan de arcabuceros de á caballo y vecino de Granada, por defender hácia la parte que les tocaba; y matándole el caballo entre las piernas, se hubiera perdido don Pedro de Velasco, si no lo socorriera don Antonio de Sotomayor, hijo del licenciado Sotomayor, alcalde de chancillería de Granada. En esta refriega murieron doce moros y fueron heridos muchos, y de los cristianos hubo dos muertos y cuatro heridos. Y fuera mucho mayor el daño, si don Martin de Padilla no llegara á tiempo que pudo socorrer la gente y cobrar la mayor parte de los bagajes que llevaban los enemigos; y trayendo consigo los que se habian recogido en Acequia, dió vuelta con todos ellos al campo aquella noche bien tarde. Lleváronse los enemigos cuarenta bestias mulares cargadas de harina y de bizcocho; y hicieron tanto regocijo con ellas, como si hubieran ganado una grande vitoria. Prendió nuestra gente dos moros, el uno del Albaicin de Granada y el otro del lugar de Dílar; estos dijeron en el tormento que habian sido mas de dos mil hombres los que habian dado en la escolta; que Aben Aboo tenia mas de doce mil hombres, y docientos turcos escopeteros entre ellos, y que habia fortalecido el paso de la puente de Poqueira, que está por bajo del lugar de Capileira, y en toda la cuesta habia hecho grandes reparos y trincheas, y atravesado gruesos árboles en los caminos y veredas para que la caballería no pudiese pasar. Recogida la escolta en Órgiba, el duque de Sesa determinó de partir el siguiente dia, y dando raciones y municiones á la gente, se puso todo en órden para marchar.

CAPITULO XIX.

Cómo el duque de Sesa partió de Órgiba y fué á alojarse al aljibe de Campuzano, y de una refriega que tuvo con la gente de Aben Aboo.

Con el aviso que tuvo el duque de Sesa de la fortificacion del enemigo, acordó de hacer diferente camino del que pensaba; y dejando mil hombres de presidio en el fuerte que habia hecho en Albacete de Órgiba, partió de aquel alojamiento á 6 de abril, yendo en su compañía el conde de Orgaz, el conde de Bailen, el marqués de la Favara, don Juan de Mendoza Sarmiento, don Martin de Padilla, don Luis de Cardona, don Luis de Córdoba, don Ruy Lopez de Avalos y don Gonzalo Chacon, y otros muchos caballeros aventureros. Llevaba en el campo ocho mil infantes, los seis mil y ochocientos tiradores, y quinientos y cincuenta caballos, sin la gente de los señores y de particulares, que era mucha; doce piezas de artillería de campaña y mil y quinientos bagajes; porque los demás envió luego á que fuesen trayendo bastimentos, y con ellos se volvió don Pedro de Velasco á Granada, para ir á dar cuenta á su majestad de lo que se le habia cometido. Comenzó á subir nuestro campo por la sierra de Poqueira arriba, donde se habia puesto el enemigo haciendo representacion de mucha gente y de tener ocupadas las cumbres, caminando los escuadrones poco á poco, á paso tan lento, que habiendo partido bien de mañana, era ya hora de vísperas cuando llegó la vanguardia á vista de Poqueira, legua y media de camino, bien cerca de donde Aben Aboo estaba aguardando con toda la gente en el paso, creyendo que nuestro campo entraria por aquella parte; mas el Duque tomó diferente camino el rio abajo por el rodeo, para ir entre Ferreira y el rio Cádiar por el de Jubíles, á un aljibe que llaman de Campuzano, que está á la asomada de Pórtugos. Hallándose el moro burlado, mandó hacer grandes ahumadas llamando los moros que acudiesen hácia donde marchaba nuestra gente, para que ocupasen otro paso de la sierra de Pítres, por donde forzosamente habia de pasar, y hiciesen diversos acometimientos por muchas partes. Detúvose nuestro campo en pasar el rio, que tenia las entradas y el lecho barrancoso y muy fragoso de peñas y piedras, tanto espacio, que los enemigos tuvieron lugar de llegar á tomar la delantera, á tiempo que el marqués de la Favara, habiendo pasado con la vanguardia, subia por el cerro arriba con la compañía de herreruelos de Sancho Vélez de Teran Montañés, y los caballos del conde de Tendilla y cuatrocientos arcabuceros, á ocupar la cumbre alta, que tenia á caballero el sitio donde se habia de alojar el campo; el cual llegó peleando con los enemigos á unos peñascos tan ásperos y fragosos, que no pudo pasar; y estando los enemigos de la otra parte, le fué forzado hacer alto y esperar que llegase la batalla. A este tiempo los moros, que bajaban por las laderas de las sierras, acometieron la retaguardia, y fué por tantas partes, que el Duque hubo de volver con la artillería y parte de la gente de á caballo, y acudiendo por su persona á todas las necesidades, con un tiempo frio, ventoso y lleno de nieblas, se entretuvo hasta puesto el sol, que llegó don Juan de Mendoza con la batalla bien tarde al lugar del alojamiento; y dando carga con la arcabucería á los moros que hacian muestra de quererse defender, los hizo retirar con daño, aunque hicieron muchos acometimientos. Quedaron los capitanes Centeno, vecino de Ciudad Rodrigo, y Luis Alvarez de Sotomayor, con sus compañías de infantería, de retaguardia de todo el campo en unos casarones que habia en un llano y en un cerrillo junto á ellos, para hacer cuerpo mientras nuestra gente pasaba el rio, y allí fueron acometidos por el Xoaybi con mas de quinientos escopeteros y otra mucha gente de honda y asta; mas los capitanes defendieron su partido animosamente; y siendo socorridos por don Luis de Córdoba y Hernando de Oruña, que llevaban la retaguardia, retiraron los enemigos y mataron y hirieron muchos dellos, y llegada nuestra gente al rio, los moros los acometieron de nuevo por muchas partes; y lo mesmo hicieron á la subida de la cuesta del aljibe, aunque con poco daño, porque les acudieron el Duque y don Martin de Padilla y otros caballeros, que trabajaron harto este dia. Y viendo los enemigos que no podian hacer efeto con sus acometimientos, subieron á gran priesa á tomar el cerro que cae sobre el aljibe á la parte de Pórtugos; mas el Duque, sospechando algun acometimiento por allí, mandó asestar la artillería con-

tra ellos; con la cual, y con la caballería y gente de á pié que cargó hácia aquella parte les defendió que no le ocupasen, y le ocupó él. Ya comenzaba nuestro campo á alojarse y se ponian las centinelas, cuando el marqués de la Favara se retiró. Hubo alguna desórden en el hacer del alojamiento, por ser de noche y el tiempo áspero; y fué herido don Gonzalo Chacon, que iba con el marqués de la Favara, y otros muchos soldados. Aben Aboo recogió su gente y se fué á poner frontero de nuestro alojamiento, el rio en medio, tan cerca, que las escopetas alcanzaban á placer de una parte á otra, y hacian daño. Encendió muchos fuegos, y estuvieron los moros escopeteando á nuestra gente mas de dos horas; y eran tantas las pelotas y las jaras que tiraban desde aquellas laderas, que no habia seguridad en ningun cabo. El Duque se fortaleció con la arcabucería lo mejor que pudo hácia aquella parte, y anduvo siempre á caballo requiriendo los cuerpos de guardia y las centinelas; siendo la noche tan escura, que solamente se veian los hombres con el resplandor del fuego de los arcabuces. Duró el tirar desta manera hasta media noche, y de allí adelante el cansancio y las tinieblas hicieron treguas; y dejando los fuegos encendidos, caminaron los moros antes que amaneciese la vuelta de Jubíles sin hacer mas efeto; y si queremos decir verdad, ellos acometieron como muy buenos soldados este dia; mas enflaquecieron y desbaratáronse como ruines. Entendióse que si cargaran de golpe aquella noche, corriera peligro nuestro campo, porque la confusion fué muy grande, y las palabras entre la gente comun tan viles, que mostraban miedo, metiéndose muchos debajo de los bagajes, porque no les diesen las pelotas y jaras que volaban por el aire; mas valió mucho la resolucion de los capitanes, caballeros y gente particular, y la provision del Duque, enderezada á deshacer el enemigo sin aventurar un dia de batalla; en lo cual parecia conformarse Aben Aboo y él, porque cada uno pensaba deshacer al otro, y romperle con el tiempo y falta de vituallas.

CAPITULO XX.

Cómo pasó el duque de Sesa á Pórtugos, y envió á correr las sierras.

El duque de Sesa veló toda la noche; y la pasó con harto trabajo de su persona; y luego en siendo de dia claro, queriéndose apartar de aquellos lugares ásperos y fragosos, mandando que toda la gente se pusiese en órden para caminar, y teniendo aviso de dos cristianos que vinieron huyendo del campo de los moros aquella noche, como el enemigo iba la vuelta de Jubíles, y que tenia fortalecido el castillo, pensando defenderse en él, tomó por la loma de la sierra de Jubíles, y sin llegar á Pórtugos, caminó todo aquel dia hasta las tres de la tarde, que llegó al lugar de Cástares; y en un prado que está encima dél, donde habia agua, aunque poca, alojó el campo, y mandó estar toda la gente en arma, creyendo que los enemigos harian algun acometimiento, porque estaba el alojamiento al pié de la sierra. Aquella mesma noche mandó á don Jorge Morejon que con sus caballos y los del conde de Tendilla, y cuatro compañías de infantería, cuyos capitanes eran don Hernando Alvarez de Bohorques, Juan Fernandez de Luna, don Cárlos de Samano y Iñigo de Arroyo Santistéban, fuese á reconocer á Jubíles; el cual lo reconoció, y hallando que los moros lo habian dejado desamparado, y que no habia nadie en el castillo, dió luego vuelta al Duque. Otro dia siguiente partió el campo de Cástares, y fué á ponerse en Pórtugos, y en el camino las cuadrillas que iban delante descubrieron muchos moros, que hacian poca demostracion de querer huir; mas el Duque llevaba la gente tan recogida, que no se desmandó nadie á escaramuzar con ellos. Desde este alojamiento fueron don Juan de Mendoza y don Luis de Córdoba con dos mil infantes y docientos caballos á correr la tierra; los cuales pasaron por lo alto de la sierra que cae sobre Ferreira, y dando de improviso en el lugar de Poqueira, le saquearon, y captivaron como cien personas que hallaron dentro. Derribaron el reparo y trinchea que tenia hecho el enemigo, que estaba muy curioso y fuerte; y corriendo toda aquella sierra, mataron y captivaron algunos moros, y se volvieron al campo sin hallar quien les hiciese estorbo, porque el enemigo, no habiendo podido conseguir su intento el dia del aljibe, tampoco habia osado aguardar en Jubíles, y se habia retirado con todo el campo á Mecina de Bombaron y á otros lugares dentro de la Alpujarra. Algunos entendieron que lo hizo por consejo del Habaquí, que decia que no se pusiese á riesgo de batalla con el Duque, que en todo le era superior, sino que le cansase acometiéndole con escaramuzas y necesitándole con hambre; porque aunque le desbaratase, habria ganado poco á formando su majestad mayor ejército, tornaba á enviarle sobre él; y que lo mejor seria entretenerle hasta que le viniese algun socorro de gente forastera. Este mesmo nos dijo después en Andarax, Caracax, que le había aconsejado él, y que de esta causa no habian acometido el campo del Duque aquella noche. Desde este alojamiento mandó el duque de Sesa al licenciado Castillo, que iba con él, que escribiese algunas cartas en arábigo á sus amigos y conocidos, persuadiéndolos á que se redujesen y no perseverasen en el camino de perdicion que llevaban, y dándeles á entender que su majestad usaria de clemencia con ellos; una de las cuales llegó á manos del Darra; el cual, no se queriendo reducir ni quedar en la tierra, se embarcó en unas fustas con su mujer y hijos y amigos, que pudo llevar, y se pasó á Tetuan.

CAPITULO XXI.

Del progreso que el campo de don Juan de Austria hizo desde que partió de Purchena hasta que se alojó en Santa Fe de Rioja; y las diligencias que se hicieron cerca de la reducion de los moros.

Habiendo don Juan de Austria mandado asolar y destruir á Tíjola, y puesto presidios en Seron y en Purchena, pasó la vuelta de Cantória, y dejando de presidio en aquella fortaleza, que halló despoblada, al capitan Bernardino de Quesada con una compañía de infantería y otra de caballos, partió de aquel alojamiento á 3 de abril, y fué á Surgena de Aguilar, donde puso de guarnicion á don Luis Ponce de Leon con su compañía de caballos y otra de infantería. Otro dia á las cuatro de la mañana partió de allí, y fué al rio de Aguas, que son mas de cuatro leguas. En este alojamiento se detuvo un dia esperando vituallas, y á los 6 de abril pasó á Sórbas, donde se detuvo hasta los quince. Desde este alojamiento envió á don García Manrique y á Juan de Es-

puche con quinientos infantes arcabuceros y docientos caballos á la sierra de Filábres, con órden que se metiesen en Tahalí, y dejando allí presidio, pasasen á reconocer á Jérgal. Era el intento de don Juan de Austria quitar á los moros que no se proveyesen de aquella parte de trigo y cebada, como se entendia que lo hacian, por no tener otra de donde llevarlo, y que de hambre viniesen á tomar algun término de los que se pretendian con ellos. Hallaron los capitanes el castillo de Tahalí solo, y pusieron dentro al capitan Juan Garrido de Salcedo con una compañía de infantería y algunos caballos, y pasaron á reconocer á Jérgal, y en todo el camino no hallaron moros juntos, aunque muchos esparcidos buscando de comer. Tomóseles mucho ganado, y hallaron muchos silos de trigo y de cebada, de donde se sacó cantidad para los presidios; y lo que no se podia recoger, mandaba don Juan de Austria que le echasen agua ó lo quemasen, porque los moros no se aprovechasen dello. Y porque en este tiempo iba muy adelante el negocio de la reducion con el Habaquí, y se entendia que la mayor parte de los alzados lo deseaban, mandó á don Alonso de Granada Venegas que, dejando en Jayena á don Jerónimo Venegas, su hermano, fuese luego donde quiera que estuviese el campo, para tratar de aquel negocio, por ser persona á quien los moros daban mucho crédito. Tambien quisiera que entendiera en esto don Gonzalo el Zegrí, vecino de Granada; mas él se excusó, diciendo que pelear con los moros él lo haria, mas que reducirlos, no; porque no estaba tan bien con sus cosas, que le pareciese que merecian perdon de tan graves delitos como habian cometido. Hecha esta diligencia, y otras que pareció convenir para el fin de que se trataba, partió nuestro campo la vuelta de Tavernas, dejando en Sórbas de presidio al capitan Salido de Molina con otra compañía de infantería y algunos caballos, y por cabo y superintendente de todos los presidios del rio de Almanzora, en Purchena para abajo, á don Diego de Leiva. El siguiente dia estuvo en aquel alojamiento, esperando que llegasen las escoltas que iban con bastimentos. Envió todos los bagajes del campo á la ciudad de Almería para que cargasen los que allí habia, con una gruesa escolta, en que fué el comendador mayor de Castilla á curarse de unas tercianas que le habian dado estos dias. Aquí tuvo aviso don Juan de Austria como el campo del duque de Sesa se le venia acercando; y porque convenia pasar luego al rio de Almería para apretar los enemigos por aquella parte, sin aguardar que volviese la escolta, hizo cargar todo el fardaje del ejército, y los bastimentos y municiones, en los bagajes de los capitanes y gentileshombres que habian quedado. Y dejando en aquella plaza por gobernador al capitan Peña Roja con infantes y caballos, fué aquel dia, lúnes 17 de abril, á dormir al pago de Rioja, donde se detuvo con harta necesidad de bastimento, por no haberse podido proveer por mar, á causa del mal tiempo; mas esto se remedió luego con las escoltas que yo le envié de Ubeda y Baeza y del adelantamiento de Cazorla. Remediada esta necesidad, pasó el campo á Santa Fe, y en estos dias se mataron algunos moros y se tomaron otros captivos, que declararon ser extrema la necesidad que pasaban de hambre. Ya en este tiempo habia su majestad enviado comision á don Juan de Austria para que admitiese á los que viniesen á reducirse llanamente; y en este alojamiento mandó divulgar un bando general en la forma siguiente:

BANDO EN FAVOR DE LOS QUE SE REDUJESEN.

«Habiendo entendido el Rey mi señor que la mayor parte de los moriscos deste reino de Granada que se han rebelado, fueron movidos, no por su voluntad, sino compelidos y apremiados, engañados é inducidos por algunos principales autores y movedores, cabezas y caudillos, que han andado y andan entre ellos; los cuales por sus fines particulares, y por gozar y ayudarse de las haciendas de la gente comun del pueblo, y no para hacerles beneficio alguno, procuraron que se alzasen; y habiendo mandado juntar algun número de gente de guerra para castigarlos, como lo merecian sus culpas y delitos, y tomádoles los lugares que tenian en el rio de Almanzora y sierra de Filábres y en la Alpujarra, con muerte y captiverio de muchos dellos, y reducídolos, como se han reducido, á andar perdidos y descarriados por las montañas, viviendo, como bestias salvajes, en las cavernas y cuevas y en las selvas, padeciendo extrema necesidad; movido por esto á piedad, virtud muy propria de su real condicion, y queriendo usar con ellos de clemencia, acordándose que son sus súbditos y vasallos, y enterneciéndose de saber las violencias, fuerzas de mujeres, derramamiento de sangre, robos y otros grandes males que la gente de guerra usa con ellos, sin se poder excusar, nos dió comision para que en su nombre pudiésemos usar de su real clemencia con ellos, y admitirlos debajo de su real mando en la forma siguiente:

»Prométese á todos los moriscos que se hallaren rebelados fuera de la obediencia y gracia de su majestad, así hombres como mujeres, de cualquier calidad, grado y condicion que sean, que si dentro de veinte dias, contados desde el dia de la data deste bando, vinieren á rendirse y á poner sus personas en manos de su majestad, y del señor don Juan de Austria en su nombre, se les hará merced de las vidas, y mandará oir y hacer justicia á los que despues quisieran probar las violencias y opresiones que habian recibido para se levantar; y usará con ellos en lo restante de su acostumbrada clemencia, ansí con los tales, como con los que, demás de venirse á rendir, hicieren algun servicio particular, como será degollar ó traer captivos turcos ó moros berberiscos de los que andan con los rebeldes, y de los otros naturales del reino que han sido capitanes y caudillos del rebelion, y que obstinados en ella, no quieren gozar de la gracia y merced que su majestad les manda hacer.

»Otrosí: á todos los que fueren de quince años arriba y de cincuenta abajo, y vinieren dentro del dicho término á rendirse, y trajeren á poder de los ministros de su majestad cada uno una escopeta ó ballesta con sus aderezos, se les concede las vidas y que no puedan ser tomados por esclavos, y que demás desto puedan señalar para que sean libres dos personas de las que consigo trajeren, como sean padre ó madre, hijos ó mujer ó hermanos; los cuales tampoco serán esclavos, sino que quedarán en su primera libertad y arbitrio, con apercebimiento que los que no quisieren gozar desta gracia y merced, ningun hombre de catorce años arriba será admitido á ningun partido; antes todos pa-

sarán por el rigor de la muerte, sin tener dellos ninguna piedad ni misericordia.»

Deste bando fueron diversos traslados por todo el reino de Granada, y don Juan de Austria envió órdenes á todos los ministros de su majestad para que en virtud dél admitiesen cuantos moros viniesen á reducirse. Y para que supiesen donde habian de acudir, les señaló su campo y el del duque de Sesa, y los lugares principales y mas cercanos de donde se hallasen. Y porque fuesen conocidos, y la gente de guerra no les hiciese daño, se les mandó que trajesen una cruz de paño ó lienzo de color en el hombro izquierdo cosida sobre el vestido, tan grande, que se pudiese bien divisar desde lejos. Echóse otro bando este mesmo dia, mandando que no se hiciesen correrías, porque no se interrompiese el negocio de la reducion, que se trataba con desórdenes, como se habia hecho la primera vez.

CAPITULO XXII.

Del progreso que hizo el campo del duque de Sesa desde que partió de Pórtugos hasta llegar á Ujíjar, y cómo Aben Aboo repartió su gente.

Hallábanse los alzados en este tiempo en tal estado, que ni podian hacer guerra ni estar en paz. Faltábanles fuerzas para sustentar ejército; y aunque muchos dellos deseaban la paz, no se podian inducir á ella, por el dolor de las mujeres y hijos y haciendas que habian perdido. Aben Aboo pues, sin perder un punto de ánimo, luego que vió el campo del duque de Sesa dentro de la Alpujarra, repartió su gente á que tomasen los pasos á las escoltas. Mil y quinientos moros puso entre Ujíjar y Órgiba, mil en la sierra de Gádor, mil y docientos hácia Adra y Almería, y ochocientos á la parte de la sierra de Bentomiz. Otro golpe de gente envió á Sierra-Nevada y hácia el Puntal, que corriesen los caminos de Granada y de Guadix; y dejando para sí cuatro mil tiradores, traia los dos mil dellos siempre sobre el campo del duque de Sesa por lo alto de las sierras y lugares fragosos, porque desta manera pensaba entretenerse, aprovechándose de los frutos de la tierra con mejor comodidad, y necesitar á nuestro campo con hambre. Por otra parte, el duque de Sesa, entendiendo el desinio del enemigo, y lo mucho que importaba quitarle los bastimentos, y que no habia cuchillo que lo acabase tan presto como la falta dellos, en toda la comarca donde llegaba hacia talar y destruir los sembrados, enviando cuadrillas de gente á unas partes y á otras, que corriesen la tierra con tanta órden y recato, que los enemigos no eran parte para enojarlos, ni aun osaban hacerles rostro. Esta órden tuvo nuestro campo desde 12 dias del mes de abril que partió de Pórtugos, hasta que llegó á Ujíjar. En la primera jornada, que fué á Jubíles, se descubrieron algunos moros que mostraban tener gana de pelear; mas luego se recogieron á la sierra, y el Duque se alojó en el lugar, que estaba despoblado, porque no se habian asegurado en él ni en el castillo, que habian comenzado á reparar y fortalecer, y tenian ya hechos bastiones con sus casamatas y trincheas de tapias gruesas, y dos aljibes grandes para recoger el agua de las lluvias, y un horno de pan, y una casa para municion y morada de Aben Aboo, con intento de defender aquella plaza, que cierto era fuerte de sitio, porque tenia una sola entrada por dos puertas que habian comenzado á hacer. El Duque subió á ver la fortificacion, y parecióle tal, que si los enemigos osaran defenderla, le dieran bien en qué entender para ganársela, porque con una pieza de artillería que pusieran en la entrada pudieran hacer grandísimo daño. Y no estaban sin ella, que Aben Aboo la habia pedido al gobernador de Argel, y se la habia dado por setecientos ducados de oro, y enviádosela en una galeota; mas no habia tenido tiempo ni aun industria para subirla al castillo, y teníala abajo en el rio, media legua de allí, con todos sus aderezos. Desto dió aviso un moro berberisco que se vino huyendo á nuestro campo, y envió el Duque por ella; y no la pudiendo sacar de donde estaba, la mandó enclavar y enterrar de manera que el enemigo no la hallase. Desde este alojamiento fueron á correr la sierra don Luis de Cardona y don Luis de Córdoba con dos mil infantes y ciento y cincuenta caballos, y volvieron con algunas mujeres y muchachos que captivaron, y cantidad de ganado. En este tiempo mandó deshacer el Duque los reparos del castillo de Jubíles, y recogida la gente, fué á Cádiar, y sin detenerse pasó aquella noche á Yátor. Este dia se descubrieron los moros por lo alto de las sierras de Bérchul, y el Duque no quiso alojar el campo en el lugar, por estar muy pegado con la sierra, sino abajo en el rio, entre unos cerros que mandó luego ocupar á las cuadrillas para que el campo estuviese mas seguro. Y siendo ya bien tarde, los enemigos se acercaron y hicieron grandes fuegos en las cumbres de las sierras, con que tuvieron toda la noche en arma nuestro campo, sospechando que querian hacer algun acometimiento. Este era Aben Aboo con sus cuatro mil escopeteros y los turcos y moros berberiscos y otra mucha gente de hondas y armas enhastadas, que venia con mas ánimo de espantar que de pelear, diciendo á los que le aconsejaban que pelease, que no habia para qué probar el salitre de la pólvora de los arcabuces de los cristianos, porque ellos se hartarian de andar y dejarian la tierra mal de su grado. Y cierto fué providencia divina no acometer algunas destas noches, porque pudiera ser que hiciera daño. Partió el campo deste alojamiento otro dia viérnes por la mañana, y sin estorbo llegó á Ujíjar, que tambien estaba despoblada, y se alojó dentro del lugar de Albacete. Aquí trajo un moro de Jubíles á don Diego Osorio, que por mandado de su majestad iba con despachos al duque de Sesa, en que se trataba la resolucion de la guerra y lo que se habia de hacer en la reducion que se platicaba; el cual habia salido de Órgiba con quince escuderos de la compañía de Osuna de escolta, creyendo hallar el campo en Jubíles; mas habia ya una hora que era partido. Y como llegó cerca del lugar, y vió las calles llenas de gente, entrando dentro, no halló el hospedaje que pensaba, porque no eran cristianos, sino moros, que en viendo salir nuestro campo habian bajado de las sierras; los cuales le dejaron entrar, y cercándole, le prendieron con todos los escuderos, y le tomaron los despachos; y después de haberle atormentado, lo dieron en guarda á este moro, que tenia á su mujer y una hija captivas; el cual fué tan hombre de bien, que le regaló y le tuvo sin prisiones, y le dijo que si se atrevia á irse con él, le llevaria á nuestro campo, como le prometiese de darle á su mujer y hija. El cual, maravillado de ver en moro aquella corte-

sía, rindiéndole las gracias por tan buen tratamiento como le hacia, siendo su captivo, prometió de darle lo que pedia, y hacer con su majestad que le hiciese otras muchas mercedes. El moro le replicó que no le tenia por prisionero, antes lo era él suyo, y sabia que habia menester su favor, segun el desatino que los moriscos habian hecho en levantarse con la tierra que no podian sustentar. Y diciendo y haciendo, otro dia de mañana le llevó al campo del duque de Sesa, que estaba en Ujíjar; y llegando de parte de noche, porque las centinelas no los dejaron entrar, se detuvieron hasta ser de dia. Don Diego Osorio dijo al Duque la cortesía que el moro le habia hecho, y le suplicó le hiciese merced y favor; el cual le loó mucho aquel hecho, diciéndole que pidiese gratificacion, porque se le haria de muy buena voluntad; y él pidió que le diesen á su mujer y á su hija, que las habian captivado en la correduría que don Luis de Córdoba habia hecho, y una salvaguardia para poder ir y venir libremente al campo, porque entendia poner en libertad algunos cristianos de los que habian sido captivos con don Diego Osorio, y reducir mucho número de los alzados á merced de su majestad. El Duque prometió de darle á su mujer y hija, que las habian llevado á la Calahorra, y le dió luego la salvaguardia, y le despachó al campo de don Juan de Austria con avisos; y antes de llegar allá le prendieron unos moros de Aben Aboo, los cuales, hallándole la salvaguardia y el despacho en el seno, le llevaron ante él, y le mandó ahorcar de un olivo, y muerto, le hizo jugar á la ballesta. No mucho después desto el Habaquí suplicó á don Juan de Austria por la libertad de aquellas mujeres, que eran sus parientas, y pagó docientos ducados por el rescate dellas, y las puso en libertad.

CAPITULO XXIII.

Cómo don Antonio de Luna volvió á correr la sierra de Bentomiz, y puso presidios en Competa y en Nerja.

Mientras estas cosas se hacian en los dos campos, su majestad, á instancia del duque de Sesa, mandó á don Antonio de Luna, que se habia recogido ya á Huétor Tájar, después de haber despoblado los cuatro lugares de la jarquía de Málaga, y puesto alguna gente de presidio en ellos, por estar en el paso por donde se va de la Alpujarra y sierra de Bentomiz á los otros lugares de la hoya de Málaga y serranía de Ronda, que tornase á entrar en la sierra de Bentomiz, y dando el gasto en la tierra, hiciese un fuerte en Competa, y pusiese presidio en él y en el castillo de Nerja, por ser plaza de importancia para la seguridad de aquella costa y del paso de Almuñécar; y hecho esto, pasase adelante hasta el Cehel, donde se tenia aviso que los moros habian recogido muchos bastimentos para entretenerse en la aspereza de aquellos montes mientras les venia socorro de Berbería. Para esta jornada mandó su majestad á los corregidores de las ciudades comarcanas, que recogiendo la gente de sus corregimientos, se volviesen á juntar con él y estuviesen á su órden, guardando don Antonio de Luna la que el duque de Sesa le diese; y porque no se siguiese el inconveniente de volverse los soldados si acaso fuese menester mas de diez dias, se mandó á Pedro Verdugo, proveedor de Málaga, que los proveyese de los bastimentos necesarios. Era el intento del duque de Sesa desbaratar el desinio de los enemigos y quitarles la esperanza de levantar de nuevo lugares, despoblándolos y necesitándolos con hambre y trabajo de guerra; y hacia instancia con su majestad en que mandase meter la tierra adentro todos los moriscos de paces de la jarquía y hoya de Málaga y serranías de Ronda, para que los alzados no pudiesen valerse dellos. Don Antonio de Luna aceptó la jornada; mas temia hacerla con gente de ruego y poco disciplinada, y pidió soldados de ordenanza, diciendo que no era bien tornar á arrojar su honra y crédito á la ventura; y que le pusiesen vitualla en la ciudad de Vélez, en Nerja, en Almuñécar y en Motril. El duque de Sesa le dió dos compañías de infantería, una suya y otra del duque de Alcalá, y dos estandartes de caballos de los duques de Medina-Sidonia y Arcos; ordenó á los proveedores que pusiesen bastimentos en los lugares que decia; y con esta gente y la de las ciudades volvió don Antonio de Luna á entrar en la sierra de Bentomiz, y con poco trabajo dió el gasto á la tierra, escaramuzando con los moros, que andaban como salvajes por aquellas sierras, matando y captivando algunos dellos; y perdiendo á las veces soldados, comenzó el fuerte en Competa. Y habiendo enviado mil hombres á correr el rio de Chillar, con poca presa y pérdida igual, sin hacer otro efeto, dió fin á la jornada, dejando de presidio en Competa al capitan Antonio Perez, regidor de Vélez, con docientos soldados, y en el castillo de Nerja á Diego Vélez de Mendoza con otra compañía de infantería, y fué á la ciudad de Antequera, donde se vino á ver con él Pedro Bermudez, cabo de la gente de guerra que estaba en Ronda, para dar órden en cómo se habian de despoblar los lugares de aquellas serranías, porque su majestad, informado que algunos andaban alborotados, le pareció sacallos de allí antes que se acabasen de declarar, y cometió la ejecucion dello á don Antonio de Luna.

CAPITULO XXIV.

Cómo los moros desbarataron la escolta que llevaba el marqués de la Favara á la Calahorra.

Comenzaba ya á faltar bastimento á nuestro campo en Ujíjar; y no le viniendo tan á cuento proveerse del que Pedro Verdugo enviaba por mar desde la ciudad de Málaga á la villa de Adra, el duque de Sesa mandó juntar todos los bagajes, y que fuese una gruesa escolta con ellos á traerlo de la Calahorra, camino mas corto, que se podia ir y volver en un dia, aunque áspero y peligroso, por estar las fuerzas del enemigo hácia aquella parte, y haber de pasar el puerto de la Ravaba. Mas estas dificultades previno con diligencia y fuerza de gente, encomendando el viaje al marqués de la Favara; y dándole mil infantes y cien caballos que le acompañasen, partió del alojamiento de Ujíjar á 16 dias del mes de abril, una hora antes que amaneciese, yendo él de vanguardia con docientos infantes y cuarenta caballos: luego seguia el bagaje con algunos arcabuceros sueltos á los lados, y de retaguardia dejó la infantería de Sevilla y sesenta caballos. Desta manera comenzó á subir nuestra gente por la sierra arriba, sin noticia de los enemigos ni de la tierra, y aun sin ocupar lugares aventajados, para asegurar el bagaje. Y como se adelantase demasiadamente la vanguardia, y el

embarazo de las mujeres, enfermos y heridos impidiese poder seguirla, fué necesario quedar entre ellos y el bagaje mucho espacio de tierra. No fué menor descuido el de la retaguardia, caminando á paso tan lento, y deteniéndose en recoger algunos ganados, que por ventura los enemigos les echaron á las manos, que hubieron de hacer el mesmo intervalo entre ellos y el bagaje. Estaba Aben Aboo á la mira, y viendo salir de nuestro campo tanto número de bagajes juntos, no sabiendo para dónde caminaban, mandó al alcaide Alarabi, que tenia cargo de aquel partido, que los siguiese. Traia este moro quinientos hombres, y muchos tiradores entre ellos; y repartiéndolos en tres escuadras, tomó la una para sí con obra de cien escopeteros, otra dió al Picení de Guéjar con docientos hombres, y la tercera al Martel del Cenete, mandándoles que mientras él daba en el bagaje, acometiesen el uno la retaguardia por frente, y el otro la rezaga de la vanguardia, metiéndose por entre ella y el bagaje. Con este acuerdo se emboscaron en partes que pudieron estar bien encubiertos; y dejando pasar la vanguardia, cuando tuvieron la escolta en la mayor angostura del camino, el Alarabi salió á ella con sus cien hombres en tres cuadrillas. Con la primera, en que llevaba cuarenta escopeteros, acometió el bagaje, cargando luego la segunda y la tercera; y hallando poca defensa, porque los arcabuceros, poco cuidadosos de lo que llevaban á cargo, se habian desmandado á buscar algun aprovechamiento, rompió por medio, poniendo á los bagajeros, enfermos y heridos en confusion. A un mesmo tiempo dió el Picení en la caballería de la retaguardia, y desbaratándola, desbarató ella la infantería; lo mesmo hizo el Martel en el rezago de la vanguardia: lo uno y lo otro con grandísima presteza y tanto silencio, que no parecia ser moros, sino soldados de disciplina antigua. Iba el Picení siguiendo la retaguardia de manera, que parecia que los nuestros huian. El Martel hizo otro tanto, y entrambos siguieron su alcance sin que los caballos ni los soldados se rehiciesen. El Alarabi fué matando bagajeros, enfermos y bagajes, y todos á una mataban soldados y escuderos. Llegó el arma con silencio y temor de los nuestros al marqués de la Favara tan tarde, que no pudo remediar el daño; aunque con obra de veinte caballos y algunos arcabuceros procuró llegar á tiempo, porque se lo impedia la fragosidad del camino, bagajes caidos y otros impedimentos que habia en él; y al fin prosiguió su camino, yendo los moros á las espaldas hásta cerca de la Calahorra. Murieron este dia al pié de ochocientos cristianos, los seiscientos enfermos y heridos, que iban á curarse á Guadix. Lleváronse los moros seiscientas moriscas que iban captivas, y trecientos bagajes escogidos, sin otros muchos que mataron, y captivaron quince hombres, sin perder uno ni mas de los suyos. Fué tanta la turbacion de los bagajeros y soldados que escaparon de allí, que en llegando á la Calahorra se fueron huyendo la mayor parte dellos; y así no hubo quien volviese con la escolta al campo. La nueva deste suceso llegó á Ujíjar aquella mesma noche, porque el marqués de la Favara en llegando á la Calahorra envió al capitan Lázaro Moreno de Leon con seis caballos á dar aviso al Duque, el cual pasó por el mesmo camino sobre los cuerpos muertos, y llegó antes que amaneciese con la desastrada nueva, que sintió gravemente el duque de Sesa. Y hallándose sin bagajes y sin bastimento, animosamente determinó de ir luego la vuelta de Válor para entender de mas cerca lo que habia, y pelear con el enemigo si le aguardase, y con los bagajes que pudiese juntar, enviar por bastimento ó ir por ello; porque habian quedado muchos enfermos, y faltándole la gente que habia llevado el marqués de la Favara, le quedaba poca que enviar para aquel efeto.

CAPITULO XXV.

Cómo el duque de Sesa fué á poner su campo en la villa de Adra.

Otro dia de mañana, 17 de abril, partió el duque de Sesa de Ujíjar con todo el campo puesto en ordenanza, y fué á Válor harto congojado de ver la flaqueza de nuestra gente: halló el lugar solo; que los moros se habian recogido á las sierras. Desde allí despachó espías á Guadix y á Granada, encargando al presidente don Pedro de Deza que diese órden como el marqués de la Favara recogiese la gente, y juntase otra de nuevo con que irle luego á buscar donde quiera que estuviese. Aquella noche tuvo toda la gente puesta en arma y mucho recaudo de centinelas y cuerpos de guardia á la parte de la sierra, por si los enemigos hiciesen algun acometimiento de noche; los cuales habian soltado las acequias y empantanado los barbechos y sembrados al derredor del lugar, para que los caballos atollasen y no fuesen de provecho, y se habian puesto á la mira en la halda de Sierra-Nevada. Contónos un moro de los que se hallaron con Aben Aboo este dia, que cuando iba caminando nuestra gente hácia Válor, estaba mirando desde la cumbre de una sierra á los soldados que subian por aquellas cuestas arriba; y pareciéndole que iban muy cansados, habia dicho que era hermosa procesion aquella, y muy buena ventana la en que él estaba mirando como pasaba, y que con sola la vista pensaba desbaratarles, sin hacer otro acometimiento. El duque de Sesa, considerando el daño que se le podia seguir de salir á la Calahorra, porque se le deshiciera el campo, y el enemigo viéndole fuera de la Alpujarra le tomaria los puertos, y le seria dificultoso tornarlos á cobrar, así por esto, como porque en opinion de moros y cristianos no faltaria quien dijese que salia roto y desbaratado, acordó de dar vuelta á la villa de Adra, donde entendia hallar recaudo de bastimentos. Para esto juntó los caballeros y capitanes á consejo, y como hubiese algunos de contrario parecer, don Juan de Mendoza Sarmiento se les opuso, diciendo que no se sacaba otro fruto de salir á la Calahorra sino perder reputacion, pues era cierto que en viéndose los soldados fuera de la Alpujarra, harian lo que habian hecho en el campo del marqués de los Vélez. El Duque pues, arrimándose al mas sano consejo, hizo un razonamiento á los capitanes y soldados, encomendándoles que guardasen las ordenanzas y no se desmandasen, y dió vuelta hácia Ujíjar. Los moros, viendo el camino que tomaba, bajaron á gran priesa de la sierra; y habiendo pasado el rio nuestra vanguardia y batalla, dieron en la retaguardia, y escaramuzaron mas de tres horas con los soldados para entretener el campo. Llegaba el duque de Sesa á la ermita de San Sebastian, cerca de Ujíjar, cuando sintió tocar arma; y mandando hacer alto, acudió á reforzar la retaguardia. Y porque la escaramuza

era en lugar donde la caballería no podia aprovechar, hizo cargar á los enemigos con dos mangas de arcabuceros, que les hicieron volver las espaldas, y en parte se pagaron del daño recebido en el puerto de la Ravaha; con todo eso, se llevaron una carga de moneda que hallaron desmandada. Llegó la gente á Ujíjar, donde hallaron muertos algunos soldados y bagajeros que habian quedado enfermos en el hospital, que estaba en una mezquita que los moros habian hecho de nuevo para su zalá, y algunos bastimentos robados que habia dejado el tenedor en la casa de la municion, por no tener bagajes en que poderlos cargar. Esto habian hecho unos moros que andaban por aquellos montes; los cuales, viendo salir el campo, habian bajado á las casas del lugar. Sintiólo mucho el duque de Sesa, y reprehendió gravemente á los capitanes y comisarios á cuyo cargo habia sido recoger el campo aquel dia; y sin detenerse allí, pasó á Lucainena, enviando gente delante que reconociese el camino por donde habia de ir. Llegando cerca de Lucainena, tuvo aviso que tenian tomado el paso los enemigos, y no por eso dejó de pasar adelante. Los moros, viendo la determinacion que llevaba, dejaron el lugar que tenian tomado, y se fueron retirando á Darrícal. Pasó el campo por Lucainena, y poniendo fuego los soldados á las casas, como lo hacian en todos los lugares donde llegaban, fué á alojarse aquella noche á un aljibe tres leguas y media de Adra, donde llegó la gente cansada, mojada y bien muerta de hambre, tanto, que, sin querer hacer franqueza, hubo soldados que compraron un pan por seis reales y una azumbre de vino por ducado y medio. Hicieron los enemigos algunos acometimientos á la parte de Berja; pero el Duque mandó asestar la artillería contra ellos, y se retiraron luego. Otro dia miércoles de mañana marchó el campo la vuelta de Berja con tanta hambre, que aunque se caminaba por tierra llana, no podian los hombres ni los bagajes andar, y hubo muchos que se cayeron de su estado. Y pasando por el lugar á mediodía, llevando siempre á vista los enemigos, fué á los aljibes de Adra hácia la costa de la mar; y llegando á repechar en la cuesta que baja hácia la villa, halló á Hernando de Narvaez, capitan del presidio, que le habia salido á recebir con cincuenta caballos. Alojóse el campo aquella noche en las huertas fuera de los muros, y allí mandó armar el Duque sus tiendas; que no quiso entrar dentro de la villa. Era tanta la hambre de la gente y de las bestias, que en término de una hora no quedó cosa verde que no cortasen y destruyesen en las huertas y en las hazas; pero remedióse otro dia con el bizcocho y harina que habia de respeto en los almacenes de su majestad.

CAPITULO XXVI.

De lo que se hizo en Adra mientras el campo del duque de Sesa estuvo en aquel alojamiento; y cómo se apercibió para ir sobre Castil de Ferro.

Llegado el duque de Sesa á Adra, corrió con la caballería las taas de Dalías y Berja y parte de la sierra de Gádor, hácia donde entendió que andaban moros; y volviendo al alojamiento con algunas presas, estuvo aguardando que llegasen las galeras del cargo de don Sancho de Leiva para embarcarse en ellas y dar sobre Castil de Ferro, donde tenia puestos los ojos, y los moros su esperanza. Este castillo está en la marina en el paraje de la taa de Órgiba, y era del duque de Sesa. Habíale vendido un mal cristiano, hijo de una morisca, por cuatrocientos ducados á el Hoscein de Motril; y para hacerlo á su salvo, habia muerto á traicion al alcaide, ó como algunos decian, lo habian ganado con emboscadas los moros; y deseaba mucho el duque de Sesa cobrarle antes que le fortaleciesen mas de lo que estaba, y para este efeto solicitaba las galeras; porque habiendo de ir por tierra, eran siete leguas de camino áspero y muy trabajoso para llevar las carretas de la artillería. En este tiempo llegaron á la playa de Dalías tres galeotas cargadas de trigo y arroz, y de armas y municiones que traian de Berbería; y habiéndolo ya desembarcado los arraeces turcos, supieron como los alzados andaban en tratos para rendirse; y blasfemando dellos, quisieron tornarlo á embarcar y volverse á su tierra; pero no lo pudieron hacer tan á su salvo, que dejasen de perder la mayor parte del trigo y de las otras cosas que tenian fuera, porque los descubrieron nuestras atalayas; y acudiendo la gente de á caballo, no les dió mas lugar de cuanto pudieron embarcar las personas y hacerse á largo. Tomóseles, entre las otras cosas, un costal de angeo encerado lleno de libros árabes, en que venian algunos Alcoranes y un libro intitulado *Instruccion de la guerra y ardides della*, que segun pareció, los enviaban los alfaquís de Argel á los moros; y decia el título que venia en el encerado *Habices para los andaluces*, como que los enviaban en limosna. Esto fué á 26 dias del mes de abril, y aquella mesma noche tocaron en tierra otras siete galeotas, en que venia el alcaide Hoscein, hermano de Caracax, con cuatrocientos turcos de socorro y muchas armas y municiones; el cual, avisado asimesmo de los conciertos en que andaban de moros de la tierra, se volvió luego á la ciudad de Argel. Tenia el duque de Sesa ya en su poder dos dias habia el bando y la órden de don Juan de Austria para admitir los moros que se viniesen á reducir, y habia hecho que el licenciado Castillo sacase traslados de todo ello traducido en arábigo, y enviádolos á diversas partes de la Alpujarra con un morisco llamado el Zambori, para que se divulgase á un tiempo por todas las taas. Y como se publicasen en Adra á 27 dias del mes de abril, aquel mesmo dia se le fueron mas de cien soldados, diciendo que ya habia paces; y pudiera ser que se fuera la mayor parte de la gente, si no llegaran las galeras aquella noche, y se embarcara luego otro dia para Castil de Ferro, donde le irémos á buscar cuando sea tiempo. Vamos á lo que se hacia en el negocio de la reducion.

CAPITULO XXVII.

Cómo don Alonso de Granada Venegas escribió á Aben Aboo persuadiéndole á que se redujese; y lo que el moro le respondió.

Por el discurso de esta historia se ha entendido la instancia que don Alonso de Granada Venegas hacia, intercediendo con su majestad y con los de su consejo por los moriscos del reino de Granada que no habian sido culpados, y les habian hecho otros que se rebelasen por fuerza, ofreciéndose á que haria con ellos que se redujesen. Para este efeto habia su majestad mandado á don Juan de Austria que le pusiese de presidio en Jayena con alguna gente de á pié y de á caballo, y el duque de Sesa le habia proveido de la que dijimos; el

cual habia hecho estos dias algunas entradas, y carteándose con algunos caudillos de los alzados, amigos y conocidos suyos, persuadiéndolos á que dejasen las armas y conociesen su desatino, y la merced que su majestad les hacia. Y como se comenzase á encaminar el negocio bien, en 18 dias del mes de abril deste año, antes de ir al campo, escribió una carta á Aben Aboo del tenor siguiente:

CARTA DE DON ALONSO DE GRANADA VENEGAS PARA ABEN ABOO.

«Señor Aben Aboo: Muy espantado he estado que »una persona tan cuerda y de tan buena casta como »sois, haya venido á parar en un camino de tan gran »perdicion, así para el alma como para la vida, y des»truicion de toda esa tierra y gente della. Y porque »me pesa mucho dello, y deseo vuestro bien y el de »todos, y poner remedio en ello, os pido por merced »que me envieis algunas personas de confianza con quien »tratarlo; que yo prometo como cristiano y caballero de »les dar toda seguridad, como de presente se la doy, »para que puedan ir y venir libremente á Jayena, don»de me hallarán; porque quiero tratar con ellos cosas »que podrian ser muy convenientes al servicio de Dios »nuestro Señor y de su majestad, y para el bien de to»da la gente. Y creedme que digo verdad sin ninguna »malicia y engaño; y espero la respuesta, la cual venga »luego. Y al que esta lleva se le haga todo buen tra»tamiento por amor de mí, pues lo que me mueve á »enviarlo es el bien que á todos deseo; y querria mu»cho que nos viésemos para tratar destos negocios. »Fecha en Jayena, á 8 dias del mes de abril.»

Y juntamente con la carta dió una salvaguardia al mensajero, encargando á don Gutierre de Córdoba, gobernador de las Albuñuelas, que le dejase ir y volver libremente, porque iba á negocio que cumplia al servicio de su majestad. Esta carta recibió Aben Aboo en Mecina de Bombaron, estando ya el duque de Sesa en Adra; y por consejo de Hernando el Habaquí, que se halló presente cuando se la leyeron, le respondió desta manera:

RESPUESTA DE ABEN ABOO.

«Señor don Alonso: Por vuestra carta entendí el buen »celo que teneis del sosiego deste reino y del ser»vicio de nuestro rey, como buen cristiano; y esto os »obliga procurar el remedio, para que cese tanto mal »y daño como ha venido por la cristiandad y por los »deste reino, y la pacificacion y sosiego dél. En lo que »decis que estáis espantado que yo me pusiese en tan »gran peligro del alma y del cuerpo, en lo que toca al »alma, Dios sabe lo mejor; en lo del cuerpo, ya tene»mos entendido que el rey don Felipe es poderoso y »puede mucho; mas tambien se ha de entender que le »podemos hacer mucho daño mas del que se le ha he»cho, porque á los deste reino no les queda ya qué »perder, y lo que les puede venir agora ya lo tienen »tragado. Y todo lo que ha venido y viniere á los unos »y á los otros cuelga de quien no lo ha remediado con »tiempo, creyéndose de livianos juicios, y no de los »caballeros que le informaron de lo que convenia al ser»vicio de Dios y suyo. No hay de qué hacerme á mí cul»pado ni á los deste reino acerca deste negocio, pues »la causa de haberse encendido este fuego fué malos »consejeros; y á estos tales se les debe echar la culpa, »que ordenaron tantas liviandades, que los del reino no »podian ya vivir; y como entre ellos hay hombres, qui»sieron tragar la muerte antes que padecer tantos »trabajos y sinjusticias como se les hacian. Esto ha sido »la causa de tanto mal y daño como ha venido, y de »tantas muertes de criaturas inocentes; y por esta ra»zon no se ha de hacer culpa á ninguno de los naturales, »sino á los que fueron causadores; porque si los agra»vios que se hacian á estas gentes se hicieran al mas »cuerdo hombre que hay en la cristiandad, no se con»tentara con hacer lo que ellos hicieron, sino que hicie»ra mucho mas mal. Cuanto á lo que decis que envie dos »hombres de quien mucho me confie á Jayena debajo »de vuestro seguro y palabra, bien tengo entendido »que como caballero lo cumpliréis; mas habrá otros de »diferente opinion, que harán lo contrario; y hasta que »haya comision del Rey ó de don Juan de Austria no »se atreverán á ir. Don Hernando de Barradas escribió »á Hernando el Habaquí, que es general desta tierra »levantada, los dias pasados, pidiendo que se juntase »con él en el marquesado del Cenete, y juntos trataran »del remedio para que este fuego se apague; y de allí »se fué el Habaquí al rio de Almanzora, donde tambien »le escribió Francisco de Molina, y se vió con él; y des»pués fueron á verse con él don Francisco de Córdoba »y otros caballeros, y el Habaquí nos vino á dar cuenta »de todo, como hombre á quien tenemos dada comi»sion para estos negocios. Si quisiéredes veros con él, »enviadle seguro del Rey para él y los que fueren de nues»tra parte con él, porque de la nuestra aseguramos á »vos y á los que vinieren con vos. Y para tratar des»te negocio, y que venga á tener efeto, nos parece »que se podrá negociar por la via de Guadix, pues está »allá comenzado y puesto en buenos términos; y si no, »en Órgiba os podréis ver con él, porque es persona que »holgaréis de verle y de tratar con él cualquier bu»negocio. Fecha en la Alpujarra, á 22 del mes de abril »de 1570 años. — *Muley Abdalá Aben Aboo.*»

CAPITULO XXVIII.

Del progreso del campo de don Juan de Austria desde que partió de Santa Fe hasta que se alojó en Padúles de Andarax, y cómo se prosiguió en la reducion de los alzados.

Publicado el bando y hechas otras diligencias en el alojamiento de Santa Fe, así para apretar á los moros como para reducirlos, don Juan de Austria pasó con su ejército á Terque; y siendo informado que en Finix habia algunos moros y turcos berberiscos con los de la tierra, y que hacian daño á la parte de Almería, envió contra ellos á Jordan de Valdés con dos mil infantes, y á Tello Gonzalez de Aguilar con las cien lanzas de Ecija, ordenándoles que diesen antes que amaneciese sobre el lugar, y procurasen degollarlos, porque los otros temiesen y se apresurasen á tomar el buen consejo. Partieron del alojamiento cuando anochecia, y caminando de noche, llegaron á hora que pudieran hacer efeto si las diligentes atalayas y centinelas de los moros no los sintieran y fueran á dar rebato; por manera que cuando nuestra gente llegó, ya los moros iban la sierra arriba con las mujeres por delante caminando cuanto podian; y poniéndose la caballería en su

alcance, pelearon un buen rato con ellos, hasta que cargó la arcabucería y los desbarataron y mataron. Murieron al pié de cien moros, y captivaron cuatrocientas mujeres. Y pareciendo á los capitanes que no era bien meterse mas adentro en la sierra, porque los enemigos apellidaban la tierra y se rehacian, dieron vuelta hácia el lugar, y entrando dentro, le saquearon; y cargados de despojos, con mil cabezas de ganado que pudieron recoger de presto tornaron aquel mesmo dia bien tarde á Terque. A este alojamiento vino don Alonso de Granada Venegas, que, como atrás dijimos, le habia enviado á llamar don Juan de Austria para que tratase el negocio de la reducion con los moros; y vista la respuesta de Aben Aboo á su carta, se le mandó que continuase la plática que habia comenzado con él, y le volviese á escrebir en el negocio. El cual despachó luego un morisco con otra carta, en que le decia que conforme á lo que le habia escrito los dias pasados, con el deseo que tenia de excusar tan gran perdicion como la gente de aquella tierra traia, se habia dado la priesa posible en suplicar á su majestad usase con ellos de clemencia, entendiendo lo mucho que deseaban reducirse á su servicio y ponerse en sus reales manos; y que para efetuar aquel negocio, como se lo habia prometido, habia venido á Terque, y deseaba verse con él y con el Habaquí, y con las demás personas que quisiese, y donde él señalase; porque habiendo tantas largas de su parte, en cosa que solo aquel remedio les quedaba para no ser muerte general, no podia don Juan de Austria dejar de darse la priesa que era justo para ejecutarla en todos con mucho rigor: por tanto, que se aprovechase de tan buena coyuntura, pues teniendo la espada en la mano, deseaba tambien usar de la clemencia que su majestad les concedia, como lo habian entendido por los bandos que se habian publicado. La cual singular gracia y merced debian estimar y recebir con alegría, y creer que habia sido mucha parte la buena intercesion de don Juan de Austria, y lo que él habia ofrecido de parte de todos los de la nacion morisca, confiado en el arrepentimiento que les habia conocido; avisándoles asimesmo como el bando que se habia publicado no era para suspender la guerra sola una hora, sino con aquellos que se fuesen á reducir dentro del término en él contenido; y que estos tales, aunque hubiesen sido capitanes, alcaides ó caudillos de los alzados, su majestad los admitia en su gracia, y no consentiria que se les hiciese mal ni daño. Que estuviese cierto que las palabras del bando se habian de cumplir, diciéndolas don Juan de Austria de parte de su majestad, que tan inviolablemente las guardaba; y que para que mejor entendiese esta verdad, y la llaneza y bondad con que don Juan de Austria trataba de su negocio, holgaria mucho se viese con él y con otras personas de crédito que pudiesen satisfacer. Esto todo decia don Alonso de Granada Venegas, porque Aben Aboo y los que con él estaban entendian diferentemente el bando, y habia escrito el Habaquí sobre ello á don Hernando de Barradas, entendiendo que se suspendia la guerra con todos mientras se trataba de la reducion, y aun parecia que no aseguraba á los caudillos. Tambien habia escrito Hernando el Habaquí que los de la Alpujarra, entendiendo que se trataba de sacar los moriscos de las ciudades de Guadix y Baza, que no se habian rebelado, estaban escandalizados, y don Alonso de Granada Venegas satisfizo en esta propria carta, diciendo que entendiesen el buen celo con que su majestad lo hacia, y verian que solo era para apartarlos de las molestias y malos tratamientos de la gente de guerra, que ni se podian reparar ni sufrir; y que no iban tan lejos de sus casas, que cuando los negocios tuviesen buen término dejasen de volver á ellas acrecentados de mercedes que su majestad les haría; y que él habia suplicado á don Juan de Austria que detuviese el campo en aquel alojamiento algun dia para tratar del negocio, y se lo habia concedido por seis dias: por tanto, que enviase los que habian de verse con él con la verdad y llaneza que era justo, pues habia entendido la voluntad de su majestad, y no debian dar lugar á que de todo punto cerrase la puerta de su clemencia. Estos mesmos dias se tornó á ver don Hernando de Barradas con el Habaquí en el castañar de Lanteira, y le dijo como tenia en buenos términos el negocio de la reducion, y que suplicase á don Juan de Austria de su parte, mandase que no llevasen los moriscos de Guadix la tierra adentro, porque habia sabido que los tenian ya encerrados en las iglesias para dar con ellos en Castilla; y que él se ofrecia á hacer de manera que todos los de la Alpujarra rindiesen las armas y se diesen á merced de su majestad, y que Aben Aboo viniese tambien en ello. Don Juan de Austria, aunque entendió que era negociacion de los proprios moriscos para que no los sacasen de sus casas, no embargante que muchos dellos habia dias que pedian se les señalase donde pudiesen irse, que estuviesen seguros de los trabajos de la guerra, fuera del reino de Granada, por atajar inconvenientes mandó que los dejasen estar mientras otra cosa se proveia. Y porque se habian de juntar con el Habaquí y con los caudillos moros que viniesen á tratar de la reducion algunos caballeros de nuestra parte, mandó venir á don Juan Enriquez, de Baza, don Alonso Haibz Venegas, de Almería, y don Hernando de Barradas, de Guadix, y les dió órden y comision para que, juntamente con don Alonso de Granada Venegas, entendiesen en ello; y á 30 dias del mes de abril partió con todo el campo de Terque. Aquel dia se alojó en el lugar de Instincion, y el siguiente fué á la Rambla de Canjáyar, donde vino á darse un moro conforme al bando, y dijo como los alzados perecian de hambre, y que valia entre ellos la hanega de trigo ocho ducados y la de cebada seis, y que no se hallaba. Desde este alojamiento se enviaron algunos traslados del bando, escritos y traducidos en lengua árabe, á diferentes partes para que lo entendiesen mejor; y porque acabado lo del rio de Almería habia de ir el campo á los Padúles de Andarax, donde don Juan de Austria pensaba detenerse algunos dias, por ser lugar cómodo para tratar la paz ó proseguir la guerra, ordenó á todos los proveedores y comisarios que teniamos cargo de enviar bastimentos al campo, así de Granada, como de Jaen, Baza, Ubeda, Cazorla y otras partes, que los encaminásemos por la via de Guadix, y que los proveedores de Málaga y Cartagena los enviasen por mar á la villa de Adra. Dejando pues el rio de Almería á la mano izquierda, yendo por camino harto áspero y trabajoso, por ser la mayor parte dél cuestas, á 2 dias del mes de mayo fué á poner el campo en los Padúles, dos léguas pequeñas de Anda-

rax, cinco de Ujíjar, tres del puerto la Ravaha, cinco de Fiñana, ocho de Almería, y otras cinco de Berja y de Dalías. Aquí hizo asiento, pareciendo á los del Consejo que no convenia pasar adelante por el mucho impedimento de bagajes, aspereza de la tierra, y ventaja que podian tener los enemigos, que perdido un sitio, se podian pasar á otro sin daño, y hacerle á nuestro campo; y por ser muy á propósito, segun el estado de las cosas y lo que se pretendia; y demás desto era tierra acomodada de árboles, abundante de aguas, y tenia un sitio apto para poderle fortalecer á poca costa, que era lo que mucho hacia al caso para recoger dentro los bastimentos y el campo, cuando los tercios saliesen á correr ó fuesen á hacer escoltas, que de necesidad habian de ser grandes y muy acompañadas de gente de guerra, para quitar á los alzados la esperanza de poderlas romper y valerse de los bastimentos que tomasen, como lo habian hecho otras veces.

El desinio de don Juan de Austria era enviar desde este alojamiento cuatro ó cinco mil hombres de á pié con docientos de á caballo, sin bagajes, y con mochilas para cinco ó seis dias, á que corriesen la sierra por la parte que mas pareciese convenir, y entrasen adentro todo lo que fuese posible, haciendo á los alzados el daño que pudiesen si no se venian luego á reducir; el cual no podia dejar de ser mucho, hallándose, como se hallaba, el duque de Sesa en Adra, tres leguas de Ujíjar, cuatro de Válor, tres de Lucainena, y cuatro de Poqueira, que podia con gente suelta hacer el mesmo efeto en la Alpujarra; y si viesen que convenia, darse los unos á los otros la mano. El dia que llegó el campo á Padúles, se hallaron cantidad de moros metidos en cuevas sobre el rio, y por bajo del lugar y del proprio alojamiento; y como se defendiesen dentro por ser fuertes y estar puestos en torronteras de peñas muy altas, don Juan de Austria les hizo combatir con humo, con bombas de fuego, con artillería y con escalas, conforme á la disposicion de cada uno, y todos los moros que habia dentro fueron muertos ó presos, no sin daño de los combatidores. A 6 dias del mes de mayo llegó á Padúles un moro con una carta del Habaquí para don Alonso de Granada Venegas, en conformidad del negocio que se trataba de la reducion; la conclusion de la cual fué que el Habaquí con los caudillos principales de los alzados viniese al lugar del Fondon de Andarax, una legua de Padúles, y dando rehenes de su parte, irian los caballeros que estaban diputados á verse con ellos. Otro dia luego siguiente fué avisado don Juan de Austria como en la sierra de Baza y Filábres habia muchas cuadrillas de moros, y que andaban con ellos Aben Mequenun, hijo de Puertocarrero el de Jérgal, y el Moxahali, y el negro de Almería, que llamaban Andrés de Aragon; los cuales corrian la tierra y hacian daños; y para castigarlos envió á don Pedro de Padilla con mil y docientos soldados de su tercio, y á don Diego de Argote con setenta lanzas de Córdoba y treinta de las de Ecija, á que corriesen la sierra y les hiciesen todo el daño que pudiesen. Esta gente anduvo tres dias de una parte á otra, sin que las guias pudiesen atinar á dar sobre los enemigos, hasta que una noche acaso descubrieron lumbres en un valle muy hondo; y caminando hácia ellas, al amanecer del dia fueron á dar cerca de unas fuentes, donde estaban mas de tres mil moros y mucha cantidad de mujeres, bagajes y ganados. Los hombres hicieron rostro y trabaron una asaz reñida pelea en que murieron algunos soldados y fueron muchos heridos; pero al fin se hubieron tan valerosamente los capitanes, que matando al pié de cuatrocientos moros, los desbarataron y pusieron en huida, y les tomaron las mujeres, bagajes y ganados; y recogiendo la presa, dieron luego vuelta al campo, llevando mas de cinco mil almas captivas. Mas no les sucedió como pensaban, porque los moros se rehicieron; y acometiendo la retaguardia, mataron doce escuderos, siete de Córdoba y cinco de Ecija, y muchos y muy buenos soldados, y cobraron la mayor parte de la presa, que por ser tan grande y ocupar tanto camino, no pudieron guarecerla toda; y fuera mayor el daño deste dia, si los capitanes no acudieran á resistir tan grande ímpetu como los enemigos traian, y los retiraran. Todavía salvaron mil y cien esclavas que iban en la vanguardia, y alguna cantidad de bagajes y de ganados, con que volvieron á Padúles.

CAPITULO XXIX.

Cómo el duque de Sesa ocupó á Castil de Ferro.

En el capítulo XXVI deste libro dijimos cómo el duque de Sesa se embarcó en Adra para ir sobre Castil de Ferro. Llevando pues la gente en diez y nueve galeras del cargo de don Sancho de Leiva y en una nao, salió de aquel puerto á 28 dias del mes de abril; y el mesmo dia le dió un soldado una carta escrita en arábigo, que, segun él dijo, la habia tomado á un moro, y era del alcaide de Castil de Ferro, que la enviaba á Berbería, en la cual daba cuenta de la artillería y gente que tenia en el castillo y de la fortificacion que hacia para que no le pudiesen batir, pidiendo con instancia á los arraeces moros y turcos que llegasen con las fustas á hacer escala en aquel puerto, diciendo que allí estarian seguros de los cristianos y podrian poner sus contrataciones. El Duque holgó mucho con la carta, y llegando aquel mesmo dia á Castil de Ferro, echó la gente en tierra en la playa que está á la parte de levante, donde llaman el Pararique, lugar cubierto de la artillería del castillo. Luego mandó ocupar una montañeta que la tiene á caballero, donde los enemigos habian comenzado á hacer un baluarte y tenian cantidad de cal, arena y piedra recogida para él; y haciendo subir dos piezas de artillería con harto trabajo, por ser la tierra áspera, comenzó á batir las defensas. Los moros mostraron gran determinacion de no quererse rendir, tirando con una pieza gruesa y con otros tirillos pequeños que tenian; y el Hoscein, que, como dijimos, habia comprado el castillo, conociendo flaqueza en un moro que decia que no se podian defender, y que seria bien que se rindiesen, le despeñó vive por cima de las almenas, diciendo que haria lo mesmo á todos los que tratasen de dar el castillo á los cristianos. Otro dia siguiente mandó el Duque subir otras dos piezas gruesas de batir, con que se prosiguió en la batería mas de propósito, y se quebró á los enemigos la pieza principal con que tiraban. A este tiempo faltó la municion, y mandó hacer dos mantas de madera de las arrumbadas de las galeras para picar el muro del castillo; y enviando á reconocer el lugar donde se habian de arrimar, á las diez de la noche los reconocedores se encontraron con el

Hoscein; el cual, desengañado de poderse defender, salia con treinta moros para irse á la sierra; y prendiendo algunos dellos, se echaron otros á la mar, y fueron nadando hácia una serrezuela que despunta en la playa á la parte de Motril; el Hoscein y otro moro viejo granadino, llamado el Taibili, fueron muertos. Aquella mesma noche tuvieron los nuestros habla con los moros que habian quedado dentro del castillo, los cuales trataron luego de rendirse; y el Duque, por no acabar de echarle por el suelo, holgó de concederles las vidas y que no los echaria en galeras. Y mandando á don Juan de Mendoza y al marqués de la Favara y á don Juan Niño de Guevara, capitan de la infantería con que servia la ciudad de Toledo, que subiesen á ocuparle, fué restaurado y vuelto á poder de cristianos en 2 dias del mes de mayo. Los turcos que habia dentro repartió el Duque entre los capitanes y gentileshombres que le pareció que habian trabajado; los moros de la tierra remitió á la Inquisicion para que los castigase conforme á sus culpas; y á los que habian intentado de irse, para ejemplo de otros los hizo ahorcar, y que á cuenta de su majestad se pagase veinte ducados por cada uno á los que los habian tomado; y las moras y todo el mueble mandó repartir entre la gente de guerra. Ganado Castil de Ferro, don Sancho de Leiva fué con las galeras á traer bastimentos de Málaga para ellas y para el campo, que ya faltaban; y como se detuviese en el viaje cinco dias, hubiera de deshacerse de todo punto el campo, segun la necesidad que pasaban los soldados, especialmente de agua, porque era menester ir por ella á una fuente que está media legua de allí, y no eran parte el Duque ni los capitanes para detenerlos que no se fuesen desmandados en cuadrillas la vuelta de Órgiba y de Motril, y los moros mataban muchos dellos en el camino. En este tiempo llegaron de parte de noche dos fustas de turcos á vista de Castil de Ferro, y hicieron señal con los eslabones, creyendo que estaba todavía por los moros; y aunque no les respondieron, llegaron á la playa y saltaron en tierra, sin que las centinelas echasen de ver en ello, porque como vieron bajar aquellos dos bajeles, creyeron que eran algunos barcos de los que el mesmo dia habian venido de Almuñécar, Motril y Salobreña con refresco. Subieron hácia el castillo quince turcos; y cuando llegaron á las centinelas y reconocieron que eran de cristianos, dieron vuelta huyendo á las fustas, y metiéndose dentro, tomaron una barca que venia de Motril, y se fueron sin recebir daño, dejando nuestro campo todo puesto en arma; el cual se embarcó para volver á Adra á 8 dias del mes de mayo, quedando de guarnicion en aquel castillo el capitan Juan de Borja con cien soldados.

CAPITULO XXX.

Del progreso que hizo el campo del duque de Sesa desde que volvió á Adra hasta que se juntó con el de don Juan de Austria.

Vuelto el duque de Sesa á Adra, no fueron menores inconvenientes que los pasados los que allí tuvo por falta de bastimentos, enfermedades y fuga de soldados, que se le iban cada dia por mar y por tierra sin poderlos detener. Estaban los moros en este tiempo tan divisos, que si unos, compelidos de necesidad, venian á rendirse, otros muchos andaban haciendo daños, no perdiendo coyuntura ni ocasion en que poder ofender á los cristianos; por manera que no salia hombre ni bagaje fuera del campo desmandado que no lo captivasen ó matasen. Y el mayor daño de todos era el descontento que nuestra gente tenia de ver que no les dejaban hacer correrías, las cuales estorbaba el Duque, no porque le faltaba voluntad de castigar los rebeldes, que siempre habia sido de aquel parecer, sino por excusar el daño que podian hacer en los rendidos. Vínose á disminuir en tanta manera el campo con estas cosas, que de mas de diez mil hombres que habia metido en la Alpujarra, no le quedaban cuatro mil, y destos se le iban cada dia á mas andar. Pasóse al lugar de Dalías, donde estuvo algunos dias, y vinieron muchos moros de todas las taas de la Alpujarra á rendirse conforme al bando; y los que no podian ir luego, daban sus poderes al Habaquí, como autor de aquella paz. En este alojamiento se refrescó la gente con la frescura y delicadeza de las aguas de las fuentes de aquel lugar; mas pasando de allí á Berja, donde era necesario que estuviese el campo para que las escoltas que pasaban con bastimentos desde Adra al campo de don Juan de Austria fuesen con mas seguridad, las aguas malas y calientes de aquella taa y los calores, que iban creciendo cada dia mas, causaron muchas enfermedades, de que vino á morir mucha gente; y por esta razon deseaba el Duque extrañamente que los dos campos se juntasen, y hacia instancia en ello antes que el suyo se le acabase de deshacer. En este tiempo sucedió que un moro berberisco, espía de Aben Aboo, que hablaba muy bien la lengua castellana y estaba por soldado en una compañía de infantería, persuadió á unos soldados que andaban movidos para irse del campo, diciendo que sabia muy bien la tierra y que los llevaria por toda la Alpujarra seguros de moros y de cristianos; y para acreditarse mas con ellos les pidió intereses por su trabajo é industria. Los soldados, que eran mas de setenta, creyéndose de sus palabras, le ofrecieron que le daria cada uno un real, y el solene traidor, cuando los tuvo apalabrados, dió aviso á Aben Aboo del camino que pensaba hacer para que les tomase los pasos. Salieron á la hora que anochecia del alojamiento, y guiólos el moro hácia Mecina de Bombaron. El Duque tuvo aviso de como se iban, y envió dos estandartes de caballos y dos compañías de infantería tras dellos; mas aunque los alcanzaron, no fueron parte para que por bien ni por mal quisiesen volver; antes se defendieron con tanta determinacion, que las compañías, no queriendo derramar su mesma sangre, hubieron de tornarse al campo sin hacer efeto; y ellos, guiados de su falso consejero, llegando cerca de Mecina de Bombaron, dieron en una emboscada que Aben Aboo les tenia puesta, y fueron todos muertos ó captivos. Estos dias vino un capitan moro llamado el Picení, natural de Berja, con trecientos escopeteros al campo del Duque, á tratar de rendirse y á desculparse de que le habian dicho que estaba informado que enviaba él moros de noche á que matasen y robasen los cristianos, caballos y bagajes qué se desmandaban del campo; el cual ofreció al Duque reduciria al servicio de su majestad cinco ó seis mil ánimas, y le certificó que los daños no eran con su consentimiento, antes habia ahorcado dos moros de los que los hacian con muy pequeña informacion. El Duque le mandó hacer muy buen tratamiento, y cuando hubo de volver donde habian dejado

su gente, envió con él cincuenta de á caballo que le hiciesen escolta; pero el Picení no quiso después reducirse, pareciéndole que los negocios iban encaminados de manera que no le podia suceder bien dello; y juntando sus compañeros, les dijo: «Hermanos, los cristianos nos miran con odio terrible; la tierra está perdida; malo es estar en ella como enemigos, y peor como amigos. Mi parecer es que nos pongamos en cobro; que si mujeres y hijos perdiéremos, otras mujeres hallarémos, y otros hijos podrémos tener donde quiera que fuéremos.» Y dende á pocos dias se pasó con ellos á Berbería en unas fustas de turcos que vinieron á la costa. Estando el Duque en este alojamiento, le escribió don Juan de Austria que tenia necesidad de verse con él para tratar de algunas cosas que convenian al servicio de su majestad; y él le respondió que iria á besarle las manos; y ansí, hubieron de partir el camino, y se juntaron en el cortijo que dicen de Leandro ó de Juan Caballero, donde comieron y trataron de los negocios, y de allí se volvieron á sus alojamientos. Don Juan de Austria se fué á Padúles de Andarax, y el duque de Sesa á Berja, y no mucho después partió de aquel alojamiento, y fué á juntarse con él en Padúles, y de allí adelante asistió cerca de su persona.

LIBRO NOVENO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo el Habaquí y otros alcaides moros se juntaron en el Fondon de Andarax con los caballeros comisarios para tratar del negocio de la reducion.

Dábase mucha priesa don Juan de Austria por concluir el negocio de la reducion mientras los alzados padecian hambre, porque entendia que pasado el mes de mayo, hallarian en cada parte la mesa puesta de los frutos que producia la tierra, y que seria menester engrosar de nuevo el ejército á mucha costa y con grande embarazo, especialmente que el Habaquí lo traia ya en buenos términos, y venian muchos á reducirse. A unos traia el temor de morir y la esperanza del perdon, á otros el amor de las mujeres y hijos que tenian captivos, pensando rescatarlos; y por la mayor parte, á todos el deseo de quietud y paz, cansados de tantos trabajos y desventuras. Habiéndose pues juntado en el alojamiento de Padúles los caballeros diputados que don Juan de Austria habia mandado venir para tratar del negocio, á 13 dias del mes de mayo vinieron al Fondon de Andarax Hernando el Habaquí, y Hernando el Galip, hermano de Aben Aboo, y Pedro de Mendoza el Hosceni, y un hijo de Jerónimo el Maleh, y Alonso de Velasco el Granadino, y Hernando el Gorri, y doce turcos de los principales con ellos, y mil escopeteros de guardia. El mesmo dia escribió el Habaquí á don Alonso de Granada, avisándole como habia venido á cumplir lo prometido, para que suplicase á don Juan de Austria mandase ir luego los caballeros que habian de tratar del negocio, significándole que ninguna cosa deseaban mas que paz y volver al servicio de su majestad, concediéndoseles algunas cosas fuera de las contenidas en el bando. Luego que don Juan de Austria supo la venida del Habaquí al Fondon de Andarax con los alcaides moros y turcos, mandó que los caballeros diputados fuesen á ver lo que querian, y con ellos el doctor Marin y los beneficiados Torrijos y Tamarin. Lo primero que trataron fué ponderar con arrogancia cuán mal se podian guardar las premáticas, los daños que dellas se les seguia, y los malos tratamientos que recebian de las justicias y de los ministros ejecutores dellas. Quejábanse de no haberles guardado nada de cuanto se habia asentado con ellos desde que se quisieron reducir al marqués de Mondéjar, refiriendo lo de Alvaro Flores en Válor, lo de Villalta en Laróles, y las mujeres que habian tomado por esclavas en la Calahorra yéndose á reducir; y mostraban mucho sentimiento de que llevasen á Castilla los moriscos que no se habian alzado, diciendo que si aquello se hacia con los que habian sido leales, qué podian esperar les rebelados. Finalmente dijeron que su pretension era que don Juan de Austria nombrase personas de quien ellos se fiasen, que recibiesen y amparasen á los que se fuesen á reducir, recogiendo á cada uno en su partido; que se diese paso libre á los de Berbería, porque como gente que habia venido á ayudarlos, querian que no se les hiciese daño por ninguna manera. Que se los ayudase para el rescate de las mujeres y hijos, y no se consintiese sacarlas de Castilla, y que darian luego todos los cristianos que tenian captivos en su poder; que los dejasen vivir en el reino de Granada, y que volviesen los que habian metido la tierra adentro; que se les guardasen las provisiones que tenian antiguas, y que una vez perdonados y reducidos hasta aquel dia, habia de haber perdon general, sin que hubiese recurso contra ellos por ninguna persona. Esta relacion enviaron luego los caballeros comisarios con Hernan Valle de Palacios á don Juan de Austria, el cual llegó al campo á media noche, y aquella mesma noche se juntó el Consejo; y visto lo que pedian los moros, se les respondió que ante todas cosas trajesen poder de Aben Aboo y de los otros caudillos en cuyo nombre se venian á rendir, y que presentasen, juntamente con él, su memorial en forma de suplicacion, pidiendo lo que viesen que les convenia, tratando solamente de aquellas cosas que fuesen pertinentes. Y porque se entendió que por falta de estilo no lo habian hecho, Juan de Soto, secretario de don Juan de Austria, que tambien lo era del Consejo, les envió la órden que habian de tener en lo que quisiesen pedir. Con este despacho volvió aquella noche Hernan Valle de Palacios al Fondon, y los moros holgaron de hacerlo ansí. Y para que el negocio fuese mas acertado, suplicaron á don Juan de Austria mandase á Juan de Soto que fuese tambien á hallarse en la conclusion dél, ofreciéndose de volver luego con los poderes. Y con esto se partieron los unos y los otros, y el Habaquí prometió de hacer que dentro de ocho dias viniesen con los recaudos al mesmo lugar.

CAPITULO II.

Cómo volvieron los caballeros comisarios al Fondon de Andarax, y concluyeron el negocio de la reducion.

El Habaquí cumplió su palabra, y el viérnes 19 dias del mes de mayo volvió al Fondon de Andarax y con él los otros alcaides, excepto Hernando el Galip, que maliciosamente, de envidia de ver que hacian los caballeros cristianos mas cuenta del Habaquí que dél, no quiso volver con ellos. Sabida su venida en el campo, don Juan de Austria mandó que fuesen luego las personas que habian intervenido en las pláticas pasadas, y con ellos el secretario Juan de Soto y García de Arce; los cuales partieron el mesmo dia del campo, y encontrando en el camino diez moros que el Habaquí enviaba en rehenes, los entregaron á don Martin de Argote, que con los caballos de su compañía iba haciendo escolta, y ellos pasaron adelante. Llegados al lugar del Fondon, el Habaquí presentó sus poderes, y hizo sus memoriales en la forma que Juan de Soto le dijo que habian de ir; y con ellos partió luego Hernan Valle de Palacios al campo, y los presentó en el Consejo. Aquella noche quedaron los caballeros comisarios en buena conversacion con los moros, y cenaron todos juntos; aunque se hubiera de convertir aquel placer en mayor desasosiego por la inadvertencia de un capitan de caballos del campo del duque de Sesa, llamado Pedro de Castro, que escribió una carta al Habaquí, con que los alteró á él y á todos los que habian venido á tratar del negocio de las paces, porque cierto en aquella coyuntura pudiera excusar los términos della. Salian los escuderos del campo del duque de Sesa á buscar de comer para los caballos, y desmandábanse tanto algunas veces, que llegaban hasta cerca de Andarax; y el Habaquí, por quitar inconvenientes, entendiendo que hacia servicio, habia mandado pregonar en su campo que ningun moro fuese osado de hacerles daño, y habia escrito sobre ello al Duque, avisándole de la diligencia que habia hecho, para que mandase á los escuderos que no pasasen de ciertos límites que señalaba en la carta, porque hasta allí llegarian seguros. Desto hizo poco caso el duque de Sesa, y Pedro de Castro, ofendido que hubiese tenido atrevimiento aquel moro de querer poner límites á su capitan general, le respondió por su parte que bien sabia él que todas las veces que el Duque habia querido pasear la Alpujarra, lo habia hecho á pesar suyo y de todos los moros della, y que lo mesmo haria de allí adelante, y otras palabras á este propósito. Esta carta acababa de recebir el Habaquí cuando Hernan Valle de Palacios entró por el lugar con la resolucion del Consejo; el cual le llamó desde la ventana de su aposento, estando con él el Maleh y Pedro de Mendoza y Alonso de Velasco, tan indignados todos, que tenian acordado de matar á los comisarios, y no hablar mas en el negocio, entendiendo que cuanto se trataba con ellos era engaño. Mas Hernan Valle los aplacó, mostrándoles el despacho que les traia, y con buenas razones los persuadió á que no hiciesen caso de las palabras de Pedro de Castro, diciéndoles que confiasen de los caballeros que allí estaban, pues eran los mayores amigos que tenian, y tales, que ellos proprios los habian escogido para tratar con mayor confianza de su bien; y que mirasen que cualquiera desórden que hiciesen les seria tan dañosa, que jamas tornarian á enristrar su negocio ni hallarian lugar de clemencia en su majestad. El Habaquí le dió la carta para que la fuese á mostrar á Juan de Soto, y le prometió que no dejaria salir de aquel aposento á ninguno de los que con él estaban hasta que los comisarios se juntasen. Los primeros que vieron la carta fueron don Juan Enriquez y Juan de Soto; los cuales entraron luego en la posada del Habaquí, y enviando á llamar los compañeros, trabajaron tanto con él y con los otros alcaides, que los pusieron en razon, y sin salir de allí concluyeron el negocio desta manera: que el Habaquí, en nombre de Aben Aboo y de los otros cuyos poderes tenia, fuese á echarse á los piés de don Juan de Austria pidiendo misericordia de sus culpas, y le rindiese las armas y la bandera, y que su alteza los admitiria en nombre de su majestad, y daria órden como no fuesen molestados, cohechados ni robados, y enviaria á los que se redujesen con sus mujeres y hijos y bienes muebles á las partes y lugares donde habian de vivir, porque no habian de quedar en la Alpujarra. Con estas cosas y otras particulares qué el Habaquí pidió para Aben Aboo y para los amigos y para sí mismo, que todas se le concedieron, partió aquel dia para los Padúles, llevando consigo á Alonso de Velasco y trecientos escopeteros, y fué á hacer la sumision á don Juan de Austria en nombre de su majestad. Entró en nuestro campo acompañado de los caballeros comisarios y sus trecientos escopeteros moros puestos en órden á cinco por hilera, á los cuales tomaron en medio cuatro compañías de infantería que los estaban aguardando. Luego entregó la bandera de Aben Aboo, por mandado de don Juan de Austria, á Juan de Soto, y él la cogió en el hasta; y pasando por medio de los escuadrones de la gente de á pié y de á caballo, que estaban puestos en sus ordenanzas tocando sus instrumentos de guerra, hicieron una hermosa salva de arcabucería, que duró un cuarto de hora. Estaba don Juan de Austria en su tienda acompañado de todos los caballeros y capitanes del ejército, y llegando el Habaquí cerca, se apeó del caballo y fué á echarse á sus piés, diciendo: «Misericordia, señor, misericordia nos conceda vuestra alteza en nombre de su majestad, y perdon de nuestras culpas, que conocemos haber sido graves;» y quitándose una damasquina que llevaba ceñida, se la dió en la mano, y le dijo: «Estas armas y bandera rindo á su majestad en nombre de Aben Aboo y de todos los alzados cuyos poderes tengo;» y Juan de Soto arrojó á sus piés la bandera de Aben Aboo. Don Juan de Austria estuvo á todo esto con tanta serenidad, que representaba bien la majestad del cargo que tenia; y mandándole que se levantase, le tornó á dar la damasquina, y le dijo que la guardase para servir con ella á su majestad, y después le hizo mucha merced y favor. Los trecientos moros se volvieron á Andarax, y el Habaquí quedó en el campo. Llevóle á comer á su tienda don Francisco de Córdoba, y sobre comida se trataron algunas cosas concernientes al bien de los negocios, que quedaron apuntadas. Otro dia le llevó á comer el obispo de Guadix, que no holgó poco de verle con demostracion de arrepentimiento y contento de haber hecho aquel servicio á Dios y á su majestad. Y á 22 de mayo volvió á la Alpujarra á dar cuenta á Aben Aboo y á los otros caudillos de lo que dejaba efetuado. Este mesmo

dia partió don Juan de Austria de Padúles, y se fué á poner en Codbaa de Andarax.

CAPITULO III.

Cómo don Antonio de Luna fué á despoblar los lugares de la sierra de Ronda.

La ciudad de Ronda, que los moros llamaron *Hisna Rand*, que quiere decir castillo del laurel, está en la parte mas occidental del reino de Granada: fué fundada por los alárabes sectarios en lugar algo apacible, aunque rodeada de asperísimas sierras, donde se acaba la sierra mayor. A poniente tiene los términos de las ciudades de Gibraltar, Jerez de la Frontera y Sevilla, al cierzo los lugares de la tierra llana de Andalucía, al mediodía la de Marbella, y al levante la de Málaga. Su sitio es fuerte por naturaleza, porque la rodea por las tres partes una muy honda cava de peña tajada, por la cual corre un rio, que la mayor parte dél nace debajo de la puente de la mesma cava; la demás que viene por aquel lugar son juntas de arroyuelos que bajan de las sierras, y se secan á tiempos en el año; por manera que la verdadera fuente está debajo de la propria ciudad, donde no se le puede quitar por cerco el agua. Donde no la cerca la cava ni el rio, que es entre poniente y mediodía, la fortalece un castillo, bastante defensa para guardar aquella entrada. Sus términos son fértiles, vestidos de arboledas, de olivares y de viñas; y tiene grandes montes para cria de ganados, y muy buenas tierras para sembrar pan. Los lugares de su jurisdicion son muchos; están metidos en los valles de las sierras, donde corren aguas frescas y saludables de fuentes y de rios que nacen en ellas. Atraviesa por esta tierra de levante á poniente la sierra mayor con nombre de Sierra Bermeja; aunque los moradores la llaman diferentemente, conforme á las poblaciones que están en ella. Su principio es en la sierra de Arboto, cerca de Istan, y fenece en Casáres y Gausin, últimos pueblos del Havaral ó algarbe de Ronda, que está á poniente de aquella ciudad. El rio que sale de la cava llaman al principio Guadal Cobacin, y cuando va mas abajo Guadiaro, y con este último nombre se mete en la mar entre Gibraltar y la torre de la Duquesa, llevando consigo las aguas de otros rios que le acompañan. Sobre Igualeja, que es el mas alto lugar desta sierra, nace otro rio que corre por el valle del Havaral, donde hay muchos lugares de una parte y otra dél, y le llaman Genal. El primer lugar que está en la ladera á mano derecha es Parauta, luego Cartagima, Júscar, Faraxam, Pandeire, Atajate, Benadalid, Benalabría, Benamaya, Algatúcin, Benarrabá y Gausin, donde fenece el Havaral. En la otra ladera de la mano izquierda están Pujerra, Moclon, Jubrique, Rotillas, Benameda, Ginalguacil, Benestepar y Casáres, que está en el paraje de Gausin. En Júscar hay una torre antigua, labrada, de cuatro esquinas, que sirve de campanario en la iglesia, que en tiempo de moros fué mezquita; la cual con fuerza de un hombre puesto sobre el pretil alto, donde está la campana, se menea tanto, que se tañe sin llegar á ella. No hallamos quien nos dijese la causa de su movimiento; mas puesto arriba, consideré que es la delicadeza de la fábrica; y ansí dicen unas letras árabes que están en ella, que la hizo el maestro de los maestros del arte de albañilería. Volviendo á nuestro propósito, el rio corre siempre á poniente hasta llegar á Casáres, y allí vuelve hácia mediodía; y dejando á mano izquierda aquella villa, se va á meter en la mar entre Gibraltar y Estepona. Vadéanse estos dos rios por todas partes, sino es dos ó tres leguas de la mar, que Guadiaro se pasa en barca. Casáres y Gausín son villas fuertes por naturaleza de sitio. Casáres está cercada de una cava de peña tajada, de la manera que Ronda, y tambien Gausin, aunque la cava no es tan alta; y en tiempo de moros era la llave del Havaral. Otra serranía está tres leguas desviada del Havaral á la parte del cierzo, que llaman de Villaluenga, la cual solia ser de Ronda, y agora es de señorío, y en ella hay siete villas. Esta sierra es alta y prolongada, y tiene cinco leguas de largo del norte á mediodía. Tornando pues á la parte de levante de Ronda, donde llaman la Jarquía, encima de la villa de Tolox, que es de la hoya de Málaga, cuatro leguas de la mar, está la Sierra Blanquilla, mas alta que otra del reino de Granada, fuera de la Sierra Nevada; en la cual están las fuentes de tres rios. El uno es Rio Verde, que, como dijimos en la descripcion de Marbella, corre hácia aquella parte. El otro llaman Rio Grande, sale entre Tolox y Yunquera, y por bajo de Alozaina pasa á Casapalma; y juntándose con el rio que baja de Alora, va á entrarse en la mar una legua á poniente de Málaga junto á Churriana. El tercero rio, que baja de Sierra Blanquilla, nace á la parte del Burgo; y pasando junto á la villa, va al castillo de Turon, fortaleza importante cuando la tierra estaba por los moros, y á la villa de Hardáles; y juntándose con él otros rios en unas sierras, se va á despeñar entre dos peñas tajadas de grandísimo altor, que están media legua abajo de la junta, donde llaman el despeñadero: allí entra el rio por una angostura ó gollizo muy largo, donde antiguamente estaban dos grandes poblaciones, cuyas reliquias se ven el dia de hoy apartadas media legua del rio, la una hácia el mediodía y la otra hácia el norte. La de mediodía llaman los modernos Villaverde y la otra Abdelagiz, donde está una poblacion pequeña que corruptamente llaman Audalajix. De allí va el rio á Alora, y en Casapalma, dos leguas mas abajo, se junta con el Rio Grande que dijimos.

Estando pues su majestad y los de su consejo resueltos en que se despoblasen todos los lugares de moriscos de paces que estaban por alzar en el reino de Granada, para que los alzados acabasen de perder la esperanza que en ellos tenian, y se rindiesen ó deshiciesen presto, aunque con la ocasion de la reducion que se trataba en Andarax, habia don Juan de Austria suspendido la saca de los de Guadix y Baza, no se asegurando de los de la serranía y Havaral de Ronda, por haber algunos levantados en aquellas sierras, mandó á don Antonio de Luna que, valiéndose del corregidor de aquella ciudad y de Pedro Bermudez de Santis, á cuyo cargo estaba la gente de guerra de la guardia della, y de los corregidores de las otras ciudades comarcanas, con el mayor número de gente que pudiese fuese á sacarlos de allí, y los llevase la tierra adentro á los lugares de Andalucía y hácia la raya de Portugal con la menor molestia que fuese posible, porque no tuviesen ocasion de resistir el mandato y órden que se les daba. Para este efeto partió don Antonio de Luna de Antequera, donde habia venido Pedro Bermudez de Santis á comunicar la jornada con él, á 20 de abril, y llevando dos mil infantes y se-

senta de á caballo, fué á la ciudad de Ronda, donde cumplió el número de cuatro mil infantes y cien caballos; luego puso en ejecucion la órden que llevaba; y á un mesmo tiempo juntó Arévalo de Zuazo la gente de su corregimiento, y fué á despoblar á Monda y á Tolox, que confinan por aquella parte con la serranía de Ronda, ansí porque no habia mucha seguridad de los moriscos que moraban en ellos, como para tomar el paso á los de la Hoya y Jarquía, en caso que quisiesen hacer alguna novedad. Siendo avisado don Antonio de Luna que para el buen efeto del negocio convendria ocupar ante todas cosas la parte alta de la sierra antes que los moriscos entendiesen lo que se iba á hacer, mandó á Pedro Bermudez de Santis que con quinientos soldados se fuese á poner en el lugar de Jubrique, sitio á propósito para asegurar las espaldas á los que habian de ir á despoblar los otros lugares del Havaral. Hecho esto, repartió las compañías, dándoles órden que á un tiempo y en una hora los encerrasen en las iglesias y los comenzasen á sacar. Partieron á las ocho de la mañana, no pareciendo cosa conveniente ir de noche, por la aspereza de los caminos poco conocidos; y los moros, que estaban sospechosos y recatados, en descubriendo nuestra gente se subieron con sus armas á la sierra, dejando las casas, las mujeres, los hijos y los ganados á discrecion de los soldados; los cuales, como gente bisoña y mal disciplinada, comenzaron á robar y cargarse de ropa y á recoger esclavos y ganados, hiriendo y matando sin diferencia á quien en alguna manera daba estorbo á su codicia. Viendo los moros esta desórden, movidos de ira y de dolor, bajaron de la sierra, y acometiendo á los que andaban embebecidos en robar, los desbarataron. Creció esta desórden con la escuridad de la noche, y como algunos soldados desamparasen la defensa de sí y de sus banderas, Pedro Bermudez, dejando alguna gente en la iglesia de Genalguacil en guardia de las mujeres, niños y viejos que tenia allí recogidos, tomó fuera del lugar un sitio fuerte donde guarecerse. Entraron los moros determinadamente por las casas, y cercando la iglesia, la combatieron, y sacando los que habia dentro, le pusieron fuego y la quemaron, y á los soldados, sin que pudiesen ser socorridos. Luego acometieron á Pedro Bermudez, el cual se defendió animosamente, y al fin le mataron cuarenta soldados; y quedando muchos heridos de una parte y de otra, se recogieron los enemigos á la sierra. Vista la desórden y el poco efeto que se habia hecho, retiró don Antonio de Luna las banderas con obra de mil y quinientos soldados, bien cargados de moriscas y de muchachos y de ropa y ganados, que vendian después en Ronda, como si fuera presa ganada de enemigos. Luego se deshizo aquel pequeño campo, yéndose cada uno por su parte, como lo suelen hacer los que han hecho ganancia y temen por ella castigo; y don Antonio de Luna, dando licencia á la gente de Antequera, y enviando los moriscos que habia podido recoger la tierra adentro, sin hacer mas efeto partió para Sevilla, donde habia su majestad ido aquellos dias, á darle cuenta de sí y del suceso, porque los de Ronda y los moros le cargaban culpa; los unos diciendo que, habiendo de dar al amanecer sobre los lugares, habia dado en ellos alto el sol y dividida la gente en muchas partes, y que habia dado confusa la órden, dejando en libertad á los capitanes y oficiales; y los otros, que habia quebrantado el seguro y palabra real, que tenian como por religion, y que estando resueltos en obedecer lo que se les mandaba, les habian robado las casas, las mujeres, los hijos y los ganados, y que no les quedando mas que las armas en las manos y la aspereza de las sierras, se habian acogido á ellas por salvar las vidas; y que todavía estaban aparejados á dejarlas, y volverian á obediencia tornándoles las mujeres, hijos y viejos que les habian llevado captivos, y la ropa que con mediana diligencia se pudiese cobrar. A lo primero decia don Antonio de Luna haber repartido la gente como convenia en tierra áspera y no conocida; que si caminara de noche, fuera repartir á ciegas y llevarla desordenada y deshilada; de manera que fácilmente pudiera ser desbaratada, por estar los enemigos avisados, saber los pasos, y serles la escuridad de la noche favorable. Y á lo segundo, aunque parecia no ir los moros fuera de razon, eran tantos los interesados, que por solo esto fueron habidos por enemigos, no embargante la demostracion de haberse movido provocados y en defensa de sus vidas; por manera que las razones de don Antonio de Luna fueron admitidas, y se dió culpa á la desórden de los soldados. Y en efeto, no sirvió esta jornada mas que para acabar de levantar aquella tierra y dejarla puesta en arma.

En este tiempo Arévalo de Zuazo llegó á la villa de Tolox con la gente de su corregimiento, y mandó encerrar los moriscos de aquella villa en la iglesia con alguna manera de quietud; mas teniendo puestas guardas al derredor de la villa, los soldados se descuidaron, y tuvieron muchos moriscos lugar de irse á la sierra con sus mujeres y hijos; y recogiendo el ganado que tenian en ella, fueron á juntarse con los demás alzados que andaban á la parte del Rio Verde. Despoblada aquella villa, dejó en ella al capitan Juan de Pajariego con ciento y treinta hombres, mientras se recogian los bienes muebles; el cual, siendo avisado como los moros que habian huido á la sierra tenian mas de tres mil cabezas de ganado y muchas mujeres y niños, y que se podrian desbaratar fácilmente, por ser gente desarmada, juntó ciento y veinte hombres de Alhaurin y de Alozaina y de otros lugares, que andaban aventureros, y fué á buscarlos; y llegando al puerto de las Golondrinas, vieron el ganado cabrío en unas ramblas junto á la majada que dicen de la Parra, con tres moros que lo andaban guardando. Habian los enemigos puesto allí aquel ganado de industria cuando vieron ir los cristianos, y puéstose en emboscada; y como el capitan hiciese alto en un cerrillo y enviase cuatro mozos ligeros que lo recogiesen, salieron de la emboscada dando grandes alaridos, y á gran priesa subieron á tomar los puertos mas altos para revolver sobre ellos. Viendo esto algunos temerosos cristianos, dieron á huir; que no bastaban los ruegos del capitan ni del alférez ni de los otros oficiales á detenerlos, ni las amenazas que les hacian. Algunos hombres de vergüenza repararon y comenzaron á hacer un escuadron mal ordenado, porque ya los enemigos venian tan cerca, que no tuvieron lugar de poderlo formar; y fueron acometidos con tanta determinacion, que los rompieron, y matando siete cristianos, hirieron treinta y les hicieron pedazos el tafetan de la bandera y la caja del atam-

bor. Yéndose retirando desta manera, llegaron á la loma de Corona, que es una cordillera alta que da vista á todas aquellas sierras; y allí salió otra manga de moros que los fué cercando; y renovando la pelea, mataron otros cuatro cristianos y hirieron veinte. Y como ya estuviesen cansados y faltos de municion, se arrojaron la sierra abajo, que es fragosa y sin arboleda; y los moros, yendo á la parte alta, echaban á rodar sobre ellos peñas y piedras grandes con que los iban apocando. Quedábase atrás el capitan Pajariego metido entre unas matas, y un hijo suyo volvió animosamente en busca de su padre, y pasando por medio de los enemigos, con catorce soldados llegó al lugar donde estaba y le retiró. Y sin duda se perdieran todos si el capitan Luis de Valdivia, vecino de la ciudad de Málaga, no los socorriera con veinte caballos y la gente de á pié que habia en Tolox; el cual los retiró; y llevando los heridos á curar á Alozaina, dejaron á Tolox despoblado. Idos los cristianos de allí, los moros bajaron luego á la villa, y quemaron la iglesia y las casas de los cristianos que vivian entre ellos.

CAPITULO IV.

Cómo el Habaquí volvió al campo de don Juan de Austria con resolucion, y se dió órden á los caballeros comisarios que habian de recoger los moros que viniesen á reducirse.

El dia de Corpus Christi, que fué este año á 25 de mayo, volvió el Habaquí al campo de don Juan de Austria con resolucion de lo que se habia platicado con él, y con el consentimiento de Aben Aboo y de los otros caudillos principales de los alzados y de los turcos, y especialmente de la gente comun, que no deseaban cosa mas que verse en quietud. Y porque á la hora que llegó andaba la procesion del Santísimo Sacramento, salieron á entretenerle mientras se acababa, don Hernando de Barradas y Hernan Valle de Palacios, los cuales estuvieron con él hasta que se acabó la fiesta, que fué muy solene, porque anduvo la procesion por una calle hecha de alamedas y frescuras al derredor de la tienda donde se ponia el altar para decir misa, estando los escuadrones de la infantería y la gente de á caballo de un cabo y de otro con sus banderas tendidas tocando los instrumentos de guerra, y se hicieron tres salvas de arcabucería, que duró cada una un cuarto de hora. Iban en la procesion el obispo de Guadix con los clérigos y frailes que habia en el campo, y todos los caballeros, capitanes y gentileshombres con hachas y velas de cera ardiendo en las manos. Llevaban las varas delanteras del palio del Santísimo Sacramento don Juan de Austria y el comendador mayor de Castilla, y las traseras don Francisco de Córdoba y el licenciado Simon de Salazar, alcalde de la casa y corte de su majestad. Cierto era cosa de ver el abatir de los estandartes y banderas, las gracias que todos daban al Soberano, loando su infinita bondad y misericordia en aquel lugar, donde tantas abominaciones y maldades habian cometido los herejes rebeldes contra la majestad divina y humana. Aquel dia predicó un fraile de san Francisco, el cual con muchas lágrimas alabó á nuestro Señor por tan gran bien y merced como habia hecho al pueblo cristiano en traer aquellas gentes á conocimiento de su pecado; y sobre esto dijo hartas cosas con que se consoló la gente. Acabada de solenizar la fiesta deste dia, el Habaquí entró en el campo, y se le dieron luego los recaudos que hacian al caso para el despacho de su negocio, y un bando firmado de don Juan de Austria en confirmacion del pasado con algunas declaraciones y prorogacion de tiempo. Diéronse comisiones á los caballeros comisarios á cuyo cargo habia de ser el recoger los moros que se viniesen á reducir, para que fuesen luego á los partidos donde habia de estar cada uno. A don Juan Enriquez se cometió lo de Baza y su hoya, rio de Almanzora, sierra de Filábres y tierra de Vera; á don Alonso de Granada Venegas, todo lo de la Alpujarra, sierra, vega de Granada, taa de Órgiba, costa de la mar, valle de Lecrin y rio de Alhama; á don Hernando de Barradas, lo de Guadix, la Peza, Fiñana, Abla, Lauricena, Guécija, Dílar, Ferreira y la Calahorra; á don Alonso Habiz Venegas, lo de Almería y su rio; á Juan Perez de Méscua, lo del Deyre, Elquif, Nanteira y Jériz; y á Tello Gonzalez de Aguilar y Hernan Valle de Palacios se mandó recoger todos los que viniesen á reducirse al campo de don Juan de Austria. Y porque Hernando el Darra y los de la sierra de Bentomiz trataban tambien de rendirse, y habian enviado á don Alonso de Granada Venegas dos moriscos llamados Gonzalo Gaytan, vecino de Competa, y Jorge Abul Hascen, vecino de Canílles, por toda la sierra, se envió comision á Arévalo de Zuazo para que él y Alonso Vélez de Mendoza, vecino de Vélez, los recogiesen. La órden que se les dió á todos fué que los dejasen ir á morar en las partes y lugares donde pareciese que habia mas comodidad, á su libre voluntad, con que fuese en tierra llana fuera de las sierras, y apartados de la costa de la mar todo lo que fuese posible, haciendo lista de todos los hombres de quince años arriba y de sesenta abajo, con relacion del dia en que se reducian, de las armas que entregaban, y del lugar donde querian ir á vivir; y que les dejasen vender ó llevar los bienes muebles, sin que se les pusiese impedimento en ello. Ofrecióse el Habaquí á reducir tambien los de la serranía de Ronda y Marbella que anduviesen alzados; y con ánimo de ir encaminando luego los de la Alpujarra, diciéndoles adónde habian de acudir y por qué caminos habian de ir seguros, se partió del campo con órden de embarcar los turcos y moros berberiscos que andaban en la tierra, y enviarlos á Berbería; cosa que aunque al parecer era áspera de sufrir, bien considerado, fué importante para quitar á los alzados la esperanza que de su socorro tenian, y quien los pudiese persuadir á que no se redujesen; porque aunque eran pocos, podian mucho en este particular, y era una cosa en que el Habaquí habia hecho instancia por quitar este inconveniente que podia interromper su negocio, aunque tambien le debió de mover á ello haberlos traido él de Argel, y por ventura persuadídolos á que se volviesen con ganancia y seguridad antes que todo se perdiese.

CAPITULO V.

Cómo don Alonso de Granada Venegas fué á verse con Aben Aboo.

Habia de ir don Alonso de Granada Venegas á ponerse en Otura, lugar de la vega de Granada, para recoger los moros que viniesen á reducirse de su partido; y porque diese esperanza á Aben Aboo de todo lo que el Habaquí le habia dicho, don Juan de Austria le man-

dó que hiciese camino por el Alpujarra y fuese á verse con él, y que de su parte le dijese la merced que en nombre de su majestad le hacia, y como, condoliéndose de verle embarazado en cosa tan fuera de su buena inclinacion, entendiendo su inocencia y sencillez, como se lo habia significado el Habaquí, le habia tomado debajo de su proteccion y amparo para suplicar á su majestad, como se lo suplicaria, que le hiciese toda merced y favor; y que debajo desto podria estarse en su casa sin salir della, pues aunque se ordenaba á los demás que estaban en la Alpujarra que saliesen, no se debia esto entender con su persona ni con algunos particulares de los que él quisiese nombrar, teniendo por cierto que haria el servicio que habia ofrecido. Y porque llevaba tambien órden de ir á Mecina de Bombaron á recoger las armas de todos los que se redujesen, y enviarlas á Granada, se mandó que en este particular no hiciese novedad con Aben Aboo, pues ya el Habaquí habia hecho el auto de sumision con poder suyo. Peligrosa comision era la que don Alonso de Granada Venegas llevaba entre gente bárbara indignada, y holgara harto poder excusar aquel camino, temiendo algun desatino de quien tantos habia hecho, con el cual venia á desbaratarse el negocio; y diciéndolo ansí á don Juan de Austria, el animoso Príncipe le respondió que no habia que parar en el peligro, porque en los grandes hechos grandes peligros habia de haber. Viendo pues don Alonso Venegas la determinacion de don Juan de Austria, domingo á 28 de mayo, á mas de las cuatro de la tarde, partió de Codbaa de Andarax; y llevando consigo al beneficiado Torrijos y al alférez Serna y otras once ó doce personas, llegó á puesta de sol á Alcolea, donde estaba Pedro de Mendoza el Xoaybi, que le salió á recebir con dos de á caballo y cincuenta arcabuceros y ballesteros. Quedó allí aquella noche, y no quiso pregonar el bando que llevaba, por ser el distrito de otro comisario; mas dijo de palabra á los vecinos las partes donde habian de ir á rendirse, la seguridad con que lo podian hacer, la confianza del buen acogimiento que hallarian en todos los caballeros que estaban diputados para aquel efeto, y lo mucho que les convenia reducirse con brevedad. Los moros forasteros de Granada y de otras partes que estaban en el lugar mostraron estar en el cumplimiento del bando llanos; mas los de la tierra sentian mucho haber de dejar sus casas; y con todo eso le dijeron que harian lo que se les mandaba. Y porque se temian de ir con sus mujeres y hijos y ropa por entre los monfís, le rogaron que escribiese á don Juan de Austria que, como el Habaquí tenia comision de poder traer gente, la tuviesen algunos particulares, como Pedro de Mendoza el Xoaybi y otros, que asegurasen los caminos y los acompañasen hasta ponerlos en salvo; el cual les dijo que lo haria ansí, y les avisó que ninguno fuese al campo sin órden, y que llevándola, entrasen de dia, y no de noche, por el inconveniente que podria haber. Otro dia de mañana partió de Alcolea y llegó á Albacete de Ujíjar, donde fué bien recebido, y mandó pregonar y fijar el bando en una puerta; y diciendo á los moros que halló en el lugar lo que habia dicho á los de Alcolea, fué por el camino derecho á Cádiar, donde supo que le aguardaban Aben Aboo y el Habaquí. Y era verdad que le habian estado aguardando el domingo, y se lo habian enviado á decir ansí; y porque el mensajero no habia tornado con la respuesta, se habian vuelto á Mecina de Bombaron, y enviaron á Alonso de Velasco con seis de á caballo el camino adelante que le fuese á encontrar; el cual le topó media legua de aquel cabo de Ujíjar, y se fué con él á Cádiar. Habia en aquel pueblo mucha gente de Cogollos y de los lugares de la vega y sierra de Granada, que le recibieron con mucho contento y le aposentaron y regalaron mucho, regocijándose todos con la nueva de las paces. Aquel mesmo dia vinieron á Cádiar Aben Aboo y el Habaquí con trecientos moros escopeteros y cincuenta turcos, y se fueron á apear á la posada de don Alonso de Granada Venegas; y apartándose con ellos el beneficiado Torrijos, toda la plática de Aben Aboo fueron descargos, dando á entender que no habia tenido culpa en el levantamiento; antes habia amparado á los cristianos de su lugar y defendido á los alzados que no quemasen la iglesia, aconsejándoles que no hiciesen semejante maldad. Que después desto habia sido de los primeros que se habian reducido al marqués de Mondéjar y hecho que se redujesen otros muchos; que por fuerza y contra su voluntad habia aceptado el cargo de la gobernacion de los moros, y que siendo cristiano de corazon, no habia permitido que se hiciesen crueldades en los cristianos captivos, y habia comprado los que habia podido, á fin de que no los matasen. Y últimamente concluyó con decir que venia allí á que don Juan de Austria hiciese dél, y de sus armas, y de todo lo demás, lo que fuese servido; y que ordenándosele, iria con los de la Alpujarra donde se le mandase, aunque le parecia que serviria mas en encaminar la gente á sus distritos, sin que hubiese desórden que pudiese impedir lo que tanto deseaba, y en hacer embarcar los turcos y moros berberiscos, que era la cosa que de presente mas cuidado le daba, por ser gente tan ocasionada para cualquier mal efeto, y tan desconfiados, que dañaban á los demás, de cuya causa los traia consigo á fin de no dejarlos desmandar, por ser mozos y los que mas mano tenian en la tierra con los malos; y que desde el dia que su majestad habia abierto la puerta de la misericordia, habia hecho cuanto habia podido para dar á entender á los alzados lo mucho que les importaba reducirse, aunque habia tenido hartas contradiciones en ello. Con estas y otras cosas que Aben Aboo decia daba á entender que tenia voluntad de reducirse; mas no se asegurando de sus mesmas culpas, como si tuviera el cuchillo á la garganta, temia la muerte. Don Alonso de Granada Venegas le dijo que don Juan de Austria estaba muy satisfecho de su persona, y que se diese priesa en concluir aquel negocio, que era lo que mas le convenia para su quietud y descanso; pues, como el Habaquí le habia dicho, el dejar la tierra y las armas no se entendia con su persona ni con algunos de los que él nombrase. Con estas y otras razones que le dijo, quedó Aben Aboo al parecer algo mas asegurado, y prometió de hacer todo cuanto don Juan de Austria le mandase; solamente pidió á don Alonso de Granada Venegas que no tratase de recoger las armas, como se lo mandaba por su instruccion, diciendo que la gente que traia consigo era para servir á su majestad y hacer el efeto que tenia prometido; el cual holgó dello, y le dijo que no habia ya para qué traer banderas ni otra insignia; y en su presencia las mandó luego Aben Aboo

quitar, y con esto se volvió aquel mesmo dia á Mecina de Bombaron.

CAPITULO VI.

Cómo don Alonso de Granada Venegas avisó á don Juan de Austria de lo que habia pasado con Aben Aboo.

Estuvo don Alonso de Granada Venegas en Cádiar dos dias inquiriendo las voluntades de aquellas gentes; y aunque no hizo pregonar públicamente el bando, porque Aben Aboo le rogó que lo suspendiese hasta que los turcos fuesen embarcados, no dejó de hacer mucho efeto divulgándolo de palabra, y asegurando á los que se fuesen á reducir. Y luego avisó á don Juan de Austria, y particularmente como el Habaquí decia que estaban ya los turcos á punto para embarcarse en sabiendo que habia navíos en que poderse ir; y que convenia mucho despacharlos con brevedad, porque no alterasen la tierra, porque andaban diciendo que los cristianos debian de tratar cómo meterlos á todos juntos en parte donde los pudiesen degollar en una hora; y que pedian navíos de remos en que pasar, no se asegurando en otros de otra suerte. Avisó mas: que seria bien que se hallase presente al embarcar alguna persona particular, que tuviese cuenta con que no llevasen moriscas ni moros de la tierra, ni cristianos captivos, ni otras cosas de las que estaban prohibidas; y porque la ocasion de los cristianos que tenian captivos no los entretuviese, procurando embarcarlos á escondidas en fustas ó en otros navíos, fuese servido mandar enviar algun dinero que se les diese por ellos, pues Aben Aboo y los otros alzados no los rescataban, ni tenian con qué poderlo hacer; y el Habaquí se ofrecia á concertarlos en muy poco precio. Hechas estas diligencias, y otras que parecieron convenir al bien del negocio, don Alonso de Granada Venegas pasó á la vega de Granada, y haciendo su asiento en Otura y en Zúbia, comenzó á recoger los que se iban á reducir, que fueron muchos. Repartíalos por los lugares como iban viniendo, asegurábalos, y proveíalos de bastimentos; todo esto con grandísimo trabajo, por las desórdenes de nuestra gente, que salian á los caminos y los mataban y robaban, y hacian esclavas las mujeres, escondiéndolas y llevándolas á vender la tierra adentro. No fué menor inconveniente el que hubo en los otros partidos, donde por la mesma órden los recogian los otros caballeros comisarios, sin que se pudiese reparar ni remediar, aunque algunos soldados fueron castigados ejemplarmente; y su majestad envió á mandar á los corregidores de las ciudades y á los cabos de la gente de guerra, que diesen órden como no recibiesen agravio y fuesen bien tratados los que se viniesen á reducir, castigando á los transgresores

CAPITULO VII.

De algunas entradas que los capitanes hicieron estos dias en diferentes partes del reino contra los que no se iban á reducir.

Tenian órden general los capitanes de la gente de guerra, en que se les mandaba que no cesasen de correr la tierra á la parte que sintiesen haber moros de guerra, para quitarles los mantenimientos, necesitándolos á que con hambre se diesen priesa á reducir, mandándoles asimesmo que no hiciesen correrías, porque no se siguiese algun estorbo ó inconveniente que interrumpiese lo que estaba asentado con ellos; mas esto se disimulaba con los que las hacian en parte donde andaban moros inobedientes. Con este calor se hicieron muchas entradas entre paz y guerra en diferentes partes del reino, algunas de las cuales pornémos en este capítulo, porque fueron espuelas para traer á obediencia la mayor parte de los alzados, aunque lo pudieran ser para lo contrario. Habia enviado el presidente don Pedro de Deza desde Granada una gruesa escolta con muchos bagajes cargados de bastimentos á Guadix con Bartolomé Perez Zumel y Jerónimo Lopez de Mella; los cuales de vuelta fueron por encima del lugar de la Peza á dar á Valdeinfierno sobre Guéjar, donde sabian que se habian recogido muchos moros con sus mujeres, hijos y ganados; y llegando de improviso sobre ellos, captivaron sin resistencia ciento y trece personas, y les tomaron mucha cantidad de ganado. Eran los nuestros seiscientos infantes y cien caballos, y no osando aguardar los moros, dieron á huir por aquellas sierras. Fué de mucho efeto el daño que se les hizo este dia, porque la mayor parte de los que huyeron fueron luego á reducirse, pareciéndoles que pues los habian ido á buscar en aquella umbría, ternian poca seguridad en otra parte; y porque se averiguó que de allí bajaban á correr á Guéjar y hacian otros daños, fueron dadas por esclavas las personas que captivaron. Don Diego Ramirez y don Alonso de Leiva fueron en este tiempo con la gente de Motril y Salobreña y alguna de las galeras al lugar de Itrabo, donde habia muchos moros juntos; mas hicieron poco efeto, porque fueron avisados y huyeron á la sierra. Supieron que estos y otros muchos se habian puesto en Pinillos de Rey, seis leguas de Salobreña y cinco de Granada; y avisando á don Juan de Austria como, estando reducidos los de Restával y Melejíx allí cerca, se estaban quedos ellos, confiados en la aspereza del sitio de aquel lugar, les mandó que fuesen en su busca, y sin tocar en los lugares reducidos, porque no se alborotasen, procurasen destruirlos. Con esta órden, y con dos mil infantes y cien caballos, partieron nuestros capitanes de Salobreña una tarde, y fueron aquella noche á la garganta del Dragon, que es una angostura de peñas muy larga, por donde el rio de Motril sale al lugar de Pataura y á la mar. Otro dia pasaron á Vélez de Ben Audalla, donde tuvieron aviso del alcaide de la fortaleza como andaba por allí un capitan moro llamado Moxcalan, que hacia mucho daño con una cuadrilla de moros forasteros y naturales de la tierra; el cual venia de ordinario á las casas del lugar, y hablaba con los soldados, y les decia que se queria reducir. Con este aviso acordaron los capitanes de detenerse allí aquel dia puestos en emboscada hasta que fuese tarde, para ir á amanecer sobre Pinillos; mas el moro, que habia estado en atalaya y vístolos partir de la boca del rio, bajó luego á la angostura, y encontrando tres soldados que venian de Motril en busca de nuestra gente, mató al uno, al otro captivó, y el tercero fué huyendo, y dió rebato en Vélez de Ben Audalla á nuestra gente. Entendiendo pues los capitanes que el captivo habria descubierto á los moros el desinio que llevaban, mandando tocar las cajas, á gran priesa recogieron la gente y caminaron la vuelta de Pinillos, pensando poder llegar á dar sobre el lugar antes que el Moxcalan avisase; mas aprovechó poco su

diligencia, porque los moros estaban ya avisados y se habian comenzado á ir. Don Diego Ramirez puso la caballería á la parte alta para tomarles el paso de la sierra, y con la infantería cercó el lugar por las otras partes donde habia disposicion de poderle cercar, porque está en un sitio muy fragoso, y á la parte baja, que cae sobre el rio de Melejix, tiene grandes barranqueras y despeñaderos. Era tanta la gente que habia en este lugar, que aunque fueron avisados, no se pudieron poner todos en cobro; la mayor parte dellos, los cuales salieron tarde y acudieron hácia la sierra, dieron en manos de la caballería y se perdieron; los otros se arrojaron por aquellas barranqueras abajo con sus mujeres y hijos, y fueron á meterse en Restával y en Melejix, que, como dijimos, estaban de paces, y allí se guarecieron porque don Diego Ramirez no consintió que los soldados pasasen adelante. Ochenta moras que no pudieron descabullirse fueron captivas y dadas por esclavas; toda la demás gente que allí habia se redujo luego, y dejando saqueado el lugar, con muchos bagajes cargados de ropa volvió la gente á Salobreña. Estaba en lo de Almuñécar otro moro llamado Cacem el Mueden, que en la furia de la guerra traia ochocientos hombres de pelea, la mayor parte dellos escopeteros, y habia hecho mucho daño por toda aquella comarca, corriendo la tierra hasta las puertas de la ciudad; el cual viendo que le iba dejando la gente para irse á reducir, habia recogídose en la sierra de Mínjar con ciento y cincuenta moros y las mujeres, y de allí salia algunas veces á hacer saltos. Desto fué avisado don Diego Ramirez, y con cien soldados de los que tenia en Salobreña, y cincuenta que don Luis de Valdivia le envió de Motril, y doce de á caballo, partió una tarde de Salobreña, y fué á ponerse antes que amaneciese bien cerca de donde estaban los moros metidos en una rambla; y para tomarles los pasos por donde se le podian ir hizo tres partes de la gente. Los soldados de Motril mandó que se adelantasen y fuesen á ocupar un paso por donde de necesidad los enemigos habian de salir á tomar las otras sierras, y cincuenta de los de Salobreña envió por la cordillera de la propria sierra, que fuesen siempre á caballero, y acudiesen á la parte donde viesen que podian hacer mejor efeto; y con los otros cincuenta soldados y los doce caballos se puso él en la boca de la propria rambla, que sola aquella entrada tenia por llano. Siendo pues ya claro el dia, los moros descubrieron la gente que iba por la cordillera de la sierra; y reconociendo ser cristianos, dieron rebato al Mueden, que estaba muy de su espacio almorzando con las mujeres; el cual, viendo que le tenian tomada la sierra, y que la importancia de su negocio consistia mas en tomar la aspereza de los montes que en hacer armas, dijo á los compañeros que le siguiesen; y tomando una vereda en la mano, comenzó á subir la sierra arriba, hácia donde estaban los cincuenta soldados de Motril, llevando consigo las mujeres. Tenia este moro una cueva muy secreta junto á la vereda por donde iba, metida entre unas peñas, y la boca della salia entre unas matas tan espesas, que por ninguna manera se podia ver; y emparejando con ella, dejó pasar toda la gente adelante; y haciendo que las mujeres se metiesen dentro, quebrándose tambien él entre las matas, hizo lo mesmo. Los otros moros fueron á dar donde estaban los soldados de Motril, y rompiendo determinadamente por ellos, tuvieron lugar de escaparse y de subirse á las otras sierras; y lo mesmo pudiera hacer el Mueden, si no se tuviera por mas seguro en su cueva. Mas no le sucedió como pensaba, porque un soldado le vió quedar entre aquellas matas, y teniendo cuenta con él, como no le vió salir hácia ninguna parte, dió aviso á otros, que entraron á buscarle y toparon con la boca de la cueva; y entrando dos dellos dentro, anduvieron buen rato por ella sin encontrar con nadie; y queriéndose ya salir, el trasero volvió la cabeza, y vió el rostro de un hombre en lo último de la cueva. Estaba el Mueden con la ballesta armada en las manos, y entendiendo que habia sido descubierto, disparó y dió una saetada en los lomos al soldado; mas no le hirió, porque acertó á dar la saeta en unos alpargates de cáñamo que llevaba en la cinta. A este tiempo llegó don Diego Ramirez, y viendo aquel moro puesto en defensa, porque no matase algun cristiano, hizo que le dijesen en arábigo que se rindiese, y que le salvaria la vida; y al fin se rindió, y le llevó preso al castillo de Salobreña, donde le tuvo algunos dias, hasta que el presidente don Pedro de Deza y los del Consejo que estaban en Granada enviaron por él; y porque tan graves delitos como habia hecho no quedasen sin castigo, le mandaron entregar al auditor de la guerra, que hizo justicia dél. Las mujeres que se hallaron en la cueva fueron captivas, y la mayor parte de los moros que de allí escaparon, hallándose desarmados, porque unos no habian tenido lugar de tomar las armas, y otros las habian soltado para huir, fueron á reducirse. Andaban los turcos y moros berberiscos en este tiempo con voluntad de pasarse á Berbería, desconfiados de las cosas de la Alpujarra; y aunque algunos confiaban de las palabras del Habaquí, que les ofrecia navíos en que pudiesen pasar seguros, otros no se aseguraban de ir en bajeles de cristianos, y aguardaban fustas de Berbería en que meterse. Estando pues muchos dellos y de los rebelados en el cabo de Gata con el negro de Almería y cincuenta cristianos captivos para pasarse, don García de Villaroel con órden de don Juan de Austria fué á dar sobre ellos, llevando docientos soldados y veinte y cinco de á caballo. No se pudo hacer tan secreto, que los enemigos dejasen de ser avisados: el negro huyó con parte de la gente armada de la tierra; los turcos y moros berberiscos, y con ellos algunos de los rebelados, con los cincuenta cristianos, se mudaron á otra parte, y la gente inútil se fué luego toda á reducir; por manera que cuando don García de Villaroel llegó donde tenia aviso que estaban, no halló mas de seis personas que habian quedádose durmiendo; mas prendió en el camino dos moriscos de los de Almería, que habian ido con el aviso, de quien supo como se habian ido aquella noche. Y entendiendo que no podian estar muy lejos, por los rastros que halló nuestra gente, fué á dar á los Frailes del cabo de Gata, que son unas peñas cerca de la mar; y tomando los pasos aquella noche, otro dia 9 de junio repartió ciento y veinte soldados en cuatro cuadrillas, que subiesen por cuatro partes en busca de los enemigos, que parecia no haber pasado adelante, y fuesen á juntarse en lo alto del fraile mayor al salir del sol. El caporal Pedro de Aguilar fué el primero que se encontró con ellos, que iban retirándose de la cuadrilla que llevaba Villaplana, porque le habian visto

ir subiendo el cerro arriba hácia donde estaban; los cuales dejaron muertos en el camino siete cristianos de los cincuenta que llevaban captivos, porque no podian caminar con las cargas que llevaban á cuestas. Y como se descubrieron los unos y los otros, comenzaron á pelear valerosamente; y aunque los enemigos eran mas de docientos hombres escogidos, todavía los treinta soldados, ayudados del sitio que tenian tomado, que era fuerte, y con esperanza de socorro, les daban bien en qué entender. A este tiempo asomó Villaplana con su cuadrilla, que iba siguiendo el rastro; y creyendo los treinta soldados de Pedro de Aguilar que los unos y los otros eran moros, comenzaron á aflojar, y algunos volvieron las espaldas. No faltó Pedro de Aguilar con palabras y obras de animoso soldado á su gente, tanto, que les hizo disponerse á morir ó vencer; y tornando á renovar la pelea, tuvieron rostro al enemigo, hasta que llegó Villaplana á juntarse con ellos, y se mejoró su partido. No tardaron mucho que llegaron las otras dos cuadrillas, que llevaban Julian de Pereda y Diego de Olivencia, y todavía los turcos peleaban animosamente, hasta que los nuestros cerraron con ellos, y viniendo á las espadas, mataron al capitan turco y los pusieron en huida. Murieron algunos en el alcance, fueron captivos treinta y cinco, y entre ellos un chauz del Gran Turco, por quien se gobernaba Aben Aboo, y treinta y tres moros de los de la tierra, con Alonso el Gehecel, natural de Tavernas, y cincuenta mujeres y muchachos; y lo que en mas se tuvo, que se dió la deseada libertad á cuarenta y tres cristianos que estaban para perecer de hambre, y habian querido matarlos un dia antes los moros porque no tenian qué darles de comer, y los turcos no lo habian consentido, diciendo que era inhumanidad matar los captivos; y tenian acordado que si dentro de tres dias no venian navíos de Berbería en que poderse embarcar, que los matasen ó hiciesen lo que les pareciese dellos. Esta jornada fué importante para que los otros turcos abreviasen su partida con menos condiciones de las que pedian. Otros muchos efetos dejamos de poner que se hicieron estos dias, excediendo los capitanes en la órden que de don Juan de Austria tenian para que castigasen á los rebeldes pertinaces, de manera que no recibiesen daño los obedientes; y excusábanse con decir que en son de amigos hacian mas daños que cuando eran enemigos, y que era imposible castigar á los unos sin hacer daño á los otros, estando todos juntos, pues los soldados que habian de ser ministros del castigo no los conocian, y cuando los conociesen ó tuviesen órden de poderlos conocer, no habia tanta justificacion en gente de guerra, que, pudiéndolo hacer, dejasen de vengar los daños que habian recebido de sus enemigos, hasta tanto que estuviesen apartados los reducidos de los rebeldes; y ansí se disimulaban muchas cosas que en otros tiempos y ocasiones merecieran riguroso castigo.

CAPITULO VIII.

Cómo el Habaquí embarcó los turcos, y vinieron otros de nuevo en socorro de los alzados; y cómo Aben Aboo mudó parecer.

Acudian en este tiempo á todas horas navíos de Berbería á nuestra costa, cargados de bastimentos, gente, armas y municiones que los moros andaluces que habian pasado á Tetuan y á Argel procuraban enviar á los alzados para entretenerlos que no se redujesen, sabiendo los tratos en que andaban compelidos de pura necesidad. Venian tambien otros muchos cosarios turcos y moros berberiscos á pasar gente á Berbería por su flete; y estos tenian mas ganancia, porque tomaban la mitad de los muebles, joyas y dineros que llevaban los pasajeros; y algunas veces se lo quitaban todo, como hombres que no tenian mas fin que al interés. Y aunque don Sancho de Leiva ponia diligencia en quitarles estos socorros, andando de dia y de noche por la costa con las galeras de su cargo, no se podia excusar, siendo el pasaje tan breve, que dejasen de llegar algunos navíos á tierra, y desembarcasen la gente y lo que traian. En este mes de junio les tomó trece fustas en diferentes partes de la costa. El proprio dia que don García de Villaroel fué al cabo de Gata, como dijimos en el capítulo antes deste, llegaron á la playa de Castil de Ferro de parte de noche dos fustas, en las cuales se embarcaron secretamente algunos turcos de los que el Habaquí tenia recogidos para enviar con salvoconduto á Berbería, por llevarse los cristianos captivos que tenian consigo; pero el alcaide del castillo fué avisado dello, y disparó una pieza de artillería de aviso por si las galeras estuviesen donde la pudiesen oir; y no estando muy lejos, acudieron hácia aquella parte, y las tomaron yendo navegando; y poniendo en libertad aquellos pobres cristianos, fueron los turcos y moros captivos. El Habaquí pues, que ninguna cosa deseaba mas que acabar el negocio que habia comenzado, de donde pensaba sacar honra y provecho, daba grande priesa que le diesen navíos en que embarcar los turcos que quedaban en la tierra antes que viniesen otros que los alborotasen; y aunque le pedian bajeles de remos, diciendo que no sabian navegar en otros, hizo tanto con ellos, que los embarcó en navíos mancos, haciéndoles dejar todos los cristianos captivos que tenian, y los envió á Berbería. Estando pues los turcos embarcados y á pique para partirse, llegaron á la propria playa cinco fustas con gentes, bastimentos y municiones; y aunque nuestras galeras las tomaron, fué despues de haber dejado docientos turcos y moros berberiscos en tierra, que subieron á la sierra y fueron en busca de Aben Aboo, y se juntaron con él, y le dieron nueva como en Argel esperaban por momentos navíos de levante con que socorrerle. Era Aben Aboo hombre mudable, aunque de mediano entendimiento; deseaba reducirse, quedando con honra y con provecho; y pareciéndole que esto lo procuraba el Habaquí para sí mesmo y para sus deudos, y que no se hacia tanto caudal de su negocio como él quisiera, estaba envidioso dél y aun sospechoso de que no le trataba verdad en lo que le decia; y teniendo el lobo por las orejas, no osaba soltarle, ni sabia como tenerlo asido, de miedo que en reduciéndose le habian de matar. Y creciendo cada hora mas en él esta envidia y sospecha, aunque no impedia públicamente á los que se querian ir á reducir, favorecia á los turcos y moros berberiscos, y á los escandalosos de la tierra, y entretenia á los demás con decir que se hacian malos tratamientos á los reducidos, que se guardaba mal lo capitulado en el Fondon de Andarax, y que el Habaquí habia mirado mal por el bien comun, contentándose con lo que solamente don Juan de Austria le habia querido conceder, y procurando el bien y

provecho para sí y para sus deudos. Y segun lo que después nos dijeron personas con quien comunicaba su pecho, su fin era, viendo al Habaquí hecho tan señor del negocio de la reducion, quitárselo de las manos y hacerlo él, para asegurar mas su partido con servicio tan particular; mas el vulgo todo entendió haberse arrepentido con el nuevo socorro de Berbería, y hacérsele de mal dejar la seta y el vano nombre de rey mientras le durase la vida. Lo primero mostró en las cartas que después escribió á particulares que tenia por amigos, rogándoles que intercediesen con don Juan de Austria de manera que hubiese efeto la paz que se pretendia; y lo segundo, por otras que escribió á Berbería, que las unas y las otras irán en esta historia para satisfacion de los que la leyeren. Por manera que cuando el Habaquí pensó tener acabado el negocio con haber echado los turcos de la tierra, que tenia por amigos, se le puso de peor condicion, y sobre todo se le recreció ignominiosa muerte, como adelante dirémos.

CAPITULO IX.

Cómo el Habaquí quiso prender á Aben Aboo viendo que mudaba parecer, y cómo Aben Aboo lo hizo prender y matar á él.

Luego que los turcos fueron embarcados, el Habaquí fué á dar cuenta de lo que habia hecho á don Juan de Austria; y aunque entendió la mudanza de Aben Aboo, estaba tan confiado en sí y teníale en tan poco ya, que no haciendo caso dél, ofreció al Consejo que le haria cumplir lo que habia prometido, ó le traeria maniatado al campo: solamente pedia quinientos arcabuceros cristianos, para con ellos y con los moros deudos y amigos suyos ir á dar sobre él cuando mas descuidado estuviese. Don Juan de Austria no quiso dar la gente que pedia, por parecerle que no seria bien aventurarla; y mandándole dar ochocientos ducados de oro, con que levantase cuatrocientos moros de quien pudiese tener confianza para el efeto que decia, partió el Habaquí contento de Andarax la vuelta de Bérchul, donde tenia á su mujer y á sus hijas, para sacarlas de allí y llevarlas á la ciudad de Guadix primero que comenzase á levantar la gente. Era el Habaquí astuto, pero muy confiado de sí mesmo; y viéndose tan favorecido de don Juan de Austria, que cierto le hacia mucha merced, entendia que nadie seria parte para ofenderle; el cual llegando al lugar de Yégen el segundo dia que partió de Andarax, y viendo estar parados en la plaza muchos moros, llegó á ellos y soberbiamente les dijo que á qué aguardaban, por qué no se iban á reducir á los partidos que les estaban señalados, como lo hacian los demás. Y como le respondiese uno dellos que aguardaban órden de Aben Aboo, replicó que la reducion estaba bien á todos, y que cuando Aben Aboo de su voluntad no lo hiciese, le llevaria él atado á la cola de su caballo. Estas palabras llegaron el mesmo dia á oidos de Aben Aboo, y acrecentando con ellas su indignacion, envió luego á que le prendiesen los ciento y cincuenta turcos que tenia consigo, y dos cuadrillas de moros de los de su guardia; los cuales le espiaron, sabiendo que estaba en el lugar de Bérchul, le cercaron la casa de parte de noche, estando bien descuidado de aquel hecho y de pensar que hubiese en la Alpujarra quien osase acometerle; y sintiendo el ruido de la gente, tuvo lugar de salir hácia el arroyo del lugar sin que le sintiesen; y hubiérase escapado del peligro si sus proprios vestidos no le acusaran; porque estando en una quebrada otro dia de mañana, devisaron los que le buscaban el cafetan de grana que llevaba vestido y el turbante blanco de la cabeza; y aunque iba bien lejos, le siguieron por aquellas peñas y le prendieron junto á unos molinos, y le llevaron á Cujurio, donde estaba Aben Aboo, el cual le tomó luego su confesion; y como le preguntase el Habaquí la causa por qué le habia mandado prender, pues nunca le habia hecho deservicio, le dijo que por traidor, que le habia tratado mentira, procurando el bien y la honra para sí y para sus parientes tan solamente. Esto fué juéves, y el viérnes siguiente lo hizo ahogar secretamente, y mandó echar el cuerpo en un muladar, envuelto en un zarzo de cañas, donde estuvo mas de treinta dias, sin saberse de su muerte; y para disimularla, envió luego á decir á su mujer y á sus hijas que se fuesen á Guadix, y que no tuviesen pena, porque él le tenia preso y brevemente le soltaria. Muerto el Habaquí, Aben Aboo despachó á su hermano Hernando el Galipe á las sierras de Vélez y Ronda á que estorbase la reducion, y animase á los que no se habian alzado para que se alzasen. Y para disimular mas escribió luego á don Hernando de Barradas una carta en letra arábiga, que traducida en nuestro romance castellano, decia desta manera:

CARTA DE ABEN ABOO Á DON HERNANDO DE BARRADAS.

«Las alabanzas sean á Dios solo antes de lo que quiero decir. Salvacion honrada al que honró el que da la honra. Señor y amigo mio, el que yo mas estimo, don Hernando de Barradas: Hago saber á vuestra honrada persona que si quisiéredes venir á veros conmigo, vernéis á vuestro proprio hermano y amigo muy seguramente, y lo que de mal os viniere será sobre mi hacienda y fe; y si quisiéredes tratar destas benditas paces, lo que tratáredes tratarlo heis conmigo, y haré yo todo lo que vos quisiéredes con verdad y sin traicion. Paréceme que el Habaquí, de todo lo que hacia ninguna parte me daba, antes encubria de mí la verdad, porque todo lo que pidió lo aplicaba para sí y para sus parientes y amigos. Esto hago saber á vuestra honrada persona, y conforme á ello podrá hacer lo que le pareciere, y lo que viere que estará bien á los cristianos y á nosotros; y Dios permita este bien entre nosotros, y que vuestra honrada persona sea causa dello. Y perdonadme, que por no haber tenido quien me escribiese no he escrito antes de ahora. La salvacion sea con nosotros, y la misericordia de Dios y su bendicion. Que fué escrita dia mártes.»

A esta carta respondió luego don Hernando de Barradas que holgaria mucho de verse con él para efetuar el negocio de la reducion por la órden que decia, y que le hiciese placer de avisarle dónde estaba el Habaquí y lo que se habia hecho dél. Y Aben Aboo le tornó á escrebir otra carta en castellano, del tenor siguiente:

OTRA CARTA DE ABEN ABOO Á DON HERNANDO DE BARRADAS.

«Muy magnífico señor: la de vuestra merced recebí; y en cuanto me envia á decir por ella de la prision del Habaquí y si hubo causa para ella, digo que las causas que hubo para prenderle fueron estas que ahora diré. La primera, que andaba engañando á vuestra

»merced y á mí; porque cosas que yo le decia no las »iba él á decir allá, ni menos me daba parte de lo que »se hacia ni qué era lo que trataba; porque si yo le hu»biera dado mi sello, entendiera vuestra merced que »yo lo sabia y que pasaria por lo que él hiciese; mas »entendí que andaba engañando á una parte y á otra, y »halléle que tambien habia hecho una barca para irse »con sus hijos á Berbería; y por estas razones y otras »le tengo preso hasta que estas paces se acaben de efe»tuar. Y de mi parte ruego á vuestra merced las acabe, »y que se apague este fuego para que se quite tanto »mal. Hecho esto, yo le soltaré. Y entienda vuestra mer»ced que no tiene mal ninguno, porque si al presente »estuviera aquí cerca, él escribiera á vuestra merced »de su mano. Vuestra merced consuele á sus hijos, y »les diga como está bueno, y que yo les doy la palabra, »como quien soy, de no tratarle mal, sino que le terné »preso por algunos dias. Y vuestra merced acabe lo que »ha comenzado; que todo se hará como vuestra mer»ced manda.»

No mucho después, viendo Aben Aboo que la ida de don Hernando de Barradas á verse con él se dilataba, escribió otra carta á don Alonso de Granada Venegas, que decia ansí:

CARTA DE ABEN ABOO Á DON ALONSO DE GRANADA VENEGAS.

«Señor: Sabrá vuestra merced que de pocos dias á es»ta parte me ocurrieron ciertas cosas en los negocios de »las paces, y fué que los de la Alpujarra sospecharon »mal en Hernando el Habaquí, por donde pensaron que »los habia de engañar y que les hacia traicion; y co»mo les vino á notificar el bando que salgan de la tier»ra dentro de seis dias, sintiéronlo tanto, que enten»dieron ser traicion, y luego le prendieron; y creo que »sucedió mal: nuestro Señor lo remedie. Y quisie»ra mucho que vuestra merced estuviera cerca; por»que quizá se pudiera remediar, porque, después de »Dios, entendemos que vuestra merced podrá remediar »mucho en este negocio; y pues ha hecho lo mucho, »es menester que se haga alguna diligencia para que »se acabe esta buena obra; y esto sea con brevedad, »porque así cumple al servicio de su majestad. Y si »acaso no pudiere venir por acá, escriba á don Juan de »Austria, para ver si remedia algo. Y si determinare »de venir hácia Órgiba ó hácia el campo, y le pareciere »traer en su compañía al beneficiado Torrijos y á Pedro »de Ampuero, hágalo; que podrá ser que aprovechen »harto; y si recelan de algo, para su seguridad les en»viaré la gente que fuere menester.»

Hasta aquí decia la carta de Aben Aboo, la cual envió luego don Alonso de Granada Venegas á don Juan de Austria, que todavía estaba en el alojamiento de Andarax aguardando el efeto de la reducion, aunque harto suspenso de ver que ya no venian moros á reducirse. Y porque no se podia acabar de entender bien por las cartas de don Hernando de Barradas, ni por otros avisos, el encantamiento del Habaquí, si era vivo ó muerto, se acordó en el Consejo que don Hernando de Barradas diese buena esperanza á Aben Aboo, y procurase verse con él, como se lo pedia en su carta. Y porque su ida no hubo efeto, se tomó resolucion que Hernando Valle de Palacios fuese en su lugar, y que entendiese dél qué era lo que queria, y supiese lo que se habia hecho del Habaquí, y procurase espiar con mucho cuidado el estado en que estaban las cosas de los moros; qué desinio era el de Aben Aboo, la cantidad de gente armada que tenia, ansí de naturales como de extranjeros, y á qué parte estaba la mayor fuerza dellos, y todas las otras cosas que le pareciese convenir. Diósele para este efeto una instrucion de lo que habia de tratar con Aben Aboo, y una carta de don Hernando de Barradas en respuesta de la última suya, remitiéndose á Hernan Valle de Palacios, con quien podria tratar sus negocios como con su mesma persona. Y para que mejor se entienda la dobladura con que Aben Aboo andaba, y su disimulacion y maldad, pornémos en el siguiente capítulo una carta que escribió en el mesmo tiempo á unos alcaides turcos sus amigos, que estaban en Argel, y después dirémos lo que Hernan Valle de Palacios hizo en su viaje.

CAPITULO X.

Cómo Aben Aboo escribió á unos alcaides turcos de Argel, dándoles cuenta de la muerte del Habaquí.

Estos mesmos dias tomaron nuestras galeras una fusta de moros andaluces que iban á Berbería, y entre otras cosas, les hallaron una carta escrita en arábigo, que segun el tenor della pareció ser de Aben Aboo, que la enviaba á unos alcaides turcos amigos suyos, que estaban en Argel, dándoles cuenta del suceso de sus negocios y pidiéndoles todavía socorro; y porque el lector se vaya entreteniendo, la pornémos en este capítulo, traducida en lengua castellana:

«Los loores sean á Dios, que es uno solo. Del siervo »de Dios soberano á los alcaides Bazquez Aga, Con»cozari, Albazquez Husten y Aga Baxa, y á todos los »otros turcos nuestros amigos y confederados: Hacé»moos saber como estamos buenos, loado sea Dios, y »que para nuestro contentamiento no nos falta mas que »ver vuestras presencias. Habeis de saber que Nebel y »el alcaide Caracax nos han destruido ya todo este rei»no, porque ellos vinieron á decirnos que se querian »ir á sus tierras; y aunque no quisimos darles licencia »para que se fuesen, esperando el socorro de Dios y de »vosotros, todavía trataron de irse y se fueron. Los que »allá dijeren que yo dí licencia á los andaluces para »hacer paces y rendirse á los cristianos, tenedlos por »mentirosos y por herejes, que no creen en Dios; por»que la verdad es que el Habaquí y Muza Cache y »otros fueron á los cristianos, y se concertaron con »ellos de venderles la tierra, y estos se conformaron »después con Caracax y con Nebel y con Alí arraez y »con Mahamete arraez; y ellos y los otros mercaderes »les dieron sesenta captivos de los que tenian en su po»der, porque les diesen navíos en que pasasen segura»mente á Berbería. Y habiendo hecho este concierto, »vino el Habaquí á los moros andaluces, y les dijo que »habian de entregarse todos á los cristianos, y retirarse »á Castilla; y pensando yo que andaba procurando el »bien de los moros, hallé después que nos andaba ven»diendo á todos, y por esta causa le hice prender y de»gollar (1). Lo que acá ha sucedido después que Caracax

(1) El citado *Cartulario* de Castillo, que contiene tambien esta carta (pág. 112), aunque en otros términos, no dice aquí *prender y degollar*, sino *detener y aprisionar*.

»y sus compañeros se fueron, es que los cristianos nos »acometieron, y hubo entre nosotros y ellos muy gran »pelea, y matamos muchos dellos (1); por manera que »ya no les queda ejército en pié con que podernos ofen»der; mas tememos que su rey juntará otro campo y lo »enviará contra nosotros. Por tanto, socorrednos con »brevedad, socorreros ha Dios; y ayudadnos, ayudaros »ha Dios. Y por amor de Dios nos avisad qué nueva te»neis de la armada de levante. Y si no hay aprestados »en esa costa navíos, alquilad los que pudiéredes, en »que pasemos las mujeres y los hijos, porque nosotros »queremos quedar guerreando con nuestros enemigos »hasta morir. Y mirad que si no nos socorreis, os lo »demandarémos en el dia del juicio ante el acatamiento »divino. Conmigo está Alí, é Válquez con ciento y cin»cuenta turcos y muchas mujeres y criaturas desam»paradas (2): tened piedad dellas, pues á vosotros mas »que á otra persona del mundo toca este socorro, como »cosa en que pusistes las manos.» Que es fecha esta carta á 15 dias del mes de Zafar del año de la hixara 987 (3) (que á nuestra cuenta fué en 17 dias del mes de julio del año del Señor 1570). Y abajo decia la firma: *Mahamud Aben Aboo*.

CAPITULO XI.

Cómo los vecinos de Alora mataron al Galipe, hermano de Aben Aboo, que iba á recoger los alzados de la sierra de Ronda.

Habia enviado Aben Aboo estos dias al Galipe, su hermano, á levantar los moros que no se habian alzado, y hacer que los alzados no se redujesen, dándoles á entender que esperaba socorro de Berbería, y la armada del Gran Turco en su favor. Este moro habia sido uno de los de la junta de Andarax para el negocio de la reducion; y pareciéndole que los caballeros cristianos habian hecho mas caso del Habaquí que dél, se habia ido muy enojado y procuraba estorbar todo cuanto se hacia; y para este efeto se partió con docientos escopeteros la vuelta de la serranía de Ronda, y llegó á la sierra de Bentomiz, estando Arévalo de Zuazo, corregidor de Málaga, en la ciudad de Vélez tratando con los de aquella tierra que se redujesen al servicio de su majestad. Y como supo que un morisco, vecino de la villa de Comáres, llamado Bartolomé Muñoz, andaba en ello, y que estaba allí, mandó luego prenderle, y queriéndole justiciar, acudieron á él los amigos que tenia, y le dijeron que no permitiese que se hiciese mal ni daño á aquel hombre, que debajo de su palabra habia venido á tratar del bien de los moros, y á rescatarles sus mujeres y hijas, que tenian captivas, á trueco de unos mozos cristianos; y pudieron tanto con él, que le mandó soltar y que luego se fuese de la sierra, y hizo pregonar que ninguno se redujese, so pena de la vida. No fué perezoso Bartolomé Muñoz en ponerse en la ciudad de Vélez, y dando aviso á Arévalo de Zuazo de la venida de aquel moro, y como traia docientos escopeteros, y entre ellos algunos berberiscos, y que habia de pasar á lo de Ronda, despachó luego á la ciudad de Málaga y á las villas de su jurisdicion, para que enviasen gente que tomase los pasos por donde se entendia que habia de pasar para ir á Ronda; y particularmente encomendó esta diligencia á Hernando Duarte de Barrientos, vecino de Málaga. Estando pues toda la tierra apercebida, el Galipe partió de Bentomiz con su gente y algunos de la sierra que le quisieron acompañar, llevando su guia que le guiase por los caminos y trochas de las sierras que caen sobre la hoya de Málaga, por donde entendia pasar seguro. Esta guia se le murió en el camino, y llegando los moros en el paraje de la villa de Almoxia, captivaron un cristiano que andaba requiriendo unos lazos, y preguntándole si sabria guiarlos á Sierra-Bermeja, dijo que sí, porque sabia muy bien los caminos y las trochas de aquellas sierras. Y diciéndole el Galipe que guiase hácia un lugarito pequeño de cristianos que le habian dicho que estaba allí cerca, los guió la vuelta de Alora, y llevándolos por las viñas para ir á dar en el rio, el moro oyó campanas; y pareciéndole que no eran de lugar pequeño, preguntó al cazador qué vecindad tenia; el cual le dijo que hasta noventa vecinos; y no se fiando dél, envió dos renegados, uno valenciano y otro calabrés, á reconocer, los cuales llegaron á Alora, y como los vecinos andaban sobre aviso, luego echaron las guardas de ver que no eran hombres de la tierra, y los prendieron, y se supo como los moros quedaban en el arroyo que dicen del Moral. Luego se tocó á rebato, y en siendo poco mas de media noche, salieron trecientos hombres repartidos en tres cuadrillas á buscarlos. Por otra parte el Galipe, viendo que los renegados tardaban y que las campanas repicaban todavía, entendió que el cazador le llevaba engañado, le hizo matar, y tornó á tomar el camino por donde iba. Habíase puesto Hernando Duarte de Barrientos con su gente en una trocha muy cierta, por donde entendia que habian de pasar los moros, y como llegasen las escuchas que llevaban delante, y hacia tan grande escuridad, entendieron las centinelas que era el golpe de los moros que venian juntos. Y saliendo á ellos, los hallaron tan arredrados, que tuvieron lugar de apartarse de aquella trocha, y tomando otra, fueron á dar en manos de la gente de Alora; y como se vieron cercados de cristianos, luego desmayaron, y muriendo algunos que hicieron defensa, los otros dieron á huir. Un vecino de Alora, llamado Alonso Gavilan, prendió al Galipe, que se habia escondido en unas matas, y llevándole preso, lo mató Melchior Lopez, alférez de la gente de la villa, que no bastó decirle que era el Rey, diciendo que no conocia él otro rey sino á don Felipe, ni tenia cuenta con moros. De todos los que iban con el Galipe, solos veinte quedaron vivos; los doce captivaron aquel mesmo dia y después los vendieron, y del precio hicieron una ermita á la advocacion de la Veracruz, que hoy está en pié en memoria desta vitoria, no poco celebrada en aquella villa. La mesma noche sucedió que unos vecinos de Alozaina, que iban á la ciudad de Antequera, llegaron al rio de Cazarabonela, donde dicen el paso del Saltillo, y unos moros que aguardaban la venida del Galipe los mataron y captivaron, que no escaparon mas que tres dellos. Y como fuese el uno á dar rebato á Alora, luego enviaron dos escuderos á dar aviso á los de Alozayna, para que saliesen á tomarles el paso

(1) Ocho mil, segun la traduccion de Castillo; pero el caudillo morisco exageraba este número, sin duda para mejorar su causa.

(2) «Cincuenta turcos é ciento cincuenta muchachos», se lee en el *Cartulario*.

(3) En dicha traduccion la fecha está enmendada así: «en quince dias de la luna de Zafar del año de novecientos e setenta y ocho años.»

por la trocha qué llevaban, y saliendo doce caballos y cincuenta peones, fueron la vuelta de la villa de Tolox, y hallando por aquellos cerros muchas cuadrillas de moros que habian bajado de las sierras á recebir al Galipe, arbolaron una banderilla blanca en señal de paces, y les preguntaron si querian rescatar los cristianos que habian captivado en lo de Cazarabonela; mas ellos respondieron con las escopetas, y los cristianos comenzaron á retirarse por el camino que va de Tolox á Coin, yendo los moros en su seguimiento. Un animoso escudero, llamado Martin de Erencia, fué parte este dia para detenerlos, revolviendo sobre los enemigos y exhortando á los amigos de manera, que siendo los nuestros como sesenta hombres, y los moros mas de trecientos, los desbarataron, y mataron muchos dellos, y entre los otros, á un mal moro, natural de la villa de Yunquera, llamado Leon. Este moro, teniéndole pasado de una lanzada un escudero llamado Juan de Moya, se le metió por la lanza, y con un chuzo que llevaba le hirió el caballo, y le matara á él si la muerte le diera un poco de mas lugar. Entre otras cosas que ganaron los soldados este dia, fué una haquita en que venia un moro santo al recebimiento de su nuevo rey y á echarle la bendicion, porque era grande la confianza que aquellos serranos bárbaros tenian en él, y pensaban hacer grandes cosas con su presencia.

CAPITULO XII.

Cómo los moros de la sierra de Ronda fueron sobre la villa de Alozaina y la saquearon.

No estaban muy quietos en este tiempo los moros alzados de la serranía de Ronda; los cuales, habiéndose juntado en Sierra Bermeja, salian á correr la tierra, y desasosegaban los lugares comarcanos, llevándose los ganados mayores y menores; y no podian los cristianos salir á segar sus panes ni recoger sus esquilmos sin manifiesto peligro, porque eran mas de tres mil hombres de pelea los que se habian juntado con Alfor, Lorenzo Alfaquí, y el Jubeli, sus caudillos, aguardando al Galipe, hermano de Aben Aboo, con cuya presencia esperaban hacer mayores daños. Juntándose pues el Jubeli y Lorenzo Alfaquí con seiscientos hombres de pelea en la villa de Tolox, á 5 dias del mes de julio, acordaron de ir sobre Alozaina, lugar pequeño, de hasta ochenta vecinos, que está una legua de allí, y eran todos cristianos, gente rica de ganados y de pan; y tomando por el camino de Yunquera para ir mas encubiertos por la sierra de Jurol, fueron á dar sobre él. Llevaban doce moros por delante á trechos, de cuatro en cuatro, que iban descubriendo la tierra, y antes que amaneciese llegaron al arroyo de las Viñas, donde estuvieron emboscados el miércoles 7 dias del mes de julio con sus centinelas en el portichuelo de los Olivares, como tres tiros de ballesta del lugar. Desde allí descubrian toda la tierra y veian los que entraban y salian; y viendo que los vecinos se iban á segar los panes, bien descuidados de que estuviesen ellos en la tierra, bajaron el juéves á las nueve de la mañana puestos en su escuadron de ocho por hilera, con seis caballos á los lados, que parecian cristianos que venian del Burgo á hacer alguna entrada; y ansí aseguraron á las atalayas que los del lugar tenian puestas en lo alto de las barrancas. Y pudieran hacer mucho mas daño del que hicieron, si no se pararan á matar dos cristianos que andaban segando cerca de las casas: al uno, llamado Luis del Campo, mataron de un arcabuzazo, que alborotó el lugar; el otro, llamado Francisco Hernandez, dió á huir, y siguiéndole un moro de á caballo, revolvió sobre él y le ganó la lanza; y estando bregando para sacársela de las manos, llegó otro moro, que por mal nombre llamaban Daca Dinero, y le desjarretó; y juntamente mataron á su mujer, que habia ido á llevarles el almuerzo á la siega aquella mañana. Luego como se entendió que eran moros los que entraban por el lugar, comenzaron á tocar arma y á repicar las campanas; y acudiendo dos escuderos que estaban con sus caballos en el campo, porque otros ocho, de diez que allí habia de presidio, se habian ido con su capitan á Coin, el uno partió la vuelta de Alora á dar rebato, y el otro, llamado Ginés Martin, entró en el lugar; y rompiendo una y mas veces por el escuadron de los moros, pasó animosamente adelante; y si, como era uno solo, fueran los diez que allí estaban de presidio, hicieran mucho efeto; mas él hizo harto en recoger la gente hácia el castillo. Es Alozaina lugar abierto, y tiene un castillo antiguo y mal reparado, donde está la iglesia y algunas casas, y allí se pudieron recoger tumultuosamente las mujeres y niños, llevándolas por delante don Iñigo Manrique, vecino de Málaga, que se halló allí este dia. Tambien se halló allí el bachiller Julian Fernandez, beneficiado de Cazarabonela, que servia el beneficio de Alozaina aquel año; el cual acudió luego á su iglesia para consumir el Santísimo Sacramento si los enemigos entrasen dentro, porque no habia en el lugar mas de siete hombres. Mas las mujeres, animándolas aquel caballero y el beneficiado, suplieron animosamente por los hombres, haciendo el oficio de esforzados varones, y acudiendo á la defensa de los flacos muros, con sombreros y monteras en las cabezas y sus capotillos vestidos, porque los enemigos entendiesen que eran hombres; y otras puestas en el campanario no cesaban de tocar las campanas á rebato. Los moros se repartieron en tres partes para acometer á un tiempo: el Jubeli con dos banderas fué hácia la puerta del castillo, y Lorenzo Alfaquí con otras dos fué á la plaza del Burgo, y la tercera con los de á caballo cercó el pueblo para atajar los que saliesen ó viniesen á meterse en él; y dieron tres asaltos á los muros, en los cuales perdieron diez y siete moros que les mataron, y fueron heridos mas de setenta. Aquí me ocurre por buen ejemplo decir el valor de una doncella llamada María de Sagredo; la cual viendo caido á Martin Dominguez, su padre, de un escopetazo que le habia dado un moro, llegó á él y le tomó un capotillo que traia vestido, y se puso una celada en la cabeza, y con la ballesta en las manos y el aljaba al lado subió al muro, y peleando como lo pudiera hacer un esforzado varon, defendió un portillo, y mató un moro, y hirió otros muchos de saeta, y hizo tanto este dia, que mereció que los del consejo de su majestad le hiciesen merced de unas haciendas de moriscos en Tolox para su casamiento. Fué tanta la turbacion de las pobres mujeres este dia, que yendo una mujer al castillo con un niño en los brazos, y un moro de á caballo tras de ella para captivarla, se metió en una casa, y en un poco de estiércol que allí habia escondió el niño; y como tirasen desde el castillo una saeta al moro y le pasasen el muslo, se

hubo de retirar, y la mujer tuvo lugar de volver por su hijo y ponerse en cobro. Otra mujer tenia una niña de tres meses en la cuna, y turbada, tomó un lio de paños en los brazos, entendiendo que llevaba su hija, y se fué huyendo al castillo; y entrando un moro en la casa, halló la niña en la cuna, y la tomó por los piés para dar con ella en una pared; y como otro moro, que era amigo de su padre, se la quitase de las manos, la arrojó en el suelo; y cuando la mujer volvió á buscar su hija, siendo ya idos los moros, la halló viva Viendo pues los enemigos la resistencia que habia en la villa, y que no podian conseguir el efeto que pretendian, acordaron de retirarse, porque acudia ya la gente del campo, y las mujeres con sogas subian algunos hombres por donde estaba el muro mas bajo; y dejando quemadas mas de treinta casas en el arrabal, y robado y destruido cuanto habia en ellas, se retiraron, llevando cuatro mozas cautivas y una vieja, que después mataron, porque entendia su algarabia, y mas de tres mil cabezas de ganado que acaso tenian los vecinos junto para llevar parte dello á la feria de Antequera; y volviéndose á Tolox, repartieron entre ellos la presa, y se fueron á sus partidos, Lorenzo Alfaquí á la sierra de Gaimon, y Diego Jubeli á la de Ronda. Llegó el socorro de los lugares aquel mesmo dia, aunque tarde para poder hacer algun efeto. De Cazarabonela llegó el beneficiado Juan Antonio de Leguizamo con cuarenta hombres que envió don Cristóbal de Córdoba; de Alhaurin, don Luis Manrique con mucha gente de á caballo, y dende á un cuarto de hora llegó la gente de Alora, y luego los de Coin. Y estando toda esta gente junta, y sabiendo el camino que los moros llevaban, se trató de ir en su seguimiento; mas como eran muchas cabezas, no se conformaron. Y otro dia á las nueve de la mañana llegó Arévalo de Zuazo con la gente de Málaga, y dejando algunos soldados de presidio, se volvió á la ciudad.

CAPITULO XIII.

Cómo Hernan Valle de Palacios fué á verse con Aben Aboo en lugar de don Hernando de Barradas, y lo que trató con él.

Teniendo ya Hernan Valle de Palacios instruccion y órden para lo que habia de hacer, partió del alojamiento de Andarax á 30 dias del mes de julio, llevando consigo á Mendoza el Jayar, vecino de Granada, que habia servido de secretario al Habaquí, y otros moriscos de los que se habian venido ya á reducir. Aquella noche fué al lugar de Sopron, y posó en casa de un alcaide llamado el Mohababa; y desde allí despachó un moro á Aben Aboo, avisándole como iba á tratar con él negocios de parte de don Hernando de Barradas, para que le diese seguro. Y otro dia luego siguiente vino á Sopron un moro llamado el Roquemí con cuarenta escopeteros, que le hizo escolta hasta el lugar de Almauzata, donde halló órden de Aben Aboo y seguro para pasar adelante, y fué á dormir á Válor el alto. En este lugar estaba un moro, primo de Aben Humeya, llamado don Francisco de Córdoba, enemigo capital de Aben Aboo, así por la muerte de su primo, como por otras cosas que habia entre ellos; el cual, aunque no habia tratado á Hernan Valle de Palacios, pareciéndole hombre de buena razon, hizo confianza dél, y se le descubrió, y le dió entera noticia de todo lo que quiso saber del hecho de los moros. Cuanto á lo primero le dijo con certidumbre la muerte del Habaquí, y el ruin propósito que Aben Aboo tenia de reducirse, y como quedaban cinco mil hombres de pelea en la Alpujarra bien armados á su devocion; porque aunque se habia publicado que no les quedaban armas, en efeto tenian mas de doce mil arcabuces y ballestas, y las que habian rendido eran las inútiles. Díjole mas: que todos estos moros estaban dentro de siete leguas, y tenian ochocientos hombres de presidio en Pítres, y que para cualquier suceso habian de acudir á ciertas ahumadas que tenian por señal; y que habiendo ya cogido en lo del Cebel los panizos y alcandías, con esto y con algunos silos de trigo y de cebada que les quedaban, habia bastimento para mas de tres meses, y que los turcos hacian pólvora, y tenian la que habian menester; y estaban confiados en que les vendria socorro, porque no habia mas que seis dias que habian llegado siete turcos de Argel, y les habian certificado que parte de la armada turquesca bajaba de levante en su favor, y que si Aben Aboo habia callado la muerte del Habaquí, era temiendo que don Juan de Austria entraria luego en su busca, y por dar lugar al tiempo y poderse entretener algunos dias hasta ver cómo se ponian los negocios. Con estos y otros avisos que el moro dió á Hernan Valle, quedó muy satisfecho de que le trataba verdad, y le ofreció de interceder con don Juan de Austria para que le hiciese merced; y otro dia de mañana partieron juntos de aquel lugar, y fueron á Yátor, donde habia enviado á decir Aben Aboo que le hallarian; y llegando cerca del lugar, encontró dos moros que le iban á buscar para decirle que pasase á Mecina de Bombaron. Y pasando adelante, cuando llegó cerca, antes de entrar en el lugar, salieron quinientos escopeteros moros hácia él en son de guerra tirando con las escopetas; mas luego les mandó Aben Aboo que dejasen llegar aquel cristiano para ver el recaudo que traia, porque solamente hacia estas demostraciones á fin de que se entendiese que aun estaba poderoso. Luego se apartaron los turcos, y entre ellos algunos moros bien aderezados, que por todos serian hasta trecientos tiradores puestos en su ordenanza; y poniendo una bandera en la ventana del aposento de Aben Aboo, tomaron las bocas de todas las calles al derredor; y cuando Hernan Valle de Palacios llegó, en apeándose para entrar en el aposento donde el moro estaba, le quitaron las armas y le buscaron si llevaba algunas secretas. Recibióle Aben Aboo con autoridad bárbara arrogante, sin levantarse de un estrado donde estaba sentado, cercado de unas mujercillas que le cantaban la zambra; y desta manera estuvo escuchando las razones que Hernan Valle de Palacios decia, con muchos ofrecimientos de parte de don Juan de Austria, para persuadirle á que se redujese al servicio de su majestad y no fuese causa de la total destruicion de la nacion morisca, sin darle respuesta por entonces. Luego hizo que se juntasen los turcos y moros con quien se aconsejaba, y respondiendo por escrito á la carta de don Hernando de Barradas que Hernan Valle de Palacios le llevaba, le dijo tambien á él de palabra que Dios y el mundo sabian que no habia procurado ser rey, y que los turcos y moros le habian elegido y querido que lo fuese; que no habia impedido ni iria á la mano á ninguno de los que se quisiesen reducir; mas que entendiese don Juan de Austria que habia de ser él el pos-

trero. Que cuando no quedase otro sino él en la Alpujarra, con sola la camisa que tenia vestida, estimaba mas vivir y morir moro que todas cuantas mercedes el rey Felipe le podia hacer; y que fuese cierto que en ningun tiempo ni por ninguna manera se pondria en su poder; y cuando la necesidad lo apretase, se meteria en una cueva que tenia proveida de agua y bastimentos para seis años, durante los cuales no le faltaria una barca en que pasarse á Berbería. Con esta respuesta se despidió Hernan Valle de Palacios de Aben Aboo, y don Francisco de Córdoba dió órden como llevase seis cristianos captivos entre los moros que iban á hacerle escolta hasta el puerto del Rejon, que cae por encima del lugar de Jeriz. Hacíase en este tiempo un fuerte en el lugar de Codbaa de Andarax, donde dejar suficiente presidio de infantería y caballos que corriesen toda aquella tierra, porque su majestad habia enviado á mandar que de nuevo se formasen dos campos, que entrasen por dos partes en la Alpujarra: el comendador mayor de Castilla con el uno por la parte de Granada, y don Juan de Austria y el duque de Sesa por Guadix; los cuales fuesen á encontrarse en medio de la Alpujarra, talando y quemando los panes, alcandías y panizos á los moros de guerra, viendo la remision que habia en la reducion. Y estando ya el fuerte puesto en defensa, bastecido de todas las cosas necesarias, dejando en él doce compañías de infantería y un estandarte de caballos á órden de don Lope de Figueroa, partió don Juan de Austria á 2 dias del mes de agosto de aquel alojamiento, y por el puerto de Guécija fué á la ciudad de Guadix, donde habia de rehacerse de gente, porque era poca la que le habia quedado en su campo. Tres dias después desto llegó Hernan Valle de Palacios con relacion cierta de lo que habia en la Alpujarra y de lo que le habia parecido de la resolucion de Aben Aboo; y ansí se tomó luego de que se le hiciese la guerra, para castigarle como merecian sus culpas. Escribióse al consejo de Granada que se diesen priesa en hacer provisiones para juntar la gente que habia de llevar el Comendador mayor; y haciéndose la mesma diligencia en Guadix, se comenzó á levantar nuevo campo de los lugares mas numerosos de la Andalucía y reino de Granada.

CAPITULO XIV.

Cómo Aben Aboo tornó á escrebir diciendo que se queria reducir, y cómo se acabó de entender el fin por que lo hacia, y se dió órden en la entrada de la Alpujarra.

Luego que Hernan Valle de Palacios partió de Mecina de Bombaron, Aben Aboo y los otros moros que le aconsejaban, entendiendo que su majestad mandaria que don Juan de Austria juntase nuevo ejército contra ellos, para entretener y dilatar esta entrada con esperanza de que se irian á reducir, acordaron que se escribiese una carta á Juan Perez de Méscua, por la cual le encargase cuan encarecidamente pudiese que intercediese en el negocio de las paces, diciendo que se queria reducir por su intercesion, y que fuese á verse con él al lugar de Lanteira, donde le hallaria y podria llegar con toda seguridad. Esta carta se escribió luego, y la envió Aben Aboo á Guadix con seis moros de los principales que habian quedado con él, con poder suyo y de otros particulares, para que se les diese mas crédito; los cuales dieron la carta á Juan Perez de Méscua, y él la llevó á don Juan de Austria; y leida en el Consejo, causó harta confusion, viendo cuán diferente era aquello que decia de lo que Hernan Valle de Palacios habia referido. Y mandándole llamar, para entender dél si era posible aquella mudanza en Aben Aboo, les dijo que no era determinacion la que habia visto en él para que hiciese nada de lo que decia en la carta. Estando en esto llegó otro moro con una carta de don Francisco de Córdoba, aquel primo de Aben Humeya que dijimos, para Hernan Valle de Palacios, en la cual declaraba el trato de los moros, y le decia que avisase luego dello á don Juan de Austria, porque su fin solamente era entretener á los cristianos mientras retiraban las mujeres al Cehel, porque Aben Aboo no habia mudado propósito de lo que habia visto y entendido dél; y que para mas certidumbre cotejasen las cartas, y verian como eran entrambas escritas de su mano y letra, porque se habia comunicado el negocio con él. Con esto se verificó lo que don Francisco de Córdoba decia, y se entendió que todas las pláticas que habia traido Aben Aboo estos dias eran falsas, y que su fin era morir tan moro como nació y habia vivido; y que lo que convenia era atender á dar fin al negocio con castigar rigurosamente á los rebeldes pertinaces; pues no habian querido gozar del bien y merced que su majestad les hacia, no cerrando la puerta á los que se fuesen reduciendo, y prorogándoles los términos del bando; porque se entendió, que muchos dejaban de hacerlo por ignorancia, ó por temor que tenian de poca seguridad en los caminos. La órden que se dió en esta última entrada de la Alpujarra fué que el Comendador mayor levantase la gente de la ciudad de Granada, que estaba descansada de algunos dias atrás; y con ella y la que se juntaba de las ciudades convecinas entrase por la parte de Órgiba; y que don Juan de Austria no entrase mas en la Alpujarra, sino que se pusiese en Jeriz ó en otro lugar de los del marquesado del Cenete, donde pudiese valerse de vitualias, para desde allí enviar á hacer correrías á los enemigos. Mas después se acordó que no partiese de Guadix, y que los tercios de la infantería con los estandartes de caballos entrasen por el puerto de Loh; y dando el gasto á la tierra, talasen los panizos y alcandías que habia nacidos, y fuesen á juntarse en Cádiar con el campo del Comendador mayor, y estuviesen á su órden. Queriendo pues don Juan de Austria gratificar á don Francisco de Córdoba el servicio que habia hecho á su majestad en dar tan ciertos avisos, mandó dar una salvaguardia á Hernan Valle de Palacios para que se la enviase, y le escribiese que viniese á reducirse solo, cuando no pudiese traer otra gente consigo, porque deseaba hacerle merced. El cual, dejando de tomar tan buen consejo, respondió que entendia hacer mas servicio á su majestad en el lugar donde estaba, que reducido; y al fin vino después á rendirse en una cueva que combatieron los soldados del campo del Comendador mayor, y de allí fué llevado á servir á las galeras, como adelante dirémos.

LIBRO DÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo su majestad cometió al duque de Arcos la reducion de los moros de la serranía de Ronda, y lo que se trató con ellos.

Luego que don Antonio de Luna partió de la ciudad de Ronda, como dijimos en el capítulo III del noveno libro, los soldados que quedaron desmandados en compañía de la gente de la ciudad comenzaron á salir por la tierra á robar las alcarías y lugares; y los moros, por huir estos daños, indignados y persuadidos de los que iban huyendo de la Alpujarra, hallándose libres de todo embarazo, comenzaron á hacer la guerra descubierta. Recogieron las mujeres y hijos y los bastimentos que les habian quedado; y subiéndose á lo mas áspero de la Sierra Bermeja, se fortificaron en el fuerte de Arbote cerca de Istan, tomando la mar á las espaldas para recebir el socorro que les viniese de Berbería. De allí pasaban hasta las puertas de Ronda, desasosegando la tierra, robando ganados, matando cristianos, no como salteadores, sino como enemigos declarados. Su majestad pues, como príncipe considerado y justo, informado que estas gentes no habian sido participantes en el rebelion, y que lo sucedido habia sido mas por culpa de los ministros, cometió á don Luis Cristóbal Ponce de Leon, duque de Arcos, gran señor en la Andalucía, que los redujese á su servicio, volviéndoles las mujeres, hijos y muebles que les habian tomado; y que recogiéndolos, los enviase la tierra adentro por la órden que don Juan de Austria le daria. Tenia el duque de Arcos una parte de su estado en la serranía de Ronda, y por aprovechar mas se llegó á la villa de Casáres, que era suya, para tratar desde cerca con los alzados el negocio de la reducion. Luego les envió una lengua que le refirió como mostraban deseo de quietud, y pesar de lo sucedido, y que enviarian personas que tratasen del negocio de las paces donde y como se les mandase, y se reducirian. No tardó mucho que enviaron dos hombres principales y de autoridad entre ellos, llamados el Alarabique y el Atayfar; los cuales bajaron á una ermita que estaba fuera de Casáres, y con ellos otros particulares de las alcarías levantadas. El Duque, por no escandalizarlos y mostrar confianza, salió á hablarles con poca gente; y persuadiéndoles con eficacia, respondieron lo mesmo que le habian enviado á decir, y le dieron ciertos memoriales firmados, de cosas que habian de concedérseles; y con decirles que avisaria á su majestad se partió dellos, dejándolos llenos de buena esperanza. Luego despachó correo á su majestad, dándole aviso del estado en que estaban las cosas, y le envió los memoriales que habian presentado; y antes que volviese la respuesta, le vino órden para que, juntando la gente de las ciudades de la Andalucía comarcanas á Ronda, estuviese á punto, por si hubiese de hacer la guerra por aquella parte, en caso que los moros no quisiesen reducirse, porque habia su majestad enviado sus reales cédulas de 21 de agosto á las ciudades y á los señores de la Andalucía, mandándoles que acudiesen á órden de don Juan de Austria con toda la gente de á pié y de á caballo que pudiesen recoger, y vitualla para quince dias, que era el tiempo que parecia bastar para dar fin al efeto que se pretendia. Mientras la gente se juntaba, acordó el duque de Arcos que seria bien ir al fuerte de Calaluy, por si convendria ocuparle en caso que se hubiese de hacer guerra, antes que los enemigos se metiesen dentro; y vista la importancia dél, envió dende á pocos dias una compañía de infantería que lo guardase. Vínole en este tiempo resolucion de su majestad, que concedia á los alzados casi todo lo que pedian en sus memoriales. Luego comenzaron algunos á reducirse, aunque con pocas armas, diciendo que los que quedaban en la sierra no se las dejaban traer. Estaba entre los moros uno escandaloso y malo llamado el Melchi, imputado de herejía, y suelto de las cárceles de la Inquisicion, ido y vuelto á Tetuan; el cual, juntando el ignorante pueblo, que ya estaba resuelto en reducirse, les hizo mudar de propósito, afirmando que cuanto trataban el Alarabique y el Atayfar era todo engaño; que habian recebido nueve mil ducados del duque de Arcos, y vendido por precio su tierra, su nacion y las personas de su ley; que las galeras habian venido á Gibraltar; que la gente de las ciudades y señores de la Andalucía estaba levantada; y que los cordeles estaban á punto con que los principales habian de ser ahorcados, y los demás atados y puestos perpetuamente al remo, á padecer hambre, azotes y frio, sin esperanza de otra libertad que la de la muerte. Con estas palabras tales, y con ser la persona que las decia tan acreditado con los malos, fácilmente se persuadieron aquellos rústicos; y tomando las armas contra el Alarabique, le mataron, y juntamente con él á otro moro berberisco que era de su opinion; y de allí adelante quedaron mas rebeldes de lo que habian estado; y si algunos querian reducirse, el Melchi se lo estorbaba con guardas y con amenazas. Los de Bena Habiz enviaron por el bando y perdon de su majestad, con propósito de reducirse, á un moro llamado el Barcochi, á quien el duque de Arcos dió una carta para el cabo de la gente, que estaba en el fuerte de Montemayor, mandándole que tuviese cuenta con él y con sus compañeros, y les hiciese escolta hasta ponerlos en lugar seguro; mas nuestra gente, por cudicia de lo que llevaban, ó por estorbar la reducion, con que cesaba la guerra, le mataron en el camino. Esta desórden movió á los de Bena Habiz y confirmó la razon del Melchi; de manera que no fué parte el castigo que el duque de Arcos hizo, ahorcando y echando á galeras los culpados, para que no se alzasen todos y quedasen de mala manera. Dejemos agora esta historia, que á su tiempo volverémos á ella, y digamos cómo el comendador mayor de Castilla hizo la entrada en la Alpujarra.

CAPITULO II.

Cómo el comendador mayor de Castilla juntó la gente con que habia de entrar en la Alpujarra.

Mientras en Guadix se aprestaban las vituallas y municiones para la gente que habia de entrar por aquella

parte en la Alpujarra, el comendador mayor de Castilla fué á hacer lo mesmo en la ciudad de Granada, donde llegó á 10 dias del mes de agosto. Aposentóse en las casas de la Audiencia, y allí fué muy regalado del presidente don Pedro de Deza, que en este particular era muy cumplido con los ministros de su majestad. Fueron con él don Miguel de Moncada, don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Coruña; don Lope Hurtado de Mendoza, y otros caballeros deudos y amigos suyos. Llevaba poder y facultad de su majestad para levantar gente en la ciudad, llamar la de la comarca, y hacer todas las otras provisiones necesarias para la expedicion de la guerra, como teniente de capitan general, y como tal presidió en el Consejo mientras allí estuvo; nombró capitanes y cabos de la infantería y todos los demás oficiales, y encargóme á mí el oficio de proveedor de su campo. Y cuando tuvo toda la gente apercebida y hecha una gruesa provision de vituallas y municiones, y puesta buena parte della en Órgiba y en el Padul, partió de la ciudad de Granada á 2 dias del mes de setiembre deste año de 1570, y aquella tarde á puesta de sol fué al lugar del Padul, donde le alcanzó la gente de las ciudades, y engrosó su campo á número de cinco mil hombres lucidos y bien armados. Los cabos de la infantería que sacó de Granada eran don Pedro de Vargas y Bartolomé Perez Zumel, y de la de las siete villas de su jurisdicion don Alonso Mejía. Con la gente de Loja, Alhama y Alcalá la Real iba don Gomez de Figueroa, corregidor de aquellas ciudades. Don Fadrique Manrique con la de Antequera, y una compañía de infantería de la villa de Archidona con Iñigo Delgado de San Vicente, su capitan. Iban tambien Francisco de Arroyo, Leandro de Palencia, Juan Lopez, Lorenzo Rodriguez, Diego de Ortega y Juan Jimenez, con sus cuadrillas de gente ordinaria, y el capitan Lorenzo de Avila con trecientos arcabuceros de los que el conde de Tendilla tenía en la fortaleza de la Alhambra; y demás de los estandartes de las ciudades iba una compañía de herreruelos de Lázaro Moreno de Leon, vecino de Granada. Solo un dia se detuvo el Comendador mayor en el Padul para hacer paga, y me mandó que hiciese dar cuatro raciones á la gente, que llevasen para cuatro dias en sus mochilas, porque no ocupasen los bagajes que habian de llevar la vitualla y municiones del campo; y á 4 dias del mes de setiembre bien tarde se alojó en el lugar de Acequia. De allí fué á Lanjaron y á Orgiba, sin hallar impedimento en el camino; y en este alojamiento se detuvo un dia, para que descansase la gente y esperar la que le iba alcanzando, y poder tomar resolucion del camino que habia de hacer. Aquel dia llegaron los estandartes de caballos de Córdoba, que estaban en las Albuñuelas, y setecientos y treinta soldados de las Guájaras, Almuñécar y Salobreña, y por cabo el capitan Antonio de Berrio. Estando pues el campo en Órgiba, á 7 dias del mes de setiembre partió don Juan de Austria de la ciudad de Guadix, y fué á la Calahorra, donde estaba junta la gente que habia de entrar por aquella parte para aviarla; y aquel dia bien de mañana fueron á dormir al puerto de Loh tres mil y docientos infantes y trecientos caballos, con raciones para cuatro dias en las mochilas, y mil y quinientos bagajes mayores cargados de bastimentos y municiones. Los cabos desta gente eran don Pedro de Padilla, maese de campo del tercio de Nápoles, Juan de Solís, vecino de Badajoz, maese de campo del tercio que llamaban de Francia, porque habian servido aquellas banderas al rey de Francia contra los luteranos, con órden de su majestad, y después se habian venido á juntar con el campo de don Juan de Austria en Andarax, Antonio Moreno y don Rodrigo de Benavides, y los capitanes de la caballería Tello Gonzalez de Aguilar y don Gomez de Agreda, vecino de Granada. Otro dia fueron á Válor, donde vino don Lope de Figueroa con ochocientos soldados y cuarenta caballos de los que tenia en Andarax. Llevaban órden por escrito de lo que habian de hacer, y porque no hubiese diferencias entre los cabos, mientras se juntaban con el campo del Comendador mayor, á quien todos habian de obedecer, se les mandó que cada uno gobernase un dia, y los demás le obedeciesen como á capitan general. Hízose esto con mucha conformidad, enviando todos los dias infantería y caballos que corriesen la tierra y talasen los panizos y alcandías, y hiciesen todo el daño que pudiesen á los enemigos. En estas correrías captivaron y mataron mucha gente y recogieron gran cantidad de ganados; y vendiendo luego la presa en almoneda, la repartian entre los capitanes y soldados, y al gobernador del dia en que llegaban con la presa al campo daban el quinto, como á capitan general. Habiendo pues enviado una gruesa escolta desde este alojamiento á la Calahorra, y traido buena cantidad de bastimentos y municiones, pasó el campo al lugar de Cádiar, donde llevaba órden de aguardar al Comendador mayor; y desde allí hicieron otras muchas corredurías, en que los capitanes y soldados fueron bien aprovechados, sin hallar quien les hiciese resistencia. En este tiempo partió el Comendador mayor de Órgiba, y porque tuvo aviso en el camino que los moros de guerra se recogian á la umbria de Valdeinfierno, avisó al presidente don Pedro de Deza que mandase á don Francisco de Mendoza, gobernador del presidio de Guéjar, que con el mayor número de gente que pudiese acudiese hácia aquella parte. Llegó nuestro campo á Poqueira á 8 dias del mes de setiembre, y mataron las cuadrillas tres moros y talaron todos los mijos, panizos y alcandías de aquella taa; y el siguiente dia bien de mañana pasó á Pítres de Ferreira. Fueron las cuadrillas á correr la tierra, mataron cinco moros y captivaron cinco mujeres, y gastóse todo aquel dia en talar y cortar las mieses. Y porque se entendió que en saliendo el campo de Poqueira habian vuelto los moros á meterse en las casas, así para esto como para acabar de talar los sembrados, fué un buen golpe de gente á amanecer sobre aquella taa, que hicieron algun efeto. Estuvo el campo en Pítres desde 9 dias del mes de setiembre hasta los diez y siete: hallóse en las casas de los lugares de aquella taa mucha uva pasada, higos, nueces, manzanas, castañas y otras frutas de la tierra, y miel, y algun trigo y cebada, aunque poco; y los soldados no se daban á manos á buscar silos de ropa que los moros habian dejado escondida. Desde este alojamiento fueron dos gruesas escoltas por el bastimento que habia de respeto en Órgiba, y no perdiendo el Comendador mayor tiempo en lo que mas importaba, que era hacer la guerra de allí adelante con cuadrillas de gente suelta que corriesen les sierras buscando los enemigos, y poner presidios en los lugares importan-

tes, mientras se hacia un fuerte al derredor de la iglesia de Pítres, donde habia de dejar quinientos soldados de guarnicion, á 12 dias del mes de setiembre envió á amanecer sobre el lugar de Trevélez mil y quinientos infantes y ciento y veinte caballos, divididos en dos bandas, con órden que se detuviesen por allá dos dias talando la tierra y procurando degollar los moros que hallasen. Con esta gente fué don Miguel de Moncada. Don Alonso Mejía fué á combatir unas cuevas que estaban de la otra parte del rio que pasa por bajo de Pítres, y otros capitanes á otras partes; que todos hicieron buenos efetos y volvieron con presas de moras y ganados, dejando muertos algunos moros de los que andaban desmandados, y talada toda la tierra, y trayendo algunos captivos, entre los cuales vino un moro que dió aviso de una cueva que estaba en un monte donde no bastara á hallarla nadie. Hallóse en ella algun trigo, cebada y harina, que tenian los moros escondido, y habiéndose ofrecido de descubrir otras, y prometídole el Comendador mayor libertad por ello, unos soldados que iban con él, sintiendo tocar arma, le mataron; cosa que dió harto desgusto al Comendador mayor, porque no podia dejar de haber muchas cuevas secretas, y no habria de quien se fiase para ir á mostrarlas. Estando pues el fuerte en defensa, y habiendo traido de Órgiba y del Padul el bastimento y municion que habia quedado, dejó en aquel presidio al capitan Hernan Vazquez de Loaysa, vecino de Málaga, con quinientos soldados y órden que corriese y diese el gasto á la tierra por aquella comarca; y á 18 dias del mes de setiembre partió la vuelta de Jubíles, y aquel dia envió mil y docientos infantes y setenta caballos que tornasen á correr lo de Trevélez y toda aquella sierra, porque se entendió que los moros habian vuelto hácia aquella parte al calor de los moriscos de paces, que siempre les ayudaban con algun bastimento. Dejando pues las taas de Poqueira y Ferreira y Jubíles tan taladas y destruidas, que muy pocas mazorcas de panizos y alcandías podian ser de provecho, aunque los moros quisiesen valerse dellas, y el presidio en Pítres, para acabar de desarraigarlos que no volviesen á su querencia, y degollar los que hallasen, fué á juntarse con el otro campo, que le estaba aguardando en Cádiar; y este mesmo dia se dió órden en otras correderías de que adelante dirémos, porque nos llama el duque de Arcos, que en este tiempo no estaba de vagar en Ronda.

CAPITULO III.

Cómo el duque de Arcos salió contra los alzados de la sierra de Ronda, y los echó del fuerte de Arboto.

En el mesmo tiempo que se hacian estas cosas en la Alpujarra, el duque de Arcos, á quien su majestad habia cometido lo de la serranía de Ronda, aprestaba tercero campo en aquella ciudad; y teniendo juntos cuatro mil infantes y ciento y cincuenta de á caballo, y cantidad de bastimentos y municiones para quince ó veinte dias, á 16 dias del mes de setiembre salió en campaña, y fué á alojarse una legua del fuerte de Arboto. Allí estaba recogida la fuerza de los enemigos, lugar áspero y dificultoso de subir, donde naturaleza en la cumbre mas alta de aquel monte puso una composicion y máquina de peñas cercadas de tantos tajos y despeñaderos, que parece una fortaleza artificial, capaz de mucho número de gente. Dejó el duque en Ronda á Lope de Zapata, hijo de Luis Ponce, para que en su nombre recogiese y encaminase los moros que viniesen á reducirse, porque nunca su majestad quiso cerrarles la puerta, teniendo solamente fin á la pacificacion y seguridad de aquel reino. Vinieron pocos, por estar escandalizados de la muerte de Barcochi, y de ver que en Ronda y en Marbella hubiesen los cristianos quebrantado la salvaguardia del duque de Arcos y muerto al pié de cien moros reducidos al salir de los lugares. No se detuvo el Duque en este castigo, porque era dañosa cualquier dilacion al negocio principal; mas dió luego aviso á su majestad, que envió juez que castigó los culpados. La noche primera, estando el Duque alojado donde llaman la Fuenfria, se encendió fuego en el campo, no se entendió de dónde vino, y atajóse con mucho trabajo. Luego el siguiente dia reconoció el Duque el fuerte con mil infantes y cincuenta caballos, y vió el alojamiento de los enemigos y el lugar del agua, desde la sierra de Arboto, que está puesta enfrente dél; y aunque se mostraron fuera de sus reparos, no los acometió, por ser ya tarde y aguardar que llegase la gente que venia de Málaga. Otro dia puso guardia de gente en aquella sierra, no sin resistencia de los enemigos, que á un tiempo acometieron la guardia y el alojamiento, y trabaron una escaramuza lenta y espaciosa, que duró mas de tres horas. Los moros eran ochocientos tiradores, y algunos con armas enhastadas, los cuales viendo que dos mangas de arcabuceros les tomaban la cumbre, se retiraron á su fuerte con poco daño de los nuestros y alguno suyo. El Duque reforzó la guardia de aquel sitio con dos compañías de infantería, por ser de importancia, y á 18 dias del mes de setiembre llegó Arévalo de Zuazo, corregidor de la ciudad de Málaga, con dos mil infantes y cien caballos. Con su venida mejoró el Duque el alojamiento, y se puso mas cerca de los enemigos, cuyas fuerzas se presumian harto mas de lo que eran, porque habian procurado dar á entender que estaban poderosos de gente. Luego se tomó resolucion de combatir el fuerte, y á 20 dias del mes de setiembre repartió el duque de Arcos la gente, y dió la órden que habian de tener los capitanes en la subida de la sierra, señalándoles los lugares por donde habian de ir. A Pedro Bermudez de Santis mandó que con una manga de gente reforzada tomase las cumbres de dos lomas que subian al sitio del enemigo, y que el capitan Pedro de Mendoza, con otro buen golpe de gente, le hiciese espaldas á la mano izquierda. Tomó el Duque para sí, con la artillería y caballos y mil y quinientos infantes, á la mano derecha de Pedro Bermudez, lugar menos embarazado y mas descubierto, quedando entre ellos un espacio de breñas que los moros habian quemado para que rodasen mejor las piedras desde arriba. Ordenó á Arévalo de Zuazo que con la gente de su corregimiento y dos mangas de arcabuceros delante subiese á la mano derecha del Duque; y adelante dél, hácia el mesmo lado, Luis Ponce con seiscientos arcabuceros por un pinar, camino mas desocupado que los otros. La órden era que, saliendo del alojamiento, fuesen todos encubiertos por la falda de la montaña donde estaba el sitio del enemigo, y por una quebrada que hacia un arroyo hondo que estaba al pié de ella, y subiendo poco á poco para guardar el aliento,

á un tiempo diesen el asalto en sintiendo una señal que se haria. Desta manera quedaba cercada toda la montaña, sino era por la parte de Istan, que no se podia cercar por su aspereza; y nuestra gente iba tan junta, que parecia poderse dar las manos los unos á los otros. Habiendo pues repartido municion á los arcabuceros y apercebido á los capitanes para el siguiente dia, el Duque mandó á Pedro de Mendoza que con la gente de su cargo y algunos gastadores fuese delante á aderezar ciertos pasos por donde habia de ir la caballería; y como los moros le vieron desviado en parte donde les pareció que no podia ser socorrido tan presto, al caer de la tarde salieron cantidad de tiradores desmandados, quedando el golpe de la gente á manera de emboscada, y trabaron una escaramuza de tiros perdidos con él; el cual, confiado en sí mesmo, pudiendo guardar la órden y estarse quedo sin peligro, acudió á la escaramuza con demasiado calor, desmandándose los soldados por la sierra arriba desordenadamente, y sin aguardarse unos á otros, yéndose los enemigos unas veces retirando y otras reparando, como si los fueran cebando para meterlos en alguna emboscada. Viendo Pedro de Mendoza el peligro, y no lo pudiendo reparar, porque ya no era parte para detener la gente, envió á dar aviso al duque de Arcos á tiempo que, puesto que habia enviado tres capitanes á retirarle, fué necesario tomar con su persona lo alto para reconocer el lugar de la escaramuza, y con los que con él iban y los que pudo recoger, atravesó por medio de los que subian, y pudo tanto su autoridad, que los desmandados se detuvieron, y los moros, que ya habian comenzado á descubrirse, se recogian al fuerte, en ocasion que por ser cerca de la noche pudieran hacer harto daño. Hallóse el Duque tan adelante cuando descubrió el golpe de los enemigos, que teniendo por imposible poder detener los soldados que subian desmandados, quiso aprovecharse de su desórden, y con el mayor número de gente que pudo juntar, todo á un tiempo acometió y se pegó con el fuerte, de manera que fué de los primeros que entraron en él. Los moros no osaron aguardar, y se descolgaron por diferentes partes de la sierra, que era larga y continuada, y de allí se repartieron: unos fueron á Rio Verde, otros la vuelta de Istan, otros á Monda, y otros á Sierra Blanquilla, dejando quinientas mujeres y niños en poder de los cristianos. Desta manera se ganó el fuerte de Arboto, tan nombrado y temido, aunque no con tan buena órden como el Duque quisiera; y ansí le mataron alguna gente, habiendo peleado tres horas ó mas. Y por ocuparse en recoger la presa los soldados y sobrevenir la noche, no se siguió el alcance, hasta que en saliendo la luna fueron mil y quinientos arcabuceros por la parte que se entendió que habian huido; mas no los pudiendo hallar, se volvieron al campo.

CAPITULO IV.

De lo que el duque de Arcos hizo en prosecucion desta guerra hasta que volvió á Ronda.

Ganado el fuerte de Arboto, el duque de Arcos dió licencia al corregidor de la ciudad de Málaga para que se fuese, con órden que corriese la tierra, y con el resto del campo pasó á Istan á 22 dias del mes de setiembre, porque le pareció conveniente dejar presidio en aquel lugar, donde podria ser fácilmente proveido de la ciudad de Marbella y de la de Málaga. Aquel dia envió cuatro compañías de infantería divididas, sin banderas ni atambores, á correr la sierra, hácia donde pareció que podrian estar los moros; las tres dellas les quemaron tres barcas grandes que tenian hechas para pasar á Berbería, y mataron algunos; y la otra, que iba con el capitan Morillo, á quien mandó que corriese el Rio Verde, no guardando la órden que llevaba, fué á dar con la gente del Melchi, no lejos de Monda, en un cerro que los de la tierra llaman Alborno, y siendo inferior, fueron desbaratados los nuestros. El capitan se vino retirando hasta llegar á vista de Istan, tan cerca del campo, que se oyeron los arcabuces y escopetas; y el Duque, sospechando lo que era, envió á Pedro de Mendoza á que le socorriese; el cual llegó á descubrir los enemigos, y contentándose con recoger algunos de los soldados que venian huyendo, no quiso pasar adelante, temiendo alguna emboscada. El capitan Morillo, que con calor del socorro habia dado vuelta sobre los moros, murió peleando, y con él la mayor parte de su gente. En el mesmo tiempo el capitan Francisco Ascanio, á quien Arévalo de Zuazo habia dejado en Monda para que fuese á correr la tierra en compañía de los de Alora, codicioso de hacer alguna buena presa, sin aguardarle, con solos sesenta soldados y el alcaide de la fortaleza, que quiso acompañarle, fué la vuelta de Hojen; y cerca del puerto que está sobre aquel lugar dieron los moros en ellos, y matándole á él y al alcaide y mas de treinta soldados, escaparon huyendo los otros. Tambien desbarataron una compañía de cien hombres de Jerez de la Frontera, que enviaba el duque de Arcos á que hiciese escolta á un correo que iba desde Istan á Monda, para que de allí fuese con despachos á su majestad; y matando algunos soldados, tuvo lugar de favorecerse el correo en Monda. El Duque pues, viendo que hácia aquella parte estaba el golpe de los enemigos, envió órden á Arévalo de Zuazo que con la gente de Málaga y Vélez volviese á Monda, escribió á don Sancho de Leiva que le enviase ochocientos soldados de los de Galera, y envió á Pedro Bermudez por la gente de Ronda, y él con la que habia quedado en el campo fué á esperarlos en Monda, y habiéndose juntado todos, partió para Hojen. En el camino le encontró don Alonso de Leiva, hijo de don Sancho de Leiva, con los ochocientos soldados. Entendióse que los moros esperarian una legua de allí, y mandando á Pedro Bermudez que con mil arcabuceros tomase á la mano izquierda, y que don Alonso de Leiva fuese derecho á Hojen por un monte que llaman el Negral, con toda la otra gente caminó él hácia el Corvachin, tierra de grande aspereza y espesura; y con esta órden llegaron todos á un tiempo á Hojen, donde habian estado los moros; y no los hallando, fueron calando la sierra hasta llegar á vista de la Fuengirola, sin hallar mas que rastros de gentes á diferentes partes, porque los moros se habian esparcido á la parte de las sierras. Y como no hubiese qué hacer, don Alonso de Leiva se volvió con su gente á las galeras, y Arévalo de Zuazo fué corriendo la tierra de Málaga, dejando órden á Gabriel Alcalde de Gozon, vecino de Cazarabonela, hombre diligente y cuidadoso del servicio de su majestad, para que, recogiendo gente de aquellos lugares, anduviese á la mira por las caras de Rio Verde, por si algunos moros reven-

tasen hácia aquella parte, poderlos oprimir; el cual con veinte caballos y cantidad de peones anduvo asegurando la tierra, y hizo algunos efetos de importancia, siendo muy prático en ella. Habiendo estado el duque de Arcos algunos dias en Monda, porque llovia mucho para tener la gente en campaña, dejó presidios en Caläuy, Istan, Monda, Tolox, Guaro, Cartágima y Jubrique, y fué á Marbella, y de allí á Ronda, á esperar órden de su majestad para lo que adelante se habia de hacer, donde estuvo á 5 dias del mes de otubre. Volvamos al campo del Comendador mayor, que dejamos en la Alpujarra.

CAPITULO V.

Del progreso del campo del comendador mayor de Castilla desde que se juntaron los dos campos hasta que volvió á Cádiar.

El mesmo dia que el comendador mayor de Castilla llegó á Cádiar, envió los tercios de Juan de Solís y Bartolomé Perez Zumel y don Pedro de Vargas á hacer escolta á los bagajes que iban á traer bastimentos de Adra, donde ya habian ido dos veces don Pedro de Padilla y Antonio Moreno antes que llegase, y saqueando el lugar de Lucainena, la órden que les dió fué que mientras Bartolomé Perez Zumel volvia con la escolta hasta Berja, porque se habian de detener un dia en cargar, amaneciesen los otros dos tercios el juéves en Dalías, y procurasen degollar los moros que allí hubiese y talar la tierra, y el viérnes se juntasen con la escolta en Berja, para volver el sábado al campo. Volvieron los que habian ido á correr segunda vez á Trevélez, y trajeron ciento y veinte moras y dos mil cabezas de ganado y cien vacas y cincuenta bagajes, y mataron cantidad de moros. El mesmo dia vinieron don Lope de Figueroa y don Rodrigo de Benavides, que habian ido á correr el Cehel, con otras ochenta moras, dejando muertos algunos moros, y quemadas tres barcas muy buenas que tenian hechas para pasarse á Berbería. Vinieron tambien otros que habian ido á otras partes, con dejar hechos tan buenos efetos, que á los 22 de setiembre habian ya traidose al campo mil y cien esclavas y muértose al pié de quinientos moros, y tomádoles gran cantidad de ganados y bagajes, y taládoles la comarca al derredor, asegurando la tierra de manera que á 24 de setiembre pudieron ir dos escoltas juntas en un dia, una á Órgiba y otra á Pítres, á traer los bastimentos que allí habian quedado, teniendo fuera en correrías ocho tercios de diez que habia en el campo. Corrióse toda la Alpujarra, sin dejar Cehel ni Dalías, y mucha parte della dos y tres veces; talaron y quemaron los soldados infinitos panizos y alcandías, y hallaron gran cantidad de trigo y cebada en las cuevas. Este dia se trajeron al campo docientas moras, dejando al pié de ochocientos moros muertos. Hizo arcabucear el Comendador mayor veinte moros, y el dia de antes cuatro de los mas principales, y entre ellos á Miguel de Herrera el de Pítres, á quien dijimos que el marqués de Mondéjar habia encomendado las esclavas de Jubíles; y á ninguno de cuantos se prendian de veinte años arriba se daba vida. Comenzáronse á hacer los fuertes en Cádiar, Cujurío, Bérchul, Mecina de Bombaron y en Jubíles, para dejar gente de guarnicion en ellos, que corriesen siempre la tierra, porque no quedase á los moros donde habitar. Traian estas correderías tan corridos y acosados á los malaventurados, que ya no tenian sierra, cueva ni barranco seguro. A 29 de setiembre fué una escolta á traer bastimento de la Calahorra, llevó mas de mil moras, y quedaron pocas menos en el campo, habiéndose degollado otros cuatrocientos moros y hecho justicia de treinta y seis. En la cueva de Mecina de Bombaron se tomaron docientas y sesenta personas, y se ahogaron de humo que se les dió otras ciento y veinte. En otra cueva cerca de Bérchul se ahogaron sesenta personas, y entre ellas la mujer y dos hijas de Aben Aboo; y estando él dentro, se salió por un agujero secreto con solos dos hombres que le pudieron seguir. En la cueva de Castáres murieron treinta y siete personas, y en la de Tíar se tomaron vivas sesenta y dos, y en todas se hallaron muchas armas, vituallas y ropa. Ganáronseles otras cuevas menores por fuerza de armas, y ellos desamparaban algunas cuando veian la pérdida de sus vecinos; y finalmente, la procesion que ellos decian que pasaba cuando veian pasar nuestros ejércitos, les fué quitando el último refugio. Cuando hubo el Comendador mayor acabado los cuatro fuertes, dejándolos bastecidos de gente y de vituallas para un mes, á 3 dias del mes de otubre pasó á Ujíjar; y dejando allí un tercio, otro en Laróles, haciendo dos fuertes, pasó á Berja y á Dalías á hacer otros dos, para que á un mesmo tiempo se acabasen todos cuatro, como se habia hecho en los otros; y á los 15 de otubre los tuvo acabados y avituallados y con gente. Desde el alojamiento de Dalías envió el Comendador mayor á don Pedro de Padilla con su tercio y las cien lanzas de Ecija á correr los lugares de Inix, Filix y Vícar, con órden que, habiendo degollado unos moros que andaban en aquel partido, pasasen á Canjáyar y corriesen la sierra de Gádor. Esta gente llegó al amanecer del dia á Filix, donde tenian aviso que estaban cantidad de moros, y antes que llegasen á él, salieron todos con sus mujeres y hijos, y caminaron la vuelta de la ciudad de Almería á fin de quererse reducir; nuestra gente entró en el lugar y le saqueó, y captivaron algunas mujeres y muchachos que se habian quedado en las casas. Y unos escuderos de los de Ecija, siendo avisados como aquellos moros iban hácia Almería, fueron tras dellos, y habiéndose alargado gran rato de los compañeros sin poderlos alcanzar, quisieran volverse; mas andaban tantos moros apellidando la tierra, que determinaron de ir adelante, y llegaron á la ciudad á tiempo que don García de Villaroel acababa de recoger los moros y moras que llevaban por delante; y queriendo que se los diese todos por esclavos, don García de Villaroel no lo quiso hacer, diciendo que eran libres conforme al bando de su majestad, pues se iban á reducir y tenia comision para admitirlos, y sobre esto hubo algunas demandas y respuestas, de donde resultó descomedirse los escuderos y mandarlos prender. Desto se quejó Tello Gonzalez de Aguilar á don Juan de Austria, y envió un juez á determinar aquel negocio, el cual soltó los escuderos, y les adjudicó todos aquellos moros por esclavos. Estuvieron don Pedro de Padilla y Tello Gonzalez de Aguilar en Canjáyar algunos dias, y corrieron toda aquella tierra asegurando los pueblos reducidos, hasta que se les dió órden que los metiesen la tierra adentro. En este tiempo don Sancho de Leiva, que andaba discurriendo por la costa

con las galeras, puso gente en la Rábita y en Castil de Ferro y en Albuñol, conforme á la órden que se le envió. Continuábanse siempre las correrías, y captiváronse mas de tres mil moras y muchachos, y fueron muertos al pié de mil y quinientos moros; ganáronseles seis cuevas muy grandes, que en solas dos dellas hubo al pié de ochocientas personas, y en la postrera, que se rindió á 10 de otubre, que fué la de Détiar, habia cien moros de la tierra y treinta de Berbería, y un turco, todos muy bien armados, y mas de trecientas mujeres y niños; y en otra que estaba sobre el lugar de Múrtas hácia la mar, se rindió don Francisco de Córdoba, aquel primo de Aben Humeya que dijimos en el capítulo XIV del libro noveno, y otro hermano suyo y dos capitanes turcos, y un sobrino de Aben Aboo, que después se les huyó á los soldados que le llevaban: concedióles el Comendador mayor las vidas, y después los mandó llevar á las galeras. Acabados los fuertes arriba referidos sin contradicion del enemigo, que andaba ya reducido á extrema miseria, huyendo de cueva en cueva con algunos tan pertinaces como él, y donde estaba un rato de la noche no osaba aguardar el dia, el Comendador mayor volvió corriendo la tierra con sus tercios repartidos á todas partes; y visitando los presidios, á 16 de otubre estuvo en Ujijar de vuelta, y á 19 en Cádiar. Dióseles otra mano á los moros tal y tan buena como las pasadas; tomáronseles muchas cuevas, y volvian los soldados al campo con las manos llenas de los moros y moras que prendian, que eran muchos, y unos enviaba el Comendador mayor á las galeras, otros hacia justicia dellos, y los mas consentia que los vendiesen los soldados para que fuesen aprovechados. La mayor parte de los moros que se prendieron y mataron estos dias fueron de los que habian ido á reducirse al marquesado del Cenete, que se volvian ya muchos, y les hallaban las salvaguardias en el seno; y aunque decian que venian á encaminar á sus parientes y amigos á que se redujesen, les aprovechaba poco, por los avisos que de allá se tenian en contrario. Estos dias yendo don Diego de Leiva visitando los lugares que estaban á su cargo, y llevando nueve arcabuceros á pié y cincuenta caballos de la compañía de Diego Merlin de Avalos, García el Zaycal, y el Bayzi de Jérgal y el Naguar, con docientos moros de sus cuadrillas, se pusieron en emboscada y le aguardaron en un paso antiguo entre Tavernas y Jérgal, á la bajada de la rambla que dicen de Belelche, y saliendo de improviso á los nueve arcabuceros que iban delante, los pusieron en huida, y luego tras dellos siguieron los caballos. Bien pudiera don Diego de Leiva retirarse este dia, si quisiera; mas como animoso y buen caballero, hizo rostro, y procuró detener la gente y recoger los bagajes, donde iba cantidad de dinero de su majestad; y no le aprovechando su trabajo y diligencia, que fué mucha, porque la vereda que llevaba era angosta, y los caballos no podian correr por ella, ni los bagajes dar vuelta, herido de dos escopetazos, uno en un brazo y otro en los lomos, le retiró don Felipe de Leiva, su hermano, bien contra su voluntad; y poniéndose un paje en las ancas de su mesmo caballo, le fué teniendo, porque no cayese, hasta la ciudad de Almería, donde murió de las heridas. Este dia probó nuestra gente tan mal, que si no fueron don Felipe de Leiva y el bachiller Soler, su auditor, y seis caballos, todos los demás huyeron, dejando á su capitan solo en poder de los enemigos..

CAPITULO VI.

Cómo su majestad mandó sacar todos los moriscos que habia en el reino de Granada, ansí de paces como reducidos, y meterlos la tierra adentro.

Ya en este tiempo su majestad habia enviado á mandar á don Juan de Austria, y al presidente don Pedro de Deza, y al duque de Arcos, á cada uno por su parte, que con toda brevedad y diligencia posible ejecutasen las órdenes que tenian de sacar todos los moriscos del reino de Granada, ansí los nuevamente reducidos, como los que no se habian alzado, y los metiesen la tierra adentro, porque los pocos que quedaban en la sierra, perdiendo la confianza de poderse valer dellos, acabasen de reducirse ó de perderse. Estando pues las cosas de la Alpujarra y de la serranía de Ronda en los términos que hemos dicho, por carta de 28 dias del mes de otubre, fecha en la villa de Madrid, tuvo don Juan de Austria segunda órden y última resolucion sobre ello; y por ser negocio de tanta importancia, comunicándose los consejos, se acordó que antes que el Comendador mayor saliese de la Alpujarra, pues los moriscos dejaban ya de venirse á reducir, y se volvian muchos de los reducidos á la sierra, se pusiese en ejecucion el mandato de su majestad, y ansí se hizo por la órden siguiente: que los de Granada y de la vega y valle de Lecrin, sierra de Bentomiz, jarquia y hoya de Málaga y serranías de Ronda y Marbella, saliesen encaminados la vuelta de Córdoba, y de allí fuesen repartidos por los lugares de Extremadura y Galicia y por sus comarcas. Los de Guadix, Baza y rio de Almanzora fuesen por Chinchilla y Albacete á la Mancha, al reino de Toledo, á los campos de Calatrava y Montiel, al priorato de San Juan, y por toda Castilla la Vieja hasta el reino de Leon; y los de Almería y su tierra por mar, en las galeras del cargo de don Sancho de Leiva, á la ciudad de Sevilla; y que no fuesen ningunos para quedar en el reino de Murcia ni en el marquesado de Villena, ni en los otros lugares cercanos al reino de Valencia, donde habia grande número de moriscos naturales de la tierra, porque no se pasasen con ellos, y por el peligro de la comunicacion de los unos con los otros; ni menos quedasen en los pueblos de la Andalucía, por haber en ellos muchos de los que se habian llevado primero, y estar la tierra trabajada; y demás desto habia inconveniente por poderse volver á las cercanas sierras los que quisiesen huir. La órden que se dió á los que los habian de llevar fué que la primera escala, fuera del reino de Granada, la hiciesen en los lugares que fuesen mas á propósito para llevarlos de allí donde habian de parar con seguridad y comodidad suya; de manera que no se fuesen, ni los hurtasen, ni llevasen á otras partes, y así ellos como sus bienes fuesen seguros; no permitiendo que los hijos se apartasen de los padres ni las mujeres de los maridos por los caminos ni en los lugares donde habian de quedar, sino que las casas fuesen y estuviesen juntas; porque, aunque lo merecian poco, quiso su majestad que se les diese este contento, mandando que, demás de la gente de guerra, fuesen con ellos comisarios, personas de autoridad y confianza, con lista y memorial de los que cada uno llevaba á su car-

go, para que los llevasen de unos lugares á otros y proveyesen vituallas y gente que los acompañase, presupuesto que la que habia de salir del reino de Granada no habia de pasar de la primera escala. Dando pues su majestad priesa, y no estando don Juan de Austria de vagar, despachó correos en diligencia á todas partes, solicitando las personas que habian de hacer el efeto, y mandándoles que para primero dia de noviembre, dia en que la Iglesia católica celebra la fiesta de Todos los Santos, á un mesmo tiempo encerrasen todos los moriscos, de cualquiera calidad y condicion que fuesen, en las iglesias de los lugares de sus partidos, y acompañados de la gente de guerra que para ello estaba repartida, los metiesen la tierra adentro; y para que se hiciese con mas seguridad se proveyeron algunas cosas necesarias. Ordenóse que tres mil hombres de la Andalucía y de otras partes, que venian ya camino para quedarse de presidio en los fuertes que el Comendador mayor dejaba hechos, se ocupasen primero en sacar los moriscos del reino de Granada. Que el Comendador mayor, para el dia en que se habian de recoger, tuviese tomados los pasos de las sierras por donde se podrian volver á ellas. Que don Francisco Zapata de Cisneros, señor de Barajas, que después tuvo título de conde y fué presidente del supremo consejo de Castilla, y á la sazon era corregidor de Córdoba, con la gente de aquella ciudad acudiese á la vega de Granada; y que don Alonso de Carvajal, señor de la villa de Jódar, haciendo otra junta de gente como la que habia hecho para el socorro de Seron, fuese al partido de Baza. La gente de la Andalucía llegó á un mesmo tiempo á lo de Granada y de Guadix, repartida en dos partes. El Comendador mayor pasó con su campo desde Cádiar á Pítres de Ferreira, y el primer dia del mes de noviembre tuvo tomados catorce pasos de las sierras con gruesas mangas de arcabucería. Don Francisco Zapata de Cisneros, con docientos caballos y mil infantes de su corregimiento partió de aquella ciudad á 28 dias del mes de otubre en la tarde, y á los 30 estuvo en Alhendin, lugar de la vega de Granada. Capitanes de la caballería eran don Luis Ponce y Alonso Martinez de Angulo, y de la infantería Gutierre Muñoz de Valenzuela, Hernando Cebico, Pero Hernandez de Monegra y don Luis de Córdoba, y Luis Hernandez de Córdoba, que servia el oficio de sargento mayor. Iba toda esta gente tan bien aderezada y proveida de armas y de caballos, que representaban bien la pompa de su ciudad y de su capitan. Llevaban los estandartes y banderas con las armas de la ciudad, que son un leon rampante leonado en campo blanco, y castillos y leones por orla. Los escuderos iban vestidos de marlotas coloradas, y los trompetas y ministriles que acompañaban al capitan, con ropetas de terciopelo carmesí y capotillos de saya entrapada, guarnecidos de franjas y pasamanos de oro; y los atambores y pífaros con libreas de seda de colores azul y amarillo; y lo que mas hubo que notar en esta gente fué su buena órden y disciplina. Habia ya enviado á mandar don Juan de Austria á don Alonso de Granada Venegas y á los otros comisarios que tenian cargo de los moros reducidos que retirasen los que tenian alojados cerca de la sierra á otros lugares mas apartados, dándoles á entender que lo hacian porque no recibiesen daño cuando saliese de la Alpujarra la gente del Comendador mayor. Estando pues todo prevenido, el dia de Todos Santos á un mesmo tiempo en todo el reino de Granada se encerraron todos los moriscos, ansí hombres como mujeres y niños, en las iglesias y lugares diputados, aunque en algunas partes con menos órden de la que convenia. Los que habian quedado en la ciudad de Granada y los que estaban recogidos en los lugares del valle de Lecrin y de la Vega los encerraron sin escándalo ni alboroto, y los llevaron al hospital Real de Granada y los entregaron á los capitanes que los habian de llevar. Don Francisco Zapata llevó cinco mil, y don Luis de Córdoba, alférez mayor de aquella ciudad, los demás. Fueron divididos en dos partes, y cada parte hechas escuadras de á mil y quinientos moriscos, sin los viejos, mujeres y niños, y con cada escuadra iban docientos soldados y veinte caballos y un comisario. Los primeros llevó Luis Hernandez de Córdoba á Extremadura y tierra de Plasencia, y los otros fueron al reino de Toledo. Habia algunos moriscos granadinos que habian sido reservados la otra vez; y pretendiendo serlo tambien en esta ocasion, hicieron diligencia con el presidente don Pedro de Deza, suplicándole que escribiese sobre ello á don Juan de Austria; el cual respondió que, sin embargo de que aquellos tales hubiesen mostrado voluntad de servir á su majestad, no tenia órden suya para mostrarles gratificacion de presente, ni era de parecer que dejasen de salir del reino de Granada; y que, dando fianzas que dentro de tres dias saldrian de todo él, los dejasen ir solos á las partes y lugares que quisiesen con sus familias y bienes muebles; y que estando fuera del reino, intercederia con su majestad y le suplicaria les diese licencia para volver á sus casas. Por la mesma órden y á un mesmo tiempo se encerraron los de la ciudad de Guadix y de los lugares de su jurisdicion y los de las villas del marquesado del Cenete. Tambien el duque de Arcos recogió los que pudo en los lugares de las serranías de Ronda y Marbella, y los envió con Antonio Flores de Benavides, corregidor de Gibraltar, á Íllora, y allí los juntaron con los que iban de Granada á la ciudad de Córdoba. Don Alonso de Carvajal, señor de la villa de Jódar, se gobernó tan bien con los del partido de Baza, que siendo gente de quien menos seguridad se tenia, por haber andado la mayor parte dellos alzados y en las sierras, los recogió en las iglesias pacíficamente, metiendo gente de parte de noche en los lugares donde entendió que habia moriscos sospechosos, y publicando que les queria repartir trigo y bueyes con que sembrasen aquel año; y con esto, y con mandar soltar libremente algunos moriscos que los soldados le traian presos por haberlos encontrado que se iban con sus armas á la sierra, los aseguró de manera, que muchos de los que estaban ya allá se volvieron á sus lugares, y caminó con ellos la vuelta de Albacete, donde habian de ir, conforme á su instruccion. Arévalo de Zuazo, corregidor de la ciudad de Málaga, con la gente de su corregimiento recogió tambien pacíficamente los que quedaban en los lugares dél, aunque dificultó el negocio harto al principio, y quiso interceder por algunos de los que no se habian alzado; mas no hubo lugar, y conforme á la órden que se le envió, los llevó á la ciudad de Antequera, y de allí pasaron á Extremadura y á Plasencia; y á las ciudades de Ecija y Carmona llevó Gabriel Alcalde de Gozon los de

Tolox y de Cazarabonela. Don Juan de Alarcon y don Miguel de Moncada, á quien don Juan de Austria habia proveido estos dias por cabo de los presidios del rio de Almanzora, estuvieron tan desconformes en la saca de los moriscos de aquel partido, que hubo notable desórden, y los soldados con mano armada comenzaron á matar y á captivar la gente reducida; y viendo esto, se pusieron muchos moros en arma y se subieron á la sierra de Bacáres. Don Pedro de Padilla recogió los de su partido casi con igual desórden, porque estando repartidos en muchas partes, fué dificultoso poderlos encerrar á todos en las iglesias sin que algunos lo entendiesen; y los del Boloduí huyeron á la sierra de Bacáres. Habíanse de recoger los otros todos en tres lugares, y en el uno, donde estaba el capitan Diego Venegas, hubo tan grande desórden, que dió materia á que los moriscos se alborotasen; y poniéndose los soldados en arma, mataron al pié de docientos hombres, no sin daño suyo, porque tambien hubo dellos muchos muertos y heridos. Los que pudieron huir se subieron á la sierra de Bacáres, y allí se juntaron con los otros y comenzaron á hacer nuevos daños; saquearon los soldados las casas del lugar y tomaron todas las mujeres por esclavas; cosa que dió harta sospecha de que la desórden habia nacido de su codicia; mas don Pedro de Padilla lo atajó con poner las moriscas en libertad y enviarlas con los reducidos de los otros lugares, que fueron llevados á la ciudad de Almería, y de allí á Vera y á Albacete; y don Sancho de Leiva embarcó los de Almería y su tierra en las galeras de su cargo, y los llevó á la ciudad de Sevilla. Desta manera se despobló el reino de Granada de la nacion morisca, y si no acaecieran las desórdenes dichas, fueran muy pocos los montaraces que quedaran en él; como quiera que después los que se fueron huyendo ó la mayor parte dellos tornaron á reducirse, entendiendo el buen tratamiento que se hacia á los que iban la tierra adentro, y fueron admitidos y llevados con ellos, y los que no quisieron tomar el buen consejo se perdieron. Muchos fueron los que se pasaron á Berbería, que sirvieron á Abdul Malic, rey de Fez, en su milicia, con nombre de andaluces, que no fueron poca parte para desbaratar y vencer á don Sebastian, rey de Portugal, en la batalla cerca del rio de Alcázar Quibir, donde murió, yendo á restituir en aquellos estados á Mahamete Xerife, hijo de Abdalá, á quien Abdul Malic habia desposeido, como lo dirémos en la segunda impresion de nuestra *Africa*, que saldrá brevemente á luz con el favor divino.

CAPITULO VII.

Cómo don Juan de Austria y el comendador mayor de Castilla despidieron la gente de guerra, y se dió órden cómo se acabasen los rebeldes que habian quedado en la sierra.

Retirados los moriscos del reino de Granada de la manera que hemos dicho, y metidos la tierra adentro, el Comendador mayor encaminó la gente que habia de quedar en los presidios de la Alpujarra, y los dejó proveidos, y con órden que no dejasen de hacer correrías á todas partes; y mandó que Francisco de Arroyo y Luis de Arroyo, y Reinaldos y Leandro de Palencia, y Juan Lopez y Diego Rodriguez, y Diego de Ortega y Juan Jimenez con sus cuadrillas de gente del campo, corriesen la tierra. Estas cuadrillas sirvieron á órden de don Hernando Hurtado de Mendoza, que hoy es capitan general de la costa del reino de Granada, de quien podemos decir que dió fin al rebelion de la Alpujarra, siguiendo á los rebeldes pertinaces por su persona de noche y de dia, yendo á pié con las cuadrillas como cualquier soldado particular, hasta que dió fin dellos en las sierras y en las cuevas donde se habian metido. Dejando pues el Comendador mayor prevenido lo de la Alpujarra, á 5 dias del mes de noviembre fué á la ciudad de Granada, y en llegando, dió licencia á la gente de las ciudades que se fuesen á sus casas. Tambien partió don Juan de Austria de Guadix cinco dias después, y á los once entró en la ciudad de Granada, y con él el duque de Sesa; fué alegremente recebido de todos los tribunales y gente de guerra, porque cierto le amaban mucho. Y mientras estuvo en Granada, que fueron diez y nueve dias, se ocupó en dar órden como acabar los moros rebelados que quedaban en las sierras, y en reformar capitanes y oficiales de los que habian servido á sueldo de su majestad y no eran ya menester, mandándoles pagar lo que se les debia, y haciéndoles otras mercedes mas conformes á la posibilidad presente, que al deseo que tenia de que no fuesen menores que los servicios que habian hecho en aquella guerra; y dejando ordenadas las escoltas que habian de proveer los presidios para aquel invierno, y las cuadrillas que de ordinario corriesen las sierras en seguimiento de Aben Aboo y de otros rebeldes, quedó en su lugar el comendador mayor de Castilla, y á 30 dias del mes de noviembre partió de la ciudad de Granada para la corte de su majestad.

No mucho después el duque de Arcos juntó de nuevo gente en la ciudad de Ronda para acabar de deshacer los moros que hacian daños en aquella tierra, y partió en su busca con mil y quinientos arcabuceros de los soldados y gente de señores, y otros mil de sus vasallos, y con los caballos que pudo juntar. Eran los enemigos tres mil hombres, los dos mil escopeteros acaudillados por el Melchi, y mostraban determinacion de morir ó defender la sierra; y siendo el duque de Arcos avisado dello, ordenó á Pedro de Mendoza que con seiscientos arcabuceros fuese á la boca del Rio Verde por el pié de la sierra, y á Lope Zapata, que con otros seiscientos caminase hácia Gaimon, á la parte de las viñas de Monda, yendo el uno del otro media legua, y con el resto de la gente comenzó á caminar por aquel espacio que quedaba entre ellos. Pedro Bermudez, que llevaba la mano derecha, dió mandato á Cárlos de Villegas, que estaba en la guardia de Ístan y de Hojen con dos compañías de infantería y cincuenta caballos, que con docientos arcabuceros tomase á un tiempo lo alto de la sierra y las espaldas del sitio del enemigo; y á Arévalo de Zuazo, que partiendo de Málaga con mil y docientos soldados y cincuenta caballos, acudiese á la parte de Monda. Partieron todos á un tiempo de noche, para hallarse á la mañana con los enemigos, los cuales avisados por unos tiros de arcabucería que habian oido ó por alguna espía, dejaron el lugar que tenian, y se mejoraron á la parte de Pedro de Mendoza, que era el postrero, por tener la salida mas abierta. Comenzó el Duque á subir la sierra, y Pedro de Mendoza á pelear con igualdad, yéndose los moros siempre mejorando; y aunque el Duque iba algo apartado del,

en oyendo la arcabucería, entendió que se peleaba por aquella parte, y se le acercó por la ladera de la sierra; y en descubriendo la escaramuza, con los mas arcabuceros y caballos que pudo juntar, acometió á los enemigos, llevando cerca de sí á don Luis Ponce, su hijo. Porfióse buen rato de entrambas partes, y no pudiendo los moros resistir, tomaron lo alto, y de allí se partieron desbaratados, quedando muertos mas de ciento, y entre ellos el Melchi; y si acudieran á salir á la hora que se les ordenó Pedro Bermudez y Cárlos de Villegas, se hiciera mayor efeto. Repartió luego el Duque la gente en cuadrillas, que anduvieron siguiendo á los moros, y mataron otros ochenta, que no se hallaron mas; y con esto se volvió á Ronda, y se dió fin á la guerra por aquella parte. Y porque el Comendador mayor habia de ir á la jornada de la liga que los príncipes cristianos hacian contra el Gran Turco, como teniente de capitan general de la mar por don Juan de Austria, mandó su majestad al duque de Arcos que fuese á dar fin en lo que quedaba por hacer en Granada; el cual entró en aquella ciudad á 20 dias del mes de enero del año del Señor 1571. Estúvose allí algunos dias el Comendador mayor informándole de los negocios de la Alpujarra, como persona que tan bien los entendia. Reforzáronse las cuadrillas de la gente del campo del cargo de don Hernando Hurtado de Mendoza, y dióse órden en otras cosas del servicio de su majestad, con asistencia y parecer del presidente don Pedro de Deza; y por febrero de aquel año se fué á la corte, donde llegó tambien el duque de Sesa, habiendo estado algunos dias en su estado. En Baza quedó por capitan y cabo de la gente de guerra don Juan Enriquez por órden de su majestad, y en el rio de Almanzora don Miguel de Moncada, donde se hicieron después buenos efetos contra los moros que quedaban derramados, deshaciéndolos con hierro, hambre y desventura. Solo nos queda por decir el fin y muerte de Aben Aboo, cuya sangre hubo al fin de derramar el torpe Seniz, famoso monfí, de quien mucho se fiaba.

CAPITULO VIII.

Que trata de la muerte de Aben Aboo y fin desta guerra.

Andaba en este tiempo Aben Aboo huyendo por las sierras que caen entre Bérchul y Trevélez, en lo mas agrio de la Alpujarra, y escondiéndose de cueva en cueva, porque ya no le quedaban sino cuatrocientos hombres que le siguiesen; y las personas de quien mas se fiaba eran un Bernardino Abu Amer, su secretario, y Gonzalo el Seniz, famoso monfí, de quien habemos hecho mencion otras veces. Este habia estado cuatro años preso en la cárcel de chancillería de Granada por muerte de un hombre, y un año antes del rebelion se habia soltado y dádose á la sierra con los monfís, donde habia cometido otros muchos delitos; y viendo su perdicion, habia hecho una barca secretamente para irse á Berbería, y Aben Aboo se la habia hecho quemar, y mandádole que no bajase hácia la marina, sino que anduviese en la sierra con los otros compañeros; y así por esto, como por otras cosas que habian pasado entre ellos, teniéndose por muy agraviado, mantenia enemistad secreta con él; y aun deseaba, segun lo que nos certificó, que se ofreciese ocasion en que poderse vengar. Sucedió pues que, estando Galaso Rotulo, natural de Ciudad Real, por gobernador de los presidios de Cádiar y Bérchul, y teniendo presos ciertos moros para hacerles justiciar, llegó allí un platero vecino de Granada, llamado Francisco Barredo, que solia tener mucha amistad y conocimiento con los moriscos de la Alpujarra antes que se levantasen, y les llevaba á vender cosas de plata y de oro; el cual, confiado en que no le harian mal por este respeto, iba tambien en tiempo de guerra á comprarles seda, oro y aljófar y otras cosas; y andando un dia mirando unos moros que Galaso Rotulo queria hacer arcabucear, uno dellos, que era muy su amigo y se llamaba Bernardino Zatabari, corrió á tomarle las manos para besárselas, y le comenzó á contar sus trabajos. El Barredo le consoló, y hizo con los soldados que se lo dejasen llevar á su posada aquel dia; y preguntándole por Aben Aboo, y por los que andaban con él, y el lugar donde se recogian, le contó el moro con verdad todo lo que pasaba, y como Bernardino Abu Amer y el Seniz de Bérchul eran las personas de quien mas se fiaba. Era este Bernardino Abu Amer muy grande amigo suyo, y luego concibió en sí que si le enviaba á hablar, ofreciéndole perdon de sus culpas y otras mercedes de parte de su majestad, no dejaria de hacer algun señalado servicio, persuadiendo á Aben Aboo á que se redujese, ó entregándole muerto ó vivo; y preguntando al Zatabari si se atreveria á hacer un hecho de hombre, por donde viniese á ganar libertad, le respondió que por salvar la vida haria cualquier cosa que le mandase. «Has de ir (dijo entonces el platero) á llevarme una carta á Bernardino Abu Amer, y á decirle que se venga á ver conmigo entre Bérchul y Trevélez. Y si esto cumples como hombre de bien, y me traes respuesta, yo haré que tengas libertad y que su majestad te haga mercedes.» Y como el moro prometiese de servir fielmente, Barredo lo comunicó con Galaso Rotulo, y le pidió que mientras iba á Granada á hablar con los del Consejo no hiciese justicia dél; el cual holgó dello, y partiendo luego para Granada, trató con el Comendador mayor, que aun no era ido, y con el duque de Arcos, el negocio, ofreciéndose que daria órden por medio de aquel moro como Aben Aboo se redujese ó fuese preso ó muerto. Los del Consejo tuvieron el negocio por incierto al principio, y no tomaban resolucion, hasta que viendo la instancia que Barredo hacia, y lo poco que se aventuraba en soltar un moro, acordaron que se le diese órden para que Galaso Rotulo se lo entregase; el cual se lo entregó, y lo envió con una carta para Bernardino Abu Amer, advirtiéndole que si le prendiesen otros moros en el camino, dijese que iba huyendo y que se habia soltado de la prision de Cádiar. Tenia Gonzalo el Seniz puestas sus atalayas al derredor de las sierras donde estaba su cueva; y como el Zatabari llegó cerca dellas, salieron quince moros á él, y le prendieron, y lo llevaron ante él; y preguntándole de donde venia, dijo que iba huyendo de Cádiar; mas el solene monfí entendió luego que le mentia, y le amenazó con la muerte si no le decia la verdad. El moro no osó decir otra cosa, y sacando la carta que llevaba, se la dió, y le contó todo lo que pasaba. Entonces dijo el Seniz que no tuviese miedo, porque mejor negocio haria con él que con Abu Amer; el cual, en oyendo semejante embajada, era cierto que le habia de matar, y que si Barredo quisiese tratarle

verdad, seria mas parte para su pretension que nadie; y encargándole el secreto, para cumplir con los moros que le habian visto prender hizo llamar allí á Abu Amer, y le dió la carta de Barredo; el cual se enojó tanto, que quiso matar al moro que la llevaba; y le matara si no se lo quitara de delante el Seniz, diciendo que no le habia de hacer mal, porque lo que habia hecho habia sido por salvar la vida. Luego habló secretamente con Zatahari, y le dijo que fuese á Cádiar, y dijese de su parte á Barredo que aquel negocio no iba bien encaminado por aquella via; que él lo haria mejor si le traia perdon de su majestad generalmente de todas sus culpas, y le daban á su mujer y á una hija que tenia captivas. El moro fué á Cádiar, y refiriendo á Barredo lo que el Seniz le habia dicho que le dijese, fué luego á verse con él entre Bérchul y Trevélez; y después que hubieron platicado largamente en el negocio, escribió el Seniz una carta en arábigo para el Presidente, ofreciéndose de reducir á Aben Aboo, ó darle muerto ó vivo, si veia seguridad de la merced que su majestad le hacia; y pidiendo que para satisfacion desto y de que no se le trataba engaño, lo que se acordase y la órden ó carta que se hubiese de enviar fuese en letra árabe de mano del licenciado Castillo, que conocia muy bien. Viendo pues el duque de Arcos y el Presidente y los del Consejo que con el ofrecimiento del Seniz se daba fin á la guerra, mandaron al licenciado Castillo que le escribiese como su majestad le concedia lo que pedia; y que cumpliendo lo que prometia, demás de su merced particular, tendrian libertad los moros que trajese consigo, y se les harian otras mercedes. Con este recaudo, y una carta de creencia para Leonardo Rotulo Carrillo, que en este tiempo asistia por cabo y gobernador de aquellos presidios, por ausencia de Galaso Rotulo, su hermano, partió Barredo de Granada á 13 dias del mes de marzo del año de 1571; y enviando desde Cádiar á avisar al Seniz, se fueron á ver luego con Leonardo Rotulo en el proprio lugar donde se habian visto la otra vez; el cual holgó mucho del buen despacho que le llevaban, viendo la carta de letra del licenciado Castillo, y una órden que iba firmada del Presidente, cuya firma conocia, porque la habia visto otras veces; y prometiéndoles que cumpliria brevemente lo que á él tocase, volvieron á Bérchul. Destas vistas del Seniz con Barredo fué avisado Aben Aboo, y como hombre sospechoso, queriendo saber lo que trataba, tomó consigo á Abu Amer y una cuadrilla de escopeteros, y se fué á la cueva del Seniz, que era fuerte en la sierra, llamada el Huzúm, entre Bérchul y Mecina de Bombaron, á media noche; y dejando la gente á la parte de fuera, entró con solos dos moros, por mejor disimular con él, y le preguntó que con qué licencia habia hablado con Barredo. El cual le respondió: «Señor, con la vuestra; y agora queria ir á daros parte de lo que tratamos. Sabed que nuestra plática ha sido para bien vuestro y de todos los que aquí estamos; porque el Presidente nos envia á decir que nos reduzgamos al servicio de su majestad, y que nos hará merced de perdonarnos, y que nos dejará ir libremente á vivir donde quisiéremos; y demás desto nos hará otras muchas mercedes, que nos envia firmadas de su nombre en este papel.» Y sacando los despachos que Barredo le habia llevado para mostrárselos, Aben Aboo se airó grandemente, diciendo que todo era maldad y traicion, y quiso salir á llamar á Abu Amer; pero cuando llegó á la boca de la cueva, donde habia dejado los dos moros y á un sobrino del Seniz llamado Bartolomé, y otro cuñado suyo, habian muerto el uno dellos, y el otro habia salido huyendo. Tenia el Seniz consigo seis hombres de hecho, todos parientes suyos, los cuales, viendo la determinacion de Aben Aboo, quisieron detenerle, y estando bregando con él, llegó el Seniz por detrás y le dió con el mocho de la escopeta tan gran golpe en la cabeza, que le derribó en el suelo, y allí le acabaron de matar. Y porque Abu Amer y los que con él estaban entendiesen que no tenian ya á quien defender, arrojáronles luego el cuerpo muerto desde una peña alta que estaba delante de la cueva; mas no estaban allí los moros que habia dejado, porque habian ido á visitar amigos por las otras cuevas allí cerca. Esta ocasion fué tan á propósito del Seniz como lo pudiera desear, viniéndosele á las manos; aunque no era cosa nueva para Aben Aboo irse las mas noches de cueva en cueva con dos ó tres compañeros. Finalmente el primer aviso que Abu Amer tuvo fué ver el cuerpo muerto, y como hombres inconstantes, sospechosos de sí mesmos, se fué cada uno por su parte, y los mas se juntaron luego con el Seniz, para gozar del indulto que tenia. Abu Amer no quiso reducirse, y después le prendieron las cuadrillas, y murió arrastrado y hecho cuartos. Muerto Aben Aboo, el Seniz avisó á Leonardo Rotulo y á Francisco Barredo, que estaban en Bérchul, y les pidió una acémila en que llevar el cuerpo, y siéndole enviada, lo llevó al presidio y se lo entregó. De allí lo llevaron á Cádiar, y porque no oliese mal, habiéndole de llevar á Granada, le abrieron y hinchèron de sal. Luego avisaron al duque de Arcos, y tornando á la sierra, recogieron los moros y moras que se venian á reducir, que eran muchos; y cuando volvieron á Cádiar, hallaron á Juan Rodriguez de Villafuerte Maldonado, corregidor de Granada, y del Consejo, que por órden del Duque iba á asistir á la reducion de aquellas gentes; el cual quedó en el lugar para aquel efeto, y mandó que Leonardo Rotulo y Barredo llevasen á Granada el cuerpo de Aben Aboo y los moros reducidos. Entraron por la ciudad con gran concurso de gente, deseosos de ver el cuerpo de aquel traidor, que habia tenido nombre de rey en España. Delante iba Leonardo Rotulo, y luego Francisco Barredo á la mano derecha, y á la izquierda el Seniz con la escopeta y alfanje de Aben Aboo; todos tres á caballo. Luego seguia el cuerpo sobre un bagaje, enhiesto y entablado debajo de los vestidos, de manera que parecia ir vivo; y de un cabo y de otro los parientes del Seniz con sus arcabuces y escopetas. Detrás de todos iban los moros reducidos con sus bagajes y ropa; los que llevaban ballestas, quitadas las cuerdas; y los que escopetas, las llaves; y á los lados la cuadrilla de Luis de Arroyo, y de retaguardia Jerónimo de Oviedo, comisario de la gente de guerra de aquellos presidios, con un estandarte de caballos. Desta manera entraron por la ciudad, haciendo salva los arcabuceros y respondiendo la artillería de la Alhambra, y fueron hasta las casas de la Audiencia, donde estaban el duque de Arcos, y el presidente don Pedro de Deza, y los del Consejo, y gran número de caballeros y ciudadanos. Apeárouse Leonardo

Rotulo y Francisco Barredo y el Seniz, y subieron á besar las manos al Duque y al Presidente, á quien el Seniz hizo su acatamiento y entregó el alfanje y la escopeta de Aben Aboo, diciendo que hacia como el buen pastor, que no pudiendo traer á su señor la res viva, le traia el pellejo. Tomó el Duque las armas, agradeciéndoles á todos tres lo bien que se habian gobernado en aquel negocio, y ofreciéndoles que intercederia con su majestad para que les hiciese particulares mercedes. Mandó luego arrastrar y hacer cuartos el cuerpo de Aben Aboo, y la cabeza fue puesta en una jaula de hierro sobre el arco de la puerta del Rastro, que sale al camino de las Alpujarras, donde hoy está. Estuvo el duque de Arcos en aquella ciudad hasta diez y siete de noviembre de aquel año, que partió para su casa proveido por visorey de Valencia; y quedó á cargo de don Pedro de Deza la presidencia de todos los negocios de justicia, de guerra, de hacienda y de poblacion. Fuése poblando la tierra de cristianos con alguna dificultad al principio; mas la codicia de las haciendas, que su majestad mandó repartir entre los nuevos pobladores, y las franquezas que les dió, lo facilitó adelante; y desta manera, habiendo sido la mudanza de aquel reino el quicio sobre que toda España dió la vuelta, y héchose la guerra por la religion y por la fe, el premio de los trabajos y de tanta sangre cristiana como en ella se derramó, fué desterrar la nacion morisca que habia quedado en él. ¡Oh cuán felice hora fué para tí, insigne ciudad de Granada, cuando los católicos reyes don Hernando y doña Isabel te sacaron de la sujecion del demonio! Ellos te ennoblecieron con suntuosos edificios, aumentáronte y adelantáronte en religion divina y estado temporal, haciendo tus ceremoniosas mezquitas, en que se veneraba el falso Mahoma, templos sagrados, donde fuese glorificado el Redentor del mundo. En lugar de los menftis y de los sectarios alfaquís, y de sus guadores y zalaes, cobraste arzobispos santos, sacerdotes y religiosos celosos de la verdadera fe, que celebrasen el culto divino, y administrando los sacramentos á tus moradores, te hiciesen parroquiana del cielo. Juntándote pues con el pueblo cristiano, te hicieron hija de quien siempre habias sido enemiga; metiéronte en el gremio de la santa Iglesia romana; conformáronte con los príncipes católicos y con los varones escogidos, por quien esclarece el sagrado Evangelio; apartáronte de la confusion de los alcoranistas; y siendo maestra de las setas y de errores, te hicieron discípula de verdad. En lugar de los cadís, que te regian y gobernaban con leyes frívolas y de poco fundamento, te dieron gobernacion aprobada, un corregidor, un cabildo, un tribunal de la fe, una audiencia suprema, donde las leyes de verdad igualan á chicos, medianos y mayores, con el juicio de hombres escogidos, profesores de letras legales, y un presidente, que presidiendo á lo que se hace, ordena lo que se ha de hacer. Harto mas debes, Granada, á estos católicos príncipes que á los que edificaron tus primeros fundamentos; que no han sido mayores los trabajos bélicos que has padecido que la paz cristiana de que al presente gozas mediante el felice gobierno del cristianísimo rey don Felipe, su biznieto, que extirpando la herejía, que habia quedado en los corazones de los nuevamente convertidos de moros en tu reino, te ha dejado en nuestros tiempos al cristianísimo rey don Felipe, su hijo, libre y desembarazada de aquella nacion, para que mejor te goces con el pueblo cristiano. Dios, por su misericordia, que tanto bien y merced te ha hecho, guarde, ampare y defienda tan esclarecido príncipe, y tu noble y virtuosa república conserve.

RELACION

DE LAS

COMUNIDADES DE CASTILLA [1],

ESCRITA

POR EL MUY ILUSTRE CABALLERO PERO MEJIA,

cronista del invictísimo emperador don Cárlos V.

PROEMIO.

Dos años y medio habia, y aun no cabales, que el Emperador habia venido á estos reinos, y gobernádolos por su persona y presencia, y los tenia en mucha tranquilidad, paz y justicia, cuando el demonio, sembrador de zizañas, comenzó á alterar los pensamientos y voluntades de algunos pueblos y gentes, de tal manera, que se levantaron después tempestades, alborotos y sediciones; de que se siguieron grandes daños y aun muertes y guerras en la mayor parte de Castilla, que duraron hartos dias: lo cual considerando yo, y acordándome de la quietud y sosiego en que este reino estaba entonces, y de la bondad y humanidad deste príncipe, y cuán sin causa ni razon se movieron estas cosas, me parece que buenamente podré alegar aquel verso del segundo salmo de David: *Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?* Que quiere decir: «¿Por qué murmuraron y se alborotaron las gentes, y los pueblos pensaron y acometieron cosas vanas?» Que muy á propósito lo puedo yo aplicar á mis castellanos, como David lo dijo por los judíos; pero, como digo, fué obra del demonio; el cual, pesándole de los buenos sucesos deste rey, y de la paz y justicia que en Castilla habia, se dió tan buena maña (permitiéndolo Dios por nuestros pecados, y por ventura para castigo del mesmo pueblo, y para prueba de la paciencia y clemencia del Emperador, y por otros fines que él sabe), que en lugar de quietud y tranquilidad, puso desasosiego y temor; donde habia justicia, agravios y insultos; en lugar de paz, guerra y alborotos; finalmente, en pocos dias las cosas se mudaron de bien en mal en aquellas partes y pueblos que quisieron seguir esta vanidad, que este nombre merece bien por cierto; y para encaminar esto, aunque no hubo causa ni razon, nunca faltaron imaginaciones y ocasiones, que bastaron á levantar los livianos corazones, y después creciendo la tempestad, llevaron tras de sí á los demás; lo cual, segun entonces pude entender y asentarlo en mi memoria, y por relaciones verdaderas lo pude colegir, se comenzó y prosiguió en la forma que se sigue.

CAPITULO PRIMERO.

Del principio y origen de las comunidades de Castilla, y cómo comenzaron en Toledo, y quién fueron sus principales caudillos, y de las primeras diligencias que hicieron escribiendo cartas á todas las ciudades, y del llamamiento de cortes para la ciudad de Santiago.

Luego que se publicó por el reino la determinacion de la partida del Emperador para Alemaña á su coronacion, á todos comunmente pesó della, por celo que se tenia de los inconvinientes y daños que podria causar su ausencia; y como este justo pesar, si no pasara á mas que sentillo, vino sobre la injusta querella y odio que de atrás se tenia de que monsieur de Xebres y los otros extranjeros tuviesen el aceptacion que tenian acerca del Rey, y el descontento de su gobernacion, abrióse camino y tomóse atrevimiento para murmurar y tratar dello por muchos en comun, diciendo que era recia cosa que el Emperador se fuese ansí y dejase desamparados estos reinos, y que mandase llamar á cortes para Galicia, que era fuera de los términos destos reinos, y que se le otor-

[1] De esta obra, inédita hasta hoy, como dejamos dicho, existen varios ejemplares entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional (estante G, números 57, 64, 68 y 70, y estante Aa, número 45). El códice G, 64, comprende solo la *Relacion de las comunidades*, pues todos los demás son copias de la vida é historia del emperador Cárlos V, que escribió y dejó incompleta al principiar el libro v el cronista Pedro Mejía. El libro II, que es el que aquí trasladamos, se refiere únicamente á lo ocurrido durante la guerra de las comunidades, y por lo mismo se puede considerar como obra íntegra y separada de la principal. Para la impresion hemos tenido presentes y confrontado entre sí, además de los citados manuscritos, que algunos son del siglo XV, y los mas del XVI, otro que hemos debido á la benévola amistad del señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, perteneciente á su escogida librería, y no el peor de todos seguramente. El cotejo de las referidas copias (tarea prolija y penosa como la que mas) nos ha dado el presente texto, que si no está literalmente conforme con ninguna de aquellas en su conjunto, conviene con todas en la esencia, y siempre con alguna en particular, pues cuando en una hemos tropezado con erratas ó frases desaliñadas, que las tienen á cada paso, hemos hallado en otra la correccion que necesitábamos. Y como el mencionado libro II de la obra general de Mejía no lleva título especial, hemos puesto aquí el que nos ha parecido mas adecuado á la índole del escrito.

gase agora servicio para gastarlo y llevarlo en reinos extraños, no habiéndose aun acabado de cobrar lo que se habia otorgado en las cortes pasadas; y á vueltas destos descontentos, que parecian tener alguna color aparente, la liviandad del pueblo y malicia de algunos malditos y escandalosos ánimos comenzaron á añadir sospechas y falsedades, como era decir que se iba de España el Rey para nunca volver á ella, y para desfrutarla y llevarse las rentas reales y servicios; que agora en estas cortes queria pedir nuevas sisas é imposiciones muy graves, y ansí otras cosas como estas, que á los simples y sencillos y sospechosos eran fáciles de persuadir, y los movian y alteraban. Estas cosas, aunque eran así en comun, y se hablaban por muchos, era en murmuracion privada y particular; pero no que en los cabildos y ayuntamientos de las ciudades se tratase dello; y á lo que yo he podido alcanzar, donde primero se puso en público acuerdo fué en la ciudad de Toledo, la cual, ansí como es grande y poderosa, y su sitio es naturalmente fuerte y arriscado, ansí produce los ánimos del pueblo y comun della levantados y osados, y acometedores de cualquier cosa rigurosa.

Tratándose allí pues esta plática por ventura mas que en las otras ciudades, los regidores della, movidos con engañado celo ó por pasiones particulares que tenian, ó porque nunca pensaron que la cosa llegase á lo que después llegó (siendo los principales y caudillos dello Juan de Padilla y don Pero Lasso de la Vega, hijo de Garcilasso, comendador mayor de Castilla de la órden de Santiago, y Hernando de Avalos, al cual cargan la mayor culpa deste hecho); después de habello comunicado ellos entre sí, lo pusieron en pública consulta, y propusieron en su ayuntamiento y ciudad las cosas que tengo dichas, y otras algunas, ponderándolas y encaresciéndolas mucho, representando los daños que se siguirian de la partida del Rey, y la mala órden que á ellos les parecia que habria en la gobernacion, y los naturales destos reinos eran desfavorecidos y agraviados, y que los extranjeros gozaban de las mercedes y favores; que en todo habia desórden y turbacion, y se esperaba cada dia mayor si no se atajaba, y que á aquella ciudad, por su grandeza y preeminencia, competia procurar y buscar el remedio de tantos daños, y que el que parecia mas conviniente era escribir luego á todas las ciudades del reino que suelen tener voto y juntarse en cortes, informándoles de lo que pasaba, para que se juntasen en algun lugar señalado á platicar en el remedio dello; y que se habia de enviar á suplicar al Emperador que no se aventurase á ausentarse destos reinos, y pusiese órden y remedio en las cosas; que no haciendolo ansí su majestad, el reino entendiese en poner el remedio necesario á su servicio y al bien general de sus reinos.

Estas y otras cosas semejantes se propusieron aquel dia, y como tenian muestra y apariencia de bien público, á la mayor parte del ayuntamiento agradaron, y les pareció que hacerse ansí era conviniente; pero no faltaron algunos, aunque fueron los menos, que entendieron el desacato y atrevimiento que en esto se cometia, en querer juntar ciudades sin licencia del Rey, y cuán escandaloso era, y tambien conocieron la poca razon que habia para algunas de las querellas propuestas; y estos fueron de voto y parecer que no se escribiese á las ciudades, ni sobre aquello se hiciese junta pública ni particular, y que si alguna cosa pareciese que requeria enmienda, que se buscase alguna honesta y humilde manera de suplicarlo al Rey. A lo cual los de la opinion contraria replicaron, y desta manera se porfió y altercó la cosa gran pieza de tiempo, y al cabo los de mas sano consejo, que fueron, como digo y como suele acontecer, los menos, hicieron una protestacion y requerimiento á la ciudad, conforme á lo que habian votado, y lo mismo hicieron al corregidor que allí á la sazon estaba, que era el conde de Palma; el cual, ó porque le pareció que ansí convenia, ó porque era casado con hermana de don Pero Lasso de la Vega, que tenia la parte contraria, no puso resistencia ninguna á lo que se platicaba, aunque le fué requerido; antes estuvo callado á todo. Pero todavía se embarazó la cosa de manera, que por aquel dia no se tomó resolucion alguna, y la porfía que en el Ayuntamiento se tuvo se publicó luego, y toda la ciudad se dividió en aquellos dias en dos opiniones; pero la mayor parte se aficionó á la nueva proposicion, cebado el pueblo con el falso título del provecho comun y bien del reino.

Los menos y que habian bien sentido enviaron luego á hacer saber al Emperador lo que en Toledo pasaba, que fué al tiempo que venia de Aragon á Valladolid; mas luego en otro ayuntamiento que se hizo, se pasó por ciudad, por votos de la mayor parte, que se escribiesen cartas á todas las ciudades, como el primer dia se habia platicado, y que al Emperador se enviasen dos regidores y dos jurados á le pedir y suplicar lo que aquí se dirá; y aunque se contradijo y requirió lo contrario por los mesmos que el dia pasado, fueron nombrados mensajeros don Pedro Lasso de la Vega y don Alonso Suarez de Toledo, regidores, y dos jurados; los cuales aderezaron su viaje, y en breve se partieron; y las cartas para las ciudades se escribieron y enviaron con toda diligencia, aunque antes que las recibiesen, ya en algunas de las de Castilla andaba la misma plática; que en las del Andalucía llegó tarde esta enfermedad, y prendió en pocas dellas.

En esta misma sazon habia llegado á Toledo el llamamiento que el Emperador habia mandado hacer de procuradores de cortes, y conforme á la costumbre que habia en Toledo de elegirse por suerte, le cupo á don Juan de Ribera, caballero muy principal y regidor, que después fué marqués de Montemayor, y á Alonso de Aguirre, jurado; á los cuales, porque tenian la parte y opinion contraria, no les quiso dar la ciudad el poder cumplido y general, como el Rey enviaba á mandar, sino especial y limitado solamente para ir á cortes y suplicar algunas cosas, y no para otorgar servicio ni otra cosa alguna. El cual poder, don Juan de Ribera no quiso aceptar ni partió para las cortes, esperando que se le diese poder ordinario y bastante, y que el Emperador ansí lo enviase á mandar; y la cosa se embarazó de manera, que ni el poder se les dió ni ellos fueron á las Cortes.

Las cartas que Toledo envió á las ciudades fueron por las mas de Castilla alegremente recebidas, y respondieron favorablemente; porque á los mas de los regidores dellas les parecian bien las cosas que se pedian, no considerando lo que podia suceder; aunque Búrgos no alabó el consejo, y Granada tambien respondió que se debia

dejar aquella plática para otra coyuntura, y llevar otra forma; Sevilla no quiso responder á Toledo; y así, hubo otras que respondieron con disimulaciones, pero dieron buena respuesta, y mas que otras, Salamanca y Murcia se señalaron en promesas y ofrecimientos. En lo de juntarse en lugar señalado no se resolvieron; pero respondieron unas á tiempo, y otras después, que mandarian á sus procuradores que se conformasen y pidiesen lo que los procuradores y embajadores de Toledo suplicasen; y así, las que tuvieron esta opinion y los habian ya nombrado, les enviaron á mandar que así lo hiciesen; lo cual luego se publicó por la ciudad de Toledo, y los de aquella opinion se ensoberbecieron y favorecieron mucho, y procuraban persuadir al pueblo y tenerlo de su parte para lo que se ofreciese, ayudándose del favor de Hernando de Avalos y de Juan de Padilla, principales cabezas deste negocio; lo cual estorbaban algunos de sana y acertada intencion. El principal dellos era don Hernando de Silva, hermano de don Juan de Ribera, que estaba nombrado por procurador de cortes, que con gran determinacion resistía y contradecía todas estas cosas; y así á él, como á los demás que favorecian esta causa, escribió el Emperador respondiendo á las cartas que ellos habian escrito avisando de lo que pasaba, que se tenia por muy servido dellos en lo que hacian y habian hecho, encargándoles que perseverasen en ello, pero que fuese con el menos escándalo que pudiese ser; y tambien mandó escrebir al Corregidor, que era el conde de Palma, reprehendiéndole su tibieza en lo pasado, y mandándole la órden que habia de tener en lo de adelante; aunque él después no acertó á tener la manera que convenia; por lo cual el Emperador le mandó desde á pocos dias revocar el poder, y envió á Toledo por corregidor á don Antonio de Córdoba, hermano del conde de Cabra, el cual vino á tiempo que no pudo tener remedio; y así, las cosas se fueron empeorando cada dia mas, y creciendo los atrevimientos, haciéndose grandes juntas y ligas en favor de lo que ya llamaban Comunidad, por órden de Hernando de Avalos y Juan de Padilla, que eran los que mas calor y favor daban á todo; y llegada la cosa á este estado, vino al rompimiento que adelante se dirá, cuando se diga primero el camino y partida del Emperador de Valladolid, y lo que hicieron y trataron con él los mensajeros de Toledo. Pero ante todas cosas digamos aquí la sustancia de su embajada y las cosas que pedian, porque se vea sobre qué fundaron la justificacion de su causa los movedores destos escándalos, y examinarlo hemos en pocas palabras.

Lo primero, y en que mas insistian ellos, era en que el Emperador no se fuese ni ausentase destos reinos, representándole los inconvinientes que podrian resultar de su ausencia, y aun con algunas razones inconsideradas, como fué decir que los reinos de Castilla no podian vivir sin su rey, ni tenian costumbre de ser regidos por gobernadores.

Que no se daria oficio ni cargo ninguno en estos reinos á extranjeros, y que los ya dados se les quitasen.

Pedian mas, que ninguna moneda se pudiese sacar del reino por persona del mundo, porque de haberla sacado estaba pobre y falto della.

Que en las cortes que agora queria hacer no pidiese que se le otorgase servicio alguno, mayormente si el Rey se determinaba en su partida, y que las Cortes se dilatasen y hiciesen en tierra llana de Castilla, y no en Santiago ni en Galicia.

Que los oficios no se vendiesen ni diesen por dineros.

Que en la Inquisicion se diese cierta órden como el servicio y honra de Dios se mirase, y que nadie fuese agraviado.

Pedian mas, que las personas particulares destos reinos que estaban agraviadas fuesen oidas y desagraviadas.

Esto era lo principal que Toledo acordó de enviar á suplicar, aunque después con los atrevimientos y desacatos crecieron las peticiones, como se hallará adelante. Desto se enamoraron las otras ciudades, que consintieron en ello entonces, y no se puede negar que esta peticion no contenia algunas cosas que parece fueran provechosas, y otras que en sí son buenas; pero no por eso quedan libres de culpa los que las pedian, ni se le puede cargar al Rey por no concederlas, porque no todos los provechos son siempre lícitos, ni se deben pedir ni conceder, ni todas las cosas que son buenas lo son á todos tiempos ni lugares, ni permitidas á todas personas; y por excusar prolijidad de traer otros ejemplos, con los mismos desta suplicacion lo vamos probando, ayudándonos de las razones necesarias.

Provechoso cierto es, y aun necesario, que el Rey resida personalmente en sus reinos, como estos pedian, para que mejor los pueda regir y gobernar; pero no es esta regla tan rigurosa y inviolable que no tenga sus limitaciones, porque por causas grandes y honrosas lícito es al Rey salir de sus reinos; y así, leemos de algunos santos y excelentes reyes que hicieron grandes ausencias, no solo por conservar sus estados y señoríos, pero por conquistar los ajenos, como fué el rey y profeta David en las guerras de los filisteos, y san Luis, rey de Francia, que por hacer guerra á los infieles dejó muchas veces sus reinos, y al fin murió fuera dellos; y así podria decir de otros mil que lo hicieron, que no solamente no fueron reprehendidos ni murmurados, pero fueron y hoy son alabados por ello; de manera que aunque el Emperador no tuviera otros reinos sino los de España, era tan justa y honrosa la jornada del imperio, y aun necesaria, como arriba apunté, que todos sus súbditos no solamente no debieran estorbársela, pero fuera justo y razonable que le ayudaran y encaminaran á hacerla, y sufrieran con paciencia esta ausencia; cuanto mas que su justificacion es mayor que la comun de los otros reyes, porque no menos le habia Dios encomendado á él la gobernacion de los estados de Flándes, Austria, Borgoña, Nápoles y Sicilia, y los demás que habia heredado, que los de Castilla, y á todos era obligado á asistir y acudir, y todos tenian el mismo título que Toledo pretendia; por lo cual, para la conservacion y amparo de todos ellos, ninguna cosa parecia entonces mas convinientes que el imperio, y así se ha visto y pareció después por experiencia; y pues los de Alemania y Flándes sufrieron con paciencia su ausencia cuando en España vino, y ayudaron con sus naves y aun dineros para su venida, no debiera de haber en estos reinos quien pudiera quejarse de volver á visitar aquellos que lo habian criado y donde nació, y los habia heredado de su padre; y esto con tanto rigor y sequedad, que hubo votos tan desacatados (y lo añadió por capítulo cierta

ciudad), que si su majestad se fuese, no se permitiese sacar las rentas reales de Castilla ni enviárselas, sino que se hiciese arca y depósito dellas, do se guardasen hasta su venida.

Pues pedir que no se le otorgase servicio en las Cortes no era menos contra el derecho y preeminencia real que lo dicho, pues por ley divina y humana se les deben á los reyes los servicios como á ministros de Dios, y así lo dice y manda san Pablo, escribiendo á los romanos, y los judíos imponían falsamente á Cristo por muy grave delito que prohibia que no se pagase el pecho á César, y por costumbre inmemorial antiquísima destos reinos se le dan á los reyes los pechos y servicios, conforme á las causas y necesidades, y no á tiempos limitados; y de las letras tambien de los llamamientos de cortes y otorgamiento de servicios, vemos darse dos y tres juntos, segun la causa se ofrecia, y no podia ser mas justa que la jornada del imperio; de la cual compelido, se anticiparon algunos dias estas cortes, visto que no se podian celebrar en su ausencia, y no fué tanto, que no habia mas de dos años que eran hechas las pasadas.

La peticion que no se sacase la moneda del reino, justa era por cierto, pero muy excusada, porque por las leyes destos reinos está dispuesto y vedado, las cuales siempre el Emperador ha mandado y manda guardar; y querer meter en esta cuenta sus rentas y dineros que se llevaban para sus gastos y necesidades, fué terrible atrevimiento, y parece crímen *lesæ majestatis;* y la falsa murmuracion de que habia sacado dineros y tesoros destos reinos, enviándolos á Flándes, era malicia sin consideracion, pues aunque quisiera haberlo hecho, nunca habia sido posible, porque apenas habia podido cumplir los gastos que se le habian ofrecido, lo primero en aderezar su venida y en el armada para ello, y en la que se hizo para llevar al Infante, y antes desto en la que don Hugo de Moncada perdió sobre Argel y después en rehacerla, y en la gente que se envió contra Barbaroja, y la otra armada y gentes de guerra que últimamente habia llevado don Hugo, con que conquistó la isla de los Gelves, y la que agora tenia aderezada para su partida; en las cuales y en sus ordinarios gastos se habian consumido mas que sus rentas ordinarias; de manera que está clara la falsedad desta sospecha; pero antigua querella y malicia es esta, porque yo me acuerdo del tiempo del Rey Católico, que decian y murmuraban dél que sacaba los tesoros de Castilla y los llevaba á Aragon, y los tenia en una fortaleza de Játiva, y después murió, y no se halló que habia llevado ni tenia un solo ducado.

Pues en lo que pedian que no se diesen oficios, tenencias ni cargos á extranjeros, verdaderamente el Emperador siempre en esto ha guardado tal moderacion, que no habia razon por do se quejar, y lo que en esto se ha alargado, antes es en favor y gracia de españoles, porque en Milan, Nápoles y Sicilia y otros estados hallarán muchos españoles colocados en cargos de oficios, y muy pocos ó ningunos de aquellas tierras en España.

En lo que tocaba á la Inquisicion, yo no he podido saber lo que pedian; pero sé que hay tan buena órden en aquel Santo Oficio, que ninguna mudanza podian pedir que no fuese mala, y ninguno pudiera tener atrevimiento de entremeterse á reformar lo que la santa madre Iglesia tiene tan bien ordenado.

Lo que pedian que los oficios y regimientos no se vendiesen, tambien está así mandado por las leyes reales, pero con mañas y malicias se va contra ellas, segun el tiempo, y por su clemencia y mansedumbre, y por no apretar á sus súbditos, lo disimularon sus abuelos y lo ha disimulado su majestad.

Pedir tambien que fuesen oidos los que estaban agraviados fué diligencia demasiada, porque nunca se hallará que entonces, ni antes ni después, el Emperador haya negado el audiencia al que pidiese justicia y se sintiese agraviado, aunque fuese contra su propia persona y hacienda lo que pidiese; por do parece que mas era esto por atraer y alterar las voluntades de los que injustamente se hacian agraviados, y por dar buen nombre y color á lo que hacian, y porque viesen que en esto habia falta.

Ansí que, bien mirado y considerado, todo lo que se hacia era errado y malo, y ansí lo mas de lo que se pedia; lo cual, aunque todo fuera santo y bueno, erróse tanto en la forma y manera como se intentó, que hizo toda la causa injusta, y ansí mereció el suceso y fin que tuvo; y agora, que esto se ha dado á entender, volvamos á nuestro cuento.

CAPITULO II.

De cómo pasó lo de la partida del Emperador de Valladolid á hacer las cortes de Santiago, y lo que los mensajeros de Toledo hicieron, y de las otras cosas que pasaron en aquella ciudad.

El Emperador, como tengo dicho, habia venido á Valladolid el 1.° dia de marzo, y en aquella villa no dejaba de haber muy grandes pláticas y murmuraciones sobre el mismo propósito que en Toledo, porque, allende de las que dentro de casa se habian criado, las cartas de Toledo escritas al consejo della habian despertado y movido otras, porque hallaron dispuesto el humor para ello, y aun tambien las que Salamanca habia escrito, que contenian muchas cosas; por lo cual el Emperador, en los pocos dias que allí estuvo, mandó hablar á los regidores y procuradores de aquella villa, para hacer entender las justas causas que le movian y compelian á ausentarse destos reinos, y para les desengañar de las sospechas que tenian; y aunque en esto se puso la diligencia que fué posible, y aprovechó con los que gobernaban, todavía no cesaba el miedo y murmuraciones del pueblo; y habiendo once dias que allí habia llegado, determinó de partirse á los 12 del dicho mes, y ir de camino á Tordesillas á visitar á la Reina, su madre; y sabido por la villa que el Rey se partia, el comun y vecinos della hubieron gran pesar y sentimiento, y comenzaron por el pueblo á tratar dello; y los procuradores generales y los de las cuadrillas y otros regidores habiendo entendido mejor lo que debian hacer, se juntaron en San Pablo, monasterio de frailes dominicos, para dar órden en el poder general á sus procuradores para otorgar el servicio en las Cortes, y tambien para suplicar al Emperador algunas cosas de su servicio, y para le enviar á besar las manos antes de su partida; y estando ellos en este ayuntamiento, don Pedro Lasso de la Vega y sus compañeros mensajeros de Toledo, que aquel mesmo dia habian llegado á Valladolid, queriendo diligentemente hacer lo que su ciudad les habia encargado, antes de subir á besar las manos al Emperador, que fuera el mas derecho camino, acom-

pañados de algunos del pueblo y procuradores de las cuadrillas, que sabiendo que eran llegados, los fueron á ver y comunicar su propósito, que era el mismo que ellos traian, fueron al dicho monasterio de San Pablo á hablar con el regimiento y procuradores de la villa, á los cuales les hicieron una habla, en que les significaron las causas de su venida y lo que pensaban pedir en nombre de Toledo al Emperador, justificándolo y vistiéndolo de las mejores palabras que pudieron; y al cabo les pidieron que, como lo habian escrito y ofrecido á Toledo, enviasen juntamente con ellos sus mensajeros y procuradores que pidiesen lo mesmo, como Salamanca y otras ciudades lo hacian, para que pedido por muchos, tuviese mas fuerza; y acabada su habla, con acuerdo de todos les respondió don Hernando Enriquez, hermano del almirante de Castilla, que ellos no estaban determinados de lo que habian de hacer; y que allí juntos estaban para ello, y que en lo que se determinarian seria lo que fuese servicio del Rey y bien de sus reinos; que ellos hiciesen lo que les pareciese.

Los mensajeros de Toledo, pareciéndoles que no hallaban el recaudo que pensaban, desde allí se fueron derechos al palacio del Emperador, y después de haberle besado las manos, le suplicaron les mandase dar audiencia, porque le querian suplicar é informar de muchas cosas. El Emperador les respondió que él estaba de camino, como veian; que no habia tiempo para le poder bien informar: ellos replicaron, señaladamente el don Pedro Lasso, que mucho mas iba en que su majestad les hiciese merced de oirlos, dilatando su partida, y mas siendo el dia que era, muy llovioso; y que le querian informar y suplicar algunas cosas que convenian mucho á su servicio y al bien de sus reinos; y así, insistió mucho en pedir que no se partiese. El Emperador, que tenia ya entendido lo que le venian á pedir, y no se tenia por servido de la forma con que se lo pedian, les respondió que no habia persona en el mundo que mas cuidado tuviese de lo que cumplia á sus reinos que él; que se fuesen al primer lugar adelante de Tordesillas, camino de Santiago, que allí les oiria; y con esto se despidieron los mensajeros de Toledo.

En tanto que esto pasaba, comenzóse á publicar por el pueblo que los embajadores habian otorgado ya allí el servicio y pecho al Emperador, y que él se iba, y pensaba llevar á la Reina su madre consigo fuera del reino; y como el vulgo cree fácilmente lo que teme, andaban todos turbados y indignados desto, por unas partes y otras diciendo que se debia suplicar al Emperador no se partiese. En esta disposicion, algun hombre escandaloso, que no se pudo saber quién fuese, tocó una campana de la iglesia de San Miguel, que en los tiempos pasados de guerra se solia tocar á los rebatos y armas que se daban; la cual luego que fué oida, sin entender ni saber para qué, tomaron las armas con que se pudieron hallar cinco ó seis mil hombres del pueblo; y viéndose así armados, muchos quisieran, segun pareció, estorbar la partida del Emperador, y esto fué á tiempo que él salia ya de su posada para caminar; y cuando llegó á la puerta de la villa, llegó allí parte de la gente que se habia juntado, que por lo mucho que llovia, se habia algo detenido, y algunos dellos acometieron á cerrar la puerta, y por la guarda del Emperador les fué resistido; y así prosiguió su camino, y el lugar quedó muy escandalizado y alborotado de lo que habian hecho, y otros de verlo hacer; pero como la cosa no habia llevado fundamento ni causa, luego se acabó y amansó el tumulto, y quedaron confusos y atajados del desacato que habian hecho.

El Emperador llegó á Tordesillas, y deteniéndose allí un solo dia, prosiguió su camino, y á la primera jornada, que fué en Villalpando, dió audiencia á los mensajeros de Toledo, que se habian allí adelantado á esperarlo; juntándose con ellos los procuradores de cortes de Salamanca, que eran don Pedro Maldonado, que después fué degollado, y Antonio Hernandez, regidores, y tambien sus mensajeros, que eran Juan Alvarez Maldonado y Juan Arias y Antonio Enriquez, que particularmente venian á pedir lo que Toledo pedia; y los unos y los otros tenian instruccion que se conformasen con los mensajeros de Toledo, á los cuales solo el Emperador dió allí audiencia en presencia de monsieur de Xevres, y de su caballerizo mayor don Cárlos de Lanoy, y del maestro Mota, obispo de Palencia, y de don García de Padilla y del secretario Francisco de los Cobos, que ya era parte en los negocios y consejos; y ellos le hicieron una larga habla, pidiéndole lo que ya tenemos dicho arriba, insistiendo principalmente en que no debia su majestad partirse destos reinos, y concluyendo en este artículo con decir que, si todavía se determinaba en su partida, que mandase dejar tal órden en la gobernacion, que diese parte della á las ciudades del reino, y tambien que fuese servido de no pedir que se otorgase servicio ninguno por ahora.

El Emperador, aunque tenia suficientes respuestas con que confundirlos y convencerlos, templando su justa indignacion, no quiso entrar en juicio con sus siervos; antes dijo que les habia oido y les mandaria responder, y lo mismo respondió á los de Salamanca, que después le hablaron por su parte, y en sustancia pidieron lo mesmo, y le significaron cómo tenian órden de su ciudad que en todo se conformasen con los mensajeros de Toledo; á los cuales el Emperador mandó responder por el obispo de Palencia y don García de Padilla, que por que los de su consejo estaban en la villa de Benavente, para donde él partiria otro dia, que se fuesen allí, porque allí con su acuerdo les mandaria responder; y ellos lo hicieron ansí.

Venido el Emperador á Benavente, por donde era su camino, y estando don Pedro Lasso y su compañero esperando por la respuesta de su embajada, mandó juntar los de su consejo de Justicia y Estado, y todos ellos, considerando la forma y el tiempo y orígen della, les pareció que antes merecian castigo, que ninguna buena respuesta ni satisfaccion á lo que pedian; por lo cual el Emperador los mandó después llamar á su cámara, y con rostro algo severo, segun hoy dia lo cuenta don Pedro Lasso, les dijo él proprio que él no se tenia por servido de lo que hacian, y que si no mirara á cuyos hijos eran, los mandara castigar, por entender en lo que entendian; y que acudiesen al presidente de su consejo, que él les diria lo que convenia que hiciesen; y ellos comenzaron á se disculpar y decir algunas causas y razones; pero el Emperador paró poco á oillas, antes se entró en otra pieza, y luego los tomó don García de Padilla y les reprehendió de lo que hacian, diciéndoles que no era servicio del Emperador insistir tanto en im-

pedir su partida, pues tan importante era á su honra y á la reputacion de su persona, y aun á la seguridad y conservacion de su estado, y que eran ocasion de alterar y desasosegar las voluntades de los procuradores de córtes y de las mismas ciudades, por la autoridad que Toledo tenia acerca dellas; que lo mirasen y considerasen bien; y después desto fueron tambien al presidente del Consejo Real, que era el arzobispo de Granada, como el Emperador se lo habia mandado, y él les dijo que lo que podian tomar por respuesta, era que su majestad iba á hacer córtes á la ciudad de Santiago, donde todos los procuradores del reino se juntarian; que Toledo enviase allí los suyos, con memoria de las causas que ellos habian suplicado, y que vistas y examinadas, el Emperador proveeria lo que mas conviniese á su servicio y al bien general de todos sus súbditos, y lo que ellos debian hacer era dejar de entender en aquellas cosas, y acabar con su ciudad enviase sus procuradores, como lo hacian todas las demás destos reinos, y no insistiesen en las novedades que habian comenzado.

Ellos respondieron lo que les pareció, diciendo que no eran parte mas de para suplicar aquello, y no aceptaron el consejo que les daba; antes tenian ya por caso de honra porfiar, y bien, en lo que habian comenzado, que es una cosa que á muchos ha traido de pequeños errores á muy grandes. Siguieron al Emperador hasta Santiago, y allí anduvieron solicitando é induciendo á todos los procuradores de lás ciudades, que allí eran ya venidos, á su propósito y opinion y á que pidiesen lo mesmo que Toledo pedia, como muchas dellas lo habian enviado á ofrecer, siendo ayudados en todo de los mensajeros de Salamanca, que los seguian y acompañaban.

Entrando pues el Emperador en la ciudad de Santiago con muchos grandes y señores de Castilla, las Córtes se comenzaron 1.° dia de abril, y fué presidente dellas Hernando de Vega, que hoy es virey en Sicilia, y por letrados don García de Padilla y el licenciado Zapáta, y el Emperador se quiso hallar el primero dia en ellas, y mandó hacer la proposicion en su presencia; la cual fué manifestando las justas y grandes causas que tenia para la jornada que hacia, y los muchos gastos que se le habian ofrecido y esperaba tener, pidiéndoles le socorriesen con el servicio acostumbrado, y que en su ausencia guardasen la paz y fidelidad que de tan leales vasallos se esperaba; y por su acatamiento, algunos de los procuradores estaban en otorgar el servicio y manifestar aquel dia su propósito, sino fueron los de Salamanca, que descubiertamente no quisieron hacer la solemnidad del juramento ordinario, sin que primero su majestad otorgase lo que le habian pedido: lo cual, tenido por desacato, les fué mandado que no entrasen mas en las Córtes ni fuesen admitidos, y ansí se hizo; y otro dia siguiente ellos se juntaron con los mensajeros de Toledo, y determinaron de hacer un requerimiento á los procuradores de córtes, que por cuanto los procuradores de la ciudad de Toledo no eran venidos, y los de Salamanca no eran admitidos, que hasta hallarse presentes los unos y los otros no se determinase ni concediese cosa alguna; donde no, que protestaban que no parase perjuicio á sus ciudades; y llevando esto escrito á la larga, fueron á San Francisco, donde se hacian las Córtes, y pidieron que les fuese dada audiencia en ellas; y aunque sobre ello hubo diversos votos y algunas diferencias, al cabo les fué negada la entrada, y ellos hicieron su protestacion juntos; lo cual sabido por el Emperador, resultó dello que aquella mesma noche el secretario Francisco de los Cobos y Juan Ramirez, secretario del Consejo, vinieron á hablar á los mensajeros de Toledo de parte del Emperador, y á cada uno de por sí les mandaron y notificaron: á don Alonso Suarez, que otro dia lúnes en todo el dia saliese de su corte, y dentro de dos meses se fuese á servir y residir en la capitanía de hombres de armas que tenia, do quiera que estuviese, hasta que por su majestad le fuese mandado otra cosa, so pena de perdimiento de todos sus bienes y de la dicha capitanía; y á don Pedro Lasso, que ansimesmo saliese de la corte el dia siguiente, y dentro de cuarenta dias se fuese á residir en la tenencia de Gibraltar, que del Rey tenia, y della no saliese sin su licenia y mandado, so pena de perderla, con todos los demás bienes que toviese. Notificado este mandado, ellos lo sintieron mucho, y por via de monsieur de Xebres y por todos los que mas pudieron, trataron de quedar en la corte; pero no lo pudieron acabar, y hubiéronse de salir della á un lugar llamado el Padron, animando y solicitando primero algunos de los procuradores de cortes á su opinion, y de allí procuraron el alzamiento de su destierro; pero el Emperador jamás lo quiso conceder, y el don Alonso, conociendo que acertaba en ello, cumplió lo que le fué mandado, y no entendió después en cosa de las que se ofrecieron en Castilla; lo cual le fué tenido á buen seso y cordura; y dicen que don Pedro Lasso estuvo tambien en obedecer, que le fuera harto honroso y provechoso; pero sus cosas se ordenaron después de otra manera, como se verá; y este fin hubo la embajada de Toledo, tan porfiada y que tan poco fruto y provecho hizo.

Estando el Emperador en la ciudad de Santiago, donde tuvo la pascua de Resurecion de aquel año de 20, que fué á 8 de abril, y pasada la Pascua, por estar mas á punto y tiempo para su navegacion, se partió para la Coruña, donde tambien mandó ir los procuradores de cortes de las ciudades, para las concluir y acabar, como después se hizo.

CAPITULO III.

De qué manera pasó el levantamiento de Toledo, y las cosas que en él pasaron.

Las cosas de Toledo no se habian mejorado nada en el entre tanto que se entendia en lo que acabo agora de contar; antes se habían empeorado y iban en crecimiento, porque los que las habian movido y levantado, sabiendo que los mensajeros enviados al Emperador no fueron tan bien oidos como quisieran, comenzaron á temer; y para su seguridad y fuerza, y tambien con deseo de salir con sus intentos, procuraron de levantar y alterar el pueblo contra la justicia y contra los que les hacian contradicion, haciéndoles entender que el negocio era bien público, y que de su interese y provecho se trataba; y para este fin echaban personas disimuladas que dijesen y publicasen grandes desórdenes y agravios que por los que gobernaban se hacian, siendo todo falsedad y fingido, y de la misma suerte los pechos y servicios que decian se querian echar sobre el pueblo; y que ansimesmo alabasen y encareciesen las cosas que

se pedian y no se querian otorgar, y llegó la cosa á que sobornaron predicadores, induciéndolos para que lo alabasen y publicasen en los púlpitos. Y como todo esto no sucedia tan bien como ellos pensaron, ansí porque el nuevo corregidor don Antonio de Córdoba ponia toda su posibilidad para apaciguar al pueblo y quietar los ánimos de la gente, como porque ellos proprios se movian de mala gana al rigor y rompimiento, aunque andaban bulliciosos y alterados, acordaron entre sí buscar forma cómo hacer una gran junta de gente popular, para que desde allí resultase quedar ansí unidos y animados, ó que naciese algun escándalo ó alboroto contra los que lo quisiesen estorbar, y ansí quedase la gente prendada é indignada, y ellos poderosos; y para esto ordenaron que se hiciese una muy solemne procesion en nombre de la cofradía de la Caridad, que es en aquella ciudad muy antigua y principal cosa, y en que hay muy gran número de cofrades, y no suele salir así de propósito, sino á cosas muy señaladas; y que saliese desde la iglesia de Santa Justa hasta la iglesia mayor, con muy grande fiesta de músicas y aderezos, y que el intento de los de la letanía y procesion fuese porque nuestro Señor alumbrase el entendimiento y voluntad del Rey para bien regir y gobernar sus reinos; porque aquesto es ansí muy ordinario, que nunca se persuade una cosa muy mala sino con título y colores honestos. Tomada resolucion, la publicaron luego y comenzaron á dar órden cómo se hiciese, y fué el consejo aceptado y aprobado mucho por la mayor parte del pueblo, que naturalmente es amigo de juntas y regocijos.

Sabido esto por los que tenian la parte y opinion contraria, y por don Hernando de Silva, que era el caudillo y cabeza dellos, entendieron luego el propósito con que se hacia, y procuraron cuanto pudieron de lo estorbar; y el don Hernando envió á decir á los cofrades que no juntasen ni alborotasen á los cofrades ni al pueblo, so color de devocion, en deshonor del Emperador y desacato de su justicia; sino, que les hacia saber que él con sus amigos y criados se lo habia de estorbar y resistir.

Enviado este recado, y oido por los que esto habian encaminado, fué muy alegre cosa para ellos, porque fué camino para su deseo; porque el pueblo, que tenia su opinion, se levantó y determinó mas con la resistencia, como es cosa natural, y don Hernando y los de la suya se hicieron malquistos y odiosos á ellos, diciendo que no solamente estorbaban y contradecian el bien del pueblo, pero las cosas divinas y de devocion. Finalmente, la cosa se puso en términos, que don Hernando se hubo de apartar de su determinacion á instancia del Corregidor, por evitar el grande escándalo que estaba aparejado, y por consejo de sus amigos, aunque estaba muy determinado. De manera que la procesion se hizo el dia que estaba señalado con muy gran placer del pueblo y favor, y con muchos menosprecios y mormuraciones de los contrarios; de lo cual quedaron de allí adelante tan desvergonzados y atrevidos los de la Comunidad, que la justicia tenia muy poca fuerza, y en todo habia desórden y confusion, y comunmente se hacia y ordenaba lo que Hernando de Avalos y Juan de Padilla querian, en el regimiento y aun fuera dél. Don Hernando de Silva se determinó de se ir de Toledo, y se fué para donde el Emperador estaba; lo cual sabido por el Emperador antes que partiese de Santiago, y entendiendo que estos eran los que principalmente habian estorbado que á don Juan de Ribera y á su compañero, procuradores que habian sido por suerte elegidos, como arriba tengo dicho, no se les diese el poder general tan cumplido, y que por eso no habian ido ellos, parescióle que convenia de mandarlos salir de Toledo, para que con su ausencia se curasen mejor los males comenzados, como se cree que se hiciera si ellos cumplieran sencillamente su mandamiento. Pero pasó ansí, que siéndoles notificadas por el Corregidor las cédulas del Emperador, que aun creo que eran segundas, y de las primeras habian suplicado, en que les mandaba parecer ante él dentro de cierto y breve término, ellos dijeron que las obedecian y estaban prestos de las cumplir, y fingiendo que lo querian hacer ansí, aderezaron luego su partida; y habiendo primero secretamente juntado gente, y incitado el pueblo para lo que se hizo, en 16 dias de abril salieron de sus casas aderezados de camino, como si muy de veras se partieran, y llegando á pasar por la iglesia mayor, ó segun otros cuentan, habiéndose apeado en ella á hacer oracion, donde ya los estaban esperando los que habian de hacer el hecho, salieron á ellos con grande ímpetu y alboroto, convocando á todos los que podian, y diciendo que no se habia de permitir que aquellos caballeros se fuesen de Toledo; que aquello era perdicion de todo el pueblo, y muy grande desagradecimiento y crueldad dejarlos ir á padecer. Los prendieron y detuvieron, haciendo ellos grandes ademanes y apariencias de que eran forzados y que querian proseguir su camino; y esto se comenzó con tanto bullicio, que en muy poco espacio acudieron y concurrieron mas de seis ó siete mil hombres, los mas dellos con armas; y dando voces y alborotos, los llevaron á sus posadas, y les pusieron guardias y penas que no saliesen dellas ni se fuesen; y luego se fueron á la posada del Corregidor; el cual, visto lo que pasaba, andaba mandando dar pregones que todos se fuesen á sus casas, y haciendo otros mandados sin fruto ni efeto; antes unos le querian matar, y estuvo muy á punto de hacerse, y otros quitalles las varas á él y á sus oficiales, y que las tomasen por la Comunidad; y estando él en este peligro confuso, le prendieron, ó por mejor decir, le forzaron á que repusiese el mandato y notificacion de las cédulas que habia hecho á Juan de Padilla y á Hernando de Avalos, y él lo hizo; y por evitar la furia del pueblo se retrujo á su posada, y así estuvo no sé qué dias después sin fuerza ni autoridad, y al cabo se salió de la ciudad, de temor de ser muerto.

Hecho lo de Juan de Padilla, el pueblo anduvo como bestia fiera, apellidándose y discurriendo de una parte á otra; y vista esta furia por los pacíficos que tenian y habian tenido la parte contraria, como eran los menos y la fuerza tan desigual, no solamente no se atrevieron á hacer resistencia, pero ni aun á parecer ni esperar el fin desto; y ansí, unos se escondieron en sus casas, y otros se ausentaron de la ciudad. Las personas mas señaladas, en que habia algunos regidores y jurados, se metieron en el alcázar con don Juan de Ribera, que tenia la tenencia dél y de las puertas; el cual luego se retrujo á él con algunos de sus hijos y hermanos, y alguna gente que de sus villas mandó venir con la provision que pudieron, que fué muy poca; y los de la Co-

munidad, que este nombre se llamaba ya, por santo y agradable, que era todo lo restante, siguiéndose por los que presumian de mas bulliciosos, entendieron luego en fortificarse en su ciudad, de temor de fuerza de fuera, ya que dentro ninguna tenian; y por esto acordaron de apoderarse de las puertas y puentes que don Juan de Ribera, como digo, tenia; de las cuales, aunque en la que llaman de San Martin hubo alguna defensa, en tres ó cuatro dias se apoderaron, parte por combate, parte por partido, y pusieron sus guardas, tratando tambien en el mismo tiempo con don Juan de Ribera, que le tenian cercado en el alcázar, sin le dejar entrar mantenimiento alguno, que saliese dél y se fuese de la ciudad; lo cual él, forzado de hambre y de sed intolerable, con los que dentro estaban lo hubo de hacer, con partido que dejase en ella teniente que la tuviese en su nombre por el Rey; y dando este asiento él con todos los caballeros y regidores, y otras gentes que allí se habian entrado, se salió públicamente de Toledo sábado, á 21 dias del mes de abril, y se fueron á un lugar suyo, llamado Villaseca, adonde recogió á los que con él quisieron ir, y estuvo después siempre en servicio del Rey; pero los de la Comunidad no cumplieron ni guardaron lo asentado, antes tuvieron forma cómo se apoderaran del alcázar.

Ido ansí don Juan, y ausentado después el Corregidor, quedaron libres y señores, y hicieron sus diputados, y comenzaron á querer poner forma de gobierno á su voluntad, nombrando y diciendo que se hacia en nombre del Rey y de la Reina y de la Comunidad; y Juan de Padilla y Hernando de Avalos enviaron á dar sus fingidas disculpas al Emperador, diciendo que habian sido presos y no habian podido ir á su llamamiento, y que de todo lo sucedido les habia pesado. Y esta es en suma la manera cómo la ciudad de Toledo se alzó y dió principio á lo que las otras hicieron después; y en lo que en Toledo se hacia y después se hizo, era la principal parte en lo mover y sostener doña María Pacheco, mujer de Juan de Padilla, hermana del marqués de Mondéjar, que fué una mujer de muy inquieto y bullicioso ánimo, y que presumió siempre de muy valerosa y de altos pensamientos; que es una pasion que ha hecho á muchos hombres hacer grandes desatinos y atrevimientos.

CAPITULO IV.

De la resolucion que el Emperador tomó, sabida la alteracion de Toledo, y cómo se concluyeron las Cortes, y él se embarcó y partió, y á quién dejó por gobernador en Castilla.

La nueva y movimiento del escándalo de Toledo le tomó al Emperador en la Coruña, donde estaba para se embarcar, aunque las Cortes aun no se habian concluido. Hubo dello grandísimo sentimiento, y puso en plática de venir luego personalmente á castigarlo, y como mozo animoso, que entonces habia cumplido veinte años, tuvo grande gana de hacerlo; pero fué apartado deste propósito por Xebres y los del Consejo, por respetos que tuvieron, de temor de mayor desacato si el Emperador iba á ello, teniendo entendido la fortaleza y sitio de aquella ciudad, y estar aquella cosa en principio de su furia, y que seria muy mal si se desvergonzaban contra su persona, como temian que lo harian, así de temor de lo que habian cometido, como por estar, como digo, aun en la fuerza del primer furor; lo cual se tenia esperanza que el tiempo amansaria y templaría, pasados aquellos ímpetus del pueblo, que, como se suele encender con poco fundamento, así acontece apagarse y deshacerse presto, teniendo fresco ejemplo dello en el alboroto pasado de Valladolid, que comenzó y acabó en un dia. Juntábase tambien con esto la necesidad que su majestad tenia de no dilatar su camino, por la priesa que del Imperio y de sus estados de Flándes le daban, y porque le convenia verse con el rey de Inglaterra en Picardía antes que él y el rey de Francia se viesen, como tenia concertado, para 1.° de junio, cerca de Calés, villa del rey de Inglaterra; por lo cual se acordó esperar el tiempo y lugar de hacer otros mas seguros remedios, de los cuales algunos intentaron luego, de cartas y apercebimientos, y que el Emperador, concluidas las Cortes, que ya estaban en esto, prosiguiese su viaje, confiando, como digo, que lo de Toledo no iria en crecimiento, antes se curaria presto; y en esto se resolvieron, no adivinando lo que después sucedió, porque á la verdad fueron cosas que no pudieran caber en consideracion ni ordinario juicio; y así se acabaron las Cortes, en que se ordenaron algunas cosas cumplideras á la justicia y gobernacion, y las ciudades otorgaron el servicio ordinario al Rey, que fueron ducientos cuentos en tres años, aunque hubo algunos procuradores que no lo otorgaron ni votaron, que fueron los de Salamanca, Toro, Madrid, Murcia, Córdoba y Toledo, cuyos procuradores nunca vinieron; y los de Leon el uno negó y el otro concedió, y los unos y los otros se fueron á sus casas; y el Emperador, siendo ya entrado mayo, y no esperando otra cosa sino tiempo para su navegacion, con acuerdo de los de su consejo y su presidente don Antonio de Rojas, arzobispo de Granada, ordenó dejar por gobernador destos reinos de Castilla al cardenal Adriano, para evitar las invidias y parcialidades si dejara algun grande de Castilla juntamente con su real consejo, y que fuesen á residir en la villa de Valladolid. Y porque Toledo quedaba alterada y las cosas sospechosas, dejó por capitan general á Antonio de Fonseca, señor de Coca y Alaejos, para si algun hecho de armas fuese necesario; y ordenado esto, plugo á Dios que desde á pocos dias, que fueron 20 del dicho mes de mayo, vino el viento que se deseaba, y la noche siguiente el Emperador se embarcó, acompañado de los señores extranjeros que acá andaban en su servicio, y del duque de Alba don Fadrique de Toledo, y del marqués de Villafranca don Pedro de Toledo, y de su hijo, y de algunos deudos suyos, y de algunos otros señores y caballeros españoles de menor estado. Hízose su navegacion derecha á Inglaterra, y en seis dias llegó y tomó puerto en Dobla, frontera de Calés, en el estrecho entre Francia y Inglaterra; y luego el mesmo dia, que fué víspera de la pascua del Espíritu Santo, desembarcó allí con toda su corte, donde ya estaba el cardenal de Inglaterra, que era gran privado del Rey y por quien se gobernaba. Y luego la misma noche, siendo avisado de su venida, vino allí por la posta el rey de Inglaterra, y fueron muy grandes las muestras de amor con que habló y recibió al Emperador, y las fiestas y alegre recibimiento que á él y á toda su corte hizo, y luego otro dia los dos reyes fueron á Santo Tomé de Contarberi, donde la reina doña Catalina de Inglaterra, mujer del Rey y tia del Emperador, estaba y tenia riquísimamente aderezado el apo-

sento, en el cual estuvieron los tres dias de la Pascua, y se hicieron muy grandes y muy solemnes fiestas. Pasada la Pascua, y habiendo estos dos príncipes tratado las cosas que les convenian, y ratificado y confirmado las paces y deudos que entre ellos habia, con buena gracia y amor, el Emperador se despidió de su tia y del Rey su marido, y se vino á una playa en aquella mesma isla, y se tornó á embarcar en su armada, que allí se habia pasado; y prosiguiendo su navegacion, fué á tomar puerto en la isla de Holanda, en la villa de Freguelingas, y de su llegada, los naturales de aquellos estados, luego como fué publicada, recibieron increible alegría, y ansimismo en toda Alemania, en la cual tambien era muy deseado. De Holanda, sin se detener, pasó á Flándes, y en las villas de aquellos estados, por do pasaba, le fueron hechos muy solemnes recebimientos, señaladamente en Gante, donde le esperaron madama Margarita, su tia, y el infante don Hernando, su hermano, que ya era duque de Austria, y fué dellos alegremente recebido, y de allí se acercó á la villa de Calés para tornarse á ver con el rey de Inglaterra; el cual, después que del Emperador se habia apartado, se pasó en Calés, y cerca dél habia hecho sus vistas muy solemnes con el rey y reina de Francia, de donde habiéndose ido el de Francia, el Emperador se acercó, como digo, con el rey y reina de Inglaterra, que tambien vino allí, y trataron sus ligas y otros negocios grandes que no han venido á mi noticia, porque es cierto que el rey de Francia procuraba mucho que el de Inglaterra se declarase por él, si fuese menester, contra el Emperador, de cuya potencia y acrecentamiento á él no le placia nada; antes le era odiosa y sospechosa, y le hacia todos los estorbos que podia. Concluidas estas vistas, el Emperador se volvió á la villa de Gante á se aderezar y ponerse á punto para ir á recebir su corona en la ciudad de Aquisgran, donde le dejamos agora hasta su tiempo, y digamos las cosas que pasaron en estos reinos luego que se ausentó el Emperador dellos, que fueron harto extrañas.

CAPITULO V.

De las cosas que sucedieron en Castilla luego que el Emperador partió della, y cómo fueron en crecimiento los alborotos y escándalos populares.

La partida del Emperador fué diversamente sentida en España porque los que tenian sana y buena intencion y ánimos quietos, que la habian aprobado y tenido por justa, sintieron con ella mucha soledad y pena, doliéndose de lo que luego sucedió, temiendo y adivinando lo que después vino; pero los que eran bulliciosos y levantados no la tomaban ansí, antes parecia que andaban regocijados con una vana esperanza que en los ánimos semejantes se suele criar de acrecentar sus estados y estimacion con las disensiones y mudanzas; y de los desta calidad no hubo pocos, y cierto fueron grandes ocasiones de los males que sucedieron. Señaladamente en la gente popular de algunas ciudades de Castilla creció sin parar el atrevimiento, trocando las murmuraciones y desvergüenzas pasadas, ya dichas, en desacatos y osadías intolerables, coloreando los unos y los otros lo que se hacia y decia con el nombre y título de bien comun y defension de sus repúblicas. Los corazones é intenciones Dios las sabe, y solo las conoce y entiende; pero los hechos que se hicieron y la fama dellos claramente fué mala, como en el cuento desta historia se verá, y así permitió Dios que fuesen en daño y destruicion de los que las ordenaron y ejecutaron.

Partido pues el Emperador, al tiempo que tengo dicho, del puerto de la Coruña, los grandes y señores que allí habian quedado se fueron á sus casas y tierras, y el cardenal de Tortosa con algunos dellos y los del Consejo Real tomaron su camino para Valladolid, como se habia ordenado; y antes que allí llegasen, tuvieron nuevas de algunos de los movimientos que pasaron; porque en muchas ciudades habian concebido tan grande odio contra los procuradores de córtes que otorgaron el servicio, juntándose con ello las mentiras y fama de cosas que decian haber otorgado, que en las mas dellas, luego que los procuradores llegaban, hacian contra ellos atrevimientos é insultos nunca pensados. Las primeras, después de lo que en Toledo estaba hecho, fueron Zamora y Segovia, cuyas poblaciones casi en un dia se levantaron en comunidad, y se pusieron en armas con grandísimo escándalo, ejecutando la primera furia en sus procuradores de cortes, que fué el nombre y ocasion con que se levantaron, llamándolos traidores y vendedores de la patria, porque habian otorgado el servicio á su rey; y los procuradores de la ciudad de Zamora escapáronse de la muerte que les iban á dar, porque huyeron por maña y mandamiento del conde de Alba de Liste, que era vecino y parte principal en aquella ciudad; pero con aquel ímpetu que los iban á matar, les fueron á derribar las casas, y lo comenzaron á hacer, y dejaron de acabarlo por ruego y acatamiento de la condesa de Alba, que salió á se lo pedir y estorbar. Tomóse allí no sé qué medio de ponerles dos estatuas en memoria de lo que ellos llamaban traicion. Este conde fué muchos dias freno y remedio para templar las cosas de aquella ciudad, para que, aunque tenia voz de comunidad, no se hiciesen en ella insultos y desatinos, como en las otras.

En Segovia fué mas cruel y abominable el hecho, porque habiéndose juntado el comun de aquella ciudad en la iglesia de Córpus Christi á elegir ciertos oficiales, como lo habian de costumbre, en martes, dia de pascua de Espíritu Santo, estaba allí acaso con ellos un hombre llamado Fulano Melena, allegado ó criado de la justicia, con la cual tenian ya grande odio y enojo; y como el Melena pareciese que la queria disculpar, comenzándolo algunos que particularmente le querian mal, súbitamente se alborotaron todos, y con grandes voces y escándalo le prendieron, y sin mas razon ni dilacion fué llevado por el pueblo, que luego acudió todo al campo, á la horca, adonde llegando el Melena casi muerto, lo ahorcaron de los piés; y viniendo de hacer este cruel hecho, toparon con otro hombre, y porque le vieron escrebir en un pliego de papel, y á uno dellos le pareció, ó lo quiso decir, que estaba escribiendo los nombres de los que aquello habian hecho, comenzaron á decir: «Muera, muera;» y con la mesma órden de proceso que al otro, volvieron con él á la horca, y pusiéronlo en ella, donde desde á poco murió con grande inhumanidad: con que gastado el dia en estas extorsiones, luego al siguiente, que fué miércoles, se juntaron en su ayuntamiento los regidores de aquella ciudad á tratar de lo que habia pasado; al cual ansimes-

mo vino el regidor Tordesillas, procurador de cortes que habia sido, á dar cuenta de lo que allí se habia hecho, aunque fué aconsejado que no lo hiciese; y estando así en el dicho ayuntamiento, vino grande número de gente del pueblo, armada, con grande grita y alboroto, y comenzaron á pedir que les fuese entregado el traidor Tordesillas, y como no lo hiciesen, luego escalaron y subieron por diversas partes á las casas del cabildo, sin que nadie se atreviese á resistillo; de manera que se le entregaron por fuerza; y ansí lo llevaron preso, y aunque en el camino el dean de aquella iglesia, y muchos clérigos y religiosos salieron á estorbarlo con el Santo Sacramento en las manos, no fueron parte para que no le llevasen arrastrando y despedazándole, y con una soga á la garganta, hasta la mesma horca donde habian llevado á los otros, y pusiéronle en medio dellos tambien colgado de los piés, que fué un harto fiero y lastimoso espectáculo, y ansí acabó la vida este pobre caballero, y la acabara tambien el otro procurador su compañero, llamado Juan Vazquez, si hubiera venido á Segovia; pero escapóse huyendo, siendo avisado de lo que pasaba antes que allí viniese.

Habiendo el pueblo hecho esto, eligieron sus diputados de comunidad, y quitaron las varas á la justicia del Rey, y diéronlas á otros que las tuviesen por la Comunidad, y apoderáronse de las puertas de la ciudad, y pusiéronse tan en armas y vela como si estuvieran cercados de enemigos, y dende á pocos dias pusieron tambien cerco sobre la fortaleza, cuya tenencia era de don Hernando de Bobadilla, conde de Chinchon, y teníala por él su hermano don Diego. Escribieron asimismo sus cartas á la ciudad de Toledo, haciéndoles saber lo que pasaba, y pidiéndoles que si les viesen en necesidad les enviasen socorro; y esta órden de quitar y poner las varas y hacer diputados, siguieron en Zamora y en las otras ciudades que tambien tomaron esta voz; de lo cual algunos caballeros y personas principales dellas mesmas se encargaron al principio, algunos, aunque pocos, con buena intencion, pensando ser medio y camino por do la furia del pueblo se templase. Otros que ciegos y con malicia y ambicion lo aceptaron, queriendo gozar del tiempo, como arriba se tocó, y no entendiendo ni considerando el suceso y fin que podian esperar, y aun algunos que del temor de la muerte ó de ser desterrados, lo hicieron, y los otros nobles y caballeros que sin cargos ni oficios quedaron en esta y en otras ciudades y villas que se alzaron, tambien fueron movidos por algunos destos respetos, aunque al cabo los mas dellos vinieron á ser tan sospechosos al pueblo y tan mal tratados dél, que si no fueron aquellos que desvergonzadamente consintieron en esta vanidad, casi todos los demás se desterraron de sus casas y patrias, y se fueron á aquellas partes y lugares donde pudieron estar seguros.

La nueva destas cosas acaecidas en Zamora y Segovia tomó al cardenal gobernador, y al Presidente y á los del Consejo antes de llegar á Valladolid; y si no se dieran priesa á entrar en aquella villa, lo mesmo aconteciera luego en ella, segun andaba ya el pueblo bullicioso y desasosegado; pero venido el Consejo, y luego el Cardenal, bastó su presencia y acatamiento para diferirlo algun tiempo, que fué mucho para como estaban.

Pero en los otros lugares no hubo este respeto, y no tardó nada en prenderse el fuego y pestilencia; porque, como si se hubieran concertado para ello ó como si se entendieran por almenaras ó ahumadas, como suele acontecer en tierras de las costas de España ó en fronteras de enemigos, así se movieron casi á un mismo tiempo muchos lugares. Porque en el mismo principio del mes de junio se levantaron tambien en la ciudad de Búrgos con voz de comunidad, y con grande alboroto y mano armada tomaron la fortaleza y quitaron las varas á la justicia y hicieron sus diputados, y dieron la de corregidor á un caballero vecino llamado don Diego Osorio, y luego fueron á casa de Garci Ruiz de la Mota, procurador que habia sido en aquellas cortes, hermano del maestro Mota, obispo de Badajoz, para lo matar; y como no pudo ser habido, que fué avisado y huyó, derribáronle y quemáronle la casa y todas las escripturas y previlegios, y otros instrumentos tocantes al Rey y al reino, que él tenia en su poder y á su cargo. Y con el mismo ímpetu fueron y derribaron la casa de un aposentador del Rey llamado Garci Jofré, el cual, aunque era natural de Francia, habia gran tiempo que servia al rey don Fernando el Católico y al Emperador, su nieto, y era casado y vecino en aquella ciudad; contra el cual se indignaron solamente porque el Emperador le habia confirmado la tenencia de la casa y castillo de Lara, que Búrgos pretendia ser suya; y no paró en esto la furia comenzada contra él, porque habiendo el mismo Jofré halládose allí aquel dia, que iba con el embajador del rey de Francia por mandado del Emperador, después de haberse comenzado el derribamiento de su casa se habia ido su camino; y acordándose de enviar en su alcance cierta gente de á caballo, alcanzáronle en un pequeño lugar tres leguas ya de Búrgos, donde le prendieron, sacándolo de una iglesia y del sagrario della, adonde se habia acogido; y así preso, fué traido á la ciudad de Búrgos y puesto en la cárcel, en la cual con golpes y heridas lo mataron, y luego ansí muerto, lo sacaron por las calles arrastrando y lo ahorcaron. Sabido esto por el condestable don Iñigo de Velasco, que habia venido al rebato, se entró en la ciudad, y pensando amansar el pueblo por esta via, se encargó de tomar la vara de la justicia, como se lo pidieron, y tuvo muchos dias aquella ciudad con su presencia con mediana quietud, y sucedió después lo que adelante se dirá.

En estos proprios dias se alborotó toda la comunidad y villa de Madrid, y se puso tambien en armas y se asentó cerco sobre la fortaleza, y hicieron sus diputados y forma de comunidad como en las otras ciudades se habia hecho. Y en la ciudad de Valencia, que dias habia que tenia desterrados á los nobles y caballeros, en esta mesma sazon se alzó el pueblo contra la justicia, y echó fuera al viso rey de aquel reino, que era don Diego de Mendoza, hermano del marqués de Cañete, y se puso en la forma y manera que las otras. Y á su ejemplo, en pocos dias se alzaron en voz de comunidad la ciudad de Sigüenza y de Guadalajara y Salamanca y otros lugares, y se escribieron y conjuraron de ayudar las unas á las otras, y en todas ellas y las que después se alzaron pasaron grandes escándalos y insultos y tiranías que hacian, que no puedo contar en particular. Basta escrebir en general y comun lo que en nombre de

todas ellas y contra ellas se hizo, así de guerras como de juntas y tratos, y otras cosas de las mas señaladas.

CAPITULO VI.

Cómo el Rey fué avisado de lo que en Castilla pasaba, y lo que proveyó sobre ello, y lo que el Cardenal Gobernador hizo, y las otras cosas que sucedieron.

Sabidos por el Emperador los movimientos ya dichos que en Castilla habian sucedido después de su ausencia, hubo gran pesar y mostró gran sentimiento dello, y habido su consejo, y usando de su natural clemencia y bondad, con deseo de reducir á su servicio á los que estaban alterados, y de confortar y remunerar á los que habian perseverado en él y no se habian alzado, antes del rigor y justicia, quiso usar de clemencia y liberalidad, y envió á mandar que el servicio que se le habia otorgado en las cortes de la Coruña no se cobrase de las ciudades que estaban en su obediencia ni de las que á ella se redujesen, porque él les hacia gracia y merced del dicho servicio. Asimesmo hizo merced á todo el reino de que las rentas reales dél se diesen por encabezamiento de la manera que estaban en tiempo de los Reyes Católicos, sus abuelos, y quiso perder y hacer suelta de las pujas que se le habian hecho, que eran grandes, por los afrondadores, para que no fuesen mas gravados sus vasallos. Envió asimesmo á ofrecer y certificar que ningun oficio se proveeria en estos sus reinos sino á los que fuesen naturales dellos; y con ser estas tres cosas las mas principales é importantes de que la ciudad de Toledo y las otras de su liga se agraviaban, y lo habian pedido, y lo daban por descargo y disculpa de sus levantamientos, no fueron bastantes para los asosegar y traer á obediencia, porque los que eran movedores y habian inducido á los pueblos á ello, no solamente estorbaban que no se aceptase, pero procuraban que no se supiese ni publicase, y no se diese crédito á ello. Y á la villa de Valladolid, por estar en su servicio y estar en ella su gobernador y consejo real, no solamente le hizo merced de la parte que deste general beneficio y gracia le cabia, pero particularmente le otorgó feria franca, que tenian en cierto tiempo, y los derechos de la venta del trigo y pescado; lo cual fué todo mal empleado, como adelante se verá, en los unos y en los otros, y prueba bastante que el propósito de los que esto encaminaron no fué celo del bien comun, como publicaban.

Habiendo pues asentado en la villa de Valladolid el Cardenal Gobernador con los del Consejo Real y Presidente, y entendiendo la dureza de los pueblos que se habian alzado, parescióle que se debia ya usar de remedios medicinas mas fuertes, viendo que las blandas no abian aprovechado, pensando curar con ellas lo pasao y estorbar lo que sucedió, aunque el consejo no saó como pensaba; y para esto acordó enviar á Segovia, onde la fuerza y desacato habia sido mayor, al licenado Ronquillo, alcalde de corte, para allanar y traer obediencia aquella ciudad, y castigar á los mas culdos en aquel hecho. Para fuerza y autoridad de la jusia, enviaron con él mil hombres de á caballo, los mas los cuales eran de las guardias que poco habia eran nidos de la jornada de mar que don Hugo de Moncada bia hecho de los Gélves; y por capitanes desta genueron enviados don Luis de la Cueva, caballero principal de la ciudad de Baeza, y Ruy Diaz de Rojas, capitan esforzado y de mucha experiencia, porque si el alcalde no fuese recebido ni obedecido en la ciudad, él procediese contra ellos en rebeldía, hasta compelerlos á obedecer; pero andaba ya esta furia infernal tan suelta, que cuando se esperaba que el temor deste castigo, que se publicaba, escarmentaria á los que no habian pecado, se levantaron otros de nuevo; y ansi en estos dias tomaron voz de comunidad Toro, Leon, Avila, Murcia y otros lugares; y la ciudad de Toledo, como inventora que habia sido desta tragedia, acordó de procurar que se hiciese junta general de las ciudades que tenian su opinion, y escribió cartas á todas ellas, pidiéndoles que enviasen sus procuradores al lugar que la ciudad de Búrgos señalase, para tratar y asentar lo que convenia que todos hiciesen para su defensa y conservacion, y para lo que ellos decian bien comun del reino; á lo cual los que estaban ya alzados respondieron aprobando su consejo, y así lo pusieron por obra, como se dirá adelante; pero Sevilla, Granada, Córdoba y otros lugares de Andalucía, no solamente no lo quisieron hacer ni enviaron sus mensajeros, pero algunas dellas no respondieron, y otras lo hicieron reprehendiendo lo que se hacia.

El pueblo y comunidad de Segovia, perseverando en su desatino, como endurecidos y obstinados, no quisieron recebir al alcalde Ronquillo ni obedecelle, antes se pusieron en armas para resistillo, y hicieron sus capitanes, y apercibimiento de su gente para defenderse. El cual y los capitanes que con él iban, vista la fuerza y fortaleza de aquella ciudad, y porque la órden y propósito que llevaban era tratar el negocio sin sangre, si ser pudiera, pararon con sus gentes en un lugar seis leguas de Segovia, llamado Santa María de Nieva, y el alcalde hizo allí sus protestaciones, y comenzó por pregones á hacer sus autos y procesos contra los segovianos, requiriéndolos hiciesen la ciudad llana á la justicia real, ó paresciesen á dar razon por qué no lo hacian; y á esto los de Segovia, como ya no era parte en la ciudad hombre de honra ni de cuenta, sino el pueblo bravo y furioso, no solamente no obedecieron ni respondieron, pero pasados algunos dias en tratos y en pláticas sin tomo ni fundamento, con la mejor órden que pudieron salieron un dia al campo tres ó cuatro mil hombres, casi todos á pié, con voz y propósito de pelear con Ronquillo y su gente; y así llegaron á un lugar cerca de donde el alcalde estaba, el cual con los dichos capitanes salió á ellos, y segun afirman, pudiera bien romperlos, porque, aunque eran mas en número, era gente popular y mal diciplinada; pero él quiso estorbar esto por excusar muertes y rigores, ó por ventura dudando el fin; y pasó la cosa en algunas livianas escaramuzas, en que el alcalde Ronquillo les tomó parte del fardaje y prendió algunos dellos, en los cuales ejecutó pena de muerte, ahorcando á unos y dando á otros otras penas; de manera que los de Segovia con poco efeto y algun daño se hubieron de volver á sus casas, y de allí adelante el alcalde Ronquillo apretó mas el sitio con quitarles el trato y mantenimiento, pero no cuanto pudiera, porque siempre se tenia esperanza de algun buen medio. Los de Segovia, viéndose ansí apretados, enviaron á Toledo y á las otras ciudades sus confederadas á dar priesa por el socorro que habian pedido; las cuales todas respondieron que

con toda diligencia lo harian; y los de Toledo y Madrid, como mas vecinos y determinados, y porque se temian que si Segovia se sojuzgaba, corrian ellos el mismo peligro, con toda presteza eligieron capitanes y mandaron hacer gente para el socorro, y en Toledo fué señalado por capitan general Juan de Padilla, principal movedor destos negocios; al cual dieron comision para hacer mil hombres, para los cuales nombraron capitanes, y cien jinetes, cuyo capitan fué Hernando de Ayala, y algunas piezas de artillería de campaña. De la villa de Madrid mandaron hacer socorro de cuatrocientos hombres y cincuenta de á caballo, y por cabo y capitan que los gobernase Juan Zapata.

Ya en estos dias habian venido las respuestas á Toledo de las ciudades á quien habian escrito que se hiciese junta general, y de consentimiento de las que estaban confederadas se asentó que la dicha junta fuese en Avila, para la cual nombró Toledo por sus procuradores á don Pedro Lasso de la Vega, que era tenido en aquella ciudad en grande veneracion, por la instancia con que habia tratado la embajada pasada, como se ha dicho, con su majestad; de la cual venido á Toledo, se le hizo solemnísimo recibimiento, llamándole libertador de la patria, y con él enviaron á don Pedro de Ayala y dos jurados y los diputados del comun; y acertaron á salir de Toledo á este efeto el mismo dia que salieron los otros capitanes al socorro de Segovia, y los unos se fueron á Avila, do se hizo el ayuntamiento, y los otros á juntarse con los de Madrid; y así juntos, se fueron al Espinar, adonde vino Juan Bravo, capitan de la gente de guerra de Segovia, que habia salido á recibillos con ella, que serian por todos, segun se contaba entonces, dos mil infantes y ciento y cincuenta de á caballo; y todos tres capitanes acordaron de acercarse á Santa María de Nieva, donde Ronquillo estaba pensando hacer algun efeto, en tanto que la gente de Salamanca y de otras partes se juntaba, y hiciéronlo así como lo acordaron. Mas el alcalde Ronquillo y sus capitanes, perseverando en su propósito, aunque salieron al campo, no quisieron pelear, y con muy buena órden se desviaron dellos, mudando su alojamiento; de manera que los enemigos se aposentaron en el que ellos dejaron, y ellos en otro.

Sabida por el cardenal de Tortosa la junta destos capitanes, acordó de acrescentar las fuerzas de su gente, y hacer forma de campo para reprimir con él la furia de los pueblos; y para esto mandó á Antonio de Fonseca, señor de las villas de Coca y Alaejos, capitan general, que con la gente de la corte y continos de la casa del Rey, y con la mas que pudiese haber de á pié y de á caballo, se fuese á juntar con Ronquillo, y de la artillería que en Medina del Campo estaba del Rey tomase la que le pareciese; y á Ronquillo envió á mandar que por ninguna manera viniese á las manos con los dichos capitanes, sino que buenamente se juntase con Antonio de Fonseca para el efeto ya dicho, y á los que estaban en Avila envió á mandar y requerir que no hiciesen junta, pues estaba vedado por ley y derecho, sin licencia de sus príncipes, y si algo quisiesen pedir, viniesen á Valladolid, que el Consejo y él lo suplicarian á su majestad juntamente con ellos; lo cual no quisieron oir ni dieron buena respuesta, y estuvieron tan desacatados y pertinaces, que habiéndoles desde á pocos dias enviado el Gobernador al comendador Hinestrosa con la mesma embajada, no solamente no lo quisieron cumplir ni obedecer, pero ni le permitieron entrar en la ciudad ni tuvieron por bien de darle audiencia.

Este consejo de la ida de Fonseca no pudo ser tan secreto, que el pueblo de Valladolid, donde se acordó, no lo entendiese; de lo cual se alborotaron mucho mas de lo que estaban, que no era poco, pues cada dia hacian juntas y cabildos sin que se lo osase prohibir el Cardenal ni el Consejo, que con su autoridad, y con la presencia y diligencia del conde de Benavente, que era mucha parte en aquella villa, y de don Alonso Enriquez, obispo de Osma, hermano del Almirante, y de otros caballeros que amaban el servicio del Rey, los entretenian y sobrellevaban; pero sabido que Antonio de Fonseca hacia gente para lo dicho, con tanta furia se alborotaron los del pueblo, que habiéndose juntado en sus ayuntamientos, enviaron á suplicar al Cardenal que no consintiese que en aquella villa se sacase gente ni armas contra Segovia; antes enviase á mandar á Ronquillo que se retirase con la que en su comarca tenia. El Cardenal, conformándose con el tiempo, mandó proveer en lo de la gente con pregon público que sobre ello se dió, y á lo de la retirada de Ronquillo respondió con dulces palabras, dilatando la determinacion della para adelante. Pero no obstante esto, Antonio de Fonseca, habiéndose salido disimuladamente de Valladolid, se fué á Arévalo con la gente que habia podido juntar de á pié y de á caballo; donde vino el Ronquillo, y los capitanes que con él estaban, con la suya, y de allí con la mayor parte y la mejor acordó de ir á la villa de Medina del Campo á tomar el artillería por fuerza, si de grado no se la quisiesen dar, como ya lo habian negado, habiéndoles sido mandado que la diesen al alcalde. Y madrugando mucho Antonio de Fonseca, martes á 21 de agosto, tres meses después que el Emperador partió de Castilla, en los cuales pasó todo lo susodicho, amaneció sobre Medina del Campo, donde estaban ya avisados y puestos en armas, con acuerdo de negar el artillería, como lo hicieron; y como Fonseca tuviese servidores y parte en aquella villa, y el Corregidor, que era Gutierre Quijada, un buen caballero, estuviese de buena voluntad, comenzó á tratar por bien y por medios que se la diesen, mostrando las provisiones y mandamientos que traian para ello. En estas pláticas se pasó gran parte del dia, habiendo dentro algunos que eran de buen parecer; pero siendo todo el resto de la gente del lugar en lo contrario, no solamente no quisieron obedecer las provisiones, pero puestos en la plaza del lugar, pusieron el artillería en las bocas de las calles; lo cual visto por Fonseca, comenzó á mandar á su gente entrase peleando, y los de la villa dispararon algunas de las dichas piezas, y mataron á ciertos de los de Fonseca, y murieron tambien algunos dellos, y defendieron valerosamente la entrada. A este tiempo la gente de Antonio de Fonseca puso fuego á ciertas casas cerca de la plaza, con pensamiento de que con acudir los de la villa á matar el fuego aflojasen en la defensa; lo cual no se sabe si fué mandamiento de Antonio de Fonseca, ó que acaso se hiciese; pero fué ansí que el fuego comenzó con tanta fuerza, que luego comenzó á quemar las casas enteras, porque los edificios de aquella tierra son muy aparejados para ello; mas los vecinos,

como si fueran las casas de sus enemigos las que así ardian, no hicieron caso dello, ni aflojaron un punto de pelear ni de defender la entrada: tanta era la dureza y pertinacia que andaba en sus corazones. De manera que, visto por Antonio de Fonseca que la villa se abrasaba toda, y que no podia hacer el efeto á que era venido, recogió su gente y cesó de combatirlos, y partióse luego de allí para dalles lugar de atajar el fuego, y que la villa no se abrasase toda; pero esto fué á tiempo que no se pudo excusar que lo mejor della no fuese quemado; porque ardió la mayor parte de la plaza y el monasterio de San Francisco y la iglesia de San Antolin, y gran parte de las calles comarcanas, con toda la riqueza de ropa, oro y plata de los mercaderes que en ellas estaban, que fué una suma inumerable. Asimesmo fueron quemadas algunas mujeres y niños; de manera que fué una de las mas lastimeras y tristes cosas que se han visto. Antonio de Fonseca, muy enojado por el daño hecho, y mas por no haber salido con la empresa de sacar el artillería, fué aquella noche á parar á Arévalo, de do habia salido, y con él Gutierre Quijada, corregidor de Medina del Campo, que en medio de la furia dicha, vista la resistencia que hacian, y no queriendo él consentir en ella, se habia salido á juntar con él.

Los vecinos de Medina, quedando mas encendidos en su furia que la villa con el fuego, apellidaron luego comunidad, y tomó el pueblo la forma del regimiento que las otras ciudades habian tomado, y escribieron luego á Juan de Padilla y á los otros capitanes dellas, llamándolos en su socorro, y á la junta de Avila enviaron á quejarse del daño que se les hizo, y á pedir ayuda para vengarse de los culpados; para cuyo principio, en medio destos acuerdos y alborotos, se levantó entre ellos un tundidor, llamado Bobadilla, hombre cruel y perverso; y siguiéndole mucha gente popular, fué al Consistorio, donde estaban ayuntados los regidores, y sin osarle á resistir nadie, mató á cuchilladas á Gil Mento, que era uno de los principales dellos, cuyo criado habia sido, por señalarse como Júdas en matar á su señor. Después mató á un librero y á otro regidor, llamado Lope de Vera, y así mataron después á los que les parescieron que habian sido en que Antonio de Fonseca viniese á pedir el artillería y en querérsela dar, y derribaron las casas que allí tenia don Rodrigo Mejía, y hicieron otras crueldades y desatinos. Deste atrevimiento quedó el tundidor Bobadilla tan reputado cerca del pueblo, que de allí adelante no se hacia mas en Medina de lo que él mandaba y queria, y podemos decir que era tirano della; y lo mesmo pasaba en las otras ciudades, porque en cada una se levantaba y señalaba uno, el mas facineroso y atrevido del comun, y por semejantes hechos que este, alcanzaba tanta autoridad, que después gobernaba y mandaba lo que queria. Así fué un Villoria, pellejero, en Salamanca, y un Anton Collado en Segovia, y otros tales en las otras partes, y por ellos y sus favorecedores se hacian insultos y agravios intolerables, matando y desterrando á las personas que querian, y levantándoles que se carteaban ó trataban con los que andaban en el servicio del Emperador, ó por otra ocasion que les parecia; de manera que á la voluntad destos tales estaban sujetos los mas principales caballeros que seguian esta opinion y vivian en los lugares de comunidad, y con mañas y halagos se sustentaban y valian con ellos; que era un harto miserable y triste estado.

CAPITULO VII.

Del levantamiento de Valladolid, y de lo que hicieron los de la junta y capitanes de la Comunidad después de la quema de Medina del Campo.

Con la quema de la villa de Medina verdaderamente se avivó y encendió mas el fuego que en las comunidades de las ciudades y villas de Castilla estaba prendido, y se extendió y alcanzó á otras donde no habia aun llegado. Los secretos de Dios son muy escondidos y muy grandes: él sabe por qué fué servido que este consejo y acuerdo no saliese como se pensaba, y que donde iban á apagar y remediar, encendiesen y dañasen mucho mas que estaba.

La mala nueva de la quema de Medina se supo el mesmo dia en Valladolid, á las cinco de la tarde, y con tanta furia como allá el fuego, se levantaron acá los corazones, y sin ningun respeto del Cardenal Gobernador ni de la justicia y Consejo Real, y sin memoria ni agradecimiento de lo que el Rey hacia con ellos, tocaron luego la campana de concejo, y el pueblo todo se puso en armas, y corriendo de todas partes, se juntaron en la plaza; que ninguna cosa aprovechó el conde de Benavente ni el obispo de Osma, que salieron al rebato y trabajaron por asosegallo; y así juntos cinco ó seis mil hombres, se fueron á las casas de Pedro de Portillo, procurador de la villa y riquísimo mercader, y la combatieron para le matar, y él escapóse huyendo; le quemaron todo cuanto en la casa hallaron, que era mucha riqueza, y así comenzaron á hacer lo mesmo en la casa; pero, por evitar el daño de las cercanas á ella, lo apagaron. Hecho este sacrificio, se fueron á la casa de Francisco de la Serna, que habia sido procurador y otorgado el servicio en las cortes pasadas de la Coruña, y no pudiéndole haber á él para le matar, comenzaron á derriballe la casa, y no cesaron de la obra, sino que los frailes de San Francisco vinieron con el Santísimo Sacramento á pedirles que lo dejasen de hacer, siendo ya casi media noche; y de allí se fueron á casa de Gabriel de Santistéban, que tambien habia sido procurador, y pasó lo mesmo que en la de Portillo y la de Antonio de Fonseca, y no tuvo tan buenos padrinos; antes fué quemada toda y dos ó tres de las vecinas á ella, y en esto gastaron toda aquella noche. Otro dia miércoles se juntaron los principales comuneros en el monasterio de la Santísima Trinidad, y eligieron nuevos procuradores y diputados, y de allí enviaron á llamar á todos los principales caballeros que se hallaban en Valladolid, y les hicieron que jurasen la Comunidad, y ellos, con temor de la muerte, lo hicieron; y de la mesma manera aceptó el infante de Granada el nombramiento que dél fué hecho de capitan general y gobernador de las armas, con otros cinco capitanes; porque él era un muy buen caballero y gran servidor del Rey; y hecho esto, enviaron sus mensajeros luego á Medina del Campo á ofrecerles su socorro, y para ello mandaron hacer á sueldo dos mil hombres, y nombraron tambien sus procuradores para enviar á la junta de la ciudad de Avila, que llamaban ya santa junta, como lo hicieron, yéndose á ella.

El Cardenal y el Presidente, con los del Consejo Real,

en tanto que esto pasaba, no solamente no prohibieron ni mandaron cosa, pero ni aun osaron juntarse en ninguna parte para hablar en lo que se habia de hacer, ni parecia cosa posible; antes, como en tormenta de mar, que es tan furiosa, que no hay modo ni manera como se pueda resistir al viento, tienen por último remedio los que gobiernan y rigen la nao abajar sus velas y dejarla ir donde los vientos la quieran llevar; ansí al Gobernador le pareció que convenia antes dar lugar á la furia del pueblo que encenderla mas con resistirle. Y porque estaban tan furiosos que cualquiera fuerza y desacato se presumia que acometieran, les envió á dar salvas y disculpas, que nunca habia mandado lo que en Medina del Campo se hizo, antes le pesaba de lo sucedido; y siéndole pedido por el comun de la villa de Valladolid, y aun pareciéndole que ansí convenia, mandó pregonar por toda la villa que toda la gente que con el general Antonio de Fonseca estaba, le dejasen y se fuesen á sus tierras, y le envió su provision, mandándole que despidiese la que tenia á sueldo, y diese licencia á las gentes de las guardias de Castilla que se fuesen á sus aposentamientos, dejando la que para guarda y compañía de su persona hubiese menester; porque no queria que por entonces, no habiendo, como no habia, órden ni manera, se hiciese cosa ninguna, pues no habia modo para tener campo en aquella comarca, ni donde se sacase dinero para las pagas de los soldados y gastos que se ofrecian; porque aunque Sevilla, Córdoba, Granada y otras ciudades del Andalucía, y algunas de Castilla, estaban en servicio del Rey, no podian ansí cómodamente aprovecharse de su ayuda y favor, lo uno por estar tan lejos y apartadas, lo otro, porque como en tiempo enfermo y cuando anda aire contagioso, tambien se curan y previenen los sanos como los enfermos, ansí en esta sazon, no queriendo los que gobernaban apremiar ni enojar á pueblo ninguno de los que estaban en servicio del Rey, con recelo que no se alterasen ni desobedeciesen, los regalaban y les aliviaban los pechos y servicios, aunque después las ciudades principales del Andalucía sirvieron, como se verá, y lo habian preferido; y en esta sazon lo ofrecieron Vizcaya y Astúrias; Galicia, por el contrario, se alzó en comunidad lo mas de la tierra della, y procuraron matar al conde de Fuensalida, que era gobernador de Galicia; el cual escapó con la diligencia y favor de don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, y con alguna gente de á caballo se salió del reino, porque toda aquella tierra le era contraria, y noquiso dejarse cercar de sus enemigos en Arévalo, ni en sus villas de Coca y Alaejos; antes dejando á don Hernando, su hijo, en Coca, aportó á Portugal, y después por mar se fué á Flándes, adonde estaba el Emperador, y llevó consigo al alcalde Ronquillo, que tambien le acompañó en sus peregrinaciones.

El mesmo dia que pasó lo que tengo dicho en Valladolid, que fué miércoles, llegaron á Medina del Campo los capitanes Juan de Padilla, Juan Bravo y Juan Zapata, con las gentes que de Toledo, Segovia y Madrid traian, y con ellas les hicieron los de aquella villa muy gran favor y consuelo del daño recebido, y los acogieron y aposentaron con muy gran voluntad en lo que el fuego no habia consumido, y ellos se detuvieron allí seis ó siete dias, en los cuales, entendido lo que en Valladolid habia pasado, y cómo las gentes de Antonio de Fonseca eran derramadas y desparcidas, y viniéndoles cada dia á Medina embajadas de ofrecimientos y favores, después de haber platicado con los de aquella villa en la venganza que se debia tomar de los que tanto estrago habian hecho en ella, determinaron de hacer uno de los mas atrevidos hechos que se pudieran pensar.

El hecho fué apoderarse de la persona de la reina doña Juana, que estaba en la villa de Tordesillas á cargo y guarda del marqués de Denia, don Bernardino de Rojas Sandoval, pareciéndoles que con esto su causa tomaria grande autoridad y reputacion; para lo cual tuvieron plática y trato con algunos vecinos y aun regidores de aquella villa, donde ya habia voz y nombre de comunidad, y poniendo en efeto este atrevimiento, haciéndolo primero saber á la junta de Avila, partieron de Medina con cuatro piezas mas de artillería de las que ellos traian (las cuales les dieron allí, habiéndolas negado al capitan general del Emperador, su rey y señor natural); y llegaron á Tordesillas miércoles, á 29 de dicho mes de agosto, en la cual no hallando resistencia ninguna, porque el Marqués no era parte para poderla hacer, se entraron con sus banderas y atambores; y llegando á la plaza delante del palacio do la Reina posaba los dichos capitanes, y otros con ellos, se apearon, fingiendo y diciendo que su alteza les habia hecho señas desde un corredor que se apeasen y subiesen. Entraron por su palacio, y se apoderaron dél y subieron adonde la Reina estaba, y después de besarla las manos, le hablaron muy largo y muy libre y atrevidamente, y el intento y fin de su habla fué procurar de indinarla contra el Emperador y su hijo y contra sus privados y los de su consejo, diciendo que se habian hecho por ellos en sus reinos grandes tiranías y agravios, y que sobre ello habia grandes escándalos y movimientos; á cuya causa eran venidos allí á hacérselo saber y á darle aviso dello, y para suplicarle mandase entender y proveer en el remedio, y que, porque sus mandamientos fuesen cumplidos y obedecidos, traian aquella gente y ejército, y que para tratar y platicar sobre ello, estaban juntos en la ciudad de Avila los mas de los procuradores de las ciudades y villas destos reinos que tenian voto en cortes; que le suplicaban los mandase venir allí, porque con su autoridad y mandamiento se ordenasen las cosas que ellos pedian.

La Reina estaba oyendo, extrañándose mucho de la nueva visita, y acabada su plática, les respondió, conforme á su natural condicion y costumbre antigua suya, palabras humanas y generales, pero no que atase ni concluyese cosa alguna en ellas, como aquella que, por su enfermedad y falta de juicio, no tenia cuenta en cosa que tocase á gobernacion y regimiento; pero ellos, por seguir su opinion, interpretaron lo que habia dicho, y añadiendo lo que no dijo, como les pareció, escribieron muchas cartas y publicaron por el reino que la Reina se habia holgado con su venida, y que mandaba que los procuradores de las ciudades que estaban en Avila viniesen allí; y enviaron falsos testimonios de notarios y escribanos que para ello llevaban.

Aposentando aquella noche sus gentes en las aldeas cerca de la villa, se vinieron otro dia á ella con los que les pareció que bastaban, y siendo recebidas sus cartas por los de la Junta, mostrando que daban entero crédito

á lo que les era escrito, después de algunas diferencias que entre ellos hubo, se partieron para Tordesillas, y de camino quisieron visitar á los de Medina, donde se detuvieron tres dias; y tratando ya las cosas como administradores y gobernadores del reino, platicaron con ellos, porque ellos se lo pidieron, de que tomarian las villas de Coca y Alaejos, que eran de Antonio de Fonseca, para lo cual los de Medina del Campo hacian grandes aparejos y municiones, por el estrago y daño que el señor de aquellas villas les habia hecho. Y estando tambien allí, vinieron algunos vecinos de Tordesillas, los mas dellos solicitados por Juan de Padilla y los otros capitanes, segun es de creer, ó por su malicia y ruindad, á se quejar del marqués de Denia, y á informar que habia hecho algunos agravios, y que la Reina no era servida como convenia, y los de la Junta, haciendo de los muy celosos de su servicio y de justicia, proveyeron de elegir entre sí tres que luego fuesen delante á se informar desto y diesen su parecer en lo que convenia hacer, y fueron nombrados para ello el maestro fray Pablo, procurador de Leon, y el comendador Almaraz, procurador de Salamanca, y al bachiller de Guadalajara, procurador de Segovia; los cuales con gran presteza fueron allá, y haciendo sus informaciones como les pareció, y comunicando con los dichos capitanes, se resolvieron en decir que lo que convenia al servicio de la Reina y á la salud de su persona era que el Marqués ni la Marquesa no estuviesen en su servicio ni compañía, y que ellos habian alcanzado que esta era su voluntad; y ansí lo enviaron á decir á los otros procuradores al camino, y ellos, que holgaron de oirlo, y querian cuando llegasen hallar ya echado el Marqués de allí, les enviaron luego nueva provision para que de su parte mandasen requerir al Marqués y á su mujer que luego se saliesen del palacio de la Reina y de la villa, y pusiesen en su compañía las mas principales mujeres que en la villa se hallasen; lo cual ellos cumplieron á la letra como se lo cometieron, y el Marqués, sufriendo con seso y paciencia la fuerza que le hacian, se hubo de salir luego; que no le dieron una hora de término ni para sacar su casa ni hacienda, haciendo primero sus autos y protestaciones cómo él no dejaba la guardia de la Reina ni de la Infanta de su voluntad, sino forzado y compelido y por no poder mas, porque via la villa ocupada con gente de guerra, á la cual no podia resistir; y salido ansí el Marqués y Marquesa á una aldea donde ya eran llegados los procuradores, quedó en compañía de la Reina doña Catalina de Figueroa, mujer de Juan de Quintanilla, con las otras mujeres de su servicio ordinario y algunas de la villa. La administracion de la casa tomaron los tres diputados ya dichos, y el dicho Quintanilla con ellos, que fué un muy hermoso trueque.

Otro dia, á 10 de setiembre, entraron en la villa los otros procuradores; y queriendo autorizar lo que hacian, fueron á besar las manos á la Reina, y procuraron por todas las vías que pudieron que firmase cartas y provisiones; pero jamás lo pudieron acabar con ella, como gran tiempo habia que no lo habia querido hacer; y que mandase llamar y juntar los procuradores que faltaban del reino, pero plugo á Dios que á ninguna cosa acudió la Reina, antes les dijo que no habia necesidad dello; pero ellos, no obstante esto, publicando y diciendo que ella lo mandaba, y teniendo formas y maneras como ciertos escribanos diesen testimonio que ella mandaba y queria que entendiesen en la gobernacion del reino, comenzaron luego á gobernar como reyes, aunque en nombre de la Reina, en la forma qué adelante se dirá. Y el Cardenal Gobernador, que de todas las cosas de importancia daba por sus cartas aviso al Emperador, de la toma de Tordesillas y de la Reina, como mas importante, se le envió luego particularmente.

CAPITULO VIII.

De las cosas que pasaron estos dias en diversas partes.

Con haber tomado así la tenencia de la persona de la Reina, la voz y parte de la Comunidad creció en gran manera, y los que la meneaban tomaron mayores pensamientos y atrevimientos, y las cosas eran ya tantas y en tantas partes, que no se pueden contar todas, ni aun las que son necesarias escrebirse, ni se puede guardar la órden ni forma que conviene. Los de la Junta procedian en confirmarse en su trono, y las ciudades comuneras en echar de dentro de sí y de su vecindad los que les eran contrarios, y en traer á su opinion cuantos podian, y favorecian lo posible á los que de nuevo se levantaban. Ansí en Palencia el pueblo quiso matar al hermano del obispo Mota, y estuvieron por hacer lo mismo á los canónigos y vecinos de aquella ciudad, porque habian dado la posesion de aquel obispado al dicho obispo, que el Emperador le habia proveido, por el odio que con él tenian. En Alcalá de Henares echaron al vicario gobernador que allí estaba por el arzobispo de Toledo, por persuadirlos á la quietud. En Extremadura se alzó Cáceres y su comarca y tierras.

En Andalucía, donde no habia llegado esta pestilencia, pocos dias antes destos habia tentado voz de comunidad la ciudad de Jaen, aunque don Rodrigo Mexía, señor de Santa Eufimia, que tenia mucha parte y naturaleza en aquella ciudad, trabajó mucho por lo estorbar, y no pudiéndolo hacer, á fin de refrenar el pueblo se encargó de la justicia por la Comunidad, como el Condestable habia hecho en Búrgos, y de allí á pocos dias se levantó la ciudad de Ubeda y Baeza, y el bando de los Benavides, que parecia favorecer la Comunidad, echó fuera al de los Carvajales, y hubo muertes y escándalos y derribamientos de casas, y otras cosas semejantes.

De la mesma manera y tiempo se alzó la ciudad de Badajoz, y tomaron la fortaleza al que la tenia por el conde de Feria; y en la ciudad y reino de Valencia pasaban ansí muy grandes alborotos que las comunidades hacian contra los que les eran contrarios, y las de Castilla, que no lo habian hecho hasta allí, Búrgos, Salamanca, Avila y Leon eligieron sus capitanes, y mandaron hacer gente para la enviar á la empresa que Medina queria hacer contra Coca y Alaejos, villas de Antonio de Fonseca; en lo cual todas consentian alegremente, porque deseaban hacer sobre aquello tal escarmiento, que no se atreviesen á cometer contra ellos otro semejante castigo; aunque lo que se presumia era que el principal respeto para que querian tener ejército era para fuerza y consolacion suya; pero, en conclusion, el cerco se puso dende á pocos dias sobre Alaejos con los capitanes y gente de Medina del Campo, Avila y Segovia, que duró muchos dias, y hubo bate-

rías y combates, en que murieron mas de docientos hombres. El alcaide anduvo en todo como esforzado caballero y muy leal hombre, y como tal defendió su fortaleza con gran daño y muerte de los cercadores y muy poco de los suyos; en que hubo señalados ardides y avisos para ello, de contraminas y otras cosas notables que les hizo.

Los de la ciudad de Búrgos, al tiempo que para este cerco se convocaban, porque el Condestable, que dentro estaba, como tengo dicho, templaba las cosas de allí, y queria entretener y estorbar esta gente que enviaban, porque su hijo el conde de Haro quiso encargarse de la capitanía della, y por otras cosas que se ofrecieron, vinieron en tanto aborrecimiento suyo y en tanta desvergüenza, que en ninguna cosa los querian obedecer, y llegó á término que el dia de Nuestra Señora de la Natividad, que es á 8 de setiembre, se levantó toda la comunidad contra él de manera, que le quisieron matar, y él se hubo de retraer á su casa, donde le cercaron con mucha gente armada, y así le tuvieron cerca de dos dias á él y al conde de Salinas don Diego Sarmiento, y á la Duquesa y Condesa, sus mujeres; y no pudiéndo allí sustentarse sin peligro de muerte, ó á lo menos de prision, vino á concierto con el pueblo que le dejasen salir libremente con toda su casa, y ansí se hizo, y se fué á una villa suya llamada Briviesca. Deste desacato contra él hecho en Búrgos, y favorable suceso que parecia llevaba la parte de la Comunidad, comenzaron algunos lugares de señores á alzarse tambien contra ellos en nombre de comunidad y del Rey, y ansí se alzó la villa de Haro al Condestable, su señor, y Nájara al duque della, y Dueñas al conde de Buendía, su señor, y otros lugares acometieron lo mismo. Las villas de Haro y Nájara en breve las cobraron cuyas eran, con ir con sus personas y con muchas gentes y con mucha presteza sobre ellas; lo de Dueñas duró mas en defenderse, pero al fin se entregó.

Estando las cosas en este estado, que ni regalos ni fuerzas bastaban para sustentar en la fe del Rey á los mas de los lugares de Castilla, guardaba la ciudad de Sevilla, do yo esto escribo y soy natural, tanta lealtad y fidelidad con él, que no fueron parte cartas ni ofrecimientos ni requerimientos y protestaciones de Toledo y de otras ciudades, que no faltaron, para apartarla della; antes siempre estuvo obediente en todo á los mandamientos del Rey y de sus gobernadores, y con su autoridad y ejemplo estuvieron firmes y constantes en el mismo propósito las ciudades de Córdoba, Jerez, Ecija y Málaga, y Granada y otras ciudades y villas desta comarca; en lo cual perseveró desde el principio hasta el fin, aunque fué muy inducida, como parecerá por lo que en ella aconteció en esta sazon; que por ser cosa notable, quiero contar, aunque sea hacer digresion no muy necesaria.

Don Juan de Figueroa, hermano de don Rodrigo Ponce de Leon, duque de Arcos, inducido y aconsejado por algunas personas bulliciosas, y movido de ambicion y vanagloria, estando el Duque su hermano ausente de la villa de Marchena, quiso alzar la ciudad y pueblo de Sevilla en comunidad, pensando ser él capitan y gobernador; para lo cual, teniéndolo antes amasado y concertado con los que eran con él en este trato, un domingo después de mediodía, á 16 de setiembre del dicho año de 20, él y algunos caballeros desta ciudad, deudos y criados del Duque su hermano, se fueron á la misma casa del Duque, que es en la parroquia de Santa Catalina; y convocados allí mas de seiscientos hombres de los criados y allegados suyos, y de los que estaban hablados y pechados para este propósito, armándose todos, y poniéndose á caballo él y los otros caballeros, y la otra gente á pié, tomando cuatro piezas de artillería que en la misma casa estaban, salieron por las calles apellidando: «Viva el Rey y la Comunidad;» y así caminaron hasta la plaza de San Francisco, sin que el pueblo se alterase ni juntase con ellos, mas de á ver lo que pasaba; y en el camino hizo don Juan de Figueroa quitar las varas á algunas justicias, y púsolas en otras personas suyas en nombre de la Comunidad. Habiendo así llegado á dicha plaza, la gente del duque de Medina Sidonia, que al rebato se habian juntado, comenzaron á venir contra él por la calle de la Sierpe, viniendo por capitan Valencia de Benavides, caballero esforzado, natural de Baeza, que era cuñado del duque de Medina, casado con su hermana bastarda, y estuvieron muy á punto de pelear los unos con los otros, y fué por entonces estorbado por algunos caballeros que amaban la paz, que se atravesaron entre ellos; de manera que los del duque de Medina Sidonia se hubieron de volver, y el don Juan con su gente pasó adelante, y llegando á la puerta del alcázar real, que es una casa llana y sin defensa, determinó de se apoderar della, y hallándola cerrada, hizo tirar algunos tiros, con los cuales derribaron las puertas y entró dentro con sus gentes, y prendió á don Jorge de Portugal, conde de Gélves, que tenia la tenencia; y estando en ella y siendo ya noche, se aposentó allí, pensando que viniera el comun y pueblo desta ciudad á le favorecer y á aprobar lo que habia hecho; y no solamente no le acudió ansi, pero de los que con él habian venido, los mas le desampararon y se fueron á sus casas aquella noche.

Otro dia muy de mañana don Hernando Enriquez de Ribera, hermano del marqués de Tarifa don Fadrique, que era ido á Jerusalen en romería, y padre de don Perafan de Ribera, que hoy es marqués de Tarifa y veinte y cuatro desta ciudad de Sevilla, y los otros veinte y cuatros y la justicia se juntaron en el cabildo, y comenzaron á tratar de que el pendon real se sacase por mandado de la ciudad, y por todos se combatiese el alcázar, y se restituyese al alcaide que por el Rey le tenia; y tomado este acuerdo, acudió allí don Francisco de Zúñiga, conde de Benalcázar, y muchos caballeros de la ciudad y algunos del pueblo. Pero en tanto que esto se trataba, los capitanes y gente del duque de Medina Sidonia, siendo su general el dicho Valencia de Benavides, por órden de la duquesa de Medina doña Ana de Aragon y de don Juan Alonso de Guzman (que hoy es duque y marido suyo, y estaba aquel dia y mucho antes enfermo en la cama; el cual, por la natural inhabilidad del duque don Alonso, su hermano, gobernaba y mandaba las cosas de su estado), se juntaron y convocaron á muy gran priesa, y sin esperar que el pendon real ni la gente de la ciudad viniese, con grande ánimo y determinacion fueron al alcázar y comenzáronlo á combatir; y aunque don Juan de Figueroa y los que con él habian quedado lo defendieron esforzadamente, en menos de tres horas le entraron por fuerza, y en el

combate y entrada murieron quince ó diez y seis hombres de los unos y de los otros, y hubo algunos heridos, y el don Juan de Figueroa fué preso con dos heridas que le fueron dadas al tiempo de su prision, y fué entregado sobre su fe y palabra al arzobispo don Diego de Deza, que lo pidió con grande instancia, y el alcázar fué restituido á don Jorge de Portugal, y así se deshizo en menos de veinte y cuatro horas este nublado, que tanta tempestad amenazaba. En lo cual dos cosas principalmente se deben considerar: la una es el señalado servicio que el duque de Medina y su casa hicieron á la corona real, en se determinar tan presto en rematar este hecho con tanta determinacion, que cierto fué muy grande y señalado; la otra es la lealtad del comun y los otros estados de la ciudad de Sevilla, pues en tiempo que la mayor parte del reino estaba alzada en voz de bien comun, como ellos decian, ni con halagos ni amenazas pudieron atraerlos á sí las otras ciudades; ella, por el contrario, rogada y convidada y casi forzada, como acabo de contar, jamás quiso consentir ni apartarse de la obediencia de su rey y de su justicia; en lo cual guardó, cierto, la antigua y maravillosa lealtad suya; porque no se hallará que jamás se haya rebelado ni desobedecido á su rey por guerras ni contrastes que hubiese en el reino, aunque otras muchas lo hiciesen, como se verá por las crónicas de Castilla; antes en tiempo del rey don Alonso el Sabio, habiéndose apartado de su obediencia todo el reino, y dado la gobernacion al rey don Sancho, su hijo, solo Sevilla y Murcia permanecieron en su servicio, y en Sevilla fué acogido y obedecido hasta que en ella murió; que es hecho de lealtad notable. Y lo mismo ha mostrado y guardado siempre con todos los reyes que en Castilla han reinado; por lo cual dignamente merece el nombre de Muy Leal, que tiene y ellos le dieron; y aunque nunca se le hubieran dado, lo merecia por solo este hecho, en que todos juzgaban entonces que si Sevilla se alzara en esta sazon, las otras ciudades de Andalucía le siguieran en esto, como mas principal y cabeza, y los de Castilla se esforzaran mas en su pertinacia, y apenas hubiera con qué resistirles; de manera que por ello merece Sevilla perpetua fama y renombre.

Por este servicio mandó el Emperador restituir al duque de Medina las fortalezas de Niebla, Sanlúcar y Huelva, que desde el tiempo del Rey Católico estaban por el Rey, cuando fué saqueada Niebla por mandado del Rey Católico, y le hizo otras mercedes y favores, como tan gran lealtad merecia. La ciudad de Sevilla se lo agradeció y alabó mucho, y ha tenido respeto y memoria de hecho tan señalado, y así lo ha mostrado, y esperamos que lo mostrará en obras y en palabras; y entonces le escribió cartas de mucho favor y encarecimiento. Desta manera pues quedó Sevilla en servicio del Rey como antes lo estaba, aunque después pasaron en ella algunos desasosiegos que causaba la competencia y enemistad tan antigua que entre las dos casas del duque de Medina Sidonia y del duque de Arcos habia; por donde en esta sazon el duque de Medina intentó estorbar la entrada en la ciudad al duque de Arcos y á sus deudos y parciales, y pasaron después sobre esto cosas que no hacen á mi historia.

Agora volvamos á la Comunidad y general della, aunque no será mucho rodeo poner aquí antes una carta que el Emperador envió á la ciudad de Sevilla, primero aunque pudiese saber el servicio que le habia hecho en apaciguar el escándalo que acabo de contar; que por ser mi propria patria y naturaleza, me lo sufrirá el lector en paciencia; la cual es la que se sigue:

«Concejo, justicia, asistente, alcaldes, alguacil »mayor, veinte y cuatros, caballeros, jurados, escude»ros, oficiales, hombres buenos de la muy noble y muy »leal ciudad de Sevilla: Por cartas del muy reverendo »cardenal de Tortosa, mi gobernador desos reinos de »Castilla, he sido informado de la buena voluntad y obras »que en esa ciudad he hallado después de mi partida »para las cosas de mi servicio, y cómo ha estado y está »en toda paz y sosiego y obediencia de nuestra justi»cia; que todo ello ha sido como de la mucha nobleza »y lealtad que desa ciudad se esperaba; y vos lo agra»dezco mucho y tengo en servicio; que por haber si»do en tal coyuntura, razon es de lo estimar como yo »lo estimo, y así lo terné siempre en la memoria, para »que esa ciudad sea remunerada y gratificada en todo »lo que se ofreciere, como su mucha lealtad y servicios »lo merecen; y así, os encargo y mando que durante »mi breve ausencia desos reinos, continuando vuestra »antigua lealtad, estéis en toda paz y sosiego, y obe»diencia de nuestra justicia, y guardeis y cumplais lo »que nuestros visoreyes y gobernadores de nuestra »parte os enviaren á mandar, y que esa ciudad, demas »de lo hacer ansí, como tan principal, trabaje en que »los otros pueblos del Andalucía y su comarca no hagan »novedades, y para el remedio dello cumplan lo que los »dichos visoreyes y los de nuestro consejo y chancille»rías de nuestra parte les mandaren; que en ello, demás »de hacer lo que deben y son obligados, recebiré mu»cho placer y servicio, como de mi parte os lo escrebirá »el dicho reverendo cardenal de Tortosa, mi goberna»dor.— De Malinas á veinte y dos dias de setiembre de »mil quinientos y veinte años. — *Yo el Rey.*»

CAPITULO IX.

De cómo el Rey proveyó para Castilla de nuevos gobernadores, y los desacatos y enormidades que dijeron y hicieron los de la junta que en Tordesillas estaban, y las cartas que escribieron al Emperador, y qué tales eran los capítulos que ordenaron para le enviar.

Estando el Condestable en la villa de Briviesca, que podria ser mediado el mes de setiembre ya dicho, vino á él Lope Hurtado de Mendoza, gentilhombre del Emperador, con provisiones y despachos suyos, en que le hacia visorey y gobernador destos reinos, juntamente con el cardenal de Tortosa, que ya lo era, y con el almirante de Castilla; por cuanto siendo avisado de que los levantamientos de las ciudades iban en crecimiento, recibió dello la pena y enojo que como buen rey amador de sus vasallos debia; y viéndose imposibilitado de poder venir luego por su persona á remediarlo, como quisiera, por estar tan á punto de recebir la primera corona del imperio, acordó de enviar su poder á los grandes que tengo dicho, porque la gobernacion tuviese mayor autoridad, y porque le pareció que ya la cosa no podia dejar de llevarse por armas, y para esto era necesario que los que las gobernasen fuesen personas que pudiesen y supiesen ejecutar; y para este fin envió á nombrar por capitan general á don Pedro de Velasco, conde de Haro, hijo primogénito del Condestable. Recebidos por el

Condestable estos despachos, aceptó luego con grande determinacion la gobernacion destos reinos de Castilla; y porque el poder venia para todos tres, ó los dos dellos, que se juntasen luego á ejercitar su gobernacion, y por cuanto el cardenal de Tortosa estaba en Valladolid, como se ha visto, y el Almirante á la sazon estaba en Cataluña, donde era ido á visitar cierto estado suyo, allí le fueron los despachos; y pareciéndole que debia dilatar la aceptacion hasta venir en Castilla y probar algunos medios de concordia, como lo hizo, entendida esta dificultad por el Emperador, envió á mandar dentro de pocos dias por sus cartas, hechas en 7 dias del mes de otubre, al Condestable, yendo de camino para Aquisgran á coronarse, que llamados algunos del Consejo, él solo entendiese en la gobernacion en tanto que se juntaba con el dicho cardenal de Tortosa y con el Almirante, por el desman que habia en los negocios, por estar ansí divididos; y ansí lo hizo al tiempo que se dirá.

Pero en tanto que esto venia, ensoberbecidos del suceso que tengo dicho los procuradores de las ciudades que tenian voz de comunidad, y estaban juntos en Tordesillas, llegó á tanto su osadía y soberbia, que no solamente no se contentaban con gobernar y mandar desde allí á los que les querian obedecer de la manera que tengo contado, pero determinaron de procurar que no hubiese en el reino otro nombre de gobernacion por el Rey, que gobernase, sino ellos, y deshacer el visorey y gobernador real y los de su consejo, y para esto enviaron á Valladolid un dia del fin de setiembre á Francisco de Anaya, procurador de Salamanca, y á otros procuradores, con poder de la Santa Junta, que ellos llamaban, á requerir en forma con grandes protestaciones al Cardenal Gobernador que no entendiese mas en la gobernacion destos reinos, y que señalase un lugar do él quisiese residir para ejecutar el oficio de inquisidor mayor solamente; y el mismo requerimiento hicieron al Presidente arzobispo de Granada y á los del Consejo; y allende de les requerir esto, les citaron y dijeron que mandaban que dentro de ciertos dias pareciesen en Tordesillas ante la Reina, á dar razon de cómo habian usado de sus oficios, y estar á justicia con quien algo les quisiese demandar; y dichas estas blasfemias, á las cuales ellos no osaron responder, mas que oirlas, mandaron y requirieron tambien de parte de la Junta, á los oficiales de Hacienda y contaduría, de previlegios y mercedes, que entregasen los libros y registros y el sello real, y ellos por sus personas fuesen á usar sus oficios á dicha villa de Tordesillas, donde los de la Junta tenian asentado su trono, con color y nombre de la Reina.

Visto por el Cardenal Gobernador el desacato tan grande, y el desman que habia en todas las cosas, deseó y procuró irse de Valladolid á alguna tierra de algun grande, donde estuviese seguro; y queriéndolo poner en efeto, un dia, que fué 1.° de otubre deste año, salió de su posada con su guardia y algunos del Consejo, con ánimo de irse á Medina de Rioseco, villa del Almirante, y llegando á la puente que está en el rio Pisuerga, salió mucha gente del pueblo armada, y con ellos don Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña, que ya profesaba seguir la Comunidad, y por fuerza y contra su voluntad, aunque con buenas palabras que el dicho don Pedro Giron le dijo, le compelieron á tornar á su posada; de manera que ni él era obedecido en Valladolid, ni le consentian salir de allí porque no pudiese usar de su oficio en otra parte. Y los de la Junta, creciendo en su soberbia con tantos sucesos á su voluntad y con las exorbitancias que hacian, después de muy platicado y conferido entre ellos, acordaron de enviar á Valladolid á prender al Presidente y los del Consejo; y para ejecutar este tan nefando hecho fueron señalados Juan de Padilla, capitan de Toledo, que era el que en estos dias tenia el primer lugar y el que mas se nombraba, y Juan Bravo, capitan de Segovia, y Juan Zapata, capitan de Madrid, y Suero de Avila; los cuales, con la gente de guerra de á pié y de á caballo, fueron á aquella villa para lo hacer; y aunque no publicaron el propósito que llevaban, no dejó de ser entendido por el Presidente y los del Consejo, y antes que ellos llegasen y al mismo tiempo, se salieron y huyeron lo mas presto y secreto que pudierón, mudando los hábitos y compañías, y por algunas maneras harto trabajosas aportaron á diversas partes y lugares de señores; pero todavía fueron tomados y alcanzados cuatro ó cinco dellos, los cuales llevaron presos estos capitanes públicamente, con grande estruendo de atambores y trompetas, la via de Tordesillas; aunque en el camino, una legua antes que allá llegasen, los de la Junta enviaron á mandar que los soltasen, con requerirles y mandarles primero, so graves penas, que no usasen mas de sus oficios.

Idos desta manera de Valladolid, quedó el Cardenal detenido en la forma que tengo dicha, y los de la Junta habian tenido por muy importante hacer esto de dividir y deshacer el Consejo Real desta manera; y viéndose ya con los sellos reales y con los libros y registros, y como de diez y ocho ciudades y villas que tenian voto en cortes, se hallasen allí procuradores de trece ó catorce dellas, aunque en la verdad propriamente no se debia llamar procurador á aquel que no se enviaba de comun consentimiento, porque todas las ciudades estaban divididas, y faltaban en ellas los señores y muchos caballeros vecinos; pero, como quiera que sea, los que iban allí eran de Búrgos, Leon, Toro, Zamora, Salamanca, Avila, Segovia, Valladolid, Soria, Toledo, Murcia, Guadalajara, Madrid, y aun creo que tambien los de Cuenca, y con esto tuvieron su trono y tiranía por firme. Y perdiendo la vergüenza del todo, soltaron la rienda á los desacatos y atrevimientos, comenzando á mandar y proveer como reyes, publicando falsamente que la Reina lo mandaba y queria, y que habia mejoría en su salud y se entendia en curalla; y hicieron grandes fiestas de toros y juegos de cañas, y otras demostraciones de grande alegría y seguridad, usurpando totalmente la jurisdicion y preeminencia real, y atribuyéndola á sí mesmos con nombre de la Reina; y partieron entre sí los oficios y justicias, nombrando en particular personas del real consejo de Justicia y de Guerra, y presidentes dellos, y otros oficiales para la hacienda y contadurías y para tener el sello y registros, y proveian y despachaban provisiones, cartas y mandamientos, como el Rey y sus gobernadores lo acostumbraban á hacer; y enviaron por auto solemne convocando gente á requerir al Condestable, que en su villa de Briviesca estaba llamando á algunos del Con-

sejó para comenzar á entender en la gobernacion del reino, con grandes protestaciones, que no usase del poder que le era venido, y escribieron á todo el reino que no obedeciesen á sus mandamientos ni de otro gobernador alguno; y lo que peor es, mandaron pregonar en la plaza de Valladolid que ninguno fuese osado de obedecer ni cumplir carta ni provision del Emperador, sin primero la llevar á presentar y notificar á la villa de Tordesillas ante la Santa Junta. Y subiendo su soberbia al mas alto grado que pudo subir, pusieron en plática de quitar al Emperador el nombre de rey, y hubo algunos que fueron en ello; y mandaron ansimesmo de nuevo ocupar y tomar todas las rentas reales, y libraban y gastaban dellas en la gente de guerra y en los acostamientos y partidos de los capitanes y de los otros oficiales que nombraron y señalaron, y mandaron suspender todas las mercedes y quitaciones que el Emperador habia hecho y dado después de la muerte del rey don Fernando el Católico, su abuelo. Y porque entendian y sabian que los grandes y caballeros destos reinos se querian y trataban de juntarse en servicio y voz del Rey, comenzaron de propósito á tratar que sus villas y tierras se les alzasen en comunidad, y á favorecer y ayudar á los que se habian alzado; y ansí daban calor á las merindades de Castilla la Vieja para levantarlas contra el Condestable, y les enviaron cartas y provisiones de favor, y favorecian la villa de Dueñas alzada contra el conde de Buendía, y de la mesma manera al cerco que Segovia tenia puesto á su alcázar, en el cual hubo muchas muertes de hombres; y á otros lugares y fortalezas que tambien se levantaban y desobedecian á sus señores, y á los caballeros y otras personas que en las ciudades alzadas eran vecinos y llevaban acostamiento del Rey y de otros señores, enviaron á notificar y mandar que no les acudiesen ni fuesen á sus llamamientos, si no, que les derribarian las casas y destruirian las haciendas, y lo mismo enviaron á decir á las gentes de los guardias que de don Antonio Fonseca y de Ronquillo habian quedado, y que nuevamente habian venido de Africa; porque sabian que el Condestable los procuraba traer al servicio del Rey, y que fuesen donde él estaba.

Y ansimesmo contra los grandes que habian castigado á algunos de sus vasallos porque se les habian alzado, soltaban muchas palabras y hacian muchas amenazas, diciendo que por ello los habian de mandar destruir. Y mandaron dar cartas y mandamientos contra el conde de Benavente, que de Valladolid habia salido, y para otros grandes y caballeros; por las cuales les requerian y mandaban que se juntasen con ellos, con sus personas, casas y estados, en favor de la Santa Junta y bien del reino, so pena que los que así no lo hiciesen serian habidos por traidores y enemigos, y que como á desleales les harian cruda guerra. Y asimesmo mandaron continuar y apretar el cerco que sobre la villa de Alaejos tenian puesto. Y usando tambien de todo género de persuasion é inducimiento, enviaron predicadores y personas hábiles para aquel oficio, públicas y secretas con cartas y provisiones, que procurasen mover y levantar los pueblos y ciudades que no estaban alzadas. Señaladamente para esto enviaron á un caballero de Salamanca, llamado Francisco de Anaya, arriba nombrado, con instruiciones y provisiones muy largas para todas las ciudades y para algunos señores que pensaban tener favorables, el cual fué con intento de hacer lo que le era encargado; pero no sucediéndole como él pensó, se volvió sin hacer efeto, habiendo sido bien reprehendido en la ciudad de Ecija del conde de Palma, por haber aceptado aquella empresa y andar en ella; el cual, aunque en lo de Toledo se habia habido descuidadamente, en la respuesta que dió á este caballero y en conservar y tener aquella ciudad, donde era mucha parte en servicio del Emperador y su justicia, se mostró muy buen caballero y muy leal á su servicio.

Enviaron después desto los de la Junta otra embajada con el dean de la iglesia mayor de Avila, al rey don Manuel de Portugal, dándole cuenta de todo lo que pasaba, colorando y justificando con palabras su causa, suplicándole les ayudase y favoreciese; y llevaba el dean comision que moviese plática de casamiento con el príncipe don Juan, que es hoy rey, y la infanta doña Catalina, que ellos tenian en su poder, pensando atraerlos por este casamiento á su propósito; pero el Dean no halló allí el acogimiento que pensaba, porque el rey de Portugal, como buen hermano y amigo del Emperador, les envió á reprehender lo que hacian, y les aconsejó se dejasen dello; ofreciéndoles que si ellos pidiesen al Emperador con el acatamiento que debian cosas que cumpliesen al bien del reino, que él les ayudaria; y en lo demás que le apuntaban del casamiento, no quiso ni permitió que le fuese dicho ni se tocase en ello. Y hechas estas diligencias y atrevimientos exorbitantes, como tengo dicho, acordaron de hacer otro, el cual fué escrebir una carta al Emperador firmada de todos los procuradores de la Junta, cuya fecha era á 20 de otubre deste año, para descargarse con el nombre y título della de todo lo que habian hecho, en la cual le confesaban y contaban este proceso, y en lugar de pedir perdon y misericordia dello y prometer enmienda para adelante, pedian desvergonzadamente aprobacion de lo hecho por las ciudades y por ellos, y poder y autoridad para lo que adelante hiciesen; porque todo decian haberlo hecho por servirle y por remediar los intolerables males que por los de su consejo y gobernador se habian cometido en estos reinos. Y allende de tratar esto ansí, ponian muchos desacatos y descomedimientos, como fué contar que habian quitado y dividido los del Consejo que en Valladolid estaban, y decir que lo mesmo hicieran con los otros que con su majestad estaban si acá estuvieran, y que le suplicaban luego los mandase quitar de su consejo, y revocase el poder que habia enviado al Condestable y al Almirante para gobernadores destos reinos, y el que habia dejado al cardenal de Tortosa, porque el reino no los podia sufrir ni consentir; y ansí otras cosas y palabras desta manera, como por la mesma carta parece, que ellos mandaron imprimir y publicar; la cual enviaron á su majestad con un caballero de Avila, llamado Antonio Vazquez, al cual sucedió allá lo que dirémos. Todo esto decian haberlo hecho por su servicio y por el bien público, significando antes merecer mercedes por ello que castigo ni perdon; y que obligados y forzados por las leyes destos reinos y de la lealtad que á su rey y señor natural debian, lo habian hecho; que es una soberbia intolerable. Y ansimismo decian en la carta que quedaban ordenando ciertos capítulos para enviar á suplicar á su majestad las cosas que convenía hacer y remediarse como después

los enviaron; y aunque tardaron algunos dias en ello, no será inconveniente que me anticipe á contar algunos de los dichos capítulos, pues fueron tan públicos, que ellos mismos los mandaron imprimir y estampar.

Primeramente pedian lo mesmo que habian hecho en la carta, que luego quitase su majestad al Cardenal y los otros gobernadores que en Castilla tenia, y los que pusiese fuesen naturales, elegidos á contento del reino, y que desto se hiciese ley para sus sucesores.

Que el gobernador que así fuese puesto, pudiese proveer y dar todo lo que la persona real puede, de encomiendas, tenencias, justicia y gobernacion y todo lo demás, salvo que no pudiese hacer merced del patrimonio real, y ansí pedian otras cosas, que era poco menos que hacerlo rey, y de mas á mas puesto de su mano.

Pedian ansimesmo que ningun grande ni señor pudiese tener oficio ni usarlo en la casa real, y otras cosas contra los nobles y caballeros.

Pedian ansimesmo que no se pudiesen echar huéspedes en ningun tiempo, y solamente se diesen al Rey y á su casa y á los de su consejo y oficiales sesenta posadas, y que estas se pagasen á los dueños de las casas, y lo que montase se repartiese por sisa entre exemptos y no exemptos; lo cual cualquiera juzgará cuán inicua é injusta peticion era.

Pedian mas: que las alcabalas y tercias se diesen por encabezamiento al reino, al precio en que se habian dado en el año de 1444, y que fuese perpetuo, sin poder crecer mas, y que jamás se pudiesen arrendar; queriendo privar al Rey injustamente de su derecho y de la mejoría y acrecentamiento que hay en todas las cosas con las altas y bajas que da el tiempo.

Estas y todas las otras rentas reales, pedian en otro capítulo que se pusiesen en arcas y depósitos, y que de allí se sacase y gastase solamente lo necesario para el estado del reino, y este era el que ellos tenian, y para el servicio de la Reina y el gasto de su casa, y de la casa y criados del Rey, y para la gente de guardias y chancillerías y consejo; y lo demás que se guardase y atesorase hasta la venida del Rey; de manera que lo hacian menor y pupilo, y á ellos tutores y gobernadores.

Pedian tambien que el servicio que se habia otorgado en las cortes de la Coruña no se cobrase, y que jamás se pudiese pedir por el Rey ni por su sucesor otro servicio; que fué blasfemia y deslealtad conocida, como arriba está dicho y mostrado.

Querian asimesmo que los procuradores de las ciudades que tienen voto en cortes se pudiesen juntar de tres en tres años perpetuamente donde quisiesen, en ausencia de los reyes, para que allí juntos proveyesen y tratasen lo que tocaba al servicio del Rey y al bien público; lo cual claramente era una perpetua comunidad y deshacer el poder real.

Juntamente con esto decian que, cuando por mandado del Rey se juntasen cortes, que tuviesen facultad los procuradores dellas para se juntar en ellas sin presidente puesto, como el ordinario del Consejo Real lo es; lo cual era, cierto, quitar á los miembros la cabeza, y pervertir la órden y concierto natural, que siempre se ha tenido tan bien ordenado en estos reinos.

En otro capítulo pedian quitase todos los de su consejo y presidente, y pusiese otros, y que estos no pudiesen ser perpetuos; de manera que no querian que quedase nadie que no les fuese acepto, ni durase el que no saliese á su voluntad.

Metíanse tambien en lo eclesiástico y espiritual, en desacato y menosprecio de la Iglesia y de la inmunidad della, pidiendo que no se echasen ni publicasen bulas sino con cierta forma que ellos ponian, y tambien la daban en el gasto y cobranza de los dineros dellas; lo cual no dejaba de tener sabor de infidelidad y blasfemia; como era tambien que quitase el Emperador el arzobispado de Toledo al cardenal Guillermo de Croy, sobrino de su privado monsieur de Xebres; y desta manera daban la órden que debian guardar los obispos en sus obispados y en los entredichos y excomuniones.

Por otros capítulos demandaban que todas las mercedes que se hubiesen hecho después de la muerte de la reina doña Isabel la Católica, por el rey don Felipe y por el Emperador, fuesen revocadas y de ningun efeto; que era descubiertamente decir que no habian tenido jurisdicion ni poder real para poderlas hacer á los que las recibieron.

Al cabo concluian pidiendo aprobacion de todo lo que las comunidades habian hecho, y perdon general y particular para todos los que las habian seguido. Y desta manera trataban otras semejantes cosas, que aunque todas fueran honestas y buenas, la forma con que se pedian las hacia muy malas, porque era con soberbia, y puestos en armas contra el Emperador, su rey y señor natural.

Y aun con ser ansí, se les otorgaban las justas por concierto; pero ellos lo querian todo, y ansí nunca se concertaron; y la ambicion de los que en esta junta de Tordesillas estaban era tanta, que á algunas de las ciudades que los habian enviado les parecia mal lo que hacian; y ansí, la ciudad de Búrgos les escribió reprehendiendo la prision de los del Consejo y algunas de las cosas dichas, y no tardó mucho después de enviar á llamar á sus procuradores; y la misma reprehension hizo, segun dicen, Guadalajara, Soria y Zamora por sus cartas, y aun entre los regidores de las ciudades hubo algunos que no vinieron ni fueron en las cosas contadas; pero yo veo que la mayor parte consintió, y los otros pasaron por ello, sin los dejar ni apartarse de su liga y compañía.

CAPITULO X.

Cómo el Condestable comenzó á usar la gobernacion, y cómo los de la Junta hicieron capitan general y juntaron sus gentes, y lo que los grandes ansimesmo hicieron.

Todas estas diligencias hizo la Santa Junta desde fin de setiembre hasta fin de otubre, en cuyo principio habia sido la prision de los del Consejo; en el cual espacio de tiempo el Condestable, nuevo gobernador, estando todavía ausente el Almirante, no se habia descuidado en cosa alguna, antes habia hecho todas las diligencias posibles; pero aunque pasaron diversas cosas, á un mesmo tiempo no pueden contarse; y así, irán divididas.

Primeramente envió á notificar sus provisiones de visorey y gobernador, con el Cardenal y el Almirante, á todas las ciudades y villas del reino que cómodamente se pudo hacer; las cuales me acuerdo yo que en Sevilla fueron obedecidas, y se pregonaron á 8 dias de otubre

deste dicho año de 1520; y ansí lo fueron en todas las ótras ciudades y lugares que estaban en la obediencia y fidelidad del Rey. Comenzó ansimismo á llamar deudos y amigos y á juntar gentes, y escribió á los grandes y caballeros del reino, animándolos y convocándolos á que se juntasen y favoreciesen; y sabido que los del Consejo y Presidente se habian salido huyendo, de la manera que tengo dicho, de Valladolid, les escribió que se viniesen para él, como lo hizo el Presidente y algunos dellos. Y como recibió la carta del Emperador, en que le mandaba que en tanto que se juntaban él y el Cardenal y el Almirante, que él con los del Consejo que pudiesen venir para él, entendiese en la gobernacion, luego lo comenzó á hacer con los que allí le eran llegados en los lugares que no estaban alzados, y comenzó á buscar dineros para hacer y pagar la gente de guerra, porque ya sin fuerza de armas no parecia posible de hacer efeto ninguno, y para ello enviaron á pedir dineros prestados al Rey de Portugal, y él les prestó liberalmente cincuenta mil ducados, con los cuales y con los de su casa y otras partes que pudo el Condestable juntar, hizo alguna infantería, y escribió al duque de Nájara, don Antonio Manrique, visorey que era en Navarra, que le enviase alguna infantería de la ordinaria que en aquel reino habia, y el Duque le envió quinientos buenos soldados y alguna artillería, que tambien le pidió con grande instancia.

Envió ansimesmo á llamar y solicitar las gentes de las guardias de Castilla que tengo dicho que nuevamente habian venido de los Gélves, parte de los cuales acudieron al servicio del Rey, y los demás se fueron á servir á los de la Junta, inducidos por don Pedro Giron, que ya trataba de ser capitan general, y tambien por el obispo de Zamora don Antonio de Acuña, grande favorecedor y protector de la santa comunidad de los procuradores, como él los llamaba en todas ocasiones, fomentando su causa y ensalzamiento. Comenzó ansimesmo á tratar con los de Búrgos, y pedirles que le dejasen entrar en la ciudad, y se redujesen al servicio del Rey con ciertos partidos de que no les fuesen echados huéspedes, y que las alcabalas se redujesen á la tasa antigua, y otras algunas cosas; y el trato se concluyó, y el Condestable les prometió de traerlas confirmadas del Emperador, y les dió en seguridad y rehenes de que se cumpliria así á su hijo don Juan Sanchez de Tovar, y tambien les dió á su hijo menor don Bernardino de Velasco.

En tanto que el Condestable hacia estas diligencias tan provechosas y necesarias, el cardenal de Tortosa, gobernador, que en Valladolid estaba detenido en la forma que tengo dicho, pudo tener manera como una noche, que fué la de 20 del mes de otubre, con un solo paje de cámara suyo, se salió de Valladolid muy encubierta y disimuladamente, y á la mas priesa que pudo se fué á Medina de Rioseco, adonde asimesmo estaban y acudieron luego algunos del Consejo, y hízolo saber con mucha diligencia al Condestable y á algunos de los grandes comarcanos, pidiéndoles que enviasen sus gentes, y ellos con sus personas viniesen á les asegurar y favorecer; los cuales lo hicieron ansí, y de los primeros que vinieron fueron don Alonso Pimentel, conde de Benavente y don Alvaro Osorio, marqués de Astorga, con mucha gente de á caballo y de á pié; y ansí se juntaron allí después los que se dirán, en diversos dias, y se esperaba al Almirante, Señor de aquella villa de Rioseco, que ya habia escrito que venia.

El Condestable hubo gran placer de la salida del Cardenal Gobernador, de la villa de Valladolid, y conforme lo asentado con los de Búrgos, se entró en la ciudad á 1.° de noviembre, y por algunos contrastes se apoderó de lo mejor que pudo della, y comunicándolo con el Cardenal Gobernador y con los que en Rioseco estaban, se acordó que, pues otro remedio no habia, se llevase la cosa por armas, y que allí en Rioseco se juntase el campo y todos ellos, por estar mas en comarca y frontera cercana de Tordesillas, donde ya se comenzaba á formar el del enemigo. Para esto acordó el Condestable quedarse en Búrgos con la gente que le pareció, para hacer rostro á las merindades que estaban alzadas, de las cuales don Pero de Ayala, conde de Salvatierra, con poca prudencia y saber, se habia hecho capitan; y siendo llegada la gente y artillería ya dicha de Navarra, envió con ella y con la demás de á pié y de á caballo que él habia juntado, á don Pero de Velasco, conde de Haro, su hijo mayor (que habia sido nombrado capitan general para estas ocasiones por el Emperador), á Medina de Rioseco; el cual, poniendo en efeto su partida, salió de Búrgos con su campo y fuése á la villa de Melgar, ocho leguas de allí, donde esperó á recoger toda la gente, y juntáronse allí con él don Pedro Vélez de Guevara, conde de Oñate, don García Manrique, conde de Osorno, don Alonso de Peralta, marqués de Falces, don Luis de Benavides, mariscal de Fromesta, y algunos otros caballeros que no vinieron á mi noticia, cada uno con la gente que podia, y de allí prosiguieron su camino á Rioseco, donde cada dia llegaban caballeros y señores con gentes de guerra para ir en esta jornada.

Los contrarios de la junta de Tordesillas no se olvidaban de proveer lo que convenia hacer para los pensamientos que tenian y para resistir lo que sabian que contra ellos se aparejaba, como hombres que tenian avisos; para lo cual ordenaron lo siguiente:

Primeramente mandaron apercebir y aderezar los capitanes y gentes que allá tenian, y escribieron á las ciudades y villas de su bando que no lo habian hecho, que enviasen las mas gentes de guerra que pudiesen, advirtiéndoles las necesidades que tenian; y ellas así lo hicieron con gran puntualidad.

Concluyóse tambien el trato que con don Pedro Giron se traia, y fué elegido por capitan general con título de la Reina y del reino, paresciéndoles que por ser hombre tan principal y deudo de tantos grandes, ganaba su parte gran reputacion, y de don Pedro creyeron todos entonces que habia aceptado y seguido aquella opinion, teniendo por fin que en las alteraciones se descubriria camino para poder haber el ducado de Medina Sidonia, que, como arriba está dicho, pretendia pertenecerle.

Desta elecion pesó mucho á Juan de Padilla, que en la comun opinion era tenido por capitan general, y tenia presuncion de serlo, y por su causa no fueron en ella los procuradores de Toledo ni de Madrid; y Juan de Padilla, sabido lo que pasaba, antes que don Pedro Giron viniese, fingió no sé qué causas que le movian á ello, y partióse para Toledo por la posta, y la gente que tenia, viendo ido á su capitan, comenzó otro dia

á hacer lo mismo. Pero, no obstante esto, don Pedro Giron aceptó el cargo, y vino á Tordesillas con ochenta lanzas suyas, y comenzó á dar gran priesa y órden como el ejército se juntase; y ayudado de la industria y diligencia de don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, trujo á servicio de la Junta casi quinientos hombres de armas de las gentes de las guardias; que los demás, como está dicho, fueron al llamamiento del Condestable. El Obispo trujo otros setenta ó ochenta lanzas suyas y casi mil peones, y mas de los cuatrocientos dellos eran clérigos de misa de su obispado, sin la gente de Zamora que venia á su disposicion y voluntad. El cual con el favor de la Junta habia forzado al conde de Alba de Liste á salir de la ciudad de Zamora, después de grandes debates y escándalos que hubo entre los dos. Allende destas gentes, cada dia venian compañías de las ciudades comuneras, y todas contribuian y enviaban gente de á pié y de á caballo para esta guerra, y algunas enviaban capitanes principales con ellas, como de Salamanca, que vino don Pedro Maldonado con mil hombres.

Otras ciudades eligieron por capitanes á algunos de los procuradores que tenian en la Junta, como la ciudad de Leon á Gonzalo de Guzman, hijo de Ramiro Nuñez de Guzman; Toro, á don Hernando de Ulloa, y desta manera otros de otras partes; y ansí se hacian mas poderosos los de la Junta, que pensaban llevar su negocio por fuerza de armas, y era muy grande su soberbia, y la significaban con muchos fieros y amenazas, especialmente la gente popular, llamándoles traidores y enemigos del reino, y diciendo que los habian de destruir y quitarle los estados; y atrevíanse á poner en plática que seria bien que la reina doña Juana casase con don Fernando de Aragon, duque de Calabria, y lo alzasen por rey, y lo trataron y movieron algunos destos procuradores; y en los pregones y mandamientos, no nombraban al Emperador, sino á la Reina y al reino, de manera que el odio y enemistad iba creciendo, y de cada parte se hacian grandes diligencias y preparativos, y ya no restaba á los de la Junta sino mandar salir á campear su ejército, como lo tenian determinado. Y estando las cosas en estos términos, podria ser el mes de noviembre mediado cuando llegó á Medina de Rioseco el Almirante, llamado, como está dicho, para la gobernacion destos reinos, que no habia aceptado. Salieron á recebirle los grandes y caballeros que allí estaban, con el cardenal de Tortosa, gobernador, y todos los del Consejo, aderezados para la guerra, los cuales eran: el conde de Benavente, el marqués de Astorga, don Pedro Osorio, su hijo mayor; don Diego de Toledo, prior de San Juan, hijo del duque de Alba; don Bernardino de Rojas y Sandoval, marqués de Denia; don Diego Enriquez de Guzman, conde de Alba de Liste; don Francisco de Quiñones, conde de Luna; don Enrique Enriquez, conde de Ribadavia, hermano del Almirante; don Hernando de Silva, conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla; don Juan de Moscoso, conde de Altamira; don Fadrique Enriquez, señor de Cañizares; Diego de Rojas, señor de Santiago de la Puebla y de la villa de Poza; don Pedro Bazan, vizconde de Valduerna; don Juan de Ulloa, señor de la Mota; Hernando de Vega, comendador mayor de Castilla, de la órden de Santiago, señor de Grajales; don Juan Manrique, marqués de Aguilar; y otros caballeros cuyos nombres no he podido saber; los cuales todos se alegraron mucho con la venida del Almirante, ansí por el valor y calidad de su persona y estado, como por ser amabilísimo y ser uno de los gobernadores; el cual, aunque holgó de ver tantos grandes y señores y caballeros juntos, y la buena gente de guerra que tenian, como traia esperanza y pensamiento de procurar algun medio de paz, procuró de entretener por pocos dias el rompimiento y guerra, y comunicándolo con aquellos señores, concertó de verse con los de la Junta para tratar de medios de concordia; á los cuales sobre lo mismo habia escrito desde la villa de Cigales, viniendo de camino; y aunque él quisiera mucho ir en persona á Tordesillas á hablarles á todos juntos, jamás ellos lo quisieron hacer; pero asentóse plática en la villa de Torre de Lobaton, donde vinieron tres ó cuatro de los procuradores, y aun no de los mas principales, porque como todos ellos estaban ya tan resueltos en su propósito, más hacian aquello por cumplimiento y por autoridad del Almirante, que por voluntad que tuviesen de que en los negocios se diese algun buen asiento. Con los cuales procuradores el Almirante comenzó la plática, y en vistas y cartas y respuestas gastó cinco ó seis dias con poco efeto, en los cuales los dejarémos agora, y asimesmo las cosas de Castilla en el estado que tengo mostrado, que los comuneros ya querian sacar su gente en campo, y que en Medina de Rioseco estaban ya á punto de guerra los grandes y caballeros ya dichos, y se esperaba cada dia al conde de Haro, á quien todos holgaban de tener por capitan general, y el Condestable estaba en Búrgos con el Presidente y algunos del Consejo, donde tambien se juntaron algunos grandes y caballeros que adelante se dirán; y contemos lo que su majestad hizo en tanto, en otubre y parte de noviembre, y cómo tomó la posesion y corona del imperio; lo cual contado brevemente, volverémos á nuestra contienda y guerra de la Comunidad.

CAPITULO XI.

Cómo el Emperador partió de Flándes para Alemaña, y de qué manera pasó su coronacion, y lo que acaesció á los que le llevaban las cartas y capítulos de la Junta.

Después de haber el Emperador enviado á Lope Hurtado de Mendoza en Castilla con las provisiones de visoreyes y gobernadores suyos para el Condestable y el Almirante, con el Cardenal, que ya lo era, como está dicho, se dió la mayor priesa que le fué posible para efetuar su coronacion y lo demás que convenia hacer en aquellas partes, para que mas brevemente fuese á estas de Castilla su venida; y no perdiendo punto ni cuidado de lo que convenia, envió nuevamente á otro caballero, que fué don Alvaro de Ayala, con cartas para los gobernadores y los de su consejo, y para los grandes y señores de Castilla, haciéndoles saber la priesa que se daba, y certificándoles que en breve seria su venida, aunque después no pudo ser tan presto como deseaba, por las cosas que acontecieron; y encargándoles asimesmo con grandes encarecimientos y graciosas palabras las cosas de por acá.

Hecha esta diligencia, y poniendo en efeto lo que prometia, en principio del mes de otubre ya dicho se partió de Flándes para Aquisgran, ciudad principal de Alemaña, en la comarca de Colonia, donde habia de re-

cebir su primera corona, acompañado del cardenal Guillelmo de Croy, arzobispo de Toledo, y de muchos señores y caballeros principales, borgoñones y flamencos, y del duque de Alba y otros caballeros españoles que con él habian ido, y de la gente de armas ordinaria de guarda de Fléndes y otra buena copia de las fronteras, todos muy ricamente aderezados de guerra, y de tres mil infantes alemanes muy en órden. Iba tambien con él el infante don Fernando, su hermano, archiduque de Austria, para celebrar sus bodas con madama Ana, hermana del rey de Hungría, como se hizo en el mes de abril del año siguiente. El Emperador por sus jornadas llegó á 21 de otubre á dormir á un castillo dos leguas de Aquisgran, y porque la su coronacion se habia de hacer á los 23, hizo otro dia su entrada, que fué una de las mas solemnes del mundo, así por los aderezos y aparatos de los que iban con él, de armas, vestidos y caballos, que fué cosa maravillosa, como de los que á recebirle salieron, que no lo fueron menos. Estaban allí esperando, y salieron á este recebimiento, cuatro príncipes de los electores, que fueron los arzobispos de Maguncia de Colonia, y de Tréveris, y el conde Palatino del Rin. Salieron los embajadores del rey de Bohemia y duque de Sajonia y marqués de Brandenburg, que son los otros tres electores, que por la priesa del Emperador y por justas ocupaciones no pudieron hallarse presentes, y ansí enviaron sus embajadores con poderes bastantes para que por ellos se hallasen en la coronacion. Otros muchos príncipes alemanes, y los gobernadores y burgo-maestre de la ciudad, salieron á recebirlo media legua del lugar, y por su órden llegaron todos á besarle las manos con grande alegría y acatamiento, y el Emperador les habló y trató con grande benevolencia y mucho amor.

La órden que se tuvo en la entrada otro dia fué, que en la delantera venian los tres mil infantes alemanes en su órden, á siete por hilera, muy pláticamente vestidos de calzas y jubones de colores, á los cuales seguian los gobernadores y gente de la villa, y luego un duque aleman con trecientos y cincuenta caballos del imperio vestidos de negro, y un guion negro con la divisa del Emperador; á estos seguian cuatrocientas lanzas del conde Palatino, y tras dellas docientos ballesteros de á caballo, vestidos de colorado, de la guarda del arzobispo de Maguncia, y luego la guarda del arzobispo de Tréveris, que eran ciento y cincuenta, y luego otros docientos cincuenta de á caballo, tambien de la guarda del arzobispo de Colonia; después destas guardas entraron dos mil y docientos caballos de las guardas que el Emperador traia, y luego venia el mayordomo mayor monsieur de Biberri, con otro muy hermoso escuadron de los gentilhombres y estados de la casa del Emperador, muy rica y hermosamente aderezados y armados, salvo las cabezas, como iba la demás gente de armas. Al escuadron de la casa del Rey seguian todos los grandes señores y caballeros, así flamencos como españoles y alemanes y borgoñones, vestidos todos de brocados y de telas de oro y escarlata, recamadas de bordados y otros géneros de galas y primores muy grandes, ansí en sus personas como en sus caballos, como en las libreas de sus criados, entre los cuales iban mucha copia de ministriles y trompetas y atabales del Emperador y de los príncipes electores. Tras esta caballería venía la caballeriza del Emperador, que era gran número de caballos maravillosos, ricamente aderezados á la brida y á la jineta, y en cada uno un paje suyo con su librea de tela de oro y plata, y raso carmesí; á los cuales seguian seis reyes de armas en la forma ordinaria, derramando moneda de oro y de plata por el campo y por las calles de la villa, y junto á estos reyes de armas llegaba la gente de la guarda de á pié del Emperador con su librea, en medio de la cual venia él armado de hombre de armas en un gran caballo, la cubierta del cual y el sayo de armas eran de brocado blanco recamado de perlas: llevábanlo en medio los arzobispos de Colonia y de Maguncia, y á la mano diestra el de Colonia, por entrar en su diócesis, aunque fuera della, en Alemaña le prefiriera el de Maguncia; y delante, y en derecho del Emperador, iban el arzobispo de Tréveris y el conde Palatino, y los embajadores lugartenientes del duque de Sajonia y del marqués de Brandenburg; y junto á la persona del Emperador, detrás dél, iba el embajador del rey de Bohemia, conforme á la órden y costumbre antigua que en estas precedencias se tiene, y después dél iban el cardenal de Croy, arzobispo de Toledo, y el cardenal Colona, legado del Papa, y otros prelados y embajadores. Después destos venian los archeros y guardia de á caballo del Emperador, de la librea y colores de los pajes.

Llegado á la puerta de la ciudad, salió la clerecía y cruces en procesion, y tambien unas andas ricamente aderezadas con el casco de la cabeza del emperador Carlo-Magno, que allí se tiene en gran veneracion, y el Emperador se apeó allí y adoró las cruces, y dió paz á la cabeza del emperador Carlo-Magno, y mudó otro caballo, porque el de que se apeó era por costumbre antigua de las guardas de la puerta de aquella ciudad; y recebida la procesion dentro de la guarda de á pié, el Emperador entró por la ciudad y se fué apear al templo de Nuestra Señora, y hecha oracion delante del Santísimo Sacramento, se vino á su palacio, y todos los demás á sus posadas.

El dia siguiente, que fueron 23 dias del mes de otubre, que estuvo señalado para la coronacion, los príncipes y electores, y todos los demás en la forma y manera susodicha, lo llevaron al templo. Iba su majestad vestido de ropa larga de brocado y un collar muy rico al cuello, en un caballo á la brida ricamente aderezado, y todos los demás príncipes y señores muy galanes y costosamente vestidos, de manera que habia mucho que ver, y llegaron al templo donde se habia de hacer el oficio y coronacion.

Comenzáronse los divinos oficios; y estando el Emperador en su asiento entre los arzobispos de Maguncia y de Tréveris, el de Colonia, á quien tocaba hacer la consagracion, dijo la misa; y dicha la epístola y pasadas otras ceremonias, el mismo Arzobispo se volvió hácia el Emperador, y en alta voz le hizo ciertas protestaciones y preguntas. Las principales dellas fueron las siguientes:

Si tenia y queria defender la santa fe católica en obras y palabras.

Si tenia propósito de ser fiel tutor y defensor de la santa Iglesia y de sus ministros.

Si queria regir y con eficacia y ahinco defender el imperio romano y reino que Dios le daba.

Si pensaba guardar y conservar las leyes y previlegios y patrimonio del imperio, y cobrar lo usurpado y perdido de los que lo tuviesen.

Si queria ser piadoso, y defender como patrono al rico y al pobre, al huérfano y á la viuda.

Si queria y prometia tener y guardar al sumo Pontífice romano y á la sacra romana Iglesia la sujecion y obediencia que debia.

A las cuales cosas el Emperador á cada una respondia : «Quiérolo y prométolo.»

Acabado esto, los dos arzobispos dichos, de una parte uno y otro de otra, acercaron al Emperador hasta junto al altar, donde con solemnidad de juramento prometió de guardar y cumplir todo lo dicho; y entonces el arzobispo de Colonia, que decia la misa, alzando la voz dijo al pueblo una vez en latin y otra en aleman : «¿Quereis sujetaros á tal príncipe como este, y defender y conservar y confirmar su imperio, y guardarle fe y lealtad, y obedecer sus mandamientos como á señor natural y emperador vuestro?»

A lo cual á voces respondieron: *Fiat;* «todos lo queremos.»

Y entonces el arzobispo de Colonia con el olio y crisma bendita le ungió en la cabeza, diciendo en latin: «Yo te unjo por emperador y rey en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.» Y hecha esta ceremonia con grande aplauso y alegría del pueblo, los arzobispos de Maguncia y Tréveris metieron al Emperador en la sacristía, junto al altar, donde pasaron otras ceremonias, y dende á poco le sacaron vestido con la ropa imperial, que es una dalmática como de diácono, y capa rica de brocado y piedras; y tornando á su asiento, ellos mismos le trujeron y dieron una espada, que dicen que fué del emperador Carlo-Magno, que para este auto se guarda en gran reverencia en la sacristía desta iglesia ; diciéndole:

«Recibe esta espada, con la cual ejercites justicia y equidad, y destruyas la iniquidad, y defiendas y ampares la Iglesia, y á los falsos cristianos oprimas y castigues.»

Después le pusieron el mundo en la mano izquierda, y en la derecha ceptro de oro, y al cabo todos tres le pusieron una rica corona de oro en la cabeza; cada cosa destas con ciertas palabras en latin, y todas las ceremonias muy al propósito : y ansí ungido y coronado, fué traido á una silla de piedra del emperador Carlo-Magno, que en el mismo templo se ha conservado en gran veneracion, donde siendo asentado, fué el remate desta fiesta y coronacion. Y estando allí armó caballeros á muchos de los grandes y señores y caballeros que allí estaban, así españoles como de otras naciones. Y pasado esto y vueltos al altar, el arzobispo de Colonia prosiguió su misa con grande solemnidad y espacio, durante la cual, antes y después de lo dicho, se hicieron muchas ceremonias, que sería muy largo cuento referirlas.

Tuvieron las insignias imperiales estos señores : el conde de Salemburgo, procurador del rey de Bohemia, tuvo la corona; el del duque de Sajonia, el estoque ó espada; el conde Palatino, el mundo; el embajador del marqués de Brandenburgo el ceptro; y dando fin á la misa, el Emperador, acompañado de la manera que habia venido, volvió al palacio y casa de la ciudad, en el cual, por antigua costumbre, come el Emperador el dia de su coronacion, estando aparejadas las mesas para su persona y para cada uno de los siete electores, conforme á sus preeminencias y lugares; conviene á saber:

A la mano derecha del Emperador en el mas preeminente lugar, estaba la silla del arzobispo de Colonia, y luego cabe la suya la del procurador del rey de Bohemia, y tercera en órden la del conde Palatino. En la mano izquierda la silla del arzobispo de Maguncia, que siendo el convite fuera de aquella diócesis, fuera la suya en mejor lugar; luego estaba la del embajador del duque de Sajonia, y luego la del embajador del marqués de Brandenburg; todas estas iguales. La del arzobispo de Tréveris estaba en medio, enfrente de la del Emperador, tambien igual. Esta es la órden que se guarda en los asientos cuando comen á una mesa el Emperador y los electores del imperio.

Apartadas de la mesa del Emperador habia ansimesmo otras pequeñas para otros grandes y procuradores de las ciudades del imperio. Asentándose el Emperador á la mesa, el conde Palatino le sirvió el primer manjar, y el embajador del rey de Bohemia le sirvió la copa la primera vez, que es preeminencia y oficio suyo, y después lo que duró la comida le sirvieron muchos señores de diversas naciones; y acabado el convite, el Emperador armó caballeros á muchos; y de á poco de hora volvió á la iglesia, y desde allí á palacio con la pompa y compañía que habia venido; y desta manera se hizo esta coronacion.

En este mismo dia, en la ciudad de Constantinopla, se coronó por emperador de los turcos Soliman, por muerte de Selim, su padre.

Acabada la fiesta de la coronacion, el Emperador se partió de Aquisgran para Colonia, y con él vinieron algunos de los señores y príncipes, y los demás se fueron á sus casas. Y siendo ya el mes de noviembre del mismo año de 1520, mandó convocar y llamar cortes, que en aquellas partes llaman dietas, de todos los príncipes y ciudades del imperio, como á nuevo príncipe y emperador convenia, para la ciudad de Bórmes, en Alemania; y él se partió luego para ella, con propósito de, en siendo concluidas, partirse para España, si las cosas que se ofrecieron no lo estorbaran; y así lo escribió, y dió cuenta de lo que pasaba de su coronacion, y lo que le parecia que se debia hacer en los reinos de Castilla; y luego que fué venido á Bórmes, llegó allí Antonio Vazquez, el caballero de Avila que dijimos que llevaba la carta de la Junta; al cual el Emperador mandó prender y lo quiso mandar degollar, como merecia; y por parecer del obispo Mota y de otros de su consejo difirió esta ejecucion, y lo mandó tener preso en un castillo hartos dias; y al cabo, usando de su clemencia, le hizo merced de la vida. Y dende algunos dias después desto vinieron á Flándes los que traian los capítulos que los de la Junta enviaban al Emperador, para ir tambien á Bórmes, adonde entonces estaba, los cuales eran el maestro fray Pablo, procurador de la ciudad de Leon, y Sancho de Cimbron, procurador de Avila; mas siendo en Bruselas avisados de lo que le habia sucedido á Antonio Vazquez, que habia ido con la carta, no se atrevieron á ir ellos con los capítulos, y volviéronse desde allí á España, que fué cierto mejor consejo que haberse encargado de llevarlos; que yo no sé en qué entendimiento de hombres habia cabido el hacerlos.

CAPITULO XII.

Cómo los de la Junta sacaron su ejército al campo y se acercaron á Rioseco, y cómo los grandes juntaron el suyo, y las cosas que pasaron hasta que el campo real fué sobre Tordesillas.

Bien se acordará el lector que en la órden de nuestro cuento dejamos á los grandes ayuntados con gente de guerra en Medina de Rioseco, y á los de la Junta hecho ejército, y que lo querian sacar en campo contra ellos, y que el Almirante, procurando medios de paz, si fuese posible haberla con ellos, tenia determinado de no aceptar la gobernacion hasta haber probado todas las vias que pudiese para dar algun asiento y concordia sin llegar á las manos. Pasó pues ansí, que el almirante de Castilla, en vistas y embajadas que con los de la Junta tuvo, gastó muchas palabras y razones, así por cartas como de boca, que él tenia muy agudas y discretas, dándoles á entender el yerro grande que hacian y la injusta causa que defendian, y la peor forma que llevaban en ella, y ofreciéndoles muy razonables y favorables partidos y medios porque dejasen las armas y inquietudes, y viniesen á la obediencia del Emperador. Pero todo su trabajo fué en balde y aprovechó poco, porque no solamente no quisieron venir en concierto alguno, pero para hablar en él pedian ante todas cosas que el Condestable renunciase y sobreseyese el oficio de visorey y gobernador que ya habia comenzado; y andando en estas pláticas con el Almirante, mandaron dar pregones contra el Condestable y contra el conde de Alba de Liste y otros grandes, y sacar su artillería al campo y mover gente; por lo cual el Almirante, desesperado ya de la paz, les hizo un grande y bien ordenado requerimiento y protestacion, y vínose á Rioseco con propósito de aceptar la gobernacion, ya que los medios no eran posibles. Los de la junta de Tordesillas, desechando la paz con soberbia y osadía, habiendo dado órdenes como don Pedro Giron, su capitan general, sacase su ejército y se acercase con él á la villa de Rioseco, donde los grandes estaban, fingiendo justificaciones, que en la verdad eran delitos, enviaron un trompeta con un rey de armas, con voz y nombre de la Reina y en nombre dellos, al Cardenal gobernador y á los del Consejo con un requerimiento en forma, en que les requerian y mandaban que dejasen luego la gobernacion, y no se entremetiesen en cosa tocante á ella; y á los grandes que allí estaban juntos, que no les obedeciesen, ántes luego les mandasen salir de la villa de Rioseco, y que despidiesen y deshiciesen luego la gente de guerra que tenian junta; donde no, que ellos, en nombre de la Reina, enviarian su ejército contra ellos á los prender y castigar. Enviada esta embajada, á la cual ellos no quisieron dar audiencia, como era razon, ántes fueron presos los que la llevaban, el campo de Tordesillas, que era de la Comunidad, comenzó á moverse, habiendo sacado alguna artillería y gente de la que tenia sobre la villa de Alaejos, y con él fueron algunos de los de la Junta, allende de los que dije que habian hecho capitanes, ansí por ambicion y autoridad como porque tenian sospecha de don Pedro Giron, por haberse visto con el Almirante sin comunicárlo con ellos; el principal de los cuales era don Pedro Lasso de la Vega. Para la guarda y defensa de Tordesillas y los de la Junta que allí quedaron, dejaron los cuatrocientos clérigos que el obispo de Zamora habia traido, y otras compañías de soldados y alguna gente de á caballo; y por capitan de todas estas gentes dejaron á Hernando de Porras, un caballero vecino y procurador de Zamora, y tambien á don Suero del Aguila y á Gomez de Avila y á otros caballeros. El número de las gentes que el campo de la Comunidad llevaba fueron diez mil infantes y novecientos de á caballo; los quinientos jinetes, y el resto hombres de armas.

Con este campo pues se aposentó don Pedro Giron, su capitan general, una legua y media de Rioseco, á los 27 de noviembre, en tres lugares pequeños llamados Villagarcía, Villabrájima y Tordehumos, que estaban á media legua el uno del otro. El artillería é infantería y fuerza de su campo, aposentaron en Villabrájima, que era el mas cercano á Rioseco, de donde empezaron algunas escaramuzas entre ellos y los otros; y don Pedro Giron, á instancia de don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, y de algunos otros capitanes, hizo luego grandes muestras de querer haber batalla con los grandes antes que el conde de Haro, hijo del Condestable, viniese sacando su gente al campo, y acercándose á la villa de Rioseco dos ó tres dias arreo.

Los grandes que allí estaban tenian entonces trecientos hombres de armas y trecientos caballos ligeros, cuatrocientos y cincuenta jinetes y trés mil y quinientos infantes; gente toda, la una y la otra, tan buena, que aunque eran menos en número que la de la Comunidad, bastaban á esperar la batalla y alcanzar la victoria. Pero aunque esto era ansí, excusaron de hacer jornada con los comuneros, ansí porque esperaban cada dia al conde de Haro, capitan general, como porque tenian por mas prudente y seguro consejo no aventurar el negocio, antes procurar vencerlos sin sangre, dilatándolo si pudiesen, considerando que la de los contrarios era gente poco plática la mas della, y que entre los que la regian habia ya algunas sospechas y competencias; y tambien tenian por inconveniente pelear cabe el lugar, por los ejemplos y experiencias que se tiene de que la gente flaca, si tiene cerca la guarida, pelea mal con esperanza de acogerse á ella; pero molestábanlos con rebatos y escaramuzas de dia y de noche, sin dejarlos reposar á ninguna hora; con que los traian cuidadosos y afligidos. Lo cual entendido por los comuneros, acordaron antes que el conde de Haro viniese, trabajar por venir á batalla, ó á lo menos ganar reputacion con hacer gran demostracion dello, y para esto un dia hicieron alarde general de su gente en la villa de Tordehumos; y otro siguiente, que á mi cuenta fué postrero de noviembre, sacáronla toda al campo, y puesta en órden con su artillería, caminaron para Rioseco, y la órden que llevaron fué esta.

Sanabria, procurador de Valladolid, con treinta jinetes iba descubriendo el campo de la gente de guerra; de la vanguardia iba por capitan don Pero Lasso de la Vega; de los jinetes, don Pedro y Francisco Maldonado, capitanes de la ciudad de Salamanca; del escuadron de infantería de la vanguardia iba por capitan don Antonio de Acuña, obispo de Zamora; iban con él don Juan de Mendoza, capitan de Valladolid, hijo del cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, y Gonzalo de Guzman, capitan de Leon, y don Hernando de Ulloa, capitan de la ciudad de Toro, y otros capitanes. En la batalla iba el capitan general don Pedro Giron, entrando y saliendo

cuando le parecia; y iba asimesmo don Juan de Figueroa, hermano del duque de Arcos, que aquel dia llegó al ejército, habiendo salido de la prision donde dijimos que estaba en Sevilla sobre su fe, con cierto alzamiento della que los de la Junta enviaron en nombre de la Reina; y ansí, en buena manera y mostrando mucho denuedo, y con grande estruendo de pífanos y atambores, llegaron á tiro de culebrina de Rioseco; y haciendo allí alto, mandaron á sus corredores que dijesen á los de los grandes, que se acercaron á compás de poderse hacer mal ó bien, que hiciesen saber al Almirante y al conde de Benavente y á los otros grandes y caballeros que en Medina estaban, cómo allí era venido el ejército de la Reina, su señora, por su mandado á ejecutar en ellos las penas en que habian incurrido en gobernar el reino contra su voluntad y mandamiento, y en estar así en su servicio y desacato asomados y puestos en armas, y para este fin les presentaban la batalla, y los esperaban en aquel llano; y habiendo dicho esto mal dicho y peor entendido, se estuvieron así parados en el campo, sin hacer movimiento alguno hasta casi el sol puesto, que se fueron. Pero de parte de los grandes, aunque estuvieron puestos en armas y sobre aviso, no se hizo muestra ninguna de batalla, ni aun permitieron aquel dia escaramuza; sino que perseverando en el consejo que tenian acordado, los dejaron estar perdiendo el tiempo.

Don Pedro Giron, paresciéndole que era hora de retirarse con su campo, se volvió con la órden que habia venido á sus alojamientos, y al tiempo que partieron del puesto que habian tomado, hicieron disparar la mayor parte de su artillería, y algunas pelotas llegaron cerca de los muros de la villa, aunque no hicieron daño alguno. Llegó pasado esto, después de pocos dias, el conde de Haro con sus gentes por la otra parte de la villa, que tenian aviso de la venida de don Pedro Giron, y se habian dado mucha priesa con deseo de llegar á tiempo, por si alguna necesidad se ofreciese, aunque ya sabian que no habia propósito de pelear, y aquellos señores le salieron á recebir á punto de guerra aderezados, y él traia quinientos hombres de armas y cuatrocientos caballos ligeros, y dos mil y quinientos infantes á sueldo, toda muy útil y buena gente, deseosa de llegar á las manos con el enemigo, y doce piezas de artillería.

La misma noche entraron en Rioseco don Francisco de Zúñiga y Avellaneda, conde de Miranda y muy servidor del Rey; don Beltran de la Cueva, hijo primogénito del duque de Alburquerque; don Luis de la Cueva, su hermano; don Bernardino de Rojas y Sandoval, marqués de Denia y conde de Lerma, y don Luis de Rojas, su hijo; tambien llegó don Francisco de Quiñones, conde de Luna: todos con la gente de á pié y de á caballo que pudieron juntar de sus criados y vasallos; de manera que el campo de los grandes se hizo de mas de dos mil y ciento de á caballo, entre hombres de armas y caballos ligeros y jinetes, y seis mil infantes, sin otra buena copia de la gente de á pié de sus vasallos; ansí que notoriamente se tenian por mas poderosos que los comuneros, sus enemigos. Y luego otro dia que el Conde llegó, se juntaron en consejo todos, y hubo diversos pareceres entre ellos sobre lo que se debia de hacer, porque á algunos les parescia que debian ir luego en busca de los contrarios, y pelear con ellos y deshacerlos, porque, deshecho aquel campo, tenian por cierto que todo el reino se reduciria al servicio del Emperador, y no osarian hacer resistencia alguna; y otros decian que era mejor entretener la guerra y no ponerlo todo en aventura de una batalla, y procurar la victoria sin derramamiento de sangre; porque el ejército de la Comunidad era de muchas partes y voluntades, y que no podia ser permanente ni durar mucho en concordia ni órden, y que inquietándolos con rebatos y emboscadas, y quitándoles los mantenimientos, como lo hacian, ellos mesmos se desharian de todo punto, huyéndose de sus capitanes. Otros eran de voto que ante todas cosas se procurase cobrar á Tordesillas, y sacar de su poder á la Reina, que era grande ignominia y vergüenza tenerla ellos; y si para ello fuese menester pelear, que lo hiciesen.

En lo que se resolvieron, al cabo de algunos debates, fué en salir al campo, acercarse á los enemigos, y usar de la oportunidad y ocasion que el tiempo y ellos les diesen; y gastando dos ó tres dias en acordar esto y en ponerlo á punto para ponello en ejecucion y efeto, Don Pedro Giron y los capitanes comuneros no salieron, como solian, al campo, ni vinieron á dar vista á los grandes de Rioseco; antes, sintiéndose faltos de mantenimientos y cansados de los rebatos que los contrarios les daban, hubieron por consejo de mudarse de donde estaban, y irse á parte donde tuviesen mas libertad y provision; y por ganar reputacion y ofender al Condestable, acordaron de irse á Villalpando, villa cercada del condestable de Castilla, que era cinco ó seis leguas de allí, y apoderarse por fuerza della; y con este acuerdo, que no les salió tan bien como pensaron, partieron un domingo de mañana, á 2 de diciembre, y prosiguieron su camino; lo cual fué luego sabido por el conde de Haro y los grandes; y enviados sus corredores aquel dia, entendiendo el camino que llevaban, luego el lúnes siguiente salieron con su campo de Rioseco, muy ricamente aderezadas sus personas, y criados y gentes con grandes libreas de diversas colores, y dejando al Cardenal y á otros prelados que allí se hallaban con la guardia necesaria, se fueron aquella noche á alojar á los mismos tres lugares en que los enemigos habian estado, y fué menester tomar por combate la fortaleza de Villagarcía, lugar de Gutierre Quijada, que era uno de los que los comuneros habian dejado con buena guardia de escuderos y alcaide.

El mismo dia llegó don Pedro Giron á Villalpando, y la villa se le dió sin esperar mas combate, con ciertas condiciones, por ser sobrino del Condestable, su señor; y ansí, se aposentó dentro con su ejército, y se le entregó tambien la fortaleza, sin que sus personas ni hacienda recibiesen daño notable; lo cual aquella mesma noche fué sabido por el conde de Haro y los demás señores.

Otro dia, mártes, muy de mañana se juntaron todos en Villagarcía para acordar lo que se debia hacer; y aunque hubo algunos de parecer que se debia ir contra los enemigos y echarlos por fuerza de armas de la villa que habian tomado, y ponerse en guarnicion sobre ella, porque parecia que se perdia reputacion en que ansí en su haz hubiesen ocupado aquella villa, siendo del Condestable, que tan bien servia y habia servido á su ma-

jestad, el conde de Haro y los demás señores fueron de parecer que ante todas cosas se fuese sobre Tordesillas y se combatiese, y sacase la Reina de poder de los comuneros, y al cabo en esto se conformaron todos, porque tenian tambien entendido que esta era la voluntad del Emperador.

Tomada esta determinacion, partieron luego para allá; y aquella noche, dividiéndose, fueron á alojarse en diversos lugares que estaban casi en el camino. El conde de Haro, con parte de la gente, se aposentó en Peñaflor; el artillería y parte de la infantería fué á parar tres leguas de Tordesillas, con órden que otro dia de mañana todos partiesen de donde habian dormido, y se fuesen á juntar cerca de la villa de Tordesillas, con determinacion de la combatir muy reciamente, como se hizo.

Del camino que los grandes habian llevado y de su propósito fueron aquella noche avisados el general don Pedro Giron y sus consortes, en Villalpando, donde estaban; y cayendo tarde en el yerro que habian hecho en dejar á Tordesillas, y en apartarse del camino donde podian estorbar la pasada para allá, enviaron á muy gran priesa á un Luis de Herrera con algunos caballos ligeros y una compañía de arcabuceros, que se metiesen dentro, y determinaron de partir luego con su campo para allá; pero Luis de Herrera no hizo el socorro que le mandaron, porque no pudo llegar á tiempo.

CAPITULO XIII.

De cómo el ejército real y los grandes fueron sobre la villa de Tordesillas y la combatieron, y cómo pasó el combate y toma della.

Otro dia, miércoles 5 dias del mes de diciembre del dicho año de 1520, todos aquellos grandes y caballeros, y el conde de Haro, su capitan general, madrugando lo que fué posible, partieron con sus gentes de sus alojamientos para la villa de Tordesillas, con el ánimo y voluntad que tales personas como ellos debian tener; y esperándose los unos á los otros en el lugar que estaba concertado, llegaron allá casi á las dos horas después de mediodía, que no pudieron antes; y como juzgasen que el buen suceso de aquel hecho que tenian acordado, consistia en la presteza, por no dar lugar á los que en la villa estaban para se fortificar y proveer, y porque los enemigos estaban muy cerca y se entendia que habian de hacer todo su poder para lo estorbar, y el invierno estaba ya tan adelante, que no convenia ni parecia posible asentar sobre ella ni ponelle cerco, determinaron con cualquier riesgo de ejecutarlo luego; y por hacer el cumplimiento que con Dios y con las gentes se debia, el conde de Haro mandó ir á un rey de armas que de su parte y de aquellos señores y caballeros requiriesen á los de la villa que los acogiesen en ella, porque ellos venian á besar las manos á la Reina y á ponella en libertad, y sacalla de poder de aquellos que se habian apoderado por fuerza della. A esto los de la villa de Tordesillas dieron por respuesta que acordarian lo que habian de hacer y responder.

Visto esto, se les tornó á requerir con el mismo rey de armas, y no se pudo hacer, porque los de la villa comenzaron á tirar saetadas y piedras, mostrando grande determinacion de defenderse; en lo cual no estaban menos determinados los vecinos de la villa que los procuradores y gentes que allí habia quedado, publicando que no habian de ser ellos para menos que los de Medina del Campo, que tan bien se habian defendido; viendo lo cual el conde de Haro, mandó por pregon que luego se combatiese la villa, dando campo franco á la gente; y como no se habia podido bien reconocer cuál era la parte del muro mas flaca, para combatilla por ella, acertóse á señalar para ello el lugar que hay desde la puerta que llaman de Valladolid hasta la puerta que llaman de Santo Tomás, que era lo mas fuerte, por ser el muro casi ciego; y puesta la gente de á caballo en el lugar que pareció, con el estandarte real, que tenia don Fernando de Silva, conde de Cifuentes, como alférez mayor del reino, mandó á dos compañías de hombres de armas que se apeasen para combatir juntamente con los soldados de infantería, y á Ruy Diaz de Rojas que con ciertos jinetes hiciese la guardia del campo hácia do estaban los enemigos, camino de Villalpando.

Dada pues la señal y tomadas las escalas, porque el artillería que traian era de campo y podia poco batir, se comenzó el combate y batalla de manos y á escala vista, con muy grande furia y determinacion, con grande estruendo de campanas y voces de dentro de la villa, y de arcabucería y atambores dentro y fuera, y con muchas muertes y heridas de los unos y de los otros; pero por la disposicion del lugar y por la resistencia de los cercados, los de fuera recebian mucho daño y hacian poco efeto. Lo cual reconocido por el conde de Haro y aquellos señores, mandaron mudar el combate de aquella parte á otra, lo cual se hizo con mucha presteza y buena órden, pero no con mas ventura que la primera vez, aunque pusieron en el combate muchos caballeros de los que allí venian las manos; y andando en esto, siendo ya muertos mas de ciento y cincuenta hombres de los que combatian, y pocos de los de dentro, procurando el conde de Haro batir una puerta que estaba cerrada con el artillería de campo, allegó Dionís de Deza, caballero navarro, sabio y experimentado en semejantes trances (al cual el conde de Haro habia enviado á reconocer el muro de la villa en torno), y dió aviso que á la otra parte habia visto un boqueron en la muralla que tenian cerrado con una ó dos tapias al parecer flacas y fáciles de batir, aunque la subida le parecia dificultosa por haber un poco de cuesta; lo cual entendido por el Conde, sin aflojar del combate, hizo pasar allá cuatro falconetes, y comenzando á tirar al portillo, dando á veces lugar á los soldados que llegasen, para que con sus picas, ó como pudiesen, cavasen y gastasen las tapias, plugo á Dios que se dió tal maña, que fué el portillo abierto con poca defensa de los de dentro, que, ocupados en el otro combate que les daban, se descuidaron de aquello, así por se confiar en la gran subida que habia, como por haber aviso que aquel boqueron, allende de las tapias que le cercaban por defuera, estaba cubierto con ciertas casas por la parte de dentro; mas habíanse tardado tanto en esto, que ya era cerca de la noche cuando se hizo, y abrióse solamente lugar por donde pudiesen entrar dos hombres. De ver la tardanza y gente que moria, habia habido algunos, y no pocos, de opinion que dejasen el combate para otro dia; pero perseverando el Conde y los principales caballeros que allí estaban en su determinacion y en descubrir mas el lu-

gar que digo, se entró por él con grande esfuerzo un soldado natural de Medina del Campo, llamado Nieto, con una espada y rodela, y tras dél entraron un grande tropel de gente y algunos alféreces con sus banderas, de las cuales la primera que pareció encima del muro fué la del conde de Alba de Liste. A este tiempo los que habían entrado y todos los de afuera comenzaron á apellidar *victoria, victoria*, con grande estruendo de trompetas y atabales, de que los de la villa se turbaron mucho, y los combatientes se animaron, y entraron luego muchos de los hombres de armas que estaban apeados, y pusieron sus banderas en una torre que estaba allí cerca; y aunque los de la villa pelearon algo con los que habian entrado, y pusieron fuego á las casas que estaban cerca, no bastó su resistencia para que no entrasen mas, y desde á poco de hora por mas adelante cerca de la puente entró gente del marqués de Fálces y de otros caballeros, con que los de dentro comenzaron á desamparar sus estancias, y á desesperar de la defensa de la villa.

El conde de Haro, visto que por el agujero entraban con dificultad, mandó á gran priesa traer picos y azadones, y abrir una puerta que tenian muy tapiada, y puesto que al principio la defendieron los que la guardaban, al cabo se abrió, aunque con mucho trabajo, y por la dilacion que en esto habia, aquellos señores se entraron por el dicho agujero, que habian hecho ya mayor, y los soldados y gente suelta entendieron en saquear las casas de la villa, sin herir ni matar á nadie, porque así les fué mandado, y ellos lo obedecieron con gran puntualidad.

Los grandes y señores se fueron derechos al palacio de la Reina á le besar las manos, la cual hallaron en el patio dél con la Infanta su hija, que se volvia á su aposento, de donde la habia sacado don Pedro de Ayala, procurador de la ciudad de Toledo, durante el combate, unos decian que para que desde las almenas mandase á los de fuera que no combatiesen la villa, otros, que á fin de sacarla de allí y llevarla á Medina del Campo por la parte de la puente; y como esta salida de la Reina fué á tiempo que el lugar se entraba, el don Pedro de Ayala la desamparó, y se fué huyendo á Medina. Aquellos señores le besaron la mano y la acompañaron hasta su aposento, y ella les mostró alegre y amoroso semblante, conforme á su natural condicion, aunque por su enfermedad y falta de juicio tenia poca cuenta y cuidado en las cosas que pasaban. Solamente afirman que, estando combatiendo la villa, le fueron á decir algunos de los procuradores que allí estaban que enviase á mandar á los grandes que no lo hiciesen, y respondió ella: «Abrildes vosotros las puertas y dejaldos entrar, con que excusaré tal mandado.»

El conde de Haro se detuvo en abrir la puerta y meter el artillería y gente de á caballo hasta media noche, y á esta hora fué tambien á besar la manos á la Reina, donde halló á todos los otros señores, y de allí se fueron á dormir á las posadas que tomaron; y el conde de Haro, como general, anduvo toda aquella noche poniendo la guardia y recaudo que convenía en las puertas y muros de la villa. De los procuradores de la Junta que estaban en aquella villa de Tordesillas, que de cada ciudad eran dos ó tres, fueron solamente presos nueve ó diez, y los otros fueron huyendo cuando la villa se entraba, y aportaron á diversas partes. Los procuradores presos fueron entregados por el Conde general á Ortega de Bañuelos, alcaide de Briviesca, salvo Suero de Vega y Gomez de Avila, procuradores de Avila, y el doctor Zúñiga, procurador de Salamanca, que se encargaron dellos y los pidieron algunos de los grandes.

Desta manera fué entrada y rendida la villa de Tordesillas, aunque, habiendo durado el combate mas de cinco horas, con gran trabajo y muertes de casi docientos hombres, salieron heridos muchos mas, entre ellos algunos caballeros principales, don Diego Osorio, hijo del marqués de Astorga, de una saetada en un brazo; don Francisco de la Cueva de una pedrada en el rostro, y al conde de Benavente le dieron otra saetada en el brazo, pero no le tocó en la carne, y al conde de Alba de Liste le mataron el caballo, y el estandarte real fué pasado y rompido de dos escopetazos teniéndolo en las manos el conde de Cifuentes. Fué esta jornada que estos caballeros hicieron, en la buena ventura del Emperador muy señalada é importante, y digna de perpetua memoria, así por la dificultad y determinacion con que se hizo, como por el valor é importancia della; porque en la verdad, fué el principio y camino para deshacerse la rebelion y tiranía de las comunidades, y quitarles el descuido y disculpa que fingida y falsamente daban los que la gobernaban, diciendo que lo que hacian era por voluntad y mandamiento de la Reina, su señora, y sobre todo, fué cosa muy honrosa y digna de todos los que la hicieron; porque era grande ignominia y vergüenza sufrir que en haz de la nobleza y caballería de Castilla tuviesen su reina y señora natural los que eran sus deservidores y estaban rebeldes y alzados contra ella; era la cosa que mas sentia y habia sentido el Emperador, su hijo, de todas las que habian pasado, y que mas deseaba remediar, y así lo habia escripto y significado. Por lo cual, la primera cosa que aquellos grandes y caballeros hicieron, fué restituir la tenencia y cargo de la Reina, en la forma y manera que la tenia de antes, al marqués de Denia, y á toda diligencia hicieron saber al Emperador lo que pasaba; de lo cual él recibió muy grande alegría y se tuvo por bien servido dellos, y así se lo escribió en la respuesta de su carta con grandes agradecimientos.

CAPITULO XIV.

De lo que el campo de la Junta hizo sobre la toma de Tordesillas, y asimesmo los grandes que en ella estaban con el suyo, y estado en que se puso la guerra de ambas partes.

La nueva del combate y entrada de la villa de Tordesillas y de la libertad de la Reina llevó luego la fama con la ligereza que suele por todas las ciudades de Castilla, y á los servidores del Rey y leales y pacíficos ánimos puso mucha alegría y esfuerzo, y en los de contraria opinion obró contrarios efetos, causándoles pesar y miedo notable, aunque en estos, como estaban endurecidos y obstinados en sus malos propósitos, no hubo la enmienda que fuera razon; antes el nuevo temor los trujo luego á caer en nuevos errores y delitos. Luego otro dia que Tordesillas se tomó, y lo supo Quintanilla, que habia quedado por capitan sobre la fortaleza de Alaejos, se alzó de sobre ella, y se fué á toda priesa con la gente á la villa de Medina del Campo, no osando

estar mas allí á peligro tan cercano, quedando el alcaide con honra y fama perpetua de leal y esforzado caballero.

A don Pedro Giron y al campo de la Comunidad les tomó la nueva el mismo dia en Villagarcía, de donde habian partido cuando fueron á Villalpando, que venian á toda priesa á socorrer á Tordesillas; de lo cual la gente que traia sintió tanta alteracion y desmayo, que no solamente no se atrevió á caminar con ella para Tordesillas, pero con poca órden y con harto temor acordaron de se ir para Valladolid, porque señaladamente la gente de aquella villa, que eran mas de dos mil hombres, no quisieron parar ni reposar hasta allá; por lo cual don Pedro Giron, por estar cerca della, se fué á aposentar á Villanubla con su campo, y parte de su gente puso en la villa de Saldaña y Zaratan, lugares cercanos á Valladolid. Pero este aposentamiento duró poco; porque recelándose del ejército y gentes del Emperador, acordaron de se entrar todos en Valladolid, donde metieron su artillería, y recogiéndose todos los procuradores de las ciudades que habian huido de Tordesillas, con los que venian en el ejército, escribiendo á las ciudades cuyos eran los presos que enviasen otros, trataron de hacer junta con el nombre de Santa, como de antes, en las casas que el almirante de Castilla tiene en aquella villa, y empezaron á librar y despachar cartas y provisiones, como reyes, para las ciudades que estaban alzadas; las cuales acordaron de enviar nuevas gentes para reforzar su campo.

Don Pedro Giron, general de la Comunidad, no fué recebido con la voluntad y confianza que cuando de allí habia salido; antes pública y secretamente murmuraba la gente y pueblo dél, cargándole la culpa de la toma de Tordesillas, por haberse descuidado con su campo y ídose á Villalpando, diciendo que habia sido concierto y trato suyo; por lo cual era poco obedescido, y se recelaban y temian ya dél, y este recelo duró en tanto que los comuneros se pusieron en la forma que tengo dicho arriba.

El campo y ejército del Emperador, y los grandes que allí venian, lo primero que hicieron, que hasta ver el camino y propósito que el de la Comunidad llevaba, estuvieron muy á punto y sobre aviso dentro de Tordesillas, porque se tuvo por muy cierto que con la desesparacion y enojo de haber perdido á la Reina vernian á buscarlos; pero como ellos pasaron á Valladolid, como tengo dicho, con consejo y voluntad de aquellos señores, el cardenal gobernador, se vino en un dia desde Rioseco á Tordesillas con la gente de guardia que con él habia quedado, que fué bien recebido, y con él vino don Rodrigo de Mendoza, condé de Castro, con gente de á caballo suya; el cual no habiendo podido alcanzar el ejército cuando fué sobre Tordesillas, se habia entrado en Rioseco. Los del Consejo se fueron á la ciudad de Búrgos con el Condestable, que estaban allá con el Presidente la mayor parte dellos, y para la buena gobernacion convenia no andar divididos.

Venido el Cardenal á Tordesillas, el almirante don Fadrique Enriquez determinó aceptar la gobernacion del reino, y así lo hizo por aucto, habiendo primero tentado todas las vias posibles para dar algun asiento en la paz, y reducir al servicio del Emperador las ciudades y tierras que estaban alzadas; porque, aun después de tomada Tordesillas, y llegado don Pedro Giron con su campo á Villanubla, como tengo dicho, por él y por aquellos señores fué enviado allá Gomez de Avila, procurador de Avila, preso en Tordesillas (tomado pleito homenaje que volveria á la prision), á procurar y tratar concordia; el cual se volvió sin poder concluir cosa alguna. Hecho esto, y visto que no habia esperanza de paz, y que la junta y fuerza de las comunidades se habia toda pasado y puesto en Valladolid, que era cinco leguas de Tordesillas, y que no habia ejército en campo á quien ya ellos pudiesen buscar, y que alejarse ni ir sobre otra ciudad no convenia, y mas dejando los enemigos á las espaldas; los gobernadores, con acuerdo de todos aquellos señores, determinaron, de la gente que tenian, de la cual se les habia ido buena parte de soldados, dejar guarnicion en la comarca, porque mas á su salvo y daño de los enemigos se pudiese hacer la guerra, con deseo y esperanza de les traer por fuerza á la obediencia del Rey; y así, quedando el conde de Haro, capitan general, en guardia y compañía de la Reina, con la parte de la gente que les paresció necesaria, fué enviado á Simancas don Pedro Vélez de Guevara con una buena banda de infantes y caballos; porque aunque la tenencia era de Hernando de Vega, comendador mayor de Castilla, por ser del consejo de Estado del Emperador, convenia que residiese en Tordesillas; pero cada vez que parescia que habia necesidad, iba allá por su propria persona, á cualquier hora que fuese. A la villa de Portillo, lugar fuerte del conde de Benavente, fué por capitan don Hierónimo de Padilla, primo hermano del mismo conde de Benavente y hermano del adelantado de Castilla. A Torre de Lobaton, villa del Almirante, entre Tordesillas y Rioseco, que era uno de los pasos por donde les venian los bastimentos, fué un caballero llamado Garcí Osorio, deudo muy cercano del marqués de Astorga. A Medina de Rioseco enviaron otra banda de gente, allende de la que tenia allí don Hernando Enriquez, hermano del almirante de Castilla, teniendo respeto á que èra por allí el paso para Búrgos, donde el Gobernador Condestable estaba con el Consejo Real, con quien convenia comunicarse muy á menudo, y para ello tener el campo y camino seguro.

Por todas partes, entre unas gentes y otras, y entre los lugares comuneros y los que tenian la voz del Rey, se mataban y robaban y hacian correrías, como entre enemigos conocidos. En Medina y en Valladolid y su comarca no se entendia sino en rebatos y armas; los oficiales no hacian sus oficios y los labradores no sembraban los campos, los mercaderes no podian tratar con seguridad; y generalmente, en todas las ciudades que estaban en comunidad no se hacia ni administraba justicia, y habia desasosiegos y escándalos. Crecian las cosas con las sisas y imposiciones del pueblo para pagar el ejército y gente de guerra, no bastando las rentas reales que se tenian tomadas; de manera que estos fueron los frutos y provechos que causaron los que decian que procuraban y trataban del bien público; y aun con estar en este triste y miserable estado, no mostraban enmienda ni arrepentimiento para pedir perdon ni aceptar los buenos medios y tratos de paz que se les ofrecian; antes cada dia convocaban y llamaban mas gentes para sostener y hacer la guerra desde Vallado-

lid, donde habian puesto la fuerza y trono de su gobierno, ó por mejor decir, de su tiranía, los que gobernaban esta cosa; aunque de su capitan general, don Pedro Giron, tenian ya tan gran sospecha y descontentamiento, principalmente la gente popular y comun, que ya no le querian obedecer, ni él se tenia ya por seguro entre ellos. Viéndose apretados en Valladolid del capitan y guarnicion que los gobernadores habian puesto en Simancas, porque los prendian y robaban los campos hasta cerca de los muros, se proveyó un dia que don Pedro Giron con toda la gente saliese y fuese allá, y que diese órden como la puente de Simancas se rompiese de tal manera, que por allí no pudiesen ser apretados ni molestados. Don Pedro Giron, por cumplir con ellos, aunque no parecia cosa hacedera, aceptó el ir á ello, y la gente salió tan mal y tan tarde, que se hubo de volver del camino sin tentar ni acometer lo que iba á hacer, y hubo tanta murmuracion y alboroto en la gente, cargándosele á él, que no se atrevió á volver con ella á Valladolid; antes, apartándose lo mejor que pudo con los suyos, se pasó sin entrar en la villa por defuera della, y se fué á dormir á Villayáñez, y otro dia á Peñafiel, villa de su padre; y ansí se apartó desta empresa, que no debiera haber comenzado, quedando todos en Valladolid murmurando y quejándose dél, diciendo que los habia engañado y destruido, y que la ida que habia hecho á Villalpando con el campo habia sido sobre concierto y trato que tenia con los grandes, por darles lugar para hacer la jornada que hicieron de Tordesillas; de manera que el fruto que sacó desta demanda fué haber deservido y enojado á su rey, y quedar murmurado é infamado acerca de aquellos de cuya defensa y capitanía se habia encargado; que esto trae consigo la compañía y defension de los rebeldes á su señor, que demás de la traicion, siempre tienen mal suceso en sus empresas, y dan mal pago y culpan á quien los ayuda en ellas.

Verdad es que algunos que se precian de haber bien entendido y sabido los secretos destos negocios, me han dicho á mí y querido certificar que verdaderamente don Pedro Giron, conociendo presto el yerro que habia hecho en aceptar la capitanía de la Comunidad, habia traido sus tratos secretos con el almirante de Castilla y con el Condestable su tio, y que con industria, y con aviso y voluntad dellos fué, como está dicho, á tomar á Villalpando, por desembarazarles el camino para Tordesillas, y después dentro de pocos dias dejó la capitanía en la forma que tengo dicho; y esta mesma disculpa han dado siempre sus amigos y deudos y criados en este propósito, el cual si él tuvo, no quiero quitárselo; pero como cosa que no sé muy cierto, no oso afirmarla, aunque no faltaron indicios para creerlo, por pláticas y mensajes que pasaron entre él y el Almirante. Como quiera que haya sido, fuera á mi juicio mejor consejo, luego que conoció su yerro, pasarse claramente á la parte del Emperador, porque no parece honesta manera de servir con engaño de aquellos que se fiaban dél; y así, lo que en esto pasó, si algo fué, no debió ser muy acepto al Rey, pues cuando hizo el perdon general en la villa de Valladolid, después, como adelante se contará, fué don Pedro Giron exceptado dél, entre otros, y no perdonado, y le fué dado cierto castigo y pena de destierro, y con grandes dificultades y dilaciones alcanzó perdon.

He tocado esto tan particularmente, porque en la verdad don Pedro Giron fué el mas principal hombre de los que siguieron esta opinion, así por su linaje y grandes deudos que en Castilla tenia, como por el estado que esperaba, y después poseyó, y tambien porque fué tenido por sabio y esforzado caballero; y pasada esta jornada, anduvo siempre bien en servicio del Emperador hasta que murió, y su persona tuvo mucha autoridad, grandeza y reputacion, allende de la que su casa y estado le daba.

Después de ido don Pedro Giron de Valladolid en la forma que tengo dicha, la gente comun y del pueblo pusieron sus ojos y deseo en Juan de Padilla, y le escribieron cartas de aviso dello á Toledo, donde estaba y donde ya tenia buena copia de gente hecha para el reparo y socorro del ejército de la Comunidad, que estaba como tengo dicho. El cual, sabida esta nueva, partióse á toda priesa con ella camino de Valladolid, aunque era en el corazon del invierno, en los fines ya de diciembre del año de 1520; y viéndose con lo que tanto deseaba, como era ser capitan general del ejército de la Comunidad, no reparó en nada, ni en el sentimiento que tuvo cuando nombraron á don Pedro Giron; todo lo disimuló, pensando que por esto tenia sus acrecentamientos.

Llegado por sus jornadas á Medina del Campo, que estaba cuatro leguas de Tordesillas, los gobernadores y grandes que allí estaban tuvieron aviso dello, y el conde de Haro, con su acuerdo y consejo, determinó de salir con él á pelear en el camino que hay entre Valladolid y Medina, y para ello mandó venir á Simancas á don Hierónimo de Padilla con la gente que dijimos que tenia en Portillo; pero estando para partir, supo muy cierto cómo algunos vecinos de Tordesillas habian dado aviso á Juan de Padilla de su desinio, y concertado con él que, luego que él partiese á le buscar y atajar, él por otro camino viniese á dar sobre Tordesillas, donde los mas de los vecinos eran comuneros y lo deseaban; lo cual entendido por el conde de Haro, acordó dejar la jornada, por la poca confianza y seguridad que en los vecinos de aquella villa tenia; y ansí, pudo Juan de Padilla pasar á la villa de Valladolid sin contraste, y fué recebido en ella con increible alegría y regocijo de la Comunidad y pueblo y gente de guerra, acerca de los cuales tenia tal reputacion, que les parecia que con su venida se habia todo de hacer y de acabar como lo deseaban; y el pueblo, á pesar de la Santa Junta, lo loaba y tenia por capitan general, queriendo todos los della que le fuese don Pero Lasso de la Vega, que era un caballero cuerdo y prudente y bastante para ello; y ansí, pasaron allí grandes competencias entre los dos, que no hay para qué contarse, y al cabo prevaleció la parte de Juan de Padilla, porque la comunidad de Valladolid lo quiso así, á pesar de la Junta, á la cual tenian ya poco acatamiento; de manera que, aunque la Junta dió cierto modo de conformidad é igualdad entre Juan de Padilla y el obispo de Zamora y Gonzalo de Guzman, todavía tuvo el mando y mayor autoridad Juan de Padilla.

Pasada ansí esta ocasion de pelear con él, se tuvo aviso en Tordesillas que en un lugar llamado Rodillana, entre Medina y Valladolid, estaban aposentados quinientos soldados que venian de Salamanca, y por estar cerca de Medina se tenian por seguros y estaban des-

cuidados. El Almirante y aquellos señores acordaron de enviar á dar sobre ellos y deshacerlos, y encargóse de la empresa don Pedro de la Cueva, hermano del duque de Alburquerque, que era muy esforzado caballero, y que después fué acepto al Emperador, y le quiso bien, y le hizo comendador mayor de Alcántara y otras mercedes; el cual, con pocos mas soldados que ellos eran, caminó una noche, y llegando al lugar, entrando de rebato por él, prendió y mató muchos dellos, y los que quedaron escaparon huyendo; y dende á otros cinco ó seis dias fué avisado el mismo don Pedro de la Cueva que habian llegado á otro lugar llamado La-Zarza, seis leguas de Tordesillas, ochocientos soldados que Segovia enviaba; y el conde de Haro, ansí por ser su primo hermano, hijo de hermana del Condestable su padre, como por la buena maña que en lo pasado se habia dado, le dió docientos hombres de armas y quinientos soldados, y le encargó fuese á salteallos. El don Pedro trasnochó, y rodeando una buena legua por desviarse de Medina del Campo, dió sobre el lugar de improviso; y aunque los soldados que estaban en él se retrujeron peleando á una iglesia, el don Pedro los apretó de manera, que los entró por fuerza, y mató y hirió muchos dellos, y todos los demás trujo presos á Tordesillas, lo cual se tuvo por hecho muy acertado.

Juan de Padilla y el obispo de Zamora y los otros capitanes comuneros no se descuidaban tampoco por su parte en hacer la guerra; antes trabajando mucho Juan de Padilla por sacar su ejército en campo, aunque con mucha dificultad, lo hizo, y se aposentó en Villanubla, dos leguas de Valladolid, y en otros lugares cercanos, yendo y viniendo á la villa; y dende á poco se apoderó de Cigales, villa del conde de Benavente, donde hizo daños y rebatos; y el obispo de Zamora, como era hombre muy osado y bullicioso, hacia con sus gentes grandes saltos en la tierra; señaladamente fué sobre la villa de Empudia, que era del conde de Salvatierra, en la cual por ser él comunero, por mandado de los gobernadores se habia metido con alguna gente don Francisco de Viamonte, caballero navarro; y no hallándose poderoso para resistir al Obispo, desamparó con su gente el lugar, y con harto peligro y priesa se vino retirando á Rioseco; y el obispo de Zamora, habiendo cobrado á Empudia, pasó adelante, camino de la ciudad de Búrgos, y llegó basta diez leguas della, pensando con la fama de su venida alterar mas y levantar la comunidad de aquella ciudad contra el Condestable, que dentro estaba, el cual se vió en el trabajo que luego se dirá. De allí se volvió el Obispo haciendo el daño que pudo á Valladolid, salteando de camino el lugar y fortaleza de Fuentes, que era de un caballero llamado Andrés de Ribera, y prendió en ella al doctor Nicolás Tello, suegro de Ribera, caballero de Sevilla, ya arriba nombrado, que era uno del Real Consejo que acaso habia venido allí á holgarse las fiestas pasadas, y le tuvieron preso muchos dias. De manera que por buen principio del año de 21 se trataba la guerra con este rigor y diligencia de entrambas partes, en especial en Valladolid y su comarca, entre los comuneros y gente de los gobernadores, aunque en estos mismos dias el nuncio del Papa, que era venido para procurar paz en este reino, y un caballero llamado Juan Rodriguez, que el rey de Portugal envió para lo mismo, en medio desta tormenta comenzaron á tratar de concordia entre los unos y los otros, andando de una parte á otra; pero fué de tan poco efeto, que por eso no será menester contarlo. Y dejando las cosas en este furor, será bien decir en pocas palabras lo que el Condestable hizo en la ciudad de Búrgos, y lo que sucedió en otras partes, pues tambien hace á nuestro propósito.

CAPITULO XV.

De lo que sucedió al Condestable en Búrgos, y lo que pasaba en el reino de Toledo en esta sazon, y lo que hicieron las ciudades del Andalucía, y otras cosas que sucedieron.

Si todas las cosas que pasaron se hubiesen de escrebir juntas, la misma confusion seria que cuando están muchos hombres juntos y hablan todos á la par, porque no se pueden entender los unos á los otros; y por esto á la buena disposicion de la historia conviene, aunque los acaecimientos y sucesos concurran en una sazon, que se escriban y traten por sí aparte los que no sufran ir en compañía de otros para ser bien entendidos; y guardando yo esta regla, de que habemos usado y usarémos adelante, digo que en tanto que pasaban las cosas ya dichas en la comarca de Valladolid, después de la toma de Tordesillas, el Condestable, que en Búrgos estaba, no dejó de tener en qué entender, ansí en lo de dentro de la ciudad como con el conde de Salvatierra y los que habian alzado las merindades de Castilla la Vieja; porque como él habia sido acogido en aquella ciudad por cierta capitulacion, como arriba se dijo, y se envió á confirmar del Emperador, el que habia ido con ella volvió con la aprobacion de los mas capítulos, pero negándole algunos que verdaderamente no convenian ser otorgados, aunque el Condestable por la presente necesidad los habia aceptado todos; de lo cual la comunidad de aquella ciudad se alteró y escandalizó tanto, que los vecinos della tornaron á ponerse en armas, y estuvo la cosa en harto riesgo y peligro, habiendo sido incitados por cartas é inducimientos del obispo de Zamora y del conde de Salvatierra y otros; pero el Condestable tenia ya tan buena compañía de señores y caballeros y gente que habia traido, que determinó no llevar la cosa ya por trato y conciertos, sino por autoridad y fuerza; y ansí, andando la ciudad escandalizada diciendo y haciendo atrevimientos, habiéndolo comunicado con todos los señores que allí estaban, determinó sojuzgarlos y tomarles la fortaleza, que desde la alteracion pasada estaba por la Comunidad. Y poniendo en efeto esta determinacion, salió un dia armado á una plaza que estaba delante de sus casas, con sus criados y toda la gente de guerra que allí tenia, y luego le acudieron los señores que allí estaban con las suyas; los cuales eran don Juan de Lacerda, duque de Medinaceli, y don Luis, su hijo, marqués de Cogolludo; don Antonio de Velasco, conde de Nieva, y dos hijos suyos; don Hernando de Bobadilla, conde de Chinchon; don Bernardino de Cárdenas, marqués de Elche, yerno del Condestable, hijo mayor del duque de Maqueda; don Juan de Tobar, marqués de Berlanga, hijo del Condestable; don Juan de Rojas, señor de Poza, y otros muchos caballeros, deudos y criados destos; y estando todos ansí con el dicho propósito, el pueblo todo de la ciudad se habia juntado y puesto asimesmo en armas, con pensamiento de pelear con ellos; y estu-

vo tan á punto de hacerse, que se tiraron de una parte á otra algunas saetadas y arcabuzazos; pero reconociendo los procuradores de las vecindades y los demás la ventaja que el Condestable les tenia, y enviándolos á requerir y mandar que estuviesen quedos, y se juntasen con él pacíficamente, y obedeciesen sus mandamientos, como de visorey y gobernador de su rey y señor, no se atrevieron á venir en rompimiento; ántes faltándoles el ánimo para ello, dejaron las armas y vinieron pacíficos y obedientes á acompañar al Condestable; el cual envió luego á requerir al alcaide de la fortaleza que se la entregase, con protestacion, si no lo hiciese, de combatirla y hacer justicia dél y de los que con él estaban; y pasando primero algunas demandas y respuestas, al cabo el mismo dia se entregó, y el Condestable puso alcaide por el Rey; y desta manera, no osando resistir nadie, se pacificó y allanó aquella ciudad, y se puso en ella corregidor y el gobierno en la forma que antes que hubiese comunidad, y no hubo mas alboroto ni desobediencia en ella.

Habiendo hecho esto, tambien acordó el Condestable enviar á don Juan Manrique de Lara, hijo primogénito del duque de Nájera, que allí habia venido, con buena copia de gente contra las merindades y contra los que las tenian alzadas; y por la poca edad que entonces tenía, fueron enviados con él Martin Ruiz de Avendaño y Gomez de Butron, caballeros principales de aquella tierra, los cuales, llegados á ella, dieron cierto asiento y manera de paz entre las merindades y el Condestable; la cual, aunque se guardó algunos dias, fué poco durable, por cuanto un tal Barahona y el abad de Rueda y otro García de Arce, que eran ciertos hidalgos escandalosos, las procuraron levantar, y salieron con ello. Y ansimismo lo hizo el conde de Salvatierra don Pedro de Ayala, alborotando y corriendo la tierra á voz de la Comunidad, y entre otras cosas que hizo, fué saltear en el puerto que llaman de San Adrian ciertas piezas de artillería que desde Fuenterrabía traian al Condestable, y las quebró y rompió porque no se pudiesen servir dellas, visto que él no las podia llevar; y pasaron después muchas cosas que yo no podré contar; pero decirse há el fin y remate que tuvieron, á su tiempo.

En el reino de Toledo no comenzó este año de 21 con menos escándalo y alborotos que en estotras partes que tenemos contado, sin los desafueros y injusticias que dentro de la ciudad se hacian por los que la gobernaban, cuya tirana y caudillo era doña María Pacheco, mujer de Juan de Padilla, que en ausencia de su marido lo era, y aun en presencia lo habia sido.

Fuera de la ciudad, en los lugares de aquel reino, habia grandes diferencias y desasosiegos entre los pueblos y los caballeros y otros que estaban en servicio del Rey, en especial lugares de señores, que procurándolo Toledo y favoreciéndoles para ello, y haciendo guerra y mala vecindad á los que eran leales, se habian alzado. Destos eran la villa de Orgaz contra el conde della; y Ocaña, que es del maestrazgo de Santiago, estaba tambien rebelada con voz de comunidad, haciendo desde ella muchos agravios y fuerzas á la villa del Corral de Almaguer y otros lugares de la comarca, y desta manera pasaban otros muchos males y desórdenes; para remedio de lo cual se habia encargado de la capitanía general de aquel reino don Antonio de Zúñiga, prior de San Juan, juntamente con don Diego de Toledo, hijo del duque de Alba, que por el pleito que entre los dos habia habido sobre á quién pertenecia el priorazgo, estando en la posesion el dicho don Diego, por sentencia y concierto se habia dividido del priorazgo la renta y lugares dél entre ambos, y en la parte del don Antonio habia caido la villa y castillo de Consuegra, en la cual estando á la sazon, comenzó á juntar gente y á salir al campo para reducir á Ocaña y á otros pueblos del reino de Toledo, y sucedióle en esta empresa lo que en el proceso de nuestra historia se verá.

En Valencia no faltaban trabajos y escándalos, estando aquella ciudad, como estaba, toda en comunidad; y habiendo echado fuera al Visorey y á la nobleza della, pasaron otras muchas cosas, de las cuales algunas se dirán, aunque muy en suma.

En el Andalucía pasaba el negocio muy al contrario; porque, aunque en las ciudades de Ubeda y Baeza y Jaen, por las parcialidades que en ellas habia, el uno de los bandos juntándose con el comun, tenian voz de comunidad, como arriba se tocó; la ciudad de Sevilla, Córdoba y Granada, y las demás ciudades todas, puesto que se habian ofrecido en algunas dellas competencias y porfías entre señores y hombres principales, que el tiempo parecia traer consigo (que por no ser de sustancia se dejan de escrebir), en lo que tocaba al servicio del Rey y en la obediencia de sus gobernadores y justicia, no solamente habian estado y estaban bien, pero en este mes de enero, principio del año de 21, cuando Valladolid y Castilla y el reino de Toledo ardian en fuego, como se ha dicho, el regimiento y justicias dellas, con deseo é intencion de apagarlo y remediarlo si pudieren, y de estorbar que no se emprendiese y acrecentase mas, y en lo que se ofreciese servir á su rey, enviaron á pedir licencia á los gobernadores para se juntar en alguna parte por sus procuradores, para tratar medios como lo dicho se remediase; y habida esta facultad, se juntaron en la Rambla cerca de Córdoba, por estar mas en comarca para todos los procuradores y mensajeros de las ciudades de Sevilla, Córdoba, Ecija, Jerez, Cádiz y otros pueblos. Los cuales todos se juntaron, y ansí juntos hicieron una confederacion y union que verdaderamente se pudiera llamar santa, como falsamente se llamaba la de Valladolid y Tordesillas; y por ella se obligaron y juramentaron de guardar cierta capitulacion, que en sustancia contenia:

Primeramente, que guardarian el servicio del Rey y de la Reina y la obediencia de sus gobernadores y visoreyes; que guardarian paz y concordia entre sí, y que si escándalo ó alboroto se ofreciese, harian toda su posibilidad por lo allanar y apaciguar; que sosternian y favorecerian con toda obediencia y acatamiento las justicias que en cada uno de los pueblos fuese puesta por su majestad, dándoles todo el favor y ayuda que para la ejecucion de la justicia fuese menester, y que esto procurarian de hacer y sustentar todas juntas y cada una por sí; y que si en alguna de ellas ó en su tierra hubiese alguna persona, de cualquier estado ó condicion que fuese, que perturbase ó diese ocasion de perturbar la paz y concordia dellas ó de alguna dellas, ó impidiese la ejecucion y obediencia de la justicia, ó se desacatase contra ella, que todas las ciudades juntas y cada una por sí los echasen fuera de la tierra; y ansimismo, si al-

gun grande ó caballero poderoso ó cualquier otra persona alborotase la tierra ó hiciese junta de gente contra el servicio del Rey ó contra la paz y union de dichas ciudades y villas, que todas ellas con toda presteza se juntasen á lo resistir y remediar con la gente que fuese menester.

Capitularon ansimismo que ninguna provision, carta ni mandamiento que por los de la Junta en nombre de la Reina ó del reino se enviara, fuese obedecida ni cumplida, antes fuesen contradichas y resistidas, y que los que las trujesen fuesen presos y castigados; y que si por parte de la Junta y Comunidad fuesen enviados algunos capitanes ó ejército contra estas ciudades confederadas ó contra alguna dellas, hiciesen luego ejército para les resistir y hacer guerra; y ante todas cosas concertaron que se escribiese, y ansí lo hicieron, á Toledo y á las otras ciudades que estaban alzadas en comunidad, requiriéndoles y pidiéndoles dejasen la dicha voz, y se redujesen á la obediencia y servicio de su majestad, ofreciéndose que serian por ellos buenos intercesores en lo tocante á su perdon y justas peticiones, y que si ansí no lo hiciesen, que aquellas ciudades no podian dejar de hacer en este propósito lo que el Rey y sus gobernadores les mandasen; lo cual para todas las otras cosas que se podrian ofrecer nombraron y apuntaron luego la copia de gente que cada ciudad ó villa fuese obligada á enviar y enviase, con órden de la acrescentar y acortar conforme á la presente necesidad, y dieron y concertaron la forma que se debia tener en se avisar y apercebir las unas á las otras, y en poner en efeto y ejecutar lo que dicho es.

Y habiendo asentado y capitulado todo esto, hicieron mensajero propio y escribieron sus cartas al Emperador, enviándole á suplicar que con la mas brevedad que fuese posible viniese á estos reinos, y que fuese su venida por algun puerto de la Andalucía, y que su majestad no fuese servido de se embarazar en traer gente de guerra extranjera mas de la que pareciese necesaria para su navegacion, porque en ella hallaria toda la gente de á pié y de á caballo que fuese menester para su servicio y para la pacificacion de sus reinos. Hecha esta confederacion, la enviaron á otorgar particularmente á todas las ciudades, cuyos poderes tenian ya confirmados por los gobernadores, y agora fué por ellos confirmada la dicha confederacion, y para lo mismo fué enviada al Emperador, que á esta sazon estaba en la ciudad de Bórmes prosiguiendo las cortes y dieta que tenia comenzada; el cual, habiendo sabido y entendido lo que pasaba, se tuvo por muy servido de Sevilla y de las otras ciudades que en esta union habian sido, y ansí lo envió á significar por sus cartas, aprobando y alabando lo que habian hecho.

Estando ansimismo allí en Bórmes, en el principio del año de 21 murió el cardenal de Croy, sobrino de Xebres, que era arzobispo de Toledo y obispo de Cambray, y tenia otras prelacías y dignidades, y por su muerte vacó el arzobispado de Toledo, y estuvo vaco muchos dias.

Entre las cosas que en esta dieta y cortes de Bórmes se trataron, en la que mas tuvo el Emperador que hacer, y que mas procuró de reformar y remediar, fué en lo que tocaba á los errores y herejías de Martin Lutero, famoso hereje de nuestros tiempos, de cuyo orígen y suceso tratamos ya arriba; lo cual por nuestros pecados habia ya ido en estos dias con tanto acrescentamiento, y el fuego estaba tan encendido, que no pudo apagarse como el Emperador quisiera.

El negocio pasó desta manera. Que propuesto por él que se debia por autoridad y mano de todo el imperio perseguir y deshacer al Lutero y sus herejías, y forzar con mañas y castigos los que las seguian á apartarse dellas, habia allí tantos inficionados ya desta ponzoña, que no se pudo concluir otra cosa sino que el Martin Lutero fuese oido primero, para lo cual el Emperador le mandó parescer, con seguridad bastante que le dió que no seria muerto ni preso ni detenido; y ansí, él vino allí á Bórmes con la soberbia y desvergüenza que habia venido el año de 18 á la dieta que el emperador Maximiliano tuvo en Agusta; y pareciendo un dia ante el Emperador y ante los electores y procuradores del imperio, le fué preguntado si eran suyos ciertos libros que en su nombre andaban impresos, que allí le fueron mostrados, y si pensaba retraerse de los errores que contenian, que estaban ya declarados y condenados por la Iglesia y por los santos concilios; á lo cual él respondió que aquellos libros eran suyos, y que no lo negaba ni pensaba negar; y en lo que tocaba á se desdecir y retractar de lo que en ellos habia escrito, pidió que le fuese dado término para acordar y deliberar sobre ello. Y siéndole concedido por el Emperador espacio hasta otro dia, tornó á aparecer en el mismo lugar; y después de haber hecho una habla muy vanagloriosa, concluyó que él no se retractaria de lo que habia escrito si de nuevo no le convencian con lugares expresos del Evangelio y Testamento Viejo; lo cual el malvado hacia por nunca acabar, porque declaraba la escriptura falsamente, y no queria admitir ni recebir la declaracion de la Iglesia ni de los santos concilios y doctores; y sus herejías ya estaban reprobadas y condenadas con autoridades de la Sagrada Escritura. Y siéndole replicado claramente dijese sí ó no, si queria estar por lo que la santa Iglesia y los santos concilios tenian disputado y determinado, él con soberbia de Lucifer, que traia en el alma y en el corazon, respondió que no pensaba revocar lo que tenia escripto, ni podia estar por lo que los concilios y decretos tenian determinado. Lo cual visto por el Emperador, con justa y santa indignacion lo mandó quitar luego de su presencia, y por aquel dia no se trató de otra cosa alguna, y algunos tuvieron por opinion que fuera bien que á un tan desvergonzado hereje no se le guardara la seguridad que se le habia dado, y que fuera ansí preso y quemado, porque se presumia que faltando la cabeza y movedor, que era él, con mas facilidad se remediaria lo demás; pero el Emperador, como no queria faltar á la fe, aunque fuese á quien no la tenia, ni jamás la ha faltado ni rompido, no estuvo en lo hacer; antes, vista su dureza, habiendo tentado otros modos para convencerle en tres dias que allí estuvo, le mandó salir de su corte dentro de otro dia, dándole otros veinte de seguro para se ir donde quisiese; y después de grandes alterçaciones y pláticas que hubo sobre este caso, porque, como dije, habia muchos hombres principales en estas cortes tocados desta pestilencia, por mandado del Emperador y por edito de todo el imperio fueron los libros de Lutero quemados en público, y mandado

hacer lo mismo con todos los que fuesen hallados, con graves penas á los que los tuviesen y defendiesen sus opiniones. Y esto fué lo que se proveyó y mandó; que fué harto conviniente, pero no se ejecutó después como convenia, porque muchos de los que habian de ser ejecutores dello eran culpados en el mismo error y delito.

Las otras cosas que el Emperador trató en esta dieta no debieron ser de poca importancia, pues eran tocantes al imperio y provincias dél; pero no las cuento yo porque no tengo dellas la relacion y noticia que seria menester; por lo cual me vuelvo al proceso de la guerra que contra Juan de Padilla y los capitanes de la Comunidad, que en Valladolid y su comarca estaban, se hacia, tomándolo en el estado que en el fin del capítulo pasado lo dejamos.

CAPITULO XVI.

De lo que el Almirante Gobernador y los grandes que en Tordesillas estaban hicieron en estos dias, y cómo Juan de Padilla y el campo de la Comunidad fueron sobre Torre de Lobaton y la combatieron, y el suceso que hubo en esto y en lo demás.

Estando las cosas de la guerra entre los comuneros y los grandes en el rigor que se ha entendido, el ejército de la Comunidad se hacia cada dia mas poderoso por los nuevos socorros que le venian, y Juan de Padilla, capitan dél, procuraba mucho hacer alguna cosa señalada por ganar reputacion, y porque pareciese que haberle dado á él la capitanía habia sido necesario y provechoso; por lo cual, aunque se habian movido algunas pláticas de paz, él ni los demás capitanes no asentian bien á ello, antes disimuladamente daban los desvíos que podian, señaladamente el obispo de Zamora, que entre ellos tenia grande autoridad, y en la inquietud y atrevimiento hacia á todos ventaja. El cual habiendo sabido en esta sazon la muerte del arzobispo de Toledo, con color de ir á resistir al prior de San Juan, que comenzaba á hacer ejército en servicio del Rey, como está dicho, en aquel reino, procuró ser enviado por capitan contra él, siendo solo su pensamiento ocupar con voz de comunidad las villas y fuerzas de aquel arzobispado en sede vacante, y poner en sí, como después lo pensó y procuró, su silla, haciéndose arzobispo de Toledo; y con este santo propósito partió luego con la mas gente que pudo y con cartas y provisiones de la Junta, para ser recebido y obedecido en las villas y lugares por administrador y gobernador en el arzobispado; pero ido allá, no le sucedieron las cosas como pensaba; porque doña María Pacheco, mujer de Juan de Padilla, que tenia mas soberbios y ambiciosos los pensamientos que no él, le hizo grandes estorbos y resistencias, porque tambien tenia ella imaginada la misma locura, pensando haber el arzobispado para un hermano suyo, que á él por ventura no le pasaba tal por pensamiento. El Obispo hizo allá sus diligencias, y como no le quisieran recebir en Toledo, fué á Alcalá de Henares, y allí quitó y puso varas, y lo mismo hizo en Uceda y otros lugares del arzobispado, y alteró y levantó aquel reino mas de lo que estaba, y después en la guerra con el Prior le sucedieron trances señalados.

El Almirante Gobernador y los grandes que con él estaban, no descuidándose de lo que á la guerra convenia, antes habiéndola proseguido en la forma que tengo dicha, procuraban y deseaban la paz; y moviéndose nuevas pláticas sobre ello, como algunos ó los mas de la Junta entendiesen ya que les convenia, aunque, como digo, Juan de Padilla no parecia estar en ello, por los fines que tenia, trataron por sus mensajeros con los gobernadores en que la una parte y la otra señalase y nombrase terceros que tentasen la paz. Por parte de la Junta y Comunidad fueron nombrados don Pero Laso de la Vega (que era el que dellos mas lo deseaba, entendiendo cuán fuera iba lo que se hacia de lo que habian publicado y decian que pretendian), y el bachiller Alonso de Guadalajara, procurador de Segovia; los cuales con seguridad que hubieron de los gobernadores, salieron de Valladolid, y fueron á un monasterio de santo Tomás, de la órden de santo Domingo, que está fuera y cerca de Tordesillas, y pasada la puente en el camino de Medina del Campo; y porque no llevaban comision para entrar en las villas, el Almirante con algunos de aquellos señores vino allí á hablarlos; y tratando así en general las cosas, se dió órden que cada dia á cierta hora saliesen allí á conferir y platicar los capítulos y apuntamientos que se proponian de concordia, el licenciado Polanco, del Consejo Real, con algunos de aquellos señores, y los generales de santo Domingo y san Francisco. Así se comenzó á hacer con buena esperanza; pero estando las cosas en estos términos, Juan de Padilla, que como tengo dicho, se hallaba con ejército de mas de diez mil soldados de á pié y de mil caballos, después de diversos acuerdos y consejos, se determinó de ir á combatir á Torre de Lobaton, que es una villa del Almirante bien cercada y con buena fortaleza, tres leguas de Tordesillas, en la cual estaba, como se ha dicho, don García Osorio con cierta guarnicion de soldados. Determinado en esto, publicando primero que pensaba ir sobre Medina de Rioseco, partió de Zaratan, cerca de Valladolid, donde habia juntado su campo, á los 21 de hebrero á la media noche, y caminando lo mas apriesa que pudo, enderezó para aquella villa, y llegando sobre ella á las diez horas del dia siguiente, se entró luego en el arrabal sin hallar en él defensa ninguna. Y como la gente llegó orgullosa y soberbia, aunque Juan de Padilla y los otros capitanes estuvieron dudosos si la combatirian luego ó si esperarian á plantar su artillería y batirla primero, visto el buen ánimo de la gente y viniendo bien proveidos de escalas, aunque los de la villa hacian su deber mostrando grande ánimo de defenderse, y tiraban á los de fuera muchos arcabuzazos y saetadas, acordaron, pensando aquel dia entrarla, de mandar dar luego el combate de manos, porque los de dentro no tenian bastante artillería para se poder defender; y dada con grande presteza la órden para ello, se comenzó la batalla de entrambas partes con gran furia y determinacion y con mucho sonido de voces y estruendo de arcabucería y ballestería, procurando los de fuera arrimar sus escalas y subir por ellas, y los de dentro defender sus muros y estorbárselo. En esta porfía, que duró casi todo el dia, fueron muchos muertos y heridos, en especial de los combatientes, como aquellos que peleaban sin defensa ni amparo de muros; y visto por los capitanes el mucho daño que su gente recebia, y el poco efecto que se hacia, porque las mas de las escalas venian cortas, y los que por ellas subian caian

muertos ó heridos, hicieron señal de retirar, y cesó el combate por aquel dia, con daño muy conocido de los comuneros.

Venida la noche, Juan de Padilla entendió en lo que convenia para fortificarse en su alojamiento y para poner su artillería á propósito de dar otro dia batería á la villa, como lo hizo. Y siendo el Almirante y los grandes que en Tordesillas estaban, avisados aquella misma noche de la llegada del campo de la comunidad sobre Torre de Lobaton, enviaron luego á llamar las guarniciones que estaban en Portillo y en Simancas, con pensamiento de ir á socorrer aquella villa si fuese posible, aunque se vian faltos de infantería, de la cual abundaba el campo de la Comunidad; y ansí, enviaron otro dia una banda de gente de á caballo á reconocer el ejército y órden de los enemigos, los cuales llegaron muy cerca y escaramuzaron con ellos. Aquel dia lo gastó Juan de Padilla en batir la villa sin tentar otra cosa, pero con poco efeto, porque acertó á ser por la parte del muro que estaba ciego; y luego el siguiente, que fué el tercero de su venida, mudó el sitio de la batería á otra parte del muro que estaba mas flaco, y tuvo lugar la artillería para batir, y se hicieron algunos portillos, los cuales vistos por la gente de Valladolid y Toledo, acometieron sin órden, y el combate duró gran pieza de tiempo; pero los de dentro hicieron tan buena resistencia, que no fueron parte para entrallos, antes los compelieron á se retirar, quedando algunos muertos, y siendo muchos heridos de arcabuzazos y saetadas y piedras.

Este mismo dia el conde de Haro y aquellos señores que en Tordesillas estaban, con la gente de á caballo que pudieron juntar, mandando venir la guarnicion que tenian en Portillo y parte de la de Simancas, dejando el recaudo que convenia en Tordesillas, donde quedaba el Almirante, acordaron de venir á dar vista á los contrarios, con órden de que dando el rebate por una parte del arrabal, por la otra parte se metiese dentro en Lobaton don Francisco Osorio, señor de Valderonquillo, con algunos soldados, de que parecia tener falta; aunque yendo ya caminando, envió el Almirante á decir que fuesen hombres de armas los que entrasen; lo cual no pareció al Conde que convenia, por la necesidad que habia de la gente de á caballo en el campo; y prosiguiendo su camino, siendo ya tarde, llegaron á vista de la villa y se pusieron en una cuesta, de donde se podia bien ver el lugar, y algunos caballeros bajaron della á escaramuzar con los arcabuceros que entre los cercados y tapias estaban puestos á su ventaja; y después de haber escaramuzado y andado envueltos con ellos con poco efeto de entrambas partes, don Francisco Osorio los mandó recoger á lo alto; el cual estando esperando la comodidad necesaria para ejecutar su propósito de entrar á socorrer la villa, como le estaba ordenado, le vino un caballero con una carta del Almirante, en que le decia que se podia volver, porque él tenia aviso que no era menester entrar socorro en Torre de Lobaton, porque tenia la gente y defensa que era menester. No obstante esto, hubo allí algunos caballeros que se ofrecieron á entrar en la villa; pero no se pudo intentar, porque el Almirante habia estorbado que las escalas no se trujesen como se habia concertado; de manera que visto esto por el conde de Haro y por aquellos señores, que Juan de Padilla no habia querido salir de su arrabal y alojamiento, se tornaron aquella noche á Tordesillas sin haber conseguido su propósito. En lo cual, segun se vió por lo que después sucedió, se engañaron, aunque algunos quisieron decir que, desabrido el Almirante de que el conde de Haro no habia aprobado su parecer en que se metiese socorro de hombres de armas, lo habia impedido aquel dia, pareciéndole no haber peligro en la tardanza, y que habia tiempo para hacer el socorro; pero acaesció muy al contrario, porque Juan de Padilla tornó á combatir la villa por diversas partes, y como los de dentro estuviesen cansados, no pudieron hacer tanta resistencia; y ansí, rindiéndose los unos por la una parte, y siendo entrados por fuerza, con muerte de muchos de los que se defendian, por la otra, la villa fué entrada y saqueada y robada por los comuneros, y don García Osorio fué preso, después de haber hecho él y los escuderos que con él estaban lo posible para la defender. Los que guardaban la fortaleza, viendo la villa domada, perdieron el ánimo, y haciendo su partido que las personas fuesen libres y les dejasen la mitad de la ropa y hacienda, se dieron otro dia siguiente, y desta manera se apoderó enteramente Juan de Padilla de Torre de Lobaton, la cual él tuvo por muy importante jornada, y ansí lo escribió á Valladolid y á Toledo; y cierto que él ganó por ella acerca del pueblo muy grande opinion, por ser tierra tan cercana á Tordesillas, donde los gobernadores y gente del Rey estaban, y haberse ganado por fuerza de armas, siendo hecha tanta resistencia por los que la guardaban. En los lugares de la Comunidad hicieron demostraciones de grande alegría, y el Almirante, cuya era, y aquellos señores que allí estaban, lo sintieron mucho mas por la reputacion que por la importancia, porque parecia falta de cuidado no haber proveido mejor aquella villa antes de la necesidad, y después en ella, dando órden como fuera socorrida, y tambien les daba cuidado y nuevo trabajo tener el enemigo tan cerca, en especial teniendo todas las ciudades vecinas, que eran Toro, Zamora, Salamanca, Medina, Valladolid, Avila y Segovia, por contrarias y enemigas. Pero queriendo Dios ayudar á la justicia y fortuna del Emperador, como siempre lo ha hecho en las mayores necesidades, esto, que pareció entonces desman y mal suceso, vino después á ser ocasion y camino de la victoria; porque, como adelante se verá, queriendo Juan de Padilla conservar lo que habia ganado y perseverar en detenerse allí por sustentar la estimacion de lo que habia hecho, imitando en este error á Aníbal cuando reposó en Capua mas de lo que debiera, habiéndola ganado, fué causa de su mas temprana perdicion; el cual, viéndose alegre y victorioso, á él y á los otros capitanes les pareció que debian parar allí en Torre de Lobaton con su campo, porque les parecia pondrian en gran necesidad á los grandes, atajándoles los caminos y quitándoles los bastimentos; lo cual se empezó á hacer, y llegó su soberbia á osar decir que pensaban ir á combatirlos á Tordesillas.

En tanto que esto pasó, que fueron cuatro ó cinco dias, cesó la plática que entre don Pero Laso y su compañero se habia comenzado con la parte de los gobernadores, como está dicho; porque el Almirante, teniendo el enojo que era razon, no habia querido tratar de paz; pero todavía se estaban él y el bachiller de

Guadalajara en el dicho monasterio de Santo Tomás cerca de Tordesillas; y habiendo sabido la toma de Lobaton, holgó que se tornase de nuevo á tratar de paz, porque siempre tuve mucho deseo della; y habiéndose concertado de ambas partes en algunos capítulos, pareció á todos que, para dar asiento en aquellos y tratar de los demás se debian asentar treguas por algunos dias; y para las concertar, y porque á don Pero Laso y á su compañero se les acababa el término que habian traido, fueron á Torre de Lobaton á tratarlo con Juan de Padilla y los otros capitanes y con los procuradores de la Junta que allí habian venido; y puesta la cosa en consulta y comunicada con los que en Valladolid habian quedado, hubo muy diversos pareceres, y al cabo se asentó la tregua por solos ocho dias, que empezaron dende 1.° ó 2 de marzo, en los cuales todas las cosas de una y otra parte habian de parar en el estado en que estaban.

Vueltos pues don Pero Laso y el bachiller á Santo Tomás, se tornaron á ver los capítulos que las comunidades pedian por el Almirante y Cardenal y algunos de aquellos señores, y se conformaron en les otorgar muchos dellos, que, segun decian, eran los mas, y otros, que eran muy injustos, les pedian que se apartasen de los demandar, y parecia que la cosa llevaba manera de concertarse en lo principal que se trataba; pero, faltando la confianza en los de la Comunidad, no se concluia nada; porque, aunque los gobernadores y grandes se obligaban á suplicar á su majestad con grande instancia que les confirmase lo que ellos les concedian, y para ello obligaban sus personas y bienes, y daban otros buenos medios, interviniendo en ello tambien el embajador del rey de Portugal, los de la Comunidad pedian que se obligasen los grandes á pedirlo por armas y guerra en caso que el Emperador no lo otorgase, y que para la seguridad desto les diesen rehenes de personas principales y fortalezas que tuviesen en su poder; de manera que lo ponian en términos imposibles para poder haber concordia; y por no perder la esperanza della, antes que se cumpliese la tregua se acordó pedir prorogacion por término mas largo, y el postrer dia fueron á Torre de Lobaton el embajador de Portugal y don Pero Laso y ciertos religiosos de grande autoridad, y dieron cuenta á Juan de Padilla y á los otros capitanes de lo que pasaba; y no queriendo ó no teniendo poder los que allí estaban para otorgar lo que se pedia, aunque se cumplió la tregua, acordaron de ir á Zaratan, aldea de Valladolid, adonde salieron los de la Junta, y se juntaron todos á tratar dello; pero estaban tan soberbios, y por otra parte temian tanto dejar los cargos que tenian, especialmente los capitanes, que no se pudo acabar con ellos que viniesen en tregua ni en paz, aunque algunos de la Junta votaron por ella, el principal de los cuales fué don Pero Laso, que desde allí por esta causa los dejó y se apartó de aquel propósito, y se vino á Tordesillas á los gobernadores; de manera que la tregua y tratos fueron sin fruto ninguno, salvo que á Juan de Padilla en aquellos ocho dias se le disminuyó parte de su gente; porque los soldados que habian habido dinero y buena ropa en el saco de Lobaton, como con la tregua podian pasar seguros, todos se fueron á sus casas, y lo mismo hicieron parte de la gente de armas y de las guardas que andaban en el campo, porque no los pagaba.

Ya en estos mismos dias tenia el prior de San Juan, don Antonio de Zúñiga, campo formado en el reino de Toledo en favor de los servidores del Rey, y para reducir á Ocaña, que, como queda dicho, estaba alzada con otras ciudades, estando él en el corral de Almaguer, vino allí el guardian de San Juan de los Reyes de Toledo con tratos y amonestaciones de aquella ciudad y de la comunidad della para procurar alguna concordia; y ansí, en 4 dias del mes de marzo se asentó tregua, pensando hallar algun camino de paz ó sosiego; pero, como la tiranía y justicia no se pueden concertar, no se pudo efectuar ni la hubo entre ellos, antes vino en cruel rompimiento de guerra, siendo capitan contra el Prior, por Ocaña y los otros alzados, el obispo de Zamora, principal cabeza destos escándalos.

En Sevilla y en su arzobispado, aunque gozaban en esta sazon de paz y estaban en servicio y obediencia del Rey, no faltó otro azote y castigo de Dios, merecido por los pecados de los que en ella morábamos, y este fué falta de agua del cielo; porque pasó ansí, que habiendo llovido en principio del invierno bastantemente para arar y sembrar, después en lo que quedaba del año de 20 y en todo el resto del invierno del año de 21, y verano hasta la entrada del otro invierno siguiente, no llovió gota de agua en la mayor parte de la Andalucía; de manera que no se cogió pan ninguno, ni quedó yerba ni cosa verde en el campo, y perecieron casi todos los ganados; de lo cual resultó tan gran carestía de pan cual nunca habia sido en esta tierra ni en memoria de hombres; y ansí, ya en estos dias comenzaba la hambre, que después fué muy mayor.

En este mismo tiempo empezó el rey Francisco de Francia á hacer algunos movimientos contra el Emperador por mano de un conde llamado Roberto de Lamarca; y cómo y por qué ocasiones se hizo, y el suceso que hubo después, se dirá en mas conveniente lugar; pero tócase aquí porque se entienda que fué en esta sazon.

CAPITULO XVII.

Cómo pasada la tregua, se tornó á continuar la guerra entre el campo de la Comunidad y el de los gobernadores, y las cosas que en ella pasaron y que en el reino de Toledo hacia el prior de San Juan.

No solamente no hubo órden de paz ni prorogacion de las treguas en el tiempo que duraron, pero aun los ocho dias que se habian asentado no se guardaron enteramente; porque el postrero dellos, que fué en 8 ó 9 de marzo, salieron ciertas compañías de Torre de Lobaton y robaron á algunos que salian de Simancas, y hubo una recia escaramuza entre ellos y la guarnicion que allí estaba; aunque desto se desculpaban los comuneros con los gobernadores, porque dentro del término de la tregua habian metido cierta pólvora que de Portugal les venia; de manera que la guerra se tornó á encender con mayor determinacion y enemistad que de antes entre los leales y comuneros. Juan de Padilla y sus secuaces procuraban por todas vias de matar y prender á los que iban á Tordesillas, y traian por los caminos compañías de arcabuceros para procurar quitar los bastimentos á los que allí estaban; por lo cual el conde de Haro salió un dia al campo con los mas de aquellos señores y de la caballería que allí estaba, y

mató á algunos dellos y trujo mas de ciento y cincuenta presos; y ansí los escarmentó de manera que de ahí adelante no osaban salir ni alargarse tanto á hacer correrías como cuando allí vinieron. Y porque los de la villa de Medina del Campo procuraban y hacian lo mismo los mas de los dias, salieron algunos de aquellos señores hácia allá algunas veces; y tomándolo mas de propósito; acordaron que el conde de Haro con todos ellos (salvo el Almirante, que por ser gobernador y por su edad parecia que debia quedar con la Reina) fuesen un dia á dar vista á Medina y á correr todo él campo; y poniéndolo en efeto, fueron con sus gentes hasta junto á ella, de donde salió mucha gente y se trabó grande escaramuza, en la cual fueron algunos muertos y heridos, y fué preso Quintanilla, capitan de aquella villa, hijo de otro á quien los de la Junta dieron cargo de la Reina cuando se apoderaron de Tordesillas; y parece ser que Juan de Padilla fué avisado por algun vecino de Tordesillas desta salida que los grandes habian hecho, y determinó en el entre tanto de venir él con su campo á Tordesillas y poner en rebato á los gobernadores, y aun decian que traia plática con algunos vecinos para que le diesen entrada; pero teniendo el Almirante aviso desto, lo envió luego á hacer saber al conde de Haro, por lo cual él y todos aquellos señores se volvieron apriesa á Tordesillas, y los contrarios se tornaron del camino, que no osaron llegar á dar vista á la villa. Ansí pasaron algunos dias sin hacer rencuentro ni cosa notable, porque á Juan de Padilla, por haber porfiado de sostener á Torre de Lobaton, se le habia menoscabado mucho su ejército, y no se hallaba poderoso para salir en campo; por lo cual envió luego á Salamanca, Zamora, Toro y otras ciudades á pedir nuevas ayudas y socorros, y por otra parte los gobernadores acordaron de poner en efeto lo que se habia platicado, que era juntarse, viniendo el Condestable de Búrgos, donde estaba con sus gentes, para hacer de las unas y de las otras un ejército bastante para pelear con Juan de Padilla si con los socorros que esperaba saliese en campo; porque estando ansí divididos no se podia hacer nada desto sin grande aventura y riesgo, ni aun habia caudal de gente para ello, habiendo de dejar en Tordesillas el presidio y defensa que convenia.

Tomada esta resolucion, el Condestable y los que arriba nombré que con él estaban en Búrgos, con la gente que tenian, se aderezaron para su partida, para la cual les envió el duque de Nájera, visorey de Navarra, mil soldados viejos y alguna artillería de la que para guarda de aquel reino tenia, porque el Condestable se lo invió á pedir, teniendo lo de Castilla por mas importante; de manera que con este socorro, con la gente que él tenia pagada á sueldo del Rey, y con la que estaba allí suya y de aquellos señores, pudo hacer campo para aquella jornada de tres mil infantes y quinientos hombres de armas, y algunos caballos ligeros y jinetes, toda muy buena gente, sin la que habia enviado con el conde de Salinas, don Diego de Sarmiento, y con don Pero Suarez de Velasco, su sobrino, dean de Búrgos, contra las merindades que todavía andaban alborotadas, y á la sazon habian venido á cercar á Medina de Pomar, villa suya; á los cuales sucedió después bien, porque los que estaban sobre Medina de Pomar no le osaron esperar y se alzaron de sobre ella. En conclusion, el Condestable partió de Búrgos, dejando en la ciudad para guarda y gobernacion della á don Antonio Velasco, conde de Nieva, con la gente que pareció bastante; lo cual sabido por Juan de Padilla y los otros capitanes, pensando ponerle algun embarazo en el camino, enviaron á la villa de Becerril, que es en Campos, por donde habia de pasar el Condestable, que estaba por ellos, á don Juan de Figueroa, hermano del duque de Arcos, con algunos hombres de armas y caballos ligeros para que la defendiesen y hiciesen el estorbo que pudiesen. Llegado allí el Condestable, hizo combatir la villa, y con poco trabajo fué entrada, por ser poco fuerte; y el don Juan Figueroa fué preso, con otro caballero llamado Juan de Luna, que ambos fueron llevados al castillo de Búrgos; y el Condestable prosiguió su camino con el suceso que luego diré, cuanto haga primero memoria de lo que en estos dias habia pasado en el reino de Toledo entre el prior de San Juan y el obispo de Zamora.

Fué ansí, que teniendo el prior gente bastante para salir en campo, que, segun se afirmó, serian seis mil hombres de á pié y de á caballo, y habiéndole venido á ayudar en aquella empresa algunos caballeros, entre ellos don Diego de Carvajal, señor de Jódar, caballero muy principal y esforzado de la ciudad de Baeza, y don Alonso, su hermano, con buena copia de gente de á caballo de deudos y criados suyos, con que hicieron señaladas cosas, salió del corral de Almaguer y se acercó á Ocaña, con pensamiento de la reducir al servicio del Rey por fuerza ó por trato. El obispo de Zamora, que no tenia menos campo, ansí de la gente que él traia primero, como de la que Toledo y Ocaña y otros lugares de aquella comarca le habian inviado, se puso al encuentro, y estando los ejércitos muy cerca el uno del otro para pelear, junto á un lugar llamado el Romeral, algunos religiosos que venian entre ellos les pusieron treguas por tres dias; y tornándose á retirar el Obispo, algunos soldados sueltos del Prior se revolvieron con otros del Obispo, y queriendo un capitan de infantería del mismo Prior ayudar á los suyos, sin él lo mandar ni querer, dió con su compañía sobre otra del Obispo, y de tal manera se trabaron y cebaron, queriendo cada uno favorecer su parte, que el Obispo hubo de volver; y rompiendo los unos escuadrones con los otros, se comenzó la batalla, contra la voluntad del Prior; la cual fué bien porfiada por ambas partes, en que murieron y fueron heridos muchos; pero al cabo, siendo vencidos los del Obispo, comenzó á huir el capitan y gente de Ocaña; y siguiendo la victoría la gente del Prior, sobrevino la noche, la cual fué causa que no la tuviesen del todo entera, aunque hicieron mucho daño en los enemigos. El Obispo con la escuridad de la noche se partió lo mejor que pudo con los que escaparon y pudo recoger del campo, y con ellos se fué á Ocaña; pero sabido que el Prior venia sobre él, y que los de la villa traian sus tratos para se le entregar, se salió della y se acercó á Toledo, y los de Ocaña dentro de tres dias se concertaron con el Prior, alcanzando perdon de lo pasado; se redujeron al servicio del Rey, y le recibieron con cruces y gran demostracion de humildad; y ansí fué el Prior y su campo creciendo en poder y reputacion, viniéndole cada dia nuevas gentes, las cuales puso en frontería en lugares cercanos á Toledo; y aposentándose en Ocaña

por entonces, comenzó á hacer la guerra por la otra parte de Tajo, donde tambien la hacia don Juan de Ribera.

Entre otras cosas que en ella sucedieron, pasó una en la villa de Mora, tierra del maestrazgo de Santiago, cerca de Ocaña, la mas lastimera y desastrada que pudo pasar, y fué que como los vecinos della, siguiendo la voz y vanidad de Toledo, se hubiesen alzado en comunidad y perseverado en ella, vista la pujanza y victoria del Prior, le habian dado la obediencia y hecho con él tratos de concordia; pero como en esta gente popular habia poca verdad y firmeza, tornaron á alborotarse y estar en la primera opinion; y no contentos con esto, pasando por cerca de la villa un capitan del Prior con cierta cabalgada de vacas y carneros de los montes de Toledo, salieron della trecientos hombres y se la quitaron, por lo cual otro dia siguiente don Diego de Carvajal salió con su gente de á caballo y se juntó con don Hernando de Rebolledo, capitan de infantería, al cual el Prior, á instancia de Diego Lopez de Avalos, comendador de Mora, habia enviado con quinientos soldados para les poner temor y hacer guardar lo asentado, y ansí juntos llegaron con sus escuadrones hasta las paredes de Mora, la cual los vecinos tenian toda barreada; y aunque les dijeron que se diesen al Rey y los acogiesen pacíficamente, no lo quisieron hacer; antes llamándolos traidores y diciéndoles otras injurias, les tiraron muchos arcabuzazos y saetazos, de lo cual indignados los capitanes y su gente, entraron por fuerza peleando hasta la iglesia, en la cual, porque era bien grande, habian recogido todas las mujeres y niños, y cerrando y fortificando las puertas, en la una dellas, que dejaron abierta y barreada, pusieron dos falconetes con dos pipotes de pólvora para su defensa; y como llegase la gente y requiriesen á los que guardaban la puerta que se diesen, y ellos no lo quisieran hacer, antes disparando un tiro, mataron á un caporal de don Hernando, indignados los soldados, sin órden ni mandamiento de capitan ni de nadie, trujeron apriesa muchos sarmientos, y derramándolos á las puertas, les pusieron fuego, pensando hacer entrada quemándolos; y como el fuego llegase á la pólvora de los pipotes que de la parte de dentro estaban, fué tanto el ímpetu y fuerza con que ardieron y la llama y fuego que dellos se levantó, que el enmaderamiento de la iglesia y la madera que á la puerta estaba comenzó luego á arder con grande furia; y como la pobre gente que dentro se habia metido no tuviese otra salida sino la de por donde el fuego estaba, y la iglesia cerrada sin otro respiradero, sin poder ser socorridos se abrasaron y murieron casi todos, en que afirman que se quemaron mas de tres mil personas; de lo que al Prior pesó en gran manera cuando lo supo, y á todo el reino puso gran lástima; y ansí pagaron los de Mora su infidelidad y poca fe mas rigurosamente que quisieran los que lo ejecutaron.

El obispo de Zamora entre tanto no habia estado despacio, porque saliendo de Ocaña de la manera que dije, habia ido á Toledo solo y disimulado, dejando su gente dos ó tres leguas de la ciudad; y descubriéndose después y dándose á conocer, luego concurrió todo el pueblo, el cual con grande alboroto le fué á ver y le otorgaron la administracion del arzobispado, como si tuvieran autoridad del sumo Pontífice para ello, y le llevaron á la iglesia mayor y le sentaron en la silla arzobispal; y hecho este vano auto y solemnidad, le dieron después dineros y plata de las iglesias para socorro y paga de sus gentes; con lo cual volvió muy contento á ellas donde las habia dejado, y fué luego sobre el cerro del Aguila, que era de don Juan de Ribera, ya nombrado, y lo combatió y hubo muchas muertes de una parte y de otra. Ansí andaba procurando hacer al Prior el mayor estorbo que podia, contra el cual fué poca parte por los nuevos socorros que le vinieron, entre los cuales vino de Sevilla don Pedro de Guzman, hermano del duque de Medina Sidonia, que hoy es conde de Olivares, con mil hombres de á pié y cien jinetes y alguna artillería de campo, y sirvió muy esforzadamente en esta guerra, aunque era de tan poca edad, que no habia diez y nueve años cumplidos.

En este estado andaban las cosas de Toledo, cuando el Condestable tomó á Becerril, como dije, yendo de camino á se juntar con los grandes que en Tordesillas estaban; el cual caminó de allí con su campo á los 19 de abril, y vino á aposentarse á Peñaflor, que es junto á la Torre de Lobaton, cerca de Valladolid y no lejos de Tordesillas, donde dijimos que el conde de Haro, su hijo, se aposentó la noche antes, que vino sobre ella y la combatió.

Sabida su venida en Tordesillas, se alegraron mucho aquellos señores, y en Valladolid hubo grande alboroto, poniéndose todo el pueblo en armas con diferentes pareceres y votos, unos queriendo y mandando que saliese la gente al campo, sacando el pendon de la villa para ello, otros que se estuviesen quedos para la defender, y en esto pararon al cabo.

Juan de Padilla, estándose todavía en Lobaton, tenia este dia hasta siete mil infantes y pocos mas de cuatrocientos de á caballo, que todos los demás se le habian ido, y esperaba cada hora nuevos socorros de las ciudades; los cuales, por mala órden que en ellas habia en todas las cosas, se habian tardado, y otras, viéndole tan cercano al peligro, rehusaban de venir, en especial agora que la llegada del Condestable habia estorbado la entrada de mil hombres que de Palencia y Dueñas le venian; de manera que se vió claro el ruin consejo que él y los otros capitanes tomaron en se detener allí dos meses como habian estado.

El Almirante y los grandes que con él estaban en Tordesillas, luego que el Condestable llegó á Peñaflor se determinaron de ir á juntar allí con él, y avisándole dello, fué acordado que con la Reina quedase el Cardenal Gobernador y el marqués de Denia don Bernardino de Rojas, que la tenia en cargo, con su compañía de hombres de armas, y Diego de Rojas, señor de Santiago de la Puebla, con la suya y ciertas compañías de infantería; que la una y la otra era gente bastante para la guarda de aquella villa, por estar ya bien reparada en los cuatro meses que allí habian estado. El capitan y gente que estaba en Portillo se invió á llamar para ir con ellos, y el conde de Oñate con la gente de á caballo que en Simancas tenia, que era buena copia, pareció que convenia estarse quedo por entonces para tener embarazados los de Valladolid y para estorbarles que de allí no pudiesen enviar socorro á Juan de Padilla.

Dada esta órden y apercebida por el conde de Haro,

capitan general, la noche antes toda la gente, partieron de Tordesillas domingo de mañana 20 de abril, y aquel mismo dia llegaron á Peñaflor con grande alegría de los que estaban y de los que venian; y los unos y los otros se alojaron y reposaron allí aquella noche, y luego otro dia lúnes en amaneciendo, por no perder tiempo, los gobernadores y capitan general salieron al campo con toda la gente suya y de sueldo, y haciendo reseña hallaron que eran mas de seis mil infantes y dos mil y cuatrocientos de á caballo, los mejores que se pudieran juntar en ningun otro reino, porque entraban en ellos los grandes señores y principales caballeros que se han nombrado, ansí los que fueron en la toma de Tordesillas, como los que de Búrgos vinieron con el Condestable, sin otros muchos que no se han nombrado y que después llegaron. Dos mil y quinientos de á caballo eran hombres de armas, y el resto caballos ligeros y jinetes. Este dia no se hizo mas de ver y entender la gente, y enviar algunos caballos ligeros á reconocer qué disposicion habia cerca de Lobaton para se poder poner sobre ella; porque el parecer de todos era que Juan de Padilla fuese cercado de manera que no pudiese salir de allí sin batalla, porque con ayuda de Dios tenian por cierta la victoria, por la grande y conocida ventaja que en número de gente y bondad le hacian; y con este propósito tornaron á sus aposentos.

CAPÍTULO XVIII.

Del propósito y acuerdo que Juan de Padilla y los otros capitanes comuneros tenian, y cómo pasó la batalla de Villalar, y las cosas que después de pasada sucedieron.

Entendida bien por Juan de Padilla y los otros capitanes comuneros la ventaja que el campo del Emperador les hacia, no atreviéndose á pelear, y temiendo de ser salteados y entrados, cayeron tarde en el error que habian hecho de haber esperado tanto en Torre de Lobaton, y tomaron por el mas sano consejo salir de allí luego lo mas aprisa y secreto que pudiesen, y no parar hasta entrar en Toro donde podian estar seguros con la gente y favor de la ciudad, y esperar que de Leon y Zamora y Salamanca les enviasen socorro; y verdaderamente, si ellos hubieran hecho esto antes cuando tuvieron lugar, ó entonces salieran con ello, la cosa se pusiera en grande peligro y dificultad, ansí por lo dicho como por lo que sucedió de la venida de los franceses, con los cuales se afirma que algunos dellos y otros desta opinion tenian tratos y pláticas por cartas y mensajeros; pero plugo á Dios por la bondad y buena ventura del Emperador, que se ordenó de manera que no acertaron en sus consejós y salieron vanos sus pensamientos.

Queriendo pues poner en efeto Juan de Padilla lo que tenia acordado, otro dia, que fué martes á 23 de dicho mes de abril, antes que amaneciese, con el mas cuidado que pudo mandó levantar y armar su gente, y en comenzando á amanecer, empezó á caminar con ella la via de Toro, en muy buena órden, llevando delante su artillería é infantería en dos escuadrones, y él con la gente de á caballo en su retaguarda.

Los gobernadores y el Capitan General fueron luego avisados por sus corredores que en el campo traian, cómo Juan de Padilla salia de Lobaton, y la via que llevaba, y luego á la mayor prisa que fué posible mandaron tocar alarma, y partieron en su alcance con todo su campo; y porque les llevaba tanta ventaja, que era imposible alcanzarle yendo al paso de la infantería, dejada órden que caminasen cuanto pudiesen, se adelantaron con toda la caballería y alguna artillería de campo, que al paso que llevaban podia ir tirada por caballos; y llegando á vista de los enemigos, les mataron con sus tiros algunos soldados y les fueron dando algunos alcances, pensando desordenarlos y romperlos ó entretenerlos hasta que su infantería los alcanzase; pero ellos caminaban tan en órden y cerrados, que no bastó esto para les desordenar en mas de dos leguas que caminaron ansí; y aun dícese por cierto que dos veces hizo Juan de Padilla alto, y quisiera dar la batalla en dos buenos sitios que se le ofrecieron, viendo que lo habia de haber con la caballería sola, sino que sus compañeros fueron de contrario parecer y se lo estorbaron. Caminando desta manera los unos y los otros, llegando cerca de un lugar que es de la órden de Santiago, llamado Villalar, acabada de subir una cuesta, descubrieron un gran prado que estaba antes de llegar al lugar, por el cual los escuadrones de los comuneros comenzaron á caminar mas apriesa y á se desordenar algo de la vanguardia, con pensamiento de entrar en el lugar.

El capitan general del campo imperial y aquellos señores que con él venian, reconociendo esto, determinaron de dar en ellos; y sin mas lo dilatar, todos á un tiempo, hechas dos batallas, como se habia ordenado en la batalla real, á la mano derecha los gobernadores y todos los mas de los grandes y señores que allí se hallaron, y en la de la mano izquierda la vanguardia, y en ella el conde de Haro, capitan general, con la gente de las guardas y de señores, partieron para ellos.

Ya en este tiempo habia disparado dos veces la artillería de los enemigos desde Villalar, adonde habian llegado, y mató algunos escuderos de la vanguardia, á uno dellos junto al conde de Haro, y otra pelota llevó el pié á Pedro de Ulloa, un caballero de Toro, hijo de Garci Alonso de Ulloa. Juan de Padilla, que aquel dia iba como hombre de armas, con una ropeta de brocado sobre ellas, visto que ya no podia excusarse sino huyendo, determinó de pelear, y habiendo esforzado y mandado esperar su gente, con algunos capitanes y la gente de á caballo que quiso tener con él, salió al encuentro á la batalla real, y rompiendo los unos y los otros, él acertó á encontrarse con don Pero de Bazan, vizconde de Baldueña, el cual aunque iba á la jineta, como caballero esforzado, no dudó su encuentro; pero llegando primero y con mas fuerza la lanza de Juan de Padilla, lo sacó de la silla sin herillo; y siendo fácilmente rompidos Juan de Padilla y los que con él arremetieron, las batallas pasaron á dar en su infantería, la cual si quisiera pelear bien, la victoria fuera harto sangrienta, segun la ventaja que en el número hacian; pero habiéndose comenzado á desordenar por se entrar en el lugar, que fué causa de su perdicion, hubo poca resistencia, y aunque algunos cargaron las picas y esperaron, fueron ansimismo rompidos, y los unos y los otros volvieron las espaldas huyendo. El conde de Haro y algunos señores mancebos y otros caballeros siguieron el alcance gran trecho; Juan de Padilla y don Pedro Maldonado ó Pimentel y Francisco Maldonado, ca-

pitan de Salamanca, y Juan Bravo, capitan de Segovia, habiendo peleado animosamente, fueron presos en la batalla, y el Juan de Padilla mal herido en una pierna al cual prendió dón Alonso de la Cueva, caballero muy esforzado, vecino de Jaen, y dón Hernando de Ulloa, capitan de Toro, y otros escaparon huyendo. Fueron muertos de los comuneros casi quinientos hombres y no mas, porque aquellos señores usaron con los vencidos de misericordia; de los del campo del Rey quince ó veinte escuderos y pocos mas heridos. Ansí plugo á nuestro Señor de dar esta victoria al Emperador, que fué una de las mas importantes que Dios le ha dado, ansí por lo que se remedió con ella en estos reinos, como por lo que excusó y preservó para adelante; lo cual el suceso de las cosas lo mostró bien despues, y acertó á ser en dia del bienaventurado san Jorge y en un campo llamado de los Caballeros, que todo parece que fué ayuda á aquellos señores que fueron ministros della, y ansí el campo en que se dió la batalla como el santo que cayó en aquel dia es muy señalado en estos reinos, por haber nacido en semejante dia la reina católica doña Isabel, tan querida y amada de todos ellos con justa razon. Traian los del campo de la Comunidad cruces coloradas y los del campo del Emperador cruces blancas, que fué remedio que muchos de la Comunidad tuvieron para escaparse, quitándose las coloradas y poniéndose las blancas.

En este tiempo peleó en Alava Martin Ruiz de Avendaño, con gente de Vitoria y de algunas hermandades, contra el conde de Salvatierra don Pedro de Ayala, y desbaratándole, le tomó la bandera. Tampoco esperaron los que estaban sobre Medina de Pomar al conde de Salinas y al dean de Búrgos cuando supieron que iban contra ellos, antes se retrujeron con toda la priesa que pudieron.

Presos estos caballeros, como tengo dicho, otro dia miércoles se mandó hacer justicia dellos; y ansí, fueron degollados Juan de Padilla y Juan Bravo y Francisco Maldonado en el lugar de Villalar con público pregon, en que los declaraban por traidores; el cual como oyese Juan Bravo, capitan de Segovia, cuando lo llevaban por la calle, dijo al pregonero que mentia él y quien se lo habia mandado; y Juan de Padilla, pareciéndole que no era tiempo de semejantes palabras, le dijo: «Señor Juan Bravo, ayer era dia de pelear como caballeros, pero hoy no es sino de morir como cristianos;» y llegados al lugar donde fueron degollados, queriendo el verdugo empezar por Juan de Padilla, dicen que le dijo Juan Bravo que le degollase á él primero, porque no viese muerte de tan buen caballero.

Ansí acabaron los vanos pensamientos destos caballeros con título y nombre de traidores, por haberse puesto en armas contra su rey, que no puede ser mayor deshonra ni afrenta. Perdieron, juntamente con la vida, la nobleza y hidalguía que heredaron de sus padres, ganada por ser leales, en lo cual pueden tomar ejemplo todos los caballeros y hidalgos para nunca apartarse del servicio de su rey por ninguna cosa que acontezca, pues no solamente lo mandan así las leyes humanas, pero las divinas y santas lo disponen tambien; y tanto, que dice san Pablo que aun á los malos reyes y príncipes debemos ser leales.

Hecha esta justicia, de la cual escapó por entonces don Pedro Pimentel, capitan de Salamanca, á intercesion del conde de Benavente, con quien tenia deudo, fué llevado preso á Simancas, aunque adelante hubo el mismo fin, como se dirá. Los gobernadores enviaron requerimientos con trompetas á todas las ciudades que estaban alzadas, para que se diesen á ellos en nombre del Emperador, si no, que irian con su campo á les hacer cruel guerra y castigar como merecian; y el mismo dia ellos y aquellos señores, con toda la gente, tornaron la via de Tordesillas; mas la fama, como mas ligera, habia llegado primero que los trompetas, y fué de tanto efeto perder los comuneros esta batalla, y puso tanto temor la nueva della en los capitanes y pueblos alzados, juntamente con la justicia que se habia hecho, que no pareció sino de la manera que de Sanson cuenta la Sagrada Escritura que tenia su fuerza en un cabello, y cortado aquel, la perdia toda, ansí la tenian ellos en este su campo y en estos capitanes suyos, porque en deshaciéndole, perdieron el ánimo y el esfuerzo, y los orgullos y soberbias se trocaron en temores y humildades; porque pasados tres dias que fué la victoria, vinieron frailes y personas religiosas de Valladolid, á tratar por aquella villa su perdon, y se dió con ellos asiento, excepto á algunos que parecieron mas culpados, siendo los demás perdonados; y dentro de dos dias los gobernadores y los grandes fueron á Valladolid, donde los recibieron con grande solemnidad y obediencia, habiendo sido el lugar de mayores alborotos. Los mas de los exceptados, que creo fueron doce, se ausentaron, y de los que dellos fueron hallados se hizo justicia; y haciendo el mismo concierto en Medina del Campo, partieron los gobernadores para allá, y los mas de los grandes se fueron para sus casas á descansar de los trabajes pasados; y de la misma manera venian cada dia mensajeros de otras ciudades alzadas, y eran recebidos y perdonados, exceptando á algunas personas notablemente culpadas. Las principales dellas fueron Toro, Zamora, Salamanca, Avila y otras; y porque en Segovia, aunque tambien traian el mismo trato, estaba la cosa dudosa y alterada, por las grandes diferencias que allí habian pasado entre la ciudad y el alcázar, que la Comunidad tenia todavía cercado y le pretendia quitar al conde de Chinchon don Hernando de Bobadilla, acordaron los grandes y Capitan General ir con gente de guerra á aquella ciudad á la acabar de apaciguar, aunque se decia ya que los franceses venian sobre Navarra por allanar primero las cosas deste reino; y haciéndolo ansí, fueron recebidos en Segovia con los partidos casi iguales á las otras ciudades; de manera que en pocos dias se redujeron al servicio real todas las ciudades de Castilla que estaban levantadas en comunidad, sino fué Toledo, en la cual pasaban las cosas diferentemente; porque, sabiendo la muerte del Juan de Padilla, en lugar de enviar á pedir misericordia, hicieron de nuevo su capitan al obispo de Zamora, que allí se halló; aunque el Obispo, como algunas aves que reconocen la tormenta y mal tiempo se recogen y apartan al abrigo, ansí él, adevinando el suceso que todo habia de haber, pensando ponerse en cobro, dende á pocos dias se desapareció y huyó de la ciudad en hábito disimulado, y llevando la via de Francia, fué preso en Logroño, y estuvo algunos dias en prision, y acabó conforme á

la vida que había vivido. Pero doña María de Padilla, endurecida mas con la muerte del marido, como estaba apoderada del alcázar y de las puertas, procuraba echar fuera de la ciudad á todos los que le eran sospechosos; y teniendo cerca de sí hombres traviesos y facinerosos, y amigos de guerras y bullicios, estaba hecha señora y tirana de aquella ciudad; de manera que aunque se asentó tregua por ciertos dias con el Prior, que les hacia guerra, para tratar de reducirse al servicio del Rey, no se pudo asentar cosa, porque llegada la nueva que los franceses venian sobre Navarra, doña María y sus valedores se ensoberbecieron de nuevo, y duró lo de Toledo muchos dias, y padeció aquella ciudad por sus durezas grandes daños, por la guerra que el Prior y don Juan de Ribera le hacian. Y ansí duró la comunidad en Valencia (1); de manera que fueron estas dos ciudades como reliquias y opilaciones que suelen quedar de grandes y largas enfermedades á los hombres que no acaban de sanar, y padecen después indisposiciones y trabajos.

(1) De lo ocurrido en el reino de Valencia y en la ciudad de Toledo hasta la completa reduccion de los sublevados y fuga á Portugal de doña María Pacheco, esposa de Padilla, da cuenta Mejía mas adelante, en el libro III de su *Historia de Cárlos V*; pero finalizando aquí el libro que consagró exclusivamente á las Comunidades, y no ofreciendo interés alguno los fragmentos que pudiéramos añadir, preferimos no alterar las divisiones que puso el autor á su obra, dejándola en el punto donde él mismo la termino.

COMENTARIO

DE

LA GUERRA DE ALEMANIA

HECHA POR CARLOS V,

MÁXIMO EMPERADOR ROMANO, REY DE ESPAÑA, EN EL AÑO DE 1546 Y 1547;

POR EL ILUSTRE SEÑOR

DON LUIS DE AVILA Y ZUÑIGA,

comendador mayor de Alcántara.

SACRA MAJESTAD : Suélense hacer á los príncipes presentes de las cosas mas preciadas que halla el que los hace; y así, le hago yo á vuestra majestad de una de mucho mas valor que todas cuantas se pueden hallar, y es una relacion de parte de sus hechos; porque en la de todos ellos, otros ingenios y otro estilo mejores que el mio se han de ocupar. No va tan extendida, que no se pueda añadir mucho en ella; mas va tan verdadera y sucinta, que si algo se le quitase, seria hacer agravio á la verdad del que la escribió. Vuestra majestad la lea, y dé gracias á Dios, que le hizo tan gran príncipe, y tan merecedor de serlo, que es mas; y tambien nosotros se las darémos, pues nos le dió por señor; que tanto le debe vuestra majestad por lo uno, como nosotros por lo otro. De vuestra majestad vasallo y hechura, que sus imperiales manos besa,

DON LUIS DE AVILA Y ZÚÑIGA.

COMENTARIO

DE

LA GUERRA DE ALEMANIA [1].

Estaban ya las cosas de Alemania en tales términos, que habia venido á ser tan grande el poder de los que protestaban la nueva religion, que se via claramente cuán necesario era que Dios pusiese su remedio en ellas. Porque el que con fuerzas humanas podia remediallas tenia tantas dificultades, que por ningun discurso se podia alcanzar el medio que podia tener para remedio de tanto mal; porque si el negocio se habia de acabar por maña y consejo, eran tantos los pueblos y los principales con quien se habia de negociar, que en muy largo tiempo y con muy gran dificultad se pudieran traer á una concordia y voluntad; y si por fuerza se quisiera llevar, era cosa dificilísima, porque la confederacion y liga que entre sí tenian era tan grande, que ninguna parte habia en Alemania donde los luteranos no fuesen los mas poderosos, excepto Cléves y Baviera; la cual, aunque en la profesion era católica, temporizaba con los luteranos, mostrándose tan amiga dellos como de los católicos; de manera que se podia decir casi neutral. Todo el resto de Alemania (no comprehendiendo las tierras del rey de romanos y algunas pocas ciudades imperiales) estaba dentro de la liga Esmalcalda (que así se llama la liga de los protestantes, por el lugar donde se hizo), y las que fuera della están, eran declaradas luteranas. Las católicas principales eran Colonia y Metz de Lorena y Aquisgran y otras pequeñas y muy pocas. Las principales de la liga eran Augusta y Ulma y Argentina y Francfort, ciudades riquísimas y poderosísimas; y sin estas, Lubec y Brema, Brunsvic y Hamburg, ciudades muy principales, y juntamente con ellas otras infinitas. Noremberg y Norling, Rotemburg y otras muchas, cuyo número

(1) El texto que para esta reimpresion hemos adoptado es el de la de Madrid de 1767, hecha por Francisco Javier García, y á falta de la edicion príncipe, que no hemos podido adquirir, y que debió ser defectuosísima, hemos tenido presente la segunda, impresa en Venecia por Francisco Marcolini, el año 1552. El cotejo de una con otra nos ha servido para enmendar los infinitos yerros de ambas, y solo en el principio de la obra hemos hallado inconciliables sus variantes, consistiendo, como consisten, en una adicion que respecto á la impresion de Madrid tiene la de Venecia. Es un exordio ó introduccion, que puede ser muy bien suplemento del editor; mas como en él se refieren algunos preliminares que no carecen de importancia, juzgamos conveniente reproducirlo en su mayor parte, para no privar á los lectores de una ilustracion que ignoramos por qué causa se omitiese posteriormente. El trozo, copiado á la letra, después de unos cuantos períodos en que el aútor encarece la importancia de su empresa, dice así:

«... Escribiré yo pues esta guerra brevemente, como conviene á un comentario, y fielmente, de la manera que la vi, hallándome presente á toda ella cerca del Emperador, mi señor, adonde podia mas particularmente saber y ver la verdad de lo que allí pasaba. Alemaña, provincia grandísima, es hoy toda ella divisa en dos partes por el rio dicho Asimogon *. La que vá y acaba en la ribera del mar Océano llaman comunmente la baja; y la otra, que va hácia Italia, se llama alta. En ambas hay gran número de ciudades, de villas y castillos, parte de los cuales llaman imperiales, por ser, como son, patrimonio del imperio; otra parte es de tierras francas, que viven libres á modo de república; hay tambien otra sujeta á duques, marqueses, condes, barones y señores, ansí eclesiásticos como seglares. Mas de todas ellas y ellos es cabeza y superior el Emperador, elegido de siete príncipes, llamados por esta eleccion electores, tres de los cuales son eclesiásticos: arzobispo de Maguncia, arzobispo de Colonia y arzobispo de Tréveres; los otros cuatro son conde Palatino, duque de Sajonia y el marqués de Brandamburque; los cuales, siendo iguales en votos, tienen por séptimo el serenísimo rey de Bohemia, para poder juzgar mejor en la eleccion. Promete con juramento toda Alemaña al nuevo emperador elegido obediencia y fidelidad contra los inobedientes á su majestad, y promete el Emperador á aquella provincia de conservarle su libertad y leyes. La manera de administrar justicia es por via de dietas, de las cuales es cabeza y autor el Emperador cada vez que se ofrece necesidad de convocar estas cortes por servicio del imperio y beneficio de la provincia. Entre otras muchas y buenas leyes de Alemaña, y que hacen á propósito deste comentario, una es que ningun príncipe, señor, ciudad ó villa pueda mover guerra ni hacer fuerza, con pretexto de religion ó por otras causas, á otro, sin expresa licencia del Emperador ó de la dieta, con condicion que el tal no hubiese sido declarado rebelde del imperio, y dádole, como ellos dicen, el bando imperial; lo cual no quiere decir otra cosa que dar licencia para que cualquiera le pueda matar ó prender, y ansimismo ocuparle los bienes. En el año de 28 del imperio de Carlo V Máximo, Juan Federico, duque de Sajonia, elector, y Filipo, lantgrave de Asia, aquel hombre de gran casta y gran estado, y este de gran séquito y astucia, por ventura no contentos de su fortuna, aspirando á mayores cosas, llevaron tras sí algunos años antes diversos pueblos y señores, con color de una nueva seta luterana, que habia tenido principio de un fraile augustino llamado Martin Lutero, que permite gran libertad y licencia de vida: propio celo para llevar tras sí pueblos; y ansí es que, hallándose los dichos por esto con mucha potencia y soberbia, y con poca obediencia al Emperador y á sus dietas, siendo llamados por él y por ellas, ó no venian, ó viniendo, no tenian el respeto que convenia y eran tenidos á su superior; y eran ya llegados á términos que hecha entre sí la liga (dicha por el lugar donde se concluyó, *Smacáldica*), celebraban aparte entre sí dietas, y hacian ayuntamientos, en depresion de la majestad del Emperador; y habiéndolo él disimulado por algunos justos respetos, y por impedimientos de otros grandes negocios y guerras, ansí de Africa y Hungría como de otras partes; en fin, viendo la soltura destos, y que la llama se iba avivando, de manera que aquella provincia tan antigua, de tanta religion y justicia, por falta de lo uno y de lo otro se venia á perder, si no fuese puesto el remedio oportuno, y viendo que estos dos príncipes, con ayuda de las ciudades y de los demás de su liga, iban á damnificar por su autoridad á quien ellos les venia á cuenta, si bien fuesen sujetos al imperio, el Emperador, movido de tan justas causas, se dispuso al remedio de males tan importantes como se veian y esperaban.»

Hasta aquí la impresion veneciana de 1552, pues aunque después difiere todavía unas cuantas líneas de la de Madrid, que nos sirve de guia, es tan solo en las palabras, yendo las dos acordes en la sustancia; y cuando mas adelante ocurre lo contrario, como sucede algunas veces, preferimos y copiamos la mas exacta.

* Si no es el Danubio ó *Donau*, como le llaman los alemanes, ignoramos á qué otro rio puede atribuirse nombre tan peregrino, que no se halla en ninguna geografía antigua ni moderna. Es evidentemente una errata, pero indescifrable.

es tan grande, que por esto no lo escribo, no estaban en la liga, aunque eran luteranas; de manera que la potencia de las unas y las otras se podia decir que era la del imperio. Los príncipes y señores de Alemania que estaban comprehendidos eran todos los del imperio, excepto el rey de romanos, y duque de Baviera, y duque de Cléves, y algunos pocos gentiles-hombres, que por ser tan pocos, no se hace relacion dellos; y aun destos siempre habia algunos que de nuevo se juntaban en la amistad de los luteranos, los cuales aun fuera del imperio tenian amistades poderosas cuanto sospechosas. Estando pues en esta potencia tan grande, que cada dia crecia su soberbia con ella, juntamente trataban muchas cosas, que no solamente eran la ruina del imperio, mas total destruicion de la república cristiana; porque ellos designaban un nuevo imperio, y juntamente con esto, todas las novedades que se requerian para ser nuevo.

En este tiempo su majestad estaba en Flándes ordenando algunas cosas que tocaban á aquella provincia; las cuales puestas en la órden que convenia, se partió para Alemania, pasando por Utreque, donde hizo el capítulo de su órden del Tuson, y allí le dió á algunos caballeros, ansí de España como de Flándes y Alemania y Italia; y visitando después todo el ducado de Guéldres, pocos años antes ganado por su majestad, vino á Mastrique sobre la Mosa, adonde tuvo algunas embajadas de señores de Alemania; los cuales, entre otras cosas, parecian que estaban algo escandalizados de una fama que entre ellos se habia divulgado, la cual era que su majestad con gran gente de armas y mucha infantería iba en Alemania; mas entendido dél que no pensaba en cosa semejante, se desengañaron dé lo que habian creido; porque su majestad no queria llevar sino la compañía acostumbrada, que eran su corte y quinientos caballos, que ordinariamente todas las veces que pasa de Flándes para Alemania lleva consigo. Y acompañado destos, partió de Mastrique con su corte, donde se despidió de la reina María, su hermana; y por el ducado de Luxemburg, tambien nuevamente cobrado de franceses, entró en Alemania, donde, aunque las sospechas que los della habian tenido estaban al parecer quitadas, no por eso sus intenciones estaban tan seguras, que no pudiera suceder harto peligro dellas; mas su majestad se determinó á todo; y así, llegó á Espira, adonde el conde Palatino y su mujer, sobrina de su majestad, vinieron á visitarle. Tambien el Lantgrave vino allí, cada uno dellos á negociacion, conforme á sus desinios, el Conde á ver si hallaria medio de algun concierto para las cosas de Alemania, y Lantgrave por ver si podria tratar alguna que fuese á propósito de las que él pretendia; mas el Conde no halló aparejo en los negocios para lo que él queria, ni Lantgrave en su majestad para su intencion; y así, se partieron el uno y el otro, y el Conde pocos dias después se juntó con los de la Liga.

Su majestad partió de Espira, habiendo estado en ella cuatro ó cinco dias, y pasando por allí el Rin, atravesando la Suevia, vino á Donavert y á Ingolstat y á Ratisbona, adonde estaba convocada la dieta del año pasado. Allí vinieron procuradores de los príncipes de Alemania y de las ciudades della, y se comenzaron á tratar algunas cosas que tocaban al bien del imperio y república cristiana. En el tiempo que su majestad allí estuvo se casó la hija mayor del rey de romanos, llamada Ana, con el hijo del duque de Baviera, y la segunda, llamada María, con el duque de Cléves. Yo me doy priesa para comenzar la guerra que su majestad hizo contra los luteranos, cuya potencia era tan grandísima; y por esto no me detendré en escribir particularmente todas las cosas que sucedieron antes que se comenzase, ni otras particularidades que tocan al estado en que estaba la religion; porque esto y otras cosas quedarán para los que tienen cargo de escribirlas por extenso. Solamente escribiré aquello que como testigo de vista puedo decir con verdad.

Ya las ciudades de la Liga y señores della comenzaban abiertamente á mostrar cuán poco se habia de concluir en aquella dieta de todo lo que su majestad pretendia, y juntamente con esto se comenzaban á escandalizar, porque entendian que su majestad tenia intencion de poner los negocios en aquellos términos que al servicio de Dios y bien de la cristiandad y al oficio que él tiene convenian, para lo cual habian venido algunos coroneles allí á Ratisbona por mandado suyo; y aunque tan pequeños aparejos para guerra tan grande pudieran estar secretos, no dejaron de saberlo los procuradores de señores y villas que allí estaban, porque verdaderamente no les falta poder ni astucia: así que, juntándose un dia, viniéron á hablar á su majestad todos juntos. La suma de la habla fué decir que habian sabido cómo su majestad mandaba llamar algunos coroneles y capitanes, y que esto era para mandallos hacer infantería; que suplicaban á su majestad les diese á entender si tenia guerra en alguna parte, ó contra quién la queria comenzar; porque ellos procurarian de servirle en ella conforme á lo que pudiesen, como otras veces lo habian hecho. Su majestad les respondió que él mandaba hacer alguna gente, y que esta era para castigar algunos rebeldes del imperio; y que quien para esto le sirviese y ayudase, su majestad le tendria por bueno y leal servidor, y él seria buen emperador, y como ellos dicen, gracioso señor; y que el que hiciese lo contrario, su majestad lo tendria en la misma cuenta que á los rebeldes por cuya causa la guerra se hacia. Y con esta respuesta se salieron los de la Liga, y se fueron á sus posadas, y de ahí á poco á sus casas y de sus señores; y desde aquí se comenzó la guerra, la cual procuraré describir tan particularmente cuanto la memoria me ayudare; mas primero es menester entender dónde estaba su majestad cuando ella se declaró, y los aparejos que en aquel tiempo estaban hechos, porque se entienda cómo fué tan grande la determinacion cuanto la dificultad; la cual entenderá bien el que consideradamente leyere este *Comentario* mio.

Su majestad estaba en Ratisbona, donde la dieta se habia convocado, la cual está asentada sobre el Danubio, y es la última de las ciudades imperiales que están á la ribera deste rio hácia Austria. Su asiento se cuenta en Baviera; es ciudad grande y de las luteranas. Dende allí á Augusta hay diez y ocho leguas, y á Ingolstat, que es el postrero lugar de Báviera, hay nueve. Del Danubio arriba, desde Ingolstat adelante hasta Colonia, toda Alemania, excepto algunos obispos y pocas villas, era luterana; y los que no lo eran, por con-

servarse, daban tambien vituallas á los enemigos, como las otras. El duque de Baviera, aunque católico, trataba estos negocios tan atentadamente, ya que no digamos tímidamente, que tardó en determinarse mucho tiempo; la cual indeterminacion no acrecentó poco la dificultad de nuestra guerra, porque á determinarse mas presto, pudiera su majestad tener las provisiones necesarias un mes antes; y no solamente hubo este inconveniente, mas aun el rey de romanos, por los negocios que se le ofrecieron, tardó en venir un mes mas de lo que su majestad le esperaba, siendo su venida tan necesaria cuanto por las cosas que con él se concertaron se podrá ver; y juntamente con esto, no dejó de dañar mucho el poco secreto ó poco recatamiento que algunos ministros de su santidad tuvieron, y algunos eclesiásticos que, con pasion ó con afeccion, no supieron callar. De manera que los enemigos lo vinieron á entender antes que los amigos de su majestad ni ninguna cosa de las necesarias estuviese en órden; porque el Emperador entonces no tenia levantado un aleman, ni los españoles se habian movido de las tres partes donde estaban, que son las que adelante se dirán, ni su santidad habia comenzado á hacer la gente que habia de enviar. Solamente la determinacion del Emperador era nuestra fortaleza, y el poder de los católicos que tenia en Alemania.

Los de Augusta fueron los primeros que comenzaron á levantar gente y ponerse en arma; y esto no con nombre de ser contra el Emperador, porque en el mesmo tiempo dejaban entrar en su ciudad á todos los criados de su majestad que iban allí á hacer armas ó á pagar las que habian hecho. Ya cuando esto pasaba, su majestad habia enviado sus coroneles para levantar la infantería alemana, los cuales eran Aliprando Madrucho, hermano del cardenal de Trento, y Jorge de Renspurg, soldado viejo y que en muchas guerras habia servido á su majestad; y á Xamburg tambien se dió otra coronelía, y al marqués de Mariñano, el cual era juntamente general de la artillería. Cada uno destos cuatro coroneles habia de levantar cuatro mil alemanes. Estas cuatro coronelías alemanas se hicieron, segun costumbre, dos regimientos: el uno se llamaba de Madrucho, en el cual entraba la coronelía del marqués de Mariñano; y el otro se llamaba de Jorge de Renspurg, en el cual entraba la de Xamburg. Después desto se repartieron entre estos dos regimientos igualmente otras diez banderas que su majestad mandó hacer al bastardo de Baviera y á otros capitanes; de manera que vinieron á ser cincuenta banderas de tudescos, veinte y cinco en cada regimiento. Proveyó su majestad juntamente que viniese don Alvaro de Sande de Hungría con su tercio, que eran dos mil y ochocientos españoles, y que Arce viniese con los de Lombardía, que eran tres mil; y el marqués Alberto de Brandemburg envió luego por los caballos con que era obligado á servir, que eran dos mil y quinientos, aunque parte dellos se debian de dar y se dieron después al archiduque de Austria. El marqués Juan, hermano del elector de Brandemburg, se partió luego para traer seiscientos caballos con que servia, y el maestre de Prusia habia de traer mil; el duque Enrique de Bransvique, el mancebo, cuatrocientos; el príncipe de Hungría, archiduque de Austria, mil y quinientos. Mas toda esta caballería se hacia en tantas partes de Alemania, que para juntarse hubo después grandísima dificultad, por estar en medio dellos y de su majestad todo el poder de los enemigos, como adelante se podrá ver. Ya en este tiempo habia mandado hacer su santidad la gente de Italia que habia de enviar; así que su majestad, habiendo proveido estas cosas, escribió á Flándes al conde de Bura, y enviando recaudo para ello, mandó que trujese diez mil alemanes bajos y tres mil caballos. Todo este campo junto era bastante para combatir con otro cualquiera; mas siendo fuerzas que se habian de juntar de tantas partes, no bastaba ninguna dellas por sí á ser tan poderosa, que con razon combatiese con ninguna de los enemigos; los cuales, antes que su majestad tuviese juntos setecientos caballos y dos mil alemanes de los de Madrucho, y tres mil de los de Jorge, y los españoles de Hungría, salieron de Augusta con veinte y dos banderas de infantería de la misma ciudad, y seis del duque de Vitemberg y cuatro de los de Ulma, y mil caballos y veinte y ocho piezas de artillería, debajo de nombre que iban contra los soldados que habian de venir de Italia, los cuales ellos decian que eran enviados por el Papa para destruir á Alemania, y que en este negocio no tocaban en el Emperador, ni mostraban que por el pensamiento les pasaba de alzar contra él sus banderas, sino contra la gente del Papa; y así, fueron derechos á la Chusa. Y para que esto mejor se entienda, se ha de saber que desde Italia para venir en Baviera se ha de venir por Trento, y de allí á Insprug hay un camino, y desde Insprug para entrar en Baviera hay dos, el uno, por el rio abajo, viene á Rofpstain, que es una villa cercada muy fuerte de Tirol, para entrar en Baviera; el otro es mas alto, hácia Suiza, el cual va po un valle, y á la boca deste valle está un castillo harto fuerte, que cierra la salida dél, y esta es la otra entrada en Baviera. Luego está Fiesen, una villa del cardenal de Augusta; luego Queinten, villa imperial de las primeras luteranas, y luego Memminguen, tambien imperial luterana, y ambas á dos luteranas de la liga de Augusta; y esta fué la causa de la primera empresa dellos, por parecelles que les convenia tener tomado aquel paso que mas cerca de sí tenian; y así, con catorce ó quince mil hombres y mil caballos, llevaron por capitan á Sebastian Xertel, del cual se dice que fué alabardero de su majestad, y cuando el saco de Roma tabernero, y después en la guerra de Sandresí preboste de justicia en los alemanes por su majestad; del cual recibió tanto bien, que en el tiempo desta guerra estaba tan rico y tenido por hombre tan principal de los de Augusta, que por tal fué elegido por general desta empresa, y después lo fué en toda la guerra, de la infantería que las villas daban para ella; así que ellos con este campo llegaron á Fiesen, la cual Xertel tomó sin contradiccion alguna; y yendo sobre la Chusa, se le entregó sin esperar golpe de cañon. Alguna culpa echan al capitan del castillo; mas esto quede para que lo averigüe el rey de romanos, que es su señor. Estaban cerca de allí cuatro ó cinco mil alemanes de los de Madrucho y del marqués de Mariñano, porque los demás estaban en Ratisbona á la guardia de la persona de su majestad: estos mostraron gran voluntad de combatir, mas los coroneles no lo consintieron, por ser la ventaja tan conocida; y aunque no lo fuera, no era razon aventurar la empresa por lo que se ganaba en deshacer la gente de Augusta, pues les

quedaban á los enemigos otras fuerzas muy mayores; y así, estos alemanes nuestros se vinieron por mandado de su majestad á alojar junto á Ratisbona, y lo mismo hizo Jorge de Renspurg, que ya habia hecho su coronelía cerca de las tierras de Ulma.

En este tiempo los enemigos, que habian tomado la Chusa, caminaron derechos á Insprug con intencion de tomalle, que fuera empresa tan importante si la acabaran, que pudieran acabar lo demás; porque puestos allí, eran señores de los dos caminos que tengo dicho que entran de Tirol en Baviera, y tambien lo fueran del que viene desde Italia y Trento hasta Insprug; de manera que cerraban y señoreaban todas aquellas partes por donde al Emperador le podian venir dineros y gente; mas los de Insprug, que tenian á cargo el gobierno de la tierra, proveyeron tan bien lo que convenia, que los enemigos no llegaron allá con cuatro leguas, porque en seis ó siete dias se juntaron diez ó doce mil hombres; y metiéndose con Castelalto parte dellos dentro, los enemigos desesperaron de la empresa; y así, se retiraron, dejando proveida la Chusa y Fiesen. Este Castelalto es un coronel de los mas antiguos de Alemania, vasallo del rey de romanos; el cual, después andando la guerra, mas adelante tornó á cobrar la Chusa.

Ya en estos dias la gente que su santidad enviaba comenzaba á caminar, y ni mas ni menos los españoles de Lombardía y los de Nápoles se habian embarcado en la Pulla, y venian á desembarcar en tierra del rey de romanos, que es junto á la de venecianos, en una villa que se llama Fiume, en la Dalmacia, y de allí, por Carintia y Estiria, habian de venir á Salesburg, y de ahí á Baviera. Los enemigos volvieron á Augusta, habiendo errado la empresa de Insprug, y sabido que estaba guardado el paso de Rofpstain con cuatrocientos españoles arcabuceros, fuera esta empresa harto importante para ellos, mas mucho mas importante fuera si cuando de Augusta salieron vinieran derechos á Ratisbona, porque hallaran á su majestad tan sin gente, que el mas seguro remedio que tuviera era irse por el Danubio abajo fuera de Alemania, porque entonces no estaban juntas las coronelías de Madrucho y Jorge, y los españoles de Hungría no acababan de llegar: solamente el Emperador y su nombre, que vale mucho en Alemania, eran el ejército que teniamos. Artillería no teniamos ninguna, porque se esperaba la que venia de Viena; así que todo estaba tan desproveido, que si los enemigos vinieran, ellos acabaran la empresa sin contradiccion alguna: este fué el primer yerro que ellos hicieron.

En este tiempo el duque de Sajonia y Lantgrave escribieron una carta á su majestad. La suma della era que habian entendido que su majestad queria castigar algunos rebeldes y deservidores suyos, que deseaban mucho saber quiénes eran, porque se pornian en órden para servir á su majestad; y que si por ventura su majestad tenia algun enojo dellos, y si contra ellos era la armada que su majestad mandaba hacer, que ellos estaban aparejados á dar la satisfaccion que fuese razon. A esta carta no respondió su majestad ninguna cosa, porque no responder á ella era su respuesta. Ya cuando ellos esto escribieron estaban juntos, y daban órden en acabar de juntar el campo, del cual tenian puesto en pié una parte muy grande, y habian enviado á todas las villas de la Liga y señores della por la gente que cada uno dellos estaba obligado á enviar. Por otra parte, Sebastian Xertel habia salido de Augusta con toda la gente que llevó á la empresa de Insprug, y vino á Donavert, que es seis leguas de Augusta y catorce de Ratisbona el Danubio arriba, un lugar tan importante como su nombre significa, que quiere decir defensa del Danubio. Es ciudad imperial, pocos años antes hecha luterana y de la Liga. Aquella tomó Xertel, ó por mejor decir, se entró dentro; y allí esperaba que se juntase con el campo del duque de Sajonia y de Lantgrave. Tenia, estando en Donavert, gran aparejo para las cosas que tocaban á los de Augusta, porque era señor del rio Lico, que es el que pasa por ella y divide la Baviera de Suevia: tambien tenia el Danubio, por donde le venian las vituallas de Ulma y de Vitemberg; de manera que el sitio era muy suficiente para alojarse en él un gran ejército, con las cosas que para él son necesarias. Poco después que el campo que con Xertel estaba se habia alojado en Donavert, llegaron el duque de Sajonia y Lantgrave con el suyo; de manera que todo se vino á hacer un poderosísimo ejército, el cual se habia recogido de todas las ciudades de la Liga y señores que entraban en ella. Hallábanse de setenta á ochenta mil infantes, y de nueve á diez mil caballos, y cien piezas de artillería. En este tiempo no tenia su majestad en Ratisbona mas gente de la que tengo dicha, ni otra artillería sino diez piezas que habia tomado á la ciudad prestadas; porque la que esperaba no era venida de Viena. Las nuevas que tenia de gente eran que Xamburg tenia hecha su coronelía á la Montaña-Negra, que los alemanes llaman Xuarezbalt, que con grandísima dificultad podia pasar, porque el camino era por tierras de Ulma, poderosísima ciudad y enemiga, y por Vitemberg el mas poderoso príncipe de la Liga, y que por esto les convenia hacer un rodeo muy grande, viniendo cerca de Constancia por el lago della, y después por Tirol, camino menos peligroso que este otro, pero muy mas largo. Tambien tenia nueva que los españoles de Nápoles eran embarcados, y que la gente del Papa era hecha y venia, y que los españoles de Lombardía comenzaban á caminar, y el príncipe de Salmona, capitan de la caballería ligera de su majestad, con seiscientos caballos ligeros venia juntamente, y que la artillería de Viena, que se traia por el rio arriba en barcas, comenzaba á venir. Mas el enemigo estaba muy cerca, y todas estas cosas requerian tiempo para juntarse, en el cual el duque de Sajonia y Lantgrave pudieran con su poderoso ejército sin contradicion ninguna venir á Ratisbona, y hallar á su majestad con diez ó doce mil hombres, y muy poca artillería, y menos vitualla, y la villa no tan fortificada que se pudiera esperar en ella, y aunque lo fuera, no era justo dejarse sitiar el Emperador, no teniendo otro socorro sino la gente que esperaba. A mi juicio, si el duque de Sajonia y Lantgrave vinieran, ellos sacaran de Ratisbona á su majestad, y sacándole della, le sacaban de Alemania; y el venir fuérales muy facil, que no dejaban á sus espaldas cosa que les estorbase, sino era una bandera de infantería que estaba en Rain, que es una villa del duque de Baviera, que está una legua de Donavert, y dos banderas de infantería que estaban en Ingolstat con don Pedro de Guzman, caballero de la casa de su majestad; y aunque habia allí gente del du-

que de Baviera, hábia en ella poca demostracion de querer dañar al enemigo; así que, dejaron de hacer una empresa, á mi parecer y de otros muchos, muy hecha; y este fué el segundo yerro, y muy importante, que ellos hicieron, no venir desde Donavert, en juntándose, derechos á Ratisbona; mas fueron sobre Rain, la cual se les rindió sin esperar batería, y dejando salir la gente que estaba dentro con su bandera y armas, sin hacer ningun daño en ella, pusieron otra bandera dentro, y de ahí vinieron sobre Neuburg, adonde asentaron su campo. La villa estaba por ellos, porque era del duque Otto Enrique, primo de los duques de Baviera, y del conde Palatino, señor luterano. El lugar es fuerte y con puente sobre el Danubio, tres leguas de Donavert y tres de Ingolstat. Ya el rey de romanos era partido de Ratisbona para Praga, donde él y el duque Mauricio de Sajonia se habian de concertar por órden de su majestad para entrar en tierra del duque de Sajonia, elector. Este duque Mauricio es uno de los duques de Sajonia, porque, segun la costumbre de Alemania, todas las cosas se reparten entre los linajes della, y este es gran señor, y siempre ha tenido, aunque luterano, enemistad con el duque de Sajonia, su pariente, aunque al tiempo que esta guerra se comenzó estaban en paz; mas después de comenzada, su majestad puso al bando del imperio al duque de Sajonia y á Lantgrave como rebeldes. Este bando del imperio, como está dicho, es dar las tierras de los rebeldes á todos los que quisieren tomarlas; y así, el rey de romanos y el duque Mauricio se juntaron para tomar el estado de Sajonia, el cual les venia muy á propósito, porque confinan todas las tierras dél con las suyas.

En este tiempo vino aviso á su majestad que los enemigos determinaban de tomar á Lanzuet, que es una villa del duque de Baviera puesta en el camino de Ratisbona para Insprug, que era aquel mismo por donde su majestad esperaba toda la gente que habia de venir de Italia y de la Selva-Negra, y no habia otro, por estar tomado el de la Chusa; y si esto ellos hicieran después de la empresa de Ratisbona, no podian hacer cosa mas acertada, porque puestos allí (lo cual fácilmente pudieran hacer), dejaban á su majestad encerrado en Ratisbona, y poníanse en parte que ninguna gente de la que su majestad esperaba, aunque salieran de Tirol, pudieran llegar á Ratisbona, porque los españoles y los italianos habian por fuerza de venir allí, y ni mas ni menos los alemanes de la Selva-Negra que traia Xamburg, y después desto pudieran dejar aquel lugar fortificado y proveido, y volverse sobre Ratisbona, adonde haciendo ellos esto, pudiera ser que estuvieran los negocios de su majestad en ruines términos, y por esto él acordó de proveer á peligro tan evidente, y con su persona ir á defender aquella tierra, á la cual se enderezaba toda la fuerza de los enemigos. Y dejando en Ratisbona cuatro mil tudescos y una bandera de españoles, y la artillería y municiones, que todo era venido ya de Viena, y dando el cargo dello á Pirro Colona, su majestad con la resta del campo partió para Lanzuet, adonde llegó en dos alojamientos, y alojando el campo, él no quiso alojar en la tierra, sino fuera della. Allí determinó de esperar á los enemigos y á la infantería que de Italia habia de venir, si pudiese llegar antes que ellos. La nueva de la venida de los enemigos cada dia crecia, y se sabia que habian pasado de Ingolstat, donde, demás de las dos banderas que allí estaban, y de la gente que el Duque allí tenia, que era el mayor número, habia docientos arcabuceros italianos; mas los enemigos pasaron sin hacer ni recebir daño, porque la gente del duque de Baviera, aunque estaban declarados por servidores de su majestad, no estaban declarados por enemigos de los otros. Su majestad, sabiendo la nueva, no hizo otra provision sino enviar á todos los cabezas que esperaban gente que les hiciesen hacer conveniente diligencia, y él entre tanto eligió aquel sitio aparejado para combatir con los enemigos cuando viniesen, porque esto era lo que él tenia determinado de hacer, pues no lo haciendo, se les habia de dejar á Alemania en su poder pacíficamente, lo cual su majestad determinaba que no fuese así, porque como muchas veces yo le oí decir hablando en esta terrible guerra, muerto ó vivo él habia de quedar en Alemania. Con esta determinacion, esperó allí á los enemigos, con los cuales pudo tanto la persona y el valor del Emperador, que sabiendo ellos que Ratisbona estaba razonablemente proveida, y él puesto en parte donde ya ellos no podian quitalle la gente que le venia, sin pelear con él, y sabiendo que él estaba determinado de hacello, acordaron de parar estando ya á seis leguas de nosotros, y así campeando, Minique é Ingolstat se entretuvieron en estos dias.

El duque de Sajonia y Lantgrave enviaron un paje y un trompeta á su majestad; el paje traia una carta puesta en una vara, como es la costumbre de Alemania, que cuando uno hace guerra á otro le envia una carta puesta así, notificándosela. Estos fueron llamados á la tienda del duque de Alba, capitan general de su majestad, el cual les dijo que la respuesta de aquello á que venian habia de ser ahorcallos; mas que su majestad les hacia merced de las vidas, porque no queria castigar sino á los que tenian la culpa de todo; y así, les dejaron volver, dándoles impreso el bando que el Emperador habia dado contra sus amos, porque ellos mismos se lo llevasen, que á mi parecer fué respuesta muy acertada. Su majestad no curó de ver la carta, porque debian de ser desvergüenzas de Lantgrave, de las cuales él suele ser buen maestro. La infantería italiana llegó á Lanzuet casi en este tiempo; la cual era una de las hermosas bandas que yo he visto salir de Italia: serian diez ó once mil infantes y seiscientos caballos ligeros. De todo venia por capitan el duque Octavio Farnese, nieto de su santidad y yerno del Emperador. Tambien vinieron docientos caballos ligeros que el duque de Florencia envió á servir á su majestad, y ciento del duque de Ferrara. Tambien llegaron en estos dias los españoles de Lombardía, muy excelentes soldados, y poco después los de Nápoles, soldados viejos muy buenos; de manera que todos estos tres tercios eran la flor de soldados viejos españoles. Ya los alemanes de Xamburg, hechos en la Selva-Negra, habian llegado; los cuales, aunque habian rodeado, no dejaron de pasar muchos pasos peleando con los enemigos, que por todas aquellas partes tenian gente para poderlo hacer. Ya habia en nuestro campo forma de ejército, porque tenia su majestad entonces, con los que estaban en Ratisbona, diez y seis mil alemanes altos, que aun eran veinte mil de paga, y por las cuentas que suele haber entre la infantería, se hallaban cerca de ocho mil españoles y diez

mil italianos. Habian venido tambien seiscientos caballos del marqués Juan de Brandemburg por Bohemia. El marqués Alberto tenia hasta ochocientos; el maestre de Prusia hasta docientos; porque todos los otros del marqués Alberto y suyos y del Archiduque, que serian tres mil y quinientos ó cuatro mil caballos, aun no eran llegados al Rin, el cual era defendido con gente de los enemigos. De manera que su majestad, con la gente que habia traido de Flándes y con los de su corte y docientos caballos del Archiduque, tendria dos mil caballos armados y mil caballos ligeros, harto buena caballería la una y la otra; mas la infantería no la he visto tal á mi parecer, porque yo vi los alemanes que su majestad llevó á Viena cuando fué contra el turco, y estos que agora llevaba eran mejores, y vi los españoles que allí iban entonces, y estos eran mejores; y ansimismo los italianos, y esta era mas hermosa banda. Tambien vi los alemanes, españoles é italianos que su majestad llevó á Túnez, y los que después llevó á Provenza, y los que después llevó cuando tomó á Guéldres, y hizo retirar al rey de Francia con su campo de Cambrasi; mas no me parece que ninguna de las bandas de aquellas tres naciones se igualase con estas de agora, por buenas que eran. Lo mismo dicen los que con el Emperador se hallaron en la guerra de Sandesi y vieron el campo que en ella tuvo, y parece ser que estos soldados eran mejor gente que la otra, aunque era muy escogida, la cual yo no vi, por estar ausente. Después que todo esto fué junto, su majestad partió de Lanzuet, y fué á Ratisbona por tomar su artillería y la gente que allí habia dejado, y desde allí salir á buscar á sus enemigos. Llegado á Ratisbona, mandó poner en órden treinta y seis piezas de artillería, parte dellas de batería y parte de campaña, y dejando tres banderas en guarda de la artillería, se partió con todo el campo la via de Ingolstat, que era por donde los enemigos andaban campeando. Habia desde Ratisbona á Ingolstat nueve leguas; estas se repartieron en cuatro jornadas, y así, el primer dia su majestad anduvo tres leguas, y otro dia dos y media, y alojóse con el campo en un lugar sobre el Danubio, llamado Neustat; allí habia una puente sobre el mismo lugar sobre la ribera, y demás desta, su majestad mandó hacer dos de las barcas que traia en el campo para estos efetos, porque determinando de pasar por allí el rio, hubiese mas presteza en ello.

Estando en esto, le vino aviso que el duque de Sajonia y el Lantgrave con todo su campo, por la otra banda del Danubio, tomaban el camino de Ratisbona. Empresa era bien entendida; mas su majestad envió luego cuatrocientos arcabuceros españoles á caballo y dos banderas de tudescos, los cuales pusieron tan buena diligencia, que aquella noche, como les mandó, entraron en Ratisbona, la cual con esto estaba ya segura, porque si los enemigos no venian sobre ella, no era menester mas gente, y si venian, bastaba hasta que su majestad llegase á socorrella con su campo, lo cual se pudiera muy bien hacer, por estar el Danubio en medio del de los enemigos y el nuestro; mas ellos, avisados que habia en Ratisbona buena guardia, ó sabiendo que su majestad queria pasar ya el rio, y les podria tomar las espaldas y quitalles las vituallas, habiendo llegado tres leguas de Ratisbona, dieron la vuelta hácia Ingolstat, dándose mucha priesa á salir de los bosques y pasos estrechos donde se habian metido, en los cuales es opinion que se les pudiera haber hecho gran daño; mas el no haber pláticos de aquella tierra en el campo de su majestad, y haber ellos hecho extremada diligencia en salir dellos, lo estorbó. Con todo, se enviaron algunos arcabuceros españoles y caballos ligeros; mas ya llegaron á tiempo que los enemigos estaban en campaña rasa; así que no sirvieron de mas de traer lengua de que los enemigos caminaban la via de Ingolstat, aunque mas á mano derecha. El Emperador pasó la ribera en dos dias, y alojóse con su campo en un valle y sobre una montaña cerca del rio. Este alojamiento estaba poco mas de dos leguas de Ingolstat. Esta pasada fué de grandísima importancia; porque demás de hacer al enemigo que anduviese mas recogido que hasta allí, y no tan señor de la campaña como habia andado, fué mostralle que se llevaba determinacion de combatir con él cuando el lugar lo permitiese. Allí se fortificó nuestro campo de una trinchea pequeña, porque el lugar donde el duque de Alba le habia alojado, estaba tan bien entendido, que no se requeria mayor; allí se tuvo una arma, aunque no salió verdadera. Nuestros soldados se pusieron tan bien en órden, que se vió evidentemente la voluntad que tenian de combatir. Al cabo de los dos dias su majestad partió de allí, teniendo nueva que los enemigos se habian alojado de la otra banda de Ingolstat seis millas, porque fué tanta su diligencia para tomar aquel alojamiento, que ya estaban en él un dia antes que su majestad saliese del suyo. Convenia mucho que su majestad con diligencia fuese á Ingolstat, por no dejar aquella tierra en peligro que los enemigos la pudiesen tomar, porque desde ella podian dar fácilmente gran estorbo á que mosiur de Bura se juntase con nuestro campo, ó ya que no la tomasen, que no viniesen á entrarse en un alojamiento que estaba entre ella y el alojamiento de donde su majestad partia; mas antes que él partiese, habiendo considerado cuánto importaba, estando ya tan vecino á los enemigos, alojarse siempre superior dellos, mandó que se visitasen dos alojamientos, el uno á una legua grande de Ingolstat, que es el que tengo dicho, y estaba en nuestro camino, y el otro junto á Ingolstat, de la otra banda; porque conviniendo tomar el que estaba mas cerca de la villa antes que nuestro campo llegase el otro dia, era muy bueno y era necesario tomarle antes que su majestad saliese del suyo; y por esto el dia antes se habia enviado á Juan Batista Gastaldo, maestre de campo general, á que particularmente reconociese el un alojamiento y el otro, y él con la mayor diligencia que pudo otro dia de mañana partió con todo el campo, el cual iba repartido en avanguardia y batalla, y el artillería y bagaje iban á nuestra mano izquierda á la banda del rio, la caballería á la derecha, y en medio la infantería. El duque de Alba llevaba la vanguardia, y su majestad la batalla, con el duque Juan, el marqués Alberto y su caballería, el maestre de Prusia, el archiduque de Austria el príncipe de Piamonte y el marqués Juan de Brandemburg. Los españoles, italianos y tudescos se mudaban á dias, conforme á la órden que el Duque les daba; y así, iban en la vanguardia ó en la batalla, por quitar la concurrencia entre ellos. Caminando su majestad en esta órden, llegó al primer alojamiento de los dos

que tengo dicho, y allí comió un poco en tanto que la batalla caminaba, porque la vanguardia ya estaba cerca; y de allí, tomando el duque de Alba consigo veinte caballos, llegó á Ingolstat, y miró el otro alojamiento que estaba junto á él muy particularmente. Es menester saber que aquel dia por órden de su majestad habia enviado el duque de Alba al príncipe de Salmona y á don Antonio de Toledo, para que con parte de la caballería ligera y docientos arcabuceros españoles á caballo reconociesen los enemigos, con los cuales tuvieron una muy hermosa y brava escaramuza, habiendo salido los enemigos á ella tan fuertes como es costumbre; mas siendo esta escaramuza por los unos y los otros retirada, se tornó por otra parte á comenzar, y de nuevo tornaron á ella; y salieron los enemigos tan fuertes y tan acrecentado el número de sus escuadrones, que el aviso que á su majestad vino fué que con todo su campo venian los enemigos á combatir con el nuestro; así, fué necesario que su majestad lo mandase poner en órden; y mandado al duque de Alba que de punto en punto le avisase del proceder de los enemigos, él volvió al lugar donde habia mandado afirmar la vanguardia y la batalla, que era en el alojamiento que tengo dicho, que estaba en nuestro camino; y escogiendo allí sitio dispuesto para combatir, puso la infantería en lugar conveniente, y la artillería y gente de á caballo donde habian de estar. Así estuvo esperando la venida de los enemigos; de los cuales, segun su semblante, se creyó que querian combatir. Paréceme á mí debajo de mejor juicio, que si ellos caminaran aquel dia, y vinieran á combatirnos en el camino, que pudieran poner la cosa en gran aventura, aunque el lugar que su majestad habia ocupado para la batalla era harto favorable para nosotros. En este tiempo, pareciéndole á su majestad que ya los enemigos habian de haber parecido si aquel dia habian de combatir, porque ya era algo tarde, pensó caminar; mas el Duque le envió á decir que se afirmase, porque tenia aviso que los enemigos hacian mucha muestra de pasar adelante; mas de ahí á un rato le envió á decir que su majestad podia caminar con el campo, porque el semblante de los enemigos habia parado en recogerse dentro del suyo. Este variar fué en algo causa del partir tarde; mas viendo su majestad cuánto mas se aventuraba en esperar á llegar otro dia, que no en llegar tarde aquella noche, y cuánto se daba á los enemigos en darles una noche y parte de otro dia de espacio para mejorarse de alojamiento, y que habian errado en no estorbarnos nuestro camino con el campo, llegó, aunque algo tarde, á su alojamiento, el cual era de la otra banda de Ingolstat hácia los enemigos, teniendo la villa á las espaldas, á la mano izquierda el Danubio y un pantano, y á la mano derecha y á la frente la campaña. Estas dos partes hizo cerrar el duque de Alba aquella noche; y puso tanta diligencia, que antes que viniese el dia dejó el campo la mayor parte dél cerrado. Pareciónos á algunos que á venir otro dia los enemigos, nos dieran algun trabajo, por algunas razones que para ello se podian dar; mas ellos estaban tan confiados en su muchedumbre y ánimos, que cualquier tiempo les parecia aparejado para acabar la empresa; y así, con esta confianza Lantgrave habia prometido á toda la Liga que dentro de tres meses él echaria á su majestad de Alemania ó le prenderia; á las cuales palabras dieron tanto crédito las ciudades y señores dellas, que, como cosa hecha, venian y daban algo mas de lo que les pedian; y así, trajo setenta ú ochenta mil infantes y mas de diez mil caballos y mas de ciento y treinta piezas de artillería; mas los enemigos aquella noche estuvieron quedos, sin hacer mas diligencia de traer algunos caballos por la campaña. Otro dia su majestad estuvo en aquel alojamiento proveyendo las cosas necesarias contra las que los enemigos podian hacer; los cuales aquel dia no hicieron movimiento ninguno. Otro dia siguiente se fué á reconocer su alojamiento, que, como tengo dicho, estaba á seis millas pequeñas del nuestro, en lugar fortísimo, porque por la mano derecha y por la frente tenian un rio hondo y un pantano, lo cual todo era guardado de un castillo que sobre el rio estaba asentado, por las espaldas un bosque muy grande, y por el otro lado una montañeta, donde tenian puesta toda su artillería. Hubo al reconocer una escaramuza, mas fué de poca cualidad.

Otro dia los enemigos pusieron su caballería é infantería en escuadrones, y sacáronla á la campaña; pensóse que era para venir á nuestro campo, mas no fué sino para tomar la muestra de toda su gente, la cual, después de tomada, la redujeron á su alojamiento. Otro dia después se levantaron de allí, y vinieron á alojarse á tres millas de nuestro campo, en un alojamiento fuerte que era sobre unas montañuelas, las cuales, aunque tenian el agua un poco lejos, su majestad habia pensado ocupar, porque estando mas cerca del enemigo, le parecia que podia haber mas aparejo de dañalle. La disposicion deste alojamiento era tal, que el mismo sitio le ayudaba á defenderse. Aquella noche que los enemigos se alojaron allí, el duque de Alba, habiéndolo consultado con su majestad, envió á don Alvaro de Sande y á Arce con mil arcabuceros, y dándoles órden de lo que habian de hacer y guias que sabian bien la tierra, ellos se partieron, y atravesando por unos bosques, dieron en el alojamiento de los enemigos á la una ó á las dos después de media noche, y degollando sus centinelas, dieron en el cuerpo de su guardia, donde hicieron muy gran daño á los enemigos, matando muchos dellos, hasta que todo su campo se puso en órden; y así, se volvieron, habiendo hecho este daño y dádoles una bravísima arma, sin perder sino dos ó tres soldados, de los cuales habia ganado uno un estandarte de caballo; y créese que por yerro los mismos nuestros le mataron: esto mismo se piensa de los otros; de lo cual fué causa la escuridad de la noche. Los enemigos estuvieron en aquel alojamiento; el cual pasado, el duque Otavio con Juan Batista Sabelo, capitan de la caballería del Papa, y Alejandro Vitelo, capitan de la infantería italiana, habian concertado de dar con su gente una brava escaramuza á los enemigos, y así se comenzó á poner en órden otro dia; mas los enemigos, teniendo el mismo designio, habian ocupado cierto lugar en un bosque, el cual era escogido del duque Otavio y destos sus capitanes para aquel negocio; mas los enemigos fueron los que comenzaron, dando en unos sacomanos nuestros que estaban en un casal cerca del bosque; y así, aquel dia hubo una escaramuza, que aunque no salió como se habia ordenado, fué buena, y los enemigos recibieron daño en ella de los arcabuceros que con Ale-

jandro estaban, y de una parte y de otra hubo algunos muertos y presos. Estaban ya los dos campos tres millas uno de otro, y no habia en medio dellos sino un pequeño rio, el cual por muchas partes se pasaba, y estos pasos estaban los mas dellos muy mas cerca de su campo que del nuestro; de manera que las escaramuzas no podian hacerse sin que la una de las partes pasase á esperar.

Estando la cosa en estos términos, y su majestad pensando la manera que habria para dañar al enemigo, porque ya estábamos tan cerca, que levantándose de allí ó no levantándose convenia hacello, y teniendo respeto á la mucha arte que se habia de tener para esto siendo tan inferiores en el número de la gente como éramos, los enemigos se levantaron de su alojamiento antes que amaneciese, con todo su campo en órden y toda su artillería; la cual ellos podian traer muy á su voluntad, por ser toda aquella campaña muy abierta y desembarazada; y así, cuando amaneció, habian ya pasado el rio que tengo dicho, y caminaron derechos la vuelta de nuestro campo. Este aviso vino á su majestad, y él luego cabalgó, y mandando poner el campo en órden, halló al duque de Alba á las trincheas, que estaba proveyendo lo que convenia; las cuales trincheas no estaban tan altas como el primer dia que se hicieron, porque con háberse labrado mas en ellas, la gente que salia del campo pasaba sobre ellas, y ansí estaban mas bajas. Ya el dia era claro, y la niebla que habia comenzaba á deshacerse; y así, se podia mejor considerar la órden que los enemigos tenian; la cual, cuanto yo pude comprehender, era esta. Venian en forma de luna nueva, porque la campaña, espaciosísima, á todo daba lugar: á su mano derecha traian el pantano que estaba á la nuestra izquierda, el cual era hácia el Danubio, y por esta parte venia un escuadron de gente de á caballo grosísimo, acompañado de ocho ó diez piezas de artillería. A mano izquierda de aquel, un poco apartado, venia otro escuadron de caballos, tambien muy grueso, acompañado de otras veinte piezas, y así toda su caballería repartida en escuadrones y acompañada de su artillería, la cual se mostraba extendida por la campaña como los caballos, y no caminaba en hileras, sino á la par, porque juntamente pudiesen tirar las piezas que quisiesen, y desta manera sacaron todas sus piezas y toda su caballería. Su infantería venia en escuadrones detrás de sus caballos. Víase muy bien la infantería por los espacios que habia entre los escuadrones de la gente de armas. Desta manera venia el Landgrave á cumplir la palabra que habia dado á las villas de la liga. Nuestro campo se ordenó para combatir conforme á los cuarteles de como estaban alojados. Los españoles estaban á la frente de los enemigos, y tenian el pantano á la mano izquierda; luego cabe ellos, á la mano derecha, estaban los alemanes del regimiento de Jorge con una manga de arcabuceros españoles, y luego dando vuelta hácia la derecha, la mas de la infantería italiana, porque alguna parte della estaba en el fuerte que se habia hecho dentro del pantano. Luego tras ellos, siempre siguiendo la mano derecha, estaban los alemanes del regimiento de Madrucho; desde ellos hasta la villa estaba abierto; y así, parte de aquel espacio se cerró con las barcas de nuestras puentes, y lo demás que quedaba por cerrar se ocupó con nuestra gente de á caballo, la cual estaba en cuatro escuadrones, porque si los enemigos con su caballería vinieran por aquella banda, estando nuestra caballería puesta en aquel fuerte, pudiésemos combatir con ellos; y tambien era sitio conveniente para cargar, si por la parte que las trincheas estaban mas bajas cargaran sus caballos, y para esto se habian dejado algunos espacios entre los escuadrones de nuestra infantería.

Ya los enemigos en este tiempo comenzaban á allegarse, tirando con su artillería, y desta manera, con la órden que traian, ciñeron nuestro campo desde el pantano, que era á nuestra mano izquierda, hasta casi la mitad de la campaña, que estaba á nuestra mano derecha, tirando siempre y tan cerca, que muchas piezas de las suyas, especialmente las que traian á la mano derecha, no tiraban seiscientos pasos de nuestros escuadrones. Nuestra artillería tambien tiraba, mas la suya era ayudada de la disposicion de la tierra. Su majestad habia dado vuelta por todo el campo y visto la órden que el duque de Alba habia puesto en él; y después, así como estaba á caballo y armado, se volvió á poner delante su escuadron, y de allí algunas veces iba á los escuadrones de los alemanes y los rodeaba, y otras tornaba á los españoles, y otras á los de los italianos, dando los enemigos en los unos y en los otros muchos golpes de artillería, los cuales tenian en muy poco los nuestros, viendo á su majestad entre ellos; por donde se conoce claramente cuánto importa en estas cosas la presencia de un príncipe ó capitan general, especialmente teniendo buena opinion entre sus soldados. Los enemigos, habiéndose acercado adonde á ellos les pareció que bastaba para batirnos á su placer, hicieron alto con sus escuadrones de á caballo y infantería, y comenzaron con todas las bandas de su artillería á batirnos tan apriesa y con tanta furia, que verdaderamente parecia que llovia pelotas, porque en las trincheas y en los escuadrones no se via otra cosa sino cañonazos y culebrinazos. El duque de Alba estaba con los españoles á la punta del campo, adonde batia de mas cerca el artillería de los enemigos, una pieza de las cuales llevó un soldado que estaba junto á él, que andaba proveyendo algunas cosas necesarias. Lo demás que se esperaba era, que después de habernos batido los enemigos, arremeterian, de lo cual dos veces habian hecho semblante muy conocido, y habia ordenado que toda nuestra arcabucería estuviese sobre aviso á no disparar hasta que los enemigos estuviesen á dos picas de largo de nuestras trincheas; porque desta manera ningun tiro de nuestros arcabuceros, que eran muchos y muy buenos, se perderia, y si tiraban de lejos, los mas fueran en balde; y así, mandó que las primeras salvas, que suelen ser las mejores, se guardasen para de cerca. Los enemigos batian todavía, de manera que parecia que de nuevo entonces lo comenzaban, hecho alto con sus escuadrones, á los cuales tiraba la artillería nuestra; mas como tengo dicho, la disposicion de la tierra ayudaba á que no les hiciese mucho daño, ni la suya quiso Dios que lo hiciese en los nuestros, aunque muchas veces daba dentro dellos; tanto, que en el escuadron de su majestad entraron hartos cañones y culebrinas, pasándole tan cerca á él las pelotas, que muchos dejaban de mirar su peligro por el del Emperador; especialmente una pelota dió dél tan derecho y tan cerca, que cualquier golpe que hiciera, estaba el peligro muy mani-

fiesto; mas plugo á Dios que quedó enterrada en la parte donde dió. Otra pieza mató dentro del escuadron un archero de la guardia de su majestad, otra llevó un estandarte, otras dos mataron dos caballos: este fué el daño que se hizo en el escuadron de la corte, con dar muchas piezas dentro dél. En los otros escuadrones, aunque tambien fueron bien batidos, se haria poco mas daño que en el nuestro. Seis piezas de las nuestras reventaron aquel dia; una dellas mató cinco soldados españoles y hirió dos.

Los enemigos se daban tanta priesa á tirar, cuanto ellos vian que era menester para desalojarnos á golpes de artillería, como Lantgrave lo habia hecho; y así, no se via otra cosa por el campo sino pelotas de cañon y culebrinas, dando botes con una furia infernal. Otras daban en los escuadrones alemanes y españoles y italianos, y en todos ellos se hizo poco daño, aunque el número de los golpes fué muy grande; y con toda esta furia y este nunca cesar, no hubo escuadrón que se moviese, y no solamente escuadron, mas ningun soldado se meneó de su lugar, ni volvió la cabeza á mirar si habia otro mas seguro que el que tenia. Habia durado el batir de los enemigos siete ú ocho horas sin cesar, cuando pareció que se cansaban de tirar y tomaban otro designio, y no venian á combatir con nosotros, viendo que estábamos mas firmes de lo que habian pensado. Lo cual conociendo su majestad, y que ya comenzaba á haber flojedad en ellos, mandó que la gente de á caballo se fuese á su alojamiento, y que todos estuviesen aparejados para que si fuese necesario, volviesen á pié á las trincheas. Alguno podria ser que quisiese entender á qué fin dentro de un campo cerrado estábamos á caballo, porque parece cosa impertinente, habiendo trincheas delante, combatir á caballo. A esto se responde que las trincheas, con no se haber labrado mas de la primera noche, en algunas partes estaban tan bajas, que fácilmente se podian atravesar, y nuestra gente de á caballo estaba puesta adonde ellas faltaban; y por donde los enemigos podian entrar con su gente de armas, allí estaba la nuestra; y así, por la órden en que ellos nos venian á combatir, en aquella estábamos aparejados á defender. Todo el tiempo que los enemigos batian habia el duque de Alba puesto fuera de las trincheas algunos arcabuceros españoles, los cuales escaramuzaban con los enemigos que estaban á la guardia de su artillería, digo de aquella que habian traido á la parte del pantano, junto á una casa grande y aparejada para defenderse: esta estaba seiscientos pasos de nuestras trincheas. Los enemigos la tomaron, y proveyeron de arcabuceros, y desde allí defendian su artillería, que estaba delante de la casa hácia nuestras trincheas: así que, en un mismo tiempo los enemigos batian, y nuestros soldados escaramuzaban con los suyos que estaban puestos á la defensa del campo. Ya aflojaba su artillería y dejaba de batir, habiéndolo hecho nueve horas; y así, la comenzaron á retirar mas cerca de la casa y del rio pequeño que tengo dicho, donde habia unos molinos, junto á los cuales y por el rio arriba habian asentado sus pabellones y tiendas, haciendo una trinchea á toda su artillería en el mismo lugar que aquel dia habian tenido, salvo la que estaba á la parte del pantano, que la retiraron mas hácia la casa donde tengo dicho; y así estuvieron con sus escuadrones tendidos por la campaña hasta que anocheció, que se retrujeron adonde tenian asentado su campo, el cual tenia el asiento de manera que la una punta, que estaba hácia el pantano, estaba á ochocientos pasos de nuestro campo, y la otra de su mano izquierda, que estaba mas lejos, estaba dos mil y quinientos pasos.

Aquella noche estando Lantgrave cenando, tomó una copa, y segun la costumbre de Alemania, bebió á Xertel, diciendo estas palabras: «Xertel, yo bebo á los que hoy hemos muerto con nuestra artillería;» á lo cual el Xertel respondió: «Señor, yo no sé los que hoy hemos muerto, mas sé que los vivos no han perdido un pié de su plaza.» Dícese que aquel dia Xertel habia sido de opinion de venirnos á combatir á nuestras trincheas, y que Lantgrave no habia querido; y parecióme á mí que lo consideró mejor; porque aunque en estas cosas acaecen muchas veces cosas fuera de razon, por ser varios los acaecimientos de la guerra; pero bien mirado, no era gente la que el Emperador allí tenia para poderse desalojar así de un alojamiento, aunque no muy fortificado; cuanto mas que la muestra que desto Lantgrave pudo tomar fué bastante para dalle clara experiencia dello, pues habiéndonos batido tantas horas y tan furiosamente, no pudo conocer señal de flaqueza en nuestro campo; antes via que nuestros soldados en el mismo estaban en la defensa dél, y salian á escaramuzar con los suyos á la boca de su artillería. Así que el consejo del Xertel no me parece á mí que le sucediera bien, y que fué muy mas sano el de Lantgrave. Tambien dicen que el duque de Sajonia habia aconsejado que nos combatiesen otro dia como llegamos allí; mas la misma razon fuera la del un consejo que la del otro. En fin, ellos se gobernaron como tengo dicho, habiendo los enemigos tirado aquel dia novecientos golpes de cañon y culebrina.

Aquella noche se proveyó que todos los carros del campo trujesen fagina para levantar los reparos de las trincheas, y todos los soldados por sus cuarteles labraban de manera, que otro dia amaneció el campo tan fortificado, que se podia estar detrás de los reparos á la defensa muy seguramente. Juntamente con esto el duque de Alba hizo alargar aquella noche la trinchea, tomando mucha parte de la campaña hácia los enemigos, por la parte que los españoles estaban fortificados de la misma manera, y la parte del campo que el dia antes habiamos tenido abierto se puso en mas seguridad.

Aquel dia los enemigos dejaron descansar su artillería, y echaron algunos arcabuceros sueltos para provocar á los nuestros que saliesen de los reparos á escaramuzar; y así se hizo, porque salieron ochocientos ó novecientos arcabuceros españoles, los cuales escaramuzaron con los enemigos en aquella campaña rasa, y fué la escaramuza de manera, que los enemigos fueron forzados á sacar mil caballos en favor de sus arcabuceros, y estos vinieron en tres escuadrones: el primero seria de cien caballos, los cuales venian sueltos y esparcidos; los otros dos venian en su órden detrás uno de otro. Nuestros arcabuceros estaban trecientos ó cuatrocientos dellos derramados, y en su retaguardia estaban hasta quinientos. Los cien caballos de los enemigos, que venian sueltos, embistieron á los primeros de nuestros arcabuceros, confiados en ser la campaña rasa, en la cual por la mayor parte los caballos suelen

tener ventaja á los arcabuceros; mas los nuestros los recibieron de manera, que los hicieron volver huyendo, y así, tuvieron necesidad que el segundo escuadron, que traia un estandarte amarillo, viniese á socorrerlos, cargando en nuestros arcabuceros; mas ellos les dieron una ruciada tan apretada, que le abrieron por medio, y volvió como los primeros; y cargándole siempre nuestros arcabuceros, vino el tercero escuadron, que traia un estandarte colorado; mas á este se le dió por nuestros arcabuceros una carga tan buena, que ni mas ni menos que á los otros dos le abrieron, y hicieron volver las espaldas hasta dentro de sus trincheas, quedando hartos dellos heridos, y caballos y caballeros caidos en la campaña: cosa bien de alabar, y por tal fué alabada de su majestad, porque á la verdad el sitio era desigual, siendo caballería contra arcabuceros: así se acabó aquella escaramuza, y tambien el dia.

Aquella noche el duque de Alba hizo á los gastadores, los cuales eran bohemios, y serian hasta dos mil, y son los mejores gastadores de cuantos puede haber en el mundo, que labrasen en una trinchea nueva, la cual partió y se tiró á la parte de la casa que los enemigos habian ocupado, hasta llegar á cuatrocientos pasos della; de manera que los mosquetes de la una parte y de la otra se alcanzaban, y de suerte, que podiamos decir que llegaba nuestro campo á cuatrocientos pasos del suyo. Era esta trinchea ayudada de una cierta disposicion de tierra, de manera que con lo que en ella se labraba se llegaba bien á cubierto hasta la distancia que tengo dicho que habia desde ella á la casa que los enemigos tenian ocupada, la cual ellos tenian tambien fortificada con trinchea; y de la nuestra tenia cargo don Alvaro de Sande con su arcabucería española. Obra era de que á los enemigos les pesaba harto, viendo cuán á su despecho nos allegábamos cerca dellos, y conocióse bien esto por los muchos cañonazos y culebrinazos que de contino allí tiraban.

En este tiempo el duque de Alba, habiéndolo tratado con su majestad, habia ordenado de enviar al marqués de Mariñano y á Madrucho con su regimiento, y á Alonso Vivas con su tercio, á degollar tres mil suizos que estaban alojados en el burgo de Neuburg, los cuales habia dejado allí el duque de Sajonia y Lantgrave en guardia de cierta artillería que allí estaba y de la tierra; mas aquel dia se habian venido á su campo por mandado dellos; y así, cesó esta empresa, la cual se cree que hubiera buen efecto, porque ellos estaban de la otra banda de la ribera y lejos de sus amigos, alojados en arrabales abiertos, y no con mucha guarda; el camino por donde los nuestros habian de ir era muy encubierto y con muy buenas guias para él; el puente por donde habian de pasar nuestros soldados, junto á nuestro campo; y finalmente, todas las cosas que para ello se requerian, muy bien proveidas.

Otro dia los enemigos en la misma órden que el primero se pusieron en campaña, y sacando su artillería, comenzaron á batir nuestro campo con grandísima furia, aunque no acercaron todas las piezas tanto como el primer dia, porque la trinchea nueva que habiamos sacado hácia la casa, les hizo tener respeto á que por aquella parte no llegasen tanto su artillería. La batería fué bravísima y comenzada muy de mañana, y fuimos batidos por mas partes que el primer dia, porque por la mano derecha de nuestro campo se extendieron á la campaña con su artillería mas que la primera vez. Su majestad oyó misa aquel dia en las trincheas junto á un caballero que estaba enfrente dellas contra los enemigos, y allí comió entre los soldados de Lombardía y de Nápoles, cuyo cuartel era aquel. Los enemigos tiraban continuamente, mas hacian muy poco daño, porque todos los soldados estaban á los reparos, y aunque algunas veces habia piezas que los pasaban, eran pocas. Adonde el Emperador estaba murió uno, porque un tiro le llevó una alabarda de las manos al que la tenia, y aquella alabarda mató á otro que estaba cabe él. Aquel dia una pieza de artillería pasó la tienda de su majestad y la sala y cámara donde él dormia, que dentro de la misma tienda estaba hecha de madera. Habiendo los enemigos batido hasta las cuatro horas de la tarde, el Duque mandó á Alonso Vivas que saliese con quinientos arcabuceros de su tercio, y escaramuzase con unos que los enemigos habian sacado fuera; y la escaramuza fué tan buena, que les ganó la primera trinchea de dos que tenian, y después revolvió sobre los que estaban en la casa; y escaramuzando con ellos hasta que ya era tarde, y habiéndoles dado muchos arcabuzazos, se retiró con muy buena órden á nuestro campo. Aquella noche se dió una arma á los enemigos bravísima, como fueron todas las que se les habian dado después que allí llegaron; de manera que los tenian tan desvelados y desasosegados, que teniendo los dias en escaramuzas, las noches estaban puestos en arma, como entonces se sabia por los prisioneros, y muchos dellos nos habian dicho después de nuestra trinchea, que se habia tirado hácia la casa, que los apretaban mucho: así que el ímpetu y furioso acometimiento de los enemigos comenzó á amansarse, porque ya les traiamos tan recogidos, que sus caballos, que solian andar docientos pasos de nuestro campo, reconociéndole, no se llegaban á él con mil y quinientos, porque nuestros arcabuceros los traian bien apartados dél, y nuestro alojamiento estaba asegurado con los reparos, y la trinchea nueva se llevaba adelante, porque su majestad queria desalojar sus enemigos de allí, como después lo hizo, porque se viese que el que habia venido á desalojalle á él, aquel mismo era desalojado; y así, la trinchea se tiraba hácia la casa, la cual ganábamos con ella, y ganada, batíase tan fácilmente todo el campo de los enemigos, que en ninguna manera del mundo podian dejar de levantalle.

En este tiempo el conde Palatino envió trecientos caballos al campo de los enemigos, los cuales anduvieron en esta guerra hasta pocos dias antes que fuesen rotos. El Conde, entre otras disculpas que después á su majestad dió, fué decir que aquella gente él la habia enviado al duque de Vitemberg por la amistad y liga que con él particularmente tenia muchos años habia, y que no la habia enviado contra su majestad, sino que el Duque la hizo ir por fuerza al campo de los enemigos. Sea como fuere, cuantos mas fueron contra su majestad, tanto mayor fué la vitoria que Dios le dió. Siempre hubo escaramuzas en estos dias, y algunas cosas señaladas bien hechas de soldados particulares.

Otro dia de mañana bien temprano comenzó la tempestad de artillería de los enemigos á batir nuestro campo; mas ya la mayor parte de sus piezas tiraban de

mas lejos de lo que hasta allí habian hecho. Esta furia en el tirar duró hasta mediodía y cesó, hasta la tarde, que tornaron á dar otra muy buena ruciada. Y porque mejor se entienda lo que en aquellos dias tiraron los enemigos, es bien saber que, sin las pelotas que quedaron perdidas y las que no entraron en nuestro campo, solamente de las que se recogieron en la tienda del capitan de la artillería se hallaron mil y setecientas pelotas. Siempre las escaramuzas de los arcabuceros eran ordinarias, y aquella noche se les dió una arma por la parte de la casa con la arcabucería, que toda la noche les hizo estar con el campo en órden. Esto era ya tan continuo, que nunca faltaban sus escuadrones de la plaza del arma, y nuestra trinchea estaba tan cerca, que el salir della era entrar en las suyas. Habian perdido allí muchos caballos y muchos soldados muertos y heridos, y demás desto, nuestra caballería les hacia muy gran daño, tomándoles la vitualla por todas partes, y así se pasaban muy gran trabajo. Nunca los dejábamos estar sosegados, sino de noche y de dia sus caballos é infantería puestos en escuadron; de manera que determinaron de desalojarse, viendo que no les convenia otra cosa, y aquella noche pasaron el rio pequeño el artillería gruesa y carruaje con tanta diligencia, que otro dia antes que amaneciese no se via tienda en todo el campo, sino solamente sus escuadrones, que comenzaban á pasar el agua, aunque ya toda su infantería era pasada, porque esta era la que ellos echaban delante, y toda la caballería iba en trece ó catorce escuadrones con algunas piezas de campaña que quedaban en retaguardia. Con esta órden caminaron la vuelta de Neuburg. Su majestad envió algunos caballos ligeros á reconocer bien el camino que los enemigos tomaban, y él con el duque de Alba y algunos otros caballeros fué á ver la órden que llevaban, la cual era esta que digo, que era haber enviado su artillería gruesa delante, y luego su infantería, y luego su caballería. Era hermosísima cosa de ver toda la campaña cubierta de infantería, y los altos della de escuadrones de caballos. Con esta órden en dos alojamientos llegaron á Neuburg.

Su majestad tenia ya nueva que el conde de Bura habia pasado el Rin á pesar de los enemigos, cuyo capitan era el conde de Aldamburg, dejado allí por Lantgrave para este efecto, y que ya estaba cerca de Francfort. Era el campo que traia harto poderoso para contrastar después de pasado con los enemigos, que le defendian el Rin; mas no lo era para con ellos y con el de la liga todo junto, y por esto su majestad le avisó de cómo habia desalojado al duque de Sajonia y al Lantgrave, los cuales habian tomado la vuelta de Neuburg, y de allí la de Donavert, desde donde habrian tomado camino para él. Pareció conveniente cosa dar este aviso al conde de Bura, porque ya estaba tan adelante de Francfort, que pudiera el enemigo tomar este designio. El conde de Bura traia tres mil caballos á su cargo y cuatro mil que se le habian juntado de los del marqués Alberto de Brandemburg y maestre de Prusia y archiduque de Austria, sobrino de su majestad; los cuales, por no ser poderosos para pasar el Rin, aguardaron la venida del Conde, que traia veinte y cuatro banderas de alemanes bajos, muy buenos soldados, y cuatro banderas de españoles de los que habian andado en servicio del rey de Inglaterra contra Francia, y dos de italianos de los que se habian hallado en aquella misma guerra, y docientos arcabuceros de á caballo italianos, y doce piezas de artillería. Los enemigos que defendian el Rin eran treinta y seis banderas y mil y docientos caballos. El Conde hizo pasar cinco mil soldados una noche tres leguas mas arriba de donde los enemigos estaban, y ocupó una villa, con que era señor de aquel paso, por donde después pudo pasar todo el resto del ejército sin contradicion, y después en Francfort trabó una gruesa escaramuza con los enemiges, y matando muchos dellos, los encerró dentro de la tierra. Esta nueva tuvo su majestad luego, aunque muy difícilmente se podia tener aviso y enviallo, por haber tantas tierras de los enemigos en medio, y esto para ellos era muy fácil, juntamente con otras cosas que á nosotros eran difíciles, por ser ellos señores de todo.

El duque de Sajonia y el Lantgrave estuvieron en Neuburg dos dias, de donde vinieron á su majestad diversos avisos; porque unos decian que los enemigos pasaban el Danubio para entrar en Baviera, otros decian que iban á Donavert. Su majestad determinó de esperar á ver el designio que tomaban, conforme á lo que mas conviniese hacer; mas ellos á cabo de dos dias partieron con su campo, y en dos alojamientos fueron á Donavert, dejando en Neuburg tres banderas de infantería para defender la tierra. Este fué otro yerro gravísimo que ellos hicieron; porque tenian allí un alojamiento fortísimo, con muy gran comodidad de agua y leña, y muchas vituallas, y eran señores del rio, por el puente que Neuburg tiene, y muchas aldeas para forraje de sus caballos, y por ellas paso libre para correr toda Baviera superior hasta Menique. Tenian asegurado el paso de Lico, que es el rio de Augusta, con la villa de Rain, que de allí tenian tomada, la cual estaba segura; porque para ir allá habiamos de dejar á Neuburg á nuestras espaldas. El campo del Emperador no podia ir á Augusta sin que ellos llegasen primero, ni á Ulma tampoco, porque ellos estaban en el paso; mas no mirando todas estas cualidades buenas, ó por ventura teniendo respeto á otras cosas, se levantaron de aquel alojamiento y fueron al de Donavert, haciendo este yerro, que, al parecer de muchos, fué grande. Habiendo estado en Donavert el duque de Sajonia y Lantgrave dos ó tres dias, Lantgrave fué sobre una villa del duque de Baviera, que es dos leguas de allí, llamada Lembigueu, la cual se le rindió, y él metió comisarios dentro para las vituallas; y habiendo hecho esta empresa, se volvió á Donavert, adonde tenia su campo en un sitio fortísimo. En todo esto Lantgrave escribió á las ciudades muchas cartas, dándoles cuenta de todas las cosas que pasaban, encaresciéndolas de manera, que daba á entender haber hecho mucho mas de lo que habia hecho; engrandeciendo las escaramuzas y muertes y prisiones muy principales; y todo esto fingia, porque al cabo de sus cartas siempre enviaba á pedir dineros; lo cual á las ciudades no era muy agradable, porque ya se acercaba el término en que habia prometido echar á su majestad de Alemania ó prendelle, y vian que no llevaba el negocio la órden y facilidad que les habia prometido y ellos pensaban.

En estos dias vino aviso á su majestad cómo Lant-

grave habia ido sobre Bendiguen, y que aquel era el camino para ir contra mosiur de Bura, y que así se afirmaba en el campo de los enemigos que lo querian hacer; por lo cual su majestad despachó algunos hombres platicos de la tierra á mosiur de Bura, avisándole del camino que debia tomar, para que, apartándose un poco de aquel que los enemigos habian tomado, pudiese el Emperador juntarse mas presto con él, porque esto era lo que tenia determinado; y ya que esto no pudiese ser, seguir al enemigo y tomalle en medio, porque lo uno ó lo otro era la razon de la guerra; no dejar que el campo de los enemigos fuese á encontrar con los de mosiur de Bura, y su majestad volver contra las ciudades principales; las cuales de razon el duque de Sajonia y Lantgrave las habian de dejar tan bien proveidas, que fuera cosa vana el sitiallas, y entre tanto pasara gran peligro aquella parte tan principal de nuestro ejército, siendo tan grande desigualdad la que habia en el número de la gente, porque el campo del Duque y de Lantgrave era muy poderoso; cuanto mas que ya se habian juntado con él treinta y seis banderas que sobre el Rin tenia, y los caballos que con él estaban. Algunos son de parecer que los enemigos lo erraron en esto, los cuales estaban en Donavert. En todo este tiempo ya habian pasado el Danubio diez ó doce mil infantes y algunas piezas de artillería; y hecho un fuerte sobre el rio Lico junto á Rain, los alojaron allí; de manera que se pusieron como hombres que querian hacer cabeza de la guerra, en el sitio que habian tomado, porque con el paso de Lico aseguraban lo de Augusta, y con el de Donavert sobre el Danubio aseguraban lo de Ulma.

Ellos, contentos con esto, se estuvieron quedos y afirmaron muy despacio en aquel alojamiento. Y Mosiur de Bura en este tiempo, habiendo pasado por Francfort, viniendo por Rotemburg, habia llegado cerca de Norimberg, y parecía que los enemigos ya no podian salirle al camino; por lo cual su majestad acordó de esperalle allí en Ingolstat, adonde pocos dias después llegó con todo su campo, del cual tengo ya hecha particular relacion. El Emperador salió á la campaña el dia que él entró, y vió toda la gente del Conde, que era muy hermosa, así la de á pié como la de á caballo; y habiendo reposado dos dias, determinó de seguir á los enemigos, y acordó que fuese yendo primero sobre Neuburg; porque no era razon dejar una tierra tan fuerte y tan bien proveida á sus espaldas, especialmente estando sobre el Danubio, que es una ribera tan principal, y que tanto importaba al un campo y al otro; por lo cual su majestad quiso él mismo ir á reconocer aquella tierra, y tomando consigo la caballería ligera y alguna parte de la arcabucería española, se partió de Ingolstat muy de mañana, y llegó á Neuburg á buena hora, adonde anduvo reconociendo la tierra; y para hacello mejor, se apeó, y el duque de Alba con él, en el cual tiempo los enemigos tiraban hartos golpes de artillería menuda y arcabuces.

Yo no me oso determinar si es bien que un príncipe ó capitan general, cuya persona importa el todo, se ponga en estos peligros como un capitan ó soldado particular; porque por otra parte veo cuán necesario es que el que es cabeza y gobierna un negocio entienda y conozca por vista de sus ojos cómo está la cosa que quiere emprender. Así que entre estas dos opiniones yo no quiero dar mi parecer; júzguelo quien mejor lo entendiere.

Habiendo pues reconocido su majestad aquella tierra, se volvió á Ingolstat, y otro dia mandó levantar el campo, y que se echasen dos puentes sobre el Danubio, que con las que habia de la misma tierra, eran tres; de manera que en muy breve tiempo pasó el ejército, y se alojó media legua de Ingolstat, camino de Neuburg. Desde este dia en adelante caminó el campo en otra razon que hasta allí habia caminado; porque hasta aquel tiempo íbamos repartidos en dos partes, que era á vanguardia y batalla. La causa desto era ser el número de nuestra gente tan pequeño, que si hiciéramos retaguardia, cualquiera parte destas tres de nuestro campo fuera tan flaca, que ninguna de los enemigos dejara de ser mas fuerte que ella, por ser tan superiores en el número de la gente; y por esto nuestra vanguardia y batalla, que cada una dellas era de dos escuadrones de infantería y dos de caballos, iban mas fuertes para lo que pudiese suceder; mas, como digo, de aquel dia en adelante hubo para hacer el tercero del ejército; y así, mosiur de Bura una vez iba en avanguardia con el duque de Alba, otras, cuando le cabia, llevaba la retaguardia, porque otras veces la llevaba el maestre de Prusia y el marqués Alberto. Desta manera su majestad en dos alojamientos llegó á media legua de Neuburg, donde el mismo dia, dos horas después de comer, vinieron los burgomaestres de la villa (que así se llaman los gobernadores de las tierras de Alemania) á rendille la villa, de su parte y de los capitanes que en ella estaban puestos por el duque de Sajonia y Lantgrave. El rendirse fué á la voluntad de su majestad, porque de los unos y de los otros hiciese lo que fuese servido. Fué gran cosa que un lugar tan fuerte y tan bien proveido y tan cerca del socorro y puente ganada de la misma tierra por donde el socorro podia venir, se rindiese así; y túvose con razon en mucho. En este tiempo ya los enemigos habian desamparado á Rain; solamente sostenian el fuerte que habian hecho sobre Lico. Antes desto habia habido muchos pareceres que su majestad no debia ponerse sobre Neuburg, por ser tan aparejada para ser socorrida y defendida; mas á él pareció hacello así por otras razones, las cuales sucedieron en este efecto. Rendida esta tierra, el duque de Alba por órden de su majestad hizo entrar dentro en la villa dos banderas de tudescos, y la gente de guerra que estaba en ella fué metida aquella noche en una isla que hace el rio junto al castillo.

Otro dia su majestad, con la órden que el dia antes habia traido, se vino á alojar en las huertas y arrabales de Neuburg. Allí fueron quitadas las armas á los soldados que habian salido della, aunque pudiera su majestad quitalles tambien las vidas, que, como rebeldes á su príncipe, tenian perdidas; pero mas quiso mostrar clemencia que severidad, y tomándoles juramento que no servirian contra él, les mandó dar licencia. Tambien la dió á los capitanes, habiéndoles mandado decir que no los castigaba porque sabia que como hombres engañados habian venido á hallarse en aquella guerra. Ellos dijeron que no solamente engañados, mas que por fuerza habian sido traidos á ella. Habiendo estado su majestad tres dias en el alojamiento de Neu-

burg, hizo muestra general del ejército, en el cual se halló número de ocho ó nueve mil caballos y cuarenta y ocho ó cuarenta y nueve mil infantes, que, aunque era mas el nombre, faltaban algunos, así por heridos y muertos, como por otras enfermedades.

Después de recebido el juramento de fidelidad de la villa y tierra, y puesto en ella gobernador, se partió á buscar el enemigo, porque su intencion era verse con él en lugar igual que se pudiese combatir; y así, deseaba acercársele, y por eso determinó de pasar el Danubio por la puente de la misma villa, y por otras que allí se hicieron, y fué la vuelta de Donavert, donde, como dije, los enemigos estaban acampados, haciendo cabeza de aquel sitio para toda la guerra; su majestad en dos alojamientos llegó á asentar su campo una legua pequeña del de los enemigos, en una aldea que se llama Marquesen. Habia desde allí á Donavert lo que tengo dicho; el camino era poco, mas cuanto á la posibilidad de poderse hacer, la distancia era mucha, por ser todo un bosque espesísimo, y los caminos estrechos; tanto, que por cada uno no cabia mas de un carro; y esta espesura comenzaba desde nuestro campo y acababa junto al suyo; y tomaba desde el rio Danubio, que estaba junto á nuestra mano izquierda, y iba tornando á la mano derecha, y prosiguiendo siempre, paraba en una villa que estaba dos leguas del campo nuestro, llamada Monham. El Emperador mandó reconocer estos bosques, y vióse con cuánta dificultad podia un campo caminar por ellos; mas queriéndose acercar á los enemigos, parecióle que habiendo disposicion cerca de su campo de podernos alojar, que haciéndonos señores del bosque, con nuestra arcabucería se podia pasar; y por esto mandó al duque de Alba que reconociese la disposicion que habia para nuestro campo entre el de los enemigos y el bosque. Y así, el duque de Alba fué otro dia con alguna caballería de arcabuceros, los cuales repartió por el bosque en las partes que convenian, y él con algunos pocos que apartó, pasó adelante hasta llegar donde se acababa, que era tan cerca de la trinchea de los enemigos, cuanto un tiro de un sacre. El Duque tomó consigo cuatro ó cinco, y á pié salió un poco fuera del bosque en lugar donde via muy bien todo el sitio de los enemigos; los cuales estaban tan atentos en labrar, que no tuvieron cuidado de tirar allí, aunque tiraban á otras partes. El sitio que ellos tenian era desta manera. El bosque que estaba entre el campo de su majestad y el suyo, se acercaba tan cerca dellos, que no habia en medio sino un raso, que tenia de ancho cuatrocientos ó quinientos pasos. Acabado este llano, comenzaba una descendida harto áspera, y luego una subida de la misma manera. En lo alto de la subida por toda la frente della á la larga de como iba el valle que hacia esta subida y descendida, tenian los enemigos hechas sus trincheas y sus reparos, los cuales iban hasta que por su mano izquierda se juntaban con el bosque. Por aquella parte se tornaba á juntar con su campo, de manera que en la delantera se servian de foso con este valle que tengo dicho, y á su mano derecha se fortificaban con el Danubio, y las espaldas con la villa de Donavert y el rio Prens, que junto á ellas entra en el Danubio. Así estaban los enemigos alojados. Para alojar nuestro campo no habia lugar; porque, demás de ser el espacio que habia entre el bosque y el campo de los enemigos tan estrecho, que era imposible alojar ninguna parte del nuestro, no habia ningun medio de tener agua, así por no habella en todo el bosque, como por ser la descendida al Danubio muy difícil y áspera, y juntamente con esto aquel poco espacio que habia, donde cuatro banderas no se pudieran alojar, cuanto mas el campo todo descubierto de su artillería, estando el suyo muy cubierto de la que contra ellos allí se pusiese. Con esta relacion volvió el Duque á su majestad, y viendo que por allí no era posible acercarnos al enemigo por las causas que tengo dichas, su majestad comenzó á pensar qué camino se tomaria para sacar al enemigo de sitio tan fuerte como el que habia tomado; porque estar ellos allí y el bosque en medio, era nunca llegar la cosa al cabo, y que la guerra fuese muy mas á la larga; y así, se acordó que caminásemos á la mano derecha con nuestro campo la vuelta de aquella villa que se llama Bendinguen, dejando á los enemigos á la mano izquierda.

Es bien saber que el Emperador, demás de haber andado por Alemania muchas veces, y tener entendido parte della, tiene una descripcion universal de todo, muy diligentemente hecha; la cual, como los negocios lo requieren, tiene tan estudiada, que verdaderamente comprehendió el sitio de las villas y tierras donde están asentadas, con las distancias de las unas á las otras, que mas parece que las ha andado personalmente, que no que las ha visto en pintura; y así, tuvo siempre opinion que yendo con su campo sobre Bendinguen venia á estar alojado junto á Norling, y puesto allí, estaba en tierra de muchas vituallas y á las espaldas de los enemigos, y el sitio aparejado para quitalles todas las que de aquella parte les venian. Entre tanto que el Emperador se vino á resolver en esta determinacion, siempre hubo algunas escaramuzas en aquel bosque, porque siempre salian soldados de una parte y otra á buscar lo que habia en las aldeas y villas que por allí habia; y tambien algunos caballos salian algunas veces; aunque pocas, y así, los muertos de una parte y de otra no fueron muchos. Y venido el dia que el Emperador habia de partir, mandó desalojar el campo del alojamiento de Marquesen, y con la órden acostumbrada, haciendo una niebla grandísima, se vino á alojar á Monham, una villa del señorío de Neüburg. Otro dia de buena hora desalojó de allí su majestad y vino en litera, por estar malo de su gota; y llegando cerca de Bendinguen el duque de Alba, le envió los burgomaestres que se habian venido á rendir.

Su majestad tuvo aviso que parecian caballos de los enemigos en la retaguardia, por lo cual la mandó reforzar de alguna arcabucería, porque para la disposicion del camino estos eran los mas necesarios; y así, les puso en parte donde pudieran aprovechar si los enemigos hicieran otra provision ó diligencia; mas como no la hicieron, no fué necesario que su majestad hiciese otra ninguna. Aquel dia se alojó el campo entre Bendinguen y Norling, guardando siempre esta órden. La vanguardia estaba siempre en escuadron, hasta que llegaba la batalla, la cual en llegando, hacia luego sus escuadrones, y alojábase la vanguardia; y la batalla aguardaba á que la retaguardia llegase; y venida, alojábanse todos. Esta órden se tuvo en toda la guerra. Alojado pues el campo de su majestad en este alojamiento, se supo cómo el mismo dia Norling habia

recibido dos banderas del duque de Sajonia y de Lantgrave dentro en la villa, de lo cual se arrepintió bien después, segun las disculpas que dió á su majestad cuando se le rindió. En todo este tiempo no se supo que los enemigos hubiesen hecho ninguna mudanza con su campo, mas de haber puesto aquellas banderas en Norling. Aquella noche, después de alojado todo el campo, se enviaron caballos ligeros á reconocer los caminos á la parte de los enemigos, de los cuales se entendió que habian comenzado á descubrir alguna parte de su infantería y dos escuadrones de caballos y algun carruaje; mas no supieron entender el camino derecho que llevaban. Referido todo esto, el Emperador mandó al duque de Alba que el campo estuviese en órden para cuando amaneciese.

En este tiempo vino otro aviso que los enemigos caminaban derechos á nuestro campo, y que estaban ya cerca dél. Esto era poco antes que amaneciese; y así, estuvo todo el campo apercebido para cuando viniese el dia, el cual amaneció con una niebla tan escura, que della á la noche habia poca diferencia. Su majestad cabalgo luego, y por tener la pierna derecha muy mala de su gota, llevaba por estribo una toca de camino; y desta manera anduvo todo el dia. Después yendo á la tienda del duque de Alba, almorzó en ella, y allí se ordenó que toda la gente de á caballo y de infantería estuviese en sus escuadrones, y no esperar á ordenarlos después que la niebla se alzase; porque si los enemigos venian á combatirnos, lo cual se esperaba que harian, hallasen en nosotros la órden conveniente; y si por ventura tomasen otro camino, y el lugar nos diese ocasion, siendo igual, de presentalles la batalla, la cual Lantgrave tantas veces habia prometido de darnos, combatir con ellos. A estas horas la niebla perseveraba en ser tan oscura, que verdaderamente no solo no se podian descubrir los enemigos, mas en nuestro campo, con estar muy juntos los escuadrones, no se descubrian el uno al otro.

Su majestad estaba en la tienda del Duque esperando el aviso que tendria de los enemigos, los cuales en este tiempo, ayudados de la niebla, de la cual verdaderamente pueden decir que fueron ayudados, prosiguieron el camino de Norling, y pasaron dos pasos, en los cuales no pudieron ser descubiertos de nuestros caballos, ni los alemanes que su majestad traia en su campo le supieron avisar dello. Así que, á estas horas, que serian las doce de mediodía, ya ellos habian pasado estos dos estrechos; y una ribera donde habia un muy mal paso, y ganado las montañas por donde podian caminar hasta Norling, y defenderlas muy bien á quien quisiese ir contra ellos, porque así era la disposicion de la tierra. Para hacer este efecto tuvieron harto tiempo, porque caminaron toda la noche, y después el dia con la niebla tan cerrada, que les servia tambien de noche; y caminaron con tan buena diligencia, que yo nunca tal pensé de alemanes, los cuales parecen gente perezosa y pesada; mas ellos han mostrado lo contrario, porque lo que dellos hemos experimentado y visto en esta guerra, es que, demás de saber llevar su campo muy ordenado, y su carruaje muy recogido, y su artillería en los lugares que conviene, todas las veces que se ofrece hacer diligencia, con todo ello la saben muy bien hacer.

Y pues he dicho esto, quiero decir otras cosas que se han experimentado desta nacion. Y es que con saber llevar el campo como tengo dicho, se saben alojar muy bien, escogiendo sitios fortísimos y seguros, á lo cual siempre ellos tienen mas respeto que á las otras comodidades que se requieren para un campo, porque vimos que en Norling estaban fortísimos, y tuvieron mas respeto á esto que al agua, que la tenian bien lejos. En Guinguen y en Ingolstat se alojaron conforme á esta razon; de manera que lo que hemos alcanzado dellos es que saben alojarse seguramente. Tambien hay otra cosa que me parece que tienen bien entendida, que es venir á una escaramuza, á la cual ordinariamente salen fuertes, y sábenla muy bien traer. Comiénzanla siempre con sus caballos ligeros, que son los caballos negros que ellos llaman, los cuales toman el nombre de las armas que traen, que son unos arneses negros y mangas de malla, murriones cubiertos, escopetas de dos palmos y unos venablos, de lo cual todo se aprovechan muy diferentemente; y cuando su gente de á pié con la escaramuza tiene alguna necesidad, sábenla bien favorecer. Así que estas cosas, y aprovecharse de su artillería, hácenlo bien; lo demás de romper vituallas á sus enemigos y dalles armas de noche, hacer diligentemente emboscadas, y otras diligencias semejantes á estas que se suelen hacer en la guerra, no les hemos visto hacer ninguna en esta. He querido decir estas cosas porque me pareció que en este lugar no iban fuera de propósito.

Esta diligencia que digo hicieron los enemigos ayudados de la noche, y después de la niebla, y eran las doce del dia cuando ella se empezó á levantar, y así fueron descubiertos sobre las montañas cerca de Norling, las cuales eran de sitio fortísimo para quien las ocupase. Habia entre ellos y nuestro campo una ribera, que en pocas partes se podia pasar, si no fuese como se suele hacer, poniendo caballos á la parte de arriba de la corriente, porque en ellos quebrase el agua y bajase al vado; y esta manera de pasar ejército en vista de enemigos, ni era conveniente ni aun posible; y para pasar por puentes, tambien era difícil y peligroso. Su majestad á esta hora tenia el campo puesto en órden, y el sol era ya muy claro, y andaba mirando los escuadrones con su toca de camino por estribo. Andando así, llegó á él el duque de Alba, que habia ido á reconocer el continente que los enemigos tenian. Dijo á su majestad que parecia que los enemigos querian la batalla, que viese lo que era servido: á lo cual su majestad respondió que en el nombre de Dios, que si los enemigos querian combatir, que él lo queria tambien. Estas fueron en suma las palabras que dijo. Y estando así á caballo, porque por su gota no se podia apear, tomó la coraza y los brazales, y luego movió con el campo, el cual iba en esta órden. El duque de Alba llevaba la vanguardia; iba con él mosiur de Bura con toda su caballería é infantería; y en esta vanguardia iba toda la infantería española, y luego iba la batalla que llevaba su majestad, con la caballería de su casa y corte, y bandas de Flándes, que eran con estandartes. Allí iba el príncipe de Piamonte, á quien su majestad habia dado cargo en esta guerra del escuadron de su casa y corte. Iba tambien allí Maximiliano, archiduque de Austria, con toda su caballería, y el marqués Juan de Brandemburg con la su-

ya. La infantería de la batalla era el regimiento de Madrucho y los italianos. La retaguardia llevaba el gran maestre de Prusia; el marqués Alberto el regimiento de Jorge de Renspurg. La vanguardia llevaba diez y seis ó diez y siete mil infantes en tres escuadrones, y tres mil caballos. La retaguardia seria de siete ó ocho mil infantes en un escuadron, y mas dos mil caballos. La caballería destas tres partes se repartió conforme á lo necesario, poniendo los arneses negros en los escuadrones y parte que convenia, y la gente de armas con lanzas todo en su lugar. La retaguardia y batalla iban casi á la par, porque su majestad quiso hacer honra á los capitanes que querian que un dia como aquel, en el cual se iba á combatir con los enemigos por frente tan ancha, no pareciese que los dejaba atrás.

Es menester saber que antes que la niebla del todo fuese quitada, el príncipe de Sálmona habia comenzado una escaramuza con los enemigos, y á esta hora, que su majestad caminaba para ellos, aun la escaramuza andaba bien caliente, y por esta causa su majestad habia mandado á mosiur de Bura que pasase adelante un poco con sus caballos, porque era bien estar cerca de la ribera, si por ventura se ofreciese necesidad de pasarla. Estando las cosas en estos términos, ya la batalla de su majestad estaba casi con el paraje de la vanguardia cerca de la ribera. Allí tomando el Emperador al duque de Alba y á otros capitanes, se subieron sobre una montañuela, donde se podia ver lo que los enemigos hacian, que en alguna manera parecian tener semblante de aceptar la batalla, y descender á lo llano que entre la montaña y la ribera estaba, la cual se procuraba de nuestra parte mucho, comenzándoles una escaramuza de nuevo con unos arcabuceros nuestros que habian pasado el agua. Mas ellos nunca dejaron las montañas, y siempre estuvieron firmes en proseguir el camino que habian comenzado, lo cual era ya tan cerca de Norling, que su avanguardia estaba ya en el alojamiento; y por esto su majestad mandó hacer alto á todo el campo y á mosiur de Bura, el cual comenzaba á probar el paso de la ribera con algunos caballos, lo cual se hacia trabajosamente, por ser el paso muy estrecho. Esto era ya muy tarde; mas aquel dia se combatiera sin duda ninguna si la niebla no oscureciera á los enemigos tanto tiempo cuanto fué menester para que ellos pudiesen pasar los pasos donde habiamos de venir con ellos á las manos; en el cual tiempo ocuparon estas montañetas que tengo dicho; y después de ocupadas, si ellos bajaran á lo llano, como se procuraba abajallos, cebándoles con las escaramuzas, aunque fuera con alguna desaventaja, porque nuestra caballería habia de pasar la ribera y no muy en órden, y la infantería muy mojada, peleáramos con ellos. Mas habiéndoles presentado la batalla así, ellos tomaron otro consejo, tomando sitio para su alojamiento, donde con ejército harto menor que el suyo pudieran estar bien seguros. Ya, como tengo dicho, era tarde; por lo cual su majestad acordó de volver á alojar su campo, y los enemigos hicieron lo mismo en aquellas montañas, aunque aquella noche perdieron hartos soldados y carros que nuestros caballos les tomaron.

Otro dia su majestad acordó de partir con su campo y acercarse á los enemigos; y así, con la misma órden que se habia tenido el dia antes, caminó la vuelta dellos, y tomó su alojamiento á una milla y media de su campo, donde aquel mismo dia hubo una escaramuza de caballos, la cual fuera grande si el tiempo diera lugar; mas era tan tarde, que aun para alojar el campo no se veia; y así, de ambas partes fué retirada. En esta escaramuza el marqués Juan de Brandemburg con treinta caballos de los suyos peleó muy bien; y uno de los duques de Brunzvic, el cual venia con el campo de los enemigos, fué allí herido, y de las heridas murió después en Norling, y otros algunos que eran hombres de cuenta entre los contrarios, fueron muertos y heridos aquel dia, y de los nuestros pocos.

Allí estuvo el Emperador algunos dias, en los cuales siempre buscó medio de hacer daño á sus enemigos; mas ellos estaban en sitio tan bueno y tan á propósito de vituallas, que su majestad conoció que era necesario mudar la razon de la guerra, y no estar perdiendo tiempo, campeando contra los enemigos tan sin provecho; los cuales tenian alojamiento tan fuerte, que para sacallos dél convenia mas usar de arte que de fuerza; y así, su majestad determinó de buscalla, y acordó que fuese quitándoles el Danubio; el cual era tan importante para cualquiera de los dos campos, que á mi juicio mucha parte de la victoria consistia en tenelle ganado; porque las villas que están sobre él son de mucha importancia, por ser señores de las puentes que pasan á Baviera y á mucha parte de Suevia; y en aquel tiempo los enemigos tenian todas aquellas que estaban desde Ulma á Donavert; y así, eran señores de grandísima vitualla, y tenian los pasos de Augusta muy á propósito. Pues viendo su majestad cómo, ganada aquella parte contra los enemigos, ellos perdian mucho, y él ganaba gran reputacion y se hacia señor de lugares muy necesarios para dañar á Ulma y Augusta, que eran dos muy principales fuerzas de la liga, hizo una cosa muy bien considerada, y fué mandar que todos aquellos dias siempre se mostrase alguna gente nuestra á los enemigos, y una noche envió al duque Octavio con la caballería é infantería italiana, y á Xamburg con sus alemanes y doce piezas de artillería; y mandóles caminasen con diligencia á Donavert, el cual estaba de nuestro campo tres leguas; y dándoles órden de la manera que habian de tener, ellos pusieron tan buena diligencia, que antes del dia estaban sobre la villa, la cual comenzaron de batir sin asestarle artillería, y á escala vista tomaron el arrabal, y luego se rindió la villa, saliendo huyendo por la puente dos banderas de infantería que allí habian dejado de guarda el duque de Sajonia y Lantgrave. Y paréceme que es razon declarar aquí una cosa, porque quien esto leyere podrá ser que desee sabello: cuántos soldados eran una bandera ó dos ó tres, porque muchas veces hago memoria aquí del número de las banderas, y no del de la gente; y así, es bien que se sepa. Una bandera de tudescos lo mas ordinario es de trecientos hasta cuatrocientos hombres, y todas las que su majestad dejaba en guardia destas tierras, eran alemanes. Esto entendiendo, no será menester referillo muchas veces. Tomado Donavert, quedaron allí dos banderas de guardia, y todo el resto de la gente volvió al campo de su majestad con el artillería. Los enemigos no supieron ninguna cosa desta empresa hasta otro dia después, porque aunque estábamos á milla y media el un campo del otro esto fué tan bien ordenado y con tanta dili-

gencia, que no pudieron tener inteligencia que fuese á tiempo de proveer nada contra ella. Acabado este negocio, que importaba harto, por el sitio que tengo dicho que tiene aquella villa, su majestad se levantó de aquel alojamiento, y en un dia con todo su campo fué á Donavert, y allí se alojó, teniendo á sus espaldas la villa, y á mano izquierda el Danubio.

Aquel dia los enemigos no se movieron, ni pareció mas gente de á caballo de la que tenian ordinariamente en su guardia, ni tampoco en ninguna cosa nos hicieron estorbo en caminar; de lo cual yo me maravillo, teniendo ellos tanta gente de á caballo, siendo pláticos de la tierra, y sabiendo que habia pasos que por fuerza los habiamos de pasar no con mucha órden, ó que queriéndo nosotros pasar con ella, habiamos de estar hecho alto y perdiendo tiempo, y desta manera ser forzados de alojarnos. De lo cual se pudieran seguir otros muchos inconvenientes que se suelen seguir de no alojar bien; aunque su majestad habia proveido contra lo que ellos pudieran hacer, poniendo el arcabucería española y italiana en lugares dispuestos para ella, y haciendo la retaguardia convenientemente fuerte, segun la disposicion del camino, el cual no daba lugar sino á que el campo caminase muy en hilera, así como tengo dicho. El Emperador llegó cerca de Donavert, donde estuvo aquella noche, y otro dia de mañana, por la ribera del Danubio arriba se fué con el campo á Tilinguen, que es una villa del cardenal de Augusta, sobre la ribera, con una puente muy buena. Nuestro camino era ancho, por ser todo campaña rasa, teniendo á nuestra mano izquierda el Danubio, y á la derecha unos bosques muy anchos y muy espesos, los cuales estaban en nuestro campo y el de los enemigos, y siempre iban prosiguiendo hasta llegar á acabarse junto al rio Prens, que es tres leguas sobre Tilinguen, y entra en el Danubio, y la campaña por donde caminábamos tiene el mismo término. Así que, caminando, llevábamos á nuestra mano derecha estos bosques, en los cuales hay dos ó tres caminos, que los han de travesar los que de Norling quisieren venir á Tilinguen. Pues llevando su majestad este camino, se le vino á rendir una villa llamada Hochstet con un buen castillo sobre el Danubio, y después Tilinguen se envió á rendir, la cual habia sido tomada al cardenal de Augusta por los enemigos, y tenian dentro della una bandera de guarda, mas esta se salió sabiendo la venida de su majestad, y él se alojó aquel dia con su campo entre Tilinguen y Lauguinguen, la cual es una villa que está una milla mas adelante de Tilinguen, con puente sobre el Danubio; lugar fuerte de sitio y de razonable fortificacion. En esta tenian los enemigos tres banderas, y la que salió de Tilinguen se entró allí, y con ella fueron cuatro. Mas aquella noche, siendo requeridos por el duque de Alba que se rindiesen á su majestad, respondieron muy bravos, diciendo que no querian, porque otro dia esperaban socorro del duque de Sajonia y de Lantgrave; mas viendo aquella noche demostraciones de ser batidos, otro dia tomaron otro consejo, y antes que amaneciese salieron por el puente llevando el camino de Augusta. Los burgomaestres de la villa se salieron á rendir al Emperador, dándole por disculpa que antes lo hicieran si la gente de guerra que dentro estaba no se lo hubiera estorbado. En este tiempo su majestad tuvo aviso que el duque de Sajonia y Lantgrave venian, y que traian el camino derecho de Lauguinguen; á lo cual se dio crédito por haberlo dicho el dia antes la gente de guerra que en ella estaba, que otro dia esperaban ser socorridos; y así, mandó que el campo estuviese en órden para ir á tomar cierto paso, el cual aunque era ancho, y no áspero, era harto conveniente para combatir con los enemigos, los cuales no podian venir por otra parte habiendo de venir á Lauguinguen; y viniendo por allí, no se podia dejar de combatir, ó habian de volver atrás, viéndonos á nosotros. Si combatian, su majestad tenia su campo en sitio bastantemente bueno; si ellos volvieran atrás, perdieran su negocio; y así, de una manera ó de otra, pienso yo que aquel dia se echara á parte esta empresa tan porfiada. Mas estando las cosas en estos términos, la villa de Lauguinguen se vino á rendir, y así se supo de los della que no solo no se esperaba socorro del duque de Sajonia y del Lantgrave, mas que Xertel habia estado allí aquella noche con sesenta caballos, y habia sacado las cuatro banderas y llevádolas á Augusta. Luego tras Lauguinguen se vino á rendir otra villa llamada Gundelfinguen, que está asentada cerca del rio Preus. El duque de Alba, por órden de su majestad, hizo que Juan Batista Sabelo con la caballería del Papa siguiese á Xertel y á estas cuatro banderas, y envió con él á Aldana y Aguilera con sus dos compañías de arcabuceros españoles á caballo, y á Nicolao Seco con la suya de italianos; y púsose tanta diligencia, que los alcanzaron, aunque Xertel con los caballos ya habia ido delante; y con las cuatro banderas tuvieron una buena escaramuza, en la cual les tomaron hartos soldados y tres piezas de artillería que desde Lauguinguen llevaban á Augusta. Con esto se volvió Juan Batista Sabelo al Emperador, el cual aquel mismo dia, dejando en Lauguinguen dos banderas, se alojó con todo su campo pasado el rio Prens, sobre su ribera, en una aldea que se llama Sólten, tres leguas de Ulma, adonde su majestad iba porque teniendo ganadas las tierras que quedaban sobre el Danubio, y habiendo tomado la delantera á los enemigos, queria apretar aquella ciudad, poniéndose en sitio que si ellos viniesen á socorrerla, pudiésemos combatir con ventaja, lo cual estaba claro que ellos habian de procurar, si no la querian dejar perder; y así, ordenó de partir otro dia. Mas á la hora que el campo habia de levantarse, algunos caballos ligeros que su majestad habia enviado el dia antes á la banda de los enemigos, vinieron con aviso que caminaban; y fué necesario, hasta reconocer lo que ellos determinaban de hacer, que su majestad no desalojase su campo; y así, envió de nuevo mas caballos que reconociesen el camino que los enemigos traian, los cuales habian partido el dia antes de su alojamiento sobre Norling, y caminado dos leguas muy grandes, y aquel dia quedábales poco camino hasta el alojamiento que tomaron después. Y haberse reconocido esto tan tarde, no fué en todo por culpa de nuestros descubridores, que no siendo naturales de la tierra, no eran pláticos della; y así, estuvieron mucho tiempo sin entender á qué parte se enderezaba el camino de los enemigos, y algunos alemanes que trujeron aviso desto estuvieron tan desatinados, que ninguna cosa cierta supieron referir.

Ya en este tiempo los enemigos estaban tan adelante, que saliendo el duque de Alba á reconocer la dis-

posicion de la parte por donde se pensaba que ellos enderezaban su camino, sus atambores se oian muy claros, y comenzaba á parecer alguna gente suya. Y así, su majestad cabalgó con algunos caballeros, y tomando al duque de Alba en su compañía, se subieron á una montañuela donde ya muy cerca venia la vanguardia de los enemigos, la cual traian muy reforzada de gente de á caballo, y su infantería á la mano derecha cerca de unos bosques, y algunas piezas de campaña, con las cuales comenzaron á tirar muy bien, porque Lantgrave hace profesion de saberse aprovechar de su artillería, y en esta guerra á mi parecer, ó gobernándola él ó sus capitanes (que desto yo no sé á quién se debe dar la gloria), ellos han sabido traella muy diligentemente. Después que su majestad hubo muy bien mirado la manera que los enemigos traian, y entendido que iban la vuelta de Guinguen, que es una villa asentada una legua de nuestro campo, el rio Prens arriba, él se volvió á su alojamiento, y los enemigos se alojaron sobre esta villa y sobre el mismo rio. Hubo en este tiempo un poco de escaramuza, mas no cosa de mucha cualidad. Aquel dia pareció á algunos que fuera bien combatir con los enemigos; mas venidas á sacar en limpio todas las razones, se averigua que cuando se reconoció que ellos estaban en parte donde hubiera lugar para dar la batalla, por ser allí los bosques mas abiertos, estaban ellos tan cerca de su alojamiento, que no habia tiempo para sacar ningun escuadron del nuestro antes que ellos llegasen al suyo, ni habia lugar de poner en órden el campo, como habia de estar, especialmente habiendo de pasar el rio Prens, que estaba entre los unos y los otros, tan hondo, que no se podia pasar sin puentes, y para echallas era menester tiempo, porque habian de ser muchas para que pudiese todo el ejército pasar con la diligencia necesaria, habiendo de combatir. Así que, la falta desto, si fuese falta, estuvo en ser los enemigos reconocidos á tiempo que ya no le habia para hacer cosa con él, y esto fué por hacer los reconocedores tan diversas relaciones, que cuando se vino á saber la verdad, era ya pasada la ocasion, si alguna hubo.

Yo, considerando muchas veces en las guerras que con su majestad me he hallado, estas cosas, he visto que por la mayor parte siempre han faltado hombres que, aunque pláticos de la tierra y naturales della, hiciesen averiguada relacion de lo qué á los enemigos tocaba, y por esto muchas veces era necesario andar á tiento, como quien anda á escuras y conjeturando, por no ser bastantes los avisos que estos descubridores traian. Yo no sé determinar qué sea la causa, sino es lo que César dice de Considio, muy valiente y muy experimentado soldado suyo, que enviándole á reconocer los enemigos, vió á Labieno, capitan de César, en el monte que convenia tener contra los enemigos, y andando Considio mirando y reconociendo aquella gente, satisfecho de habello visto bien, volvió á César, y le dijo que el monte que habia mandado á Labieno que tomase, ya lo tenian los enemigos ocupado, y que esto habia él muy bien reconocido, porque conoció muy claras las armas y banderas francesas. Este error de Considio fué causa que César estuviese puesto en escuadron aquel dia y no hiciese nada, y que los helvecios (en cuya guerra esto acaeció) tuviesen tiempo de mudar alojamiento á su ventaja; y dice César que Considio, teniendo temor, le habia parecido otra cosa de lo que habia visto; y así, habia referido lo que le habia parecido, haciendo relacion diversa de lo que era. Este ejemplo me parece muy semejante á la materia que se trata, porque nuestros descubridores, por no llegar tan adelante que viesen á los enemigos, ó después de vistos, teniendo algun recelo, pocas veces han referido tan entera relacion como era menester, y esto no por falta de diligencia de los que tenian el cargo de mandarlo; y podria tambien ser que allende del miedo, que ciega en actos semejantes, tambien la infidelidad de los descubridores ó la limitacion del premio tuviese la culpa desto. He hecho esta digresion por parecerme algo conveniente en este lugar.

Vuelto el Emperador á su alojamiento, los enemigos hicieron muestra con algunos escuadrones de caballos de venir por un llano hácia él, y habiendo una muy pequeña escaramuza, como tengo dicho, se volvieron al suyo, el cual, aunque estaba divido entre sí por algunos valles y arroyos que le atravesaban cada parte dél, era fortísimo; porque, como ya se ha dicho, esto sábenlo muy bien hacer.

Aquel dia en la noche su majestad trató en la ida de Ulma, y después de muchas opiniones, finalmente otro dia se tomó resolucion de mudar el campo, porque se entendió que ya los enemigos habian enviado á Ulma los tres mil suizos y mil y quinientos soldados de la misma tierra, y que esta era bastante gente para defension de aquella ciudad; la cual estando así, no era razon ponernos sobre ella, dejando á las espaldas un ejército de noventa mil hombres; los cuales estaba claro que en dejando nuestro alojamiento se habian de poner en él, y ocupado, nos quitaban las vituallas con muy gran facilidad, porque no nos podian venir por otra parte sino por allí, y quedaban señores de todas aquellas villas que sobre el Danubio habiamos tomado; porque poniéndose donde digo, les quitaban del todo la esperanza de ser socorridas. Así que, la razon de ir sobre Ulma, estando desproveida y su socorro lejos, fuera necesario mudarse, por estar ya proveida y su socorro cerca, con todas las otras particularidades que tengo dicho. Ya la manera de la guerra se nos habia vuelto en hacella de alojamiento á alojamiento, porque ambos estaban asentados á vista el uno del otro. Desta manera cada dia habia escaramuzas, y como eran tan continuos los enemigos á salir á ellas, el duque de Alba ordenó que se hiciese una escaramuza algo mas gruesa que las ordinarias; y así, otro dia de mañana se emboscaron tres mil arcabuceros en el bosque que estaba junto al Prens, hácia los enemigos cuanto seiscientos pasos; y enviando al príncipe de Salmona con algunos caballos suyos, sacó á los enemigos luego, porque comenzó á hacer daño en algunos desmandados que estaban delante de su alojamiento; y ellos salieron, viendo esto, tan en grueso como acostumbran salir, así de caballos como de arcabuceros á pié, partidos segun su costumbre, parte sueltos y parte en escuadrones. El Príncipe los supo tan bien traer, que los metió en el mismo lugar que le habian ordenado. Allí hubo una muy buena escaramuza, así entre los caballos como entre los arcabuceros, y cayeron muchos de los enemigos, los cuales después se veian por aquella campaña tendidos con

sus bandas amarillas, que desta color las traian ellos. En esta escaramuza se aprovecharon de su artillería, como siempre lo suelen hacer, y con todo esto recibieron muy gran daño de nuestra arcabucería; y aunque sus caballos cargaban muy en grueso, los nuestros ligeros los sostuvieron y tornaron á cargar muy bien, porque andaban entre ellos muchos caballeros principales de todas las naciones que servian allí á su majestad. Mas porque algunas cosas que habia ordenado el Duque la noche antes no se pusieron en efecto, conforme á lo que estaba determinado, y hubo en ellas alguna negligencia, su majestad mandó retirar la escaramuza; lo cual fué con tan buena voluntad de los enemigos, que juntamente se retiraron ellos.

Viendo su majestad cómo los enemigos salian siempre en siendo provocados, acordó de hacelles algun daño señalado; y así, ordenó que un dia fuesen los caballos ligeros á las trincheas de los enemigos, para que escaramuzando los sacasen dellas, y puso la caballería tudesca repartida en diez partes del bosque, donde podia estar encubierta, y mandó meter por él arcabucería española y italiana, y todo el resto del campo hizo estar en órden para lo que fuese necesario, y juntamente con esto, hizo poner cubiertas algunas piezas de artillería en partes muy convenientes, y mandó al príncipe de Salmona que con los caballos ligeros hiciese lo que le estaba ordenado, que era sacar los enemigos como los dias pasados habia hecho; y así, salieron de su campo dos escuadrones de caballos bien gruesos, los cuales nunca se apartaron de sus trincheas, sino tan cerca dellas, que su artillería los podia ayudar, y escaramuzaron con los nuestros; y esto creo yo que fué por una de dos cosas: ó porque ellos supieron la órden que en nuestro campo se habia tomado, ó porque, escarmentados de la otra escaramuza pasada, no osaron llegar al lugar donde habian recebido tanto daño. Así, todo aquel tiempo que se esperó que ellos se cebarian en nuestros caballos, estuvo nuestro campo en órden; mas los enemigos, habiendo escaramuzado gran parte del dia, se volvieron á su alojamiento, y ya tarde el Emperador al suyo; el cual, viendo que aquí no habia habido efecto su designio, el cual, como tengo dicho, era romper la mayor parte que pudiese de los enemigos, pues ellos estaban alojados de manera que otra cosa no se podia hacer, ordenó que, pues de dia no se habia podido poner en efecto lo que se habia ordenado, que se probase de noche; y así, se ordenó una encamisada, en la cual iba toda la infantería española y el regimiento de Madrucho, y el gran maestre de Prusia, y el marqués Alberto con su caballería. Con esta gente partió el duque de Alba aquella noche de nuestro campo, y en partiendo, el Emperador mandó apercebir la resta dél, y él se fué á esperar en campaña el aviso que el Duque le enviaria para proveer conforme á lo necesario. Y así estuvo con algunos caballeros, á los cuales mandó que le acompañasen, armado de su gola y corazas, y cubierta una lobera; y porque la noche era larga y frigidísima, se puso á dormir en un carro cubierto, al cual en Hungría llaman *coche*, porque el nombre y la invencion es de aquella tierra. Y así estuvo esperando los avisos que ternia, para socorrer á lo que fuese necesario.

Ya en este tiempo el duque de Alba con gran diligencia habia llegado á media milla del campo de los enemigos; mas reconociendo que sus centinelas y guardias estaban reforzadas, sospechando lo que era, mandó hacer alto á la gente; y reconocido mejor lo que los enemigos hacian, se vió claramente cómo estaban avisados, porque tenian encendidos muchos fuegos y gran número de hachas y faroles, los cuales andaban de escuadron en escuadron. Así que, por esta causa, y por tener ellos sitio y fortificacion tan grande, que aunque no estuvieran avisados y apercebidos, como estaban, se habia de porfiar mucho si con ellos se llegara á las manos, no hubo lugar la buena órden que en esto se habia dado. Después se supo que aquella noche los enemigos habian sido avisados cuatro horas antes que nuestra gente llegase, por una espía suya que salió de nuestro campo. Pasando esto así, el Duque tornó con la gente al alojamiento antes que amaneciese, y su majestad tambien á la misma hora. Pienso yo que si los enemigos no fueran avisados á tan buen tiempo, recibieran aquella noche en su campo un notable daño, porque de la órden que se habia dado y de la gente que iba á ejecutalla no se esperaba otra cosa.

Ya la guerra parecia que era tornada á los primeros términos, y que los enemigos estaban en alojamiento muy seguro y muy de asiento en él, por lo cual el Emperador comenzó á buscalles otra entrada, y así se empezó á platicar. Mas entre tanto que su majestad esto trataba, nunca se dejó de hacer daño á los enemigos, rompiéndoles sus vituallas, matándoles los sacomanos y forrajeros, y dándoles armas de noche, que es cosa que á cualquiera nacion suele enojar, especialmente á esta.

Entre otras cosas, un dia, por órden de su majestad, el príncipe de Salmona con sus caballos ligeros, y mosiur de Barbanson, caballero de la órden del Tuson, flamenco, con parte de la caballería de mosiur de Bura, fueron á encontrar la escolta que los enemigos hacian á su vitualla, y no muy léjos del campo dellos encontraron con dos escuadrones de caballería de los suyos harto gruesos, y pelearon tan bien, que los enemigos fueron desbaratados y muertos, y presos muchos dellos, y un estandarte tomado con el alférez que lo traia. Y aceció una cosa, que me pareció que es bien escribilla; y es que aquel caballero que tomó el alférez con su estandarte era de la caballería de mosiur de Bura, y este habia un año antes, en el mismo dia que esto aceció, muerto en otro reencuentro á un hermano deste mismo alférez que aquí prendió; y le habia tomado otra bandera. Con esto se volvió el Príncipe y mosiur de Barbanson á su majestad, habiendo ganado muchos prisioneros y muerto muchos enemigos, y traido un buen número de caballos de carro, que no fué poco daño para su caballería. Destos trujeron muchos los caballos ligeros, y algunos arcabuceros españoles que con Arce se habian hallado aquel dia por aquel bosque. Tambien hubo otras escaramuzas en estos dias, las cuales hacian los caballeros que por su pasatiempo iban á ver el campo de los enemigos, mas que por otra órden ninguna; y así, á sus trincheas las comenzaban, y siempre habia heridos de unas partes y de otras, aunque los menos no eran de los enemigos.

Habiendo el Emperador determinado de mudar alojamiento por muchas causas, y entre ellas era ver que

de la empresa de Ulma no se debia ya tratar, por estar aquella tierra en la órden que convenia para defenderse, y junto con esto, que nuestro alojamiento se dañaba, así por la enfermedad de los soldados como por el lodo grandísimo que comenzaba, el cual parecia que á crecer un poco, quedaria nuestra artillería inmovible, no solamente para poderla sacar de allí, mas para aprovecharnos della estando en aquel sitio; y por esto, y viendo ya que no se podia ni se debia ir adelante, pareció mas conveniente cosa volver al alojamiento de Lauguinguen, por ser aquel lugar mas oportuno para las cosas necesarias. En este alojamiento, antes que su majestad partiese dél, murió el coronel Jorge de Renspurg, soldado viejo y que en todas las guerras del Emperador en que se habia hallado le habia servido muy bien. Casi en este tiempo el cardenal Fernesi, sobrino de su santidad, que habia venido por legado suyo en esta guerra, se volvió á Roma, por algunas indisposiciones que en su salud sentia. Partiendo el Emperador del alojamiento de Sólten en la órden acostumbrada, vino á alojarse á Lauguinguen.

Aquel dia los enemigos no hacian otra demostracion sino fué mostrarse un escuadron de cuatrocientos caballos á vista de nuestro campo. Hay muchos pareceres que si el duque de Sajonia y Lantgrave quisieran pelear aquel dia, lo pudieran hacer con comodidad y ventaja, porque en aquel tiempo habian reforzado su campo de quince mil hombres de Vitemberg, á los cuales llamaban los villanos; mas los villanos de aquella tierra son, que no há muchos años que dieron la batalla á veinte y cuatro mil suizos, y ganaron la victoria; y siendo ellos así reforzados, á nosotros nos faltaba gente, porque de nuestros alemanes altos y bajos habian enfermado muchos, y de los españoles, así por dolencia como por estar en correrías, faltaban aquel dia hartos. De los italianos no habia cuatro mil, porque los demás eran muertos y vueltos. Mas como digo, los enemigos no hicieron otra demostracion ni se quisieron aprovechar de ninguna comodidad de las que pudieran tener para combatir.

Después que el Emperador partió de Sólten, y se alojó en Lauguinguen, le vino nueva cómo el campo del Rey su hermano habia desbaratado al duque Juan de Sajonia, y que él y el duque Mauricio tenian tomada la mayor parte de aquel estado; lo cual, porque mas presto fuese significado á los enemigos, ó porque si ya lo sabian viesen que lo sabiamos nosotros, mandó hacer una salva de artillería muy grande. Todo el tiempo que su majestad estuvo alojado en Lauguinguen, cabalgaba cada dia á caballo, y visitaba todo el campo con la campaña en torno, como es costumbre suya muy ordinaria en todas las guerras que se halla, y no dejaba de mirar los lugares que los enemigos podian ocupar contra él ó él contra ellos; los cuales habian venido dos ó tres veces á reconocer un castillo que estaba guardado de cincuenta españoles, una milla de nuestro campo; mas siempre se reconocia á tiempo que no se les podia hacer ningun daño; y así lo hicieron un dia, que de cerca del castillo llevaron ciertas vacas, en el cual siendo seguidos, estuvieron cerca de recebir un gran daño, del cual se escaparon por su buena diligencia. Mas el Emperador, que aquel dia habia cabalgado con la caballería para este efecto, fué adelante hácia el campo de los enemigos, y consideró que tomando un alojamiento mas cerca dellos, se podria desde allí hacer algun buen efecto, y como otras veces habia hecho, anduvo mirando todos aquellos lugares, y entre ellos reconoció uno con la disposicion á su propósito, y después de visto se volvió á su alojamiento á su campo de Lauguinguen; el cual estaba ya tal por los lodos que en él habia, que no parecia poderse sufrir, y el tiempo era tan recio, que los soldados y toda la otra gente de guerra pasaba gran trabajo; y por esto hubo muchos pareceres, y todos conformes, que su majestad debria alojar su campo en cubierto, y repartillo por guarniciones convenientemente puestas, y que desde ellas se hiciese la guerra; mas el Emperador fué de muy contraria opinion, y por esto, siguiendo la suya misma, prosiguió la guerra; el cual fué tan saludable consejo, como después se vió por experiencia. Estando pues así nuestro alojamiento tan lleno de lodo, que aun los carros de la vitualla no podian llegar á él, su majestad determinó de ir al otro que él habia reconocido, llevando el campo en dos partes, la infantería y artillería por la una, y por la otra mas á la banda de los enemigos, la caballería. Aquel dia me parece á mí que los enemigos debieran y aun pudieran venir á combatirnos, porque tenian el camino para venir contra nuestra caballería muy ancho y muy desembarazado, y nosotros nuestra infantería y artillería lejos. Hasta ahora yo no he entendido por qué lo dejaron, si no fué por no saber con tiempo la órden y el camino que llevábamos, el cual fué forzado que el Emperador le repartiese, así como tengo dicho, por ser la disposicion dél de manera que no sufria otra cosa, á causa de los muchos bosques que en él habia, y era muy necesario hacerse este camino para tomar aquel alojamiento. Alojado su majestad allí adonde digo, con todo el campo, fué gran contentamiento para todo el ejército; porque este alojamiento, al cual después llamaban los soldados alojamiento del Emperador, era muy enjuto y muy diferente del que habiamos dejado. Tenia mucha leña y mucha agua, y las vituallas podian venir á él con mas facilidad, y tenia sitio harto fuerte, porque en el frente contra los enemigos teniamos una montañeta que parecia hecha á mano. Sobre ella estaba asentada nuestra artillería, que tiraba por toda la campaña. A la mano derecha teniamos un lago y unos pantanos, á la izquierda unos bosques, que tambien aseguraban las espaldas, por ser muy extendidos, y estábamos tan cerca de los enemigos, que nuestras guardias y las suyas escaramuzaban ordinariamente. El Emperador, después desto, mandaba que nuestros caballos cortasen las vituallas á los enemigos; lo cual se hacia con tanta diligencia y tan bien, que por todas las partes que les podian venir corrian nuestros caballos ligeros y arcabuceros de á caballo; y así, los caminos de Norling y de Tinchspin hasta los de Ulma estaban llenos de gente muerta y carros quebrados y vituallas derramadas; y por nuestra parte se les daban tantas armas de noche y escaramuzas de dia, que nunca tenian comida segura ni sueño reposado. Después que nuestro campo se alojó en este alojamiento, llamado del Emperador, nuestra ventaja comenzó á ser muy conocida, y los enemigos comenzaron á ser mas remisos en las escaramuzas, á las cuales ya no salian con aquel vigor ni con aquella verdura que solian; y así, los nuestros llegaban á sus trincheas, de las cua-

les ellos salian pocas veces. Solamente mostraban con su artillería la voluntad que tenian de la escaramuza, porque con los cañones la hacian ya de su fuerte, y con esto muchas veces les tomaban prisioneros de junto á su campo. Y no solo se les apretaba por aquí, mas fué tanta la necesidad que comenzaron á pasar, especialmente de pan, que muchos prisioneros confesaron que habian estado cinco dias sin él, y junto con esto, fué con ellos gran espanto ver que en tiempo que ellos podian pensar que el Emperador habia de apartarse dellos y alejarse, entonces se les acercaba mas, y tenia la campaña con determinacion de echallos della. Lo cual podian muy bien entender, viendo el sitio que su majestad habia tomado; y porque los enemigos fuesen mas apretados, determinó que se reconociese una montañeta que estaba á caballero dellos, de la cual se podia batir su campo muy fácilmente. Esta se reconoció, yendo á escaramuzar á las trincheas de los enemigos por una parte y por la otra. El duque de Alba, con algunos capitanes y caballeros, vió la disposicion que tenia tan á propósito, y el Emperador acordó de tomalla y alojar allí el campo. La órden que para ello se habia de tener era muy buena; y hiciérase así como estaba ordenado, si en este tiempo la ciudad de Norling no enviara á tratar de rendirse á su majestad; porque era tan importante, que teniendo esta, no era menester otra diligencia para desalojar los enemigos; pues poniendo gente de á caballo en ella, se les podian quitar todas sus vituallas, y se les ponia en el campo una hambre y una necesidad mas brava que ninguna artillería.

En estos dias los enemigos estaban ya tales, que acordaron el duque de Sajonia y Lantgrave que se escribiese una carta al marqués Juan de Brandemburg, en nombre de un caballero, criado de su hermano el Elector, y la sustancia della era, que este caballero rogase al marqués Juan hablase al Emperador, y le dijese que teniendo allá entendido que él era un príncipe muy puesto en razon, y que no le parecerian mal cualesquier medios de paz, le hablase en ella, poniéndole delante el bien que seria para toda la Germania, y para esto ofrecian ciertas capitulaciones, que algunos años antes dicen que habian tratado con el duque Mauricio, tocantes á la religion, de las cuales no me acuerdo; sé que eran harto ventajosas para los católicos, aunque no tanto cuanto su majestad, con ayuda de Dios, pretende que sean. Esta carta escribió este caballero que se llama Adam Trop, que es canciller del elector de Brandemburg, con todas las palabras que pudo para inducir al hermano de su señor á que lo tratase con su majestad, y con toda la disimulacion que le fuese posible para encubrir la necesidad y flaqueza que todos ellos tenian. Esta carta trajo un trompeta al marqués Juan, y él, haciendo relacion dello al Emperador, con acuerdo de su majestad le respondió que si el duque de Sajonia y Lantgrave ponian sus personas y sus estados en las manos de su majestad, que él entonces de muy buena gana les hablaria en la paz; mas que no haciendo esto, no se habia de tratar della. Oida por ellos esta respuesta, tornaron á escribir por la misma via, diciendo que los negocios que tocaban á personas y estados requerian mucha deliberacion, y que por esto, si le parecia, que viniese él y el conde de Bura, y que saldrian el duque de Sajonia y Lantgrave, y que en un lugar, donde les pareciese, en la campaña, todos cuatro tratarian destos negocios, y hablarian en ellos mas largamente. El marqués Juan, por órden de su majestad, le tornó á enviar por respuesta las mismas palabras que antes habia escrito. Así estuvieron los enemigos, sin replicar á esto mas.

En este tiempo, los de Norling, ó por disimulacion ó por no poder echar las banderas que estaban en su guardia, puestas por el duque de Sajonia y Lantgrave, traian á la larga el trato de rendirse, y por esto á su majestad le pareció el llevar á efeto el tomar la montañeta, y desalojar al enemigo por fuerza; porque ya el estar en campaña era dificilísimo, y su majestad tenia voluntad que este negocio se llevase al cabo. Y así, determinó que la víspera de Santa Catalina se levantase nuestro campo, y el dia se batiese el de los enemigos, y mandó al duque de Alba que con las diligencias necesarias pusiese la órden que para esto estaba concertada; porque, pues lo de Norling parecia que se dilataba, él queria tomar este otro medio, pues era camino mas corto para echar á los enemigos de su campo. Esto era ya á 20 ó 21 de noviembre, en el cual dia hubo una escaramuza, en que fué preso un cuñado de Lantgrave, hermano de otra mujer que ha tomado, y así tiene dos; que esta licencia de dos mujeres debe hallar en sus evangelios.

A 27 de noviembre el Emperador tuvo aviso cómo los enemigos se levantaban, y esta nueva vino poco antes de mediodía, porque la espía que la trajo, aunque era natural de la tierra, por la niebla que hizo aquel dia, se desatinó y perdió el camino; y así, hasta que ella se levantó no acertó á venir á nuestro campo; y á esta causa se vino á saber el aviso, ya que eran partidos y puesto fuego á su alojamiento. Súpose que aquella tarde antes habian enviado su carruaje y su artillería gruesa delante, y desde la media noche comenzó su infantería á caminar, dejando por retaguardia toda la caballería con todas las piezas de campaña, que solian traer en la vanguardia. Venido este aviso, el Emperador mandó que algunos caballos ligeros fuesen á reconocer claramente su partida. No se via centinela suya, todas las trincheas estaban desamparadas. Después de haber enviado su majestad estos caballos, él con la caballería de mosiur de Bura partió luego, y mandando que la otra caballería tudesca le siguiese, hizo que toda la infantería estuviese en órden para lo que él enviase á mandar, y hizo que luego caminasen seiscientos ó setecientos arcabuceros españoles, que mas expedidamente pudieron ser por entonces sacados, y él con los caballos que consigo habia tomado llegó al campo de los enemigos; los cuales estaban ya bien lejos dél, y habian dejado muchos dolientes, porque á la verdad partieron con razonable diligencia. Su majestad pasó de aquel alojamiento, donde habia hallado ya al duque de Alba, y allí le vino aviso que los enemigos parecian tres millas italianas mas lejos, y por esto ordenó que los caballos los comenzasen á seguir, entreteniéndolos con escaramuza. El duque de Alba pidió á su majestad la caballería de mosiur de Bura, y su majestad se la dió, siguiéndole siempre con la otra tudesca. Ya los caballos que su majestad habia enviado que procurasen de entretener los enemigos escaramuzando con ellos, estaban revueltos con los caballos desmandados que

ellos traian en su retaguardia, y habian comenzado una buena escaramuza; mas no por eso los enemigos dejaban de caminar, ganando siempre tierra, hácia una montañeta donde tenian mil arcabuceros; y habian pasado de la otra parte della toda su caballería, excepto dos estandartes que quedaban sobre ella juntos á los arcabuceros, cuando el Duque, con la caballería que llevaba y aquella con que su majestad seguia, llegó á vista dellos casi una milla, la cuál en siendo descubierta por ellos, desampararon aquella montañeta, así los caballos como los arcabuceros, y bajaron de la otra parte á un llano que estaba en el camino que su ejército llevaba. El Duque puso la diligencia posible en caminar con los caballos y con los arcabuceros españoles que he dicho; y así, ocupó la montañeta que los enemigos habian desamparado, desde la cual hasta otra montañeta mas alta que estaba en el mismo camino que ellos llevában, podia haber una gran milla italiana, y el espacio que habia entre estas dos montañas todo era llano y descubierto.

Los enemigos pusieron en esta montaña que digo seis piezas de artillería, con las cuales batian todo aquel raso, por donde ya ellos, bajados de la montañeta que el duque de Alba habia ocupado, caminaban, llevando á su mano derecha junto á un bosque, sus arcabuceros y su caballería repartidos por el llano en ocho ó nueve escuadrones. Nuestros caballos ligeros comenzaban á escaramuzar con algunos desmandados de los enemigos, y un estandarte de arneses negros, que son arcabuceros de á caballo (como antes de ahora tengo dicho), por órden del Duque habian bajado de la montaña para hacer la escaramuza mas gruesa, cuando su majestad con la otra caballería estaba ya cerca. Mas los enemigos en este tiempo á muy buen trote ganaron tanto camino, que se pusieron debajo de su artillería, la cual comenzó á defendellos batiendo los nuestros, y sus arcabuceros por la orilla del bosque con paso harto largo se vinieron á juntar con la infantería que tenian en guardia de su artillería, la cual estaba sobre la montañeta que dije.

Ya el Emperador habia llegado con unos pocos caballos á la montañeta que habiamos ocupado, porque los otros le seguian al paso que gente de armas puede seguir; y estuvo mirando si se podia hacer cosa para detenellos de manera que se hiciese algun buen efecto; mas ya iba el sol muy bajo y quedaba muy poco del dia, y los enemigos estaban ya sobre la montaña y comenzaron á encender muchos fuegos para alojarse. Así que, visto por su majestad que aquel dia no habia sido posible alcanzar los enemigos, y esto por falta del espía, que vino tan tarde con el aviso; viendo que los enemigos hacian muestra muy clara de alojar en aquella montaña, determinó de alojar en la que él estaba; y dejando al duque de Alba allí con toda la caballería, ya que anochecia, se volvió á su alojamiento para sacar toda la infantería aquella noche, porque no se diese ningun tiempo á que el enemigo se pudiese apartar mas, pues el designio del Emperador era seguillos, y no apartarse dellos hasta hallar lugar donde se acabase de rompellos, y si este no se hallaba, irlos siempre desalojando, como hasta allí habia hecho.

Cuatro veces en esta guerra los desalojó su majestad, y segun lo que á mí me parece, las dos fueron por arte, y las dos por fuerza. En Ingolstat, donde fué la primera, fueron desalojados, como por lo que he dicho se puede entender, y como ellos después han dicho, que forzados se retiraron. La segunda vez los desalojó de Donavert por arte, pues les ganó las espaldas de sus vituallas, poniéndose sobre Norling, ciudad que tanto convenia á la reputacion dellos tenella guardada. De Norling los desalojó la otra vez tambien con arte, porque les tomó á Donavert, y les ganó todas las villas del Danubio hasta Ulma, y les tomó la delantera, para ir sobre aquella ciudad, á la cual les convenia socorrer con suma diligencia, siendo una de las principales cabezas de todo su poder, la cual si la dejaban en cualquiera ventura, aventuraban ellos tambien la empresa. La cuarta vez fué esta de sobre Guinguen, donde ahora los acababa de desalojar, la cual fué por fuerza y razon de guerra, como se puede conocer evidentemente por lo que tengo escrito; y así, no dejaré de decir una cosa, que aunque es donaire de soldados, puédese alargar á propósito de lo que digo. Dicen los soldados tudescos que cuando Lantgrave amenazaba á alguno, le amenazaba diciendo que le haria ir á Lauf. Este es nombre de una villa donde él hizo retirar un ejército en cierta guerra, de lo cual él se preciaba mucho, y lauf en tudesco quiere decir *correr*. Los soldados cuentan esto, y dicen ahora: «Lantgrave nos amenazaba hasta aquí que nos haria ir á Lauf; en pago desto nosotros le hemos hecho ir á Guinguen,» que en tudesco quiere decir *huir*. Esto en la lengua alemana tiene mas gracia por la propriedad de las palabras, que dichas entre soldados son donaires militares, que tienen gracia y fuerza cuando son tan verdaderos.

Tornando á propósito, el Emperador volvió á su alojamiento, y súbito mandó poner en órden toda la infantería y la artillería, porque con esta diligencia queria ganar tiempo para otro dia; y habiendo hecho un poco de colacion, se partió, y con una niebla oscurísima y un frio terrible llegó á las dos después de media noche al alojamiento donde habia dejado al duque de Alba alojado con la caballería y los arcabuceros españoles. Toda la otra infantería y artillería caminaba con diligencia. Los enemigos vian nuestros fuegos, y nosotros los suyos; mas ellos, dejándolos encendidos toda la noche, caminaron, y cuando amaneció habian ya pasado el rio Prens, y alojádose sobre él, junto á un castillo llamado Haideuen, muy fuerte, y del duque de Vitemberg.

Aquella noche fué Luis Quijada, capitan de los de Lombardía, á reconocer lo que los enemigos hacian, el cual dijo que lo habia bien mirado, y que se habian ya levantado. Esto fué por el duque de Alba referido al Emperador. Era ya amanecido y dia claro, mas la nieve que habia caido desde antes que amaneciese y caia entonces era tan grande, que estaba sobre la tierra de dos piés en alto, y desta causa toda nuestra infantería estaba tan fatigada y tan esparcida, buscando donde calentarse, por ser el frio terribilísimo, que era gran lástima vella; y los caballos estaban muy trabajados de la mala noche, porque allí no habian tenido qué comer, y toda ella habian estado ensillados y enfrenados; de manera que el trabajo del dia pasado se le habia doblado aquella noche. Mas ni el tiempo, ni los otros inconvenientes que he dicho, ni el estar los enemigos forti-

simamente alojados, bastaban á que el Emperador no los siguiera, si no hubiera otra cosa, que se tenia por mayor inconveniente que ninguno de los otros, y muy mas bastante para estorbar lo que su majestad queria hacer, y esta fué no haber ninguna parte donde pudiésemos alojar cerca de los enemigos, en que pudiésemos hallar vituallas para nosotros y forraje para los caballos, sin grandísimo trabajo, por estar ya todas aquellas partes gastadas y comidas del ejército del enemigo, el cual habia estado alojado tantos dias por allí; cuanto mas que ya nosotros en nuestro campo teniamos las vituallas y forrajes muy léjos, y así, nos alargábamos cuatro ó cinco leguas; mas fuera cosa que si la gente con dificultad la sufriera, los caballos fuera imposible sufrirla; y así, nosotros nos pusiéramos en la necesidad y trabajo que habiamos puesto á nuestros enemigos, teniendo ellos á las espaldas á Vitemberg, provincia fertilísima, por la cual mostraban querer hacer su camino. De manera que el Emperador, forzado de inconveniente tan grande como es el de la hambre, el cual en la guerra y en los ejércitos es el mayor de todos, y juntándose con él ser el tiempo tan recio y estar los enemigos tan adelante, aunque no dejó la determinacion de seguillos, acordó que fuese por otra parte, por donde, aunque el tiempo fuese tan recio como comenzaba á ser, no faltase qué comer ni dónde la gente alojase en cubierto, porque ya en campaña era imposible. Así que aquella noche tarde volvió al alojamiento con todo el campo, lo cual fué bien necesario para toda la gente, porque estaba muy trabajada, y allí se remediaron todos con vituallas, y tomaron algun descanso para poder después mejor trabajar en lo que estaba por hacer.

Este desalojar al duque de Sajonia y á Lantgrave de Guinguen fué substancial punto de la guerra, y desde allí fueron ellos finalmente rotos; porque desde allí sucedió todo lo que adelante se dirá. Mas antes que lo escriba me parece que es bien tocar una cosa, y es, que jamás en toda esta guerra se nos ofreció ocasion, no digo que pudiésemos pelear con nuestra ventaja con los enemigos, mas aun igualmente no se ha ofrecido tiempo para podello hacer. Pues siendo esto verdad, como lo es, digo que ya que se ofreciera, no sé si fuera cosa acertada hacello, porque dejado aparte que las batallas son ventura, y que así como podiamos ganar, podiamos perder, como se ve cada dia, si perdiamos, estaba claro cuánto se perdia, y si ganábamos, era imposible ser tan sin sangre de nuestro ejército, que no quedara roto muy gran parte dél, y quedaban las ciudades de Alemania tan enteras y con tanto aparejo de ofender al ejército, que, aunque victorioso, por fuerza habia de quedar tan quebrado, que no se pudiera resistir á fuerzas nuevas; y esto se parece bien claro, pues fué menester que quedando los enemigos rotos, el campo de su majestad quedase tan entero cuanto quedó, para que las ciudades de Alemania tuviesen el respeto que después han tenido. Así que en mi juicio muy mayor honra fué la del Emperador haber deshecho á sus enemigos, quedando su ejército tan entero, que no con cualquier pérdida dél habellos rompido; porque, segun suelen decir, como las victorias sangrientas se atribuyen á los soldados, así las que se alcanzan sin sangre, siempre la honra dellas se debe al capitan.

Mas tornando á la órden de lo que voy escribiendo, digo que su majestad estuvo en este alojamiento, que llamaban del Emperador, dos dias. Allí tuvo aviso que los enemigos, luego otro dia de como se habian alojado á Haidenen, se habian partido en dos partes; la una fué la gente de las villas, la cual parecia que tomaba el camino de Augusta y Ulma; y la otra, que era toda la caballería del duque de Sajonia y Lantgrave y sus infantes con ellos, parecia que tomaban el camino de Franconia. Y sin duda ninguna, si ellos vinieran á poderse hacer señores de aquella provincia, fuera comenzar la guerra de nuevo, porque tenian gran aparejo de rescatar muchas villas y obispados muy ricos que hay en ella, de donde pudieran sacar dineros en buen número. Tenian gran abundancia de vituallas y buenos alojamientos por las muchas poblaciones que tenia; y si por ventura quisieran hacer cabeza de la guerra á Rotemburg, villa imperial y luterana, aunque no de la liga, tuvieran gran ventaja, por la poblacion y fortificacion que aquella villa tiene, á la cual fortificacion ellos llaman Landeberg, que quiere decir defensa de la tierra; y tuvieran á Franconia á sus espaldas, de la cual se pudieran hacer señores, por no haber en ella bastante cabeza para defenderla; y siendo señores deste sitio, fueran muy mas trabajosamente echados dél que de todos aquellos de donde hasta entonces habian sido echados por el Emperador; porque, aunque iban rotos, allí se redujeran y rehicieran con las pagas de sus rescates y abundancias de vituallas, juntamente con los buenos alojamientos, que son tres cosas bastantes á reforzar un campo trabajado y roto. Teniendo el Emperador este aviso de la intencion de los enemigos, habiéndolo él antes sospechado, con la mayor diligencia que pudo levantó su campo y comenzó á caminar la via de Norling con un tiempo harto trabajoso y difícil de nieves y hielos, y en dos alojamientos vino á alojarse á una milla de la dicha villa en otra pequeña imperial, llamada Boffinguen, porque este era el camino derecho para ir adonde su majestad queria, que era á Rotemburg, para ponerse delante de los enemigos antes que llegasen, y allí combatir con ellos en el camino; porque, prosiguiendo ellos el que tenian comenzado, no podia esto dejar de ser, y su majestad podia tomarles la delantera fácilmente, porque ellos rodeaban, y él iba camino derecho. Llegado el Emperador á Boffinguen, los burgomaestres salieron á rendille la tierra; y un castillo que estaba sobre ella, de los condes de Etinguen, con gente de guerra, se rindió á la voluntad de su majestad, aunque antes habian braveado un poco.

Otro dia vinieron los gobernadores de Norling á rendirse, porque ya su campo estaba tan cerca dellos, que no habia lugar de otros tratos, sino rendirse á la voluntad de su majestad, el cual metió dentro cuatro banderas. Las dos del duque de Sajonia y Lantgrave, que tengo dicho que estaban dentro, se habian salido aquella noche antes, y metiéronse en un castillo que está una milla pequeña de Norling, grande y fuerte, tambien de los condes de Etinguen, donde ya estaban otras dos; y así, estas cuatro banderas sacaban soldados para que escaramuzasen con los nuestros, que allí cerca estaban alojados, y mostraron determinacion de defenderse; mas el Emperador envió al conde de Bura con su gente, y en fin ellos vinieron á rendirse.

El Conde trajo las cuatro banderas á su majestad, dejando ir libres los soldados, los cuales quisieran entrarse en alguna villa imperial; mas el Emperador no se lo consintió; y así, les hizo que siguiesen el camino que el duque de Sajonia y Lantgrave habian llevado, porque fuesen como los otros iban. Después que Norling quedó rendida y con gente de guerra dentro, y puesto por gobernador en todo el condado de Etinguen un hermano de los dichos condes, el cual es católico, y dejando al cardenal de Augusta en Norling por algunas provisiones que convenian hacerse, partió de Boffinguen, y sin querer entrar en Norling, vino á Tinchspin, villa imperial y de la liga, la cual no habia hecho muestra de rendirse; mas el duque de Alba habia ido aquel dia, por órden de su majestad, con el artillería y españoles y parte de los alemanes adelante, y amonestando á los de la villa que si una vez se asentaba la artillería sobre ellos serian combatidos y dados á saco á la gente de guerra, por esta causa ellos vinieron á rendirse. El duque de Alba trajo á su majestad los burgomaestres de la villa, estando ya su majestad cerca della; y deteniéndose allí un dia y dejando dos banderas de guardia, se partió para Rotemburg; y este camino hizo en dos dias, que fué grandísima diligencia, por ser el tiempo tan trabajoso y los enemigos estar ya tales, que en ninguna manera se podian tratar. Los de Rotemburg salieron á su majestad el dia antes que en ella entrase, y vinieron á ofrecer la villa, diciendo que ellos nunca habian dado gente ni dinero contra él, y así era verdad.

Supo tambien el Emperador cómo los enemigos no estaban lejos de allí, y que verdaderamente llevaban intencion de hacerse señores de Franconia, y por esto se dió priesa á ocupar á Rotemburg, donde contra todo les tenia la delantera para el camino que ellos pensaban hacer. Mas es necesario entender que cuando su majestad llegó á Boffinguen, era ya el tiempo tan riguroso por las nieves y por los hielos, que parecia intolerable para la gente de guerra; y así, por esto la mayor parte de sus capitanes ó todos fueron de voto, y así lo aconsejaron á su majestad, que alojase su campo en Norling y en las otras tierras que sobre el Danubio se habian conquistado, y cerca de Ulma y Augusta, y para esto daban razones harto bastantes. Mas su majestad fué de otro parecer muy diverso del de sus capitanes; y así, escogió por mas importante cosa defender á Franconia, poniéndose delante á los enemigos, que no alojarse sobre Augusta y Ulma, porque esta era empresa que, acabándose de romper por los enemigos, se podia hacer mas fácilmente después; y dejándoles rehacer y cobrar fuerzas en Franconia, fuera muy difícil de acabar, porque siempre las ciudades tuvieran alguna esperanza de entretenerse, viendo que aun no eran del todo deshechos sus amigos. Y así, con todas las dificultades que al presente se ofrecian, se determinó de atajalles el camino ó forzalles á que tomasen otro, donde acabasen de deshacerse; y este designio fué tan bien entendido como pareció después por experiencia. Porque sabiendo los enemigos que el Emperador estaba ya en Rotemburg, dejaron el camino de Franconia y tomaron otro á mano izquierda con un rodeo grandísimo y por unas montañas harto ásperas, y por esta causa les convino dejar la mayor parte de su artillería gruesa repartida en algunos castillos del duque de Vitemberg, que estaban por allí cerca; con lo cual pudieron hacer tanta diligencia, que el dia que su majestad llegó á Rotemburg estaban á ocho leguas dél, habiendo estado tres el dia antes. Ya ellos iban tan rotos en este tiempo, que las dos cabezas que los guiaban se apartaron, y Lantgrave se fué con docientos caballos á su casa, y pasando por Francfort, los gobernadores de la villa le fueron á hablar como á vecino y capitan general de la liga, y le demandaron consejo y parecer, qué debrian hacer en tiempo que tanta necesidad tenian de sabello, y les respondió diciéndoles: «Lo que me parece es que cada raposo guarde su coda.» Y dada esta respuesta tan resoluta, se partió con sus caballos y se fué á su casa.

Tambien el duque de Sajonia tomó otro camino, recogiendo las reliquias del ejército que pudo allegar, y con un grandísimo rodeo fué hácia su tierra, componiendo por el camino las abadías que podia, y sacando dellas dinero para sustentar los soldados que llevaba y se le iban allegando.

Estando el Emperador en Rotemburg, y viendo cuánto se habian alejado los enemigos dél, entendiendo que el tiempo ni la tierra no daban esperanza de podellos alcanzar, ordenó de dar licencia á mosiur de Bura para que volviese en Flándes con el campo que habia traido, y dióle órden que fuese por Francfort, y procurase por fuerza ó por maña ganar aquella tierra, la cual es grande, rica y muy importante. Partido mosiur de Bura, el Emperador, con el resto del ejército, dió la vuelta sobre las ciudades en quien consistió la fuerza de los negocios pasados. Mas el ímpetu y la reputacion de la victoria hacian ya la guerra en Alemania por el Emperador; y así, muchas ciudades enviaron allí á Rotemburg sus embajadores á rendirse, y otras comenzaban á tratar de hacer lo mismo. Así que, antes que su majestad de allí partiese, todas las ciudades y villas imperiales hasta el Rin, y algunas de las de Suevia, y hasta Sajonia, vinieron á rendirse.

Partido el Emperador de Rotemburg, vino en dos alojamientos á Hala de Suevia, que era ya de las ciudades rendidas y de las mas ricas de aquella provincia y de la liga. Allí, por indisposicion de su gota, que le apretó mucho, se detuvo algunos dias mas de los que quisiera.

Ya en este tiempo el conde Palatino comenzaba á tratar como hombre bien arrepentido de la demostracion que contra su majestad habia hecho; y estos tratos y ruegos fueron tan adelante, que su majestad le admitió á su clemencia; porque en fin esta es natural virtud de César, y así lo dijeron por el primero, que de todo se acordaba sino de sus ofensas. Vino el conde Palatino allí en Hala, á la corte del Emperador: un dia le fué señalada hora para venir á palacio; y así, entró en la cámara donde su majestad estaba sentado en una silla por la indisposicion de sus piés. Llegó á él el Conde haciendo muchas reverencias y quitada la gorra, y comenzó á dar disculpas, diciendo y mostrando que si alguna culpa tenia, estaba dello arrepentido; y esto tan largamente dicho cuanto le convenia. Su majestad le respondió: «Primo, á mí me ha pesado en extremo que en vuestros postrimeros dias, siendo yo vuestra sangre y habiéndoos criado en mi casa, hayais hecho con-

tra mí la demostracion que habeis hecho, enviando gente contra mí en favor de mis enemigos, y sosteniéndola muchos dias en su campo; mas teniendo yo respeto á la crianza que tuvimos juntos tanto tiempo, y á vuestro arrepentimiento, esperando que de aquí adelante me serviréis como debeis, y os gobernaréis muy al revés de como hasta aquí os habeis gobernado, tengo por bien perdonaros, y olvidar lo que habeis hecho contra mí. Y así, espero que con nuevos méritos mereceréis bien el amor con que agora os recibo en mi amistad.» El Conde de nuevo comenzó á dar disculpas, á su parecer muy bastantes; pero las que al mio y al de los que allí estaban mas lo eran, fueron las lágrimas y la humildad con que las daba; porque ver un señor de casa tan antigua, primo del Emperador, y tan honrado y principal, aquellas canas descubiertas, las lágrimas en los ojos, verdaderamente era cosa que daba grandísima fuerza á su descargo, y gran compasion á quien lo veia. De allí adelante su majestad le trató con la familiaridad pasada, aunque entonces le habia recibido con la severidad necesaria.

Ya los señores de Ulma, como los alemanes dicen en su proverbio, se habian dado tanta priesa á reducirse al servicio de su majestad, que en el mismo tiempo que el conde Palatino estaba en Hala, estaban ya ellos allí; y mandóles á la hora que habian de venir á palacio á hablar con su majestad. Entraron en su cámara, donde le hallaron sentado en su silla; y estando el conde Palatino delante, se hincaron de rodillas, y con semblante que mostraban lo que tenian en los ánimos, el principal dellos dijo en suma estas palabras:

«Nosotros los de Ulma conocemos el yerro en que hemos caido y la ofensa que os hemos hecho, lo cual todo ha sido por falta nuestra y de algunos que nos han engañado; mas juntamente conocemos que no hay pecado, por grave que sea, que no alcance la misericordia de Dios arrepintiéndose dél; y por esto esperamos que, queriendo vos imitarle, tendréis respeto á nuestro arrepentimiento y nos recibiréis á vuestra misericordia. Y así, os pedimos por amor de la pasion de Cristo, hayais piedad de nosotros y nos recibais en gracia, pues nos entregamos á vuestra voluntad con determinacion de serviros, como buenos y leales vasallos, con las haciendas y la sangre y con las vidas, como lo debemos á tan buen emperador.» Su majestad les respondió que venir ellos en conocimiento de su yerro era muy gran parte para que él se lo perdonase, y que juntamente con esto, tener él por cierto que, arrepentidos de lo pasado, le habian de servir en lo porvenir como buenos servidóres y leales vasallos del imperio, hacia que de mejor voluntad les perdonase; y que así, él los admitia á su gracia, reservando para sí lo que en aquella ciudad convenia que se hiciese para el bien y sosiego de todo el imperio. Esto me parece que fué en suma lo que allí pasó.

Después, de ahí á pocos dias partió de allí su majestad; porque aunque el duque de Vitemberg comenzaba á sentir que las banderas imperiales se le acercaban, y blandeaba un poco, no era tanto, que no fuese necesario que el Emperador con las armas en la mano le hiciese venir á su obediencia; y teniendo su majestad á Ulma tan vecina al ducado de Vitemberg, no era conveniente cosa dejarle libre con las fuerzas que tenia, y apartarse dél, yendo á otra empresa, pues con la ausencia de su majestad se podia dar ocasion á cosas nuevas; tanto mas que estando Augusta en pié juntamente con aquel estado, pudieran fácilmente hacer alguna revolucion en Ulma, y para esto tuvieran aparejo por la vecindad que este estado con ella tiene, y con otros vecinos que naturalmente son desasosegados y siempre han deseado revolver los negocios de su majestad cuando mas en quietud están: y esto dígolo por los franceses, los cuales, estando Vitemberg fuera de la obediencia de su majestad, tuvieran una gran puerta abierta para todas las revueltas de Alemania. Así que, el Emperador, por este ó por otros respetos que él debe de saber mejor que los que no alcanzamos otra cosa sino lo que tocamos con las manos, determinó de hacer la empresa de aquel estado, y envió al duque de Alba delante con los españoles y el regimiento de Madrucho y coronelía de Xamburg, y los italianos que habian quedado, que eran tan pocos, que por eso no se pone número. Y á mi juicio la causa desto era que los continuos trabajos que nuestro campo pasaba hacian que de todas las naciones faltasen muchos soldados; mas destos faltaban muchos mas; y juntamente con esto, la flojedad de sus pagas y descuido de muchos capitanes suyos les habian traido á tanta diminucion, la cual desde el rio Prens siempre se fué conociendo en nuestro campo; y con todo esto, Lantgrave, habiendo reforzado el suyo, como está dicho, no nos dió la batalla tan prometida sobre su cabeza á las villas de la liga.

Partido pues el duque de Alba con esta parte del ejército que digo, y alguna caballería tudesca, y los trecientos hombres de armas que vinieron del reino de Nápoles, su majestad les siguió con la otra parte de los caballos y el regimiento de tudescos que habia sido de Jorge, y entonces su majestad le habia dado al conde Juan de Nasau. El camino fué derecho á Hailprum, que es una villa imperial, y fué de la liga, porque de tres entradas que hay para entrar en el ducado de Vitemberg por la banda donde su majestad estaba, la de aquella villa es la mas llana y mas abierta para llevar campo y artillería. Llegado el Emperador á Hailprum, el duque de Vitemberg comenzó á apretar mas en sus negocios, porque el duque de Alba de camino habia rendido algunas villas del estado. Entrado mas adelante, habia reducido á la obediencia de su majestad casi todas las villas dél, excepto algunas fortalezas, para las cuales eran menester muchos años de sitio, así por ser fortísimas como por estar bien proveidas. Mas el duque de Vitemberg, tomando el consejo mas saludable, vino en todo lo que el Emperador mandaba, dándole tres fuerzas del Estado, las que su majestad quiso escoger. Estas eran Ahsperg, un castillo muy grande, muy lleno de artillería y municiones, puesto en un sitio muy importante, y Kirhanderg, lugar fortísimo; la tercera en otra villa llamada Schorendorf, y esta es la mas fuerte, y por eso estaba la mas bien proveida, porque habia en ella vitualla para dos mil hombres muchos años, y artillería y municiones conforme á esto. En todas estas fuerzas se halló artillería del duque de Sajonia y de Lantgrave, de la que por ir con mas diligencia habian dejado, especialmente en esta villa, por ser señora de una entrada muy importante para aquel estado; y entregando esto que tengo dicho, dió á su majestad do-

cientos mil ducados, y prometió de hacer todo lo que él mandase, sin exceptuar ninguna cosa.

Habiendo el Emperador en tan breve tiempo sujetado al duque de Vitemberg y asegurado aquel estado con tener estas fuerzas en su poder, le vino aviso de mosiur de Bura cómo Francfort se habia rendido á la voluntad de su majestad, y que él estaba dentro con doce banderas. Dos dias después destas nuevas vinieron los burgomaestres de la dicha villa, y su majestad los recibió con las condiciones que á los otros, reservando en sí lo que para el bien de la Germania convenia que se hiciese. Luego otro dia vinieron juntas siete ciudades, todas de la liga, entre las cuales eran Meminguen y Hempten, de las cuales ya tengo hecha memoria. De manera que antes que su majestad de Hailprum partiese, ya todas las ciudades de Suevia, excepto Augusta, estaban rendidas á su obediencia; porque, como tengo dicho, ya la victoria del Emperador peleaba por él en todas las partes de Alemania. Partiendo el Emperador de Hailprum, tomó su camino para Ulma, pasando por el ducado de Vitemberg, y en seis jornadas llegó á ella. Mas los de la ciudad habian enviado á los confines de su señorío sus embajadores á recebir á su majestad, muy acompañados; los cuales le hablaron en español, hincados de rodillas allí en el campo, adonde habian salido á esperar al Emperador, que venia de camino. La causa de hablalle en español dicen que fué, parecelles que era mas acatamiento hablalle en lengua que mas natural es suya y mas tratable, que no en la propria dellos. La habla fué ofreciéndole la ciudad, y particularmente las personas y haciendas, que unos hombres muy determinados de servir á su príncipe pueden ofrecer. Su majestad les respondió en español, dándoles una respuesta muy buena y graciosa, como ellos dicen; de la cual quedaron tan contentos cuanto era razon, y mostraron bien la voluntad que al Emperador tienen, la cual en toda Alemania generalmente se la tienen muy buena; tanto, que la gente de guerra ordinariamente le llaman *unser fater*; que quiere decir *nuestro padre*. Este nombre quiso usar un prisionero de los enemigos que unos tudescos nuestros trujeron un dia á su majestad. Preguntándole su majestad si le conocia, dijo: «Sí, conozco que sois nuestro padre.» Al cual su majestad dijo: «Vosotros, que sois bellacos, no sois mis hijos. Estos que están aquí á la redonda, que son hombres de bien, estos son mis hijos, y yo soy su padre.» Fueron estas palabras oidas del prisionero con gran confusion, y con grandísima alegría de todos los tudescos que al derredor estaban. Y demás desto, con todas las otras gentes está bienquisto; porque aun de los que han andado contra él en esta guerra, los mas dellos se ofrecen á probar que han sido engañados y no haber sabido que era contra él, y en su arrepentimiento se ve bien, y entre ellos un conde muy principal se dió de puñaladas, por ver la falta en que habia caido. Y nadie se maraville desto, porque la fuerza de la virtud es tanta, que aun á los malos convida á querella bien; y así, agora todos estiman mas el volver en gracia de su majestad por volver á su amistad, que no por salvar las haciendas que sin ella podian perder. Yo escribo lo que he visto y conocido.

Estando su majestad en una villa de las de Ulma, vinieron á ella embajadores de los de Augusta, porque ya les daba el aire de nuestro campo; y aunque se enviaban á rendir á su majestad, era con condiciones que su majestad no las aceptaba en ninguna manera, porque le suplicaban que perdonase á Sebastian Xertel; y si desto no fuese servido, que á lo menos sus castillejos los dejase á sus hijos. Mas no queriendo su majestad conceder ninguna cosa destas, ellos dijeron que Xertel estaba dentro de Augusta, y que tenia dos mil hombres, y mucha parte en Augusta, y que estas eran fuerzas tan grandes, que ellos no bastarian á echalle. Su majestad respondió que no se fatigasen por esto; que él iria muy presto allá y le echaria. Vueltos ellos á su ciudad con esta última resolucion de su majestad, fué tanto el temor del pueblo, que acordaron de rendirse. Y estando los del Senado en la casa de la villa, entró Xertel y díjoles: «Señores, yo sé lo que tratais, que es concertaros con el Emperador; mas porque por mí no lo dejeis de hacer, yo determino de irme. Por ventura este servicio que hago á su majestad en irme, y otros que le pienso hacer, serán causa que me perdone.» Dichas estas palabras, se fué á su casa; de allí, lo mas encubiertamente que pudo, dicen que fué camino de Suiza. Los de Augusta vinieron á Ulma, donde ya su majestad estaba, y el dia y hora que les fué señalado vinieron á palacio. Su majestad los recibió sentado en una silla con todas las ceremonias imperiales acostumbradas, y ellos hincados de rodillas con toda la humildad que convenia á hombres que tanto les iba en mostralla, el uno dellos habló en suma desta manera, diciendo primero los títulos que ordinariamente suelen decir á los emperadores.

«Tenemos entendido los de Augusta la grandeza de nuestro pecado, y tambien el castigo que por él merecemos; mas conociendo por experiencia que vuestra clemencia es tanta, que todos aquellos que os han ofendido, y después, arrepentidos de sus yerros, os piden misericordia, la hallan en vos; os osamos suplicar que, pues nosotros arrepentidos de los nuestros, y con ánimo de serviros mejor que todos, venimos á socorrernos de vuestra clemencia, seais servido que la que no os ha faltado para con ellos, no os falte para con nosotros. Y pués nos entregamos á vuestra voluntad, suplicamos que sea de manera que la desgracia que merecemos se torne en gracia, que de tan piadoso príncipe se espera.» Su majestad les respondió conforme á los de Ulma, pocas palabras mas ó menos; y después mandándolos levantar, le vinieron á tocar la mano, como los de las otras ciudades tambien habian hecho.

Después de rendida Augusta y Ulma y Francfort, no faltaba sino Argentina para que todas las cuatro cabezas principales de todas las ciudades estuviesen á la obediencia del Emperador. Mas viendo ella que Ulma, Augusta y Francfort habian alcanzado el ser admitidos de su majestad, envió á él á Ulma á pedir salvoconducto para sus burgomaestres, los cuales vinieron á poner su ciudad debajo del amparo y obediencia de su majestad; porque se sabe que hasta agora puede mas la clementísima victoria del Emperador, que los inducimientos y promesas de algunos que por sus respetos particulares trataban con ellos otras cosas.

Las condiciones con que generalmente su majestad ha recibido al conde Palatino, al duque de Vitemberg,

y á todos los otros caballeros y á todas las ciudades, sin las que particularmente yo no sé, son:

Liga perpetua con los de Austria.

Dan por ningunas todas las otras ligas que hasta aquí hayan hecho con otros.

Declaránse por enemigos del duque Juan de Sajonia y de Felipe de Hesen, lantgrave.

Castigan á todos los soldados que salieron ó hubieren salido de sus tierras á servir á ningun príncipe contra el Emperador.

Reciben gente de guerra en los lugares que su majestad quiere poner, así como Xamburg con su coronelía en Augusta, el conde Juan de Nasau con la suya en Ulma, y las doce banderas que mosiur de Bura metió en Francfort; y sin esto, otras condiciones que su majestad ha puesto, y otras que ha reservado en sí para ponellas á tiempo conveniente.

Esta guerra se ha tratado seis meses con esta ferocísima nacion. En todo este tiempo á su majestad no ha faltado el cuidado y el trabajo, peligro y vigilancia que para acabar tan gran empresa era menester pasar y tener; en la cual oso decir que, aunque se ha hecho felicemente, nunca la fortuna del Emperador fué mayor que su industria; porque quien considerare desde el dia que se puso en campo y á vista de los enemigos, verá que siempre les fué ganando tierra y retirándolos. Y así los desalojó de Ingolstat forzosamente, y después de Donavert y de Norling con gran industria, y después últimamente de sobre Guinguen por fuerza y razon de guerra; de donde fueron tan rotos los enemigos, que no les queda otra fuerza sino la gente que el duque Juan de Sajonia pudo llegar, para ir contra el duque Mauricio y Lantgrave, retirado en su tierra. Su majestad reserva para tiempo mas conveniente lo que contra estos dos se ha de hacer. Entre tanto, para estas cosas y otras tales quiso descansar en Ulma algunos dias, y purgarse allí con el palo de las Indias, que para su gota suele ser muy provechoso. El duque de Vitemberg venia á besar las manos á su majestad y ofrecerle esencialmente lo que ya tiene en su poder, y á cuatro leguas de Ulma se detuvo, porque allí le apretó la gota, de que él es muy apasionado.

Quien considerare bien el progreso desta jornada, verá cuán importantes efectos fueron las cuatro veces que los enemigos fueron desalojados, y cuánto mas fué el seguillos su majestad contra el tiempo y contra todos los otros estorbos que se le ponian delante. Porque á mi parecer en esto solo consistió el cumplimiento de la victoria que Dios le ha dado; de la cual no han faltado en este tiempo personas que, envidiosas de su grandeza, procuran estorbar el progreso della; mas Dios, que la ha permitido, permitirá que vaya adelante. Y así, su majestad con la industria, ánimo y felicidad con que ha adquirido este imperio, con ellas mismas tambien le conservará, porque con las artes que se gana un imperio, con aquellas es cosa fácil sostenelle.

LIBRO SEGUNDO.

Todo el tiempo que el Emperador estuvo en Ulma, que no fué mucho, entendia en los negocios que tocaban á las ciudades que ya se le habian rendido, y á las que entendian en venirse á rendir, y en otras cosas que tocan al imperio, y juntamente con esto, no dejaba de proveer lo necesario para los negocios de Sajonia; porque las cosas estaban en ella en términos, que no solo el duque Juan Federico de Sajonia habia cobrado lo que habian tomado el rey de Romanos y el duque Mauricio, mas aun de sus estados les habia tomado parte; y habia extendido tanto sus inteligencias, que en Bohemia tenia amistades harto bastantes para poner aquel reino en peligro, y habia tomado á Jaquimistal, que es un valle muy principal en aquel reino, y donde son todas las mineras que hay en él. Y esta empresa fué hecha mas con voluntad de los bohemios, los cuales con sus disimulaciones fingian el rendirse, que por fuerza de los capitanes del Duque, de los cuales el principal se llamaba Tumeshierne, que como general andaba en aquella empresa; la cual, como digo, al principio fué disimulada por los bohemios; mas después se declararon en ella tan por del duque de Sajonia, que del todo vinieron á perder la vergüenza al Rey, como adelante se dirá.

Pues siendo la cosa de tanta importancia y habiendo el Emperador sido informado dello, no solo por cartas bien continuas del Rey, mas tambien por las de los ministros que su majestad habia enviado á saber particularmente lo que pasaba, él no tuvo lugar de tomar el palo en Ulma, del cual por los trabajos pasados tenia harta necesidad. Y así, de nuevo comenzó á poner órden en la empresa, para la cual era ya tan necesaria su persona como para la pasada, porque el duque Juan Federico con la gente que entonces tenia, que eran cuatro mil infantes, se habia dado tan buena maña, que no tenia por cobrar de todo su estado sino solamente Zuibica, ni habia dejado al duque Mauricio otra cosa sino á Trésen y á Lipsia, y á la Zuibica, que todavía la guardaba el duque Mauricio con buena infantería. De manera que se podia decir que tenia toda la Sajonia y Bohemia puesta en tales términos, que muy abiertamente le confesaban por amigo, y en esto ninguna memoria hacian del Rey, para no hacer por el Duque todo lo que le convenia. Y habia llegado la desvergüenza de los bohemios á tanto, que con una honesta disimulacion tenian detenidas las hijas del Rey en el castillo de Praga.

Habia el Emperador proveido antes que partiese de Ulma algunas cosas que parecian tan bastantes, que con ellas pudiera excusar el nuevo trabajo de su persona, porque envió ocho banderas de infantería y ochocientos caballos, y con ellos al marqués Alberto de Brandemburg, el cual, demás desto, llevó consigo otros mil caballos y otras ocho banderas. Tambien envió algunos dineros, que son el nervio de la guerra. Eran fuerzas estas que, juntas con las del Rey y del duque Mauricio, estaban superiores á las del duque de Sajonia, si la manera de tratar la guerra fuera conforme á los aparejos della; mas, como adelante se dirá, pasó la cosa algo diferente de lo que al principio se pensó. Y porque mas abundantemente fuese proveido lo que al Rey tocaba, el Emperador enviaba á don Alvaro de Sande, maestre de campo, con su tercio de los españoles, y al marqués de Mariñano con ocho banderas de tudescos; mas estas fueron mandadas detener, porque la relacion de las cosas de Sajonia venia tan llena de necesidad

que su majestad se hallase personalmente en esta guerra, que él determinó de no perdonar á trabajo suyo ni peligro, viendo en el que estaban las cosas del Rey su hermano y las del duque Mauricio, y junto con esto, el que de allí podia resultar para todo lo de Alemania; porque dejar que fuese mas adelante aquel fuego que ya estaba tan encendido, era poner la victoria pasada en los términos que estaba antes que se alcanzase. Así que, consideradas todas estas cosas, el Emperador partió de Ulma, habiendo proveido que la infantería española partiese de sus alojamientos, y enviado alguna artillería, la cual tomó de los de Ulma.

El duque de Vitemberg por su enfermedad no habia podido venir, como por el Emperador le habia sido mandado; mas ya á este tiempo estando mejor, vino el mismo dia que su majestad partió de Ulma, á dar la obediencia que un príncipe vencido debe á su vencedor y señor; y así, estuvo en la sala esperando que su majestad acabase de comer, sentado en una silla en que le traian cuatro hombres, porque por su enfermedad no podia estar de otra manera. El Emperador salió, y pasó cabe él sin mirallo, lo cual no dejó de mirar el Duque. El Emperador se sentó con aquellas ceremonias que en tal caso se suelen hacer, estando el marichal del imperio delante con la espada imperial sacada y puesta en el hombro. El chanciller del Duque y todos los de su consejo se hincaron de rodillas, quitados los bonetes. Habiendo dicho los títulos que á su costumbre suelen decir al Emperador, dijeron en nombre de su amo estas palabras:

«Yo, con toda la humildad que puedo y debo, me presento delante de vuestra majestad, y públicamente confieso que le he ofendido gravísimamente en la guerra pasada y merecido toda la indignacion que contra mí tuviere, por lo cual yo tengo el arrepentimiento que debo, el cual es igual á la razon que para tenelle hay. Y así, yo vengo humilmente á suplicar á vuestra majestad, por la misericordia de Dios, y por vuestra natural clemencia, que vuestra majestad por su bondad me perdone y de nuevo reciba en su gracia; porque á él solo, y no á otro ninguno, conozco por supremo príncipe y natural señor mio; al cual prometo que en cualquiera parte que esté, le serviré, con todos los mios, como humilísimo príncipe, vasallo y súbdito suyo, con toda aquella obediencia y sujecion y agradecimiento que debo, para merecer la grandísima gracia que agora recibo. Demás desto, me ofrezco de cumplir fidelísimamente todo lo que en los capítulos que por vuestra majestad me han dado se contiene.»

El chanciller del Emperador, por su mandado, respondió: «La majestad cesárea, nuestro señor clementísimo, atendido lo que el duque Udalrico de Vitemberg humilmente ha propuesto, suplicado y ofrecido, viendo su arrepentimiento, y que públicamente confiesa que gravemente ha ofendido á su majestad, y cuán dignamente merece su indignacion; teniendo respeto que ha implorado y pedido por la misericordia de Dios perdon de todas estas cosas, su majestad cesárea, por la honra de Dios y por su natural clemencia, especialmente porque el pobre pueblo que no pecó no padezca, tiene por bien de olvidar la ira y indignacion que contra el Duque tenia, y perdonalle clementísimamente, con condicion que el Duque observe y guarde todas las cosas á que se ofreció y está obligado.» El duque de Vitemberg dió grandes gracias á su majestad por ello; y así, prometió de ser siempre fidelísimo. A todo esto estaban de rodillas su chanciller y los del Consejo. El Duque estaba sentado en una silla, quitado el bonete, bajo de todo el estrado, porque antes por sus embajadores habia enviado á suplicar á su majestad le dejase estar de la manera que su dolencia lo permitia, porque en pié ni de rodillas, aunque era para pedir perdon, era imposible poder estar. Fué para los de Ulma esta vista harto admirable, porque, como no tienen otro vecino mas poderoso, parecíales este poderosísimo.

Pasado esto, su majestad se puso á caballo y prosiguió su camino. De Ulma vino el Emperador á Guinguen, adonde en la guerra pasada los enemigos habian estado alojados, y en el alojamiento tan extendido se vió bien el número dellos. Allí se vió la fortificacion que tenian por la parte que se les pensó dar la encamisada, como está escrito; la cual ellos tenian tan bien fortificada y entendida, que cualquiera cosa que por allí se emprendiera fuera muy á su ventaja. De allí vino el Emperador á Norling, donde el tiempo y el no haberse purgado se juntaron con la gota, y túvola tan recia, que le puso en tanta flaqueza, que á todos quitaba la esperanza de poder verle convalecido tan presto; mas él se dió tanta priesa á curarse con todo lo que al presente se podia curar, que comenzó á mejorar y á poderse levantar de la cama.

En este tiempo Juan Federico, duque de Sajonia, acrecentándosele siempre su campo, prosiguió el hacerse señor de toda ella, y habia deshecho al marqués Alberto y prendídole, lo cual fué desta manera. El marqués Alberto estaba en un lugar que se llama Roqueliz, porque los que gobernaban la guerra contra el duque de Sajonia tenian repartida toda su gente en frontera contra él; y así, el rey de romanos estaba con su gente en Trésen, y el duque Mauricio en Frayberg con la suya, y el marqués Alberto con diez banderas y mil y ochocientos caballos en este lugar que digo. Demás desto, tenian proveida á Zuibica y á Lipsia, la cual algunos dias antes habia sido combatida por el duque de Sajonia, mas fué muy bien defendida por los que en ella estaban. Era esta villa de Roqueliz, donde el marqués Alberto tenia su frontera, de una señora viuda hermana del Lantgrave, la cual entretenia al marqués Alberto con danzas y banquetes, que son fiestas acostumbradas en Alemania, y mostrábale tanta amistad, que le hacia estar mas descuidado de lo que un capitan conviene estar en la guerra; y por otra parte avisaba al duque de Sajonia, el cual estaba en Garte, tres leguas pequeñas, con muy buena gente de caballo y treinta y seis banderas de infantería, y usando de buena diligencia amaneció otro dia sobre el marqués Alberto; el cual, por lo que á él le pareció, acordó de combatir en la campaña; finalmente, fué roto, y él preso, habiendo peleado mas como valiente caballero que como cuerdo capitan. Hay muchas opiniones: unos dicen que el lugar no se podia defender; otros dicen que si se detuviera en él, llegaran presto caballos del duque Mauricio á socorrelle; otros dicen que quiso guardar cuatro banderas que alojaban en el burgo, no fuesen rotas, y que por eso se puso en campaña con las otras que estaban dentro della. En fin, todas estas opiniones se resu-

mieron en que él perdió cuatrocientos ó quinientos caballos, muertos y presos, y mucha parte de los otros se recogieron al rey de romanos. Otros dicen que quedaron alguna parte dellos en servicio del duque de Sajonia, el cual ganó todas las banderas de la infantería, de la cual murieron pocos, porque muchos se recogieron al Rey, y otros que fueron presos juraron de no servir contra él, como se acostumbra hacer en Alemania cuando los vencedores dan libertad á los vencidos. El marqués Alberto fué llevado á Gota, un lugar fortísimo del Duque.

Habida esta victoria por él, no procedió por aquel camino que todos pensaron, que era ir contra el duque Mauricio, el cual estaba mas cerca dél; mas dejándole estar en Frayberg, comenzó luego á entender en las cosas de Bohemia; y así, envió á Tumeshierne con seiscientos caballos y doce banderas, el cual se señoreó del valle de Jaquimistal con muy buena voluntad de los bohemios, aunque muy disimulada. Este era el fundamento de todo lo que ellos y el Duque pensaban hacer. Sabida esta nueva por el Emperador, y viendo que el Rey y el duque Mauricio sostenian esta guerra, guardando las fuerzas principales, y no sacaban la gente dellas para tentar otra vez la fortuna, él se dió priesa á partir de Norling, adonde, pocos dias antes que partiese, vinieron los burgomaestres de Argentina, ciudad fortísima y poderosísima, como está dicho, y allí se pusieron debajo de la obediencia de su majestad, con las condiciones que á él le pareció que se les debian poner; entre las cuales fué jurarle por Emperador, lo cual no habian hecho con ningun emperador pasado. Renunciaron todas las ligas que tuviesen hechas, y juraron de no entrar en ninguna donde la casa de Austria no entrase primero. Castigan á todos los soldados de su tierra que hubieren sido contra su majestad. Ponen gravísimas penas á los que de aquí adelante salieren contra él. Echan de su ciudad á todos los rebeldes y deservidores de su majestad, y entre ellos fué uno que era capitan general dellos, llamado el conde Guillaome de Fustamberg, el cual negocia su perdon con todas las diligencias y justificaciones que él puede. Dieron lo que les fué impuesto por su majestad, y el artillería y municiones que les mandó dar, como las otras ciudades lo habian hecho, y sin esto otras cosas que yo dejo de decir, porque no quiero dejar de proseguir con la brevedad que he comenzado. Otros lo podrán escribir mas particularmente, pues el Emperador les ha abierto en sí un campo tan ancho, que podrán bien extender en él sus ingenios y estilos, que por grandes que sean, yo les aseguro que quedarán inferiores á la materia.

Partido el Emperador de Norling, tomó el camino de Nuremberga, llevando consigo los dos regimientos de alemanes de los viejos, el uno del marqués de Mariñano y el otro de Aliprando Madrucho, el cual, poco antes que el Emperador partiese de Ulma, murió de calenturas. Perdió el Emperador en él un muy buen servidor, y un soldado de quien se tenia esperanza que valdria mucho en Alemania. Sin estos dos regimientos mandó hacer otro de nuevo. Este hizo un caballero de Suevia, llamado Hanzbalter. Llevaba tambien toda la infantería española y los hombres de armas de Nápoles y seiscientos caballos ligeros, mil caballos tudescos del Taychemaestre y del marqués Juan y del archiduque de Austria. Habia el Emperador enviado delante el duque de Alba, el cual habia alojado en torno de Nuremberga este campo, excepto algunas banderas que quedaban para la compañía del Emperador; y él estaba ya en Nuremberga, donde habia hecho el aposento para su majestad, y metido ocho banderas, que era el regimiento del marqués de Mariñano, porque la autoridad del Emperador así lo requeria y era necesario; porque, aunque allí los nobles son muy imperiales, el pueblo, que es grandísimo, suele algunas veces tener furias dignas del freno que entonces se les puso. El Emperador fué recibido en aquella ciudad con mucha demostracion de placer de todos los della, y fué á alojar al castillo, que es su acostumbrado alojamiento. Allí estuvo cinco ó seis dias entendiendo en recoger el campo, y en su salud, porque aun sus indisposiciones no eran acabadas.

Quien considerare esta guerra, parecerle ha una toda, por ser esta presente un ramo que salió de la pasada, y en alguna manera tendria razon. Mas á mi juicio no ha sido una guerra, sino dos, porque la primera ya el Emperador la habia acabado deshaciendo el poderosísimo campo de la liga, y rindiendo las ciudades della y algunos de los príncipes que mas podian; y cuanto á esto, ya la guerra de la liga estaba acabada. Esta otra de Sajonia, aunque el Duque se habia hallado en la otra, no se podia contar por miembro della, sino por cabeza de otra tan principal y tan peligrosa, que fué bien necesario para ella el consejo del Emperador, acompañado de su determinacion y osadía. Yo no quiero encarecer sus cosas; porque, demás de ser ellas grandes de sí mismas, seria muy mal que yo pagase el haberme criado en su casa con ninguna manera de lisonja; aunque deste trabajo me quita ser ellas tan valorosas, que consigo se traen la admiracion que todos deben tener dellas. Ni tampoco quiero encarecer las de los enemigos porque las del Emperador que los venció parezcan mayores; mas diré la verdad como testigo della, pues no pasó cosa ninguna en que yo no me hallase cerca dél.

Desde Nuremberga, que era el camino que el Emperador habia de tomar para juntarse con el Rey y el duque Mauricio, fué derecho á la villa de Eguer, donde, por la oportunidad del lugar, estaba concertado que allí se hiciese la masa de la guerra. Allí se habian de juntar el Rey con sus caballos y algunas banderas de infantería, y el duque Mauricio con los suyos; y así, habian concertado, á término señalado, que fuese en esta villa. El Rey partió de Trésen, que es lugar del duque Mauricio y el duque de Frayberg, y dejando á mano derecha las fuerzas de su enemigo, por Laytemeriz entraron en Bohemia para tornar á travesar los montes de que ella está rodeada, y juntarse en Eguer con el Emperador. Mas los de Bohemia mostraron entonces abiertamente su intencion, y declararon cómo no eran vanas las esperanzas que el duque Juan de Sajonia tenia en ellos; las cuales se extendian á tanto, que fué causa de decirse muchas opiniones, las cuales no escribo porque no las sé tan averiguadamente cuanto es razon para ponellas aquí.

Ya el Emperador habia andado tres jornadas despues que partió de Nuremberga, donde vino un gentilhombre del rey de romanos haciéndole saber cómo, despues de haber entrado él y el duque Mauricio con la

caballería y alguna infantería en Bohemia, un caballero bohemio habia juntado mucha gente, y cortado los bosques y atajado los pasos por donde el Rey habia de pasar, por dos ó tres partes, por las cuales habia probado hacello para venir á Eguer, y este siempre las habia embarazado; que le seria forzado rodear algunas jornadas, y pasar por las montañas por unos castillos de ciertos caballeros bohemios que con él venian; y juntamente con esto queria algunos arcabuceros españoles, para que mas fácilmente pudiese pasar y ser señor de aquellos bosques. El Emperador proveyó todo lo que convenia, aunque después no fué necesario que los españoles llegasen al paso; porque aquellos caballeros que con el Rey venian le sirvieron tan bien, que le tuvieron desembarazado, y aquel caballero bohemio, que era enemigo, no llegó con su gente allí. Este se llama Gaspar Fluc, hombre muy principal en aquel reino, á quien ya otras veces méritamente el Rey le habia quitado su hacienda, y después muy liberalmente héchole merced della; mas él parece que tuvo mas memoria del habérsela quitado que de la merced de habérsela vuelto; porque los ingratos lo primero que olvidan son los beneficios que reciben.

Cuentan que los caballeros que se juntaron para defender aquellos pasos hicieron un banquete, y que después echaron suertes cuál seria capitan general, y ordenáronlo de manera que cayese sobre este Gaspar Fluc; no porque hubiese en él mas habilidad que en otro para este cargo, sino porque tenia mas aparejo de gente y dinero para sostener aquellos pasos, por ser señor de la mayor parte dellos. Y tambien podia ser que lo hiciesen porque, si la cosa sucediese después mal, queria cada uno ver mas el peligro sobre la cabeza ajena que sobre la suya. En fin, sea como fuere, la mayor parte de aquel reino hizo una muy ruin demostracion contra su príncipe.

Ya el rey de romanos habia pasado por los castillos que digo, y el Emperador, habiéndolo sabido, estaba á tres leguas de Eguer, la cual es una ciudad de la corona de Bohemia á los confines de Sajonia, mas es fuera de los montes; porque Bohemia es toda rodeada de grandísimos bosques y espesos, y solamente á la parte de Morabia tiene entradas llanas; por todas las otras parece que la naturaleza la fortificó, porque la espesura de las selvas y pantanos que hay en ellos hace dificilísimas las entradas. La tierra que se encierra dentro destos bosques es llana y fertilísima, y muy poblada de castillos y ciudades. La gente della es valiente naturalmente y de buenas disposiciones. La gente de caballo se arma como la de los alemanes; la de pié diferentemente, porque ni tienen aquella órden que la infantería alemana, ni traen aquellas armas; porque unos traen alabardas y otros venablos, otros unos palos de braza y media de largo, de los cuales cuelgan con una cadena otro de dos palmos herrado, á los cuales llaman *pavisas;* otros traen escopetas cortas y hachetas anchas, las cuales tiran á veinte pasos diestrísimamente. Solian estos bohemios en tiempos pasados ser soldados muy estimados; al presente no están en tanta reputacion. Lo mas de Sajonia confina con Bohemia desde Eguer, teniendo las montañas de Bohemia á mano derecha, como van hasta pasado el Albis, que sale de Bohemia y entra en Sajonia por Laitemeriz, ciudad de Bohemia. Esto me parece que ha sido necesario decir para entenderse mejor lo que pasó.

Estando el Emperador tres leguas de Eguer, vino allí el Rey su hermano y el duque Mauricio y el marqués Juan de Brandemburg, hijo del Elector, que ya su padre se habia concertado con el Rey en el servicio del Emperador; y así, envió á su hijo á servirle en esta guerra. La gente de caballo que vino con el Rey serian ochocientos caballos; el duque Mauricio trujo mil, el marqués Juan Jorge cuatrocientos; los unos y los otros bien en órden. Demás desto, trajo el Rey novecientos caballos húngaros, que á mi juicio son de los mejores caballos ligeros del mundo, y así lo mostraron en la guerra de Sajonia en el año de 46, y agora en esta de 47. Las armas que traen son lanzas largas, huecas y gruesas, y dan grande encuentro con ellas; traen escudos ó tablachinas hechos de manera, que abajo son anchos, y así lo son hasta el medio, y del medio arriba por la parte de delante vienen enangostándose hasta que acaban en una punta, que les sube sobre la cabeza; son acombados como paveses; algunos traen jacos de malla. En estas tablachinas pintan y ponen divisas á su modo, que parecen harto bien; traen cimitarras y estoques juntamente muchos dellos, y unos martillos en unas astas largas, de que se ayudan muy bien. Muestran grande amistad á los españoles; porque, como ellos dicen, los unos y los otros vienen de los scitas. Esta fué la caballería que vino con el Rey. Infantería no trajo ninguna, porque en Trésen dejó cuatro banderas, y las otras en entrando en Bohemia se fueron á sus casas. Sola una bandera quedó con él, que después mandaron quedar en Eguer. Tampoco el duque Mauricio trajo infantería, porque Lipsia y Zuibica habian de quedar proveidas, pues el duque de Sajonia estaba cerca con ocho ó nueve mil tudescos muy buenos, y otros tantos soldados hechos en la tierra, que no eran malos, y tres mil caballos armados muy escogidos. Las otras doce banderas y el resto de la caballería estaban con Tumeshierne, como está dicho, y repartido por otras partes.

El Emperador partió para Eguer, la cual ciudad es cristiana, que no es poca maravilla, estando cercada de bohemios y sajones; porque en los unos hay muy pocos cristianos, y en los otros no hay ningunos. Luego otro dia de como el Emperador allí llegó, vino el Rey, y el Emperador se detuvo la Semana Santa y pascua de Resurreccion en esta villa; y pasada la fiesta, luego se partió, habiendo enviado al duque de Alba delante con toda la infantería y parte de los caballos; el cual envió cuatro banderas de infantería y tres compañías de caballos ligeros con don Antonio de Toledo á una villa donde estaban dos banderas del duque de Sajonia; y habiendo una pequeña escaramuza, la villa se rindió y los soldados dejaron las banderas y las armas. Toda aquella tierra de Sajonia, que es confin de Eguer, es áspera y llena de bosques y de pantanos; mas después que se ha llegado á una villa que se llama Plao, seis ó siete leguas de Eguer, la tierra se comienza á abrir y extender en muy hermosas campañas y praderías, muy llenas de castillos y lugares. Toda esta provincia estaba tan puesta en armas, y el Duque la tenia tan llena de gente de guerra, que muy pocos lugares habia donde no estuviesen banderas de infantería,

y juntamente con esto él andaba conquistando algunos lugares que hasta entonces no habia ganado.

En este tiempo el Emperador con toda la diligencia posible caminó la vuelta de su enemigo, porque no habia cosa que mas desease que hallarle con todas sus fuerzas en la campaña, y que no se metiese en cuatro tierras fortísimas, las cuales son Vitemberg, Gota, Sonovalte y Heldrum, que habia ganado del conde de Mansfelt pocos dias habia; y cada una destas era tan fuerte, que bastaba á dilatar la guerra muchos años. Así que, el Emperador, usando suma diligencia, caminó la vuelta de Maisen, villa del duque Mauricio, la cual habia tomado en este tiempo el duque de Sajonia, y estaba en ella su campo; porque el lugar era oportuno para cualquier designio que quisiese tomar, por tener puentes sobre el rio Albis y ser cerca de Bohemia, de dônde él esperaba gran socorro de infantería y caballos, y tambien para irse á Vitemberg si conviniese. Así que, estando en este lugar, el Emperador prosiguió su camino, viniéndosele á rendir algunas villas que estaban cerca dél, y tambien deshaciendo la infantería que por aquellas partes el duque de Sajonia tenia repartida, porque un dia deshizo el príncipe de Salmona tres banderas, y otra deshizo un capitan de arcabuceros á caballo españoles, llamado Aldana, y algunos húngaros con él; y luego otro dia un capitan de su majestad, llamado Jorge Espech, con siete banderas de tudescos y algunos caballos, deshizo ocho banderas de infantería que el Duque tenia en un lugar llamado Xeneiberg, y todas las trajo al Emperador. Así que, nuestro camino siempre fué haciendo faciones, que cada una dellas se podia escribir mas largamente que yo la escribo.

Desta manera llegó el Emperador á tres leguas de Maisen con su campo, y queriéndose alojar, le vino nueva que Tumeshierne estaba con su gente á legua y media de allí; lo cual fué tomado con tanta alteracion del duque Mauricio, que trujo la nueva, y del rey de romanos, que lo creyeron como si vieran los enemigos al ojo; y conforme á esto, les parecia que era bien proveer algunas cosas bien diferentes á lo que convenia, llegando nuestra gente bien cansada y con grandísimo calor: no sabiendo la nueva tan cierta como era menester, era dar mas trabajo al campo. Mas el Emperador, que era el que habia de proveer lo que habia de hacerse, proveyó que docientos húngaros por una parte y docientos caballos ligeros por otra, descubriesen la campaña, y entre tanto todo el campo reposase; lo cual á mi juicio fué mejor consejo que no fatigar la gente con empresa tan incierta. Los descubridores llegaron al lugar donde decian que estaban los enemigos, y no solamente no los hallaron, mas no tuvieron nueva que aquel dia hubiese parecido caballo ni soldado, sino unos que aquella mañana habian prendido ciertos caballos ligeros españoles, de los cuales se supo que el duque de Sajonia estaba en Maisen, de la otra parte del rio Albis, y habia fortificado su alojamiento. El Emperador estuvo en el suyo aquel dia y otro, porque habiendo diez dias que la infantería caminaba desde que partió de Eguer, estaban los soldados muy fatigados. Habiendo reposado un dia, y estando con determinacion de ir á Maisen y hacer allí puentes y barcas, porque el Duque habia quemado las de la villa, y procurar pasar y combatir de la otra banda con su enemigo, le vino nueva cómo se habia levantado de allí y caminaba la vuelta de Vitemberg.

Yo he visto muchas veces muy bien acertados los designios del Emperador, mas nunca he visto ninguno que tan particularmente se acertase como este; porque dende que partió deste alojamiento hasta que volvió (acabada la jornada del rio, donde partió para hacerla), ninguna cosa dejó de ejecutarse como él lo habia ordenado, ni de suceder como él habia pensado. Y así, sabida esta nueva, consideró que yendo á Maisen con el campo, que era ir el rio arriba, se perderia tanto tiempo, que ya el duque de Sajonia por la otra parte estaria con el suyo no muy lejos de Vitemberg, que era el rio abajo; y parecióle que habiendo vado por allí, podia pasar á tiempo que alcanzase á su enemigo; y informándose de algunos de la tierra, le dijeron que tres leguas el rio abajo habia dos vados, mas que ambos eran hondos y aparejados á ser defendidos por los que de la otra parte estuviesen. En esto vinieron algunos arcabuceros á caballo españoles, con un capitan llamado Aldana, que por mandado del Emperador habia ido á descubrir los enemigos, y deste capitan se supo cómo aquella noche se alojaban en Milburg, que es un lugar de la otra banda de la ribera tres leguas de nuestro campo, y que por allí decian que habia vado, mas que sus caballos habian pasado á nado. Al Emperador le pareció que no era tiempo de dilatar la jornada, y envió luego á llamar al duque de Alba, para que se proveyese lo que convenia, porque él determinaba de pasar el rio por vado ó por puente, y combatir los enemigos. Y fundado sobre esta determinacion, ordenó las cosas conforme á ella; lo cual á muchos pareció imposible, por estar los enemigos de la otra banda del rio, y el camino ser largo, y otras cosas que habia que parecian ser estorbo á la presteza que era necesario tener. Mas el Emperador quiso que su consejo se pusiese en efecto; y así, mandó que el artillería y las barcas del puente luego aquel dia, antes que anocheciese, caminasen, y la infantería española á media noche, y luego los tres regimientos tudescos y toda la caballería en la órden acostumbrada de los otros dias. Hizo aquella mañana una niebla tan oscura, que ninguna parte deste ejército veia por dónde iba la otra, y desto vi quejarse el Emperador diciendo: «Estas nieblas nos han de perseguir siempre estando cerca de nuestros enemigos.» Mas ya que llegamos cerca del rio, se fué alzando la oscuridad, y comenzamos á descubrir el Albis y á los enemigos alojados de la otra banda. Este es el Albis tantas veces nombrado por los romanos, y tan pocas visto por ellos.

Estaba el duque de Sajonia alojado de la otra banda, en esta villa que se llama Milburg, con seis mil infantes soldados viejos y cerca de tres mil caballos, porque los demás tenia con Tumeshierne, y los otros habíanse deshecho con las catorce banderas que de camino el Emperador habia tomado, y juntamente tenia veinte y una piezas de artillería, y estaba bien asegurado, porque sabia que si íbamos á pasar por Maisen, él nos tenia gran ventaja para esperar ó irse donde quisiese; y por donde él estaba era difícil cosa pasar, por el anchura y profundidad del rio, y por ser la ribera que él tenia ocupada muy superior á la nuestra, y guardada de una villa cercada y un castillo, que aunque no era tan fuerte que bastase para guardarse á sí, éralo para de-

fender el rio. Ya el alojamiento de nuestro campo estaba señalado, y repartidos los cuarteles, cuando el Emperador llegó, que serian ocho horas de la mañana, por lo cual mandó que estuviese la gente de caballo en la misma órden que estaba sin alojarse. El sitio de nuestro campo era cerca del rio, mas habia en medio del de los enemigos y el nuestro unas praderías y unos bosques grandes que llegaban cerca de la ribera. A la hora que tengo dicho, el Emperador y el rey de romanos tomaron algunos caballos, y adelantáronse á topar al duque de Alba, que habia ido adelante y habia bien reconocido los enemigos; y considerando que el rio defendido dellos mostraba no haber medio de poder pasar, el Emperador y el Rey, hablando con el Duque, ordenó que se buscasen algunos de la tierra, que mas particularmente mostrasen el vado de lo que se sabia por la relacion que hasta allí se tenia, pues no se habia de emprender cosa tan grande temerariamente y sin saber cómo se emprendia. En esto se puso mucha diligencia, y entre tanto el Emperador y el Rey, y el duque Mauricio con ellos, se entraron en una casa á comer un poco, y estando poco tiempo allí, se salieron para ir á la parte donde estaban los enemigos; y yendo allá el duque de Alba, vino al Emperador, y le dijo que le traia una buena nueva, que tenia relacion del vado, y hombre de la tierra que lo sabia bien. Llamábase este lugar de donde el Emperador salió, Schermeser, que en español quiere decir navaja, el cual estaba no muy lejos del vado; al cual, después que el Emperador llegó con el Rey y el duque de Alba y el duque Mauricio, vió que los enemigos estaban á la otra parte dél, y tenian repartida su artillería y arcabucería por la ribera, y estaban puestos á la defensa del paso y del puente que traian hecho de barcas, el cual estaba repartido en tres piezas, para llevarle consigo el rio abajo con mas facilidad. Era la disposicion del paso desta manera : la ribera que los enemigos tenian era muy superior á la nuestra, porque de aquella parte era muy alta y sobre ella un reparo como los que hacen para cercar heredades, que en muchas partes podian cubrir sus arcabuceros; nuestra parte era tan descubierta y llana, que todas las crecientes del rio corrian por allí. Ellos tenian la villa y el castillo que tengo dicho; de nuestra banda todo estaba raso, sino eran algunos árboles pequeños y espesos, que estaban bien apartados del agua, la cual por aquella parte do se pensaba que era vado tenia trecientos pasos de ancho. La corriente, aunque parecia mansa, traia tan gran ímpetu, que no ayudaba poco á la fortaleza del paso; el cual, por todas estas cosas que tengo dicho, estaba tan dificultoso, que era bien menester acompañar la determinacion del Emperador con arte y fuerza. Ordenó que en aquellos árboles espesos que estaban apartados del agua se pusiesen algunas piezas de artillería, y se metiesen ochocientos ó mil arcabuceros españoles, y que estos, juntamente con el artillería, disparasen y arremetiesen, porque por el artillería los enemigos se apartasen y no fuesen tan señores de la ribera, y nuestros arcabuceros viniesen á ser señores de la nuestra, y llegar al agua, aunque la parte era descubierta; lo cual, aunque se hacia con dificultad y peligro, era menester hacerse así.

Mas en este tiempo los enemigos, poniendo arcabucería en sus barcas, las llevaban por el rio abajo; y así, fué necesario que nuestros arcabuceros saliesen á la ribera abierta, lo cual hicieron con tanto ímpetu, que entraron por el rio muchos dellos hasta los pechos, y comenzaron á dar tanta priesa de arcabuzazos á los de la ribera y á los de las barcas, que matando muchos dellos, se las hicieron desamparar; y así, quedaron sin ir por el rio mas adelante. Esta arremetida de nuestros arcabuceros fué estando el Emperador con ellos; y así, juntamente arremetió hasta el rio. Allí se comenzó la escaramuza dende la una ribera á la otra : toda la arcabucería de los enemigos tiraba á la nuestra y su artillería; mas la nuestra y nuestros arcabuceros, aunque estaban en sitio desigual, les daban grandísima priesa; tanto, que se conocia ya la ventaja de nuestra parte, por parecer que los enemigos tiraban mas flojamente. Por esto el Emperador mandó que viniesen otros mil arcabuceros españoles con Arce, maestre de campo de los de Lombardía, para que mas vivamente los enemigos fuesen apretados; y así, anduvo la escaramuza tan caliente, que de una parte y de otra parecian salvas las arcabucerías, cuando dejaron los enemigos las barcas, quedando en ellas muchos muertos, y habian dejado puesto fuego en las mas dellas, y tambien muchos soldados dellos no osaron salir, por nuestra arcabucería, porque les parecia que levantándose tenian mas peligro, y se quedaron tendidos en ellas.

En este tiempo nuestra puente habia llegado á la ribera, mas la anchura del rio era tan grande, que se vió que no bastaban nuestras barcas para ella; y así, era necesario que ganásemos las de nuestros enemigos; y como para la virtud y fortaleza no hay ningun camino difícil, tampoco lo fué este del Albis, con todas sus dificultades.

Ya en este tiempo los enemigos comenzaban á desamparar la ribera, no pudiendo sufrir la fuerza de los nuestros; mas no tanto que no hubiese muchos á la defensa. Pues viendo el Emperador que era necesario ganalles su puente, mandó que el arcabucería usase toda diligencia; y así, súbitamente se desnudaron diez arcabuceros españoles, y estos, nadando con las espadas atravesadas en las bocas, llegaron á los dos tercios de puente que los enemigos llevaban el rio abajo, porque el otro tercio quedaba el rio arriba muy desamparado dellos. Estos arcabuceros llegaron á las barcas, tirándoles los enemigos muchos arcabuzazos de la ribera, y las ganaron, matando á los que habian quedado dentro, y así las trujeron : tambien entraron tres soldados españoles á caballo armados, de los cuales uno se ahogó. Ganadas estas barcas, y estando ya toda nuestra arcabucería tendida por la ribera y señora della, los enemigos comenzaron del todo á perder el ánimo.

En este tiempo el duque de Alba tornó á decir á su majestad certificadamente cómo el vado era descubierto y se podia pasar; y así, el Emperador quiso proseguir su determinacion y pasar el rio, porque en todo caso determinaba de pasar aquel dia, y no dar tiempo á que el duque de Sajonia ocupase aquellas fuerzas que tengo dichas, que eran bastantes á dilatar la guerra muchos años; el cual, cuando el Emperador llegó al vado, dicen que estaba oyendo el sermon, como es la costumbre de luteranos; mas pienso yo que después de sabida nuestra llegada, no debió de ser mucho el tiempo que en oir su predicador gastó; y así, luego

comenzó á proveer todas las cosas necesarias á la defensa; las cuales aprovecharon poco contra la virtud del que venia contra él y de los soldados que traia. Ya la ribera de nuestros enemigos parecia desamparada; y así, el Emperador con una presteza increible mandó que la caballería comenzase á pasar el vado, y juntamente que del puente de los enemigos y del nuestro se hiciese uno, y pasase la infantería española y luego los tres regimientos de alemanes. Habia puesto tanta diligencia el duque de Alba en descubrir el vado, que por todas partes habia hecho buscar guias y pláticos del rio, entre los cuales se halló un villano muy mancebo, al cual habian los enemigos tomado el dia antes dos caballos, y como en venganza de su pérdida, se vino á ofrecer que él mostraria el vado, y decia: «Yo me vengaré destos traidores que me han robado, con ser causa que hoy sean degollados.» Parecia que tenia ánimo digno de otra fortuna mayor que la suya, pues no se acordaba de su pérdida, sino de la venganza que habia de tomar, la cual ya parecia que se le representaba.

Venida toda la caballería á la ribera del rio, el Emperador mandó quedar á la guarda del campo nueve banderas de alemanes, de cada regimiento tres, y quinientos caballos tudescos, docientos y cincuenta de los del marqués Alberto, que de la rota de su señor se recogieron al Rey, y otros tantos de los del marqués Juan; y luego mandó que comenzasen á pasar los caballos húngaros, de los cuales y de los ligeros que el Emperador tenia, ya habian comenzado á pasar antes que los enemigos hubiesen acabado de salir de la villa que tengo dicha, y habian habido algunas cargas sobre ellos. Mas nuestros arcabuceros, entrando en el rio hasta los pechos, defendian tan vivamente y tiraban tan á menudo, que nuestros caballos estaban tan seguros en la otra ribera como en la nuestra; mas ya que los enemigos se comenzaron á alargar, dejaron del todo la esperanza de sostener el vado; y viendo que el Emperador se le habia combatido y ganado, hicieron su designio de ir á una villa que se llama Torgao, si no pudiesen ganar tanta ventaja, que llegasen á Vitemberg, ó combatir en el camino, si para una destas dos cosas no tuviesen tiempo.

El duque de Alba, por órden del Emperador, mandó que toda la caballería húngara y el príncipe de Salmona con sus caballos ligeros pasase el rio, llevando cada uno un arcabucero á las ancas del caballo, y luego pasó con la gente de armas de Nápoles, llevando consigo al duque Mauricio y á los suyos, porque esta caballería era la vanguardia. Luego el Emperador y el rey de romanos con sus escuadrones llegaron á la ribera. Iba el Emperador en un caballo español castaño oscuro, el cual le habia presentado mosiur de Ri, caballero del órden del Tuson, y su primer camarero; llevaba un caparazon de terciopelo carmesí con franjas de oro, y unas armas blancas y doradas, y no llevaba sobre ellas otra cosa sino la banda muy ancha de tafetan carmesí listada de oro, y un morrion tudesco, y una media hasta, casi venablo, en las manos. Fué como la que escriben de Julio César cuando pasó el Rubicon, y dijo aquellas palabras tan señaladas; y sin duda ninguna cosa mas al propio no se podia representar á los ojos de los que allí estábamos, porque allí vimos á César que pasaba un rio, él armado y con ejército armado, y que de la otra parte no habia que tratar sino de vencer, y que el pasar del rio habia de ser con esta determinacion y con esta esperanza; y así, con la una y con la otra el Emperador se metió al agua, siguiendo el villano que tengo dicho, que era nuestra guia; el cual tomó el vado mas á la mano derecha el rio arriba de lo que los otros habian ido. El suelo era bueno, mas la profundidad era tanta, que cubria las rodillas de los caballeros, por grandes caballos que llevasen; en algunas partes nadaban los caballos; mas era poco trecho. Desta manera salimos á la otra ribera, adonde, por ser el rio mas extendido, tenia mas de trecientos pasos en ancho. El Emperador hizo dar á su guia dos caballos y cien escudos.

Ya la puente se comenzaba á hacer de nuestras barcas y de las que ganamos á nuestros enemigos, y la infantería española estaba junto della para pasar en siendo acabada, y luego seguia la alemana para pasar como dicho es, porque esta órden habia dado el Emperador; y ya los húngaros y caballos ligeros, dejando los arcabuceros que habian pasado á las ancas, se adelantaron y iban escaramuzando y entreteniendo el enemigo, que caminaba con la mayor órden y priesa que podia, sin dejar en la villa de Milburg ningun soldado; lo cual al principio se pensó que hiciera, y este fué uno de los respetos que se tuvo para hacer que pasasen arcabuceros con los caballos ligeros; mas él con todo su campo ganaba siempre la ventaja de la tierra que podia, repartida su infantería en dos escuadrones, uno pequeño y otro grueso, y nueve estandartes de caballería, repartidos de manera que cuando nuestros caballos ligeros y húngaros los apretaban, ellos volvian y les cargaban de manera, que daban lugar á que su infantería en este tiempo pudiese caminar. El Emperador, con mayor trote que podia sufrir gente de armas, seguia el camino que los enemigos llevaban, en el cual halló un crucifijo puesto, como suelen poner en los caminos, con un arcabuzazo por medio de los pechos. Esta fué una vista para el Emperador tan aborrecible, que no pudo disimular la ira que de una cosa tan fea se dedia recebir, y mirando al cielo dijo: «Señor, si vos quereis, poderoso sois para vengar vuestras injurias;» y dichas estas palabras, prosiguió su camino por aquella campaña tan ancha y tan rasa; y porque el polvo que nuestra vanguardia hacia era muy grande, y el aire le traia á darnos en los ojos, el Emperador se puso sobre la mano derecha della, y así hizo dos cosas: la una tener la vista libre para lo que fuese necesario, y la otra proveer al peligro que en nuestros tiempos habemos visto suceder de no ir los escuadrones en la órden que conviene, porque tenemos por experiencia que viniendo rompida una vanguardia, suele romper á la batalla, por no ir colocada en aquel lugar que debe. Así, el Emperador proveyó á este inconveniente con ponerse en parte él y el Rey con sus dos escuadrones, que siendo nuestra vanguardia puesta en peligro, él estaba á punto para socorrer cargando en los enemigos; los cuales iban tan fuertes, que era necesario hacer esta provision.

Ya el duque de Alba con la gente de la vanguardia, yendo escaramuzando siempre, estaba tan cerca, que los enemigos hicieron alto y comenzaron á tirar toda su artillería; lo cual los alemanes saben siempre hacer

muy bien, y por esto el Emperador dió mas priesa á igualar con la vanguardia. Nuestra infantería aun no parecia, ni seis piezas de artillería que con ella habian de venir; y no era maravilla, porque el puente no se habia podido hacer con tanta presteza. Esto era ya tres leguas tudescas del Albis, y el Emperador se habia dado gran priesa con la caballería, porque con ella emprendió deshacer á su enemigo; el cual, si esperara mas á nuestra infantería, tuviera lugar de llegar al cabo su designio; donde se ve claramente cuánto pueden en las cosas grandes los consejos determinados.

Eran los caballos de nuestra vanguardia los que aquí diré. Cuatrocientos caballos ligeros con el príncipe de Salmona y con don Antonio de Toledo, y cuatrocientos y cincuenta húngaros, porque trecientos habian sido enviados aquella mañana á reconocer á Torgao; cien arcabuceros á caballo españoles, seiscientas lanzas del duque Mauricio, y docientos arcabuceros á caballo suyos; docientos y veinte hombres de armas de los de Nápoles con el duque de Castrovilla; nuestra batalla, que era dos escuadrones; el del Emperador seria de cuatrocientas lanzas y trecientos arcabuceros tudescos de caballo; el del Rey era de seiscientas lanzas y trecientos arcabuceros de caballo. Toda nuestra caballería era esta, de la cual yo afirmo que no bajo ni hago menor el número de lo que era. Iban nuestros escuadrones ordenados diferentemente de los tudescos, porque ellos hacen la frente de los escuadrones de su caballería muy angosta, y los lados muy largos. El Emperador ordenó los suyos que tuviesen diez y siete hileras de largo; y así venia á ser la frente dellos muy ancha, y mostraba mas número de gente, y representaba una vista muy hermosa. Y á mi juicio esta es la mejor órden y mas segura, cuando la disposicion de la tierra lo sufre, porque la frente de un escuadron de caballos muy ancho, no da tanto lugar que sea rodeado por los lados; lo cual se puede hacer muy fácilmente en un escuadron que trae la órden angosta, y bastan diez y siete hileras de espeso para el golpe, y un escuadron puede dar en otro. Desto se ha visto el ejemplo manifiesto en la batalla que la gente de armas de Flándes ganó á la gente de armas de Cléves, cabe la villa de Citar, el año de 1543.

Los enemigos iban en la órden que tengo dicho, que eran seis mil infantes en dos escuadrones, y nueve estandartes de caballería en que habia dos mil y seiscientos caballos, y un guion que andaba acompañado de ochenta ó noventa caballos. Este era el duque de Sajonia, que andaba proveyendo por sus escuadrones lo que convenia; el cual al principio, no habiendo descubierto sino nuestra vanguardia, porque los polvos le quitaban la vista de la batalla, parecíale que facilísimamente podia resistir aquella caballería; mas un mariscal de su campo, llamado Wolf Krayz, que nos habia mejor reconocido, le dijo que se apartase un poco á un lado, y veria lo que contra sí tenia; y así, descubrió la batalla, donde el Emperador y el Rey iban; la cual iba de la manera que tengo dicho. La persona del Rey iba junto con la del Emperador, y en este escuadron, con su majestad, iba el príncipe de Piamonte. Los dos archiduques de Austria, hijos del Rey, llevaban el escuadron del Rey.

Descubriendo el duque de Sajonia del todo nuestra caballería, y viendo claramente en la órden y en el caminar nuestra determinacion, se envolvió entre sus escuadrones, y determinó con la mejor órden que pudo de ganar un bosque que estaba en su camino, porque le pareció que con su infantería podia estar allí tan fuerte, que venida la noche, podia irse á Vitemberg, porque era lo que deseaba. Torgao no le habia parecido lugar seguro para irse á ella, porque segun él después dijo, habia oido aquella mañana golpes de artillería, los cuales tiraban á los reconocedores que allí habian ido, y él habia pensado, viéndose seguido de parte de nuestro campo, que la mitad dél con el duque de Alba le ejecutaba, y que la otra mitad llevaba el Emperador á ponerse sobre Torgao, y que no siendo fuerte el lugar, aunque está sobre el Albis, no era cosa segura dejarse encerrar; ó sea esto, ó lo que dicen, que dejó de irse á Torgao, porque no se le acordó, ni en aquel tiempo tuvo hombre de su consejo que se le diese en ninguna cosa de las que le convenian; sea como fuere, en fin, él acordó de procurar ganar el bosque para Vitemberg, y si le conviniese combatir, hacerlo con mas ventaja suya. Y para conseguir uno destos dos efectos ganando aquel bosque, que es lleno de pantanos y caminos estrechos, mandó á su arcabucería de pié y á toda la de caballo hacer una carga en toda nuestra caballería ligera, porque mas cómodamente la infantería ganase el sitio que él queria, la cual hicieron harto vivamente.

Ya en este tiempo, como está dicho, el Emperador se habia igualado con el avanguardia, y habia hablado al duque Mauricio muy alegremente, y á la gente de armas de Nápoles, diciéndoles las palabras que en un dia como aquel un capitan debe decir á sus soldados, y dándoles el nombre, que era *Sant Jorge, Imperio; Sant Iago, España*. Así caminaron la vuelta de los enemigos al paso que convenia. Yendo así igualados todos los escuadrones, la batalla halló á su mano derecha un arroyo y un pantano grande, donde cayeron algunos caballos; y porque no cayesen todos, fué necesario que la batalla se estrechase tanto, que la vanguardia pudiese pasar sin que se mezclase el un escuadron con el otro, y se desordenasen ambos. Y desta causa sucedió que, yendo al lado, vino á pasar la vanguardia delante, al tiempo que los enemigos querian comenzar la carga que tengo dicha; la cual hicieron en nuestros caballos ligeros con muy buena órden.

A este tiempo el duque de Alba, conociendo tan buena ocasion, envió á decir al Emperador que él cargaba, y así lo hizo por una parte con la gente de armas de Nápoles, y el duque Mauricio con sus arcabuceros por la otra. Y luego su gente de armas y nuestra batalla, que ya habia tornado á ganar la mano derecha, movieron contra los enemigos con tanto ímpetu, que súpito comenzaron á dar la vuelta los enemigos, y apretaron los nuestros de manera, que á ninguna otra cosa les dieron lugar sino de huir; y comenzaron á dejar su infantería, la cual al principio hizo un poco de resistencia para recogerse al bosque. Mas ya toda nuestra caballería andaba tan dentro de la suya y de sus infantes, que en un momento fueron todos rotos. Los húngaros y los caballos ligeros, tomando un lado, acometieron por un costado, y con una presteza maravillosa comenzaron á ejecutar la victoria, para lo cual estos

húngaros tienen grandísima industria; los cuales arremetieron diciendo *España*, porque á la verdad el nombre del Imperio, por la antigua enemistad, no les es muy agradable.

Desta manera se llegó al bosque, por el cual eran tantas las armas derramadas por el suelo, que daban grandísimo estorbo á los que ejecutaban la victoria; los muertos y heridos eran muchos; unos muertos de encuentro, otros de cuchilladas grandísimas, otros de arcabuzazos; de manera que era una la muerte, y los géneros della muy diversos. Eran tantos los prisioneros, que habia muchos de los nuestros que traian quince y veinte soldados rodeados de sí. Habia muchos hombres, que parecian ser de mas arte que los otros, muertos en el campo, otros que aun no acababan de morir, gimiendo y revolviéndose en su misma sangre; otros se veia que se les ofrecia su fortuna como era la voluntad del vencedor, porque á unos mataban y á otros prendian, sin haber para ello mas eleccion que la voluntad del que los seguia. Estaban los muertos en muchas partes amontonados, y en otras esparcidos, y esto era como les tomaba la muerte, huyendo ó resistiendo. El Emperador siguió el alcance una gran legua. Toda la caballería ligera, y mucha parte de la tudesca y de los hombres de armas del reino el siguieron tres leguas. Ya estábamos en medio del bosque, cuando el Emperador, que allí estaba, paró y mandó recoger alguna gente de armas, porque toda andaba ya tan esparcida, que tan sin órden andaban los vencedores como los vencidos; lo cual fué asegurar la victoria, y si algun inconveniente sucediera á los que iban adelante proveello, porque es cosa muy sabida que un capitan lo ha de pensar todo, y no decir después: «No lo pensé.»

Habiendo parado allí el Emperador y el Rey, el cual en todo esto mostró ánimo verdaderamente de rey, vino el duque de Alba, que habia llegado mas adelante siguiendo el alcance, armado de unas armas doradas y blancas, con su banda colorada, en un caballo bayo, sin otra guarnicion alguna mas de la sangre de que venia lleno de las heridas que traia en él. El Emperador le recibió muy alegremente y con mucha razon. Estando así, vinieron á decir al Emperador cómo el duque de Sajonia era preso. En su prision pretendian ser los principales dos hombres de armas españoles de los de Nápoles, y tres ó cuatro caballos ligeros españoles y italianos, y un húngaro y un capitan español. El Emperador mandó al duque de Alba que le trujese; y así fué traido delante dél. Venia en un caballo frison, con una gran cota de malla vestida, y encima un peto negro con unas correas que se ceñian por las espaldas, todo lleno de sangre, de una cuchillada que traia en el rostro, en el lado izquierdo. El duque de Alba venia á su mano derecha, y así lo presentó á su majestad. El duque de Sajonia se quiso apear, y queríase quitar el guante para tocar la mano, segun costumbre de alemanes, al Emperador; mas él no lo consintió ni lo uno ni lo otro, porque á la verdad, del trabajo y de la sed y de la herida venia tan fatigado, y él es tan pesado, que pienso que el Emperador tuvo mas respeto á esto que á lo que él merecia. El se quitó el chapeo y dijo al Emperador, segun costumbre de Alemania: «Poderosísimo y graciosísimo Emperador, yo soy vuestro prisionero.» A esto el Emperador respondió: «Agora me llamais emperador; diferente nombre es este del que me soliades llamar;» y esto dijo porque cuando el duque de Sajonia y Lantgrave traian el campo de la liga, en sus escritos llamaban al Emperador «Cárlos de Gante, el que piensa que es Emperador». Y así, nuestros alemanes cuando esto oian decian: «Dejá hacer á Cárlos de Gante; que él os mostrará si es emperador;» y por esta causa el Emperador respondió a sí; y después le dijo que sus méritos le habian traido en los términos en que estaba. A estas palabras el duque de Sajonia no respondió nada, sino alzando los hombros abajó la cabeza, suspirando con semblante digno de haberle lástima, si la mereciera un bárbaro tan bravo y tan soberbio como él habia sido. El Duque tornó á decir al Emperador le suplicaba que le tratase como á su prisionero; el Emperador le dijo que él seria tratado segun que merecia; y mandó al duque de Alba que con buena guardia le hiciese llevar al alojamiento del rio, que era el que se tomó aquel dia mismo cuando ganamos el vado. La alegría de la victoria fué general en todos, porque se entendió entonces cuán importante era, y cada dia se entendia mas. El duque Mauricio aquel dia yendo ejecutando la victoria, uno de los enemigos llegó por detrás y púsole un arcabuz en parte, que si acertara á dar fuego, le matara; el cual fué luego hecho pedazos él y su caballo por los que con el Duque iban.

Fueron muertos de la infantería de los enemigos hasta dos mil hombres, y heridos muchos, que dejándolos allí, se salieron y salvaron en aquella noche, y otro dia fueron presos ochocientos infantes. De los de caballo fueron muertos, segun se puede estimar, mas de quinientos; el número de los presos fué muy mayor, porque entre nuestros alemanes, como la nacion sea una, pudiéronse encubrir mejor, y los que se saben, fueron tantos, que los húngaros y caballos ligeros y la otra gente de armas ganaron muchos; de manera que se sabe que no se recogieron en Vitemberg, de los de pié y de los de caballo, cuatrocientos hombres. Ganáronse quince piezas de artillería, dos culebrinas largas, cuatro medias culebrinas, cuatro medios cañones, cinco falconetes y grandísima copia de municiones, y otro dia se ganaron otras seis piezas, que por haber caminado con mucha diligencia mas que las otras, se habian entrado en un lugar pequeño. Ganóse todo el carruaje, en lo cual nuestra gente de caballo hubo grandísima copia de ropa y dinero. Fueron ganadas diez y siete banderas de infantería y nueve estandartes de caballo, y el guion del duque de Sajonia. Fué preso el duque Ernesto de Brunsvic, el cual en la guerra pasada era el que traia todas las escaramuzas que los enemigos hacian, y otros muchos principales, y el hijo mayor del duque de Sajonia fué herido en la mano derecha y en la cabeza, y derribado del caballo; él dice que mató con un arcabuz pequeño que traia al que le hirió, y así pudo ser puesto á caballo por los suyos, el cual se salvó y entró en Vitemberg. De los nuestros murieron hasta cincuenta de caballo, con los que después murieron de las heridas que allí recibieron.

Esta batalla ganó el Emperador á 24 de abril de 1547 años, un dia después de San Jorge y víspera de San Marco, habiendo doce dias que partió de Eguer. Comenzóse sobre el rio Albis á las once horas del dia; acabóse á las siete de la tarde, habiendo combatido

sobre el vado y ganádole al enemigo, y seguídole tres leguas, como está dicho, combatiéndole siempre hasta llegar donde con sola su caballería le prendió, rompiendo su infantería y caballería con tanto ánimo y buena industria, que se puede decir por él, como se dijo por Scipion Emiliano:

Ille sapit solus, volitant alii velut umbrae.

Esta victoria tan grande el Emperador la atribuyó á Dios, como cosa dada por su mano; y así, dijo aquellas tres palabras de César, trocando la tercera como un príncipe cristiano debe hacer, reconociendo el bien que Dios le hace: «Vine y vi, y Dios venció.»

Pareció bien á todos la moderacion de ánimo que el Emperador usó con el duque de Sajonia, porque otro vencedor pudiera ser que, contra quien le hubiera ofendido como este le ofendió, no templara su ira como el Emperador lo hizo, la cual es mas dificultosa de vencer algunas veces que el enemigo. Siendo ya tarde, su majestad, recogiendo la gente que allí estaba, se volvió á su alojamiento, donde llegó á la una de la noche. Otro dia se recogió el artillería y municiones ganadas el dia antes, y grandísimo número de armas, y las otras seis piezas que tengo dicho; y de nuevo muchos húngaros y caballos ligeros trujeron muchos prisioneros, porque tres leguas mas adelante de donde llegó nuestro alcance siguieron la victoria. El duque de Sajonia fué dado por el duque de Alba en guardia á Alonso Vivas, maestre de campo de los españoles del reino de Nápoles, y juntamente el duque Ernesto de Brunsvic, como es dicho, fué preso en la batalla por un tudesco, vasallo del rey de romanos y criado del duque Mauricio. En este lugar estuvo el Emperador dos dias.

En este tiempo Torgao se rindió, y el Emperador con todo el ejército determinó de ir sobre Vitemberg, cabeza del estado del duque Juan, y principal villa de las de la eleccion; y así, como tierra importantísima la tenia el Duque fortificada, habiendo comenzado su fortificacion veinte y cinco años antes, fortificando siempre con grandísima diligencia y con grandísimo número de artillería. El camino fué por Torgao, donde estaba un castillo, que es una de las mas hermosas casas que hay en Alemania. Allí era donde el duque Juan tomaba mas ordinariamente pasatiempo. En este camino se supo de los prisioneros cómo el Duque esperaba á Tumeshierne con la gente que habia llevado á Bohemia y veinte banderas de infantería que los de aquel reino le enviaban, y mucha gente de caballo con ellas; mas la presteza del Emperador, la cual en este negocio tiene muy mas natural que en todos los otros, atajó todas estas ligas y socorros.

Pasó el Emperador el rio Albis media legua mas abajo de Vitemberg, por puente hecha de sus barcas y de las ganadas de los enemigos. Paréceme que es cosa de memoria lo que deste rio se supo en este tiempo; y es que por la parte que el Emperador le pasó á vado, aunque hondo, otro dia después de la batalla no se podia pasar sino á nado y con grandísimo trabajo. Paréceme que nuestro Señor facilita las cosas cuando son en su servicio. Otras dos cosas pasaron, que por haber mirado en ellas todos, las escribo, y es que pasando la infantería española anduvo una águila volando mansamente, torneando sobre ella muy gran tiempo; y andando ansí, salió un lobo muy grande de un bosque, el cual fué muerto por los soldados á cuchilladas en medio de un campo raso. Son acaecimientos estos, que, ó permitidos de nuestro Señor, ó ofreciéndolos el caso así, miraron mucho en ellos los que los vieron.

Aquel dia fué de harto calor, y el sol tenia un color que claramente parecia sangriento; y á los que lo miramos nos parecia verdaderamente que no estaba tan bajo como habia de estar segun la hora que era. Fué tan notablemente mirado esto, y queda por opinion tan verdadera entre todos, que yo no lo osaria contradecir. Esto mismo fué notado aquel dia en Nuremberga y en Francia, segun el Rey lo contó, y en Piamonte, porque del mismo color lo vieron. Fueron todas estas cosas tan notadas y tratadas, que por esto he querido hacer memoria dellas.

Pasado el Emperador el rio Albis, se alojó entre unos bosques á vista de Vitemberg, cuyo sitio y fortificacion es desta manera. Esta villa de Vitemberg es harto grande fortificacion, y de hechura es cuadrada, mas el cuadro es muy prolongado; por la parte donde ella está mas extendida, tiene el rio Albis á cuatrocientos pasos léjos della. Está asentada en un llano muy raso y muy igual, el cual se descubre della sin que haya donde se pueda encubrir ninguna gente: tiene en todo á la redonda un foso de agua muy ancho y muy hondo, y un reparo de sesenta piés de grueso de tierra tan firme, que todo él está lleno de yerba crecida en él dende lo alto hasta el foso, el cual tiene al pié del reparo todo á la redonda un rebellin de ladrillo y cal, que está hecho para arcabucería, y tan encubierto del foso, que es imposible batirse. Tiene cinco baluartes harto grandes y harto buenos, y el castillo que sirve de caballero descubriendo toda la campaña. Por esta parte del castillo viene el cuadro de la tierra á tener la frente mas angosta, y por aquí estaba determinado que se batiese, y para esto el Emperador mandó que se trujesen los gastadores que el duque Mauricio habia prometido, que eran quince mil, y que viniese artillería de Trésen, de la cual habia tanto número en aquella villa, que bastaba, quedando ella proveida, á dar la que para batir á Vitemberg era necesaria. Mas estos ofrecimientos pararon en que, aunque se dió el artillería, los gastadores fueron tan mal proveidos, que de quince mil vinieron trecientos, y estos traidos con grandísima dificultad, segun decia el duque Mauricio.

Mas en este tiempo el Emperador habia comenzado á oir los ruegos del marqués de Brandemburg, elector, que habia venido allí, el cual intercedia por el duque Juan de Sajonia por los mejores medios que él podia; y su majestad habia considerado algunas cosas, entre las cuales tuvo muy gran consideracion al duque de Cléves, yerno del rey de romanos y cuñado del duque Juan, que con grandísima instancia habia procurado lo que tocaba á salvar la vida al duque Juan, su cuñado, con aquella parte de su estado que fuese posible; por donde comenzó á inclinarse mas á la misericordia que se debia tener de un príncipe tan grande puesto en tan miserable fortuna, que no á poner en efecto la primera determinacion, que era cortarle la cabeza. Y así, se comenzó á tratar lo que convenia para que el duque Juan quedase castigado, y junto con esto no se dejase de ejecutar la clemencia del Emperador, que en un prín-

cipe es tan alabada virtud y tan provechosa, como del primero César se dice: que mas ganó con la clemencia que con las armas.

Hubo diversas opiniones en lo que tocaba á la vida del duque Juan, porque unos tenian consideracion á solo el castigo, otros consideraban la manera del castigar con otras calidades que fuesen tan importantes, que tuviesen la victoria del Emperador viva para siempre, y consideraban cuánto importaba que no fuesen reducidos á última desesperacion los que tenian su confianza en la clemencia del Emperador, de la cual aguardaban á tomar ejemplo en lo que con el duque de Sajonia se hacia. Y así, tratando lo uno y lo otro, el Emperador se resolvió conforme á su natural condicion, que fué dando la vida al duque Juan con las condiciones que fueron bastantes para que fuesen recompensa de la muerte, de que muchos le juzgaban que era digno.

Estaban dentro de Vitemberg la mujer del Duque y su hermano y los hijos menores. Dentro, en Gota, estaba el mayor, que habia escapado herido de la batalla. Todos estos esperaban el suceso de lo que al Duque tocaba, al cual ya el Emperador habia perdonado la vida por intercesion de los que esto trataban.

Fuéle quitada primeramente la eleccion y las villas que suelen andar con ella, de las cuales la principal es Vitemberg y Torgao, y otras muchas. Entregó toda la artillería y municiones, que es un número grandísimo, porque solo de Vitemberg se sacaron ciento y veinte piezas de artillería, sin las piezas menudas. Su majestad le dejó en Turingia ciertos castillos y tierras. Gota, que es fortaleza inexpugnable, mandó que fuese derribada por el suelo, y halláronse en ella cien piezas de artillería, sin la menuda, y cien mil pelotas, y las otras municiones conforme á esto. El queda preso en la corte del Emperador, ó en cualquier otra parte que él mandare, por todo el tiempo que su voluntad fuere. Entregó luego las banderas y estandartes y artillería que habia ganado al marqués Alberto; y al Marqués, que estaba en Gota, mandó el Emperador que viniese luego á su corte. En lo que toca á la religion, al principio estuvo muy duro; después respondió tan blando, que por entonces á su majestad le pareció que no era menester tratar mas dello. Su hermano perdió una villa, la cual su majestad dió al marqués Alberto. El Duque entregó todos los castillos que tenia usurpados á los condes de Mansfelt y de Sulma. Lo de la iglesia y monasterios de Sajonía, con lo usurpado á particulares, queda á la disposicion del Emperador; el cual viendo que lo principal que él pretendia, que era lo que tocaba la Religion, comenzaba á llevar buen camino, tuvo por bien todas estas condiciones, y no quiso que una casa tan noble y tan antigua, y que tantos servicios habia hecho á la suya en los tiempos pasados, quedase tan extinta y tan del todo deshecha; y quiso mas en esto seguir la equidad y mansedumbre, que no la ira y justa indignacion á que méritamente le habia incitado la guerra del año pasado cuando deshizo el campo de la liga.

Compuestas las cosas desta manera, quedó el duque Juan vivo y castigado, con un castigo tan grande, que de uno de los mas poderosos príncipes de Alemania, viene á ser un caballero privado en ella, y sus hijos lo serán mas, porque han de repartir entre ellos lo que él solo posee ahora. Dé manera que aquella casa que tantas fuerzas hasta aquí ha tenido, vendrá á tener tan pocas cuanto su soberbia merecia.

Entre todas estas cosas, que tanto podian abajar el ánimo de un hombre, por grande que fuese, no se sabe que este Duque haya dicho palabra baja ni mostrado semblante conforme á su fortuna, sino siempre una constancia digna de habella tenido en nuestra verdadera religion. Así que, concertado lo que tocaba al duque Juan con otras condiciones que yo no pongo aquí (porque no escribo sino las generales), y rendida Vitemberg, de la cual salieron tres mil hombres de guerra, el Emperador mandó entrar cuatro banderas en ella, y al cabo de dos dias la Duquesa salió á ver á su majestad y hacerle reverencia, y vino á la tienda donde estaba, y con ella el hermano del duque Juan y su mujer, hermana del duque Ernesto de Brunsvic, y un hijo del duque Juan, porque el otro quedaba malo en Vitemberg, y el otro quedaba en Gota. Veníanla acompañando los hijos del rey de romanos, y el marqués de Brandemburg y otros señores alemanes. Ella llegó al Emperador con toda la humildad que pudo, y no era menester procurar mostralla, porque una mujer que tenia á su marido en tan trabajosos términos, y ella se veia desposeida y puesta en estado tan mísero, su ventura le mostraba el semblante que habia de tener; y así, se hincó de rodillas delante del Emperador, mas él la levantó, recibiéndola con tanta cortesía, que ninguna cosa le quitó de lo que hiciera con ella cuando estaba en su primera fortuna. Fué cosa que á todos movió á piedad, y no bastó para no habella la memoria tan fresca de los deservicios de su marido. Suplicó al Emperador algunas cosas que tocaban al Duque, y á todo fué respondido clementísimamente; y así, se volvió por donde su marido estaba, que era el cuartel del duque de Alba, entre la infantería española, y le visitó, habiendo primero pedido licencia al Emperador, y de allí se volvió al castillo de Vitemberg. Otro dia el Emperador fué á ver la tierra y entró en el castillo, y visitó á la Duquesa, la cual pareció á todos visitacion muy semejante á la que Alejandro hizo á la madre y mujer de Darío; y es así, que tanto mayor es la victoria de un príncipe, cuanto mas moderadamente usa della.

En este tiempo vinieron de los confines de Tartaria y Moscovia, cerca del rio Borístenes, que ahora se llama Néper, tres capitanes ofreciendo al Emperador su servicio con cuatro mil caballos. El respondió agradeciéndoselo mucho, mas ya la guerra estaba en términos que no eran menester; y así, se fueron. Tambien vino un embajador del rey de Túnez á ciertas cosas que su señor le enviaba para tratar con el Emperador, y entre ellas le ofreció otros tantos alárabes. De manera que de la Scitia, podemos decir, y de la Libia venian las gentes, atraidas de la grandeza del Emperador, á servirle.

Ya el Emperador habia enviado un caballero de su casa, llamado Lázaro Esvendi, para que tuviese á Gota con dos banderas, y diese libertad al marqués Alberto, y estuviese en ella hasta que fuese derribada por el suelo. Las otras plazas fuertes se rendian por sus términos, y todo se ordenaba de la manera que convenia, sin que en Sajonia quedase nada por hacer; solo lo de Bohemia, que era vecina, estaba muy de mala manera contra el Rey; mas los de aquel reino enviaron embajadores al Emperador con las mas blandas palabras y

mayores ofrecimientos que ellos supieron enviar. El Emperador los oyó y los detuvo hasta despachallos á su tiempo.

En estos días el duque Enrique de Brunsvic, el mancebo, que estaba sobre Brema con dos mil caballos y cuatro mil infantes (al cual el Emperador le habia ayudado para aquella empresa, por ser enemigo de los duques de Luneburque, luteranos y de la liga, como mas particularmente escribirán los que tienen cargo de escribir estas cosas), fué desbaratado de un conde de Mansfelt, rebelde y luterano, y de Tumeshierne, capitan del duque Juan de Sajonia, el cual, con la gente que tenia en Bohemia, por unos grandísimos rodeos se juntó con el conde de Mansfelt, y juntos estos dos, tenian cuatro mil caballos y doce ó trece mil infantes.

El duque Enrique de Brunsvic se quejó después al Emperador de otro capitan que tambien con comision de su majestad hacia la guerra á aquellas ciudades que no se habian juntado con él á tiempo. Pleito fué tratado entre los dos: después sucedió que el Emperador mandó prender á los otros capitanes. Esta es una historia larga, y que la han de escribir los que la del Emperador escribieren mas particularmente; solo diré que las fuerzas del duque Juan de Sajonia eran tan grandes, que, como él decia después, si el Emperador tardara doce dias, él pudiera salirle á recebir con treinta mil infantes y siete mil caballos. Fuerzas eran bastantes para poder pelear con cuatro ó cinco mil caballos que llevábamos, y diez y seis mil infantes, si el que los llevara no valiera tanto, que supliera bien el número de la gente que faltaba para igualar con la de nuestro enemigo; y vióse claro que tenia estas fuerzas, pues sin las que él tenia cuando fué preso, y con las banderas que deshicimos antes que él ganase la batalla, quedaban enteros cuatro mil caballos y doce ó quince mil infantes, sin los que esperaba de Bohemia. Y así, tenia determinado que ya que no se ofreciese de combatir con la ventaja que él queria, de repartir toda su gente metiéndose él en Madeburque, y un hijo suyo en Gota, y otro en Vitemberg, un capitan en Heldrum, y otro en Sonebalt, y desta manera rodear al Emperador y hacelle la guerra quitándole las vituallas; mas todas éstas dificultades se vencieron; porque la victoria del Emperador fué de tanta fuerza, que los que desbarataron al duque de Brunsvic, se comenzaron á deshacer, y no solo estos, mas el Lantgrave, que en estos dias no dejaba de intentar todas las cosas que él pensaba que le podian valer, las dejó caer, y perdió la esperanza de sus tramas y socorros forasteros, para los cuales ya tenia algunos dineros dados por aquellos que tenian tanta gana como él que las cosas del Emperador no fuesen por aquel camino que iban. Y en esto se verá cuánto importaba en Alemania la persona del duque Juan de Sajonia y su poder, porque después que él fué deshecho y preso, no tuvo fuerza ninguna el que pensaba que gobernaba todas las de Alemania. Mas esta victoria fué tan importante, que luego el Lantgrave comenzó por intercesion del duque Mauricio, ya elector, á tratar su perdon, y al principio propuso condiciones harto grandes, mas no tan bastantes, que no quedasen algunas; de manera que se podia decir que negociaba bien.

Entendia en ello, junto con el duque Mauricio, el elector de Brandemburg, á los cuales el Emperador tuvo grandísimo respeto; y por su contemplacion oyó lo que le proponian de parte de Lantgrave; mas por tanto no dejó de hacer lo que convenia; y así, les respondió lo que él queria que hiciese, y el Lantgrave replicó añadiendo algo; mas dejaba siempre algunas cosas que le convenian, á lo cual el Emperador respondió resolutamente que él no queria tratar con el Lantgrave; que hiciese lo que le pareciese. Esta respuesta se dió á Lantgrave, el cual estaba ocho leguas de nuestro campo en una villa de Mauricio que se llama Lipsia, y luego se partió con grandísima desesperacion; y tanta, que ninguna esperanza le quedó de remedio, sino el que mas temia, y el que decia que por ninguna cosa deste mundo él haria, que era ponerse á los piés del Emperador y socorrerse de su misericordia, entregándosele á su voluntad. Y con esta determinacion escribió al duque Mauricio que procurase su venida y la concertase; y de su mano escribió las capitulaciones con que se entregaba, que eran las mismas que el Emperador queria; y así se concertó.

La conclusion de todo esto tomó al Emperador en Hala de Sajonia, camino de las tierras de Lantgrave, para donde el Emperador con su campo caminaba; y el mismo dia que entró en Hala llegó el marqués Alberto de Brandemburg, á quien su majestad, como está dicho, habia dado libertad, y hecho volver los estandartes y banderas y artillería que habia perdido, porque no le faltase ninguna cosa de las que con la libertad se le podian volver. Holgó el Emperador tanto con él, que una de las mas agradables cosas que en estas dos guerras le han sucedido fué la recuperacion deste príncipe, el cual, llegando al Emperador, le dijo: «Señor, yo doy muchas gracias á Dios y á vos;» y no dijo mas: paréceme que bastaba esto.

Dos dias antes que el Emperador partiese de Vitemberg, partió el rey de romanos para Praga con dos ó tres mil caballos suyos y de Mauricio, y cinco ó seis mil infantes tudescos, con los que después el Emperador le envió, que eran el regimiento del marqués de Mariñano; y el Emperador partió de Vitemberg para ir contra Lantgrave, por ser una raíz de donde nacian los males de Alemania, y era tan necesario arrancalla, que dejándolo de hacer por ir personalmente á Bohemia, aunque aquel reino se sojuzgase, no por eso Lantgrave quedaba en términos que no fuese menester de nuevo ir contra él; y sojuzgado él, lo de Bohemia quedaba mas fácil, porque aquel reino y todos los rebeldes de Alemania tenian puestos los ojos en la sustentacion de Lantgrave, como en cabeza de quien dependian, después del duque Juan. Y desta causa el Emperador ordenó que el Rey partiese luego, porque la calor de la victoria tan grande acrecentaba las fuerzas del Rey, para que aquel reino, que ya temia tanto las de su majestad pudiese con mas facilidad ser traido por fuerza ó por voluntad á la del Rey, y ser reducido á su obediencia.

Un dia antes que el Rey partiese, los capitanes húngaros vinieron á besar las manos al Emperador y á suplicarle se acordase de socorrer á Hungría. Hiciéronle una habla acomodada al tiempo y á su fortuna; y el Emperador les respondió consolándoles, y escribió á los estados de aquel reino con aquellas esperanzas dignas

de su persona, y mandó dar á cada uno de los capitanes una cadena de oro de trecientos escudos, y una paga á toda la otra gente suya, lo cual ellos tuvieron en mucho, siéndoles dada de gracia. Tambien dió allí su majestad al duque Mauricio la envestidura de la eleccion, con las villas que con ella suelen andar. Y porque entre las cosas grandes se viese que tambien tenia memoria de las pequeñas, mandó dar á los soldados que entraron á nado y ganaron las barcas, un vestido de terciopelo carmesí á su modo, y treinta escudos á cada uno, y sus ventajas en sus banderas.

Llegado el Emperador en Hala de Sajonia, que es una villa muy grande del obispado de Madeburque, aunque el duque Juan la habia hecho suya, su majestad se fué á alojar en las casas que habian sido del Obispo, y allí determinó de esperar la venida de Lantgrave para que se pusiese en efecto lo que, por intercesion de los dos electores, el Emperador habia tenido por bien de concederle. Las condiciones generales de que yo me acuerdo son :

Que el Lantgrave se puso en las manos del Emperador, él y toda su tierra, la cual juró fidelidad á su majestad, y dió las cuatro villas principales que tiene, y derriba las que el Emperador mandare. Dió ciento y cincuenta mil florines de oro. Entregó toda la artillería, que son mas de docientas piezas encarretadas que él tenia. Entregó al Emperador al duque Enrique de Brunsvic, el cual tenia preso desde el año de 1545. Restituye su estado al dicho duque. Todas las cosas que tiene usurpadas quedan á la determinacion de la cámara imperial. Y este es punto en que á él le va tanto, que por no venir á estos términos ha sostenido la opinion que tiene y tramado todas las ligas que ha hecho. Juró fidelidad al Emperador, y su tierra y la nobleza della tornan á jurar que cuando Lantgrave dejare de seguir el camino que debe al servicio del Emperador, ellos son obligados á prendelle y á traelle á su majestad, el cual le hace merced de la vida, y de alzar el bando imperial que contra él estaba dado. Tambien le hace merced de no tenelle preso perpetuamente.

Estas son en general las condiciones con que el Emperador le recibió y él vino á ponerse en sus manos. Antes que allí viniese sucedió en Hala una cuestion entre los españoles y tudescos; fué cosa que iba tan adelante, que el Emperador salió y púsose en medio de los unos y de los otros. Fué remedio muy necesario, porque la cosa estaba tan encendida, que solo el Emperador, y no otro, bastaba para remedialla; y así lo hizo, aunque el remedio no dejaba de tener el peligro que podia resultar de meterse entre dos partes que ya de furiosas comenzaban á estar ciegas.

Estando allí el Emperador, dió licencia á los embajadores de Bohemia, diciéndoles en suma que intercederia con el Rey para que si aquel reino estuviese agraviado en algo, le desagraviase; mas aquesto se entendia viniendo ellos primero á la obediencia del Rey, haciendo lo que eran obligados, y cuando no lo hiciesen, su majestad no podia hacer menos de tener las cosas de su hermano por proprias suyas. Esto fué en suma lo que el Emperador les mandó responder, aunque por sus cartas y en la misma respuesta fué mejor y mas largamente respondido.

Venido el dia que Lantgrave habia de ser en Hala de Sajonia, llegó á ella con cien caballos, y fuése á la posada del duque Mauricio, su yerno, ya elector, y otro dia, después de comer, á la hora que el Emperador mandó, vino á palacio, acompañándole los dos electores. El Emperador estaba en una sala con aquellas ceremonias acostumbradas en estos casos. Habia muchos señores alemanes y caballeros que venian á ver lo que ellos nunca creyeron ni Lantgrave decia que habia de ser. Llegado delante del Emperador, quitado el bonete, se hincó de rodillas, y su chanciller tambien, el cual en nombre de su señor dijo estas palabras:

«Serenísimo, muy alto y muy poderoso, muy victorioso é invencible Príncipe, Emperador y gracioso Señor: Habiendo Felipe, lantgrave de Hesen, ofendido en esta guerra gravísimamente á vuestra majestad, y dádole causa de toda justa indignacion, é inducido á otras personas á que cayesen en la misma falta, por lo cual vuestra majestad podia usar de todo rigor en el castigo que él merece, el confiesa humilísimamente que con razon le pesa de todo lo hecho; y siguiendo los ofrecimientos que él ha hecho para venir delante de vuestra majestad, él se rinde á vuestra majestad de todo punto y francamente á su voluntad, suplicando muy humilmente que por el amor de Dios y por su misericordia, vuestra majestad sea contento, usando de su bondad y clemencia, perdonar y olvidar la dicha ofensa, y levantar el bando del imperio, que tan justamente vuestra majestad habia declarado contra él; permitiendo que pueda poseer sus tierras y gobernar sus vasallos, los cuales suplica á vuestra majestad sea servido de perdonar y recibillos en su gracia; y él se ofrece para siempre jamás reconocer á vuestra majestad y acatalle por su solo derechamente ordenado de Dios, soberano señor y emperador, y obedecerle y hacer en servicio de vuestra majestad y del santo imperio todo aquello que un príncipe y vasallo es obligado á hacer, y para siempre perseverar en esto; y que no hará ni tratará jamás cosa contra vuestra majestad; mas será toda su vida muy humilde y muy obediente servidor, y reconocerá su gran clemencia del perdon que de vuestra majestad ha alcanzado; para lo cual desea y deseará toda su vida poder para servirlo con aquel agradecimiento que es obligado; de manera que vuestra majestad conozca por efecto que el Lantgrave y los suyos guardarán y obedecerán lo que son obligados por los artículos que vuestra majestad fué servido de otorgalles.» Estas fueron las palabras que el lantgrave dijo al pié de la letra. El Emperador mandó á uno de su consejo aleman, que estaba allí para responder en su nombre, que dijese estas palabras: «Su majestad, clementísimo Señor, ha entendido lo que Lantgrave de Hésen ha dicho, que aunque el Lantgrave confiesa que le ha ofendido tan gravemente, y de suerte que merece todo castigo, aunque fuese el mas grande que se pudiese dar, lo cual á todo el mundo es notorio, mas no obstante esto, teniendo su majestad respeto á que se viene á echar á sus piés, por su acostumbrada clemencia, y tambien por intercesion de los príncipes que por él han rogado, es contento de levantarle el bando que justamente habia declarado contra él, y de no le castigar cortándole la cabeza, lo cual él merecia por la rebelion cometida contra su majestad, ni le quiere castigar por prision perpetua, ni menos por

confiscacion de sus bienes ni privacion dellos, ni mas adelante de lo que se contiene en los artículos que clementemente su majestad le concede, y que recibe en su gracia y merced á sus súbditos y criados de su casa; entendiéndose que cumpla todo lo contenido en sus capítulos, y que no vaya directa ni indirectamente en ninguna cosa contra ellos. Y su majestad quiere creer y esperar que el Lantgrave con sus súbditos servirá y reconocerá de aquí adelante la gran clemencia que con ellos ha usado:» Estas fueron las palabras al pié de la letra que se respondieron á Lantgrave.

En todo este tiempo el Lantgrave estuvo de rodillas, y después se levantó. Su majestad no le tocó la mano ni le hizo ninguna señal de cortesía. Era cosa digna de considerar, por donde se conoce la variedad de los sucesos humanos, ver al Lantgrave hincado de rodillas y preso, y junto con él el duque Henrique de Brunsvic, á quien él habia tenido preso, con libertad y en pié. Acabado esto, el duque de Alba se llegó á él, y le dijo que se viniese con él, y á los dos electores les rogó que se viniesen con él á cenar, y así sacó de palacio á Lantgrave, y le llevó al castillo donde el Duque posaba, y después de cenar el Duque dió un aposento al Lantgrave en el castillo, y mandó á don Juan de Guevara, capitan del Emperador, del tercio de Lombardía, que le guardase.

Al principio tomó Lantgrave su prision impacientísimamente, porque á la verdad él pensó que, no siendo la prision perpetua, la temporal habia de ser tan liviana y disimulada, que pudiera irse á caza á las florestas de Hésen; mas parece que nuestro Señor permitió que en lo que este pensaba exceder á todos los de Alemania, que es en entender negocios, que en aquello mismo viniese á capitular contra sí, escribiéndolo de su mano; y así, no entendió que no tratando sino de la prision perpetua, la temporal quedaba á discrecion de aquel en cuyas manos se metia. Después vino á conocer que su boca habló contra él, y comenzó á quietarse y tomar su fortuna con mas paciencia. Así que, este, que se preciaba tanto de negocios, se vino á perder por los negocios; y el duque de Sajonia, que se preciaba de hombre de guerra y de fuerza, vino á perderse en la guerra.

Estas dos cabezas de luteranos, que tanto han hecho en desasosiego de la cristiandad, los ha traido Dios á poder del Emperador, con medios tan honrados para él, cuanto el mundo sabe y sabrá hasta que se acabe. Y pues hablo destos dos príncipes, no me parece que será fuera de propósito decir lo que de cada uno dellos se juzga. El duque de Sajonia es hombre de muy grande ánimo, muy afable y discreto, y á su modo, de muy buena gracia en todo lo que dice, liberal; y por estas buenas partes es tan bienquisto en toda Alemania, que en ninguna parte della deja de tener buenos amigos. Es mas sosegado que el Lantgrave, por cuyo consejo dicen que él comenzó la guerra del año pasado. Es muy diferente condicion desta la de Lantgrave, porque es muy desasosegado en extremo, muy amigo de tratos; no tiene aquella afabilidad que el otro en su conversacion, ni en su plática se conoce mucha discrecion; antes se ve que tiene ingenio levantado. Cuanto á lo del ánimo, no tiene aquella opinion entre las gentes que el duque de Sajonia; mas como ha sido el que ha andado mas diligente en las tramas pasadas, y era capitan general de la Liga, ha dado ocasion que se hablase mas dél que del otro, siendo muy mayor autoridad la del duque de Sajonia que la suya.

Allí en Hala vino á su majestad una gran congratulacion de la victoria de parte del Papa, y en el breve que le escribió le puso el renombre de *máximo* y *fortísimo*, renombres tan merecidos cuanto bien ganados. Acabadas estas cosas, el Emperador partió de Hala, habiendo proveido cómo se derribase Gota y se trajese el artillería della á Francfort; y tambien proveyó cómo se derribasen todas la fuerzas de Lantgrave, excepto una que su majestad le deja, y el artillería y municiones se llevasen de la una parte y de la otra á Francfort, porque allí hace juntar toda el artillería y municiones ganadas en estas dos guerras, sino son las cien piezas de Vitemberg, que envia cincuenta á Milan y cincuenta á Nápoles. Las docientas que se tomaron á Lantgrave y las cien de Gota, y ciento que dan las ciudades que el Emperador rindió cuando deshizo el campo de la Liga, se juntan allí para las llevar á Flándes. Destas cuatrocientas el Emperador envia á España ciento, con otras ciento y cuarenta que él tenia para enviar allí. En Flándes quedan trecientas, porque es muy justo que en todas las partes de sus estados donde se sabe la fama desta victoria se vean las insignias della. Proveyendo cómo todas estas cosas se pusiesen luego en efeto, y cumpliéndose todos los capítulos que se dieron al Duque y á Lantgrave, el Emperador se partió para Noremberga, llevando el camino de Bamberga, porque esto era no apartarse de Bohemia, sino irla siempre costeando, por dar todavía calor á las cosas del rey de romanos, del cual su majestad tuvo nueva cómo habia sujetado á Bohemia. Tanto vale la reputacion de un príncipe valeroso, que con ella da calor á cualquier empresa, por difícil que sea.

El Emperador fué por Turingia, tierra muy fértil, aunque llena de pasos harto ásperos, los cuales los de la tierra tenian tan fortificados, que parecia bien que tenian esperanza muy diferente de lo que despues sucedió, y que estaban tan confiados de las fuerzas de su señor, que no esperaban por allí al Emperador victorioso, porque los pasos eran tales, que si no fuera así, era imposible pasar; mas por todo se pasó muy bien, porque al vencedor nada le es difícil.

Muchas cosas dejo de escribir, como es la guerra de Lantgrave con el duque de Brunsvic, la del duque Erico, su hijo, mosiur de Cruyningue y Frisberger con los de Brema, y otras particularidades; porque no quiero alargar este mi *Comentario*, ni quitallas á los que tienen cargo de escribir estas y las otras. Las que yo aquí pongo servirán algo de ayudar á su memoria, y tambien á que por mi parte no se pierda la que se ha de tener de hechos tan valerosos y tan de caballero como son los del Emperador.

En este camino de Turingia vino á hacer su humillacion al Emperador el hijo mayor del duque de Sajonia, que estaba en Gota, y ratificó todo lo que por su padre se habia otorgado. Su majestad le oyó y recibió muy bien, y después de haber tratado de los negocios, le llamó, y le preguntó cómo estaba la herida de la cabeza y de la mano; del cual favor el mancebo mostró gran contentamiento. Son estas afabilidades que en un príncipe y vencedor parecen muy bien.

Venido el Emperador á Bamberga, recibió allí el legado del Papa. De allí vino á Nuremberga, adonde se detuvo algunos dias, esperando tomar resolucion de la ciudad donde ternia la dieta; porque en Ulma, donde pensaba tenella, no habia la salud que convenia para juntarse toda Alemania allí, pues habian de venir todos los príncipes y de todas las ciudades della.

En este tiempo ya Luboc, ciudad poderosísima, se habia venido á presentar á su majestad, y mostrar cómo nunca le habia deservido; y así es verdad, que nunca hizo cosa contra su majestad. Brema, tomando al rey de Dinamarca por intercesor, trata su perdon; los duques de Pomerania y Lunemburg negocian con disculpas y ruegos y justificaciones sus negocios; Brunsvic y Hildesheim y Brema vienen aquí á Augusta, á ponerse en la misericordia de su majestad, porque saben cuán á la mano tiene el castigo dellas, porque no solamente su persona, mas ninguna parte de su ejército es menester para castigarlas, sino mandar á los señores vecinos dellas que les hagan la guerra; lo cual ellos desean como cosa de que les vendrá gran provecho, y que harán con gran facilidad, porque ya la liga que hacia tan poderosas á las ciudades, el Emperador la deshizo el año pasado. Hamburgo se vino á rendir, estando ya el Emperador en Nuremberga; y así, la cabeza de las ciudades marítimas ha sido la primera de las que se han venido á rendir, haciendo un gran servicio de dinero, y poniéndose debajo de la obediencia imperial, la cual no reconocia hasta ahora, y haciendo otras cosas que al Emperador le parecia que se le debian mandar.

Otros muchos lugares se han venido á rendir, de que no hago memoria, porque seria larga historia; solamente escribo esto, porque habiendo hecho al principio memoria destas ciudades, no pareciese ahora que las olvidaba, las cuales, si su fortuna no las ayuda para que su majestad las reciba en su gracia, antes que la dieta se acabe, pienso que en ella se determinará el castigo dellas mas duramente de lo que piensan, por mucho que ellas teman su daño.

Desta manera ha compuesto el Emperador las cosas de Alemania, que estaban en la cumbre de la soberbia y con tanto poder, que los que eran cabezas dellas no les parecia su soberbia presuncion, sino razon. Y sin duda ninguna su poder era tan grande, que, cuanto á lo humano, no parecia que habia fuerzas en el resto de la cristiandad toda junta para contrastar con los destos; mas Dios, que todo lo puede, ha permitido lo mejor. Y así, el Emperador ha ganado estas victorias, de las cuales quedará su nombre mas claro que el de los emperadores romanos, pues en los efectos muy grandes ninguno le hizo ventaja, y en la causa dellos él la ha hecho á todos; y así, tiene obligados á todos estos príncipes que estén por la determinacion de la Iglesia, así como al conde Palatino y duque Mauricio y marqués de Brandemburg, electores, y á todos los de su nombre y al duque de Vitemberg, y lo que mas imposible parecia en Alemania, al mismo Lantgrave y otros príncipes, y juntamente todas las ciudades imperiales; de lo cual desde Augusta, donde se tiene la dieta, su majestad envió con el cardenal de Trento larga relacion á su santidad.

La grandeza desta guerra merece muy mas larga relacion que esta mia; mas yo con esta breve ayudo á la memoria de los que la han de hacer de toda ella mas particularmente. Solo esto diré, que César, de cuyos comentarios el mundo está lleno, tardó en sojuzgar á Francia diez años, y con solo haber pasado el Rin y estado diez y ocho dias en Alemania, Roma hacia suplicaciones á los dioses, y le pareció que bastaba aquello para la autoridad y dignidad del pueblo que señoreaba el mundo. El Emperador en menos de un año sojuzgó esta provincia, bravísima por testimonio de los romanos y de los de nuestros tiempos. Tambien Carlo-Magno en treinta años sojuzgó á Sajonia; y el Emperador en menos de tres meses fué señor de toda ella. Así que la grandeza desta guerra merece otros estilos mas altos que el mio, porque yo no la sé escribir sino poniendo la verdad libre y desnuda de toda aficion apasionada; porque la memoria della, en cuanto en mí es, pues lo vi todo, sea tan perpetua cuanto merece la grandeza de la empresa, la cual y la del año pasado han sido gobernadas por el Emperador tan acertadamente, que si de otra manera se hubiera guiado, no se hubiera conseguido el fin que todos hemos visto. Porque todas las veces que ha sido menester el gobierno y arte, se ha observado la órden para aquel efecto necesaria; y cuando ha sido conveniente la fuerza y la determinacion, se ha ejecutado con aquel ánimo y esfuerzo que es menester para que la fama de su majestad quede tan superior á la de los capitanes pasados, cuanto en la virtud y valor él lo es á todos ellos.

JORNADA DE CARLOS V
Á TÚNEZ,

POR EL DOCTOR GONZALO DE ILLESCAS.

Dos hermanos habia en la isla de Lesbo, en la ciudad de Mitilene, cabeza della, hijos de un hombre bien pobre, griego, turco de ley, que se llamaba el uno Horrucio Barbaroja, y el otro Hariadeno. Eran estos dos tan pobres y de vil suerte, que no tenian en esta vida otra hacienda mas que una galerilla de á dos remos por banda, con la cual se metieron poco á poco en la mar á robar lo que podian de pasajeros cristianos, y aun no cristianos, como gente perdida y que no tenian qué comer si no lo hurtaban. Y como quiera que por sí solos no bastaban á sustentarse, procuraron arrimarse á un muy famoso cosario que se decia Camáles, para que los favoreciese y los enseñase en aquel oficio. Diéronse tan buena maña ellos á servirle, y él á favorecerlos, que en pocos dias se hicieron ricos. Con lo que habian ganado, que no era poco, apartáronse de Camáles para hacer cabeza por sí; y tomando en su compañía otros ladrones menores, hicieron una flota, y todos dieron el título y nombre de capitan á Horrucio Barbaroja, como á mas anciano y mas diestro en el oficio. Hízose en pocos dias Horrucio tan poderoso con gentes que se le venian á juntar, que tuvo ánimo para desviarse bien de su tierra. Y allegándose á la costa de Berbería, vino á tocar en Argel á tiempo que dos hermanos traian entre sí cruel guerra sobre la sucesion de aquel reino. El uno dellos, que por sí no tenia fuerzas para poderse defender de su hermano, acudió de presto á Horrucio Barbaroja, y rogóle que le favoreciese, prometiéndole una gran suma de dineros; y él holgó de hacerlo de muy buena gana. Diéronse los dos tan buen cobro, que en pocos dias despojaron al otro hermano, y quedó el amigo de Barbaroja con el reino pacíficamente. Horrucio estuvo con esto algunos dias en paz, yendo y viniendo á sus negocios de cosario, y recogiéndose muchas veces en Argel como en casa de su amigo, hasta que le tuvo seguro; y cuando él mas descuidado estaba, hízole una tal burla, que le mató, con todos los amigos que tenia, y se levantó con el reino á devocion del gran turco Soliman, cuyo vasallo él era, como turco de nacion. Ganó después el puerto de Cercello, que antiguamente se llamó Julia Cesárea, y dende el un puerto al otro alteraba toda la mar, y las costas de España y Francia hasta Venecia, que no se podia por ellas navegar sin grandísimo peligro. Puso después Horrucio cerco sobre Bugía, y túvola puesta en harto trabajo; pero fué su desgracia que con una pelota de artillería le llevaron el brazo derecho casi todo; y así, tuvo por bien de alzar el cerco para irse á curar de aquella cruel herida. Sanó muy bien, y púsose un brazo y mano de hierro con tanta destreza, que apenas sentia falta ninguna. Con él hizo cosas hazañosísimas, porque venció á Diego de Vera cerca de Argel, peleó con don Hugo de Moncada, y hízole retirar á las galeras, y por una tempestad que sobrevino hubo en su poder la mayor parte de su gente. Quitó después el reino al rey de Tremecen, amigo y tributario del Emperador. Vino desde ahí á poco sobre Oran, y allí fué vencido, y se salió huyendo, y en el alcance vino á poder de sus enemigos, y ellos le cortaron la cabeza, la cual se trajo después por muchos pueblos de España como en triunfo, con grandísimo regocijo de toda la cristiandad, pensando que con faltar Horrucio Barbaroja quedaba la mar y la tierra segura de sus ladronicios. Pero engañáronse mucho, porque el otro hermano Hariadeno, ansí como le sucedió á Horrucio en el nombre, llamándose tambien Barbaroja, ansí tambien le sucedió en el reino de Argel y de Cercello, y en el ser inimicísimo de cristianos; y con otro espíritu mas que el de su hermano, comenzó á quererse hacer señor de toda la costa de Africa, teniendo por poco todo lo que el hermano le habia dejado, para hartar su insaciable codicia. Era temido extrañamente de los moros y alárabes, y mucho mas de los insulares de Sicilia y Córcega, Cerdeña, Mallorca, y de las otras islas y costas de la cristiandad; porque luego se le juntaron todos los cosarios de menor nombre. En todas las cosas que tomaba entre las manos era dichosísimo sobre manera: mató por asechanzas al capitan Hamete, que venia contra él con infinita multitud de alárabes, y después venció otros dos capitanes, Beucádes y Amídas. En la mar venció, como ya dijimos, á don Hugo de Moncada junto á Cerdeña; desbarató y mató á Portundo el año de 20 cuando se volvia de llevar al César á la coronacion; tomóle ocho galeras, y llevó preso al hijo á Constantinopla. Como cada dia ganaba galeras, vino á tener tanto número dellas, que pudo competir con Andrea Doria, y aun le venció una vez junto á Cercello. Tomó una fortaleza que tenian españoles muchos años habia cerca de Argel, y púsola por tierra. Con estas y con otras famosas hazañas vino á ser conocido por fama del turco Soliman, el cual, cuando volvió á Constantinopla huyendo de Viena, envió por él para hacerle capitan general de sus galeras, en lugar de Himeral, el que huyó de Andrea Doria cuando ganó á Coron. Favorecióle á Barbaroja mucho el grande privado de Soliman, Habraim-basá. Holgóse extrañamente Barbaroja de tan alegre embajada, y con cuarenta galeras bien armadas

partió de Argel para Constantinopla. Venció y quemó en el camino ciertos navíos genoveses que iban por trigo á Sicilia, saqueó á Rio y la isla Ilva, llevó consigo al rey Roscétes, de Túnez, hermano de Muleáses, que habia sido vencido y despojado por él, y se habia encomendado á Barbaroja para que le favoreciese contra Muleáses. Con este Roscétes hizo Barbaroja grande ostentacion, y pudo acabar con Soliman que le diese el oficio de capitan general, para que fué llamado. Diósele juntamente el nombre de basá, para que fuesen con él los basás cuatro, que no solian antes ser mas de tres. Dióle Soliman de su mano las insignias de capitan general, y entrególe luego ochocientos mil ducados para proveer la armada, y ochocientos genízaros para con que hiciese la guerra contra Muleáses. Salió Barbaroja de Constantinopla con ochenta galeras un poco antes que Soliman se fuese á la guerra de Persia; dejó en el puerto otras doce galeras para que Amurátes, su capitan, pasase en ellas el ejército de Soliman en Asia; tomó tierra Barbaroja en Calabria; saqueó á san Lucido, adonde halló riquísimo despojo, y llevó cautivos todos los vecinos del lugar, sin dejar uno; fué á Citrario, porque le dijeron que se labraban allí galeras; no halló gente, y mandó quemar la madera con que se labraban; pasó de allí á vista de Nápoles; y si saltara á tierra, no dejara de hacer harto daño, y aun por ventura tomara la ciudad, porque estaba sola y sin defensa; pasósé á la isla Prócida, y saqueó la ciudad; saltó al puerto de Gaeta, y tomó la Espelunca, pueblo allí cerca, cautivando mas de mil y docientas personas. Entráronse por la tierra de noche hasta Fundi docientos turcos con intencion de prender á la hermosísima Julia Gonzaga, nuera de Próspero Colona, una de las mas hermosas mujeres que se han visto en el mundo en nuestros tiempos (segun refiere Ariosto en su *Orlando furioso*, y ansí lo oí yo decir á quien la conoció), y es averiguado que volaba la fama de su extraña hermosura y graciosísimos ojos. Fué grandísima ventura poderse escapar esta señora; porque los turcos entraron la ciudad y mataron casi á todos los que dentro hallaron, profanando y destruyendo los templos y las honradas sepulturas de los coloneses, con las banderas y trofeos de sus vitorias, que allí estaban. Quisiera infinitísimo Barbaroja haber á las manos á la señora Julia para hacer presente della á Soliman; pero no quiso Dios que aquel bárbaro gozase de tan rara belleza. Robó después la ciudad de Terracina con la mesma crueldad que hizo á Fundi. Acudieron luego á Roma con la nueva los vecinos de Piperno, al tiempo que el pontífice Clemente estaba en la cama muy al cabo de la enfermedad de que murió. Fué grandísima la turbacion que se sintió en la ciudad, porque cierto ella estaba tan sola y desapercibida, que si por malos de pecados á Barbaroja le viniera gana de probar ventura, tiénese por muy cierto que pudiera saquear á Roma. Juntáronse luego á consistorio los cardenales, sacaron de la cámara y erario apostólico todo el dinero que se pudo hallar, y encargóse al cardenal Hipólito que tomase el cuidado de defender la patria. Hízose alguna gente, que salió en campaña; pero todos eran ladrones y gente perdida, y por do quiera que pasaban hacian mas daño que hicieran los mismos turcos si por allá anduvieran. Pero al fin no fué menester, porque Barbaroja llevaba otro designio, y de presto dió consigo en Africa con tanta diligencia, que cuando pensaban en Roma que le tenian á cuestas, estaba él sobre Túnez á fin de tomar á Muleáses de sobresalto; porque todas estas salidas que hizo en Italia las hizo por engañarle, y porque pensase que su venida no era contra él, sino contra cristianos, no embargante que siempre echó fama (y así se creyó en Túnez) que llevaba consigo á Roscétes para restituirle en su reino; aunque Muleáses bien sabia que quedaba medio preso en Constantinopla, y por eso se descuidó asegurarse, porque sabia él que el mayor pertrecho que contra él podia traer Barbaroja era su hermano, porque tenia muchos amigos en Túnez. Era Muleáses hijo de Mahométes, rey de Túnez, y de Lentigesia, una de sus mujeres, de nacion alárabe, tan varonil y ambiciosa, que con tener Mahométes otros veinte y dos hijos, y algunos mayores que Muleáses, ella tuvo maneras como él fuese rey en competencia de todos sus hermanos. A Maymon, el hijo mayor, levantóle Lentigesia que se habia querido alzar con el reino, y tuvo manera como su padre le hizo matar. Roscétes se escapó huyendo. A todos los demás prendiólos Muleáses, y mató algunos, y los demás cególos con el artificio que usan los bárbaros de poner ante los ojos una plancha de cobre encendida. Los tres de estos ciegos, Barca, Balétes y Saytes, hallólos después su majestad en Túnez, y trájolos consigo. Mató ansimesmo Muleáses todos cuantos sobrinos y parientes pudo haber, y con ellos hizo tambien matar á dos amigos de su padre, los que por su industria habian muerto á Maymon. No los mató por otra cosa sino por no les pagar aquella buena obra, y porque no les pagando como debia, de fuerza se le habian de rebelar. Tuvo tambien Lentigesia maneras como matar casi todas las mancebas y mujeres de su marido; y algunos dijeron que Muleáses con su industria della hizo morir consigo á su propio padre, que así se usa entre gente tan bárbara. Todas estas tiranías publicaba Barbaroja que queria cartigarlas, y restituir el reino á Roscétes; pero no era esta su intencion, sino de hacer lo que hizo. En pasando de Italia, tomó puerto en Biserta, y echó fama que Roscétes quedaba en su galera mal dispuesto, y por eso se le rindieron luego los de Biserta antes que Muleáses supiese su venida. Salió de allí con sus galeras, y púsose á vista de la Goleta. No le recibieron dentro, como tenia pensado, porque los que tenian la fortaleza dijeron que pasase adelante sobre su seguro; y que ganando él la ciudad, se la darian ellos luego. Estaba ya la ciudad alborotadísima con pensar que Roscétes venia: Muleáses era extrañamente malquisto por sus crueldades, y por eso acordó de irse, y con harto trabajo pudo salirse huyendo de la ciudad, sin llevar consigo dineros ni joyas, que tenia infinitas. Como los de Túnez vieron salido de la ciudad á Muleáses, tomaron la mujer y los hijos de Roscétes, y salieron con ellos muy gozosos á recibir á Barbaroja, pensando que Roscétes venia con él allí. Saltó luego Barbaroja en tierra, púsose á caballo, y tomó consigo hasta cinco mil hombres, y entró por la ciudad con una grita muy grande, apellidando todos Soliman, Soliman, Barbaroja, Barbaroja. Los de Túnez, que andaban buscando con los ojos si vian á Roscétes, como no lo hallaban, y después supieron de cierto que quedaba casi preso en Constantinopla, y vieron que Barbaroja los habia engañado por alzarse con la

ciudad, acudieron todos á las armas. Tomaron por su capitan al mesuar de la ciudad, que es lo mismo que gobernador ó corregidor; pusiéronse todos en un lugar alto, y comenzaron á apellidar la traicion que Barbaroja usaba con ellos. Hicieron luego un correo y muchos á Muleáses que volviese; y con el mismo furor que tenian contra Barbaroja, acometieron á los turcos y mataron muchos dellos. Muleáses volvió luego, porque aun no habia pasado de los huertos donde posan los rabastenios, que son ciertos caballeros cristianos que viven en su ley, y hacen guarda á la persona del rey de Túnez por antigua costumbre. Los turcos, como vieron el pleito mal parado, fuéronse retrayendo hasta la fortaleza. Recibiéronlos bien los de dentro, y luego acudió el Mesuar á cercarlos con tanta furia, que si no fuera por un renegado que se llamaba Baeza, la entraran. Este Baeza hizo subir de presto á la torre una culebrina, y disparóla con tanta furia, que puso en los de la ciudad grandísimo temor y espanto, y aflojaron un poco, hasta que llegaron Muleáses y Doray, un tio suyo, hermano de Lentigesia, que pusieron en grandísimo peligro y trabajo á Barbaroja. Y no sabiendo qué medio tomar, fué á él un renegado español, natural de Málaga, que habia sido soldado de Pedro Navarro, y se llamaba Halis, y aconsejóle que saliese animosamente á pelear, porque los moros eran gente vil y para poco, y no sufririan la furia de los turcos. Hízolo ansí Barbaroja, y con tan buen ánimo, que en el primer acometimiento mató al Mesuar y mas de tres mil ciudadanos, y los hizo á todos retirar en sus casas con mas de seis mil dellos heridos, y tan amedrentados, que no osaron mas tomar armas contra él. Muleáses hubo de salirse huyendo de la ciudad, y fuése con Doray á Constantina, allá dentro en Africa, adonde se estuvo quedo hasta que pasó á Túnez el Emperador. Otro dia de mañana movieron los ciudadanos trato de paz con Barbaroja, y de bueno á bueno le recibieron por su rey en nombre de Soliman y á su devocion; con que les prometió y les dió muy buenas esperanzas de que el gran turco Soliman algun dia, y bien presto, daria el reino á Roscétes, á quien ellos tanto querian: con lo cual Barbaroja fué sin contradiccion ninguna reconocido y llamado rey en Túnez y en todas las ciudades y pueblos del reino. Dende allí prosiguió su oficio de cosario, y cada dia hacia en las islas y costas de la cristiandad infinitos saltos y correrías, con que no nos dejaba cosa segura.

En el estado que acabo de decir estaban las cosas de Hariadeno Barbaroja, cuando el emperador Cárlos V, por espantar á sus enemigos y defender la causa comun de la cristiandad, comenzó á ponerse á punto para la jornada de Túnez, porque sabia que Barbaroja ponia en órden muy grande armada para ir sobre Nápoles, ó á lo menos apoderarse de Sicilia. Era esta guerra que el Emperador comenzaba, honestísima y de muy buen sonido, porque en ella se habian de asegurar las costas de la cristiandad: cumplia mucho su majestad con esta tan santa y pia jornada con su reputacion y fama de cristianísimo y celoso de la honra de la fe católica, y parecia que queria ya mostrar sus fuerzas y felicidad contra infieles, como hasta aquí las mas de las veces las habia mostrado contra cristianos; y con tomar él solo y á su costa y por su misma persona esta comun empresa, disminuia el crédito de sus émulos, y parecia que les causaba confusion, pues siendo el negocio de todos, le hacia él á tanta costa de sus negocios; y mientras los otros se estaban descansando en sus casas, dejaba él sus regalos y su propia casa y hijos, y se iba á poner en los peligros y trabajos que la mar y la guerra suelen traer consigo. El papa Paulo, cuando supo la determinacion de su majestad, alabó mucho su santo celo, y ofrecióse de ayudarle con doce galeras armadas á su costa, y luego hizo capitan dellas á Virginio Ursino, dándole por compañero y colega á Paulo Justiniano, persona muy diestra y ejercitada en las cosas de la mar. Y porque el Emperador pudiese con mas facilidad proveerse de dineros para la guerra, concedióle Paulo subsidio sobre los bienes eclesiásticos de sus reinos de España, aunque se sintió mucho el César de ver que concedió tambien Paulo el subsidio al rey Francisco sin haber de hacer guerra contra infieles, pareciéndole que aquel provecho de su émulo habia después de redundar en daño suyo. Mandó su majestad aparejar con toda brevedad, así en España como en Italia, todas las cosas necesarias para la guerra; y cuando supo que ya estaba todo á punto, partióse de Castilla para la ciudad de Barcelona. Los señores y repúblicas de Italia todos acudieron con sus socorros, teniéndose por seguros de sus cosas con ver que la guerra se hacia contra infieles. Solos los venecianos se estuvieron quedos, porque no osaron quebrantar la tregua que tenian con Soliman treinta años habia, desde que se capituló la paz con Bayaceto. Estaba en Barcelona el príncipe Doria con treinta galeras, y la una dellas de cuarenta remos, la mas hermosa y bien artillada, y entoldada de paños ricos, que jamás se vió, para que en ella pasase la persona de su majestad: los galeotes que remaban en ella iban vestidos de raso, y los soldados de seda y de recamados muy costosos. Envió el Pontífice, por honrarle, al príncipe Doria un breve lleno de favores, y un estoque bendito, con la empuñadura sembrada de piedras de inestimable valor, la vaina esmaltada y las guarniciones de oro, con un riquísimo cinto de lo mismo, y un bonete de felpa con muy muchas perlas; que todas estas son insignias que los pontífices suelen enviarlas á los grandes príncipes cuando comienzan alguna guerra de propósito contra infieles. El marqués del Vasto, por órden de su majestad, puso en Génova todas las compañías de gente española, italianos y tudescos, de que él era capitan general. Antonio de Leiba no fué en esta jornada por sus muchas enfermedades, y tambien porque convenia que en Lombardía quedase una persona de recaudo que mirase por lo de Milan, si acaso el Rey se quisiese mover entre tanto que su majestad estaba ocupado en esta guerra. Con Antonio de Leiba mandó el César que quedasen en Italia los soldados viejos que le pareció que bastaban. Escribiéronse cinco mil italianos mas de los ordinarios, cuyos capitanes fueron el conde de Sarno, Federico Carrecto y Augustino Espínola. De Alemania trajo Maximiliano Eberstenio hasta ocho mil tudescos, con los cuales y con la demás gente partió el marqués de Génova en doce galeras de Antonio Doria y en otros treinta navíos de carga. Siguió la via de Sicilia para recoger de camino las galeras del Papa y las de Nápoles. Tomó puesto en Civita-Vieja, adonde el papa Paulo le estaba esperando para ver la gente y echarles á todos la bendicion. Allí dió de su mano el Pontífice, con

las ceremonias acostumbradas, á Virginio Ursino las insignias de Capitan general. Partióse el Marqués con Virginio para Nápoles, adonde el virey don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y los príncipes de Salerno y Bisignano, Espineto, Garrafa y Hernando Alarcon tenian puestas en órden cada sendas galeras armadas á su costa, y otras siete, sin estas, á costa de todo el reino; con todas se fueron al puerto de Palermo, en Sicilia. El Emperador tenia juntos ya en Barcelona ocho mil infantes y setecientos caballos de sus guardas ordinarias, que, conforme á la costumbre antigua, se pagan en estos reinos para su seguridad, sin otros algunos con que sirvieron los señores de Castilla. Estaban ansimesmo con su majestad otros muchos señores y caballeros, que no quisieron quedar ellos holgando y en sus casas, viendo ir á su rey en una demanda tan justa. Destos eran los duques de Alba y de Nájara, el conde de Benavente, el marqués de Aguilar, el conde de Niebla, don Luis de Avila, don Fadrique de Toledo, comendador mayor de Alcántara, y don Fadrique de Acuña, que después fué conde de Buendía, y otras muchas personas de calidad. Vino tambien allí el infante don Luis de Portugal, hermano de la Emperatriz nuestra señora, con veinte y cinco carabelas y con un galeon, el mayor y mas bien armado que hasta entonces se habia visto en la mar: en estas carabelas iban hasta dos mil infantes. Estaban tambien con su majestad sesenta navíos gruesos de Flándes, con mucha gente y con remeros de los condenados por justicia, para suplir las galeras si alguno faltase. Partieron casi á un tiempo su majestad de Barcelona y el marqués del Vasto de Palermo, y viniéronse á juntar en el puerto de Cáller, en Cerdeña. Allí se esperó hasta que llegasen las galeras de España; y como llegaron, luego el Emperador se dió á la vela, y fué á tomar puerto en Útica, ciudad de Berbería. En la entrada deste puerto encalló la galera capitana, donde iba la persona imperial, y no dejó de correr algun peligro; pero acudió de presto el príncipe Doria, y hizo cargar toda la gente al borde, y con esto vino á tomar agua y salió adelante. No dejó de dar á todos cuidado este caso, porque sabian que el rey don Filipe, su padre del César, se habia visto en otro semejante inconveniente en los bancos de Flándes, viniendo á España. Salióse presto su majestad de Útica, y fuése á poner á vista de Túnez, adonde estaba el cosario Barbaroja, el cual quedó atónito de ver tanta multitud de velas, que pasaban, entre grandes y pequeñas, de mas de setecientas; pero lo que mas espanto le puso fué saber que venia allí el Emperador en persona; cosa que nunca él pensó que fuera posible; y porque Aloisio Presenda, cautivo genovés, le habia dicho que el Emperador no habia de ir con la armada, sino solo Andrea Doria, y no con tanto aparato como allí habia, mandóle luego cortar la cabeza, diciendo que le habia engañado. Llamó á consejo sus capitanes: díjoles que no habia qué temer, pues el tiempo era tan caluroso, la tierra herviente y arenosa, y los enemigos no acostumbrados á tan excesivos calores; y que si la guerra duraba, necesariamente, pues eran tantos, les habian de faltar mantenimientos; que todo el negocio consistia en defender la Goleta, por ser aquella la principal fuerza de la ciudad y aun del reino. Diéronle todos muy buena respuesta, prometiéndole de morir ó defender la Goleta. Estaban con Barbaroja tres ó cuatro famosos cosarios; los principales eran, Sinan, judío, Haydino Cachadiablo, Saleco y Tabaques. En llegando nuestra flota á la torre que llaman del Agua, mandó el César que todos comenzasen á saltar en tierra, tomando al largo la costa, porque saliesen á un mesmo tiempo. Hízose con tan buena órden, disparando artillería contra los moros y turcos que asomaban, que sin resistencia ninguna se puso en pocas horas el ejército en tierra. Tomó el Marqués lugar seguro para los alojamientos, y mandó que nadie se moviese hasta que los caballos y artillería se desembarcasen. La tienda imperial púsola el Marqués entre las dos torres que se llaman del Agua y de las Salinas. Enviáronse luego corredores á calar el sitio y asiento de la ciudad, y la calidad de la tierra; topáronse con algunos alárabes bien diestros y para mucho, los cuales mataron algunos de los corredores, y entre ellos murieron dos personas bien señaladas, Frederico Carrecto y Hierónimo Espínola, genovés. Con todo eso, algunas veces salia su majestad á correr el campo, con harto peligro de su persona, y tanto, que algunos lo tenian á temeridad; como quiera que en la guerra el Capitan General, mayormente siendo rey ó emperador, el principal cuidado que ha de tener es guardar su salud, porque della pende la de todo el ejército que lleva. Ibase cada dia ganando tierra con los alojamientos hácia la Goleta, llevando delante sus trincheas y reparos para seguridad; trabajaban todos en hacerlas, porque siempre andaba su majestad entre los gastadores, que no le faltaba mas de tomar el hazadon. Cada dia se trababan escaramuzas bien reñidas con los cosarios que salian de la Goleta. Un dia salió Saleco con buena parte de su gente, y dió en un bastion donde tenia su estancia el conde Sarno con sus italianos. Salióle al encuentro el Conde, y el turco, por engañarle y desviarle de su gente, fingió que huia; y cuando le tuvo cerca de una emboscada, revolvió sobre el Conde con tanta furia, que le mató á él y á cuantos con él se hallaron, que apenas quedó ninguno; y si alguno huyó, tampoco pudo escapar, porque los turcos siguieron su alcance hasta volver á nuestro campo; y los españoles, segun se dice, aunque pudieran, no los quisieron socorrer, porque tenian desabrimiento de que los italianos hubiesen tomado aquel lugar, por mas peligroso y honrado, en competencia de los mesmos españoles. Llevó Saleco á Barbaroja la cabeza y la mano derecha del Conde, y hicieron con ella gran fiesta los turcos; de que su majestad sintió grandísimo dolor, porque el Conde era muy buen caballero. No se gozaron mucho los españoles, si acaso les plugo, con la desgracia de los italianos, porque luego otro dia salió de la Goleta Tabaques, y dió tan repentinamente en el cuartel de los españoles, que mató muchos en la trinchea y en el foso, y ganó una bandera de don Francisco Sarmiento, y mató al capitan Mendez, que de muy grueso no pudo huir. Fué tanto el peligro en que se vieron, que hubo de acudir su majestad á remediarlo y á castigar de palabra el descuido que habian tenido. Holgáronse mucho deste desman los italianos; y como por la mayor parte todos eran bisoños, y los españoles soldados viejos, dábanles grita burlando dellos, porque siendo tan cursados en la guerra se habian tanto descuidado, sabiendo que lo habian con gente arrebatada y

que no peleaban sino como ladrones, de sobresalto. Riñó muy de veras el Marqués á los capitanes y sargentos españoles este daño, y rogóles que procurasen con alguna hazaña notable enmendar el avieso, y cobrar la reputacion como quien ellos eran. Prometiéronselo todos, y cumpliéronlo muy bien; porque otro dia, saliendo Jafer con sus genízaros y gran multitud de alárabes y moros en medio del dia, subió con grandísima osadía sobre las trincheas, y comenzó á disparar de sus arcabuces con tanta destreza, que si no estuvieran los nuestros sobre aviso, les hiciera mucho daño. Acudió de presto el Marqués con arcabuceros á pié y á caballo, puso los escuadrones en órden, y comenzóse una muy hermosa escaramuza, la cual duró grandísimo rato en peso, hasta que Jafer cayó muerto, y los suyos comenzaron á huir. Siguióse el alcance hasta las puertas de la Goleta con tanto ímpetu, que no tuvieron los que huian tiempo de entrar por la puerta principal. Muchos se quedaron fuera, y otros se escaparon por caminos secretos. Al retirar deste alcance se tuvo grandísimo trabajo, porque Sinan, el judío, disparó muchas piezas de artillería dende la Goleta, con que mató muchos de los nuestros, y principalmente al alférez Diego de Avila, y Rodrigo de Ripalta salió mal herido. Con este próspero suceso cobraron los españoles nuevo ánimo, y los enemigos se comenzaron á encoger. Su majestad, que no queria gastar el tiempo en cosas de poca importancia, como vió que los suyos estaban contentos y con buena gana de pelear, determinó dar una batería fuerte á la Goleta, temiendo no les viniese á los cercados algun socorro, ó recreciese en los suyos alguna enfermedad, porque de dia hacia excesivos calores, y de noche frigidísimas rociadas. Batióse la Goleta por mar y por tierra con grandísima furia, en 12 dias del mes de julio del año de 1535. Duró la batería dende la mañana hasta pasado mediodía; parecia que se hundia el cielo y la tierra, tanto, que del gran ruido se alteró la mar, que parecia estaba en tormenta: pusieron por tierra una torre con sus barbacanas; todas las troneras donde los turcos tenian su artillería vinieron al suelo con los mesmos artilleros, y quedó tan abierto el muro, que fácilmente se pudo dar el asalto. Cuando hubieron de arremeter salió delante un fraile con un crucifijo en las manos, animando á los soldados á la pelea, y lo mesmo hacia su majestad, que andaba de uno en otro, esforzando á todos. Fué tan animoso el acometimiento, que Sinan y los suyos no osaron esperar, y se salieron huyendo por una puerta trasera, y se fueron á meter en la ciudad. Ganóse con esto fácilmente la Goleta, y juntamente se ganaron casi todas las galeras de Barbaroja, que las habia él sacado y puesto en seco. Fué increible el contentamiento del Emperador cuando vió que al tirano se le habian quitado los instrumentos de sus latrocinios; y por el contrario, quedó desesperadísimo Barbaroja de verse sin galeras: dijo á Sinan muchas palabras injuriosas porque se habia venido huyendo, y respondióle con mucha paciencia: «Yo te digo, Señor, que si yo hubiera de pelear con hombres, que no huyera; mas no me pareció cordura tomarme con Satanás, y por eso me quise guardar para mejor tiempo.» Con esto se asosegó Barbaroja un poco, y comenzó á dar órden en aparejar todas las cosas necesarias para sufrir el cerco que esperaba. Poco después de ganada la Goleta, llegó á nuestro campo el rey Muleáses, acompañado de sus parientes y amigos, y él llegó á besar la mano al Emperador, el cual le mandó sentar, y hízolo él en un tapiz á su modo. Habló muy discreta y concertadamente, dando á su majestad las gracias por ver vengar sus injurias, castigando la crueldad y tiranía de aquel ladron, enemigo del género humano, y por la intencion que en su clemencia conocia de que le habia de restituir en el reino de su padre. Ofrecióse, en reconocimiento desto, de ser siempre muy leal amigo y vasallo, y de acudir con el tributo que su majestad fuese servido de mandarle pagar. Dióle el Emperador agradable respuesta, diciendo que su principal motivo no era otro sino el deseo de vengar las injurias que de aquel tirano diversas gentes, ansí cristianos como de otra opinion, habian recibido, y que su intencion era quitar del mundo aquellos ladrones, gente perniciosísima para todos: por tanto, tenia esperanza en Jesucristo, su Dios, que como habia comenzado á favorecerle, lo llevaria adelante, y le daria cumplida vitoria de sus enemigos; y que cuando se la hubiese dado, entonces le prometia muy de veras de hacer de manera que no se pudiese quejar, sin que jamás le pasase á él por pensamiento de recelarse de su ingratitud; porque para creer dél que seria grato y reconoceria la buena obra que entendia hacer, le bastaba ser él rey noble y de casta de reyes; cuanto mas que cuando en él no hubiese la fidelidad necesaria, no habian de faltar armas con que le castigar después, como no faltaban al presente contra Barbaroja. Húbose Muleáses en todas las cosas como persona de valor y que representaba su real estado, sin mostrar en cosa ninguna bajeza ni pusilanimidad; y junto con eso, en todo lo que allí estuvo en nuestro campo, le vieron y probaron ser un hombre muy discreto y bien entendido, muy gentil filósofo y matemático, y buen astrólogo, y no menos diestro en menear un caballo y jugar en él de una lanza y de todas armas con muy buena gracia y desenvoltura. Dióle por huésped su majestad al marqués del Vasto, el cual le trató espléndidamente, como á quien él era. Comunicábanse con él todas las cosas de la guerra, porque en todas tenia muy buen voto; dió muchos y muy importantes avisos, y casi en ninguna cosa de las que dijo que habian de suceder se engañó. Súpose dél la calidad de la tierra, el asiento y fuerzas de la ciudad, los pozos y cisternas que habia, y de dónde se habian de proveer de agua para el campo el dia que se quisiesen allegar con él á la ciudad; dió particular cuenta de los olivares, adónde llegaban, y cómo se habian de cortar para desviarse de alguna celada; dijo qué tantas eran las fuerzas de los enemigos; y considerando lo que dentro de la ciudad habia, y las inexpugnables fuerzas de nuestro campo, vió lo que habia de suceder, ni mas ni menos de como después acaeció, porque entendió que Barbaroja no esperaria dentro de la ciudad batería ni asalto, sino que saldria con sus gentes al campo, dejando la ciudad á sus espaldas. Dijo que, por ostentacion y por parecer que hacia algo, asentaria sus escuadrones, pondria por avanguardia la chusma de alárabes y moros que tenia consigo, y él con los genízaros se quedaria junto á las puertas de la ciudad en retaguardia; y que á los primeros encuentros, si viese que los suyos vencian, apretaria con los genízaros

ros de veras, y si no, volveria las espaldas y se pondria en cobro. Ultimamente avisó al Emperador que ningun trabajo mayor habia de tener, cuando quisiese hacer el último acometimiento, cuanto lo seria la sed que los suyos habian de pasar; porque en todo lo que habia dende el alojamiento hasta la ciudad no habia sino cisternas, que para beber en ellas se habia necesariamente de desordenar el campo. Para remediar esto aconsejó á todos que llevasen sus botas ó calabazas en las cintas, ó algunas bestias cargadas de agua. Importaron tanto estas cosas, que sin ellas apenas se pudiera conseguir el fin deseado. Diéronse los capitanes, por órden de su majestad, toda la priesa posible por ir ganando tierra hácia la ciudad, llevando sus trincheas adelante, segun órden militar, por ir mas al seguro, con intencion de allegarse á tiro de culebrina, para poder batir el muro y dar los asaltos necesarios. Entre tanto no dejaba cada dia de ofrecerse ocasion de escaramuzar, y aun alguna vez se encendió el negocio tan de veras, que por poco se peleara de poder á poder. Aquel dia fué mal herido Garcilaso de la Vega, elegante poeta español, y aun matáranle si no le socorriera Frederico Garrafa, napolitano, y fué menester que su majestad en persona saliese con sus hombres de armas al socorro; y aun es averiguado que peleando el mesmo César valentísimamente, sacó de entre los piés de los moros á un Andrés Ponce, caballero andaluz, que le habian muerto el caballo, y él estaba caido en tierra. Salieron de ahí á dos ó tres dias hasta treinta mil moros á tomar una torre que tenian ganada los nuestros en un cerro alto, donde antiguamente fué la famosa ciudad de Cartago. Llevaban los moros delante de sí un sacerdote ó alfaquí, el cual iba derramando muchas cedulillas de conjuros y maldiciones contra los nuestros, pensando dañarlos con aquello. Acudió su majestad con algunas banderas de caballos en socorro de los de la torre; dió en los moros con grandísima furia, matando muy muchos, y entre los primeros murió el hechicero alfaquí que los guiaba; puso los demás en huida, y aun afirmaba después su majestad que si llevara consigo una sola banda de ballesteros á caballo, que hiciera aquel dia una jornada importantísima; y propuso de hacer de manera que de allí adelante se usasen en la guerra estos ballesteros, porque para muchas cosas venian á ser menester. Eran tan diestros los alárabes y moros en el pelear á caballo, y tenian á los nuestros tan conocida ventaja en el saberse menear, y en sufrir el calor y los otros trabajos de aquella calurosísima tierra, que se conocia bien que viniendo á batalla campal, se habia de tener harto trabajo en la vitoria; y tan de veras se imprimió en algunos esta imaginacion, que no faltó quien pusiese en plática que seria bien dar la vuelta para España, sin proceder mas adelante en la guerra, diciendo que su majestad se podia contentar con lo hecho, y cumplir con su reputacion con haber ganado la Goleta y las galeras del enemigo, pues aquella era su principal fuerza y las armas con que solia castigar el mundo, dejado aparte que cada dia se morian en nuestro campo muchos de flujo de vientre. Vino esto á oidos del César, y sintió dello gran desabrimiento, pesándolo mucho de que hubiese en el campo gente de tan poco ánimo. Para sacarlos de la duda que tenian de la vitoria, hízoles á todos un grande razonamiento, reprehendiendo á los que tal plática como esta osaban mover, porque en ella mostraban tener harto mas cuidado de la vida que no del honor. Díjoles que si algunos inconvenientes hallaban en la empresa, los debieran advertir en España, antes que se pusieran á lo que se habian puesto, y no cuando ya no se podia dejar sin gran vergüenza; que bien vian todos cuán á su gusto pudiera él estarse en su casa con su mujer y con sus dulcísimos hijos, si hubiera querido pasar en disimulacion, como otros reyes, las injurias de toda la cristiandad; y que pues todos sabian cuán urgentes eran las causas que allí le habian llevado, no tratase nadie de pensar que habia de alzar la mano de aquel negocio hasta poner en él el fin deseado, ó á lo menos morir honradamente, como cualquier hombre valeroso lo debe procurar; finalmente, vino á decir que se aparejasen para la batalla, que luego la queria dar si se topase con el enemigo, ó si no, batir el muro y darle el asalto dentro de la ciudad. Con esta plática quedaron en resolucion de que se habia de llevar al cabo el intento de la empresa que tenian comenzada, y sin otra dilacion luego se comenzó á poner á punto la partida para la ciudad de Túnez en órden de batalla formada. Púsose en el castillo de la Goleta el recaudo conveniente, aderezóse el artillería en sus carros y de la manera que con mas facilidad se pudiese llevar. El marqués del Vasto quiso su majestad del Emperador que aquel dia hiciese el oficio de capitan general; y ansí acetó el cargo que el César le dió, tomando para sí la avanguardia con los italianos á la mano izquierda y con los españoles á la derecha. En medio iban los tudescos, adonde tambien iba el duque de Alba, don Hernando de Toledo. Su majestad andaba sobresaliente, animando á todos, aunque su propio lugar era la batalla, adonde iba el estandarte imperial con el infante don Luis, su cuñado. El principal coronel de los italianos era el príncipe de Salerno, de los españoles el señor Alarcon, y de los tudescos Maximiliano Eberstenio. Poníales el Emperador delante á todos el premio de la vitoria, que habian de ser los despojos de aquella riquísima ciudad; traíales á la memoria sus muchas hazañas y lo que en su servicio habian hecho en las guerras de Italia; prometíales el descanso tras aquellos trabajos, y todo esto con tan alegre rostro y tan lleno de confianza, que todos á una voz le prometieron de darle en las manos la vitoria, y aun de seguirle, si les queria llevar, hasta la Casa Santa. Barbaroja, que supo de sus corredores cómo nuestro campo se le acercaba, hizo del suyo lo que Muleáses tenia ya dicho que haria. Salió al campo y púsose en órden de pelear, echando delante la gente vil y de poco precio, y quedóse con la mayor en la retaguardia. Cuando los nuestros llegaron á las cisternas, como el calor era ardentísimo, y la sed tanta, que no bastaba el agua que se llevaba en botas, tanto, que alguno hubo que dió por un jarro della dos escudos; acudieron tantos y tan desvalidos al agua, que se desordenaron algunos escuadrones con harto peligro; y si los enemigos acudieran entonces, se pudiera recibir algun notable daño; pero ellos no vinieron, y su majestad y los otros capitanes acudieron á echar á palos la gente de sobre el agua; y así, se volvió toda á su órden. Tenia Barbaroja bien cien mil hombres, y cuando los nuestros llegaron á vista de su campo, comenzó á disparar de

su artillería, pero sin fruto ninguno. Venia mas atrás la nuestra, y por eso no se pudo jugar; y porque el camino era arenoso, y la llevaban en carros ó en hombros de esclavos, no se podia mover con diligencia. Era tanta la gana que los cristianos mostraban de verse ya envueltos con los enemigos, que cada momento de dilacion se les hacia un año. A esta causa le pareció al Marqués que no debia dilatar mas el rompimiento, ni servirse aquel dia de las culebrinas, sino arremeter luego, porque los suyos no se enfriasen, ó los turcos cobrasen ánimo con pensar que los nuestros se detenian de miedo. Con esta determinacion acudió el Marqués á su majestad, que andaba entre los delanteros, discurriendo de una parte á otra, exhortando y animando á todos, y díjole estas palabras: «Si á vuestra majestad le pareciese, yo no esperaria hoy artillería, sino tocaria luego arma.» Respondió entonces el César: «Tambien me parece á mí eso, mas yo no lo puedo mandar; vos, que podeis, hacedlo, pues es hoy vuestro dia.» Respondió el Marqués con rostro alegre: «Bien me parece, Señor, que haya vuestra majestad querido echarme á cuestas esta carga. Y pues ansí es, yo quiero usar mi oficio; y ante todas cosas mando á vuestra majestad que luego se vaya á su puesto, y se ponga en su batalla con el estandarte, no sea nuestra mala suerte que se desmande algun arcabuz, y peligre vuestra persona para total perdicion del mundo.» Hinchóse el César de alegría cuando oyó tan cortesanas palabras, y volvió luego las riendas al caballo, diciendo: «Pláceme por cierto de obedecer lo que mandais, aunque no habia de qué temer; que pues nunca emperador murió tal muerte como esa, no es de creer que la moriré yo.» No hubo bien su majestad llegado á su puesto, cuando luego sin mas detenimiento se dió señal de arremeter. Fué tanta la priesa y el ánimo con que se hizo el primer acometimiento, que aunque don Hernando de Gonzaga con una banda de caballos ligeros fué el primero que vino á las manos con el enemigo, y mató un capitan y trescientos ó cuatrocientos moros, casi á la par llegaron los escuadrones de la infantería. Fué tal el primer acometimiento, que los alárabes volvieron luego las espaldas, y Barbaroja con sus siete mil turcos se metió huyendo dentro de la ciudad, y cerró las puertas á gran priesa. El César, como vió tan presto desembarazado el campo, fué á ponerse en los mesmos alojamientos donde Barbaroja tenia sus gentes, con propósito de batir el muro y ganar la ciudad por fuerza. Luego en entrando en la ciudad, Barbaroja, como iba rabiando y medio loco de coraje, dijo que le trajesen todos los cautivos cristianos que estaban en las mazmorras de la fortaleza, que los queria matar. Estorbóselo Sinan, judío, pareciéndole bajeza muy grande matar á quien no podia ofender. Supieron esta determinacion de Barbaroja dos renegados cristianos, Francisco Catario, que se llamaba Yafaraguas, y Francisco de Medillin, español, que se decia Memin. Estos dos, que, con ser renegados, no tenian olvidado el amor de su ley, avisaron á los cautivos, que pasaban de seis mil, de lo que pasaba, y de cómo se trataba de maltratarlos; y con las llaves que pudieron hallar abrieron las mazmorras, y ayudaron á quebrar de las prisiones, y los sacaron á todos fuera desnudos y maltratados. Así como estaban abrieron las puertas de la fortaleza, y con piedras y palos y con lo que pudieron hallar á mano mataron algunos turcos; tornáronse luego á meter en la fortaleza, y con la mesma furia acudieron á la sala de las armas, y en un momento se armaron todos, y se pusieron en órden, y comenzaron de hacer ahumadas en señal de la vitoria, para que los nuestros supiesen que estaba por ellos la fortaleza. El Emperador y todos, aunque vian las ahumadas, no entendian qué podria ser, hasta que de algunos que se salian de la ciudad y se pasaban al campo de Muleáses se vino á saber la verdad. Barbaroja, como vió la fortaleza perdida, quiso matar á Sinan, porque no le dejó hacer lo que queria de los cautivos. Acudió á la fortaleza, pensando que por halagos y buenas razones le abririan, y respondiéronle con piedras y lanzas. Con lo cual acabó de perder de todo punto la esperanza de poderse defender; y tomando consigo todos los turcos, dió con ellos y con todo lo que pudo llevar de sus tesoros en Bona, porque allí tenia catorce galeras de respeto para si se viese en alguna necesidad. No fué bien salido de la ciudad Barbaroja, cuando salieron della los magistrados con el Mesuar á entregar á su majestad las llaves, suplicándole no permitiese que fuesen saqueados, pues se venian á dar de su buena voluntad lo mas presto que habian podido; pedia lo mesmo con grande instancia Muleáses. Bien quisiera su majestad poderlo hacer sin que su gente se resabiara; pero no se osó determinar á prometerlo, porque, no sin razon, se receló de algun notable desabrimiento, y tambien porque los de Túnez no merecian que se usase con ellos de tanta humanidad, pues no habian acudido á tiempo, sino cuando ya no tenian remedio ninguno mas que rendirse. El primero que entró en la ciudad fué el marqués del Vasto: acudió á la fortaleza á regocijarse con los cautivos; halló entre otros despojos hasta treinta mil ducados, que Barbaroja no pudo llevarlos consigo. Estos se le dieron al Marqués por el trabajo de aquel dia como capitan general. Los cautivos fueron los que comenzaron el saco de la ciudad, y tras ellos entraron todos los demás soldados, que no hubo órden de detenerlos: pusiéronse algunos moros en resistencia, y matáronlos luego. Después atendieron todos á robar, aunque los tudescos no se hartaban de matar en aquellos infieles, hasta que las lágrimas y alaridos de los niños y mujeres movieron á piedad al César, y mandó que nadie matase á quien no se defendiese con armas. Cautiváronse con todo eso muchas mujeres hermosas y niños, que vimos después en España muchos dellos. Otros muchos se rescataron, y aun dicen que rescató el rey Muleáses una de sus mujeres por solos dos ducados, porque el que la vendia no la conoció. Su majestad fuése derecho al alcázar; agradeció mucho á los cautivos lo que habian hecho por él; mandólos vestir y proveer, para que se pudiesen cada uno ir á su tierra. La razon por que en Túnez habia tantos cristianos era porque aquella ciudad habia sido la manida y receptáculo de todos los cosarios, los cuales pagaban al rey de Túnez, porque les diese allí puerto seguro, una cierta parte de todas las presas que hacian, así de ropa y dineros como de personas. Valia tanto esto al rey de Túnez, que apenas tenia renta mayor ni de mas provecho en todo su reino. Favoreció mucho de palabra y de obra el César á los renegados Memin y Jafer, porque se tornaron luego á su ley. Supo dellos su majestad muchos se-

cretos de Barbaroja. Fué este saco de Túnez harto rico, y apenas hubo nadie á quien no le cupiese buena parte de provecho. El que mas perdió en él de todos los ciudadanos fué el mesmo rey Muleáses; porque, dejada aparte toda su recámara y alhajas, que fueron muchas y de gran valor las que se le saquearon, solas tres cosas le destruyeron, que decia él después que no las diera por las tres mejores ciudades que tenia: la primera fué una cámara llena de tinturas y colores, como son brasiles, grana, pastel y azules, y otras cosas semejantes, en grandísima cantidad; la otra fué una pieza llena de olores, ámbar, cibeto, almizque, mosquetes y de todas otras suertes odoríferas, de que Muleáses era muy vicioso, y aun le hubiera después de costar la vida, porque siempre andaba lleno de olores, y casi no comia cosa sino enlardada con cosas olorosas; la tercera y última cosa que allí perdió, y la que mas él queria, fué una de las mas copiosas y ricas librerías del mundo, adonde tenia exquisitísimos libros en arábigo de todas las ciencias matemáticas, que las sabia él consumadísimamente, y solia decir muchas veces que á quien le diese otros tantos y tales libros le daria por ellos una ciudad. Las cosas de armas que allí perdió Muleáses eran de grandísimo precio, pero de todo aquello hacia él poco caso. Halláronse en su armería muchos arneses y piezas dellos, de lo que allí dejaron antiguamente los franceses en el cerco que tuvo el santo rey Luis sobre Túnez, adonde murió. Mientras los nuestros se ocupaban en el saco tuvo Barbaroja tiempo para irse á su placer á Bona. A la pasada del rio Bragada dicen que se puso á beber Haidino Cachadiablo, el famoso cosario, y que bebió tanto con la gran sed que llevaba, que reventó por los ijares. En Bona se detuvo Barbaroja dos dias enteros, poniendo á punto las galeras que allí tenia, para irse en ellas á meter en Argel. Consoló á los suyos, y ellos á él, prometiéndose de emendar aquella desgracia otro dia en alguna buena ocasion. Fortaleciése de trincheas y de todo lo necesario para entre tanto que sacaba las galeras, que las habia mandado hundir para mejor esconderlas. Envió el príncipe Doria en su busca de Barbaroja á un sobrino suyo, Adan Centurion, y dióse tan ruin maña, que se volvió sin acometerle. Importaba infinito ganarle aquellas galeras, porque no pudiera huir por mar, y por tierra era imposible que se escapara. Acudió luego á Bona el príncipe Doria, y fué tarde, que ya él era salido y se habia metido en Argel. Tomóse la fortaleza de Bona; puso su majestad en ella por su teniente á don Alvar Gomez, y después pareció cosa impertinente quererla sustentar, y púsose por tierra. Fuera cumplida de todo punto esta insigne vitoria, si se pudiera haber á las manos el tirano; pero no quiso Dios sino que viviese para castigarnos de su mano con otras mil injurias que nos dió por todo lo que le duró la vida, que fueron otros once ó doce años. Luego que la ciudad se aseguró del saco, se comenzó á tratar del negocio de Muleáses: usó con él su majestad de la clemencia y magnanimidad suya ordinaria, restituyéndole libremente en su reino. Las condiciones que le puso fueron harto livianas y bien tolerables: que pagase cada un año, en reconocimiento de vasallaje y tributo, dos caballos y dos halcones, y que sustentase de todo lo necesario y del sueldo conveniente á mil hombres que quedaban de guarnicion en la Goleta; que fuese obligado á mostrarse nuestro amigo en todas las cosas, y enemigo de Soliman; que diese libertad á todos los cautivos cristianos que se hallasen en su reino, y que de allí adelante no permitiese que ningun cristiano fuese maltratado ni preso en su tierra; que pudiesen entrar y salir, y morar, comprar y vender, y contratar cristianos en Túnez, tener iglesias, decir misa públicamente, y hacer lo que segun ley eran obligados; que no consintiese renegados en su tierra ni admitiese cosarios en su puerto; y últimamente, que si alguna plaza se conquistase en la costa de Berbería, que fuese para el César. Con lo cual Muleáses quedó contentísimo y puesto en el trono de su reino, y su majestad se partió alegre y contento, con propósito de cercar la ciudad de África en la mesma costa; pero no hubo lugar de hacerse por entonces, porque los tiempos corrieron contrarios, y no se pudo pasar con la armada de Sicilia. Desembarcó su majestad en Palermo, y acudiéronle toda la isla con servicios y congratulaciones de la vitoria. Y habiendo descansado allí algunos dias, pasó el estrecho á Ríjoles, y por tierras del príncipe de Salerno caminó hasta su gran ciudad de Nápoles. Entróse Túnez por el Emperador á 20 de julio de 1535, habiéndose detenido su majestad en toda esta guerra solos veinte y seis dias.

HISTORIA

DE LOS

MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA DE CATALUÑA,

EN TIEMPO DE FELIPE IV,

ESCRITA

POR DON FRANCISCO MANUEL DE MELO (1).

Si buscas la verdad, yo te convido á que leas; si nó mas del deleite y policía, cierra el libro, satisfecho de que tan á tiempo te desengañe.

Ni el arte ni la lisonja han sido parciales á mi escritura: aquí no hallarás citadas sentencias ó aforismos de filósofos y políticos; todo es del que lo escribe. Muchos casos sí se refieren de que las puedes formar, si con juicio discurres por la naturaleza de estos sucesos; entonces será tuyo

(1) El título de esta obra es el que lleva la impresion de Sancha, de 1808, que hemos tomado por texto; pero ya dejamos advertido que MELO se valió de un pseudónimo al publicar su Historia, y por qué razon ocultó su nombre. La portada de la edicion príncipe de 1645 decia así: «*Historia de los movimientos y separacion de Cataluña, y de la guerra entre la majestad católica de D. Felipe el IV, rey de Castilla y de Aragon, y la Diputacion general de aquel Principado*: dedicada, ofrecida y consagrada á la santidad del beatísimo padre Inocencio X, pontífice sumo máximo romano; escrita por Clemente Libertino.—En San Vicente de Rastello, por Paulo Craesbeeck, impresor de las órdenes militares: año de 1645.»

Y hé aquí tambien, copiada exactamente, la dedicatoria á Inocencio X.

«Padre Santo — Vertiendo sangre el Pueblo Cristiano, puso Dios á Vuestra Santidad en su Silla para que la detenga y restañe; todos así lo creemos y esperamos. Obedece la sangre á la virtud de una piedra beneficiada del Sol, pára y se reprime: lo mismo ha de ser ahora por el valor de la Piedra angular de la Iglesia, depósito de las influencias del Sol mas poderoso. ¿Quién lo duda, quando en medio del diluvio de los intereses humanos sale la Paloma de Vuestra Santidad, asegurando al Universo, que no puede faltar quien tiene por blason la Paz, y por oficio dar la vida por ella? Contémplese Vuestra Santidad; y se hallará cercado de obligaciones, no sé quales mayores, su Dignidad, ó su Nombre? Ella de amor de Padre, él de justicia de Inocente: ¿pues de las del tiempo qué dirémos? Nació Cristo en edad pacífica, Vuestra Santidad en siglo turbulento: misteriosa confianza hace Dios de su gran Espíritu de Vuestra Santidad; pues ahora le envia y le entrega su poder; esto es decir á Vuestra Santidad que el que se desviare de las Llaves de Pedro, tema el Montante de Pablo. De un mismo metal son fabricadas las dos celestiales Insignias, y entrambas propias á la poderosa Mano de Vuestra Santidad. Al que no acude á la voz, reduzca al cayado; así lo usa el Pastor, y el Pastor bueno no desampara por la asistencia de otras la oveja mas apartada, cuyos Religiosos balidos le llaman fielmente. Y porque naciendo Vuestra Santidad, como ha nacido, á la quietud de los Fieles, necesita de muchas verdades, que han de ser el material, con que debe obrarse este cándido Templo de la Paz pública, informándose de las razones ó sinrazones de las Gentes. Yo pequeño entre los mas ofrezco á los benditos pies de Vuestra Santidad esta Humilde *Historia de Cataluña, y su primer rompimiento en guerra con el Rey D. Felipe el IV;* como origen de los grandes acontecimientos de España: de la qual separacion y guerra tomáron tambien motivo los mayores negocios de Europa, que de importantes ó mortales solamente aspiran á los remedios de la Iglesia. A Dios llamo por Juez de mi intencion, y espero conocer ha oido mi ruego segun el acogimiento que Vuestra Santidad fuere servido mandar hacer á mis escritos, que por destinados desde su principio á Vuestra Santidad, se escusáron á Príncipes y Reyes, á quienes podia ofrecerlos el amor ó el respeto. Empero pues yo llegué á coronar mi edificio del gran nombre de Vuestra Santidad ¿qué otra cosa me queda que pedir, Beatísimo Padre, despues de la Apostólica Bendicion, sino que Dios prospere y santifique la vida y persona de Vuestra Santidad, pára consuelo y quietud de los Fieles? Escrita en San Vicente de Rastello á 10 de Octubre, año segundo de vuestro Pontificado y del Señor 1645 — Padre Santo — Besa humildemente los sagrados pies de Vuestra Santidad — Clemente Libertino

el útil, como el trabajo mío, sacando de mis letras doctrina por tí mismo; y ambos así nos llamarémos autores, yo con lo que te refiero, tú con lo que te persuades.

Ofrezco á los venideros un ejemplo, á los presentes un desengaño, un consuelo á los pasados. Cuento los accidentes de un siglo que les puede servir á estos, aquellos y esotros con lecciones tan diferentes.

Algunos condenarán mi Historia de triste. No hay modo de referir tragedias sino con términos graves. Las sales de Marcial, las fabulas de Plauto jamás se sirvieron ó representaron en la mesa de Livio.

Si alguna vez la pluma corriere tras la armonía de las razones, certificote que en nada entró el artificio, sino que la materia, entonces mas deleitable, la lleva apaciblemente.

Hablo de las acciones de grandes príncipes y otros hombres de superior estado: lo primero se excusa siempre que se puede, y cuando se llega á hablar de los reyes, es con suma reverencia á la púrpura; pero esa es condicion de las llagas, no dejarse manejar sin dolor y sangre.

Muchos te parecerán secretos; no lo han sido á mi inteligencia: ninguno juzga temerariamente sino aquel que afirma lo que no sabe. No es secreto lo que está entre pocos; de estos escribo.

Llamo á los soldados del ejército del rey don Felipe algunas veces católicos, como á su rey: no se quejen los mas de esta separacion; sigo la voz de historiadores. Otras veces los nombro españoles, castellanos ó reales; siempre entiendo la misma gente. Para todos quisiera el mejor nombre.

Procuro no faltar á la imitacion de los sugetos cuando hablo por ellos, ni á la semejanza cuando hablo de ellos. En inquirir y retratar afectos, pocos han sido mas cuidadosos; si lo he conseguido, dicha ha sido de la experiencia que tuve de casi todos los hombres de que trato. He deseado mostrar sus ánimos; no los vestidos de seda, lana ó pieles, sobre que tanto se desveló un historiador grande de estos años, estimado en el mundo.

Si en algo te he servido, pídote que no te entrometas á saber de mí mas de lo que quiero decirte. Yo te inculco mi juicio, como le he recibido en suerte; no te ofrezco mi persona, que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Si no te agrado, no vuelvas á leerme, y si te obligo, perdónote el agradecimiento; no es temor, como no es vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia; otra vez nos toparémos; ya me conocerás por la voz, yo á tí por la censura.

HISTORIA

DE LOS

MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA DE CATALUÑA.

LIBRO PRIMERO.

Intereses y discordias entre España y Francia.—Progresos de las armas católicas y cristianísimas en Flándes, Francia é Italia.—Ocupacion de Tierra de Labor.—Sitios, embestidas y tomas de Leucata, Fuenterrabía, Coruña y Salses.— Guerra y ejércitos en España, origen de escándalos y alborotos en Cataluña. — Descripcion de aquella provincia. — Violencias en su gobierno. — Descontento comun.—Prision de sus ministros.—Entrada de los segadores.—Movimientos de Barcelona.—Muerte del Santa Coloma, virey del Principado.

Yo pretendo escribir los casos memorables que en nuestros dias han sucedido en España; en la provincia de Cataluña, cuyos movimientos alteraron todo el orden de la república, á vista de los cuales estuvo pendiente la atencion política de todos los príncipes y gentes de Europa.

Grandísima es la materia; y aunque la pluma, inferior notablemente á las cosas que ofrece escribir, podia en alguna manera hacerlas menores, ellas son de tal calidad, que por ningun accidente dejarán de servir á la enseñanza de reyes, ministros y vasallos.

Desobligado y libre de toda aficion ó violencia, pongo los hombros al peso de tan grande historia. Hablo, dichosamente, de príncipes á quienes no debo lisonjear ó aborrecer, y de naciones que no conozco por buenas ó malas obras, con certísimas noticias de los sucesos, porque en muchos tuvo parte mi vista, y en todos mis observaciones, no solo como inclinacion, mas como precepto.

Primero este motivo, después el temor de que estas cosas lleven y hayan de correr la misma infelicidad que las pasadas entre la conversacion y memoria de los hombres, me obligó á escribirlas.

Castellanos, franceses, catalanes, naciones, ministros, repúblicas, príncipes y reyes de quienes he de tratar, ni me hallo deudor á los unos, ni espero me deban los otros; la verdad es la que dicta, yo quien escribe; suyas son las razones, mias las letras: por esto no soy digno de acusacion ni de alabanza: sirva esta religiosa igualdad, jamás alterada en mis escritos, al desagravio ó desobligacion de los que llegaren á leerme quejosos ó agradecidos; bien que la variedad de los sucesos y de los juicios á que ellos sirven de ocasion, fácilmente dará á entender cómo no callo el error ó alabanza de ninguno.

Quien retrata, tan fielmente debe pintar el defecto como la perfeccion: tampoco el severo espíritu de la historia puede guardar decoro á la iniquidad; empero si siempre hubiésemos de escribir acciones serenas, justas y apacibles, mas les dejáramos á los venideros envidia que advertimiento. No solo sirven á la república las obras heróicas; el pregon que acompaña al delincuente tambien es documento saludable, porque el vulgo, entendiendo rudamente de las cosas, mas se persuade del temor del castigo, que se eleva á la esperanza del premio.

Yo quisiera haber escrito en los tiempos de gloria; mas pues que la fortuna, dejándoles á otros para escribir los gratísimos triunfos de los césares, me ha traido á referir adversidades, sediciones, trabajos y muertes, en fin, una guerra como civil y sus efectos lamentables, todavía yo procuraré contar á la posteridad estos grandes acontecimientos de la edad presente con tanta claridad, cuidado y observacion, que aunque la materia sea triste, pueda igualar su ejemplo con las mas agradables y provechosas.

Tuvo la guerra presente de España y Francia no pequeños ni ocultos motivos, públicos ya en los papeles, y mas en las acciones de entrambas coronas; pero sin duda yo habré de contar por el mas urgente el gran valor de una y otra nacion, que no cabiendo en los términos de la templanza desde los siglos de sus pasados reyes hasta nuestros dias, resultó algunas veces en soberbias y escándalos. Ayudáronse del interés, émulos de la gloria ó del dominio, que es el espíritu viviente en las venas del Estado; y ministrando la vecindad en que la naturaleza puso estas dos famosas provincias muchas ocasiones de discordia, eso mismo, que debia servir á la amistad y alianza, era sobre lo que se fundaba la queja ó injuria; de tal suerte, que ni la conformidad de religion, ni los vínculos de la sangre, ni la bondad y virtud de los príncipes, fué bastante para conformar sus ánimos ni los de sus ministros, aun contra el clamor universal de los vasallos, que ó menos informados de los resentimientos, ó menos sensibles en ellos, públicamente pedian y deseaban la paz.

Propusieron conseguirla por medio de la guerra, persuadidos de otros ejemplos; y después de varios casos con que cada uno ofendia la misma justificacion que mostraba querer defender, comenzó á temblar Europa de los estruendos y aparatos de armas que hacian españoles y franceses.

Mostráronse el año de 635 las banderas de Fran-

cia formidables á todo el País-Bajo; fué roto el príncipe Tomás de Saboya; entraron en Tirlemon, sitiaron á Lovaina, amenazaron á Bruselas y á Italia, embestida Valencia del Pó, y la Valtelina ocupada; con otros algunos sucesos favorables á franceses; pero no sin descuento de los españoles, que no con menos dicha penetraron la Francia, ganaron la Capella, Chatelet, Landrecí y Corbía en la Picardía, desearon Paris, defendieron la misma Valencia sitiada, y poco después, desesperando de mayor empresa, se hicieron dueños de las islas de San Honorato y Santa Margarita.

Era ya voracísimo el fuego de la guerra, mas encendido en los ánimos acomodados á toda ruina; así, creciendo el enojo en la contradiccion de los sucesos, hubo entonces el odio de arrrebatar para sí las acciones que antes solo ejecutaba la ira.

Continuóse como externa aquella inquietud por casi dos años, sin que los pueblos vecinos de España y Francia llegasen á experimentar sus costosos movimientos; porque aunque se guardaban con el cuidado conveniente, segun lo deben hacer los que no quieren hallarse en el súbito peligro, todavía de una ni de otra parte se habia dado hasta aquel punto ocasion al escándalo. Alteróse en fin el temperamento de todo el cuerpo de las dos coronas, y comenzaron á padecer los efectos de su dolor sus miembros mas apartados.

Era aquel año virey de Navarra don Francisco de Andia é Irazaval, marqués de Valparaiso, hombre que jamás excusó de hacerse agradable á aquellos de quienes dependia. Habia descubierto en pláticas y escritos en el ánimo de don Gaspar de Guzman, conde-duque de Sanlúcar, portentoso favorecido del Rey Católico, cierto género de contrariedad á la corona francesa y acciones del cardenal Armando Juan de Plessis (dicho comunmente Richelieu), primer ministro tambien de aquel reino, y sobre todos valido de la majestad cristianísima. Juzgó que el mejor camino de introducirse en la voluntad del Conde era facilitarle los medios de la venganza; negoció secretamente los empleos de las armas españolas, y de improviso bajó los Pirineos, seguido de algunos trozos de gente mal armada, á que dudamos llamar ejército. Entendiéronlo los franceses cuando se hallaba ya destruyendo y ocupando á Siburo, San Juan de Luz, Socoa y la Tapida, lugares de la Gascuña, en la tierra que llaman de Labor, que es aquella que yace de esotra parte de los Pirineos, y se termina á poniente con el mar Cantábrico. Era el poder del Valparaiso mas proporcionado al descuido de aquella provincia que no á sus fuerzas: recogiéronse los que se retiraban de la campaña á Bayona, primera ciudad de la Gascuña, puesta al principio de las Landas; intentó ganarla por sorpresa, desvanecióse su designio, porque habiéndose detenido antes en lo que no tenia dificultad, faltó primero la ocasion, que el Marqués se valiese de ella. Volvióse, en fin, forzado de las prevenciones que ya hacian los franceses: ejecutólo pocos dias después de su entrada, sin que de su empresa se luciese otro efecto que haber llamado la guerra hácia aquella parte donde no convenia. Presidió los puestos, obligando las armas de su rey á mayores empeños. Esta diversion impracticable, segun después la acusó la experiencia, podrémos contar por el primer paso que dió España en su misma ruina, porque de ella tomaron motivo todos los sucesos y accidentes que poco tiempo después turbaron la serenidad del Estado.

Crecia la oposicion de parte de los franceses por cobrar sus lugares, y cada dia se reconocia mas en España el yerro de habérselos retenido. Intentaron enmendar el desórden pasado, y trazaron otro mayor para remediar el primero. Pareció se debian dejar los puestos ocupados en Francia, y se obró la retirada con tan poca atencion como la empresa. No hay caso monstruoso á los principios, á que no sigan fines desordenados. Retiráronse los españoles á tiempo que solo su eleccion podia obligarlos, dejando de la misma suerte que estaban las fortificaciones, que habian fabricado con gran peligro y dispendio; dejaron las provisiones y víveres prevenidos para su misma defensa, y lo que es mas, mucha parte de la artillería; cosa que por increible á los franceses, con temor gozaban de su utilidad.

Pasó adelante la atencion y deseo de venganza con que el Conde-Duque disponia inquietar y divertir á el Richelieu en la paz interior de su provincia, y de los intereses que mostraba en la guerra del Artois y Lombardía.

Juzgóse que la Leucata, postrer lugar del Languedoc, ó por mas vecino á España, ó tambien por mas descuidado de las armas, podia ser á propósito para la embestida: encargóse la empresa á don Enrique de Aragon, duque de Cardona y de Segorbe, entonces virey de Cataluña, para que, asistido del conde Juan Cerbellon, ilustre soldado milanés, con buena parte de infantería y caballería obrasen la interpresa ó sitio, si fuese necesario, casi infaliblemente.

Fué sitiada Leucata, porque la ocasion no dió lugar á que se apretase por términos mas breves, y después que, á juicio de los españoles, no podia resistírse, fué socorrida por los de Narbona y Tolosa tan osadamente, que siendo los católicos acometidos en sus mismos cuarteles, fueron rotos con gran pérdida de gente y no pequeña nota en la opinion.

No tardó mucho el ejército cristianísimo en dar vista á la provincia de Guipúzcoa, gobernado por Enrique de Borbon, príncipe de Condé, hombre en todos tiempos mas esclarecido que afortunado: pasó los linderos de la Francia con poderosa mano, á la que obedecian hasta veinte mil combatientes. Viendo España entonces las lises de sangre, que ya la antigua paz y deudo habian vuelto de oro, sitió á Fuenterrabía, plaza de opinion en la Cantabria, y después de un riguroso asedio, perdió la empresa, el poder y los intentos, habiéndola socorrido contra toda esperanza los ejércitos de don Juan Alonso Henriquez de Cabrera, almirante de Castilla, y de don Pedro Fajardo de Zúñiga y Requesens, marqués de los Vélez, por la industria de Cárlos Caraciolo, marqués de Torrecusa, su maestre de campo general.

En este estado se hallaban los negocios de la guerra interior de España al fin del año de 638 (el que entre todos pudo llamar dichoso aquella monarquía); pero aunque sus armas triunfasen victoriosas, érales imposible poder cubrir y asegurar las provincias distantes. Con esta ocasion la tuvieron los franceses el año siguiente de ocupar á viva fuerza el castillo de Sálses (dicho de los geógrafos *Salsulae*), y última plaza del Rey Católico en el condado de Rosellon: nó pudo resistirse

á la furia del contrario, que añadiendo al valor natural la injuria del suceso de Fuenterrabía, obraba en Sálses como desconfiado y como valeroso. Ganóse en pocos dias, mostrando la fortuna mas aquella vez cómo no vinculó las victorias á ninguna nacion.

La bizarría española, contra el comun sentimiento de los prácticos, que no aconsejaban la guerra aquel año por ser ya los últimos meses de 639, no se acomodó á sufrir un corto espacio ese lunar en el rostro de su república, feísimo á los ojos de los atrevidos, mucho mas que á la consideracion de los cuerdos.

Armó grueso ejército el Rey Católico, cuyo mando entregó á Felipe Espínola, marqués de los Balbases, comendador mayor de Castilla, que poco antes habia dejado el reposo de su república, Génova, en que tambien se habia empleado poco después de grandes ocupaciones de la guerra. Siendo Felipe hijo de Ambrosio, discípulo de aquel gran maestro, ¿cómo se puede creer habrá faltado á la herencia de la sangre y de la doctrina? Con esto juzgo llamarle dignísimo capitan del príncipe que quisiere servir.

La plaza fortificada nuevamente, gobernada por hombre experto, cual era monsieur Espernan, á quien fué encomendada su defensa; la sazon del año, extrañísima al manejo de las armas; el grueso del ejército español, formado de gente mas lustrosa que robusta, todo junto fué causa de que se dilatase el sitio y de que las tropas católicas fuesen heridas de terribles enfermedades. Hubo en fin de rendirse la plaza, capitulando los franceses briosamente; obtuvieron con todo el castillo de Ópol, fuerza poco considerable, y que por cosa sin nombre olvidaron ó disimularon los españoles. Ahora lo podrémos advertir no sin misterio, porque parece que en haberle dejado obediente á Francia se denotó la posesion que su rey conservaba de toda aquella tierra, que poco después le habia de llamar señor.

Casi en estos dias la armada naval del Cristianísimo, á cargo de Enrique de Sordis, arzobispo de Burdeos, dió fondo en la Coruña, que pudiendo destruir, se contentó con amenazar. Detúvose algunos, embarazada quizá en las muchas ocasiones que se le ofrecian, ó de abrasar la armada católica que se hallaba en el puerto, inferior á su número y fortuna (mandada de don Lope de Hoces, que el año antes habia recibido incendio por el mismo contrario), ó de escalar la plaza, que aunque bien guarnecida de soldados, no pudiera resistirse á un daño grande, por falta de municiones. En medio de esta duda se levantó un gran temporal contra el uso de naturaleza, cuyo brazo peleó por España, gobernado de la divina Providencia; obligóla el viento furioso á que se recogiese en sus puertos con mayor espanto que peligro. Reparóse, y salió á navegar segunda vez la vuelta de España; asombró toda la costa de Vizcaya, y desembarcando en las cuatro villas, arruinó á Laredo, lo intentó en Santander, abrasó sus astilleros, y amenazada nuevamente del tiempo aun mas que del enemigo, que ya salia á buscarla con la infelicísima flota de don Antonio de Oquendo, se volvió á Francia poco rica de triunfos.

La variedad de esta guerra, diferente todos los años, fué causa de que las tropas y ejércitos del Rey Católico hubiesen de revolverse muchas veces de unas provincias en otras, conforme el enemigo mostraba querer acométerlas, y que á estos sus tránsitos y pasajes se siguiesen los robos, escándalos é insultos que trae consigo la multitud y libertad de los ejércitos. En otras partes llegaban á ser con mas exceso insufribles por la larga existencia en ellas; de tal suerte, que unos y otros pueblos no cesaban de gemir con el peso de la molestia en que los ponian sus armas propias. Era de todas Cataluña, como la mas ocasionada, la mas afligida provincia.

Habíanse mostrado los catalanes á los principios de la guerra con demasiada templanza: primero tuvieron intentos de que se les fiase la defensa de sus plazas; fundábanlo en su práctica y valor, atentos á aquella máxima de la naturaleza, de que cada uno sabe lo que basta para su conservacion; ofrecian no perdonar á gastos ó contribuciones en beneficio de su república; aseguraban al Rey cualquiera invasion por aquella parte; esquivábanse de que entre ellos se introdujesen armas extrañas; juzgaban como extranjeros los que no eran ellos mismos; en fin, pensaban que en ofrecerlo así servian al Príncipe y á la patria.

Hízose esta proposicion impracticable á los Consejos por algunos respetos, todos encaminados á la poca satisfaccion que se tenia de los catalanes, de quienes el Rey conservaba alguna memoria cerca de la entereza con que habia sido tratado el año de 632, cuando fué á celebrar sus cortes. Ayudaban esta poco digna recordacion las diligencias del Conde-Duque, humanamente ofendido de que la nobleza catalana y buena parte de la plebe se declarasen en favor del almirante de Castilla cuando en Barcelona sucedieron las contiendas entre el mismo almirante y el Conde-Duque. De otra parte, Jerónimo de Villanueva, protonotario de Aragon, favorecido del Conde, tampoco daba calor á los negocios públicos del Principado, ó fuese lisonja á su dueño, que reconocia desaficionado, ó venganza particular á que le llevaba su propio afecto.

Juzgándose el celo sospechoso, siguióse naturalmente á la duda el desagradecimiento; de modo que á un mismo tiempo aquella atencion que no se tuvo á su servicio, desobligó á los catalanes de proseguirle, y puso á los ministros reales en cierto genero de desconfianza. Y si por entonces aquellos no justificaron su intencion afectuosa y sencilla, estos no dejaron por lo menos de medir y observar sus fuerzas para lo venidero.

En esta opinion estaban las cosas públicas del Principado, cuando llegó la nueva de que los franceses habian ocupado á Sálses: pedia la necesidad prontísimo remedio, y no se hallaban en Castilla todos los medios proporcionados á la guerra. Pareció que esta ocasion habria de ser la piedra de toque donde se daria á conocer la fineza de Cataluña, porque de su pérdida ó de su ganancia siempre sacaban conveniencia, ayudándose de ellos como de buenos vasallos, y dándoles por otra parte causa á que templasen su orgullo, abatiendo sus fuerzas, si acaso ellos fuesen los que pretendian averiguar alguna sospecha. Con esta ocasion concedieron una como igualdad con el Espínola en el mando de la empresa al virey de Cataluña. Era en este tiempo don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, que algunos años antes fué reputado por atentísimo repúblico, y como tal querido de su pueblo.

Con esta eleccion se consiguieron asaz particulares

servicios; porque los catalanes, ó ya olvidados del primer desprecio, ó solicitados por la industria del Conde, ó tambien porque las quejas de los príncipes en los hombres no duran mas de lo que ellos mismos se lo permiten, acudieron vivamente á la ocasion con grueso número de vasallos y copiosísima provision de víveres: cuéntase este por el mas abundante ejército que España formó dentro de sí, cuya prosperidad se fundó sobre la industria de los catalanes.

Concurrieron al servicio de Sálses grande parte de la nobleza y mucha de la plebe: los mismos castellanos, sin atencion á los extremos del Principado, estiman en treinta mil plazas las que pagó y mantuvo Cataluña en los siete meses que duró el sitio, haciendo repetidas levas de infantería, y continuas conducciones de gastadores para manejo y fortificacion del ejército.

Tanto fué el caudal con que entró en la empresa; y con la misma proporcion que ayudó al número, sirvió tambien al peligro. Hallábanse en el fin de la guerra por todas sus provincias muchos huérfanos y viudas, cuyos padres y esposos habian servido al alimento de aquella bestia insaciable que se sustenta en la sangre de los humanos: sus llantos y clamores cargaban sobre su afligida república, que lastimada dellos, tuvo poco lugar de alegrarse con los vivas del triunfo, que indivisiblemente gozaba Castilla, como si sola ella hubiese merecido el aplauso.

Los catalanes, poco acostumbrados en la edad presente al servicio militar de sus príncipes, juzgaban por de singular fineza sus empleos, que sin duda parecieran grandes aun en las naciones mas belicosas y opulentas. Con este aprecio esperaban atentísimamente los premios y gratificaciones, por ser cosa natural que el mérito engendre la esperanza. Y si cuantos después llegaron á publicar los servicios de aquella nacion, los acordaran antes de la queja, no les faltara el consuelo á tiempo que se excusara la desconfianza; empero, ó fuese que los ministros á cuyo cargo estaban estas informaciones, tardasen en hacerlas al Rey, ó que juzgando diferentemente de la accion, contasen la deuda por de menor calidad, ó que tambien, como sucede en las cortes, aquel expediente no hallase en los ánimos la sazon y fuerza que las mas veces falta en los negocios ajenos (como si el pagar servicios y obligaciones no fuese el mas propio negocio de los reyes), y se determinase para otro tiempo el premio de aquella gente, dicen ellos, y la verdad lo confirma, que no solamente tardaron las mercedes y gracias, pero que ni un ligero ó vano agradecimiento de sus aciertos reconocieron jamás; y sin duda, si no se les negó con artificio, la suerte, que ya lo iba encaminando á otros fines, ordenó que el desprecio de los mayores disimulase aquella grande obligacion. Esta experiencia volvió á despertar en ellos, si no un arrepentimiento de lo pasado, un propósito de no tentar con nuevos méritos segunda vez la fortuna: así fué comun el interior descontento introducido en el ánimo de todos. Si llegasen á conocer los príncipes qué baratamente compran la aficion de los vasallos, y lo mucho que vale el aplauso universal de las gentes, ninguno llegara á ser remiso, cuanto mas á parecer ingrato.

No se juzgaban todavía por acabadas las cosas de Francia con la recuperacion de Sálses, porque aun después de su cobro quedaba la guerra en el mismo estado que antes de perdida; su victoria tambien habia dado ocasion á mayores pensamientos en el Conde-Duque, que ya entonces juzgaba por corta felicidad solo la conservacion de su imperio: el invierno riguroso, la gente fatigada y enferma del trabajo de la campaña, vivamente pedia lugar de cura y descanso; las conveniencias no permitian se apartasen tanto las armas, que las tropas fuesen reducidas á Castilla, ni su gran desmayo daba tiempo para que se pudiese pensar el modo de acomodarlas.

En esta consideracion ordenaron el Espínola y Santa Coloma que, guarnecidas las plazas de la frontera conforme pedian las ocasiones presentes, lo restante del ejército se repartiese por el país en varios cuarteles, segun la capacidad de los pueblos. Salió esta resolucion molestísima á los catalanes, que habian sufrido el pasado hospedaje con gran paciencia, esperando que con la mejora de las armas católicas saldrian de gran opresion, aliviándose de las milicias que tantos años habian agasajado contra su natural, y perturbacion de sus fueros. Empero viendo que nuevamente se comenzaban á acomodar para proseguir la guerra, no se hallaba entre ellos hombre alguno que con templanza supiese llevar aquel accidente, á que tan poco ninguno podria resistir.

Cumplióse, en fin, la disposicion de los cabos; y los catalanes, que ya obedecian antes rabiosos que atentos, asentaron mas este peso por nueva partida en el gran memorial de sus agravios.

Pasó adelante el daño, porque hallándose las rentas reales en sumo aprieto, procedido del continuado dispendio de la guerra, siguióse que los socorros ordinarios de los soldados no corriesen entonces con aquella igualdad y concierto que pide la infalible necesidad de los ejércitos. Era fuerza que á la falta comun en que se hallaban todos se siguiese nueva inquietud y discordia, que habiendo tomado tantas veces motivo en la ambicion y demasía, no era mucho que entonces se ocasionase en la miseria y hambre de la gente. Llegaban estas noticias á Barcelona y á los cabos, y al principio no parecieron otra cosa que alguna de aquellas ordinarias contiendas entre soldados y paisanos; achaque para que ninguna prudencia halló remedio.

Crecian cada instante las cartas y las quejas, ya de los ministros de la provincia, ya de los soldados del ejército. Quejábanse estos, oprimidos de su continua miseria, juzgando por excesivo trabajo el que padecian cuando los enviaban al descanso; acusaban la dureza de sus patrones y aun su soberbia, que los trataban como esclavos, no como compañeros; justificaban su causa con que no pedian mas de lo lícito (su gran aprieto podrá ser les hiciese parecer corta cualquiera demostracion oficiosa). Aquellos se quejaban de la insolencia militar; representaban su codicia y trato violentísimo; hacian memoria del sufrimiento pasado; decian que su pobreza, y no su impaciencia, lo rehusaba; que ellos acudian aun con mas de lo posible; pero que la ingratitud y libertad de los huéspedes ahogaba todos los medios de su industria.

Oíanse los clamores de unos y otros, que esto parecia entonces lo mas que se podia hacer por ellos; y en medio de las dudas y quejas, ninguna cosa se ad-

vertia competente á la templanza, sino era el mostrarles lástima á cada uno; que este es el mas fácil medio para aplicar á aquellas cosas que no tienen remedio.

El de Santa Coloma, combatido á un mismo tiempo de celo del servicio de su rey y de compasion de sus naturales, inclinaba diferentemente el ánimo, segun lo llevaba la fuerza de la razon: algunas veces reprehendia los excesos y libertad de la soldadesca, y otras se convertia contra los mismos moradores; pero los catalanes, celosos de entender que en su corazon tuviesen lugar otros respetos que los que debia á la conservacion de su patria, y creyendo tambien que su fortuna crecia con las ruinas de la república, por instantes mudaban en aborrecimiento la primera aficion que le tenian.

El Espínola procuraba la conservacion de su ejército, juzgando que á su oficio no tocaba arbitrar los medios del descanso y sosiego del Principado (propia fatiga al espíritu del Santa Coloma), y persuadido de algunos hombres mas prácticos que amantes de la nacion catalana (y entre ellos de don Juan de Benavides y de la Cerda, veedor general de la provincia), disponia á este tiempo en gracia de la hacienda real un gran negocio, á que mejor pudiéramos llamar mina secreta, que después arruinó la paz comun de Cataluña.

Tratóse por algunos dias aquella negociacion en consultas y papeles secretísimos: era de hermosa apariencia en órden á la utilidad del Príncipe, y comprehendia interiormente riesgos á la república, como después lo dieron á conocer sus efectos: las conveniencias agradables no hicieron lugar á que se penetrase con la consideracion hasta el peligro; así, en corto espacio de tiempo se pensó, se consultó, se aprobó y caminó á su ejecucion.

Habia el Espínola manejado los ejércitos de Milan; tenia mas conocimiento de la gran sustancia y fertilidad de aquella tierra, de lo que alcanzaba de la cortedad ú opulencia de los catalanes; y de tal suerte se llevó y dejó llevar, lisonjeado de aquel pensamiento, que asentó consigo y los otros podria conseguir que la provincia acudiese á mantener el ejército católico, como lo hacen los gruesísimos pueblos de la Lombardía. Así, habiendo alcanzado la permision y aun el agradecimiento del Rey, sin otra prevencion ó diligencia, facilitando la ley en el ejemplo, y fortificándola, á su parecer insuperablemente, en las mismas armas que le obedecian, despachó con prontitud órdenes á los pueblos y cuarteles para que sirviesen con el socorro ordinario á las tropas de su alojamiento; señaló bocas á los oficiales y soldados, cantidades de forrajes á la caballería; separó los cuarteles al tren y bagajes; en fin, distribuyendo los despachos conforme la ciencia militar, si él no faltara á la templanza, como no faltó á la disciplina, no pudiéramos negar que habia hecho un gran servicio á su señor.

Acudieron á embarazar este primer efecto las universidades, donde primero llegó el aviso; empero el Espínola, por moderar su queja, las dió á entender que ni su intencion ni la del Rey era obligarles á que diesen mas á los soldados de lo que daban de antes; que era solo arbitrarles un medio que sirviese como de tasa á su codicia dellos y de moderacion á la liberalidad de los pueblos; que no se hacia mas de mudar el nombre, llamando contribucion á lo que primero se pudo llamar cortesía; que la estrechez de los tiempos presentes no daba lugar á que el Rey dejase de valerse de tan buenos vasallos; que el beneficio de aquellas armas era mas propio de Cataluña que de Castilla, pues se oponian á la invasion de sus enemigos; que el soldado hace al labrador arar y recoger seguro; no menos el labrador debe hacer que el soldado pelee satisfecho; que el tiempo del servicio seria cortísimo; que apenas conocerían el peso, cuando ya se le quitarian del hombro; que la necesidad era tan grande, que por fuerza les habria de tocar alguna parte; que cuando es inmensa la carga, muchos brazos la facilitan y hacen ligera; finalmente, que la voluntad de los reyes, y con la razon á las espaldas, siempre es digna de obediencia.

Así pensó persuadirles el Marqués; pero ningun advertimiento ó dulzura fué capaz de templar el enojo y rabia de aquella gente en la proposición señalada, y mucho mas cuando últimamente lo escuchaban como precepto.

Rompieron con furia y desórden en desconcertadas palabras y algunos hechos de mayor desconcierto: entonces hacian larguísima lista de sus progresos y servicios, celebraban sus obras, exageraban su paciencia; luego cotejaban los méritos con las mercedes, y toda esta cuenta venia á parar en endurecerse mas en su propósito: los mas atentos clamaban la libertad de sus privilegios, revolvian todas las historias antiguas, mostraban claramente la gloria con que sus pasados habian alcanzado cuanta honra hoy perdian con vituperio sus descendientes. Algunos, con mas artificio que celo, daban como un cierto género de queja contra la liberalidad de los reyes antiguos, que tan ricos los habian dejado de fueros, cuya religiosa defensa ya les costaba tanta injuria y peligro.

Los soldados, gente por su naturaleza licenciosa, fortalecidos en la permision, no habia insulto que no hallasen lícito: discurrian libremente por la campaña sin diferenciarla del país contrario, desperdiciando los frutos, robando los ganados, oprimiendo los lugares; otros dentro de su propio hospedaje, violentando las leyes del agasajo, osaban á desmentir la misma cortesía de la naturaleza. Unos se atrevian á la hacienda, disipándola; otros á la vida, haciendo contra ella; y muchos fulminaban atrozmente contra la honra del que los sustentaba y servia. Toda la fatigada Cataluña representaba un lamentable teatro de miserias y escándalos, tan execrables á la consideracion de los cristianos como á la de los políticos.

Disculpábase cada cual con la afliccion de la hambre que el ejército padecia comunmente, como si los delitos y desórdenes fuesen medios proporcionados para alcanzar la prosperidad. El natural aprieto á que nos reduce la miseria humana, casi no hay accion que nos evite; empero de tal suerte nos debemos valer de esta infelicísima libertad, que no nos hagan parecer brutos esas mismas pasiones que nos hacen parecer hombres.

Los que mandaban las tropas reales, fatigados de la misma falta ó de la misma ambicion, ni enmendaban los soldados, ni daban satisfaccion á los paisanos: gran culpa de los que tienen ejércitos á su cargo, permitir toda la libertad de que pretende valerse la juventud y descuello de los que siguen la guerra; bien es verdad

que la milicia afligida está incapaz de ninguna disciplina; el descuido de estos ó su artificioso silencio despertaba mas las quejas de todo el Principado, y en pocos dias, aunque asentado sobre muchos casos, ocupó la discordia de tal suerte los ánimos de los naturales, que ya ninguno buscaba el remedio, sino la venganza.

A este tiempo el Espínola, llamado de mayores ocupaciones, ó de su mayor dicha, habia dejado el régimen de las armas. Suerte es, y no injuria, de poner la espada enflaquecida para que se rompa en manos del segundo diestro que la coge ambicioso: uníase todo el mando en el Santa Coloma, que, apropiándose mas en el patrocinio de los soldados, al mismo tiempo que se afirmaba en el baston de general, resbalaba en la silla de virey: tan contrario concepto habian formado de su celo ya los naturales.

Entendíase exteriormente, y no sin buenos fundamentos, que este modo de gobierno podria ser el mas suave á la provincia, porque llevando el ejército á las manos de su natural, no podria haber la ocasion de queja que pudiera, trayendo el Principado al gobierno del extranjero. Pero esto mismo era en el Santa Coloma un nuevo estudio que le desvelaba en hacerse mas agradable á los soldados que á los paisanos, temiendo podrian decir ellos que su corazon era solo de sus patricios. Los catalanes con el mismo temor observaban diferente atencion en el Santa Coloma para las materias del ejército que para la conservacion de la provincia; y á la verdad él deseaba satisfacer los forasteros, llevado de la razon, que enseña cuán importante es á los hombres grandes el aplauso y gracia de las armas, que tantas veces en el mundo, no solo han hecho famosos algunos en su misma esfera, sino que los han subido hasta la majestad del imperio.

Esta consideracion por ventura le incitó á granjear la gracia y voluntad de los soldados, ó porque juzgando la razon mas de su parte, pretendia emplearse en su desagravio. Eran continuas las lástimas que cada dia parecian por los tribunales y audiencias, repetidas por las voces y plumas de abogados en Barcelona, y confirmadas con llantos y clamores de los pobres.

Publicábanse cada vez mas y mayores delitos de la soldadesca, escribíanse procesos, sacábanse manifiestos, ofrecíanse memoriales, hablábanse en las plazas, motejábanse en las conversaciones, y acusábanse desde los púlpitos. Todo el escándalo y descontento de los nobles y plebeyos tenia por objeto la opresion de su patria; otras veces las exequias y luto tristísimo daban testimonio de muertes y desastres continuos. Fué entre todas profundamente sentida la de don Antonio Fluviá, á quien habian abrasado en un castillo suyo algunas tropas de caballería napolitana á cargo de los Espatafóras; bien que entre los españoles y catalanes hubo gran diferencia en contar los principios del caso, refiriéndole cada cual como mas se acomodaba á su razon. Mas no era este solo el delito escandaloso; muchos y varios se referian, donde podemos pensar que ni en todo los unos fueron culpados, ó inocentes los otros; mas antes que, como entre ellos sembró el odio el fertilísimo grano de su discordia, tales se podian esperar las cosechas de turbacion y desconsuelo universal.

Mirábalo ya con recelo de mayor daño el Santa Coloma, y pensando evitar muchas ocasiones al desabrimiento de los naturales, tuvo por cosa conveniente que las quejas comunes de los soldados no corriesen con el estilo de la curia punitiva, juzgando, segun la experiencia, que muchas de las acusaciones eran falsas, y que de las verdaderas no seria conveniente vivir escrita la memoria de tan torpes acontecimientos. Persuadido de este discurso mandó por el doctor Miguel Juan Magarola que ninguno de los abogados de Barcelona pudiese asistir á las causas ordinarias de paisanos contra soldados. Fué esta la cosa mas sensible para los afligidos, pues es verdad que el último desconsuelo del miserable es quitarle hasta la voz para pedir el remedio. Al rigor de este mandamiento comenzaron á esforzar las voces los quejosos, como sucede al agua que, detenida por algun espacio, revienta por otra parte ó sale por aquella con mayor ímpetu.

Vanas salian y contrarias las diligencias encaminadas á la salud pública; vivian todos los pueblos en temor y aborrecimiento de los soldados, estremecidos con el incendio del Fluviá. Corria fama en Santa Coloma de Farnés, lugar del vizconde de Joch, que el tercio de don Leonardo Móles caminaba á destruirle, porque entonces entre el hospedaje y la ruina no habia ninguna diferencia; si bien ellos propiamente temian que los napolitanos pretendiesen vengarse, como amenazaban, de los agravios recibidos en otro pueblo vecino. Procuró el Vizconde en Barcelona desviar el peligro de los suyos; pero no pudo alcanzar otro medio que haberse enviado contra el mismo lugar un aguacil real dicho Monredon (es en Cataluña este oficio de mayor estimacion y dignidad que en Castilla). Era él hombre de naturaleza asaz acomodada á su intento, soberbio y áspero. Llegó publicando amenazas, pretendió culpar y castigar sin reservar ninguno, siendo la primera parte de su prevenido castigo alojar en la villa todo el tercio del Móles: advertidos pues de su enojo los moradores por la experiencia de otras demasías, comenzaron á dejar el lugar, retirándose á la iglesia. Desesperóse el Monredon, reconociendo cómo los vecinos iban escapándose de sus manos, y mandó públicamente fuesen quemadas las casas que sus moradores desamparasen. A este terrible mandamiento se opuso alguno, que los catalanes afirman ser forastero, y aunque natural, ni por eso olvidado como indigno; pero él, arrebatado de su furor, le disparó una pistola á los pechos. Sus criados y otros que le seguian, imitando la barbaridad de su dueño, como á la seña militar, oyéndola, se arrojaron á embestir la plebe descuidada y temerosa; trabóse la pendencia entre estos y aquellos con muerte y sangre de algunos naturales. Engrosóse su número, ya con mayores intentos que la defensa: retiróse el Monredon á una casa, donde pensó escaparse; cercáronsela los ofendidos, y pegándola fuego, ni el partido de la confesion, que pedia, quisieron concederle.

La nueva de este suceso prosiguió en irritar y revolver el ánimo de los reales, dándole al Santa Coloma desde aquel punto mas cuidado las cosas, como aquel que ya tocaba con las manos lo que hasta entonces miraba como desde léjos el discurso. Envió contra el pueblo uno de sus oidores, á cuyas lentísimas diligencias se consiguió la entrada en la villa por los soldados de Móles, y después su ruina: fueron quemadas y derribadas poco menos de doscientas casas. No perdonó su furia

á la iglesia consagrada á Dios, como ya dicen se habia atrevido en el incendio lamentable de Riu de Arenas, ó fuese sacrílega malicia de algun hereje disimulado en el ejército católico, ó inevitable peligro de los que se trae consigo la guerra, digno siempre de lágrimas, y que yo llego á escribir con moderacion, segun lo que he visto y oido, por no escandalizar la memoria del que leyere con la recordacion de este abominable suceso. Tampoco es mi propósito ofender el nombre ó justificacion de los que en ello se dice han tenido parte: quede la verdad sin injuria, y sin mancha la inocencia, y desengañe el tiempo á la posteridad, ya que nosotros padecemos la duda.

Contenia el campo católico, demás de los tercios españoles, algunos regimientos de naciones extranjeras, venidos de Nápoles, Módena é Irlanda, los cuales no solo cumplidamente constan de hombres naturales, mas antes entre ellos se introducen siempre muchos de provincias y religiones diversas; los trajes, lengua y costumbres, diferentes de los españoles, no tanto para con la gente comun los hacia reputar por extraños en la patria, sino tambien en la ley: este error, platicado en el vulgo, que de su parte de ellos alguna vez se ayudaba con demostraciones escandalosas, vino á extenderse de tal suerte, que casi todos eran tenidos por herejes y contrarios de la Iglesia. Miraban con estos ojos los catalanes sus demasías, contando como delitos muchas ligerezas y apariencias dignas de desprecio, en que no hubieran reparado los ojos acostumbrados á mirar la desenvoltura de los ejércitos.

Habia el Santa Coloma dado cuenta por muchas veces al Rey de la turbacion de aquella provincia; habia significado sus quejas, ofreciendo uno de dos medios para moderarla: eran, ó aliviar los moradores de los alojamientos y contribuciones, á que no se acomodaban y no podian llevar, ó tambien que las tropas se engrosasen á tal número, que los soldados fuesen superiores á los naturales, porque su temor los tuviese obedientes.

No dejó de causar novedad en los ministros del Rey Católico el estilo del Santa Coloma; algunos llegaron á presumir que representaba el segundo remedio, porque, considérandole extraño é imposible, su dificultad los obligase á usar del primero, que era sin falta el mas conforme á su deseo.

El Espínola tambien, al lado del Conde-Duque, le hacia entender que su industria habia ya facilitado todas las dudas del país, y que el Santa Coloma las volvia á platicar, porque se conociese que en todas las acciones y finezas del Principado tenia parte. Llevados de este discurso, y siempre con incredulidad de su mayor daño, le respondian sin determinar el fin de las cosas; antes con modos y palabras generales, llenas de duda ó artificio, llegaban, cuando mucho, á decirle castigase los culpados sin excepcion de dignidad ó fuero; que averiguase los delitos por jueces desapasionados. Dejábanle en mayor confusion las respuestas que su misma duda.

Entonces los diputados de la provincia, persuadidos de su celo y obligaciones, con acuerdo de los mas prácticos en la república, entendieron que por razon de su oficio les tocaba acudir por la generalidad, oprimida de diferentes excesos. Ofrecióse por parte del Principado delante el Virey el diputado militar Francisco de Tamarit, voz de la nobleza catalana; representó las ofensas y opresiones recibidas, pidió el remedio, protestó por los daños comunes, y con brio no desigual al comedimiento enseñó, como desde léjos, algunas misteriosas razones, que todas se aplicaban á mostrar la gran autoridad de la union y poder público.

Recibióle el Santa Coloma con severidad, respondió gravemente, y poco después aumentó su turbacion la segunda embajada de Barcelona, una y otra encaminada á un mismo fin, fundadas ambas en unas mismas quejas, adornadas con las propias razones y ministradas de un semejante espíritu.

Creció con la ocasion su desplacer, y juzgando que si desde los principios no cortaba las raices á aquella planta de la libertad, que ya temia nacida, podria ser después durísima de arrancar, y cuya sombra causaria abrigo á una miserable sedicion en la patria, resolvió mandar á la prision, ejecutándolo luego, al diputado Tamarit, como persona principal en el magistrado, y por la ciudad á Francisco de Vergos y Leonardo Serra, entrambos votos del concejo de Ciento; y que contra el diputado eclesiástico procediesen los jueces del breve apostólico impetrado á este fin, porque la rigurosidad usada con los mayores excusase el castigo de los pequeños.

Sintiólo interiormente la ciudad, aunque sin voces, que las mas veces el silencio suele ser efecto del mayor dolor. Cualquiera guardaba en su ánimo la afrenta de su república, como si él solo fuese el ofendido, proponiendo consigo mismo el desagravio comun, que porque le deseaban igual á la injuria, ninguno se determinaba á vengarse por sí solo.

Dió el Santa Coloma aviso al Rey de la demostracion hecha en Barcelona, y no sin vanidad de lo obrado, decia del silencio en que la ciudad se hallaba á vista de su resolucion, y cómo ya ninguno osaria á declararse en favor de la república; que procedia en formar el proceso y averiguar la culpa; que el castigo podria quedarse al arbitrio real. Llegó á entender que en esta accion cobraba todo el crédito dudoso al juicio de los otros ministros, que no le podrian argüir flojedad alguna que no satisfaciese la deliberacion de haber castigado los mas poderosos: en fin, esta diligencia en su ánimo fué mas sacrificada á la lisonja que á la equidad. No dejó de agradecérsela el Rey, ordenándole que unos y otros reos fuesen reducidos á prision áspera miéntras se pensaba el castigo conveniente, ó se pasaban al castillo del Perpiñan. Satisfízose su mandamiento, volviendo á renovar entonces la provincia las antiguas llagas de su afrenta; y como desde el corazon se comunica la vida ó la muerte á las mas partes del cuerpo, así desde Barcelona, como corazon del Principado, se derivaba el veneno de la injuria por todas sus regiones en cartas y avisos, con tanta prontitud, que en breves dias el ánimo de todos parecia gobernado de una sola pasion.

Estiman los catalanes notablemente sus magistrados, y sobre todos, aquellos que representan la autoridad suprema de la república, como los romanos á sus dictadores; no podian mirar sin lágrimas sus mayores arrastrando los hierros, en que los oprimia la

violencia de su señor; lloraban su libertad como perdida, y todos temian el castigo á proporcion de su fortuna. Encendíase con cada accion el mortal odio contra la persona del Virey; entendian que la gracia comun lo habia subido á la dignidad; cuanto mas lo juzgaban obligado, tanto mas ingrato les parecia; mirábanle con ceño de parricida, y todo su pensamiento se empleaba en cómo les seria posible arrojar de su gobierno aquel hombre que tan mal habia usado de sus aplausos.

De este vivísimo deseo de venganza resultaron miserables efectos en toda Cataluña, porque siendo ya comun el odio entre naturales y soldados, ninguno buscaba otra razon para dañar al contrario que el ser de estos ó aquellos. Llegábase el tiempo de disponer las cosas de la guerra aquel año, y las tropas se comenzaban á revolver en sus cuarteles para marchar donde les era señalado; pero los catalanes, que ya pensaban eran públicos sus propósitos, mostraban temerlas como enemigas. De la misma suerte los soldados, sin aguardar otra averiguacion mas del temor de los naturales, los ofendian y robaban sin piedad alguna.

Marchaban las compañías de unos lugares á otros, y salian á recibirlas armados los paisanos, como á gente contraria; en otras partes los agasajaban feamente contra las leyes naturales, y como en la casa de Thiéstes, desde la mesa pasaban á la sepultura: unos pueblos pagaban tal vez la insolencia de otros con incendios, muertes y vituperios; corrian por todo el país rios de sangre, cuyo movimiento no obedecia á ningun poder ó industria. Bien procuraba el Santa Coloma impedir los excesos, aunque no sabia de todos (esta es la primera calamidad que padecen los males de la república); empero no se hallaba medicina de tan fuerte virtud, que templase el poder de la malicia comun, y los accidentes llevados de la violencia de otros, venian (1) hacer una sucesion de desastres, como cosa natural é infalible.

Hállome ahora obligado á dar alguna noticia de Cataluña, para que mejor se entienda lo que habré de decir después, tocando en sus antigüedades, del natural y costumbres de sus moradores, y otras cosas que pertenecen á mi historia; todo procuraré hacer en cortísima digresion. No ofenda mi brevedad la grandeza de esta provincia, ni mi juicio embarace la noticia de los mas bien informados; bien que yo en procurarlas certísimas de lo que no vi he cumplido con mi obligacion, y quizá con mi deseo.

Es Cataluña la provincia mas oriental de España, puesta por los romanos en la Citerior, después en la Tarraconense, nombre derivado á su tercera parte de la antigua ciudad de Tarragona, famosa en aquellas edades, y en esta célebre por sus militares acontecimientos. De los pueblos celtas ó celtiberos fué llamada Celtiberia; pero en siglos mas próximos, entre godos y alanos, que la ocuparon, mudó el primer nombre, llamándose, de las naciones dominantes, Gotia Alania ó Gocia Alonia, y ahora Catalunia ó Cataluña, obedeciendo á los tiempos en la variedad de los nombres como en la del imperio.

Tiene á levante la Galia dicha Narbonense, de quien la dividen los Pirineos, famosos montes de Europa, que unos denominan de *Pyr*, voz griega que significa fuego, y le fué aplicada por su memorable incendio; otros de un antiguo rey en España llamado Pyrros. A poniente confina con Aragon y parte de Valencia: apártalos en ciertos lugares el rio Ebró; pero en otros pasan allende sus aguas algunos pueblos de Cataluña. Por el septentrion la toca Navarra y el Bearne, y se acaba en el mar Mediterráneo por el lado que mira á mediodía. Divídese toda la tierra en cinco provincias diferentes, que algunas de ellas tuvieron diferente señorío; las mas célebres son Cataluña, de quien habemos dicho; Rosellon, llamado Rhusino; Cerdaña, que es la antigua *Sardonum*, después Conflent y Ampurdan. Ahora se comprehenden todas en el condado de Barcelona, cuyo estado, segun las historias, tuvo principio en Ludovico Pio, hijo de Carlo-Magno, año del Señor 814; si bien aquella ciudad, con algunas otras de su dominio, se cuentan entre las dudosas fundaciones de Hércules, ó Amílcar Barcino, como otros dicen: juntas sus provincias, hacen un principado, siéndoles comun á sus naturales una lengua, un hábito y unas costumbres, en que se diferencian poco de los narbonenses ó lenguadoques, de quienes se han derivado.

Son los catalanes por la mayor parte hombres de durísimo natural; sus palabras pocas, á que parece les inclina tambien su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas; en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados á venganza; estiman mucho su honor y su palabra; no menos su exencion, por lo que entre las mas naciones de España son amantes de su libertad. La tierra, abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo á terribles efectos con pequeña ocasion; el quejoso ó agraviado deja los pueblos y se entra á vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos; otros, sin mas ocasion que su propia insolencia, siguen á estotros; estos y aquellos se mantienen por la industria de sus insultos. Llaman comunmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto; no es accion entre ellos reputada por afrentosa, antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles: con este motivo han conservado siempre entre sí los dos famosos bandos de narros y cadells, no menos celebrados y dañosos á su patria que los güelfos y gibelinos de Milan, los pafos y médicis de Florencia, los beamonteses y agramonteses de Navarra, y los gamboinos y oñasinos de la antigua Vizcaya.

Todavía se conservan en Cataluña aquellas diferentes voces, bien que espantosamente unidas y conformes en el fin de su defensa: cosa asaz digna de notar, que siendo ellos entre sí tan varios en las opiniones y sentimiento, se hayan ajustado de tal suerte en un propósito, que jamás esta diversidad y antigua contienda les dió ocasion de dividirse; buen ejemplo para enseñar ó confundir el orgullo y disparidad de otras naciones en aquellas obras cuyo acierto pende de la union de los ánimos.

Habitan los quejosos por los boscajes y espesuras, y entre sus cuadrillas hay uno que gobierna, á quien

(1) La falta de la preposicion á es indudablemente yerro de imprenta.

obedecen los demás. Ya de este pernicioso mando han salido para mejores empleos Roque Guinart, Pedraza y algunos famosos capitanes de bandoleros, y últimamente don Pedro de Santa Cilia y Paz, caballero de nacion mallorquin, hombre cuya vida hicieron notable en Europa las muertes de trescientas y veinticinco personas, que por sus manos ó industria hizo morir violentamente, caminando veinte y cinco años tras la venganza de la injusta muerte de un hermano. Ocúpase estos tiempos don Pedro sirviendo al Rey Católico en honrados puestos de la guerra, en que ahora le da al mundo satisfaccion del escándalo pasado.

Es el hábito comun acomodado á su ejercicio: acompáñanse siempre de arcabuces cortos, llamados pedreñales, colgados de una ancha faja de cuero, que dicen charpa, atravesada desde el hombro al lado opuesto. Los mas desprecian las espadas como cosa embarazosa á sus caminos; tampoco se acomodan á sombreros, mas en su lugar usan bonetes de estambre listados de diferentes colores, cosa que algunas veces traen como para señal, diferenciándose unos de otros por las listas; visten larguísimas capas de jerga blanca, resistiendo gallardamente al trabajo, con que se reparan y disimulan; sus calzados son de cáñamo tejido, á que llaman sandalias; usan poco el vino, y con agua sola, de que se acompañan, guardada en vasos rústicos, y algunos panes ásperos que se llevan, siempre pasados del cordel con que se ciñen, caminan y se mantienen los muchos dias que gastan sin acudir á los pueblos.

Los labradores y gente del campo, á quien su ejercicio en todas provincias ha hecho llanos y pacíficos, tambien son oprimidos de esta costumbre; de tal suerte, que unos y otros, todos viven ocasionados á la venganza y discordia por su natural, por su habitacion y por el ejemplo. El uso antiguo facilitó tanto el escándalo comun, que, templando el rigor de la justicia, ó por menos atenta ó por menos poderosa, tácitamente permite su entrada y conservacion en los lugares comarcanos, donde ya los reciben como vecinos.

No por esto se debe entender que toda la provincia y sus moradores vivan pobres, sueltos y sin policía; antes, por el contrario, es la tierra, principalmente en las llanuras, abundantísima de toda suerte de frutos, en cuya fertilidad compite con la gruesa Andalucía, y vence cualquiera otra de las provincias de España; ennoblécenla muchas ciudades, algunas famosas en antigüedad y lustre; tiene gran número de villas y lugares, algunos buenos puertos y plazas fuertes; su cabeza y corte, Barcelona, está llena de nobleza, letras, ingenios y hermosura; y esto mismo se reparte con mas que medianía á los otros lugares del Principado. Fabricó la piedad de sus príncipes, señalados en la religion, famosos templos consagrados á Dios. Entre ellos luce, como el sol entre las estrellas, el santuario de Monserrate, célebre en todas las memorias cristianas del universo. Reconocen el valor de sus naturales las historias antiguas y modernas en el Asia y Europa ; ¿Africa tambien no se lo confiesa? Es, en fin, Cataluña y los catalanes una de las provincias y gentes de mas primor, reputacion y estima que se halla en la grande congregacion de estados y reinos de que se formó la monarquía española.

Andaba en este tiempo mas viva que nunca en el Principado la plática de las cosas públicas, que cada uno encaminaba segun su intencion ó noticia; aunque generalmente la cólera de los naturales, persuadidos de su efecto, daba poco lugar á distinguir la razon del antojo. Habian los casos presentes sacado muchos hombres de sus casas, algunos ofendidos y otros temerosos; vivian estos retirados, segun su costumbre y continuo deseo de inquietud y venganza; engrosábase cada dia con esta gente el número de los que infestaban la campaña; de suerte que su fuerza y atrevimiento era bastante á poner en cuidado cualquiera de los pueblos pacíficos; empero ellos, esperando la ocasion favorable que ya les traia el tiempo, se disimulaban mas de lo que se comedian.

Crecia con las ocasiones la furia del pueblo, hasta que en 12 de mayo rompió tumultuosamente las cárceles, sacando al diputado militar y otros oficiales del comun de la prision pública, de que avisados los mas, acudieron al remedio de mayor daño sin artificiosa diligencia : los inquietos, como triunfantes, amenazaban las casas del Santa Coloma y marqués de Villafranca : fué como proemio aquel dia á la obra que ya determinaban. Habíanse retirado los dos á la tarazana, donde, asistidos de los conselleres y algunos caballeros, salieron libres, excusando aquella vez el peligro á la injuria.

Habia entrado el mes de junio, en el cual, por uso antiguo de la provincia, acostumbran bajar de toda la montaña hácia Barcelona muchos segadores, la mayor parte hombres disolutos y atrevidos que lo mas del año viven desordenadamente, sin casa, oficio ó habitacion cierta; causan de ordinario movimientos é inquietud en los lugares donde los reciben; pero la necesidad precisa de su trato parece no consiente que se les prohiba : temian las personas de buen ánimo su llegada, juzgando que las materias presentes podrian dar ocasion á su atrevimiento en perjuicio del sosiego público.

Entraban comunmente los segadores en vísperas de Córpus, y se habian anticipado aquel año algunos: tambien su multitud, superior á los pasados, daba mas que pensar á los cuerdos, y con mayor cuidado por las observaciones que se hacian de sus ruines pensamientos.

El de Santa Coloma, avisado de esta novedad, procuró, previniéndola, estorbar el daño que ya antevia: comunicólo á la ciudad, diciendo le parecia conveniente á su devocion y festividad que los segadores fuesen detenidos, porque con su número no tomase algun mal propósito el pueblo, que ya andaba inquieto; pero los conselleres de Barcelona (así llaman los ministros de su magistrado; consta de cinco personas), que casi se lisonjeaban de la libertad del pueblo, juzgando de su estruendo habria de ser la voz que mas constante votase el remedio de su república, se excusaron con que los segadores eran hombres llanos y necesarios al manejo de las cosechas; que el cerrar las puertas de la ciudad causaria mayor turbacion y tristeza; que quizá su multitud no se acomodaria á obedecer la simple órden de un pregon. Intentaban con esto poner espanto al Virey para que se templase en la dureza con que procedia; por otra parte deseaban justificar su intencion pará cualquier suceso.

Pero el Santa Coloma ya imperiosamente les mostró con claridad la peligrosa confusion que los aguar-

daba en recibir tales hombres; empero volvió el magistrado por segunda respuesta que ellos no se atrevian á mostrar á sus naturales tal desconfianza; que reconocian parte de los efectos de aquel recelo; que mandaban armar algunas compañías de la ciudad para tenerla sosegada; que donde su flaqueza no alcanzase, supliese la gran autoridad de su oficio, pues á su poder tocaba hacer ejecutar los remedios que ellos solo podian pensar y ofrecer. Estas razones detuvieron al Conde, no juzgando por conveniente rogarles con lo que no podia hacerles obedecer, ó tambien porque ellos no entendiesen eran tan poderosos, que su peligro ó su remedio podia estar en sus manos.

Amaneció el dia en que la Iglesia católica celebra la institucion del Santísimo Sacramento del altar; fué aquel año el 7 de junio: continuóse por toda la mañana la temida entrada de los segadores. Afirman que hasta dos mil, que con los anticipados, hacian mas de dos mil y quinientos hombres, algunos de conocido escándalo: dícese que muchos, á la prevencion y armas ordinarias, añadieron aquella vez otras, como que advertidamente fuesen venidos para algun hecho grande.

Entraban y discurrian por la ciudad; no habia por todas sus calles y plazas sino corrillos y conversaciones de vecinos y segadores; en todos se discurria sobre los negocios entre el Rey y la provincia, sobre la violencia del Virey, sobre la prision del diputado y concejeros, sobre los intentos de Castilla, y últimamente, sobre la libertad de los soldados: después, ya encendidos de su enojo, paseaban llenos de silencio por las plazas, y el furor, oprimido de la duda, forcejaba por salir asomándose á los efectos, que todos se reconocian rabiosos é impacientes; si topaban algun castellano, sin respetar su hábito ó puesto, lo miraban con mofa y descortesía, deseando incitarlos al ruido; no habia demostracion que no prometiese un miserable suceso.

Asistian á este tiempo en Barcelona, esperando la nueva campaña, muchos capitanes y oficiales del ejército, y otros ministros del Rey Católico, que la guerra de Francia habia llamado á Cataluña: era comun el desplacer con que los naturales los trataban. Los que eran mas servidores del Rey, atentos á los sucesos antecedentes, median sus pasos y divertimientos, y entre todos se hallaba como ociosa la libertad de la soldadesca. Habian sucedido algunos casos de escándalo y afrenta contra personas de gran puesto y calidad, que la sombra de la noche ó el temor habia cubierto; eran, en fin, frecuentísimas las señales de su rompimiento. Algunos patrones hubo que, compadecidos de la inocencia de los huéspedes, los aconsejaban mucho de antes se retirasen á Castilla; tal hubo tambien que, rabioso con pequeña ocasion, amenazaba á otro con el esperado dia dal desagravio público.

Este conocimiento incitó á muchos, bien que su calidad y oficio les obligase á la compañía del Conde, á que se fingiesen enfermos ó imposibilitados de seguirle; algunos, despreciando ó ignorando el riesgo, le buscaron.

Era ya constante en todas partes el alboroto: los naturales y forasteros corrien desordenadamente; los castellanos, amedrentados del furor público, se escondian en lugares olvidados y torpes; otros se confiaban á la fidelidad, pocas veces incorrupta, de algunos moradores; tal con la piedad, tal con la industria, tal con el oro. Acudió la justicia á estorbar las primeras revoluciones, procurando reconocer y prender algunos de los autores del tumulto: esta diligencia, á pocos agradable, irritó y dió nuevo aliento á su furor, como acontece que el rocío de poca agua enciende mas la llama en la hornaza.

Señalábase entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al cual queriendo prender, por haberle conocido, un ministro inferior de justicia, hechura y oficial del Monredon (de quien hemos dicho), resultó desta contienda ruido entre los dos; quedó herido el segador, á quien ya socorria gran parte de los suyos. Esforzábase mas y mas uno y otro partido, empero siempre ventajoso el de los segadores. Entonces algunos soldados de milicia, que guardaban el palacio del Virey, tiraron hácia el tumulto, dando á todos mas ocasion que remedio. A este tiempo rompian furiosamente en gritos : unos pedian venganzas; otros, mas ambiciosos, apellidaban la libertad de la patria; aquí se oia : «¡Viva Cataluña y los catalanes!» Allí otros clamaban: «¡Muera el mal gobierno de Felipe!» Formidables resonaron la primera vez estas cláusulas en los recatados oidos de los prudentes; casi todos los que no las ministraban las oian con temor, y los mas no quisieran haberlas oido. La duda, el espanto, el peligro, la confusion, todo era uno; para todo habia su accion, y en cada cual cabian tan diferentes efectos; solo los ministros reales y los de la guerra lo esperaban, iguales en el celo. Todos aguardaban por instantes la muerte (el vulgo furioso pocas veces para sino en sangre); muchos, sin contener su enojo, servian de pregon al furor de otros; este gritaba cuando aquel heria, y este con las voces de aquel se enfurecia de nuevo. Infamaban los españoles con enormísimos nombres; buscábanlos con ansia y cuidado, y el que descubria y mataba, ese era tenido por valiente, fiel y dichoso.

Las milicias armadas con pretexto de sosiego, ó fuese órden del Conde, ó solo de la ciudad, siempre encaminada á la quietud, los mismos que en ellas debian servir á la paz, ministraban el tumulto.

Porfiaban otras bandas de segadores, esforzadas ya de muchos naturales, en ceñir la casa de Santa Coloma: entonces los diputados de la General con los conselleres de la ciudad acudieron á su palacio; diligencia que mas ayudó la confusion del Conde, de lo que pudo socorrérsela : allí se puso en plática saliese de Barcelona con toda brevedad, porque las cosas no estaban ya de suerte que accidentalmente pudiesen remediarse : facilitábanle con el ejemplo de don Hugo de Moncada en Palermo, que por no perder la ciudad, la dejó, pasándose á Mesina. Dos galeras genovesas en el muelle daban todavía esperanza de salvacion. Escuchábalo el Santa Coloma; pero con ánimo tan turbado, que el juicio ya no alcanzaba á distinguir el yerro del acierto. Cobróse, y resolvió despedir de su presencia casi todos los que le acompañaban, ó fuese que no se atrevió á decirles de otra suerte que escapasen las vidas, ó que no quiso hallarse con tantos testigos á la ejecucion de su retirada. En fin se excusó á los que le aconsejaban su remedio, con peligro, no solo de Barcelona, sino de toda la provincia; juzgaba la partida indecente á su

dignidad; ofrecia en su corazon la vida por el real decoro: de esta suerte, firme en no desamparar su mando, se dispuso á aguardar todos los trances de su fortuna.

Del ánimo del magistrado no harémos discurso en esta accion, porque ahora el temor, ahora el artificio, le hacian que ya obrase conforme á la razon, ya que disimulase segun la conveniencia. Afírmase por sin duda que ellos jamás llegaron á pensar tanto del vulgo, habiendo mirado apaciblemente sus primeras demostraciones.

No cesaba el miserable Virey en su oficio, como el que con el remo en la mano piensa que por su trabajo ha de llegar al puerto: miraba, y revolvia en su imaginacion los daños, y procuraba su remedio; aquel último esfuerzo de su actividad estaba enseñando ser el fin de sus acciones.

Recogido á su aposento, escribia y ordenaba; pero ni sus papeles ni sus voces hallaban reconocimiento ú obediencia. Los ministros reales deseaban que su nombre fuese olvidado de todos; no podian servir en nada; los provinciales ni querian mandar, menos obedecer.

Intentó por última diligencia satisfacer su queja al pueblo, dejando en su mano el remedio de las cosas públicas, que ellos ya no agradecian, porque ninguno se obliga ni quiere deber á otro lo que se puede obrar por sí mismo; empero ni para justificarse pudo hallar forma de hacer notoria su voluntad á los inquietos, porque las revoluciones interiores, á imitacion del cuerpo humano, habian de tal suerte desconcertado los órganos de la república, que ya ningun miembro de ella acudia á su movimiento y oficio.

A vista de este desengaño se dejó vencer de la consideracion y deseo de salvar la vida, reconociendo últimamente lo poco que podia servir á la ciudad su asistencia, pues antes el dejarla se encaminaba á la lisonja ó á remedio acomodado á su furor. Intentólo, pero ya no le fué posible, porque los que ocupaban la tarazana y baluarte del mar, á cañonazos habian hecho apartar la una galera, y no menos porque para salir á buscarla á la marina, era fuerza pasar descubierto á las bocas de sus arcabuces. Volvióse, seguido ya de pocos, á tiempo que los sediciosos á fuerza de armas atropellaban las puertas; los que las defendian, entendiendo la causa del tumulto, unos les seguian, otros no lo estorbaban.

A este tiempo vagaba por la ciudad un confusísimo rumor de armas y voces; cada casa representaba un espectáculo; muchas se ardian, muchas se arruinaban, á todas se perdia el respeto y se atrevia la furia: olvidábase el sagrado de los templos; la clausura é inmunidad de las religiones fué patente al atrevimiento de los homicidas; hallábanse hombres despedazados sin examinar otra culpa que su nacion; aun los naturales eran oprimidos por crímen de traidores: así infamaban aquel dia á la piedad, si alguno abrió sus puertas al afligido ó las cerraba al furioso. Fueron rotas las cárceles, cobrando no solo la libertad, mas autoridad los delincuentes.

Habia el Conde ya reconocido su postrer riesgo, oyendo las voces de los que le buscaban pidiendo su vida; y depuestas entonces las obligaciones de grande, se dejó llevar fácilmente de los afectos de hombre; procuró todos los modos de salvacion, y volvió desordenadamente á proseguir en el primer intento de embarcarse; salió segunda vez á la lengua del agua, pero como el aprieto fuese grande, y mayor el peso de las aflicciones, mandó se adelantase su hijo con pocos que le seguian, porque llegando al esquife de la galera, que no sin gran peligro los aguardaba, hiciese como lo esperase tambien; no quiso aventurar la vida del hijo, porque no confiaba tanto de su fortuna. Adelantóse el mozo, y alcanzando la embarcacion, no le fué posible detenerla (tanta era la furia con que procuraban desde la ciudad su ruina); navegó hácia la galera, que le aguardaba fuera de la batería. Quedóse el Conde mirándola con lágrimas, disculpables en un hombre que se veia desamparado á un tiempo del hijo y de las esperanzas; pero ya cierto de su perdicion, volvió con vagarosos pasos por la orilla opuesta á las peñas que llaman de San Beltran, camino de Monjuich.

A esta sazon, entrada su casa y pública su ausencia, le buscaban rabiosamente por todas partes, como si su muerte fuese la corona de aquella victoria; todos sus pasos reconocian los de la tarazana: los muchos ojos que lo miraban caminando como verdaderamente á la muerte, hicieron que no pudiese ocultarse á los que le seguian. Era grande la calor del dia, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginacion de su afrenta; estaba sobre todo firmada la sentencia en el tribunal infalible: cayó en tierra cubierto de un mortal desmayo, donde siendo hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fué muerto de cinco heridas en el pecho.

Así acabó su vida don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, dando famoso desengaño á la ambicion y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre, en aquella region misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡Oh grandes, que os parece nacisteis naturales al imperio! ¿Qué importa, si no dura mas de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra tempranamente al precipicio!

No paró aquí la revolucion; porque, como no tenia fin determinado, no sabian hasta dónde era menester que llegase la fiereza. Las casas de todos los ministros y jueces reales fueron dadas á saco, como si en porfiadísimo asalto fuesen ganadas á enemigos. Empleóse mas el furor en el aposento de don García de Toledo, marqués de Villafranca, general de las galeras de España, que algunos dias antes habia dejado aquel puerto: tenian largas noticias del Marqués por la asistencia que hacia en la ciudad; aborrecian entrañablemente su despejo y exquisito natural; pagaron entonces las vidas de sus inocentes criados el odio concebido contra el señor. Aquí sucedió un caso extraño, asaz en beneficio de la templanza: toparon los que desvalijaban la casa, entre sus albajas, un reloj de raro artificio, que ayudándose de los movimientos de sus ruedas (encerradas en el cuerpo de un jimio, cuya figura representaba), fingia algunos ademanes de vivo, revolviendo los ojos y doblando las manos ingeniosamente. Admirábase la multitud en tal novedad, ciega dos veces del furor y de la ignorancia; y creyendo ser aquella alguna invencion diabólica, deseosos de que todos participasen de su propia admiracion, clavaron el reloj en la punta de una pica; así discurriendo por toda la

ciudad, lo enseñaban al pueblo, que le miraba y seguia igualmente lleno de asombro y rabia: de esta suerte caminaron á la Inquisicion, y le entregaron á sus ministros, acusando todos á voces el encanto de su dueño; ellos, bien que reconocidos del abuso vulgar que los movia, temerosos de su desórden, convinieron en su sentimiento, prometiendo de averiguar el caso, y castigarle como fuese justo.

La gente que llevó tras sí esta novedad, y el tiempo que se gastó en seguirla, alivió mucho el tumulto; por otra parte se empleaban otros en acompañar y aclamar de nuevo al diputado Tamarit y conselleres, que recibiendo del vulgo el aplauso, como la libertad poco antes, discurrian por las plazas llevados en hombros de la plebe: ocupó este ejercicio gran parte del dia; mas no por eso le faltaban al tumulto voces, manos, armas y delitos.

El convento de San Francisco, casa en Barcelona de suma reverencia, ofrecia con su autoridad y devocion inviolable sagrado á los temerosos; acudieron muchos á buscarle: esto mismo dió motivo de crecer el ardor de los inquietos. Hicieron los religiosos algunas diligencias mas constantes de lo que permitia su profesion, bien que cortísimas para resistir las fuerzas contrarias; pretendieron quemar las puertas, y venciéndolas en fin, entraron espantosamente; fueron en un instante hallados y muertos con terrible inhumanidad casi todos los que se habian retirado, y entre ellos algunos hombres de gran calidad y puesto; estos son los que podriamos llamar dichosos, acabando en la casa de Dios y á los piés de sus ministros. Tal hubo, que pidiendo entrañablemente confesion, se la concedieron; pero luego impaciente el contrario, salpicó de inocente y miserable sangre los oidos del que en lugar de Dios le escuchaba; otros, medio muertos por las calles, acababan sin el refugio de los sacramentos; alguno pudo contar infinitos homicidas, pues comenzándole á herir uno, era después lastimoso despojo al furor de los que pasaban; á otro embestian en un instante innumerables riesgos; llegando juntas muchas espadas, no se podria determinar á qué mano debia la muerte; ella tampoco, como á los demás hombres, los aseguraba de otras desdichas. Muchos después de muertos fueron arrastrados, sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror que la naturaléza religiosamente dejó por freno de nuestras demasías; la crueldad era deleite, la muerte entretenimiento: á uno arrancaban la cabeza, ya cadáver, le sacaban los ojos, cortaban la lengua y narices; luego arrojándola de unas en otras manos, dejando en todas sangre, y en ninguna lástima, les servia como de fácil pelota; tal hubo que topando el cuerpo casi despedazado, le cortó aquellas partes cuyo nombre ignora la modestia, y acomodándolas en el sombrero, hizo que lé sirviesen de torpísimo y escandaloso adorno.

Todo aquel dia poseyó el delito repartido en enormes accidentes, de que cansados ya los mismos instrumentos del desórden, pararon en ella, ó tambien porque con la noche temieron de los mismos que ofendian, y aun de sí propios.

Estos son aquellos hombres (caso digno de gran ponderacion) que fueron tan famosos y temidos en el mundo; los que avasallaron príncipes, los que dominaron naciones, los que conquistaron provincias, los que dieron leyes á la mayor parte de Europa, los que reconoció por señores todo el Nuevo-Mundo. Estos son los mismos castellanos, hijos, herederos y descendientes de estotros, y estos son aquellos que por oculta providencia de Dios son ahora tratados de tal suerte dentro de su misma patria por manos de hombres viles, en cuya memoria puede tomar ejemplo la nacion mas soberbia y triunfante. Y nosotros, viéndoles en tal estado, podrémos advertir que el cielo, ofendido de sus excesos, ordenó que ellos mismos diesen ocasion á su castigo, convirtiéndose con facilidad el escándalo en escarmiento.

Al otro dia, atemorizada la ciudad del rumor pasado, y manchada de sangre de tantos inocentes, amaneció como turbada é interiormente llena de pesar y espanto. Hizo celebrar sus funerales por el Conde muerto, llena de tristísimos lutos, en demostracion de su viudez, y en pregones y edictos públicos ofreció premios considerables al que descubriese el homicida.

Dió luego la Diputacion cuenta al Rey Católico de lo sucedido el dia de Córpus: disculpaba los ministros provinciales, dejaba toda la ocasion á la parte del Virey, cuya inconsiderada entereza á los principios habia revuelto los ánimos de los atrevidos; hablaban templadamente del alboroto, y con gran exageracion de su sentimiento negaban la violencia en la muerte del Conde; antes acomodándolo á accidente natural, se quejaban del temor que le trajo á aquellos términos; en fin, llenos de lágrimas, mas pedian el consuelo que el remedio; y entre tanto proseguian en sus averiguaciones, por excusarse, si les fuese posible, del escándalo que un tal suceso podia haber dado en el mundo.

LIBRO SEGUNDO.

Tortosa sigue la inquietud de la provincia.—Gobierno del Cardona.—Sus acciones y muerte.—Junta el Arce las armas reales.—Su camino.—Asalto de Perpiñan.—Obispo de Barcelona, nuevo virey.—La Diputacion envia embajada al Rey Católico.—Efectos de ella.—Previene el Conde-Duque gran junta cerca de los negocios del Principado.—Sus proposiciones y pareceres.—Resuélvese la guerra.

Pública la revolucion de Barcelona por todo el Principado, estimuló terriblemente los ánimos de sus moradores á imitarle, juzgándose por mejor natural aquel que con mas libertad perturbase su república: esta pasion, aunque apoderada de todos, como sucesiva á la queja, tuvo particularmente su fuerza en aquellos pueblos donde se hallaba alojado parte del ejército católico, que, como mas ocasionados, eran los mas expuestos á la contienda y sinrazon de los huéspedes. Lérida, Balaguer y Gerona, todas ciudades principales, y otras villas, continuaron duramente el tumulto comenzado antes de la muerte del Conde, aunque tambien algunas con poca mas causa que el despecho é interior contrariedad entre las dos naciones. Eran los miserables castellanos asaltados, arrojados y perseguidos de todas partes, de todas personas y á todos tiempos; ni la campaña ni la soledad los aseguraba; antes allí parecia mayor el riesgo.

Ocupaban entonces el castillo de la ciudad de Tortosa, última poblacion de Cataluña, puesta sobre el Ebro, fronteriza al reino de Valencia, tres mil soldados bisoños y desarmados, á cargo de don Luis de Mon-

suar, baile general del Principado (es allá baile como recibidor y administrador de todo lo tocante al Rey); y era don Luis uno de los hombres que verdaderamente amaban el servicio de su príncipe. Fué avisado prontamente de los movimientos que la ciudad prevenia; trató de recoger consigo al castillo algunas municiones y bastimentos que hasta entonces confiadamente se estaban esparcidos por todo el lugar; intentólo con artificio, pretendiendo manejarlos aquella noche, para lo que le ayudaba mucho un caballero natural de la misma ciudad, de apellido Oliveros, en extremo aficionado al partido del Rey; empero siendo descubierta su intencion, acudió el pueblo á pedirle se detuviese en aquella diligencia.

Deseaba el Monsuar apoderarse de las municiones y pertrechos de guerra, porque hallándose con tres mil infantes, que con ellos podria armar, no dudaba hacerse dueño de la ciudad y mantenerla á devocion del Rey Católico contra todo el Principado, esperando ser por instantes socorridos de Aragon y Valencia. Excusóse con buenas razones á la demanda del vulgo, que ya impaciente de la duda, con súbito motin habia revuelto los ciudadanos; fueron de improviso asaltados los soldados inocentes sin armas ni intentos; hasta entonces ignoraban la determinacion del Monsuar; salvólos su inocencia, y recibiendo la vida y la libertad de mano de los sediciosos, fueron enviados á diferentes partes, habiendo jurado primero no volver á Cataluña, con pena de la vida. Empleóse toda la furia contra el baile y veedor general que allí asistia, por nombre don Pedro de Velasco, que topando una grande cuadrilla de los inquietos, fué muerto y despedazado.

Al tumulto de la ciudad acudieron piadosamente los párrocos y cabildo, sacando de cada iglesia en procesion el Santísimo Sacramento, cuya sacrosanta presencia templó milagrosamente el furor, que amenazaba grandes daños en vidas, honras y haciendas. Muchos hombres perseguidos de la plebe corrian y se escapaban asidos de las varas del palio, otros cubiertos de las mismas ropas de los sacerdotes; entre todos fué señaladamente dichoso el Monsuar, de quien mas que de ninguno deseaban venganza; escapóse siendo embestido de muchos, y topando al Señor, se echó á los piés del ministro: hasta aquel lugar violaron las espadas, y fué defendido con la propia custodia; reconoció la muerte al Autor de la vida, y detúvose, abriendo los ojos la misma ceguedad; en esta forma, siempre cubierto de la casulla sacerdotal, bien que siempre perseguido é infamado del pueblo, llegó á la iglesia y escapó la vida, prosiguiéndose el tumulto hasta otros excesos.

No se oia á este tiempo por toda Cataluña y sus pueblos mas que los temerosos *vias foras*: usan de este modo de decir los catalanes en sus furiosos concursos, que suena en romance *sal de aquí*. A la señal de esta voz eran los soldados católicos embestidos terriblemente en sus cuarteles de todo el villanaje comarcano, que el ejemplo de Barcelona concitaba contra los reales; su descuido aumentó en gran parte la fuerza de los contrarios: alguno podia temer, pero los mas confiaban; el primer aviso fué el daño (hablo de los lugares antes pacíficos); muchos hombres murieron lastimosamente, suelta ya é incorregible la crueldad de los rústicos.

Alojaban los tercios del marqués de Mortara, Juan de Arce, don Diego Caballero, don Leonardo Móles y el de Módena en los lugares del Ampurdan y la Selva antes de la muerte del conde de Santa Coloma; y ausente el de Mortara, era el mas antiguo el Arce, gobernador del regimiento de la guardia del Rey, por cuya prerogativa superentendia á los otros; su tercio, como el mas favorecido, el mas soberbio, y de eso el mas insolente, ejecutaba los mayores escándalos. Era el Arce hombre industrioso y severo, hermano de ministro acreditado, corto de razones, estimado por virtuoso y entero; obraba como quien no temia, disimulando la libertad de los soldados para con los paisanos, en descuento de que le fuesen obedientes al manejo militar.

Siendo el mas aborrecido, fué el que primero experimentó el furor de los contrarios; así, anticipándose al peligro, se retiró á un convento dos leguas de la villa de Olot, alojamiento del Mortara, con quien pretendió juntarse; fortificóse como le fué posible, acudió á su socorro parte del otro regimiento, y pudo defenderse; llegaban los paisanos á número de tres mil, con cuyas bandas, llenas mas de osadía que órden, fué escaramuzando hácia las puertas de Gerona, ciudad famosa, dicha de los antiguos Geranda, donde se le juntaron los otros tercios, con los cuales se hizo grueso de cuatro mil infantes.

Eran las doce de la noche cuando las primeras compañías de los católicos se descubrieron junto á las puertas de la ciudad, que estremecida con el suceso, y aun mas temerosa quizá de sus pensamientos, tocó al arma; acudió todo el pueblo; fué fácil la resistencia después de una grande confusion. El Arce en medio de estas demostraciones no se afirmaba en el modo de haberse con los naturales; esta duda oprimia á cuantos gobernaban las armas del Rey; de todo y en todo consideraba el daño: peligroso estado para el que es fuerza resolverse, cuando ni la ira ni la paciencia ni la moderacion aseguran el fin de las acciones.

Dejaron á Gerona, no sin desórden y muerte de dos capitanes, y siendo avisados por un castellano de que en el pan se trataba de administrarles veneno, tomaron el camino de San Feliu por el lugar de Cáldas, donde recibiendo mas infantería, crecia con su número su miseria de San Feliu á Blánes; pero los villanos (así suelen llamar la gente de guerra á la del campo), por no perder diligencia encaminada á la ruina, se emboscaron entre San Feliu y Blánes poco mas de doscientos tiradores, que á su tiempo asaltaron las tropas católicas; duró la escaramuza algun espacio, y fueron rotos los naturales, pero sin daño considerable.

Mientras los tercios se movian, como habemos dicho, parte de la caballería acuartelada mas á los confines de Aragon, á cargo de Felipe Filangieri, caballero napolitano, pudo salvarse con facilidad, dejando de noche improvisamente sus cuarteles, y entrándose en aquel reino, donde sus tropas fueron bien acogidas, juzgándolas ya iguales en la pérdida á las otras.

Gobernaba don Fernando Cherinos de la Cueva, con título de comisario general, mas de otros cuatrocientos caballos andaluces y extremeños que habia conducido á Cataluña; era su alojamiento en Blánes: llegó primero á experimentar parte de los movimientos del Principado; trató de recogerse luego, y caminando á la ciudad, aquella misma diligencia que pudiera salvar-

le vino á servir de su mayor daño; reconocian los lugares su poder y órden, y juzgando diferentemente de sus designios, entendieron pretendia vengar los rumores de Barcelona; juntáronse por toda la campaña algunas bandas copiosas de gente suelta, tomaron los montes por donde habia de hacer sus marchas, y en las angosturas de los valles bajaban á ofenderle. El Cherinos, hombre naturalmente inexperto, no supo acomodarse á la defensa; recibia el daño como de enemigos, y no acababa de ofenderlos como contrarios; entretretúvolos algunos dias; no se atrevió á romper, ó no pudo cuando se determinó, porque los catalanes, mas resueltos, aprovechándose de la duda, cargaron impensadamente sobre sus tropas, y degollando la mayor parte de ellas, se hicieron dueños de sus caballos y armas, escapándose pocos de la prision ó de la muerte. Fué esta pérdida de grande consideracion á las armas católicas, y la primera suerte del Principado.

El Arce y Móles, á quienes cada dia llegaban nuevas de las ruinas de sus compañeros, no les pareció conveniente ni segura la asistencia de Blánes; deseaban acercarse á Rosellon, pusiéronlo en efecto; pero los soldados, que se olvidaban ya del agasajo de la villa, acordándose solo de lo que oian de los otros, dieron saco al arrabal y talaron la campaña; no los siguieron los catalanes, aunque pudieron; con lo cual ellos cobrando nuevo orgullo en su detencion, abrasaron á Montiró y Palafurgell, lugares de su camino; los mismos daños recibió Rosas en su término, Aro, Calonge y Castelló de Ampurias en casas, árboles y frutos.

Cogian los soldados algunos paisanos, y los presentaban al Arce, que mostrando compadecerse de verlos, lo decia con tales razones, que ellos, interpretando su indignacion primero que su piedad, cuando despues topaban otros los ahorcaban ó mataban á puñaladas, dando por excusa de su inhumanidad que aquello queria decirles su gobernador, mandándoles que no se los trajesen delante: tal era el furor de unos y otros; tan pequeña causa bastaba para la mayor desdicha.

De esta suerte en brevísimos dias se fué enflaqueciendo el poder y reputacion de las armas del Rey en toda la provincia: aquellos sucesos, apacibles á su libertad, consecutivamente iban aficionando los ánimos de algunos que no rehusaban la sedicion mas de por el daño que temian; al mismo paso se aumentaba el descuello de los inquietos. Tanto poder tienen los buenos ó malos acontecimientos en las acciones humanas, que de ordinario parece que mudan el valor ó la naturaleza, mudando el fin.

Llegó la nueva de la muerte del conde de Santa Coloma y otros movimientos á la corte en 12 de junio: fueron oidos todos con lástima y confusion; amenazaba el negocio todo el sosiego público; incluia terribles consecuencias; juzgábanse los catalanes por hombres dispuestos á su precipicio; la guerra dentro en España se reputaba por él mas siniestro accidente de la monarquía; decian que con esto no se comparaba nada de lo pasado; que no podria suceder caso alguno digno de que por él se perturbase la paz natural que España gozaba consigo, envidiada de otras naciones; que los catalanes, habiendo roto la piedra de su escándalo, ya no les faltaba que hacer mas que negociar el perdon, y que este no se les debia dificultar mucho, por no llevarles á mayores desesperaciones. Otros decian que la majestad ofendida pedia vivamente un castigo ejemplar; que si los príncipes no volviesen por las injurias hechas á sus ministros, no podrian vestir su misma púrpura sin zozobra; que aquel que disimula un gran maleficio en la república, parece que da consentimiento para otros mayores; que si los reyes hubiesen de contemporizar con los malos, ¿de qué suerte habian de coronarse de justicia? O que si sola ella era para los pequeños errores, entonces ¿cómo podrian ser buenos los poderosos?

Todavía los ministros superiores, donde la consideracion se debe hallar mas atenta, no desdeñaban el sufrimiento, dando lugar á que los malcontentos volviesen en sí; mostraban ignorar lo mas sensible de los sucesos, porque la piedad no pareciese indigna aun á los mismos perdonados; sentian cuánto la industria suele ser mas oficiosa que la fuerza, que esta no se contradice en esotra. Hércules venció á Anteo mas con alzarle de la tierra que con apretarle en sus brazos: allí obedeció al arte el poder.

Habian los catalanes ya desde los principios de sus movimientos enviado á la corte á fray Bernardino de Manlleu, religioso descalzo, persona entre ellos de señalada virtud y reverencia; presentaron por sus manos un memorial é informacion de sus cosas al Rey y al valido, donde con razones (escritas de alguna pluma menos cuerda de lo que el caso pedia) representaban sus quejas de tal suerte, que mas ofendian la claridad de su justicia que la explicaban; informaban por la relacion de varios casos, de algunos escandalosos delitos, casi todos en comprobacion de la insolencia de los soldados; cosa que en la corte no podia ignorarse. La otra parte contenia el remedio: tambien en esta no representaban con felicidad su intencion, porque la descubrian á las primeras razones; paraban todos sus arbitrios en que el Principado se aliviase de las armas que le oprimian, y esto parece que no estaba entonces en manos del Rey Católico, pues no era ya el autor de la guerra; volvian á prometer su defensa, y aquí debia ser toda la fuerza de sus negociaciones, porque los castellanos, cansados de la campaña de Sálses, en aquel tiempo vendrian á acomodarse con que cada cual defendiese sus provincias. Nada tuvo efecto, ó fuese por flojedad de los que manejaban el negocio, ó por desconfianza de los que en él tenian parte; pero en medio destas dudas (que en fin prevalecieron sin ajustamiento), cuantos las consideraban desde afuera juzgaban que los catalanes se darian por satisfechos con que se les aliviase parte del peso de los alojamientos; que se les quitasen de la provincia algunas personas de oficio militar, de quienes decian haber recibido malas obras. En esta forma escribian desde Barcelona á los confidentes, y aun afirman que fray Bernardino, desesperando ya de otros fines, lo propuso y suplicó así al Rey Católico.

El Conde-Duque y los suyos sentian con gran diferencia el acomodamiento de las cosas: no pareciéndole decente convenir en la voluntad de hombres inquietos, y cuyo natural estaba inficionado de la desobediencia, entendia que ellos aborrecian el servicio del Príncipe, y que por eso deseaban apartar de sí los sugetos donde el celo real se hallaba mas seguro; canonizaba en su mente cuantos ellos acusaban en sus demos-

traciones; y asi, era lo mismo (como sucede al viento con el árbol de Séneca) rempujarles con uno y otro vaiven de la calumnia, que fortificarlos en la gracia y en la valía del Conde.

Lo primero á que debia mirarse después de la muerte del Santa Coloma, era á poner en aquel lugar una persona tal, que con su autoridad é industria pudiese reparar y tener las ruinas de la república; túvose entonces por conveniente volver el gobierno á la casa de los Cardonas, que poco antes ocupara el duque de Cardona don Enrique de Aragon. Era el Duque reverenciado en su nacion, no solo por la grandeza de su casa, mayor sin competencia en toda la provincia, mas tambien por las muchas virtudes que se hallaban en su persona; su gobierno pasado, celoso para el Rey y apacible para sus naturales, lo habia de nuevo hecho amar entre todos. Injustamente espera la confianza de aquel que sin obras pretende el aplauso; ni es accion de ministro ó príncipe prudente dejarlo todo al amor de los súbditos ó vasallos.

Algunos motivos de fácil desconfianza lo habian apartado del régimen de la república, cultivando entonces por manos de su desengaño sus cosas particulares; en este estado lo halló la órden real por la que se le mandaba volviese á encargarse del gobierno de la provincia, y que tanto debia esforzarse á aquel peso, cuanto era cierto que solo sus hombros lo podian llevar; que el Rey fiaba de su prudencia la salud universal de aquella gente; que en las grandes borrascas se prueba el arte del famoso piloto; que escogiese los medios suficientes á que ni el Rey perdiese alguna parte del decoro debido á su majestad, ni los quejosos la esperanza de alcanzar perdon y sosiego.

Hubo de aceptar el Duque su peligroso oficio, apartando de sí las dificultades que la consideracion le ofrecia, y procurando generosamente acudir con todas sus fuerzas á la ruina de su patria, que ya sentia temblar á la violencia de sus afectos (los gentiles llamaban dulce el morir por ella): miserable estado el de la república cuyas riendas arrebatan los malos y los ignorantes; esa camina al precipicio, y si alguna vez se escapa, ¿qué mas despeño se le puede esperar que aquel mismo gobierno?

Tambien á los catalanes no les fué desagradable aquel expediente, porque viéndose en manos de su natural (ó que les ministrase el azote ó quizá el escudo, como algunos esperaban), para cualquier suceso amaban su compañía.

Halló el Cardona las cosas públicas en sumo desórden, porque muchos, juzgándose ya perdidos, no rehusaban añadir nuevos delitos á las primeras culpas; otros, casi desesperados de la satisfaccion de sus quejas, se disponian á seguir los sediciosos en la venganza comun. A todo atendia el Duque, y después de bien informado de sus observaciones, entendió propiamente que los fundamentos de la quietud consistian en la templanza del pueblo de Barcelona, que, ó ensoberbecido ó indignado, todavía instaba por continuar su desconcierto. Con esto comenzó á prevenir castigos á los acusados por ellos, sin dar lugar á largas averiguaciones; porque, como los quejosos habian antes gastado toda la paciencia inútilmente, ahora lo pedian todo con inconsiderada ejecucion.

Mientras las cosas en Barcelona parece se iban encaminando al reposo, continuaba el Principado en los primeros movimientos; los párrocos y predicadores desde los púlpitos tal vez persuadian al pueblo su libertad, y predicaban venganza; verdaderamente ellos juzgaban la causa por tal, que les convenia hablar de aquella suerte, encendidos del celo de la honra de Dios. Las ciencias se estudian, la cordura no se lee en las cátedras; muchos hombres doctos caen fácilmente en este error, sin considerar que la enmienda de los vicios, como obra en fin de suma caridad, pide órden y concierto; el púlpito, lugar dedicado á las verdades, así se ofende de la lisonja como de la imprudencia; de ordinario aquel grano corresponde en gran cosecha sembrado en ánimos sencillos; miren los labradores del Señor qué semilla escogen. De esta misma suerte, segun se lee en las historias, comenzaron las alteraciones pasadas de Cataluña en tiempo de don Juan el Segundo, rey de Aragon, persuadidos ellos por las voces de fray Juan Gálvez, hombre insiguemente libre de aquellos tiempos.

Casi en estos dias pronunció el obispo de Gerona una notable sentencia de excomunion y anatema sobre los regimientos de Arce y Móles, declarándoles por herejes sacramentarios, y refiriendo en ella dos estupendos sacrilegios, uno en Riu de Arenas, y otro en Santa Coloma de Farnés; cosa ciertamente, ó dudosa ó creida, digna siempre de lágrimas. A vista de esta demostracion no hubo pueblo que no se incitase como religiosamente al castigo de aquellas escandalosas y aborrecibles gentes. Este fué el mas irremediable accidente que padecieron los negocios del Rey, porque muchos, en cuyos ánimos prevalecia aun entonces el temor de la majestad, no se excusaban de júntarse con los inquietos, después que vieron una (ó por lo menos mezclada) la causa de Dios con sus propias pasiones; satisfacian su enojo y prohijaban su indignacion al celo santo; ordenaban la venganza de sus agravios, y lo ofrecian todo al desagravio de la fe. No se entienda que todos obraban con este mismo espíritu, porque ciertamente resplandecia en muchos la devocion y piedad cristiana. Alzaron banderas negras por testimonio de su tristeza; en otras pintaban en sus estandartes á Cristo crucificado, con letras y jeroglíficos acomodados á su intento, y de esta vista los catalanes cobraban aliento y disculpa, los castellanos temor y confusion.

Arce, con la infantería que llevaba junta y alguna otra que no pudo incorporarse con sus tropas, caminaba á Rosellon con gran trabajo y peligro. Procuraron introducirse en diferentes pueblos; los mayores los arrojaban, los pequeños se resistian; ni les valia la industria ni la cortesía, y menos la fuerza. Marchaban los reales dentro de España con la misma miseria y riesgo que si atravesasen los desiertos de la Arabia ó Libia.

En fin, rompiendo hácia Perpiñan por entre Cadaqués y el Portús, dejaron con temor á Palamós, y por la via de Argelés y Elna llegó la infantería y algunos caballos á aquella gran villa, donde se encaminaban como á centro de sus armas. Allí fué mayor la dificultad, cuando esperaban mas cierto el amparo. Mandaba en Rosellon, ausentes los primeros cabos del ejército, el marqués Xeli de la Reina, general de la artillería en la campaña pasada; gobernaba el castillo de Perpiñan

Martin de los Arcos, aquel florentin y este navarro, entrambos soldados de larga experiencia.

Habian recibido aviso de las tropas; y pareciendo inexcusable el recibirlas no menos para su reposo que para sosiego de la plaza, se comenzó á disponer aquel manejo por los medios que se juzgaron mas á propósito.

Es Perpiñan lugar de menos que mediana grandeza entre los de España, fabricado de las ruinas de la antigua ciudad Rhuscino, que dió nombre á todo Rosellon. *Perpenianum* la llaman historiadores modernos, por la vecindad con los Pirineos, segun se cree, de cuyas asperezas se aparta por distancia de tres leguas; pero yace en llanura, regado del rio Tech, llamado de los geógrafos Thelis, que junto á Canet entra en el Mediterráneo. Es la villa cabeza de su condado, y de las mas fuertes de España por beneficio de la guerra, principalmente el año de 1543. Fué empeñado por Juan el Segundo de Aragon á Luis XI de Francia, y restituido por Cárlos VIII á Fernando el Católico, atento á los designios de la guerra de Nápoles.

Pedian los cabos cuarteles en la villa capaces á su alojamiento; determinaban secretamente asegurarse de los paisanos por este medio; pero el magistrado, entendiendo (y no sin causa) que de todo lo obrado en Cataluña ellos habian de pagar la pena, procuró excusarse de recibir tanta gente hambrienta y escandalizada; defendíase con sus fueros y con órden particular del conde de Santa Coloma para que ninguno se alojase de otra mano que la suya.

Volviéronse á apretar las pláticas, sin que el Xeli quisiese admitir excusa alguna; pero los naturales, ya con razones, ya con rumores de armas que prevenian, instaban en defenderse: no se puede dudar que ellos lo pensaron con mucho brio ó con mucha ceguedad, viendo en lo eminente de su pueblo el mejor castillo de España, lleno de cabos, soldados y municiones, y junto á sus muros mas infantería que ellos podian juntar. Pocas veces discurre la ira, y raras acierta la desesperacion; no obstante, ellos cerraron las puertas, guarnecieron los puestos por donde podian ser acometidos, y armados oian las demandas y amenazas de los reales, y respondian á ellas.

De esta suerte, cada cual movido de sus intereses, y todos del enojo, perseveraban en la discordia, sin topar otro medio de ajustamiento que la violencia. No hay caso mas difícil de acomodar que aquel donde todos los contendientes tienen razon; porque, como cada uno ama su sentimiento, ninguno quiere obligarse del ajeno. Es la razon hija del entendimiento, ó antes es el mismo entender; y aunque en los hombres se halla tan poderoso el interés, mas veces suelen dejarse de lo que desean que de lo que entienden; como si el juicio y la ambicion no estuvieran sujetos á unos mismos descaminos.

Los reales, que ya estaban desesperados de conseguir amigablemente el hospedaje, asaltaron de improviso una de las puertas de la villa, dicha la del Campo, con la infantería que se hallaba mas cercana á ella; acudió á su defensa buena parte de los moradores, esforzándose el alboroto de tal suerte, que mas parecia escalada de plaza enemiga que no porfía ó inquietud entre españoles; hacia la noche mayor el espanto y aun el peligro; porque, valiéndose de sus sombras algunos de los naturales, ministraban con mas seguridad su defensa y daño de sus contrarios.

Xeli, que desde el castillo estaba mirando la furiosa resolucion de unos y otros, lleno de escándalo y despecho, trató de favorecer á los suyos; mandó se disparase contra el lugar toda la artillería, juzgando cuerdamente que una vez puestas las cosas en manos de la fuerza, no podria convenirles dejarla sin salir vencedores. Detúvole el gobernador Arcos, teniendo por cosa de gran riesgo romper tan severamente contra hombres que todavía eran vasallos de su rey y le reconocian por señor; pero el Xeli, tomando sobre sí todo el enojo de aquella majestad, hizo como se comenzasen las baterías de cañones y morteros. Era en el primer cuarto de la noche cuando el castillo dió principio á su furor, y se continuó con tanta fuerza, que en poco tiempo arrojó sobre la miserable villa mas de seiscientos cañonazos con gran cantidad de bombas; fué terrible el estrago; arruinóse la tercera parte del lugar, perecieron muchos inocentes: tales son de ordinario las sentencias de la indignacion; pagan los no culpados, y los delincuentes quedan sin castigo. Esta tan extraña severidad despertó igualmente la ira de los soldados y el temor de los moradores, con lo cual fácilmente aquellos se hicieron dueños de la mayor parte del pueblo, sin mas pretexto que el de su soberbia y codicia: fueron entradas á saco mil y quinientas casas, dando la noche, no solo ocasion, mas licencia á los insolentes para que cada uno obrase conforme su ambicion ó su apetito.

Los moradores, ya desesperados de su remedio en la resistencia, acudieron á buscarle por via del perdon, valiéndose de la piedad cristiana, que, como tan natural en los católicos, nunca la consideraban dificultosa. Vestido el Obispo en sus vestiduras pontificales, llevando en las manos la custodia del Señor, y acompañado de todo el clero y religiones, subió al castillo; salió á recibirlo Xeli y los mas oficiales españoles, y después de algunas razones, en que todos mostraron mas indignacion que reverencia al divino Medianero de la concordia, el Xeli prometió templarse, usando con aquel pueblo de la real clemencia de su dueño.

Detúvose por entonces el daño; mas porque la causa estaba impresa en el corazon, cada instante volvia á brotar mil desórdenes. Era grandísima la opresion de la gente y mucho mayor después, cuando tratándolos como vencidos, no los diferenciaban de esclavos; desarmaron á los naturales, apoderándose de su dominio militar y civil, alzaron horcas, formaron cuerpos de guardia por toda la villa; obraban mas de lo necesario á la seguridad, atropellaban afectadamente sus costumbres, quebrantaban sus fueros, solo á fin de poner espanto en los ánimos de aquellos que así se mostraban amantes de su república.

Cada dia reconocian mas los perpiñaneses su esclavitud, y daban voces acusando á aquellos que habian escogido tan miserable remedio; quisieran antes haber acabado en su desesperacion: ni quejarse ni sentirse les era lícito, ni comunicar por letras sus dolores, porque los reales, informados de los otros sucesos contrarios, procuraban estorbar las correspondencias, donde se les podia seguir aliento y esperanza.

Muchos de los moradores dejaron la patria, y con mujeres é hijos se huian á la montaña, esperando me-

jor coyuntura para vengar sus agravios; llevados de esta pasion, salia á todas horas mucha cantidad de hombres y mujeres, y á la verdad los castellanos en los principios no se desagradaban de verlos dejar la villa en sus propias manos, juzgando que para cualquier suceso les convenia el ser superiores en número á la gente natural. A este fin, primero disimulaban su fuga, pero después se vino á conocer el daño, á tiempo que ya no podia evitarse, porque faltando la mayor parte de la gente popular que sirve al manejo de la república, faltaban juntamente con ella los útiles en que la suele emplear la necesidad comun. Impensadamente vinieron á caer en continuas miserias : no habia quien cortase leña, quien moliese trigo; el agua estaba quieta sin quien la traginase; el ganado discurria suelto como sin dueño, las tiendas se veian cerradas, los obradores de los oficiales vacíos; crecia la falta de todo lo que se come y se viste.

Con esta ocasion comenzó el Xeli á sacar sus tropas á la campaña, que discurrian mas como hombres llevados de la ambicion que de la miseria; no habia pueblo, casar ó granja por todo el país, á que no visitase el robo ó el incendio; todo estaba cubierto de ruinas; los paisanos se veian escondidos por los bosques, las mujeres y niños perdidos por las sendas; ninguno atinaba con el descanso, porque no habia entonces ningun camino á la piedad ó á la justicia.

Llegó la informacion destas miserias al Cardona, que infatigablemente se empleaba en el sosiego de Barcelona : entendió que las cosas de Rosellon pedian su presencia, y las buenas señales de aquella ciudad le daban alguna confianza para poder dejarla. Los políticos disputan si conviene al Príncipe apartarse de la cabeza de su dominio por acudir al remedio de otro miembro : son diversos los pareceres, como lo han sido las causas; yo pienso que el negocio consiste en entenderse bien el estado del Príncipe, juzgando que el pacífico puede sin daño acudir á cualquier parte donde lo pida la ocasion; mas que no lo debe hacer así el que gobernase un imperio turbulento, porque entonces el grande riesgo, aun contingente, descuenta la conveniencia. Los presentes trabajos de Cárlos, rey de Inglaterra, no hubieran sucedido si se conservara en Lóndres.

En fin, asentando el Duque su partida, propuso luego, no sin industria, pedir á la Diputacion y ciudad un diputado y un conseller por acompañados : previno con destreza que con ministros de la provincia llevaba mas segura su obediencia, y que ellos tambien, viendo convidarse con la autoridad que miraba al castigo, no podrian dudar de que se deseaba satisfacer al Principado; y aun para los mismos era asaz conveniente mostrar cómo pretendia unir sus acciones á un espíritu acomodado á la justificacion. Fuéle concedida la compañía de los dos magistrados, como lo pidió, y partiéndose á Perpiñan ya con poca salud (ó fuese fruto de los años ó del gobierno), llegando allí en pocos dias, se introdujo en los negocios de aquel estado, tomando justificadas noticias de todos sus acontecimientos.

Sabia el Duque, como natural, el ánimo de sus patricios, y que por gente tenaz en las pasiones, guardaban vivo el odio concebido contra los cabos; entendia que el primer paso de la templanza era comenzar castigando aquellos que el clamor público acusaba : no creia hallarlos inocentes, ni tampoco juzgaba su culpa igual al escándalo; pero tambien no tenia en tanto su agravio cuanto la furia de una nacion entera. De esta suerte dispuso sus acciones, encaminando todo á la quietud pública.

Lo primero fué mandar prender al Arce y Móles, porque deseaba que la satisfaccion se mostrase pronta y notoria : mandó que fuesen llevados á la cárcel comun de los malhechores; hizo de la misma suerte se prendiesen algunos otros oficiales y soldados, y volvió á hacer platicables las querellas que el Santa Coloma habia prohibido entre catalanes y castellanos, porque cada uno entendiese podia temer y podia esperar.

Dió cuenta al Rey Católico de su deliberacion, halagando su enojo con la esperanza de recobrar su autoridad por medio de una cortísima violencia. Decia que en apartar de los ojos de aquella gente la ocasion de sus escándalos consistia el modo de hacerlos olvidar todos; que á los dos cabos se les seguia poca injuria, porque remitiéndolos á la corte, allá podria su majestad disponer su desagravio, ocupándolos en otras provincias; tras esto, no olvidaba sus excesos, refiriendo los casos así como los habia entendido.

No se habia hasta este tiempo hecho entre los ministros el verdadero juicio de estos movimientos, porque la condicion del Rey Católico, por oculta en sus operaciones, no daba alguna señal de su aprecio. El Conde-Duque, aconsejado de aquella altivez que siempre le habló al oido, si bien no dejaba de temer en su corazon, todavía no desmayaba en el semblante y palabras; antes, como si aun entonces dependiesen de su arbitrio los intereses de los catalanes, mostraba despreciar igualmente su arrepentimiento que su obstinacion. Creció con esto el error en los superiores; porque, como los mas vivian observando su apetito engañados de la confianza exterior, no llegaban á penetrar las dudas del ánimo, mal persuadidos de la apariencia. Mucho servia tambien á la soberbia del Conde el notar algunas señales de humildad en los catalanes, porque aquellas demostraciones que suelen mover á clemencia los grandes espíritus, suelen tambien incitar los terribles á mayor venganza; consideraba las diligencias de fray Bernardino con los reyes por alcanzar misericordia á su república; el cuidado con que la Diputacion y ciudad despedian misionarios ó embajadores por dar satisfaccion á su príncipe; su protonotario, hombre fatal en la monarquía, tambien con intervencion de algunos confidentes, le aseguraba no menos su confusion y temor; finalmente, persuadido de su propio natural, se dejó entregar antes á la perdicion que á la templanza.

Con este propósito se le ordenó al Cardona no procediese contra los presos, extrañándose la resolucion de cosa tan grande; que no diese por sí solo paso alguno en su castigo; antes que de lo que obrase diese cuenta á la junta que para expediente de aquellos negocios se mandaba formar en Aragon. No hallaron otro modo de reprehenderle mas decente á sus años y autoridad; pero el Duque, saliendo á recibir lo que se le recataba, entendió que el Rey se desplacia de su gobierno : vióse ceñido de obligaciones, unas que, como sujeto, le forzaban á consultar con otros, y otras que, como libre, pedian su ejecucion : en estas contrariedades comenzó á afligirse con tantas congojas, que no hallan-

do el espíritu desahogo alguno, comunicó sus pasiones á la salud, hasta que esforzándose el mal por medio de una calentura, concitada de la viva imaginacion de su afrenta, en pocos dias dejó la vida y el cuidado de la república, que juntamente con su cuerpo enterró todas las esperanzas de su remedio. Aman los hombres el mando como cosa divina, sin advertir el riesgo que se trae consigo el gobernar á los otros hombres: no hay ninguno que por justificado deje de ser sospechoso al Príncipe ó al pueblo; que lo uno basta para perder la grande fortuna, y lo otro la buena fama. En menos de la tercera parte de un año nos lo enseña el ejemplar destos dos vireyes, el primero por muy obediente á su señor, muerto á las manos de la plebe; el segundo, por muy amante de su república, muerto tambien al enojo de su rey.

Fué su muerte del Cardona la última diligencia de la turbacion, porque como su autoridad servia de freno á las demasías de unos y de columna al temor de otros, viéndose aquellos sin qué temer y estos sin qué esperar, los primeros reiteraron su soberbia, y los segundos estragaron su templanza; de tal manera, que brevemente fueron en el Principado de una misma calidad casi todos los ánimos; con que las cosas tomaban cada dia peor camino, y la inquietud cobraba mayores fuerzas: tal suele ser de mayor peligro la segunda enfermedad que la primera.

Habia el Principado algunos dias antes expedido sus embajadores al Rey Católico en representacion de sus tres estamentos, Iglesia, nobleza y pueblo, y por ellos nueve personas de sus órdenes, y una en nombre de Barcelona; mas como siempre suceda que la indignacion se irrite con los clamores del que pide clemencia, los ministros reales, abusando de aquel arrepentimiento, dieron señales de despreciarle; mandaron que los embajadores fuesen detenidos en Alcalá de Henáres, lugar puesto á seis leguas de la corte. Lo primero que deseaban era saber su ánimo de los enviados, porque el Conde y los suyos procuraban apartar de las noticias del Rey toda la justificacion de los catalanes; quisieron amedrentarlos con aquellas apariencias de enojo, porque cansados con la detencion y molestia, mudasen ú olvidasen las razones que habian estudiado entre sus fieles patricios. Era el estilo comun de sus papeles públicos y secretos unas vivísimas quejas del Conde y protonotario; al principio dispusieron sin industria sus querellas, hablando siempre con desatenta libertad en las personas de los dos ministros, y no obstante que el mayor estaba segurísimo en la gracia del Rey, y el segundo no menos firme en la del primero, todavía aquellos celos naturales en el valimiento les hacia temer mas de lo justo la eficacia con que los catalanes les adjudicaban sus males; procuraban desacreditar sus clamores y apartarlos cuanto les fuese posible, y lo conseguian con facilidad por el gran poder de los dos, y porque, como ellos eran los instrumentos ó sentidos de las acciones del Rey, jamás podian obrar cosa en su descrédito ni en conocimiento de aquella verdad, que les fuese contraria.

Famosa leccion pueden aquí tomar los príncipes para no dejarse poseer de ninguno: el que entrega su voluntad y su albedrío á otro, este mas se puede llamar esclavo que señor; hace contra sí lo que no ha hecho su desventura; la suerte le hizo libre, y él se ofrece al cautiverio; la mayor miseria de un príncipe es aquella que le pone vencido á los piés de otro: ¡cuánto mayor debe ser esotra que le trae avasallado y preso al arbitrio de su propia hechura!

Pensaban los catalanes que escribian al Rey sus lástimas, y hablaban en aquel modo que la miseria halló para rogar á la grandeza: el dolor sensible no sufre elegancias ó decoros; á cualquier hora y por cualquier término se queja el dolorido. Decian con sencillez sus trabajos, y como cosa natural en los hombres, acudian con la mano y con el dedo á señalar la parte ofendida y la causa de la ofensa: escribieron á la Reina, al Príncipe y á los ministros superiores; escribieron al mundo todo un papel impreso, á que llamaron proclamacion católica; manifestaron á todas las gentes su razon y su justicia, llamando por cómplices en la ruina al Conde y su protonotario, que indignados entonces con la publicidad de sus injurias, se esforzaban en desmentirlas, haciendo cómo ellas se disimulasen, y abultasen en su lugar las acciones del Principado en deservicio de su rey; de tal suerte, que podemos decir que aquel propio camino que los catalanes habian buscado para alcanzar su remedio, los llevaba al precipicio.

A este tiempo andaban mas vivas que nunca las negociaciones é inteligencias, estudio particular de aquel ministro. Pretendíase de parte del Rey que la provincia con grandes muestras de humildad y reverencia suplicase el perdon públicamente; que con demostraciones de su error y como gente engañada, entrase á pedir misericordia sobre su república; que se valiesen de la intercesion del Pontífice y de los príncipes amigos. Esto no era remitirles el castigo, sino asegurar su obediencia, porque lo pudiesen llevar en tiempos mas acomodados. Con esta satisfaccion y algun servicio particular en materia de intereses, mostraba el Conde se inclinaria el Rey al acomodamiento de las cosas; y lo primero que prometia en órden á la seguridad de la provincia, era poner la justicia catalana en su primera autoridad y fuerza. Usaban los ministros católicos de esta cláusula en todas sus pláticas y papeles, porque previniendo el espanto que causaria en el Principado ver entrar por sus puertas un poder grande, juzgando que se encaminaba á constituir la nueva reputacion de la justicia, no tuviesen lugar de temerlo.

Variaban los catalanes, porque aun sobre el caso del perdon decian que pedirle confirmaba la culpa que ellos negaban; que el error particular de algunos no habia de servir de mancha á la fidelidad de una nacion; no obstante, se negociaba por diferentes caminos con los embajadores; de que celoso el Principado, les escribió de secreto reprehendiéndoles el haber admitido nuevas pláticas: volvia á instar pidiesen el alivio de aquellas armas y el castigo de los cabos; no les era ya tan molesto el peso como la consideracion de que por medio de ellas se habian de obrar todas las venganzas; deseaban verlas apartar de sí para cualquier acontecimiento; mirábanlas con agüero, ó no podian verlas; así acontece al condenado, desviar los ojos del acero que sabe le ha de ministrar el suplicio.

A todas las sospechas del Rey para con la provincia, y á todos los temores de esta para con el Rey, ayudaban mucho las cartas y negociaciones de algunas

personas que residian en Madrid y Barcelona, que por sus intereses, ó por ventura por su buen celo, deseosos de la concordia, daban unas veces señales de serenidad, y otras de borrasca, segun lo prometian los accidentes exteriores de uno y otro pueblo.

Entre los que tuvieron mayor parte en estos manejos, fué el maestre de campo don José Sorribas, caballero catalan, hombre práctico y de industria. Llegó de Barcelona aquellos dias, como retirado y temeroso del furor de los suyos; hízose buen lugar en el aplauso del Conde y Protonotario, juzgándole por sugeto asaz á propósito para sus designios, porque después de ser noticioso de las cosas, tenia parientes y amigos de autoridad en Barcelona. Con este pensamiento le fiaban los secretos de mas importancia en aquel negocio, en los cuales el Sorribas se acomodó de tal suerte, que recibiendo en sí la substancia de las cosas, parece las aplicaba después segun la parte á que convenian. Este fué el juicio qne se hacia sobre su persona. No ofenda mi testimonio la integridad de aquel hombre; hablo como historiador, segun las noticias de lo que he visto y oido. A todo dió ocasion verle al principio de estos movimientos en gran confidencia con los ministros reales, y verle después por ellos mismos preso en la cárcel pública. No le acusa mi sentimiento, ni á otro ninguno, porque inmisteriosamente refiero los casos como han sido, apunto lo que después ó entonces se discurrió sobre ellos, valiéndome algunas veces del juicio competente á mi instituto, y á que me dan motivo los mismos sucesos que voy escribiendo.

Eran los principios de agosto, y corrian entonces los negocios públicos de Cataluña en sumo silencio: aquellos que no miraban mas que á la apariencia y serenidad del semblante, entendian que ellos estaban interiormente compuestos á satisfaccion del Rey; otros que con mas atencion examinaban las señales, temian que de aquel sosiego resultase alguna mayor turbacion, como acontece en el otoño, que de las grandes calmas se arman horribles truenos: así determinaba la variedad de los juicios de los hombres, segun el ánimo ó noticia de cada uno.

Fué casi en estos dias nombrado por virey de Cataluña y sucesor del Cardona el obispo de Barcelona don García Gil Manrique, varon docto y templado, cuya persona no sirvió al remedio, y menos al daño. Pensóse profundamente esta eleccion del nuevo virey, porque los ministros reales, ya mas temerosos de lo que al principio, no se fiaban de la obediencia de los catalanes: por esto no se atrevian á aventurar á su furia un tal sugeto, cual deseaban para su enmienda.

Ellos tambien seguian este mismo discurso, no dejando de desvanecerse y gloriarse, habiendo reconocido en esta accion el recelo de los ministros reales, y le juzgaban dichosísimo pronóstico de su libertad. Esta fué entre todas la causa mas eficaz que los llevó á recibirlo alegres, y tambien, porque como no le temian, no habia para qué aborrecerle.

Juró en Barcelona el Obispo con las acostumbradas ceremonias, y recibiendo la contingente dignidad, comenzó á asistir á su gobierno; pero, ó fuese que con cordura alcanzase la cortedad de su poder, ó que los mismos súbditos, porque no se apropiase en el imperio con algunas demostraciones de libertad, le acordasen los fines de sus antecesores, determinó reducirse á solo su primer oficio de pastor, haciendo poco mas en el de virey que desear la templanza de su república.

Perdidas andaban las cosas á este tiempo en toda la provincia, mas que en los alborotos pasados; todos los movimientos de la política estaban torpes; muchos pedian justicia, algunos la deseaban; pero no era posible hallarse forma de ejecutarla, habiéndose perdido entre la sinrazon y la violencia. Los jueces reales, escondidos unos, y otros ausentes, aborrecibles todos; los ministros de guerra y hacienda amedrentados y huidos; el Virey temeroso, vivas las memorias de las otras tragedias; los inquietos pujantes y soberbios á la detencion, paciencia ó estado del Rey, todo junto formaba una tristísima confusion tan espantosa á los hombres cuerdos, que ninguno pensaba en mas que obrar de tal suerte, que su nombre no fuese acordado ó público, porque el silencio y olvido, mudando de naturaleza, entonces era la mas apetecida felicidad de los prudentes.

Corria en la corte del Rey Católico voz comun que los catalanes habian recibido al Obispo por gobernador solo para excusarse de otro, que bien lo habian dado á entender teniéndole aprisionado; quejábanse de que el atrevimiento de los sediciosos fuese tal, que sucesivamente osase á poner las manos ó las ofensas en tres hombres, que cada cual representaba la persona de su señor; juzgaban al Obispo como preso, y no era sino que su prudencia era el mayor estorbo de su propio mando.

Tales quejas daban los católicos de parte del Rey, y los catalanes de la suya no disimulaban tampoco en proseguirlas: decian que en tiempo en que las cosas habian menester amor, poder é ingenio, les enviaban para gobernarlos un hombre que para quererlos era extranjero, para castigarlos incapaz, y para regirlos falto de experiencia; que su condicion, como su estado, le impedia cualquier venganza conveniente, pues hasta aquella facultad acostumbrada que los reyes suelen alcanzar del Pontífice para que los eclesiásticos puedan administrar la justicia punitiva, tambien esta le faltaba, porque los ministros artificiosamente se lo habian disimulado, solo á fin de no poder dar satisfaccion y castigo á los delitos de los soldados, como ya lo habian hecho en tiempo del Cardona. Cada dia de una y de otra parte añadian nuevas quejas con tal arte ó con tanta razon, que apenas podrémos dar licencia al juicio para que se entrometa á apurar la verdad de unas y otras.

En medio de estas negociaciones pareció conveniente admitir la embajada de la provincia, porque no estaban ya las materias en aquel primer estado en que las informaciones suelen mudar la naturaleza de los negocios. Húbose en fin de cumplir con aquella ceremonia, y quitarles á los catalanes una razon de mas á su queja; pero habiéndose entendido por la boca de sus embajadores lo mismo que hasta entonces por señales y observaciones se conocia, se hizo público que el ánimo de la Diputacion no era otro que conseguir su quietud por los propios medios que la habia perdido; que lo que pedian y ofrecian era lo mismo que tanto antes habian propuesto en descrédito de los cabos del ejército; y para satisfaccion de la corona ofendida, obligaban

con esto á que se tuviese por cierto que en aquella mudanza de los ánimos catalanes, ó en aquel fingido arrepentimiento del Principado, no habia otra razon mas de la conveniencia temporal. Probábanlo con que siendo después tantos los excesos con que de su parecer habia obrado, pretendian hacer practicables todavía aquellas mismas cosas que antes no les fué posible conseguir; decian que aquel no quiere concordia y paz que propone partidos desiguales.

El Conde-Duque, si bien en su ánimo, ó con mayor enojo ó con mejor discurso, habia determinado la guerra, por justificarse con su rey y con España y el mundo en un negocio tan grande, hizo llamar y prevenir en su aposento una gran Junta, que constó de los mayores ministros de España, de varios magistrados, dignidades y oficios; compúsose de algunos del consejo de Estado y Guerra, y de otros de la llamada junta de Ejecucion, de consejeros del real de Castilla, y de Aragon algunos.

Presentes ya todos, entonces el Conde-Duque introdujo su razonamiento, suficiente á influir su propósito en otros ánimos mas libres; habló poco y grave, recatando ingeniosamente su sentimiento: gran artificio de los políticos (ya doctrina de Tiberio), disponer las resoluciones de tal suerte, que ellos vengan á ser rogados con lo mismo que desean; hizo luego que su protonotario leyese un papel formado por entrambos; llamóle justificacion real y descargo de la conciencia del Rey. Decia de la poca ocasion que de parte de la majestad católica se habia dado á los perturbadores del bien y quietud del Principado; justificaba la causa de los alojamientos y cuarteles en Cataluña; negaba que fuesen en forma de encontrar sus fueros; excusaba muchos de los delitos á los soldados; confundia sus sentencias é informaciones con otros documentos de los catalanes; disculpaba los excesos de la milicia como naturaleza de los ejércitos; satisfacia con nulidad comprobada á los sacrilegios impuestos por los catalanes á los de Arce y Móles; apercibia y convidaba al castigo de lo averiguado; del caso de Perpiñan hablaba con ambigüedad; exageraba con exceso la clemencia y templanza de su rey; señalaba los cargos del Principado, diciendo que habian invadido las banderas de su majestad; que secaron libres al diputado y otros presos que lo estaban por crímen contra la corona; que habian quemado bárbaramente á Monredon, ministro real y en servicio de su señor; que habian muerto al doctor Gabriel de Berrat, juez de su audiencia, sin culpa alguna; que de la misma suerte, amotinados y sediciosos, osaron á matar un virey, y mataran á otro si no se anticipara la muerte; que perseguian todos los ministros fieles, sin haber hombre que por parte del Rey se ofreciese al peligro; que tenian impedida la justicia, sin que le fuese posible obrar como debia; que al Obispo, su nuevo gobernador, no obedecian; que últimamente trataban entre sí de fortificarse, sin saber contra quién lo hacian, sino contra su natural señor, en notable perjuicio de la fidelidad y pernicioso ejemplo de los otros reinos.

Tal fué la proposicion del Conde á la Junta, donde, ya que no en voces y razones distintas, en los afectos se conocia el escándalo de los circunstantes; porque, ignorando algunos la gran arte de la disimulacion, con las admiraciones exteriores aseguraban la ira. El, sobre todos templado y misterioso, aguardó los votos: casi todos hablaron sin diferencia, hasta que llegando el tiempo de votar á don Iñigo Velez de Guevara, conde de Oñate, del consejo de Estado de España, presidente de su tribunal de Ordenes, hombre que por su autoridad y larguísima experiencia de negocios, era el de que mas dudaba, mirólo entonces el Conde con profunda atencion, ó porque lo temia, ó porque deseaba avisarle con los ojos su sentimiento: escuchóle pronto; mas el de Oñate, fija la vista en solo la razon, fué fama que dijo así:

«A un gran negocio, señores, somos llamados: yo por cierto, sobre setenta años de edad en que me hallo, y con pocos menos de experiencia, atreveréme á decir que ninguno de los accidentes pasados fueron de tanto peso como el que tratamos. Largos dias há que reposa en España la rebelion de vasallos; ya vine á creer en los aprietos presentes, que algunos han vivido templados, mas por ignorar la desobediencia que por rehusarla; tal debe ser nuestro cuidado en aumentar esta su ignorancia. Yo no pretendo manchar la fidelidad española; mas si el discurso no me engaña, nacion es esta de quien estamos quejosos, ocasionada al precipició; conozco su natural airado y vengativo, y por eso dispuesto á todos los efectos de la ira; véolos vecinos y deudos de nuestros mayores enemigos, y sin perturbarme del temor ó el odio, voy á temer un gran suceso, harto mas lamentable á la experiencia que al discurso. ¡Oh! No hagamos de suerte que nuestro enojo les descubra algun camino que su osadía no ha pensado. Costumbre es de los afligidos abrazar cualquier medio que los excusa la calamidad presente, aunque los lleve á otros nuevos daños: el esclavo oprimido del látigo se despeña por la ventana; no mira que es mayor riesgo el precipicio que el azote; solo atiende á escaparse de las coléricas manos del señor. ¿Qué seguridad tenemos, pregunto, de que estos hombres, amenazados de su rey, no se arrojen por la rebeldía hasta caerse á los piés de su mayor émulo? Mas pienso yo ha hecho Cataluña en salir del estado pacífico para el sedicioso, que hará en pasarse ahora de sediciosa á rebelde. No es la espuela aguda la que doma el caballo desbocado; la dócil mano del jinete lo templa y acomoda. Si de otros tiempos advertimos en los progresos de esta gente, todos nos informan de su valor y dureza, calidades que piden las armas. En los tiempos modernos amaron la paz como la deben amar todos los hombres á quien gobierna la razon: saboreáronse de la serenidad, y olvidados de las primeras glorias, empleaban todo su orgullo en las pendencias civiles, divididos en bandos y facciones. No habian perdido el valor, aunque lo habian estragado en efectos inútiles. Herido el pedernal vomita fuego, y no herido lo disimula; empero en las mismas entrañas le deposita: la ocasion suele ser siempre instrumento de la naturaleza. Juzgad ahora, señores, si conviene volver á despertar esta dura nacion, y amaestrarla contra nosotros en el uso de la guerra, en que fué excelente. Cárlos, nuestro invicto señor, juzgándolo así con los holandeses, puso tan grande estudio en hacerles olvidar de las armas, como en inclinar los españoles á su ejercicio, dándoles gran enseñanza á los príncipes de que hay gentes que sirven mas á su señor con lo que ig-

noran que con lo que ejercitan. Siento que es grande la causa con que provocan la indignacion de nuestro monarca, y que si hallásemos un castigo igual al crímen de los delincuentes, yo me dispusiera á seguirle; empero si cualquiera pena cotejada con el delito parece inferior, entonces solo la podrá igualar aquella clemencia que la puede vencer. Yo digo que la justicia es la virtud mas propia en los buenos reyes; pero hay casos en que al Príncipe le conviene perdonar sin razon, violentado de la contingencia del castigo. En la dignidad de Rey y en el amor de padre no pueden entrar aquellos afectos comunes que llevan los hombres á venganza; de tal suerte, que si la culpa del vasallo ó del hijo puede permitir algun olvido y perdon, no se considera dificultad ninguna de parte de los ofendidos. Tan diferentes son los castigos de la mano del odio ó del amor: aquel siempre pide sangre, este no mas de enmienda. Procedió Cataluña ciegamente, yo lo confieso: muestra ahora señales de su dolor; justifícase con voces y papeles, con informaciones y embajadas; llama á la piedad del Pontífice por intercesion, las repúblicas por medianeras; escribe á sus reyes, llora á todo el mundo, pide justicia contra los que han perturbado sus cosas, nómbralos, y limítase á este ó aquel medio; publícase por fiel y humilde postrada á los piés de su señor, ¿qué le falta sino la dicha de que la creamos? No sé que estas demostraciones sean dignas de desprecio; dícese que son vanas, y simulado su arrepentimiento; y ¿qué sacamos nosotros de esa incredulidad? ¿De qué conveniencia nos podrá ser adelantar nuestra desconfianza á su malicia? No hay soplo que así encienda la llama, como la desesperacion del perdon da fuerzas á la culpa. ¿Qué es en lo que reparais? Piden á su majestad les aparte tres ó cuatro sugetos ocupados en la gobernacion de las armas: poco es esto. Aquí no pretendo discurrir por sus deméritos ni por la justificacion de los quejosos; digo empero que es mas fácil cosa pensar que puedan errar cuatro hombres que una provincia entera. Podeis decir que hay dificultad en el modo de sacarlos con buena opinion; no es grande el mal que tiene remedio: no hay ninguno de los acusados (si son como yo creo que son) que no ofrezca su reputacion particular por el sosiego público: si ellos son buenos, así lo deben hacer; si lo dificultan ó impiden, no teneis para qué estimarlos. Sabed, señores, que no hay miseria que se iguale á una guerra civil. Si fuésemos ciertos de que Cataluña se hubiese de humillar al primer crujido del azote, no dudo que tambien fuera conveniente dárselo á temer; mas si por ventura su ceguedad les hiciese proseguir su obstinacion, y tomasen las armas en la propia defensa, ¿seria cosa prudente exponerse la autoridad de nuestro monarca á la suerte de una ó de otra batalla con sus vasallos? ¿Seria buen ejemplar para los otros reinos cualquiera dicha de estos rebeldes? Y con mas peligro en esta corona, que se compone de tantas naciones diversas y distantes, las mas dellas desaficionadas á la fortuna castellana. Apartemos el temor de la suerte; no pienso sino que entramos victoriosos, que abrasamos, talamos y destruimos; ¿qué es lo que ganamos, sino montes desiertos, pueblos abrasados y plazas echadas por tierra? ¿Esto se puede llamar ganar Cataluña? ¿Qué es esto sino cortarnos una mano con otra y quedar España con una provincia menos? Y entre tanto que gastamos el tiempo en victorias (así quiero yo llamar todos nuestros acontecimientos), ¿cómo nos será posible acudir á Flándes con dineros, á Italia con socorros, á las conquistas con flotas, y á todo el Océano con armadas? Pues si esto faltase, ¿qué tal podria quedar nuestro partido expuesto á la furia, á la industria y á la fortuna de nuestros contrarios? Forzosa, ó por lo menos natural cosa habria de ser el perder en las provincias externas cuanto en las nuestras ganásemos; y entonces ¿cómo lo podriamos llamar triunfo, habiendo de ser contrapesado de pérdidas infalibles? Miserable por cierto seria aquella guerra en que nosotros mismos fuésemos los vencedores y los vencidos. No hay fatiga en el campo de que el labrador en su casa pacífica no se repare. Este era el consuelo de los trabajos que la monarquía padece en sus partes, gozar á nuestra España con quietud. Los Países-Bajos y Alemania (que tambien podemos llamar propia) oprimidos están de armas, Lombardía afligida con su peso, Nápoles y Sicilia amenazados, la Borgoña ni por desierta segura, Alsacia mas que nunca fatigada, unas y otras Indias en continua infestacion de enemigos, el Brasil en manos de una guerra desesperada, las costas de España visitadas de corsarios. ¿Qué otro lugar nos quedaba de descanso sino la España? Pues si ni este pequeño abrigo os quereis reservar entero á los ánimos cansados ó arrepentidos, ¿dónde habrémos de hallar reposo y consuelo? Dónde habrán nuestros hijos y descendientes de gozar el premio de lo que ahora trabajamos nosotros? ¡A gran cosa, á peligrosa cosa por cierto se ofrece aquel espíritu que se encargare de esta novedad! Costoso edificio es este á que pretendeis abrir los cimientos, y cuya ruina podrá sepultar nuestra república. No quisiera ahora que mi ponderacion os llevara el pensamiento á otros casos miserables; empero, si la prudencia es lince, dadme licencia siquiera para pensarlo; no se cuente (norabuena como referido) qué habria de ser de nosotros si al ejemplar de Cataluña conspirasen ó se armasen otras naciones, dándoles esta guerra que apeteceis, no solo ocasion, sino conveniencia. ¡Ah señores! Lleno está el mundo de historias, y las historias llenas de sucesos que nos encaminan á la templanza: advertid que aquel que excesivamente sigue un afecto, necesita despues de un exceso mayor para deshacer el primero. ¡Oh! No sea así que vuestra impaciencia os traiga á tal desdicha, que vengais á sufrir en algun tiempo mucho mas de lo que no quereis tolerar ahora. Benigno rey tenemos, y tan piadoso, que solo extrañará los consejos de la ira, no los de la clemencia, solo porque casi no los conoce. Ninguno subió tan presto á la inmortalidad por la venganza como por el perdon, porque siendo en los hombres lo mas dificultoso, así debe ser lo mas estimable. ¿Llora Cataluña? No la desesperemos; ¿gimen los catalanes? Oigámosles. Este es el mayor artificio de los físicos, ayudar á la naturaleza con beneficios por llevarla allí donde muestra inclinarse. Salga el Rey de su corte, acuda á los que le llaman y le han menester, ponga su autoridad y su persona en medio de los que le aman y le temen, y luego le amarán todos, sin dejar de temerle ninguno. Infórmese y castigue, consuele y reprenda. Buen ejemplar hallará en su augusto bisabuelo, cuando por moderar la inquietud de Flándes, con pompa indigna de césar,

mas con corazon de césar, pasó á los Paises, y acompañado de su solo valor, entró en Gante amotinado y furioso, y lo redujo á obediencia sin otra fuerza que su vista. Salga su majestad, vuelvo á decir; llegue á Aragon, pise Cataluña, muéstrese á sus vasallos, satisfágalos, mírelos y consuélelos; que mas acaban y mas felizmente triunfan los ojos del Príncipe que los mas poderosos ejércitos.»

Era tan grande la autoridad del Oñate, que, ayudada entonces de la suavidad de sus razones y eficacia de los afectos con que las propuso, casi tuvo vueltos los ánimos de aquellos mismos que interiormente sentian ó determinaban lo contrario. El Conde-Duque mostró algun desplacer de su razonamiento, y pudo moderarle, confiando en el otro voto, que esperaba habria de desvanecer todo lo dicho. Siguióse al de Oñate el cardenal don Gaspar de Borja y Velasco, presidente de Aragon, hombre de grande dignidad y fortuna, que pudiera hacer mayor si gozara su felicidad independiente: habló dicen que de esta manera:

«Si otro fuera el estado de nuestras cosas, yo, señores, seria el primero que os pidiera clemencia; empero, llegando los sucesos al extremo en que los vemos, parece ajeno de nuestro poder discurrir ó variar sobre la naturaleza del remedio, sino, entendiendo debe ser solo este, aplicarnos todos á disponerle con ejecucion igual al peligro. Ya no es posible usar de mas templanza, ni siempre el perdon se cuenta por virtud. ¿Quién duda que la real benignidad de nuestro monarca, mal recibida del atrevimiento de los sediciosos, en vez de reducir á la enmienda, haya esforzado á la osadía? No tengo que satisfaceros de que no me obliga á tanta severidad alguna pasion humana; antes, si fuera lícito dar entrada en mi ánimo á los afectos particulares, no hay en mí cosa que no obligue moderacion; mas, ó sea que no hay respeto comparado con la fidelidad, ó que verdaderamente nuestra justicia pese mucho mas que su queja, puedo decir sin temor, que después de conocer unos y otros motivos y ambas justificaciones, nunca tuve por dudosa la culpa ó excusable el castigo. Terrible es en todas leyes la inobediencia; y de la misma suerte que el contagio no tiene otra cura sino el fuego, no se halla á la infidelidad otro acomodamiento que la muerte. Todas las dignidades del mundo asientan sobre obediencia; no tiene otros cimientos el trono de los monarcas sino la misma permision y conformidad de los súbditos. Pues ¿de qué suerte, decidme, se podia hacer permaneciente el imperio, afirmándose en hombres fáciles é inquietos? ¿Cómo podria administrar justicia y premio aquel rey que estuviese dependiente del enojo de sus vasallos? Miserable llamáramos al príncipe cuyos aciertos necesitasen de la aprobacion del vulgo, que por naturaleza aborrece el profundo entender de los mayores. Reloj es la república, cuyas ruedas y volantes son los ministros de ella; el peso es quien la rige ó manda: de esta oficiosa concordia procede la medida de los dias y cuenta de los tiempos; así del mando de los reyes y obediencia de los vasallos sale hermosamente medido y gobernado el mundo, y en habiéndose parado este ó aquel movimiento, ese es el desconcierto de la república. No tienen los reyes otro superior que la razon, y esta no es menester que sea de todos; basta que sea suya. Aquel ignora el ser de las cosas que no comprehende todas sus partes; y comunmente en las materias de estado, que vistas á diferentes luces y en diversos aspectos, unas veces parecen justas y otras injustas, no es lícito al vulgo juzgar de las ocasiones supremas; conténtese con mirarlas; ni á la majestad es decente satisfacer á la ignorancia del pueblo. Importantísima cosa fué siempre á los monarcas castigar los agravios de la corona. Aquel vasallo se puede llamar idólatra que, despreciando la majestad de su rey, adora en el poder de la union; aquel le usurpa tanta parte de imperio, cuanto ó le niega ó le duda de vasallaje. Vuelvo á decir que no solo entiendo merecen estos hombres el castigo por los excesos que han hecho, sino que bastaba la misma razon de su disculpa para que los contásemos como delincuentes. Verdaderamente, señores, ese no es vasallo, criado ó amigo que os pretende obedecer, servir ó amar en oficio determinado; porque, así como no hay caso en que el Príncipe pueda faltar á sus vasallos por verles miserables, no le hay tambien en que el súbdito deba excusarse de servir al señor por verle afligido: entonces el imperio fuera mayorazgo de la fortuna, no de la naturaleza; sirviéramos los mas dichosos, no los mas dignos. Si preguntásemos al Príncipe su ánimo cerca del privilegio, responderá que pensó pagar el servicio hecho y asegurar el agradecimiento para otros mayores. ¿Cuál podrá ser ahora el señor liberal con su vasallo si llegare á entender le desobliga con el beneficio? Terrible y lamentable cosa sea que, en medio de las fatigas comunes y cuando ninguno recata la misma sangre en obsequio de la salud pública, estos hombres quieran atar sus acciones á la dudosa interpretacion de sus pergaminos, y que la grandeza de sus reyes haya de ser fundamento de su terquedad. Aman sobre todo sus intereses; tienen por ajena la causa de la monarquía; aborrecen la gallardía española; no penetran hasta dónde está la necesidad ó conveniencia de nuestras guerras, y apropiándose en juzgar del ánimo de nuestro monarca, ellos consigo mismo quieren aprobar y reprobar sus mayores acuerdos: esto bastaba para ser grande culpa. Tras de esto, fortalecidos en la piedad de nuestro dueño, piensan máquinas asaz peligrosas á la conservacion de su majestad, introducen tratos y partidos con su rey, y pretendiendo capitular como con iguales, á un mismo tiempo y en una misma accion hacen deuda de la clemencia, y justicia del atrevimiento, dándole á entender al mundo que se les debe de derecho la mayor abundancia á que llega la gracia del Príncipe. Y porque la violencia de los casos no da lugar estos tiempos para que sean tratados como en aquellos, sin que dejen espacio alguno al agradecimiento (porque es costumbre de los hombres no acordarse sino de lo postrero), todos sus ánimos ahora son ocupados de la queja, siendo cierto que la misma naturaleza nos previene con ejemplos, pues el mismo sol una vez nos calienta y otra nos abrasa; el mismo aire ahora nos regala, ahora nos castiga. Pretendió el Principado que se le guardase la inmunidad de sus fueros, y se cumplió mientras lo quiso nuestro estado; hubo, en fin, de turbarse, habiendo mojado aquellas olas las mas soberbias y remotas naciones. ¡Cuándo el mundo se estremece, solo los catalanes pretenden gozar de reposo! Ciertamente yo me persuado que este su crímen toca antes

en inhumanidad que en desobediencia; no es menester valernos aquí de la razon de vasallos, bastando la de hombres. Con esto conoceréis ahora que su culpa hace pequeña cualquier venganza; y pues la guerra es remedio de las cosas sin remedio, ¿qué nos falta por hacer después que la clemencia ni la amenaza ni la industria han sido bastantes? Atento podemos considerar el mundo todo á nuestras acciones. ¿Seria buena satisfaccion para los extraños ver que los españoles, que así han sabido superar á los otros, no tengan brio para moderarse á sí mismos? Decis que os temeis del ruin ejemplar en la futura desdicha, y ¿no quereis temeros de ese mismo en la libertad presente? Si esta gente, roto tantas veces el freno de la obediencia, discurriese libre y sin castigo, esto fuera mostrarles á los otros cuál era el camino de la rebelion, por el cual no hubiera nacion tan cobarde que no probase á repetir las venturosas huellas. Si el error no tuviera otra pena que haber obrado mal, solo los justos llegarian á temer las obras ruines; empero para que malos y buenos teman el delito, ordenó la providencia del derecho que la pena siga á la culpa como infalible consecuencia : por eso el suplicio se ejecuta en lugar público, porque llegue el escarmiento donde llegó el escándalo. ¿Qué tales quedaran los ánimos de nuestros enemigos, habiendo visto Cataluña como plaza de nuestras injurias, robos, muertes é incendios, sin que de otra parte miren tambien los azotes y los castigos? De gran consuelo sin duda les habria de ser, si los consideran como flojedad; de gran ánimo por cierto si lo juzgan como cobardía. Yo lo entiendo así de estos mismos catalanes, que ellos jamás habrán esperado tanto de su furia, como nuestra detencion les ha ofrecido. Aprendamos siquiera de ellos, que para acomodar sus cosas injustas, es fama que se previnieron primero de la potencia : tal debe ser nuestra resolucion. Empuñe su majestad la espada, ó por ella su ejército. Así les oiga, si aun se sirve de oirles; así les responda, si aun se sirve de responderles. Vana es sin duda la majestad sin el poder; el que quiera ser estimado muéstrese poderoso; salga nuestro rey si conviene, empero salga acompañado de famosos escuadrones, de antiguos capitanes. No ha de salir el César sino para triunfar, ni ha de llevar la victoria dependiente del arrepentimiento ajeno : en sí mismo, en su justicia, en su poder ha de fundar la esperanza del vencimiento, no en la cortesía de sus enemigos; mande tocar sus cajas, enarbole sus banderas, y los que oyeron los clamores de los miserables, escuchen ahora los ecos de los clarines vengativos. Vean los españoles que tienen príncipe que así sabe volver por los afligidos; y las provincias de Europa, que tenemos rey que no tarda mas en abrazar las ocasiones de valor que lo que tardan ellas en ofrecérsele delante.»

Al silencio del Cardenal sucedió un lento y misterioso ruido entre los circunstantes; porque si bien los mas, advertidos del semblante del valido, estaban dispuestos á convenir con su sentimiento, todavía no acababan algunos de entregarse á sus razones, detenidos de su propio dictámen y acordados de la eficacia del Oñate. Parecióle al Conde interponer su autoridad antes que se esforzase la duda, y en pocas razones dijo.

«Que á él no le quedaba qué decir en aquella materia, qué sentir sí, mucho; porque aunque su vida fuese larguísima (que no podria ser atropellada de tantos sentimientos), no acabaria de llorar ver en sus dias una desdicha tan grande, de la cual no se hallaria en las historias ejemplar antiguo ni moderno que se ajustase con aquel caso tan desmerecido de parte del Rey y de sus ministros; que podria contarse (mas que mejor era no contarse) como rarísimo á todo el mundo, que pocos hombres viles y desarmados perturbasen su república llena de barones y de nobleza; hacer cuerpo y amotinarse, poniendo las manos en lo mas soberano de su gobierno natural, y obligasen después la gente escogida y atenta á imitar y favorecer sus desaciertos; que en los negocios de aquella calidad en otras partes suelen muchos nobles, ó á veces pocos, llevar tras sí la plebe, pero que aquí la nobleza habia servido á la villanía; y que en fin se resolviesen á pretender capitular con su rey, que tantas veces le despreciasen el perdon, forzándole á derramar sangre de vasallos y poner nota en la antigua fidelidad de los suyos. Que una hora mas de disimulacion no era posible ni conveniente; que los cuidados de afuera obligaban á no dejar aquella obra imperfecta, antes ponerla en toda quietud y olvido, porque los intentos mayores del Monarca pudiesen lograrse el año siguiente, pues con la alteracion de aquella provincia se habian tambien alterado tantas diversiones provechosas que á Flándes é Italia estaban apercibidas; que ya era tiempo de mostrarles á los catalanes el camino de su perdicion; que el Rey no debia castigar tanto aquella nacion por remediar su culpa, cuanto por excusar con aquel espanto la ruina de otras; que á Dios llamaba por testigo de que á costa de su sangre propia tomara excusar el menor derramamiento ó venganza, que ya parecia inexcusable; que interiormente lloraba de que en su tiempo hubiese podido tanto la malicia, que osase á obscurecer las luces de la verdad y justificacion del Rey, suya y de sus ministros. Que él esperaba en el suceso mostrase á los venideros de qué parte estaba la razon. Que esto así venia á tocar en desdicha mas que en demérito, que era solo lo que podia darle consuelo en aquella afliccion; que le parecia que el castigo se ordenase luego, y que sobre todo seguia el parecer de los mas.»

No aguardaban los presentes otra diligencia ó discurso que el breve razonamiento del Conde para ajustarse todos en un solo pensamiento, y de la misma suerte que sucede bajo la Equinocial levantarse poderosos nublados en partes opuestas, hasta que de otro lugar comienza á soplar y prevalecer el viento que los humilla á todos, así la voz del Conde abatió las diferencias de estos y aquellos, recogiendo sus opiniones á su parecer solo, con indubitable aplauso de los circunstantes.

Resolvieron que el Rey debia salir de Madrid con pretexto de hacer cortes á la corona aragonesa; que se publicase queria dar consuelo y satisfaccion á aquellos vasallos, ayudando juntamente la restitucion de la justicia y castigo de los perturbadores del bien de Cataluña; que como al Rey era indecente pedir lo que podia mandar, llevase delante su ejército, el mas copioso que pudiese juntarse; que ajustadas las cosas del Principado por manos del temor, como esperaban, se podia después emplear en las fronteras de Francia, cogiendo la ocasion que en la primavera se habia perdido; que si los catalanes se pusiesen en defensa, no faltaría qué

hacer en su daño y castigo, acabando de una vez con el orgullo y libertad de aquella nacion; que estando formado el ejército, se le ordenase al gobernador de las armas de Rosellon tentase á los paisanos hasta descubrir sus intentos; que para que el Rey pudiese salir la primera vez como convenia á su autoridad y al negocio que empezaba, llamase al punto las partes de ejército que se hallaban en las provincias de Guipúzcoa, Alava y tierra de Campos, reliquias de los soldados vencedores de Fuenterrabía; que se sacasen todos los tercios, compañías y capitanes de los presidios de España, particularmente de Portugal, Galicia y Aragon, con todos los oficiales entretenidos y personas de puesto; que se publicasen bandos para que los hombres que alguna vez hubiesen recibido sueldo real acudiesen á servir; que se despachasen decretos á los consejos y tribunales, no admitiesen memorial ninguno de soldado; que se hiciese lista de los que se hallaban en la corte, y fuesen echados violentamente por las justicias en caso que ellos dudasen obedecer los bandos; que los seis mil hombres que se habian repartido á los señores de Portugal fuesen pedidos luego, y los trajesen indispensablemente; que de las milicias de Castilla, Leon, Andalucía, Extremadura, Granada y Murcia se entresacasen las dos de cinco partes; que se llamasen de Navarra dos de los cuatro tercios en que se divide; que se pidiese gente voluntaria á Aragon y Valencia; que pasasen á España el tercio de Mallorca con su virey y nobleza; que las levas de asientos hechas por todos los distritos, tratasen de acabarlas con suma brevedad; que toda la caballería derrotada de Cataluña, y la que se hallaba en las provincias, se juntase luego; que los jinetes de la costa fuesen tambien á incorporarse con ella; que las guardias viejas de Castilla se remontasen, y marchasen las que se habian excusado los años antes; que se avisase al capitan de los continuos estuviese pronto, y los suyos, para campear; que la caballería de las órdenes militares, pedida para la guerra de Francia, se obligase á salir, usando para ello de cualquier medio; que la otra repartida á los tribunales, se les pidiese con vivísima instancia; que marchase alguna parte de la artillería que se hallaba en el castillo de Pamplona; que la que estaba en Segovia saliese tambien; que el marqués de las Navas diese las piezas que tenia en aquella villa, para juntarse con las de Segovia; que toda la gente de guerra, así infantes como caballos, entrase en Aragon y parte de Valencia, haciendo frente á Cataluña, acuartelada por las riberas del Ebro hácia la mar; que se nombrase por plaza de armas general á Zaragoza; que las galeras de España acudiesen á Vinaroz para dar calor al ejército, y los bergantines de Mallorca para servir al manejo de los víveres; que el tren y los oficiales de sueldo acudiesen á Aragon á esperar la formacion del ejército; que allí podria ir á tomar su gobierno la persona á quien el Rey lo encargase.

Esta fué la resolucion de aquella gran junta y de aquella gran cosa, medida casi por las mismas pasiones y respetos con que se trataban los negocios humildes. Por infalible se puede contar la perdicion del reino donde los negocios se han de acomodar al ánimo del que manda, habiendo siempre el ánimo de acomodarse á ellos. Llaman traicion á aquel delito que se encamina al daño particular del Príncipe ó del Estado, y no llaman traidor á aquel hombre que por sus respetos descamina el Príncipe y pone el Estado á peligro.

LIBRO TERCERO.

Eleccion de general del ejército del Rey Católico.—Exámen de los sugetos suficientes.—Junta de la generalidad en Barcelona.—Ventílase de la paz ó defensa.—Llámanse los títulos catalanes.—Embajada y rehenes á Francia.—Juicios de aquel reino.—Capitulaciones y ajustamiento con el Cristianísimo.—Rompe el Garay con hostilidad en Rosellon.—Sucesos de sus armas.—Redúcese Tortosa.—Ocúpanla los reales.—Entra en ella el marqués de los Vélez.—Jura de virey del Principado.

Resuelta la guerra, lo que daba mayor cuidado á los ministros reales era la eleccion de persona que debia gobernar las armas, porque siendo la ocasion tan grande ó mayor que las antiguas de España, no alcanzó aquella suerte que las pasadas, en haber de concurrir con ella los famosos hombres de que su nacion fué tan abundante: todavía se nombraban algunos sugetos dignos de gran confianza, particularmente cuatro, que entre todos, segun el discurso comun, merecian sobre los mas el cuidado de aquel gran negocio. Era el primero el marqués Espínola, en quien se hallaban muchas calidades de capitan; pero como aun entonces no se habia perdido la esperanza de algun ajustamiento, pareció que por sus manos se dificultaba toda concordia, por ser el Marqués á los catalanes, desde la guerra de Sálses, en todo extremo aborrecible. Créese que el mismo Espínola, temeroso de que la empresa parase en su poder, acordaba diestramente sus inhabilidades; otros daban en que no parecia conveniente que españoles fuesen castigados por el arbitrio de un extranjero; que el padre enmienda y disciplina sin injuria al hijo inquieto, no le manda corregir por el esclavo ó criado. Muchos salian á contradecir la eleccion del Espínola, y ninguno la deseaba menos que el Espínola.

El almirante de Castilla era, después deste, aquel donde luego se encaminaban los ojos, y muchos le anteponian al primero. Era el Almirante hombre con principios de grande, y en sangre y ánimo asaz ilustre, amado sobre los mas de su órden; habia vencido tantas veces como peleado; fueron pocas sus victorias, porque lo fueron sus ocasiones; mas como la grandeza de los validos se desplace naturalmente de aquellos que por algun otro medio suben á la eminencia de la autoridad, no le pareció al Conde conveniente darle nueva materia para añadir á su buena fama otros aplausos. Así con algun honesto desvío no fué dificultoso apartarle de la consideracion de los que lo deseaban; y á la verdad, medida su suficiencia con el valor de la empresa, no eran iguales.

Creyeron algunos que le lisonjeaban en proponerle á don Francisco de Acevedo y Zúñiga, conde de Monterey, que poco antes habia gobernado á Nápoles con mas dicha que providencia. Servia entonces el cargo de presidente de Italia, sobre consejero de Estado de España, en mediano aplauso de los políticos; era su primo y su cuñado dos veces del Conde; pero como no es cierto que la naturaleza ate siempre los ánimos de los hombres con los vínculos de la sangre, trayéndoles á unas mismas inclinaciones, hacian en los dos, el uno muy severo, el otro muy festivo, antes disonancia que armonía. Era este, segun fama, el que menos adornaba la majestad de aquel; subido ya á gran estado, y sin hi-

jos á quienes desease buenas correspondencias, así como no miraba á la esperanza, solo atendia á gozar lo que habia alcanzado de su fortuna. Tampoco el Conde-Duque quiso fiar al descuello y capricho del cuñado cosas tan grandes, porque cuanto era mas suyo, temia mas que en los otros el yerro contingente; pretendia poner en aquel lugar un tal sugeto, que siendo la eleccion solo suya, fuesen los peligros ajenos. Con esto fué forzoso pasar con el discurso á buscar otro.

Hallábase á esta sazon en la corte el marqués de los Veléz, adelantado mayor del reino de Murcia, hijo y nieto de ministros, biznieto de grandes capitanes, hombre en quien la naturaleza anticipó la cordura á las experiencias; ornó la juventud con el consulado, siendo virey tres veces, y tres general en Valencia, Aragon y Navarra, de cuyo gobierno militar y civil aun no despedido, asistia en la corte, reputado por digno de mayores empleos. No desayudaba al Marqués su fortuna, aunque naturalmente modesto, porque tambien idolatraba aquella admirable estatua de la soberanía; pero con tales modos y afectos, que en los ojos del mundo pareciese su devocion mas atenta al conservar que al crecer. Habíale alabado el Conde públicamente en otras ocasiones, y acordados de aquella alabanza, mas que de sus méritos, acudieron todos con la memoria á su persona. Este fué el primer motivo para nombrarle; después, viéndole bien recibido, fueron con ingenio arrimándole otras consideraciones de gran peso, que todas le hacian asaz á propósito para el mando, como era ser descendiente y heredero de la casa del comendador mayor don Luis de Requesens, estimado por hijo en Cataluña; conservar en aquella provincia deudo, amistad y alianza con muchas casas ilustres, por el estado de Martorell, que poseia; haber gobernado reinos muy parecidos en leyes y costumbres á los catalanes, y principalmente la buena fama con que lo trataban las tres naciones vecinas.

Ejecutóse lo propuesto, habiéndosele encargado el manejo de aquellos negocios con segundo título de virey de Aragon y general del ejército que en él se formase; y por acomodarle en sus conveniencias, le fué hecha merced de la plaza de mayordomo mayor del infante don Fernando, con el puesto de capitan general del mar de Flándes, y una de las mas gruesas encomiendas de Castilla, sin el sueldo de mil y quinientos escudos cada mes.

Aceptólo con satisfaccion el Vélez, porque se hallaba igualmente engañado que los otros ministros en aquel negocio; no llegó jamás á creer que los catalanes se sustentasen en su entereza, y como juzgaba contingente la necesidad de las armas, no se excusó la alegría de habérselas confiado su señor; considerábase igual con la dicha de algunos que sin lidiar triunfan. Esta imaginacion le hizo ligero aquel peso, que poco después le cargó tanto, que le puso en aprieto de dejar la reputacion ó el mando.

Buena ocasion nos daria este suceso para avisar á las ambiciones de algunos que procuran los puestos y lugares que no merecen, si el oficio de historiador fuese tanto moralizar como decir. La historia aconseja y reprehende sin mas razones que los mismos casos; aquí entra la enseñanza por el entendimiento, no por los oidos; note cada cual en las acciones ajenas su aprovechamiento. Es la experiencia estudio de brutos; para el hombre cuerdo debe bastar el aviso de lo que sucedió á otro; no es menester que le busque por el mismo daño. El Vélez, engañado de sí propio, pagó después, no sin injuria, la facilidad con que discurrió al principio. Ningun sabio debe asentar sus discursos sobre materias inciertas, pues por firmes que las considere, si profiriendo la esperanza de mas dichosos fines, camina á la felicidad, temblando ó mudándose después los cimientos de las cosas á la violencia de accidentes imperceptibles, viene á hallarse sepultado él y sus pensamientos entre las ruinas de su edificio.

Mientras en Castilla se procedia en consejos, tratados y expedientes, no descansaban tambien los catalanes de disponer lo necesario. Luego que faltó el de Cardona á su gobierno, quisieron juntarse para dar forma á su república, porque si bien los imperios se conservan por aquellos mismos medios que se han adquirido, no es así todavía en aquellos donde el movimiento comun de las gentes se aparta de un cetro por seguir á otro; porque el furor y union de los muchos, raras veces constante, siendo acomodado á la naturaleza del emprender, no alcanza la virtud del conservar: lo uno se puede conseguir con la fuerza, y lo otro no se halla sino en la templanza.

Esta máxima de estado, siendo bien entendida por los catalanes, los obligó á poner luego las manos y entendimiento en buscar los modos de su conservacion. Pareció lo primero debian convocar generalmente sus estamentos, y los llamaron por aquella autoridad que les daba la ocasion, y alguna que ellos creian se les derivaba de sus propios oficios, en defecto de los lugartenientes de su príncipe. Llamaron por su antigua forma todos aquellos que tenian voto en la congregacion, no olvidando, artificiosamente, los mismos de quienes esperaban no obedecerian por los intereses del Rey. Escribieron cartas al nuevo duque de Cardona, á los marqueses de Aitona y de los Vélez, al conde de Santa Coloma, hijo del difunto, y á todos cuantos señores castellanos y extranjeros tenian en el Principado estados ó baronías; llamaron á los obispos y prelados, á todos los ministros y tribunales, sin reservar al Santo Oficio; declaraban á todos el aprieto de su patria, la comun miseria de su república, su justificacion, el enojo de su rey y la indignacion de sus ministros; decian de las prevenciones de Castilla, encaminadas á su destruccion; pedíanles viniesen á aconsejar, ayudar y advertir.

Algunos de los llamados ofrecian sus excusas, temerosos de hallarse en obra de tanto peligro; porque como en las monarquías es cierto que el bien y conservacion de cada cual se incluye naturalmente en el cuidado del Príncipe, aquel ofende su providencia que por sí solo, ó con sus iguales, ó por sus medios, pretende juntarse para tratar de su remedio.

Este mismo recelo de algunos particulares obligó á la Diputacion á reescribirlos, usando todo el poder de madre y señora del estado político; quitóles la duda, satisfizo á su temor, dióles término y dia señalado, y envolviendo amenazas entre lástimas, así como les aseguraba del peligro cuanto al enojo del Rey, prometia severos castigos á los desobedientes á su autoridad. Pudo esta diligencia vencer la cautela y temor en los

mas prudentes y respetuosos: así, faltando pocos, formaron la congregacion en su antigua forma.

Cierto podemos afirmar que su intencion de los catalanes no fué otra que juntarse para discurrir sobre los medios acomodados á su estado, porque verdaderamente ellos amaban la persona del Rey Católico; empero aborrecidos y temerosos de sus dos ministros, Conde y Protonotario, de tal suerte deseaban el servicio del Rey, que si el Principado pudiese hallar venganza contra los dos, ó por lo menos quietud sin ellos, fácilmente se dispondria á vivir obediente; mas no con tal obligacion y apremio que se redujesen al gobierno pasado, habiendo de quedar sus cosas en poder de los dos acusados. Hacian estas consideraciones porque, pesado el odio que tenian al Conde y su protonotario, con la aficion que no negaban al Rey, aquel era sin comparacion superior á esotra y de fundamentos mas fuertes, siendo constante entre todos que por manos y consejo de aquellos ministros habian recibido muchos agravios, mas por las del Príncipe ningun beneficio. Y como lo uno se fundaba en sus intereses, y lo otro no era mas de una obediencia á la virtuosa costumbre que nos obliga á amar á los mayores, ninguna vez se oponian entre sí las dos causas, que no quedase victoriosa la segunda, y esta no llevase tras sí las acciones que estaban dedicadas á la primera. Juntáronse, en fin, sus cortes en Barcelona, precediendo en todo el consistorio de la Diputacion.

Es entre los catalanes diputacion general el supremo magistrado, que representa la union y libertad pública, como ya entre los romanos sus cónsules antes del imperio, y después del imperio sus senadores ó conscriptos. En varias provincias de España se gobiernan á este modo; en algunas se llama cabildo, en otras cámara, y en otras ayuntamiento; esto mismo vienen á ser los esclavinos en Flándes, en Holanda los burgomestres y en Milan los senadores; lo mas en Italia algo se desvia de esta forma (no hablo de las repúblicas). Asiste la Diputacion general en Barcelona, metrópoli del Principado; consta de tres diputados, como hemos dicho, que nombran cada año por eleccion comun el dia de San Andrés; es cada cual voz de su estado, y ellos tres, sagrado, militar y real; y en cada uno concurren los votos de la gente de su órden, que escogiendo por suerte aquellos que deben ser nombrados, van apurando sus nóminas de los números mayores á los menores, hasta que aquellos pocos electos por la comunidad eligen aquel uno que los significa todos: sagrado es la iglesia, militar la nobleza, real la plebe.

A estos tres se juntan otros tantos jueces, hombres de profesion jurisprudentes, cuya dignidad no como los diputados es anual, antes dura hasta otra promocion; asiste cada cual al diputado de su estamento, habiendo en los jueces tambien la misma diferencia de órdenes, si no en la calidad, en el oficio y negocios; porque, aunque juntos en la Diputacion mandan en todo, todavía ellos por sí solos no se entremeten en mas de las cosas de su estado.

Esta diputacion, llamada General, no solo gobierna en la ciudad superiormente, empero se extiende cuanto se dilatan sus provincias: todas las villas y ciudades tienen de esta suerte gobierno natural, que representá el cuerpo de todo su pueblo, como la Diputacion representa el de toda la provincia; en unas los llaman cónsules, en otras procuradores, en otras jurados; mas en todas viene á ser igual su autoridad y casi conforme su hábito, que se mejora ó humilla segun el caudal de cada pueblo. Vístense ropas largas, dichas *gramallas*, coloradas, de paño ó seda, de extrañísima hechura; de ordinario son de damasco, sus orlas de terciopelo, y sobre ellas una faja de lo mismo; esta viene á ser el propio hábito, porque sin él no pueden entrar en su magistrado, y con él se suplen la falta de la ropa. Usan la gorra y cuello español, y en sus acompañamientos públicos se sirven de mulas mas que de caballos, llevándolas pomposamente aderezadas; traen delante sus porteros y maceros, como los ediles ó tribunos de los romanos, significando la gran autoridad de su oficio.

Todos los pueblos y su gobierno guardan entre sí la propia correspondencia con el magistrado de su provincia superior á toda ella, que este tiene y guarda con la Diputacion general, donde todos se unen conformemente por sus procuradores. Este es el modo por que se gobiernan en sus cosas públicas, y por el mismo se distribuyen los servicios y contribuciones de todo el Principado, y se administran todas las rentas comunes, aquellas cuyos efectos se disponen en propio beneficio de la provincia, sin intervencion alguna del Príncipe.

Era á este tiempo diputado eclesiástico Pau Claris, canónigo de la iglesia de Urgel; militar, Francisco de Tamarit, caballero de Barcelona; real, Josef Miguel Quintana, ciudadano; jueces, Jaime Ferran, Rafael Antic y Rafael Cerdá; los conselleres de Barcelona, Luís de Caldés Doncell, Antic Saleta y Morgades, Josef Massana, ciudadanos; Pedro Juan Girau y Antonio Carreras, oficiales; y porque en muchas partes habrémos de nombrarlos, entonces darémos razon de sus inclinaciones, segun nuestra costumbre, cuando los acontecimientos nos dén ocasion de hacer juicio de sus espíritus.

En los casos de suma importancia forman otro consejo que llaman Sabio; consta de cien personas diferentes, incluyendo en ellas todos los ministros, todos los estados y calidades de la república. Este es por mayor su gobierno natural, de que me pareció debia dar esta breve noticia, por satisfacer la curiosidad ó duda del que llegare á leer.

Juntos los catalanes en sus cortes, entonces se comenzó á tratar generalmente del miserable estado de su patria, diciendo que sobre verse ofendida de un mal interior, que como veneno implacable abrasaba sus entrañas, la volvian á ver amenazada de otro mayor accidente, á cuyas manos sin falta acabaria la salud pública; que tanto era mayor el trabajo, cuantas mas fuerzas añadia al primero. Escogian otra vez las memorias de obligaciones y de lástimas pasadas; volvian á contar los robos, los incendios, los estupros y los adulterios; aquel parecia mas celoso del bien público, que los afligia con la recordacion de mas horrendos sacrilegios y alevosías; hablaron de su gran justificacion, de la piedad de su causa, del socorro que podian esperar de Dios, siendo su desagravio su mayor motivo; no olvidaron la industria con que los ministros contrarios de su quietud desviaban los remedios que en la clemencia de su rey podian prometerse, y aun sobre la persona del mismo Príncipe hacian juicio, diciendo, ¿qué les importaba fuese su

corazon lleno de piedad, sino vivia con su propio espíritu, sino con aquel de los que amaba? Que la bondad en los príncipes, si no se ejercita, es como las riquezas del fondo del mar, que aunque es cierto que las hay, no aprovechan á ninguno; que las virtudes que están ahogadas de la omision ó pereza, son como prisioneras del vicio, y antes son dignas de lástima que de loa; que el Príncipe no cumple con poseer las buenas costumbres de hombre, si no las acompaña con el valor de príncipe; que aquel rey sin duda reprueba la eleccion que Dios hizo en su persona á la dignidad real, cuando pone su mismo oficio en manos de otro, pues al sumo poder tan fácil fuera hacer rey al valido como al señor, y él deshace en sí propio la obra de la sabiduría; en fin, que del natural de su monarca no habia que esperar accion alguna, cuando su bien estaba opuesto á la voluntad de sus favorecidos.

Por aquí caminaban á la mayor desesperacion; alentábanse con lo que se prometian seguro en Francia y aun en otras naciones; en esto que creian, ó mostraban creer, fundaban vanamente todas las esperanzas de su remedio. Lleva el apetito de ordinario los hombres á grandes peligros, y aun no contento de llevarlos hácia el trance, tambien allí acostumbra deslumbrarlos, haciéndolos creer fácilmente, y obligándolos á usar de medios incapaces ó ilícitos; donde viene que yerran lo que podian enmendar quizá con el sufrimiento, porque el vivísimo deseo de salir del aprieto no da lugar á que examinen si son ó no son justos ó posibles los remedios y las esperanzas que se les ofrecen delante.

De otra parte, les parecia la guerra inexcusable, segun juzgaban por las deliberaciones del Rey, de que recibian continuados avisos: cada dia llegaban nuevas de las grandes prevenciones que se hacian contra su provincia.

No se olvidaban tambien en la propuesta á los Estados de pedir se les buscasen algunos medios suficientes para poder alcanzar la paz, que habian perdido; la restauracion de la justicia, que se habia estragado; el desenojo del Rey, que los amenazaba; la satisfaccion de los pueblos, quejosos; la seguridad de la mayor parte de los hombres, á quienes habia tocado la inquietud.

En estas y semejantes razones se incluia toda la propuesta de los catalanes en su congregacion; duraron las juntas muchos dias, recusando algunos pareceres y escogiendo otros, y después dejando estos escogidos, y volviendo á platicar los mismos que poco antes habian reprobado, ú otros introducidos nuevamente, porque todos los caminos por donde se salia el discurso paraban en confusion y desconsuelo.

Después, volviendo á juntarse á la última accion, cuando parece que ya los ánimos estaban firmes y resueltos en un pensamiento, comenzaron su nueva plática, votando mas regularmente que hasta entonces, desengañados de que por el modo de conferencia no podrian conseguir la resolucion. Este es vicio comun en los grandes concursos, donde siempre se hallan hombres que, ambiciosos del aplauso aun mas que del acierto, ó con exquisitas palabras, misteriosas á los ignorantes, ó con demostraciones de afecto, persuaden ó turban la gente fácil, hasta traer algunos á la idolatría de sus vanidades.

Habíase discurrido indiferentemente en todos los circunstantes sobre la proposicion de los diputados: la mayor parte de los votos, con poca variedad de razones, se inclinaba á la defensa de las armas. Si alguno añadia, no era sino circunstancias de dolor á la causa pública; si otro moderaba en algo el sentimiento anterior, en vano persuadia.

Llegó entonces la ocasion de hablar á monseñor Juan, obispo de Urgel, hombre que nació mas felizmente de la virtud que de la naturaleza, letrado de opinion entre los suyos, práctico en los negocios de la corte romana, donde ocupó la plaza de auditor de Rota, y de presente la de canciller de Cataluña; interrumpió el silencio, y (segun de su boca le escuchamos después) habló en este sentido:

«Por cierto, señores compañeros y hermanos mios, yo no puedo negar que empiezo á hablaros lleno de espanto y desconsuelo, considerando que siendo ya de los últimos votos en esta junta, habeis pasado por la razon, sin que ninguno de vosotros la haya conocido. Violentamente me sacasteis de mi iglesia para que os acompañase en esta congregacion; yo me llamara mil veces mal afortunado si mi resistencia me hubiese valido: tanto estimo ahora el servicio que puedo haceros hablándoos como se debe. Casi os estoy viendo todos cubiertos de la sombra de vuestra pasion; esto me pone en temor de vuestro descamino, y esto mismo me obliga á que os dé voces que os avisen del precipicio. Véome igual á vosotros en la naturaleza, superior á algunos en la fortuna, y á mis méritos primero: á aquellas obligaciones antiguas de la sangre y de la patria se añaden estas del premio que entre vosotros he hallado, contra el uso de los tiempos; no sabré determinarme en cuáles son mayores; sé por lo menos que todas son amables. Ya digo, señores, mi patria afligida, mi estado exento de ficcion, mi experiencia provecta de algunas observaciones, mi edad incapaz de toda esperanza, y por eso mas acomodada al desengaño; todo junto me hace cargo para que yo os sea constante compañero y consejero fiel. Veo que constantemente entendeis todos que para reparar las miserías ó infortunios que hoy padecemos, originadas de la insolencia de los soldados forasteros, conviene tomar las armas en defensa de los naturales y de los famosos privilegios que nos han dejado nuestros antecesores. Primeramente, yo no puedo negar que vuestra causa es justísima; confieso el peso que ha caido sobre nuestra república; tambien yo he oido muchas veces las lástimas y quejas de nuestros patricios, tambien conozco la libertad de las legiones; pero ¿por qué razon no probarémos primero otros remedios mas suaves y proporcionados que ese que determinais, tan violento, y de que podeis usar á cualquier hora? No es el cauterio ó la lanceta la primer cura de la apostema; antes que esta, instituyó la medicina los que llama madurativos, y muchos males rebeldes á la dureza del acero obedecieron á la facilidad de los polvos. Pretendeis vengar vuestra patria de la insolencia de los soldados, y ¿quereis poblarla de nuevo de otros tantos? ¿Quién os ha de vengar á vosotros de estos segundos? La soberbia de estas gentes no consiste en su nacion, sino en su oficio; no son estos insolentes porque son castellanos (tales han sido ya romanos y griegos); muchos hay y de varias naciones, y todos se conforman en

las costumbres licenciosas; luego no es mal fundado el recelo de que los mismos catalanes que habeis de ocupar en este ejercicio os salgan tan molestos á la república como los castellanos, que no podeis sufrir. Ya veréis ahora en vuestra necesidad vuestro peligro, pues no es tan suave el natural de los nuestros, que no nos dé mucho que temer de su orgullo. Vamos á los extranjeros: ¿cuáles han de ser estos? No hay en España nacion que no sea parcial, y apenas hay provincia en Europa donde no llegue ó el imperio ó el respeto del que tenemos por señor. Francia entre todas animará vuestra flaqueza; muchos dias há que triunfa: eso, que á vosotros os puede alentar, á mí me desanima. Si la fortuna no ha mudado sus antiguas costumbres, ya la podemos contar en las horas de su declinacion; pero yo no quiero valerme de este accidente: decidme, ¿qué certeza tendréis que aquellos contra quien ayer os armasteis se querrán armar hoy por vuestra defensa? Y cuando sea cierto que os ayuden, ¿con qué gravámenes os enviarán ese socorro? ¿Cuándo llegará? Y ¿cuál será? Y ¿qué podréis vosotros obrar sin él? La nacion francesa así como ninguno le ha negado el valor, ¿deja de confesar su inconstancia? ¿Seria por ventura conveniente que una vez empeñados en la guerra y declarados contra vuestro rey, os faltasen sus asistencias? Mirad bien á qué cosa os ofreceis, y cómo por cuenta de vuestro juicio corre el peligro comun; en vuestras voluntades están las de todo el pueblo: ¡oh! no se corrompa su inocencia en vuestra pasion. Mas, cuando todo suceda prósperamente, ¿qué es lo que determinais? Si pretendeis quedar libre república, claro está es imposible en medio de dos monarcas tan grandes; como se dice de aquel miserable pez que, deseando volar, ó le traga una ballena ó le despedaza una águila. Si pretendeis nuevo príncipe, ¿cuál hay entre vosotros mas digno de imperio? Si le quereis extraño, ¿por qué le esperais propicio? Decis que la libertad de vuestros fueros os permite tomar las armas por defensa della; todavía á vista de una demostracion tan contraria al uso de las gentes, ¿cómo os podréis excusar de ingratísimos, viendo que os quereis vengar de la misma magnificencia? Yo no me atrevo á afirmar que os sea ilícito; empero pregunto si os es conveniente. Lícito es al ciudadano el pasearse en la dorada carroza; pero si esa excusada pompa le trajese á un costoso empeño, no le excusaria la justificacion de la imprudencia. Dos cosas son precisamente necesarias al que emprende la guerra: la primera es conocerse, la segunda conocer á su contrario. Cotejad ahora brevemente esta diferencia: ¿quién somos, señores, y contra quién nos armamos? Quién, como cada cual de los presentes, conoce el asiento de nuestra region, ocasionada por mar y tierra á invasiones que quizá para templarnos nos puso así naturaleza? Quién mejor que vosotros ha tocado lo tenue de vuestros caudales? La moderacion, no la prosperidad, nos hace ricos; vuestra prudencia son vuestras minas: ¿no veis hasta dónde se extienden los términos de nuestra república? ¿Dónde están los comercios? Dónde los tratos y navegaciones? Estos son los nervios que manejan la potencia del imperio. ¿Hácia qué parte son vuestras conquistas? Ahora digo, lo pasado no nos hace mas que envidia, ó por ventura cargo de que lo olvidemos. ¿Cuáles son los famosos capitanes que han de gobernar vuestras huestes? No dudo yo que la sangre de los ilustres que nos acompañan rehusará cualquier peligro en obsequio de la patria; empero es menester que sepais que entre el valor y la ciencia hay grande desproporcion. ¿Cómo se llama el puerto en que asisten vuestras armadas para guardar vuestras costas? ¿En qué campañas se apacientan los briosos jinetes de que habeis de formar vuestros batallones? ¿Cuáles son entre vosotros los industriosos ingenieros que han de delinear vuestros fuertes? Pues si yo, que soy un humilde é ignorante hombre, á solo la luz de la razon hallo tan fallidos vuestros designios, ¿cuántas mas faltas podrá descubrirles la consideracion de los varones prácticos en la guerra, cuales debian ser aquellos que os aconsejasen? Mirad, señores, atentamente dónde os lleva vuestro enojo; y pues os habeis visto, volved ahora los ojos al que quereis tener por enemigo. Felipe IV se llama rey de las Españas, y le podrémos llamar mayorazgo de las riquezas del mundo; pocos son aquellos que le ignoran el nombre y la grandeza: ¿qué gentes se moverán contra vosotros á la muda voz de un despacho suyo? Qué estudio le costará juntar sus fuerzas contra vuestro atrevimiento? A porfía se le ofrecerán los vasallos fieles para servir de instrumento á vuestro castigo: ¿qué descomodidad se les seguirá á sus ejércitos en que saque de Flándes, Lombardía, Sicilia y Nápoles algunos famosos tercios de soldados veteranos? ¡Con qué voluntad vendrán estos á libertar y vengar sus hermanos, oprimidos de nuestra furia! ¡Qué de capitanes pasearán hoy en su corte en pretension de que les fie alguna parte de vuestra ruina! Vosotros habeis de rogar á quien os defienda; él ha de ser rogado por los que quieren vengarle: las armadas de uno y otro mar poco trabajo les costará infestar vuestras costas; suyas son todas las fuerzas marítimas de Rosellon. Cuando otros tiempos tuvisteis famosas contiendas con don Juan el Segundo de Aragon, estaba entonces España repartida en muchos brazos: los mas fuertes ayudaban á levantar al mas débil cuerpo de vuestra república; hallasteis un don Enrique en Castilla, que os ayudó con socorros; un don Pedro en Portugal, que se puso en vuestras manos; un Renato en Francia, que tambien no os desdeñó de vasallos; y á todos ofrecisteis nueva servidumbre, que no os salia tan barato el auxilio: ahora está el juego del mundo y de la fortuna armado de otra suerte. Advertid que no perdais de un solo lance la justa libertad que habeis gozado hasta ahora; un solo rey es para la ofensa, y muchos os parecerá para el castigo. Mirad en qué paró una ligera inquietud de los vizcaínos el año de 33: antes estaban castigados que se entendiese en España la culpa. Volved ahora la vista á los portugueses, que teneis por hermanos, que fácilmente templaron su orgullo á vista de las armas de Mérida, año de 37. Ved los aragoneses, nuestros vecinos y amigos, cómo se humillan al precepto después que don Alonso de Vargas les hizo besar el látigo; los valencianos se contentan con solo el nombre de reino que poseen. Navarra, ni su vecindad y deudo con Francia, ni la antigua contienda de su derecho contaminó su obediencia, ni la movió la guerra ni la alteró la fatiga. De todos los vasallos, nosotros somos los que llevamos menos cargas, ó sea que nuestro apartamiento las desvíe, ó

que las modere la buena opinion en que estamos de briosos. Rey tenemos, señores; rey y padre, no solo cristiano, sino Católico por renombre: cuanto es mayor nuestra justicia, así debe crecer nuestra confianza; representémosle postrados nuestra miseria; hable solo nuestra fidelidad: el vasallo ó el siervo que pide inmodestamente, ya lleva la negacion escrita en el descomedimiento. Informemos á nuestro rey con una persona llena de verdad y celo, desnuda de todos respetos humanos; justifiquemos nuestra causa con Dios, con su majestad y con las gentes; este es el medio del sosiego, de la paz y de la enmienda: entonces podemos esperar el verdadero é infalible socorro del Omnipotente Señor, Rey de los reyes, amparo de los afligidos, Dios de los ejércitos. Yo por lo menos, tomando su divinidad por juez de mis acciones, protesto que siempre os hablaré en este sentido y con este sentimiento.»

Calló entonces el Obispo, y acabó el llanto su razonamiento. La elocuencia, ordinariamente superior á los ánimos, no dejó de hacer en los presentes algunos interiores efectos; ninguno osó á retractarse, juzgándolo á delito; los mas libres le escucharon con desprecio. Continuóse la materia, reiterándose todos en la opinion primera, hasta que hablando los diputados generales Quintana, el real, en representacion del pueblo, y Tamarit, el militar, en nombre de la nobleza, dijeron su parecer casi en una misma sentencia, difiriendo tan poco en las palabras como en los afectos.

Faltaba solamente por declararse el diputado Claris, de superior autoridad entre los tres, no menos por su dignidad, que por su espíritu atentísimo á las cosas públicas. Era Claris hombre que, habiendo sido antes olvidado, deseaba de hacerse conocido, sin pesar mucho los medios que se le ofrecerian á la fama; aspiraba al mando, que no pudo conseguir antes de la inquietud; y después puso todo su mérito en la libertad, de la que se inculcaba por celoso. Aborrecia de otros tiempos su obispo, y aunque su sentimiento fuera igual, por solo no convenir en su opinion mudara de ánimo. Habia callado con suma observacion hasta entonces, si bien las demostraciones informaban del fuego que guardaba en el pecho. Suspendióse gran espacio, y revolviendo la vista melancólicamente, pidió atencion con los ojos, y habló así:

«Nobilísimo y afligidísimo concurso: Ni mis lágrimas ni vuestro dolor dan lugar á que me dilate; mas aun así es la materia tan grave, que no podré ceñirla tan brevemente como deseo, pues el espíritu que mueve mi lengua, todo aquello que tardare en explicarse, le parece que os debe de tiempo en la afanosa ejecucion que os espera. Habeis oido atentos la plática de ese docto prelado mio; ahora os suplico como particular ciudadano escucheis mis razones, y como cabeza de vuestra junta os encargo examineis la substancia de estas y aquellas palabras, que yo sé de mi opinion no tomará fuerzas en mi autoridad para persuadiros, sino en sí mismo. No creo que este varon que escuchasteis siente con diferencia del consejo que os ofrece; no pienso yo tan impiamente, ni me ajustaré á entender que el mismo pastor es quien conduce las ovejas á la estacion del lobo; antes vengo á persuadirme que los hombres criados á la leche de la servidumbre ignoran del todo aquella bizarría y libertad de ánimo de que necesita el verdadero repúblico. ¿Por ventura es mas prudente ó mas templado que todos los que aquí estáis? No por cierto; la ventaja que nos lleva no es otra que haber perdido el sentimiento, de puro ejercitada la paciencia en otros oprobios; pues ¿cómo, nobilísimos catalanes, quereis vosotros regular vuestras acciones por la pauta de las humildades ó lisonjas de un hombre antiguo cortesano? Está Cataluña esclava de insolentes, nuestros pueblos como anfiteatros de sus espectáculos, nuestras haciendas despojo de su ambicion, nuestros edificios materia de su ira; los caminos, ya seguros por la industria de nuestras justicias, ahora se hallan nuevamente infestados; las casas de los nobles les sirven de fáciles hosterías, sus techos de oro y preciosas pinturas arden lastimosamente en sus hogueras; mas ¿cómo tratarán con reverencia los palacios los que no se desdeñan de ser incendiarios de los templos? Pues á vista de todas estas lástimas, ¿hay quien pretenda ahora persuadirnos espacios, negociaciones y mansedumbres? Verdaderamente el que corrige el fuego con delicadas varas, antes le ayuda que le castiga. Divina cosa es la clemencia; pero en las materias de la honra de su casa, el mismo Cristo nos enseña á desceñirse el cordel contra sus enemigos hasta arrojarlos de ella. Dice que usemos e medios suaves; esto des sin duda acusar nuestra justificacion. ¿Cuánto ha, señores, que padecemos? Desde el año de 26 está nuestra provincia sirviendo de cuartel de soldados; pensamos que el de 32 con la presencia de nuestro príncipe se mejorasen las cosas, y nos ha dejado en mayor confusion y tristeza, suspensa la república é imperfectas las cortes. Ya los medios suaves se acabaron: largos dias rogamos, lloramos y escribimos; pero ni los ruegos hallaron clemencia, ni las lágrimas consuelo, ni respuesta las letras. Romper las venas al primer latido de los pulsos no lo apruebo; con todo, mirad, señores, que el mucho disimular con los males es aumentar su malicia; lo que ahora quizá podeis atajar con una demostracion generosa, no remediaréis después con muchos años de resistencia. Cuanto mas se os encarece la piedad de vuestro príncipe, tanto debemos asegurarnos no castigará la defensa como delito. No porque el águila es la soberana entre las aves dejó la naturaleza de armar de uñas y pico á los otros pájaros inferiores, yo creo que no para que la compitan, mas para que puedan conservarse; los hombres hicieron á los reyes, que no los reyes á los hombres; los hombres los hicieron hombres, porque si ellos mismos se hubieran hecho, mas altamente se fabricaran; claro está, pues siendo ellos en fin hombres, hechos por ellos y para ellos, algunos, olvidados de su principio y de su fin, les parece que con la púrpura se han revestido otra naturaleza. Yo no comprehendo en esta generalidad todos los príncipes, ni propiamente nuestro rey; antes reconozco en su real persona virtudes dignas de amor y reverencia; pero séame lícito decir que para el vasallo afligido viene á ser lo mismo que el gobierno se estrague por malicia ó ignorancia. Para nosotros, señores, tales son los efectos; aquí no disputamos de la causa. Pues si vemos que por los modos fáciles caminamos á nuestra perdicion, mudemos la via. Ya no es menester ventilar si debemos defendernos (eso tiene determinado la furia del que viene á buscarnos), sino creer que no solamente es conveniencia

temporal, mas antes obligacion en que la naturaleza nos ha puesto: los medios parece es ahora lo mas difícil de hallarse. Entended, señores, que ninguno topa la perla en la superficie del mar; no falteis vosotros de vuestra parte con la diligencia, que no faltará la fortuna de la suya con la dicha; si no, demos con el discurso una brevísima vuelta á los negocios del mundo, y á pocos pasos veréis cómo no nos podrán faltar amigos y auxiliares. Decidme: si es verdad que en toda España son comunes las fatigas de este imperio, ¿cómo dudarémos que tambien sea comun el desplacer de todas sus provincias? Una debe ser la primera que se quejo, y una la primera que rompa los lazos de la esclavitud; á esta seguirán las mas: ¡oh, no os excuseis vosotros de la gloria de comenzar primero! Vizcaya y Portugal ya os han hecho señas; no es de creer callen ahora de satisfechos, sino de respetosos; tambien su redencion está á cargo de vuestra osadía: Aragon, Valencia y Navarra bien es verdad que disimulan las voces, mas no los suspiros. Lloran tácitamente su ruina; y ¿quién duda que cuando parece están mas humildes estén mas cerca de la desesperacion? Castilla, soberbia y miserable, no logra un pequeño triunfo sin largas opresiones; preguntad á sus moradores si viven envidiosos de la accion que tenemos á nuestra libertad y defensa. Pues si esta consideracion os promete aplauso y alianza de los reinos de España, no tengo por mas difícil la de los auxiliares. ¿Dudais del amparo de Francia, siendo cosa indubitable? Decid, ¿de qué parte considerais la duda? El pueblo, inclinado á vivir exento, bien favorecerá la opinion que sigue. El Rey (cuya fortuna naturalmente se ofende con la grandeza de España), prosiguiendo la guerra comenzada, ¿qué mayor felicidad se le puede entrar por sus puertas que hallar de par en par las de nuestra provincia á la entrada de Castilla? Si de eso os quereis temer, os anticiparéis el peligro; que observar desordenadamente los accidentes venideros no es prudencia; bastará conocerlos para remediarlos, sin estorbar con ese recelo las acciones convenientes. Ingleses, venecianos y genoveses solo aman su interés en Castilla; búscanla como puente, por donde pasan á sus repúblicas el oro y plata; si sus tesoros tomasen otro camino, en ese mismo dia habrian de cesar su amistad y alianza. Los atentísimos holandeses no habrán de aborrecer en nosotros el repetir las pisadas por donde gloriosamente caminaron á su libertad, ni nos negarán tampoco las asistencias (si se las pedimos) suministradas estos dias á otras naciones, pues introducida una vez la guerra dentro en España, los socorros de Flándes habrian de ser mas contingentes; lo que todo es favorable á sus designios. Notais nuestra provincia de apretada entre España y Francia; eso es ser ingratos á la naturaleza, á quien debeis la mar enfrente, que nos enriquece con puertos, la montaña á las espaldas, que nos asegura con asperezas, pues los dos lados que miran á las dos mayores potencias de Europa, con su oposicion nos fortalecen. ¿Qué es lo que os falta, catalanes, sino la voluntad? ¿No sois vosotros descendientes de aquellos famosos hombres que, después de haber sido obstáculo á la soberbia romana, fueron tambien azote á la felicidad de los africanos? No guardais todavía reliquias de aquella famosa sangre de vuestros antepasados, que vengaron las injurias del imperio oriental domando la Grecia? ¿Y de los mismos que después, contra la ingratitud de los Paleólogos, en corto número os dilatasteis á dar leyes segunda vez á Aténas? ¿Quién os ha hecho otros? Yo no lo creo por cierto, sino que sois los mismos, y que no tardaréis mas en parecerlo que lo que tardare la fortuna en dar justa ocasion á vuestro enojo. Pues ¿qué mas justa la esperais que redimir vuestra patria? Fuisteis á vengar agravios de extranjeros, ¿y no seréis para satisfaceros de los propios? Mirad los cantones de esguízaros, gente innoble, faltos de policía y religion incierta, ¿cómo dejarán la sombra de la diadema imperial? Mirad cómo ahora solicitan ó compran su aplauso los príncipes mayores. Ved los bátavos ó provincias unidas, sin la justificacion de vuestra causa, cómo la fortuna les ha dado la mano hasta subirlos en su propio trono. Si no quereis creer ninguno de estos ejemplares, y el temor por ventura os fuerza á que os imagineis menos dichosos, revolved cualquier piedra de esta vuestra ciudad, que cada cual de ellas no se excusará de contaros la famosa resistencia que hizo al sitio de don Juan el Segundo de Aragon, hasta que capitulando á nuestro arbitrio en los ojos del mundo, él entró como vencido, y nosotros le recibimos como triunfantes. Si os detiene la grandeza del Rey Católico, acercáos á ella con la consideracion, y la perderéis el temor; no hay estatua de metales preciosos á quien el barro no enflaquezca, ni bastan las fatales armas á Aquíles si pisa con planta desarmada. ¿Veis la potencia de vuestro rey cuántos años há que padece? Cierto podemos decir, á vista de sus ruinas, que mejor se medirá su grandeza por lo que ha perdido que por lo que ha gozado: tanto es lo que cada dia se le va perdiendo de nuevo. Si quereis plazas, muchas os ofrecerá Flándes y Lombardía, apartadas ya de su obediencia; si quereis regiones, preguntadlo á unas y otras Indias; si quereis armadas, el mar y fuego os darán razon de ellas; si capitanes, responderá por ellos la muerte ó el desengaño. Algunos filósofos pensaron con Pitágoras que las almas se pasaban de unos cuerpos á otros; mas ciertamente lo pueden afirmar los políticos en las monarquías, donde parece que la felicidad que anima sus cuerpos, dejándolos cadáveres, se pasa á dar espíritu y aliento á otras olvidadas naciones: tal podemos esperar nos suceda. Pero si además de lo referido llegais á temer la confusion que os puede dar la real presencia de vuestro príncipe, no dudo que teneis razon; dudo pero que os dé causa: no sois vosotros de tanta estimacion en los ojos de los que le aconsejan, que el rey de España por sí propio altere la serenidad de su imperio por haceros guerra; yo me atrevo á afirmar que ya todos estáis destinados al despojo de algun vasallo; no será mayor el instrumento. Este es, en fin, señores, el verdadero juicio de nuestras cosas: si el estado de ellas os parece digno de nueva paciencia, el que se hallare mas abundante desta virtud reparta con los otros, no con razones artificiosas, sino con medios convenientes á la moderacion de vuestro mal. Yo no soy de opinion que armeis vuestros naturales para que, siguiendo su enojo, representeis batallas contingentes; no digo que con demasías solicitеis la indignacion del Rey; no digo que á su majestad negueis el nombre de señor; empero digo que, tomando las armas briosamente, procureis defender con ellas vuestra justísima liber-

tad, vuestros honrados fueros; que guarnezcáis vuestras villas y ciudades, que fortifiqueis lo flaco, que repareis lo fuerte, que generosamente pidais satisfaccion de los delitos destos bárbaros que nos oprimen; que alcanceis su apartamiento de nuestra region y el descanso de la patria; y que si no lo alcanzareis, lo ejecuteis vosotros: este es mi parecer; ó que, si tambien hallareis dura esta resolucion, á ese punto tratemos todos juntos de desamparar y dejar de una vez la miserable provincia á otros hombres dichosos. Y si á mí (como aquel que mas tiernamente vive sintiendo vuestras lástimas) me teneis por pesado compañero cuando con esta libertad llego á hablaros, ó si alguno le parece que por mas exento del peligro os llevo á él mas fácilmente, digo, señores, que yo cedo de toda la accion que tengo á vuestro gobierno. Volved enhorabuena á los piés de vuestro príncipe, llorad allí, acrecentad con vuestra humildad la insolencia de los que os persiguen, y sea yo el primero acusado en sus tribunales; arrojad al fierísimo mar de su enojo este pernicioso Jonás; que si con mi muerte hubiere de cesar la tempestad y peligro de la patria, yo propio, desde este lugar donde me pusisteis para mirar por el bien de la república, caminaré á la presencia del enojado Monarca arrastrando cadenas, porque sea delante de ella odiosísimo fiscal y acusador de mis propias acciones. Muera yo, muera yo infamadamente, y respire y viva la afligida Cataluña.»

Apenas habian escuchado los congregados las últimas razones de Claris, cuando en comun aplauso fué aclamada su opinion como salud de la patria, disponiendo sus ánimos de manera, que cada uno parecia haber recibido nuevos espíritus para emplear en su obsequio. Conciliáronse, en fin, los pareceres de todos, y cuerdamente caminaron á infatigable paso tras de aquellas cosas convenientes al establecimiento de sus armas y resistencia de las enemigas.

Nombraron sus plazas de armas segun las partes por donde podian ser acometidos, que fueron Cambrils, Bellpuig, Granollers y Figueras; repartieron sus veguerías en tercios distintos (es veguería en Cataluña lo que en lo mas de España se suele llamar distrito, partido ó comarca); nombraron sus oficiales, dejando á la Diputacion el militar dominio; alistaron gente capaz de aquel ejercicio; visitaron sus villas atentos á la fortificacion; buscaron con desvelo y premio los hombres prácticos en la guerra que tenian entre sí: pocos eran en número, porque el ocio de la larguísima paz en que se hallaban, así como les habia quitado las esperanzas, les quitó el precio; otros hicieron llamar de nuevo desde las provincias donde asistian. El médico, que en salud es aborrecible, al tiempo de la enfermedad es agradable.

Con esto, juzgando que ellos por sí solos no eran capaces de resistir las desiguales fuerzas de tan grande monarca, miraron en su corazon por todo el mundo qué príncipe les podia dar ayuda y consuelo, y después de haberle corrido con el discurso, no hallaron otro que el cristianísimo Luis XIII, rey de Francia, cognominado el *Justo*: su clemencia les prometia amparo, su poder defensa. Esta era la razon comun; empero sobre esta se alegraban interiormente en la consideracion de que para las conveniencias del estado de Francia fuesen tan propicios los accidentes de España, que ningun juicio dejaria de abrazar sus intereses; que era preciso el echar mano de las turbaciones del enemigo, como de materiales utilísimos para la serenidad propia. ¡Miserable condicion, por cierto, de la fortuna, que no tiene caudal para fabricar gran imperio á un príncipe sino con las ruinas de otro!

Así resolutos, eligieron entre todos á Francisco Vilaplana, caballero perpiñanés, práctico y conocido en las fronteras de Francia, para haber de pasar á aquella corte con su embajada al Cristianísimo: pocas otras calidades tenia de embajador; no buscaban entonces mas de la fidelidad; ella lo suplia todo. Partió brevemente lleno de lastimosas cartas al Rey y la Reina, al Cardenal-Duque y otros ministros; en todas referian los catalanes su miseria, su razon y su peligro.

Llegó en pocos dias, festejólo el vulgo, que sin discurso ama y aborrece aquellas mismas cosas que ignora. Entre los políticos fué diverso el juicio con que se recibió aquella novedad; los ambiciosos de gloria ó de venganza creyeron haber topado el hilo por que podian penetrar los laberintos de España á pesar de su arquitecto; prometíanse larguísimos intereses en la nueva guerra, considerando que allá, de la felicidad y reputacion en que estaban sus armas, habrian de crecer sus triunfos por aquel medio. Los hombres llanos y civiles temian que por aquel alborozo se empeñase la Francia en otros sucesos, al tiempo que su fortuna los habia regalado tanto, que no sin gran honra se podian acomodar á la quietud. Los templados y medianos ni deseaban mas glorias ni las rehusaban tampoco; procuraban verlas seguras.

Los ministros del Rey, y sobre todos el Cardenal-Duque, juzgaron por cosa digna de príncipe justo y cristianísimo amparar una nacion cristiana y oprimida; no se les dificultó con la consideracion de algunos que decian que á los reyes no es lícito ni conveniente favorecer facciones ó sediciones de vasallos de otro príncipe, por la ruin correspondencia que podian hallar en sus ocasiones, y tambien por el mal ejemplo que forzosamente daban á sus descontentos, viéndolos amparar los escándalos ó quejas de otros.

A esto se respondia que la cortesía de los grandes no llega á quebrantar sus conveniencias; que el Príncipe no puede ser liberal del bien de sus vasallos; que ninguno debe guardar igualdad á aquel que no se la guarda; que los pretextos de la inquietud pasada de Francia el año de 35, fundaban todos en las negociaciones del Rey Católico y en la cautela de su valido; que el Rey Cristianísimo, en favorecer los catalanes no hacia otra cosa que reconvenir, ó desforzarse de los movimientos del Poitú, introducidos de los españoles; que no habia disculpa con que satisfacer la posteridad, si estando la guerra tan sangrienta en ambas provincias, Francia olvidase la mayor ocasion de sus mejoras; que de ordinario en los acontecimientos de la guerra el que excusa el daño de su enemigo viene á pagar después con su ruina su inconsiderada confianza.

Por estos motivos y otros que le serian presentes al espíritu del Cardenal (por ventura no comprehensibles á nuestra cortedad), se dispuso á introducir su industria, las fuerzas de su reino y la autoridad de su rey en el manejo de las cosas de Cataluña.

Al punto fueron enviados á Barcelona monsiur de Se-

riñan (á quien algunos papeles catalanes llaman de Serniá), mariscal de campo, y monsiur de Plesís Besanzon, sargento mayor de batalla; dos tales hombres cuales pedia el gran hecho para que fueron escogidos, y que así hacian proporcion con aquel fin como con la eleccion de quien los habia nombrado.

Volvió Vilaplana, y los dos á su ciudad, donde todos fueron alegrísimamente recibidos. Tratóse luego de ajustar con brevedad su negociacion en varias juntas que hacian la Diputacion, la ciudad y los enviados; fué fácil el acomodamiento, porque como todos se encaminaban á una razon, ella misma vencia las dificultades. No se duda que en algunos podia hallarse parte de temor, y en otros de negocio; mas como es destreza de los políticos encubrir el miserable la desconfianza y el poderoso la soberbia, unos y otros lo dispusieron de suerte que ni la fe ni la prudencia parece que padecian fuerza ó duda.

Ajustáronse finalmente en que el Principado haria el mayor esfuerzo posible por arrojar y resistir las armas castellanas; que el Rey Cristianísimo les socorreria en espacio de dos meses con dos mil caballos y seis mil infantes; que lo uno y lo otro seria pagado por cuenta de la generalidad; que el Rey solo enviaria los cabos y oficiales que le fuesen pedidos, y no mas; que mientras durase la resistencia de Cataluña, su majestad no mandaria invadir algunos lugares de catalanes como enemigo del Rey Católico, salvo aquellos en que hubiese presidio y armas españolas; que el Principado pondria en manos del Rey Cristianísimo nueve rehenes, tres de cada órden, y que no haria ajustamiento con su rey sin intervencion de Francia.

Con este breve tratado y larguísimas demostraciones de amistad se partieron á Paris el Plesís y Seriñan con la misma satisfaccion que habian dejado á unos y otros llenos de diferentes esperanzas.

Ahora será conveniente dar razon de las armas y progresos tocantes al Rey Católico, bien que en órden del tiempo nos habemos adelantado alguna parte, por seguir las cosas de Cataluña sin intermision de otros acontecimientos, porque mas claramente se entiendan unos y otros.

Asentada ya la guerra contra Cataluña, como hemos dicho, fueron luego despachadas órdenes por el Rey Católico á todas las plazas marítimas del Principado, avisando sus gobernadores de la resolucion de su consejo, y encomendándoles grandemente las prevenciones de la guerra que podian esperar cada dia; y en particular se encargó este cuidado á don Juan de Garay, gobernador de las armas de Rosellon, que en aquel tiempo se hallaba en Perpiñan, después de la muerte del Cardona. Es el Garay hombre que por la via de las armas pudo juntar el mérito y la dicha; comenzó por los pequeños puestos de la guerra, pasó por ellos con velocidad tan grande, que en algunos vino á mandar los mismos que poco antes habia obedecido; ama la industria sin aborrecer el trabajo, presume de lo que obra, y tiene mas dicha para sí que para los suyos.

A este tiempo habia llegado á Zaragoza el marqués de los Vélez, de donde ministraba sus negociaciones en Cataluña. Comenzó solicitando correspondencias en las plazas que todavía estaban en obediencia del Rey; encomendaba á sus gobernadores el vivísimo cuidado que le convenia de adelantar su partido. A los catalanes exhortaba al arrepentimiento, prometiéndoles perdon y conveniencias. Ayudaba mucho en estas diligencias la persona del baile general don Luis de Monsuar, retirado de Tortosa, donde entre parientes y amigos, y con algunas personas de religion, habia tratado el cobro y reduccion de aquella ciudad. Vino oculto á Zaragoza, y dando buena razon de su industria, hizo cómo el magistrado en nombre de todos escribiese al Vélez, pidiéndole juntamente piedad y socorro. Estaban de secreto dispuestas las cosas de tal suerte, que aun no habia salido la carta de la ciudad, cuando sobre el puente de Ebro, que la baña, se hallaban dos mil infantes españoles y cuatrocientos caballos, á cargo todo del maestre de campo don Fernando Miguel de Tejada, soldado práctico y cuidadoso, que siguiendo con todo el órden del magistrado, contra el aplauso del vulgo, que ya le miraba como arrepentido, entró en Tortosa, causando desiguales afectos en los corazones de sus naturales, segun era en ellos diferente la razon con que miraban sus movimientos. Muchos se retiraron medrosos ó aborrecidos, y aun ni de todos los que quedaron se podia hacer confianza.

Con esta observacion trató don Fernando de fortificar la ciudad (que por su sitio y un castillo no muy antiguo, que todavía conserva, pareció fácil), por lo menos de suerte que quedase reparada á una interpresa y motin. Pocos dias después se descubrieron algunos cabezas de los sediciosos, y fueron condenados á muerte por la justicia hasta cinco ó seis hombres plebeyos, no sin lástima de todos.

Con la impensada entrega de Tortosa tomaron las cosas del Rey mejor semblante, no solo por la importancia de la plaza, de asaz utilidad á sus intereses, pues por ella se facilitaba el paso de Ebro á las armas católicas, mas tambien porque su reduccion inducia á la esperanza de otras, y ponia en los catalanes gran duda y temor, viendo que ellos mismos se faltaban primero que su fortuna.

En Rosellon se movian las armas con mas presteza, porque entendiendo don Juan de Garay que los moradores de Illa (lugar mediano en el condado de la Cerdaña, asaz vecino á Francia, á quien sirve de paso) tenian trato con vasallos del Rey Cristianísimo, y determinaban ayudarse de ellos contra los españoles, dándoles entrada en la villa, quiso reconocer y castigar personalmente sus excesos, poniendo toda aquella frontera en mejor órden. Salió el Garay de Perpiñan á los últimos de setiembre con suficiente número de infantería, algunos caballos y cuatro piezas de campaña. Llegó á Millas, hízose reconocer en aquel lugar sin resistencia, tomó las llaves de sus puertas á su propio dueño don Felipe Asbert, dejándole con temor y escándalo; llamó desde allí los cónsules y baile de Illa; tardaron en obedecerle, temiendo con mas razon de la severidad que se usaban con sus vecinos. Salió de Millas prontamente contra Illa en intencion de embestirla y castigarla, abominando con palabras feas el hecho de sus moradores; no debia ofrecerlas al espanto, sino al remedio, porque á veces el cabo lo detenido en la carrera sale mas pronto al grito que al azote. Amaneció sobre el lugar, batióle sin efecto; pretendió romper una puerta por la furia de un petardo; nada salió como se espera-

ba, bien que Juan de Arce gobernaba aquella faccion; defendiéronse briosamente los de adentro. Retiróse el Arce herido del golpe de una piedra; y el Garay, reconociendo en la resistencia de tan pequeño lugar la industria de monsiur de Aubiñí (de quien tratarémos adelante), que la defendia con hasta seiscientos hombres franceses y catalanes, no quiso proseguir en la venganza por entonces, mirando ya en aquel estado mas por la opinion que podia perder, que por la plaza que juzgaba perdida: dejó el negocio para mejor tiempo, aunque no pensó diferirlo mucho, por no dar lugar á que se engrosase el enemigo. Con este pensamiento, ayudado tambien de una voz que sin causa se esparció entre la gente, de que los franceses entraban por el Grao en el estado de Rosellon (algunos piensan que el mismo don Juan hizo introducir esta voz por dar mejor pretexto á su retirada), volvióse en fin, y haciendo alto en San Feliu, mandó reconocer los puestos acomodados á la entrada del enemigo. En este tiempo hizo venir de Perpiñan cuatro cañones enteros y dos cuartos, aumentó sus tropas hasta número de seis mil infantes y seiscientos caballos, y con los tercios de la guardia del Rey, que gobernaba el Arce y don Felipe de Guevara, y el de don Leonardo Móles, llenos de la mejor infantería que entonces tenia España en ningun ejército. Volvió segunda vez sobre Illa, pocos dias después de haberse levantado de ella, dispuso sus baterías, y la batió furiosamente.

Es Illa cercada de un casamuro antiguo, acomodado al modo de las primeras defensas. Continuóse por algunas horas la batería, y habiendo con poca resistencia abierto mas de veinte varas de brecha (quieren así llamar los soldados á la rotura ó portillo que hace la artillería en las murallas), trató don Juan de que el tercio gobernado por el Guevara embistiese al lugar, ganando la entrada, pero desórdenes no dignos de escritura lo dificultaron. Tardóse mas en disponer el asalto de lo que tardaron los sitiados en acudir al reparo animosamente; los capitanes y soldados del tercio, suspensos con el desórden, no se determinaban á embestir; impaciente entonces el Garay, dicen que bajó desde donde estaba mandando, y poniéndose delante dellos, con las voces, y mas con el ejemplo (que en tales casos es la voz mas eficaz y obedecida), los persuadia y ordenaba la escalada; moviéronse tardemente, como aquellos que no llevaba la voluntad; recibió don Juan un mosquetazo en la mano derecha y otro en el peto, de que cayó herido; bastante ocasion para descomponer gentes mas osadas, cuanto mas aquellas, enfermas ya del miedo. Todo esto ayudaba á los contrarios, siendo cierto que no hay mayor socorro para unos que el temor de otros, pues á estos se les añade de esfuerzo el vigor que huye del ánimo de aquellos. Crecian las rociadas de mosquetería desde la plaza, con que á un mismo paso se aumentaba el daño y desfallecia la esperanza. El Garay, empachado de los suyos, mostró querer apartarse del lugar, igualmente obligado del peligro y de la vergüenza; mandó tocar á recoger, y entonces fué fácilmente obedecido. Retiróse con pérdida considerable á Perpiñan, melancólico y temeroso de lo venidero.

Todavía los ministros del Rey Católico no se excusaban de seguir alguna esperanza de concierto, y lo deseaban sin reparar mucho en su calidad; pensaban que puestos una vez los catalanes en sus manos, después enmendaria la fuerza cualquiera condicion poco honrosa á que la necesidad primero se acomodase; intentaron muchas cosas, algunas con poco fundamento; como suele el enfermo no examinar la virtud del remedio, creyendo que entre muchos topará alguno conveniente. Parecióle al Conde-Duque medio acomodado valerse de los poderes de la Iglesia contra la dureza de los eclesiásticos, en cuyo estado, mas que en ninguno, ardía el celo de la libertad de su patria.

Llamó al nuncio apostólico residente en la corte, é intentó persuadirle pasase á Cataluña, para que unas veces con su autoridad, y otras valiéndose de los poderes pontificios, trabajase en la reduccion de aquella gente. No fué posible conseguirlo, defendiéndose el Nuncio con que sin consentimiento del Pontífice no podia dejar su legacía y emplearse en negocios ajenos, para que no tenia jurisdicion; todavía por convenir en parte con su capricho, y mostrar el deseo de la paz y servicio del Rey Católico, temeroso quizá de la no bien pasada tragedia de su antecesor, vino en escribir á la provincia llamando benignamente al diputado Claris; envió la carta con su confesor, por si hallase algun medio de introducir la voluntad del Rey, lo ejecutase y dispusiese segun su órden.

Llegó á Lérida el enviado, avisó de su comision, respondiósele que remitiese las cartas y se detuviese en aquella ciudad; cumpliólo así, y en pocos dias volvió á la corte sin haber negociado mas que nuevas esperanzas á los catalanes, fundadas en el temor que ya se tenia de sus resoluciones, pues por tantos medios se solicitaba la concordia.

Este mismo juicio habia hecho el Nuncio, y se lo representó al Conde, cuando discurrian en el negocio; empero, vencido de su respeto, vino á aprobar en parte su opinion. Permítasenos ahora decir qué poco atentos proceden los ministros de cuya prudencia fia la Iglesia su autoridad, cuando se entremeten á esforzar sentimientos de príncipes, arrimándose á sus facciones. Raras veces los intereses políticos siguen la razon, y entonces seria fuerza, si ella los ha de seguir, doblar la justicia á la parte mas poderosa, con escándalo del universo. A la gran dignidad pontifical y paternal sobre toda la tierra, al Vicario de Cristo, suma verdad, suma entereza, ¿cómo le puede ser lícito negar su agasajo igualmente á alguna de las ovejas que le han sido entregadas en el rebaño espiritual?

No desmayó el Conde-Duque con este desengaño; antes por sí propio volvió á escribir y dar á entender al Principado que el Rey apartaria sus armas de la provincia si la ciudad de Barcelona se acomodase á dejar fabricar dos fuertes reales, uno en Monjuich y otro en la casa de la Inquisicion; entrambos sitios acomodados á la defensa, pues era cierto que de la seguridad de aquel pueblo, como cabeza de su provincia, pendia toda la quietud y conservacion pública. Tampoco esta plática tuvo efecto, y antes los irritó de nuevo, porque esto de fortificarse los españoles fué siempre lo que mas temian.

Prosiguió buscando otros caminos acomodados á sus pensamientos, é hizo cómo don Pedro de Aragon, marqués de Pobar (hijo segundo del Cardona, y que habia acompañado á su padre en las primeras guerras contra

Francia), con pretexto de haber sido llamado á las cortes de Cataluña, se fuese á Barcelona, publicando tambien acudia al desconsuelo y soledad de su madre viuda y de su patria afligida. Corrió la posta mas rico de industria que de prudencia; bien que llevó promesas para sí y los que quisiesen seguirle.

Era la casa de Cardona (como hemos dicho) estimada sobre todas las del Principado; mas después de la muerte del Duque, y desde aquel punto que comenzó á resonar el nombre de libertad, fué desfalleciendo su autoridad de tal suerte, que la Duquesa hubo de retirarse en un convento, donde se hallaba al tiempo que llegó el Marqués su hijo.

Esta visita, por tantas razones sospechosa, fué en extremo desagradable á cuantos la consideraban, ó porque verdaderamente no estaban ya las cosas en estado de remedio, ó porque la industria del Pobar no alcanzó á confiarlos que era el primer paso de aquel negocio. Ellos miraban sus acciones con suma observacion, y pocos dias después lo encerraron en prision áspera, dándole á entender que con menor retiro no estaba seguro á la furia del pueblo, que habia concebido mala opinion de su jornada, y trazaba su muerte. Así dispusieron asegurarse de sus designios; cosa á que los príncipes deben mirar mucho hallándose en tal estado, y trabajar por elegir un medio para que ni la credulidad ni la desconfianza les pongan en peligro, abrazando ó despreciando cuantos le buscan.

Trabajaba continuamente el Vélez en acomodar las tropas que bajaban por los reinos de Valencia y Aragon; habia enviado á don Pedro Pablo Fernandez de Heredia, gobernador de Aragon (es gobernador en aquel reino casi presidente de justicia), con muchos otros comisarios, para que recibiese el mayor grueso de gente que entraba por la villa de Molina; pero el negocio que mas ocupaba su ánimo era disponer los aragoneses á algun fin provechoso al servicio del Rey, haciendo todo lo posible por apartarlos del sentimiento de los catalanes, sus vecinos y deudos; por otra parte los persuadia á que ellos tomasen la mano en el ajustamiento de sus cosas, como ya en tiempos pasados la ciudad de Zaragoza llegó á ser medianera entre su rey don Juan el Segundo y el mismo Principado. No era otro su fin que procurar obrasen los de Aragon de tal manera, que pusiesen en desconfianza de su hermandad á los catalanes, de cuyas correspondencias se temia.

Ya los jurados de Zaragoza (supremo magistrado de aquella ciudad) habian comenzado á mover estas pláticas con el Rey, á que se les respondió de suerte que ellos descifraron de las palabras de la carta mas amenazas que agradecimiento. Y á la verdad los aragoneses no aborrecian la libertad catalana, que disimulaban con cautela; el Vélez, que los miraba profundamente, en lo poco que habian obrado reconocia lo poco que querian obrar; esto mismo le dispuso á que incitase segunda vez con mayores brios lo tratado cerca del acomodamiento, y platicándolo con algunos caballeros que tenian mano entre el gobierno de Zaragoza, no fué dificultoso acabar con los jurados y ciudadanos volver á la plática; tambien porque entendiendo los celos del Vélez cerca de su ánimo, no les parecia conveniente rehusar ni excusarse de aquellas cosas en que no les era costoso el empeño, pensando que así lo llevarian confiado y seguro de que les pidiese otras mayores.

A este fin trataron de enviar su embajada á Barcelona con toda brevedad, antes que la guerra que ya comenzaba á encenderse en Rosellon abrasase aquella frontera, y quedase suspenso lo tratado. Dispúsose entre ellos si podria ó no ser conveniente enviar la persona del Jurado en cap, que era á esta sazon don Lupercio Contamina (es jurado en cap en Aragon la cabeza de su gobierno civil; oficio entre los aragoneses de asaz estimacion, aunque anual): no pareció acomodado empeñar al primer paso la mayor autoridad de su república; fué elegido en su lugar don Antonio Frances, caballero noble y suficiente. Partió á Barcelona por la posta, fué recibido no sin cortesía; negoció cercado siempre de asechanzas, porque los catalanes, con algun escándalo del reposo de Aragon, á quien habian convidado, sospechaban mal de aquellos oficios con que nuevamente se les ofrecian, y con mayor exceso cuando llegaron á entender que los aragoneses, como pretendientes á la primogenitura de la corona de Aragon (en que se comprehende el Principado), intentaban ingerirse en aquellas negociaciones con algun otro derecho mas que el de amistad: cosa insufrible á la entereza de los catalanes.

Fué escuchado don Antonio en la Diputacion, presente el sabio Consejo: dió sus cartas, habló con templanza, introduciendo sus razones con que su reino de Aragon, y en particular su ciudad de Zaragoza, les pedian como á hermanos y amigos tuviesen por bien admitirles por medianeros entre su razon y la queja de su majestad católica; que fiasen de su amor les haria descubrir un medio acomodado á la quietud y satisfaccion; que á los intereses y castigos que se podian pretender de ambas partes se daria un expediente tal, que todos quedasen acomodados y pacíficos.

Respondiéronle con grandes muestras de agradecimiento, diciéndole que no se trataban bien las cosas de la paz entre el estruendo de la guerra; que no se compadecian oficios y ejércitos, medianeros y generales; que ellos deseaban la concordia mas que ningunos; que el Rey apartase luego las armas con que le amenazaba, y mandase cesar las que fatigaban Rosellon, y entonces se conoceria que allí se pretendia la quietud sencillamente, y no la mejora con artificios: que desta suerte estaban prontos, no solo para aceptar, sino para suplicar partidos á su majestad católica convenientes al bien público. Con esta resolucion, llena de brio y constancia, se volvió don Antonio á Zaragoza, con cuya venida se excusaron por entonces otros algunos medios que se habian prevenido, encaminados á este propósito.

Fundaban todas las resoluciones del Rey y sus ministros sobre haberse entendido que la gente junta para la guerra llegaria á cincuenta mil hombres y seis mil caballos; no era excesivo el número, segun habian sido copiosas las preparaciones. Sobre esta certeza, que después convenció de vana la experiencia, fabricaban los ministros todo su discurso: tales salian las provisiones y acuerdos, como asentados sobre fundamentos vanos.

Disponíasele al Vélez que todo el grueso se repartiese en tres partes; que la una entrase por la Plana de Urgel, que era el país mas acomodado á campear,

haciendo frente á Lérida, y caminando á Balaguer y Urgel bajase por Monserrate, hasta caerse sobre Barcelona. Que la otra parte del ejército, pasando el Ebro en Tortosa, ocupase el Coll de Balaguer, y allanase todos los lugares del campo de Tarragona, llevando siempre la mar por el lado diestro, donde podia ayudarse en la falta de víveres; que ganase á Martorell, que se fortificaba, y por las costas de Garraf bajase á Barcelona; que el último trozo se quedase en Aragon, mirando á Cataluña, para acudir ó entrar segun el caso lo pidiese; y que este seria llamado ejército real, y por eso mas copioso y de mejor gente, pues el Rey lo habia de gobernar por su propia persona. De la misma suerte se le ordenaba á don Juan de Garay que con la gente de Rosellón se moviese contra Barcelona, para que todos juntos obrasen la expugnacion de ella.

Fué así que el Garay habia recibido las órdenes; pero era de diferente parecer, habiendo escrito que las fuerzas se uniesen todas; que juntas atravesasen la provincia, sin detenerse en sitiar plaza; que llegasen á incorporarse con su trozo; que así ocupasen el Conflent (es el Conflent país fértil, no muy largo, contenido entre Rosellon, Cerdaña y Ampurdan, casi corazon del Principado); que desde allí bajasen á socorrer y ser socorridos de las plazas marítimas; que el mayor esfuerzo se debia poner, no entre Aragon y Cataluña, donde no podia temerse cosa importante, sino entre catalanes y franceses, por el peligro que habia de que el Cristianísimo engrosase sus tropas, como ya hacia por aquella parte; que el invierno no era acomodado á sitios; que el ejército, vagando por los lugares pequeños, se podia sustentar sin gasto, sin peligro y sin trabajo.

No fué recibido este parecer de don Juan: desdicha ordinaria en las grandes resoluciones de los príncipes, ó aconsejarse con personas extrañas de aquella profesion, ó no seguir las opiniones de los mismos á quienes confian las empresas. Respondiósele que, dejando guarnecidas las plazas de gobierno, se embarcase en las galeras que allí se enviaban, con toda la infantería que pudiese sacar, que en Castilla era estimada en número de seis mil infantes; que con ellos y todo el tren que se hallaba en Perpiñan prevenido para la invasion de Francia viniese á unirse con el ejército, que habia de marchar hácia Tarragona por junto á la mar, cuyo gobierno le estaba aguardando.

Y porque el mando de las armas en Rosellon no quedase sin persona conveniente, se le ordenaba al Conde Jerónimo Rhó, maestre de campo general del reino de Navarra, soldado mas antiguo que grande, de nacion milanés, que desde Zaragoza, donde asistia esperando su empleo, pasase á Vinaroz; y de allí, en las galeras que habian de traer al Garay, navegase á Rosellon con dos mil infantes bisoños, que se mandaban en su compañía para tripulacion de aquellas plazas, entresacados de las levas prevenidas al ejército.

Casi en estos dias llegó de Madrid á Zaragoza, donde se juntaban los cabos españoles, Cárlos Caraciolo, marqués de Torrecusa, caballero napolitano, capitan práctico, aunque de mas valor que prudencia; venia á servir el cargo de maestre de campo general del ejército llamado de la vanguardia; entendíase el de Lérida, porque por aquella parte se juzgaba la primera entrada. Poco después vino Cárlos María Caraciolo, su hijo, duque de San Jorge, mozo en quien resplandecian grandes virtudes, dignas de mejor suerte: gozaba el San Jorge el gobierno de la caballería ligera. Así diferenciaban unas de otras, llamando de las Ordenes, con nombre y oficiales diferentes, aquella que constaba de los caballeros cruzados ó sus sustitutos; esta gobernaba por sí solo, sin dependencia del San Jorge, don Alvaro de Quiñones, del consejo de Guerra de España, hombre en quien los muchos años de servicio dejaron poco mas de una gran vanidad de haber servido mucho; ejercia en Rosellon la tenencia general de aquella caballería; de allí bajó á Zaragoza por incorporarse en su nuevo oficio.

Llegó á este tiempo el marqués Xeli de la Reina, general propietario de la artillería en la Alsacia, para que en aquel título se emplease en la guerra de Cataluña, donde habria de ser el segundo cabo en el trozo mandado por el Garay.

El de los Vélez se hallaba dueño de todas las armas, sin que hasta aquel punto se le diese otra autoridad para mandarlas que el título de virey de Aragon: habíanle nombrado, como dijimos, en consideracion de Cataluña; mas después los varios accidentes del negocio tenian á los ministros como dudosos en la satisfaccion cerca de su ingenio en materia tan importante; prefiriéronle á otros por un discurso, que todo se encaminaba á conveniencias de la quietud; pero ya desesperados de ella, deseaban hallar algun modo de introducir en aquel mando un sugeto de mayor experiencia en las armas: tan presto se traen el arrepentimiento como el peligro las elecciones á quien guia el respeto.

Esforzábase esta confusion con que desde la corte se daba á entender por manos de personas prácticas en los negocios, unas veces que el marqués de los Balbases venia á gobernar aquella guerra, otras que el almirante de Castilla, á quien entonces se habia dado el título de teniente real, á imitacion del imperio; cosa hasta entonces no oida en España, y en que luego faltó, como la razon, el efecto della; no se alcanza con qué necesidad ó con qué industria. Tiempo fué aquel de novedades, las mas de poco crédito á la esencia del mando. Algunos querian que otra vez se platicase la venida del Monterey, cada cual inculcaba con su propio pregon la suficiencia del amigo; con que ningun ánimo desapasionado sabia afirmarse en nada, ni los hombres acababan de entender á cúya obediencia les dedicaban: de otra parte, las provisiones y despachos que venian de la corte se hallaban tan encontradas, ahora hablando en muchos ejércitos, ahora con diferentes generales, que apenas por entre las dudas se podia atinar con la resolucion, y por eso caminaban mas tardamente las ejecuciones.

Gran daño, ó casi inevitable, que los expedientes de graves negocios no se traten con aquella claridad y llaneza que conviene, siquiera por quitarles la ocasion del yerro á los que les tienen á su cargo. Dos son los modos de obedecer y servir á los reyes: unos que ciegamente se atan á cumplir la resolucion, otros que la moderan y mudan segun los accidentes; lo primero es mas seguro para los siervos, lo segundo mas provechoso para los señores. Yo juzgo por cosa impía que el ministro aventure á perder el negocio por obedecer ir-

racionablemente á su órden, pudiendo remediarle con alterar en alguna circunstancia la resolucion: nada tengo por firme para caminar al establecimiento de la gracia, siendo cierto que muchos príncipes habemos visto dejarse obligar por la entereza del vasallo, y algunos ofenderse por haber sido bien obedecidos: escoja el que navega el rumbo segun le aconsejare su prudencia; no camine sin temor á ninguna parte, que cada uno puede llegar al puerto y al escollo.

Fatigábase el Vélez con el embarazo de las órdenes, que cada dia crecia; sobre todo le era de suma afliccion ver que se pasaba el tiempo sin fruto, y que pidiendo al Rey vivamente la explicacion de las cosas, se despachaban con mayor duda, cuando al mismo tiempo se le daba gran priesa porque formase los ejércitos, que de ninguna mano dependian menos. Obraba con espíritu amedrentado; así buscaba el modo de acabar las cosas, no el de acabarlas con perfeccion; tropezábase de unas en otras, y á veces se caia en dificultades donde no habia salida; como el que huyendo de la amenaza, se precipita: á paso igual se suben las altas cuestas; el que las atropella se rinde antes de lo áspero.

Era la mejor parte del ejército aquellos tercios viejos que habian bajado de la Cantabria, y sus maestres de campo, don Fernando de Ribera, teniente coronel del regimiento de la guardia del Rey, don Fernando Miguel, que ya se hallaba en Tortosa y don Diego de Toledo; los dos tercios de irlandeses y walones, sus maestres de campo Hugo Onelli, conde de Tiron, y Felipe de Gante y Merode, conde de Isinguien; y el tercio llamado de los hijosdalgo de Castilla, á cargo de don Pedro Fernandez Portocarrero, conde de Montijo y Fuentidueña; á quienes seguian algunas tropas de gente suelta para efecto de reclutar los otros tercios, segun pidiese su necesidad.

Es Fraga último pueblo de Aragon, puesto entre los Ilergites de Ptolomeo, y llamada de los antiguos Flavia; otros con mas semejanza deducen el nombre de su aspereza. Riégala el rio Cinca ó Cinga, que la divide de los celtiberos. Su vecindad á Lérida la hizo necesitar de fuerzas capaces á defensa y ofensa; porque el enemigo se mostraba en aquella frontera demasiadamente orgulloso: con esta ocasion envió el Vélez al conde de Montijo y otro tercio de infantería portuguesa, su maestre de campo Pablo de Parada, para que guarneciesen la ciudad y su partido. Deseaba el Vélez apartar de sí al Montijo, porque su estado y las vanas prerogativas de su regimiento, incompatible con los mas, se lo hacian molesto. Juntóle tambien alguna parte de la caballería remontada en Aragon, con lo que por entonces pareció que estaba guarnecida en proporcion á su peligro, y se dispuso aquel cuidado.

Los aragoneses, y entre ellos la gente vulgar, que no miraban la guerra sin despecho de alguna suerte, favorecian el partido de sus vecinos tácitamente, y como les era posible, persuadian y ayudaban los soldados, conducidos casi todos con violencia, para que se escapasen y volviesen á sus tierras; con lo que conseguian, sin contar los intereses de los catalanes, para sí mismo gran conveniencia, aliviando sus pueblos de tantos hospedajes y alojamientos.

No fué esto tan poco sensible, que dejase de dar gran cuidado al Vélez, y mayor cuando le certificaban los cabos y oficiales del sueldo que de la misma suerte que llegaban las tropas se volvian, y que del número de gente señalada faltaba casi la tercera parte. Los lugares de Castilla, obligados á la contribucion de los quintados, ofrecian sus quejas, diciendo que por allá no se guardaba la gente, pues en breves dias volvian á sus pueblos los mismos á quien habia tocado la suerte de acudir á la guerra; con que ellos jamás se podrian desobligar del número.

Pareció conveniente atajar este desórden con todo cuidado, y se despachó luego la persona del marqués de Torrecusa, maestre de campo general del ejército, á la villa de Alcañiz, donde, como mas cerca á todos los cuarteles de él, pudiese atender al reparo de aquellos daños; tambien para que fuese ejecutando la formacion de los tercios y regimientos que llegaban, porque hasta aquel tiempo nada tenia forma militar sino el ejército de Cantabria. Partió Torrecusa, y fué disponiendo las cosas conforme al estado en que se hallaban, dándole continuos avisos al Vélez, así de lo que obraba como de lo que entendia del enemigo; certificábase en que la gente que se hallaba en los cuarteles por ninguna diligencia llegaria al número prometido; que así, convenia acomodar las disposiciones y juicios. El Vélez lo avisaba al Rey, el Rey á los tribunales; ellos escribian al Vélez con sequedad y admiracion.

Entonces los catalanes, habiendo reconocido la grandeza y poder del Rey Católico, que ya se descubria por unas y otras fronteras, entendieron en repartir sus fuerzas acomodadamente, segun parecia los llamaban los designios de su enemigo.

Habian ordenado mucho de antes á don Guillen de Armengol, castellano del Portús, se recogiese á su fuerza, como hizo con buen número de infantería y víveres; con lo cual quedaban imposibilitadas para poder unirse las armas católicas que se hallaban en Rosellon, estotras que pretendian invadir Cataluña, ó bajar aquellas á darse la mano con Rósas y Colibre.

Es el Portús antiguo castillo y lugar corto en los pasos llamados de los geógrafos Bergusios, situado en la cumbre de una gran serranía, dicha Coll de la Mazana, ramo de los Pirineos que, bajando desde el septentrion, corre al mar de Mediodía por entre los países del Ampurdan y Conflent, cuyas impenetrables fraguras solo en aquel espacio consienten camino, pero tan dificultoso, que defendido de pocos, como se ejecute con valor, se júzga inexpugnable. A una legua del mismo paso dicho Portús se halla la Bellaguarda, fortaleza edificada de los antiguos señores de Barcelona para defensa de unas y otras provincias.

Los de Rosellon al mismo paso hacian sus correrías ó las estorbaban, acompañando la caballería del país con alguna francesa, que cada dia se les entraba por Illa y otros puestos; con que los reales tenian poco lugar de hacer salidas, bien que las intentaban, no juzgando la campaña por segura.

En este tiempo, entendiendo la Diputacion cómo la ciudad de Tortosa se habia puesto en manos del Rey Católico y recibido sus armas contra el sentir universal del Principado, envió prontamente sobre ella al diputado real Miguel Juan Quintana para que, juntando las gentes convecinas, ya por industria, ya por fuerza, tratase de su recuperacion. Era Tortosa asaz conve-

niente á cualquier partido, por ser paso del Ebro; á aquellos, para defender entera su provincia, y á estos, para tener un puente y una puerta que les aseguraba la entrada en ella.

Introdujo el diputado sus negocios, despachó sus convocatorias; pero habiendo llegado tarde y poco apercibido, finalmente, por obrar en cosa de que no tenia experiencia, tan presto se desconfió del artificio como del poder, siendo certificado en que los de adentro le armaban traicion por consejo del Tejada, dándole muestras de quererle recibir pacífico, solo á fin de haberle á las manos y entregarle á los ministros reales, que, oficiosos, les daban á entender era la suma fineza y obligacion en que ponian á su príncipe.

Retiróse luego, y volvió poco después el conseller en cap de Barcelona, don Ramon Caldés, con grueso número de infantería y algunos caballos á órden de Josef Dardena: no les fué posible, ó no pensaron que les podria ser, embestir á Tortosa, espantados de su gran presidio; pero la corta fortificacion pudiera dar osadía á otra gente mas práctica, siquiera para emprenderlo. Retiráronse á la sierra, desde donde bajaban hácia el Coll del Alba, distante de la ciudad media legua. De esta suerte la fatigaban con escaramuzas de dia y alarmas de noche, sin daño ni provecho de ninguna parte.

Pocos dias después intentaron con algunas compañías de gente suelta quemar de noche el puente por esotra parte del rio; es de madera, fabricado sobre barcas: prendió el fuego en algunas; pero siendo sentidos en la ciudad, salieron con gran valor y cuidado á defendérselo. Obraban los catalanes como ignorando; no sabian hasta dónde el peligro se deja llevar de la suerte, ó dónde esta se ha de trocar por aquel; desmayaron luego, pudiendo haber obrado mucho. En fin se retiraron, rechazados por la mosquetería del presidio.

Los bergantines de don Pedro de Santa Cilia, que en aquella sazon se hallaban en los Alfaques, avisados por el estruendo de las rociadas, subieron por el rio, y llegaron á tiempo de poner mayor espanto á los contrarios: arrimáronse á la orilla opuesta á la ciudad, y desde allí hicieron apartar las mangas que venian en socorro de los incendiarios.

Dió la embestida causa á la fortificacion del puente, y trataron de recogerle por la parte de afuera dentro de una media luna, defendida de traveses á un lado y otro, que venian á servir como de trinchera á ambos costados de la orilla, quedando por entonces reparada contra otro acometimiento.

Tortosa, de quien hemos dicho y hablarémos adelante, es la primer ciudad y pueblo de Cataluña, y no siendo de las mayores de su provincia, goza el mayor obispado, porque se entra en mucha tierra de Aragon y Valencia (célebre ya con la persona de Adriano, pontífice): no pasa su vecindad de dos mil moradores; es fértil y antigua; dícese ser fabricada de las ruinas de otra mas antigua poblacion nombrada Iberia, y fué uno de los lugares llamados de los romanos Ilarcaones. No léjos le hacen espaldas los montes Idubedas, denominados así de Idubeda, hijo de Ibero: después de varias vueltas y desvíos, fenecen antes de mojarse en el Mediterráneo. El lado occidental de Tortosa se termina y extiende en la orilla de Ebro, famoso rio de España, casi padre de sus aguas, como de su nombre; nace en las montañas de Leon, junto á las Astúrias de Santillana, entre Reinosa y Aguilar de Campo, donde dicen Fuentibre (que vale como Fuente de Ebro); sale, y bebiéndose las aguas de la provincia de Campos y los reinos de Navarra, Aragon y Cataluña, se da á la mar en los Alfaques, distantes cuatro leguas de Tortosa, llevando siempre su corriente apartada por igual de los Pirineos.

Deseaba el marqués de los Vélez llegar con las cosas á estado que le fuese posible salir de Zaragoza; era lo que por entonces le detenia mas el despacho del tren y la artillería, para cuyo avío faltaban muchos géneros necesarios; porque, como en España se hallase ya tan olvidado (ó por mejor decir perdido) el modo de la guerra, no sirviese el antiguo, y del moderno no gozasen todavía la provechosa disciplina, costaba mucho mas trabajo y precio hallar aquellas cosas pertenecientes al nuevo instituto militar que en otras menores provincias acostumbradas á ejércitos. No habia carros, y fué necesario fabricar unos y remediar otros; no habia caballos, fué menester comprar mulas en gran cantidad; buscáronse en toda España, y aun de Francia fueron traidas algunas por Aragon y Navarra; faltaban condestables, minadores, petarderos y artilleros diestros; faltaba balería de todas suertes, tablazon, barcas, puentes, gruas, alquitran, brea, salitre, cánfora, azufre, azogue, mazas y confecciones sulfúreas, granadas, lanzas, bombas, morteros, yunques, hierro, plomo, acero, cobre, clavos, barras, vigas, escalas, zapas, palas, espuertas; en fin, todo género de maestranza competente al gran manejo de la artillería. Lo uno se esperaba de Flándes, Holanda, Inglaterra y Hamburgo, donde se habia contratado; lo otro se buscaba en lo mas apartado de España, y habia menester largo tiempo para llegar; salir sin ello no era conveniente: el invierno ya entrado, los enemigos cuidadosos, prontos los auxiliares, marchando los socorros; todo lo consideraba el Marqués, y todo lo sentia mas que lo remediaba; porque lo uno era propio, lo otro ajeno.

Llegó alguna parte de las cosas esperadas con la venida del Xeli; pero él, como extranjero ó poco activo, en todo procedia lentísimamente; con que al Vélez se le añadian cada dia los cuidados de otros: hizo, en fin, marchar la artillería la vuelta de Valencia, por donde el camino era mas llano, aunque poco acomodado, por su esterilidad: dividióla en dos trozos; el primero á cargo del teniente Arteaga, el segundo á órden de Ortelano, que ejercia el mismo oficio en el castillo de Pamplona; siguiólos el Xeli con los mas oficiales de artillería. Sucedió que marchando por los páramos de Valencia, como la tierra estuviese ya humedecida de las primeras aguas, hallábase en partes pantanosa: faltaron tablones para esplanar ciertos pasos; rindiéronse á la violencia del tirar algunos carromatos; no se hallaban entre ellos sobresalientes de pinas, llantas y ejes. Detúvose el tren mientras se acomodaron, y tardóse en remediarlo muchos dias; perdióse el tiempo de la marcha, notable suma de dineros en los fletes y sueldos de los que servian en los bagajes: estimóse la pérdida en gran precio; la detencion no fué de menor costa á los designios. Escribióse este suceso, casi indigno de his-

toria, porque les sirva de enseñanza á ministros y cabos que tienen el mando de las armas; donde se reconocerá fácilmente de cuánta importancia sea en la guerra la prevencion aun de cosas tan pequeñas.

Dentro de pocos dias salió el Vélez de Zaragoza; era el 8 de octubre: habia despachado antes de salir todos los oficiales del ejército á sus tropas, que entre vivos y reformados hacian un copioso y lustroso número.

Goza el reino de Aragon, por antiguos fueros, algunos privilegios, que antes parecen acuerdos que gracias: es uno, que ausente de la ciudad de Zaragoza el virey de Aragon, suceda inmediatamente en el mando universal el gobernador (de cuyo oficio habemos dado breve noticia). Dejaba el Vélez grandes dependencias en el reino de cosas pertenecientes todavía al buen despacho del ejército, y no dejaba de temer que, puesto el gobierno en mano de natural, se procediese flojamente. Era el Gobernador, sobre mozo y no muy experto, asaz interesado en sangre y amistad con la nobleza catalana: todo le fué presente al Vélez; y buscando modo de concertar la justicia y desconfianza del otro y suya, resolvió llevarle, inventando alguna vana ocurrencia competente á su persona, para que su jornada se disculpase debajo de un honesto motivo: no quiso comunicarle su resolucion sino casi en aquella hora en que habia de partirse, por no dar lugar á su excusa; obrólo con estudio, y le salió como queria. Tócale al Virey nombrar lugarteniente cuando no asiste el Gobernador en la ciudad: dejó su poder al juez mas antiguo de la Audiencia real; partióse con pequeña compañía y sin oficial alguno de la guerra ú otra persona particular, mas del maestre de campo don Francisco Manuel, á quien el Rey habia enviado desde el ejército de Cantabria para que le asistiese.

Visitó algunos cuarteles que se hallaban en el camino de Alcañiz, como Samper, Calanda y otros: el primer tercio que le ofreció obediencia fué el de portugueses, su maestre de campo don Simon Mascareñas, caballero del hábito de San Juan, mozo en quien se anticiparon los frutos á las flores, tan temprano capitan como soldado; fueron los portugueses los primeros á obedecerle, quizá no sin misterio, porque lo habian de ser tambien en despreciar su mando, como sucedió poco después.

No paró el Vélez por atender á ningun negocio, y en tres dias llegó á Alcañiz, famosa villa de Aragon y uno de los antiguos pueblos edetanos, célebre en aquellas edades por vecino al campo donde por españoles fué muerto el capitan Hamílcar. Yace en una eminencia, sirviéndole de espaldas el rio Guadalope, y frontero á las rayas de Cataluña y Valencia. Por merced de los reyes de Aragon le goza hoy la órden militar de Calatrava en Castilla: era Alcañiz lugar deputado para las cortes convocadas á su corona, donde juntos residian esperándolas los ministros así de aquel reino como de su consejo, que asiste junto al Rey.

Halló el Vélez los negocios tocantes á las Cortes de tal suerte, como si verdaderamente el Rey las hubiese de celebrar por su persona; cosa en que por entonces no se pensaba, ni se atendia á mas que entretener con aquella esperanza los ánimos de aragoneses y valencianos: con esto, fué la primera diligencia del Marqués prorogar el término de la convocacion. Luego se comenzó á tratar en el ejército, disponiéndose una muestra general, para que con entereza se entendiese la calidad y cantidad de las fuerzas, y se usase de ellas segun su conocimiento.

De pocos dias llegado á Alcañiz, el Marqués recibió aviso y despachos reales, por donde se le encargaba el oficio de virey, lugarteniente y capitan general del principado de Cataluña. Fué este el medio que se tomó para concertar diferencias y jurisdicciones de otros cabos, que habian de concurrir en diversos gobiernos, y era menester se uniesen todos debajo de un solo imperio. Ordenábale tambien el Rey que despachase aviso en su nombre á Barcelona de su nuevo oficio: no pareció decente escribir el Príncipe á los que le desobedecian, ni tampoco olvidar la posesion de su dominio.

A este mismo tiempo se dispuso que don Francisco Garraf, duque de Nochera, virey entonces de Navarra, pasase luego á suceder al Vélez en Aragon y alojarse en Fraga, donde asistia el Montijo, para hacer opósito á Lérida, entre tanto que no se resolvia la segunda forma que ya pretendian dar á la guerra, y que de Navarra bajasen los tercios del señor de Ablitas y don Fausto Francisco de Lodosa, á cargo de don Martin de Redin y Cruzate, gran prior de San Juan, y maestre de campo general de aquel reino en ausencia del Rhó, pasado á Rosellon; que el Vélez dejase en Aragon los mismos dos tercios que ya se estaban en Fraga para engrosar aquel trozo; que le acompañase la misma caballería que bajara desde Navarra poco antes, á cargo del comisario general Octavio Márquez; que su persona del Vélez, con todas las tropas y tercios, entrasen en Tortosa; que allí se jurase virey del Principado; que alojase el ejército en los lugares vecinos, y pudiendo ser, en los inquietos; que todo se ejecutase con suma brevedad, porque de ella dependian los buenos sucesos.

Recibió el Marqués la nueva dignidad con poca alegría, por sacrificarse á la obediencia real; tales son las dichas de los grandes, que luego comienzan perdiendo el querer y el entender. Despachó al punto á Barcelona su pliego con cartas llenas de comedimiento: todos juzgaron la diligencia por vana, y él mas que ninguno, como mejor informado de los ánimos; disculpábase con ser mandado; y así, continuaba su obra en lo tocante al ejército con aquel exceso con que se aventaja el cuidado del dueño á los del siervo.

Entre tanto el Rey Católico, avisado del Vélez desde Aragon, y de Federico Colona, príncipe de Butera y condestable de Nápoles, que gobernaba en Valencia, de cómo la salud pública de aquellos reinos pendia de la fe con que se esperaba y creia la venida de su majestad á la funcion de sus cortes, juzgó por conveniencia real fomentar la credulidad de aquellos vasallos, dando muestras mas eficaces de partir. A este fin se ordenó marchase su caballeriza á Zaragoza con la acostumbrada pompa y ceremonias: no habia otro pensamiento que abonar con las demostraciones sus promesas; pero como faltaba el espíritu de la voluntad para moverlas (espíritu sin quien no saben regirse los poderosos), todo se obraba sin brio ni sazon: por esto, en un mismo tiempo y en unas mismas acciones se entendió fácilmente que todo habia de parar en amagos.

Era plática entonces constante en todos los hombres de discurso que á la grandeza del Rey Católico no podia

ser decente salir y empeñarse en un negocio tan grande, sin que las cosas mostrasen primero á qué parte se inclinaban; porque se podia contar, decian ellos, por miserable suceso en un príncipe llegar á ser testigo de sus propias injurias. Muchos casos no comprehende el juicio humano, en los cuales obrándose contrariamente, se topa con el acierto (este fué el uno); porque, segun después lo mostraron los acontecimientos, se conoce que si el Rey Católico saliera en medio de todas las dudas, los negocios de aquellos reinos se acomodaran á su arbitrio.

Mientras esto se pasaba en Aragon, recibieron los catalanes aviso de que las tropas enemigas que estaban en Fraga, Tamarit y por toda la frontera en oposicion á Lérida y Balaguer, se habian retirado la tierra adentro, juzgando de ahí los hombres fáciles que el Rey, persuadido de su razon, ó por ventura de su temor, disponia las cosas como se habian pedido en el tratado de la paz. Esta nueva, de gran gusto y honor á los principios, se desvaneció en breve; porque volviendo á ser vistas las mismas tropas en la campaña, se entendió habian acudido á alguna órden particular; y fué la verdad de este suceso que llamadas á la muestra general, dejaron los cuarteles con la guarnicion necesaria. Esta es costumbre natural en todos aquellos que no han pasado por grandes cosas, alegrarse ó entristecerse fácilmente con los movimientos de su contrario; no puede ser mayor la miseria que llegar una provincia á estado que su bien ó mal esté pendiente de la prosperidad ó fatiga de sus vecinos, y que aquel que pretende hacer la guerra á su enemigo, no fie en otras fuerzas que en la flaqueza del contrario: no aconsejo se desprecie aquella observacion; mas que no funde en solo accidentes ajenos la confianza de cada uno.

Dispuestas las cosas segun la ocasion, y dejando algunas á cargo de don Vicencio Ram de Montoro, señor de Montoro, comisario general de la infantería de aquella frontera, hombre de asaz industria y bondad, se partió el de los Vélez á Aguasvivas (distante cuatro leguas de Alcañiz), pequeño lugar de Aragon, puesto á la falda de aquella montaña, que le divide de Valencia; pequeño, mas famoso por el gran milagro que Dios obró en él, reservando sobrenaturalmente la sacrosanta Hostia de un incendio terrible que abrasó todo el templo, donde hoy se venera reedificado, y conservándola pura y cándida contra el órden natural por mas de doscientos años.

En este lugar asistió el Vélez algunos dias mientras que la infantería daba muestra, en lo que no se perdia instante, dándose despacho á dos tercios cada dia sin reparar en el tiempo, que con todo rigor lo estorbaba: no bastaba con todo su diligencia para que en la corte se creyese que en aquel manejo se procedia con la actividad posible; antigua costumbre de los grandes, pensar que sus obras no deben respeto al tiempo, y que las ejecuciones son consecuencias de su arbitrio, en que jamás puede haber falta. Con esta desconfianza fué despachado á Aragon don Jerónimo de Fuenmayor, alcalde de corte de Valladolid, hombre agudo, para que ofreciéndose al Vélez como enviado á ayudarle en el ministerio de reducir y castigar la gente que se huia del ejército, sirviese juntamente de despertador á su condicion, que los que le enviaban allá juzgaban por un poco detenida, y tambien fuese informando al Conde-Duque de todo lo sucedido. Hízolo don Jerónimo, y si bien quisiera haber hallado algun desconcierto ó descuido de que poder asirse, llegó á entender con experiencia que el monstruoso cuerpo de un ejército no puede moverse con ligeros pasos. El Vélez conoció su comision y aun su artificio; y no sin industria le metia en las mismas dificultades que quizá ya habia vencido, dejándole luchar con las dudas con que habia peleado. Fuenmayor, confuso entre los estruendos y violencias de cosas que jamás habia pensado, por instantes iba trocando el celo con que allí era venido. Suma maldad es de aquel que siente la inocencia de otro porque le excusa del mérito de la acusacion, y frecuentísima en casi todos los que fiscalizan acciones ajenas: juzgan por inútil su severidad si no hallan materia de parecer justicieros, como el médico ó el piloto no se prueban sin dolor ó sin borrasca.

Ya el Marqués trataba de partirse, porque la mucha tardanza de la respuesta de los catalanes, en su mismo espacio daba á entender la flojedad de su obediencia; llegó en fin al cabo de veinte y dos dias.

Decian que habiendo hecho entre sí junta de estados, hallaban ser cosa de gran peligro haber de entrar el nuevo gobernador con armas, y de no menor el entrar sin ellas; que el Rey les habia dado por su virey al Obispo; que pareceria accion de poca autoridad rehusar sin causa su eleccion; que ellos no habian pedido otro, ni se excusaban de obedecer á aquel; que los rumores públicos no estaban todavía olvidados; que era mucho de temer en tiempos de inquietud mudar tantas veces la forma de gobierno; que se suplicase á su majestad lo quisiese mirar y mandar detener algo mas, porque entre tanto tomarian las cosas mejor camino.

Intentaban con esto los catalanes detener algun espacio la furia de las armas, enseñándoles aquella distante esperanza de concordia para ganar tiempo, y mejorar sus prevenciones mientras que no llegase el desengaño.

Empero el Vélez, que ya no aguardaba su obstinacion ó su aplauso, mandó marchar los tercios en buen órden, sucediéndose unos á otros, y al costado izquierdo la caballería; mandó que entrando en Valencia, volviesen después sobre la una orilla del Ebro, y que sin pasarlo aguardasen su llegada á Tortosa, como luego se ejecutó, llevando la vanguardia el regimiento real, que gobernaba el Ribera. Es privilegio particular de aquellos regimientos ser los primeros en todos casos, contra el órden militar de los mas ejércitos de España; pudo fundarse en que siempre se forman de la mejor gente.

Como primero en las marchas, lo fué tambien en las ocasiones. Caminaba don Fernando de Ribera, su teniente coronel, por junto al rio Algas, que en aquella parte divide Aragon de Cataluña, y se entra en Ebro junto al lugar dicho Fayo. Viéronle temerosos los catalanes de la otra parte, recelándose de la vecindad de su enemigo: comenzaron á juntarse en tal número, que podian provocarlos, pero no resistirlos; bajaron á la orilla, disparando á los soldados algunas rociadas de mosquetería, y mucho mayor ruido de injurias y feas palabras contra la persona del Rey y ministros. Menos ocasion era bastante para dispertar la ira de aquellos,

que ya les oian coléricos; la codicia tambien concitaba como la queja; arrojáronse al agua muchos sin órden ni respeto á sus oficiales, y esguazando el rio, entraron en los lugares opuestos con poca dificultad; mataron, robaron y abrasaron gentes, casas y pueblos; escapó mal de las llamas la iglesia. Acudió don Fernando á recoger los suyos, mas con temor de lo venidero que escandalizado de lo sucedido; redújolos á estotra parte del rio, marchó á sus cuarteles, no sin alguna vanidad de que sus gentes fuesen las primeras que hubiesen derramado sangre del enemigo en esta corta ocasion.

Siguieron á este los otros tercios, y alojados todos segun la cortedad del país, faltaba solo la entrada del Marqués en Tortosa para dar principio á la guerra. Esto mismo le llevaba por las cosas con gran deseo de darles fin; salió de Aguasvivas y de Aragon, entró en Valencia por San Mateo, dió órden que le siguiese el tren que allí habia hecho alto, se alojó en Morella, pasó á Triguera, y desde allí á Ulldecona, primer lugar del Principado; detúvose en él pocos dias, previniendo su entrada en Tortosa; vinieron á Ulldecona el Baile general, el obispo de Urgel y otros algunos caballeros de la devocion del Rey; y porque luego queria mostrar á los catalanes fieles é infieles el poder de su príncipe, determinó entrar acompañado de armas. Esperábanle en unos llanos que yacen entre aquel lugar y Tortosa, el comisario general de la caballería ligera, Filangieri, con quinientos caballos, formados sus batallones: eran aquellas tropas las mejor montadas y gobernadas del ejército, y con su bizarría y ceremonias de la guerra hacian una agradable y temerosa vista, segun los ojos de los que las miraban. Pasó el Vélez, y repartiéndose en varias formas militares todo aquel cuerpo de gente, ocupando vanguardia, retaguardia y costados, le llevaron en medio hasta junto al puente, donde lo aguardaba el magistrado de la ciudad (es de tres diputados de diferentes suertes) con los oficiales de su cabildo, y con toda aquella pompa á que se extiende la autoridad de una pequeña república.

Recibiólos el Marqués á caballo y con gran demostracion de alegría; habló uno dellos brevemente, alabando la fidelidad de su ciudad, el amor y reverencia que en medio de los alborotos pasados habian conservado á su rey; dijo de lo que ofrecian hacer y padecer por su causa; encomendó la templanza de parte de los soldados, y sobre todo pidió misericordia á su patria, perturbada por algunos.

A todo satisfizo el Vélez con gravedad y compasion; afectos que le costaban poco, siéndole naturales. Agradecióles su ánimo, empeñóles la grandeza de su rey para la satisfaccion, y su diligencia para procurársela; trájoles á la memoria la sangre catalana con que se honraba; habló de la estimacion del nuevo cargo de su principado, y difiriendo lo mas para su tiempo, hizo su entrada acompañado de los suyos, y atravesando el puente, ocupó la ciudad. Eran muchas las gentes que concurrian á verle; bien que con diferentes corazones, porque unos le miraban como salud, otros como muerte. Caminó á la sede, donde le aguardaban el cabildo eclesiástico y su obispo electo fray Juan Bautista Campaña, general que habia sido de la familia franciscana, á quien el Rey enviara antes de consagrado porque ayudase á la reduccion de aquel pueblo.

Habíanse convocado, segun costumbre de los catalanes, con edictos públicos los síndicos y procuradores del Principado para el acto del juramento en Tortosa; acudieron solamente aquellos cuyos lugares estaban mas expuestos al castigo de la desobediencia, y aun en ellos se conocia que no los trajera el amor, sino el miedo. Con estos y algunos jueces naturales, que desde la corte venian á este efecto, y con las personas del obispo de Urgel, prelado y ministro, el Baile general y el magistrado de Tortosa, hicieron cómo se representase todo el cuerpo y estados de la provincia, supliendo la regalía del Príncipe cualquier defecto ó nulidad que los ausentes repitiesen; y con las ceremonias usadas entre ellos, delante de notario y testigos juró el Vélez en manos del Urgel en la misma forma que los vireyes pasados, prometiendo de guardar sus fueros, sin quebrantar ninguno, como en tiempos de la paz lo hacian sus antecesores.

La forma de aquel juramento habia sido ventilada de muchos dias antes; porque, siendo constante que el ánimo de los ministros reales y sus disposiciones parecia encontrado á lo que era fuerza prometerse, paraba toda esta duda en un escrúpulo vivo que el Vélez padecia con grande afecto; y como si solo sobre su conciencia cargase el peso de aquella cautela, varias veces lo trató y propuso á su confesor fray Gaspar Catalan, religioso de Santo Domingo, varon de estimadas letras y virtudes en Aragon; en fin se halló modo decente para concertar aquellos puntos que parecian contrarios, jurando de guardar (como se ha dicho) sus libertades y privilegios al Principado mientras el Principado siguiese obediente las órdenes de su rey. Sobre esta cláusula, tácita ó expresa, asentó la forma del juramento sobredicho, con que el Vélez se dió por seguro, y los ministros de la provincia entonces por satisfechos.

LIBRO CUARTO.

Progresos de las armas mientras el Vélez asistia en Tortosa.—Tomas de las villas y pasos de Cherta, Aldover y Tivenys.—Primera forma del ejército en campaña.—Gánase el Perelló.—Embestida y toma del Coll de Balaguer.—Retírase el conde de Zavallá.—Sitio de Cambrils.—Razon del caso de los rendidos.—Muerte del baron de Rocafort.—Ocúpase el campo de Tarragona.—Asalto de Villaseca.—Sitio del fuerte de Salou.—Frente sobre Tarragona.—Negociaciones con Espernan.—Retirada del pendon y Conseller.—Entrega de la ciudad.—Suceso de Portugal.—Alojamiento del ejército.

Erales notoria á los catalanes la órden real de que el marqués de los Vélez se jurase en Tortosa de virey del Principado, y juzgando que con todas sus fuerzas é industria debian obstar la celebracion y justificacion de aquel acto, declarando su violencia, juntáronse en consistorio la Diputacion, Consejo Sabio y conselleres, donde resolvieron que la ciudad de Tortosa y todos los pueblos que siguiesen su parecer fuesen solemnemente segregados del Principado y reputados como extraños y enemigos, privando á los moradores de sus privilegios y union de su república, inhabilitándolos para cualquier oficio de guerra ó paz. De esta suerte comenzaron á obrar, no tan solamente por castigo del apartamiento de Tortosa, sino tambien para que con esta prevencion se excusase el derecho que el Vélez podia alegar en su juramento: como si las grandes contiendas de príncipes ó naciones pudiesen sujetarse á los tér-

minos legales; siendo cierto que los intereses del imperio pocas veces obedecen sino á otro mayor.

No olvidaban por estas diligencias políticas otras que mas prácticamente miraban á la defensa; antes con prontitud, por atajar los progresos de los invasores, ordenaron que el maestre de campo don Ramon de Guimerá, con el tercio de Montblanc, que gobernaba, fortificase la villa de Cherta y los pasos de Aldover, junto á Ebro, en el márgen opuesto á Tortosa; con que se quitaba á los reales la comunicacion por agua y tierra con los lugares de Aragon; y de la misma suerte fué enviado don José de Biure y Margarit con el tercio de Villafranca para guardar el paso de Tivisa, que era el segundo puerto después del Coll de Balaguer; y que don Juan Copons, caballero de San Juan, con el regimiento de la veguería de Tortosa guarneciese á Tivenys, lugar casi en frente de Cherta, del mismo lado de la ciudad y distante de ella dos leguas; que los tres se socorriesen en los casos de necesidad, á quienes habian de ayudar y seguir algunas compañías de los que llaman miquelets, á cargo de los capitanes Cabañas y Casellas. Eran entre ellos los miquelets al principio de la guerra la gente de mayor confianza y valor; bien que sus compañías no parecian mas de una junta de hombres facinerosos, sin otra disciplina ó enseñanza militar que la dureza alcanzada en los insultos, terribles por ellos á los ojos de los pacíficos: tomaron el nombre de miquelets, en memoria de su antiguo Miquelot de Prats, compañero y cómplice del duque de Valentinois y sus hechos, hombre notable en aquellos tiempos de Alejandro VI y don Fernando el Católico en la guerra de Nápoles. Antes fueron llamados almogavares, que en antiguo lenguaje castellano, ó mezcla de arábigo, dice gente del campo; hombres todos prácticos en montes y caminos, y que profesaban conocer por señales ciertas, aunque bárbaros, el rastro de personas y animales.

Parecióles á los catalanes, en medio de todos los movimientos referidos, que el mas cierto camino para asegurar la defensa de su república era acudir á Dios, á cuyo desagravio ofrecian sus peligros; y bien que fuese piedad ó artificio, ó todo junto, ellos mostraban que en sus cosas la honra de Cristo tenia el primer lugar. Con esta voz se alentaban y prevenian á la venganza.

Son los catalanes, aunque de ánimo recio, gente inclinada al culto divino, y señaladamente entre todas las naciones de España, reverentes al Santísimo Sacramento del Altar. Sentian con celo cristiano sus ofensas: con este motivo, y tambien por hacer su causa mas agradable á la cristiandad, previniendo excusar el pregon de desleales, exageraban su dolor en declamaciones y papeles. Pretendieron hacerle mas solemne, y á este fin celebraron fiestas en todas las iglesias de su ciudad por desagravio y alabanza de Dios sacramentado y ofendido; juzgaron por cosa muy á propósito dar á entender al mundo que al mismo tiempo que las banderas del Rey Católico y sus armas les intimaban guerra, se ocupaban ellos en alabar y reverenciar los misterios de nuestra fe, porque cotejándose entonces en el juicio público unas y otras ocupaciones, se conociese por la diferencia de los asuntos la mejor de las causas.

Proseguian en sus festividades, cuando el tiempo les trajo otra ocasion asaz útil á sus justificaciones. Llegó el día de San Andrés, el 30 de noviembre, en el cual, por uso antiguo, la ciudad de Barcelona muda y elige cada año los conselleres, de quienes se forma, como dijimós, su gobierno político. Muchos eran de opinion se disimulase aquella vez la nueva eleccion, atento á los accidentes de la república, entre los cuales, como en el cuerpo enfermo, parecia cosa peligrosa introducir mudanzas y nuevos remedios; añadian que se debia prorogar el año sucesivo á los mismos conselleres que acababan, de cuyos ánimos ya la patria habia hecho experiencia; que era un nuevo modo de tentacion á la fortuna ó á la Providencia, estando sus negocios conformes y bien acomodados, desechar los instrumentos con que habian obrado felizmente, y buscar otros de cuya bondad no tenian mas fiador que su confianza. Pero los mas eran de parecer que en tiempo que tanto afectaban la entereza de sus estatutos y ordenanzas, por cuya libertad ofrecian la salud comun, no habian de ser ellos mismos los que comenzasen á interrumpir sus buenos usos; que entonces les quedaba justa defensa á los castellanos, diciendo que la misma necesidad que les obligaba á mudar la forma de su gobierno los habia forzado á ellos á que se la alterasen; que los ánimos de los naturales eran así en el servicio de la patria, que no podria la suerte caer en ninguno que dejase de parecer el que espiraba; que los presentes estaban ya seguros, aunque no fuese tanto por su virtud como por lo que habian obrado; que era necesario eslabonar otros en aquella cadena de la union, para hacerla mas fuerte y dilatada; que los que nuevamente entran en el combate sacan mayores alientos para emplear en la lid; que esos que seguian sus conveniencias dependientes de las dignidades, por ventura aflojaban, ó con lo que ya poseian, ó por lo que no esperaban; como es cierto que al sol adoran mas hombres en el oriente que en el ocaso. Esta voz, arrimándose al uso, que en ellos se convierte en naturaleza, templó la consideracion de los primeros; celebróse en fin la ceremonia sin alterar su costumbre antigua.

Fueron nombrados en suerte por nuevos conselleres de Barcelona Juan Pedro Fontanella, Francisco Soler, Pedro Juan Rosell, Juan Francisco Ferrer, Pablo Salinas; el primero y tercero ciudadanos, el segundo caballero, el cuarto mercader, y oficial el quinto; tambien en el consejo de Ciento se acomodaron algunos sugetos capaces segun las materias presentes; con que la ciudad quedó satisfecha y gozosa.

Hecha la eleccion, se vino á tocar una dificultad grande, en que no habian reparado á los principios: era costumbre no introducirse los electos en el nuevo mando sin la aprobacion del Rey; parecia cosa impracticable, en medio de las discordias que se padecian, cumplir con aquella costumbre, en que se consideraba mucho mas de vanidad que de justificacion; todavía resolvieron en enviar despachando su correo á la corte, de la misma suerte que lo hacian en los años de quietud. De este modo daban á entender que solo se desviaban de la voluntad de su rey en aquella parte tocante á la defensa natural, que hace lícito al esclavo detener el cuchillo con que el señor pretende herirle; pero que en lo mas el Rey Católico era su príncipe y ellos sus vasallos. Llegó el correo á Madrid, y su humillacion, tan poco esperada de los castellanos, no dejó de renovar algunas esperanzas de remedio: confirmóseles en to-

do su propuesta tambien en la forma antigua, y en pocos dias volvió á Barcelona respondido.

No dejaban los cabos catalanes, fortificados en los lugares vecinos á Tortosa, de molestar toda aquella tierra con correrías y asaltos, impidiendo particularmente la conduccion de víveres á la ciudad, y el despacho de los correos que se encaminaban á diferentes partes de Aragon y Valencia; era esto lo que daba mas cuidado al Tejada, que gobernaba la plaza. Llegó el Vélez, y le propuso cómo se debia remediar aquel daño con prontitud antes que el enemigo se engrosase; pareció conveniente á los generales su advertimiento, y que el mismo gobernador de la plaza se debia emplear en aquella primera faccion, por la ventaja que tenia en sus noticias, tambien por ser don Fernando uno de los maestres de campo mas prácticos del ejército: con esto se satisfizo á la pretension de don Fernando de Ribera, que, como dueño de las vanguardias, entendia ser el que primero fuese empleado.

Salió el Tejada de Tortosa al anochecer con mil y quinientos infantes escogidos de su tercio, y otros muchos aventureros ó voluntarios y doscientos caballos, cuyos capitanes eran don Antonio Salgado y don Francisco de Ibarra; pasó el puente del Ebro, y en buena ordenanza, conducidos por el sargento mayor de Tortosa José Cintis, de nacion catalan, marcharon la vuelta de Cherta: movióse la gente con espacio, midiendo el paso, el tiempo y el camino (primera observacion de los grandes soldados en las interpresas); llegaron los batidores á encontrarse con las centinelas del enemigo; tocóse al arma en el cuerpo de guardia vecino al lugar de Aldover, distante de Cherta media legua, y reconocido el poder de los españoles, á quien hacia mas horrible su temor y la confusion de la noche, desampararon unas y otras trincheras los catalanes, subiéndose á la eminencia que por parte de mano izquierda les cubre y ciñe la estrada. Eran bajas las fortificaciones en aquel paso, y sobre bajas, mal defendidas; no hubo dificultad en ganárselas; saltólas sin trabajo la infantería y con un poco mas la caballería; tocábanse vivamente alarmas por toda la montaña. Don Fernando, juzgando ser ya descubierto, mandó se marchase mas aceleradamente, por no dar lugar á que el enemigo se previniese ó se escapase. Llegaron primero los catalanes que se retiraban de los puestos que no habian defendido, y haciendo creer á los de Cherta que todo el ejército contrario les embestia, por dar mejor disculpa á su miedo, acordaron de retirarse á gran priesa; hicieron fuegos (señal constituida entre ellos para avisarse del peligro, y ordinaria en las retiradas); pasaron el rio los mas en barcos, con que se hallaban temerosos de aquel suceso. Llegó el Tejada sobre la villa á tiempo que el Guimerá, que la gobernaba, y casi todo el presidio se habia retirado á esotra parte: constaba su defensa de trincheras cortas é informes, de algunas zanjas y árboles cortados esparcidos por la campaña; todo cosa de mas confianza á los bisoños que de embarazo á los soldados diestros. Don Fernando, que ignoraba lo que los de adentro disponian, hizo tomar las avenidas, dobló allí su gente, dió órden de embestir á algunas mangas, abriólas á los lados, y metió la caballería en medio, por atropellar la puerta, si acaso la abriesen para alguna salida; embistió el lugar, nunca murado, y entonces sin presidio; ganóle como le quiso ganar; perecieron muchos de los que su olvido ó su valor habia dejado dentro; retiráronse algunos moradores á la iglesia, y fueron guardados en ella salvas las vidas; robóse la hacienda sin reparar en lo sagrado, porque la furia de los soldados no obedeció á la religion en la codicia, como ya en la ira le habia obedecido: parece que aun estotro es mas poderoso afecto en los hombres. Ardió brevemente gran parte de la villa; fué considerable el despojo. Era Cherta lugar rico, y sobre todos los de aquella ribera ameno y deleitable, bañado de las aguas de Ebro. Parecióle á don Fernando pasar adelante, dejándole guarnecido, por ver si acaso topaba al enemigo en la campaña; pero los soldados, mas atentos á la pecorea que al son de las cajas y trompetas, siguieron pocos y en desórden; bajaron algunos catalanes á la orilla opuesta, y desde las matas con que se cubrian daban cargas, con pequeño daño de los que las recibian. Volvióse á Cherta don Fernando, donde halló ya quinientos walones que se le enviaban de socorro y habian de quedar de guarnicion; acomodólos, y sin esperar órden del Vélez, tocó á recoger y encaminó su marcha hácia Tortosa.

Era grande el enojo con que los catalanes miraban arder su pueblo; deseaban vengarse; y notando que la gente se habia retirado, quisieron que el Guimerá pasase otra vez sobre Cherta: no le pareció conveniente sin otra prevencion, y era sin duda que la hubieran perdido y cobrado, si pasasen, en el mismo dia. Ordenó á don Ramon de Aguaviva que con cien hombres de los miquelets atravesase la ribera y descubriese al enemigo, reconociendo el modo de guarnicion y fuerza del lugar. Ejecutólo con valor y tan buen órden, que el capitan y los suyos se entraron en la villa por varias puertas que salian á la campaña, sin que fuese sentido de los walones, que, ocupados todos en la rebusca de los despojos, no advertian su peligro. Ocuparon los miquelets algunas casas, desde donde cargando súbitamente sobre los del presidio, mataron muchos. Fué grande el espanto, y algunos se persuadian que era traicion ó motin; tocaron al arma con notable estruendo; volvió á socorrerlos el Tejada, que iba marchando; salieron los walones inadvertidamente á la campaña, donde ya se hallaban muchos de los catalanes que se retiraban, inferiores en número, aunque iguales en desórden. Entró en esto la caballería, y revolviéndose entre ellos con velocidad, jamás los dejó formar; embistiéronse los infantes unos á otros con asaz valor: murió don Ramon de Aguaviva pasado de dos balazos, caballero ilustre catalan, y el primero que con su sangre compró la defensa y libertad de la patria. Los otros, puestos en huida, pocos alcanzaron el rio; casi todos fueron muertos, y algunos cayeron en prision.

A los clamores de Cherta acudió la mayor parte de los soldados vecinos del cargo de Margarit, pero en tiempo que no podian servir á la venganza ni al remedio: los moradores de aquella tierra, oprimidos de la impaciencia ordinaria, en que son iguales cuantos ven perder sus bienes sin poder remediarlo, soltaron muchas razones contra los cabos catalanes: este escándalo, y el temor de la causa de él, los puso en cuidado de que podrian ser acometidos en sus mismas defensas: acudieron luego á engrosar la guarnicion de Tivenys hasta dos mil hombres: sus mismas prevenciones servian de

aviso á los cabos católicos, considerando tambien que los provinciales determinaban rehacerse, para que saliendo el ejército de Tortosa, cargasen sobre ella y ofendiesen su retaguardia. Dispúsose prontamente el remedio, y se ordenó que el maestre de campo don Diego Guardiola, teniente coronel del gran prior de Castilla, con su regimiento de la Mancha y algunas compañías de gente vieja y dos de caballos, sus capitanes Blas de Pinza y don Ramon de Campo, obrase aquella interpresa. Ejecutóse, mas no con tanto secreto, que los catalanes no recibiesen aviso de algun confidente: parecióles dejar el lugar de poca importancia, y por su sitio, irreparable contra la fuerza que esperaban: retiráronse á Tivisa un dia antes de acometerle el Guardiola; pero él creyendo lo mismo para que fuera mandado, aunque no le faltaban algunas señales por donde podia entenderse la retirada, repartió su gente en dos trozos. Eran dos los caminos de Tivenys, y aun por junto al rio mandó algunos caballos: tomó con su persona el camino real, formó su escuadron antes de llegar á la villa, hasta que don Cárlos Buil, su sargento mayor, que gobernaba el segundo escuadron, se asomó por unas colinas eminentes al lugar. Hizo señal de embestir; acometió, y ganó las trincheras desiertas; y don Cárlos, bajando por la cuesta, peleaba con la misma furia y estruendo como si verdaderamente el lugar se defendiese; no habia otra resistencia que su propio antojo, porque no creyendo ó no esperando la retirada del enemigo, temian de la misma facilidad con que iban venciendo. Ocupóse la villa, y se dejó de allí á pocos dias.

Entre tanto el Vélez trabajaba grandemente por introducir en el Principado la noticia de un edicto real, que le fuera enviado desde la corte solo á fin de hacerle público, contra la industria de los que mandaban en Cataluña, por donde la gente plebeya entrase en esperanzas del perdon y en temor del castigo.

Contenia que el Rey Católico, habiendo entendido que los pueblos del Principado, engañados y persuadidos de hombres inquietos, se habian congregado en deservicio de su majestad, por lo cual en Cataluña se experimentaban muchos daños costosos á la república, y que deseando como padre el buen efecto de la concordia, y certificado de la violencia con que habian sido llevados á aquel fin, queria dar castigo á los sediciosos, y á los mas vasallos conservarlos en paz y justicia; que les ordenaba y mandaba que siéndoles notorio aquel bando, se apartasen y segregasen luego, reduciéndose cada uno á su casa ó lugar, sin que obedeciesen mas en aquella parte, ni en otra tocante á su union, á los magistrados, conselleres ó diputacion, ó á otra alguna persona, á cuyo respeto pensasen estar obligados; que no acudiesen á sus mandados ó llamamientos; que de la misma suerte no pagasen imposicion ó derecho alguno antiguo ni moderno, de que su majestad les habia por relevados; que realmente perdonaba todo delito ó movimiento pasado; que prometia debajo de su palabra satisfacerlos de cualquier persona de que tuviesen justa queja, pública ó particular; y que haciendo lo contrario, siéndoles notoria su voluntad y clemencia, luego los declaraba por traidores y rebeldes, dignos de su indignacion, y condenados á muerte corporal, confiscacion de sus bienes, desolacion de sus pueblos, sin otra forma ni recurso mas que el arbitrio de sus generales, y les intimaba guerra de fuego y sangre, como contra gente enemiga.

Este bando, introducido con industria en algunos lugares, no dejó de causar gran confusion, y mas en aquellos que solo amaban su conservacion, sin otro respeto, y creian que el seguir á sus naturales era el mejor medio para vivir seguros. Algunos lugares vecinos á Tortosa, que miraban las armas mas de cerca, temieron ser primeros en los peligros: la villa de Orta y otros enviaron á dar su obediencia al Vélez, pidiéndole el perdon y excusándose de las culpas pasadas. Pudiera ser mayor el efecto de esta negociacion, si los catalanes con vivísimo cuidado no se previnieran de tal suerte, que totalmente se ahogó aquella voz del perdon que los españoles esparcian, porque no tocase los oidos de la gente popular, inclinada á novedades, y sobre todo á las que se encaminan al reposo. Consiguiéronlo felizmente, porque examinados después muchos de los rendidos, certificaban no haber jamás entendido tal perdon; antes todos señales y ejemplos de impiedad y venganza.

Ellos tambien, no despreciando la astucia de los papeles, que algunas veces suele ser provechosa, hicieron publicar otro bando, escrito en el ejército católico, en que prometian que todo soldado que quisiese pasar á recibir servicio del Principado, no siendo castellano, seria bien recibido y pagado ventajosamente; y que á los extranjeros que deseasen libertad y paso para sus provincias, se les daria debajo de la fe natural con la comodidad posible: cosa que en alguna manera fué dañosa, y lo pudiera ser mucho mas si, como sucede en otros ejércitos, el real constase de mayor número de naciones extrañas.

Después de esto se despacharon órdenes á todos los lugares de la ribera del Ebro porque estuviesen cuidadosos de acudir á defender los pasos donde podian ser acometidos; pero la gente vulgar, bárbaramente confiada en la noticia de que el ejército real era corto para grandes empresas, despreciaban ó mostraban despreciar sus avisos, lisonjeados de su pereza, aun mas que engañados de su ignorancia.

Entendia el Vélez entre tanto en acomodar las cosas de la proveeduría del ejército: dábanle á entender hombres prácticos que aun después de ganado el Coll de Balaguer, les habia de ser casi imposible la comunicacion de Tortosa, porque no se podrian aprovechar del manejo de los víveres sin gruesos convoyes ó guardias de gente, porque los catalanes, acostumbrados aun en la paz á aquel modo de guerra, no dejarian de usarla en gran daño de las provisiones. Habíase encargado el oficio de proveedor general á Jerónimo de Ambes, hombre inteligente en varios negocios de Aragon; pero como hasta entonces estuviese ignorante de la naturaleza de los ejércitos que no habia tratado, no sabia determinarse en hacer las larguísimas prevenciones de que ellos necesitan, que todas penden de la providencia de uno ó de pocos oficiales. No se puede llamar práctico en una materia aquel que solo la ha tratado en los libros ó en los discursos: allí no se encuentran con los accidentes contrarios, que á veces mudan la naturaleza á los negocios; una cosa es leer la guerra, otra mandarla; ningun juicio la comprehendió aun dentro en las experiencias, cuanto mas sin ellas: tampoco guardan entre sí regulada proporcion las cosas grandes.

con las pequeñas; el que es bueno para capitan, no siempre sale bueno para gobernador, como el patron de una chalupa no seria acomodado piloto de una nave: trabajosa ciencia aquella que se ha de adquirir á costa de las pérdidas de la república.

Habíase ofrecido don Pedro de Santa Cilia para que con los bergantines de Mallorca, que gobernaba pocos menos de veinte, diese el avío necesario al ejército, pensando poderle ministrar los bastimentos desde Vinaroz y los Alfaques, principalmente el grano para sustento de la caballería; pero en esto se consideraban mayores dificultades por la natural contingencia de la navegacion, y mas propiamente en aquel tiempo, en que de ordinario cursan los levantes del todo contrarios para pasar de Valencia á Cataluña: después lo conocieron cuando no podian remediarlo.

Faltaba solo para salir á campaña la última muestra general, y se habian convocado los tercios á este fin: desde los cuarteles donde se alojaban fueron traidos á la campaña de Tortosa, donde con trabajo grande se acomodaron mientras se pasaba la muestra: pasóse, y se hallaron veinte y tres mil infantes de servicio, tres mil y cien caballos, veinte y cuatro piezas, ochocientos carros del tren, dos mil mulas que los tiraban, doscientos y cincuenta oficiales pertenecientes al uso de la artillería.

La infantería constaba de nueve regimientos bisoños, encargados á los mayores señores de Castilla, cuatro tercios mas de gente quintada, uno de portugueses, otro de irlandeses, otro de walones, el regimiento de la guardia del Rey, el tercio que llamaban de Castilla, el de la provincia de Guipúzcoa y el de los presidios de Portugal, con algunas compañías italianas en corto número. La caballería se repartia en dos partes: la de las órdenes militares de España (excepto las portuguesas) todas hacian un cuerpo, que gobernaba el Quiñones, su comisario general don Rodrigo de Herrera, en número de mil y doscientos caballos, con oficios á parte, todos caballeros de diferentes órdenes. En las elecciones de capitanes no entró todo aquel respeto que parece se debia á cosa tan grande: eran mozos algunos, y otros inferiores á la grandeza del puesto; bien que algunos suficientes. Concurrian tambien con la caballería los estandartes de sus órdenes, llevados, no por los clavarios, á quienes tocaban, sino por caballeros particulares: don Juan Pardo de Figueroa fué encargado del de Santiago; los dos no advertimos: después por consideraciones justas se dejaron venerablemente depositadas aquellas insignias en un convento de san Bernardo en Valencia, y los tres caballeros seguian la persona de su gobernador.

La otra caballería mandaba el San Jorge y Filangieri: asistíale Juan de Terrasa, el año antes su comisario general, que entonces se hallaba sin ejercicio.

La veeduría general del ejército ocupaba don Juan de Benavides; la contaduría Martin de Velasco; la pagaduría don Antonio Ortiz, y por tesorero general Pedro de Leon, secretario del Rey, en cuya mano se entregaba todo el dinero del ejército, y allí se separaba y salia dividido para los diferentes oficiales del sueldo que concurrian.

Pareció que con esto se hallaban vencidas las dificultades de aquella gran negociacion, bien que la mas poderosa se reconocia invencible: era la sazon del tiempo, irrevocablemente desacomodada á la guerra que determinaban comenzar; pero fiando en la benignidad del clima español, ó lo que es mas cierto, pensando que su poder no hallaria resistencia, temian poco la campaña y rigores del invierno, porque esperaban hallar agasajo en los pueblos, y que la descomodidad no duraria mas que lo que el ejército tardase en llegar á Barcelona.

Dispuesta ya la salida del ejército, llegó aviso de cómo el enemigo, previniendo sus intentos, habia zanjado algunos pasos angostos en el camino real del Coll, á fin de impedir el tránsito de la artillería y bagajes: ordenó el Vélez que Felipe Vandestraten, sargento mayor de walones, uno de los soldados de mas opinion del ejército, y Clemente Soriano, español, en puesto y reputacion nada inferior al primero, con doscientos gastadores, trescientos infantes y cincuenta caballos saliesen á reconocer los pasos, acomodar las cortaduras y desviar los árboles, porque la caballería y tren no hallasen embarazo.

Salieron y ejecutaron cumplidamente su órden: bajaron á impedírselo algunas pequeñas tropas de gente suelta que el enemigo traia esparcida por la montaña; fueron poco considerables las escaramuzas: acabaron su obra, y se volvieron dando razon y fin de lo que se les habia encargado.

Entendióse con su venida cómo en el Perelló, lugar pequeño, mas cerrado, puesto en la mitad del camino, se alojaban con alguna fuerza los catalanes, que no debia ser poca, pues ellos mostraban querer aguardar allí al primer ímpetu del ejército. Con esta noticia fué segunda vez enviado el Vandestraten con mayor poder de infantería y caballería, para que ganase los puestos convenientes al paso del ejército, que habia de mantener hasta su llegada; y si la ocasion fuese tal que sin perder su primer intento pudiese inquietar al enemigo, lo procurase; que el ejército seguia su marcha, y le podia esperar consigo dentro de dos dias.

Vandestraten tomó su primer camino, y topando algunas tropas de caballos catalanes, los rebatió sin daño; eligió los puestos, y ocupó una eminencia superior al lugar y estrada que baja á Tortosa; mandó que algunos caballos é infantes se adelantasen á ganar otra colina, que aunque desviada, divisaba toda la campaña hasta el pié del Coll, por donde era fuerza pasasen descubiertos los socorros á Perelló; en fin, disponiéndolo todo como práctico, avisó al Vélez de lo que habia obrado.

Los catalanes, viendo ya las armas del Rey señoreando sus tierras, puestas como padrones que denotaban su posesion en los lugares altos, entraron en nuevo furor: despachaban correos á Barcelona, desde donde salian órdenes, avisos y prevenciones á toda la provincia; no se descuidaba el Vandestraten de inquietarlos, solo á fin de saber qué fuerza tenian; pero ellos cuerdamente se retiraban, tanto á su noticia como á su daño. Algunos caballos catalanes de los que salian á la ronda embistieron el cuerpo de guardia puesto en la colina; fué socorrido de los españoles, y no se aventuraron otra vez, temerosos de su fuerza.

La guarnicion del Perelló constaba de alguna gente colecticia de los lugares comarcanos, sin cabo de sufi-

ciencia, y ellos sin otra disciplina que su obstinacion, mas firme en unos que en otros; parte dellos, esperando por instantes ser acometidos, se escaparon valiéndose de la noche; á estos siguieron otros; todavía quedaron pocos, á quienes sin falta detuvo ó el temor ó la ignorancia de la salida de los suyos.

Era el aviso del Vandestraten el último negocio que se esperaba para la salida del ejército; recibióle el Vélez con satisfaccion, y señalóle el dia viérnes 7 de diciembre del año de 1640, dia que por notable en el tiempo, debe ser nombrado en todos siglos (cuya recordacion será siempre lastimosa á los descendientes de Felipe), y año memorable de su imperio, vaticinado de los pasados, temido de los presentes, fatal el año, fatal el mes y la semana. El sábado 1.° de diciembre perdió la corona de España el reino de Portugal, como dirémos adelante; el viérnes 7 de diciembre perdió el principado de Cataluña, porque desde aquella hora que se usó del poder por instrumento de la justificacion, se puso la justicia en manos de la fuerza, y quedó la sentencia á solo el derecho de la fortuna. Notable ejemplar á los reyes para poder templarse en sus afectos. Perdió don Felipe el Cuarto antes de guerra ó batalla dos reinos en una semana.

Habíase pensado sobre si podria ser conveniente que desde Tortosa se repartiese el ejército en dos partes, llevando la una el camino del Coll, y la otra el de Tivisa, porque la marcha se hiciese mas breve; pero cesó luego esta plática, entendiéndose que el enemigo estaba ventajosamente fortificado en el paso del Coll, y era mas seguro embestirle con todo el grueso del ejército; de esta suerte ajustándose en que la marcha siguiese el camino real de Barcelona, y recibiendo todos las órdenes del maestre de campo general, segun lo que cada uno habia de seguir, amaneció el viérnes, dia señalado, lluvioso y melancólico, como haciendo proporcion con aquel fin á que servia de principio.

Comenzó á revolverse el ejército al eco de un clarin, que fué la señal propuesta; movióse, y marcharon en esta manera: era el primero el duque de San Jorge, á quien tocó la vanguardia aquel dia; llevaba delante, como es uso, sus tropas pequeñas, y estas sus batidores; constaba su batallon de quinientos caballos, que se doblaban ó desfilaban segun se les ofrecia el camino; á poco trecho de esta caballería siguió el regimiento de la guardia, su teniente coronel don Fernando Ribera; á este el regimiento propio del marqués de los Vélez, su teniente coronel don Gonzalo Fajardo (ahora conde de Castro); después el maestre de campo Martin de los Arcos, tras quien marchaba el regimiento del conde de Oropesa, su teniente coronel don Bernabé de Salazar; al Salazar seguian dos tercios que olvidamos (cuéntese entre los mas defectos de esta historia); y de retaguardia el tercio de irlandeses, su maestre de campo el conde de Tiron. De estos se formaba la vanguardia del ejército, que propiamente gobernaba el Torrecusa.

Seguia poco después, aunque en partes distintas, el segundo trozo, llamado batalla en estilo militar: era de la batalla el primer tercio el de Pedro de Lesaca; al de Lesaca seguia el regimiento del duque de Medinaceli, su teniente coronel don Martin de Azlor, y á este el del duque de Infantado, su teniente coronel don Iñigo de Mendoza; á don Iñigo seguia el regimiento del gran Prior de Castilla, su teniente coronel don Diego Guardiola; tras de este el marqués de Morata, su teniente coronel don Luis Jerónimo de Contreras; después del de Morata el del duque de Pastrana, su teniente coronel don Pedro de Cañaveral, á quien seguian los maestres de campo don Alonso de Calatayud y don Diego de Toledo, que llevaba la retaguardia de la batalla; gobernábala por su persona el Vélez, y marchaba entre ella, segun la parte conveniente, con cien caballos continuos de la guarda de su persona, á cargo de don Alonso Gaitan, capitan de lanzas españolas.

El costado derecho de la batalla guarnecia don Alvaro de Quiñones con hasta seiscientos caballos de las órdenes, puestos tambien en aquella forma que el terreno les permitia; el siniestro con otros tantos cubria el comisario general de la caballería ligera Filangieri.

Seguia la retaguardia á la batalla en la propia distancia que esta seguia á la vanguardia: en primer lugar marchaba el tercio de los presidios de Portugal, su maestre de campo don Tomás Mesía de Acevedo; seguíale el de don Fernando de Tejada; luego empezaba la artillería en este órden: de vanguardia, los mansfelts y algunas otras piezas pequeñas de campaña; á estos seguian los cuartos, á los cuartos los medios cañones, en medio los morteros; desta suerte se deshacia hácia la retaguardia, acabándose otra vez en los mansfelts. Tras de la artillería los carromatos, y tras ellos las municiones, segun el uso de ellas. Lo último era el hospital y bagajes de particulares. Las compañías sueltas de italianos guarnecian los costados del tren; luego el tercio de walones, su maestre de campo el de Isinguien, y de retaguardia el de portugueses, su maestre de campo don Simon Mascareñas.

A los portugueses seguian otros quinientos caballos de las órdenes, mandados por don Rodrigo de Herrera, su comisario general, y á los lados de la artillería marchaban algunas compañías de caballos, que le servian de batidores á una y otra parte.

Y aunque el estilo comun de los ejércitos de España hace que con todos se reparta igualmente del honor y del peligro, pasando los de adelante atrás, y estos al lugar de aquellos, todavía fué forzoso alterar este uso con atencion á la angostura de los caminos y copia del ejército, porque se juzgaba impracticable, y lo era, que aquel tercio que un dia llegase postrero, se adelantase á todos para marchar al siguiente de vanguardia. Así, por obviar este daño, fué determinado que los tercios se remudasen y sucediesen unos á otros, conforme aquel estilo, en sus mismos trozos, hasta que, haciendo frente de banderas, se alterase la forma de la marcha; y que desta suerte se podia repartir con todos de la confianza y del reposo. Solo el regimiento de la guardia no se mudaba con ninguno.

Así salió el ejército de Tortosa; y no solo podemos contar por infeliz agüero la terribilidad del dia, como algunos observaron entonces, sino tambien el haberse dispuesto las cosas en tal forma, que el Vélez, dueño de la accion, saliendo de noche á la campaña, fué tan grande la confusion y obscuridad, que sin advertir en los fuegos del ejército ni el camino anchísimo, le erraron las guias, y se perdió el Marqués con los que le seguian antes de llegar á su cuartel, que alcanzó tarde y trabajosamente. A veces con estas señales nos suele

avisar la Providencia porque nos desviemos del daño.

Marchóse orillas del Ebro por gozar de sus aguas y de la leña que ofrecia el bosque vecino; hizo alto la vanguardia en un llano dos leguas de Tortosa, y aun habiéndose apartado tanto, no pudo la retaguardia seguirle aquel dia; se alojó fuera de la muralla, y comenzó su marcha la otra mañana.

Pretendia el Vélez alojar del segundo tránsito en Perelló, dos leguas distante de su primer cuartel: madrugó el Ribera prevenido de artillería é instrumentos, llegó presto, y en sus espaldas los tercios de la vanguardia; salió el Vandestraten á recibirle con las noticias de lo que era el lugar; tardó poco el Torrecusa, y reconociendo la campaña, mandó que la caballería ocupase el puesto que para sí habia elegido el Vandestraten, y con la infantería que llegaba fué ciñendo la villa por todas partes, alojando los primeros tercios por esotra que miraba al país enemigo.

Era el Perelló pequeño pueblo, pero murado, segun el antiguo uso de España; tenia dos puertas, y esas guardadas de torres que las cubrian á caballero. Defendióse, llegó la artillería, y fué batido por casi un dia entero, y resistiera otros si uno de los de adentro, temeroso por la vista de todo el ejército, que se hallaba ya junto, no se determinara á rendirse. Hizo llamada secretamente sin dar parte á los suyos; negoció la vida, y dió una puerta; fué entrado el lugar, y se hallaron solamente trece hombres: cosa digna de saberse, si es cierto que la ignorancia no se llevó la mayor parte de aquel hecho. Llegó el Vélez, y el lugar fué repartido á los que le seguian, mas como cuartel que como despojo: el ejército alojó en campaña en torno de él, y aunque con gruesos cuerpos de guardia se estorbó la entrada á la multitud de la gente, ni por eso dejaron de pegarle fuego; ardieron muchas casas con tal violencia, que los cabos salieron arrojados de las llamas: todavía, por ser la villa cercada y en paso importante, pareció se debia guardar, y se dejó guarnecida de doscientos infantes y cincuenta caballos, á cargo de don Pedro de la Barreda, capitan en el tercio de los presidios de Portugal.

Dispúsose la marcha en demanda del Coll, que era lo que por entonces daba mayor cuidado. Las guias y gente del campo exageraban el sitio de áspero y la fortificacion de invencible; en la aspereza decian menos, en la defensa mas; pero lo que causaba mayor duda era saberse que en todo el camino desde el Perelló al Coll no se hallarian otras aguas que las de unas lagunas ó charcos encenegados y casi enjutos, que los catalanes sin trabajo podian sangrar ó cegar, con lo cual se hacia consumadamente estéril el camino. No temian sin razon los españoles; pero temian inútilmente, porque ya en aquel tiempo el ejército no podia volver atrás, ni el remedio estaba en manos del recelo, sino de la industria.

A este fin de imposibilitar el campo católico intentaron los catalanes su ruina por otro mas extraño medio, como pareció después en cartas del conde de Zavallá, gobernador de las armas de aquella frontera: escribíalas á Metrola, que mandaba en el Coll, y le ordenaba envenenase las aguas de aquellos cenagales con ciertos polvos; enviábale al artífice y artificio, especificándole el modo de usarle con toda cautela y secreto. No me atreviera á escribir una resolucion tan rara en el mundo, de que se hallan pocos ó ningun ejemplo en las historias, ni hiciera memoria de esta escandalosa novedad, si con mis ojos no hubiera visto y leido los papeles que hablaban del caso repetidamente. César sobre los campos de Lérida embargó el agua en la guerra contra Afranio y Petreo, detúvola y se la defendió; pero consérvóla sana; venciólos con el arte y lícita industria: parece que ignoraban los antiguos otro modo de matar hombres sino á yerro; nosotros ahora, mas peritos en la malicia, fuimos á revolver la naturaleza, haciendo practicables la pestífera calidad de algunas cosas que la Providencia recató de nosotros, escondiéndolas en las entrañas de la tierra. Todavía no quiso Dios que este mandamiento se cumpliese, retardando su ejecucion por sus secretos juicios, ó porque prevenia á aquellas armas otro mas notorio castigo.

Llegó el ejército á la campaña de las lagunas, y la gente, fatigada de la sequedad del camino, bebia con ansia y recelo, porque temian lo que después vino á certificarse; pero desengañados unos con el atrevimiento de otros, perdieron el temor en que se hallaban, y los soldados salieron de la afliccion causada de la sed.

Dispusieron entonces la frente contra el Coll, repartiendo sus cuarteles con respecto á las avenidas poco mas de una legua distantes de las fortificaciones contrarias; y porque los cabos no tenian otro conocimiento del país mas de aquella incierta noticia que ministraban los naturales temerosos é ignorantes, pareció mandar reconocer la campaña sin empeño de las mayores personas: salió á reconocerle don Diego de Bustillos, teniente de maestre de campo general, y en su guarda una compañía de caballos y algunos voluntarios. A poco mas de media legua tuvieron vista de los batidores del enemigo, que discurrian por la campaña á la misma diligencia. Mandó don Diego se adelantasen los aventureros, hiciéronlo; pero esperando los batidores, dieron la carga, y sin recibirla, se retiraron, dejando muerto, de los reales, á José de Agramonte, soldado particular. Fué el primero que dió la vida por su rey en aquella guerra: no será justo dejar su nombre en olvido.

Baja desde el pié del Coll hácia la marina un valle ancho, que cuanto se acerca á la mar se allana y dilata, donde los antiguos fabricaron algunas torres para guarda de la costa y reparo de los ancones que allí forma la tierra; entendíase por las espías que los catalanes habian guarnecido las atalayas con intencion de mantenerlas para todo suceso. Juzgábase en ello por informacion de los naturales, y se creia mucho mas de lo que debia temerse. Con esta noticia, en habiéndose acuartelado el campo, mandó el Torrecusa adelantar cuatrocientos infantes con órden de que ganasen ó quemasen las torres, y que después se incorporasen con el ejército.

Llaman los catalanes *coll* á todas aquellas eminencias que los castellanos llaman collado, con alguna semejanza de los latinos; es célebre entre los mas de la provincia este llamado Coll de Balaguer, ó porque le atraviesa el camino que baja desde Balaguer, ó porque se deduce de unas montañas junto á aquella ciudad, y desde allí corriendo hácia el Ginestar y otros pueblos fronteros á Ebro contra el mediodía, viene á caerse en la mar por esotra parte de Tortosa. Es la tierra áspera y llena de piedras, partida de algunos valles profundos

á un lado y otro del camino, que quebrando en muchas partes, se halla siempre difícil al paso de los caminantes. Corre por la cima de un monte, á quien otro repecho que queda á la parte de levante sirve de caballero; divídele un precipicio de otra montañuela no superior que se va levantando hácia el poniente. Habemos anticipado su descripcion, porque se entiendan mejor las disposiciones, las defensas y los acometimientos.

Llegó el San Jorge y su caballería, y poco después el Torrecusa y la vanguardia: paróse en descubriendo el Coll por reconocer su fuerza y aquel terreno que no habia visto jamás. Es observacion precisa de capitan prudente el descubrir y entender la tierra en que se ha de campear, á que los prácticos llaman ojo de la campaña, y se cuenta como virtud particular en algunos hombres.

Los catalanes buscaban su defensa como les era posible, mas no por aquellos caminos que descubrió el arte; habíanse prevenido de grandes cavas, que de alguna manera ayudasen su fortificacion, muchos árboles cortados y acomodados en los pasos angostos; era su mayor fuerza la de una trinchera de piedra y alguna fagina en forma cuadrada á semejanza de fuerte, pero sin ningun artificio; capaz de dos mil infantes, con que la tenian guarnecida. En la eminencia superior, algo á la trinchera y mucho al camino del mismo costado diestro, tenian una plataforma con dos cuartos de cañon, que descortinaba como través la ladera; en la cumbre opuesta á la mayor fortificacion fabricaron un reducto, que no se daba la mano con las mas defensas, por estorbárselo el valle que divide ambos montes; tambien en él tenian alguna parte de su infantería. Sus cuarteles estaban puestos en la tierra que va cayéndose hácia el campo de Tarragona, de tal suerte, que desde el pié del Coll no podian ser vistos ni ofendidos; eran capaces de mucho mayor número de gente; y sin duda, si los catalanes se fortificaran así como habian sabido elegir los puestos de la fortificacion, fuera cosa asaz dificultosa poder ganarles el paso sin gran pérdida ó detencion.

No tardó el maestre de campo general en haberlo reconocido todo, haciendo lo mas por su propia persona; y habiéndolo considerado como convenia, juzgando que allí el terror acabaria mas que la fuerza, pues peleaban con gente bisoña, mandó adelantar las dos piezas que llevaba; y ordenando se formasen los escuadrones á la raíz del monte, ordenó que el tercio de Martin de los Arcos y el regimiento del Vélez marchasen abriendo camino, todo lo que se pudiese junto al agua, porque ciñiesen por aquella parte el Coll, que, como dijimos, se humilla en el mar, y prosiguiesen su camino hasta no poder pasar adelante, ó desembocar al campo de Tarragona. Entendia que solo aquella retirada le podia quedar libre al enemigo, si quisiese embarazarse en la defensa; luego mandó á don Fernando de Ribera que con trescientos mosqueteros en tres mangas subiese á paso vagaroso por el camino ordinario, y que en habiéndose mejorado, jugase la artillería, que por su calidad y distancia no podia ser de algun efecto, y que todos los escuadrones se pusiesen en órden de marchar y acometer á la primer seña.

Pensaban los catalanes con poca noticia de la guerra que su multitud, su reparo y aspereza del lugar los hacia inexpugnables; parecíales cortísimo el ejército, de que hasta entonces no habian visto sino la menor parte; creció su confianza notando el pequeño número de los escuadrones reales; salieron algunos desde las trincheras mostrando despreciar su fuerza; sin embargo, marchaba don Fernando, y se movian algo los que subian. A este punto comenzó á disparar la artillería del Torrecusa sin ningun peligro, pero con grande espanto de los contrarios; quisieron valerse de sus cañones; mas estaban los españoles muy al pié del monte, y no hacian puntería, ni podian ofenderles sus balas; menos á las mangas que ya atacaban la escaramuza, porque se hallaban mas cerca que los escuadrones. Diéronse algunas rociadas unos á otros; pero los castellanos, soldados de experiencia, subian, no obstante la defensa del enemigo y algunas muertes de los suyos. Dió la segunda y tercera carga la artillería española, cuando después de media hora de escaramuzas poco importantes, adelantándose ya algunos pasos todo el cuerpo de la vanguardia, los catalanes desampararon las fortificaciones de una y otra parte, dejando todos las armas y muchos las vidas: avanzó el San Jorge lo posible con sus caballos, porque la infantería, fatigada de la cuesta y manejo de las armas, no podia aprovecharse de la fuga del enemigo para en mas de ocupar los puestos así como ellos los iban dejando; otros atendian con mayor prontitud al despojo de los alojamientos, en extremo regalados y llenos de toda vitualla.

Habia el conde de Zavallá recibido aquella mañana aviso del Metrola, gobernador del presidio, cómo el ejército se determinaba en subir al Coll, y salió de Cambrils, donde asistia á socorrerle con alguna infantería y una compañía de caballos, pero á tiempo que topó muchos de los que se iban retirando: retiróse con ellos, participando tempranamente de aquel mismo temor, certificado de los suyos, que los españoles no paraban en cuanto vencian. Mandó todavía que sus caballos llegasen hasta descubrir el enemigo; mejoráronse á los cuarteles del Coll, cuando ya algunas tropas del San Jorge bajaban sobre ellos; duró poco la contienda, porque el poder era desigual; fué todo uno dar la carga, recibirla y tomar la vuelta. Escapáronse casi todos, por ser mas prácticos en la tierra; la infantería se esparció por diferentes partes; salváronse cuantos dejaron el llano, y se subieron á la montaña, desde donde juntos hacian gran daño á los castellanos, que poco advertidamente se entregaban al saco: muchos pensaron retirarse sin peligro por la lengua del agua, y todos cayeron en manos de los tercios que marchaban por aquella parte; era esta la primer venganza de los soldados reales: tal fué el estrago. Hallaban poca piedad los rendidos, y ni los muertos estaban seguros de la indignacion de los victoriosos: son terribles los primeros golpes de la ira. Allí vengaba el uno la ausencia de su casa, el otro la violencia con que fué llevado á la guerra, aquel daba satisfaccion al agravio, este obedecia á su ferocidad; los mas servian á la furia; los menos al castigo. Fuera mayor el daño si se prosiguiera en su alcance: llegaban hambrientos y fatigados, y habiéndose hallado abundantes los cuarteles de todas provisiones, detúvolos el regalo; que no era la primer vez que estorbó las grandes victorias: entregáronse al vino y otras bebidas con desórden, y fué causa de que se de-

tuviesen en su mayor ímpetu, venciéndose de su destemplanza los mismos que poco antes habian sido vencèdores de la fuerza de su enemigo. Fué escandaloso aquel modo de aplauso, pero permitido de los cabos; que en los yerros comunes viene á ser remedio la disimulacion, pues no los puede ahogar el castigo.

El Torrecusa, que por su persona acudia á todas las disposiciones, confiriendo consigo mismo las noticias que tenia de la fuerza del enemigo, y la facilidad con que le habia postrado, entró en opinion de que no seria aquella su mayor defensa, y que sin falta podian tener adelante algun otro fuerte ó plaza; causa á la voz comun de su admirable fortificacion. En esto andaba ocupado su discurso.

Hallábase el Vélez con la batalla y retaguardia del ejército, sin moverse del lugar en que habia hecho la frente, ni lo determinaba antes de acabar con las torres de la marina, temiendo que apartándose, corriese algun peligro la infantería que habia bajado á rendirlas; con esta duda envió por el maestre de campo don Francisco Manuel á comunicar su intento al Torrecusa; hallólo antes de la subida del Coll, y como de aquel suceso pendia la resolucion de su voto, no respondió sino después de todo acabado, siendo de parecer que el Vélez á toda priesa no quedase aquella noche desunido de su vanguardia. Fueron ganadas las torres casi á este mismo tiempo, de que avisado el Vélez, no aguardó la respuesta de lo que preguntaba; antes mandó marchasen los tercios, y de esta suerte le alcanzó la nueva y el enviado. Promulgóse con alegría como primera victoria y la cosa que mas importaba acabar que todas las presentes; volvió luego á mandar al Torrecusa no parase hasta bajar al campo de Tarragona; cumpliólo, y volviendo á marchar la vanguardia, hizo punta á una casa fuerte, llamada Hospitalet, que está junto al mar, donde hasta entonces habia sido el alojamiento del conde de Zavallá. Llegáronse al pié de la muralla algunos caballos y gente suelta, á quien el vencimiento, ó quizá la embriaguez, habian dado mas desórden que aliento; intentaron por fuerza la entrada, bien que la miraban dificultosa por aquella via; los de adentro pidieron las vidas, y se las concedieron. Eran poco mas de sesenta hombres los de la guarnicion; entró primero don Fernando de Ribera, después el Vélez, á quien siguió el ejército; acuartelóse, haciendo frente al camino real, que mostraba querer seguir; hallóse el sitio acomodado, y tan abundante de todas cosas necesarias para alojar un ejército, que se obligó á descansar en él, aunque por pocos dias, de las largas marchas y alarmas continuas, con que se fatiga la gente inexperta.

Fué considerable el despojo del Hospitalet, midiéndose con su cortedad; pero hízolo mas estimable haber topado un soldado entre la ropa del conde de Zavallá el libro en que se registraban las órdenes que recibia y daba para la guerra; por el cual se entendieron fácilmente muchas cosas de que no habia noticia, y fueron de gran utilidad á los pensamientos del Vélez; particularmente alcanzándose por algunos despachos que la Diputacion no estaba segura en la fe de la ciudad de Tarragona, y que en ella se temian del ánimo y oficios de algunas personas conocidamente afectas al partido real: cosa que entonces fué á los españoles de gran consideracion, porque se hallaban faltos de noticias de lo que se pasaba entre sus enemigos. El libro contenia tantos secretos y tan provechosos para el servicio del Rey Católico, que podemos decir que en él se halló un retrato de los ánimos de sus enemigos y un cofre de sus secretos; conociólo el Ribera de esta suerte, y recogiólo á su poder con destreza; demasiado político, pensó ganar gracia con el Conde-Duque enviándole aquel presente, por el cual, como el piloto en la carta, podia seguir sin peligro la navegacion de aquel negocio. Fué avisado el Vélez, y pidió el libro como general, á quien verdaderamente tocaban aquellas observaciones; pero el Ribera, ó bien de vanidad ó desconfianza, se excusaba de entregárselo; instaba el Vélez en haberlo, y porfiaba el Ribera vanamente en su excusa: ¡caso raro, que pudiese tanto la apariencia de una pequeña lisonja, que le encaminase á faltar á un hombre de sangre y de juicio en las obligaciones de súbdito, de cuñado y de amigo! que todas estas quebrantaba don Fernando en resistirse. Creció el enojo en el poderoso y la obstinacion en el descontento, y llegóse cerca de un extraño suceso, porque aquel pensaba obrarlo todo por hacerse obedecer, y este no rehusaba ninguna desesperacion á trueco de no humillarse: quiso prenderlo el Vélez, y lo ordenó así; pero la industria de algun medianero, á quien uno escuchaba con amor, y otro no sin respeto, pudo acomodarlo todo. El libro fué traido al Vélez, y dél se sacaron noticias importantes á la guerra.

Corrió al instante la nueva á Barcelona de todo lo sucedido en el Coll y Hospitalet, y fué recibida con gran sentimiento y no menor temor, considerando la facilidad con que habian perdido la mayor defensa; entonces llegaron á entender que la multitud desordenada por sí misma se enflaquece. Despacharon con gran prontitud correos á monsieur Espernan (de quien dirémos adelante), á cuyo cargo pusiera el Rey Cristianísimo las armas auxiliares de Cataluña; dábanle cuenta de cómo habian perdido los mejores pasos; pedíanle no dilatase su venida, porque por instantes se les aumentaba el peligro; que á los contrarios igualmente crecian fuerzas y reputacion, y se abatian los ánimos de los naturales, viéndolos comenzar victoriosos.

No se descuidó el francés, antes como hombre que verdaderamente deseaba acudir al remedio de aquellas cosas que tenia á su cargo, tomó la posta, y dejando órden á las tropas de que le siguiesen, entró en Barcelona, donde fué recibido con honra y alegría. Pocos dias después llegaron hasta mil caballos de los suyos, dando razon de que á sus espaldas seguian los regimientos del duque de Anguien, del mismo Espernan y el de Seriñar; alentóse la ciudad con la primera esperanza del socorro, y se comenzaron á ejecutar las levas prevenidas en las cofradías (son allí cofradías lo que en Castilla gremios); de estos se habia de formar el tercio de la bandera de Santa Eulalia, debajo del mando de su tercero conseller Pedro Juan Rosell.

Dejólo ajustado el Espernan, fiando mas que debiera en las promesas de gente necesitada; refrescó su caballería, y marchó á Tarragona, donde el ejército católico se encaminaba, y donde su desconfianza de los catalanes lo temia.

Descansó el Vélez junto al Hospitalet los dias que

tardó en subir y bajar el Coll su artillería; deseaba vivamente marchar la vuelta de Cambrils, primera plaza de armas de los catalanes, antes que ellos tuviesen tiempo de acomodarse á la resistencia. Era grande la fama que corria en el ejército católico de la multitud de gente que habia acudido á su defensa, aunque en medio de estas informaciones no faltaban algunos que sospechaban y querian hacer creer á los otros hallarian la plaza desierta: esta voz tomó fuerzas en los ministros catalanes del partido del Rey, que sin otro motivo mas que lisonjear el poder católico, antes querian ocasionarle que ofrecerle una duda.

Habia sacado el Vélez desde Aragon algunos religiosos capuchinos, de cuya autoridad pudiese ayudarse, por ser su hábito grandemente venerado en Cataluña: pareció conveniente enviar uno de aquellos varones á Cambrils, porque les amonestase el arrepentimiento y les comunicase el perdon; ofrecióse para este servicio fray Ambrosio. Partió del ejército, y en su guarda una compañía de caballos, que dejándole á vista de las primeras trincheras, y á un trompeta para hacer llamada, segun uso de la guerra, se volvió luego; entró fray Ambrosio, y le recibieron con reverencia y cautela, contra la esperanza ó temor de los castellanos, que ya por su demora interpretaban alguna barbaridad; pero al dia siguiente llegó el enviado sin daño ni provecho de su jornada; dijo que los cabos de aquel presidio se determinaban á morir por su libertad: es calidad del miedo crecer las cantidades y disminuir las distancias de aquellas cosas que se temen. Dió con su informacion fray Ambrosio bastante obediencia á esta costumbre; contó que el lugar tenia gran multitud de gente; que los de adentro subian su número á quince mil hombres; pero que el ruido que habia escuchado no parecia de menor multitud. Poco después aportó una barca en la marina, escapada aquella mañana desde el muelle de Tarragona, y confirmó no menos la confusion que el temor de la ciudad y su campo; que en ella se recogia la riqueza de los lugares vecinos; que los socorros no habian llegado hasta entonces en número considerable, y que los ciudadanos no estaban desaficionados al concierto.

El Vélez, confiriéndolo con otros avisos, halló ser conveniente dar vista por aquellas plazas con la mayor brevedad posible, por gozar tambien de la ocasion de su duda; y aunque el campo se hallaba afligido por falta de víveres, no dando lugar el tiempo á su conduccion por agua, todavía entendiendo que de cualquier suerte era una misma la necesidad, mandó marchar el ejército, habiendo primero condenado á muerte por los jueces catalanes que le seguian y su auditor general, nueve de los prisioneros, por dar cumplimiento al bando. Fueron ahorcados de las mismas almenas del Hospitalet, hasta entonces hospital de peregrinos, dedicado al descanso y clemencia de los miserables, y ahora lugar de suplicio y afrenta.

Ausente por la pérdida del Coll, con poca reputacion, el de Zavallá, gobernaba la plaza de armas de Cambrils don Antonio de Armengol, baron de Rocafort; era cabo de la gente del campo de Tarragona de que constaba el presidio, Jacinto Vilosa, y sargento mayor de la plaza Cárlos Metrola y de Caldés; hombres todos de valor y fidelidad á su patria. Estos tres mandaban, pero mas podemos decir que obedecian á la furia y desórden de los súbditos: infeliz y dificultoso gobierno aquel que se constituye sobre gente vil y bisoña, donde jamás la industria pudo hallar consonancia entre la multitud de sus voces y sentimientos.

Descubrióse el ejército á tiempo que los de la plaza se daban priesa, unos por salir, y por entrar otros, porque la misma fama del peligro á unos hacia temer y á otros osar. De esta suerte se hallaba casi toda la campaña cubierta de gente del campo, que concurria al socorro, cuando improvisamente fué asaltada de quinientos caballos de los cruzados, con que su teniente don Alvaro llevaba aquel dia la vanguardia.

Formó sus batallones, pensando que el enemigo le esperaba fuera de la fortificacion por impedirle los puestos que pretendia ocupar; empero conociendo en su desórden la buena fortuna, dividió en tropillas los dos batallones de los lados, quedándose firme el de en medio; hizo señal de embestir, y se ejecutó con valor; los contrarios, inadvertidos de su daño, ni sabian huir ni defenderse; deseaban la resistencia, mas no la concertaban. Fueron degollados hasta cuatrocientos hombres, no sin algun daño de los españoles, porque algunos catalanes, amparados de los troncos de los árboles, podian, tirando cubiertos, ofender los caballos; murieron y salieron heridos algunos soldados de las tropas, entre ellos la persona de mas importancia, don Miguel de Itúrbida, caballero navarro del órden de Santiago, capitan de caballos reformado.

Recibió el Marqués este confuso aviso en medio de la marcha, y mandó que la vanguardia apresurase el paso por dar abrigo á la caballería; hízose, pero no de tal suerte que el ejército viniese en desórden, porque segun las informaciones, cada instante se podia esperar el enemigo con su grueso, dando á este recelo mas ocasion los bosques aun que los avisos.

Esto mismo les sucedia á los de la plaza, que viendo crecer tanto el número de los sitiadores, y conociendo por otra parte la desigualdad de sus fuerzas sin llegar el socorro y artillería que esperaban, entendiendo ser su perdicion irremediable, enviaron un religioso carmelita descalzo, pidiéndole al General mandase suspender la hostilidad por espacio de cuatro dias, mientras daban aviso á Barcelona.

No era todo temor en los sitiados, sino tentar al Vélez con la promesa, por ver si podian dilatar su peligro hasta ser socorridos como lo esperaban; mas él, reconociendo sus ruegos, respondió que si libremente entregasen la villa á las armas de su rey, les valdria las vidas esta diligencia, y que si se resistian, prometia de pasarlos á todos al filo de la espada, y que él no aguardaba mas por su reduccion que lo que sus tropas tardasen en ponerse sobre la villa.

El Quiñones, después de haber con su caballería apartado de la muralla la gente que no pereció en la campaña, repartió sus cuerpos de guardia á la larga por las avenidas, y con lo restante de sus caballos ocupó los puestos importantes. Era el mas conveniente un convento de San Agustin, fundado al salir de la villa, frontero de la puerta principal, en parte donde las baterías podian ser provechosas á los sitiadores; procuró hacerse dueño de él, encomendándolo á algunos de los suyos. Entraron como armados, acudieron prontamente á la

defensa los frailes; hacen aquellos casos lícitas las armas á todos, pero tambien hacen igual el peligro: hirió de un pistoletazo un religioso á un soldado; retiróse aquel, y otro en su lugar vengó con la vida del que se defendia las heridas de su compañero: no paró allí la furia; mas, ocasionada de la imprudencia, pasaron á mayor número las muertes, á mayor grado los escándalos; quedó, en fin, el convento en manos de los soldados.

Hallábase junto el ejército, y repartidos los cuarteles y ataques contra la villa, comenzóse la batería con las piezas menores sin efecto, de que tomaban ocasion los sitiados para defenderse con mayores brios. Salió el Vélez con pocos que le seguian, á ver una plataforma que batia la puerta principal de la plaza: era este el lugar mas empeñado con el enemigo, y donde se reconocia hasta el pié de la muralla; mas habiéndose descubierto con demasiado despejo, cargaron á aquella parte las rociadas de la mosquetería contraria, de que súbitamente cayó el Marqués y su caballo, herido por la frente de un balazo. Todos pensaron haber aquella hora perdido su general, juzgándole muerto; volvió presto el Vélez, y con sosiego digno de gran capitan subió en otro caballo, templando maravillosamente en su semblante el temor y la alegría.

Hallábase el ejército en esta sazon por todo extremo miserable y falto de vituallas; cosa que á los generales ponia en gran desconsuelo, porque la queja ó la lástima de los hambrientos no dejaba lugar seguro de sus voces: obedecian sin gana; no era tema ó desagrado, porque con la larga abstinencia se iban postrando las fuerzas; acordóse mandar la caballería á refrescar por los lugares del campo, y fueron entrados Monroig, Alcover, la Selva y otros que se hallaron abundantísimos de todos granos y bebidas. Reus, lugar mayor y mas rico, se ofreció voluntario á la servidumbre por escaparse de la furia de los invasores; Valls y algunos mas entrados á la montaña lo prometian tambien; fué todo de considerable alivio para la hambre del ejército, aunque este mismo remedio, usado desordenadamente, hubo de traer otro mayor daño, porque los soldados, sin respeto á ninguna disciplina, dejaban sus puestos y aun sus armas, y caminaban á buscar lo que veian gozar á los otros. Este descuido dispertó la indignacion con que los paisanos miraban el estrago de sus pueblos y haciendas; salíanles á los caminos, y hacian en ellos crueles presas; muchos se topaban cada dia muertos por la campaña, y algunos disformemente heridos.

Continuábase la batería de la plaza entre tanto, y se mejoraban los aproches encargados á don Fernando de Ribera y al conde de Tiron; porque, como los sitiados no tenian artillería gruesa con que detener al enemigo, ganábase fácilmente la tierra. Esto mismo hacia mayor el peligro de parte de los sitiadores, porque despreciando la defensa de la plaza, se acercaban sin respeto á la mosquetería, con que los tercios cada instante recibian gran daño. Excusóles la facilidad de la empresa el trabajo de abrir trincheras; y así, como no habia lugar reparado, no le habia seguro. Defendiéronse con valor algunos dias; pero viendo que por horas se les acercaba el enemigo y que ya no podian excusarse del asalto, comenzó la gente popular á inquietarse, á que la obligaba tanto como el poder del ejército el descuido de Barcelona, donde sucedia lo que suele á veces con la naturaleza, que no sin providencia se descuida de enviar espíritus á la parte del cuerpo ya mortificado. Así la Diputacion, creyendo la pérdida de Cambrils, no disponia su socorro por no desperdiciarle, previniéndolo á otra defensa.

Algunos catalanes piensan, y lo han escrito, haber dentro en la plaza hombre que, sobornado del miedo ó del interés, tuvo órden de arrojar gran cantidad de pólvora en un pozo, porque su imposibilidad los trajese mas brevemente al concierto. Ellos, en fin, lo deseaban, perdida toda esperanza de otro remedio; pusiéronlo en plática, y llamaron por el cuartel del Ribera; respondióseles, y se entendió querian introducir algun tratado: arrojaron poco después un papel abierto en que pedian tregua por cuatro dias, y se disponian á escuchar cualquier justo acomodamiento. Recibió don Fernando el aviso, remitióle al Vélez con la persona del maestre de campo don Luis de Ribera, porque le informase de todo lo sucedido; llegó don Luis á tiempo que halló al General con casi todos los cabos del ejército en su estancia; propuso á lo que venia, poniendo el pliego en manos del Vélez, que ni atendió cuidadosamente á recibirle ni mostró despreciarle; pero el Torrecusa, que se hallaba presente, hombre de natural veloz y colérico, mostró gran desplacer de la proposicion y aun de la embajada, hablando contra todo con aspereza. No era aquel su ánimo del Vélez, antes interiormente deseaba escuchar los sitiados; mas detenido en ver que el Torrecusa, no español, se declaraba tanto contra el atrevimiento de los catalanes, paróse cuerdamente pensando en cómo podria concertar aquellas contradicciones: hallábase á la mesa cuando llegó el aviso, mandó á don Luis se volviese sin haberle respondido nada; platicó con los mas, y encaminó el discurso á otras cosas.

No se divertia el Torrecusa; mas antes considerando profundamente el negocio, el estado en que se hallaban las armas del Rey, y en la súbita resolucion que habia tomado en todo, vino á caer en gran silencio, y sin hablar, mirar ni oir á ninguno, se estuvo así un espacio, al cabo del cual, como si verdaderamente saliera de un parasismo, levantóse en pié, y dijo al Vélez que él conocia de su natural ser mas acomodado á la obra que no al consejo; que le suplicaba se sirviese antes de su corazon que de su discurso; que á veces procuraba huir de sus caprichos, pero que su mismo espíritu lo llevaba á encontrarse con exquisitas opiniones; que habia hablado con poca consideracion en lo que dijera; que el haberlo pensado después le ponia en obligacion de desdecirse por sí mismo, antes que el daño fuése irremediable; que ya se le estaba representando aquel ejército fatigado de la hambre, todas las esperanzas de su socorro puestas en los vientos, y ellos sin señales de compadecerse, segun porfiaban; que el lugar se habia defendido algunos dias, y lo podia hacer otros tantos, siendo así que menos bastaban á caer su gente en desesperacion; que el sitio de la miseria que el ejército padecia, era mas apretado que el en que se hallaba la plaza; que si aquella impaciencia les obligase á anticipar el asalto, forzosamente habrian de perder en él buena parte de gente principal, pues siendo la primera accion de su valor, se arrojaria toda al temprano peligro; que no solo les daban el lugar los

que se lo entregaban, mas que tambien de sus manos recibian las vidas que excusaban de perder; que por la misma razon que eran vasallos, no se debian apartar del perdon, antes concedérseles á todos tiempos; que lo contrario pareceria buscar la ruina, y no el remedio; que su parecer era se oyesen los que llamaban, y se les hiciese todo el favor posible, recibiendo la plaza.

Dijo, y dejó á todos admirados, no menos de su mudanza, siendo cosa contra su condicion, que del gran valor que mostrara en reducirse solo á las voces de la razon, pudiéndose notar como caso raro en siglos donde se practican las obstinaciones como grandeza de ánimo, principalmente en los poderosos, cuyos errores parece que nacen ajenos de arrepentimiento, como si la terquedad fuera mas decente á las púrpuras que la enmienda.

Escuchó el Vélez benignamente las palabras del Torrecusa, mas con gentil artificio no quiso seguirlas sin otras ponderaciones; mandó luego á todos los que podian votar dijesen lo que se les ofrecia. Fué comun el aplauso en los circunstantes, y los que hablaron solo engrandecieron el sentimiento del Torrecusa. Mostró que lo pensaba algo mas el Vélez, y resoluto en lo mismo de que nunca habia dudado, ordenó al maestre de campo don Francisco Manuel se fuese á ver con el Ribera, y advirtiéndole de su voluntad (sin llamarle mas de permision), entrambos ajustasen el negocio, rehusando todo lo posible el modo comun de capitulaciones, que los reales juzgaban por cosa indecente, pero que la plaza se recibiese de cualquier suerte.

Habia don Fernando ajustado con los sitiados una suspension de armas por dos horas, porque como el Marqués alojaba distante, era necesario todo aquel espacio para darle y recibir el aviso. Duraba todavía la suspension cuando llegó don Francisco con la nueva órden; antes que los catalanes recibiesen el primer desengaño, hicieron llamada los sitiadores y salieron al pié de la muralla don Fernando, don Francisco, don Luis de Ribera y don Manuel de Aguiar, sargento mayor del regimiento de la guardia. Bajó de los sitiados el baron de Rocafort, Vilosa y Metrola, y cuando se comenzaba á introducir entre ellos la plática de las cosas, se tocó al arma improvisamente en los cuarteles y villa; con esta ocasion, dejando el negocio imperfecto, se retiraron unos y otros con gran peligro de los de afuera, que pasaron á su ataque descubiertos á las bocas de los mosquetes contrarios. Fué que como los irlandeses, por estar mas cerca y haber recibido mayor daño de la plaza, deseasen que por sus cuarteles se hiciesen las llamadas y negociaciones, celosos de los españoles, apenas se habia acabado precisamente el término de las dos horas, cuando ignorante ó disimulando el conde de Tiron las pláticas del tratado, hizo romper la tregua contra los que en aquella seguridad se asomaban descuidados por la muralla. Entendió don Fernando el suceso, y avisó al irlandés, que no acababa de reducirse; pero en fin, habiéndose detenido, volvió á salir el Aguiar con muestras de gran valor á solicitar la segunda plática; continuóse la tregua, y se volvió al tratado. Duró poco la negociacion, y sin otro papel ó ceremonia, como gente inexperta en aquel manejo, el Baron y los dos prometieron poner la plaza en manos del marqués de los Vélez en nombre del rey don Felipe, sin mas partido ó concierto que esperar toda clemencia y benignidad, como se podian prometer de un general del Rey Católico, casi natural, de sangre ilustre y de ánimo pio.

Con este ajustamiento, que se quedó en la verdad de unos y en la esperanza de otros, se partió don Francisco á dar razon al Vélez de lo sucedido, que con mucho aplauso recibió la nueva, y aprobó todo lo que se habia obrado, juzgándolo por conveniente al estado de las cosas, sin ofensa á la majestad del Rey y reputacion de las armas.

Dejóse la entrega para el otro dia, temiéndose que si luego se ejecutaba, podia causar gran turbacion al ejército, donde todos esperaban el saco, no con menos ira que ambicion. Es uso en tales casos poner el ejército sobre las armas; porque, estando firme cada uno en su puesto, no dé ocasion al tumulto: olvidóse ó disimuló el Torrecusa esta diligencia, quizá por entender que la ocasion no merecia ser tratada con los mismos respetos que las grandes. Mandó que solas dos compañías de caballos ciñiesen la puerta por donde habian de salir los rendidos; pero, después de cerrada la medialuna de la caballería, se comenzó á inquietar la gente y cargar allí con sumo desórden; en fin, se ejecutó la salida en presencia del Torrecusa y algunos maestres de campo.

Salian, y los soldados, gente que por su oficio piensa es obligada al daño comun, hacian excesos por desbalijar los catalanes: algunos lo sufrian, segun la miseria en que se hallaban; otros con entereza se defendian, como les era lícito. Dió principio al lamentable caso que escribimos la codicia ó insolencia, antiguo orígen de los mayores males; metióse por entre los caballos un soldado á quitarle á un rendido la capa gascona con que venia cubierto; forcejó el rendido en defenderla, y el soldado porfió en quitársela; sacó un alfanje el catalan, hirió al soldado: quisieron los de la caballería castigar su atrevimiento dándole algunas cuchilladas; por lo cual, temerosos aquellos que lo miraban mas de cerca, pensando que la muerte les aguardaba engañosamente, procuraron escaparse por todas partes, sin mas tino que el débil movimiento que les ministraba el temor. Otros soldados de la caballería, que no habian sabido el principio de su alteracion, sacaron las espadas, oponiéndose á la fuga de los que miserablemente huian del antojo á la muerte: esparcióse luego en el campo una maldita voz que clamaba traicion repetidamente, de quien sin falta fué autor alguno de los heridos, porque entre ellos tenia mas apariencia de poder pensarse y temerse que no dentro de un ejército armado y vencedor. Todos gritaban traicion; cada uno la esperaba contra sí, y no fiaba de otro ni se le acercaba sino cautelosamente; no se oian sino quejas, voces y llantos de los que sin razon se veian despedazar; no se miraban sino cabezas partidas, brazos rotos, entrañas palpitantes; todo el suelo era sangre, todo el aire clamores; lo que se escuchaba, ruido; lo que se advertia, confusion; la lástima andaba mezclada con el furor; todos mataban, todos se compadecian, ninguno sabia detenerse. Acudieron los cabos y oficiales al remedio, y aunque prontamente para la obligacion, ya tan tarde para el daño, que yacian degollados en poco espacio de campaña casi en un instan-

te mas de setecientos hombres, dándoles un miserable espectáculo á los ojos. Aumentó su turbacion ver el ejército puesto en arma; atónitos, se preguntaban unos á otros la causa y el órden con que habian de haberse; sosegóse la furia de la caballería, porque faltaron presto vidas en que emplearse; pasó aquel obscuro nublado de desastres, y se mostró la razon, y tras ella el dolor y la afrenta de haberla perdido.

Salia el Vélez de su cuartel á caballo cuando recibió la nueva del suceso, y aunque todos le disminuian á fin de templar su desconsuelo, todavía habiendo oido el lamentable caso, y juzgando por la gran inquietud de todos su violencia, volvióse atrás, y se retiró á su aposento, donde ninguno le vió aquel dia sino los muy suyos. Lloró el suceso cristianamente, abominó el hecho con palabras de grandísimo dolor, diciendo que si viera delante de sus ojos despedazar dos hijos que tenia, no igualara aquel sentimiento; que ofreciera con gran constancia las inocentes vidas de sus hijuelos, á trueco de que no se derramase la sangre de aquellos miserables; palabras cierto dignas de un caballero católico, y que yo escribo con entera fe, habiéndolas oido de su boca, y me hallo obligado á escribirlas, por la gran diferencia con que algunos papeles de los que se han hecho públicos hablan de este caso.

No descansaba el Torrecusa y los maestres de campo de sosegar el ejército, trabajando lo posible por reducir la gente á órden militar; consiguióse tarde; enterráronse los muertos con gran diligencia, disimulando su número, como si verdaderamente con ellos se enterrase el escándalo; apartaron de los ojos los lastimosos cadáveres; cubrieron los cuerpos y la sangre, mas no la memoria de un tal hecho. (Semejante lo escribe en Jubíles nuestro don Diego de Mendoza en la *Guerra de Granada;* parece que como nos dió la luz para escribir, nos ministra el ejemplo.) Después se entendió en el saco, repartiéndose la villa por cuarteles á tercios, segun uso de la guerra.

Habíase tratado en junta particular de los jueces catalanes que seguian al ejército qué género de castigo se daria á los comprehendidos en el bando real impuesto al Principado; porque, segun él, todos eran convencidos en crímen de traicion y rebelion, y por esto dignos de muerte; porque el tratado no les concedia mas de la esperanza del perdon, que no obligaba al Rey cuando la piedad se contraviniese con la conveniencia; que ellos se habian entregado á disposicion y arbitrio de los vencedores; que sus vidas eran entonces dos veces de su señor, la una como vasallos, la otra como delincuentes. Determinóse que para poder satisfacer al castigo sin faltar á la clemencia, convenia una ejemplar demostracion en las cabezas, ordenada al temor de los poderosos, en cuyas manos estaba el gobierno comun, y que con los otros se podia usar misericordia, dándoles vida.

El Vélez no se atrevia á perdonar ni deseaba el castigo; parecióle mas seguro, hallando dificultades en todo, dejar á la justicia que obrase; pero aquellos ministros, hombres de pequeña fortuna, ambiciosos de los frutos de su fidelidad, no descubrian otra satisfaccion sino la sangre de sus miserables patricios. Con este pensamiento y la libertad en que el Vélez los habia dejado para que ejecutasen sin dependencia las materias de justicia, prendieron al punto los cabos y magistrado de la villa; eran el Rocafort, Vilosa y Metrola, con los jurados y baile: fulminóseles el proceso aquella misma tarde, sin que se les diese noticia de sus cargos ó admitiese alguna defensa de ellos. Lo primero que entendieron, después de su temor, fué la sentencia de muerte, que se ejecutó aquella noche, dándoles garrote en secreto: amanecieron colgados de las almenas de la plaza, y con ellos sus insignias militares y políticas, porque la pena no parase en solo la persona, antes se extendiese á la dignidad, amenazando de aquella suerte todos los que las ocupaban en deservicio de su rey.

Miróse con gran espanto de todo el ejército, y se escuchó con excesivo enojo del Principado la muerte de los condenados. Entre los castellanos pensaban algunos se habia hecho violencia á las palabras de su entrega; porque los catalanes verdaderamente, creyendo que negociaban con mas liberalidad el perdon, no le especificaron en el tratado: es fácil cosa de entender que ninguno habia de concertar su muerte, por mayor que fuese el peligro. De este parecer eran todos los que manejaron la entrega; pero sentian, mas no remediaban.

Con los mas rendidos se usó diversamente, segun los diferentes pueblos de que eran naturales; salieron libres los vecinos de los que habian recibido las armas católicas, condenando á galeras los moradores de las villas que seguian la voz del Principado.

Tambien á la plaza no quedó solo el castigo de las baterías y el saco; mandóse arrasar la muralla; era grande la obra, pedia mas largo tiempo de lo que el ejército podia detenerse; contentáronse de batir una cortina principal hasta ponerla por tierra, y volar con una mina la mayor torre.

Era Cambrils lugar de cuatrocientos vecinos, puesto casi junto al agua, en medio de una vega, fértil de viñas y olivares; y así por esto como por su ancon, capaz de embarcaciones pequeñas, rico y nombrado entre los del famoso campo de Tarragona, plaza de armas principal de toda aquella frontera, desde entonces acá célebre por su estrago.

Alegrábanse en demasía los hombres fáciles é inconsiderados con los buenos sucesos del ejército, y juzgaban la guerra por acabada brevemente, segun el paso á que caminaban venciendo. No se puede llamar buena suerte aquella que solo favorece los cortos empleos; antes entre los prudentes causa algun género de temor ver que la felicidad se encamine á cosas pequeñas; porque, segun la experiencia muestra, de ordinario se siguen grandes trabajos á las menores prosperidades. Así discurria el Vélez, casi temeroso de lo sucedido, cuando pensaba en el valor de las cosas que le faltaban por emprender.

Hallábase junto á Tarragona, ciudad grande y fortificada (segun los avisos), socorrida con armas auxiliares y cabos expertos: su ejército falto, particularmente de artillería conveniente para las baterías gruesas, pobrísimo de vituallas, y casi cerrado el puerto que dejaba á las espaldas para ser socorrido. Ni el Garay y sus seis mil infantes, de que el Rey avisaba, ni las galeras para servicio del ejército habian llegado: conocíalo, y lo temia todo; porque de la falta, y aun de la tardanza, de cualquiera de estas cosas pendia el acierto y dichoso

fin de aquella guerra, en que todo el mundo tenia los ojos, y de que España esperaba su bien y quietud.

Entendió su cuidado el duque de San Jorge, á quien la edad y gallardía de espíritu incitaba á que buscase una gran fama por medio de algun eminente suceso: cosa contra todas las reglas de la prudencia, porque á los famosos varones no será tan loable emprender los casos arduos voluntariamente, cuanto el llevar constantes aquellos en que los metió la fortuna.

Habia, como dijimos, entendido sus pensamientos del Vélez, y ofreció fácilmente ganarle á Tarragona por interpresa la noche siguiente. Ni la habia visto ni sabia de su defensa mas de lo que le informaban; resolvióse temerario; mas aun así, supo dar tales razones, que juntas á la necesidad y á lo que se fiaba de su valor, hacian apariencia de posibilidad, en que el deseo suele acudir á los ánimos que dejan atropellarse de fantasmas. Tanto dijo el Duque y con tal afecto, que el Vélez intentó enviarle: detúvose admirablemente, difiriéndolo hasta el otro dia; pero tratándolo después con personas de su consejo, salió de aquella inclinacion, y mandó que marchase el ejército; y tambien sobre el camino que debia seguir se levantaron dudas.

Hacen el mar y tierra entre Cambrils y Tarragona un puerto asaz nombrado en toda la costa meridional de España, dicho Salou, famoso antiguamente por el hospedaje de la armada de Cneyo Escipion, donde la guardó y detuvo contra Aníbal. Allí, por conveniencia de las galeras, que desde Barcelona á Vinaroz no hallan otro abrigo acomodado, comenzó á fabricar Cárlos V un fuerte pequeño de cuatro baluartes en la eminencia del puerto: llegó la obra casi á ponerse en defensa por la parte de la marina; pero en los caballeros que miran á la campaña, como cosa entonces menos necesaria, no igualó los mas. En este estado la dejó aquel gran capitan y glorioso monarca, y lo conservó el descuido de las edades pacíficas que sucedieron á su imperio, hasta que, abiertas en España, como en Roma, las puertas de Jano, volvió otra vez la guerra á levantar su edificio por mano de los catalanes con vivísimo cuidado de prevenir la defensa de aquel puerto, mas que ningun otro dispuesto á sus designios, y peligroso por invasion de armadas. Habíanle puesto de tal suerte, que pareció capaz de recibir y conservar presidio: esta era la noticia de sus fuerzas con que el ejército se hallaba, y si bien en lo mas se habla siempre dudoso, todos creian que el fuerte se prevenia para la defensa.

Marco Antonio Gandolfo, teniente de maestre de campo general, ingeniero mayor del ejército, hombre de gran suficiencia en las fortificaciones, habiendo reconocido el fuerte, era de parecer no se embarazase el ejército en cosa de tan poca importancia, que á la vista de los escuadrones solamente esperaba se entregase; decia que no era conveniente, cuando sabian que Tarragona, plaza principal, hallaba corto el tiempo para sus preparaciones, se lo aumentasen ellos tardando muchos dias en ir sobre ella; que esta tardanza vendria á ser el mayor socorro que le deseaban sus amigos; que hecha la frente sobre la ciudad, cuando el fuerte se resistiese, se podia entonces fácilmente enviar alguna gente suelta á aquel servicio, cuanto mas que la costumbre de los ejércitos era postrar con la opinion todo lo que no podria defenderse.

Opúsose á su parecer el Torrecusa, ó porque entendiese lo contrario, como mostraba, ó porque naturalmente aborrecia al Marco Antonio, viéndole en suma estimacion de soldado y mayor crédito cerca del Conde Duque que ningun otro de su órden. Arrimábase el Torrecusa á aquella máxima de la guerra, á su parecer indispensable, de no dejar plaza á las espaldas; añadia que sobre ser plaza, era puerto capaz de recibir socorros dañosos al ejército, que no podia llegar á impedírselos de léjos; que si llegasen en aquella sazon las galeras de España y la gente que esperaban de Rosellon, se hallarian sin puerto en que recogerlas; que el invierno riguroso no hacia fácil, sino imposible, la desembarcacion en la marina; que entonces les seria forzoso volver atrás por ganar lo que habian despreciado primero.

El Vélez se inclinaba mas al parecer del Gandolfo, mas viendo que su maestre de campo general lo impugnaba constante, mandó siguiesen su órden, y el ejército se fué á alojar en un llano que yace entre Salou y Villaseca; esta al septentrion y aquel á mediodía, distantes uno del otro poco mas de media legua. Era Villaseca lugar corto, mas cerrado, fortalecido de una iglesia antigua y fuerte, eminente por su fábrica, no por su sitio, á todo el pueblo; con lo que se prevenia á la defensa, obligado de las órdenes de Tarragona.

Marchaba el Vélez la vuelta del puerto y villa, cuando en el camino recibió un pliego y mensajero de persona particular (cuyo nombre se calla por ser ajeno de mi intencion dañar á ninguno con esta escritura, ofrecida solamente al aprovechamiento de todos). Dábale cuenta del estado de Barcelona, hacia juicio de los ánimos de sus moradores, avisaba y prevenia algunas cosas tocantes al partido real, pedia moderacion en la hostilidad de algunos lugares. La atencion del Vélez en recibir la carta, y las cautelas con que fué agasajado el que la traia, hizo que de ella se esperasen mayores cosas de las que á la verdad contenia. Si fueron otras, no llegaron entonces á nuestra noticia.

Continuóse la marcha, y el Torrecusa, con cuatro tercios de la vanguardia, se puso sobre el fuerte, formando sus escuadrones al pié de la montaña mas dilatada que eminente, en que está fundado el castillo, y ocupando con el regimiento de la vanguardia el cuartel de la batería; compúsola de cuatro medios cañones, hizo cubrir la gente, repartió los cuerpos de guardia de caballería é infantería á las partes por donde podia bajar el socorro, y habiéndolo dispuesto con suma brevedad, comenzó á batir al primer cuarto de la noche.

La retaguardia, gobernada del Xeli, avanzó todo lo posible, y fué á amanecer sobre Villaseca; defendíala monsieur de Santa Colomba, teniente de mariscal de campo, con trescientos naturales y algunos franceses que le acompañaban; habíale convidado el Espernan el dia antes para reconocer la capacidad del sitio y defensas, por si fuese conveniente embarazar allí al contrario cuando intentase atacar á Tarragona.

Batíale el Xeli furiosamente, como en oposicion al Torrecusa, que habia comenzado primero; continuáronse unas y otras baterías, hasta que casi en una hora misma Villaseca fué entrada por brecha y asalto con poca resistencia, y menor daño del ejército, y Salou se entregó por monsieur de Aubiñí, que la defendia. Fuera

venido al mismo tiempo y servicio que el Santa Colomba á Villaseca: quedaron los dos prisioneros y un cónsul de Tarragona, que se hallaba dentro del castillo, y tratáronlos con gran diferencia, á que su natural dió causa. Al Santa Colomba se guardó aquel respeto que en la guerra se debe á tales hombres, porque el imperio no contradice la urbanidad, antes la engrandece. El Aubiñí fué llevado á prision, retirándole con poca cortesía, después de haber hablado sin comedimiento á los generales en demanda de su libertad.

Enviara Espernan el dia antes (no sin industria) un trompeta y carta al Torrecusa, en memoria del conocimiento que habian tenido desde la guerra de Sálses; fundaba así la razon el haberle escrito; preciábase de tenerle por contrario (llega la vanidad de algunos á hacer gloria del odio, como la pudieran hacer de la amistad): decíale que se hallaba defendiendo aquella plaza, que deseaba entender el modo de hacer la guerra; que pareciéndole conveniente, podian asentar el cuartel y canje sin diferencia de catalanes y franceses, segun el uso de las naciones políticas. Causó esta proposicion gran cuidado en los ánimos de muchos; llamó el Vélez á consejo, y allí fué mayor la diferencia; despues se redujeron todos al parecer del San Jorge; respondióse al Espernan que primero quisiese declarar por cuál razon se hallaba dentro de los reinos de España haciendo guerra, si como capitan del Rey Cristianísimo enemigo y quejoso del Católico, ó si como auxiliar de una nacion rebelde á su señor natural. A dos fines se encaminaba esta respuesta: el primero á excusarse de diferir luego en materia de tanta importancia, en que la experiencia podia aconsejar mejor que el discurso; el segundo á darle á conocer á Espernan que quien advertia la diferencia de los asuntos de la guerra sabria no menos acomodarse á ellos en el modo de ella, segun su resolucion. Con esto pretendian tambien templar su orgullo, dándole á temer lo mismo que temian; aunque su intencion era firmísima de conceder el cuartel, así como lo pedia el francés.

Tardó la respuesta de Espernan, porque igualmente esperaba le aconsejase el suceso para saberse determinar, y tomando esta ocasion el San Jorge, hombre aficionado á la nacion y lengua francesa, introdujo su plática con el de Santa Colomba, diciéndole que extrañaba mucho que su general quisiese confundir las razones de aquella guerra, persuadiéndose que los españoles no distinguieran el tratamiento que se debe al contrario ó al rebelde; que no sabia con qué ocasion podia detenerse en la respuesta, siendo cierto que comenzándose las escaramuzas y reencuentros, habia despues la razon de seguir á la furia; que ninguno en la venganza es prudente. Entendióle el Santa Colomba, y que su razonamiento se encaminaba á algun partido; ofrecióse á tratarlo si gozaba libertad; parecíó que convenia, y fué enviado cortesmente y con mejores noticias del poder del ejército, que los franceses no juzgaban por tal, segun las erradas informaciones de los catalanes, que ó no lo creian ó lo disimulaban.

Entre tanto monsieur de San Pol, que gobernaba las armas en Lérida, entendió que para estorbar alguna parte de los progresos del ejército en todo aquel distrito, seria conveniente hacer entrada en Aragon y algunos lugares de la ribera que estaban á devocion del Rey Católico; y tratándolo con el magistrado, pareció se diese luego aviso á don Juan Copons, para que con la gente de su cargo intentase al mismo tiempo alguna faccion en Tortosa ó en la villa de Orta, que tambien seguia el bando real. Juntó el San Pol su gente en copioso número: constaba todo el grueso de siete tercios de los partidos de Tárraga, Agramunt, Pallás, Manresa y Cervera, con la gente de Lérida, sus maestres de campo, el paher (1) en cap de la misma ciudad, don Luis de Peguera, don José Pons de Monclar, don Francisco de Villanueva, don Miguel Gilbert, don Pedro de Aymerich, don Luis de Rejadell. Con esta infantería y algunos pocos caballos salieron á campaña, y discurriendo sobre qué lugar podrian acometer, hallaron ser mas acomodado á sus designios Tamarit de Litera, puesto en la ribera del Cinca, que los españoles habian hecho cuartel de los tercios de Navarra, á cargo del señor de Ablitas; pero el San Pol, por evitar la prevencion con que el contrario podia esperarle, mostró mover sus tropas á otra parte. Revolvió al anochecer, y enderezóse á Tamarit: llegó sin ser sentido, y escaló improvisamente el cuartel, que no pudo resistirse, ayudando la buena ocasion al mas poderoso; murieron algunos de los navarros, y fueron prisioneros hasta ciento y cincuenta, de que avisados los de Fraga, acudieron á su socorro el conde de Montijo y el Parada; llegaron tarde, porque el San Pol, habiendo hecho su asalto, marchaba ya la vuelta de Lérida.

Es Lérida principal ciudad entre las de Cataluña, llamada de los geógrafos Ilerda (y Leyda bárbaramente): fué edificada de los antiquísimos sardones, pobladores de la Cerdaña, en la ribera del rio dicho entonces Sicoris, y ahora de nosotros Segre, famoso en las historias romanas, mas que por su caudal, por las batallas que se dieron en sus campos cuando los romanos dominaron en España, Escipion y Aníbal, César y Afranio. No bastaron tiempos ni el diferente ejercicio, trocando las armas por las letras de su universidad, para que Lérida olvidase su belicoso principio, volviendo otra vez á ser presidio observantísimo de la disciplina militar.

El Copons con su tercio y algunas otras compañías de almogavares, ó miquelets, bajó sobre la villa de Orta, desesperado de que en Tortosa pudiese obrar cosa importante; sitióla y apretóla tanto, que los moradores, obligados de la necesidad, pidieron tiempo para entregarse; concedióselo el Copons, y habiéndose acabado el término, pidieron segundo y les fué dado; gastóse sin fruto una y otra tregua; tercera vez la intentaron los sitiados, esperando por instantes el socorro de Tortosa; pero el Copons, como despechado de sus irresoluciones, embistió la villa y la ganó. Dicen que pudiera defenderse mas, por ser bien cercada de muro y fortalecida de un castillo; pero que el mismo temor que sin otra ocasion obligó sus moradores á entregarse á las armas católicas cuando las tenian vecinas, hizo como ahora se postrasen á su enemigo.

El gobernador de Tortosa, Diego de Medina, soldado de larga experiencia, trabajaba en tanto por socorrer la villa; temió al principio el peligro, así como miraba contra sí la amenaza del poder contrario; no obstante envió quinientos infantes á cargo del sargento mayor

(1) Nombre que tenian los regidores en Lérida.

don Diego de Mendoza, y le mandó que con ellos se adelantase todo lo posible hasta socorrer la villa. Llegó don Diego, y la halló atacada por el enemigo; no quiso tentar la fortuna ni haberla menester; volvióse otra vez, sin hacer mas que darle aquella mayor circunstancia á la gloria del catalan, de ganar la plaza á vista del socorro. Con la pérdida de Orta y asalto de Tamarit creció la reputacion á las armas provinciales, y las del Rey desfallecieron en el crédito que las ocasiones pasadas les habian dado.

Apenas el Vélez pudo acomodar las cosas del fuerte y puerto de Salou, cuando mandó marchar el ejército la vuelta de Tarragona en tal concierto, como si la esperanza del tratado no estuviese asegurando todo acomodamiento. Dióselo cargo al duque de San Jorge que con mil caballos y cuatrocientos mosqueteros fuese á ganar los puestos sobre Tarragona, y le seguian dos mil infantes para formarse en aquellas partes que eligiese. Previnose el San Jorge, como hombre ambicioso de una gran fama; sintió después que los negocios se encaminasen por otra via que las armas.

Hallábase Espernan en la plaza afligido y engañado; porque mirando ya tan de cerca y tan poderoso al enemigo, no reconocia en los moradores verdadero ánimo de resistirle, ni tampoco medios para la resistencia. De los socorros prometidos por la Diputacion, solo habia llegado el tercio dicho de Santa Eulalia, de ochocientos infantes bisoños; no se juntaba otra infantería, ni de los regimientos de Francia tenia seguras noticias. De otra parte, la ciudad, grande y sin defensa capaz, no prometia firme resistencia; el vulgo, dividido en bandos, solo servia al temor; unos querian al Rey, otros la república; estos y aquellos se conformaban en disponer su daño. Hallábase Tarragona falta de forrajes y aun sin los víveres necesarios, falta de municiones; cosa que sobre todas se le representaba terrible á Espernan, por no ser visto jamás que una plaza comience á esperar sitio con menos caudal que otras cuando le acaban. Estas dificultades que reconocia cada hora, mas que el horror del ejército, le ponian en desesperacion de la victoria. Hacíasele dificultoso el haber entrado en la ciudad; pero llegó á creer que no estaba obligado á la defensa de los mismos hombres que se desayudaban en ella; que ninguno debe hacer mas por otro que él hace por sí mismo, ni esperar de él mas de lo que sabe ayudarse. Esforzó su desconfianza la plática del monsieur de Santa Colomba, que con verdad y experiencia le informaba del poder contrario, de la inclinacion que hallara en sus cabos para el acomodamiento; pensólo, y halló no ser para despreciar el peligro. Otros dicen que cotejándole con su instruccion secreta, juzgó ser este el uno de los casos en que se le ordenaba la retirada: aficionóse al remedio y púsolo por obra.

Pretendia el Vélez que no solo los franceses desamparasen la ciudad, sino que el mismo Espernan trabajase lo posible por reducir el magistrado á que se entregase modestamente en manos del Rey; dábale á entender con destreza lo mismo que el Espernan estaba experimentando, que la gente mas principal de Tarragona no afectaba á la defensa, y el pueblo la temia; pero Espernan, no obstante que lo entendia, le excusó de aquel discurso; antes, por cumplir la satisfaccion de su ánimo, envió á proponer á los diputados la resistencia. Despachó á Francisco de Vilaplana, teniente general de la caballería del país; decíales cómo habia llegado á Tarragona, y que si bien los medios no eran acomodados á la defensa, que él ofrecia su vida por el bien del Principado; que la infantería era poca, que le socorriesen de alguna, y que haria desmontar la mitad de la caballería para guarnecer y defender su muralla, y con la otra parte saldria á campaña para inquietar el enemigo; que esto era lo mas que podia hacer de su parte; que ellos dispusiesen de la suya de tal suerte que su voluntad no se malograse.

Pero los diputados, ó con mas reconocimiento de sus pocas fuerzas, ó con mayor deseo de emplearlas en cosas útiles y posibles, ó tambien persuadidos de algunos aficionados secretamente al Rey, se fueron dilatando de tal suerte, que el Espernan descifró en su confusion su respuesta, juzgando que ellos no osaban á elegir su perdicion, y antes se acomodaban á sufrirla. Resolvióse con esto, y envió el Santa Colomba al ejército católico, que halló ya tendido hermosamente por la cima de un repecho opuesto á la mejor frente de la ciudad, que mira al ocaso.

Hallábase el ejército en bellísima forma, y tal, que visto desde la plaza parecia mas numeroso. El arte sirve útilmente á la fuerza: la caballería se alojaba en lo llano, la artillería en la batalla, la vanguardia ocupó el cuerno derecho, la retaguardia el izquierdo. El Vélez hizo su cuartel en una casa de campo, fábrica del Groso, genovés, junto á la marina. Así recibió al Santa Colomba, á quien escuchaba y respondia el San Jorge, y después de haberse ajustado en algunas dudas, se resolvieron los dos, en el nombre y fe de sus generales:

Que el maestre de campo general monsieur Espernan desocupase la ciudad de Tarragona de su persona y de las armas cristianísimas que se hallaban en ella; que de la misma suerte retiraria todas las tropas de su cargo, así de caballería como de infantería, que en aquella sazon se hallasen entre Barcelona y Tarragona; que su persona de Espernan no entrase en ningun lugar fuerte del Principado ni defendiese alguna plaza que le fuese encargada por la Diputacion; que haria todo lo posible por reducir al servicio del Rey Católico el tercer conseller de Barcelona, coronel del tercio de Santa Eulalia, y que su gente se incorporase entre el ejército real; que dispondria, mediante su autoridad y oficios, se entregase en manos del marqués de los Vélez aquella venerable insignia y pendon que se hallaba dentro en la plaza; que aconsejase á la ciudad cómo por sus diputados viniese á solicitar la gracia del Rey, pidiendo perdon de sus yerros.

Algunos papeles que se han escrito en Cataluña y han llegado á mis manos, impresos y manuscritos, quieren que Espernan capitulase con el Vélez sin dar noticia al magistrado de lo que pretendia hacer; pero no parece creible que un hombre cuerdo y extranjero concertase la reduccion de una ciudad sin consentimiento de sus ciudadanos.

Los naturales, atentos al peligro que les estaba esperando, recibian sin hostilidad al ejército, no impidiéndole el paso: cosa de que claramente se entendió que ellos aspiraban mas al negocio que á la resistencia.

Volvió el Santa Colomba á la plaza, y aquella misma noche remitió el Espernan firmadas las capitulacione

por manos de monsieur de Boesac, general de su caballería. Recibióle el Vélez cortesmente, firmó tambien lo capitulado con el francés, y á otro dia se vieron en el campo español y comieron juntos unos y otros cabos castellanos y franceses.

No tardó la ciudad y cabildo eclesiástico en venir á humillarse á la majestad del Rey en la persona de su general; vino, y con aquella pompa y autoridad usada entre ellos á imitacion de las repúblicas; pero el Vélez, notándolo atentamente, les mandó dar á entender, antes de escucharles, cómo aquella era ocasion de toda humildad y reverencia; y que así, se debian ofrecer delante su persona con la mayor postracion posible, y no en aquella forma. Cumplieron los diputados la órden impuesta, no dejando de temer que topasen luego al primer paso de su congratulacion efectos del enojo; pero juzgando por otra parte á buena suerte que sus castigos parasen en demostraciones vanas ó poco sensibles, obedecieron gustosamente, y entraron como les fué ordenado.

Recibiólos el Vélez á pié y descubierto poco espacio fuera de su cuartel; llegaron ellos de la misma suerte, y añadiendo algunas lágrimas y señales de temor, habló primero don Antonio de Moncada, canónigo de su iglesia, por el estado eclesiástico; luego los diputados casi dijeron todos unas mismas cosas, y llevaron la misma respuesta con gravedad y entereza pronunciada. Decia que en nombre de su majestad católica recibia aquella ciudad en su obediencia, por estar seguro de que sus ánimos se arrepentian mucho de los errores pasados, y que habian de dar al mundo en finezas y en servicios grande satisfaccion de sus culpas.

Mientras duraba esta ceremonia y las cortesías y convites del Espernan y los suyos, el conseller coronel, desesperado de remedio, se escapó de la ciudad, llevando consigo el pendon con que habia entrado en ella; siguiéronle de los fieles á la república los que quisieron seguirle: salió con facilidad y secreto.

Habíase ajustado que la entrega de la plaza se hiciese al otro dia, 24 de diciembre; cumpliólo el Espernan, y envió luego á excusarse de la retirada del conseller y pendon en la forma que habian concertado: ordinarios peligros en que suelen hallarse todos los que prometen sobre acciones ajenas.

El Vélez todavía conservaba aquel engaño comenzado en la corte, procedido de las falsas inteligencias que habia con catalanes; entendia (obligado á entenderlo), de los avisos del Rey, que en Tarragona se hallaban solamente doscientos caballos; despachó el San Jorge para que contemporizase con las últimas ceremonias de Espernan, encargándole advirtiese cuidadosamente el número y bondad de su caballería, atento á lo venidero.

Habian los franceses sacado sus tropas á campaña por la parte que mira al camino de Barcelona, formándose en diez y siete batallones medianos, que entre todos hacian mas de mil caballos; no fué solo urbanidad, sino artificio para que entre tanto la infantería catalana, que se retiraba, sus caballos y bagajes tuviesen tiempo de mejorarse en las marchas.

Despedido, en fin, el Espernan, y vacía la ciudad de las armas francesas, se dispuso luego la entrada del Vélez, y se alojaron en ella cuatro tercios de infantería, repartiendo los mas por los lugares convecinos. Entró el Marqués aquella tarde acompañado de toda la corte del ejército, el magistrado de Tarragona y otros nobles de la ciudad; caminó á la iglesia mayor, donde fué recibido con las pias ceremonias con que la Iglesia se alegra en los triunfos de sus hijos; los demás tercios y caballería marcharon á sus cuarteles.

Es Tarragona uno de los mas antiguos pueblos de España y que en ella ha dado mayor ocupacion á las historias. Muchos autores la tienen por edificio de Tubal, llamándola Tarazoan, que en voz armenia y caldea (propias entonces) dicen significa ayuntamiento de pastores, por comenzar su poblacion en esa manera. Otros, deshaciendo algo en su antigüedad, quieren la fundase Taraco ó Tearco, príncipe de Etiopia sobre Egipto, natural de los pueblos leucotíopes; el cual, venido á España, y después de retirado de Cádiz mañosamente por los fenices, pasó á las riberas del Ebro, donde batalló con Teron, capitan de los ébricos españoles (que hoy son los cántabros), y fué por él vencido y arrojado. En la edad de romanos subió Tarragona en gloria y edificios. Antes de Cneyo Escipion se hallaba ya cercada de muros; pero de los Escipiones alcanzó su mayor lustre, haciéndola plaza de armas general contra los cartagineses. Recibió la fe católica cuando los primeros pueblos españoles, por lo que su iglesia, sobre metrópoli en su provincia, pretende con Toledo y Braga la primacía de las Españas. Edificóla su fundador en una eminencia que viene á caerse poco á poco en el mar, donde después la tierra humilde se dilata en una aguda punta, y ayudada del muelle, forma abrigo, aunque corto, á los bajeles; la cuerda de los cerros que sube á septentrion va siempre creciendo y levantándose hasta que se remata en algunas peñas, que del todo encubren la ciudad á los que la buscan por la parte oriental; el medio arco que describe de poniente á mediodía es mas descubierto; pero no sin alguna defensa de antiguas torres y baluartes modernos. El número de sus moradores con pocos pasaba de tres mil; sus calles angostas, sus fábricas, demuestran mas años que grandeza, Tal fué Tarragona hasta aquellos tiempos que comenzó la guerra, que es cuando la vimos; ahora será solo esta en el estado de sus principios.

Siguióse al buen suceso del Vélez en la reduccion de la ciudad otro no menos favorable á sus intentos. Amanecieron surtas las galeras de España y Génova en número de diez y siete; poco después el mismo dia llegaron los bergantines de Mallorca, con que el ejército recibió alegría, porque de ambas flotas esperaba ser socorrido con gente, municiones y la artillería prometida de Rosellon. Pero en breve se entendió que las galeras no traian mas de la persona de don Juan de Garay, conforme á las antiguas órdenes que se le habian enviado de la corte.

Gobernaba las de España don García de Toledo, marqués de Villafranca, y las de Génova Juanetin de Oria, hermano del duque de Túrsis, á las órdenes del Villafranca. Desembarcó don Juan, y fué bien recibido del Vélez, que, aunque deseaba mas su ejército, mostró estimar igualmente su persona (á veces vale mas la de un capitan grande). Solo el Torrecusa dió á entender le desplacia su venida, y mucho mas viéndole solo y sin armas que gobernase, porque entonces temia que ó se le diesen por compañero en el manejo de aquel

ejército, ó que de sus tropas le separasen algunas con que emplearle. Era tal la opinion del huésped, que ninguno lo esperaba ocioso; y verdaderamente ello se fué disponiendo de tal suerte, ayudado de algunas calumnias de hombres entremetidos, que el Vélez se vió á peligro de perderlos á entrambos, ó por lo menos en desesperacion de aprovecharse de los dos: cosa que deseaba, y de que supiera usar con destreza si la sequedad del Torrecusa y presuncion del Garay le dieran algun espacio para hacerlo.

Excusábase don Juan de no haber traido la infantería de Rosellon, diciendo que la guerra estaba por aquella parte tan viva, que mas se hallaba en estado de ser socorrida que de socorrer á ninguno; que las plazas eran muchas, y poca la gente para guarnecerlas; que los catalanes andaban en campaña, y que las tropas del Ampurdan hacian cada dia mas fuerzas y venganzas en los países fieles. No le faltaban razones para poder excusarse de no venir armado; pero con ninguna satisfacia el haber venido; donde se entendió entonces que el Garay, temeroso de los progresos de Rosellon, tomó aquel motivo para dejar la provincia, juzgando que en el nuevo empleo de las armas prometidas aseguraba sus mejoras; que en Rosellon se peleaba con franceses, y en Cataluña con naturales bisoños y mal armados, de quienes no se podia dudar la victoria, embistiéndoles tan copiosos ejércitos.

Dispúsose luego la desembarcacion de la artillería: eran seis cañones enteros y otras piezas necesarias, hasta el número de veinte, y los mas pertrechos convenientes á su cantidad. Tratábase tambien del despacho de los bergantines, porque hiciesen segunda provision de grano á la caballería; pero en medio de este negocio y de las muchas observaciones en que por entonces inútilmente se ocupaban cerca de sus preferencias el Vélez y Villafranca, llegó un correo de Madrid, que dió principio á otras novedades.

Abriéronse los pliegos y con ellos las puertas á muchos y varios discursos, por la novedad que se hizo notoria, de la cual podrémos decir vino después á depender buena parte de los sucesos que escribimos.

Avisaba el Rey Católico al Vélez cómo el reino de Portugal se habia declarado en su desobediencia, separándose de su monarquía y entregándose á nuevo rey; ordenábale muchas cosas sobre este caso, encomendándole detuviese todo lo posible su noticia, por no dar con ella mas aliento á los catalanes y causar alguna inquietud en los muchos portugueses que se hallaban sirviendo en aquel ejército. Empero por ser la cosa tan grande en Europa, de tanto cuidado á los príncipes de ella, y de tales dependencias con mi historia, habré yo de contar lo sucedido en breve digresion, segun mi costumbre.

Sesenta años habia que la corona de Portugal ocupaba las sienes de los reyes castellanos, con que no solo consumaron su imperio en toda España, mas tuvieron entonces ocasion de ceñir con sus armas fácilmente el universo. Fué don Felipe el Segundo, rey de Castilla, hijo de la emperatriz doña Isabel, mujer de Cárlos V; ella hija de don Manuel, único deste nombre, rey de Portugal, cuya baronía, extinta, por muerte de don Sebastian, en el cardenal rey don Enrique, su tio, pretendieron muchos príncipes la sucesion de la corona, y no sin derecho pretendia tambien el mismo reino heredarse á sí propio y nombrar sucesor, como ya lo hiciera en otras ocasiones. Contendian, en fin, por mejor razon Catalina, duquesa de Braganza, hija entonces sola (muerta María, su mayor hermana, princesa de Parma) de Duarte, infante de Portugal, hijo de don Manuel y hermano de la Emperatriz y del último rey cardenal; Duarte, bien que por su edad menor que el mismo rey su hermano, por su sexo mejor que la Emperatriz su hermana; Catalina, hija de Duarte, y Felipe, hijo de Isabel. Vino el caso de valerse cada cual de la representacion de aquella persona de quien recibia la accion, como si verdaderamente concurriesen vivos, Duarte, varon, con Isabel, hembra, inferior en sexo, bien que superior en años; de tal suerte, que Catalina, por la gracia á que el derecho llama beneficio, quedaba representando el infante su padre, y Felipe por la misma ocasion enflaquecia su causa, significando la Emperatriz su madre. Intentó luego don Enrique, hombre santo y viejo, satisfacer la justicia de todos los príncipes contenciosos, por excusar á su reino la nueva fatiga de una guerra, poniendo el negocio en términos de derecho comun. Muchos le acusan esta resolucion, y algunos la juzgan por la mayor de sus acciones; porque cuanto mas fiaba de su justificacion, pudo entregarse mas confiadamente al sentimiento de otros juicios, teniendo por hecho indigno de rey católico y evangélico que aquellas cosas tan fáciles de acomodar por la razon con aplauso del mundo y paz de su conciencia, se hubiesen de poner en manos de la furia. Nombró jueces hombres tales que pudiesen juzgar sobre tan grandes intereses. Murió antes de acabarlo don Enrique; comun infelicidad de Portugal y Castilla, á quienes dejó por herederos de la discordia. Mas don Felipe, antes de la sentencia en los términos legales, ordenó se lo pleiteasen con negociaciones el duque de Osuna don Pedro Giron, y don Cristóbal de Mora, ya su favorecido; pero en su defecto, no despreciando la fuerza como el artificio, dispuso que tambien de otra parte mejorase sus respetos don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, con treinta mil combatientes; y de las dos poderosas manos que don Felipe puso en este negocio, la una liberal y la otra fuerte, no se puede decir cuál fué mas oficiosa contra la libertad del reino; tal el interés, y tal el asombro opuesto á los ánimos, donde algunos resistiendo al temor, no llegaron á alcanzar victoria de la codicia. Retiróse doña Catalina de la pretension, no desengañada, mas temerosa, guardando en su sangre y en la de sus hijos y nietos su propia justicia y derecho anterior á la corona; y guardando tambien los portugueses, hasta los mas obligados al Rey Católico, en su corazon ó en su escrúpulo la memoria del arte y la violencia de aquel monarca, obedecida en aquella primera edad con la fuerza, y en la segunda de su hijo don Felipe III, tolerada con la apacibilidad del gobierno; mas del todo á ellos insufrible en la de don Felipe IV. Hallábase la nobleza mas que nunca oprimida y desestimada, cargada la plebe, quejosa la iglesia; era sobre todo acabado el tiempo de aquel castigo. Despertó la queja comun las memorias pasadas, que ya parece dormian pesadamente en el sueño de sesenta años. Pretendió el Rey que la nobleza de Portugal saliese á servirle en el castigo de la libertad catalana, en

que los portugueses reconocian hermandad, y en cuyas acciones, como á un clarísimo espejo, estaban concertando sus ánimos á un dichoso fin. Amenazaba don Felipe por boca de dos ministros terribles, que entonces manejaban los negocios de Portugal, con crimen de indignacion aquel que no saliese á obedecerle; esta asperísima administracion de imperio, añadida á las primeras razones, dió motivo á algunos caballeros y prelados del reino, en corto número, para que se resolviesen á comprar con sus vidas la libertad de la patria, á imitacion de algunos famosos griegos y romanos, que no hicieron mas ni tan dichosamente. Concertáronlo, y se dispusieron á quitar y le quitaron aquella corona á don Felipe, que en el modo por que dicen la trataba, hizo la mayor informacion contra sí mismo, ofreciéndola á su propio dueño, que tambien en aceptarla sin temor de la contingencia manifestó al mundo su derecho. Era este don Juan, el segundo en el nombre de los duques de Braganza, octavo en el número de ellos, hijo de Teodosio I, duque séptimo y nieto de Catalina, la despojada princesa de Portugal, y el que fué saludado rey legítimo de los portugueses en Lisboa á 1.° de diciembre. A cuya voz humilló el Señor el poder contrario, de tal suerte, que sin defensa ó contradiccion, el nuevo rey se hizo obedecido en espacio de nueve dias por todas sus gentes y provincias, y las muchas plazas marítimas que guardaban los puertos fueron puestas en sus manos por los mismos capitanes del Rey Católico que las defendian, movidos ellos (dicen algunos) de una fuerza interior que les hacia obedecer á su propia injuria: tal fué la princesa Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, que entonces gobernaba el reino, cuyos despachos hicieron medio á la entrega de las mayores fuerzas.

Con extrañeza y admiracion fué recibido en el ejército este gran suceso de Portugal, aunque pareció mas grande en la variedad y recato con que se trataba. Poco después se conoció en señales exteriores, habiéndose preso por órdenes secretas algunas personas de aquella nacion y alguna de estimacion y partes que se hallaba en el ejército, cuya gracia cerca de los que mandaban la pudo hacer mas peligrosa.

Muchos pensaban que este accidente podia resultar en beneficio de Cataluña, porque el Rey, por vengar el agravio recibido de portugueses, se habia de acomodar á cualquiera honesto partido con el Principado, aprovechándose de las armas empleadas en él para el otro castigo.

Algunos entendian diferentemente, temiendo que las asistencias y socorros de aquel ejército no podian ser cuales pedia la necesidad, porque divertido el poder del Rey Católico á otra parte, era forzoso faltar allí lo que se aplicase al nuevo ejército.

Con la misma diferencia juzgaban los catalanes, bien que para lo venidero todos lo tenian por conveniente: tales habia que desde luego lo estimaban como gran fortuna, pareciéndoles que ya el enojo del Rey se habia de repartir entre ellos y la segunda desobediencia; y aun creian que la de Portugal llevase la mayor parte de la indignacion, porque en los ojos del Rey Católico, y de todos los monarcas del mundo, no pareceria tan grande el delito de la sedicion como el de la competencia; que el suyo de ellos se podria rehusar, era fundado en miseria; pero el de los portugueses en soberbia y altivez, donde inferian la templanza de su peligro.

Tambien no faltaban otros que pensasen consistia en esta novedad su mayor daño, porque el Rey, deseoso y aun necesitado de hacer la guerra á Portugal, debia poner todas sus fuerzas por acabar mas brevemente la de Cataluña, pues no era sano acuerdo abrir los cimientos á un tan costoso edificio sin haber dado fin á la primera obra.

Así discurrian las gentes de una y otra nacion; y los que mas temian, mas acertaban, enseñándoles después la experiencia cómo el temor discurre á veces mejor que la esperanza.

LIBRO QUINTO.

Preparaciones del Principado. — Disposicion del campo español. — Instancias á Espernan. — Su vuelta á Francia. — Piérdese Vilafranca y San Saduruí; Martorell es embestido. — Socórrele Barcelona. — Juicios y consejos de españoles y catalanes. — Inténtase la ciudad. — Habla el Vélez á los suyos. — Aclama la generalidad al Cristianísimo. — Expugnacion de Monjuich. — El San Jorge pretende entrar las puertas. — Muere en ellas. — Atácanse las escaramuzas. — El fuerte se defiende. — Rómpense los escuadrones. — Derrota del ejército. — Su pérdida y mortandad. — Retírase el Vélez á Tarragona. — Acaba su gobierno.

Mientras el Vélez descansaba en Tarragona, ni bien amado como amigo, ni bien aborrecido como contrario, seguia el Espernan su retirada, melancólico y poco seguro de todo el país, que le miraba con dolor y odio. Cargábanle comunmente la culpa de la pérdida de Tarragona, diciendo que no estaba obligado al cumplimiento de lo prometido, porque no podia capitular en perjuicio del acuerdo entre el Rey Cristianísimo y el Principado. Intentaban con esto impedir su retirada, y que por lo menos aguardase aviso del Rey para ejecutarla: á ninguna razon obedecia el francés; antes, como cada dia crecia la confusion de las cosas públicas, así se afirmaba mas en la resolucion de cumplir lo capitulado con los españoles.

Procuraba entonces la Diputacion de tener al enemigo en Martorell, porque los pasos angostos y el rio dificultoso le prometian mas segura defensa; incansablemente solicitaban sus levas, que con suma brevedad se iban engrosando con la gente de Vich, Manresa, Ripoll, Granollers, Vallés, Mataron, Areñs, San Celoní, Hostalric, Mataró, Cabrera, Bas y costa del mar.

Tal era el grueso de todas las gentes de que pretendian formar su ejército, y á este fin salió de Barcelona el doctor Ferran, ministro de su magistrado, que introducido en aquellos negocios, procuraba con celo de verdadero repúblico dar forma á la defensa, así por lo que tocaba á la fortificacion como al campo; pero en ambas diligencias fué inútil su cuidado, conforme lo mostró la experiencia, dándonos ejemplo de que no basta solo el celo en el varon si no se ayuda de la industria y suficiencia (buen advertimiento para los príncipes). Era Ferran oidor eclesiástico, ignoraba totalmente la ciencia militar, y por mas que su ánimo le inclinaba al servicio de la patria, todavía no fué bastante su deseo para vencer la ignorancia; de suerte que el expediente se dilataba por aquel mismo instrumento que fué aplicado á la ejecucion.

Crecian las fortificaciones al lento paso que llegaba la gente; era mayor su trabajo que su fruto, porque si

bien habia entre ellos algunas personas de medianas noticias en aquel arte, todavía padecian la costumbre de querer arbitrar todos sobre la profesion ajena, que los mas ignoraban, entendiendo que la voluntad de acertar bastaba para guiarlos al acierto. Introdujéronse en el gobierno militar algunos hombres mozos, á quienes el ánimo ardiente del bien de su patria habia hecho creer de sí mas de lo que era justo; los cuales, interpuestos en las ejecuciones de los negocios, los sacaban de su estado competente hasta traerlos á su parecer. Es en los mancebos tan loable cosa el amar las ciencias, como será peligrosa el entender que las han conseguido; porque por lo primero se hacen capaces de alcanzar sabiduría, y con lo segundo se disponen á la presuncion, que los lleva al temprano riesgo del mando, hasta acabar en él.

Varios avisos recibia la Diputacion de los intentos de Vélez, y no cesaba de instar al Espernan que con su caballería y algunos infantes franceses que ya se juntaban entrase en el Panadés (es una pequeña provincia, que comprehende algunos buenos lugares de aquel contorno); á que se habia de seguir la catalana, que ya marchaba, porque todos saliesen al opósito de los reales, que sin duda mostraban querer ocupar aquellos pasos. Era esta su misma intencion del Vélez, reconocido ya de la necesidad del ejército, que apretado en Tarragona de los catalanes sueltos, que fatigaban la campaña por todas partes, no sabia cómo valerse ó resistirlos. Usó desordenadamente de la fertilidad de aquellos pueblos, y en brevísimos dias se vino á hallar en la misma miseria con que entrara en ellos, sin otro remedio que buscar por las armas el sustento ordinario.

Ninguna diligencia fué bastante para que Espernan mudase su intencion; bien que con sumo artificio procuraba no desesperar los catalanes que ya temia; pero cuanto sabian acomodar sus palabras, desmentian las acciones de tal suerte, que entendiendo la Diputacion cómo se habia retirado á la retaguardia de Martorell por no hallarse en aquel servicio, mandó salir de Barcelona su diputado eclesiástico, presidente de su consistorio, porque se desengañase del ánimo con que Espernan procedia. Llegó, y asistido del Ferran y conseller tercero, asentaron que con la persona de monsieur de Plesís (capaz, segun ellos entendian, de reducir al Espernan) se le ordenase imperiosamente que su caballería pasase luego al Panadés, y que con la infantería guarneciese á Villafranca, que habia de ser la que primero probase la furia del ejército católico; pero con tal aviso, que si el enemigo la hubiese entrado primero que ellos, se excusase la escaramuza y se retirasen á Martorell, donde sin duda habian de ser de mayor efecto. Temian con razon perder cualquier pequeña parte de su tierra, porque aun sin contar el precio y lástima de los pueblos, consideraban por el mayor daño la pérdida del aliento en los vasallos; ordinario accidente con que la gente inadvertida suele recibir las primeras desgracias de una república donde la guerra es extraña.

Con este ajustamiento le pareció al Diputado que las cosas quedaban de suerte que ya podia excusarse su asistencia, cuando en su corte concurrian tantas que la pedian. Volvióse, y con su apartamiento volvieron tambien los negocios al mismo estado en que se hallaban antes; no se obraba nada de lo prometido, sino crecia la confusion y desórden.

Vino segunda vez, y esto mismo le puso en obligacion de no dejar aquel negocio sin acabar de entender el ánimo de Espernan: juntó al Plesís y Seriñan como para testigos de sus promesas, y nuevamente afirman ellos que prometió el francés seguir la fortuna del Principado y su servicio, con que le diesen licencia para dar aviso al Vélez, haciéndole notorias las causas de su imposibilidad. Yo creo que él lo pensaba hacer así, previniéndose para cualquier suceso; procuraba dejar el Principado, y temia no poder hacerlo; pretendia justificarse con su enemigo, porque si la fortuna le trajese otra vez á sus manos, no perdiese por la palabra quebrantada la cortesía de los vencedores; igualmente le asombraba el enojo de los naturales si una vez llegasen á desesperar de su compañía; así obraba dudoso, como entendia lleno de duda.

Deseaban los catalanes que los caballos franceses entrasen á darse la mano á su teniente general Vilaplana, que con solas tres compañías de caballería ligera discurria por los lugares donde el ejército católico hacia frente, á fin de reconocer sus intentos.

Caso es este digno de gran consideracion, particularmente para todos aquellos que, fundados en el favor de sus amigos, se aventuran á pretender cosas grandes. Aquí se ve que un hombre estimado por capitan, vasallo de un rey cristianísimo, justo y con empeños de la misma accion, no solo se determinase á faltar en el mayor peligro de los que venia á defender, sino que después de haber faltado, ó por su respeto ó por su discurso, los embarazase con nuevos prometimientos, pudiéndoles salir mas costosa la segunda confianza que la primera quiebra. No es mi intencion en lo que digo condenar el cumplimiento de la palabra que se ofreció; admírome de que habiéndola ofrecido, consintiese á los catalanes nueva esperanza de su auxilio. Tiránicamente desterró la política de los estadistas á la llaneza y la verdad, haciendo que del engaño se formase ciencia. ¡Qué dirémos de cosas tan grandes, sino contarlas como han sido!

El Vélez entre tanto en Tarragona disponia su salida, con deseo de que no se dilatase; habia ordenado que algunas tropas de gente discurriesen por los lugares de aquel partido, no solo por ponerles en obediencia y órden, sino tambien para que los soldados pudiesen valerse de su saco y se socorriesen contra el hambre que generalmente los afligia.

Poco después, pareciendo que el ejército estaba ya capaz de moverse, nombró por gobernador de Tarragona al maestre de campo don Fernando de Tejada, para que con su tercio y alguna caballería quedase asegurando aquella plaza tan á propósito á los intentos de unas y otras armas, y que los enfermos se pasasen á la villa de Constantí, porque la ciudad no recibiese algun contagio de su compañía.

Ninguna cosa pareció ni era mas dificultosa de acomodar que aquella misma sobre que se fundaban todas las otras, como si fuese fácil; no se hallaba medio á la conduccion de los víveres para alimento continuo del ejército; el país, arruinado y prevenido por sus naturales, habia retirado hácia dentro de sí aquellos pocos

frutos que pudo escapar á las manos de sus mismos ofensores y defensores, porque la ambicion ó desprecio en la guerra casi viene á ser igual entre enemigos y amigos.

Luego paraba la confianza en la buena compañía de las galeras y bergantines, y aquel cuidado que justamente se podia tener por seguro, cargando sobre el Villafranca, su general. Es don García de Toledo hombre en quien se halla valor heredado y adquirido; camina á la grandeza por la singularidad, afectando muchas extrañezas ajenas de un sugeto nacido y criado para el mando; vive en él la prudencia como esclava del gusto, y es aun así de los mayores ingenios de España.

Deseaba el Vélez pedir le ayudase; empero creia que el Villafranca no tardaria mas en desviársele que lo que tardase en entenderlo, porque á la verdad él en su ánimo tenia por cosa indigna haber de servir de instrumento á los aciertos de otro; ordinario vicio entre hombres poderosos, de que el Príncipe viene á pagar la mayor parte de sus intereses.

Pretendióse que el Garay fuese el medianero, y no bastó todo su artificio para llevarle á ninguna conveniencia; respondió con destreza y obró con industria.

Pero ya desengañados los cabos de que por la mar no podian ayudarse segun convenia, pensaron que de Tarragona y de los pueblos que quedaban á las espaldas era cosa posible abastecer su ejército: no dejaban de entender que los catalanes habian de procurar cortarles el paso; pero tambien esperaban que el ejército de Fraga á la órden del Nochera obraria de tal suerte, que llamando á su oposicion las fuerzas provinciales, no podian ellos juntar en otra parte lo posible para estorbar sus convoyes, con lo que el campo habria de ser suficientemente socorrido.

Era la intencion del Rey Católico (por lo menos lo daban así á entender sus ministros) invadir el Principado con tres ejércitos á un mismo tiempo; cosa que si pudiese ejecutarse, sin duda postrara las fuerzas y estorbara la entrada de los auxiliares. Conforme á esta disposicion salió el Nochera de Zaragoza, y su maestre de campo general el Prior de Navarra, á fin de que se diese forma en las rayas de Aragon al nuevo y prometido ejército; pero como por natural achaque del gobierno español, se siguió siempre un profundísimo olvido á las mas vivas preparaciones, no duró mas el cuidado de aquella accion que lo que fué necesario para darla principio con asaz fatiga de Aragon y Navarra. No se le acudia con los efectos competentes á la ejecucion; escribia el de Nochera é importunaba, y no era socorrido; antes se recibia la eficacia de sus avisos casi con escándalo, por ser culpa comun en ministros desatentos reputar la providencia de otros como cobardía.

De otra parte, desayudado el Nochera por algunas desconfianzas entre su persona y la del Prior, altivos ambos, y ambos caprichosos, ninguno quiso ni supo convenir ó humillarse á la condicion ó al mando ajeno; prosiguióse la competencia; poco después fué venganza, y luego desconcierto del servicio de su rey; y sus tropas, de cuyos empleos por la diversion tanto dependia el ejército del Vélez, se estuvieron ociosas todos aquellos tiempos.

Salieron los reales de Tarragona, y se ordenó que la caballería se mejorase siempre cuanto le fuese posible hácia Villafranca del Panadés. Ejecutólo intrépidamente el San Jorge; hallábase en la plaza el teniente general Vilaplana con desigual poder; fué forzado á retirarse, y lo pudo hacer sin pérdida de fuerzas ni de opinion, por ser práctico en el país; al punto ocuparon los reales el paso, contentándose con haberle ganado, sin intentar por entonces otra cosa mientras no se juntaba todo el ejército.

Causó la retirada de Vilaplana grandísimo desconsuelo en Barcelona; entonces volvieron á llorar la impiedad del Espernan, que en tal peligro los habia metido y dejado, teniendo por seguro, ó por las disculpas de Vilaplana ó porque verdaderamente los pareciese así, que habiéndola socorrido, la villa pudiera resistirse.

Pero el francés, observante de las atenciones de los catalanes, y no menos de los pasos del ejército católico, dispuso su última retirada y la de todos sus cabos y tropas á Francia; contradecianselа con vivas razones los diputados, que su mismo dolor, cuando no su justicia, les estaba dictando.

No se detuvo Espernan á ningun oficio, antes prosiguió su camino con tanta determinacion, que dió motivo á que se pensase, y aun escribiese, no era solo el sencillo deseo de cumplir su palabra el que le llevaba tan resoluto. Volvió á Francia, donde exteriormente fué no bien recibido; todavía ocupó luego su gobierno propietario de Leucata. Algunos se persuadieron que mayor espíritu obraba su movimiento; yo no puedo escribir todo lo que he oido; por lo que se ve se juzgue; lean aquí atentísimos todos los que aconsejan sus príncipes, que el caso no es de tan pequeña doctrina; asaz de útil ofrece al advertimiento de los que mucho fian de otro.

Fué la salida de los franceses sentidísima en todo el Principado, é hizo cejar mucho en la aficion con que los miraban como á sus libertadores. Entonces, viéndose ya asombrados de su enemigo, recurrian tal vez á culpar la primera resolucion; otros lo juzgaban á infelicísimo pronóstico; y tales habia que lo consideraban por último desengaño, creyendo que la desconfianza de su conservacion llevaba primero aquellos que primero la conocian.

Pero los hombres en que el valor ardia como elemento, sin otra materia de interés mas que su propio celo, no desmayando con la ausencia de los socorros, decian que así les habia de quedar mayor la gloria del triunfo, no habiendo de partir de su laurel con otras cabezas; que su nacion, unida y sin la correspondencia de otras gentes, quedaria mas fuerte y mas segura, pues entre ellos ya no era tiempo se hallasen los ánimos diferentes ó indiferentes. De esta suerte alentaban á los temerosos.

Marchaba el Vélez en tanto al Panadés, donde ya la vanguardia habia ganado á Villafranca; ocupó en llegando con su grueso el lugar, capaz de poder recogerle todo. Era Villafranca pueblo de gran vecindad y de los mas abundantes de España en su provincia. Aquel mismo dia se ordenó que todos los caballos ligeros se adelantasen á ganar San Sadurní, distante poco mas de una legua hácia Martorell, donde se sabia que el enemigo aguardaba con parte de la gente retirada de Villafranca y todo el poder que tenian junto para oponérsele.

Está San Sadurní puesto en una eminencia acomodada para defenderse, desde la cual hasta Martorell se siguen algunos valles hondísimos, que van siempre ceñidos de dos cordilleras de montes, que unos bajan de las serranías de Monserrate, y otros corren la tierra adentro, pasando poco distantes de Barcelona.

El pueblo, siendo súbitamente asaltado, ni por eso dejó de resistirse, confiado en que la vecindad del socorro no podia faltarle; pero la gran fuerza con que fué furiosamente embestido y luego entrado, no dejó ver la constancia de los que le defendian, ni la diligencia de los que ya caminaban á juntarse con ellos.

Comenzaban desde allí todas sus fortificaciònes de los catalanes, asentadas en sitios favorables á sus designios y al modo de guerra comun á los hombres rudos; pretendian con tropas de gente bisoña, puestas en aquellos lugares altos, libres á la furia de la caballería, defender todo el paso, que por larguísima distancia continuaba en aquella angostura; este fué su intento, y lo pudieran lograr á poner en ello mas cuidado. La naturaleza convida con la defensa, el arte la perfecciona; la necesidad hace poco mas que desearla, y la estraga á veces; el temor no ayuda al acierto; quien teme no sabe, el que sabe tiene menos que temer; la guerra se ha reducido á términos de ciencia; el órden alcanza mas que la fortaleza.

Detúvose el Vélez por discurrir con templanza en el modo de la empresa de Martorell, que como mas propia, por ser suyo el lugar, como hemos dicho, deseaba acertarla. Hallábase con buenas noticias del país enemigo, porque en su campo habia muchos naturales y otros no menos prácticos: todavía procuró haber algunos paisanos por cuya industria, no solo fuese avisado, sino guiado; mandó se buscasen, y le fueron traidos por las tropas de la caballería, de los cuales se entendió cumplidamente todo lo que deseaba saber.

Habia gobernado hasta aquel dia las armas de los catalanes su oidor eclesiástico Ferran, acompañado de don Pedro Desbosch y don Francisco Miguel, caballero de San Juan, en quienes, por mas que se adornaban del celo y fidelidad, no se hallaban aquellas calidades suficientes al grande oficio que ejercian. Con este conocimiento fué llamado el diputado militar Francisco de Tamarit (á cuyo puesto tocaba el mando de las armas naturales), que hasta entonces se hallaba ocupado en el Ampurdan, haciendo frente y resistencia á las tropas reales de Rosellon. Era el Tamarit hombre que juntamente llegó á enseñar la milicia á los suyos y aprenderla entre ellos, pero ya en opinion de capitan, porque los buenos sucesos anticipan á veces la gloria del aplauso, á que parece caminan otros y rodean por el merecimiento.

No menos los negocios del Ampurdan eran á este tiempo dignos de todo cuidado: no se atrevia el Tamarit á dejarlos expuestos á la mejor suerte de sus enemigos, ni tampoco pudo excusarse de acudir al aviso de su república. Dispuso y encargó la defensa de aquella provincia como le pareció mas conveniente, y dejó en su guarnicion á los maestres de campo don Anton Casador, don Dalmau Alemany, don Bernardo Montpalau, don Juan Sanmenat y el vizconde de Joch, cuyos tercios, si bien no eran copiosos, parecia que por entonces podian hacer resistencia al contrario, que ya se hallaba con mayores pensamientos en la parte donde tenia las mayores fuerzas; y habiendo tambien ordenado á las compañías de caballos de Enrique Juan, el baile de Falsá y Manuel de Aux le siguiesen, entró en Barcelona al mismo tiempo que le llamaba la necesidad y la desconfianza comun. Cobró el pueblo nuevo aliento con su llegada, haciéndola aun mas alegre haber entrado casi en aquellos dias monsieur de Plesis y monsieur de Seriñan con un regimiento de infantería francesa, y trescientos caballos no comprehendidos en las capitulaciones de Tarragona.

Consistia toda su esperanza de los catalanes en defender el paso de Martorell, juzgando ser aquella la verdadera defensa y fortificacion de Barcelona; habian perdido el Coll con facilidad, cosa entre ellos tenida por insuperable: esta consideracion los llevaba mas al propósito de aquella resistencia.

Procuraban dar satisfaccion al Principado, cuyas fuerzas tenian juntas, siendo cierto que todos sus naturales parece habian puesto los ojos en aquella accion para acabar de creer ó desesperar en su defensa: á lo que mas se aplicaban era á intentar algun buen efecto por manos de la industria. Pareció conveniente dar aviso al Margarit, que emboscado en las espesuras de Monserrate, hacia la guerra en continuos asaltos, para que en la mejor forma que el tiempo y sus fuerzas diesen lugar se acercase á Tarragona y picase al ejército vivamente por las espaldas.

Recibió don José la órden, y recogió á sí toda la gente que le quiso seguir, y con algunos almogavares fué á tentar la fortuna con determinacion de dar sobre los lugares que el ejército católico dejase con alguna guarnicion; asegurábase en que la caballería tenia desocupado el campo de Tarragona, y así no le quedaba el negocio dificultoso.

Marchó, y crecia cada instante tanto en poder y pensamientos, que determinó ir á dar vista á la misma ciudad de Tarragona; empero siendo informado de su gran presidio, revolvió por hácia la montaña á la villa de Constantí, distante de Tarragona una pequeña legua. Es Constantí lugar mediano, pero fortalecido de un castillo de los que la antigüedad fundó con mayor arte; está eminente á todo su pueblo y á toda la campaña, desde donde se mira no menos fuerte que agradable; servia de hospital y cárcel á castellanos y catalanes; parecióle al Margarit esta empresa acomodada á sus fuerzas, pensando por ventura divertir con aquella accion la fuerza del ejército, como suele la leona dejar algunas veces la presa á los rugidos de los cautivos hijuelos; embistió la villa en el mayor descuido de la noche; ganaron las puertas con brio los catalanes, no poco defendidas de los soldados de la guarnicion. Es celebrado entre los mas el aliento de un Pedro de Torres, sargento catalan; nombrámosle, contra costumbre, porque le hallamos nombrado de todos. Defendióse el castillo como pudo, y fué entrado con la primera luz de la mañana; murieron algunos castellanos en número como treinta; cobraron su libertad mas de trescientos naturales prisioneros, y sin duda pudiéramos contar este por un dichoso suceso, si no oscureciera mucho de su gloria la crueldad con que fueron tratados los heridos y enfermos; porque habiéndose reconocido por los vencedores los hospitales, donde yacian hasta cuatro-

cientos soldados, defendidos solo de la humanidad y religion, últimos privilegios de los miserables, fueron entrados furiosamente, y sin ninguna piedad despedazados y muertos. Corrió la tristísima sangre por en medio de la sala en forma de arroyo: nadaban sobre ella brazos, piernas y cabezas; los cuerpos humanos, perdida su primera forma, parecian monstruosos troncos de carne. Al principio las quejas, lágrimas y voces formaron un horrible estruendo, y el miedo y la confusion fueron para algunos tan crueles como para otros el acero; los lechos, fabricados á la paz y descanso natural, se veian torpísimamente bañados en sangre, y sucios con las entrañas de sus dueños, figuraban lastimosamente las bárbaras carnicerías de los gentiles. No pudo detenerse á ningun respeto el furor de los que vencian, porque parece es calidad de la victoria asentarse sobre la mayor ruina; tampoco la venganza obedece á algun consejo de la piedad; hallábanse rabiosos los catalanes del suceso de Cambrils, y obraban de suerte en Constantí, como si con aquella violencia enmendasen la ya padecida.

Entendióse con brevedad en Tarragona la interpresa de aquel lugar, y aun sin prevenir tan grande daño, mandó el Tejada salir la caballería é infantería que pudo la vuelta del enemigo; pero el Margarit, que no dejaba de temerse de los socorros de Tarragona, habia puesto de reserva fuera de la villa al capitan Cabañas y su compañía (hombre entre ellos de buena opinion), con órden que escaramuzase con los socorredores mientras se juntase la gente que se ocupaba en el saco. Tocaron al arma las centinelas del Cabañas que se habian adelantado por todas las avenidas, y su cuerpo de guardia se opuso con gran valor á las tropas contrarias: llegaron los reales, y atacándose entre unos y otros visiblemente la contienda, pelearon hasta que, dispuestos ya en forma militar todos los catalanes, se resolvieron á dejar la villa, cuya conservacion casi parecia imposible é inútil, por la mucha vecindad del poder contrario.

No ignoraba el Vélez todas las prevenciones del enemigo; y así, desde luego determinó servirse del artificio. Llamó á consejo casi á vista de Martorell, y por todos fué ajustado que los catalanes fuesen embestidos en sus fortificaciones, mas con intencion de medir sus fuerzas que de ganárselas; que si ellas fuesen tales que diesen lugar á proseguir el asalto, no se perdiese coyuntura y se apretase lo posible por desembarazar el paso; pero que hallando así fuerte la resistencia y que el peligro pareciese mayor que el útil, se retirasen, y entreteniendo al contrario con escaramuzas, se enviase un trozo de ejército bien gobernado, que subiendo la montaña á mano izquierda, bajase al collado dicho del Portell, desde donde se tomaba al enemigo de espaldas, y se pasaban de esotra parte del rio Llobregat; con que los catalanes quedaban imposibilitados de la retirada ó socorro.

Era de pocos dias antes entrado en el gobierno de aquellas armas el diputado militar Tamarit, que no despreciando el valor de los católicos (como aquel que lo habia experimentado de cerca), luego que reconoció su ejército, pidió nuevos socorros á Barcelona, porque con las mudanzas de los cabos que entre los catalanes habian sucedido, se desbaratara buena cantidad de gente, faltando de una y otra casi la tercera parte.

Fué esta nueva escuchada en la ciudad con mucho enojo y tristeza; oyen mal y creen peor los hombres pacíficos los aprietos de la guerra; acusa el civil de perezoso al soldado y al capitan que no vence segun su antojo; ninguno acierta á medir la desigualdad que hay entre sus estados; el ocio de la guerra es terremoto en la república; lo que es confusion en la ciudad, es quietud del ejército: desdicha original juzgar de las acciones imperceptibles de la guerra el tribunal de los políticos, tan liberales en averiguar las calidades del peligro que ignoran, donde suele salir condenado á veces el valor y á veces la prudencia; como si Marte pesase en la balanza de Astrea, y entre la fortuna y la razon hubiese gran conformidad.

Quejáronse los catalanes, mas no se entorpecieron del afecto con que se quejaban; prevenian con todas diligencias posibles el socorrer al Tamarit; convocólos y pidiólos la Diputacion con imperio de señora y lágrimas de madre igualmente afligida que temerosa. Valióse la ciudad de todas sus parroquias, conventos, cofradías, gremios y universidades, porque aquellos que se podian negar al mandamiento, no hallasen modo para excusarse del ruego; esforzáronse á dar ó cortar el brazo por salvacion del cuerpo de su república; todos se ofrecieron al remedio, sin reservar la sangre ó la hacienda. Obligacion es del vasallo ó del repúblico acudir á su príncipe ó á su patria afligida, de tal suerte, como si solo por su cuenta estuviese el remedio; fácilmente se pudiera reparar la ruina de un reino donde todos pensasen que el daño era solamente suyo; de lo contrario se da á entender ambicion. Certísimo es el peligro donde los intereses parecen de uno solo y el riesgo de todos.

Venció la diligencia de la ciudad el alboroto del pueblo, haciendo cómo marchase la gente de la misma suerte que se juntaba; los clérigos y frailes desde el altar y el coro pasaban á la campaña; niños, ancianos y enfermos, ninguno dejaba sosegar el celo de su defensa; cada cual media sus fuerzas por su espíritu, no este por aquellas, como siempre. Juntáronse en brevísimo tiempo mas de tres mil personas, pero con poca suficiencia para las armas, en extremo ajenas de su ejercicio.

Entre tanto los del ejército católico, dispuestas ya sus acciones segun el órden que habian tomado, y desengañados de que por el frente del paso era tanta la resistencia, que no habia que proseguir por aquella parte, se dividió todo el grueso en dos trozos. Tomó la vanguardia por su cuenta el Torrecusa, á quien seguian seis mil infantes en los tercios de la guardia, en los del duque del Infantado, portugueses, walones y el de los presidios de Portugal, y hasta quinientos caballos; dejó el camino real á mano izquierda, y entrándose en las asperezas de aquellas serranías que suben creciendo desde el agua á la montaña, fué marchando y haciendo su camino en forma de arco por toda la tierra, que los catalanes pensaban se defendia por manos de la naturaleza.

El Vélez, entendiendo que su viaje habria de ser un poco mas dilatado, y aquella suspension podria ocasionarles alguna sospecha, mandó de nuevo atacar diferentes escaramuzas en el frente con las trincheras y reductos, que se hallaban bien guarnecidos y eminentes en todos los pasos á propósito de la defensa en el cami-

no real; mas, ó que fuese flojedad ó artificio de los castellanos, ninguna vez pretendieron arrimarse á las fortificaciones contrarias, que no fuesen rechazados con gran valor y destreza por los catalanes. Ocupóse todo aquel dia en las escaramuzas, y el segundo se tocaron muchas alarmas á la villa por el costado siniestro; con que crecia en los embestidos cada hora el asombro, viéndose atacados por tres partes á un mismo tiempo.

Ya entonces se descubrian las tropas del Torrecusa; tardó un poco mas de lo que se pensaba, habiéndose detenido en quemar un burgo que se puso en resistencia, no sin algun daño de los reales, por ser de noche la contienda; llegó, en fin, sobre Martorell intempestivamente, y resonándoles á los sitiados los clarines contrarios por las espaldas, dieron su perdicion por segura. Aquellas voces á un mismo paso servian de desmayo y aliento; unos aflojaban como perdidos, y otros se alentaban como vencedores; apretáronse las escaramuzas y juego de la artillería con horrible estruendo, multiplicándose en los senos de los valles vecinos; crecia el horror, y se desesperaba en la defensa de tal suerte, que el Seriñan, reconociendo el riesgo comun, comenzó á introducir la plática de salvacion. Tuvieron su consejo el Tamarit y tercer conseller, á quienes asistian el Seriñan y don Josef Zacosta, y ordenaron que monsieur de Aubiñí saliese á reconocer el poder del Torrecusa, que era quien mas les afligia; pero siendo informados prontamente de que el enemigo bajaba con todo su grueso, acompañado de nuevas tropas de caballería y seis escuadrones, con los cuales igualaba, cuando no superase, su número, resolvieron no exponer al último daño aquel pequeño ejército; que el postrer peligro no debia ser sino cuando se hubiese desbaratado toda la fuerza é industria; que Martorell no merecia ser el final teatro de sus desesperaciones; que el corazon de la patria eran aquellas armas; que de ellas se derivaba el aliento á todo el cuerpo de su república; que quizá en Barcelona los aguardaba la suerte próspera; que allá era la resistencia mas segura, mas cercanos los socorros, mas ejecutiva la desesperacion, mayor el pueblo, mayores las obligaciones; que ningun cuerdo dejaba de tomar de su fortuna aquella tregua con que le convidaba, porque entre el cuchillo y la garganta toparon muchos su remedio; que el entregarse á los peligros no es valor, sino torpeza del miedo, que no deja solicitar su remedio al sumamente cobarde.

De estas razones persuadidos, mandaron se retirasen los tercios en buen órden, y se temian de no poder conseguirlo, porque se dificultaba tanto en el indomable furor de los suyos como en la pujanza y atrevimiento de los contrarios.

Los cabos españoles, reconociendo la misma razon que obligaba á retirarse los catalanes, apretaban con toda furia por no darles lugar á la salida; empero ellos con mayor noticia del país hicieron avanzar las tropas de su caballería, á cuyo abrigo salian los infantes, porque no era menos la resistencia en el frente, donde el Vélez determinó de hacer dar el asalto despues de la venida del Torrecusa. Habíanse acercado las mangas á sus fortificaciones por menos distancia que á tiro de arcabuz, lo que habiendo reconocido monsieur de Senesé, á cuyo cargo estaba la artillería, con el de Balandon y otros que les seguian, dispusieron de tal suerte su manejo, que la infantería española se detuvo todo el tiempo que la catalana hubo menester para dejar el puesto, y seguir la otra en su retirada.

Entonces fué entrado el lugar por las espaldas: satisfízose allí la venganza de unos de la resistencia de otros, como si fuese culpa la defensa; no perdonaba la furia á edad ó sexo; á todos igualó la crueldad en una misma miseria. Costó la entrada de Martorell las vidas de algunos soldados y oficiales, y entre ellos fué mas sentida la muerte de don José de Saravia, caballero del hábito de Santiago, teniente de maestre de campo general, y el hombre mas práctico en papeles y despachos de un ejército que otro ninguno. Faltaron de los catalanes mas de dos mil hombres entre infantes y caballos ligeros. Por la misma razon que el Vélez esperaba de aquel lugar mas obediencia, permitió que fuese allí mayor estrago.

No habian las tropas de su caballería del Torrecusa acabado de bajar por el collado, cuando juzgando ya la victoria por suya, se aventuraron á divertirse y entrarse por los pueblos vecinos, porque el descuido del contrario acrecienta las fuerzas y aun la dicha del que acomete. Algunas partidas de caballos sueltos tomaron el camino de San Feliu con pretexto de cortar los socorros de Barcelona.

Eran de poco tiempo llegados á aquel paso todos aquellos con que la ciudad pudo acudir á su ejército; la gente bisoña y de profesion extraña descansaba sin tino de la fatiga de las armas; llegaron súbitamente sus corredores, y les dieron aviso del peligro en que se hallaban: constaba el socorro de hombres los mas de ellos eclesiásticos, y otros algunos oficiales y gente llana, que viéndose vecina á la muerte, no se acababa de disponer ni bien á la fuga ni bien á la resistencia; vueltos á su discurso por algun particular aliento que les asistía, y acompañados de los infantes franceses, á quienes se arrimaron, consiguieron el ponerse en forma de esperar al enemigo. Cobraron una colina harto favorable á su defensa, y socorridos tambien de una compañía de caballos, del capitan Borrell, alcanzaron mayor confianza de la victoria. Llegaban las tropas con intencion de embestirlos, convidadas de su primer desórden, y no obstante que ellos así pudieran defenderse, dejaron aquel sitio, y poco á poco se subieron la montaña, donde sin la contingencia de la defensa, alcanzaron mayor seguridad por la retirada, entrándose en los bosques. Quedó el lugar en manos de los vencedores, y sirvióles de cuartel asaz á propósito para su intento y descanso.

Detúvose el Vélez un dia todo, como llorando las ruinas de su Martorell, porque si bien deseaba pasar adelante, no le era posible por entonces; el ejército, sumamente fatigado de las marchas y escaramuzas pasadas, no se hallaba en la disposicion y sosiego de que necesitan las gentes que han de comenzar el gran hecho de una batalla ó sitio.

Pareció se debia dejar allí el presidio conveniente para defensa del paso del Congost, donde se habian de asegurar los víveres que bajasen de San Sadurní; y así, fué ordenado que el comisario general de caballería de las órdenes con quinientos caballos se quedase guardándole, y que en Martorell se detuviesen dos tercios prontos para marchar hácia donde les fuese ordenado.

Con estas prevenciones salió el Vélez al dia siguien-

te, y ordenó de nuevo que su vanguardia en buena disposicion avanzase todo lo posible hasta los lugares de Molins de Rey, San Feliu y Esplúgas, donde pretendia dar forma de batalla á su campo, segun la accion en que asentase que debia ser empleado. Mandó adelantar sus escuadrones, segun hemos referido, y sin dificultad ninguna se hizo dueño de todos los pueblos y tierra de aquel contorno; no se topaba de parte del contrario defensa alguna, ni habia batidores ó centinelas que procurasen descubrir sus movimientos; toda la tierra parecia triste y llena de silencio, de cuya quietud inferian los españoles el temor de sus contrarios; todo lo interpretaban dichosamente: es costumbre del deseo errar siempre el juicio en las figuras de los sucesos prósperos.

Hallábase ya acuartelado el ejército en los pueblos vecinos á Barcelona, adonde habiendo llegado el Vélez, entendió no debia fiar una cosa tan grande de solo su arbitrio; quiso justificarse con su ejército, obligado no menos de su modestia que de otros vivos pensamientos, que no le dejaban afirmar en ninguna resolucion, porque á la verdad su espíritu jamás le dió esperanza de la victoria. Temia interiormente, y procuró ayudarse de los hombros de muchos ó sus esperanzas para llevar el peso de la contingencia. Es esta la mayor usura de los políticos, obrar solos aquellas cosas de que se satisfacen, por no repartir la gloria del acierto con ninguno, y ayudarse de otros en aquellas que temen, por descargarse con ellos de la vergüenza que sigue á los ruines acontecimientos.

Llamó á consejo los primeros y segundos cabos de su campo, y otras algunas personas cuya intervencion podia ser provechosa para el acierto ó para la justificacion: llamó á don Luis Monsuar, baile general de Cataluña, hombre muy confidente á su rey, como atrás habemos dicho, y en extremo práctico en todas las cosas públicas y particulares del Principado; hizo tambien llamar á don Francisco Antonio de Alarcon, del consejo real de Castilla, á quien el Conde-Duque habia enviado, debajo de otros pretextos, como para fiscal de las acciones del Vélez. No habia en el Alarcon parte ninguna suficiente para lo que se trataba; empero mucha disposicion para ser creido por su boca el gran desvelo con que el Vélez procuraba los buenos sucesos; juntos entonces dijo así:

«Que pues la buena fortuna, guiada de la justificacion del Rey, los habia traido vencedores tan cerca del lugar, donde los delitos pasados clamaban religiosamente por castigo, faltaba solo discurrir en el modo mas conveniente de la venganza, si así podian llamarse los efectos del justísimo enojo de su monarca; que ya habian conocido en muchas experiencias el poco valor de aquellas gentes miserables (en fin como faltos de razon), pues en aquellos dias fueron tantas las victorias cuantas las veces que se pusieron á vencerlos; que la espada de aquel ejército, ya pendiente sobre el cuello de Barcelona; estaba tambien destinada para castigo de otras provincias; que el tardar en el primer golpe era retardarse la gloria del segundo triunfo; que allí no iban á mas que á ensayarse para mayores cosas; que haberse contentado con pequeños hechos era deshojarse los copiosos laureles que los aguardaban; que toda España, toda Europa y todo el mundo estaba mirando atentísimamente sus sucesos; que ya era menester darles satisfaccion á la esperanza de los amigos y á las dudas de los neutrales; que muchos en la ciudad, depositando la fe en el silencio ó temor, no esperaban mas que ver tremolar las banderas reales para levantar una gran voz en favor de España; que de la misma suerte los obstinados, por ventura que esta misma diligencia aguardasen para reducirse, dando así alguna disculpa á su mudanza; que esto no podia ser dudoso, pues donde la resistencia los convidaba con el sitio, ellos no habian atinado á defenderse, ni parece que lo solicitaban, segun todo lo perdian sin pérdida.»

Templó luego con gran destreza el orgullo á que vanamente podian inducir sus razones, porque sin duda parece que en estos casos pende de la boca del caudillo el temor ó aliento de los súbditos. Puso, no sin cuidado, antes las consideraciones apacibles, por dar á entender á los que escuchaban que su lengua le ministraba primero aquellos afectos que primero topaba en el corazon; ó fué tambien traerles últimamente á la memoria sus peligros, deseando que los tuviesen mas cerca de los ojos, al tiempo que se determinasen; él no amaba ni elegia lo que alabó, antes sentia lo contrario; y añadió luego:

«Que ninguno debia arrojarse al precipicio por ver precipitado al que pasó delante; que no les obligase á torcer ó encubrir alguna parte de su sentimiento el haber entendido que su ánimo apetecia aquella empresa; que midiesen atentamente las fuerzas del ejército, y su disposicion con la multitud de aquel pueblo y obstinacion de aquella ciudad; que tampoco tuviesen por infalibles las señales de recibir sus armas y aclamar su nombre, porque en la astucia de los afligidos no hay promesa imposible ni segura; que si se les ofrecia otro modo mas acomodado de castigo que la batalla ó sitio, lo practicasen; que él sabia de su rey que mas deseaba el acierto que la venganza; que los alborotos presentes de España pedian atentísimo juicio cerca de los empleos de sus armas, porque siendo muchas las ocasiones y uno el poder, era menester no ofrecerle á casos dudosos.»

Mandó luego que hablase públicamente el gobernador de Monjuich, caballero catalan, que la noche antes, mas obligado del temor que de la fidelidad, se pasó al ejército católico; informó en público de las cosas, particularmente de su castillo, y de otras de la ciudad, facilitándolas, como es uso en los que pretenden lisonjear y persuadir.

Callado este, ordenó el Vélez se leyese públicamente la carta de su rey y las órdenes del Conde-Duque sobre el negocio de Barcelona; todo encaminado á las prontas ejecuciones. Instaba el Conde en la expugnacion, prometia el suceso, facilitaba los inconvenientes, y mostrábales el modo de la segura victoria; en fin, la disponia y juzgaba, sin otro fundamento que su deseo vivo, en cada palabra y letra.

No hay juicio tan experto que antes de la experiencia comprehenda el ser de las cosas; muchos ni aun después del estudio lo han conseguido. El favor de los príncipes puede hacer los hombres grandes, pero no cientes; algunos, fundados en aquella gracia del señor, como se ven superiores á los otros en la fortuna, piensan que lo son tambien á la misma fortuna; el que su-

bió ignorante al magistrado, ignorante caerá del magistrado; los hombres le aplauden y le engañan, la suerte los aborrece y escarmienta, ellos le suben sobre ella, y él se arroja desde allá después de subido. Erradamente suele mandarlo todo el que primero no mandó á pocos y obedeció á algunos; mas ¡qué erradamente dispone los ejércitos el que no ha manejado los ejércitos! Palabras estudiadas y bien compuestas no son mas que sonido deleitable, sueño al príncipe que las escucha, poco después precipicio del principado; ninguno vence desde su retrete, bien que desde allí mande, contra la supersticiosa fe de un político; la guerra, animal indómito, jamás acabó de obedecer al azote, cuanto mas al grito. Son testigos los ojos de Europa de que en aquel célebre bufete, tan venerado de la adulacion española, se han escrito muchas mas sentencias de perdicion que instrucciones de victorias.

Oian prontamente los del Consejo todas las razones referidas del Vélez, y ninguno ignoraba ó desconocia los fines de cada cual; no hubo entre ellos hombre que seguramente entrase en aquella misma resolucion, de que tampoco dudó ninguno, porque todos temian lo mismo que su mayor temia, y como menos poderosos, humillábanse mas presto á la direccion de aquel que los mandaba. Sabian que Barcelona estaba en defensa, terraplenada su muralla, capaz toda de artillería, y con mas de cien cañones alojados en forma suficiente; llena de hombres desesperados, socorrida de soldados viejos, y no desamparada de cabos expertos; suya la mar, los puestos importantes ocupados y defendidos, los vasallos fieles al Rey pocos y encubiertos; abundantísima la plaza de bastimentos. De otra parte, miraban su ejército ya disminuido en infantería y caballería por la hambre, por la guerra y por la enfermedad, y principalmente por las muchas guarniciones que iban dejando atrás; el enemigo á las espaldas con poder considerable de gente y en su país, el paso de Martorell poco seguro para la retirada; mucha gente bisoña, toda hambrienta; el manejo de las provisiones casi imposible, el mar no defendido, pocas galeras y mal armadas; en los cabos alguna desconformidad; los socorros de Castilla, Aragon y Valencia lentos y apartados: todo los ponia en gran desconfianza.

El Garay pretendió á los principios se hiciese la guerra por Rosellon, como habemos dicho; todavía proseguia en su parecer, nunca se acomodó al sitio de Barcelona por aquella parte; consentíalo forzado ó respetoso. El Torrecusa juzgábalo ordinariamente; entendia que la empresa no era mas de sitiar una ciudad grande, cuya defensa no podria ser larga. Xeli mostraba alguna dificultad en el sitio, creyendo que el poder no era proporcionado. El oidor Alarcon instaba por que se cumpliesen las órdenes reales; los catalanes que seguian al ejército tambien incitaban por la recuperacion de Barcelona, no mirando ni discurriendo mas que sobre sus intereses. De los cabos menores, algunos eran de parecer se dejase la ciudad conforme al antiguo del Garay, y que el ejército vagase por la provincia; que destruyese los campos y lugares cortos, sin detenerse en cosas de mucha dilacion y lidia; que el enemigo sin ejército capaz les dejaba libre el campo, donde se podian mantener, y dentro, en los pueblos, apretarlos de tal suerte que los mismos naturales pidiesen sobre sí el castigo.

El Vélez no se desviaba mucho de esta opinion; pero el silencio de los tres cabos, Torrecusa, Garay y Xeli, le quitó la osadía para resistirse á los mandamientos del Rey. Fué resuelto por todos que el ejército se mejorase hasta el lugar dicho Sans, media legua de Barcelona; que la ciudad se intentase; que se reconociese Monjuich, como lugar principal de la expugnacion, y que las fortificaciones de afuera llegasen á ser acometidas, porque con verdad se entendiese su fuerza; que últimamente, manifestándose la justicia real con todas las gentes del mundo, segunda vez fuesen los catalanes convidados con el perdon, porque jamás se pensase que el Rey de su parte habia faltado con alguna diligencia de padre ú oficio de señor piadoso.

Con esto marchó el ejército hasta el lugar señalado, y se gastó todo aquel dia en reconocer los puestos, avenidas y partes por donde la ciudad debia ser embestida. Encargóse de esta diligencia el Torrecusa con otros algunos oficiales en corto número. La grandeza del mando no desvia los riesgos, antes los solicita. No se excusó jamás de ningun peligro por dar satisfaccion á su cargo; y mas á su opinion entre españoles, con quienes vivia siempre poco confiado.

Habíase últimamente entendido y propuesto la disposicion de la empresa, como les era posible; y entonces pareció conveniente enviar la carta propuesta á la ciudad; final protestacion por la conciencia del Rey, y que habia de ser excusa de los daños propincuos. Despachóse con un trompeta, segun forma de la guerra.

Contenia en nombre del Vélez, que hallándose con el ejército real sobre aquella ciudad, queria darse por obligado á advertirles que la órden de su rey y sus propios designios eran solo castigar los perturbadores de la paz pública; que le recibiesen como á ministro de justicia, y no como á caudillo; que la clemencia católica, aunque ofendida de los excesos pasados, les ofrecia perdon y quietud, y estaba pronto á recibirlos como á hijos; que de esta suerte se podria remitir la saña de un ejército, que jamás suele parar en menos daños que en la ruina universal en honras, vidas y haciendas; que abriesen los ojos y mirasen su peligro; que se compadecia como cristiano, los amonestaba como amigo y los aconsejaba como natural é hijo de su provincia, y uno de los mas interesados en su bien y conservacion.

Acompañaba la carta del Vélez á otra del Rey escrita con gentil artificio, porque encaminándose tambien al perdon, aunque firmada en aquellos últimos dias, cuando ya no parecia decente, su data era muy anterior, mostrando haber sido escrita en aquel tiempo en que las cosas merecian tratarse de otra suerte.

Era en estos dias grandísima la turbacion en la ciudad, afligida de los malos sucesos pasados y temerosa del poder y fortuna que la estaba amenazando: recurrian todos á Dios con ayunos, oraciones y abstinencias; las manos de los sacerdotes no dejaban las mañanas de obrar sacrificios apacibles al Señor, y las tardes no cesaban sus lenguas de persuadir al pueblo tristísimo la enmienda y penitencia de la vida.

Llegó en medio de estos desconsuelos comunes el pliego del Vélez, que les causó no pequeña novedad y mayor cuidado, cuando por aquella diligencia se conocia que sus contrarios no habian olvidado los instrumentos de la industria allí dentro de su mayor fuerza.

Empezaron á temerse de nuevo de ellos y de sí mismos, tan cuidadosos contra el arte como contra la fuerza.

Juntáronse en concejo, y leidas públicamente las cartas, hallaron que no tenian nada que prometerse de un ánimo que solo procuraba endulzar los oidos ignorantes con palabras pias, por hallar mejor medio á la violencia y crueldad. Respondieron de comun parecer que los progresos del ejército no daban lugar á que le esperasen en su favor, antes para desolacion de la patria; que no habia modo de creer una fe de que las obras eran tan diferentes; que sus manos en las ocasiones pasadas se habian visto igualmente crueles en los que se entregaban y los que se defendian; que el que caminaba á la quietud no se acompañaba de estruendos y escándalos; que apartase de sí las armas, y seria obedecido, porque entonces se conoceria que lo negociaba el amor, y no el miedo; que este debia ser el primer paso de la concordia, y que habiendo de ser tal el medio de la paz, ¿cómo podria dificultarlo siendo cristiano, amigo y natural?

Disponia el Vélez entre tanto su ejército como quien no esperaba cosa de aquella diligencia; pero habiendo recibido el último desprecio en la respuesta de la ciudad, ordenó, con parecer de los cabos, que de los dos tercios se entresacasen dos mil mosqueteros á satisfaccion de los que habian de mandarlos; que de estos se formasen dos escuadrones volantes, de que se dió cargo al maestre de campo don Fernando de Ribera y al conde de Tiron, maestre de campo de irlandeses; que los dos subiesen la montaña de Monjuich por ambos costados; que el primero le atacase por la parte izquierda, entre la campaña y fuerte de la eminencia, y el segundo por entre la ciudad y la montaña; que á estos escuadrones siguiesen ocho mil infantes, que se alojasen en forma de batalla por la falda del monte, mejorándose cuanto fuese necesario á los volantes; que el San Jorge con sus batallones ocupase la parte mas llana de aquel costado para cubrir toda esta gente; que lo restante de la infantería se redujese á escuadrones de la forma que el terreno diese lugar, y que con este trozo se hiciese frente á la ciudad; que la caballería de las órdenes poblase un vallete que podria servir de avenida sobre el cuerno izquierdo, y desde allí procurase cortar la caballería enemiga si acaso se aventurase á salir contra los escuadrones; que el teniente Chavarría tomase con algunas piezas un puesto que se juzgaba acomodado para batir el fuerte; que el General y su corte se detuviesen en el Hospitalet; que después de arrimados los volantes al fuerte, hiciesen todo lo posible por ganarle, socorriéndolos todos los tercios de la vanguardia; que el dueño y cabeza de esta accion fuese el Torrecusa, propio maestre de campo general del ejército; que el Garay gobernase como tal la otra parte de él, correspondiéndose y ayudándose unos á otros, conforme lo pedia la importancia del caso.

Igualmente desesperaron de la concordia los catalanes luego que recibieron la carta del Vélez; pareciéles habia llegado el último aprieto de su miseria; temieron el fin de aquel gran negocio, y aunque ya, segun las cosas, parecia sin fruto, volvieron á llamar su concejo Sabio, siquiera para perderse, si se perdiesen, como cuerdos. Juntáronse en número de doscientos votos; y entonces, mas como en conferencia que concejo, habiendo exclamado primero sobre su peligro, manifestaron los diputados la cortedad de sus fuerzas, la potencia contraria, la opresion de una guerra dilatada, el estrago de una venganza apetecida de tantos dias, la intencion de su enemigo y la justicia de su patria.

Ministrábales entonces el dolor cuantas consideraciones olvidaron al principio, resolviendo últimamente que la república se hallaba incapaz de defenderse por sus fuerzas solas: engañábales el espanto, porque en el estado presente ellos no podian sino entregarse ó defenderse. Oyéronse unos á otros con asaz confusion, mezclando las lágrimas del temor con las del enojo; en fin se conformaron:

Que ellos se hallaban en uno de los casos que las leyes ponen, en que á la república pueda ser lícito excusarse del imperio del señor natural, y elegir otro, segun los mismos fueros de la naturaleza; que el pretexto del ejército era solo la destruccion universal del Principado, abrasando sus campañas, arruinando sus pueblos, consumiendo sus tesoros, vituperando sus honores, y últimamente reduciendo la ilustre nacion catalana á miserable esclavitud; que á fin de conseguir su castigo, les convidaba el Rey con la honestidad de los partidos, disimulándose en todos el enojo que los movia; por lo cual no solo decíanles era lícito rehusar como violentísimo y tiránico el cetro de Felipe, sino que tambien debian nombrar y escoger un príncipe justo y grande á quien entregar la proteccion de su principado; que ninguno por virtud y por grandeza podia ser mas dignamente dueño y amparo de su nacion que la majestad cristianísima de Luis décimotercero del nombre, rey de Francia, grande, justo y vecino, y á quien las razones antiguas de su orígen sin falta habian de inclinar á la estimacion y agradecimiento de tales vasallos.

Habian precedido algunas pláticas del Plesís y Seriñan, que ingeniosamente mostraban la felicidad de la corona de Francia, haciéndolos entender que toda aquella quietud los aguardaba á trueco de tan suave cosa, cual era el entregarse á su imperio. Fué aquel dia todo del temor, mas ni por eso dejó de tener su parte el interés, tocando los corazones de algunos: juzgaban estos que con el nuevo señor no solo se aseguraban de la indignacion del pasado, mas que tambien, sobre propicio, les habia de ser oficioso, porque es costumbre de los que nuevamente suben al reinado honrar y engrandecer los instrumentos que los sirvieron al principio.

Otros pensaban que con la mudanza del dominio mudarian tambien de fortuna, igualando y excediendo á aquellos que no igualaban en el estado presente, como natural cosa en la rueda que vuelve y ministra la fortuna de los reinos, al menor giro bajar la superficie con que miraba al cielo, y subir á su lugar la que tocaba al polvo.

Llevados de este general aplauso los catalanes, se levantó en el Concejo una voz comun aclamando por conde de Barcelona á Luis el Justo, rey de Francia, y detestando juntamente el nombre de Felipe; entonces, juntos los diputados, oidores y conselleres, hicieron escribir un papel de la justicia de su aclamacion, convidando á la posteridad con las justificaciones de su

hecho, calificado en famosas razones políticas y morales; escribieron juntos al rey aclamado; avisaron al pueblo, que recibió el nuevo príncipe y gobierno fácil y alegre.

Dieron luego, como en posesion de su provincia, parte en las direcciones y acuerdos públicos á los cabos franceses con que se hallaban; nombraron tres para el gobierno universal de las armas; eran el Tamarit, el cônseller en cap de Barcelona y el Plesís. Formaron su consejo de guerra, donde llamaron al Seriñan, fray don Miguel de Torrellas, Francisco Juan de Vergós y Jaime Damiá. En las estancias, baluartes y fortificaciones pusieron cabos franceses y catalanes, todos hombres de confianza cual se pretendia; la fuerza de Monjuich entregaron á monsieur de Aubiñí, y guarneciéronla con nueve compañías de gente miliciana, que todas constaban de hombres comunes; á esta se juntaban algunas de su mejor infantería del tercio de Santa Eulalia y el capitan Cabañas con hasta doscientos miquelets, y lo que entre todo venia á ser de mayor importancia, eran trescientos soldados viejos franceses, que se habian recogido para aquel efecto de diferentes tropas y tercios de los que entraron en el país.

Los franceses, hombres de valor y práctica, acudian sin pèrder punto al manejo y expedicion de las varias ocurrencias y negocios, que cada instante eran de mayor peso y peligro; no cesaban de visitar las defensas, de amonestar la gente y animarla, de recibir y mandar órdenes á todo el país, de allanar dudas y conformar competencias. En fin, ellos, con gran diferencia de lo pasado, disponian las cosas como propiamente suyas; que en aquella parte no les engañó su esperanza á los catalanes.

Hallábase en Tarrasa el conseller tercero, y por aquellos pueblos retirada la mayor parte de la infantería que se escapó de Martorell, á quien se enviaron órdenes para que recogiendo toda su gente y convoyando otra, bajase sobre Barcelona luego que tuviese noticia que el enemigo habia asentado allí sus reales, porque no tuviese lugar de fortificarse seguro en ninguna parte; aun ellos no pensaban de su furia de los españoles tanto, que temiesen la súbita embestida.

De la misma suerte se le ordenó al Margarit se fuese á Monserrate, y desde allí ocupase todos los pasos convenientes para estorbar los socorros del ejército real, y aun su misma retirada, si ellos se hubiesen en necesidad de seguirla.

Dispuestas así las cosas de una y de otra parte, amaneció el dia sábado 26 de enero del nuevo año de 41, mostrándose sereno el cielo y claro el sol, quizá por darles ejemplo de quietud y mansedumbre al furor de los hombres.

A la seña de un clarin comenzó á moverse todo el ejército en aquella forma que se habia ordenado por sus cabos; así tendido por toda la campaña, representaba á los ojos tan hermosa vision, cuanto lamentable al discurso. Tremolaban los plumajes y tafetanes vistosamente, relucian en reflejos los petos en los escuadrones, oíanse mover las tropas de los caballos con destemplado rumor de las corazas; los carros y bagajes de la artillería, ordenados en hileras á semejanza de calles, figuraban una caminante ciudad populosa; las cajas, pífanos, trompetas y clarines despedian todo el temor de los bisoños, dándole á cada uno nuevos brios y alientos; el órden y reposo del movimiento del ejército aseguraba el buen suceso de su empresa; el coraje de los soldados prometia una gran victoria.

El Vélez en tanto, alegrísimo de ver sus gentes, y la felicidad con que se hallaba ya cercano á la cosa para que allí era venido, mandó hacer alto á los suyos, y llamando para junto á su persona los que podian escucharle, dijo:

«Aunque la costumbre militar nos enseñe ser provechosas las razones del caudillo antes del acometimiento, yo no veo que ahora pueda ser necesario, porque ni la justificacion de la causa que aquí os ha traido se puede olvidar á ninguno, ni tampoco hay para qué acordaros ¡oh españoles! aquel excelente afecto de vuestro valor; que son las dos principales cosas que en tales casos se suelen traer á la memoria de los combatientes. De lo uno y otro son testigos vuestros ojos y vuestros corazones; aquellos mirando la rebeldía contraria que os presenta esa miserable ciudad, y experimentando estos los continuos impulsos de vuestro celo. Yo por cierto tan ajeno me hallaba ahora de persuadiros, que á no ser por respetar el uso de esta humana ceremonia de la guerra, excusara como desórden el deteneros aquí, creyendo que cada instante que os detengo en esta obra, ós estoy á deber de gloria y fama. Ni discurro por su desaliento de los contrarios, que podeis medir por su delito, ni por la gran ventaja con que nos hallamos en todo á su partido, porque ya empecé á deciros que no han de ser mis palabras, sino vuestra razon, el móvil que arrebate los movimientos de vuestro espíritu; solo os debo advertir que si la suerte no quisiere acomodarse á dispensarnos sin sangre la victoria, no os debe costar mucho cuidado á los que faltareis el amparo de las prendas que dejeis en la vida; porque la piedad, la grandeza y la promesa de vuestro rey os puede justamente aliviar este peso, que es todo lo que cabe en el poder de los hombres cerca de la correspondencia con los que acaban. De mí oso á deciros que habré de ser compañero á los vivos y amigo á los muertos, y que si á costa de cualquier daño mio se pudiese excusar vuestro peligro, habré yo de ser el primero que me ofrezca á él por cada cual de vosotros.»

Ya las últimas palabras de este razonamiento se oian medio confundidas de las voces de los soldados, que en diferentes cláusulas sonaban por todas partes, clamando y pidiendo la vida de su rey y de su general y el castigo de sus contrarios. Echaron casi todos los sombreros al aire en un mismo tiempo, señal comun de alegría y conformidad en los ejércitos; y volviendo á su primer movimiento, en breve espacio de tiempo llegaron á asomarse los batidores á vista de Barcelona por la Cruz Cubierta, que mira al portal de San Antonio.

La ciudad, habiéndolos reconocido, tambien comenzó á crecer en ruido tal, tan furioso y melancólico, que bien informaba de la gran causa de que procedia. Entonces el Tamarit, con los mariscales Plesís y Seriñan, que se hallaban reconociendo los puestos, viendo que los seguia mucha gente, y que su tristeza revelaba la gran duda en que se hallaba su ánimo, juzgando ser conveniente darles algun aliento, hizo seña de querer hablarlos, y fué fama les dijo así:

«Si dudais, valerosos catalanes, por la condicion de

la fortuna, yo creo teneis razon; pero si mostrais temer las fuerzas que os amenazan, vano y ocioso es vuestro recelo; vecino está vuestro mayor enemigo; veislo allí; detrás de aquella montaña se esconde la ruina de vuestra patria; veis, allí está el gran vaso de veneno que presto se pondrá en vuestras manos; escoged, señores, si lo quereis beber para morir infamemente, ó sí arrojarle haciéndole pedazos, en que consiste vuestra vida; todo se verá presto en vuestra eleccion, y de lo que estuviere por cuenta de Dios, bien podemos contarnos por seguros, que no correrá peligro. Volved sobre vosotros, que este gigante es hueco, ó á lo menos estátua de bálago; muchas de sus tropas bisoñas, algunas desarmadas, y todas oprimidas; ninguno pelea por amor; el que mas hace viene, el que mas desea se vuelve hallando por dónde; el que mas sabe no es obedecido; su rey ausente, su general con pocas experiencias, sus cabos enemigos, hambriento todo el campo, manchado de pecados, y sus espíritus llenos de propósitos torpes, su justicia ninguna, y lo que es mas, la suerte de aquel rey cansada de favorecerle. ¿Qué es lo que temeis, sino que no lleguen presto y que se os escape de las manos este triunfo? Por vosotros está la razon; hoy habeis de acabar el grande edificio de la libertad que habeis levantado; hoy se ha de dar la sentencia en que se publicará al mundo vuestra gloria ó vuestra infamia; á este dia se dedicaron todos los aciertos que obrasteis hasta ahora; punto es este en que se definirá á la posteridad vuestro nombre, ó por libertador ó fementido; aguardad y sufrid constantes los golpes del contrario, que no se os ha de dar barata la gloria de este dichoso dia. Si os atemoriza el ver que han vencido hasta aquí, esa es mas cierta señal de su próxima ruina. Si creeis á mis palabras, luego veréis mis acciones; yo no soy de los que procurarán reservarse para el premio; capitan quiero ser de los muertos, y si no os hago falta, yo quiero ser el primero que os falte; si no me hallareis entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos. Una sola cosa os pido entrañablemente; que guardeis en esta ocasion la observancia de las órdenes militares, y que mas quiera cada cual ser cobarde en su puesto que valiente en el ajeno, porque de la consonancia de los constantes y los osados pende la armonía de la victoria. Con vosotros teneis la fortuna de César; de César no, que es poco; pero del mayor rey de los cristianos, del mas venturoso de los vivientes; no es este solo el que os ha de defender. ¿Qué otra cosa ha querido mostraros el cielo en la tan impensada nueva, que hoy se os entró por las puertas, del nuevo rey de Portugal, sino que anda Dios juntando y fabricando príncipes por el mundo para defendernos con ellos? La majestad de un rey justo os asiste, la hermandad de otro justificado se os ofrece, la inocencia de una justísima república os ampara, el poder de un Dios sobre todo justo os ha de valer.»

Acabó el diputado, á cuyas razones los cabos franceses añadieron algunas palabras en abono del afecto de su rey, prometiéndoles en su nombre socorro y descanso. Respiró con esto la plebe del dolor que la oprimia, sin otra diligencia que haber creido sus afectos.

Luego los cabos ó gobernadores de las armas mandaron que la infantería de los tercios principales guarneciese toda la muralla; era en número suficiente á mayores defensas. El regimiento del Seriñan ocupó las puertas, y con particularidad se le encargó la defensa de la media luna del portal de San Antonio, la de mayor riesgo. Los capitanes de caballos franceses y catalanes, monsieur de Fontarelles, monsieur de Bridoirs, monsieur de Guidane, el de Sagé y el de la Talle; don Josef Dardena, don Josef de Pinós, Henrique Juan, Manuel de Aux y Borrellas, todos á órden del Seriñan, formaron sus batallones haciendo frente al enemigo en aquel llano que yace junto á los caminos de Valdonsella y el Crucero. Previniéronse las baterías en todo el círculo de la muralla; separóse á una parte alguna gente para el socorro del fuerte, y en otra las reservas con que se habia de acudir á la misma ciudad. Facilitóse el modo de municionar la gente, empleando en este servicio la inútil; á otros se dió cuidado de retirar los muertos. Abriéronse los hospitales y casas de devocion. Algunos entendian en el regalo y esfuerzo de los otros, acariciándolos, como sucede al cazador regalar el lebrel por echarle á la presa. Algunos se ocupaban en incitar al vulgo con altos gritos; cuáles prometian premios al que se señalase en el valor y resistencia. En medio de estos no faltaban muchos que temian y lloraban; en fin, todos ocupados en la incertidumbre del suceso, el que mas le esperaba feliz no dejaba de mirarle contingente. Los templos, patentes al pueblo, aseguraban á todos misericordia.

Continuábase lentamente la marcha del ejército, y con mas vivo paso el trozo de la vanguardia, destinado á la expugnacion de Monjuich; pero habiendo llegado á los molinos, hizo alto; el segundo trozo volviendo el frente á la ciudad estúvose, y á su mano izquierda la artillería y la caballería en sus puestos, señalados en la forma que atrás hemos escrito.

Subia la vanguardia al monte, donde habiéndose ya mejorado en alguna parte el primer batallon, que constaba de los dos escuadrones volantes, se dividió á los dos caminos que cada cual habia de seguir; los otros de aquel mismo trozo, formando un solo cuerpo, pretendieron subir la eminencia; con asaz trabajo de los soldados lo podian conseguir espaciosamente.

Pero porque nos sea mas fácil dar á entender la disposicion de la embestida, describiré en este lugar la ciudad de Barcelona y su Monjuich con toda brevedad posible.

Barcelona, dicha de Ptolomeo *Brachino*, antigua cabeza de su condado, y metrópoli ahora de toda la tierra llamada Cataluña, creen sus historiadores ser fundacion de Hércules Líbico; bien que algunos, mas atentos á la verdad que á la gloria, juzgan ser obra de Barcino, como su nombre parece lo da á entender. Frecuentáronla y la engrandecieron los cartagineses y romanos, que un tiempo la llamaron Favencia; no menos los godos, por la comodidad que ofrecia su puerto al comercio del Africa, Italia y España. Agro Laletano decian los antiguos á la campaña, donde yace tendida en una vega no muy dilatada, pero hermosamente cubierta y abundante, que se comprehende entre los dos rios Llobregat, que es el Robricato, á la parte del poniente, y Besós, que fué el Bétulo, á la de levante; y aunque no muy vecinos, sirven de fertilizar su tierra. Cíñenla en forma de arco mas de medianamente corvo unas montañas, terminadas de una y otra punta en la mar, que puede ser-

vir de cuerda al arco de las serranías por la línea de su horizonte, el cual cierra el arco de un extremo á otro hacia mediodía. Sube desde el agua por la punta occidental, caminando al septentrion, un promontorio que, después de parar en una mediana eminencia, va cayéndose de esotra parte en mas dilatada cuesta; este es el monte llamado Monjuich, que algunos quieren signifique monte de Jove, en memoria de que los gentiles habian allí fabricado á su Júpiter aras y templo; otros le interpretan monte de los Judíos, por ser en algun tiempo cementerio de aquella gente: séase esta ó aquel. Abriga á la ciudad por aquella parte de la fuerza de los vientos ponientes, y ayuda á su sanidad, reparándola del vapor de ciertas lagunas que están de esotro lado de la montaña; pero cuanto sirve á la salud, desordena su defensa. No sube mucho, pero levántase aquella altura que basta para quedar eminente á toda la ciudad, de la cual apartado poco mas de mil pasos, ofrece contra ella acomodada batería. Guardó aquel sitio sin defensa alguna la confianza ó la ignorancia de los pasados. Solo habian fabricado en lo mas alto una pequeña torre, que servia de atalaya al mar y puerto; pero recelosos ya de la potencia del Rey, que los amenazaba desde los primeros alborotos, entendieron en fortificar aquella parte dañosa notablemente. Comenzaron la fábrica por industria de personas ignorantes ó difidentes; dispúsose tan grande, que pareció imposible de proseguir; pararon con la obra hasta que el temor del ejército despertó segunda vez su cuidado; redujeron la larga fortificacion comenzada á un mediano fuerte en forma de cuadro, defendido de cuatro medios baluartes; cortaron lo que pudieron del monte en zanjas y cavas altas, y atravesáronle con algunas trincheras en las estancias convenientes: esta es Barcelona y Monjuich.

Eran las nueve del dia cuando el escuadron volante, gobernado por el conde de Tiron, que subia por la colina opuesta á Castelldefels, atacó la primera escaramuza, aunque el Conde con ánimo bizarro procuraba mas acercarse que ofender, ó defender de las muchas cargas de mosquetería con que ya le recibian los contrarios; todavía, reconociendo su daño y desigualdad, ordenó á su gente pelease como le fuese posible.

Habian pensado los cabos católicos antes de la embestida, mucho menos de la fortificacion de lo que hallaron después; este mismo yerro les sucederá siempre á los fáciles en persuadirse de informaciones del enemigo; era así comun el peligro en todos: á pecho descubierto, ó cureña rasa, segun su estilo, se estaban firmes peleando con hombres cubiertos de sus defensas. La tierra propia comunica alientos contra el que pretende ganarla, y puesta delante da ánimo al mas cobarde para defenderse. Esto quisieron decir los antiguos por las ficciones de su Anteo. El que no defiende su patria, ó no es hombre ó no es hijo.

Murió de un mosquetazo por los pechos el Tiron, ilustrísimo irlandés y firmísimo católico, soldado de larga experiencia, con sentimiento y agüero de los que mandaba, juzgando por infeliz pronóstico la anticipada muerte de su cabo. Sucedia á este escuadron el de portugueses, gobernado por don Simon Mascareñas; reparó diestramente en la duda ó espanto de los que no se mejoraban pudiendo hacerlo; y habiendo sabido que la causa era la muerte del maestre de campo, dejó su puesto y se pasó á gobernar el volante con bizarro ejemplo.

No cesaban un punto las cargas de mosquetería por todas partes, si bien con menos daño en la que gobernaba el Ribera: era su camino mas acomodado, porque se enderezaba por el fondo de una canal que entre sí mismo abre el monte, y va á fenecer en el frente de la antigua torre de la atalaya. Como pudo marchar cubierto, no fué sentido hasta que improvisamente dió la carga sobre todos los que defendian lo alto de la colina.

Apenas habia llegado á su nuevo lugar el Mascareñas, cuando mandó avanzar el escuadron, que aflojando por la muerte del Conde y muchos otros que de continuo caian en tierra, habia perdido buenos pasos: ayudóles la ocasion, porque á este mismo tiempo se descubria ya otro escuadron, que gobernaba el sargento mayor don Diego de Cárdenas y Luson, por su maestre de campo Martin de los Arcos, que de pocos dias habia muerto: alentáronse uno á otro, y prosiguieron la embestida con grande aliento. Era práctico el Cárdenas, y reconociendo el lugar, mandó mejorar algunas mangas de mosquetería, que revolviéndose sobre el costado derecho, daban la carga por las espaldas á los catalanes, y defendian las trincheras de la colina, donde el Mascareñas llevaba el frente; pero ellos, conociendo su peligro, puestos en retirada, se fueron al abrigo de su fuerte, dejando los puestos, no sin considerable pérdida de los españoles. Fué muerto el sargento mayor Cárdenas, que retiraron pasado de dos balazos, y el maestre de campo don Simon, herido dichosamente en la cabeza: murieron otros capitanes y soldados, dejando á los suyos mas gloria que utilidad, porque habiendo ganado con gran peligro y afan, hubieron de perderlo luego, retirándose fácilmente del puesto.

Guarnecia la estancia de Santa Madrona y San Ferriol por los catalanes el capitan Gallêrt y Valenciá con menos cuidado de lo que pedia la ocasion; y así, recibieron los avisos de su descuido por las mismas bocas de los mosquetes contrarios. Comenzó á inquietarse la gente, ayudándoles para el susto el peligro y la novedad; pero los capitanes, haciendo por fuerza volver las caras á los suyos, mandaron darle la carga: no los dejó el temor obrar ni obedecer mas que á su misma violencia; cumplieron los dos su obligacion; mas ni su ejemplo ni las voces fueron bastantes á detenerlos. Viendo el Valenciá su peligro, hizo cómo se retirasen con algun concierto, y dejándolos ya seguros, subió á pedir al Aubiñí les socorriese con alguna gente práctica, porque, mezclada con la suya, sirviese como de corazon al cuerpo de sus naturales.

En medio de esto, habiendo reconocido el Seriñan que las tropas del San Jorge se asentaban en aquel puesto, solo á fin de embarazar todo el socorro y retirada de la gente de Monjuich, quiso ver si podia inquietarlo y moverlo, porque entonces le quedase mas acomodada la empresa.

Ordenó al capitan Aux que con algunos caballos catalanes y franceses, al abrigo de una manga de mosquetería, saliese á escaramuzar con el enemigo. Acomodó el capitan sus infantes, arrimándolos sobre la márgen opuesta á la caballería del San Jorge, donde, alteándose por aquella parte la tierra, le servia de trinchera. Eran continuas las cargas de los mampuestos, cuyo daño

provocaba mas al San Jorge que no la osadía de los caballos que le convidaban á la escaramuza: mandó salir algunos de los suyos por entretenerlos; pero los catalanes advertidamente se retiraban, dejando siempre firme la infantería, porque cada instante se reconocia mas el daño de las tropas reales.

Entonces vino á entender el San Jorge que su salud consistia en desalojar de aquel sitio al enemigo, y que con su caballería, aunque poca, bastaba para tenerle seguro si una vez se ganase. Avisó al Garay, que mandaba los escuadrones del frente, porque le enviase doscientos mosqueteros para aquel servicio; pero él, en fin, hombre agudo, conociendo el suceso, se excusó de mandárselos, diciéndole que sufriese cuanto le fuese posible la carga del enemigo, porque si le arrojaba de aquel puesto, habria de ser forzoso ocuparlo al punto con sus tropas; lo que era sin duda de mayor peligro, pues cuanto se mejoraba, tanto se descubria mas á las baterías de sus cañones.

No se acomodó el San Jorge á su sentimiento: volvió á mandar pedir á los escuadrones mas cercanos se le enviase alguna infantería; llegó prontamente, y poniéndola en parte acomodada, empezaron á dar tan furiosas cargas al mampuesto contrario, que á pocas rociadas volvieron los catalanes las caras, retirándose hácia la muralla y media luna del portal de San Antonio. Pero apenas habian dejado el puesto, cuando el San Jorge, por no dar lugar á que le ocupasen con mayor poder, movió con los batallones de su vanguardia adelante, y pasó á formarlos en el sitio que el enemigo habia perdido.

Viéndole ya tan empeñado el Seriñan, mandó le batiesen con la artillería; hízose con todo efecto, antes que él pensase en si podia retirarse. Tras de la batería salieron por escaramuzar con las suyas algunas tropas de la caballería francesa, dándole á entender que en ellas consistia todo su grueso, segun el modo por que le acometian y se retiraban.

Era el San Jorge caballero mozo y de gran valor; procuraba engrandecer su nombre mereciendo en los excesos de la bizarría el anticipado aplauso que ya gozaba entre españoles, que amaba en extremo; juzgó que la fortuna le habia traido el mejor dia; llevado de esta esperanza, no quiso ó no supo mirar la incertidumbre. Despachó luego un teniente con aviso al Quiñones, que gobernaba la de las órdenes, y con sus caballos ocupaba lo mas hondo del valle por cubrir el cuerno izquierdo, para que viendo embestir sus tropas, á cuyo golpe sin duda el enemigo habia de volver, le cortase, metiéndose con la cara á Monjuich, y dándole el costado diestro á la ciudad.

Con esta diligencia, creyendo no faltaba otra para la victoria, mandó prevenir toda su gente para la embestida. Continuaba el Aux en inquietarle, cuando el San Jorge, recibiendo la carga, corrió á toda furia.

No cesaba el juego de la mosquetería de todas las defensas con mas daño que horror, ni el de las baterías con mas horror que daño; uno y otro bastante á detener á cuantos con menos aliento ó con mas cordura veian aventurar sus vidas desesperadamente. Moviéronse todos con el San Jorge; pero acompañóle solo su batallon de corazas y el que gobernaba Filangieri; corrian con tanto ímpetu, que el desdichado Duque no tuvo lugar de advertir el poder de su contrario ni la falta de los suyos; corrió, en fin, como quien corria á la muerte, dando entre todos señaladas muestras de su gran aliento.

Hallábanse en sus puestos los monsieures de la Halle y de Godenés con dos buenas compañías de caballos franceses, que, advirtiendo la ceguedad de los españoles y los pocos que ya seguian sus cabos, volvieron sobre ellos con gran destreza y valentía. Encendióse bravamente la escaramuza, al mismo paso que en los unos iba faltando la esperanza de la vida, y en los otros crecia la de la victoria.

El San Jorge, ya como perdido, viéndose seguir de pocos y entre todo el poder de su enemigo, procuró revolverse con ellos, y hacer con ellos la entrada por la puerta de la ciudad, creyendo que antes le socorreria el Quiñones, que por instantes aguardaba; pero él, que desde luego reconoció el peligro de su pensamiento, no se dispuso á remediar el daño por no entrar tambien á parte con él. Miraba desde su puesto la tragedia del otro: ellos dicen que la ignoraba; pero su templanza pareció aquel dia excesiva cordura.

Prosiguió el San Jorge su desigual escaramuza hasta llegarse á la mosquetería de los reductos de afuera, con que se defendia la puerta, y siendo conocido por el hábito (y mas lo pudiera ser por el valor), tiráronle muchos, y le acertaron cinco balas, de que cayó en tierra mortalmente herido. Cargaron á socorrerle hasta veinte soldados de los suyos, parientes y amigos, y algunos otros oficiales, señalándose entre ellos el Filangieri, y recibiendo muchas heridas, todas mortales, aunque mas dichosas.

Murieron noblemente sobre el cuerpo de su caudillo al golpe de espada los capitanes de caballos don Mucio y don Fadrique de Espetafora y don García Cavanillas. Los golpes, el estruendo, el humo, el clamor y sangre, mezclados confusamente; los vivas de los que triunfaban, los ayes de los que morian, todo formaba una constante lástima de sus malogrados años y esperanzas.

Algunos que le seguian, llamados quizá del mismo peligro, viéndole ya perder la vida, se contentaron con escapar su cuerpo desangrado; rompieron furiosamente por entre los franceses, que, admirados ó coléricos, cargaban sobre los rendidos: tuvieron lugar entonces de retirarle lánguido y casi muerto, en cuya compañía pudo tambien escaparse el Filangieri.

Estaba á media ladera de la montaña el Torrecusa, cuando vió mover intrépidamente el hijo; no dejó de temer su resolucion, pero alegróse interiormente de tenerle por compañero en la victoria que esperaba; alzó la voz, y arrebatado del afecto natural de padre, bien que distante, dicen que dijo: «Ea, Cárlos María, morir ó vencer; Dios y tu honra;» palabras cierto dignas de un grande espíritu.

Subió después á las trincheras, donde por instantes recibia avisos de los malos sucesos, y los remediaba segun le era posible. Hallábanse los tercios ocupando y ciñendo ya casi toda la eminencia, y los que mas perdian eran aquellos que mas habian ganado; porque, cuanto llegaban á descubrirse mas presto, daban mas tiempo á los contrarios de emplear en ellos sus baterías. Caian cada instante por todos los escuadrones muchos hombres muertos, otros se retiraban heridos

ya ninguno esperaba la hora de la victoria, sino la de la muerte, ni su consideracion se ocupaba en el modo de pelear con reputacion, sino de escaparse con ella: tal era el daño; en los grandes riesgos pocos discursos abrazan la osadía.

No fué menor el espanto de los catalanes, viéndose en tan corto número, mal defendidos de una sola fortificacion, ocupada en torno de las banderas enemigas. Dieron señales á la ciudad, segun habian concertado, pidiéndole socorros, porque de aquella misma detencion, que en los españoles era ya duda, se temian ellos, pensando que descansaban para volver al asalto con mayor brio. Hacian grandes humaredas de pólvora humedecida, segun uso de la guerra; correspondian los de la ciudad con otras no menos conocidas.

Mientras en Monjuich se combatia de esta suerte, los que hacien frente á Barcelona tambien procuraban inquietarla con baterías de sus cañones y algunas mangas que sacaban cubiertas, segun el terreno permitia, por desalojar al enemigo de la muralla.

Gobernaba la artillería en la ciudad el capitan Monfar y Sorts, hombre práctico en este ministerio; no descansaba de trabajar en aquellas baterías, que mejor podian ofender los escuadrones contrarios; empleó algunas, todas en gran daño de los españoles, que, reconociendo cada vez mas la resistencia de la plaza y fuerte, á gran priesa desconfiaban del suceso.

Hallábase la ciudad mas alentada, viendo que tan contra su temor el enemigo se detenia, añadiéndosele de ánimo y de esperanza todos los espacios de tiempo que se veian perder. De esta suerte se peleaba con bravo aliento, y de esta suerte se esperaba el combate universal, firme cada uno en su puesto, cuando los cabos, advertidos de las señales de Monjuich, comenzaron á mandar se entresacase gente de guarnicion para el socorro del fuerte; no fué pequeña duda entonces, porque cualquiera pretendia ser el primero, corriendo desordenadamente á aquella parte por donde habia de salir el socorro. Venció la diligencia y autoridad del diputado y los que le seguian la dificultad en que les ponia su mismo efecto; y así, separando de todos cerca de dos mil mosqueteros, la gente mas ágil, para que pudiese llegar con prontitud, se despachó el socorro á buen paso por el camino encubierto que va desde la ciudad al fuerte, al mismo tiempo que la gente conducida de la ribera desembarcaba al pié de su montaña y la subia.

Habian los reales que combatian arriba muchas veces acercado y retirado sus escuadrones, conforme la resistencia con que los recibian. Algunas veces, segun era el aliento de los capitanes que gobernaban las escaramuzas, se juntaban tres y cuatro, y con inútil gallardía corrian hasta tocar las mismas defensas y trincheras del enemigo; otros, oprimidos del espanto y del riesgo, se retiraban. En estas ondas parece que fluctuaba su fortuna de estas y aquellas armas, ó por mas alto modo, en estos visos mostraba la Providencia cómo á su disposicion estaba el castigo de unos y otros, pues con tanta diferencia los movia, ahora pareciendo estos los vencedores, y ahora mudando toda la apariencia del suceso por bien pequeños accidentes.

En esta neutralidad llegó el Torrecusa, que engañado, entendia, después de ver mover al hijo, no le faltaba otra cosa que acabar con el fuerte para alzar el grito de la victoria. Y, viendo los soldados con desmayo, y aun los otros cabos sin orgullo, dió voces, incitándolos al acometimiento. Persuadiéronse con la presencia y autoridad del que los mandaba, y se mejoraron hasta que por todos fué reconocido ser el asalto imposible por falta de escalas y otros instrumentos con que el arte lo facilita. Hallábase en aquella parte del fuerte un artillero catalan, diestrísimo en su manejo; el cual, viendo que el enemigo se le acercaba tanto, dió fuego á un pedrero grueso, alojado en uno de los flancos del fuerte, que defendia todo aquel lienzo donde los reales hacian el frente. Fué grandísimo el daño que recibió la vanguardia; empero ni por eso perdieron tierra los españoles, antes se acercaban cada vez mas; con todo, viendo el Torrecusa ya con experiencia cómo la escalada de aquella vez era imposible sin otras prevenciones, mandó con repetidos avisos al marqués Xeli, general de la artillería, le enviase escalas en número bastante, porque él no habia de bajar, dejando el fuerte en manos del enemigo. Ordenábale tambien que no parase en las baterías de la ciudad, porque los socorros no subiesen tan prontos; que todo vendria á estorbárselos si los escuadrones de abajo hacian semblante de la embestida

Continuábanse las cargas de una parte y de otra, aunque la pérdida de los catalanes, reparados de las trincheras y fuerte, era muy desigual á la de los reales todavía, como tambien lo eran sus fuerzas; y reconociendo que su deliberacion procedia en embestirlos dentro de sus defensas, llegaron casi á desesperar del suceso; no faltando algunos, como es cierto, que ya entre sí platicasen las buenas condiciones de un partido; otros, menos advertidos, con lamentables quejas acusaban y maldecian su desdicha.

El Vélez, con diferente cuidado que el Torrecusa, se hallaba considerando y mirando lo que pasaba en todas partes, y sentia interiormente, como hombre cuerdo, que habiendo sido el mayor socorro en que se fiaba la confidencia prometida, hasta aquel punto no se reconocia en la ciudad señal ninguna en favor del ejército, antes una comun y firme voluntad á la resistencia.

Al sonido de las voces, que cada vez crecia con mas desesperacion en todos los que esperaban por instantes la muerte, salió á la plaza superior del fuerte el sargento Ferrer, llevado de algun eficacísimo impulso, y con celo de verdadero patricio procuró entregar la vida por la defensa de su república. Era comun en los catalanes la voz de que todo se perdia y que el enemigo los asaltaba, cuando Ferrer impaciente miraba á un lado y otro por reconocer la parte donde eran acometidos; topó antes con el semblante de la gente que marchaba de socorro, así de la ciudad como de la marina, que ya se hallaba mas cerca del fuerte que los mismos escuadrones contrarios. Entonces con nuevo aliento levantó el grito publicando el socorro; volvió sobre sí la gente entre alegre y temerosa, multiplicando sus fuerzas y dilatando su espíritu de tal suerte, que ellos comenzaron á osar con tanto exceso como de antes habian temido.

Llegaron los nuevos soldados llenos de valor y envidia unos de otros; comenzaron á dar pesadas y continuas cargas á los reales, que á pocos pasos de su embestida conocian por el brio del segundo combate cómo se fundaba en nuevas fuerzas. Aumentábanse las muer-

tes y peligros por todas partes; en ninguna habia lugar seguro; los valerosos eran los mas desdichados (si podemos llamar ruin suerte aquella que dispone la gloria y fama); la osadía y constancia eran continuas negociaciones del peligro. El que procuraba adelantarse á los mas, en un instante le retiraban en brazos del amigo ó del dichoso; quien pretendia aplauso por sus acciones, ellas mismas lo llevaban mas ciertamente á la lástima: de esta suerte engañó á muchos la fortuna en la mesa de Marte. Murieron lastimosamente don Antonio y don Diego Fajardo, entrambos sobrinos del Vélez, hijo el primero de don Gonzalo Fajardo, y nieto el segundo de don Luis Fajardo, general que fué en el mar Océano; iguales en edad tierna y anticipada desdicha. Otros caballeros y capitanes murieron aquel dia, de cuyos nombres no podemos hacer cierta relacion; aun en esto les siguió la desdicha, acabar sin esta ceremonia de la fama que se ofrece á la posteridad como en sacrificio.

A la parte de San Ferriol se habian engrosado los reales, porque todos embistiesen á un mismo tiempo; pero como para acometer aquella estancia era fuerza descubrirse á las baterías de la ciudad, cuando llegaron á ser descubiertos fueron bravamente batidos de las culebrinas, que aunque desviadas buen espacio, no dejaron de hacer tan grande efecto, que los españoles no se atrevieron á pasar, con poca satisfaccion del Ribera, que los mandaba.

Ningun desaliento ó retirada de los suyos bastaba para que el Torrecusa dejase de forzarlos, porque al mismo instante cobrasen lo que habian perdido. Midiendo el tiempo, queria alojar su gente en parte donde pudiese dar la escalada al mismo punto que llegasen los instrumentos, porque no les faltase el dia, circunstancia tan notable en las batallas; pero como el daño y mortandad era grande, ordenó que aquel escuadron del costado izquierdo, que recibia lo mas furioso de la batería contraria, se abrigase en unos olivares que estaban á un lado del mismo escuadron.

Hallábase ya en aquel bosque de mampuesto el capitan Cabañas con su compañía, y pretendiendo entrar por esotra parte de él á desalojar los españoles, fué reconocido su intento de una tropa de caballería real que tenia aquel llano, la cual, revolviendo por las espaldas de otro escuadron, quiso cortar al Cabañas; pero tambien se lo estorbó la artillería de la muralla, que obligó á volver la tropa, y aun á retirarse del lugar en que antes estaba, no lográndose por entonces los intentos de estos ó aquellos.

Mientras duraba el combate en Monjuich y la batería de la ciudad, que el Xeli continuaba con mas furia después de la órden del maestre de campo general, no cesaban los diputados y conselleres con toda la gente noble de visitar la muralla y los puestos de mayor importancia en vivísimo cuidado, animando á todos y prometiéndoles seguro el vencimiento.

Constaba su guarnicion de los tercios de sus patricios, que gobernaban los maestres de campo Domingo Moradell, Galceran Dusay, Josef Navel. Los cabos y oficiales franceses con extraordinaria fatiga se hallaban en todos los sucesos, unos y otros nuevamente animados, viendo lo poco que obraban sus enemigos en tantas horas de trabajo. Este aliento de los cabos, deducido, como suele, á los soldados y gente inferior, brotaba felicísimamente en los ánimos populares; de suerte que en poco tiempo, con extraña diferencia ellos en su corazon y en sus obras, mostraban no temer el ejército. Habian notado la derrota de la caballería española, y aunque hasta entonces no se entendia cumplidamente su buen suceso, todavía la certeza de no haber perdido ninguna de sus tropas los habia dado esperanza y alegría.

Eran las tres de la tarde, y se combatia en Monjuich mas duramente que hasta entonces, porque la ira de unos y otros con la contradiccion se hallaba en aquel punto mas encendida. Iban entrando sin cesar los soldados á las baterías del fuerte; el que una vez disparaba, no lo podia volver á hacer de allí á largo espacio, por los muchos que concurrian á ocupar su puesto. Afírmase haber sido tales las rociadas de la mosquetería catalana, que mientras se manejaba, á quien la escuchó de léjos parecia un continuado sonido, sin que entre uno y otro estruendo hubiese intermision ó pausa perceptible á los oidos.

Confusos se hallaban los españoles, sin saber hasta entonces lo que habian de ganar por aquel peligro, porque ya los oficiales y soldados, llevados del recelo ó del desórden, igualmente dudaban y temian el fin de aquel negocio. Algunos lo daban ya á entender con las voces, acusando la disposicion del que los traia á morir sin honra ni esperanza, como ya deseoso de que no escapase de aquel trance ninguno que pudiese acusar sus desaciertos. No dejaba de oir sus quejas el Torrecusa, ni tampoco ignoraba su peligro; empero entendia que siéndole posible el estarse firme, sin duda los catalanes perderian el puesto, por ser inalterable costumbre de las batallas quedarse la victoria á la parte donde se halla la constancia con mas actividad. Instaba con nuevas órdenes al Xeli le enviase instrumentos de escalar y cubrirse; por ventura raro ó nunca visto descuido en un soldado grande, disponerse á la expugnacion de una fuerza sin querer usar ó prevenir ninguno de los medios para poder conseguirlo.

Habia llegado ya aquella última hora que la divina Providencia decretara para castigo no solo del ejército, mas de toda la monarquía de España, cuyas ruinas allí se declararon. Así, dejando obrar las causas de su perdicion, se fueron sucediendo unos á otros los acontecimientos de tal suerte, que aquel suceso en que todos vinieron á conformarse, ya parecia cosa antes necesaria que contingente. Pendia del menor desórden la última desesperacion de los reales; no se hallaba entre ellos alguno que no desease interiormente cualquiera ocasion honesta de escapar la vida.

A este tiempo (podemos decir que arrebatado de superior fuerza) un ayudante catalan, cuyo nombre ignoramos, y aun lo callan sus relaciones, á quien siguió el segundo Verge, sargento francés, comenzó á dar improvisas voces, convidando los suyos á la victoria del enemigo, y clamando (aun entonces no acontecida) la fuga de los españoles; acudieron á su clamor hasta cuarenta de los menos cuerdos que se hallaban en el fuerte, y sin otro discurso ó disciplina mas que la obediencia de su ímpetu, se descolgaron de la muralla á la campaña por la misma parte donde los escuadrones tenian la frente. Llevábalos tan intrépidos el furor,

como los miraba temerosos el recelo de los reales, que sin esperar otro aviso ó espanto mas que la dudosa informacion de los ojos, averiguada del temor, y creyendo bajaba sobre ellos todo el poder contrario, palateando las picas y revolviendo los escuadrones entre sí (manifiesta señal de su ruina), comenzaron á bajar corriendo hácia la falda de la montaña, alzando un espantoso bramido y queja universal. Los que primero se desordenaron fueron los que estaban mas al pié de la muralla enemiga: tan presto el mayor valor se corrompe en afrenta; otros con ciego espanto cargaban sobre los otros de tropel, y llenos de furia, rompian sus primeros escuadrones, y estos á los otros, y de la misma suerte que sucede á un arroyo, que con el caudal de otras aguas que se le van entrando va cobrando cada vez mayores fuerzas para llevar delante cuanto se le opone, así el corriente de los que comenzaban á bajar atropellando y trayéndose los mas vecinos, llegaba ya con dobladas fuerzas á los otros, por lo cual los que se hallaban mas léjos llevaron el mayor golpe. Unos se caian, otros se embarazaban, cuáles atropellaban á estos, y eran después hollados de otros. Algunas veces en confusos y varios remolinos pensaban que iban adelante, y volvian atrás, ó lo caminaban siempre en un lugar mismo; todos lloraban; los gritos y clamores no tenian número ni fin; todos pedian sin saber lo que pedian, todos mandaban sin saber lo que mandaban; los oficiales mayores, llenos de afan y vergüenza, los incitaban á que se detuviesen; pero ninguno entonces conoció otra voz que la de su miedo ó antojo, que le hablaba al oido. Algun maestre de campo procuró detener los suyos, y con la espada en la mano, así como se hallaba, fué arrebatado del torbellino de gente; pero dejando el espíritu adonde la obligacion, el cuerpo seguia el mismo descamino que llevaba la furia de los otros; ni el valor ni la autoridad tenia fuerza; ninguno obedecia mas que al deseo de escapar la vida.

A este primer desconcierto esforzó luego la saña de los vencedores, arrojándose tras de los primeros algunos otros que hizo atrevidos la cobardía de los contrarios; tales con las espadas, tales con las picas ó chuzos, algunos con hachas y alfanjes, no de otra suerte que los segadores por los campos, bajaban cortando los miserables castellanos. Mirábanse disformes cuchilladas, profundísimos golpes é inhumanas heridas; los dichosos eran los que se morian primero: tal era el rigor y crueldad, que ni los muertos se escapaban; podia llamarse piadoso el que solo atravesaba el corazon de su contrario. Algunos bárbaros, aunque advertidamente, no querian acabar de matarlos, porque tuviese todavía en que cebarse el furor de los que llegaban después; corria la sangre como rio, y en otras partes se detenia como lago horrible á la vista, y peligroso aun á la vida de alguno que, escapado del hierro del contrario, vino á ahogarse en la sangre del amigo.

Los mas, sin escoger otra senda que la que miraban mas breve, se despeñaron por aquellas zanjas y ribazos, donde quedaron para siempre; otros, enlazados en las zarzas y malezas, se prendian hasta llegar el golpe; muchos, precipitados sobre sus propias armas, morian castigados de su misma mano; las picas y mosquetes, cruzados y revueltos por toda la campaña, era el mayor embarazo de su fuga, y ocasion de su caida y muerte.

No se niega que entre la multitud de los que vergonzosamente se retiraron, se hallaron muchos hombres de valor desdichada é inútilmente; algunos que murieron con gallardía por la reputacion de sus armas, y otros que lo desearon por no perderla: singular dicha y virtud han menester los hombres para salir con honra de los casos donde todos la pierden, porque el suceso comun ahoga los famosos hechos de un particular; todavía esta razon no desobliga á los honrados, bien que los aflige.

El maestre de campo don Gonzalo Fajardo salió herido considerablemente; con todo era su mayor riesgo la muerte del hijo único que dejaba en tierra. Don Luis Jerónimo de Contreras, don Bernabé de Salazar y el Isinguien, todos iguales en puesto al Fajardo, sacaron mas que ordinarias heridas, con otros muchos oficiales y caballeros, que no pretendemos nos sean acreedores de su gloria, si ella no pudo adquirirse en tan siniestro dia para su nacion.

Las banderas de Castilla, poco antes desplegadas al viento en señal de su victoria, andaban caidas y holladas de los piés de sus enemigos, donde muchos ni para trofeos y adorno del triunfo las alzaban: á tanta desestimacion vieron reducirse. Las armas perdidas por toda la campaña eran ya en tanto número, que pudieron servir mejor entonces de defensa que en las manos de sus dueños, por la dificultad que causaban al camino; solo la muerte y la venganza lisonjeada en la tragedia española parece se deleitaban en aquella horrible representacion.

Casi á este tiempo llegó al Torrecusa nueva de la muerte de su hijo y los suyos. Recibióla con impaciencia, y arrojando la insignia militar, forcejaba por romper sus ropas: desigual demostracion de lo que se prometia de su espíritu. Los hombres primero son hombres; primero la naturaleza acude á sus afectos, después se siguen esotros que canonizó la vanidad, llamándoles con diferentes nombres de gloria indigna; como si al hombre le fuera mas decente la insensibilidad que la lástima.

Llegábanle cada instante tristísimos avisos de la rota, de que tambien pudieron sus ojos y su peligro avisarlo, si las lágrimas diesen lugar á la vista y la pena al discurso. Desde aquel punto no quiso oir ni mandar, ni permitió que ninguno le viese; no era entonces la mayor falta la de quien mandase, porque en todo aquel dia fué mas dificultoso hallar quien obedeciese.

Los que estaban abajo con la frente á Barcelona miraban casi con igual asombro la suerte de sus compañeros; esperábanlos mas constantes, no por temer menos el peligro, sino porque llegados, ellos tuviesen entonces mejor disculpa á su retirada. Era ya sabida en el campo la pérdida del San Jorge, y en esta noticia fundaba mas su temor que en ningun otro accidente.

El Vélez á un mismo tiempo miraba perderse en muchas partes, y no recelaba menos la incenstancia de los suyos, que ya empezaban á moverse, que el desórden de los que bajaban rotos. El peligro no daba lugar al consejo ó ponderacion espaciosa; y así, informado de que el Torrecusa habia dejado el mando, llamó al Garay y le entregó la direccion de todo. No se puede llamar dicha, aunque suele ser ventura, ser escogido para remediar lo que ha errado otro, porque parece que se

obliga el segundo á mayores aciertos, faltándole los medios proporcionados á la felicidad; para esto son mas los hombres dichosos que los prudentes.

Recibió el Garay su gobierno, y fué la primera diligencia ordenar que los escuadrones del frente marchasen luego y á toda priesa hácia fuera, dando las espaldas al lugar de Sans, y que la caballería se opusiese á la gente que bajaba en desórden, con ánimo de pasarla á cuchillo si no se detuviese; con lo cual se podria conseguir que, medrosos ellos de los mismos amigos, siquiera por beneficio del nuevo espanto se parasen; que era lo que por entonces pretendia el que gobernaba, para poderlos dar aliento y forma.

Marchó el Vélez con su trozo llevando la artillería en medio, y el Garay salió á recibir los tercios desordenados, que ni al respeto de su presencia ni al rigor de muchos oficiales que lo procuraban por cualquier medio, acababan de detenerse y hallar entre los suyos aquel ánimo que habian perdido cerca de los enemigos; antes con voces de sumo desórden clamaban: «Retira, retira.» En fin, la diligencia del propio cansancio y fatiga, que no les permitia mayor movimiento, les fué cortando el paso ó las fuerzas, de suerte que ellos, sin saber cómo, unos se paraban, otros se caian por tierra.

Grande fuera el estrago si los catalanes prosiguieran el alcance; pero como habian salido sin otra prevencion mas de la furia, jamás sus pensamientos llegaron á creer que podian conseguir otra cosa que la defensa. No hubo hombre práctico que, viendo arrojar á los suyos, no los juzgase perdidos; esto los detuvo, y fué su mayor dicha de los que se retiraban y su mayor afrenta.

Estaba la ciudad con la vista pronta en todas las acciones del fuerte, y habiendo reconocido la retirada de los escuadrones españoles, fué increible el gozo y alegría que súbitamente se infundió en sus corazones; en fin, como aquellos que en una hora desde la esclavitud se veian subir al imperio.

Alababan el nombre de Dios con festivos clamores, bendecian la patria, ensalzaban el celo de los suyos, engrandecian últimamente la gloria de su nuevo príncipe, cuya soberana fortuna tan presto los habia hecho gozar de la felicidad comun de aquella monarquía.

El Garay, sin perder un punto en el manejo de su defensa, como hombre que verdaderamente ignoraba la ocasion de su derrota, hizo echar bando que todos al instante acudiesen á sus banderas, ó por lo menos á cualquiera de las de sus tercios que conociesen; y ordenó que ellos tomasen la mas breve forma posible de ponerse en escuadron, porque vuelto á componer el ejército, pudiese respirar su espíritu. Consiguiólo, pero tarde, con fatiga increible, y somos ciertos oir de su boca que fué tan grande aquel trabajo, tan difícil y tan provechoso, que en sola esta accion se habia juzgado digno de gobernar un ejército.

Hecho esto, se juntaron los cabos, menos el Torrecusa, que desde el punto que dijimos se excusó del mando, sin haber cosa que le obligase á la templanza; y despues de haber llorado entre todos la muerte de los suyos, y en primer lugar la lástima del San Jorge, discurrieron por los daños ya sensibles entonces al ejército, diciendo que la gente se hallaba en sumo desaliento; que las provisiones faltaban; que la fama de la pérdida no dejaria lugar fiel en todo el pais; que el poder no bastante á ganar un solo puesto cuando entero y orgulloso, mal llegaba á combatir una ciudad despues de roto y desmayado; que Barcelona habia de ser socorrida por los paisanos y auxiliares; que al duque de Luí se afirmaba estaban aguardando por instantes; que las galeras de España se habian apartado; que don Josef Margarit, segun las informaciones de algunos naturales, bajaba con la gente de la montaña á ocupar los pasos de Martorell y el Congost; que el ejército se hallaba con menos de dos mil infantes y muchos caballos de los con que habia subido, entre muertos, heridos y derrotados; que tambien faltaban algunas personas de los cabos, cuyos lugares debian ser ocupados con gran consideracion; que se habian perdido en todas las compañías mas de cuatro mil armas; que con estas mas se hallaba el enemigo para poder resistirse; que ni el tiempo ni la fortuna ni el estrago daban lugar para que se consultase con el Rey su resolucion; que la salud pública de aquel ejército consistia en lo que se acertase y ejecutase antes del amanecer; que lo mas conveniente era volver á Tarragona con suma brevedad, porque los pasos no se embarazasen, y primero que los de Barcelona saliesen á impedírselo con escaramuzas; que se debian anticipar á las noticias de su desgracia, porque llegasen sin ella á los lugares que dejaban á las espaldas, sin darles ocasion de que con su pérdida los tomasen otra vez, y les fuese necesario volver á ganarlos de nuevo; que desde aquella plaza se podia dar aviso al Rey, y esperar sus órdenes y socorros.

Todo lo escuchaba el Vélez, suspenso en la consideracion de su fortuna, haciendo en su ánimo firme propósito de no recibir por ella otra injuria. No hubo entre todos alguno que contraviniese el acuerdo, en todo ajustado á lo propuesto.

Ocupáronse aquella tarde los catalanes, ya vencedores, en recoger los despojos de su triunfo, y entre ellos, como mas insigne, llevaron á la ciudad once banderas españolas, siendo diez y nueve las perdidas del ejército, que poco despues colgaron desde la casa de su diputacion á vista de todo el pueblo, que las miraba con igual saña y alegría; llevaron notable cantidad de todas armas, carros, bagajes y pabellones, que servirán á la posteridad como testigos de aquella gran pérdida de españoles.

No se descuidaron un punto de la guardia de su fuerte, ni quisieron pedir mas halagos á su fortuna que la buena suerte de aquel dia; guarneciéronle con nuevo y grueso presidio, habiendo recibido aquella noche mas de cuatro mil infantes de los lugares convecinos, como si verdaderamente temiesen el segundo asalto.

Estas diligencias, que no pudieron hacerse sin gran ruido de toda la campaña, y alguna artillería que á espacios señalados disparaba la ciudad por tener su gente cuidadosa, servia aun mas de temor al ejército que de prevencion á los suyos, á quienes el deseo de la consumada victoria tenia alegres y puntuales ordenadamente en sus estancias, todavía inciertos de lo que habian conseguido.

Descubrióse al amanecer el fuerte de Monjuich y sus trincheras, coronado de copiosa multitud de gente, que habia subido á notar el estrago de los reales, de que todavía se hallaban señas recientes en la sangre y cadá-

veres de sus enemigos; pero los castellanos, habiendo temido de su movimiento alguna determinacion de las á que podia convidarles el buen semblante de la fortuna de sus contrarios, obedeciendo á ella, comenzaron á moverse antes del dia la vuelta de Tarragona, tan llenos de lástima y desconsuelo, como los catalanes se quedaban de honra y alegría.

Antes fué enterrado el San Jorge miserablemente en la campaña; espiró aquella noche, mezclando entre las palabras que ofrecia á Dios, algunas que bien significaban el celo del servicio de su rey. Acompañáronle muchos otros, cuyos cuerpos, esparcidos por la tierra, asemejaban un horrible escuadron asaz poderoso para vencer la vanidad de los vanamente confiados.

La pérdida de los naturales fué desigual, bien que murieron algunos; porque como siempre pelearon dentro de sus reparos, no habia tanto lugar de emplearse en ellos las balas enemigas.

Marchó el infeliz ejército con tales pasos, que bien informaban del temeroso espíritu que lo movia; caminó en dos dias desengañado lo que en veinte habia pisado soberbio; atravesó los pasos con temor, pero sin resistencia; entró en Tarragona con lágrimas, fué recibido con desconsuelo, donde el Vélez, dando aviso al Rey Católico, pidió por merced lo que podia temer como castigo. Excusóse de aquel puesto, y lo excusó su rey, mandando le sucediese Federico Colona; condestable de Nápoles, príncipe de Butera, virey entonces en Valencia, que poco tiempo después representó su tragedia en el mismo teatro, perdiendo la vida sitiado por franceses y catalanes en Tarragona.

No pararon aquí los sucesos y ruinas de las armas del rey don Felipe en Cataluña, reservadas quizá á mayor escritor, así como ellas fueron mayores. A mí me basta haber referido con verdad y llaneza, como testigo de vista, estos primeros casos, donde los príncipes pueden aprender á moderar sus afectos, y todo el mundo enseñanza para sus acontecimientos.

FIN DEL TOMO PRIMERO DE HISTORIADORES DE SUCESOS PARTICULARES.

INDICE.

FIN DEL ÍNDICE.



